
Guardianes
Universales
SERIE COMPLETA
KELLY DREAMS


Guardianes
Universales
SERIE COMPLETA
KELLY DREAMS

GUARDIANES UNIVERSALES

SERIE COMPLETA

KELLY DREAMS

COPYRIGHT

GUARDIANES UNIVERSALES
Serie completa
© edición 2024
© Kelly Dreams
Portada: https://stock.adobe.com
Diseño y Maquetación: Kelly Dreams
Queda totalmente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, alquiler u otra forma de cesión de la obra sin la previa autorización y por escrito del propietario y titular del copyright.

*Para mis lectoras de **Facebookeras.***
Gracias por acompañarme una vez más.
Que disfrutéis de los Guardianes .

Kelly.

ARGUMENTO

La serie de romance paranormal **GUARDIANES UNIVERSALES** recoge los títulos:

ENCADENADA A MI DESTINO

EL CAZADOR DE ALMAS

EL GUARDIÁN

EL DESTINO EN NUESTRAS MANOS

ANHELO ETERNO

LA ÚLTIMA FRONTERA

MI AMOR UNIVERSAL -BONUS-

ÍNDICE

COPYRIGHT
ARGUMENTO
ÍNDICE
GLOSARIO
ENCADENADA A MI DESTINO -LIBRO 1-
PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
EPÍLOGO
EL CAZADOR DE ALMAS -LIBRO 2-
PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
EPÍLOGO
EL GUARDIÁN -LIBRO 3-
PRÓLOGO

CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
EPÍLOGO
NOTA DE LA AUTORA:
EL DESTINO EN NUESTRA MANOS -LIBRO 4-
PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
EPÍLOGO
ANHELO ETERNO -LIBRO 5-
PRÓLOGO

CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
EPÍLOGO
LA ÚLTIMA FRONTERA -LIBRO 6-
PRÓLOGO

CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
EPÍLOGO
MI AMOR UNIVERSAL -BONUS-
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
EPÍLOGO

GLOSARIO

Adelfi: *Hermana* en griego.

Adelfos: *Hermano* en griego.

Agapi: *Amor* en griego.

Antiquerum: También conocido como *Juicio Universal*. Es el juicio definitivo, el único mediante el cual puede decidirse la vida o la muerte sobre la persona o personas que se someten a él. El único que puede llevarlo a cabo es el *Juez Universal.*

Alcara: Nombre que reciben las dagas doradas de John, el más antiguo de los *Guardianes Universales.*

Alma Maldita: Nombre que recibe la encarnación del alma del dios Eidryen en forma humana. Su apariencia es la de una mujer joven e inocente.

Alma Eterna: *Un alma inmortal*. Aquella que vive eternamente y tiene la misión de guardar el umbral de la *Puerta de las Almas.*

Armaya: Es una *maldición gitana*.

Ashtart: *Diosa fenicia* que representa el culto a la vida y la fertilidad, así como a la exaltación del amor y del sexo. También conocida como *Baalat*, es la diosa suprema de Biblos y se la asocia con los libros, las bibliotecas y los escritores. Suele representarse desnuda o cubierta de velos junto a un león.

Ashtarti: *Doncellas* que eran consagradas a la diosa y servían en su templo, eran consideradas meretrices con las que al yacer con ellas se les concedía el beneplácito de la diosa.

Baal: Dios de la lluvia y el trueno, es el consorte de Baalat.

Baalat: Diosa suprema de Biblos. Ver *Ashtart.*

Balamo: Es como se refieren los *romaníes* a un hombre que no pertenece a su raza. Un hombre no *gypsy*.

Bastet: *Deidad egipcia* de la *armonía y la felicidad*, protectora del hogar y de las embarazadas simboliza la alegría de vivir. También conocida como *Bast*, es una diosa pacífica y tierna, aunque si se la enfada se transforma en una mujer con el carácter de una leona.

Bengesko niamso: *Maldición*, exabrupto *gypsy*.

Cazador de Almas: Son los encargados de buscar, recolectar y guiar a las almas en su travesía hacia el otro lado. Su poder principal es el «fuego de las almas», son hombres solitarios y solo obedecen al *Señor de las Almas.*

Cuna de la Vida: El mismo centro del universo. La vida y la muerte, todos los poderes y dones surgen de su interior. También conocido como el *Corazón del Universo*.

Dios de las Almas: Seybin, *Señor y Protector de la Puerta de las Almas*. Rige el mundo del más allá.

Dios del Destino: Dios principal tras cuya muerte, combinada con la de la diosa de la Esperanza, da nacimiento al *Libre Albedrío*. Su nombre es *Eidryen.*

Diosa de la Esperanza: Diosa principal tras cuya muerte, combinada con la del dios del Destino, da nacimiento al *Libre Albedrío*. Su nombre es *Elora.*

Donona, Santuario: El más antiguo Oráculo de Grecia cuyo templo estaba dedicado a Zeus y a la Diosa Madre Dione. Es anterior a Delfos.

Drabarni: Se conoce así a *las Lectoras de Fortuna*, mujeres *gypsy* capaces de ver el futuro por medio de las cartas y en otros medios de adivinación.

Equilibrio: Balance que debe darse en el Universo.

Elegido/a: Cada una de las personas seleccionadas por la Fuente Universal que poseen en su interior un fragmento del universo.

El Velo: Es el límite que existe entre el mundo de los vivos y los muertos, un purgatorio interminable para los dioses e inmortales en el que se mide el peso del valor, la justicia y la maldad.

Ereshkigal: *Diosa del inframundo sumerio*.

Espada de las Almas: Arma predilecta de los *Cazadores de Almas*, su filo es el único capaz de herir a un espíritu.

Espada de las Rosas: El arma sagrada que designa al *Oráculo de la Fuente*. Actualmente está en poder de Dryah.

Etolios: Habitantes de Etolia, una región montañosa de Grecia situada en la costa norte del golfo de Corinto.

Fuente Universal: La fuente de todo poder y balance del universo.

Garkos: Consorte de *Zhalamira*. Es uno de los dos entes que dan forma a la *Fuente Universal*. Él es la oscuridad que da balanza a la luz.

Guardián Universal: Hombres y mujeres en cuyo interior se encuentra un pedazo del universo. Fueron elegidos por la *Fuente Universal* a lo largo de los siglos para formar una línea de defensa que protegiese a la humanidad de los dioses. Hoy en día solo quedan cinco de los miles que fueron.

Juez Universal: Es aquel que fue elegido para esgrimir uno de los más poderosos poderes primigenios, La *Ley Universal*. Su palabra es la única ley a la que tienes que doblegarse los dioses e inmortales por igual. Es también el líder de los *Guardianes Universales.*

Juicio Universal: También conocido como *Antiquerum*. Es el juicio definitivo, el único mediante el cual puede decidirse la vida o la muerte sobre la persona o personas que se someten a él. El único que puede llevarlo a cabo es el *Juez Universal.*

Kahiya: Dagas gemelas de hoja curva y empuñadura con la forma de tres serpientes entrelazadas. Son el símbolo de poder del *Juez Universal.*

Kíkaia: *Bonita* en griego.

Hija de los Dioses: Son doncellas capaces de aceptar la divinidad otorgada por una diosa para convertirse en inmortal. A menudo comparten rasgos de poder con sus creadoras o "madres adoptivas". Su nacimiento responde al deseo maternal y femenino de cada una de las diosas de todos los panteones conocidos.

Llamado de las Almas: Es la llamada que emite la *Puerta de las Almas* y que atrae a estas a su umbral.

Libre Albedrío: Uno de los poderes primigenios más poderosos del universo. *Nacido del Destino y la Esperanza*, su voz es la voz del universo, su libertad de decisión lo convierte en una poderosa arma.

Los Ancianos: Triunvirato de poder que rige a los dioses e inmortales. Está compuesto por los tres ancianos: Aristes, Orest y Larios. También conocidos como el *Concilio de los Dioses* se encargan de mantener el orden entre los diferentes panteones resolviendo conflictos menores. Ellos responden únicamente ante el Juez Universal.

Matriarca: La cabeza materna de un clan *gypsy*. Junto con el *Patriarca* ostentaban el poder de la tribu.

MET: Siglas del *Museo Metropolitano de Nueva York.*

Merkalt: Amante de la diosa *Baalat*. Dios de la agricultura, la vegetación y la primavera. Su leyenda es precursora y similar a la de Hades y Perséfone.

Molosos: Habitantes del antiguo pueblo de Molosia, perteneciente a la región de Epiro, Grecia.

Navegante: Así es como llama la *Cuna de la Vida* a Keith Lost.

Oráculo Universal: Es el avatar de la *Fuente Universal*, sus visiones muestran el futuro, el destino de aquellos que están bajo su jurisdicción.

Palacio de las Almas: Morada *del Dios de las Almas*. Un edificio que cuenta con conciencia propia para hacer su voluntad.

Puerta de las Almas: Umbral de piedra que recibe a las almas tras su paso al otro lado.

Sala de los Ancianos: Lugar de reunión de los *Ancianos* que forman el *Concilio de los Dioses.* Desde esta sala los Ancianos manejan los conflictos menores que atañen a los dioses.

Selloí: En griego, *«Adivinas»*. Eran las tres sacerdotisas que regían e interpretaban el *Oráculo de Dodona.*

Señor de las Almas: Dios que rige la vida y muerte de las almas y custodia la *Puerta de las Almas*. Responde al nombre de *Seybin.*

Sueño de los Eternos: Estado en el que sume Eidryen a Dreamara para mantenerla con vida hasta que llegue el momento de su despertar.

Sumo Guardián: Los *Sumos Guardianes* eran los elegidos para custodiar a las *Selloí,* las sacerdotisas que interpretaban el *Oráculo de Dodona.*

Templo del Primer Poder: En ruinas. Erigido originalmente al poder de la *Fuente Primigenia,* es un lugar sagrado al que solo pueden acceder los *Guardianes Universales* y se utiliza como vínculo directo para pedir audiencia formal ante *La Fuente*.

The Guardian´s: *Piano Bar* que regenta Jaek.

Valaco, Tribu: *Tribu romaní* y nómada ubicada en la antigua Grecia.

Voz de la verdad: La facultad de escuchar la verdad en el corazón de las personas, a menudo a través de sus pensamientos.

Zhalamira: Consorte de *Garkos*. Es uno de los dos entes que dan forma a la Fuente Universal. Ella es la luz que da balanza a la oscuridad.

ENCADENADA A MI DESTINO -LIBRO 1-

Ella, el alma de un dios hecha carne por una mala jugada del Destino, renacida para hospedar al Libre Albedrío en su interior.

Dryah veía como el mundo que había conocido se había venido abajo con su despertar, todo su pasado había quedado anulado y el futuro la condenaba como un ser capaz de destruir el Universo tal y como era conocido, pues ella se había convertido en la portadora del *Libre Albedrío*.

Él, elegido como Juez Universal, el único hombre con suficiente poder como para poner de rodillas a los dioses y llevar a cabo los deseos del Universo.

Cuando a **Shayler** le dieron la noticia de que su nueva tarea era llevar a cabo el *Antiquerum*, el Juicio Supremo, para resolver la inocencia o culpabilidad de la portadora del *Libre Albedrío*, había pensado en que sería algo rápido. Llegaría, la vería, la condenaría y podría seguir con su tranquila vida. Pero él no contaba con que su custodio resultara ser la única mujer que convertía sus sueños en realidad, la única que estaba destinada a él desde el principio de los tiempos, una mujer cuya única aspiración era liberarse de su Juicio y su presencia con la mayor brevedad posible.

Sumidos en una carrera contra el tiempo y el Universo, deberán enfrentarse a la más difícil de las pruebas y evitar que sus corazones se rompan en el proceso.

Él sería su Juez y Verdugo.
Ella… su única salvación.

PRÓLOGO

Una suave brisa barría la cámara de piedra, levantó pequeños remolinos en el polvoriento suelo y arrancó un temblor en la delicada tela que caía por los lados de la gran losa que dominaba el centro de la habitación como una enorme pira funeraria o altar. Las lisas y desnudas paredes se alzaban hacia el techo en forma de bóveda apuntalada por cinco columnas situadas en cada uno de los puntos de la forma pentagonal de la sala; Extraña forma para una prisión pues aquella era la función que había desempeñado la oscura cámara durante los últimos cientos de años, una celda para la huésped que dormía apaciblemente sobre la fría losa de piedra.

Los suaves rizos dorados se abrían en abanico a su alrededor y se derramaban a ambos lados del frío lecho, unas oscuras y espesas pestañas hacían sombra sobre las pálidas mejillas manteniendo oculta la luz que una vez brilló en los ojos que ocultaban. Líneas finas y femeninas formaban un rostro angelical, los labios llenos y rosados permanecían congelados en la calma propia de la eternidad mientras el imperceptible movimiento de su pecho hacía pensar a cualquiera que la viese que la vida había escapado hacía tiempo de su cuerpo. Las manos cruzadas a la altura del estómago y los largos faldones de tela que la cubrían hasta los desnudos pies completaban la etérea imagen de un ángel dormido. Tan frágil y delicada, relegada al confinamiento eterno que los dioses habían dictado para ella, una reclusión que estaba pronto a terminar.

La débil brisa le acarició el rostro, se deslizó por sus brazos y la recorrió como lo haría un mimoso amante, y allí, en la soledad de su prisión, se oyó una única frase susurrada.

«Es hora de que despiertes, mi alma, nadie puede morir eternamente».

Las tupidas pestañas aletearon ligeramente antes de alzarse dejando al descubierto unos profundos y ancianos ojos azules que parecían haber visto el mismo corazón de universo. La desesperada bocanada de aire penetró en sus pulmones trayéndola de nuevo a la vida, obligándola a despegar la espalda de la cama de piedra en su necesidad por recuperar aire que le había sido negado, su mirada vidriada y somnolienta vagó por la sala antes de posarse nuevamente en el techo abovedado.

—¿Ei-dry-en? —Fueron las primeras palabras que pronunció en aquella soledad.

Se incorporó lentamente, su cuerpo era un peso muerto que a duras penas respondía a sus demandas, su mirada cansada y adormilada contemplaba todo a su alrededor mientras buscaba a aquel que ya no estaba. Sus ojos se detuvieron sobre las paredes que la rodeaban por encima de las altas columnas que sostenían el techo abovedado, las de la austera celda en la que fue encerrada por su propia seguridad tiempo atrás.

Los recuerdos acudieron a su memoria como si fuesen hechos que hubiesen ocurrido ayer, el calor que dejaron sus manos persistía como la huella de un fantasma sobre cuerpo. La había acunado en sus brazos mientras le susurraba tranquilizadoras palabras de aliento y le prometía que todo saldría bien, recordaba sus ruegos al pedirle que fuese fuerte en los siglos venideros mientras se fundía con ella una última vez antes de depositarla sobre aquella losa de piedra e inducirla al Sueño de los Eternos.

Ambos habían estado condenados, él se había condenado a sí mismo para que ella permaneciera a salvo. Sabía que no podía evitar la sentencia de muerte que pendía sobre su cabeza; Él no huiría, pero tampoco dejaría que se ensañaran con una inocente.

El eco de sus últimas palabras se filtró en sus oídos, había querido ahorrarle todos los

siguientes sucesos, el juicio, su rendición, pero su conexión era eterna, ella era parte de él… o lo sería hasta que quedase libre con su muerte.

Su muerte.

Deslizó los pies por la fría piedra hasta posarlos en el suelo, sus piernas se doblaron con el peso derribándola al suelo con un sonoro quejido. El dolor se extendió por cada terminación nerviosa y despertó sus entumecidos sentidos, la hizo cada vez más consciente de su regreso a la vida, a un mundo… sin él.

Las lágrimas se le agolparon en los ojos, el peso de la angustia se instaló en su pecho y ahogó el grito de profundo dolor que deseaba emerger ahora que estaba despierta. Se dobló sobre sí misma y envolvió los delgados brazos alrededor de su estómago atrayendo las rodillas hacia su pecho mientras quedaba tirada en el suelo hecha un ovillo, las lágrimas fluían silenciosas por sus mejillas y caían dejando una huella en el polvo mientras aquella suave e inmortal brisa la acariciaba una última vez susurrándole antes de desvanecerse en la eternidad.

«Eternamente en ti, mi amada alma».

Las idas y venidas de su señor empezaban a poner a Nyxx bastante nervioso. Había comenzado esa caminata hacía varios minutos, como era usual en él se levantó de su asiento tras el enorme escritorio de roble rojo macizo y se puso a pasear desde su posición en el sillón en el que estaba repantigado disfrutando del calor del hogar. Conocía bien las excentricidades de su jefe y amigo, no era la primera vez que se levantaba de su enorme asiento de cuero y empezaba a bailar la Macarena sin motivo aparente, pero aquello estaba más allá de la sencilla excentricidad. Sus labios se movían recitando una silenciosa letanía que acompasaba sus pasos, las manos se abrían y cerraban formando sendos puños, había algo que lo preocupaba y mucho.

—Si sigues paseándote de esa manera al final del día tendrás un bonito surco atravesando el suelo de la oficina, Seybin. —Su voz sonó profunda y rota, como si su garganta hubiese sido rasgada varias veces y nunca se hubiese curado bien. Su voz poseía un matiz oscuro y decadente que encajaba perfectamente con su trabajo.

Finalmente se detuvo en seco, sus ojos se oscurecieron y brillaban como si los fuegos del infierno se hubieran colado en ellos, no había duda en señalar que el Señor de las Almas estaba realmente cabreado por algún motivo. Y su jefe cabreado no era algo a lo que le apeteciera enfrentarse. Lentamente descruzó las piernas y volvió a cruzarlas en sentido contrario, procuró mantener la postura relajada, todo fachada ya que sus sentidos estaban alertas y listos para saltar si se diese la necesidad.

—Deduzco por tu mirada de *«te mataré porque me molesta el sonido de tu respiración»,* que algo no va bien en las altas esferas, ¿um?

El hombre dejó caer su mirada sobre las llamas que ardían en el hogar, en un instante el fuego crepitó lanzando una poderosa llamarada que alcanzó el sillón en el que estaba sentado librándose por un pelo.

—¡Ey! Ese era mi sofá favorito —rezongó palpándose para comprobar que estuviese entero.

Al ver que su jefe no respondía, dejó la ironía a un lado y prestó atención.

—¿Qué ocurre?

El *Señor de las Almas* se giró hacia él. Su traje de *Armani*, hecho a medida se adaptaba a su enorme estatura como un guante y le aportaba ese aspecto distinguido que no conseguía alejar ni un poco el aire amenazador que lo rodeaba. Su mirada ardiente volvió a posarse en su

subordinado, él permanecía alerta esperando que declarara la sentencia sobre alguna de las incautas almas que se atrevían a desobedecer su mandato o hacían tratos con quienes no debían. Letal como pocos, con un extraño sentido de lealtad, él era uno de los dos únicos seres que realmente importaban a Seybin; Por supuesto, su jefe se moriría otra vez antes que decirlo en voz alta.

—¿No lo sientes? —preguntó volviendo su mirada hacia él.

Entrecerró los ojos y permitió a sus sentidos de cazador extenderse en busca de aquello que inquietaba a su jefe.

—¿Sentir el qué?

—Eidryen… —declaró el Señor de las Almas con voz grave y pesada—. Ha cruzado al otro lado.

Sus ojos se abrieron desmesuradamente.

—Eso no es posible —negó con incredulidad—. Él y Elora…

Su jefe dirigió su mirada hacia las llamas y negó con la cabeza.

—Ella también ha cruzado.

La sorpresa bailó durante unos instantes en sus ojos verdes, pero pronto desapareció ocupando su lugar la comprensión y la absoluta certeza de lo que aquello significaba.

—Dreamara…

El Señor de las Almas asintió y se giró hacia él.

—Ha nacido un nuevo y peligroso poder.

Tenía la sensación de que no le iba a gustar la respuesta pero necesitaba preguntar.

—¿Qué quieres decir?

Lo vio respirar profundamente y acto seguido soltó el motivo que lo había hecho actuar repentinamente de forma tan extraña.

—El *Libre Albedrío*, ha despertado.

CAPÍTULO 1

La justicia se presenta cuando menos lo esperas y bajo la apariencia más escabrosa, pero no siempre beneficia al que la busca y Dryah lo sabía mejor que nadie. Recordaba el recorrido por aquellos pasillos, la pesadilla cobraba vida cual serpiente enroscada que espera a que su incauta víctima pase cerca para atacarla, la misma sensación de ahogo que ahora aumentaba y se hacía insoportable por la falta de la persona que le otorgaba la calma y claridad que necesitaba. Pero ahora no era Eidryen quien marchaba por voluntad propia hacia la sala para encontrarse por primera vez cara a cara con los cuatro poderes que vigilaban a los dioses e inmortales; Los Ancianos. No sería él quien evitaría que la sentencia impuesta sobre el dios del Destino y la diosa de la Esperanza recayese también sobre ella. Todo había cambiado en un parpadeo y ahora era ella la única que podría hablar por sí misma y defenderse de aquellos que desde el principio consideraban su vida una aberración. Sus escoltas, dos siluetas encapuchadas, la flanqueaban en su silencioso camino, ellos estaban allí cuando las paredes de la sala de piedra que era su cárcel se desvanecieron bajo su voluntad y le tendieron la mano en una muda invitación que decidió aceptar.

Su vibrante mirada azul se desplazó hacia el techo y se fijó en la piedra desigual que tallaba las paredes, un lúgubre corredor de piedra que cumplía muy bien la función de desalentar a los que se aventuraban en él.

Se estremeció. Su vida, su mundo, su futuro, todo cambió drásticamente, sabía que ya no era lo que fue una vez, podía sentirlo en lo más profundo de su interior. Había sido testigo de ello cuando a un pensamiento suyo la celda de ser su prisión, dentro de ella burbujeaba ahora una presencia calmante, protectora y fiera que la convertía en un peligro a juicio de aquellos que esperaban al final del pasillo, ya no era un alma hecha carne, ahora era el *Libre Albedrío*.

Era extraño como algo que nunca fue parte de ella se sintiese como si formase parte de su ser, como si la hubiese acompañado a cada paso del camino despejando la soledad que ahora sentía. Eidryen había sido una constante en su vida, de un modo u otro él siempre estaba allí, al alcance de la mano cuando le necesitaba. Incluso dormida lo había sentido a su lado, había apreciado y bebido sus enseñanzas mientras la preparaba para un mundo nuevo y desconocido al que iba a tener que enfrentarse. Desgraciadamente, no la preparó para el dolor de su ausencia.

—No podré cumplir mi promesa —susurró, sus ojos se cerraron con fuerza ante el peso de todo lo que ocurría. Se sentía partida, dividida, rota en mil pedazos—. No soy tan fuerte, Eidryen.

Envolvió los brazos alrededor de la cintura, el constante dolor por la pérdida volvía a atormentarla cada vez con más fuerza y le robaba la respiración. Dolía, el dolor era abrumador y nada de lo que hacía conseguía amainarlo. Las lágrimas rodaron por sus mejillas y dejaron un surco de humedad a su paso, se le cerró la garganta dejándola muda a cualquier palabra, la pesada piedra que se alojaba en su pecho amenazaba con privarla de aire.

Sacudió la cabeza, su largo pelo rubio voló al compás del movimiento. Las encapuchadas figuras que la escoltaban se detuvieron unos pasos por delante de ella como mudos testigos de su desesperación.

—No puedo más —jadeó mientras se dejaba caer de rodillas sobre el suelo—. Oh dioses.

Todo su cuerpo se estremeció rotas las barreras que contenían a duras penas sus resquebrajadas emociones, aquel nuevo poder se alborotó en su interior emergiendo y envolviéndola cual sudario, creciendo a medida que crecía su angustia, el dolor y la desesperación que se alojaban en su pecho como una pesada carga.

—No puedes dejarme sola —farfulló doblándose sobre sí misma—. No quiero estar sola, Eidryen, no quiero…

El *Libre Albedrío* empezó a crepitar a su alrededor azotando las desnudas paredes de cavernoso pasillo del que arrancó algunas astillas que volaban de un lado a otro con mortal puntería. Los dos encapuchados observaron aquel fenómeno y finalmente a ella, casi de forma imperceptible intercambiaron una rápida mirada antes de avanzar hacia ella y al tiempo que descubrían sus rostros. Un cabello rubio tan claro que podía pasar por blanco enmarcaba el dulce rostro de duendecillo de una mujer, sus delicadas manos surgieron desde debajo de las mangas de la túnica mientras se movía en su dirección con aquel largo y fino cabello ondeando tras ella. Estaba dispuesta a darle consuelo cuando la mano de su compañero cubrió la suya y la retuvo un instante antes de que la posara sobre el hombro de la muchacha, unos ojos negros totalmente opuestos a los suyos destacaban en unas facciones duras y enmarcadas por un alborotado cabello negro. Él se limitó a negar con la cabeza antes de volver a bajar la mirada hacia la sollozante chica. Tiró de su compañera y ambos permanecieron de pie, contemplando el consumible dolor que la envolvía y que avivaba su poder.

El tiempo pasó lentamente mientras permanecían como mudos guardianes ante ella, al final las lágrimas se secaron y sólo quedó un hipido.

—Debes continuar.

Ella dio un respingo cuando escuchó el tono musical de aquella voz rompiendo el silencio, aunque más que una voz era como si un coro de ellas entonaran al mismo tiempo las mismas palabras.

—Ninguna intervención —oyó de nuevo, esta vez el timbre era más oscuro, masculino pero poseía la misma cadencia coral.

Se giró a tiempo para ver cómo la mujer asentía sin mirarle pues sus ojos de un clarísimo azul estaban puestos sobre ella.

—El destino ya ha sido escrito… no existe otro camino, no hay regreso solo avance —continuó—. Recuerda tu promesa, *Libre Albedrío*. Sigue adelante…

—Y no te rindas —musitó ella recordando aquellas palabras exactas—. Sigue adelante sin rendirte, no importa que tan oscuro sea el camino, encontrarás la luz al final.

Cerró los ojos y aspiró por primera vez con decisión, si se concentraba podía recordar aquellas palabras pronunciadas por su voz, susurradas a su oído mientras le arrancaba la última promesa antes de entregarla al sueño de los eternos. Una promesa que estaba obligada a cumplir.

Sus ojos se abrieron de golpe, un par de pasos por delante de ella esperaban sus dos acompañantes cubiertos una vez más con las capuchas.

—No me rendiré —repitió en voz alta lo que su mente repetía como una letanía—, todavía no ha llegado ese momento.

Respiró profundamente y envió una silenciosa plegaria para que le diese la fuerza necesaria para mantener su palabra, no permitiría que aquello por lo que él tanto había luchado se perdiese ahora.

«No te rindas nunca, Dreamara, al final obtendrás tu libertad».

Las voces se elevaban en una ruidosa cacofonía en la enorme sala, parecía imposible poder

distinguir que conversaban unos y que comentaban otros pero a la luz de los últimos acontecimientos, John sabía que el único tema de interés se centraría en el despertar del *Libre Albedrío*. Eran muy pocos los que realmente recordaban que hubiese existido tal poder, o más bien, que hubiese existido algo o alguien que fuera portador de tan voluble existencia. El *Libre Albedrío* era eterno, el último poder de decisión que dotaba a todo ser vivo de la posibilidad de una elección propia, contrariando incluso lo que estuviese marcado por el Destino. Muchos de los que allí presentes sólo habían venido movidos por la curiosidad, para alguien cuya vida se acercaba a la inmortalidad el paso del tiempo podía resultar realmente monótono hasta el punto de hacerse mortalmente aburrido. Y los dioses llevaban existiendo desde el principio de los tiempos, daba igual cuantos nombres tuviesen, con quien se les vinculara o a qué o quién obedeciese sus lealtades, al final del día no eran sino hombres y mujeres, quizás con más poder, pero en esencia las mismas criaturas con las mismas leyes universales. El hecho de ver a tantos de ellos allí reunidos obedecía a algo tan humano como la curiosidad, después de todo, el nacimiento de uno de los mayores poderes de la Fuente Universal no era algo que se viese todos los días.

El tema principal de la velada prometía ser pues el despertar de aquella criatura, un alma arrancada de su verdadero dueño y moldeada en un cuerpo de mujer, una hembra que hoy por hoy poseía uno de los mayores poderes del universo; Y que prometía ser una posible amenaza fuera de control.

—No puedo creer que haya ocurrido realmente —murmuró alguno de los hombres que formaban parte de un corrillo a un lado de la sala.

—Pensaba que había sido juzgada junto con esos dos renegados —Aquella segunda voz sonó exaltada e incrédula.

—Ya ves que no —respondió ahora una mujer mientras recorría la amplia sala con la mirada—. Muy al contrario, la desaparición de esos dos ha provocado el nacimiento de este imprevisible poder.

—Sabemos que debe preservarse el equilibrio —aceptó el que había hablado en primer lugar—. Quitamos, para luego dar. Siempre equilibrio, pero esto… es demasiado peligroso.

—Hay que hacer algo —asintió el segundo en romper aquel silencio.

—Sí, pero qué.

—Habría que volver a encerrarla —insistió la mujer—. Me aterra pensar en los desastres que ocurrirían si se le permite vagar por el mundo como si nada.

—Es un peligro para todos nosotros.

Pensamientos como aquellos recorrían la sala de un extremo a otro, en los escasos minutos que llevaba allí había escuchado facciones dedicadas a ambos bandos, desde las típicas acusaciones sin base que esgrimían aquellos que solamente buscaban notoriedad, hasta los que defendían la causa de la mujer y la convertían en el trágico desenlace de algo que salió mal.

Su mirada azul sobrevoló a los dos hombres y a la mujer que escuchó debatir e hizo que esos murmullos cesaran de repente sustituidos por avergonzados rostros y ojos que bajaban hacia el suelo. Aquella era una reacción natural a su presencia, la cual no prodigaba demasiado en esta clase de eventos. Como una autoridad en sí mismo, prefería vivir según sus propias pautas y el socializar no estaba en su agenda. Se movía con la sensualidad propia de un cazador, deslizándose entre la gente sin prestar realmente atención a nadie y viéndolo todo.

—Debería haber muerto con él, ella es la única responsable de todo lo ocurrido con ese asunto. —Hubo un nuevo murmullo procedente desde el otro lado de la sala.

Volvió la mirada hacia el punto en el que oyó aquella declaración. Las palabras sonaron insidiosas en sus oídos, no fueron pronunciadas en voz alta pero no hacía falta que lo fuesen para contener tal carga de odio y rencor. Si bien no contaba con la empatía de su hermano, sus instintos despertaron por sí solos al reconocer al hombre que las pronunció.

—Tarsis. —Aquel era sin duda el principal interesado en la desaparición de la muchacha.

Los dioses llegaban a ser transparentes la mayoría de las veces, lo cual facilitaba mucho el trabajo para los que encargaban de su vigilancia o en la mayoría de los casos, de su caza; Los *Guardianes Universales*. El nombre era un mero tecnicismo a la hora de dar una descripción sobre su identidad, eran hombres y mujeres subordinados a la Ley Universal, individuos cada cual más poderoso, obligados por sangre y honor a preservar y guardar las leyes que los regían a todos por igual. La última línea de defensa en un mundo cuyos habitantes se dedicaban desde el inicio de los tiempos a guerrear unos contra otros buscando la supremacía de la raza y la imposición de su poder. En el universo debía existir un equilibrio, un balance, pero el conseguirlo era lo más difícil. Ser uno de ellos era una existencia vacía, solitaria, vivían tantas vidas que era inevitable que llegase un momento en que la monotonía y el tedio cayesen con todo su peso acercándolos al límite. El permanecer cuerdo, era todo un lujo, quizás por eso todos estuvieran un poco más allá de la línea. Él no era inmune a la locura pero se llevaba bien con su solitaria existencia, la cual solamente era puesta en peligro por su Juez Supremo.

—¿John? —lo llamó una voz femenina a sus espaldas.

Con su pasado metro ochenta y tres no se lo consideraba un hombre bajo, así que el encontrarse con una mujer que lo mirase directamente a los ojos era un lujo. Si esa mujer era además uno de ellos, el lujo se convertía en un infierno. Uras era la única mujer en el cerrado círculo de los Guardianes. Alta, con una larga melena marrón y leonada, se inclinaba por vestir con el atuendo propio de las viejas películas de Hollywood. Su favorita era Casablanca y a menudo se la veía con aquellos trapos. Sus ojos verdes brillaban con inteligencia tras unas adorables gafas de Ralph Lauren que aportaban un look intelectual al conjunto; Una fachada que ocultaba su verdadera esencia de zorra inmortal.

—No recuerdo que hayan convocado un cataclismo —la recibió sin ocultar la poca gracia que le hacía verla allí—. Ha empezado el Apocalipsis y se te ha olvidado decírnoslo.

Ella puso los ojos en blanco.

—Imagino que al igual que a ti me atrae el morbo de las catástrofes y ésta parece ser de proporciones bíblicas —aseguró y se tomó su tiempo en contemplar la sala—. El juez no ha sentido tanta curiosidad, ¿um?

Se limitó a encogerse de hombros.

—Ya lo conoces. Para que molestarse si antes de que acabe el día estará incluso más informado que tú y yo juntos.

Ella suspiró.

—Una lástima… —murmuró volviendo su mirada sobre los presentes—. Son igual que perros de presa desesperados por echarle el diente al pobre conejo, ¿no crees?

La mujer sacudió su melena sobre el hombro estirándose sobre sus ya de por sí altísimos tacones mientras paseaba la mirada de un lado a otro hasta encontrar algo que captó su atención.

—Tarsis está haciendo un fantástico trabajo para llamar la atención —comentó observando el despliegue del dios.

Él siguió la dirección de su mirada.

—Su determinación solamente es superada por su odio. Y parece haber contagiado a los demás. Hace más daño con sus palabras que con sus actos o la falta de ellos —apreció mientras

surfeaba con la mirada sobre la marea de gente hasta dar con el grupo. Sabía que ella tenía razón, el dios no había vacilado en sacar provecho del miedo y las inseguridades de los asistentes ante el problema que se les presentaba. Sólo hacía falta una manzana podrida para infectar toda la cesta.

John había conocido los dos dioses extintos, sus caminos se habían cruzado en alguna que otra ocasión. Eidryen había sido uno de los pocos hombres justos y decentes que caminaban sobre la tierra, un dios con un poder que hacía mofa de los de muchos de sus congéneres y sin embargo, jamás lo usó en contra de otro ser vivo. Si cometió un error o traicionó a su gente de algún modo, lo pagó con creces al entregarse el mismo a la justicia definitiva, pero la chica… él la había protegido hasta el final por lo que no podía tratarse de una verdadera amenaza.

—¿Piensas que se limitará solo a eso?

No, no lo pensaba. Tarsis buscaba algo más, su presencia allí así lo demostraba, el qué, todavía no lo sabía.

—No —respondió clavando su mirada en aquel que levantaba sus sospechas.

Ella chasqueó la lengua y sacudió su larga melena.

—Tú siempre tan elocuente —rezongó y puso los ojos en blanco.

Una vez más dejó pasar su comentario.

—No entiendo a qué viene esta animosidad hacia una criatura que ha estado encerrada toda su vida. —Aquella era una pregunta que sabía necesitaba respuesta.

Y ella se encargó de dársela.

—Acabas de decirlo tú, John. La palabra clave aquí es “ha estado” —le dijo sin apartar la mirada de los miembros que ocupaban aquella sala—. La entidad que ha despertado ya no es la misma que ha dormido el Sueño de los Eternos durante los últimos siglos, la una vez conocida como El Alma Maldita dejó de existir en el mismo momento que lo hizo el dios a partir del cual fue creada y cómo debe mantenerse el equilibrio, en su lugar nació lo que todos tanto temen; el *Libre Albedrío*. Es a ese poder al que deberían temer no a la criatura que lo porta. Un poder equiparable al de nuestro querido Juez.

Se volvió hacia él con una adorable sonrisa y un brillo de anhelo nada disimulado en sus ojos.

—¿Y cuándo tiene pensado dejar su aislamiento y unirse al mundo de los vivos?

La respuesta surgió automáticamente.

—Posiblemente el mismo día en el que tú dejes de respirar —le dijo con total ironía. El Juez apenas soportaba la presencia de la mujer. Parecía increíble que hubiese existido un momento en el que fueron inseparables.

Ella puso los ojos en blanco y resopló con teatralidad.

—Algún día tendrá que dejar su obstinación a un lado y ver las cosas como son realmente.

Su gesto lo decía todo.

—Pensé que eso ya te habías encargado de enseñárselo tú hace tiempo, querida.

La mujer se quedó sin palabras, no había manera de que pudiera responder a eso, no sin entrar nuevamente en una batalla de voluntades de la que sabía no saldría inmune.

—No puedo cambiar el pasado, John.

—No. En eso tienes razón —aceptó él—. Pero puedes hacer el presente y el futuro mucho más llevadero con tu ausencia.

Ella hizo un coqueto puchero y volvió a darle la espalda poco dispuesta a dejar que arruinara el día con sus comentarios. Su mirada vagó nuevamente por la sala hasta detenerse en una de las esquinas más alejadas situada cerca de la puerta principal y envuelta en la penumbra

de las luces que se derramaban de las lámparas colocadas estratégicamente

—Vaya, esto no lo había esperado. —La curiosidad y sorpresa en su voz atrajo su atención sobre sobre el recién llegado quien parecía aguardar tranquilamente junto a la puerta.

Su ceño se hizo más y más profundo mientras lo contemplaba. Allí, con aire ausente y a pesar de ello todo un ejemplo de peligrosidad y problemas, se encontraba el Dios de las Almas.

—Parece que los equipos acaban de equilibrarse —comentó ella con una amplia sonrisa—. ¿Nos unimos a uno o permanecemos neutrales?

Su bajo gruñido de respuesta arrancó una risita a la mujer.

Seybin sentía una ligera inclinación, que rayaba la obsesión, por los desafíos. Ya fuese debido a la monotonía de su trabajo o a su vacía existencia como Señor de las Almas, encontraba cierto deleite en la lucha que suponía el conseguir salir victorioso de un desafío. Y cuanto más imposible resultaba alcanzar la meta, más disfrutaba él de retorcer las cosas. Pero su actual presencia en aquella sala obedecía a otros propósitos, no es que no estuviese interesado en aquel nuevo desafío, pero por encima de todo tenía una promesa que cumplir. Sabía que aquella panda de viejos que regían sus inmortales vidas se alzaría contra cualquiera que amenazase su liderazgo, más aún si ese alguien era él. Pero ¿qué era la vida si no una gran ruleta de apuestas?

Los cuatro Ancianos ocupaban ya su lugar en la enorme plataforma que los mantenía varios centímetros por encima del resto, había cierta ironía en ver a aquellos dioses amoldándose a las directrices humanas, tomando como modelo su estado judicial como lo indicaban las togas con puños bordados tras las que se ocultaban cuando en realidad no podía importarles menos el destino que los aguardaba. La sala estaba completamente llena, algunos movidos por la curiosidad, otros por el temor irracional, pero todos terminaron reuniéndose como un rebaño de ovejas bajo las órdenes de un experimentado pastor. Las conversaciones se confundían unas con otras, los más exaltados lanzaban acusaciones entre sí e incluso hubo algún momento en el que pareció que fuesen a llegar a las manos.

Seybin hizo un rápido recuento mental y tomó nota de los asistentes al pleno, no le gustaban las sorpresas y para que su plan diese resultado debía contar con la gente exacta y evitar las interferencias. Le sorprendió descubrir entre la multitud a dos de los Guardianes, no era muy frecuente ver a más de uno de ellos en esta clase de eventos, pero claro, no todos los días se anunciaba el fin del mundo. Su presencia podría muy bien jugar a su favor, tendría que mover los hilos con mucho cuidado.

Uno de los Ancianos, el único que llevaba la estúpida peluca blanca, bajó el mazo sobre el atril levantando un fuerte estruendo con el que intentaba aplacar las cada vez más exaltadas voces que se confundían entre los diferentes corrillos que se acusaban unos a otros.

—¡Orden! ¡Orden! —clamó y golpeó repetidamente la base con el mazo.

En lugar de calmarse, las voces aumentaron de intensidad.

—¡Ella es un peligro! —clamaba una mujer, su rostro rojo del esfuerzo.

—¡Debe ser destruida! —la secundó su compañera, algo más baja que ella y con un tono de cabello moreno.

Aquella mano ajada se cerró con más fuerza alrededor del mango.

—Sólo lo diré una vez más, quien no sea capaz de guardar silencio, que salga de la sala —ordenó con un último golpe de la maza.

El tumulto de voces se redujo hasta convertirse en un bajo murmullo. No había muchos que pudieran alardear de llevarle la contraria a uno de los Ancianos, no si querían mantener la

cabeza sobre los hombros.

—Estamos aquí para debatir sobre el reciente problema que se ha cernido sobre nosotros. Dos de los dioses primigenios han decidido continuar hacia el otro lado y con su desaparición, el Alma Maldita _quien permanecía sumida en el sueño de los eternos_, ha despertado. Pero eso es solo un hecho secundario ante lo que hoy nos ocupa ya que el ente que ha despertado a la vida ha traído consigo la unión de los dos dioses que nos han dejado, por primera vez desde que el universo se creó, el *Libre Albedrío* ha tomado forma y ostenta la voluntad del universo, así como el universo se hará eco de su voluntad.

Ante las palabras del Anciano los presentes volvieron a estallar en gritos horrorizados y se alzaron nuevas peticiones de encierro y destrucción.

—¡Orden! —volvió a clamar y golpeó con más fuerza aún la base con el mazo. En cualquier momento, saltarían los pedazos.

Chasqueó la lengua lo suficientemente alto como para atraer la atención de algunos. El grupo más cercano a su posición empezó a alejarse en cuanto descubrió su presencia, los gritos se apagaban a medida que se acercaba al estrado, los asistentes empezaron a separarse como si se tratase de las aguas de un gran océano formando un estrecho pasillo. Para cuando alcanzó los pies del módulo en el que estaban los cuatro dirigentes, se había hecho un completo silencio; Adoraba que la gente hiciera eso.

El anciano que había estado blandiendo el mazo, se levantó de la silla en la que estaba y se dirigió a él.

—¿Qué te trae ante este tribunal, Seybin?

Fijó la mirada durante un instante en el hombre, entonces la paseó sobre los otros tres. Tal parecía que tenía su total atención.

—¿Cuál es el motivo de vuestra presencia en esta asamblea, Señor de las Almas? —lo increpó otro de los Ancianos, a todas luces le molestaba su presencia allí.

Sus labios se estiraron en una irónica sonrisa, ignoró con total premeditación al hombre y se dirigió al primero que lo había interpelado.

—Diría que lamento la interrupción, pero lo cierto es que no lo hago en absoluto —confesó, no tenía caso andarse por las ramas—. A decir verdad, creo que he llegado en el momento adecuado puesto que el motivo de esta asamblea me compete a mí en su mayor parte —declaró e inmediatamente descartó cualquier posible réplica con un gesto de la mano—. La Alma Maldita está bajo mi custodia. Es mi privilegio y mi deber decidir sobre su vida o su muerte y en estos instantes la verdad es que no encuentro motivos para hacerla volar del mapa...

Un sordo murmullo se extendió entre los asistentes.

—Ella se convirtió en un peligro para todos desde el mismo instante de su despertar. —La voz de Tarsis se alzó por encima de las demás, alta y clara. Moreno y un poco más bajo que él mismo, el dios poseía un aura de malevolencia que chocaba directamente con su poder. Nunca le gustó demasiado ese mentecato y su insistencia por destruir al alma de Eidryen sólo aumentaba su disgusto hacia él. El hombre insistía en su argumento con una intensidad inusual—. El *Libre Albedrío* mora ahora en su interior, un poder demasiado inestable y peligroso para una neófita como ella.

Él lo ignoró deliberadamente mientras hacía su propio camino hacia el estrado, su mirada se encontró en cambio con la de uno de los dos guardianes; John Kelly. El hombre arqueó una de sus cejas trigueñas ante su muda pregunta, sonriendo ligeramente se volvió de nuevo hacia Tarsis.

—Ella es la misma esencia del *Libre Albedrío*, acabas de decirlo pero ¿puede tu cerebro procesar la información que eso conlleva? —espetó con una buena carga de ironía en la voz—. El libre poder de decisión del universo descansa ahora en sus manos, puedo hacerme una ligera idea de lo que eso significa, ¿puedes tú? Si ese poder quedase en libertad y sin freno… Quizás fuese divertida una demostración… Venga, va, matémosla y contemplemos como nos vamos todos a la mierda.

El hombre abrió la boca para refutar sus palabras pero volvió a cerrarla al no encontrar una respuesta adecuada. En sus ojos relució un intenso brillo de odio el cual se esfumó casi tan rápido como había venido.

Satisfecho consigo mismo se volvió ahora hacia el tribunal.

—Eso pensaba.

Uno de los Ancianos se inclinó sobre el estrado atrayendo su atención. Larios, el segundo de los Ancianos del Consejo era todo lo contrario a sus hermanos. El más joven en apariencia era también el más impulsivo a la hora de tomar decisiones, dejándose influenciar demasiado por las primeras impresiones.

—Reconozco que quieras ostentar tu autoridad sobre la Alma Maldita, Seybin —rezongó él con la suficiencia que solo da el poder—. Nadie mejor que el Señor de Las Almas para dar cuenta de esta delicada circunstancia, pero Tarsis tiene razón en sus argumentos, no veo como bajo tu protección se desvanecerá el peligro que supone para todos nosotros.

Asintió con una leve caída de la cabeza. Ancianos, siempre tan previsibles.

—No desaparece, es cierto —corroboró sus palabras mientras los recorría a todos y cada uno de ellos con la mirada—. Y por ello estoy ahora aquí en vez de sentado en mi cómoda oficina, para hacer una petición formal ante el Consejo.

Los Ancianos se miraron entre sí, finalmente fue Aristes quien le pidió que continuara con un gesto de la mano.

—El Dios de las Almas haciendo una petición formal ante el Consejo —repitió como si fuese algo difícil de creer—. ¿Qué será lo siguiente?

Su sonrisa aumentó.

—Bien, soy de la opinión que todo ser al que se le acuse de algo, tiene pleno derecho a estar presente para escuchar o recibir tales alegatos —aprovechó el inciso hecho por el Anciano para llevar la conversación hacia su terreno.

El hombre arqueó una de sus canosas cejas lo contempló con visible intriga, de los cuatro Aristes era sin duda el más peligroso de ellos, pero también el más razonable.

—Admiraría tu proceder si realmente tuvieses uno —le dijo al tiempo que se levantaba de su asiento y le invitaba con un gesto de la mano a girarse hacia la puerta—. Pero puedo apreciar una buena sugerencia, cuando la veo.

No se le escapó la ironía en la voz del Anciano pero la pasó por alto, su cálida mirada marrón dorada se volvió hacia las puertas las cuales se abrieron revelando la figura de una mujer vestida con una túnica bordada en tonos blancos y negros, el largo cabello rubio caía en ondas por su espalda y se balanceaba al compás de sus pasos. Frágil y serena, la actual dueña del *Libre Albedrío* hizo al fin su entrada.

La vio hacer un rápido barrido de la sala, sabía que aquella era la primera vez que la veía desde el interior; La última vez que estuvo en una tesitura él no le permitió traspasar las puertas. Podía imaginar lo que veía, aquella sala circular de altas paredes que terminaban soportando una cúpula de cristales de colores en la que se adivinaba la figura de una mujer portando una espada en una mano y la balanza de la justicia en la otra. En el atrio principal, tres hombres vestidos con

túnica, uno de ellos ostentando una peluca blanca, a su alrededor, abriéndose en abanico, una muchedumbre abrumada y también aterrada por su presencia, y allí frente a ella, dos seres cuyas intenciones no eran claras para ella.

Su mirada se cruzó con la de él durante un breve instante, entonces se giró sin duda atraída por la intensidad de los poderes de los guardianes. Vio el rápido intercambio que mantuvo con Uras, las dos mujeres parecían medirse la una a la otra, curiosidad por un lado e incertidumbre y temor por otro.

—Bienvenida a la *sede del consejo, Libre Albedrío.*

La potente voz masculina procedente del otro lado de la sala captó nuevamente su atención rompiendo el hechizo entre las mujeres e hizo que ella se dirigiese ahora hacia el grueso del Consejo.

—¿Entiendes el motivo de que se te haya reclamado en este momento y lugar?

Ella no dio ni un paso, su mirada deambuló por el atril deteniéndose brevemente en cada uno de los Ancianos para luego volverse hacia los dos hombres que tenía más próximos. Al encontrarse una vez con su mirada, la saludó con una ligera inclinación de cabeza. Pudo ver el reconocimiento en sus ojos y durante un instante la vio vacilar, pero se repuso nuevamente y volvió a prestar atención al hombre que acababa de dirigirse a ella.

—Entiendo que se me ha llamado a esta sala como a otros antes que a mí para someterme a una justicia que quita la vida a inocentes y deja en libertad a sus demonios.

Hubo un ahogado jadeo ante su respuesta. Él parecía ser el único en encontrarlo divertido, pese a ello se limitó a volverse hacia el tribunal y seguir adelante con sus planes mientras algunos de los asistentes empezaban ya a despotricar por las recientes palabras de la muchacha.

—Cómo se atreve… —se oyó a un hombre.

—Injuria a nuestros mayores… —clamó una mujer.

El mazo de Aristes volvió a golpear sobre la base de madera llamando la atención de los presentes.

—¡¡Orden!! ¡Orden!

Aquella fue todo lo que necesitó para poner en escena su propia obra. Girándose hacia los Ancianos, compuso su expresión más petulante y habló con su habitual displicencia.

—¿Debo entender con esta inesperada “presentación” que os habéis tomado la molestia de entrar donde nada se os ha perdido, donde no se os ha llamado, cuando nadie os ha invitado, a perturbar no sólo la paz de mi hogar, sino a robar lo que es mío?

El hombre no pudo responder pues la voz de Tarsis irrumpió una vez más en la sala.

—¡Ella no te pertenece!

Se giró hacia él con una mirada petulante.

—Está bajo mi protección, como lo ha estado desde el mismo momento en que el alma que creó su vida, se hizo carne —declaró, sus ojos llameaban con la intensidad de su poder—. Habéis sido vosotros los que habéis osado cruzar la línea…

Otro de los ancianos, aquel que hasta el momento había permanecido en silencio se incorporó de su asiento.

—Te pido disculpas por haber procedido de tal manera, Seybin, pero la gravedad de los hechos exigían rapidez —intervino Orest, su voz calmada al igual que sus maneras.

Él sonrió con ironía.

—¿Gravedad de los hechos? ¿Consideras un acto de gravedad el despertar de esta niña? —Su tono bajó varias octavas y vibraba con inhumano poder—. Os habéis extralimitado, Ancianos, nadie entra en mis dominios y se va de rositas.

Aristes decidió dejar entonces su lugar, rodeó el atrio y descendió lentamente los tres escalones que lo separaban de los asistentes a aquella charada. El Anciano era realmente alto y bajo aquella túnica podía distinguirse un cuerpo joven y musculoso, en total contraste con la edad reflejada en su semblante.

—Me disculpo por nuestros métodos, Señor de las Almas. —Le ofreció una disculpa y finalmente se volvió para mirar a la muchacha—. Los recientes acontecimientos están más allá del poder de los aquí presentes. La Alma Maldita ha accedido a asistir a esta sesión por propia voluntad.

Ella alzó la barbilla y se volvió hacia él con un ligero asentimiento.

—Está diciendo la verdad —le confirmó ella.

Su mirada voló de nuevo hacia el hombre.

—No buscamos transgredir las leyes, Seybin, nuestra única misión es mantener el equilibrio.

Él indicó entonces a la mujer a su lado.

—Un equilibrio que se mantiene gracias a ella —le recordó, su mirada ahora fija en el Anciano—. Ella es la única clave de nuestra supervivencia. El *Libre Albedrío* ha sido puesto en el mundo por una razón, no puedes destruirla sin que eso traiga consecuencias sobre nosotros y sobre toda la humanidad.

Un bufido precedió las palabras de Tarsis.

—Un equilibrio que también puede destruirse por su causa. —Su mirada se clavó con abierta animosidad sobre la muchacha—. Como ya fueron destruidos los dioses por los que ha intercambiado su vida.

Las palabras se hundieron cual certero cuchillo en el corazón de la muchacha, el cambio en su aura hizo que su poder fluctuase notándose una leve corriente en la sala, como si alguien hubiese abierto una ventana. Ninguno de los presentes pareció ser consciente de esa vacilación de poder, a excepción de John. Su mirada se posó sobre la de la chica, podía sentir su propio poder respondiendo al de ella sin que esta hiciese nada para provocarlo.

—No tiene control sobre el *Libre Albedrío* —murmuró en voz baja. Su comentario era sólo para Uras.

—Ahora no —le respondió en el mismo tono de murmullo, su voz más tensa de lo normal —. Pero llegará el momento en que lo tenga, y cuando eso suceda… será el final de nuestro mundo.

Se volvió de golpe hacia ella.

«Qué has visto». Proyectó su pensamiento hacia ella.

«Nada concreto. Sólo ha sido una ráfaga, más sensación que visión». Sacudió la cabeza mentalmente. *«Lo que sí puedo decir con seguridad es que está fragmentada, el dolor es casi tan fuerte como la soledad que intuyo en su interior. Está herida… y no estoy segura de que sea capaz de sanar. Algo en todo esto no está bien John, temo que vaya a traer consigo un cambio que ninguno estemos dispuestos a enfrentar»*.

Volvió la mirada hacia la chica quien bajó la suya a sus manos en las cuales podía apreciarse un ligero temblor que apenas podía disimular en el resto de su cuerpo.

—Entonces sí es peligrosa —murmuró para sí.

Ella se lamió los labios.

—Tanto como podría serlo alguien como ella en su actual estado.

A Seybin no se le escapó el intercambio de los Guardianes, al igual que ellos había notado la vacilación en la muchacha, el preciso instante en que las palabras de aquella oscura sanguijuela la atravesaron e hicieron mella en ella y como el indisciplinado y joven a la par que anciano poder que ahora albergaba se revolvía inquieto, deseoso de castigar a aquel que la había herido.

—Su presencia aquí, es el motivo de que todavía estemos vivos —se apresuró a volver a recoger la pelota para mantenerla en su campo—. Pero adelante, matémosla y veamos cómo nos vamos todos a la mierda. El *Libre Albedrío* debe ser preservado pase lo que pase, no podemos permitirnos una pérdida semejante.

El Anciano asintió en respuesta.

—Hay sabiduría en las palabras del Dios de las Almas.

Le miró con ironía.

—¿Esperabas otra cosa?

Aristes ignoró su respuesta.

—No podemos permitirnos perder el control sobre tal poder y con toda seguridad, eso es lo que desencadenaría su exterminio.

La aludida arqueó una ceja ante tal declaración.

—Tienen el mal hábito de hablar de matar a alguien delante de sus propias narices, querida. Ve acostumbrándote —le dijo posando suavemente la mano sobre su hombro—. Es la naturaleza de los dioses, pisarnos unos a otros los intestinos.

Ella miró su mano y finalmente a él.

—Yo no soy una diosa.

Él puso los ojos en blanco.

—Alégrate por ello —aseguró moviéndose hacia el Anciano Larios—. Una situación espinosa, ¿uh?

El hombre entrecerró los ojos.

—¿Qué estás buscando con todo esto Seybin?

Se encogió de hombros.

—Justicia… —aseguró y echó un vistazo a toda la sala—. La única justicia que será acatada por todos sin poner peros y sin cuestionar su decisión.

Tarsis miró al dios entrecerrando los ojos.

—¿Qué sugieres?

Su mirada cayó entonces sobre la muchacha quien le dedicó una ligera inclinación de respeto; Ah, inteligencia además de hermosura, que extraña combinación.

—A la vista de los acontecimientos, solicito al Consejo que el Alma Maldita, la cual responde al nombre de Dreamara —puntualizó mirándola a ella y después a los Ancianos—, sea sometida a la Ley Universal. Que sea nuestra única y definitiva ley quien considere si es un peligro para todos nosotros o puede seguir adelante con su vida del modo que elija.

Un coro de murmullos se elevó en la sala y creció en intensidad cuando comprendieron su petición. Con satisfacción comprobó lo que sus palabras crearon entre los asistentes, Tarsis se había quedado mudo, su mirada de completo asombro alternaba de él a los Ancianos.

Aristes lo miró con la misma estupefacción que el resto de los ancianos.

—¿Estás pidiendo un *Antiquerum*? —Las palabras del guardián resumieron lo que había perseguido desde el principio.

—Estamos hablando del *Libre Albedrío* —asintió con un leve asentimiento—. Ella es

parte del universo, únicamente nuestro Juez podría encontrar la respuesta.

El Anciano buscó su mirada, tenía que darle crédito, el hombre lo conocía bastante bien.

—Su palabra y poder son Ley por derecho —le recordó Aristes—. ¿Entiendes lo que eso significa?

Asintió.

—Lo entiendo —respondió y dejó caer su voz una octava. Sabía perfectamente que lo que declarara el Juez sería como si hubiese sido ordenado por el mismísimo universo. Su palabra era la única ley a la que realmente se doblegaban los dioses, su veredicto sería el único que realmente fuera valedero para ellos. Su mirada buscó nuevamente la de la muchacha quien lo miraba como si hubiese perdido la cabeza—. Lo entiendo.

Eidryen, espero que sepas lo que estamos haciendo. Murmuró más allá de los oídos de los mortales.

Aristes lo miró fijamente durante unos instantes, como si intentase sondear en lo más profundo de su alma, entonces asintió y su mirada voló rauda hacia Tarsis.

—El Señor de las Almas ha pedido El Juicio Universal para la Alma Maldita, ¿estás de acuerdo con su petición, Tarsis?

El dios pareció vacilar al principio, él fue el que había hostigado aquella campaña en contra de la mujer y el que pidiese la intervención del *Juez Universal* parecía ir en contra de sus propios intereses. El Juez no haría otra cosa que condenar a esa estúpida mujer, al igual que había hecho con su amante. No había garantía de que saliese libre. ¿A qué estaba jugando el Señor de las Almas?

—Estoy de acuerdo —respondió finalmente.

El Anciano asintió satisfecho, volvió su mirada hacia la mujer que permanecía silenciosa entre ellos mientras otros debatían sobre su vida.

—Solamente la Ley de la misma Fuente Primigenia de la que todos venimos podría llegar a pronunciar un edicto sobre el camino que debes seguir, *Libre Albedrío* —proclamó—. El Alma Maldita será sometida al *Antiquerum*.

Alguien golpeó la maza desde el atril dando por zanjada aquella reunión, pero fue la voz de la muchacha el que lo hizo consciente del resultado de esta.

—Si tu intención era devolverme a donde me encontraste, no necesitabas hacer tal presentación, Seybin —murmuró ella con los ojos clavados en él—. Acabas de servirme en bandeja de plata a un asesino…

Negó con la cabeza.

—El Juez…

Ella no le permitió continuar.

—¡Ese hombre no es un juez! ¡Es un despiadado asesino! —clamó lo suficientemente alto para que los pequeños grupos que se habían formado a su alrededor se volviesen hacia ella con temor—. No tuvo ni la más mínima piedad con Eidryen o Elora.

Aquello era algo que no podía refutar, pero tampoco pensaba entrar en detalles.

—Ese juez, es la única maldita oportunidad que tienes de salir de una pieza de este lugar —le respondió igualando su fiereza. Por algún motivo, aquella pequeña alma siempre sacaba su lado más oscuro en su afán por protegerla y maldita fuera que iba a hacerlo ahora—. ¿Pensaste por un único instante que cualquiera de estos —señaló a los grupos de gente que todavía permanecían en la sala—, se molestarían en escuchar algo que salga de tus labios? ¿Qué perdonarían el hecho de que te conviertas en uno de los poderes más fieros del Universo cuando amenazas su existencia? Lo más seguro es que acabases por encontrarte con un cuchillo

cercenando tu bonita garganta nada más dejar esta sala, Dreamara.

Se obligó a respirar profundamente y calmarse.

—Es hora de abandonar la ingenuidad, Dreamara —continuó—. El mundo ha cambiado mientras dormías plácidamente, se ha oscurecido y recrudecido mientras tú eras protegida, aquí, sólo los fuertes sobreviven.

Ella apretó los labios pero no retrocedió ni un solo paso.

—Yo no pedí venir a este mundo, Seybin —declaró sin apartar la mirada—. Y maldita sea si tengo interés en lo que suceda en él.

Dicho eso, echó un último vistazo a su alrededor y miró a la gente que la despreciaba, a los dioses que se creían superiores a cualquier otro ser, deteniéndose sobre los dos Guardianes que la miraban con intensidad. Entonces dio media vuelta y se alejó en dirección a la puerta.

Él sonrió para sí. Prefería ver ese fuego en sus ojos, que el dolor que malamente podía esconder. Con un movimiento de su mano convocó a uno de sus subordinados. Una figura fantasmal, más niebla que carne se materializó al lado de la puerta, inclinándose ante la muchacha.

—Acompaña al *Libre Albedrío* a casa —le ordenó.

Ella se giró hacia él, lo justo para mirarle por encima del hombro.

—Mi nombre es Dryah, deja de referirte a mí como *Libre Albedrío* —le dijo ella. Entonces dio media vuelta y siguió a la fantasmal figura.

La contempló hasta que desapareció de la sala y sólo entonces se volvió hacia los dos Guardianes. La chica todavía miraba hacia la puerta por donde había salido el alma, pero la mirada de John estaba sobre él.

—Interesante manera de defender a alguien —le dijo John cuando se reunió con ellos—. ¿Y quieres que el Juez la evalúe, cuando acaba de gritar a los cuatro vientos que es un asesino? Tuviste suerte de que no decidiera sacarla yo mismo de su error y mostrarle quien es realmente el asesino.

Guardianes, pensó poniendo los ojos en blanco.

—¿Acaso puedes culparla? —le respondió—. La arrancaron de todo lo que conocía en un solo momento y la única persona responsable para ella es tu Juez.

Ahora fue el turno del Guardián de fruncir el ceño.

—Ese maldito juicio no fue fácil para nadie —gruñó—. Ni siquiera para él.

En eso tenía que estar de acuerdo con él.

—Ahorrémonos el echarnos la culpa unos a otros —concluyó—. La verdad detrás de lo ocurrido la saben pocas personas y una nutrida parte de esas ya no están entre nosotros. Y eso es con lo que me quedo. Necesito a alguien objetivo, alguien que muestre la verdad más allá de cualquier consecuencia y Shayler es lo mejor que tenemos para librar a esa niña de un destino peor que la muerte.

John se encogió de hombros y se acercó un poco más, reduciendo la distancia y manteniendo la confidencialidad ante los avizores ojos a su alrededor.

—Tu interés por ella me supera. No es tu hembra, pero a pesar de todo, es importante para ti. Me pregunto por qué.

Bufó, a veces su trabajo resultaba realmente estresante.

—Si estás esperando que diga que es como la hija que nunca tuve y jamás he deseado, pierdes el tiempo. Eso es demasiado incluso para mí. Ni yo miento tan bien. Ella es una molestia la mayoría de las veces pero hay promesas que aunque te quemes en el mismísimo infierno, estás obligado a mantener y esa criatura es una de ellas. Afrontémoslo, las mujeres han sido un

incordio desde el principio de los tiempos, incluso después de muertas —llegado a este punto, se volvió a Uras y le hizo un guiño—. No te ofendas, querida.

—No me ofendo, los hombres lo sois estando vivos —contraatacó ella, se echó el pelo por encima del hombro y se volvió coqueta a su compañero—. No olvides lo que te he dicho.

—Como si pudiera hacerlo —murmuró viéndola marchar.

—Y ahí tenemos lo peor de la especie, las que piensan, son hermosas, lo saben y tienen poder suficiente para arrancarte las pelotas o hacerte estallar en pedazos —masculló recreándose en el contoneo de las caderas de la mujer, hasta que ésta levantó una elegante mano alzando el dedo corazón sobre su hombro—. Y ésta tiene particularmente buen oído.

John se limitó a gruñir.

—¿Qué quieres de mí?

Seybin volvió a centrarse en lo que los ocupaba.

—Que le digas al juez que tiene trabajo —resumió—. Sus habilidades harán de todo esto un juicio justo, independientemente de cuál sea el resultado.

Los ojos azules del guardián lo observaron detenidamente.

—¿Y si el resultado no es el que esperas?

Seybin esbozó una enigmática sonrisa antes de volverse hacia el guerrero.

—En ese caso, todos estaremos jodidos y dará lo mismo, ¿no?

Negó con la cabeza, el hombre no estaba conforme con aquello.

—No sé qué estás tramando, Seybin, pero al Juez no le gustan las apuestas —le aseguró a modo de advertencia—. Se toma su trabajo muy en serio.

Él asintió.

—En ese caso, esperemos que de lo mejor de sí mismo.

CAPÍTULO 2

El fuerte sonido de la piedra deslizándose sobre el suelo hizo que Seybin dejase la pluma *Montblanc* nacarada con la que firmaba la pila de documentos que tenía ante él y dirigiese la mirada hacia la puerta. Dos enormes losas revestidas de madera tallada con intrincados símbolos se abrieron hasta quedar totalmente extendidas a los lados en una silenciosa invitación para la muchacha que se encontraba al otro lado. No cabía duda de su poder y de que lo esgrimía sin darse cuenta de ello. Las puertas jamás se abrían sin la expresa petición de su amo y aquí estaban ahora, doblegándose a la voluntad de una sola mujer.

De pie en el umbral, enmarcada por la penumbra que destacaba contra su falda y camiseta blanca, esperaba Dryah. Una mano de dedos largos y piel clara se alzó hacia el rostro para retirar con un hastiado movimiento los mechones desiguales que rozaban su sien. Su larga y ondulada cabellera rubia había desaparecido reemplazada por una media melena de mechones desiguales, como si hubiesen sido cortados en medio de una auténtica guerra. Su rostro una máscara sin expresión, hospedaba los ojos más azules que había en el reino inmortal; nadie tenía ese color ni ese brillo eterno y viejo que los hacía atrayentes a la par que aterradores. Pero en ellos ya no había vida, la alegría y la esperanza que viera en el pasado había desaparecido por completo reemplazada por un eterno dolor y desafío hacia el mundo que la rodeaba.

Cruzó las manos sobre el escritorio y las abrió en un gesto que la invitaba a entrar.

—Interesante corte de pelo. Te da un aspecto muy chic —aseguró contemplando a la chica con ojo crítico—. Pero la ropa lo arruina.

Con un gesto de la mano, el atuendo de la muchacha cambió a unos ajustados jeans negros y una camiseta blanca que ponía en negro *«Bad Girl»*. Sus ojos quedaron perfilados dándole más profundidad y resaltando su color azul.

—Sí, mucho mejor.

Ella apenas echó un rápido vistazo a su nuevo atuendo, reparando principalmente en las botas negras de tacón que ahora calzaban sus pies. Su mirada vagó hacia él para continuar por la estancia deteniéndose en el fuego que ardía en el hogar, las dos estanterías rebosantes de libros, las imágenes de los condenados que cubrían el techo y que descendían hasta converger en una antigua lámpara en forma de candelabro donde ardían docenas de velas eran una muestra inequívoca de dónde se encontraba; La morada del Señor de las Almas.

Penetró en la habitación con gesto vacilante, pero no se detuvo hasta encontrarse de pie al otro lado del escritorio de madera maciza que los separaba, su mirada mostraba el mismo desinterés de la suya propia.

—¿Qué has planeado hacer conmigo, Seybin? Ambos sabemos que no te tomarías tantas molestias con nadie si no hubiese una buena razón para ello.

Se limitó a sonreír mostrando unos blanquísimos y perfectos dientes.

—Mis razones están lejos de ser de tu incumbencia, es de tu vida de lo que deberías preocuparte ya que está a punto de dar un giro infernal de trescientos sesenta grados.

Ella bufó y golpeó el escritorio con la palma de la mano al tiempo que se inclinaba hacia él.

—¡Mi vida está sentenciada! Lo ha estado incluso antes de que diese comienzo toda esta

pantomima —le recordó con dolor mal disimulado—. El maldito juicio sólo es un añadido más a la catastrófica carrera de desgracias a las que me enfrento.

Hizo a un lado la apasionada declaración con un gesto de la mano. No tenía tiempo para dramatismos y tampoco le gustaban.

—El Juicio Universal puede que sea lo único que salve tu insignificante vida —comentó con absoluto desinterés—. Es precisamente ese juicio el que te permite estar aquí ahora mismo y no encerrada una vez más en esa celta, o quién sabe si enfrentándote a un destino aún peor.

Ella dejó escapar un pequeño bufido en respuesta.

—Eso será hasta que aparezca ese maldito asesino que se hace llamar a si mismo *Juez Universal* y me separe la cabeza de los hombros.

Se dio el lujo de poner los ojos en blanco mientras se inclinaba también hacia delante para encontrar su mirada.

—No me lo vas a poner fácil, ¿verdad? —Se vio obligado a aceptar.

Ella se incorporó, su mirada fija en él.

—Nadie te pidió que te erigieras en mi defensor. —Fue su tajante respuesta.

Tamborileó con los dedos la madera mientras buscaba una respuesta adecuada que darle.

—Eidryen eligió tu vida sobre la suya —le soltó sincera y fríamente—. El destino trazó el sendero que debes seguir y yo no soy quién para interponerme en su camino.

Ella dejó escapar un bufido mitad carcajada.

—Por favor, te has interpuesto en el camino del destino desde que los dioses son dioses y la rueda del tiempo gira, Seybin —le recordó, su voz cargada de amargura—. Acompañas a las almas hacia su morada final, envías a tus cazadores a recolectarlas cuando cruzan la línea que tú mismo creíste oportuno marcar. Ni dioses, ni demonios, ni humanos quedan libres de tu jurisdicción. ¿Qué te impide cumplir con ese deber conmigo? ¿No soy después de todo, también un alma?

Sus ojos claros empezaron a cambiar de color, mudando del suave tono pardo a un rojizo que podía muy bien rivalizar con el de la sangre, aquella era una señal inequívoca de que se le acababa la paciencia.

—Ahora mismo eres más que un alma, mi querida niña, eres la mismísima esencia del *Libre Albedrío* —declaró. Su voz estaba ahora bordeada por miles de voces, el poder crudo y oscuro emanaba de su cuerpo como una armadura—. Nacida del alma de un dios, liberada por la muerte de Destino, eres el *Libre Albedrío* del Universo. Tu voluntad es su palabra, tu presencia en el mundo la voluntad de los hombres, fuiste liberada de una prisión y condenada eternamente a otra de la cual no hay escapatoria posible.

Para su crédito, ella ni siquiera se movió. Estaba asustada, oh, sí, podía oler su miedo, pero no por su poder sino porque sabía que sus palabras eran ciertas y le aterraba enfrentarse a esa realidad. Sólo con eso consiguió que su temperamento descendiese lo justo para que, al volver a hablar, su voz fuese una vez más ese tono sexy y atrayente que atraía la misma esencia de su alma.

—Al liberarte de tu prisión, también se liberó él de la suya, Dreamara —continuó.

El silencio se impuso entre ellos durante un breve instante.

—Quizás debí hacer caso omiso a su petición y borrar tus recuerdos permitiéndote renacer en otra vida en el mundo humano.

Ella pareció perder también un poco de su empuje, ya que bajó la mirada y contestó en apenas un susurro.

—Sólo conociendo el pasado se puede llegar a forjar el futuro. Eso es lo que Eidryen me enseñó —murmuró con voz monótona y acorde—. No quiero ser una cáscara vacía, sin mis recuerdos no soy nadie. No soy nada.

La sopesó con la mirada y sondeó su alma descubriendo en ella con pavoroso asombro los gritos de dolor y desesperación que habitaban en su interior, estos se mezclaban con una pequeña brizna de decisión, un ardiente sentimiento de venganza contra un mundo y unos seres que la despreciaron desde el mismo momento de su nacimiento y contra el Destino que había proclamado que se enfrentase a un camino que desconocía por completo. Su alma estaba destrozada, era un montón de fragmentos mal unidos, pegados como al azar por un chapucero en vez de un maestro artesano en su prisa por insuflar vida en una muñeca creada de barro. Maldijo interiormente y maldijo al dios que le permitió emerger de su refugio de piedra para quedar a merced de una jauría de lobos hambrientos que la destrozarían sin piedad.

Sabía que esto ocurriría, lo supo desde el momento en que Eidryen la entregó al Sueño de los Eternos sobre el lecho de piedra. Se lo advirtió, ¡por supuesto que lo hizo! Le había advertido que ella no sobreviviría, la muchacha no estaría preparada para algo así. Y ahora ella era su responsabilidad, una creada a partir de la promesa hecha al único hombre en el que quizás confió realmente alguna vez y de la que podría surgir su total destrucción.

Si sus suposiciones eran correctas y confiaba demasiado en sus instintos como para negarse a escucharlos, ni siquiera el Juicio Universal iba a detener a aquellos que querían verla destruida. Existía demasiado miedo y animosidad hacia lo ocurrido en el pasado como para que se olvidaran de esta pequeña mujer en la ecuación. Si aspiraba a cumplir con la promesa hecha a su hermano de armas, tendría que dejar que el destino siguiera su curso sin importar las consecuencias.

¿Qué es lo que hemos hecho, Eidryen?

Sus palabras hicieron eco en el éter que lo envolvía todo, pero como de costumbre no obtuvo respuesta.

—¿Qué esperas que haga ahora, Seybin? ¿Cómo pretendes que sobreviva al mismo juicio que sentenció y terminó con la vida de Eidryen? ¡Cómo esperas que me quede impasible ante su verdugo! —exclamó ella con absoluta desesperación, sus palabras lo sacaron de sus pensamientos.

—Te sugeriría que te unieras a mí, con mi experiencia y tu poder, pondríamos de rodillas a esos pomposos dioses —respondió y por un momento llegó a saborear las posibilidades de aquello—. Quizás un cambio de poder no fuera tan malo después de todo, le daríamos un poco de clase al lugar y algo que hacer a ese muchacho que ostenta la ley del Universo.

Ahora fue el turno de ella para poner los ojos en blanco. Con un suspiro la vio darle la espalda y acercarse hacia las llamas que siempre crepitaban en el hogar.

—El universo debe mantener un equilibrio —le recordó con un resoplido—. Eso fue lo primero que aprendí con mi nacimiento. Toda una ironía, si me lo preguntas, puesto que yo soy la que rompe esa regla cardinal con mi sola presencia.

—Rompías, querida —la corrigió—. Actualmente tu presencia es… algo que nadie se esperaba y temo que ni siquiera el universo sabe cómo enfrentarse a ello.

La estudió detenidamente, observando su figura de espaldas a él iluminada por las llamas del hogar. Ella era un envase frágil que contenía un gran poder, la mayoría de la gente sería todo lo que vería al mirarla, pero más allá de lo evidente, profundamente arraigado en su interior, existía una necesidad mucho mayor, un poder mucho más grande que esperaba fuese suficiente para mantenerla en pie durante la dura prueba que estaba por llegar. Esa muchacha que ahora

permanecía frente a él deseaba vivir, por mucho que se esforzase en decir lo contrario, su amor por la vida era lo único que la sostenía en medio de aquel caos de destrucción y dolor, un sentimiento sabiamente inculcado en ella por el dios del Destino.

Volvió a recostarse contra el asiento de su sillón y procedió a exponer sus términos.

—Te simplificaré las cosas, encanto —le dijo y procedió a ello—. Así que abre bien tus oídos ya que es muy simple. Éste es el regalo que Eidryen tenía reservado para ti y aunque suene a tópico, también será tu mayor maldición. Ahora mismo caminas entre dos mundos y no perteneces a ninguno de ellos. Eres el alma de un dios a la que se le otorgó vida y apariencia humana. Ni completo espíritu, ni completa mortalidad, el envase más hermoso y frágil con el mejor par de piernas que he visto en alguien vivo y que ahora alberga un poder que nunca antes tuvo forma definida; El *Libre Albedrío*. Tu voluntad será una con el universo, el camino que escojas tu destino. —Hizo un alto para dar énfasis a sus siguientes palabras—. Suena que acojona, lo sé, pero ¡*ey*! Yo no hago las reglas, sólo pongo mi grandiosa presencia para inmortalizar el momento. Esto es lo que hay, nena. Tu vida y tu destino mantendrán el equilibrio en el Universo.

Ella sacudió la cabeza, el dolor y la incertidumbre vivía en sus ojos.

—Mi destino está maldito —aseguró con desesperación.

Descartó sus palabras con un gesto de la mano.

—No gastes saliva. Ya he oído muchas veces todo eso, no sabes lo quejicas que pueden llegar a ser las almas —continuó sin darle opción a intervenir—. Sé que duele, que esta vida es una mierda, que lo que te hicieron es una enorme putada, que el infierno apesta y da la casualidad de que tú te encuentras sola en medio de todo eso. Bien, supéralo. Ése es el pan de cada uno de mis días. Estás viva, tienes una oportunidad y pondré tu culo en movimiento para que la aproveches.

Sus bruscas palabras no hicieron sino desencadenar la marea de dolor que ella había retenido a duras penas en su interior, la desesperación se resquebrajó y dejó las compuertas expuestas a las lágrimas y a la inclemencia de un destino que jamás había buscado ni esperado encontrar. Aquellas lágrimas escogieron correr por sus mejillas, incapaces de detenerse.

—No quiero tener nada que ver con el destino —jadeó ella. Se ahogaba en las lágrimas que intentaba contener y en el dolor que tomaba el control de su cuerpo y su alma—. Todo lo que encontré hasta ahora es dolor y no sé si podré soportar más del que ya padezco. ¿Es que no lo entiendes, Seybin? ¡Me estoy haciendo pedazos, no puedo con esto! ¡Duele demasiado!

Por primera vez en toda su inmortal existencia, el Dios de las Almas tuvo completo entendimiento del sufrimiento humano, del sufrimiento de un alma despojada de todo. No supo el momento exacto en que se levantó de su silla y rodeó el pesado escritorio, pero cuando notó el menudo y cálido cuerpo estremeciéndose entre sus brazos dio gracias por no sentir verdadero amor. Un dios como él jamás podría permitirse ser así de vulnerable.

—Llegará el momento en que deje de doler, pequeña Dryah —le aseguró acariciando el sedoso pelo de su cabeza, su mente recordando las últimas palabras del dios. Realmente, era aterrador que lo hubiese visto todo con tal claridad—. Y tienes que estar aquí para poder verlo por ti misma.

Permaneció largo tiempo sosteniendo a esa pequeña criatura, algo extraño incluso para él. Deslizó la mano por su pelo en un mudo intento de ayudarle a pasar por aquel trance mientras pensaba en el largo camino que tenía por delante y que sin duda se haría más y más difícil con cada paso que la acercara a su meta. El recuerdo de aquella última noche giraba en su memoria arrastrándose hasta el presente para hacerle recordar la promesa que había hecho.

—No lo entenderá, Eidryen, luchará contra ello —le había asegurado en un intento de hacerle entrar en razón—. Luchará hasta acabar por destruirse a sí misma.

El dios había negado con la cabeza.

—No. —Su rostro era una máscara de dolor y absoluta desesperación pero su decisión era firme, la tensión era palpable en cada uno de sus músculos—. Si tiene que llorar, déjala que llore, es preferible que derrame lágrimas de sangre a privarla de una vida que ni siquiera ha comenzado a vivir. Éste es su destino y haré todo lo que esté en mi poder para preservarlo. Para salvarla.

Le observó durante aquellos instantes moviéndose alrededor de la losa de piedra en la que yacía inconsciente la muchacha, sus manos alisaban vacilantes los largos rizos rubios que se esparcían por la cama confundiéndose con la túnica negra y blanca que llevaba. Le resultaba extraño que el parecido entre ambos se limitara al color de los ojos, pues mientras que el dios tenía el pelo oscuro, la pequeña figura de piel blanca, era absolutamente rubia; Y a pesar de ello era suya, nacida de su misma alma, su esencia hecha carne. No era sorprendente que la quisiese por encima de todo y todos.

—La estás condenando para poder salvarla, ¿lo sabes, verdad? —le recordó sin moverse del lugar en el que estaba, en pie a la misma entrada de la cámara.

Él asintió.

—Lo sé. —Sus dedos acariciaban el rostro de ella como si quisiera imprimirlo en su memoria—. Una dura condena. Sólo espero haber escogido bien su redención.

Cruzó los brazos sobre el pecho al tiempo que le dedicaba una inquisitiva mirada.

—¿Debo preguntar?

El dios del Destino esbozó una leve sonrisa volviéndose hacia él.

—Sólo si quieres saber la respuesta, hermano —le dijo y finalmente se volvió de nuevo hacia ella. Sus dedos acariciaron la tersa mejilla apartándole el pelo en el proceso.

Chasqueó la lengua con desencanto.

—No me lo vas a poner fácil, ¿no?

Tardó unos instantes en darle una respuesta.

—Sólo cerciórate de que la ley Universal se ponga de su parte —pidió volviéndose hacia él con toda la determinación del mundo en sus ojos—. Aunque para ello tengas que condenarla al infierno.

Sus labios se estiraron en una irónica mueca. No aprobaba su plan.

—Por supuesto, primero échala a los leones y luego pégales tiros para espantarlos —rezongó—. ¿Es ahora cuando tengo que arrancarme los ojos?

—Todo está en juego, Seybin —le aseguró el dios—. Inclusive, el porvenir del mundo. Todo en el universo mantiene un equilibrio, la presencia de Dreamara lo ha roto y ambos lo sabemos, pero cuando llegue el momento, ella será también la única que podrá restaurarlo y equilibrar la balanza. Debe ser protegida a toda costa, sin importar el precio.

Abrió la boca para replicar a eso pero volvió a cerrarla en cuanto captó el verdadero significado de todo aquello. Las palabras abandonaron su boca de forma atropellada.

—Ya has sido juzgado…

La serena mirada de aceptación que vio en el dios había quedado impresa a fuego en su retina, Eidryen sabía en todo momento cual sería el resultado de aquello y lo había preparado todo con extremo cuidado para que ella pudiese vivir, incluyendo la intrusión del Señor de las Almas en el desarrollo de los acontecimientos.

Dejó que los recuerdos se desvanecieran permitiéndose volver al presente y a la mujer que todavía lloraba en sus brazos. ¿Dejaría de doler alguna vez? Sí, llegaría el día en que dejaría de

sufrir por lo que había perdido, únicamente para entregar su propia vida en un nuevo desafío, pero para que eso sucediera era necesario que tomara las riendas de su propio destino, de lo contrario, sólo sería un cordero más al que sacrificarían sin pestañear.

Con un bajo gruñido la separó de él y le levantó el rostro. Las lágrimas bañaban su cara, tenía la nariz colorada y los ojos enrojecidos, pero era la desesperación y el vacío en ellos lo que lo preocupaba.

—Ya está bien de lágrimas —intentó no sonar demasiado contundente, algo que en él era difícil de conseguir como que vistiese de rosa. Su sola presencia lograba que un hombre adulto se meara en los pantalones—. Créeme cuando te digo que no sirven para nada, solamente harán que te salgan arrugas y acabes con la nariz como un tomate.

Ondeó la mano en el aire haciendo aparecer un pañuelo de seda negra entre sus dedos.

—Considérate mi invitada —continuó con su monólogo—, mientras veo de arreglar lo de tu… futuro alojamiento. Disfruta de un buen baño, una buena comida, un buen pol… —se detuvo antes de permitirse acabar la frase, ella frunció el ceño y ladeó la cabeza esperando a que acabara. No, ni hablar. La sola idea de ella… ¡Ni hablar! No le negaba a nadie la posibilidad de echar un buen polvo, pero la sola idea de que fuese ella la que estuviese… *argg*. Era como para quedarse ciego—. Olvídate del polvo. Terminantemente prohibido en mis dominios.

Ella puso los ojos en blanco y se apartó lentamente.

—Soy demasiado vieja para necesitar una niñera, Seybin —aseguró con media sonrisa.

Él negó con la cabeza.

—No te equivoques, Dryah, la edad del alma no tiene nada que ver con la experiencia y de eso, querida mía, careces. Eres como un infante que se enfrenta por primera vez al mundo y estamos hablando de un mundo con normas distintas a las que tú conoces. Serás tan diferente entre ellos como lo has sido entre los dioses, puede que seas parte de ambos mundos, pero el encontrar el equilibrio para caminar entre ellos depende únicamente de ti.

Ella asintió.

—Lo intentaré.

Negó con la cabeza una vez más.

—No lo intentes, hazlo. O no tendrás futuro.

Ella simplemente asintió, su mirada vagó una vez más hasta las llamas del hogar antes de dar media vuelta y marcharse con paso lento aunque más seguro que cuando entró.

—Espero que te estés retorciendo allá donde estés, hermano —musitó cuando las puertas de su despacho se cerraron tras ella—. Reza si puedes porque tu alma esté a la altura de lo que estoy a punto de lanzar sobre ella.

Seybin no daba su palabra a la ligera, pero cuando la daba, era eterna. Él iba a ser quien abriese el infierno para ella.

CAPÍTULO 3

Shayler sonrió al oírla gemir, era la cosa más dulce que había probado en toda su vacía existencia, su lengua dejó el sensible arco de las pequeñas orejas y descendió dejando una mojada huella por su cuello, mordisqueando delicadamente aquí y allá haciéndola reír. La sentía tan blanda y suave contra su duro cuerpo, una de sus largas piernas se anclaba a su cadera apretándose contra él y lo encendía aún más, su pesada erección anidada contra el suave vientre, dolorida y anhelante por introducirse profundamente en su interior. Pero antes quería saborearla, aprender de memoria su aroma y su sabor para que lo acompañara siempre.

Su boca se detuvo unos segundos en el hueco de la clavícula antes de alzar los ojos para mirarla. Era preciosa, pómulos altos, finas y arqueadas cejas de un color dorado oscuro que enfatizaban los ojos más azules que había visto jamás en una mujer brillando con diversión y ternura. Y aquella perfecta sonrisa estirando los suaves labios entreabiertos e invitantes, sonriéndole a él, demandando su atención. Descendió con hambre sobre la de ella, bebiéndola, saboreándola como si nunca pudiera tener suficiente, sus manos moldeándole la cadera, arrastrándola mientras se conducía a sí mismo entre sus piernas, listo para sumergirse en ella…

La luz se coló entonces entre las pesadas cortinas y le acarició el dormido rostro obligándole a despertar. Dejó escapar un gruñido entre quejido y gemido, alzó uno de los robustos brazos para cubrirse los ojos, los intrincados tatuajes que rodeaban su muñeca brillaban ahora a la luz del sol permitiendo apreciar unos destellos rojizos en la trama que había parecido ser totalmente negra.

—No…joder… ahora no… —masculló con somnolencia y remoloneó negándose a abandonar el húmedo sueño.

Poco a poco, los tibios rayos de sol empezaron a deslizarse desde su rostro arrastrándose hacia abajo, le acariciaron el desnudo pecho de bronceada piel mientras los músculos se tensaban y relajaban al compás de sus movimientos, la fina sábana rojo sangre caía de cualquier manera sobre su estómago deslizándose perezosamente sobre su piel. Con un bufido de mal humor, el brazo con el que se cubría el rostro pasó a servirle de almohada bajo la cabeza, parpadeó varias veces y apretó con fuerza los ojos escudándolos de la maldita luz. Tardó unos instantes en encontrar un hueco lo suficiente oscuro para poder abrirlos de nuevo sin quedarse ciego.

—Mierda, mierda, mierda… ¡Joder! —farfulló antes de dar un ponente golpe con el puño sobre el colchón—. ¿Qué demonios es tan importante que ha hecho que vengas a codearte con lo más bajo de la raza?

Un suspiro y el sonido de pasos sobre el suelo de su dormitorio confirmaron la

—Si no te conociera tan bien me preocuparía tan cálida bienvenida —escuchó la voz sedosa y profunda del recién llegado.

Apenas levantó unos centímetros la cabeza de la almohada para ver a John parado en mitad de la habitación con una expresión demasiado satisfecha en su rostro antes de alzar una ceja e indicarle con un gesto la erección que se adivinaba bajo la fina sábana. Su mirada fue del hombre a la absurda elevación que lo delataba alzando la sábana de seda a la altura de la ingle. Escupiendo un par de inteligibles maldiciones se incorporó en la cama flexionando una rodilla para ocultar la frustración de su cuerpo ante tan inesperado despertar.

—Que te jodan, John —masculló al tiempo que se pasaba la mano por el enredado pelo y la barba de varios días.

Los ojos azules del recién llegado brillaron con malicia un instante antes de que se viese obligado a saltar de la cama y caer limpiamente sobre sus pies a varios metros de la ahora humeante columna que se elevaba del quemado centro del colchón. Dejó escapar una nueva maldición y se llevó la mano a la desnuda cadera de piel bronceada mientras señalaba con el pulgar de forma desganada hacia la cama.

—Es el tercer juego de sábanas y colchón que destrozas en mi apartamento. Deberías hacer algún curso de control de ira para que te ayuden a controlar ese temperamento, hermanito —le soltó con total mordacidad. Su desnudez no era algo que le molestase en demasía mientras clavaba la mirada en la indeseada visita.

—Eres tú quién debería aprender a responsabilizarte de lo que sale de tu boca —le dijo el guardián antes de fruncir el ceño e indicarle con un movimiento de la barbilla—. ¿Cuándo fue la última vez que tu ego entró en contacto con un espejo? Pareces un vagabundo. Y ponte algo encima, Shay, por todos los infiernos, vas a conseguir que me quede ciego.

Ignorando el fastidioso comentario del hombre, cruzó la habitación hacia la cómoda, el espejo colgado en la pared le devolvió el reflejo de un joven cercano a los treinta, con una barba de varios días y el pelo castaño claro enredado y rizándose un poco más abajo de su cuello. Haciendo una mueca se pasó una mano por la tupida barba al mismo tiempo que unos pantalones vaqueros moldeaban y cubrían los firmes y duros glúteos ciñéndose perfectamente a las largas y musculosas piernas. Una vez medianamente presentable se giró para enfrentarse a la visita de su hermano.

—¿Qué tripa se le ha roto a los dioses para que te dejes caer por aquí tan intempestivamente? —preguntó un instante antes de volver a pasarse la mano por la barba y mascullar un *«tengo que afeitarme»*—. Una semana, sólo pedí siete días de vacaciones, nada puede ser tan importante para que se necesite en exclusiva mi presencia. Cualquier cosa puede esperar hasta el lunes que viene.

Dándole la espalda una vez más se dirigió hacia la puerta situada al otro lado de la habitación, la cual daba al baño. No necesitaba mirarle para saber que estaría frunciendo el ceño y sacando ya la cajetilla de cigarrillos que siempre llevaba en el bolsillo trasero del pantalón.

—Si vas a empezar a retomar los malos hábitos, haz el favor de irte a la azotea a fumar —lo previno desapareciendo ya en el baño.

Él debía ser uno de los pocos inmortales que odiaba el tabaco hasta el extremo de cortarle los huevos a cualquiera que se atreviese a encender un cigarrillo en su apartamento. A pesar de todo, ambos sabían que John no era un fumador, no desde hacía muchísimo tiempo, ahora se limitaba únicamente a sostener el cigarrillo entre los labios.

—Me temo que el Universo se irá a la mierda si tenemos que esperar hasta el próximo lunes.

Él bufó desde la otra habitación donde empezó a oírse el correr del agua.

—Ni el Apocalipsis va a estropear mis primeras vacaciones en siglos, Johnny —lo avisó.

El guardián puso los ojos en blanco.

—¿Quieres apostar?

John apretó los dientes ante el diminutivo que tan sólo su hermano se atrevería a ponerle, estaba pensando seriamente en dar media vuelta y marcharse sin decir ni una sola palabra. Todavía no entendía que demonio le había poseído para acceder a ser el portador de la absurda petición hecha en el Consejo por el Señor de las Almas.

—¿Cuánto hace que no te pasas por tu «oficina», Juez? —le preguntó mientras lo veía salir del baño y dirigirse a uno de los armarios.

Su respuesta fue un contundente bufido.

—Lo suponía —asintió y lo siguió después de que saqueara el armario y regresase al cuarto de baño. Se quedó apoyó en el marco de la puerta sin entrar mientras lo oía trastear—. ¿Recuerdas a aquella chiquilla, el alma del Dios del Destino?

Oyó un bajo siseo y luego el golpe de algo contra el mármol. Alguien no se había levantado de buen humor.

—¿Está buena? —le llegó su pregunta.

No pudo evitar poner los ojos en blanco.

—¿Y eso a qué viene?

Se asomó a la puerta para responderle.

—Si está buena hay más probabilidades que me acuerde de ella —le aseguró con un guiño.

John lo ignoró y prosiguió.

—El Consejo se ha reunido con carácter de urgencia hace unas horas y apuesto que ni siquiera te has dado cuenta del revuelo que se ha formado últimamente —le informó.

La respuesta no se hizo esperar.

—¿Ese cuarteto de vejestorios tenían algo que celebrar? ¿A quién han condenado a hacerles la pedicura en esta ocasión?

Dejó pasar el comentario del Juez. Más que un simple chiste, los venerables Ancianos habían llegado en una ocasión a imponer realmente un castigo tan absurdo. Era una lástima que en esta ocasión la infracción no fuese igual de absurda. Dejó escapar un irritado suspiro y se preparó para lo que sabía levantaría ampollas.

—¿Recuerdas el juicio de Eidryen y Elora? —le habló por encima del sonido del agua al tiempo que se cruzaba de brazos—. En aquella ocasión, no se les pasó por la cabeza ninguna sesión de pedicura.

Shayler se volvió bajo el chorro del agua caliente de la ducha, recordaba perfectamente aquel juicio así como el castigo impuesto a los dos dioses por hacer algo tan estúpido como extraer el alma de un dios y darle forma humana. El universo se había revuelto en sí mismo y el equilibro se había visto alterado.

El dios del Destino fue sentenciado junto con la diosa que inició aquella estupidez a pasar el resto de su eternidad en el limbo; Un castigo que no era para ser tomado a la ligera. Sin embargo, ambos parecían haber puesto fin recientemente a su condena al pasar al otro lado.

—No entiendo que obsesión es la que tienen esos tres viejos achacosos para tener que exigir un juicio cada vez que no pueden arreglárselas ellos solos —terminó resoplando y metiéndose bajo el chorro de agua caliente de la ducha.

Echó un vistazo hacia la puerta abierta y tiró de ella para permitir cierto grado de privacidad a aquel muchacho descarado. Ese hombre era capaz de pasearse por todo Manhattan en pelotas si con ello podía fastidiarle.

—Me alegra comprobar que no estás tan desconectado del mundo después de todo —rezongó con absoluta ironía.

Una ligera risa mezclada con el sonido del agua llegó hasta él.

—Siento romperte el corazón de esta manera hermanito —le informó desde el interior de la ducha—. En realidad, creo que nunca llegué a toparme con ella. ¿Por qué? ¿El pajarillo ha escapado de su jaula?

John arqueó una ceja ante la respuesta del hombre. A pesar de su juventud y despreocupación, el hombre que se estaba duchando en aquellos momentos era el *Juez Universal*, líder de los *Guardianes Universales* y el único que esgrimía la justicia definitiva para los de su clase.

—Shay, ¿dónde has tenido metida la cabeza las últimas doce horas? —preguntó con un borde realmente preocupado en la voz.

El Juez bufó desde la ducha.

—Tranquilo, John. Se ha despertado el *Libre Albedrío*, lo sé, lo he sentido. Como también sentí el paso de los dos dioses primordiales abandonando esta existencia para pasar a la siguiente —rezongó mientras se aseaba rápidamente—. El equilibro se mantiene, así qué, ¿cuál es el problema?

Volvió la mirada hacia la puerta entreabierta y puso los ojos en blanco. Ese hombre acabaría antes o después con él, no sabía ni por qué se preocupaba realmente, a pesar de su insistencia por coger una semana lejos de la oficina y de cualquier cosa que llevase la etiqueta «trabajo», no dejaba de ser quien era. Nunca estaría tan desconectado de las cosas como deseaba hacerles creer.

—Digamos que su paso al otro lado ha generado ciertos… problemas —resopló pensando en que sus palabras se quedaban cortas.

Un nuevo bufido llegó desde el interior del baño.

—¿Cuáles? ¿Sacar a subasta sus pertenencias? —Fue la ahogada respuesta que le llegó desde el interior del baño.

Suspiró.

—Ojalá fuera sólo eso —murmuró más para sí mismo que para él. Entonces se giró hacia la puerta y pasó a darle el informe completo—. Sería más sencillo de tratar que el hecho de que el *Libre Albedrío* haya tomado forma humana y se encuentre instalado cómodamente en el cuerpo de una mujer que no tiene el más mínimo control sobre él.

Oyó como se cerraba el grifo del agua, durante unos segundos no se escuchó otra cosa que al chico moviéndose en el interior del baño con más prisa de la que pareció tener al principio.

—Me estás vacilando, ¿verdad? —declaró asomándose a la puerta cubierto ahora por una toalla de baño que rodeaba sus caderas mientras se secaba el alborotado pelo con otra—. ¿Quién diablos es su huésped?

No dudó en entregar la respuesta.

—Aquella a la que una vez se la conoció como El Alma Maldita —le dijo.

El Alma Maldita. Así era como se la había conocido tiempo atrás, una mujer creada a partir de la esencia del Destino por la mano de la Esperanza. Eidryen la había protegido durante todo el tiempo manteniéndola apartada de los dioses y sus estúpidas disputas, incluso cuando se le comunicó la sentencia nunca se opuso al castigo, todo lo que hizo fue pedir unos momentos para encargarse de ella y se los concedió; Esa niña, y ahora recordaba que ni siquiera sabía que apariencia tenía, no despertara su interés, el juicio era solo para los dos dioses que trasgredieran las normas desestabilizando el equilibrio y cuando el Dios del Destino se ocupó de mantenerla a raya y la justicia se impuso, hasta el silencioso acuerdo al que llegó con él había pasado al olvido.

¿Y ahora era esa misma muchacha la que ostentaba uno de los poderes primigenios del universo?

—¿Me estás diciendo que el *Libre Albedrío* ha quedado libre en el mundo y que su

portadora no tiene control alguno sobre él?

El firme asentimiento del hombre frente a él fue suficiente respuesta.

—Es bueno saber que tu cerebro por fin empieza a despejarse, chico —le dijo antes de que diese media vuelta y se metiese de nuevo en el baño para terminar su aseo—. Acabo de asistir a la antesala de todos los infiernos con ella como protagonista. Han querido lincharla en la misma Sala de los Ancianos. Si lo de la hoguera y las brujas todavía estuviese en uso, la habrían calcinado ya.

Sacudió la cabeza mientras contemplaba su reflejo ante el espejo del baño antes de comenzar su afeitado.

—¿Qué ha hecho para joderlos de esa manera, babear encima de sus zapatos?

A aquellos Ancianos cualquier nimiedad les parecía siempre algo imperdonable.

—Creo que su sola presencia ha alterado a todos los Panteones, ya sabes cómo son estos dioses, les alborotas las plumas y enloquecen —le respondió desde la puerta—. Empezando por Tarsis y Seybin. Uno quiere verla muerta y juraría que el otro quiere matar al que quiere verla muerta. Ha sido el Dios de las Almas quien solicitó formalmente el *Antiquerum*.

La hoja de la cuchilla con la que comenzó a afeitarse quedó suspendida a milímetros de su piel, sus ojos se volvieron ligeramente hacia la puerta.

—¿Ha pedido El Juicio Universal? —La sorpresa en su voz no era fingida. Estaba realmente anonadado.

La respuesta de John llegó formal a sus oídos.

—Sí, Juez, lo han pedido y les ha sido concedido —asintió—. Y ahí es donde entras tú. Seybin está convencido de que eres el único capaz de llevar a cabo un juicio justo que determine si esta mujer es en realidad un peligro y debe mantenerse bajo llave o por el contrario el dulce corderito puede pasearse por donde le venga en gana sin necesidad de que nos preocupe que se acabe el mundo por su culpa.

Un mortal silencio se cernió entre ellos durante un instante, sin decir una sola palabra se giró hacia su reflejo y empezó a deslizar la hoja de la cuchilla con precisión por su rostro. Solo cuando terminó y se enjuagó permitió que sus pensamientos fuesen puestos en palabras.

—No fue suficiente condenar a dos de los de los dioses primigenios que mantienen parte importante de la balanza del universo, ahora también quieren ensañarse con una inocente —murmuró. Su voz había perdido todo rastro de diversión—. Si ella es ahora quien hospeda el *Libre Albedrío*, no pude acabarse con su vida sin destruirnos a todos.

Un suspiro llenó el vacío dejado por sus palabras.

—Por ello quieren que vuelvas a sumirla en el Sueño de los Eternos —le informó—. No se trata solo de Tarsis, algunos de los Ancianos expusieron abiertamente sus preocupaciones, si Seybin no interviniese reclamando su propiedad sobre ella y pidiese el Juicio Universal, habrían optado por encerrarla en previsión de cualquier posible peligro que ella entrañe. Yo mismo he comprobado que ella no tiene control sobre el *Libre Albedrío*, he sentido esa energía primigenia reaccionando a sus emociones como si protegiese a su portadora, pero su control es inexistente.

Se obligó a tomar una profunda bocanada de aire mientras sopesaba sus palabras.

—Estupendo… —farfulló al tiempo que se enjuagaba el rostro y se aplicaba finalmente el *aftershave*—. Eso quiere decir que ahora tengo que hacer de niñera de una «cosa» que puede muy bien acabar con el mundo con una sola orden de su voz. Ponme un delantal y llámame, *Súper Nanny*.

John puso los ojos en blanco.

—El delantal no te quedaría con los cuchillos —le dijo dejando escapar un suspiro. Volvió la mirada hacia la puerta una vez más, empezaba a pensar que no era demasiado tarde para freírlo allí mismo, quizás el chamuscarle las pelotas le enseñaría un poco de respecto.

Demonios, por mucho que lo irritara sabía que ese mocoso sería siempre el único que estaría a salvo de su ira. Eran hermanos de sangre, medio hermanos en realidad, sólo la sangre de uno de sus progenitores corría en igual espesor por sus venas y John no lo supo hasta mucho tiempo después del nacimiento del chico; Aquel era el principal motivo por el que despreciaba profundamente a aquellos que se llenaban la boca autoproclamándose los causantes de su vida. Él había aparecido en la vida de Shayler cuando este no era más que un irrespetuoso mocoso de poco más de quince años, en cierto modo él y el resto de los guardianes terminaron de criar al chico que tiempo después supieron se convertiría en el ser más poderoso del universo.

—No es una mujer corriente, hermanito —le recordó al tiempo que se preguntaba, una vez más, por qué aceptó la petición del dios de las almas para este juicio y ser el que entregase las noticias.

¿A quién pretendía engañar? Él sabía el porqué. El mensajero no habría sobrevivido a la entrega del mensaje.

—Imagino que no —respondió en voz baja, casi como si estuviese meditando todo lo descubierto hasta el momento—. ¿Cuál es la petición exacta del Consejo?

John alzó la mirada al techo antes de responder.

—En realidad… la petición que te traigo es de Seybin. —Dejó escapar un gran suspiro—. Tiene mucho interés en que nada empañe tu visión de este juicio, no quería que te vieses influenciado de una u otra manera. Teniendo en cuenta de quién viene, eso ya es extraño de por sí.

Al instante lo vio emerger del baño listo para comenzar el día. Su barba desapareció para quedar en su lugar una bien recortada perilla, el pelo todavía húmedo se le rizaba ligeramente en la frente y las orejas. Unos cómodos y gastados jeans negros se abrazaban a sus caderas y largas piernas, haciendo juego con la camiseta negra con motivos tribales en color rojo sangre que perfilaba los marcados abdominales sobre su liso vientre. Todavía descalzo volvió a la cama, cuyo colchón seguía humeando y rescató un par de botas de piel de una esquina. En conjunto, el ser más poderoso del Universo se veía como un muchacho despreocupado y atractivo pasada la treintena. Sólo la eterna aura de poder que lo envolvía como un peligroso sudario otorgaba el rastro definitivo sobre su identidad. La ley definitiva del universo. El Juez Supremo.

—Así que Seybin —comentó mientras se ponía los calcetines y las botas.

Asintió y se acercó a él.

—A mí sigue pareciéndome que en todo esto hay algo más que no puedo ver y no me gusta —confesó captando ahora por completo su atención. Sus corazonadas no eran algo que dejasen pasar por alto—. No sé lo que es pero intuyo que podría estar estrechamente relacionado con este inesperado juicio. La firme resolución de Seybin de que se llevara a cabo choca estrepitosamente con el deseo que vi en sus ojos. Casi pareció obligarse a ello.

Él arqueó una ceja ante tan enigmática declaración.

—Interesante —murmuró al tiempo que se levantaba y recogía la cazadora de piel posiblemente abandonada la noche anterior sobre una silla. Se la puso y estiró las manos, moviendo las muñecas marcadas por sendos tatuajes tribales en círculos. En un momento las marcas se oscurecieron y el color ganó intensidad, al siguiente estas ya no estaban y sus dedos se derraban alrededor de la empuñadura de dos dagas gemelas con hoja curvilínea y el cuerpo

entrelazado de dos serpientes cuyas cabezas formaban una cruz superior. Se llevó la hoja de una de ellas a la altura de los ojos para examinarla detenidamente, repitiendo la operación con la otra daga—. Muy interesante.

Aparentemente satisfecho con el estado de sus armas permitió que las dagas que constituían el símbolo del poder que ostentaba, se desvaneciesen en sus manos y los tatuajes tomasen nuevamente su lugar alrededor de las muñecas. Su mirada voló entonces a su encuentro.

—¿Y qué te dice a ti el instinto de todo esto? —preguntó sin rodeos.

Dejó escapar el aire en un resignado suspiro, aquella era una pregunta que ya se había hecho anteriormente a sí mismo.

—Que hay algo más que la simple decisión de liberar o encerrar para siempre el *Libre Albedrío* —aseguró sosteniendo su mirada—. El interés de Seybin es genuino, se doblegará a lo que decidas, pero… no puedo quitarme la sensación de que él va por delante de todos nosotros en este juego.

El Juez sacudió la cabeza como si no estuviese de acuerdo.

—La historia vuelve a repetirse —murmuró pensativo—. Pero esta vez, ella cuenta con un as en la manga del que nadie sabe.

La extraña cadencia en su voz lo hizo fruncir el ceño.

—¿Qué quieres decir?

Él sacudió la cabeza desechando sus propias palabras.

—¿Qué has sentido en ella? —preguntó llevándose las manos a los bolsillos. De pie, uno frente a otro era casi de la misma altura.

Le permitió el cambio de tema, al menos por ahora.

—Está fragmentada, hecha pedazos —le explicó recordando la sensación que tuvo al sondearla—. Todo lo que encontré en ella era dolor, tal agonía que sinceramente para mí resulta un misterio como es capaz de respirar con eso en su interior. Y hay algo más…

Los ojos azules de muchacho era un tono más claros que los suyos y cuando brillaban de expectación como en aquel momento, poseían un algo sobrenatural.

—Uras ha visto algo.

El Juez alzó una ceja.

—¿Esa zorra sigue viva? Alguien debería hacer un servicio a la comunidad y rebanarle el pescuezo —masculló con tono venenoso.

Sí, aquella era el motivo por el que prefería evitar cualquier clase de contacto o mención de esa mujer en su presencia. Con todo, no podían evitar lo que ella era, uno de los guardianes.

—Esa zorra, es El Oráculo de la Fuente —le recordó y acompañó sus palabras con un ligero encogimiento de hombros—. Y en momentos así, es útil.

Él resopló en respuesta.

—La única utilidad que tiene es en la cama y aun así, no demasiada.

Lo ignoró, no iba a meterse en la relación que hubiese existido o existiera entre ellos dos.

—No sé qué es lo que ha visto exactamente, pero no puedo quitarme la cabeza la insinuación que percibí en su voz de que las cosas no iban a ponerse bien para nosotros.

Su hermano sacudió la cabeza.

—Sabes lo que opino sobre ella y sus visiones —le dijo con fiereza—. Yo forjo mi propio destino, no estoy encadenado al de nadie.

—Lo sé —lo aplacó, no deseaba entrar en otra discusión de ese tipo—. Pero tú también tienes que ser consciente de que sus visiones siempre se cumplen…de un modo u otro, antes o

después terminan cumpliéndose.

El silencio llenó el dormitorio durante unos instantes.

—Un *Antiquerum* —murmuró mientras intentaba que aquella idea cuajase en su mente—. ¿Por qué pediría alguien que supuestamente busca su protección, una sentencia que podría condenarla eternamente?

No tenía otra respuesta para él que la obvia.

—Porque es la única oportunidad que ella tiene para que se haga verdadera justicia.

Shayler maldijo para sus adentros consciente de que aquello no era una buena idea, el juzgar a aquella muchacha, someterla a un Juicio Universal lo obligaría prácticamente a romper su promesa.

El fuego del hogar crepitó cuando dos leños cayeron sobre él esparciendo las brasas y levantando volutas de ceniza, las llamas lamieron suavemente el nuevo material rodeándolo como un amante que sería consumido antes o después por aquel calor. Seybin paseó la mirada de libro de cuentas que tenía abierto sobre el enorme escritorio al hombre que ahora removía las brasas con un atizador. El largo pelo rubio le caía por la espalda en una apretada cola, no había ni un mechón grisáceo o de cualquier otro color que estropeara esa perfecto dorado, incluso agachado como estaba, con la gastada chaqueta de cuero cubriendo sus amplios hombros y los gastados jeans azules apretándose a las firmes nalgas se hacía palpable la considerable altura y complexión del hombre. Y teniendo en cuenta que él rozaba los dos metros, el que Nyxx le diese la talla ya era de por si algo extraordinario; Más aún, lo extraño es que se permitiera darle la espalda quedándose en una posición tan vulnerable. Pero todo en aquel hombre era engañosamente letal, sus movimientos suaves y fluidos, sexys incluso, sólo eran una parte más de su oscura maldición. El aspecto descuidado y juvenil ocultaba al más letal de sus cazadores y enmascaraba la enorme cantidad de armas que portaba en ese delgado cuerpo.

El Cazador se levantó de manera perezosa, llevaba varios minutos esperando a que vertiera sobre él toda clase de acusaciones y empezaba a preocuparle que le tomase más tiempo del acostumbrado. Como su mano derecha y en cierto modo amigo, el Cazador de Almas no tenía el más mínimo reparo a la hora de hablar sin tapujos frente a él, de hecho era una de las pocas, por no decir la única persona a la que le permitía tal libertad. Lo había recogido en un momento de necesidad, aprovechándose de su estado al reclutarlo para su ejército personal, pero el chucho había sabido manejarse lo suficientemente bien como para que terminase siendo uno de sus hombres de más confianza.

—¿Esto era necesario? —Los ojos verdes del hombre se volvieron por fin hacia él. Su voz arrastraba una fuerte ronquera, como si una enorme lija le hubiese limado la garganta.

Dejó la pluma a un lado y cerró el libro de cuentas de golpe para dedicar toda su atención a la pelea que sabía se avecinaba.

—Lo era —aceptó al tiempo que se recostaba contra el respaldo de su sillón—. De hecho, lo es. Si queremos darle alguna oportunidad a esa chica, ésta es la mejor que podemos ofrecerle.

Gruñendo posó la mano derecha, cubierta por un guante de cuero sin dedos sobre la lisa madera. Su mirada verde ardía cuando se dirigió a él.

—Consideras… ¿Consideras la mejor oportunidad que se le puede ofrecer, el enviarla al mundo humano sola? ¿El desatar sobre ella al más implacable de los jueces para que decida si se la condena o se le permite vivir? ¡Por todos los infiernos, Seybin! Dale una espada que ni siquiera sabrá sostener, ponla en medio de una jauría de lobos de los que no pondrá defenderse y deséale buena suerte, ya verás lo agradecida que te estará cuando nos la devuelvan hecha

pedazos.

Asintió con cara estoica al discurso, el cazador intentaba reprimirse para no saltar por encima de la mesa y atacarle directamente. Sin duda, sería algo divertido de ver.

—¿Por qué el mundo humano? Apenas sabe nada de ese lugar, todo lo que hizo fue visitarlo con Eidryen y hace siglos desde aquello, montones y montones de siglos. Estamos en la era de la tecnología, ¿y qué haces tú? ¡La envías a Nueva York!

Él se encogió de hombros.

—Es una bonita ciudad.

El cazador bufó con aire desesperado.

—¡También la Antártida y no por eso se va la gente a vivir a un lugar inhóspito! —exclamó alzando las manos en un gesto de desesperación.

Desestimó su protesta con un gesto de la mano, en ocasiones se ponía muy melodramático.

—Vamos, vamos… —Pidió un poco de calma—. Roma no se construyó en un sólo día.

Sus ojos verdes lo taladraron.

—Pero sí fue quemada hasta los cimientos en ese espacio de tiempo.

Se llevó los dedos al puente de la nariz, empezaba a dolerle seriamente la cabeza.

—Estará perfectamente.

El cazador entrecerró los ojos.

—¿Perfectamente? ¿Cuándo has desatado al más implacable de los asesinos sobre ella? —exclamó golpeando ahora la superficie de la mesa con ambas manos.

Empezaba a tener unas inexplicables ganas de poner los ojos en blanco.

—El Juez no es un asesino, tú sí. Dadas las circunstancias es la mejor oportunidad que tenemos todos, incluida ella, de que esto se resuelva sin que estalle una guerra de tal magnitud que el *Big Ban* sea simplemente una muesca en la historia del universo —aseguró inclinándose ahora hasta cruzar las manos sobre la mesa—. Confía en mí, Nyxx, Shayler es lo único que separa a nuestra Dryah de una manada de lobos hambrientos.

El Cazador se enderezó mirándole fijamente. Le conocía muy bien, demasiado bien como para no saber que en su retorcida mente se había fraguado ya algún plan y por algún capricho del destino, uno de los seres más poderosos y letales del universo estaba implicado en ello. Con un resoplido se apartó del escritorio, le dio la espalda y caminó a paso decidido hacia la puerta.

—¿Nyxx?

El Cazador se detuvo, pero no se volvió. Sonrió para sí, ocultando la conocedora sonrisa que se había estirado por sus labios.

—Ya que obviamente vas a desobedecer mis órdenes e ir a verla, llévale un cactus, traen buena suerte —le dijo e hizo aparecer en las manos del hombre una bolsa de color rosa con corazoncitos.

No se volvió, alzó lentamente la mano derecha por encima de su hombro hasta que tuvo una perfecta y clara visión de su dedo corazón. Las carcajadas todavía resonaban en la oficina cuando el cazador de almas cerró la puerta tras él.

Aquellos atronadores sonidos procedentes de más allá de la ventana atrajeron su curiosidad como una sirena que cantaba para atraer un barco al desastre, sabía que aquella estridencia procedía de las bocinas de los coches, los vehículos que utilizaban los humanos para trasladarse de un lado a otro, cuando no utilizaban aquella otra cosa llamada metro o autobús. Era extraño ver cómo la gente se movía en grandes grupos, chocando unos con otros en su prisa por llegar a cualquiera que fuese su meta. Siempre parecían tener prisa, como si fueran incapaces de controlar el sentido del tiempo. Algunos iban cargados de bolsas con víveres, otros llevaban

maletines, e incluso los había que iban sobre unas pequeñas tablas con ruedas sorteando a la gente por las aceras. A esa hora, los distintos aromas de las cocinas de restaurantes, panaderías e incluso de la floristería situada al final de la calle, se elevaban perfumando el ambiente hasta el edificio en el que ahora tenía su hogar.

Hogar. Parecía una palabra tan extraña. A decir verdad nunca conoció realmente el significado de esa palabra, con Eidryen siempre se movían de un sitio a otro sin permanecer demasiado tiempo en un sólo lugar. A él le gustaban los humanos, la «gente» como solía llamarles, decía que eran más honestos que los dioses y que a veces incluso más peligrosos, pero aquello no evitó que tuviese amigos entre esa raza.

El aroma del pan recién hecho llegó hasta su nariz e hizo que su estómago protestara con un contundente gruñido, se le encendieron las mejillas ante la sonora protesta. Tenía hambre. La amplia cocina del conjunto de habitaciones al que Seybin llamó apartamento, estaba llena con víveres, algunos de ellos ni siquiera estaba segura de que fueran comestibles, otros en cambio, como la cesta con frutas que había encima de una pequeña encimera eran un manjar al alcance de la mano.

Echó una nueva mirada hacia la calle, sus manos temblaban ligeramente cuando las apoyó en el alfeizar de la ventana, la curiosidad se mezclaba a menudo con el temor a lo desconocido. Aquella ciudad, Nueva York, estaba densamente poblada, existía una enorme variedad de gente de distintas étnicas viviendo en más o menos armonía, gente de varias partes del mundo que llegaban en busca de trabajo o para sacar adelante una familia. Había quienes abandonaban el pueblo o la ciudad en las que se criaron para probar suerte en La Gran Manzana, como algunos la llamaban, donde esperaban encontrar fama y quizás cambiar su futuro. Y entre toda esa gente se encontraba ella. Ni diosa, ni humana, un trozo de algo que deseaba encontrar algún lugar en el que encajar, en el que sentirse parte de algo y no una extraña.

Si tan solo lo tuviese todavía a su lado para guiarla como solía hacer.

—Eidryen —susurró su nombre y envió una plegaria sin saber muy bien a dónde.

Su estómago eligió ese momento para volver a quejarse, haciendo una mueca bajó la mirada al pedazo de piel que dejaba al descubierto la camiseta negra y se alejó de la ventana cruzando el salón ricamente amueblado. Sus manos acariciaron la tapicería del sofá de tres plazas de color marrón en su recorrido hacia la puerta, todo el salón estaba decorado en tonos crema y salmón; Femenino y delicado. Una lámpara en una esquina, una librería en otra, una pequeña mesa de madera y cristal frente al sofá, la televisión en la pared justo en frente… Un hogar y al mismo tiempo, un lugar completamente extraño. Salió por la puerta y recorrió el corto pasillo hasta la cocina. La cesta con la fruta permanecía en su sitio con un apetitoso aspecto, estiró la mano y cogió una naranja. El brillante color y el penetrante aroma ácido le trajo recuerdos de otro tiempo; Recordó las risas compartidas, las bromas, los juegos y los interminables paseos en los que le mostraba el mundo y las maravillas ocultas en él. Las lágrimas empezaron a escurrirse sin remedio por sus mejillas, la conocida presión en el pecho empezó a hacerse más y más grande, si no se reponía pronto, rompería a llorar nuevamente y habiendo llorado toda la noche en su solitaria y extraña cama, era más que suficiente.

—No más lágrimas —se recordó a sí misma.

Pero decir las palabras era mucho más fácil que cumplirlas. Se limpió el rostro con el dorso de la mano pero las lágrimas continuaban fluyendo, el dolor en el pecho insistía en crecer y crecer y por segunda vez en el tiempo que llevaba en ese nuevo hogar, volvió a llorar por lo perdido y por el futuro que desconocía y al que tendría que enfrentarse sola.

CAPÍTULO 4

El expreso estaba en su punto, como a él le gustaba y sabía que eso debía agradecérselo a July, la camarera del Green Garden, la cafetería en la que se había aficionado a desayunar. Con unas bonitas vistas a Central Park, poca gente y empleados discretos, era uno de esos pocos sitios a los que acudía de vez en cuando para pasearse entre la gente. Allí nadie hacía distinciones de nadie y sobre todo, no intentaban matarse por el simple hecho de nacer distinto. A veces estaba bien poder pasar por un hombre común y corriente sin el peso que añadía ser quien era. Sonrió a la camarera y pensó en aquella otra muchacha a la que no conocía y por la cual había hecho una promesa al dios del destino.

—Maldición —masculló—. Cómo voy a llevar adelante el maldito juicio cuando he prometido velar por su seguridad.

No era como si pudiera hacer trampas, nada más verla lo sabría, sabría si era inocente o culpable y entonces su promesa se iría al infierno. Las palabras del Dios estaban impresas en su mente.

«Ella ya carga con el peso de mis pecados, no necesita cargar con los de nadie más. Sólo es una niña inocente inmersa en una guerra sin cuartel que jamás debió haber comenzado».

Eidryen lo había mirado entonces de una forma extraña.

«Mantente cerca de ella, Juez, hallarás aquello que has buscado durante tanto tiempo».

Él no había vuelto a pensar en aquella mujer hasta ahora, más aún, jamás sintió deseo de ver aquello por lo que había dado su palabra. Ella sólo sería un vivo recordatorio de lo que se vio obligado a hacer y que iba en contra de todo lo que era. Después de aquel juicio había renegado del mundo, se reveló contra su propio sino y cometió las más impensables estupideces. Una de ellas tenía nombre de mujer y lo traía por la calle de la amargura.

—Mi estupidez no conoce límites —farfulló. Se recostó contra el respaldo de la silla y perdió la mirada en el horizonte.

No hacía sino retrasar el momento de encontrarse con ella. Después de la visita de su hermano desechó la idea de coger su coche y se marchó caminando hasta terminar en la cafetería donde acostumbraba a detenerse.

Removió el café con la cucharilla antes de llevarse la taza a los labios y tomar un generoso trago. Delicioso. Sin duda era el mejor brebaje que hacían en la zona, y teniendo en cuenta su poca afición por esa bebida amarga, era decir mucho. July se le acercó trayendo el periódico bajo el brazo, una jarra de café en una mano y un platillo con dulces en la otra.

—¿Otro café «abogado»? —le dedicó una coqueta sonrisa.

Sonrió para sí. July siempre lo llamaba de esa manera después de que prácticamente la hubiese salvado del desahucio. La conoció por casualidad en aquel mismo lugar cuando comentaba su caso con la Señora Jonson, la dueña del local y le había dado unos consejos sobre cómo proceder. Al final, fue el mismo quien llevó el caso desde el bufete. Era toda una ironía que hubiese hecho la carrera de derecho en una universidad cuando era Juez por derecho propio. Desde ese momento la joven italiana se convirtió en una buena amiga, junto con Markus, el novio de esta, dos de los escasos mortales a los que apreciaba y consideraba amigos. Sin duda la eternidad acabaría distanciándolos como ya ocurrió con muchos de sus conocidos, cuando vivías más que la mayoría y no envejecías del mismo modo, conservar las amistades se hacía difícil y

también doloroso. Si bien no era un dios, dado su papel y poder, poseía la longevidad y muchos de los trucos de algunos de ellos, aunque eso no evitaba que mañana mismo pillase un resfriado. Irónico, realmente irónico.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que no me llames abogado, Juls? —bromeó utilizando el mote que le daba su chico.

Ella puso los ojos en blanco.

—¿Preferías que te llamase, señor Kelly? —le sugirió dejando un platillo con pastas delante de él—. De parte de la Señora Jonson. Dijo que un chico como tú tiene que alimentarse bien para ponerse así de grande… Y conste que lo dijo ella, yo no he tenido nada que ver.

Se echó a reír y miró más allá de la camarera a la mujer que estaba tras la barra sirviendo una porción de tarta, entonces le envió un saludo a modo de agradecimiento.

—Si sigue consintiéndome así no dejaré nunca este local —comentó con tono divertido mientras se inclinaba para mirar los dulces—. Ha descubierto mi debilidad y me está comprando.

La camarera se rio y sacudió su rizada melena, sus ojos color avellana le miraron con picardía.

—Esperemos que esa no sea tu única debilidad, cariño —le dijo riéndose.

Le dedicó un guiño.

—Te sorprendería —bromeó con ella—. ¿Qué sabes de Mark? ¿Se va a tomar esa semana de vacaciones?

Ella suspiró.

—Ojalá. Va a pasar dos días más en Ginebra, después si todo va bien volará para aquí.

Él bajó la mirada al café y luego a ella.

—Más le vale hacerlo, o me pensaré seriamente el levantarle a su chica —le dedicó un guiño que la hizo sonreír.

—Si eso hace que se decida antes a volver, soy toda tuya —se ofreció con una carcajada.

Él correspondió a su sonrisa.

—¿Y… hay boda a la vista?

El rubor cubrió sus mejillas y la alegría iluminó sus facciones.

—Tan pronto como consigamos ahorrar un poquito —asintió satisfecha—. Sabes, deberías echarte novia. Una chica dulce y bonita que sepa apreciar la maravillosa persona que eres. Estás muy solo, Shay.

Él bufó ante la recurrente respuesta.

—Ninguna mujer sería capaz de aguantarme por más de dos días, July —aseguró con inocencia—. Estaría condenada a recoger mi ropa sucia y limpiar el desastre en el que convierto a menudo mi apartamento.

Ella puso los ojos en blanco.

—Venga ya —se rio y retiró la taza ya vacía de su café—. Te traeré otro capuchino. A éste te invito yo.

Él sacudió la cabeza.

—Terminarán echándonos a los dos —le recordó con mientras continuaba con su trabajo.

Aquella era la gente que le importaba, pensó mientras recorría la terraza con la mirada, le gustaba el local, el ambiente, adoraba aquella ciudad que le había dado la bienvenida y se convirtió con el tiempo en su refugio. Allí vivían sus amigos, en cierto modo era su mundo y no permitiría que nada ni nadie los pusiera en peligro; Su para ello debía encarcelar a la portadora del *Libre Albedrío*, que así fuera.

—Adiós a mis vacaciones —resopló con profundo fastidio.

Sentada en el sofá, con una bolsa de patatas fritas sobre el regazo, observaba con expresión intensa la pareja protagonista de la película que emitían en uno de los canales que consiguió sintonizar; La escena no tenía ningún sentido para ella. Dryah observó la pantalla en la que se desarrollaba una discusión, la mujer gritaba enfurecida después de haberle girado la cara con una bofetada al pobre hombre que se deshacía en disculpas, no entendía realmente lo ocurrido entre ellos pero el llanto de ella era desgarrador. Y entonces él le apartaba el pelo del rostro, le decía que no existía nadie más para él que ella, que nunca existió engaño alguno y que todo formaba parte de un plan para separarles… Todo ello mientras caía una lluvia torrencial que los empapaba a ambos.

—No lo entiendo —murmuró al tiempo que sacudía la cabeza.

Su mirada buscó entonces el mando de la televisión para seguir con su investigación sobre el mundo humano. Se había pasado las últimas horas delante de aquella pantalla tratando de conciliar lo aprendido a lo largo de los siglos que pasó sumida en el sueño de los eternos. De algún modo, Eidryen se había encargado de prepararla para este nuevo mundo con el que sabía que se encontraría. La televisión, era el instrumento más rápido que encontró para ponerse al día, aunque la mayoría de las cosas que vio en aquella ventana al mundo no tenían sentido para ella. La confundía reconocer cada una de las imágenes, el lenguaje, las expresiones, los objetos y en cambio no haber formado parte de nada de aquello. Sabía que el manto blanco que cubría los coches, las casas y los caminos era nieve, sabía que si hundía sus dedos sería fría, helada… pero jamás lo había experimentado o visto por sí misma. Tenía el conocimiento de varios siglos en su interior pero no había vivido ni siquiera parte de un día.

Dejó la bolsa de patatas fritas sobre el sofá y se levantó, caminó hacia una de las dos ventanas que dominaban el salón dónde sus dedos se posaron con suavidad sobre el liso y frío cristal mientras su respiración los teñía con el vaho. Lo que veía más allá del cristal era un mundo totalmente nuevo para ella, un lugar que la atraía y al mismo tiempo la aterraba como nada lo había hecho nunca antes. Una de aquellas aves de plumaje grisáceo se acercó batiendo las alas hasta posarse en la repisa de la ventana para luego empezar a emitir un suave arrullo mientras se movía de un lado a otro dando cortos paseos. Se acercó más al cristal observando cómo el pájaro caminaba de aquí para allá haciendo un divertido movimiento con la cabeza, sus plumas parecían suaves y brillantes, invitadoras. Con un movimiento vacilante alcanzó la manecilla de la ventana y la giró abriéndola lentamente, su sonrisa se amplió al oír el arrullo del pájaro que seguía moviéndose en círculos por el reducido espacio.

—Hola… —murmuró al tiempo que estiraba la mano hacia la paloma, pero esta se alejó rápidamente sólo para volver a posarse cuando retiró la mano—. Ven… bonita…

La paloma pareció interesarse en los movimientos de sus dedos, con algún que otro rodeo volvió a iniciar el baile que la acercaba y alejaba y con cada nuevo avance podía verla un poco más cerca. Una repentina vibración en el aire seguida por un agudo sonido hizo que el ave alzase el vuelo y se alejase definitivamente de la ventana. Saltó casi al mismo tiempo y se golpeó con el borde. El corazón le latía a un ritmo vertiginoso, la adrenalina ya corría por sus venas mientras se frotaba con una mueca de dolor el lugar lastimado. El agudo sonido volvió a repicar por toda la habitación, seguido ahora por unos golpes y una aguda maldición en un idioma que hacía siglos si no más que no había oído.

—El timbre de la puerta —comprendió por fin. Un instante después ya estaba de pie ante la maciza puerta, mirándola con detenimiento. La madera cantaba de una forma especial, toda ella parecía vibrar plena de energía como si la envolviese un escudo protector.

Una vez más escuchó lo que pareció un gruñido procedente del otro lado, un sonido que conocía íntimamente de otra época de su vida, una en la que había sido la presa de un insistente asesino.

—No es posible… —susurró al tiempo que posaba las manos sobre aquella barrera y vacilaba ante los cierres metálicos que encontraron sus dedos. Su voz se alzó entonces por encima de la puerta—. ¿Nyxx? ¿Estás ahí fuera?

Los gruñidos al otro lado cesaron de inmediato y se hizo durante un momento un completo silencio.

—Dryah, cielo, ¿podrías ser tan amable de abrir esa jodida puerta antes de que empiece a hacerla pedazos? —oyó una malhumorada e irritada voz.

Sus ojos azules se abrieron con sorpresa, sus labios empezaron a estirarse en una esperanzada sonrisa mientras atacaba torpemente los cerrojos que mantenían la puerta en su lugar. Con cada nuevo paso que avanzaba sentía como el escudo de poder se desvanecía hasta que solo quedó un trozo de madera entre ella y el hombre que esperaba al otro lado. Un último e impaciente tirón y la puerta se abrió de golpe. Un despeinado Nyxx apareció vestido con gastados tejanos negros, una camiseta negra que prometía haber sido víctima de un cataclismo a juzgar por el polvo y las quemaduras que la marcaban. Los ojos verdes ardían en el rostro atractivo del hombre que sostenía en una de sus manos lo que parecía ser una bolsa rosa con corazones mientras se lamía la sangre de los heridos dedos de la otra.

—Hola, cariño. Te he traído un regalito —la saludó. Su voz profunda, rota pero sexy, matizada por un tono sensual que cualquier mujer se derretiría sólo de escucharlo.

Se lamió los labios con nerviosismo.

—Eres tú de verdad —sonrió sin atreverse realmente a dar un paso más.

Él la miró con esa expresión irónica que tan bien conocía.

—¿Acaso esperabas a alguien más?

Ella emitió un pequeño chillido antes de lanzarse directamente a los brazos del cazador.

—Wow.

Nyxx dejó escapar un jadeo cuando su cuerpo paró el impetuoso encuentro con la pequeña alma. La chica se había escurrido por la puerta entreabierta y se lanzó a sus brazos apretándose contra él mientras le rodeaba el cuello con tal desesperación que volvió a sentir la urgente necesidad de hacer pedazos a Seybin. El suave aroma a jazmín de la muchacha inundó su delicado olfato y lo relajó aliviando parte del nerviosismo y estrés que le supuso aporrear esa maldita puerta blindada. Reconocía una protección de su jefe cuando la veía, pero hasta el momento era la primera que no sólo no pudo desentramar, sino que lo mandó volando al otro lado del pasillo en cuanto le puso la mano encima. El ligero estremecimiento de la chica lo trajo al presente, sus manos vacilaron y se movieron nerviosas sobre ella.

—Vamos, Dryah. No me hagas esto —gimoteó él. Realmente gimoteó—. Lágrimas no, nena. Sabes que las odio.

Como respuesta a sus palabras ella empezó a sollozar con más intensidad, aumentando también su agarre sobre él. Con un suspiro entrelazó los brazos alrededor de su cintura y la levantó del suelo, cargando con ella todavía pegada a él hacia el interior del apartamento antes de volverse a medias y cerrar la puerta con el talón.

Había esperado impaciente esa reunión desde el momento en que supo que estaba despierta. Ella era demasiado cálida, demasiado tierna para que fuese abandonada sin más en un mundo tan cruel cómo podía llegar a ser el humano. La humanidad batallaba por cualquier cosa, estaba en su naturaleza la necesidad de avanzar, de aprender, de adquirir conocimiento, riquezas,

poder y la mayoría de las veces no les importaba tener que matar, extorsionar o robar para conseguir lo que querían. Dejarla sola en medio de aquella raza, como un bebé que recién empieza a dar sus pasos lejos de la mirada atenta de sus padres era un suicidio. Apretó los dientes al recordar las palabras de su jefe al respecto, ignoraba que tenía pensado el dios pero había sido implacable en su decisión. Esta vez no hubo lugar para intervención alguna, si le permitía acercarse ahora a ella sólo podía significar que aquello también entraba en la enrevesada trama de su plan.

Malditos fueran los dioses y su constante necesidad de probarse ante el mundo, pensó. Sus egos no estaban a la par de sus cuerpos, eso seguro.

Nyxx atravesó el salón y se plantó delante de ella. La había dejado en el sofá después de que el grifo de las lágrimas se hubiese cerrado por fin; No había cosa que más odiara que ver llorar a una mujer.

—Ten, bébetelo —le pidió mientras le ponía un vaso en las manos, entonces apartó lo que había sobre la mesa auxiliar y se sentó en el borde.

Ella aceptó el vaso, su mirada se quedó fija en las diminutas cicatrices que quedaban al descubierto en sus dedos.

—Tu mano no tenía esa apariencia la última vez que nos vimos.

Él no pudo evitar esbozar una sonrisa ante el tono preocupado en su voz. Había cosas que no cambiaban.

—Tu puerta y yo hemos tenido una pequeña… diferencia de opiniones —respondió levantando los dedos a la altura del rostro para luego bajar la mano—. No es nada.

Ella esbozó una tímida sonrisa.

—¿Y la puerta sobrevivió? —murmuró echando un vistazo tras ella—. ¿Qué clase de protecciones le han puesto? Creía que conocías todas las de Seybin.

No pudo evitar seguir su misma dirección con la mirada.

—Yo también —aceptó ondeando la mano haciendo a un lado la pregunta—. Tu casa es actualmente como Fort Knox, sólo que mejor. El jefe sabe lo que hace, pero se le olvida mencionárselo a los demás, algo que hubiese sido un bonito detalle.

Ahora fue el turno de ella de hacer una mueca.

—Seybin no tiene de esos.

Él sonrió ante la sinceridad de la muchacha.

—De nuevo, tú lo sabes y yo lo sé. Que no se entere él, por favor.

Ella sonrió en respuesta.

—Me alegro que estés aquí —asintió y se llevó el vaso a los labios. Sus ojos estaban enrojecidos, al igual que su nariz, pero al menos las lágrimas habían cesado.

—Y yo de que lo estés tú —aceptó mirándola con ternura. Entonces siguió su inspección por el salón—. Bonita choza la que tienes aquí.

Ella frunció el ceño.

—¿Choza?

Él asintió mientras examinaba cuidadosamente la habitación. Allí había algo extraño, algo que no coincidía con los demás patrones pero no conseguía dar con la fuente exacta.

—Casa, hogar —le explicó—. Ya sabes.

—Hogar —repitió y sus labios se alzaron en una mueca—. Supongo que sí.

Se volvió nuevamente a ella, su voz no podía ocultar el torbellino de emociones que la afectaba, incluso a distancia y protegido por su maldición, todavía sentía el malestar, la

intensidad que la desgarraba interiormente. Su mirada fue entonces hacia la bolsa rosa con corazones que descansaba a un lado.

—Seybin te envía esto —le acercó la bolsa—. Quizás pudieras ponerlo bajo sus posaderas la próxima vez que se siente.

Ella frunció el ceño aún más y cogió la bolsa que le ofrecía. Tras mirar en su interior le dedicó una curiosa sonrisa.

—¿Debo preguntar?

Él alzó ambas manos a modo de rendición.

—A mí no me mires, yo solo soy el mensajero —respondió y añadió—. No se mata al mensajero.

Sacó la planta del interior de la bolsa, un pequeño cactus y la depositó sobre la mesa.

—Gracias —aceptó mirando la planta con atención. Tenía una forma extraña, como la de un animal con grandes orejas y una flor amarilla—. Parece un conejo.

Ladeó la cabeza examinando la planta y asintió.

—Sí, la verdad es que lo parece —aceptó mirando la planta desde una distancia prudencial. Después de pasar un buen rato peleando con las protecciones de su jefe, no se fiaba ni de una pequeña planta con aspecto inofensivo.

Ella acarició la flor amarilla que coronaba una de las orejas del cactus y se volvió una vez más hacia él, quien se tomaba su tiempo en examinar la habitación. Su mirada se detuvo en la televisión todavía encendida y en la ventana abierta.

—Veo que has descubierto la utilidad de la caja tonta —comentó indicando el televisor con un gesto de la cabeza.

Ella siguió su mirada.

—¿Caja tonta? ¿No se llama televisor?

Sonrió. Por un momento olvidó que ella había estado aislada hasta hacía realmente poco.

—Sí, nena, es un televisor —asintió y cambió de dirección señalando una de las ventanas con un gesto de la barbilla—. ¿Qué te parece este nuevo mundo?

Ella se tomó su tiempo en responder.

—Ruidoso, asombroso, aterrador… y grande —empezó a enumerar—. Viejo y nuevo a la vez. Siento que lo conozco y sin embargo no sé nada de él. Sé los nombres de muchas cosas que jamás he visto, probado o experimentado.

El Cazador asintió, sabía bien lo que era que el tiempo pasara para otros pero no hubiese pasado para ti. Lo difícil que era conciliar lo visto y vivido con el nuevo mundo que se habría ante ti. Y ella se había perdido siglos y siglos de civilización. Protegida como estuvo incluso antes de eso, solo conocía los humanos por lo que había oído o visto de ellos, pero jamás se le permitió experimentarlo realmente. El tener el conocimiento, no era lo mismo que vivirlo, las sensaciones lo suponían todo. Sacudiendo la cabeza, se movió para levantarse cuando vio la bolsa medio vacía de patatas fritas en un lado del sofá.

—Dime que no has estado alimentándote con eso —pidió alcanzando la bolsa.

Ella se encogió de hombros y señaló el bol de fruta que apartó antes para poder sentarse en la mesa.

—También comí fruta —respondió a modo de disculpa. A decir verdad, todos los víveres que había en la así llamada cocina necesitaban de alguna manera de calentamiento o preparación y no estaba segura de cómo utilizar los electrodomésticos, lo único que no le había supuesto un desafío eran el bol con fruta y esas bolsas que encontró en una de las puertas al lado del frigorífico—. Me gusta la fruta.

—Y a mí un buen solomillo —le dijo con ironía. Chasqueó la lengua y se inclinó hacia delante, mirándola—. Pero hay que sacarlo de la nevera, retirarlo de la bandeja y poner la sartén para poder freír la carne… Eso, o te comes a la vaca.

El sonrojo de ella aumentó, coloreando las mejillas de un intenso y atractivo rojo. Nyxx suspiró y le indicó la puerta con un gesto de la barbilla.

—Vamos a ver que hay en esa cocina que podamos prepararte —le dijo palmeando suavemente su pierna antes de ponerse en pie—. Si te mueres de hambre, recaerá en mi conciencia y dudo que haya espacio para nada más.

Shayler jadeó como si hubiese sido golpeado como un tsunami por la oleada de emociones que se permitió tocar. Sus manos se aferraron con fuerza al borde de la pequeña mesa mientras el aire luchaba para volver a entrar en sus pulmones, un delgado hilo de sangre goteó desde su fosa nasal derecha salpicando su mano. Los nudillos se le pusieron blancos con el esfuerzo, las pupilas dilatadas y desenfocadas. Parpadeó varias veces tratando de enfocar nuevamente al tiempo que se extendía a tientas por una servilleta. ¿Cómo podía seguir viva esa criatura? Sus ojos brillaban por la amalgama de emociones que hacían eco en su interior, sus pulmones se esforzaban por retomar su función y llenarse de aire mientras intentaba hacer a un lado las emociones que no le pertenecían. Aquel profundo dolor que la rodeaba y envolvía como un capullo que habría hecho ponerse de rodillas al mismísimo diablo tal era su intensidad.

Sabía que su empatía era una de las mayores maldiciones de su condición y al mismo tiempo, su mejor carta a la hora de emitir su veredicto como juez. A menudo se había estremecido hasta el mismísimo alma al conectar con la maldad innata en alguno de sus acusados, podía sentir compasión por el trauma que hubiesen sufrido, pero ésta era la primera vez que entraba en contacto directo con el desgarrador dolor. Dolor en estado puro.

—¿Cómo puede soportarlo? —murmuró en voz alta con la mente todavía en ella.

Había decidido hacer un pequeño sondeo y sabiendo que su poder era casi gemelo al del *Libre Albedrío* no le llevó mucho hurgar en la trama del universo hasta dar con ella. Para ser sincero consigo mismo, le sorprendió encontrarla allí, en su misma ciudad pero no fue nada en comparación con lo que vino a continuación. Era un milagro que aquella hembra estuviese entera, que tuviese siquiera el valor de respirar cuando todo se hacía pedazos en su interior. Un sentimiento de comunión se cernió sobre él alcanzándolo en lo más recóndito de sí mismo, el lugar que había enterrado hacía demasiados siglos para poder sobrevivir. Él conocía el dolor, lo había padecido en carne propia, pero le maravillaba que ella pudiese soportar lo que llevaba en su interior.

Tomando una gran bocanada de aire se enderezó, la servilleta ahora manchada de su sangre se calcinó al instante entre sus dedos al tiempo que sus ojos barrían rápidamente la terraza esperando que nadie reparase en su truquito de magia.

—No puedo permitirme más retrasos —murmuró para sí y recuperó la chaqueta en el respaldo de su silla al tiempo que se ponía de pie.

Apenas había echado mano al bolsillo interior de la chaqueta en busca de su cartera cuando apareció la camarera.

—¿Ey? ¿Ya te vas? —se sorprendió July quien le traía un nuevo café.

Se puso la cazadora con un rápido movimiento y le dedicó una sonrisa que haría descongelar hasta un iceberg.

—Lo siento, cielo. Me reclama el trabajo —aseguró y dejó un par de dólares echándolos sobre la mesa—. Cóbrate el café y quédate el cambio.

Ella negó con la cabeza y recogió los dólares de la mesa.

—Que sepas que ya te queda pagado el café de toda la semana —le dijo abanicando los billetes.

Él le dedicó un guiño y se despidió.

—Sí, señora. Cuídate y dile a Mark que se mude de una buena vez.

Ella se echó a reír.

—Se lo diré, Shay, no te preocupes —sonrió con calidez—. Cuídate tú también, no trabajes demasiado.

—Lo intentaré —aceptó con una inclinación de cabeza.

Dejó el lugar con la mente puesta ya en su nuevo objetivo. Tenía un juicio que regir y cuanto antes empezara, antes podría aplacar la nueva sensación de inquietud que se había instalado en su interior tras su contacto con ella.

—Es hora de que nos conozcamos, *Libre Albedrío*.

Sintió como un escalofrío se deslizaba por su columna, un leve tanteo que la puso repentinamente nerviosa. Dryah desplazó la mirada por la cocina buscando aquella presencia pero fuese lo que fuese se había retirado tan rápidamente como llegó. Parpadeó un par de veces en un intento de centrarse una vez más, la sensación de extrañeza seguía presente pero ya no era tan palpable.

—Ey —la llamó Nyxx—. ¿Va todo bien?

Se volvió hacia él, parpadeando como si necesitara volver a centrarse en la habitación en la que estaba. Frunció el ceño, seguía incómoda, como si fuese observada.

—No lo sé. —Se estremeció sin poder evitarlo—. Tengo la sensación de que alguien me estaba buscando… y me ha encontrado.

El hombre apartó la sartén en la que había estado cocinando a un lado, apagó el hornillo de la vitro cerámica y examinó cuidadosamente la habitación en la que se encontraban.

—No noto nada extraño —comentó sin dejar de mirar a su alrededor, sondeando el apartamento con su propio poder.

Sacudió la cabeza restándole importancia, estaba demasiado nerviosa, eso era todo.

—Debí imaginármelo… empiezo a ver… como se dice… fantasmas en todos lados —le sonrió e indicó la sartén con un movimiento de la mano—. Eso sí que huele bien.

Él se tomó un momento antes de ceder a su cambio de tema y volver al plato que había cocinado. Nadie pensaría que una de las habilidades de un Cazador de Almas fuera la cocina, pero en el caso de Nyxx, así era. Tras rebuscar un poco en la nevera y los varios estantes dispersos por el mueble de la cocina, sacó los ingredientes suficientes para preparar algún plato rápido. Ella asistió a la muestra de dominio culinario desde su asiento en la mesa de la reducida cocina.

La habitación destinada a esa función no era demasiado grande, pero sí lo suficiente como para poder moverse de un lado a otro sin chocar con los muebles y paredes. Un armazón central situado a la derecha de la puerta contenía la placa de la Vitro cerámica, el refrigerador y el fregadero. El lavavajillas y la lavadora estaban incrustados en la parte de abajo, mientras el horno y el microondas ocupaban un lugar en la columna lateral del mueble. Los azulejos de un tono blanco con vetas de mármol cubrían toda la habitación, salpicados por unos mosaicos con motivos de frutas o panes. La mesa estaba rodeada por una rinconera se veía iluminada por la luz adicional del exterior, entrando desde la única ventana de la habitación; Era una habitación acogedora.

Con un rápido movimiento, terminó de saltear la tortilla de jamón, queso y setas en la sartén y la pasó rápidamente a un plato y la deslizó ante ella.

—*Bon appetit* —le deseó al tiempo que se giraba a dejar la sartén en el fregadero.

Asintió cuando le puso el plato delante, el aroma del jamón y las setas se elevaron hasta ella abriéndole el apetito. Se le hacía la boca agua, hasta ahora no se había dado cuenta de lo hambrienta que estaba. Agradecida se volvió hacia él, quien ya estaba recogiendo y lavando los utensilios que había utilizado.

—¿Crees que yo también podría aprender a hacer esto? —preguntó mirando admirada la tortilla.

Él se rio y se giró hacia ella, mirándola por encima del hombro.

—Claro que sí —aceptó con diversión—. Otra cosa, es que lo que hagas, se pueda comer.

Abrió la boca en un gesto de fingida ofensa.

—Ey, eso fue un golpe bajo, Cazador —se quejó burlona.

Él sacudió la cabeza y le señaló el plato con un gesto de la barbilla.

—Come mientras aún esté caliente.

Sonriente, tomó los cubiertos para dar inicio a su primera comida real en los últimos siglos.

Nyxx la observó disimuladamente mientras se movía por la cocina, no había dudado en coger los cubiertos y dar cuenta de la comida con unos modales exquisitos. Su mirada adquirió algo de calidez mientras disfrutaba de la tortilla, saboreando cada bocado y con todo, era consciente de que ella seguía cada uno de sus movimientos, intuía que el motivo era que no quería quedarse sola. No podía culparla, había estado sola demasiado tiempo y ahora —dejó escapar un ahogado gruñido—, un juicio pendía sobre su cabeza. Malditos fueran los dioses y sus inmortales egos.

—¿Quién le ha hecho eso a tu pelo? —le preguntó fijándose en su revuelto cabello. Se sorprendió al ver que su larga cabellera había sido sustituida por esa atrocidad—. Deberías matar a tu estilista, o aún mejor, dime quién es y te haré el favor. Nadie que le haga eso al pelo merece vivir. ¿Qué utilizó, una segadora?

Ella se metió el trocito de tortilla que había cortado en la boca y sonrió a modo de disculpa. Por su mirada supuso que estaba a punto de decir algo que la avergonzaba.

—Un cuchillo —respondió después de tragar, con una sonrisa de disculpa—. Y lo cierto, es que yo soy la única responsable.

Se limitó a poner los ojos en blanco sin hacer comentario al respecto. La tensión empezó a ser palpable cuando ninguno de ellos habló durante varios minutos. Ella volvió a concentrarse en la comida hasta dejar el plato vacío.

—Seybin me ha contado lo del Juicio —comentó al fin, no valía la pena andarse con rodeos—. Han convocado un *Antiquerum*, el mismo…

Ella lo interrumpió sin dejarle terminar.

—Que hizo que condenaran a Eidryen, lo sé —Su voz había perdido la simpatía y alegría anterior y era llana y fría—. Toda una ironía, ¿no?

—Los dioses temen todo aquello que no comprenden o no pueden controlar y siempre buscan la misma forma de solucionar las cosas —le aseguró, su voz poco más animada que la suya.

Ella estaba dispuesta a replicar pero su voz quedó ahogada cuando una repentina explosión de poder vibró a su alrededor. Alguien se había saltado las protecciones no sólo del apartamento, sino también del edificio sin ninguna sutileza.

—Parece que tenemos visita —murmuró haciendo aparecer una afilada y pesada espada en una mano, y un cuchillo en la otra.

Ella apenas oyó su respuesta, su poder reconoció instantáneamente aquella brusca huella que había derribado las defensas del edificio como si fueran de mantequilla. Sin advertencia alguna dejó los cubiertos sobre la mesa, se levantó y dribló a cazador al abandonar apresuradamente la cocina.

Él dejó escapar una sorprendida maldición y salió tras ella, siguiéndola al salón. La intensa ola de poder que concentraba la habitación en aquellos momentos casi lo pone de rodillas cuando traspasó el umbral. Uno frente a otro, como dos adversarios que miden sus fuerzas antes de entrar en combate se encontraban los dos seres más poderosos de todo el Universo: La Ley Universal y el *Libre Albedrío*.

—No. No es posible. Tú eres… —Shayler miraba incrédulo a la mujer que tenía frente a él —. ¿El *Libre Albedrío*?

Ella entrecerró los ojos, su mirada fija en la del hombre que permanecía allí en medio de su salón sin haber sido invitado. El único responsable de que perdiese todo lo que tenía, a Eidryen… y posiblemente su vida.

—Y tú mi asesino.

CAPÍTULO 5

Tardó en reaccionar, nada ni nadie podrían haberlo preparado para aquel encuentro. Intuía que iba a ser alguien especial, pero diablos, ni en sus más locos sueños Shayler pensó tenerla a ella frente a él, cara a cara mientras ambos estaban despiertos. Era sencillamente imposible. Pero era ella. ¡Por todo el universo, era ella! Los mismos brillantes ojos azules, el mismo rostro ovalado, la pequeña nariz, las diminutas pecas que sabía que espolvoreaban algo más que sus pómulos. Era ella… y al mismo tiempo se veía… distinta.

Su pelo ya no era la hermosa cascada rubia que le llegaba casi hasta casi la cintura, se lo habían cortado de una manera atroz, como a tijeretazos, quedándole ahora a nivel del cuello en desordenados mechones. Su curvilíneo cuerpo permanecía en una tensa espera, dispuesta a saltar a la primera provocación y sus ojos… Sólo había visto ternura y alegría en esos ojos y ahora se fijaban en él con profundo desprecio, odio y dolor. Un dolor tan profundo que le sorprendía que no reverberara de su piel.

Era ella. Y con todo, muy distinta.

—Tu pelo —fue lo único que se le ocurrió murmurar. Estaba atónito ante el impensable encuentro.

La vio levantando la mano para llevársela a los desiguales mechones pero se detuvo, sus ojos se oscurecieron aún más mientras volvía a bajar los brazos y dejarlos anclados a su cadera. Se vio obligado a respirar profundamente para mantener el control, su empatía podría tomar las riendas y aquella mujer que tenía frente a él vibraba como un torbellino de emociones fuera de control. Si no empezaba a dominarlas pronto se quebraría y con ella el escaso dominio que ejercía sobre la sobrecogedora esencia que la rodeaba y le daba forma. Era el *Libre Albedrío*, de eso no tenía ninguna duda, el poder se pegaba a su piel tan íntimamente que no distinguía donde empezaba uno y terminaba el otro; Eso no sería tan malo si tuviese control sobre él, pero este fluctuaba al compás de sus emociones las cuales eran un caos sin control.

—Parece que a alguien se le olvidó llamar a la puerta.

Luchó por despegar la mirada de la mujer para concentrase en el propietario de la voz rota que interrumpió sus pensamientos. Las intenciones del guerrero estaban claras pese a la postura relajada y la latente amenaza en sus ojos. Las manos apretaban la Espada de las Almas y el cuchillo cerca de sus caderas, su imponente y bien entrenado cuerpo se movía con elegante cadencia para colocarse sutilmente entre él y la chica. Cualquier movimiento imprudente de su parte sería considerado una amenaza.

Sus labios se estiraron en una irónica sonrisa. Nunca pensó que viviría para llegar a ver algo como aquello; Un Cazador de Almas protegiendo el objeto al que debería dar caza. El mundo empezaba a convertirse en un lugar cada vez más interesante.

—Relaja tu postura, lobo —le sugirió. Su mirada alternó de él a la mujer que escudaba con su cuerpo—. No estoy aquí para hacerme un abrigo con tu piel.

Él no cedió ni un sólo milímetro de su nueva posición pero relajó los hombros y permitió que una de sus armas se desvaneciera. Con gesto engañosamente relajado se llevó la mano al bolsillo mientras movía la otra, todavía cuchillo en mano, por detrás de la espalda femenina. Empezaba a costarle bastante mantener la atención sobre el cazador cuando lo que deseaba era

contemplar a aquel sueño que había cobrado vida propia ante sus ojos.

—Juez —lo saludó y atrajo una vez más su atención sobre él.

Su mirada se desplazó una vez más sobre el hombre y le dedicó una ligera inclinación de cabeza a modo de saludo. Aquella no era la primera vez que sus caminos se cruzaban.

—Es bueno saber que sigues de una pieza, cazador de almas —lo saludó y se permitió relajar también su postura. Su mirada pasó entonces a ella quien se tensó al sentirse observada—. Interesante compañía la que tienes aquí.

El cazador no apartó la mirada de él pero sintió, al igual que él mismo la cada vez más tensa respuesta de la muchacha. Ella estaba nerviosa, asustada pero también hervía de furia contenida.

—No te haces una idea —correspondió a su saludo y se permitió girarse ligeramente hacia la muchacha, sin perderle a él de vista—. Todo está bien, nena, este hombre es…

Para sorpresa de ambos, la mujer dejó su protección y dio un paso a un lado para mirarle de frente.

—El Juez Supremo Universal —siseó ella, y no podía decirse que estuviese contenta de su presencia allí—. El asesino de los dioses y sus errores.

Arqueó una ceja ante el insultante título, podía leer sus emociones igual que si estuviese leyendo un libro abierto y ella creía en cada una de las palabras que pronunció.

—Gracias, es el halago más sincero que me han hecho —le dijo sin apartar ni un solo instante la mirada de la de ella. Sus palabras parecieron molestarla pues se tensó aún más y pudo notar como apretaba los dientes.

Dryah recordaba la figura del hombre que ahora estaba ante ella, si bien era la primera vez que lo tenía tan cerca como para poder escuchar su voz y gritarle su odio a la cara, él había sido el único responsable de la muerte de Eidryen. Los ojos azules que ahora la miraban eran los mismos que atravesaron la distancia que los separaba unos instantes antes de que las puertas se cerraran, no la había visto pero supo en todo momento que ella permanecía allí, estaba segura de ello. Se le prohibió entrar en la sala cuando se leyó la sentencia a los dos dioses, ni los desesperados gritos o súplicas que profirió mientras aporreaba aquellas malditas puertas sirvieron de nada.

No podía apartar la mirada de él, ésta era la primera vez que sus caminos se cruzaban directamente, sus ojos la sondeaban como si pudieran entrar en su interior y espiar sus más íntimos pensamientos. La sorpresa que le provocó su encuentro no pasó desapercibida para ella, en cuanto puso un pie en el salón y lo vio allí examinando la habitación como si tuviese todo el derecho a invadir su espacio supo quién era él. Pero el primer encuentro de sus miradas lo que lo golpeó con fuerza, sus ojos mostraron entonces la incredulidad por lo que tenía ante sí, fue solo un segundo, un breve instante antes de que aquel apuesto rostro adquiriese de nuevo una indescifrable expresión.

Sintió un escalofrío bajándole por la espalda, el ser que tenía frente a ella emanaba tal poder que hacía que se le pusiera el vello de punta. Había peligro y una apabullante mortalidad en él que chocaba estrepitosamente con la apariencia juvenil y despreocupada que lo envolvía. Pese a todo, no podía olvidar el hecho de que ese hombre era el que había firmado la sentencia de Eidryen y la llevó hasta el final.

—No era un halago —masculló después de un momento de incómodo y tenso silencio.

Él no era el único sorprendido por su repentina frialdad, el cazador la conocía tan bien como su mentor y sabía que el dolor y la rabia que contenía su voz no era algo común en ella. Por el contrario, la mujer que él conocía era calidez, paz y paciencia.

—¿Me hago a un lado para que podáis conoceros mejor? —sugirió rompiendo el incómodo silencio entre ellos, aunque no dio ni un solo paso para alejarse de ella.

—Ya sé todo lo que tengo que saber sobre él —murmuró sin despegar los ojos del hombre que la vigilaba como si esperase que de un momento a otro se convirtiese en una bola de fuego o iniciase algún cataclismo—. Lo único que quiero es que se vaya por dónde ha venido.

La sonrisa que curvó sus labios la hizo tensarse un poco más, a pesar de que sus movimientos eran estudiadamente lentos y sus palabras medidas, su sola presencia causaba en ella una profunda desconfianza.

—Siempre me han gustado esta clase de "bienvenidas" tan cálidas —comentó él fijándose una vez más en la habitación y los muebles que había a su alrededor antes de volver a posar su mirada sobre ella—. ¿Alguien se molestó en comunicarte que han puesto precio a tu linda cabecita?

Abrió la boca dispuesta a decirle un par de cosas pero el cazador se adelantó.

—En realidad, sí —la interrumpió Nyxx. El cuchillo que todavía sostenía en una de sus manos se desvaneció en el aire dejando claro que consideraba que no existía un peligro real. Suponía que el que se lanzaran dardos envenenados por palabras no lo consideraba un riesgo—. Acabo de tener ese dudoso honor.

Vio cómo el Juez posaba su mirada sobre el cazador antes de volver de nuevo a ella. La forma en la que la miraba empezaba a ponerla más nerviosa de lo que estaba, no le gustaba esa inquisitiva vigilancia a la que la sometía.

—Interesante. Sabes que se te ha condenado a un *Antiquerum* y todavía no has dicho nada en tu propia defensa. Al contrario, me insultas. —Para su inquietud y sorpresa el hombre recorrió la distancia que los separaba y se inclinó sobre ella, encontrando su mirada—.Entiendes lo que significa un *Antiquerum*, ¿no dulzura?

Ella entrecerró los ojos y dio un discreto paso atrás para mantener su espacio personal. Él le sacaba fácilmente una cabeza aumentando la sensación de indefensión que sentía frente él y su poder.

—El Juicio Universal —murmuró entonces. Intentó que su voz sonase más alta y con la suficiente fuerza para que no pensase que la amilanaba su presencia. Sus ojos brillaban con la intensidad del poder que se revolvía en su interior en un perfecto eco de sus emociones—. El castigo más antiguo que se puede exigir ante el Consejo y por ende uno que no se realiza con demasiada frecuencia debido a su peculiar carácter de vida o muerte. Un veredicto que termina antes de empezar siquiera.

Se vio obligada a respirar profundamente para mantener la compostura cuando todo lo que deseaba era arrancarle los ojos, gritarle y maldecirle por lo que le hizo, por arrebatarle lo único que tenía en el mundo.

—Esgrimes el poder sobre la vida y la muerte, tu voz es el único decreto que necesitan los dioses para apaciguar sus sucias conciencias sin mancharse las manos —siseó incapaz de contener la rabia que sentía hacia él—. Te crees con derecho a declarar culpable a alguien y sentenciarlo a una muerte en vida sin importante que hay más allá. Tú no esgrimes la ley del universo… ¡sólo sabes de muerte!

Sus ojos brillaban con la fuerza del crudo poder y el dolor que armonizaba con su cuerpo, las lágrimas llegaron una vez más derramándose sin contenciones allí mismo, sin importarle quien las viese.

—Los sentenciaste a muerte —su voz era pura rabia, profunda desesperación. Todo su cuerpo estremeciéndose con pequeños temblores—. Me arrebataste todo lo que tenía, pero no es

suficiente, ¿quieres ahora también mi propia vida?

Ni todos los siglos pasados y venideros podrían borrar de sus almas aquel momento, ella sabía lo que arriesgaba con sus palabras, lo que conseguiría si lo enfurecía pero no pudo evitarlo. Alzó la barbilla con desafío, se limpió las lágrimas con un brusco gesto de la mano y le sostuvo la mirada en un mudo desafío que lo invitaba a terminar con su vida. Si con ello conseguía que el dolor que vivía dentro de ella se marchase, estaba dispuesta a gritarle hasta quedarse sin voz, hasta que su garganta quedase en carne viva.

Entonces vio algo en sus ojos, si no supiese que era imposible habría jurado que era orgullo lo que brilló durante un casi imperceptible momento en ellos. La necesidad de increparlo una vez más rabiaba en su interior, pero afortunadamente el cazador tenía más sentido común que ella en aquellos momentos y lo evitó.

—Dryah no empeores las cosas. —El cazador la rodeó suavemente y la obligó a dejar su reciente diana para centrarse en él—. Insultar al juez no va a ganarte puntos en tu defensa, las cosas ya no son como eran antes, pequeña, es tu vida la que está en juego así que contente.

Pero no estaba dispuesta a hacerlo, llevaba demasiado tiempo deseando decirle todas aquellas cosas a la cara al verdugo de Eidryen y aunque la matase allí mismo por su osadía, no se detendría hasta sacarlo todo.

—¡Mi vida no tiene maldito sentido gracias a él! —exclamó al tiempo que se giraba hacia el Juez mientras luchaba para que el cazador la soltase—. Me lo arrebataste todo. ¡Todo! Sentenciaste a un buen hombre por el único motivo de protegerme a mí. ¡A mí! Era mi presencia la que rompía el equilibrio, él era inocente y tú lo mataste. Si tenías que encontrar algún culpable, tenías que haber acudido a mí, no a Elora o a Eidryen, sino a mí.

Se soltó por fin de los brazos de Nyxx después de un pequeño forcejeo, su mirada reflejaba todo el dolor y el odio que vivía en su interior, el sentimiento de culpa que vivía en su interior desde el mismo momento de su nacimiento.

—Pero te los llevaste a ellos —continuó ahora un poco más calmada después de soltarlo todo—, no preguntaste, nadie me dio siquiera la oportunidad de hablar y te los llevaste.

Se lamió los labios en un intento de encontrar las palabras adecuadas, sus ojos no abandonaron los suyos en ningún momento, ya no le importaba su altura, su poderosa presencia, la prudencia se extinguió en su interior.

—Y ahora vienes a mí. Ahora que ya es demasiado tarde —clamó sosteniendo su mirada —. ¿Intentarás arrebatarme también la libertad o te limitarás a destruirme?

Su respuesta tardó en llegar y lo hizo a propósito. No dejó de estudiarla desde el preciso instante que la primera de sus acusaciones abandonó sus labios, con cada punto álgido de sus palabras y emociones el primigenio poder en su interior se elevaba en consecuencia, su propia presencia alimentaba al *Libre Albedrío* el cual crepitaba y se alzaba en busca de aquella marca de poder que reconocía por ser gemelo al suyo. Sus tumultuosas emociones eran como un inagotable combustible para su inmortal existencia, si no se dominaba y dominaba con ello su poder, iban a tener problemas, grandes problemas.

—No salvo, ni destruyo a menos que sea el último recurso, *Libre Albedrío* —le dijo en tono calmado, no había necesidad de exaltarla aún más—. Si fuera tú, no sacaría conclusiones precipitadas sobre mí.

Ella lo fulminó con la mirada.

—No me precipito en mi opinión sobre ti, me limito a los hechos.

Bueno, aquello iba a ser difícil, ella no parecía muy dispuesta a apaciguarse.

—Hechos que tú me atribuyes —la corrigió manteniendo un tono calmado, razonable—,

pero recuerda tus propias palabras. No estuviste allí para saber con absoluta seguridad si las cosas sucedieron tal y como tú las interpretas.

Ella se tensó aún más, pudo notarlo en la forma en que apretaba la mandíbula.

—Eidryen ya no está aquí, esa me parece una prueba más que suficiente —le espetó. Sus ojos adquirieron un tono mucho más claro y vibrante, el latente poder en su interior estaba tomando las riendas—. Y el único responsable eres tú, maldito seas.

Él sacudió la cabeza en una firme negativa, no estaba dispuesto a continuar con aquello ni un segundo más.

—Cesa en tus acusaciones y cálmate. —Su voz mantuvo el tono calmado, o se calmaba o tendría que ponerla a dormir y la idea ya no le seducía de la misma forma que aquella mañana—. Estás a punto de desatar un poder sobre el que no tienes control.

Su mirada le advertía que tenía aún más que decir. Mujeres.

—¿No te gusta oír la verdad, Juez? —insistió sin cambiar un ápice su actitud—. Es una lástima, porque eso será todo lo que salga de mis labios.

No pudo evitarlo, puso los ojos en blanco.

—Serías la primera mujer que lo hiciera, querida, antes o después todas caéis en las mentiras —rezongó con amargura. Su mirada cayó una vez más sobre ella y la alternó con la del cazador que parecía haber decidido asistir al intercambio de los dos en silencio—. Ahora se buena chica y respira profundamente, necesitas relajarte para que el poder que esgrimes haga lo mismo antes de que alguien salga herido. No estoy aquí para hacerte daño, así que no me obligues a ir en contra de mis principios.

Ella bufó.

—¿Qué principios puedes tener tú? —masculló al tiempo que se alejaba nuevamente de él. El dolor en su interior se alzaba como una entidad viva que la devoraba—. ¿Eso es para ti el no hacerme daño? ¿Acabarás conmigo de forma rápida y misericordia?

Con un profundo suspiro, acortó una vez más la distancia entre ambos.

—Si tengo que hacerlo, sí.

Su mirada cayó entonces sobre el cazador que parecía no estar muy cómodo con aquella situación. Un simple gesto por su parte lo obligó a mantenerse quieto, cosa que no pareció gustarle mucho.

—La realidad es muy distinta de lo que tú crees, no conoces realmente los hechos acontecidos en el pasado y el futuro se presenta como un tapiz en blanco para ti —Se detuvo a su lado, sin tocarla, ni siquiera le miró pero no importaba. Le gustaba ese suave y exótico aroma a jazmín que emanaba de ella, el *Libre Albedrío* pareció rebajar su intensidad y se acercaba a él con curiosidad, como si le reconociese pero no confiase del todo en él—. Eres, perdona la expresión, una criatura salvaje dejada en tierra de nadie con un poder capaz de consumirte a ti y a todo aquel que te rodee.

La vio girar la cabeza hacia él, sus ojos seguían llenos de dolor y desconfianza, pero la intensidad era menor, más llevadera.

—No te equivoques conmigo, pequeña. En estos momentos, yo soy todo lo que te separa de dormir eternamente en una oscura y triste prisión de piedra y un posible futuro para que llenes ese lienzo blanco con lo que desees —le dijo con tono suave, calmante, como si le hablase a un niño—. Has sido convocada a un *Antiquerum*, el Juicio Universal y el veredicto dependerá única y exclusivamente de ti y de lo que hagas.

Sumido en la irresistible atracción que su poder y aquella mujer frente a él tenían sobre él, se permitió subir la mano a su mejilla y deslizar los dedos sobre la suave y pálida piel

maravillándose al sentirla real bajo su tacto.

—Dime, *Libre Albedrío*, ¿vas a ser una buena chica y colaborarás conmigo o tendremos que hacer todo esto por las malas? —le preguntó deslizando una vez más sus dedos en un gesto inocente por su mejilla—. ¿Qué elijes, bonita?

Los ojos azules de la muchacha parecieron suavizarse, o eso fue antes de que ganasen la intensidad con las que acompañó sus palabras…y lo que vino después.

—Elijo que me quites las manos de encima.

Antes de tener tiempo siquiera a analizar la frase o el hecho de que ella cogiese la mano que todavía acariciaba su mejilla, sintió un agudo pinchazo de dolor el cual fue seguido por un sordo latido allí donde le clavó los dientes. La incredulidad batallaba con la ironía en su interior.

—Me has mordido —murmuró con incredulidad, observando las marcas rojizas y moradas de sus dientes clavadas profundamente en la piel hasta hacer sangre.

Ella escupió al suelo y se limpió la boca con la manga de la camiseta mientras el cazador la sujetaba, por si se le ocurriese volver a repetirla experiencia.

—Joder, Dryah, te dije que no volvieses a hacer eso, tus mordidas son peores que una patada en la entrepierna —la amonestó Nyxx, en su voz podía notarse una ligera empatía hacia él.

Ella se revolvió en sus brazos hasta conseguir soltarse, entonces se tomó un momento para alisarse la ropa y retirar el pelo de la cara. Su mirada se clavó de nuevo en él y Shayler realmente pensó en que su voz no podía contener más veneno.

—¿Quieres que elija? Bien, pues escucha, porque elijo mi libertad por encima de tu asqueroso juicio, Juez. —Siseó como una pequeña gata con el pelo erizado—. Así que no vuelvas a ponerme un solo dedo encima, o mis dientes no serán lo único que acabe enterrado en tu piel.

No pudo evitarlo, aquella situación era tan absurda que se echó a reír.

—¿Se les olvidó enseñarte lo que son los buenos modales, gatita? —preguntó al tiempo que se acercaba la mano para ver con estupor como una gota de sangre resbalaba por su piel—. Nena, has sacado sangre.

Ella entrecerró los ojos.

—Mis buenos modales están presentes para quienes se lo merecen —escupió—. Y tú no los mereces, asesino.

Estaba dispuesto a contestar a sus dulces palabras pero el cazador se le adelantó.

—¡Dryah, basta! —la detuvo con una brusca orden. Él observó como ella cedía ante el gruñido del hombre, sus mejillas adquirieron entonces un tibio color rosa cuando se volvió a mirarlo—. ¿Qué pasa contigo? Ese hombre es el único que puede evitar que vuelvas a esa maldita prisión en la que si vuelves a caer, esta vez no habrá retorno posible. Y eso, siendo compasivo.

Ella lo miró herida.

—¡¿Qué compasión puede haber en él si fue quien mató a Eidryen?! —exclamó estirando el brazo en su dirección.

El cazador la zarandeó, algo que no le gustó un pelo.

—¿Y qué compasión podía haber en mí cuando casi hice que te matasen? —respondió el Cazador con la misma intensidad—.Y fue mi propia mano la que lo hizo, Dryah, no la de otro.

Ella clavó los ojos en Nyxx, sus tumultuosas emociones se reflejaban en sus ojos.

—Eso fue un error —murmuró ella con voz mucho más calmada.

Él resopló.

—Un error que casi acaba con tu vida, *adelphi* —resopló él serenándose a su vez. Un profundo suspiro salió de sus labios—. Incluso los dioses cometen errores, nena y no es la primera ni será la última en la que nos veamos envueltos aquellos que sólo seguimos esas órdenes.

Ella sacudió la cabeza, su pelo voló en todas direcciones antes de fijar nuevamente la mirada sobre él.

—El Juez no sigue las órdenes de nadie, puede que desconozca muchas cosas, Nyxx, pero eso es algo que llevo grabado —masculló con un resoplido—. Él no responde a nadie.

Shayler puso los ojos en blanco y suspiró. Si ella supiese.

—Siento discrepar ante eso, querida —intervino sin dejar de examinar la mordedura que empezaba a tomar un color más oscuro sobre su piel—. Antes o después, todos debemos rendir cuentas a alguien.

El cazador reaccionó rápidamente al enlazar su brazo alrededor de la cintura de la muchacha para retenerla. Ella contuvo las ganas de gritar, podía sentirlo como si la estuviese tocando, esa chica deseaba ponerse a gritar y no la culpaba, de hecho le sorprendía que no estuviese revolcándose por el suelo en la gran pataleta de su vida con todo lo que tenía encima. Sería algo que realmente le permitiría, seguía siendo un misterio para él como conseguía mantenerse en pie.

—Nyxx, suéltame antes de que decida morderte a ti también —pidió suavemente, aunque sus ojos clavados sobre él desmentían esa calma.

El cazador no solo no la soltó si no que la obligó a mirarle a él. El hombre parecía haber superado su límite de tolerancia.

—¡No más mordiscos! —Sus ojos se estrecharon y por un momento parecieron brillar con mortal intensidad cuando alzó su mano enguantada hacia ella—. Todavía tengo las cicatrices de tus dientes en mi mano.

Ella siguió su ejemplo y entrecerró los ojos fijándolos en él.

—Perdona si eso fue lo único que se me ocurrió al ver que querías clavarme un cuchillo —siseó—. Apuñala a la chica primero y preguntémosle cuando tenga la hoja hundida hasta la empuñadura y se esté desangrando.

El cazador soltó un gruñido nada humano, se apartó de ella con obvia frustración y señaló en su dirección con un dedo. Shayler empezaba a sentir una morbosa curiosidad por la relación que unía a aquellos dos.

—Buena suerte con ella —le deseó de mal humor—. Y si aprecias en algo tu piel, mantenla lejos de sus dientes. Su compañía, a la larga, deja cicatrices más profundas que un jodido mordisco.

Nyxx no fue consciente de la automática respuesta de la muchacha, el dolor que se reflejó en sus ojos y la punzada que le atravesó el pecho con amargo arrepentimiento llegó a él con clarísima intensidad, estar tan cerca de ella empezaba a poner su empatía en serios problemas. Las inesperadas palabras la hirieron trayendo a su mente un amargo recuerdo que suponía pertenecía a otro tiempo y lugar.

—¿Ella es siempre así de… salvaje? —le preguntó al cazador, aunque su mirada seguía puesta en ella.

Los ojos azules abandonaron al cazador y se volvieron hacia él, en ellos todavía permanecía un leve rastro de lo dicho por Nyxx pero más allá de ello, brillaba un caliente desdén hacia él mismo. Suspiró interiormente pensando en lo mucho que le iba a costar cambiar esa mirada.

—Yo no soy salvaje —masculló ella, y parecía realmente avergonzada por tal apelativo.

Alzó su mano en su dirección e indicó las marcas cada vez más oscuras de sus dientes.

—Mi mano no opina lo mismo, gracias.

Su respuesta llegó bajo una fulminante mirada.

—Suficiente —clamó, su mirada fue hacia ella—. No contribuiré a verte encerrada de nuevo si puedo evitarlo, Dryah. Así que hazte a la idea de que tendrás que dialogar con él, en estos momentos es el único que puede hacer que la soga que pende sobre tu cabeza desaparezca…

Ella no dijo ni una sola palabra, se limitó a bajar la mirada y subirla solo para encontrarse con la suya. La hostilidad seguía presente en su rostro.

—Y bien, *Libre Albedrío*, ¿aceptas el desafío? —la tentó—. ¿Jugarás según mis reglas?

Tenía que admitir que incluso en actitud desafiante y desdeñosa, la muchacha era una maravilla para la vista.

—No contengas la respiración, Juez —la oyó mascullar—. Tarde o temprano alguno de los dos tendrá que rendirse y esa no seré yo.

Sin otra palabra le dedicó una última mirada fría y dolida al cazador y giró sobre sus talones para salir de la habitación. No pasó mucho tiempo antes de que ambos oyeran la puerta de la calle cerrándose con un sonoro golpe.

—Interesante actitud la suya —comentó para nadie en particular.

El cazador se pasó la mano enguantada por el pelo con gesto frustrado y caminó hacia el umbral del salón desde el que podía verse perfectamente la puerta de entrada.

—Se ha marchado —le informó él sin necesidad de moverse del sitio. Podía sentir como el *Libre Albedrío* dejaba en aquellos precisos instantes el edificio.

Nyxx se volvió hacia él, en sus ojos verdes existía la misma animosidad que vio previamente en la mujer.

—¿No me digas? Pégame un tiro y termina con mi miseria —farfulló y finalmente dejó escapar un profundo suspiro—. ¿Siempre eres tan sutil, Juez?

Su respuesta fue encogerse de hombros.

—Explícame una cosa, Nyxx ¿Cómo es que la mano derecha del Señor de las Almas le hace de niñera al antiguo alma del dios Eidryen? —No dudó en preguntarle. Desde que el momento en que puso los pies en esa habitación fue consciente de que había algo que unía a esos dos, pero sentía curiosidad por los detalles—. Es sorprendente que no le hayas clavado un cuchillo directo al corazón, tal y como ella ha sugerido.

Nyxx arqueó una ceja y muy a su pesar sonrió.

—No tan sorprendente, eso fue justamente lo que hice la primera vez que la tuve delante —confesó. Hizo una mueca al recordar la forma en que se habían conocido Dryah y él. Casi la había matado—. Más o menos. La daga le atravesó el costado, no el corazón.

Una de las trigueñas cejas del juez se arqueó al tiempo que sus labios se curvaban en una irónica sonrisa.

—Interesante forma de conocer a alguien —aseguró y se giró para mirar a su alrededor. La ventana llamó su atención por lo que caminó hacia ella.

—Es el problema de cumplir las órdenes del jefe —respondió con un simple encogimiento de hombros—. Ya lo conoces, lo lleva todo al extremo.

Él sonrió para sí, su mirada fija ahora en la calle.

—No es el único —comentó al tiempo que deslizaba la mirada por el exterior—. Es un

defecto con el que parecemos contar la mayoría.

Nyxx puso los ojos en blanco ante la despreocupada respuesta. El Juez se mostraba demasiado seguro, lo cual no lo consideraba algo malo si no fuese por el brillo de interés que vio en sus ojos mientras observaba a la muchacha; Un interés que iba más allá de la curiosidad. No se trataba de la fascinación ante un nuevo desafío, él la examinó y calibró como lo haría un depredador sopesando a una posible presa. No negó que le sorprendía la paciencia con la que condujo la situación, especialmente ante el repentino arrebato de rabia por parte de la muchacha; aquello si fue una novedad. La Dryah que él conocía no era arisca ni tenía las agallas de enfrentarse de la manera que lo hizo con alguien de la categoría y poder que ostentaba el juez. La realidad era que ella ignoraba muchas de las cosas que ocurrieron realmente en ese juicio, como la inocencia del hombre que estaba ahora junto a él. La de ellos prometía ser una interesante batalla de voluntades, solo esperaba que ella no saliese demasiado lastimada.

—Algunos más que otros —aceptó él. Su mirada encontró entonces la del otro hombre, permitiéndose dar rienda suelta a su propio poder—. Por lo que te sugeriría que tuvieses mucho más cuidado de lo usual con ella. No me gustaría verla herida, de ninguna manera.

Aquella velada amenaza atrajo la atención del juez.

—¿Te atreves a amenazarme, Cazador de Almas? —la diversión acariciaba su voz.

Se encogió de hombros con total despreocupación, pero su expresión no cambio. Hablaba muy en serio.

—Yo lo llamaría más bien, prevención —le dijo mientras se miraba la mano enguantada en cuyos dedos se notaban parte de unas profundas cicatrices—. Dryah es demasiado confiada para su buena fortuna, demasiado inocente y tierna, si entiendes lo que quiero decir.

El juez respondió con una perezosa sonrisa.

—No me pareció ninguna de esas cosas hace un minuto, Cazador.

Él correspondió a su sonrisa con una propia.

—Sí bueno, es obvio que tú sacas lo peor de todo el mundo, así que no te quejes si no es todo conejitos y arco iris. Como ya dije, la chica tiene su propia película de los hechos montada en la cabecita y te costará mucho sacarla de su error… —le aseguró—. Si quieres hacerlo, claro está.

Aquello llamó la atención del Juez.

—Si tú lo sabes, ¿por qué se lo has ocultado?

—Primero, porque acabo de enterarme, segundo —indicó la puerta por la que había salido Dryah—. Las verdades a veces duelen mucho más que las mentiras, y nadie te agradece que las digas cuando son para joderte la vida. Y la de ella está bien jodida.

Ambos estaban de acuerdo en aquello.

—Pero tampoco puedes vivir eternamente en una mentira —apuntó el Juez—. Eso tampoco sería justo para ella, ni para los que la rodean.

—Tú eres el Juez, tío, es tu trabajo, no el mío —le recordó con verdadera diversión. No envidiaba nada la tarea que le esperaba a ese hombre—.Tan sólo asegúrate de traerla a casa sana y salva.

Shayler le dio la espalda una vez más mientras observaba la calle.

—No te preocupes, Nyxx. Mantendré las manos para mí… hasta que ella me pida lo contrario.

Un amenazador gruñido emergió de su garganta.

—Ten cuidado con lo que haces, Shayler —lo previno sin risa alguna en su voz—. Para mí no sería un problema presentarte a mis dos mejores amigas y enterrártelas donde ambos sabemos

que te dolerá… más que su mordisco.

El juez se giró lentamente hacia él.

—Deja las pulgas a un lado, chico, ella estará más que a salvo en estas manos.

Nyxx entrecerró los ojos y chasqueó la lengua.

—Preferiría cortártelas, así ambos estaríamos seguros de ello.

El Juez ahogó una sonrisa y se volvió nuevamente hacia la ventana.

—Tu amo se toma muy en serio la seguridad de la muchacha, ¿huh? —comentó volviéndose por completo para examinar todo a su alrededor, desde las paredes al techo—. No sé por qué, pero tengo la sensación de que aquí hay mucho más en juego que lo que se ve a simple vista.

Nyxx permaneció callado durante unos instantes batallando en su interior con la sensación de alarma que empezaba a manar de cada uno de sus poros. La idea de dejarla al cuidado de este hombre no le gustaba demasiado, pero por otro lado, Seybin le había asegurado que el Juez era todo lo que evitaría que ella saliese lastimada y si confiaba realmente en la palabra de alguien, era en la del hijo de puta de su jefe. Solo esperaba que no estuviese equivocado.

«Háblale de ella, Nyxx».

La voz de Seybin resonó en su cabeza. Profunda y segura.

«No me obligues a utilizar tu pellejo para decorar la pared de mi oficina, chucho. Shayler debe saber a qué va a enfrentarse a partir de ahora».

Nyxx gruñó a su amo.

«¿No se supone que aquí, el juez, es todo poderoso? ¿Por qué he de ponérselo más fácil?».

«Porque te lo estoy ordenando yo, pulgas».

Nyxx le envió una colorida retahíla de insultos.

«La devorará, Seybin. Lo sé. Conozco la jodida mirada que había en su cara cuando la vio. Ella es demasiado inocente, será devorada por… su poder».

El cazador oyó como Seybin se echaba a reír.

«Me cuesta creerlo después del mordisco que le obsequió».

Nyxx refunfuñó en respuesta.

«Deja tus celos perrunos a un lado y no te mees en los sofás. No hay necesidad de que marques el territorio. Cualquiera diría que a estas alturas conocerías mejor a nuestra Dryah».

Oh, la conocía sí. Lo suficiente para saber que lucharía, llevaría esa batalla de voluntades hasta el final aunque fuese destrozada en el proceso y aquello era algo que no podía permitir.

«Debería clavarte un cuchillo en las pelotas por obligarme a hacer esto».

El eco de las carcajadas siguió a Nyxx durante un buen rato después de que el dios hubiese abandonado su mente. La mirada del cazador se enfocó en el juez quien lo observaba con una expresión de absoluta diversión. Sus labios estirados en una irónica sonrisa.

—¿Migrañas? —sugirió con voz burlona.

—Ratas —respondió esperando que el hijo de puta para el que trabajaba lo oyese también —. Ratas enormes y peludas.

Resopló. Lo que le estaba obligando a hacer el dios iba más allá de su buena disposición.

—¿Qué tanto sabes de ella, Shayler?

El aludido frunció el ceño ante la repentina pregunta. Había algo en su tono de voz que hizo que dejara definitivamente su distendido comportamiento para centrarse en lo que tenía entre manos.

—¿A qué viene la pregunta?

Nyxx lo recorrió con la mirada al tiempo que volvía sobre sus pasos desde la puerta.

—Dryah ha permanecido encerrada, aislada y alejada por completo de la humanidad durante un largo periodo. El paso del tiempo no ha significado nada para ella, ni siquiera lo notó. Seybin sólo busca darle la libertad que no ha tenido en todo ese tiempo al dejarla aquí, entre los humanos, pero este nuevo siglo es absolutamente nuevo para ella.

La preocupación empezó a bailar en aquellos ojos azules.

—¿Cómo de nuevo?

Le miró fijamente.

—Ignora lo que hay más allá de estas paredes, el mundo exterior es como una enorme jungla para ella. Tiene el conocimiento para poder valerse por sí misma, se encargaron de que así fuera, pero jamás lo ha intentado. Es como un infante que empieza a dar sus primeros pasos.

Volviendo la mirada hacia la ventana, fue Shayler el que dejó escapar un leve murmullo que muy bien podría haber sido una maldición.

—No sabe absolutamente nada de lo que hay ahí fuera, ¿y la habéis depositado en el mundo humano en pleno siglo veintiuno? Tu jefe es un gilipollas.

—Mira tú por dónde algo en lo que ambos estamos de acuerdo —le aseguró y puso los ojos en blanco para enfatizar sus palabras.

Shayler chasqueó la lengua y se volvió hacia el cazador.

—Estupendo —rezongó—. El *Libre Albedrío* suelto en la Gran Manzana. Que un gran título, solo equiparable al dolor de cabeza que supondrá.

Nyxx se encogió de hombros.

—Sólo para ti.

El juez le dedicó un leve gesto de la cabeza a modo de despedida y se desvaneció en el aire. El enorme poder que había rodeado la habitación se fue junto con él dejando nuevamente el lugar vacío. Aquel hombre era uno de los seres más poderosos de todo el universo y sabía que el poder de ella era equiparable al suyo. Esperaba que su carácter e ingenio estuviese también a la altura, o de lo contrario iba a devorarla por completo.

—Pónselo difícil, nena —susurró para sí antes de desvanecerse él mismo—. Haznos sentir orgullosos.

Apabullante sería una buena palabra para describir la sensación que la recorría ahora que abandonó la relativa seguridad que le daba su nuevo hogar, pensó Dryah. Sus pasos eran vacilantes, los nervios a flor de piel, pero en medio de todo aquello existía una gran cantidad de excitación por aquel mundo tan nuevo que se abría ante ella. Era extraño conocer el nombre de las cosas, reconocer la imagen de algo cuando aquella era la primera vez que la veía, que la tocaba.

Las aceras estaban llenas de gente que caminaba en ambas direcciones, sus ropas, sus peinados y el aspecto en general eran tan diferentes entre sí como fascinantes. Las tiendas y los escaparates se alineaban a lo largo de extensas calles llamando la atención de cualquiera que pasara a su lado. El ruido del ajetreo, del motor de los coches, los cláxones la hizo saltar en más de una ocasión, estaba sobrecogida por todo aquello, era demasiada información para poder asimilarla de una sola vez.

La falta de costumbre y el nerviosismo se moverse entre otras personas en un espacio tan abierto hizo que tropezase alguna que otra vez recibiendo toda clase de respuestas educadas o bruscas, o directamente simples miradas. Pasear por aquellas calles era como ser arrastrada por una inmensa oleada sin posibilidad de cambiar de dirección, obligada a seguir la que dictaba esa

poderosa fuerza. No debió salir de forma tan intempestiva para lanzarse a un mundo del que nada sabía, pero no podía permanecer allí mientras aquellos dos hombres discutían como si ella no tuviese ni voz ni voto. Las veladas insinuaciones eran un componente añadido a aquella locura, la sola idea de que lo que intuía fuese cierto… No. Él era el único culpable. Lo sabía. El Juez Supremo había sido el que condujo a Eidryen a aquel horrible final, nadie más que él tenía el poder de hacer algo tan cruel como el castigo que se les impuso a los dos dioses.

La habían mantenido apartada durante todo el proceso del juicio, Eidryen se había negado a que presenciara el acto y contaba con Nyxx y Seybin para que la mantuviesen a salvo hasta su regreso. Fue tan ingenua al pensar que el Juez se daría cuenta de que todo formaba parte de un error, un momento de irreflexivos celos que habían llevado a una diosa a lastimar a la persona amada y entregarle al mismo tiempo, sin entenderlo en ese momento, algo por lo que moriría sin duda. Había creído que Eidryen volvería con ella, una estúpida inocente que pensó que la bondad y justicia en aquella figura masculina que se giró hacia ella sin verla cuando las puertas del consejo se cerraban.

Él había regresado a ella, sí, pero sólo para despedirse y sumirla en el sueño de los eternos antes de que se cumpliese su condena; Solo con su paso al otro lado ella volvería a entrar en el mundo de los vivos y así había sido.

¿Podía realmente haber sido tan cruel el destino?

—No —se respondió a sí misma—. No empieces a vacilar ahora, Dryah.

Recorrió con nerviosismo todo lo que la rodeaba. Los nombres de las calles se confundían unas con otras, la estructura era siempre la misma con largos tramos de aceras y calzadas llenas de ruidosa actividad; una verdadera jungla de asfalto. Pero en medio de todo aquel urbanismo resistían todavía algunos espacios verdes como era el caso del urbano Bryant Park, situado en el Midtown a espaldas de la Sede de la Biblioteca Pública de Nueva York y próximo a la Sexta Avenida. Por la semana solía llenarse de oficinistas que aprovechaban el respiro del trabajo para acercarse a tomar un aperitivo en los muchos bancos que había repartidos por la zona. Al contar con dos quioscos con refrescos y bebidas y otros dos restaurantes, siempre había a dónde acudir por lo que no era extraño verlo siempre lleno de gente.

Para ella fue como encontrar un oasis en el centro del desierto. La tranquilidad que se respiraba allí contrastaba con el bullicio que le llegaba, aunque de modo apagado, desde los alrededores, una fuente de piedra presidía la plaza en la que se reunían mesas y sillas en donde cualquiera podía sentarse. La zona central era una extensión de campo verde ideal para tumbarse y alrededor entre las esporádicas estatuas, se extendían pequeños senderos de piedra bordeados por maceteros, árboles y bancos en medio de una cacofonía de color. Emocionalmente agotada, se dejó caer sobre uno de los bancos, el sol del mediodía brillaba con intensidad en el cielo dotando todo de colores vivos y una alegría inusual, ajena a ella.

—Ojala estuvieses aquí conmigo, Eidryen —musitó cerrando los ojos y alzando el rostro hacia el sol—. Este nuevo mundo es maravilloso… y aterrador.

Suspiró y volvió a abrir los ojos, sus pies se enlazaron a la altura de los tobillos por debajo del banco mientras apoyaba las manos sobre la base de madera. ¡Le echaba tanto de menos! Nunca se habían estado separados sino por cortos espacios de tiempo y el saber que ya no volvería a verle dejaba un profundo vacío en su interior en el que anidaban el dolor y el miedo.

—No quiero enfrentarme a él pero no cuento con otra salida y huir no es una opción.

Derrotada consigo misma, subió las piernas al banco y se aferró las rodillas, hundiendo el rostro entre sus brazos. Había sido perseguida, asediada y cazada a lo largo de su existencia, quien más y quien menos siempre quería un pedazo de ella por razones más allá de su

comprensión. En aquel entonces Eidryen estaba allí para ponerles freno, para consolarla cuando lo único que había conocido era el desdén de sus iguales, pero ya no contaría más con su presencia, ahora estaba sola para luchar contra ello y no estaba segura de contar con las fuerzas para hacerlo. Un asesino, ahora convertido en su juez, había salido de su pasado más doloroso para adentrarse en su presente y poner su mundo nuevamente de cabeza.

—No me someteré —se juró y obligó a su corazón a grabarse aquellas palabras—. Jamás me inclinaré ante él, así se caiga el mismísimo cielo y el infierno ascienda a las nubes, no lo haré.

Lo único que le quedaba era su libertad, si se la arrebataban, ¿qué quedaría de ella? Nada. Ni diosa, ni espíritu, ni humana, una mezcla de tres mundos y sin pertenecer realmente a ninguno. El poder en estado puro corría por sus venas como sangre de vida demasiado intensa e impredecible como para saber ponerle freno, decían que era un peligro para el universo, pero el verdadero peligro era para sí misma.

Levantó la cabeza entre sus brazos y contempló el mundo que se abría ante ella. Color, ruido, intensidad… aquel nuevo comienzo se encontraba para ella en una ciudad desconocida, una segunda oportunidad para una vida maldita que ni siquiera sabía si le permitirían disfrutar.

—Un mundo demasiado nuevo y aterrador —suspiró.

Una vez más aquella extraña sensación inundó todo a su alrededor, pero en esta ocasión llegó acompañada de su voz.

—En el comienzo, todos lo son.

Dryah volvió la mirada hacia el sonido de la profunda voz masculina que acababa de escuchar. Con las manos prendidas en los bolsillos del pantalón, unos gastados jeans de color negro que se adaptaban perfectamente a aquellas largas piernas, la camisa con las mangas remangadas y que dejaba a la vista la bronceada piel de sus antebrazos así como los dos extraños tatuajes que recorrían sus muñecas, el Juez la contemplaba con abierta satisfacción. Las oscuras gafas de sol ocultaban el tono azul cielo de sus ojos, unos ojos que no dudaba estarían recorriéndola.

—¿Conociendo la ciudad? —sugirió y acortó la distancia entre ambos.

Ella dio un respingo y se levantó del asiento como un resorte tan pronto como reconoció su voz. El brusco movimiento la desestabilizó haciéndola caer con tan mala suerte que golpeó la madera del asiento con el hueso del codo. El instantáneo calambrazo de dolor la dejó sin respiración y jadeando, los ojos se le llenaron de lágrimas mientras se apretaba el brazo contra el pecho incapaz de pronunciar palabra alguna. Él se encogió solidariamente ante el sonido del golpe, solo para volver a hacerlo cuando notó el ramalazo de dolor atravesándole el brazo como un rayo. Las lágrimas resbalaban por sus mejillas cuando se acuchilló frente a ella y la obligó a dejar ir el brazo lastimado.

—Déjame que eche un vistazo.

Ella sacudió la cabeza, incapaz de pronunciar palabra y se echó hacia atrás evitando su contacto. El nuevo movimiento logró justamente el efecto contrario, ya que terminó por golpearse ahora la espalda contra el borde del banco. Él realmente esperaba que de un momento a otro se echara a llorar a lágrima viva. Las lágrimas eran algo que odiaba en una mujer, no podía pactar con ellas, cualquier cosa, menos eso. El llanto en una hembra conseguían que un hombre hiciese cualquier cosa por detenerlas, incluso prometer las cosas más estúpidas. Y habiendo sido jodido por ello una vez, no tenía intención de volver a serlo. Antes de que intentase cualquier otra cosa que la lesionase aún más en su intento por apartarse de él, le cogió el brazo con suavidad y se lo estiró, comprobando cuidadosamente que todo quedase solo en un golpe. Por fortuna para sus ya de por sí alteradas emociones, la muchacha se limitó a encogerse y apretar los

labios, las lágrimas corrían por sus mejillas pero no soltó un quejido.

—No voy a lastimarte, pequeña —le aseguró al notar el temblor en su cuerpo mientras le frotaba el brazo aliviando el dolor. Sus ojos reflejaban una mezcla de temor y desconfianza, matizada por la animosidad que sentía hacia él.

Ella intentó recuperar una vez más su brazo pero él le ciñó los largos dedos alrededor de la muñeca impidiéndoselo. Aquellos ojos claros no dudaron en fulminarle con la misma acidez que mostraban sus palabras.

—Suéltame ahora mismo —siseó ella, su voz contenía tanta agresividad que le sorprendió que no volviese a clavarle los dientes, o peor aún arrancarle los ojos. Reteniendo la involuntaria sonrisa que se empeñaba en curvar sus labios, abrió los dedos y dejó que la delgada muñeca se deslizara entre ellos.

—No hay de qué, preciosa —le respondió con ironía al tiempo que se ponía en pie—, es bueno saber que no te has roto nada.

Ella le ignoró, su atención estaba puesta en limpiarse las lágrimas que le mojaban el rostro y el ligero entumecimiento que sustituía al dolor de su brazo.

—Deberías trabajar un poco en tus modales, cielo —continuó sin poder evitar la tentación de molestarla—. Son inexistentes.

Ella lo fulminó con la mirada.

—Vete al infierno —masculló al tiempo que se ponía en pie.

Él chasqueó la lengua con cierto pesar.

—Ya he estado allí y no es un lugar adecuado para irse de vacaciones —le aseguró con marcada ironía—. ¿Alguna lindeza más que tengas reservada para mí? Si es así, dímelas ya todas juntas, así podremos pasar a la parte que nos interesa.

Ella se sacudió la ropa con las manos, se volvió hacia él, lo recorrió con la mirada desde los pies a la cabeza y finalmente dio media vuelta dejándole plantado. No podía decir que no tuviese un carácter decididamente encantador, pensó mientras alzaba la vista al cielo y suspiraba, se metió las manos en los bolsillos y la contempló durante un instante. Podían ser físicamente iguales, pero ahí terminaba cualquier parecido, cuanto antes se metiese eso en la cabeza, antes podría terminar con la tarea que tenía por delante. No servía de nada ponerse a fantasear con imposibles, por mucho que desearas que los sueños pudiesen convertirse en una realidad como la que se alejaba caminando.

—Tan parecidas… y tan diferentes —chasqueó la lengua. No tardó mucho tiempo en darle alcance y mantenerle el paso era algo sencillo, sus piernas eran mucho más largas que las suyas, después de todo.

—¿Esta animosidad hacia mí, es por algo en particular? —le preguntó sin mirarla siquiera —. Sé que nunca nos habíamos visto antes… de otro modo, lo recordaría… no eres alguien difícil de olvidar. Por lo tanto, y si dejamos a un lado tu ferviente deseo de descuartizarme por lo que crees que he hecho, ¿hay alguna cosa más de la que debiese estar informado?

Ella se detuvo en seco y se giró hacia él.

—Déjame que piense, oh, sí… —Se dirigió a él con total ironía—. Eres un maldito asesino.

Fantástico, pensó él, su voz podría rivalizar sin problemas con el hielo Antártico.

—Sé lo que soy, *Libre Albedrío* —le respondió con un ligero encogimiento de hombros—. Todo lo que hago, tiene un profundo motivo detrás. No cerceno la vida de nadie por gusto. Asesino, verdugo, corrupto… me han llamado muchas cosas. Soy quien soy, lo demás, no me importa.

Ella abrió la boca para responder a eso pero volvió a cerrarla. Sus ojos permanecían fijos en él y no eran nada amistosos.

—De acuerdo, no me lo pongas fácil, los dioses saben lo mucho que me gusta que me compliquen la vida —la atajó con absoluta ironía goteando de su voz.

Pero ella no se amilanó.

—Si deseabas una vida más fácil, tendrías que haber elegido otra clase de trabajo —le espetó ella—. Dime, ¿eres capaz de dormir por las noches, Juez Supremo?

Él arqueó una ceja ante la inesperada pregunta.

—Te sorprendería lo que llego a hacer por las noches —comentó sin poder evitarlo—, y por cierto, mi nombre, preciosura, es Shayler, Shayler Kelly.

Su mirada seguía siendo igual de acerada y poco comunicativa.

—Ahora es cuando tú me dices tú nombre o como prefieres que te llame, Libre Albedrio —aseguró al tiempo que le dedicaba un guiño—. ¿Cómo suelen llamarte, Dreamara… Dryah?

Ella ladeó ligeramente la cabeza y siguió sin abrir la boca.

—Vamos, princesa, un poquito de cooperación de tu parte sería encantador —la pinchó con una pícara sonrisa que daba a su rostro un matiz de muchacho travieso—. Tenemos entre manos un largo proceso y cuanto antes me dejes explicarte los términos de este juicio, antes me perderás de vista.

Ella dio un nuevo paso hacia él.

—Te ahorraré tiempo y esfuerzo… Juez. —Su voz sonó mucho más suave pero el tono insultante seguía ahí—. Márchate y llévate contigo ese estúpido juicio, puedes metérselo a esos vejestorios que creen tener el derecho y poder de manejar la vida de los demás por… um… como es la expresión…

Shayler dejó escapar una genuina carcajada ante la respuesta de ella.

—Déjalo, sé a lo que te refieres y reconozco que la sola idea me parece extremadamente entretenida —asintió con una amplia sonrisa, entonces se inclinó sobre ella de modo que sus ojos quedasen a la misma altura—. Pero este… estúpido juicio… es la única oportunidad que tienes ahora mismo, nena, así que tendrás que sufrirme por tu propio bien.

Ella arqueó una delgada ceja rubia ante su insinuación.

—¿Mi propio bien? ¿Qué diablos te importará a ti y a los demás lo que pase conmigo? —rezongó sin dudar—. Si el consejo ha aceptado montar toda esta esta pantomima es porque quieren verme muerta al igual que a los dos dioses que me dieron la vida.

Él se tomó un momento para pensar en sus palabras, para sondearla y encontrar quizás la respuesta que la hiciese ponerse por fin en movimiento. Esa chica tenía una idea completamente equivocada de las cosas.

—No creo que dar su vida por salvar la de otros sea una pantomima. Al dios del Destino sí le importaba lo que pasase contigo —le aseguró. El tono distendido de su voz había pasado a ser completamente formal, ya no era un juego—. Como también le importa al Señor de las Almas o no habría pedido expresamente que fuese yo el que falle en este juicio.

Ella solo pudo sostenerle la mirada ante aquella firme y veraz declaración.

—Morir inútilmente tampoco lo es, Juez.

Él negó con la cabeza, aquella muchacha tenía un largo camino por delante y era necesario que se pusiera a dar los primeros pasos. Quedarse quieta, no era una opción.

—Su muerte no es algo que haya recaído en mis manos —afirmó con un suspiro—. Simplemente, hay cosas que, deben suceder.

Ella jadeó con incredulidad.

—¿Qué deben suceder? —Su risa estaba llena de dolor e incredulidad—. Esa muerte jamás debió suceder… ninguna de ellas ¡Ese maldito juicio jamás debió llevarse a cabo!

La obligó a detenerse, manteniéndoles a ambos fuera de miradas y curiosos oídos, aquel no era un tema para ser debatido al aire libre, en medio de un concurrido parque lleno de mortales, pero intuía que ella no le concedería otra oportunidad.

—¿Has pensado que, de no haberse celebrado, quizás habrías sido tú la que no estaría aquí y ahora? —le recordó con voz calmada.

Ella se libró de su brazo, apartándose de su contacto.

—¡Lo hubiese preferido! —Clamó entre dientes, la desesperación brillaba en sus ojos y a pesar de ello la veía luchar; Luchaba consigo misma por alcanzar algo que no llegaba a comprender—. ¿Qué hay de valor en mí para que ellos tuviesen que morir? ¡Qué hay de valor en mi vida que mereciera la muerte de dos dioses!

Shayler notó al instante el dolor que se alojaba en su pecho y le hincaba los dientes como una feroz alimaña dispuesta a alimentarse de su presa. Él mismo se dolía por ella, su empatía conectaba con ella a un nivel que no lo hacía con ningún otro ser y dolía, realmente dolía.

—No quiero una vida canjeada con la vida de dos seres inocentes —le espetó desesperada y enrabietada—. Maldito seas, ¡no la quiero!

Aquellas palabras lo sacudieron por su cercanía, él mismo llevaba impresa una carga parecida en su alma.

—¿Y sólo por eso te crees con derecho a despreciar el regalo que te han hecho? —le respondió con voz suave, comprensiva—. ¿En qué quedamos, Libre Albedrio? ¿Vivir o morir? ¿Estás segura de saber qué es lo que quieres?

Ella se mordió el labio inferior al escuchar la pregunta, la vio vacilar. ¿Por qué? Sabía que para ella huir no era una opción, estaba desesperada por escapar de todo aquello, sí, pero por algún motivo se resistía a hacerlo.

—Deseas la vida, ¿no es así? —insistió. Necesitaba que aquello quedase claro para ella, que fuese la primera interesada en que ese fuese el resultado de la balanza, sólo entonces podría pensar en ir más allá y ver realmente qué clase de amenaza podía suponer una niña abandonada como ella.

Cuando sus ojos se encontraron con los suyos vio temor en ellos, un miedo nacido de la desesperación, la soledad y un aterrador desconocimiento a lo que estaba por venir. Sentía su debate interior y sintió pena por ella, estaba tan fragmentada que no sabía si debía vivir o morir, si su presencia en aquel mundo era algo bueno u otro error más que añadir a la larga lista.

—¿Qué deseas, Dryah? —Decidió utilizar la abreviatura de su nombre, puesto que así la había llamado el cazador y parecía sentirse más cómoda con ello—. Piensa en qué es lo que deseas y nos concentraremos en ver si puede hacerse realidad.

Ella sacudió la cabeza, sus ojos no abandonaron los suyos en ningún momento.

—Sólo deseo que me dejéis sola —murmuró en agónica respuesta—. No estoy interesada en el juicio de los dioses. Ni siquiera en el tuyo.

Vio cómo se replegaba en sí misma, el poder que latía en su interior se revolvió al mismo tiempo rodeándola, envolviéndola como un consolador capullo desafiando a cualquiera a que se atreviese a hacerle daño.

—Márchate y déjame en paz de una maldita vez —insistió, le dio la espalda y echó a caminar una vez más.

Después de mucho tiempo empezaba a entender las sulfuradas maldiciones que salían de boca de Lyon en lo que a él se refería, el hombre se había quejado a lo largo de su vida de si

tuviera suficiente paciencia para continuar adelante sin estrangularlo, siempre lo vio como un comentario más del antiguo guardián, pero ahora lo veía por lo que era ya que él mismo estaba perdiendo la suya a pasos agigantados con aquella mujer. Siseando una antigua maldición en su idioma natal, echó un rápido vistazo a su alrededor e hizo algo que él mismo tenía prohibido hacer, se desvaneció en el aire solo para volver a aparecerse frente a ella. El jadeo que escapó de su boca quedó ahogado por el tirón que recibió en la muñeca cuando la atrajo hasta que ambos quedaron cobijados detrás de los altos macizos de flores que rodeaban una farola. La menuda figura quedó presionada contra el mástil mientras él la cubría desde el frente.

—Vamos a dejar un par de cosas en claro, bonita, porque parece que no acabas de comprender lo que se te viene encima —le advirtió sin darle tiempo a objetar—. Mi presencia aquí no se debe a un capricho mío, sino al hecho de que se ha solicitado un juicio y yo soy el único Juez a cargo. En circunstancias normales todo lo que tendría que hacer es mirarte y decidir, pero esto es todo menos normal porque ahora tú acabas de convertirte en la pieza que el universo decidió mover para mantener la balanza tras la partida de la Esperanza y el Destino.

Ella abrió la boca para decir algo, pero él se lo impidió.

—No —le prohibió pronunciar palabra alguna—. Ahora mismo, yo hablo y tú escuchas. Este juicio no es como nada que hayamos visto por lo que tú y yo vamos a pasar algo de tiempo juntos en lo que se resuelve este pequeño inconveniente nuestro. Así que, volviendo al tema de la educación, espero contar con un poquitín de colaboración y cero insultos de tu parte, ¿me he expresado claramente? Oh y los mordiscos, quedan totalmente fuera de discusión. Muérdeme otra vez y te lo devolveré… a mi manera.

Sus ojos azules brillaron con desafío ante su amenaza y su reacción no se hizo esperar.

—No tienes permitido tocarme —siseó ella al tiempo que luchaba por evitar aquella cálida cárcel de puro músculo que se alzaba ante ella—, o me quitas tus sucias manos de encima… o que yo te muerda será la menor de tus preocupaciones.

Shayler chasqueó la lengua y negó con la cabeza.

—Estás consiguiendo en cuestión de minutos lo que no ha conseguido nadie en siglos, mocosa, poner a prueba mi paciencia —le aseguró en voz baja, su mirada bajando hasta nivelarse con la suya—. Y me estoy cansando. Intento ser amable, pero tú no me lo pones nada fácil. Estás bajo mi custodia, *Libre Albedrío*, así que por el bien de ambos no me obligues a tener que atarte para poder hacer mi trabajo.

Ella lo fulminó con la mirada.

—No reconozco tu custodia —masculló y tiró de la mano que todavía le sujetaba sin éxito —. No voy a someterme al juicio o veredicto de un asesino. Nunca.

Cerró los ojos y respiró profundamente antes de volver a abrirlos y mirarla directamente.

—Mi nombre es Shayler, puedes utilizarlo, es fácil de pronunciar y no suena tan insultante como cuando pronuncias todo lo demás —sugirió.

Empezaba a lamentar no andar por ahí con una cuerda en los bolsillos, en estos momentos podía incluso practicar a hacer algunos nudos… en ella.

—No estés tan seguro, asesino —lo insultó con toda la premeditación de la que fue capaz —. Todo dependerá del contexto en el que lo utilice.

Él sonrió en respuesta para molestarla.

—Ahórratelo —le respondió indicando con un gesto de la barbilla lo que había tras ella—. A toda esa gente le importa una mierda que pase contigo o conmigo, si ahora mismo pusiera un cuchillo en tu mano y me apuñalaras, podrías irte tranquilamente sin que ninguno de esos humanos levantase un dedo ni para llamar a una ambulancia, ya podría estar desangrándome en

el suelo, les daría lo mismo.

Ella miró a su alrededor y finalmente a él.

—¿Lo comprobamos? —respondió tendiéndole la mano como si esperara que le diese ese mencionado cuchillo.

Shayler realmente puso los ojos en blanco y por fin la dejó ir.

—Qué bien, la niña está de humor sanguinario —respondió alzando las manos al aire antes de volver a dejarlas en sus caderas.

—Mocosa, pequeña, niñita… ¿Tienes problemas para recordar mi nombre? Ah, espera… es que no te lo he dicho, ¿no?

El la recorrió sin disimulo con la mirada.

—Te llamaría serpiente, pero eso sería insultar a los reptiles —le devolvió automáticamente la pulla. Entonces maldijo y se pasó una mano por el rostro—. ¿Qué diablos estoy haciendo?

Ella iba a abrir la boca lista para responder a ello pero la cayó con una fulminante mirada.

—No digas nada. Nada —la avisó y extendió un brazo a modo de invitación—. Sólo camina.

Ella miró su mano extendida y luego a él, se enderezó y cruzó los brazos delante del pecho.

—Si vas a matarme, tendrás que hacerlo de frente.

Él la miró como si realmente hubiese perdido la cabeza.

—Si quisiera matarte, ya no respirarías, *Libre Albedrío* —respondió con un resoplido —. Y como es obvio por ese par de preciosidades que se mueven al compás de tu respiración… aún vives, así que… C-a-m-i-n-a.

La chica se sonrojó y descruzó los brazos, sólo para apartarse de él y mirarlo por debajo de sus pestañas.

—¿Haces esto con toda la gente que juzgas?

No le gustaba ese rápido cambio de actitud.

—¿El qué?

Ella se encogió de hombros.

—Volverlos locos con tu actitud de no sé si matarte ahora o dejarlo para después —le dijo con total seriedad—. No sería sorprendente que la mayoría acabaran inclinándose por el suicidio con total de escapar de ti.

Bufó ante tal respuesta de ella. Esa mujer se había propuesto llevarlo a la exasperación y por los dioses que lo estaba consiguiendo. Empezaba a tener unas irrefrenables ganas de echarle las manos al cuello y apretar solamente por el placer de hacerlo. Sacudió la cabeza en un intento por aclararse la mente, aquel no era el mejor lugar para ponerse a discutir el asunto. No, definitivamente no era un buen sitio para hacer desaparecer a una mocosa impertinente como la que tenía delante. Era increíble que consiguiera llevarlo hasta esos extremos, nadie, ni siquiera John, era capaz de empujarlo con tanta facilidad como lo hizo esta muchacha en los pocos minutos que pasaron juntos. Si quería hacer su trabajo, sería mejor que empezara a centrarse.

—No veo que tengas intención de tirarte bajo las ruedas de un coche —le respondió con un leve encogimiento de hombros, su voz pura ironía—. Y que yo recuerde, ése sería el primer suicidio a añadir en mi lista.

Ella se lamió los labios.

—Eso no sería suicidio, sería una liberación —farfulló en voz baja.

Él arqueó una ceja a modo de pregunta, pese a que la había escuchado.

—¿Es que no tienes nada mejor que hacer con tu tiempo que seguirme? —continuó ella mirándolo de soslayo.

Él sonrió abiertamente.

—Te advertí que íbamos a pasar algún tiempo juntos, ¿recuerdas? Cuanto antes te acostumbres a mi presencia, antes podremos llegar a un entendimiento.

Hubo un instante de silencio mientras dejaba que las palabras se hundieran en ella, entonces continuó.

—Habrá que hacer algunos reajustes pero no veo problema en ello, puedo quedarme en tu sofá.

Ella arqueó una ceja ante aquella afirmación.

—¿Mi sofá?

Shayler se tomó su tiempo en recorrerla sensualmente con la mirada, deteniéndose allí donde sus curvas estaban más llenas. Entonces le respondió con un ronroneo.

—Si estás dispuesta a negociar por la cama…

El rostro de la muchacha adquirió un atractivo tono rosado que empezó por las mejillas y se fue extendiendo paulatinamente por el resto de su rostro y cuello. Sus ojos azules se abrieron completamente mientras sus labios se movían en silencio, incapaz de encontrar la respuesta adecuada.

—Eso… no… nunca te… no… no

Él se permitió disfrutar del momento, el intenso rubor en sus mejillas la hacía incluso más atractiva de lo que era, sus gestos inseguros y sus brillantes ojos azules ensombrecidos por la sorpresa y la vergüenza le daban ese aire de dulzura que tan bien conocía en otros planos y que hasta el momento habían permanecido ocultos. Su mente divagó hacia imágenes de los dos desnudos y entrelazados en la cama, la suavidad de su piel restregándose contra la suya, su cálida risa inundando como siempre la habitación. La repentina tensión que sintió apretando sus pantalones le obligó a recordar que la mujer que tenía ante él era de carne y hueso, no un cálido sueño erótico.

—Me parece que nos hemos quedado sin palabras, ¿um? —le susurró con dulzura.

Ella entrecerró levemente los ojos, sus labios fuertemente cerrados mientras le miraba. Sus ojos azules brillando indignados.

—No estás hablando en serio —respondió negando con la cabeza—. No puedes estar hablando en serio.

Él le guiño un ojo y asintió.

—Suelo hablar muy en serio cuando se trata de mi trabajo, Dryah —le respondió utilizando una vez más su nombre—. Todo lo que digo, todo lo que hago, lo hago completamente en serio. Quizás quieras tenerlo en cuenta.

Ella mantuvo la distancia.

—No te atreverás.

No lo haría, se negaba a ello. ¿Pasar tiempo con ese hombre? ¿Con el verdugo de Eidryen? ¿Vivir en el mismo lugar con ese Juez, el que tenía que ser el único responsable de la muerte de Eidryen? Dryah sacudió la cabeza interiormente, ¿debía? ¡No! No empieces a dudar ahora. Es él, él es el único culpable… ¿verdad?

—¿Apostamos algo? —la diversión en su voz y el ronroneante tono en que pronunció las palabras hizo que se centrase de nuevo en él.

Respiró profundamente y le dio una firme respuesta.

—No puedes obligarme —negó intentando creérselo ella misma—. Puede que me hayan

condenado a este estúpido juicio pero eso no quiere decir que vaya dócilmente hacia el verdugo.

El juez se limitó a ladear la cabeza, sus ojos eran lo suficiente elocuentes como para no necesitar palabras. Maldito fuera.

—¿Cómo demonios has acabado como Juez Supremo? A ti te quedaría mucho mejor una túnica de mercenario.

Él se limitó a arquear una de esas trigueñas cejas, un gesto que empezaba a ser habitual, entonces se echó a reír a carcajadas como si su respuesta le causase una hilaridad tremenda. Abrió la boca para responder a ello, pero tras pensarlo mejor la cerró y lo fulminó con la mirada.

—No estaba bromeando —refunfuñó—. En verdad, no puedo ni imaginarme como alguien como tú ha terminado siendo la ley suprema del universo.

Él intentaba serenarse, con aquella jovialidad y despreocupación se hacía más joven, más cercano.

—¿Alguien como yo, preciosa? —le dijo, intentando controlar la risa.

Ella alzó la barbilla.

—¿No eres un poquito joven para ese cargo? —le espetó con satisfacción—. Porque todavía usas pañales, ¿no?

Para su frustración su sonrisa aumentó.

—Ya era Juez incluso antes de que tú nacieras, bonita —le aseguró con simpatía—. Ciertamente, la edad no es algo que me preocupe, cuando llegas a un punto en el que se confunden los siglos con los milenios pierdes el interés por la edad.

Quizás para él así fuese, pero ella…

—Yo no nací, no en el sentido bíblico de la palabra.

Desprecio, humillación. Las emociones manaban de ella con absoluta claridad y le golpearon como un martillo neumático, su empatía parecía estar absolutamente sincronizada con ella ya que incluso con su férreo control era capaz de captar sus descarnadas emociones.

“Será apartada de todos porque no pertenece a ningún lugar, estará en el mundo y no formará parte de él”.

Las palabras del Dios del Destino volvieron a sonar en su mente como si hubiesen sido pronunciadas hacía sólo un momento y no hacía tanto tiempo atrás. Ya era bastante malo que los padres a veces se deshicieran de sus hijos, o quisieran aniquilarlos como era cotidiano entre los estúpidos dioses, pero el que ser creado por el simple motivo de vengarte de otro, traerla al mundo para ser arrojada a un lado, privada de todo y sin posibilidad de decidir… Shayler sacudió la cabeza, aún hoy era incapaz de entender el motivo. Esa muchacha era en muchas formas humana, su esencia era poder puro, el mismo que corría por sus venas y que había escogido su propia forma, moldeándola a su antojo, dotándola de la esencia que la hacía humana. Casi podía llamársele renacer.

—Todos nacemos de una manera o de otra. Piensa en tu reciente despertar como un nuevo nacimiento —sugirió y buscó de alguna manera aliviar un dolor que corría muy profundamente dentro de ella—. Después de todo, estás empezando a dar nuevamente tus primeros pasos.

Ella suspiró.

—¿Cuánto tiempo exactamente va a durar esto? —preguntó permaneciendo a una prudente distancia de él.

Él se encogió de hombros y le guiñó el ojo.

—El que haga falta, bonita, el que haga falta —respondió al tiempo que extendía la mano hacia ella a modo de invitación.

Dryah contempló su mano durante un instante. Sabía cuándo la rueda del destino se ponía

en movimiento, podía oírla girar en alguna parte del universo hilando el sendero que tendría que recorrer y por algún incomprensible capricho de este, el camino de ese hombre iba a la par que el suyo. Las palabras de Nyxx así como lo dicho por el Juez todavía giraban en su mente, aunque hubiese hecho todo lo que estaba en su poder por ignorarlas, no podía evitar volver una y otra vez sobre ellas.

Si él no era responsable de la muerte de Eidryen, eso sólo dejaba un camino, uno demasiado doloroso de afrontar.

Dryah sacudió la cabeza haciendo a un lado aquellos pensamientos. Eidryen nunca la habría traicionado de aquella manera, no la utilizaría como una marioneta para llegar a un fin, aunque ese fin fuera mantener el equilibrio del universo.

Vida o Muerte. ¿Había realmente una elección?

CAPÍTULO 6

Le abrió la puerta y se apoyó en ella mientras esperaba a que entrase, Dryah empezaba a pensar que más que caballerosidad era prudencia, una forma de tenerla vigilada y lejos de los incontables problemillas que generó su paseo en las últimas horas; Él podía ser tenaz, pero ella le ganaba, o quizás fuese la repentina necesidad que sentía por empecinarse a hacer algo, cualquier cosa que fuese contra las normas de aquel hombre. Su mirada azul se clavó en ella una vez más al ver que no daba ni un solo paso, el gesto en su rostro decía claramente que no tenía inconveniente en quedarse allí mismo hasta que cayese la noche. Resopló y entró en su hogar, pasar a su lado la hizo consciente una vez más de su tamaño y el poder que contenía ese cuerpo. Con su escaso metro sesenta y nueve _alcanzado gracias a las plataformas de sus zapatos_, no era precisamente baja, pero el pasado metro ochenta y cinco de ese hombre era suficiente para sentirse empequeñecida a su lado.

Las últimas cuatro horas pasaron entre gruñidos, jadeos de sorpresa y moderados insultos, la mayoría de ellos pronunciados por él después de que en su inocencia y desconocimiento del mundo que la rodeaba estuviese a punto de ser atropellada, víctima de robo y prácticamente reclutada por una banda de artistas callejeros para algo que él se negó rotundamente a explicarle. El humor del Juez se ensombreció por momentos llegando incluso a contagiarle su mal humor… durante algún que otro momento.

Pero a pesar de esos pequeños problemillas la tarde resultó bastante productiva. En algún momento él se entretuvo con un aparatito de color plateado que se llevó a la oreja y con el que empezó a tener una especie de monólogo; Sólo después comprendió que aquello era un teléfono móvil y que en realidad estaba manteniendo una conversación con su interlocutor. Era extraño conocer el nombre de las cosas, su función, tener incluso alguna imagen de referencia y sin embargo no haberlas visto realmente o incluso tocado. Su conversación se había extendido durante casi media hora en la que dividió su atención entre ella y la persona con la que hablaba.

Recorrieron varias calles, mirase a dónde mirase todo era nuevo y al mismo tiempo conocido, los edificios y los escaparates de las tiendas la atraían como un imán, los distintos aromas que perfumaban el ambiente saliendo de terrazas, restaurantes o puestos de comida rápida le hacían la boca agua, cada paso suponía un nuevo reto, una aventura en un mundo que había evolucionado y cambiado sin que ella se diese cuenta. Él estaba en todo momento atento a lo que hacía, aleccionándola si lo consideraba necesario o permitiendo que fuese ella la que experimentara las cosas por sí misma. Aquella vigilancia la ponía de los nervios, o al menos fue así hasta que empezó a disfrutar también de sus lecciones; mal que le pesara, la experiencia y el conocimiento estaban de parte de aquel hombre, no de la suya. No supo el momento exacto en el que comenzó a sonreír, quizás cuando entró en el primero de los museos. Aquel supuso su gran descubrimiento de la tarde, había tal riqueza de información y cultura en aquellos muros que se encontró empapándose de todo como una esponja, reconociendo algunas cosas y periodos de tiempo de los momentos pasados junto a Eidryen.

El pasado y el presente habían empezado a mezclarse entonces y dieron paso a las dudas. Intentó por todos los medios recordarse a sí misma que el culpable de su actual situación, de la muerte de Eidryen era el hombre que la acompañaba y se tomaba su tiempo mientras ella investigaba o le respondía sin dudar a las incansables preguntas que bullían en su mente. Oh, las

pullas, los desplantes, las respuestas hirientes y cortantes estaban ahí, ella las esgrimía una y otra vez con la única intención de molestarlo, pero después de algún tiempo él se limitó a encogerse de hombros o a darle la razón sin más. Al final ella misma se encontró claudicando ante la curiosidad y la necesidad de conocimiento, ella contaba con un sinfín de preguntas a las que él no dudaba en poner respuesta.

Pero no fue hasta poco antes de subirse por primera vez en el metro, cuando pasaron por delante de una bombonería que descubrió el verdadero paraíso. Ese hombre sabía cómo hacerla caer y ella había caído, completa y sin frenos para su completa satisfacción. Oh, sí, podías estar a punto de morir, de ser encerrada para toda la eternidad y el hombre a tu lado un asesino a sangre fría, pero cuando se trataba de chocolate… una chica sabía claudicar y encontrar sus más que exquisitos y perfectos modales.

Con todo, la falta de costumbre y la cantidad de horas que pasaron vagando de un lado a otro le cobraron factura, le dolían los pies y las piernas como nunca antes, estaba agotada y sus ganas de discutir hacía tiempo que se perdieron. Aunque no podía evitar que la actual imagen de él apoyado de forma indolente contra la puerta con la mano izquierda en el picaporte, tan fresco como una lechuga y con un aspecto magnífico, fuera suficiente para que le entrasen ganas de patearle.

Un momento, ¿acababa de aceptar que el Juez tenía buen aspecto? Dioses, estaba más cansada de lo que pensaba. Sacudió la cabeza y se giró por completo a él, su mirada fue del hombre a la puerta todavía abierta.

—¿Si pregunto una vez más dónde piensas quedarte obtendré la misma respuesta que las últimas quince veces que pregunté? —No era una exageración, se pasó toda la tarde preguntando y recibiendo la misma respuesta.

Él ladeó levemente el rostro, sus labios se estiraron en una perezosa sonrisa al tiempo que se apartaba de la puerta y dejaba que esta se cerrase tras él.

—En realidad fueron dieciséis —le informó al tiempo que introducía las manos en los bolsillos de la cazadora y avanzaba hacia ella—. Y mi respuesta no ha cambiado.

Resopló, ¿de veras tenía que volver a discutir con él? La tarea empezaba a resultarle muy cansada.

—Así que estás decidido a quedarte aquí —gesticuló hacia el suelo con el dedo índice.

Su sonrisa se amplió y asintió con la cabeza.

—Ajá.

Empezaba a sentir verdadera alergia por esa indiscutible satisfacción masculina que lo envolvía.

—No podrías simplemente, ¿irte? —insistió una vez más y remató la sugerencia con más con más énfasis—. ¿O morirte ya que estamos?

Él dejó escapar un bufido mitad sonrisa, hizo un sonoro chasquido con la lengua y pasó junto a ella de camino al salón.

—Buen intento, bonita, pero aún no me ha llegado la hora —le informó mientras se detenía en el umbral de la habitación—. Hazte a la idea de que soy un mal necesario para alcanzar aquello que deseas.

Dryah frunció el ceño, su mirada sobre él.

—Eso sería que te largaras en este mismo momento y no volver a ver tu cara nunca más —suspiró con cansancio—. Y no veo que te muevas de nuevo hacia la puerta.

Sus ojos azules la recorrieron lentamente.

—Contén tu entusiasmo, Dryah —se burló—. O pensaré que odias realmente mis huesos.

Ella ladeó la cabeza como si lo considerara.

—Creí que eso había quedado claro…

El Juez sonrió ante su respuesta, entonces estiró la mano y con un simple encendió las luces del corredor y el salón. Sus ojos azules parecían incluso más intensos bajo la luz artificial del apartamento.

—Te aseguro que soy muy agradable cuando se me conoce —comentó al tiempo que desandaba el camino hasta ella, su manera de moverse era sensual y muy masculina—. Solo tienes que arriesgarte un poquito y acercarte a mí… no muerdo.

Ella no estaba tan segura de eso.

—Juez… —La advertencia era clara.

Él negó con la cabeza.

—Shayler —la corrigió midiéndola con la mirada al tiempo que se acercaba más a ella, hasta el punto en que tuvo que levantar la cabeza para mirarle.

—Juez —repitió haciendo mayor hincapié en la palabra al tiempo que se lamía los labios con un gesto nervioso y añadía—. Quieres matarme, eso no me parece en absoluto agradable.

Él inclinó ligeramente la cabeza, sus ojos se encontraron con los de ella mientras su poder susurraba y la llamaba.

—Dryah, si en verdad deseara matarte, hace mucho tiempo que habrías abandonado este mundo —confesó con extrema suavidad que hizo que el significado de sus palabras penetrase en ella—. Y como no ha sido así, es obvio que mis intereses son otros, así que por el momento, ¿qué te parece si cenamos?

Dejó escapar un profundo suspiro y se llevó las manos al rostro, frotándose los ojos antes de empezar a arrastrarse hacia el salón.

—¿Conseguirás llegar al salón tu sola o te llevo en brazos? —sugirió él con voz burlona.

Ya no tenía ni fuerzas, ni ganas para dedicarle una de sus fulminantes miradas, así que se limitó a agitar la mano.

—Ni en tus más psicóticos sueños, Juez Asesino. —Se inventó un nuevo título con el que poder fastidiarle.

Él esbozó una perezosa sonrisa que ella no llegó a ver.

—Si supieras lo que hay en mis sueños buscarías una orden de alejamiento —murmuró más para sí que para ella, su mirada se deslizó al magnífico trasero que moldeaban sus vaqueros.

Aquello hizo que se detuviese en el umbral de la puerta.

—¿Qué es una orden de alejamiento? —Conocía las palabras y el posible significado de la frase, pero no sabía si él le estaba dando tal interpretación.

Él no tuvo problema en explicárselo.

—Es la resolución de un Juez por la que se le ordena a una persona que se mantenga alejada de otra o de un lugar en concreto —le explicó.

Ella asintió.

—Una orden de alejamiento me parece una buena idea —aseguró, entonces frunció el ceño al reparar en algo—. ¿Sólo puede otorgarla un juez?

Él sonrió.

—Un gran inconveniente, ¿no te parece? —le respondió con un divertido guiño. Ella se limitó a poner los ojos en blanco, dio media vuelta y pasó al salón.

—Expídetela a ti mismo y vete a casa, juez —le dijo desde la otra habitación.

Shayler sonrió ampliamente, la tarde había sido como poco interesante al lado de esa

mujer y agradecía haber insistido en quedarse junto a ella o de lo contrario a estas horas quizás tuviese que sacarla de alguna cárcel humana por desorden público o visitarla en un hospital o algo peor. El cazador de almas se había quedado corto en palabras al asegurar que el mundo humano era absolutamente nuevo para ella, la muchacha bien podía compararse a un infante que empieza a dar sus primeros, que comienza a entender el significado de sus primeras palabras. Era muy inteligente y cuando le convenía perfectamente educada y adorable, su ingenuidad y sinceridad se habían ganado esa misma tarde al propietario de la bombonería a la que llevó en su regreso para coger el metro. El hombre había quedado embelesado de tal modo que les hizo prometer que volverían para que ella pudiese probar una nueva receta con caramelo que estaba ideando. A la vista de su recién descubierta adicción, no dudaba que ella llegara a convertirse en una de sus mejores clientes. Fue toda una experiencia verla disfrutar de todo lo que la rodeaba, su mirada de ilusión y maravilla en uno de los museos había sido tal que lo dejó contemplándola como un idiota mientras iba de una sala a otra. Después de sus pullas iniciales consiguió mantener cierto equilibrio con ella y sus siguientes momentos fueron memorables. Pero más más allá de todo eso, seguía existiendo aquella lucha en su interior, las dudas empezaron a llamar a su puerta y abrieron nuevas posibilidades que no hacían si no hundirla un poco más en el profundo pozo donde ella se había despertado, no pasó por alto en ningún momento sus cambiantes emociones incluso ahora casi podía escuchar el sonido de los engranajes de su cerebro mientras pensaba y sopesaba lo que sabía con lo averiguado. Sólo esperaba que fuera lo bastante fuerte para enfrentar la realidad cuando decidiese dejarla entrar.

Tras abandonar aquel caótico rumbo que tomaron sus pensamientos, se llevó la mano al bolsillo de la cazadora y sacó la *Blackberry* para buscar en la agenda el número de uno de sus restaurantes favoritos. Como no sabía exactamente que le gustaría a ella, optó por un menú variado. Estaba acostumbrado a pedir comida para llevar, cuando no era uno de sus compañeros el que lo hacía, torturándolo con su predilección por la comida mexicana o la comida basura. A él le gustaba la pizza, sí, pero no todos los jodidos días de la semana, por fortuna aquello había quedado solucionado después de encontrarse el *peperoni* y las anchoas de una monstruosa cosa verde en medio del dossier de uno de sus caso de rentas; Lyon no tuvo elección si no acotar el día de Pizza a los miércoles por la noche cuando disponía de las oficinas para él y para Jaek, cuando este no estaba en el piano bar, sin que tuvieran que enfrentarse a una nueva patada en el culo de su jefe.

Suspiró al pensar en sus compañeros y hermanos de armas; los *Guardianes Universales*. Ellos eran guerreros elegidos y designados por la Fuente Universal que contenía y daba nacimiento a todos los poderes del universo, el que hubiesen terminado teniéndolo a él como líder se debía a una maldita predicción del oráculo y a la zorra que la hizo realidad. La reciente conversación que tuvo con John acudió de nuevo a su mente, prefería pensar que aquello que le comunicó no era real, deseaba que se tratase simplemente de otro de los estúpidos intentos de Uras por llamar su atención y no los dictámenes de uno de sus Guardianes, la única mujer entre ellos y que esgrimía el poder más peligroso de todos, el de la Profecía. La vida de sus guardianes era por encima de todo lo más importante para él, en muchos aspectos les debía su propia vida y si para mantener su seguridad tenía que acabar con la inocente muchacha que se refugiaba ahora en el salón, lo haría… aunque su propia alma quedase destrozada en el proceso.

El timbre de la puerta despertó a Dryah del liviano sueño en el que había caído, tras entrar en el salón se dejó caer en el sofá y parecía que la comodidad de este y su cansancio la dejaron traspuesta. La televisión estaba encendida, una manta arropaba sus piernas y los platos y vasos

habían sido dispuestos en la pequeña mesa auxiliar. Oyó la voz del juez y la de alguien más al otro lado del pasillo, aquel hombre era persistente como pocos, pensó mientras hacía a un lado la manta y ahogaba un bostezo. Su primer día en libertad parecía destinado a convertirse en su primer día de condena, su presencia había puesto su nueva vida patas arriba en cuestión de horas, consiguió que las semillas de la duda se implantasen en su mente, dándoles tierra suficiente a la que agarrarse y abono del que nutrirse, su actitud y sus palabras le abrían un nuevo camino que no estaba segura hacia dónde conducía. El hombre que consideraba su principal y único enemigo se perfilaba ahora como el único capaz de liberarla de toda aquella pesadilla. Una cruel ironía, en su opinión, especialmente cuando ya no era capaz de seguir creyendo ciegamente en su culpabilidad. Dejó escapar un profundo, si algo aprendió en su corta vida era que las cosas nunca eran exactamente cómo se veían, Eidryen se había encargado de enseñárselo y ella lo sabía mejor que nadie; La gente estaba acostumbrada a mentir, a engañar y tergiversar las cosas a su completa conveniencia, pero las mentiras nunca traían nada bueno consigo, el bien nunca podría alcanzarse con engaños pues antes o después aquello reportaría dolor, un dolor tan profundo que no estaba segura de poder soportarlo, no cuando estaba tan fragmentada por dentro.

—Veo que te has despertado, ¿tienes hambre? Acaban de traernos la cena. —Oyó la voz de Shayler, quien entraba con una bandeja repleta de pequeñas cajas blancas, con el dibujo de una pagoda china en color azul y el nombre xerografiado de algún restaurante—. Como no sé exactamente qué es lo que te gusta o que no, pedí un poco de todo.

Lo siguió con la mirada mientras depositaba la bandeja sobre la mesa que había preparado con los platos. El aroma de la comida llegó hizo que le rugiera el estómago, la boca se le hizo agua al instante y el sueño terminó por irse del todo en aras de la necesidad de alimento. Bajó las piernas del sofá y se inclinó hacia delante cuando empezó a abrir las cajas, preparando las distintas salsas y dejando una botella de vino y otra de agua que había traído bajo el brazo.

—Huele muy bien, ¿qué es todo esto? —preguntó mirando con curiosidad el banquete dispuesto en la pequeña mesa.

—Comida China —respondió él cogiendo un delgado paquetito blanco del que sacó un tenedor de plástico y lo que le parecieron dos palos de madera—. Hay tallarines, cerdo agridulce, ensalada de pollo, rollitos de primavera, sopa de ajo, un par de salsas por ahí, la de color rojo es picante y… —Rebuscó entre las cajas blancas—…pato Pekín. Tienes verduras, carne, pollo… y sopa.

Ella parpadeó varias veces, sorprendida por la variedad de olores y colores.

—No sé qué es nada de eso, pero huele bien —aseguró lamiéndose los labios con anticipación.

Él sonrió en respuesta y le tendió el tenedor para luego coger la botella de vino y descorcharla con habilidad. Sus miradas se encontraron alguna que otra vez mientras le veía servir sendas copas.

—Puedes ir empezando —le dijo al entregarle una de las copas—, está claro que tienes hambre.

Ella se sonrojó y se enderezó aún más en el sofá.

—Aunque no lo creas, si tengo modales —le dijo con irónica satisfacción mientras tomaba la copa de vino y la acercaba a los labios. Tras dar un sorbo arrugó la nariz.

Él rio en respuesta y le tendió un botellín de agua.

—Me parece que tendremos que descartar el vino de tu menú —comentó con cierta diversión mientras probaba su propia bebida.

Ella lo ignoró hasta que lo vio dividir aquel bloque de madera en dos para sumergirlos

después en una de las cajas de las que extrajo unas delgadas hebras de color tostado con pequeños trocitos de colores.

—Son fideos fritos —le explicó al tiempo que se los acercaba a la boca—. Vamos, abre la boca.

Ella frunció el ceño y sintió la necesidad de alejarse de él.

—Puedo comer sola —farfulló, sus mejillas adquiriendo un ligero tono rosado.

Él asintió pero no apartó los palillos.

—Abre la boca señorita quisquillosa —insistió rozándole los labios con la comida.

Obedeció a regañadientes y tomó suavemente el bocado que le ofrecía. Su mirada cayó entonces sobre el tatuaje que recorría su muñeca. Él se había quitado la chaqueta quedándose en mangas de camisa y bajo la tenue luz artificial los oscuros tatuajes parecían cobrar vida.

—¿Y bien? —preguntó llevándose él mismo un poco del contenido de la caja a la boca, maniobrando hábilmente con los palillos.

Ella se tomó un tiempo para saborearlo.

—Um… sabe raro —respondió masticando lentamente.

Él sonrió al ver su mueca y le indicó la caja con la ensalada.

—Prueba la ensalada, quizás te guste más —le sugirió mientras dada cuenta de los fideos con buen apetito—. Y ahí tienes pollo frito.

Ella siguió su sugerencia encontrando mucho más sabrosa la ensalada y el pollo frito que los fideos o los rollitos de primavera, los cuales después del primer bocado hizo un gesto de asco que arrancó una carcajada al juez.

—Comida China descartada del menú semanal —comentó él mientras daba un sorbo a su vino.

Ella se limitó a poner los ojos en blanco.

—El pollo está bueno. —Había que reconocerle al hombre su esfuerzo después de todo. Aunque mejor que no se acostumbrase.

Él debió leerle el pensamiento porque se echó a reír por lo bajo.

—Come lo que te guste y deja lo que no —le sugirió y recogió los cartones vacíos.

Su mirada volvió de nuevo a los tatuajes que le cubrían las muñecas, había algo en ellos que atraían su atención.

—Es un diseño extraño —murmuró incapaz de contenerse por más tiempo—. ¿Tiene algún significado en particular?

Él siguió su mirada y levantó la mano derecha.

—Es mi rango —respondió con un encogimiento de hombros—. No tenían significado alguno hasta el momento en que… los obtuve.

Ella se llevó un nuevo bocado de ensalada a la boca, saboreándolo.

—¿No querías ser juez? —insistió, la curiosidad podía con ella.

Shayler hizo una mueca al tiempo que cogía su copa de vino.

—Digamos que en el momento en que sucedió, no estaba todavía preparado para ello —dijo con desprovista de emoción alguna—. Pero el destino es una puta y tenía otros planes en mente para mí, así que me obsequió con esto —alzó la mano con el vaso haciendo rotar la muñeca.

—¿No pudiste simplemente negarte? —inquirió una vez más.

Él esbozó una sonrisa irónica y se echó hacia atrás, apoyándose en un brazo mientras estiraba una de sus piernas y flexionaba la otra para estar más cómodo. La mano que todavía sostenía el vaso de vino descansaba sobre la rodilla alzada.

—¿Pudiste negarte tú a portar el *Libre Albedrío*?

No, ni siquiera tuvo opción pensó con pesar.

—No tuve posibilidad de elección —confirmó sus propios pensamientos—. El Destino y la Esperanza, eligieron por mí.

Él asintió.

—Y en mi caso, fue La Fuente Universal quien lo hijo. Es mi derecho de nacimiento, o mi maldición, dependiendo del día. —Shayler dejó el vaso sobre la mesa y cuando lo hizo rotó la muñeca de tal forma que su tatuaje empezó a desvanecerse y en su lugar se formó una firme daga cuya hoja se ondulaba de un brillante blanco metalizado, mientras las empuñaduras estaban formadas por los cuerpos de dos serpientes entrelazadas cuyas cabezas con las fauces abiertas formaban la cruz de la empuñadura. Era un arma hermosa y letal y manaba de ella tanto poder como de su propietario, casi parecía una extensión de su propio poder—. La *Kahiya* es el símbolo de supremacía y ley del universo, así que, me las endosaron a mí junto con toda la responsabilidad que viene inherente al cargo.

Ella miró la daga y la otra mano en la cual permanecía el mismo tatuaje.

—Entonces… —señaló su otra mano.

—Como dije, Supremacía y Ley —repitiendo el movimiento con la otra mano, hizo destellar la otra daga. Las dos armas juntas eran un conjunto realmente hermoso y letal—. Son armas gemelas.

Sin pararse a pensar, Shayler ladeó una de las dagas con un lento movimiento, sujetándola entre la empuñadura y la hoja y se la acercó para que pudiera admirarla. Había algo allí que tiraba de ella hacia el arma, como si esas dagas reconocieran a su poder gemelo en ella. Sus largos y finos dedos se estiraron tímidamente hacia la hoja y en el momento en que hicieron contacto un pequeño chasquido de electricidad los recorrió a ambos conectándolos de una manera que ninguno de ellos había esperado. La conexión fue instantánea y de apenas unos milisegundos, pero bastó para descubrir aquello que debía descubrirse.

—¡Joder! —exclamó él retirando inmediatamente la mano, manejando la daga hasta que volvió a colocarse sobre su piel en forma de tatuaje.

Ella jadeó en busca de aire.

—Oh dioses…

Shayler alzó la mirada de su propia mano y se encontró con la mirada de ella. Sus ojos brillaban con dolor, desolación, tristeza e incredulidad, su labio inferior temblaba levemente y parecía incapaz de respirar cuando se llevó las manos al pecho.

—Dryah, ¿qué ocurre?

Las lágrimas empezaron a deslizarse por sus mejillas.

—Estaba equivocada, Juez —murmuró con voz rota—. Siempre fue Eidryen.

Un viento helado alcanzó la ventana abierta del sexto piso de uno de los edificios más antiguos de la calle veintitrés con la Quinta Avenida, la brisa no encontró impedimento en colarse y atravesar las finas cortinas color crema que separaban el balcón de la habitación principal amueblada con femenina exquisitez. Dos pequeñas velas con aroma a vainilla se consumían dentro de una pecera de agua mientras derramaban su suave luz sobre el tocador y creaban extrañas sombras en la pared y la figura inmóvil tendida en el diván color borgoña a su lado. El largo cabello elegantemente recogido por unas brillantes horquillas caía sobre el blanquecino hombro y se derramaba sobre el suelo a escasos centímetros de su mano inerte. Su pálido rostro tenía un semblante sereno en el que destacaban unos llenos labios pintados de un

carmín de brillante color borgoña que se movían en una silenciosa letanía, pero eran sus ojos, como velados por una tela blanca, los que permanecían fijos en el techo abovedado, viendo algo que estaba mucho más allá de la comprensión del mundo humano y de los dioses; el porvenir.

La visión había llegado como siempre, de improvisto, sin avisar, todo a su alrededor dejó de tener sentido, su visión se emborronó poco a poco hasta que todo quedó sumergido en aquella espesa niebla gris azulada. Sus pasos resonaban en el vacío espacio, un sendero que llevaba directamente hacia el futuro, hacia una nueva premonición. Como siempre, era una simple espectadora, podía ver pero no participar en ello.

La visión comenzó con ella, esa figura etérea a la vez que poderosa que vio en la Sala de los Ancianos. Estaba inmóvil, vestida con una túnica blanca, las manos unidas sobre el estómago mirando fijamente su reflejo en el suelo… Un reflejo que la mostraba ataviada con una túnica negra, con el largo cabello dorado cayendo por su espalda, contrario a los cortos mechones desordenados que lució entonces. Sus ojos reflejaban tristeza y sus labios se movían en un silencioso ruego.

«No me dejes sola».

Uras giró el rostro hacia la derecha cuando notó el tirón procedente de esa dirección y jadeó cuando se contempló a sí misma rodeada por sus compañeros de armas. Situada en el centro, luciendo de la misma forma que ahora, mantenía los ojos cerrados y una mirada serena, pero eran sus manos ensangrentadas y la sangre que goteaba de estas la que la dejó sin aire… en ellas sostenía un puñado de rosas rojas cuyas espinas se le clavaban en la carne. Cada uno de sus compañeros permanecía en pie y de espaldas a ella, entonces comenzaron a caminar, cada uno en una dirección, alejándose. Abrió la boca para gritar, pero de su voz no salió una sola palabra. La niebla volvió a espesarse y lo próximo que vio fue una silueta que se acercaba a ella y tomaba forma poco a poco, la figura era la de un hombre y caminaba hacia ella con el brillo de algo metálico destellando en su mano. El Juez se detuvo allí con aquella mirada ardiente en sus ojos azules y la apuñaló. Ella jadeó como si se sintiera atravesada realmente por un cuchillo, alzó la mirada y ahora lo que vio fue tristeza empañando sus ojos. La imagen cambió y ahora tras él surgió la silueta del *Libre Albedrío*, la mujer vestía de blanco y negro, con el pelo corto con el que la vio la primera vez, la muchacha alzó una pálida mano hasta posarla en el hombro del juez y dejó ver el intrincado patrón de tatuajes en tonos negros y dorados que cubría ahora su dorso. Como si se tratase de un fundido en negro, la escena volvió a cambiar y en esta ocasión contempló a sus compañeros, los Guardianes formando un círculo y en el ceño el Juez permanecía arrodillado en el suelo, sosteniendo entre sus brazos el desmadejado cuerpo de aquella mujer. Su rostro era una máscara de tristeza y desesperación y entonces se dio cuenta de algo más, mientras examinaba cuidadosamente lo que ocurría, comprendió algo; Ella no estaba presente.

Un angustiado jadeo surgió de su garganta y la sacó de golpe del trance. Como siempre, su cuerpo empezó a temblar incontroladamente intentando ajustarse a este plano de existencia. Su mirada tardó en ajustarse y recuperar la perspectiva mientras continuaba tendida sobre el diván pensando en todo lo que había visto y su significado. Había muchas cosas que no entendía, otras no era capaz de darles crédito, pero más allá de todo eso extrajo con asombrosa claridad lo que el Oráculo deseaba mostrarle. Acababa de presenciar… el final de la Guardia Universal.

Shayler no entendía que locura se había apoderado de él para permitirle tocar sus armas, más aún cuando fue él mismo quien le acercó la *Kahiya*. Siempre mantuvo un estrecho recelo con esas dos dagas, no permitía que nadie las tocase, ni siquiera sus compañeros de armas, sólo

Uras lo habían hecho en el momento en que le fueron otorgadas y únicamente para grabar con ellas los tatuajes que rodeaban sus manos. Sin embargo, con Dryah casi resultó algo incontenible, su poder llamaba al suyo y lo atraía hasta el punto de bajar la guardia de aquella manera.

La conexión había sido instantánea y fulminante, apenas habían rozado los dedos la hoja cuando notó el chispazo de electricidad y con ello la rápida sucesión de imágenes del último *Antiquerum* que había regido. Por las palabras y la mirada que ahora tenía la muchacha sabía que no era el único que había revivido aquel proceso, la *Kahiya* se encargó de hacer caer el velo de inocencia tras el que había permanecido oculta de una forma brutal y definitiva.

—Lo sabía, ¿verdad? —Las lágrimas resbalaban por sus mejillas mientras pronunciaba aquellas palabras—. Él sabía que iba a ocurrir todo esto desde el principio.

La agonía que vio en sus ojos se clavó profundamente en su pecho y traspasó las barreras que siempre tenía levantadas a causa de su empatía. El dolor era asfixiante.

—Sí. —Se vio obligado a asentir, no tenía caso seguir negándolo—. Imagino que siempre lo supo ya que fue él mismo quien solicitó el *Antiquerum*.

La vio apretar los ojos con fuerza, podía sentir su negación a lo que había visto, la necesidad de encontrar otra explicación.

—No puede ser verdad.

Él negó con la cabeza.

—Nunca existió un motivo para hacer tal juicio, al contrario que contigo, no había nada que justificara una intervención a ese nivel… Lo que Elora hizo… tu nacimiento… sólo afectó en cierto modo al equilibrio, la Fuente Universal no demandó ninguna intervención. Entonces una mañana Eidryen se presentó ante mí y me pidió que llevase a cabo el Juicio Universal… sería una pantalla, él dijo que era necesario para proteger el futuro del universo… y a ti.

Ella se levantó de golpe, la desesperación brillando en sus ojos azules.

—¡Debiste haberte negado! —exclamó con pasión—.¡Tenías que decirle que no!

Él suspiró, sus emociones lo estaban afectando más de la cuenta.

—¿Crees que no lo hice? —se defendió con la misma pasión que ella—. No tengo por costumbre regir un juicio que no es necesario y menos uno que pide el mismo que va a ser acusado. Los argumentos que esgrimió el dios del Destino eran difíciles de refutar, él era el único que sabía realmente como acabarían las cosas.

Ella entrecerró los ojos con fuerza, Shayler podía sentir su lucha interior, cómo intentaba encajar lo que la *Kahiya* le enseñó con sus propios recuerdos, intentando separar la realidad de las conjeturas. Se mesó el pelo con desesperación, hundió los dedos en los desiguales mechones y lo miró con un abandono que lo corroía por dentro.

—¿Qué más me han ocultado? —preguntó suavemente, su mirada azul brillante se alzó hacia él—. ¿Qué le llevó a hacer algo tan estúpido?

Se levantó lentamente y fue hacia ella quien esperaba por su respuesta.

—Salvar tu vida no lo consideró un acto estúpido —le dijo al tiempo que la incitaba a volver al sofá para sentarse ahora junto a ella—. De algún modo sabía que su tiempo se terminaba y quería dejarlo todo listo para que pudieras protegerte incluso cuando él ya no estuviera.

La estudió con la mirada, necesitaba saber qué decir, como decirlo pues la mujer que estaba frente a él estaba demasiado fragmentada y si terminaba por quebrarse dejaría libre uno de los poderes más caprichosos y letales del universo.

—A veces, lo más simple parece ser lo más difícil de creer —le dijo al tiempo que estiraba

la mano para tomar las de ella—. El dios del Destino tomó una decisión por encima de todos, él me estaba convencido que tú habías nacido para encontrar tu lugar en el universo.

Ella sacudió la cabeza, retirando las manos de las de él.

—No —negó nuevamente—. Todo esto es una locura. Él fue a la Sala de los Ancianos cuando lo reclamaron, yo estaba allí cuando fueron a buscarlo.

La muchacha parecía estar batallando con sus propios recuerdos, separando lo vivido de lo que acababa de presenciar.

—Quise ir con él pero no me dejó —continuó—. No le escuché y fui sola, quería entrar en esa maldita sala, tú estabas allí te vi un instante antes de que las puertas se cerraran y Nyxx me obligara a quedarme fuera.

Shayler se encogió interiormente. Él ni siquiera la presintió, había estado demasiado centrado en aquel maldito juicio, en terminar cuando antes con aquella pantomima que ni siquiera prestaba atención a lo que había a su alrededor. Si tan sólo la hubiese visto entonces… ¿Habría significado algún cambio?

Recordaba su encuentro con Eidryen, como el dios se había presentado ante él y lo hizo partícipe del motivo de su presencia. Él se había echado a reír, le preguntó incluso si estaba tan cansado de la vida como para querer remediarlo de una manera tan drástica, su respuesta sólo había hecho que se negara con más rotundidad a aquella locura pero él había insistido esgrimiendo argumentos que no pudo negar.

—Su destino se puso en marcha en el mismo momento en que tomó el primer aliento de vida, Juez. No es si no ahora, que entiendo que siempre habría sido así. Ella tenía que venir al mundo para completar un equilibrio que será esencial para el universo.

—Cómo puede completar un equilibrio, cuando es su propia presencia la que lo ha roto para empezar.

—Te equivocas, mi joven amigo, ella es la que ha creado y creará el equilibro, el cual se complementará con el tuyo… en el momento preciso —le había asegurado. Su mirada enigmática había recaído sobre él durante unos incómodos instantes—. No la dejes sola cuando yo ya no esté, necesitará guía y alguien que la proteja de todo lo que se le vendrá encima.

Él casi se había reído ante la petición del hombre.

—¿Me estás consignando cómo niñera?

El dios sonriera con suficiencia.

—No Shayler, estoy poniendo el destino y el futuro equilibrio del universo en tus manos —le había dicho Eidryen—. Lo que decidas hacer y cómo hacerlo, determinará el resultado final.

No había estado de acuerdo, nunca lo estuvo y pese a haber dado su palabra de cuidarla, se había desentendido de ella suponiendo que estaría bien siempre y cuando permaneciese oculta y dormida como sabía que el dios tenía intención de dejarla.

—Me mintió.

La agonía en la voz de la muchacha lo devolvió al presente.

—Me mintió, me engañó, faltó a su promesa —clamó ahora en voz alta, su nerviosismo era tal que necesitó dejar su lugar en el sofá y caminar por la habitación—. Todos lo sabíais y ninguno fue sincero conmigo. Me ocultasteis la verdad.

Él se levantó a su vez pero mantuvo las distancias.

—No te habría servido de nada saber la verdad entonces.

Ella abrió los brazos en un gesto de desesperación.

—¿Y de que me sirve ahora? —Su mano señaló la ventana—. No pertenezco a este mundo, tampoco pertenezco al tuyo…no soy nada.

Empezó a avanzar lentamente hacia ella.

—Lleva tiempo encontrar el lugar en el que encajar —le aseguró al tiempo que se acercaba a ella. Él mejor que nadie lo sabía.

—¿Tiempo? —se rio con amargura—. ¡Yo no tengo tiempo! Soy un peligro para el universo, ¿recuerdas? No tengo control alguno sobre mi poder… ¡Ninguno!

Como si el *Libre Albedrío* quisiese mostrar su parecer a tales palabras, las bombillas del salón explotaron y quedaron como simples casquillos ennegrecidos. Una diminuta lluvia de cristal cayó allí donde estallaron. Él llegó a ella pero no la tocó, la muchacha se estremeció y envolvió los brazos alrededor de su cintura, podía sentir el *Libre Albedrío* crepitando a su alrededor, sondeando y revolviéndose en su confinamiento humano deseando arremeter contra aquel que provocaba el tumulto de emociones en ella. Juró por lo bajo al darse cuenta de algo, ella no solo no tenía control sobre el poder primigenio, el mayor problema estaba en que eran dos entes totalmente distintos y no una única unidad tal y como debería ser.

—Dryah, tienes que calmarte… —Se movió cautelosamente hacia ella—, te estás haciendo daño a ti misma y estás permitiendo que el *Libre Albedrío* se revuelva y escape a tu control.

Ella se limitó a abrazarse con más fuerza, sus dedos se crisparon sobre sus propios antebrazos, las lágrimas fluían a hora silenciosamente por sus mejillas.

—Me mintió —la oyó susurrar—. Prometió que se quedaría conmigo, me aseguró que todo era un malentendido y que se solucionaría pronto… que volvería a mi lado… ¡Y me mintió! Nunca pensaba volver… me dejó sola…

Un leve estremecimiento recorrió su cuerpo, Shayler se preparó a sí mismo para lo peor, rogando interiormente que no llegase a liberar por completo su poder. No quería herirla, la sola idea de hacerle daño lo laceraba por dentro.

—Dryah, pequeña, mírame… —la llamó, ahora estaban a escasos centímetros uno del otro.

Ella alzó la mirada, sus ojos brillantes y anegados de lágrimas, con tanto dolor en ellos que se encogió interiormente en respuesta.

—Me ha mentido —murmuró ella, había un precioso puchero en su carita—. Prometió que se quedaría conmigo y me dejó sola.

No se lo pensó dos veces y se permitió limpiarle las lágrimas.

—Shh —le secó la humedad de las mejillas con los pulgares. Su empatía lo estaba matando ahora mismo, ella se estaba muriendo por dentro y él lo sentía—. No estás sola bonita, estoy aquí.

Las lágrimas empezaron a correr entonces sin control bañando sus mejillas, su nariz se arrugó ligeramente y empezó a sollozar como una niña pequeña a la que le hubiesen arrebatado todo.

—Me dejó sola… me lo prometió y rompió su promesa. —Lloraba como una niña pequeña—. Maldito seas Eidryen, me lo prometiste… me dijiste que nunca me dejarías sola… y me mentiste… me mentiste.

Sin esperar o pedir permiso la atrajo hacia su pecho y la abrazó. Ella rompió a llorar con más fuerza aferrándose a su camisa, su húmedo rostro pegado a su pecho. Afortunadamente el estallido emocional rompió la concentración del *Libre Albedrío*, quien parecía contentarse ahora con ronronear al sentirse arropado por su propio poder.

—Shh, tranquila, estoy aquí —le susurró mientras le acariciaba el pelo—. No estás sola,

bonita, no pienso dejarte sola nunca más…

Por primera vez desde que la vio en el mundo humano, Shayler empezó a comprender que quizás los sueños no estuvieran tan alejados de la realidad. Y si así era, se le presentaba un infernal camino por delante.

CAPÍTULO 7

John levantó la cabeza del portátil en el que trabajaba cuando oyó el timbre del teléfono. Su mano se extendió automáticamente hacia el aparato sobre la mesa sólo para darse cuenta que no era el teléfono de la oficina el que sonaba, después de todo, Shayler lo colgaría de los pulgares antes que permitirle poner aquella estruendosa melodía en la terminal del despacho. Su mirada buscó sobre la mesa y agudizó el oído hacia el lugar de donde provenía la melodía de la canción *Bye Bye beautiful* de *Nightwish*. Aquel era un pequeño sádico placer que se permitía en la oficina sabiendo que no sólo molestaba a su hermano, sino a Jaek, quien opinaba que aquello no era música, sino una bandada de gatos siendo despellejados vivos. Qué sabrían ellos de música.

Casi había llegado al estribillo de la canción para cuando logró dar con su iPhone debajo de un montón de papeles. El identificador de llamadas mostraba la cara verrugosa de un perro con collar de púas y sobre él el nombre de «La Perra». ¿Qué diablos podía querer esa mujer ahora? Por regla general, era a su hermano al que jodía, no a él —gracias a los dioses por los pequeños favores— cuando estaba con el SPM. Guardando el trabajo en el ordenador con un clic del ratón, cogió el teléfono con la otra mano y se lo llevó con desgana a la oreja.

—¿Quién se ha muerto ahora, Ur? —preguntó con desgana. La línea al otro lado del teléfono quedó en silencio durante unos segundos así que bajó el teléfono para comprobar que seguía con la recepción de la llamada antes de volver al oído mientras lo sujetaba entre la barbilla y el hombro para poder continuar con su trabajo—. ¿Hola? ¿Uras?

—Ha empezado, John.

El hombre dio un respingo ante la misteriosa voz de la mujer.

—¿Qué ha empezado? —preguntó cuándo nuevamente la línea volvió a quedarse en blanco—. ¿Ey? ¿Estás bien?

Hubo un ruido de algo de cristal chocando contra otra superficie y el frufrú de la tela antes de que oyese la contestación.

—Acabo de tener la madre de todas las visiones —le dijo, su voz matizada con los remantes del proceso que siempre experimentaba tras una de aquellas fulminantes visiones—. Y ha empezado. No sé cómo ni en qué momento se ha puesto en marcha, pero ha comenzado, todo se ha puesto en movimiento y sólo puedo suponer que el detonador ha sido este nuevo *Antiquerum*. John, hay un vínculo entre ellos… no sé si ya viene de atrás o está por crearse, pero en mi visión existía y era más fuerte que cualquier cosa que haya visto en toda mi existencia.

Él frunció el ceño y dejó de teclear, la mujer tenía ahora toda su atención.

—¿Qué quieres decir? —preguntó al tiempo que cogía el teléfono—. ¿Qué has visto exactamente?

Hubo una pequeña pausa antes de que la escuchase nuevamente.

—Son dos caras de una misma moneda —respondió—. El poder de uno llamará al del otro, era inevitable que antes o después se encontraran… y ese encuentro es el que va a propiciar nuestra caída… el que ya la ha propiciado.

Hubo un profundo suspiro desde el otro lado de la línea.

—John, la he visto dividida… su poder llamándola, suplicante y ella como tan sólo una cáscara vacía —continuó Uras, su voz empezaba a hacerse más alta y desesperada por momentos

—. No tiene poder sobre el *Libre Albedrío* porque todavía no lo acepta como parte de sí misma, como lo que debería ser una parte de un total. Y Shayler… él la protegerá, John… la protegerá incluso de nosotros. ¿Es que no lo entiendes? Acabará con nuestra orden, nos dividirá y empezará por nuestro Juez.

John no dijo nada mientras intentaba digerir lo que oía de aquella mujer.

—No puede quedar en libertad —sentenció con fuerza—. Ya no se trata solo de un peligro para la humanidad y dioses por igual, es un peligro para nosotros, la única que provocará el fin de todo lo que los *Guardianes Universales* han conocido. Shayler debe terminar con ese juicio, John y debe hacerlo ya.

El guardián alzó su mirada azul, gemela a la de su hermano y se quedó mirando al vacío, intentando escuchar más allá del tiempo, más allá del espacio, donde la Fuente Primigenia residía, pero sólo escuchó vacío, no hubo ni un sólo murmullo y aquello contribuyó a aumentar su desconcierto. La Fuente nunca estaba tan silenciosa en lo que a él se refería.

—Shayler no apresurará un *Antiquerum* —respondió negando con la cabeza, pese a que ella no iba a ver su gesto—. Después de lo que ocurrió con el anterior, ni siquiera dejará que nos acerquemos.

Escuchó un resoplido desde el otro lado de la línea.

—¿Ni siquiera si ese veredicto pone en riesgo nuestra continuidad? —insistió ella con obvia incredulidad en su voz—. Es el *Libre Albedrío*, John, no un problema de herencias.

Respiró profundamente volviendo a prestar atención a la mujer después de su intento infructuoso de escuchar a la Fuente.

—Si ella es tal peligro para nosotros o para la humanidad, el Juez no dudará en erradicarlo —aseguró con tono liso, despreocupado.

Se oyó una carcajada desde el otro lado de la línea, seguida por una mordaz respuesta.

—¿Acaso serías capaz de erradicar tu propio corazón? —le preguntó ella, su voz modulada de tal manera que parecía haberlo susurrado en su alma.

El rostro de John se endureció.

—Si eso evita que toquen a los míos, sí —respondió sin dudar.

Ella pareció esbozar una sonrisa, por el sonido que escuchó a través de la línea.

—Pero Shay no es como tú, ¿verdad? —Parecía divertida por este hecho—. Él tiene algo de lo que tú careces, compasión. Y esa misma compasión es la que le permitirá estar junto a ella y nos conducirá a una destrucción a la que quizás no sobrevivamos todos.

Frunció el ceño, no le gustaban esa clase de acertijos.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué jodida mierda has visto, Uras?

Hubo un nuevo y alargado silencio desde el otro lado de la línea.

—Ella es la clave —insistió una vez más, el sonido de pasos sobre el suelo llegó a sus oídos. Debía estar paseándose de un lado a otro—. Cada uno de sus pasos guiará los nuestros, guiará los del Juez y nos conducirá a todos al final.

Hubo un chasqueo femenino desde el teléfono.

—La visión no ha sido nada clara, no ocurrió como siempre, han sido un montón de escenas inconclusas y fuera de contexto, pero en la mayoría, Shayler estaba con ella y los Guardianes en torno a ellos y al mismo tiempo a distancia. Es como si nos fuésemos distanciando poco a poco, siempre rezagados… hasta que cada uno se da la vuelta y os alejáis.

John se pasó una mano por el pelo en un gesto de exasperación.

—Habla con Shayler, hermano —su petición fue casi una súplica—. Tiene que volver a

encerrar el *Libre Albedrío* y apartarse de ella antes de que sea demasiado tarde… para todos.

La línea quedó muerta tras un breve clic y finalmente empezó a oírse un sonido intermitente que anunciaba que se había cortado la comunicación. Con un profundo y bajo gruñido lanzó el aparato encima de la mesa y se giró en la silla fijando su mirada en la ventana y en la ciudad que poco a poco se iba encendiendo para dar paso a la noche. Una enorme jungla de asfalto en la que los humanos se comportaban en la mayoría de los días como bestias salvajes, sin importarles a quien masacraban, a quien violaban o mataban por un puñado de dólares. Si bien el edificio estaba situado en una de las zonas más tranquilas de la ciudad, no faltaba el día en que llegase la noticia de algún tiroteo provocado por dos bandas enfrentadas, la violación de una mujer en el parque y que alguien atropellaba a un niño y huía de la escena. A menudo se preguntaba si realmente valía el esfuerzo salvar a aquella estúpida raza que no hacían otra cosa que destruirse los unos a los otros, y día tras día obtenía la misma respuesta.

Se pasó una mano por el rostro y lanzó la cabeza hacia atrás con un profundo suspiro, su mirada se perdió una vez más en la nada, sus sentidos sondearon más allá de toda barrera conocida sin encontrar absolutamente nada. Dejó escapar un resoplido de frustración al tiempo que se levantaba de un salto y empezaba a pasearse de un lado a otro de la habitación antes de cambiar la dirección de sus pasos y abandonar la oficina dejando tras de sí una estela de mal humor.

Encogida en el sofá y arropada con su propia chaqueta no tenía más parecido que con el de una niña huérfana y abandonada —en cierto modo, aquella imagen no se apartaba demasiado de la realidad—. Su respiración se había normalizado finalmente apenas interrumpida por algún ocasional hipido del llanto, tenía la nariz colorada y sabía que sus ojos estaban tan rojos como si se los hubiesen frotado con un producto abrasivo. Al menos ya no temblaba. Algo que Shayler agradecía después de pasar más de una hora acunándola contra él mientras ella daba rienda suelta a todo el dolor que se había ido acumulando en su pecho desde su despertar, —y posiblemente incluso desde antes—. Su poder se redujo a un bajo ronroneo en su interior, el *Libre Albedrío* permanecía en calma mientras su portadora se desahogaba limitándose a dormir en su interior sin asomarse nada más que de cuando en cuando como si quisiera comprobar que ella seguía bien. Era extraño sentirla así, dividida, cuando él mismo era uno solo con su poder, sin saber dónde empezaba uno y terminaba el otro.

Los restos de la cena quedaron olvidados sobre la pequeña mesa frente a ella, platos sin recoger, cubiertos y cartones esparcidos por doquier, lo que comenzó como una agradable cena se había convertido, gracias a un imprudente movimiento por su parte, en aquel desastre. Con un suspiro traspasó el umbral del salón desde donde llevaba contemplándola unos minutos y rodeó el sofá con una bandeja en la que reposaba una taza de líquido humeante.

—Ten, te va a sentar bien.

Ella alzó la mirada en su dirección, las manos seguían ocultas todavía bajo su chaqueta y parecía costarle un mundo moverlas para aceptar lo que se le ofrecía.

—Es dulce, y por tu recién descubierta afición al chocolate, es posible que te guste —insistió y le acercó la taza.

Ella la tomó y murmuró un agradecimiento en voz baja. El humeante líquido ambarino de la infusión tenía un aroma dulce y agradable que lo hacía atrayente.

—Está caliente —murmuró, su voz pastosa por la acción del llanto.

Asintió, no es que pudiese hacer mucho más.

—Sí. —Empezó a recoger las cajas blancas de la comida y las apiló todas juntas—. Déjalo enfriar un poco, no hay necesidad de que te quemes también la lengua.

Ella ladeó la cara y miró de nuevo el líquido antes de moverse sobre el sofá y dejar la taza en una esquina de la mesa para luego volver a arrellanarse con cansancio en el sofá.

—¿Qué va a pasar ahora? —preguntó volviendo su mirada azul hacia él—. Quizás después de todo no sea tan mala idea que me devuelvas al lugar en el que me encontraron.

La miró tras colocar los restos en la bandeja que había traído la infusión, su mirada permaneció sobre ella durante unos instantes para luego chasquear la lengua.

—Si las cosas fueran tan simples como para poder cambiarlas en un sólo instante y hubiese soluciones milagrosas para los problemas que envuelven el mundo, la vida sería demasiado fácil —comentó con un encogimiento de hombros—. Muy monótona.

Ella recostó la cabeza en el respaldo del sofá para poder mirarle a la cara.

—Quizás —musitó—. Pero eso me ahorraría el tener que buscar los pedazos en los que ha quedado dividida la mía y encontrarle algún sentido.

El juez resopló ante su negatividad.

—Los pedazos pueden recogerse y volver a unirse, Dryah.

Ella sacudió la cabeza.

—Por muy buen artesano que seas, siempre quedan grietas —insistió. Fue solo un cansado suspiro, pero que contenía todo el peso de sus emociones—. Y yo no soy buena artesana… no creo que sea… buena… en nada.

No podía culparla por ver las cosas de ese modo, pero tampoco dejaría que se hundiese sin remisión en la autocompasión. No servía de nada.

—No hay grieta que no se vaya cerrando con el tiempo, pequeña —le respondió con cierto tono de conocimiento en la voz.

—¿Nuevamente el tiempo, Juez? Ambos sabemos que carezco de ello —le aseguró mientras fijaba la mirada en sus manos.

—Pero puede conseguirse.

Ella dejó escapar una suave risa en la que podía oír la ironía por encima de cualquier otra cosa.

—Desde el principio se me consideró un peligro para todo el mundo, ¿vas a decirme que ya no lo soy? —Su mirada subió a la de él, sin apartarla, buscando como si su silencio pudiese darle algún indicio de la respuesta adecuada. Finalmente suspiró y negó con la cabeza—. Decídete, Juez, no me gusta estar al borde de un precipicio, sin saber si caeré hacia el lado que me hará pedazos o hacia el lado que me mantendrá a salvo.

Su declaración fue clara.

—Nunca apresuro un juicio… —murmuró moviéndose imperceptiblemente, su mano derecha alzándose apenas unos centímetros de su posición original—, no cuando hay mucho más en juego de lo que se ve a simple vista. —Un ligero hilo de poder se elevó partiendo de sus dedos y al instante ella notó el tirón sobre su propio poder—. Y tú, pequeña, eres mucho más de lo que se ve a simple vista.

Dryah jadeó apretándose contra el respaldo del sofá, una breve corriente eléctrica recorría sus terminaciones nerviosas, vibrando con suavidad en su interior, haciéndola ser totalmente consciente del cosquilleo que se extendía por su piel, concentrándose en su pecho. El *Libre Albedrío* se revolvía en su interior serpenteando y enroscándose, vibrando al unísono con ese otro poder que lo despertaba y tiraba de él. Respirar empezó a resultar difícil, como si alguien le oprimiese el pecho enjaulando sus pulmones, pequeños jadeos salieron de su garganta mientras

sus ojos se clavaban en el responsable de aquel ataque.

—Ésta es la causa principal de que el destino no se haya escrito todavía para ti —le informó él, su voz ahora coronada de absoluto y puro poder—, y no se escribirá hasta que tú decidas el camino a elegir.

Una intensidad que no sintió antes se elevó cada vez más alto en su interior y empujó en su empeño de abrirse paso hacia fuera, luchando contra la barrera que era el cuerpo femenino para poder escapar. La sangre se espesaba en sus venas, podía oírla crepitar y calentarse, quemarla por dentro sin que nada pudiese contenerlo o hacerlo retroceder. Lágrimas acudieron a sus ojos, sus perfectos dientes atraparon el labio inferior en una férrea presa mientras todo su cuerpo se tensaba ante la enorme oleada de poder que nacía de su interior, tratando de alcanzar aquel otro que sentía vibrar a su alrededor, barriéndola e incitándola.

—Para… —susurró ella, su voz apenas audible.

Pero él no cedió.

—Esa es la causa principal del *Antiquerum*. —Su voz estaba bordeada por el eco del poder y supremacía que lo envolvía—. El poder del *Libre Albedrío*.

Ella jadeó y se dobló sobre el estómago. El aire empezaba a encontrar dificultades para penetrar en sus pulmones.

—Bas...ta —insistió.

Él no la escuchó pues continuó empujando, llamando al *Libre Albedrío* sin darle una sola oportunidad a ella.

—¿Lo sientes corriendo por tus venas? Yo sí lo hago, siento como se revuelve en tu interior desesperado por escapar, te viste como una segunda piel mientras se extiende más y más…

Apretando los dientes alzó la mirada hacia él

—Ya… has de… mostrado tu punto —siseó al tiempo que alzaba sus ojos azules, las palabras salían entrecortadas por el dolor—. Ahora… ¡basta!

Tan rápidamente como había llegado, el poder se replegó hasta quedar nuevamente bajo su férreo dominio y la dejó una vez más a merced del *Libre Albedrío*. La ardiente marea en su interior empezó a enfriarse poco a poco, retrocediendo y bañándola en el proceso con calidez y confort borrando el dolor que había originado.

—Respira. —Oyó que le hablaba. Su principal necesidad ahora mismo estaba en poder recuperar el aire y que este entrase en sus pulmones—. Ya está, tranquila, sólo respira…

—Eres… —Tos—, un cabrón hijo de… —Tos—, puta.

Él se rio entre dientes.

—Cuando me insultas es señal de que estás bien —aseguró mientras le frotaba la espalda en círculos.

Lo fulminó con la mirada.

—Siempre he pensado que la mejor manera de demostrar algo, es enfrentarse con ello —continuó él con desenfado—. No tienes control del *Libre Albedrío*… el que se salga de tus manos nos pone a todos en peligro, pero especialmente a ti.

Dryah respiró profundamente y se apartó de sus manos.

—Tus métodos apestan —se quejó al tiempo que se dejaba caer nuevamente contra el sofá. Estaba agotada. Sus ojos se cerraron durante un instante, su respiración comenzaba a recuperar el ritmo normal—. ¿Cómo puede cambiar la vida de alguien tan drásticamente en un sólo instante? Todos tus pensamientos, tus recuerdos, todo lo que eres pueden ser destrozados en

un sólo instante por una mentira.

—Lo sé —fue la inesperada respuesta del juez.

Al instante lo vio recoger la bandeja en la que depositó los restos de la cena y se la llevó con él. Se incorporó lo suficiente para verlo salir, había notado algo en su voz que no estaba allí antes. ¿Arrepentimiento? ¿Tristeza? Paseó la mirada sobre la mesa hasta toparse con la taza humeante, su mente giraba alrededor de las imágenes que había visto en un intento de reconciliarse con lo que había descubierto y que, en lo más profundo de sí misma sabía que era la verdad.

—*Libre Albedrío*… —murmuró extendiendo sus manos ante sí misma.

—Una bonita broma del destino, ¿um? —escuchó su voz desde el pasillo.

Ella sacudió la cabeza.

—No lo catalogaría de bonito precisamente, menos aun cuando ese es el motivo de que estés tú aquí —resopló más para sí que para él.

Oyó una carcajada desde el final del corredor. Ese hombre tenía un oído excelente.

—¿Volvemos a los insultos?

—No era un insulto, Juez —le dijo y se enderezó un poco—. Acabas de demostrarme que el *Libre Albedrío* es el motivo de que estés aquí.

Él chasqueó la lengua en respuesta.

—Tú eres el motivo de que esté aquí —la corrigió—. Tú eres el *Libre Albedrío*. No pienses en ello como un ente separado, porque no lo es… mejor dicho, no debería serlo ya que es tu propia esencia.

—Mi esencia… —repitió ella bajó la mirada a sus manos—. En realidad… ya no estoy ni siquiera segura de quién o qué soy. Dices que nací del alma de un dios y renací como el *Libre Albedrío*, y que como tal soy un peligro para el universo y para mí misma.

Él regresó al salón, se acercó a la mesa y apartó la taza de té sin tocar para tomar asiento.

—Eres peligrosa para el Universo porque eres uno de los poderes primordiales de la Fuente, al igual que yo —le explicó inclinándose hacia ella—. En tu caso, el peligro viene con la falta de control que tienes sobre el poder que debería formar parte de ti, ¿necesitas otra clase práctica?

Ella esbozó una mueca.

—No gracias. Lo he entendido a la primera.

Él asintió.

—Bien —aceptó complacido—. Ahora métete esto en la cabeza. Eres de carne y hueso, sangre y vida. El poder que sientes dentro de ti es tu esencia, eres tú misma… y con el tiempo, deberías ser capaz no sólo de esgrimirlo, sino de sentirte completa con él.

Ella arqueó una delgada ceja dorada.

—Volvemos al punto de partida —le recordó con ironía—. Tiempo.

Shayler se inclinó hasta quedar a su altura.

—¿Vivir o morir, Dryah? —le dijo, su mirada fija en la de ella—. Elije la vida y haremos un arreglo con el tiempo.

Ante aquella oferta no pudo evitar fruncir el ceño.

—¿Me estás haciendo chantaje, juez? —respondió sorprendida.

Él se pasó la mano por el pelo y apartó un mechón que le molestaba anclándolo tras la oreja.

—Sólo cumplo con la promesa que hice a un amigo —respondió con calidez—. Ahora mismo no puedo dejarte en libertar, pero sí puedo darte tiempo para que me demuestres que esa es la sentencia que debo darte.

Dryah tragó saliva, necesitaba preguntarlo.

—¿Y si ese no es el camino que debo seguir?

No hubo vacilación en su voz.

—Entonces, *Libre Albedrío*, perecerás por mi mano —aseguró con absoluta seriedad.

—Vivir o morir, ¿um?

—Nunca dije que fuera una elección sencilla —le dijo con un leve encogimiento de hombros.

—No, supongo que no —murmuró dejando escapar un cansado suspiro.

El Juez cogió entonces la chaqueta que se deslizó en algún momento del sofá y la arropó una vez más, su mirada volvió a la mesa y cogió la taza para luego volverse y tendérsela a ella.

—Bébetelo, ya debe haberse enfriado lo suficiente. —Esperó a que ella estirase las manos para tomar la taza.

Con un suspiro, tomó la taza y se la llevó a la nariz aspirando profundamente el dulce aroma.

—Eres extraño Juez Shayler, un hombre extraño —murmuró al tiempo que se llevaba la taza a la boca y daba un pequeño sorbo.

Él se limitó a encogerse de hombros.

—No tanto.

—Um-hum —respondió, entonces se lamió los labios saboreando la infusión—. ¿Qué es? Tiene un sabor muy agradable.

—Té con caramelo y vainilla —le informó al tiempo que volvía la mirada hacia atrás y se levantaba echando mano al bolsillo trasero del pantalón al notar una leve vibración. Su *Backberry* empezó a zumbar seguido al poco tiempo por una melodía de piano. Él frunció el ceño al ver el nombre en el identificador de llamadas, la miró e indicó el aparato a modo de disculpa—. Dame un momento, algunos están dispuestos a empezar el Apocalipsis antes que tú.

Ella arqueó las cejas en respuesta mientras lo observaba accionar el teléfono y llevárselo a la oreja.

—¿Tan pronto me echas de menos? —respondió a la llamada con voz burlona, entonces se fijó una vez más en ella y señaló la taza—. Bébetelo, antes de que se enfríe del todo.

Ella se limitó a poner los ojos en blanco pero le obedeció dejando que él volviese satisfecho su atención de nuevo al teléfono. No pudo evitar sentir curiosidad por aquella llamada, especialmente al ver el gesto de hastío en el rostro del Juez.

—Lo dudo mucho —la ironía goteaba de la voz del hombre que se paseaba por su salón con el teléfono en la oreja—. Ni toda la valeriana del universo concentrada haría nada para aplacar tus inestables nervios, tío.

Oyó algún murmullo en respuesta y lo vio hacer una nueva mueca, antes de girarse a ella, dedicarle un travieso guiño y alejarse finalmente hasta la ventana dónde quedó de espaldas a ella.

Las luces del alumbrado del parque se habían encendido ya, al igual que algunas de las farolas de la línea de calle, la tarde había transcurrido lentamente pero ya era hora de dar paso a la noche. Le gustaba aquella ciudad, el mundanal ruido, el interminable desfile de gente de tantas y tantas etnias que se reunían en una misma urbe y convivían unos con los otros, agradecía la relativa tranquilidad que encontraba en alguno de sus parques, su cultura y monumentos, todo hablaba de su historia y le gustaba escucharla. Y por primera vez, después de estar a su lado

durante buena parte de la tarde, Shayler entendió lo que todo aquello debía suponer para alguien tan inocente como la mujer que se arrellanaba en el sofá. Había comprobado su reticencia, su temor y ansiedad ante aquel nuevo mundo que no acababa de entender del todo, pero también fue testigo de su valentía al enfrentarse a lo desconocido, sus ganas de aprender, de descubrir. Era como una esponja, intentando absorber el significado de las cosas. Un nuevo murmullo en el teléfono lo hizo perder el aire despreocupado que mantenía en presencia de ella, su voz se hizo más firme, más seria.

—Ten cuidado con lo que dices y en el modo en que lo dices, John. Estás hablando conmigo, no con un principiante sin control —respondió a su interlocutor con un borde acerado en la voz—. Soy perfectamente consciente de lo que ha pasado.

John fulminó con la mirada el teléfono que descansaba sobre la balaustrada de la terraza, sus ojos se iluminaron con un tenue brillo mientras calibraba la posibilidad de lanzar una perfecta descarga eléctrica a través de ese cacharro que le pusiese al juez el pelo de punta. Quizás aquello sirviera para hacer entrar en su jodido cerebro el significado de lo que le estaba diciendo.

En su lugar, se limitó a responder con total ironía.

—¿Acaso necesitas una muestra de cómo se jode el mundo para poder hacer mejor tu trabajo? —Su voz sonaba baja, amenazante—. Hagamos que el universo se quiebre para que el Juez se sienta mejor.

Respiró profundamente al tiempo que se llevaba una mano a la frente y empezaba a masajearse el puente de la nariz como si tuviese un fuerte dolor de cabeza.

—Shayler, esto no es un juego, esa mujer…

La respuesta no se hizo esperar.

—Es mía. Mi juicio. —La voz del Juez salió alta y clara a través del manos libres del teléfono—. Mi responsabilidad.

El hombre frunció el ceño, miró el teléfono como si le desagradara, aunque fueron las palabras de su hermano, o más bien, lo que no decía lo que había provocado ese gesto.

—Tu responsabilidad es proteger el equilibrio universal, Juez Supremo —le recordó entre dientes—. No encapricharte de una hembra, que da la jodida casualidad de que es la personificación del *Libre Albedrío* y que ha sido profetizada como la causa de nuestra destrucción.

Hubo un suspiro procedente del otro lado de la línea.

—No hace falta una profecía para saber cuáles serán los resultados si ella no consigue dominar todo su poder.

Puso los ojos en blanco ante el obtuso razonamiento de ese muchacho.

—Esto va mucho más allá de si puede o no puede hacer frente a su poder, Shayler —su exasperación era evidente—. Uras lo ha visto todo, vio como ella va a causar nuestra división y destrucción.

El gruñido que pasó a través de la línea le dejó muy claro que la mención de aquella mujer seguía sin gustarle un pelo.

—Lo que diga esa zorra espartana me importa una mierda, John.

Resopló, no le estaba diciendo nada que no supiese ya.

—Sigue siendo nuestro Oráculo y la más intensa conexión que tenemos con la Fuente, Shay —le recordó con suavidad—. Sabes tan bien como yo que lo que ella ve en sus visiones, acaba por cumplirse de un modo u otro.

El silencio al otro lado de la línea se prolongó de tal modo que pensó que no contestaría,

pero entonces escuchó de nuevo su voz.

—*Libre Albedrío*, John, ¿entiendes realmente su significado?

Y ahí estaba, el hombre que tenía el poder y la responsabilidad más grande que debiese tener jamás un ser vivo.

—Shay…

La respuesta que llegó a sus oídos fue tajante.

—No pasará, John… no lo permitiré.

Dejó escapar un profundo suspiro y se pasó las manos por el pelo en un gesto de absoluta desesperación. Tenía que haber algo más en todo aquel asunto, su hermano no estaría tan obcecado en seguir adelante si no existiese un motivo de peso.

—¿Qué está pasando realmente aquí, Shayler? —le preguntó, su voz apenas un susurro—. ¿Por qué es tan importante para ti este juicio?

—No lo haré de nuevo, John. —Fue la helada respuesta que salió por el aparato—. Así ascienda el infierno a los cielos, no lo permitiré. Llevaré este maldito juicio hasta sus últimas consecuencias, pero lo haré a mi manera y con todas las pruebas por delante. No condenaré a una niña tan solamente por el hecho de existir.

Aquello no pintaba bien, nada bien… y ambos lo sabían.

—El *Libre Albedrío* no es una niña, hermano.

Ahora fue el turno de Shayler de suspirar.

—Dryah lo es.

John sacudió la cabeza y golpeó con el puño la balaustra bajo sus manos.

—Shay, no sé qué demonios está pasando aquí. La Fuente nunca ha estado tan silenciosa como ahora, no hay respuestas a mis preguntas, sólo silencio y eso no me gusta —le informó e hizo hincapié en cada una de sus palabras—. Juez, nunca te ha llevado tanto tiempo obtener el veredicto de un juicio, te bastaba con estar ante el acusado para saber si su condena era justa o no y hermano, han pasado horas y no he oído de ti ni un sólo motivo por el que esa… muchacha… deba ser salvada.

Un bajo resoplido inundó la línea.

—Ni tampoco me oirás decir uno sólo por la que deba ser condenada —afirmó el Juez—. Todo requiere su tiempo, su momento en el transcurrir de las cosas, John. Cuando tenga mi veredicto, serás el primero en saberlo… después de ella.

Hubo un breve momento de silencio que fue llenado por su propia respuesta.

—Si ella llega a liberar todo su poder, estaremos todos bien jodidos, Shayler.

Su hermano intentó intervenir.

—John…

—No, Shayler. Es el *Libre Albedrío*, si su vida se convierte en una amenaza para la humanidad, o para nosotros… la mataré yo mismo.

El Juez sacudió la cabeza, aunque John eso no lo vio. Su mirada estaba puesta en la ventana, en el reflejo que ofrecía el cristal de la menuda hembra que descansaba en el sofá mientras bebía a pequeños sorbos de la taza.

—No la tocarás —su advertencia tenía la cadencia de un susurro, pero su poder estaba presente en su voz, reverberando en todo el universo—. No me obligues a elegir, John.

John miró durante unos silenciosos segundos el teléfono, sus manos aferradas a ambos lados de la balaustra de piedra. Todo en su interior se revelaba ante las palabras de su hermano, su Juez. Era su deber, como el de los otros, acatar sus órdenes y ver que se cumplieran, aunque

todo en él pidiese a gritos abrirle la cabeza para meter algo de sentido común en aquel atrofiado cerebro.

—¿Por qué, Shayler? ¿Qué es tan importante para que quieras protegerla a toda costa?

No hubo respuesta del otro lado de la línea. John juró en voz baja.

—Si aspiras a que respete tu decisión, dame algo que la justifique, maldición.

La línea quedó tanto tiempo en silencio, que John pensó que el Juez había cortado definitivamente la comunicación. Entonces, finalmente un suspiro y:

—Es mi destino, Johnny. Mi destino.

Se quedó mirando el teléfono, el dial electrónico marcaba "llamada terminada" y el pitido que emitía por la llamada interrumpida hizo eco en la habitación. Su mano se crispó y un instante después un crujido, chispas y lo que quedaba del cacharro electrónico cayó en trozos al suelo.

—Ese que ha sido, ¿el séptimo de mes?

Un leve silbido a su espalda fue el único indicio de la llegada de uno de sus compañeros. John pisó los restos del teléfono móvil al volver al interior del edificio, el recién llegado casi llenaba el umbral de la puerta con su enorme constitución. Embutido en una camiseta negra tanque que se pegaba a cada uno de los desarrollados músculos de su cuerpo y unos pantalones multi bolsillos de color beige, el hombre de posiblemente más de uno noventa de estatura permanecía apoyado de manera despreocupada en el marco de la puerta. Se cruzó de brazos mientras en sus ojos verdes brillaba la diversión, un amigable *Golden Retriever* color arena permanecía sentado a su lado y aireaba la lengua mientras barría el suelo con la cola.

—Deberían hacerte su cliente estrella —le aseguró con una voz profunda, potente desde el interior de la sala principal de la oficina.

John lo ignoró mientras se volvía con el perro a su estela y tomaba asiento en un feo y gastado sillón verde caqui. La enorme monstruosidad que parecía engullir a cualquiera de ellos se adaptaba a él como un trono a su rey.

Lyon Tremayn era uno de los cinco *Guardianes Universales*, poseía un carácter alegre, bromista y sentía una absurda inclinación por la salsa, el merengue y la ópera, —a juicio de John, cualquier cosa que no hiciera que le estallaran los oídos, no era música en absoluto— así como por cualquier tipo de armas, especialmente si eran puntiagudas y servían para cortar.

El hombre frunció el ceño al comprobar el estado de ánimo de John.

—¿Problemas en el *Antiquerum*? —preguntó al tiempo que estiraba las piernas ante sí y dejaba caer una de sus enormes manos sobre el can que se acomodó a su lado.

—No.

Siguiendo con el modo en que acostumbraba a hacer las cosas, se guardó para sí cualquier información que no fuera relevante para ellos haciendo que su compañero pusiera los ojos en blanco.

—¿Qué ha hecho ahora nuestro Juez? —le preguntó Lyon, el hombre conocía tan bien al chico como él mismo.

John se limitó a cruzar la oficina hasta el ventanal situado tras el enorme piano de cola de color blanco que dominaba ese rincón de la estancia.

—Nada.

Su compañero sonrió para sí, de todas las criaturas del universo él era quizás el único capaz de descifrar los distintos estados de ánimo del antiguo guardián y lo que estos significaban. El perro emitió un potente ladrido como si quisiese dar su opinión.

—Entiendo —respondió bajando la mirada al can mientras le frotaba la cabeza—. ¿Y ese nada, es muy grave? Quisiera saber si tengo que llevar el traje a la tintorería, me gustaría ir bien

vestido al funeral y Horus necesitará encontrar un nuevo hogar si vas a cargarte a su amo.

Lo ignoró una vez más, su mirada estaba puesta en el cristal y el reflejo que devolvía de su rostro no era uno de tranquilidad. Lyon se inclinó entonces hacia delante y apoyó las manos en las rodillas.

—Deduzco que Shayler está bien ya que estás aquí y no pegado a su trasero —le dijo con un leve encogimiento de hombros—. Por lo que tuvo que ser algo que te ha dicho o que haya hecho lo que te tiene como una gallina clueca dando vueltas sobre sí misma.

Su respuesta salió acompañada por un bufido.

—Está retrasando el juicio sobre el *Libre Albedrío*.

Su compañero chasqueó la lengua.

—¿Está tonto o que le pasa? —preguntó e hizo que John se volviese hacia él arqueando una ceja; De acuerdo, era una pregunta estúpida—. Bien, todos sabemos que nunca estuvo muy cuerdo, pero he sentido el despliegue de ese enorme poder… ¿Qué quiere? ¿Bailar con el *Libre Albedrío*?

Se giró por completo hacia él y su expresión fue todo lo que necesitó su compañero de armas para quedarse con la boca abierta.

—Vaya, pues sí que estamos jodidos —murmuró el hombre pasándose una mano por el pelo rubio.

Él suspiró.

—No tienes ni idea —masculló y dejó salir por fin aquella maldita frase en la que no podía dejar de pensar desde el momento en que la oyó de boca del Juez escasos minutos atrás—. Dice que ella es su destino.

Todo posible signo de diversión voló del rostro de Lyon.

—Oh. —Fue todo lo que pudo decir en ese momento—. Entonces sí que estamos jodidos.

El Juez se había quedado mirando el aparato por el que hablaba antes de soltar una sonora maldición y llevárselo de nuevo al bolsillo trasero del pantalón, Dryah había seguido cada uno de sus movimientos y vio la tensión en su cuerpo cuando daba respuesta a las preguntas que le hacían. Había visto cómo se desplegaba su poder en un momento para ser inmediatamente controlado al siguiente. El *Libre Albedrío* respondía en sintonía serpenteando en su interior hasta que consiguió relajarse y con él tranquilizar aquel rumor bajo su piel. Algo había molestado al Juez y por lo que pudo entender, ese algo tenía que ver con ella.

—¿Problemas? —sugirió dejando la taza nuevamente en la mesa.

Él se volvió ligeramente, mirándola por encima del hombro y negó con la cabeza.

—Mi casera se estresa cuando me salto el toque de queda —respondió con ironía.

Frunció el ceño ante tan inesperada respuesta.

—¿Tu casera? —Se reclinó nuevamente en el sofá y atrajo la chaqueta que la cubría buscando calor.

Él se encogió de hombros.

—Es una manera de decirlo. —Su mirada cayó sobre ella durante unos breves instantes—. Estás agotada. Necesitas una buena noche de descanso.

Dryah volvió la mirada hacia la ventana, su cabeza todavía apoyada en el respaldo del sofá. La noche prácticamente había caído ya en la ciudad.

—Aquí estoy bien —le dijo y se encogió un poco más sobre el sofá—. Vete a casa, Juez, no pierdas más el tiempo con alguien que incluso los dioses han olvidado.

Él puso los ojos en blanco ante sus palabras.

—Los dioses son la menor de mis preocupaciones y deberían ser también la menor de las tuyas. —Caminó hacia el sofá y se sentó en el reposabrazos.

Ella dejó escapar un bufido mitad sonrisa.

—Lo sería, si no fuese porque ha sido un dios el que me metido en este lío, otro el que lo ha complicado al pedir el *Antiquerum* y otro el que parece estar decidido a verme nuevamente encerrada o preferiblemente muerta.

—Así son los dioses, dales un motivo para pelear y destrozarán el mundo a su paso. —El juez golpeó los muslos con sus propias manos antes de levantarse y volverse hacia ella—. Vamos, te acompañaré a tu habitación. Si no te metes ya en la cama te dormirás ahí mismo… y a partir de hoy esa es mi cama, así que, a no ser que quieras dormir conmigo será mejor que te espabiles y desfiles.

Ella alzó la mirada y la fijó en la de él.

—No quiero dormir contigo —le respondió con tanta sinceridad que él sonrió—. Ni siquiera sé si roncas y necesito de absoluto silencio para poder dormir.

La sonrisa del juez se convirtió en una sorprendida carcajada.

—¿Eso quiere decir que sí lo harías si no roncara?

Ella le sonrió, por primera vez le dedicó una verdadera aunque tímida sonrisa, y a juzgar por su mirada no fue algo que esperase.

—Vete a casa, Juez —lo instó al tiempo que se levantaba, doblaba la chaqueta y se la entregaba—. No pierdas tu tiempo conmigo, no vale la pena.

Él atrapó su mano antes de que lo sobrepasara de camino hacia la puerta.

—Vale más de lo que te imaginas.

Bajó la mirada durante un instante solo para volver a alzarla y despedirse.

—Buenas noches.

Él dejó que la pequeña mano se deslizara de la suya mientras la seguía con la mirada hasta que la perdió de vista una vez salió por la puerta. No tardó mucho en oír cómo se abría y cerraba otra puerta más allá del pasillo.

—Buenas noches, pequeña.

Su mirada recorrió lentamente el salón, vagando sobre los muebles y la televisión que permanecía encendida hasta detenerse en la ventana y en las luces que empezaban a poblar la ciudad. Una ciudad que muy pronto sería testigo de la batalla más importante de todos los tiempos.

Las palabras de John giraban sin control en su mente, sabía que no era sabio ignorar su advertencia, si lo que le dijo era verdad —y él no tenía motivos como para dudar de su palabra— la sola presencia de esa chica iba a conducirlo a una elección que no estaba seguro de si podría llegar a tomar. Tendría que elegir entre sus hermanos de armas y la mujer a la que había esperado toda su vida. No era una decisión fácil.

CAPÍTULO 8

Shayler rozó con los dedos la manta que la cubría y tiró lentamente de ella para arroparla, estaba tan cansada que se quedó traspuesta nada más tocar la almohada y no podía culparla, cualquiera en su misma situación se habría rendido antes de empezar. Por fortuna para él, pese su vacilación y desconcierto por todo a lo que se estaba enfrentando, había algo en ella que no permitiría que se diera por vencida. Cabezonería, ganas de vivir, rebeldía… fuese lo que fuese a él le iba bien.

Cuando más la contemplaba, más le sorprendía la mano del destino en todo aquello. El que alguien que existía sólo en el mundo de los sueños se hubiese materializado en carne y hueso en el mundo real era inconcebible, con todo ella estaba allí y las comparaciones no podían evitarse. Esa mujer que observaba era la misma que lo visitaba y acompañaba en sus fantasías, pero la dulzura y vibrante alegría que vivían en esa mujer quedaba opacada por el profundo dolor que veía y sentía a través de los ojos de Dryah, un dolor que se encontró deseando borrar.

Sacudió la cabeza y giró hacia la puerta del dormitorio dónde volvió a mirarla por última vez. El agotamiento la haría dormir toda la noche, eso le daría tiempo a poner su mente en orden y decidir el próximo paso a seguir. Permitió que una débil sonrisa curvase sus labios mientras salía y cerraba la puerta tras de él para apoyarse luego en ella y alzar la cabeza hasta reposar la nuca contra la madera. Sus ojos se cerraron.

—¿Por qué demonios os gustará complicar tanto las cosas? —murmuró un instante antes de abandonar su posición y alejarse por el pasillo.

El *Antiquerum* ya era de por sí un asunto espinoso, en condiciones normales ya habría emitido su juicio y estaría disfrutando de un frío café maltés en la barra del local nocturno que poseía uno de sus compañeros guardianes, pero El *Libre Albedrío* requería mucho más tiempo, un tiempo que había prometido a la pequeña hembra que dormía en la habitación, tiempo para que él mismo pudiera resolver ese conflicto.

Sabía que el Consejo de Ancianos no se conformaría con nada que no garantizara su propia seguridad, preferirían verla encerrada de nuevo a permitir un sólo desliz que los pusiese en peligro. Temían demasiado a lo desconocido como para que se preocuparan por ver más allá, ver las cosas como eran en realidad, verla a ella como lo que era realmente. Exigirían. Y sus exigencias sólo iban a provocarle un monumental dolor de cabeza. Por otro lado, aquello nunca le había quitado el sueño. Su mano esgrimía el poder definitivo en el universo, él era el instrumento, la única forma que tenía la Fuente Universal de hacer cumplir sus designios y esta vez no parecía ser distinto.

La puerta principal se abrió ante él a un pensamiento suyo, no podía negar que la pequeña alma estaba realmente protegida en aquel lugar, la trama que rodeaba todo el edificio se incrementaba en espesor y poder alrededor del piso envolviéndola en un seguro capullo que nada podría traspasar sin que saltaran las alarmas en los dominios del caprichoso dios de las almas.

Con un último vistazo al tenue pasillo, se desvaneció nada más salir por la puerta, la cual se cerró a sus espaldas.

El aire frío de la noche le dio la bienvenida cuando volvió a materializarse sobre la azotea de uno de los edificios de la ciudad, alborotándole el pelo y tironeando de su camisa como si se tratara de un niño juguetón. Shayler respiró profundamente gozando de los aromas y la quietud

de la noche, su mirada cayó por enésima vez en un punto a dos manzanas de donde se encontraba, el lugar dónde la dejó. Dreamara. Dryah como prefería que la llamasen. Aquellos irises azul cielo que se posaban sobre él con inusitada rabia al principio, con una enorme dosis de cautela, habían llegado a suavizarse hacia el final del día mostrando tanta soledad y dolor que le sorprendía que siguiese en pie. De estatura media, con una figura de curvas llenas y definidas que sabía se adaptaban perfectamente a su propio cuerpo, unas diminutas pecas salpicando el puente de su nariz que le provocaba besarlas, el revuelto y desfilado pelo rubio… En sus sueños, ella lo llevaba largo, una dorada cascada de bucles que se retorcían en las puntas y caían por su espalda hasta casi la cintura, hebras rubias en las que le encantaba hundir las manos y el rostro mientras sus manos recorrían la sedosa piel. Pero aquella mujer que había resultado ser una temperamental hembra de carne y hueso que se enfrentaba a él y mantenía las distancias, la que sostuvo en sus brazos cuando todo su mundo se vino abajo, era tan real como él. Y no le pertenecía.

Una brusca ráfaga de aire recorrió la azotea arrancando pequeños remolinos de polvo a ras del suelo, rodeándolo con exquisita suavidad y una aromática fragancia para luego pasar de largo. Shayler se tensó un instante antes de permitirse una mueca de desagrado y hastío, había quien todavía pensaba que era un cachorro sin experiencia y que podía jugar con él, extraño que fuera precisamente ella quien lo pensara.

—Siempre encuentras la noche perfecta, para joder conmigo —murmuró. Su voz contenía la suficiente advertencia como para que alguien con sentido común se alejara corriendo en dirección contraria—. Cuando menos deseos tienes de ver al esbirro del diablo, éste va y llama a tu puerta. Esta noche no estoy para tus juegos, Uras.

Una suave y sensual risa hizo eco en el solitario espacio a su alrededor, los únicos testigos de su encuentro se mostraban en pequeños puntos de luz esparcidas por el techo sobre sus cabezas.

—¿Ahora también ejercer de niñera, Juez Shayler? —La voz era femenina, sensual y cálida, con una nota musical, capaz de despertar el interés de cualquier hombre.

Él dejó escapar un suspiro de fastidio, extrajo una de las manos del bolsillo y la abrió moviéndola en un amplio arco que barrió toda la superficie del edificio como un relámpago. Uras se dejó ver de inmediato con un pequeño gritito.

—¡Ey! Eso ha sido de muy mal gusto, Shayler —protestó, sus rojos labios fruncidos en un coqueto mohín mientras sacudía el polvo, que había levantado la ráfaga enviada por el Juez, sobre su ropa.

Dejó caer la mano al costado y contempló a la recién llegada con menos que entusiasmo en sus ojos azules. La mujer ante él era la única miembro femenina de los Guardianes, nada en sus exóticos ojos violetas y hermoso rostro o en la peculiar forma de vestir llevaría a pensar que era una de las criaturas más mortales y poderosas bajo las órdenes directas del universo. Toda aquella sensualidad, el sedoso cabello castaño que le pareció tan atractivo en su momento era poco más que una fachada que ocultaba lo que había debajo; La única zorra que lo había condenado a lo que era hoy obsequiándole con los tatuajes que cubrían sus muñecas y lo obligó a enfrentar su destino de la única traicionera forma que parecían conocer todas las mujeres; El engaño.

Vestida con una camisa de seda morada ajustada y desabotonada que dejaba ver la cima de sus senos, una falda negra de cintura alta de corte ajustado desde sus caderas hasta un poco más debajo de sus rodillas y unas medias de rejilla con una profunda costura en la parte posterior coronadas por unos puntiagudos zapatos de tacón alto se acercaba con un sensual balanceo de

caderas hacia él. A Shayler siempre le resultó curiosa la afición de la mujer por la moda basada en las grandes películas del cine, aunque en esta ocasión parecía haberse inclinado por la época de la Segunda Guerra Mundial.

Examinó cuidadosamente sus alrededores, conocía demasiado bien a aquella voluble mujer como para fiarse de su repentina visita, sobre todo teniendo en cuenta que su último encuentro había sido todo menos agradable.

—¿Qué desastre te trae hasta mí, Ur? —preguntó nuevamente, observando a la mujer con menos que aburrimiento.

Ella chasqueó la lengua, se llevó las manos a la espalda y se paseó ante él.

—Contén tu entusiasmo, Shay —le respondió con suavidad—. No todos los momentos que pasamos han sido malos, puedo recordar alguno muy agradable.

—Sólo tú podrías considerar agradable la tortura —se burló, su mirada midiéndola con absoluto desinterés—. ¿Qué haces aquí, Uras?

Ella se encogió casualmente de hombros.

—¿Es que una vieja amiga no tiene derecho a hacerte una visita —ronroneó al tiempo que pasaba frente a él caminando sobre sus elevados tacones. Entonces se detuvo al borde de la azotea echando un vistazo en caída libre.

Él esbozó una irónica sonrisa.

—Um… lo de vieja no te lo discuto. —No pudo evitar la ironía en su voz—. Pero tú de visita… eso es simplemente escalofriante.

Los labios de la mujer se curvaron en una sonrisa de suficiencia.

—Eso ha sido directo y muy grosero, Shayler.

Se encogió de hombros de forma totalmente despreocupada.

—Si esperabas otra cosa de mi parte, pudiste ahorrarte el viaje —le informó con un ligero encogimiento de hombros—. Y a mí el ardor de estómago que me está produciendo tu presencia.

—Tu repertorio sigue siendo absolutamente encantador.

—Que amable de tu parte el notarlo —aseguró con ironía.

Ella realmente soltó un bajito bufido antes de girarse ligeramente hacia él, su mirada se cruzó un instante con la suya antes de volverse por completo y alzar la barbilla con altanería.

—Supongo que John te habrá hablado de ella. —Fue su única respuesta.

A Shayler no se le pasó por alto el brillo que apareció fugazmente en los ojos de la mujer. Sí, la había enfadado, había ofendido su «exquisita» sensibilidad y aquello sólo contribuyó a que se sintiera mucho mejor. No tenía por costumbre degradar a ninguna mujer, era de la opinión que las hembras debían ser protegidas, no explotadas y menospreciadas como si fueran basura. Todo ser vivo tenía derecho a su dignidad sin que nadie lo pisoteara sólo por sentirse mejor o para probar su superioridad, de todo lo hecho por la humanidad aquella era una de las pocas cosas que no aceptaba. No existía mérito alguno en pegarle a una mujer, el hacerlo sólo te convertía en un gusano. Aquella hembra, sin embargo, era harina de otro costal, había momentos en los que sus dedos se dolían por enredarse alrededor de su cuello de cisne.

—Ahórrate los detalles, tengo toda la información que necesito —la atajó él con otro casual movimiento de hombros—. No necesito tus turbias y apocalípticas visiones para joder con el Universo.

Ella realmente apretó los dientes, sus ojos se entrecerraron con colérico reproche.

—Eres un gilipollas —farfulló, sus ojos brillando por la cólera reprimida.

—Gracias, querida —le sonrió con voz suave, profunda y absolutamente sexy, entonces la dejó caer una octava de modo que vibrase con todo su poder—. Tú has contribuido en gran parte

a ello.

El hombre se anotó un tanto al ver cómo las delicadas manos de cuidadas uñas se cerraban, a veces resultaba tan fácil molestarla. Ella respiró profundamente antes de llevarse la mano al pelo y echarlo hacia atrás con un gesto de la mano en un intento por mantener el control sobre sus exaltadas emociones. Shayler captaba sin problemas la rabia, la desesperación así como un profundo sentimiento de culpa ante sus palabras.

—No he venido para pelear —negó ella con un movimiento de cabeza—, sino para advertirte sobre lo que parece que has olvidado en lo referente a este problema que nos atañe a todos. Ella es el *Libre Albedrío* y está destinada a acabar con todo lo que conocemos si no se la encierra de nuevo.

Él ladeó la cabeza y alzó el mentón en un gesto aburrido.

—¿Y?

La mujer parpadeó un par de veces, su mirada fija en la de él, examinando, esperando.

—¿Te das cuenta realmente de quién y qué es ella, Shayler o te has quedado únicamente con su cara bonita? —le dijo con ironía e incredulidad.

—Es mi juicio, mi responsabilidad…

—Es nuestra destrucción, Juez —le aseguró con absoluta seriedad—. Será la única que destruya lo que siempre ha existido, la que rompa el equilibrio que tanto nos esforzamos por mantener… traerá consigo el final de nuestra orden.

—No seas melodramática —resopló con hastío—. Esa hembra difícilmente puede ser el Apocalipsis para nadie que no sea ella misma.

Uras sacudió la cabeza y dio un par de pasos hacia él, su mano ascendió lentamente hasta posarse en la barbuda mejilla.

—Lo he visto, Shay, he visto como ella te aparta de aquello en lo que crees, como te aleja de tus hermanos de armas. —Su voz se había dulcificado, convirtiéndose en una tenue súplica en medio de la desesperación—, no sé si consciente o inconscientemente, pero esa alma quebrada no sólo es peligrosa por lo que encierra sino por las decisiones que tome. Debes encerrarla, devuélvela al sueño del que nunca debió despertar.

Shayler aferró la muñeca de la mujer y la apartó de su rostro con brusquedad, inmovilizándola y obligándola a encararlo de aquella manera.

—¿Apartarme de aquello en lo que creo? ¿Alejarme de mis hermanos? Lamento recordarte, querida, que ya hemos pasado por eso tú y yo, y casi me pierdo a mí mismo en el proceso por tus infernales profecías. No voy a permitir que siembres tu ponzoña en alguien que se ha visto envuelto en este estúpido juego de poder por el simple hecho de existir.

Ella intentó zafarse, pero los dedos alrededor de su mano se cerraron como una presa, sabía que cuando más luchara, más apretaría él hasta que ambos acabaran enzarzados en una pelea que no deseaba, no en aquellos momentos.

—Ella sólo es una víctima más en este estúpido juego de poder —continuó—. ¿Sabes lo que es eso, Uras? ¿Ser una víctima? ¿Sentirte indefensa y abandonada por todos, traicionada por aquellos que deberían haberse ocupado de ti, sin más defensa que un poder con el que apenas estás empezando a familiarizarte?

Uras palideció y enrojeció casi al mismo tiempo, su mirada esquivó la suya.

—El peligro que entraña es más para ella misma que para el resto del universo. —En su voz había una subyacente amargura—. Ella no tiene control sobre su propio poder, un poder que podría salvarla tanto como destruirla. Y si elige su destrucción, Uras, entonces ya no importará que seas tú, sea yo, o los dioses… porque todos estaremos jodidos.

La Guardiana no podía apartar la mirada de su Juez asombrada por la intensidad de sus palabras y lo que había visto más allá de ellas. ¿Cómo es que nunca antes se dio cuenta de lo que allí había? Sacudiendo la cabeza, se lamió el labio inferior más por auto reflejo que por coquetería.

—No puedes hacerlo, Shay —negó en apenas un susurro y se olvidó el forcejeo—. Tienes que acabar con esto antes de que sea demasiado tarde. Aquí ya no se trata de ti o de mí, se trata de tener un futuro, de conservar un equilibrio y ella es una amenaza para eso.

—Suficiente, Guardián. —Se impuso el Juez, no dispuesto a escuchar nada más—. Ella está sometida a mí juicio, no al tuyo o al de los demás y haré aquello que deba ser hecho.

Le soltó de golpe su muñeca permitiéndole alejarse, si tenía que soportar un minuto más su presencia, no garantizaba que saliese de aquel encuentro tal y como había llegado a él. Enderezándose, arreglando lentamente la ropa y sacándose alguna invisible pelusilla, Uras alzó sus brillantes ojos hacia él.

—No vas a poder conservarla —le dijo con voz altanera y dolida.

Shayler la ignoró.

—Si has dicho todo lo que tenías que decir, te sugiero que te marches por dónde has venido.

—Es ella —murmuró observándolo detenidamente—. Siempre ha sido ella.

Se giró volvió muy lentamente hacia ella, su mirada contenía el suficiente peligro y advertencia como para indicarle con efectividad cuál sería su destino si seguía abusando mucho tiempo más de su tiempo.

—¿Has terminado? Tu presencia ya no me es grata, Uras —le confirmó verbalmente sus sospechas.

Ella se limitó a sacudir la cabeza antes de hacerle una advertencia.

—Termina con esto y vuelve a tu vida de siempre cuando antes, Shayler. Nada bueno saldrá de aquello que has estado buscando durante tanto tiempo. Ella no es para ti… no es para nadie, su presencia en este mundo sólo te conducirá… nos conducirá a todos, a la definitiva destrucción.

El Juez entrecerró los ojos pero no se movió, el poder ondeaba a su alrededor, envolviéndole, concentrándose, dispuesto a ser utilizado.

—No vuelvas a cruzarte en mi camino —siseó él con una sutil amenaza intrínseca en su voz—. Y ni pienses en acercarte a ella o la próxima vez darás con algo que no te gustará, Uras.

La mujer soltó un resoplido muy femenino, en su rostro se mezclaban la furia y la desesperación.

—No me escuches si no quieres, pero luego no me culpes cuando veas con tus propios ojos que lo que digo es la realidad —le informó con voz firme, antes de soltar un nuevo resoplido—. Maldición, Shayler, no quiero verte sufrir otra vez.

Él no pudo evitar echarse a reír.

—Irónico viniendo de la mujer que me ha jodido la vida —le recordó. La rabia, el rencor y una pizca de dolor teñían su voz—. Una vez te creí suficientemente honesta como para que nunca me mintieras. Estaba equivocado y lo pagué hasta las últimas consecuencias.

La miró con desprecio, realmente, se le hacía imposible continuar en presencia de aquella mujer por mucho tiempo más.

—Vete a joder a otro, Uras, conmigo, hace tiempo que terminaste.

Ella se desesperó, su sangre hervía por hacerle daño, por pagarle con la misma moneda que usó con ella aun sabiendo que aquello no le haría bien a ninguno de los dos.

—No mereces que nadie te amé, Juez —le espetó con frialdad, un subyacente río de pena y abandono corrían bajo sus palabras—. No sabes cómo responder a ello, sólo sabes causar dolor.

El Juez se tensó ante sus palabras, algo muy profundo en su interior se removió, algo que había enterrado en el momento en que esa misma mujer que se alzaba ante lo señaló como el Juez Supremo.

—Vuelve con ella entonces —escupió Uras con desagrado al ver que sus palabras no servían de nada—, permanece a su lado y haz lo que tengas que hacer para evitar que el *Libre Albedrío* es desatado. De lo contrario, mi señor, ni siquiera tú estarás a salvo de lo que ocurra en el Universo.

—No me amenaces, Uras —la previno.

Ella dejó escapar un pequeño bufido y sonrió, una mueca que no llegaba a iluminar su rostro.

—Yo no amenazo, Juez —le dijo al tiempo que empezaba a desvanecerse—. Sólo hablo de lo que veo… como oráculo que soy.

Shayler dejó escapar una maldición en voz alta cuando ella se esfumó ante él dejando aquellas palabras en el aire.

«Sólo hablo de lo que veo… como oráculo que soy».

Maldita fuera esa bruja y su poder, nada podía pasar por alto al Oráculo de la Fuente Universal, a menudo sus predicciones eran tan seguras como si hubiesen sido escritas por ellos, ni siquiera su Juez sería inmune a ellas.

Sin poder contenerse alzó la mirada al cielo estrellado y respondió a voz en grito.

—Espero que lo estéis pasando bien, porque voy a haceros pasar un infierno por esto —clamó, su voz acompañada de su poder, llegando a dónde sabía que lo escucharían.

Estaba cansado de que los altos poderes dirigieran su camino como quien mueve los hilos de una marioneta sobre un gran escenario, agotado de ver pasar el tiempo con suma lentitud mientras él se mantenía estático, ¿y ahora creían que iba a quedarse de brazos cruzados esperando por un caótico desenlace vaticinado por su Oráculo personal? No. Dryah era el motivo que había estado esperando tanto tiempo para poner un alto a todo aquello.

Su mirada se perdió sobre las luces de la ciudad y suspiró.

—Un jodido infierno.

Las dos enormes losas de piedra se arrastraron sobre la base para volver a su posición original ahogando los gritos y lamentos procedentes de su interior. Nyxx alzó la mirada que hasta el momento había mantenido en el suelo y se levantó con visible esfuerzo. La caza resultó más pesada de lo que creyó en un principio, aquella maldita alma no se había doblegado como las demás y presentó una encarnizada batalla —si podía llamársele así, ya que el único con verdadera carne era él—, durante todo el tiempo hasta que finalmente consiguió enviarla de una patada al interior de la Puerta. Por regla general, las almas reconocían a un Cazador y le acompañaban sumisamente en su camino hacia el último umbral, aunque también las había que se negaban a enfrentarse a la Puerta. Esas eran las almas toca pelotas, como le gustaba catalogarlas, en su mayoría pertenecían a asesinos, psicópatas y toda la escoria que pudieras imaginar. Era como si esas almas supieran que lo que las esperaba del otro lado no era mejor que vagar eternamente por éste.

Haciendo una mueca se puso en pie, el dolor en el muslo derecho donde aquella renegada lo había quemado —suponía que en su antigua vida, aquella alma fue un pirómano o alguien

muy aficionado al fuego—, había disminuido un poco para hacerse casi tan soportable como la que tenía en el brazo. Sus ropas colgaban de su cuerpo en jirones ennegrecidos y carbonizados, así como su piel estaba manchada de hollín y sentía cada uno de los músculos de su cuerpo totalmente cargados, como si se hubiese pasado de horas en el gimnasio. Sólo la espada que empuñaba en su mano derecha parecía estar totalmente intacta, sin mácula alguna. Incluso su opaco brillo parecía más profundo que de costumbre.

—Demonios, necesito una ducha —masculló con voz cansada, entonces se olfateó a sí mismo y apartó la cabeza de un rápido golpe—. ¡Puaj! Huelo a muerto.

—¿Me he perdido la batalla del siglo o es tu nueva forma de llamar la atención?

El Cazador se volvió para ver a Seybin atravesando el umbral de aquella caverna. El Señor de las Almas avanzaba lentamente con las manos metidas en los bolsillos de un gastado pantalón vaquero, sus amplios hombros y enorme pecho estaba cubierto por una camiseta negra de manga corta cuyo eslogan “Yo soy un dios y tú sólo escoria” lo definía bastante bien. Aquella debía ser una de esas pocas veces en las que el dios podía pasar realmente por un hombre humano. Acostumbrado a sus caros trajes y estrafalarias corbatas, esto era totalmente novedoso incluso para alguien que llevaba bastantes siglos a su lado.

—Yo podría decirte lo mismo —le dijo y lo señaló con un golpe de barbilla—. ¿Qué has hecho con el Armani?

El dios encogió sus amplios hombros con despreocupación.

—Lo he enviado a la tintorería, junto con el gilipollas que se atrevió a poner las manos sucias sobre mi chaqueta —respondió deteniéndose a su lado, entonces señaló la puerta cerrada con la barbilla—. ¿Problemas en la recolecta?

Nyxx puso los ojos en blanco ante la refinada manera que tenía su jefe de referirse a la caza.

—Las hay un poco reticentes a irse a casita —refunfuñó con un involuntario encogimiento de hombros. Aquel sólo movimiento le arrancó una mueca de dolor—. Nada que un poco de persuasión no pueda solucionar.

El dios se tomó un momento para contemplar la Puerta con tanto o más respeto que él para por fin girarse hacia él.

—No esperaba que te reincorporaras tan pronto a la caza —comentó mientras lo recorría con una curiosa mirada—. ¿Tan mal te fue con Dryah?

La sola mención de la chica hizo gruñir a Nyxx.

—¿Mal? Define Mal, jefe. A alguien se le olvidó mencionar que hay una jodida protección alrededor del edificio lo suficiente potente para hacer que me volaran el culo con sólo tocar la jodida puerta —se quejó.

El hombre chasqueó la lengua.

—Vaya, así que fue eso lo que olvidé comentarte —respondió el dios como si acabara de encontrar la respuesta a algo a lo que le hubiese estado dando vueltas todo el día.

Nyxx gruñó, literalmente, un bajo gruñido animal que hizo sonreír a su jefe.

—No me jodas, Seybin. La has abandonado en una ciudad humana, en una de las mayores urbes de los Estados Unidos, en un mundo que prácticamente desconoce y sin que sepa siquiera cómo hacerse un huevo frito —rezongó.

Aquello pareció sorprenderlo de veras.

—Es una mujer, ¿no se supone que todas las mujeres saben cocinar?

El cazador se obligó a ahogar un nuevo gruñido.

—Es obvio que ésta no —sentenció—. Ha estado comiéndose todas esas porquerías con

las que llenaste la jodida cocina. ¿Es que no sabes lo que es la comida sana?

El hombre arqueó una de sus perfectas cejas.

—¿Una que no te ataca cuando la comes? —sugirió con ironía—. Nadie se muere por pasarse un par de días a base de patatas fritas de bolsa y le regalé una cesta con frutas. No hay nada más inofensivo que eso.

Nyxx puso los ojos en blanco.

—No sé qué influencia es peor para ella, si la tuya o la de ese Juez —farfulló. El dios lo miró con disimulado interés.

—Deduzco por el agradable tono de tu voz que Shayler hizo ya su aparición.

El tono curioso en la voz de su jefe hizo que lo mirase con atención.

—Sí, se dejó caer por allí —asintió—. Dryah le dio su peculiar recibimiento, aunque no la culpo, gracias a vosotros esa chica está pasando por un jodido infierno.

—¿Cómo de peculiar?

El cazador no dudó en levantar su mano enguantada e indicar con el dedo índice de la otra. El dios dejó escapar una genuina carcajada.

—¿A él también? Y pensar que tú eres el que tiene colmillos.

Suspiró.

—Eso le dije yo.

Seybin volvió a mirar la puerta.

—¿Qué opinión te merece el Juez?

Nyxx miró al hombre a su lado de reojo y finalmente se dio la vuelta para marcharse.

—El Juez no me preocupa, lo hace el hecho de que todo este asunto del Juicio y la entrada en escena de Shayler sea algo que habéis tenido preparado desde el principio —contestó dejándole atrás—. Ese hombre reconoció a Dryah cuando nunca antes estuvieron cara a cara y no hablo del *Libre Albedrío*. No creo que tuviese la intención de hacerlo de ese modo o que se haya dado siquiera cuenta, pero sentó una clara advertencia para cualquiera que tenga intención de acercarse a ella.

Se interesó el dios.

—¿Y eso sería?

Con un estudiado movimiento se detuvo ante el umbral y apenas se giró lo suficiente para responderle.

—Es mía.

Su mirada sostuvo la de su jefe durante un breve instante, ninguno parpadeó.

—Espero que sepas lo que haces, Seybin —le dijo—. Por el bien de ella y el de todos nosotros, espero que sepas lo que haces.

Dicho aquello, el cazador salió de la caverna dejando al dios solo ante la Puerta de las Almas.

El dios sacó las manos de los bolsillos y cruzó los brazos sobre el pecho, su mirada todavía fija en el lugar por donde se marchó el cazador, entonces se giró una vez más hacia la Puerta y recorrió las figuras que se entrelazaban y estiraban por alcanzar la cima sobre la piedra.

—Yo también, Nyxx, yo también.

Lejos de allí el sonido de las olas rompiendo contra el bajo de los acantilados apenas se veía teñido por los graznidos de las aves que surcaban los cielos, la brisa con aroma a sal perfumaba la costa en sus idas y venidas mientras formaban pequeños remolinos sobre la arena. El ir y venir de la marea lamía las orillas borrando las huellas que el descalzo caminante dejaba

tras él. El aire removía su pelo negro, envolviéndole suavemente mientras penetraba en los pliegues de la camisa abierta que ondeaba a su espalda.

La tenue luz anaranjada del atardecer caía sobre el torso y brazos desnudos de Tarsis dorándole la piel, los pies se hundían en la húmeda arena, una sensación que siempre le dio paz y a la que recurría cuando necesitaba aclarar su mente.

Los sucesos de los últimos días fueron una cadena de acontecimientos inesperados, a muchos les había tomado por sorpresa el repentino despertar del antiguo Alma Maldita, el cual trajo consigo la muerte de dos de los dioses primordiales; Aquello sólo, habría podido desencadenar un absoluto desastre de no ser porque dicha muerte dio nacimiento al poder más imprevisible de todos, el *Libre Albedrío* y con ello se mantenía el precario equilibrio del universo.

Las cosas se habían precipitado sin control desde ese justo momento, la pandemia era general entre los dioses y derivó en un Consejo cuyo objetivo principal era evaluar esta nueva posible amenaza, así como encontrar el curso de acción a seguir. Sus labios se apretaron en una fina línea, los ojos, una tonalidad entre dorado y castaño brillaron con un inusitado odio. Había puesto sumo cuidado en examinar a los integrantes del Consejo y sus reacciones, tomando nota de ellas y aprovechando el momento exacto para alimentar los comentarios que podían obrar en su beneficio, pero la inesperada entrada en escena del Señor de las Almas precipitó las cosas en una dirección que no esperaba. Un nuevo Juicio Universal.

El *Antiquerum* había sido pronunciado nuevamente, parecía una broma del destino que se repitiera el mismo camino que llevó a la destrucción de los dos dioses primordiales, más aún cuando fue el propio Seybin quien pidió la intervención del *Juez Universal* para decidir el destino de esa mujer. Un destino que debía haber estado en sus propias manos desde el principio.

Todo cambió bruscamente en un abrir y cerrar de ojos y echó por tierra sus planes iniciales, ahora el juez estaba de por medio y conocía suficientemente bien su reputación y su propia existencia como para interponerse en el camino de aquel hombre sin más defensa que una inusitada rabia y sed de venganza. No, debía proceder con mucho cuidado, calcular cada uno de sus movimientos, asegurarse de que cada paso dado merecía la pena. No podía correr ningún riesgo.

—Parece que después de todo no va a ser tuya, ¿eh?

Tarsis ni siquiera se giró al escuchar la voz femenina que habló a su espalda. Una delicada mano de largas uñas pintadas de rojo sangre se coló bajo su camisa abierta y se deslizó por la zona baja de su espalda rozando la cinturilla del pantalón vaquero para ascender arañándole suavemente la piel. Ella rodeó su cintura y se arrastró sobre los definidos y abultados músculos de su estómago, ronzando los oscuros pezones a su paso hasta descansar sobre el tatuaje con la forma de una tela de araña que cubría su corazón y parte de su hombro izquierdo.

—No recuerdo haberte invitado a pisar esta playa —le dijo, en su voz podía palparse el tono de aburrimiento. Su mano engulló la de la mujer, aferrando con fuerza sus dedos arrastrándola hacia delante con un seco tirón.

Ella tropezó en su prisa, sus rizos oscuros se sacudieron a su espalda desperdigándose sobre los hombros al tiempo que reía. Sus ojos azul cielo brillaban con promesas prohibidas y sus labios llenos formaron un coqueto mohín cuando descubrió sus delicadas sandalias enterradas en el agua y la arena.

—Oh, mira que has hecho. Son mis favoritos —protestó ella al tiempo que tironeaba de su mano en un intento de liberarse de su agarre.

Él se limitó a arquear una ceja ante la estúpida queja, recorrió su cuerpo con disimulado

interés tomando nota de los llenos pechos, la estrecha cintura que moldeaba el cinturón y las largas piernas enfundadas en unos caros pantalones que marcaban cada una de sus voluptuosas curvas. Ella intentaba soltarse del férreo apretón que la mantenía en el lugar, imposibilitándole alejarse, era aficionada a esa clase de juegos y parecía olvidar que a él no le gustaban, simplemente los toleraba por su propio beneficio. Sí, una hermosa envoltura para una de las más viles criaturas del universo, después de todo, no había nada más peligroso que una hembra celosa.

—¿Qué haces aquí, Terra? —le preguntó dejando ir finalmente su mano.

La mujer alzó la mirada y batió las pestañas al tiempo que sus labios se estiraban con malicia.

—Por casualidad oí lo que ocurrió en el Consejo y como la intervención de Seybin dejó descolocado a más de uno —explicó ella mientras se frotaba distraída las marcas que le había dejado en la mano—. Quien iba a decirlo, un *Antiquerum*, realmente no esperaba ver uno tan pronto.

Tarsis sacudió la cabeza en un gesto negativo, él tampoco había esperado asistir a uno tan pronto, de hecho, no creía que fuera a asistir a otro en mucho tiempo y si embargo allí estaban de nuevo, en el mismo punto que al principio, sólo que en esta ocasión lo movía un interés completamente distinto.

—Si el Juez es tan implacable con el *Libre Albedrío* como lo fue con los dos dioses, no quedará de ella ni el recuerdo —vaticinó la mujer—. Este juicio no debería llevarle mucho más tiempo que el anterior, ¿no te parece?

Él ignoró su cháchara y fijó la mirada en el horizonte. El último juicio se había resuelto en menos de dos días, no había terminado de ponerse el sol el segundo día cuando se ejecutó la condena. Sus manos se cerraron en puños ante el recuerdo de esa escabrosa noche, ante la última visión de ella. Aquellos últimos instantes quedarían impresos eternamente en su retina, reviviéndolos una y otra vez a lo largo de su inmortalidad.

—¿Qué sabes del Juez? —preguntó volviéndose hacia ella. Su hermoso rostro se iluminó como si hubiese estado esperando por esa pregunta.

—Es joven, guapo, soltero y no vas a poder hacer nada contra él —aseguró con un sensual encogimiento de hombros y una malvada sonrisa—. Es la voz del universo, la ley definitiva, un buen tipo en general.

Él ladeó la cabeza y dejó escapar un siseo antes de volverse hacia ella y sujetarle la barbilla con dos fuertes dedos, apretando, magullando en el proceso y arrancando de sus ojos un brillo de lujuria.

—Hasta un buen tipo tiene algún punto débil.

Ella sonrió y se acercó más a él.

—Ninguno que le haya sido descubierto hasta el momento —ronroneó—. Tiene una buena escolta, por si no lo has advertido.

—Los *Guardianes Universales* —masculló al tiempo que la soltaba de golpe y le daba la espalda.

Ella le pasó las manos por los brazos, moldeando sus hombros, colgándose de él.

—¿Por qué tanto interés en esa insignificante muchacha? —le preguntó al oído.

—Tiene algo que yo quiero —aseguró ladeando el rostro para mirarla.

Ella sonrió.

—¿Y eso sería? —ronroneó.

Él le devolvió la sonrisa, pero sus ojos se tiñeron con un peligroso brillo al hacerlo.

—La curiosidad debe ser el pecado mortal de cualquier mujer.

Ella puso los ojos en blanco, pero se apretó más contra él.

—En realidad, ése sería nuestro pasatiempo, mi pecado sería la lujuria —respondió melosa, sus dedos se deslizaron por los marcados pectorales—. No puedo evitarlo, me enloquece un buen cuerpo.

El dios se la sacó de encima como si no fuera más que un molesto mosquito, se libró de sus manos en un momento y al siguiente estaba sujetando aquel cuello de cisne con una poderosa mano. Su lisa espalda se presionaba contra su cuerpo.

—Contén tu entusiasmo, Terra —le susurró a su vez, su rostro pegado a su oído—. Sólo contén tu entusiasmo.

Ella se estremeció y se frotó contra él un instante antes de esfumarse en una voluta de humo de entre sus brazos y volver a materializarse a unos pasos de él. Sus zapatos colgaban ahora de una de sus cuidadas manos.

—Ese repentino interés… —chaqueó la lengua, su mirada voló directamente hacia el dios que la contemplaba con irritación—. ¿Qué puede tener esa insignificante hembra que atraiga tu interés de una manera tan completa ahora cuando nunca antes habías reparado en ella? A mí no me engañas, Tarsis, no te plantearías si quiera el meterte en el camino del Juez Supremo si no fuese por algo jodidamente importante.

El hombre esbozó una irónica sonrisa y cruzó los brazos sobre el masivo pecho.

—Todo, Terra, ahora ella tiene todo lo que estoy buscando —aseguró en un bajo ronroneo.

Un instante después la cantarina risa de la mujer resonó en la solitaria playa, silenciada casi al momento por su húmedo beso.

CAPÍTULO 9

No quería abrir los ojos, hacerlo equivaldría a admitir que estaba despierta y por tanto tendría que enfrentarse a un nuevo día. Se removió nuevamente bajo las sábanas y ocultó el rostro contra la almohada para luego suspirar, la luz ya se filtraba a través de las cortinas y caía sobre la cama. Emitió un frustrado gritito ahogado por la almohada antes de darse la vuelta y cubrirse hasta la cabeza con las mantas. No quería dejar aquella relativa seguridad, no quería enfrentarse a la luz de la mañana que indicaba el comienzo de un nuevo día, un día más en el embrollo en que se había convertido su vida pero sabía que no podría quedarse allí para siempre, el hombre que se instaló en su sofá no iba a permitírselo. Pensar en el juez no ayudaba a mejorar su humor, aquel hombre sabía cómo instalarse y no moverse del lugar, ni sus intentos por echarle consiguieron que desistiera en su empeño.

Dryah suspiró y bajó las mantas con un golpe de las manos, se quedó tendida de espaldas mirando el techo sobre ella para luego ladear la cabeza y entrecerrar los ojos cuando su mirada hizo contacto con la claridad que se filtraba por la ventana. Masculló y alzó la mano para cubrirse la vista al tiempo que rezongaba y le daba la espalda a la ventana. Aquella no era la forma ideal de despertar.

Se tomó varios minutos antes de abrir una vez más los ojos, cuidadosamente, evitando ser cegada nuevamente por la intensa claridad. La silla al lado del armario contenía la ropa que se quitó la noche anterior antes de meterse en la cama, las botas estaban debajo, todo en pulcro orden. Había cosas que simplemente se convertían en costumbre y aquella era una de las que aprendió junto a Eidryen.

El pensar en el dios hizo que se le formase un nudo en la garganta. Las imágenes que vio a través del Juez estaban todavía vivas en su mente, así como el sentimiento de engaño y abandono que surgió en su interior a la luz de los acontecimientos. Su mentor y protector había tejido una enorme trama a su alrededor, un plan que tenía como fin hacer cumplir el destino que surgió con su nacimiento. Lo había sabido todo el tiempo, sabía que iba a morir para que ella pudiera vivir y aquella certeza no aliviaba para nada el dolor en su pecho.

Más allá de la agonía y rugiendo con fuerza en sus venas corría el *Libre Albedrío*; un poder ajeno a ella que al mismo tiempo era su propia vida. Podía sentirlo en su interior, agazapado, una sombra en su propia alma pero también una esencia totalmente desconocida. Aquel era su principal problema, el único por el cual pendía sobre su cabeza el *Antiquerum* o Juicio Universal quien trajo consigo al visitante no deseado que se había apropiado del sofá del salón.

—Y solo ha pasado un día —suspiró. Su mirad vagó de la pared a la puerta de la habitación la cual estaba cerrada. Si en un solo día su mundo estaba del revés, no quería ni pensar que sucedería al término de la semana… si conseguía llegar viva a entonces.

Vivir o Morir, le había. Una elección que la afectaba en más de un sentido, ya que su vida estaba ligada al destino del universo, al *Libre Albedrío*.

Dejó escapar un nuevo suspiro, se obligó a levantarse de la cama y bajar los pies al suelo. Sus dedos se hundieron en la tupida alfombra de lana que se extendía por debajo de la cama. No quedaba mucho del suelo de pulida madera que estuviese al descubierto en el dormitorio, las

ventanas y la franja de suelo que cubría el tocador eran los únicos que se libraban.

Contempló su propia imagen el espejo al otro lado de la habitación y se llevó inconscientemente una mano al pelo que una vez cayó hasta la cintura y el cual ahora apenas le acariciaba los hombros. Sacudió la cabeza y se pasó la mano peinándolo con los dedos. La corta camiseta blanca de tirantes moldeaba sus pechos y dejaba al descubierto la parte entre su abdomen y la cintura del pantaloncito de felpa de corte chino que bajaba hasta debajo de las rodillas. Unas oscuras medialunas bajo los ojos resaltaban contra la pálida piel del rostro acentuando y dando término al conjunto. Su aspecto no era precisamente idílico. Lo absurdo del pensamiento comparado con su actual situación hizo que sonriese. Sacudiendo la cabeza fue hacia la puerta y salió de la habitación.

Las luces del pasillo estaban apagadas, el silencio era el principal invitado de toda la casa y sólo cuando se acercó al salón empezó a escuchar un bajo gorjeo acompañado por un juego de luces que creaba sombras sobre la habitación en penumbra. Se adelantó asomándose por la puerta totalmente abierta. La televisión estaba encendida y emitía en voz baja uno de los programas matutinos. Su mirada recorrió entonces la habitación en busca de su indeseado inquilino.

—¿Juez? —lo llamó en voz baja. Al no obtener respuesta, volvió a llamarle con más energía—. ¿Juez Shayler?

Sus vacilantes pasos la condujeron al sofá donde se topó con un par de botas de piel negras que sobresalían por encima de uno de los brazos del sofá. Ella dio un respingo y se alejó un par de pasos antes de volver a echar una mirada al hombre profundamente dormido. Él era demasiado grande para el pequeño sofá, demasiado oscuro y peligroso sobre la clara tapicería, pero parecía dormir apaciblemente con una mano cruzada sobre el estómago, cubriendo el mando de la televisión, y otra por encima de la cabeza. A pesar de ello, su aspecto era mucho más relajado, parecía incluso más accesible aunque el poder que lo rodeaba y pugnaba hacia ella atrayéndola como un imán no desaparecía en absoluto.

Se permitió unos instantes para contemplarle, algo en él la atraía y repelía al mismo tiempo, no era una sensación desagradable pero la mantenía tan alerta que no le quitó el ojo de encima. Los delgados arcos de las claras cejas, mechones del revuelto cabello castaño claro sobre su frente, la barba de un día sombreando las mejillas y acentuando la perilla y el bigote en unas facciones muy masculinas resultaban un conjunto muy atractivo. Un escalofrío la recorrió de pies a cabeza mientras lo observaba, un temblor que nada tenía que ver con el temor y la desconfianza que le inspiraba y si con el estado de continuo nerviosismo y alerta en la que se veía envuelta cada vez que él la rondaba. Incluso en aquella postura relajada, seguía pareciendo una fiera dormida a la espera de su presa.

Sacudiendo la cabeza ante la absurda idea se agachó para recoger la manta que se había deslizado al suelo, la sacudió y tras abrirla en toda la extensión que le permitían sus brazos la extendió con cuidado sobre él.

Dryah dio un respingo cuando él se movió levemente cambiando de posición. En su prisa por retirarse, uno de sus pies se enganchó con el bajo de la manta e hizo que perdiese el equilibrio. La reacción del Juez la dejó sin aliento. En un momento estaba plácidamente dormido y al siguiente aferraba sus manos con fuerza y mantenía sus amenazadores ojos azules sobre ella. Un nuevo escalofrío recorrió su cuerpo, esta vez no hubo error posible en la interpretación de las sensaciones que la recorrían y hacían latir su corazón con fuerza. Aquella mirada era la de un frío asesino, un hombre decidido a arrebatar la vida sin así lo creía conveniente. No se atrevió a respirar mientras la miraba de ese modo, estaba demasiado asustada incluso para moverse y

sinceramente dudaba poder hacerlo dada la fuerza con la que él la mantenía atrapada en aquella embarazosa posición. Una de sus rodillas se deslizó entre las fuertes piernas evitando que cayese por completo sobre él, con las muñecas inmovilizadas en un férreo agarre era todo lo que podía hacer para mantener el equilibrio. Sus ojos seguían fijos en ella, inquietándola, aquella posición no era demasiado cómoda puesto que se encontraba prácticamente cabalgando sobre su pierna, sus manos sujetas por las de él.

Se lamió los labios y tragó en un intento de ganar tiempo para recobrar el valor que parecía esfumarse ante su proximidad.

—Lo siento, no quería despertarte —murmuró sin apartar los ojos de aquel rostro. Su corazón parecía estar corriendo en una maratón.

Algo pareció cambiar en él tras oír su voz, su postura se relajó y las fuertes abrazaderas de sus dedos empezaron a aflojarse para ser sustituidas por la extraña sensación que le creaba la fricción del pulgar sobre su piel. Él le dedicó entonces la más dulce de las sonrisas al tiempo que murmuraba con voz somnolienta.

—Me alegro de que lo hicieras —murmuró antes de bajar su boca sobre la de ella.

Ella jadeó sorprendida ante la inesperada acción del hombre, los suaves labios se movían sobre los suyos con delicadeza, acariciando su blandura con la lengua y probándola como si saborease un caramelo. Las fuertes manos abandonaron por completo su presa y ascendieron por los brazos hasta encontrarse en su espalda, allí sus caricias cambiaron de dirección y subieron hacia la nuca dónde la acarició con una pericia que la dejó sin aliento. Todo su cuerpo se relajó ante aquellas tiernas atenciones, hambriento de ternura y contacto, un delicado suspiro escapó de entre sus labios entreabiertos y fue una invitación a la audaz maestría del Juez, quien pasó de lamer sus labios a hundir la lengua en la húmeda cavidad de su boca bebiendo de ella como un hombre sediento. Su lengua acarició la suya, un tímido toque al principio, una delicada succión antes de que la pasión se impusiese y el beso aumentase de categoría. No pudo evitar derretirse en sus brazos.

Sus manos se deslizaban por su cuerpo, la acariciaban de una forma que la relajaba, le transmitía calma y hacía que se sintiese protegida, algo que no tenía sentido en absoluto puesto que él era el único que la amenazaba con su sola presencia. Él la acercó aún más haciendo que notase su cada vez más evidente erección mientras la besaba hasta dejarla sin aliento.

Aquello fue suficiente para que su cerebro tomase conciencia de lo que ocurría, de lo que él le hacía y que ella le permitía. La sorpresa dio paso a la vergüenza y finalmente a la indignación. Con un angustiado jadeo se revolvió en sus brazos y arrastró las manos por encima de la camiseta y le empujó en un intento de liberarse a sí misma. La confusión se filtró en los rasgos del Juez y su abrazo se aflojó lo suficiente como para que ella se deslizase hacia atrás sin poder evitarlo y cayese con un sonoro golpe entre la pequeña mesa y el sofá. Un calambrazo de dolor se extendió por todo su cuerpo y despejó al instante su mente de cualquier previa sensación.

Shayler parpadeó confuso, el deseo todavía rugía en sus venas calentándole la sangre y hacía latir su sexo en protesta por la repentina negación de placer, pero su cerebro ya se había sacudido la somnolencia de encima y empezaba a darse cuenta de dónde estaba y que lo que acababa de hacer… o casi había hecho; Había sido un inoportuno aunque satisfactorio error. Su mirada voló hacia la chica que permanecía en el suelo, las lágrimas teñían sus ojos azules mientras se frotaba la parte baja de la espalda, tenía los labios húmedos e hinchados por su beso y un bonito color rosado cubría sus mejillas. Bien, después de todo no era otro de sus descabellados sueños, su sabor todavía perduraba en su boca al igual que su delicado aroma y la

sensación de su cuerpo apretado y cálido contra el suyo. Acababa de besar a esa mujer de carne y hueso.

Mierda.

Se echó hacia delante en el sofá sólo para hacer una mueca cuando sus tejanos se ciñeron sobre su descontenta erección, respirando profundamente se obligó a hacer a un lado el deseo y centrarse en la chica quien parecía haberse hecho daño.

—Dryah, pequeña…

—¡No! —Alzó la voz y cortó cualquier movimiento por su parte. La desconfianza y el temor en sus ojos fue una puñalada para su empatía. Ella se arrastró hacia atrás saliendo de su alcance y sacudió la cabeza—. No vuelvas a tocarme.

—Pequeña, lo siento, no sabía… —Empezó a disculparse para contenerse en el último momento. ¿Qué iba a decirle? ¿Cómo iba a justificar algo que ni él mismo entendía? Se pasó la mano por el pelo en un gesto de frustración—. Joder.

¿Cómo fue tan estúpido para no darse cuenta de que era la muchacha quien estaba entre sus brazos? Como si pudiera diferenciarlas. Ambas eran la misma persona, ella era la mujer que había estado acudiendo a sus sueños, aquella que conocía más allá de toda duda y a pesar de todo, se la veía tan distinta. ¿Cómo iba a justificar sus acciones diciéndole que la conocía mejor que a sí mismo cuando en realidad nunca antes estuvieron realmente cara a cara?

Juró por lo bajo mientras la miraba. Ella había correspondido a su beso, con timidez al principio y bastante recelo pero terminó relajándose en sus brazos, lo había disfrutado… al menos durante un tiempo. Las lágrimas brillaban en los ojos azules y podía sentir el rescoldo del dolor provocado por el golpe todavía hormigueando en su cuerpo, por suerte el *Libre Albedrío* permanecía en calma, como si el breve contacto entre ambos fuese de su agrado.

Se levantó del sofá y empujó ligeramente la mesa para que ella tuviese sitio para incorporarse.

—¿Te has hecho daño? —La preocupación tiñó su voz.

Ella se apoyó en la mesa auxiliar para incorporarse y borró rápidamente las lágrimas de la cara con la mano mientras lo fulminaba con la mirada.

—No vuelvas a hacer eso sin mi permiso —le advirtió con brusquedad—. Mejor aún, no vuelvas a hacerlo nunca, pervertido.

La seriedad en sus palabras lo tomó por sorpresa.

—¿Pervertido? —dejó escapar un divertido bufido—. Perdona, bonita, pero no era yo el que estaba sobre ti mientras dormías. Si necesitabas… algo de mí… con que lo dijeses, era suficiente. Estoy abierto a cualquier negociación contigo.

Su reacción no se hizo esperar, los llenos labios se movieron sin llegar a emitir ningún sonido coherente, entonces el rostro se cubrió con un bonito rubor y ella señaló la prenda tirada en el suelo.

—No estaba sobre ti por que quisiera estarlo. —Su indignación era palpable y muy femenina—. Sólo quería devolverte la chaqueta, pero tropecé.

—Por supuesto, tropezaste en tu repentino ánimo de querer cuidar de mi salud —se burló, le hacía gracia la forma en la que buscaba una excusa. Si quería acercarse, no iba a ser él quien se lo impidiese—. Muy considerado de tu parte cuidar que no pille un resfriado. ¿Estabas pensando en darme calor… tú misma?

Ella entrecerró los ojos de aquella forma tan sexy y enseguida supo que la respuesta iba a brotar de sus labios.

—En realidad estaba buscando un nuevo lugar en el que dejarte marcados mis dientes —

masculló ella.

Él sonrió para sí, se lamió los labios y se inclinó hacia delante sin llegar a tocarla. Estaba loco por jugar con ella de aquella manera, después del mordisco que le había regalado, sería capaz de arrancarle algo.

—Si lo haces completamente desnuda, hasta dejaré que me muerdas. —Su voz fue un sexy ronroneo.

Ella se echó hacia atrás y el vivo color en sus mejillas aumentó su satisfacción.

—Ni en tus sueños.

No pudo evitar reír ante tal respuesta.

—Si supieras lo que hay en mis sueños ese atractivo rojo que cubre tus mejillas se extendería a todo su cuerpo —le aseguró, la risa latente en su voz.

—Afortunadamente para mí, no tengo el menor interés en saber que hay allí… ni en ningún otro sitio —rezongó ella en el mismo tono altanero y confiado que algunas veces utilizaba él—. Y no vuelvas a acercarte a mí de esa forma.

Él dejó escapar una risita y ladeó el rostro.

—Solo fue un beso, bonita. —Se encogiéndose de hombros—. No te he violado.

—Que te muerda un perro, Juez —siseó ella entrecerrando los ojos—. Fuiste tú quien me sujetó y manoseó.

Se lamió los labios lentamente, un gesto que contribuyó a aumentar su nerviosismo. No podía evitarlo, disfrutaba de esos breves escarceos con ella.

—No oí que te quejaras —murmuró más para sí mismo que para ella. Entonces añadió—. Le das más importancia de la que tiene realmente, Dryah, la verdad es que no contaba contigo en ese momento. Lo siento, fue una reacción instantánea.

Ella alzó testaruda la barbilla y lo miró a través de las rendijas en las que se habían convertido sus ojos.

—No lo sientes en absoluto.

Shayler realmente suspiró, no podía entender cómo alguien podía hacer tanto jaleo por un simple beso.

—De acuerdo, no lo siento, me encantó besarte pero eso no es lo que quieres oír de mí, así que, ¿por qué no olvidamos este pequeño episodio, nos damos los buenos días y vemos si encontramos algo para desayunar?

La chica no cedió, podía sentirla decidida a dejar las cosas claras según sus términos.

—No vuelvas a hacerlo sin mi permiso —insistió ella como si aquella sola frase fuese suficiente para hacerlo entender—. Está mal.

Aquello lo cogió por sorpresa.

—¿Qué está mal el qué? ¿Qué nos besemos? ¿De dónde has sacado esa idea tan absurda? Soy bueno, pero chica, no tanto como para matarte de esa manera —se rio ante lo absurdo de la situación. Entonces reparó en que ella seguía colorada, sus apetitosos labios apretados y en sus ojos perduraba un asomo de vergüenza. Hablaba en serio. ¿Qué demonios le habían enseñado a aquella criatura? De nuevo, recordando las palabras de Nyxx se dio cuenta que quizás no todo lo relativo a esa hembra era tan sencillo como pensaba—. Este no ha sido tu primer beso, ¿verdad?

—Vete al demonio —masculló entre dientes. Sus mejillas adquirieron un poco más de color y sus ojos brillaban reflejando las emociones que se revolvían en su interior. Shayler empezó a notar el despertar de su poder, como le llamaba pero decidió ignorarlo, la silenciosa respuesta a su pregunta lo dejó descolocado y con todo, tenía sentido. Él había sido el primer hombre en besarla y la idea le gustaba, lo hacía sentirse bien, endiabladamente bien.

Sacudiendo la cabeza le dijo:

—Tú y yo vamos a tener una charla acerca de lo que está bien o mal en los besos —resolvió con una traviesa sonrisa.

Ella se tensó ante su respuesta.

—Juez…

Él chasqueó la lengua antes de volverse hacia ella y responderle en voz profunda y sedosa.

—Vuelve a llamarme Juez y haré algo más que comerte la boca.

Había visto el rubor en muchas mujeres pero en ninguna que le sentara tan bien como a la que tenía delante y que era la culpable de la molesta erección que todavía empujaba sus pantalones.

Cuando Dryah no respondió, asintió satisfecho.

—Bien, parece que empezamos a entendernos —aceptó y le dio la espalda. Recogió la chaqueta olvidada en el suelo al tiempo que se levantaba y se la echó al hombro. Acto seguido extendió la mano hacia la ventana e hizo que las cortinas se corrieran con tan solo su voluntad. La luz entró a raudales en la habitación—. Una mañana perfecta.

Ella tuvo que parpadear varias veces para adaptarse a la repentina luz después de la penumbra anterior de la habitación.

—Será perfecta cuando te marches —refunfuñó mientras se frotaba los ojos.

Se giró hacia ella al escucharle rezongar y se tomó su tiempo para verla envuelta por la luz del día. Una nueva punzada de deseo acudió directa a su sexo, el beso no hizo más que abrirle el apetito por aquella hermosa mujer. Ella era una deliciosa visión en su ropa de dormir, la camiseta se ajustaba a sus pechos llenos revelando la marca de sus pezones mientras caía holgada sobre su estómago, un pequeño ombligo que le encantaría recorrer con la lengua asomaba en la piel expuesta por debajo de esta y el pantalón de felpa de corte chino envolvía unas curvilíneas caderas y acariciaban las largas piernas hasta poco por debajo de la rodilla.

Ella se volvió entonces hacia él y Shayler no pudo hacer otra cosa que sonreír ante su expresión.

—Ten un poquito de fe en mí. No soy tan malo —le aseguró—. Con el tiempo te acostumbrarás a mi presencia e incluso puede que llegues a disfrutarla.

Ella soltó un pequeño bufido que arrancó una sonrisa de sus labios.

—El demonio tendrá frío cuando eso suceda, pues se habrá congelado el infierno —le informó en un murmullo.

Él rompió a reír por la vehemencia que escondían sus palabras.

—En ese caso, habrá que decirles que vayan buscando los abrigos, cariño, porque las temperaturas caerán bajo cero. —Le dedicó un guiño para después darle la espalda y caminar hacia la ventana—. Es una hermosa mañana, ¿qué te parece si empezamos el día con un buen desayuno?

Dryah dirigió la mirada hacia la ventana y se estremeció involuntariamente. Parte de ella no quería salir de la seguridad que ofrecían esas cuatro paredes que formaban su nuevo hogar, pero por otra parte, deseaba conocer el mundo que había ahí fuera, entender por qué el destino la había dirigido allí y al hombre que se encontraba en su misma habitación.

—¿Tengo otra opción?

Él se giró entonces hacia ella y le sostuvo la mirada.

—Todas las que quieras esgrimir, bonita —le prometió—. Sólo tienes que atreverte a dar el paso.

Una vez más, la capacidad de aquella mujer para seguir adelante lo sorprendió. Podía

sentir como en lo más profundo de su ser la batalla por la supremacía, dónde las ganas de vivir luchaban con uñas y dientes contra la fatalidad y el cansancio, contra la necesidad de terminar con todo y descansar por fin. Era una suerte que él estuviese dispuesto a no dejarla caer, por más que ella desease lo contrario.

—¿Y bien? —insistió, su mirada fija en ella—. ¿Tienes hambre?

Como respuesta, ella dio media vuelta y lo dejó allí plantado.

—Si necesitas ayuda para quitarte el pijama y vestirte —insistió con toda premeditación.

La respuesta a su sugerencia llegó en la forma de una zapatilla que esquivó por los pelos. No pudo evitarlo y se echó a reír, este nuevo juicio prometía ser de todo menos aburrido.

Shayler empezaba a ser por fin consciente de las limitaciones de la mujer que mantenía a su lado, su reacción ante el mundo que se extendía ante ella podía muy bien compararse con la de un ser privado de libertad durante mucho tiempo, alguien que sabía que existía más allá de las paredes en las que estuvo encerrado pero sentía miedo por volver a formar parte de ese mundo. El *Libre Albedrío* marcaba cada uno de sus movimientos y elecciones, en cierto modo actuaba como un barómetro de las emociones femeninas. Ella parecía sentirse más tranquila en los espacios abiertos que en medio de la aglutinación neoyorkina así que compraron unos sándwiches, café y zumo en una de las tiendas e hicieron su primera parada del día en el Parque Bryant, frente a la biblioteca.

—Puedes comértelo, te prometo que no te morderá de vuelta —prometió al ver la cara que le ponía al bocadillo que descansaba en una de las pequeñas mesas a la que estaban sentados.

Ella lo miró con escepticismo, pero finalmente lo cogió y le dio un pequeño mordisco mientras miraba a su alrededor.

—¿Siempre es así? —preguntó y paseó la mirada por los alrededores. A esas horas el parque se llenaba de gente, que al igual que ellos, disfrutaban de un pequeño descanso para el almuerzo, otros leían libros en la comodidad del verde césped o disfrutaban simplemente del buen tiempo.

—Suele haber más gente por la tarde, sobre todo estudiantes que salen a tomar el aire después de unas cuantas horas en la biblioteca —le explicó él al tiempo que indicaba el edificio de piedra—. Un área de descanso y esparcimiento en medio del bullicio de la gran ciudad.

—No creo que exista mucha tranquilidad cuando el asfalto está a pocos metros y pueden oírse incluso esos agudos pitidos —replicó ella antes de darle un nuevo mordisco al tentempié.

—Es lo que cabe encontrarse en una gran urbe como esta. —Se encogió de hombros y se distrajo con su propia bebida—. Terminarás por acostumbrarte.

—No sé si tendré tanto tiempo —suspiró antes de lamerse las migas de pan de los dedos.

Él la miró durante unos breves instantes.

—¿Volvemos al tema del tiempo? —la retó—. Creí que eso había quedado claro.

Ella puso los ojos en blanco y se inclinó hacia delante para coger una servilleta.

—Sí. —Alargó la palabra lo suficiente para que se notase su fastidio—. Mientras no me vuelva psicótica y me comporte con corrección y decoro, podré permanecer con vida un ratito más.

Shayler no pudo evitar reír ante la irónica respuesta.

—Quedémonos con lo de no volverse psicótico y olvidémonos de la corrección y el decoro en su forma más arcaica. Yo no lo practico… de hecho, creo que dejó de practicarse hace siglos.

Ella puso los ojos en blanco.

—Disculpa mi pobre intelecto, Juez, lleva siglos de retraso —le dijo con sequedad.

Él se limitó a sonreír y se recostó contra el respaldo de la silla.

—No te preocupes, lo compensas sobradamente con otros talentos. —Su mirada vagó sobre ella hasta detenerse en sus pechos, los cuales ahora asomaban entre la uve del escote. Ella vestía una camiseta ajustada por debajo de una blusa más suelta y una minifalda vaquera que mostraban sus largas y preciosas piernas, el conjunto la convertía en la visión más sexy que veía en mucho tiempo. No dejaba de resultar curioso y tierno que ella no tuviese la menor idea de lo que su apariencia causaba en cualquiera hombre con el que se cruzara y tuviese ojos en la cara. Imaginaba que con unos ceñidos pantalones vaqueros estaría igual o incluso más sexy; No podía esperar a comprobarlo. Con un suspiro volvió a alzar la mirada para encontrar los brillantes ojos azules mirándole con una de las finas cejas rubias arqueadas.

—En estos momentos me cuesta mucho considerarte el Juez —lo sorprendió con la seguridad en su voz, su mirada fija en la de él—, pareces un lobo hambriento. Solo te falta sacar la lengua y relamerte de anticipación.

Shayler se rio entre dientes.

—Dime eso cuando tus emociones no estén taladrándome la cabeza y estaré encantado de mostrarte la diferencia entre un lobo… y yo —le respondió al tiempo que se masajeaba la sien con los dedos. La ansiedad y el temor permanecían profundamente enterrados en ella y le provocaban un asombroso dolor de cabeza.

Ella se tensó, su espalda compitiendo en rigidez con el respaldo de la silla.

—Tú eres el experto, Juez, ¿no puedes bloquearlas?

Él entrecerró los ojos y sacudió la cabeza antes de apuntarla con un dedo.

—No te conviene irritarme en mi actual estado, gatita —aseguró señalándola con un dedo —, no te gustarían las consecuencias.

Ella frunció el ceño y ladeó la cabeza, su mirada seguía fija en él casi como si lo escrutara. Entonces la vio sacudir la cabeza y relajarse una vez más.

—Lo siento, todo esto es demasiado nuevo para mí —comentó y se obligó a tomar aire profundamente en un intento de aquietar sus emociones—. Y tu presencia no contribuye lo más mínimo a mi paz mental.

Dryah sacudió la cabeza y se volvió a contemplar la amplia extensión de césped. La mañana estaba radiante, el sol brillaba sobre ellos y lo iluminaba todo al tiempo que hacía que las frías temperaturas de finales de septiembre subiesen algunos grados. El parque pareció llenarse en las últimas horas, mirase a dónde mirase siempre había alguien que llegaba para ocupar el lugar dejado por otro. Se llevó la mano al pecho y repitió la operación en un intento de llevar aire fresco a sus pulmones y calmar el leve hormigueo que recorría su cuerpo desde la cabeza hasta los dedos de los pies. El Juez tenía razón en que su interior era un auténtico torbellino, ella misma se sentía como en un carrusel el cual nunca parecía poder detenerse, pero no quería que aquello fuese causa de malestar para alguien. Incluso si ese alguien era él.

—Ese viejo lobo parece estar realmente encariñado contigo —las inesperadas palabras atrajeron su atención de nuevo hacia él—. Me cuesta conciliar el hecho de que un Cazador de Almas y un alma se lleven tan bien.

Ella sacudió la cabeza en una negativa.

—Ya no soy un alma.

Él asintió.

—Ya no —aceptó—. Pero él sigue siendo un Cazador.

Sí, quizás en algún momento vio al mortal guerrero como tal, pero él se había encargado

de subsanar el error cometido a riesgo de su propia existencia. El hombre era una de las pocas personas a quienes acudiría con los ojos cerrados.

—Para mí sólo es Nyxx —le informó con voz suave y un encogimiento de hombros—. Dejamos de ser Alma y Cazador cuando me apuñaló y evitó después que La Puerta se me llevara.

Aquello realmente sorprendió al Juez.

—¿La Puerta de las Almas?

Ella asintió. Sus recuerdos de aquel episodio eran confusos, ni siquiera estaba segura de por qué el Cazador había ido a por ella cuando debía estarle vetada, pero cuando sintió la daga que él empuñaba hundiéndose en su pecho y vio la mirada en sus ojos supo que aquel ser que le había dado caza estaba tan condenado como ella misma.

—La puerta sólo reclama las almas que se alzan ante ella —le explicó mientras cogía otro de los sándwiches que quedaban en la bolsa y le quitaba el envoltorio—. Él sólo cumplía con su cometido, con el trabajo que llevaba haciendo mecánicamente desde hacía siglos, no sabía que yo era una excepción y cuando se dio cuenta ya era demasiado tarde pues la Puerta se estaba abriendo. Nyxx se ganó esa noche más cicatrices que las de mis dientes.

Él asintió en silencio, atento a su relato mientras ella daba cuenta de cuenta de su segundo bocadillo hasta terminarlo con un suspiro satisfecho.

—¿Estaba bueno?

Ella lo miró al escuchar el tranquilo e incluso amistoso tono en su voz y asintió.

—Mejor que esa comida… japonesa… que trajiste anoche —aceptó, le quitó el tapón a la botella de agua y bebió de ella.

—En realidad era comida china —la corrigió.

Ella se encogió de hombros y se tomó su tiempo para disfrutar de la comida. Aquella era la primera vez que hablaba abiertamente de lo ocurrido con Nyxx, por alguna razón, ni siquiera se lo había contado a Eidryen y el haberlo compartido con el Juez surgió de forma tan espontánea que no se había parado a pensar en las consecuencias. Por otro lado, el encuentro entre los dos hombres le dejó claro que no era la primera vez que sus caminos se cruzaban, el Cazador parecía tener cierto respeto por el hombre que estaba junto a ella, y conociendo a Nyxx, eso era mucho decir.

—Parecíais conoceros muy bien —continuó, sentía curiosidad por saber qué clase de relación existía entre los dos hombres—. Nyxx y tú.

Él se encogió de hombros.

—Digamos que en el mundo en el que nos movemos es preferible saber de qué lado está cada uno, eso hace que te evites sorpresas indeseables en el momento justo.

Ella arqueó una fina ceja rubia.

—A ti también te apuñaló, ¿no?

Shayler esbozó una irónica sonrisa.

—No podría ni acercarse a diez metros de mí y contarlo si así fuera —aseguró con el típico orgullo masculino de aquel que sabe que lo que dice es la indiscutible verdad—. Seybin es el Señor de las Almas, Guardián del Otro Mundo, no es una criatura que permita tener a cualquiera a su lado y ese irascible lobo es su mano derecha. Como dije, es preferible saber de qué lado está cada uno antes de atreverte a hacer un trato o pedir un favor que pueda costarte algo más que la vida. La eternidad puede ser muy jodida cuando cabreas al dios que tiene poder sobre la muerte.

Ella asintió, por una vez tenía que estar de acuerdo con el Juez. Nadie que cabreara a Seybin había vivido lo suficiente para contarlo.

Las siguientes palabras del Juez le dejaron claro que la empatía del hombre servía para algo más que darle dolor de cabeza.

—Si lo que te preocupa es si tu amigo salió entero de nuestro encuentro, puedo decirte sin lugar a equivocarme que cuando dejé tu apartamento estaba en perfecto estado.

Ella se sonrojó un poco, se limpió los dedos a la servilleta y le contestó con voz uniforme, suave.

—Imagino que de ocurrir lo contrario no encontraría mi casa en el mismo estado en que la dejé, sino que sería una pila de escombros o algo peor.

El Juez se rio ante su comentario.

—Que fatalista.

Ella se encogió de hombros.

—Sólo realista.

Él emitió entonces un bajo chasquido con la lengua y se inclinó hacia delante en la silla para sacar el teléfono móvil del bolsillo trasero del pantalón y extraerlo de la funda en la que lo mantenía guardado.

—Mi maldición es una jodida empatía, ¿recuerdas? —le recordó al tiempo que desbloqueaba el teléfono y buscaba con rapidez a través de la agenda—. Y las emociones suelen ser más sinceras de lo que lo somos nosotros mismos, incluso cuando ni siquiera nos damos cuenta de ello.

Aquello debía ser agotador, pensó ella y no dudó en poner voz a sus pensamientos.

—¿Y eso no te agota?

Él alzó la mirada del teléfono y asintió.

—Lo hacía hasta que aprendí a ponerle freno. Ahora sólo me molesta cuando estoy a tu alrededor, por algún motivo mis defensas no aguantan tan bien como deberían con tus emociones —confesó encogiéndose de hombros—. Pero ey, las emociones son la sal de la vida, así que… mientras no me taladren el cerebro seré feliz.

Una lógica extraña la del Juez. Dryah permaneció en silencio mientras él jugueteaba con el teléfono y paseó la mirada por el parque hasta que el alegre gorjeo de un niño a su derecha le llamó la atención. Se giró hacia el sonido y lo vio, un infante de corta edad riendo ante las carantoñas que le hacía la mujer que lo sostenía en brazos. Más allá, ligeramente hacia la izquierda, un hombre vestido con tejanos y una camiseta blanca que realzaba el color de su piel oscura permanecía sentado en el suelo con las piernas cruzadas y un pequeño portátil sobre ellas. Estaba inclinado hacia delante y asentía hacia la pantalla del ordenador mientras sus manos volaban sobre el teclado. Su rostro era una máscara de entusiasmo y realización, como si hubiese dado con el secreto de la vida eterna.

—No recuerdo haber visto a tantos humanos de tantas razas distintas reunidos en un único lugar —murmuró para sí.

A pocos metros a su derecha una mujer joven que aparentaba su misma edad —al menos la edad que aparentaba su físico—se reía mientras hablaba por un pequeño aparato de color rosa con unas pegatinas con muñequitos. Sus mejillas estaban sonrosadas y sus ojos brillaban mientras reía por las palabras que le dedicaba su interlocutor. Ella sonrió a su vez, había algo contagioso en esa felicidad.

—Gente, Dryah. Gen-te. —Él la corrigió una vez más—. Personas, individuos, mujeres, hombres, tíos, muñecas… todo menos «humanos». Para cada uno de ellos no eres más que otra persona anónima, como puedo serlo yo o la chica que habla por teléfono a pocos pasos de nosotros. El término humano… digamos que los hace mirarte de una forma poco agradable.

—Gente —repitió ella y asintió—. Lo tendré en cuenta, gracias, Juez.

Desplazó entonces su mirada sobre un hombre de edad avanzada leía un libro sentado en una de las muchas sillas que había visto con las mesas diseminadas alrededor de la fuente que borboteaba lejos del césped. Su rostro estaba surcado por las arrugas e incluso sus ojos habían perdido algo de color, quedándose en un difuminado tono gris. Había algo melancólico en él, triste.

—Este mundo está resultando ser mucho más extraño de lo que me imaginé —comentó al tiempo que se giraba hacia el Juez quien se había llevado el teléfono a la oreja y esperaba pacientemente.

—Te acostumbrarás —aseguró antes de volverse hacia su interlocutor telefónico—. Ey, ¿sigues vivo, lobo? Tengo aquí a una damita que quiere oír tu voz… *Yeah*, mi culo está perfecto, gracias, conseguí eludir sus dientes… sí, estoy seguro… dame un momento —Shayler bajó el teléfono y se lo tendió—. Él también estará más tranquilo si oye tu voz…

Se oyó un murmuro saliendo del aparato mientras él le entregaba el aparato y se lo llevaba a la oreja a tiempo de escuchar sus palabras.

—… debería haberte arrancado las pelotas para utilizarlas como canicas —oyó la voz del cazador.

—¿Nyxx?

CAPÍTULO 10

El Cazador dejó escapar un siseo al oír la voz femenina procedente del teléfono, la llamada del Juez lo había sorprendido tanto casi como oír ahora la voz de Dryah. En ningún momento se le pasó por la cabeza darle a ella su número para que pudiese contactar en caso de necesidad, alejado como estaba del mundo humano, más preocupado por los recientes acontecimientos y la sospechosa actitud de su jefe, dio por supuesto que ella sabría cómo llegar a él. Después de todo, él no se regía por los convencionalismos y ética humana, las respetaba, como quien respecta algo que está ahí y sabes que el traspasar la línea te crea problemas, pero nada más. Solo los *Guardianes Universales* y su Juez jugaban con sus mismas cartas, infiltrados en su sociedad, compartiendo las vidas de aquellos que habían jurado proteger.

Dejó escapar un profundo suspiro y contestó a la llamada.

—Hola**,** *adelfi*. —Cambió el tono de voz a uno más suave, solo para ella—. ¿Cómo lo llevas?

Él no vio como la chica sonreía al reconocer su voz rasgada.

—Hola. —La respuesta no se hizo esperar—. Lo llevo… bien, creo.

Él frunció el ceño al oír el suave tono en su voz, había algo allí que le decía que no lo llevaba tan bien como quería hacerle creer.

—¿Crees? —comentó en un intento por darle confianza—. Eso me suena a un *«este mundo apesta, Nyxx»*.

Él podía imaginársela sonriendo a duras penas en aquel momento.

—El mundo no es tan malo como lo son las circunstancias que me dejaron en él —le aseguró. Su voz bajó de tono y se perfiló de dolor cuando añadió—. Sé que fue Eidryen quien lo organizó todo, el juicio… sólo fue un medio para alcanzar el final que él deseaba.

Dejó escapar una profunda maldición matizada con un gutural gruñido. La mujer con la que se cruzó en ese momento por la calle se apartó de él con un salto y se llevó la mano al pecho para luego acelerar el paso como si esperase que él la atacase o algo. Esa mañana las calles parecían estar plagadas de humanos, no es que supusiese un problema para él moverse entre ellos, pero prefería con mucho la soledad de los grandes parajes o de los parques, en el caso de aquella enorme y bulliciosa urbe. Miró de refilón su reflejo en uno de los escaparates de las tiendas que se arracimaban en ese lado de la acera y sacudió la cabeza para sí. Su aspecto era como el de cualquier otro hombre que caminase por la calle, la única verdadera diferencia estaba en el aire de peligrosidad y magnetismo animal que lo envolvía.

—A veces los dioses toman decisiones que ninguno de nosotros comprende pero que son por nuestro propio bien —le informó—, y a menudo se les olvida explicar el motivo.

Oyó un suspiro al otro lado de la línea y un murmuro.

—O no quieren explicarlo, Nyxx —la oyó responder—. No cuando saben que nunca estarías de acuerdo en que se sacrifiquen a sí mismos por ti.

Alzó la mirada al cielo y pronunció lo único de lo que estaba verdaderamente seguro.

—Eidryen te quería, *adelfi.*

Hubo un momento de silencio, entonces una respuesta firme y con un ligero tono de reproche.

—¿Y por eso me dejó sola?

Ahora fue su turno de guardar silencio, la respuesta a eso no era sencilla.

—Sólo hizo lo que creyó necesario para mantenerte a salvo. —Algo que haría cualquiera de ellos, ella era demasiado importante para perderla. Cuando esa niña se metía bajo la piel, era imposible sacarla—, si fue acertado o no, eso tendrás que demostrarlo tú.

Un cansado resoplido llegó desde el otro lado de la línea.

—Siempre es mía la última decisión —la oyó murmurar, al tiempo que oía la voz del Juez un poco más apagada concordando con lo dicho por él.

Chasqueando la lengua, imprimió a su voz un poco más de despreocupación.

—No dejes que te mangonee, si se pone tonto, muérdele —le sugirió al tiempo que ponía los ojos en blanco. No podía creer que la estuviese alentando a ello.

Ella se rio en respuesta y eso alivió algo la tensión.

—¿No fuiste tú el que me prohibió hacer tal cosa?

Sonrió, aquella muchachita lo conocía bien.

—Sería por una buena causa… y te lo permitiré mientras no te enseñe otras formas de dejar incapacitado a un hombre —le aseguró y empezaba a pensar seriamente en la idea.

Hubo un nuevo resoplido del otro lado de la línea y un intercambio de palabras entre la pareja antes de que se escuchase esta vez la voz del Juez.

—¿De qué lado estás tú, Cazador?

No tuvo que pensárselo demasiado.

—Del de ella, por supuesto —respondió sin titubeos y escuchó la risa de la muchacha en respuesta.

—Gracias, Nyxx.

Él sonrió a su vez al notar el cambio en su voz, un par de bromas y se la notaba más relajada. Después de todo parecía que la compañía de Shayler no le sentaba tan mal.

—¿Has desayunado ya? —le preguntó—. Y me refiero a un buen desayuno, comida de verdad y no eso que tienes en las alacenas de tu cocina.

Si bien no podía verla, sí la imaginó haciendo una mueca.

—¿Por qué todos los hombres parecéis tener tal fijación por la comida? —Fue la renuente respuesta de ella.

Su satisfacción aumentó.

—Te está obligando a desayunar, ¿um?

—Estoy segura que ambos habéis urdido un plan para que me ponga del tamaño de una vaca —rezongó ella.

Una nueva risa, esta vez con obvio tono masculino.

—Para eso sería necesario un milagro, bonita y yo de eso no práctico —oyó decir al Juez.

La respuesta de ella no se hizo de rogar.

—Vaya, así que no eres infalible después de todo.

—Nunca dije que fuera perfecto —se justificó el Juez.

—¿Nyxx, hay alguna remota posibilidad de que me salves de tener que soportar su compañía durante más de un día? —le preguntó ella en tono quejumbroso.

—No. —Su respuesta se mezcló con la del Juez. Ambos coincidieron en lo mismo. Por su parte, el Cazador añadió—. Pero en ningún sitio dice que tengas que ser toda sonrisas y amabilidad con él.

—Gracias, Cazador —oyó la voz de Shayler de fondo—. Dale más ideas de las que tiene.

—Siempre es un placer, Juez —respondió con ironía.

—Me alegra escuchar que estás bien —murmuró ahora ella, atrayendo toda la atención de Nyxx, quien emitió un bajo gruñido.

—Ya deberías saber que soy más duro que eso, nena.

La oyó chasquear la lengua, casi podía verla apuntándole con el dedo.

—Ambos sabemos lo que eres en realidad, Nyxx, no hay necesidad fingir —le dijo ella con calidez—. Te quiero, lobo. Por favor, no dejes que nada te pase, ya he perdido a Eidryen, no quiero perder a nadie más.

Nyxx se permitió bajar ligeramente sus defensas.

—Lo mismo te digo, *adelfi*. Permanece en pie y sigue adelante…

Hubo un nuevo momento de silencio durante el cual llegó a pensar que se había cortado la línea, entonces la oyó murmurar.

—Lo estoy intentando, Nyxx. Lo estoy intentando.

Él asintió. Sabía que lo haría y Shayler no le permitiría otra cosa, si algo tenía ese hombre era un completo y absoluto sentido de la justicia, algo que unido al interés que parecía tener sobre ella podía muy bien jugar a su favor.

—Llámame si me necesitas, el Juez podrá encontrarme donde sea —le aseguró con absoluta seguridad.

—Lo haré —asintió ella—. *Ya sas*.

—*Ya su, adelfi*.

Nyxx cortó la llamada y miró durante unos instantes el teléfono sin dejar de preguntarse si hacía lo correcto. Quería a esa niña y no podía más que sentirse desgarrado por el infierno que ella estaría pasando actualmente. Él mejor que nadie sabía lo que era sentirse un paria entre su propia gente, lo que significaba estar entre dos mundos y no pertenecer a ninguno. Su maldición se había encargado de demostrárselo en el mismo instante en que el que esa vieja bruja lo maldijo.

Sacudiendo la cabeza, respiró profundamente y devolvió el teléfono al bolsillo interior de su cazadora, ahora que sabía que Dryah estaba bien y segura en manos del Juez, la ansiedad que lo asediaba desde el principio desapareció un poco. El movimiento sin embargo, le recordó las heridas que todavía adornaban su cuerpo y que tardaban en sanar más de la cuenta. Había supuesto que la caza podría eliminar algo del nerviosismo que se removía en su interior pero lo único que consiguió fue que le patearan el culo y una fea quemadura a la altura del muslo derecho.

Un niño pequeño se le quedó mirando con ojos muy abiertos cuando se detuvo ante el paso de peatones a la espera de que el semáforo cambiase a verde. El chico no debía tener más de siete años y poseía unos enormes ojos verdes los cuales clavó en él, su manito estaba cogida de la de su madre, quien charlaba animadamente con la mujer a su lado. Nyxx le dedicó un guiño al niño y le susurró un hola para luego echar un vistazo al panel el cual cambió a verde permitiendo el paso. El crío el cual empezó a ser arrastrado por su madre se giraba de una forma en la que un contorsionista estaría orgulloso para seguir mirándole como si él se hubiese convertido en su nuevo ídolo o superhéroe. Sonriendo por la comicidad del niño, comenzó a cruzar la calle.

Su desarrollado oído captó entonces el fuerte estruendo de los neumáticos rechinando sobre el asfalto, así como el fuerte ronroneo de un potente motor. No pasaron muchos segundos hasta que el vehículo responsable de aquel ruido apareció con un derrape al final de la calle y enfiló en su dirección. El rugido del motor y los acelerones procedían de un modelo deportivo de color plateado conducido por tres risueños ocupantes, el conductor parecía estar alardeando de su nuevo juguete con las dos mujeres que lo acompañaban.

Él puso los ojos en blanco ante tamaña estupidez, afortunadamente para ellos, no estaban en su lista lo cual era realmente una buena cosa. Odiaba tener que encargarse de almas gimoteantes que ni siquiera sabían que habían dejado la vida atrás.

Un ramalazo de dolor le recorrió entonces la pierna lastimada y arrancó un severo taco de su boca cuando el último de los peatones se abrió paso por su lado y le empujó en su prisa por cruzar justo en el momento en que el deportivo le daba gas al automóvil y hacía rechinar las ruedas sobre el asfalto.

—¡Maldito hijo de…! —exclamó Nyxx preso del repentino dolor al tiempo que su mirada ascendía para ver una larga coleta de cabello castaño sacudiéndose al compás de los pasos de la chica que cruzaba ya en rojo.

Los cláxones de los coches se mezclaron con los gritos de los humanos y el rechinar del deportivo que se lanzaba inconscientemente directa hacia los últimos peatones los cuales empezaron a correr para ponerse a salvo del otro lado.

Todos menos ella, la chica que le había rozado al pasar.

—Mierda —masculló a sabiendas de que iba a añadir otra estupidez a la larga lista que adornaba su vida.

El impacto contra el adoquín le arrancó un jadeo de dolor mientras las ruedas del coche hacían un nuevo derrape y se lanzaba calle abajo entre risas, gritos y nuevos pitidos. No le cabía duda que con este último golpe, tenía todos los papeles para presentarse ante Seybin y pedirle vacaciones. Lástima que no tuviese derecho a ellas. Cuidadosamente se movió llevándose con él la menuda figura que protegía entre sus brazos.

—¿Estás bien? —preguntó bajando la mirada hacia el frágil y pequeño cuerpo que acunaba contra sí. La chica ni siquiera se movía, pero le miraba con unos enormes ojos marrones en una diminuta cara en forma de corazón—. ¿Qué demonios te pasó por la cabeza, muchacha? ¿Acaso no oíste el jodido coche? ¡Ese maldito conductor casi te pasa por encima!

Dos de los transeúntes se acercaron rápidamente a ellos a ofrecer su ayuda.

—¿Estáis bien, chicos? —Se agachó un hombre de traje, con un maletín en una de las manos y un móvil en la otra.

—Eso ha estado cerca —murmuró su compañera—. Ya han llamado a la policía, hemos anotado la matrícula.

—Estoy bien —gruñó él al tiempo que se ponía en pie e incorporaba también a la chica.

La multitud empezaba a juntarse a su alrededor, las aglomeraciones de gente nunca le gustaron demasiado y por la manera en que el suave y cálido cuerpo se tensaba contra él y la forma en que movía la cabeza mirando de un lado a otro, supuso que a ella tampoco.

Se apartó con ella e hizo una mueca ante su segundo paso cuando el dolor le recorrió desde la parte superior del hombro a la cadera. La chica lo miró un instante y observó también sus alrededores fijándose en la gente, entonces se llevó la mano al oído y se volvió en redondo alejándose de él con la mirada puesta en el suelo mientras empujaba a la gente para dirigirse de nuevo hacia el paso de peatones. Nyxx la observó atónito, boquiabierto cuando miró rápidamente a ambos lados de la calzada y empezó a aventurarse con la mirada puesta en el suelo, buscando. Ahogando una maldición, se estiró a por ella cogiéndola del brazo para traerla de nuevo a la seguridad de la acera.

—¿Pero qué pasa contigo? —la zarandeó, arrancándola de la calzada.

Ella se sobresaltó ante su contacto y se giró con mirada asustada hacia él para empezar casi al momento a forcejear para soltarse.

—No… tengo que recuperarlo, lo necesito. —Su voz tenía un tono extraño, o quizás era la

manera en que pronunciaba las palabras, con delicadeza, suave, de manera lenta y precisa, como si se cortaran. Sus delgados brazos empujaban contra el musculoso cuerpo del Cazador tratando de soltarse y estirándose hacia la calzada.

—De eso nada, nena —la sujetó con fuerza, impidiendo que saltase al tráfico—. Ya me llega con mi trabajo, no necesito atender a suicidas.

Un pequeño *crash* atrajo la atención de su fino oído al mismo tiempo que ella se quedaba repentinamente quiera con los ojos clavados en la calzada y las pequeñas manos luchando por liberarse de su agarre. Una de las ruedas de algún vehículo acababa de pasar por encima de un pequeño objeto, destrozándolo.

La chica escogió ese momento para dejar escapar un angustiado gemido antes de volverse contra su salvador y pegarle una patada de la espinilla. Nyxx se encontró saltando sobre su pierna derecha mientras ella le lanzaba insultos y le pegaba al tiempo que le hablaba de esa forma tan extraña acompañándose a hora de secos gestos con las manos.

—Imbécil… mi aparato… está roto —lo increpó al tiempo que señalaba la carretera—. Mira lo que has hecho.

A Nyxx le llevó un momento alejarse de ella y maniobrar para detener sus patadas y puñetazos, tan menuda como era, tenía una puntería certera.

—Estate quieta, maldita sea —retuvo sus movimientos al girarla y pegarla después contra su cuerpo. Su aroma impactó al momento en sus sentidos y le hizo perfectamente consciente de cada curva de su menudo cuerpo, así como de la redondez de su trasero frotándose contra a él. Pegando la boca a su oído, le habló—. No está nada bien pegarle a la persona que acaba de salvar ese pequeño culito de acabar bajo las ruedas de un coche, tesoro. ¿Dónde está tu gratitud?

La chica continuaba retorciéndose en sus brazos haciendo feliz a cierta parte de su anatomía que empezó a responder a sus frotamientos. Con un chillido indignado la chica se zafó de su agarre y se volvió a mirarle, sus ojos echaban chispas un instante antes de descender a la entrepierna masculina y ruborizarse.

—N... no vuelvas a poner…me las manos encima —lo amenazó con un dedo.

Él sonrió de medio lado, la chica era bastante mona. Un ratoncillo de biblioteca con esos enormes ojos marrones y ñoña apariencia.

—Quizás debería dejar que te lanzaras de nuevo a la carretera para terminar bajo las ruedas de otro coche —sugirió con tono indiferente, ocultando su verdadero escrutinio.

Los ojos de la chica estaban clavados en sus labios y aquello sólo contribuyó a aumentar más su libido. ¿Qué demonios le pasaba? Estaba actuando como un lobo en celo.

Su mirada empezó a estrecharse, los suculentos labios se afinaron hasta no ser nada más que una delgada línea a medida que él hablaba.

—Parece que no tienes la suficiente sesera y ya no digamos oído para escuchar que te advierten de un accidente. Qué pasa contigo, es que no viste que se te echaba un coche encima.

Ella lanzó el brazo hacia la calle.

—El… semáforo estaba todavía en verde para los peatones —le dijo, sus ojos echaban chispas—. Y el único idiota aquí eres tú, que te crees con derecho a juzgar a la gente. No, no oí el coche… —le informó elevando la voz al tiempo que lanzaba un dedo indicando con insistencia la carretera—. Sin eso no oigo nada. Soy sorda.

Él abrió la boca dispuesto a replicarle, pero sus palabras murieron en su garganta cuando las últimas palabras de la chica penetraron en su mente.

La chica no podía oír. Era sorda.

Vio como ella lo ignoraba y se giraba de espaldas a él para buscar en los bolsillos de su

larga falda. El Cazador oyó un perfectamente claro *«mierda»,* e inclinando la cabeza hacia un lado observó cómo la chica sacudía su móvil y observaba con ceño fruncido la pantalla del teléfono. Estaba rota. Sus hombros se desinflaron por completo, parecía tan perdida mirando la calle y sus alrededores. La gente ya empezaba a dispersarse y continuaba con sus cosas mientras ella seguía yendo de un lado a otro, sus manos moviéndose con nerviosismo hasta que se fijó en la casi imperceptible mueca que hizo al apoyarse sobre el pie derecho. Ella también se había hecho daño en la caída.

Antes de pensar en lo que hacía, echó mano al bolsillo y sacó su propio teléfono. Toda una ironía que alguien como él llevase móvil.

—¿Necesitas hacer una llamada? —le preguntó, pero al ver que no le miraba siquiera, se le acercó y le tocó el brazo. Ella se volvió y pegó un pequeño respingo al verlo tan cerca, entonces reparó en el aparato que sostenía y alzó la mirada a su rostro—. Puedes utilizar el mío.

Ella le miró y luego al móvil. Lentamente extendió la mano y cogió el teléfono con un bajito gracias.

Tecleó con rapidez, deteniéndose brevemente de vez en cuando para comprobar cada una de las utilidades que le eran desconocidas y finalmente le dio a enviar. Seguidamente hizo una llamada perdida y esperó. En pocos segundos recibió un mensaje de texto. Tras leerlo, cerró la tapa del teléfono y se lo devolvió al tiempo que le daba las gracias acompañada por un movimiento de la mano.

El lenguaje de signos americano se percató por fin Cazador.

—Gracias —murmuró ella antes de darle la espalda.

Nyxx la vio dar media vuelta, observar rápidamente todo a su alrededor y alejarse apresuradamente entre la gente que caminaba por la calle. Su mirada volvió entonces a la carretera en el preciso lugar en el que permanecían los casquillos blancos de lo que debió ser un audífono.

—Interesante —murmuró para sí y tras una última mirada en su dirección, dio media vuelta. El dolor en la pierna y hombro le recordaron que necesitaba un merecido descanso.

Shayler recogió la *Blackberry* de encima de la mesa y volvió a introducirla en la funda para luego guardarla en el bolsillo trasero del pantalón. Dryah tenía la mirada perdida en el plato que descansaba sobre la mesa, como si se encontrase a miles de quilómetros de allí sumida en sus propios recuerdos, sin embargo, sus emociones se habían aquietado, como reducidas con un interruptor de apagado.

—¿Va todo bien?

Ella alzó la mirada y asintió.

—Gracias por dejarme hablar con Nyxx.

Él negó con la cabeza.

—Cuando quieras, sólo tienes que pedirlo.

Ella asintió una vez más pero su mirada seguía igual de perdida y tenía el semblante triste.

—Permanece en pie y sigue adelante sin rendirte —la oyó murmurar.

—Eso parece un poco espartano, ¿no crees?

Ella sacudió la cabeza en una negativa.

—Es algo que le oí muchas veces a Eidryen —dijo y volvió de nuevo la mirada al parque —. Yo no nací, Juez, me crearon y aquella era la manera de Eidryen de decirme que mi presencia no era algo malo, que yo no era algo malo como oía continuamente a mi alrededor. Los dioses

pueden ser crueles cuando saben que tienen poder sobre ti y él no quería que nadie me degradara, no quería que me sintiese degradada por el simple hecho de hacer sido creada en un momento de estupidez. Permanece en pie y sigue adelante sin rendirte. No dejes que nada de lo que oigas o te digan te derrumbe, mira siempre hacia delante, por difícil que se pongan las cosas no te rindas, porque al final del camino encontrarás la libertad.

Ella suspiró y volvió la mirada sobre Shayler.

—Nyxx me acaba de decir esas mismas palabras y yo sólo… —dudó, sacudiendo la cabeza—. No sé si podré cumplir con ello.

Él asintió, aquellas eran unas sabias palabras.

—No es fácil permanecer en pie porque siempre habrá alguien que intente derribarte e incluso quien lo logre —aceptó buscando las palabras exactas—. Pero también encontrarás quien te tienda la mano y te ayude a levantarte cuando caigas, quien te sirva de apoyo cuando creas que ya no puedes permanecer en pie.

Ella se lo quedó mirando, escuchando sus palabras.

—La vida no es fácil, Dryah, pero es algo a lo que antes o después tenemos que enfrentarnos y es de la experiencia que adquirimos en esos enfrentamientos que nos hacemos más fuertes. Imagino que eso es lo que Eidryen buscaba para ti.

Ella se lamió los labios.

—¿Y dónde deja eso al *Libre Albedrío*?

Shayler sacudió la cabeza y la señaló con un gesto de la barbilla.

—Donde te deja a ti —le preguntó mientras le sostenía la mirada—. Sólo cuando empieces a reconciliarte con quién eres, podremos hacer algo con tu descontrol sobre el poder que portas.

No se lo pensó dos veces, estiró la mano y cogió la suya, sus dedos se enlazaron y pudo sentir como el *Libre Albedrío* se desperezaba en su interior, como un animal que se levanta después de una agradable siesta animado por una caricia. El inestable poder ronroneó bajo la suave piel, podía ver en sus ojos que ella lo notaba y parecía bastante desconcertada por ello.

—Lo sientes, ¿no es así? —le dijo al tiempo que le acariciaba la parte interior de la muñeca con el pulgar, un contacto íntimo y al mismo tiempo tan ligero que ella no se animaba a protestar—. Ronronea ante mi contacto… me reconoce como su igual.

Ella pareció dudar, frunció el ceño y bajó la mirada hacia sus manos unidas con profunda concentración.

—Esta es la primera vez que no me hace daño —musitó y alzó finalmente la mirada hacia él—. Yo… ¿Crees que podría llegar a controlarlo? ¿Podrías enseñarme a hacerlo?

Por primera vez, Shayler encontró en sus palabras verdadera esperanza. Asintiendo, se inclinó hacia ella.

—¿Eliges la vida? —insistió una vez más. Necesitaba que ella estuviese completamente segura de lo que deseaba.

Ella se lamió los labios y por primera vez desde su despertar, no tuvo dudas.

—Elijo vivir.

Él dejó escapar el aire que ni siquiera sabía que estaba reteniendo, el alivio que sintió al escuchar su respuesta le quitó un peso que no sabía ni que portaba, sus ojos se encontraron y ella le sonrió, tímida y con brevedad, pero fue una sonrisa auténtica.

CAPÍTULO 11

La vida es un cúmulo de sucesos, giros del destino que te llevan por un camino que no sabes muy bien donde terminará hasta que estás allí. Fácil por momentos o un completo infierno, son nuestras elecciones las que acaban dándole forma nos guste o no. Dryah no estaba segura de sí las elecciones que había hecho hasta el momento eran las correctas, su vida no le perteneció realmente hasta hacía poco tiempo, un hecho difícil de aceptar. Como alma de un dios fue protegida, mimada, acunada en un capullo de seguridad, pero todo aquello se vino abajo por un revés del Destino, el mismo que le concedió esta nueva oportunidad como *Libre Albedrío*. Una que la dejó en una difícil posición, con un juicio pendiendo encima de su cabeza y un irritante Juez dispuesto a llevar su veredicto hasta las últimas consecuencias. Una decisión que la llevó a caer una vez más sobre sus doloridas nalgas.

Jadeó cuando golpeó de nuevo el suelo, a estas alturas debía de tener el dibujo del suelo impreso en el culo.

—Me rindo —farfulló al tiempo que se frotaba el trasero—. No quiero seguir.

Los últimos días con él se asemejaban cada vez más a un campo de concentración, pero sin el alambre de espinos que impedía la huida. Lo vio bajar la mano que mantenía erguida y acortar la distancia entre ambos.

—Quejica —sonrió él y se acuclilló a su lado.

Empezaba a odiar aquella palabra.

—¿Quejita? Es mi culo el que ha entrado en contacto directo con el jodido suelo una vez más —bufó al tiempo que palmeaba la sucia superficie—. No el tuyo.

Shayler ahogó una risita y la contempló. Se la veía adorable cuando se enfurruñaba de aquella manera. Pero no le quedaba otra que estar de acuerdo con su protesta pues esa era la quinta vez que la lanzó al suelo en el transcurso de la tarde. Lo que ella ignoraba, era que esas caídas le dolían tanto a él como a su precioso culito. No estaba en su naturaleza el causar daño a las mujeres, y en el caso de ella mucho menos. Esa muñequita le tocaba la fibra sensible y no había podido evitar encogerse cada vez que terminaba de golpe en el suelo, en más de una ocasión quiso interrumpir sus lecciones pero era primordial para su supervivencia y la de todos que ella entendiese que era el poder que ahora investía y aprendiese a controlarlo si deseaba tener al menos una oportunidad.

Las noches que pasaban en aquella azotea no eran más que una pequeña parte de la rutina que se instaló entre ellos desde el momento en que ella le pidió abiertamente ayuda. Durante el día no dejaba de arrastrarla al mundanal ruido, su toma de contacto con la ciudad y sus gentes no resultó tan complicada como esperaba, al contrario, él llegaba a disfrutar a través de ella, maravillándose con su inteligencia e ingenuidad. Dryah era como una esponja sedienta de conocimiento, una criatura enjaulada que obtiene la libertad después de mucho tiempo y se enfrenta a un nuevo mundo con la ansiedad y la curiosidad que eso conlleva. Era con la llegada del atardecer que las cosas se ponían más serias, después de su primera toma de contacto y los resultados de esta, decidió trasladarlos a ambos a una de las azoteas de los edificios circundantes, allí era mucho más sencillo proteger el espacio que utilizaban para sus lecciones sin arrasar o destrozar ningún parque; La última vez que vio las noticias se encogió ante los comentarios que

hacían sobre el supuesto vandalismo al que fue sometido uno de los parques de la ciudad, su hermano no había tardado mucho en llamarlo para decirle unas cuantas cosas antes de que le colgase el teléfono.

Deslizó la mirada sobre ella y la vio sacudir el polvo del pantalón mientras mascullaba y emitía pequeños bufidos, esta noche sin duda estaba deseosa de devolverle el favor con una patada en el culo.

—No luches contra ello, sólo permite que te envuelva, tus instintos debería hacer el resto —la aleccionó una vez más—. El *Libre Albedrío* burbujea en tu interior, quiere salir y le niegas esa liberación. Ahora mismo eres como una olla a presión sin válvula de escape, te harás daño a ti misma si sigues así.

Ella alzó sus expresivos ojos azules.

—¿En qué quedamos Juez? —resopló y se llevó las manos a la cadera—. ¿Mantengo a raya el *Libre Albedrío* o le permito hacer lo que le dé la gana y nos vamos todos a hacerle una visita a Seybin?

Sus labios se estiraron en una divertida mueca. Al menos la chica tenía sentido del humor.

—Estoy aquí para evitar que eso pase —prometió y se tomó la libertad de retirarle algo del pelo—. Solo tienes que concentrarte en lo que haces, sentir el poder que corre por tus venas y unirte a él como si fueseis uno. No lo haces tan mal, en estos dos últimos días de entrenamiento conseguiste dominarte lo suficiente para no hacernos saltar a los dos por los aires… o volar el edificio, ya que estamos.

Ella entrecerró los ojos.

—Tú dijiste que era seguro practicar en el parque —rezongó ella al pillar al vuelo su indirecta—. No tengo la culpa de que la fuente no fuese tan resistente como esperabas.

Él puso los ojos en blanco.

—Dejemos que sigan pensando que se trata de una fuga en una tubería de gas.

Ella sacudió la cabeza.

—¿Dejaré en algún momento de dar con mi culo en el suelo? —resopló con obvio cansancio.

Si esa muñequita seguía con esos pucheros lo iba a tener realmente jodido para controlarse, ya era bastante difícil concentrarse en algo que no fuese lo bien que le sentaba ese pantalón ajustado y el top a juego que realzaba sus pechos. Los dedos le hormigueaban ante la necesidad de llevarlos a esas dos bellezas y probar si eran tan blandas como prometía, se le hacía la boca agua ante la fantasía de lamerla por entero y deslizar las manos sobre esas firmes curvas.

Se obligó a recuperar el sentido común y bajar de nuevo a la tierra, la mujer que permanecía en pie ante él esgrimía un poder suficiente para enviarlos a todos al infierno y no acababa de tener completo control sobre él, no lo aceptaba todavía como lo que era, una parte importante de ella.

—Dejarás de dar con el culo en el suelo cuando aceptes al *Libre Albedrío* como una parte de ti y no como un ente aparte —le explicó no por primera vez. Su mano obró por sí misma y sus dedos le acariciaron los labios maravillándose con su blandura—. Hasta entonces tendrás que acostumbrarte a terminar en el suelo. Necesitas ponerle freno al poder que escapa de tus manos, cuando consigas hacerlo podremos pasar a la siguiente fase y hablar con tranquilidad sobre el futuro que te espera.

Ella dio un paso atrás para librarse de la hormigueante sensación de su dedo sobre los labios, su contacto la ponía incómoda, podía sentir como se replegaba y el poder en su interior

tomaba las riendas.

—Tengo que ponerle freno —murmuró ella y retrocedió al ver que avanzaba hacia ella cubriendo el terreno que ella ganaba.

Él asintió y se lamió los labios con felina anticipación.

—¿Lo intentamos una vez más? —sugirió, su voz un cálido ronroneo.

Dryah se quedó sin palabras durante una milésima de segundo, los claros ojos azules fijos en ella provocaban un pequeño incendio por debajo de su piel que la incomodaba y ponía nerviosa.

—¿Intentar el qué? —preguntó con recelo. Quizás ella no contase con su empatía, pero empezaba a reconocer ciertas expresiones en el rostro del Juez y aquella no auguraba nada bueno.

Su voz sonó más ansiosa de lo que quería y él no hizo otra cosa que aumentar esa sensación de peligro con una devastadora sonrisa.

—Por ahora, tendremos que limitarnos a esto.

Lo vio lamerse los labios como un animal que ve una presa y está muerto de hambre, entonces extendió ambas palmas a los lados de su cadera y sus tatuajes desaparecieron para dar paso a las dos hermosas y peligrosas dagas que empuñó con maestría.

—Veamos de lo que eres capaz, *Libre Albedrío* —la retó y se puso en posición de ataque.

Dryah tragó, la sonrisa y diversión que habitaba los ojos del Juez adquirió una dimensión totalmente distinta a la de las últimas jornadas, ahora también había una fiera y mortal determinación que trajo a su memoria un hombre totalmente distinto, aquel que no dudó en cumplir con su cometido y sentencia.

Retrocedió, fue instintivo, el inestable poder en su interior respondió una vez más a sus emociones.

—No me gusta esta clase de desafíos, Juez —rezongó dando un nuevo paso atrás, su mirada seguía clavada en la de él.

Los ojos azul cielo adquirieron un brillo letal, inhumano y se clavaron en ella como un certero dardo. Su propia reacción fue inmediata e involuntaria, el *Libre Albedrío* aceptó el desafío y comenzó a crepitar bajo su piel, fluyendo junto a su torrente sanguíneo en arduo deseo de unirse con aquel otro poder al que reconocía como digno adversario. La sangre se espesó en sus venas y se calentó hasta que pensó que terminaría por evaporarse, la imparable energía se desplegó a su alrededor como un mimoso amante dispuesto a protegerla. Su control sobre los hechos era nulo y la aterraba.

—No sigas —pidió al tiempo que clavaba su mirada en la de él—. No podré contenerlo.

Pero él no se detuvo. Sus labios se curvaron en una enigmática sonrisa y por el rabillo del ojo vio como rotaba las muñecas haciendo girar sus armas con naturalidad. La hoja curvada de las dagas parecía absorber la luz a su alrededor.

—No sé qué pretendes, Juez Shayler, pero estás arriesgando demasiado —siseó luchando por mantener el control de su poder. Por cada paso que él daba hacia delante, ella retrocedía otro hasta que no le quedó más que girar la cabeza para comprobar que no acabase dando un paso en falso y cayese de la azotea.

Se le aceleró la respiración, la salvaje vibración que habitaba en su interior se revolvía deseosa por salir del escaso control que ejercía su voluntad. Por extraño que pareciese conocía sus deseos, sabía que deseaba salir al encuentro de aquel hombre y medirse con el poder gemelo al suyo. Ansiaba darle una lección por atormentar a su portadora de aquella manera. Esa

repentina certeza se instaló en su cerebro como si le fuese susurrada, una idea surgida de su propia mente y no solo la sensación o la reacción del *Libre Albedrío* ante la bravuconería del hombre. Su mirada cayó entonces sobre las dos brillantes y mortíferas dagas. Había algo hermoso y vivo en aquellas mortales armas que esgrimía.

Se lamió los labios y volvió a encontrarse con sus ojos. La diversión seguía allí, en un mudo desafío. Como la irritaba aquella maldita seguridad en el Juez.

—Da un paso más y… —se encontró siseando.

Él ladeó ligeramente el rostro, su labio inferior acariciado con un sensual movimiento de su lengua.

—¿Y qué, bonita? ¿Vas a morderme? —la incitó él en voz baja, profunda, llena de poder y arrogancia.

Sacudió la cabeza lentamente sin dejar de mirarlo. Mantuvo las manos cerradas a ambos lados en firmes puños en un intento por contener el poder que empujaba contra los confines del cuerpo que lo contenían aumentando el calor, quemándola por dentro. Jadeó en busca del aire que de repente pareció escasear, le dolía el pecho y en sus oídos vibró un ahogado zumbido.

—No lo contengas a la fuerza porque te hará pedazos, déjalo fluir. —Su voz era firme, tranquila, esa cadencia que a menudo utilizaba con ella, ese insoportable tono de profesor que la sacaba de sus casillas—. Permítele acercarse a mí, deja que abandone la jaula que has creado a su alrededor.

La presión se hizo insoportable, el calor la derretía por dentro, el simple hecho de tomar aire dolía.

—Basta —masculló entre dientes, pero no estaba segura de sí sus palabras estaban destinadas al hijo de puta que la provocaba o al ente que deseaba hacerse con el mando—. Ya basta…

Por su parte, el Juez no cedió ni un centímetro, muy al contrario, acortó la distancia entre ellos dos. Sus armas se posicionaron muy cerca de su garganta, un movimiento en falso y le cortaría la piel.

—Respira… ordénale y obedecerá —insistió él, su control era excelente en todo momento —. Hazle parte de ti, que se pliegue a tu voluntad.

Su cercanía aumentó la furia con la que el *Libre Albedrío* golpeaba su confinamiento, pero en esta ocasión además se plegó a su alrededor formando una eficaz barrera sobre su piel que la protegía de ese mentecato.

—Deja… de darme… órdenes —jadeó mientras luchaba por mantenerse en pie y sujetar las riendas del díscolo poder—. No…no me empujes más… o te… te daré una… buena patada en el culo.

Él ronroneó, si no supiese que aquello era imposible, diría que ronroneó de placer ante sus palabras.

—Cuando y donde quieras, preciosa.

Si tan solo pudiese hacerlo, pegarle una buena patada en el culo, estaba segura que terminaría sintiéndose mucho mejor. El *Libre Albedrío* estaba eufórico, no conocía otra palabra para describir lo que sentía, quería escapar a su control con tanta desesperación que dolía, deseaba… cumplir su deseo… y pegarle una patada.

Cerró los ojos e intentó calmar su respiración, aquietar sus emociones y retener de algún modo el descontrol que experimentaba.

No le harás daño… déjalo en paz… Seré yo quien le dé esa patada, no tú.

El *Libre Albedrío* pareció protestar a su orden, se revolvió con más intensidad durante un brevísimo instante para por fin aplacarse hasta permanecer como un ligero e insistente ronroneo pegado a su piel.

—¿Soy una amenaza para ti, bonita?

La voz de Shayler atrajo de nuevo su atención, el hombre estaba a escasos pasos de ella.

—No —respondió entrecerrando los ojos sobre él al tiempo que alzaba una mano para apartarlo de ella—. Eres gilipollas, pero no una amenaza, Juez.

No tenía intención de hacerlo pero tampoco pudo evitarlo, toda la energía que había contenido y que la mantenía en un continuo estado de tensión se concentró en aquel simple gesto y explosionó. Él tuvo el tiempo justo de retirar la hoja de la *Kahiya* para no herirla accidentalmente antes de que una repentina ráfaga de poder abandonase su piel y lo lanzase con atronadora fuerza hacia atrás.

Shayler esbozó una satisfecha sonrisa ante la cruda y letal vibración que la envolvía como una túnica y se reflejaba en sus ojos. Ella permanecía en pie e inclinada con las manos apoyadas en las rodillas mientras intentaba recuperar el aire, el esfuerzo la había agotado pero por primera vez era ella la dueña y no subordinada del *Libre Albedrío*. Había esgrimido el poder más inestable del universo y este obedeció a su orden.

—¿Estás bien? —Empezó a caminar hacia ella.

La mirada fulminante que le dedicó fue suficiente respuesta.

—Eres… un… auténtico… gilipollas —se quejó ella entre jadeos—. Ojala te salga un moratón en el culo.

No pudo evitar reír ante sus palabras.

—Necesitarías algo más que sacudirme el polvo de encima para conseguir eso, preciosa —aseguró con diversión al tiempo que dejaba ir las armas que se esfumaron para retomar su lugar en la forma de tatuajes en sus muñecas—. ¿Continuamos?

La incredulidad en su rostro cortó algo de su diversión, ¿qué había dicho ahora?

—¿Continuamos? ¡Continuamos! —jadeó ella con incredulidad. Su rostro decía claramente que pensaba que le faltaba un tornillo—. ¡Casi te mato, estúpido hijo de puta! ¿Y me dices si podemos continuar? ¡Qué te muerda un perro, Juez Shayler!

Él se sorprendió ante las vehementes palabras, ¿estaba preocupada por él? Una tibia calidez se extendió en su interior ante el pensamiento de que le importase aunque sólo fuese un poco.

—Estoy perfectamente bien, Dryah —la tranquilizó mientras acortaba la distancia entre ellos—. Me lo merecía por las veces que te lancé al suelo.

Ella pareció relajarse un poco al verlo caminar en su dirección sin daño aparente.

—Eso no hay quien te lo discuta —le dijo mirándole de reojo—. Y te lo advierto, como vuelvas a asustarme de esa manera o a amenazarme nuevamente con esas malditas dagas, juro que te…

Él se llevó las manos a la espalda, no estaba seguro de aguantar mucho más sin tocarla, y se inclinó hacia ella.

—¿Sí? —Esperó pacientemente.

Ella entrecerró los ojos y masculló con los dientes apretados.

—Esta vez sí te morderé.

Él le guiñó el ojo.

—Estoy ansioso por que llegue el momento.

Su gruñido no era demasiado halagüeño pero estaba demasiado satisfecho para molestarse

por ello.

—Estás loco, ¿Lo sabías? Me has dado un susto de muerte —confesó ella, dando rienda suelta a todo su nerviosismo—, por un momento pensé que acabarías hecho picadillo, no es que no te lo merecieras, la verdad.

Él asintió, su confianza era abrumadora para ella.

—No habrías permitido que eso sucediera —le aseguró. Sus dedos le acariciaron la mejilla con la excusa de retirarle un mechón de pelo de los ojos.

Ella retrocedió una vez más evitando su contacto, el desafío en sus ojos era palpable.

—¿Quieres apostar?

Shayler retiró la mano y se la llevó al bolsillo para evitar estirarse hacia ella y abrazarla como quería. No le gustaba tener que llegar tan lejos para obligarla a enfrentarse a su propio poder, había sentido su dolor cuando el *Libre Albedrío* se revolvió en contra de su sujeción, pero también notó como se había plegado a ella interactuando en algún momento como una única entidad. Desde el momento en que probó el sabor de sus labios durante aquel glorioso momento en el sofá, no dejó de pensar en ella, en la dulzura de su boca, la suavidad de sus curvas y lo bien que encajaba en sus brazos. Sin embargo, cualquier nuevo acercamiento por su parte recibía un alejamiento por la de ella, era un extraño baile de voluntades que lo enloquecía.

—Has conseguido mantenerlo atado a ti, que te obedeciera pese a que quería extenderse —continuó sin dejar de seguir cada uno de sus movimientos con la mirada.

—Sí y duele como el demonio —le espetó ella.

Él se encogió de hombros.

—La próxima vez será mucho más fácil.

—No habrá próxima vez, Juez Supremo. —Se oyó una profunda voz a escasos pasos de ellos.

Ambos se volvieron a tiempo de recibir una segunda advertencia.

—Aléjate de ella, Shayler. Esto se termina aquí y ahora.

CAPÍTULO 12

No había duda que aquella noche se habían escapado todos los demonios del infierno. La velada empezaba a ser una buena candidata a encabezar la lista de *«lo que nunca sucedería y que siempre me pasa a mí»* de Dryah. La presencia de aquellos dos hombres de peligroso y mortal poder eran lo último que esperaba encontrarse hoy o cualquier día de su vida si tenía suerte, obviamente, la suerte debió huir a toda velocidad en cuanto vio sus rostros.

El frío de una hoja de acero contra su piel hizo que se volviese hacia el Juez. Él había materializado de nuevo sus armas, tan letales como el hombre que las portaba. Manteniendo una posición defensiva, sostenía la hoja de una de ellas vuelta hacia fuera, mientras la otra se apretaba desde la empuñadura a su costado y la empujaba hacia atrás, a su espalda, escudándola de lo que parecía ser otra nueva amenaza.

—¿Se te olvidó avisar de que ellos también venían a cenar? —sugirió con toda la ironía que pudo reunir. No necesitaba una presentación oficial por parte de él para saber quiénes eran los recién llegados. La huella de poder en los tres hombres era idéntica.

—En realidad, ni siquiera los invité —le aseguró con la misma ironía.

Ella alzó la mirada hacia él, pero sólo se encontró con su espalda.

—Pues alguien lo hizo —comentó al tiempo que se inclinaba sobre su brazo para ver a los dos recién llegados.

Si Atlas hubiese bajado a la tierra y lo hubiesen vestido con pantalones multi bolsillos de color azul oscuro, camiseta tanque y llevase el pelo rubio suelto por encima de los hombros sin duda se habría parecido a ese hombre. Era comparable a uno de los Titanes, enorme en todos los sentidos, con unos hombros amplios y ni un gramo de grasa en su musculoso cuerpo. Portaba un cinturón anclado a la cadera en el que brillaban un par de cuchillos, pero eran sin duda las dos espadas cortas de hoja curva en lo que cualquiera se fijaría primero, sino por su aspecto letal, sí por el brillo de poder que manaba de ellas, que surgía de todo él en realidad. Y ella conocía ese poder, lo había sentido antes. Un repentino escalofrío bajó por su columna vertebral y desvió rápidamente la mirada hacia el otro hombre situado varios pasos por detrás del titán el cual vestía de manera parecida al Juez; unos jeans y una camisa oscura. Unos claros ojos azules destacaban en la tez morena de su rostro, unos ojos muy parecidos a los de Shayler.

Ella se tensó, su cuerpo rígido detrás del de él, aquellos hombres no eran algo que pudiese pasarse por alto.

—Tengo que admirar tu buen gusto, muchacho —habló el titán.

Lyon observó con detenimiento y curiosidad a la mujer que el Juez escudaba tras él. Unos brillantes y enigmáticos ojos azules se asomaban por encima del brazo del chico y se cruzaron un instante con los suyos. Tuvo que reprimir un escalofrío ante la cantidad de poder mezclado con una buena parte de emociones encontradas y cierto toque de curiosidad que le trasmitieron. Toda una contradicción para alguien tan delicada en apariencia. Su cuerpo femenino y curvilíneo se adivinaba contra el del hombre que la escudaba, quien la mantenía a su espalda. Ella vibraba por el cansancio y la tensión en su cuerpo era palpable, la repentina liberación de su poder la había debilitado y a pesar de ello, seguía alerta a su presencia. Interesante.

—Una hermosa gatita con el poder suficiente para hacerte arder hasta los huesos, y no hablo de sexo, chico, aunque imagino que eso también podría hacerlo —comentó él y se tomó su

tiempo en recorrer el cuerpo semi oculto tras Shayler.

Ella estaba a punto de abrir la boca para decir algo pero un firme gesto de parte del Juez la detuvo, sus miradas se encontraron.

—No te muevas ni un solo centímetro de aquí. —Escuchó como le decía mientras se apartaba de ella muy lentamente y avanzaba algunos pasos hacia ellos cuidando de mantenerse en todo momento en un ángulo que le permitiera atajar cualquier ataque que se atrevieran a mandar hacia ella.

Lyon no pudo evitar poner los ojos en blanco.

—Ya sabía yo que antes o después tu normalmente buen juicio terminaría por abandonarte, Shayler —se burló al tiempo que sus labios se torcían en una enigmática sonrisa—. Supuse que mi presencia podría ayudar a que te centres.

Shayler le dedicó una mirada que decía a las claras que le importaba más bien poco su opinión en aquel momento; La presencia de ellos dos acababa de joderle la noche.

—La verdad es que tu presencia, cuando no es solicitada, tiende a irritarme, Lyon —le informó y se mostró un poco más relajado antes de volverse hacia el otro hombre—. Y la de los dos sólo está haciendo que mi límite de tolerancia roce peligrosamente el borde.

—Baja las armas, Lyon —pronunció John, sus ojos azules fijos en los de su hermano—. Bajadlas los dos.

—Ni en tus más jodidos sueños, compañero —chasqueó el titán por encima del hombro para luego volver toda su atención hacia el Juez—. El muchacho está jugando con su buena suerte.

—No quieres obligarme, Lyon —lo previno Shayler mientras daba rienda suelta a su poder—. No te gustaría.

El susodicho dejó escapar un bufido, sus labios se extendieron en una amplia sonrisa y entrecerró los ojos solo para posar la mirada sobre la mujer que permanecía allí dónde le había indicado.

—Quizás resultara un cambio interesante —murmuró su sonrisa extendiéndose más aún.

John soltó un irritado gruñido ante la decisión de su amigo e intercambió una última mirada con su hermano antes de hacer algo demasiado estúpido como para ser analizado. Shayler no estaba de humor para tonterías y no tardó mucho en hacérselo saber a ambos.

A juicio de Dryah, la escena resultante no podía ser más inverosímil. El Juez se hallaba entre ella y la hoja curva del guerrero rubio la cual apuntaba directamente a su garganta. La otra espada había sido detenida en el aire por el hombre que poseía un considerable parecido con su guardián, la hoja dorada había detenido el movimiento mientras un arma gemela a esta se encontraba a escasos centímetros de su propio cuello. Ella tragó e intentó contener el poder que crepitaba furioso en su interior ante la más que visible amenaza, el corazón le latía a toda velocidad y la ansiedad volvía a ocupar un lugar principal. Desvió la mirada hacia las manos del Juez, las cuales empuñaban sendas dagas amenazando los testículos de uno y la garganta del otro con suficiente intención en sus ojos como para que no fuesen necesarias las palabras. Respiró profundamente para calmarse y se permitió cerrarlos ojos dejando su vida en manos de ese hombre mientras luchaba por aquietar sus emociones y sujetar las riendas del poder sobre el que poseía un precario control. La intromisión de los dos *guardianes* recién llegados y su actitud bélica empezaban a ponerla de mal humor.

—Si tu guardián no aparta inmediatamente eso de mi cuello, le morderé, Juez y al diablo todo lo demás —declaró al tiempo que abría los ojos y se encontraba con unos fríos ojos azules parecidos a los de Shayler.

Él chasqueó la lengua en respuesta, pero no se movió.

—Ya sabes que opino de tus mordiscos y la manera en que los quiero —le dijo en tono desenfadado. Su poder se extendió entonces cubriendo cada palmo del suelo que se extendía bajo sus pies, engullendo todo el edificio con un halo protector. Su mirada fue de Lyon a John y se oscureció cuando vio la daga dorada a escasos milímetros de la garganta femenina—. Aleja la *Alcara* de su cuello, John… ahora.

Su voz contenía un tono de advertencia.

—Y yo pensando que era el único con curiosidad —comentó Lyon con una sonora carcajada, parecía importarle bien poco la daga que el Juez mantenía contra su cuello.

John se limitó a bajar la mirada a la otra daga que amenazaba seriamente su entrepierna, su rostro estoico como siempre ascendió hacia su hermano con una ceja arqueada a modo de pregunta.

—Ahora —siseó Shayler, su mirada fija en la de él.

Lyon frunció entonces el ceño y respondió en tono serio mientras contemplaba a Dryah, quien no dudó en encontrar su mirada y sostenerla.

—Hazlo, John. La niña está luchando para controlar su poder —le informó, la risa en su voz había muerto por completo al ver el brillo en los ojos de ella.

John desvió a desgana la mirada de la de su hermano y la desplazó hacia ella. Sus claros ojos azules se encontraron ahora con los de él y lo que vio en ellos lo hizo vacilar.

—Aléjate de ella… alejaos los dos. —Shayer no les dio opción. Su palabra era ley y la estaba esgrimiendo sin importarle que fuese contra sus propios hermanos de armas.

Lentamente ambos retiraron la amenaza y replegaron sus armas, el Juez seguía cada uno de sus movimientos con enfado.

—Respira profundamente, Dryah —le susurró él dividiendo ahora su atención entre los guardianes y ella—. Sólo respira.

Ella dejó escapar el aire poco a poco y volvió a inspirar, repitió el proceso un par de veces hasta que se sintió tranquila.

—Tus hombres son unos gilipollas —le espetó al tiempo que se llevaba la mano a la garganta allí dónde una de las hojas la había acariciado—. ¿Qué ha pasado con lo de preguntar antes y atacar después?

—Tu vocabulario va mejorando —se burló él, sin embargo su sonrisa no llegó a iluminarle los ojos, los cuales se clavaron directamente en los dos hombres—. Lamentablemente, el día en que impartieron las clases de buenos modales, ambos estaban ausentes.

Ella chasqueó la lengua.

—Ahora entiendo de dónde viene tu insistencia sobre los buenos modales.

Él la ignoró y fijó la mirada sobre Lyon. El hombre observaba a su pupila como si le hubiese salido una segunda cabeza.

—¿Esa niñita acaba de decir lo que creo haber oído? —preguntó con incredulidad.

—Te ha llamado gilipollas… a los dos —corroboró Shayler con sequedad. Las palabras no dichas pesaban mucho más que aquellas pocas pronunciadas.

—Shayler… —La voz de John se impuso en el incómodo silencio.

Él se volvió hacia el hombre y lo fulminó con la mirada.

—No quiero saberlo. —Fue tajante—. Prefiero ignorar el hecho de que habéis irrumpido en un *Antiquerum* sin más invitación que vuestra jodida presencia y amenazasteis abiertamente a mi custodio.

Lyon realmente pareció ofendido por tal declaración.

—Cuida ese lenguaje, mocoso —lo increpó el enorme guerrero, su tono tan afectado como sus palabras—. Nuestra presencia siempre viene con un buen motivo, además de una buena carga de curiosidad. —Esto último lo dijo señalando a la chica que permanecía a escasos pasos de ellos con un casi imperceptible movimiento de barbilla—. No sabía que estabas tan ansioso por echar abajo el Orden del Universo.

Una de las *Kahiya* giró sin esfuerzo en la mano derecha de Shayler, una sutil amenaza que no pasó por alto.

—Baja las armas, Shayler —murmuró John alternando la mirada entre él y la chica—. Está nerviosa y el *Libre Albedrío* fluctúa al compás de sus emociones. No quiero tener que matarla para detener su poder.

La mirada del Juez cayó sobre John como una sentencia de muerte, nadie, ni siquiera él iba a amenazarla.

—No me empujes, John, no lo hagas. —Fue tanto una advertencia como una petición. Shayler no estaba seguro en ese momento de si se pondría del lado de sus guardianes si llegaban a amenazar la seguridad de la mujer. No quería tener que obligarles a descubrirlo.

—Chicos, chicos… —habló Lyon cortando el tenso momento—. ¿Por qué no nos preocupamos de esas minucias después? Y cachorro, cuando vuelvas a amenazar las pelotas de alguien, avísame primero, no es algo agradable de contemplar.

Pasaron varios segundos hasta que alguno de los dos se movió. Shayler abandonó entonces su posición defensiva y con un movimiento de muñecas hizo desaparecer las dagas, su mirada se clavó alternativamente de uno a otro hombre antes de darles la espalda y volver con Dryah.

Ambos guerreros se miraron entre sí.

—Muy acertada tu elección de palabras, John —se burló Lyon en tono irónico—. Justo lo que necesitaba el volcán para aplacarse.

El hombre sacudió la cabeza, su mirada fija en la mujer a la que se dirigía su hermano.

—Ya ha empezado —masculló en voz baja, sin apartar la mirada de la chica—. Va a ser su perdición.

—Quien sabe —Lyon entrecerró los ojos sobre la pareja. El chico avanzaba lentamente hacia ella, como si se tratase de un animal acorralado o herido—, quizás sea todo lo contrario y ella sea justo lo que necesita.

—¿La destrucción absoluta? —John miró a Lyon de reojo—. Claro, provoquemos el Apocalipsis para pasar el rato.

Lyon le dio unas palmaditas en la espalda e indicó con un gesto de barbilla a la pareja.

—Si se va a acabar el mundo, prefiero estar en primera fila —claudicó y empezó a caminar hacia la pareja.

John puso los ojos en blanco y le siguió.

Dryah sostuvo la mirada del Juez mientras caminaba hacia ella, de vez en cuando interrumpía el contacto para echar un vistazo a los otros dos hombres que se acercaban también en su dirección. Podía notar la tensión a su alrededor, en la forma en la que apretaba los puños y echaba furtivas miradas por encima del hombro. En el poco tiempo que llevaba junto a él nunca lo había visto así de molesto, tan mortal, sus ojos azules brillaban con una fría luz y su poder crepitaba a su alrededor de forma encolerizada. Podía sentirlo extendiéndose hacia ella, llamándola como si necesitase de su contacto para mantener la cordura. De forma involuntaria extendió la mano en su dirección y enlazó los dedos con los suyos sintiendo ella misma la necesidad de aliviar esa tensión. Él tiró de ella sin previo aviso acortando la distancia entre ambos, la rodeó con el brazo libre acercándola a su cuerpo, necesitando ese contacto,

permitiendo que toda la tensión que lo mantenía en tensión se diluyese.

—Bonito espectáculo el de los cuchillos —murmuró y se apartó de él sin que pusiese demasiada oposición. Sus manos seguían todavía entrelazadas.

Él buscó su mirada y asintió. La mano que le quedaba libre ascendió entonces hasta su barbilla obligándola a alzarla para comprobar que el cuchillo no le había arañado la piel.

—¿Estás bien?

Ella asintió y se deshizo de su mano. Él era muy dado al contacto físico, como si necesitara asegurarse en todo momento que ella estaba allí, que era de carne y hueso y no se desvanecería en cualquier momento. Toda esa proximidad la ponía nerviosa, hacía que se sintiese extraña por desear su contacto, la paz que le transmitía.

—Tan bien como puedo estarlo después de tener un cuchillo contra mi garganta —Rompió el silencio utilizando su habitual ironía, entonces se giró para ver a los dos hombres que se acercaban a ellos—. ¿Qué hacen aquí?

Él dejó escapar un bajo resoplido.

—Meter las narices donde nadie les ha llamado —gruñó mirando de soslayo a los hombres —. No son peligrosos, sólo…

—Ciertamente no me parecen inofensivos —lo interrumpió con la mirada todavía clavada en ellos—. Ninguno de los *Guardianes Universales* lo es. Así que, ¿por qué están ellos aquí?

Shayler bajó la mirada sobre ella, sabía que la muchacha los había reconocido nada más verlos. La sorpresa de ello debió reflejarse en su rostro porque no tardó en llegarle una explicación.

—Su poder es inconfundible, al igual que su celo por protegerte de mí. Tiene gracia, ¿no?

Él sacudió la cabeza y apretó la mano que todavía mantenía en la suya al ver el cansancio en los ojos azules. El *Libre Albedrío* parecía aplacarse ante su presencia, pero todavía pulsaba en respuesta al poder de sus hermanos de armas y ella lo había estado conteniendo desde entonces.

—¿Cansada?

Su mirada era suficiente respuesta.

—Creí responder a esa pregunta hace varias horas, sólo que tú preferiste ignorarla, Juez.

Él le dedicó una divertida sonrisa y se inclinó ligeramente sobre ella de modo que sus palabras no fuesen escuchadas por nadie más.

—Creo recordar que tenemos una conversación pendiente sobre lo que está bien o mal en los besos, ¿no? —El calor de su aliento la hizo estremecer—. Vuelve a llamarme Juez y te daré una clase práctica.

Ella hizo una mueca y lo miró al tiempo que se soltaba de su mano y se alejaba hasta una distancia prudencial y no demasiado obvia. Sus mejillas guardaban un leve tono rosado que no sabía si se debía al esfuerzo de los últimos minutos o a sus palabras.

—Sólo tú recordarías algo tan absurdo —rezongó, entonces cambió de dirección y señaló a los guardianes con un gesto de la barbilla—. Vienen buscando mi muerte, ¿no?

Él la miró pero no respondió, no podía. No cuando sus palabras podrían sentenciar el destino de ambos y hacerlo elegir un bando.

—Genial —suspiró ella y se tensó ante la cercanía de los otros dos hombres—. Me encanta hacer esta clase de nuevos amigos.

Dryah se tomó su tiempo en examinar a los dos hombres que se acercaban a ellos, el enorme titán tenía una divertida sonrisa curvándole los labios e incluso le dedicó un guiño cuando la descubrió observándole. El otro se mantenía en cambio absolutamente inexpresivo,

quizás incluso un poco aburrido, su mirada muy parecida a la del Juez se derramó sobre ella como si la estuviese midiendo. Había oído como Shayler le llamaba John, el mismo nombre del hombre con el que había estado hablando por teléfono hacía un par de días.

—Él es tu hermano —dijo poniendo voz a sus pensamientos.

Shayler se giró hacia ella y asintió.

—Es John —le respondió, entonces señaló al rubio que caminaba por delante de él—. Y él es Lyon Tremayn.

Los dos hombres se detuvieron frente a ellos a tiempo de escuchar las palabras del Juez.

—Y tú tienes que ser la que ha sacudido el universo hasta los cimientos —se adelantó Lyon con una sincera sonrisa al tiempo que le tendía la mano—. Dreamara, ¿no?

Ella miró su mano extendida y luego al Juez quien se limitó a devolverle la mirada.

—Dryah —respondió ignorando la mano extendida del hombre—, me llamo Dryah. Y no he sacudido nada…

—A excepción de nuestro Juez, diría yo —chasqueó mientras retiraba la mano con una divertida mirada en dirección a él—. Admiro tu buen gusto, cachorro y las pelotas que tienes.

—Y la falta de sentido común —añadió John deteniéndose al lado de Lyon, su mirada fija en ella—. Lamento decir, que no me produce ningún placer volver a verte… viva, *Libre Albedrío.*

Ella sintió como el Juez se tensaba a su lado, su propio poder respondiendo en muda protesta.

—Te recuerdo —murmuró sin apartar la mirada de él—, estabas en la Sala de los Ancianos—. Con alguien más…

Él asintió complacido por su buena atención.

—Así es —aceptó y miró a Shayler de reojo al decirlo.

Ella asintió una vez más.

—No pierdas el tiempo lamentándote por mí, estoy segura que antes o después alguien hará que tus deseos se hagan realidad —le soltó ella dejándolos a todos sorprendidos y a Shayler molesto por su respuesta.

El hombre entrecerró los ojos y se inclinó hacia ella para poner más énfasis en sus palabras.

—En ese caso, esperemos que sea cuanto antes.

Sus labios se curvaron en una inesperada sonrisa y alzó la mirada hacia el Juez, quien no estaba para nada contento con sus palabras.

—Me temo que eso dependerá del veredicto de… Shayler —le informó pronunciando por primera vez el nombre de pila del Juez.

Él arqueó una ceja ante su pequeña concesión.

—No contengas la respiración, nena, algo me dice que eso llevará más tiempo del que nos gustaría —la respuesta llegó de Lyon, quien no se había perdido ni un solo momento de lo que allí ocurría—. Joder, esto se va a poner interesante.

—No, no lo hará —negó John, el hombre parecía sentir una natural animosidad hacia ella —. Y terminará hoy mismo.

Ella vio como los dos hermanos se medían con la mirada y no pudo más que preguntarse si aquel encuentro sería el principio del fin.

CAPÍTULO 13

El salón empezaba a resultar pequeño. Dryah se quedó en el umbral nada más verles entrar, incluso ahora parecían perros de presa dispuestos a hacerse pedazos en el momento en el que alguno de ellos hiciese el más mínimo movimiento. ¿Cómo diablos había terminado con estos tres peligrosos y poderosos hombres metidos en el salón de su nueva casa? ¿Por qué accedió a la petición del rubio Guardián de llevar a los dos hermanos a un lugar más discreto? La reacción del Juez a la velada amenaza de su hermano no fue algo que se pudiera pasar por alto, el rubio titán había tenido que tomar cartas en el asunto y contener al joven Juez mientras volaban toda clase de acusaciones entre los dos hombres. Fue extraño verlo salir en su defensa cuando él era el principal interesado y el único con potestad sobre el juicio que pendía sobre su cabeza.

Lyon, parecía ser el único en mostrar algo de serenidad en todo aquel asunto, el poder que envolvía a aquel hombre sin duda era acorde a su envergadura. El guardián era una auténtica mole, un vikingo rubio cuyos brazos podían competir en tamaño con el tronco de un árbol, la oscura camiseta que vestía se ceñía a unos abultados pectorales para caer más floja sobre los abdominales marcados y delgada cintura. Los pantalones de estilo militar, con múltiples bolsillos, parecían almacenar toda clase de armas, ya que cada movimiento del hombre estaba marcado por un metálico tintineo. Pero era su jovial actitud y la forma tan contundente con la que manejó la situación hizo que Dryah se relajara en su presencia, no así en la de John. El hombre poseía una vena divertida y bromista y una inteligencia mucho más aguda de lo que podría parecer a simple vista.

Con todo, aquello no evitaba lo que veía ante ella, tres hombres que parecían dispuesto a apropiarse de su casa.

—Si no empiezas a respirar pronto, vamos a tener un pequeño problema, linda.

La voz de Lyon atrajo su atención así como la de sus dos compañeros. Los hombres parecían haber decidido hacer un alto en su conversación para volver a fijarse en ella. Shayler fue el primero en romper aquella reunión fulminando a su hermano con la mirada para luego atravesar la habitación para llegar junto a ella.

—No se quedarán mucho tiempo más —le informó nada más darle alcance.

Ella vio cómo su compañero esbozaba una pícara sonrisa y al sentirse observado se giró y le dedicó un guiño.

—¿Quieres apostar?

El hombre frente a ella no se molestó ni en mirarle, su tono de voz era suficiente para ponerle de rodillas a él y a toda la ciudad.

—Lyon, estoy al límite de mi tolerancia, si aprecias en algo tu pellejo, cierra la jodida boca —masculló de una forma tan fría y letal que ella se estremeció involuntariamente. De pronto, echaba de menos al Juez ella conocía, el hombre que era todo picardía, amabilidad y calidez, este poderoso y letal asesino que se paseaba por el salón como si el universo le perteneciese, la ponía nerviosa. Él era la ley suprema, no debía olvidarlo.

Su mirada se encontró con la de él y no pudo evitar estremecerse, algo que pareció molestar incluso más al Juez.

—Maldita sea, Dryah, deja de mirarme así, no voy a hacerte daño.

Ella le sostuvo la mirada y frunció el ceño.

—Dime eso cuando no tengas un estúpido juicio colgando sobre mi cabeza y uno de tus hombres no haya intentado rebanarme el cuello y posiblemente te creeré —le dijo, entonces se giró hacia los otros dos hombres—. Por lo demás, si queréis liaros a tortazos o despedazaros estáis en todo vuestro derecho, pero hacedlo fuera de mi casa. Y eso te incluye también a ti, Juez.

Lyon ahogó sin éxito una corta risita.

—Diablos, me encanta esta chica —aseguró entre fingidas toses.

Shayler lo fulminó con la mirada antes de centrar su atención una vez más en ella, en esta ocasión haciendo un verdadero esfuerzo para bajar el tono de voz y hablarle suavemente a pesar de que era obvio que tenía ganas de gritar con todo el mundo.

—En cuanto estos dos vuelvan a sus agujeros, hablaremos de ello.

Ella negó con la cabeza.

—No quiero hablar de ello, quiero que se termine —insistió con obvia desesperación.

No tardó en recibir una respuesta.

—No podría estar más de acuerdo.

La respuesta de John rompió la momentánea paz.

—Es hora de poner punto y final a este juicio, Shayler —le dijo con absoluta claridad—. Ella no puede permanecer más tiempo en libertad.

—No eres tú el que debe tomar esa decisión. —Su respuesta fue tranquila, no se molestó ni en levantar la voz.

—No puedes retrasarlo más —exclamó y extendió la mano hacia la ventana—. ¿Es que no te das cuenta de lo que ha pasado esta noche? Ella no es capaz de controlar su propio poder.

Él dio un paso adelante, alejándose de ella.

—Lo único que tengo presente es que os habéis presentado en mi *Antiquerum* —le informó e hizo hincapié en la frase—. Y yo no os he invitado.

Su hermano bufó.

—Sabes que no intervendríamos si hubieses hecho lo que tenías que hacer desde el principio —le recordó a modo de advertencia, su mirada alternaba entre él y ella—. Lo ocurrido esta noche es el comienzo, Shayler no es necesario que te recuerde cual es el final.

Ella vio cómo el Juez apretaba los puños, el *Libre Albedrío* podía sentir el propio poder del hombre retorciéndose en su interior. El hombre estaba lejos de una relativa calma, su apariencia tranquila era una fachada.

—En eso te equivocas, John —siseó él—. No permitiré que una dudosa visión dirija mis pasos nuevamente… Esta vez, haré las cosas a mi manera.

El guardián avanzó hacia él ignorando su presencia.

—No podrás conservarla, Shayler. ¡Por todo lo sagrado, entra en razón!

Dryah sacudió la cabeza sin comprender qué ocurría allí.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó sin saber muy bien si era buena idea meterse en aquel intercambio. Pero la clara alusión a ella le daba la excusa que necesitaba—. ¿Qué pasa aquí?

Shayler ladeó la mirada al oír su voz, por un momento pareció olvidar su presencia.

—Esto no va a acabar bien —resopló Lyon un instante antes de dirigirse a ella y prácticamente arrastrarla fuera del salón—. ¿Qué te parece si tú y yo nos vamos a la cocina, metemos la cabeza en el frigorífico y buscamos algo de beber mientras estos dos se lanzan cuchillos?

Ella parpadeó varias veces mientras analizaba la frase del hombre.

—No pienso meter la cabeza en ninguna nevera.

Lyon se rio y le pasó un brazo por los hombros.

—En ese caso seré yo el que bucee, no te preocupes —asintió con diversión mientras la instaba a dar media vuelta y salir por el umbral.

Ella intentó girarse, pero él no se lo permitió. Estaba decidido a sacarla del salón.

—Pero… ellos… —protestó y volvió la mirada atrás sólo para ver a Shayler asintiendo con la cabeza hacia Lyon antes de volverse de nuevo a su hermano.

—Olvídate de ellos, nena. El Juez ya es mayorcito y no necesita que nadie pelee sus batallas —la tranquilizó mientras la guiaba hasta el pasillo. Entonces se detuvo para consultarle —. ¿Por dónde?

No tuvo inconveniente en mostrarle la salida.

—La puerta está por allí —respondió estirando un brazo hacia la derecha.

Él dejó escapar un bufido y sonrió.

—Buen intento —le dijo antes de tirar de ella hacia la izquierda.

Ella se resistió una vez más, su mirada voló de nuevo hacia el salón, por algún motivo le preocupaba lo que pudiera pasar.

—No deberíais haber venido —murmuró.

Lyon dejó escapar un resoplido tras ver la dirección de su mirada.

—Entonces, ¿así están las cosas? —murmuró más para sí que para ella.

Dryah se giró al oírlo murmurar. Lyon esbozó una sonrisa y le plantó una enorme mano en la cabeza y le revolvió el pelo.

—Eres toda una caja de sorpresas, pequeña Dryah.

No estaba segura de que le gustara como sonaba aquello pues prometía más significado del que tenía a simple vista.

La cocina era bastante pequeña para gusto de Lyon, apenas un cubículo con el sitio justo para que una persona pudiera moverse a sus anchas, una persona de la estatura de la muchacha, no de la suya. En realidad se sentía como un gigante en una caja de zapatos.

—¿Tienes algo parecido a cerveza en esta miniatura? —le preguntó mientras abría la puerta de la nevera y se inclinaba para echar un vistazo.

La oyó resoplar.

—Es una nevera, no una miniatura —le informó, verle registrar su nevera como si fuese un mueble de una casita para muñecas no tenía precio. Su mirada volvió una vez más al pasillo donde podía oír los exaltados murmullos que salían del salón.

Él apenas le dedicó un vistazo.

—Que no te quite el sueño, nena, John jamás hará algo que ponga en peligro a su hermano, aunque esté loco de remate y nos haya sentenciado a todos —la tranquilizó. Con un pack de cervezas en una mano y un refresco de limón en otra, cerró la puerta de la nevera—. Sólo se gritarán durante un rato. A lo máximo que pueden llegar esos dos es a sacar las armas y hacerse un nuevo tatuaje.

Ella puso los ojos en blanco.

—Justo lo que me apetece ver. Mi salón lleno de sangre.

Pero entonces se volvió por completo hacia él y sus claros ojos azules se clavaron en los suyos de una manera que lo hizo estremecer hasta el alma. Allí había más que puro poder, había un insondable dolor que parecía no tener fin.

—¿De qué visión estaba hablando el Juez? —Dejó caer la pregunta.

Lyon le sostuvo la mirada durante un momento buscando más allá de lo que se veía a simple vista, dejó las bebidas encima de la mesa y deslizó el refresco de limón en su dirección.

Él se tomó su tiempo en abrir su cerveza y darle un buen trago.

—No es nada que deba preocuparte —le dijo de forma escueta.

Ella no dejó de mirarle mientras daba cuenta de su refresco.

—Si no fuese importante, ninguno de vosotros estaríais aquí —replicó ella. Cuando el guerrero se negó a alzar la mirada, Dryah empezó a sospechar—. ¿Es por mí? ¿Por el *Libre Albedrío*?

Él dejó escapar un suspiro y la miró de medio lado.

—Estamos aquí por Shayler, *Libre Albedrío*. —Fue la respuesta del hombre—. Porque de su supervivencia depende en parte el equilibrio del universo. Como dije, no es nada de lo que debas preocuparte.

Ella puso los ojos en blanco ante la trillada coletilla.

—¿Nada de lo que deba preocuparme? —repitió con ironía—. Ese hombre que está en mi salón y ostenta el título de Juez Supremo es el único que puede librarme de este maldito juicio, con lo que, sí, creo que debería preocuparme lo que está ocurriendo aquí. Esos dos tienen tanta testosterona como para inundar mi salón de sangre y convertirlo en una piscina cubierta.

—Buen punto —aceptó antes de llevarse la cerveza a la boca y darle un buen trago.

Ella sacudió la cabeza y volvió la mirada hacia el salón cuando oyó el ahogado murmullo de uno de los hombres que parecía hablar ahora a voz en grito. Algo en el tono de voz la ponía nerviosa y hacía que el *Libre Albedrío* respondiera en su interior a la urgencia de volver al salón a enfrentarse con aquellos dos.

—Hospedas el *Libre Albedrío*, pero no eres una sola entidad.

El hombre la contemplaba desde su posición junto a la mesa, la luz de la calle que se filtraba por el cristal y lo bañaba de un extraño tono ambarino que le confería un aspecto más peligroso del que ya tenía de por sí. Chasqueó la lengua—. Ese es un jodido problema.

Ella lo observó durante una décima de segundo y calculó la distancia que la separaba de él y de la puerta. No iba a engañarse, en aquellos momentos Lyon podía ser el más accesible de los tres hombres, pero eso no le restaba peligrosidad. No se fiaba de él. En realidad, no se fiaba de ninguno de ellos, pero prefería arriesgarse con el Juez antes que con sus compañeros de armas.

—Sólo uno de los muchos que parecen envolverme últimamente —declaró ella, entonces giró sobre sus talones y salió por la puerta de la cocina.

Las voces del salón se hacían más claras a medida que se acercaba a la habitación, habían cerrado la puerta pero el tono de enfado era obvio, así como lo era la potente fuerza que parecía envolver el cuarto como si quisiera aislarla del resto de la casa. Las palabras parecían ser las únicas en no poder ser contenidas.

—No, Shayler, escúchame tú a mí por una jodida vez en la vida. —Esa profunda y oscura voz era la del otro hombre, John—. Acabará con todos nosotros, será la única que nos conduzca a la extinción y tú, jodido estúpido, tú lo estás permitiendo. Sabes tan bien como yo, aunque no quieras aceptarlo, que las visiones de nuestro oráculo se cumplen siempre…

—¡No permitiré que se la crucifique por una maldita visión! —exclamó el Juez en respuesta—. Estoy harto del ser manipulado, no aceptaré ese destino así tenga que luchar con todas mis fuerzas contra él, no la culparé por algo que desconoce. No lo haré.

Un resoplido.

—Ni siquiera tiene control sobre su propio poder, Juez —le recordó lo obvio—. Lo has visto con tus propios ojos, tú mismo lo provocaste. Esto sólo tendrá un final, Shayler, el *Libre*

Albedrío no puede vagar sin orden ni concierto y ella no parece estar siquiera cerca de entender que si no se une por completo y acepta quien es, no sólo estará fragmentada eternamente, morirá… o por tu mano… o por la del propio *Libre Albedrío*.

Ella mantuvo los ojos clavados en el cuadro con motivos florales de la pared sin ver realmente nada, las rosas enredadas en el portal de la pintura no eran más que manchas en su visión mientras su mente daba vueltas a las palabras que giraban sin control en su cabeza. Sus piernas se movieron por si solas, dejó el apoyo de la pared y se dirigió hacia la puerta principal dejando a su estela la acalorada discusión que tenía lugar en el salón. No necesitaba oír más, no había necesidad, lo único que podía hacer era poner distancia entre ellos y esperar que eso le diese el tiempo necesario para tomar las riendas de su destino o de lo contrario, iba a morir una vez más.

El *Libre Albedrío* se revolvía en su interior enroscándose en torno a ella como si buscase protegerla, como si quisiera arroparla y consolarla, pero eso no cambiaba el hecho de que al final del día seguía siendo «algo» y no ella misma. ¿Cómo podía volver a unir las piezas en su interior si todo a su alrededor seguía desmoronándose? No era tan buena artesana, no era buena en nada, en realidad.

Abandonó el edificio sin mirar atrás, ahora la ciudad ya no parecía tan extraña a sus ojos e incluso empezaba a gustarle. Sumida en sus pensamientos no notó el frío de la noche, sus pies se movían uno delante del otro sin rumbo fijo, a esas horas de la noche la ciudad se mantenía en calma, con poco tráfico y le gustaba el cambio ya que no era tan sofocante como las prisas que parecían sacudirla durante las horas diurnas. La oscuridad era alejada cada pocos pasos por las luces del alumbrado público y los ocasionales faros de algún coche.

—¿Por qué no puedo ser como ellos? —susurró para sí al contemplar a una pareja caminando de la mano al otro lado de la calle, riendo de forma divertida antes de que el hombre alzara la mano para parar un taxi y ambos subieran en él.

¿Por qué no podía ser una de aquellas personas anónimas? ¿Por qué le mostraban que existía un mundo más allá de la oscuridad que conocía si tenían pensado arrebatárselo? Sacudió la cabeza y continuó calle abajo, tras ella quedaban los edificios, las calles que empezaba a conocer, las tiendas y los escaparates. Se perdió en los recuerdos de una época lejana, un momento en el que su vida había significado algo para alguien, dónde había sido querida, atesorada… un tiempo ya extinguido y que nunca regresaría. Todo aquello cambió con su reciente despertar, ya ni siquiera estaba segura de ser ella misma, de quien era realmente.

—*Libre Albedrío* —murmuró contemplando su imagen en el vidrio de un escaparate para luego bajar la mirada a sus manos—. ¿Quiénes somos, en realidad?

«Busca en tu interior».

Dryah alzó la mirada de nuevo y por unos instantes creyó ver dos figuras paradas una a cada lado de ella en el reflejo que le devolvía el cristal del escaparate, sus ojos se encontraron con los de una de las dos figuras, unos ojos tan cálidos y a la vez tan fríos que le calentaron y helaron la sangre todo al mismo tiempo. No consiguió descifrar el color desde aquella distancia, pero sí vio unas hebras de cabello rubio platino escapando de la capucha de la túnica de una de las figuras, así como oyó delicada y femenina de su propietaria, seguida por la sensual y masculina de su acompañante.

«Ella está ahí mismo, esperándote».

La voz era cálida, suave, casi una caricia.

«Sólo abraza quién eres».

La rotundidad y fuerza que vibró en aquella otra voz la sobresaltó.

—¿Dónde has dejado a tu guardián, *Libre Albedrío*?

Dryah dejó escapar un jadeo cuando oyó una sedosa y suave voz femenina ahora a su espalda, se volvió casi de un salto para encontrarse con una mujer alta, con unos profundos y rasgados ojos verdes en un hermoso rostro.

—No deberías andar sola a estas horas de la noche, no es seguro.

Frunció el ceño y sacudió la cabeza, su mirada volvió al escaparate y sólo vio el reflejo de ambas. Las dos figuras habían desaparecido.

—No estaba sola… yo… ¿quiénes son ellos? —murmuró más para sí misma que para la desconocida.

Uras contempló a la chica con extrañeza, la había visto aparecer por la calle y detenerse ante el escaparate para luego fijar su mirada en él como si hubiese algo interesante en la tienda de electrodomésticos. Esperaba encontrar a Shayler con ella pero después de unos minutos se hizo obvio que la chica estaba sola. No podía evitar preguntarse si el Juez habría entrado por fin en razón. Pero aquello no tenía ningún sentido, aún ahora, estando a pocos pasos de ella podía sentir el tirón del *Libre Albedrío*, sentía el poder primigenio coleteando en su interior como si la estuviese midiendo, esperando ver si era una amenaza para la hembra que lo alojaba.

—¿Dónde está Shayler?

La chica pareció dudar durante unos instantes, entonces entrecerró los ojos y la contempló.

—Eres… uno de ellos —la oyó murmurar en voz baja—. Te vi en la Sala del Consejo… con el otro Guardián.

Uras se tomó la libertad de examinar a la chica, le sorprendía que se hubiese percatado de su presencia en un momento como aquel. Sonriendo para sí dio un nuevo paso hacia ella y se presentó.

—Soy Uras, la mujer de Shayler —se presentó—, y soy unO de los *Guardianes Universales* tal y como has supuesto. Estuve en la Sala durante la proclama.

A la guardiana no le pasó desapercibida la reacción de la muchacha ante sus palabras.

—Deduzco por tu reacción que has oído hablar de mí —aseguró complacida.

Dryah se lamió los labios. Sí, por supuesto que había oído hablar de ella, aunque le sorprendía que el Juez estuviese emparejado con una mujer a la que catalogaba de zorra.

—Uras —repitió su nombre—. Tal parece que estoy destinada a encontrarme con cada uno de vosotros esta noche…

Era difícil no darse cuenta del nerviosismo y la desconfianza presente en la pequeña rubia, pensó Uras, especialmente cuando sus ojos reflejaban cada una de sus emociones. Podía sentir el inestable poder crepitando en su interior, envolviéndola como un dragón dispuesto a lanzarse contra el primero que atravesara sus barreras.

—Calma, *Libre Albedrío* —le habló, su voz suave, pausada—. No estoy aquí para hacerte daño, por encima de todo, obedezco a mi Juez —respondió haciendo hincapié en la palabra Juez—. Se ha proclamado un *Antiquerum* y a ninguno se nos permite interferir.

Los labios de la muchacha se estiraron en una repentina e irónica sonrisa.

—Alguien debería advertir de eso a los dos hombres que hay en el salón de mi casa… dialogando… con tu Juez.

La sorpresa se hizo evidente en el rostro de Uras. La mujer sacudió la cabeza, haciendo que se balancearan las ondas de su pelo.

—Eso no es posible.

La rubia señaló lo obvio.

—Tú estás ahora aquí —declaró con obvia seguridad—. Sé que ninguno de vosotros está de acuerdo con mi presencia en este mundo y que desearíais verme de nuevo encerrada… o muerta.

La guardiana frunció el ceño, sus ojos se entrecerraron sobre la chica.

—Eres un peligro para el orden del universo —aclaró como si aquello fuese todo.

—En realidad no. —Se oyó una rasgada voz masculina a espaldas de las mujeres—. El verdadero peligro vendría con su extinción.

CAPÍTULO 14

Dryah dejó escapar el aire que ni se percató que contenía al reconocer la voz de Nyxx, el Cazador se acercó a ambas sigilosamente, no le sorprendía haber pasado por alto su presencia, el hombre era uno de los mejores en su campo. En dos pasos, acortó la distancia entre con ellas, sus ojos verdes cayeron sobre ella con una obvia pregunta que no tardó en tomar forma.

—¿Dónde diablos has dejado al Juez? —Directo y sin anestesia.

Ella puso los ojos en blanco.

—Esa debe ser la pregunta de la noche.

El Cazador frunció el ceño pero no dudó en rodearle la cintura con un brazo para atraerla hacia él, las sutilezas hacían tiempo que se borraron de los modales del hombre y no podía importarle menos. La forma en la que miraba a la otra mujer era suficiente presagio de que las cosas podrían ponerse peor si decidía hacer cualquier movimiento que no le gustase.

—¿A qué debemos el honor de contar con otro miembro de los *Guardianes Universales* metiendo las narices en un *Antiquerum*? —preguntó él, su mirada recorrió sin disimulo a la mujer—. Tenía entendido que tal proceso está únicamente ligado al Juez Supremo.

Ella puso los ojos en blanco y se removió en su abrazo.

—Es obvio que a los Guardianes se les escapó ese pequeño detalle —murmuró ella con ironía—. A todos ellos.

Él le dedicó una curiosa mirada.

—¿Más cucarachas en tu casa? —comentó él en modo sardónica—. Habrá que decirle a Seybin que mande un fumigador.

La otra mujer respondió a ese comentario tensándose, sus ojos verdes se entrecerraron y las palabras salieron en un cortante susurro.

—Cuida tus palabras, Cazador.

La intensa e inhumana mirada del hombre se clavó en ella.

—Oblígame —gruñó en un abierto desafío.

Dryah sintió la corriente de poder que pasó entre ambos cargada de completa enemistad y ganas de pelea. Apretó el brazo del Cazador al tiempo que clavaba su mirada en la mujer.

—No, Nyxx —le pidió, sus ojos seguían fijos en ella—. Ella no hizo nada que no hiciesen sus compañeros antes que ella.

Para sorpresa de Cazador la muchacha abandonó su posición a su lado y camino directamente hacia la guardiana sin apartar la mirada de sus ojos.

—¿Qué es esa visión de la que nadie parece estar interesado en hablarme? —preguntó, necesitaba saber la respuesta a esa pregunta de la que todo el mundo la excluía.

Uras se tensó involuntariamente al oír la pregunta, pero no le ofreció una respuesta.

—Existe esa visión —insistió ella y su mirada se hizo más oscura al recordar algo que había pasado por alto. En el círculo de los *Guardianes Universales*, la única mujer en sus filas era conocida también como La Oráculo de la Fuente y sus visiones eran una sentencia para el futuro—. ¿Qué has visto? ¿Qué tengo que ver yo en todo esto?

Negándose a quedarse al margen, el Cazador dio un paso adelante.

—¿De qué visión estás hablando?

Ella no le respondió, su mirada seguía fija en la otra mujer, aquella que tenía la respuesta.

—No tienes la menor idea de a lo que has provocado —respondió finalmente Uras, su voz un simple susurro—, pero eso no importa, nada importa, tú lo conducirás a su destrucción, nos conducirás a todos, *Libre Albedrío*.

La declaración se hundió en su pecho con la fuerza de un dardo. Ahí estaba otra vez, su vida siempre ligada a algún desastre.

—Sí importa —respondió con desesperada resolución—, a mí me importa. No deseo traer el infierno sobre la tierra o sobre alguien más, no si puedo evitarlo.

La Guardiana ladeó el rostro y la contempló durante unos instantes, entonces acortó el camino entre ellas y le susurró al oído:

—La muerte no puede evitarse… ni tampoco el destino.

Ella se retiró y la miró directamente a los ojos.

—Te equivocas —le respondió con una seguridad nacida de la experiencia, su voz impregnada con el poder que se alzaba en su interior—. Yo soy la única que puede cambiar lo que dicte el destino… y cambiaré el mío.

Uras se sorprendió ante la ferviente declaración, la chica creía firmemente en lo que había dicho. Por primera vez en demasiado tiempo como para llevar la cuenta, tuvo dudas de sí misma y su poder como Oráculo. Estaba ante el *Libre Albedrío*, el único poder que no se regía por ningún otro, la libertad total y absoluta de los designios marcados por el universo.

Con un ligero asentimiento de cabeza la mujer dio un paso atrás.

—Por tu propio futuro y por el nuestro, ojalá tengas razón.

Con una última mirada al Cazador, se desvaneció allí mismo dejándolos solos.

—¿Qué me he perdido? —Nyxx se volvió a ella con la pregunta impresa en su rostro.

No pudo más que encogerse de hombros, aquello era una pregunta para la que todavía no tenía respuesta.

—Es lo que estoy intentando averiguar, Nyxx —suspiró y se giró hacia el Cazador. Su mirada lo recorrió de arriba abajo, fijándose en la rigidez de su pierna derecha y en la forma en que se apoyaba sobre la otra pierna—. ¿Problemas con la caza?

Él hizo girar los enormes hombros para librarse de la tensión que había recorrido su cuerpo y caminó hacia ella con una leve cojera en su pierna derecha.

—Más bien problemas con el asfalto —farfulló de mala gana.

Ella frunció el ceño ante la enigmática respuesta. El Cazador no parecía dispuesto a dar más explicaciones ya que desechó la pregunta con un gesto de la mano.

—Olvídalo, he tenido una cacería infernal, eso es todo —declaró al tiempo que examinaba sus alrededores—. ¿Y tú? No respondiste a mí pregunta, ¿dónde dejaste a Shayler?

Ella puso los ojos en blanco.

—Dos de sus chicos se presentaron en el momento menos oportuno y al Juez casi le da una apoplejía —Explicó al tiempo que se encogía de hombros, su mirada voló una vez más al cristal del escaparate en el que había visto antes aquellas dos enigmáticas figuras. Sabía que eran los mismos que la liberaron de la cárcel de piedra y la escoltaron a la Sala del Consejo, pero su conocimiento se terminaba allí—. Cuando me marché estaban inmersos en una de esas peleas por ver quien tenía el privilegio de matarme primero… Eso si no se arrancaban antes la cabeza entre ellos.

Nyxx arqueó una ceja ante la sarcástica declaración, sus labios se estiraron en una sonrisa irónica.

—Parece que no tienes tiempo a aburrirte.

Ella bufó.

—¿Aburrirme? ¿Cuándo están intentando matarme cada cinco minutos? —resopló con obvio cansancio—. No tendría tiempo para eso.

Él estiró la mano y le revolvió el pelo en un gesto cariñoso.

—No te quejes, a mí intentan quemarme el culo cada dos.

Ella no pudo evitar reír ante la respuesta del hombre.

—Dile a Seybin que te dé vacaciones.

Nyxx gruñó.

—Tengo una idea mejor, dile que las coja él —le sugirió imprimiendo la misma ironía en su voz que había contenido antes la suya—. Todo los que estamos allá abajo te lo agradeceríamos eternamente. Y no lo digo en modo figurativo.

Ella sacudió la cabeza y contempló el reflejo de ambos en el cristal de la tienda de electrodomésticos, entonces se volvió hacia Nyxx y le sonrió.

—Quizás lo haga…

Sus palabras murieron abruptamente cuando algo absolutamente oscuro y helado la traspasó. El *Libre Albedrío* reaccionó al instante, el poder que yacía en su interior había permanecido en calma ante la presencia de la guardiana o del mismo cazador, ahora sin embargo estaba tan alerta como ella misma. Un repentino e injustificado miedo se filtró en su piel, sintió frío, un frío helado y mortal que le acarició el alma. Su mirada voló frenética de un lado a otro, observando la calle prácticamente desierta.

—Nyxx.

El Cazador desenfundó sus armas al oír el filo de absoluto terror en la voz de la muchacha. El instante de broma y despreocupación había muerto abruptamente y fue sustituido por un sentimiento de terror y muerte tan potente que él mismo lo sintió. Podía sentir como el crudo poder del *Libre Albedrío* fluctuaba bajo un precario control en su interior, despierto también por aquella posible amenaza. Recorrió rápidamente el perímetro con la mirada pero no encontró nada fuera de lo común.

—¿Qué es?

Ella sacudió la cabeza, el frío persistía así como el terror que la consumía poco a poco, su respiración empezó a hacerse más acelerada, el aire pareció espesarse mientras sus ojos escaneaban el lugar sin encontrar otra cosa que las ocasionales luces de algún vehículo. Algo en ella reconocía esa sensación, el odio subyacente que vivía bajo ese contacto y la reducía a una ansiosa y temblorosa figura. Su piel adquirió el tacto de la carne de gallina y la sangre empezó a correr espesa en sus venas, helándose cuando la oscura y ardiente voz vibrante de poder y malicia penetró en su mente.

«Toda existencia tiene un fin, alma. El tuyo está más cerca de lo que piensas».

—Tarsis —pronunció su nombre en voz alta. Sus ojos azules se abrieron de par en par mientras lo buscaba con la mirada aunque sabía que no iba a encontrarle; Él no estaba físicamente allí. El Cazador permaneció en todo momento a su lado, la sola mención de ese nombre fue como combustible para su rabia.

—Maldito cabrón —oyó el gruñido de Nyxx.

Una siniestra risa se elevó en su mente y la hizo estremecer. Su contacto provocó al *Libre Albedrío* que pugnó en su mente en un intento por expulsar aquella invasión o encontrar el hilo conductor que lo llevase a freírlo. Dryah podía sentirlo haciéndose eco de sus propios pensamientos, deseando extenderse y soltarse de su precario control para acabar con

aquella amenaza.

Ella sacudió la cabeza en un intento de recuperar el control de sí misma, retrocedió un par de pasos hasta encontrarse con la espalda casi pegada al cristal del escaparate.

«Tanto poder en un envase tan insignificante».

Oyó su socarrona voz, el desprecio goteaba de cada una de las palabras que resonaban en su mente.

«Cómo es posible que el poder de dos dioses primordiales haya dado como nacimiento algo tan grande en un envase defectuoso. Un momento de debilidad de una diosa y la obnubilación de los celos sólo podía crear algo tan insulso. Tu existencia está prohibida. Nunca debiste de ser creada, alma maldita. Nunca debió darse tu nacimiento».

Ante el recuerdo de unas palabras pronunciadas de manera parecida, el odio y el desprecio en la voz de la mujer que las había dicho, el dolor y la soledad que le causaron a partir de aquel incierto momento volvieron a surgir desde lo más recóndito de su ser. Creía tenerlas bien enterradas en un lugar donde nunca podrían volver a herirla pero allí estaban, alzándose de nuevo y esta vez con más fuerza. El dolor y la desesperación la desgarraron de dentro a fuera, su poder chilló en los confines de su cuerpo desesperado, arañando por escapar, por extenderse y castigar a todo aquel que osaba contradecir sus deseos y provocar su angustia.

«Nunca debiste haber nacido, no eres más que otro error en la maraña del universo».

Una solitaria lágrima se deslizó por su mejilla mientras los recuerdos la inundaban.

«¡Tenías que haber muerto! ¡Muerta es la única manera en la que servirás de algo!».

Se llevó las manos a la cabeza y se cubrió los oídos como si así pudiera ahogar todas aquellas voces. Sabía que Nyxx estaba a su lado, el Cazador pronunciaba su nombre una y otra vez pero era incapaz de alcanzarla o de parar el poder que pugnaba de su interior y que en un momento dado lo lanzó a varios metros de distancia. Sus ojos estaban ciegos a cualquier visión, sus oídos sordos a todo excepto la insidiosa voz que la atormentaba, atrapada en una espiral de dolor e ira de la que no conseguía escapar.

«Tu muerte será la única liberación que encontrarás, alma maldita».

Sacudió la cabeza en una negativa o creyó hacer tal movimiento, todo su cuerpo temblaba y crepitaba por la alta concentración de poder que se congregaba en su interior y le lamía la piel.

El Cazador dejó escapar un exabrupto mientras volvía a ponerse en pie, el poder que esgrimía aquella criatura era dantesco, tenía suerte de estar todavía de una pieza. El *Libre Albedrío* se había limitado a darle una advertencia, una que como hombre que era, no pensaba aceptar. Acortó una vez más la distancia entre ellos, aunque esta vez se cuidó de volver a tocarla mientras aquella corriente de poder siguiese manando de su cuerpo.

—Dryah, pequeña, mírame… —la llamó. Su mirada seguía fija, perdida y no daba respuestas de oírle siquiera—. ¡Maldita sea, Dreamara! ¡Estás concentrando el *Libre Albedrío*, tienes que parar! ¡Si se escapa a tu control estarás firmando tu sentencia de muerte!

Ella no dio señal alguna de haberle escuchado o entendido, la frustración aumentaba por momentos mientras sentía como el poder en ella se hacía más intenso y letal.

—Mierda —masculló nuevamente—. Dryah, joder, tienes que volver en ti, es necesario que repliegues todo ese poder. Nena, vas a cargarte la ciudad y quien sabe que más si no lo haces. Te matarán por esto y todo el esfuerzo de Eidryen habrá sido en vano.

Ella siguió sin responder. Ni siquiera era consciente de las palabras del hombre, sólo podía concentrarse en el calor que empezaba a alejar el hielo en sus venas, un fuego abrasador que arrasaba su cuerpo, hiriéndola como solía ocurrir cuando se negaba a permitir que el *Libre*

Albedrío tomase las riendas de su voluntad. La concentración de poder amenazaba con hacerla pedazos si no le permitía tomar el control.

Un repentino y sonoro estallido reventó en el relativo silencio de la calle, los vidrios de los escaparates se resquebrajaron bajo la presión del indisciplinado poder que se revolvía enfadado en su interior y crearon una lluvia de cristal que cayó sobre ellos mientras las distintas alarmas empezaban a ulular en una cacofonía de sonidos.

—Joder, oh, mierda… joder. —El Cazador tenía problemas para construir una frase entera —. ¡Maldición, Dryah, tienes que parar esto! ¡Ahora!

Los gritos del hombre atravesaron a duras penas su conciencia. Se obligó a respirar profundamente intentando llevar aire a sus doloridos pulmones, su poder estaba fuera de control, difícilmente podía retenerlo junto a ella y el esfuerzo la desgarraba con uñas afiladas. Podía notar el sabor metálico de la sangre en la boca debido a la fuerza con la que estaba apretando la mandíbula, mordiéndose la parte interior de la boca, su mundo se redujo a ahogados murmullos, lo único que crecía con intensidad era la voz masculina que la tenía atrapada en una red de terror.

«Ya ha llegado, Libre Albedrío. Éste será el final».

Ella apretó los dientes y sacudió la cabeza con fuerza negándose a darse por vencida ante ese hombre.

«Libérame. Libéranos».

Aquella petición llegó desde lo más profundo de su interior, un eco de su misma voz, una reverente petición acompañada de un nuevo empuje de poder.

—No… por favor… no puedes… —masculló e intentó una vez más ponerle freno. Nadie sufriría por su mano, si tenía que morir para evitarlo, lo haría, pero no permitiría que el poder que le había sido entregado hiriese a nadie—. No podemos… quédate junto a mí…

Sus súplicas no surtieron efecto sobre aquella fuerte y rabiosa marea de poder que se estrellaba contra las paredes de su ser, desesperado por salir de su confinamiento para atacar y destrozar a aquel que había osado alzarse en su contra. El *Libre Albedrío* gritaba en sus propios oídos ensordando todo lo demás, haciendo añicos su débil control y extendiéndose finalmente sin ataduras. El dolor extenuante que la envolvía cada vez que el poder se rebelaba en su confinamiento se multiplicó por mil hasta hacerse insoportable para luego empezar a atenuarse poco a poco a medida que una marea de calidez y paz empezaba a bañar su interior y cada uno de los doloridos órganos que había atacado en su prisa por encontrar la liberación.

«Libérame, libéranos».

Una solitaria lágrima resbaló por su mejilla, ya no era capaz de retener al *Libre Albedrío* así que abrió su mano y lo dejó ir. El dolor empezó a quedar entonces atrás siendo reemplazado por una nueva calidez que se extendió por su cuerpo, curó el daño hecho y consoló de alguna manera el enorme vacío que sentía en su interior y que no era capaz de llenar con nada. El poder ya no la hería, se enroscaba a su alrededor igual que un dragón protector que la aislaba de todo lo demás. Ya no había nada que la alcanzase, las preocupaciones habían pasado a un segundo plano, sus pensamientos se convirtieron en ley, una palabra y el destino de universo se plegaría a sus deseos.

El gato dio un salto cuando su dueña se levantó de golpe del diván en el que se entretenía acariciándolo, le dedicó una mirada felina de indignación que sólo los gatos poseían y se dedicó a lamerse la pata. La mujer empezó a caminar de un lado a otro arrastrando a sus pies la fina tela de la vaporosa falda. Los tacones de aguja de las sandalias resonaron al compás de sus largos

pasos mientras bajaba los tres escalones que separaban su tarima del nivel del suelo y atravesó el largo y desierto corredor. Sus manos de dedos largos y piel bronceada empujaron las puertas doradas, estas se abrieron para encontrarse del otro lado a dos hombres enormes ataviados con tan sólo unos ajustados pantalones de cuero uno de ellos y unas mayas de leopardo el otro. Ambos se inclinaron ante ella. Su mirada de profundos y felinos ojos verdes con motas ámbar se volvió hacia el que estaba a su derecha.

—Ella ha despertado. —En la voz de la mujer había ansiedad.

La confusión surcó durante un instante la mirada del hombre.

—¿Mi señora? —preguntó uno de los hombres.

Ella se adelantó entonces y posó la mano sobre su antebrazo.

—Está sufriendo, ese estúpido dijo que no sufriría —insistió con la desesperación propia de alguien muy querido—. Tráemela, es aquí donde debió quedarse desde el principio.

El hombre se limitó a posar su oscura mano sobre la de ella y tras inclinar la cabeza respetuosamente, partió rápidamente.

Ella se abrazó entonces, su mirada ascendió por las engalanadas paredes hacia la cúpula, como si pudiese ver más allá de aquel punto.

—¿Qué has hecho, Eidryen? —Se mordió el labio inferior con desesperación—. ¿Qué has hecho?

Con un último vistazo al otro hombre, el cual permanecía en absoluto silencio, dio media vuelta y regresó a la habitación que acababa de abandonar para preparar su llegada.

—¿Por qué dejaste que se fuera sola?

Lyon se cruzó de brazos y enfrentó con aspecto aburrido la nueva explosión del Juez. Cualquiera pensaría que después de la pelea entre los hermanos, al chico se le acabarían las ganas de discutir, desgraciadamente estaba equivocado, Shayler parecía tener una vena obstinada en lo que concernía a aquella muchacha.

—Quizás debieses colgarle un busca del pantalón —le sugirió con despreocupación—. O mejor aún, un localizador GPS, de ese modo sabrías exactamente incluso en momento exacto en el que está en el baño.

El Juez se pasó una mano por el rostro mientras se asomaba a la ventana en busca del aire que parecía faltarle. Fue perfectamente consciente del momento en el que ella abandonó el apartamento e instantes después el edificio, en aquel momento de inestabilidad por su parte, no se detuvo a pensar en lo que ella hacía, dio por hecho de que no se alejaría. Se equivocó. La presencia de los dos Guardianes no hizo otra cosa que disparar su desconfianza natural. Lyon quizás pudo haber conseguido que bajase la guardia ante él su radical sentido del humor y la costumbre que tenía de restarle importancia a todas las cosas, pero ambos sabían que aquello no pasaría con John. Su hermano había mostrado en todo momento su desagrado ante la situación, fue brutal y cortante cada vez que dirigió su mirada o sus palabras hacia ella sin importarle que estuviese delante. Así que ella hizo lo único que pudo, se alejó de aquellos que consideraba una amenaza.

Dejó escapar un cansado suspiro, si esto era lo que le deparaba el destino, iba a tener más de un encontronazo con los suyos.

—No debiste dejarla salir —intervino John, sus palabras iban dirigidas a su compañero.

Lyon alzó las manos a modo de rendición.

—¿Qué querías? ¿Qué la atase a una de las sillas de la mini cocina? —sugirió con ironía al tiempo que señalaba a Shayler con un dedo—. Al contrario que tú, yo sí le tengo aprecio a mis

pelotas, las quiero unidas a mi cuerpo.

Suspiró, aquello no les conducía a ninguna parte.

—No puede enjaular al Libre Albedrio, John —insistió él, su tono de voz se había normalizado al hablar con su hermano, pero todavía persistía el enfado.

—Eso debiste pensarlo mucho antes de meternos a todos en este jodido lío, Shayler. —Fue la cortante respuesta de John—. Tienes un maldito juicio entre manos, así que acaba con ello. Y si sientes la maldita necesidad de tirártela, fóllatela de una vez y sácala de tu sistema. Ella no vale más.

—En eso estoy de acuerdo, Shay —concordó Lyon.

La mirada del Juez se clavó a modo de advertencia en John, abrió la boca para responder pero todo lo que salió de su garganta fue un doloroso jadeo. Tuvo el tiempo justo para aferrarse a la cortina cuando su interior fue atravesado por una letal cuchilla de fuego, sus piernas cedieron bajo el peso de una profunda agonía y dolor que no pensó que volvería a experimentar desde que fue investido como Juez Supremo. Los ganchos de la cortina reventaron con su peso rompiéndose uno tras otro mientras se la llevaba con él hacia el suelo.

—¡Shayler! —Él apenas oyó el grito de John, seguido de una sarta de maldiciones.

—¡¿Qué coño está pasando?! —exclamó Lyon acercándose también a él.

—¡Shayler! ¡Shay! —masculló John de rodillas en el suelo sujetando a su hermano, quien era incapaz de hacer otra cosa que luchar por respirar—. ¡Qué demonios ocurre!

Los oídos le zumbaban, todo su interior bullía con su propio poder y el eco de aquel gemelo al suyo, las emociones lo desgarraban sin piedad como famélicas criaturas queriendo alimentarse de sus entrañas. Miedo, un miedo aterrador mezclado de un profundo dolor, desesperación y una pequeña sombra de luz luchaban por contener aquello que no debía ser desatado para finalmente sucumbir y llenarse de un mutismo total.

—Shayler, maldita sea, reacciona —masculló John mientras intentaba que reaccionase—. ¿Qué coño pasa?

Un relámpago de crudo dolor le atravesó el pecho e hizo que le brotasen las lágrimas por la intensidad de este.

—Ella… ella está… —jadeó al tiempo que se llevaba la mano al pecho y se aferraba con fuerza a su propia camiseta cuando lo que quería era estrujarse el alma para dejar de sentir tal dolor—. Duele como el infierno. No puedo respirar.

John gruñó en respuesta.

—¿Ella? ¿Esa chica? —insistió. Su furia aumentaba al tiempo que empeoraba el estado de su hermano—. ¿Ella te está haciendo esto?

Lyon frunció el ceño, atento a cada uno de los movimientos del hombre.

—Creo que voy a cambiar mi voto —aseguró, ya olvidado todo motivo de diversión—. Matémosla, cuanto más rápido mejor para todos.

Un nuevo aguijonazo de angustia le recorrió por entero, luchó contra el dolor y las manos que lo inmovilizaban para levantarse.

—¡No! —jadeó intentando librarse de las manos de su hermano—. Tengo que llegar… a ella.

Lyon negó con la cabeza, no entendía nada de lo que estaba ocurriendo.

—¿Cómo es posible que estés tan vinculado a ella? —protestó, no le gustaba nada ver al hombre en aquel estado.

John apretó los dientes, él sabía la respuesta.

—El *Antiquerum* —explicó sin quitarle la mirada de encima a su hermano—. Es una

mierda de infierno para él.

Shayler intentó incorporarse una vez más, en esta ocasión con relativo éxito.

—No solo para mí —masculló hasta quedar incorporado—. Tengo que ir…

John quería zarandearlo y despedazarla a ella por lo que estaba ocurriendo.

—¿Estás seguro? —preguntó, su tono ahora era calmado, pero había un inmenso poder bajo aquella voz.

Se puso laboriosamente en pie y puso todo su esfuerzo en recuperar el dominio sobre su empatía. Necesitaba hacer a un lado aquella descarnada marea de emociones que lo había golpeado hasta el mismísimo alma si quería funcionar de nuevo.

—Tengo que hacerlo —asintió. Respiró profundamente y volvió a tomar las riendas—. Ha ocurrido algo, no sé lo que es pero está aterrada y sus emociones…

Una repentina ola de poder los alcanzó antes de que pudiese terminar la frase, el silencio que se instaló a su alrededor era tan absoluto como la muerte. Sus compañeros se miraron el uno al otro, entonces volvieron sus asustadas miradas hacia él, quien permanecía totalmente inmóvil. Sus ojos azules perdieron su brillo, sus sentidos se anularon por completo mientras escuchaba el grito del universo en respuesta a aquella intensa e inesperada llamarada de poder absoluto. Su propio ser se revolvió contra sí mismo desesperado por alcanzar aquella fuente, deseoso de unirse a ella y formar una única alianza para destruirlo todo.

—Se acabó el tiempo —murmuró John, sus manos se extendieron a ambos lados y al instante la daga dorada volvió a estar en su mano brillando con más poder que nunca antes.

—Que el Universo se apiade de ellos —susurró Lyon esgrimiendo sus propias armas.

—Todavía no —negó él, su voz bordeada de determinación y crudo poder—. No hasta que haya dicho mi última palabra.

Sin más dilación se desvaneció de aquella habitación y dejó a los dos Guardianes intercambiando una derrotada mirada.

—Él está irremediablemente perdido y nosotros jodidos —comentó Lyon mirando a su compañero de armas quien se limitó a sostenerle la mirada antes de desvanecerse también.

El hombre dejó escapar un suspiro mitad sonrisa.

—Esto se pone interesante.

Todo en su interior era un silencioso caos, el dolor se había marchado y dejó en su lugar un profundo e insondable vacío que sólo la conducía al temor, las voces no eran más que un espectro fantasmal de lo que una vez podían haber sido, su cuerpo alternaba de las llamas a una absoluta frialdad, quería gritar y suplicar por el final de ese tormento, pero de su garganta no salía ni una sola nota. Estaba aislada, apartada de la realidad que existía más allá de la oscuridad en su mente por la poderosa aura de cálido poder que la envolvía y mantenía alejada de todo. Los pequeños e insignificantes rescoldos de lucidez se filtraban en ella, una agónica súplica que la atraía hacia la cordura que cobardemente había huido.

Sabía que Nyxx permanecía a su lado, tan incapaz de alcanzarla como lo estaba ella de alcanzarle a él o a cualquiera. Su mundo se había quebrado, el *Libre Albedrío* era libre y ostentaba el control. Estaba completamente sola, ya no importaba la vida o la muerte, todo lo que era, lo que había sido ya no tenía importancia.

«No está todo perdido».

En un parpadeo su corazón volvió a latir en su interior, podía sentir su palpitar, el calor que se filtraba de nuevo en ella y alejaba la frialdad penetrando en el vacío refugio en el que se había recluido.

«Acepta lo que eres».

La calidez que la envolvía se transformó en unas delicadas manos que se deslizaban por su piel en una casi imperceptible caricia.

«Sois uno y el mismo».

La voz cobró consistencia, en un momento femenina, al siguiente masculina, un coro que no cesaba en su insistencia.

«No existe sin ti y tú no existes sin él, no existe división, solo unidad».

El *Libre Albedrío*. Ella. Dos partes de un todo.

«Dreamara no existe sin el Libre Albedrío y el Libre Albedrío no existe sin Dreamara».

«Sois una y la misma. Acéptalo y te aceptará».

No había división, en lo más profundo de su ser lo sabía pero le aterraba aceptarlo, temía perderse de nuevo en los designios de un Destino que no había pedido, que alguien más previó para ella.

«Es hora de dejar de huir».

Tenía que dejar de huir, de esconderse y aceptar aquello que le era legado. Tenía una promesa que cumplir, una palabra que honrar. Viviría, por encima de todas las cosas, por muy difícil y dolorosa que fuese la vida, lo intentaría.

Shayler no podía quitar los ojos de ella, el *Libre Albedrío* la envolvía como un furioso dragón dispuesto a devorar a quien se interpusiera en su camino, la protegía y aislaba de todo. Ahora más que nunca se lo veía como un ente a parte y no una parte de ella misma.

—Tiene que replegar todo ese poder, de la forma que sea —le dijo John, que se había materializado a unos pasos de él—. No hay vuelta atrás, Juez Supremo. Solo hazlo.

Él ni siquiera se movió, sabía todo aquello pero…

—Lo siento, chico pero esta vez estoy con John. —Lyon se colocó a su izquierda. Ambos guardianes flanqueándolo como correspondía. Sólo faltaban los otros dos guardianes para que el círculo estuviese completo y el universo sellara sus decretos—. Debes poner fin a esto, Juez, y rápido.

Shayler volvió la mirada a su alrededor, observando a la gente que parecía haberse asomado a la calle al escuchar la explosión mientras las sirenas de la policía se oían al fondo, sin duda alertados por las alarmas de los negocios cuyos escaparates reventaron.

—Ocupaos de los humanos —murmuró en voz baja, el poder palpable en su voz.

John asintió.

—No vaciles, no hay tiempo para ello —le pidió John y posó la mano sobre su hombro en un gesto de ánimo antes de dejarlo y ocuparse de los daños colaterales.

Él dirigió una vez más sus ojos azules hacia la mujer que permanecía allí en pie, sus ojos brillando con inhumana luz sin llegar a ver nada, su rostro pálido y el pelo desgreñado moviéndose como si una suave brisa lo meciese. Tenía que llegar a ella de algún modo, costase lo que costase.

—No voy a perderte ahora que te he encontrado —murmuró para sí y tomando una profunda respiración caminó hacia ella.

«Dryah».

Aquella nueva voz sonó clara, profunda y atravesó todas sus barreras llegando como un fresco bálsamo para su ardiente cuerpo. Podía sentir en sus palabras la preocupación, su miedo

por ella, miedo a perderla, así como la firme resolución de no dejar que eso sucediera.

«Dryah, estás permitiendo que el Libre Albedrío se libere. Tienes que detenerlo, hacer que regrese a tu mano. Tú eres su dueña, quien lo controla, es parte de ti, pequeña».

Deseó acercarse a él, darle alguna clase de respuesta, pero sus labios al igual que su voluntad parecían estar subordinados al poder que había tomado las riendas y la mantenía en aquel cálido limbo lejos de cualquier daño.

«Recuerda, Libre Albedrío. Sois uno y el mismo. Una sola entidad».

—Uno y el mismo —musitó por fin. Su mente pareció abrirse paso hacia la superficie, sus ojos abandonaron la oscuridad para abrirse a la luz, a las imágenes que recogían sus córneas. Parpadeó para alejar el trance en el que se había visto sumida, su mirada se topó con la de él y por primera vez desde el momento en que sus caminos se cruzaron se sintió realmente agradecida de verle.

—Shayler.

Él asintió, su sonrisa prometía una cálida invitación.

«Estoy aquí, mi niña».

Una nueva lágrima descendió por su mejilla, el hombre caminaba lentamente hacia ella, su mirada fija en la suya.

—No dejes que siga haciéndote daño, es parte de ti, sé parte de él —la instruyó—. Todo irá bien, te lo prometo.

Ella bajó la mirada a sus manos y respiró profundamente. Poco a poco el inmenso poder que la envolvía empezó a decrecer en intensidad, la presión que ejercía en ella se suavizó y terminó por convertirse en un suave ronroneo que la acunaba, que le susurraba que se entregase a ella, que le permitiese llenar ese vacío en su interior.

«Permítele ser uno contigo, alma destinada a portar el Libre Albedrío. Permítenos hacer nuestra voluntad».

Dryah oyó de nuevo aquellas dos voces duales, su petición se convertía en una orden y la orden en una petición a su alrededor, le daban la oportunidad de decidir por sí misma y recomponer el envase roto en el que se había convertido. Sus barreras naturales cayeron por fin a un pensamiento suyo y por primera vez desde su creación quedó expuesta sin limitaciones de ningún tipo al pasado, presente y futuro del Universo, al poder absoluto que esgrimiría cuando ella y el *Libre Albedrío* se convirtiesen en una sola entidad.

Una nueva explosión de poder nació en su interior cual ola expansiva que barría todo lo que encontraba a su paso conduciéndola a los confines del universo, allí donde se encontraba su destino.

—Mi destino —susurró mirando ahora al hombre que se hallaba en pie a escasos pasos de ella con las armas desenfundadas.

Las piernas le fallaron y venció su peso para caer limpiamente al suelo. Antes de que hubiese tocado siquiera los adoquines se encontró atrapada contra un bronceado pecho masculino que olía a sándalo, su mirada ascendió hasta el collar con un antiguo símbolo egipcio y un rostro de duras facciones cuya frente, ojos, parte de la nariz y pómulos estaban cubiertos por una rígida máscara felina.

—Un… gato —susurró ella. Sus ojos se cerraron voluntariamente presos del agotador esfuerzo y sucumbió al bienvenido olvido.

Ante las atónitas miradas de los hombres, el extraño que acunaba a Dryah en sus brazos le dedicó una leve reverencia al Juez para desvanecerse a continuación con ella.

—¿Quién coño es ese tío? —preguntó el Cazador reuniéndose con los guerreros.

Lyon se pasó una mano por el pelo y se estremeció.

—Sólo conozco a una mujer que podría hacer que un hombre vistiese esos horrendos leotardos y se cubriera el rostro con una máscara felina.

—No cabe duda que hoy es el día de los gilipollas y las grandes estupideces —siseó John y se giró hacia su hermano, quien no parecía estar de mucho mejor humor—. ¿Por qué será que no me sorprende viniendo de ella? Ahora empiezo a comprender de dónde viene tu propia estupidez.

El Juez lo fulminó con la mirada a modo de respuesta.

—¿Es que sabéis quien era ese tipo? ¿A quién sirve? —Quiso saber el Cazador, su mirada fue de uno a otro hasta terminar en el Juez, quien todavía blandía sus armas.

—Desgraciadamente, sí —aceptó Lyon.

—¿Y la respuesta sería?

—Bastet —dijeron los tres guardianes a un mismo tiempo.

—Estupendo —comentó y se giró hacia Shayler, quien seguía con la mirada clavada en el mismo punto—. Imagino que esto cambiará a partir de ahora un poco las cosas, ¿eh?

Shayler se volvió lentamente hacia el Cazador, sus ojos azules brillantes y letales sostuvieron durante un instante la mirada de Nyxx antes de hacer destellar las armas que portaba en sus manos.

—Más de lo que cualquiera se imagina.

Lyon intercambió una mirada con John, quien mantenía su atención sobre su hermano. A ninguno de los dos Guardianes les pasó por alto el giro que habían dado los acontecimientos.

—¿Y ahora qué hacemos?

Shayler volvió lentamente la mirada hacia él, entonces a su hermano y respondió con absoluta claridad.

—Vosotros dos, podéis comenzar por desaparecer de mi vista —declaró alternando la mirada entre ambos—. Y que sea durante un largo periodo de tiempo.

—Oh, vamos, cachorro, te guste o no, es nuestro deber estar pegado a tu culo —le aseguró Lyon con un gesto de aburrimiento—. Ve acostumbrándote.

John sacudió la cabeza y paseó la mirada por los alrededores en dónde la policía humana y su servicio de bomberos llegaban para investigar lo ocurrido a la vista de los cascotes y cristales que quedaron esparcidos por los recientes sucesos. Afortunadamente, los guardianes habían llegado a tiempo de evitar un daño mayor y no les fue difícil hacer creer a los ingenuos mortales que habían sido víctimas de una fuga de gas. Su poder los escudaba de los recién llegados ocultándoles su presencia.

—No me ha gustado y no quiero tener que repetir —murmuró John volviéndose ligeramente hacia su hermano—. ¿Entendido?

Shayler se limitó a devolverle la mirada para finalmente darles la espalda y alejarse caminando sin decir ni una sola cosa más.

Nyxx arqueó una ceja ante la conducta del joven Juez y fijó su atención en los otros dos hombres que observaban como se alejaba su compañero.

—¿10? —murmuró de pronto Lyon volviéndose a mirar a John.

—Que sean 5 —respondió el aludido.

—¿Tú crees?

El Cazador miró a ambos Guardianes sin entender ni una sola palabra de lo que estaban hablando.

—No durará mucho más.

—¿Durará? —se atrevió a indagar Nyxx.

Los dos se volvieron al unísono hacia él haciendo que se le pusieran los pelos de punta. Algo difícil de lograr.

—Bastet —respondió John con un encogimiento de hombros.

—Si Shayler no decide matarla antes —aceptó Lyon, entonces se volvió hacia Nyxx—. No te preocupes, lobo, el Juez se encargará de traerla de vuelta.

Nyxx se limitó a contemplar a los dos hombres que se despidieron de él con una leve inclinación de cabeza antes de darle la espalda y desvanecerse a los pocos pasos. Con un pesado suspiro echó un nuevo vistazo a la zona en un último intento de dar con aquel que había perturbado y desatado el caos que envolvió a Dryah pero no encontró nada. Entonces, él también se desvaneció.

Tarsis volvió a sonreír ampliamente provocando un ceño en la mujer que lo acompañaba, había resultado más fácil de lo que esperó en un principio, lástima que el final no fue el que él deseaba pero el desarrollo de los últimos acontecimientos bien valió el esfuerzo.

—Podrías haber conseguido que nos matara a todos nosotros —se quejó su compañera.

Su mirada giró muy lentamente hacia la mujer quien hizo un nuevo puchero al ver que por fin tenía su atención.

—¿Y quién era el estúpido de la máscara? —continuó con sus quejas.

—Esto no fue más que la presentación, querida mía —le respondió Tarsis, sus labios retorciéndose en una satisfecha sonrisa—. Ahora debemos preparar el segundo acto.

Terra sonrió con lascivia y se inclinó sobre él, los generosos pechos se derramaron de su escote al asomarse sobre su brazo.

—¿La utilizarás a ella? —ronroneó la mujer.

—Todo a su tiempo —le dijo mientras bajaba la mirada a sus pechos—. Todo a su debido tiempo.

CAPÍTULO 15

El tiempo no significaba nada para ellos, la luz y la oscuridad sólo eran una mezcla grisácea que se daba cita en la amplia y circular sala de piedra que hacía las veces de mirador para un mundo que solamente podían contemplar. Su interferencia era escasa, inexistente y con todo, siempre parecían estar presentes en cada una de las decisiones que impulsaban a los humanos y dioses por igual. Su voluntad era la voluntad del universo, su esencia la fuente de todo poder, relegados a una existencia eterna e intemporal, se los conocía como La Fuente Universal.

Las paredes lisas reflejaban la luz y creaban ligeros destellos que se derramaban sobre la menuda figura arrodillada en el suelo, frente a ella se extendía un pequeño charco de espeso líquido plateado contenido por un círculo de piedra con extraños símbolos. Sus dedos se movían por la superficie y creaban pequeñas ondas que iban y venían, el largo cabello libre de la capucha de su túnica se derramaba en cascada hasta el suelo tiñendo de un blanquecino rubio su oscura túnica. Parecía una pequeña y delicada ninfa con la piel del color del nácar, sus ojos dos oscuros trozos de cielo que se destacaban en un rostro femenino de belleza indescriptible y que mostraban la profundidad del universo. Una ninfa luminosa contrapunto de la oscuridad.

Su mirada estaba fija en el charco mientras escudriñaba a través de las imágenes que se formaban con la claridad de quien ve a través de un cristal bajo el agua.

—Prometimos no interferir. —Una voz oscura, profunda sonó a su espalda.

Zhalamira alzó sus ojos azules hacia él y asintió. De pie, frente a ella, con la piel tan oscura como clara la suya, se alzaba su compañero y consorte, la oscuridad para su luz, su mirada obsidiana se encontró con la suya y le devolvió el gesto.

—Era necesario. —Su respuesta fue un musical susurro—. Se está desviando de su camino, su alma ha vacilado, todavía no está completa.

Él sacudió la cabeza y su pelo negro acusó el movimiento. Casi tan largo como el de ella, lo llevaba atado en una coleta en la base de la nuca.

—Nuestro Juez es un buen artesano.

Ella asintió.

—Pero no puedes conseguir una obra maestra si no cuentas con los medios adecuados.

Él posó la mano sobre su menudo hombro. Su rostro se alzó y sus ojos se encontraron.

—Estás interfiriendo de nuevo —respondió con un suspiro.

Ella sonrió con ternura.

—Un poquito —respondió antes de volver la mirada hacia el agua plateada y concentrarse en la nueva imagen que empezaba a aparecerse—. Y sólo por él.

La mujer se inclinó hacia delante, susurrando hacia la imagen que poco a poco iba tomando forma en el estanque. Como una película que se ve a través de una cortina de agua mecida por el viento, la escena se veía acuosa permitiendo distinguir por momentos la figura femenina. Tendida sobre una enorme cama cubierta con almohadones y sábanas de satén en tonos dorados, la rodeaban cuatro enormes postes de alabastro de los que colgaban unas suaves cortinas trasparentes en un estilo arabesco.

—Tu destino, *Libre Albedrío*… estás encadenada a él…

Dryah se revolvió lentamente en aquella suave calidez que la envolvía con mimo, que la acariciaba con palabras tiernas y la arrullaba alejándola del dolor y la angustiosa soledad que había conocido incluso desde antes de su despertar. A lo lejos, como formada por un coro de varias voces oyó nuevamente aquella extraña voz que acudía continuamente a ella tras su despertar.

«Tú destino… estás encadenada a él…»

¿Encadenada? ¿Destino? No. Negó mentalmente con la cabeza, ahora no quería saber nada del destino, quería quedarse así, en aquella tibia calidez y permitir que aquellas manos la arrullaran y calmaran el dolor que impregnaba su piel y su alma. Suspiró cuando sintió la fuerza de esas caricias deslizándose por sus hombros, moldeando su espalda para volver a ascender por sus brazos, disfrutó de la fuerza de su proximidad, de su conocido aroma mientras se amonestaba a sí misma interiormente por permitir tal cercanía.

¿Qué estaba haciendo? ¿Por qué permitía tal cosa?

«Abre los ojos a tu destino, Libre Albedrío».

Ella gimió y creyó sacudir la cabeza durante un instante sólo para ser recompensada al siguiente por un calor muy distinto y sensual que la recorría por entero y confluía en su bajo vientre. Las codiciosas manos le acariciaron la espalda y arroparon su cuerpo con un inesperado peso.

«Abre los ojos».

—Te he echado de menos. —Oyó su voz clara y masculina al oído.

Ella apretó aún más los ojos, pero sus propias manos se movieron tímidamente topándose con los fuertes y cálidos músculos de sus brazos.

—Abrázame. —Las palabras surgieron de su boca antes de que pudiese pensarlo mejor.

Unos brazos fuertes la rodearon y atrajeron contra el fuerte y cálido pecho. El picante y especiado aroma se filtraba por su nariz, embriagándola y haciéndola cada vez más consciente de su proximidad.

—Estás temblando —le susurró él al oído.

Ella reaccionó acurrucándose más contra esa piel que calmaba la suya propia.

—Esto es un sueño, ¿verdad? —murmuró al tiempo que apoyaba la frente en su pecho—. La realidad no es tan cálida.

Le escuchó reír y sintió su aliento acariciándole el oído.

—La realidad puede ser tan cálida como quieras que lo sea —le dijo—. Sólo tienes que acercarte a mí.

Suspiró, al menos en los sueños podía permitirse ser sincera.

—No puedo —musitó mientras apretaba con fuerza los ojos, no deseaba abrirlos y despertar—. Eres mi verdugo.

Una cálida mano serpenteó entre los dos hasta alcanzar su barbilla y alzársela hacia arriba, ella tuvo que luchar con la necesitad de apretar aún más los ojos.

—Mírame. —Su voz portaba aquella cadencia que la instaba a obedecer.

Sacudió la cabeza, no estaba preparada para arriesgarse de esa manera, no cuando al abrirlos podía encontrarse con la solitaria realidad.

—No —negó con obstinación y se pegó más a aquel cuerpo que le servía de abrigo—. No quiero despertar.

Una suave risa le acarició la piel y calentó su cuerpo.

—Abre… tus… preciosos… ojos —le decía mientras depositaba pequeños besos sobre estos y su rostro—, estaré aquí… justo aquí mismo cuando lo hagas… te lo prometo.

Negó una vez más con la cabeza, las traicioneras lágrimas surgieron entonces entre ellos y se deslizaron por sus mejillas.

—No deseo esto… acaba conmigo de una vez —pidió sintiendo como se le formaba un nudo en la garganta—. Entrégame aquello que me condena o me libera y termina ya.

Sintió como el cálido cuerpo masculino se movía, cambiando de posición y acto seguido se encontró con las manos de él aferrándole el rostro y sus acuosos ojos ahora abiertos contemplándose en los de él. No tenía dudas, había llegado a conocer muy bien aquellos cálidos ojos azul cielo velados por la pasión y el anhelo, una mirada peligrosa y ardiente que la hizo retroceder en más de una ocasión y que ahora sólo le aceleraba el pulso.

—Déjame ir… por favor… Shayler.

Ella lo vio negar con la cabeza, sus ojos oscurecidos por un dolor y una desesperación que no entendía.

—No permitiré que nadie te aparte de mí, no ahora que te he encontrado.

Se lamió los labios dejando que las palabras brotasen de sus labios, después de todo nadie podría dañarla en aquel lugar, en los sueños.

—¿Cómo puedo confiar en ti? —le preguntó con desesperación—. ¿Cómo puedo confiar en nadie? Mira lo que ha pasado hasta ahora, estoy rota…

Él posó el dedo índice sobre sus labios y detuvo sus palabras.

—Soy tu otra mitad, tu destino.

¿Su destino? ¿Sería él realmente su destino?

—Soy la pieza que encajará y hará que por fin te sientas completa.

Ladeó la cabeza y contempló ese rostro tan conocido y al mismo tiempo tan enigmático.

—Los sueños se evaporan con la salida del sol, Shayler. —Pronunció su nombre sin temor, sin miedo sólo por el placer de ver cómo sonaba en su lengua. Era tan extraño, saber que todo formaba parte de un sueño, que lo que allí ocurría estaba muy lejos de ser la realidad y con todo, se sentía tan increíblemente bien entre sus fuertes brazos, abrigada y protegida, como si aquel fuese el lugar al que pertenecía y el que debería ocupar.

—En ese caso te lo mostraré cuando estemos a plena luz —le aseguró sin apartar su mirada de la de ella, su piel, su cuerpo presionando suavemente el suyo—. Y entonces ya no tendrás duda de a quien perteneces, porque eres mía, bonita e iré contra el mismo universo si es necesario para conservarte.

Cerró nuevamente los ojos y sacudió la cabeza en una negativa, entonces permitió que la calidez y la amabilidad de aquel hombre la rodearan durante un instante antes de que su conciencia tirase de ella hacia un nuevo despertar.

El sudor le empapaba el cuerpo y se deslizaba entre sus pechos cuando finalmente abrió los ojos. Se quedó inmóvil, tratando de regular la respiración pues el aire que parecía haber huido de sus pulmones por decisión propia mientras su cerebro salía de la niebla inducida por el sueño y volvía a la realidad. Sus manos se abrieron a hacia los lados, acariciando la firmeza de un colchón para luego ascender tímidamente hacia su propio cuerpo, el tacto de la tela contra su piel la hizo soltar el aliento que retenía al comprobar que estaba vestida. Su mirada recorrió entonces la solitaria cama y los cortinajes que la envolvían en un cálido capullo.

—¿Juez? —llamó en voz baja, temerosa de que el alzarla pudiera traerle del sueño a la realidad. Tragó saliva y probó de nuevo, esta vez con su nombre—. ¿Shayler?

Nadie respondió, su corazón latía acelerado mientras se volvía hacia ambos lados escarbando a través de la tenue oscuridad sin encontrar ni una sombra o relieve que pudiera indicar que había alguien más con ella.

«A menudo los sueños son más sinceros que la realidad, mi alma».

La repentina voz surgida de sus más recónditos recuerdos trajo hacia ella una conversación del pasado. La voz de Eidryen había sonado alta y clara mientras la consolaba después de que se despertara gritando por una pesadilla.

—A menudo los sueños son más sinceros que la realidad. Nuestros anhelos, nuestros miedos se reflejan en ese espejo del alma cuando dormimos porque es el único lugar donde sentimos que estamos a salvo. Si sueñas con un pastelillo de fresas y su aspecto te parece delicioso, sin duda es porque lo has visto en algún lugar antes de ahora y lo deseaste. Los sueños nos revelan aquello que deseamos y no nos atrevemos a alcanzar, Dreamara, una caricia, un beso, un sólo gesto amable que sabes que no puedes tener en la realidad, se hará real en tus sueños.

Se estremeció cuando las palabras hicieron eco en su mente, se rodeó a sí misma con los brazos intentando alejar el repentino frío que le puso la piel de gallina.

—No —susurró en voz baja, temerosa de que algo más que un susurro pudiera conjurarle allí.

Había deseado que la abrazara, deseó su calidez, su amabilidad, los había buscado como un sediento busca una fuente en la que calmar su sed porque sabía que aquello era lo que quería en realidad. Quería que la abrazaran, que la abrigaran con calidez y amabilidad, pero por encima de todo, ansiaba que alejaran la soledad que la devoraba por dentro y que parecía hacerse más grande a cada paso. Pero ¿por qué con él? ¿Por qué de entre todas las criaturas había tenido que ser él y no Eidryen? Eidryen la había protegido, la había abrazado… Y la había abandonado cuando más lo necesitaba, aceptó para sí. Shayler en cambio se había mostrado sincero desde el principio, no se molestó en mentirle diciéndole que todo saldría bien si no que fue brutalmente franco en sus palabras. Vida o muerte, le había dicho dándole a elegir.

—Ni hablar —sacudió la cabeza con energía y desterró las cavilaciones que vagaban por su mente—. Él es mi carcelero… no mi libertad…

Gateando sobre la cama se acercó a las cortinas que se unían a los pies y las separó viéndose inundada casi de inmediato por un sentimiento de reconocimiento seguido por otro de sorprendida negación. Recorrió la habitación de derecha a izquierda reparando en pequeños detalles que conocía realmente bien, sus pies descalzos tocaron el frío suelo de mármol oscuro nada más dejar la enorme cama de cuatro retorcidos postes, dos enormes columnas se alzaban del suelo al techo decoradas con antiguos jeroglíficos y servían de soporte para el altísimo techo en forma de cúpula. Sabía sin lugar a equivocación que más allá de esos pilares estaba la antigua sala ricamente amueblada y decorada en tonos marrones, dos enormes puertas de alabastro cerraban el paso a una de las salas de baños más grande que había visto en toda su existencia. El aroma a incienso perfumaba el ambiente aumentando su misticismo.

—No puedo creerlo —musitó para sí mientras cruzaba la amplia habitación y atravesaba el soporte que formaban las dos enormes columnas para dirigirse hacia la izquierda donde un enorme arco cubierto con sedas entrecruzadas sobre su cabeza hacía las veces de puerta.

Dryah se detuvo en seco cuando un hombre de proporciones gigantescas se interpuso en su camino antes de dejarse caer sobre una rodilla, con un puño apoyado en el suelo y el otro cerrado sobre su corazón. Su atuendo dejaba más bien poco a la imaginación. Vestido con unos ceñidos pantalones de piel que envolvían unos poderosos muslos y unos brazaletes de metal rodeando sus hinchados bíceps, parecía una enorme estatua de cabello negro inclinada ante ella. Su voz sonó profunda y resonante cuando habló, su rostro se alzó lo suficiente para que pudiese vislumbrar parte de la máscara que se adaptaba a su rostro como una segunda piel y que simulaba la mirada

de un felino.

—Mi ama ha dispuesto que os reunáis con ella tan pronto estuvieseis despierta, mi señora.

Ella arqueó las cejas y ladeó la cabeza antes de responder:

—Llévame a ante ella. Estoy deseosa de oír lo que quiera tenga que decir.

El hombre inclinó la cabeza a modo de asentimiento, se incorporó y una vez comprobó que ella lo seguía la condujo a lo largo de los extensos corredores que formaban aquel laberíntico palacio egipcio.

Aquella mujer y su predilección por los gatos.

Shayler bajó la mirada al minino con pelaje marrón atigrado que ronroneaba y se enroscaba en sus piernas dándole la bienvenida. Al gato le faltaba parte de la cola y su oreja derecha mostraba una división en la punta, por no hablar de la enorme cicatriz atravesándole la parte derecha de la cara escapando por poco a su rasgado ojo de color miel. El hombre esbozó una mueca y se agachó para recoger al maltrecho minino.

—Hola viejo —lo saludó mientras lo acariciaba—, se te ve bien.

El gato maulló mirando al hombre y ronroneó frotando su cabeza con la barbilla de Shayler.

—Sí, yo también te he echado de menos, pero no se lo digas a Horus, ya sabes lo sensible que es —sonrió rascándole la cabeza al gato—. ¿Dónde está Bastet, chico? No habrás visto de casualidad también a una pequeña y preciosa muchachita rubia, ¿um?

El gato se limitó a ronronear más fuerte disfrutando del momento de atención. El Juez sonrió para sí y paseó la mirada por el extenso lugar, se fijó en las novedosas lámparas que cubrían aquella parte del edificio y que en su anterior visita no estaban y los dispersos divanes estratégicamente colocados con aquellas escandalosas pinturas de las paredes… Había cosas que realmente no cambiaban. Poniendo los ojos en blanco ante el peculiar gusto en arte de la dueña del lugar dejó al gato en el suelo y continuó por el corredor. El minino se tomó su tiempo para arreglarse el pelaje antes de salir raudo tras él y pasarle con un gracioso salto mientras sus cuatro patas se movían con la típica elegancia felina.

—Muy bien, chico, llévame con tu ama —murmuró y echó un nuevo vistazo a la pared de su derecha solo para fruncir el ceño ante aquella espantosa pintura—. Va a tener que explicarme muchas cosas.

Y la primera de ellas sería el por qué la muchacha había terminado en sus dominios. La noche anterior fue infernal, lo que había sido un prometedor comienzo terminó en un descenso en picado y sin frenos hacia el desastre total. Sabía que la inesperada presencia de los dos guerreros no hacía otra cosa que echar por tierra todos sus esfuerzos en acercarse a ella, en hacer que confiara en él; El pensar en su hermano y en su compañero de armas todavía le hervía la sangre. Entendía y no le quedaba más remedio que aceptar lo que los motivó a intervenir, para ellos su seguridad era lo primero, él habría hecho lo mismo si se tratase de alguno de ellos, pero su interrupción y más que todo, la palpable amenaza que habían supuesto para Dryah lo había sacado de sus casillas. Ver el temor en el rostro de ella, fue suficiente para que deseara hacerles picadillo en el lugar, de hecho, no tardó en dejarles perfectamente clara su opinión acerca de su presencia no solicitada en el *Antiquerum*.

Odiaba reconocerlo, pero John tenía razón: Tenía un problema. Uno de proporciones catastróficas en la personificación de aquella pequeña rubia y hasta que concluyera con ello, las cosas irían de mal en peor.

El gato volvió a maullar llamando su atención, el minino se había detenido en una

intersección y posteriormente giró hacia la izquierda esperando que lo siguiese. Shayler tomó el mismo camino que el animal y entró en otra sección del lugar, una sala mucho más amplia con extensos ventanales sin cristal que dejaban pasar la cálida brisa y el calor de aquel oasis; Como el pasillo anterior, cada columna y espacio estaba lleno con divanes y absurdas estatuas o figurillas de gatos y de algún que otro miembro del panteón Egipcio.

El remanso de paz que constituía aquel antiguo templo no era fácil de encontrar, nadie que no hubiese sido previamente invitado invadía los dominios de la diosa Bastet; El oasis no estaba al alcance de los ojos de los humanos.

—Tan decadente como de costumbre —murmuró echando un vistazo rápido a la habitación antes de cruzarla sin prisas y penetrar en otro corredor como el anterior.

Necesitaba encontrarla, tenía la urgente necesidad de comprobar que se encontraba bien. No podía quitarse de la cabeza, ni tampoco del corazón, la absoluta sensación de desesperación que lo golpeó procedente de ella, el miedo y la indefensión que percibió incluso en la distancia cuando desató su poder y se vio incapaz de retenerlo. Sacudiendo la cabeza para alejar aquellos pensamientos se concentró en el presente y en dar con la chica y su captora.

—Esta vez has ido demasiado lejos, Bastet.

Bastet holgazaneaba sobre un amplio diván color crema tendida cuan larga era, con la piel color canela y un largo y rizado pelo castaño enmarcando los felinos ojos verdes mientras ojeaba las páginas de una revista de moda. Vestida con un moderno y despampanante traje que encontrarías en el Vogue y unas adorables sandalias a juego era la personificación de la belleza, elegancia y los gustos caros. Sus largas y cuidadas uñas tamborileaban de manera distraída el papel cuando oyó el roce de las puertas que aislaban aquella parte del templo del resto. Irguiéndose inmediatamente dejó su entretenimiento a un lado y apretó las manos con nerviosismo mientras esperaba a que las dos enormes hojas se abrieran para dejar entrar a la muchacha. La mirada de la diosa se demoró sobre la delicada y poderosa figura que se alzaba frente a ella cual orgullosa criatura, el pelo anteriormente largo de Dryah había sido reducido a unos desordenados mechones y sus ojos poseían ahora una profundidad sólo conocida por aquellos que han vivido una eternidad y la han perdido en un instante. El dolor que se instaló en su corazón no era nada comparado con el que relucía en las profundidades de aquella mujer, había algo que parecía no encajar del todo bien, como si su alma hubiese sido fragmentada y vuelta a pegar de manera descuidada. Abandonando su lugar junto al suntuoso diván, bajó los tres peldaños que separaban el estrado del resto de la gran sala.

—Gracias al sagrado Nilo que estás bien —la recibió, su voz matizada por un leve acento árabe cuando hablaba en inglés.

Dryah suspiró, miró al hombre que la acompañaba y con un leve gesto de agradecimiento atravesó las puertas abiertas de par en par. Dos colosales estatuas que representaban el cuerpo de una mujer con la cabeza de gato y el cuerpo de un hombre con la cabeza de un halcón franqueaban su entrada en aquella sala del trono de la Antigua Diosa Egipcia Bastet, protectora de los infantes y las mujeres embarazadas. Una de las pocas diosas de la antigüedad que se habían acomodado a los designios del universo y contemplaba desde su oculto oasis el transcurrir de los tiempos. Además, ella era la única de las pocas personas que no la habían tratado en algún momento como a una paria.

Nada más llegar a su altura, la chica le dedicó una ligera sonrisa que esperaba borrase del rostro de la compasiva diosa la luz de preocupación que adivinaba en sus ojos.

—Hola Bastet.

La mujer pareció contener el aliento mientras la miraba de arriba abajo.

—¿Hola Bastet? ¿Eso es lo único que se te ocurre decirme después de todas las preocupaciones que me has hecho pasar? —se quejó al tiempo que se retorcía las manos.

Ella esbozó una sonrisa irónica, no pudo evitarlo. La indignación en la voz de la mujer sólo hacía más profundo el tenso nudo que permanecía en su interior.

—¿Preocupaciones, mi señora? ¿Debo suponer entonces que mi repentina presencia aquí puede ser explicada de una manera convincente? —sugirió, su voz adquirió un borde de dura ironía y amargura—. No recuerdo haber solicitado asilo, ni mencionar tu nombre para que apareciese uno de tus sirvientes y se me llevara sin más. Con sinceridad, no lo encuentro divertido.

La mujer se tensó y ella se odió a sí misma al ver el brillo de dolor que pasó fugazmente por sus ojos verdes. La había herido y aquello contribuyó a que se sintiese aún peor, después de todo Bastet nunca había sido si no cariñosa y amable con ella.

—Lo siento —susurró casi de inmediato—. Han pasado demasiadas cosas y… esto me supera.

Bastet se adelantó lo suficiente para quedar frente de la muchacha, lo cual se hacía algo difícil dado la altura y el cuerpo de amazona de la diosa. Tomándole la barbilla con dos delicados dedos, la obligó a alzar la mirada para encontrarse con la suya.

—Nada que te incluya a ti como trofeo da significado a la palabra diversión, no en mi diccionario, Dreamara —aseguró con tono admonitorio, finalmente sacudió la cabeza y dejó caer la mano por el brazo de ella—. ¿Realmente esperabas que me quedara de brazos cruzados mientras eras arrancada de la seguridad en la que te dejó Eidryen y lanzada al mundo cual niña desvalida, a merced de todos esos imbéciles sin un solo gramo de materia gris en el cerebro? Mírate, por Horus, mira lo que le han hecho a tu pelo por no mencionar lo pálida que estás.

Ella dio un paso atrás en un intento por mantener su espacio y no sentirse agobiada por la preocupación maternal en la voz de la mujer.

—Mi pelo volverá a crecer —aseguró restándole importancia.

Bastet la miró durante unos instantes, entonces sacudió la cabeza y declaró con voz firme.

—Dime quien le hizo eso a tu preciosa melena, lo encerraremos en una tumba llena de cobras —prometió la mujer, sus ojos brillando con el poder de sus palabras.

Aquello le arrancó una sonrisa y le recordó que la dama frente a ella era muy capaz de cumplir su promesa.

—Sabes, Bast, un *«Dryah, quiero verte»*, habría sido una manera más fácil y menos extrema de traerme ante ti —aseguró al tiempo que se apartaba el pelo de la cara—. Esto no ha hecho si no complicar más las cosas.

La diosa se enderezó y suspiró. Finalmente sacudió la cabeza.

—Estaba muerta de preocupación por ti, mi querida —declaró en un susurro—. Eidryen jamás debió permitir esto.

Se tensó interiormente ante la mención del Dios del Destino.

—Eidryen hizo lo único que podía hacer —murmuró en voz baja, su mirada vaciló antes de volver a la diosa—. Al igual que lo han hecho todos desde mi reciente despertar. Si sus elecciones y decisiones han sido correctas o no… yo no…

Bastet resopló ante aquella respuesta.

—Está claro que ninguno actuó con demasiada brillantez —la interrumpió la diosa, su tono de reproche cambió rápidamente al notar el aire de tristeza en ella—. Lamento mucho que Eidryen se haya ido, tesoro, si lo hubiese sabido…

Ella la interrumpió.

—El Destino eligió su camino… es, como debería haber sido.

A Bastet no le pasó por alto el tono subyacente en su voz, el resentimiento todavía estaba allí y aunque Dryah no pareciera consciente de ello, sabía que pasaría algún tiempo antes de que se desvaneciese por completo y no podía culparla por ello. Haciendo esa línea de pensamientos a un lado, retomó la conversación desde otra perspectiva.

—¿Y cómo diablos terminaste en la ciudad de Nueva York? —le preguntó con curiosidad —. En el mundo humano, nada menos.

Ella volvió la mirada hacia la diosa y se encogió de hombros.

—Eso es, cuando menos, difícil de explicar —suspiró y bajó la mirada a sus pies descalzos. Le sorprendía no sentir el frío del suelo de mármol negro—. El Concilio me convocó tras mi despertar, Seybin hizo su aparición estelar y a partir de ahí todo ha ido cuesta abajo y sin frenos.

—Sabía que debía haberlo castrado hace siglos —masculló la diosa en voz baja, más para ella que para su pupila.

Dryah no pudo evitar sonreír ante la tajante respuesta.

—Seybin lo hizo para protegerme, o eso creo. —En realidad las acciones del dios no podía adjudicarlas a nada concreto, ignoraba si aquello obedecía a sus deseos y necesidades o a las de alguien más—. Con… el paso al otro lado de Eidryen y el de Elora… surgió un nuevo poder para mantener el Equilibrio del universo. El *Libre Albedrío* necesitaba un avatar y me despertó como lo que ves ahora ante ti. Eso sólo removió el avispero de los dioses y pronto me encontré ante los Ancianos, con Seybin arreglándoselas para sacarme de en medio y enviándome al mundo humano. Las cosas a partir de ahí… digamos, que se complicaron aún más.

—Malditos dioses y sus desmesurados egos —resopló la así llamada diosa, sus ojos verdes brillaron con luz propia reflejando el crudo poder que crecía en su interior—. Hombres… no sirven para nada.

No pudo evitar señalar con un gesto de la barbilla hacia el siervo que todavía permanecía en pie cual sombra al otro lado de las puertas, lejos de ellas.

—¿Y lo dice la diosa que tiene un harem de hombres como subordinados? —comentó con sutileza. Nunca había comprendido el orgullo que sentía Bastet al contar con tal contingente de hombres a su servicio. Ella parecía enorgullecerse de contar con todos ellos entre su guardia personal. En una ocasión le había dicho que sus pericias iban más allá de su talento como soldados pero Dryah había preferido no indagar más. La ignorancia a veces era una bendición.

—Eso es distinto —chasqueó la diosa moviendo una mano, sin dedicar siquiera una mirada hacia su subordinado—. Son hombres, los utilizas para lo que necesitas y después te deshaces de ellos, es algo que llevan inscrito en los genes desde que la humanidad existe. Los antiguos saben que ellos harían lo mismo con nosotras si se lo permitiésemos.

La diosa sacudió la cabeza y se volvió hacia ella, con una tierna mirada en su rostro.

—Hay mucho más allá de todo eso, mi querida —le acarició la mejilla con ternura—. No necesitas un hombre que te abra de piernas, necesitas amor… Y eso es más difícil de conseguir.

Amor. La palabra era más bien esquiva para ella. Toda persona por la que llegó a sentir cariño se marchó en un momento u otro dejándola sola a merced del destino. Entendía que aquella palabra era sinónimo de protección, amabilidad, cariño e incluso preocupación, pero no entendía la profundidad que otros le daban. Ella misma había visto el daño que se hacía en nombre del amor, su propia existencia se debía a ello y no estaba segura de querer conocerlo de primera mano.

—Hablas de los hombres como si fueses pañuelos de papel, desechables —comentó y ladeó el rostro en busca de alguna respuesta que le ayudase a entenderlo en el rostro de la diosa —. Prescindibles. Bastet, me han enseñado que cada ser se mide por lo que es, que hasta la cosa más insignificante en el universo tiene un valor y un cometido. No entiendo cómo encajan tus hombres desechables en ese concepto.

—Sólo son hombres, querida, no hay que buscarles otra razón —aseguro con un leve encogimiento de hombros. Entonces le sonrió con condescendencia—. Eres demasiado joven para entenderlo, no tengas prisa.

Dryah arqueó una ceja ante la risible idea.

—¿Demasiado joven? —Puede que no llevara tanto tiempo en el mundo como ella, pero ciertamente, no podía catalogársela de infante.

La mujer sacudió la cabeza y resopló.

—Puede que seas un alma vieja, Dryah, pero sigues siendo un bebé en cuestiones de la vida. —La aleccionó como una madre que explica las lecciones dela vida a una hija adolescente —. No tengas prisa por conocer lo que hay más allá de un hombre y limítate a disfrutarlo. Ya verás las estrellas cuando aparezca el indicado.

¿Disfrutarlo? ¿Ver estrellas? El estómago se le encogió con un ramalazo de inesperado calor cuando pensó en el húmedo sueño que la había despertado, sintió como le ardía la cara mientras se repetía interiormente una y otra vez que aquello era una locura. ¿Desde cuándo pensaba en el Juez en esos términos? Sí, tenía que admitir que era un hombre atractivo, risueño, a menudo conseguía arrancarle una sonrisa cuando nadie más podía, pero también era el único capaz de hacerla perder la paciencia con sólo una palabra, de llevarla más allá del miedo con un único gesto… ¡Maldición, estaba perdiendo la cabeza!

—¿Cómo supiste que era el indicado para ti? —Se encontró preguntando.

Bastet pareció bastante sorprendida ante la pregunta, pero la sorpresa pronto dio paso a la curiosidad cuando detectó el leve sonrojo en las mejillas de la rubia y su esquiva mirada.

—Cuando llega, simplemente, lo sabes —le dijo mientras observaba atentamente su reacción—. Nada vuelve a ser lo mismo, cada pequeña cosa que ha significado nada, se convierte en todo, su mundo, se convierte en tu mundo… es difícil de explicar.

La diosa caminó hacia ella, quedándose a su lado, pero sin invadir su espacio personal.

—¿Qué es lo que te preocupa? ¿Crees haber encontrado al indicado para ti?

Dryah respondió con una negativa demasiado rápida, el sonrojo en sus mejillas aumentó.

—No. Él no sería el indicado ni para una maceta. La consideraría culpable de quedarse sin agua, aunque no pudiera regarse sola —respondió atropelladamente—. Realmente, no entiendo por qué lo he visto en mi sueño, seguro como el infierno que yo no le invité a unirse a la fiesta.

Bastet frunció el ceño ante sus últimas palabras.

—Los sueños siempre han sido una ventana al alma —le recordó la diosa—. A menudo reflejan lo que nos está vetado en la realidad o aquello que nos da miedo a enfrentar.

—Pero yo no temo enfrentarme a él —resopló con demasiada rapidez, demasiada pasión —. Si lo único que deseo es que se marche de una vez, que se aleje de mí antes…

—¿Antes? —indagó Bastet, tratando de no presionar demasiado pero buscando al mismo tiempo una respuesta a tal misterio.

Dryah empezó a pasearse de un lado a otro de la enorme sala, la desesperación se notaba en sus puños apretados, en la tensión de su erguida espalda y sus rápidos pasos.

—No lo sé —negó y dejó escapar un agotado suspiro al tiempo que se pasaba una mano por el pelo—. Ése es el problema… que no lo sé y necesito que se marche antes de que el

averiguarlo suponga más complicaciones para mí de las que ya tengo con el *Antiquerum* encima de mi cabeza.

La diosa realmente se sobresaltó, sus ojos verdes se abrieron desmesuradamente y sus labios se abrieron y cerraron varias veces antes de que pudiera decir:

—¿El Juicio de los Dioses? —No, se resistía a creer aquello—. No, eso no es posible. ¿Qué gran daño has podido hacer tú para…?

La chica arqueó una ceja en una perfecta imitación del gesto más utilizado por el Juez.

—¿Qué no puede ser? —se rio de mala gana—. Desde que abrí los ojos y sentí como Eidryen se alejaba para siempre de mí, he sido arrastrada y abandonada por Seybin en el mundo humano, sentenciada a un *Antiquerum* por el Consejo de Ancianos y juzgada por el hombre más obstinado e insistente de todo el universo. Y no contento con eso me dio como ultimátum; o controlas tu poder, o te encierro de nuevo… y eso en el mejor de los casos. Y como el Juez Supremo no era suficiente, fui atacada y amenazada por sus guardianes lo que desembocó en una pelea entre los tres hombres y el posterior asentamiento de sus inmensos egos en el salón de mi casa.

Dryah tomó aire bruscamente, pues lo había dicho todo de carrerilla pero no se molestó en mirar a la mujer, de otro modo habría visto cómo sus ojos se ampliaban aún más por la sorpresa e incredulidad.

—Sé que hay algo que no quieren que sepa, el Juez se ha negado a compartirlo. Todos parecen saberlo menos yo, lo único que oigo una y otra vez es que yo soy la culpable de una u otra cosa y en realidad… ni siquiera sé que he hecho mal para que todos busquen mi muerte… Me culpan por no poder esgrimir un poder que ni siquiera he pedido.

Ella se abrazó a sí misma perdiéndose en los recuerdos.

—Oí aquella voz… vi el reflejo en el cristal… y entonces la voz de Tarsis lo ocupó todo. Sé que era su voz y me asustó hasta el alma, Bast. Él hizo que perdiera el poco control que había conseguido ganar sobre el *Libre Albedrío*, dolía y quemaba como el infierno… era como si me estuviesen arrancando las entrañas, separándolo de mí a la fuerza y yo quería que se fuera y al mismo tiempo necesitaba que se quedara, le necesitaba porque aunque no lograse entenderlo, soy yo misma. En un momento me sentí como me vieron todos, hecha pedazos, desgarrada por completo y al siguiente las piezas parecieron empezar a encajar cada una en el sitio correcto. El dolor empezó a remitir y una inexplicable calma traída por su voz logró que esos pedazos encajaran perfectamente, sentí la necesidad de ir hacia él y estaba a punto de alcanzarle cuando vi una… máscara de gato.

Dryah respiraba de forma agitada, su cuerpo se agitaba con pequeños temblores que la recorrían por completo, sus pupilas estaban dilatadas y las lágrimas brillaban sin derramar en sus ojos.

—Dreamara... —oyó la voz tierna y maternal de la diosa muy cerca de ella, seguida de una cálida mano en su hombro y otra deslizándose por su brazo.

—Dryah… sólo Dryah —pidió en un susurro temblando cada vez más—. Sólo Eidryen me llamaba Dreamara… y él ya no está y yo… yo no… no soy la que era…

—Shhh. —La mujer la abrazó suavemente contra su pecho—. Está bien, Dryah. Lo has hecho muy bien, él estaría orgulloso de ti.

Ella cerró los ojos con fuerza y respiró profundamente, llenando sus pulmones con la dulce y exótica fragancia de la diosa.

—No sé si podré continuar, ya no puedo más. Cada vez que me doy la vuelta hay alguien dispuesto a matarme o secuestrarme o… algo. Y no puedo seguir, sé lo que prometí, pero… es

que es demasiado —murmuró contra el pecho femenino.

Bastet percibió su desesperación, la angustia y necesidad de sentirse a salvo, abrigada en los brazos de la única persona que le había proporcionado verdadera seguridad y que ya no estaba entre ellos.

—Dryah…

Ella sacudió la cabeza y se apartó lentamente, apenas unos centímetros de la calidez de la diosa.

—Necesito que esto acabe —aseguró con toda la firmeza que le permitían las lágrimas que se negaba a derramar—. Que él emita su veredicto de una maldita vez y se vaya. Necesito retomar las riendas de mi vida… quizás maltrecha, pero mía a fin de cuentas… Lo único verdaderamente mío.

Bastet se apartó lo justo para encontrar su mirada.

—Estás hablando del… Juez Supremo. —Más que una pregunta era una afirmación—. Dryah, ¿él está rigiendo el *Antiquerum*? ¿Shayler está…? —No pudo completar la frase, sus ojos se cerraron con fuerza y su pecho ascendió y descendió con una profunda bocanada de aire antes de volver a abrirlos y clavarlos en ella—. ¿Es él?

Dryah sacudió la cabeza con cansancio apartando su mirada para luego volver a mirar a la diosa.

—Siempre es él —aseguró con resignación, entonces se percató de algo—. Le conoces, ¿no es así?

La diosa bajó las manos por los brazos de ella y le dedicó una tierna sonrisa antes de separarse de ella.

—Creía que sí… pero ya no estoy tan segura —aceptó con un suspiro.

—Eso duele, Bastet. —Habló una profunda voz masculina procedente del otro lado de la sala, la cual fue coreada por un sonoro maullido.

Las dos mujeres se volvieron al mismo tiempo para ver más allá del diván en el que había estado sentada la diosa un gato marrón atigrado bajando los escalones hasta envolverse en los pies de la mujer con un cómodo ronroneo y al Juez Supremo tras él.

—Y hablando del infierno… aquí llega el diablo —murmuró Dryah casi sin darse cuenta de lo que hacía. Al ver que la diosa se volvía hacia ella al oír su comentario se sonrojó—. Ya te lo había dicho.

La mujer negó con la cabeza.

—No, cariño, no tenía ni idea.

CAPÍTULO 16

Bastet bajó la cabeza hacia el gato que ronroneaba alrededor de sus pies y luego se giró hacia el recién llegado. Su mirada azul se cruzó con la de ella un segundo, acompañada por un respetuoso asentimiento para luego volver sobre la pequeña rubia que permanecía en pie a su lado y a la cual recorrió de arriba abajo en un minucioso aunque rápido examen que logró suscitar más curiosidad en la diosa. ¿Qué diablos estaba pasando allí?

Shayler se detuvo frente a la chica quien se mantenía con la frente alta, su mirada aguantando con firmeza la del hombre. Su mirada bajó entonces sobre el gato que lo acompañó en su paseo.

—Es más inteligente de lo que parece —le aseguró con cierta diversión—. No tenía idea de que podía entrar también desde la parte de atrás, ha sido divertido.

Bastet realmente puso los ojos en blanco antes de responder.

—Me sorprende que haya un sólo centímetro del templo que no hayas recorrido ya —aseguró la mujer con un tono de advertencia en su voz.

Él le dedicó un guiñó y se volvió nuevamente hacia la muchacha.

—Empiezo a pensar seriamente en atarte a mí de modo que no tenga que perderte de vista a cada momento y podamos terminar lo que hemos empezado sin tantas interrupciones —le aseguró con voz suave, su mirada recorriendo cada parte de su cuerpo haciéndola sentirse nerviosa e incómoda.

Ella entrecerró los ojos y apretó los puños antes de responder.

—Por una vez estamos de acuerdo en algo. Yo también estoy ansiosa por terminar con lo que hemos empezado —le espetó al tiempo que se echaba hacia atrás para poner más espacio entre ambos. Si su altura ya era considerable cuando estaba calzada, descalza, parecía aumentar —. Dame tu sentencia y acabemos ya con esto.

Él ladeó la cabeza y la recorrió nuevamente bajando por sus largas piernas enfundadas en unos gastados jeans hasta los pies descalzos, cuyos pequeños y delicados dedos tenían las uñas pintadas de un bonito color rosa. Muy sexy.

—¿Qué demonios haces descalza? —Más que una pregunta fue un gruñido. Un instante después, sus pies estaban calzados con unas cómodas sandalias que dejaban al aire los dedos de sus pies—. Así está mejor.

—Vete al…

Bastet carraspeó llamando su atención de vuelta hacia ella, en su rostro había suficiente curiosidad como para llenar una piscina. Shayler se acarició la perilla con un dedo evitando una sonrisa.

—Una inesperada visita —comentó entonces la diosa con una obvia pregunta en sus ojos.

—No abusaré de tu hospitalidad demasiado tiempo —le respondió él con una exagerada reverencia, para luego ascender la mirada hacia Dryah y disfrutar de la visión de sus pechos tensos contra la tela de la camiseta antes de advertirle—. Si vuelves a desaparecer nuevamente de mi presencia de esa manera, juro que te pondré sobre mis rodillas y te daré una zurra que no olvidarás en mucho tiempo.

—¡Shayler! —exclamó Bastet con tono admonitorio.

El Juez se volvió lentamente hacia la diosa, su mirada había perdido el borde juguetón y

volvía a ser absolutamente seria.

—No era mi intención traer mis asuntos a tu puerta, Bastet —le informó y se volvió hacia Dryah durante un breve instante—. Pero la dama está bajo mi custodia hasta que se resuelva un asunto que tenemos pendiente y que es de suma importancia llevarlo a su término, como oportunamente acaba de recordarme. Ella es asunto mío, Bast, te ruego que no interfieras.

A la diosa no le quedó otra que apretar los labios para morderse un par de insultantes respuestas.

—Yo no soy asunto tuyo —respondió Dryah, sus ojos azules iluminándose en obvio desafío.

Él se inclinó sobre ella para quedar más o menos a la misma altura. Una de sus manos subió a su rostro y le acarició la mejilla en su gesto destinado a apartarle un mechón de pelo de la cara.

—No vamos a discutir por eso.

Ella contuvo el aliento ante la extraña y repentina sensación que le produjo su tono y su proximidad. Conocía aquel tono, él le había hablado así en… sus sueños. Notando como la cara se le calentaba, dio un paso atrás y lo enfrentó.

—Nuevamente estamos de acuerdo, Juez, yo tampoco discutiré —declaró agobiada.

Él sonrió para sí y se acercó un poco más a ella, viendo como su bonito rostro se coloreaba con un sutil tono rosado al tiempo que se ponía tiesa y contemplaba las posibilidades de alejarse un paso más. Él la tomó de la mano y tiró de ella suavemente para susurrarle al oído:

—Sabes mi nombre, utilízalo —le recordó al tiempo que acariciaba el pabellón de su oreja con sus palabras—. O si lo prefieres, lo arreglaremos de otro modo… uno más placentero.

Ella trastabilló rápidamente apartándose de él todo lo que le permitía el agarre sobre su muñeca, sus ojos brillaban desafiantes mientras sus mejillas se teñían de rosa y separaba los labios lista para discutir. Una imagen de lo más sensual pensó mientras tiraba de nuevo de ella, haciéndola tropezar con sus propios pies.

—No, bonita —le impidió objetar al estirar la mano y posar el dedo índice sobre sus labios —. Sólo una advertencia por persona, tú ya has tenido más que eso. La próxima vez, simplemente me cobraré.

Él notó su ahogado jadeo de respuesta y el leve estremecimiento que recorrió el cuerpo femenino. Satisfecho alzó la mano para besarle el dorso de la muñeca y la soltó. Al volver de nuevo su atención sobre Bastet vio la sorpresa y una silenciosa pregunta que decidió ignorar impresa en sus ojos.

—Pero ahora me interesa más oír que tienes que decir en relación a tu huida —le dijo observando el rostro de la otra mujer, mientras que le hablaba a ella.

—Yo no huyo —masculló una vez recuperó la voz. Al hombre no le pasó desapercibido el divertido gesto que hacía al limpiarse la mano dónde la había besado en el pantalón—. Hay una gran diferencia entre huir y marcharse porque tu casa ha sido invadida por tres neandertales.

—Dos, si no te importa. Prefiero pensar que mis neuronas todavía me convierten en homo sapiens —le dijo mirándola de reojo—. No vuelvas a irte sin comunicármelo primero.

Ella bufó.

—¿Es que soy tu prisionera?

Él negó con la cabeza y se encontró con su mirada.

—No, Dryah. No lo eres —aceptó, su mirada fija en la de ella—. Pero sí eres mi responsabilidad. Se supone que tendría que haber la suficiente confianza entre nosotros como para que seas sincera conmigo.

Ella hizo una mueca.

—¿Cómo tú lo has sido conmigo, Juez? —le espetó en un mudo recordatorio del hecho de la discusión que tuvieron sobre ella en su propio hogar—. ¿Qué es todo ese asunto de la profecía? ¿Qué tiene que ver conmigo?

Él se tensó al escuchar sus palabras, ¿cómo era posible que ella supiese de la profecía? Entonces recordó que John le había estado increpando sobre ello, Dryah debía haberlo estado escuchando.

—No es nada que deba preocuparte —desechó la pregunta con naturalidad.

—No me lo creo —negó—. Me estás pidiendo que confíe en ti, pero tú sigues ocultándome cosas. No sé en qué mundo alternativo entiendes que eso es confianza… Shayler, pero en el mío, por muy reducida que sea mi experiencia, no lo es.

Antes de que él pudiera decir una sola palabra más, Bastet lo previno con una sola mirada, su advertencia era clara. Su voz sonó firme cuando se dirigió a él.

—Dame una buena razón por la que no haga uso de tu primera amenaza, pero contigo —le dijo al tiempo que se llevaba las manos a las caderas. Una postura que él había visto ya demasiadas veces y huido de ella otras cuantas.

Sonrió, no podía evitar hacerlo al pensar en la absurda amenaza de la diosa.

—¿Ponerme sobre tus rodillas… Bast? —le dijo en tono divertido, para luego chasquear la lengua y añadir—. Creo no equivocarme si afirmo ya estar un poco crecidito para las nalgadas ¿um?

Al ver la furibunda mirada de la diosa la cual iba completamente dedicada a él, alzó las manos a modo de rendición.

—Ruego disculpes mi comportamiento, señora mía —se disculpó ante la mujer, para luego añadir con total seriedad—. Pero Dryah está bajo mi custodia, está sometida a un *Antiquerum* por petición del Consejo. Es mi responsabilidad.

La mujer suspiró y asintió antes de volverse hacia la chica, quien ahora intercalaba la mirada de uno a otro.

—¿Cómo puede ser que hayas caído en las redes de este tunante?

Dryah arqueó ambas cejas ante tal declaración y miró a Shayler, quien cambió su atención del gato que se había enlazado entre sus pies a ella. Finalmente negó con la cabeza.

—Yo no he caído en las redes de nadie —respondió con demasiada franqueza. Entonces ladeó la cabeza y se encogió de hombros—. Él se ha limitado a hacer aquello que considera su obligación, poniendo bastante empeño en ello.

—Más de lo que debiera, diría yo —aceptó Bastet con un extraño tono en su voz. Su mirada voló entonces hacia el chico—. Y con más ardor que de costumbre.

Shayler alzó al gato en sus brazos y sonrió con petulancia a la mujer mientras acariciaba al minino.

—Demuestras mucho interés en un simple juicio, Shayler —le aseguró encontrando nuevamente sus ojos.

Él se encogió de hombros y sin dejar de acariciar al gato se dirigió una vez más a la diosa.

—El mismo que has demostrado tú al secuestrar a mi protegida —le recordó ladeando el rostro al decir—. ¿Qué diablos ha pasado ahora por tu cabecita, madre?

CAPÍTULO 17

Dryah dio un largo sorbo a su té mientras contemplaba en silencio como Bastet hablaba con Shayler, por el tono de su conversación y la obvia atención de la mujer para con el Juez parecía que hacía tiempo que no se veían. La diosa prácticamente los había arrastrado hacia una esquina de la gran sala, la cual estaba habilitada como un pequeño cenador con una mesa baja rodeada de enormes almohadones de aspecto mullido e insistió en que la acompañaran en la merienda. El paso del tiempo se confundía en su mente incapaz de distinguir si era de día o había anochecido, su reloj biológico era un completo desastre y el cansancio que venía acarreando de los días anteriores no ayudaba gran cosa. Su mirada vagó por las bandejas de pastelillos de los que estaba dando cuenta él con absoluto placer, pasando por las cortinas de seda de varias tonalidades que cubrían las paredes, el vaso que tenía entre las manos despedía un agradable aroma a vainilla al tiempo que entibiaba sus dedos. La luz se derraba sobre ellos procedente de unas lámparas de aceite situadas en pebeteros de pie, los cuales dotaban a la sala de una extraña calidez e intimidad.

—Estoy segura que aunque dejes de mirarla un segundo no va a esfumarse en el aire —oyó que decía Bastet mientras posaba la mano en la pierna del hombre.

Ella paseó la mirada de la diosa al hombre que se había acomodado a su lado para encontrarse con su mirada azul cielo puesta sobre ella.

—Estás a punto de caer rendida sobre los almohadones —comentó sin dejar de mirarla con esa paciente intensidad que utilizaba cuando la sabía cansada y más allá de cualquier protesta.

Tras enderezarse posó el vaso sobre la mesa.

—Estoy cansada, eso es todo —murmuró, entonces volvió su atención sobre ellos—. Digamos que no he tenido oportunidad de descansar apropiadamente durante las últimas… ¿horas? Ha sido un… día o noche o lo que sea… bastante intenso.

—Por decirlo de alguna manera —asintió él y extendió la mano sobre una de las bandejas cercanas para tomar un pastelillo entre sus dedos y acercárselo a la boca—. Venga, prueba. No has comido nada.

—No tengo hambre —negó y se acomodó mejor sobre los almohadones.

El pastelito seguía vagando por delante de su rostro.

—Sólo un mordisco y te dejaré en paz —la engatusó.

Suspirando, volvió a incorporarse con lentitud, por fin y le quitó el dulce de las manos y se lo llevó a la boca.

—Todo sea por librarme de ti durante un rato —le dijo mientras masticaba. Dio un nuevo sorbo a su té y trasladó su atención a Bastet, quien los miraba con una expresión indescifrable—. Así que, ¿cómo puede… esto… ser hijo tuyo?

La diosa rio al tiempo que Shayler se atragantaba con el trozo de pastel que cogió también para él.

—Es difícil de creer, ¿um? —se rio ella mientras veía como el chico fruncía el ceño.

La respuesta del Juez no se hizo esperar.

—Con eso te has ganado otro bocado, señorita respondona —le aseguró tomando un nuevo pastelillo de la mesa para acercárselo luego a los labios.

Tras poner los ojos en blanco, cogió una vez más el pastelillo de sus dedos y se lo llevó a la boca, para comérselo en dos bocados.

—¿Contento? —le espetó mostrándole las manos vacías para finalmente volverse de nuevo a Bastet—. Difícil no… pero increíble, se le acerca bastante.

La diosa sonrió.

—No lo veas cómo es ahora, cuando llegó a mí era un bebé de pocas semanas que habían dejado a las puertas de mi templo —comentó mirando a Shayler como si tratase de ver en él al niño de corta edad que había recogido—. En la antigüedad los humanos hacían cualquier cosa para conseguir el beneplácito y favor de los dioses, era común que trajesen ofrendas o entregasen a sus hijos para que fueran criados como siervos de los dioses.

—Entre los humanos se la conoce como la Diosa Egipcia Bastet, protectora del hogar, la fecundidad amorosa y como prototipo de la dulzura maternal… —añadió Shayler antes de completar en voz baja—. Claro, que eso es porque no la han oído pegando gritos…

La mujer arqueó una ceja en respuesta a su interrupción a lo que él extendió una mano y dijo:

—Mis disculpas, continúa por favor.

—También se me conoce como la Diosa de la Luna, protectora de los Nacimientos y Embarazadas —continuó sirviéndose otra taza de té y ofreciéndole a ella, quien declinó—. Así que, era impensable que dejase a un bebé indefenso y sin protección. Shayler no fue el primer infante que dejaban en mi puerta, en aquella época me temo que los Asuntos Sociales y los Hogares de Acogida no estaban en las listas de nadie, así que las sacerdotisas del templo eran lo más cercano que teníamos y las que se encargaban de criar a los niños y niñas que luego entraban a formar parte de esa misma servidumbre.

—Y entonces le vomité encima —anunció él como si estuviese confesando el peor de todos los pecados.

Bastet sonrió y Dryah vio la mirada soñadora en los ojos de la diosa.

—Sí. Eso fue lo primero que hizo cuando la sacerdotisa que lo había recogido en la puerta lo trajo ante mí —aseguró la mujer mirando a su hijo adoptivo—. Pero no fue nada comparado a la enorme sonrisa que me dedicó después y que se ganó mi corazón. Tenías que haberlo visto entonces, Dryah, era la cosita más linda que puedas imaginarte, pequeñito, con unos adorables cachetes que te daban ganas de estrujar y unos enormes ojos azules. No había forma de que no me enamorase de él a simple vista.

La diosa suspiró e indicó con un gesto de la mano al chico repantingado a su lado.

—Así que me ocupé yo misma de él, lo crie y eduqué hasta que se reveló su verdadero destino —concluyó con un gesto dramático—. Y adiós al lindo bebé, hola, Juez Supremo Universal.

—Gracias, madre, yo también te quiero —respondió el aludido lanzándole un beso.

—Aceptémoslo, es un chico muy mono aquí el espécimen masculino de enorme ego, pero nada en comparación a su época de bebé —continuó la mujer mirando a Shayler de reojo—, creo que todavía tengo algunas pinturas de entonces, las buscaré y…

—Gracias por el aperitivo, Bast. Todo delicioso —respondió repentinamente, poniéndose en movimiento, horrorizado ante la perspectiva de su madre enseñando fotos suyas de bebé. Puaj —. Pero tenemos que irnos… Ya. Dryah está cansada y…

—Dryah está perfectamente, gracias… Shayler —lo interrumpió ella con absoluta dulzura, haciendo hincapié en su nombre.

La diosa chasqueó la lengua.

—Cuando tengas hijos, lo entenderás, querido.

—Hablaremos de ello en el momento en que los tenga, gracias —aceptó levantándose para luego tenderle la mano a Dryah—. Ahora tenemos un juicio pendiente, así que… Dryah.

Ella miró la mano extendida, le sonrió y se giró hacia la diosa.

—En realidad, sí me gustaría ver esas fotos de bebé, Bastet —pidió con repentino interés.

Él entrecerró los ojos y se agachó lo suficiente para decirle al oído y que sólo ella le oyese:

—Si lo que quieres es verme desnudo, eso podemos arreglarlo… y sin fotos.

Ella se apartó de él lo suficiente para mirarle a la cara.

—Como si fueses a tener esa suerte —declaró ella y lo examinó lentamente—. ¿Cómo es que acabaste siendo Juez? ¿No te aceptaron en el colegio de Abogados?

El chico sonrió ante el tono irónico en su voz.

—Lo cierto es que tengo la carrera de Derecho, sí. Aunque mi meta era ser cantante —confesó de pie ante ella—. Pero era tan bueno, que pronto me aburrí… llega a cansarte que la gente te adule.

—Por supuesto —murmuró con ironía mientras echaba la cabeza casi por completo hacia atrás para poder mirarlo—. Sobre todo cuando el motivo de adoración es algo como tú.

Bastet ahogó una risita ante el intercambio de los dos jóvenes, hacía mucho tiempo que no veía como alguien le paraba los pies a su hijo de una manera tan contundente y que la persona que lo hiciera fuera esa delicada mujer la orgullecía aún más. Algo de su preocupación inicial se evaporó al ver que la pequeña alma era capaz de manejarse por sí misma, si bien, aquel lugar quedó rápidamente ocupado por la extraña sensación que notaba alrededor de ellos, un vínculo que no veía desde hacía muchísimo tiempo y que no hacía sino acercarlos más entre sí. El interés que Shayler mostraba por la muchacha iba más allá del simple coqueteo, podía intentar disimularlo bajo su típico carácter abierto y juguetón pero lo que veía en sus ojos distaba mucho de ser una simple seducción. La diosa tembló interiormente cuando una idea empezó a abrirse camino en su mente.

Su mirada fue de uno al otro mientras él aguijoneaba a la chica, Dryah respondía con seguridad, sin miedo aunque con la cautela que envolvía a un animal acorralado que espera que el cazador salte sobre sí. El sonrojo que a menudo cubría sus mejillas era un claro indicativo de que no le era indiferente.

—Quien iba a decirlo —murmuró Bastet para sí. La mirada de los dos chicos se volvió entonces hacia ella y la hizo consciente de que acaba de hacer tal reflexión en voz alta. En el rostro de su hijo había una obvia pregunta que decidió ignorar, mientras que Dryah bajó la mirada al encontrarse con la suya y aprovechó el momento de distracción para escabullirse sobre los almohadones y ponerse en pie. Una posición más ventajosa para ella.

Bastet sonrió para sí.

—Os quedareis a cenar, espero —declaró con absoluta naturalidad al tiempo que se levantaba y se acercaba a la muchacha, tomándola del brazo la alejó aún más de él—. Sé que estás cansada, ¿por qué no vas a la sala de baños? Te sentará bien relajarte después de todo el ajetreo de las últimas horas y podrás tener un buen masaje, los chicos tienen unas manos únicas…

“Por encima de mi cadáver”

La diosa arqueó una ceja hacia su hijo cuando escuchó su advertencia en la mente con absoluta claridad.

—Nada de masajes y nada de máscaras de gato —negó casi al mismo tiempo ella—. Pero la idea del baño no es mala.

—Claro que sí, mi querida —aceptó empujándola suavemente hacia uno de los arcos que había situados detrás de la tarima—. Me ocuparé que tengan todo preparado y nadie te moleste. Sólo relájate y descansa.

Ella asintió y miró por última vez a Shayler quien le dedicó un leve asentimiento de cabeza. La observó abandonar el salón con paso lento y cansado, hasta ese momento no se había dado cuenta de que estaba realmente agotada, si bien no le quitó la mirada de encima mientras estaba sentada y vio la falta de sueño en las profundas ojeras y el agotamiento en sus ojos azules, no se percató hasta qué punto hasta que la vio marcharse medio tambaleante.

Se giró hacia la mujer una vez que la chica desapareció de su vista.

—Bastet…

La diosa se le adelantó.

—No me meteré en tus asuntos —lo interrumpió, no necesitaba que le dijese nada—. Sabes que nunca lo hago y no quisiera empezar ahora, pero…

—Madre…

—No, escúchame —pidió caminando hacia él—. Te he visto demasiadas veces interesado en mujeres y luego con esa zorra sin corazón, Shayler, pero no había ni remotamente el interés que veo ahora en tus ojos. Verdadero interés.

Él no lo negó, sólo pudo sostener la mirada de la mujer que lo había criado y a la que adoraba. Bastet suspiró.

—¿Cuáles son realmente tus intenciones, Shay? —le preguntó, su voz reflejaba la preocupación que sentía—. Ella no es como las mujeres a las que estás acostumbrado, en muchos aspectos es todavía una niña.

Él se limitó a volver la mirada por donde el objeto de su deseo había salido.

—Shay, te conozco muy bien y sé la manera en que te conduces con tus mujeres —aseguró alzando una mano cuando él iba a protestar—. Jamás me he metido en tus cosas, hijo, es tu vida y la vivirás como quieras vivirla, pero ella no tiene a nadie ahí fuera que la guíe y no quiero que resulte lastimada.

Él se volvió hacia la diosa y apretó una de sus manos, llevándosela a los labios, donde depositó un breve beso.

—Me tiene a mí, Bastet —le aseguró con absoluta seguridad—. Ahora que la he encontrado, no voy a dejar que se aleje de mí.

Aquella declaración no hizo sino incrementar el peso de sus sospechas.

—Shayler, estamos hablando de un *Antiquerum*, tienes un deber para con el Consejo y puedo suponer dada vuestra presencia aquí y la actitud de Dryah, que no ha sido precisamente ayer.

—Sé cuáles son mis obligaciones, madre.

La diosa inclinó la cabeza en gesto respetuoso.

—Me disculpo por mis palabras, obviamente malinterpretadas —comentó—. Sé que eres absolutamente capaz, Juez Supremo, me limitaba a señalar que te está tomando más tiempo del acostumbrado.

Los ojos del joven brillaron y abrió la boca, listo para justificarse, pero la diosa negó con la cabeza.

—No —lo detuvo alzando una mano—. No deseo saberlo, sea lo que sea es tu decisión.

Suspiró profundamente, su mirada era de amor y cariño cuando la posó nuevamente sobre él.

—Pero no juegues con fuego —le pidió, sus ojos implorantes—. Puede que haya mucho

más en el resultado de ese juicio que la simple libertad o condena de esa muchacha e intuyo que de algún modo tú también lo sabes.

Él se pasó una mano por el pelo y se volvió de nuevo hacia la diosa.

—Ella es importante para mí, Bastet —declaró con absoluta convicción—. Dryah no lo entiende, diablos, ni yo mismo lo entiendo pero sé que me pertenece, que ella es para mí. Esto es un diablo de embrollo, pero la necesito, es… mía.

Permaneció en silencio observando el paso nervioso de su hijo. Shayler había empezado a pasearse de un lado a otro, incapaz de permanecer quieto.

—Ha estado en mis sueños desde mucho antes de que supiera de su existencia —confesó por fin, la desesperación en su voz era palpable—, ella… ella ha sido mía tantas veces y sin embargo… —Se llevó las manos a la cabeza y las cruzó tras la nuca—. La mujer que tengo ante mí, el ser que debe ser juzgado por mi mano es totalmente distinta… o quizás no distinta sólo… inocente, solitaria y no sé si puedo alcanzarla.

Ella contuvo el aliento con cada palabra que Shayler decía y que confirmaba sus sospechas.

—Has soñado con ella.

Él carraspeó ligeramente ante la respuesta a esa pregunta.

—He hecho más que eso —respondió, su voz pura ironía.

Bastet rodó los ojos ante tal comentario y lo dejó pasar.

—Quizás ya es hora de que pongas un poco de orden en tu vida antes de continuar, Shay —le sugirió, no estaba del todo segura de que fuera buena idea meterse en algo que le concernía únicamente a ellos—. Detente un momento y echa un vistazo hacia atrás y analiza las cosas con más calma.

Él ladeó la cabeza ligeramente pensando en ello.

—No quiero verla herida más de lo que ya está —continuó ella y posó su mano sobre el hombro masculino—, como tampoco quiero ver como tú sufres por ello. Date tiempo, dáselo a ella, si estáis destinados a estar juntos, tú mejor que nadie sabe que ni el mismísimo universo podrá hacer nada por evitarlo.

El Juez asintió lentamente, su mirada vagó por la figura de la mujer un instante antes de detenerse en sus ojos verdes.

—¿Por qué tengo la sensación de que tú sabes exactamente lo que está ocurriendo? —elucubró con natural desconfianza.

Tomó sus manos en las de ella y se las llevó a los labios para depositar un suave y amoroso beso en sus nudillos. La diosa era casi tan alta como él gracias a los centímetros extra de sus tacones.

—El futuro sería muy aburrido si todos supiéramos lo que va a pasar, cariño —le aseguró con una enigmática sonrisa mientras bajaba su mano por la barbilla de él—. Ten paciencia, todo llegará a su debido momento.

Él hizo una mueca.

—¿Paciencia? ¿Qué es eso?

Ella sonrió y le dio un pequeño golpecito en el brazo antes de enlazar el suyo en el de él y conducirlo fuera de la sala.

—Pero cuéntame, qué es eso de los dos Neandertales.

El Juez se rio por lo bajo y empezó a contarle lo ocurrido en el salón de la vivienda de la muchacha mientras salían de la sala y pensaba en todo lo que le quedaba por delante.

Dryah suspiró nada más entrar en la sala de baños. El calor del vapor que manaba de la piscina de agua caliente mezclado con las hierbas aromáticas de los incensarios invitaba a la relajación, la sala estaba iluminada con dos o a veces tres lámparas de aceite que ardían lentamente emitiendo una agradable e íntima luz sobre la zona de baño y de masajes. Sobre largos aparadores de piedra y mármol había un sinfín de aceites y jabones naturales y otros productos de belleza más modernos, algo a lo que Bastet parecía haberse adaptado muy bien en el mundo moderno. Uno de los lados de la amplia estancia estaba separado por dos arcos gemelos y un par de escalones, la pared estaba cubierta por enormes espejos de cuerpo entero que reflejaban los pequeños bancos de madera y las vasijas que se apilaban en otro improvisado tocador. El suelo allí era un poco más rugoso que el del resto de la habitación. Ella caminó directamente hacia el pequeño espacio de espejos, sus sandalias de discreto tacón hacían eco sobre el suelo resonando en la silenciosa sala, sólo el borboteo del agua que corría de la boca de lo que parecía ser la figura de un pez y caía a la piscina principal realzaba el calmante sonido de la sala.

Ahogando un bostezo se sentó en uno de los pequeños bancos de madera cubiertos por lienzos que curiosamente no estaban humedecidos y se sacó las sandalias. Estaba más cansada de lo que admitió ante el Juez, suponía que cuando pudiera enganchar la cama dormiría varios días seguidos y pensándolo bien, si eso hacía que pudiera perderle de vista durante ese tiempo, no sería una pérdida de tiempo. Suspirando se llevó las manos a la cintura del pantalón vaquero, lo abrió y lo deslizó por sus largas piernas, a ello le siguió la camiseta y el suave conjunto de ropa interior de color violeta que dejó pulcramente doblados a un lado de las sandalias.

Se estiró con ánimo de desperezarse, el movimiento se reflejó en el espejo. Su mirada fue hacia la superficie de cristal y contempló su reflejo intentando ver algo distinto en ella. Se sentía distinta, de algún modo estaba más en paz consigo misma, el *Libre Albedrío* corría ahora por sus venas mezclado con su sangre, el poder burbujeaba en su interior pero no lo notaba como algo distinto, era como si le hubiesen devuelto aquello que estuvo mucho tiempo buscando y que sólo ahora daba dado con él.

Sacudiendo la cabeza ante sus extrañas cavilaciones, tomó uno de los lienzos a su lado y bajó hacia la atrayente piscina de agua caliente. Con pasos lentos y cuidadosos se acercó a la escalinata que se hundía hacia el fondo y empezó a descender. El agua lamía su piel a medida que se sumergía, ni muy caliente ni demasiado fría, mantenía una temperatura perfecta. Ella se dejó ir y nadó, sumergiéndose y volviendo a ascender unos metros más allá para finalmente regresar al borde y acomodarse en la repisa que salía de la pared de la piscina en la forma de un cómodo asiento.

—Perfecto —suspiró agradecida.

Sus brazos apoyados en el borde exterior alcanzaron los frascos de jabones, los olió y eligió uno y procedió a enjabonarse lentamente, tomándose su tiempo, disfrutando de esos minutos a solas. Una vez que estuvo satisfecha con su aseo, se sumergió para eliminar todo rastro de jabón y nadó hacia una zona en la que hacía pie, pudiendo sentarse tranquilamente y relajarse sin temor a hundirse. Se estiró dejando que el agua desentumeciera sus músculos y relajase todo su cuerpo en aquel pequeño remanso de paz.

Lyon se desperezó y estiró los doloridos músculos nada más traspasar el umbral de la oficina, no recordaba cuando fue la última vez en que las cosas se les fueran tanto de las manos como ahora, realmente, tenía sus dudas de que alguna vez hubiesen llegado a estos extremos. John había entrado delante de él y permanecía apoyado de espaldas en el enorme escritorio

caoba, las largas piernas estiradas y cruzadas a la altura de los tobillos mientras sus brazos se estiraban a ambos lados entrelazando las manos. Estaba callado, demasiado callado.

—¿A qué le estás dando vueltas ahora, John? —le preguntó caminando hacia uno de los asientos dónde se dejó caer—. Yo diría que los acontecimientos se han resuelto por si solos, ahora es cuestión de papeleo, por decirlo de algún modo.

El hombre alzó la mirada hacia él, sus ojos azules estaban sombríos.

—En realidad, nada se ha resuelto y nada se resolverá, las cartas estaban echadas mucho antes de que ninguno de nosotros nos diésemos cuenta. Quizás podamos dejar de preocuparnos porque ella acabe con el mundo accidentalmente, pero el fin sigue ahí y nada evitará que sigamos descendiendo hasta estrellarnos —contestó volviendo la mirada hacia la ventana—. Shayler puede negarse a ver más allá de lo que tiene delante, pero yo no olvido que existe una profecía y que nos dirigimos irremisiblemente hacia ella. Hay algo que no logro ver claramente y sé que es importante. ¿Qué fue lo que hizo que esa muchacha desatara de pronto todo su poder?

Lyon echó la cabeza atrás y se apoyó en el respaldo.

—El Cazador de Almas dijo que Uras estuvo de visita, que prácticamente marcó su territorio frente a la pequeña Dryah —le explicó con una irónica sonrisa—. Esa zorra escrupulosa todavía anda tras el Juez, según parece.

John sacudió la cabeza.

—Evita mencionársela, parece que por fin ha recuperado parte de su cordura en lo que a esa mujer se refiere —aceptó al tiempo que dejaba escapar el aire.

—Sólo para acercarse a un peligro mayor —le recordó el con sorna—. El chico tiene muy buen gusto en mujeres, pero alguien debería decirle que se alejara del peligro que suponen.

—¿El Cazador mencionó alguna otra cosa que te llamase la atención?

Lyon se rascó la barbilla en un gesto pensativo.

—Bueno… yo diría que nuestra presencia no le gustó demasiado, pero que nos soporta por el bien de la chica —dijo con un ligero encogimiento de hombros—. De todos modos, estoy seguro de que sabe algo.

—¿Qué te hace pensar eso?

El guardián chasqueó la lengua y se llevó ambos índices en sus manos entrelazadas a la barbilla dándose suaves toquecitos.

—Ella puede ser una principiante, pero estoy convencido de que la oleada que puso a Shayler de rodillas tuvo que ser provocada por algo… o alguien.

Su compañero asintió.

—¿Podría él saber de quién se trata?

Lyon hizo una mueca.

—Si lo sabe, no está dispuesto a compartirlo con nosotros.

John dejó escapar un suspiro.

—En ese caso habrá que preguntarle directamente a ella.

—Sí, claro —se rio Lyon—. No hay nada que diga que Shayler no nos corte los huevos con tan sólo acercarnos a dos kilómetros de esa muchacha.

Resopló ante lo dicho por su amigo, pero sabía que no se equivocaba. Shayler había dejado terminantemente claro para ambos lo que les sucedería si volvía a verles el pelo en los próximos días y dado su apego por la chica, no dudaba que cumpliese con su palabra. Aliados o no.

—En ese caso, quizás debiésemos mantener una nueva charla con el Cazador —sugirió haciendo una nueva mueca. La sola idea no le atraía demasiado—. Y convencerle de que nos

cuente lo que sabe.

Lyon se palmeó el muslo con la mano y chasqueó la lengua.

—Realmente, tienes ganas de que te pateen el culo, ¿um?

John puso los ojos en blanco.

—Sí, tanto como…

Un repentino ladrido procedente de la sala principal captó la atención de los dos hombres. Horus estaba allí fuera y ladraba como si le fuese la vida en ello, sus gruñidos y potentes ladridos hicieron que los hombres se miraran y dejaran sus asientos en una precipitada carrera hacia la parte principal del bufete.

Lyon fue el primero en asomarse sólo para frenar de golpe cuando vio el motivo de los furiosos ladridos del perro. Iba a ser verdad eso que decían que todos los animales se parecían a sus dueños, el dorado *Golden Retriever* estaba enseñando toda una fila de impresionantes dientes a Uras.

—Lyon, haz que este maldito chucho se calle, despertará a los muertos —exclamó la mujer que permanecía en pie en el umbral de la puerta, apretando su bolso con demasiada fuerza mientras fulminaba al perro con la mirada.

El hombre chasqueó los dedos llamando la atención de Horus, quien apenas le dedicó una mirada.

—Vamos, chico, ambos sabemos que su carne estaría dura y probablemente insípida, a tu amo le daría una apoplejía si te envenenases mordiéndola —murmuró el guerrero.

El can dedicó un último gruñido a la mujer antes de empezar a retroceder poco a poco sin apartar la mirada de ella hasta quedarse al lado de Lyon.

—Buen chico. —Premió al perro rascándole entre las orejas.

Uras fulminó tanto al hombre como al perro con una rabiosa mirada antes de entrar y dirigirse hacia John, su rostro cambió entonces al modo de hembra preocupada. Menuda farsante, pensó Lyon.

—John, tienes que poner punto y final a esto ahora mismo. Shayler tiene que retirarse de este juicio sin sentido, él no es parcial y esa mocosa sigue suponiendo el mayor de los peligros para nosotros. Nada ha cambiado.

El aludido se limitó a contemplarla sin decir palabra.

—Siento contradecirte… no, espera… no lo siento. Adoro el hecho de poder llevarte la contraria —se adelantó Lyon con una divertida sonrisa—. El juicio ya es historia, querida. Las cosas han cambiado de un plomazo.

La mujer volvió sus ojos verdes hacia él y por un momento creyó ver arrepentimiento y lástima en su mirada. Un momento tan fugaz que debió imaginárselo pues ella respondió con la misma ironía de siempre.

—No tienes ni idea, Ly —le aseguró sacudiendo la cabeza—. Ni la más jodida idea. Nada ha cambiado… el fin sigue siendo el mismo pues esa criatura sigue significando el final para nosotros.

—Esa criatura tiene un nombre, Ur —le recordó él y se tomó su tiempo para contemplar a la mujer—. Y por el interés que Shayler muestra por ella diría que también es más mujer.

—Lyon —lo previno John. Sabía que al hombre no le gustaba demasiado Uras, no es que lo culpara, la mujer se había ganado ese desagrado a pulso, pero al final del día, ella seguía siendo uno de ellos.

La mujer recorrió a Lyon como si fuese un ser insignificante.

—Dime eso cuando le hayas echado un polvo a una y hablamos, Ly —le soltó Uras para

volverse nuevamente hacia John—. Te exijo que traigas de regreso al Juez, debe terminar con esto ahora.

John le devolvió una mirada similar a la que ella le echó a Lyon.

—¿Me exiges? —repitió el guardián con un obvio tono de mofa—. ¿Me estás exigiendo tú a mí?

La mujer entrecerró los ojos mirándolo directamente, un poder absoluto y letal la envolvió lentamente como un sudario, sus ojos aumentaron su intenso color verde haciéndolos casi inhumanos.

—No me presiones, John —le advirtió, sus manos cerradas en sendos puños—. Tú mejor que nadie sabe con absoluta claridad lo que significa la Voz del Oráculo.

El hombre resopló y abandonó su lugar en el marco de la puerta del despacho para caminar hacia ella. Como si presintiera el duelo, Lyon se tensó.

—Jamás, óyeme bien, jamás se te ocurra volver a exigirme nada, Uras —le dijo mientras caminaba hacia ella—. Hombres más valientes han muerto por menos de lo que tú has hecho, así que no me presiones. Soy muy consciente de lo que ha visto el Oráculo y lo que significa, pero si tus problemas son con mi hermano, arréglalos tú misma con él. A mí no vengas a lloriquearme. Mi paciencia tiene un límite, Uras y tú lo has sobrepasado hace años.

La mujer no se amilanó ni retrocedió lo más mínimo, John tenía que concederle eso. Lástima que sus ojos brillaran con odio y rencor ante la negativa a intervenir de él.

—Quizás a ti te traiga sin cuidado lo que le pase a Shayler, John, pero a mí no —le espetó con voz suave y letal—. Esta obsesión suya por la mujer no lo conducirá a ningún lado, ella está maldita y su maldición se extenderá sobre todos nosotros.

John se tensó ligeramente, no le gustó la rabia que existía en las palabras de esa mujer, su voz era la voz de las profecías, el Oráculo de la Fuente y en todo el tiempo que la conocía, no había errado ni una sola vez en sus pronósticos.

—La única maldición aquí es la que tú misma le impusiste, Uras —le respondió con letal certeza, haciéndola recordar un pasado que todos ellos preferían olvidar—. Tú has sido como un cáncer para él, quisiste atarlo a ti y lo único que conseguiste fue dejarle en recuerdo unos profundos tatuajes y una justificada rabia.

Ella abrió la boca dispuesta a defenderse pero la silenció con un movimiento de la mano.

—Ahórrate tus palabras —la acalló—. Pero ten en cuenta las mías—. Sus ojos adquirieron un brillo igual de mortal que los de ella, su poder empezó a crepitar a su alrededor, envolviéndolos a ambos, recordándoles quien era la mano derecha del Juez—. Si quieres joder con Shayler, jode con él, pero al *Libre Albedrío* será mejor que lo dejes estar, acércate a ella otra vez y puedo augurarte que sentirás el peso de la muerte en tus hombros, querida y no necesito de una profecía para augurarlo.

Uras entrecerró los ojos, toda ella bullía de rabia.

—No me asustan tus amenazas, John Kelly.

Él ladeó el rostro y sus labios se estiraron en una leve mueca.

—No es una amenaza, Uras —le respondió con absoluta confianza—. Pronto habrá una resolución para el *Antiquerum*. Yo que tú, no jodería con el Universo, es el único al que no puedes devolverle el golpe.

La mujer sacudió la cabeza y los miró a ambos.

—Sólo espero que no tengas que tragarte tus propias palabras, John, porque ninguno de nosotros volverá a ser el mismo cuando todo esto termine —murmuró ella, entonces dio media vuelta y se marchó por la puerta.

Lyon se frotó la nuca con un repentino escalofrío.

—No me gusta esa maldita mujer, pero menos aún me gustan sus poderes —comentó—. Si lo que dice que ha visto es cierto…

—Hagamos lo que hagamos, ya no hay vuelta atrás —aseguró John con la mirada fija todavía en el lugar que había ocupado ella—. Empiezo a pensar que nunca la hubo.

Dryah se desperezó lentamente sintiendo los miembros pesados y relajados, la piel de las manos arrugadas de pasar tanto tiempo en el agua. La luz de los pebeteros no había disminuido, pero podía decir por el estado de su cuerpo que se había quedado dormida durante un rato en la calidez del agua. Tras ahogar un bostezo se movió pesadamente en el agua hasta alcanzar la escalinata por la que pudo salir de la piscina chorreando agua. Sus pies dejaban pequeños charcos a lo largo del camino hacia la zona de los espejos, pasándose las manos por el pelo lo escurrió un poco antes de tomar una de las tupidas toallas de algodón blancas que se amontonaban en uno de los estantes y empezó a secarse el pelo con gestos enérgicos. La suave tela que tomó para secarse se adhería a su cuerpo mojado como una venda y dejaba perfectamente visibles a través de ella los tensos pezones así como el triángulo de rizado vello dorado entre sus piernas, el espejo de cuerpo entero le devolvió su imagen resaltando las pecas que se esparcían sobre su espalda y descendían hasta sus prietas nalgas mientras se agachaba y volvía a levantarse para secarse las largas piernas. Sonriendo ante su propia imagen en el espejo, sacudió la cabeza y se envolvió una vez más en la tela, entonces procedió a examinar el contenido de los pequeños botes y ánforas con aceites y perfumes, el aroma de jazmín mezclado con un toque de vainilla fue el que más le atrajo, un aroma fresco y dulce.

Humedeció sus manos con una pizca del líquido y las frotó calentando el aceite que resbaló por sus brazos con mucho mino, la acción del suave aroma unido al agradable masaje sobre su piel la hizo cerrar los ojos durante un instante.

…Siente… es tuyo… tu destino…

Dryah abrió de golpe los ojos cuando aquella voz se filtró una vez más en su mente, la respiración se le aceleró cuando sus ojos se cerraron en la imagen que ofrecía el espejo frente a ella. De pie a su espalda, vistiendo los mismos jeans que había llevado antes y la camisa desabrochada dejando a la vista un apetecible torso estaba el Juez. Sus miradas se encontraron y él sonrió.

—Permíteme —notó el calor de su aliento en el oído mientras observaba su reflejo en el espejo.

Sus brazos la rodearon absolutamente fuertes y reales rozándole la espalda al estirarse para alcanzar el ánfora con el aceite y verter una generosa capa del líquido en sus manos.

—Qué… estás... —balbuceó incapaz de apartar la mirada de la figura en el espejo, sintiéndola tras ella—. No puedes estar… aquí.

Lo oyó reír, una risa suave y sensual que envió un escalofrío de placer por su columna. Al instante, la sensación fue sustituida por las manos de él sobre sus hombros ejerciendo una suave presión mientras observaba en el espejo como deslizaba los dedos por la parte posterior de su cuello y bajaba hacia sus hombros, acariciándole la clavícula y aventurándose un poco más allá al suave monte de sus pechos antes de ascender otra vez.

Sus miradas se encontraron a través del espejo cuando él se inclinó sobre su hombro y le acarició el oído una vez más con los labios.

—Dime que me vaya… y me iré…

Ella abrió la boca para responder, pero de sus labios escaparon una sinfonía de pequeños

jadeos. Sus manos obraban magia sobre su piel tentándola a cerrar los ojos y dejarle… ¿Qué?

—Esto no está sucediendo —murmuró al tiempo que cerraba los ojos—. Tú no estás aquí…

Otra vez esa sensual risa.

—¿No estoy aquí? —ronroneó en su oído.

Ella asintió mientras un delicioso temblor descendía por su columna y la encendía, las fuertes y expertas manos se deslizaban ya por su costado obligando la tela a retroceder dejando sus senos en libertad.

—No, no lo estás —jadeó con un profundo suspiro y se dejó ir contra él, sintiendo la suave y cálida piel contra su espalda.

Las codiciosas manos ascendieron por las costillas, rodearon sus llenos pechos y los amasaron al tiempo que le torturaba los sensibles pezones con sus pulgares. Podía verlo todo en el espejo, las manos más oscuras deslizándose sobre su piel clara, la pecaminosa boca mordisqueándole el cuello, obligándola a ladear la cabeza para darle mejor acceso.

Una desconocida e incómoda humedad se instaló entre sus piernas, aumentando con cada nueva descarga eléctrica que provocaban aquellas caricias sobre su piel. Pronto el lienzo cayó libre a sus pies y ella quedó totalmente desnuda, retorciéndose contra él mientras sus manos obraban magia.

—Shayler... —jadeó, necesitando pronunciar su nombre.

Él sonrió. Ella notó el gesto en su garganta un instante antes de que ascendiera por la barbilla en intermitentes besos y se apoderase de su boca. Su lengua acarició suavemente el labio inferior femenino, lo atrapó entre sus dientes y le dio un delicado tirón para luego lamerlo hasta que ella gimió y él aprovechó para deslizarse entre sus labios y saquearle la boca. Sus gemidos quedaron pronto ahogados por su beso.

Los largos dedos ascendían y descendían sobre su cuerpo, resbalando por la acción del cálido aceite. El contacto era enloquecedor, ardía, se sentía incómoda en su propia piel deseando algo que no sabía cómo alcanzar u obtener. Entonces aquellas mismas manos se deslizaron por el triángulo de vello entre sus piernas, abriéndose paso hacia abajo hasta acariciar apenas su sexo.

Ella se tensó durante un instante, gimiendo ante la extraña sensación de sus manos acariciando aquella parte de su cuerpo, sus ojos se abrieron repentinamente y cayeron en la imagen que le devolvía el espejo viendo como su mano derecha se hundía entre sus piernas mientras la izquierda le apretaba un pecho y le tironeaba del pezón. Los ojos azul claro de él estaban presos en los suyos, observándola a través de su placer, el placer que él le estaba dando.

—Qué... —susurró, sus palabras entrecortadas por los jadeos—. Estás… haciendo… conmigo…

Él no contestó con palabras, sino que hundió sus dedos, alcanzó el botón escondido entre los pliegues húmedos de su sexo lo que la hizo temblar en sus brazos. Sólo entonces se permitió acariciarle el oído y susurrar:

—Déjate ir… te tengo —le susurró al oído—. Todo irá bien…

—No —sacudió la cabeza, casi sin aire—. Esto no está bien… esto no puede… estar… pasando.

Su mano se movió un poco y lentamente fue penetrándola con un dedo.

Ella lloriqueó aferrándose a sus brazos, tensándose mientras negaba con la cabeza, su mente un torbellino de sensaciones.

—Mía —le susurró nuevamente.

—¡No! —gritó con fuerza cuando una corriente eléctrica empezó a recorrerla por entero.

Dryah abrió los ojos de repente, su cuerpo se deslizaba en el agua de la piscina y pataleó un par de veces antes de aferrarse al borde asustada. Respiró entre profundos jadeos girando la cabeza de un lado a otro desorientada buscando al hombre que la había sostenido en sus brazos y recorrido con sus manos.

En la sala de baños no había nadie más y ella no estaba de pie ante el espejo. Estaba todavía en el baño, sumergida en el agua. Todo su cuerpo vibraba y cantaba con una incomodidad que no había conocido nunca antes, sentía los pechos sensibles y el rescoldo de una mano fantasma entre sus piernas.

—Oh, dioses —gimió chapoteando en su apuro por llegar a la escalinata y encaramarse para salir de la bañera.

El ramalazo de sensaciones fue intenso y tan inesperado que Shayler tuvo que aferrarse a una de las columnas para no caer de rodillas, el aire huyó de sus pulmones como si un puño invisible se hubiese enterrado en su vientre sorprendiéndole y cogiéndole con la guardia baja.

Y lo cierto es que había bajado la guardia. ¿Cómo podía ser tan estúpido?

Desde que pasaba tiempo con Dryah se descuidaba, se permitía relajarse disfrutando del brillo y la sinceridad que brillaba en ella a medida que descubría el mundo, observando sus avances y la lucha por intentar acostumbrarse e integrarse en él. En el fondo era una luchadora, quizás hubiese tenido dudas al principio, pero el esfuerzo que ponía en dominar un poder que debería haber sido absolutamente suyo desde el comienzo no era el de alguien que no desease vivir. Se había relajado absolutamente ante la familiaridad de su propio hogar tras comprobar que ella estaba a salvo y segura entre aquellas cuatro paredes. O al menos, segura hasta ahora.

Shayler inspiró profundamente tratando de dominar y alejar de sí aquellas emociones que no eran suyas; Ansiedad, incredulidad, miedo y un toque de excitación, todo ello mezclado con un profundo sentimiento de angustia y desesperación procedente de la única mujer que era capaz de atravesar sus defensas como un huracán sin previo aviso. Algo la había asustado a Dryah.

Cautelosamente extendió su propio poder hasta rozar el de ella que chisporroteaba en su interior, íntimamente ligado a ella, alimentado por las emociones que bullían en su interior y que ponían a prueba su nueva condición. El *Libre Albedrío* y ella misma se habían fundido en un único ser, ya no era capaz de ver donde empezaba uno y terminaba el otro, eran un solo ente, como debió ser desde un principio.

—¿Qué demonios está ocurriendo ahora? —suspiró antes de desvanecerse en el aire.

Los pies de Dryah chapoteaban en la humedad que mojaba el suelo de mármol en su prisa por llegar al banco sobre el cual estaba su ropa, el agua todavía resbalaba por su piel dejando diminutas gotitas aquí y allá, mientras su húmedo cabello soltaba gotas sobre su rostro. Aferró rápidamente una de las enormes toallas de algodón de la repisa y se envolvió con ella al tiempo que realizaba un rápido escaneo de la habitación la cual permanecía vacía a excepción de ella misma. Ni una sola vez se atrevió a posar la mirada sobre el espejo mientras cogía su ropa y se abalanzaba sobre las puertas de la sala de baños que se cerraron con un sonoro golpe a su espalda. No habían terminado de cerrarse a su espalda cuando terminó en brazos de un sorprendido Shayler.

—Ey, ¿dónde está el fuego? —jadeó al recibir el impacto del cuerpo menudo contra el suyo.

Todo ocurrió muy deprisa, pero no se le pasó por alto la mirada de sorpresa y posterior temor que vio en los ojos azules un instante antes de que ella empezase a increparle y pegarle

con sus manos desnudas como una pequeña gata furiosa que intentara deshacerse de su captor.

—Tú maldito cabrón despreciable… —le gritaba entre golpes y patadas, debatiéndose en sus brazos—, por qué me haces esto, qué te he hecho… te odio… no tienes derecho… no lo tienes… maldito… te odio…

—Dryah, basta… quieta… —intentó detenerla al tiempo que evitaba sus golpes, aunque no pudo esquivar uno que fue directo bajo su ojo derecho, ni la patada que le propinó con sus pies descalzos en la espinilla—. Cariño, para… soy yo… Shayler.

Se las ingenió para volverla en sus brazos, pegando su espalda pegada contra él mientras le sujetaba las manos cruzadas contra el cada vez más acelerado latido de su pecho. Ella estaba mojada, el agua chorreaba de su pelo y por su cuerpo mojándole.

—Basta… por todos los dioses… quieta —gruñó apretándola con la suficiente fuerza para que dejara de luchar—. ¿Qué ocurre?

Para su sorpresa, ella no respondió, o al menos no lo hizo en la forma que él esperaba ya que perdió su rigidez y ansia de lucha y quedó totalmente inerte en sus brazos mientras se deshacía en lágrimas.

—Déjame ir —sollozó, su pequeño cuerpo medio desnudo temblando contra el suyo—. No quiero esto… no lo entiendo… déjame ir…

Shayler no entendía absolutamente nada, lentamente aflojó su agarre sólo para darse cuenta de que se escurría hacia el suelo y se dejó caer con ella, sosteniendo su cuerpo medio desnudo, volviéndola en sus brazos. La toalla se había deslizado y abierto dándole una clara visión de sus pechos, vientre y parte de la cadera, una visión que quedaría impresa para siempre en su retina.

—Dryah, ¿qué ocurre? ¿Qué ha pasado? —le preguntó mirando por encima de su cabeza hacia la puerta que se abrió un instante antes para dejarla salir.

Ella sacudió la cabeza, sus temblorosas manos ascendiendo a su propio rostro antes de hundirse en su pelo.

—Ya no sé lo que es real y lo que no —lloró, sacudió la cabeza y alzó la mirada hacia él —. Ayúdame… por favor, Shayler… no sé lo que estoy haciendo…

No entendía nada de lo que balbuceaba, pero sus lágrimas y la desesperación que veía en sus ojos era suficiente para que quisiera arrancarse el corazón.

—Shhh, todo está bien —la apretó contra él, abrazándola—. Estoy aquí, no dejaré que nada te haga daño.

—No —negó sacudiendo la cabeza con desesperación, apartándose de él sólo para aferrarle la camisa con más fuerza—. Tienes que hacer que acabe… haz que termine... por favor… devuélveme mi libertad.

Shayler se sintió inexplicablemente asustado cuando oyó nuevamente su nombre en los labios de ella, pero no era nada comparado al miedo que sentía ante lo que estaba a punto de hacer. Se había jurado a si mismo ser parcial, era su deber y su misión como la Ley Universal juzgar a aquellos que ponían en peligro la balanza del universo, pero con ella supo desde el mismo momento en que la reconoció que no tendría escapatoria. La resolución de su sentencia se rebeló en el mismo instante en que se cruzaron sus caminos y desde entonces había buscado excusa tras excusa para mantenerse cerca de ella, alargando así una condena para ambos, buscando aquello que siempre anheló encontrar, rogando que estuviese en ella.

No vaciles más, Juez Supremo, tienes la verdad en tus manos.

Se tensó al escuchar la voz que había estado esperando oír con anterioridad. Siempre que preguntaba, todo lo que encontraba era silencio. Hasta ahora.

Libérala si ése es tu veredicto, o condénala.

Sacudió la cabeza interiormente y apretó más el cuerpo femenino contra él.

Es la hora… la hora ha llegado… no podemos esperar más.

Shayler respiró profundamente, la prórroga había llegado a su fin y ya no podía posponer más lo inevitable. Dryah se había encargado de echar por tierra su última barrera al aceptar como parte de ella el poder del *Libre Albedrío*, puede que le llevase algún tiempo acostumbrarse a él, a dominarlo completamente, pero ya no suponía un peligro para ninguno de ellos.

¿Por qué las prisas ahora?

Esperando no encontrar respuesta, como cada vez que había lanzado la pregunta al universo, se sorprendió cuando lo rodeó una tibia calidez y una mano fantasmal se posó sobre su hombro.

Tiene un destino que cumplir… ambos lo tenéis.

Se permitió arroparla aún más, atrayéndola a su regazo apretándola contra sí sin atreverse a soltarla. Le daba demasiado miedo que al hacerlo pudiese también perderla.

“No puedo perderla. Por favor… no me la quitéis.”

El Juez creyó oír una suave risa en su mente seguida de un coro de voces bordeado del poder más puro y eterno del universo. Luz y oscuridad mezclados e indivisibles. El poder de la Fuente Universal.

Está unida a tu destino, Juez Shayler. Sólo haz que se cumpla.

¿Qué se cumpla? ¿Qué se cumpla el qué?

No hubo respuesta. Como tantas y tantas veces antes, Shayler no obtuvo respuesta. Su mirada azul cielo bajó entonces a la valiosa carga que sostenía en sus brazos, ella lo miraba a través de las lágrimas, sus ojos desprovistos de cualquier sentimiento que no fuera el de una amplísima y desgarradora soledad. Le limpió las lágrimas con el pulgar, demorándose más de la cuenta en la suavidad de su mejilla.

—Ha terminado, Dryah —murmuró intentando que su voz sonara todo lo firme que podía —. Terminó hace mucho tiempo. Tu voluntad, es la voluntad del Universo, *Libre Albedrío*.

Ella no podía apartar sus ojos de los de él mientras las palabras se filtraban lentamente en su mente, en su corazón, sosegando su más despiadado temor y removiendo al mismo tiempo las cenizas de la incertidumbre, de la desesperación de los pasados días. Ella negó con la cabeza incapaz de filtrar lo que le estaba diciendo. ¿El juicio había acabado? ¿Por fin?

—¿Soy… libre? —respondió en apenas un hilito de voz.

La acercó más a él, hundiendo su propio rostro en el cuello de ella, hociqueando su piel con la nariz antes de echarse nuevamente atrás y buscar su mirada.

—Estás libre de cualquier cargo que haya podido impulsar este *Antiquerum* —le aseguró con lentitud, marcando sus palabras—. Pero no de mí. Entre tú y yo hay todavía cosas pendientes.

Ella abrió la boca para responder pero Shayler posó sus dedos sobre los labios femeninos para silenciarla.

—Y… —No le dejó hablar, sus ojos se cerraron en los de ella, su boca tan cerca que podía de la suya—, no voy a dejarte ir hasta haberlas solucionado todas.

CAPÍTULO 18

Siempre pensó que su hermano John era el maestro de la tozudez, obviamente, en aquel entonces no conocía a Dryah, esta mujer era capaz de llevar esa palabra a alturas absolutamente épicas. Después de lo sucedido a la entrada de los baños, la llevó a su propia habitación, consiguiéndole ropa y dejándole el espacio que parecía necesitar para que todo lo ocurrido fuera asentándose en su sitio. Ella se mantuvo en un incómodo silencio durante todo el tiempo, esquivaba su mirada y se encogía cada vez que se acercaba o se rozaban por casualidad. ¿Qué diablos había ocurrido para que se mostrase ahora tan cautelosa con él? Shayler repitió en su mente una y otra vez la visión de ella saliendo precipitadamente de los baños con nada más que una toalla, sus miradas habían colisionado y surgió el inexplicable acceso de rabia que sintió de pronto hacia él. ¿Qué había hecho? Por más que se devanaba los sesos, no encontraba ninguna respuesta satisfactoria. Ella había estado bien cuando se habían separado, cansada, pero bien. Y entonces sintió sus emociones como un puñetazo en el estómago, algo la había asustado, la pregunta era… ¿Qué?

—¿Qué ocurrió en la sala de baños? —preguntó, su mirada buscó la de ella.

Ella lo miró, sus ojos enrojecidos por el llanto estaban bordeados por unos profundos círculos negros. El cansancio era obvio.

—Como si no lo supieras —masculló en voz baja.

—Nena, si lo supiera no perdería el tiempo con preguntas —declaró hastiado.

Se le quedó mirando fijamente durante unos instantes entonces apartó la mirada y volvió a arrellanarse sobre la cama. Se había sentado con las piernas cruzadas, él le había proporcionado unos nuevos jeans y un suéter azul junto con una chaqueta de punto, en la que se había envuelto buscando un poco del calor que parecía haber perdido en las últimas horas. Se la veía realmente cansada, apenas lograba mantenerse en pie y sus emociones, tal y como él las percibía, eran una maraña.

—Nada de aquello fue real —murmuró más para ella misma que para él—. Esto es una locura.

Frunció el ceño al oírla hablar consigo misma, dejó su lugar junto al escritorio y se acercó a la cama.

—¿Qué es una locura? —le preguntó al tiempo que se acuclillaba ante ella y buscaba sus ojos—. Dryah, ¿qué ha ocurrido en la sala de baños? ¿Entró alguien mientras estabas allí?

Ella apenas alzó la mirada, respiró profundamente y sacudió la cabeza.

—No.

Él tomó las pequeñas manos en las suyas y consiguió que se sobresaltase.

—¿Estás segura? Bonita, si alguien ha intentado algo…

Ella se soltó de sus manos y respondió con brusquedad.

—Ya te he dicho que no había nadie —exclamó con cansancio—. Déjalo ya y llévame a casa. Después podrás irte a donde te dé la gana y quedarte allí para siempre.

Se apartó de él, bajó de la cama y empezó a pasearse de un lado a otro de la habitación con nerviosismo.

—Sólo quiero ir a casa —farfulló—. Sólo a casa.

Él resopló con frustración. Le estaba ocultando algo, estaba seguro de ello y maldito fuera

si tenía la más mínima idea de que se trataba.

—Maldición, Dryah. ¿Qué diablos ha pasado?

—¡Nada! —exclamó volviéndose hacia él—. ¡No ha pasado absolutamente nada! ¿Vas a llevarme a casa o tengo que buscar la manera de llegar allí por mí misma?

¿Por qué no la estranguló cuando tuvo ocasión? Esta mujer podía hacer que un condenado a muerte se suicidara antes de tiempo. Se pasó la mano por el pelo con frustración, necesitaba calmarse, si se ponían a pelear no conseguiría nada de ella.

—Nada no es lo que te hizo salir corriendo como alma que lleva el diablo de la sala de baños —refutó con dureza—. Nada, no es lo que te hizo lanzarte sobre mí como una gata furiosa… Qué diablos te hice, ¿eh? Yo ni siquiera estaba… ahí.

Shayler perdió la voz a medida que sus propias palabras se asentaban en su cerebro, su mirada volvió a la chica quien permanecía tensa, apretándose las manos con nerviosismo, su rostro ligeramente enrojecido y los labios apretados en una firme línea. Pero eran sus ojos los que la delataban, había algo en ellos que le decían que no erró en su suposición. Pero aquello no era posible, él ni siquiera se acercó a la sala de baños, había pasado buena parte del tiempo poniéndose al día con Bastet para finalmente volver a su dormitorio. ¿Qué diablos estaba pasando aquí?

—Dryah…

—¡Basta! —explotó ella—. No ha pasado nada. Me quedé dormida en el agua y todo lo demás… ¡*Arg*! Ha sido una… pesadilla… un mal sueño.

Abrió los ojos desmesuradamente, no podía ser lo que estaba pensando, ella no… ¿Podría ser? Dioses, todo aquello se estaba dirigiendo en una carrera sin control hacia la locura.

—¿Qué clase de sueño? —insistió, atento a su reacción.

Ella resopló, pero no se volvió a mirarle.

—Pues esos que tienes cuando estás dormida… uno inexplicable, absurdo y de proporciones bíblicas —respondió y enfatizó cada una de sus palabras—. Esa clase de sueño.

Todavía no estaba conforme, ella no solía ser tan vaga en sus respuestas, no importaba lo difícil que fuera o lo poco que le gustara, siempre hablaba de frente. Pero ahora, todos esos rodeos… ¿Podría ser que ella tuviese los mismos sueños que habían inundado durante tanto tiempo sus noches?

—¿Tan absurdo como para estar protagonizado por nosotros dos? —sugirió en voz baja mientras caminaba hacia ella—. Dryah, mírame… fue…

El sonido de la puerta de la habitación al abrirse interrumpió el momento.

—Shayler, ¿podrías…? —Apareció Bastet y se sorprendió al ver a los dos juntos—. Vaya, me habéis ahorrado el avisaros de uno en uno… La cena ya está lista.

Él contuvo una maldición y asintió.

—Gracias, Bast. Ahora vamos —aceptó, su mirada puesta en la chica.

Dryah evitó mirarle y se dirigió a ella, agradeciendo a los dioses la oportuna aparición de la diosa.

—En realidad, quisiera pedirte un favor —se adelantó ella.

La diosa miró a su hijo antes de volverse a ella, en su rostro era patente la sorpresa.

—Por supuesto, querida. Pídeme lo que sea —aceptó la mujer mientras le dedicaba una cariñosa caricia.

—Llévame a casa —le pidió. La angustia que reflejaban sus ojos era genuina—. Por favor. Necesito irme. Lo siento, pero no puedo quedarme aquí más tiempo.

—Dryah —la mujer empezó a preocuparse realmente. Su mirada fue a Shayler, quien

sacudió la cabeza en forma negativa.

—Primero vas a cenar algo —intervino él—. Después, yo mismo te llevaré a casa.

La muchacha sacudió la cabeza.

—No…

Él clavó sus ojos en ella, no había discusión posible.

—No gastes saliva en discutir conmigo —le sugirió—. Cenaremos y luego te llevaré a casa.

La vio apretar los ojos y obligarse a tomar una profunda respiración antes de asentir.

—Pero después me llevarás a casa —le recordó antes de añadir en voz baja—. Y te irás.

Él dejó escapar una breve risita.

—Hará falta algo más que tus malos modales para que te deje cuando dudo que seas capaz de encontrar la cama tú sola —le dijo de manera desenfadada—. Te quedarías frita en la alfombra de la entrada y no es un sitio agradable para dormir, créeme.

Ella pareció recuperar un poco el espíritu combativo.

—Empiezo a pensar que es el lugar perfecto para ti —le espetó ella.

Sonrió.

—*Nah*, ya me he acostumbrado a tu sofá.

Con una breve sacudida de la cabeza, dejó escapar un suspiro.

—Vete a casa, Shayler —pidió—. Sólo, vete a casa.

Él le sonrió con dulzura y le acarició la punta de la nariz con un dedo.

—Bueno, vamos mejorando, ya conseguí que dejes de llamarme Juez —aseguró complacido.

Ella sacudió la cabeza, no tenía ánimo para seguir peleando con él.

—No tienes a tu suerte —le recordó volviéndose hacia Bastet—. Creo que habías dicho que la cena ya estaba lista.

La diosa asintió y tomó el brazo de la chica inclinándose después para que sólo ella escuchase lo que tenía que decirle cuando abandonaron la habitación.

—No te enfades con él, está preocupado por ti —le susurró al oído.

Ella miró por encima del hombro de la mujer al hombre que salía tras ellas y sacudió la cabeza.

—Preferiría que no lo estuviese.

Aquel estilo de comedor con los enormes almohadones a modo de asiento llamaban a Dryah en una adorable invitación de echarse una siesta. Estaba luchando por mantener los ojos abiertos tanto como para evitar inclinarse hacia él, quien parecía estar pegado a ella con pegamento extrafuerte. Bastet había dispuesto la cena en una pequeña mesa baja, un poco más amplia de la que utilizaron a la hora del té. La diosa parecía tener una extraña inclinación hacia la comida a juzgar por la cantidad de manjares que había sobre la mesa, suficientes para alimentar a todo un ejército. Shayler se encontraba absolutamente a gusto en aquel ambiente, se lo veía relajado y risueño, pero a nadie se le escapó su atención para con ella.

Un pequeño plato con trozos de carne bañada en salsa y unas legumbres fueron depositadas delante de ella, su mirada fue del plato al hombre que se las sirvió.

—La salsa puede estar un tanto especiada para tu gusto, pero no es picante —se justificó y señaló el plato con un gesto de la barbilla—. Pruébalo, quizás te guste.

Tomó el cubierto y miró el plato sin verdadero apetito. Era mayor su cansancio que el hambre que pudiese sentir, pero conocía lo suficiente al Juez como para saber que si al menos no

picoteaba algo, sería capaz de metérselo en vena.

El gusto azafranado inundó su boca mezclado con un toque dulce y la textura de la tierna carne, la cual estaba realmente deliciosa.

—¿Está a tu gusto, querida? —preguntó Bastet desde el otro lado de la mesa redonda en la que se reunieron.

Tragó y asintió con una débil sonrisa.

—Está delicioso, gracias, Bast —respondió, su mano se movió mecánicamente hacia las verduras, pinchándolas en el tenedor.

La diosa intercambió una rápida mirada con su hijo, quien asintió. Ninguno pasó por alto el obvio cansancio de la muchacha.

—Quizás deberíais quedaros a pasar la noche —sugirió ella, su mirada osciló entre uno y otro.

Aquello la espabiló al momento.

—No, yo… quiero irme a casa —contestó precipitadamente—. Necesito… yo… estaré más tranquila… allí.

La mujer posó sus inquisitivos ojos verdes sobre ella.

—¿Estás segura? —insistió Bastet.

Asintió y se giró entonces hacia él.

—Suponiendo que tus hombres se hayan largado y dejaran mi hogar tal y como estaba cuando yo lo dejé.

Él esbozó una irónica sonrisa.

—¿Ya han perdido el título de Neandertal?

Se encogió de hombros.

—Dame tiempo y encontraré una palabra que encaje mejor con ellos —le aseguró y pinchó otro trozo de carne.

Él permaneció con la mirada fija en ella, algo que la ponía nerviosa.

—Sé el motivo por el que te marchaste pero… —rompió el silencio tras unos instantes observándola—. ¿Qué fue lo que hizo que perdieras el control sobre el *Libre Albedrío*?

Ella se tensó automáticamente y mantuvo la mirada fija en el plato.

—Escuché la voz… de alguien… —respondió tras unos instantes de vacilación.

Madre e hijo se miraron entre ellos.

—¿La voz de quién, querida? —se interesó la diosa.

Ella sacudió la cabeza en una negativa.

—Fue muy extraño. En un principio creí oír la voz de Tarsis, estoy segura que era él —aceptó sin dejar lugar a dudas—. Era la misma voz del hombre que estaba en el Consejo y exigió mi encierro… pero entonces escuché otras voces… No lo sé… Cuando quise darme cuenta, las cosas se me habían ido de las manos y el *Libre Albedrío* estaba rabioso y deseoso de escapar a mi control, pude sentir, casi oír lo que deseaba… Su necesidad de castigar.

Shayler hizo una nota mental de hablar con Tarsis.

—Era como si me estuviesen desgarrando por dentro… haciéndome girones, robándome… algo… —continuó con la explicación—. Entonces esas otras voces… creo que solo fueron dos, pero parecían coreadas por muchas otras al mismo tiempo. Y había poder en ellas, un poder inmenso que vibraba en cada sílaba pronunciada por ellos. Juraría que eran ellos, los que me escoltaron fuera de la habitación y me condujeron hasta la Sala de los Ancianos… las mismas figuras encapuchadas cuyo reflejo vi en el cristal del escaparate, pero cuando me di la vuelta, allí sólo estaba esa otra mujer… la guardiana universal… Uras.

Shayler se tensó a su lado, en sus ojos bailó la incredulidad mezclada con el asombro. ¿Figuras encapuchadas? ¿Dos voces coreadas de ecos fantasmales llenos de poder? La descripción que ella daba sólo podía corresponder a ellos… pero… No, era imposible, ¿qué podría querer la Fuente Universal de esa mujer? Estaba a punto de indagar en el asunto y pedirle una explicación más clara sobre esas dos supuestas figuras cuando su mente rescató el último nombre que había pronunciado.

—¿Uras? —Su voz se endureció e hizo que ella se sobresaltara a su lado—. ¿Qué diablos quería esa zorra?

La diosa posó la mano sobre su brazo serenándole.

—Shayler —le pidió al ver la respuesta que el nombre de esa mujer provocaba en su hijo —. Déjala que termine.

Ella parpadeó varias veces antes de continuar.

—Imagino que lo mismo que el resto de tus compañeros de armas —le dijo al tiempo que acompañaba sus palabras con un encogimiento de hombros—. Todos pareces haber llegado a la conclusión conjunta de que soy un peligro, no solo para el universo, sino también para ti. Ella se presentó como tu… mujer.

Él notó cierto tono irónico en su última frase. ¿Celos? No creía tener tanta suerte.

—No es mi mujer —bufó en respuesta—. ¿Qué fue lo que te dijo esa zorra?

Bueno, sin duda aquello aclaraba perfectamente los sentimientos del hombre hacia la guardiana.

—Como acabo de apuntar, no me quiere cerca de ti.

Él se limitó a poner los ojos en blanco.

—Ignórala y si vuelve a acercarse a ti, dímelo de inmediato.

Ella arqueó una ceja ante la respuesta masculina.

—Empiezo a pensar que quizás debiera ignorarles menos y escuchar lo que tienen que decir —añadió sin pararse a pensar—. Al menos tus guardianes parecen tener mucho que decir, al contrario que tú.

Shayler acusó la punzada dirigida a él, pero maldito si iba a ceder a lo que decía una estúpida profecía.

—Por esa regla de tres también puedo jugar yo, princesa —le recordó con ligereza—. Sigo esperando una explicación a lo que sea que ocurrió en la sala de baños.

Bastet seguía en silencio al intercambio de ambos, prefería mantenerse al margen y dejar que ambos jóvenes resolvieran sus cosas, la cercanía entre ambos y los laberínticos caminos que tomaban para esquivarse el uno a otro no hacía sino afianzar su suposición en torno a ellos. Pero la acotación que hizo Shayler con referencia a la sala de baños llamó su atención.

—¿Ocurrió algo en la sala de baños?

Él asintió lentamente.

—Eso es lo que intento averiguar —respondió sin apartar la mirada de la de Dryah.

Ella apretó los labios en una fina línea, obviamente no estaba dispuesta a decir una sola palabra.

—No ocurrió N-A-D-A —insistió ella e hizo hincapié en cada letra.

Él arqueó una ceja en irónica respuesta.

—Nada no concuerda con la manera en que saliste de la sala, medio desnuda y de lanzarte arremetiendo contra mí como una gata furiosa —le recordó él tajante y directo.

La mirada de diosa alternó entre ellos para finalmente quedarse en la muchacha. El sonrojo en sus mejillas y el brillo de desafío en sus ojos marcó su respuesta antes de que apartase

el rostro.

—Querida, ¿qué ocurrió? ¿Te molestó alguien? Si es así, no dudes en decirlo, se le castigará como merece.

Ella negó con la cabeza y dejó escapar un angustioso suspiro.

—Ya he dicho que no había nadie —insistió con desesperación—. Me quedé dormida en el agua, estaba cansada, aún lo estoy… yo sólo… fue una pesadilla. Me asusté y salí corriendo y… Shayler estaba allí y se llevó la peor parte.

La mujer se volvió entonces hacia su hijo.

—Imagino que eso explica el moratón bajo tu ojo, ¿um?

El hombre se llevó la mano a la cara, donde aquella pequeña rubia le había propinado un buen golpe. Él la vio sonrojarse aún más.

—No es nada —negó quitándole importancia, ya que en realidad, ni siquiera le dolía.

Bastet sonrió con secreto interés.

—Esa parece ser la frase de la noche —se rio suavemente. Su mirada vagó de uno al otro para finalmente concentrarse en su plato, no sin dejar caer—. Así que… ¿Soñaste con él?

La respuesta fue bastante gráfica puesto que se atragantó con el agua que estaba bebiendo. Shayler se inclinó hacia ella para darle unas palmadas en la espalda mientras tosía, ninguno vio la amplia sonrisa en el rostro de Bastet.

—Entonces así están las cosas —murmuró la diosa contemplando a la pareja a través de sus espesas pestañas.

—Despacio, respira —la atendía Shayler.

La mirada de la muchacha fue directamente hacia la diosa, sorprendiéndola con la súplica que vio en sus ojos seguida del casi imperceptible movimiento de cabeza. Estaba pidiéndole que guardara silencio.

—¿Y quién es ese Tarsis, por cierto? —preguntó Bastet llevando la conversación hacia otros derroteros.

—Tarsis es… —comenzó Shayler.

—Fue uno de los Sumo Sacerdotes de Elora, en el Templo de la Esperanza —se adelantó Dryah al tiempo que se apartaba del contacto de su compañero.

La diosa frunció el ceño.

—Un hombre con poder…

—En realidad, un dios —la corrigió el Juez—. Uno demasiado oscuro y prácticas poco comunes…

Aquello despertó el interés de la diosa.

—¿Y dices que él estaba en el Consejo?

Dryah asintió.

—Según he podido comprender, él fue uno de los primeros interesados en promover el consejo.

Shayler asintió, corroborando su respuesta.

—Qué interés puede tener para querer que se te encierre —murmuró Bastet más para sí misma que para los demás.

—No lo sé —negó el Juez al tiempo que se frotaba de manera distraída la barbilla—. Pero el *Antiquerum* solicitado por Seybin debería haber sido suficiente garantía para él...

Ella sacudió la cabeza.

—No lo será —negó con firmeza—. Había rabia en su voz, maldad cuando me habló… Diría que no le va a gustar el resultado de este juicio.

Bastet miró de uno a otro y finalmente se volvió a su hijo con las cejas arqueadas en muda pregunta. Shayler se limitó a dedicarle un ligerísimo asentimiento.

—Cada cosa a su debido momento —concluyó la diosa y tomó uno de los platos más cercanos a ella para ofrecérselo a su hijo—. Es tu privilegio.

Él arqueó la ceja en respuesta a la petición de la mujer, sus labios se curvaron en una perezosa sonrisa mientras cogía el plato y tras seleccionar un pequeño pastelillo, lo depositó de nuevo sobre la mesa. Sin mediar palabra se giró a Dryah y plantó el dulce ante sus labios.

—Abre la boca —le pidió.

Ella miró el pastel y luego a él.

—¿Por qué?

Él puso los ojos en blanco.

—Es lo que suele hacerse cuando se come, ¿sabes? Luego la cierras y masticas —le respondió con divertida ironía—. Dale un mordisco, no te matará.

Ella miró el pastelillo detenidamente y de nuevo al juez. Finalmente suspiró y se acercó entreabriendo sus labios. La crema y el dulce sabor del dátil se mezclaron en una deliciosa combinación en su boca. Cerró los ojos para saborearlo bien.

—Está buenísimo, ¿qué es? —preguntó mirando el plato y a Shayler, quien se estaba comiendo el trozo que ella había dejado.

—Dulce de dátil —respondió Bastet echando una significativa mirada a su hijo—. Un pequeño pecado para el paladar.

A ella no le pasó por alto la mirada que intercambiaron madre e hijo, pero la dejó pasar. No estaba segura de querer averiguar su significado.

Bastet estiró la mano por encima de la mesa y acarició los dedos de ella.

—Sé que estás cansada, no quiero alargar innecesariamente esta cena —le aseguró con mirada maternal—. Cuando sientas que necesitas irte, díselo a Shayler.

Dryah asintió con un ligero rubor.

—Lo siento, pero estoy realmente cansada —aceptó con un ligero susurro.

—No hay nada que sentir, mi querida. Ésta es y será siempre tu casa —declaró la mujer con un ligero apretón antes de dejar ir sus dedos.

Shayler se volvió hacia ella, capturando su mirada.

—¿Quieres irte ya?

Ella asintió.

—Por favor.

Él la ayudó a levantarse, al mismo tiempo que se incorporaba Bastet.

—Iré a buscar mis cosas —murmuró Dryah dejándoles espacio para que ambos se despidieran.

Él asintió y la dejó marchar, su mirada la siguió hasta que salió por las puertas dobles perdiéndose en el extenso corredor.

—No va a ser fácil, Shayler.

Bastet posó la mano sobre su hombro atrayendo su atención. Sus ojos reflejaban el dolor y la incertidumbre de una madre ante las decisiones de su hijo. Él tomó la mano entre las suyas y se inclinó para depositar un beso en sus dedos.

—Lo sé —aceptó con resignación—. No lo será para ninguno de los dos. Pero es mi destino, el de ambos y aunque todavía no se haya dado cuenta de ello, está encadenada a él… a mí.

La diosa asintió leyendo lo que él ya intuía en sus ojos azules.

—Es tu predestinada —susurró como si el decirlo en voz baja supusiera un impacto menor.

Él asintió, esa había sido la sospecha que vivía en él desde el mismo instante en que se cruzaron sus caminos y ahora las palabras de la diosa, se lo confirmaban.

—Sí, madre. Somos almas predestinadas. Una chistosa broma del destino, ¿no?

Ella sólo pudo responder con un maternal abrazo.

—Todo tiene un lugar y un sentido en la gran trama del universo, así que no, cariño, no es una broma del destino —respondió al tiempo que enmarcaba su rostro con las manos—. Es como estaba destinado a ser.

Él la besó en la mejilla.

—Cuídate —le pidió separándose de ella.

—Tú también —aceptó dejándolo ir—. Y cuídala a ella. Intuyo que sabe que está ocurriendo algo entre vosotros, pero es demasiado pronto para que lo comprenda.

Asintió.

—Lo tendré en cuenta —aceptó y le dedicó una profunda reverencia—. Estaremos en contacto.

Bastet contempló la salida de su hijo. Puede que no llevara su sangre, que no hubiese nacido de su vientre pero daría su vida por él sin dudar.

—Almas predestinadas —murmuró de nuevo alzando la mirada a los cielos, impulsando su voz más allá del reino de los vivos—. Siempre te ha gustado apostar fuerte, Eidryen. Los dioses quieran que tu pequeña alma esté a la altura de las circunstancias.

CAPÍTULO 19

Dryah se tambaleó tan pronto la soltó después de transportarlos a ambos de regreso al reciente hogar de la muchacha, la soltó solo para verla dar unos inestables pasos hacia un lado; O estaba mareada o mucho más agotada de lo que le hizo pensar y él optaba por la segunda opción a juzgar por las oscuras sombras que decoraban sus ojos.

—Cuidado. —La sujetó por la cintura para evitar que cayese—. Tu dormitorio está por allá.

Ella posó la mano sobre su brazo en un intento por enderezarse.

—Creo no me gusta demasiado esta forma de viaje —murmuró apoyándose en él para mantener el equilibrio.

—Es cuestión de acostumbrarse —le aseguró y la instó a caminar hacia el pasillo—. Tienes un gran poder entre manos, pequeña, con el tiempo descubrirás cada una de sus ventajas.

Negó lentamente con la cabeza.

—Prefiero caminar sobre mis dos piernas, gracias —resopló y se dejó conducir por él.

No discutió con ella, su cansancio era palpable por lo que la llevó al dormitorio y se quedó en el umbral mientras ella se dirigía como una autómata hacia la cama.

—¿Necesitas ayuda? —sugirió.

La pregunta pareció sorprenderla, ahora estaba seguro de que le faltaba nada para quedarse dormida de pie. Se giró lentamente hacia él y pudo ver que sus suposiciones no eran muy descabelladas.

—Creo que a partir de aquí puedo arreglármelas yo sola —aseguró, la mirada de anhelo que le dedicó a la cama le provocó celos—. Sí, mi cama.

Él sonrió ante el tono soñador que utilizó.

—Ponte el pijama antes de meterte en ella —le recordó desde el umbral—. Dormirás más cómoda.

La muchacha se limitó a asentir.

—Lo haré —susurró en respuesta, entonces alzó la mirada y encontró sus ojos—. Gracias por traerme de regreso.

Shayler dejó el umbral de la puerta y caminó hacia ella, sus miradas sin separarse en ningún momento.

—Trata de descansar —le sugirió con voz suave, sedosa mientras recorría su rostro—, tenemos mucho de lo que hablar todavía.

Ella le sostuvo la mirada, se lamió los labios y tras un instante de silencio posó la mano sobre su brazo.

—Vete a casa, Juez —le dijo. Su mirada sincera, agotada—. Sólo vete a casa.

Él sonrió para sí, le acarició la mejilla con los nudillos y se inclinó hacia ella.

—Ahora estoy seguro de que sólo me llamas Juez para molestarme —le dijo con un bajo ronroneo.

Ella resopló y lo empujó suavemente.

—Que no te quepa la menor duda —le dijo retirando la mano—. Buenas noches, Juez Shayler Kelly.

Él se la sujetó antes de que pudiese retirarla por completo y tiró de ella para tenerla de nuevo junto a él.

—Buenas noches, Dryah —le susurró antes de bajar la boca sobre la de ella en un suave y breve beso—. Nos veremos cuando despiertes.

Ella se lamió los labios y dio un paso atrás.

—Lárgate de una vez, Juez —le dijo con un cansado suspiro.

Sonrió de nuevo, le acarició una última vez la mejilla con los nudillos y se marchó permitiendo que la puerta del dormitorio se cerrase tras él. Dryah se quedó contemplándola durante unos breves instantes, sus dedos ascendieron hasta los labios y los acariciaron.

—Siempre tiene que tener la última palabra —musitó. Negando con la cabeza le dio la espalda a la puerta y se dirigió a la cama. Necesitaba dormir, una buena noche de sueño borraría todas aquellas absurdas e inexplicables sensaciones de su cabeza, o eso esperaba.

Shayler entró en el salón y contempló los muebles del salón y el sofá que se habían convertido en algo familiar, en los últimos días había pasado más tiempo en ese apartamento que en su propia casa. El lugar en el que habitaba la mujer de sus sueños; Literalmente. Su predestinada, su otra mitad. La única para él, la que encajaría perfectamente con la mitad de su alma, la mujer por la que empezaba a sentir un profundo cariño y una posesividad que iba más allá de la simple amistad. Era extraño como cambiaban las cosas, ya no se trataba de una obsesión ni algo creado por su subconsciente para darle un motivo por el que seguir adelante en un mundo lleno de conflictos. No, ahora se trataba de Dryah, una mujer real, de carne y hueso a la que acababa de dejar en su dormitorio. La poseedora de los ojos más hermosos y tristes que contempló jamás. Como le gustaría poder borrar esa tristeza de una vez por todas.

Se dejó caer en el sofá y echó la cabeza atrás con un suspiro. ¿Sería posible que hubiese soñado también con él? ¿Sería ese el motivo de su pequeña pelea? Sonriendo se llevó la mano al lugar en el que le golpeó; Su pequeña gata salvaje.

Una ligera vibración en el bolsillo trasero del pantalón lo devolvió a la realidad, se inclinó ligeramente hacia un lado y extrajo su *Blackberry* para ver el número de John en el identificador de llamada. Justo lo que necesitaba. Realmente, no tenía ningunas ganas de hablar con su hermano, no estaba preparado para enfrentarse a John y a su «te lo dije». Sin embargo no podía dejar pasar lo que ella le reveló durante la cena, la presencia de Uras y más exactamente, la presencia de Tarsis. Tenía que poner punto y final a todo aquello de manera oficial, presentarse ante el Consejo de Ancianos y comunicarles a aquellos cuatro seres su decisión. Dryah estaba ahora fuera de su jurisdicción, no permitiría que nadie tocase un cabello de su dorada cabeza. Con un suspiro, accionó el manos libres.

Durante un instante reinó el silencio, entonces:

—Imagino que has dado con ella.

Shayler se obligó a respirar profundamente, tenía que dejar de lado lo ocurrido y concentrarse en el presente.

—Sí.

Se produjo un nuevo momento de silencio hasta que el guardián volvió a preguntar.

—¿Ella está bien?

Dejó escapar un cansado suspiro y asintió.

—Todo lo bien que podría estar dadas las circunstancias —aceptó de forma concisa y directa. Entonces se permitió una breve pausa y a continuación declaró—. He terminado con el *Antiquerum*.

Su reacción se duplicó al otro lado de la línea en la forma de un nuevo suspiro.

—¿Tú estás bien?

Shayler esbozó una mueca. No deseaba tener esa clase de conversación ahora.

—Sí.

Una ahogada maldición llegó desde el otro lado de la línea.

—Joder, Shayler. ¿Por qué tienes que buscar siempre el lado difícil de las cosas? —exigió saber—. ¿De entre todas las criaturas del universo tenías que tenerla precisamente a ella?

Él no pudo evitar sonreír ante el tono lastimero que escuchó en la voz de su hermano.

—Lo siento si no te gusta mi elección.

John bufó desde el otro lado de la línea.

—Y una mierda que lo sientes —su voz sonó claramente irónica—. Entiendes lo que eso significa, ¿verdad?

—¿Qué estoy a punto de joder con el universo? Sí, lo sé —aceptó con un ligero encogimiento de hombros que su interlocutor no podía ver—. Pero eso no cambia nada.

A juzgar por el agudo gruñido que escuchó, la noticia no hizo más que confirmar las sospechas del otro hombre.

—Así que, ¿ya lo has hecho oficial?

—Estaba pensando en ir al Consejo ahora que llamaste —aceptó mientras echaba la mirada hacia atrás, hacia la puerta del salón—. Dryah comentó que el posible responsable de que desatara su poder es el mismo implicado en la petición de su encarcelamiento.

La respuesta fue rápida y concisa.

—Tarsis.

Bingo, pensó con diversión. Parecía que sus compañeros no habían estado tan ociosos como cabía esperar.

—El mismo —aceptó incorporándose hasta quedar sentado, con las manos cruzadas sobre las rodillas—. Y parece que no fue la única visita.

—Uras —corroboró John—. El Cazador de Seybin nos advirtió, parece que se encontraron y ella dejó marcado su territorio.

Como toda respuesta Shayler bufó.

—Pues se equivocó ligeramente de zona geográfica, los pantanos están un poquitín más al sur —comentó con tono mordaz.

John no contestó, en su lugar se oyó un sonido de papeles seguido por un bajo gimoteo canino. Él sonrió.

—¿Horus está contigo?

El ladrido del perro al escuchar su nombre pronunciado por su amo le dio la respuesta.

—Lyon lo trajo a la oficina para que no se quedase solo en tu apartamento —le explicó—. Te gustará saber que casi le hinca el diente a Uras.

Shayler se echó a reír por lo bajo.

—Buen chico, Horus.

Ahora fue el turno de John de poner los ojos en blanco.

—Sí, bueno. Puedo sugerirte que te pases por tu oficina en cuanto tengas un momento, hay una cantidad inimaginable de papeleo esperándote y de paso que vienes, podrás recoger a tu perro.

Shayler puso los ojos en blanco ante la sola idea de los montones de casos y papeleo que tendría pendientes de archivar, sus primeras vacaciones en… siempre, terminaron bruscamente al segundo día de cogerlas cuando John lo levantó de la cama para ponerlo al tanto del *Antiquerum*. A partir de ese momento, no estaba muy seguro si se había bajado en alguna ocasión de la

montaña rusa que se convirtió ese juicio.

—De acuerdo —suspiró con desgana—. Me pasaré por ahí después de hacerle la visita de rigor al Consejo.

—Sí… buena suerte con eso —le deseó su hermano antes de colgar.

Shayler miró el teléfono y suspiró para luego enterrar la cabeza entre las manos. Lo que daría por poder pasar un único día sin que los problemas llamasen a su puerta.

Nyxx apagó la colilla de su cuarto cigarrillo de la noche con el talón de la bota mientras dejaba escapar el humo entre los entreabiertos labios, su mirada fija en la quinta planta de aquel edificio de tercera generación, uno de los barrios más humildes de Manhattan. Las luces seguían encendidas en la tercera ventana de la izquierda, la más cercana a la escalera de incendios que no estaba muy seguro que debiera ser utilizada. ¿Qué diablos hacía allí y por qué demonios volvía a fumar? Aquel era un hábito de lo más absurdo, aunque no es que pudiera matarle ya que técnicamente había muerto hacía mucho tiempo, demasiado para tenerlo en cuenta. Su agudo oído captó un movimiento procedente de la puerta principal, si podía llamársele así a la desvencijada reja cubierta de grafitis del que colgaba precariamente el número 19 en una placa de latón. El edificio debió ser derruido hacía años y en cambio seguía siendo utilizado para dar cobijo a una variopinta comunidad, desde una mujer mayor que vivía con una quincena de gatos, pasando por un profesor de piano desahuciado, una pareja de homosexuales y la pequeña ratoncito de biblioteca a la que rescató de terminar bajo las ruedas de un coche no muchos días atrás.

—¿Qué coño estás haciendo, Nyxx? —se preguntó en voz alta. Aquella era la segunda noche que patrullaba por aquella calle, que se detenía en las sombras de un oscuro callejón observando la ventana de la tercera planta hasta que ella apagaba las luces y se iba a la cama.

La había seguido, en realidad, siguió la pista de su aroma por toda la jodida manzana. Su olor se le había grabado a fuego y antes que de que diera cuenta de las gilipolleces que hacía, la rastreó hasta una pequeña tienda de flores en la que trabajaba en el turno de tarde. Fue en una de esas tardes cuando la vio salir a altas horas de la noche y preocupado por su seguridad, la siguió hasta aquí.

Realmente, había perdido la cabeza.

Su mirada verde ascendió nuevamente hacia la ventana en el mismo momento que un agudo pitido empezó a sonar en uno de los bolsillos de su pantalón. Frunciendo el ceño rescató el teléfono y miró el identificador de llamada el cual daba el tono como “número oculto”.

Gruñó desde el fondo de la garganta al tiempo que contestaba.

—¿Quién eres y por qué tienes mi número?

Hubo una ligera vacilación desde el otro lado de la línea antes de que una voz conocida le respondiera.

—Soy Dryah y tengo tu número porque Shayler lo grabó para mí —le dijo ella con suavidad.

Nyxx dejó escapar un suspiro cuando escuchó la voz de la chica. Había estado ando nervioso con su desaparición, sabía que el Juez no andaría muy lejos pero eso no es que le sirviera de gran consuelo.

—Ey, pequeña. ¿Qué haces levantada a estas horas?

Ella suspiró.

—Esa es una muy buena pregunta, pero en realidad, estoy en la cama, a punto de quedarme frita —aseguró con un bostezo—. Pero quería que supieras que estoy bien, Shayler me

ha traído de vuelta a casa.

Nyxx oyó la somnolencia en su voz, era obvio que estaba luchando para mantenerse despierta.

—Tesoro, apaga el teléfono y duérmete, no vas a aguantar ni dos frases más —le dijo con su característica voz rota—. Ya hablaremos cuando hayas descansado.

—Sí… —la oyó bostezar de nuevo—. Te llamaré… después… mañana… cuando me despierte.

Nyxx sonrió con cariño, agradecido de poder oírla.

—Dulces sueños, princesa —le susurró.

—Oh, ¿Nyxx? —pareció recordar ella de pronto—. Ya soy libre. El juicio ha llegado a su fin y el Juez me ha dejado en libertad.

—Muy oportuno por su parte —murmuró el cazador más para sí que para ella. Al mismo tiempo, envió una plegaria de agradecimiento a los cielos, sin saber muy bien a quien iba dirigida —. Es lo menos que podía hacer, nena, tú no tienes culpa de lo que los demás han querido poner en tu camino.

El Cazador oyó otro bostezo y sonrió.

—Apaga las luces, Dryah y descansa.

—Buenas noches, Nyxx.

—Buenas noches, pequeña.

La línea se quedó en silencio cuando ella cortó la llamada. Devolvió el teléfono a su bolsillo e hizo una anotación mental de pasar a ver en un par de días a la pareja. Porque estaba seguro de que los encontraría todavía juntos, no sabía a qué se debía, pero sus sentidos de lobo no se equivocaban nunca y había notado algo entre esos dos que iba más allá de la atracción. El tiempo diría en que desembocaría.

Echando un último vistazo a la tercera ventana de arriba vio una figura que se movía tras las cortinas un instante antes de quedar nuevamente a oscuras. Tomando un profundo suspiro, alzó la mirada hacia el cielo y oteó el aire frío de la noche. Quizás no fue demasiado tarde para permitirse correr.

Shayler recorrió con la mirada el largo corredor que llevaba a la sala principal del Consejo, hecho de mármol y decorado al más puro estilo clásico griego, las esculturas y estatuas de unos dioses que sólo eran recordados en las leyendas se alzaban orgullosos a ambos lados, había frescos decorando las paredes y el techo representando escenas de varias épocas y etnias con divinidades olvidadas hacía mucho tiempo por la humanidad. Las antorchas iluminaban el corredor con una suave y agradable luz, el Juez sonrió ante la ironía de ver aquello en la era de la electricidad, pero existían lugares en los que una simple antorcha o una lámpara de aceite era lo único que podías obtener y él no estaba allí para discutir sobre avances tecnológicos con los regentes de los panteones o el Consejo de Ancianos como preferían considerarse a sí mismos.

Alguien debía estar al tanto de las correrías de los dioses, de sus excesos, de sus continuas peleas por demostrar su superioridad en una época en la que sus nombres sólo aparecían en los libros de historia y ni siquiera eran considerados reales. Dioses e inmortales por igual debían ser regidos y controlados para mantener el equilibrio y aquella era una tarea que con gusto depositaría en las manos de los Ancianos. Ellos podían encargarse perfectamente de aleccionar a los infantiles dioses, sólo cuando las cosas iban más allá de sus manos, o suponían un riesgo para el equilibrio del Universo, recurrirían a él. O así debía ser.

Sin más preámbulos, abrió la puerta de la Sala de los Ancianos con su poder y entró

directamente.

Los tres Ancianos se volvieron desde los lugares en los que se encontraban al oír el sonido de las puertas. Aristes fue el primero en levantarse tras el enorme estrado, el más anciano y respetuoso de los cuatro miembros del Consejo reconoció la presencia del Juez con una inclinación de cabeza y rodeó el estrado en su camino hacia él. El hombre tenía la apariencia de un hombre de avanzada edad, pero su complexión y su aura de poder no hacían sino desmentir su edad.

—Un extraño placer teneros por aquí, Mi Juez —lo recibió Aristes, quien bajaba ya los tres peldaños que separaban la tarima de la parte rasa de la sala.

Shayler se adelantó para ayudar al Anciano, aquella deferencia a la edad del hombre siempre contribuyó a aumentar su respeto hacia él.

—Limito mis apariciones a cuando son realmente necesarias, Aristes —le dijo tendiéndole el brazo para ayudarle a descender los últimos peldaños.

El hombre palmeó agradecido el brazo del chico y negó con la cabeza.

—Deja de tratarme como si fuera a romperme en cualquier momento, Juez Shayler, soy más anciano que tú, pero no menos capaz —le aseguró con buen humor.

—Jamás me atrevería a sugerir tal cosa —aceptó él y volvió la mirada hacia los otros tres hombres, quienes inclinaron su cabeza en señal de reconocimiento.

—Imagino que vuestra presencia aquí obedecerá a algo más ya que no sois dado a las visitas de cortesía, Juez Supremo.

Él sonrió con ironía al más joven de ellos, su edad rondaba la misma del Juez, o al menos, su aspecto no era más allá del de un hombre a mediados de los veinte o inicio de los treinta.

—Hemos oído rumores sobre el incidente acontecido en el mundo humano —continuó, su voz firme y respetuosa pese al borde de ironía subyacente en su voz—, con el *Libre Albedrío*. Fue una suerte que ocurriera en un momento de la noche y no a pleno día. Según sé, vuestros hombres realizaron un buen trabajo.

No se le escapó el hincapié que hizo al mencionar a sus compañeros de armas.

—Yo no esperaría menos de los Guardianes, Larios —lo atajó Aristes, su mirada fulminó con eficacia al joven.

El Juez se mordió una irónica sonrisa y añadió.

—El episodio trajo consigo un resultado del que estoy seguro no esperaba aquel que lo inició.

—¿Y ese sería? —se aventuró a preguntar Orest, quien permanecía como un simple espectador.

Arqueó una ceja en respuesta, siempre le había parecido divertida la forma en que intentaban mostrar su ignorancia ante los últimos sucesos cuando sabían exactamente lo sucedido en el momento en que sucedía, siempre lo sabían.

—Me sorprende que las buenas noticias no lleguen hasta vosotros —continuó mostrándose absolutamente afectado, para luego añadir con efectividad—, más aún cuando el cambio que se ha producido se nota en la trama del universo.

—No siempre se pueden considerar buenas las noticias que nos llegan procedentes del mundo humano, Juez Shayler —comentó Aristes a modo de disculpa.

Él se limitó a asentir.

—En tal caso, déjame que sea el portador de tales noticias —le dijo al tiempo que sacaba tres sobres color burdeos con un lacre negro del bolsillo interior de su chaqueta y se los

entregaba a Aristes—, ya que al parecer no sois conscientes de la actual del *Libre Albedrío* en la trama del Universo. El *Antiquerum* se ha resuelto… y ahí está mi veredicto.

El Anciano no pareció sorprendido, se limitó a coger uno de los sobres que le tendía y rompió el lacre tomándose un momento para leer el contenido. Finalmente volvió a cerrarlo e inclinó levemente la cabeza ante él.

—El Juicio está resuelto entonces —aceptó el hombre.

Shayler asintió y levantó los otros dos sobres.

—Teniendo en cuenta que la petición salió de aquí, os agradecería que hicieseis llegar a Seybin, Señor de las Almas, mi veredicto. Querrá saber de primera mano cual ha sido —pidió tendiéndole uno de los sobres para luego mirar el otro y pasear su mirada sobre los otros dos hombres—. Así mismo, podéis hacerle llegar también a Tarsis, junto con todo mi agradecimiento y el de mi custodio, su intervención, sin la cual no sería posible llegar a un consenso con tanta… prontitud.

—¿Qué insinuáis, Juez Supremo?

Shayler se volvió hacia Larios, quien había dejado su tarea, al igual que Orest y se encaminaban hacia ellos.

—No está en mi naturaleza insinuar, mi querido amigo, mi cometido se basa en certezas al igual que mi juicio —respondió con un tono demasiado amistoso para considerarlo real.

—¿Podríais ser más claro, mi señor? —pidió Aristes, su mirada se centró en el Juez y Shayler vio verdadero interés en la mirada del Anciano.

—Tendríais que preguntar a mi custodio para tener absoluta claridad de los hechos —le dijo alternando la mirada de uno a otro de los ancianos antes de volver a él—. Básicamente, «alguien» parecía tener cierto interés en liberar al *Libre Albedrío* sin importarle poner en peligro no sólo su estabilidad y el equilibrio del universo, sino a todos nosotros.

Aristes tomó el otro sobre que le tendía sin hacer ni un sólo comentario más.

—Me encargaré de que uno de nosotros entregue personalmente esta misiva a Tarsis —aceptó el Anciano, su mirada se cruzó durante una fracción de segundo con la de Larios. Shayler creyó ver incluso una luz de advertencia en su mirada.

—Te lo agradezco —aceptó antes de añadir—. No me gustaría que a mi protegida le ocurriera nada ahora que por fin podrá disfrutar de un poco de tranquilidad.

—Por supuesto —aceptó Aristes reconociendo la velada amenaza en las palabras del Juez.

Con un último vistazo a cada uno de ellos, dio media vuelta y se marchó por dónde había entrado.

Orest miró a Larios y después a Aristes, cuya mirada estaba fija en la puerta por la que había salido el Juez.

—Es joven e insolente —comentó el hombre tomando uno de los sobres.

—Es nuestra Ley —le recordó Aristes.

Orest asintió y levantó en sobre de su mano.

—Haré que le entreguen la misiva a Seybin lo antes posible.

Aristes asintió y se volvió hacia Larios, tendiéndole el otro sobre.

—Llévaselo a Tarsis, entrégalo en mano y transmite el mensaje del Juez palabra por palabra —ordenó el anciano.

Larios asintió, se inclinó y tomó el sobre.

—Entonces, ¿ahora la muchacha estará bajo la protección de nuestro Juez? —preguntó mirando el sobre.

—Sí —respondió Aristes sin dudar—. Esperemos que esa sea suficiente advertencia para

Tarsis. No es sensato ponerse en contra del *Juez Supremo*. No, no lo es.

Dicho esto, miró a ambos hombres y se volvió para continuar con la tarea que estaba realizando cuando apareció el joven Juez. Personalmente, se alegraba de la resolución de aquel juicio, Eidryen y Elora podrían descansar por fin en paz.

Sin duda el béisbol es el deporte americano por excelencia, aunque Seybin debía ser el primer dios que organizaba un torneo de aquel deporte en sus más oscuros dominios. Los gritos y jaleos del público ensordecían el improvisado estadio, si podía llamársele así a la amplia caverna presidida por la *Puerta de las Almas* y un público bastante… muerto. Aunque quizás la palabra más acertada fuera… fantasmal. Con todo, el jaleo que hacían era ensordecedor.

En el montículo de tierra central, uno de los Cazadores de Almas dialogaba a modo de señales con el receptor, mientras el bateador esperaba y se preparaba.

—¡Vamos, Silver! —Animaban al bateador desde las gradas—. ¡Mándala fuera!

—Sí, Josh, muéstranos lo que sabes hacer —lo azuzó Seybin desde la primera base.

—Que te jodan, jefe —farfulló el bateador que respondía al nombre de Josh. Alto y fornido, con unos mechones negros y dorados escapando por debajo de la gorra de béisbol, poseía un aura letal. Josh era uno de los Cazadores de Almas más joven, que junto con Silver y el propio Nyxx formaban la élite y guardia personal del Señor de las Almas.

—Señores, señores… pongamos la pasión en el juego —sonrió seybin mientras hacía cálculos sobre la distancia entre las bases y pendiente del lanzamiento—. Vamos, chicos, quiero una carrera completa.

El lanzador miró a Seybin por debajo de la gorra y sonrió con ironía.

—Tú siempre pidiendo, jefe —rezongó e hizo su primer lanzamiento.

La bola salió disparada esquivando el fuerte balanceo del bateador terminando con un ahogado golpe en el guante del receptor.

—*¡Strike 1!*

—Esa ha estado bien, Silver —lo animó Seybin con un toquecito a su gorra.

—Pues espera a ver la siguiente —le dijo el lanzador sacándose la gorra e inclinándose en una payasa reverencia que dejó su pelo negro suelto cayendo sobre sus hombros. Tras volver a ponerse la gorra, lanzó.

Un fuerte sonido de madera contra cuero hizo eco en la enorme caverna cuando la bola salió disparada casi a ras del suelo hacia una de las esquina. El bateador lanzó el bate y salió en un rapidísimo sprint hacia la primera base.

—Oh, adoro este deporte —aseguró Seybin saliendo disparado hacia la siguiente base.

—¿Dónde diablos está la bola? —clamaba Josh—. ¡No le dejéis alcanzar la base!

—Demasiado tarde, polluelos —se reía Seybin pisando con fuerza la almohadilla de la segunda base en un rápido derrape antes de seguir hacia la siguiente.

—¡Vamos, vamos! —Le animaban desde las gradas.

—¡Vamos Silver, a por la segunda, ocupa la segunda!

La bola fue de guante en guante hasta ser decepcionada en la tercera base bajo una enorme polvareda provocada por el deslizamiento del corredor.

—¡Fuera! —clamó el árbitro fantasmal cuando el polvo se despejó mostrando a Seybin tocando la base y el guante con la bola por encima de él.

—¡Mierda! —maldijo Josh tirando al suelo el guante.

—Buena carrera, jefe —gritó Silver desde la segunda base que también había asegurado.

—De acuerdo, señoritas. Vayamos a por la carrera completa —sugirió Seybin

sacudiéndose el polvo de los vaqueros, para luego arreglarse de un tirón la camisa de béisbol negra y roja en cuyo centro podía leerse en letras rodeadas de llamas *«Demon´s Soul»*

—¿Alguna posibilidad de que se rompa una pierna? —sugirió Josh sacándose la gorra para pasarse la mano a través de su pelo.

—Veo más posibilidades de que nos la rompa él a nosotros. —Silver palmeó la espalda de su compañero con una amplia sonrisa. Con el pelo negro a la altura de los hombros y unos profundos ojos rasgados de color avellana, poseía la apostura de un modelo, sólo que era mucho más letal.

—Tienes razón —aceptó Josh tironeando de su propia camisa—. ¿Y dónde demonios está Nyxx? Él es el único que se las consigue meter dobladas al jefe.

—Lo último que supe es que andaba haciéndole de niñera a la mocosa esa, el Alma del Dios Eidryen. —Silver se encogió de hombros.

Josh puso los ojos en blanco y volvió hacia el montículo.

—Vamos, Josh, que sea para hoy —lo apremió Seybin.

—Si querías velocidad deberías haber arrastrado el culo de Nyxxon aquí, jefe —le respondió el cazador arrastrándose hacia el montículo.

—El culo del lobo está perfectamente bien donde está ahora mismo. Dejad de preocuparos por él como gallinas cluecas —se quejó Seybin poniendo los ojos en blanco—. Os pateará el culo en cuanto vuelva.

—Apuesto por ello —aceptó Josh dándole la vuelta a la gorra, dejando la visera hacia atrás antes de cavar el suelo con la punta del pie preparándose para lanzar.

La bola salió disparada una, dos veces, terminando en las manos del receptor. Un lanzamiento más sin que el bateador acertara y quedarían en tablas. Josh entrecerró los ojos sobre el receptor y negó con la cabeza ante el efecto que le sugirió, entonces se enderezó y se dispuso a lanzar.

Un fuerte sonido de bateo y la bola salió disparada más allá del alcance de cualquiera.

—¡*Yi-hah*! —gritó Silver antes de salir disparado hacia la tercera base, al tiempo que Seybin se dirigía a completar la carrera.

—¡Mi señor, mi señor!

Una menuda figura blanquecina, casi transparente entró corriendo desde la entrada de la caverna, en sus manos llevaba una bandeja de plata con un sobre de color borgoña sobre ella. La presencia de la figura y la urgencia en su voz hizo que todo el mundo fuese perdiendo empuje, uno tras otro hasta que el juego quedó detenido.

La mirada de Seybin llameó al fijarla sobre la desafortunada alma que corría hacia él con aquel recado en las manos.

—¡Mi señor, uno de los Altísimos Ancianos ha traído esto para vos! —murmuró la figura arrodillándose inmediatamente frente a su señor, la bandeja plateada alzada más arriba de su cabeza—. Ha insistido en su urgencia.

Seybin frunció el ceño y se tensó ligeramente al reconocer el tono del sobre y más concretamente el lacre en cera negra que sellaba la carta. Tomando el sobre de la bandeja, rompió el lacre y extrajo el trozo de papel.

—¿Ocurre algo, Seybin? —se adelantó Josh.

El Señor de las Almas sonrió secretamente antes de devolver el papel al interior del sobre y se volvió hacia sus Cazadores.

—Encuentra a Nyxx —le encomendó a Josh—. Que traiga su pulgoso culo a mi presencia.

Los dos Cazadores intercambiaron una confusa mirada.

—¿Jefe?

Seybin puso los ojos en blanco.

—Viejas y cluecas gallinas —farfulló Seybin con ironía—. Sólo tráelo, Josh.

—Sí, señor —aceptó antes de dar media vuelta y desvanecerse en el aire.

—¿Va todo bien? —insistió Silver, buscando una respuesta en la mirada de Seybin.

—¿Tengo cara de Consultor Matrimonial? —le espetó Seybin arqueando una de sus finas cejas—. Dejad de preocuparos por nimiedades.

Silver imitó su gesto con mucha más ironía.

—Bien, me preocupaba el tener que buscar otro compañero de Póker —respondió el cazador.

Seybin esbozó una sonrisa y chasqueó los dedos. Al instante, el alma que había traído la bandeja con la misiva gritó estallando en llamas.

—Odio que interrumpan una carrera.

Dicho eso, se volvió hacia los presentes, señaló a uno de los espectros con el dedo y palmeó el hombro de Silver al tiempo que decía.

—Tú ocupa el lugar de Josh —le dijo al espectro—. Vamos, Silver, quiero completar mi carrera.

El Cazador puso los ojos en blanco y se rio volviendo a su posición.

—Tú mandas, Seybin.

Tarsis contempló la misiva que Larios acababa de depositar sobre su mesa, sus ojos llameaban con un oscuro y frío fuego, la había leído tres veces empapándose de la caligrafía fina y elegante que emanaba tanto poder como el hombre que la había escrito y durante cada una de esas pasadas el fuego en su interior aumentaba cada vez más y más. A duras penas intentaba mantener la compostura y su expresión estoica frente al Anciano del Consejo. No le pasó por alto el sutil aviso silencioso que le llegó al venir él personalmente y no un simple mensajero.

—El resultado del *Antiquerum* ha sido favorable al *Libre Albedrío* —comentaba el Anciano, quien permaneció en todo momento a escasos pasos de la puerta del suntuoso despacho —. El Juez Supremo ha añadido además una pequeña cláusula.

Tarsis arqueó una de sus oscuras cejas ante sus palabras.

—¿Cláusula? —preguntó tratando de mantener su voz inexpresiva.

Larios fijó la mirada en el sobre y después sobre él.

—Harías bien en mantenerte lejos de esa muchacha a partir de ahora, el Juez Supremo la ha acogido bajo su ala e imagino que no tengo que decirte lo que eso significa —expuso antes de dar media vuelta y dirigirse hacia la puerta—. El Consejo ha acatado las órdenes del Juez.

—Como siempre. —No pudo evitar murmurar, lo que le ganó una más que irritada mirada por parte del Anciano. Tarsis ignoró aquella respuesta y continuó con su conocido aplomo—. Acato y reconozco la autoridad de nuestro Juez Supremo en este veredicto. Gracias por haberos tomado la molestia de venir personalmente con esta misiva, mi señor Larios.

La ironía goteaba de la voz de Tarsis. El Anciano prefirió hacer caso omiso limitándose a inclinar la cabeza aceptando sus palabras antes de dar media vuelta para marcharse.

Tarsis esperó a que el hombre saliera por la puerta para dirigirse al aparador situado junto la ventana abierta con vistas al mar y se sirvió un generoso trago de whisky Escocés. Un ligero taconeo llamó su atención hacia la puerta entre abierta a su izquierda. Llenando el umbral con su escultural y lujurioso cuerpo, Terra posó sus ojos sobre él, mientras una de sus manos se deslizaba por encima de sus pechos cubiertos de encaje rojo y resbalaba por el vientre plano

hasta un poco más abajo del diminuto triángulo de encaje a juego del tanga. Sus largas piernas estaban desnudas, bronceadas terminando en unos exquisitos zapatos que dejaban sus dedos con las uñas pintadas al descubierto. Su leonado pelo le caía en cascada por la espalda aumentando su lujurioso aspecto.

—Deduzco por el resplandor de tus ojos que no han sido buenas noticias —murmuró cambiando el peso de su cuerpo de un pie al otro.

—Podrían ser peores —respondió dando un pequeño sorbo a su bebida mientras la contemplaba por encima de la copa—. Nunca dejo las cosas al azar. Sólo necesito un poco más de tiempo para encontrar exactamente lo que necesito.

Ella sonrió de esa manera tan sensual que hacía que cualquier ser de género masculino se arrastrara a sus pies.

—En ese caso creo que podré hacer algo para mejorar tu humor —le dijo con tono sensual dejando su lugar en el umbral y entrando con paso lento y medido, los tacones de aguja de sus zapatos resonando sobre el suelo. Se colgó de él y recorrió su mandíbula con los dedos.

—Te das mucho más valor del que tienes, querida —se burló Tarsis mirando sin disimulo lo que tan generosamente ofrecía.

Ella se rio, una musical carcajada.

—Tanto valor como el que merezco, querido —aseguró y se estiró sobre él como una perezosa gatita para alcanzar su vaso de whisky y acercarlo a los rojos labios—. Pero no estaba hablando de sexo, si no de esa pieza de joyería que buscas con tanto ahínco.

Tarsis se tensó y la miró atentamente. Aquello no era algo que hubiese compartido con ella, que compartiese con nadie en realidad. Llevaba años detrás de aquella pieza tan especial. Al principio todo parecía indicar que sólo eran leyendas, pero en un mundo en que los dioses caminaban entre los humanos, confundiéndose con ellos, las leyendas siempre contaban con una pizca de realidad.

Tomando su barbilla con entre sus dedos la forzó a alzar el rostro.

—¿Qué puedes saber tú de eso?

Ella hizo una mueca ante la presión de sus dedos clavándose en la carne, pero se lamió los labios mojados por el licor y empujó el vaso contra su pecho.

—Lo suficiente como para hacerte delirar de felicidad durante un rato —aseguró con un sensual parpadeo—. Tú buscas algo muy especial… y yo sé dónde encontrarlo.

Él la soltó y cogió el vaso para devolverlo de nuevo a la bandeja sobre el aparador. No confiaba ni siquiera un poco en aquella perra, como todas las mujeres era una manipuladora infalible, su hermosura y su poder, la hacían además, ligeramente peligrosa. Un divertido brillo iluminó los ojos masculinos un instante antes de soltar una carcajada y atraer a la mujer en un estrecho abrazo.

—Las mujeres y sus artimañas —la siguió con la mirada—. Eres una auténtica perra, Terra.

Ella sonrió en respuesta y se lamió los labios.

—Sí, pero una perra con recursos —ronroneó con una invitadora mirada—. ¿Y bien, querido? ¿Estás dispuesto a arriesgarte para conseguir aquello que buscas con tanto ahínco?

Tarsis contempló el apetitoso cuerpo y se lamió los labios.

—¿Qué tienes en mente?

Ella sonrió con diversión.

—No qué, Tarsis… si no, quién —le dijo con una sonrisa tan malévola como la suya propia—. Alguien que desea la desaparición de esa mocosa que esgrime el *Libre Albedrío*

casi tanto como tú deseas tenerla para tus propios fines.

Tarsis frunció el ceño antes sus palabras. ¿Qué estaba maquinando esta mujer?

—Y ese alguien sería…

Terra sonrió y caminó hacia él, apoyó todo su cuerpo sobre el suyo, sus manos se envolvieron en su pelo antes de dar un seco tirón y acercar su cabeza hacia ella.

—La misma persona que sabe dónde están esos brazaletes que tan desesperadamente buscas.

Oh, sí, pensó Tarsis sonriendo ante la lujuriosa mirada de la mujer que tenía pegada a su cuerpo, bien valía la pena retozar con el diablo si así se conseguía lo que quería. Y esos brazaletes eran la diferencia entre el alcanzar su meta o fracasar completamente. Terra estaba sugiriendo un medio para alcanzar un fin y ese medio prometía ser absolutamente delicioso.

—Estoy ardiendo en deseos de conocerla —respondió reclamando su boca en un hambriento y sensual beso.

La risa de la mujer quedó suspendida en el aire como toda respuesta.

Shayler abandonó la Sala de los Ancianos con la sensación de que por fin se había sacado un peso de encima, aquel juicio suponía un verdadero dolor de cabeza, lo había obligado a separar sus deseos de su responsabilidad empujándolo incluso a pelearse con sus hermanos de armas y la cosa no fue mucho mejor para la pequeña mujercita que dejó durmiendo totalmente agotada en el dormitorio. Algo tan sencillo como llegar a ella, verla y leer su inocencia o culpabilidad en su interior, se convirtió en la madre de todas las maldiciones. Dryah no era simplemente un rostro para él, era su predestinada, la única mujer cuya fantasía había amado y adorado en sueños y que ahora se alzaba como una extraña realidad ante él, combatiéndolo a cada paso del camino.

No obstante, la intervención de Tarsis seguía dándole vueltas en la cabeza. ¿Qué interés podría tener ese individuo para llegar a atreverse a poner en peligro el equilibrio del universo? John le comentó que Tarsis había estado más que entretenido durante la reunión del Consejo, él fue quien esparció la duda entre los asistentes, intentando ponerlos de su parte y pareció bastante molesto ante la inesperada intervención de Seybin. Quizás debiera mantener un ojo encima de ese tipo, sólo en caso de que el dios no se diera por aludido con la sutil advertencia que dejó al Consejo para él.

Necesitando despejarse un poco e incapaz de volver al lugar en el que estaba ella sin tener la oportunidad de hacer algo más que verla dormir, optó por pasarse por la oficina y ver si podía enterrarse durante un rato en problemas más mundanales y humanos.

—Buena cosa que te hayas dejado caer por aquí —lo interceptó Lyon nada más entrar por la puerta dejándole la pelota amarilla del perro en las manos—. Toma, ocúpate de tu perro, o mejor aún, llévatelo antes de que piense seriamente en castraros a ambos.

—Yo también me alegro de verte, tío —aseguró sonriendo para sí al tiempo que echaba un vistazo a la oficina en busca del perro—. ¿Dónde está?

—Si tengo suerte, comiéndose el cuero de tu maletín —le espetó un instante antes de que el susodicho apareciera dando saltos y ladrando en dirección a Shayler—. Pues no, no tengo suerte.

—Ey, hola, chico —lo recibió agachándose para poder acariciarle, aceptando sus lametones y sus mimos—. ¿Te ha tratado bien este viejo refunfuñón?

—Mejor que a ti, seguro —aseguró Lyon saliendo por la puerta por la que acababa de entrar él.

—¿Ya te vas?

Lyon levantó la mano en respuesta.

—Tengo que pasarme por la casa de acogida… te veré después.

Shayler asintió y se levantó enseñándole la pelota al perro que enseguida quiso alcanzarla.

—¿John?

—En tu oficina —le respondió Lyon perdiéndose por el pasillo—. Detrás de un montón de papeles.

—Qué bien —murmuró mientras atravesaba la parte principal del despacho.

La enorme y espaciosa sala de aspecto más hogareño que comercial constaba de varios espacios muy en sintonía con cada uno de los hombres que pasaban su tiempo en ella. Situado en el altillo rodeado por una media galería de ventanales había un piano de cola de color blanco, junto con un par de estanterías en la pared frontal llenos de CD y DVD entre los que podía encontrarse desde famosas composiciones clásicas, hasta los últimos conciertos de artistas de actualidad. Al otro lado de la sala, justo en frente estaba el pequeño salón con un amplio sofá de módulos y una mesa de cristal, un mini bar con un arbusto con flores naranjas que nunca se marchitarían, por ser de plástico, completaba el cuadro. Lo cierto era que la jardinería no iba bien con ninguno de ellos. El único que parecía sobrevivir era el cactus que había en la repisa de la sala de ordenadores de Lyon, un sofisticado equipo informático situado en un pequeño habitáculo detrás de la puerta principal.

Shayler se dirigió a su oficina, la cual dominaba la zona contigua a la sala. En las paredes colgaban su diploma del colegio de abogados y un par de pinturas que Jaek había traído de sus visitas a los anticuarios. Una puerta de madera con una placa metálica con su nombre y profesión presidía la puerta de madera con clave informática.

—¿Se puede? —preguntó tras abrir la puerta.

—Vaya, ¿el hijo pródigo regresa a casa? —lo recibió John sin levantar la mirada del informe que estaba leyendo y del que estaba sacando anotaciones.

Ignoró el comentario y entró en la oficina cerrando la puerta tras él antes de dejarse caer en una de las sillas frente al escritorio. Horus había decidido no separarse de él por si volvía a dejarlo atrás, así que se acomodó a su lado.

—¿De dónde ha salido todo eso? —preguntó mirando horrorizado la enorme cantidad de papeleo que había sobre la mesa—. ¿Qué pasa? ¿Todos los neoyorkinos han decidido acusarse los unos a los otros?

John levantó la mirada de los papeles y la centró en su hermano.

—Esto es lo que pasa cuando te tomas vacaciones y seguidamente decides desaparecer de la faz de la tierra para atender algo así como… ¿Un Juicio Universal?

Él puso los ojos en blanco.

—No metas mis vacaciones en esto, que sólo he visto un día y medio de absoluta relajación —le aseguró inclinándose hacia delante—. Lo demás ha sido como… un viaje en el infierno de ida y vuelta.

—No esperes que sienta pena por ti —le aseguró dejando el bolígrafo a un lado para finalmente cruzar las manos sobre el escritorio—. No me das ninguna.

—Yo también te quiero, hermanito —respondió con ironía.

John sacudió la cabeza y se recostó contra el respaldo de la cómoda butaca de piel.

—¿La chica está bien?

Chasqueó la lengua ante la forma en que se dirigía a ella.

—La chica se llama, Dryah y sí está bien —aceptó lentamente—. Sólo está cansada.

—¿Y tú?

Se encogió de hombros.

—Bien.

John lo miró por debajo de las pestañas y acotó.

—La verdad, si no te importa.

El Juez esbozó una irónica sonrisa y alzó la mirada hacia su hermano.

—La verdad es demasiado complicada.

—¿Cuándo no lo ha sido?

Shayler asintió.

—Tienes razón.

John sacudió la cabeza y se lo quedó mirando durante un instante. Era desconcertante ver a su hermano tan descolocado y desesperado por algo como una mujer. Desde lo de Uras, nunca lo vio tan enganchado por nadie, siempre se limitaba a los rollos de una noche, nunca estaba mucho tiempo con la misma mujer y jamás se implicaba a sí mismo de la manera en que se había implicado con esta pequeña rubia.

—Deberías echarle un buen polvo —declaró de forma directa y sin andarse por las ramas —, de esa manera no tendría ni fuerzas ni ganas para seguir creándote problemas.

Shayler entrecerró los ojos un instante antes de que el marco con la titulación del Colegio de Abogados que colgaba en la pared detrás de John empezara a arder por combustión espontánea. El guardián se limitó a girar la silla hacia la derecha y mirar fijamente el cuadro, cuyo cristal había estallado y volverse de nuevo hacia el Juez con una ceja arqueada.

—¿No te atrae de esa manera, entonces? —le preguntó con gesto inocente.

El muchacho dejó escapar un profundo suspiro y se levantó de la silla. John lo siguió con la mirada durante unos instantes al verlo acercarse a la pequeña nevera que permanecía oculta tras la puerta de un mueble y sacó una cerveza.

—Si todo fuera tan simple como arrastrarla a la cama y follármela, créeme, lo habría hecho ya y repetidas veces —respondió de mal humor antes de llevarse la cerveza a los labios—. Habría sido lo primero en mi lista.

John puso los ojos en blanco ante la ferviente respuesta del chico.

—Sólo es una mujer, Shay, ¿qué problemas puede crearte? —preguntó un leve encogimiento de hombros—. ¿Qué te envenene su cocina?

Shayler dejó escapar un bufido mitad risa.

—Sí, sólo una mujer —respondió con ironía—. Una maldita hembra que da la casualidad es el Libre Albedrio y que tiene la facilidad de crear un calentamiento global y rotundo que me tiene al borde la mayor parte del día.

—Esperaría que a estas alturas supieras controlar lo que tienes en los pantalones, hermanito.

Él puso los ojos en blanco y John chasqueó la lengua.

—¿Has probado a atarla a una silla, preferiblemente de pies y manos, amordazarla y explicarle tranquilamente tu punto? —sugirió con profunda ironía.

—No tengo por costumbre ir por ahí atando a las mujeres que se niegan a escucharme —respondió llevándose la mano al puente de la nariz y empezar a frotarlo—. En realidad, nunca he tenido problemas para hacerme entender… salvo con ella.

—Tampoco creo que hablaras mucho con las otras.

Shayler resopló.

—Por una vez, daría lo que fuera por verte en esta situación, Einstein.

John esbozó una perezosa sonrisa antes de volverse a su hermano.

—Ni por todo el poder del universo, chico —negó levantándose del asiento y rodeando el amplio escritorio de madera maciza—. Pero si lo que quieres es quitártela de la cabeza durante un rato, aquí tienes toneladas de trabajo atrasado. Que lo disfrutes.

Shayler observó cómo su hermano salía por la puerta dejándolo solo con una cantidad infernal de papeleo. Bueno, después de todo, ¿no era precisamente eso por lo que vino a la oficina?

CAPÍTULO 20

El salón estaba completamente vacío cuando por fin se levantó, las cortinas ya habían sido descorridas y el sol matinal entraba a raudales iluminando toda la estancia más el sofá en el que solía dormir Shayler. La manta estaba pulcramente doblada junto con la sábana a un lado del sofá. La almohada descansaba sobre estas, pero del Juez no había rastro.

Dryah se había despertado con sed, con lo que nada más salir de su habitación hizo la primera parada en la cocina. Los platos que habían quedado el día anterior, o la noche, o lo que fuera, así como los cubiertos y vasos estaban ya en el lavavajillas, los restos de comida habían sido guardados en el frigorífico y en la solo quedaba el bol vacío de la fruta. Sabía que pronto tendría que acercarse a un supermercado para reponer todos los víveres que consumieran en los últimos días, el único problema era que no estaba muy segura de cómo hacerlo, ni de dónde sacar el dinero para costear esos víveres. Sabía por Nyxx, que Seybin había arreglado todo para que dispusiera de una cuenta corriente en el banco, así como varias tarjetas, pero a los hombres se los olvidó algo elemental; enseñarle a utilizarlas.

Su mirada recorrió por última vez el salón y volvió al pasillo, la puerta del baño estaba entre abierta, pero ya había comprobado antes que no había nadie.

—¿Shayler? —llamó en voz alta, esperando por una respuesta que nunca llegó.

Se acercó nuevamente hacia la puerta del baño, vacilante llamó con los nudillos sólo para que esta se abriese del todo mostrando el cuarto vacío. Estaba completamente sola en la casa.

—Se ha ido —murmuró, completamente asombrada.

Después de todo lo que insistió y terqueó para que se marchara sin que le hubiese hecho el menor caso, ahora de repente, ya no estaba. Debería haberse sentido satisfecha por obtener su deseo, el *Antiquerum* ya no pesaba sobre su cabeza y podía empezar a vivir esa segunda vida que le habían dado. Entonces, ¿por qué sentía tal vacío ante su falta?

Sacudiendo la cabeza observó el vacío lugar, todavía podía verle en su mente paseándose por la vivienda como si le perteneciese, podía recordarle en la cocina moviéndose en el minúsculo espacio mientras ella lo increpaba desde la puerta, siguiéndola hasta su habitación sólo para ganarse que le diese con la puerta en las narices u ofreciéndole su ayuda de una forma muy sensual cuando se iba a dar un baño. Y sobre todo, podía verle en el sofá, recostado con una mano tras la cabeza mientras veía algún programa en la televisión o se tomaba un descanso. Se dirigió hacia el sofá con paso lento inclinándose para recoger la manta que utilizaba él, una profunda sensación de soledad la atravesó y trajo lágrimas a sus ojos dejándola temblorosa. Se dejó caer en el asiento, apretando la manta contra su pecho y dejó que las lágrimas se deslizasen por sus mejillas sin control.

—¿Qué has hecho conmigo, Juez? —murmuró para sí mientras apretaba con fuerza la manta que todavía conservaba su aroma y se acurrucaba en el sofá. No entendía que le ocurría, por qué sus emociones reaccionaban de aquella manera ante su falta—. ¿Qué?

Shayler dio un respingo cuando sintió como si una mano helada le bajara por la espalda, volvió la mirada hacia atrás por reflejo pero todo lo que allí había era el respaldo de la butaca de su despacho y la pared con los títulos que le permitían ejercer su trabajo allí. Toda una ironía que hubiese tenido que hacer la carrera de Derecho para ejercer una profesión para la que había

nacido. Se enderezó en el asiento haciendo rodar sus hombros y ladeando el cuello hacia un lado y hacia el otro, había perdido la cuenta de las horas que llevaba sentado leyendo archivo tras archivo y preparando los casos que debían ser presentados para las auditorías. Se quitó las gafas y empezó a masajearse el puente de la nariz; No dejaba de ser una ironía que padeciera de vista cansada con todo el poder que esgrimía.

Recostándose en el respaldo estiró la mano hacia la taza de café que tenía a un lado de la mesa sólo para darse cuenta que estaba frío. Su mirada fue hacia una de las ventanas, había bajado las persianas para poder trabajar tranquilamente durante la noche, pero a juzgar por la intensa luz que entraba a través de las rendijas, debía ser bien entrada la mañana. Tenía pensado volver al apartamento antes de que Dryah se despertara, obviamente, había calculado mal el tiempo y el trabajo que tenía pendiente. Demonios, había veces que odiaba realmente su oficina.

Estaba a punto de dejar la silla cuando empezó a escuchar una suave melodía de piano al otro lado de la habitación; sólo podía tratarse de Jaek. Sonrió para sí y cerró los ojos mientras cruzaba las manos sobre el estómago, ese hombre tenía un don especial con ese maldito cacharro. El último de los *Guardianes Universales* era un hombre de múltiples talentos, el más importante de ellos residía en sus manos y en sus dotes médicas. Al acabar la melodía se levantó del asiento y rodeó su escritorio para abrir la pesada puerta que separaba la oficina del resto del ala del bufete.

Jaek seguía sentado cómodamente en el pequeño banco frente al piano. Vestido con un pantalón de traje hecho a medida en color gris oscuro, una camisa negra cuya corbata gris claro había sido aflojada completamente hasta colgar por ambos lados del cuello, parecía un hombre de negocios más que el dueño y barman del local de Jazz que regentaba; El *The Guardian*. Sus ojos azul cielo se alzaron hacia él nada más atravesó el umbral de la oficina y se permitió recorrerlo para terminar con una mueca.

—Tienes un cappuccino recién hecho esperando por ti al lado de la cafetera, todavía estará caliente —le dijo el hombre con una voz profunda y sensual, con un ligero acento que iba y venía.

—Que los dioses no permitan que alguna vez se termine el café —exclamó al tiempo que cruzaba la sala hacia la cafetera—. Llegaste temprano, ¿no?

—¿Temprano? —Jaek esbozó una sonrisa llena un tanto cínica—. Chico, es casi la una de la tarde —le recordó volviéndose nuevamente a su piano, sus largos dedos acariciando con mimo un par de teclas.

Shayler lo miró horrorizado a punto de coger su cappuccino. No podía ser tan tarde.

—¿La una de la tarde? —jadeó y bajó la mirada al reloj de su muñeca el cual seguía marcando las diez. Se había parado—. Mierda. Pensé que era más temprano. ¿Por qué a nadie se le ocurrió avisarme?

El hombre se encogió de hombros.

—Yo acabo de llegar —le recordó e indicó con un gesto de la barbilla la puerta que daba al exterior—. El señor, “No puedo pasar un detector de metales sin que se detecten mis implantes entre todas las armas que llevo” dijo que estabas durmiendo como un bebé, que te dejara estar hasta que refunfuñaras. Y mira, aquí estás y refunfuñando.

Shayler entrecerró los ojos, empezaba a cansarle el tener a tres niñeras cuidando de él, especialmente cuando Jaek no era mucho mayor que él.

—Recuérdame que le meta su nuevo juguete por el culo —rezongó refiriéndose al nuevo juego de cuchillos de Lyon.

El hombre se limitó a sonreír.

—¿Y John? —continuó mientras sacaba la tapa al vaso para dar un buen sorbo a su café.

El Guardián se rascó la barbilla al tiempo que lo miraba.

—Deja que recuerde sus palabras exactas. —Se mofó su compañero—. Veamos… ¿Que te tires de una jodida vez a esa pequeña bruja y que la ates si hace falta, todo por el bien de nuestra paz mental?

Hizo una mueca al reconocer en esas palabras parte de la discusión que tuvo con su hermano la noche anterior. Su evidente frustración había ido a recaer sobre John, quien se encontraba revisando unos papeles en su oficina, solo para dejárselos todos a él. Había llegado a la oficina después de pasar por el Consejo, allí se había topado con John y aprovechó su presencia para dar rienda suelta a toda la frustración que llevaba acumulada en los últimos días.

La respuesta de John había sido clara y concisa.

«Tíratela de una jodida vez, a ver si así puedes volver a centrarte en algo que no sea la polla que tienes entre las piernas».

Shayler sacudió la cabeza y se tomó el resto de su cappuccino de un trago.

—Atarla puede no ser tan mala idea después de todo —farfulló con un suspiro de cansancio—. No si así consigo alguna respuesta.

Negando con la cabeza ante su propia estupidez volvió la mirada alrededor de la oficina en busca de su perro.

—¿Horus? —lo llamó, seguido por un agudo silbido.

El perro cruzó la entrada principal moviendo la cola y se lanzó directo a su amo.

—Buenos días, chico —lo saludó Shayler rascándole con entusiasmo el pelo del lomo—. Ven, Lyon ha amenazado con castrarnos a los dos si te dejo un día más en la oficina.

El perro gruñó en respuesta haciendo sonreír a Shayler.

—Sí, yo opino lo mismo —le aseguró rascándole entre las orejas—. Esperemos que Dryah tenga mejor criterio. Tienes que causarle buena impresión, ¿eh?

El perro emitió un ladrido y movió la cola con más energía.

—Posiblemente le cause mejor impresión de la que le has causado tú —le dijo Jaek antes de empezar a interpretar una nueva pieza al piano.

Shayler lo miró y le lanzó un irónico beso al tiempo que le decía.

—Bésame el culo.

Entonces tomó al perro por el collar y se desvaneció del lugar.

Había algo que le hacía cosquillas en la nariz, una y otra vez lo apartó con la mano sólo para que esto volviese con más intensidad. Dryah gimoteó y se obligó a abrir los ojos sólo para encontrarse con él inclinado sobre ella, en sus labios brillaba una tierna sonrisa y el capullo de una rosa le hacía cosquillas al deslizarse por su rostro.

—Shayler —murmuró somnolienta—. No te has ido.

Él le acarició la nariz de nuevo con la rosa.

—¿A dónde podría irme cuando tengo aquí todo lo que necesito? —le aseguró dándole un beso en la nariz.

Ella se encogió ligeramente ante el gesto pero sonrió.

—¿Estabas preocupada por mí?

—No.

—Mentirosa —se rio de ella, entonces bajó la boca sobre la suya en un tierno beso—. Te he echado de menos.

Ella sonrió.

—No hace ni unas horas que nos hemos visto —murmuró perdiéndose en sus ojos azules —. Me gustan tus ojos, parecen… honestos.

Él le acarició la mejilla con los dedos y sonrió.

—La honestidad forma parte de mi trabajo —aceptó recorriendo su rostro con el dedo índice, delineando sus ojos, su nariz, los labios antes de descender por el cuello hacia la uve de la camiseta de dormir.

Ella se perdió en aquellos ojos azules, sentía calor ante su mirada y la recurrente vergüenza que acudía a ella estando despierta se evaporaba bajo la confianza del mundo de los sueños. Porque aquel era un sueño, estaba segura.

—Esto no es real —murmuró con un suspiro—. Tú no estás en realidad aquí, eres solamente un producto de mi imaginación, el sustituto perfecto.

Él se rio, pudo notar la vibración y el timbre de su risa.

—No hay necesidad de sustitutos, somos nosotros, siempre lo somos. Podemos hacer que sea tan real como queramos, tanto como permitas que lo sea.

Ella sacudió la cabeza, su mirada recorrió el rostro masculino buscando algo que confirmara su estado de ensoñación, pero todo en él parecía tan real.

—Ni siquiera sé porque sueño contigo —suspiró moviéndose bajo él—. Pero aquí estás y me alegro de que así sea.

Él le sonrió y se inclinó a besarle nuevamente la punta de la nariz.

—Nos pertenecemos el uno al otro —le aseguró acariciándole la mejilla con los dedos—. Es nuestra maldición, antes o después debíamos encontrarnos. Nos pertenecemos.

—Esto es una locura —murmuró encogiéndose bajo sus caricias, temblando con creciente deseo por él—. Apenas nos conocemos… has sido mi Juez… no puedes ser mi amante.

—¿Estás segura de eso? —la azuzó.

Ella se lo quedó mirando durante un breve instante.

—No.

Él sonrió y negó con la cabeza antes de bajar su boca sobre la de ella.

—Un paso cada vez, Dryah —le prometió, el cálido aliento de sus palabras acariciando sus labios—. No hay necesidad de apresurarse.

Ella sacudió la cabeza.

—Pero te has ido… cuando despierte ya no estarás conmigo —susurró intentando encontrar la realidad en medio de su sueño—. Te dije que te fueras y…

Él puso un dedo sobre sus labios, silenciándola.

—¿Cuándo te he hecho yo caso?

Ella sonrió a su pesar.

—Nunca.

Él le dedicó un guiño antes de sustituir su dedo por los labios, regalándole un beso al que ella no pudo negarse en aquel pecaminoso e íntimo sueño.

Shayler destelló directamente al interior del departamento y se preparó mentalmente para una nueva pelea con su compañera. Horus permaneció en todo momento a su lado con el hocico en alto, olisqueando el lugar desconocido para él. El hombre acarició la cabeza del perro antes de volverse hacia la televisión que emitía un programa de cotilleo matinal, era extraño que el aparato estuviese encendido a esas horas. El mando de la televisión asomaba encima de la mesa y fue cuando se inclinó a cogerlo que se encontró con la visión más adorable. Dryah permanecía acurrucada en el sofá, su camiseta se había enrollado un poco más arriba de su ombligo y dejaba

a la vista parte de la sedosa piel de su estómago, sus largas y desnudas piernas asomaban con descaro entre la manta que mantenía apretada contra el pecho mientras abrazaba el cojín que él había estado utilizando como almohada. Horus lloriqueó a su lado haciendo que se girase hacia el perro y se llevara un dedo a los labios instándole a guardar silencio.

—Shhh, no queremos despertarla, Horus —susurró antes de volverse de nuevo hacia ella. Se acuclilló a su lado, admirando su rostro y fue cuando se dio cuenta que había surcos mojados en sus mejillas—. ¿Has estado llorando, pequeñita?

Como si esperase aquella pregunta, ella parpadeó suavemente abriendo los ojos, sus labios se movieron suavemente como si fuesen a decir algo en cambio, lo que hizo, fue alzar una de sus pequeñas manos y acariciar su barbuda mejilla con las yemas de los dedos.

—Estás aquí… —Sus labios se estiraron en una perezosa sonrisa antes de encontrarse a medio camino con la mirada sorprendida de él y atraerle hacia ella—. ¿Cuándo voy a dejar de soñar contigo?

Shayler jadeó en respuesta, un jadeo de asombro ante lo que la pequeña hembra que notaba bajo él hizo en aquel momento. Sus labios acariciaron los suyos con inocente suavidad, sus movimientos lentos y estudiados como si tuviese miedo de romper el contacto o no supiese exactamente qué hacer. El calor de la palma en su mejilla unido al sabor de los suaves labios sobre su boca era demasiado real para considerarlo una ilusión, no sabía cómo ni por qué, pero ella lo estaba besando.

La nobleza batalló interiormente con el deseo, sabía que algo no estaba bien, si fuese otro no dudaría en mandar al demonio todo y aprovechar ese desinteresado regalo, pero Dryah no era así, ella más que besarlo desearía arrancarle la cabeza, no en vano se pasaba cada parte del día ordenándole que se fuera. Su suave aroma y la suavidad de su piel bajo sus manos era demasiado como para no aceptarlo y por los dioses que él no era un santo, no cuando tenía esa voluptuosa tentación tan cerca. Mandando la conciencia al diablo, tomó las riendas del beso, rodeándola con sus brazos y alzándola hacia él para encontrarla a mitad de camino, bebiendo su aliento, acariciándole los labios en muda persuasión para que abriera la boca y poder saborear finalmente su miel.

Ella suspiró bajo su asalto, rindiéndose a su sabor y a la fuerza de los brazos que la sostenían y mimaban, necesitaba el consuelo que aquellos le proporcionaban, la seguridad y la calidez que encontraba entre ellos incluso aunque aquello sólo formase parte de un sueño y el despertar la dejara tan sola como lo estuvo siempre. Sus manos ascendieron por su pecho hasta rodearle el cuello con los brazos y hundirse en el suave pelo masculino, la dureza de su pecho y el picante aroma de la colonia que utilizaba hicieron sonar ligeramente sus alarmas, pero decidió ignorarlas, aquel era su sueño y ya estaba cansada de luchar contra él en aquel plano. Su lengua exploraba su boca acariciando la suya y envolviéndola en un baile erótico y sensual que provocó una rápida respuesta en su cuerpo.

Shayler gimió en su boca acogiendo gustoso todo el peso de ella contra él cuando dejó el sofá y envolvió los delgados brazos alrededor de su cuello, sus manos bailaban sobre su espalda y bajaron hasta acunarle el trasero y apretarla más contra sí. Ardía por ella, su creciente erección empujaba contra los vaqueros recordándoselo con rabiosa intensidad, mil y una imágenes de los dos desnudos y enredados sobre la alfombra delante del sofá pasaron por su mente con la rapidez del relámpago. Como si necesitara cualquier estímulo para animarle.

Un suave gimoteo penetró entonces en su mente, un ruido que no pertenecía a ella y mucho menos a él, para convertirse en un audible ladrido.

Ambos se separaron de golpe y se volvieron hacia el sonido, Horus permanecía sentado

sobre sus patas traseras barriendo el suelo con la cola y mostrando su larga y rosada lengua en una parodia de estúpida sonrisa canina. Shayler respiraba de forma agitada, al igual que ella, quien todavía rodeaba su cuello con los brazos.

—¿Quién… eres tú? —murmuró ella ladeando el rostro.

—Es Horus —explicó él observando también al perro antes de volver su mirada hacia ella. Sus labios estaban húmedos e hinchados y maldito fuera si no tenía problemas para concentrarse en algo que no fueran ellos.

Dryah volvió la mirada hacia él y articuló.

—¿Horus?

Él asintió.

—Es mi perro.

Ella parpadeó como si aquella explicación no acabase de tener completo sentido.

—Tu perro.

Volvió a asentir.

—Ajá.

Ella frunció el ceño y entrecerró los ojos mirándole atentamente.

—¿Shayler?

Él se lamió los labios.

—Sí, cariño.

Ella tragó y a juzgar por la forma en que lo miraba, sabía que su próxima pregunta no iba a tener una respuesta sencilla.

—Estoy despierta, ¿verdad?

No pudo evitar sonreír al responder.

—Creo que eso salta a la vista.

Ella parpadeó rápidamente, sus ojos azules empezaron a perder el velo de la pasión siendo sustituido por una avergonzada y cruda realidad. Estaba encima de él, sus brazos le rodeaban el cuello y sus manos la sostenían con firmeza. Y le había besado, a él, no a un sueño o al producto de su imaginación, se había lanzado directamente a sus brazos y había gozado su beso.

—Oh, mierda —murmuró al tiempo que sentía como sus mejillas aumentaban de calor.

Shayler vio el inmediato cambio en ella, sus mejillas enrojecieron inmediatamente al tiempo que su cuerpo se ponía rígido contra el suyo, sus labios se movían en entrecortados jadeos y sus ojos brillaban de vergüenza. Sus emociones llegaron hasta él con arrolladora intensidad, pasión mezclada con temor y grandes dosis de vergüenza.

—Mierda, mierda, mierda, mierda —la escuchó murmurar de forma rápida y seguida al tiempo que se echaba hacia atrás, alejándose, alzando sus manos como si no supiera qué hacer con ellas—. ¿Qué es lo que he hecho?

—¿Además de besarme? —sugirió él todavía sorprendido por la inesperada respuesta.

Ella abrió la boca para responder sin encontrar las palabras que buscaba. Obviamente, era indiscutible que sí le había besado. Diablos, prácticamente se había lanzado a sus brazos y no es que él fuera a quejarse por ello.

—Cállate —consiguió articular—. Sólo cállate… esto no es… yo no sabía… ¡Diablos!

No pudo evitar sonreír ante la repentina respuesta de ella.

—No te preocupes, lo disfruté —le guiñó un ojo.

Ella lo fulminó con la mirada, sus manos se abrieron y cerraron y sus labios intentaron formar palabras que nunca surgieron. Tuvo que contenerse para no echarse a reír pues lo más probable era que si lo hacía, ella terminase por lanzarle algo a la cabeza.

—¡No te estaba besando a ti, idiota! —le espetó, sus mejillas conservaban el suave tono rojizo.

Él arqueó una ceja en ese gesto que era tan común en él.

—Perdona si me cuesta creérmelo.

Ella chilló. Un delicado y femenino chillido de impotencia.

—¡Oh, maldito seas tú y tu alter ego en mis sueños! ¡Te odio! ¡Os odio a los dos! —clamó desesperada, sus pequeñas manos hundiéndose entre su propio pelo—. Quiero que esto acabe, estoy confusa, me estás volviendo loca. Ya no sé qué es real y que no lo es. ¡Te he besado, maldita sea!

Él negó lentamente con la cabeza, sin entender realmente. Dryah estaba totalmente alterada, su cuerpo temblaba agazapado contra el sofá, sus pupilas estaban dilatadas y había un brillo de lágrimas en sus ojos. Pero lo que realmente captó su atención, fueron sus palabras. Una débil luz de esperanza empezó a nacer en su interior, confirmando un paso más en sus sospechas y acercándose más a la realidad.

—Cuéntame que ha ocurrido.

Ella dejó caer las manos a los costados y lo miró con desesperación.

—No lo sé —susurró—. Ya no lo sé. Shayler, esto es una locura.

Se le acercó muy lentamente, ella se había quedado sentada con la espalda pegada al sofá después de escabullirse de su abrazo.

—Mírame —le pidió, hablándole con suavidad mientras se acercaba centímetro a centímetro hacia ella—. ¿Tiene esto algo que ver con lo que pasó en la sala de baños del templo?

Ella apartó la mirada, él pudo ver cómo se mordía el labio inferior el cual le temblaba ligeramente.

—¿Dryah? —insistió y le tomó la barbilla con delicadeza para girarla hacia él. Los ojos femeninos estaban llenos de temor y vergüenza y había un rescoldo de insatisfecha pasión—. Pequeña, ¿qué ocurrió en la sala de baños?

Ella se lamió los labios con suavidad y apretó los ojos con fuerza antes de contestar.

—Me quedé dormida… —murmuró respirando profundamente—. Y tú estabas ahí cuando creí estar despierta…

Shayler se tensó, el aire escapó de sus pulmones como si alguien hubiese enterrado el puño en su estómago. No podía respirar al ver como ella iba confirmando lo que él ya sabía.

—Sólo que no estabas despierta —terminó por ella.

Dryah sacudió la cabeza y alzó la mirada.

—No —respondió dejando escapar el aire que había estado conteniendo sin darse cuenta.

Él la miró a los ojos.

—Dryah…

—No sé lo que está pasando, ¿vale? —respondió de forma brusca—. Yo no pedí que aparecieras en mis sueños y mucho menos de «esa» manera.

Ella se estremeció al recordar la intensidad y las sensaciones que le provocaba en ese plano y que se convertían en vergüenza e incomodidad ahora que estaba frente a él.

—Define «esa» manera —respondió con suave insinuación.

Se sintió fulminado por la mirada azul de ella, sus labios apretados y el brillo en sus ojos era suficiente respuesta. El júbilo estalló en su interior trayendo a sus labios una amplia sonrisa. Ella frunció el ceño.

—Yo no le veo la gracia, Juez.

Sacudió la cabeza, pero no pudo dejar de sonreír. Dioses, ella había soñado con él y a

juzgar por el tono de sus mejillas y su respuesta corporal, no de una manera inocente.

—Ciertamente, no hay nada de gracioso en ello —aseguró, pero sus ojos parecían decir lo contrario—. Así que… ¿Has soñado conmigo?

Nuevamente el rubor aumentó el tono de sus mejillas. Él estaba tentado de bajar las defensas para escrutar sus emociones, pero le debía al menos esa privacidad.

Ella se puso rígida.

—Creo haber respondido ya a esa pregunta.

Él le sonrió con esa calmada calidez.

—Creo que la forma en la que me besaste es una buena respuesta, sí —aceptó con un bajo ronroneo.

Ella se apartó todo lo que el reducido espacio le permitía.

—¡No te besé, estúpido! —clamó, aunque la realidad de los hechos saltaba a la vista.

Shayler se echó a reír, no pudo evitarlo.

—De acuerdo, no me besaste —se burló, estaba demasiado satisfecho con el giro de los acontecimientos para pararse a pensar en lo que hacía—. Te limitaste a comerme la boca, ¿mejor así?

Dryah se limitó a angostar los ojos y apretar con fuerza los dientes.

—Me alegro que lo estés pasando tan bien —refunfuñó.

Su sonrisa se amplió y le guiñó el ojo.

—No tienes idea de cuánto, bonita.

Pero con todo necesitaba su confirmación, quería que ella se lo dijese, que admitiese que había soñado con él.

—¿Desde cuándo? —le preguntó en cambio. No podía ser mucho tiempo, ya que de otro modo, lo hubiese notado cuando se conocieron.

—¿Desde cuándo qué? —respondió midiendo todos sus movimientos.

Él la miró fijamente, buscando la respuesta en su rostro, pero allí sólo había desconfianza y cansancio.

—Sabes, puedes ser exasperante cuando así lo quieres.

Ella alzó la barbilla con orgullo.

—Tomaré eso como un cumplido, gracias —le dijo al tiempo que se deslizaba sobre el sofá, apartándose de él para ponerse finalmente en pie. Su mirada esquivó en todo momento la de él—. Creo que iré a darme una ducha, para espabilarme del todo.

Él sonrió interiormente, estaba huyendo pero dadas las circunstancias todo lo que podía hacer era permitírselo.

—Las cosas no se solucionan huyendo de ellas —le recordó y se puso también en pie.

Ella se volvió a mirarle por encima del hombro.

—Hay una explicación a tus sueños, pequeña —le aseguró, pero no intentó acercase a ella, podía sentir su indecisión, su necesidad de espacio y estaba dispuesto a dárselo—. Una conexión, en realidad.

Ella vaciló, pero la curiosidad y la necesidad de saber era más fuerte.

—¿Conexión?

Él asintió una vez más.

—No eres la única que ha tenido… compañía… en sus sueños.

Ella aspiró con fuerza al escuchar sus palabras, su mirada se hizo más amplia, la sorpresa bailaba en sus ojos. Shayler asintió confirmando sus propias palabras.

—Cuando estés preparada, te lo explicaré.

Ella siguió en silencio, dio media vuelta y rodeó el sofá de camino hacia la puerta.

—Quizás no esté interesada en una explicación —murmuró desde la puerta—, y sí en olvidarlo… todo.

Shayler descubrió cuan sinceras fueron las palabras de la chica durante los siguientes días. Dryah se negaba en redondo a escuchar nada que saliera de sus labios en relación a sus sueños compartidos, no quería otra cosa que olvidarlo tal y como le dijo y por los dioses que ponía todo su empeño en ello mientras estaba despierta. Sus noches, sin embargo eran algo completamente distinto, los sueños acudían a ellos nada más cerrar los ojos, él no podía hablar por ella, pero en sí mismo durante la última semana había manifestado más frustración sexual que en toda su jodida vida. Sus interludios oníricos se habían recrudecido, atacando directamente sus emociones y su lívido se disparó hasta proporciones realmente incómodas; No era demasiado cómodo estar todo el jodido día empalmado sin poder liberarse de la manera en que le gustaría. Su mano llegó a ser un pobre sustituto que no hacía sino enfurecerlo aún más en contra de la hembra con la que compartía vivienda y que se había convertido en el foco de todos sus problemas. Pero ella no lo estaba llevando mejor, su inexperiencia había quedado patente en la primera de una sucesión de noches en las que se despertaba entre gritos y lloros, su cuerpo un absoluto volcán en erupción al que no estaba acostumbrada.

Sus gritos lo despertaron de golpe, Horus que dormía a su lado en el suelo levantó la cabeza mientras pero no se molestó ni en estirarse. El llanto y los ahogados jadeos se filtraron como siempre en su sistema, no importaba que levantase un muro de hormigón a su alrededor, las emociones de aquella mujer lo penetraban como si fuese mantequilla. Y en esta ocasión fue su propio lívido el que lo atormentó como si se tratase de una película porno. Joder, ¿qué pasaba con su empatía y aquella maldita hembra?

No recordaba experimentar algo parecido, por normal general lo que recibía eran emociones, sensaciones, pero nada tan extremo como el ser consciente del deseo y la brutal necesidad que ardía en ella. Un suave toque de su mente y cayó en su propio cuerpo, reviviendo una por una las sensaciones de las que estaba siendo preso el cuerpo femenino. Los pechos hinchados, los pezones tan duros que el contacto de la tela la molestaba, cada movimiento era una tortura para ella, captó la sorpresa e incomprensión ante la humedad e hinchazón que sentía entre sus piernas, el furioso ardor y el anhelo que le provocaba calambres o punzadas directas a su sexo.

—Joder —siseó dando un paso atrás. Replegó inmediatamente su poder mientras luchaba por ganar de nuevo el control sobre sí mismo. Su sexo se había endurecido contra los pantalones, la camiseta con la que dormía empezó a pegarse a su piel sudorosa y caliente de tal modo que deseó poder arrancársela y hacerla girones. La intensidad de la excitación en el cuerpo de la mujer que se encontraba a escasos pasos de dónde se encontraba lo había barrido como un huracán.

Un nuevo grito de dolor y frustración lo atravesó dejándolo sin aire, estaba desesperada, asustada, sentía su confusión como un cuchillo que hurgaba en su interior. Su propia desesperación hizo a un lado la prudencia y lo envió a la puerta cerrada tras la que se la oía hablar.

El pomo cedió sin trabas, los goznes ni siquiera hicieron un ligero silbido cuando empujó y se encontró con una escena que le encogió las entrañas.

Ella estaba sentada en el suelo, la espalda pegada a la cama y se mecía hacia delante y hacia atrás. Podía ver la tensión en la rigidez de su columna, la incomodidad que hacía que las

lágrimas resbalasen sin freno por sus mejillas, la urgente necesidad de arrancarse la piel para alejar el calor que ardía en sus venas y ahogar el pulsante dolor entre los muslos.

—Basta… por favor… —gimoteaba una y otra vez. Sus brazos rodeaban sus piernas—. No lo soporto más.

Acepta tu destino… abrázalo… lo necesitas y él te necesita a ti.

Shayler frunció el ceño al escuchar sus palabras, pero no tuvo tiempo de hablar antes de que ella volviese a murmurar.

—Déjame en paz… por favor… sólo márchate —sollozó ocultando el rostro entre las rodillas.

Sus sentidos se pusieron alerta ante aquella inusual petición, estaba claro que no hablaba con él.

Éste es tu destino… reclámalo.

—¡No! —chilló y se echó a llorar con desesperación—. ¡Maldita seas! ¡Basta! ¡Ya basta!

Le perteneces… sois uno…

—¡Basta! —gimió con desesperación al tiempo que se incorporaba y empezaba a caminar de un lado a otro sin ser consciente de nada que no fuese cada una de las reacciones que vivían en aquellos instantes en su cuerpo—. ¡Ya basta! ¡No quiero! ¡No puedo! ¡Dejadme!

Él la vio jadear en busca de aire mientras aferraba con fuerza la tela de su camiseta y tiraba de ella, su espalda chocó contra el armario y al momento se dejó resbalar contra este hasta terminar en el suelo.

—Dejadme —lloriqueaba pegada a la puerta del armario.

No esperó un segundo más, abrió la puerta por completo y entró en el dormitorio directo hacia ella. Sus ojos azules se alzaron hacia él y vio en ellos un estado febril. Tenía las pupilas totalmente dilatadas, sus pechos subían y bajaban al compás de la rápida respiración mostrando las erguidas puntas de sus pezones empujando contra la tela y a juzgar por la rápida respuesta de su propio cuerpo, de algún modo esa pequeña hembra se había convertido en un afrodisíaco andante.

—¿Dryah? —pronunció su nombre, su voz mucho más ronca de lo que deseaba. Señor, estaba ardiendo vivo.

La vio lamerse los labios, sus mejillas mojadas por las lágrimas, sus pequeñas manos fuertemente apretadas en la unión de sus muslos, su piel brillante por el sudor era una visión realmente sexy y lo estaba llevando al límite.

—Haz que pare —le suplicó ella. Sus ojos clavados en los suyos.

Tragando el nudo que repentinamente se instaló en su garganta, se acuclilló frente a ella, sin atreverse a tocarla todavía.

—Cariño, ¿qué ocurre? —Su preocupación por ella opacaba mínimamente el rabioso deseo.

Ella se deshizo en llanto con más fuerza incluso y estiró los brazos hacia él, alcanzándole, buscando su consuelo mientras le rodeaba el cuello y enterraba el rostro en su hombro.

—No lo soporto… tengo mucho calor y me duele… no sé qué hacer… —gimió apretándose contra él—. Y esas voces no dejan de susurrar… ya no lo soporto… me duele.

¿Voces? ¿Quién diablos estaba hablando con ella? ¿Quién estaba provocando aquello? Preocupado le puso la mano en la frente, pero a excepción del sudor y que estaba un poco colorada, no tenía fiebre, bajó la mano por su rostro hasta su hombro desnudo y ella se estremeció apretándose más contra él con un suave gemido.

—No… no hagas eso… me… me duele hasta la piel —siseó.

Su excitación era palpable y maldito fuera si no lo estaba poniendo de rodillas. Su deseo por ella empezaba a desmandarse y a lo bestia.

—Nena, ¿qué ocurre? ¿De qué voces estás hablando? —se obligó a ser suave, paciente mientras la apartaba un poco de él. Necesitaba perspectiva y aire, aunque el mirarle el escote dónde sus pechos asomaban llenos y apetecibles no era el lugar indicado para obtenerla.

—No hacen más que susurrar y susurrar… ya no lo soporto… tengo calor… quiero que me dejen dormir… ya no quiero sueños… ya no puedo más… me duele cuando me despierto y tengo calor…

Tragó saliva, su sexo pulsaba nuevamente en respuesta a la hembra que estaba en sus brazos. Aquello no podía estar pasando… ¿Acaso…ella también?

—Cielo, respira profundamente —le dijo suavidad, sus manos se deslizaron por sus brazos notando como se encogía contra él para seguidamente jadear cuando sus dedos rozaron la piel expuesta de la curva de su cintura. Su piel era absolutamente sensible, el temblor en su cuerpo no hacía sino corroborar el hecho.

Shayler maldijo en todos los idiomas conocidos del universo, ella estaba compartiendo sus sueños, lo que quiera que hubiese ocurrido en la sala de baños en el templo de Bastet solo era el comienzo. Con todo, en todos los siglos que ella llevaba poblando sus noches nunca experimentó nada tan intenso como esto.

—Dryah, cielo, mírame —le pidió al tiempo que le alzaba el rostro y se encontraba con sus pupilas totalmente dilatadas. Una mirada velada por el deseo y la confusión, los labios húmedos, hinchados y sexys—. Mírame… Eso es. Así, respira lentamente.

Ella obedeció, su mirada fija en la suya, pero las lágrimas seguían brotando y el calor aumentaba ante su presencia. Sagrados Dioses, él mismo estaba como loco, pensando únicamente en quitarle la ropa y hundirse profundamente en su sexo.

—¿Cuándo comenzó esto? —se obligó a mantener el control. Después de esto por dios que tendrían que condecorarlo—. ¿Anoche? ¿La anterior a esa? ¿Es lo mismo que experimentaste en los baños?

Ella sacudió la cabeza y se estremeció, las lágrimas surgiendo una vez más de sus ojos.

—No lo sé —gimoteó, su bonito rostro contenía una suplicante mirada—. No… no fue igual que entonces… ahora duele incluso despierta… No… no ha sido la primera vez, pero… —se echó a llorar de nuevo y hundió las manos entre los muslos—, duele… Shayler, me duele…

No sabía qué hacer, o mejor dicho, sí lo sabía pero no era un hijo de puta como para aprovecharse de ella en aquel estado.

—Tienes que hacer que pare —le suplicó ella, sus ojos mirándole con desesperación—. Te lo ruego… haz que pare… no… no puedo más…

Después comprendería que más allá de todo el poder que tuviese en el universo, solo era un hombre, uno excitado y que deseaba locamente a aquella mujer. Esa noche la tuvo por primera vez en sus brazos de forma real, sus manos acariciaron una piel que no se esfumó con la llegada de la mañana, su boca bebió de la de ella con abrumadora necesidad y la condujo a la bendita liberación las veces que lo necesitó. Aquella primera velada fue para ella y solo para ella, ni siquiera las dos horas que pasó él después tiritando bajo una ducha de agua fría consiguieron apagar el ardor en sus propias venas, pero al menos consiguió que ella pudiese descansar algunas horas.

Ese episodio todavía perduraba en su mente, ahora, casi una semana después. E imaginaba que también en la de ella, pues desde entonces lo había evitado como la peste y se había encerrado a cal y canto en su dormitorio por las noches, padeciendo en doloroso silencio,

negándose a permitir nuevamente cualquier tipo de intimidad entre ellos.

Shayler se movió incómodo acomodándose en los holgados pantalones de chándal que llevaba puestos, había dejado los vaqueros a un lado cuando se hizo evidente que el agua fría no servía para disminuir la potente erección que crecía contra las restricciones de la ropa. Estaba acostumbrado a lidiar con las emociones residuales que le asaltaban tras sus interludios en el mundo de los sueños, pero aquello empezaba a pasar el nivel de soportable para rallar peligrosamente el de «voy a cometer una locura y a la mierda las consecuencias».

Un nuevo grito de frustración atravesó su férrea defensa, sus emociones de por sí solas emergentes se mezclaron con la necesidad y el agudo y caliente dolor que captó de ella. Por más que intentaba escudarse de aquel bombardeo, ella siempre conseguía traspasar sus defensas. El *Libre Albedrío* decidió también unirse a la fiesta pues rugía al compás de sus emociones. Una punzada atravesó su pene con tanta intensidad que tuvo que apretar los dientes para evitar echar a perder el jodido pantalón.

—¡*Argg*! ¡Malditos sean todos los poderes del Universo! —clamó levantándose de un salto. Empezó a pasearse de un lado a otro del salón, su cuerpo tenso y con un humor irascible causado por la frustración y por no hallar una forma adecuada con la que terminar con todo aquello.

Eran almas predestinadas, si albergó alguna duda por pequeña que fuera al respecto, después de esto quedó anulada. La conexión íntima y brutal que se daba entre ellos era suficiente prueba y si no hacía algo al respecto, seguiría creciendo y los dioses no lo permitiesen, cometerían alguna locura. Tenía que poner fin a aquello, pero para hacerlo era necesario que ella participara, que le escuchase y comprendiese algo que dejó claramente no tenía pensado hacer. No volvería a estar en la misma habitación que él por propia voluntad.

—¡Y maldita tú también, pequeña hembra irascible y cabezota! —rezongó con visible irritación.

Sacudió la cabeza y dejó escapar un resoplido que enmascaraba una risa. No sabía de qué le servía maldecirla cuando ella era tan víctima como él de lo que les sucedía a ambos. Se acercó hasta la ventana y la abrió permitiendo que el frescor de la noche inundara el salón. La camiseta con la que solía dormir, más por comodidad de ella que de él mismo hacía días que terminó olvidada en un rincón, si tenía que sufrir las malditas consecuencias de su conexión con ella, lo haría al menos con cierta comodidad. El sudor perlaba su torso haciendo brillar sus músculos y abdominales. Suspiró de alivio cuando el aire nocturno lo acarició y se permitió apoyar la nuca contra el dintel de la ventana disfrutando del refrescante aire que enfriaba su ardor. A pesar de todo, aquello no servía para borrar de su mente la imagen de ella retorciéndose sobre la cama, de su piel clara en contraste con la suya más oscura cuando la levantó del suelo y la tumbó de nuevo en la cama decidido a terminar con su sufrimiento de aquella noche. Tan solo el tema de las supuestas voces que mencionó seguían dando vueltas en su mente, su primera opción había sido descartada, pero el recuerdo de ella mencionando a dos figuras encapuchadas y su dual complicidad lo llevaban una y otra vez a una única y extraña conclusión; La Fuente Universal.

Sin embargo, aquellos dos entes, los únicos que estaban realmente por encima de él se habían negado a contestar ninguna de sus preguntas, en realidad, desde que había comenzado todo el asunto del Juicio Universal, se habían mantenido rigurosamente silenciosos y eso no era lo usual.

Shayler cerró los ojos y respiró profundamente atrayendo el aire nocturno a sus pulmones, la sangre bullía por sus venas espesándose con cada minuto que pasaba, los ahogados lloriqueos procedentes de la habitación al otro lado lo estaban volviendo loco. Él había oído esos pequeños

lloriqueos en sus propios oídos cuando la hizo llegar por primera vez con los dedos a la necesaria liberación, sus gemidos estaban impresos en sus oídos así como su sabor quedó impregnado en su boca. Ella había estado húmeda e inflamada, el néctar había goteado de su sexo escurriéndose por entre sus muslos y bañó sus dedos cuando la penetró, la sensación de ella cerrándose a su alrededor todavía lo enloquecía. Ahogando un gemido abrió de nuevo los ojos y masculló un juramento en un idioma que no había utilizado en mucho tiempo mientras clavaba la mirada en la puerta del salón.

Era hora de tomar cartas en el asunto, de terminar con aquel tormento y mostrarle a esa díscola y tozuda mujer que su lugar estaba junto a él y solo junto a él.

—No me habéis dejado otra salida, perdonadme por lo que estoy a punto de hacer —murmuró, su voz bordeada con el suficiente poder como para hacer que sus palabras traspasaran cualquier frontera—. Pero es la única manera en que puedo retenerla a mi lado.

Sin esperar una contestación o señal a su favor, dejó la ventana y cruzó a zancadas la habitación para salir al pasillo y acortar la distancia que lo separaba de la mujer que estaba destinada a él desde el principio de los tiempos. Ya no había dudas, en su interior sabía perfectamente que ella era su pareja, la única que le estaba destinada y la que lo apartaría de su vacía existencia de una vez por todas. Ella era su Alma Predestinada.

La puerta seguía cerrada al igual que las últimas noches, sin embargo en esta ocasión su caballerosidad dio paso al hombre al que no le importaban los modales ni los pucheros femeninos. Era hora de que comprendiese lo qué había entre ellos, que entendiese lo que los unía para que pudiese decidir, porque si de algo estaba seguro, era que aunque lo matase su rechazo, le permitiría elegir. No dejaría que otros, ni siquiera él, eligiesen por ella. Shayler sabía mejor que nadie lo que era verse privado de voluntad y tener que vivir con las consecuencias de lo que alguien más decidía para ti, te gustase o no. Se lo pidió por las buenas y ella se negó rotundamente a escucharle, así pues sólo le dejaba un camino que podía tomar, uno que la haría comprender como ninguna otra cosa en el universo quién era él y que significaba ella en su vida.

Con un movimiento de muñeca liberó una de sus armas y extendió la otra hacia la puerta del dormitorio la cual se abrió de golpe.

Ella lo miró con sorpresa a través de unos ojos empañados por las lágrimas, su cuerpo se puso rígido nada más notar su presencia y sus muslos se apretaron involuntariamente. Sus manos permanecían alrededor de su estómago en un vano intento de alivio.

—¡Márchate! —se las arregló para exigirle—. ¡No quiero ver tu maldito rostro en todo lo que me quede de vida! ¡Si es que tu presencia no me mata antes!

Shayler se tensó ante sus palabras, pero no dijo nada, aunque quisiera, nada de lo que dijera iba a aliviar el malestar que sentía y dudaba mucho que quisiera repetir el último interludio que tuvieron. En cierto modo, se alegraba, pues sabía a ciencia cierta que esta vez no se detendría y los llevaría a ambos hasta el final, algo que preferiría hacer cuando ambos estuviesen en pleno uso de sus facultades mentales.

—Difícilmente podría matarte cuando ni siquiera dejas que me acerque a ti —le dijo mientras entraba en el dormitorio. La *Kahiya* fuertemente aferrada en su mano derecha.

Dryah siguió sus pasos con la mirada sin dejar de mirar la mano que aferraba la daga.

—No creo que hayas venido con eso para hacerme un bonito tatuaje. —Ella recurrió a la ironía para enmascarar su miedo.

Él suspiró y atravesó la distancia que los separaba en un par de zancadas. Ella se levantó entonces de golpe, chocando contra el borde de la cama pero consiguiendo mantenerse en pie.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo? —preguntó empezando a preocuparse realmente—. ¡Vete!

Él respiró profundamente, se detuvo frente a ella y alzó la daga.

—Espero que puedas perdonarme por lo que estoy a punto de hacer.

Ella abrió desmesuradamente los ojos cuando lo vio girar la hoja de la daga hacia él mismo y con una rápida pasada se abrió un corte en la mano izquierda de la cual manó sangre.

—¡Te has vuelto loco! —exclamó encogiéndose ante la fría acción—. Shayler, esto no tiene ninguna gracia, me estás asustando. Tu mano…

Ella se estiró por instinto hacia su mano herida, pero él se la llevó a la boca y lamió la palma ensangrentada antes de que pudiese hacer nada.

—*Itzi sangria teizta onti ty animas reitzum* —murmuró en algún desconocido dialecto—. Sangre dada libremente en comunión de almas.

Dryah sacudió la cabeza en un gesto negativo cuando lo vio destellar nuevamente la daga y con su mano sana tomar la que ella extendió hacia él para acercarla de un tirón a su pecho.

—¿Qué estupidez estás haciendo ahora? ¿Has enloquecido? —jadeó ella con incredulidad, forcejeando al tiempo que miraba con horror como la sangre manaba de su mano y goteaba sobre el suelo—. Por lo más sagrado, déjame, tu mano, estás sangrando mucho…

—Me sumí en la locura en el instante en el que apareciste en mi vida —le aseguró apretándola más estrechamente contra él, obligándola a alzar la mirada para encontrarse con la suya—. Y para esa clase de locura, no hay salvación.

Antes de que pudiese hacer algo o contestar, bajó su boca sobre la de ella, la obligó a abrir los labios y le introdujo la lengua en una caricia persuasoria que terminó en un húmedo beso matizado por el sabor herrumbroso de la sangre. Finalmente se apartó de ella rompiendo el beso con la misma ferocidad que lo había iniciado, la miró a la cara, contempló sus labios ahora manchados con su propia sangre y los ojos oscurecidos por la confusión y el inevitable deseo que vibraba en su interior. Le acarició la mejilla con la mano herida sin ser consciente de ello hasta que la sangre tiñó la inmaculada piel.

—Ahora eres tú la única que puede absolverme de mis pecados y aceptar o rechazar lo que soy.

Ella abrió la boca para protestar, pero no tuvo tiempo. Un potente fuego empezó a extenderse por su interior, un calor muy distinto al que había sentido hasta ahora y que la abrasaba de tal manera que creyó que todos sus órganos se fundirían o reventarían por la intensidad del fuego. Era como sentir un millar de hogueras ardiendo al mismo tiempo en su interior, el *Libre Albedrío* protestó al unísono con ella pero no pudo hacer nada. Sus manos se aferraron con fuerza a los fuertes brazos mientras las lágrimas caían de sus ojos completamente dilatados, su garganta se esforzó por aspirar el aire que aliviara los ríos de lava ardiente que fluían ahora por sus venas.

—S-Sha-y-ler… —jadeó, su mirada se clavó en la suya con un obvio reproche. No lo había dicho en serio, pero la estaba matando.

El Juez se limitó a sostenerle la mirada mientras la sujetaba fuertemente entre sus brazos, evitándole pelear.

—Ríndete, amor… sólo ríndete —le susurró, sus palabras, su voz una muda súplica—. Todo irá bien, te sostendré. Sólo quédate conmigo, Dryah. Quédate junto a mí.

Ella lo miró acusadora un instante antes de que finalmente cerrara los ojos y quedase completamente laxa en sus brazos.

—Mi sentencia está ahora en tus manos, mi alma predestinada —le susurró mientras la

recogía en sus brazos.

La depositó en el centro de la cama comprobando su respiración la cual se había regulado, así como el ritmo cada vez más lento de su corazón. Su mirada cayó en la mancha de sangre que le manchaba el rostro así como en la camiseta y pantalón del pijama que llevaba puestos. El corte que se hizo en la mano seguía sangrando, así que se trasladó al baño y tras limpiarlo y ponerle unas gasas lo aseguró de cualquier manera con un trozo de venda para luego volver con ella.

Dryah ni siquiera se movió cuando se tumbó en la cama a su lado, atrayéndola a sus brazos, uniéndose a ella en aquel ritual prohibido.

CAPÍTULO 21

El agua de la fuente se movía en rápidos remolinos rompiendo la plateada calma, ni siquiera las delicadas manos de Zhalamira parecían conseguir aplacar la marejada que se había creado en el espejo.

—Ese ha sido un movimiento realmente estúpido por parte del Juez.

Ella alzó la mirada hacia Garkos, su consorte, quien miraba el agua con el ceño fruncido.

—Estúpido no, sí desesperado —aceptó con melodiosa voz mientras se apartaba un mechón de pelo y lo retenía tras su oreja.

Él la miró, aquellos ojos obsidiana se clavaron en ella.

—Los has empujado demasiado cerca del borde —le recordó, había cierto tono de censura en su voz—. Me sorprende que no sucumbiera y la hiciera suya a la primera oportunidad.

Ella chasqueó la lengua y volvió la mirada hacia el agua de plata.

—No hacemos más que conducirlos hacia donde deben ir —dijo sumergiendo sus dedos en el agua—. Lo que hagan a partir de ahora, será su decisión, como lo fueron cada una de las que los ha llevado hasta aquí.

El hombre negó con la cabeza.

—Nunca debimos haber interferido.

—¿Y dónde habría estado la diversión si no? —le recordó con una cálida sonrisa y sacudió la cabeza de cabellos blanquecinos—. Nuestro Juez ha hecho lo único que podía hacer, ahora, su alma está en manos de ella… veamos si es merecedora de tal honor.

La figura masculina volvió sus ojos oscuros hacia su compañera y arqueó una elegante ceja.

—¿Y si no lo es?

Ella fijó de nuevo su atención en el líquido bajo sus dedos.

—Lo será —aseguró con convicción—. Es la única que puede serlo… su única compañera…

Él dejó escapar un resoplido.

—Almas predestinadas —murmuró sacudiendo la cabeza con resignación—. Algo tan sencillo como eso y lo han convertido en un verdadero desafío de voluntades.

Ella le sonrió y extendió su blanca y pálida mano para que él la tomara.

—A veces eso es todo lo que se necesita —aseguró fijando su mirada en la suya.

—Sabes que sus actos deben ser castigados —le recordó tomando su mano para ayudarla a ponerse en pie—. No está permitido, ni siquiera a él, utilizar una conexión de esa magnitud.

—Ya pensaremos en el castigo llegado el momento —le dijo apretando sus dedos alrededor de los de él—. Por ahora, dejémosles que encuentren el sendero que parecen haber perdido.

Dryah se estremeció al abrir los ojos y reconocer la cúpula sobre ella. Conocía muy bien cada uno de los mosaicos que la componían y que simbolizaban un tiempo que pensó había dejado atrás. Se incorporó con un ahogado jadeo sobre la losa de piedra que una vez fue su lecho, el temor corrió por sus venas obligándola a ponerse en movimiento. A su alrededor, las altas paredes de piedra de su olvidada prisión confirmaron el lugar en el que estaba.

—No —susurró, sus ojos azules se abrieron de forma desmesurada por el temor, la sangre se agolpó en sus oídos ahogando cualquier otro sonido—. ¿Juez?

Giró sobre sí misma pero allí no había nada más que su celda y ella misma.

—¿Shayler? —insistió, el temor haciendo presa en su pecho, impidiéndole respirar con normalidad—. ¡Shayler!

La única respuesta que obtuvo fue su propio eco. Se envolvió con sus propios brazos en un vano intento de ahuyentar la conocida sensación de soledad que la había acompañado durante tantísimo tiempo.

—No quiero esto… no lo quiero… —murmuró como si se tratase de una letanía—. No quiero estar aquí… ¡Shayler… por favor…!

¿Shayler?

Dryah alzó la mirada y se volvió al oír una voz femenina distinta de la suya y al mismo tiempo con un ligero acento que la hacía conocida.

¿Shay? Pequeño, ¿dónde estás?

Una de las paredes de la que fue su celda empezó entonces a decolorarse, la piedra empezó a evaporizarse en un polvillo gris dando paso a unas imágenes, de un momento y un lugar lejano en el tiempo.

—¿Qué es…? —murmuró al tiempo que daba un paso adelante en un intento de ver las imágenes que surgían entre la niebla—. ¿Quién?

«Observa con atención, Libre Albedrío, él está desnudando su alma para ti».

Se giró ante aquella voz que no dejaba de resonar en su mente en el momento que menos esperaba, pero como siempre no había nadie.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó, pero la respuesta nunca llegó. Con un suspiro volvió nuevamente hacia la pared la cual parecía haber desaparecido para mostrar cómo una vieja película las escenas que aparecían ante ella—. ¿Qué quieres de mí, Shayler?

Las palabras no terminaron de abandonar sus labios cuando vio la enorme sala con columnas que mostraba la imagen, el sonido de pisadas se hacía cada vez más claro mientras una figura envuelta en sedas se iba acercando al tiempo que llamaba con voz llena de angustia.

—Shayler… Shay, cariño. ¿Dónde estás?

El sonido se hacía más claro a medida que tomaba conciencia de lo que veía. Enseguida reconoció el cabello leonado, la estilizada figura de piel olivácea de Bastet, la diosa se movía con gracia y elegancia, su belleza realzada con la vestimenta egipcia propia de la época de los primeros faraones. Pero fue su voz y la mirada de preocupación en su rostro lo que la sorprendió, desde que podía recordar, jamás había visto a la mujer tan preocupada y vulnerable.

—Shay, mi vida, sal —suplicaba mirando con impaciencia a su alrededor—. No ha pasado nada.

Frunció el ceño mientras observaba como la mujer buscaba a su hijo detrás de cada columna y cortinajes rogándole que saliera. Un ruido procedente del otro lado de la sala captó su atención, antes de darse cuenta de lo que hacía se encontró traspasando la brumosa niebla que proyectaba las imágenes y se encontró caminando sobre el conocido suelo de mármol de la sala hasta una de las enormes estatuas con la efigie de un enorme gato. Oculto tras ella, sosteniendo entre sus bracitos un cachorro de perro se encontraba el niño de poco más de cinco o seis años, su mirada azul cielo brillaba con temor mientras aferraba con fuerza al animal contra su cuerpo. El pelo dorado le caía en desordenados rizos por su rostro, uno que ella conocía, o al menos lo hacía en su versión adulta.

—Shayler —murmuró sorprendida. El niño, por su parte, no pareció notar siquiera su

presencia.

La voz de la mujer pronunciando en voz alta su nombre cambió de nuevo su atención.

—¿Shayler? Mi vida, ¿dónde estás?

El cachorro en brazos del niño empezó a gimotear y a moverse, haciéndole difícil el permanecer ocultos.

—Estate quieto —le decía el niño en un dialecto que hacía mucho tiempo que no oía y encajaba con el suave acento que encontraba en la actualidad en su voz—. Tienes que estar calladito, Horus, si mamá te ve, se enfadará.

La suave e infantil voz fue como un shock para ella pues otorgaba más realismo a lo que presenciaba y la confundía más si cabe.

—Hijo, por favor —suplicó la diosa, cercana a las lágrimas—. Cariño, te prometo que no ocurrirá nada. Shay, ven a mi lado.

El niño pareció vacilar, pero entonces el cachorro empezó a emitir unos diminutos ladridos que delataron su posición. Bastet giró hacia el lugar donde estaban ocultos, se recogió la liviana falda del vestido y caminó hacia ellos.

—Mi amor, haces que tu madre envejezca siglos de golpe con tus travesuras —murmuró la diosa arrodillándose ante el niño al tiempo que le tendía los brazos.

El pequeño pareció vacilar y aferró con más fuerza al cachorro. La desconfianza infantil brillando en sus ojos.

—¿Te vas a llevar al cachorrito para sacrificarlo? —le preguntó él. Incluso en su papel de niño poseía una personalidad arrolladora.

Bastet pareció realmente golpeada por la pregunta.

—¿De dónde has sacado esa idea?

—Atina dijo que lo sacrificarías porque sólo te gustan los gatos —balbuceó al tiempo que ocultaba su carita en el cuello del perro—. No quiere que Horus entre en su jardín, dice que es una bestia sucia y buena para nada.

La mujer suspiró y lo miró con ternura.

—Mi pequeño Shayler —murmuró mientras le acariciaba el rostro.

—Quiero quedarme con el perrito, mami —la sorprendió entonces al dejar al animalito caer al suelo mientras se enfrentaba a su madre—. Los dioses no merecen que nadie muera por ellos, ¿de qué les puede servir un perrito? Yo no les serví de nada.

La reacción de Bastet fue abrumadora desde el punto de vista de la muchacha, llegó a percibir su angustia al dirigirse a su hijo.

—¡Te prohíbo que hables así! —alzó la voz, asustándole cuando lo sujetó por los bracitos y lo obligó a mirarla—. Tú lo eres todo para mí, Shay, mamá estaría muy triste si te pasara algo, mi amor. Nunca dejaré que nada te haga daño, hijo, nunca.

El niño se mordió entonces el diminuto labio y volvió la mirada hacia el cachorro que caminaba con dificultad.

—¿Puedo quedármelo?

La diosa suspiró y atrajo a su hijo contra su pecho.

—Me parece que ya le has puesto nombre, ¿um? —le sonrió ella, acunándolo en su regazo.

Él le dedicó la sonrisa más inocente y hermosa que podría recibir una madre.

—Se llama Horus.

Ella le sonrió de regreso.

—Bienvenido a la familia, noble Horus.

Dryah sintió curiosidad por aquella imagen de los dos, le habría gustado acercarse más, ver más, pero cuando intentó avanzar sintió como algo tiraba de ella. Se giró para mirar tras de sí solo para encontrarse de nuevo en la sala de piedra, en el mismo punto que estaba antes de entrar a formar parte de aquella escena como una muda espectadora. Una vez más, la pared frente a ella fluctuó con aquella neblina y se aclaró lo suficiente para mostrarle otra imagen.

El sonido de unos golpes seguidos por risas y abucheos fue lo primero que registró.

—Tienes tanta puntería como un ciego con una venda sobre los ojos, Shayler.

La voz le resultó familiar. Al igual que antes, la bruma empezó a desaparecer hasta formar una película transparente a través de la cual pudo ver al propietario de aquella voz junto a su hermano, en los que parecía un yermo descampado. Un joven Shayler se sacudía el polvo de la ropa, y a juzgar por su atuendo aquellas imágenes eran bastante antiguas.

—Gracias por los ánimos —farfulló él, su mirada alternaba de su hermano a un montículo de piedras a pocos metros de su posición.

Una versión mucho más accesible y despreocupada de John caminó hasta él y le posó la mano sobre el hombro. La jovialidad y paciencia que vio en aquellos ojos se había perdido en el hombre que conoció días atrás.

—Si consigues derribar al menos uno, te librarás de una patada en el culo —lo retó y se cruzó de brazos.

El chico lo miró con diversión y le hizo un gesto con el dedo corazón antes de volverse y mirar fijamente la línea de altas y enormes rocas que se extendía ante ellos. La curiosidad, o quizás fuese esa extraña atracción que la llevaba hacia él la instó a dar unos pasos hacia delante. Su apariencia no distaba mucho de la actual, si bien llevaba el pelo mucho más largo y atado con una cinta de cuero a la nuca, su actitud era claramente la de un joven despreocupado, sin el peso de la madurez y el poder que ostentaría. Los tatuajes que cubrían sus muñecas tampoco estaban.

—Si no derribo ni siquiera uno, entonces sí dejaré que me corras a patadas —fue su irónica respuesta.

John se limitó a poner los ojos en blanco y señalar la fila de piedras.

—Eres uno de los miembros más jóvenes de los Guardianes, si fuiste elegido por La Fuente, no es precisamente por tu apostura y éxito con las mujeres, mocoso.

Shayler se echó a reír.

—Um… no estoy seguro de que ella piense de la misma manera que tú.

John pareció perder el buen humor ante el reciente comentario.

—No deberías mezclarte con tus compañeros de armas… —le dijo, y a juzgar por su tono, no era una advertencia vacía. No necesitó pensar demasiado para suponer que la mujer a la que se referían era Uras. La manera posesiva en que la chica había reclamado al Juez como su pareja le provocó una punzada en el estómago, no comprendía el motivo, pero no le gustaba aquella mujer.

—¿Es para hoy?

La pregunta del Guardián hizo que dirigiese su mirada hacia Shayler quien levantó su mano derecha y sin mucho esfuerzo, hizo polvo la primera de las piedras. Quizás no tuviese todavía el rango que le correspondía por derecho, pero incluso en su juventud, el hombre ya apuntaba sobre su verdadera naturaleza y poder.

—¿Por qué me estás enseñando todo esto, Shayler? —murmuró para sí misma, mientras veía como los dos hermanos seguían burlándose entre ellos y compartiendo una estrecha camaradería.

La imagen empezó a desvanecerse una vez más y la sensación de tirón estuvo nuevamente

allí, pero esta vez estaba preparada, o eso creía. En esta ocasión no volvió a la fría habitación de piedra, en un parpadeo se encontró de pie en un descampado, el tiempo era inclemente y con todo a ella no la tocaba. Llovía con fuerza, el viento ululaba con inusitada rabia y la tierra bajo sus pies se mezclaba con agua y algo de color herrumbroso, rojizo.

Su mirada se clavó en aquellos pequeños ríos que surcaban el suelo y casi al instante una punzada en el pecho la dejó sin aire durante unos segundos. El dolor era lacerante, más igual de rápido que había venido se marchó y la dejó contemplando ahora lo que parecía ser los restos de algún templo. Un par de titilantes luces atrajeron su atención a una de las arcadas la cual todavía poseía parte del techo. Bajo esta vio la figura inmóvil y cetrina de un empapado y moribundo Shayler, quien estaba siendo atendido por su hermano y otro hombre que no conocía.

—¡Acaba de una maldita vez! —La voz de John inundó el solitario lugar, su mirada clavada en la figura encapuchada que permanecía de pie al lado de su hermano.

La quejumbrosa respuesta no se hizo esperar.

—¡No puedo!

Dryah se sobresaltó al escuchar el tono femenino de esa voz, antes de que pudiese poner freno a sus acciones se encontró caminando hacia ellos.

—¡El demonio que no puedes, Uras! ¡Tú has empezado esto, por los dioses que no permitiré que te lo lleves! ¡Acaba de una jodida vez con ello!

—No… no la quiero… cerca.

Aquella voz susurrante contenía una buena carga de agonía, el dolor era tan profundo que sintió como las lágrimas descendían por sus ojos sin poder contenerlas. Él estaba consciente y se moría de dolor. La necesidad de acercarse y darle consuelo fue lo que hizo que se detuviese en seco, sin comprender muy bien el porqué de su reacción. A pesar de ello, no sacó los ojos de la escena que se desarrollaba ante ella, unas imágenes que no estaba segura de poder borrar jamás de su mente o su alma.

—Shhh, cálmate… no permitiré que esa perra se acerque de nuevo a ti —le prometió John acariciándole la frente con ternura—. Pero tienes que aguantar, chico, por lo que más quieras, no puedes irte… me oyes… no te dejaré.

—Acaba con el ritual.

La voz llegó de alguna zona entre las sombras, sus pasos chapoteaban en el suelo cubierto de agua, suciedad y sangre, tanta sangre que se le hacía difícil pensar que él seguía con vida. Con horror contempló ahora más de cerca cómo sus muñecas estaban en carne viva, con intrincados símbolos que parecían haber sido grabados por el cuchillo ceremonial que yacía tirado de modo descuidado a un lado. El corazón se le encogió al ver un espectáculo tan dantesco, la camisa del Juez estaba hecha girones y sus pantalones se habían encharcado con la sangre de vida que se escapaba de su cuerpo y el agua de lluvia que cubría el suelo.

—No… —susurró llevándose las manos a la boca, retrocediendo. Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¡No puedo! —repitió de nuevo la figura encapuchada cayendo de rodillas. El golpe hizo que la capucha se le retirara, mostrando el hermoso rostro de una joven y preocupada Uras—. No puedo hacerlo… los dioses me perdonen… no puedo hacerle esto.

El gruñido de advertencia de John fue suficiente para llamar de nuevo su atención.

—Es demasiado tarde para echarse atrás —le recordó, su voz contenía tanto odio como su mirada—. ¡Haz lo que estás destinada a hacer, Oráculo!

Shayler parecía no estar de acuerdo, pues intentó pelear contra el agarre de su hermano, pese a que la pérdida de sangre lo tenía más cerca del otro mundo que de este. Dryah sacudió la

cabeza, doliéndose por la escena que tenía ante sus ojos, por el destino al que a partir de ese momento estaría atado el Juez.

Uras agachó entonces la cabeza y cuando volvió a alzarla, una solitaria lágrima se escurría por su mejilla, mezclada con el agua de la lluvia. Ella alzó las manos sobre el cuerpo moribundo, susurró algunas palabras en un idioma extraño y casi al instante un pequeño punto luminoso empezó a formarse sobre el cuerpo moribundo del Juez y ante las manos extendidas de ella. Se cortó la palma de la mano y dejó que la sangre manase de ella y entrase en contacto con la luz, cada uno de los hombres presentes hizo el mismo gesto y poco a poco, la luz cambio a un tono rojizo y negro.

—Elegido por el Universo, Consagrado por la Fuente de Todo Poder, ahora y hasta el fin de los tiempos —murmuró ella mientras el haz de luz empezaba a fluctuar hasta formarse una espesa niebla que fue empezó a desvanecerse dando paso a las dos dagas de aspecto mortal que Dryah sabía eran el emblema del hombre—. Nos sometemos a vuestra voluntad, ponemos nuestra sangre a su cuidado y para su protección, somos *Guardianes Universales* y responderemos ante este único poder con nuestras propias vidas.

Las armas explotaron en una potente ráfaga de luz que impactó en ambas muñecas de Shayler cicatrizando en el proceso los cortes y dejando en su lugar los tatuajes rojos y negros que rodearían sus manos.

El grito de dolor que salió de su garganta hizo eco en el interior de Dryah haciéndola gritar al mismo tiempo en sintonía con la agonía de aquel hombre, deseando al mismo tiempo alejarle de todos los que lo rodeaban y que sólo le habían traído desgracia. Algo en su más profundo interior se rompió en ese momento y todo lo que encontró fue un profundo anhelo de querer volver a él, de enterrarse en sus brazos y mantenerlo cerca de ella.

—Basta —susurró incapaz de apartar la mirada de él, allí tendido entre la sangre y el agua de la lluvia—. Por favor… basta… Shayler… por favor.

La escena empezó a diluirse poco a poco y ella se encontró nuevamente en la estéril habitación de piedra, los recuerdos de esa última visión estaban impresos a fuego en su mente, todo lo que podía ver era la sangre que lo había cubierto y a la mujer que casi acaba con su vida.

—Por qué me enseñáis esto, ¿qué es lo que queréis de mí? —susurró arrodillada en el suelo, sus delgados brazos envueltos a su alrededor intentando alejar el dolor y la angustia instalado en su pecho.

«Éste es tu lugar y él tú Destino».

Ella dio un respingo y alzó la cabeza de golpe buscando la procedencia de aquella voz. Se heló al reconocerla, las lágrimas acudieron a sus ojos sin que pudiera hacer nada para impedirlo cuando una de las paredes empezó a diluirse hasta formar una compacta niebla que fue tomando forma hasta moldear la figura de un hombre.

—¿Eidryen?

Tenía miedo de moverse, miedo de que si lo hacía la imagen que se formaba ante ella, la presencia del hombre que lo había significado todo se fuera para siempre.

—Él es tu destino, mi niña, tu alma predestinada.

Se quedó en silencio, observando como la imagen se iba solidificando, dando forma a la conocida casaca color blanco ribeteada de verde y dorado que siempre llevaba el Dios del Destino, sus manos estaban extendidas a los lados, su postura erguida, poderosa incluso en esa nueva encarnación.

—Dreamara.

Las lágrimas cedieron por fin resbalándose por sus mejillas, el dolor que sentía ante su

partida se concentró todo en el pecho y le robó las palabras.

—Te he hecho daño en mi afán de conducirte hacia tu destino —murmuró el hombre que permanecía a escasos pasos de ella.

Sacudió la cabeza con una firme negativa.

—Es como tenía que ser —respondió en apenas un hilo de voz—. Entiendo porque lo hiciste.

—Alma… —Él siempre la llamaba de ese modo, con ese tono reverente en su voz—. Estoy orgulloso de ti, mi pequeña. Alcanzaste aquello que he deseado para ti, te mantuviste firme a pesar de las dificultades y abrazaste tu destino.

Ella bajó la mirada sobrecogida por las palabras del dios. El dolor que había henchido su pecho en más de una ocasión por su pérdida empezó a diluirse poco a poco.

—Pero todavía te queda un largo camino por recorrer —le aseguró.

Dryah alzó la mirada para encontrarse al hombre mucho más cerca de ella. Eidryen levantó la mano derecha y la acercó a su mejilla, conteniéndose de tocarla.

—No es un camino que debas recorrer sola —le aseguró al tiempo que estudiaba su rostro —, él está ahí para ti.

Ella parpadeó varias veces antes de susurrar.

—¿Shayler?

El Dios del Destino asintió.

—Él es tu destino, el único que hará que todo lo que ocultas en tu interior desaparezca por completo. No estás sola, Dreamara, tu alma le pertenece como la suya te pertenece a ti. Eres todo lo que le separa de una solitaria existencia, dale una oportunidad. Dátela a ti misma.

Ella bajó la mirada sonrojada, por primera vez le daba vergüenza mirar al hombre que la había criado y protegido a la cara.

—Él…

—Sois Almas Predestinadas —le confirmó el dios—. Le perteneces desde el principio de los tiempos, desgraciadamente sólo ahora hemos podido reuniros.

Ella alzó la mirada con sorpresa y cierta sospecha.

—¿Los sueños?

Eidryen sonrió como sólo un dios conocedor del futuro podía hacerlo.

—Era su destino —respondió como si eso lo explicara todo.

Ella sacudió la cabeza.

—Si hay alguien que odia incluso más que yo los tejemanejes de los dioses, ese es Shayler —suspiró—. No le gustará saber que ha sido utilizado.

—Guiado, querida, sólo guiado —la corrigió Eidryen.

Ella respiró profundamente y alzó la mirada para encontrarse con la del dios, la cual era gemela de la suya.

—¿Estás bien allí… donde quiera que estés ahora? ¿Elora está contigo?

Eidryen asintió, solamente asintió y por extraño que pareciera aquello fue suficiente para ella.

—Me alegro.

El dios sonrió ampliamente e inclinó la cabeza en un antiguo saludo de respeto.

—Vive por todos nosotros, *Libre Albedrío* pero sobre todo, vive por él.

Antes de que pudiera dar una respuesta, la imagen del dios empezó a desvanecerse. Dryah extendió su mano en un gesto desesperado pero sólo acarició el aire. Suspirando, cerró los ojos y se llevó la mano al corazón, por primera vez desde su despertar sentía que toda la oscuridad y el

dolor que había guardado su corazón ante la pérdida del dios se diluía reemplazado por una serena aceptación.

—Buen viaje, Eidryen —susurró al unísono con el *Libre Albedrío*.

Su mirada vagó nuevamente por la cámara de piedra, la aprensión por aquel lugar seguía viva en sus huesos pero una nueva serenidad empezó a filtrarse en su interior, así que aguardó en silencio y esperó a que le fuese mostrado el siguiente paso en el camino.

Éste no se hizo de rogar.

—Sueño con ella todas las noches… es la más hermosa de las criaturas, dulce y cálida. Con ella me siento completo, siento que aleja toda la oscuridad que hay a mi alrededor, mi otra mitad… mi predestinada…

Ella volvió la mirada hacia atrás, mirando fijamente la pared que nuevamente se diluía dejando paso a la imagen de un hombre solitario, sentado en la azotea de uno de los edificios de una enorme ciudad, su mirada azul estaba teñida de pasión, anhelo y una melancólica tristeza.

—…la veo en cada una de mis noches, acompañándome…

—Shayler, eso me suena a la mujer perfecta… ya sabes, las que sólo existen en los sueños.

Él sonrió de medio lado y se encogió de hombros antes de volverse hacia el otro hombre, alguien a quien Dryah había visto al lado del Juez en su anterior visión. Su aura era inconfundible, aquel tenía que ser el último de los *Guardianes Universales*.

—Es algo complicado, Jaek —aceptó con un suspiro—. Parece tan real, la siento tan real cuando estoy a su lado…

—Quizás lo sea, amigo —lo animó—. Quizás te esté esperando en algún lugar… y sea real.

Shayler se echó a reír y levantó su botella de cerveza hacia el otro hombre en un gesto de brindis.

—Con mi suerte —respondió antes de darle un largo trago a la cerveza—, si algún día llega a cruzarse en mi camino, ni siquiera se fijará en mí, me considerará un patán y un gilipollas y me pegará una patada en el culo sin saber siquiera que está destinada a mí.

Su amigo hizo una mueca.

—Si es tu alma predestinada, aunque se canse de darte de patadas volverá a ti, le guste o no, al final siempre volverá a ti —aseguró su compañero palmeándole la espalda—. Sólo asegúrate de que sea la indicada… no quiero tener que levantar de nuevo tu lastimoso culo.

Shayler levantó la botella hacia él.

—Lo tendré en cuenta.

«Almas Predestinadas, Libre Albedrío».

Aquella conocida voz se filtró en la mente de Dryah y ella sacudió la cabeza, cerrando con fuerza los ojos.

—No. No es posible —susurró negándose a abrir los ojos—. Él no puede ser mi destino.

La mano había dejado de darle punzadas pero sabía que tardaría un tiempo en sanar completamente, no podía hacer gran cosa al respecto sin exponerse a que sus Guardianes le diesen una patada en el culo por su enorme estupidez. Shayler bajó la mirada hacia la mujer inconsciente a su lado en la cama, su piel estaba caliente, demasiado caliente, hacía horas que estaba en ese estado y no despertaba. ¡Maldito fuera, no se despertaba! Era consciente de que llevar a cabo aquel ritual era una locura, había roto al menos una docena de normas al recurrir a ese rito de sangre. La comunión de las almas no era algo que funcionase siempre, tenía que estar absolutamente seguro de que había una conexión entre las dos partes o aquella de ellas que fuera sometida al paso de la sangre, podía perderse para siempre.

—Vamos pequeñita, vuelve a mí —le suplicó acariciándole el pelo como había estado haciendo durante el último par de horas.

¿Qué clase de gilipollas era para recurrir a algo así? Un gilipollas desesperado.

Sacudió la cabeza y volvió a tumbarse a su lado, atrayéndola a sus brazos donde la sabía segura mientras esperaba que abandonase el viaje y volviese a él. Nunca antes había realizado esta conexión, pero sabía que ella vería aquello que debía ser visto para entender quién era él y porque le estaba destinada; Si es que lo estaba. Sacudiendo la cabeza dejó sus dudas a un lado. Estaba destinada a él, lo estaba. Era una certeza que llevaba impresa en sus huesos. Sus sueños con ella, su posterior encuentro, los dioses no podían ser tan crueles como para alejarla ahora de su lado.

—Tienes que volver a mí, Dryah —le susurró abrazándola estrechamente—. Por favor.

Como si hubiese respondido a su ruego, ella jadeó en busca de aire, sus ojos azules completamente abiertos y fijos en un punto. Las lágrimas empezaron a deslizarse entonces por sus mejillas, seguidas por las convulsiones de los desgarradores sollozos que lo llevaron a abrazarla más estrechamente dejando que diese rienda suelta a sus emociones.

—*Shhh*, ya está tesoro, ya ha acabado —la acunó contra él.

Ella pareció llorar más fuerte en respuesta, ocultando su rostro en su pecho, sus manos aferrándose a la su camisa.

—*Shhh*, déjalo ir, pequeña —le susurró abrazándola con fuerza—. Déjalo ir, sólo, quédate conmigo.

No podía articular palabra, todo lo que podía hacer era llorar dejando que el dolor de él, de ella, se fuera con sus lágrimas, sólo entonces podría enfrentarse realmente al hecho de que estuviese encadenada a su destino.

CAPÍTULO 22

Uras apagó la luz del baño contiguo a su dormitorio. Decorado en tonos blancos y negros, en un estilo muy chic, la habitación era lo suficientemente grande para dar cabida a un pequeño vestidor, un salón interior y una enorme cama lujosa de dos por dos que ocupaba la pared central. Tras atar el cinturón de la bata de seda negra que envolvía su curvilíneo cuerpo se dejó caer en el asiento frente al tocador, digno de una estrella de cine. Las bombillas colocadas alrededor del marco le daban el aire retro que tanto le gustaba, los peines y cepillos de empuñadura de plata sólo eran un toque más de sus caros gustos.

Sonriendo ante su imagen en el espejo, tomó uno de los frascos de encima del mueble y procedió a derramar un poco del líquido en sus manos.

—No creo que debieses estar por aquí, se te olvida que debo lealtad a mi Juez, no le gustaría enterarse que recibo esta clase de visitas.

Tarsis se limitó a contemplar a la mujer voluptuosa y de pronunciadas curvas, poseía un cuerpo hecho para el pecado. Sus manos resbalaban por el terso muslo en su camino hacia la rodilla y pantorrilla mientras extendía la aceitosa loción. Las uñas pintadas de un oscuro color rojo rodearon su tobillo en una suave caricia antes de volver a ascender todo el camino de vuelta al muslo. La tela de la bata se abrió un poco más y dejó a la vista una buena porción de piel blanca, así como los montículos de sus llenos pechos.

Continuó con su cuidado personal como si la presencia del semidiós no significara nada para ella.

—La lealtad sólo es para aquellos que se la merecen, querida —le dijo pasando por detrás de ella al tiempo que se encontraba con su mirada a través del espejo del tocador.

Ella agitó suavemente las pestañas con una mirada lánguida mientras recorría apreciativamente el cuerpo masculino a través del espejo. Alto y oscuro cual dios pagano, tenía la misma aura de sensualidad que de malicia. Sus ojos se cerraron nuevamente en los de él.

—La mía pertenece a mi Juez —respondió con voz sedosa, y mortal.

Tarsis sonrió abiertamente, su mirada brillaba animada.

—Demasiado hermosa, demasiado mortal e ingenua —se burló recorriendo el cuerpo femenino con la mirada, sin llegar a tocarla en ningún momento—. Ir en contra de los deseos del Juez Supremo del Universo es un suicidio. No me creas tan tonto.

Ella se giró y le echó un vistazo por encima del hombro.

—Tonto no encajaría con la descripción del ser que provocó al *Libre Albedrío* cuando su avatar apenas tenía control sobre él —le respondió. Al contrario que sus compañeros, había identificado al poder que rondaba a la muchacha, en realidad estuvo a un paso de terminar con la chica ella misma en caso de que su poder se le saliera de las manos. Sabía que aquello habría supuesto desobedecer una orden directa de su Juez y más aún, enemistarse para siempre con él, pero lo prefería cabreado antes que muerto. Tomó el bote de aceite y vertió el líquido en sus manos frotándolas antes de extenderlas sobre la nueva pierna—. Inepto. Estúpido o suicida, se acercarían más.

La mirada del dios cayó una vez más sobre la expuesta piel femenina.

—Mis asuntos no son con el Juez, si no con ese pequeño e insignificante ser que por

casualidades de la vida ha ido a hospedar al *Libre Albedrío*.

Uras apenas apartó la mirada de lo que estaba haciendo cuando preguntó.

—¿Pequeña? Es posible. ¿Insignificante? —se rio ante la sola idea—. Lo encuentro difícil de creer.

Él la rodeó, mirando con fingida distracción los complementos y cremas que había diseminados por encima del tocador.

—Sí, imagino que el Juez también es de la misma opinión ya que finalizado el juicio, no se ha separado de ella —vertió sus palabras como un comentario inocente—. No es que lo culpe, a pesar de todo ella siempre fue… una beldad.

La mano de la mujer dudó unos segundos sobre su piel, lo justo para que supiese que había apretado las cuerdas correctas. Tragándose una secreta sonrisa volvió la mirada sobre el cuerpo femenino. Hembras. Eran tan fácilmente predecibles, patéticas en realidad cuando se trataba del sexo masculino, podían convertirse fácilmente en monstruos cuando el demonio de los celos se interponía entre ellas y lo que quería conseguir.

—La belleza es sólo algo efímero —dijo Uras restándole importancia.

—Tanto o más que el deseo.

Su oscura mano vagó por encima de la piel descubierta de los hombros de la mujer sin llegar a tocarla en ningún momento.

—Somos criaturas caprichosas, con vidas demasiado extensas y el aburrimiento llega antes o después llamando a nuestra puerta.

Ella bajó la pierna y alzó la cabeza, su espalda rígida.

—¿Qué extraña maquinación te trae a mi puerta, Tarsis?

El hombre se inclinó sobre su hombro izquierdo, soplando su cálido aliento en una línea desde el hombro hasta el cuello, deteniéndose a susurrar en su oído.

—La curiosidad —le susurró antes de moverse y repetir la misma operación sobre el otro hombro—, los celos en la mirada de una mujer… un susurro de advertencia ante un adversario… el destino… todo y cualquier cosa bajo un mismo propósito.

Se estremeció involuntariamente, sus pezones se endurecieron mostrándose como dos picos y empujando contra la tela de seda con cada palabra vertida por el hombre en sus oídos. Él sabía cómo inflamar sus sentidos. Uras echó la cabeza hacia atrás, sus labios se entreabrieron dejando escapar un suave gemido y se maldijo a sí misma por sucumbir con tanta facilidad al magnetismo sexual que manaba por cada poro de él. No era una simple neófita, su poder era fácilmente comparable al suyo y en temas de hombres no era ninguna aficionada y en cambio, ahí estaba ese semidios, haciéndola arder con un simple susurro.

—¿Qué te ha hecho esa mujer para que estés tan deseoso de aliarte con el mismísimo diablo para destruirla? —murmuró espabilándose el deseo.

Él esbozó una maliciosa sonrisa y le contestó con otra pregunta.

—¿En qué te ha convertido tu Juez para que la lealtad que tanto predicas se tambalee ante la sola mención de una pequeña hembra? —ronroneó al tiempo que le acariciaba el pabellón de la lengua con la oreja.

Uras cerró las manos en sendos puños, sus largas uñas clavándose en sus propias palmas.

—No la quieres cerca de él —siguió engatusándola él—. Pero no es sólo eso, ¿no es así? Hay algo más. Algo oscuro, algo inevitable…

—Se ha profetizado que El *Libre Albedrío* simbolizará el fin de los *Guardianes Universales* —respondió ella sin interés en ocultar algo que antes o después sería de dominio público. Sus profecías eran sagradas y certeras, su visión había sido clara. Esa muchachita

corrompería a su Juez y acabaría con la existencia de los Guardianes tal y como era conocida—. Una advertencia que con cada paso que daba se acerca más a la realidad.

—Deseas detenerla —Él derramó su cálido aliento en su oído—. A toda costa. Eso no honra vuestro voto sagrado, ¿o sí?

—Y tú quieres su destrucción —declaró ella, mirándole de reojo—. ¿Acaso eso te hace mejor que yo?

Él rio, su risa rica y llena de poder.

—Eso, querida —le susurró apartándose de ella—. Sólo nos hace iguales.

Antes de que pudiera emitir una respuesta él posó uno de sus delgados dedos sobre sus labios y se inclinó nuevamente.

—Buscas tu propia justicia y yo la mía —le aseguró mirando sus labios con deseo—. Al final, ambos deseamos lo mismo. Búscame si crees que puedes llegar a hacer algo más que suspirar por ese hombre tuyo, estoy seguro —deslizó el dedo desde su boca por el escote de la bata hundiéndolo entre sus pechos—, que podemos llegar a un acuerdo.

Ella cerró los ojos disfrutando de la sensación de ese dedo entre sus senos un instante antes de que se desvaneciera. Por fin abrió lentamente los ojos para encontrarse con su imagen en el espejo, la imagen de una mujer llena de deseo, deseo por un hombre que no había sabido aprovecharlo. Apretando los labios estiró la mano hacia el tocador y tras coger lo primero con lo que toparon sus dedos, lo lanzó contra el espejo.

Su imagen se distorsionó cuando los pedazos de cristal empezaron a caer sobre el mueble y al suelo, ya sólo quedaba el eco de la risa masculina recordándole sus propias palabras.

“Ven a mí en busca de tu justicia, Guardiana, y la obtendrás”.

Ahora, su lealtad y su corazón volvían a estar en guerra y temía cual saldría vencedor en esta ocasión.

Dryah apretó con fuerza la taza de té humeante que Shayler depositó en sus temblorosas manos minutos antes, su atención estaba en el peludo animal de color dorado que la miraba con unos enormes ojos marrones y la enorme lengua rosada colgando por un lado de sus imponentes fauces. No podía dejar de temblar y todas sus emociones parecían haber decidido irse de juerga al mismo tiempo, notaba la cabeza embotada, la garganta ardiendo y un herrumbroso sabor en la boca que comenzaba a irse con el sabor dulce del té. El Juez la había envuelto en una manta y permanecía sentado a su lado, pero ella prefirió mantener su atención en el perro.

—Horus —murmuró y el animal meneó la cola en respuesta.

—Parece que le gustas —comentó con suavidad. Desde el momento en que abrió los ojos y se deshizo en lágrimas entre sus brazos, el hombre no estaba seguro de cómo enfrentarse a ella. Dryah no había hecho mención alguna a lo ocurrido.

El sencillo comentario la hizo alzar la mirada hacia él para deslizarla luego a una de sus manos, la cual estaba vendada.

—Tu estupidez no conoce límites —rezongó en voz baja.

Él no fue capaz de rebatir eso.

—Lo siento —murmuró con verdadero pesar.

Ella le dedicó una cansada mirada.

—¿El qué? ¿Qué cometieses la estupidez de hacerte un tajo en la mano o que hayas estado a punto de matarme por ello? —le respondió con estremecedora serenidad.

Sacudiendo la cabeza para consigo misma, suspiró.

—¿Qué diablos me has metido en la boca?

Sus labios se estiraron en una perezosa sonrisa, el alivio empezó a filtrarse en sus facciones.

—¿Además de la lengua? —respondió de manera burlona.

Ella se volvió hacia él y lo fulminó con la mirada.

—Agradece que apenas puedo sostener la taza, de lo contrario no te digo donde iba a terminar el té —le espetó—. Si en algún otro momento decides tener otra reveladora idea… consúltame antes, de ese modo podré matarte y ahorrarnos todo lo demás.

Él esbozó una irónica sonrisa.

—Bienvenida —le dijo con su habitual buen humor.

Dryah decidió ignorarlo y posó la mirada una vez más en el perro que barría el suelo con la cola. De manera instintiva extendió la mano libre hacia él quien guardó la enorme lengua en su boca tras lamerse el hocico y se incorporó para acercarse a sus dedos olisqueándolos antes de permitirle que le acariciara la cabeza.

—Horus —lo acarició y se permitió relajarse ante el cálido contacto del animal—. Tu dueño es un auténtico gilipollas, pero tú eres muy guapo y listo, ¿verdad?

El perro ladró como para darle la razón. Ella sonrió y acarició nuevamente la cabeza del can.

—El dueño está aquí mismo, gracias —rezongó él al tiempo que dejaba a su lado.

Lo siguió con la mirada cuando atravesó la habitación para cerrar la ventana.

—Es el mismo cachorro que escondiste de tu madre, ¿verdad? —comentó cogiéndolo por sorpresa—. Sé que el nombre era el mismo… pero… eso parece que fue hace tantísimo tiempo… lo que me lleva a preguntar, ¿qué edad tienes?

Él se la quedó mirando con cierta sorpresa, entonces sacudió la cabeza.

—Más de la que tienes tú —le dijo, entonces señaló a Horus con un gesto de la barbilla—. Horus llegó a mí cuando tenía cinco años humanos. Había sido una de esas ofrendas a la Diosa. Las sacerdotisas del templo de mi madre entraron en cólera cuando lo vieron, ya que se suponía que Bastet adora a los gatos y lo primero en lo que pensaron fue en deshacerse de él. No se lo permití. Bastet le otorgó el papel de mi guardián y como tal ha seguido a mi lado y seguirá hasta que le llegue la hora, ¿verdad amigo?

El perro ladró en respuesta.

—Debería darte vergüenza preocupar así a tu madre —murmuró ella dando un respingo cuando Horus posó la cabeza sobre su regazo y gimoteó para que siguiese acariciándolo.

Él la miró con cierta sorpresa.

—¿Mi madre te habló de ello?

Alzó la mirada hasta encontrarse con la suya y ladeó la cabeza.

—No. Me lo mostraste tú… con tu sangre —declaró con un ligero estremecimiento. Alzó la taza de té y se la tendió, ya se había cansado de la bebida—. No pensé tener que volver jamás a esa prisión.

Él cogió la taza.

—¿Prisión?

La ironía estaba presente en su voz y en su mirada cuando le dio la respuesta.

—¿Prefieres la descripción dormitorio de piedra? —sugirió con ironía—. Para mí ha sido una prisión y el volver allí… —sacudió la cabeza—. Fue extraño.

La necesidad de moverse hizo que dejase la cama, se levantó pero no llegó a dar ni dos pasos antes de que sus piernas cediesen. La rápida intervención del hombre, quien dejó precipitadamente la taza sobre la mesilla de noche para luego rodearla por la cintura con los

brazos impidió que terminase en el suelo.

—¿A dónde piensas que vas?

Ella puso los ojos en blanco.

—A un lugar al que no puedes ir tú por mí —le espetó con marcada ironía antes de dejarse caer contra él—. Creo que no me responden las piernas.

Su respuesta no se hizo esperar.

—¿Te llevo en brazos? —susurró sin malicia y con una buena carga de simpatía.

Ella puso los ojos en blanco.

—No abuses de tu buena suerte —le dijo, entonces le dejó ayudarla a salir de la habitación. El perro se levantó casi al momento y salió trotando delante de ellos.

—No pensaba hacerlo —aceptó mientras la acompañaba—. Mis dotes médicas se reducen a hacer vendajes, de las cuales mi perro fue la primera víctima.

¿Por qué no le sorprendía?

—Pobre Horus.

Él se detuvo un segundo al ver que vacilaba.

—¿Seguro que te encuentras bien?

Ella resopló.

—Diría que mucho mejor que antes de que entraras en mi habitación e hicieras esa cosa de cortarte en pedacitos —refunfuñó y dejó escapar un suspiro—, pero el que me metieras la lengua manchada con tu sangre en la boca… y déjame decir un enorme *«puaj»* ante ello, tampoco resultó una experiencia agradable. No. De hecho, desde que estás a mí alrededor las experiencias agradables se han reducido a un rotundo cero.

Él ladeó el rostro para encontrar su mirada.

—¿Todas? —sugirió con voz suave y una obvia mirada en sus ojos.

Ella se tensó y se apartó de él con rapidez. Su rostro adquirió un suave sonrojo al tiempo que su cuerpo abandonaba la sensación de frío que la envolvía y se calentó ante el recuerdo de lo ocurrido entre ellos noches atrás. De lo que él le había hecho. ¿Cómo pudo olvidarse de algo así?

Los sueños se habían vuelto más crudos e intensos a medida que pasaba el tiempo, de un día para otro o mejor dicho, de una noche a la otra la simple necesidad de sentirse abrazada y querida dio paso al deseo, a la necesidad de sentir piel contra piel, al anhelo de sus besos y de cosas que ni siquiera estaba segura de entender. Lo que esos episodios provocaban en su cuerpo la dejaban anhelante, frustrada y absoluta y malditamente dolorida, deseando con rabiosa intensidad que algo o alguien hiciera desaparecer ese dolor. Le costaba dormir, pero cuando por fin conseguía cerrar los ojos todo lo que veía era a él. A ambos. Desnudos y entrelazados mientras disfrutaban de su mutua compañía. Había luchado incluso en sus sueños por alejarse de él, de las sensaciones que le provocaba. Cada noche era más cruda que la anterior, hasta el punto en que había llorado y rogado que acabara con ello, con ese sordo dolor que la enloquecía. Sintió como su rostro aumentaba en calor y sacudió la cabeza para obligarse a hacer a un lado aquella única realidad que habían compartido.

—Está bien, fue un golpe bajo de mi parte —aceptó él al ver cómo se le encendía la cara y apartaba la mirada.

Ella hizo una mueca.

—Agradece que la culpa no es enteramente tuya —musitó sin levantar la mirada del suelo —. Enhorabuena, conseguiste lo que querías. Ahora comprendo que es algo que ninguno de los dos podía prever o evitar.

Él frunció el ceño ante su enigmática respuesta, pero no la presionó.

—Necesitaba que me escucharas, pero no era algo que estabas dispuesta a hacer —se justificó él—. Y no estoy muy seguro de que eso haya cambiado ahora.

Ella levantó lentamente la cabeza, pero todavía no lo miró, sus ojos se detuvieron a la altura de sus abdominales allí donde la nueva camiseta que se había puesto marcaba la firmeza de sus músculos.

—Exiges que todo se haga a tu manera, sin pararte a pensar si para mí es o no el momento de hacerlo —le reprochó. Por dentro eso era lo que la enfadaba, no estaba preparada para enfrentarse a todo aquello y él había precipitado las cosas con su impaciencia—. La verdad, tus métodos para resolver las cosas apestan, Shayler.

Él esbozó una ligera mueca pero no dijo nada, quizás estuviese en lo cierto y se había precipitado. Tomó nota mental de aquello para no volver a cometer el mismo error. Estaba acostumbrado a hacer las cosas según sus reglas esperando que los demás se limitaran a acatar sus órdenes, su papel en el orden del universo no le había enseñado otra cosa.

Ella lo sorprendió entonces posando su mano, la palma abierta sobre su estómago, al aferrarse a la tela de su camiseta.

—No me siento bien, creo que voy a vomitar.

Él la rodeó inmediatamente con el brazo y la ayudó a mantener el equilibrio.

—Sería todo un detalle que no lo hicieras sobre mí —musitó deslizando una de las manos a su nuca empezando a masajear el punto donde nacía el pelo—. Respira profundamente.

Sacudió la cabeza y se soltó de él llevándose una mano a la boca mientras se apresuraba con paso tembloroso al umbral de la puerta y de ahí doblaba a la derecha para entrar rápidamente en el baño y vaciar el contenido de su estómago en el retrete. Todo su cuerpo se estremecía con el esfuerzo de las arcadas, un pegajoso y frío sudor perló su frente. Iba a estallarle la cabeza. Dryah se dejó caer en el suelo con una mano rodeando su estómago y la otra apoyada en la pared, una toalla húmeda le fue puesta en las manos, mientras otra le refrescaba la frente, alzando la mirada se encontró con la preocupación en sus claros ojos azules.

—Gracias —murmuró en voz baja con un pequeño estremecimiento. Odiaba sentirse así de vulnerable, sobre todo frente a él—. ¿Puedes dejarme sola, por favor?

Él pareció vacilar.

—¿Estás segura?

Ella sintió.

—Por favor.

Shayler se retiró de mala gana. Todo en él gritaba que se quedara con ella, que desoyera su ruego y se quedara, pero nadie mejor que él sabía que había momentos en los que se necesitaba privacidad y no iba a negársela por su propio egoísmo.

—Estaré al otro lado de la puerta —señaló la puerta de madera—. Si me necesitas…

Ella simplemente asintió. Sin decir nada más, el Juez la miró una última vez y salió al pasillo cerrando suavemente la puerta.

Dryah se estremeció, todavía sentía un nudo en el estómago que invitaba a las arcadas, pero su estómago ya había quedado vacío, le dolía la cabeza y sentía unas inexplicables y repentinas ganas de llorar. El recuerdo de Eidryen la inundó, como sus palabras que hacían eco en sus oídos.

«*Es tu destino. Estás destinada a él, eres su alma predestinada*».

Levantó un tembloroso brazo y tiró por segunda vez de la cadena del retrete para finalmente arrastrarse por el suelo y acurrucarse en la esquina que formaba la pared con la bañera, subió las rodillas y las apretó contra su pecho mientras daba rienda suelta a las lágrimas

que habían acudido a sus ojos y se deslizaban ahora por sus mejillas, unas lágrimas que no podía ni quería detener. Todo su mundo cambiaba a un ritmo vertiginoso y no se sentía capaz de seguir la corriente, todo lo que podía hacer era mirar mientras era arrastrada en contra de su voluntad hacia un fin del que no estaba segura.

Shayler se apoyó de espaldas a la puerta escuchándola llorar, el corazón se le encogió en un puño pero sabía que no podía hacer nada por ella, debía permitir que se liberara de sus ataduras por sí misma, que asimilara lo que quiera que hubiese descubierto en su transición y lo aceptara. Para bien o para mal, debía escoger su propio camino. Cerró los ojos con fuerza y dejó caer la cabeza hacia atrás golpeándose contra la madera, sus ahogados sollozos lo hacían sentirse más miserable que nunca, llegando al punto de preguntarse si había hecho bien al empujarla hacia aquel ritual.

¡Y una mierda lo había hecho bien! Se había saltado todas las reglas una tras otra, le sorprendía que no se abriese la tierra bajo sus pies y se lo hubiese tragado. Sus actos tenían una penalización y antes o después debería enfrentarse al castigo que los Poderes Primigenios decretasen para él por tal falta. Sólo esperaba que aquello no llegara hasta que hubiese arreglado las cosas con la mujer que permanecía del otro lado de la puerta. Dioses, la amaba. Y el saberlo no hacía sino contribuir a su desesperación. Ya no se trataba de un sueño o de una fantasía hecha realidad, se había enamorado de Dryah, la rubita que se enfrentaba a él con uñas y dientes, la mujer que lo arropó la primera noche que pasó en su sofá, la hembra que había saboreado en su momento de mayor necesidad, la niña inocente acusada por el único delito de haber venido al mundo. Amaba a la mujer de carne y hueso, no la fantasía que el destino había creado para él en sus sueños y ese amor empezaba a nublarle el juicio.

Dejó escapar el aire de sus pulmones y sonrió con ironía. Se había enamorado de la mujer que iba a destruir a su gente, su mundo y entonces comprendió que la profecía de Uras empezaba a hacerse realidad pues, por salvarla a ella, estaba dispuesto a dar la espalda a los suyos.

Se pasó la mano por la cara y notó la barba de dos días, aquello no hacía sino desconcertarlo aún más. Era un hombre acostumbrado a un puntilloso aseo y desde que se topó con ella, todo eso pasó a un segundo plano. Llevaba el mismo pantalón de hacía dos días y si bien no olía, su aspecto desaliñado era prueba de que algo le pasaba. Tenía suerte de que tanto su hermano como sus compañeros hubiesen decidido acatar sus órdenes y mantenerse al margen o lo estarían pinchando por aquel cambio de actitud cuando todos lo conocían mejor que él mismo.

—¿Qué estás haciendo conmigo, Dryah? —murmuró para sí—. ¿Qué?

Por ella ardía en el más profundo de sus sueños, por ella suspiraba cuando sus ojos estaban abiertos y el día despuntaba por la ventana del salón, por ella estaba dispuesto a dar la espalda a los suyos.

El llanto al otro lado de la puerta cesó después de un rato, Shayler oyó el correr del agua procedente del grifo del lavabo así como el abrir y cerrar de puertas, poco después otro grifo se unió a la sinfonía del agua y una colorida maldición femenina dio paso a un pequeño golpe seguido de otra maldición. Él frunció el ceño.

—¿Va bien todo ahí dentro?

Un nuevo golpe seguido de un bajo resoplido y entonces la voz de Dryah se alzó por encima del ruido del agua.

—Estoy bien —respondió con voz quebrada, entonces la aclaró y continuó—. Voy a darme una ducha.

—¿Puedes tu sola? —respondió. La imagen del agua resbalando por su cuerpo desnudo se instaló en su mente y lanzó una punzada de deseo directamente a su sexo.

—¿Te estás ofreciendo a frotarme la espalda? —No pudo evitar responder con tal carga de ironía que era imposible no entenderla.

Él esbozó una sonrisa.

—Sólo si no muero en el intento —murmuró en voz baja, entonces respondió—. Eso depende, ¿seguiría vivo después de hacerlo?

—No. —Una rotunda y firme negativa.

—Eso me parecía —murmuró riéndose entre dientes—. En ese caso, me iré a la cocina y prepararé algo para los dos, ¿de acuerdo?

Creyó oír algo así como "haz lo que quieras" antes de oír un pequeño gritito seguido de varios coloridos tacos.

—¿Dryah? —preguntó.

—¡Está caliente! —jadeó con una nueva maldición.

Él rio y sacudió la cabeza en una negativa antes de caminar hacia la cocina.

Ella suspiró y se relajó bajo el chorro de agua caliente tras regular la temperatura, el agua le hacía cosquillas sobre la sensibilizada piel, parecía que ni siquiera el episodio que la había dejado casi arrastrándose podía borrar las huellas de la frustración que provocaban sus sueños. Se estremeció y cerró los ojos, en contra de su voluntad su mente vagó de nuevo hacia el último de sus sueños. Recordó la sensación de aquellas manos resbalando por su piel, como se deslizaban por su cuerpo y acariciaban con suavidad la columna de su cuello provocándole cosquillas, como descendían sobre sus pechos, dedos que rodeaban y atormentaban sus hinchados pezones para continuar el viaje hacia su estómago y rastrillar a través de los rizos entre sus piernas hasta encontrar la abertura de su hambriento sexo. Un jadeó escapó de sus labios cuando su propia mano imitó el recorrido que había hecho la de él hasta perderse en la creciente humedad entre sus piernas. Dando un respingo abrió los ojos y apartó la mano inmediatamente al tiempo que sacudía la cabeza. Diablos, esa incómoda sensación volvía a estar entre sus piernas, un ligero hormigueo que la dejaba nerviosa e insatisfecha deseando… ¿Qué? ¿A él?

—¿Has perdido el juicio por completo? —se reprendió a sí misma.

Su mano palmeó en busca del grifo para cerrar el agua, pero en su lugar lo que hizo fue abrir el chorro de agua fría. Un agudo grito salió de sus labios un instante antes de que cerrara de todo ambos grifos y saltara de la bañera a la alfombra de baño chorreando agua.

—Oh, estúpida, estúpida, ¡estúpida! —se sermoneó a sí misma, entonces añadió—. ¡Es toda culpa suya!

Tomó una de las enormes toallas del colgador y se envolvió en ella antes de sentarse en el borde de la bañera y suspirar con resignación.

—Maldición, ¿por qué entre todas las personas posibles tenía que ser precisamente él? —musitó en voz baja hundiendo el rostro en sus manos.

El pitido del microondas sacó a Shayler de sus cavilaciones, el agua que había puesto a hervir para la infusión de ella y su propio café humeaba en el recipiente cuando lo sacó del electrodoméstico sirviéndola en sendas tazas. Las provisiones del refrigerador se habían reducido en los últimos días, algunas incluso se echaron a perder lo cual indicaba que pronto habría que hacer la compra. Estando soltero y viviendo por su propia cuenta, estaba acostumbrado a valerse por sí mismo y sabía manejarse en un supermercado; cosa que no estaba muy seguro en cuanto a su compañera de vivienda. Dryah había mostrado su ingenuidad ante muchas de las cosas cotidianas en el mundo humano y no le sorprendería que hacer la compra no fuese otra de ellas.

Puso la mesa con dos servicios, una pequeña bandeja con bocadillos, zumo de naranja, tostadas y café ocupaban la mesa en la reducida cocina, el bol de fruta había terminado en el lavavajillas después de tirar las últimas piezas estropeadas. Su pequeña rubita parecía tener una inclinación especial hacia la fruta, sin duda una sana afición.

—¿Eso qué huelo es café? —murmuró una suave voz a sus espaldas.

Se volvió a tiempo de ver una figura femenina, de corto cabello rubio revuelto y húmedo envuelta en un enorme albornoz blanco que le llegaba un poco más debajo de las rodillas, sus pies enfundados en unas zapatillas en el mismo tono. La recorrió de los pies a la cabeza para terminar en sus brillantes ojos azules. Todavía estaban enrojecidos y tenía la nariz ligeramente colorada, pero su aspecto había mejorado, en realidad, su aspecto era endiabladamente sexy.

—El café es para mí —aceptó apartándose para hacerle sitio y que pudiese entrar. Era incapaz de sacarle la mirada de encima—. Te he preparado una infusión, por si la preferías al zumo de naranja.

Ella miró la mesa dispuesta para los dos y se volvió de nuevo a él.

—Gracias —asintió y se volvió hacia la mesa donde encontró al perro dormido bajo esta —. Parece que a Horus le gusta también la cocina.

Bajó la mirada hacia donde ella señalaba y se encogió de hombros.

—No le gusta estar solo.

—No es el único —murmuró sentándose en una de las silla, teniendo cuidado de no tocar al perro.

—Tú no estás sola.

Ella se volvió hacia él y asintió.

—Supongo que ya no.

Sin decir nada más, se preparó una infusión y la sostuvo con un suspiro entre las manos.

—¿Tienes idea de cómo funciona ese ritual tuyo? —le preguntó entonces, su mirada buscó la suya.

—No es mi ritual.

Ella se encogió de hombros y señaló lo obvio.

—Tú lo llevaste a cabo.

Shayler asintió.

—El riesgo merecía la pena.

Ella le dedicó una desconfiada mirada.

—¿Qué quieres decir?

—Todo acto tiene repercusiones.

Ella asintió, pensando que se refería a lo que ella había visto en el transcurso de su viaje.

—Eso parece —murmuró bajando de nuevo la mirada hacia la taza humeante en sus manos—. No sé qué quieres que diga.

—A veces no es necesario decir nada, las cosas se ven a simple vista —aceptó llevándose la taza de café a los labios.

—He visto a Eidryen —murmuró—. No sé por qué o cómo, pero vino a mí.

Aquello le tomó por sorpresa, no estaba seguro de que pudiese darse algo así.

—¿El Dios del Destino se presentó en el Pasaje?

Ella arqueó una ceja ante su respuesta.

—¿Pasaje?

Él asintió.

—Lo que has atravesado se conoce como El Pasaje de las Almas —explicó y dejó sobre la

mesa la taza de café—. Se supone que te muestra aquello que necesitas ver, de aquellos que necesitas saber.

Eso tenía sentido, pensó dando un sorbo a su propia bebida. Eidryen había ido a ella para hacerle ver aquello que necesitaba saber, su propio destino.

—Él me dijo que… tú y yo… somos Almas Predestinadas —susurró, su mirada todavía concentrada en su taza—. Quería que supiera que yo estaba destinada a ti desde antes de que naciera, que lo que había hecho era parte de mi Destino.

Él dejó escapar un débil suspiro, sus palabras confirmaban las sospechas que tenía al respecto.

—No me di cuenta hasta ese momento, lo mucho que lo he extrañado y lo que más sentía desde su partida —continuó ella mirando fijamente su infusión—. No podía liberarme completamente del pasado hasta saber que él estaba bien, que estuviese donde estuviese, era feliz. Ellos están juntos y Eidryen parecía feliz.

Shayler se movió contra el mueble, acomodándose en el lugar. Por extraño que pareciera, sus palabras también liberaron algo en su interior y sintió paz por el juicio que había llevado a cabo en contra de su voluntad.

—Me alegro por él —aceptó con sinceridad.

Ella asintió y después de un momento de silencio y volvió la cabeza hacia él.

—¿Por qué ninguno de tus Guardianes hizo nada para evitar que Uras te hiciera esto? —Dryah estiró la mano y tocó con la yema de sus dedos los tatuajes en la mano del Juez.

Shayler se sintió estremecer bajo su contacto y por primera vez se preguntó qué diablos habría visto de su pasado. Sus palabras daban a entender que había presenciado una de las etapas más dolorosas de su vida, él no quería eso para ella, el dolor de aquella noche corría profundo en su interior no necesitaba que alguien más cargara con él.

—No podían —murmuró, su voz perdió el borde de simpatía y diversión. Ahora parecía más bien sumido en sus recuerdos—. En realidad, nada ni nadie podría cambiar lo ocurrido. Fui designado por la Fuente Universal para ser su Juez Supremo y Uras fue la a entrega elegida para hacerme entrega de tal honor.

—¿Honor? —Dryah dejó escapar un doloroso jadeo ante el recuerdo de la sangre mezclada con el agua de lluvia y la tierra del suelo. Sus ojos se alzaron hasta conectar con los suyos—. Te vi, Shayler, te morías en los brazos de John y ella no hizo sino infligirte más dolor.

Él notó sus tumultuosas emociones, la rabia y el dolor en el tono de su voz. Se le acercó, acuclillándose ante ella de modo que quedaran a la misma altura y no tuviese que levantar la cabeza.

—Dryah, esos recuerdos son míos y fue algo que pasó hace mucho tiempo —le acarició la mejilla con ternura—. No tienes que cargar también con ese dolor. Esa herida hace mucho que dejó de sangrar.

—El compartir el dolor con los demás, no significa que sea una carga —respondió mirándole directamente—. No tenías que haber pasado por aquello tú solo.

En ese momento agradeció a todos los dioses y al mismísimo corazón del universo por haberla puesto a ella en su camino. Su compasión era algo que no veía muy a menudo.

—Y no lo hice. Uras fue la que más sufrió en todo esto. Ella es el Oráculo Universal y como tal puede vislumbrar la trama del Universo, pero no tiene poder para evitarlo. —Sus palabras le trajeron a la memoria la profecía que la Oráculo vaticinó sobre la mujer que tenía frente a él—. Una auténtica y jodida maldición.

—O un merecido castigo —murmuró ella, sus ojos se apartaron entonces del Juez,

avergonzada por sentir que era verdad.

—Dryah… —le tomó la barbilla y se la alzó para que lo mirara.

Ella apretó los labios y sacudió la cabeza.

—¿Es que no es toda una vida de lucha más que suficiente? —protestó entonces al tiempo que negaba con la cabeza—. No quiero ser yo quien comience otra para ti.

Él esbozó una lenta sonrisa.

—Pero tampoco vas a ponérmelo fácil, ¿um?

Ella lo contempló con total seguridad.

—Ni siquiera lo es para mí —resopló, la desesperación se palpaba en sus palabras—. Almas Predestinadas, Shayler. Dos mitades de un todo, destinados desde el principio de los tiempos a encontrarnos una y otra vez a lo largo de las vidas y de nuestras reencarnaciones.

Ella negó con la cabeza y se apartó de su contacto. Sólo ahora empezaban a cobrar sentido las cosas. La necesidad de estar en su compañía aun cuando todo lo que quería era mandarlo a volar, la seguridad que encontraba en su presencia y la maldita atracción que sentía por él a cada paso del camino, sus sueños... ¿Cómo habían llegado a complicarse tanto las cosas?

—Esa descripción no encaja conmigo, Shayler —declaró, sus palabras y la mirada en sus ojos denotaba su angustia—. No puede encajar conmigo. Algo tan sencillo como el que dos personas anónimas se conozcan, se sientan atraídos el uno por el otro, se enamoren y decidan pasar la eternidad juntos por que ignoran que estaban destinados a hacerlo, se vuelve una lucha de voluntades cuando se trata de alguien como tú y como yo.

Él vio la desesperación en sus ojos, la escuchó en su voz.

—Tú lo sabías y callaste. ¿Por qué?

Le sostuvo la mirada pero no respondió de inmediato. Las mejillas de ella empezaron a enrojecer y su voz surgió vacilante.

—Sé que has estado soñando conmigo antes de esa… noche —murmuró con mirada avergonzada—, mucho antes incluso de que nos viésemos por primera vez.

Shayler cerró los ojos con fuerza, respiró profundamente y volvió a abrirlos. Su mirada la abrasó con su intensidad y el desnudo deseo que había en ella.

—Dos partes de un todo, dos almas separadas en algún momento de la eternidad y que esperan el momento de volver a encontrarse —resumió él sus propias palabras, entonces añadió —. Estuviste en mis sueños desde mucho antes, sí, pero jamás pensé que podías existir en carne y hueso. Y cuando te vi…cuando nos conocimos… bien, es difícil asimilar ciertas cosas cuando la mujer que tienes ante ti es catalogada como un peligro para el Universo y tienes el deber de discernir si es inocente o si merece condena. Difícilmente podía ir a ti y decirte «Ey, creo que eres la mujer que me está destinada y vamos a pasar una eternidad o varias juntos».

Ella bajó la mirada, en eso debía darle la razón.

—Concedido.

Shayler volvió a acariciarle la barbilla con un dedo, alzándosela para que lo mirara.

—Nunca pretendí ocultarlo, Dryah —aceptó con absoluta sinceridad—. Pero tampoco es algo que puedas contar así como así, sin prueba alguna, sólo porque es algo que crees muy dentro de ti.

Ella se lamió los labios, un gesto que detonaba nerviosismo.

—¿Y cómo estás tan seguro de poder asegurarlo ahora?

Sus ojos se clavaron en ella, brillantes, resolutos.

—Porque te deseo —aceptó sin más ambages—. Y no sólo en mis sueños.

Ella abrió la boca para contestar a eso, pero las palabras no llegaron.

—Y tú también me deseas —insistió él.

—En tus sueños, Juez —respondió ella de manera automática.

Él se echó a reír.

—No sólo ahí, princesa —declaró y antes de que pudiera hacer cualquier otra cosa, se acercó todo lo que su posición le permitía—. Y estaré encantado de demostrártelo.

Ella se echó atrás, su mirada fija en la de él y frunció el ceño, su pequeña naricita se arrugó y se permitió olisquearle. Entonces se volvió a mirar al perro acostado a sus pies e inspiró hacia él volviendo a hacer el mismo gesto con la nariz.

—Queda agua caliente —murmuró trasladó de nuevo la mirada de uno a otro y sonrió—. Para ambos.

Él se echó a reír y miró a Horus.

—Compañero, acaban de decirnos que olemos. —Él se giró hacia Dryah con mirada pícara—. ¿Quieres ayudarme frotándome la espalda?

Ella arqueó una ceja imitándole.

—Antes se la frotaría al perro, junto con todo lo demás —le soltó al tiempo que dejaba su asiento para ir hacia la nevera—. Ah, y aféitate… tu barba me pica.

Shayler se quedó literalmente con la boca abierta.

—Ya puestos, ¿no querrás algo más? —se rio a pesar de todo.

Ella hizo una mueca al abrir la puerta de la nevera y la cerró volviéndose a él.

—Sí. Mi nevera está prácticamente vacía —resopló—. Necesito reponer algunas cosas.

Él asintió y se agachó sobre Horus para rascarle la cabeza.

—Ve haciendo la lista de la compra mientras nos bañamos —le dijo—. Iremos en cuanto terminemos.

CAPÍTULO 23

La sección de frutería del supermercado no era el mejor lugar para pegarle una patada al Juez, pero por los dioses que la estaba pidiendo a gritos.

El hombre había bañado a Horus a conciencia, entonces se lo entregó con un par de toallas y un cepillo para que lo secara y peinara mientras él se encargaba de su propio aseo. Ella intentó explicarle que sólo lo dijo por molestarle una pequeña broma en pago de todo lo que la hizo pasar en las últimas horas, pero el Juez pareció acusar el comentario de forma muy personal. De hecho, tras ducharse y afeitarse tal y como le pidió, la llevó a uno de los supermercados de la vecindad y se mantuvo en silencio mientras conducía el carro de la compra; Y eso porque casi empotra el maldito artilugio contra una de las baldas nada más sacarlo de su soporte.

Shayler estaba decidido a que experimentase por sí misma algo tan cotidiano cómo hacer la compra y ella no pensaba darle la satisfacción de amilanarse por ello. Tras colocarse uno de los guantes de plástico tal y como vio hacer a otras personas se acercó a las cestas colocadas en la frutería, artículos que al menos reconocía. Sus manos volaron con titubeo por encima de las cajas con la mercancía, la frutería funcionaba en modo autoservicio por lo que tenía que servirse ella misma y la verdad fuese dicha, no sabía ni por dónde empezar.

—¿Problemas? —sugirió él en tono llano, sin visible burla.

Se giró ligeramente hacia él y dudó unos instantes entre decirle la verdad y pedir su ayuda o mandarlo al infierno.

—Hay demasiadas variedades y precios. —Se decidió por la verdad—. Y ninguna se parece a lo que he visto o probado hasta ahora, ¿cuáles debo coger?

Él se apoyó con despreocupación sobre la barra del carro y miró la fruta.

—Te sugeriría que las que estén más o menos maduras. Puedes meter una o dos de las más verdes para dejarlas que maduren y de ese modo no se estropearán —le dijo con un ligero encogimiento de hombros.

Ella frunció el ceño al tiempo que miraba la fruta con una nueva cara de concentración.

—¿Y cómo se supone que sabes si están maduras?

Él sonrió con gesto irónico.

—Palpándolas, querida.

Ella imitó su gesto arqueando una de sus finas cejas y volvió la mirada hacia la fruta, perdiéndose la pícara sonrisa en el rostro del hombre. La chica cogió varias piezas de fruta y las apretó sin lograr notar la diferencia. Entonces su mirada pasó a los plátanos unos más amarillos que otros y tomó uno entre sus manos antes de volverse hacia él.

—¿Estos también se palpan? —preguntó acariciando con un dedo toda la longitud de la fruta—. Son más suaves y blandos, pero…

Él se quedó hipnotizado contemplando como acariciaba la maldita fruta de arriba y abajo con suavidad, rodeando con la yema de los dedos la punta para luego acercarla a su rostro y mirarla como si se le hiciera la boca agua. Su entrepierna se quejó endureciéndose en respuesta a lo que estaba seguro que prefería que le hiciese a él y no al plátano.

—No sé por qué no creo que esta sea la forma adecuada para comprobar su madurez —rezongó al tiempo que manipulaba el plátano de un lado a otro como si fuera una porra. Shayler realmente tragó con fuerza.

—Por lo que más quieras, deja de hacer eso —suplicó, su voz más ronca que de costumbre.

Ella volvió su atención hacia él al oír el ronco tono de voz, su mirada azul brillaba ligeramente oscurecida, una mirada que empezaba a reconocer. Su propio cuerpo respondió al mismo tiempo con un leve hormigueo, mientras apartaba la mirada la cual cayó casualmente en la entrepierna del hombre. Ella sacudió la cabeza y se fijó finalmente en la fruta que todavía tenía entre las manos, entonces volvió de nuevo hacia su entrepierna al tiempo que su rostro empezaba a subir de temperatura.

—Oh, mierda —masculló lanzando el plátano con tanta rapidez que acabó cayendo en el carro de la compra.

No pudo evitarlo, la escena había sido la cosa más graciosa y adorable que Shayler había visto en mucho tiempo y se echó a reír con ganas, aferrándose al carrito para mantenerse en el lugar. Ella lo fulminó con la mirada, pero no pudo evitar permanecer con una enorme sonrisa en sus labios.

—Recuérdame que te deje palpar a tu gusto… —le susurró cuando ella volvió a su lado con intención de decirle que podía hacer con sus carcajadas—, otras cosas.

—Que te muerda un perro, Juez —le espetó con su mirada azul echando chispas.

Él luchó para recuperar la compostura.

—Eso también me lo cobraré después —le respondió guiñándole el ojo.

Tras decidir ignorar su comentario, le dio la espalda y sacudió la cabeza.

—Se supone que tendrías que ayudarme y enseñarme cómo hacer esto, no utilizarme como bufón para tu entretenimiento —refunfuñó y cogió una nueva bolsa en la que empezó a introducir toda clase de fruta.

Él posó la mano sobre la de ella para detenerla y le indicó el dispensador con las bolsas plásticas.

—Por separado, tesoro —le dijo todavía sonriente—. Una bolsa para cada variedad y tipo de fruta. Luego las dejas sobre la pesa y marcas el número que te indica la etiqueta correspondiente.

Mirándole de reojo asintió y se concentró en las manzanas, después cogió unas naranjas y finalmente se inclinó hacia los plátanos. En ese momento él le cogió la mano y le guiñó el ojo cuando ella se giró con mirada interrogativa.

—Sólo soportaré tus coqueteos con el plátano una vez —le aseguró besándole la piel descubierta de la muñeca antes de hacerse cargo de esa fruta.

Ella puso los ojos en blanco, se sacó los guantes y los dejó en el contenedor antes de continuar al pasillo siguiente.

Después de la larga y difícil conversación que mantuvieron a lo largo de la mañana y el posterior desayuno tardío en la cocina amenizado por comentarios y sincerándose sobre los recientes acontecimientos, él parecía estar mucho más relajado, aunque no pasaba igual con ella. Si bien entendía lo que ocurría e intentaba actuar en consecuencia, no podía evitar la necesidad de seguir guardando las distancias con él. El permanecer juntos en una misma habitación adquiría un concepto totalmente distinto al que había tenido hasta el momento, sus miradas se encontraban y surgía el incómodo deseo. Era cuestión de tiempo que aquello se le fuera de las manos y al contrario que el Juez, ella no tenía la menor idea de si eso sería realmente algo bueno.

Se inclinó sobre una de las estanterías más bajas y frunció el ceño al ver las distintas marcas de cereales. Una vez más, la caja que se terminó aquella mañana parecía no encontrarse entre las expuestas.

—No hay ninguno con la misma caja que se terminó esta mañana —murmuró al tiempo que repasaba cada una de las cajas—. ¿Alguna sugerencia?

Alzó la mirada hacia él y frunció el ceño al verlo mirando cierta parte de su anatomía con un anhelo propio de alguien moribundo y hambriento.

—Shayler… —El tono que imprimió a su voz fue suficiente advertencia para el hombre, quien dejó de mirarle el culo y sonrió con picardía.

Él alzó las manos en gesto de rendición.

—No puedo evitarlo, bonita, esos vaqueros te hacen un culo impresionante.

Ella entrecerró los ojos sin dejar de mirarle y señaló la balda con los cereales.

—Céntrate —le exigió sin dejar de fulminarlo con la mirada.

Con una amplia y satisfecha sonrisa masculina, bajó la mirada en la dirección que le indicaba y chasqueó la lengua.

—Lo siento, eso me recuerda a la comida para perros —aseguró al tiempo que hacía una mueca mientras miraba los productos expuestos—. Temo que no puede ayudarte en eso.

No pudo evitar poner los ojos en blanco ante su respuesta.

—Siempre eres de mucha ayuda, gracias, Shayler —dijo con ironía.

El hombre sonrió y consultó su reloj.

—Si salimos de aquí antes de una hora, te invito a una cafetería en la que hacen además de un estupendo capuchino, un chocolate delicioso —la engatusó conociendo de primera mano su reciente afición al chocolate.

Dryah se enderezó y lo miró de arriba abajo. Después de varios días viéndolo en pantalón de chándal y con camiseta, o más puntualmente, sin ella, era todo un espectáculo encontrárselo nuevamente afeitado, con esa marcada perilla y vestido con una camisa blanca e informales pantalones vaqueros. Los ojos azul cielo se encontraron con los suyos y pudo ver en ellos un eco de la risa que burbujeaba en su interior.

—¿Tengo el aprobado?

Ella parpadeó saliendo de su ensoñación.

—¿El qué? —preguntó distraída.

Shayler sacudió la cabeza y se pasó una mano por el pelo en un profundo suspiro.

—Sigue mirándome así, preciosa y vamos a tener muchos problemas —le aseguró, en su voz había cierto anhelo.

Ella se sonrojó y aquello pareció hacerlo reaccionar una vez más. Shayler negó con la cabeza y se inclinó ante ella para coger un paquete de cereales con miel.

—Toma, pruébalos —le tendió el paquete—. Jaek come de esas cosas y parece preferir esta marca, dice que no saben a croquetas de perro.

Ella miró la caja que le tendía y luego a él.

—Jaek.

Él asintió.

—Sí, Jaek —aceptó con un firme movimiento de cabeza—. Es el único al que todavía no conoces y por suerte para ti, es el más razonable del grupo.

Ella miró la caja de cereales otra vez y suspiró.

—Me cuesta creerlo —comentó y metió la caja en el carro para volverse de nuevo hacia él —. ¿Qué viene ahora?

—Leche, huevos, azúcar… —contabilizó Shayler de memoria—. Y mantequilla, la que había en la nevera era prima hermana del Señor Pelusa.

Dryah hizo un gesto de asco ante la descripción del Juez.

—Oh, y comida para la mascota peluda de color canela que se ha apropiado de mi cama —añadió él al tiempo que componía una mueca. Horus encontró una cómoda cama en el sofá y se apropió de él después del baño.

Ella lo miró con ironía.

—¿Ahora, además de secar y cepillar a tu perro, también tengo que darle cobijo? —preguntó con ironía.

Él se encogió de hombros.

—Era eso o que nos castraran a los dos —aseguró encogiéndose mentalmente ante la amenaza.

Dryah pareció paladear la idea durante unos breves instantes.

—¿Y eso sería un problema por…?

Él pareció entonces realmente ofendido.

—¡Muérdete la lengua, señorita! —se ofendió Shayler y bajó la mirada a su pantalón para susurrar—. No le hagas caso, no tiene idea de lo que se está perdiendo.

—Gracias a los dioses por mi bendita ignorancia —aseguró con tanto convencimiento que él no pudo si no sonreír.

—La ignorancia no es una bendición —le respondió él en voz baja, con un matiz muy sensual—. Por otra parte, hay lecciones que son muy… interesantes… de aprender.

Sus labios se curvaron en una inocente sonrisa.

—Sigue soñando, Juez, sigue soñando.

Shayler levantó dos dedos de su mano derecha y los balanceó en el aire.

—Y van dos… —sonrió con complacencia—. ¿Vamos a por la tercera?

Ella le dio la espalda y continuó con el siguiente pasillo.

—Dijiste que me invitabas a chocolate si acabábamos antes de una hora, así que, muévete… Shayler —respondió con el mismo coqueteo que estaba utilizando él.

Él sonrió para sí y fue tras ella.

La terraza del Green Garden empezaba a llenarse cuando llegaron y ocuparon una de las mesas cercanas a la entrada del local. Al otro lado de la calle se extendía el gran pulmón de la ciudad, El Central Park, el cual se veía bastante concurrido dada la hora. Dryah prefería los espacios naturales y abiertos al bullicio y ajetreo de las calles, así que cuando le oyó mencionar el enorme parque pidió que se lo enseñase. El día estaba ligeramente encapotado y empezaba a notarse ya en el aire el frío que venía con la llegada del Otoño, de todas formas todavía se estaba bien en la terraza.

Una pequeña y atractiva camarera se acercó a ellos en cuanto los vio, su sonrisa era contagiosa y había un brillo de felicidad a su alrededor que resultaba contagioso. Ella observó a la chica cuando esta pasó al lado de Shayler y le posó la mano en el hombro con un gesto amistoso.

—Hacía tiempo que no te veía por aquí, abogado —sonrió a Shayler al tiempo que le dedicaba a ella una nueva sonrisa—. Y en tan linda compañía.

Él no tardó en devolverle la sonrisa.

—He estado algo ocupado últimamente, Juls —la saludó correspondiendo a su amable recibimiento, entonces se volvió hacia Dryah—. Ella es… mi chica. Dryah ella es July, la camarera del Green Garden.

—Veo que al fin me has hecho caso —respondió la mujer guiñándole un ojo antes de tenderle la mano a Dryah—. Es un placer conocerte, Dryah.

—El placer es mío —respondió con una leve inclinación de cabeza y le dedicó una mirada divertida.

«¿Tu chica?»

Él sonrió descaradamente.

«¿No te gusta la idea?»

Ella puso los ojos en blanco.

«Sigue soñando, Juez, sigue soñando».

Ignorante de aquella conversación privada, la camarera sacó el blog de notas de su delantal para tomarles nota.

—¿Y bien, chicos? ¿Ya sabéis que vais a tomar?

—Para mí lo de siempre —contestó Shayler, entonces se giró a ella—. ¿Quieres probar ese chocolate del que te hablé o prefieres otra cosa?

—Si te gusta el chocolate, tenemos uno con caramelo y vainilla que está para chuparse los dedos —aseguró la camarera enfatizando las palabras con un gesto de las manos—. Y también hay chocolate blanco si lo prefieres.

—Creo que probaré el de caramelo y vainilla, gracias —aceptó un tanto abrumada por la efusividad de la muchacha.

Tras apuntarlo en la libreta, alzó de nuevo la mirada hacia ellos.

—Muy bien, un capuchino expreso y un Mil y Una Noches —anotó la camarera antes de volver a mirarlos—. ¿Os apetece un trozo de tarta de manzana? La señora Jonson acaba de hacerla y está para chuparse los dedos.

—Sí, porque no —aceptó Shayler recostándose en el respaldo de la silla—. Trae una ración, Juls, la compartiremos.

—Una ración para dos, muy bien —anotó con una amplia sonrisa, su mirada volando de uno a otro—. ¿Alguna cosa más?

—Sí —continuó él al tiempo que estiraba su mano ventada y se reía—. Lárgate.

La camarera sonrió y le echó la lengua de forma juguetona.

—Tú siempre tan directo —se burló con diversión, hasta que se fijó en su mano—. ¿Y eso?

Él bajó la mirada y se encogió despreocupadamente de hombros.

—Un pequeño accidente, nada importante —le dijo al tiempo que movía la mano lastimada—. Esto es lo que pasa cuando meto las manos donde no debo.

No podía estar más de acuerdo, pensó Dryah mientras lo miraba.

—Habrás ido al menos al hospital a que te lo miren, es demasiado vendaje para no ser nada —le aseguró la camarera con obvio recelo.

Él le sonrió de aquella manera que hacía que las mujeres se olvidasen de hasta su propio nombre, o al menos eso es lo que hacía en ella.

—No estaría aquí, de no haberlo hecho.

No pudo evitar poner los ojos en blanco.

—Mentiroso.

La camarera observó el intercambio de miradas entre ambos y levantó las manos a modo de rendición.

—*Vaaale*. Sé cuándo estoy de más. Iré a dentro a preparar vuestras consumiciones.

—Gracias, July —aceptó él para seguidamente fulminarla a ella con la mirada.

La chica se volvió sonriendo a la gente y se detuvo momentáneamente a intercambiar unas palabras con los clientes de otras mesas antes de desaparecer en el interior del local.

—Ella tiene razón, deberías haber ido a un hospital a que te miraran eso —le dijo ahora que la camarera ya no les oía—. Tú mismo has admitido que no sabes nada de curar.

—Creo recordar que lo que dije es que me daban bien los vendajes —la corrigió al tiempo que levantaba la mano vendada.

Dryah lo miró durante un momento, finalmente se encogió de hombros.

—Allá tú. Cuando la mano se te caiga a pedazos, no digas que no te lo advertí.

Shayler puso los ojos en blanco ante tal infantil observación.

—Parece una persona agradable —comentó entonces ella con la mirada puesta nuevamente en la camarera que ya entraba por la puerta del local.

—July y su novio Markus son unos buenos amigos —aceptó siguiendo su mirada—. Ella trabaja aquí a jornada completa para poder pagarse los estudios de veterinaria. Su pareja está ahora en Ginebra, trabaja para una empresa de artículos informáticos y le ha tocado irse allá unas cuantas semanas.

—Pero ellos son… humanos… —respondió sacudiendo la cabeza—. Quiero decir, nosotros no somos como ellos.

Shayler se inclinó sobre la mesa y le tomó la mano.

—Somos más parecidos a ellos de lo que crees —le aseguró acariciándole el lugar del pulso con el pulgar—. Nos mueven los mismos deseos, respiramos su mismo aire y tenemos las mismas inquietudes, puede que nuestra esencia sea distinta pero al final del día somos como ellos.

Dryah ladeó la cabeza pensativa, intentando entender, sus palabras se parecían mucho a lo que pudiese haberle dicho Eidryen.

—No le des muchas vueltas —le acarició la palma—. Las cosas suelen llegar por sí solas.

Ella retiró la mano y sacudió la cabeza.

—Eso parece ser indiscutible —aceptó mirando hacia el otro lado de la calle—. Quiero verlo de cerca, ¿te importa si después vamos allí?

Él siguió su mirada y asintió.

—Para eso te he traído —aceptó con un leve asentimiento—. Un poco de tranquilidad y normalidad nos vendrá bien a ambos.

No podía discutir ante tal afirmación, con todo no dijo nada al respecto. Pacientes esperaron a que la camarera volviese con su pedido y lo dejase sobre la mesa deseándoles a ambos una buena mañana para seguir después con su trabajo.

—Pruébalo a ver si te gusta —le indicó el chocolate que acaban de dejar ante ella y tomó el platillo con la ración de tarta para cortar una esquinita y se la llevaba a la boca—. Um, esta mujer es una maga en la cocina. Ten, prueba.

Ella se encontró con un pedacito de tarta de manzana con un aroma delicioso frente a los labios.

—No está caliente, está buena y no es veneno —le dijo él con una sonrisa al verla vacilar —. Abre la boca.

Se resistió unos instantes, pero el aroma era demasiado apetitoso.

—¿Y bien? —le preguntó una vez probó el postre.

Ella se sorprendió al notar el agradable sabor.

—Está bueno —aceptó mientras saboreaba la manzana con verdadero placer—. Realmente bueno.

Él asintió.

—Ya te lo dije.

Dryah lo miró con detenimiento mientras destapaba el café y le añadía azúcar. Se lo veía completamente relajado, cómodo en aquel lugar, inconsciente de la gente que los rodeaban, del ruido del tráfico, el ambiente, simplemente disfrutando de la vida. Envidiaba esa capacidad en él.

—Ella te llamó abogado, ¿no se supone que eres Juez? —le preguntó tomando ahora su humeante chocolate.

Él le dio un sorbo al café y lo paladeó antes de dejar la taza de nuevo sobre el plato.

—Soy Juez Supremo por nacimiento y abogado de oficio por vocación —le respondió él con un ligerísimo encogimiento de hombros—. Al final del día ambos cargos conllevan lo mismo, proteger al inocente. Me gusta este mundo y la gente que vive en él. Mi madre me crio para que conociese y respetara todas las culturas por igual, así que, cuando conseguí asentarme un poco, me vine a la universidad y me saqué la carrera de derecho. Cuando quieres encajar en un sitio, tienes que ser parte de ellos, así que abrí mi propio despacho y trabajo allí cuando no tengo que atender asuntos de mayor envergadura.

Ella asintió impresionada por la capacidad de adaptación de este hombre, la hacía preguntarse dónde encajaba ella dentro de todo eso.

Shayler notó su cambio inmediatamente, el aire relajado que tuvo hasta el momento fluctuó al compás de su mirada. Sus ojos volaron por encima de la gente que se daban cita en la terraza del café y siguieron hacia el parque situado al otro lado de la calle. Había un aire de agotamiento e indefensión a su alrededor, como si buscase algo que no daba encontrado. Como le hubiese gustado poder levantarla del asiento, sentarla sobre sus piernas y besarla hasta hacer desaparecer por completo la mirada perdida en su rostro. En realidad, deseaba hacer más que eso, la deseaba a ella pero era consciente de que no estaba preparada para tal reclamo. Lo único que podía hacer era tener paciencia y esperar. Desgraciadamente, ninguna de esas dos cosas estaba entre sus prioridades ahora mismo y sí en cambio otras más placenteras.

—Ten cuidado y no te quemes con eso —le advirtió al tiempo que le indicaba la taza de chocolate.

Ella lo miró por encima de la taza y suspiró.

—No te queda el papel de niñera, Shayler.

Él suspiró.

—Créeme, preferiría el de amante.

Y a pesar de su advertencia, ella se quemó con el chocolate.

No era la primera vez que pensaba en ello, Dryah no podía dejar de preguntarse si los humanos se daban cuenta de lo afortunados que eran, de lo ricas que eran sus vidas y la belleza del mundo en el que vivían. Recorrió con ávida alegría el entorno que la rodeaba; altos árboles, una extensa pradera y un par de lagos que si bien eran artificiales no restaban en nada el encanto y la tranquilidad que encontraba entre aquellos senderos cubiertos de vegetación en el corazón del Central Park. Él se había reído de ella al verla suspirar con tanto alivio, había bromeado con la idea de que ella fuese en realidad una chica de campo; quizás tuviese razón.

En sus más de tres quilómetros cuadrados de extensión, el gran pulmón de la ciudad acogía en su seno una abundante diversidad de aves que acampaban a orillas de los lagos, así como unos frondosos y amplios jardines que en primavera deberían ser una alegría de flores multicolor. Los puentes de piedra sorteaban los pequeños riachuelos permitiendo ver las aves que navegaban bajo su sombra y en cada recodo podías encontrar alguna escultura o estatua que recordaba a viejas leyendas o cuentos clásicos. Ella florecía cada vez que estaba en espacios abiertos y verdes como si la naturaleza la llamase invitándola a formar parte de su entorno, su

cuerpo permanecía relajado y perdía la tensión a la que se sometía involuntariamente al verse rodeada de gente. La ansiedad que agitaba su pecho en las atestadas calles neoyorkinas perdía su intensidad en los largos paseos por aquellos tranquilos páramos, ni siquiera le molestaban los muchos deportistas que aprovechaban el recinto para hacer footing o los fotógrafos que se entretenían con sus pasatiempos, el parque la relajaba.

—¿Estás segura que en otra vida no has sido un árbol o algo así? Disfrutas muchísimo de los parques.

Se giró ante el inesperado comentario y lo miró pensativa.

—Teniendo en cuenta que ésta es mi segunda reencarnación y que en la anterior fui una parte de otro ser, no sé si los árboles entrarían en mi rango —le dijo, sin duda era una pregunta curiosa—. Aunque empiezo a considerar el hecho de que en una vida anterior, tú hayas sido algo menos agradable… quizás un capullo… y no precisamente de flor.

Shayler arqueó una de sus cejas en respuesta.

—Y volvemos a los insultos —se rio entre dientes—. Ya empezaba a acostumbrarme a que fueras amable.

Le ignoró y abrió el botellín de agua fría para refrescar nuevamente el ardor que le quedó en la boca, el chocolate estaba delicioso pero se había quemado con el absurdo comentario de Shayler. Notó como sus mejillas se encendían ante las implicaciones de tal petición, podía no ser una experta en el tema, podía no conocer el amor de esa manera o los entresijos de una relación sexual, pero reconocía el deseo cuando lo veía y el Juez no se molestaba en ocultarlo. Había visto demasiadas veces la pasión en los ojos de Eidryen cuando miraba a Elora como para no reconocerla, pero se resistía a ella con uñas y dientes. ¿Qué hizo la pasión si no conducir a una diosa enamorada y celosa a su creación? Un apasionado momento de cólera bastó para que dos dioses sellaran su destino y el de ella. La pasión era peligrosa y no caería presa de ella; no podía. Por más que disfrutara de su compañía, de la sensualidad y erotismo que encontraba en el calor de los sueños, la realidad era muy distinta, mucho más cruel. El interludio compartido días atrás confirmó sus temores, había encontrado demasiado atractivo el placer, las caricias y el calor que podía ofrecerle ese hombre, no era rechazo lo que sentía hacia él, era un miedo atroz a que esa sensación, a que las nuevas emociones que se abrían paso en su interior desencadenases algo mucho peor. No tenía valor para enfrentarse al pensamiento que insidioso aguijoneaba su mente desde el momento en que él llevó a cabo el oscuro y prohibido ritual, aquel que le descubrió un destino que lo ataba a él como sólo puede ser hecha prisionera un alma.

Sacudiendo la cabeza para despejarse, dobló hacia la izquierda en el siguiente recodo del camino y se encontró con una de las muchas estatuas que plagaban el parque. Un perro con la cola rizada hacia el lomo, la cabeza en alto y una especie de arnés alrededor del cuerpo se encontraba encaramado a una enorme piedra. En la parte frontal una enorme placa con el relieve de una especie de hombre sobre un trineo tirado por siete perros decía:

—Dedicado al indomable espíritu de los perros guía que trajeron la antitoxina a través de seiscientas millas cruzando peligrosas aguas a través del traicionero ártico desde Nenana para devolver la vida a Nome, en el invierno de 1925. Fidelidad. Resistencia. Inteligencia —leyó la inscripción en voz alta, para finalmente reparar en el nombre que había bajo los pies del perro—. Balto.

Notó su presencia casi al instante, los largos dedos acariciaron la placa que acababa de leer.

—Esa es la estatua de un héroe. Su nombre era Balto y fue quien lideró el último tramo en una carrera contra reloj para salvar a un pequeño pueblo de Alaska, Nome, trayendo la antitoxina

para acabar con el brote de difteria que estaba asolando la localidad.

—¿Carrera? —Se giró hacia él en busca de una respuesta.

Él asintió.

—Veinte *mushers*, para que lo entiendas, son los hombres que conducen los trineos tirados por los perros, se vieron envueltos en una carrera de más de mil quilómetros en la que tuvieron que luchar contra la enfermedad, el frío glacial y el tiempo para llevar la vacuna hasta ese pequeño pueblo. De no ser por este perro y sus compañeros, el pueblo habría perecido.

Se acercó a la estatua mirándola desde varios ángulos realmente asombrada por la historia que acababa de contarle Shayler.

—Lo cierto es que se hizo una película de animación recreando su aventura —recordó él mientras miraba la estatua.

—Balto.

Él la observó acariciando lentamente el hocico de la estatua con tal suavidad y reverencia que lo dejó suspirando por ella. Adoraba a esa pequeña muñequita y la suavidad que provocaba en él era tan contraria a la conocida oscuridad en la que se movía que a menudo tenía miedo de que si la perdía de vista, se perdería a sí mismo en esa oscuridad. Dryah se giró entonces hacia él, sus miradas se encontraron durante un instante y se mantuvieron hasta que finalmente ella la apartó.

—¿Te molesta todavía? —preguntó él al ver que volvía a quitar la tapa del botellín de agua para beber.

Sacudió la cabeza, pero no le miró.

—No es más que una ligera molestia —le dijo tras cerrar nuevamente el tapón—. Debí hacerte caso cuando me advertiste que estaba caliente.

Él se encogió de hombros sin responder a ello. Dryah bajó entonces la mirada a su mano.

—Por otro lado, yo no soy la de las grandes estupideces.

Él siguió su mirada hacia la mano vendada y la alzó flexionando los dedos, todavía sentía el tirón de la piel, pero no le dolía.

—Por suerte para mí, conozco mis armas —comentó al tiempo moviendo los dedos—. Mañana no quedará más que una tenue cicatriz.

Ella chasqueó la lengua.

—Una cicatriz como prueba de tu estupidez.

Él sonrió.

—Es una pequeña prenda a pagar por aquello que deseo obtener.

Ella sacudió la cabeza, le dio la espalda y continuó con el paseo. Sus palabras quedaron a su espalda como una silenciosa advertencia.

—No vuelvas a hacer algo tan estúpido —murmuró—. No merece la pena.

Él introdujo las manos en los bolsillos y la siguió.

—Si de vez en cuando me escucharas, no tendría que recurrir a la estupidez —resopló más para sí mismo que para ella—. Recientemente he descubierto que tienes tendencia a ignorar a propósito cualquier suceso que haga referencia a nosotros como pareja o que me incluya a mí.

Ella se detuvo en seco y se giró hacia él, sus ojos destellaban con la intensidad de sus emociones.

—Llevas ventaja sobre mí en ello, Juez Shayler, eres propietario de una información de la que solo recientemente he sido partícipe.

Él frunció el ceño.

—No niego que te conocí… de algún modo mucho antes de que nuestros caminos se

cruzaran —aceptó al tiempo que clavaba su mirada en ella—, pero ni en mis más salvajes pesadillas imaginé que esa conexión tenía que ver con que fueses mi predestinada.

Ella acusó el golpe de sus palabras.

—Quizás no, pero tienes la suficiente experiencia sobre tus hombros como para pensar en alternativas, en posibilidades que muy bien pudieron acercarte a esa conclusión —le espetó desesperada—. No estás en la tierra por estar, tu dominio sobre los dioses, la ley que ostentas… Ambos sabemos que no eres tan ingenuo.

Él dejó escapar un resoplido.

—¿Qué esperas oír de mi boca, Dryah? ¿Qué sabía quién eras, que lo oculté porque me pareció un juego divertido? —Se hizo eco de su desesperación—. No tienes idea de lo que es desear a una mujer con tal necesidad que la sola idea de despertarte y dejar de verla te carcome las entrañas, no podrías siquiera empezar a comprender lo que significa ver el objeto de tus sueños de pie ante ti, de carne y hueso y estar obligado a darle muerte si es necesario.

Ella lo interrumpió con firmeza y agonía.

—¡No, no lo sé, Shayler! ¡Por supuesto que no lo sé! No me habéis dejado tiempo de poner los pies sobre un suelo firme antes de lanzaros sobre mí como ángeles vengadores. He despertado en un mundo en el que todo lo que conocía y tuve ha desaparecido, me encontré con una espada de Damocles sobre la cabeza en la mal disimulada forma de un Juicio Universal cuando yo no hice otra cosa que existir y ni siquiera por mi propia voluntad. Aparecisteis tú y tus Guardianes y me obligáis a elegir entre la vida y la muerte cuando ni yo misma sé si estoy respirando o muriéndome en el proceso.

Bajó las manos con gesto derrotado, ¿podía él comprender lo que sentía, lo que era para ella encontrarse como una hoja zarandeada por el viento sin posibilidad de cambiar ese hecho?

—Y cuando por fin puedo dejar atrás esa pesadilla tengo que hacer frente a la realidad que se me muestra en el mundo de los sueños, una realidad que me revela como tu compañera predestinada —negó con la cabeza y dejó escapar un suspiro—. Hablas de pasión, pero no tienes ni idea de lo que la pasión hizo conmigo, de lo que siento al respecto. No me has dado tiempo a pensar siquiera en el porqué de todo lo que está sucediendo, de asimilar lo que otros eligieron para mí… Nadie me pide mi opinión, sólo disponen y ordenan y yo me siento perdida, zarandeada como una hoja en el viento.

Sus ojos volvieron a buscar los de él, por primera vez la expresión en su rostro era indescifrable.

—Puede que sea tu alma predestinada, pero no puedo aceptar que sea la pasión la que rija mi destino, no deseo estar encadenada a él —negó con firmeza—. Fue la pasión en los ojos de una diosa lo que me dio vida, fue el amor en los ojos de mi padre lo que lo llevó a dar su vida por la mía… Es un poder demasiado voluble para ser dejado al *Libre Albedrío*, un poder que no podré controlar jamás.

Él le sostuvo la mirada durante algunos instantes, entonces acortó la distancia entre ambos y alzó la mano vendada hacia su rostro y le acarició la mejilla. Sus dedos se deslizaron por la suave piel y bajaron por la base de su cuello provocándole un escalofrío. Sus ojos azules seguían fijos en los de él y las emociones que percibía en su interior eran un eco de sus propias palabras. La mujer que se mantenía firme y en pie frente a él tenía miedo de la pasión e incluso del amor.

—No confundas el ardor que promueven los celos con la pasión que inflama los sentidos y nos conduce a hacer las más increíbles locuras —le dijo sin dejar de acariciarla—. Yo no pondría en riesgo mi propia vida aceptando el castigo que quieran infligirme por quebrantar mi propio juramento y desafiar a aquellos que están por encima de mí si no estuviese completamente

seguro de la naturaleza de la pasión y el ardor que corre por mis venas. Cuando vaya a ti, mi compañera predestinada, entenderás completamente la diferencia y créeme, iré a ti y no podrás evitarlo.

Ella alzó la barbilla en un tembloroso desafío.

—¿Una nueva amenaza, mi Juez? —preguntó, su respiración aumentó el ritmo mientras dejaba que sus manos la calmasen.

—Sabes que nunca hago amenazas, Dryah, me limito a constatar un hecho —le aseguró acercando su cuerpo al de él, permitiendo que sus senos se presionaran con su pecho, que sus caderas se encajaran en el hueco de sus caderas.

Ella perdió un poco de su ímpetu.

—No puedes ir contra el destino.

Él negó con la cabeza.

—Te equivocas, puedo y nada ni nadie evitará que reclame lo que es mío —le aseguró, su cálido aliento bañándole los labios—. Ni siquiera tú.

Antes de que pudiera esgrimir una respuesta a modo de protesta, sus labios acariciaron los suyos, la lamió con avidez hasta lograr arrancarle un ahogado jadeo que utilizó su lengua para deslizarse hacia la húmeda cavidad de la dulce boca y saborearla a su antojo para beber de ella como un hombre sediento. Sus dedos empezaron a acariciarle la nuca, mientras la otra apretaba su pequeño y respingón trasero contra la creciente dureza de su miembro.

Su beso terminó tan abruptamente como había empezado, ambos jadeantes, sus ojos reflejando el fuego que los consumía a ambos.

—¿Vas a volver a decirme nuevamente que no puedo hacerlo?

Ella apretó los labios.

—Te odio —susurró en un débil susurro, sus labios húmedos por su beso—. Odio que tengas tanto poder sobre mí.

—No, me deseas —le susurró acariciándole la nariz con un dedo—. Y vamos a encargarnos de ese deseo muy pronto… Cuando dos almas predestinadas se encuentran, es para toda la eternidad, bonita, no hay escapatoria.

Ella sacudió la cabeza, sus instintos la obligaban a luchar, a prevenirle.

—Acabarás por destruirnos a ambos —aseguró, sus ojos brillantes por las lágrimas que se negaba a derramar y por el rabioso deseo que giraba en su interior—. No puedo hacerlo… no quiero.

Él se la quedó mirando mientras la tenía acunada contra su cuerpo, su pene duro y palpitante por el deseo de penetrarla se apretaba contra la íntima unión de sus muslos, pero ella seguía resistiéndose, quizás su cuerpo respondiera con tanta hambre como el propio, pero algo en su interior la mantenía prisionera.

—¿A qué tienes tanto miedo? —Necesitaba saber que era lo que la refrenaba.

Ella le sostuvo la mirada sin vacilar.

—No quiero convertirme en tu condena como me convertí en la de otros —confesó—. Entiéndelo, estoy maldita, Shayler, nada bueno puede salir de mí.

Él sacudió la cabeza a modo de negación.

—No existe maldición alguna en ti, mi niña. Y si la hay, es mi elección correr el riesgo.

Ella dejó escapar un angustioso resoplido.

—Nada de lo que diga o haga va a hacer que cambies de idea, ¿verdad?

Él esbozó una ligera sonrisa.

—No —respondió con seguridad al tiempo que le apartaba el pelo de la cara—. Y haré

que muy pronto, tú veas las cosas desde la misma perspectiva que yo.

Dryah sacudió la cabeza y se lo quedó mirando sin saber que más decir, que hacer para hacerle entender lo que sentía en lo más profundo de su interior, lo que su unión podía significar para el resto del universo. No sabía de dónde venía aquel presentimiento, no estaba segura de sí tenía algo que ver con esa profecía vaticinada por el Oráculo, cualquiera que fuese esta, pero la sensación de inexplicable frío seguía allí, envolviéndola.

—Eres idiota, Juez. Un completo y absoluto idiota —respondió con un puchero.

Él sonrió abiertamente.

—Y con esta, querida, son tres —le aseguró inclinándose nuevamente sobre ella—. Siempre me ha gustado que me desafíen.

Ella se echó atrás lo justo para evitar su beso.

—Algunos desafíos pueden conducir a la muerte.

Él le acarició la mejilla con el pulgar.

—Una muerte que resultaría de lo más dulce si con ello te consigo a ti —prometió y había poder en sus palabras—. Ahora, ¿vas a dejar que te bese?

Ella suspiró y se rindió. Hiciese lo que hiciese, ese hombre se saldría con la suya, lo sabía, aunque tuviese que desafiar al mismísimo universo para conseguirlo. Aquello debería asustarla como el demonio, sin embargo, hacía nacer un anhelo cada vez mayor en su pecho.

CAPÍTULO 24

Caminaron en silencio durante buena parte del paseo, Dryah no volvió a hacer comentario alguno sobre ellos, después de su beso se había limitado a permanecer a su lado mientras recorrían el resto del parque. Sus intentos por recuperar la conversación y el buen humor cayeron en saco roto, así que al final optó por mantener el mismo silencio el cual solo fue roto por la melodía del teléfono móvil que comenzó a sonar.

Shayler sacó la *Blackberry* del bolsillo interior de la cazadora e hizo una mueca al ver el contacto en el identificador de llamadas. Era justo lo que necesitaba para mejorar la jodida mañana.

—¿Qué pasa? —respondió con un resoplido.

Ella le echó un vistazo al oír el tono irritado en su voz. Su expresión cambió del hastío del momento a la incredulidad.

—¿Cómo que le ha pegado un tiro al vecino? —respondió con incredulidad a su interlocutor—. No, por supuesto que no. ¿La vaca? ¿Qué vaca? Dioses Lyon, nada de lo que estás diciendo tiene sentido ninguno para mí.

Hubo un murmullo procedente desde el otro lado de la línea al cual le contestaba con un murmullo o monosílabos.

—Sí, esa es la Señora Álvarez. Sí, la que tiene la casa victoriana en herencia… —respondió confirmando cada dato que le daban, entonces resopló y se pasó una mano por el rostro—. Lyon, esa mujer tiene al menos ochenta años, es imposible que le disparara a una vaca.

Dryah frunció el ceño ante lo absurdo de aquella conversación. ¿Una mujer de ochenta años disparándole a una vaca?

—¿Cómo que de cartón piedra? ¡Lyon, no me jodas! —resopló—. No estoy de humor para gilipolleces.

La réplica no tardó en llegar.

—Está bien, está bien, me pasaré por ahí —aceptó al tiempo que se cogía el puente de la nariz entre el dedo y el índice. Empezaba a tener dolor de cabeza—. Ya veremos que ocurrió con esa vaca.

Cortó la llamada y devolvió el teléfono al bolsillo interior de la chaqueta, su mirada al igual que su expresión era a todas luces un reflejo de la exasperación que sentía en aquellos momentos hacia su compañero.

—Estoy convencido de que aunque me fuera a las Antípodas, encontrarían la manera de comunicarse conmigo para contarme estas chorradas —farfulló hablando más para sí mismo que para ella.

—¿Alguien le ha disparado… a una vaca? —no pudo evitar preguntar Dryah.

Shayler volvió la mirada hacia ella y se encogió de hombros.

—Ejerce la abogacía de oficio y te encontrarás los casos más inverosímiles que pueda haber en este mundo —aceptó al tiempo que consultaba el reloj—. Tengo que ir al despacho para ver de qué se trata, desde aquí podemos coger el metro. Estaremos allí en cinco minutos.

Ella arqueó una ceja en respuesta imitando el gesto que él hacía a menudo.

—¿Qué te parece si te vas tú solito y yo me vuelvo a casa? —sugirió con una amplia sonrisa que no tenía ni una pizca de verdadera—. Podrás atender tus cosas y yo no tendré que

verles la cara a los Guardianes, lo cual teniendo en cuenta mi último encuentro con ellos y sus cuchillos, sería muy agradable.

Él esbozó una irónica sonrisa, la cogió de la mano y tiró de ella.

—El metro está por aquí.

Shayler la condujo hacia un enorme edificio modernista de color arena que se alzaba unas cuantas plantas por encima del nivel del suelo, el edificio a simple vista hacía que el grupo de apartamentos en el que vivía ella pareciese una caja de zapatos en comparación. Las puertas principales parecían contar con un sofisticado diseño informático de apertura el cual él no tuvo problemas en manejar. Tras un ligero pitido de aviso, la puerta se desbloqueó permitiéndoles entrar.

—Vamos —la invitó Shayler.

El retroceder fue algo instintivo en ella.

—¿Qué te parece si entras tú, arreglas lo que tengas que arreglar y yo te espero aquí? —murmuró mirando con desconfianza la puerta.

Shayler suspiró profundamente antes de posar la mano en la parte baja de la espalda y empujarla hacia delante.

—No. —La hizo pasar ante él.

La recepción del edificio era gigantesca, las paredes estaban pintadas en un suave color ocre con aplicaciones de madera y algunas plantas estratégicamente situadas. Una enorme placa a modo de directorio dominaba la zona central dando nombre al edificio como *«Complejo Universal»*, Dryah apenas tuvo tiempo de echar un rápido vistazo a las sillas tapizadas en verde y dorado y a la moqueta que ahogaba el sonido de sus pasos mientras le seguía hacia los ascensores situados en la parte izquierda, al fondo de un largo corredor. Un par de enormes cuadros dominaban las paredes dándole un toque de color, pero lo que más sorprendía una vez te fijabas en los cuadros era que se trataba de reproducciones de jeroglíficos egipcios.

—¿Jeroglíficos?

Él echó un vistazo por encima del hombro para ver lo que le había llamado la atención y sacudió la cabeza.

—Cosas de mi madre, ella fue la decoradora.

Se quedó mirando el cuadro y nuevamente la decoración y colores de la amplia sala, Bastet siempre había tenido un gusto exquisito para estas cosas, y también un poco excéntrico.

Shayler accionó el botón del ascensor y comprobó la planta en la que estaba parado antes de volverse hacia la esquina opuesta y fruncir el ceño ante la cámara de seguridad hábilmente camuflada.

—¿Toda la decoración es cosa de Bastet? —preguntó ella una vez más observando la madera pulida de la puerta de los ascensores.

Él asintió.

—La mayor parte —dijo con la mirada fija en los cambiantes números que indicaban el piso en el que estaba el ascensor—. Se dedicó mayormente a las zonas públicas, las oficinas y los apartamentos de alquiler. La planta del despacho también la decoró ella, aunque después cada uno de nosotros agregó algo propio. Las plantas privadas con los apartamentos de los chicos quedaron fuera de su jurisdicción.

Ella frunció el ceño y sacudió la cabeza.

—Espera, ¿estás hablando de todo el edificio? —preguntó sin entender.

Él asintió.

—Las oficinas del despacho están en la sexta planta. Es un acceso directo de modo que nada más salir del ascensor ya te encuentras con el mostrador de recepción y de ahí todo lo demás —le explicó contemplando el cambio de números que por fin se iba acercando al piso en el que estaban ellos—. Al igual que mi ático. El resto ya está diseñado en forma de apartamentos, del mismo estilo que los de tu edificio.

Ella ladeó el rostro ante lo que acaba de decir.

—Entonces, ¿vives aquí?

Él le dedicó una satisfecha sonrisa.

—Sí —asintió satisfecho—. En el último piso, y la azotea está parcialmente cubierta, tiene unas vistas fantásticas.

Finalmente las puertas se abrieron para mostrar el interior de una cabina de acero revestida en madera y rodeada de espejos, era lo suficientemente amplia como para dar cabida a veinte personas. Ella miró a todos lados con recelo, si había algo que no acaba de gustarle demasiado eran los ascensores, eran zonas demasiado claustrofóbicas.

Shayler le pasó el brazo alrededor de la cintura al mismo tiempo que la instaba a entrar en el ascensor, ya había notado anteriormente el recelo que sentía hacia los espacios reducidos o como se tensaba cuando estaba en medio de una aglomeración de gente como ocurrió al entrar en el metro.

—Sólo son seis pisos —le aseguró apretándola suavemente contra él.

Ella asintió y se quedó inmóvil a su lado, cuanto antes subiera ese maldito chisme y volviese a abrirse, antes podría salir de su confinamiento.

—Entonces, todo el edificio es vuestro —murmuró contemplando su reflejo en el cristal frente a ella. A su lado parecía mucho más pequeña de lo que era, como si toda su fuerza y poder la engullesen convirtiéndola en una delicada pieza que debiese ser protegida a toda costa. Le gustaba la sensación de protección que obtenía cuando estaba tan cerca de él, pero no estaba muy segura de querer verse como una pieza de cerámica delicada que hubiese que cuidar por miedo a que se rompiese.

—Digamos que el trabajo de Juez Supremo está bastante bien remunerado —se burló encontrando su mirada en el espejo—. Al menos no tengo que preocuparme por pagar el alquiler y puedo dedicar mi tiempo a hacer aquello que se me da bien.

—¿Seducir a mujeres incautas?

Se rio entre dientes.

—Hoy estás graciosilla, ¿eh?

Ella se encogió de hombros.

—Sólo digo lo que he visto.

Frunció el ceño y se giró a mirarla.

—¿Y eso según tú sería?

Ella no vaciló.

—¿La camarera del café? —sugirió volviéndose también hacia él.

Él resopló.

—Difícilmente cuando su novio es un buen amigo —respondió con seguridad.

—Um-hum.

Él sonrió satisfecho, demasiado satisfecho.

—Estás celosa —aseguró con entusiasmo—, no es un mal comienzo.

Ella bufó en respuesta.

—Para eso debería admitir sentir algo distinto a las ganas que tengo de perderte de vista,

Juez —aseguró con absoluta desenvoltura, entonces lo miró de arriba abajo—. Y no es el caso.

Se acercó lo suficiente para acariciarle el oído con el aliento.

—Mentirosa.

Ella se apartó y lo miró.

—Fanfarrón.

Él se echó a reír y todavía seguía riéndose cuando se abrieron las puertas del ascensor. Tal como le había comentado, ante ellos se abría una amplia zona de recepción compuesta por un mesa de oficina con dos sillas frente a esta y un par de plantas decorando una esquina. Colocado en la pared color arena, estaba el anagrama del despacho de abogados.

—Bienvenida a mi mundo —le susurró al oído una vez más.

Dryah traspasó la puerta de doble hoja que permanecía abierta para entrar en una acogedora sala de estar dividida en dos alturas, con un ventanal a la derecha que permitía iluminar el enorme piano de cola de color blanco que se asentaba allí. Al otro lado un amplio sofá de módulos en forma de ele con una mesa de cristal central sobre la que había algunas revistas de coches, periódicos y un par de botellas de cerveza abiertas.

—No le digas eso, Juez, o dará media vuelta y saldrá corriendo.

La voz sonó a espaldas de ambos, Dryah se volvió para ver a Lyon abandonando su puesto junto a una mesa con varias pantallas y aparatos informáticos que no reconocía y que quedaba parcialmente oculta al entrar en la sala. El hombre era tan enorme como lo recordaba, el pelo rubio atado en una coleta en la nuca, una atractiva y divertida sonrisa en su cara, aunque en esta ocasión vestía una camiseta negra que marcaba sus evidentes músculos y unos gastados vaqueros en vez de los pantalones de multi bolsillos y las armas desenfundadas con las que lo vio la última vez.

—Por la expresión de tu cara puedo ver que recuerdas nuestro último encuentro —aseguró el hombre con diversión—. Te aseguro que no es nada personal, es sólo, que aquí el chico hace cosas estúpidas la mayor parte del tiempo.

—Eso no hace falta ni que lo jures —respondió ella mirando al susodicho de reojo, quien puso los ojos en blanco.

El Guardián le dedicó entonces una curiosa mirada a Shayler, quien se limitó a negar con la cabeza. No pensaba dar explicaciones.

—El expediente. Ya —le recordó—. Y explícame de nuevo lo del disparo y la vaca, porque todavía sigo oyendo campanas.

—Vaaale —respondió Lyon juntando ambas palmas con ironía—. Está todo en tu mesa, incluidas las fotos de la vaca.

Shayler puso los ojos en blanco y se volvió hacia su acompañante.

—Serán cinco minutos —le dijo indicándole el sofá—. En ese mueble de allí hay un mini bar, coge lo que te apetezca.

Ella buscó el lugar que le indicaba con la mirada.

—También hay café recién hecho en la cafetera, por si lo prefieres —ahora fue Lyon quien habló—. Y si Jaek no se las zampó todas, también hay muffins.

Shayler se volvió hacia su compañero con ironía.

—¿El horno sobrevivió? —Había verdadera sorpresa en su voz.

El hombre se limitó a poner los ojos en blanco.

—Muy gracioso —Lyon negó con la cabeza e indicó el despacho—. Entra, antes de que decida hacerte comer “mis” magdalenas.

Ambos hombres pasaron a la habitación continua, cerrando la puerta tras ellos. Sobre esta,

impreso en una pequeña placa negra con letras doradas estaba escrito el nombre del Juez:

—Despacho de Abogados Universal —leyó ella en voz alta—. Shayler Kelly, Abogado.

Sacudiendo la cabeza ante la ironía del asunto, se volvió para contemplar la habitación. Era una sala amplia, lo suficiente como para que aquellos cuatro hombres se movieran a sus anchas y no tropezasen entre ellos, a juzgar por los peculiares muebles, como el horrible sillón orejero y el piano al otro lado estaba claro que cada uno de ellos debía tener su propio rincón. El brillante color blanco del piano llamó su atención, el sol entraba por la ventana y caía directamente sobre la nacarada cubierta arrancando brillantes reflejos, Dryah acarició suavemente la lisa superficie, colocado en el soporte permanecían abiertas unas partituras y las teclas quedaban al aire sin la cubierta que las protegía normalmente. Sus dedos volaron sobre la partitura, descendiendo sobre las teclas sin llegar a tocarlas, había algo en ese piano o en el lugar que estaba ubicado, fuese lo que fuese, transmitía paz.

—El piano no se ofenderá porque lo toques.

Ella dio un respingo, apartando inmediatamente las manos como si hubiese sido cogida haciendo algo que no debía, en pie en el umbral de la puerta, con la chaqueta del traje anclada con un dedo por encima del hombro, la corbata colgando alrededor de su cuello y la camisa por fuera del pantalón a juego con la chaqueta, la escrutaba uno de los hombres más enigmáticos que hubiese conocido jamás. Podía tener la apariencia de un cansado hombre de negocios, pero todo en él sugería peligro y oscura sensualidad, sus ojos azules la miraban como si pudiese ver a través de su alma, como si fuese capaz de encontrar sus más íntimos pecados y sacarlos a la luz. Ella lo reconoció por las escenas que había visto en el pasado de Shayler.

—Tú debes de ser Dryah —la saludó al tiempo que entraba en la sala. Su forma de caminar era felino, muy sensual y al mismo tiempo había algo en él que invitaba a relajarse.

—Y tú eres uno de los *Guardianes Universales* —murmuró en respuesta, todavía parada junto al piano.

El hombre asintió y le tendió la mano cuando llegó hasta ella. Incluso subida como estaba en la tarima, que la alzaba unos ocho o diez centímetros del suelo, él la miraba directamente a los ojos.

—Soy Jaek Simmons —se presentó con la mano todavía extendida.

Ella vaciló durante un instante, entonces salió al encuentro de su mano.

—Hola —respondió notando el firme apretón de sus dedos.

El hombre sonrió con suavidad e indicó la puerta de la oficina al tiempo que dejaba ir su mano.

—¿Está Shayler en la oficina?

Ella siguió su mirada y asintió.

—Está hablando con Lyon sobre una vaca.

Jaek rio en respuesta.

—Una interesante conversación, sin duda.

Ella se sonrojó al darse cuenta de cuáles fueron sus palabras exactas.

—Lyon lo llamó por no sé qué asunto sobre una mujer, una casa victoriana y alguien disparándole a una vaca —explicó con un ligero encogimiento de hombros—. Sinceramente, no sé qué tiene que ver una vaca en todo esto, pero eso fue lo que dijeron.

—Entiendo —aceptó él. Dejó la chaqueta del traje sobre el piano y se deslizó por detrás de ella hacia la banqueta dónde se sentó—. ¿Tocas?

Ella sacudió la cabeza con efusividad.

—Con mi suerte, se me enredarían los dedos si tan solo lo intento —sonrió

espontáneamente. Algo en aquel hombre la hacía sentirse relajada, en calma—. Pero sí me gusta el sonido del piano. Shayler tiene una de esas melodías en su teléfono, es suave y lenta pero me gusta.

Jaek asintió con la cabeza al tiempo que se volvía hacia las teclas y posicionaba sus dedos.

—¿Algo así, quizás?

Sus dedos empezaron a deslizarse con auténtica maestría por encima de las teclas arrancando una suave y agradable melodía que ella había escuchado en varias ocasiones en la *Blackberry* del Juez.

—Sí —aceptó gratamente sorprendida—. Es esa.

Jaek interpretó la pieza de memoria mientras observaba disimuladamente al *Libre Albedrío*. Le sorprendió mucho no notar su presencia hasta entrar en la oficina y verla acariciando su piano, sabía que estaba Shayler pues lo había sentido nada más traspasar la puerta principal, el poder de su jefe era inconfundible. Ella había reaccionado con pronta cautela ante su llegada, midiendo las distancias y sopesando el posible peligro que entrañaba, sabía que lo reconoció con la misma rapidez que él a ella, pero le sorprendió encontrarse con una muchacha tan joven y cálida. Al verla, comprendió muchas de las conversaciones con sus otros dos compañeros. La pieza siguió su progresión, ella permanecía en silencio, había cerrado los ojos y disfrutaba de la música, su poder reconocía a un afín en cuanto lo tenía al alcance y con ella parecía haberse adormecido cual gato satisfecho.

Una irónica sonrisa le estiró los labios, esta criatura cuya presencia había alterado no sólo la vida del Juez, si no en parte las suyas propias respondía a la misma necesidad que sus compañeros de armas y él mismo, relajándose bajo la influencia de la suave melodía del piano.

Era inquietante ver como una profecía podía dar un cariz totalmente distinto a una misma persona, como podía comparársela con el mayor de los males, cuando en realidad poseía el alma de un ángel.

Jaek terminó con un par de notas sostenidas, volviendo la mirada por encima de su hombro hacia los dos hombres apoyados en la puerta abierta de la oficina. Lyon lo saludó con una inclinación de cabeza, pero la mirada del Juez estaba puesta sobre ella, sus ojos mostraban más tranquilidad y sosiego del que le había visto en todos los siglos que llevaban juntos.

—¿Desde cuándo concedes audiciones privadas? —lo saludó Lyon.

—Desde que he encontrado a alguien que realmente las disfruta y no se pone a roncar de fondo —le respondió él con una divertida sonrisa.

Dryah se sonrojó cuando captó la mirada del Juez sobre ella, pero lo más extraño fue cuando él le tendió la mano y se encontró aceptándola al caminar hacia él.

—¿Te ha gustado? —le preguntó tomando su mano para acercarla a él.

—Mucho —aseguró apartando su mirada de él para volverse hacia Jaek—. Ha sido precioso, gracias por interpretarla.

El nuevo guardián inclinó la cabeza a modo de saludo.

—Ha sido un verdadero placer —aseguró y posó ahora su mirada sobre Shayler—. ¿Solucionaste lo de la Vaca Victoriana?

—¿Qué? —la respuesta de Shayler fue automática, al igual que su cara de póker.

Lyon sonrió con ironía.

—En realidad la vaca no es victoriana, es de Taiwán —aseguró con un leve encogimiento de hombros.

—No sabía que hubiese vacas tailandesas, en Holanda sí, pero en Tailandia… —se burló Jaek.

—Oh, dejaos ya de vacas, terneros y cualquier cosa que tenga cuernos —exclamó Shayler cansado de aquella locura, entonces se volvió hacia Lyon—. Y tú dile a la señora Álvarez que no vuelva a disparar contra el repartidor de la leche, que él no tiene la culpa de que esté sorda como una tapia.

—¿En serio quieres que le diga eso? —sonrió Lyon, quien parecía estar pasándoselo muy bien.

—Dile lo que te salga de los…

—Shayler, tenemos una dama delante…

Shayler arqueó una ceja en respuesta a Jaek.

—No dirías lo mismo si escuchases la forma tan creativa que tiene para insultarme —aseguró el Juez poniendo los ojos en blanco. Finalmente se volvió hacia ella—. Vámonos antes de que me vuelvan loco.

Ella lo miró de los pies a la cabeza.

—No eches la culpa a tus Guardianes de algo que es defecto de nacimiento.

Lyon se echó a reír a carcajadas.

—Me empieza a caer realmente bien tu chica, Shay.

Ella frunció el ceño.

—No soy su chica —aclaró Dryah.

La mirada de Jaek fue de uno a otro, entonces murmuró:

—No será por mucho tiempo.

—Esto se está poniendo interesante —aseguró Lyon con inusitado interés.

—Que os muerda un perro —respondió Shayler de forma desapasionada, recurriendo a la maldición que siempre salía de los labios de ella antes de conducirla hacia el exterior—. Si ocurre algo, cualquier cosa… no me llaméis. Llamad a los bomberos, ellos también saben apagar el fuego.

Dryah puso los ojos en blanco y salió delante de él echando un último vistazo hacia atrás para ver a Lyon partiéndose de la risa y a Jaek dedicarle un guiño. Había cosas que simplemente era mejor no entenderlas.

Él la condujo de nuevo al ascensor y de ahí a la calle.

—¿Fue prudente el hacerles llamar a los bomberos en vez de a ti? —se burló ella.

Él entrecerró los ojos y se inclinó sobre ella, quedando casi nariz con nariz.

—Si lo que quieres es apagar un fuego —le susurró, su voz profunda, sensual, casi un ronroneo—, puedes empezar por extinguir el mío.

Ella le sostuvo la mirada y le susurró en respuesta.

—Ni el agua de todos los océanos podría extinguir tu libido, Juez —sus labios se estiraron en una dulce y apetecible sonrisa—. Eres un caso perdido.

Tarsis miró nuevamente a Terra y el obsequio que traía entre sus manos. Tanto tiempo de desesperación y rabia, tanto de búsqueda y lucha por fin culminaba en la forma de los antiguos brazaletes que la mujer sostenía entre sus manos. Dos piezas de fina joyería hecha por el más experto de los artesanos cuando el hombre no era sino una larva en la escala de la evolución, dos piezas de poder para unos y la perdición definitiva para otros.

—Hermosos, ¿no es así? —murmuró gozando del poder que tenía en aquellos momentos en sus manos.

—La más exquisita de las piezas, sin duda —clamó él de manera reverente.

—Y también la más peligrosa —le recordó acercándose con ellos.

—Sólo en las manos equivocadas, mi querida —aseguró recogiendo las piezas de su almohada, sopesándolas y sintiendo bullir su poder—. Sólo en las manos, equivocadas.

—¿Y ahora? —inquirió la mujer con una mirada lujuriosa.

—Ahora, esperaremos a que los celos hagan efecto —respondió volviéndose a ella con la misma lujuria que había en los ojos de ella.

—Ah, los celos —rio con coquetería—. La más peligrosa de las armas.

Tarsis sonrió mientras volvía a depositar las piezas de joyería en su lugar y las miraba con tanta lujuria como había mirado hacía escasos instantes a la guardiana que se había presentado ante él.

—Sí, querida. Una de las más peligrosas.

CAPÍTULO 25

Horus empezó a mover la cola cuando vio a su amo entrando en el salón pero no parecía tener intención de dejar en un futuro cercano el sofá, después de todo tampoco era algo tan terrible ya que las intenciones del propio dueño eran dejar también ese maldito sofá. Aunque convencer a su futura compañera de cama se presentaba una tarea un poco complicada.

Después de la breve parada en el despacho, Dryah prefirió volver a casa, estaba cansada, se sentía vapuleada por lo ocurrido los últimos días, pero sobre todo estaba incómoda por las verdades que habían visto la luz en las últimas horas. Y él no estaba de mucho mejor humor, la frustración tendía a sacar a la luz su intempestivo carácter y cuando el motivo de tal frustración y el remedio para ponerle fin eran el mismo y esta se encontraba profundamente dispuesta a no hacer nada para remediarlo, no era una buena señal.

Ella había aceptado en voz alta que entre los dos había algo, que no le era indiferente y él sabía que le deseaba. Con todo, seguía resistiéndosele con uñas y dientes.

—¿No sería mejor que le pongas una manta en algún sitio para que se tumbe? —oyó la voz de su atormentadora a la espalda, al girarse la vio apoyada al umbral de la puerta con una caja de croquetas para perros bajo el brazo—. Te ha robado la cama.

—No tengo predilección por esa cama, puedo dormir en cualquier otra —le aseguró con un ligero encogimiento de hombros—. O no dormir en absoluto.

Ella se encogió de hombros.

—Tú mismo si quieres permanecer insomne —le espetó al tiempo que alzaba la caja de croquetas para perro y la hacía sonar—. Horus, ¿tienes hambre, chico?

Por toda respuesta, el perro se enderezó sobre el sofá y abrió la boca todo lo que le daba en un canino bostezo antes de lamerse el hocico con la lengua y dar media vuelta para volver a dormirse.

—Creo que tomaré eso como un no —aceptó y dirigiéndose ahora a él repitió la operación, en sus labios bailaba una pícara sonrisa—. ¿Hay hambre, chico?

Sin embargo no estaba de humor para apreciar su sarcasmo.

—Sí, ja, ja. Muy graciosa —le soltó de mal humor. La frustración era una mierda y él la deseaba a ella, no a otra—. El hambre que tengo ahora mismo, sólo podrías saciármela de una manera… y esa implica el que estés desnuda y debajo de mí. O encima, no es que tenga predilección por ello.

Ella arqueó una de sus doradas cejas y sonrió con afectación.

—Vaya, es una pena que no me gusten las comidas… exóticas.

—Sí, una maldita pena —farfulló volviéndose nuevamente hacia el perro y con un agudo silbido consiguió que se pusiera en pie—. Horus, arriba. Hora de salir a dar un paseo.

Ella miró al perro quien pareció moverse a regañadientes. El animal saltó del sofá y se sacudió para luego detenerse al lado de su dueño.

—¿A dónde vas? —se encontró preguntándole.

Shayler apenas la miró, se limitó a acariciarle la cabeza al perro.

—Horus lleva todo el día encerrado —le dijo mientras le rascaba tras las orejas—. Al final del día sigue siendo sólo un perro y tiene necesidades. Si no las satisface, terminará marcando tu precioso sofá.

Ella apretó los labios ante la brusca manera en que le estaba hablando.

—No puedes culparme por lo que está ocurriendo, Shayler.

Él dejó escapar un ligero bufido, si no se iba ahora mismo tendría una nueva discusión con ella y no estaba de humor para ser paciente.

—No y tampoco lo hago —aceptó con ironía—. Aunque no puedo decir lo mismo de tu actitud. Somos dos los que estamos metidos en esto, Dryah, pero la cobardía te impide verlo y tratar de encontrar una solución… o hablar siquiera conmigo de forma directa.

Ella acusó el impacto de sus palabras.

—No vas a poder huir para siempre, bonita, así que ni siquiera lo intentes —continuó con voz fría, molesta—. Cena algo y vete a la cama. Intenta descansar… si es que puedes.

Sin más que decir, palmeó el lomo del perro y se dirigió a la puerta. Ella permaneció allí en pie, sin saber qué hacer, sin encontrar una respuesta adecuada a su acusación.

—Shayler… —lo llamó dirigiéndose hacia la puerta, pero esta se cerró antes de que pudiese decir nada al respecto—. Lo siento. Ya te dije que estaba… maldita.

Y lo estaba, no le cabía duda, su presencia no hacía más que herir a la gente que le importaba. Y el Juez, él empezaba a importarle de veras.

El día había comenzado más o menos bien, pero a medida que transcurrían las cosas pareció irse una vez más por el desagüe. La maldita frustración lo había empujado a comportarse como un auténtico cerdo, sabía que no era un dechado de virtudes pero ante todo sentía respeto por las mujeres y echarle la culpa a Dryah de algo que ella no podía controlar fue un golpe bajo. No le pasó por alto la punzada de dolor que notó en sus revueltas emociones, sabía, porque lo había sentido en ella, que estaba tan perdida o más que él con todo aquello. Al menos en su caso la experiencia hacía la situación un poco más llevadera, sabía lo que hacía el deseo y como enfrentarse a ello, pero ella era inocente en ese tipo de juegos, totalmente inocente.

Ella tenía miedo, se lo confesó sin ambages. Él mismo lo veía en sus ojos, lo sentía en la forma en que respondía a sus besos, lo veía en su propia alma que luchaba por encontrar su lugar.

—Seré estúpido —se frustró consigo mismo.

Horus que caminaba a su lado alzó las orejas como si estuviese hablando con él. Shayler le sonrió y le acarició la cabeza.

—Es tan testaruda como preciosa, Horus —le dijo al perro sonriendo a medias—. Y ya ves lo bonita que es… así que, imagínate su grado de testarudez.

El perro gimoteó en respuesta arrancándole una sonrisa completa.

—Sí, ese sonido lo he hecho yo demasiadas veces últimamente —dijo con una mueca—. Y no estoy seguro de poder seguir conteniéndome, puede que haya llegado el momento de hacer un paréntesis y alejarme, permitirle que batalle ella sola con aquello que no comprende hasta que entienda que lo que hay entre nosotros no tiene nada que ver con lo que hizo que viniese a este mundo.

El perro emitió un par de cortos ladridos.

—Sé que te ha gustado, ¿es cariñosa contigo, verdad? —Se agachó y cogió la cabeza del perro entre las manos—. Ojalá empleara algo de ese cariño también conmigo.

Suspirando, acarició la cabeza del perro permitiéndole un par de lametones antes de levantarse y obligarlo a correr.

—Vamos a correr un rato —le dijo—. A ver si así nos cansamos los dos lo suficiente para poder dormir toda la noche sin interrupciones.

Dryah hundió por tercera vez la cuchara en el tazón y la apartó con un gesto de desgana. No tenía hambre, ni quiera le apetecía el cuenco de macedonia que se había preparado, la fruta del supermercado seguía en las bolsas en las que la habían metido como si se burlase de ella y de su incapacidad para resolver sus propios problemas.

—No sé qué hacer —gimió hundiendo los dedos en el pelo, agachando la cabeza sobre la mesa.

Le dolió la manera en que Shayler la había tratado, siempre había sido educado, amable, incluso cuando la volvía loca con sus insinuaciones había visto su sonrisa y sabía que bromeaba, pero ahora, su enfado era genuino al igual que la frustración en sus palabras.

Él la deseaba por algo que ni siquiera era real, los sueños que compartían no eran reales… pero sí lo fue el breve interludio que compartieron, aquel en el que le mostró con paciencia y suavidad lo que era el deseo, alcanzar el cielo solo para terminar de nuevo en el infierno. Sabía que si cerraba los ojos todavía podía notar el calor de su boca en su cuello, derramando besos por su garganta, entre el valle de sus senos, sentir la humedad que su ardiente boca no había hecho sino aumentar entre sus piernas mientras le acariciaba los pechos y la rescataba de aquel mundo en llamas, apaciguándola a costa de su propia comodidad.

Le deseaba, tal y como le confesó, le daba miedo lo que la pasión desenfrenada podía traer consigo. Ella era un vivo recordatorio de lo que podía ocurrir cuando había de por medio un fuerte poder arraigado a ellos.

«Sigue adelante sin rendirte».

Las palabras de Eidryen hicieron eco en su mente, recordándole su promesa, su decisión de no mirar atrás y de enfrentarse a lo que se antepusiera en su camino sin rendirse.

—¿Y si me equivoco? —murmuró para sí.

«Eres vida, eres parte de todo y todo forma parte de ti. Elije, Libre Albedrío. Ha llegado el momento de elegir».

Cerró los ojos al escuchar una vez más aquella voz dual que se filtraba en su mente, aunque esta vez lo hizo con más ímpetu que de costumbre.

«ELIGE».

Ella abrió los ojos de golpe, su mirada recorrió la solitaria habitación para luego caer sobre el bol que tenía entre las manos.

—De acuerdo —musitó y dejó escapar un cansado suspiro—. Elegiré.

CAPÍTULO 26

Shayler abrió la puerta de la calle dejando que Horus se deslizara en su interior, la copia de las llaves que había hecho del juego de Dryah balanceaba en una mano mientras la bolsa con la cena del restaurante italiano colgaba de la otra. Pasó frente a él al volver y supuso que dada la hora, todavía podía llevar algo para la cena, ella seguramente ya se habría ido a la cama, así que eso los dejaba a Horus y él mismo para compartir el sofá y cenar una ración de lasaña y canelones.

Prefirió volver tarde, después de la despedida que tuvieron, no estaba seguro de cómo recibiría ahora mismo otro rechazo por su parte. Instintivamente sabía que si ella necesitaba tiempo para aceptar lo que ocurría entre ellos, se lo daría aunque eso significara tener que apartarse durante un tiempo. Sabía que no era tan fuerte como para soportar verla día tras día y no poder tocarla; No era un hijo de puta como para anteponer sus necesidades por encima de las de ella o tomarla por la fuerza. Aquello no sólo la destruiría a ella, si no que acabaría con él para siempre.

Suspirando cerró la puerta y se dirigió hacia el salón con Horus delante de él, la luz estaba encendida pero no se oía ningún sonido procedente de la televisión, puede que Dryah la dejase encendida para él después de todo.

—Empezaba a pensar que ibas a dejarme otra vez sola.

Shayler alzó la mirada al oír su voz, sus labios se curvaron en una irónica sonrisa y tenía una respuesta a punto cuando la vio junto a la ventana. La luz del exterior la enmarcaba con un aura dorada que no hacía sino realzar su inocente belleza. Uno de los tirantes de la camiseta se le había escurrido del hombro y caía por su brazo, las largas piernas estaban desnudas y perfectamente depiladas y el pequeño pantalón de felpa anudado a la altura de su redondeado vientre dejaba a la vista su ombligo. Estaba descalza y sus ojos mostraban un brillo de inocencia mezclado por la determinación y lo que no se atrevía a interpretar como una brizna de deseo.

—¿Quieres que me vaya? —sugirió echando el pulgar hacia atrás—. Todavía estoy a tiempo.

Ella sacudió la cabeza y miró la bolsa que traía en una mano. Shayler siguió su mirada y caminó hacia la mesa.

—¿Has cenado? Hay suficiente para los dos —le respondió dejando la bolsa sobre la pequeña mesa.

Ella negó una vez más.

—Shayler, lo siento —la oyó murmurar—. Yo… no sé cómo hacer esto… yo…

Él alzó la mirada y la vio allí, retorciéndose las manos.

—Sé que estás enfadado conmigo, pero te pido que me escuches un momento —le pidió al tiempo que buscaba su mirada.

Él se enderezó, dejó la bolsa a un lado y se llevó las manos a los bolsillos.

—Te escucho.

Ella volvió a lamerse los labios en un gesto de obvio nerviosismo.

—Tienes razón… tengo miedo —comenzó con lentitud, midiendo sus palabras—. Lo tengo. Tengo demasiado miedo a querer algo que me pueda ser arrebatado mañana. Pero no soy ninguna cobarde, ¿de acuerdo? Puede que no sepa que es lo que esperas de mí, que no entienda demasiado bien esta conexión que nos une, pero sé que está ahí porque la siento y es solo

contigo. Me siento bien cuando me abrazas, por primera vez en mucho tiempo me siento libre y protegida y sé que es algo que solo sentiré junto a ti.

Él perdió su postura despreocupada, no sabía que esperaba cuando le pidió que la escuchase, pero por los dioses que aquello no era. Qué se proponía aquella hembra, ¿volverlo loco?

—¿A qué diablos crees que estás jugando, Dryah? —No pudo evitar la ironía en su voz.

Ella respiró profundamente obligándose a permanecer en su lugar, no podía permitirse dudar ahora, si lo hacía sabía que sólo lo haría peor para los dos, entendía su desconfianza, aunque la ironía que encontró en ellas hería como el demonio.

—No estoy jugando a nada —susurró en respuesta, tragando el nudo que empezaba a formársele en la garganta. Dioses, si ahora era él el que la rechazaba, no estaba segura de poder volver a dar ese paso otra vez—. Aunque quisiera hacerlo, no sabría cómo, Shayler. Lo que intento decirte es… que estoy aquí… que deseo lo mismo que tú… si tú todavía lo deseas.

Shayler sintió su miedo al rechazo, su lucha interior y notó también la fuerza de voluntad en su voz, la libertad de elección que le permitía, que se permitía a sí misma. Ella no estaba jugando con él, tenía razón, aunque quisiera hacerlo no sabría ni por dónde empezar. Y pensar que la había llamado cobarde… Esa pequeña mujer le estaba mostrando ahora más valor del que él mismo tenía.

En sus ojos se veía la incertidumbre, la mortal espera y el miedo al rechazo, un miedo que compartía sin saberlo siquiera.

—No se me dan bien estas cosas, Juez —insistió ella con nerviosismo y una ligera molestia—, ¿quieres decirme algo de una bendita vez?

Él esbozó una amplia sonrisa y caminó hacia ella.

—Ya sabes lo que opino acerca de que me llames Juez —declaró deteniéndose frente a ella—. Por otra parte, estaría completamente desahuciado y loco si permito que alguien te aparte de mí.

Dando un paso atrás para mantener una cierta distancia entre ellos, le tendió la mano.

—¿Vas a dejar que ocupe el lugar que deseo a tu lado?

Ella miró su mano y luego a él. Se tomó un instante en encontrar las palabras que diesen una respuesta, solo esperaba que esta fuese suficiente para él.

—Prometo intentarlo —respondió posando su mano sobre la de él.

Él asintió y entrelazó sus dedos con los de ella.

—Por ahora es suficiente para mí —aseguró tirando de ella para acercarla a él y acariciarle los dedos con los labios.

Ella contuvo el aliento, entonces lo dejó escapar.

—Una última cosa —lo interrumpió y aquello lo tomó por sorpresa—. ¿Podemos ir despacio?

Shayler asintió lentamente y la contempló con una tierna sonrisa.

—Lo intentaremos.

Se había terminado el momento de pensar, ahora mismo todo lo que quería era a él, por absurdo que pareciera después de todo el esfuerzo que puso en mantenerse alejada, lo quería a él y la serenidad que sólo encontraba en sus brazos.

—Me conformo con eso —aceptó correspondiendo a su sonrisa mientras él la acercaba por completo a su cuerpo y le rodeaba la cintura con un brazo.

Sus labios se encontraron en medio del necesitado abrazo, aspirando el picante aroma masculino que siempre lo rodeaba, permitiéndose sucumbir al placer que encontraba en sus

brazos, en su boca, acariciando su lengua con la propia respondiendo con la misma hambre que él imprimía en ella robándole el aliento.

—Creo que tenemos que ponernos de acuerdo en el significado de ir despacio —se rio en medio de cortos jadeos, mientras trataba de recuperar el aliento—. Necesito respirar…

Él se rio con ella, la frente apoyada en la suya viendo su propio reflejo en sus ojos.

—Es todo culpa tuya —le respondió y la mantuvo cerca—, es lo que provocas en mí.

Ella sonrió y cerró los ojos para saborear la intimidad de estar tan cerca de ese hombre. Sus labios volvieron a encontrar los de ella y la llevaron una vez más a alturas que no estaba segura de pudieran ser alcanzadas de otra manera. Él gimió contra sus labios, su lengua hundiéndose en la húmeda boca, probándola, saboreándola, llenándose de ella como un hombre sediento. Las manos masculinas la recorrían desde los hombros a la cintura, una vez sobre la tela de la camiseta y a la siguiente sobre la piel. La suavidad de su contacto era agradable y cálida, relajante. El cuerpo pegado al suyo era duro como el acero, la piel suave y caliente bajo sus vacilantes dedos y se sentía absolutamente bien tenerlo así de cerca. Los labios se arrancaron de su boca descendiendo por la columna del cuello dejando húmedos besos a su paso que provocaban deliciosos estremecimientos en su cuerpo, sentía que las rodillas le flaqueaban y estaba segura que en cualquier momento sus piernas y acabaría derretida en el suelo.

Los ardientes besos invirtieron el descenso precipitándose por el costado hacia el delicado lóbulo que mordisqueó delicadamente antes de recorrerle el pabellón de la oreja con la lengua. Dryah se estremeció entre sus brazos un instante antes de oír la ronca voz susurrándole al oído.

—¿Sigue siendo demasiado rápido para ti? —le oyó ronronear entre beso y lamida.

Ella gimoteó encogiéndose de cosquillas antes de suspirar con languidez mientras él le acariciaba la piel desnuda entre el nacimiento de su redondo trasero y el inicio de sus omóplatos.

—Tomaré eso como un no —rio y volvió a sus labios para besarla hasta quitarle el aliento. De ese modo lo único que podía hacer era respirar a través de sus labios, tomando el aire del de él.

Shayler la acercó a sí mismo, deslizó una de las rodillas entre las piernas de ella y la desestabilizó recibiendo todo su peso. Sus labios se sentían suaves y apetecibles bajo los suyos, pero era su sabor el que lo tenía subyugado mientras bebía una y otra vez de su boca. Su lengua salía a su encuentro con la más tímida de las respuestas, la inocencia en ella no hacía sino inflamar sus sentidos, la sola idea de saber que no le pertenecía a nadie, que no hubo alguien que gozase de su cuerpo antes que él lo volvía posesivo y muy protector. Ella gimió contra sus labios, sus pequeñas manos aferradas a las mangas de la camisa que empezaba a suponerle una pesada carga, necesitaba sentir piel contra piel, sentirla contra él.

Haciendo acopio de toda su voluntad se obligó a separarse de ella, los ojos azules estaban oscurecidos por el deseo, los blandos labios entreabiertos e hinchados por su beso mientras intentaba recuperar el aliento a través de cortos jadeos. Sus manos seguían aferradas a él en un intento de mantenerse en pie. Le liberó los dedos aferrados a la tela y se los llevó a la boca, lamió sus yemas una por una antes de depositar un suave beso en el pulso de la muñeca y notar su estremecimiento contra él. Ella seguía sus movimientos con estudiada concentración, temblaba y se estremecía cuando tocaba el acorde adecuado en el delicado cuerpo.

—¿Estás bien? —le susurró enlazando los dedos finos de ella con los suyos antes de llevárselos de nuevo a la boca para besar sus nudillos.

—Sí —suspiró lamiéndose los labios mientras sus ojos seguían cada uno de los movimientos de su boca sobre sus nudillos—. No importa que me de todo vueltas, ¿verdad?

La risa profunda y masculina la hizo estremecer aumentando el calor que recorría sus

venas y diluyó el nudo de lava ardiente que empezaba a formarse en la parte baja de su vientre, su mirada seguía fija en el cuerpo masculino que se cernía sobre ella, su piel de un bronceado tono oliváceo fue quedando al descubierto con cada botón de la camisa que quedaba al descubierto. Se mordió los labios y alzó su transparente mirada hacia él.

—¿Puedo… ayudar?

Su sonrisa se hizo mucho más dulce y menos lobuna, se inclinó sobre ella y la besó tiernamente los labios.

—Soy todo tuyo —le susurró con voz sensual, profunda al tiempo que apartaba sus propias manos y la dejaba hacer.

Ella se lamió el labio inferior que se mordía con nerviosismo y posó las temblorosas manos sobre uno de los botones, los músculos de los marcados abdominales se tensaron ante el suave roce de sus dedos e hizo que retirase las manos de inmediato solo para volver a intentarlo una vez más. La camisa fue abriéndose botón a botón revelando unos firmes y marcados abdominales y un suave rastro de vello color canela que bajaba desde su ombligo y se perdía en la cintura de sus pantalones vaqueros. Con timidez deslizó las manos sobre la piel al descubierto apartando la tela de la camisa hacia los lados. Dioses, el hombre no tenía ni un gramo de grasa en todo ese pecaminoso cuerpo. Sus músculos estaban bien definidos, de una forma natural que nada tenía que ver con horas sin fin trabajando en el gimnasio, la piel bronceada se mostraba caliente bajo los dedos, en conjunto era una visión que no se cansaba de contemplar. Recorrió cada plano, cada pliegue con timidez, sus ojos a menudo buscaban la confirmación de sus movimientos en los de él, como si pidiese un permiso que estaba más que dispuesto a darle. Sus manos ascendieron por el centro del pecho espolvoreado de vello, tuvo que alzarse de puntillas para deslizar la camisa por los anchos hombros salpicados de pecas y hacerla descender por los firmes brazos hasta arremolinarse en las muñecas un segundo antes de terminar en el suelo; Era una buena cosa que los puños de la camisa no estuviesen abotonados.

Ella dio un paso atrás y contempló absorta el desnudo torso, la boca se le hizo agua ante la visión, de repente tenía hambre de algo que no podía definir, un algo que tenía mucho que ver con él.

—Si sigues mirándome como si fuese el más apetitoso de los postres, lo de ir despacio va a esfumarse, nena —le dijo él con voz ronca.

Las mejillas de Dryah se encendieron en respuesta.

—Lo siento… no pude evitarlo —confesó y su sonrojo aumentó aún más.

Shayler se echó a reír y la atrajo de nuevo hacia su cuerpo, le cogió la barbilla entre los dedos y se la alzó obligándola a encontrarse con su mirada. Un gruñido de satisfacción masculina emergió desde el fondo de su garganta mientras descendía sobre ella para reclamarla en un nuevo beso, suave y cálido, tan exigente que cedió a sus atenciones. Sus manos alcanzaron el redondeado trasero y aferraron ambas nalgas alzándola contra él, uniéndola íntimamente con su pesada erección, la cual palpitaba y se endurecía cada vez más en el confinamiento de sus pantalones. Ella se estremeció en respuesta e hizo que profundizara más aún el beso.

La pequeña y fina camiseta empezaba a estorbarle tanto como a ella su camisa. Los pezones se marcaban duros y erguidos contra las restricciones de la tela, una prensa que él se imaginó rasgando una y otra vez para liberar los perfectos montículos que tan bien encajaban en sus manos. Abandonando el pequeño culo sus manos ascendieron por los costados, acariciando las costillas antes de sumergirse entre sus cuerpos y alzarse alrededor de los llenos senos. Ellos encajaban perfectamente en sus manos, pesados y llenos. Los masajeó con suavidad y se permitió disfrutar de la sensación de los pequeños botones entre sus dedos; Los suaves gemidos

femeninos fueron la mayor de las recompensas. Le acarició los labios con la lengua una vez más, entonces descendió por su barbilla, saboreando la piel de su cuello y dejó una húmeda senda que conducía directamente a los orgullosos pezones que destacaban contra el algodón de la camiseta. Su boca se cerró alrededor de uno de ellos, succionándolo por encima de la tela, humedeciendo la tela mientras los mordisqueaba a placer y utilizaba la otra mano para aumentar la sensación en el otro.

Dryah no podía encontrar el aire necesario para aplacar el ardor de sus pulmones, todo su cuerpo estaba en llamas y el conocido dolorcillo que sintió las últimas noches volvió a instalarse entre sus piernas al tiempo que se humedecía más y más. De su boca escapaban gemidos de placer que apenas podía contener, sus manos se aferraban ahora al alfeizar de la ventana y a la pared intentando que sus temblorosas piernas no cedieran bajo su propio peso. La estaba matando y maldita fuera si podía hacer o emitir una sola queja por ello.

Su boca pasó entonces al otro pecho repitiendo la atención que prodigó al otro pezón, sintió como se lo metió en la boca y succionaba con fuerza como si quisiera tragársela. Se obligó a apretar con fuerza los ojos y respirar en un intento de conservar la cordura, algo que él ponía a prueba con asombrosa pericia.

—Shayler… —musitó entre jadeos—. No… no puedo…

¿Qué debía decir? Ni siquiera podía conseguir una idea coherente con él amamantándose de sus pechos. Lo que le hacía le dejó el cerebro hecho papilla, a lo máximo que llegaba era a sentir e incluso aquello amenazaba con hacerle perder la cabeza.

—Por favor… —lloriqueó.

Él soltó la delicada carne y se apartó lo justo para admirar la camiseta mojada por su boca en la zona de los pechos, un instante después le rozaba la piel del escote con los dedos mientras la tela sucumbía a la fuerza de sus manos y se rasgaba en dos.

—Nena, prometo comprarte otra —se justificó cuando la tela cayó abierta y los senos quedaron en libertad con un ligero bamboleo—. Oh, diosa…

Él alzó las manos con actitud reverente ante los dos montículos que se erguían en una muda invitación ante él, sus dedos acariciaron la suavidad y blandura de la carne unos segundos antes de que fuese su boca la que tomara la iniciativa tomando uno de los pezones con tanta gula que pensó que se la bebería entera.

Ella gritó de asombro cuando un relámpago de calor la atravesó por entero para terminar en su palpitante sexo, sus terminaciones nerviosas protestaron ante el desbordamiento de las sensaciones que le sobrevino mientras él se daba un festín con sus pechos desnudos. Las piernas ya no la sostenían, no luchó, se dejó caer contra él, permitiendo que la sujetara mientras terminaba arrodillada entre sus muslos.

—Ya… no me… sostenían… las piernas… —No pudo evitar reírse de sí misma.

Su mirada azul era abrasadora y estaba concentrada en los suaves y tiernos pechos cuyos pezones se erguían húmedos y brillantes por sus atenciones. Al oír sus agónicas palabras alzó la mirada y sin previo aviso se apoderó de su boca en un húmedo y hambriento beso que la hizo gemir de necesidad. Sus manos ascendieron a los hombros de él para poder estabilizarse mientras la movía con total maestría hasta acomodarla en su regazo. Él tomó entonces una de sus manos y la apretó directamente contra la dura protuberancia que empujaba contra los pantalones al tiempo que dejaba escapar un ronco gemido.

—Esto…es lo que llevas provocándome… toda la semana —gruñó pegado a su boca—. No hago más que desearte, mi necesidad por ti es demasiado grande, demasiado vital… te necesito para sobrevivir, mi niña.

Ella gimió ante la sensación de aquella dureza bajo su palma unida a las palabras de él, quiso retirar la mano azorada por lo inesperado de la acción pero él no se lo permitió, por el contrario, le mostró como acariciarle por encima del pantalón.

—Suave —gruñó, a juzgar por su voz parecía estar sufriendo lo indecible. Solo sus palabras desmentían que lo estuviese pasando mal—. Sí, así…

Se lamió los labios, la sensación de su sexo bajo su mano aumentaba su propia necesidad de él y hacía que se humedeciera en respuesta.

—Estás… duro… y grande —gimió con inocente sinceridad.

—Ajá —fue todo lo que pudo articular perdido en el gozo de sus caricias—. ¿Y tú? ¿Estás mojada para mí?

No le dio tiempo siquiera a responder pues deslizó la mano libre por su muslo y ascendió hasta colarse por debajo de los cortos shorts y braguitas dónde encontró los humedecidos rizos que ocultaban la entrada a su sexo. Sus dedos se empaparon con sus jugos y gimió al unísono con ella cuando deslizó la yema del dedo por su entrada de atrás hacia delante para luego hundirse suave y lento arrancándole un pequeño jadeo.

—Mojada, muy apretada, perfecta —su boca volvió a cubrir la de ella ahogando sus jadeos mientras su dedo seguía probando las profundidades de su sexo, lubricándolo aún más.

Ella gimoteó y se retorció entre sus brazos, sus manos se deslizaron de su agarre hasta sujetarse una vez más de sus hombros.

—Por favor… —gimió sin saber muy bien que le estaba pidiendo—. Más… despacio…

Shayler respiró profundamente y se obligó a retirar el dedo de la suave y cálida vaina que lo contenía dejando un rastro de humedad al salir de ella. Su boca se desligó de la suya y le permitió recuperar el aire que parecía faltarle, dándoles tiempo a ambos para relajarse y calmar la ardorosa pasión que surgía entre ellos. Su mirada vagó por la habitación apenas consciente de que todavía estaban en el salón, junto a la ventana, los dos medios desnudos y sentados en el suelo. ¡Bien, Shayler! Se maldijo a sí mismo. Estaba tan perdido en la pasión, en su sabor que ni siquiera se detuvo a pensar en ella, en su comodidad y en que esta sería su primera vez.

—Se me escapó de las manos —se disculpó mientras la acunaba contra él al tiempo que se levantaba. Su peso era más que perfecto y encajaba de maravilla contra su cuerpo—. Lo siento… se suponía que íbamos a ir despacio.

Ella alzó la mirada hacia él y le dedicó una cálida y sonrojada sonrisa.

—Esa fue nuestra primera suposición, sí.

No pudo evitar tomarse un momento para contemplarla allí en sus brazos, sus pechos desnudos y orgullosos, sus pezones rosados y erguidos, su piel sonrosada y una aceptación y seguridad en sus ojos que no encontró hasta ahora. Bajó su boca sobre la suya y la obsequió con un calmado y suave beso. Iba a ir despacio, la complacería y cuidaría de ella y de sus necesidades, aunque eso lo matase en el proceso.

—Vayamos a un lugar más privado y cómodo —le susurró antes de besarle la nariz y hacerlos destellar a ambos a la habitación de ella.

Dryah sintió que algo se hundía bajo su espalda cuando él se dejó ir con ella todavía en sus brazos, el aroma y la suavidad de su edredón los acogieron y la hizo consciente del lugar al que los trasladó. La vergüenza volvió entonces a asomar la cabeza, sus brazos se cruzaron automáticamente sobre sus pechos y su rostro adquirió un bonito tono rojizo. Él no dudó en tomar sus manos al tiempo que negaba con la cabeza, impidiéndole cubrirse frente a él.

—No te ocultes de mí —le susurró y le besó tiernamente los labios, la nariz y los párpados en una rápida sucesión—. Eres un regalo a la vista, realmente hermosa.

Su boca descendió sobre la de ella en un contundente reclamo, sometiéndola con su lengua y urgiendo una respuesta que no tardó en encontrar. Su pequeña rubita aprendía deprisa y lo estaba volviendo completamente loco con su lengua y con las suaves manos sobre su piel. Sosteniéndose sobre los codos exploró su boca a placer, haciendo arder nuevamente la pasión en aquellos cristalinos ojos azules. Sus pechos volvieron a llamar su atención poco después y se dio un auténtico festín con sus pezones, chupando y lamiendo mientras era recompensado por pequeños gemidos de placer que escapaban de forma desinhibida de los hinchados labios. Su boca abandonó los sensibilizados pezones para continuar su descenso hasta el ombligo, el cual besó para luego seguir con el descenso. Sus dedos se engancharon en la goma del pantaloncillo y tironeó de él hasta quitárselo. Un diminuto triángulo de tela de color azul era todo lo que cubría ahora a la mujer que deseaba más que a su vida. Fijando su mirada en la de ella, enganchó dos dedos en los extremos de la minúscula braguita y tiró hacia abajo, los sedosos rizos dorados quedaron al descubierto mientras deslizaba la prenda por sus largas piernas y la lanzaba de forma descuidada por encima del hombro.

Finalmente la tenía totalmente desnuda, una visión que quedaría para siempre impresa en su memoria.

—Eres hermosa. Mucho más hermosa que un sueño —aseguró con voz enronquecida, sus ojos brillando de puro gozo—. Dioses, eres perfecta.

La sintió estremecerse en respuesta, no estaba seguro de si era por el deseo o por el miedo a lo desconocido, pero sus ojos permanecían tranquilos y curiosos, esperando su próximo movimiento. Sin pensarlo, pasó su mano por el suave vientre acariciándole el monte de Venus y envolviendo sus dedos en los rizos que asomaban entre sus apretados muslos. Sus manos bajaron a la suave carne de sus caderas, acariciándola con suavidad en una promesa de absoluto placer, su mirada ascendió hacia ella mientras retrocedía sobre la cama hasta quedar a sus pies.

—Ábrete para mí —susurró de manera ronca, invitante.

Ella vaciló, el aliento se quedó prisionero en su garganta cuando él se arrodilló sobre el colchón y la obligó a separar las piernas para dejarla totalmente expuesta a su mirada. Aquello debería haberla deshecho en un charco de vergüenza, pero el hambre y el deseo desnudo que vio en sus ojos la hizo sentirse segura, hermosa y poderosa. Antes de que pudiese pensar en algo que evitara lo que estaba por venir, él le separó las piernas aún más y se inclinó hacia delante, su rostro muy cerca de su sexo. Su mirada se volvió más ardiente, más cruda y sexual cuando le dedicó un guiño desde su posición y la probó con la boca.

Gritó al sentir la primera pasada de su lengua, sus manos la mantenían abierta mientras se daba un auténtico festín entre sus piernas. Podía sentir su lengua lamiéndola, recogiendo la humedad de sus jugos que se derramaban por el incontrolable deseo, sumergiéndose para chuparla haciéndola retorcerse sobre el colchón. Estaba convencida que de no ser por su sujeción, habría saltado de la cama.

El calor aumentó en su interior hasta proporciones insoportables, el peso en la parte baja de su vientre se hizo más y más incómodo, el sordo dolor en sus piernas era cada aumentó y su necesidad con ella. No podía respirar, el calor era demasiado agobiante, las sensaciones que recorrían su cuerpo demasiado crudas, aquello no se parecía ni remotamente a lo que sintió las primeras noches, ni siquiera cuando la necesidad fue tan grande como cuando él la hizo correrse la primera noche con tan solo los dedos. Maldito fuera, necesitaba correrse ya.

Gimió incapaz de pronunciar una palabra coherente, luchando con la tensión que se iba contrayendo cada vez más alto en su interior.

—Por favor —lloró, su cabeza dando bandazos sobre la cama, las manos aferrando las

sábanas con absoluta desesperación—. Oh, dioses, por lo que más quieras, haz algo ya…

Cuando creyó que no podría resistirlo más y que se moriría de agonía allí mismo, todo su mundo explotó a su alrededor, la habitación empezó a dar vueltas, el techo se convirtió en el suelo y el suelo en el techo, ya no había luz ni oscuridad, todo lo que podía sentir era una marea bañándola y llevándose consigo toda la tensión dejándola absolutamente relajada.

Lo sintió moverse, oyó algo metálico cayendo al suelo, el susurro de la ropa antes de volver a tener toda aquella cálida piel masculina cubriéndola como una manta.

—No te vayas —se encontró susurrándole.

Él le acarició la frente y la besó suavemente en los labios.

—No pienso irme a ningún sitio —le susurró al oído mientras volvía a besarla, haciendo que probase su propio sabor en la boca de él, encendiéndola nuevamente mientras se movía entre sus piernas—. Vas a tenerme a tu alrededor hasta hartarte de verme y escuchar mi voz.

Ella rio ante la diversión que escuchó en la suya, entonces lo vio rasgar un pequeño papelito plateado y extraer de él una arandela de goma para enfundarse con ella el sexo.

—Déjame adivinar, no tienes ni idea, ¿*huh*?

Ella se sonrojó aumentando el atractivo color de sus mejillas.

—A veces la ignorancia es una bendición —declaró lamiéndose los labios—, pero internet ha resultado ser una buena fuente de información. Sé lo que es un preservativo, gracias, Juez.

Él se echó a reír y se inclinó sobre ella.

—Solo por eso, te has ganado un pequeño castigo —ronroneó y bajó su boca para arrastrarla en un nuevo beso hasta tenerla jadeando y necesitada nuevamente. Por fin se permitió posicionarse a sí mismo en la entrada de su sexo y mirarla—. Voy a estar todo el tiempo a tu lado, muy cerca de ti, tan cerca cómo tú y yo podamos estarlo, ¿de acuerdo?

Ella asintió, su mirada prisionera de la suya.

—Si tienes miedo, solo tienes que abrirte a mí, yo estaré ahí para cuidar de ti —le prometió mientras volvía a acariciarla, calmándola—. Todo irá bien.

No dudó en asentir otra vez, la confianza brillaba en sus ojos azules.

—No tengo miedo de ti, Shayler —aceptó con suavidad—. Tú haces que me sienta segura. En ti he encontrado el lugar en el que deseo permanecer.

Él asintió, acarició sus labios con los suyos y la abrió un poco más, acomodándola para que le fuese lo más fácil posible su primera unión.

—No apartes tu mirada de la mía —le susurró y empezó a empujar muy lentamente—. Nunca te dejaré caer, te lo prometo.

Sin permitirle pensar más en ello, reclamó su boca en un nuevo beso en el que vertió todo lo que sentía por ella, el anhelo, la necesidad y el amor que crecía exponencialmente en su interior. Se permitió bajar por completo los muros que protegían su empatía y se filtró en sus emociones al mismo tiempo que se hundía en su cuerpo penetrándola de una sola embestida hasta enterrarse por completo en ella. Sintió la barrera de su virginidad ceder a su paso, como su cuerpo se tensaba en respuesta y el quejido que escapó de sus labios terminó tragado por su boca. Un par de solitarias lágrimas se deslizaron por sus mejillas y en ella notó la mezcla de dolor y placer que acompañó sus acciones. La sensación era indescriptible para él, la forma en que su sexo se apretaba alrededor del suyo, como lo succionaba de aquella inexplicable y perfecta forma, no dudó en compartir todo aquello con ella mientras hundía la mano entre sus cuerpos y bajaba al sexo femenino dónde acarició el punto exacto que haría se relajase y facilitase aquella extraña intrusión en su cuerpo.

—Shhh, ya mi amor —le habló sin dejar de acariciarla—. Te tengo, ahora todo irá bien,

solo siénteme, Dryah, estoy aquí… déjate ir… así, bien… estoy justo aquí, sé que puedes sentirme dentro de ti, alcánzame, todo irá bien.

Poco a poco su carne se fue relajando a su alrededor y ella empezó a gemir y a retorcerse bajo él. Aquello fue su perdición, quería darle tiempo para adaptarse a su tamaño, a la sensación de tenerlo dentro pero ya no podía esperar más y empezó a moverse entrando y saliendo, embistiéndola con largas y lentas estocadas, uniéndose a ella de una manera tan íntima como no había experimentado con ninguna otra mujer.

—Suave, bonita, suave —siseó cuando ella se apretó a su alrededor haciendo las sensaciones mucho más intensas.

Su cuerpo lo rodeaba y lo succionaba, sus piernas se habían envuelto por voluntad propia alrededor de su cintura permitiéndole una penetración más profunda mientras el sudor perlaba sus cuerpos dejándolos brillantes. Él podía sentirla en su interior, rozando su alma con aquella tibieza que la caracterizaba y sintió también la necesidad de ella, el hambre de afecto que parecía disminuir a su lado.

—No te vayas. —Sus palabras hicieron eco en sus oídos, pronunciadas en voz alta no había forma de evitarlas—. No importa lo que ocurra… pero no me dejes…

La súplica era tan intensa en su alma, tan desgarradora que su propia empatía respondió a ella. Sin dejar de acariciarla, la rodeó por la cintura y la incorporó hasta que ambos quedaron sentados, unidos íntimamente como sólo podían estarlo los amantes. Sus miradas se encontraron y en la de ella encontró una silenciosa súplica mezclada con el deseo.

—No permitas que nadie me aleje de ti —pidió ella una vez más, el labio inferior le tembló al pedir aquello.

Él le acarició el rostro, pasó el pulgar por el tembloroso labio y negó con la cabeza.

—Nadie va a alejarme de ti, mi niña —le prometió atrayéndola contra él, uniéndolos por completo—, eso tenlo por seguro. Nada ni nadie evitará que permanezca a tu lado hasta el fin de los tiempos.

Sus ojos azules brillaron con la marca del poder del *Libre Albedrío* que contenía en su interior.

—Hasta el fin de los tiempos —aceptó al tiempo que salía en busca de su boca para sellar aquella promesa con un beso tierno e inocente como ella misma.

Él la abrazó, hundió una mano en su pelo para retenerla mientras la besaba con hambre y volvía a penetrarla en aquella nueva postura que lo impulsaba todavía más en su interior.

Sus jadeos se mezclaron con los de ella, sus miradas prisioneras una de la otra mientras daban rienda suelta a la pasión que contenían sus cuerpos y que amenazaban con hacerlos pedazos. La suavidad y lentitud dieron paso a la febril necesidad de la pasión, sus embestidas se hicieron más duras y profundas, los gemidos femeninos se unieron a los suyos con el mismo ímpetu mientras volvía a tumbarla de espaldas en la cama y la tomaba con frenesí arrastrándola a un orgasmo que sacudió los mismísimos cimientos del universo para luego unirse a ella en su propia liberación.

Dryah sólo alcanzó a oír el propio ritmo de su corazón en los oídos, su mundo volvió a estallar por segunda vez con una fuerza ensordecedora haciendo a un lado todo lo demás. El primer momento de dolor, el sentirse repleta de una forma que nunca antes experimentó, la increíble sensación de tenerlo muy dentro de ella, poseyéndola. Se sentía tan lánguida, tan relajada que dudaba que pudiera mover ni un músculo después de aquello. Él se dejó caer cuan largo era a su lado, su respiración tan trabajosa como la suya, como si acabase de correr una auténtica maratón. Entonces se movió volviéndose de costado, apoyándose en el codo y

sujetando la cabeza con la mano mientras la miraba con una ternura que la hizo sonrojarse hasta las raíces del pelo al darse cuenta de que era lo que acababan de hacer, de lo que le pidió y ambos forjaron en medio de la arrolladora pasión. Ya no había vuelta atrás para ellos.

—Lo siento… yo…

Él negó con la cabeza.

—Yo no lo siento… no lamento nada en absoluto, no lo hagas tú —pidió acariciándole el rostro.

Ella se incorporó a su vez, pero se detuvo al sentir una ligera molestia entre los muslos.

—Shayler, lo que dije… el *Libre Albedrío*…

Él posó una mano entre sus senos y la obligó a tumbarse de nuevo.

—Hasta el fin de los tiempos, Dryah —repitió sin coacción alguna, sus dedos acariciando con pereza su piel—. No quiero nada menos contigo… así que ve haciéndote a la idea.

Ella dejó escapar un pequeño suspiro y se acurrucó contra él en busca de calor.

—Empiezo a comprender por qué te eligieron como *Juez Universal* —murmuró ella, sus labios se estiraron poco a poco en una tímida sonrisa—. Cuando decides algo, no hay manera de que lo dejes pasar.

Él se echó a reír, su risa clara, verdadera y más relajada que antes.

—Es uno de mis más grandes defectos, bonita —aseguró y dejó escapar un profundo suspiro—. Y sé que no es el único… no debí presionarte como lo hice, en mi defensa solo puedo decir que estar a tu lado y no tocarte… Es un jodido infierno.

La suave y pequeña mano descansó sobre su costado, todavía con timidez.

—Sé que yo tampoco hice las cosas mucho más sencillas, pero…

Él negó con la cabeza, se incorporó y la miró impidiéndole continuar.

—Escúchame —le pidió y sus palabras sin duda la sorprendieron.

Ella asintió con la cabeza y esperó paciente, aunque en sus ojos se filtraba ya una tenue luz de temor.

—No quiero presionarte, soy un hombre impulsivo, lo reconozco y tú haces que esa impulsividad se descontrole, al igual que lo haces con mi empatía —confesó con tono firme y directo—. Te he visto en mis sueños durante más tiempo del que debería ser prudente, pero era una mujer muy distinta a la que ahora mismo tengo frente a mí y eso me confundió en su momento. Te necesito, te he necesitado por siempre, a ti, no a un sueño o una ilusión, si no a ti. Eres la hembra más exasperante y voluntariosa que he conocido en mi larga vida, pero ya ves que me gustan los desafíos. Te herí con mis palabras y eso me ha herido también a mí, sé que necesitas tiempo y espacio para digerir todo lo que sucede a tu alrededor y te daré todo el que necesites… pero vas a tener que sufrir mi presencia te guste o no, porque no pienso alejarme de tu lado. Eres mi destino, pequeña Dryah, mi único destino.

No había palabras para responder a una declaración de intenciones como aquella, y si las había, ella no las conocía todavía. Una mezcla de alegría y temor se filtró en su interior, le habría gustado responder de la misma manera pero era demasiado pronto.

—¿Eso quiere decir que después de todo me quieres a tu lado?

Él se echó a reír ante el tono dudoso en su voz.

—Entre otros muchos sitios —le respondió con la misma picardía de siempre—. No te esfuerces en buscar una respuesta, nena, no es necesario. Esta aparecerá en el momento en que menos lo esperes y será perfecta, te lo aseguro.

Asintió.

—Eres un hombre extraño, Juez Shayler —comentó mirándole a los ojos—. Pero me gusta

esa extrañeza tuya.

Él sonrió ampliamente y acarició sus labios con los propios.

—Tienes ganas de que te castigue, ¿no es así? —sugirió él con una risita—. ¿Recuerdas lo que dije al respecto?

Ella se hizo la despistada.

—Creo que era algo sobre… ¿besos?

Él chasqueó la lengua.

—Si mal no recuerdo, el término correcto fue "comerte la boca" —aceptó antes de darse media vuelta y levantarse de la cama de forma imprevista. En un abrir y cerrar de ojos se deshizo del preservativo usado y volvió a su lado. La desnudez no parecía un gran problema para este hombre—. Pero se me ha ocurrido un nuevo pago del que podremos disfrutar los dos.

Su mirada la recorrió con renovada hambre hasta que cayó en sus muslos y el hilo de sangre que los manchaba, como lo había manchado a él mismo.

—Pero antes, voy a enseñarte otro de los grandes placeres de compartir la cama —le aseguró mientras descendía de nuevo sobre la cama para alzarla a ella en sus brazos—. Una ducha para dos —concluyó besándole la nariz antes de recorrer su cuerpo con una hambrienta mirada—. Creo que me estoy enamorado de tus pechos.

—¡Shayler! —jadeó ante sus crudas palabras al tiempo que su piel adquiría un intenso rojo.

—Tranquila, bonita, no voy a dejarte caer —rio comiéndosela con los ojos—. Un baño te sentará bien, estarás mucho más cómoda y podrás dormir tranquilamente… después de que yo haya acabado contigo.

Ella se sonrojó, sus labios se abrieron y cerraron con dificultades para articular palabra.

—Yo… ah… —no tenía palabras para refutar su declaración.

Él la acunó en sus brazos mientras se dirigía a la puerta para luego salir al pasillo.

—Empecemos con la ducha y ya veremos donde nos lleva lo demás —la calmó una vez más con un suave y prometedor beso.

Y eso es lo que hicieron, empezaron con la ducha… y terminaron mucho tiempo después.

CAPÍTULO 27

Shayler despertó con una agradable sensación de estar saciado y tranquilo que no había experimentado en mucho tiempo, después de los interminables días y noches en continuo estado de excitación el cual sólo lo ponía de mal humor, la absoluta paz que ahora habitaba en su interior parecía demasiado real como para ser verdad.

Las escenas de la noche anterior empezaron a colarse una tras otra en su mente y trajeron una enorme sonrisa a su rostro, estirando el brazo para buscar a su compañera se sorprendió cuando encontró vacío el lado de la cama que ella ocupaba, un rápido vistazo al reloj le dijo que era demasiado temprano incluso para abandonar las sábanas.

—¿Dryah? —preguntó al tiempo que encendía una de las lámparas de la mesilla y echaba un vistazo a su alrededor. La habitación estaba vacía a excepción de él mismo.

Tras hacer a un lado la sábana se levantó, alcanzó los pantalones que quedaron olvidados en el suelo la noche anterior y se los puso antes de salir por la puerta de la habitación. Desde el pasillo escuchó el suave murmullo de la televisión y vio los ocasionales destellos de luz que

producían los cambios de escena que iluminaban la habitación en penumbra. Caminó lentamente hacia la habitación, la televisión estaba encendida y emitía el diario matutino, el volumen no estaba precisamente bajo pero aquello no parecía molestar demasiado a los dos ocupantes del sofá. La cola de Horus sobresalía por uno de los lados, al igual que sus patas traseras, y por la manta de tela escocesa que sobresalía desde el otro lado del sofá, sabía que no estaba solo.

Encontró a su desaparecida compañera de cama acurrucada en la esquina contraria del sillón, sus dedos hundidos en el pelaje de Horus, cuyo cuerpo estaba retorcido hacia el otro lado, su cabeza prácticamente colgaba del sofá mientras dormía profundamente. Ella lo utilizaba de almohada, con la manta de cuadros cubriéndola a medias.

—Vaya pareja. —No pudo evitar sonreír al verlos a los dos.

Recogió la tela del suelo para volver a arroparla, ella estaba absolutamente desnuda a excepción de su propia camisa la cual había remangado en los brazos, algunos de los botones superiores se habían soltado dejando una buena porción de su piel expuesta. El hambre lo recorrió nuevamente; como si el hacerle el amor a lo largo de la noche no hubiese sido suficiente. Necesitaba más, la necesitaba a ella y su sexo parecía estar rabiosamente de acuerdo. Sacudiendo la cabeza dobló la manta y la arropó con ella, no iba a tomarla otra vez y menos cuando ella estaba tan vulnerable. Había encontrado en ella una amante entregada, pasional y muy curiosa, pero no podía olvidar lo obvio, era su primera vez y necesitaba tiempo para recuperarse y asimilarlo, tanto su cuerpo como ella misma. Le acarició la mejilla y se inclinó para besarle la frente, ella se encogió y frunció el ceño ante la inesperada molestia que la despertaba de su sueño. Horus pareció elegir aquel momento también para desperezarse y se levantó saltando al suelo dónde procedió con sus estiramientos caninos.

—Gracias, Horus —farfulló al ver que el perro saltaba al suelo y el movimiento la despertaba. Él optó entonces por ocupar el lugar dejado por el animal y atrajo su cálido cuerpo contra el suyo con tanta suavidad como pudo.

Dryah se movió incómoda al sentirse vapuleada por tanto movimiento. Tenía el cuerpo rígido y una ligera molestia rondaba entre sus piernas cada vez que se estiraba. Intentó darse la vuelta sólo para descubrir que no podía lo cual la llevó a su somnolienta mente a despejarse y obligarla a abrir los ojos.

—Buenos días —la saludó él al ver su somnolienta mirada azul.

Ella ladeó ligeramente la cabeza, parpadeó varias veces y sonrió suavemente dedicándole un somnoliento saludo.

—Buenos días —murmuró enderezándose con esfuerzo, su mirada recorrió la habitación en una rápida sucesión, un poco desorientada—. ¿Qué hora es?

Shayler la dejó ir, permitiéndole su propio espacio, algo que sabía ella necesitaba.

—Demasiado temprano para que abandonases la cama —le dijo y se dio el lujo de pararle la mano por el pelo desordenado antes de dejar caer el brazo sobre el respaldo del sofá—. No son ni las seis de la mañana.

Ella se incorporó sobre el sofá hasta quedar con las piernas dobladas a un lado, el movimiento la hizo dar un respingo y arrastró un suave color rosa sobre sus mejillas al comprender inmediatamente la causa.

Él extendió la mano una vez más hacia ella, posándola en una de sus rodillas.

—¿Estás bien? —preguntó al ver como apoyaba la mano en la parte baja del vientre—. ¿Dolorida?

Ella sacudió lentamente la cabeza.

—Estoy bien —asintió sonrojada con la inesperada conversación—. Sólo… estoy…

incómoda.

Él asintió con naturalidad.

—Puedes tomarte un analgésico —sugirió frotándole suavemente la rodilla para animarla —. No te hará daño. Y… lo siento… si hubiese podido evitártelo, lo habría hecho.

Ella se limitó a asentir, se encontraba realmente incómoda hablando con él de esa manera a pesar de que haber pasado toda la noche en absoluta intimidad, al abrir los ojos y encontrarse desnuda pegada a su cuerpo se había sentido tan vulnerable que necesitó abandonar su compañía para poner un poco de orden en sus caóticos pensamientos. Todo sucedía con demasiada rapidez, no se mentiría a sí misma diciéndose que no lo había deseado, porque sería una gran embuste, pero algo que ayer había parecido una buena idea, a la luz de un nuevo día tomaba el cariz de las dudas y Dryah todavía conservaba una buena parte de ellas. Conocía el vínculo que los unía, ahora más que nada entendía su necesidad de ella, porque era la misma que recorría su cuerpo y se instalaba en su alma cada vez que él estaba cerca, como en ese preciso momento.

—Te queda bien mi camisa —murmuró él acariciando la tela que le cubría un poco más debajo de los muslos—. Mejor que a mí, incluso.

Ella bajó la mirada a su mano y abrió la boca para responder pero las palabras se habían esfumado de su mente, al igual que cualquier cosa coherente. La necesidad de aire ocupó todo lo demás, su pecho se comprimía con una repentina incomodidad que no sabía muy bien cómo superar.

—Estaba en el suelo… —comentó en voz baja, intentando darle más fuerza a sus palabras —. Yo… tú dejaste la mía… inservible, necesitaba… necesito… dios, no puedo respirar…

Él no tardó en tomar las riendas de la situación, le alzó la barbilla y lo obligó a mirarle a los ojos.

—Está bien, está bien… —la detuvo con aquella voz sensual y firme que tan bien sonó en sus oídos la noche anterior—. Sólo mírame, ¿ok?... Eso es… y ahora, respira profundamente…

Ella obedeció y tomó su mano libre sin ser consciente de ello, necesitando su contacto para recuperar la compostura y serenarse.

—Eso es, así, respira lentamente —la alentó y empezó a acariciar la mano que ella había puesto voluntariamente en la suya—. Relájate… no ha pasado nada malo… vamos a hacerlo despacio, con tranquilidad, no hay que apresurar las cosas.

Ella se lamió los labios sin apartar la mirada de él ni un solo momento.

—¿En serio crees que eso sea posible? —le preguntó.

Él le sonrió en respuesta y se llevó su mano enlazada a la suya a los labios para besarle suavemente los nudillos.

—Tendremos que aprender a hacerlo —le guiñó el ojo. De alguna forma, su presencia, su contacto la iba calmando—. ¿Mejor?

Ella asintió, dejó escapar un pequeño suspiro y deslizó su mano libre sobre la camisa.

—Mi mente es un caos… —confesó al fin, su mirada bajó al suelo—, me desperté y… necesitaba espacio. El detenerme a buscar algo en mi armario no se me pasó por la cabeza… y bueno… tu camisa estaba aquí… entera.

Sus dedos se deslizaron una vez más por su mejilla.

—¿Dejaste la cama y cruzaste el pasillo hasta el salón completamente desnuda? —la pregunta sonó agónica en su voz.

Aquello la hizo fruncir el ceño, entonces reculó al ver la mirada en sus ojos.

—Como dije, mi mente… no está en su mejor momento.

Él suspiró y volvió la mirada al perro, quien empezó a menear la cola en cuanto sintió la

atención de su amo sobre él.

—Tú sí que eres un perro con suerte —le aseguró con un profundo suspiro.

No pudo evitar sonreír ante su compungido rostro, pero la tristeza no duró mucho en su mirada, ya que en cuanto volvió a posar los ojos en ella y la recorrió con la mirada, el brillo de una conocida y fulgurante hambre los inundó.

—No podré volver a ponerme esa camisa —aseguró sin apartar la mirada de ella.

Ella lo miró un poco azorada y avergonzada. No esperaba que el haber hecho uso de aquella prenda, la hiciera inservible para él.

—¿Por qué no?

Shayler hizo una mueca al escuchar el tono de su voz.

—No es lo que piensas —se apresuró en explicarle—. Te queda endiabladamente mejor a ti que a mí, estás… rabiosamente sexy con ella.

Su declaración hizo que volviese a respirar con normalidad. Tenía que centrarse pronto, esos altibajos emocionales iban a hacerla pedazos si se permitía que sus palabras la afectasen tanto.

—Bueno, creo que así quedamos a mano —comentó y señaló con un gesto de la barbilla su estropeada prenda junto a la ventana—. Me quedo con tu camisa a cambio del destrozo que hiciste con la mía.

Él chasqueó la lengua y se inclinó hacia ella.

—Te prefiero desnuda, pero si insistes, es tuya —aseguró con un ligero encogimiento de hombros, entonces cambió la posición de sus manos y cogiéndola por debajo de los codos la obligó a avanzar hacia él—. Ven aquí.

Dryah se encontró sentada a medias en su regazo, su espalda acunada en el hueco entre su hombro y su cuerpo, sus brazos la rodeaban y una de sus manos jugaba con sus dedos.

—Me encanta sentirte así —le aseguró acomodándose para dejarle espacio a ella—. Te marchaste antes de que pudiera darte los buenos días como es debido.

Ella echó la cabeza atrás para mirar su rostro y él le dedicó una dulce sonrisa.

—Lo siento —susurró entonces bajando la mirada a sus dedos entrelazados—, necesitaba estar sola un rato…

Él le acarició los dedos con los propios y depositó un suave beso en su cuello antes de moverla para poder mirarla a la cara.

—Todo esto va demasiado rápido para ti.

Ella asintió con semblante culpable.

—No me malinterpretes, me gusto lo que hicimos… mucho… pero… vas muy rápido y yo… —murmuró indecisa, sintiéndose demasiado vulnerable—. Necesito recuperar las riendas de mi vida, tener algo de poder sobre ella y sobre mis actos, no es culpa tuya, pero… necesito… tiempo.

Él le tomó el rostro y la obligó a mirarle.

—No te eches la culpa de algo que es compartido, Dryah. Nos fuimos a la cama de mutuo acuerdo y a mí también me encantó. Esto era algo que antes o después iba a suceder —le aseguró, el pulgar con el que le sujetaba el rostro empezó a rozarle la barbilla—. Comprendo tu incomodidad, la sensación de que todo se te va de las manos, el sexo es nuevo para ti... por no mencionar la conexión que nos une, pero no estoy aquí para atarte, cariño, si no para ayudarte. Cuando sientas que las cosas se desmadran, que se escapan a tu control y vamos muy rápido, no temas en compartirlo conmigo. Con un “Ey, Shay, ve más despacio” será más que suficiente.

Sus palabras significaban mucho para ella.

—No hay necesidad de que huyas de la cama para ello —le dijo ahora al oído, su nariz acariciándole la piel del cuello mientras se deleitaba con su aroma—. Sólo dime que no, sabré entenderlo. No te haré daño, nena, antes moriría que intentarlo.

Se lamió los labios y se dio el lujo de dejarse ir contra su pecho, disfrutando el calor del cuerpo masculino al abrigo de sus brazos.

—Lo sé —musitó contra su piel y era cierto, estaba segura de sus palabras—. Y lo siento.

Él negó con la cabeza y se separó un poco para poder mirarla a la cara.

—Ya te lo dije, Dryah, ahora que te he encontrado, nada hará que me separe de ti, nada.

Ella asintió y le echó los brazos al cuello, apretándose contra su calor, deseando tan sólo sentirlo así, sentirse a salvo junto a él.

—Voy a volverte loco —aseguró con una triste risita.

Él bufó.

—No más de lo que yo te volveré a ti —le sonrió en respuesta y volvió a acunarla entre sus brazos.

Sus ojos azules se encontraron finalmente con los suyos.

—¿Y ahora qué vamos a hacer?

Shayler se estiró para recoger la manta que había quedado a un lado en el sofá y la estiró sobre ellos.

—Voto por quedarnos en el sofá y dormir un par de horas más —declaró rodeándola con los brazos—. Así podré darte los buenos días como era mi intención.

Ella se relajó en sus brazos e intentó calmar el tumulto de emociones que seguía girando sin control en su interior.

—¿Y después? —insistió.

La respuesta fue rápida y sincera.

—Aire puro, espacios abiertos, algún lugar donde Horus pueda estirar las patas y tú sentirte a gusto.

Bostezó.

—Parece un buen plan.

Él le apartó el pelo de la cara y la besó en la cabeza antes de acomodarse mejor sobre el sofá.

—Sí, lo será.

Nyxx volvió la mirada hacia el fondo del oscuro callejón y alzó el rostro como si pudiera oler el aire, entonces dejó escapar un cansado suspiro y caminó hacia la pared cubierta de cajas y trozos de pales que se apilaban al fondo. No tuvo que esperar demasiado hasta que el aire empezó a fluctuar y se abrió una brecha en el espacio que permitía a gente como él trasladarse de unos planos de existencia a otros. Colocándose a un lado, permitió que el rastreador saliese por su propio pie antes de aferrarlo del brazo y lanzarlo al suelo con una efectiva llave que remató con la rodilla clavada en la espalda del recién llegado y el brazo retorcido a su costado mientras farfullaba y escupía tratando de soltarse.

—Joder, Nyxx, soy yo, Josh.

Él se inclinó lo suficiente para poder susurrarle al oído, manteniendo en todo momento su agarre.

—Te he dicho una y mil veces, que enmascares tu paso entre un plano y el siguiente, Josh, un día de estos te encontrarás con un cuchillo clavado en las pelotas y no será el mío —le aseguró al tiempo que tiraba bruscamente del hombre para ponerlo en pie.

El Cazador de Almas se hizo a un lado para permitir que su compañero se girara. Los ojos de Josh estaban ocultos tras unas oscuras gafas mientras su boca se curvaba en un desagradable rictus. Prácticamente le gruñía aunque al cazador parecía traerle más bien sin cuidado, después de todo el que mordía realmente de los dos era él, no el antiguo cazador que había aparecido de improviso.

—¿Qué coño pasa contigo, tío? Llevo dos jodidos días buscándote en esta mierda de plano y cada vez que creo estar cerca, descubro que te acabas de largar —se quejó el chico. Este vestía unos gastados pantalones vaqueros, zapatillas deportivas y una camiseta de beisbol.

—Así que eras tú el gilipollas que me ha estado rastreando —comentó sacudiendo la cabeza mientras miraba con ironía la camiseta con el anagrama de Seybin que llevaba su compañero de armas—. No me digas que el jefe os ha arrastrado de nuevo a uno de sus partidos subterráneos.

—Que te jodan, Nyxx —escupió su compañero con visible mal humor—. Llevo los últimos dos días rastreando tu culo, Seybin quiere que te reportes, no sé si tendrá algo que ver con la misiva que llegó de los de arriba, pero está empezando a ponerse de mal humor.

Arqueó una ceja ante su respuesta.

—¿Cuándo has visto tú a Seybin no ponerse de mal humor? —rezongó el Cazador dejando el callejón para detenerse bajo la luz de la única farola que había en la entrada—. Así que, recibió una misiva… imagino que le comunicarían el resultado del *Antiquerum*.

El recién llegado no respondió, se limitó a reunirse con él bajo la luz.

—Todo lo que sé es que quiere tu pulgoso culo en su presencia… bueno, eso lo quería hace dos días… ahora ya te quiere vivo o muerto —aseguró el cazador con un ligero encogimiento de hombros—. Me ha hecho comprar incluso una nevera portátil, por si tenía que llevarte en pedacitos.

Un ligero pitido intermitente empezó a inundar el silencio del callejón por encima de la voz de Josh.

—Que chistoso —gruñó Nyxx y se llevó la mano al bolsillo trasero del pantalón, de donde sacó su teléfono para finalmente fruncir el ceño. Su mirada voló de un lado a otro de la calle, como si buscase algo para finalmente volver a mirar el teléfono y apretar un par de teclas esperando a ver el resultado. Entrecerró los ojos y se volvió hacia la calle—. Tengo cosas que hacer, dile al hijo de puta de nuestro jefe, que lo veré tan pronto tenga un momento.

Sin mediar palabra, se concentró en el teléfono y se dirigió calle abajo.

—¡Ey! —lo llamó Josh al verle alejarse—. Nyxx, ¿qué coño está pasando, tío?

Él se limitó a mirarle por encima del hombro y responderle:

—El Universo está a punto de irse a la mierda, Josh, eso es lo que pasa —le respondió como si aquello fuese algo que ocurriese todos los días, entonces alzó una mano a modo de despedida y se desvaneció a los pocos pasos.

—Estupendo —farfulló el cazador mirando a su alrededor con irritación—. Seybin va a montar una jodida fiesta cuando lo sepa. Gracias por nada, Nyxx.

Soltando un profundo suspiro y miró a su alrededor antes de desaparecer por el mismo lugar por el que había entrado.

La mañana brillaba con desacostumbrada hermosura, el sol iluminaba todo desde un despejado cielo más propio del verano que de principios de otoño, Horus se había pasado los últimos minutos corriendo de un lado a otro, ladrándole a los pájaros como un pequeño cachorro antes de regresar al lado de su amo y acompasar su paso al de él.

—¿Qué te llevó a ponerle el nombre de Horus a un perro? —preguntó Dryah mientras observaba al perro que mantenía el paso de Shayler con fiel precisión, pese a que iba sin correa, el can no se apartaba de su amo—. Si mi memoria no me falla, Horus era un halcón… el que tenía cabeza de perro era… um…

—Anubis —le recordó Shayler—. Y tenía cabeza de chacal.

Ella se llevó un dedo al mentón y meditó su respuesta durante unos segundos.

—Chacal, perro… ¿no es lo mismo?

Él sonrió.

—No si se lo preguntas a mi madre —aseguró—. Casi se muere de un infarto cuando le puse Horus a este chico de aquí.

No pudo si no sonreír en respuesta.

—Había olvidado ese pequeño detalle. Bastet —aseguró inclinándose hacia el perro—. Sea como sea, el nombre te queda perfecto, Horus.

El can respondió sacando la lengua fuera.

—Voy a sentirme ofendido, has seducido a mi perro —declaró su amo con fingida afectación—. De hecho, esta mañana dejaste nuestra cama por él.

Ella lo miró de reojo.

—En realidad es mi cama y no la dejé por él —negó frunciendo el ceño, entonces sacudió la cabeza—. Aunque es divertido verlo mover la pata cuando le acaricias cierta parte del lomo.

Shayler se echó a reír ante el comentario y negó con la cabeza.

—Sólo a ti se te ocurriría encontrar diversión en algo así.

Ella le devolvió la sonrisa.

—Bueno, si quieres que te encuentre a ti igual de divertido, ya sabes lo que tienes que hacer —aseguró con total inocencia.

Aquella afirmación hizo que se echase a reír con ganas.

—Cariño, el parecerme a un perro no entra en mis prioridades.

Ella se mordió la sonrisa que pugnaba en sus labios y echó un vistazo a su alrededor al enorme mercado medieval que se celebraba en el Fort Tryon Park, conociendo su gusto por los parques y espacios abiertos, Shayler había sugerido un cambio de aires. Su sorpresa llegó con una visita a uno de los puntos más importantes de Manhattan desde donde obtenía unas preciosas vistas del Río Hudson y las empalizadas de este, unos enormes acantilados de piedra y vegetación que orillaban el río. La gente iba ataviada de acuerdo al tema central del festival, las mujeres llevaban hermosos trajes del Medievo al igual que los hombres, damas, cortesanas, siervas y vendedores todos se daban cita en un pequeño mercado con puestos de gastronomía y artesanía.

Sus ojos se movían en una rápida sucesión de unos puestos a otros, observando los trajes de las mujeres y sonriendo espontáneamente ante la sensación de estar al aire libre bajo el suave sol de los primeros días de Octubre. Era increíble lo rápido que pasaba el tiempo y lo mucho que podían cambiar las cosas en unos cuantos días. Con una genuina sonrisa, indicó uno de los puestos.

—Voy a ver que tienen expuesto.

Shayler observó la falda larga en tonos azules y blancos que flotaba alrededor de sus tobillos y se movía al compás de sus pasos, la tela enmarcaba a la perfección sus voluptuosas curvas, ciñendo el redondeado trasero que lo estaba volviendo loco. Los tacones de sus botas asomaban bajo la tela con cada paso que daba y sabía que la camisa blanca que cruzaba por delante por encima de su ombligo y a la espalda bajo la chaqueta de punto, estaría abrazando

unos pechos que llenaban a la perfección sus manos. Su pene se tensó ante el recuerdo de la noche compartida la cual esperaba poder repetir pronto. Ella despertó en sus brazos con una sensualidad suave y cariñosa, aderezada por su natural curiosidad que hacía sus interludios difíciles de olvidar. Gracias a los dioses por los pequeños favores.

—Shayler —lo llamó desde uno de los puestos. Se había dado la vuelta hacia él y sostenía en sus manos una maceta de cerámica de varios colores—. ¿Qué te parece? ¿Crees que cogerá el cactus?

Él la contempló con una de las manos en el bolsillo y la otra sosteniendo la correa de Horus.

—¿El cactus? —frunció el ceño sin saber de qué le estaba hablando.

Ella pareció sorprenderse durante un instante y luego sonrió, con esa mirada hechicera que prometía una de sus ingeniosas respuestas.

—Sí, ya sabes, esa cosita verde con pequeños pinchos que casualmente pertenece al género de las plantas —le dijo con sutil inocencia, arrancando una risita al hombre del puesto de artesanía que los miraba.

—Sé lo que es un cactus, amor, gracias —le respondió con diversión.

Ella se volvió hacia el puesto y señaló varias de las piezas expuestas.

—¿Y aquella? —le señaló una maceta en tonos dorados y marrones—. No parece ser mucho más grande.

Su mirada fue a donde le indicaba y se encogió de hombros.

—La que tienes en las manos es llamativa, sin duda —aceptó.

Dryah examinó cuidadosamente la maceta y finalmente asintió, inclinándose hacia delante para enseñársela al perro. Shayler disfrutó de una de las vistas más dulces del día en el proceso.

—¿Tú qué dices Horus?

El perro dio un único ladrido en respuesta y movió la cola.

—Pues esta entonces —asintió devolviéndosela al vendedor para que la envolviese bien mientras echaba mano del pequeño bolso que llevaba cruzado y hurgaba en su interior. Si bien no desconocía el arte del pago, todavía le costaba relacionar el precio con el tema de lo barato y lo caro.

—Son seis dólares, señorita. —El vendedor le entregó el artículo escogido perfectamente envuelta y en una bolsa de papel.

Antes de que ella consiguiese localizar su cartera, Shayler ya había pagado al vendedor y recogido el cambio. Ella lo miró con un puchero.

—Quería hacerlo yo —se quejó con un precioso puchero. Señor, que ganas de besarla.

—Ya tendrás oportunidad de hacerlo más adelante —le hizo un guiño.

Ella sacudió la cabeza y con una sonrisa se despidió del vendedor para continuar con su exploración.

—Este sitio es precioso, es una pena que esté tan lejos de casa.

—En realidad no está a más de un salto —le recordó con una conocedora sonrisa—. Tenía que tener sus ventajas el ser quienes somos, no todo iban a ser impedimentos.

—Creo que me gusta más que el metro —confesó ella con absoluta rotundidad haciéndole sonreír.

No hacía falta ni que se lo jurara, él mismo había podido comprobar la rigidez que la envolvía cuando se veía en medio de una marea de gente, tendía a pegarse a él en busca de refugio y seguridad en esos momentos. Shayler acarició la cabeza de Horus quien permanecía absolutamente en silencio a su lado, caminando a su paso y deteniéndose al mismo tiempo que

él, su inteligencia podía rivalizar tranquilamente con la de un humano, al igual que su entendimiento.

—Se la ve feliz, ¿verdad? —susurró al perro quien gimoteó en respuesta.

En realidad, brillaba con luz propia, la sombra que había estado envolviéndolos días atrás había desaparecido así como la tensión de esa misma mañana; para que luego dijeran que el sexo no era terapéutico. Guardándose ese comentario para sí mismo se detuvo detrás de Dryah la cual estaba mirando un nuevo puesto. La comerciante, una mujer de edad avanzada, con un hermoso rostro y cálida mirada le sonrió e inclinó la cabeza a modo de saludo, Shayler correspondió a su saludo y observó la exposición por encima del hombro de ella: Era una exposición de piezas de cristal engarzadas en plata y otras piedras semipreciosas o minerales. Entre toda aquella variedad hubo una pieza que llamó su atención; un pequeño colgante en forma de dos alas de ángel. Las plumas estaban ribeteadas con hilo plateado y el conjunto iba unido a una placa de nácar en forma de rombo. Las manos de ambos acabaron chocando sobre la misma pieza.

Dryah echó la mano atrás ante la pequeña descarga eléctrica que recibió con su contacto, sus ojos se alzaron inmediatamente para encontrar la mirada azul de su compañero quien la observaba con su usual interrogación. Sus mejillas se tiñeron de rojo. Él tomó la pieza y la alzó para que ella pudiera verla también. El pequeño medallón venía colgado en una cadena plateada y el hilo que bordaba las plumas brillaba a través del cristal como si le diesen movimiento. Era un finísimo trabajo de artesanía.

—¿Hermoso, no es cierto? —Habló la artesana, sonriéndoles a ambos—. Está hecho en cristal tallado, si os fijáis bien podéis ver las líneas de las plumas. El cordón que lleva es de plata, pero también lo hay en oro, si preferís.

Shayler sonrió con calidez a la mujer, quien le correspondió.

—Pruébaselo, así veréis como queda realmente —le sugirió la vendedora.

Él buscó la mirada de Dryah pidiendo su permiso y le colocó el colgante alrededor del cuello permitiendo que éste cayese hasta unos centímetros más arriba de la uve de sus pechos. La pieza destacaba suavemente sobre la piel clara, realmente le quedaba perfecto.

—Le queda perfecto, señorita —aseguró la mujer y sacó un pequeño espejo de debajo de la mesa—. Mírese.

Ella se giró hacia el espejo y contempló el colgante que lucía sobre su piel quedándose atrapada por la suave luz de sus destellos. Este tenía el mismo brillo de…

—Un alma —susurró en voz alta y alzó la mirada hacia él, en sus ojos reflejaban su misma opinión.

Él asintió.

—Mi alma —le sonrió con calidez, su mirada diciendo todo aquello que las palabras no podían expresar.

La mujer pasó la mirada de uno a otro y sonrió al ver a la enamorada pareja.

—Tenéis la cadena también en dorado.

Dryah sacudió la cabeza.

—No, así es perfecto.

Shayler asintió y se volvió hacia la mujer.

—¿Acepta tarjeta?

—Por supuesto —asintió la mujer y procedió a cobrarle su compra.

Ella se llevó la mano al colgante y tiró de la manga de la chaqueta de Shayler con la otra.

—Gracias —le dijo antes de tirar de él hacia abajo y depositar un beso en su mejilla.

Él le acarició el rostro con los nudillos.

—Si llego a saber que iba a ver esa sonrisa en tu rostro, hace mucho tiempo que te habría hecho un regalo.

Ella sonrió con timidez y apartó la mirada, soltándole en el proceso.

—Aquí tiene, joven —la mujer le tendió el recibo para que lo firmara y le devolvió la tarjeta y la copia del papel. Entonces los miró a ambos y les sonrió con calidez—. Hacéis una pareja realmente bonita. Os deseo mucha felicidad.

Ella se puso roja como un tomate y balbuceó un gracias, mientras él asentía hacia la mujer y rodeaba la cintura de la chica con el brazo cambiando a Horus de mano.

—Gracias —aceptó Shayler volviéndose con Dryah a su lado.

Dryah se volvió hacia atrás y se despidió de la mujer con la mano.

—Era una mujer agradable —aceptó acariciando su nuevo colgante.

—Y espero que notaras que no he ligado con ella —le dijo él con repentina seriedad.

Aquello hizo reír tanto a Dryah que empezaron a dolerle las costillas.

—Dioses, Shay, eso sería demasiado incluso para ti —aseguró entre risas—. Al final va a ser verdad eso que dicen de los hombres…

Él la contempló, era agradable verla tan animada.

—¿Y eso qué sería, bonita?

—Cuando darán el próximo partido de la *Super Bowl*… lo que quiera que sea eso.

Ahora fue su turno de echarse a reír con ganas.

—Dryah, eso quizás lo piensen los hombres que no tienes a una preciosidad como tú a su lado —aseguró de buen humor—, yo difícilmente puedo pensar en otra cosa que no seas tú… desnuda… y entre las sábanas.

Ella asintió pacientemente.

—Sí, eso es la segunda cosa en la que pensáis todos —aseguró con total convicción arrancando una nueva carcajada de su compañero.

El ascensor parecía no subir con la premura que requería, o quizás fuera su impaciencia la que hacía que el tiempo pasase cada vez más despacio. Desde que había recibido la visita de Tarsis se había notado más nerviosa, su conexión con la Fuente se había limitado a frustrantes sesiones en las que no conseguía ni un único vislumbre, las visiones que tuvo al principio no hacían si no repetirse cada vez que cerraba los ojos y nada cambiaba; el desenlace seguía siendo el mismo. La pequeña hembra iba a ser la destrucción de todos ellos, pero no se trataba sólo de los Guardianes, no podía dejar de ver la expresión de desolación en los ojos de su Juez cuando la sostenía en sus brazos en aquella visión, cuando sostenía su cuerpo inerte. La muchacha que ostentaba el *Libre Albedrío* estaba destinada a morir en sus brazos y aquello sin duda acabaría con él.

Malditos fueran los dioses y la mismísima Fuente, la pequeña niña rubia sería la ruina para todos ellos y ninguno parecía, o no quería, darse cuenta de ello.

Las puertas se abrieron ante la recepción del despacho, había preferido no venir, de nada iba a servir el que repitiera lo que ya les había comunicado hasta la saciedad pero no podía darles la espalda, eran sus hermanos y les gustara o no, ella era uno de ellos.

—Diablos, se ha desatado un cataclismo, ¿verdad? —la recibió Lyon desde su esquina en la que tenía montada la sala de seguridad de todo el edificio. El gigante era un enamorado no sólo de las armas, sino también de los equipos informáticos—. Déjame adivinar… has tenido una visión en la que tu esmalte favorito de uñas se agotaba.

Bien, quizás no le importara darle la espalda a este hombre en particular. Desde que se

conocieron, de eso hacía ya demasiado tiempo como para recordarlo, sus intercambios eran un continuo ir y venir de dardos envenenados. Incluso hubo una época en la que incluso llegó a creer que se sentía atraída por ese neandertal, afortunadamente había llegado Shayler a su vida para hacerle ver lo equivocada que estaba. Sin embargo, ese periodo de felicidad se truncó por completo el mismo día en que siguiendo las órdenes de su Oráculo, había entregado al joven guerrero el cargo de Juez Supremo al que estaba destinado desde su mismo nacimiento.

Haciendo esos pensamientos a un lado, fijó sus fieros ojos verdes sobre aquella masa de músculo y se tomó un instante para mirarlo de arriba abajo.

—¿Otra vez abusando de los esteroides, Lyonel?

Lyon apretó los dientes ante la mención de su nombre completo.

—¿Y tú por fin has dejado el alcohol? Sabes lo que produce eso en tus alterados nervios —le dijo antes de darle nuevamente la espalda para centrarse en la pantalla del ordenador.

Uras puso los ojos en blanco y recorrió la sala con la mirada, la puerta de la oficina de Shayler estaba abierta.

—¿No hay nadie?

Él encogió sus enormes hombros.

—Por suerte para los demás —respondió con ironía—. Si venías a llorarle a John, no está. Se está ocupando de un par de casos ya que Shayler está alargando sus vacaciones y convirtiéndolas en una bonita luna de miel con su nueva adquisición. Es una beldad, por cierto y tengo que admitir que su ingenio es refrescante.

Ella sintió una punzada directa al corazón, pero no dijo nada.

—Deduzco por tus palabras, que sigue con ella.

—Si por ella te refieres a Dryah, sí, yo diría que ni el pegamento extra fuerte les haría justicia —aseguró mientras oprimía algunas teclas en el panel que tenía frente a él—. Y sabes qué, me alegro, el muchacho se merece un poco de felicidad después de sus experiencias con las zorras sin escrúpulos con las que se ha visto envuelto, ya sabes lo que quiero decir.

La mujer hizo lo posible por ignorar su comentario, de hecho, siempre había sido una experta en oír solamente lo que quería oír viniendo del hombre que tenía ante ella, pero hoy ese arte parecía eludirla al igual que muchas otras cosas. El aguijón de sus palabras hizo mella.

—Ella está maldita, Lyon. Y está arrastrando a Shayler en el proceso —murmuró, necesitando hacer un último intento.

—Ur, con sinceridad, no dudo de lo que hayas visto en tu visión, estaría loco si lo hiciera —aceptó el guerrero volviéndose hacia ella en su silla—. Y no dudo tampoco de que antes o después esa profecía que has vaticinado se cumpla. Si tenemos que irnos a la mierda, es algo que haremos antes o después, así que… mientras tanto, si nuestro Juez quiere bailar con el diablo, que se marque un buen tango, al menos estará satisfecho cuando tenga que enfrentarse al Fin de los Tiempos.

Ella sacudió la cabeza, no valía la pena gastar saliva donde no la iban a escuchar.

—No se trata sólo de Shayler, Lyon —concluyó—. Se trata de todos nosotros.

Él se encogió de hombros.

—En lo que a mí concierne, lo que tenga que venir llegará en algún momento Ur, si ha de pillarme sentado comprobando los circuitos de la instalación del edificio o sacando brillo a mis armas eso ya me da igual, después de todo, ¿quién quiere vivir para siempre?

Uras no respondió, se limitó a mirar nuevamente a su alrededor y finalmente al hombre.

—Ninguno os lo estáis tomando en serio y La Fuente sabe que yo no me lo he inventado —rezongó en un bajo murmullo antes de volverse hacia la puerta—. La Profecía se cumplirá,

Lyon, no sé el momento exacto ni bajo qué circunstancias, pero lo que he visto, se cumplirá.

Él se levantó para verla marchar.

—En ese caso, esperemos que nos encuentre a todos de pie y en el bando correcto —aseguró al tiempo que se cruzaba de brazos.

—Sí, esperémoslo.

Con un leve asentimiento de cabeza, Uras dio media vuelta y salió por la puerta, algo le decía que el final se estaba acercando, el donde fuera a encontrarla dicho desenlace, era algo que ni siquiera ella podía prever.

La luz del camión de bomberos que se habían encargado de la extensión del incendio producido en el antiguo edificio de viviendas a primera hora de la mañana seguía dando vueltas reflejándose en aquel momento en las oscurecidas paredes manchadas de hollín. Las ventanas de la cuarta planta parecían ser las más afectadas, unas ligeras columnas de humo blanco salían por dos de los ventanales rotos que continuaban siendo regados por las mangueras de los bomberos para enfriar la estructura. Afortunadamente, los desperfectos parecían afectar únicamente a esa parte del edificio. El fuego se había originado probablemente por una sartén dejada al fuego o una olla que se hubiese derramado alcanzando alguna cosa inflamable. Como escuchó decir a los bomberos y la patrulla de policía que se hicieron cargo del desalojo del edificio, era una suerte que hubiesen saltado las alarmas a tiempo o de lo contrario el episodio podría haber dejado más desperfectos que una cocina destrozada.

Nyxx agudizó la mirada y buscó entre las personas que habían sido desalojadas a la única humana que realmente le interesaba encontrar. Había llegado tan pronto como el viejo sistema de alarmas de incendio del edificio se puso en marcha avisando directamente al parque de bomberos más cercano. En los últimos días se había encontrado a si mismo recabando información sobre la estructura de aquel destartalado edificio, sobre sus posibles sistemas de seguridad, los cuales eran prácticamente inexistentes dado la antigüedad de este, y cualquier dato que pudiera ser de interés para él. Todo aquello era una completa locura, pero esa humana que salvó de acabar bajo las ruedas del coche se había convertido en una obsesión, algo en ella le impelía a permanecer cerca, a vigilarla siempre desde las sombras y no podía explicarse el motivo.

Lluvia. Ese era su nombre. Uno poco común. Ella no había aparecido entre la gente que fue desalojada del edificio, estaba claro que no estaba en su piso, algo que él mismo se encargó de comprobar. Era extraño puesto que la mujer no solía pasar la noche fuera ni tampoco salía a una hora tan temprana.

—¿Dónde diablos estás, Lluvia? —murmuró para sí mientras oteaba el aire el cual sólo traía consigo el aroma de humo.

Entonces, una gastada falda de algodón en tonos rosas y morados atrajo su atención cruzando a un lado del camión de bomberos así como el repentino aroma a té verde que siempre la acompañaba.

—Ahí estás —respiró al verla y dejó escapar el aire que no había notado ni que estaba conteniendo.

En la mirada de ella se barajaba la sorpresa y el desconcierto a medida que se acercaba a la multitud y decía algo a uno de los bomberos que intentaban cortarle el paso, el hombre respondió con un asentimiento y señaló con el dedo hacia arriba. Ella perdió el color y dejó caer al suelo la bolsa de papel marrón que había estado abrazando, su contenido se derramó por el suelo mezclándose con el agua y la espuma que utilizaron en la extinción del incendio.

Un profundo gruñido escapó desde su garganta, un sonido animal de advertencia cuando vio que el bombero le indicaba el grupo de vecinos y ella se movía lentamente hacia ellos olvidando por completo su carga. Una mujer la interceptó, Nyxx la reconoció como la inquilina del piso contiguo al de la chica y se relajó cuando la vio haciendo una serie de gestos con la mano hacia ella obteniendo su asentimiento.

Permaneció allí, mirándola, hasta que los bomberos les dijeron que era seguro que entraran en sus viviendas. Los daños se habían limitado a la cocina y a los electrodomésticos que había en su interior, ni la estructura del viejo edificio ni los apartamentos adyacentes habían sufrido daños de consideración. Con todo, él no estaba conforme, el edificio era lo suficientemente viejo para caerse por su propio peso, por otro lado, no era como si pudiera hacer algo al respecto. Era un Cazador de Almas y uno maldito no alguien anónimo a quien conocías en la calle y con el que podías entablar una amistad o algo más. Lo mejor que podía hacer era mantenerse alejado de ella, aunque eso empezara a resultar cada vez más difícil.

Suspirando profundamente dio la espalda al edificio y se preparó para el encuentro con su jefe, no dudaba que Seybin tuviese algo importante que decirle si seguía preguntando por él con tanta insistencia.

Dryah se movió inquieta, pegándose cada vez más a él buscando un apoyo en el que aliviar un poco el dolor de sus pies. Si el ascensor no era algo que le gustara demasiado, el que además le dolieran los pies estaba minando con las pocas energías que le quedaban después del extenso recorrido que habían hecho a lo largo del día. No estaba acostumbrada a utilizar ese tipo de calzado, los cómodos aunque altos botines no era adecuados para hacer largas caminatas, a esas horas de la tarde ya le dolían los dedos y parte baja del talón, añoraba poder sentarse, o mejor aún, descalzarse.

—Sólo quedan un par de pisos más, ¿crees poder aguantar en pie hasta entonces? —la pinchó él pensando que su nerviosismo era por estar encerrada en un sitio estrecho y cerrado. Vale, en cierto modo eso también contribuía, pero ahora mismo, lo que captaba toda su atención eran sus pobres pies.

—En pie no lo sé, me duelen los tobillos y los dedos, quiero sentarme —se quejó levantando uno de sus pies en un intento de aliviar un poco el dolor—. Recuérdame que no me ponga tacones altos cuando se me ocurra la feliz idea de caminar y caminar y seguir caminando.

Él bajó la mirada a los pies calzados con unos botines blancos atados al tobillo, los altos tacones le otorgaban unos buenos ocho centímetros de altura a la muchacha. Nunca había entendido por qué las mujeres insistían en torturarse andando sobre ese tipo de calzado.

—Quítatelas —le sugirió mirándola ahora a ella—. Si te hacen daño, estarás más cómoda descalza. Te dejaré unos calcetines para que puedas corretear por el piso una vez que estemos arriba.

Dryah arqueó una ceja en respuesta.

—¿Corretear por el piso? —repitió con una divertida sonrisa—. ¿Te parezco un perrito?

Él devolvió la sonrisa y le acarició la nariz.

—¿No es eso lo que haces en tu casa? Correteas del sofá a la cocina y de ahí al dormitorio con unos gruesos calcetines.

Hizo una mueca al escuchar la verdad en sus palabras.

—En realidad son unas zapatillas —replicó pensativa—. Tienen unos puntitos por la parte de abajo para que no se deslicen, o eso es lo que ponía la caja.

—Sé lo que son, cielo —sonrió al tiempo que negaba con la cabeza—. Y no, no me

pareces en absoluto un perro… un gato, quizás… pero definitivamente no un perro.

Ella vaciló.

—¿Debo tomarme eso como un cumplido? —sugirió sin estar muy convencida de ello.

Él se inclinó sobre ella y la besó en la boca. Un suave y breve beso.

—Decididamente, es un cumplido —aseguró y acarició el colgante que llevaba al cuello con las yemas de sus dedos. Dryah se estremeció ante el contacto de su piel y bajó la mirada a sus pies, en un intento de relajarse.

—Me encantan estas botas, son cómodas, pero no tanto como para hacer una larga caminata.

El ascensor dio un imperceptible bote al detenerse en el piso indicado haciendo que ella se olvidase de sus cansados pies y volviese a concentrarse nuevamente en su nerviosismo en el interior de aquellos cubículos. Shayler le rodeó la cintura con el brazo y la hizo salir delante de él cuando las puertas se abrieron dando paso a un amplio recibidor. Una larga alfombra del color de la arena mojada cubría el suelo de madera de un lado a otro del extenso pasillo, un par de plantas que pedían agua a gritos se alzaban a ambos lados de una puerta de doble hoja de madera de castaño con incrustaciones doradas cuya cerradura electrónica se situaba a un lateral de la pared a la altura adecuada para el Juez. El pasillo estaba bien iluminado por unas lámparas adosadas a las paredes y un par de cuadros reproducían unos alegres paisajes dándole un aspecto suave y hogareño y ligeramente informal.

Shayler tecleó rápidamente una clave en la cerradura y las puertas se abrieron.

—Bienvenida a mi humilde morada —le dijo al tiempo que se hacía a un lado y la invitaba a pasar. Horus se adelantó a ambos colándose entre las piernas de los dos hacia el interior del apartamento.

—Creo que alguien tenía prisa por volver a casa —comentó con diversión.

—Echaba de menos su cama —le dijo él y chasqueó la lengua al ver que cambiaba su peso de un pie a otro continuamente—. ¿Te vas a quitar las botas o te las quito yo?

Ella puso los ojos en blanco y se agachó para desabrochar las cintas que cerraban los botines en sus tobillos y tiró de la cremallera. Shayler la contempló mientras se quitaba el otro y una vez descalza cogía ambos zapatos y se arremangaba ligeramente la falda, la cual sin los centímetros extra de los tacones caía por debajo de sus tobillos. Era un gesto absolutamente inocente, pero en su fogosa mente empezaba a encontrarle todo tipo de significados y oportunidades. Ciertamente, estaba metido en un buen lío.

—¿Mejor?

Ella suspiro de placentero alivio.

—Muchísimo mejor —murmuró, su voz suave y sensual, envió un estremecimiento por todo él.

Durante todo el día no hizo sino pensar en la noche anterior, en lo fantástica que había sido y en lo mucho que se moría por volver a repetir la experiencia. La deseaba como nunca, se moría de ganas por arrancarle la ropa y explorar su cuerpo, volver a saborear esos turgentes pechos, un buen plan de no ser por el pequeño detalle de que ella requería algo más de preparación, suavidad y más paciencia de la que parecía reunir en aquellos momentos.

Había logrado convencerla para que fueran a cenar a su piso, en vez de volver directamente a su nuevo hogar, esperaba poder relajarse en territorio conocido y qué diablos, allí no le invadían los recuerdos que sabía entrarían en acción en cuanto viera la habitación donde se la había tirado o el baño en el que disfrutaron de una agradable y erótica ducha conjunta. Necesitaba la cabeza fría y que el bulto en sus pantalones dejase de palpitar creándole la más

rabiosa de las necesidades.

—Vamos a dentro, podrás sentarte en el sofá y descansar los pies.

Ella asintió y pasó delante de él internándose en el territorio del juez. Por algún motivo el estar aquí la hacía sentirse casi tan nerviosa como lo había estado esa misma mañana, cada pared, cada mueble de aquel lugar emanaba el mismo poder que su dueño haciéndola sentirse desvalida en comparación, insegura. Nada más traspasar las puertas, se encontró con un amplio salón decorado en tonos verdes y marrones, un enorme sofá en forma de ele de un estilo parecido al que vio en la oficina dominaba una de las paredes, este estaba flanqueado por un par de mesas bajas de cristal y una lámpara de pie en una de las esquinas. En medio otra mesa de madera servía de soporte a varias carpetas, un par de libros y los mandos de la televisión LCD de cuarenta y dos pulgadas que dominaba la pared contraria. Varios muebles en forma de módulos rodeaban el aparato, en ellos había un equipo de música y una gran cantidad de CD y DVD en un lado y algunos manuscritos antiguos, libros sobre leyes y el código penal vigente, e incluso algún que otro libro de cocina y otros temas cubrían del suelo al techo al otro. Apoyados de forma desordenada había alguna que otra figurilla, fotos de Shayler con su madre o sus compañeros y un par de diplomas, uno de ellos su título de abogado.

Dos enormes ventanales permitían una perfecta vista de los edificios que rodeaban esa zona y del lado este de *Central Park*, la luz que se habría colado ofreciendo plena claridad empezaba a perderse ahora ante la llegada del ocaso. Un par de cuadros con papiros egipcios decoraban también las paredes.

—¿Has leído todo eso? —preguntó caminando hacia la pequeña biblioteca. Sus dedos acariciaron los lomos de algunos viejos libros, leyendo títulos de obras antiguas, especializadas o alguno de los más recientes *bestsellers*.

—Sí, algunos de ellos varias veces —aceptó contemplándola. El tenerla allí, el verla así acariciando sus cosas le parecía un sueño en vez de la afortunada realidad—. Hay otra estantería en el dormitorio y otros cuantos guardados en aquel arcón que ves allí. Me gusta leer.

—Ya lo veo —aceptó volviéndose hacia él con renovado nerviosismo. Las botas fuertemente apretadas contra su estómago—. Es un lugar agradable.

—Es amplio —aceptó mirando a su alrededor para luego mirarla a ella—. ¿Quieres beber algo? Me temo que el té no entra entre mis gustos, pero podríamos conseguir algo decente en la nevera.

Ella se encogió de hombros, podía notar como le hormigueaba la piel y le sudaban las palmas, así como se iba formando un incómodo nudo en el estómago.

—¿Agua? —sugirió intentando una sonrisa.

Él la miró y dejó escapar un lento suspiro.

—Vamos a hacer una cosa —le dijo quitándole las botas y dejándolas a un lado, para volver a ella y tomarle de ambas manos—. Vas a mirarme a los ojos, a respirar profundamente y luego soltar el aire muy lentamente.

—No sé si… —empezó a temblar.

—*Shh*, mírame y respira profundamente —le habló con suavidad al notar sus manos apretando cada vez más las de él—. Recuerda lo que hemos hablado esta mañana, no voy a hacer nada que tú no quieras que haga, estaré a tu lado siempre que lo necesites pero si me dices que no, es no.

Ella asintió recordando sus palabras e hizo lo que le pidió, respiró profundamente y soltó el aire muy despacio, pero el nudo seguía creciendo y creciendo.

—Eso es —la acercó muy lentamente a él—. Respira profundamente.

—Shayler… —su nerviosismo iba en aumento—. No… no funciona… no puedo…

Él la fue atrayendo lentamente hacia él, hasta tenerla completamente en sus brazos.

—Estás teniendo una crisis de ansiedad, nena… respira —le susurró al oído, mientras le frotaba suavemente la espalda, sosteniéndola en sus brazos pero sin apretarla, dejándole el espacio que necesitaba—. No pasa nada, estoy aquí contigo y tenemos todo el tiempo del mundo.

Ella cerró los ojos y se concentró en respirar, aspirando el picante aroma masculino y llenando sus pulmones del aire que parecía no poder encontrar, las cálidas manos en su espalda la calmaban haciendo que su corazón bajase el frenético ritmo de sus latidos.

—Respira tranquilamente —le habló con ternura—, todo irá bien.

Ella sacudió la cabeza, temblando entre sus brazos, sintiendo como sus manos empezaban a hormiguear.

—Necesito aire —jadeó empezando a hiperventilar.

—Voy a llevarte a la azotea, ¿ok? —le susurró al oído—. Estarás al aire libre.

Ella asintió, en un abrir y cerrar de ojos pudo notar el suave viento contra su rostro y su espalda, frío y refrescante, poco a poco empezó a separarse de él, los ojos cerrados respirando profundamente.

—Lo siento —farfulló obligándose a respirar profundamente.

—No es culpa tuya —respondió permaneciendo cerca de ella—. Tú y yo llevamos un ritmo distinto y yo tengo que adaptarme a él, eso es todo.

Ella alzó la mirada y negó con la cabeza.

—No eres tú, Shayler, es solo que… necesito tiempo… adaptarme —aceptó vacilando en sus palabras, pero sonando absolutamente sincera. Sus mejillas adquirieron un saludable tono rojizo—. Tengo miedo de perderme por el camino con todo yendo tan deprisa.

Él le cogió la mano y se la llevó a los labios, besando sus nudillos antes de inclinarse hacia ella, buscando quedar al mismo nivel de su mirada.

—No permitiría que te perdieses nada —le aseguró mirándola directamente a los ojos—. Si necesitas más tiempo, encontraremos ese tiempo, si necesitas ir despacio iremos más despacio, no hay por qué apresurarse.

Ella asintió.

—Lo siento de veras, esto… se me escapa de las manos —resopló—. Me siento arrastrada en varias direcciones y no puedo hacer nada para detenerme o girar. No sé si me estrellaré contra un muro haciéndome pedazos o lo atravesaré como si fuera una cortina de agua.

Dryah se rodeó con los brazos y empezó a examinar el lugar a su alrededor. La azotea había sido convertida en un cómodo y hogareño cenador, todo el perímetro estaba cercado por una tarima de madera y robusto cristal, algunas de ellas cubiertas por enredadera natural, que junto a algunas macetas con arbustos y flores formaban un pequeño jardín en miniatura. Parte del suelo estaba cubierto por láminas de duro parqué imitando el color del césped, ésa era la única parte que permanecía a cubierto por el enorme cenador de seis postes cuyas cortinas albergaban una pequeña mesa de cristal y unas sillas de hierro forjado protegidas por unos mullidos cojines. Bajó los brazos y acarició con los dedos las cortinas recogidas admirando el bonito rincón que había sido creado en un lugar tan insólito. Volvió la mirada hacia él y le dedicó una triste sonrisa.

—Lo siento, ayer todo fue tan… perfecto y hoy yo… lo estoy estropeando todo —murmuró llevándose las manos a la espalda y balanceándose sobre sus pies desnudos—. No fuiste demasiado afortunado en el reparto de compañeras predestinadas al emparejarte conmigo.

Él sacudió la cabeza y caminó lentamente hacia ella, sus manos cómodamente metidas en

los bolsillos.

—Bueno, eras tú… o una inuit y teniendo en cuenta el frío que hace por Alaska, el haberme emparejado con una esquimal, sí habría sido un auténtico coñazo —le respondió en un intento por quitarle importancia a todo aquello—. Así que, el haber terminado con una pequeña muchacha, descalza y en mi azotea no lo considero un mal trueque, es más, creo que he ganado bastante con el cambio.

Ella no pudo si no sonreír ante tal explicación.

—Sí, viéndolo así, sí has ganado con el cambio —aceptó caminando hacia el cenador, donde sus pies estaban a salvo de congelarse por el helado suelo—. Sabes, creo que ahora sí podría querer utilizar esos calcetines que mencionaste.

Él puso los ojos en blanco y sacudió la cabeza, entonces extendió la mano hacia ella y en un abrir y cerrar de ojos sus pies calzaban unas cómodas bailarinas.

—¿No pudiste hacer esto mismo cuando empecé a quejarme de mis pies? —preguntó señalando dicha parte con los dedos índice de cada mano.

Él se encogió de hombros con inocencia.

—Entonces me habría perdido la diversión de verte cambiar de pie una y otra vez.

—Sabes, podría ser una buena idea que me enseñaras a hacer estas cosas —aceptó con repentino interés—. Podría ahorrarme mucho tiempo.

Él se echó a reír.

—Estoy seguro que podría ahorrarnos mucho tiempo a ambos.

—Hablaba de vestirme, no de desvestirme, Juez —aseguró con un divertido bufido.

Él arqueó una ceja ante su respuesta.

—¿Volvemos a los viejos hábitos?

Ella puso los ojos en blanco.

—No me dejarías olvidarlo aunque quisiera.

Dryah respiró profundamente y soltó el aire, el hormigueo en sus manos había desaparecido y podía respirar con normalidad sin esa sensación de opresión en el pecho que la sofocaba.

—Este lugar es agradable —murmuró observando las sillas a cada lado de la mesa—. ¿Podemos quedarnos aquí? Aunque sea un rato

Él la acompañó.

—¿No tienes frío? —sugirió echando un vistazo a su alrededor, el cielo estaba despejado y lo más seguro era que empezase a helar de un momento a otro.

—No, estoy bien —aceptó alzando la mirada más allá de él hacia las estrellas que empezaban a aparecer a medida que el cielo se iba oscureciendo para dar paso a la noche—. La noche es agradable, no hace tanto frío.

Él siguió su mirada y contempló el cielo que iba perdiendo su color anaranjado, permitiendo que la oscuridad ocupara su lugar, la noche había empezado a colarse dejando ver ya algunos puntos de luz en el firmamento, pero la temperatura era todavía agradable.

—Es tu elección —le respondió con un ligero encogimiento de hombros—. Como más cómoda te encuentres.

Asintió y alzó nuevamente la mirada al cielo nocturno, estirando una mano como si pudiese acariciar el firmamento.

—Ha habido momentos en los que quise ser una de ellas.

Él siguió su mirada y la dirección extendida de su brazo.

—Una de esas almas errantes que iluminan desde el cielo a aquellos que dejan atrás.

Shayler notó el tono de nostalgia en su voz, pero más allá de eso sus emociones estaban en paz, calmada.

—Eidryen me dijo una vez que cuando los dioses todavía caminaban entre la humanidad y se confundían con ellos, existía la creencia que cada alma que abandonaba este mundo alcanzaba el cielo y brillaba para iluminar el camino de los que todavía quedaban atrás. Un brillante recordatorio de que no estarían solos en la eternidad.

Él la miró con intensidad.

—¿Todavía anhelas ese destino?

Ella bajó la mirada y buscó la de él.

—No —respondió con sinceridad—. Ahora quiero estar aquí, así, e intentar hacer de mi vida algo que tenga sentido… con lo cual no sé dónde entras tú, porque si bien te quiero en ella, el sentido en ello es nulo.

Asintió conforme.

—En eso estamos de acuerdo.

Ella frunció el ceño y sonrió con ironía.

—¿En qué no tienes sentido alguno?

Shayler esbozó una sincera sonrisa y negó con la cabeza.

—En que me quieras en tu vida —le recordó con sensual calidez—. Porque yo sé que no quiero vivir sin ti en la mía.

Dryah respiró profundamente y sonrió, aquellas palabras significaban mucho más de lo que él pensaba o ella misma comprendía.

—¿Cenamos? —sugirió sentándose en una de las sillas.

Shayler sacó el teléfono del bolsillo trasero de su pantalón.

—¿Qué te apetece? —le preguntó mientras miraba el directorio.

—Pizza —sonrió con picardía.

Él puso los ojos en blanco.

—Me encanta tu romanticismo.

Ella se limitó a encogerse de hombros.

—Pues será el mismo que el tuyo ya que fuiste el que me descubrió la comida italiana —le recordó con una amplia sonrisa.

Él sacudió la cabeza y se dispuso a pedir pizza para los dos.

CAPÍTULO 28

La pizza terminó acompañada por una ensalada improvisada en unos minutos por los dos aspirantes a chef de cocina. Dryah había acompañado a Shayler de regreso al piso el cual apenas estaba a dos tramos de escaleras de la azotea, curiosamente, se accedía desde el interior de la vivienda, convirtiéndose en su refugio privado. Mientras él recogía las pizzas y pagaba al repartidor, ella se encargó de registrar la nevera en busca de bebida y cualquier cosa que le apeteciese. Se había sorprendido al ver la cantidad de recipientes plásticos en los que había sobras de comida, alguna de las cuales parecían formar incluso su propio ecosistema. Antes de darse cuenta, llenaba el cubo de la basura con los desperdicios, dejado los recipientes en el fregadero y rescatado algunas cosas con las que él sugirió hacer una ensalada. La habilidad del Juez para improvisar era realmente única, en pocos minutos había conseguido meter en un bol ingredientes de los que no estaba muy segura si fuesen bien juntos, para finalmente aliñar la mezcla y subirla en unas bandejas junto con las pizzas que pidieron.

La cena resultó ser de lo más agradable y divertida, se encontró riendo a menudo con las escenas que le relataba sobre su infancia o sus aventuras con su hermano y compañeros. Toda la tensión que estuvo acumulando empezó a desaparecer ante la comodidad y calidez que encontraba en su compañía y el postre acabó encontrándolos a ambos cómodamente arropados en un amplio balancín a juego con las sillas, con una tarrina de litro de helado de chocolate y dos cucharas.

—…y entonces John apostó que no sería capaz de hacerlo —le contaba él mientras hundía la cuchara en el bol del helado frente a ella.

—A ver… espera, espera —murmuró lamiendo el chocolate de su cuchara, antes de sonreír y asegurar—. ¿De veras lo hiciste?

Él se llevó la cuchara de helado a la boca y asintió.

—Tengo que admitir que no fue algo fácil, pero sí, al mediodía, los calzones del pobre señor Smith con las caricaturas de unos osos, quedó colgado y ondeando del mástil de la bandera de la universidad —respondió alzando la cuchara con orgullo—. Aún hoy se preguntan quién logró tal hazaña.

—Oh, pobre profesor —se rio recostada entre sus brazos, con la tarrina de helado delante de ella.

—Pobres sus alumnos —la corrigió lamiendo su propia cuchara—. Intenta aprenderte todo el Código Penal de memoria en tres días… ese hombre no era un profesor, era un torturador.

—¿Te lo aprendiste? —preguntó alzando la mirada hacia él.

—Digamos que una parte la memoricé y la otra… hice trampa —respondió al tiempo que hacía girar la cuchara con picardía.

—No quiero saber cómo, de veras —sonrió removiéndose bajo la manta—. Eras terrible.

—Sólo era un universitario más —aseguró él haciéndole sitio para permitirle acomodarse mejor—. ¿Estás incómoda?

Ella sacudió la cabeza.

—No te muevas tanto. —Se acurrucó más contra él—. Eso es, así, perfecto.

Él se echó a reír.

—Me alegra servirte de colchón.

Ella puso los ojos en blanco pero no se movió.

—Tienes tanto de colchón, como yo le almohada —le dijo con diversión—. Nada de lo que hay ahora mismo debajo de mí es precisamente blando.

Shayler se echó a reír con ganas, arrancándole un ligero sonrojo a las mejillas de ella.

—Vaya, gracias, cielo, me alegra saberlo —se rio al tiempo que la abrazaba, ella podía notar como su cuerpo vibraba bajo el de ella.

Dryah echó la cabeza atrás y sonrió a su vez.

—No pongas en mi boca cosas que yo no he dicho, no me refería a esa clase de dureza, sinvergüenza.

Con el movimiento la tarrina de helado empezó a resbalar de su regazo, Dryah le echó las manos inmediatamente sólo para terminar con los dedos hundidos en el chocolate.

—*Arggg*… ¿Mira que has conseguido? —se quejó al tiempo que se incorporaba para dejar la tarrina a un lado. Sus dedos estaban pringados con el chocolate.

Él se ocupó pronto de solucionar el problema al coger su mano y llevarse los dedos uno por uno a la boca, chupando y lamiendo el chocolate de ellos y provocando un ramalazo de calor que la recorrió entera.

—Ah… —no sabía ni que decir.

Él le dedicó un guiño.

—Desde luego, acabas de dar un mejor uso al chocolate —comentó con voz ronca, sus ojos ligeramente brillantes.

Ella lo miró sorprendida, pero sonrió a pesar de todo.

—Yo…ah… supongo —respondió acariciándose los labios ante la sensación de la lengua que le lamía y succionaba dedos. Todo en ella había despertado ante tal erótica caricia y empezaba a sentirse sobrepasada por las turbulentas emociones en su interior—. Ah… sería mejor que volviésemos a dentro.

Intentó apartar a un lado la manta para ponerse en pie, pero él no le dejó. Le sujetó la mano de modo que tuviese que girarse hacia él para mirarle.

—No hay necesidad de que huyas de mí —le aseguró con voz suave, tierna.

Ella se lamió los labios.

—No estoy huyendo —negó rápidamente, entonces se mordió el labio inferior al notar la absoluta mentira en su voz.

Shayler suspiró y se movió, haciendo que el balancín oscilara ligeramente.

—Y tampoco hay necesidad de que me mientas —continuó y le acarició la nariz con la punta del dedo—. No quería que te sintieras incómoda, sólo estaba bromeando, como hemos estado haciéndolo toda la noche.

Ella cerró la boca y apartó la mirada, no sabía que decir.

—Dryah. —Le tomó la barbilla para alzarle el rostro—. No pasa nada, podemos volver a dentro si eso es lo que quieres. El salón está a nuestra disposición, podemos ver una película, lo que haga que te sientas más cómoda.

Ella suspiró y sacudió la cabeza, su mirada iba de él a la noche despejada, todo su interior vibraba con su cercanía y había estado perfectamente a gusto a su lado hasta que lo estropeó todo con sus revueltas emociones. Parecía una montaña rusa con tantos altibajos. Shayler se mostró amable y tierno y ella lo había estropeado todo.

Él posó su mano sobre la suya con suavidad, captando una vez más su atención.

—¿Vemos una peli? ¿Um?

Ella encontró su mirada e hizo una mueca.

—Soy única echando las cosas a perder, ¿eh? —musitó sin dejar de sostenerle la mirada.

Él negó con la cabeza.

—No más que yo —le aseguró, le apartó un mechón de pelo de los ojos con una pasada de los dedos—. ¿Vamos a dentro?

Ella respiró profundamente y negó con la cabeza.

—Quedémonos aquí un rato más —pidió y se obligó a volverse sobre el asiento haciendo que se balanceara—. Si es que esto no nos tira antes al suelo.

Shayler sonrió ante la mirada de desconfianza que vio en los ojos de ella cuando el balancín empezó a moverse, él tenía uno de los pies plantado en el suelo, evitando que se desplazaran más de lo debido.

—No te caerás al suelo, relájate —le sugirió extendiendo los brazos por encima del respaldo.

—Si pudiera lo habría hecho hace tiempo, de hecho es lo primero que hay en mi lista —farfulló acomodándose nuevamente cerca de él—. Pero es una lección que se me resiste.

—Ven aquí —la llamó con un dedo—. Te enseñaré una forma rápida y efectiva de relajarse.

Ella lo miró con desconfianza.

—¿Qué tienes en mente?

Una traviesa sonrisa cruzó por sus labios.

—No quieres saberlo, cariño.

Ella puso los ojos en blanco ante su respuesta, pero se acercó de todos modos.

—Que sepas que esto va en contra de mi buen sentido común —le dijo mientras se arrastraba hacia él. Casi de rodillas sobre el balancín, permitió que él la guiara hasta su regazo, sentándola sobre él con suavidad y arropando su espalda con el brazo para que no cayese y pudiera mirarla a la cara—. ¿Y ahora qué?

—Dímelo tú.

Ella frunció el ceño en respuesta.

—Estás tensa, nerviosa y también excitada —aseguró recorriendo el cuerpo femenino con la mirada—. Y un poco asustada.

Ella se enderezó y alzó la barbilla.

—No estoy asustada.

Shayler le acarició el pelo y siguió sus dedos con la mirada.

—Cautelosa, entonces.

Ella no respondió, pero se dejó ir contra el cuerpo de él.

—Vale, puede que un poco asustada.

Su asentimiento llegó seguido de una buena pregunta.

—¿Por qué? —continuó acariciándole el pelo de manera distraída.

Ella hizo una mueca, tomó aire y soltó todo de carrerilla.

—Porque sé perfectamente lo que quieres y no sé si yo también lo quiero —murmuró en tono bajo, casi de fastidio.

Él sonrió ante su tono.

—Aja —fue su única respuesta—. Yo también sé lo que quiero y eso eres tú, sin toda esa ropa en la que te escudas y tendida debajo de mí. O encima. O en cualquier forma y lugar que se nos ocurra.

Ella soltó un pequeño resoplido.

—Si piensas que voy a relajarme de esa manera, estás fallando estrepitosamente, Shayler

—le aseguró mientras cerraba los ojos y disfrutaba de la suave caricia de sus manos sobre su pelo.

—Por supuesto.

Sus ojos azules se abrieron de nuevo y cayeron sobre los de él.

—Estoy nerviosa —confesó.

Él asintió con la cabeza.

—Lo sé. —Fue toda la respuesta que recibió de él. Su mano se deslizó por su pelo, bajando por su cuello hasta recorrer el hombro y seguir perezosamente por su brazo.

Ella se relajó y no pudo evitar esbozar una sonrisa ante su placidez y tranquilidad.

—¿Hay algo que no sepas hacer? —le preguntó acariciando distraída uno de los botones de su camisa.

—En realidad sí.

Ella echó la cabeza atrás, contra su hombro y lo miró a los ojos.

—Vaya, una novedad.

Se inclinó hacia ella y le acarició la nariz con el dedo.

—¿Vas a dejar que te bese, te desnude y… lo que surja? —su pregunta fue directa, sin pretensiones y llena de ternura en cada una de sus palabras.

La respuesta surgió al instante, sin necesidad de pensarla.

—Sólo si consigues alejar todo lo demás y te quedas conmigo a cada paso —susurró en respuesta sin dejar de mirarle a los ojos—. Quizás deberías empezar por lograr que deje de temblar.

Él bajó el rostro hasta terminar frente contra frente.

—Alejaré lo que haga falta y no me separaré de ti —le prometió, entonces chasqueó la lengua al añadir de manera sexy y profunda—. Pero no voy a poder complacerte en esa segunda petición, tengo intención de hacerte temblar de deseo hasta que supliques.

Ella sonrió ante la picardía y decisión que escuchó en su voz.

—¿Podemos ir despacio esta vez? —pidió con un repentino estremecimiento de anticipación.

Él le besó la punta de la nariz.

—Podemos intentarlo —aceptó y tiró de su cuerpo hacia abajo, acomodándola sobre el delgado colchón que daba asiento al balancín. Apoyó con firmeza una pierna en el suelo para mantener el columpio estable antes de volver a su boca y besarla con el hambre de ella que llevaba acumulando durante todo el día.

Se tomó su tiempo en saborearla, lamiéndole los labios, mordisqueándolos para finalmente introducir la lengua en su boca encontrándose con la de ella en un baile tan íntimo e intemporal como la misma vida. Los suaves gemidos escapaban de su garganta como pura música para sus oídos.

—¿Bien hasta aquí? —sugirió con voz ronca mientras sus manos descendía hacia la chaqueta y el lazo de la blusa separándolas lo suficiente para tener acceso a los tiernos montículos de sus pechos. Los pezones empujaban ya duros y erguidos bajo la tela del sujetador, un ligero estremecimiento recorrió el cuerpo de ella cuando ahuecó sus manos alrededor de aquellas suaves masas y las apretó acariciando con el pulgar los duros botones haciéndolos crecer y estirarse—. ¿Um?

Ella se limitó a responderle con un entrecortado jadeo, sus manos encontraron también el camino sobre su cuerpo, perdiéndose en el interior de su camisa al tiempo que la hacía a un lado para poder acariciarle la piel. Su contacto la dejaba caliente, maleable como si fuese arcilla en

sus manos, su duro sexo encontró alojamiento en la uve entre sus muslos, apretándose por encima de su falda en claro deseo de encontrar una cavidad más húmeda y caliente que lo acogiera por entero. El aire frío de la noche dio paso al calor que ya se arrastraba sobre su piel cual serpiente, la necesidad de sentirle contra ella empezaba a resultar una urgencia absolutamente necesaria y para él parecía ser lo mismo, dado su afán de quitarle la ropa.

Ella gimió por sus caricias, sus manos lograron deshacerse de los botones de la camisa y acariciaban ya la cálida piel del hombre maravillándose de su textura, suavidad y del poder que latía bajo aquellos músculos. Sentía que se abrasaba, ardía como si un río de fuego fluyese por sus venas, incendiándola, haciéndola arder como un descontrolado incendio. La necesidad de sentirle contra su piel se hacía insoportable, le quería junto a ella, quería frotarse contra él, que la marcara con su aroma.

—Shay… —gimió, sus palabras extrañas incluso en sus propios oídos—, tengo… calor… mucha… calor…

Él respondió besando su camino desde su garganta en descenso a sus pechos, donde empezó a lamerle la piel, mordisqueándola, besándola, disfrutando del cremoso sabor.

—Te aseguro… que no eres… la única… —ronroneó sin dejar de lamerla entre los pechos. La temperatura había empezado a subir rápidamente, demasiado rápido y él mismo empezaba a notar cómo le sobraba la ropa. Se incorporó a penas lo justo para sacarse la chaqueta y arrancarse la camisa de dentro de los pantalones, para atacar las cintas de la blusa de ella que se ataban a su espalda tironeando hasta sacárselas y dejar expuesta por completo la visión del encaje violeta del sujetador, sus pezones oscurecidos y empujando contra la tela—. Te necesito desnuda… piel contra piel.

—Dioses… es tan agradable —susurró arqueándose bajo él, buscando ansiosa las caricias de sus manos, el contacto con su cálida piel—. No dejes de tocarme…

Él jadeó ante sus palabras, su propia piel estaba en llamas, la camisa le molestaba, el roce de la tela con la piel se hacía insufrible, necesitaba deshacerse de ello, de cualquier barrera que hubiese entre los dos. Con un rápido movimiento se alzó sobre ella y contempló un cuerpo tan febril como el suyo retorciéndose bajo él, la camisa se deslizó sin dificultad de sus anchos hombros hasta los puños, sacó una mano y tiró del resto de la tela para sacársela por completo y lanzarla después al suelo. La piel suave y blanca de su amante y los ojos azules vidriados de deseo lo atraía como una sirena, no pudo ni quiso mantenerse mucho tiempo más alejado de ella.

Sus labios se encontraron en un hambriento beso, lamiéndole los labios, enlazando su lengua en la de ella, chupándola, bebiéndosela por completo. Sabía que tenía que bajar el ritmo, ir más despacio en su favor pero no podía hacer nada por detenerse, la necesitaba, necesitaba más, lo necesitaba todo.

—Te necesito —le susurró ella en un angustiado jadeo haciéndose eco de sus propios pensamientos. Sus manos aferraron la tela de la falda tirando de ella como si tampoco pudiese soportar la textura de la tela—. Shayler, te necesito ahora.

Él intentó sacudirse aquella neblina de lujuria que lo envolvía, estaba caliente, rabiosamente caliente, su pene llenaba sus pantalones de forma dolorosa, necesitando, ansiando hundirse en ella.

—Se… supone… que íbamos… a ir despacio —gimió resbalando sus manos por las caderas de ella, aferrando la tela de su falda y tirando sin contemplaciones—, ¿recuerdas?

Ella sacudió la cabeza sobre el blando colchón del balancín.

—No… se nos da… bien… eso… de… despacio —gimoteó y se arqueó bajo él. Sus manos habían estado acariciando su pecho y ahora descendían a la cintura del pantalón, rozando

tímidamente la tela, pasando sus dedos sobre la dura protuberancia que había allí—. Dioses… por favor, Shay… me quema… no lo aguanto… te necesito…

Como respuesta a su necesidad, una oleada de calor lo consumió, yendo directamente hacia su sexo el cual pulsaba de necesidad, no podía esperar más, la necesitaba con desesperación.

—Mi diosa… Dryah…

Encontró sus manos cuando él se las acarició antes de hacerlas a un lado, para encargarse de sí mismo. El primero botón se soltó seguido de un segundo y tercero hasta que por fin su verga saltó libre y llena, su corona del color de una ciruela madura estaba húmeda ya por una gota del líquido pre seminal que se derramaba por su larga vara.

Apretando los dientes en un esfuerzo por contenerse a sí mismo, enlazó la mano de ella con la de él evitando que lo acariciara, en cualquier otro momento estaría encantado de que lo hiciera, pero ahora, si lo tocaba, acabaría derramándose en su pequeña mano.

Devolviendo sus manos a la seguridad de su pecho, deslizó las suyas hasta su falda, esta estaba prisionera a medias entre ellos, pero no fue un impedimento para que en la febril necesidad que los consumía, terminase enrollada por encima de sus caderas dejando al descubierto unas largas y suaves piernas. Los muslos blancos y apetitosos y el pequeño triángulo de encaje violeta a juego con el sujetador totalmente empapado por los jugos que lloraban de su sexo lo recibieron. Estaba tan excitada que con sólo una caricia se correría, gracias a los dioses por los pequeños favores, la necesitaba ya, no podía esperar más a poseerla, su aroma almizclado lo estaba llevando al límite. Demonios, nunca en su vida había estado tan jodidamente caliente.

Ella empezó a gimotear y lloriquear cuando rozó su henchido sexo con los nudillos, toda ella se estremeció bajo su cuerpo, sacudiéndose en aquel precario balancín que a duras penas podía mantener lo suficiente estable.

—Dioses —gimió alzado las manos con desesperación, apretándose contra él—. Shay… quema… duele…

Él gimió al sentir lo mismo en su interior.

—No sé qué coño está pasando aquí, Dryah —confesó. Sentía la piel en llamas, todo su cuerpo vibraba y sus manos, era como si estuviesen envueltas en fuego—. Te necesito ahora, pequeñita… no sé si podré ser suave…

Ella dejó escapar un sollozo prácticamente doblándose bajo él, su mano buscando las de él.

—Ven ahora… por favor…

Él enlazó su mano con la de ella por encima de la cabeza mientras la buscaba con la boca, besándola con un hambre desesperada, rogando así mismo que ella estuviese tan hambrienta como lo estaba él mientras se hacía hueco entre sus piernas y rasgaba sin contemplaciones el triángulo de seda que cubría la húmeda entrada.

—Necesito hacerte mía, duro y rápido —jadeó con voz ronca mientras se conducía hacia su húmeda entrada, posicionándose de modo que la cabeza de su pene se hundió lentamente en el empapado pasaje—. Dryah… te necesito.

Ella se arqueó inquieta bajo él, repitiendo sus propias palabras.

—Te necesito.

El calor y la necesidad crecían con cada caricia entre ellos.

—Mía… —siseó tomando su boca en un fiero beso al tiempo que empujaba en ella, penetrándola de una sola embestida, abriéndose paso en su apretada carne—. Ahora y siempre, solamente mía.

—Shayler —jadeó sintiéndolo profundamente alojado dentro de ella, llenándola tan completamente que no sabía dónde empezaba uno y terminaba el otro, sólo existía él junto a ella —. Tuya…

Él ahogó un gemido de placer al oír su voz, bajó la boca sobre la de ella y la reclamó con todo el amor que pudo imprimir en ese simple gesto, una de sus manos se deslizó por su muslo y tomó su pierna por debajo de la rodilla, alzándola, enlazándola a su cadera y abriéndola más a sus profundas embestidas, ahogando los jadeos y gritos de placer que salían de la garganta femenina en su propia boca mientras daba rienda suelta a toda la urgencia y calor que consumía su cuerpo. El aire se perfumaba con el olor del sexo, sus oídos apenas podían registrar el sonido de los ahogados jadeos así como el sonido de la carne golpeando contra carne.

—Dioses… —gimió saliendo de ella sólo para empujar con más fuerza.

Ella se arqueó una vez más, saliendo a su encuentro con cada embestida.

—Oh, señor —gimió apretándose más a él, acompañando sus estocadas.

Sus manos permanecían enlazadas, apretadas fuertemente como si temieran que al soltarse se perdieran el uno al otro, el placer era desbordante conduciéndolos al límite, en todo lo que podían pensar era en dar, en entregarse a aquella orgía de placer. Por primera vez en mucho tiempo se sintieron completos, sus almas cantaban al unísono recitando las palabras que no habían sido pronunciadas desde el inicio de los tiempos. La sabiduría ancestral inundó sus mentes, sus cuerpos y se encontraron recitándolas mentalmente, ardiendo aún más con cada sílaba pronunciada mientras se acercaban un poco más al fin.

Somos uno… somos el mismo
Somos luz y oscuridad… somos el infinito, presente, pasado y futuro
El destino del universo… y la libertad del espíritu
Nuestra es la ley y nuestra la libertad… uno y el mismo.
El principio y el fin, en la vida y en la muerte,
Mientras haya luz o esté la oscuridad, seremos eternos, uno y el mismo
El principio y el final, poder en estado puro,
La Ley del universo, el poder definitivo,
Avatares del Único Poder.
Unidos en la vida, unidos en la muerte
Como Consortes de la Fuente Universal.
Consortes para la Eternidad.

El orgasmo los precipitó hacia el abismo haciéndolos subir al cielo sólo para descender en rápida sucesión. Todo el poder del universo estalló entonces en su interior y a su alrededor, un calor abrasador recorrió el cuerpo de cada uno hasta centrarse en un único punto, calcinando sus manos entrelazadas durante un agonizante instante de dolor y placer al que siguió la completa oscuridad.

Shayler jadeaba en busca de aire, su cuerpo demasiado saciado como para querer moverse, podía oír la respiración jadeante de su amante bajo él unidos en más de una manera.

Cuando creyó poder pronunciar un par de palabras coherentes se incorporó lentamente para ver el rostro sonrojado y agotado de ella, su respiración era casi tan imposible como la suya. Sus temblorosos dedos le acariciaron el rostro, apartándole el pelo de la cara y limpiaron las lágrimas que mojaban sus mejillas con el pulgar antes de besarla muy suavemente.

—¿Estás bien? —la preocupación goteaba de su voz.

Sus ojos, vidriados por el deseo, se clavaron en él.

—No… lo sé —susurró ella luchando por respirar—. ¿Qué… diablos… fue… todo eso?

Él se lamió los labios.

—El orgasmo más explosivo… que he… tenido jamás —aceptó retirándose lentamente de su interior, haciéndola gemir en el proceso—. Shh, ya… ha sido duro, lo siento bonita. Vas a estar bien.

Ella no pudo evitar dejar escapar un pequeño bufido.

—¿Bien? —En su voz se oía la risa—. No sé ni si podré volver a caminar después de esto. —Intentó incorporarse solo para volver a dejarse caer con un gemido. Su mano abandonó la de él para cubrirse con ella los ojos—. Dioses… todo me da vueltas.

Él luchó por incorporarse sin que el balancín se moviese y los enviase a ambos al suelo, con un ligero tambaleo consiguió ponerse en pie y empezó a recolocarse los pantalones cuando reparó en el intrincado patrón que cubría su mano derecha y que ascendía por su antebrazo. Aquel no era su tatuaje, sino un diseño totalmente nuevo en un brillante tono negro y dorado.

—¿Qué demonios? —masculló al contemplar con incredulidad el diseño en su mano. Un angustiado gemido empezó a elevarse desde su más profundo interior al reconocer el patrón, había algo en aquel diseño que estaba mal, muy pero que muy mal. No podía ser que sus problemas fuesen a crecer hasta tales proporciones. No ahora. ¡Era demasiado pronto!

Ella se incorporó lentamente hasta permanecer sentada solo para ahogar al mismo tiempo un nuevo jadeo.

—¿Shayler? —Su voz sonó tan angustiada que no duró en volverse hacia ella.

El aliento se le quedó atascado en la garganta cuando vio el mismo intrincado diseño con los colores invertidos. Más oro que negro, cubriendo la parte superior de la mano y muñeca de la muchacha, se dibujaba un intrincado patrón. Se vio obligado a parpadear varias veces para comprender que lo que veía era real y no otro de sus ilusorios sueños.

—¿Shayler? —El filo asustado en la voz de Dryah lo sacó de su estado de shock—. ¿Qué está pasando? ¿Qué significa esto? ¿Por qué…?

La mirada de él fue desde su propio tatuaje al de ella y viceversa, finalmente tragó el nudo que se le estaba formando en la garganta y alzó la mirada hacia ella.

—¿Qué quieres primero, las buenas o las malas noticias?

Ella lo miró y observó una vez más los tatuajes en ambas manos con mayor recelo.

—¿De qué estás hablando?

Él respiró profundamente y volvió a su lado, acuclillándose de modo que pudiera mirarla a los ojos y ella a él. Tomó su mano entre las de ella y tras tragarse una maldición al ver y tocar el diseño tatuado en su mano alzó la mirada hacia ella.

—La buena noticia es que… éste ha sido el polvo más extraordinario de toda mi vida —le dijo intentando encontrar algo bueno en todo aquello. Entonces levantó su propia mano, con el nuevo tatuaje y gimió—. Las no tan buenas son que, de alguna retorcida e irremediable manera, la Fuente Universal nos ha unido a ti y a mí como sus Consortes.

Ella sacudió la cabeza, su mirada iba del tatuaje de él al propio, para finalmente volverse de nuevo a mirarle.

—No te entiendo.

Él dejó escapar el aire muy lentamente y sonrió con ternura.

—Cariño —murmuró aferrando su mano—. Estamos casados.

CAPÍTULO 29

—Hay que ver cómo se ha espesado el aire aquí de repente —comentó Lyon, su mirada vagó de un miembro a otro de la pareja que se habían reunido con ellos hacía algo más de media hora.

Se había encontrado con ellos hacía poco más de una hora, Shayler había entrado por la puerta como alma que lleva el diablo seguido de una bastante encendida Dryah; la discusión entre ambos llegó a sus oídos incluso antes de que se abriesen las puertas del ascensor. Todo parecía indicar que los tortolitos estuvieron haciendo manitas en el apartamento del Juez, dado que venían del piso de arriba, o algo peor a la luz del motivo de la actual reunión y los nuevos tatuajes que ambos lucían sobre la piel; Por otro lado, las dos de la madrugada no era precisamente una hora para hacer visitas, con lo que, si sumaba dos y dos tendría frente a él el resultado de aquella inesperada reunión.

Desgraciadamente, ni en sus más salvajes fantasías esperó algo como aquello.

El Juez había estado mortalmente serio cuando atravesó las puertas, siseó una seca orden a su compañera y echó un rápido vistazo alrededor de la sala encontrándolos a Jaek y a él mismo; No pidió ni preguntó, se limitó a exigir el paradero de su hermano y concertó una reunión en su oficina. Ninguno se molestó en pedir explicaciones, no era usual ver a Shayler con esa expresión en el rostro ni dando órdenes como un sargento. Algo había pasado y a juzgar por los recientes acontecimientos y la presencia de la pareja allí, las sospechas de Lyon se inclinaban hacia algún nuevo desastre.

Y ese desastre vio la luz pocos minutos después de la llegada de John, cuando el Juez dejó caer las noticias como una bomba nuclear sobre todos ellos. El miembro más joven y poderoso de los *Guardianes Universales* acababa de contraer matrimonio con la mujer que lo acompañaba, la cual permanecía sumida en un furioso silencio tras la inesperada orden ladrada por el juez, sin que ambos tuviesen voz o voto en tal suceso. Shayler tendría verdadera suerte si conseguía mantener las pelotas en su sitio, el brillo en los ojos del *Libre Albedrío* era absolutamente letal cada vez que cruzaban las miradas. En la de la muchacha pudo ver una sombra de reproche y quizás, también dolor.

Dioses, la Fuente Universal si sabía cómo sacar lo mejor de cada uno de ellos.

John posó una mano a modo de advertencia sobre su hombro al ver el inesperado brillo en los ojos del Juez. Shayler mantenía un precario control sobre su poder, la situación lo había sobrepasado y a juzgar por la tensión y la mirada fulminante que su nueva esposa le lanzaba de cuando en cuando, ella no lo llevaba mucho mejor. Tal parecía que el reciente enlace no había contado con el consentimiento de ninguno de ellos. El Juez permanecía apoyado contra la pared con los brazos cruzados a la altura del pecho, su mirada seguía fija con mortal precisión sobre él, mientras que Dryah, sentada en el sofá, miraba de vez en cuando la marca tatuada en su mano y la frotaba como si pudiese borrarla y olvidarse del asunto para siempre. En su caso, el tatuaje cubría la parte superior de la mano con líneas delicadas e intrincadas en tonos dorados y negros, el diseño rodeaba la base del dedo corazón y ascendía hasta la muñeca formando una delgada pulsera de tinta indisoluble. El patrón era el mismo que cubría la mano derecha de Shayler, pero al contrario que el tatuaje original que le cubría la muñeca, ahora este se extendía sobre su mano y una pequeña porción del antebrazo, el color negro predominaba sobre el dorado.

—Mantén la boca cerrada —le sugirió el antiguo Guardián con voz llana.

John no pensó en llegar a ver jamás ese tipo de diseño sobre la piel de ninguno de ellos, sabía que podía darse en almas predestinadas, cosa que obviamente explicaba el repentino e intenso interés de su hermano en la rubita, así como los exóticos sueños que lo estuvieron atormentando a lo largo de los siglos, pero aquello era uno de tantos ritos y leyendas que había aprendido o le habían sido inculcadas en su educación como Guardián, no algo real y tangible. Al menos no hasta ahora.

—Es obvio que la Fuente tiene sus propios planes para vosotros —comentó fijando su mirada en la de su hermano.

—Y menudos planes —aseguró Lyon sin poder contenerse. La mirada que recibió de parte de Shayler lo obligó a morderse la carcajada que amenazaba con abandonar su garganta—. Aunque debió habérselo pensado muy bien para tomar tal decisión.

Un bajo resoplido llegó desde el sofá.

—Nadie tiene derecho a decidir por mí.

Los hombres se volvieron hacia Dryah, quien había murmurado aquella respuesta. Su mirada vagó de unos a otros terminando en el Juez. La mirada de Shayler no podía ser más exasperada.

—¿Cómo tengo que decirlo para que lo comprendas, Dryah? —le respondió realmente tenso, las palabras surgían de su boca entre dientes—. Esto no ha sido decisión mía, ni siquiera estaba seguro de que pudiera llevarse a cabo, maldita sea. Alguien más decidió por encima de mí, de nosotros.

—¡No tenían derecho! —exclamó ella levantándose de golpe—. ¡No pueden enlazar la vida de alguien por el simple hecho de que pueden hacerlo! No pedí ser atada a ti, no pedí nada de esto y en cambio he tenido que aceptarlo porque es mi destino. Maldición, estoy encadenada a ello y no pedí estas cadenas… no lo hice. Tan solo pedí algo de tiempo.

Las lágrimas se deslizaron por las suaves mejillas remarcando sus palabras, él sintió el acuse de recibo como un puñetazo en el estómago. Ella estaba enfadada con él por algo que no había podido prever o evitar. Sabía que estaba confusa, que tenía dudas, pero escuchar en sus labios su rendición ante lo inevitable dolía. Para él, tenerla era la meta que siempre, incluso inadvertidamente, deseó alcanzar, para ella… era solo una piedra más en su destino. Estaba dispuesto a darle tiempo para que se adaptara a aquella nueva situación por la que ambos atravesaban, había tratado de ser paciente, la había amado y la amaba con todo lo que era pero parecía que aquello no era suficiente, cuanto más parecía acercarse a ella, más lejos e imposible parecía el final.

El dolor y la desazón ante todo lo ocurrido lo llevó a hablar sin pensar, dando rienda suelta a su frustración.

—¿Y crees que yo sí lo pedí? ¿Qué pedí pasarme siglos deseando a una mujer a la que creía un sueño y no realidad? ¿Crees que eso es lo que yo merecía? —le espetó, el tono de su voz era el eco de sus propios sentimientos—. ¿Qué no hubiese dado cualquier cosa por vivir sin todo esto, sin el peso de lo que soy? Mis cadenas son iguales o más pesadas que las tuyas, cariño, sólo que en mi caso, elegí aceptarlas, porque era aceptarte a ti, aceptar lo que soy y aceptar mi destino.

La vio tensarse, supo en el preciso instante en que la hirió con sus palabras, vio como las lágrimas descendían por sus mejillas y caían al suelo junto sus pies y se sintió miserable por ello.

—¿Qué es lo que quieres realmente, Dryah? —insistió, la desesperación palpable en su voz—. ¿Qué?

Ella sacudió la cabeza.

—No lo sé —confesó en un angustiado susurro—. Es que… todo va demasiado rápido… y yo no… no puedo… no puedo seguirte… no así.

Shayler suspiró profundamente y dejó escapar lentamente el aire. Aquella pequeña hembra estaba acabando con él. En los últimos días había padecido más que en toda su vida a causa de ella, no podían seguir así, o encontraban un punto intermedio y se comprometían ambos o terminarían hechos pedazos.

—Vamos, vamos, dicen que el matrimonio es para toda la vida, pero siempre podéis recurrir a un Divorcio Express —sugirió Lyon intentando suavizar el ambiente con su habitual despreocupación.

No estaba de humor para las salidas de tono de Lyon. Ni siquiera lo evitó, su poder fluctuó haciéndose eco de sus emociones y al instante los tatuajes en sus manos cambiaron para dar paso a las dagas gemelas que simbolizaban su derecho de nacimiento y poder.

Lyon alzó las manos pidiendo calma.

—*Wow*, tranquilidad, cachorro. Estás más susceptible que un puerco espín e igual de espinoso —silbó el guardián, pero no retrocedió ni un paso.

La tranquila y firme voz de John pareció penetrar en la tensa atmósfera que envolvía la oficina.

—Lyon, deja de provocarle —le advirtió y se giró entonces hacia Shayler—. Y tú repliega ese poder, no le estás haciendo un favor a nadie comportándote como un adolescente.

La mirada del Juez cayó entonces sobre él y lo que vio en ella hizo que apretase la mandíbula. Shayler estaba al borde, en su actual estado podría cometer alguna estupidez de la que se arrepentiría después. Maldiciendo en voz baja se giró hacia la mujer que permanecía en pie ajena a lo que había provocado. Su mirada se clavó en la suya.

«Me da lo mismo lo que desees, pienses o creas que te mereces, pero ahora él te necesita».

Ella dio un respingo al escuchar su voz, sus palabras habían sonado fuertes y con un obvio tono de disgusto.

«¡Ve a él, maldita sea! Si fuiste elegida como su consorte no fue por un capricho, estás destinada a ser su balanza, como él será la tuya. Ahora, ve a él y tráelo de vuelta. No escuchará a nadie en estos momentos, yo puedo detenerlo, pero no lo haré si hay un método menos peligroso. Ahora, muévete».

Ella parpadeó y abrió la boca como si quisiera protestar ante su tono de voz, pero la mirada que le dedicó fue suficiente para hacerla desistir. Sin mediar palabra se giró entonces hacia el Juez, quien permanecía en una tensa postura, con las dagas fuertemente sujetas en sus manos. El fuego que ardía en los ojos azules tenía una cadencia de mortalidad y final que la hizo estremecer al mismo tiempo que atraía al *Libre Albedrío*.

—Shayler.

Le llamó, pero él no dio ni una sola muestra de escucharla. Echando un nuevo vistazo a John, quien asintió, decidió caminar hacia él.

—Shayler, déjalo estar —pidió una vez estuvo a su lado—. Ya hemos causado bastantes problemas, no empeoremos las cosas.

Un bajo gruñido fue el preludio de su respuesta.

—Apártate —masculló solo para sus oídos, la tensión en su cuerpo era tan palpable como su poder. En su interior el *Libre Albedrío* se revolvía alegre y lujurioso por unirse a su poder, a su otra mitad—. No le haré nada más que un par de agujeros nuevos para pendientes.

Ella resopló y negó con la cabeza, su mano tatuada se posó sobre la de él.

—No le quedarían bien —murmuró en su mismo tono de voz.

Shayler no se midió, permitió que una de sus armas saliese de sus manos impactando limpiamente en el marco de la puerta, a escasos centímetros de la oreja de Lyon y mantuvo la otra quieta bajo el contacto de la mano femenina. Un movimiento equivocado y rasgaría la suave piel con la hoja curva de la *Kahiya*.

—Buena puntería —murmuró Jaek examinando la daga clavada en la pared, para finalmente fruncir el ceño.

Lyon puso los ojos en blanco ante su temerario Juez y se volvió con intención de arrancar la daga de la pared y entregársela, pero la sorpresa lo paralizó.

—Wow —murmuró sin llegar a tocarla—. ¿Ahora tuneas tus armas?

El Juez entrecerró los ojos sobre la empuñadura que sobresalía de la pared y finalmente se volvió a mirar la que tenía en la mano, todavía bajo el contacto de Dryah. Liberándose suavemente de la mano de ella, echó un buen vistazo a la daga que sostenía. El mismo peso, la misma sensación en sus manos pero el diseño y el color habían cambiado.

—¡Qué coño! —maldijo acercándola a él para examinarla mejor.

Ella dio un respingo ante su inesperada explosión y siguió su mirada, la cual estaba puesta en el arma, hasta que dio con el motivo del sobresalto del hombre.

—No poseía esos colores —murmuró observando el objeto en la mano masculina.

—La madre que… —exclamó él examinaba detenidamente el arma. En realidad, era algo más ligera, más suave al tacto y la hoja mucho más dura de lo que recordaba, pero igual de manejable. La empuñadura en forma de serpiente se entrelazaba ahora en tonos dorados y negros, los mismos tonos que surcaban la parte superior de la hoja con una copia exacta del nuevo diseño tatuado en su muñeca y antebrazo—. ¿La *Kahiya* también?

—Al ser alterado el patrón de tus tatuajes, es posible que también le han hecho una remodelación a tus dagas —comentó Lyon arrancando el arma del lugar en el que se clavó para entregársela—. La Fuente debe estar de un finísimo humor con vosotros.

Él gruñó al tiempo que la recuperaba de manos de su compañero.

—Al diablo con la Fuente y con todos sus jodidos planes —masculló agarrando el arma por la empuñadura para luego hacerla recuperando así los tatuajes que cubrían sus muñecas y parte de la mano y antebrazo en la derecha—. Lo único que saben hacer es joderme la vida.

Jaek, quien hasta el momento se había mantenido en un prudencial silencio, se levantó de la banqueta junto a su piano.

—Deberías ser un poco más respetuoso con aquellos poderes que pueden darte una buena patada en el culo.

El Juez dejó vagar su mirada sobre el hombre.

—Lo seré cuando demuestren ser igual de respetuosos conmigo y con mi vida —masculló entre dientes. Estaba realmente cabreado y muy irascible.

—Quizás, si hablases con ellos… —le sugirió ella, atrayendo de nuevo su atención.

Él entrecerró los ojos y se inclinó sobre ella.

—¿Para decirles qué? —le respondió él bajando el tono, mirándola fijamente—. ¿Que la mujer que me está predestinada, a la que han elegido como mi compañera y consorte tiene tanto miedo de enfrentarse a su destino que no hace más que huir? Eres tú la que no sabe lo que quiere, Dryah, no yo.

Ella se tensó ante su brusca respuesta, el dolor en su voz era tan tangible que casi podía tocarlo y más allá de sentirse dolida por sus palabras, sabía que ellas encerraban la absoluta verdad. Tenía miedo a enfrentarse a su destino, temía el hecho de permitir que él se colase en su

alma, como lo había estado haciendo, que se hiciese un hueco en su corazón y viviera allí por siempre, porque si llegaba a pasar algo y lo perdía como había perdido a Eidryen, moriría con él. Había tenido que luchar para aceptar la explosiva reacción que ocurría entre ambos cuando se tocaban, debía lidiar con las emociones que ese hombre provocaba en ella, ni siquiera tuvo tiempo de analizar todo aquello cuando un nuevo revés del destino los unía por medio de un antiguo ritual de enlace del que no tenía conocimiento. ¡Su mundo giraba a toda velocidad y sin frenos!

Allí estaba la dolorosa verdad, lo que no se atrevía a enfrentar, el amor que empezaba a sentir hacia ese poderoso ser que se alzaba ante ella echándole en cara sólo verdades. Si tan sólo pudiese tener un poco de tiempo para adaptarse a las cosas, para comprender todo aquello, pero el universo estaba decidido a negárselo, o a aplazarlo y la empujaba en un vagón sin frenos que la dirigía inexorablemente hacia el hombre con el que empezaba a conocer el amor, aquel que llegó a su vida como un verdugo y que ahora se rebelaba como parte de su destino.

No podía seguir allí y menos ahora, necesitaba tiempo, espacio o ese hombre la consumiría por entero.

—Perdona por haber pedido un poco de tiempo para poder ver donde pongo los pies —le dijo con voz tranquila—. Es algo que no volveré a hacer.

Le dio la espalda y recorrió con la mirada a los presentes, sus ojos se encontraron un instante con los de John.

—Si vuelves a darme órdenes de esa manera, lo que no te gustará es mi respuesta, Guardián —lo previno. Entonces se giró hacia Jaek y su voz se hizo mucho más cálida, educada —. ¿Podrías acercarme a mi casa, por favor?

El hombre la contempló en silencio unos instantes, sus ojos se clavaron en los de ella como si la sondease, buscando en lo más profundo de su alma. Entonces desvió la mirada hacia Shayler, quien negó con la cabeza y sin dejar de mirarla a ella.

—No vas a ir a ningún sitio, bonita, tú y yo todavía tenemos cosas pendientes por tratar.

Ella negó a su vez.

—Ninguna de la que desee hablar ahora mismo —le dijo con la misma calma que había utilizado con Jaek—. No necesito oír más insultos, por el día de hoy mi cupo está lleno. Prueba la semana que viene.

—Dryah… —Era un simple aviso.

Ella se llevó las manos a las caderas y lo imitó.

—Shayler…

Lyon frunció el ceño ante la reciente actitud del hombre. El Juez había estado nervioso, cabreado incluso, pero en las pocas ocasiones en que vio a la pareja junta, nunca se había dado tal irritabilidad entre ellos. El joven siempre había sido correcto y amable con las mujeres, ya estuviese saliendo con ellas o fuesen sus clientes, había demostrado un perfecto manejo del sexo femenino. Hasta entonces sólo conocía una mujer que lo hubiese llevado al borde, y los motivos no tenían nada que ver con la actual actitud hacia esta pequeña hembra, con Uras su vocabulario era más bien… extenso y no precisamente educado.

—Esa no es forma de hablar a una dama, chico —le recordó con suavidad—. ¿Recuerdas? Damas… perras… Van en sacos diferentes.

Él lo fulminó una vez más con la mirada, si sus ojos matasen ya lo habría asaetado tres veces.

—Métete en tus asuntos, Lyon —rugió fulminando a su compañero. Entonces resopló, dio media vuelta y se acercó al mini bar dónde sacó una cerveza y la vació rápidamente—. Meteos

todos en vuestros asuntos.

John miró a Dryah quien permanecía en silencio apretando su mano tatuada contra el estómago, su mirada clavada en los tatuajes de esta. Su mirada se dirigió entonces a Lyon y gesticuló un irónico «bien hecho, genio» a modo de censura antes de regresar su atención sobre Shayler.

—¿No es un poco pronto para ahogarte en el alcohol? ¿Lleváis qué… dos horas como matrimonio? —comentó John, suspirando interiormente ante la tarea que tenía por delante.

—Enternecedora escena, ¿verdad? —insistió Lyon, aquel hombre carecía de sentido de auto conservación—. Todavía no sé si debo felicitarle o darle el pésame.

Lyon se volvió entonces hacia Dryah quien había levantado el rostro al oír la voz de John y su propia respuesta y le dedicó un guiño.

—No te ofendas, preciosa, tú serías un premio para cualquiera.

—Lyon, cierra la puta boca —siseó Shayler y se giró a Lyon a modo de advertencia—. No te lo diré otra vez.

El hombre puso los ojos en blanco.

—Eso conllevaría el estar muerto y como no es el caso, seguiré hablando, gracias —le respondió Lyon con tono altanero.

Shayler bajó la botella ya vacía y la dejó encima del mueble con un golpe seco, su mirada se entrecerró sobre el guerrero.

—Eso puede arreglarse y estoy de humor para ello, ciertamente.

El Guardián resopló empezando a perder su buen humor.

—Tranquilízate de una jodida vez, chico —le espetó Lyon empezando a cansarse de la actitud despectiva de su Juez y amigo.

—Tranquilizaos los dos —acotó John avanzando lentamente hasta pararse en medio de ambos, su mirada fue de uno a otro y finalmente hacia la chica, quien se limitó a sostenerle la mirada. Su poder respondía al de Shayler, podía sentirlo ondeando en su interior, extendiéndose hacia él, pero no suponía amenaza alguna, ella tenía dominio absoluto sobre su poder—. Lyon, quédate con Dryah durante un rato, pero no hagas que se suicide contándole tus batallas… los dioses saben que yo he estado a punto.

Jaek dio un paso adelante, quedándose cerca de la chica.

—Me quedaré cerca para evitar que eso suceda —añadió él consciente de la mirada que Shayler dedicó entonces a su hermano.

John asintió en agradecimiento y cruzó la mirada con la del Juez.

—Tú… a la oficina… ya —le ordenó señalando la habitación adyacente con el dedo—. No es momento para que provoques una jodida guerra interna tu solito.

Shayler sostuvo la mirada de John durante unos instantes, entonces respiró profundamente y tras echar un rápido vistazo a su compañera, se volvió hacia el despacho.

John suspiró resignado y se giró una vez más hacia Dryah cuando su hermano desapareció en la oficina.

—¿Vas a quedarte con él?

Ella ladeó el rostro, pero sus ojos siempre permanecieron en los de él.

—¿Tengo otra opción? —contestó levantando la mano tatuada.

John miró el tatuaje y luego a ella.

—Supongo que no —aceptó sonriendo a su pesar—. Aunque lo quisieras, él no te dejaría ir.

Ella asintió.

—Eso pensé —musitó con la misma suavidad.

John la miró durante unos instantes, entonces proyectó su voz como lo había hecho antes.

«Si le quieres, de la forma en que sea, procura no hacerle daño. Ya ha sufrido bastante en su vida, no necesita que le arranquen también el alma».

Sin más, se volvió y entró en la oficina.

—Nunca le haría daño a propósito —murmuró viendo como la puerta se cerraba tras él.

Jaek intercambió una mirada con Lyon y se acercaron a la chica. Ambos la rodearon y ella nunca fue tan consciente de lo que significaba la palabra sándwich como en ese momento en el que se encontró entre ambos hombres. Ellos eran como dos solidas paredes de roca a su lado, el poder manaba de ellos como lo hacía de los otros dos Guardianes y a pesar de todo, se sentía a salvo.

—Ven a sentarte, esto va a ir para rato —le sugirió Jaek extendiendo la mano hacia el sofá en el que había estado sentada momentos antes.

Ella miró una vez más la puerta ahora cerrada de la oficina.

—No van a matarse, ¿verdad?

Lyon posó una mano sobre su delgado hombro.

—Eso depende de lo mucho que cabree Shayler a John —le aseguró con un profundo suspiro.

Ella alzó la mirada.

—Hablo en serio, Lyon —respondió volviéndose hacia él.

El Guardián chasqueó la lengua y sacudió la cabeza al mismo tiempo.

—No conoces en absoluto a Shayler si te has parado siquiera a considerarlo —le aseguró al tiempo que señalaba con un movimiento de cabeza hacia la puerta cerrada—. John es el único capaz de inculcar algo de sentido común en el cabezota de nuestro Juez, lo que has visto aquí sólo ha sido una pataleta masculina y bastantes celos, ¿no?

Jaek asintió a la pregunta de Lyon.

—Él está tan preocupado como tú por esto —continuó Lyon alzando su mano tatuada—, pero más que nada, está preocupado por ti. No ha estado nada bien decirle que podía irse a freír espárragos.

Ella frunció el ceño.

—Yo no he dicho eso —negó mirando a Lyon sin comprender.

Jaek sonrió ante su ingenuidad.

—Lo que Lyon intenta decir, es que Shayler está dolido, pequeña, tus palabras no fueron las más acertadas.

El aludido asintió.

—Sí, prácticamente le has dicho que se jodiera.

Jaek negó con la cabeza.

—Lyon, déjalo. Creo que ya se ha hecho una idea de lo que quieres decir.

Dryah asintió.

—Sí, Lyon, déjalo así —aceptó pegando unas palmaditas en el brazo del hombre. Miró a Jaek quien le sonrió y salió de entre los dos para volver al sofá, dejándose caer sin ánimos, apoyó los codos en las rodillas mientras sujetaba el rostro entre sus palmas—. Me siento como en una montaña rusa, arriba y abajo, arriba y abajo, después un giro y otra vez abajo —farfulló sin saber muy bien por qué se lo decía a esos dos—. Y todo eso empieza a resultar mareante.

Lyon chasqueó la lengua.

—Nena, tú has logrado en él en unos pocos días lo que nosotros no hemos logrado en

semanas —aceptó con sinceridad—. No te rindas ahora. Todo irá bien.

Ella se le quedó mirando, esperando encontrar la ironía propia en sus palabras, pero todo lo que oyó en ellas fue la verdad. Con un suspiro asintió y volvió la mirada hacia la puerta de la oficina, sabía que no era John quien tenía que arreglar las cosas con Shayler, era ella.

Shayler se dejó caer en una de las sillas frente al escritorio, se sentía dividido, eufórico y malditamente traicionado, todo ello al mismo tiempo. Ni siquiera había tenido tiempo para analizar fríamente lo ocurrido entre ellos, todo era un ping, *pang*, *pun*, un caos detrás de otro. En un momento estaba teniendo el mejor sexo de su vida con la chica perfecta y al instante siguiente la Fuente jodía con ellos y los unía como consortes; Los había casado. ¡Casado! Como si tuviese pocos problemas con la pequeña rubia como para añadir un repentino matrimonio a la lista. Y Dryah no se había tomado nada bien la noticia, lo cierto es que no podía culparla, para él también era algo difícil de digerir. Aunque en su caso y desde su punto de vista, lo ocurrido sólo consolidaba lo que siempre había sabido, que ella le pertenecía, el hecho de que lo hubiese hecho la Fuente Universal, le daba un significado especial ya que quería decir que aprobaban su unión.

Pero había sentido el rechazo de ella, su indefensión y dolor por que otros eligiesen y decidiesen por ella, temiendo que su vida nunca llegase a ser realmente suya, una sensación que él conocía íntimamente.

—Está claro, que tienes un máster en buscarte problemas, —comentó John sacándolo de sus silenciosas reflexiones—. Cuanto más complicados son, allí estás tú…

Volvió su todavía desafiante mirada hacia su hermano. Sabía lo que John pretendía, había captado perfectamente el instante en que se comunicó con Dryah para que intercediera sabiendo que sólo respondería a ella en aquellos momentos. Tenía que concedérselo, fue un buen movimiento por que se estaba muriendo por clavarle ambos cuchillos a Lyon en las pelotas.

—¿Quieres la enhorabuena o una patada en el culo para celebrar tus recientes esponsales? Tu novia no parece estar muy contenta con el resultado. Claro que, viendo el humor que tiene hoy el novio, no es que pueda culparla.

Soltó un bufido en respuesta y se levantó incapaz de permanecer sentado y quieto por más tiempo.

—Todo lo que quiero es un momento de tranquilidad, los dioses saben que de eso he estado escaso últimamente —aseguró mientras empezaba a pasearse de un lado a otro—. Quisiera poder llevarme a mi mujer a un lugar tranquilo, donde podamos estar a solas sin nadie ni nada intentando joder el momento y disfrutar de poder tenerla junto a mí. Con eso, me conformo.

John cruzó los brazos sobre el pecho, había cerrado la puerta tras él y se apoyaba en ella mientras observaba a su hermano. Shayler estaba desesperado, literalmente. El hombre que tenía frente a sí volvía a ser aquel chiquillo inquieto e inseguro que había buscado durante demasiado tiempo, la única verdadera familia que tenía, por cuyas venas corría la misma sangre. Su existencia había sido un tabú durante mucho tiempo, un nuevo maldito movimiento de aquellos que ostentaban el peso del universo. Podía sentir su poder crepitando en el aire, coleando cual serpiente enfadada deseando poder destrozar algo a su paso, lo que fuera con total de poder liberarse de su reciente mal humor.

—Tu mujer —murmuró John haciendo inciso en las palabras de su hermano—. Puede que te la hayas follado, hermanito, pero esa criatura tiene poco interés en considerarse propiedad de alguien.

Dejó de contemplar el paisaje a través de la ventana y se giró lentamente hacia él, sus ojos brillaban con la inestabilidad de un poder que no acababa de ser puesto bajo control.

—Me pertenece a mí —aseguró remarcando cada una de las palabras—. Le guste o no, estamos metidos los dos en el mismo barco y no hay nadie más.

John arqueó una ceja ante su infantil declaración.

—¿Quieres que te busque un rotulador para que le pongas tu nombre para que los demás niños no jueguen con tus juguetes?

Su reacción fue rápida y explosiva. En un segundo estaba junto a la ventana y al siguiente los cristales de esta reventaban con la intensidad de una explosión de gas, llevándose por delante un par de cuadros, rasgando las persianas y provocando una cascada de cristales que caían hacia la calle.

John se acercó lentamente a la ventana cuyos marcos habían reventado y se asomó para ver como los diminutos fragmentos cayendo en la oscura noche. Los dos cuadros de las paredes habían caído al suelo con la intensidad, uno de ellos estaba roto, mientras el otro se mantenía en una precaria posición.

—Y ahora, a ver cómo le explico esto a los del seguro —murmuró sacudiendo la cabeza mientras miraba los desperfectos.

El Juez no respondió, se limitó a rodar los hombros como si la repentina rabieta lo hubiese hecho relajarse un poco.

—¿Tienes idea de lo que va a costar arreglar esto? —le preguntó señalando los desperfectos con el pulgar—. Llevamos 3 ventanas nuevas en menos de un año, los del seguro no van a colar esta vez.

—Les pagamos suficiente como para que lo hagan y puedes aprovechar para decirles que las hagan de abrir hacia los lados y no de bascular —rezongó el chico antes de pegarle una patada a los trozos de ventana del suelo y desplomarse en su sillón tras el escritorio—. Dryah tiene razón —empezó de nuevo al tiempo que dejaba caer la cabeza contra el respaldo de la silla —, lo nuestro va de un desagüe al siguiente, sin frenos y sin dirección, en una interminable cuesta abajo.

—¿Y? —preguntó John cruzándose de brazos—. No he visto que eso te haya detenido antes. Nos has desoído a todos y has hecho lo que te ha salido de las pelotas, te has opuesto a una profecía que sabes tan bien como yo que antes o después va a cumplirse y que acabará con todos nosotros y todo por conservarla a ella.

Shayler se enderezó dispuesto a contestar a eso, pero él lo detuvo antes de que pudiera decir nada.

—Ni lo intentes —no quería oírle—. Lo quieras o no, esa es la verdad. Has dado la espalda a los tuyos por ella, te has mantenido alejado de tu deber y todo por ella… Ahí tienes una parte de la profecía que te niegas a contemplar. Ella se ha interpuesto entre tú y los Guardianes.

—Ella no se ha interpuesto entre yo y nadie, John. Dryah difícilmente ha hecho algo para mantenerme apartado de aquí, más bien al contrario, a cada momento que tiene me echa de su lado. He oído tantas veces lo de “vete a casa, Juez”, que si alguien me lo dice otra vez, lo apuñalaré —aseguró sin pensárselo demasiado—. Según habéis interpretado esa profecía, lo que habéis sacado en claro de ella es que los Guardianes se dividirán, pero en ningún momento se dijo que fuera su mano la que provocase tal división o que fuesen las acciones de otros los que promovieran que se llegara a esa conclusión.

El antiguo Guardián puso los ojos en blanco.

—Sigues negándote a las visiones del Oráculo, ¿um?

Él resopló con cansancio.

—John, mi destino lo creo yo, no una estúpida profecía —declaró con irritación como cada vez que tocaban el tema—. Quiero a Dryah a mi lado y al diablo todo lo demás.

John puso los ojos en blanco ante el apasionado discurso.

—Bueno, tu cabeza sigue siendo igual de dura a pesar de todo —murmuró con un suspiro de cansancio—, pero tu cerebro parece que todavía funciona. No sé a dónde nos conducirá esto y sólo puedo rogar que no estés equivocado, de lo contrario, creo que nos veremos todos en el infierno.

Shayler empezó a relajarse, su mirada sostuvo durante un buen rato la de su hermano.

—Dryah no es Uras, John.

Los ojos azules gemelos a los de Shayler se alzaron para encontrarse con los suyos.

—Todas las mujeres son iguales a la larga, hermano —le respondió con un ligero encogimiento de hombros—. Mi interés por que mantengas la cabeza fría y la polla dentro de los pantalones no era por llevarte la contraria. Reconozco que puede resultar ser un deporte estimulante cuando uno está aburrido, pero a la larga cansa. No quiero verte herido de nuevo y menos por una mujer cuando no valen la pena.

John sacudió la cabeza y finalmente se encogió de hombros.

—Mira, Uras vino a mí cuando tú te negaste a escucharla… o mejor dicho, cuando amenazaste con rebanarle la cabeza si volvía a cruzarse en tu camino —le explicó apoyándose en la esquina del escritorio—. Estaba preocupada no sólo por ti, si no por el destino de los Guardianes y no voy a engañarte, hermano, ella es nuestro Oráculo, la portavoz de la Fuente Universal y lo que ve en sus visiones es lo que será. Nos guste o no es un hecho que La Guardia va a desaparecer de una forma u otra, si tu mujercita tiene algo que ver en ello, eso ya no lo sé y después de los últimos acontecimientos, me inclino pensar en que la Fuente tiene sus propios planes para vosotros dos.

Él suspiró y miró a su hermano.

—¿Te has puesto en contacto con ellos?

Ahora fue el turno de John de suspirar y ponerse de mal humor.

—No será porque no haberlo intentado —respondió, entonces añadió con voz cargada de ironía—. Parece que no soy suficientemente bueno para una audiencia últimamente.

Se llevó una mano a la frente, tratando de poner en orden sus pensamientos.

—Esa maldita zorra insiste en que ella será el fin de los *Guardianes Universales* —murmuró Shayler con desazón.

—Tal y como la conocemos —acotó John—. Sí, lo sé. Parece que Uras ha hablado con todo aquel que ha querido escucharla o que no ha tenido escapatoria.

El Juez se recostó de nuevo contra el respaldo de la silla.

—Debería envenenarse con sus propias visiones —gruñó, el pensar en aquella mujer hacía que le hirviese la sangre—, si llega a acercarse a Dryah otra vez, amenazarla o algo, no le gustará lo que encuentre.

—Cálmate —le sugirió—. Uras no le hará nada y menos ahora que estás vinculado a esa niña por los Esponsales Sagrados. Si la Fuente te ha unido a ella, deber ser que después de todo es lo que necesitas, de lo contrario no lo habría hecho.

Shayler resopló, empezaba a estar realmente cansado.

—Podrías explicarle eso a Dryah —murmuró dejando caer la cabeza contra el respaldo del asiento.

John esbozó una ligera sonrisa.

—¿Y quitarte la diversión? Jamás te haría eso, hermanito —le respondió con cierta diversión—. Ya has comunicado la buena noticia a Bastet.

Él gimió realmente. Un sonido bajo y lastimero.

—Eso sí que sería el fin del mundo —aseguró con tono lastimero—. Todavía no lo ha aceptado mi esposa… como para ir a contárselo a mi madre. No gracias, me llegan los problemas que tengo.

—Deberías empezar por tu mujer —sugirió John, entonces, esbozó una sonrisa divertida al caer en la cuenta de algo—. Diablos… eso quiere decir que ahora es ella también es mi cuñada, ¿um?

Él puso los ojos en blanco.

—Eso si no me mata antes —aseguró con dramatismo.

John puso los ojos en blanco.

—Deja de quejarte y haz algo —rezongó y por fin dejó escapar un cansado suspiro—. Y que ese algo sea ella, si tienes ojos en la cara y tu empatía no ha colapsado por completo tus emociones, deberías darte cuenta que ella no lo está pasando mucho mejor.

Él suspiró de nuevo, cerró los ojos y contó hasta diez.

—Y no te confíes, algo me dice que esto no ha hecho más que empezar.

Shayler lo miró a través de un ojo abierto.

—¿La calma que precede a la tormenta?

—Posiblemente. —Se encogió de hombros—. Ya sabes que por aquí, siempre son despiadadas.

Dryah arrancó la mirada de la puerta de la oficina cuando quedó de manifiesto que ésta no iba a reventar en pedazos. La potente sacudida que habían oído minutos antes en el interior de la privada oficina la hizo saltar del sofá, sin embargo ninguno de los dos hombres que permanecían en la sala principal con ella parecían preocupados en lo más mínimo. Cuando les había preguntado uno puso los ojos en blanco y el otro comentó que era algo cotidiano. El silencio había sido la progresión normal de tal acontecimiento, aunque no estaba muy segura de sí aquello era algo bueno o malo, a juzgar por el explosivo carácter que reunían los dos hombres encerrados en la oficina. Podrían estar matándose el uno al otro y nadie se daría cuenta hasta que la sangre empapara la moqueta.

Suspiró. Estaba cansada. Lo único que quería hacer era volver a su hogar, meterse en la cama —sola— y dormir un mes seguido con la esperanza de que cuando volviera a abrir los ojos toda aquella locura en la que se veía envuelta fuese sólo producto de su imaginación. Su mirada fue de Lyon a Jaek, ambos hombres se habían acercado al mueble bar y se sirvieron sendas cervezas de la nevera, Lyon le había ofrecido una la cual declinó en favor de la botella de agua que jugaba entre sus dedos. El tatuaje en su mano no hacía más que atraer su atención, estaba casada, unida irremediablemente a un hombre al que no acababa de entender y todo por una fogosa y pasional sesión de sexo.

Tras hacer esos pensamientos a un lado, quitó el tapón a la botella. El agua bajó fría y refrescante por su garganta, ahogando los problemas durante un breve momento. Apenas tuvo tiempo de dejar la botella sobre la mesilla de cristal del centro cuando oyó un breve e intermitente pitido procedente del otro lado de la sala, Lyon frunció el ceño y atravesó la habitación en un par de largas zancadas al tiempo que soltaba un bajo siseo.

—Joder, cuando se trata de provocar el Apocalipsis, se juntan todos los Jinetes —murmuró el guerrero contemplando la pantalla de uno de sus monitores.

Jaek se levantó y caminó hacia Lyon, Dryah los siguió con la mirada.

—¿Crees que venga a felicitar a los novios? —le preguntó Lyon mirándolos por encima del hombro.

El joven Guardián negó con la cabeza.

—Dudo incluso que traiga un regalo —contestó Jaek chasqueando la lengua ante la imagen del monitor.

La mirada de Lyon fue hacia la puerta cerrada de la oficina.

—¿Les avisamos?

Jaek suspiró y se giró hacia la muchacha encontrándose en sus ojos una clara pregunta.

—Lo siento, pequeña, pero vas a asistir a algunos fuegos artificiales —le respondió caminando directamente hacia la oficina.

Ella entrecerró los ojos, se levantó y se dirigió hacia Lyon pero no llegó a ver más que un borrón de color rojo en la pantalla antes de que él la cambiase. Estaba a punto de preguntar el motivo de tanto secretismo cuando se abrió la puerta de la oficina y salió John. El hombre seguía de una pieza.

—Tenemos un problema —comunicó Jaek indicando con un gesto de la barbilla hacia el monitor de Lyon

Lyon asintió.

—El Apocalipsis, Johnny —le aseguró desde su silla en la pequeña sala de ordenadores.

John frunció el ceño hasta que oyó un ligero taconeo al fondo, en ese momento dejó escapar todo el aire de sus pulmones en una baja maldición.

—Justo lo que me hacía falta —farfulló dirigiéndose hacia la puerta de la entrada.

Ella le siguió con la mirada hasta que oyó un bajo siseo a pocos pasos por detrás de ella. Shayler había dejado la oficina, su mirada iba más allá de ella, hacia la puerta principal y no era precisamente una mirada amistosa.

—¿Qué coño hace ella aquí? —exclamó, el borde de desprecio en su voz era fácilmente reconocible.

Dryah se volvió entonces en la misma dirección que el Juez y se encontró a Uras cruzando el umbral de la puerta. La mujer era realmente una beldad, incluso con unos simples jeans y una blusa de color rubí, el largo pelo recogido en una cola de caballo cayendo por su espalda, resultaba llamativa sin rozar lo vulgar y peligrosamente sensual. Sus labios pintados de un intenso rojo se curvaron en un mohín de desagrado cuando reparó en su presencia, recorriéndola de arriba abajo antes de volverse hacia Shayler.

—Parece que no has perdido la costumbre de coquetear con el peligro —dijo la recién llegada mientras le echaba un nuevo vistazo y se giraba después al Juez—. Hubiese pensado que con una vez habría sido suficiente para ti.

Él avanzó lentamente, su paso era despreocupado y casual mientras se acercaba a la mujer, sus labios se curvaron en una irónica sonrisa cuando se detuvo al lado de su recién desposada novia. Su mano se posó en la parte baja de su espalda, pero era su mirada azul e intensa la que estaba fija sobre la recién llegada.

—¿Qué cosa no te quedó clara la última vez que hablamos? —Su voz sonó dura, fría y con una sequedad que ella que la sorprendió.

Uras chasqueó la lengua y se adelantó, quedándose a escasos pasos de la pareja. Su mirada fue directamente hacia ella.

—Habría esperado que supieras captar una indirecta, *Libre Albedrío*.

Ella arqueó una delgada ceja rubia y se encogió ligeramente de hombros.

—¿Eso era una indirecta? A mí me pareció claramente una declaración de territorialidad —respondió y señaló a Shayler con el pulgar—. Y la dirigiste a la persona equivocada. Él es el de los litigios, cualquier queja o reclamación deberías dirigirla a su Señoría.

La mujer apretó los puños y la fulminó con la mirada, parecía dispuesta a arrancarle los ojos y a Dryah aquello no pudo si no causarle pena. Estaba a punto de decírselo cuando sintió el flujo de poder y la tensión manando de la mano que Shayler tenía posada en su espalda.

—Si te importa en algo tu pellejo, no vuelvas a acercarte a ella, Uras —la previno él, su voz claramente bordeada de poder—. Tu influencia sólo causa desastres.

Los ojos de Uras llamearon en respuesta volviéndose ahora hacia él.

—No puede ser que estés tan ciego que no veas lo que se extiende ante tus ojos, lo que ya ha empezado —respondió, sus ojos verdes clavados en los de él—. Porque ya ha empezado Shayler, el que ella esté aquí es la prueba.

El hombre no cedió ni una pizca.

—Ella está en el lugar que le corresponde —declaró con voz fría, letal, únicamente dirigida a la mujer.

Aquello encendió el carácter ya de por sí explosivo de la mujer.

—¡No es uno de nosotros! —clamó—. Abre los ojos de una maldita vez. Lo que había visto se está cumpliendo, Shayler, ya ha empezado a cumplirse… nos estás dando la espalda por ella y acabará destruyéndote como ya ha empezado a destruirnos a nosotros… ¡Es la única que destruirá a los Guardianes!

Ella dio un respingo ante la desesperación que oía en las palabras de la Guardiana. El veneno en su voz y el letal brillo en su mirada cuando la dejó caer sobre ella conectaron directamente con el *Libre Albedrío*, su poder encontró un desafío en sus palabras y no parecía dispuesto a dejarlo pasar. Shayler dejó caer la mano para adelantarse un par de pasos hasta quedar en frente de la mujer, su voz bordeada con una clara amenaza.

—No te acercarás a ella, ni ahora ni nunca —la avisó muy suavemente, remarcando poco a poco sus palabras—. Si te veo cerca de mi mujer, si me entero que le haces daño de la manera en que sea, Uras, vas a conocer de primera mano el regalo que tan amablemente me has hecho.

La Guardiana lo miró realmente dolida, siendo perfectamente consciente de lo que significaban las palabras del Juez.

—Estás absolutamente cegado por ella —lo acusó, su voz bordeada de dolor y desprecio —. Estás defendiendo a alguien como esta…

—Contén tu lengua, cobra venenosa —la interrumpió Lyon parándose al lado de ella—. No estás en posición de insultarla.

Uras se volvió hacia Lyon y frunció los labios, su rostro se tornó en una máscara de desprecio.

—Y aquí está lo que ninguno quisisteis ver —declaró ella, su mirada saltando de uno a otro de los presentes para terminar sobre John—. Te lo advertí… os lo advertí a ambos… ella nos separaría… y aquí está la prueba.

Dryah sacudió la cabeza y se adelantó casi sin darse cuenta.

—¿Qué prueba es esa, Uras? ¿Cuál es el crimen del que se me acusa? —Su mirada fue de la mujer a los hombres que estaban a su alrededor—. Quiero saber qué es lo que ocurre, empiezo a estar harta de que se me oculten las cosas, si tengo algo que ver en todo este sin sentido, quiero saberlo.

Uras alzó la barbilla y la miró con una mezcla de lástima y desprecio. Dryah puso los ojos en blanco ante ello y se dirigió nuevamente a la mujer.

—Eres el Oráculo de la Fuente Universal —recordó—. Sé que me has visto en tus predicciones…

—Dryah —se adelantó también Shayler.

La muchacha extendió la mano para detenerlo y negó con la cabeza.

—Es mi derecho —insistió ella sin sacar la mirada de la de la mujer—. ¿Qué has visto en tus visiones, Oráculo?

Los ojos verdes de Uras la miraron fijamente durante un breve instante, entonces deslizó su mirada hacia Shayler, sus palabras sin embargo fueron dirigidas a Dryah.

—¿No te lo ha dicho tu amante, niña? —preguntó mirando a Shayler con intensidad, volcando en él toda la rabia contenida, el dolor y los encontrados sentimientos que la envolvían —. ¿No te ha dicho que tu destino es acabar con todos nosotros, dividir a los *Guardianes Universales*, separar a su Juez del camino que debe seguir sólo para terminar muerta en sus brazos?

Ella se tensó ante las palabras vertidas por la mujer, su respiración se hizo más difícil como si le hubiesen oprimido los pulmones.

—¿Shayler? —Esperaba una confirmación a lo que acababa de decir el Oráculo. Aunque no tenía motivos para dudar de ella, de sus predicciones. Había visto demasiadas señales implicadas para considerar una simple coincidencia sus palabras.

—No creo en profecías, Dryah. —Fue la tajante respuesta de él, su mirada no se separó ni un instante de su hermana de armas, pero ya no había en él compasión o sentimiento alguno que inspirara camaradería. Odio y una profunda pena corrían de la mano en sus iris azules.

—¿No crees o no quieres creer, Shayler? —murmuró Uras en voz muy baja.

Dryah dio un paso más hasta que ambas estuvieron una frente a la otra. Uras le quitaba a la pequeña rubia unos buenos centímetros, pero allí, frente a frente, parecían dos dignas adversarias.

—Dime lo que has visto —pidió ella, entonces alzó su mano hacia la mujer—, muéstramelo.

La sorpresa cruzó durante un breve instante por el rostro de Uras ante la insólita petición de Dryah, sus ojos bajaron lentamente hacia la mano extendida de la muchacha y volvieron a ascender hacia su rostro.

—Eres más valiente o estúpida de lo que pensaba, *Libre Albedrío* —aseguró la Guardiana mirándola con un nuevo y recién descubierto respeto.

—Estoy cansada de que todo el mundo hable en mi nombre, elija en mi nombre, obre en mi nombre —murmuró en voz baja sin apartar sus ojos de los de la mujer—. Llámame estúpida, pero no estoy dispuesta a que también escojan mi muerte.

—Y al fin, estamos totalmente de acuerdo en algo —habló Shayler a su espalda, su mano izquierda posándose en el hombro de ella.

Dryah se volvió ligeramente hacia él, mirándolo por encima del hombro.

—¿Al fin te has cansado? —respondió con profunda ironía, mientras bajaba la mano—. Te ha llevado tiempo.

Él la miró.

—De muchas cosas sí —aceptó inclinando levemente la cabeza—, de otras, todavía estoy intentando acostumbrarme a ellas.

Sus miradas se encontraron durante un breve instante, entonces él asintió.

—Es tu privilegio —aceptó y miró entonces a Uras con la misma frialdad de antes—. Muéstraselo, Oráculo.

Uras se tensó, su mirada sostuvo un instante la del juez y finalmente asintió con una profunda inclinación.

—Como ordenéis, mi Juez.

Dryah respiró profundamente y volvió a alzar su mano con la palma hacia arriba esperando.

—Eres *Libre Albedrío*, tu voluntad es libre de elegir —murmuró Uras antes de alzar su propia mano y unirla a la de ella. Su mirada vagó entonces sobre los demás hombres, la decisión palpable en sus rasgos—. Observa ahora, *Libre Albedrío*…

«Acompáñala en este viaje, Juez Universal, tú también debes ver para poder juzgar».

Shayler se sobresaltó al escuchar la voz de la Fuente Universal surcando su mente un instante antes de encontrarse sumido en un mundo de tinieblas en el que empezaron a pasar una tras otras una serie de imágenes en las que se vio a sí mismo, a su compañera y a los *Guardianes Universales* tal y como Uras lo había contemplado en su visión. Junto a él, Dryah asistía también en silencio a aquellas desoladoras escenas, inconscientemente buscó su mano y se aferró a ella mientras vagaban juntos por aquel mar de profecía.

Una voz coreada por varias voces, poder en estado puro, se coló en medio de aquel mar llenando toda conciencia con su presencia, la única voz a la debía responder el *Libre Albedrío*, la única voz a la que seguiría la Justicia Universal… La Voz de la Fuente Universal.

<<Lo que una vez estuvo reunido… se separará… la hermandad dará la espalda al hermano… la familia se romperá por la intrusa… el equilibrio que da balance al Universo se quebrará nuevamente… dos que se han hecho uno volverán a ser sólo mitad y donde estuvo una vez el dolor… se abrirá camino la esperanza>>.

Dryah aspiró con fuerza al salir del trance al que los condujo la visión del Oráculo, junto a ella, tomando su mano, Shayler contuvo una maldición. Frente a ellos, la Oráculo de la Fuente y la única mujer en los Guardianes abrió los ojos casi al mismo tiempo y dejó caer la mano que todavía se entrelazaba con la suya.

—Eso ha sido rápido.

La voz de Lyon rompió el silencio trayendo a los tres a la realidad nuevamente. Dryah le miró, pero en realidad todavía estaba viendo las imágenes que la visión de Uras les había mostrado, su cuerpo empezó a temblar, algo de lo que no se dio cuenta hasta que Shayler la atrajo contra él y la apretó suavemente entre sus brazos.

—Yo… yo voy… yo he… dioses, Shayler —susurró incapaz de quitarse aquellas imágenes de la mente.

Uras dio un paso hacia ellos, su mirada más calmada, casi podría decirse que triste y compasiva sobre ella.

—¿Lo entiendes ahora? Tu sola existencia, ha empezado nuestra destrucción.

—¡No! —respondió Shayler con una fuerte y potente negativa.

Uras lo miró, el dolor reflejándose en su rostro.

—Shayler, no puedes darle la espalda a la realidad —le aseguró con desesperación—. Sabes perfectamente que las visiones no pueden evitarse, quisiste intentarlo y mira qué sucedió.

Él sacudió la cabeza.

—No, Uras —negó aferrando a la mujer que temblaba entre sus brazos—. He contemplado tu visión, pero no la acepto, llámalo Profecía si así te place, pero nada ni nadie va a dirigir nuestro destino… no lo permitiré, no otra vez.

Ella bajó la mirada hacia la muchacha y sacudió la cabeza con pesar.

—Vas a condenarnos a todos por una mujer cualquiera.

Él negó con la cabeza y alzó su mano tatuada para que ella la viese.

—No es cualquiera, Uras. Es mi consorte.

La Guardiana no respondió, no podía aunque quisiera hacerlo, su mirada quedó fija en la mano de Shayler sólo para bajarla después a la de Dryah, la cual permanecía extendida sobre el pecho masculino y contempló el patrón que designaba no sólo sus esponsales, si no que los investía a ambos como Consortes de La Fuente.

Uras empezó a sacudir la cabeza, incapaz de creer lo que veían sus propios ojos.

—No… no puedes —se negó a aceptar lo que sus ojos le mostraban—. Mis dioses…

—Yo seré quien elija mi destino, Uras, no una estúpida visión.

Ella sacudió la cabeza, respiró profundamente y clavó sus ojos en los del Juez.

—No Shayler —negó, sus labios se estiraron en una irónica sonrisa—. Lo que has hecho es unir tu destino al de ella.

Dryah se obligó a respirar profundamente y calmarse mientras la arropaban los brazos de su consorte. Su corazón latía de manera acelerada, incapaz de disminuir el ritmo, los rescoldos de la visión navegaban todavía en su mente y más allá de ello, la voz que había puesto palabras a la profecía.

—Puede que atada a ese destino —murmuró ella al cobijo de sus brazos—, pero seré yo quien elija el camino que me lleve allí, la forma en que llegaré y a quienes tendré a mi lado.

—Nadie puede huir de su destino —les recordó Uras con sequedad—. Pregúntaselo a Shayler si no me crees.

Ella alzó la mirada hacia Uras y entrecerró los ojos ante el vivo recordatorio de lo que entrañaban esas palabras.

—No fue Shayler quien eligió ese destino, Uras, no fue Shayler el que lo condujo y grabó esas marcas en sus muñecas… —aseguró y dejó que el calor y protección de los brazos masculinos para encararse con la mujer—. Puede que haya un punto fijado en nuestras vidas, un Destino si así quieres llamarlo, pero la manera de llegar a él, el camino a seguir lo elegimos con nuestras decisiones. Soy *Libre Albedrío,* Uras y como tal… mi destino sólo lo elegiré yo, nadie me encadenará a él.

—Y con eso creo que ha quedado perfectamente clarito que a los dos tortolitos le traen sin cuidado lo que hayas visto —añadió Lyon en voz alta. El hombre eligió ese momento para acercarse a Uras y pasando por detrás de ella, le mostró la puerta—. Así que… buen viaje, palomita y cuidado con el aterrizaje, caerse de morros duele.

Uras fulminó a Lyon con la mirada, entonces se volvió hacia los demás los cuales se limitaron a permanecer en silencio, observándola pero sin decir una sola palabra en su favor o beneficio. Shayler cruzó la mirada con ella una última vez y en sus ojos había una clara advertencia.

—No tienes idea de lo que has iniciado, Juez —murmuró enderezándose, antes de volverse hacia la puerta.

—No, Uras, eres tú la que no tiene idea de cómo terminará —aseguró apretando los dientes—. Ella me da la paz que no he encontrado en toda mi vacía existencia, llena la mitad de mi alma que había estado vacía. Es mi luz, el único camino que quiero seguir y haré lo que sea para que siga siendo así.

La mujer pasó su mirada de él hacia la chica que permanecía en silencio.

—Sólo espero que no te arrepientas cuando la veas morir en tus brazos, Shayler.

—Lárgate —fue la cortante respuesta del hombre—. Sal de mi vista u olvidaré que todavía eres mi hermana.

—Shayler —lo advirtió John, tratando de llamar a la calma.

—¡Fuera! —bramó sin dar lugar a ninguna réplica.

La mujer echó un último vistazo a la sala, a la gente allí reunida y sonrió tristemente antes de dar media vuelta y salir por la puerta dejando tras de sí el último fragmento de su alma y su vida.

Dryah dejó escapar un profundo suspiro, su mirada cayó en Lyon quien le señaló a su compañero con un gesto de la barbilla. Al parecer, todo el mundo parecía estar seguro de que su lugar era aquel y no otro.

—¿Desde cuándo lo sabíais?

Shayler se volvió entonces hacia ella pero no respondió. Su mirada vagó hacia John.

—Desde el principio. —John tomó el relevo y le respondió—. Poco después de que se convocase el *Antiquerum*.

Ella se volvió a él, quien asintió lentamente.

—John me lo dijo —asintió—. Uras lo hizo después, cuando se hizo evidente que la profecía que ella había vaticinado me traía sin cuidado. Pensó que si me lo decía ella misma, la cosa cambiaría.

—Y no fue así, tú… —Lyon vaciló ante el apelativo a utilizar—. ¿Cómo se supone que tengo que llamarlo ahora? ¿Marido, novio, amante, hijo puta con el que te acuestas?

Shayler puso los ojos en blanco y Dryah sacudió la cabeza.

—Lo que quiero decir, es que si mañana se acaba el mundo, que demonios, marquémonos un buen tango y bailemos con el diablo —aseguró con un leve encogimiento de hombros—. Al menos moriremos satisfechos.

—No sé si me gusta esa analogía —dijo ella sacudiendo la cabeza.

Jaek asintió.

—Todo lo que ha pasado hasta este momento, ha ocurrido por algo —le dijo mirándola a ella y luego a Shayler—. Lo que tenga que venir, lo enfrentaremos como siempre lo hemos hecho, cuando llame a nuestras puertas.

Ella suspiró y caminó hacia el sofá dejándose caer de golpe.

—Todo esto me supera —aseguró apoyando la cabeza contra el respaldo, con la mirada clavada en el techo—. Y no pienso dar un paso más, los dioses saben que me esperará una vez salga por esa puerta.

—Una cama y un más que merecido descanso —contestó Shayler yendo hacia ella. Sus movimientos eran cuidadosos, casi tímidos cuando se acercó al sofá y se acuclilló a su lado—. Te llevaré a casa y te dejaré para que descanses tranquila.

Ella lo miró a los ojos, parte de su anterior rabia había desaparecido sustituida por un tenue brillo de arrepentimiento y desesperación. El hombre que estaba ante ella no sabía cómo enfrentarse a la situación que tenía entre manos, tenía miedo de acercársele y eso la sorprendió más que ninguna otra cosa.

—Lo siento, Dryah —murmuró y buscó lentamente su mano, acariciándola con suavidad —. Todo esto también me supera, pero debí ser más responsable y consciente de mí mismo y no pagarlo contigo. Te llevaré a casa si eso es lo que quieres, los dioses saben que mereces tener tiempo para ti misma después de todo lo que ha pasado.

Ella le sostuvo la mirada durante unos instantes, entonces sus labios se curvaron en un cansado mohín.

—Empiezo a sentirme un poco bipolar —murmuró contemplando su mano sobre la de ella, sus tatuajes haciendo juego—. Ya no sé si quiero pegarte una patada o ignorarte, no sé si

quiero seguir enfadada contigo cuando es obvio que esto no ha sido culpa tuya, o pedirte que te alejes y no vuelvas a cruzarte en mi camino.

Su mirada fue entonces de Shayler a los demás.

—¿Os dais cuenta de lo que significa mi presencia aquí? ¿De lo que significa para vosotros? —murmuró ella buscando la mirada de los otros hombres—. Nada bueno va a salir de esto, lo sé.

Lyon se encogió de hombros.

—Lo único que veo es al muchacho hincado de rodillas y suplicando, algo que no he contemplado en toda mi vida. Solo por eso, ya me caes bien —aseguró frotándose la nuca como si estuviese incómodo en aquella situación—. Por otro lado, creo que hablo en nombre de todos al decir que somos conscientes de lo que se nos viene encima, todo esto debe conducir a algún sitio, simplemente habrá que estar atentos para ver la meta.

Ella buscó la confirmación de sus palabras en las miradas de los otros dos miembros, los cuales se limitaron a asentir.

—Entonces es que estáis todavía más locos que vuestro Juez —suspiró ella moviendo la mirada hacia Shayler quien simplemente se encogió de hombros.

—Eso es indiscutible, linda —aseguró Lyon de buen humor.

Ella sacudió la cabeza.

—¿Crees que podríamos tener aunque sólo fuera un bendito día de tranquilidad? —le preguntó a su compañero—. Con unas cuantas horas me conformo, lo justo para que mi cabeza deje de dar vueltas a una velocidad alarmante y pueda enterrarla bajo las sábanas durante un ratito.

—Podemos intentarlo —aceptó él con la misma suavidad con la que ella había hecho la pregunta.

Suspiró cansada y no se lo pensó dos veces, necesitaba su contacto, la paz que aunque pareciera imposible a la luz de los recientes acontecimientos, encontraba al estar cerca de él. Estiró sus brazos hacia él y dejó que su menudo cuerpo se deslizara contra el más grande y duro, acurrucándose en sus brazos.

—No quise lastimarte con lo que dije antes —le susurró ocultando el rostro en el hueco de su cuello, mientras se pegaba a él—, siento haberte hecho daño.

Shayler la apretó suavemente contra él y se incorporó, llevándola con él.

—Te entiendo, pequeña —le susurró en respuesta—. Y estaré justo aquí para ayudarte.

Ella asintió separándose ligeramente de él.

—Vámonos a casa —pidió apoyando la cabeza en su hombro.

Él asintió y se volvió hacia sus compañeros quienes miraban disimuladamente hacia otro lado, sólo John cruzó entonces su mirada.

—Iros y tratad de descansar —le sugirió mirándolos a los dos. Entonces caminó directamente hacia ellos, pero sus palabras así como su mirada se posó sobre Dryah—. Cuida de él.

Shayler esbozó una sonrisa irónica.

—Más bien debería ser al revés.

John arqueó una ceja en respuesta.

—Todavía hay un agujero en tu oficina allí donde tendría que haber una ventana, créeme, ella es mi mejor opción en estos momentos —le aseguró con total convencimiento.

—¿Te has cargado otra vez la ventana de la oficina? —preguntó Jaek con ironía.

—No me hicieron caso cuando les dije que quería una ventana que se abriera, no que

basculara —respondió Shayler a modo de disculpa.

Ella puso los ojos en blanco y asintió hacia John.

—Me encargaré de que no redecore nada más —aceptó con una ligera inclinación de cabeza.

John asintió y los miró por última vez a Shayler.

—Cuida tu espalda, hermanito —le dijo apretando el hombro de Shayler.

Shayler asintió.

—Tú también, John, tú también —respondió tomando su mano de manera fraternal, para finalmente volverse hacia los otros dos hombres—. Y vosotros también.

Los hombres se limitaron a asentir con la cabeza y se despidieron de ambos cuando la pareja dejó las oficinas del despacho. Jaek que había permanecido ligeramente callado se volvió hacia John.

—El diablo saldrá de su escondrijo, lo sabes, ¿verdad?

John asintió y miró a sus dos compañeros.

—Lo estaremos esperando.

Seybin contemplaba con mirada ausente el hipnótico baile de las llamas del hogar, unas llamas que ardían sin leña, carbón o algún combustible que no fuera su propio deseo, aquella sala de paredes gruesas y frías era el único lugar en el que se permitía realmente relajarse y aislarse de su papel en aquel mundo oscuro y solitario. Su mente no dejaba de girar alrededor del estallido de poder y posterior consolidación que había sentido hacía escasas horas, aquellos dos entes jugaban a un juego muy peligroso pero no podía negar que el inesperado movimiento que habían realizado le supuso una buena media hora de carcajadas. Imaginaba que Eidryen también se estaría riendo allí donde quiera que estuviese, después de todo, sus planes estaban saliendo tal y como lo había previsto.

El movimiento de la Fuente Universal había sido cuando menos radical, pero tenía que pensar que sabían perfectamente lo que hacían. Cualquier dios nacido de sus entrañas conocería esa huella de poder en cualquier momento y como uno de ellos, a Seybin no se le escapó el inteligente juego de estrategias que habían estado llevando a cabo con el *Libre Albedrío* y el Juez Supremo, sin duda con la intención de conducirles al movimiento definitivo que pondría fin a todo este embrollo.

La carta que el Juez le hizo llegar unos días atrás permanecía sobre su escritorio, Nyxx la había leído por encima nada más traspasar la puerta hacía escasamente una hora pero las noticias no le habían sorprendido, el propio Cazador le confirmó que había recibido la resolución del juicio por la propia Dryah poco después de que se llevase a cabo, lo que todavía ignoraba el hombre era el reciente vínculo que se había forjado entre ellos dos, una noticia que Seybin pensaba guardarse de momento.

Nyxx permanecía sentado en una de las sillas frente al escritorio sumido en sus propios pensamientos, no dudaba que principalmente en esa pequeña humana que había conocido recientemente. Seybin no estaba seguro del papel que esa muchacha vendría a representar en el tapiz del universo, pero había una huella impresa en su alma que reconocía y que la perfilaba como algo más… y por algún motivo que todavía no podía precisar, era algo que influiría tanto en sus dominios, como en la vida de su Cazador.

—Entonces… son almas predestinadas.

Se encontró con la mirada de Nyxx y asintió lentamente. En realidad, aquello ya eran viejas noticias en relación al último movimiento creado por la Fuente.

—Eidryen lo supo desde el momento en que Elora la creo —aseguró mirando nuevamente el fuego, recordando aquel momento de estupidez llevado a cabo por los celos y la inexperiencia de una joven diosa—. La imprudencia y los celos de Elora los condenaron a ambos y puso en movimiento el destino de más de una persona. Ellos estaban destinados a estar juntos desde el principio de los tiempos, son la balanza que equilibra el universo, una absoluta putada.

—No entiendo esa fijación de los dioses por manejar las vidas de otros como si fuéramos simples marionetas —escupió el Cazador, sus manos cerrándose en puños.

Seybin arqueó una de sus oscuras cejas en respuesta.

—Gracias por lo que me toca —dijo con ironía—. Todos rendimos cuentas a alguien al final del día, Nyxx, ni siquiera los dioses estamos exentos de ello.

El Cazador lo miró y se encogió de hombros.

—Como acabas de decir, una absoluta putada —aceptó echándose hacia delante, apoyando los codos en sus muslos—. Dryah debe estar rabiosa de felicidad a la luz de los últimos acontecimientos, ¿uh?

Seybin puso los ojos en blanco.

—No te haces una idea —aseguró el dios pensando en el último movimiento de la Fuente.

Nyxx lo miró arqueando una ceja a modo de respuesta, pero él obvió el tema y cruzó los brazos sobre el pecho mientras se apoyaba en una esquina de la chimenea.

—¿Sabemos algo nuevo de esa rata almizclera de Tarsis? —preguntó entonces. Aquella rata parecía haberse metido en su ratonera desde el incidente.

Seybin sacudió la cabeza.

—Ha estado muy silencioso desde su inoportuna intervención, si es que realmente ha sido él el que provocó al *Libre Albedrío* —respondió con una mueca—. No dudo de Dryah, sé que es capaz de reconocer a esa rata, pero todo aquello fue demasiado extraño.

Dejó su asiento y rodeó el escritorio hasta detenerse junto al Cazador.

—Por las noticias que recibí del Consejo, parece que el Juez ha sido más contundente y claro con respecto a la opinión que le merece esa sabandija y su posible actuación —continuó al tiempo que echaba atrás la butaca de piel para poder sentarse—. Su misiva con el veredicto del *Antiquerum* iba junto con una dedicatoria particular.

Nyxx sacudió la cabeza.

—Lo que a mí me preocupa es la motivación que hay detrás de sus actos —aseguró con un resoplido—. Algo me dice que no ha acabado, Seybin y lo que se avecina va a joder con todos.

Él asintió, esperaba estar equivocado en relación a las sospechas que giraban en su mente. Si lo que planeaba esa rata coincidía con lo que él pensaba, las cosas iban a ponerse realmente feas y sólo los dioses sabían cómo acabarían entonces ellos y todo el universo.

—Esperemos que no tengamos que enfrentarnos al fin de los tiempos para descubrirlo —aceptó recostándose contra el respaldo de la silla, cruzando las manos detrás de la nuca—. ¿Quién es ella, Nyxx?

El aludido alzó sus ojos verdes para encontrarse con la curiosidad reflejándose en la mirada del Señor de las Almas. Una irónica sonrisa cubrió sus labios.

—Empezaba a preguntarme cuando lo soltarías.

Seybin dejó escapar un bufido y bajó las manos, enfatizando sus palabras.

—Permites que las almas te pateen el culo, desapareces durante varios días y no te reportas, y las pocas veces que lo has hecho has sido muy esquivo —enumeró—. Sólo podía ser una mujer…

—O hacienda.

Puso los ojos en blanco.

—No me hables de esos burócratas, dentro de poco pedirán que declare lo que hago aquí abajo.

Nyxx se rio entre dientes.

—Sin duda sería digno de contemplar —aseguró con diversión.

Él hizo una mueca.

—No, no lo sería —aseguró golpeando su escritorio con un rítmico movimiento de dedos —. Y ese nuevo descubrimiento tuyo… ¿Tiene nombre?

Nyxx puso los ojos en blanco y dejó su asiento.

—Me voy —le dijo directamente, sin rodeos—. Si ocurre algo, algo así como el Fin de los Tiempos, saca entradas de primera fila y llámame. Mientras tanto, tengo cosas que hacer.

Seybin permitió que sus labios se curvaran en una divertida sonrisa.

—Tómate unos días libres, lobo y ve a correr —le sugirió por encima del hombro—. Tus pulgas necesitan movimiento.

Nyxx alzó su dedo corazón en un claro signo obsceno hacia su jefe y Seybin sólo se rio.

Dryah contempló nuevamente el apartamento de Shayler cuando salieron del ascensor y suspiró de cansancio. Todo lo que quería era meterse en la cama y olvidar que había ocurrido todo aquello, cerrar los ojos y dormir durante varios días seguidos para ver si al despertar las cosas empezaban a asentarse en su sitio. Él había sugerido devolverla a su apartamento pero se negó, no creía estar en condiciones de hacer ningún viaje por breve que fuera y su vivienda era tan buena como cualquier otra; después de todo, sólo necesitaba un colchón en el que poder tumbarse, cerrar los ojos y dormir. Permitió que la condujera directamente al dormitorio, el reciente enfrentamiento con Uras la había afectado más de lo que creyó posible, la Oráculo de la Fuente le había mostrado la visión, se vio a sí misma allí, a cada paso, confirmando cada una de las palabras dichas por la mujer, pero no podía aceptarlo, de hacerlo estaría firmando su propia sentencia de muerte y ya había pasado por demasiado como para rendirse ahora.

Shayler encendió las luces del espacioso dormitorio, una enorme cama dominaba gran parte de la pared, un par de sillas, un armario y un cajonero junto con un par de cuadros y una pequeña televisión anclada en la pared formaba toda la decoración, sin duda algo espartano y masculino acorde con el propietario. En la pared del fondo, se abría otra puerta.

—Esa puerta da al cuarto de baño, hay toallas limpias en el mueble blanco junto al lavabo —le decía mientras habría uno de los cajones del mueble y sacaba una amplia camiseta azul oscura y se la tendía a ella—. Dormirás más cómoda, puedes dejar la ropa encima de una de las sillas.

Ella asintió y tomó la camiseta en sus manos, ésta era suave y olía como él, a hombre y exotismo.

—¿Crees que habrá algún momento en el que mi vida no se vea amenazada o deje de convertirse en una amenaza para los demás? —murmuró acariciando la tela, fijándose en el logo de la camiseta.

Él le acarició el brazo, intentando transmitirle su confianza.

—No permitas que las palabras de Uras te afecten.

Alzó la mirada hacia él.

—Supiste de esa visión desde el principio, todos lo sabíais —le recordó con tono de reproche—. Te pregunté por ello y te negaste a responderme, y ahora dices que no permita que las palabras de Uras me afecten. Es un poco difícil cuando yo misma he visto lo mismo que ella,

al igual que tú.

Él la miró y se grabó en la memoria cada plano de su rostro, cada recoveco. Toda ella.

—¿Qué bien habría hecho que te dijese lo que ella había visto? —le dijo con un suspiro—. Sólo mira lo que nos ha hecho, nada de ello tiene por qué suceder, somos capaces de encontrar el camino para evitarlo nosotros mismos.

—Ya no sé qué hacer, Shayler. —Alzó las manos y las dejó caer—. De verdad que ya no lo sé.

—Cree en ti misma —le dijo con pausada precisión— y en lo que te dice tu instinto. Eres el *Libre Albedrío*, ni la más oscura de las profecías podrá cambiar eso, tú más que nadie, eres la única que puede cambiar el destino, tu destino.

—Creer en mí misma —repitió aceptando la verdad que encerraban sus palabras—. A veces es más fácil decirlo que hacerlo.

Aquello no podía discutírselo.

—Lo harás, lo sé.

Ella dejó escapar un cansado suspiro y echó un nuevo vistazo a la habitación y luego a él.

—Creo que debería irme a la cama.

Él asintió, le acarició el rostro y la besó en la frente antes de retirarse.

—Intenta descansar —le deseó alejándose de ella—. Si me necesitas, estaré en la sala.

Se quedó mirando cómo se giraba dispuesto a dejarla a solas en la habitación. Aquello tendría que haberla agradado, debería haber estado contenta de que le permitiera tener un poco de privacidad después de todo lo ocurrido, pero el verlo alejarse la hizo sentir frío, un frío interior que se filtraba en sus huesos y le recordaba demasiado a la soledad que había experimentado durante tanto tiempo y que sólo cuando él entró en su vida fue desvaneciéndose poco a poco. Qué una ironía, el mismo hombre que había traído tal consecuencia de locuras en su vida era el mismo que evitaba que se hundiese en la desesperación y soledad que la rodeaba. Quizás las cosas estuviesen yendo demasiado rápido, quizás otros hubiesen tomado decisiones por ellos, pero si de algo estaba segura en aquellos momentos era de que lo necesitaba a su lado.

Las palabras surgieron de sus labios antes de que pudiera evitarlo.

—Te necesito. —Aquello lo detuvo cuando estaba a punto de alcanzar la puerta.

Shayler se volvió y se la quedó mirando. Ella apretó con fuerza la camiseta que le había dado y encontró su mirada.

—Por favor, quédate conmigo —pidió suavemente al tiempo que extendía una temblorosa mano—. Por favor.

—¿Estás segura? —le preguntó queriendo que fuese completamente consciente de lo que le estaba pidiendo.

Asintió y caminó hacia él.

—Ya no te diré que vayas despacio —le aseguró con un ligero sonrojo.

Shayler sacudió la cabeza y sonrió a pesar suyo.

—Como si nosotros supiéramos que es eso —le aseguró volviendo a su lado, su mano acariciándole la mejilla.

Ella sonrió en respuesta y encontró su mano, enlazándose con la suya antes de entregarse por completo a sus besos.

Y por una vez, sí fueron despacio.

Uras se materializó ante la discreta casa de planta baja situada a pie de playa, la blanca arena se extendía a lo largo de una amplia franja comprendida entre los dos salientes de los

acantilados que la bordeaban. Las olas lamían suavemente la orilla, a la vez que se estrellaban con fuerza contra los escarpados bordes más allá. Un interesante contraste el de aquella calma contra el verdadero poder que la habitaba. El dios siempre había sentido una especial inclinación hacia la privacidad y no se tomaba muy bien el que alguien que no estuviese invitado, merodease por sus inmediaciones.

Respiró profundamente, sus altos tacones se hundían sin piedad enterrándose profundamente en la arena con cada paso que daba, así que no le quedó otro remedio que sacarse los zapatos y llevarlos en las manos. Con cada paso que daba se cuestionaba lo que estaba a punto de hacer, lo que aquello supondría, todo su interior gritaba en protesta pero ella hacía oídos sordos, no podía asistir impotente a la destrucción que se avecinaba, al final de todo lo que conocía y amaba, si había una remota posibilidad de hacer algo para cambiarlo, debía hacerlo, aunque eso significase su condena.

Su mente volvió unas horas atrás, la furia y el rencor que había visto en los ojos del Juez había quedado grabados a fuego en su mente, sus palabras se le clavaron con mortal certeza en su alma haciéndola comprender que él estaba dispuesto a sacrificar todo aquello que eran, así mismo si hacía falta, por la mujer rubia que protegió en su presencia. Los intrincados diseños tatuados en las manos de ambos fue un doloroso dardo para ella. Si bien era consciente de la insalvable separación que provocó lo ocurrido entre ella y Shayler en el pasado, todavía conservaba la esperanza… el sueño de que quizás, con el tiempo, él llegase a comprenderla… Que estúpida había sido.

Había fallado a Shayler cuando debió estar a su lado, había conseguido que su don abriese un profundo abismo entre ambos que jamás se había cerrado, no podía dejar que ese mismo don fuera el que acabase ahora con la única familia que había conocido, haría lo que fuese necesario para cambiar esa profecía aunque tuviese que aliarse con el mismísimo diablo para ello.

Tomando una profunda bocanada de aquel salado aire, se obligó a seguir adelante.

—No puedo creer que tan espléndida sirena se haya atrevido a arribar a mi costa —la recibió una voz masculina materializándose frente a ella.

Uras se tensó, su pelo leonado volando sobre el hombro. Tarsis estaba frente a ella, la ropa blanca que envolvía su cuerpo resaltaba su bronceado y contrastaba con el oscuro pelo negro que se mecía con el viento. El hombre ante ella era profundamente sensual y atractivo e igualmente letal, uno de tantos dioses e inmortales con los que se vio obligada a tratar en algún momento de su extensa vida. Pero en este hombre había algo más, algo oscuro e indescifrable en el fondo de su mirada.

—¿A qué debo el honor y el placer de una visita tan… espléndida?—respondió calibrándola con la mirada—. ¿Qué podría ser lo que llevase a un Guardián Universal a tocar a mi puerta?

Ella se estremeció involuntariamente ante el sensual tono en su voz. En su interior, todo gritaba por que diese la vuelta y se alejara, pero su voluntad era demasiado fuerte para ignorarla; Había tomado una decisión y aceptaría las consecuencias.

—Lo mismo que te ha llevado a ti a robar uno de los más poderos objetos hechos alguna vez por los dioses —le dijo, su mirada verde clavándose en la de él—. Algo que nunca debería haber abandonado el lugar en el que se encontraba.

Tarsis sonrió con petulancia, su mirada se deslizó suavemente sobre el voluptuoso cuerpo femenino.

—Y eso debería suscitar mi atención por… —insistió sin dejar de mirarla.

Uras alzó la barbilla y tomó una profunda respiración haciendo a un lado de una vez por

todos los gritos de poder en su interior.

—Porque soy la única oportunidad que tienes para llegar a ella.

CAPÍTULO 30

Shayler se quedó mirando a la mujer tendida en la cama mientras abrochaba la camisa con desgana, tumbada boca abajo, con la sábana enredada entre sus piernas, quedaba expuesta la cremosa piel de su espalda, así como el nacimiento de las prietas nalgas que lo provocaban como sólo ese cuerpo femenino sabía hacerlo. Dryah dormía apaciblemente, agotada y satisfecha como una tierna gatita, había resultado ser bastante curiosa en el tema del sexo y absolutamente entregada, algo que agradecía después de toda la tensión que había acumulado durante los últimos días y que se evaporó con cada ronda de cama. El tenerla finalmente con él, el poder disfrutar de ella como había hecho los dos últimos días era un regalo del cielo, un paréntesis de tranquilidad que ambos buscaban con tanto ahínco. Habían podido dejar atrás la tensión, ella pudo enfrentarse a la realidad de su situación aceptándola como algo inevitable, apoyándose en él a cada paso del camino, disfrutando de su mutua compañía dentro y fuera de la cama.

Se acuclilló a un costado de la cama viéndola dormir, unas hebras doradas cubrían su mejilla ocultando el hermoso rostro, él las retiró con los dedos haciendo que encogiera la nariz.

—Sigue durmiendo. —Sonrió y depositó un beso en su mejilla—. Todavía es temprano.

Ella frotó la nariz contra el colchón antes de volverse a medias hacia él, entornando los ojos.

—¿A dónde vas? —preguntó, su voz somnolienta, mientras se llevaba los puños a la cara y se restregaba los ojos. El movimiento no hizo más que alejar la sábana dejando a la vista sus apetecibles pechos. Sus pezones se erguían orgullosos hacia él, llamándole a reunirse con ella nuevamente en la cama.

Tuvo que obligarse a mirarla a la cara, pese a que sus pechos eran con mucho más atrayentes en aquel momento.

—Quédate en la cama —le susurró descendiendo sobre ella, capturando sus labios en un breve beso—. Mantén el lugar caliente, me reuniré contigo tan pronto termine con esto.

Ella se despabiló un poco, sacudió la cabeza y se peinó el cabello con los dedos, antes de tomar la sábana de la cama y cubrirse con ella. Las ventanas de la enorme habitación seguían cerradas, ni un solo rayo de luz se filtraba a través de las ventanas.

—¿Qué ha ocurrido ahora? —murmuró con un resignado suspiro—. ¿No puede esperar unas cuantas horas? Los dioses saben que tú has dormido tanto como yo, lo que equivale a nada.

Él se rio y volvió a besarla.

—Es John —acotó entre beso y beso—. Me necesita abajo. Tiene que ser algo importante o no pediría mi presencia con tanta urgencia sabiendo que estamos los dos aquí. Ahora, sé buena y quédate en la cama, tal y como estás ahora… y haré hasta lo indecible para librarme de ellos y volver a ti.

Ella volvió a recostarse bostezando.

—Parece que los problemas no llegan a terminarse nunca —suspiró—. ¿De qué se trata esta vez? ¿Es ella?

Le acarició la nariz con el dedo.

—¿Son celos eso que oigo?

—Si conociese el concepto de los celos, podría contestarte a ello —murmuró bostezando nuevamente.

Sacudió la cabeza y se inclinó nuevamente a besarla.

—Cierra los ojos y duerme —pidió sobre sus labios—. Volveré antes de que despiertes.

—Más te vale —ronroneó encogiéndose sobre el cálido colchón, el sueño reclamándola.

—Dulces sueños, bonita.

Con un último beso sobre su pequeña nariz, la observó mientras volvía a dormirse. John lo había llamado apenas unos momentos antes, su voz firme, seria y sus palabras escasas, una simple frase que lo decía todo:

—La Fuente ha proscrito a uno de los nuestros.

Aquella declaración cayó como un jarro de agua fría sobre su cabeza. En todo el tiempo que llevaba ejerciendo su mandato, ésta era la primera vez que la Fuente exigía que se diese caza a uno de sus hermanos, la sola idea era aterradora. Le había preguntado a John el nombre, pero él se había limitado a gruñir y decirle que bajara inmediatamente. Él la miró y suspiró, por mucho que la amara seguía teniendo un deber para con los suyos, no podía darles la espalda ahora, no cuando la vida de uno de los suyos estaba en juego y empezaba a tener una ligera sospecha de quien. La pregunta que realmente rondaba ahora su mente era, ¿por qué?

Destelló del apartamento hasta la oficina, traspasó el umbral de la puerta y saludó a Lyon con una inclinación de la cabeza mientras buscaba a John. Jaek estaba como siempre junto al piano y la puerta de su oficina permanecía abierta. El agujero en su ventana seguía allí, lo cual quería decir que aún no se habían presentado los albañiles.

—Imagino que ya te has enterado de las noticias —comentó Lyon, su voz era baja, seria, libre del amistoso tono que siempre lo rodeaba.

Echando un rápido vistazo con la mirada a los dos asintió.

—Sí —aceptó—. Al menos en parte… me falta el dato más importante.

Lyon asintió y se levantó de su asiento.

—A nosotros también —aceptó el guerrero.

—Ya estás aquí —oyó la voz de John procedente de su espalda. Shayler se volvió para verlo entrar por la puerta, su hermano no se había afeitado y el pelo le caía revuelto sobre los ojos. Conociendo la pulcritud del hombre, aquello era ya de por si preocupante—. Ya era hora de que abandonaras la cama.

Él esbozó una ligera mueca y arqueó una de sus cejas.

—¿Estabas pensando en quemarla hasta los cimientos, hermanito? —sugirió con ironía—. Te ruego que empieces a buscar otra diana de tiros, mi cama, esté en el lugar que esté… ahora tiene dueña.

John puso los ojos en blanco.

—Intuyo que habéis hecho las paces.

—¿Ahora se le llama así? —preguntó Jaek con ironía mientras dejaba su lugar junto al piano para reunirse con ellos.

—Me sigue gustando más lo de follar como conejos —le aseguró Lyon y entonces miró a John—. Vamos a seguir con rodeos o nos lo dices ya.

—Preferiría que lo dijeses ya —aseguró él, su mirada fue de unos a los otros—, aunque viéndonos aquí reunidos, mis sospechas se confirman.

Los cuatro se miraron entre ellos durante un silencioso momento.

—Pero ¿por qué? —preguntó Jaek contemplando a ambos hombres.

—Eso es lo que me gustaría averiguar —aseguró él mirando a su hermano—. ¿Y bien?

John le miró a los ojos, su expresión era insondable.

—La Fuente ha roto el contrato con uno de nosotros.

Él asintió y se preparó a sí mismo para la confirmación.

—¿Por qué? ¿Qué ha hecho ahora? —No había que ser un genio para sumar dos y dos.

John sacudió la cabeza, parecía realmente cansado mientras estaba allí de pie, su hermano nunca se había visto así de desesperado.

—Se supone que somos tu última línea de defensa y ahora… alguien ha cometido traición.

Estaba empezando a exasperarse.

—Solo di su nombre en voz alta, sabes que no haré nada sin una declaración, e incluso así, me reservo el derecho de mover un solo dedo por qué a esos dos les haya dado el síndrome premenstrual —sentenció, sus ojos clavados directamente en John.

El hombre le sostuvo la mirada, sabía que él tenía razón, pero dejar surgir aquellas palabras era condenar a muerte a uno de los suyos. Al destierro.

—La única mujer que pude realmente llegar a hacerte algún daño, Shay —respondió por fin al tiempo que dejaba salir el aire bruscamente antes de añadir—. Uras.

Shayler apretó los dientes y respiró profundamente para calmar el estallido que sintió en su interior que lo dejó absolutamente inerte a cualquier emoción. Allí estaba, la confirmación que no deseaba escuchar, puede que no quisiese ver a esa mujer nunca más, pero seguía siendo su hermana de armas, familia en cierto modo, por lo que su traición, fuese cual fuese, lo hacía todo más difícil.

—La Fuente ha decretado que se la dé Caza.

Él sacudió la cabeza, se hacía realmente difícil de creer aquello.

—Esto es absurdo, ¿qué diablos ha podido hacer esa imbécil que fuese tan grave para la Fuente?

Lyon chasqueó la lengua.

—Te creía un poco más inteligente, chico. Pero entiendo que todavía eres demasiado joven en cuestión de mujeres.

Arqueó una ceja ante tal disparatada declaración.

—Esa mujer es peligrosa, lo ha sido siempre —le recordó Jaek—, si una hembra celosa ya es imprevisible, unido a una guerrera como ella… es mortal.

Él negó con la cabeza una vez más.

—Todos sabemos cuál es el castigo por ir contra los decretos de la Fuente Universal, ni siquiera ella se atrevería a tanto —insistió, deseaba poder creer en sus propias palabras.

John negó una vez más con la cabeza.

—Yo mismo fui convocado para escuchar sus palabras —respondió John encontrando su mirada con la de él—, estuve frente a ellos, Shayler. Es Uras.

El Juez se tensó. Si el que se ordenara la Caza para alguno de los suyos era del todo inusual, el recibir la visita en persona de la Fuente Universal, era algo que cualquiera de ellos podía contar con los dedos de una mano. ¿Qué diablos había hecho ahora esa zorra psicótica que causara esa orden?

—¿Cuál es exactamente el cargo qué se le imputa?

John guardó en silencio por unos momentos. La Fuente lo había convocado sin previo aviso, el estar frente a aquellas dos figuras encapuchadas que formaban ya era de por sí algo de lo que no disfrutaba, si a ello se le añadía la frialdad y falta de piedad que habían mostrado frente a su petición de anular tal aberración, se convertía en un infierno que no desearía a nadie.

Su orden fue clara e irrevocable.

—No me han dado, o mejor dicho, no han querido darme una respuesta exacta —sentenció John—. Pero sea lo que sea, ha tenido que tener una importante implicación para nosotros, Shay.

Han decretado la muerte como Guardián y el Destierro.

El Destierro para aquellos de su clase consistía en perder todo aquello para lo que habían nacido, eran despojados de sus poderes, su rango, dejaban de ser la primera línea de defensa para convertirse en parias. Su vida, su inmortalidad, sus recuerdos, todo les era arrebatado. Aquel era un destino que Shayler no le deseaba a esa mujer.

—Eso no tiene sentido, John —negó, de alguna manera quería creer que todavía había una oportunidad para ella—. Nada de lo que haya podido hacer merece tal castigo. Vamos, todos sabemos cómo es. No le gusta seguir órdenes, es explosiva y tiende a hacerlo todo a su manera, pero… ¿Cometer traición? ¿Hacia sus hermanos de armas? ¿Después de cómo ha insistido y luchado contra esa maldita profecía?

Lyon puso los ojos en blanco y miró a John.

—¿Puedo pegarle ya?

El hombre se limitó a negar con la cabeza.

—Shayler, una mujer celosa puede cometer los errores más grandes —le intervino Jaek—. Deberías tenerlo en cuenta ahora que tienes una atada a ti.

—Dudo que esa pequeña sepa siquiera el significado de eso —murmuró John.

Shayler hizo caso omiso a la respuesta de John.

—¿Por qué no han venido directamente a mí?

—Después del precipitado enlace, imagino que quisieron darte tiempo para la Luna de Miel —aseguró Lyon batiendo las pestañas. Esta vez fue Jaek el que le dio en la nuca, seguido por él mismo.

—Sin duda, debido a tu implicación en los hechos —continuó John—. De algún modo esto parece conducir a un único lugar…

Los hombres se miraron los unos a los otros, quedándose en repentino silencio, tratando de digerir las implicaciones de todo aquello.

—Lo que ella vio de los Guardianes se está cumpliendo… —murmuró Jaek poniendo en palabras lo que todos pensaban, pero ninguno se atrevía a decir—. La división... ha comenzado.

Uras sintió el momento exacto en que Shayler abandonó a la mujer. Su amante. Su consorte por designio de la Fuente. La única que había sabido llegar al endurecido y receloso corazón masculino derritiéndolo y colándose en su interior; sólo por eso, la envidiaba. Envidiaba la calidez y ternura con la que la miraba, la furia con la que la protegía. Era algo que deseó ver durante mucho tiempo en sus ojos con respecto a ella, había estado enamorada de él desde que era apenas una adolescente, aquellos que fueron elegidos incluso antes de alcanzar la pubertad por la Fuente para formar parte de los *Guardianes Universales* habían permanecido juntos, crecieron como una familia y se apoyaron como tal. Ella más que nadie había deseado ese contacto, el calor de la cercanía de sus hermanos y ahora estaba a punto de cometer un acto que podría al hombre de rodillas. Si conocía bien al Juez, y lo hacía, el arrebatarle a esa mujer, el que algo le pasase a ella… sería condenarlo a un infierno en vida y ella estaba a punto de precipitar tal final.

—Increíble que todavía pueda desvanecerse después de tal sesión amatoria —masculló su acompañante, dedicándole una mirada inquisitiva—. Sería una pena encontrar a la zorrita muerta por excesos sexuales. Aunque… a mí no me importaría.

Uras apretó los dientes antes de fulminar con la mirada a la inmortal. Aquella zorra de pelo negro era la compañera de Tarsis, toda su hermosura estaba bien compensada por el veneno y la maldad que manaba de cada uno de sus poros. Sus ojos bajaron a los brazaletes que les había

entregado el dios. Él no le había facilitado demasiada información acerca de su cometido, se limitó a sonreír con satisfacción y enigma cuando le hizo tal pregunta. Ella sabía exactamente el poder que contenían aquellos brazaletes, sabía a ciencia cierta que en las manos equivocadas era un peligroso arma de contención, pero había algo más que se le escapaba, un oscuro y ardiente poder que emanaba de ellos, tan antiguo como la misma Fuente e igual de peligroso.

—¿Cuál es exactamente su función? —le preguntó a su acompañante.

La mujer esbozó una adorable sonrisa que en otra circunstancia la haría aún más hermosa.

—Pensé que lo sabías, querida, hacer el trabajo más fácil —le aseguró alzando los brazaletes a la altura de sus ojos—. Estas preciosidades encadenarán al mayor poder del universo dejándola tan mansa como un gatito al que le han extirpado las uñas. Volverá a la cárcel de la que nunca debió abandonar.

Se estremeció interiormente, ¿lograría aquello parar la profecía que había visto en sus visiones? ¿Sería suficiente con encerrar su poder y volver a sumirla en un profundo sueño? La joven hembra era el *Libre Albedrío,* ¿y si aquello afectaba al balance del universo? No era como si el poder desapareciera, pero…

«Ella me da la paz que no he encontrado en toda mi vacía existencia, llena la mitad vacía de mi alma. Es mi luz, el único camino que quiero seguir y haré lo que sea para que siga siendo así».

Las palabras que Shayler le había gritado seguían clavadas profundamente en su alma, pero no era tanto el significado de estas, como el tono helado que oyó en su voz lo que la hirió. Él había sido sincero en cada una de sus palabras, sus amenazas en cualquier otro momento baldías contenían la absoluta verdad, aquella rubia muchacha se había convertido en su mundo, en su obsesión, en el motivo de que incluso peleara con sus propios hermanos de armas. ¿Es que no podía ver lo equivocado que estaba? ¿Qué todo lo que sentía, lo que había hecho, había sido por él? Uras sacudió la cabeza, ella mejor que nadie debió saber que ni todas las palabras del mundo harían nada por evitar el desprecio en los ojos del Juez. Su historia era demasiado oscura, después de todo como la Oráculo del Universo, había tenido el conocimiento para designar al Juez, y debería cargar con ese estigma hasta la última de sus consecuencias.

—El *Libre Albedrío* no es algo que se pueda contener —murmuró ella—. Si juegas con el diablo, desatarás el infierno.

—Sólo si no tienes al diablo por aliado —se rio Terra y volvió la mirada hacia el edificio —. Es hora de que te decidas, querida… el tiempo ha empezado a correr.

Dicho esto, la mujer desapareció.

—El diablo no tiene amigos —susurró ella antes de desvanecerse a su vez.

La habitación permanecía en penumbra apenas iluminada por las dos lámparas de noche que derramaban su luz sobre el cuerpo desnudo que dormitaba entre las revueltas sábanas. Tumbada boca abajo, con ambos brazos alrededor de la almohada y la sábana cayendo de la curva de sus nalgas, era la visión de la inocencia y satisfacción femenina después del sexo. Uras se acercó con sigilo y la contempló en silencio durante unos breves instantes, su rostro estaba vuelto de lado y sus rosados labios se curvaban en una satisfecha a la par que inocente sonrisa. La mujer sintió una punzada de celos, algo en su interior se rompió nuevamente y tuvo que clavarse sus propias uñas en la palma y apartar la mirada para evitar quebrarse.

—Sexo en estado puro —ronroneó Terra, sus ojos ardían con lujuria mientras pasaba la mirada por la cama revuelta y la figura inconsciente que descansaba sobre ella. Uras se sintió repentinamente asqueada por ello—. La pasión todavía impregna las paredes y se mezcla con la poderosa aura que teje las protecciones… Si me acerco a ella, sonarán campanas.

La mujer le tendió los brazaletes a la Guardiana, quien se los quedó mirando como si las serpientes impresas en él fueran a cobrar vida en cualquier momento.

—Es hora de que elijas qué intereses vas a atender, querida.

Uras trasladó la mirada de los brazaletes a la figura desnuda enredada en las sábanas, ella, quien había estado retozando y disfrutando entre los brazos del único hombre que había significado algo para ella. La única que destruiría el vínculo de los Guardianes. La visión se había presentado sin avisar, marcándola a fuego, como siempre imágenes inconexas y vagas, pero con un claro significado… el fin de su antigua orden.

Respirando profundamente le arrebató los brazaletes de las manos, los miró y miró a la mujer que había desencadenado aquel apocalipsis, la única que les traería la destrucción a todos. Cerrando los ojos invocó el poder ancestral al que reaccionarían los brazaletes, Tarsis se había salido con la suya, ya que únicamente la sangre de un Guardián Universal tenía el poder de hacer funcionar tales artefactos. Un par de frases recitadas en un extraño dialecto y estos se deshicieron en sus manos como si fueran polvo para rodear finalmente las muñecas de la inconsciente hembra sellando el destino de ambas.

Dryah se despertó de golpe al sentir como una helada y oscura mano de poder se resbalaba por su columna, abrió los ojos sólo para encontrarse a Uras de pie al lado de la cama junto a otra mujer de lujuriosa mirada y profunda oscuridad, sus propias muñecas atadas con dos pesados brazaletes de metal dorado. Su propio poder protestaba en su interior, lanzándose contra las paredes de su cuerpo en salvaje agonía, intentando zafarse de ese repentino confinamiento.

—¿Uras? ¿Qué… has… hecho? —jadeó ella arrastrándose sobre la cama, aferrándose con fuerza a la sábana tratando de cubrir su desnudez, mientras miraba a su alrededor—. ¿Dónde está Shayler?

La mujer de largo pelo negro y ojos lujuriosos se lamió los labios mientras la medía con la mirada, entonces se inclinó sobre la cama y declaró:

—Nunca debiste haber despertado, *Libre Albedrío* —murmuró Terra mirándola con esos profundos y fríos ojos—. En realidad… nunca debiste existir.

La pequeña rubia no tuvo tiempo a emitir ni un gemido, en un momento las estaba enfrentando y al siguiente las bandas de oro que ahora rodeaban sus muñecas se estrecharon hasta casi fundirse con su piel, el siempre presente poder que fluía en su interior empezó a gritar desesperado por liberarse mientras una profunda e insondable oscuridad se lo tragaba, separándoles, dividiéndoles a la fuerza. La agonía se extendió por todo su cuerpo y lo único que pudo hacer fue gritar.

Shayler sacudió la cabeza, no podía asimilar algo como aquello, ellos habían sido siempre una unidad, eran sus hermanos, no podía ser que uno de ellos hubiese cometido un crimen tan grande como para exigir el destierro.

—Tiene que haber algún error —insistió renuente a aceptar tal cometido—. No es posible…

—Tu fe en tu gente te honra, Juez, pero no permitas que te ciegue —le recordó Lyon.

—Es tu cometido, Shayler, tú eres nuestra Ley.

Está a punto de contestar cuando empezó a notar que le faltaba el aire, sus sentidos se nublaron y todo vínculo que tuviera con el mundo se desconectó dejándole abierto sólo a la voz del Universo:

«CUMPLID EL COMETIDO, JUEZ. NADIE NOS BURLA, NADIE NOS DESAFÍA, NADIE ROBA LO QUE ES NUESTRO POR DERECHO, NADIE TIENTA A LA MANO DE

PODER».

Jadeó bruscamente en busca de aire, la opresión en su pecho no cedía, el aire era incapaz de entrar en sus pulmones y todo su cuerpo empezó a rasgarse por dentro como si lo estuviesen torturando a cuchilladas. John notó su repentino cambio así como el sutil movimiento en la trama del universo; Todos lo notaron.

—Eso sí que es una forma de convencer a los incrédulos —comentó Lyon jadeando también, algo lo había golpeado profundamente dejándolo sin aire por unos instantes.

—No, no se trata de eso —negó Jaek mirando realmente asustado a su alrededor—, noto un vacío de poder… estaba ahí en un momento y ahora…

La palidez cubrió el rostro de los dos hermanos, la mirada incrédula de John se cruzó con la negación que veía en los ojos de su hermano.

—No está… —se las arregló para decir John, las palabras parecían imposibles de pronunciar—. No lo siento…

Lyon y Jaek fueron perdiendo el color a medida que la realización se filtraba en sus rostros.

—¿Dónde está el *Libre Albedrío*? —murmuró Lyon, su expresión era mortal y atónita.

—No puedo sentirlo… —susurró Jaek en un ahogado jadeo.

Shayler dejó escapar el aire bruscamente, sus pulmones empezaron a funcionar de nuevo solamente para verse sorprendido por un aterrador frío que se filtraba en su cuerpo congelándole hasta los huesos, un frío nacido del miedo.

—Dryah.

El nombre no había terminado de dejar sus labios cuando desapareció dejando a sus compañeros totalmente golpeados con la repentina revelación.

Nyxx se detuvo en seco y provocó el choque de un par de transeúntes que venían tras él los cuales no dudaron en hacerle partícipe de su descontento. Su mirada vagó a su alrededor, buscando más allá de la trama del tiempo y el espacio, luchando por encontrar la huella de un poder que repentinamente había dejado de existir.

—Mi dios —murmuró, su rostro perdiendo el color.

Con un jadeo se obligó a volver sobre sus pasos sin dejar de sondear los planos mientras se dirigía a uno de los callejones más cercanos, pero por más que lo intentaba todo lo que encontraba era simple vacío.

«¡Seybin! ¿Qué coño está pasando?».

Nyxx maldijo en voz baja.

«Es el Libre Albedrío. Algo le ha ocurrido a Dryah».

La voz del Dios de las Almas sonaba fría, seria, más glacial de lo que Nyxx la había oído en… siempre. Un bajo gruñido animal brotó de la garganta del Cazador.

—Tarsis.

La oscuridad se hacía cada vez más asfixiante mientras trataba de agarrar con fuerza aquella mano gemela a la suya que había quedado atrapada en el interior del prístino cristal. Esa figura gemela gritaba pero de su boca no salía una sola palabra, sus ojos, un duplicado de los suyos le suplicaban que hiciera cesar el dolor, no quería que las separaran. Era su propio reflejo el que veía en ese espejo, su propia mano la que sostenía, el *Libre Albedrío* había sido encerrado con llave y era incapaz de alcanzarlo. El aire escapó bruscamente de sus pulmones cuando su sensibilizado cuerpo impactó contra el reluciente suelo de mármol negro, su piel entró en

contacto con la fría baldosa espabilándola y devolviéndole algo de lucidez a aquel extraño episodio. Dryah abrió los ojos y alzó la cabeza para ver a ambas mujeres ahora en pie sobre ella, la Guardiana permanecía a cierta distancia, su mirada fría y al mismo tiempo incapaz de sostener la suya, la otra, en cambio, parecía estar interesada en el cuerpo apenas cubierto por la sábana.

—Va a ser divertido, sí, muy divertido —aseguró lamiéndose los labios mientras estiraba una mano hacia la muchacha. Dryah se arrastró hacia atrás, huyendo de su contacto, no le gustaba la oscuridad que había sentido en ella anteriormente.

Aunque ahora no sentía nada, nada en absoluto. Todo a su alrededor parecía haberse sumido en un sordo mutismo, ya no sentía el poder que había corrido por sus venas, no sentía la presencia del universo y tampoco podía sentir el poder de su consorte.

—Shay… —jadeó incapaz de sentirle, ni siquiera por un vínculo de esponsales que parecía haber hecho más íntima su conexión. El pánico se mostró en su rostro—. ¡Qué habéis hecho! ¿Dónde está el Shayler?

Uras volvió la mirada hacia la chica al oír el nombre en sus labios y se sorprendió ante el absoluto pánico que cubría el rostro de la pequeña rubia.

—¡Qué le has hecho! —gritó de nuevo y se puso en pie mientras apretaba con fuerza la sábana que ocultaba su cuerpo—. ¿Todavía no le has causado suficiente dolor? ¡Dónde está Shayler! ¡Dónde…!

El fuerte sonido de carne contra carne fue instantáneamente seguido por el peso de un cuerpo golpeando contra el suelo y un ahogado gemido femenino. Uras se sobresaltó al ver como la amante de Tarsis le había girado la cara a la muchacha lanzándola al suelo. La mirada en sus ojos era de oscura, llena de malevolencia.

—Sólo hablarás cuando se te permita, zorra —clamó ella con fiereza.

El poder ancestral que corría por sus venas y la marcaba como uno de los Guardianes rugió con fuerza ante el injustificado acto, demasiados siglos de lucha contra las injusticias habían dejado una marca en Uras como para que ahora permitiera una acción como aquella.

—Eso no era necesario —clamó con fiereza. Su mirada cayó sobre el cuerpo tendido en el suelo, la mirada azul de Dryah brillaba con lágrimas contenidas, una rojiza marca empezaba a oscurecer su pálida mejilla mientras un hilo de sangre manchaba su labio inferior. Sus miradas se encontraron y ella no dudó en responder con la verdad—. El Juez Supremo no será jamás tocado por poder alguno mientras tenga a los Guardianes Universal bajo su mando. Ni yo ni mis hermanos permitiremos que nadie se acerque a él.

Algo de la tensión, así como el temor que habían cubierto los ojos azules de la muchacha desaparecieron paulatinamente, pero su voz estaba cargada de profundo pesar.

—Sólo espero que sus hermanos, sí puedan protegerlos… de ti —murmuró haciendo una mueca de dolor. Debía de haberse mordido la parte interior de la boca con el golpe—. No has sido más que un odioso cáncer en su vida, Uras.

Ella palideció un instante antes de que sus facciones mostraran vergüenza y apretase los llenos labios con furia.

Un sonido de aplausos empezó a oírse entonces desde la parte más oscura y alejada de la enorme sala de mármol a la que Dryah no había prestado atención hasta ahora. El lugar estaba vacío y a juzgar por la capa de polvo y el olor a humedad que había en el aire, no se había utilizado en mucho tiempo. Una figura cubierta de negro arrancó le arrancó un jadeo, no había error posible en la identidad de aquel hombre que caminaba hacia ella con oscura majestuosidad. Su sonrisa satisfecha no era nada comparada con la malicia que brillaba en sus ojos, una mirada que no disimulaba en esconder el odio y el disgusto que le provocaba su presencia allí. La misma

mirada que había vislumbrado en su rostro durante la sesión en la Sala de los Ancianos.

—Hasta que por fin nos vemos nuevamente cara a cara, Alma Maldita —clamó Tarsis. Vestido con unos simples vaqueros y una camisa negra, totalmente abierta por delante y el salvaje pelo negro enmarcando sus cinceladas facciones, era el etíope de la belleza masculina. Una belleza oscura, diabólica.

Ella aferró con fuerza la sábana contra su cuerpo, su mirada fue entonces de Tarsis a Uras, quien también se había quedado mirando al hombre. El dios captó el movimiento y sonrió.

—Es asombroso como obran los celos, ¿no es así? —murmuró acercándose a la muchacha hasta quedar prácticamente a sus pies, acuclillándose para quedar a su altura—. Los más fieles aliados pueden convertirse en crueles enemigos cuando los dominan los celos. Pero ¿qué sabrás tú de eso, verdad?

No respondió, pero tampoco le dio la satisfacción de apartar la mirada. Había algo simplemente diabólico en su rostro, algo oscuro y peligroso que no presagiaba nada bueno.

—Has cumplido con tu parte, querida —le dijo él entonces a la Guardiana, su mirada sin embargo nunca la dejó. Calibró su cuerpo, relamiéndose de anticipación y consiguiendo que se encogiese y estremeciese de asco. Si osaba tocarla, se moriría—. No tendrás que preocuparte más de esta díscola criatura.

Uras vaciló por primera vez desde que entró en aquella habitación.

—Ella está vinculada como consorte al *Juez Universal*, si algo le pasa a él por causa de ella… —lo previno, la advertencia más que clara en su voz—. La *Fuente Universal* los ha unido con los *Sagrados Esponsales*.

Tarsis se volvió entonces hacia la mujer y la recorrió con la mirada, en un gesto absolutamente sexual.

—Como ya dije, ella es lo único que me interesa… —le respondió acariciándole con la mirada los labios, los pechos—. Tu Juez no se verá afectado en ninguna manera.

Dryah clavó los ojos en ella, el desprecio y la pena que Uras vio en ellos, no sabía si se debía a su traición, o a que sentía lástima de ella.

—Guárdate tu compasión, *Libre Albedrío*, la necesitarás más que yo.

La muchacha cerró los ojos y volvió a abrirlos.

—No será mi compasión lo que necesites, Guardiana —declaró con pena—, para perdonarte a ti misma por lo que acabas de hacer… y harás.

Uras se tensó y amenazó con dar un paso adelante cuando Tarsis se volvió nuevamente hacia la pequeña rubia, sus ojos relucieron del negro al rojo en un instante. Una fuerte ráfaga de poder impactó directamente con el cuerpo femenino, alzándola sobre sus pies y lanzándola contra la pared tras ella con un potente golpe.

—Aprenderás a mantener la boca cerrada a menos que se te pregunte —clamó Tarsis con una calma fría y mortal. Ignorando a la Guardiana Universal, caminó directamente hacia el lugar en el que había caído la muchacha quien yacía en el suelo—. ¿Ves lo que me obligas a hacer, pequeña alma? No quiero tener que destruirte, así que, compórtate, por favor.

Uras hirvió nuevamente, su instinto guerrero se despertaba ante la injustificada acción llevada a cabo por Tarsis, pero se contuvo recordándose que no debía interferir, aquello no era asunto suyo, su lealtad era para con los suyos, para su Juez.

—Con esto, nuestro trato queda sellado, querida Uras —murmuró Tarsis, sin siquiera mirar a la guardiana—. Su alma, por tu profecía… esperemos que tus oráculos perdonen el pecado que acabas de cometer.

La mujer clavó la mirada en la espalda de Tarsis antes de volverse hacia el menudo cuerpo

que empezaba a moverse con dificultad, su mirada encontró momentáneamente la de ella y se sorprendió al ver en aquellos ojos azules compasión. ¿Aquella estúpida niña se estaba compadeciendo de ella? Con el labio roto y un nuevo hilo de sangre corriendo de la comisura de su boca, la pequeña hembra mostraba tanto coraje como una verdadera guerrera o tanta estupidez como alguien que no tenía apego por la vida.

Incapaz de seguir soportando su mirada, Uras se volvió a Tarsis y le advirtió.

—Mi Juez no debe sufrir daño alguno, Tarsis —le recordó—. Harás bien en recordar mis palabras.

Tarsis se limitó a inclinar la cabeza en una ligera reverencia. Con un último vistazo a la indefensa rubia, Uras se volvió sobre sí misma y desapareció.

La sonrisa en el rostro de Tarsis hizo que Dryah realmente sintiese miedo.

—Ha pasado mucho tiempo, Alma Maldita.

Dryah se arrastró hasta conseguir apretarse contra la pared, el *Libre Albedrío* gritaba como un lejano eco en algún lugar en su interior urgiéndola a levantarse nuevamente, la necesidad de extenderse y castigar a aquel demonio era demasiado poderosa para ser negada incluso en el confinamiento en que aquellos brazaletes que rodeaban sus muñecas lo tenían. Pero la ausencia de su poder solamente era superada por la ausencia de él, era la ausencia total de Shayler la que la hería más que los golpes que había recibido, hasta aquel momento no se había percatado de lo que significaba el vínculo que compartían las almas predestinadas, siendo consciente el uno del otro, siempre en perpetua compañía. Ahora, donde debía encontrarse su esencia, sólo había una enorme soledad.

Shayler, pensó, el Juez iba a montar en cólera cuando descubriera la nueva traición de Uras, una traición que lo destruiría cómo ninguna otra cosa podía hacerlo, ni siquiera su repentina desaparición opacaría el dolor que sentiría cuando descubriera que su hermana lo había traicionado de nuevo. Quería llorar, gritar y patalear por todo aquello, él no se merecía algo así, merecía ser querido, cuidado, amado… y nuevamente iba a ser traicionado por la mujer que casi acabó con su alma. No podía permitir que él arriesgase la vida enfrentándose a Tarsis, no quería que saliera herido por causa de ella, nadie merecía ser herido por proteger a otros pero era incapaz de alcanzar su poder, incapaz de llegar al *Libre Albedrío*.

El dios volvió a acuclillarse a escasos pasos de ella, sopesándola con la mirada, estudiándola. Su sola presencia la ponía nerviosa, simplemente había algo en el hombre que proclamaba a gritos su oscura naturaleza.

—Se me ha negado mucho tiempo esto —murmuró recorriéndola con la mirada, su mano siguiendo el sendero de sus ojos aunque ella se apretaba contra la pared y se encogía para escapar de su desagradable toque. Le agarró la mandíbula con fuerza, atrayéndola hacia él, notando el cálido aliento a licor y especias muy cerca de su rostro—. Sí, absolutamente perfecta, una creación única… aunque desafortunada. Tu sola existencia condujo a dos de los más importantes dioses a la muerte… una muerte nada agradable, tengo que añadir.

Ella se zafó de su agarre de un tirón, sus manos se aferraron con más fuerza a la sábana que cubría su desnudez, cada brusco movimiento enviaba una oleada de dolor a través de su cuerpo debido al fuerte golpe.

—Eidryen y Elora escogieron su propio destino —replicó en voz baja, le dolía la parte interna de la boca y sentía como empezaba a entumecerse parte del rostro—. El único que les permitiría estar juntos.

Tarsis entrecerró los ojos, nuevamente ese brillo rojizo opacó el color natural de sus pupilas, sus manos se cerraron con fuerza sobre los delgados brazos y la arrastró con fuerza hasta

levantarla, ella no dudó en forcejear y pegar patadas como una gata asilvestrada. Un seco bamboleo y una sonora bofetada que le volvió el rostro silenciaron momentáneamente aquella batalla. A Dryah le zumbaban los oídos, el dolor había explotado sobre el lado izquierdo de su rostro y podía saborear la sangre en su boca mientras caía de nuevo al suelo.

—Empiezo a entender por qué el Juez tiene un interés tan especial en ti —se mofó volviendo a inclinarse sobre ella, quien esta vez retrocedió arrastrándose, el temor se instaló inevitablemente en sus ojos, algo que pareció disfrutar Tarsis—. Ha debido de tener las manos llenas contigo, pequeña gata salvaje.

Las lágrimas se agolpaban en sus ojos y se deslizaron lentamente por sus mejillas, si no iba con cuidado, la mataría con una de sus palizas. Luchando por mantener el único trozo de tela que lo separaba de él, se arrastró nuevamente alejándose de él.

—¿Qué es lo que quieres? —murmuró ella haciendo una mueca cuando las laceraciones en el interior de su boca fueron rozadas con su lengua.

—Todo a su tiempo, querida niña —respondió recorriéndola con una indiferente mirada, entonces se alzó y echó mano al bolsillo trasero de su pantalón de dónde sacó una cinta dorada cuyas puntas semejaban las cabezas de dos serpientes. Un diseño a juego con los dos brazaletes.

—Por todos los dioses —exclamó Terra, quien había estado disfrutando de toda la escena en cómodo silencio. Su asombro sólo era parejo a la reverencia que veía en sus rasgados ojos cuando posó la mirada sobre la cinta dorada—. Lo has encontrado.

Tarsis le dedicó una erótica mirada por encima del hombro.

—Siempre obtengo lo que quiero, querida, siempre —le aseguró a la mujer, más su mirada estaba puesta sobre la muchacha—. Y he esperado demasiado tiempo para conseguirte a ti… demasiado tiempo.

Dryah se tensó, recogió los pies bajo su cuerpo y se apretó contra la rugosa pared a sus espaldas.

—¿Por qué tienes tanto interés en mí? —se aventuró a preguntar, siempre sin perder de vista las manos del hombre que ahora jugueteaban con el collar. Su pequeña mano se deslizó sobre la otra cubriendo el tatuaje que la vinculaba a su esposo—. ¿Qué beneficio puedes sacar de mi presencia? Nunca antes mostraste interés en mi persona, sólo en la de Elora.

Tarsis alzó la banda de oro dejándola deslizarse entre sus dedos.

—Ah, querida, el beneficio está a la par de mi interés —aseguró con una socarrona carcajada, sus labios se estiraron en una amplia sonrisa mientras se inclinaba hacia ella y le mostraba la cinta con las dos cabezas de serpiente—. He esperado mucho tiempo por algo como esto, aunque he de reconocer que no resultaste ser una presa fácil, querida.

Ella se apretó todavía más contra la pared, como si pudiese fundirse con esta cuando lo vio aproximarse a ella cual animal acechando a su presa.

—¡Qué quieres de mí! —exclamó en un desesperado grito.

—Tu voluntad, *Libre Albedrío*, sólo, tu voluntad.

La fina banda de oro desapareció de sus dedos instantáneamente para formarse nuevamente alrededor del cuello femenino como una cinta de metal suave y cálido que cosquilleaba contra su cuello. Dryah se quedó absolutamente inmóvil, el miedo tomando las riendas al tiempo que su poder gritaba como un lejano eco en su mente mientras las costuras de la conciencia empezaban a soltarse como si hubiesen sido unidas por una mala costurera.

—No… —susurró, las lágrimas deslizándose por sus mejillas—. Qué estás haciendo… no… no puedes…

El dios sonrió ante la inútil lucha que parecía estar llevando a cabo la mujer.

—Tu voluntad, mi querida niña, es todo lo que necesito de ti —le respondió en un susurro, derramando el calor de su aliento en su oído—. Tu voluntad y tu vida. Un alma por otra, mi querida… es todo lo que quiero.

Dryah apenas comenzó a negar con la cabeza cuando sintió una débil oleada de oscuridad manando del collar que le rodeaba el cuello, su visión empezaba a emborronarse por momentos al igual que su mente se sumía en la confusión. Intentó luchar contra aquel sopor, gritó pero de su garganta no salió una sola palabra, todo su cuerpo parecía estar paralizado, su mirada se tiñó de horror y ascendió hacia él quien simplemente parecía esperar anhelante algún hecho.

—Déjate ir… entrégamelo todo… ahora… —le susurró Tarsis alejándose de ella lentamente—. Eso es… ahora Alma… entrégate a mí…

Ella sintió como la conciencia la abandonaba poco a poco, todo su ser se revelaba contra aquella orden mental que la instaba a entregar su voluntad a ese demonio pero no parecía poder encontrar las fuerzas para rechazarlo. Él la contemplaba, admirando la blancura y el tacto de seda de su piel expuesta, disfrutando del desvanecimiento de lucha y esperanza que había en sus ojos azules, creciéndose ante el miedo que reflejaban hasta que su mirada quedó absolutamente vacía de todo. Una satisfecha sonrisa jugueteó entonces en los labios masculinos.

—Muy pronto… muy pronto me llevarás a ella.

Dryah se perdió en la oscuridad, las lágrimas fluyendo por sus mejillas, mientras su último pensamiento racional vagaba en busca de su otra mitad.

Shayler se precipitó hacia la habitación y se quedó totalmente inmóvil al contemplar la escena ante él. La cama estaba completamente vacía, no había ni la más leve esencia de ella o su poder en todo el dormitorio o en toda la casa, su sangre empezó a espesarse en las venas al tiempo que sus oídos zumbaban con el intenso latido del corazón.

—Dryah —susurró con angustiosa desesperación, mientras buscaba algún indicio de lo ocurrido allí.

Su mirada recorrió centímetro a centímetro el dormitorio, acariciando la sábana sobre el colchón cerró los ojos con fuerza y tomó aliento, entonces lo notó, sutil y delicada la huella de ese otro poder, dos esencias en realidad, una de ellas era ajena a él, pero la otra…

—Uras —murmuró en voz baja, letal. Ella había estado allí, de alguna manera había tenido algo que ver con la desaparición de su mujer.

Shayler cerró los ojos y respiró profundamente, se habían terminado las vacilaciones o cualquier clase de renuencia por su parte. La Fuente había ordenado su Destierro y la mujer acababa de firmar con sus actos su sentencia de muerte.

CAPÍTULO 31

Uras contempló las ruinas a su alrededor, odiaba aquel lugar, el único en el que había empezado todo, aquel que le había arrebatado en un solo golpe lo que más le importaba en toda su larga existencia. En aquellos días ella era tan joven e inexperta como él, pero su poder como Oráculo ya había alcanzado su punto más álgido, cuando la visión había llegado a ella y la Fuente la eligió para que llevase a cabo sus órdenes, había firmado sin saberlo su propia sentencia. Le había entregado al Juez el poder que conllevaba su derecho de nacimiento rompiendo con ello cualquier cariño que él hubiese podido sentir por ella, marcándolos con la huella de la traición, una traición que Shayler no había perdonado ni siquiera tanto tiempo después.

Suspiró, quizás después de todo éste era el final que se merecía, en su desesperado intento por mantener lo único que le quedaba había vuelto a hacerle daño.

—Uras.

Se volvió hacia el sonido de la voz que esperaba oír antes o después y sonrió tristemente antes de enfrentarse a su Juez con todo el coraje y el valor de un Guardián.

—Así que el círculo se cierra.

La mujer había abandonado su imagen de Hollywood por el cuero negro. Vestida con un pantalón, botas de tacón de aguja y una blusa negra permanecía apoyada en una de las columnas derruidas de lo que en otro tiempo fue un templo dedicado a los dioses de la luz y la oscuridad, el pelo castaño le caía por encima de uno de sus hombros atado en una apretada coleta.

—Has tardado en venir.

Él la fulminó con la mirada, la rabia presente en su voz.

—¿Por qué? —preguntó. A pesar de que su semblante era absolutamente oscuro y letal, había dolor en su voz.

—Mi propia estupidez, supongo —le dijo volviendo la mirada hacia él—. Cada vez que he intentado evitar una profecía, ésta se ha cumplido… y de la peor de las maneras. Imagino que es la manera en que tiene La Fuente de castigar la intromisión indeseada de alguien.

—¿Dónde está Dryah? —insistió él, sus pasos lo llevaron rápidamente a ella, su mano sujetando su brazo mientras la hacía volverse para enfrentarla—. ¿Qué le has hecho? ¡Contesta, maldita sea!

Uras se enfrentó a él alzándose sobre los ocho centímetros extra que le proporcionaban los tacones, sus ojos verdes chocaron con la furiosa mirada del Juez.

—¿Por qué tenía que ser ella? —preguntó con voz bordeada de rabia y dolor—. ¿Por qué alguien que nos destruirá a todos? ¿Qué nos dividirá?

Shayler le apretó el brazo con más fuerza.

—Terminará con los Guardianes, Shayler —insistió sin dejar de mirarle a los ojos—. Da igual lo que hagamos por evitarlo, el vínculo se romperá… se ha roto… nos ha dividido.

Él apretó los dientes y la miró sin pestañear, su voz contenía tanto veneno que era un milagro que no cayese fulminada allí mismo.

—No ha sido ella la que ha roto el vínculo, Uras —le recordó, sus ojos bordeados de una triste amargura—. No ha sido ella la que dio la espalda a sus hermanos para involucrarse con un dios con demasiadas aspiraciones de poder.

—¡Yo no he sido la que os ha dado la espalda! —clamó ella, sus ojos verdes llameando

con furia—. No fui yo el que vivió obsesionado por una mujer que lo visitaba en sueños, no he sido yo la que ha amenazado a mis hermanos para proteger un poder inestable que muy bien podría haber acabado con cualquiera de nosotros en un abrir y cerrar de ojos. ¡No fui yo la que amenazó de muerte a sus hermanos si se atrevían a tocarle un pelo a esa maldita mujer! ¡Tenías que ser imparcial en un juicio que sólo tú puedes impartir! ¡Y no hay parcialidad cuando está en juego el corazón, Shayler, tú mejor que nadie debería saber eso!

No contestó. Sabía todo eso, sabía a ciencia cierta que por proteger a Dryah se enfrentaría con sus propios hermanos, que iría al mismísimo infierno y volvería sólo por borrar el dolor que tantas veces vio en aquellos ojos azules que lo habían rondado durante siglos. Y ellos lo sabían y lo habían aceptado, por su felicidad, por su juramento de protegerlo pasase lo que pasase, la habían aceptado a ella más allá de lo que dijese la profecía vaticinada por Uras. Por Shayler, ellos morirían si tenían que hacerlo y aquello era una carga que siempre llevaría en lo más profundo de su alma, un estigma que le había sido designado a él. Los Guardianes dependían de él, tanto o más de lo que él dependía de ellos y sentía que de algún modo les había fallado. Sin duda, de algún modo, había fallado a Uras. Más allá de su odio, su rencor hacia ella por lo que el destino había provocado, era su hermana de armas y ahora debía pagar el precio más alto de todos.

—Eres tú el que nos ha fallado, Shayler —insistió ella al tiempo que se soltaba de su agarre—. Yo me he limitado a seguir mis instintos y a mantener mi juramento por encima de todas las cosas, el que me obliga a anteponer tu vida por delante de la de cualquiera, incluso de mí misma.

Él negó con la cabeza, pero le sostuvo la mirada.

—¿Incluso si se trata de utilizar a una inocente en el proceso? ¿Cuándo te volviste tan fría, Ur? —preguntó con frialdad—. Nuestro principal juramento es hacia nuestros hermanos, sí, pero también lo es el proteger a aquellos que no tienen quienes los protejan.

—¡Nunca debió haber sido creada! ¡Fue un maldito desafortunado accidente del destino! —exclamó alejándose de él con la necesidad de mantenerse en movimiento—. Nada de esto debía haber ocurrido jamás… tú no deberías haber sido el elegido… Si no fuese por mi estupidez, tú no habrías sido condenado a cargar con la voz de la última Justicia. No era tu momento. Maldita sea, ni siquiera sabes quién eres realmente.

Shayler apretó los puños tratando de contener el torrente de dolorosos recuerdos que tanto sus palabras como el lugar en el que estaban traían hasta él. Las ruinas de aquel antiguo templo sólo accesible para los *Guardianes Universales* era el recordatorio de un oscuro momento en la relación de ambos, un lugar y un tiempo que lo había cambiado todo.

—El destino nunca puede ser burlado por completo, Uras —declaró suavemente—. Podemos rodearlo, intentar cambiarlo, luchar por encontrar un mejor camino, pero si algo tiene que pasar, pasará antes o después. Y ese, era el mío.

Ella se mordió el labio y cerró los ojos con fuerza.

—Al igual que las profecías, Shayler —murmuró en respuesta, las lágrimas brillaban en sus ojos, pero se negaba a dejarlas salir. No había llorado jamás en presencia de ningún hombre y no iba a empezar ahora—. Dices no creer en ellas, pero aquí estás, aceptando que el convertirte en Juez Supremo era tu destino, algo que no podrías haber evitado.

Él caminó hacia ella, ¿cómo podía explicárselo? ¿Cómo podía hacerla comprender la diferencia?

—Yo acepté aquello, Uras —le dijo parado a su espalda—, a pesar de todo, acepté que ese era mi destino, mi camino en aquel momento, no habría luchado contra ello aunque mil veces

desease hacerlo.

La tomó por los hombros, obligándola a volverse hacia él.

—Lo que tú has visto no puedo permitir que se haga realidad, porque no es mi destino, no es lo que quiero para mí, para ella. No me quedaré de brazos cruzados para perderla.

—¿Permitirías que te separe de tus hermanos? —exclamó poniéndole entre la espada y la pared—. ¿Nos darás la espalda a favor de ella, permitirías la destrucción de lo que somos, de lo que nacimos para ser?

Él la contempló durante un instante en silencio, finalmente asintió.

—Dryah es mi destino —respondió bajando la mirada al tatuaje en su mano, que lo proclamaba como desposado—. Y sé que ella no me separará de aquellos a los que quiero estar unido, si no que me dará fuerzas para evitar que eso suceda.

Uras negó con la cabeza y se alejó unos pasos de él.

—Hubiese dado hasta mi alma porque dijeses esas mismas palabras de mí —murmuró recorriendo con la mirada las frías ruinas—. Que me amases como pareces amarla a ella, hasta el extremo de estar dispuesto a sacrificarlo todo.

Él no contestó, no estaba seguro de poder decir algo que fuera acertado en aquel momento. Su única preocupación era encontrar a su consorte, ya no podía sentirla y sólo la permanencia del tatuaje en su muñeca le aseguraba que no la había perdido para siempre.

—¿Qué te ha pasado, Uras? —No pudo evitar preguntar—. ¿Qué ha hecho que estés tan amargada? ¿Tan enfadada con el mundo?

—¿Y tú me lo preguntas? —se burló ella con sorna—. ¿Tú de todos ellos me lo preguntas? ¿Qué te ha hecho el destino a ti, Shayler? ¿Qué te ha dado si no ha sido dolor, miseria, soledad y efímeros momentos de felicidad? El don de la profecía es una carga tan pesada como lo es el regir la voluntad del universo, con una única salvedad… que yo no puedo hacer nada por evitar el resultado final.

Con un profundo suspiro, ella se volvió hacia él y abriendo las manos hizo destellar una preciosa y antigua espada plateada, cuya hoja estaba surcada por unas intrincadas líneas de rosas rojas y negras. La empuñadura se movió diestramente entre sus manos hasta terminar clavada en el suelo, frente a ella.

—Sé lo que te ha sido ordenado, mi Juez, esa ha sido la última de las profecías que me ha regalado la Fuente —aseguró ella con una triste sonrisa.

Uras había visto que esto sucedería, la Fuente había ido a ella en persona, aquellas dos figuras encapuchadas se habían aparecido y le habían obsequiado con el último de sus regalos: La visión de su futuro.

Shayler miró la espada y sus ojos se empañaron con pena, no quería hacerlo, no podía hacerlo.

—Dryah, Uras —suplicó, sólo aquello podría salvarla de lo que él estaba obligado a hacer —. Sólo devuélvemela.

Estaba dispuesto a ir en contra del mandato de la Fuente si eso hacía que pudiera recuperarla.

La mujer se dejó caer de rodillas ante su propia arma y levantó un poco de polvo en la caída, sus manos se cerraron una sobre la otra en la hoja, permitiendo que ésta se hundiese en la carne derramando su sangre.

—¡Maldita sea, no lo hagas! —exclamó él con fiereza, pero era todo lo que podía hacer. Dividido como estaba entre el deber y el corazón, sólo podía pensar en su mujer—. No me obligues a esto.

—El *Libre Albedrío* ha sido encerrado, vinculado por sangre ancestral, confinado y dividido en el cuerpo humano del que forma parte —murmuró inclinando la cabeza sobre la empuñadura—. Tarsis quiere utilizarla para traer de vuelta a la Diosa Elora.

Uras apretó con fuerza los ojos, una simple lágrima escapó de ellos. Aquello era el motivo por el que había venido al templo, por el que esperó pacientemente la llegada de su verdugo, en su última visión se había revelado también el propósito de Tarsis, algo que ni siquiera ella podía permitir.

—Un alma por otra alma —continuó entre susurros—. Pero ya no quedará alma que pueda canjear si no libera el *Libre Albedrío* y restablece el equilibrio que ha sido interrumpido con su confinamiento.

Shayler empezó a palidecer ante las implicaciones de aquellas revelaciones, su poder empezó a obrar por sí mismo danzando a su alrededor buscando a su otra mitad, desesperado por no poder encontrar aquello que lo mantenía en equilibrio.

—Él ni siquiera sabe que el alma que tiene en sus manos se está muriendo poco a poco y todo gracias a los brazaletes que él mismo consiguió… que yo le puse —respondió llanamente. Uras alzó la mirada, sus brillantes ojos verdes clavándose en los suyos—. Haz lo que tienes que hacer, Juez y ve a buscarla. Quizás aún estés a tiempo de conseguir lo que yo jamás he conseguido y de detener la última de mis profecías.

Shayler respiró profundamente, en sus manos apareciendo las dagas que eran indicativos de su rango. Caminó lentamente hacia ella, su corazón al igual que su alma rompiéndose con cada paso que lo acercaba a su hermana de armas, la que una vez había sido su mejor amiga y amante.

Con un pesado golpe cayó al suelo de rodillas, apenas alzándose un par de centímetros por encima de ella, su mirada se cerró en la de ella y declaró.

—No permitiré que me deje —murmuró con profundo convencimiento—. No ahora que la he encontrado.

Ella sonrió y por primera vez en mucho tiempo, volvió a ver a la mujer que había sido antes de que el destino y el peso de sus cargos se hubiesen impuesto sobre ellos.

—Si alguien puede hacerlo, ese eres tú, Juez Supremo —aseguró ella cerrando los ojos.

Shayler la contempló durante un breve instante que pretendía encerrar toda una eternidad, sus manos asieron sus armas que empezaron a brillar con un oscuro tono rojizo, describiendo un amplio arco hacia los lados, cerró los ojos y murmuró:

—Adiós, Uras.

Sus manos descendieron cruzándose sobre el cuerpo indefenso de la Guardiana, sus armas alcanzaron la piel, mordiendo la carne, extrayendo sangre al tiempo que el poder que había esgrimido a lo largo de los siglos se liberaba por fin de su confinamiento en el cuerpo de la mujer y estallaba libre dispuesto a volver a sus orígenes, en el seno de la Fuente.

«Adiós, Shay. Sé feliz».

El cuerpo sin vida de la mujer fue envuelto por una cálida luz antes de disolverse y volver al seno del Universo donde yacería en espera de su próxima reencarnación, Shayler se quedó solo en aquel lugar rodeado de la tenebrosa soledad que lo había acompañado desde el primer instante en que puso los pies allí, arrodillado ante la solitaria espada sin brillo por cuya hoja resbalaban todavía las últimas gotas de sangre de la Guardiana Universal.

Una solitaria lágrima se deslizó por su mejilla y cayendo al suelo, limpiándosela con el dorso de la mano se levantó, respiró profundamente y se volvió dando la espalda a aquel lugar de muerte.

En su mente y en su corazón solamente había una meta, recuperar a su mujer.
—Sólo un poco más, amor mío. Sólo un poco más.

CAPÍTULO 32

Shayler había vuelto al dormitorio que ambos habían compartido los últimos días, las sábanas revueltas de la cama en la que apenas unas horas antes había estado con ella era un claro recordatorio de la mujer a la que amaba más que a su propia vida. Su aroma a jazmín todavía impregnaba la ropa de cama quemándolo con la culpa mejor de lo que lo haría un trago de ardiente licor, esta lo corroía como una dañina enfermedad, cebándose en él. ¿Por qué la dejó sola? ¿Por qué no se había quedado con ella o se la llevó con él? ¿Por qué tenía que haberlo convocado John con tanta urgencia? ¿Por qué tenía que haber respondido él? Demasiadas preguntas, demasiadas posibles respuestas, pero la única verdad era que ella se había ido y su vida dependía de lo rápido que pudiera recuperarla.

¿De dónde habían salido aquellos malditos brazaletes? Uras le dijo que tenían el poder de contener el *Libre Albedrío*, separándolo del cuerpo, dividiéndolo de su avatar a pesar de que ya eran uno solo. Aunque quisiera negarlo, aunque desease con fervor que ella mentía, la realidad era que no podía sentir ni a su mujer ni su poder como *Libre Albedrío*.

—No puedo perderte, dioses, ahora no —gimió enterrando la cara entre el puñado de tela que tenía aferrado, ahogando el grito de rabia y desesperación que pugnaba por abandonar su garganta.

¿Cómo podía perderla ahora que por fin la había encontrado? ¿Justo cuando empezaban a entenderse? No podía, no podía darse el lujo de perderla como había perdido a Uras. El dolor lo atravesó como un relámpago y laceró un poco más su ya sangrante corazón. Le había fallado y también a su hermana de armas. Su relación con Uras siempre fue extrema, o se querían o se odiaban, ella no había sido capaz de acortar la distancia entre ellos, la traición se interpuso entre ellos como un abismo demasiado grande, insalvable. La mentira y el engaño que conoció de su mano echaron por tierra su amistad, la cercanía que los unía. Si bien fueron amantes, él nunca llegó a entregarle el corazón, este permaneció oculto, amando en silencio a una fantasía de sus sueños, reservando su amor para Dryah. Había creído ser completamente honesto en ese sentido, ella le hizo creer que así lo entendía y que no le importaba. Que inocente había sido entonces, tanto como para permitir que lo desangrara sobre la misma tierra donde acababa de entregarle su destierro.

Las lágrimas escaparon de sus ojos azules, una tras otra cayendo por sus mejillas y golpeando sus arañados nudillos, no podía fallarle también a Dryah, si la perdía a ella que los dioses se apiadaran de la humanidad, porque no pararía hasta masacrar a cada uno de los que se habían encargado de arrebatársela.

Se pasó una furiosa mano por el rostro para borrar todo rastro de las traicioneras lágrimas. En sus manos estaba el poder para salvar o dejar morir a la mujer que se había colado en su vida y quedó fuertemente arraigada a ella, haría hasta lo imposible para traerla de vuelta a su lado, al lugar al que pertenecía, de donde nunca se apartaría.

Dejando escapar un resoplido se concentró en hacer un rápido inventario de la zona, la habitación estaba tal y como ellos la habían dejado, la ropa tirada a un lado de la cama, el suave pijama junto con su propia camiseta y cinturón al otro lado, las sábanas estaban arrugadas, pero faltaba una de ellas. Imaginaba que aquello era todo lo que su mujer tuvo tiempo de coger

cuando irrumpieron en el dormitorio. La sangre empezó a correrle fría en las venas ante la idea de lo que podrían hacerle, obligándose a mantener la calma, se concentró de nuevo en el dormitorio y en el rastro de poder que percibió la primera vez, en la sutil huella que había más allá del desaparecido poder de Uras.

Allí estaba. Era un rastro sutil pero poderoso, lo suficiente para que pudiera rastrearlo hasta la fuente sin mayores problemas, pero antes tendría que averiguar todo lo que pudiera sobre esos brazaletes y el único que podía tener tal información era John.

Tarsis admiró nuevamente su obra. Sentada en el alfeizar de la ventana, con la luz del atardecer cayendo sobre el rubio cabello y la pálida piel, con aquellos inexpresivos ojos azules mirando al vacío como habían permanecido desde que le colocó el collar, Dryah era absolutamente inconsciente de lo que ocurría a su alrededor. Su conciencia había sido enterrada en algún lugar de su interior y el *Libre Albedrío* neutralizado; Ahora era la marioneta perfecta.

—¿Estás seguro de que tienes el control sobre ella? —preguntó Terra, echándose el pelo por encima del hombro mientras la estudiaba a pocos pasos—. Es hermosa, una criatura etérea y hermosa. No me sorprende que el Juez la haya encontrado tan apetitosa.

El hombre desestimó su pregunta con un gesto de la mano.

—Ella es todo lo que necesito para llevar a cabo mi propósito.

—¿Crees realmente que va a funcionar?

Como siempre, Tarsis la ignoró. No tenía intención de compartir sus planes con ella, no más de lo que ya había hecho, en realidad.

—¿Qué sabemos de nuestro querido muchacho? —Su pregunta estaba hecha tanto para distraerla como para servirle de información.

Terra se miró las uñas, estudiándolas como si de repente fueran de lo más interesante.

—Si estás preguntando por el Juez —respondió ella, mirando de reojo a Dryah en busca de alguna involuntaria reacción, pero la chica seguía quieta como una estatua—. Ese monumento de la naturaleza ha despachado a uno de sus Guardianes sin ceremonias.

Tarsis se volvió hacia ella con cierto interés.

—¿Qué quieres decir?

Ella arqueó una de sus perfectamente depiladas cejas.

—¿No lo has notado en el éter? —se burló—. Si bien es cierto que no se ha anunciado a bombo y platillo, todo apunta a que la putita que hizo tratos contigo ha terminado perdiendo la cabeza a manos de la poderosa Ley del Universo. Literalmente.

Él dejó caer la mirada sobre la muchacha la cual ahora vestía con una simple túnica en color negro, destacando sobre el color claro de su piel.

—Interesante —murmuró contemplándola. Ella ni siquiera parpadeaba, su mirada fija en el horizonte, muerta, vacía—. Eres el envase perfecto, pequeña muñeca, el envase perfecto.

Tarsis acarició con los nudillos el moratón en el rostro femenino y se volvió, atravesando la sala con aire satisfecho. Terra contempló a la pequeña rubia durante unos instantes y se levantó para seguirle a la habitación contigua, no tardó mucho tiempo antes de que los gruñidos y gemidos inundaran toda la planta baja de aquella casa en la playa.

Dryah se encontró a sí misma entrando en la Sala de las Almas, la larga túnica negra moldeaba su cuerpo, arrastrándose a sus pies mientras traspasaba el umbral hasta el altar de piedra en el que yacía otra versión de sí misma. Tumbada, con una túnica blanca gemela a la suya, la capucha cubriéndole los largos bucles rubios que caían por los bordes de la mesa y los

dedos entrelazados, reconoció en aquel espejo al *Libre Albedrío*, su poder, su otra mitad.

—Quizás esto sea lo mejor —murmuró contemplando su reflejo yacente sobre la piedra—. Aquí nadie te alcanzará, ni te hará daño…

«Pero tampoco te hará sentir, ni te permitirá descubrir».

Ella volvió la mirada, la sala seguía vacía de no ser por su propia presencia y su reflejo, pero aquella invisible presencia sonaba en forma de eco, una sola entidad que contenía el poder del Universo.

—¿Qué hay de bueno en sentir, en descubrir las cosas cuando al final acabas por perderlo todo?

«Lo mismo que hay de bueno en arriesgar, sin saber cuál será el final. La posibilidad de elección».

—¿Qué elección tengo yo… tenemos nosotras? Sólo soy una moneda de cambio… ambas lo somos —declaró mirando su propio brillante reflejo en la durmiente figura.

—Vuelves a hablar de ti misma de forma separada… dos entes… en vez de uno.

La voz sonó esta vez a su espalda, pero ya no era un coro de voces, si bien había poder en sus palabras, la tibia y musical cadencia era femenina.

—¿No es eso lo que me estás mostrando? —insistió al tiempo que se giraba hacia la voz.

Frente a ella, la mujer se retiró la capucha de la capa que la cubría mostrando un largo y brillante pelo blanquecino, su piel clara contrastaba ampliamente con la túnica que la cubría de pies a cabeza. Junto a ella, su reflejo lo formaba un hombre de tez oscura y cabello negro cubierto por la misma ropa. Dryah los reconoció a ambos como la Fuente Universal, después de sus anteriores encuentros empezaba a reconocer su presencia.

—No, pequeña alma, tú y ella sois una y la misma —le respondió la mujer al tiempo que caminaba hacia su reflejo sobre el altar—. Te necesita para vivir, como tú la necesitas a ella…

—Ni siquiera soy capaz de protegerla… de protegernos… —murmuró ella mirando su reflejo con pena—. ¿Qué hay de especial en mí para que me la hayáis entregado? Sólo soy un alma maldita, no tengo valor.

Una mano de piel blanca se posó en su mejilla magullada, mientras su contraparte posaba una mano más oscura en su hombro, rodeándola con su aura y poder.

—Alma de Eidryen —susurró la mujer—, el pasado que has tenido y el futuro al que llegarás es uno solo, como lo eres tú.

—Eres una sola entidad, Dreamara, hija del Destino y la Esperanza, nuestro *Libre Albedrío* —continuó la voz del hombre, mucho más oscura y profunda que la de la mujer—. Has nacido de nuevo para mantener el equilibrio junto al Juez Supremo. Suya es la mitad de tu alma, como tuya es su mitad. Nada de lo que hacemos está hecho al azar, pequeña alma sentenciada.

Ella bajó la mirada a sus pies descalzos.

—¿Y por qué me siento dividida? —preguntó alzando de nuevo la mirada hacia su reflejo dormido.

La mano femenina se deslizó por su rostro, obligándola a encontrar su mirada.

—Porque has sido dividida, despojada y privada de aquello que es tuyo por derecho —le dijo ella, su mano tomó la de Dryah y la posó sobre las manos enlazadas de su espejo—. Y con cada nueva hoja que cae, pierdes también tu vida y es algo que no podemos permitir que suceda.

—Tu muerte sólo traería consigo más muerte y ya estamos cansados de tanta oscuridad. El Juez está exhausto, cada paso que ha dado en el camino lo ha ido acercando al límite, necesita de tu luz para continuar, de la mitad de su alma para mantenerse en el camino correcto —continuó esta vez el hombre y posó la mano libre sobre las de ambas—. Abandonarle es abandonarnos,

abandonarnos es abandonarle.

—Nunca podría abandonarle… yo… —su voz se desvaneció ante lo que estaba a punto de confesar—. Le amo.

Aquella era la única verdad, el mayor temor que alojaba su corazón. El amor que sentía por Shayler, el cariño que él se había ganado con su paciencia y dedicación.

—El amor es sin duda la fuerza más poderosa del Universo, úsala sabiamente, pequeña Dryah —le susurró antes de que ambos retiraran las manos y la dejaran frente a su espejo.

Esta abrió los ojos de un azul tan intenso como el suyo, se incorporó lentamente hasta quedar sentada y su capucha cayó hacia atrás mostrando su larga cascada de rizos dorados. Su mirada se clavó en la propia y pudo ver allí todo el poder, la soledad y la tristeza, así como la alegría y los nuevos descubrimientos que había hecho en su nueva vida, pero faltaba algo… ella estaba incompleta… como lo estaba en sí misma.

—Has estado rechazando tu verdadera esencia incluso cuando la has aceptado, de otra manera ningún poder habría podido dividirte. —Las dos figuras encapuchadas estaban ahora a su espalda.

Su reflejo no se movió ni articuló palabra alguna, se limitó a permanecer allí con la mirada triste, perdida, como lo había estado el día en que abrió los ojos y comprendió que todo su mundo había cambiado, que todo lo que una vez fue parte de ella, ya no existía. Conocía esa mortal soledad que reflejaban sus ojos, la desesperación que vagaba en su rostro y la esperanza que se retorcía en sus manos.

—No quiero estar sola… —susurró apretando la mano de aquel espejo que permanecía ante ella—. No quiero enfrentarme a un mundo que no conozco en soledad, no quiero esgrimir un poder que no entiendo en soledad. Pero ya no estaré sola… él está conmigo… con las dos… y lucharemos para alejarlo de su oscuridad, aunque tenga que estar encadenada a su destino para que eso suceda.

Su reflejo sonrió y la rodeó con sus brazos, fundiéndose en un abrazo antes de convertirse en luz e inundarla por completo.

Dryah recuperó entonces la conciencia del Universo, sintió el cálido poder corriendo por sus venas, arropándola, plegándose a sus deseos, a sus movimientos, toda ella era *Libre Albedrío* y como tal, haría su voluntad.

—Te queda una larga lucha por delante, Consorte Universal y llegará el momento en que pediremos algo de ti —dijeron las dos figuras a su espalda en una sola voz—.Y sólo aceptaremos tu palabra por respuesta.

Ella se volvió entonces a la Fuente, su mirada era la de una guerrera, decidida a luchar y recuperar aquello que era suyo por derecho.

—Tenéis mi palabra —susurró y ejecutó una antigua venía que solamente se había reservado para los dioses más importantes del universo.

Ellos sonrieron y la mujer inclinó la cabeza.

—Vive, *Libre Albedrío*, es el único pago que pedimos.

Ella asintió.

—Viviré.

Lyon encendió su tercer cigarrillo y le dio una profunda calada, había dejado de fumar hacía más de un año y el retomarlo ahora no era sino una excusa para no salir por la puerta y romper un par de cabezas, preferiblemente las de algún dios que hubiese decidido escoger aquel momento para joderlo. Expulsó el humo lentamente, formando anillos con su lengua mientras

recorría con la mirada la transitada calle a través de la ventana. En aquel mundo al otro lado del cristal, la gente seguía con sus vidas inconscientes de las batallas que los dioses libraban por la supremacía, inconscientes de poderes realmente aterradores y que harían que más de uno de ellos se meara en los pantalones. Sí, los humanos bien podían ser una especie protegida, por que pasase lo que pasase, no se enteraban de nada, vivían en su linda burbuja de ruido, contaminación, atracos, pederastia, asesinato y todos los males que habían expulsado al mundo.

John abrió entonces la puerta de la oficina del Juez, más utilizada por él que por Shayler y salió como una exhalación cruzando la sala en una rápida carrera que terminó en un frenazo frente a la puerta que empezaba a abrirse en ese momento.

Los acordes que había estado interpretando Jaek al piano se detuvieron inmediatamente, seguidos por el arrastrar de la banqueta por el suelo de madera, todos tenían su mirada puesta en el antiguo Guardián, la puerta y el hombre que permanecía del otro lado, apoyado en el umbral con aspecto cansado.

Shayler posó una mano sobre el hombro de su hermano y apenas le dedicó una mirada antes de traspasar el umbral y reunirse con los demás en la sala de recepción.

—Ey, muchacho —se le acercó Lyon, intentando dar con la frase correcta.

El Juez se limitó a sacarle el cigarrillo de las manos, darle una profunda calada y soltar el humo, antes de abrir la ventana y lanzar el cigarrillo por ella.

—El hijo puta de Tarsis tiene a Dryah —dijo sin más dilación.

Todos maldijeron ante las noticias.

—La traeremos de vuelta —se adelantó Lyon.

Él asintió y miró a John.

—¿Qué sabes de un par de brazaletes gemelos de oro con inscripciones y creo que dos cabezas de serpiente? —preguntó directamente, su mirada yendo de John a los demás.

Su hermano negó con la cabeza, al igual que los demás.

—Son el motivo principal de que no podamos sentir el *Libre Albedrío*. Todavía no entiendo cómo pero ese hijo de puta se ha hecho con los brazaletes y según me han relatado, pueden no sólo contener uno de los poderes más fieros del universo, si no también almacenarlo… —Shayler tuvo que apretar los dientes con fuerza antes de añadir—. Aunque ello traiga consigo la muerte del portador.

John abrió ligeramente los ojos al comprender.

—Están alrededor de las muñecas de Dryah —comprendió, su mirada fue hacia sus compañeros.

—La está matando… —corroboró Shayler—. Pero todo lo que ha hecho no le servirá de nada si antes no la lleva a la *Puerta de las Almas*. Tienen la ilusoria esperanza de que ella la abra y pueda hacer un intercambio.

—¿Intercambio?

Shayler asintió en dirección a Jaek.

—Quiere traer de vuelta a Elora.

El hombre sacudió la cabeza con incredulidad.

—Pero eso es una locura —aseguró Jaek

—En ningún momento dije que ese hijo de puta estuviese cuerdo —respondió él. Su tono era bajo, mortal.

Los hombres guardaron silencio durante unos instantes mientras intentaban digerir lo que les estaba contando su jefe. Shayler se pasó una mano por el pelo, sólo John se percató del ligero temblor en los dedos del Juez, así como el doloroso brillo en sus ojos. Él había tenido que llevar

a cabo una de las tareas más odiadas por cualquiera con un poco de compasión, dar muerte a un hermano. Su primer destierro. Y por si eso fuese poco, la mujer a la que amaba más que a su vida, algo de lo que ya no le quedaba duda, había sido raptada prácticamente bajo sus narices y se estaba muriendo, sabían los dioses donde.

¿Es que la penitencia que tenía que soportar ese chico no acabaría nunca?

—Convocaré a La Fuente a ver si pueden decirnos algo más sobre esos brazaletes —le dijo.

Shayler se limitó a asentir.

—Comunícale también, que el… Destierro, se ha llevado a cabo —añadió con voz profunda, libre de cualquier expresión.

Los tres se miraron entre ellos durante un instante y compartieron un incómodo silencio solamente roto por la respiración de los guerreros. Él se volvió entonces hacia John y añadió.

—Y diles también a esos hijos de puta que recuperaré a mi mujer cueste lo que cueste y me importa una mierda que les guste o no —remató con fiereza.

—Eso, amigo, te ha salvado de una paliza.

Shayler se volvió hacia la puerta para ver allí en el umbral al Cazador de Almas. Nyxx llenaba el vano de la puerta con su altura, su apariencia oscura y letal, incrementada por la enorme cantidad de armas que se adivinaban bajo la ropa. Una de sus manos estaba enguantada, como siempre, presumiblemente para cubrir alguna cicatriz. El Cazador lo fulminó con la mirada mientras entraba en la oficina con ese andar mortal a la par que elegante, sus ojos verdes brillaban con rabia contenida, claramente estaba haciendo su mejor esfuerzo para no saltarle encima y molerlo a palos. Tan pronto como estuvo frente a él, le asestó un puñetazo certero que lo envió directo al suelo, con el labio partido y escupiendo sangre. Lyon y Jaek no dudaron en armarse a sí mismos y enfrentarse al Cazador.

—¡No! —clamó él al tiempo que alzaba una mano para detener a sus compañeros.

Nyxx apenas les dedicó una mirada por encima del hombro antes de ir hacia él y tenderle la mano.

—De eso, si no te salvabas —aclaró el Cazador.

Shayler lo miró con recelo, pero aceptó su mano y dejó que tirara de él para ponerlo en pie.

—Te dije que cuidaras de ella, ¿no es así? ¿Y tú qué haces? Te la follas, consigues que os casen y finalmente la dejas sola cuando sabías que esa zorra psicótica no podía ni verla delante. Debería matarte —siseó casi nariz con nariz—. Pero eso seguramente la haría llorar y odio, realmente odio sus lágrimas.

Se mantuvo en silencio, el tormento que había en sus ojos le decía al Cazador todo lo que necesitaba saber. Sí, debería matarlo. De hecho, le encantaría pegarle y dejarlo hecho un amasijo de carne en el suelo, pero dudaba que el Juez se dejara y por otro lado, nadie con esa mirada merecía que lo golpearan cuando la culpa de ello lo estaba matando ya.

El Juez se recompuso inmediatamente, poniendo nuevamente sus emociones bajo control.

—Necesito acceso a La *Puerta de las Almas* —dijo con tono frío, mortal.

Nyxx se echó a reír.

—Oh, bueno, eso podemos arreglarlo. No sabía que tenías tanta prisa por morir.

Shayler lo agarró de la camiseta y cerró su mirada en la del lobo.

—Tarsis pretende canjear a Dryah por Elora —masculló perdiendo ya la escasa paciencia que le quedaba—. Mi esposa se muere por qué ese hijo de puta ha encerrado el *Libre Albedrío* con la ayuda de unos jodidos brazaletes, así que, no me empujes, Nyxx, hoy llevo un día de

perros.

Nyxx se soltó de su agarre y dio un paso atrás cuando las palabras del Juez empezaron a colarse en su cerebro.

—La Puerta sólo se abre cuando hay un alma cerca de ella y no vuelve a cerrarse hasta que la arrastra en su interior —explicó mortalmente serio—. No existen trueques, Juez. Es unidireccional. Dryah ha estado delante de esa puerta una vez, no le permitirá permanecer ante ella una segunda sin reclamarla y una vez que lo haga, no habrá vuelta atrás, yo ya no podré evitarlo. La perderemos para siempre.

Shayler apretó las manos, los tatuajes de sus manos brillaron un instante y al siguiente estaba empuñando sus dagas.

—En ese caso, será mejor darse prisa —asintió con fuerte convicción—. Porque no tengo intención de perderla.

El Cazador esbozó una perezosa sonrisa al tiempo que posaba la mano sobre el hombro del Juez.

—Creo que éste es tan buen momento como otro para que hagamos una visita a mi jefe —aseguró Nyxx con renovado interés.

Dryah cerró los ojos y al volver a abrirlos se encontró observando un punto fijo en la pared color arena de una amueblada habitación. La ventana abierta a su lado dejaba entrar una fresca brisa con aroma a sal mientras se escuchaban unos ahogados jadeos y gemidos procedentes de la puerta que encontró abierta a su espalda. Lo ocurrido en las últimas horas pasó como una flecha por su mente, fragmentos de conversaciones, los golpes, la humillación, los locos planes que había debatido Tarsis cuando ella no era consciente de nada excepto obedecer sus órdenes. Apretó los labios con fuerza al recordar cada una de esas precisas órdenes, sus ojos salieron disparados hacia la habitación y hubiese jurado que podría abrir un agujero con la intensidad de su mirada en aquella pared. Oh, aquello le iba a salir muy, muy caro.

Se sorprendió a sí misma al sentir aquella vena vengativa, pero sonrió para sí al darse cuenta de algo. Había vuelto y esta vez con todo lo que era.

Deslizó la mano por la garganta y la encontró rodeada todavía por aquel collar que la había privado de su voluntad, si bien el poder que mantenía su poder de decisión cautivo se había extinguido, el metal no se desprendía. Los brazaletes que rodeaban sus muñecas atrajeron entonces su atención, podía sentir como por sus venas corría el poder del *Libre Albedrío*, pero las restricciones seguían allí y con ellas el peligro sobre su vida.

Un nuevo gemido seguido por un grito salió de la habitación haciéndola sentirse asqueada, las arcadas amenazaron con entrar en escena. No se oponía al sexo, pero el pensar en aquel demonio y sus previas intenciones, le entraban unas enormes ganas de castrarlo.

Su mente voló en cambio hacia su consorte. Lo que había dicho Tarsis delante de ella todavía resultaba confuso en su mente, como si todo aquello permaneciera en medio de una densa niebla de la que solamente podía arrancar algunos fragmentos, y uno de ellos era el de Uras… Aquella mujer la había raptado y entonces… su esencia se había apagado hasta desaparecer en un único momento en el que sintió el poder del Juez alcanzando su punto más álgido y seguidamente el fin del de la Guardiana. La agonía se extendió por su interior ante la repentina comprensión. No, Shayler se moriría. No podía ser verdad, la Fuente Universal no podía ser tan cruel como para obligarle a sesgar la vida de uno de sus hermanos. Necesitaba llegar a él como fuera, si lo que había dicho la zorra que estaba con Tarsis contenía algo de verdad, el Juez estaría pasando ahora mismo un infierno.

Su mirada voló nuevamente hacia la habitación, sus piernas ya se habían puesto en movimiento solo para obligarlas a detenerse a los pocos pasos. No conseguiría nada enfrentándose a ellos, no era una guerrera, ésa era la verdad, su poder todavía seguía bajo ataduras y el vínculo que la unía a su consorte y al Universo, parecía haberse interrumpido de alguna forma, ahogado a cualquier intento de su parte por alcanzarles. No. Tendría que ser más inteligente que sus captores, esperar el momento oportuno y rogar que Shayler diera con ella antes de que fuera demasiado tarde. Sabía que él la buscaría, así tuviese que remover cielo y tierra, daría con ella.

—¿La *Puerta de las Almas*? —Una profunda voz femenina llegó procedente del otro lado de la habitación, seguida por una profunda respiración y el roce de las ropas—. Ahora sí que te has vuelto loco, Tarsis. Nadie entra en los dominios del Señor de las Almas sin invitación… o sin estar muerto.

—Mi invitación está justo ahí fuera, querida —respondió el aludido con una voz profunda y oscuramente sensual que se filtró en su cuerpo asqueándola—. Todo lo que necesito es el alma que habitará en su cuerpo cuando el *Libre Albedrío* quede finalmente confinado en los brazaletes.

Dryah apretó los dientes con frustración, algunos fragmentos de conversaciones habían acudido a su memoria, monólogos que Tarsis mantuvo creyéndola inconsciente de todo lo que la rodeaba, él quería llevarla ante la *Puerta* y canjearla por Elora, estaba convencido de que una vez que el *Libre Albedrío* la dejara, volvería a ser simplemente un alma y podría recuperar a la divinidad.

La obsesión de aquel hombre por la diosa de la Esperanza iba más allá de la locura, desde que podía recordar Elora había estado enamorada de Eidryen y fue por causa de ese amor y los celos que ella cobró vida. Por lo que podía recordar, Elora nunca había tenido nada que ver con Tarsis y con todo, él estaba dispuesto a sacrificarla con tal de recuperar a la diosa.

Se tensó, la intención de Tarsis era separar y dividir su esencia, encerrando al *Libre Albedrío*, sólo quedaría su alma para el intercambio que necesitaba. Pero el *Libre Albedrío*, era una parte de sí misma, la mataría si la dividía de esa manera. Bajó la mirada a sus manos enjauladas con aquellos grilletes de oro, podía sentir como la vida se escapaba, como el *Libre Albedrío* luchaba con el confinamiento al que lo estaban destinando. La Fuente se lo había advertido, su tiempo empezaba a agotarse, cada segundo, cada minuto que pasaba las separaba un poco más, no importaba que ella la hubiese aceptado por completo, que se hubiese aceptado a sí misma, el poder de esos brazaletes era demasiado fuerte, si no se deshacía de ellos, el *Libre Albedrío* quedaría confinado y ella moriría.

La voz de Tarsis sonó mucho más cercana ahora, parecía que los juegos de cama habían llegado a su fin y tenía ya otros planes en mente. Dryah guardó silencio y mantuvo la mirada ausente en todo momento, fingiendo ser la muñeca sin cerebro en la que se había convertido bajo el control del collar.

—Ella será la que me devuelva lo que me robaron —comentaba el dios cruzando ya el umbral de la puerta totalmente desnudo a excepción de unos pantalones de cuero negro que moldeaban un prieto culo y largas piernas—. Corregirá el error que surgió con su nacimiento.

Con paso lento y despreocupado se fue acercando a ella, contemplándola mientras permanecía con la mirada perdida a través de la ventana, sus largos dedos ascendieron a su rostro, acariciándole la piel mientras recogía unos suaves mechones de pelo entre sus dedos para comprobar su textura. Ella tuvo que luchar para no dar señal alguna de reconocimiento a pesar de que todo en su interior le gritaba que se alejara de ese contacto.

—Fue una pena que las cosas no saliesen entonces como debían —susurró Tarsis, su boca muy cerca de su oído, su aliento le calentó la piel e hizo que se le encogiese el estómago—. Ella no debió crearte, tenía que haber destruido el alma de su amante tal y como esperaba, no crearte a ti a partir de ella. —Sus dedos se movieron sobre la piel desnuda de sus hombros, su mirada no dejaba de recorrerla—. Lo tenía todo planeado tan cuidadosamente y entonces… una sola palabra de ese maldito Eidryen y ella dudó. No hay nada tan imprevisible como una mujer enamorada y celosa.

Dryah se encogió interiormente ante la repentina confesión de los hechos de su nacimiento. Eidryen nunca le dijo exactamente por qué la diosa la había creado, cada vez que intentaba preguntar a su protector o a la diosa que le dio la vida, todo lo que encontraba eran evasivas. Elora ni siquiera podía mirarla a los ojos, la diosa a menudo la evitaba, no la quería en su presencia y había supuesto que era porque ella le recordaba su mayor error. Dryah empezó a sentir que le faltaba el aire, su garganta se cerró cuando todo lo que deseaba era gritar y maldecir a ese hombre, él era el único culpable de su presencia en el mundo.

«Estabas destinada a él, Libre Albedrío. Tu nacimiento debía darse de una manera u otra. Debe existir un equilibrio. No te rindas ahora».

Aquella cálida voz se filtró nuevamente en su mente, haciendo a un lado el dolor y el rencor, calmándola, trayendo a su mente la imagen del hombre que más significaba en su vida, el único por el que debía luchar.

—Te estás debilitando, puedo sentir como tu alma se divide. —La voz de Tarsis volvió a cobrar protagonismo—. Debemos darnos prisa, tú me devolverás lo que es mío por derecho. —Su mirada volvió entonces por encima del hombro hacia el dormitorio donde todavía se oía a la otra mujer—. Y esa estúpida zorra, también cumplirá con su cometido.

Sus palabras fueron dichas en un bajo ronroneo, pero tan letal que envió un profundo escalofrío por todo su cuerpo. Dryah tembló interiormente haciendo un esfuerzo sobrehumano para evitar que sus emociones se reflejaran sobre ella. Fuese lo que fuese lo que Tarsis reservaba para su amante, empezaba a comprender que su destino no sería mejor que el de ella misma.

CAPÍTULO 33

—Espero que sepas lo que estás haciendo, Tarsis —murmuró Terra mirando a su alrededor con inquietud, era obvio que la mujer no quería estar allí—, puede que a Seybin no le guste verme rondando por sus dominios…pero a ti, a ti te matará.

Él apenas la miró al dirigirse a ella.

—Siempre te ha gustado jugar con el diablo, querida —le dijo con ironía—. No te quejes si ahora decide invitarte a su fiesta.

Terra chasqueó la lengua y observó a la muchacha que caminaba ante ella con una túnica negra como única vestimenta. Tarsis no se había molestado en vestirla o calzarla después de que se la entregasen, había hecho destellar esos harapos sobre su cuerpo desnudo. Su voluntad había sido completamente anulada permitiéndole al hombre que hiciese lo que quisiera con ella, por suerte para la pequeña rubia, él estaba demasiado ocupado en su cama como para buscar algo en ella que no fuera el medio para recuperar a esa diosa suya.

Sonrió para sí pensando en lo estúpidos que podían llegar a ser los hombres, incluso aquellos que se creían más inteligentes. Su amante se había equivocado con ella y muy pronto iba a descubrir cuan astuta y maliciosa podía llegar a ser realmente una mujer cuando estaba su propia piel en juego.

—Siempre me ha gustado una buena fiesta, cariño —aseguró con un fiero brillo en sus ojos—. Sobre todo, cuando no soy el menú principal, sino que lo es ella.

Tarsis ignoró el comentario y se volvió hacia la muchacha que caminaba a su lado como una autómata.

—El caminar por estos corredores debe ser como volver al vientre materno para ti, ¿no es así, pequeña alma? —le susurró al oído.

Los recuerdos de aquel trayecto todavía permanecían frescos en la mente de Dryah, reconocía cada uno de los giros y vueltas del oscuro pasillo que conducían a la parte más profunda del dominio del Señor de las Almas y al volver a recorrerlos por segunda vez, llevando consigo a aquel ser egocéntrico, no hacía si no recordarle la ironía de su destino.

Siempre cazada. De un modo u otro, su vida siempre volvía a aquel lugar, donde había comenzado todo. La oscura caverna que sabía se hallaba al final del laberíntico descenso había sido su cuna, su condena y ahora también sería su tumba.

Dryah cerró con fuerza los ojos y respiró tan profundamente como pudo intentando no ahogarse en aquel aire viciado con olor a tierra y polvo, a muerte y eternidad. Necesitaba de todos sus sentidos para enfrentarse a la difícil prueba que le esperaba. Cada paso que daba la acercaba más y más a los primeros recuerdos que poseían, los de su creación. Unos recuerdos brumosos y dolorosos.

—Seguro que en algún lugar de tu cabecita todavía puedes recordarlos —oyó que comentaba él. El dios había permanecido durante todo el descenso a su espalda, con una mano firmemente cerrada alrededor de su brazo mientras que la otra portaba la bola de luz que emergía de su palma iluminando el sendero por delante de ellos. Ella no había respondido y mantuvo en todo momento el rostro inexpresivo y la mirada distante—. La persecución debió de ser absolutamente deliciosa.

—Sólo tú podrías considerar delicioso algo como eso, Tarsis —farfulló Terra caminando

por detrás de ellos—. El Cazador de Almas no consideró tan divertido el castigo que recibió por ello.

Hubo un nuevo momento de silencio mientras ella se detenía en la siguiente encrucijada y se perdía en sus recuerdos. El sonido de la respiración escapando de su boca, el ardor en sus pulmones mientras corría, echando rápidos vistazos por encima del hombro, los gruñidos y las pisadas cada vez más cerca mientras intentaban darle caza… Él había estado más que dispuesto a matarla en aquella ocasión, era su trabajo y lo cumplía al pie de la letra.

Ella había corrido por su vida, las lágrimas empañando su visión, las piedras del suelo la hicieron tropezar en múltiples ocasiones mientras en sus oídos sólo escuchaba el desesperado latido de su corazón al precipitarse por aquellos interminables corredores.

Su mirada giró hacia la izquierda, observó la pared desigual y la mancha oscura que había sobre ella, la oscuridad dada por la sangre… su propia sangre. Sin decir una palabra se encaminó en esa dirección, seguida de cerca por Tarsis.

—Es una pena que el todo poderoso Juez errara en su juicio con respecto a ti —continuó el dios pese al mutismo de ella—. Pero no se puede culpar a un hombre por tentar al destino cuando la mujer que desea está de por medio. Realmente, las circunstancias hacen los más extraños compañeros de cama.

El silencio se mantuvo nuevamente hasta que el último de los corredores empezó a ampliarse más y más hasta abrirse y alzarse iluminado por la tenue luz que recibía la enorme caverna de las antorchas coronadas por llamas eternas que ardían sobre las paredes. A lo lejos, cruzando la sala, se alzaba majestuosa la *Puerta de las Almas*.

Dryah se estremeció al posar sus ojos sobre aquella enorme losa de piedra tallada con imágenes del infierno y el cielo, de figuras encapuchadas siendo arrastradas por manos desde todos lados. La chica dio un instintivo paso atrás, mientras sus oídos se llenaban de susurros y su piel era recorrida por una brisa invisible tan fría, que le dejó la carne de gallina.

Los recuerdos volvieron a asaltarla, viéndose así misma allí de pie muchos siglos atrás, entre aquella enorme puerta y la amenazadora hoja del Cazador de Almas que había estado más que dispuesto a devolverla al lugar al que pertenecía. Nyxx la había perseguido sin descanso durante horas y horas, acorralándola, guiándola sin que ella fuera consciente hasta ese mismo lugar, la hoja de sus cuchillos emitiendo un brillo mortal mientras la acechaba y se cernía sobre ella como un lobo sobre su presa.

Y entonces la había apuñalado.

Un ahogado jadeo había escapado de entre los labios de ella, seguido por la atónita mirada en los ojos del Cazador cuando estos bajaron a la sangre que manchaba su cuchillo y se filtraba por la túnica de ella. Él la retenía todavía en sus brazos, mientras la luz en sus ojos se diluía, oscureciéndose y la vida se le escapaba poco a poco. A sus espaldas, el ensordecedor sonido de la piedra rozando con el suelo hacía de banda sonora, al tiempo que los gritos y los apresurados pasos de los dioses resonaban en la caverna.

—No… es… posible… eres un alma… tu sangre…

—¡Maldición, Nyxx! ¡Qué mierda has hecho! —Había clamado Seybin.

—¡Dreamara! —Había sido la voz de Eidryen la que evitó que se uniera a las voces que la llamaban desde la puerta, a las manos que se estiraban a por ella.

Y entonces Nyxx había hecho lo que nadie esperaba, se había cortado la mano ofreciendo su sangre a la puerta. Sólo ella había visto como una mano de luz traspasaba el neblinoso umbral tomando la del Cazador sellando aquel silencioso pacto y dejándole las quemaduras cuyas cicatrices Nyxx ocultaba bajo el guante.

El Cazador había empeñado su propio destino aquella noche, nadie sabía a ciencia cierta que trato había sellado pero a juzgar por la mirada en los ojos verdes, intuía que sería parte del infierno.

Un tirón en su brazo la devolvió al presente. Tarsis la había cogido por el codo y ahora permanecían frente a frente, sus ojos llameando con una intensa mirada que la mantuvo congelada en el lugar y que permitió que el dios supiera que ya no estaba bajo su influencia.

Una irónica sonrisa estiró sus labios.

—Astuta y mucho más poderosa de lo que habíamos anticipado —murmuró deslizando su mano desde el codo de ella hasta la muñeca, tomando su mano entre sus dedos para alzarla gentilmente hacia su boca—. Debo confesarlo. Tenía mis dudas sobre el poder del collar sobre ti, me sorprende que hayas podido eludirlo cuando ya no tienes acceso a tu poder.

Dryah lo miró con frialdad, sus ojos brillaban con un odio que no pensó que pudiera sentir hacia otro ser en el universo.

Él rio y besó el dorso de su mano antes de soltarla.

—Tienes la misma mirada que ella —le dijo al tiempo que le alzaba el mentón—. Sin duda, vas a ser un buen cambio.

Ella lo fulminó con la mirada.

—No cuentes con ello —siseó con voz clara, concisa. Las voces y murmullos que salían de aquella enorme puerta e inundaban la sala, parecieron ganar intensidad ante su voz—. No abriré la puerta para ti… ni para nadie.

Los ojos del dios se fijaron en sus brazaletes.

—Lo harás —aseguró con absoluta y desapasionada convicción—. No tendrás elección… de un modo u otro, esa puerta se abrirá y reclamará lo que tanto tiempo le fue negado. Y yo estaré justo aquí para verlo y hacer el cambio preciso.

Ella se estremeció interiormente.

—Adoro a las mujeres inteligentes —sonrió recorriendo su cuerpo con la mirada—. Es una lástima que tu muerte sea más seductora para mí que tu cuerpo.

Dryah negó con la cabeza y se apartó un paso de él para mantener la distancia.

—No podrás traerla de vuelta, Tarsis. Ella no volverá.

Ella vio cómo se oscurecían las facciones de Tarsis cuando oyó aquella profunda y poderosa voz a sus espaldas. Los tres se volvieron a tiempo de ver a Seybin, el Señor de las Almas saliendo de entre las sombras, el hombre vestía un impecable y caro traje hecho a medida en seda negra a juego con una camisa color rojo sangre que mostraba parte de sus bronceados y torneados pectorales, su forma de caminar era tan sensual como mortal, digna de una pasarela de moda con una de sus manos en el bolsillo y otra colgando descuidadamente a un costado. El dios era tan irresistible como mortal.

—Tus razones deben ser absolutamente poderosas y tus pelotas enormes para adentrarte en mis dominios sin invitación, Tarsis —continuó Seybin e inclinó la cabeza al tiempo que chasqueaba la lengua—. No obstante, encajarías realmente bien en la categoría de «suicidas». Sólo alguien lo suficientemente estúpido bajaría aquí para mear sobre mis zapatos italianos.

Su mirada cambió entonces hacia Terra y arqueó una ceja al tiempo que ladeaba la cabeza.

—Siempre buscando asociaciones de lo más extrañas, Terra —chasqueó la lengua—. Empiezo a pensar seriamente en que tu último castigo no fue tan bueno como debería.

Terra puso los ojos en blanco, pero se contuvo a la hora de responder.

—Cualquier castigo que sale de tus manos no es precisamente dulce, Mi Señor —lo galanteó con una leve inclinación de cabeza.

—Retírate, Terra —le susurró Seybin, sus ojos llameando con una obvia advertencia—, a no ser que quieras unir tu futuro al de Tarsis.

Ella cruzó la mirada con Tarsis, el dios parecía ligeramente sorprendido, pero más allá de la sorpresa llameaba un profundo odio; Su traición no era algo con lo que hubiese contado.

—Deberías haberme escuchado cuando te dije que las mujeres somos las criaturas más imprevisibles, querido —le dijo con una burlona y maliciosa sonrisa, antes de volverse hacia Seybin y con un ondear de sus dedos a modo de despedida se desvaneció.

—Zorra traicionera —masculló Tarsis en voz baja.

Seybin lo miró con ironía.

—No tienes idea.

La mirada del Señor de las Almas cayó ahora sobre Dryah suavizándose hasta que hizo un recorrido exhaustivo de su cuerpo y tomó nota de la costra en el labio, el juego de amarillos y morados sobre su mejilla para finalmente oscurecerse por completo al caer sobre las muñecas de la chica y reconocer los brazaletes.

—Así que éste es el motivo de que se haya descompensado el equilibro de poder —comentó volviendo a alzar la mirada hacia Dryah, notando finalmente los morados bajo sus ojos, la falta de brillo en ellos y el agotamiento que la acercaba al final—. Has contenido al *Libre Albedrío* o mejor dicho, lo están reuniendo en esos brazaletes. La estás matando lentamente.

Dryah se mantuvo firme pese a que las palabras de Seybin no hacían más que confirmar lo que su cuerpo estaba experimentando, lo que su espíritu sabía más allá de cualquier duda. Se debilitaba a pasos agigantados. Se moría.

Tarsis resopló con sorna, ignorando el sufrimiento de la chica.

—Deberías estar contento, voy a devolverla al lugar al que pertenece —le dijo con sorna —. A dónde nunca debió haber salido. ¿Tengo que recordarte que es algo que tú mismo dijiste una vez?

Seybin arqueó una de sus oscuras y perfectas cejas.

—¿Eso quiere decir que alguien escucha lo que digo? —se burló el dios—. A Nyxx le dará un apoplejía cuando lo sepa… pensaba que era el único con ese honor.

El dios volvió a mirar a Dryah y examinó los morados de su mejilla.

—¿Algo de esto ha venido de esa pequeña zorra traicionera de tacones de aguja? —le preguntó con voz suave, baja, demasiado mortal.

Ella no respondió, pero Seybin tampoco pareció necesitarla.

—Estupendo, una nueva alma para mi colección —aseguró el dios con un encantado suspiro, entonces se volvió hacia Tarsis—. Así que… ¿Vamos a quedarnos aquí y ver qué sucede?

Tarsis dejó escapar una sonrisa mitad bufido pero no soltó a Dryah si no que la llevó consigo hacia la enorme puerta de piedra que se alzaba imponente ante ellos. La mirada de ella se amplió, deteniéndose en seco, negándose a seguir cuando empezó a escuchar las mismas voces que había oído la vez que la trajera Nyxx, pero en esta ocasión las voces no gritaban, eran simples susurros.

—Oyes las voces, ¿no es así? —Tarsis sonrió complacido al ver la mirada de horror en los ojos azules de la muchacha—. Las oyes llamándote, gritan tu nombre, te suplican, quieren que vayas a ellas… ¿No es así como funciona, Seybin?

El Señor de las Almas se cruzó de brazos y cruzó la mirada con la de ella para finalmente asentir.

—¿Te susurran? —preguntó el dios sin emoción en la voz, buscando la respuesta en su

mirada. Ella asintió lentamente—. Se irán haciendo más altas a medida… que el *Libre Albedrío* te vaya abandonando.

Dryah cerró los ojos y asintió en silencio. Una manera sutil de conformarle su sentencia de muerte y que cuánto más cerca estuviese de esta, más altas se harían las voces hasta convertirse en ensordecedores gritos que la atraparían en su tela. Así que, después de todo, éste era el final. Quería gritar y llorar hasta que su garganta y sus ojos quedaran secos, deseaba maldecir a todos y cada uno de los que habían formado parte de aquella parodia de vida que le habían dado, una vida que solo ahora comenzaba a cobrar sentido. Solo ahora que lo había encontrado a él.

—¿No puedo hacer nada para evitarlo? —preguntó a pesar de todo, las lágrimas reuniéndose ya en sus ojos.

Seybin se limitó a susurrar.

—Ya sabes lo que ocurrió la última vez —contestó Seybin con firme suavidad—. Me temo que tú no podrás hacer nada, alma.

Dryah sacudió la cabeza.

—Es Dryah —declaró con fuerza, intentando soltarse del agarre de Tarsis sin conseguirlo —. Soy y siempre seré Dryah.

Ella alzó la mirada entonces hacia Tarsis, sus ojos brillando con la pura determinación, los dedos masculinos se hundían sin piedad en la tierna carne de su brazo pero eso no evitó que intentara alejarse de él.

—No tienes elección —le dijo él con sorna.

Ella entrecerró los ojos y alzó la barbilla.

—Si desaparezco de este mundo, Tarsis, me aseguraré de que sea sin que obtengas lo que has venido a buscar.

El hombre se tensó, la furia brillaba en sus ojos, todo él estaba listo para hacerla pagar por sus palabras cuando levantó la mano en alto dispuesto a golpearla.

—Tócala y eres hombre muerto.

Dryah dejó escapar un angustiado jadeo, su corazón se saltó un latido mientras se volvía lentamente en dirección a aquella profunda y poderosa voz masculina que conseguía derretir todas sus defensas. El Juez Supremo de la Fuente Universal se alzaba en toda su estatura y poder, sus inseparables dagas empuñadas por sus manos mientras era flanqueado por sus Guardianes y por Nyxx, el Cazador de Almas de Seybin.

El infierno se había desatado y ellos estaban allí para luchar.

—¿Se te ha olvidado lo que es la puntualidad, chucho? —murmuró Seybin poniendo los ojos en blanco.

—No me jodas —masculló Nyxx con una mueca dejando el grupo para caminar hacia su amo y señor.

Shayler permitió que su mirada dejase al dios que había firmado su sentencia de muerte para recorrer rápidamente a su compañera y aliviar la desesperación que había sentido, sin embargo, el fuego de su rabia fue el que aumentó al notar las marcas sobre su rostro, las profundas sombras bajo sus ojos lo cual palidecía ante el lacerante dolor que atravesó su alma cuando captó su línea de vida apagándose y oyó el desesperado grito del *Libre Albedrío* que estaba siendo arrancado a la fuerza de su otra mitad por los brazaletes que rodeaban las delgadas muñecas.

La estaba perdiendo… ahora que al fin la había encontrado… iba a perderla de nuevo.

—No puede ser… —se negó a aceptarlo a pesar de que la realidad se hundía en su alma con afiladas garras—. Ahora no…

El rostro de Nyxx palideció cuando captó lo mismo que había captado el Juez.

—Su poder… apenas lo siento ya… —murmuró Lyon, palideciendo a su vez.

John jadeó al sentir exactamente lo mismo, un absoluto vacío allí donde debía estar el *Libre Albedrío*.

—La está matando… —No podía dar crédito.

Jaek negó con la cabeza, incrédulo. Si bien todos habían sido conscientes de lo que los esperaba, sentirlo en sus propias almas era algo que los aterraba.

—¿Cómo puede…?

El poder de Shayler crepitó a su alrededor, ampliándose y extendiéndose alimentado por las tumultuosas emociones que lo desgarraban vivo, el odio y una inusitada rabia ardían a fuego lento en sus ojos fijos de nuevo en el dios. No podía perderla, no ahora, no cuando la había encontrado después de tan larga espera.

Si moría… él se iría con ella.

—Eres hombre muerto, Tarsis —masculló entre los apretados dientes—. Nada más que un cadáver andante.

El hombre se dio el lujo de sonreír con sorna.

—No negaré esa posibilidad —respondió con premeditada suavidad, su mirada pasó del Juez a la mujer que sostenía todavía y la apretó contra él—. Pero no seré el único que corra esa suerte.

Tarsis volvió a la muchacha en sus brazos sin apartar la mirada del Juez, su mano libre se deslizó por la cabeza femenina enredándose en su pelo, haciéndola echar la cabeza hacia atrás de un tirón, arrancándole un quejido de dolor. Sus ojos se deslizaron del hombre al que se enfrentaba a la mujer que mantenía como rehén.

—Encuentra el descanso en el otro lado, Alma Maldita —le susurró al oído, el aire cálido de su aliento vertiéndose como veneno sobre ella un instante antes de que la girara con brusquedad atrapando su espalda contra su pecho—. Si puedes.

Dryah dejó escapar un ahogado jadeo, el aire quedó atrapado en sus pulmones cuando un caliente y desgarrador aguijonazo de dolor atravesó su estómago y sus manos alcanzaron a tocar la humedad que empapaba sus dedos. Su mirada se clavó en la del Juez quien corría hacia ella con un desesperado grito rompiendo de sus labios.

—Shayler… —susurró mientras un par de solitarias lágrimas caían por sus mejillas. Las piernas temblaron bajo su peso y se sintió arrastrada hacia delante antes de que su cuerpo terminará golpeando el suelo con un fuerte golpe. Parpadeando vio ante ella la enorme puerta, los susurros que salían de ella se hacían cada vez más altos, pero aquellas voces no gritaban, su tono era suave, amoroso, pidiéndole que fuera a ellas. El sonido de la piedra al deslizarse arrancó una nueva lágrima de su rostro.

La *Puerta de las Almas*, había comenzado a abrirse y no volvería a cerrarse hasta que la hubiese acogido en su seno.

CAPÍTULO 34

Sus manos estaban manchadas con la sangre de aquel que se había atrevido a arrebatarle lo que era suyo y con la de la mujer que era propietaria de la mitad de su alma. Shayler apretó con fuerza la herida en el abdomen de su esposa mientras la arropaba en sus brazos, aquel maldito bastardo la había apuñalado y la sangre no dejaba de manar bajo su mano, la vida se le escapaba a pasos agigantados y él estaba impotente, incapaz de evitarlo.

—¡Jaek! —gritó llamando a su compañero, el único que podría hacer algo por ella.

El Guardián no tardó ni dos segundos en plantarse a los pies de la pareja, sus manos deteniéndose sobre el ensangrentado abdomen, pero para su consternación, no ocurrió nada.

—No puedo —murmuró alzando su asombrada mirada azul hacia Shayler—. Son esos brazaletes, no puedo alcanzarla…

Shayler se tensó, apretando su frágil carga entre los brazos, examinando frenéticamente las bandas de oro que cubrían las delgadas muñecas sin éxito.

—No me dejes… —le susurró al tiempo que la acunaba contra él, las lágrimas se deslizaban por su rostro incapaz de hacer frente al dolor—, no puedes dejarme, Dryah, por favor…

—Shay —susurró ella, su rostro permanecía sumergido contra su cuello.

—Estoy aquí, mi amor. —La apartó lo justo para poder verla, su mano manchada con su sangre le apartó el pelo de la cara dejando a la vista unos ojos azules que empezaban a apagarse.

—El *Libre Albedrío* —murmuró ella y se lamió los labios en un intento por encontrar las palabras exactas.

—Te quitaremos esos brazaletes y todo irá bien —le aseguró con desesperación—. Volverá a ti.

Ella dejó escapar un quejido de dolor y jadeó en busca de aire.

—No… no puedes liberarla… no puedo… ella… nosotras… se morirá.

Él sacudió la cabeza.

—¡No! —exclamó con fuerza, se negaba a la posibilidad de perderla—. No lo permitiré, no vas a dejarme.

Dryah suspiró demasiado cansada incluso para mantener los ojos abiertos, más allá veía la puerta ya completamente abierta.

—Me está llamando… —Sus labios se curvaron en una débil sonrisa—. Me necesita.

Él se resistió a dejarla marchar.

—No, cariño, no te necesita —negó acariciándole el rostro—. No la mires, bonita, mírame a mí… eso es… tienes que quedarte conmigo.

Ella se estremeció en sus brazos.

—No puedo… —le dijo con voz lastimosa, su cabeza cayó hacia un lado, viendo el cuerpo inerte de su secuestrador en el suelo en un enorme charco de sangre. Los Guardianes lo rodeaban como si esperasen que fuera a levantarse de un momento a otro—. Ella nos quiere… nos quiere a ambos…

Shayler siguió su mirada hacia Tarsis, quien de rodillas luchaba por respirar a pesar de las profundas heridas que había obtenido al interponerse en su camino, Lyon y Jaek estaban atentos a cualquier movimiento que pudiese hacer el hombre, sabiendo que si Shayler perdía a la mujer,

el hombre sería el siguiente en morir.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó volviéndose hacia ella.

La agonizante mirada azul seguía puesta en Tarsis mientras contemplaba las sombras que se movían alrededor del hombre, unas manos invisibles que no durarían en arrastrarlo hacia la Puerta una vez que su alma abandonase el mundo de los vivos.

—Él ha provocado el asesinato de un alma inocente… lo quieren —musitó sabiendo más allá de toda duda que la Puerta no dejaría ir a su asesino—. Y me quiere a mí… tienes que dejar que me marche.

—No. —Se negó a dejarla y la apretó con más fuerza contra él—. No quiero continuar sin ti, maldita sea, prometí darte tiempo, íbamos a aprender juntos a ir más despacio, quería enseñarte a amarme…

Sus manchados labios se estiraron en una dulce sonrisa.

—Te amo, Shay —le sonrió mientras luchaba por alzar la mano hasta su rostro, acariciándole la barbuda mejilla—. Sé lo que es el amor gracias a ti, el tiempo que me diste ha sido más que suficiente para aprender a amarte. Soy tuya, tu compañera predestinada, tu consorte y eso no lo cambiará ni la eternidad.

Él inclinó la cabeza hasta apoyar su frente sobre la de ella y cerró los ojos con fuerza.

—No puedo perderte, no quiero. —Se resistía ante la sola idea—. Y no voy a dejar que te vayas sola.

Disfrutó de su proximidad, intentando evitar las voces que tiraban de ella, que la llamaban a atravesar la Puerta, su mirada luchó por encontrar la del Juez por encima de toda aquella cacofonía que sólo ella oía.

—Te amo, mi niña —le susurró él besando suavemente sus labios—. No vas a volver a estar sola nunca más, allí a donde vayas yo iré contigo.

Dryah hundió la cabeza en su pecho demasiado cansada para discutir con él, las voces seguían llamándola y ahora incluso podía sentir unas manos fantasmas tirando de su cuerpo, alma o esencia hacia la puerta.

—No me sueltes. —Sollozó, a pesar de todo, estaba asustada.

Él negó con la cabeza y la apretó con más fuerza.

—Nunca, mi amor.

Un agónico y desesperado grito llamó la atención de ambos, Shayler apenas se volvió para ver como sus compañeros se retiraban del lado de Tarsis como si hubiesen sido empujados hacia atrás al tiempo que unas sombras en forma de varias manos empezaban a arrastrar al hombre entre gritos y alaridos por el suelo en dirección a la Puerta. El dios gritaba y peleaba clavando los dedos en el suelo, dejando tras de sí un rastro de sangre mientras era arrastrado sin misericordia por una poderosa fuerza hacia su interior.

—¿Qué coño es eso? —clamó Lyon desde el lugar en el que aterrizó a varios metros de donde estaba. John estaba junto a él y estaba tan sorprendido como él mismo.

Jaek luchó por ponerse en pie por sí mismo, su rostro estaba igual de blanco que el de su compañero mientras observaba como Tarsis era arrastrado en contra de su voluntad.

—Cuando La Puerta se abre, reclama aquel que esté frente a ella —respondió Nyxx con voz baja, reverencial—. Aquel que haya manchado sus manos con la sangre de un inocente.

Seybin intercambió una sorprendida mirada con el Cazador, como si de repente algo hubiese encajado en la mente del Dios. Nyxx sostuvo su mirada durante un instante antes de volverse de nuevo hacia la mujer que acunaba el Juez en sus brazos.

—Ella será la siguiente —dijo en un bajo susurro.

Shayler contempló atónito como aquellas manos fantasmales tiraban de Tarsis hasta el interior de la neblina que cubría el interior de la puerta, sus gritos fueron ahogados tan pronto traspasó el umbral y penetró aquella neblina quedando tan sólo el silencio. Dryah se estremeció en sus brazos llamando nuevamente su atención, tenía dificultad para respirar y apenas podía mantener ya los ojos abiertos.

—Shhh, ya ha terminado todo, pequeña —le susurró aferrando su cuerpo casi inerte en sus brazos mientras se levantaba y se enfrentaba a la Puerta—. Ya ha terminado.

Tomando una profunda respiración apretó su preciada carga contra su pecho y se volvió lo justo para mirar hacia sus compañeros de armas. Su mirada se cruzó con la de su hermano John e intentó poner en esta todo el agradecimiento y el cariño que sentía en su interior hacia su hermano de sangre.

John palideció cuando leyó las intenciones en el rostro del Juez, todo su cuerpo se quedó paralizado cuando leyó las palabras que formaban sus labios un momento antes de inclinar la cabeza en una reverencia hacia sus compañeros y caminar directamente hacia la niebla que remolineaba a través de la puerta.

—¡No! —gritó con desesperación cuando la pareja fue tragada por la niebla—. ¡Shayler, no!

Seybin sonrió para sí mientras contemplaba como la puerta empezaba a cerrarse nuevamente.

—¡¿Pero qué coño ha hecho?! —clamó Lyon avanzando desesperadamente hacia la puerta que se cerraba poco a poco.

Nyxx se abalanzó hacia John en un intento de frenarlo, evitando que llegase a la puerta mientras ésta se cerraba.

—¡No! ¡Mi hermano está ahí! —clamó luchando contra el agarre del Cazador.

—No puedes hacer nada —lo sujetó Nyxx, su voz firme, dura—. La Puerta debe cerrarse.

—Dioses —gimió Lyon cayendo de rodillas allí mismo.

—¡Shayler! ¡Maldito seas! —clamó John gritando a pleno pulmón, poniendo en su voz toda la desesperación de la que era presa.

El Cazador lo dejó ir cuando esta se cerró con un sonoro golpe de piedra que resonó en toda la cavernosa sala. Al final, La Puerta había reclamado sus almas.

La niebla parecía cubrirlo todo, mirase a donde mirase lo único que veía era un manto blanco, sus pies, calzados con unas sandalias doradas hacían eco sobre el marmoleo suelo mientras avanzaba por la amplia sala vacía; volvía a estar sola, nuevamente estaba sola. Todo lo que una vez había conocido, lo que había visto y llegado a amar quedaron atrás y ella volvía a estar sola. Dryah volvió la mirada de un lado intentando ver algo más que la niebla, pero apenas podía divisar nada a pocos pasos de distancia.

—¿Hola? —murmuró insegura y temblorosa, para finalmente alzar la voz—. ¿Hola? ¿Hay alguien aquí?

Como si fuese en respuesta a su pregunta, la espesa niebla frente a ella empezó a despejarse poco a poco permitiéndole ver las enormes baldosas negras y grises que cubrían el suelo, ella siguió el sendero que se abría hasta que su mirada cayó sobre una figura tendida sobre el suelo.

—¿Hola? —preguntó de nuevo intentando distinguir la figura que empezaba a quedar a la vista.

Un repentino jadeo escapó de sus labios cuando reconoció a la persona allí tendida, el

temor a que sólo fuese una visión la hizo ir despacio al principio, para terminar recorriendo los últimos pasos en una rápida carrera que terminó de rodillas y junto a él.

—Shayler —gimió cayendo a su lado, buscando frenética algún signo de daño o herida en su cuerpo mientras lo llamaba—. Shay, por favor.

Le acarició el rostro, recorriendo todo su cuerpo, sus ropas estaban limpias y libres de la sangre que lo había cubierto, su propia sangre se dio cuenta al tiempo al recordar la herida mortal en su estómago y que parecía haber desaparecido. Su túnica estaba limpia y no había ni rastro de sangre en sus propias manos.

—No lo entiendo —musitó mirándose las manos antes de inclinarse nuevamente sobre él y sacudirlo suavemente—. Shay, por favor, despierta.

—Siempre has buscado la manera más complicada de hacer las cosas. ¿Por qué iba a ser ahora diferente?

Ella se sobresaltó ante el inesperado sonido, la cadencia familiar en aquella voz femenina hizo que se girase hacia el lugar de dónde había provenido. Sus dedos buscaron los de él enlazando sus manos.

—Que cruzase él también no ha sido cosa mía —comentó ahora otra voz, esta masculina.

La tensión aumentó en su cuerpo, al igual que su nerviosismo. Aquella segunda voz tenía un significado especial para ella, pero no, no podía ser él. Entrecerrando los ojos trató de ver más allá en la niebla, buscando alguna pista de aquellos que invadían su soledad.

—¿Y te sorprende? Es *Libre Albedrío*, amor, cualquiera que esté vinculada a ella hará su libre voluntad —su voz musical contenía un atisbo de risa—. Lo cual hace que yo gane esta vez.

Un bajo resoplido acompañó a la nueva respuesta.

—Como si te permitieras perder alguna vez.

La risa fue la introducción que eligieron las dos figuras que poco a poco surgieron de la niebla. Ella sonreía con calidez, sus ojos violetas enmarcados bajo un arco de claras pestañas, su largo y rizado cabello recogido como recordaba habérselo visto alguna vez, mientras vestía un bonito vestido de color blanco con bordados azules que realzaba el tono bronceado de su piel. Junto a ella, cogido de su mano y una cálida sonrisa en su rostro le acompañaba uno de los hombres de su vida.

—Ha pasado mucho tiempo, pequeña alma —la saludó la suave y melodiosa voz de Elora.

—Has corrido un enorme riesgo al atravesar la puerta, Dreamara —aseguró el dios que la acompañaba, su cálida mirada gemela a la suya le daba la bienvenida.

Las lágrimas empezaron a resbalar por sus mejillas, cualquier palabra, cualquier respuesta quedó atascada en su garganta cuando lo reconoció.

—Eidryen.

Él sonrió en respuesta, sus ojos llenos de todo el amor y el cariño que sentía por ella.

—¿Cómo se te ha ocurrido arrastrarle a él hasta aquí? —preguntó Elora dejando el lado de Eidryen para acercarse a la pareja y acuclillarse al lado del inconsciente Juez—. Ha roto todas las reglas escritas y por escribir.

Ella se mordió el labio inferior, su mano seguía enlazada en la del hombre.

—No habría podido detenerle aunque quisiera.

La diosa suspiró y negó con la cabeza al tiempo que se volvía hacia su compañero.

—No conoce de reglas y su voluntad es suficiente para traspasarlas todas, ¿no es eso lo que habías dicho? —murmuró con obvia ironía antes de volverse hacia la pareja y mirar a Dryah —. Imagino que querrás que despierte.

Ella asintió con fervor, la esperanza brillando en sus ojos.

Elora le sonrió con ternura y entonces bajó la mirada sobre el Juez, su mano se deslizó suavemente sobre el pecho masculino logrando que éste abriera los ojos y tomase una fuerte bocanada de aire.

—Eso está mejor —aceptó la diosa al tiempo que se levantaba.

Dryah se inclinó inmediatamente sobre él, buscando su mirada.

—Shay —lo llamó mirándole a los ojos—. Shayler, ¿puedes oírme?

Su impaciencia era absoluta.

—Si hablas un poquito más bajo, mi cabeza te lo agradecerá, bonita —respondió él parpadeando varias veces antes de llevarse la mano libre a la cabeza y resoplar—. Dioses, menuda resaca.

La risa inundó el ambiente.

—El dolor de cabeza debería ser la menor de tus preocupaciones, Juez Supremo —lo saludó Eidryen al tiempo que le ofrecía la mano para ayudarle a ponerse en pie.

Shayler alzó la mirada hacia aquella voz y contempló con estupor a los dos dioses, entonces tomó la mano que se le ofrecía con un sincero agradecimiento y se levantó. Cuando creyó que sus piernas lo sostendrían sin enviarlo de nuevo al suelo, buscó a su compañera y consorte con la mirada, sus manos se movieron por sí solas sobre ella, tocándola, atrayéndola a sus brazos en busca de alguna de las heridas que había visto en su cuerpo.

—Estoy bien —le aseguró con una tierna sonrisa—. Simplemente no pidas una explicación.

Suspirando aliviado, le acarició el rostro antes de volverse hacia los dos dioses y recorrer a uno y luego al otro con la mirada.

—Se os ve bastante bien… para estar muertos —les dijo con absoluta ironía.

Dryah jadeó ante sus palabras y le pegó con la mano en el brazo.

—Eso no ha sido amable.

Shayler arqueó una ceja y se inclinó sobre ella.

—Mi amabilidad tiene un límite, amor, especialmente después de permitir que un gilipollas te rapte e intente utilizarte de moneda de cambio —le aseguró poniendo énfasis en cada palabra—. A partir de ahora no te perderé de vista.

Ella hizo una mueca, pero no podía estar más de acuerdo con su solución.

—Ha pasado por la puerta, ¿no es así? —preguntó Elora, su voz era dura, fría cuando habló.

Shayler volvió la cabeza hacia ella y asintió lentamente.

—La Puerta o lo que quiera que sea le arrastró a su interior.

La mujer asintió satisfecha.

—Nunca entendió que jamás iba a amarle —respondió con un pesaroso suspiro—. No puedo alegrarme por su paso al otro lado, pero ha sido algo que se ha buscado él solo.

—Sólo lamento no haberlo pasado a cuchillo —murmuró Shayler apretando más a Dryah contra él.

Elora asintió y miró a su compañera.

—Pero vosotros no deberíais estar aquí —negó, su mirada puesta en la pequeña alma—. Todavía no ha llegado vuestro tiempo.

Ella bajó la mirada a sus manos y levantó los brazaletes que todavía cubrían sus muñecas.

—El mío sí.

Eidryen caminó hacia ella y tomó sus manos por primera vez en siglos, su mirada fija en la de ella.

—No, mi niña. Tu momento no ha llegado —le aseguró y alzando ligeramente sus manos, los brazaletes se abrieron y cayeron al suelo con un sordo golpe—. Todavía tienes una larga vida por delante junto… a tu consorte.

Ella se sonrojó, ante el sutil tono en la voz de Eidryen. El dios sonrió y la atrajo a sus brazos, estrechándola en un momento y susurrándole al oído al siguiente.

—Me enorgullece ver la mujer en la que te has convertido, no habría podido pedir nada más para ti —le susurró vertiendo en sus palabras todo su amor—. Ahora debes dejar atrás el pasado, nada de lo que ha ocurrido es culpa tuya, estaba escrito mucho antes incluso de que nacieras… como lo está tu futuro al lado de ese hombre.

Dryah le abrazó a su vez y susurró en su oído:

—Te quiero, padre —le susurró a su vez, depositando en aquel último abrazo todo lo que él había significado para ella.

Finalmente dejó sus brazos y volvió al lugar al que pertenecía, junto a su compañero y consorte y asintió mirándole a los ojos.

—Ahora sí —aseguró con una hermosa sonrisa.

El Juez le devolvió la sonrisa y tomó su mano.

—Abriré la Puerta una última vez para vosotros —les dijo Elora y les invitó a acompañarla, apenas a unos cuantos pasos se abrió nuevamente la niebla para dejar a la vista la *Puerta de las Almas*.

La mirada de la diosa cayó entonces sobre Dryah, vacilante tomó sus manos en las de ella y las apretó mirándola a los ojos.

—Se feliz, pequeña —le pidió apretando gentilmente sus manos—. Y perdóname… por todo.

Ella bajó la mirada, miró a Shayler y finalmente se volvió a la diosa. Para sorpresa de esta, Dryah soltó sus manos y la abrazó.

—No hay nada que perdonar —le dijo al oído—. Me has hecho el mayor de los regalos al darme la vida… madre.

Elora se tensó un instante antes de devolverle el abrazo, una solitaria lágrima se deslizó por su tersa mejilla. No había necesidad de palabras. Apartándose lentamente de ella le acarició el rostro, entonces se volvió a Shayler y sonriendo pasó ambas manos por el pelo de Dryah devolviéndole la cascada de tirabuzones que había sido una vez.

—Mi regalo para ti —le dijo al Juez, quien sonrió e inclinó la cabeza con agradecimiento y respeto antes de tomar la mano de su compañera—. Cuida de ella.

—Con mi vida —aceptó él, su mirada fue entonces hacia Eidryen—. Eternamente.

El dios le dedicó una ligera inclinación y se movió al lado de la diosa, enlazando el brazo alrededor de su cintura.

—Hasta que volvamos a encontrarnos —respondió mirándolos a ambos.

Ella asintió, en sus ojos brillaba de nuevo el poder más grande y letal del universo.

—Volveremos a encontrarnos, Eidryen —aceptó ella con una cálida sonrisa y tras despedirse de ambos, se volvió hacia la Puerta.

Shayler permanecía a su lado, sus manos entrelazadas.

—No me sueltes —le pidió ella.

Sus labios se curvaron en una amplia y hermosa sonrisa.

—Estás encadenada a mi destino, amor —le aseguró con absoluta convicción—. No hay posibilidad de que te deje ir.

La risa de Dryah hizo eco mientras atravesaban por última vez la *Puerta de las Almas*.

John permaneció delante de aquella maldita puerta varias horas, había luchado hasta lo indecible por encontrar una manera, una justificación a lo ocurrido sin éxito. Aquella pieza de piedra tallada no respondía a sus peticiones, como tampoco lo hacía La Fuente Universal. Había perdido ya la cuenta de las veces que los había invocado, que les exigió que se personificaran ante él, pero una vez más le ignoraban. A estas alturas, su desesperación empezaba a dar paso a la resignación, una resignación para la que no estaba preparado. Shayler era la única familia en la que creía, sangre de su sangre y ahora que él se había ido… No, la sola idea era demasiado dolorosa como para aceptarla.

—¿Todavía sigues aquí? —lo sorprendió Nyxx alzando la mirada hacia La Puerta.

—Vete al infierno, lobo.

El Cazador chasqueó la lengua y mostró la sala a su alrededor.

—Bienvenido a él —le dijo con ironía.

John lo miró de medio lado pero no dijo nada, su mirada seguía fija en la enorme puerta de piedra que se alzaba ante él.

—Hubo un tiempo en el que yo también miré de esa manera a la Puerta en busca de respuestas —confesó Nyxx contemplando la imponente mole.

Su mirada azul voló hasta el Cazador.

—¿Y obtuviste alguna respuesta?

Él bajó la mirada a su mano enguantada y sacudió la cabeza.

—No, sólo más preguntas —aceptó mirando a su alrededor—. ¿Has conseguido que se fueran por fin?

—Después de amenazarlos de manera bastante creativa, sí —aceptó con un ligero encogimiento de hombros—. Pero no me sorprendería que volviesen a presentarse en cualquier momento.

El Cazador dejó escapar un bufido mitad risa en respuesta.

—Nunca te das cuenta de cómo son verdaderamente las cosas hasta que ocurre una putada como esta —suspiró Nyxx—. Hace que veas la vida y su brevedad de otra manera.

John iba a responder cuando un fuerte sonido explosionó en la sala haciéndolos saltar con las armas ya en las manos, la mirada de ambos se volvió de inmediato hacia la Puerta mientras retrocedían.

—¿Qué coño? —masculló Nyxx al sentir la corriente previa a la apertura de la puerta.

—¿Y ahora qué pasa? —respondió John volviéndose hacia él.

Nyxx sacudió la cabeza con incredulidad.

—Si no supiera que es imposible, juraría que la Puerta se está abriendo de nuevo —jadeó el Cazador de Almas extendiendo su mano enguantada hacia el Guardián Universal—. Y yo no lo he solicitado así que retrocede… esto no me gusta.

John frunció el ceño.

—Pensé que la puerta sólo podía abrirse si había algún alma que recolectar ante ella —aseguró con total ironía.

Nyxx rio de mala gana.

—Ese es el punto, amigo, no hay ningún alma en la zona —respondió con sequedad—. La Puerta está siendo abierta…

La desconfianza abandonó el rostro del Guardián.

—…desde dentro —comprendió John.

Ambos intercambiaron una sorprendida y esperanzada mirada y se acercaron lentamente,

manteniéndose a una prudente distancia. La Puerta empezó a abrirse nuevamente, las dos enormes losas de piedra se deslizaron con pesadez sobre el suelo permitiendo la visión entre ellas de la cortina de niebla que siempre acompañaba a su apertura, una cortina que poco a poco empezó a diluirse para dar paso a dos figuras que la atravesaron caminando.

—¡Por todas las almas condenadas! —exclamó Nyxx con una aliviada carcajada.

—Gracias a los dioses —murmuró John permitiéndose respirar de alivio por primera vez en las últimas horas.

De pie ante la *Puerta de las Almas*, tomados de la mano, los dos seres más poderosos del Universo, El *Libre Albedrío* y la *Ley Universal*, volvieron a reunirse con los vivos.

EPÍLOGO

Un semana después…

Shayler permanecía sentado en el sofá con Dryah acurrucada en su regazo mientras sus dedos jugaban con las hebras del largo pelo rubio que caía ahora sobre sus pechos en dos coletas. Adoraba ver su pelo largo cayendo por su espalda o rodeándoles a ambos mientras yacían en la cama, haciendo el amor o contemplándose el uno al otro mientras daban gracias al destino que había permitido que llegasen a unir sus vidas. No había nada mejor que tenerla así, abrazada estrechamente contra él como ahora, sobre cuando había creído que nunca podría volver a disfrutar de esa proximidad.

Su mirada vagó sobre sus compañeros, Lyon se había acomodado en aquel horrible sillón orejero que tantos dolores de cabeza ocasionaba a sus compañeros, lo cual era el motivo por el que lo conservaba, Jaek se inclinaba sobre su piano arrancando algunas notas al teclado mientras John los fulminaba con la mirada desde su lugar junto al mini bar.

—¿Y… cómo está ella? —preguntó Dryah con suavidad. Shayler había compartido con ella la noticia nada más recibir la confirmación de La Fuente, quien había concedido una segunda oportunidad a la antigua miembro de los *Guardianes Universales* permitiéndole renacer en el mundo humano, ajena a lo que una vez había sido.

—Está bien, sigue con su look de Hollywood e ignora quien ha sido en su otra vida, pero se la ve feliz —aceptó Lyon repantingado en su sillón favorito—. Ha intentado venderme una de esas asquerosas camisas de seda… no me creyó cuando le dije que no encontraría talla para mí. —El hombre se llevó una mano a la camisa que tenía puesta y la aireó—. Me equivoqué.

Shayler sonrió ante ello, esperaba que en esta nueva vida, la antigua guerrera encontrara aquello que había estado buscando durante toda su eternidad.

—¿Y Nyxx? ¿Alguno habéis sabido algo de él? —insistió al tiempo que se incorporaba, su mirada yendo de uno a otro con preocupación. Había visto al Cazador cuando regresaron de la Puerta, él y John habían estado montando guardia, pero cuando había querido hablar con él, Nyxx ya se había marchado.

—¿Hablaste con Seybin? —le preguntó Shayler incorporándose para rodearla con los brazos.

Ella asintió.

—Hablé con Seybin, pero todo lo que me dice es que “está teniendo su propia aventura”.

Lyon se encogió de hombros.

—Cuando los dos os esfumasteis, el Cazador también se esfumó —comentó Lyon encogiéndose de hombros.

John frunció el ceño.

—Él estaba conmigo cuando traspasasteis la Puerta de nuevo —aseguró sin dejar de fulminarlos a ambos con la mirada—. Imagino que el shock lo habrá hecho pedir unos días libres, los dioses saben que yo los necesito.

Jaek acarició un par de teclas del piano.

—Sí, sería todo un detalle que cuando decidáis hacer alguna gilipollez parecida, nos dejéis

la dirección y el teléfono… sobre todo si va a ser un viaje a donde no podemos protegeros —se burló el chico—. Algunos tenemos la tensión un poco delicada… y nos sube con rapidez.

John entrecerró los ojos y la tapa del piano de Jaek cayó de golpe sobre sus manos. El pianista se libró por un pelo.

—No tengo intención de volver a acercarme a esa puerta —aseguró Dryah apretándose contra su marido.

—Eso será algo que todos te agradeceremos, muñeca —asintió Lyon con un guiño.

Ella miró entonces a John, el hombre había prácticamente tumbado a Shayler de un puñetazo una vez que la Puerta se cerró tras ellos dejándolos de nuevo entre los suyos, Nyxx había tenido que intervenir para que Shayler no se llevara la paliza de su vida. El Guardián había tenido un brillo mortal en la mirada que intentaba borrar por todos los medios la profunda preocupación que lo había embargado. Shayler todavía conservaba un bonito moratón bajo su ojo derecho que lo probaba.

—Lo siento, John —murmuró mirando al mano derecha y hermano del Juez—. Te prometo que no dejaré que Shayler vuelva a meterse en problemas.

El Juez puso los ojos en blanco mientras Lyon se reía por lo bajo.

—¿Con esta, cuantas van? ¿50? —preguntó Jaek manteniendo las manos alejadas de las teclas del piano al mirar a John.

—Le ha dicho que hasta que se disculpe mil veces no la iba a perdonarla, así que… todavía le queda —se rio Shayler antes de mirar a su hermano.

John se limitó a ignorarles, tomó una cerveza del bar y se dirigió a la oficina de Shayler, cerrando la puerta tras él.

Dryah suspiró resignada.

—Nunca va a perdonarme —negó con un suspiro. Shayler le besó la cabeza.

—Está así conmigo, no contigo —le aseguró antes de darle una palmadita en el muslo para hacerla a un lado y poder levantarse, dejándola nuevamente en el lugar que había ocupado él al tiempo que la señalaba con un dedo—. No te muevas de ahí. Ni un milímetro.

Ella puso los ojos en blanco pero no pudo evitar sonreír.

—Aquí me quedaré —le aseguró acurrucándose en el sofá.

John le quitó el tapón a la cerveza y le dio un largo trago, la luz del atardecer entraba por la ventana que habían arreglado recientemente esa semana, la cual ahora podía abrirse hacia un lado. Había pasado una semana desde que la pareja había vuelto, los dioses sabían que estaba feliz por su hermano, había una mirada y una tranquilidad en Shayler que hacía tiempo no veía y eso se lo debía a esa pequeña rubia que estaba con él. Sólo por eso, podría considerarla ya una hermana. Pero había algo más que lo carcomía interiormente, algo que llevaba días retrasando y no sabía cuánto más podría hacerlo. La Fuente había acudido a él cuando menos se lo esperaba, arrancándolo de esa misma oficina para hacerlo comparecer ante los dos avatares que no dudaron en comunicarle un nuevo asentamiento para la vacante de Uras.

—¿John? —lo llamó Shayler abriendo la puerta.

Él se volvió y alzó la botella de cerveza a modo de invitación.

—Dile a Dryah que está perdonada, siempre y cuando se mantenga ella también fuera de problemas —le dijo con un suspiro de resignación—. De lo contrario, seré yo mismo quien la despelleje.

Shayler rio entre dientes.

—Le alegrará saberlo —aceptó cerrando la puerta tras él—. ¿Qué ocurre?

Él sacudió la cabeza.

—Nada —negó sin mirarle a la cara.

El Juez chasqueó la lengua y se apoyó contra el escritorio.

—No me vengas con esas, Johnny. ¿Qué pasa?

John luchó interiormente consigo mismo, la Fuente parecía tener un placer especial en hacer de él el mensajero para todas sus asignaciones y la última había sido una petición un tanto peculiar. ¿Petición? En realidad se habían limitado a decirle un nombre y que ocuparía el lugar de Uras.

—La Fuente ha exigido un reemplazo para Uras —respondió sin más dilación—. Se trata de mantener el Equilibrio.

El hombre perdió la sonrisa. La pérdida de Uras era algo que pesaría durante mucho tiempo, si no por siempre en su memoria, no podía concebir la idea de que alguien más, un desconocido ocupara su lugar.

—No —dijo rotundamente.

El Guardián resopló.

—No es tu decisión, Shayler —le recordó—. Ese lugar debe ser completado por alguien.

—¡Maldita sea! ¡No! No condenaré a nadie de esa manera —negó con rabia.

—No tendrás que hacerlo —declaró y se preparó para lo que sabía vendría ahora—. La Fuente ha elegido ya.

La mirada de Shayler se llenó de pena, dolor y una determinada negación. Estaba a punto de abrir la boca, cuando llegó un grito desde la sala. Un grito de dolor femenino.

Ambos se precipitaron hacia la sala solamente para encontrarse a Lyon y Jaek con las armas desenfundadas y a Dryah en medio de los dos, arrodillada en el suelo, sujetándose la mano izquierda con la derecha.

Al siguiente parpadeo, el escenario cambió y los Guardianes se encontraron en el mismo lugar donde todo comenzaba y terminaba, las ruinas del Templo del Primer Poder. Todos sostenían sus armas en las manos, formando un círculo alrededor de la piedra central en la que se encontraba Dryah, flanqueada por los dos poderes que conformaban la Fuente Universal; sus avatares, una mujer con largo cabello casi plateado y su compañero y consorte de piel oscura.

La mujer se adelantó, en sus manos levitaba una hermosa espada dorada y negra, cuya hoja estaba surcada por una enredadera sin final de rosas negras y plateadas.

—Conoces la Ley, Juez Supremo, una vida por otra vida.

Ante la voz de Zhalamira y el contundente mandato los cuatro hombres clavaron una rodilla al suelo, sus armas cruzadas sobre el muslo y la cabeza inclinada en muestra de respeto.

—Arrebata una vida y darás nacimiento a otra —concluyó Garkos, el otro miembro de La Fuente.

Shayler apretó los puños sobre sus armas, ahora cruzadas sobre su muslo, conocía la Ley, sabía que nadie ni nada de lo que dijese iba a cambiar la decisión de la Fuente, con todo lo intentó.

—Durante toda mi vida no he hecho más que seguir vuestros dictados como si fueran los míos, vuestra Ley, es mi Ley, pero…

—Una ley que no dudasteis en quebrantar al utilizar un ritual prohibido —le recordó ella con una suave amonestación.

—¿Qué ritual? —se interesó Lyon

La mujer se volvió hacia el Guardián y luego volvió hacia el Juez Supremo.

—Sabéis que vuestras acciones ameritan un castigo, Juez.

—¡Pues castigadme a mí, no a ella! —jadeó levantándose de golpe, olvidando la deferencia y el respeto que debía a aquellos dos seres.

Garkos se adelantó hasta quedar a escasos pasos de distancia de él.

—Vuestra consorte aceptó libremente, Juez Supremo —le explicó, su voz coreada al mismo tiempo por la de su contraparte y consorte.

Shayler alzó la mirada sorprendido, aterrado de hecho y se encontró por fin con la de Dryah, sus ojos azules contenían una promesa de calidez, inocencia y amor.

—Ellos dicen la verdad —aceptó ella mirando a los dos seres ancestrales—. Confieso que no sabía de qué se trataba, pero les prometí aceptar su próxima petición, fuese cual fuese.

Zhalamira contempló a la muchacha durante un momento y asintió en muda respuesta a lo que quiera que viese en sus ojos, entonces dejó su lugar y descendió hasta pararse ante el Juez. Su delicada mano se posó con suavidad sobre el hombro masculino.

—¿Realmente creéis que nos habríamos tomado tantas molestias para reuniros sólo para separaros ahora? —le sonrió y por primera vez él vio en sus ojos azules algo más que inexpresividad—. Ella es vuestra, Juez Supremo, pero el *Libre Albedrío* también nos pertenece a nosotros y como tal, es nuestro deseo que se una a los *Guardianes Universales*.

Él abrió la boca pero volvió a cerrarla inmediatamente.

—¿Mi castigo…? —preguntó.

La mujer se limitó a sostenerle la mirada, pero fue su compañero el que respondió.

—Ella ocupará el lugar de la Oráculo para que el círculo vuelva a estar completo —le dijo Garkos—. Los designios del Oráculo nunca se equivocaron, su anterior avatar vio el fin de los Guardianes, la división final que marcaría el nacimiento de una nueva era. Ella no comprendió que no se trataba de un fin definitivo sino de una renovación. El universo sigue siendo un lugar salvaje que necesita de equilibrio y es por eso por lo que estáis vosotros aquí.

La delicada mano de Zhalamira abandonó el hombro del Juez, su mirada pasó sobre cada uno de los presentes.

—Aquí y ahora, renovamos el voto hecho a los *Guardianes Universales* —declaró, su voz un eco de infinito poder—. Servid a la Ley Universal y seréis protegidos por esa misma Ley, jurad lealtad al Juez Supremo designado por nosotros porque él es nuestra voz, nuestra razón y nuestra palabra. Su Juicio es eterno e infinita su lealtad.

Y como una sola unidad, los Guardianes recitaron su voto una vez más, reforzando sus lazos para la eternidad.

«Protegemos a aquellos que no pueden ser protegidos, cuidamos de aquellos que no se cuidarán solos y mantendremos el Equilibrio del Universo. Ese es nuestro cometido y a él nos encomendaremos».

Nuevamente el silencio inundó el abandonado lugar, uno a uno los Guardianes fueron abriendo los ojos y levantándose al comprobar que el Poder Primigenio había vuelto a sus confines dejándolos solos. Él se puso en pie rápidamente y se precipitó hacia el montículo de piedras a tiempo de coger a Dryah, quien había caído sentada sobre los escombros con la hermosa espada sobre su regazo.

—¿Estás bien?

Ella asintió con una cálida sonrisa.

—¿Por qué lo has hecho? —insistió él sin entender todavía por qué se había sacrificado por él, por qué había pagado ella su castigo.

La respuesta de ella no se hizo de esperar.

—Um… veamos. Ser parte de una unidad de élite compuesta por cuatro hombres

desquiciados y un poco psicópatas a los que les da lo mismo adentrarse en las mismísimas entrañas de la tierra para buscarme, evitarle a mi consorte, amante y amor el tedio de tener que entrenar a alguien mucho menos eficiente y desastrosa que yo… y oh, sí… pasar el resto de la eternidad encadenada a ti —sonrió ella con amor—. ¿Qué más podría pedir un alma maldita como yo?

Shayler negó con la cabeza y rio.

—El fin de tu maldición, cariño —le aseguró al tiempo que la ayudaba a levantarse y tomaba su espada en una mano para acercarla contra la firmeza de su pecho y capturar su mirada con la propia—. Y ya la has encontrado en mí, porque estarás eternamente encadenada a mí destino.

Ella sonrió y le echó los brazos al cuello, besándolo y sintiéndose por fin completa y parte de todo el universo.

EL CAZADOR DE ALMAS -LIBRO 2-

Nyxx estaba a gusto en su papel de *Cazador de Almas*, no había mejor trabajo que aquel que permitía dar rienda suelta a la rabia y sufrimiento reprimido, y los dioses sabían que el Cazador tenía su justa medida.

Con la muerte pesando en su alma, el pasado rondándolo como un fantasma y una maldición encadenando su eternidad, su corazón había quedado insensible por los hechos acontecidos en un lejano pasado. O así había sido hasta que ella se cruzó en su camino. El evitar que aquella extraña mujer hubiese terminado bajo las ruedas de un coche había sentenciado su destino de forma irrevocable.

Lo último que esperaba **Lluvia** era que el incidente del que se había librado por los pelos la llevaría a enfrentarse a un apuesto y extraño hombre que pondría su vida del revés. En un abrir y cerrar de ojos se encontró buscando las respuestas a un pasado de mentiras y a un presente que la reclamaba como la única superviviente de una antigua y poderosa línea de sangre *gypsy*.

¿Cómo podía negarse a su destino si este venía de la mano de un hombre que le robaba el alma con su sola presencia? Un hombre que la reclamaba como su única compañera y que la necesitaba para poner fin a su maldición.

Desde las calles de Nueva York, a los más recónditos templos griegos, Nyxx y Lluvia se enfrentarán a una carrera... por sus almas.

Las leyendas nunca habían resultado tan atractivas… y tan mortales.

PRÓLOGO

Año 218 A.C.
Región de Epiro. Grecia.

El poblado se había reducido a cenizas durante la noche. Con las primeras luces del amanecer todavía se veían las columnas de humo que salían de las tiendas y de las pequeñas construcciones; la muerte estaba presente por doquier. Cuerpos mutilados, otros calcinados, aquella noche había sido de sangre y fuego, tal y como vaticinó el *Oráculo de Dodona*, una profecía que quedaría marcada en su alma para siempre.

Unos ojos verdosos recorrieron lentamente toda aquella desolación, los etolios habían extendido su odio y sed de sangre desde la falda del *Monte Tomaso* donde se ubicaba el Oráculo más importante de Grecia, el Oráculo de Dodona, hasta la tribu *gypsy* que instaló su campamento junto al lago Pambotis; *los Valaco*. Los etolios destruyeron en el transcurso de una noche todo lo que Nyxx había conocido y se llevaron consigo su única razón para vivir. Las altas columnas de humo ennegrecido se elevaban desde el lado norte, el templo había sido quemado y arrasado, la gente masacrada, las tres sacerdotisas del rey de los dioses que moraban aquellas paredes yacían muertas a los pies del altar frente a los restos de las estatuas de Zeus y Dione, todo se había perdido en un abrir y cerrar de ojos. No existió compasión en la búsqueda de codicia del pueblo etolio, habían pasado a cuchillo a todo aquel que se encontraron en su camino en una equivocada búsqueda de riquezas guiados por el resentimiento de una única mujer hacia un pueblo que nunca hizo daño a nadie y que lo único que deseaban era vivir en paz.

Tantas vidas destruidas y para nada.

Nyxx volvió la mirada hacia el linde del bosque, sus puños se cerraron con toda la fuerza que aún reunía su maltrecho cuerpo, en un tramo a orillas del lago yacía toda su vida, su pasado, su presente y el futuro que le había sido arrebatado en un latido de corazón. El dolor se hundió pesadamente en su pecho cuando su mente trajo de nuevo el recuerdo de su sonrisa, la dulzura en su mirada y la agudeza que su lengua había esgrimido para él, era demasiado peso para un cuerpo cuyo espíritu empezaba a hacerse pedazos.

—Pronto —musitó con voz ronca y rasgada por la pena.

El dolor corría a varios niveles por debajo de su piel, un dolor que unido a la rabia le daba las fuerzas que necesitaba para cumplir con la última de sus autoimpuestas tareas, solo cuando lo hubiese hecho podría dejar su espada y acudir a su lado en su eterno descanso.

Sorteando los cadáveres esparcidos por el suelo, dejó atrás el hedor a muerte y devastación y siguió el rastro que abandonaba el poblado por el sur y se adentraba en la cordillera de los Montes Pindo, de regreso a la región de Etolia. Él, de entre todos los Sumos Guardianes que habían estado apostados en el templo del Oráculo, los únicos hombres además de los monjes a los que se le permitía estar en contacto con las tres *hoi Selloí*, *Las Adivinas* —como eran conocidas las sacerdotisas que interpretaban las visiones del oráculo—, era el más experimentado en las artes del rastreo y la caza. Desde su ingreso en el templo a una edad muy

temprana, había sido designado a la protección de Nicandra, la menor de las sacerdotisas. Su ingenua curiosidad y ansia de aventura lo habían llevado a salir a hurtadillas del templo, en ocasiones acompañando a su joven Señora hasta que finalmente se convirtió en el proveedor de caza del templo. En una región dedicada a la agricultura la entrada de carne y ave era casi considerado un manjar y él había disfrutado de la libertad que sus días de rastreo en busca de presas traía a su vida librándolo de la monotonía y el tedio de sus tareas en el templo.

Ahora, esa destreza debía ser puesta sobre una presa distinta, una de dos piernas y afiladas armas que se habían encargado de destruir todo su mundo en el transcurso de una noche.

Con su rabia como bandera y la venganza motivando su corazón, dejó atrás las ruinas humeantes del templo y la devastadora desolación del poblado *gypsy* para echarse al camino armado tan solo con una espada y un cuchillo y seguir a los soldados que habían sobrevivido a aquella noche y que con el favor de Zeus no vivirían lo suficiente para ver el nuevo amanecer.

Embriagados por la victoria, satisfechos con el éxito de su empresa y jactándose de los macabros recuerdos que se llevaron consigo, los etolios se confiaron y no vieron venir la venganza que cayó sobre ellos en la forma de una bestia humana borracha con la sed de la venganza. Muchos fueron los que cayeron en aquel atardecer, la espada del joven guerrero cercenó cada vida como si con ello pudiera liberar cada una de las almas que aquellos desgraciados habían robado en el Templo y en el poblado, se entregó con toda la fiereza de un hombre desesperado y despojado de todo, el cual no encontraba miedo en la muerte, si no tan solo a una vieja amiga. Y fue aquella vieja amiga la que lo recibió con los brazos abiertos cuando el peso del dolor sumado al de sus mortales heridas vino a reclamar su alma con el último rayo de sol.

No sabía que esperaba encontrar al otro lado, pero cuando volvió a abrir los ojos su alma había viajado de regreso al centro del desolado poblado *gypsy* y frente a él, abriéndose paso por en medio de los cadáveres que cubrían el suelo, una enorme bestia lobuna lo contemplaba con unos ojos brillantes y sobrenaturales.

—¿Quién eres tú? —Se encontró preguntando al lobo que caminaba hacia él.

Soy y seré tú hasta que la sangre que baña esta tierra encuentre de nuevo el camino al hogar.

Las palabras salieron del lobo, si bien, la bestia no había abierto las fauces. Una ligera sensación de mal presagio inundó a Nyxx mientras su mirada quedaba presa de la del can como si fuesen incapaces de escapar el uno del otro, entonces el lobo empezó a trotar y finalmente se lanzó hacia él y lo traspasó como si no fuese más que una pantalla de humo. El grito que emergió de la garganta del guerrero provocó un infernal dolor que fue directo a su alma, rasgándola solo para volver a unirla, pero esta vez ya no era enteramente humana, el alma del lobo la completaba.

Un doloroso jadeo escapó de sus pulmones mientras trataba de respirar, de rodillas sobre el suelo teñido por el color de la sangre empezó a darse cuenta de lo que había ocurrido, de lo que la Matriarca Valaco le había hecho. La negación trajo consigo el insoportable dolor de la pérdida, una pérdida total y absoluta. Nunca sería capaz de reunirse con ellos. Valeska se había encargado de ello. No permitiría que uno de los suyos cometiera dos veces el mismo error.

—*¡Noooo!* —Echó la cabeza hacia atrás y dejó escapar tal grito de agonía que todos los seres vivos allí donde estuvieran se estremecerían de empatía—. ¡Maldita seas mil veces, Valeska! ¡Maldita seas! ¡Me lo has arrebatado todo, todo!

Las lágrimas se deslizaron por sus mejillas, el dolor en su pecho borbotó mezclándose con la rabia, la desesperación y la negación ante lo que la mujer Valaco le había hecho, solo ahora empezaba a entender el alcance de las palabras que le había gritado junto al cuerpo sin vida de la

mujer a la que había amado.

—Maldita… seas —lloró como no había llorado desde que era niño—. Maldita seas por toda la eternidad.

Las lágrimas duran lo que dura la pena y la de Nyxx parecía no tener fin, la desolación que lo rodeaba no era nada comparado con la que teñía su alma de rojo, del color de la sangre derramada. Su mirada vagó nuevamente hacia el bosque y aquello fue suficiente para obligarlo a ponerse de nuevo en pie; No podía fallarle otra vez, si aquello era todo lo que podía hacer al menos le daría el descanso que se merecía. Conocía el ritual por el que los Valaco entregaban a los suyos a la muerte, para ellos el fuego era purificador, el que permitía que el alma abandonase el cuerpo y viajase al otro mundo. Al menos le debía eso a ella.

—Vaya una carnicería.

Nyxx se tensó al oír una voz a sus espaldas, sus lágrimas quedaron congeladas sobre las mejillas mientras se giraba con lentitud y escaneaba todo el lugar encontrando simplemente los cuerpos mutilados y sin vida que teñían el suelo con su sangre.

—Esta va a ser una larga noche.

Otra voz, esta procedente de la otra esquina del poblado hizo que su mano volara a la cintura donde siempre llevaba la espada para encontrarse sin ella. Apretando los dientes entrecerró los ojos y permaneció en silencio y atento.

—¿Él es lo que creo que es? —murmuró la primera de las voces.

—No se me ocurre que otra cosa podría ser.

Como si el humo que todavía salía de algunas de las construcciones se hubiese concentrado en un solo punto, del lugar que había procedido la voz empezó a formarse una silueta que fue tomando la forma de un hombre adulto, con anchos hombros y gran constitución que vestía unas calzas de piel. Una túnica color añil se ceñía con un ancho cinturón alrededor de su cintura, en donde descansaban las fundas de las dos espadas que esgrimía en sus manos, sus pies estaban calzados con las botas propias de los habitantes de las montañas, pero era su extraño pelo con mechones de varias tonalidades, desde el rubio más claro al negro más oscuro recogido con una cinta de cuero en la nuca lo que más llamaba la atención en él.

—¿Enviados del diablo o de los dioses? —murmuró Nyxx sin apartar la mirada del hombre.

—No sé si podría considerarse a Seybin como el diablo, aunque a veces se comporta como tal.

Él se giró formando un arco con el brazo al oír aquella otra voz pegada a su oído.

—Interesante —respondió el dueño de la voz observando a Nyxx con detenimiento. Al contrario que su compañero, el color de su pelo era de un negro profundo y caía suelto sobre sus hombros, su piel en cambio poseía el tono de la tierra seca.

—¿Quiénes sois? —preguntó repartiendo su atención entre los dos desconocidos.

El hombre con el pelo multicolor chasqueó la lengua y le señaló con su espada.

—Una mejor pregunta sería… ¿*Qué* eres tú? —aseguró alzando el rostro como si estuviese oliendo el aire—. A mí me huele a alma, Josh.

El de la piel del color de la tierra seca se encogió de hombros, entonces echó mano a su espalda, desde donde se veía la empuñadura de una espada y tiró de ella.

—Es un alma —aceptó su compañero al tiempo que empezaba a rodearle. Nyxx imitó sus movimientos, manteniéndolos al margen—. Es todo lo que necesito saber.

Como uno, los dos hombres se lanzaron a por él. A duras penas pudo evadir la primera estocada cuando le llegó otra por la espalda, tuvo tiempo de girar y rodar por el suelo para

alejarse antes de que la espada se alojara cómodamente en su hombro. Una inusitada rabia empezó a abrirse paso desde su interior, no sabía quiénes eran ellos pero tampoco le importaba, todo aquello que hubiese podido ser de importancia para él yacía muerto a orillas del lago y lo demás solo se perfilaba como un obstáculo. Recogiendo una de las ensangrentadas espadas del suelo se enfrentó a ellos, atacando y eludiéndolos con todo lo que tenía.

—Silver, acaba con este juego ya, tenemos almas a las que acompañar —clamó su compañero esquivando por poco un corte más en su brazo—. No podemos dejarlas vagando por aquí después de esta carnicería, se merecen el descanso.

Aquellas palabras penetraron en la mente de Nyxx, que paró un nuevo ataque con su espada.

—¿Quiénes sois? —clamó al tiempo que repelía el ataque con efectividad.

—Cazadores de Almas, chico —respondió Josh, mientras fintaba a la derecha—. ¿Por qué no te rindes y te vienes con nosotros por propia voluntad? Si esta carnicería no ha sido cosa tuya…

—¡Ellos eran mi familia! —clamó él con dolor. Había habido un momento en el que pensó que sí podrían serlo, Varak y Hadryna así se lo habían mostrado.

Los guerreros intercambiaron una rápida mirada.

—¿Tuviste algo que ver con… el desastre… de las montañas?

La mirada de odio en los ojos de Nyxx fue suficiente respuesta para ellos.

—Vaaaale —rezongó Silver al tiempo que bajaba la espada y se pasaba una mano por el pelo, el sudor le chorreaba por el rostro—. Esto se está complicando.

—¿No me digas? —bufó Josh mirándole y después a su compañero—. ¿Alguna sugerencia?

El hombre se encogió de hombros.

—¿A cara o cruz? —sugirió Silver.

Josh puso los ojos en blanco y suspiró.

—Bueno, solo se me ocurre otra cosa —aseguró señalando a Nyxx con el pulgar.

—*La Puerta* —asintió Josh, sus labios se estiraron poco a poco en una sonrisa—. ¿Por qué no lo pensaste antes de que empezar todo este baile?

—Estaba demasiado ocupado evitando que me rebanase la cabeza —le recordó con ironía.

Los hombres se giraron hacia él al tiempo que enfundaban las espadas.

—Bien, compañero, esto se termina aquí y ahora.

Nyxx entrecerró los ojos, su atención dividida entre uno y otro guerrero. No se fiaba de ninguno de ellos, ni de sus trucos.

—Si no vienes por las buenas, la dama se encargará de que vayas a ella.

Antes de que Nyxx pudiese entender que estaba pasando, el hombre frente a él dibujó algunas señas con las manos y la tierra bajo sus pies se abrió para tragárselo con un ahogado grito.

—Eso ha sido muy sutil —aseguró Silver poniendo los ojos en blanco.

—Haberlo hecho tú —sugirió Josh antes de desvanecerse en el aire, seguido al momento por su compañero.

El grito que salió de la garganta de Nyxx cuando se abrió la tierra terminó de formarse cuando su cuerpo golpeó con fuerza contra el suelo, su mirada recorrió inmediatamente su entorno para encontrarse en el interior de alguna cueva. El cavernoso lugar era amplio y estaba iluminado por unos pebeteros que se abrían en abanico a ambos lados de una gran puerta de piedra blanquecina. Su mirada quedó presa de aquella magnificencia durante unos instantes,

entonces empezó a oír un suave murmullo, como un coro de voces que lo llamaban atrayéndolo hacia su umbral.

—¿Qué truco de los dioses es este? —musitó observando el lugar con reverencia.

—Ningún truco. Aunque si quieres achacar a alguien la decoración, ese sería el Señor de las Almas.

Nyxx volvió a ponerse en guardia cuando vio a los dos guerreros entrando en la cueva desde un túnel excavado en la pared.

—Ahora, sé una buena alma y entra por ahí —pidió Silver y le señaló la puerta a su espalda.

Un fuerte sonido de piedra arrastrándose sobre el suelo llamó la atención de Nyxx, los murmullos que había oído ahora incrementaron su intensidad convirtiéndose en una cacofonía de gritos de auxilio y voces que lo invitaban a un merecido descanso. Todo él reaccionaba a esas voces, quería unírseles, atravesar aquella puerta y olvidarse de lo ocurrido aquella noche. Si solo fuera tan fácil dejar el dolor y la vergüenza que pesaba en su corazón atrás…

—No —negó con voz rasgada. El humo y los vapores que había tragado le habían destrozado la garganta, dándole a su voz una cadencia rota, ronca y profunda.

Los dos cazadores desenfundaron entonces sus armas y empezaron a rodearlo nuevamente y Nyxx se encontró sintiéndose en ese momento tal y como debería haberse sentido cualquiera de las presas que él solía cazar para abastecer el templo.

—De veras, chico, nos has hecho perder toda una jodida noche de trabajo —le aseguró Josh con fastidio—. En otro momento, juro que me habría encantado todo esta lucha, te concedo que estoy impresionado, pero ya casi amanece y tenemos todo un jodido campo de almas por recoger.

Nyxx no respondió, se mantuvo de espaldas a la Puerta que seguía llamándole mientras luchaba con su atracción y vigilaba a los dos adversarios que había frente a él.

—Se me ha acabado la paciencia —masculló Silver antes de lanzarse al ataque.

Desarmado y con la insistente llamada de la Puerta a sus espaldas, Nyxx se las arregló para evitar las espadas de los dos guerreros, esquivó e incluso propinó algún que otro golpe, los mantuvo a distancia durante todo el tiempo que sus fuerzas le permitieron, unas fuerzas que menguaban ante la atracción de la puerta y su necesidad de luchar contra ella, muy pronto no podría continuar y un mal paso traería consigo un desenlace menos que atractivo.

Y entonces, aquel lacerante dolor que había atravesado su cuerpo y dividido su alma al anochecer, volvió a él poniéndolo de rodillas un desgarrador grito abandonó su garganta mientras caía al suelo y se retorcía como si lo estuviesen haciendo pedazos para luego volver a unirlo de mala manera y tener que empezar otra vez.

—¿Qué demonios…? —murmuró Silver viendo al hombre retorcerse en el suelo, sus alaridos le ponían la piel de gallina.

—Sagrados dioses —jadeó así mismo Josh, pero su mirada estaba puesta en cambio en la Puerta, la cual había empezado a cerrarse nuevamente sin haber reclamado el alma que tenía ante ella—. ¿Qué está pasando aquí?

—Eso me gustaría saber.

Ambos cazadores se volvieron al unísono al escuchar la voz de su señor. Con su casi metro noventa y cinco apenas era un par de centímetros más alto que los dos hombres y al igual que ellos iba ataviados con pantalones de piel y una túnica, asegurada con un cinturón, en su caso con adornos dorados y una capa envuelta alrededor de sus anchos hombros, sus ojos de un oscuro tono violeta estaban fijos en el ser que se revolvía en agonía sobre el suelo y que había

hecho que la Puerta de las Almas se hubiese cerrado.

El Señor de las Almas entrecerró los ojos y extendió la mano hacia el despojo de humanidad que había caído en el suelo a los pies de la Puerta y que solo ahora parecía empezar a encontrar alivio a lo que quisiera que lo aquejara. La sorpresa se reflejó en sus ojos cuando su poder enfocado a los dominios que regía reveló algo prácticamente imposible.

El hombre tendido a sus pies no era un alma, ya no al menos, lo que quiera que hubiese hecho *eso* a aquel pobre guerrero, lo había condenado también a un doloroso renacimiento. Acuclillándose al lado del moribundo chico, buscó su mirada solo para arrepentirse al momento de hacerlo, en aquellos ojos verdes había tanto dolor y tanta desolación como para inundar todos los océanos de la tierra.

—¿Quién te ha hecho esto? —preguntó suavemente, recorriéndolo con la mirada.

Nyxx no contestó, en lugar de eso trató de incorporarse solo para darse cuenta que su cuerpo apenas le respondía.

—Calma, muchacho… no todos los días se vuelve de la muerte —le dijo con ironía—. Todo esto pasa factura.

—Tengo que volver… —murmuró él luchando a pesar de todo por levantarse—. Ella no puede descansar si no lo hago… tengo que volver.

Seybin le puso la mano en el hombro y lo mantuvo inmóvil sobre el suelo.

—¿Has sido tan estúpido como para contrariar a los dioses por una mujer? —le preguntó con escepticismo.

Nyxx lo miró a los ojos, algo que sorprendió realmente al dios. Había muy pocos mortales y menos inmortales aún que se atrevían a tanto.

—Los dioses pueden quedarse con sus suplicantes y sus súplicas —farfulló él—. Ninguno de ellos ha demostrado ser merecedor de las mías.

Una irónica sonrisa curvó sus labios y aferrando la mano del guerrero lo ayudó a ponerse en pie.

—Imagino que hablas con conocimiento de causa.

Nyxx no respondió, se soltó de la mano que lo ayudaba y se tambaleó intentando mantener el equilibrio, tenía que volver al lago, debía darle la despedida que se merecía y nada ni nadie evitarían que lo hiciera. Su mirada pasó del hombre que permanecía en pie a su lado, el poder que lo rodeaba era tan intenso que estaba seguro que podría destruirlo con una sola mirada. Había vivido demasiado tiempo entre los siervos de los dioses para no reconocer a uno de los Señores cuando lo tenía ante él.

—Voy a volver.

Aquello fue una declaración, no una pregunta. Seybin se cruzó de brazos y lo observó con atención.

—Por supuesto —aceptó con un leve asentimiento de cabeza—. ¿Pero y después? ¿Has pensado que vas a hacer ahora?

Nyxx bajó la mirada, su única meta había sido vengar la muerte de Hadryna y reunirse con ella, ahora, gracias a la maldición que le había impuesto Valeska, empezaba a dudar que eso pudiera darse algún día. La mano que se posó sobre su hombro lo sobresaltó.

—Empecemos por dejar que el pasado descanse —concluyó Seybin con un ligero asentimiento de cabeza.

Las llamas consumieron lentamente la pira funeraria, Nyxx permaneció allí incluso después de que las brasas se hubiesen enfriado y todo lo que quedase fueran cenizas, sabía que no había estado solo, aquel extraño personaje se había mantenido a unos pasos por detrás,

permitiéndole privacidad y haciéndole notar al mismo tiempo su compañía algo que el guerrero agradeció en silencio.

Seybin caminó entonces hacia él, deteniéndose a su lado.

—La eternidad es demasiado extensa para pasarla en soledad —murmuró el Dios.

Nyxx no apartó la mirada del cúmulo de cenizas.

—Quizás eso es lo único que merezco —murmuró con amargura.

Seybin le posó la mano sobre el hombro.

—Nada de lo que ha ocurrido aquí ha sido culpa tuya, Nyxxon —le aseguró pronunciando su nombre por primera vez. Nyxx se volvió hacia él.

—Si no me hubiese cruzado en su camino, ella seguiría viva —argumentó con dolor.

Seybin apretó su hombro y le dio unas palmaditas en la espalda.

—Eso nunca lo sabrás realmente —le aseguró al tiempo que daba media vuelta para marcharse—. Vamos, tengo un trabajo para ti.

Nyxx lo miró mientras se alejaba.

—¿Quién dice que estoy interesado en un trabajo?

La risa del hombre hizo eco en el solitario paraje.

—Necesitas dejar salir toda la rabia que tienes dentro chico, pero también necesitas mantenerte alejado de los humanos, ya no eres uno de ellos —le aseguró Seybin sin volverse.

Nyxx iba a responder a eso, pero se quedó callado. En realidad, ahora ya no sabía lo que era.

—¿Y qué se supone que soy si no? —no pudo evitar preguntar.

Seybin le lanzó una mirada por encima del hombro y esbozó una irónica sonrisa.

—Mi nuevo *Cazador de Almas.*

CAPÍTULO 1

En el Presente
Nueva York.

Le encantaba correr, sentir el viento acariciando su pelo, la dura y firme tierra sirviendo de apoyo a sus poderosas patas, la tranquilidad de la noche envuelta en sonidos que nunca antes había apreciado y que ahora resultaba un bálsamo para el intenso remolino de emociones que se encontraban en su interior, ecos del pasado que no hacían sino traer dolor a su presente.

Bufó y descubrió los dientes en un profundo gruñido al tiempo que incrementaba la velocidad serpenteando entre los árboles del parque más famoso de Nueva York, el único espacio de libertad que había para alguien como él en aquella enorme ciudad. Saltó limpiamente por encima de la valla asustando a las dormidas aves y derrapó haciendo un giro brusco, su cola giró en un remolino antes de que sus patas traseras lo impulsaran de nuevo en otra dirección. Esa noche era pura adrenalina, los sucesos de los últimos días lo habían llevado al extremo, pero no era nada comparado a la obsesión que había crecido en su interior desde el momento en que posó la vista sobre aquella pequeña humana. Su olor estaba impreso a fuego en su cerebro, la extraña cadencia con la que pronunciaba las palabras, la forma en que lo había mirado, como si él fuera el mayor estúpido del planeta… Demonios, ¿por qué no podía olvidarse de ella?

La había conocido bajo circunstancias inusuales, por lo general no paraba mucho por aquella ciudad. Manhattan era un poco demasiado ruidosa para su gusto, con demasiada gente y pocos espacios naturales en los que poder dar rienda suelta a su lobo interior cuando así lo necesitaba, de hecho, ni siquiera estaría aquí ahora de no ser por la pequeña alma de Eidryen. Dryah había despertado después de un largo sueño para encontrarse que todo lo que conocía ya no existía y que tenía entre sus manos uno de los poderes más grandes e inestables del universo, era imposible abandonarla, dejarla sola, él mejor que nadie sabía lo solo y perdido que podía encontrarse alguien cuando todo tu pasado moría en un abrir y cerrar de ojos. Afortunadamente, las cosas para la pequeña rubia habían salido bien y sabía que su compañero se encargaría de mantenerla alejada de cualquier problema; El Juez no permitiría que ella se pusiera nuevamente en peligro, no cuando casi la había perdido ante la Puerta de las Almas. El hombre amaba realmente a la muchacha y eso estaba bien para Nyxx, después de mucho tiempo podría dejar su custodia en manos capaces.

Lluvia, en cambio, era un problema que solo le correspondía a él, uno para el que todavía no había encontrado solución. Sus caminos se cruzaron por azar, había estado hablando con Dryah por teléfono cuando nada más colgar su preternatural oído captó el estruendo de los neumáticos rechinando sobre el pavimento instantes antes de que el coche doblara la esquina con un derrape y se precipitara hacia el paso de peatones que parpadeaba anunciando el final de su tiempo de tránsito. Entonces, aquel agradable aroma a flores y té verde lo había golpeado con la fuerza de un huracán y sus ojos solo tuvieron tiempo de captar el vislumbre de una coleta de pelo castaño que poseía la mujer que apuraba el paso cuando el semáforo cambiaba ya a rojo para los peatones. El largo pelo liso caía a su espalda balanceándose al compás de sus pasos pero parecía completamente ajena al alboroto que se había formado ante el sonido cada vez más cercano de la

goma de los neumáticos derrapando sobre el suelo.

Ni siquiera lo pensó, en un instante oía el coche y al siguiente estaba golpeándose contra el adoquín de la acera contraria y clavándose el delicado codo de ella en el estómago.

—¿Estás bien? —le preguntó entonces al tiempo que bajaba la mirada hacia el frágil y menudo cuerpo que acunaba contra sí. La chica ni siquiera se movía, su mirada felina se había clavado en su rostro mirándole como si le huviesen crecido dos cabezas. Aquello solo consiguió enfurecerlo. ¡Podrían haberla matado!—. ¿Es que no eres capaz de mirar el semáforo antes de cruzar? Ese maldito conductor casi te pasa por encima. ¿No oíste como rechinaban las ruedas sobre el asfalto?

Dos de los transeúntes se acercaron rápidamente a ellos a ofrecer su ayuda.

—¿Estáis bien, chicos? —se agachó un hombre de traje, con un maletín en una de las manos y un móvil en la otra.

—Eso ha estado cerca —murmuró su compañera—. Ya han llamado a la policía, hemos anotado la matrícula.

—Estamos bien —gruñó él poniéndose en pie y llevándose a la chica en el proceso.

La multitud empezaba a juntarse a su alrededor y aquello era algo que no soportaba, las aglomeraciones de gente nunca le habían gustado demasiado, y por la manera en que se ella se tensó contra él y su nervioso gesto, supuso que a ella tampoco.

Nyxx la empujó apartándola con él, haciendo una mueca ante el dolor que le recorría ahora la cadera y la parte superior del hombro, la estúpidez iba a salirle cara. Ella había pasado de mirarlo a él a observar a la gente a su alrededor al tiempo que se llevaba la mano al oído y se giraba en redondo, dejando los brazos masculinos para alejarse con la mirada puesta en el suelo, empujando y abriéndose paso entre la gente de regreso al paso de peatones. Nyxx frunció el ceño y la siguió con la mirada cuando ella echó un rápido vistazo a ambos lados de la calzada y se aventuró de nuevo a cruzar con la mirada puesta en el suelo, como si buscase algo.

—¿Pero qué pasa contigo? —Tomándola por la muñeca, la obligó a abandonar la calle donde empezaba a reanudarse el tráfico, y volver de nuevo a la acera—. Está en rojo.

Ella se sobresaltó ante su contacto, volviéndose con mirada asustada hacia él y empezando a luchar contra su agarre.

—No… tengo que recuperarlo, lo necesito —le dijo al tiempo que se llevaba la mano al cuello, su manera de pronunciar las palabras era lenta, suave y precisa, como si se cortaran. Ella intentó soltarse y volver hacia el paso de peatones, estirando el brazo de forma desesperada—. Allí.

—De eso nada, nena —la sujetó con fuerza, impidiendo que saltase al tráfico—. Ya me llega con mi trabajo, no necesito atender a suicidas.

Un pequeño crash llamó la atención de su fino oído, al mismo tiempo que ella se quedaba repentinamente quieta con la vista fija en la calzada. Uno de los vehículos acababa de pasar por encima de un pequeño objeto blanco, destrozándolo. Ella dejó escapar entonces un angustiado gemido antes de volverse contra él y pegarle una patada en la espinilla. Nyxx se encontró saltando sobre su pierna derecha mientras ella le lanzaba insultos y le pegaba con sus pequeños puños, hablando entre jadeos, cortando las palabras como si fuera incapaz de articularlas en su alterado estado.

—Estúpido… era nuevo… está roto —le increpaba señalando la calzada—. Mira lo que has hecho.

Le llevó un momento alejarse de ella y maniobrar para detener sus patadas y puñetazos, tan menuda como era, tenía una puntería certera.

—Estate quieta, maldita sea. —La detuvo girándola para cogerla desde atrás y detener sus movimientos al pegarla contra su cuerpo. El dulce aroma de flores y té verde que la envolvía impactó nuevamente en sus sentidos y le hizo repentinamente consciente de cada curva de su cuerpo y la redondez de su trasero frotándose contra él. Pegando la boca a su oído, le habló—. No está nada bien pegarle a la persona que acaba de salvar ese pequeño culito de acabar bajo las ruedas de un coche, tesoro. ¿Dónde está tu gratitud?

La chica continuaba retorciéndose en sus brazos haciendo feliz a cierta parte de su anatomía que empezó a responder a sus frotamientos. Con un chillido la chica se zafó de su agarre y se volvió a mirarle, sus ojos echando chispas un instante antes de bajar la mirada a la entrepierna de Nyxx y ruborizarse.

—N... no vuelvas a poner…tus manos encima… de mí —lo amenazó con un dedo.

Se tomó un momento para contemplarla. Era unos cuantos centímetros más baja que él, bastante, en realidad ya que su cabeza apenas le llegaba a los hombros y tenía unas pocas pecas salpicándole el puente de la nariz, unos almendrados ojos de un suave marrón con motitas doradas le miraban bajo unas perfectas cejas con la misma amenaza que había contenido su voz. Era menuda y bastante corriente pero a pesar de todo había algo en ella que despertaba sus instintos protectores.

—Quizás debería dejar que te lances de nuevo a la carretera para terminar bajo las ruedas de otro coche —le dijo con tono indiferente, ocultando su verdadero escrutinio. Los ojos de la chica estaban clavados en sus labios, algo que parecía contribuir en gran medida a aumentar su atracción por ella. ¿Qué demonios le pasaba? Estaba actuando como un lobo en celo. La mirada de ella se estrechó, sus labios se afinaron más hasta ser una delgada línea a medida que él hablaba—. Ya que no tienes la suficiente sesera y ya no digamos oído para escuchar que te advierten de un accidente. Qué pasa contigo, ¿no viste que se te echaba un coche encima?

—El… semáforo estaba todavía en… ver… verde para los peatones —respondió ella, sus ojos empezando a echar chispas—. Y el único idiota aquí eres tú, que te crees… con derecho… a juzgar a la gente. No, no oí el coche… —le dijo al tiempo que se llevaba la mano a la garganta para finalmente señalar hacia la carretera con la otra—. Sin eso no oigo nada. Soy sorda.

Nyxx abrió la boca para responder, pero las palabras se le atascaron en la garganta cuando las implicaciones de lo que ella decía penetraron más allá en su saturada mente.

Ella no podía oír. Era sorda.

Nyxx dejó escapar un bajo bufido mientras recordaba el episodio ocurrido dos semanas atrás, después de su metedura de pata no podía haber hecho más que prestarle el móvil, ya que el de ella se había estropeado. Todavía conservaba el número con el que ella se comunicó, el único que le permitió conocer su nombre y saber más sobre su identidad. Sin apenas darse cuenta, había descuidado su trabajo para estar al pendiente de esa muchacha, de Lluvia. Localizó su hogar, conocía su lugar de trabajo, sus horarios, el saberla segura se había convertido en una reciente obsesión que no tenía ni pies ni cabeza, si ella llegase a descubrir que conocía incluso el lugar en el que trabajaba sin duda lo tomaría por un acosador y llamaría a la policía… o a la perrera.

Un potente aullido emergió entonces de su garganta incapaz de contenerlo, ya se preocuparía después de los de control de animales, ahora necesitaba liberar toda la tensión que había acumulado esas dos últimas semanas. Sus potentes patas derraparon nuevamente deteniéndose en seco, el olor del agua era fuerte en aquella zona, pero hoy no estaba de humor para nadar, sus pasos se hicieron más sigilosos, sus almohadilladas patas no dejaban huella sobre el césped, un coro de ladridos empezó a oírse a lo lejos haciendo eco a su anterior llamado,

aquello despistaría a los perreros en caso de que lo hubieran oído.

Aquellos paseos nocturnos habían empezado a hacerse más frecuentes durante la última semana pero sabía que debían acabar, era demasiado peligroso y no estaba dispuesto a terminar en una perrera, con una placa al cuello y compartiendo celda con esos tontos chuchos llenos de pulgas, pero se hacía cada vez más difícil no sucumbir a aquella parte de su maldición.

Con un gracioso salto se encaramó a un par de rocas y bajó el hocico hacia el agua, incluso tan oscura como estaba la noche, su visión era perfecta al igual que su oído. Sus orejas se movieron espasmódicamente mientras observaba captando hasta el más diminuto ruido, sus rasgos lobunos se reflejaban en el agua, apenas iluminados por la tenue claridad que mandaban sobre esa parte del lago las farolas encendidas del sendero principal.

Sabía exactamente como se veía en su forma lobuna, uno de los regalos que venían con su maldición, no había sido solo su alma la que había cambiado aquella fatídica noche, también lo había hecho su vida, pero el lobo era parte de él. Su pelaje largo y espeso de un profundo color tostado, ni negro, ni marrón, con varias tonalidades más blanquecinas entrelazadas a lo largo de su lomo, su nariz era un mojado botón negro que lamió con su larga y rosada lengua, una fila de impresionantes colmillos recorrían su boca quedando expuestos en una poderosa amenaza siempre que lo necesitaba. A todos efectos en esa forma se veía como un lobo de la estepa, un can con la fiereza propia de su especie.

Gimoteando se dejó caer sobre la roca, su enorme cabeza descansando sobre una de sus patas. Debía olvidarse de ella, hacer a un lado la atracción que le producía su olor y dejarla seguir su camino, después de todo, nada bueno podría salir de la relación entre una humana y un Cazador de Almas atado a una maldición.

—¿Qué opinión te merecen los animales?

Lluvia levantó la mirada del centro floral que estaba arreglando y se volvió hacia la parte interior de la tienda donde su jefa y mejor amiga observaba las cartas del tarot que había dispuesto sobre un tapete de color verde. Isabel era una de esas personas capaces de vislumbrar el futuro de alguien por medio de aquellos cartones, no se trataba solo de su título de psicología, había un aire místico a su alrededor, posiblemente heredado por la sangre de sus ancestros *gypsy*. Una romaní de la era moderna así era como se describía a sí misma.

Su mirada cayó nuevamente sobre las cartas expuestas sobre la mesa y se encogió de hombros.

—Me gustan los animales —respondió ella con suavidad, modulando las palabras como le había enseñado el pedagogo hacía ya demasiados años. Su sordera entonces había sido solamente parcial, pero con el paso del tiempo se había ido agudizando sin que el tratamiento pudiese hacer nada para evitarlo, sabía que era cuestión de tiempo que el audífono que llevaba en su oído derecho, el único que todavía le permitía recoger un mínimo de sonido, se volviese también inservible y su mundo quedara completamente en silencio—. ¿Por qué? ¿Voy a encontrarme un gatito o un perrito abandonado y me lo llevaré a casa?

La mujer levantó la mirada de sus cartas y le dedicó una mueca irónica.

—Las cartas no necesitan decirme algo que harías de todas formas —le aseguró la mujer con un fuerte acento español antes de volver a bajar la mirada a la tirada sobre la mesa y señalarla con un movimiento de su mano—. He repetido la tirada tres veces, algo que no debería hacerse, pero, las tres veces me han salido las tres mismas cartas… el hombre oculto… la furia de un animal… y secretos.

Lluvia se encogió ligeramente de hombros.

—Si el animal está rabioso, creo que no lo llevaré a casa —le dijo con una divertida sonrisa antes de recoger otra rosa blanca del montón y empezar a quitarle las espinas.

Hubo un dudoso murmullo procedente de la mujer que Lluvia no llegó a oír.

—No creo que se trate de un animal propiamente dicho… aunque eso es lo que dice aquí —murmuró la mujer más para sí misma que para ella—. El hombre oculto… ¿Podría ser aquel sexy y misterioso tipo que te apartó de aquel coche que casi te arrolla?

Isabel alzó la mirada hacia la chica, la cual estaba de espaldas y parecía no ser consciente de que le estaba hablando.

—¿Lluvia? —la llamó de nuevo, subiendo el tono de su voz.

La chica no respondió y la mujer hizo una profunda mueca. Aquel audífono que llevaba ya le había dado problemas antes de que pudiera reunir el dinero suficiente para comprarse el que había estado utilizando hasta el desafortunado incidente.

—Lluvia, cariño —volvió a llamarla golpeando ligeramente con los nudillos en la mesa, pero siguió sin obtener respuesta.

Un suspiro de lamento escapó entre sus labios mientras observaba con pena a la chica quien seguía trabajando en el nuevo *bouquet* de flores, era injusto que un corazón tan tierno y bondadoso sufriera de tan despiadada enfermedad.

—¿Crees que debería ir a la Protectora de animales y adoptar un gato? —comentó entonces Lluvia dándose la vuelta—. No sé si podría adoptar un perro, aunque ahora que lo pienso, tampoco es tan buena idea, ni siquiera sé si voy a tener todavía un techo sobre mi cabeza.

Isabel se pasó al lenguaje de signos a medida que hablaba.

—¿Todavía no os han dicho si podéis volver al edificio?

Lluvia se llevó la mano al oído al ver como Isabel movía los labios pero no escuchaba sonido alguno saliendo de su boca, como apenas había escuchado su propia voz. Haciendo una mueca, se quitó el aparatito y le dio un par de golpecitos con una uña.

—Odio esta cosa, no consigo que funcione más de cinco minutos seguidos —farfulló con voz entrecortada, costándole más articular las palabras cuando se ponía nerviosa—. Si aquel idiota me hubiese dejado recuperar mi audífono nuevo no tendría que recurrir a est… esto.

Isabel dejó su lugar tras la mesa y se acercó a Lluvia, tomándola de los brazos y conduciéndola a sentarse en el taburete que había junto al mostrador. Tomó su aparato y lo dejó a un lado, obligándola a levantar la mirada antes de hablarle usando el lenguaje de signos americano.

—Siéntate y respira profundamente —le dijo por medio de señas mientras hablaba—. Llevaremos el audífono al taller para que le hagan una revisión, ¿De acuerdo?

Lluvia respiró profundamente y dejó escapar el aire antes de asentir.

—De acuerdo —aceptó con un suspiro para luego mirar las flores que había estado arreglando.

Isabel le tocó la mano para llamar su atención.

—Todo va a salir bien —le aseguró formando las palabras con suavidad para que pudiera leerle los labios.

Lluvia sonrió a su pesar y negó con la cabeza.

—Nos han dado dos semanas para buscar otro lugar donde alojarnos —se concentró en decir Lluvia, ayudándose de los signos—. El dueño hace tiempo que quería deshacerse del edificio por lo antiguo que es, el incendio en el piso de la Señorita Bigum y el reporte de los bomberos han precipitado las cosas.

La mujer asintió y apretó el brazo de la chica con suavidad.

—Sabes que puedes quedarte conmigo todo el tiempo que quieras —le aseguró buscando su mirada—. Tanto como quieras.

Lluvia sonrió y llevó una mano al rostro impecable de su amiga. Para estar cerca de los cincuenta la mujer poseía un cutis perfecto y una figura que sería la envidia de cualquier veinteañera. Su ascendencia romaní le daba a su piel un tono más oscuro, casi bronceado, que solo la hacía más atractiva. Pero más allá del exterior, era el profundo fondo de Isabel lo que hacía de ella una mujer realmente hermosa y sabia, ella había tomado a Lluvia bajo su ala hacía ya varios años y además de trabajo le había dado la amistad y la compañía que siempre había faltado en su solitaria vida.

—Te lo agradezco, Isa, pero no puedo estar dependiendo de ti eternamente —aseguró volviendo a coger el audífono entre las manos para sacudirlo nuevamente y llevárselo al oído derecho—. Tú necesitas también tu espacio.

—Oh, tengo espacio de sobra, *chaví* [1]—aseguró con desenfado—. Y me gusta tener compañía.

Ella sonrió y señaló sus cartas.

—Te gusta tener alguien sobre la que poder hacer tus predicciones.

—Eso también —le aseguró con una amplia sonrisa—. Tenemos que descubrir quién es ese hombre oculto y cuáles son esos secretos.

Lluvia sonrió a pesar de sí misma.

—Me temo que no hay ningún hombre, ni oculto ni otra cosa en mi vida —comentó con un suspiro al tiempo que se llevaba la mano al oído para regular el volumen y asentir satisfecha —. Ya vuelvo a oírme… en parte.

—De todas formas, quiero que vayas al taller y que Joan le eche un vistazo —insistió la mujer sabiendo que Lluvia pospondría la visita—. Te lo devolverá en poco tiempo.

—Lo haré —prometió alzando su mano izquierda mientras se llevaba la derecha al corazón—. Prometido.

—No se rompe una promesa a una romaní —le recordó con la misma seriedad con la que trataba todas las costumbres de su antiguo pueblo—. Así que nunca nos des tu palabra a la ligera.

Asintió lentamente, sabiendo lo profundamente arraigadas que eran las creencias de Isabel.

—Nunca haría una promesa si no supiera que puedo cumplirla —le aseguró volviendo la mirada hacia las cartas antes de volverse de nuevo hacia la mujer—. ¿Qué hay sobre el animal? ¿Debería adoptar un gato?

La mujer se echó a reír y negó con la cabeza.

—Creo que te iría mucho mejor con un perro —rio con su buen humor de siempre—. De todas formas, más que un animal, deberías conseguirte un hombre.

Lluvia puso los ojos en blanco y negó con la cabeza.

—Otra vez con eso no, por favor —se quejó de forma lastimera. Odiaba que la gente sacase ese tema, ¿acaso era culpa suya que a sus veintinueve años no estuviese saliendo con alguien? Si ya de por sí su timidez era impedimento para hacer amistad, ni hablar de su pequeño problema, la cual la hacía sentirse incluso más insegura de sí misma y sus capacidades—. Vas a conseguir que me deprima antes de alcanzar los treinta.

—¿Qué hay de ese muchacho, el chico sexy y oscuro que evitó que te atropellasen? —continuó la mujer con un brillo divertido en sus ojos. A Isabel se le daba muy bien ignorar aquello que no le interesaba para seguir con lo que sí entraba en sus intereses—. Él podría ser el hombre oculto que muestran las cartas.

Lluvia resopló.

—Realmente espero que no —aseguró con un bajo bufido—. Era un auténtico capullo. Se puso a gritarme y yo ni siquiera podía oírle. Él fue el único culpable de que no pudiese recoger mi audífono, sé que me daba tiempo a recogerlo. Y yo no dije que fuera sexy.

—No hacía falta, estaba más que claro que su presencia te impactó lo suficiente para que aún ahora, dos semanas después de aquello lo recuerdes —le aseguró la mujer a modo de recordatorio—. Estabas impactada cuando fui a recogerte.

—Estaba impactada por que casi acabo bajo las ruedas de un coche, Isa —le recordó—. Eso de por sí, impacta.

La mujer chasqueó la lengua y su mirada se iluminó cuando una repentina idea impactó en su mente.

—Creo que todavía tengo el mensaje que me enviaste —aseguró poniéndose en pie, para volver a la mesa, donde tenía el bolso colgado en una silla. Tras hurgar en su interior sacó el teléfono—. Si es así, tendremos su número de teléfono. Deberías llamarle para darle apropiadamente las gracias.

Lluvia le dedicó una mirada irónica.

—Sí, claro. Dos semanas después —sacudió la cabeza—. Seguramente ni siquiera se acuerde de mí, parecía la clase de hombre que tendría cincuenta mujeres en su agenda, una para cada hora del día y aún le quedarían de reserva.

—Deberías ser un poco más aventurera, Lluvia —le aconsejó Isabel volviendo a guardar el teléfono en el bolso para alivio de la chica—. La vida es muy corta y hay que aprovechar cada minuto.

Lluvia asintió y se volvió hacia las flores que esperaban por su arreglo sobre el mostrador.

—Precisamente, y este centro tiene una vida mucho más corta todavía, y van a pasar a recogerlo a primera hora de la tarde —le recordó—. Así que, mejor será que vuelva a mi trabajo.

Isabel puso los ojos en blanco y volvió a sentarse para empezar a recoger las cartas que había dispuesto sobre el tapete.

—Si las flores tuviesen voz, se pondrían a cantar alabanzas en tu honor —dijo con una ligera sonrisa.

—Bueno, sin duda, sería algo por lo que pagarían por ver y podríamos tener más ingresos —se rio ella—. Pasen y vean las flores cantarinas. Son 5 dólares la entrada.

—Que sean diez, tendríamos que pagar a los de mensajería para que nos las trajesen —se unió a sus risas.

—¡Mensajería! —exclamó llevándose la base de la palma de la mano contra la frente—. Casi lo olvido. Esta tarde deberían traernos el ramo de novia que encargaron la semana pasada, no te olvides de meterlo en la cámara tan pronto llegue.

—¿Tienes clase esta tarde? —Isabel unió de nuevo el mazo de cartas y tras hacer una señal con la mano empezó a envolverlas en un pañuelo de seda púrpura.

Lluvia asintió clavando suavemente el tallo de la rosa en la esponja húmeda para las flores.

—Y no puedo faltar —aseguró volviéndose hacia atrás para mirar a su amiga—. Va a venir un conocido paisajista a dar una charla y parece de lo más interesante. Además, necesito el nuevo temario, voy a dejarme un buen pico en fotocopias, pero no hay de otra, a la velocidad que habla ese hombre, soy incapaz de seguirle los labios, y esto —señaló el aparato en su oído derecho—, necesitaría un aumento del tamaño de los receptores de la NASA para poder alcanzar la voz del hombre.

Isabel sonrió en respuesta y le recordó.

—Llévaselo a Joan, que te lo ponga a punto —insistió al tiempo que comprobaba el reloj de pulsera—. De hecho, podrías llevárselo ya mismo. Después puedes pasarte por la papelería para que te den las nuevas tarjetas, Dana llamó ayer tarde avisando que ya estaban.

—De acuerdo —aceptó tomando otra de las rosas y acercándola para aspirar su dulce aroma—. Le dejaré a Joan el audífono para que lo revise y mientras me acercaré a la papelería a recoger las tarjetas.

—Tráeme un paquete de chicles de paso —pidió haciendo una mueca mientras sacaba el último de su bolso—. El dejar de fumar es realmente un asco.

—No haber empezado —le dijo con diversión.

Isabel le dedicó una mueca irónica y sacó una tarjetita del monedero.

—Comprueba que las han dejado tal y como le indicamos, si tenemos que devolverlas otra vez, juro que las haré yo misma y a mano —refunfuñó tendiéndole la tarjeta con el logo de la tienda y el nombre.

Lluvia tomó la tarjeta y la deslizó en el bolsillo de sus vaqueros por debajo del mandilón.

—No te preocupes, estarán bien —la tranquilizó comprobando el resultado final de su trabajo—. Listo. En diez minutos o así humedece un poco más la esponja, aguantarán perfectamente hasta que vengan a buscarlo.

La mujer observó detenidamente el bouquet y sonrió orgullosa.

—Cuando te dije que tenías talento, no podía imaginarme lo mucho que ibas a mejorar —aseguró dedicándole una tierna sonrisa—. Serás una paisajista fantástica.

—Gracias —sonrió Lluvia, alagada por sus palabras. Esperaba que la mujer tuviese razón y pudiese conseguir la titulación que tanto esfuerzo le estaba costando obtener. Amaba las plantas, sentía una afinidad por las flores y la naturaleza que iba más allá del entendimiento humano, entre los árboles y las plantas se sentía feliz, completa, motivo por el que solía pasar todo el tiempo que podía entre ellos. Quitándose el mandilón, lo colgó en un gancho de la trastienda y recuperó su chaqueta y bolso. Para estar a mediados de Octubre, el tiempo había empezado a enfriar ya, los días se hacían más cortos y la noche caía antes sobre la ciudad—. Te veré en un rato.

—Acuérdate de mis chicles —pidió la mujer acercándose a ella para hacerle una seña sobre la frente, algo cotidiano en ella—. *Zhan le Devlesa tai sastimasa*[2].

—Descuida —la besó en la mejilla y por último se puso el gorro que cubría su larga melena castaña, la cual llevaba suelta antes de salir por la puerta bajo el tintineo de la campanita.

Se sentía desnuda sin el audífono, por muy mal que funcionase, era la única ventana que tenía para relacionarse con el mundo que la rodeaba, sin ello, el sonido no existía. Era tan extraño moverse a través de una ciudad que sabía ruidosa, caminar entre la gente que abarrotaba las calles sin oír ni un solo sonido, todo su mundo había enmudecido por completo y sabía que aunque de vez en cuando le llegaban pequeños pitidos, o murmullos, aquella era toda la audición que disponía y que iría mermando hasta que ni siquiera aquel indispensable aparatito pudiese hacer nada por ella.

Se había pasado gran parte de su vida de un especialista a otro, su padre se había encargado de ello antes de que Lluvia fuese suficientemente adulta para entender su enfermedad y que ni todos los especialistas del mundo podrían hacer nada para revertir el proceso que había empezado con el brote de meningitis que había padecido de niña y que repercutió en su audición.

Su padre, pensó con sorna, un eminente psiquiatra al que hacía más de seis años que no veía, ya ni mencionar el hablar con él, un padre que se limitaba a enviarle una postal por navidad

o su cumpleaños mientras vivía su vida en Ámsterdam, con su nueva esposa. Lluvia ni siquiera conocía a su madrastra, había perdido a su madre a los seis años por un inesperado golpe del destino y su padre había vuelto a casarse apenas tres años después pero ella nunca había formado parte de la vida de su progenitor, no realmente. Su infancia, su adolescencia, todo lo que podía recordar eran habitaciones y uniformes de internados, sus vacaciones se habían limitado a campamentos de verano y durante todo ese tiempo, lo más cerca que había estado el eminente Doctor en Psiquiatría Albert Naleri de su única hija, había sido cuando había contraído la enfermedad que la dejó sorda. Su extraña y creciente dolencia fue más un motivo de estudio para sus colegas médicos que la preocupación propia de un padre hacia su hija. Cuando cumplió los veintiún años y recibió la primera de aquellas extrañas cartas, Lluvia decidió poner fin a su peregrinaje y se instaló definitivamente en Nueva York, la ciudad en la que había nacido y vivió con su madre. Su padre había pasado entonces a ser la figura inexistente en la que se había convertido a día de hoy.

—Buenos días, Lluvia —la saludó una mujer pequeña y regordeta, con fuerte acento sureño que regentaba la copistería en la que Isabel había encargado las tarjetas.

—Hola Dana —respondió con una sonrisa, y mantuvo la mirada disimuladamente en el rostro de la mujer—. Venía a por las tarjetas de la tienda, Isabel está deseosa de tenerlas ya en sus manos.

—Lo supongo —rio la mujer buscando entre una serie de artículos bajo el mostrador hasta encontrar lo que necesitaba—. Llegaron ayer a primera hora de la tarde, le mandé aviso tan pronto las tuve aquí y comprobé que eran correctas.

Lluvia cogió el paquetito y sacó una de las tarjetas para comprobar que estuviese bien el nombre, los datos y el logo tal y como Isabel había insistido en que saliesen. Después de pasar dos veces por imprenta, modificación tras modificación, si ahora no estaban a su gusto, Dana iba a tener que despedirse de un cliente.

—Sí, ella me lo dijo —dijo mirando a la mujer por si le decía algo, ya que no podía oírla. Finalmente volvió a comprobar las tarjetas y asintió satisfecha—. Están perfectas.

La dependienta asintió y dejó escapar disimuladamente un suspiro. Lluvia sonrió para sí ante el gesto y recogió las tarjetas y la factura.

—Mañana me pasaré para liquidar los pagos de este mes —le comunicó al tiempo que guardaba la factura y metía las tarjetas en el bolsillo de la chaqueta.

—No hay prisa, querida —aseguró la mujer acompañándola a la puerta—. Salúdame a Isabel.

—Lo haré —asintió despidiéndose de la mujer.

Consultó su reloj y suspiró, todavía tenía dos horas antes de poder ir a recuperar su audífono, dos largas horas que no estaba dispuesta a perder callejeando y que serían más productivas en la tienda. Siempre podría pasarse a recuperar su aparato cuando saliese del trabajo. Con esa idea en mente se dirigió al quiosco de la esquina donde compró la tableta de chicles que Isa le había pedido, el sustituto de la cajetilla de tabaco.

No había terminado de guardar las cosas en el bolso cuando se tropezó con un jovencito y antes de que pudiera hacer nada para evitarlo, el niño le arrancó el bolso de un fuerte tirón y salió corriendo a través de la calle.

—¡Oye! —jadeó, mirando sorprendida como se llevaba su bolso—. ¡Ese es mi bolso! Maldita sea —murmuró antes de salir corriendo detrás del mocoso.

El dolor de cabeza que rondaba a Nyxx aquella mañana no tenía nada que ver con su paseo

nocturno, o quizás sí, el darle esquinazo a los chicos de control de animales había sido más tedioso que de costumbre, a estas alturas estaba por apostar que en la oficina de la asociación había un enorme cartel con su foto y la leyenda de “Se Busca Vivo o Muerto”. Los muy idiotas habían pasado de utilizar dardos tranquilizantes y diferentes drogas a aparatos eléctricos que no hacían sino aturdirlo y provocarle un enorme dolor de cabeza a juego con su mal humor. Se apartó la coleta que le caía sobre el hombro a un lado y suspiró profundamente observando las calles que se extendían ante él. Cualquiera que lo viese solo encontraría un hombre de alrededor de los treinta, vestido con unos gastados vaqueros, unas botas militares y una chaqueta color verde caqui con varios bolsillos y chapas que cubrían un fuerte y ancho pecho cuya camiseta negra moldeaba hasta revelar los marcados abdominales. Un hombre cualquiera si no te fijabas en su más de metro noventa de altura, el largo pelo rubio revuelto con mechones mucho más oscuros, tirando a castaños y la mirada mortal en sus ojos verdes.

Sabía exactamente como se veía y no tenía intención de disimular su presencia, la vida le había enseñado de la manera difícil lo inútil que era tratar de encajar en una sociedad en la que siempre sería rechazado, hiciese lo que hiciese, en el pasado intentando pasar por alguien que no era, no iba a volver a cometer ese error.

Sacando una moneda del bolsillo se detuvo ante el surtidor de periódicos y sacó la prensa del día. Un extraño hábito que había adquirido era ir directamente a la sección de esquelas, donde podía hacer un rápido barrido de las almas que habían pasado recientemente al otro lado y entre las cuales podía haber alguna rebelde que necesitara de un pequeño empujoncito para ir por el camino correcto. Repasó rápidamente las tres páginas de esquelas y volvió a doblar el periódico antes de reanudar su camino.

Apenas dio un par de pasos cuando un chico de unos diez años chocó con fuerza contra él, sus ojos claros se abrieron desmesuradamente con sorpresa al verlo antes de volver a mirar a su espalda y recoger el bolso de mujer que llevaba en las manos con intención de reanudar su carrera. Él no sentía ningún interés por detener al pequeño ratero, era obvio que el bolso había sido robado a alguna mujer incauta como tan a menudo se daba por aquellas atestadas calles, si había sido tan tonta como para descuidarse hasta el punto de que le robaran el bolso, bien merecido se lo tenía.

Tomó el periódico que había resbalado al suelo con el golpe y frunció el ceño cuando un conocido aroma alcanzó su sensible olfato y lo clavó en el lugar. Él conocía aquel aroma a té verde y flores naturales, ese olor había quedado impreso a fuego en su memoria haciendo que lo reconociera en cualquier lugar. Nyxx volvió la mirada hacia el chico que huía sorteando a la gente y se giró entonces en la dirección que había estado observado el pequeño ratero con obvia ansiedad. Su corazón se detuvo cuando vio a una menuda y jadeante muchacha de largo pelo castaño sujeto por un gorro de lana corriendo en su dirección, balbuceando alguna cosa entre jadeos.

Una décima de segundo fue todo lo que necesitó el cazador en él para encajar las piezas en su sitio y salir en post del pequeño ladronzuelo que ya se escurría por uno de los numerosos callejones de la ciudad. El chiquillo frenó con un seco tirón cuando se vio sujeto por la capucha de su sudadera, una rápida mirada hacia arriba lo hizo palidecer hasta el punto de que sus ojos fueron lo único que veías en su cara junto con sus balbuceantes labios.

—Creo que un bolso más masculino te iría mejor que esto —le aseguró Nyxx con su peculiar y profunda voz rota cogiendo el bolso en tonos marrones y negros que simulaba el papel de un periódico de las manos del chico.

—Es… es m… mío —se las arregló para farfullar el chiquillo.

Nyxx arqueó una ceja y alzó el bolso para mirarlo.

—¿En serio? —le respondió con ironía señalando con el pulgar de la mano libre a su espalda—. Veamos si la señorita a quien se lo has quitado dice lo mismo.

El chico empezó a pelear entonces contra su agarre obligando a Nyxx a sujetarlo con más fuerza.

—Quieto, chico —chasqueó la lengua a modo de advertencia un instante antes de que apareciera ella.

El aroma a té verde y flores se hizo más intenso entonces hundiéndose pesadamente en el interior de Nyxx, haciendo que la mitad lobuna en su interior gimoteara de alivio, como si ella fuese lo que había estado buscando y justo ahora lo encontraba. Se giró hacia la recién llegada, quien lo miraba tan sorprendida como lo estaba él, en sus ojos pudo ver el reconocimiento, sus labios se movieron pero no pudieron hacer más que dejar escapar el aire de sus agitados pulmones. Tenía el rostro sonrojado por la carrera, sus ojos una mezcla de avellana y motas doradas pasaron de él al niño que seguía batallando por soltarse y de ahí al bolso que sujetaba en su mano enguantada.

—Creo no equivocarme al sugerir que esto pueda ser tuyo, ¿um? —comentó sin dejar de mirarla.

Ella lo había mirado directamente a los labios mientras hablaba, entonces asintió y tendió la mano para cogerlo.

—Él… robar… a mí —articuló entre jadeos, al tiempo que movía las manos interpretando unos signos—. Mi bolso.

—Eso salta a la vista, querida —aseguró él con una suave sonrisa.

Lluvia cogió el bolso y comprobó su interior mientras echaba furtivas miradas al hombre que estaba ante ella sujetando al niño que le había arrebatado el bolso delante del quiosco. Era él, el mismo que evitó que terminase siendo atropellada por aquel desquiciado que había estado haciendo carreras por la calle, podía sentir sus inquisitivos ojos verdes sobre ella mientras revolvía en el interior comprobando que tenía todo: las llaves de casa, las de la tienda, el pequeño monedero con su documentación, un par de billetes de diez dólares y su tarjeta del videoclub. El pobre crío había optado por alguien con un botín más bien inexistente.

Suspirando con fuerza, intentando recuperar el aliento, extrajo uno de los billetes del monedero, cerró el bolso y se dirigió hacia el chico que intentaba soltarse del firme agarre del hombre. El desconocido suponía una formidable muralla entre ella misma y el niño, con apenas un metro sesenta y seis solo aumentado por los tacones de sus botines, Lluvia se sentía como una hormiga a su lado, así que, solo podía imaginarse lo que debería ser para un niño de corta edad como aquel estar ante tal coloso. Rodeando el cuerpo del hombre se dirigió hacia el chico y le tendió los diez dólares.

—No es… m…mucho lo que… ibas… —Lluvia suspiró y negó con la cabeza, debía tranquilizarse si quería hablar correctamente. No podía oírse y tan solo podía saber que las palabras abandonaban su boca por la vibración en su garganta—. Tómalos. No es… agradable pasar hambre.

El niño la miró a los ojos y después al dinero. Tan rápidamente que se sorprendió de que no quedara una estela de humo tras él, el niño tomó el dinero y se soltó de Nyxx para luego perderse entre la gente hasta desaparecer de la vista.

—Eso ha sido algo estúpido —murmuró viendo huir al niño—. Lo que no ha conseguido quitarte a ti, se lo quitará a alguien más.

Nyxx se volvió hacia ella, quien se estaba asegurando el bolso cruzándolo sobre el hombro

derecho hacia la cadera izquierda, totalmente ajena a sus palabras. El aparato que la había visto llevando en su oído derecho no estaba, durante el tiempo que la había estado… ¿vigilando?... muy pocas veces la había visto sin él, y cuando lo había hecho había estado sumamente nerviosa, su mirada siempre buscando los labios o la mirada de su interlocutor, para responder con esas señas que hacía con las manos o con inestable voz al tiempo que se llevaba la mano a la garganta de cuando en cuando como si quisiera comprobar que seguía ahí.

Sin pararse a pensar posó su mano sobre su brazo haciéndola saltar, ella alzó la mirada hacia él azorada.

—Lo siento —se disculpó retirando la mano rápidamente—. ¿Te falta alguna cosa?

Ella negó con la cabeza.

—No, está todo. Gracias —asintió posando la mano sobre el bolso como si quisiera comprobar que seguía allí mientras echaba furtivas miradas a su alrededor de forma disimulada para asegurarse que no estaba sola, algo difícil en pleno callejón—. Otra vez.

Su voz era suave, con una extraña cadencia en el modular de las palabras, de todas formas, su vacilación era mucho menor que cuando se dirigió al niño.

—Ha sido un placer —aceptó mirándola directamente a la cara, sabía que ella podía leerle los labios, lo había hecho la primera vez que se habían encontrado.

Ella sonrió, pero parecía incómoda, Nyxx sentía su nerviosismo, podía olerlo.

—Yo… tengo que irme —murmuró ella con una vacilante sonrisa retrocediendo hacia la calle principal—. Esto… gracias… otra vez.

Lluvia dio un par de pasos atrás y se volvió para alejarse realmente inquieta. Aquel hombre era extraño, no sabía el por qué, pero algo en él parecía… animal… salvaje… y la hacía sentirse muy nerviosa. Vacilando, echó la mirada ligeramente hacia atrás, él se había acercado a la entrada del callejón y permanecía observándola con las manos metidas en los bolsillos, con aspecto despreocupado.

—Como si alguien pudiera tener un aspecto despreocupado con esa apariencia —musitó para sí.

Lluvia se tensó cuando lo vio esbozar una ligera sonrisa, como si la hubiese oído. ¿Lo había dicho en un tono de voz tan alto como para que él pudiera oírla desde tal distancia? No lo creía. Volviéndose inmediatamente continuó andando, el calor había subido a sus mejillas sonrosándolas.

Sé un poco más aventurera, Lluvia.

Las palabras de Isabel se colaron en su mente seguidas por la imagen de los profundos ojos verdes de aquel desconocido y la tibia mirada que había visto en ellos cuando se habían reconocido mutuamente.

—¿Qué diablos estás haciendo, Lluvia? —se dijo a sí misma antes de respirar profundamente y dar media vuelta.

Volvió sobre sus pasos y se detuvo delante del hombre, en su rostro se adivinaba una mirada de extrañeza.

—Yo… um… Creo que la otra vez no me porté demasiado bien, me ayudaste y te pegué una patada a cambio —murmuró alzando la mirada con timidez—. Quería disculparme… y darte las gracias… por aquello. Um… ¿Aceptarías que te invitase a un café… a modo de disculpa?

Genial, ahora es cuando me lleva al callejón, me viola, me mata y tira mi cadáver en un contenedor. Pensó ella empezando a cambiar el peso de un pie a otro mientras sus dedos se movían bajo las mangas demasiado largas de su chaqueta. ¿Qué demonio se le había metido en el cuerpo? Aquello era una absoluta estupidez, estaba invitando a un completo desconocido a

tomarse un café cuando era incapaz de invitar a un simple ratón a hacerle compañía. Su mirada recorrió con nerviosismo al enorme desconocido, ella apenas le llegaba a los hombros y se sentía como algo diminuto y frágil a su lado, estaba segura que una de esas enormes manos podría partir su cuello como si se tratara de una ramita.

—Llevas solo un guante —murmuró al fijarse en la suave piel del guante negro sin dedos que envolvía su mano derecha. Tan pronto las palabras salieron de su boca alzó la mirada al rostro de él. No podía ser tan tonta como para haberlo dicho en voz alta, ¿verdad? ¿Por qué no tenía su audífono cuando realmente lo necesitaba? Mordiéndose el labio inferior apartó nuevamente la mirada—. Lo siento.

Aquella había sido una mala idea, ¿por qué tenía que escuchar a Isabel? Ella no sabía ni coquetear, sus intentos por ser amable serían interpretados como algo totalmente distinto y él la arrastraría a un oscuro callejón donde la desnudaría y la violaría para luego asesinarla y tirarla dentro de un contenedor.

Su exaltada imaginación entró al ataque lanzando la imagen de aquella mano enguantada sobre su piel, deslizándose bajo la camiseta pero no lo hacía con violencia sino con lenta premeditación, creando un sendero de fuego sobre su piel mientras una de aquellas largas y fuertes piernas se hundía entre sus muslos pegándola contra la pared y su aroma a sándalo y hombre la rodeaba mientras descendía su generosa boca sobre su cuello para susurrarle cosas calientes al oído.

¡Wow! ¡Pisa el freno, Lluvia! ¡Tendrías que estar gritando por auxilio no pidiendo a gritos que te viole! Más al punto, ¿por qué diablos lo estoy incluyendo en esa fantasía? ¡¿Y de dónde ha salido?!

No podía hacer aquello, estaba frente a un completo desconocido. Sí, la había salvado de las ruedas de un coche y acababa de devolverle su bolso pero… Um, ¿realmente olía a sándalo? Lluvia alzó la mirada solo para encontrárselo más cerca de ella, el aroma a sándalo voló nuevamente a su nariz como si quisiera confirmarle que aquello era su aroma natural.

—A lo mejor es mal momento y… —se encontró retractándose al instante.

—¿Starbucks[3]? —sugirió él señalando la cafetería a escasos metros de donde se encontraban.

Lluvia siguió la indicación de su mano y se sintió estúpida. Allí, a escasos cincuenta pasos había un Starbucks perfectamente grande y lleno de gente. Ella se mordió el labio mortificada y simplemente asintió.

—Sí, es… perfecto —aceptó, su mirada clavada casi en sus zapatos.

Nyxx sonrió para sí ante el azoramiento de ella, había estado realmente sorprendido al verla caminar de nuevo hacia él y soltarle abruptamente aquella invitación, así mismo había visto la vacilación en su mirada, casi podía imaginar cómo su cerebro empezaba a funcionar proponiéndole mil y una excusas por las que no debería haber hecho tal proposición y entonces, sin previo aviso ella se había quedado mirando su mano y había susurrado algo sobre el guante que la envolvía. Su rostro se sonrojó de forma adorable y su labio inferior empezó a temblar hasta que lo atrapó entre los dientes de una manera tan sensual que el lobo en su interior aulló de placer.

¿Quién era ella? ¿Por qué lo hacía reaccionar de esa forma? No había vuelto a sentir esa atracción hacia una mujer desde… no, ni siquiera con Hadryna había sentido esa necesidad de acercarse a ella y tocarla. Quizás fuera en parte por su lobo, él parecía estar tan obsesionado por la hembra que permanecía ahí en pie como él mismo. No es que hubiese permanecido célibe, los dioses sabían que había utilizado a tanta mujer como se le habían ofrecido, pero aquello siempre

fue sexo, algo con lo que descargar sus más bajos instintos, siempre sexo.

Sin pararse a pensar estiró la mano hacia el largo pelo que caía sobre su pecho y lo retiró hacia atrás con una sutil caricia de sus dedos. La mirada de ella se alzó de golpe, encontrándose con la de él y para su tranquilidad le sonrió.

—No tienes nada que temer de mí —sintió la necesidad de decirle—. Nunca te haría daño.

Y por extraño que pareciera, aquello era cierto, todo en él quería protegerla.

Ella simplemente asintió.

—Soy Nyxx, por cierto —se presentó tendiéndole la mano enguantada.

Ella miró su mano y de nuevo su rostro.

—Lluvia —respondió mirando su mano antes de extender la propia—. Sé que es un nombre extraño, significa llover en español.

—Me parece un nombre perfectamente aceptable —respondió él estrechando su mano solo para indicarle la cafetería—. ¿Vamos?

Lluvia miró su mano y luego a la cafetería, entonces asintió. ¿Qué demonios? En una cafetería no podría matarla, ¿verdad?

CAPÍTULO 2

Nyxx le dio un largo sorbo a su café con leche mientras echaba un rápido vistazo a su alrededor, por regla general huía de las aglomeraciones, se sentía incómodo, atrapado en los espacios cerrados y prefería con mucho las grandes extensiones y los pueblos más relajados y no tan bulliciosos como lo era la ciudad en la que se había visto obligado a pasar una temporada. El lobo en su interior era de su misma opinión, y los agudos instintos del can agudizaban los suyos hasta el punto de que ninguno de los dos estaba realmente cómodo entre el bullicio. Su taza rozó nuevamente el platillo cuando lo dejó sobre la mesa, la chica sentada frente a él apenas había hablado desde que se instalaron en uno de los amplios asientos que bordeaban la fila de la pared, una concesión que sabía había hecho por él, puesto que la pilló mirando las pequeñas mesas y comparándolas con su tamaño al igual que los sofás de la zona de la pared. Sus ojos color avellana se deslizaron en numerosas ocasiones hacia los lados, como si quisiera asegurarse que estaba rodeada de gente solo para subir después hacia el rostro masculino observando disimuladamente sus labios como si temiera que él hubiese hablado y ella no lo escuchara.

Nyxx extendió la mano por encima de la mesa y la tamborileó suavemente con sus dedos llamando la atención de ella. Lluvia dio un respingo ante el contacto, su mirada se alzó inmediatamente hacia él mientras todo su cuerpo se tensaba. La mano que se cerraba sobre la taza de café que estaba disfrutando se tensó incluso más sobre el asa y él solo pudo esbozar una suave sonrisa en respuesta.

Con la mirada puesta en ella, indicó con un gesto de la mano hacia su derecha.

—Hay unas treinta personas aquí dentro, tres camareras, las dos chicas y el chaval que están tras el mostrador, dos cámaras de vigilancia y una terraza justo ahí fuera frente a una calle que a estas horas de la mañana es bastante transitada —enumeró señalando a cada uno de los que mencionaban—. Desde aquí habrá unos… tres metros hasta la puerta, el pasillo central está despejado, calculo que te llevará unos veinte segundos levantarte y atravesarlo hasta salir a la calle.

Lluvia hizo un rápido inventario de lo que había leído en sus labios y el color empezó a subir a sus mejillas cada vez con más intensidad cuando entendió lo que le sugería. Sus largos dedos volvieron a acariciarle la piel de la mano enviándole una ligera y casi imperceptible descarga eléctrica que hizo que la retirase de inmediato y le mirase entonces a la cara, una gentil sonrisa cubría sus perfectos labios mientras sus ojos reflejaban una limpia sinceridad.

—Estás perfectamente a salvo, Lluvia —le leyó los labios—. Si realmente fuera un asesino en serie, o tuviese un motivo oculto, ¿crees que habría sugerido un lugar abierto y lleno de gente a plena vista?

Ella se mordió el labio inferior mientras bajaba la mirada a su café y soltaba su fuerte agarre sobre la taza, sus manos empezaron a moverse involuntariamente acompañadas por suaves sonidos de su garganta.

Nyxx sonrió al verla utilizar el lenguaje de signos y extendió nuevamente la mano enguantada para detenerla. Era extraño que recurriera tan naturalmente a su mano derecha cuando procuraba tenerla siempre cubierta y lejos de cualquier contacto, en cambio, la suavidad de la piel de ella no hacía sino darle alivio.

—Lo siento, Lluvia, pero me temo que el lenguaje de signos americanos todavía no está entre mis aptitudes —le informó una vez que ella alzó la mirada hacia sus labios.

El sonrojo que cubría sus mejillas aumentó aún más de color y sus ojos brillaron por la repentina vergüenza.

—Perdón —murmuró llevándose la mano a la garganta de modo que sus dedos notaran la vibración de sus cuerdas vocales al hablar—. Es la fuerza de la costumbre, no puedo oír tu voz y me cuesta controlar la mía cuando… estoy nerviosa.

Él señaló el capuchino que se había estado tomando y sonrió con indulgencia.

—¿Y la cafeína te ayuda a relajarte?

Si bien ella no podía escuchar la ironía en su voz, podía leerla en sus gestos.

—Resulta algo ilógico, pero sí —respondió encogiéndose de hombros—. El té en cambio provoca en mí un resultado totalmente distinto.

Nyxx arqueó una de sus rubias cejas en respuesta y se reclinó contra el respaldo, su brazo izquierdo posado cómodamente sobre el respaldo.

—Tengo una amiga a la que le pasa justamente lo contrario, el café la altera y el té no le hace absolutamente nada —comentó pensativo—. Espero que su marido sea capaz de alejarla del café antes de que provoque alguna catástrofe.

Ella frunció el ceño.

—¿Qué catástrofe podría provocar el café en alguien? —preguntó ella.

—Estando Dryah de por medio, me temo que una de proporciones épicas —sonrió Nyxx. Lluvia juraría haber notado cierta nostalgia en su mirada.

—¿La echas de menos a ella o sus catástrofes? —se encontró preguntándole.

Él sonrió en respuesta, sus labios se curvaron en una mueca irónica.

—Ciertamente, estoy más que agradecido de que cualquier catástrofe que pueda ocasionar ella pertenezca por entero al Juez —respondió acariciándose de forma distraída el puente de la nariz—. No espero echar de menos esa parte de ella.

—Entonces, la echas de menos a ella.

Se inclinó hacia delante.

—¿Por qué lo preguntas?

Ella se sonrojó. Ahí estaba de nuevo, metiendo la pata. Sabía que no debía sucumbir a esa parte de sí misma, difícilmente podría explicar cómo es que sabía aquello a ciencia cierta sin parecer demente. No podía decir simplemente, “Verás, es que tengo una extraña capacidad, si bien no puedo oír ni la sirena de una ambulancia, soy un bicho raro capaz de escuchar e interpretar aquello que la gente no dice. Aunque no siempre funciona, va y viene a su antojo. Estoy para siquiátrico, ¿verdad?”.

Sacudiendo la cabeza recuperó su taza de encima de la mesa y se la llevó a los labios.

—A veces extrañamos a la gente que tenemos lejos —sugirió a modo de justificación.

—Bueno, ella ya no lo está —dijo él volviendo a recostarse contra el respaldo—. Nos hemos visto bastante a menudo últimamente.

Ella solo asintió con una suave sonrisa, su mirada puesta todavía en sus labios pensando en cómo sonaría su voz.

—Tú… um… ¿Eres de aquí? —le preguntó mirándolo detenidamente—. No pareces neoyorquino.

Nyxx se miró la mano enguantada y se volvió hacia ella.

—Llevo en la Gran Manzana bastante tiempo —aceptó sin dar una respuesta exacta.

—¿Por motivos de trabajo? —sugirió intentando pensar en qué tipo de trabajo encajaría

alguien como él.

—En parte —dijo llevándose su propia taza de café a los labios.

Lluvia frunció el ceño, el hombre no es que fuera muy ducho en palabras.

—¿Eres siempre tan ambiguo? —se encontró preguntándole antes de poder detenerse a sí misma.

Nyxx sonrió ampliamente y por el movimiento que detectó en su garganta, incluso podría afirmar que se estaba riendo.

—¿Y tú tan curiosa?

Ella pareció quedarse pensativa ante su pregunta y entonces frunció el ceño.

—La verdad es que no —aceptó como si estuviese confesando un grave delito—, no suelo ser muy sociable con los desconocidos… creo que tú eres una excepción.

—Eso se debe a que ya no somos desconocidos, Lluvia —declaró y le dedicó un guiño.

Ella sacudió la cabeza y sonrió a su pesar. Poco a poco se iba relajando en compañía de aquel, como él había dicho, ya no tan extraño hombre.

—Entonces, ¿no habías estado antes en Nueva York? —insistió, si había algo que él todavía no sabía, es que ella era bastante insistente.

Nyxx sonrió con indulgencia.

—Viajo bastante, motivo por el cual nunca me quedo demasiado tiempo en un mismo lugar —aceptó con la misma vaguedad que había utilizado hasta ahora—. Esta vez, sin embargo, puede que haga una excepción.

Ella arqueó sus delicadas y oscuras cejas como si esperase una respuesta a aquello, Nyxx en cambio optó por cambiar de tema.

—¿Y qué hay de ti? ¿Llevas mucho tiempo en la ciudad?

—Nací aquí —contestó volviendo la mirada hacia el exterior—. Pero he pasado gran parte de mi infancia y adolescencia en el extranjero, al final, parece inevitable volver a tus orígenes.

Él esbozó una mueca ante tal afirmación.

—No tan inevitable —murmuró más para sí que para ella.

A Lluvia no le pasó por alto el cambio en el semblante del hombre que la acompañaba, así como las palabras que había leído de sus labios.

—¿No echas de menos tu hogar? —murmuró sin ser consciente de que había hecho la pregunta en voz alta hasta que él la miró a los ojos.

Nyxx le sostuvo la mirada, sus palabras lo habían hecho recordar por primera vez en mucho tiempo el lugar que una vez consideró su hogar y nuevamente le hizo preguntarse quién era aquella mujer que tenía la facilidad de arrancar sus más enterrados recuerdos y traerlos de nuevo al presente.

—No tengo lo que se dice un hogar, como para poder echarlo de menos —murmuró sin apartar la mirada de aquellos hipnotizadores ojos—. Nací en Grecia, pero no guardo un profundo cariño por esa tierra… ni ninguna otra cosa.

Ella parpadeó un par de veces, sus delicados y llenos labios formando una “o” perfecta.

—Vaya —murmuró ella—. Eres griego. Eso sí que no me lo esperaba.

Él ladeó la cabeza y sonrió con suavidad.

—¿Te habías hecho acaso una idea sobre mí? —le preguntó, su voz sonó ronca, sensual pese a que ella no podía oírla.

Sacudió la cabeza y sonrió.

—No —respondió demasiado rápido, entonces se mordió el labio inferior y se inclinó hacia delante, uniendo sus manos sobre la mesa como si fuese a hacerle partícipe de un gran

secreto—. Quiero decir, no lo hago a propósito, temo que es una mala costumbre que llevo a todos lados.

Él esperó paciente que continuara, al no hacerlo la instó a ello.

—¿Querrías compartirla conmigo?

Ella se cohibió un poco y vaciló al responder.

—No suelo prejuzgar a la gente, pero no puedo evitar hacerme una idea de cómo son cuando me cruzo con ellos y a veces, solo a veces, te sorprendería lo cerca que estoy de acertar —confesó. Había luchado contra ello a lo largo de los años, pero la fiabilidad y la cantidad de problemas que le había evitado la instaron a dejarse llevar, aquella facultad le permitía entre otras cosas retratar el interior de una persona, si bien no siempre conseguía una lectura nítida, podía casi adivinar con seguridad alguien de fiar o un completo bastardo. Con el hombre que estaba frente a ella, sin embargo, solo podía captar algunas cosas por los gestos en su expresión, su interior en cambio era como si estuviese dividido, como si él fuese más de lo que se veía a simple vista y al mismo tiempo faltase algo—. Podría decirse, que soy capaz de leer el alma de las personas.

Ya está, ya lo había dicho, ahora podría tomarla por loca y cada uno se iría por su lado. Lluvia buscó en su mirada alguna respuesta a lo que acababa de decirle, pero su expresión se mantuvo relajada, sin alteraciones, en vez de eso él tomó de nuevo su taza e hizo un gesto con ella antes de darle un buen sorbo y decirle:

—Sorpréndeme —articuló claramente después de tragar el amargo líquido—. ¿Qué idea te has formado sobre mí?

Ella vaciló, entonces suspiró y dejó que sus instintos hablaran por ella.

—Dejando a un lado que no pareces un asesino en serie —le informó con una suave sonrisa a la que respondió Nyxx—, hay algo que te envuelve y que no permite que salga a la luz quién eres realmente, eres mucho más de lo que dejas ver exteriormente pero por dentro, no sé explicarlo, es como si estuvieses dividido a la mitad y ninguna de esas mitades estuviese completa. Pero no eres una mala persona, nadie con unos ojos como los tuyos sería una mala persona —Lluvia vaciló entonces y ladeó la cabeza, aquello era algo que se le había metido en la cabeza y no estaba segura de sí era solo una impresión suya o algo que él llevaba interiormente —. Hay una gran pena profundamente enterrada dentro de ti y no dejas que se vaya, no la dejas salir.

Nyxx se estremeció interiormente, más su exterior seguía manteniendo esa mirada escéptica y sonrisa atractiva que a menudo utilizaba de fachada, esa pequeña mujer que permanecía ante él resultó ser más sorprendente de lo que había esperado, no muchos humanos podían ver tan claramente el alma y los únicos que podrían hacerlo con tal certeza pertenecían a un pueblo que había llegado a odiar tanto como lo había amado una vez. El pueblo que le había otorgado su maldición.

Una ligera sensación de incomodidad volvió a resurgir en aquel lado de su cerebro que había desechado hacía mucho tiempo, pero era algo totalmente imposible, aquella línea de sangre se había extinguido por completo esa fatídica noche muchos siglos atrás, de nada le serviría volver a indagar nuevamente sobre lo mismo cuando lo único que obtenía era más dolor y resentimiento por lo que aquella gitana le había hecho.

—Interesante —se limitó a decir—. Aunque temo que en este caso en concreto solo hayas acertado en que no soy un asesino en serie.

Lluvia le devolvió la sonrisa pero no lo creyó. Había algo oscuro en aquel hombre, oscuro y triste y contra todo su sentido común que le hacía señales para que se alejara y lo más pronto

posible, aquello no la asustaba, sino al contrario ya que se sentía empujada a indagar más allá, a saber más sobre este virtual desconocido.

—Si no eres un asesino en serie, cosa de la que me alegro, ¿a qué te dedicas? —le preguntó observando ahora sus ojos más que sus labios en busca de una sincera respuesta.

—Soy… recaudador —respondió Nyxx con tanta ironía que se alegró de que ella no pudiese oír el tono en su voz. *Sí, un jodido recaudador de almas* pensó con ironía—. Me limito a recuperar… lo que se le debe a mi jefe.

Ella asintió, en cierto modo aquello pegaba con el aire oscuro que lo envolvía, solo alguien con suficiente carácter y la fuerza de voluntad que preveía en él podría dedicarse a un trabajo como ese sin sentir remordimiento alguno. Por otra parte, no veía a Nyxx vestido con un traje de ejecutivo, y mucho menos con uno de esos disfraces que solían utilizar algunos de los Cobradores de Morosos.

—No te veo con traje —aceptó ella sin poder evitarlo.

Él se echó a reír haciéndola consciente de que había hecho tal comentario en voz alta.

—Lo que quiero decir es que te pega el trabajo —aclaró con rapidez, empezaba a preguntarse si podría meterse debajo de la mesa. ¿Qué demonios estaba haciendo allí con un hombre como él? Los hombres de esa clase se merendaban a chicas como ella.

—No te haces una idea —sonrió para sí, antes de señalarla con un movimiento de la barbilla—. ¿Y tú? Sé que vives en esta estresante urbe y por el tono de tu voz podría apostar a que estás contenta de que así sea, pero… ¿A qué te dedicas?

Lluvia vaciló durante un breve instante, si bien habían dejado claro que no era un asesino en serie, no estaba segura de darle más datos sobre ella, aunque bien pensado, tampoco es que le hubiese dado ninguno más allá de su nombre y que vivía en la ciudad, algo obvio por otra parte.

Empezaba a sentirse realmente bipolar con este hombre, en un momento era capaz de decirle algo que no solía compartir con nadie, y al siguiente se planteaba el dejarlo plantado y salir corriendo por si en realidad fuese un asesino en serie o algo peor.

Por supuesto, Lluvia, te arrastrará al callejón y después de darse un festín con tu cuerpo te enterrará en el jardín de su casa. Le gusta guardarse trofeos. La aguijoneó irónicamente la voz de su conciencia.

—Trabajo en una floristería —respondió ella de golpe, intentando borrar las estupideces que volaban por su mente—. Ahí tienes, soy un bicho raro.

—¿Por qué te gusten las flores? —comentó él con escepticismo.

Sabía de la pasión de Lluvia por la naturaleza, la delicadeza con la que se movía entre las plantas y la armonía que sentía cuando estaba entre ellas, nuevamente, aquello era un rasgo de alguna de las tribus *gypsy* más antiguas y no solía darse en humanos comunes. Por supuesto, los había con afinidad hacia las plantas y un talento innato para el cultivo y agasajo de ellas, los japoneses habían demostrado su dominio de ello en el arte del Ikebana, pero lo que había sentido en esta mujer iba más allá de eso. Ella no sentía solo afinidad, en las escasas ocasiones en la que la había observado en Central Park, había sentido aquella comunión, como los árboles y las plantas reaccionaban a su presencia, como ella sentía esa presencia. Era como si en otra vida hubiese sido un espíritu de los bosques, de la naturaleza, aquello podría ser una explicación más razonable dentro de su caótico mundo.

—Yo diría que la cosa va un poquito más allá del simple gustarme —comentó con un leve encogimiento de hombros, aunque en sus ojos había una pasión que ardía ante el solo pensamiento de su trabajo—. Como dije, soy un bicho raro, no todos los días alguien se empeña en estudiar Paisajismo.

—No considero una rareza el adquirir conocimientos —aseguró él sabiendo lo mucho que le había costado que la admitieran en la academia de Arquitectura Paisajista. Nyxx había desarrollado una obsesión insana por la mujer que tenía frente a él, hasta el punto de conocer cada uno de sus hábitos. La carrera de Paisajismo que había escogido no era una de las más fáciles, pero ella la encaraba con entusiasmo, el mismo que había visto en sus ojos cuando trabajaba en aquella pequeña tienda en la 81St con Madison—. Espero que tengas suerte y puedas adquirir la titulación de Paisajista, entiendo que no es una carrera fácil.

Ella se sonrojó, si bien no podía escuchar sus palabras o el tono de su voz, sus ojos habían sido suficiente expresivos y en ellos había leído que decía la verdad.

—Gracias —aceptó terminándose su café al tiempo que comprobaba la hora en su reloj y se sorprendía que hubiese pasado más de una hora—. Vaya, no pensé que fuera tan tarde. Tendría que volver a la tienda, tengo trabajo pendiente.

—El tiempo vuela cuando se disfruta de él —le aseguró deslizándose en su asiento para levantarse y llevarse la mano al bolsillo trasero del pantalón.

Lluvia tendió su mano hacia él, posándola en su brazo.

—Dije que te invitaba.

Nyxx le sonrió y sacudió la cabeza.

—Considérame de la vieja escuela —le dijo dirigiéndose al mostrador a pagar sus consumiciones.

Lluvia recogió la chaqueta de su lado del sofá y se la puso mientras esperaba a que él pagase la cuenta. Nyxx era realmente alto, parado frente al mostrador se veía impresionante, tanto o más de lo que se lo había visto sentado a su lado, el pelo recogido en una sencilla coleta en la nuca le caía por debajo de los hombros en tonos que iban desde el rubio claro al castaño más oscuro, la chaqueta verde militar se adaptaba a la perfección a su ancha espalda rematando un poco por debajo de la cintura y aquellos gastados jeans marcaban un perfecto culo y largas piernas. Si obviabas el aire de peligrosidad que lo envolvía, el hombre era realmente un queso derretido. *Uno al que te encantaría darle un mordisco.* Lluvia jadeó y sacudió la cabeza maldiciendo la voz de su conciencia que salía a relucir cuando no la necesitaba.

Nyxx ya había pagado y la acompañó a la calle, abriéndole la puerta para que pudiera pasar.

—Gracias nuevamente por recuperar mi bolso —le agradeció al tiempo que señalaba el local con el pulgar—. Y por el café, aunque debería haberlo pagado yo, ya que fui la que te invitó.

—Bueno, la próxima vez que coincidamos, pagarás tú —sugirió él, era una locura que no podía explicarse, pero realmente había disfrutado de su compañía y no quería perder la oportunidad de repetirlo—. Me ha alegrado comprobar que el accidente con el coche no te dejó ninguna secuela, el golpe fue fuerte.

Ella abrió la boca y volvió a cerrarla, entonces negó con la cabeza.

—Creo que de eso tú te llevaste la peor parte —le dedicó una reacia sonrisa—. Lo siento por eso también.

—No fue nada —le aseguró metiendo las manos en los bolsillos—. Lo importante es que tú no salieras lastimada.

—Sí, claro, por fortuna a mí no me pasó nada —aceptó ella con un mohín—. Ojalá pudiese decir lo mismo de mi audífono.

Nyxx ladeó la cabeza y frunció el ceño así que ella se llevó la mano al oído y le explicó:

—El aparatito de color blanco que se rompió en la calle —le recordó e indicó su oído

derecho—. No oigo nada sin él. No es que haga milagros, pero al menos me daba la oportunidad de captar algunos sonidos.

—¿No puedes comprar otro? —sugirió él.

Lluvia se echó a reír cuando leyó la respuesta en los labios de Nyxx, pero él pudo notar la ironía tras el sonido.

—Estuve ahorrando casi todo un año para poder costeármelo —respondió negando con la cabeza—. Es lamentable que nadie subvencione estas cosas, porque son realmente necesarias para gente como yo, o con mejor audición que yo, pero los precios son imposibles. Tengo otro, pero no funciona bien, de hecho acabo de dejarlo en el taller, si consiguen arreglarlo para unos pocos meses, será como un enorme milagro.

—Lo siento —le dijo y realmente lo sentía. Hasta ese momento no se había parado a pensar en lo que aquel aparatito suponía para ella, para su calidad de vida—. La verdad es que no entiendo de estas cosas, pero ¿de qué precio y modelo estamos hablando?

Ella le sonrió con ironía.

—¿Estás pensando en reponer el que se me rompió? —sugirió con diversión, entonces sacudió la cabeza—. Los precios de esos pequeños aparatitos andan entre los setecientos y dos mil novecientos dólares dependiendo del tipo de audífono que se adapte a tus necesidades. El mío ronda la friolera de los dos mil dólares. No creo que lleves esa calderilla en la cartera, ¿verdad?

Antes de que Nyxx pudiera dar una respuesta a eso ella sonrió.

—No ha sido culpa tuya que se rompiera —aceptó con un ligero encogimiento de hombros —, si no me hubieses sacado de la carretera, posiblemente habría sido yo la que terminara hecha papilla.

Ella tendió entonces la mano sin vacilaciones.

—Tengo que irme ya, nuevamente, gracias por todo, Nyxx.

Él contempló la mano que ella le tendía a modo de despedida y sacó su mano enguantada del bolsillo para estrechar la suya.

—Ten cuidado de ahora en adelante —le dijo articulando las palabras cuidadosamente para que ella pudiera leerlas —. No siempre andaré cerca.

Ella sonrió y asintió lentamente.

—Lo intentaré —aceptó con una ligera inclinación de cabeza antes de soltar su mano y despedirse—. Adiós.

Nyxx la despidió igualmente y se la quedó mirando mientras se apresuraba sorteando la gente y torcía en la siguiente calle a la derecha. Su mente no dejaba de darle vueltas a las cosas que ella había dicho, a la extraña y certera diana que había hecho al leerlo, simplemente eran demasiadas coincidencias, pero de nuevo, aquello también era imposible.

Había llevado a cabo una exhaustiva investigación durante los primeros siglos con la esperanza de que hubiese aunque solo fuera una remota posibilidad de que alguien se hubiese salvado aquella fatídica noche y continuado la línea de sangre, pero los resultados habían terminado siempre en un callejón sin salida, una y otra vez la respuesta era la misma, nadie había sobrevivido al fuego y a la sangre aquella noche, su única posibilidad de liberarse de la maldición había muerto junto con todos los demás, no había escapatoria posible para él, nunca la habría y cuanto antes se metiera eso en la cabeza, antes podría poner un punto y aparte y dejar el pasado enterrado para siempre.

Pero entonces, todavía estaba ella y el misterio que suponía, un misterio que quizás debiera dejarlo tal y como estaba. Si tan solo pudiera…

—Hasta la vista, Lluvia —murmuró para sí, negándose a sí mismo la posibilidad de no verla otra vez. Había algo en aquella mujer que lo atraía como un imán y no se trataba solo de algo físico, ella era más de lo que decía ser y estaba más que dispuesto a averiguar la verdad.

La campanilla sonó con una contundente melodía de carrillón tan pronto como Lluvia traspasó la puerta de la tienda, antiguamente había sido simplemente una pequeña campanita la que anunciaba la entrada, pero al igual que se había instalado un sistema de alarma, también habían sustituido la campana de latón por un sistema electrónico. No había tardado ni quince minutos en recorrer las calles y volver a la tienda donde esperaba poder poner en orden sus pensamientos, aquel afortunado encuentro le había dejado más preguntas de las que nunca pensó plantearse, una y otra vez analizaba los pasos que la habían empujado a invitar a un completo desconocido a tomarse un café con ella solo para no encontrar una respuesta aceptable. ¡Ella jamás hacía esas cosas! Podía ser poco aventurera, algo recelosa, pero siempre había sido una persona racional, hasta ese momento.

Tu razón salió volando en cuanto le echaste un vistazo a ese monumento. ¿Acaso viste alguna vez unos abdominales como esos? ¡Una tableta de ocho, chica!

—Oh, ya cállate —farfulló atacando con decisión los botones de su chaqueta mientras caminaba directamente hacia el mostrador.

Isabel se asomó por la puerta de la trastienda con un ramillete verde en las manos.

—¿Tenemos por fin las tarjetas? —le preguntó moviendo el ramillete para llamar su atención.

Lluvia sacó el paquete del bolsillo de su cazadora y lo posó sobre el mostrador.

—Las tenemos y son tal y como tú las has pedido. Le dije a Dana que pasaría mañana a liquidarle el mes.

—Sí, por favor, cuanto antes quede resuelto ese asunto mucho mejor —aceptó dejando el ramillete a un lado para desenvolver el paquete y comprobar las tarjetas. Una vez satisfecha con el resultado se volvió hacia Lluvia—. ¿Dejaste el audífono con Joan?

Lluvia se acercó al mostrador, depositó la chaqueta a un lado y asintió al tiempo que sacaba los chicles de su bolso y movía la tableta de un lado a otro.

—Que sepas, que esto me ha costado correr tres manzanas detrás de un mocoso que me robó la cartera, solo para darme de bruces con el mismo hombre que evitó que me pasase el coche por encima —le dijo tendiéndole la tableta—. Él agarró al chico y recuperó mi cartera.

La mujer dejó las tarjetas a un lado y se volvió con mirada preocupada hacia Lluvia.

—¿Cómo que te han robado? ¿Estás bien? ¿Te ha hecho algo? Tenemos que ir inmediatamente a la comisaria y presentar una denuncia —empezó a acelerarse la Isabel volviendo ya a la trastienda a por su bolso.

—Ey, ey… —se rio Lluvia levantando la parte del mostrador que permitía pasar al otro lado para dar alcance a la mujer y hacerla volverse—. No me ha pasado nada, yo estoy bien, ni siquiera se quedó con mi bolso, Nyxx lo recuperó para mí.

Dejando escapar un ligero suspiro, la mujer se apoyó contra la pared y la amonestó con un dedo.

—No vuelvas a darme sustos así —le advirtió enfatizando sus palabras con los signos que construía con las manos. Entonces frunció el ceño—. ¿Quién es Nyxx? ¿Eso es un nombre? Suena a marca de croquetas para perros.

Lluvia arqueó una ceja ante ello y una ligera sonrisa empezó a extenderse por sus labios.

—Créeme, Isa, nada en el más de un metro noventa de ese hombre tiene nada que ver con

una marca de croquetas para perros —le dijo con una corta risita—. No, definitivamente no encajaría en ello. Es el chico que evitó que me atropellara aquel lunático.

—¿Y dices que mide más de un metro noventa? —preguntó la mujer ligeramente interesada. Entonces alzó una mano en un signo de "espera aquí" y fue a darle la vuelta al cartel de la puerta de modo que quedase el "cerrado" hacia el lado de fuera antes de volver junto a ella, tomándola de la mano la arrastró a la trastienda dónde la hizo tomar asiento en un taburete mientras ella se sentaba del otro lado junto a la mesa en la que solía echar las cartas—. A ver si lo he entendido, ¿has vuelto a encontrarte con ese hombre sexy que te salvó de acabar bajo las ruedas de aquel coche?

Ella asintió.

—¿Y hoy han intentado atracarte y él fue el que recuperó tu bolso? —insistió Isabel.

Lluvia asintió de nuevo y añadió.

—Sé que parece una locura —aceptó encogiéndose de hombros—. Cuando ese chico me quitó el bolso salí corriendo tras él…

—¡Qué hiciste qué cosa! —exclamó la mujer.

Lluvia se mordió el labio inferior y asintió a regañadientes.

—Solo era un niño pequeño —se justificó y antes de que su amiga pudiera añadir nada más continuó—, creo que debió de tropezarse con él cuando se escabullía por aquel callejón, porque cuando llegué allí Nyxx tenía mi bolso y al chico cogido por la capucha de su sudadera. De no ser por él, ese bribonzuelo se habría largado con mi bolso y adiós a tus chicles.

Isabel empezó a agitar las manos en el aire.

—Olvídate de los chicles —dijo mientras se llevaba las manos a la cara y miraba a Lluvia —. Te has encontrado con el mismo hombre dos veces.

—Eso parece —aceptó Lluvia con una tímida sonrisa.

—Y las dos veces te ha salvado —insistió la mujer.

Lluvia frunció el ceño.

—No sé si podría llamársele "salvar" a recuperar mi bolso, Isa —comentó Lluvia llevándose la mano a la garganta, para asegurarse de que el sonido salía de sus cuerdas vocales.

—Esto es más que una coincidencia, *mo chaví*[4] —aseguró la mujer con la sabiduría propia de su pueblo reflejándose en sus ojos. A veces resultaba tan difícil decirle algo a Isabel cuando se ponía en su rol de adivinadora, ella le daba una importancia casi trascendental al destino y a las costumbres adquiridas generación tras generación de su pueblo. Podría estar totalmente integrada en el siglo veintiuno y en la sociedad en la que se movía, pero su alma seguía siendo *gypsy*—. Que vuestros caminos se hayan cruzado dos veces y en ambas ocasiones haya evitado un peligro para ti es una señal importante.

—Es solo una coincidencia, Isa —insistió Lluvia negando con la cabeza—. No le busques tres pies al gato, fue pura casualidad que él tropezase con el niño, pareció tan sorprendido como lo estaba yo cuando me vio.

Como siempre, la mujer ignoró aquello que no tenía interés en oír y continuó con sus pesquisas.

—¿Y dices que su nombre es Nyxx? —continuó, recordando el nombre que había pronunciado ella.

Asintió con un resignado suspiro.

—Sí, me dijo su nombre cuando lo invité a tomar un café a modo de agradecimiento —le dijo a regañadientes—. Seguí tu consejo, así que estuvimos hablando un rato mientras nos tomábamos un café en el *Starbucks* que hay frente a Central Park.

Isabel realmente arqueó ambas cejas con obvia sorpresa, creía conocer bastante bien a la pequeña *gachí* como para saber que era de las mujeres que no preguntaría a un desconocido ni siquiera la hora, mucho menos invitaría a uno a tomar un café.

—¿Lo invitaste a un café para agradecerle que hubiese recuperado tu bolso? —repitió la mujer un tanto escéptica y divertida al mismo tiempo.

Lluvia suspiró mentalmente, no hacía falta que le hiciese ver lo absurdo de sus actos, ella misma ya se estaba flagelando lo suficiente por su falta de prudencia.

—No hace falta que me sermonees, yo misma no entiendo como pude haber hecho algo tan estúpido —aseguró Lluvia suspirando—. ¿Y si era un asesino en serie? ¿Te imaginas? Mi muerte podría haber salido en las noticias, o a lo mejor ni eso y solo sería uno más de esos nombres de personas desaparecidas de las cuales nunca se ha vuelto a saber.

Isabel negó con la cabeza y le tomó la mano.

—No te estoy sermoneando, Lluvia, simplemente no es algo que suelas hacer, y eso mismo refuerza mi teoría de que el destino ha estado jugando sus cartas —declaró con una dulce sonrisa—. Ha sido un gesto amable de tu parte, un acto como el que ha hecho no debe quedar sin pago y estabais en un lugar perfectamente público.

Lluvia hizo una mueca al recordar el comentario de él.

—Um-hum —murmuró frunciendo los labios—. Eso mismo fue lo que me dijo él, después de asegurarme que no era un asesino en serie.

Isabel se echó a reír al ver la expresión en el rostro de la chica.

—Parece que el hombre te ha impresionado y no solo por su altura —se rio la mujer.

—Bueno, tú también te quedarías impresionada si te dice que puedes salir corriendo, que no tiene intención de cavar una zanja para tirar en ella tu cuerpo —respondió con ironía haciendo que la mujer se riera incluso con más fuerza—. Me alegro que lo estés pasando bien a mi costa.

Isabel se serenó lo suficiente para palmear su mano y acariciarle el rostro con simpatía.

—No me estoy riendo de ti, querida, aunque reconozco que la situación debió haber sido divertida —aceptó acompañando sus palabras con los signos que formaban sus manos—. ¿Él es de aquí?

Lluvia sacudió la cabeza y frunció el ceño al pensar en la respuesta que le había dado Nyxx.

—No, pero ha estado pasando un tiempo en la ciudad para acompañar a una amiga que parece se ha mudado hace poco y comentó que posiblemente se quedaría algún tiempo, quizás por su trabajo —supuso Lluvia con un ligero encogimiento de hombros—. Trabaja como recaudador.

—¿Recaudador? —repitió Isabel frunciendo el ceño—. ¿Uno de esos hombrecillos trajeados y con maletín que persiguen a los morosos?

Lluvia formó aquella imagen en su mente y se echó a reír al superponerla con la imagen que tenía en su cabeza de Nyxx.

—Empezando por el hecho de que no creo que el apelativo de hombrecillo vaya con él… No, realmente no tiene aspecto de ejecutivo —se reía Lluvia—. Su aspecto era más… —peligroso, pensó ella, en cambio respondió—, mundano.

—Mundano, ¿eh?

La mujer se quedó mirando a Lluvia durante un instante, entonces sacudió la cabeza y echó mano a su bolso, que seguía colgado en la silla. Hurgando en su interior sacó el pañuelo de seda morado en el que estaban envueltas las cartas del tarot.

Lluvia puso los ojos en blanco y sacudió la cabeza ante lo que ya había presenciado en

varias ocasiones. Cuando a Isabel se le metía un presentimiento en la cabeza, fuese del tipo que fuese, no había manera de hacerla desistir hasta que diese con la respuesta al dilema que la aquejaba.

—Isa, no creo que ese hombre sea merecedor de una sesión de tus cartas —murmuró intentando dejar el asunto a un lado.

La mujer no contestó hasta haber desatado el nudo de la tela en la que guardaba sus cartas y empezó a barajarlas, solo entonces miró a Lluvia.

—Deja que sean las cartas quienes lo decidan, tengo un presentimiento con ese misterioso hombre tuyo —aseguró sacando la baraja de su mullida cama.

—No es mío —respondió ella poniendo los ojos en blanco.

—Eso lo veremos, querida —le aseguró empezando a barajar—. Anda, sé buena y cúmpleme el capricho, ¿sí? Prometo no volver a darte la lata con esto.

Suspiró y se volvió hacia la mujer, ya conocía el procedimiento de la echadora de cartas por las innumerables veces que se las había echado.

—De acuerdo —aceptó y esperó a que la mujer terminase de barajar para cortar el mazo.

Lluvia respiró profundamente y cerró los ojos pensando en el hombre con el que había compartido un café en el Starbucks, para su sorpresa, la imagen de Nyxx llegó más rápido y con más claridad que ninguna otra, y junto con ello volvió a su mente la sensación de tristeza que había sentido en su interior. Abriendo los ojos miró el mazo de cartas ante ella y lo dividió en dos.

Isabel tomó las cartas y empezó a dividirlas sobre la mesa, con cada nuevo cartón que volteaba, su rostro iba cambiando, pasando de la incredulidad al fastidio.

—Con un demonio, esto no tiene sentido —farfulló la mujer examinando la tirada expuesta sobre la mesa.

—¿El qué? —preguntó Lluvia observando las cartas sin que le dijesen ni una sola cosa.

—Aquí está de nuevo el hombre misterioso —comentó la mujer indicando una carta—. Y está mirando hacia ti, lo que quiere decir que es alguien que está a tu alrededor y de nuevo la carta de los secretos, que está prácticamente en medio y representa el centro de todo.

Lluvia suspiró y empezó a levantarse.

—Eso ya lo sabíamos, ¿no? —dijo mientras se acercaba hacia la cubeta en la que estaban las flores que tenía por arreglar.

Isabel alzó la cabeza y esperó a que Lluvia se girara hacia ella para preguntarle mediante el lenguaje de signos.

—¿No sentiste nada extraño en él? —preguntó la mujer.

Lluvia negó con la cabeza, tomó las flores dejándolas escurrir dentro de la cubeta antes de volverse de nuevo hacia su amiga.

—A parte del hecho de que era como un armario de grande y yo me sentía como una hormiga a su lado, pues no —respondió ella con un leve encogimiento de hombros.

Isabel chasqueó la lengua y suspiró.

—Hoy las cartas están en mi contra —rezongó volviendo a recogerlas—. No dan ni una sola lectura exacta.

—Deberías salir y airearte —sugirió Lluvia consultando su reloj—. Voy a pasarme por el taller a recoger mi audífono cuando me vaya a casa, así que, puedo encargarme de la tienda mientras tú vas a dar un paseo y te despejas de modo que esas cartas empiecen a hablarte en un idioma que entiendas.

La mujer suspiró y sacudió la cabeza.

—Me hace falta un cigarrillo —comentó con desgana—. Seguro que es la falta de nicotina la que está provocando todo esto.

Lluvia chasqueó la lengua y volvió al mostrador con sus flores.

—Llevas una semana sin fumar, no te matará aguantar un día más —le aseguró dejando a la mujer en la trastienda.

—Ojalá yo estuviese tan convencida como tú, mi querida —murmuró con un suspiro de resignación al tiempo que miraba las cartas y levantaba la principal culpable de todo—. Solo espero que tengas razón, de otro modo… esto solo puede ser un mal augurio.

CAPÍTULO 3

Nyxx observó como la Puerta se iba cerrando lentamente después de haber recogido su cuota diaria de almas, habían sido tres días especialmente duros, lo que una vez había resultado ser solamente un juego de niños se había convertido en una persecución interminable en post del alma de un estúpido suicida que seguía lloriqueando por todo lo que había perdido y nunca tendría. En todos sus siglos como Cazador un alma tan simple como aquella jamás le había dado tantísimo trabajo, claro que, durante todo ese tiempo su cabeza había estado centrada en lo que tenía que hacer y no dividida entre una mujer, una antigua maldición y lo que aquello implicaba.

Lluvia era todo en lo que podía pensar Nyxx, había descuidado sus deberes por seguirla a ella, se mantenía en constante vigilancia, siguiendo sus pasos desde la sombra, incluso su lobo se había sentido más melancólico que de costumbre, lloriqueando y aullando por una mujer que no debería de significar nada para ellos.

Soltando una baja maldición giró la espada en sus manos y la hizo desaparecer hasta la próxima cacería, no podía seguir posponiendo por más tiempo aquello, necesitaba hablar con Seybin, necesitaba estar seguro de que no existía conexión alguna entre aquella mujer y los Valaco, así como descubrir quién era realmente ella para que provocase esa reacción en él.

La esperanza se había extinguido hacía demasiado tiempo, eran muchos los siglos en los que se había recreado con su soledad pensando que no habría posibilidad de liberarse jamás de su maldición, que debería seguir vagando solo durante toda la eternidad. Y entonces había aparecido esa mujer, y todo en lo que podía pensar era en sus ojos, en la dulzura de su rostro, en como clavaba la vista en sus labios mientras leía lo que le estaba diciendo, pero más allá de eso estaba la inexplicable necesidad de protegerla, la que lo impulsaba a estar cerca de ella, a buscarla… No se había sentido así jamás, ni siquiera con Hadryna.

—Esto tiene que acabar —masculló para sí mientras abandonaba con paso decidido la caverna en la que se ubicaba la Puerta de las Almas para ir en busca de Seybin.

El Dios de las Almas le había dado asilo cuando su vida se había venido abajo y con el paso de los años y después los siglos se había convertido en un buen amigo, quizás porque en el fondo Seybin también cargaba con su propia maldición.

Nyxx se detuvo ante las puertas del despacho de su jefe y esperó a que estas le concedieran la entrada, aquellas parecían poseer vida propia y se abrían a su antojo contrariando incluso al propio Seybin alguna que otra vez, pero parecían estar más en sintonía con las necesidades del dios de lo que lo estaba él mismo.

Empezaron a abrirse lentamente y Nyxx pasó al interior de la tibia habitación, el hogar ardía con más entusiasmo que de costumbre, las llamas rojas y amarillas chispeaban con alegría lamiendo y consumiendo los leños que habían sido puestos en el suelo de esta, algo insólito ya que los fuegos eternos no necesitaban de combustible alguno. El dios permanecía detrás de su amplio escritorio de madera maciza garabateando unos papeles y poniendo su sello en otros, a juzgar por las dos pilas que se alzaban a uno de los lados de la mesa, debía haber estado trabajando durante bastante tiempo.

—Dichosos los ojos que te ven, lobo —lo saludó sin levantar la mirada del papeleo—. ¿Qué tal las cosas por allí arriba?

Nyxx se dejó caer en una de las dos enormes sillas que había al frente del escritorio, estiró

las piernas cruzándolas a la altura de los tobillos y apoyó los codos en los brazos de la silla.

—La humanidad no ha cambiado ni un ápice, si es eso lo que preguntas —respondió mirando todo el papeleo que tenía sobre la mesa—. ¿Te has tomado vacaciones tú también? ¿De dónde ha salido todo eso?

Seybin suspiró y dejó la pluma sobre la mesa antes de reclinarse contra el respaldo de su butaca.

—Si lo supiera, en estos momentos el artífice de ellos estaría formando parte de la chimenea —respondió llevándose la mano al puente de la nariz, masajeándose la zona por debajo de sus gafas. Qué ironía que un dios necesitara gafas para leer—. Imagino que no has venido a interesarte por el papeleo.

Nyxx dejó escapar el aire lentamente.

—Necesito acceso a los archivos de la Puerta —pidió sin ambages.

Seybin se sacó las gafas y las depositó sobre la mesa antes de mirarle.

—¿Y eso por qué? ¿Tiene algo que ver con esa humana por la que has estado pasando tanto tiempo en la superficie?

Nyxx golpeó los reposabrazos con los puños y se levantó lentamente, su largo cuerpo dejando su asiento y empezando a deambular por la habitación.

—No tiene sentido —aceptó pasándose su mano enguantada por el pelo—. Nada de esto tiene sentido, pero hay algo en ella… Seybin, ¿podría ser que nos hubiésemos equivocado?

Él lo miró con sorna.

—La palabra equivocación no entra en mi vocabulario, cachorro —le aseguró con ironía mientras lo veía caminar de un lado a otro.

—Ni siquiera los dioses sois infalibles —insistió con la misma ironía.

Seybin sonrió ante la respuesta de su cazador.

—¿En qué estás pensando?

Nyxx se volvió hacia él y lo miró a los ojos.

—Los Valaco —respondió con voz firme y profunda.

La expresión del dios cambió a una de profunda seriedad.

—La línea de sangre Valaco se extinguió la misma noche que fuiste maldecido —aseguró con mortal seriedad—. Lo sabes, tú estabas allí.

Nyxx se volvió con desesperación, incapaz de permanecer quieto en un solo lugar.

—Incluso cuando volvimos a investigar por ellos en los últimos siglos, no encontramos nada que viniese de su línea de descendencia —le recordó el dios con más suavidad—. ¿Qué te hace preguntar ahora por ello?

—Lluvia —respondió Nyxx con un hilo de voz.

Seybin frunció el ceño.

—¿Debo suponer que esa muchacha que ha llamado tu atención lleva un nombre tan insólito? —le preguntó con cierta ironía.

Nyxx lo miró a modo de advertencia, pero no fue necesario que dijese nada más.

Seybin chasqueó la lengua y se levantó lentamente de su asiento. Ataviado con un traje negro de Armani hecho a medida y una camisa rojo sangre, era la viva imagen de la elegancia y la peligrosidad, su pelo negro despeinado enmarcaba un rostro pecaminosamente masculino y atractivo. Pero era el aura de dios todo poderoso y esa actitud de no me jodas o te mataré, la que destacaba en su más de metro noventa de altura.

—¿Qué hay de especial en ella para que hayas pensado en esa posibilidad?

Nyxx apretó los puños y pensó en el instante que había pasado con ella tres días atrás,

cuando se lo había quedado mirando y lo había sorprendido con su aguda intuición.

—Tiene una habilidad que solo he visto en una tribu *gypsy* hasta el momento, estoy casi seguro de que puede leer el alma —aceptó con lentitud—. Quizás no con precisión, pero sin duda ha demostrado un alto porcentaje de aciertos… al menos en mi caso.

Seybin chasqueó la lengua y apoyó su cadera contra el escritorio.

—Muchos inmortales y dioses pueden hacer eso —aseguró con un leve encogimiento de hombros—. No hace falta que sea una romaní valaco. Cualquier *gypsy* podría hacerlo.

—No, no de esa forma —negó Nyxx con un suspiro—. Y hay algo en ella… algo que no entiendo y que me llama como un imán.

—Llevas demasiado tiempo sin darte el placer de yacer con una mujer, tus hormonas se habrán disparado —le dijo el dios con un ligero encogimiento de hombros.

Nyxx realmente gruñó, el sonido que abandonó su garganta era un gruñido lobuno.

—No me jodas, Seybin —masculló en voz baja—. Esto no tiene nada que ver con la lujuria y el sexo, mi lobo siente la misma llamada que yo, está inquieto, ambos lo estamos. En toda mi existencia no había sentido la imperiosa necesidad que me empuja hacia ella, los instintos protectores que despierta en mi interior y maldita sea si hasta ahora el lobo había reaccionado alguna vez de esta manera, desde lo de la Puerta ha sido tan solo una sombra en mi mente, incluso cuando corremos, pero desde que la ha olido a ella, la quiere, siento su necesidad de reclamarla.

Seybin se frotó la barbilla.

—Vaya —aceptó el dios pensativo—. Eso lo cambia todo, ¿no?

Seybin guardó silencio durante un instante, entonces se volvió hacia su Cazador.

—¿Y si lo fuese? ¿Y si todavía estuvieses a tiempo de acabar con la maldición? —respondió pensativo el dios.

—Eso debería significar que alguien de la tribu Valaco hubiese escapado aquella noche a la masacre y no fue así —negó Nyxx, aunque deseaba creer más que nadie que pudiera existir esa posibilidad.

Seybin dejó su apoyo y caminó hacia el otro lado de la oficina, deteniéndose ante una pared decorada con simples grabados y un par de pebeteros asidos a la pared.

—Quizás, ni siquiera estuvo allí esa noche.

Nyxx frunció el ceño y sacudió la cabeza.

—El campamento llevaba instalado meses a orillas del lago, no es como si hubiesen tenido varios asentamientos —respondió el Cazador con efusividad—. No, toda la tribu estaba allí esa noche, nadie se esperaba lo que iba a pasar.

Seybin deslizó la mano sobre la pared y ante sus ojos esta empezó a deshacerse para dar paso a un ancho túnel de piedra iluminado a ambos lados por pebeteros.

—Olvidas algo importante, chico, algo que incluso los dioses practican —le aseguró con ironía—. Algo que incluso tú mismo hiciste.

Nyxx sacudió la cabeza sin entender.

—¿El qué?

Seybin sonrió con sorna y le indicó el túnel.

—Buscar el placer fuera de casa.

Nyxx abrió la boca para responder a eso pero la cerró de inmediato cuando las implicaciones de las palabras dichas por Seybin penetraron en su mente.

—Quieres decir…

—Exactamente —respondió el dios penetrando en el túnel—. Seguiría siendo sangre

Valaco, más diluida, pero descendiente directo de la línea de los Patriarcas.

Nyxx sacudió la cabeza.

—Hadryna era hija única.

Seybin dejó escapar un resoplido.

—Que tú supieras, lobo, que tú supieras —se burló.

Nyxx siguió al dios por aquel corredor que llevaba a los archivos de la Puerta de las Almas, parecía un tanto rebuscado que incluso en el Reino de las Almas hubiese tal burocracia, pero al final del día incluso los dioses tenían más cosas en común con los humanos de lo que ellos mismos querían admitir.

El final del ancho corredor daba a una espaciosa sala subterránea donde filas y más filas de archivos contenían toda la sabiduría de los siglos, así como las almas que habían cruzado en algún punto de la eternidad la gran Puerta hacia su descanso eterno.

Nyxx acompañó a Seybin por uno de los corredores, estos estaban divididos en países, regiones y épocas.

—Entonces, la línea de sangre Valaco —comenzó Nyxx. De repente se le hacía difícil respirar—. ¿Ha… continuado?

Seybin ojeó uno a uno los rótulos que colgaban de cada archivo hasta que encontró el perteneciente a la Antigua Grecia.

—Aquella sangrienta noche todo Valaco que había estado en el poblado sucumbió al fuego y la sangre —le recordó mientras abría uno de los miles de archivos que había en aquella inmensa e interminable sala y buscaba entre los antiguos pergaminos—. Sin embargo, es posible que alguien que no estuviese allí se salvara y continuase con la línea. Por supuesto, estamos hablando de un mestizo, quizás hijo de alguna aldeana o de alguno de los muchos visitantes que en algún momento habían estado visitando el Oráculo. En aquellos tiempos no es que existieran los anticonceptivos, las mujeres eran más bien ligeritas e influenciables y difícilmente podían sumar dos y dos.

Aquella posibilidad era tan evidente que Nyxx no entendía como ninguno de ellos la había considerado anteriormente, entonces, las palabras de Valeska volvieron de nuevo a su mente:

—La última descendiente de mi sangre —murmuró Nyxx en voz alta, aquellas habían sido las palabras del artífice de su maldición—. A la sangre de mi sangre, a la sangre de toda una línea de una tribu fuerte y poderosa… a la última descendiente de mi sangre te encadeno.

Seybin levantó la mirada de lo que estaba buscando y la posó sobre el Cazador con una obvia mirada en sus ojos.

—Tú lo has dicho, a la sangre de toda una línea —repitió el dios en voz baja, deliberadamente lenta, al tiempo que extraía un antiguo y ajado pergamino del archivo—. Estuvimos centrándonos en la línea principal, en los que había aquella noche en el campamento, no tuvimos en cuenta que los *gypsy*, al igual que el resto de los hombres, son duchos a plantar su semilla allá donde le permitan echar raíces. Aquella noche no murió la línea de sangre, Nyxx, alguien la continuó, se ha ido diluyendo a lo largo de las generaciones llegando incluso a desaparecer en parte solo para remontar a través de otros descendientes hasta hoy en día en que la última de la línea de sangre de los Valaco vive.

Nyxx empezó a temblar, sus piernas amenazaron con desestabilizarse, sus ojos no podían dejar de mirar el pergamino que se mostraba como un árbol genealógico de la tribu romaní que moró en el país griego antes incluso de que el cristianismo fuese impuesto y los dioses antiguos se convirtieran en un eco del pasado. Allí, en sus manos estaba la única esperanza de Nyxx, su última oportunidad.

—Pero como… por qué… —Era incapaz de razonar, sus ojos se empañaban al mirar el pergamino.

Seybin se mantuvo estoico, observando al Cazador.

—Confieso que siempre me ha llamado la atención la maldición que esos imbéciles echaron sobre ti, llámame sentimental, pero a lo largo de los siglos, en la infinidad del tiempo se ha demostrado que toda maldición tiene su contrapartida, su vía de escape —respondió el dios con un ligero encogimiento de hombros—, y el que la tuya se hubiese perdido era algo que no acababa de encajar del todo y temo que alguien más pensó lo mismo que yo, sobre todo después de la estupidez que hiciste ante la Puerta.

Nyxx frunció el ceño y se volvió hacia Seybin sin entender.

—¿De qué estás hablando?

—Fue un movimiento estúpido el apuñalar el alma de un dios, pero todavía lo fue aún más ceder parte de la tuya por *ella* —contestó Seybin, poniendo en palabras un secreto bien guardado desde aquella maldita noche en la que había apuñalado a Dryah.

Nyxx se tensó. Aquello era algo que ni siquiera había compartido con Seybin.

—Fue mi decisión —respondió entre los apretados dientes.

—Sigue siendo una decisión estúpida y poco racional —le aseguró con un ligero encogimiento de hombros—. Eres Cazador, las almas son tu presa… era un acto perfectamente justificable.

Nyxx se volvió hacia Seybin y lo miró directamente a los ojos.

—Debiste haber estado allí y haberla mirado a los ojos —le dijo él con ironía—. Aquello sería suficiente explicación para mis actos, justificados o no.

El dios se encogió graciosamente de hombros y se apoyó en el archivo antes de señalar lo obvio.

—Tus actos contribuyeron a que se mantuviera la continuidad del Equilibrio Universal —continuó con sencillez—. Apostaría a que Eidryen lo sabía y en compensación, abrió un nuevo camino para ti, llámalo Destino si te place o Libre Albedrío, al final del día, todo se mueve por el Equilibrio del Universo.

Nyxx bajó la mirada y sopesó lo que le decía Seybin, negándose a creer que después de más de dos mil años pudiera encontrar el descanso de su alma.

—Esto no tiene ni pies ni cabeza, Seybin —negó incapaz de reaccionar todavía a aquel importante cambio en la historia de su vida—. ¿Por qué no lo vimos antes? ¿Por qué ahora se presenta con tanta claridad cuando antes ni siquiera sospechamos una posibilidad tan obvia?

—Porque, como ya dije, centramos la búsqueda en la línea sucesora directa de los Valaco, en su estirpe y su descendencia, no en el mestizaje —rezongó pasando el dedo a través de las líneas escritas en el pergamino que todavía sostenía Nyxx—, en algún punto de aquí y sospecho que antes de lo tuyo con Hadryna, la línea se rompió, la sangre pura se contaminó y se mezcló dando vida a otra línea de sangre, que si bien desciende de la tribu original, nunca fue recogida, como tampoco lo sería el nacimiento de tu hijo.

Ante la mención del bebé que no había llegado a conocer, el corazón de Nyxx volvió a hacerse pedazos, los gritos y el olor de la sangre y el calor del fuego de aquella fatídica noche volvieron a cazarlo haciéndolo temblar.

Seybin posó la mano sobre su hombro para llamar su atención de nuevo al presente, ahuyentando los ecos del pasado.

—Has dicho que ella te encadenó por su sangre y a su sangre con esa maldición —le recordó intentando encontrarle sentido a aquel rompecabezas—, eso podría explicar que de algún

modo estés atado a la última descendiente de los Valaco de la Tribu de Epiro con un vínculo que va un poquito más allá de lo común. Después de todo, ¿cómo ibas a reconocerla si no? No creo que le hayan dejado instrucciones al estilo de “Ey, ponte un cartelito que diga “Sangre Valaco” porque hay alguien que tiene que buscarte para que rompas una maldición”.

La mirada de Nyxx seguía fija en el pergamino, todo su cuerpo temblaba sin que él pudiera hacer nada para evitarlo, lentamente sus ojos dejaron el papel envejecido por el tiempo y se posaron sobre Seybin. El dios tragó al ver la misma expresión que había encontrado en el rostro del muchacho cuando lo había conocido, había tanto miedo y tanta esperanza que realmente esperaba no equivocarse.

Asintió.

—Tu Lluvia, de alguna manera, tiene que ser la descendiente de los Patriarcas de los Valaco que se habían asentado en Epiro —elucubró y pronunció cada palabra con lentitud de modo que la información fuera calando en la nublada mente del Cazador—, ella es la última, la única que queda con vida de esa tribu. ¿Entiendes lo que eso implica?

—Ella es… —jadeó cuando las implicaciones empezaron a asentarse en su lugar.

Seybin asintió lentamente, posó su mano sobre su hombro y buscó su mirada.

—Tu compañera —concluyó dejando caer de golpe lo más importante dentro de aquel asunto—. Y la única que podrá romper la maldición.

Lluvia suspiró mientras miraba el pequeño aparatito que la alejaba un paso de su completa sordera, lo había recogido hacía tres días del taller y Joan le había dicho que no podía hacer milagros, el aparato ya estaba más allá de toda reparación. Su sugerencia había sido que intentara comprar otro, que le saldría a la larga más barato que arreglar aquel. Como si tuviese tanto dinero en sus manos. En aquellos momentos a duras penas podía subsistir, en menos de dos semanas tendría que buscarse un nuevo lugar para vivir o se quedaría en la calle, ¿cómo esperaba alguien que pudiera meter casi mil dólares en un nuevo audífono? El edificio en el que tenía su pequeña vivienda se mantenía en pie a fuerza de voluntad, su estructura al igual que las cañerías, el cableado eléctrico e incluso la vieja escalera contra incendios estaba más allá de toda salvación. El incendio acontecido un par de semanas atrás lo había demostrado, ya no era un lugar seguro para vivir y los dueños estaban más que deseosos de tirarlo abajo.

—A este paso me encontraré viviendo en una tienda de campaña al lado del lago de Central Park —farfulló suspirando con resignación, entonces sonrió—. Al menos entonces, tendría un jardín.

Cambiando el bolso con los libros de un hombro al otro echó un rápido vistazo a los escaparates de las tiendas que se alineaban a lo largo de la calle, a aquellas horas había poca gente, la mayoría de las tiendas ya estaban cerradas o empezaban a bajar ahora las rejas hasta el día siguiente. Se detuvo un instante admirando las joyas de una de las vitrinas, como a cualquier mujer le encantaban las piedras, nada extravagante, algo sencillo y bonito que pudiera llevar con cualquier cosa, después de todo su vestuario solía limitarse a los tejanos y camisetas, ya no era capaz ni de recordar cuando había sido la última vez que se había puesto una falda y ya no digamos un vestido. Sonriendo ante su propio reflejo dejó la vitrina y continuó su camino a casa. Las clases en la academia se habían terminado antes de la hora, pero había tenido que quedarse unos minutos más para poder devolverle al profesor los apuntes que le había pedido, el hombre era más bien hosco, de pocas palabras, pero no le había negado la oportunidad de acceder al material lo cual tenía que agradecerle. Después de todo, era la única manera en la que podía

seguir sus peculiares clases.

Por regla general solía coger el metro, pero aquella noche había preferido caminar, el cielo estaba absolutamente despejado y la temperatura en aquellos primeros días de Noviembre estaban resultando bastante agradables y un largo paseo siempre la hacía sentirse llena de energía.

Dejó la calle principal y atravesó por Central Park, lo cual le ahorraría unos buenos quince minutos de trayecto, sabía que Isabel la sermonearía nuevamente si llegaba a enterarse de sus paseos nocturnos por el parque, la mujer se había tomado a pecho el mantener a Lluvia al tanto de todos los peligros que una chica sola podía sufrir a esas horas de la noche en varias partes de la ciudad, pero como siempre, la confianza era el peor enemigo de uno mismo. Ajustándose el bolso se apresuró en recorrer el camino siempre bajo la tibia luz que emitían las farolas diseminadas por el parque, la mayor parte de la gente disfrutaba de aquellos parajes durante el día, ella en cambio prefería con mucho aquellas primeras horas del atardecer o de la noche, cuando todo quedaba en silencio y las sombras jugaban con los árboles y los arbustos. Lluvia podía carecer del sentido del oído, pero su sentido del tacto y el olfato se habían agudizado en compensación y no había nada que disfrutara más que el aroma del parque después de un día de lluvia o en plena noche. Sonriendo para sí consultó el reloj y se apresuró en dirección hacia la salida del parque, ya tendría tiempo el fin de semana para venir durante el día y pasear por los extensos parajes.

Atravesó rápidamente las calles fijándose en las zonas en las que colgaban de los balcones o lucían pegados en las ventanas carteles ofreciendo alquiler, no podía retrasarlo más, debía empezar a buscar una habitación o algo que saliese igual de económico que el edificio en el que vivía. Isabel había insistido en que se fuese a vivir con ella una temporada mientras ahorraba lo suficiente para poder pagarse algo decente, pero había rehusado su oferta amablemente. Adoraba a aquella mujer, más que una amiga era como una tía postiza, pero ella necesitaba su propio espacio, había cosas de su vida que Isabel no sabía y prefería que siguiese siendo así, al menos hasta que pudiera encontrarles sentido.

Como a la inexplicable atracción que había sentido hacia Nyxx.

No había sido algo sexual, bueno, quizás un poco, después de todo tenía ojos en la cara y él era un auténtico queso derretido, pero aquella sensación iba mucho más allá, desde que se habían encontrado hacía tres días y habían compartido un café, se había encontrado ligeramente melancólica, pensando en él y extrañando su compañía, había sido como si algo dentro suyo hubiese conectado con su alma.

Lluvia sacudió la cabeza y esperó en el paso de peatones hasta que este cambió a verde.

—¿Cómo puedo extrañar a un completo desconocido? —murmuró poniendo voz a sus pensamientos.

La melancolía y la soledad que había notado en su interior no abandonaban su cabeza, la inexplicable sensación de pérdida seguía allí, como si lo tuviese delante y lo estuviese leyendo procedente de él.

Sacudiendo la cabeza se obligó a centrarse en mirar por donde caminaba, un par de calles más allá y estaría en casa, entonces podría dejar que aquellos extraños pensamientos camparan a sus anchas y tomarse su tiempo en buscarle una explicación razonable.

—En caso de que la haya —se repitió para sí misma.

Dejando escapar un cansado suspiro cruzó la última de las calles y giró a la derecha hacia su edificio. Los buzones que se encontraban anclados en la escamada pared de la izquierda fueron su primera parada, girando la llave sacó los únicos tres sobres que había en su interior.

—Facturas, más facturas y oh, sí, más facturas —murmuró haciendo una mueca—. Por una vez me gustaría encontrar algo que no fuera una factura en el buzón.

—Si su buzón fuera más grande, entonces su deseo se habría hecho realidad —masculló una vocecilla chillona a su derecha.

Le sorprendía como incluso con la poca fiabilidad de sonido de su audífono, la estridente voz de aquel pequeño y enjuto hombre llegaba a ella como si le hubiese estado gritando al oído. Asomándose desde la puerta situada a la derecha, con sus eternos pantalones de pana y chaleco a rombos, el pelo engominado y peinado hacia un lado en un inusual intento de cubrir una amplia calva se asomaba el señor Perkins, su casero.

—Buenas noches, señor Perkins —le saludó al tiempo que suspiraba al ver que el hombre abandonaba su gabinete y se acercaba a ella. Ya tardaba en escuchar cual era la queja del día de hoy y a que vecino pertenecía. Todo el mundo en aquella comunidad parecía querer hacer de "quejarse" el nuevo deporte nacional.

—Serán buenas para usted, señorita Naleri —le espetó el hombrecillo señalándola con un dedo delgado y huesudo—. Ha llegado uno de esos mensajeros del Fedex[5] con un paquete para usted, uno que no cabe en los buzones. Hágase un favor a usted misma y al resto de los mortales y búsquese una dirección postal, yo no soy almacenero particular.

Lluvia puso los ojos en blanco mientras el hombrecillo volvía a internarse en su gabinete y salía a los pocos segundos con un paquete del tamaño de una caja de zapatos que dejó sin miramientos en sus brazos.

—Gracias, Sr. Perkins, es usted un cielo de hombre —farfulló al tiempo que se volvía hacia las escaleras, evitando la baldosa suelta con un ligero paso a la derecha.

—Ni es sus peores pesadillas —masculló el hombre antes de volver a meterse en la portería y dar un portazo que hizo que cayera polvo del techo.

Ella hizo una mueca al ver caer el polvillo blanco y bajó la mirada a la caja que tenía en brazos la cual traía su nombre y dirección escrita a mano con una caligrafía antigua y sin remitente. Un escalofrío le bajó por la espalda mientras observaba con detenimiento su nombre y pensaba en los sobres de color marrón que tenía guardados en el armario del salón dentro de una vieja caja decorada con papel de periódico, no creía equivocarse al pensar que el contenido de aquella caja pudiera tener algo que ver con aquella misteriosa correspondencia.

Apretando la caja contra un costado empezó a subir las escaleras de dos en dos, quería llegar cuanto antes a su piso situado en la cuarta planta, una cuarta planta sin ascensor. Tendría suerte si ninguno de sus vecinos le salía al encuentro, especialmente la señora Bigum que hasta hacía un par de semanas había vivido en el apartamento frente al suyo. Ahora, el olor a quemado y del humo había quedado totalmente impregnado en el lugar, extendiéndose incluso hasta su propia vivienda, solo la ventilación y los ambientadores florales habían hecho algo más agradable la estancia en aquella parte del edificio.

—A ver dónde voy a encontrar una habitación con un alquiler tan bajo como este —murmuró resollando ya al pasar el tercer piso.

Un rápido vistazo al descansillo del tercero y se escurrió rápidamente hacia el siguiente y último tramo de escaleras que llevaba a su vivienda, el olor del humo todavía perfumaba el corredor, pero al menos era respirable.

Echó mano a su bolsillo y sacó las llaves para poder entrar en su hogar.

La vivienda no era muy grande, pero para ella era más que suficiente. Abriendo la puerta penetró a la parte principal de la casa, dejó las llaves en la pequeña bombonera de cerámica al lado del sofá y lanzó la bolsa con los libros sobre los cojines para llevar la caja al mostrador que

separaba el área del salón de la pequeña cocina adyacente. Lluvia fue prendiendo las luces a medida que se desplazaba por el conocido hogar, un par de plantas situadas a un lado de la ventana, una pequeña pecera con dos tortugas sobre un pequeño mueble de madera y algunos cuadros y figuras aquí y allá daban ese aspecto hogareño y femenino al lugar. Dejó atrás la sala y abrió la puerta de su dormitorio, encendiendo la luz para dejar caer su chaqueta sobre la cama y cruzar después al cuarto de baño que lo comunicaba.

—Diablos, no me digas que voy a tener que empezar a encender la calefacción —suspiró frotándose los brazos mientras volvía al área del salón y se dirigía a un pequeño armario de madera de dos puertas para sacar un pequeño calefactor de aceite, el único medio del que disponía para calentar el lugar.

Arrastrando el pequeño calefactor con ruedas hacia la toma de corriente más cercana, lo enchufó y reguló la temperatura para que fuera calentando la habitación mientras volvía a la cocina, hurgaba en el congelador y sacaba un par de recipientes con sobras.

—Hoy tocan patatas rellenas de atún —sonrió para sí mientras dejaba el recipiente a un lado y se volvía para encender el horno.

Dejando la cena a calentar, se acercó al sofá y buscó entre los cojines hasta dar con el mando a distancia de la minúscula televisión que descansaba sobre el mueble al lado de la pecera. Encendió la tele y dejó que el sonido inundara el solitario lugar mientras alimentaba a sus pequeñas mascotas y regaba las plantas.

—Vale, todo listo —aceptó comprobando todo a su alrededor. Una vez satisfecha volvió hacia el mostrador y se sentó en uno de los taburetes desde donde podía controlar la comida del horno y centró toda su atención en la caja—. ¿Qué me has enviado ahora?

Desde que había cumplido los veintiuno, siempre coincidiendo con la fecha de su cumpleaños, recibía unos misteriosos sobres los cuales llegaban a su buzón sin sello ni remitente, en su interior llegaba una carta del Tarot de Marsella y una flor, ambos con un claro significado y acompañándolos, hasta el momento había recibido un pañuelo de seda multicolor, un vieja y gastada moneda y unas páginas escritas en un idioma antiguo que si bien reconocía las letras como griegas, no tenía la menor idea de lo que ponía en ellas. Las páginas eran una mezcla de láminas pintadas a mano de flores y paisajes con algunos párrafos en un idioma que hasta el momento no había conseguido descifrar. Pero era la firma que venía siempre en la parte posterior del sobre y la cual estaba duplicada en aquel paquete junto con una frase en romaní lo que siempre le había llamado la atención:

—*O ushalin zhala sar o kam mangela.*

Gracias a Isabel había podido traducirla como:

—Las sombras se moverán cuando el sol lo ordene —murmuró con un suspiro—. Y sigo sin entender exactamente qué es lo que eso quiere decir.

Cuando Isabel le había preguntado dónde había escuchado aquella frase, se había limitado a decirle que lo había leído en un libro y que le había llamado la atención, había esperado que la mujer le explicase el significado de la frase pero cuando lo sugirió ella se había encogido de hombros y todo lo que había dicho es que tenía que ver con el destino. Sí, aquello no había servido de mucha ayuda en realidad.

Año tras año, exactamente en la mañana de su cumpleaños, había encontrado en su buzón aquella extraña entrega y a día de hoy no tenía la menor idea de quién o de dónde podía venir y por eso mismo lo mantenía en secreto, cada carta y cada flor las guardaba en una pequeña caja decorada con papel de periódico que se encontraba en la parte de abajo del armario del salón.

—Pero mi cumpleaños no es hasta dentro de seis meses —murmuró para sí.

Lluvia empezó a desenvolver la caja, la cual no era ni más ni menos que una simple caja de cartón de embalaje apartó la tapa y se quedó bastante sorprendida ante lo que allí había. Como en las ocasiones anteriores una carta del Tarot de Marsella y una flor descansaban sobre un papel de seda rojo sangre.

—Un alhelí amarillo —murmuró Lluvia tomando la pequeña flor amarilla de cuatro pétalos entre sus manos—. Símbolo de la fidelidad en la adversidad.

Su mirada volvió entonces a la caja y le dio la vuelta a la carta solo para dejarla caer de nuevo con un ahogado jadeo. Allí, mirándola de frente estaba la carta sin nombre como se conocía a la carta de La Muerte en el Tarot.

—La Muerte —murmuró mirando fijamente la carta que tenía ante sí. Su cerebro hizo un rápido repaso a sus conocimientos sobre el significado de los arcanos mayores y apretó con fuerza la flor en su mano derecha mientras cogía la carta con la izquierda—. Vamos Lluvia, no es lo que parece, la carta de la Muerte tiene que ver con una transformación completa. La muerte y el renacimiento o el final de algo, la evolución de un estado a otro. Quizás sea un buen augurio.

La chica gimió ante el murmullo de su voz que oía intermitente por su audífono.

—Mírate, ya hablas igual que Isabel. —Se obligó a sonreír mientras dejaba la carta con cuidado a un lado junto a la flor y volvía su atención a la caja, retirando el papel de seda rojo sobre el que habían estado las dos—. ¿Qué demonios?

Con mucho cuidado, extrajo un pequeño cuaderno de tapas de gastado cuero marrón con manchas oscuras que bien podrían haber resultado por el envejecimiento. Era del tamaño de una pequeña libreta, cerrado y encuadernado de forma artesanal, en sus páginas, amarillentas por el paso del tiempo, encontró los bocetos y pinturas de flores acompañadas por pequeñas descripciones que no lograba leer con claridad, de hecho dudaba que incluso aquello fuese inglés.

—¿Un cuaderno de botánica? —se preguntó pasando cuidadosamente las hojas, admirando las hermosas ilustraciones a color de plantas y flores que habían sido pintadas a mano, cuando no eran las propias flores ya secas las que decoraban aquellas páginas—. Qué bonito.

El timbre del horno eligió aquel momento para pitar avisándola de que la cena ya estaba lista, dio un salto ante el sonido empujando sin querer la caja que terminó cayendo al suelo junto con la carta del tarot y la flor de alhelí, pero no fue lo único, en la caja todavía quedaba algo, un inmaculado sobre blanco.

Recogiéndolo del suelo lo dejó sobre el mostrador que dividía la cocina del salón y se apresuró a abrir el horno para sacar su cena, tras coger las manoplas sacó el bol humeante y lo dejó sobre la encimera mientras se soplaba los dedos. Su mirada volvió entonces hacia el sobre que había dejado abandonado, su curiosidad podía más que su hambre así que lo tomó y sacó de su interior un par de papeles doblados que tenía el sello del *St. Mary´s Hospital for Children* de Nueva York. Uno de ellos era la copia de un informe del hospital en el que decían haber recogido a un bebé de pocos días que había sido presumiblemente abandonada en la sala de espera de dicho hospital. La niña se había encontrado en perfecto estado de salud. El otro, era una partida de adopción sellada por el Registro Civil en el que había sido editada.

Lluvia trastabilló hacia atrás, los documentos cayéndosele de las manos mientras su mirada seguía fija en el papel que ahora yacía en el suelo como si se tratase de una serpiente de cascabel. Escrito en letra de imprenta y en negrilla, había un nombre: Lluvia Naleri

—¿Qué…? ¿Qué… es… está pasando… a aquí?

Nyxx no había vuelto a levantarse del asiento frente al escritorio de Seybin desde que habían regresado de los archivos, se había limitado a mirar el pergamino que tenía entre las manos rumiando en silencio las implicaciones que traían consigo aquel trozo de papel a su vida, una vida que iba a cambiar por completo. Un instante antes ni siquiera había tenido un futuro, ahora una simple mujer podía hacer que eso cambiara.

—Ella es tu última oportunidad —le recordó el dios parado de brazos cruzados junto a la chimenea.

No respondió, la yema de su dedo índice estaba recorriendo lentamente las líneas del pergamino.

—Tu alma podrá dejar de vagar cada vez que te llegue la Parca —continuó Seybin estudiándolo en silencio.

Él siguió sin responder por lo que Seybin suspiró.

—¿Es tan desagradable a la vista que ni siquiera la consideras?

El Cazador levantó entonces la mirada y sacudió lentamente la cabeza, ya ni siquiera respondía a las pullas de Seybin con la energía de siempre.

—No es en absoluto desagradable a la vista —negó dejando el pergamino sobre la mesa para finalmente echar la cabeza atrás, contra el respaldo de la silla—. Demonios, ¿por qué ahora? ¿Por qué justo ahora después de tanto tiempo? ¿Qué clase de mala broma es esta Sey?

El dios de las almas chasqueó la lengua.

—Ninguna broma, amigo mío —negó volviéndose hacia las llamas que ardían en el hogar —. Solo tu jodido destino… Te lo dije, toda reacción tiene su opuesto y ella es lo que necesitas para acabar de una vez por todas con tu maldición, en cierto modo, ella también está destinada a ti, si la privas de ello, estarás jodiendo también con su destino.

Nyxx maldijo en un idioma que Seybin hacía mucho que no oía y se levantó dándole un golpe a la mesa para ponerse a deambular de un lado a otro, sus pesadas botas haciendo eco sobre el suelo.

—Es humana, Seybin —rezongó alzando las manos recalcando lo obvio.

—Tiene sangre Valaco corriendo por sus venas, eso la hace *gypsy* —le dijo encogiéndose de hombros—. Y tú mismo has dicho que tiene ciertas facultades.

Nyxx se giró hacia donde estaba su amigo.

—*Gypsy* o no, sigue siendo humana —insistió—. Y yo estoy bastante lejos de esa categoría.

—¿De la *gypsy* o de la humana? —sonrió Seybin con ironía.

—Que te jodan, jefe.

—¡Al fin el viejo Nyxx! —dramatizó—. Ya habías tardado, chucho.

Él puso los ojos en blanco y se levantó de su asiento.

—¿Qué vas a hacer? —se interesó el dios.

Nyxx lo miró de reojo y respondió con profunda ironía.

—Bien, difícilmente puedo ir a ella y presentarme como un Cazador de Almas maldito por sus ancestros, sin mencionar el hecho de que tendría que decirle que ella también está jodida, porque la maldición que me echaron a mí también le afecta en cierta forma a ella, ya que la zorra de Valeska condenó también a sus descendientes, atándolos al maldecido.

—Lobo, ser tú en estos momentos apesta —aseguró su jefe con una mueca de disgusto—. ¿En qué estaba pensando esa *gypsy*? ¿En joder a todo el que tuviese delante? No parecía sentir mucho apego por los suyos, ¿huh?

Nyxx se encogió de hombros y recitó en voz baja las palabras que llevaba gravadas a

fuego en su alma.

—*Mi maldición caerá sobre ti, hoy a mi sangre te encadeno, a la sangre de mi sangre, a la sangre de toda una línea de una tribu fuerte y poderosa te encadeno, a la última descendiente de mi sangre te encadeno y que suya sea la voluntad y la sangre que pueda otorgarte el perdón* —concluyó con desagrado—. No, realmente le traía sin cuidado joder con todo su pueblo para salirse con la suya.

—Toda una zorra en su época —admitió Seybin con un profundo suspiro—. Bueno chaval, pues no te queda de otra, parece que ella está tan jodida como tú en esto.

—Más aún, Seybin —respondió Nyxx con un suspiro—. Ella lo estará mucho más.

El dios no dijo nada, las palabras de Cazador eran tan cercanas a la verdad, que no merecía la pena decir nada más.

—Ve a patear algunos culos —le sugirió en cambio—. Al lobo le vendrá bien algo de ejercicio.

—También al Cazador —aseguró inclinando ligeramente la cabeza hacia su jefe antes de volverse hacia la puerta y salir tan pronto esta se abrió.

Seybin se quedó mirando la puerta de su despacho hasta que esta se cerró con un sonoro golpe, solo entonces se permitió mirar hacia el techo y suspirar.

—¿También has metido las manos aquí, Eidryen? —murmuró en voz alta—. ¿Tanto te aburre Elora?

El silencio fue toda la respuesta que recibió. Sabiendo que no había nada que pudiera hacer ahora mismo por el Cazador, volvió a su escritorio a terminar con el papeleo que se amontonaba sobre su mesa.

CAPÍTULO 4

El papel permanecía encima del mostrador, Lluvia no había quitado la mirada de él pero tampoco se atrevía a tocarlo, la palabra «adopción» era único que podía ver en su mente, todo lo demás había dejado de tener sentido. Allí, cual papelucho inocente estaba la prueba irrefutable de que toda su vida era una completa mentira, su familia no era su familia, ella había sido uno de tantos bebés que vio alguna que otra vez en las noticias, uno de los infantes que eran abandonados por sus madres en alguna institución u hospital. Al menos a ella no la habían dejado en un contenedor, si a eso podía llamársele suerte.

Si bien no entendía de aquellas cosas, el papel tenía aspecto de ser original, y claramente aquellas eran las firmas de su madre y su padre… o los que ella había pensado que lo eran.

¿Por qué tenía que pasar esto justamente ahora? ¿Por qué después de tanto tiempo? Debería sentirse herida por el engaño de ambos, pero no era así, sí estaba herida, pero por no conocer la verdad, años atrás había quedado claro lo que significaba ella para su padre, aquel papel no hacía otra cosa que aumentar el abismo.

Su mirada pasó por encima de la lisa superficie hacia el mueble de la entrada, una pequeña columna a modo de estantería donde descansaba entre otras cosas el teléfono. Tras una leve vacilación tomó el papel y se dirigió con paso decidido al aparato, la agenda estaba colocada bajo un montón de revistas de plantas, la extrajo y marcó el número que no había utilizado en varios años.

La línea tardó en dar señal, entonces un toque, dos, tres… cinco… y levantaron el teléfono.

—¿Sí? —respondió una voz femenina y somnolienta.

Se mordió el labio y miró el reloj de la cocina, había olvidado el pequeño detalle de la diferencia horaria. No estaba muy segura de cuantas horas había de diferencia con Ámsterdam, pero a juzgar por el tono de voz, allí debía de ser de madrugada.

—¿Sí? ¿Quién es? —insistió la voz, la cual empezaba a contener un timbre de molestia. Al fondo se oyó otra voz, esta masculina, más fuerte—. No lo sé… no contestan…

Se oyó un murmullo del otro lado del teléfono y lo próximo que Lluvia oyó fue una voz masculina y profunda que hacía años que no escuchaba.

—¿Oiga? ¿Hay alguien ahí? —preguntó el nuevo receptor seguida de una maldición—. No sé qué clase de broma es esta… pero son las…

Apretó el auricular y respondió en un susurro.

—Soy Lluvia, papá.

Ella se mordió el labio y comprobó la línea tras un momento de silencio, sin estar segura de sí se había cortado la comunicación o su audífono había decidido estropearse de nuevo. Estaba a punto de hablar nuevamente cuando escuchó la respuesta.

—¿Lluvia?

Aquella voz profunda y resonante que había pensado conocía muy bien resonó con fuerza en el auricular.

—Hola papá —respondió, su garganta cerrándose en un nudo.

Hubo una nueva vacilación en la línea seguido por un murmullo de fondo antes de que su voz volviese a oírse a través del teléfono.

—¿Cómo es que tienes este número?

Lluvia jadeó esbozando una irónica sonrisa, una solitaria lágrima se deslizó por su rostro cuando sintió aquel conocido nudo instalándose nuevamente en su estómago. Aquella era toda la preocupación que su padre había sentido siempre por ella, casi cuatro años sin verse, sin que se hubiese molestado en darle una sola llamada o enviar una maldita postal por navidad. Desde que Lluvia había tomado las riendas de su vida a los veintiún años y había dejado de ser su conejillo de indias, el ocupado Dr. Naleri no había tenido ni un solo pensamiento para su hija, no veía por qué aquello tendría que cambiar precisamente ahora.

Apretando con fuerza el sobre con la partida de adopción en sus manos, se obligó a recordar el motivo de aquella llamada.

—Estoy bien, gracias por preguntar, papá —le dijo con la ironía goteando de cada una de sus palabras.

El sonido de una puerta al cerrarse y finalmente un suspiro fue todo lo que obtuvo del otro lado de la línea.

—¿Qué puedo hacer por ti? —Lluvia puso los ojos en blanco al oír aquella pregunta—. ¿Necesitas dinero? ¿Una nueva consulta médica?

Aferró aún con más fuerza el auricular y cerró los ojos tratando de respirar a través de la rabia que empezaba a llenarla.

—Todo lo que necesito es que respondas a una pregunta —le informó, su voz sonaba grave, ligeramente altisonante—. ¿De quién fue la decisión de adoptarme?

No quería saber nada más que aquello, no necesitaba que aquel hombre que había sido un extraño la mayor parte de su vida le confirmase algo que podría hacer ella misma en el Registro Civil, todo lo que necesitaba, todo lo que quería era una motivo para que su vida, su pasado no se hiciera pedazos.

—¿Cómo has…? —preguntó el hombre, su tono visiblemente sorprendido.

Ni siquiera se había molestado en negarlo, pensó ella con amargura.

—Solo responde a mi pregunta —insistió apretando con fuerza el puño con el papel—. ¿De quién fue la decisión?

Hubo un nuevo silencio, tan prolongado que Lluvia pensó que él había cortado la comunicación.

—Este no es un tema para hablarlo ahora mismo —respondió él finalmente—. Anota este otro número, llámame en un par de horas y hablaremos de ello tranquilamente.

Lluvia dejó escapar un bufido mitad risa.

—¿De qué tienes miedo? ¿De qué se entere tu mujer? —le espetó con irónica frialdad—. No es como si ella no supiese de mí, papá.

—Lluvia, este no es ni el lugar ni el momento…

—¡Al diablo que lo es! —exclamó enfurecida—. ¡Me has mentido! ¡Me has engañado todos estos malditos años! No es como si te hubieses comportado verdaderamente como un padre, pero esto… ¡Me has ocultado la verdad sin importarte absolutamente nada mi vida! ¿Por qué? ¡¿Por qué, maldita sea?!

—¿De qué te hubiese servido saber la verdad, Lluvia? —replicó él con la misma frialdad que había estado utilizando hasta ahora—. Tienes un apellido, has sido cuidada y alimentada…

—¡¿Cuidada?! ¡¿Alimentada?! —Lluvia dejó escapar una dolorida carcajada—. Me he pasado desde los seis años en internados y campamentos, padre, mientras los otros niños se iban a sus casas en vacaciones, yo me quedaba en mi solitario cuarto y todo porque tú no podías dejar tu precioso trabajo y mi madrastra… A ella ni siquiera la conozco. No me hagas reír, tú no te has

comportado como un padre en toda tu vida…

—Estás histérica —respondió él con desprecio.

Lluvia apartó el teléfono de su oído y lo miró como si fuera una serpiente venenosa, las lágrimas de dolor e impotencia deslizándose ya por su rostro.

—Histérica o no, soy mucho mejor persona que tú —le respondió con amargura.

Hubo un resoplido del otro lado del teléfono.

—¿Qué locura vas a hacer ahora, Lluvia? —lo oyó decir, su censura en la voz era patente.

Respiró profundamente y miró el sobre en sus manos.

—¿Locura? —se burló ella—. No soy yo la que la ha cometido, papá… No, Señor Naleri… Pero quizás ya va siendo hora de que cometa alguna.

Dicho aquello, Lluvia colgó el teléfono con fuerza, sus nudillos estaban totalmente blancos mientras dejaba que las lágrimas cayeran por sus mejillas sobre el aparato.

—Aunque no considero una locura el descubrir quién soy en realidad.

Respiró profundamente y volvió a coger el teléfono, las manos le temblaban mientras marcaba el número de Isabel, se lo llevó al oído y esperó hasta oír el sonido que anunciaba que la persona al otro lado había descolgado, entonces, sin darle tiempo, dijo a su amiga.

—Isa, sé que es muy tarde, pero ¿podrías venir a casa? —pidió ella atragantándose con las lágrimas.

La urgencia se oyó en la voz de la mujer al contestar.

—¿Lluvia? ¿Cariño, qué ocurre? —se preocupó—. ¿Lluvia?

—Solo ven, ¿de acuerdo? —suplicó entre lágrimas—. Por favor… solo… ven.

Isabel no vaciló.

—Voy saliendo para ahí —dijo la mujer antes de colgar el teléfono.

Lluvia dejó que el auricular se deslizara de su mano mientras las lágrimas se deslizaban sin parar por su mejilla y el dolor en su pecho crecía y crecía hasta hacerle casi imposible el poder respirar, por fin las compuertas se abrieron y su entereza se vino abajo echándose a llorar como una niña pequeña, la misma niña que había pasado toda su infancia sola y preguntándose qué habría de malo en ella para que su padre no la quisiera solo para descubrir ahora que aquella figura paterna que siempre había extrañado, no tenía nada que ver con ella. Su pasado había sido solo una farsa, y pensar en ello, la destrozaba.

—Mentiras, todo fueron mentiras —gimió mientras se abrazaba a sí misma y se dejaba caer al suelo allí mismo—. Toda mi vida está llena de mentiras.

Lluvia enterró el rostro entre sus rodillas y lloró como nunca lo había hecho, permitiendo que todo el dolor, la rabia y el resentimiento brotaran de su menudo cuerpo.

Nyxx miró la pantalla del video portero por segunda vez y suspiró antes de buscar el botón correspondiente al piso en el que estaba ubicado el despacho de abogados que servía de tapadera para las actividades del Juez Supremo y sus Guardianes. En realidad, todo el complejo pertenecía a los hombres, un lugar tranquilo y en el que no tenían que dar cuentas a nadie de lo que hacían o dejaban de hacer.

La noche transcurrió como un borrón, había estado corriendo por el parque en su forma lobuna y dándole esquinazo a los de Control de Animales, aquellos insistentes hombres habían pensado que sería divertido utilizarlo como práctica de tiro, uno de ellos había incluso intentado echarle el lazo, solo para ver su enorme culo caer sentado en el agua del lago mientras vociferaba a su compañero que lo ayudara. Sin duda, había sido una velada interesante, pero no lo suficiente como para hacer que se olvidara de la pequeña humana que guardaba la llave de su liberación, la

única descendiente con sangre Valaco corriendo por sus venas, la que le estaba destinada como compañera.

Dejando escapar un cansado suspiro, apretó el botón del piso correspondiente y esperó echando un vistazo a la calle.

Lyon se giró en su asiento cuando oyó el sonido del video portero en su consola, un rápido vistazo a la cámara de seguridad le presentó la imagen del Cazador de Almas, alguien a quien no volvió a ver desde que su jefe y la compañera de este habían protagonizado uno de aquellos míticos episodios de "haremos que todos os caguéis de miedo, solo para aparecer ilesos y felices". Todavía quería matar a su jefe por aquello.

Echando un vistazo al otro lado de la sala donde una pequeña y bonita muchacha rubia rebuscaba entre los libros de la estantería preguntó:

—Muñeca, ¿esperabas visita?

Dryah se volvió hacia el enorme hombre de melena rubia y una musculatura digna de la WWE cuando oyó su voz, al ver que le señalaba una de las pequeñas pantallas, dejó el libro que había estado ojeando en su sitio y cruzó la sala hacia el vikingo. Dos largas coletas rubias se deslizaron cayendo hacia delante por sus hombros cuando se inclinó a echar un vistazo al monitor.

—Al fin —murmuró con una sonrisa antes de volverse con su mano tatuada sobre el teclado frente a Lyon, revoloteando en busca del botón exacto—. ¿Cuál es el botón para accionar eso? Ábrele la puerta, dile que entre.

—Quieta, quieta —la detuvo Lyon apartando las manos femeninas de su equipo—. Si quieres toquetear algo, empieza por tu marido.

La chica puso los ojos en blanco, se incorporó y le señaló la pantalla con un dedo.

—Solo déjale entrar, Lyon, viene a verme a mí.

Él chasqueó la lengua.

—Tienes más dotes de mando que un sargento de caballería.

—¿Y entonces por qué no estás obedeciendo? —replicó con una dulce sonrisa.

Entrecerró los ojos, la miró de arriba abajo y luego la apuntó con un dedo.

—A mí no me vengas con esas, muñeca, soy demasiado viejo para tus carantoñas, guárdalas para el cachorro y convéncele de que compremos un nuevo monitor —le dijo para luego volverse hacia el teclado.

—Solo ábrele, Lyonel —insistió utilizando su nombre de pila completo tal y como le había enseñado Shayler—. No nos quedaremos mucho.

No pudo evitar enarcar una ceja ante tal declaración.

—¿Vas a salir? Nadie me dijo nada de que fueras a salir —aseguró mirándola con desconfianza—. ¿Shayler sabe que has quedado? No quiero tener que explicarle por qué no estás donde él te ha dejado cuando vuelva.

Dryah puso los ojos en blanco.

—Sabe que posiblemente iba a venir Nyxx y que si lo hacía, saldría con él —respondió ella alzando las manos—. Estaré perfectamente a salvo, ahora, abre esa maldita puerta.

El hombre se volvió hacia ella, sus ojos clavándose en ella.

—¿Le haces esto mismo al Juez?

Ello lo miró por encima del hombro desde la puerta.

—No, a Shayler no tengo que repetírselo tres veces —le respondió ella con un guiño.

—Qué suerte la mía —resopló con profunda ironía.

La chica sacudió la cabeza y abrió la puerta que daba directamente al pasillo del ascensor, una pequeña recepción previa a las oficinas que mantenían los miembros del selecto grupo de los Guardianes Universales. Estos estaban bajo las órdenes directas del Juez Supremo Universal, el único que administraba la ley a dioses e inmortales por igual. Con motivo de mantener su protección y asegurar la continuidad de la raza humana, quienes vivían perfectamente bien sin saber que existían poderes que no llegarían a entender nunca, le habían sido designados una cantera de guerreros y la misión de mantener el Equilibrio del Universo a cualquier costo.

Dryah era la más reciente miembro del grupo, desposada con el Juez Supremo, se había convertido también en el Oráculo de la Fuente después de que la anterior hubiese ido contra la ley y se la hubiese dado caza. La dulce e ingenua muchacha tenía así mismo en sus manos uno de los poderes más grandes y poderosos del Universo, uno de los poderes Primigenios, El Libre Albedrío.

Lyon accionó el control y habló al micrófono.

—Tú siempre tan oportuno, lobo —lo saludó—. Primer ascensor a la derecha, Dryah te está esperando en el corredor.

—¿Qué ha hecho para tenerte de tan buen humor, Guardián? —se burló el lobo atravesando la puerta cuando esta se abrió para él.

Lyon dejó el botón y se concentró en las cámaras sobre los ascensores, monitoreando en todo momento el acceso del hombre al complejo.

—Existir —respondió Lyon con un bufido mientras cambiaba las cámaras de sitio, ganándose en una de ellas el dedo corazón del Cazador alzado hacia esta.

Sonriendo a su pesar, comprobó todo el sistema antes de dejar a los dos compañeros privacidad y levantarse para acercarse al mini bar en busca de un tentempié.

Dryah esperó impaciente a que el ascensor llegase a la planta correspondiente. Hacía varias semanas que no veía a Nyxx, de hecho, no había vuelto a verlo después de que prácticamente hubiesen regresado de la muerte, ni siquiera sabía con seguridad si el Cazador estaba al tanto de los últimos acontecimientos, aunque a juzgar por las palabras que le había dirigido Seybin era presumible de que así fuera.

Muchas cosas habían cambiado desde la última vez que se vieron, la más reciente de todas y a la que todavía no acaba de acostumbrarse era al don de la profecía, en un momento estaba hablando tranquilamente con alguien y al siguiente se veía sumergida en un mar de imágenes y visiones que traían consigo un oportuno desmayo. No era algo que le ocurriese muy a menudo últimamente, la Fuente parecía encontrar divertido el hecho de que no supiese manejar todavía ese nuevo don así que solo le enviaban aquellas visiones cuando había alguien con ella y eran absolutamente necesarias. La voz dual de aquellos místicos seres todo poderosos estaba siempre presente, guiándola, como había ocurrido aquella misma mañana en la cocina de la vivienda que compartía con su marido. Shayler había insistido en tenerla bajo sus dominios, se sentía más tranquilo con ella protegida y bajo el mismo techo que sus Guardianes.

Aquella última visión había llegado sin avisar, se estaba sirviendo un vaso de zumo y lo siguiente que recordaba era encontrarse en medio de una carnicería, el calor del fuego se mezclaba con el olor de la sangre, soldados masacrando a gente que no llevaban más armas que sus manos desnudas o los aperos de labranza y Nyxx estaba allí, gritando el nombre de una mujer mientras su mirada recorría con desesperación el campo de batalla. Entonces la imagen había cambiado y se encontró descendiendo entre la maleza hacia la orilla de un lago donde presenció el momento en el que una mujer *gypsy* había maldecido a Nyxx mientras él sostenía entre sus brazos el cuerpo ensangrentado y sin vida de una muchacha.

Dryah se estremeció ante el recuerdo de aquellas visiones. Sabía a ciencia cierta que se trataba de un fragmento del pasado del Cazador, pero lo extraño vino después cuando todo aquel escenario desapareció y lo único que quedó fue un lobo con pelaje negro y marrón al lado de una mujer que nunca antes había visto, los ojos de ella eran almendrados, con unas motas doradas, su rostro gentil su mano derecha estaba manchada de sangre, la misma que brillaba en el pelaje del lobo mientras ella lo acariciaba entre las orejas.

Y en medio de todo aquello, la mujer la miró a los ojos y pronunció una única frase:

Putrav lesko drom angle leste te na inkrav les mai but palpale mura brigasa.

—Abriré su camino a una nueva vida otra vez y le liberaré de las cadenas de mi pena —murmuró en voz alta recordando la traducción que le había dado La Fuente—. ¿Qué está ocurriendo realmente?

Aquello era algo que no había podido dejar de preguntarse desde el momento en que la visión la golpeó. Decidió hablar con Seybin y este le explicó la delicada situación de Nyxx, una en la que Dryah pensaba ayudar, aunque fuese a espaldas del propio Cazador; Él le había salvado la vida a un precio demasiado alto para sí mismo, había llegado el momento de saldar aquella deuda.

—Es hora de devolver los favores, Nyxx —murmuró para sí y sonrió cuando el timbre del ascensor sonó al llegar al piso señalado y esperó a que las puertas se abrieran.

Las puertas se abrieron para mostrar a una radiante y sonriente muchacha rubia, sus ojos azules brillaban en un rostro trasparente y delicado que contrastaba drásticamente con el aire de crudo poder que manaba de ella y la envolvía cual sudario, el *Libre Albedrío* en estado puro corría por sus venas. Vestida con una minifalda a cuadros blancos y negros, un suéter blanco y botas altas parecía mucho más joven de lo que en realidad era, pero claro, difícilmente podría achacársele a una muchacha que no aparentaba más de veinte y pocos años, la edad de varios siglos.

—Ey, me gusta el cambio —la saludó señalando las largas coletas rubias—. ¿Extensiones?

Dryah sacudió la cabeza y enredó su dedo índice en el pelo.

—Un regalo de Elora para Shayler —le explicó con una amplia sonrisa antes de lanzarse literalmente a los brazos del Cazador.

Nyxx dejó escapar el aliento cuando recibió todo el peso del cuerpo femenino contra el suyo, los delgados brazos se cerraron alrededor de su cuello en lo que duró el apretado abrazo con el que ella lo recibió.

—¿Crees que podrías darme la oportunidad de respirar? —sugirió él con fingido agobio—. Y sácame las manos de encima, no quiero ser pasto de Juez, gracias.

Ella se echó atrás y mantuvo su sonrisa.

—No vuelvas a desaparecer de esa forma —lo regañó.

Nyxx arqueó una ceja en respuesta.

—Perdona, ¿quién fue la que atravesó la Puerta? —le recordó con el mismo tono.

—Eso fue… algo momentáneo —dijo a modo de excusa.

Nyxx sacudió la cabeza y sonrió antes de llevar la mano a la cabeza de la chica y revolverle el pelo.

—He estado bastante ocupado últimamente —le aseguró antes de bajar la mirada a la mano tatuada de ella—. Han pasado… cosas.

—Creo que a ambos nos han pasado… cosas —asintió ella acariciando su mano tatuada antes de levantar la mirada hacia él—. Más de las que quizás nos hayamos atrevido a compartir.

Nyxx no respondió pero se la quedó mirando durante un instante, entonces suspiró y

respondió.

—¿Qué te parecería comprar unas flores para ahí dentro?

Dryah echó un vistazo hacia la puerta abierta del despacho al otro lado del pasillo y volvió a mirar a Nyxx con el ceño fruncido.

—No estoy muy segura de que a los chicos les haga ilusión la idea de que les llene la oficina de flores —aseguró ella, su voz sonaba con un gran tono de duda—. En realidad, prefiero el chocolate, a eso siempre puedo sacarle partido.

—¿Ahora te has vuelto una amante del chocolate? —le sonrió echándole un rápido vistazo.

Ella se encogió de hombros.

—Uno de los grandes descubrimientos que he hecho en este nuevo mundo —contestó con sencillez.

—Bien, las Orquídeas son más caras y están más en sintonía con lo que necesito de ti —aseguró él sin dejarle lugar a protestas.

—Sigo prefiriendo el chocolate —insistió con una risita—. Pero estoy dispuesta a ver esas orquídeas.

—Bien —aceptó él correspondiendo a su sonrisa—. Eso te ha ganado una tableta de chocolate.

—Quizás debiera mirar también por unas rosas —le sugirió entonces caminando hacia la oficina—. Me encantan las rosas.

Nyxx la siguió.

—Como si quieres comprar la floristería entera, a mí me vale —aseguró con entusiasmo.

—¿Cuánto chocolate me reportaría eso?

Él sonrió divertido.

—Ya veo que has aprendido el arte del chantaje —chasqueó la lengua, pero la diversión brillaba en sus ojos.

Ella le sonrió.

—Una chica tiene que saber ganarse la vida —declaró con voz firme antes de echarse a reír—. Me conformaré con esa tableta.

Él sacudió la cabeza, le alegraba verla con tan buen humor.

—Dame un segundo necesito coger mi bolso y despedirme de mi sombra —aseguró ella desapareciendo en la oficina—. Lyon, me voy.

La respuesta del hombre fue un gruñido.

—Tomaré eso como un “vale” —dijo ella poniendo los ojos en blanco antes de reunirse con su amigo—. Cuando quieras…

—Sabes, deberían existir más mujeres como tú —aseguró Nyxx—. Es un milagro que no hagas preguntas…

Dryah se rio.

—Solo estoy esperando el momento adecuado para realizarlas, Nyxx.

El hombre la miró de lado y sonrió, ofreciéndole su brazo antes de dirigirse de vuelta al ascensor.

—Para qué habré dicho nada…

Lluvia dejó a un lado el té de hierbas que le había preparado Isabel y se frotó la frente con un profundo suspiro. No había podido dormir nada en toda la noche, su mente era un completo caos, nada de lo que giraba en el interior de su cerebro parecía tener sentido, por más vueltas y

vueltas que le dio desde la llegada de Isabel y la posterior explicación de lo ocurrido, solo se había conducido a sí misma a un callejón sin salida. Cuando consiguió serenarse un poco después de la agradable conversación con su progenitor, volvió a mirar las cosas que habían llegado en la caja, así como los sobres que guardaba en el fondo del armario y lo depositó todo encima del mostrador de la cocina intentando encontrarle sentido a todo aquello mientras esperaba a que llegase Isabel.

—Tómate la infusión, te ayudará a calmarte —le dijo la mujer mediante el lenguaje de señas.

Lluvia tomó nuevamente la taza y le dio un sorbo frunciendo el ceño ante el amargo sabor del oscuro líquido.

—No puedo creer que esté pasando esto —murmuró dejando la taza nuevamente a un lado.

Isabel le acarició el pelo y se sentó a su lado.

—Al parecer, las cartas no se equivocaban del todo —murmuró y sacudió la cabeza—. La única manera de estar seguras es ir al Registro Civil y pedir tu acta de nacimiento, si ese papel dice la verdad, habrá un código o algo que lo confirme.

—Papá… —ella sacudió la cabeza—, el eminente y privilegiado Doctor en Psiquiatría Charles Naleri se encargó de darme esa confirmación sin necesidad de palabras.

Isabel suspiró y palmeó su mano. Cuando traspasó la puerta la noche anterior se había encontrado a una Lluvia temblorosa y desesperada, la carta que estaba sobre la mesa, la misma que ella le enseñó después, la había sorprendido casi tanto como a la propia chica. Lluvia no había tenido nunca una buena relación con su padre, pero encontrarse con aquello tuvo que ser un fuerte golpe para ella.

—¿Pudiste hablar con él?

Lluvia soltó un bufido.

—¿Hablar? Al señor Naleri pareció molestarle que su hija, de la cual no ha tenido noticias y por la cual no se ha preocupado desde que abandonó el colegio, lo llamase a casa —respondió ella con ironía—. ¿Sabes que fue lo primero que me preguntó? Si necesitaba dinero. No sabe nada de mí en años y lo primero que me pregunta es si necesito dinero, ¿te lo puedes creer?

—Sí cariño, después de lo que me has contado de él, me lo creo —aceptó sin dudar, entonces volvió a tomar la carta que trajo la muchacha y la miró de arriba abajo—. Lo que no entiendo es quien ha podido ser tan cruel para enviarte esto, tuvieron que meterlo directamente en tu buzón.

Lluvia no respondió, por algún motivo que no lograba a entender, no había sido capaz de contarle a Isabel sobre los extraños paquetes y sobres que recibía cada año por su cumpleaños y lo que contenían. Sentía que aquello era algo demasiado íntimo, demasiado extraño como para poder compartirlo, así que se había limitado a decirle que había recogido la carta del buzón y sin remitente, tal y como se la había entregado.

—Quizás quien la envió pensó que me estaba haciendo un favor —elucubró con un profundo suspiro.

—Quien no se atreve a dar la cara y hace cosas como esta, no me parece que esté en el saco de hacer favores a nadie.

Lluvia asintió y se dejó ir encima de la mesa, cruzando los brazos.

—Deberías tomarte el día de descanso —comentó Isabel. Al ver que ella no respondía la llamó con un toquecito sobre el hombro y continuó en el lenguaje de signos—. En cuanto abra el registro, nos acercaremos y aclararemos todo esto, después te irás a casa y descansarás.

La chica sacudió la cabeza y se volvió.

—No puedo, esta tarde tengo un examen, no puedo faltar —negó pasándose las manos por la cara.

Isabel sacudió la cabeza.

—No has pegado ojo en toda la noche, deberías irte a casa y descansar si pretendes rendir esta tarde en el examen —le aseguró Isabel—. Puedes echarte una siesta antes de ir a clase.

—Soy incapaz de dormir por el día, Isa, me levanto peor de lo que estoy —aseguró con un profundo suspiro.

—Excusas —concluyó palmeando la mano de la chica—. Termínate la infusión, en una hora nos acercaremos al Registro Civil y terminaremos de una vez y por todas con esta incertidumbre.

Ella suspiró, cuando a Isabel se le metía algo en la cabeza, era imposible sacarla de sus trece, pero tenía que darle la razón, si quería salir de dudas de una vez por todas y confirmar la veracidad de aquel documento, lo mejor sería ir cuanto antes.

No estaba segura de qué haría si confirmaban que aquel documento era tan valedero como parecía, una cosa era pensar que tenías padre y que a este no le importabas, otra, que el hombre al que habías añorado como padre, no era más que un extraño que no había tenido el valor para decirte la verdad.

Fuese como fuese, necesitaba conocer la verdad.

Nyxx contempló a Dryah mientras caminaban uno al lado del otro por la Quinta Avenida en dirección a Madison, la chica iba jugueteando con las teclas de su teléfono, concentrada en enviar un mensaje.

—Sabías que yo iba a aparecer, ¿no es así?

Dryah apretó la última tecla, entonces cerró el teléfono y lo dejó caer en el bolsillo de su abrigo antes de volver sus ojos azules hacia él con una pequeña sonrisa.

—Esperaba que antes o después vinieses a hacerme una visita —respondió con un leve encogimiento de hombros—. Sabía que no te quedarías tranquilo del todo hasta verme con tus propios ojos.

Nyxx tenía que concederle aquello. Ella era importante para él, si bien no había tenido hermanos, Dryah era lo más cercano a eso… Y quizás también a una hija… Había pasado tanto tiempo cuidando de ella, que el poder pasarle esa responsabilidad a alguien más se le hacía raro.

—Es difícil mantenerse totalmente alejado de ti, *adelfi*, cuando no se te vigila, te metes en problemas —le aseguró, llamándola hermana en su idioma natal—. Pero eso no responde a mi primera pregunta.

—Yo no soy problemática —se quejó ella.

Nyxx arqueó una ceja en una clara muestra de ironía.

—¿Me lo dices o me lo preguntas?

Dryah chasqueó la lengua y desestimó la pregunta.

—Quizás sí supiera que ibas a pasarte por la oficina —respondió ella con un suspiro.

Aquello era lo que estaba esperando, conocía demasiado bien a su pequeña amiga como para que intentara jugársela.

—Vale, detente ahí mismo —murmuró obligándola a parar—. No has hecho ni una sola pregunta de a dónde vamos y por qué y eso no encaja contigo. ¿Qué está pasando aquí?

Dryah puso los ojos en blanco y suspiró antes de soltarle:

—Soy de la opinión que hay un momento para cada cosa, pero ya que insistes, ¿por qué

vamos a una floristería que está en la otra punta de Manhattan cuando hay una a dos calles de donde vivo? —le preguntó con sencillez—. ¿Y por qué tengo que comprar flores para la oficina? ¿Una orquídea? Yo no sé qué hacer con una planta, Nyxx, lo más seguro es que termine por morirse.

—¿El cactus todavía vive?

Ella lo miró con resignación.

—Sí, pero un cactus difícilmente será una orquídea.

—Son plantas, si no se te ha muerto el cactus, la orquídea sobrevivirá —aseguró con rotundidad, solo para darse cuenta de lo que estaba haciendo—. ¿Qué coño estoy diciendo?

Dryah sonrió y sacudió la cabeza, entonces le preguntó con suavidad.

—¿Quién es ella?

Nyxx se tensó y la miró con recelo.

—¿Por qué asumes que tiene que ser una mujer?

Dryah puso los ojos en blanco.

—No creo que quieras comprarle flores a Seybin —comentó de manera práctica—. La verdad, es que eso sería muy raro.

Él sonrió a su pesar y asintió.

—Es una chica… es mucho más que eso, en realidad… es… complicado —aceptó con un suspiro de resignación, entonces se pasó la mano por la nuca y se volvió a su compañera—. Hay cosas que no sabes de mí, cosas que vienen de muy atrás…

—Un poblado *gypsy* arrasado a fuego y sangre, una mujer muriéndose en tus brazos —enumeró cuidadosamente Dryah—. Sospechaba de la maldición que pesa sobre ti pero no conocía que la había provocado hasta hoy en la mañana…

—¿Quién? ¿Cómo…? —Nyxx palideció al principio para luego empezar a fruncir el ceño y su rostro endurecerse—. Seybin…

Ella negó inmediatamente con la cabeza.

—No ha sido Seybin —negó con un profundo suspiro y miró a su amigo—. Yo también tengo algo que no te he contado. Cuando volvimos, la Fuente… digamos que convocó una reunión, quería que alguien ocupara la vacante que había dejado el Oráculo Universal… Además de la consorte de Shayler, soy una de sus Guardianes y su Oráculo.

La sorpresa de Nyxx fue genuina, ni en sus peores pesadillas hubiese esperado algo como aquello.

—Y pensaba que yo estaba jodido.

Dryah negó con una sonrisa.

—Yo estoy bien, es lo que quiero —aceptó sin dudar.

Nyxx la miró durante unos instantes, leyendo la verdad en sus ojos y finalmente asintió.

—Se llama Lluvia y todo parece indicar que es la última descendiente de una rama *gypsy* que vivió en la Grecia Antigua —comentó eligiendo cuidadosamente las palabras—. Ella… está destinada a terminar con mi maldición, encadenada a esta más bien, es…

—Tu compañera —respondió ella sin lugar a dudas.

Nyxx asintió lentamente.

—Sí, ella es mi compañera.

Ella respiró profundamente, entonces enlazó su brazo al de su amigo y le dio unas palmaditas.

—Añadamos un ramo de rosas a tu orquídea —comentó volviéndose hacia él—. Vamos a necesitarlas.

Nyxx agradeció en silencio la disposición y camaradería de la pequeña rubia, odiaba tener que recurrir a subterfugios como aquel, pero no veía como podía presentarse alguien como él en una floristería cuando no entendía absolutamente nada de flores. La tienda se ubicaba en el bajo de un pequeño edificio de la calle 81 con la Avenida Madison, el escaparate de la derecha tenía rotulado en letras moradas el nombre de la tienda, al igual que en el toldo que cubría la fachada, mientras varias cubetas con infinidad de flores adornaban el frente con la puerta abierta.

—No me dijiste que el lugar fuera tan bonito —murmuró Dryah inclinándose sobre los cubos que tenían frente al escaparate con flores—. Mira que tulipanes más bonitos, son del mismo color que el piano de Jaek.

Nyxx no respondió, su mirada estaba puesta en el interior de la tienda, donde Lluvia preparaba un ramo de flores sobre el mostrador.

—¿Es ella? —preguntó Dryah desde su posición en el suelo y sonrió cuando el Cazador simplemente asintió—. Parece simpática.

—Es sorda —murmuró Nyxx como si acabase de recordarlo, su mirada voló a Dryah quien ya se había levantado y sostenía los tulipanes en sus manos—. Necesita el aparato que lleva en su oído derecho para oír e incluso así, su audición no es muy buena, pero sabe leer los labios.

Ella acarició el brazo de su compañero al notar la defensa en su tono de voz y se levantó con los tulipanes en los brazos.

—¿Vamos?

Antes de que pudiera contestarle, entró en la tienda haciendo sonar el carrillón que anunciaba los clientes.

—Buenos días.

Lluvia alzó la mirada hacia la puerta para ver a una pequeña y adorable muchacha de largo pelo rubio sosteniendo cuidadosamente los tulipanes que había colocado ella hacía apenas unos minutos en la cubeta. Su mirada ascendió al timbre de la puerta e hizo una mueca, ni siquiera lo había oído. Estaba por llevarse la mano a su aparato cuando vio un hombre entrando tras la chica, la respiración se le quedó atascada en la garganta cuando lo reconoció.

—Buenos días —la saludó Nyxx con un pequeño guiño.

Ella se sonrojó y volvió la mirada de uno a otro.

—Buenos días —sonrió dirigiéndose entonces hacia la chica—. ¿Preciosos, no?

La muchacha sonrió con calidez, se la veía tan trasparente, todo en ella emitía tranquilidad, paz y también ronroneaba con un profundo y poderosísimo poder.

—Le estaba diciendo a Nyxx que son del mismo color que el piano de un amigo —aseguró Dryah posando las flores sobre el mostrador antes de echar un rápido vistazo a la tienda y volverse a ella—. Es una tienda preciosa.

—Gracias —asintió Lluvia y le echó una fugaz mirada al hombre quién se acercó a Dryah y miró directamente a Lluvia—. Vaya, hola otra vez.

—Hola *Níkaia* —la saludó Nyxx.

Dryah echó un rápido vistazo a Nyxx al oírle llamar a la chica "*bonita*" en su griego natal.

Lluvia parpadeó, pues no había entendido la última palabra, pero sonrió igual.

Ella es especial, Lobo.

Las flores, adelfí.

Se mordió una risita y se volvió hacia la chica, quien había empezado a separar las flores.

—¿Se las va a llevar todas?

Dryah miró a su compañero y se volvió hacia la chica.

—Como quien las va a pagar es él, sí —aceptó al tiempo que se inclinaba hacia un par de recipientes en los que había una gran variedad de rosas—. Y también quiero una docena de estas rosas blancas y otra de esas de color rosado.

—¿Una docena de cada? —preguntó Lluvia un poco sorprendida, su mirada volando hacia Nyxx.

—Sí —asintió Dryah esperando a que la chica saliese de detrás del mostrador para indicarle cuales eran—. Si pudieras quitarle las espinas, sería estupendo.

—Por supuesto —aceptó ella con una sonrisa.

Acabo de ganar unos cuantos minutos extra, di gracias, Nyxx.

En buena hora se me ocurrió pedirte ayuda. Farfulló él por medio de su comunicación mental.

—Quejica —respondió Dryah en voz alta sin darse cuenta.

—¿Disculpe? —preguntó Lluvia frunciendo el ceño. Había llegado a leerle los labios a la chica.

Dryah sacudió la cabeza y señaló con el pulgar a su compañero.

—Se lo decía a Nyxx —respondió mostrándose curiosa—. Me ha parecido que os conocíais.

Lluvia se sonrojó y esquivó la mirada de Dryah.

—Sí, él… Su presencia fue muy oportuna las dos veces que nos encontramos —dijo ella cogiendo las flores entre sus brazos para llevarlas al mostrador—. La primera vez evitó que acabase bajo las ruedas de un coche, y la segunda recuperó mi bolso.

—¿Bajo las ruedas de un coche? —respondió Dryah con verdadera sorpresa antes de volverse a Nyxx—. No me habías dicho nada de eso.

—No hubo daños de consideración, a excepción del audífono nuevo de Lluvia —resumió él retomando la conversación e indicó el que Lluvia llevaba puesto—. ¿Conseguiste que lo arreglasen?

Lluvia se llevó la mano al oído y se lo sacó mirándolo para después negar con la cabeza.

—Había estado funcionando… Pero es obvio, que se cansó —respondió con un ligero encogimiento de hombros dejando el aparato a un lado, entonces sonrió y señaló a su amiga—. ¿Es ella tu amiga, la que vive aquí?

Dryah miró a Nyxx y finalmente le tendió la mano a Lluvia por encima del mostrador.

—La misma. Soy Dryah Kelly.

—Lluvia Naleri. —Ella vaciló en darle la mano, pues las tenía manchadas de tierra. Finalmente se las limpió en el delantal y se la estrechó.

—Un nombre curioso —aseguró Dryah volviéndose hacia Nyxx.

—Sí, un poco —aceptó la chica mordiéndose el labio inferior.

—Así que, aquí es donde trabajas —comentó Nyxx retomando el hilo de la conversación.

Ella le leyó los labios y asintió.

—Sí, este es el lugar.

—Lluvia, cielo, acuérdate de recoger las cubetas para dentro antes de que cerremos para ir al Registro Civil —llegó una voz con fuerte acento español desde la trastienda, la cual fue seguida al instante por la aparición de una mujer latina de alrededor de los cuarenta y tantos que sonrió con amabilidad al ver a Dryah—. Lo siento, no sabía que estabas ocupada. Buenos días.

—Buenos días —saludó Dryah y le echó un rápido vistazo a Nyxx.

La sonrisa de la mujer empezó a desvanecerse a medida que fijaba su mirada en Nyxx, la confusión se dio cita en su rostro con la desconfianza al tiempo que entrecerraba los ojos.

—¿Quién eres tú? —susurró en voz alta sin darse cuenta.

Lluvia se había percatado de la entrada de Isabel al leer la respuesta en los labios de la joven rubia, la repentina tensión en la mujer la sorprendió.

—Isabel, este es Nyxx, el hombre que me ayudó durante aquel accidente con el coche —le presentó entonces, esperando que aquello ayudase a aliviar la repentina tensión que se apoderó de su amiga.

La mujer la miró y luego al hombre, algo en ella cambió y casi imperceptiblemente hizo un signo que Nyxx conocía muy bien, uno que solían hacer los *gypsy* cuando se encontraban con algo que ellos creían de diabólica naturaleza.

—Señora —respondió él casi con la misma ironía.

—Isa, ¿va todo bien? —preguntó ella preocupada por la actitud de la mujer.

—Sí, *chaví*, no te preocupes.

Nyxx no reaccionó pero reconoció la palabra romaní calé “niña”. Así que la mujer era una *gypsy*.

—Si tienes que marcharte, no te entretengas en limpiar las espinas, ya veré de hacerlo yo —murmuró Dryah intentando aliviar un poco la repentina tensión.

¿Qué está pasando aquí?

—No te preocupes, solo será un momento —aseguró Lluvia tratando de sonreír.

La mujer es romaní y a juzgar por su mirada, debe de haber sentido algo raro en mí.

—Estaba buscando también una orquídea —comentó Dryah mirando de una a otra mujer —. Es para hacer un regalo a mi madre política.

La palabra que buscas es suegra.

No en lo que se refiere a Bastet, ahora quiere que la llame “mamá” porque estoy casada con su hijo. Shayler no ha dejado de reírse desde que salimos de allí. Ya que quieres que compre una Orquídea, se la regalaré a ella.

—Deben gustarte mucho las flores —comentó Lluvia de pasada, sonriendo, pero la sonrisa no llegó a sus ojos.

Aquí hay algo raro, ella parece preocupada.

—Sí, me encantan —aceptó Dryah con sencillez—. Pero insisto, si tienes que salir a algún sitio…

—No tiene importancia, eso puedo dejarlo para mañana.

—Pero Lluvia —se interesó Isabel, en su rostro un obvio reproche.

Nyxx notó su intercambio y se acercó un poco más a Lluvia, la mujer reaccionó de la misma forma, como si quisiera protegerla de él.

—¿Problemas con algún documento? —sugirió él de manera amistosa, procuraba llamar su atención para que pudiese leer la pregunta en sus labios ahora que se había quitado el audífono.

Lluvia lo miró a los ojos y por un momento estuvo tentada a decírselo todo a él, no importaba que apenas lo conociera, de algún modo aquello parecía solo correcto.

—Algo así —respondió terminando con el primer grupo de rosas.

—Deja que te ayude —respondió Isabel, y se comunicó con ella por medio del lenguaje de signos—. Enséñale a la señora las nuevas orquídeas que llegaron ayer.

—Um… disculpa, si necesitas asesoramiento… ju… como se dice… jurídico —respondió Dryah de carrerilla—, mi compañero… mi marido es juez… y abogado.

Lluvia parpadeó sorprendida por la respuesta de la chica, no necesitaba mirarla a los ojos ni leer sus labios para saber que lo decía en serio, había algo en ella que hacía que todo el mundo

creyese en sus palabras.

—Gracias —respondió con una sonrisa y le tendió la mano a modo de invitación—. Si me acompañas te enseñaré las Orquídeas.

Dryah sonrió y tras mirar a Nyxx acompañó a la chica al interior de la trastienda.

Una vez que quedaron a solas, Isabel no sacó la mirada de Nyxx.

—No he tenido oportunidad de agradecerle lo que hizo por Lluvia, temo que hubiese podido ocurrir algo desastroso de no haber estado usted allí —comentó Isabel ocupándose de las plantas.

—No hay nada que agradecer —respondió él con sencillez—. Cualquiera en mi situación habría hecho lo mismo.

—Sí —asintió la mujer. Isabel notaba algo extraño en aquel hombre, algo que no acababa de gustarle y que le provocaba una desconfianza natural—. Lluvia dijo que usted no es de aquí.

Nyxx arqueó una delgada ceja ante el velado interés en la voz de la mujer.

—En realidad soy un poco de todos lados —respondió echando un rápido vistazo a la trastienda—. Actualmente resido en la ciudad y tengo planeado quedarme algún tiempo.

Esto último lo dijo mirando directamente a la mujer con cierto tono de advertencia en su voz.

La amenaza pareció surtir efecto, porque la mujer levantó la mirada de su trabajo y murmuró en romaní:

—*Mashkar le gadjende leski shib si le Romeski zor* [6] —musitó la mujer.

Nyxx sonrió con ironía.

—No soy una amenaza para ti y mucho menos para ella —respondió inclinando ligeramente la barbilla para encontrarse con la mirada de la mujer.

La *gypsy* debió ver algo extraño en su mirada porque reculó con una maldición abandonando sus labios.

—*Bengesko niamso*[7]—siseó entre dientes—. *¿Kaski san? ¿Quién eres?*

—Como ya dije, no soy una amenaza —repitió Nyxx bajando un tono más su rota voz, dándole una cadencia peligrosa—, mis asuntos son con Lluvia, ella es mucho más de lo que aparenta y deduzco por el celo con que la guardas, que lo sabes.

La mujer estaba dispuesta a responder a aquello pero no tuvo tiempo, en ese momento salían las dos mujeres de la trastienda con un par de macetas en dos cajas trasparentes y se sonreían la una a la otra.

—No te creerías lo mucho que sabe Lluvia de flores, Nyxx —comentó Dryah dejando la planta que traía en sus manos sobre el mostrador antes de reunirse con él.

—Puedo imaginármelo —aseguró este dedicándole un guiño cómplice a la chica que la hizo sonrojarse—. ¿Tienes todo lo que querías?

Dryah lo miró extrañada pero asintió.

—Sí —respondió con una sonrisa.

¿Qué me he perdido?

La mujer, en efecto, es una gypsy.

Dryah se sorprendió ante el tono de desprecio con el que Nyxx dijo la última palabra.

¿Y qué hay con eso?

No se fía de mí.

Dryah puso los ojos en blanco al escuchar aquella afirmación en su mente y susurró en voz alta.

—Como si alguien se fiara realmente —le respondió ella con una obvia mirada que se

ganó una sonrisa de parte del Cazador.

—Yo también te quiero.

—¿Lo llevará usted todo, señora?

Dryah se volvió hacia la mujer que le había hablado, no acababa de acostumbrarse a que la gente la llamase por otro nombre que no fuera el suyo.

—Sí… eh… —Dryah vaciló y miró a Lluvia y a Nyxx sin estar muy segura de que debía hacer—. ¿Puedes?

Nyxx esbozó una divertida sonrisa.

—Creo que podré cargar con unas cuantas flores sin que se resienta mi espalda, *gatáki*[8].

Dryah se sonrojó y alzó ambas manos a modo de rendición.

—Al final del día, ellos mandan —suspiró ella.

Nyxx se echó a reír ante aquella salida tan impropia en ella.

—¿Estás segura?

—La pregunta sería, si lo estáis vosotros —le aseguró Dryah con un ligero encogimiento de hombros—. Algunos parecéis pensar que sí.

—¿Se equivocan? —sugirió Lluvia intercambiando una rápida mirada con Nyxx y su acompañante.

—Por supuesto —aseguró Dryah sonriéndole—. He descubierto que el truco está en que ellos no lo sepan.

Las tres mujeres rieron ante el femenino comentario durante un instante, entonces Lluvia envolvió las rosas y los tulipanes y metió las dos orquídeas en unas bolsas.

—Pagabas tú, ¿no? —le recordó Dryah con total inocencia.

—Sí —respondió Nyxx tendiéndole la tarjeta de crédito a la chica al tiempo que le enseñaba el DNI para que corroborara sus datos.

—Gracias —respondió Lluvia tecleando el importe.

—No hay de qué —respondió él esperando a firmar el recibo, entonces le devolvió el bolígrafo y su copia al tiempo que encontraba su mirada—. Creo que todavía tienes mi teléfono, si necesitas ayuda con esos documentos, solo dame un toque.

Lluvia recogió su copia y el bolígrafo y lo miró sorprendida.

—Yo… sí… creo que sí… lo tengo… —aceptó con un ligero asentimiento.

Nyxx le sonrió y echó un vistazo al ceño fruncido de su compañera, aquella *gypsy* estaba claro que no gustaba de su presencia.

—Pues no dudes en utilizarlo —articuló cuidadosamente para ella y le dedicó un guiño—. Nos vemos.

—Sí, claro —aceptó y miró a Dryah con una sonrisa—. Gracias por tu compra.

Dryah sonrió y asintió antes de salir por la puerta con las dos bolsas de las plantas y esperó a Nyxx en la calle. Cuando él se reunió con ella lo miró y echó un último vistazo a la tienda.

—Es más especial de lo que crees.

Nyxx arqueó una ceja en respuesta.

—¿Otra de tus visiones, Oráculo?

Dryah sacudió la cabeza, sus coletas moviéndose de un lado a otro.

—No, solo… Sé que es así.

—Te temo, Libre Albedrío, cuando hablas así, te temo.

Dryah sonrió pero no volvió a decir nada.

CAPÍTULO 5

Isabel se quedó mirando la pareja que había dejado la tienda y se alejaba calle abajo, durante todo el tiempo que llevaba de vida nunca se enfrentó con algo como eso, aquel hombre era mucho más de lo que decía ser, había algo que no estaba del todo bien en él, podía sentirlo como sintió las raíces de la fuerte *Armaya*[9] que le había sido echada.

—Una maldición *gypsy* —murmuró estremeciéndose interiormente antes de volver la mirada hacia Lluvia quien observaba la firma de él en el ticket de la compra—. ¿Qué puede querer él de ti, *chaví*?

Sacudiendo la cabeza para hacer a un lado aquel extraño presentimiento que empezaba a crecer en su interior echó un vistazo a la trastienda al lugar en el que había dejado su baraja de Tarot, los dedos le hormigueaban como siempre que sentía la imperiosa necesidad de hacer una tirada, el recuerdo de las enigmáticas tiradas anteriores volvió a su mente recordando el hombre misterioso que había aparecido rondando a la mujer y los secretos que parecían interponerse en el camino de ambos.

—Termino con esto, meto las flores en la cámara y ya podemos irnos —comentó Lluvia volviéndose a Isabel, de modo que pudiera leer su respuesta.

Isabel se giró hacia Lluvia, su rostro debía reflejar su ansiedad y preocupación pues atrajo la atención de la chica, quien había estado limpiando el mostrador de los restos de las plantas para luego volver a colocarse el audífono, el cual parecía volver a funcionar.

—¿Ocurre algo? —preguntó intrigada—. ¿Va todo bien?

Isabel dudó durante unos instantes, había visto la forma en que Lluvia reaccionaba ante aquel hombre, la tranquilidad que parecía embargarla cuando estaba ante él, algo extraño dado que la chica tendía a desconfiar bastante de los desconocidos, apoyándose en su minusvalía como excusa.

—Sí —respondió finalmente Isabel—. Me distraje pensando en mis cosas.

Lluvia la observó discretamente, sin estar segura de que su amiga le estuviese diciendo toda la verdad. Antes de que pudiera preguntar, Isabel se volvió hacia la trastienda.

—Recoge las flores de fuera mientras miro la cámara y encarguémonos cuanto antes de este asunto —le dijo desde la trastienda—. Debemos ir al Registro antes de que cierre y todavía puede llevarnos algún tiempo que nos den una respuesta.

Lluvia suspiró y fue hacia la puerta, para meter las cubetas de flores al interior de la tienda, por un momento había conseguido olvidarse del problema principal del día, el único que había cambiado toda su vida en cuestión de segundos.

Solo esperaba que lo que encontrase en aquella oficina, le diese alguna respuesta o confirmación a lo que muy dentro de ella intuía que era verdad.

Dos horas después, Lluvia abandonaba el edificio del Registro Civil con la confirmación que había estado buscando, su mirada se alzó hacia el cielo y se quedó mirando una nube que de alguna manera le recordaba a un pájaro, como el Ave Fénix. La comparación no pudo más que traer una sonrisa a sus labios, aquel pájaro mitológico moría solo para resurgir de sus cenizas, quizás debiera de tomarlo como ejemplo y hacer lo mismo.

La visita al Registro no hizo más que confirmar sus sospechas, en realidad, la mujer que

las había atendido se sorprendió ante el hecho de que Lluvia tuviese en su poder un documento como aquel, ya que ese pertenecía únicamente al hospital y a las personas físicas que llevaban a cabo la adopción. La mujer del registro les recomendó entonces que se pusiera en contacto con el hospital para saber si ellos habían extraviado el documento o alguien, con algún poder judicial, habría podido disponer de él. Así mismo había echado por tierra cualquier esperanza de que pudiese saber algo sobre su madre biológica, ya que los datos de la adopción siempre se mantenían en la más estricta confidencialidad y más aún cuando se hacía por medio de un hospital.

Así pues, cualquier pista que pudiese haber estado dispuesta a considerar sobre su pasado, se redujo en unos pocos minutos a nada, su nombre no era más que otro registro en un acta de nacimientos y adopciones, podría ir al hospital en el que se había expedido el acta de adopción, pero dudaba que fuese a encontrar nada allí.

—¿Estás bien? —Isabel le tocó en el hombro para llamar su atención.

Lluvia se encogió de hombros y contestó por medio del lenguaje de signos.

—No peor que esta mañana —aceptó mirando el sobre con la copia de los documentos que le habían otorgado en el registro—. Imagino que será cuestión de acostumbrarse.

Isabel chasqueó la lengua y sacudió la cabeza.

—Quisiera saber quién tiene tan mala fe como para enviarte esa carta —aseguró la mujer, comunicándose por medio del lenguaje de signos.

Lluvia suspiró, recordando haberle dicho a Isabel que encontró la carta en el buzón a su nombre, sin remitente, omitiendo cualquier cosa que lo relacionase con los extraños envíos de los últimos años. Era curioso que aquel paquete le hubiese llegado en aquel momento, puesto que no coincidía como siempre lo había hecho con la fecha de su cumpleaños.

—Más me gustaría saber cómo consiguieron sacar esto del hospital, si como ha dicho la funcionaria, se necesita prácticamente una orden judicial para retirar un documento así incluso por el propio adoptado —murmuró Lluvia, entonces sacudió la cabeza—. Esto es una locura, ¿por qué ahora? ¿Por qué precisamente ahora?

—¿Preferirías no haberlo sabido? —sugirió Isabel.

Lluvia suspiró.

—En estos momentos no sé qué es lo que prefiero —aceptó mirando el reloj a la par que metía de nuevo el sobre en su bolso—. Iré a casa a recoger mis cosas y me iré directamente a la biblioteca, intentaré repasar para el examen de esta tarde, eso sí consigo concentrarme en algo que no sea esa maldita carta.

—¿Estás segura? ¿No sería mejor que descansaras antes un poco? —sugirió Isabel con preocupación. Lluvia no había descansado nada en toda la noche, su rostro estaba pálido y sus ojeras eran más que evidentes.

Lluvia sacudió la cabeza.

—Estaré bien —se obligó a creerlo ella misma, entonces se volvió hacia la mujer con un repentino pensamiento—. Isa, ¿conservas todavía la copia del mensaje que te envié el día del accidente con el coche?

La mujer se sorprendió por la pregunta e incluso receló un poco. No le gustaba la idea de que Lluvia se acercara a aquel hombre, había algo en él que no lograba ver y no estaba tranquila.

—No estoy segura de que lo conserve, sabes que suelo borrar los mensajes cuando se acumula la bandeja, ¿por qué?

Lluvia dudó. ¿Por qué ese interés ahora en saber si tenía el número de Nyxx? Quizás había quedado impactada por verlo nuevamente, quizás… Fuera por eso.

—Y no habrás guardado el número de teléfono desde el que te mandé el mensaje, ¿no? —se encontró insistiendo.

Isabel se detuvo y se quedó mirando a la chica, su expresión se volvió seria durante un instante. Lluvia no había sentido ningún interés por aquel hombre en el momento del accidente, de hecho se había olvidado por completo de él pese a que ella misma la había estado azuzando y bromeando sobre el desconocido, ahora que lo había visto, no podía estar más arrepentida de sus acciones. Aquel hombre no era lo que parecía, de algún modo estaba segura de ello.

—No creo que debas volver a verte con él, mi querida —le dijo muy lentamente, como si quisiera asegurarse que Lluvia podía leerle los labios—. No estoy segura de que él sea realmente quien dice ser.

Lluvia arqueó una ceja en respuesta.

—¿Ocurrió algo mientras le mostré a la señorita las Orquídeas? —preguntó vacilante.

Isabel pareció dudar durante un instante, pero finalmente respondió.

—Hay algo oscuro en ese hombre, *chaví*, oscuro y antiguo —aceptó con toda la seriedad que se le conocía—. Podría incluso jurar que alguien le ha echado una *Armaya*, una maldición gitana.

Lluvia se la quedó mirando durante un buen rato, entonces esbozó una sonrisa de incredulidad.

—Te estás quedando conmigo, ¿verdad?

La mujer caminó hacia ella y posó su mano sobre el hombro femenino.

—No podría asegurarlo al cien por cien, Lluvia, pero sí que hay algo que no está del todo bien en él, es como si no fuese del todo la persona que ves ante ti.

Lluvia se estremeció, ella misma había tenido una sensación parecida con respecto a Nyxx, como si hubiese más del hombre que tenía ante ella, pero en ningún momento lo había sentido como una amenaza, sino al contrario. Cuando lo vio entrar en la tienda con aquella bonita rubia se había sentido inexplicablemente alegre, el solo hecho de volver a verlo consiguió apartar durante unos instantes todo el desastre en el que se había convertido su vida, diablos, si hasta le estuvo mirando el culo cuando se volvió hacia su compañera, y qué culo. No podía negar que se sentía atraída por él, algo ilógico y poco racional, pero tenía algo que no había encontrado jamás en otros hombres, no era algo tangible pero estaba allí, y diablos, tenía que estar ciega además de sorda para no ver el pedazo de queso que era.

Un suspiro procedente de los labios de Isabel llamó su atención.

—Ya veo que a ti te ha dejado huella —murmuró la mujer con resignación.

Lluvia se apresuró en negar con la cabeza.

—No, yo…

Isabel sonrió.

—Cariño, yo también tengo ojos en la cara, es normal y comprensible que te atraiga alguien como él —aceptó a pesar de sí misma.

Sí, lástima que aquello pareciese ir más allá de la simple atracción.

—Solo ten mucho cuidado —insistió—. Sé que hay algo oculto en todo esto, y empiezo a pensar que los secretos que describían las cartas tienen algo más que ver que con lo de tu adopción.

Lluvia no respondió, tampoco es que supiera que decir en aquellos momentos.

—Si vas a ir a la biblioteca, asegúrate de comer algo antes, ¿de acuerdo? —le hizo prometerle—. Te llamaré esta noche, cuando salgas de clase, para ver qué tal te ha ido.

Con una vacilante sonrisa, asintió, le dio un abrazo a Isabel y bajó a la estación de metro

que la acercaría a su hogar.

Dryah dejó las dos macetas con las orquídeas en el suelo del ascensor mientras se giraba a recoger los ramos de flores de los brazos de Nyxx. Este mantenía cubierto el sensor de las puertas para que no se cerraran mientras ella se organizaba para trasladar todas las flores.

—¿Podrás con todo? —le preguntó él cuando le dejó el último ramo en los brazos.

Dryah sopló aire en un intento de hacer a un lado un mechón de pelo y asintió sopesando su carga.

—Eso creo —asintió con diversión—. Cuando llegue arriba, llamaré a Lyon y se las dejaré caer todas en los brazos, será toda una experiencia verlo cubierto de flores.

Nyxx esbozó una sonrisa.

—Serás diablillo, ¿eso es lo que te está enseñando el Juez? —sugirió con tono divertido.

Ella solo sonrió.

—Sus enseñanzas abarcan un poco de todo —respondió ella con un ligero encogimiento de hombros, antes de ponerse ligeramente seria y volverse a mirarle—. ¿Estarás bien?

Él la miró durante un instante y finalmente ladeó el rostro entrecerrando los ojos con una clara ironía en ellos.

—¿Ahora eres tú la que se va a preocupar por mí?

Dryah le sostuvo la mirada.

—Alguien tiene que hacerlo, ¿no? —le respondió ella, entonces se volvió y se alzó sobre la punta de los pies para poder darle un beso en la mejilla—. Solo cuídate, Nyxx y cuídala también a ella.

Él asintió y dio un paso atrás permitiendo que las puertas se cerraran.

—No hagas ninguna trastada —oyó la voz de Dryah antes de que las puertas se cerraran por completo y el ascensor empezara su ascenso.

Él sonrió ante la advertencia de la pequeña rubia, había cosas que simplemente no podían evitarse.

Lluvia abandonó la academia con un amargo sabor de boca, no estaba segura de lo que esperaba encontrarse en el examen, pero no creía que fuese a obtener una buena puntuación, había tenido la cabeza en otro lado durante todo el día.

Se había decantado por hacer Paisajismo en una academia especializada y por qué la prueba de acceso había sido milagrosamente sencilla y le permitió acceder a ella. Adoraba la naturaleza y el arte, le hubiese gustado poder hacer la carrera de Arquitectura Paisajística en la universidad y residir en el campus, pero a los veintinueve años, y teniendo como única fuente de ingresos su sueldo de la tienda, todo lo que podía hacer era asistir a las clases nocturnas y rogar que pudiese estirar el dinero lo suficiente para poder costearse los materiales. No había elegido una profesión fácil, necesitaría al menos cuatro años para poder sacarse el título y estaba más que claro que ella no era un cerebrito, solo su pasión y las ganas de aprender evitaban que se diese por vencida antes de empezar.

Miró el reloj y suspiró, a esas horas el metro estaría a reventar de gente, pero no le quedaba de otra, no podía ir caminando. La última vez que lo intentó, había tardado casi una hora en llegar a su casa y cuando por fin llegó a ella estaba tan empapada que al día siguiente amaneció con un fuerte resfriado que la mantuvo en cama durante varios días.

—Si consigo cogerlo ahora, podré bajarme en Central Park y hacer el resto del tramo a pie, solo serán quince minutos y me ahorro tener que pelearme con la muchedumbre para hacer

el transbordo —murmuró para sí misma mientras hurgaba en el bolso en busca de la tarjeta del metro—. Pronto tendré que sacarme otra.

El gasto extra del transporte era otro de los puntos negros de su vida de estudiante, uno que iba a quedar relegado ante el hecho de tener que buscar vivienda. Había estado barajando la idea de mudarse cerca de la academia pero los precios de los alquileres eran desorbitantes, y a esas alturas del curso académico los pisos de estudiante ya estaban totalmente ocupados. Realmente el panorama se le antojaba deprimente, tanto que prefirió no seguir pensando en ello y corrió hacia la entrada del metro que había un par de calles más abajo, si no quería perderlo tenía que darse prisa.

Cruzándose la cinta de la cartera a través del pecho bajó por la entrada del metro. La diferencia de temperatura del exterior con el interior del subterráneo era apabullante, podías estar muriéndote de frío en el exterior que en el interior de los túneles te sobraría hasta la chaqueta.

Bajó las escaleras con cuidado, el suelo estaba mojado, parecía que había estado lloviendo mientras asistía a la conferencia del seminario, por fortuna, el tiempo pareció estabilizarse para el momento en que abandonó el enorme edificio. Era irónico que tuviese un nombre como el de Lluvia y no le gustase demasiado ese estado del clima, prefería con mucho el frío invernal de la nieve, o el tibio calor de la primavera, a la incesante lluvia que podía pasarse días cayendo sin interrupción.

Como había previsto, el metro estaba a rebosar de gente, nunca le habían asustado los lugares cerrados pero las aglomeraciones de gente la ponían nerviosa, dejando sus nervios de punta y la desconfianza a flor de piel y su incapacidad auditiva no hacía sino agudizar esa fobia. Ella prefería con mucho los espacios abiertos, debía de ser así mismo la única persona que amaba sus momentos de completa soledad.

Escurriéndose entre la gente, pasó la tarjeta y entró en los túneles precipitándose hacia la enorme locomotora subterránea que recorría el subsuelo de la Gran Manzana. Un rápido vistazo a su alrededor y todos los asientos estaban ocupados, tenía casi unos veinte minutos por delante de viaje, así que se fue hacia una de las agarraderas y se posicionó de modo que pudiera estabilizarse sin molestar a nadie, ya que si llegaban a decirle algo y no la estaban mirando a la cara, ella no les oiría.

Claro que, para escuchar tonterías, a veces era preferible estar sorda.

El cansancio y los extraños sucesos del día estaban haciendo ya mella en ella, con un suspiro recordó la caja que le esperaba en el mostrador de la cocina, no había podido quitarse de la cabeza el documento de adopción en el que figuraba su nombre. Y estaba aquella especie de diario o cuaderno de flores ilustradas y unas cuantas frases en un idioma que le era desconocido. Si bien, en medio de aquel cuaderno encontró algunas frases que bien podían ser romaní. Una de aquellas frases perdidas entre las ilustraciones, le había llamado la atención: *Kay zhala I suv shay zhala wi o thav.*

—Donde la aguja va, seguramente le seguirá el hilo —murmuró Lluvia en voz alta. Había conseguido traducir la frase en la biblioteca, después de ponerla en uno de los foros de la red en el que alguien amablemente le había dado la traducción, pero Lluvia era incapaz de encontrarle significado. No había nada más allá de lo que se hacía obvio en aquella frase, el porvenir, algo inevitable. Pero ¿el qué? ¿Qué era eso tan inevitable que alcanzaría antes o después?

Las luces del panel cambiaron mostrando la próxima estación y Lluvia se abrió paso hacia la puerta, esperando a que llegase su parada y pudiese apearse del metro. Ojalá dejar sus problemas atrás fuera tan fácil como bajarse de un tren cuando este se detenía.

La noche ya había caído sobre la ciudad, la gente se había ido a casa y solo quedaban

algunos rezagados que empezaban su turno de trabajo o aprovechaban los últimos momentos antes de recogerse, el Parque a esas horas estaría prácticamente vacío, con la noche húmeda y nublada que se había quedado dudaba incluso que los vagabundos buscasen refugio en su seno.

Respirando profundamente tomó en su interior el agradable olor de la tierra húmeda, toda una ironía que no le gustase la lluvia pero sí el aroma que impregnaba la tierra y los árboles después de que esta cayese. El parque parecía estar en completo silencio, un silencio que iba más allá de su incapacitado sentido del oído, Lluvia no sabía explicarlo pero era capaz de adivinar cuando los pájaros trinaban en los árboles aún sin oírlos, o cuando las ardillas correteaban entre los arbustos aunque no estuviesen a la vista, esa noche sin embargo, el parque estaba completamente silencioso, como si presintieran que había un nuevo predador al acecho.

Estaba tan ensimismada en su ambiente que prácticamente cayó en el suelo al tropezar con el obstáculo que se había interpuesto en su camino. Lluvia se volvió inmediatamente esperando que hubiese chocado con un banco, o se hubiese llevado algún árbol por delante, después de todo, podía ser sorda, pero sus demás sentidos tendían a desvanecerse cuando se sentía en comunión con la naturaleza.

Se quedó congelada cuando se encontró cara a cara con un hombre, su mirada brillaba con un atisbo de sorpresa, el cual pronto fue sustituido por masculina apreciación, una apreciación que se hacía nauseabunda ante la visión de sus dientes amarillentos y el apestoso aliento a alcohol que emanaba de él.

—Disculpe, no le había visto —murmuró ella rápidamente, intentando sortear al hombre y continuar su camino.

—Ey, no tan deprisa, bonita —se rio el hombre, que estaba claramente borracho. Su mano de dedos ganchudos se cerró en su brazo y tiró de ella haciéndola trastabillar—. ¿A dónde vas? ¿No te apetece un trago?

Tuvo que concentrarse para mirarle a los labios y leer en ellos lo que estaba diciendo, aunque todo lo que quería era salir corriendo. La mano del hombre se había cerrado con fuerza en su brazo y no era capaz de soltarse.

—Suél..te…me —empezó a tartamudear. Cuando se ponía nerviosa era incapaz de encontrar su voz—. O…gri… grito.

—¿Por qué vas a gritar? Vamos, te invito a la fiesta —se rio el hombre antes de arrastrarla hacia uno de los bancos más adelante en el que había otro hombre tirado, presumiblemente durmiendo la mona—. Ey, Charles, mira lo que he encontrado, se quiere unir a la fiesta. Dale una cerveza.

Lluvia entró en pánico cuando el otro hombre medio se incorporó y levantó la cerveza a modo de brindis.

—Hola, guapa. ¿Te unes a la fiesta? —la recibió con un movimiento de su botella.

—¿Has visto? Tiene una piel muy suave —aseguró el borracho que todavía la tenía agarrada, acariciando la piel de las manos de ella, para luego pasarle una sucia mano por el rostro —. Me pregunto si será igual en todos lados. ¿Qué te parece si dejamos que Charles duerma la borrachera y tú y yo nos vamos a celebrarlo?

Lluvia empezó a sacudir la cabeza y forcejeó con más fuerza, llegando a pegarle una patada en la tibia que hizo al hombre aullar y soltarla de un salto.

—¡Zorra! —clamó gritando y escupiendo. Su botella salió disparada hacia la chica, rompiéndose a sus pies. Lluvia estaba aterrada, paralizada por el miedo.

—¡Ey! ¿Qué le has hecho a mi colega? —se levantó el hombre que había estado sentado en el banco.

Ella gimió, dio media vuelta y echó a correr solo para sentirse lanzada contra el suelo con fuerza, seguido de varios vapuleos que la alzaron y la dejaron boca arriba con el hombre que había estado tumbado en el banco cerniéndose sobre ella.

—No está bien pegarle a Peter —aseguró este agarrándole las manos cuando las alzó para pegarle—. Eres una chica muy mala, pero te voy a enseñar que se les hace a las chicas malas como tú.

Lluvia palideció cuando sintió la mano del hombre tironeando de su chaqueta y bajando a la cintura de su pantalón, el estupor y el temor dieron paso al terror y empezó a revolverse como una gata, pegando y arañando.

—¡Maldición, Peter! ¡Échame una mano! —clamó el que tenía sujeta a la chica—. Me está pegando.

—Pues pégale tú a ella —le respondió el otro borracho.

Lluvia alcanzó el rostro del hombre sobre ella y le arañó con fuerza haciéndolo aullar.

—¡Puta! —clamó y su mano salió disparada hacia la muchacha volviéndole la cabeza de una bofetada. El dolor explotó en la cabeza de Lluvia, el sabor metálico inundó su boca mientras todo a su alrededor empezaba a zumbar, las lágrimas empezaron a correr por sus mejillas mientras sus labios formaban una muda súplica.

Ayuda.

El ambiente húmedo no era algo que molestara especialmente al lobo, su larga lengua rosada salió entre los agudos y afilados dientes para lamerse la nariz, todo su pelo brillaba por el rocío de la lluvia que había caído mientras correteaba y estiraba sus poderosas patas por las inmediaciones de Central Park. Los chicos de Control de Animales estarían tan calientes y secos en su oficina que no tendrían ni ganas de salir a patrullar lo cual para él estaba bien.

Sacudiéndose desde la cabeza a la cola, hizo volar las gotas de lluvia que habían mojado su pelo sin llegar a penetrar en su piel, sus profundos e intensos ojos verdes recorrieron la extensión que se abría ante él empapándose de la noche como solo podía hacerlo a través de la visión de un animal.

La caza había logrado aplacar un poco su interior, las dos almas que acompañó hasta la Puerta le habían dado trabajo suficiente como para liberar la tensión que se había ido acumulando desde que la vio aquella mañana, con todo, ni siquiera ahora, después de correr en su forma lobuna se sentía del todo tranquilo. El parque estaba demasiado silencioso, de la manera en que lo estaría un terreno vacío, muerto, pero aquello estaba bien con él, solía ser así cuando corría en esa forma, los animales que hacían su casa en aquella parcela de vegetación estaban bien escondidos pues no querían tener que enfrentarse a un predador natural como él. Los únicos ruidos que escuchó pertenecían al correr del agua, a los lejanos sonidos del tráfico y a las murmuradas conversaciones de amantes y vagabundos que a pesar del inclemente tiempo habían decidido salir a pasear por la noche.

Un bajo gruñido escapó de su garganta mientras sus patas pisaban con mucha suavidad sobre el terrero alejándole de su posición actual, había algo en el ambiente que no estaba bien pero no conseguía dar con el motivo. Su rosada lengua lamió nuevamente su nariz antes de alzar el hocico hacia el cielo y otear el aire en varias direcciones, el aroma que captó lo dejó tenso, inmóvil, un ligero gemido naciendo desde lo más profundo de su garganta cuando reconoció el olor, el único que hacía que su alma de lobo aullara de placer. El aroma se hacía más intenso hacia la zona sur, su largo hocico se deslizó en aquella dirección antes de que su larga lengua saliera de su boca y se lamiera una vez más, como si pudiera saborearla. Con un pequeño salto

sus patas lo impulsaron hacia el camino, sus pisadas apenas se advertían sobre el terreno mientras trotaba en aquella dirección, su larga y peluda cola ondeándose con impaciencia mientras los músculos de sus poderosas patas trabajaban al unísono acercándolo más y más hacia aquel aroma que lo llamaba como una sirena.

Una leve ráfaga de aire lo hizo detenerse nuevamente, sus orejas moviéndose espasmódicamente, algo no iba bien, ahora no tenía duda, el aire había traído a su nariz el aroma de ella mezclado con un profundo miedo. Desnudando sus colmillos en tensa respuesta permaneció inmóvil, sus grandes orejas se movían tratando de captar hasta el más leve sonido en el parque y finalmente lo oyó. El grito se clavó en su interior con garras de acero, el terror en aquella voz femenina hizo que su pelo se erizara y sus colmillos relucieran en todo su esplendor, sus poderosas patas levantaron la arenisca del suelo cuando se lanzó en una infernal carrera a través del parque. El terreno se hacía borroso bajo sus pies, la vegetación se confundía con la noche mientras corría impulsando su ágil cuerpo hacia su compañera.

Lluvia

Su nombre hizo eco en la nebulosa parte que era su mente cuando estaba en esa forma primitiva, hombre y bestia tenían un solo interés en ese momento, alcanzar a su compañera y matar lo que quiera que hubiese originado su miedo.

El olor a alcohol e inmundicia humana le llegó antes que el claro sonido de las risas masculinas y los desesperados gritos y lloros femeninos aumentando la mortífera rabia que crecía en su interior. Su alma salvaje tomó las riendas volviendo su visión roja e intensa, la razón quedó relegada a una esquina de su cerebro mientras el modo predador del lobo entraba en acción avivado por los recuerdos, la impotencia del pasado y la necesidad de defender aquello que era suyo y por primera vez desde que la maldición lo había atado a aquella bestia, dio rienda suelta a su libre albedrío.

Con un poderoso salto el animal se lanzó a la yugular de su presa derribando al humano entre aterrados gritos, la sangre brotó a través de sus papilas gustativas cuando hundió las fauces en la tierna carne asegurando su presa contra el suelo con mortal precisión. Su mirada letal estaba fija en el otro hombre que se había apartado dando traspiés, gritando como si estuviese frente al mismísimo diablo. La mujer yacía en el suelo, su chaqueta estaba abierta, la camiseta había sido alzada de forma precaria dejando a la vista el color marrón de su sujetador y sus jeans habían sido abiertos, ella lloraba silenciosamente, su pelo revuelto y entretejido con la suciedad del suelo volviéndose de lado hasta quedar en posición fetal, temblando como una hoja. Una poderosa ola de rabia y ultraje sacudió todo su cuerpo haciéndolo temblar, el humano bajo sus fauces había dejado de luchar y toda su atención se centraba ahora en el otro hombre que tenía serias dificultades para permanecer en pie y no chocar y caer cada dos pasos con sus propios pies.

Su fuerte mandíbula soltó su presa solo para incorporarse y avanzar con los dientes al descubierto y goteando sangre hacia su próxima víctima, su enorme cuerpo fue describiendo un amplio círculo manteniéndose en todo momento entre la mujer y aquel despojo de humanidad.

—Lo… lo has… matado —gemía el hombre, su aterrada mirada puesta en el cuerpo inerte y ensangrentado de su compañero, las lágrimas bañaban su rostro y un fuerte olor a orina caliente llegó hasta su nariz, haciéndole fruncir el hocico con asco—. Mi dios, lo has matado… Lo has matado…

El lobo frunció aún más el hocico mostrando sus poderosos dientes en una mueca que proclamaba que no sería el único.

Un nuevo gemido seguido por un jadeo femenino captó su atención, haciéndolo desviar un

instante la mirada de su presa a la pequeña hembra que ahora lo miraba desde el suelo con el terror alojado todavía en sus ojos. Sus fauces se relajaron al mirarla ocultando los dientes, su enorme cabeza se inclinó ligeramente en señal de sumisión. Él no quería asustarla, ella era suya, no quería asustarla. Poco a poco la neblina rojiza fue dando paso nuevamente a la conciencia compartida y junto con ello un profundo aullido lobuno escapó de la garganta del animal, un sonido tan lastimero que todos los perros y sus congéneres alojados en el Zoo dentro del parque empezaron a responder.

El sonido de pies derrapando sobre la tierra hizo que la cabeza del animal se volviera de golpe para ver al otro humano corriendo por su vida, todo él se tensó dispuesto a seguirlo y darle un fin parecido al del primero pero cuando estaba a punto de hacerlo, una aterrada súplica se hundió en su mente derribándolo como si lo hubiesen impactado con un dardo tranquilizante.

¡No! ¡Por favor, no!

Su mirada voló hacia la muchacha que temblaba como una hoja, su mirada continuó sobre la suya durante unos instantes, antes de dejarla vagar a su alrededor y tensarse cuando vio al otro hombre tendido en el suelo en un charco de sangre. Jadeando y llorando, todo al mismo tiempo empezó a deslizarse por el suelo, retrocediendo del cuerpo inerte y del preciado líquido de vida hasta conseguir a duras penas ponerse en pie solo para volver a caerse, incapaz de apartar la mirada del cadáver.

—Qué… que has… está… es… muer… muer… —jadeaba y temblaba al mismo tiempo, su mirada atónita y absolutamente aterrada fija en la figura inmóvil y ensangrentada en el suelo —. Oh d… dio… dios… oh…. O…

Nyxx se lamió la nariz involuntariamente y probó nuevamente el sabor de la sangre recordándole lo que ese hijo de puta había estado a punto de hacerle a su compañera, un bajo gruñido brotó desde el fondo de su garganta pero se obligó a retenerlo al ver la mirada aterrada en los ojos de ella. Alzó el hocico y movió las orejas tratando de captar algún olor o sonido, entre el alboroto de los animales del zoo y la carrera del otro hombre no dudaba en que pronto vendría alguien a echar un vistazo, tenía que sacarla de allí.

Muy lentamente, agachando su cuerpo empezó a acercársele, ella no se movió, toda ella temblaba de forma incontrolada, sus manos aferraban la chaqueta contra su cuerpo mientras miraba la sangre que se había ido extendiendo bajo el cadáver a pocos pasos de donde se encontraba.

Mírame, Mikrés[10]*, vuelve tu mirada hacia mí*

Su orden mental fue directa y precisa, no estaba seguro de si funcionaría en su forma lobuna pero por la reacción de ella, que se volvió hacia él como si lo hubiese oído parecía que había funcionado.

No apartes tus ojos de los míos. Solo mírame

Lluvia cumplió su parte, sus ojos volviéndose hacia el lobo.

—Por qué te… ¿Te oigo? —murmuró ella sacudiendo la cabeza—. No… no, no, no…

Todo irá bien. Solo mírame. Ven. Ven conmigo

—No —volvió a negar ella con la cabeza antes de echarse a llorar nuevamente—. No… no… él… él est… a… muer… Muerto… tú… tú…

Nyxx maldijo interiormente, ella era demasiado fuerte, había algo en su interior que le hacía imposible controlarla de esa manera, o a lo mejor era por su forma de lobo.

Oh, qué demonios

Antes de poder pensarlo, recorrió el camino que los separaba en un santo, la rodeó y agarrando con los dientes la cartera que todavía llevaba atravesada, empezó a tirar de ella con

fuerza, sin darle oportunidad a negarse, arrastrándola con él. Si esa era la única forma, arrastraría su culo por todo el parque si hacía falta, pero iba a sacarla de allí.

Lluvia estaba aterrada, ese enorme perro…lobo… lo que fuera, había matado a un hombre delante de ella… El mismo hombre que estaba dispuesto a violarla con ayuda de su compañero. Ambos estaban borrachos, el olor a alcohol no había abandonado todavía su nariz, ni la mirada libidinosa y desagradable que vio en su rostro, sus manos se habían movido como garras sobre su cuerpo, la tocaron… Un estremecimiento de repulsión la recorrió de nuevo y toda ella volvió a temblar por lo que había estado a punto de ocurrir.

—Ese… ese hom… hombre… muerto —balbuceó de nuevo, tropezando con sus propios pies mientras el can no cesaba en tirar de su ropa alejándola de la escena y la sangre que había cubierto el suelo bajo aquel cuerpo. Trató de volver la mirada atrás solo para obtener un gruñido de advertencia de parte del animal.

No mires atrás

Sacudió la cabeza, sus ojos fijos en los de aquella bestia que no cesaba de tironear de ella, haciéndola avanzar hacia el puente que cruzaba el lago.

—Lo… lo ma...mataste —murmuró incapaz de pensar en otra cosa.

El animal se detuvo un instante y alzó la nariz como si estuviese olfateando algo, entonces volvió a tirar de ella hacia la pendiente que bajaba hasta el agua.

—¿Qué… que ha… haces?

El lobo gimoteó tirando nuevamente de ella para soltarla al final haciendo que cayese sentada.

Espera, aquí

Satisfecho, comprobó los alrededores antes de descender trotando hasta el agua y hundir sus patas delanteras manchadas de sangre, así como su hocico en el agua. No soportaba el sabor de la sangre en su boca, sabía que su pelaje estaría igualmente manchado después de atacar a aquel desgraciado y ella ya estaba bastante asustada y en shock como para añadir más recordatorios a la lista. Se frotó el hocico con las patas y sobre la hierba antes de volver a sumergirlo en la helada agua, entonces se sacudió por entero y volvió la mirada hacia donde había dejado a la chica.

Había desaparecido.

Nyxx entró en pánico durante una fracción de segundo, el tiempo que le llevó registrar la zona con su fino oído y la escuchó arrastrando los pies un poco más allá del puente. Sacudiendo una vez más su peluda cabeza, se impulsó sobre sus patas y ascendió en un par de saltos al camino principal, siguiendo su olor.

Mujeres. ¿Por qué no se quedan dónde les dices que se queden?

No tardó ni un minuto completo en dar con ella deambulando totalmente desorientada, murmurando en voz baja sobre el hombre que él había matado, sobre voces en su cabeza. Realmente le sorprendía que pudiese oírle, pero después de todo, ella era descendiente de los Valaco, uno de los pueblos romaní más fuertes que se habían dado en Grecia y esa tribu era conocida, entre otras cosas, por su afinidad con todo lo que tenía que ver con lo sobrenatural y la naturaleza, y lo más importante de todo, ella era su compañera.

Si un lobo pudiese suspirar, él lo habría hecho en ese mismo momento.

Adelantándose con un sencillo trote se paró delante de ella cortándole el paso. El terror en su mirada en cuando lo vio le dolió tanto como si le hubiesen clavado un hierro ardiendo, estaba aterrorizada de él, no es que pudiese culparla después de haber pasado por aquel infierno.

—Vete… de… déjame —gimió echándolo con un movimiento de la mano.

Él suspiró mentalmente y se agachó, pegando todo su cuerpo al suelo mientras se mentalizaba para lo próximo que iba a hacer.

Espero que sepas apreciar esto, compañera. Pensó antes de empezar a arrastrarse sobre la tripa, ayudándose de las patas delanteras para avanzar con la cabeza baja y un ligero gimoteo.

Vamos, pequeña, ven con el perrito. Ven con el estúpido perrito.

Nyxx la vio negar con la cabeza y retroceder aún más, sus mejillas bañadas por las lágrimas.

Maldición, Lluvia, haz el favor de venir conmigo de una vez. Te llevaré a casa.

—No —negó ella sacudiendo la cabeza—. No te acerques… por favor… no te he hecho nada… vete a casa.

Él se detuvo y dejó caer la cabeza con pesadez en el suelo.

Me rindo. Murmuró para sí antes de alzarse sobre sus cuatro patas y dar un único salto hacia ella haciéndola caer al suelo para luego situarse sobre ella con cuidado de no lastimarla y acercar su hocico lo suficiente como para mirarla directamente a los ojos.

—¿Vas… vas a… comerme?

El lobo dejó escapar un sonido de su garganta que bien podría interpretarse como un bufido.

No me servirías ni de aperitivo.

Respondió Nyxx mediante el vínculo mental que parecía tener con ella en aquella forma.

Además, no como humanos, ni siquiera me gusta la carne cruda, es asqueroso.

—¿Por qué estoy hablando contigo? —gimió ella con una agotada risita.

Tienes una conmoción cerebral, has sufrido un tremendo shock por culpa del asalto de esos hijos de puta. Todo esto es producto de tu imaginación.

Ella sonrió a medias y se quedó mirando fijamente los ojos verdes del animal.

Ahora, voy a sacarte del parque y tú vas a cooperar. Te acompañaré a casa y te meterás en esa destartalada cama y mañana nada de esto habrá sucedido.

Sacudió la cabeza y se llevó las manos a la cabeza.

—Me estoy volviendo loca —gimió ocultando el rostro en las manos.

No más de lo que estaría la mayoría en tu situación. Ven conmigo, Lluvia.

—¿Cómo sabes mi nombre?

El lobo bajó la húmeda nariz contra su mejilla y se la acarició.

Sé mucho más que eso de ti, compañera. Ven conmigo, Lluvia. Tenemos que irnos.

—¿Irnos… a dónde? —llegados a este punto, estaba totalmente desquiciada.

A casa, pequeña, nos vamos a casa.

El lobo se retiró lo suficiente para que pudiera levantarse, aferró de nuevo la correa de su bolsa y tiró de ella para urgirla a ponerse en pie, entonces la condujo de esa manera, sacándola del parque. Iba a tener un infierno de trabajo para arreglar el desastre que se había producido aquella noche, cuando antes la dejase a buen recaudo, antes podría ocuparse de todo lo demás.

CAPÍTULO 6

La resaca no era algo que experimentara a menudo, había probado ese estado una vez y fue suficiente para el resto de su vida, la única otra cosa que podía provocar en ella tal dolor de cabeza eran los sedantes, pero había renunciado a cualquier clase de medicación que no fuera natural hacía demasiado tiempo. Reacia a abrir los ojos por el intenso dolor que sentía entre ellos, se incorporó muy lentamente hasta permanecer sentada, la sábana se escurrió por su cuerpo trayendo consigo el calorcillo del calefactor que siempre tenía en su habitación, el piso era tan miserable que no contaba ni con calefacción central. Sentía el lado derecho del rostro adormecido e hinchado, involuntariamente subió la mano solo para hacer una mueca cuando sus dedos rozaron la mejilla, pero el dolor quedó entumecido y relegado por una nueva comprensión que se abría paso en la neblina de su despertar. Lluvia abrió los ojos y bajó la mirada.

Estaba desnuda.

Un rápido vistazo por debajo de la sábana le confirmó que estaba completamente desnuda, no tenía ni las bragas puestas.

—¿Qué demonios? —jadeó mirándose con incredulidad.

La camisola de dormir al igual que la bata estaban estiradas a los pies de la cama, un lugar en el que ella jamás los dejaba. Tenía la costumbre de dejar su ropa de dormir pulcramente doblada sobre la silla de la esquina, al lado de la puerta del cuarto de baño, al mismo tiempo, no dormía desnuda, no en invierno, cuando ese pequeño cubículo que era su habitación se transformaba en un cómodo y refrescante congelador.

Aferrando la sábana con fuerza contra su cuerpo echó un rápido vistazo a su habitación, a simple vista no había nada raro, todo estaba en su sitio, todo menos la ropa que había estado llevando el día anterior. Pasándose una mano por el pelo frunció el ceño al pensar en el día anterior, poco a poco los sucesos del día iban tomando forma, centrándose principalmente en el shock principal en su vida.

—Soy adoptada —murmuró para sí encogiéndose dentro de la calidez de las sábanas, entonces sacudió la cabeza y alargó la mano para coger su camisola, saltó de la cama mientras se la colaba por la cabeza y se lanzó hacia la cómoda para coger una de sus braguitas. ¡Qué demonios! ¡Ella no dormía sin bragas!

Un ligero estremecimiento de frío la recorrió al posar los pies fuera de la alfombra, soltando un siseo volvió a la cama donde terminó de vestirse y ponerse la bata.

—De acuerdo —se dijo a sí misma, repitiendo las palabras que decía en voz alta en su mente, el único lugar donde verdaderamente las oía—. Vamos a calmarnos, ayer fue un día estresante, así que, de alguna manera ha tenido que pasarme factura y ahora no sé ni cuando me metí ayer en la cama. ¡Mierda, mierda, mierda! —masculló llevándose las manos a la cara solo para dar un respingo cuando rozó su mejilla lastimada.

Se calzó las zapatillas que tenía bajo la cama y se lanzó hacia el pequeño espejo que guardaba en el cajón de la mesilla de noche, no era más que un espejo de bolsillo, pero tendría que valerle. Un enorme moratón de color oscuro decoraba la zona del pómulo bajando con menos intensidad hacia la mejilla. ¿Cuándo se había dado un golpe?

La incredulidad barrió por ella mientras se dejaba caer sentada en el borde del colchón. ¿Qué diablos estaba pasando? ¿Dónde se había dado ese golpe? ¿Cuándo? ¿Y cómo demonios

había terminado desnuda en la cama? Su mirada volvió hacia la cómoda sobre la que dejaba la ropa sucia, en su primer vistazo la había visto allí amontonada, pero ahora que se fijaba, había algo que no encajaba, aquellos tenían que ser sus tejanos, pero esa chaqueta verde militar, segura como el demonio que no era suya. Sin apartar la mirada se acercó a la cómoda, la respiración se le quedó atascada en la garganta cuando miró los tejanos de cerca y el cinturón absolutamente masculino que envolvía su cintura, así como la camiseta negra de cuello en uve y la chaqueta que había llamado su atención. Un suave y limpio aroma a sándalo acarició su nariz cuando cogió la prenda y la alzó, viendo que era unas tres tallas mayor que la suya y absolutamente masculina, la misma que había estado llevando Nyxx en el par de ocasiones en que se habían encontrado después del accidente con el coche.

Un escalofrío descendió por su columna vertebral al tiempo que el vello en la parte posterior del cuello se le erizaba. Apretando con fuerza los ojos se obligó a calmar el latido de su corazón el cual sentía ahora haciendo eco en su cabeza, puede que no pudiese oír, pero sabía perfectamente cuando había alguien en su dormitorio, exactamente a sus espaldas. Apretando con fuerza la chaqueta entre sus manos como si fuese alguna clase de talismán, se volvió en redondo para ver confirmadas sus sospechas.

De pie, cual adonis griego, envuelto en una micro toalla que cubría sus estrechas caderas, Nyxx la miraba con una ligera sonrisa cubriendo sus labios. El pelo húmedo se pegaba a sus musculosos hombros que todavía guardaban gotitas de humedad, una de esas gotas captó su atención y siguió su descenso a través del torso masculino, descendiendo por sus marcados abdominales –unos abdominales que nada tenían que envidiarle a una tableta de chocolate–, bordeando su ombligo solo para perderse a través del rastro de vello dorado que descendía más allá del sello blanco que utilizaba como toalla. Lluvia se lamió el labio inferior inconscientemente mientras continuaba el descenso por los cincelados y duros muslos que daban paso a unas largas y poderosas piernas en las que podía apreciarse alguna que otra cicatriz y enormes pies.

Lluvia ascendió nuevamente hasta posarse en la sonrisa ladeada y absolutamente masculina de él, sus ojos brillaban con diversión cuando apoyó el hombro en el umbral de la puerta y sus labios se movieron en unas palabras que Lluvia no oía pero sí podía leer.

—Buenos días, *poulí*[11] —vocalizó Nyxx para que ella pudiera leerlo.

Lluvia era incapaz de responder, todo lo que podía hacer era mirar anonadada aquel espécimen perfecto de masculinidad divina que estaba parado en la puerta de su cuarto de baño con tan solo una toalla cubriendo su masculinidad. Su cerebro era incapaz de procesar la información.

Deja que te ayude, hermana. Tú desnuda en la cama, él saliendo desnudo de la ducha, y una salvaje noche de la que no recuerdas nada.

¿Qué había ocurrido anoche? ¿Qué hacía él aquí? ¿Y por qué demonios salía medio desnudo de la ducha?

—¿Lluvia? —pronunció su nombre.

Ella sintió que las piernas le fallaban y de repente todo empezaba a dar vueltas, las piernas le fallaron y antes de que lo supiera estaba cayendo sentada sobre la cama incapaz de apartar la mirada de aquel titán medio desnudo, e igualmente incapaz de recordar qué demonios había pasado para que él estuviese allí y en ese estado de desnudez.

Nyxx dejó su lugar junto a la puerta y se acercó a ella, había esperado que siguiese durmiendo durante un rato más, en realidad, ni siquiera la había oído caminar por la habitación y dado que estaba vestida y aferrando con desesperación su chaqueta, era obvio que llevaba un

tiempo despierta. La mirada de incredulidad en su rostro se mezclaba con la apreciación femenina, una apreciación que fue dando paso a una profunda vergüenza, su rostro empezó a enrojecer cada vez más y sus labios se separaron en un mudo balbuceo; Nyxx entrecerró los ojos al ver de nuevo la prueba de lo que había pasado la noche anterior en la forma de un profundo moratón. Sus ojos se prendieron entonces en los de Lluvia, no le gustaba recurrir a trucos como aquellos, pero tampoco podía permitir que ella enloqueciese como había estado a punto de hacerlo anoche. No hubo tiempo de pensar, cuando la vio indefensa y llorosa, fue como si todos los recuerdos del pasado volvieran a colarse en el presente, estos se mezclaron y el lobo solo reaccionó a la necesidad de impedir que hicieran daño a su pareja, a aquella que le estaba destinada, que le pertenecía. Ella lo había presenciado todo y había caído en un estado de shock y desesperación del que le había sido prácticamente imposible sacarla en la forma de lobo. Había tenido que arrastrarla lejos del lugar, lavarse toda la sangre que había podido de su pelaje antes de conducirla hasta casa. Aún ahora le sorprendía la extraña aceptación que tenían los neoyorkinos frente a las excentricidades, los dioses sabían que había hecho lo posible por ser vistos por la menor cantidad de gente posible, pero estaban en Nueva York, allí había gente en cada esquina y a todas horas, con todo, la gente se había limitado a echar un vistazo a la chica acompañada del perro grande y no habían hecho nada más.

—¿Lluvia? —repitió deteniéndose ahora frente a ella, quien tuvo que alzar la cabeza para poder mirarle.

Ella parpadeó varias veces, tragó saliva y volvió a mirar el espécimen masculino que tenía frente a ella antes de volver a sus ojos verdes y murmurar.

—¿Nyxx?

Él le sonrió y le acarició la mejilla herida con sumo cuidado, apenas la caricia de una mariposa por su rostro.

—¿Qué… que est… está pasand…o a… aquí? —balbuceó sin poder apartar su angustiada mirada de la del hombre.

Tuvo que contenerse para mantener una expresión suave y neutral al ver el moratón en su pómulo y el corte en la comisura del labio, un recordatorio que era incapaz de pasar por alto, como sabía que tampoco podría ella.

—Ya ha pasado todo, *Mikrés.* —La llamó *pequeña* en su idioma natal.

Ella sacudió la cabeza incapaz de entender nada de lo que estaba pasando, qué hacía él allí y desnudo. Mejor aún, ¿por qué diablos no recordaba nada de lo que era obvio que debía haber pasado entre ellos?

—Te has llevado un buen golpe —le aseguró levantándole el rostro con los dedos.

Se estremeció ante su contacto, un suave y agradable calorcillo se instaló en su estómago.

—No… no lo recuerdo —respondió ella. La angustia empezaba a reflejarse en su voz.

Él fingió sorpresa y ella sacudió la cabeza, las lágrimas empezaban a deslizarse por sus mejillas.

—*Shhh*, ahora todo está bien —le aseguró alzándole el rostro para encontrar su mirada.

No, no lo estaba. Pensó Lluvia mientras las lágrimas fluían unas detrás de otras por sus mejillas, nada de lo que ocurría estaba bien, ¿cómo podía estarlo cuando era incapaz de entender que estaba pasando allí? Antes de que pudiera hacer algo para evitarlo se echó a llorar a lágrima viva, sollozando e hipando, estaba asustada, terriblemente asustada y no entendía el motivo, todo lo que sabía es que ahora estaba a salvo y eso solo hacía que llorase más, como si necesitara descargar toda la tensión.

—¿Qué… que está… pa… pasando… Nyxx? ¿Por… por qué… no… recuerdo…?

¿Qué… pasa?

A él se le hizo un nudo en la garganta al verla tan indefensa y desesperada, no quería tener que hacerle aquello, odiaba las mentiras porque sabía lo que ellas ocasionaban, no quería engañarla haciendo que pensara algo que realmente no había sucedido, pero ella no podía enfrentarse todavía a lo ocurrido, no sería capaz y él la necesitaba. Maldito fuera de nuevo por ello, pero no podía perderla ahora.

Moviéndose por instinto, la rodeó con los brazos atrayéndola hacia su pecho, acunándola mientras lloraba. Era tan extraño volver a tener a una mujer así, pegada a él, que buscara su consuelo, había sido un infierno de noche hacerla dormir y borrar todo rastro de sangre de su menudo y curvilíneo cuerpo, borrar la suciedad y cualquier marca que pudiera ser recordatorio de la noche anterior. Si bien había conseguido asearla, poco había que pudiese hacer para ocultar la delgada línea roja que bajaba en diagonal sobre su estómago. Sentándose en la cama la atrajo a su regazo, acunándola y acariciándole la espalda mientras ella lloraba y descargaba toda la tensión que había acumulado.

Cuando pasó la tormenta, Lluvia tuvo que hacer frente a la vergüenza. Encontrarse acurrucada en el regazo de un tío que era como mínimo el doble de su tamaño, que estaba desnudo a excepción de una minúscula toalla y con el que presumiblemente había mantenido relaciones –y maldita fuera si se acordaba de nada de aquello–, después de haber llorado a lágrima viva por algo que ni siquiera llegaba a entender, no era la mejor manera de empezar una mañana.

—Lo siento —murmuró ella entre hipidos—. Yo no suelo ser así… de verdad… que no.

Nyxx sonrió y la besó en la frente antes de separarse lo suficiente para poder mirarla a los ojos y que pudiese leer su respuesta en los labios.

—Está bien —le dijo lentamente—, ha sido una noche un tanto extraña, ninguno esperaba que ocurriera lo que ocurrió.

Ella se mordió el labio inferior como siempre hacía cuando estaba nerviosa y echó un vistazo a la cama de la que acababa de levantarse.

—¿Cómo… quiero decir… por qué… —Lluvia negó con la cabeza y se llevó las manos a los ojos suspirando—, cómo hemos… ter… terminado as… así?

La vergüenza y la incomodidad se reflejaban en la tensión de su cuerpo.

Él sonrió con ironía.

—Bueno, ya sabes… una cosa lleva a la otra… y todas acaban en la cama —respondió con un leve encogimiento de hombros.

Ella abrió la boca entonces volvió a cerrarla. No le estaba preguntando eso.

—No… yo… bueno… sí… eso también… —volvió a morderse el labio inferior.

—No hagas eso, te harás daño —le dijo acariciándole el labio con un dedo.

—Es… est…o… no… no soy yo… yo no… —ella suspiró y acabó por enterrar el rostro en sus propias manos—. Quiero morirme.

—Difícilmente voy a permitirlo —aseguró más para sí mismo que para ella.

Entonces acarició su hombro y la obligó a apartar las manos del rostro.

—¿Qué te parece si te das una ducha mientras yo me visto y hablamos de todo esto después ahí fuera? —le dijo sujetando suavemente su rostro para que le leyese los labios para luego señalar la otra habitación con el pulgar—. Incluso preparé algo para desayunar.

Ella asintió lentamente, dejando que la pusiera en pie.

—¿No vas a marcharte, verdad? —le preguntó para su sorpresa.

Él arqueó una ceja ante tan extraña pregunta y negó con la cabeza.

—Te estaré esperando con una taza de café y el desayuno —le prometió apartándole un mechón de pelo de delante de los ojos, dejando resbalar después sus dedos por la mejilla sana. Le encantaba el tacto de su piel.

Ella asintió y resbaló de su regazo, algo en su interior protestó ante la separación, no sabía que tan buena podría haber sido su noche juntos, pero todo su cuerpo vibraba por él y su voz interior protestaba por su separación. Antes de que pudiese cambiar de idea o perder el valor, Lluvia se inclinó sobre él y buscó sus labios con los suyos en un suave beso. Suponía que después de todo, aquello sería adecuado.

Nyxx se quedó sin aliento cuando notó el breve contacto de sus labios sobre los suyos, no se lo había esperado, ese leve roce había sabido a gloria para él. Solo podía imaginar que ahondarlo sería mucho mejor y siguiendo ese instinto, estiró la mano hacia ella cuando empezó a retirarse y la trajo de vuelta con un brusco golpe contra su pecho que la hizo perder el aliento.

Él la besó entonces tal y como deseaba hacerlo desde la noche anterior cuando había estado cuidando de ella, sus labios lamieron los de ella, su lengua se hundió en la suave y dulce boca femenina saqueándola y derribando cualquier defensa que pudiese tener intención de erigir, un ahogado gemido escapó de la garganta de ella aumentando su propio deseo. Lluvia sabía a néctar y a pecado, uno que estaba ansioso por cometer.

—Vete a la ducha antes de que piense en meterme allí contigo —le susurró jadeante a la puerta de sus labios. Sin darle tiempo a responder, la volvió y la empujó gentilmente hacia la ducha.

Malditos fueran los dioses, no había duda que ella era su verdadera compañera, nadie podría encenderlo de esa manera. Bajando la mirada a su entrepierna observó con una mueca como su polla pensaba lo mismo.

Nyxx frunció el ceño cuando vio el contenido de la nevera de Lluvia, alguno de los alimentos que había allí dentro no estaba muy seguro de que se los comiera ni siquiera una vaca, la chica parecía tener una malsana fijación por la avena y todo lo que fuera pasto para animales, y teniendo en cuenta que él estaba estrechamente vinculado a un animal, aquello ya era decir mucho. Tras rebuscar un poco, pudo hacerse con los ingredientes necesarios para preparar unas tortillas dulces, zumo natural y el café que se estaba haciendo en la antigua cafetera mientras escuchaba el noticiario en el que relataban el supuesto ataque de un lobo o animal que presumiblemente se había escapado del Zoo de Central Park y había atacado a un viandante.

—Todo parece indicar que se trata de alguno de los lobos que hay en el Zoo de Central Park, el portavoz de Control de Animales ha hablado sobre ello —comentaba la periodista, justo antes de que la escena cambiase a la de una entrevista a uno de los trabajadores de la asociación —. Hemos recibido varias llamadas que sitúan al animal en las inmediaciones del Castillo Belvedere, en estos momentos estamos colaborando con la policía peinando el lugar en orden de capturar al animal. Es una gran tragedia lo que ha sucedido.

—Sí, una gran tragedia —musitó Nyxx con ironía, mirando al gilipollas al que llevaba varias semanas dando esquinazo—. Lleváis casi tres semanas tras de mí por el parque, y ahora lo achacáis a un ataque de un animal del zoo. Vaya un friki.

La imagen cambió nuevamente para la periodista, que a pie de escena, retransmitía la noticia.

—Angus Peterson, el hombre de 48 años que ha sido atacado por el enorme can, continúa en el hospital en estado grave. Su pronóstico es reservado —comentaba la mujer mientras el cámara hacía un barrido de la zona, donde la policía había acordonado el lugar y los de Control

de Animales iban ya cargados con rifles.

No pudo evitar un gruñido al oír la noticia.

—Así que el hijo de puta no ha muerto después de todo —murmuró para sí, mientras sacaba las tortillas de la sartén y las servía en sendos platos.

Por más que le pesara, aquello era una buena noticia ya que le evitaba tener que dar explicaciones al Juez Supremo de por qué un inmortal había dado caza a un humano. Los Guardianes Universales se tomaba muy en serio su trabajo de proteger a la humanidad, algo que en su opinión llevaban al extremo, algunos desechos de aquella maltrecha sociedad no deberían estar entre rejas sino bajo tierra, donde ya no podrían hacer daño ni a una mosca.

—Según el único testigo presencial, Peter Clavin, los dos hombres se encontraban paseando tranquilamente cuando el can apareció de ningún lado y atacó al señor Peterson —continuó la periodista mientras la imagen cambiaba y pasaban el vídeo de la policía recogiendo unos casquetes de cerveza y latas de uno de los lados del camino como prueba.

Nyxx entrecerró los ojos sobre el otro hombre, ese hijo de puta había tenido suerte de que Lluvia hubiese llamado al lobo en él o habría corrido la misma suerte que su compañero. Aquellos dos no eran más que la lacra de una sociedad que iba en decadencia, quienes se escudaban tras el alcohol y otros vicios para cometer los más despreciables actos. Temblaba con solo pensar lo que podría haber salido hoy en el noticiario de no haber estado él en el parque, lo que le habría ocurrido a su compañera.

El jadeo femenino procedente de la puerta captó su inmediata atención. Lluvia permanecía en el umbral vestida con unos tejanos y una blusa verde, el pelo ligeramente húmedo peinado hacia atrás, pero era la mirada de terror en su rostro mientras miraba la televisión lo que dio combustible al ya de por sí alterado humor de Nyxx con relación al incidente.

—Lluvia —la llamó chasqueando los dedos hacia ella para que el movimiento llamase su atención. Cuando ella se volvió hacia él, sus ojos estaban velados por el temor y el desconcierto —. El desayuno está listo, *Mikrés*.

Ella lo miró indecisa, entonces volvió a mirar nuevamente a la pantalla de la pequeña televisión cuando volvían a pasar las imágenes de la escena del ataque. Lluvia se estremeció y se llevó la mano a la mejilla lastimada.

—¿Cómo… qué ocurrió? —preguntó en voz baja, apenas un murmullo—. No recuerdo qué ocurrió… ¿Con qué me golpeé?

Nyxx rodeó el mostrador que separaba la cocina del salón y caminó hacia ella.

—¿Qué recuerdas exactamente de anoche?

Ella se sonrojó y bajó la mirada antes de responder.

—No estoy muy segura. ¿Podrías hacerme un… resumen?

Nyxx sonrió ante el inteligente comentario, ella no recordaba nada, pero no iba a ponerse en esa indefensa situación ante él. Señalando la televisión con un movimiento de la cabeza, optó por ceñirse tanto a la verdad como le fuese posible.

—¿Recuerdas el ataque de anoche en el parque? —le preguntó con suavidad.

Negó con la cabeza, su mirada yendo de la televisión a él.

—¿Es del que están hablando en la tele? —preguntó señalando la pantalla.

Nyxx asintió.

—Estaba dando una vuelta por el parque, me gusta ese lugar, la tranquilidad que hay a última hora de la tarde —le dijo observando en todo momento su expresión—, apenas había llegado a la zona del puente sobre el lago cuando oí unos gritos y me acerqué a echar un vistazo. —Por ahora, más o menos aquello era verdad—. Entonces te encontré a ti a un lado del camino,

estabas muy alterada y tenías ese… golpe en la cara. Decías algo sobre un perro salvaje, imagino que al huir de él caíste y te hiciste esa magulladura.

Ella lo miraba fijamente tratando de recordar algo de lo que él le decía, pero cada vez que intentaba visualizar basándose en sus palabras, solo sentía miedo y terror en estado puro.

—¿Crees… que… es… el mismo perro… de las noticias? —le preguntó señalando la televisión.

—Recién ahora me estoy dando cuenta de que sí, posiblemente lo sea —le dijo de manera evasiva—. Anoche estabas bastante alterada, tuve que traerte a casa, no estaba seguro de dejarte sola, así que me quedé hasta que te serenaste, miré en tu botiquín y te di un par de calmantes.

Ella asintió. Bien, allí estaba la explicación a su dolor de cabeza, aquellas pastillas llevaban años en el botiquín, si bien no estaban caducadas, nunca las tomaba.

—En cuanto a lo otro… No acostumbro a sacar provecho de la situación —continuó a modo de defensa, de algún modo necesitaba que ella supiese que no se iba a aprovechar de ella, pero dado lo de aquella mañana y las conclusiones que había sacado ella… su beso… diablos. ¿Por qué tenía que haberse complicado todo?—. Como dije, una cosa llevó a la otra.

Ella no respondió, ni siquiera estaba segura de que había sido esa cosa que la hizo terminar en la cama, desnuda y con él, fuese lo que fuese, tenía que ser absolutamente extraordinario, ¿por qué demonios no podía recordarlo? En realidad, el beso que habían compartido había sido más bien algo novedoso, sublime, pero algo nuevo, nada que le recordara a que ya se hubiesen besado con anterioridad.

—¿Te… te pedí que… te… que... quedaras? —murmuró sin darse cuenta de que lo había dicho en voz alta.

Nyxx no respondió, no podía, no podía decirle que había sido arrastrada hasta su edificio por un lobo, que él había tirado de ella escaleras arriba y que la había obligado a abrir la puerta, todo ello mientras ella decía ser la nueva inquilina de un centro de salud mental donde no pudiera oír a un perro hablarle y darle órdenes. No podía explicarle que permaneció junto a ella, sentado en el suelo del salón, porque ella se había echado a llorar nuevamente al pensar en toda aquella sangre manchando su forma canina. Había requerido de la llegada del amanecer para que pudiera volver a retomar su forma humana, un daño colateral de su maldición. Mientras que normalmente podía cambiar a su antojo, durante las noches de luna llena, anterior y posterior al plenilunio, su forma de lobo tomaba las riendas y no lo abandonaba hasta el amanecer.

Él había hurgado en su botiquín, algo nada fácil para las patas de un lobo, había tenido que utilizar su inteligencia para resolver la manera de bajar aquel maldito cacharro de la pared y hacerlo caer al suelo para que se abriera y esparciera el contenido. Pedidle a un lobo que lea los prospectos de los medicamentos y veréis que os responde. Por suerte para él, había reconocido la caja de pastillas que solía utilizar Silver, toda una ironía que un Cazador de Almas más viejo que él mismo necesitara calmantes.

Lluvia alzó la mirada hacia él y leyó en su expresión que la había oído, dado su prolongado silencio y la mirada en su rostro, era como si estuviese buscando algo adecuado que decir para no ponerla a ella en evidencia. Mordiéndose levemente el labio inferior apartó la mirada.

Se maldijo a si mismo nuevamente y estiró la mano para acariciarle el rostro.

—¿Quieres que me vaya? —sugirió dándole la oportunidad de quedarse a solas.

Ella lo miró a los ojos y un rápido y emergente pánico venido de ningún lado entró en su sistema, ella sacudió la cabeza.

—No —pidió mirándole a los ojos. No quería que se fuera, no acababa de encontrar el

motivo por el que debía quedarse, pero no quería que se fuera—. Por favor, no te vayas.

Nyxx la examinó rápidamente con su profunda mirada y suspiró señalándole el mostrador en el que había dispuesto el desayuno.

—Es lo más suave y blando que he podido preparar teniendo en cuenta el desastre que es tu nevera —comentó examinando su hematoma—. Debería llevarte al hospital a que te miren eso.

Ella sacudió la cabeza nada más leer la palabra hospital en sus labios.

—Nada de hospitales, nada de médicos —negó con fervor—. He tenido suficiente de ellos para lo que me queda de vida.

Nyxx arqueó una ceja en respuesta pero no dijo nada al respecto, se limitó a invitarla a sentarse y a alimentarla, podría jurar que ella no había cenado, ya que siempre lo hacía al llegar a casa.

—Vamos, siéntate. —La ayudó a acomodarse en uno de los taburetes para luego ocupar el que estaba del otro lado—. Empezarás a verle el sentido a las cosas después de haber desayunado correctamente.

Ella lo miró y sonrió apenas.

—¿Acaso existe una manera correcta de hacerlo?

Troceó la tortilla de queso y jamón y pinchó con el tenedor un bocado antes de ofrecérselo a ella.

—Abre la boca.

Ella se sonrojó.

—Sé comer sola, gracias.

Él la miró con una divertida sonrisa.

—¿Tengo que hacer esa cosa del avión y el hangar?

Ahora fue ella la que sonrió ampliamente.

—No, aunque sería divertido verte intentándolo —rio y aceptó el bocado que le daba. Sus labios se deslizaron lentamente desde el tenedor, antes de saborear la agradable mezcla con mucho cuidado. No estaba segura, pero juraría que se había mordido la parte interior de la boca en su caída, ya que le dolía el solo hecho de masticar. Él se dio cuenta, pues frunció el ceño y durante un instante creyó ver una mirada distinta en sus ojos. Una mirada de odio, pero no hacia ella, si no hacia lo que le hubiese causado ese daño.

—Está muy rico —le dijo haciendo a un lado aquellos pensamientos.

—Mejor que tu avena embolsada, estoy seguro —aceptó probándolo él mismo para luego hacer una mueca—. Sabía que le faltaba algo.

Ella arqueó las cejas a modo de pregunta y Nyxx se encogió de hombros.

—Se me olvidó el kétchup —aseguró con sencillez.

—No me gusta el kétchup.

—Entonces, para ti estará perfecto —asintió tomando otro bocado y ofreciéndoselo—. Abre la boca.

—Solo si haces lo del avión y el hangar —sonrió ella.

Nyxx esbozó una sincera sonrisa, mostrando sus inmaculados dientes blancos.

—No tendrás tanta suerte, señorita Naleri.

Ella perdió entonces su sonrisa, allí estaba de nuevo, ¿por qué no podía haberse olvidado de aquello en vez de su noche con él?

—¿Qué ocurre?

Lluvia bajó la mirada a su plato y empezó a jugar con la tortilla.

—Que ese ya no es mi nombre, en realidad, ni siquiera sé cuál sería el mío —respondió con tristeza.

Nyxx la miró sin entender y ella suspiró, alzando sus ojos marrones hacia él se sinceró.

—Hace nada he descubierto que soy adoptada —respondió en voz baja tratando de hacer memoria, viendo partes del día de ayer—. Recibí ese sobre con mi partida de adopción e Isabel me acompañó al Registro Civil para confirmarlo, o al menos, ver cómo era posible que hubiese llegado tal documento a mis manos. Dios mío, mi vida se está yendo por el desagüe a una velocidad alarmante, primero recibo esa carta sin remitente ni nada y ahora ni siquiera recuerdo haber pasado la noche con alguien a quien me aconsejaron no volver a ver y que difícilmente podría ser olvidado…

Tan pronto las palabras salieron de sus labios se arrepintió, un ligero sonrojo y vergüenza cubrió sus mejillas. Sus ojos velados por las lágrimas no derramadas ascendieron hacia Nyxx a modo de disculpa.

—Lo siento, yo… —empezó a disculparse, avergonzada de haber revelado en voz alta sus pensamientos.

Él se encogió de hombros con despreocupación.

—Intuyo quien ha podido darte tal advertencia —aceptó pensando en la *gypsy* que había protegido con tanto celo a la chica—. Quizás debieras haberle hecho caso.

Lluvia negó con la cabeza.

—Yo elijo a quien quiero ver y a quien no, Nyxx, nadie lo hace por mí —aceptó dándose cuenta que aquello era cierto. Pese a la advertencia de Isabel, quería estar cerca de él—. Sé que ella no lo hace con mala fe, me quiere, pero… No quiero que mi vida esté regida por lo que digan unas cartas.

Si tan solo pudiese recordar lo que pasó anoche. Pensó para sí. *Tendría un buen motivo para estar ahora sentada aquí y así.*

—¿Y dices que el sobre te llegó sin remitente? —leyó en los labios masculinos.

Tardó en responder, parecía estar meditando sobre algo, finalmente se limitó a asentir con la cabeza.

—Alguien lo dejó directamente aquí —respondió antes de bajar la mirada a su plato y empezar a comer muy lentamente hasta que algo penetró de nuevo en su mente—. Isabel… Prometí llamarla después de salir del examen…

Lluvia frunció el ceño, poco a poco los sucesos del día anterior iban tomando forma en su mente, con todo, faltaba algo, sabía que faltaba algo.

—Si ha esperado hasta ahora, no se morirá por esperar cinco minutos más —aseguró Nyxx partiendo otro trozo de tortilla y llevándosela a ella a los labios—. Primero, desayunarás.

Miró el trocito en el tenedor y luego a él, antes de que pudiera evitarlo le preguntó.

—¿Eres así de mandón también en la cama?

Él se sorprendió ante el comentario, solo para echarse a reír a continuación.

—Eso, *fengári mou*[12], solo hay una manera de descubrirlo —le aseguró con una sensual y satisfecha mirada.

Lluvia no respondió, en su lugar se dedicó a dar cuenta de su desayuno, el cual por una vez, no consistía en algo quemado y tostado.

Nyxx la observó cruzar la habitación y levantar el auricular del teléfono con amplias teclas y una pequeña pantalla, un aparato adaptado a sus necesidades por lo que podía ver. Podía tener una deficiencia auditiva casi total, pero se había adaptado muy bien a su situación, teniendo en

cuenta que los aparatos o artículos que contribuían a mejorar la vida de una persona con alguna deficiencia física o psíquica se habían convertido casi en artículos de lujo, cuando debería poder estar al alcance de todos. Curioso se acercó a ella, examinando el aparato desde un lado, Lluvia presintió su presencia y se volvió hacia él.

—¿El teléfono? —le preguntó señalando el aparato.

Lluvia bajó la mirada al aparato y volvió a subirla hasta él.

—Lo conseguí en una tienda de artículos de segunda mano, le hicimos unos cuantos ajustes y así tengo mi teléfono especial —le explicó ella enseñándoselo—. Cuando tengo mi audífono y funciona, el timbre es suficiente para que lo oiga, al igual que el nivel de volumen del altavoz, pero cuando no es así, esta pantalla de aquí traduce lo que dice mi interlocutor y lo pasa como texto, no es una maravilla, pero funciona.

Asintió impresionado.

—Es realmente admirable —aceptó. Lluvia pudo leer la sinceridad en su rostro.

—Gracias —le respondió con una sonrisa antes de marcar el número y esperar.

—Al fin —contestaron desde el otro lado del auricular—. ¿Dónde te habías metido? ¿Has salido a celebrar lo bien que te salió el examen?

—Isa, soy Lluvia, mi audífono no funciona, tengo conectado el lector, si hablas despacio podré seguirte —dijo ella, ignorante de lo que acababa de decir la mujer.

Lluvia leyó el mensaje que poco a poco fue entrando en la pantalla, un duplicado de lo que la mujer acaba de decirle. Mordiéndose el labio inferior, echó una furtiva mirada a Nyxx que se había sentado de nuevo en su sitio y saboreaba su café. ¿Cómo podía no recordar haber estado en la cama con un hombre como él? Por su forma de moverse, la fuerza que veía más allá de su físico debía ser impresionante y ahí estaba ella, sin ni quiera una pequeña pista, incluso su beso había sido algo nuevo, decadente e increíble, pero nuevo…

—¿Lluvia? —volvió a ver escrito.

—Estoy aquí —respondió ella—. Siento no haberte llamado anoche, pero ocurrió algo… yo… no estoy muy segura de cómo… pero tuve un pequeño accidente.

Nyxx pudo oír la maldición procedente del otro lado del auricular, así como el resto de la conversación mientras se tomaba lentamente el café que se había servido. No era su intención escuchar, pero Lluvia había tenido razón al asegurar que aquel aparato ampliaba el sonido, no necesitaba de su sensitivo oído para captar las palabras de la mujer.

—Atravesaste Central Park a pie, ¿no es así? ¿Cuántas veces te lo tengo dicho? Un día te ibas a llevar un disgusto —clamó la mujer en voz alta al tiempo que lo escribía—. Dime por favor que no te topaste con esa bestia que atacó en el parque.

Lluvia volvió a morderse el labio inferior y echó una furtiva mirada a Nyxx en cuanto leyó aquella respuesta de su amiga en la pantalla.

—En verdad, no estoy segura de nada —respondió con sinceridad—. Nyxx me encontró y me trajo a casa, él… —Ni loca iba a contarle el supuesto interludio de anoche—. Me he dado un buen golpe en el rostro a juzgar por el moratón que tengo en el pómulo pero todo lo demás está confuso.

La mujer jadeó desde el otro lado del teléfono. El Cazador llegó a oír como la mujer volvía a mascullar algunas frases en romaní, que lo incluían a él y partes de su anatomía, nada agradable, antes de oírse un movimiento de papeles y unas llaves.

—¡Mi señor! ¿Estás bien, niña? ¿Cómo ha sido? Tienes que ir al hospital y no se te ocurra decirme que no —leyó Lluvia en el teclado—. Estaré ahí en diez minutos.

Lluvia iba a abrir la boca para responder que no hacía falta, pero el texto de la pantalla

anunció que la llamada se había cortado. La chica compuso una mueca y se giró hacia él.

—Creo que, después de todo, sí iré al hospital —suspiró con resignación.

Él sonrió y se tomó un buen sorbo de su café antes de responderle.

—¿Quieres compañía o prefieres enfrentarte tú sola con la *gypsy*?

Lluvia frunció el ceño cuando leyó la respuesta en sus labios

—¿Cómo sabes lo que es Isabel?

Nyxx resopló de manera despectiva.

—Hay cosas que se ven a simple vista —respondió cogiendo su taza y plato y llevándolo al fregadero antes de rodear el mostrador y acercarse a donde Lluvia permanecía con el teléfono —. ¿Me permites?

Lo miró mientras marcaba un número, al instante una melodía empezó a sonar en el bolsillo trasero de su pantalón. Nyxx sacó el móvil y apretó un par de teclas para ver el número de la llamada y a continuación lo gravó en su agenda. Entonces repitió la misma operación pero a la inversa, haciendo sonar el teléfono de Lluvia.

—Ese es mi número de teléfono —le dijo indicándole el teléfono—. No quiero crearte más problemas, me iré ahora, solo llámame cuando salgas del hospital, ¿de acuerdo?

Ella miró el teléfono y luego a él y asintió lentamente.

—Hazlo, Lluvia —insistió él, leyendo las dudas en su mirada—. Recuerda que sé dónde vives.

Ella abrió la boca para responder pero cayó al ver la sonrisa divertida en sus labios, unos labios que se moría por saborear nuevamente.

—Eso no ha tenido gracia —respondió con un mohín.

Nyxx se inclinó entonces sobre ella, le apartó un par de mechones de pelo de la cara y buscó sus ojos al decir:

—Sé que esto está resultando una locura, *Mikrés* —vocalizó lentamente para que ella pudiera seguirle—, como también sé que lo que venga a partir de ahora, no te resultará mucho más claro. Veo en tus ojos que no estás entendiendo nada de esto, pero te prometo que pronto todo comenzará a cobrar sentido. Hay más en tu pasado de lo que crees, Lluvia, mucho más.

Ella sacudió la cabeza sin entender. ¿Su pasado? ¿Qué podía saber él de su pasado? ¿Qué estaba diciendo?

—Llámame, ¿de acuerdo?

Antes de que ella pudiera responder, Nyxx hizo realidad su deseo y la besó, sus labios se movieron con suavidad sobre los suyos, pero con insistente persuasión, ella abrió la boca para él dejándole rodar su lengua con la propia, saboreando una vez más al enigmático hombre que se había cruzado en su camino y al que no estaba segura de querer dejar que se fuera.

—Hasta que nos volvamos a ver, Lluvia.

Lo vio recoger su chaqueta de encima del respaldo de la silla e irse hacia la puerta, por donde salió dejándola nuevamente sola con su recuerdo y las muchas e inexplicables cosas que habían ocurrido y de las que carecía de recuerdos. Con un suspiro, se sirvió un café y esperó la llegada de Isabel.

Lyon miró la desorbitante cantidad de flores con la que fue decorado el despacho, incluso sobre el piano de Jaek había un pequeño jarrón con tulipanes blancos, solo la oficina de Shayler y el pequeño recoveco con su sistema de vigilancia quedaba libre de aquella invasión floral, aunque en el caso del Juez, no había podido negarse a la orquídea que su esposa había colocado sobre uno de los archivos, como había comentado el chico, al menos aquella cosa no olía a

cementerio.

—Demonios, huele como una funeraria —masculló Lyon mirando con desazón las rosas blancas que habían sido colocadas sobre el aparador, al lado del mini bar—. ¿Era necesario que colocara todas estas flores?

A aquellas horas de la mañana, solo John y Shayler estaban en la oficina, los hermanos habían llegado casi al mismo tiempo discutiendo sobre un posible caso de maltrato; En opinión de Lyon, aquello no se merecía pensamiento alguno, al hombre había que extirparle los huevos y hacérselos comer.

John levantó la mirada azul de la carpeta que estaba leyendo y miró a su compañero y luego las flores.

—Solo son flores, Ly —le aseguró con un leve encogimiento de hombros—. No es algo con lo que pueda matar a nadie, ni joderlo, ni acabar con el mundo y con eso, me vale.

Él esbozó una ligera sonrisa ante la respuesta de John, el hombre tenía un gran aprecio por su nueva cuñada.

—Solo dale tiempo —le dijo con una divertida sonrisa—. Estoy seguro que acabará encontrando una planta carnívora o algo de aroma letal.

John tan solo lo miró antes de encogerse despreocupadamente de hombros.

—En ese caso, se la enviaremos directamente a Shayler —concluyó el hombre con facilidad.

Lyon sacudió la cabeza.

—¿Dónde está ella ahora, por cierto? —preguntó echando un vistazo hacia la puerta cerrada de la oficina del Juez—. Me sorprende que los tortolitos no estén nuevamente juntos haciéndose arrumacos o follando como conejos.

—Gracias por tan gráfica imagen, Ly —resopló John e hizo una mueca—. Dryah comentó algo de ir a ver a su madre política para llevarle esa otra planta que trajo, así que imagino que se quedaría con Bastet.

—Nada como una antigua diosa egipcia amante de los gatos para entretener a nuestra pequeña oráculo —se burló Lyon sacudiendo la cabeza—. ¿Has recibido algún comunicado de la Fuente?

John negó con la cabeza.

—Últimamente parecen estar muy tranquilos —respondió acariciándose el mentón de manera pensativa—. Y no sé por qué eso no me da buena espina.

—Pues ya somos dos —asintió caminando hacia la ventana. Sus ojos verdes recorrieron la amplia vista de la ciudad que se divisaba desde el edificio en el que estaban ubicadas las oficinas y que pertenecía por completo a los Guardianes Universales.

Las últimas semanas habían estado bastante tranquilas, algo que realmente agradecían después de todo lo ocurrido anteriormente. En un breve intervalo de tiempo habían perdido a uno de los suyos, quien se había vuelto contra el Juez, solo para estar a punto de perder también al propio Juez y a su joven esposa. Habían sido unos días de jodida tensión, una tensión que Lyon empezaba a echar de menos.

La puerta de la oficina empezó a abrirse en ese momento y ambos hombres se volvieron para ver al joven de cabello castaño claro y ojos azules, —una copia exacta de los de John—, asomándose por la puerta. Su rostro mortalmente serio, la tensión reflejándose en cada palmo del más de metro ochenta y cinco que exhibía el Juez Supremo en suéter y pantalones vaqueros.

—Tíos, será mejor que echéis un vistazo a esto —murmuró Shayler dejando la puerta abierta mientras volvía al escritorio.

Ambos hombres cruzaron la mirada y caminaron al interior de la oficina del Juez. Pese a que Shayler era el más joven de ellos, su poder era equiparable al de la propia Fuente Universal y sus decretos eran ley para todos aquellos que servían bajo las órdenes del Universo, dioses e inmortales por igual, extendiéndose a los humanos que no dudaban en pedir ayuda a quien fuera que les diese poder.

—¿Qué pasa? ¿Han asaltado la Casa Blanca? —sugirió Lyon con su habitual despreocupación.

—Ojalá fuera eso —respondió él girando el ordenador portátil de modo que pudieran ver también lo que estaba pasando por la pantalla.

Shayler accionó el *play* y el ordenador reprodujo la noticia que habían emitido del supuesto ataque por parte de un animal escapado del Zoo a un hombre en Central Park. Los tres vieron todo el reportaje, finalmente el Juez volvió a apretar la tecla de pausa y miró a sus compañeros.

—Esto ocurrió ayer a primeras horas de la noche, en un tramo cerca de la zona del lago —les explicó Shayler—. El hombre que fue atacado está en el hospital debatiéndose entre la vida y la muerte y el supuesto testigo ha declarado que ambos estaban paseando tranquilamente —añadió con ironía—, cuando el can apareció de la nada y se lanzó encima de uno de ellos.

Lyon entrecerró los ojos y le miró intentando leer entre líneas.

John fue directo al grano.

—¿Crees que pudo haber sido él?

Shayler respiró profundamente y se recostó contra el respaldo, sus manos cruzadas sobre el estómago.

—Sé que ha sido él —respondió el Juez mirando a su hermano—. Me he acercado por allí tan pronto sentí algo raro en la trama del universo. No sé de qué manera, ni en qué orden, pero lo que quiera que haya ocurrido y el motivo por el que haya ocurrido tiene contacto directo con el Equilibrio.

Lyon contempló la pantalla mientras pensaba en las implicaciones que tenían las palabras del Juez. Su cometido principal como Guardianes, entre sus muchas funciones, era principalmente preservar el Equilibrio del Universo, algo que últimamente parecía estar siempre en constante amenaza.

—No entiendo cómo puede afectar esto —Lyon señaló la imagen—, al Equilibrio del Universo.

Shayler chasqueó la lengua.

—Si lo supiese, no te tendría aquí perdiendo el tiempo, ni te enviaría al hospital a que averiguases sobre ese hombre —le soltó con ironía.

Lyon sonrió en respuesta.

—Ya empezaba a echar de menos tus encarguitos, jefe.

John suspiró profundamente.

—¿Estás seguro?

Shayler asintió y se echó hacia delante.

—Reconozco la huella de Nyxx, John —aseguró con un resoplido—. Pero aquí había algo más, la rabia y el ciego odio que sentí en aquel lugar era absolutamente animal, apenas había una leve conciencia humana detrás de ello.

Lyon se puso serio ante las palabras de su Juez.

—El Cazador de Almas puede ser un capullo algunas veces, pero tiene conciencia, chico, demonios, tu mujer más que nadie sabe eso —aseguró Lyon sopesando la información.

Shayler le miró con ironía.

—Nyxx apuñaló a mi mujer nada más conocerla, Lyon —le dijo con palpable ironía.

—Pero también evitó que La Puerta de las Almas se la llevase… la primera vez —intervino John.

—Lo sé —aceptó pasándose la mano por el revuelto pelo—. ¿Por qué crees que me suena tan jodidamente extraño todo esto? Nyxx es una Cazador de Seybin, su especialidad son los muertos, no los vivos, pero también es verdad que hay algo más en todo esto, él es el único que conozco que está atado a la forma de lobo.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó John con cautela.

—Lo que acabo de deciros. Lyon, quiero que vayas al hospital y le eches un vistazo a ese hombre. Eses dos no estaban de paseo, se estaban emborrachando y si lo que quedó impreso en el lugar no se ha corrompido, no eran los únicos que había allí esa noche, había una mujer y estaba completamente aterrada.

—¿Una mujer? —repitió Lyon con curiosidad.

Shayler asintió.

—¿Puede tener esto algo que ver con el hecho de que viniese a buscar a Dryah y esta se trajese consigo media floristería?

—Es posible —aceptó Shayler con un leve encogimiento de hombros—. Dryah no mencionó nada al respecto, pero sonaba demasiado enigmática cuando le pregunté por las flores y la planta.

—Es tu mujer —le recordó John—. Averigua lo que sabe.

—Iré a echar un vistazo entonces al señor Peterson, a ver si puedo enterarme de algo —comentó Lyon inclinándose sobre el portátil para comprobar los datos y ver el hospital en el que había sido ingresado antes de volverse a Shayler—. ¿Y qué hacemos con el lobo?

—Por el momento nada —respondió después de una larga pausa—. Primero quiero hablar con Seybin, él conoce a Nyxx.

—¿Estás seguro? —preguntó John acercándose a su hermano.

El Juez suspiró profundamente.

—No —confesó mirando a su hermano—. Pero es la única oportunidad que tengo de averiguar algo de fiar. Si ese lobo ha cruzado la línea… Demonios, si ese hijo de puta del hospital muere, esto va a ponerse crudo… No quiero tener que mirar a los ojos a mi mujer y decirle que su amigo está condenado.

Los hombres guardaron silencio, fuese como fuese, ambos querían a la pequeña hembra que había llegado a la vida del Juez, porque ella había conseguido algo que ninguno de ellos había hecho en los incontables siglos que llevaban al lado del hombre. Ella le había traído paz.

—De acuerdo —aceptó Lyon dirigiéndose ya hacia la puerta—. Ya te daré el reporte cuando lo tenga.

John y Shayler se quedaron durante un buen rato en silencio, finalmente intercambiaron una mirada.

—No va a ser fácil, Shay —le aseguró John.

Él volvió la mirada hacia la ventana, agradeciendo interiormente que su mujer estuviese de visita con su madre. No soportaría ver el dolor en su rostro cuando se enterase de lo que estaba ocurriendo con el lobo, aquello lo destrozaría.

—Lo sé.

CAPÍTULO 7

El *New York Presbyterian* era uno de los hospitales universitarios más cercanos a Central Park y según habían dicho en las noticias de la mañana allí era donde habían llevado a la víctima del ataque del Parque. Nyxx no necesitaba acercarse a información para saber dónde tenían ingresado al hijo de puta, su lobo lo sabía perfectamente, si bien no estaba cómodo en aquel lugar ni con aquellos olores a antiséptico y enfermedad, se deslizó hacia la zona de cuidados intensivos. Su considerable altura, así como el aspecto amenazador que lo envolvía habría enviado a toda la seguridad del hospital si no fuese por su habilidad para pasar desapercibido, en ocasiones como aquella, el ser un Cazador de Almas tenía sus ventajas.

Pasó por la zona de urgencias haciendo una mueca al ver a un niño pequeño tumbado en una camilla, su pequeña cabeza estaba envuelta en una venda y tenía varios rasguños en la cara, unos enormes ojos verdes lo miraban fijamente como si supiese que estaba allí.

—¿Eres un ángel? —oyó que preguntaba el niño.

El Cazador esbozó una sonrisa y cruzó la sala evitando chocarse con alguien hasta detenerse a los pies de la cama del chico.

—¿Te parezco un ángel? —le respondió Nyxx con su voz profunda y rasgada.

El niño frunció.

—¿Te has hecho daño en la garganta? Tienes una voz muy rara —aseguró ladeando la cabeza ligeramente—. ¿Cómo te llamas? Yo me llamo Tommy, Tommy Filder. Tengo seis años.

Sonrió ante la verborrea del niño.

—Mi nombre es Nyxx —se presentó y señaló su vendaje con un gesto—. ¿Qué te ha pasado? ¿Te caíste?

El niño pareció entonces perder el ímpetu que había tenido, sus pequeños y brillantes ojos verdes se movieron rápidamente de un lado a otro como si buscase algo o a alguien. El lobo en su interior se tensó al oler el miedo. ¿Qué podía aterrar a un niño tan pequeño?

—¿Dónde están tus padres, Tommy? —le preguntó volviéndose para sentarse a un lado de la cama. El niño se veía diminuto en aquella camilla.

—Mamá está hablando con el señor de la bata verde —respondió el niño frotándose la nariz con la mano derecha, donde tenía una vía puesta además de unas marcas en los brazos demasiado parecidas a quemaduras—. Papá… Se quedó en casa.

Contempló al niño durante un instante, como ocurría demasiado a menudo, las piezas fueron encajando en su cabeza, sus sentidos se agudizaron y pudo ver más allá de lo que había a simple vista. Apretando los puños se obligó a mantener una expresión neutral, amistosa para no asustar al chico.

—Sabes, ya falta muy poco para que llegue Santa —continuó con voz neutral—. ¿Ya has pensado qué vas a pedirle?

El niño se encogió un poco más en sí mismo.

—Papá dice que eso es para niños bobos —murmuró el pequeño con un encogimiento de sus pequeños hombros.

Nyxx chasqueó la lengua, fingiendo desestimar sus palabras.

—Pero tú eres un chico inteligente, ¿verdad?

El niño se irguió entonces más derecho.

—Mi profesora dice que soy muy inteligente para el curso en el que voy —aseguró él con orgullo.

—No lo pongo en duda —le sonrió.

—¿Crees que Santa me concedería un deseo si se lo pido?

Nyxx se inclinó hacia delante de manera confidencial.

—Creo que podríamos intentar que lo hiciese —le aseguró en complicidad—. ¿Qué te gustaría pedirle?

El niño pareció vacilar entonces susurró en voz baja.

—Me gustaría pedirle que papá dejase de beber —respondió el niño en voz baja, apenas un susurro—. Él pega a mamá cuando está borracho… Y me empuja.

El Cazador se tensó aún más, su lobo reaccionó aullando, ambos estaban absolutamente indignados ante un acto tan inhumano.

—Le dije a mamá que me caí por las escaleras —murmuró el niño, sus ojos llenándose de lágrimas—. Pero ella no me creyó y le gritó a papá que lo iba a denunciar a la policía y que se iba a ir conmigo. Él… Él le pegó.

—Tu papá no va a volver a pegar a tu madre, ni a ti, Tommy —le aseguró conteniéndose para no explotar allí mismo. Se inclinó a la altura del chico y le miró a los ojos.

—¿Santa va a concederme mi deseo? —preguntó el niño tan esperanzado que Nyxx tuvo ganas de acabar hoy mismo con otra vida.

—Sí, campeón —le aseguró y le tocó la nariz con un dedo—. Santa te concederá tu deseo. Tu padre no va a volver a levantarle un dedo contra nadie, te lo prometo.

El niño sonrió y lo miró como si él supiese algo que Nyxx desconocía.

—Entonces sí eres un ángel —aseguró el chico—. Mamá dijo que los ángeles me protegerían.

Él sonrió y asintió.

—Tu madre tiene razón, Tommy —le aseguró y se levantó de la cama—. Ahora quédate tranquilo, tu madre vendrá enseguida.

El niño le sonrió y se quedó tranquilo.

Nyxx lo dejó con una forzada sonrisa, por dentro era como un volcán en erupción, no dejaba de sorprenderle como incluso después de tantos siglos la humanidad seguía cayendo una y otra vez en los mismos errores, como aquellos que se creían superiores se aprovechaban de los más indefensos. Aquel niño no empezaba a vivir siquiera y ya había tenido que enfrentarse a lo peor de la vida.

Una mujer de cabello oscuro y los mismos ojos del muchacho se acercó prácticamente cojeando a la cama del niño, el pelo le ocultaba una parte del rostro y a pesar de estar herida, había algo en su espíritu que no se había quebrado todavía. Quizás no fuera demasiado tarde tampoco para ella.

Vas a dirigirte al médico que ha atendido a Tommy y le dirás lo que ha pasado realmente. Pídeles ayuda, el hospital presentará una denuncia por malos tratos contra ese hijo de puta.

La mujer se tensó cuando recibió aquel pequeño empuje mental, su mirada voló a ambos lados, como si buscase el lugar del que procedía.

No puedes permitir que le sigan haciendo daño a Tommy, él solo te tiene a ti.

La mujer miró a su hijo durante unos instantes y le acarició el rostro. Entonces se levantó y caminó más decidida que antes hacia una de las enfermeras, quien la miró a ella, al niño y asintió inmediatamente.

Nyxx respiró profundamente y miró a Tommy una última vez. Ese niño iba a tener su

infancia y él se aseguraría de eso.

Dejando la zona de urgencias atrás, siguió hasta el ascensor para continuar hasta la zona de Cuidados Intensivos. Encontró al hombre en una de las primeras habitaciones. Estaba sedado y conectado a un sinfín de máquinas, una de ellas le ayudaba a respirar. El cuello estaba vendado con una gruesa venda y se veía muy pálido.

Una inusitada rabia volvió a revivir en su interior al recordar lo que ese hijo de puta había estado a punto de hacerle a su compañera. Él iba a morir, más allá de cualquier duda, Nyxx sabía eso, el alma en el cuerpo del hombre empezaba a gritar, no creía que pasase de aquella misma noche y él se aseguraría de estar allí mismo para recogerla y patearla a través de la Puerta.

—No sabía que existiese tal fetichismo en ti.

Nyxx se volvió cuando oyó una voz conocida a sus espaldas, arqueando una de sus doradas cejas de forma irónica se quedó contemplando al vikingo de pelo rubio y gafas de sol embutido en unos pantalones vaqueros y chaqueta de piel de la mejor calidad.

—Te dejaré el tema del fetichismo a ti, Lyon —le dijo dando la espalda a la habitación donde descansaba el hombre—. Debo suponer que tu presencia por aquí no es coincidencia, ¿um?

Lyon echó un vistazo más allá del hombro del Cazador a través del cristal que dejaba ver el interior de la habitación.

—Dímelo tú, Nyxx —respondió contemplando al enfermo—. No sé qué motivos hayas podido tener para intentar cargarte a ese hijo de puta, pero si muere…

El Cazador esbozó una sonrisita.

—Me alegra ver que no sois del todo ajenos a lo evidente —aceptó echando un rápido vistazo por encima de su hombro hacia la habitación—, ese hijo de puta no pasará de esta noche.

Lyon dejó escapar un pesado suspiro.

—¿Eso es una amenaza?

Nyxx se encogió de hombros.

—Solo constato un hecho —aseguró—. Su alma pronto vagabundeará por el mundo, es cuestión de tiempo que se le de caza.

Lyon chasqueó la lengua.

—Oh, vamos, Nyxx, no eres un neófito —aseguró con hastío—, conoces las normas con respecto a los humanos y eso ha sido ir demasiado lejos.

Él entrecerró ligeramente los ojos pero no se molestó en moverse del lugar.

—Cuestión de gustos —continuó—, para el mío todavía tiene la cabeza encima de los hombros, algo que sin duda podría tener arreglo.

Lyon se tensó, su poder crepitó a su alrededor haciendo consciente a su compañero de que no estaba de humor para sus bromas.

—No te acerques a él —le advirtió el Guardián.

Los ojos verdes del Cazador se fijaron en los del hombre y esbozó una ligera mueca.

—Eso va a ser un tanto difícil, chico —chasqueó él—. Pienso acompañar su podrida alma hasta la Puerta y hundirlo allí dentro para toda la eternidad.

Lyon realmente se tensó.

—No me obligues a ir a por ti, Nyxx —le pidió con lentitud—. Estás metido en un jodido embrollo ahora mismo y el Juez está que trina por ello.

Esbozó una ligera sonrisa ante tal declaración.

—¿División de lealtades? —sugirió con sorna.

Ahora Lyon no se lo pensó dos veces, sacó las armas solo para que Nyxx esperara su

amenaza sin hacer un solo movimiento para defenderse. Ambos hombres se quedaron nariz con nariz.

—Haz lo que tengas que hacer, Guardián Universal —le dijo con lento aplomo—. Pero hacerlo lejos de mi camino o tú y los tuyos tendréis que ateneros a las consecuencias.

—Has atentado contra la vida de un humano inocente…

—¿Inocente? Ese hijo de puta tiene tanto de inocente como tú y yo lo tenemos de Hermanitas de la Caridad, Lyon —escupió con ironía.

—No te corresponde a ti juzgarlo y tomarte la justicia por tu mano —le aseguró el Guardián.

Nyxx se acercó aún más, casi rozando nariz con nariz.

—Cualquiera que se meta en mi camino o en el de los míos, me concierne a mí, chico —le espetó con ironía—. Ese cabrón solo se ha llevado lo que se merecía porque nadie amenaza lo que es mío y sale indemne.

—¿Quién es ella? —preguntó Lyon, sacando sus propias conclusiones.

Nyxx se retiró, alejándose de las armas del guerrero y tiró de su chaqueta, antes de lanzar los mechones de su cola hacia atrás.

—Nadie por quien debáis preocuparos —le respondió al tiempo que señalaba con la barbilla hacia el pasillo por el que habían llegado—. Hacedlo en cambio del chico que hay en el box cuatro de la sala de urgencias, el de pelo negro y ojos verdes, ese niño ha visto cosas que ni siquiera debería de saber que existen a esa edad.

Lyon echó una mirada hacia atrás y finalmente se giró de nuevo hacia él.

—¿Por qué? —le preguntó.

Nyxx no respondió, simplemente echó un último vistazo al hombre de la habitación y emprendió el camino de regreso.

—Habla con Shayler y que expida una orden de alejamiento para ese cabrón —respondió entre dientes—, si no quiere que añada yo mismo otro futuro cadáver a la lista.

—¡Maldita sea, lobo! Tienes que dejar de hacer esto —masculló Lyon volviéndose hacia él—, hay unas normas, una jerarquía…

—Yo cazo solo, Tremayn —le aseguró utilizando el apellido de Lyon—. No soy un animal de manada.

Lyon chasqueó la lengua con fastidio.

—Se lo comunicaré a Shayler y nos haremos cargo del asunto —aseguró él, aquella no era la primera vez que el lobo les daba un chivatazo como aquel. Nyxx parecía tener un sexto sentido para esas cosas o un jodido infierno de suerte para encontrarse siempre con tales casos—. Pero mantente alejado de ese hombre, si él muere…

—Morirá, Lyon —le aseguró con un profundo suspiro—. E iré a por él. Nadie amenaza a mi compañera y queda con vida… Ni siquiera una jodida alma.

El Guardián se sorprendió ante el repentino borde acerado en la voz del Cazador, el hombre estaba hablando completamente en serio.

—¿Tú… compañera? —preguntó Lyon sin entender.

Nyxx no respondió, se limitó a caminar por el pasillo hasta desvanecerse.

—¡Joder! —masculló Lyon mirando de nuevo hacia la habitación con fastidio—. ¿Qué coño está pasando aquí?

Maldiciendo para sus adentros, dejó la ventana y se acercó sigilosamente a la puerta echando un rápido vistazo a las enfermeras que estaban un par de salas más allá, charlando animadamente en su oficina totalmente ajenas al intercambio de los dos hombres. Lyon tenía que

reconocerlo, estaba impresionado por la capacidad de camuflaje que poseía ese Cazador y no hacía más que enfurecerlo el hecho de que se estuviese tomando las cosas como si no le importaran.

No necesitó entrar en la habitación para percibir lo que Shayler había percibido en la zona del ataque, aquel hombre apestaba a inmundicia, estupidez y falsedad, era un fraude como humano, quizás el ataque de aquella noche lo hubiese salvado de un destino mucho peor.

Suspirando profundamente, Lyon se preparó para lo que se avecinaba. Penetró en la habitación y tras echar rápidamente una mirada a su alrededor se acercó al hijo de puta entubado en la cama y con solo un ligero toque en su frente, revivió rápidamente lo sucedido la noche del ataque y la violación que había estado a punto de llevar a cabo.

Asqueado se echó atrás, tratando de deshacerse de los recuerdos que no eran suyos, odiaba esa parte de su trabajo, Shayler podría tener un verdadero infierno con su empatía, pero Lyon no lo llevaba mejor, pues era capaz de conectar con el pasado de una persona o lugar y revivir como si estuviese estado él mismo allí con precisa y transparente claridad.

Parecía que, después de todo, el lobo había tenido razón, aquel hijo de puta no se merecía otra cosa que la muerte.

Lluvia observó como el médico miraba las radiografías en la pantalla luminosa y se volvía con una sonrisa hacia Isabel, ella le leyó los labios.

—Afortunadamente el pómulo está bien, no hay fisura ni rotura —aseguró el médico diciéndole lo que ella misma había asegurado antes de que Isabel insistiese en que se le hiciera un reconocimiento completo, dado que aquel era el lado de su oído bueno, o por lo menos, todo lo bueno que podía considerarse. Lluvia no había pensado siquiera en ello, había estado tan ocupada dándole vueltas a la cabeza y a la presencia de Nyxx así como a su olvidada noche, que no se había parado a pensar en las repercusiones de su golpe—. Su audición sigue estando en los mismos niveles de los últimos estudios, no podría asegurarlo sin que la viese el especialista, pero su audición parece no haber decrecido.

—Eso es bueno —respondió Lluvia captando la atención del médico quien le dedicó una suave sonrisa comprensible—. ¿Puedo irme ya entonces?

—Me gustaría hacerle un par de preguntas antes de darle el alta, si no le importa, señorita Naleri —aseguró el médico. Si bien Lluvia no podía oír su tono, podía leer la expresión en su rostro y lo que leía en él no le hacía pizca de gracia.

—Puede ahorrarse el test psicológico, doctor, no he sido maltratada en toda mi vida —Al menos no físicamente, pensó para sí—, y esto se ha debido a un golpe, un desafortunado golpe ya que al parecer me encontraba en el lugar equivocado a la hora equivocada.

—Su tía… —respondió mirando a Isabel buscando su confirmación ante el parentesco. Lluvia miró a Isabel y esta negó con la cabeza, diciéndole que lo dejara estar—, comentó que usted había estado ayer tarde por Central Park, cuando atacó ese can.

—Como ya le dije, tengo un poco de confusión con relación a lo que ocurrió ayer noche, imagino que por el golpe —aclaró ella con un ligero encogimiento de hombros, al tiempo que se llevaba la mano a la garganta para asegurarse de que sus cuerdas vocales emitían sonido alguno —, mis recuerdos del día y la noche de ayer van y vienen pero no puedo precisar exactamente ni las horas, ni el tiempo exacto. No estoy acostumbrada a la medicación que no sea natural, y parece que ayer me… tomé un calmante para poder dormir, eso ha repercutido en un agudo dolor de cabeza, entre otras cosas.

—No debería tomar medicamentos a su libre albedrío —negó el médico como quien

amonesta a un niño pequeño.

—Como ya le dije, no suelo tomar nada que no esté basado y hecho con hierbas, anoche fue la excepción. —Y menuda excepción, pensó acordándose del hombre con el que supuestamente había dormido—. Si todo está bien y ya puedo irme…

—Por supuesto —sonrió ante la reluctante paciente, tomó el talonario de recetas y le expidió una crema y unos antiinflamatorios que entregó a Isabel—. Es solo superficial, la hinchazón le bajará en unos días y el moratón irá desapareciendo poco a poco.

—Gracias, doctor —aceptó Isabel tomando las recetas.

Lluvia se despidió del médico y salió directamente de la sala de curas con tanto ímpetu que chocó con un muro humano.

—Oh, disculpe —se apresuró a contestar ella empezando a elevar la mirada por el hombre más enorme que nunca había visto. Él la tenía sujeta suavemente de los brazos, evitando así su caída.

Aquellos hombros eran enormes y amplios, todo en aquel hombre era enorme, en realidad, solo su rostro, enmarcado por una melena rubia desigual y la luminosidad de sus ojos verdes disminuía el choque. Era guapísimo, pero peligroso. Un titán

—¿Estás bien? —preguntó Lyon sorprendido por el encontronazo. Ni siquiera la había visto llegar hasta que se pegó un porrazo contra él saliendo despedida hacia atrás. La había sujetado al último momento y con ello había podido entrever algo, algo de lo que no estaba seguro, pero ella apestaba al poder del lobo.

—Sí, lo siento, ha sido culpa mía, debí mirar por donde iba —respondió ella de manera atropellada.

Lyon la soltó y sonrió echando un vistazo tras ella a la sala de curas y a la mujer que salía.

—Nunca es demasiado pronto para abandonar a los médicos, ¿verdad? —comentó de manera amistosa.

Ella se sorprendió pero asintió, los dedos le hormigueaban como le ocurría algunas veces cuando estaba ante un alma poderosa, la tentación de ver más allá de su exterior se hacía cada vez más imperiosa. ¿Quién demonios era ese hombre y por qué tenía un aura tan poderosa a su alrededor? De alguna forma, le recordaba un poco a Nyxx, la base de su poder parecía ser la misma.

—No, supongo que no —respondió retrocediendo con una sonrisa, cuando Isabel llegó y enlazó su brazo en el suyo, llamando su atención. Su mirada estaba puesta en el hombretón, había cierto recelo en sus ojos y también una pizca de curiosidad—. ¿Nos vamos?

Isabel se volvió a ella y asintió instándola a caminar.

—Señora —la saludó Lyon con una leve inclinación de cabeza.

—Nuevamente, lo siento —le dijo Lluvia a modo de disculpa.

Lyon se limitó a sonreírle mientras contemplaba a ambas mujeres marcharse por el pasillo, parecía que después de todo había encontrado a la misteriosa hembra que había estado protegiendo el lobo.

Isabel echó una rápida y disimulada mirada por encima del hombro hacia aquel hombre con el que Lluvia se había tropezado e incrementó el paso, había algo oscuro en él, algo poderoso y si bien no lo sentía como una amenaza, tampoco estaba tranquila en su presencia. ¿Qué diablos estaba pasando últimamente que todo alrededor de Lluvia parecía complicarse de manera desproporcionada? Toqueteando su brazo, la obligó a volverse hacia ella, llamando así su atención.

—¿Ahora vas a decirme que ocurrió exactamente anoche? —le preguntó mediante el

lenguaje de signos.

Lluvia suspiró.

—Parece que me caí —fue la irónica respuesta de ella.

—No juegues conmigo, señorita, sé que hay algo que no me estás contando y realmente me inquieta —aseguró la mujer.

Lluvia frunció el ceño y finalmente respondió.

—Lo que le dije al médico es verdad, realmente no recuerdo gran cosa de lo que ocurrió ayer —aceptó la muchacha con un ligero encogimiento de hombros—. Imagino que al volver del examen atravesé por Central Park, Nyxx me encontró en un lado del camino, al parecer estaba alterada y hablaba sobre un perro enorme… así que, viendo las noticias esta mañana supusimos…

—¿Nyxx? ¿Has visto de nuevo a ese *gadje*[13]? —la interrumpió Isabel con un chasqueo de la lengua—. No debes acercarte a él, Lluvia, hay algo que no está bien en ese hombre, él no es como tú…

Ella puso los ojos en blanco, ahí estaba de nuevo la superchería de Isabel.

—Por supuesto que no, es más alto, más grande, más… todo —respondió la muchacha con un agotado suspiro, realmente él si era más de todo y la hacía sentirse segura—. Fue gracias a él que pude llegar a casa, Isa, si Nyxx no me hubiese encontrado, quizás hoy en los noticiarios habrían comunicado que había dos víctimas, en vez de una.

La mujer masculló algo en voz baja que ella no llegó a entender. Había estado fijándose en los signos y no en lo que decían sus labios.

—Vuestros caminos se estás cruzando demasiado a menudo —murmuró la mujer y sacudió la cabeza para volverse a Lluvia y poner sus palabras nuevamente en signos—. Y no de forma fortuita, ten cuidado, Lluvia, ten mucho cuidado con ese hombre, no es lo que parece.

Lluvia se limitó a suspirar, si Isabel supiera realmente lo que había pasado aquella noche, estaba segura de que la encerraría y tiraría la llave. No entendía que era lo que había visto ella en Nyxx que Lluvia había ignorado, generalmente era muy buena calando a la gente, y el hecho de que hubiesen pasado la noche juntos como así parecía, no hacía más que reafirmar su suposición.

—Al final del día, ninguno somos lo que parecemos, Isabel —le respondió Lluvia pronunciando las palabras cuidadosamente.

Sin su audífono, el hablar le estaba resultando bastante difícil y cansado, necesitaba llevarse la mano a la garganta en cada momento para poder saber que sus cuerdas vocales estaban emitiendo algún sonido. Su aparato podía no ser gran cosa, pero siempre le había permitido obtener un vislumbre de ese otro mundo, algo que necesitaba para no encontrarse totalmente aislada.

Lluvia notó la mano de su amiga palmeando suavemente su propia mano y se volvió hacia ella.

—Ahora vamos a ir a la farmacia a recoger los medicamentos que te ha dado el médico y te irás a casa a descansar —le dijo la mujer.

Lluvia empezó a negar con la cabeza.

—La tienda…

—La tienda no va a salir corriendo del lugar porque tú te tomes un par de días libres, *chaví* —le aseguró Isabel sin darle lugar a discutir—. Necesitas descansar, Lluvia, nadie puede enfrentarse a lo que has pasado tú en menos de dos días sin que se resienta su salud.

Aquello trajo a su mente el recordatorio de la carta con su partida de adopción.

—Tal parece que mi vida se está cayendo a pedazos, ¿um?

Isabel sacudió la cabeza y la abrazó depositando un beso en su sien.

—Todo sucede por un motivo, niña, solo tienes que encontrar el tuyo —murmuró para sí mientras la instaba a caminar.

Nyxx dejó el hospital con peor humor del que había encontrado a su llegada, lo último que necesitaba era tener ahora a los Guardianes Universales metiendo las narices en sus asuntos, sabía perfectamente a lo que se exponía cuando atacó a ese hijo de puta, solo lamentaba no haber estado en su forma humana, de ese modo hubiese disfrutado más de destripar a ese cabrón. A partir de ahora, tendría que extremar las precauciones, Lyon se había encargado de dejárselo claro, si el cabrón que estaba en la sala de la UCI moría esa noche, como sabía que lo haría, el Juez iba a cabrearse, si es que no lo estaba ya, y las cosas se pondrían aún más interesantes. Hacía tiempo que no asistía a una caza, quizás aquello pondría un poco de calma al desastre en el que se había convertido su vida durante las últimas semanas.

Guardianes Universales, pensó él con sorna, no envidiaba el trabajo de esos hombres, como tampoco envidiaba la posición del Juez, él había pasado recientemente por una de las más crueles pruebas de su vida, el acabar con uno de sus propios compañeros no era un plato de buen gusto, pero no le había quedado otra dado que la zorra en cuestión había jugado con fuego al amenazar la vida de la compañera del hombre. El Juez y su pandilla eran la única barrera que se interponía entre los todo poderosos dioses e inmortales y los mortales quienes vivían en su pequeña burbuja ajenos a todo lo que ocurría a su alrededor e ignorantes de que había poderes en el Universo capaces de que hiciesen algo más que mearse en sus pantalones.

Nyxx había coincidido con ellos hacía pocas semanas y sabía que aquellos hombres se tomaban muy en serio su tarea como protectores de la humanidad, hasta el punto de que no habrían dudado en ir contra su propio jefe y acabar con su compañera si con ello mantenían el preciado Equilibrio Universal.

No, Nyxx no les envidiaba en lo más mínimo, prefería con mucho sus cazas de almas, al menos los muertos no daban tantos problemas como los vivos.

Un solo vistazo al nublado cielo de aquel mediodía y el olor a humedad en el aire no le dejaron dudas acerca del tiempo, más pronto que tarde aquellas oscuras nubes dejarían caer el agua que estaban conteniendo sobre la ciudad, un estupendo día que hacía perfecto juego con su humor.

Estaba a punto de cruzar al otro lado de la calle cuando oyó el timbre de su teléfono sonando en el bolsillo interior de su cazadora, palpándose en su busca, abrió la cremallera e introdujo la mano, no creía que Lluvia fuese a cumplir su palabra de llamarle cuando saliera del hospital y no podía culparla, todavía le remordía por dentro el haberla engañado de aquella manera haciéndola creer que había ocurrido algo entre ellos cuando no era así. Sin duda era algo le encantaría hacer realidad, pues el deseo estaba allí, la noche anterior cuando la desnudó para asearla y meterla en la cama había sido muy consciente de la hembra que tenía en sus brazos.

El indicador de llamadas parpadeaba indicando el nombre de Dryah.

—¿Tanto te aburres que no dejas de marcar mi número de teléfono, *adelfi*[14]?

Una suave risa se oyó desde el otro lado del auricular, seguido por el ruido de papeles.

—Pensé que te gustaría saber el modelo exacto del audífono que se le rompió a tu compañera y cuál sería el que se adapta mejor a sus necesidades —respondió ella con voz animada.

Nyxx sonrió para sí.

—No recuerdo haberte pedido que hicieras tal cosa —se burló—. Tengo buena memoria,

sabes, lo recordaría.

—Soy buena adivinando cosas —aseguró por el auricular—, e Internet es casi tan bueno como Shayler para encontrar lo que busco.

Nyxx se echó a reír, no pudo evitarlo. La inocencia en la voz de la muchacha era de lo más refrescante.

—Me lo anotaré para cuando necesite un buscador —le dijo entre risas.

—Mejor que no se lo digas a él —pidió Dryah haciendo una mueca ante el pensamiento —. Lo he encontrado en un laboratorio médico de aquí, en Nueva York —continuó ella—. He tenido que pedirle a Jaek que me ayudase para encontrar el historial de ella y no quieras ver la mirada que había en su cara, el de los ordenadores es Lyon, pero él no estaba así que… Bueno, el caso es que al final lo encontré y lo mandé al laboratorio para que me dijesen que aparato era el mejor para esos casos. Solo te diré que nunca he visto tantos ceros asociado a una cifra.

—Eso no es problema.

—Eso pensé —aceptó ella con una sonrisa—. Así que lo dejé encargado a nombre de Nyxx Kynigós, lo tendrán a primera hora de la tarde más o menos, te enviaré un mensaje con la dirección.

Nyxx agradeció interiormente el gesto a su compañera, aquella niña —para él siempre iba a ser una niña aunque tuviese varios siglos—, era una de las pocas personas por las que sentía verdadero cariño, era de clase de criaturas que se colaba en tu corazón y tu alma sin saber cómo y vivía por siempre ahí.

—Gracias, *adelfi* —respondió con ternura—. Te debo una.

Dryah susurró en voz baja.

—No, *kynigós*[15], te la debía yo a ti.

Él asintió en silencio. No estaba seguro de si debía ponerla a ella sobre aviso de lo que estaba pasando, de lo que antes o después iba a ponerse en marcha en la Guardia Universal, después de todo ahora ella era uno de ellos.

—Prométeme una cosa, ¿quieres? —le pidió hablando lentamente.

Hubo un momento de silencio del otro lado de la línea, como si ella sospechase algo.

—¿Qué quieres que te prometa, Nyxx?

—No te metas en ningún lío por mí, ¿de acuerdo?

Dryah no dudó en responder.

—¿Qué está ocurriendo?

Él sonrió para sí.

—Lo sabrás cuando llegue el momento —respondió el Cazador con un suspiro—. Cuídate, hermanita. Te veré pronto.

Dryah contempló como la llamada quedaba cortada y se oía un pitido intermitente del otro lado de la línea. Su mirada fue del teléfono en sus manos a la ventana por la que tenía una perfecta y amplia vista de Manhattan.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —murmuró para sí, estaba a punto de marcar el número de su marido cuando lo oyó entrando en la oficina, dejando el teléfono a un lado se apresuró hacia la puerta.

Shayler entraba acompañado de Lyon, el Guardián lo había puesto al tanto de lo que había ocurrido en el hospital, así como de la inusual petición de Nyxx para con Tommy, el niño que acaba de visitar allí junto con su madre. Lo que ese niño había vivido, lo que todavía quedaba en su pequeño espíritu había sido suficiente para apagar cualquier buen humor que tuviese.

Afortunadamente, la Asistente de Asuntos sociales del hospital era una conocida suya y en cuanto lo había visto se había sentido más que inclinada a darle hasta los últimos detalles del caso de esa familia. Él mismo iba a encargarse de que aquel inútil pasase un buen tiempo alejado de su familia y encerrado en una clínica de desintoxicación, nadie iba a volver a ponerle un dedo encima a ese niño o a su madre.

Apenas había cruzado el umbral de la puerta cuando vio una menuda figura de largo pelo rubio caminando hacia él, sin esperar más le abrió los brazos y recibió a su mujer. Ella era la única luz en todo aquel mundo corrupto y despiadado que tenía que enfrentar a diario, su ternura y cariño habían podido sanar poco a poco ese hueco que había crecido más y más en su interior hasta el punto de que ya no concebía la vida sin ella.

—¿Va todo bien? —le preguntó en un leve susurro mientras envolvía los brazos alrededor de su cuello.

—Quédate diez minutos más así y estaré en el cielo —le aseguró enterrando la nariz en su pelo para aspirar su aroma a jazmín.

Ella se echó hacia atrás y le sonrió antes de darle un beso en los labios.

—Oh, por favor, tened un poco de piedad de los demás e id a haceros carantoñas al pasillo —clamó Lyon de manera exagerada—. Si tengo que ver esto muchas más veces, me suicidaré.

Dryah puso los ojos en blanco pero no se movió del lado de su pareja, había algo en Shayler que no estaba bien y no era el único, Lyon también parecía estar tenso.

—¿John? —le preguntó Shayler.

—Salió hace un par de horas, dijo que se pasaría a ver a Jaek al *Guardian´s* —respondió ella, su mirada azul vagando de uno a otro—. ¿Qué ocurre?

A Dryah no se le pasó por alto la mirada que compartieron ambos hombres.

—Habrá que decírselo, muchacho —le dijo Lyon deslizándose hacia el mini bar—. ¿Una cerveza? ¿Whisky?

—Un Whisky —pidió el Juez—. Necesito algo fuerte.

La chica miró a su marido y luego a Lyon.

—¿De qué se trata? —insistió ella, en su interior rogaba porque no tuviese nada que ver con el comentario de Nyxx.

Shayler respiró profundamente, aquello iba a ser una mierda.

—Se trata de Nyxx —dijo el Juez mirándola a la cara.

Dryah ladeó el rostro, su mirada yendo de su marido a Lyon, quien estaba sirviendo las bebidas.

—Cielo, sé que esto va a ser difícil pero…

Lyon puso los ojos en blanco y se volvió a la pareja.

—El Cazador de Almas atacó anoche a un hijo de puta en Central Park, esta mañana ha salido en el noticiario. Un hombre fue atacado por un lobo o un perro grande en uno de los tramos del parque, prácticamente le arrancó la garganta, el otro individuo que estaba con su compañero pudo huir. El tío está en la unidad de cuidados intensivos del hospital, el Cazador ha ido hoy a hacerle una visita… De hecho aseguró que el hijo de puta no pasaría de esta noche.

Ella frunció el ceño y negó con la cabeza.

—No entiendo —negó, su mirada yendo de uno a otro.

—Tal parece que había una mujer de por medio —comentó Shayler acariciando el rostro de su esposa—. Perdió el control, Dryah, creo que de alguna manera… ese hijo de puta había atacado a la mujer…

—¿Una mujer? —Dryah palideció y miró a ambos—. Dioses, ¿Lluvia está bien?

—¿Lluvia? —preguntó Shayler sin entender, pero Lyon cerró la puerta del mini bar con dos vasos en la mano y fue hacia ellos.

—¿Sabes quién es ella?

Dryah volvió la mirada hacia el Guardián y asintió.

—Ella es la compañera de Nyxx —respondió y se volvió hacia Shayler con una obvia mirada en sus ojos azules—. De la misma manera que yo soy la tuya.

—¡Mierda! —masculló el Juez.

—Como que esto se pone interesante, ¿no? —aseguró Lyon tendiéndole el vaso a su compañero.

Shayler lo fulminó con la mirada, tomó el vaso y se bebió los dos dedos de whisky de un solo trago. El líquido bajó quemándole la garganta. Demonios, las cosas se habían complicado más de lo que había esperado.

—¿Qué está pasando aquí? —insistió Dryah su mirada frenética yendo de uno al otro—. ¿Qué pasa con Nyxx?

Lyon chasqueó la lengua y suspiró.

—Pasa que si ese hijo de puta muere, y no digo que no se lo merezca, el Cazador de Almas habrá traspasado la línea —respondió con un resoplido.

Ella sacudió la cabeza.

—No —se negó a creer lo que estaba pasando por su mente.

—Dryah, ha atacado a un humano—trató de hacerle entender Shayler.

Ella se volvió hacia él.

—Sí, por defender a su compañera —le recordó, su mirada clavada en la suya—. Tú habrías hecho lo mismo si se tratara de mí, Shay. Yo misma lo haría si a ti te llegase a pasar algo.

—Aquí no se trata de ti o de mí —negó él con pesar—. Nyxx ha estado jugando al borde de la línea desde hace mucho tiempo era inevitable que terminara cruzándola.

Ella sacudió la cabeza.

—Por lo que he podido entender, ese hombre iba a morir esta noche de todas formas, si no hubiese sido Nyxx habría sido alguno de vosotros, con la única salvedad de que vosotros no podríais haber hecho nada para ahorrarle a una mujer un trauma que la perseguiría toda su vida —respondió con vehemencia, su voz creciendo al tiempo que lo hacía su poder—. No vais a iniciar ninguna caza, no sobre él.

Lyon entrecerró los ojos y miró a la chica y luego al Juez. Sabía que Dryah jamás haría nada que hiciera daño a Shayler, pero con todo, había costumbres que no podían quitarse de encima. Su misión por encima de todo era proteger al hombre aunque fuese de su propia esposa.

—Ni se te ocurra tocarla, Lyon —lo amenazó él leyendo las emociones de su amigo y compañero.

Dryah volvió la mirada hacia él y se sintió un auténtico gilipollas cuando la vio herida.

—Pensaba que a estas alturas esperarías de mí algo mejor, Lyonel —murmuró ella, su voz neutra, entonces volvió a mirar a su compañero.

—Lo siento, nena. Es deferencia profesional —se disculpó antes de volverse al Juez y añadir—. ¿Qué hacemos? Conoces las leyes, las has puesto tú.

Shayler miró a su esposa y se preparó para lo que estaba a punto de hacerle, sin duda esta iba a ser una gran prueba para ambos, solo esperaba que pudieran superarla. Aquella era su ley, una orden directa de la Fuente Universal, su misión principal era proteger a la humanidad, no podía hacer otra cosa.

—Shayler, por favor —pidió ella al ver la intención en sus ojos.

—Esas leyes son también para ti, *Libre Albedrío* —le recordó con suavidad antes de volverse hacia Lyon y asentir con la cabeza—. Ve a por él y ten cuidado, si conozco bien a ese Cazador, no estará esperándote de brazos cruzados para venir mansamente.

—Maldita sea, no es necesario todo esto —exclamó ella volviéndose hacia su marido—. Déjame hablar con él y…

—Tú no debes interferir, *Libre Albedrío* —murmuró Lyon llamando su atención, su voz había sido suave, casi una súplica. Él tampoco estaba demasiado feliz con aquel arreglo.

Ella lo fulminó con la mirada.

—¿Realmente crees que me quedaré sentada y de brazos cruzados mientras das caza a mi amigo?

—No intervendrás. —Ahora fue el Juez Supremo el que habló, no su marido y amante, sino su Señor

Dryah estaba a punto de responder a eso cuando oyó la voz de La Fuente en su mente, la calidez de una mano femenina posándose sobre su hombro derecho, la fuerza y oscuridad de una mano masculina sobre el izquierdo.

Hay cosas que deben ocurrir para que todo pueda seguir su curso, pequeña oráculo, esta es una de ellas —oyó la voz femenina de los dos entes que formaban la Fuente Universal.

No debes interferir, el destino se ocupará de todo.

Tan rápido como habían llegado se fueron dejándola nuevamente sola ante los dos hombres, mordiéndose el labio inferior alzó la barbilla y se enfrentó a Shayler.

—Lo que vos digáis, mi Juez —respondió con firmeza y seriedad, sus ojos no encontraron los de su marido.

—Dryah…

—Acataré tus órdenes —dijo, entonces dio media vuelta y salió de la oficina sin ver la mirada de pesar que se reflejaba en los ojos del Juez.

Lyon posó la mano sobre el hombro de Shayler.

—Lo siento.

Shayler negó con la cabeza.

—Iré a hablar con Seybin —le respondió volviéndose a su compañero—. Le daré una oportunidad para que hable con el lobo.

—¿Salgo en su busca? —preguntó Lyon, pidiendo la confirmación de su misión.

Shayler respiró profundamente y asintió.

—Hazlo.

CAPÍTULO 8

El noticiero había vuelto a hablar aquella noche sobre el incidente acontecido en el parque para anunciar la muerte del único afectado por el ataque del lobo, Lluvia sintió un ligero escalofrío cuando apareció la foto del hombre en la pantalla de la televisión, desde ese momento la había envuelto un frío que no era capaz de alejar ni siquiera con una taza de leche caliente. Arrellanada en el sofá con un viejo chándal de felpa y una manta cubriéndole las rodillas, veía las noticias subtituladas del diario de la noche, había estado intentando evitar pensar en Nyxx y en su promesa de llamarlo, el número que él había grabado en su teléfono permanecía ahora en un trozo de papel encima del diario floral que había estado ojeando. De alguna manera había esperado que aquel pequeño cuaderno pudiera tener alguna conexión con su pasado, su familia, si es que todavía le quedaba alguna.

Suspirando volvió a mirar el aparato, había repetido aquel gesto varias veces a lo largo de la tarde sin atreverse a ser ella quien lo descolgara y llamase a Nyxx, el audífono había vuelto a funcionar después de un par de golpes para apagarse nuevamente, al final cansada, lo había dejado sobre el mostrador de la cocina.

Una luz intermitente indicó en el teléfono que entraba una llamada, Lluvia se tensó, tragó saliva y dudo en abandonar el sofá para atenderlo. Tan pronto como había venido, la luz se apagó. Aquello había sido un mensaje de texto.

Intrigada, dejó su lugar y acudió al teléfono, accionó la tecla para visualizarlo y leyó.

¿Acostumbras a romper las promesas? Y firmaba. *Nyxx*

Lluvia se mordió el labio inferior, y escribió una rápida respuesta con el teclado numérico y le dio a enviar. Pasaron unos segundos antes de obtener una respuesta.

¿De veras crees que tengo pinta de acosador? Había una cara sonriente al lado y casi podía imaginar esa misma expresión en el rostro de Nyxx.

Lluvia escribió a su vez. *No, no tienes aspecto de acosador*. Y envió el mensaje.

La respuesta no se hizo de rogar.

Bien, al menos estamos de acuerdo en eso. Leyó ella. *¿Crees que podrías apiadarte de mí durante un rato y acompañarme a tomar un café en la cafetería que veo ahora mismo delante de mí? En el escaparate se lee Mirtel Coffe, por si te sirve de orientación.*

Lluvia dio un respingo, su mirada volvió hacia la ventana al otro lado del salón y frunció el ceño. El Mirtel Coffe estaba prácticamente cruzando la calle, era un pequeño café que solía frecuentar la gente de la vecindad, si Nyxx decía que lo tenía delante solo podía estar al otro lado de su edificio.

Lluvia tecleó rápidamente una respuesta:

¿Qué haces a estas horas por aquí? Empiezo a pensar seriamente que puedas ser un acosador.

La respuesta tardó un poco más en llegar, cuando por fin entró Lluvia leyó.

Te esperaré diez minutos. Si no apareces, entenderé que no quieres tener nada que ver conmigo y te dejaré en paz. Lo prometo.

Se mordió el labio inferior mirando el mensaje. ¿Era eso lo que quería? ¿No verlo?

Antes de que pudiera formar un pensamiento coherente entró un último mensaje.

Y yo sí mantengo mis promesas.

Nyxx guardó el teléfono en su bolsillo y le echó un vistazo al contenido de la bolsa del laboratorio al que se había pasado hacía ya unas cuantas horas, tras hablar con los especialistas y que ellos le hubiesen explicado el funcionamiento y cuidado del aparato optó por ser él mismo quien se lo entregara a Lluvia. Al principio había creído que lo mejor era enviárselo, sin remitente, solo a su nombre de modo que no tuviese forma de devolverlo, ella era orgullosa y terca, la pronunciada elevación de su barbilla cuando se enfrentaba a él así lo decía, pero no era obtusa, sabía cuándo tenía que ceder y lo hacía. Estaba empezando a conocer poco a poco aquella pequeña y enigmática mujer que había resultado ser su compañera. Su compañera. Y todo por culpa de una estúpida maldición, realmente no sabía quién había sido maldecido de los dos con ello, Lluvia era inocente de todo aquello, ¿qué derecho tenía él a arrancarla de lo que conocía para sumergirla en un mundo que ignoraba y en el que únicamente encontraría peligro? Había tenido una prueba de ello cuando lo vio en su forma de lobo atacando a aquel hijo de puta.

Esbozó una irónica sonrisa, esa escoria ahora estaba pudriéndose en el interior de la Puerta de las Almas. Tal y como había pronosticado, el individuo abandonó este mundo solo para pasar al otro a primera hora de la tarde y él había estado esperándolo. La caza no había sido tan satisfactoria como había pensado, aquel imbécil ni siquiera sabía que ocurría, todo lo que hacía era llamar por el nombre de una mujer de la cual nunca obtuvo respuesta. Fuese lo que fuese que le deparara la Puerta, no sería suficiente para aplacar las emociones de Nyxx cada vez que veía a aquel hijo de puta sobre el menudo e indefenso cuerpo de Lluvia.

Como si la hubiese conjurado con su pensamiento, ella rodeó corriendo el edificio, vestida con un grueso chándal de felpa gris y negro, el pelo recogido en una alta coleta y una bufanda negra rodeando su cuello. Su aliento formaba bocanadas de humo en el frío de la noche, sus ojos brillaban y su rostro era la cosa más dulce y hermosa que Nyxx hubiese presenciado en toda su vida.

Cuando supo de su existencia, habían vuelto a su mente aquellos momentos que había pasado con Hadryna, pero en vez de sentir el remordimiento que esperaba sentir por traicionar su recuerdo con esta otra mujer, solo sintió paz, como si ella realmente aprobase a Lluvia y quizás así fuera, después de todo, era de su línea de sangre.

—Hola —articuló ella entre jadeos al tiempo que alzaba su mano en un medio arco.

Nyxx le sonrió con calidez.

—No hacía falta que bajases corriendo, todavía te quedaban… —Miró su reloj—. Tres minutos.

Ella se incorporó y enganchó un rebelde mechón de pelo tras su mejilla lastimada. Nyxx se inclinó hacia ella, aprovechando la luz de la farola cercana para examinar el oscuro moretón sobre su pómulo.

—No tengo nada roto —murmuró ella lentamente, llevándose la mano inconscientemente al cuello, buceando bajo su bufanda para notar la vibración—. Solo pequeñas laceraciones en el interior, pero no es necesaria cirugía. Antiinflamatorios y una pomada para el exterior, eso es todo.

Él buscó su mirada y sacudió la cabeza.

—Siento no haber podido evitarlo —murmuró con verdadero pesar.

Ella abrió mucho los ojos y sacudió la cabeza.

—No veo como habrías podido —respondió con suavidad.

Nyxx no dijo nada, se limitó a acariciarle el rostro con los dedos desnudos de su mano enguantada solo para que ella le cogiese la mano y la volviese, viendo las desiguales cicatrices,

la piel arrugada que se ocultaba bajo el cuero.

—Son profundas, ¿quemaduras? —preguntó acariciando, casi trazando las líneas con sus suaves yemas. Aquel gesto conmovió a Nyxx.

Lluvia alzó la mirada hacia él para leer su respuesta, pero todo lo que alcanzó a ver fue la tristeza en su mirada antes de que bajase la boca sobre la suya y le acariciara los labios con un suave beso antes de apartarse de nuevo y volver a recoger de nuevo el mechón de pelo que se había escapado de su asidero tras la oreja.

—Es una larga historia —respondió en voz baja, permitiendo que ella leyese esa respuesta en sus labios—. Y difícil de explicar. Cuando llegue el momento te lo explicaré todo.

La muchacha lo miró con extrañeza pero no dijo nada, su mirada fue más allá hacia el local en el otro lado de la calle y volvió hacia él.

—¿Me acompañas en ese café? —le preguntó señalando el local con un gesto de la barbilla.

Nyxx asintió.

—Esa era mi idea —aceptó él, pero antes de que ella pudiera dirigirse a cruzar la calle, la hizo detenerse—. Pero antes, tengo algo para ti.

Lluvia arqueó las cejas en respuesta y miró como Nyxx abría la bolsa que había estado sujetando y sacaba de su interior una pequeña caja y se la entregaba.

—No es el mismo modelo que utilizas, pero este es mucho menos aparatoso y más fiable, su nivel de audición es mucho más nítido —le explicó mientras ella tomaba la caja con una mirada que iba más allá de la sorpresa y la abría para encontrar en su interior un pequeño audífono cuyo modelo nunca había visto antes—. No sé qué alcance tendrá con tu nivel de audición actual, pero creo que encontrarás una considerable diferencia.

Lluvia empezó a negar con la cabeza mientras miraba el pequeño aparato con recelo y su mirada volvió entonces a Nyxx.

—¿Por qué? —negó sin entender.

—En cierto modo, sí fue culpa mía que se te rompiera el otro —le dijo encogiéndose de hombros—. En la bolsa tienes la tarjeta del laboratorio, cualquier problema o malfuncionamiento, ellos se encargarán de la reparación o sustitución sin coste alguno durante los próximos cinco años.

Lluvia miró el aparato y luego a Nyxx, entonces negó con la cabeza y le tendió de vuelta la cajita.

—No, no puedo aceptarlo —negó, sus manos temblando.

Nyxx retrocedió un paso saliendo de su alcance.

—Sí puedes y lo harás —dijo con rotundidad.

Ella negó con la cabeza.

—¿Tienes idea de lo que cuesta un aparato como este? —exclamó empezando a tartamudear—. Yo… yo no puedo pagártelo… tendría que ahorrar esos cinco o seis años y aun así no estoy segura de que pudiera reunir ese dinero y… y yo no soy de esa clase de chicas…

El Cazador arqueó una de sus doradas cejas ante la última frase.

—¿Qué clase de chicas?

Lluvia se sonrojó, pero podía más su orgullo.

—No quiero pago por lo que pueda haber ocurrido anoche —negó ella con rotundidad insistiendo en estirar el brazo que sostenía el audífono hacia él.

Nyxx ladeó la cabeza y la miró sorprendido, realmente sorprendido. Aquello solo aumentó la vergüenza de Lluvia.

—Cógelo, por favor —pidió.

Negó con la cabeza y fue a ella.

—Nunca se te ocurra volver a insinuar algo así de ti misma, Lluvia —le respondió con seriedad—. Eres una mujer preciosa, cualquier hombre estaría dispuesto a llevarte a la cama sin pedir nada a cambio.

Ella se encogió en sí misma, avergonzada, pero manteniéndose en sus trece.

—Yo, te lo agradezco, pero tú no has tenido la culpa de que se hubiese roto —insistió ella.

Él sacudió la cabeza y para sorpresa de ella recuperó la caja que había estado tendiéndole, la abrió y sacó de su interior el pequeño auricular.

—Ven aquí —la llamó con la mano.

Lluvia no se movió, incluso negó con la cabeza.

—He dicho que no, Nyxx —negó mirando con pena el aparatito que él tenía en sus manos.

La ignoró, se acercó a ella lo suficiente para tomarla por la cintura, darle la vuelta y con un rápido y hábil movimiento que ella no pudo evitar le colocó el audífono en el oído derecho, lo reguló como le habían indicado y se inclinó hacia ella.

—Siempre hay un momento, en el que todos tenemos que ceder, Lluvia —le habló al oído —. Por muy tercos que seamos.

Ella dio un respingo cuando oyó, realmente oyó aquella rasgada y rota voz en su oído, una voz profunda y sexy, con una sensualidad oscura que la hizo temblar. Aquella era la voz de Nyxx, la única que se había encontrado realmente queriendo escuchar.

Abrió la boca y volvió a cerrarla, entonces notó como él aflojaba su presa sobre ella permitiéndose volverse.

—Deduzco por el tono de tu cara que puedes oírme perfectamente.

No estaba mirando sus labios, si no sus ojos y podía oírle, su voz era… peculiar… como si le hubiese ocurrido alguna cosa a su garganta y nunca hubiese curado del todo. No era la primera vez que la oía, pero antes, nunca hubo tal nitidez.

—Tu voz —murmuró sorprendiéndose al escucharse a ella misma.

Vio como Nyxx se tensaba, pese a que aquello no se reflejó en su rostro, que se mantuvo estático.

—Es una antigua herida, me abrasé la garganta por el humo y los gases en un incendio —respondió lentamente, como si se estuviese obligando a buscar una excusa ante ella.

Lluvia no acaba de entender. ¿Nyxx estaba avergonzado por su voz? Aquello era imposible. No. Ese hombre podría tener cualquier defecto, pero no creía ni de lejos que la vergüenza fuese uno de ellos. Antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo, ella alzó la mano y la llevó a la garganta masculina y la acarició con los dedos.

—Nunca había escuchado una voz como la tuya… —respondió realmente maravillada de oírse tan claramente—. Quiero decir… te antes… pero nunca con tanta nitidez. Nyxx, di algo, cualquier cosa, por favor… quiero… necesito saber que no es mi imaginación.

Él le tomó la mano apartándola de su garganta y le acarició los dedos.

—No es tu imaginación, Mikrés, estamos en plena calle, hace frío y lo más seguro es que empiece a llover de un momento a otro.

Ella sonrió maravillada de oír su voz.

—Solo acéptalo, Lluvia —le pidió acariciándole la mejilla lentamente—. Da igual que mañana no quieras verme, si quieres que me vaya, me iré y te dejaré en paz, pero acéptalo. Me gustaría que al menos conservaras un recuerdo mío.

Ella sonrió y no pudo evitar responder.

—¿Un recuerdo de más de cinco mil dólares? —se rio.

Nyxx se encogió de hombros. No pensaba decirle el costo que había tenido aquel aparatito, incluso a él le había sorprendido, pero había valido la pena con solo ver esa mirada de felicidad en su rostro.

Ella se le quedó mirando durante un instante, entonces se acercó a él y respondió.

—En realidad, no sé quién eres, Nyxx Kynigós —aseguró mirándole a los ojos, ladeando el rostro mientras lo examinaba—, dices que estuvimos juntos, pero te confieso que no recuerdo nada de aquello aunque me gustan tus besos. No sé qué ocurre Nyxx, todo el mundo me dice que me aleje de ti, pero todo lo que me encuentro haciendo es acercarme más y más…

—Deberías haber escuchado a quienes te han dicho que te mantuvieses alejada de él, muchacha —oyó una voz masculina procedente de una zona sombría al otro lado de la ciudad—. Eso nos habría ahorrado muchos problemas.

Nyxx se tensó al escuchar aquella voz y maldijo interiormente su estupidez, cuando estaba con Lluvia tendía a olvidar lo más básico. Retrocedió un par de pasos y empujó la bolsa y la caja a las manos de Lluvia, lo justo para mantenerla a su espalda mientras mantenía una posición defensiva, aquello se iba a poner realmente feo.

Poco a poco la silueta que abandonaba las sombras fue cobrando forma bajo la luz que salía de uno de los escaparates hasta dejar ver a un enorme hombre de melena rubia y cuerpo de luchador americano, su rostro cubierto por unas gafas de sol incluso en plena noche. Lluvia abrió desmesuradamente los ojos cuando reconoció en él al hombre con el que había tropezado en el hospital. Su mirada lo recorrió rápidamente, quedándose clavada en las dos espadas cortas que empuñaba en cada una de sus manos.

—Déjala a ella en paz, Lyon —clamó Nyxx manteniéndose entre su adversario y la mujer a su espalda.

El Guardián chasqueó la lengua.

—Te dije que ibas a buscarte muchos problemas, Cazador —aseguró esgrimiendo las espadas en dos amplios giros—. Mi señor Juez quiere que te lleve ante él.

Nyxx esbozó una sonrisa irónica.

—¿Qué pasa? ¿Se ha quedado sin batería en el teléfono móvil que no pudo concertar una cita y por eso te manda a ti?

—Somos de la opinión que es más efectivo dar el mensaje en persona —respondió Lyon con el mismo tono irónico.

—Nyxx, ¿qué está ocurriendo? —preguntó ella su voz temblorosa.

—Dile que se vaya, lobo, esto nada tiene que ver con ella —le dijo Lyon mirando de pasada a la chica.

Él entrecerró los ojos y sacudió la cabeza.

—No quieras jugar a la caza conmigo, Lyon —le advirtió entrecerrando los ojos—. Yo fui quien la inventó. No te acercarás a ella, nadie lo hará.

La mirada de Lluvia fue de uno a otro sin entender nada, si bien podía oír sus voces, las palabras parecían haber dejado de tener sentido para ella. Sus ojos avellana volaron entonces al hombre que tenía frente a ella.

—Nyxx, esto es una locura, tenemos que llamar a la policía —aseguró en un susurro—. Ese hombre va armado con dos espadas.

—Espadas cortas, si no te importa, guapa —le soltó Lyon quien continuaba su aproximación hacia ellos.

Nyxx gruñó, realmente el hombre ante ella gruñó como un animal. Un escalofrío se

desplazó por su columna vertebral, aquel sonido trajo consigo un inexplicable temor.

—No sé qué está pasando aquí, pero yo voy a llamar a la policía —aseguró retrocediendo hasta dar casi con la pared, había una cabina de teléfono al otro lado de la calle, llamaría desde ahí al 911.

Lyon arqueó una ceja al leer las intenciones de la chica en su mente y puso los ojos en blanco, extendió una de sus manos armadas hacia la base de la cabina y esta explosionó con un potente fogonazo.

—Lo siento, linda, pero no puedo permitirte hacer eso —le aseguró a modo de disculpa, su voz suave, tranquila cuando se dirigía a ella—. El papeleo que viene después es infernal.

Lluvia dejó escapar un gritito y se congeló en el sitio.

Entonces un nuevo gruñido salió del hombre que se había movido frente a ella y asistió asombrada a la inmediata materialización de una amplia espada curva en las manos de Nyxx, un instante antes sus manos habían estado desnudas y al siguiente manejaba con absoluta destreza una espada y una daga cuya empuñadura tenía la cabeza de un lobo en marfil. Lluvia parpadeó varias veces incapaz de afrontar lo que veían sus ojos, aquello parecía sacado de una película de ciencia ficción, aquellos dos se miraban el uno al otro y se rondaban como Connor Mac Cleod en una de sus películas favoritas, Los Inmortales.

Lluvia, escúchame pequeña.

Aquella era la voz de Nyxx, pero sonaba más clara que de costumbre e incluso con eco. Si no supiera que era imposible, diría que hacía eco en su cabeza.

Lluvia, escucha… Quiero que retrocedas muy lentamente hasta la esquina y una vez allí eches a correr. No mires atrás, solo corre, ve con Isabel.

—¿Qué? —preguntó angustiada, pero su mirada ya estaba buscando la dirección que él le había dado.

—Todo irá bien, *agapi*[16] —le respondió ahora en voz alta.

—Nyxx, podemos evitar todo esto —concedió Lyon mirando alternativamente de uno a otro. La mente del Cazador estaba fuertemente cerrada a él, pero la de la muchacha, aquello era un caos—. Solo ven, habla con Shayler…

Nyxx sonrió con ironía.

—Si quisiese hablar con ese muchacho, habría ido yo mismo a él —le soltó con ironía—. Tendréis que buscaros otra presa, Lyon, este Cazador conoce bien su trabajo.

—¡Maldita sea, Nyxx! No puedes ir por ahí matando humanos, por mucho que se lo merezcan —exclamó Lyon malhumorado.

Lluvia abrió los ojos desmesuradamente ante la declaración del hombre.

—Atacó lo que es mío —masculló el lobo sin perder la compostura, manteniendo en todo momento el mismo tono de voz—. Nadie tocará a mi compañera y saldrá ileso.

—¿Me estás amenazando? —sugirió Lyon entrecerrando los ojos.

—Tómalo como mejor te convenga, Lyon —respondió él y se volvió ligeramente hacia ella—. Vete, Lluvia.

Ella miró a uno y a otro y negó con la cabeza, aquello era demasiado surrealista.

—Esto tiene que ser una broma, ¿verdad? —sugirió mirando a su alrededor.

—Me temo que no, preciosa —respondió Lyon con un ligero encogimiento de hombros—. Haz caso al chico y ve a casa. No tienes por qué asistir a esto, tú no tienes la culpa de lo que ha ocurrido.

Nyxx avanzó un par de pasos balanceando las espadas.

—Me estoy cansando de tanta cháchara —aseguró él avanzando hacia el Guardián—. Si

quieres jugar, juguemos.

—Nunca le diré que no a una buena pelea.

Lluvia se encogió y dejó escapar un pequeño grito cuando oyó el primer golpe de espada, aquellos dos se habían enzarzado en una lucha medieval en plena calle.

—Esto no está pasando, esto no está pasando, esto no está pasando —empezó a canturrear Lluvia mientras los veía moverse en una macabra danza encontrando y repeliendo sus ataques, el hierro golpeando contra el hierro hacía un eco ensordecedor en la solitaria calle, las chispas saltaban de las armas iluminando sus rostros y, aunque juraría que aquello era imposible, ambos hombres sonreían—. No, esto no está pasando, esto no está pasando…

Sus ojos escanearon la calle con intensidad, viendo los escaparates encendidos, la cafetería al otro lado con alguna que otra persona, pero nadie parecía ser consciente de lo que estaba ocurriendo. ¿Cómo no podían haber escuchado la fuerte explosión que hizo volar la terminal de la cabina telefónica? Incluso con su escasa audición, ahora incrementada por el audífono, la intensidad y el fragor de la batalla que se estaba librando era ensordecedor.

Empezó a retroceder pegada a la pared, sus ojos no podían apartarse de aquellos dos locos que se lanzaban mandobles de espada como si estuviesen jugando con espadas de madera, aquella danza era de una belleza mortal, casi un coordinado baile demasiado antiguo como para describirlo.

—Ayuda… —murmuró, su voz empezando en un susurro y aumentando en intensidad. Aquello no estaba pasando, no era real—. Ayuda… por favor… que alguien me ayude… ¡Ayuda!

Antes de poder darse cuenta estaba gritando y apretándose contra el edificio al tiempo que se deslizaba hacia uno de los costados, su mirada fija en los dos combatientes, algo en aquella inusual fuerza trajo a su mente la misma sensación de terror que la había estado cazando todo el tiempo. Entonces vio como Nyxx se distraía al mirar hacia ella y el otro hombre aprovechaba para deslizar la espada corta por el costado arrancando un gruñido del Cazador antes de que este contraatacase con más fervor y rabia. La sangre que empezó a empapar la chaqueta verde militar de Nyxx empezó a confundirse en su visión con otra sangre, un enorme charco rojizo en el suelo, un profundo aullido sonó en su cabeza al tiempo que los recuerdos de la noche anterior entraban en su mente como si se hubiese roto una compuerta. Ella gritó, y gritó y siguió gritando mientras volvían a su mente todos los recuerdos. Como había atravesado el parque, como le habían salido aquellos dos hombres al paso, el intento de violación, el golpe que le había propinado el hombre y la sangre, la sangre que empapaba el suelo cuando el enorme perro había saltado sobre su atacante desgarrándole el cuello. El terror lo inundó todo, el fragor de la batalla se unió al mundo que se hacía pedazos en su mente y entre todo aquello solo había algo que le daba consuelo, la presencia de Nyxx. Con aquella idea en mente, su mirada lo buscó y antes de que supiera a lo que se exponía, arrancó en una desesperada carrera hacia los dos hombres que luchaban, necesitando llegar a él, necesitando que la protegiera de aquella locura.

—¡Lluvia, no! —oyó un grito.

—¡Maldita sea! —clamó Lyon intentando refrenar el golpe que iba hacia el Cazador.

—¡No! —gritó Nyxx, su voz sonó más como un aullido que como su propia voz.

Lluvia jadeó cuando un fuerte aguijonazo de dolor le atravesó el costado, su mirada se encontró con la desesperada de Nyxx, aquellos ojos verdes la miraban con auténtico terror un instante antes de que su menudo cuerpo cayese contra el hombre y todo se volviese negro.

—Lluvia… Lluvia, *Mikrés*… —La abrazó con desesperación, su mano presionando con fuerza el costado de la muchacha que empezaba a mancharse con la sangre, pero no era la suya.

Su mirada ascendió hacia Lyon con una promesa mortal en sus ojos—. Reza por qué no le pase nada, Guardián, si el Juez Supremo quería un motivo para joder conmigo, acaba de encontrarlo.

Sin decir una sola palabra más, se desvaneció en el aire llevándose consigo a la muchacha.

Lyon maldijo interiormente, todavía asombrado por cómo se habían desarrollado las cosas. Él no la había visto venir. Maldición. ¡No la había visto venir! Ella se había lanzado directamente hacia Nyxx, interponiéndose en el camino de su golpe, le había sido imposible refrenarlo por completo, de no haber sido por el giro que dio el Cazador interponiendo su propio cuerpo alejando el de ella, la habría atravesado.

Lyon se llevó la mano a la cabeza, retirando el húmedo pelo de su rostro antes de volverse en redondo, tenía que volver y poner al Juez sobre aviso, las cosas acaban de joderse a lo bestia.

Nyxx se apareció en el salón de uno de los pisos que utilizaba cuando se quedaba más de un par de días en la ciudad, situado a las afueras, en uno de los barrios más tranquilos. No levantaba las sospechas de nadie. Era perfecto para cuando quería darse un tiempo de privacidad sin que ninguno de sus compañeros o incluso su jefe quisiera su pellejo para cualquier cosa. Rodeando el sofá llevó su carga rápidamente hacia el dormitorio situado al otro lado, la puerta se abrió de una patada mientras él maldecía interiormente por su estupidez, había puesto abiertamente a Lluvia en peligro.

La depositó suavemente sobre la cama y vaciló, había tanta sangre, los recuerdos de un lejano pasado volvieron para atormentarle, congelándolo, restándole la poca fuerza que le quedaba debido a sus heridas. Jadeando en busca de aliento se inclinó sobre ella y empezó a bajar la cremallera de la chaqueta de chándal que llevaba puesta, la hoja de la espada de Lyon había cortado fácilmente la tela en el costado a pesar de que él se había llevado la peor parte, las manos le temblaban mientras la despojaba capa a capa de la ropa hasta poder acceder a su piel. La camiseta interior apenas estaba manchada de sangre y según pudo comprobar al levantarla, la herida era apenas un delgado rasguño que iba de un lado a otro de su costado izquierdo, descendiendo desde sus costillas hasta el estómago.

Nyxx se dejó caer sobre sus tobillos, acuclillado frente a ella mientras lanzaba una plegaria de agradecimiento a cualquiera que le hubiese estado escuchando.

—No vuelvas a hacerme esto en toda tu vida, *Mikrés* —masculló Nyxx poniéndose nuevamente en pie con dificultad. Su mano salió empapada de sangre tan pronto la retiró del costado, así que, la sangre que empapaba la chaqueta de Lluvia era suya después de todo.

Moviéndose con dificultad, se inclinó sobre ella, no iba a moverse de su lado hasta que supiera que estaba bien. Dioses, cuando la había oído gritar ya era demasiado tarde, estaba prácticamente sobre él, el miedo que había sentido en ese momento casi le había robado el alma.

—Lluvia, Lluvia, *agapi* —le acarició el rostro rogando por traerla de vuelta—. Vamos, pequeña, abre los ojos.

Nyxx respiró tranquilo cuando ella empezó a aletear las pestañas, sus preciosos y almendrados ojos marrones se fijaron lentamente sobre él, al principio desenfocados, pero a medida que iban pasando los segundos, el reconocimiento y un crudo horror empezó a teñir el claro tono oscureciéndolo al tiempo que su garganta pasaba de un silencioso jadeo a un profundo y aterrado grito seguido por las lágrimas. Ella se incorporó sobre la cama estirando los brazos hacia él, aferrándose con desesperación a su cuello.

—*Shhh*, ya ha pasado todo, *Mikrés*, ahora todo va bien —gimió de dolor mientras la abrazaba, conteniendo sus sollozos. El permitir que aquel cuerpo femenino se apretara contra el suyo solo era una tortura más, ella no estaba herida, pero él estaba hecho un colador.

—Estaba allí… —empezó a balbucear ella—, yo estaba allí… lo vi, le desgarró la garganta… sangre… tanta sangre…

Su mente era un auténtico caos, su mirada desenfocada solo veía los recuerdos de hacía dos noche, recuerdos que él había nublado y que habían vuelto a resurgir alimentados por la nueva escaramuza que Lyon y él mismo habían protagonizado. Nyxx le tomó el rostro entre las manos, obligándola a mirarle a los ojos, buscando dentro de aquel desesperado terror una brizna de cordura.

—Lluvia, mírame… —le pidió hablando muy lentamente, por suerte ella todavía llevaba el nuevo audífono puesto—, mírame, *agapi*, solo mírame.

—Le… le…des… desgarró el cuello —insistió ella, todo su cuerpo temblaba.

Nyxx gruñó una maldición pero se obligó a contenerse.

—*Shhh.* Estás conmigo. Ya no estás en el parque —trató de hacerla entender—. Aquí nadie va a hacerte daño, todo irá bien.

Ella lo miró a los ojos, empezando a respirar más suavemente subiendo las manos a las de él hasta que notó algo extraño sobre estas y al bajar la mirada y ver la sangre empezó a jadear, hiperventilando.

—San… san… es… es… sangre… sangre… —balbuceaba mirando las manos de él con desesperación y las suyas propias solo para volver a echarse a llorar—. Tengo las manos manchadas de sangre… Nyxx, tengo sangre…

Se maldijo a sí mismo una y mil veces y tuvo que respirar profundamente para no empezar a hacerlo en voz alta.

—No es tuya, Lluvia, mírame —volvió a llamar su atención—, cariño no es tuya, tú estás bien, ¿de acuerdo?

—Es… estoy bien —respondió ella mecánicamente, mirándole a los ojos como una desquiciada.

—Sí.

—No —negó desesperada y levantó sus manos hasta el rostro de él—. Esto es sangre, y si no es mía…. ¿De quién coño es?

Bueno, aquello estaba mejor, si se ponía furiosa dejaría de aterrarse. Nyxx permaneció en su sitio, mirándola.

—Mía.

Lluvia bajó entonces la mirada sobre él, recorriéndole, sus ojos escaneaban con incredulidad la chaqueta destrozada y las manchas de sangre que cubrían los cortes de la tela y empapaban la parte delantera. Unos cortes que había visto como se hacían, había visto la espada de aquel otro hombre, le había visto a él.

—Espadas… —gimió esbozando una atónita sonrisa—. Espadas, Nyxx… dime… dime que todo esto es un sueño, una pesadilla.

El Cazador se limitó a negar con la cabeza.

Ella estalló llevándose las manos al pelo, tironeando de él frenética para luego apuntarlo con un dedo.

—¡Espadas, Nyxx! ¡Jodidas espadas! —insistió como si aquello fuera en lo único que podía pensar ahora mismo. Todo lo que podía ver era a los dos hombres combatiendo como dos duelistas desesperados por matarse el uno al otro—. ¡En plena calle! ¡En pleno Nueva York!

—Lluvia —intentó acercársele, pero ella esquivó sus manos con temor.

—No te acerques a mí —respondió gateando hacia atrás sobre la cama, manchando la colcha con la sangre en sus manos—. No te acerques… qué… ¿Qué fue todo eso? ¿Qué?

¿Quién? ¿Qué o quién diablos eres tú?

Gimiendo se llevó las manos a la cara, ya no veía la sangre ni veía nada, estaba desesperada, desquiciada, aquello no podía estar pasando, aquello no era real. No, no lo era.

—Esto no está pasando, no está pasando, no, no puede estar pasando —empezó a repetirse a sí misma mientras se deslizaba por una lado de la cama y empezaba a pasearse sin ver realmente nada. Su mente era un auténtico caos de imágenes, olores—. Ese perro… él… él me miró… dios mío… atacó a ese hombre… lo mató…

La escena estaba resultando ser mucho más de lo que podía enfrentar Nyxx ahora mismo, ella estaba fuera de sí, alternando entre sus recuerdos y su respuesta a ellos, el miedo se confundía con la rabia, desesperación e incredulidad. Si tan solo le hubiese hecho caso y se hubiese marchado cuando él se lo pidió, pero no, había tenido que recordarlo todo… ¿Y cómo demonios lo había hecho? ¿Cómo había podido burlar su cubierta? Dioses, casi se le había parado el corazón cuando la vio avanzar bajo el filo de la otra espada, cuando creyó que no podría apartarla a ella a tiempo, y sus gritos, sagrados infiernos, no quería volver a oír unos aullidos semejantes, el terror en su voz era la peor tortura que había vivido jamás. Apretando los dientes para soportar el ardor en su costado, se obligó a ir hacia ella.

—¡No te acerques! —exclamó volviendo su atención provisionalmente sobre él—. Solo… no… te acerques a mí…

Lluvia jadeó, su mirada clavada en los ojos masculinos, aquella mirada verde y dolorida, una mirada que ella ya había visto con anterioridad… ¿Dónde? ¿Dónde? La mirada canina de aquel predador entró en su mente encajando perfectamente sobre la del hombre.

—Tus… tus ojos… ese… ese perro… tenía tus mismos ojos.

—Lobo —le corrigió Nyxx tratando nuevamente de ir hacia ella—. No soporto lo de perro.

—¿Qué? —preguntó ella sin entender, mirando nuevamente sus manos y llorando al verlas manchadas de sangre—. Nyxx, me estoy volviendo loca.

Él se obligó a mantener la mirada sobre ella, avanzando muy lentamente.

—No, *Mikrés*, solo estás… asustada —intentó tranquilizarla mientras estiraba la mano hacia ella—. Ven aquí, pequeña, vamos a limpiarte eso, ¿de acuerdo?

Ella apartó inmediatamente las manos llevándolas a su espalda al tiempo que negaba con la cabeza. Estaba hecha un lío. Su mirada voló entonces a su alrededor y empezó a darse cuenta de que no estaba en su hogar, ni en ningún lugar que conociera y nuevamente entró en pánico.

—¿Dónde estamos? —preguntó volviéndose de un lado a otro desesperada.

—Es mi casa —le respondió tratando de acercarse a ella, pero sus manos estaban manchadas de sangre e hiciera lo que hiciera, seguiría huyendo de él al verlo de aquella manera —. Te diré lo que haremos, ¿ves esa puerta a tu derecha?

Ella miró hacia donde le indicaba y asintió reluctante.

—Esa habitación es el baño, hay agua caliente y jabón —le dijo muy lentamente, engatusándola—. Puedes lavarte las manos…

—Él se lavó las patas y el hocico. —Sus palabras lo sorprendieron, su mirada deambuló hacia la puerta que le había indicado, entonces sacudió la cabeza y volvió a mirarle—. No entiendo nada de lo que está pasando.

Nyxx cruzó la mirada con ella, no quería asustarla más de lo que ya estaba, ahora mismo estaba en un precario equilibrio, demasiado delicado, si la empujaba aunque solo fuera un poco, quizás se rompiera.

—Ve a lavarte las manos, ¿de acuerdo? —insistió y se acercó a la puerta, empujándola con

el pie para que ella viese que era el cuarto de baño—. Yo me iré durante un momento para arreglar algunas cosas y asearme. Todo irá bien, te lo prometo, *agapi*.

Lluvia abrió los ojos desmesuradamente cuando las palabras de Nyxx se filtraron en su cerebro, si bien le había leído los labios, también le había oído. ¿Iba a dejarla sola? Una nueva oleada de terror la embargó, sacudiendo la cabeza avanzó hacia él un par de pasos y se detuvo… No podía dejarla sola… No sabía quién o qué era él pero no iba a dejarla allí sola.

—No, no, yo voy contigo —respondió ella vacilando sin saber si debía ir a lavarse las manos o atarse a él.

Nyxx suspiró.

—Lluvia… —le dijo suavemente.

Ella pateó el suelo con la pierna y negó con la cabeza.

—¡No! —gritó en respuesta—. ¡No puedes dejarme aquí! No quiero… no… no sé qué demonios está pasando y… y… ¡Y no sé si quiero saberlo! Esto no es normal, ¿vale? Nada de esto lo es. Las… las cabinas de teléfono no explotan por los aires… nadie va por ahí con un par de espadas…

—Te sorprendería… —murmuró llamando nuevamente su atención.

—¡No! Nadie lo hace, Nyxx —clamó desesperada. Se llevó las manos a la cabeza antes de volverse de nuevo hacia la cama y dejarse caer sentada—. Esto no puede estar pasando, nada de esto está pasando, estoy teniendo una mala pesadilla y… —le miró y gimió como si hubiese recordado algo más, algo que no podía soportar—. ¡Y me acosté contigo! Mi dios, me acosté contigo… pero qué clase de idiota soy… yo no me voy a la cama con el primero que pasa… ni siquiera recuerdo que pasó… no recuerdo nada de eso…

Aquello fue todo lo que necesitó Nyxx para dar media vuelta y salir por la puerta de la habitación cerrándola tras de sí, solo para oír el alarido de ella taladrándole el cerebro junto con sus puños y pies golpeando la puerta mientras gritaba su nombre después de encerrarla bajo llave.

—Nyxx, no te vayas… abre la puerta… por favor… no me dejes sola… ¡Nyxx! —gimoteaba con desesperación.

Respirando profundamente, acarició la puerta como si pudiera sentirla a ella al otro lado.

—Estás en shock, Lluvia, todo esto… diablos… ha sido demasiado para ti… solo… solo dame unos minutos y te lo explicaré todo —le aseguró él con un suspiro de frustración.

Un fuerte golpe sacudió la puerta antes de oír su respuesta a voz en grito.

—¡No quiero explicaciones, quiero que me saques de aquí, maldito cabrón!

Nyxx miró la puerta e hizo una mueca.

—Volveré pronto, pequeñita.

—¡Nyxx!

Sin mirar atrás se emitió fuera del apartamento, a varias manzanas de su localización. No estaba seguro de que los hubiesen seguido, pero no quería dar ninguna oportunidad al Guardián o a alguno de los suyos, no hasta que hubiese arreglado las cosas con Lluvia. Haciendo una mueca ante el dolor que le atravesaba el costado, se obligó a alejarse de ella para darle tiempo a que se calmara, necesitaba que lo hiciera para poder explicárselo todo, aunque ni siquiera estaba seguro de si sería capaz de entenderlo.

Lyon atravesó la puerta del despacho como una exhalación, su mirada recorriendo rápidamente la oficina en busca de su jefe sin embargo se encontró primero a John, quien lo miraba con el ceño fruncido al ver el lamentable estado en que había llegado. El vikingo se había

ganado también su cuota de heridas y sangre.

—¿Qué demonios has estado haciendo? ¿Revolcarte en un basurero?

Lyon fulminó a su compañero con la mirada y siguió buscando más allá de John, hacia la oficina de Shayler.

—Dime que el Juez todavía no ha ido a hacerle una visita a Seybin —respondió abriendo la puerta para encontrar la habitación vacía.

John señaló con el pulgar hacia el piso de arriba.

—Tormenta en el paraíso, me temo —respondió con ironía—. Estas son esas ocasiones en las que hace que te preguntes, si ella se habría ido a casa de su madre, en caso de tenerla.

—¿Qué? —aquello sacó a Lyon por completo de lo que estaba pensando. Entonces gruñó —. No jodas conmigo, John. Si Shayler no se ha marchado, necesito hablar con él, ha ocurrido un pequeño accidente…

—¿Cómo de pequeño?

—Bueno… Digamos que casi hago dos de la compañera de Nyxx.

John lo fulminó con la mirada, pero no le dio tiempo a responder cuando llegó a sus espaldas una sonora respuesta:

—¡¿Que has hecho qué?!

Shayler permanecía en el umbral de la puerta principal llenando el lugar con su presencia. El pelo revuelto, presumiblemente de las veces que había pasado por él los dedos, el rostro cansado y ahora trasmutado por las palabras que había oído a Lyon.

Lyon echó un vistazo más allá del John y miró a Shayler.

—¿Sigue enfurruñada?

La mirada de Shayler fue suficiente respuesta, Lyon no preguntó más. Sí, había tormenta entre los tortolitos.

—Lyon, dime que no es verdad lo que acabo de escuchar.

Él resopló.

—Si quieres que te mienta… —sugirió el Guardián intentando encontrarle humor al asunto.

—Lyonel…

El hombre puso los ojos en blanco.

—Nyxx te manda recuerdos, que te ocupes de tus asuntos que él se ocupará de los suyos —le soltó, entonces resopló—. Que conste que le di la oportunidad de venir por las buenas.

John suspiró profundamente y se volvió hacia Shayler.

—¿Qué alegamos esta vez, otro escape de gas?

Shayler fulminó a su hermano con la mirada antes de volverse de nuevo hacia Lyon.

—Qué coño ha pasado.

El Guardián se frotó la nuca.

—La chica de Nyxx se metió en medio —respondió con un ligero encogimiento de hombros—. No estoy seguro de cómo ocurrió, en un instante estábamos ocupándonos de lo nuestro y al siguiente ella corrió hacia nosotros gritando, bien, en realidad fue hacia el Cazador, apenas tuve tiempo de desviar la espada, el chico se llevó la mayor parte del golpe al protegerla, pero ella resultó lastimada, se desmayó en sus brazos… —Lyon resopló—. Lo siento, tío. Pero creo que ahora sí estamos jodidos.

Shayler cerró los ojos y se cubrió el rostro con una mano antes de dar media vuelta y dirigirse hacia el mini bar de dónde sacó la botella de whisky y bebió a pelo de ella.

—Wow —lo detuvo Lyon, cruzando el salón y quitándole la botella de las manos al juez

—. Tú permanece sobrio, ya me encargo yo de emborracharme por los dos.

—¿Ella está bien? —preguntó John.

Lyon se encogió de hombros.

—Sí, aunque no es su cuerpo el que me preocupa, si no su mente —respondió con una mueca—. Fue como si hubiese recordado alguna cosa que la hubiese aterrado…

Shayler maldijo.

—Nyxx ha tenido que protegerla encerrando lo que quiera que hubiese visto la noche en que la atacaron.

Lyon asintió.

—Eso podría explicar su explosión… —aceptó bebiéndose el resto de la botella de un trago.

—¿Y dónde están ahora? —preguntó John.

—Oh, eso es lo más divertido de todo —aseguró Lyon dejando la botella vacía a un lado —. No tengo ni idea.

Ambos hombres se volvieron hacia él.

—¿Les has perdido? —preguntó John con ironía.

—Nyxx es el mejor Cazador de Seybin —aceptó Shayler dejándose caer en el borde del sofá, con la cabeza colgando entre sus manos—. ¿Por qué coño tiene que pasar todo esto precisamente ahora? ¿Es que no podemos tener ni una jodida semana de tranquilidad?

—Se te acabó la luna de miel, cachorro —le aseguró Lyon palmeando la espalda del Juez —. Trata de hablar con el de ahí abajo, a ver si puede hacer algo.

—Sí. Nos colgará a todos, a mí el primero —suspiró con ironía antes de ponerse nuevamente en pie y caminar hacia la puerta—. Voy a hablar con Seybin.

—Daré una vuelta por la ciudad a ver si puedo encontrar algo —respondió Lyon a modo de disculpa.

Shayler asintió y se despidió con la mano antes de desvanecerse.

—La he jodido y bien, ¿no? —murmuró Lyon mirando a John.

El antiguo Guardián se limitó a darle una palmada en la espalda.

—Eso creo —aceptó John—. Eso creo.

CAPÍTULO 9

Los pocos minutos de Nyxx acabaron por convertirse en dos largas horas para Lluvia, dos horas que le permitieron usurpar el cuarto de baño de su anfitrión hasta que no quedó ni rastro en sus manos o en su cuerpo de aquella alucinación. No había otra manera de explicar todo lo que había ocurrido en los dos últimos días si no era como una enorme y masiva alucinación, una que le había costado parte de su salud mental. Por fin estaba aseada, limpia de todo rastro de sangre, sangre que realmente se había mezclado con el agua y se deslizó después por el desagüe, se había lavado incluso el pelo con un jabón que olía a esencia de vainilla, una muestra que había estado pegada al bote de gel de ducha que permanecía sin empezar sobre la repisa de la bañera. A excepción de un nuevo albornoz, el cual ahora llevaba puesto, un cepillo de dientes y un par de maquinillas de afeitar, la habitación estaba totalmente vacía de artículos personales, al igual que el dormitorio.

El aseo había ayudado bastante a la hora de calmarse, verse libre de todo recordatorio la hizo relajarse y empezar a navegar a través de sus imposibles recuerdos tratando de recomponer lo ocurrido en las últimas horas, días… Pero en todo aquello seguía faltando algo y era algo que no podía sacarse de la cabeza. Su noche con Nyxx.

—Me estoy volviendo loca —se dijo con absoluto convencimiento—. No, espera, ya lo estoy. Sí, he enloquecido y todo lo que hay en mi cabeza es solo producto de mi estado mental, así pues, ese perro no estaba realmente ahí… Y por supuesto, sus ojos no son como los de Nyxx. Y Nyxx también es producto de mi imaginación, sí, es lo que hace estar a palo seco, mis hormonas han conjurado un hombre imposible, con testosterona suficiente para llenar una piscina y con una voz tan sexy que se me mojan las bragas solo de pensar en él.

Lluvia se dejó caer en la cama, su pelo húmedo esparciéndose sobre la sábana que había dejado al descubierto después de retirar el edredón que había encontrado manchado de sangre.

—A este paso, lo próximo serán las paredes, las paredes gotearán sangre y él será un vampiro —aseguró estirando los brazos a ambos lados mientras clavaba la mirada en el techo y fruncía el ceño—. Se han peleado con espadas… ¡Espadas! Esta ciudad está sumergiéndose en la decadencia, no hay otra explicación. Espadas.

Ella se cubrió el rostro con las manos y ahogó un desesperado grito.

—Estoy teniendo la peor alucinación de mi vida —aseguró retirando las manos para llevarse una de ellas a su oído derecho, donde acarició el pequeño aparatito. Su mente podía estar atravesando una auténtica selva de imposibilidades pero nada podía negarle el hecho de que oía su propia voz al hablar con más nitidez de la que podía recordar, que había oído la voz rota y profundamente sensual de él cuando le colocó el nuevo audífono en el oído—. Ya no sé qué parte es real y qué no lo es.

Un ligero sonido metálico llamó su atención hacia la puerta, he ahí otra prueba de que su mente no le estaba jugando malas pasadas, ella realmente estaba oyendo ese sonido. El pomo de la puerta empezó a girar y se abrió lentamente hasta que el umbral se llenó con la presencia de aquel hombre rubio de profundos ojos verdes que buscaban los suyos con vacilación. Tenía el pelo recogido como siempre en una coleta, pero su eterna chaqueta verde había desaparecido siendo reemplazada por una camiseta negra de manga larga que se ceñía perfectamente a su

esculpido cuerpo, marcando sus pectorales y abdominales así como los torneados músculos de sus brazos. Su mano derecha seguía cubierta por aquel eterno guante de cuero que dejaba sus dedos al aire y sus largas piernas enfundadas en unos tejanos azul oscuro. Lluvia lo recorrió con la mirada, incorporándose poco a poco hasta quedar sentada en la cama, el albornoz abriéndose sobre sus largas y torneadas piernas y mostrando la suave piel de su cuello y clavícula.

—Has vuelto —murmuró ella poniéndose en pie muy lentamente, su mirada clavada en la del hombre como si tuviese miedo de que él desapareciera si la apartaba.

Nyxx contuvo el aliento al verla allí, sobre su cama, arropada con su albornoz, sus largas piernas asomando entre la esponjosa tela blanca, un que envolvía sus voluptuosas curvas con cada movimiento que la iba acercando hacia él. Y allí estaba finalmente, frente a él, sus ojos marrones mirándole fijamente un instante antes de que el aguijonazo producido por su mano en su mejilla lo hiciera cerrar los ojos durante una milésima de segundo.

Le había abofeteado.

—¡Eres un cabrón mentiroso! —clamó ella en voz alta, sus ojos despedían chispas—. ¡Cómo has podido encerrarme! ¡Me has encerrado, Nyxx! ¡Y me has dejado aquí sola y cubierta de sangre! ¡Sangre, jodido hijo de puta!

Su mano se cerró en un pequeño puño que fue directo a su pecho de forma repetida, sin que él hiciera nada para evitarlo. No es que sus pequeñas muestras de rabia y fuerza pudieran hacerle daño, era el dolor que veía en sus ojos, la desesperación en sus rasgos lo que lo estaba lacerando por dentro.

—Lo siento —fue todo lo que dijo.

Lluvia lo miró con incredulidad, buscando sus ojos.

—¿Lo sientes? ¿Qué lo sientes? ¡Claro! ¡Eso lo soluciona todo! —estalló dando una pequeña patada en el suelo con sus pies desnudos.

Parecía un ángel vengador, el largo pelo castaño enmarañado y enmarcando su ovalado rostro, sus ojos oscurecidos por la rabia y la desesperación y el miedo, sí, allí también había miedo.

—Lluvia —intentó llegar a ella con palabras.

—Dijiste que ibas a explicármelo —respondió retrocediendo un par de pasos, conteniéndose para no volver a él y darle una nueva bofetada, que era lo que ardía por hacer—. Más te vale que la explicación esté a la altura, o… o… ¡¿Te das cuenta que esto no tiene ni pies ni cabeza para mí?! ¡Ya no sé si estoy loca y todo esto es producto de mi imaginación! No sé si eres alguna clase de agente infiltrado del gobierno, o… o… o solo un sociópata que he tenido la mala fortuna de encontrar en mi camino. ¡Y espadas! ¡Por amor de dios, eso eran espadas!

Nyxx suspiró, después de todo parecía que ella no se había tomado las cosas tan mal, al menos había conseguido calmarse lo suficiente para hablar coherentemente.

—Si quieres una explicación, vas a tener que dejarme hablar —respondió con ironía.

Lluvia apretó los labios y se acercó nuevamente a él y le dio una nueva bofetada.

—Eso por haberme encerrado —respondió ella llevándose la mano al pecho, adolorida.

Nyxx se frotó la escocida mejilla con el dorso de la mano y la miró a través de las pestañas, conteniéndose para no cogerla, ponérsela al hombro y sacarla de allí antes de que alguien viniese a por ellos. No estaba tranquilo en la ciudad, tenían que marcharse y sabía perfectamente a donde tenían que ir aunque aquello fuera revivir su pasado.

—Lluvia… —empezó de nuevo y la contempló esperando que ella lo interrumpiese de nuevo, pero no lo hizo—. Siento haber tardado más de lo que prometí en volver, pero tenía que asegurar que estaríamos a salvo de momento.

—¿A salvo? —ella se tensó, su mirada empezó a teñirse de indecisión—. Ese… ese hombre no… no va… a venir, ¿verdad?

Nyxx no respondió, en cambio entró en la habitación y cerró la puerta tras él sin necesidad de utilizar sus manos. Lluvia observó el movimiento y oyó el clic de la cerradura de la puerta, su mirada incrédula fue de Nyxx a la puerta.

—Hay muchas cosas de las que tenemos que hablar, *Mikrés* —le aseguró con suavidad.

—Deja de llamarme así —respondió ella, su voz ya era bastante sensual sin que añadiese esa melosa palabra a su boca—. ¿Qué… significa de todos modos?

—Te he llamado *pequeña* en griego —explicó mirando la habitación y luego a ella en su enorme albornoz.

Lluvia se sonrojó sin poder evitarlo, su mirada parecía traspasar la tela haciéndola sentirse delicada, como lava fundiéndose a sus pies. ¿Qué demonios le estaba haciendo ese hombre?

—¿Quién eres realmente? —preguntó. Si quería obtener algunas respuestas lo mejor sería empezar por el principio—. Y quiero la verdad.

—Decirte la verdad de quien soy sería hablar también de tu propia verdad —respondió Nyxx con suavidad, intentando encontrar la manera adecuada de empezar a explicarle todo sin que enloqueciera, si es que aquello era posible.

Lluvia frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

Él abrió las palmas de las manos, extendiéndolas a ambos lados tratando de enfatizar lo obvio.

—Que tú tampoco sabes quién eres realmente, Lluvia.

Se encogió interiormente al recordar la carta de adopción que había recibido.

—¿Has tenido algo que ver con eso?

Nyxx negó con la cabeza.

—No, pequeña, no supe de tu existencia hasta hace un par de días —confesó.

Ella sacudió la cabeza.

—¿Qué pasa? ¿Tienes un hermano gemelo y no me lo has contado? Porque mi oído puede no ser bueno, pero mi memoria es excelente, Nyxx —aseguró ella, entonces se llevó las manos a las caderas antes de enfatizar—. Si es que ese es verdaderamente tu nombre.

Nyxx se quedó sin palabras durante un instante, su gesto había hecho que se le abriese el albornoz dejando entrever parte de sus cremosos pechos. Diablos, llevaba demasiado tiempo sin sexo. No. Llevaba demasiado tiempo sin su compañera, y no estaba seguro de qué era peor de las dos cosas.

—Mi nombre es Nyxx, Kynigós es el apellido que utilizo entre los humanos, significa Cazador en griego, que es lo que soy en realidad, un Cazador de Almas —respondió lentamente, observando su reacción.

Lluvia escuchó las palabras de Nyxx, pero todo dejó de tener sentido cuando oyó la palabra humanos

—Has dicho humanos —dijo ella—, te refieres a la gente. ¿Verdad?

No respondió, se limitó a esperar que ella lo fuese asimilando. Era una mujer inteligente, sabía que podía ir atando los hilos poco a poco.

—Mi misión es recolectar las almas de aquellos que pasan al otro lado, pero que por un motivo u otro quedan vagando —continuó—, y los conduzco a su lugar de descanso final.

Ella lo miró sin pestañear.

—Ya —respondió con retintín—. Eso suena un poquito apocalíptico, ¿sabes?

Él puso los ojos en blanco.

—No te haces una idea —murmuró para sí.

Lluvia sacudió la cabeza y sonrió, llevándose la mano al oído derecho.

—Cuando por fin consigo oír algo, todos empezáis a hablar en un idioma extraño —rezongó ella al tiempo que sacudía la cabeza.

—Pues no has hecho más que empezar —murmuró Nyxx mirándola de reojo, contemplando sus movimientos, notando la tensión en su cuerpo a medida que se movía de un lado hacia otro.

Ella lo miró con pura ironía.

—¿De veras esperas que me crea eso? —preguntó mirándole como si hubiese perdido el juicio.

Nyxx extendió la mano, la volvió con la palma hacia arriba y en un abrir y cerrar de ojos creó una pequeña llama blanca de fuego que lamía sus dedos. Lluvia abrió los ojos, asombrada, su mirada incapaz de alejarse del fuego fatuo que ardía y se ondeaba entre los dedos del hombre cuando este movía las manos.

—¿Qué…? ¿Cómo? —Ella sacudió la cabeza y se llevó las manos a los ojos, cubriéndoselos al tiempo que se obligaba a respirar hondo y volvía a repetir el mismo mantra que había repetido después de dejar la ducha—. De acuerdo, todo esto debe de ser algo inducido por las drogas Lluvia, alguien te ha drogado y tu cerebro te está jugando malas pasadas, ignóralo, nada de esto es real.

Entonces sintió la mano masculina sobre su brazo y pegó un salto y dio un pequeño grito mientras sus ojos volaban a los de Nyxx quien estaba ahora frente a ella, su mano derecha sobre su brazo, la izquierda manteniendo todavía aquellas extrañas llamas.

—Tócalo —le dijo con suavidad.

Ella negó con la cabeza y Nyxx hizo lo único que podía, le tomó la mano y la acercó al fuego que lamía su mano. Lluvia se tensó esperando… no sabía qué… y se sorprendió cuando sintió el leve cosquilleo frío entre sus dedos cuando se internaron entre aquellas llamas blancas. Alzó la mirada hacia él sorprendida y Nyxx le sonrió.

—Es el fuego de las Almas —le explicó moviendo la mano, creando hondas en las llamas mientras acariciaba su mano con ellas—. No quema a nadie excepto a las almas, es incluso… agradable si sabes cómo utilizarlo.

Lluvia captó el significado en el tono de su voz y retiró la mano de un tirón, sus mejillas coloreadas mientras lo esquivaba nuevamente y miraba su mano y luego el fuego.

—Ese… es… un… un buen truco —respondió tratando de guardar la compostura.

Nyxx arqueó una ceja ante su absurda respuesta. Tenía que reconocer su testarudez ante la inusual situación. Ella lo ignoró y se alejó unos pasos más, rodeando la cama hacia la ventana cubierta por unas tupidas cortinas.

—Ese otro hombre… el… el de la calle —murmuró, en realidad no estaba segura qué preguntar, o por dónde ir, su mirada seguía fija en el fuego que ardía en la mano de Nyxx—. Es… es también… eso.

Nyxx apagó el fuego y negó con la cabeza.

—Es un Guardián —respondió con un leve encogimiento de hombros.

—¿Guardián? ¿Guardián de qué? —preguntó ella sin entender—. ¿Y por qué diablos vais por ahí con espadas?

Nyxx sonrió a su pesar al ver el ceño fruncido de ella.

—Forma parte de los Guardianes Universales, un grupo de guerreros que están a las

órdenes del Juez Supremo —respondió buscando una manera fácil de explicárselo—. Ellos son algo así como… la policía de todo lo sobrenatural, los que mantienen el equilibrio de modo que los humanos puedan seguir con sus ignorantes y apacibles vidas.

Ella se volvió hacia él con una mueca chistosa, entonces se dejó caer sentada en la orilla de la cama y alzó una mano a modo de indicativo.

—¿Qué me estás contando? ¿El argumento de una nueva novela de fantasía paranormal? —le dijo con absoluta ironía incapaz de enfrentar lo que estaba ocurriendo.

Caminó hacia ella, quien se tensó y subió las piernas a la cama para mantener cierta distancia con él. Aquello fastidió al lobo en su interior que gimoteó y a él mismo.

—Maldición, Lluvia, no huyas de mí —masculló con fastidio—. No voy a hacerte daño.

Ella lo miró de reojo pero no se detuvo, gateó por encima de la cama hasta bajar por el otro lado y se sentó allí, sin perderlo de vista.

—Dime eso cuando no me hayas encerrado y hasta es posible que si estoy de buen humor, y mi cerebro no sufre ninguna secuela por esta locura, te crea —respondió sin ceder un solo milímetro. Entonces se volvió hacia él—. ¿Te das cuenta de lo absurdo que suena todo esto, Nyxx? Nada tiene sentido.

Él apretó los dientes antes de soltar fríamente.

—¿Tan absurdo como la idea de que casi consiguieses que te violasen en pleno Central Park? —replicó con frialdad, viendo el reconocimiento en sus ojos, el temor—. Lo recuerdas claramente, ¿no es así? Recuerdas las manos de ese hijo de puta sobre ti antes de…

—¡Basta! —clamó ella llevándose las manos a los oídos.

Nyxx se maldijo a sí mismo, pero no cedió, la atrapó al otro lado de la cama y la obligó a enfrentar la realidad.

—Aquellos dos idiotas estaban demasiado borrachos para entender lo que se les venía encima, él fue quien te golpeó. —Sus dedos acariciaron la mejilla lastimada en su rostro—, intentó someterte para violarte.

—¡Déjame, por favor! —Empezó a pelear tratando de soltarse, las palabras de él filtrándose en su mente, reviviendo aquel infierno—. Aquello no sucedió… no sucedió.

—¡Maldición, Lluvia! —la zarandeó con contundencia—. Sí sucedió, oí tus gritos, olí tu terror, lo vi Lluvia… yo estaba allí… y ese hijo de puta se merece el final que obtuvo.

—¡No! —gritó ella echándose a llorar al recordar de nuevo aquella escena—. Él lo mató… lo mató, Nyxx… le desgarró la garganta… y… y… y yo tenía miedo… temía que me atacase a mí.

—Eso jamás, pequeña —le aseguró buscando su rostro, alzándoselo hacia el suyo—, el lobo jamás te hará daño, eres suya… nuestra… Eres mi compañera, Lluvia.

Ella sacudió la cabeza, negando, incapaz de entender lo que Nyxx le estaba diciendo.

—Él lo mató, Nyxx, el perro… él… él me arrastró… y… maldita sea, me estoy volviendo loca —gimió enterrando ahora el rostro en su pecho, sus brazo rodeando su espalda—. Oí su voz... me habló… y pensé que eras tú… no conocía tu voz pero… pensé que eras tú. ¿Qué me está pasando, Nyxx? Estoy enloqueciendo.

Nyxx la apretó contra sí y apoyó la barbilla sobre su cabeza, aspirando su aroma.

—Todo saldrá bien, Lluvia —le susurró junto a su oído aumentado por el aparato—. No dejaré que te ocurra nada.

Ella se apretó más contra él, buscando un consuelo que solo él parecía poder darle.

Un par de horas después Lluvia seguía delante de una taza de café dándole vueltas a todo

lo que había oído de labios de Nyxx. El plato de tortitas cubiertas de sirope de frambuesa y nata seguía sin tocar, todo lo que podía hacer era mirar fijamente al hombre que terminaba de recoger los utensilios que había preparado en la cocina del apartamento al que la arrastró en algún momento de la noche anterior. Las palabras de Nyxx, lo que le había enseñado, todavía seguía dando vueltas en su cabeza, todo aquello era demasiado extraño como para que fuese real, todo era demasiado imposible como para poder creerlo y sin embargo, allí estaba ella, sentada en la mesa de aquel lunático que se había revelado a sí mismo como un Cazador de Almas de algún dios que regía el mundo de las Almas, al estilo de Hades en la mitología griega, después de que hubiesen sido atacados en plena calle por un hombre a tope de esteroides que tenía la fantástica idea de cargarse a Nyxx porque él, al parecer, era el perro que había evitado que la violasen cuando se le ocurrió la brillante idea de cruzar Central Park y fue atacada.

Sí… Y luego decían que los hombres eran como perros. Bueno, al parecer aquello era en el sentido literal de la palabra, bueno, un perro no, un lobo, un can enorme que la había arrastrado a través de las calles de Manhattan hasta su apartamento solo para después celebrar el fantástico suceso con un polvo que ni siquiera recordaba.

Lluvia contempló a Nyxx moverse con soltura y sensualidad, todo en ese hombre era mortal y sensual, una combinación absolutamente explosiva.

—No recuerdo nada de la noche que supuestamente pasamos juntos —murmuró ella llamando su atención.

Nyxx apenas se volvió después de cerrar una de las alacenas y pareció dudar ante su pregunta. Lluvia frunció el ceño y bajó la mirada, tomando su respuesta como resultado de su escasa experiencia en el sexo, si bien no era virgen, tampoco había tenido demasiado contacto con más hombres, había experiencias que realmente no eran tan sublimes como se decía.

—Yo… no tengo mucha experiencia… lo siento… si no fui lo que… esperabas… yo

—Lluvia no sigas —la interrumpió y sacudió la cabeza al mismo tiempo—. Esa noche no ocurrió nada.

Ella parpadeó y lo miró sorprendida.

—¿Nada?

Nyxx respiró profundamente y se acercó a ella con lentitud.

—No tengo por costumbre aprovecharme de mujeres que están en shock —le aseguró quedándose a suficiente distancia para poder mirarla—. Esa noche, todo lo que podías hacer era temblar y balbucear, te metí en la cama tan pronto como pude, después de nublar tus recuerdos de lo ocurrido para que pudieras descansar.

Lluvia abrió la boca pero de su garganta no salió ni un solo sonido. No había pasado nada entre ellos, no se habían acostado. Nada. Aunque por un lado se alegraba de que no hubiese pasado nada, por otro hubiese querido saber lo que era yacer con un hombre como él, que alguien así la hubiese deseado. Que estúpida había sido.

—Pero… yo… estaba desnuda y tú… —ella se sonrojó al recordar aquella mañana—. Me mentiste.

Nyxx hizo una mueca.

—En realidad, nunca admití nada, tú fuiste quien armó toda la película —murmuró con verdadera culpabilidad—. Yo solo… aproveché la situación, porque era lo mejor en ese momento.

¿Lo mejor? ¡Ese cabrón hijo de puta la había dejado creer que se habían acostado juntos! Él… Ella jadeó al caer en la cuenta de algo.

—¡Me desnudaste!

Eso no podía refutarlo.

—No podía meterte en la cama en el estado en el que estabas. —Prefirió omitir el recordatorio que había estado cubierta de sangre.

Ella abrió la boca y volvió a cerrarla varias veces, para finalmente tirar la servilleta que había tenido sobre el regazo a un lado de la mesa y levantarse furiosa.

—¡Me mentiste! —lo acusó con incredulidad—. ¡Me desnudaste! ¡Me viste desnuda!

—Si quieres me desnudo y así quedamos en paz —sugirió él sin poder evitarlo, la ironía goteando de cada uno de sus poros.

Ella hizo una bola con la servilleta y se la lanzó.

—Lo siento —se disculpó esquivando la servilleta—. No quería engañarte, *Mikrés*, solo, no encontré la forma de poder decirte la verdad hasta ahora.

En sus ojos se reflejaba el dolor por la mentira, así como una ligera vergüenza tiñendo sus mejillas.

—¿Algo de lo que me has dicho o has hecho ha sido verdad? —preguntó con desesperación.

Sin saber cómo contestar a aquello, optó por hacer lo que se estaba muriendo por hacer desde que la había visto vestida con aquel albornoz, la tomó de la muñeca y tiró de ella hasta sus brazos para buscar su barbilla con la mano y alzar su rostro hacia él.

—Sí, esto.

Nyxx bajó la boca sobre la de ella y la besó, su lengua acarició su labio inferior pellizcándoselo hasta que ella abrió la boca para él y le permitió saborearla. Su lengua se envolvió en la de ella, lamiendo, chupando, succionando todo el aire de su interior hasta que pensó que se desmayaría, sus manos subieron a sus amplios hombros a donde se aferró con fuerza mientras él la besaba con una maestría y un hambre que no había conocido nunca. Hambre de ella.

Nyxx se separó jadeando, contemplando sus labios húmedos e hinchados y buscó sus ojos.

—Esto es real, Lluvia, muy real —le aseguró acariciándole el rostro con el pulgar—. Y tú eres la única que lo despierta en mí.

—¿Yo? —se encontró balbuceando como una tonta.

Él le sonrió y le besó la punta de la nariz.

—Sí, *korítsi mou*[17], la única. Mi compañera.

Ella sacudió la cabeza sin entender.

—No lo entiendo —aceptó.

Nyxx suspiró y asintió.

—Como ya dije, para explicarte quién eres realmente, debería explicarte quien soy yo —aceptó él repitiendo lo que ya le había dicho—. Mi lobo… él es mi maldición, Lluvia. Y tú… tú eres la única que puede librarme de ella.

Ella le devolvió la mirada y armándose de valor, preguntó aquello que no le había dicho, necesitaba saber la verdad, toda la verdad, al menos si tenía que enloquecer, enloquecería de una sola vez.

—Pues explícamelo —le pidió mirándole a los ojos—. Por favor.

Nyxx bajó la mirada al plato que tenía ante ella sin tocar y luego la miró.

—Puedes escucharme mientras desayunas —le dijo él indicándole el plato frente a ella.

Miró las tortitas que se veían tan apetitosas y que sin embargo no la llamaban.

—No creo que pueda comer nada en mucho tiempo —respondió mirando el plato solo para ver la mano masculina de Nyxx tomando los cubiertos y cortando un pedazo de tortita para

luego acercársela a la boca. Lluvia alzó la mirada hacia él.

—Si me haces tener que hacer lo del avión y el hangar —le dijo él inclinándose hacia ella, su mirada sensual al igual que su ronca voz—, te morderé.

Ella tragó como si la perspectiva de él mordiéndola fuera algo que pudiera considerar. Habiendo perdido las ganas de luchar, suspiró y separó los labios lo justo para que él le introdujese el tenedor.

—Buena chica —la apremió arrastrando una silla para sentarse junto a ella y poder quedar a su altura.

—Eso… eso del Cazador de Almas, no implica que seas alguna clase de asesino, sociópata o algo por el estilo, ¿no? —preguntó ella después de masticar, trayendo a su mente lo que él le había contado por absurdo y loco que pareciera.

—No, a menos que seas un alma —respondió cortando otro trozo de tortita, bañándola con el sirope y la nata y acercándosela a la boca.

Eso no era de mucho consuelo.

—¿Y cómo sé que no soy un alma? —preguntó y al mismo tiempo se arrepintió de la estupidez de su pregunta—. Olvídalo. Vamos a por la siguiente.

Él sostuvo el cubierto esperando a que abriese la boca para meterle el nuevo bocado en ella.

—¿De verdad piensas darme de comer? —preguntó mirando el tenedor y al hombre que lo sostenía.

Nyxx arqueó una ceja.

—¿Esa es tu siguiente pregunta? —le sugirió acercándole el cubierto para que abriera la boca.

Ella abrió la boca solo para después coger el cubierto ella misma y acabar así con aquel suplicio.

—No —negó dejando el cubierto en el plato.

Nyxx siguió sus actos con la mirada antes de volver a mirarla a la cara a lo que ella refunfuñó.

—Desayunaré, desayunaré, no me mires así —protestó tomando la taza de café con leche y dándole un buen sorbo—. Eres peor que Isabel.

—Espero que no —respondió él con ironía sorprendiéndola.

Lluvia frunció el ceño.

—No te cae bien —no fue una pregunta, sino una afirmación.

Él se encogió de hombros.

—Es una *gypsy* —respondió como si eso lo explicase todo.

—¿Y?

Nyxx ladeó el rostro y la miró durante unos instantes.

—Que tú también lo eres.

Arrugó la nariz ante tal declaración. ¿Ella una *gypsy*? Sí, claro.

—No, no lo soy —respondió negando con la cabeza.

Él apenas esbozó una ligera sonrisa.

—Eres la última descendiente de una fuerte y poderosa línea de sangre Valaco —aseguró con absoluto convencimiento—. No eres de sangre pura, pero sigues siendo una *gypsy* Valaco.

Lluvia frunció el ceño.

—Ahora el que está loco eres tú —aseguró tomando otro sorbo de su taza de café con leche.

Nyxx observó cómo le temblaba la mano que sostenía la taza, ella estaba nerviosa y asustada, su lobo podía olerlo y gimoteó en respuesta. Con cuidado guio su mano de vuelta a la mesa.

—Hace mucho tiempo que la locura abandonó mi mente, *mikrés* —respondió acariciando con el pulgar la piel de su mano—, demasiado tiempo que vivo con mi maldición como para saber quién soy yo y quien vienes a ser tú.

Ella bajó la mirada a su mano.

—¿Y quién eres tú, Nyxx? Realmente —musitó ella sin apartar la mirada de su mano.

Le quitó la taza y enlazó su mano con la suya, dándole la vuelta acariciando con el pulgar el hueco de su palma.

—Un hombre atado a una maldición de la que solo tú puedes liberarme —respondió con voz profunda antes de continuar—. Fui *Sumo Guardián* del templo del Oráculo de Dodona, en la región de Epiro, Grecia… Antes de su destrucción, Dodona fue el punto profético más importante de todo Grecia, más importante incluso que Delfos.

Lluvia levantó la mirada lentamente hacia él, no estaba segura de la datación exacta del templo de Delfos, pero él estaba hablando de una época anterior al cristianismo. *Sí, nena, tenías toda la razón, está como una puta cabra. Rómpele el plato en la cabeza y sal huyendo antes de que empiece a decir que es pariente de Ramsés I.* La aguijoneó su conciencia, intentando darle un tono irónico a la locura que estaba desarrollando su mente.

—Delfos —repitió ella parpadeando varias veces—. ¿Las mismas ruinas esas del Templo de Apolo en Delfos? ¿Ese Delfos?

Él asintió.

—En aquella época no eran ruinas —comentó con sencillez.

Ella sacudió la cabeza y retiró la mano inmediatamente.

—No, no puedes estar hablando en serio —negó echando el asiento hacia atrás—. No puedes realmente esperar que crea que has vivido en la Antigua Grecia.

Nyxx la siguió con la mirada, fuese a donde fuese, ella no podía dejar el apartamento sin él.

—El templo cayó la misma noche que masacraron a tu pueblo, la misma noche en que tu pueblo me maldijo —continuó sin prestar atención a sus palabras—. Aquella noche, los molosos arrasaron el templo, mataron a todos los que encontraron en su camino y masacraron a uno de los pueblos nómada *gypsy* que se habían instalado en la región de Epiro, la tribu Valaco. Fue una de los últimos supervivientes la que lanzó la maldición que enlazó mi alma al lobo que viste en Central Park y me condenó a morir, solo para vagar durante toda la noche como un alma en pena y volver a renacer con las primeras luces del nuevo día. Esa maldición solo podría ser levantada por la última descendiente de su línea de sangre, la misma a la que la zorra de Valeska encadenó como mi única y legítima compañera. Pero esa noche no quedó ni una solo alma viva en el campamento.

—¿Murieron todos? —preguntó ella.

Nyxx la miró entonces y ella se sonrojó al ver la esperanza y calidez que había en sus ojos verdes.

—Eso fue lo que creí esa noche, lo que creí durante toda mi existencia —aseguró sin dejar de mirarla—. Estaba equivocado. No había contado con que la sangre se mezclaría, el mestizaje, solo me preocupé de la línea directa de Valeska sin entender que ella había dicho la sangre de su sangre. Eso incluía a cualquiera que tuviese aunque solo fuese un mínimo de su sangre en las venas.

Lluvia sacudió la cabeza, intentando hilar todo aquello.

—A ver si lo entiendo. ¿Una gitana griega, te echó una maldición de sangre, te vinculó de alguna manera a ese pedazo perro del parque y no contenta con eso, decidió darle una vuelta de tuerca a la cosa y atar tú... liberación… a otra miembro de su misma tribu? —resumió ella mirándole con cierta ironía—. Pues que mala leche, es como si no tuviese mucho aprecio a los de su propia sangre.

—Valeska pensó que esa noche todos los de su sangre habían muerto y que ella era la última —murmuró Nyxx.

—Y no fue así —respondió Lluvia sin saber exactamente ni lo que estaba diciendo.

La miró de arriba abajo.

—Creía que sí hasta hace un par de días.

—¿Qué te hizo cambiar de idea? —preguntó temiendo la respuesta.

—Tú —aceptó Nyxx sin atisbo de duda alguna.

Lluvia echó la silla hacia atrás y se levantó como un resorte, la negación vertiéndose de su boca.

—No —negó de forma rotunda alejándose de él.

—La verdad, Lluvia, es que tú eres mi compañera, la única que puede romper la maldición y que eres descendiente de los Valaco —resumió Nyxx con un anodino encogimiento de hombros—. Eres una *gypsy*.

Ella había cruzado la habitación hasta detenerse frente a una de las ventanas donde echó un buen vistazo hacia fuera antes de empezar a murmurar.

—Todavía estoy en shock por lo de Central Park, sí, es eso y todo esto es una absurda y enorme alucinación que estoy teniendo porque me he obsesionado contigo —farfulló ella de manera práctica como si aquello lo explicase todo y fuese más fácil de aceptar que todo lo que él acababa de contarle—. Tú eres un producto de mi candente imaginación, una manera de suplir mi larga sequía de sexo.

Nyxx arqueó una ceja ante eso y no pudo evitar sonreír.

—Eso tiene fácil arreglo, *agapi* —le aseguró él echándole un buen vistazo a su cuerpo envuelto por el albornoz antes de recoger el plato que sabía ella no se iba a terminar.

—Oh, por favor —masculló llevándose las manos a la cabeza y hundiendo los dedos entre su pelo ya seco con desesperación—. Quiero despertarme de una jodida vez, esto no está pasando, de verdad que no puede estar pasando.

—Está ocurriendo, Lluvia —le aseguró dejando el plato en el fregadero antes de volverse y caminar lentamente hacia ella—. El negártelo a ti misma no va a ayudar.

Lluvia lo contempló mientras se acercaba, tan sexy, tan absolutamente mortal que no podía concebir que aquel hombre fuese real y no un producto de su imaginación.

—¿Qué es lo que quieres de mí? —murmuró ella con desesperación, entonces sin pensarlo siquiera, bajó las manos con decisión al cinto que sujetaba el albornoz y lo desató, para luego subir sus manos a los hombros y resbalar la tela de toalla por sus brazos hasta que cayó en un charco blanco a sus pies—. ¿Esto?

Nyxx se detuvo en seco, su mirada recorriendo el hermoso y perfecto cuerpo femenino enmarcado por la temprana luz de la mañana que entraba por la ventana. Ella no era un palo de escoba, sus curvas eran voluptuosas y bien definidas, sus pechos se erguían orgullosos coronados por dos arrugados pezones color canela que empezaron a erguirse al contacto de su mirada, esta descendió por su estómago plano y su mano voló inconscientemente hasta la delicada línea rojiza que cubría su costado, ese solo recordatorio hacía que le hirviese la sangre al pensar en lo que

había podido pasarle. Su vientre tenía una ligera redondez que le encantaba y un nido de rizos castaños se anidaba entre sus llenos muslos que daban paso a unas largas e interminables piernas. Era bellísima y estaba ahí ante él, cual doncella entregada en antiguo sacrificio. Una profunda ternura empezó a crecer en su interior mientras retomaba el paso y al llegar junto a ella intercambiaba una rápida mirada antes de inclinarse y recoger el albornoz del suelo y ascender recreándose en sus curvas, en lo sedosa que parecía su piel y en el rubor que esta estaba adquiriendo. Sacudiendo el albornoz la rodeó, disfrutando de la visión de su larga y femenina espalda y del prieto culo por el que se moría por acariciar condujo la tela de nuevo por sus brazos, asentándola sobre sus hombros para volver de nuevo frente a ella y cerrar las solapas de la tela cubriendo su desnudez sin apartar sus ojos de la mirada avergonzada y humillada de ella que se dirigía hacia el suelo.

Nyxx le tomó suavemente la barbilla entre los dedos y se la alzó para mirarla a los ojos.

—Querré todo de ti, Lluvia —le respondió con suavidad y pausada calma—, pero no me gustan los sacrificios.

Ella se sonrojó, temblando bajo su contacto, sintiéndose como una verdadera tonta ante lo que acababa de hacer, reprendiéndose a sí misma por haber hecho una estupidez como aquella.

Como si leyese sus pensamientos, Nyxx le acarició la mejilla y la atrajo hacia sí, estrechándola entre sus brazos mientras ella escondía el rostro contra su pecho, mordiéndose el labio inferior para evitar que las lágrimas abandonaran sus ojos. No quería que la viese llorar.

—Solo déjame ponernos a salvo, *Mikrés*, entonces te enseñaré exactamente todo lo que quiero de ti —le susurró al oído, acariciándole el pabellón de la oreja con su aliento.

Lluvia se estremeció ante su profunda y sensual voz vertiéndose en su oído, hacía apenas unos pocos días que conocía a Nyxx y dios sabía que lo que había ocurrido recientemente no había dejado su mente en el mejor de los estados pero pese a todo, estaba deseando que llegase ese momento.

La separó un poco de él, lo justo para poder buscar su rostro y alzárselo de modo que la mirase. Los ojos marrones estaban brillantes de las lágrimas no derramadas y sus mejillas coloradas.

—Te llevaré a tu casa para que puedas vestirte y recoger lo que necesites, pero tendrá que ser rápido —la obligó a mirarle, necesitaba que entendiera la urgencia en su voz—. Tenemos que irnos, Lluvia.

Ella parpadeó varias veces.

—Irnos… ¿A dónde? —negó sacudiendo la cabeza—. Yo tengo que ir a la tienda, y tengo clases, en pocas semanas serán los exámenes finales, no… No puedo irme.

Él le acarició la mejilla como había cogido costumbre de hacer.

—No puedo dejarte sola y menos ahora —negó. Ni por todo el poder del universo iba a dejarla ahora que la había encontrado, que ella existía.

Ella sacudió la cabeza y se alejó un par de pasos de él.

—No —negó con firmeza—. No voy a ir a ningún sitio, Nyxx.

Él la miró durante lo que le parecieron unos segundos demasiado largos, entonces suspiró y estiró la mano hacia ella.

—Me temo que esa ya no es tu decisión —le respondió cerrando los dedos alrededor de su muñeca—. Hay demasiadas cosas que aclarar y me temo que ya no va a ser todo tan fácil.

Antes de que ella pudiera replicar, aferró su muñeca y los hizo destellar a ambos de su apartamento.

CAPÍTULO 10

Seybin contempló al Juez Supremo que permanecía en pie al lado del hogar, las llamas se reflejaban en el sombrío rostro del joven creando extrañas sombras. Se lo veía cansado, demasiado para alguien tan joven como él, si se le comparaba con él mismo claro, había veces que los deberes pesaban más que la propia y longeva existencia de uno y en el caso de Shayler, aquellos deberes lo habían llevado incluso a tener que valorar la vida de su propia esposa. Ahora, el joven se presentaba para pedir su intervención sobre uno de sus propios cazadores, tenía que respetar aquello, no todos los días alguien se atrevía a mover su culo hasta allí abajo para decirle al Señor de las Almas lo que tenía que hacer, el que él lo hubiese hecho había asentado un punto a su favor, pero solo uno.

—No sé dónde está —respondió Seybin a la pregunta que había quedado colgando entre ellos—. Nyxx va y viene a su antojo, ese chucho no siente realmente pasión por mis órdenes, la mayoría de las veces me dice muy claramente qué puedo hacer con ellas.

Shayler apenas volvió sus ojos azules hacia el dios, Seybin podía ser muchas cosas, pero no era precisamente paciente, si alguno de sus subordinados se comportaba de la manera en que sabía lo hacía Nyxx sería un auténtico milagro que sobreviviera, así que, obviamente, el dios tenía en más estima al Cazador de lo que quería hacer creer.

—No supone un placer para mí tener que mandar perseguir a un amigo, Seybin —le aseguró el Juez volviéndose hacia el hombre que seguía repantingado en su escritorio—. Pero no puedo ignorar las Leyes que rijo. Ha matado a un humano, la rabia ciega que sentí en aquel lugar no correspondía con el Nyxx que yo conozco, ni siquiera con su parte lobo, era pura furia animal, sin conciencia y no puedo permitir que vuelva a suceder.

Shayler caminó hacia el escritorio y posó su mano marcada sobre la mesa.

—Ha huido de uno de mis Guardianes llevándose a una humana —anunció eligiendo sus palabras muy cuidadosamente—. Y ella ha podido salir lastimada en el proceso.

Seybin entrecerró los ojos, la tensión en sus cuerpo resultó palpable.

—¿Lastimada en qué manera, Juez? —la mirada así como el tono del voz del dios eran una oscura advertencia.

Shayler fue totalmente sincero.

—Todo lo que sé es que esa chica de algún modo acabó entre los dos combatientes y que mi Guardián no está seguro de si ella salió ilesa de esa contienda, ya que se desmayó en los brazos de tu Cazador —respondió con sencillez—. Huelga decir que él dejó muy clara su intención hacia nosotros, si ella resultaba herida de alguna manera.

Seybin soltó un exabrupto y descruzó las manos incorporándose de su asiento para finalmente rodear el escritorio.

—¿En qué demonios estaban pensando tus hombres? —exclamó realmente furioso, su poder lo envolvía como una furiosa serpiente.

Shayler se volvió hacia el dios.

—En cumplir mis órdenes —respondió aceptando toda la responsabilidad.

El dios se calmó con tanta prontitud como se había encendido.

—Sabes tan bien como yo que a ninguno se nos permite arrancar una vida humana, por muy justificables que sean sus motivos —continuó el joven en voz baja, tranquila—. Solo La

Fuente puede emitir tal orden.

—Esa humana, es su compañera, Shayler —respondió él mirando las llamas danzando en la chimenea—, ella es lo único que puede liberarle ahora mismo.

Seybin se volvió hacia el Juez y arqueó una ceja antes de contestar con ironía.

—Imagino que conoces esa sensación —aseguró haciendo que el Juez apretase los dientes en respuesta—. Ese hijo de puta al que mató está en mi lista desde hace varios meses, era cuestión de tiempo que antes o después cayese en las manos de alguno de mis cazadores, su alma es mía.

—No quiero tener que cazar a Nyxx, Seybin —aseguró Shayler con voz profunda, llena de poder—, pero como no se presente ante mí antes de cinco días, no me dejará otra opción.

—¿Lo dejarías en libertad si acudiese a ti? —sugirió el dios sabiendo de ante mano la respuesta.

—Eso solo puede decírmelo Nyxx, Seybin —insistió sabiendo que nada de lo que él dijese ahora serviría de nada cuando estuviese ante el Cazador, solo su presencia podría aclarar este asunto y terminarlo de la mejor manera posible.

—Lo cual es un no —concluyó el dios con profunda ironía—. Y eso es precisamente el motivo por el que él no se ha presentado ante ti.

Shayler respiró profundamente intentando calmarse.

—Voy a mantener a Lyon ahí fuera —le informó dejando escapar el aire lentamente.

Seybin chaqueó la lengua y negó con la cabeza.

—¿Tienes la menor idea de lo que vas a provocar con esta persecución sin sentido? Si intentas ir tras él, Nyxx se las arreglará para alejarse hasta tal punto que es posible que pasen días, meses e incluso años antes de que puedas dar con él.

—Me subestimas —respondió Shayler con diversión.

—No, Juez, eres tú el que subestima al mejor de mis Cazadores —replicó con sencillez—. Él hará cualquier cosa para mantener a salvo a esa mujer, al costo que sea, porque no solo es su compañera, Shay, es la llave para librarse de su pasado.

Shayler ladeó la cabeza al captar el extraño tono en la voz de Seybin.

—¿Qué no me estás contando? —preguntó el Juez.

Seybin solo sonrió.

—¿Le permitirías esos cinco días de libertad si al término del quinto día se presenta voluntariamente ante ti? —insistió, su expresión tan indescifrable como de costumbre.

Shayler frunció el ceño y finalmente se pasó una mano por el pelo con resignación.

—Vais a lograr volverme loco entre todos vosotros —aseguró resoplando—. Quiero a Nyxx en mi oficina antes de las doce del mediodía del domingo, Seybin. Me da igual como lo hagas, pero si él no se presenta antes de esa hora, ya no habrá nada que yo pueda hacer.

—¿El domingo? —repitió Seybin.

—Cinco días —asintió Shayler esperando una respuesta.

—Y retirarás a tu Guardián de su trasero —insistió Seybin esperando por la respuesta del juez.

—Gracias por ese gráfico pensamiento —rezongó el chico poniendo los ojos en blanco—. Cinco días, Seybin, ni un minuto más. Si tiene cosas que solucionar, sugiero que las solucione durante ese tiempo, después… No puedo garantizar que lo tenga.

El dios lo contempló durante unos instantes.

—¿Tu palabra?

Seybin sabía que aquello era un insulto hacia el Juez, pero el muchacho tendría que

superarlo, lo necesitaba atado de manos durante esos cinco días si quería darle cierta ventaja a Nyxx para que hiciera lo que necesitaba hacer.

Shayler arqueó una de sus doradas cejas con ironía pero asintió.

—La tienes, Dios de las Almas, tienes mi palabra de que nadie tocará a ese Cazador hasta las 12 del mediodía del próximo domingo.

Seybin sonrió abiertamente y con satisfacción.

—Tendrá que valer —aceptó el dios caminando hacia él en su regreso hacia el escritorio —. ¿Cómo se lo está tomando tu mujer, ha vuelto a dirigirte la palabra?

Shayler fulminó al dios con la mirada ante el tono jocoso que había empleado, al parecer todo el mundo parecía saber del repentino voto de silencio que había decidido hacer Dryah con respecto a lo que estaba pasando, un voto que lo incluía, o más bien, se reservaba únicamente para él.

Con una última mirada de advertencia hacia el dios se desvaneció dejándole con sus cosas.

Seybin sonrió para sí al ver marcharse al Juez. Era un buen chico, quizás demasiado impulsivo, pero racional, esos cinco días que había ganado para Nyxx tendrían que ser suficientes. Mirando hacia las llamas suspiró y se volvió para convocar a sus dos Cazadores de Almas más antiguos.

—Josh, Silver.

Con una sola llamada, los dos hombres se presentaron ante su jefe.

—Me da igual como lo hagáis, pero quiero que encontréis a ese lobo astuto y le entreguéis esto. —Seybin hizo aparecer en sus manos un pequeño sobre de color rojo sangre con un lacre negro—. Encontradlo antes de que caiga la noche, el tiempo ha empezado a correr para él.

Silver se pasó una mano por el pelo tricolor y miró a su compañero antes de volver a posar la mirada en su jefe.

—¿Una cacería? —preguntó mirando directamente a Seybin.

—Tiene cinco días para evitarla —les informó el dios y lanzó el sobre hacia Josh—. Daos prisa.

Josh asintió y se desvaneció seguido de inmediato por su compañero de armas.

Shayler dejó escapar el aire cuando se apareció en el salón de su hogar, Dryah no estaba allí, pero la puerta que llevaba a la azotea estaba abierta. Preparándose para una nueva confrontación con su esposa, salió por la puerta y subió hasta el cenador que tenían en la azotea del edificio, ella decía sentirse más libre allí arriba y a menudo subía para respirar aire cuando las paredes de la casa o la oficina se le echaban encima.

Estaba parada al borde de la azotea, el viento peinaba el largo cabello rubio que llevaba suelto haciéndolo ondear a su espalda como una bandera, estaba vestida con unos gastados tejanos y las suaves botas de piel que le había hecho comprar la semana pasada. Como si sintiera su presencia, se volvió hacia él, sus ojos se encontraron y Shayler realmente respiró aliviado cuando vio la clara trasparencia en la mirada femenina, ella sonrió un poco y bajó la mirada antes de tenderle la mano.

—¿Vas a volver a hablarme? —sugirió suavemente caminando hacia ella, maravillándose de que aquella cálida y amorosa mujer fuera suya.

Dryah entrelazó los dedos de su mano tatuada con los de la de él y lo acercó de un tirón hasta poder refugiarse en el hueco de sus brazos.

—Cariño, realmente lo siento, siento que esté ocurriendo todo esto —le aseguró él envolviendo sus brazos alrededor de la delgada cintura, disfrutando del aroma y calor femenino.

—Tú no tienes la culpa —respondió ella apretando el rostro contra su pecho—. Hay cosas que solamente suceden, porque así está escrito que sucederán…

Shayler la separó ligeramente para mirarle a la cara.

—Tú me has demostrado que eso no siempre es así, *Libre Albedrío* —le aseguró acariciándole el rostro, reteniendo el pelo que se escapaba con el viento a ambos lados de su rostro.

Ella sonrió y sacudió la cabeza.

—Esta vez no, Shay, esta vez las cosas ocurrirán como deben ocurrir —aceptó con un cansado suspiro—. No me está permitido interferir, ellos me lo han prohibido.

Shayler frunció el ceño al oír hablar de ellos. La Fuente Primordial, los dos entes místicos y todo poderosos que componían todo el universo, el principio de todas las cosas. Aquellos dos avatares parecían haber tomado la costumbre de comunicarse a través de su esposa.

—¿Y nosotros? —preguntó hablando de él mismo y el resto de la Guardia Universal.

Dryah sacudió la cabeza.

—Haz lo que tengas que hacer —respondió apretando su mano.

Él le devolvió el apretón y sacó su Blackberry del bolsillo trasero de su pantalón para luego marcar un par de teclas y poner el altavoz.

—Dime —respondió Lyon al segundo toque.

Shayler miró a Dryah quien asintió.

—Vuelve —le ordenó el Juez sin apartar la mirada de su esposa—. He hecho un juramento al Señor de las Almas, el lobo tendrá que presentarse aquí y someterse a juicio en cinco días. De lo contrario, abriré la cacería.

Nyxx tuvo el tiempo justo de apartar los pies antes de que Lluvia vomitara lo poco que había desayunado en el suelo. La chica se dobló sobre sí misma dando arcadas antes de limpiarse la boca con la mano y fulminar a Nyxx con la mirada. Estaba empezando a descubrir que la mansa gatita que había conocido tenía un temperamento más bien fuerte en su interior, esa combinación de suavidad y explosión empezaba a resultarle muy atractivo.

—¿Estás bien? —preguntó más por cortesía que por otra cosa.

Lluvia entrecerró los ojos, alzó su mano derecha y le enseñó el dedo corazón antes de dar media vuelta y dirigirse a su dormitorio cuya puerta cerró de un portazo.

—Tomaré eso como un sí —suspiró Nyxx echando un rápido vistazo a su alrededor.

El Cazador entrecerró los ojos, su mirada verde se movía de un lado a otro de la casa hasta fijarse en un punto cercano a la ventana, sus armas aparecieron en sus manos un instante antes de que lanzase una afilada daga en dirección a la ventana y fallase por poco al clavarla en uno de sus compañeros.

—Silver —gruñó, su mirada entrecerrándose de modo predador.

El hombre era una montaña en sí mismo y el vestir completamente de cuero negro, no hacía sino resaltar el tono multicolor de su pelo. Sus ojos se posaron sobre su compañero con una irónica sonrisa antes de que levantara una de sus manos enguantadas y saludara a Nyxx.

—Ey, colega, ¿cómo te va? —le dijo en tono jocoso antes de señalar con el pulgar hacia la habitación—. Bonita hembra, un poco más y te vomita encima de las botas.

Un mal presentimiento pasó entonces sobre Nyxx.

—¡Lluvia! —la llamó en un fuerte grito sin apartar la mirada de Silver.

—Creo que se está lavando los dientes —aseguró este con inocencia.

—¿Dónde está Josh? —preguntó sabiendo que esos dos no solían andar separados. Más

parecían una pareja que compañeros de armas, pero eso no era de su incumbencia.

—Buscándote, al igual que yo —aceptó Silver caminando hacia el Cazador al descubierto. El hombre le dio la vuelta a la daga que había lanzado Nyxx y se la tendió por el mango—. Seybin nos ha mandado a buscarte.

—Estoy un poquito ocupado ahora mismo para hacerle una visita social —le aseguró con ironía.

Silver sonrió ante eso y se llevó la mano al bolsillo trasero del pantalón de donde extrajo un pequeño sobre color rojo sangre con un lacre negro.

—Lo sabe, por eso te envía esto —respondió él tendiéndole el sobre—. El Juez Supremo estuvo por los bajos fondos, me parece que quieren tu pellejo, lobito.

Nyxx se limitó a recuperar su arma con un gruñido y la enfundó en la bota antes de tomar el sobre que le tendía el Cazador. Estaba a punto de abrirlo, cuando escuchó un grito femenino procedente del cuarto de su compañera, seguido por unos cuantos tacos y cosas estrellándose contra la pared entre disculpas masculinas. Un instante después, salía Josh con los brazos en alto protegiéndose del lanzamiento de botellas de gel y aceites que la chica traía en sus brazos. Empezaba a estar harto de tantas interrupciones, aunque tenía que confesar que aquella escena era bastante divertida. El enorme Cazador retrocedía con las manos en alto frente a él para evitar los proyectiles que una menuda mujer de largo pelo castaño y vestida con tan solo un albornoz apretaba en uno de sus brazos mientras esgrimía una canastilla en la otra mano.

—¡Joder, Nyxx, dile que se esté quieta!

—*Otan pagosoun ta kazania*[18] —respondió Nyxx mientras hacía aparecer en sus manos sus propias armas solo para ganarse una reprimenda de parte de su compañera.

—Y tú deja de hacer eso —clamó Lluvia con una pequeña patada en el suelo—. Si alguno rompe algo en mi casa… ¡Me lo cargo!

—Ven aquí, Lluvia —pidió cambiando la empuñadura de la espada de modo que no la lastimara con la hoja cuando se acercara.

Ella miró al hombre que se había aparecido en su cuarto de baño, sus profundos ojos negros, al igual que su cabello casaban con el tono de piel canela que dejaba ver toda la ropa negra que llevaba puesta, su aura era tan letal como la de Nyxx y ese otro desconocido de pelo de colores que estaba cerca de su compañero. Dejó caer lo que traía entre sus brazos al suelo y caminó lentamente hacia él, sin sacar la mirada de ninguno de los dos otros intrusos.

—*Einai toso omorfi, allá thanatifora*[19] —le respondió Josh siguiendo a Lluvia con la mirada, pero la apreciación iba dirigida a Nyxx.

—No te acerques a ella —fue el único aviso del lobo.

—No tengo por costumbre levantarle la novia a mis compañeros —aseguró Josh con un guiño hacia Silver, quien se limitó a poner los ojos en blanco.

—¿Amigos tuyos? —sugirió Lluvia llevándose inconscientemente la mano a su oído, para comprobar que el audífono tenía el volumen suficiente.

—Camaradas, en realidad, preciosa —respondió Silver saludándola con un gesto de la mano—. Ese al que has estado lanzando cosas es Josh, yo Silver. Estamos aquí para evitar que aquí, el héroe del día no salga hecho picadillo por los Guardianes Universales.

—¿Guardianes Universales? —preguntó Lluvia, creyendo haber oído ese título antes.

—El tío grande rubio de la espada —respondió Nyxx.

Ella le echó un buen vistazo de arriba abajo y le miró con ironía a lo que Nyxx esbozó una sincera sonrisa y continuó.

—El otro tío rubio.

—No me jodas, ¿ya te has cruzado con alguno de ellos? —preguntó Josh.

Nyxx se limitó a atraer a Lluvia a su lado y romper el sello de la misiva que le habían entregado, sus ojos se movieron por la letra elegante y retorcida de su jefe y dejó escapar un poco el aire que no había sabido que estaba conteniendo hasta el momento.

—¿Qué es eso? —preguntó Lluvia mirando la extraña escritura.

—Cinco días —le dijo haciendo arder la misiva en su mano con un chasqueo de sus dedos. Lluvia dio un respingo y se apartó un par de pasos. Nyxx se volvió hacia ella—. Lo siento.

—Avisa cuando vayas a hacer algo como eso —pidió antes de respirar profundamente y llevarse una mano a la cabeza—. Nunca terminaré de acostumbrarme… la idea del sueño era mucho mejor… tenía explicación… quizás debiera seguir pensando en que todo esto es un sueño y que antes o después me despertaré.

—Tu novia es un poco cortita, ¿no? —sugirió Silver mirando a la chica de arriba abajo—. Aunque está buena.

Josh caminó hacia su compañero y le pegó una palmada en la nuca.

—Es humana, zoquete.

—¿Totalmente humana? —preguntó Silver mirándola sorprendido.

—Es una *gypsy* —respondió Nyxx.

—No lo soy —añadió al mismo tiempo Lluvia mirando a Nyxx.

—¿Otra *gypsy*? ¿Qué pasa, te quedaron ganas de más la primera vez? —le respondió Silver con absoluta ironía.

Nyxx intercambió una contundente mirada con él que lo hizo levantar las manos a modo de rendición.

—No he dicho nada —respondió el Cazador dando un paso atrás.

—Tenemos que volver, hay almas esperando por nosotros —respondió Josh tendiéndole la mano a Nyxx a modo de despedida—. Ten cuidado.

—Tú también —respondió Nyxx correspondiendo a su saludo.

—Pase lo que pase, sabes dónde encontrarnos —se despidió también Silver, entonces miró durante un instante a Lluvia a su lado y volvió a mirar a Nyxx—. Dile que te enseñe lo que tiene en esa caja en el armario, puede que te lleves más de una sorpresa.

Antes de que pudiera decir algo, los dos Cazadores se desvanecieron en el aire y Lluvia se estremeció. ¿Por qué las personas no podían dejar de hacer eso?

—¿Qué hay en esa caja que ha mencionado Silver? —preguntó Nyxx volviéndose hacia ella.

Lluvia dudó unos instantes, entonces se encogió de hombros y caminó hacia el pequeño armario que había junto a la entrada, abrió la puerta y sacó una caja decorada con papel de periódico y la llevó encima del mostrador de la cocina, le quitó la tapa y permitió que Nyxx le echase un vistazo.

—Imagino que tu amiguito se refería a esto —respondió sacando los sobres, objetos y cartas del tarot que había ido recibiendo a lo largo de los años, junto con el cuaderno floral que había recibido en la última carta—. Mi extraña herencia.

Nyxx jadeó cuando sus ojos se encontraron con una pequeña ramita de hojas secas atada a una cinta de hilo roja.

—¿De dónde has sacado esto? —preguntó metiendo la mano para sacar la ramita en cuestión.

Ella se encogió de hombros.

—No lo sé —respondió de manera práctica—. Como verás, las cartas no tienen remitente,

ni sello, nada. Son dejadas en mi buzón… o con mi casero, en el caso de la última en la que vino este pequeño diario con anotaciones y dibujos de flores.

Lluvia alzó la mirada hacia Nyxx y se sorprendió al ver la mirada de absoluto dolor y pesar en sus ojos mientras contemplaba la ramita que tenía en las manos.

—¿Qué ocurre? ¿Nyxx? —preguntó preocupada.

Él se volvió a ella y le enseñó la rama.

—Esto es de un roble sagrado —respondió él.

—¿Y?

—Ese roble solo nace en un lugar.

Lluvia se lo quedó mirando.

—En la región de Epiro, a los pies del Monte Tomaso —explicó Nyxx—. Es del roble que queda en pie en el lugar en el que una vez estuvo el Oráculo de Dodona.

CAPÍTULO 11

Media hora después, Nyxx seguía contemplando cada una de las cartas que Lluvia había colocado sobre la mesa junto con las respectivas flores y los diferentes objetos que habían llegado con ellas. Ella le había estado explicando durante la última media hora de que aquellos objetos empezaron a llegarle hacía algunos años, siempre marcando la fecha de su cumpleaños.

—Todos los sobres han venido con una misma frase escrita en la parte inferior, pregunté a Isabel su significado. —Lluvia le mostró la frase en el dorso de una de las cartas y dio la vuelta al mostrador para sacar un refresco de la nevera. Había podido ponerse unos jeans limpios y una camisa con un jersey sin mangas mientras él examinaba el inexplicable hallazgo.

—*O ushalin zhala sar o kam mangela* —leyó Nyxx con una pronunciación que le recordaba a la de Isabel, solo que más cerrada—. *Las sombras se moverán cuando el sol lo ordene.*

Lluvia se inclinó y miró la frase y luego a él.

—Eso es lo que me dijo Isabel —aceptó, viendo que coincidía la traducción hecha por Isabel con la del hombre—. ¿Conoces el significado?

Nyxx vaciló, pero finalmente asintió.

—Hace referencia a aquello que está oculto y que antes o después saldrá a la luz —respondió con un ligero encogimiento de hombros—. Secretos que serán desvelados.

—¿Qué secretos? —preguntó ella mirando la frase como tantas veces había hecho.

Él no respondió, se limitó a echar un vistazo al resto del contenido.

—Aquellos que estés dispuesta a desvelar. A veces lo explicable puede ser más fácil de aceptar que lo que no lo es, se necesita un periodo de aceptación para mover esas sombras y solo lo harán cuando tú estés preparada para aceptar lo que haya más allá.

Lluvia lo miró durante unos instantes, entendía lo que insinuaba con sus palabras, pero no era fácil para ella aceptar que aquel hombre, aquel pedazo de espécimen masculino, no fuese humano, o lo que quiera que fuese. Había visto cosas que nunca pensó que fueran posibles, había asistido a ellas y con todo, faltaba algo.

—Ese lobo que atacó a ese hombre… en el parque. —Ella no le quitaba la mirada de encima mientras se aventuraba a hacer la pregunta—. Sus ojos… sus ojos son lo que más recuerdo y son del mismo color que los tuyos… y su voz… ¿De veras eras tú?

Nyxx levantó la mirada de lo que estaba comprobando y la fijó en ella.

—Sí —respondió sin rodeos. Lisa y llanamente.

Lluvia se encogió interiormente, el tener la confirmación verbal de él daba nuevas proporciones a lo que daba vueltas en su mente. ¿Realmente se podía echar una maldición para que un hombre se convirtiese en un lobo? ¿No iba eso contra las leyes de la naturaleza? Sus recuerdos de esa noche estaban confusos, era cierto que lo más nítido que tenía en su mente eran sus ojos, pero también recordaba la envergadura de aquel animal, su fuerza y rabia cuando atacó a aquel hombre, la sangre… Cerró los ojos inmediatamente en un intento de alejar aquella imagen de su mente, la cual la dejaba temblando. El solo pensar en aquellas manos sucias y asquerosas que habían buceado bajo sus ropas, el aliento a alcohol en su fétida boca, no podía soportarlo.

—No puedo creer que haya ocurrido todo aquello —murmuró estremeciéndose al tiempo

que apretaba con fuerza los ojos—, es demasiado imposible, una fantasía… No es verdad.

Nyxx volvió a mirarla y se encogió interiormente al ver la desesperación que trasmitían sus ojos, quería creer, tenía las pruebas ante sí, pero se resistía a ello.

—Sabes que lo es —le dijo con voz suave y baja—, por muy difícil que parezca de aceptar, sabes que eso es lo que sucedió.

Ella alzó la mirada hacia él y Nyxx vio cómo se mordía con nerviosismo el labio inferior.

—Como lo que ocurrió en la calle —continuó sin apartar la mirada de ella, ahora su tono era mucho más serio—, no vuelvas a hacerme eso jamás, Lluvia. Nunca vuelvas a interponerte en una lucha.

Ella se llevó la mano al costado de manera inconsciente, había visto la línea rojiza cuando se había bañado y sabía a qué pertenecía. Como si su mente estuviese todavía procesando los sucesos acontecidos, el recuerdo del fragor de la lucha y las heridas que ambos se habían infringido volvieron a su mente. Jadeando, abrió los ojos desmesuradamente y rodeó rápidamente el contador y se lanzó a buscar bajo la camiseta de Nyxx por la herida que sabía él se había llevado en su lugar.

—Él te dio a ti, esa espada te dio a ti —murmuraba mientras tironeaba frenética de la camiseta sacándola del interior del pantalón solo para encontrar la piel bronceada del hombre, y un pequeño apósito cubriéndole el costado de un lado a otro asegurado con esparadrapo. El exterior del apósito estaba ligeramente manchado, pero por lo demás parecía estar bien.

Nyxx tomó su mano y la retiró lentamente volviendo a colocarse la camiseta mientras ella lo miraba.

—Lo siento —murmuró bajando la mirada avergonzada, sabiendo que había sido herido por culpa suya.

—No tienes por qué —respondió él con un ligero encogimiento de hombros—. No es culpa tuya.

Lluvia negó con la cabeza y miró todo el material que estaba disperso sobre el mostrador de la cocina.

—Preferiría pensar que todo esto es producto de una intoxicación, un golpe en la cabeza, o un tumor cerebral —enumeró apretando con fuerza los ojos antes de volver a abrirlos y mirar nuevamente las cartas de Tarot puestas sobre la mesa—, de ese modo todo esto tendría explicación por que estaría en mi mente y tú no habrías sido herido por mi causa, ni antes ni ahora. Si acepto lo que ha ocurrido, lo que he visto, tendría que aceptar también que lo que dices es la verdad y que de alguna manera, esto que hay aquí encima de la mesa, podría muy bien ser mi herencia.

Nyxx extendió la mano por encima del mostrador, inclinándose hacia delante para acariciarle la mejilla, aquello se había convertido en un gesto automático, cada vez que veía aquella mirada de desesperación y abandono en sus ojos sentía la imperiosa necesidad de borrársela de la manera que fuera.

—No sé qué esperas oír, Lluvia —le respondió suavemente antes de indicar el contenido de encima de la mesa con un gesto de la barbilla—. No sé qué significa todo esto o quien ha podido enviártelo, *Mikrés*, pero sí sé que eres *gypsy*, la última de los *Valaco, mi compañera.*

—El medio que necesitas para liberarte de esa supuesta maldición —resumió ella mirándole a los ojos. Y cuando vio que sus palabras habían herido a Nyxx, se sintió realmente mal pero no hizo nada por disculparse, sabía que aunque lo intentara, el daño ya había sido hecho —. ¿Qué dice exactamente esa maldición? No habrá que sacrificar alguna virgen o algo así, ¿no? Porque conmigo lo ibas a tener un poquito difícil.

Nyxx sintió unos repentinos celos ante el hombre o los hombres que habrían podido pasar por la vida de su compañera, nunca se había sentido tan posesivo hacia nadie, ni siquiera hacia Hadryna. Quizás, aquello fuese obra también de la maldición.

—*A la última descendiente de mi sangre te encadeno y suya será la voluntad de sangre que pueda otorgarte el perdón* —recitó él, poniendo voz a la última parte de su maldición—. Esas fueron las últimas palabras de Valeska y la única vía de escape. No contenta con maldecirme, incluyó a su propia sangre en el pacto, a su última descendiente a la que me encadena y por cuya voluntad de sangre será la única que podrá liberarme.

—¿Voluntad de sangre? —repitió sin entender.

Nyxx la miró a los ojos y con su tono más profundo y oscuro le respondió.

—¿Serías capaz de dar tu vida por mí, Lluvia?

Ella realmente dio un respingo al oír su tono, sus ojos se tiñeron con recelo y un incipiente temor, la había asustado.

—Estaba bromeando —continuó él con voz más relajada, despreocupada en realidad—. La voluntad de la sangre es la única manera que tienen los *gypsy* de escapar a una maldición, solo aquella quien impuso la maldición, o alguien con la misma sangre y voluntad para hacerlo, puede deshacer una *Armaya*.

Lluvia realmente dejó escapar el aire que ni siquiera se había dado cuenta que estaba conteniendo.

—Bueno… bien… ¿Y cuál es el problema? —preguntó ella con un ligero encogimiento de hombros—. Yo estoy aquí y si soy quien realmente tú crees, aquí y ahora te libero de lo que quiera que te hayan hecho.

Nyxx sonrió con ironía, perdonando su ignorancia hacia la cultura y procederes de su pueblo.

—Me temo que no es tan fácil, *Mikrés*.

Lluvia se encogió de hombros.

—¿Por qué no?

Le fue imposible no sonreír ante la inocencia que leía en su mirada.

—Para empezar, la *Armaya* solo se puede deshacer en el lugar en el que fue impuesta —respondió Nyxx esperando ver su reacción en sus ojos.

Lluvia negó con la cabeza, no entendía.

—¿Y eso donde se supone que es?

Nyxx le sonrió y le acarició nuevamente el rostro, maravillándose de la suave piel que notaba bajo sus dedos. El deseo lo inflamó, el recuerdo de su cuerpo maduro y desnudo lo aguijoneaba sin parar enviando una corriente eléctrica por todas sus terminaciones al tiempo que convertía en lava la sangre que corría por sus venas, su sexo protestó en el confinamiento de sus pantalones, su polla empujaba contra su restricción con el mismo pensamiento de él, poseerla.

Respirando profundamente se obligó a hacer a un lado aquellas imágenes sensuales que cruzaron su mente, imágenes de las cosas que le encantaría hacerle, de las muchas formas en que pensaba tomarla, porque lo haría, no había mentido al respecto cuando ella se le había entregado tan generosamente, había visto en sus ojos el mismo deseo desesperado que rabiaba en su interior, pero también había visto su temor y desconcierto. No. Esperaría. Primero tenía que ponerla a salvo, confiaba en el Juez para que mantuviese su palabra, pero no quería arriesgarse, y también estaban aquellas extrañas cartas y el enigmático mensaje en ellas. Nyxx había traducido la frase para ella, pero no le había dicho que significaban los pequeños símbolos que aparecían en cada hoja los cuales solo se veían poniéndolo a tras luz como si fuese una marca de agua:

Epidióxte tin alítheia. Busca la verdad.

Cuando la tuviese a buen recaudo y estuviese seguro de que nada los atacaría, solo entonces le enseñaría exactamente qué era lo que quería de ella y que significaba el que estuviesen atados por la maldición.

—Coge tu mochila y mete alguna muda y lo que necesites para un par de días —fue su respuesta.

Lluvia frunció el ceño y no se movió.

—No voy a moverme de aquí —le respondió sin vacilar—. No puedo dejar las clases, estoy a las puertas de los finales y no puedo irme dejando a Isabel sola con la tienda.

Ante la mención de su amiga casi se queda sin aire. ¡Dios, Isabel! ¡Ni siquiera la había llamado! Había hablado con ella apenas el día anterior, pero sabía que ella esperaría que se pasara por la tienda o tan siquiera que la llamara.

—Con toda esta locura se me olvidó llamar a Isabel —dijo con angustia. No quería que su amiga se preocupara por ella.

—Lluvia —insistió Nyxx deteniéndola cuando se disponía a ir hacia el teléfono—. Solo confía en mí, ¿de acuerdo? Iremos a ver a tu amiga antes de irnos.

Ella vaciló, su mirada fija en la de él.

—¿Vas a decirme a dónde vamos? —pidió. Quería confiar en él, pero no podía hacerlo si no le decía toda la verdad, aunque dudaba que fuese a creerla.

Nyxx la miró durante unos instantes, entonces indicó los objetos sobre la mesa y recogió el cuaderno de flores.

—El motivo por el que no entiendes lo que hay aquí escrito es porque se trata de un antiguo dialecto Valaco. Mezclan algo de griego antiguo con romaní.

Lluvia tomó el cuaderno abriéndolo por una página cualquiera y luego miró a Nyxx.

—¿Tú puedes leerlo?

Nyxx asintió y bajó la mirada al cuaderno para señalarle una página en la que había un dibujo de una flor.

—Esta flor, al igual que otras de las muestras y dibujos del cuaderno solo las he visto crecer en un lugar —aseguró mirándola—. Viajaremos a Grecia.

Lluvia estaba demasiado sorprendida como para decir algo que tuviese coherencia en aquel momento. ¡¿Él quería que viajaran a Grecia?! Le entró la risa.

—Sí, claro. Y después iremos a Tombuctú —le dijo con ironía antes de chasquear los dedos delante del rostro del hombre—. ¡Despierta! Estás loco si piensas que voy a ir a Grecia, chaval, ni siquiera puedo costearme el alquiler de mi propio piso. ¿Y esperas que pague un billete de avión? ¿Pero tú me has visto bien? ¿Has visto mi casa y cómo vivo?

Nyxx esperó a que ella terminara de hablar, solo entonces se permitió el impulso que había estado reteniendo hasta el momento y se inclinó sobre ella, alzando su barbilla con la mano para susurrar en sus labios.

—Preocúpate solo de meter un par de mudas en una mochila, yo haré el resto —prometió con un suave susurro antes de lamerle los labios, mordisquear su labio inferior con sensualidad antes de introducirle la lengua en la boca y saborear su miel en un húmedo beso. La besó y saboreó a su gusto dejándola maleable y con los ojos vidriosos, solo entonces se separó de ella y la empujó suavemente hacia el dormitorio.

—Haz lo que te he dicho, Mikrés —le susurró, y ella se estremeció al oír cómo pronunciaba aquella palabra griega mientras caminaba hacia su dormitorio y entraba en él.

A Lluvia le llevó un momento salir de aquel trance, si aquel hombre podía hacer eso con

solo un beso, no quería ni pensar qué se sentiría al estar piel con piel, desnuda y retorciéndose debajo de él… o arriba… o de lado…

¡Jesús! ¿Cuándo he sido tan lasciva? Pensó para sí misma, sonrojándose. *Cuando le ponen un plato de leche, el gato lo lame, querida.* La aguijoneó su conciencia.

Sacudiendo la cabeza para alejar las imágenes que su desbordante imaginación estaba conjurando en su mente, echó un vistazo a su alrededor, relajándose un poco al estar en territorio conocido y a solas. Sabía que tenía una mochila pequeña en la estantería superior del armario, era la que se llevaba con la comida y la manta al parque cuando tenía tiempo para disfrutar de un buen libro y del aire libre, le habría gustado ir de acampada pero al estar yendo de un internado a otro aquello se había hecho más bien difícil. Las vacaciones no eran una época que disfrutara demasiado y a su padre nunca le gustó nada que pudiera manchar sus caros zapatos. Era extraño, ahora que se paraba a pensar en ello, apenas tenía recuerdos de ambos haciendo algo juntos que no fuera ir de médico en médico, y de su madre, sus recuerdos eran borrosos, ya le costaba incluso reconocerla en una fotografía.

Y ni siquiera eran sus verdaderos padres. Había sido una niña abandonada, las preguntas típicas: ¿Por qué me ha abandonado? ¿Estarán vivos?, ¿Tendré hermanos?, no hacían más que darle vueltas en la cabeza. ¿Habría tenido algún hermano o hermana o sería hija única? Su mirada se dirigió nuevamente a la puerta entreabierta de su habitación que dejaba ver el salón y el resto del diminuto apartamento así como al hombre que se paseaba de un lado a otro por el lugar como si el mundo le perteneciera. Si tan solo pudiese estar tan segura. Las últimas horas habían sido algo demencial, ni siquiera ahora mismo estaba segura de que aquello hubiese ocurrido realmente, la luz que entraba por la ventana le decía que ya era de mañana, pero ni de eso podía estar segura ya.

Se levantó el jersey y la camisa y contempló la tenue línea roja que rodeaba su costado. Eso había sido real, aquella espada la habría tronzado en dos si Nyxx no hubiese llegado a interponerse. Recordaba la sangre, no quería hacerlo pero la recordaba, recordaba como aquellas filosas armas habían herido a ambos combatientes lacerando la carne, no eran de juguete. Ni siquiera se había parado a pensar en ello hasta ahora, pero él no había hecho ni un solo quejido, de hecho, apenas tenía un pequeño apósito cubriendo lo que habría sido una herida que debería haber sido tratada en un hospital y como poco unida con varios puntos, sin embargo él parecía moverse con normalidad para alguien que había sido hecho casi rebanadas.

Sacudiendo la cabeza ante el pensamiento, se acercó al armario y se puso a hurgar en su interior en busca de la mochila. ¿Por qué estaba haciendo aquello? ¡Ese hombre quería ir a Grecia! Dudaba si le dejarían salir siquiera de la aduana con el aspecto que tenía, ella no podía irse, no podía dejar la academia, no podía dejar a Isabel.

Isabel. El pensar en la mujer decidió a Lluvia, no podía irse sin hablar con ella, maldito si tenía sentido todo aquel lío en el que se había metido y las absurdas fantasías que había creado su mente, pero ahora que sabía que sus padres no eran sus verdaderos padres, la idea de buscar alguna pista de sus verdaderos progenitores, de descubrir quién era ella, realmente se había convertido casi en una obsesión, en una necesidad. Si aquellas cartas que había estado recibiendo podían arrojar alguna luz a la oscuridad de mentiras en la que se convirtió su vida, quería saberlo.

La historia que le había contado Nyxx era demasiado fantasiosa, demasiado retorcida. ¡Por todos los dioses! Si lo que le había contado era verdad, ese hombre tenía más de mil años… Le gustaban los hombres mayores que ella, pero aquello era demasiado.

Arrastrando su mochila la abrió sobre la cama y echó una furtiva mirada al salón donde

vio a Nyxx mirando nuevamente las cartas y el cuaderno de flores, volviéndose sobre uno de los cajones sacó un par de mudas, calcetines, sus zapatillas de deporte y se dirigió rápidamente al cuarto de baño donde abrió el grifo antes de cerrar la puerta con mucho cuidado. Lluvia terminó su recolecta con un cepillo de dientes, un peine y una caja de tiritas antes de abrir la pequeña ventana del lavabo, asegurarla y echar un vistazo a la escalera contra incendios que discurría por el exterior. Era una suerte que no tuviese miedo a las alturas.

Cerró la cremallera de la mochila, respiró hondo y salió al exterior, las piernas le temblaban mientras daba el paso desde su ventana a la precaria escalera y rogaba porque esta no se viniese abajo. Una vez estuvo en el descanso, respiró y empezó a bajar con cuidado, tensándose ante el movimiento y los ruidos metálicos de la vieja estructura, poco a poco fue bajando cada uno de los niveles hasta el último, en el que tuvo que luchar para soltar la parte de abajo de la escalera la cual se había oxidado y agarrotado. Lluvia le pegó una desesperada patada mientras observaba los alrededores sorprendentemente vacíos. ¿En dónde diablos se metía últimamente a la gente? ¡Esto era Manhattan y estaba casi desierto!

Cuidando de librar la mochila, se deslizó al otro lado de la escalera y empezó a bajar hasta el último de los peldaños desde el cual le quedaba un buen trecho hasta el suelo. Con su suerte, si saltaba, se torcería algo. Apretando los dientes se dejó deslizar hasta quedar colgada del último peldaño de modo que el suelo le quedó algo más cerca.

—Empiezo a pensar que lo del parque no ha sido un caso aislado, *Mikrés* —oyó una voz a su espalda.

Lluvia giró la cabeza por encima del hombro y se soltó cayendo al suelo por fortuna para ella, en pie, solo para encontrarse con la mirada de reproche de Nyxx.

—¿Cómo has…? —fue lo único que se le ocurrió preguntar mientras miraba hacia arriba y señalaba como una tonta la escalera.

—Dame una buena razón por la que no deba ponerte ahora mismo sobre mis rodillas y darte unos azotes —masculló Nyxx entrecerrando los ojos.

Lluvia dio un paso atrás ante su amenaza.

—¿Porque soy demasiado mayor para esos juegos, estamos en la calle a pleno día y no me gusta el exhibicionismo? —respondió por mecánica.

Él arqueó una ceja en respuesta.

—Siempre tienes respuestas para todo —aceptó con un suspiro—. ¿Te das cuenta que has podido matarte? Esa estructura está cayéndose a pedazos, podrías haberte caído desde arriba del todo. ¿Qué clase de estúpido juego es este?

Ella apretó los labios, se ciñó la mochila y empezó a retroceder.

—Ah, no, ni se te ocurra —le dijo leyendo sus intenciones de huir—. No estoy para juegos, Lluvia.

—No voy a ir a ningún lado contigo sin hablar antes con Isabel —aseguró en un bajo murmullo.

—Bien, vayamos a ver a esa *gypsy* entonces —le respondió con fastidio antes de cogerla por la muñeca y desvanecerse con ella de la calle.

Lluvia se lanzó al primer cubo que encontró para vaciar lo que quiera que hubiese en su estómago, las arcadas y el malestar la habían alcanzado en el momento en que sintió nuevamente sus pies sobre el suelo. No estaba segura de cómo describir la sensación de aquellos viajes, solo sabía que en un minuto su cuerpo se hacía rápidamente liviano y al siguiente aterrizaba a la velocidad de la luz contra el suelo, seguido por su estómago. No duraba ni siquiera un parpadeo,

pero para su estómago era como si se hubiese montado en una montaña rusa y lo hubiesen metido después en una coctelera.

—¿Estás bien? —se acercó Nyxx, permaneciendo tras ella.

No se molestó en levantar la cabeza, con una de sus manos señaló la caja de pañuelos que siempre dejaban sobre la mesa de Isabel.

—Tráeme un jodido par de pañuelos —pidió antes de escupir nuevamente—. Y tiene que haber una botellita de agua en el mueble que está al lado de las macetas de cerámica, a tu izquierda.

Nyxx recogió lo que ella le había pedido y estaba entregándoselo cuando apareció Isabel desde la tienda con una cesta con varias plantas y un enorme lazo verde rodeando esta. La mujer miró sorprendida a la pareja antes de echar un nuevo vistazo hacia el frente de la puerta y fruncir el ceño.

—¿Qué… cómo…? —Sus preguntas quedaron relegadas a un segundo plano cuando vio a Lluvia arrodillada en el suelo sujetándose a una cubeta para flores vacía—. Lluvia, ¿qué ocurre?

—Él es lo que me pasa. —Señaló a Nyxx antes de arrebatarle el botellín de agua de las manos, dar un trago y enjuagarse antes de escupir el agua en la cubeta.

La mirada de Isabel se entrecerró sobre el hombre mientras se acercaba a la muchacha y la examinaba, apartándole el pelo del rostro.

—¿Estás bien? ¿Te ha hecho algo? Podemos llamar a la policía… —sugirió en voz baja.

Lluvia sacudió la cabeza y miró a su amiga posando su mano en el brazo de esta.

—No. Estoy bien, Isa —aceptó palmeando el brazo de la mujer antes de tomar su mano y levantarse con su ayuda—. Es solo que tengo el estómago revuelto.

Ella hizo una mueca y miró la cubeta con recelo. Lluvia se sonrojó.

—Siento eso, lo sacaré afuera y limpiaré el desastre —prometió volviendo a mirar a su amiga.

—Estás pálida y mira que ojeras tienes —se empezó a preocupar realmente la mujer. Entonces esta se volvió hacia Nyxx—. ¿Qué diablos le estás haciendo?

—Nyxx no me ha hecho nada, Isa —lo defendió Lluvia, entonces hizo una mueca—. Nada grave al menos.

La mirada de la mujer seguía fija en el hombre quien se la devolvía con total tranquilidad.

—No deberías estar con este sujeto, Lluvia —insistió Isabel—. Él no es lo que dice ser.

Lluvia suspiró.

—Um… Llegas tarde para esa advertencia, Isa —aseguró con fastidio—. Ya sé más de lo que quería saber acerca de Nyxx y sus… asuntos.

La mujer miró a Lluvia y después al hombre, entonces se volvió de nuevo hacia la chica.

—Saca eso afuera —le pidió refiriéndose a la cubeta que había utilizado—. Creo que tienes bastante que explicarme.

Lluvia miró a Nyxx y luego a Isabel antes de hacer una mueca.

—No me creerías —negó con rotundidad.

—Te sorprendería lo que puede llegar a creer una mujer como ella, *Mikrés.* —Ahora fue Nyxx el que respondió sin apartar la mirada de la *gypsy*.

Lluvia miró a ambos y frunció el ceño.

—Si se te ocurre hacerle algo a Isabel, me largaré y esta vez una escalera de incendios será el menor de tus problemas —lo previno con altanería antes de coger la cubeta y dirigirse hacia la puerta trasera por donde sacaban la basura.

Nyxx la siguió con la mirada hasta que desapareció por uno de los laterales.

—¿Qué has hecho con ella? —Fue lo primero que preguntó Isabel cuando la chica salió—. ¿La has marcado?

Nyxx arqueó una de sus rubias cejas ante la peculiar pregunta. Así que, después de todo, la mujer sabía lo que era él.

—Casi aciertas, pero no soy un licántropo —negó con ironía.

—Apestas a *Yerú* —respondió la mujer, casi escupiendo la palabra *lobo,* en calé.

Nyxx sonrió, sus ojos verdes mirando fijamente a la mujer.

—Después de todo, parece que sí eres una *gypsy* y no una farsante —asintió complacido, entonces caminó hacia ella—. Y dado tu acento y la terminación calé, ¿española?

La mujer apretó los labios, pero alzó la barbilla y no cedió ni un solo paso. Su mirada devolviendo la de él.

—No me das miedo —negó. Nyxx tenía que darle crédito, ella ni se estremeció.

Él sacudió la cabeza y se tomó un instante para contemplar unas plantas que había sobre una repisa.

—No es mi intención provocar tu temor, *plañí.* —la llamó hermana en calé.

—No somos hermanos, *yerú* —respondió ella un poco más relajada.

Nyxx la miró entonces y volvió la mirada hacia donde había salido Lluvia.

—Nunca le haría daño, es mi compañera —explicó volviéndose ahora hacia ella—. Fue designado así por una *Armaya*.

La mujer lo miró ahora realmente horrorizada.

—¿Lluvia está atada a ti por una maldición? —respondió sacudiendo la cabeza—. No, eso es imposible.

—Esa habría sido mi respuesta hace un par de días —dijo Lluvia entrando por la puerta, su mirada yendo de uno al otro, para finalmente quedarse sobre Nyxx—. Ahora… bueno… como dije, él tiene la culpa.

—Gracias, *Mikrés* —le respondió él con ironía.

Lluvia se limitó a encogerse de hombros y devolver la cubeta a su lugar. Finalmente se volvió hacia ellos.

—Isa, te lo contaría todo pero… ni siquiera sé por dónde empezar —aseguró llevándose la mano a la cabeza.

La mujer se dirigió entonces a la parte principal de la tienda, le dio la vuelta al cartel por el de cerrado y volvió a la trastienda, donde ocupó uno de los taburetes cercanos a la mesa y se sentó, palmeando el otro taburete libre hacia la chica.

—Empieza por el principio y veremos a donde nos conduce… vuestra historia —su mirada fue hacia Nyxx al decir esto último.

Lluvia miró a la mujer con los ojos muy abiertos y finalmente se volvió hacia él. No estaba segura si después de todo lo que se había montado, le estaba permitido hablar de ello, no quería tener otra vez a aquel vikingo rubio cargándose a mandobles su único lugar de trabajo.

Nyxx asintió en dirección a la *gypsy*.

—Cuéntaselo todo —aceptó con su voz rota y profunda—. Deja que ella sea quien decida qué creer y qué no.

Lluvia asintió y se volvió a su amiga.

—Bueno… ¿Recuerdas el ataque de Central Park? —Empezó con una mueca antes de señalar al Cazador—. Él era el lobo.

Isabel escuchó en silencio y sin interrumpir mientras su joven amiga contaba detalle tras detalle las cosas que habían ocurrido en los últimos días. Podía oír el escepticismo en la voz de

Lluvia, mezclado con la incredulidad y el conocimiento de que lo que había visto era real y no un producto de su imaginación como se había estado intentando convencer. El hombre se había apoyado en una de las estanterías al lado de ella, su posición era más bien defensiva, protectora, como si previera la necesidad de estar cerca de su compañera por si necesitaba sacarla de algún lío.

La romaní los examinó a ambos con disimulo mientras asistía al inverosímil relato de Lluvia, si ella misma no supiese de las cosas extrañas que existían en el mundo, habría pensado que la chica sufría de un profundo ataque de esquizofrenia, pero había visto demasiadas cosas en su vida como para empezar a dudar ahora. Con lo que no contó fue con que Lluvia estuviese atada por sangre a la maldición gitana que había sido impuesta sobre el Cazador, siempre había sabido que aquella niña tenía algo especial, ahora entendía a que se debía su afinidad hacia ella. Lluvia era una *gypsy*. Aquello no pudo resultarle más sorprendente y darle una mayor satisfacción.

—Y lo próximo es que quiere que vayamos a Grecia. —Lluvia terminó su relato—. Y ya le he dicho que no puedo ir, tengo clases y no puedo dejarte con la tienda sola…

—Debes ir.

Lluvia se la quedó mirando con los ojos como platos.

—¿Qué?

Isabel se levantó y tomó las manos de la muchacha en las de ella antes de rodear la mesa y recuperar el mazo de cartas que siempre llevaba consigo de una esquina de la mesa.

—Las cosas siempre ocurren por un motivo, niña —le aseguró tomando las cartas y empezando a barajarlas—, el que te hayas encontrado con este hombre parece ser solo un punto del camino, tu deber es recorrerlo, estás unida en sangre a él.

Una vez hubo barajado las cartas los miró a los dos y los invitó a acercarse.

—Poned las manos, uno sobre la del otro y cortar el mazo.

Nyxx miró a la mujer con escepticismo y luego a Lluvia, quien se había limitado a poner los ojos en blanco y tenderle la mano.

—Si discutes, solo servirá para que haga esto mismo seis veces más —aseguró y esperó a que él pusiera su mano sobre la de ella. Cuando su palma tocó la femenina, Lluvia se estremeció con un repentino placer, le encantaba la suavidad y el calor que emanaba de él.

Nyxx no dijo nada, sabía lo que estaba haciendo la *gypsy*, hacía mucho tiempo que no había visto a alguien hacer aquella tirada, pero sabía en lo que consistía. Manteniendo la mano sobre la suave y más pequeña de ella, dejó que Lluvia lo guiara.

La mujer dispuso las cartas sobre la mesa en una tirada, una a una fueron apareciendo y disponiendo el significado de cada una de ellas.

—Será un viaje largo y no solo para el cuerpo —empezó a leer Isabel, mirando las cartas —, secretos serán desvelados, las lágrimas teñirán la tierra, una unión fuerte y poderosa. La tierra a la que vais os traerá más de una alegría, pero también más de un disgusto.

—Con total de no tener que llegar allí con tu forma de viajar, me conformo —murmuró Lluvia mirando a Nyxx—. Eso sí, tú pagas el billete de avión.

Nyxx ladeó el rostro y esbozó una irónica sonrisa.

—Estaré encantado de pagar cada uno de tus caprichos —le soltó divertido.

Isabel miró a ambos y volvió a mirar las cartas. Estas también hablaban de un dolor insondable que iba demasiado profundo y que había dejado cicatrices en el alma, de una gran pérdida y condena; Solo podía imaginar que aquello se refería al hombre que estaba al lado de Lluvia. En cuanto a ella, este viaje iba a ser bueno para Lluvia, debía ir, las cartas la mostraban

como la luz que se iba a abrir paso entre las tinieblas, como la abanderada de una causa perdida, sería la balanza que equilibraría el alma dividida de aquel hombre. Su única preocupación eran las últimas tres cartas, las que señalaban el futuro. La carta invertida de *Le Mort* [20] dominaba la tirada y no dejaba un mensaje claro al conjunto, como si quisiera mantener en suspenso el fin de aquel viaje.

—Su único vicio son unas galletitas escocesas con sabor a naranja —comentó Isabel sonriendo ante la mirada de ultraje que apareció en el rostro de Lluvia—. *Orange Viennese Biscuits* creo que se llaman, de la marca esa de la tela escocesa.

Nyxx arqueó una de sus cejas y se volvió hacia ella. Lluvia empezó a sonrojarse hasta la punta del pelo.

—Se suponía que no se lo contarías a nadie —masculló bajando la mirada.

—Cielo, te lo dije, hay peores vicios —dijo la mujer y se sacó un chicle de su bolso—. Intenta dejar de fumar y lo verás.

—Walkers —asintió Nyxx volviéndose hacia la chica—. Así que las *Orange Vienne Biscuits* de Walkers, ¿um?

Lluvia se limitó a alzar la barbilla y salir hacia la parte delantera de la puerta.

—En este estado todavía no es un delito el placer por las galletas —le soltó ella.

Nyxx sonrió sin poder evitarlo contemplando el perfecto culo que le hacían los pantalones vaqueros. El lobo en su interior suspiró.

—Una *Armaya* —oyó la voz de Isabel a su espalda. Se volvió para verla mirando las cartas y finalmente a él—. Una maldición gitana demasiado poderosa, solo reservada para los mayores crímenes contra los *gypsy*. ¿Qué fue lo que motivó tal castigo?

El Cazador se quedó mirando durante un instante a la mujer, había algo en ella que simplemente le traía demasiados recuerdos del pasado, esa aura, su forma de echar las cartas. Antes de que pudiera evitarlo, sus labios estaban dándole la única respuesta posible.

—Dejé morir a mi mujer y a mi hijo, así como a toda la tribu a la que ella pertenecía —respondió con una amargura y dolor que incluso después de más de mil años seguía tan viva como el primer día.

La mujer se tensó, sus ojos se abrieron desmesuradamente.

—Pero tú no eres *rom* —negó ella, haciendo referencia al término para *hombre romaní*.

Nyxx negó con la cabeza.

—No —fue su única respuesta.

Antes de que Isabel pudiese decir algo al respecto, Nyxx dio media vuelta y salió por la arcada tras Lluvia. Su tiempo estaba contado y no podía permitirse desperdiciar ni un solo minuto.

CAPÍTULO 12

El aeropuerto JFK de Nueva York estaba atestado de gente como siempre ocurría, la terminal de los vuelos internacionales estaba vigilada por la policía, controles especiales y mucha seguridad, no importaba que hubiesen pasado ya nueve años desde el atentado del 11 de Septiembre, aquel día negro en la historia de Nueva York y del mundo entero seguía impreso en los corazones de todo el mundo.

Nyxx echó una rápida mirada a su alrededor, buscando un lugar donde no los molestaran y pudiera sacarlos a ambos de allí y llevarlos a Atenas sin necesidad de pasar por más de trece horas de avión y un *jet lag* bestial. Lluvia ya había protestado durante el trayecto de por qué habían tenido que venir hasta Long Island cuando el aeropuerto de La Guardia estaba más cerca, él había eludido la pregunta cambiando de tema, pero ella seguía desconfiando. Tras haberse pasado las últimas dos horas, primero en la floristería de su amiga y después durante buena parte del viaje hasta el aeropuerto amenazándole con toda clase de torturas si la hacía viajar de nuevo a su manera, sabía que iba a tener una pelea en manos tan pronto los hiciera desvanecerse y aparecerse en Grecia. El Cazador empezaba a preguntarse dónde estaba la tierna y tímida muchachita que había conocido días atrás, antes de que todo el estrés de lo sucedido hiciera aflorar todo aquel indómito carácter.

—Lluvia, ¿tienes idea de cuantas horas requiere un viaje como este en avión? —le preguntó de manera relajada, instándola a caminar a través del aeropuerto hacia algún rincón despejado y apropiado para su truquito de magia.

Ella entrecerró los ojos y lo miró con una cruda advertencia en ellos.

—Como si tengo que pasarme todo un jodido día metida en uno de esos cacharros, Nyxx —le respondió apuntándolo con el dedo—. No estés pensando en jugármela de nuevo, no voy a viajar a tu manera, nadie me dice que lo próximo que expulse por la boca no sea un pulmón en vez del contenido de mi estómago.

—Son ocho horas y media más o menos hasta Barcelona, España —contestó Nyxx sin hacer caso a su refunfuño—. Y de Barcelona a Atenas son cinco horas más, haciendo escala en Múnich. Lo que hace un total de trece horas y media sin contar las esperas en los aeropuertos. No puedo permitirme perder ese tiempo, Lluvia.

Ella se llevó las manos a la cadera y apretó los labios antes de refunfuñar nuevamente.

—Nada de ese… abracadabra para mí —insistió y lo retó a decirle lo contrario.

Nyxx se acarició la barbilla con un dedo antes de responderle.

—¿Y si te dijese que conozco una forma muy efectiva de que no sientas ni el viaje? —le preguntó con un brillo malicioso en los ojos.

Lluvia entrecerró los ojos con desconfianza y le preguntó.

—¿Cuál?

Nyxx se lamió los labios entrelazó los dedos a una de sus manos, y tiró de ella hacia uno de los recovecos que formaban un área ligeramente aislada. Atrayéndola hacia él, le susurró al oído en el que tenía el aparato.

—Distracción, *agapi*.

Lluvia abrió desmesuradamente los ojos cuando Nyxx plantó la mano femenina que había entrelazado con la suya sobre la obvia erección que empujaba en sus pantalones y él aprovechó

su jadeo de sorpresa para apoderarse de su boca e introducirle la lengua, bebiendo de ella sin misericordia.

Lluvia jadeó en su boca mientras la saboreaba y disfrutaba de aquel enorme pedazo de masculinidad bajo su mano.

Cuando quiso darse cuenta, sintió el tirón que siempre experimentaba pero este quedó opacado por las demás sensaciones y el creciente deseo que empezaba a inflamar en ella, así como la inequívoca sensación de la llena erección que empujaba contra su pequeña mano.

—*Kalós ílthate stin Athína, Lluvia* —susurró Nyxx separándose a penas unos centímetros de los labios de su compañera—. Bienvenida a Atenas.

La chica lo miró parpadeando, sus labios todavía entreabiertos y húmedos de su beso haciéndolos tan atrayentes que se moría por volver a besarla, por desgracia, el fuerte agarre en sus pelotas lo hizo jadear en busca de aire. Nyxx siseó y abrió desmesuradamente los ojos cuando la pequeña mano de ella se aferró con saña a su sexo, sus largas uñas clavándose en la dura pero sentible carne.

—Lluvia… —jadeó él sujetando su muñeca entre sus piernas en un intento de que la soltara.

—Eres… eres… un… —siseó ella mientras empezaba a palidecer y apretaba los labios luchando por respirar a través de las esperadas arcadas.

—*Mikrés,* afloja —gimió él, su voz empezaba a tener un tono bastante gracioso.

—Hijo de puta… —masculló antes de soltarle y mirar frenética a su alrededor con la mano cubriéndose la boca mientras las arcadas sacudían su cuerpo. Un macetero a pocos metros a su izquierda fue el depositario de su estómago.

Nyxx estaba inclinado sobre su estómago, jadeando por aire mientras sentía que sus joyas no volverían a ser las mismas, aquella pequeña diablesa había dejado las uñas clavadas en su polla, las había sentido.

—*Mikrés mégaira*[21] —farfulló mirándola, ella intentaba respirar a través de las arcadas que habían invadido su cuerpo. Demonios, aquella debía ser la primera humana a la que le producían mareos el viajar así.

Respirando profundamente se enderezó solo para sentir un adormecido dolor tirando de su polla. Maldición, iba a hacer que lamiera cada una de las marcas que seguramente le había dejado, el pensamiento de tener aquella deliciosa boca sobre él no hizo sino aumentar la erección en sus pantalones, haciendo que el dolor de su apretón remitiera cambiándose por otro.

Nyxx echó un vistazo a su alrededor, los altavoces sonaban con los avisos de los vuelos en griego, las conversaciones a su alrededor, la forma de moverse de la gente, de expresarse, todo cayó sobre él con inesperada rapidez congelándole en el lugar y haciendo que se diera cuenta de una cosa, de lo mucho que había extrañado aquel idioma, aquella cadencia en la voz.

Al ver a uno de los policías del aeropuerto dirigiéndose hacia su compañera, Nyxx espabiló y se apresuró a recoger a Lluvia.

—¡No me toques! —masculló ella sacándose su mano de encima—. ¡Eres un jodido mentiroso! ¡Te dije que no quería viajar más de esa manera! Es mi estómago el que casi se sale del sitio, no el tuyo.

—Mis pelotas están todavía en su sitio, gracias por preguntar —fue la irónica respuesta de él antes de señalarle hacia el policía—. ¿Quizás quieras probar también tu técnica con él?

—Hombres, sois como bebés —musitó ella limpiándose la boca con el dorso de la mano —. ¿Dónde diablos hay un lavabo?

Nyxx echó un vistazo rápido a los indicadores.

—Por allí —le señaló unos lavabos a unos pocos metros a su izquierda—. Son esos indicadores de color azul. El de la faldita es para ti.

Ella entrecerró los ojos bajando la mirada a su entrepierna.

—¿Quieres que le dé un nuevo masaje a tu amiguito? —le sugirió con ironía.

La respuesta de él fue un bajo gruñido canino mientras daba un paso atrás y se cubría con una mano.

—Abajo, *Wolfy*, abajo —se burló antes de darle la espalda y alejarse hacia el lavabo contoneando ese magnífico culo por el que Nyxx no sabía ya si era su lobo o él mismo el que babeaban.

—¿Hay algún problema? —preguntó el policía en griego al acercarse.

Nyxx se volvió hacia el policía y trató de mantener una expresión cordial, amistosa, cuando lo único que quería era seguir a aquella pequeña tunante.

—Ninguno en absoluto —respondió en el mismo idioma sorprendiendo al hombre, antes de que este echase una mirada en dirección a la chica—. Mi mujer, está embarazada, realmente es incapaz de tolerar estos mareos matutinos.

La cara del hombre se iluminó entonces, cogiendo a Nyxx por sorpresa.

—Oh, sé lo que es eso, mi mujer está embarazada de mellizos, afortunadamente ya está en la recta final, pero los primeros tres meses se la pasaba vomitando por todas las macetas que encontraba —aseguró el policía dejándole sin palabras—. Los hijos son una bendición.

Él solo asintió, fue incapaz de decir nada al respecto, por suerte el policía no tenía problemas para seguir hablando él solo.

—Debería llevarla a que le dé el aire, eso suele ayudar, eso y mucho mimo, el embarazo las pone muy melancólicas —aseguró el hombre como si estuviese aleccionando a un futuro padre.

—Lo tendré en cuenta —aceptó Nyxx con un leve asentimiento volviendo la cabeza en dirección a la puerta del lavabo por el que se había ido Lluvia para luego volverse de nuevo hacia el policía—. Es la primera vez que viene a Atenas y temo que el viaje la ha indispuesto.

El policía asintió comprensivo.

—Sí, me pareció oírla hablar en inglés, su griego en cambio es perfecto —respondió el hombre, tal parecía que tenía ganas de hablar.

Nyxx asintió con media sonrisa, preguntándose simplemente porque no le daba una orden al hombre para que se largara.

—Sí, bueno, es que yo nací aquí —aceptó contando mentalmente hasta cien—. Aunque hacía tiempo que no regresaba. Este viaje es especial… para ambos.

—No hay nada como volver a la patria —aseguró el hombre, entonces le tendió la mano y le deseó una feliz estancia—. Disfruten de su estancia y cuide a su mujer. Ya sabe, mucho mimo.

—Sí, mimo… —respondió Nyxx estrechando la mano del hombre para luego despedirse y suspirar cuando el policía empezó a alejarse.

Con una rápida mirada a su alrededor en busca de los indicadores de salida, caminó hacia el lavabo para ver a Lluvia salir por la puerta y dejar caer una cajita en la papelera junto a esta mientras se llevaba a la boca un chicle.

—¿Mejor? —le preguntó acercándose a ella.

Lluvia alzó la mirada hacia él y luego miró a su alrededor, fijándose en el cartel que había en uno de los expositores de publicidad el cual mostraba el menú de una conocida cadena de comida rápida en un idioma que ella no comprendía.

—Realmente estamos en Grecia, ¿no? —preguntó azorada, su voz sonaba dudosa y

también algo excitada.

Nyxx la rodeó, posando la mano en su espalda para conducirla suavemente hacia la derecha, donde los indicadores señalaban la salida.

—Estamos en el aeropuerto de Venicelos, en Atenas —respondió mirando a su alrededor, fijándose en la gente y en todo lo que lo rodeaba. El reloj en la parte superior del papel que marcaba las llegadas internacionales marcaba casi las nueve de la noche—. Y temo que ya ha oscurecido, lo mejor será buscar un hotel y pasar aquí la noche. Mañana podemos trasladarnos hasta Ioánnina.

Lluvia frenó en seco haciendo que él chocase con ella, Nyxx bajó la mirada y se encontró con unos brillantes ojos verdes que expresaban claramente sus próximas palabras.

—¿A qué distancia está Ioánnina de Atenas? —preguntó mirándole directamente a los ojos.

—Algo más de cuatrocientos quilómetros —contestó él, haciendo una aproximación.

Lluvia asintió.

—Eso sería alrededor de una hora en avión, o unas cinco o seis horas en coche —aceptó ella, entonces clavó la mirada nuevamente en él—. Elige cualquiera de los dos métodos, Nyxx, porque si vuelves a hacerme esto otra vez, meteré la mano por dentro del pantalón y adiós a tu amiguito, ¿estamos?

Nyxx se echó hacia atrás y examinó el rostro de la chica.

—¿Quién eres tú y que has hecho con Lluvia Naleri?

—Lluvia tuvo un paro cardíaco la primera vez que la hiciste aparecerse en un sitio y sufrió daños cerebrales, lo cual es la única manera valedera en la que se explica el que ella haya accedido a toda esta locura

—Míralo de esta forma, no tienes que preocuparte del Jet Lac —le dijo Nyxx con ironía.

Lluvia le lanzó una mirada irónica y se aseguró la mochila a la espalda al tiempo que se fijaba en una de las tiendas del aeropuerto que vendía recuerdos, postales y guías de viaje.

—Estamos en Europa —respondió para sí misma, incapaz de creérselo todavía—. Aquí trabajan con el euro.

Nyxx la miró y siguió su mirada.

—¿Necesitas alguna cosa?

Ella se volvió hacia él y señaló la tienda.

—¿Podrías prestarme algo de dinero para comprar una guía de viajes? —le pidió—. Te lo devolveré tan pronto consiga cambiar divisas.

Nyxx puso los ojos en blanco y la acompañó.

—No voy a endeudarme por pagarte un libro —aseguró con ironía.

Ella no respondió, no le gustaba deber nada a nadie, prefería correr con sus propios gastos.

—Te lo devolveré.

Nyxx esbozó una irónica sonrisa.

—Te dejaré que me lo devuelvas en especies.

Ella se volvió y le dedicó tal mirada que él solo pudo sonreír.

—Eres un…

Nyxx le señaló una estantería al fondo de la tienda.

—Allí tienes las guías —sonrió con total inocencia.

Lluvia sacudió la cabeza y se volvió hacia él, acercándosele lo suficiente para susurrarle de modo que solo él la escuchase.

—Eso ocurrirá, cuando el infierno se congele —le aseguró enfadada.

Nyxx le respondió con una mirada totalmente sensual.

—En ese caso, tendremos que hacer que el diablo entre en calor —le susurró él a su vez, su voz más ronca y sexy de lo que jamás la había oído.

Se echó atrás, sonrojada a lo que él sonrió.

—Cuando sea seguro, Lluvia, no antes —le prometió invitándola a seguir—. ¿Vamos a por tu guía?

Lluvia no respondió, sus palabras la habían afectado lo suficiente para necesitar unos momentos de silencio para digerirlas, se entretuvo ojeando las guías dándose tiempo para calmar el calor que su promesa había encendido en su interior. Diablos, ese hombre conseguía encenderla con tan solo palabras, con una promesa de lo que podría venir si ella estaba dispuesta a aceptarla.

Por supuesto que la aceptarás, la aguijoneó su conciencia, *imagínate lo que será tener lo que sostuviste en las manos dentro de ti.* La sola idea la hacía humedecerse.

¿Qué diablos estaba pasando con ella? Jamás se había comportado así, era como si estuviese en celo y el lobo era él no ella. Antes de que pudiera parar ese pensamiento, se encontró preguntándole.

—A ti no te afecta el celo, ¿no?

Nyxx se la quedó mirando durante unos largos segundos sin palabras, entonces se echó a reír a carcajadas haciendo que la gente que estaba cerca de ellos se volviera a ver qué ocurría. Lluvia empezó a enrojecer tanto por sus palabras como por las miradas interrogantes de la gente.

—Vale, olvídalo —respondió cogiendo la última guía que había ojeado y hundiéndola de golpe en el pecho de Nyxx—. Quiero esa.

Dicho lo cual dejó al Cazador allí parado y salió de la tienda con la mirada puesta en el suelo.

—Fantástico, Lluvia, una pregunta genial —se reprendió a sí misma nada más salir de la tienda. Se quedó en una esquina y esperó a que él se reuniera con ella.

Nyxx sonrió, todavía divertido, por la inesperada pregunta de ella. Lo había cogido con la guardia baja, había sentido su excitación, su lobo la había olido excitándolo a su vez y lo único en lo que había podido pensar era en cómo le gustaría verla de nuevo desnuda y hundirse entre sus muslos tan profundamente que a ella no le quedara la menor duda de quién era el único que la poseería.

—Aquí tienes tu guía —se la entregó sin más comentarios. Las mejillas de ella estaban tan rojas que en cualquier momento estaría echando humo.

Lluvia murmuró un bajito gracias y metió la guía en su mochila.

—¿Y ahora qué?

Nyxx indicó las enormes puertas de salida con un gesto de la barbilla.

—Tomaremos un taxi y haremos noche en un hotel —se volvió hacia ella y delineó con un dedo las profundas ojeras de ella—. Necesitas descansar, no has dormido en toda la noche.

Ella apartó lentamente el rostro, librándose de su contacto y respondió a modo de broma.

—Mi primera noche en Atenas y me mandas a la cama —suspiró ella—. ¿Podríamos al menos ver la Acrópolis antes de que nos ataque alguien con una espada, un lanzallamas o nos lleves esta vez a la China?

Nyxx sonrió y le revolvió el pelo, para acariciarle seguidamente la mejilla con los dedos. Lluvia sonrió entonces, dejando escapar el aire, tenía que admitir que sí estaba cansada, pero hablaba en serio en lo de visitar la ciudad.

—Cuando era niña, siempre quise visitar Atenas —respondió con una tierna sonrisa que

pronto se desvaneció—. Mi padre me decía que era una estupidez que quisiera visitar algo que estaba roto.

Él arqueó una de sus rubias cejas.

—Sí, algo roto con miles de años de antigüedad —respondió con ironía, entonces le levantó el mentón y la miró a los ojos—. No nos iremos sin que puedas ver la Acrópolis de Atenas.

Aquella sincera sonrisa que le dedicó ella, fue realmente genuina, su primera sonrisa de verdad desde que todo aquello había empezado.

—Echaba eso de menos —murmuró mirándola.

—¿El qué?

Él sacudió la cabeza y le indicó un taxi.

—Vamos.

Había pasado tanto tiempo desde que había pisado su propia tierra que le sorprendía que a pesar de los cambios hechos a lo largo del tiempo aquel país mediterráneo todavía conservara ese aire que se metía en su cuerpo, inundaba sus pulmones y traía consigo recuerdos que prefería mantener en el pasado. Hacía una temperatura agradable, lo suficiente como para poder abrir la puerta corredera de la terraza de su habitación en el pequeño hotel a las afueras de la ciudad, el taxista que los había recogido en el aeropuerto se los había recomendado por tratarse de un lugar tranquilo y de paso, y tenía que darle la razón sobre las vistas, eran impresionantes.

—No puedo creer que esas luces de ahí sea Atenas —murmuró ella acercándose a él, Nyxx la miró mientras contemplaba las vistas a través del ventanal—. Todo esto parece tan irreal.

—Es real —le contestó contemplándola mientras salía a la terraza. Un pequeño balcón recogido en el que había una pequeña mesa de madera y un par de sillas típicas en aquellas construcciones de arenisca blanca.

—¿No has echado de menos esto? —le preguntó volviéndose hacia él, su mano ascendiendo a su oído para comprobar que el audífono nuevo seguía allí.

Nyxx vio el gesto y se acercó a ella, quien volvía a entrar en la habitación.

—¿Consigues adaptarte a él? —le preguntó mirando el aparato.

Lluvia asintió.

—Nunca pensé que podría oír de esta manera —respondió con una amplia sonrisa—. Quiero decir, no hay interferencias, el sonido, hasta donde mi audición puede llegar es nítido, he llegado a oír hasta el sonido de la puerta al cerrarse. No sé cómo voy a conseguir el dinero para devolvértelo, pero lo haré.

Nyxx puso los ojos en blanco.

—Deja de preocuparte por el dinero —le respondió con un pequeño bufido.

Lluvia hizo un aspaviento.

—Que tú estés podrido de dinero y puedas tirar con un par de miles de dólares como si fueran calderilla, no quiere decir que todo el mundo podamos hacerlo —le respondió con una ligera mueca—. Yo todavía tengo que preocuparme de buscar una nueva vivienda cuando regrese, buscar tiempo para poder presentarme a los exámenes… Y volver a trabajar en la floristería para poder pagarme el alquiler.

—¿Y tu familia? —le preguntó.

La mirada en los ojos de Lluvia cambió, ensombreciéndose.

—La única familia a la que al parecer estoy vinculada por sangre desapareció en la época

de los dinosaurios —respondió con un ligero encogimiento de hombros—. Mi padre… ya no sé si puedo o quiero llamarlo así... él es un eminente Dr. en Psiquiatría que tiene su vida hecha con su nueva esposa, hace años que no tenemos una verdadera relación, en realidad, no creo que nunca la hayamos tenido. Todo lo que recuerdo de mi padre, cuando no estaba en algún internado, es ir con él de un médico a otro, de hospital en hospital, paseándose como si fuese alguna clase de fenómeno. A estas alturas todavía no sé si estaba realmente preocupado por mi audición o solo era un caso más interesante que presentar ante sus colegas.

—¿Y tu madre?

Lluvia negó con la cabeza.

—Murió poco después de esto —respondió acariciándose el oído con los dedos—. Todos los recuerdos que tengo suyos son buenos, puede que no fuera realmente su hija, pero me quiso, de algún modo, sé que fue ella quien quiso adoptarme, no mi padre.

Nyxx le acarició el pelo apartándoselo del oído que todavía llevaba cubierto con el audífono.

—¿Qué fue lo que ocurrió para que perdieras la audición? —preguntó acariciándole el oído.

—Tuve un brote de meningitis a los seis años, con una fiebre muy alta y este fue el resultado —respondió con un ligero encogimiento de hombros—. Un cero por ciento de audición en el oído izquierdo y un cuarenta por ciento y en descenso en el oído derecho. Mi enfermedad es degenerativa, voy a acabar completamente sorda.

Lluvia se encogió de hombros con despreocupación, pero él notó el borde de miedo por detrás de su voz, estaba asustada, aterrada ante aquella realidad.

—¿No puedes operarte? —sugirió sabiendo que si tenía que cruzar medio mundo para devolverle la posibilidad de oír o bajar a los mismísimos infiernos lo haría.

Ella lo miró y subió su pequeña mano a su barbuda mejilla.

—No —respondió acariciándole la barba con un dedo.

—Si estás pensando en el coste de la operación… —continuó Nyxx.

Ella se rio con suavidad.

—No Nyxx —negó encogiéndose de hombros—. Todavía no existe esa clase de cirugía milagrosa que pueda devolverme la posibilidad de oír como tú o cualquier persona.

—Lo siento —susurró bajando la mirada, le dolía verla tan abatida, rendida ante lo inevitable.

Lluvia negó con la cabeza.

—No es culpa tuya —aseguró y echó un vistazo a la enorme cama que dominaba parte de la habitación. Además de un pequeño cajonero sobre el que había una televisión, el armario de dos puertas y el baño adyacente, la habitación sólo tenía una pequeña sala de recibo. No había ninguna otra cama—. La habitación es preciosa, pero ¿dónde está la otra cama?

Nyxx señaló el amplio colchón.

—¿No te llega? —sugirió son una sonrisa ladina—. Puedes tumbarte tanto a lo ancho como a lo alto y no podrás caerte.

—Que gracioso —respondió ella alzándose todo lo que le daba su metro sesenta y seis de altura—. A ver si vas a dormir en el suelo.

Nyxx se lamió los labios de una manera tan sexy que Lluvia se encontró fijando la mirada en aquel lugar y deseando ser ella quien se los lamiera.

—Mi intención es compartir la cama contigo —dijo en un bajo y ronco ronroneo acercándose lentamente a ella, como un predador que se sabe seguro de obtener su presa—.

Estando tan cerca el uno del otro que no necesites nada más que mi piel para cubrir la tuya.

Lluvia se quedó sin palabras, todo lo que podía hacer era mirarle mientras su respiración se aceleraba. Cada vez que estaba cerca de él, cada vez que la miraba de esa manera, todo en lo que podía pensar era en sus labios, en lo apetecibles que se veían y como sabían sus besos.

—No deberías hablar de ese modo —murmuró, su voz más ronca de lo que debería.

Él solo extendió la mano y le acarició la mejilla, sus ojos verdes clavándose en los de ella.

—¿Cómo debería hablar entonces? —le preguntó manteniendo en todo momento esa tensa y adorable distancia-cercanía—. Solo expreso lo que tengo en mente, *Mikrés*. Eres mi compañera, te deseo y sé que tú me deseas.

Ella sacudió la cabeza pero no lo negó.

—No entiendo porque me siento así cuando estoy cerca de ti, pero ardo por dentro, siento que me consumo —murmuró, sus labios a penas a un susurro de los suyos—. Apenas te conozco… Y me encuentro necesitándote.

—Es por culpa de mi maldición —murmuró él recorriendo su mejilla con el pulgar—. Estás atada a mí por sangre, naciste para unirte a mí, la atracción es inevitable… Lo siento.

Ella ladeó el rostro, apretándolo contra su mano. ¿Era solo por aquello?

—¿Por qué?

—Deberías haber tenido la posibilidad de elegir —murmuró a escasos centímetros de su boca.

Ella suspiró y se permitió dejarse llevar por el deseo que él no se había equivocado en asegurar, le rodeó el cuello con los brazos antes de responder con completa honestidad.

—Estoy eligiendo, Nyxx —le dijo con una suave y tierna mirada que realmente le poseyó el alma. Entonces sus labios se cerraron en un pequeño y tímido mohín al responder—. Lamento haberte hecho daño en el aeropuerto… me sorprendiste… y después nos trajiste aquí… y… yo no sirvo para ese tipo de viajes… se me fue la mano.

Nyxx no pudo evitar reír ante tal inocente referencia a la manera contundente en que ella clavó las uñas en su masculinidad.

—Yo diría que fueron las uñas, lo que se te escaparon —respondió con voz profunda, ronca y ligeramente divertida.

Ella se sonrojó, entonces se mordió el labio inferior y bajó ligeramente la mirada a su entrepierna. Aquello llevaba dándole vueltas en la cabeza desde que le había posado la mano sobre su sexo, permitiéndole palpar aquella impresionante dureza, la boca se le hacía agua ante la sola idea, sus pezones se endurecieron y su vientre se tensó dando paso a una incómoda humedad entre sus piernas.

Tímidamente bajó una de sus manos que hasta ahora había estado jugando en el pelo masculino por su pecho, notando cada uno de los planos y músculos bajo sus yemas, sus dedos pasaron más allá de sus abdominales, tocando la cintura de su pantalón vaquero, deslizándose sobre el bulto que marcaba la delantera de su pantalón.

—¿Lluvia? —su nombre salió de sus labios en un rasposo jadeo.

Ella lo miró y Nyxx comprendió que estaba perdido, absolutamente perdido, la deseaba con desesperación e iba a poseerla esa misma noche. Los labios femeninos estaban llenos y húmedos, sus mejillas sonrosadas y sus ojos brillaban con un hambre pareja a la suya propia.

—Yo… Quisiera disculparme apropiadamente —murmuró, el sonrojo se hizo más intenso, sus ojos se cubrieron con una ligera vergüenza la cual solo era realzada por el deseo que brillaba en ellos.

Nyxx sintió que el corazón le salía del sitio cuando la vio deslizar la mirada hacia donde

sus dedos acariciaban cuales alas de mariposas su cada vez más evidente erección.

—¿Estás segura? —se encontró preguntando.

Ella asintió tímidamente. Ah, ahí estaba de nuevo la Lluvia que él conocía, la pequeña y adorable hembra cuya timidez lo encendía. Le acarició la mejilla con suavidad y permitió que sus manos cayeran a ambos lados de sus caderas en muda aceptación.

Lluvia soltó el aire que no sabía ni que había estado conteniendo y esbozó una coqueta sonrisa, una verdadera mezcla de timidez y hambre sensual y femenina que hizo estremecerlo de anticipación.

Sus manos subieron al botón que cerraba el pantalón y empezó a bajar lentamente la cremallera al tiempo que se dejaba deslizar hacia el suelo sin aparatar su mirada de la de él hasta que estuvo con el rostro frente a su ingle, solo entonces se permitió abandonar sus ojos para darse un festín con lo que ocultaba su pantalón. Lluvia se mordió el labio inferior y se sonrojó aún más cuando vio que no llevaba ropa interior, un suave camino de vello rubio descendía desde su ombligo hacia la poderosa erección que ostentaba. Con mucho cuidado y suavidad, hizo a un lado la tela lo justo para que esta se deslizara por sus caderas y dejara libre de un salto la enorme vara aterciopelada que se alzaba orgullosa, sus testículos estaban duros y llenos, la piel de aquella zona era tan suave que sorprendió a Lluvia que pudiese existir tal suavidad sobre algo tan duro. La cabeza de su pene se erguía como una enorme ciruela madura brillante por las gotas de líquido pre seminal que habían escapado de su cabeza. Asombrada deslizó uno de sus dedos sobre ella, acariciando y extendiendo aquella humedad, obteniendo como respuesta un jadeo masculino.

Apartó inmediatamente la mano como si temiese haberle hecho daño, pero una única mirada a los ojos verdes e intensos de Nyxx ahuyentó sus miedos haciéndola sentirse poderosa. Si bien no era virgen, su experiencia con el sexo no era demasiado extensa, y en algunos momentos incluso había sido demasiado humillante como para recordarla, nunca antes había practicado una felación pero a él quería saborearlo, la necesidad de probarlo era demasiado fuerte como para poder resistirla. Lentamente deslizó la mano sobre su erección, comprobando su longitud y su anchura, recreándose en las tensas venas que recorrían aquel duro mástil y la dureza del saco que lo acunaba. Lluvia se lamió los labios antes de inclinarse hacia delante, se echó el pelo tras la oreja y pasó su pequeña y rosada lengua sobre la apetitosa cabeza deleitándose en el sabor dulce salado de él. Una siguiente pasada extrajo un estremecimiento del cuerpo masculino, cuyas manos se habían cerrado en dos puños a ambos lados de su cadera. Ella sonrió y se llevó la apetitosa punta a la boca, lamiéndola y chupándola como si fuese un caramelo, sus dedos jugaban y acariciaban sus pelotas y la base de su polla mientras se la trabajaba con su boca. Los jadeos que Nyxx no pudo reprimir inundaron la habitación dándole alas para ir más allá, tragándose todo lo que podía de él en su garganta, succionándolo hasta que lo oyó mascullar y suplicar en un idioma que ella no conocía, sabía que era griego por las veces que Nyxx lo había utilizado con ella, pero no entendía su significado solo sabía que la hacía sentirse poderosa teniendo a un hombre como aquel a su merced.

Él no pudo resistirse y una de sus manos voló al pelo de ella enredándose en sus mechones sujetándola en el lugar mientras sus caderas se impulsaban por voluntad propia deseando hundirse en aquella caliente y maravillosa boca que lo estaba volviendo loco. Haciendo acopio de toda su voluntad se obligó a ser suave, había notado en sus vacilantes movimientos la falta de experiencia de ella y con todo estaba siendo la mejor mamada que le hubiesen hecho en su vida.

Ya no podía esperar más, quería darle tiempo a ella para que lo disfrutara, pero ya no podía aguantar más, su boca estaba tironeando de su polla e iba a correrse sin remedio en ella si

no se apartaba.

—Lluvia… retírate… no… puedo…

Ella gimió y apretó suavemente sus testículos y aquello fue todo lo que necesitó él para correrse. El semen salió disparado a borbotones al interior de su boca, sorprendida se lo tragó, bebiendo de él hasta que se derramó por completo, solo entonces dejó que el pene se deslizara de su boca, para lamer las últimas gotas de la punta, satisfecha con la manera en que lo había hecho perder el control y deseosa ella misma de más, deseando tener aquella dura polla entre sus piernas.

Nyxx tiró de ella antes de que pudiera hacer algo para protestar, su boca se encontró saqueando la de ella, su lengua rodando con la suya probando su propia semilla en su boca. Sus ojos se encontraron un instante y ella le sonrió con timidez.

—¿Te gustó? —preguntó con tal esperanza en sus ojos y timidez en su voz que Nyxx se quedó sin habla. ¿Qué si le había gustado? En toda su vida había sentido nada igual a eso.

—Lo adoré, *agapi* —le aseguró intentando encontrar las palabras en medio de aquel caos de emociones que se estaban dando cita en su interior. La sonrisa de felicidad que vio en su rostro lanzó a Nyxx de rodillas, su lobo aulló de dicha deseando también que la tomase, que la marcase como suya. Correspondiendo a su sonrisa, se quitó las botas y los pantalones que habían quedado a la altura de sus tobillos con un solo pensamiento y la alzó en brazos.

Nyxx estaba realmente sorprendido con aquella adorable criatura, cuando la había conocido había descubierto en ella una timidez delicada y también un profundo fondo. Solo después de haberla acompañado a lo largo de sucesos que acabarían con la mente de cualquiera, había conocido a la verdadera Lluvia, la mujer que se ocultaba detrás de una gruesa capa de sencillez e inocencia, aquella que se permitía analizar las cosas por más extravagantes que fueran hasta encontrar el sitio en el que encajaban por muy inverosímiles que estas resultaban, y había conocido el carácter que se escondía bajo aquel plácido exterior, la fortaleza que solo otorga una vida de pruebas y superación, una vida difícil. Era una mujer compleja, tan dulce e inocente, como reveladora y ansiosa de aventura, la balanza perfecta para sí mismo.

La mirada de incertidumbre, el peso del temor al rechazo y el valor a saber que incluso rechazada se repondría y saldría adelante derribó las barreras de Nyxx cuando le preguntó tan inocentemente si le había gustado lo que su pequeña y delicada boca había hecho en él. Diablos, ¿qué si le había gustado? Había ardido por ella, era el mejor orgasmo que tuvo en su vida y quería devolverle aquel favor amándola como llevaba días deseando hacerlo, poseyéndola hasta que en su cuerpo y en su alma no hubiese espacio para nadie más. No se trataba de que fuese su compañera, sabía que había empezado a amarla mucho antes de eso, quizás en el mismo momento en que sus ojos se habían cruzado con los suyos cuando casi terminó bajo las ruedas de aquel coche. ¿Quién iba a decir que a estas alturas y después de los errores cometidos en su pasado todavía sería capaz de amar?

—¿Confías en mí? —le preguntó a las puertas de la pequeña terraza cubierta que les había tocado en aquella habitación. Una cuarta planta con unas bonitas vistas sobre el mar.

Lluvia fue tan sincera como pudo en su respuesta.

—Si no lo hiciera, no habría dejado que me arrastrases de un lado a otro como una muñeca de trapo —le aseguró con diversión.

Nyxx fingió estar pensándoselo.

—¿Tanto se notó? —respondió pensativo.

Ella le pegó en el hombro y él bajó la boca sobre la suya en un suave beso.

—¿Alguna vez te han hecho el amor bajo las estrellas? —le susurró al oído.

Lluvia se estremeció de anticipación, sus mejillas coloreándose.

—Si soy sincera, no creo haber hecho nunca el amor —murmuró acariciándole el rostro—. Nunca me ha importado tanto nadie como para permitir tal cosa.

—Tu sinceridad es sin duda refrescante —aseguró Nyxx besándole la punta de la nariz antes de bajar la mirada sobre el cuerpo femenino y hacerle un guiño—. Tienes demasiada ropa encima.

En un abrir y cerrar de ojos, Lluvia pasó de sentir las ataduras que le provocaba su ropa, a encontrarse sintiendo el aire sobre su cuerpo desnudo, jadeó y se apretó más contra Nyxx realmente sonrojada.

—Podías haber avisado antes de hacer algo como eso —murmuró escondiendo el rostro contra su cuello. Su chaqueta y camiseta también había desaparecido al compás de la ropa de ella, ahora ambos estaban totalmente desnudos a excepción del guante que cubría la mano derecha de Nyxx y su audífono.

—¿Dónde estaría la diversión de hacerlo? —le dijo con una coqueta sonrisa antes de abrir la puerta con sus poderes y salir a la agradable brisa con aroma a sal—. Si sientes frío o quieres entrar, solo dímelo.

Ella dejó de esconder su cara para ver las vistas desde donde estaban los dos. No estaba segura si alguna vez se había dado un encuentro tan extraño como aquel. Un hombre y una mujer, desnudos y contemplando el mar y las luces de Atenas en la noche, la sola idea debería hacerla morirse de vergüenza, en cambio se sentía absolutamente sensual, hermosa.

—Es precioso —murmuró Lluvia recostando la cabeza contra su hombro.

—*Den échei tóso polý ópos boreíte*[22] —susurró él con aquel melodioso tono que daba otro fondo a su desgarrada voz.

—¿Qué? —preguntó ella.

Nyxx se limitó a sacudir la cabeza y bajar su boca sobre la de ella mientras la conducía a una pequeña mesa de madera a juego con dos sillas, y la posaba encima. Ella jadeó al sentir el frescor de la madera pintada bajo sus nalgas.

—Está frío —se rio.

Nyxx se abrió paso entre sus piernas, situándose en medio, sus manos acariciando ahora sus caderas.

—No por mucho tiempo —ronroneó antes de volver a reclamar su boca en un hambriento beso.

Lluvia gimió abriendo la boca para dejarle paso a su lengua, sus manos ascendieron por los poderosos brazos de él mientras sentía su erección nuevamente preparada y presionándose deliciosamente contra su estómago. La sensación de la brisa sobre su piel desnuda solo aumentaba el erótico placer de sus manos deslizándose por sus muslos en ascenso por su vientre. Sentía los pechos llenos y pesados, los pezones estaban duros y en punta, rogando por la atención de aquellas manos que poco a poco se iban acercando a su meta, sus caricias la enloquecían, la hacían arder como nada antes.

Gimió cuando él abandonó su boca y deslizó los labios por la columna de su garganta mientras sus manos llegaban a los montes de carne de sus pechos y aplastaba sus palmas contra los pezones haciéndolos rodar arrancándole delicados jadeos. Su boca siguió su descenso hacia uno de los pechos donde se amamantó con glotonería, chupando y tironeando de la pequeña cresta que no hacía sino crecer bajo sus atenciones mientras los hábiles dedos de la mano libre atormentaban el otro.

Lluvia se contorsionaba y gemía bajo sus caricias, su piel había adquirido un bonito rubor

y su entrepierna se había humedecido, podía sentir aquella humedad contra el muslo que había alojado entre sus piernas para mantenerla abierta mientras atormentaba sus pechos dándose un verdadero festín con ella. Adoraba aquellos pechos, cuando se había quitado el albornoz y lo había dejado caer al suelo había pasado por una auténtica tortura, no había nada que deseara más que estirar la mano y masajear aquellos preciosos senos como lo estaba haciendo ahora, probarlos y acariciar con su lengua sus pezones como lo hacía en aquel momento. La había deseado desde el primer momento en que la vio sin entender el motivo y por fin ahora podía ser suya.

Nyxx chupeteó uno de sus pezones, lamiéndolo muy lentamente antes de morderlo con suavidad haciendo que ella emitiera un delicioso gemido, los dedos de su mano derecha abandonaron el otro pecho y se deslizaron acariciando su piel en un rápido descenso a través del rizado vello color canela que ocultaba su sexo, abriéndose paso a través de los húmedos pliegues y hundiéndose en su interior buscando aquella pequeña perla oculta que la haría suplicar. Él gimió cuando su polla dio un respingo ante la sensación de las paredes vaginales absorbiendo sus largos dedos, el calor y la humedad que lo apretaban succionándolo hacia su interior solo para dejarle ir de mala gana cuando él retiraba sus dedos antes de volver a hundirlos de nuevo.

Ella gemía en voz alta, sus pequeñas manos se habían enredado en su pelo acercándolo más hacia su pecho mientras lamía y succionaba su pequeño pezón, sus muslos luchaban por cerrarse a pesar de la intrusión del muslo masculino entre sus piernas, de aquellos atormentadores dedos bombeando en su sexo. A Lluvia todo le daba vueltas, su cuerpo estaba absolutamente excitado, lanzado en una vorágine de sensaciones que la hacían arder por completo.

Él la vio separar sus adorables labios y echar la cabeza atrás con los ojos cerrados, saboreando el placer que recorría su cuerpo. Solo entonces abandonó su cuerpo con un lloriqueo por parte de ella, sus manos moldearon sus caderas antes de deslizarse por sus costillas y ascender hasta sus hombros obligándola a reclinarse hacia atrás, la larga melena marrón extendiéndose como un manto bajo ella cuando quedó totalmente recostada contra la mesa de madera, mientras sus caderas eran atraídas hacia el borde de la mesa, dejándola en una postura demasiado expuesta.

—¿Qué… vas… a hacer…? —preguntó Lluvia entre pequeños jadeos, sus ojos tiñéndose por la incertidumbre.

Nyxx se inclinó sobre ella, su pecho desnudo presionando sus redondos y llenos senos, sus manos se deslizaron por su cuerpo hacia sus caderas, sosteniendo sus nalgas, manteniéndola abierta para él, sus piernas prácticamente envolviéndolo.

Él le sonrió, le lamió los labios una vez, dos veces, entonces hundió la lengua en la húmeda cavidad de su boca arrebatándole el aliento con un beso.

—Voy a hacerte gritar —le susurró para después dedicarle un guiño antes de descender por su cuerpo nuevamente depositando pequeños besos en su camino hacia su meta. Sus pezones estaban erguidos y en punta, enrojecidos por sus lamidas y chupadas, su estómago se encogió cuando depositó varios besos y ella rio cuando le lamió el ombligo demostrando que tenía cosquillas. Su pene que alzaba orgulloso entre el nido de rizos rubios, totalmente lleno, inmenso, surcado de aquellas venas que ella había lamido y saboreado.

Sus miradas se prendieron mientras él descendía, cuando Lluvia entendió sus intenciones jadeó en busca de aliento, no sabía si para detenerle o en espera de lo que iba a darle. No tuvo tiempo para tomar una decisión, tan pronto como la lengua de Nyxx entró en contacto con su tierna carne, cualquier pensamiento coherente escapó volando y todo lo que pudo hacer fue

gemir, lloriquear y llevarse una de las manos a la boca para evitar chillar, mientras se aferraba con fuerza a la mesa con la otra.

Él la había abierto por completo, sosteniendo sus piernas por las dobleces de las rodillas, abriéndolas y empujándolas hacia arriba para tener mejor acceso a ella mientras la lamía y la chupaba haciéndole el amor con su boca. Su sabor era adictivo, una miel de la que nunca se cansaría de beber. El lobo se removió en su interior demandando más, aullando por más, él también estaba embriagado por su sabor y deseaba marcarla, reclamarla como suya, la única para él. Nyxx gimió y hundió la lengua en su sexo, paladeando su sabor, inundando sus sentidos y los de su lobo con su aroma, ahora mismo era incapaz de ver donde empezaba uno y terminaba el otro, ambos estaban conectados y con una única cosa en mente, la hembra que yacía bajo ellos abierta y expuesta. La chupó y lamió, recogiendo sus jugos, bebiendo de ella hasta que Lluvia no pudo soportarlo más y con un lloriqueo empezó a gemir su nombre antes de lanzar un grito al obtener su liberación.

Agotada y jadeante permaneció tirada sobre la mesa, sus pechos alzándose y descendiendo mientras intentaba recuperar parte de su respiración, algo que parecía hacerse imposible. Sintió la humedad de sus lágrimas deslizándose por sus mejillas, el orgasmo había sido tan intenso que se sentía desgarrada por dentro, necesitada y saciada, todo a un mismo tiempo, pero, por encima de todo aquello, sentía que lo que más necesitaba era a él, abrazándola como si le importase.

Como si hubiese leído sus pensamientos, Nyxx se inclinó sobre ella, buscando su boca la besó, permitiéndose saborearse a sí misma en sus labios y lengua antes de sentirse alzada de nuevo hasta permanecer sentada, con las piernas colgando sobre la mesa. Él la abrazaba y le acariciaba el pelo mientras ella enterraba el rostro en el hueco de su cuello, aspirando el rico aroma a sándalo en su pelo rubio.

—*Shhh* —la acunó contra él, acariciándole la desnuda espalda con los circulares movimientos de sus manos—. Mantén los ojos cerrados, el mareo se irá pronto.

Ella se apretó más fuerte contra él, sus manos envolviéndose alrededor de su cuello. ¡Estaba avergonzada! Le había dado un orgasmo tan intenso que ahora todo le daba vueltas y era incapaz de abrir los ojos sin que le pareciera que todo a su alrededor giraba sin parar.

—Soy penosa —farfulló pegada a su cuello—. ¿Qué será lo siguiente? ¿Qué me desmaye?

Nyxx emitió una divertida risita.

—Me estás concediendo más mérito del que tengo —respondió él. Era incapaz de no reírse ante su tono avergonzado y desesperado.

—¿Te estás riendo de mí? —preguntó Lluvia dejando su escondite para mirarle a la cara. Por suerte, su imagen permaneció quieta, al parecer el mareo había cedido ya.

Nyxx negó con la cabeza, pero sus labios estaban estirados en una divertida sonrisa.

—Nunca se me ocurriría, *gataki* —aseguró acariciándole la mejilla con el dorso de la mano—. Simplemente, no sabía que fueras tan… Sensitiva, tendré más cuidado la próxima vez.

La próxima vez. Lluvia se sonrojó al darse cuenta de la intimidad que estaban compartiendo. Cuando había dejado caer la toalla en su apartamento y él la había rechazado se había sentido como una tonta, como demasiado poca cosa para que Nyxx se interesara por ella y ahora, casi se desmayaba por un poco de sexo oral.

Nena, cualquiera en tu lugar se hubiese desmayado. ¿Qué es un mareíto de nada cuando puedes continuar con este maratón de hombre? La aguijoneó su conciencia.

La mano de Nyxx sobre sus labios la trajo de nuevo a la tierra, él le había dicho algo pero ella no estaba prestando atención.

—¿Qué? —preguntó con suavidad.

Nyxx sonrió con diversión y se limitó a robarle un rápido beso antes de atraerla hacia él, tomar su mano y guiarla hacia la evidente erección que se alzaba desafiante entre ellos.

—Te decía, que me muero por hundirme entre tus piernas y cabalgarte hasta que grites de nuevo mi nombre —le susurró con una voz demasiado ronca y sexy como para ser legal. ¡Deberían arrestar a este hombre por poseer una voz como aquella! Él apretó su mano por encima de la de ella y la deslizó arriba y abajo por su erección antes de volver a acercarse a su oído derecho y susurrarle—. Esta vez al menos, no me claves las uñas.

Lo acarició un par de veces después de que él retirara la mano mordiéndose el labio inferior de anticipación ante lo que sería tener aquella enorme polla en su interior.

—¿Confías en mí? —volvió a susurrarle al oído, su voz puro pecado, puro erotismo.

No pudo hacer más que asentir.

Tomando ahora sus manos, Nyxx compartió con ella algo que no había compartido jamás con nadie:

—No te asustes, te prometo que será muy agradable —le aseguró mirándola a los ojos, esperando a que ella asintiera. Cuando Lluvia lo hizo, Nyxx concentró el poder en sus manos e hizo aparecer el fuego de las almas envolviendo las palmas de ambos. Lluvia jadeó e intentó apartar sus manos pero él no le dejó—. No quema, *mikrés*. Jamás haría nada que pudiera hacerte daño.

Lo miró a él y luego las manos entrelazadas de ambos. A medida que Nyxx las iba distanciando, el fuego que lamía sus manos pasó a residir solo en las de Nyxx y cuando él pasó aquellas llamas incandescentes por sus brazos y luego sobre sus pechos, Lluvia jadeó sorprendida ante el cálido cosquilleo que aquellas llamas fantasmas provocaban sobre su cuerpo, la humedad entre sus piernas empezó a hacerse más espesa así como creció la sensación de hambre que había estado sintiendo todo el tiempo por aquel hombre. Nyxx le sonrió con suavidad y la atrajo hacia sus brazos solo para volverla de modo que la lisa espalda femenina quedase pegada a su pecho y pudiese deslizar sus manos por los pechos de ella amasándolos con aquel cosquilleo que provocaban las llamas mientras bajaba la boca al cuello femenino, le apartaba el pelo con la boca y la mordisqueaba haciendo que a ella le temblasen las piernas. Cuando la tuvo tan excitada que apenas le sostenían las piernas, apagó las llamas en sus manos, atrajo su boca a la de él para un húmedo beso y le lamió el labio inferior que ella tan a menudo se mordía antes de susurrarle.

—Voy a montarte —le dijo con total crudeza. Su voz puro sexo—. Duro y lento, hasta que ninguno sepamos donde empiezas tú y termino yo.

Lluvia solo emitió un delicado jadeo, su mente se había hecho papilla y todo en lo que podía pensar era en sentirlo dentro.

Las manos de Nyxx se deslizaron lentamente por los hombros de ella, bajando por sus brazos acariciando los huesos de sus caderas antes de dirigirse hacia el hueco que unía la espalda con el culo, suavemente hizo presión en ese punto mientras su otra mano la sujetaba a ella por la cadera. Lentamente la obligó a inclinarse hacia delante, siguiéndola con los labios prácticamente pegados a su oído.

—Apoya tus brazos sobre la mesa, *agapi* —le susurró al oído, lamiéndole la oreja—. Te prometo que será bueno.

Ella ladeó el rostro, Nyxx vio la duda y el temor cruzando por su rostro y no pudo hacer más que sonreírle y tratar de calmar sus miedos.

—Cuando quieras que me detenga, solo dilo —le susurró con suavidad y ternura.

—No quiero que te detengas —respondió ella con un ligero susurro—. Te necesito a ti…

Solo a ti, Nyxx.

Se sintió realmente conmovido ante la suavidad y el deseo desesperado de su voz, besándola a modo de asentimiento, le separó los muslos y guio la cabeza de su pene hacia su mojada entrada.

—*S'agapó*[23], Lluvia —murmuró en su oído al mismo tiempo que empujaba la cabeza de su pene haciéndola desaparecer en el canal femenino, arrancándole un jadeo.

Lluvia no sabía que significaban aquellas palabras, pero sintió la necesidad de decirle lo mismo.

—*S'agapó*, Nyxx —murmuró en un agudo siseo cuando sintió su pene abriéndose camino, llenándola y estirándola de una manera que jamás creyó posible, poseyéndola a unos niveles que ninguno de los dos podía entender todavía y que sellaría su destino.

Nyxx apretó los dientes ante la maravillosa sensación de ella envolviéndole, las palabras que le había repetido se hundieron en su alma dividida haciendo que tanto él como el lobo aullasen al mismo tiempo, ignoraba si Lluvia sabía o no el significado de aquella frase, pero habérsela oído decir, lo había significado todo. Con un último empellón se introdujo por completo en el pasaje femenino, llenándola y estirándola, poseyéndola por completo. Aquella hembra era suya, le pertenecía y le pertenecería eternamente, solo a él, su única compañera. Dejando escapar el aire ante ella ordeñándolo de aquella manera, se retiró unos centímetros solo para embestirla de nuevo, con suavidad pero duro, haciendo que su retirada y nueva intrusión fueran cada vez más fáciles. Ella estaba empapada, ardiente y jadeaba y se contorsionaba debajo de él.

—Suave, *agapi* —le susurró cuando ella empezó a tensarse, acariciándole el cuello con la nariz—. Relájate, esto es para ti, Lluvia. Suave.

Como si sus palabras fueran todo lo que había estado esperando, Lluvia empezó a relajarse encontrando su propio ritmo y saliéndole al paso. Todo en ella lo deseaba, deseaba a aquel hombre de una manera irracional, hacía apenas unos días que lo conocía, él había sido el que la había conducido en toda aquella locura y con todo, empezaba a entender que no podría hacerse a la idea de estar sin él, quizás después de todo Nyxx tuviese razón y ella fuera su compañera, porque ya no podía imaginarse haciendo esto con nadie más.

Sus gemidos se hicieron cada vez más altos, su cuerpo lo aceptaba plenamente respondiendo a sus embates, succionándolo y apretándolo en su interior de una manera que le estaba costando un mundo no correrse ya mismo, pero no iba a hacerle eso a ella, quería oírla gritar cuando se corriera, quería sentirla tensarse a su alrededor antes de que él encontrase su propia liberación.

Sus manos acariciaron la suavidad de sus caderas, sus ojos se encontraron con los de ella durante un erótico instante y justo entonces sintió como las paredes del sexo femenino se cerraba a su alrededor y ella empezaba a estremecerse alcanzando su liberación con un agudo grito en el que iba inscrito su nombre.

Satisfecho incrementó el ritmo, hundiéndose más y más profundo hasta que todo explosionó a su alrededor y se descargó dentro suyo, jadeando y susurrando su nombre mientras colisionaba sobre su espalda, pegado a ella.

—Ah… ha sido… increíble —ronroneó Lluvia, saciada y exhausta.

No estaba segura pero le pareció oír que él reía antes de susurrarle:

—Y esto, *mikrés*, solo es el comienzo.

La noche se llenó con los gritos y gemidos de los amantes, el aroma a salitre se mezcló con el del sexo mientras los dos compañeros estrechaban sus lazos y se unían por fin en su

liberación bajo el cielo de la noche de Atenas.

CAPÍTULO 13

Lluvia se desperezó con una mueca, le dolía el cuerpo en lugares que jamás había pensado que podría dolerle, intentó moverse solo para darse cuenta de que no podía, Nyxx la abrazaba como si temiese que pudiera salir huyendo en mitad de la noche. Quizás, si no estuviese a miles de quilómetros de su hogar, sin dinero y sin conocimiento alguno del idioma lo hubiese intentado, aunque solo fuese para ver a ese enorme e increíblemente hermoso espécimen masculino correr tras ella desnudo por el cuarto. Avergonzándose ante sus propios pensamientos, volvió a acurrucarse contra él, sus dedos creando círculos alrededor de una oscura tetilla.

—*Kalimera, agapi* —lo oyó ronronear.

Lluvia alzó la mirada y vio unos somnolientos ojos verdes mirándola embelesados.

—¿*Kalimera* es buenos días? —sugirió ella.

Nyxx asintió.

—Sí —aceptó.

Lluvia sonrió ante su buena deducción.

—¿Y lo otro?

—¿*Agapi*?

Ella asintió.

—Solo es un apodo cariñoso —respondió él hociqueándole el cuello como si estuviese oliendo su aroma y entonces sonrió—. Hueles a mí.

Ella se echó a reír.

—No estoy segura de si eso es un piropo o me estás diciendo que apesto —rio.

Nyxx sonrió también y buscó su boca para besarla, aquello era lo que más le apetecía, eso y encargarse de la erección que presionaba ya contra la cadera de la muchacha.

Lluvia la notó pues se apartó escurriéndose de sus brazos, la sábana apretada contra su pecho mientras lo miraba con incredulidad.

—No, no puedes ser que estés así —clamó ella con un asombrado jadeo—. Nyxx, yo apenas puedo moverme.

Él solo gruñó, estiró la mano y la rodeó por la cintura tirándola sobre él para luego apartarle el pelo de la cara.

—¿Estás lastimada? —le preguntó habiendo desaparecido ya toda la somnolencia de sus ojos, reemplazada por genuina preocupación.

Ella negó con la cabeza y le acunó la mejilla antes de darle un suave beso en los labios y acariciarle la frente para borrar su ceño.

—Solo estoy un poquito dolorida —confesó, sus mejillas tiñéndose de rojo—. De esa manera dulce y deliciosamente dolorida.

Él le acarició el rostro y la atrajo contra su pecho.

—Debiste decírmelo anoche —la amonestó mientras acariciaba su espalda con suavidad.

Se sonrojó hasta la punta de los cabellos al recordar la noche anterior, no estaba demasiado segura del momento exacto en el que se habían metido en la cama.

—Estoy bien —le aseguró suspirando como una gatita saciada.

Nyxx deslizó la mano por su espalda hasta su trasero y le masajeó suavemente las nalgas antes de susurrarle al oído que todavía mantenía el audífono. Era asombroso que el aparato no

hubiese salido volando con tanto deporte de cama.

—Anoche no utilicé protección —murmuró él con voz suave, cálida—. ¿Por qué no me detuviste?

Él sabía que estaba protegida por la píldora, pero quería oírselo decir. La había visto tirar la caja vacía en la papelera en el aeropuerto nada más salir del baño, la misma caja que había estado en la parte superior del armario de su cuarto de baño. Nyxx la había visto y la reconoció como un anticonceptivo, al parecer ella lo había estado utilizando como regulador de su periodo durante los últimos meses por orden del ginecólogo. Suspiró para sí, si ella llegaba a enterarse alguna vez que conocía de primera mano esos pequeños detalles, no le clavaría las uñas, le arrancaría las pelotas.

La sintió tensándose contra su costado, la mano que había estado acariciándole el pecho se quedó quieta y ella alzó la mirada con un ligero temor en sus ojos.

—¿Hay riesgo de contagio de algún tipo?

Nyxx le acarició la frente borrando el ceño de preocupación.

—No tengo enfermedad alguna que pueda pasarte, *mikrés* —le respondió acariciándole el rostro, mirándola a los ojos—. Eso no deberá preocuparte nunca, soy inmune a todas ellas, ventajas de ser un Cazador, pero no estoy seguro de que esa suerte se amplíe a la concepción.

Lluvia dejó escapar un suspiro de alivio y se sonrojó ligeramente al responderle.

—Yo estoy tomando la píldora —murmuró, en su voz se notaba la misma congoja y vergüenza que en su dulce rostro—. Lo llevo haciendo desde hace casi dos meses por orden del ginecólogo, es… por… bueno… eso…

—¿Tu periodo? —sugirió él con toda naturalidad a pesar de que ella había enrojecido aún más.

Ella se limitó a asentir antes de volver a apoyar su mejilla contra el cálido pecho masculino.

—Soy una estúpida, yo no me comporto así, soy responsable —murmuró en voz muy baja —, y ahora apareces tú y mi cordura se va al diablo.

La atrajo hacia él y la giró hasta tenerla con la espalda pegada en la cama y su propio cuerpo cubriéndola como una manta, su mirada presa de la suya.

—No eres estúpida —negó acariciándole la nariz para que la mirara—, no vuelvas a insinuar algo así. Eres una muchacha inteligente, responsable… El que tu cordura se haya ido al diablo, es solo culpa mía… Se me da bien hacer esas cosas.

Ella rio ante lo absurdo de aquella declaración y miró a su amante. La sola mención de aquella palabra en su mente la volvió tierna y maleable; ahora eran amantes. No hacía ni dos días que lo conocía y ya se había metido en su cama, no solo eso, él se había metido mucho más allá y aquello la asustaba. Nunca se había enamorado de nadie, no realmente y ahora, el solo hecho de pensar en Nyxx, el solo pensar en tener que separarse de él le estrujaba el corazón.

—¿Qué pasa? —le preguntó él al ver su ceño fruncido.

Ella sacudió la cabeza.

—No es nada —sonrió y deslizó su mano entre los dos para acunar la mejilla masculina, permitiendo que él le tomara la mano y le besara la palma con suavidad—. Estaba pensando en lo que haremos hoy.

Nyxx se retiró un poco, estaba casi convencido de que no era aquello lo que había puesto aquella mirada triste en sus ojos pero no iba a insistir, quería que se sintiese totalmente cómoda con él, que confiara lo suficiente para decirle las cosas por sí misma.

—Deberíamos sacar los billetes para Iaonnina —contestó, su humor ensombreciéndose

lentamente ante la tarea que tenía por delante—. Una vez allí, podemos alquilar un coche y subir hasta Dodona.

—¿Tienes carné de conducir? —preguntó ella.

Él respondió con una irónica mueca.

—¿Tienes miedo de que me estrelle? —se burló.

Ella fingió pensárselo.

—Bueno… esa es una posibilidad… pero me preocupa más el que sepas cambiar de marchas —aseguró con una coqueta sonrisa.

Nyxx descendió sobre ella, ambas manos enjaulándola bajo él.

—Créeme, *agapi*, eso lo domino a la perfección —aseguró besándola en los labios.

Ella le devolvió el beso, entonces deslizó las manos por los antebrazos de él, mirándole.

—¿Es allí donde esa mujer te maldijo? —preguntó con suavidad.

Nyxx inclinó la cabeza contra la suya, presionando frente contra frente y suspiró.

—Allí fue donde comenzó todo —respondió en un susurro antes de dejarse caer suavemente sobre ella y restregar su erección contra su muslo—. Te deseo de nuevo, creo que nunca voy a dejar de desearte.

Ella sonrió divertida y disfrutó de sus atenciones un poco más.

—Si sigues así, voy a pasar de estar dolorida a no poder ni caminar —le aseguró con una risita cuando él empezó a mordisquearle el cuello.

Él gruñó, pero se retiró mirándola con un suspiro.

—Lo siento —respondió nuevamente y se hizo a un lado.

Lluvia se inclinó sobre él y bajó la mirada hacia la enorme erección que levantaba la sábana como una tienda de campaña.

—Pero veamos qué puedo hacer por tu amiguito —respondió lamiéndose los labios.

Una hora después Nyxx ya se había duchado y vestido y tramitaba todo desde un pequeño ordenador portátil compacto que Lluvia no tenía idea de donde lo había sacado, ya que no era que el hombre hubiese traído alguna cosa con él, en realidad, la ropa que vestía en aquellos momentos, unos vaqueros gastados y una camisa blanca junto con las botas no tenía idea de donde había salido, pero le sentaba como un guante, sobre todo los pantalones ciñéndose a su prieto culo. Terminando de secarse el largo pelo con una toalla, se le acercó por la espalda mirando por encima de su hombro.

—Ventanilla para mí, si no te importa —pidió al ver que estaba comprando los billetes de avión. Tal parecía que su amenaza había dado resultado.

—¿No preferirías ir en cabina? —le sugirió él con un guiño.

—Lo único que quiero es subir y bajar del avión de una pieza, Nyxx, lo demás es superfluo.

—De acuerdo, ventanilla para la señorita —aceptó continuando con la compra.

—Entonces, primero iremos a Ioannina —preguntó mirando el destino del billete—. Y de ahí a Donona.

—Dodona —la corrigió él con una sonrisa—. En realidad es *Dodone*. Pero sí, ese será nuestro destino.

—Vale, Dodona —repitió haciendo la toalla a un lado cuando Nyxx cambio la pantalla y apareció información sobre el lugar y las excavaciones que se habían hecho en la actualidad—. Um, no quiero meter la pata… pero eso son piedras… y un árbol.

Él se limitó a asentir, no era la primera vez que veía aquellas fotos de su antiguo hogar,

pero era incapaz de relacionar aquellas ruinas con el edificio de planta baja que había sido el templo.

—Antiguamente era una región agrícola, y parece que no ha cambiado en ese sentido —aceptó comprobando los datos que le reportaba la red—. El Oráculo se alzaba aquí, en la *Hiéra Oikia*, La *Casa Sagrada*, y estaba rodeado por algunos monumentos y pequeños habitáculos repartidos a los pies de la colina, era como una pequeña aldea. Cuando los etolios tomaron el Santuario, no estaba vallado, aquí estaba el Roble Sagrado, rodeado de unos trípodes que soportaban calderos de bronce conectados unos a otros, estaba en el patio central, dentro del recinto sagrado. Cuando entrechocaban, el sonido reverberaba. Aquello era lo que las Sacerdotisas interpretaban como la voluntad del dios.

Nyxx cerró las pestañas del programa y recogió la tarjeta de crédito que tenía sobre la mesa a un lado del pequeño ordenador.

—No he vuelto a aquella región desde que me fui —negó con voz fría, en la que se notaba cierta aprensión.

Ella se inclinó sobre su espalda y lo abrazó, apretándose contra él.

—Quizás es hora de que vuelvas —le susurró con suavidad—, y dejes el pasado descansar.

Nyxx tomó su mano y la apretó suavemente antes de besarle los nudillos.

—Eso es lo que quiero, créeme —aceptó. No había nada que deseara más que olvidarse de su maldición para siempre.

—¿Hay mucha distancia entre el aeropuerto y el lugar donde se ubica el Santuario del Oráculo? —preguntó soltándolo cuando él se volvió para levantarse.

—Unos veintidós quilómetros —respondió con un ligero encogimiento de hombros—. Una media hora en coche.

Ella asintió y se puso delante de él, clavando su dedo en el pecho masculino allí donde la camisa se abría.

—Sin trucos, Nyxx o esta vez si te clavaré las uñas —le aseguró apartándose con una suave y tierna sonrisa.

Él sonrió para sí ante la sutil amenaza de ella.

—Soportaré una hora de avión —aceptó rotundamente haciéndola reír.

Ella asintió satisfecha, entonces se volvió.

—Recuérdame que cuando volvamos a casa, te dé el dinero del billete —le dijo empezando a desenredarse el pelo con un cepillo que sacó de su mochila.

Él echó la cabeza hacia atrás, llevaba el pelo rubio suelto y le caía más allá de los hombros.

—¿Quieres, por favor, dejar de preocuparte por el dinero? —le pidió con una irónica sonrisa—. Solo disfruta del viaje. Al menos, que lo haga uno de los dos.

Ella se volvió hacia él, dedicándole una suave mirada.

—¿Tanto daño te hace volver a casa? —le preguntó.

—Esta no es mi casa, Lluvia, ya no —negó tomando su chaqueta de encima de la cama para dirigirse hacia la puerta—. Voy a devolver el ordenador, después saldremos para el aeropuerto.

El viaje a Ioánnina fue más rápido de lo que había esperado Lluvia, apenas unos minutos después de haber llegado al Aeropuerto de Venicelos, embarcaron para Ioánnina y ella pudo disfrutar de una hermosa vista de la ciudad de Atenas desde las alturas, aunque lamentaba no

haber podido ver la Acrópolis y el Partenón, pero Nyxx le había prometido que no abandonarían Grecia sin pasar por allí y sabía que él mantendría su palabra. Habían aterrizado en el pequeño aeropuerto de la ciudad apenas una hora después, el tiempo se mantenía igual de agradable que en Atenas, matizado únicamente por un poco más de viento. Eran poco más de las once de la mañana cuando alquilaron un todoterreno para hacer el resto del viaje, a ella le había hecho gracia la rapidez con la que los habían atendido la agencia del alquiler de coche nada más ver la Visa Platino que depositó Nyxx en la bandeja ante la mujer al otro lado de la ventanilla. Diez minutos después tenían las llaves en las manos, el depósito lleno y circulaban por una carretera a lo largo de extensiones y extensiones de praderas de cultivos, árboles y alguna que otra casa salpicada aquí y allá.

—Esto es precioso —aseguró mirando por la ventanilla con una alegría y disfrute propio de una amante de la naturaleza.

Nyxx echó un rápido vistazo a su compañera, quien se había girado en el asiento y se apoyaba en la ventanilla bajada, su pelo volaba como una cometa mientras observaba embelesada el paisaje.

—Toda esta zona es así —respondió él, la tensión con la que agarraba el volante se reflejaba en su voz.

Lluvia lo notó y se volvió hacia él pensando en la manera de hacerle aquel viaje más fácil.

—¿Ha cambiado mucho desde la última vez que estuviste por aquí? —preguntó cuando pasaron al lado de un letrero enorme con unos caracteres en griego y otros en inglés que señalaban la indicación del Santuario de Dodona. Ellos tomaron hacia la izquierda en la siguiente bifurcación, siguiendo las indicaciones que había dado también el GPS del coche.

—En más de dos mil años pueden cambiar muchas cosas —respondió, bajando la velocidad y cambiando de marcha mientras se permitía un rápido vistazo a su alrededor y se estremecía—. Otras en cambio, no parecen haber cambiado ni un ápice.

Condujeron en silencio durante diez minutos más por un camino de tierra, no sabía que decir y parecía que el permanecer callada era la única opción, el camino empezaba a hacerse un poco incómodo con tanto salto y bache y finalmente decidieron aparcar a un lado.

Lluvia bajó del vehículo y contempló asombrada la exuberante belleza de aquel paraje, las montañas recortándose a lo lejos se alzaban como colosos mientras que mirase a donde mirase todo era verde, vegetación y rocas. Respiró profundamente empapándose de aquel delicioso aire y sonrió para sí, de algún modo se sentía como si hubiese vuelto a casa, algo que no era explicable en absoluto. Se volvió con intención de hacerle un comentario a Nyxx, pero este ya había dejado el coche y caminaba en línea recta hacia unas ruinas que se alzaban unos cuantos metros más allá. Recuperó la mochila del coche, se aseguró de que la puerta estaba bien cerrada y se apresuró en darle alcance.

Se mantuvo en silencio a su lado, manteniendo su paso, observando el paisaje de una manera muy distinta a la de Nyxx. Ella no veía los fantasmas de las viejas construcciones, no oía las risas de los niños y los aldeanos que habían poblado aquella zona ahora desierta, todo lo que quedaba ahora eran ruinas donde hacía demasiado tiempo como para contarlo, había habido vida.

—Es hermoso —murmuró disfrutando de lo que veía—. Es como si se hubiese estancado en una época y no hubiesen pasado los años… Si no es por las ruinas y los vestigios, la tierra sigue oliendo a vieja.

Nyxx se giró al oírla hablar de aquella forma, pero en vez de ver a Lluvia con sus pantalones vaqueros y suéter, la imagen que le vino a la mente fue una muy distinta, con unas ropas distintas. El Cazador sacudió la cabeza, ella era una *gypsy Valaco*, no había duda posible,

la tierra de sus ancestros la llamaba como los ecos del pasado tiraban de él.

Vagaron cada uno por su lado durante un rato, él se limitó a recorrer el lugar al que una vez había llamado hogar, permitiendo que sus recuerdos reconstruyeran las excavaciones que habían quedado al descubierto, viendo el lugar como se había visto en su época.

—¿Nyxx? —lo llamó Lluvia trayéndolo de nuevo al presente. Ella se encontraba junto al tronco de un delgado roble el cual estaba rodeado por restos de un pequeño muro y algunas piedras sueltas. En su mente, Nyxx reconstruyó aquella sala, las piedras formaban cuatro altas paredes con el techo al descubierto, dos de ellas habían tenido una arcada a modo de puerta, una comunicaba con el interior del templo, otra daba directamente al exterior. El árbol había estado rodeado por calderos y en una copa mucho más frondosa que la que podía alojar aquel pequeño retoño, una vez había sido vivienda de una arrullante bandada de palomas—. ¿Es el mismo roble?

Ella tenía el cuaderno de botánica en las manos y daba vueltas al ramillete con el hilo rojo entre sus dedos.

—Su ubicación es la misma, pero el Roble Sagrado fue quemado la misma noche que arrasaron con el templo y con toda la gente que moraba en él —respondió con acritud, su sonrisa se volvió cínica al recordar lo ocurrido—. El templo estaba dedicado a dos deidades, a Zeus y a la diosa madre, Dione —explicó caminando entre las ruinas, mirando a un lado y a otro como si pudiese ver las construcciones que había antes en aquel lugar—. El roble se alzaba justo ahí, siempre estaba repleto de pájaros, las palomas sagradas hacían en él su nido. Lo rodeaban unos trípodes que sustentaban calderos de bronce unidos por cadenas, cuando chocaban el sonido reverberaba y era interpretado por los sacerdotes y sacerdotisas como una señal divina. Este Oráculo era incluso más antiguo que el de Delfos, y también más tranquilo… Hasta que empezaron las guerras.

Nyxx negó con la cabeza, odiando aquellos recuerdos tanto como odiaba no haber podido hacer ni una sola cosa por evitarlos.

—Solo un año después de aquella masacre, una vez que la Liga Etolia desmanteló la *Hiéra Oikia*, los macedonios reconstruyeron el lugar a su antojo añadiendo cinco templos secundarios que rodeaban lo que había sido el Santuario Principal de Dodona, así como otros dos edificios más macizos fuera del recinto de carácter civil, el Teatro también fue posterior.

Sacudió la cabeza, todo su cuerpo tenso por la rabia y la injusticia de aquella noche.

—La masacre de aquella noche fue olvidada tan convenientemente como recordada la siguiente reconstrucción —murmuró con acritud.

Lluvia miró a su alrededor deseando poder ver lo que veía él, quizás así pudiera ayudarle. Volviéndose hacia Nyxx, le pidió en voz baja.

—Cuéntamelo. Dime qué fue lo que pasó exactamente aquella noche, deja que entienda el porqué de tu maldición.

—¿El porqué de mi maldición? —repitió él con ironía—. Yo soy ese por qué, Lluvia. Si hubiese hecho lo que tenía que hacer y no me hubiese empeñado en buscar algo más, quizás lo que ocurrió esa noche no habría pasado, o quizás sí, es difícil saberlo con seguridad.

Ella se mordió el labio inferior y se movió hacia él.

—Solo quiero ayudar.

—Rompe mi maldición, Lluvia —pidió, casi escupiendo las palabras—. Esa es toda la ayuda que necesito de ti.

Nyxx sabía que la había herido con sus palabras, pero no podía hacer nada, los recuerdos lo atosigaban tirando de él de nuevo hacia aquella aciaga noche, haciendo que la velada que

había pasado con su compañera se convirtiese en un lejano espejismo.

Sin apenas darse cuenta, se encontró caminando entre las ruinas, hablando al mismo tiempo de lo que había sucedido en un remoto pasado, cumpliendo así la petición de Lluvia.

—Ella había acampado con su tribu al sur de aquí, cerca del lago Pambotis. —Nyxx alzó entonces la mirada hacia Lluvia, viendo sus ojos, su rostro, su belleza y aquel pequeño gesto que siempre hacía cuando estaba nerviosa—. La misma tribu de la que desciendes y por la que fui maldecido.

Ella sacudió la cabeza. ¿Había habido una mujer de por medio? ¿Era la tal Valeska de la que siempre hablaba?

—¿Qué ocurrió, Nyxx? —insistió, buscando su mirada.

Los ojos del Cazador estaban bordeados de odio y un profundo dolor cuando respondió.

—Lo perdí todo —respondió respirando profundamente, temblando—. Aquella noche, perdí mi hogar, mi mundo y la perdí también a ella. Los perdí a los dos.

CAPÍTULO 14

Año 218 A.C.
Templo del Oráculo de Dodona.

La tarde empezaba a dar paso a la noche, el sol comenzaba a ponerse en el horizonte y coloreaba con sus tonos rosas y naranjas la cima del Monte Tomaros, pronto la noche caería sobre el templo y las almas de los muertos brillarían en el cielo iluminando el camino de los vivos. Las *Selloí* se retirarían en cualquier momento a descansar y él quedaría libre de su deber hasta la mañana siguiente, el tiempo se le hacía corto cuando se trataba de pasarlo con su pequeña Hadryna.

—Algo enturbiará la paz de la noche —musitó Nicandra, la más joven de las tres *Selloí* que interpretaban los designios del Oráculo—. Apolo está tiñendo los montes de sangre.

Nyxx siguió la mirada de su señora hacia la cima del Monte Tomaros que reflejaba la luz del gran astro del cielo ocultándose para dar paso a su consorte, la noche.

—¿Mi señora? —preguntó volviéndose hacia la delicada sacerdotisa. Su largo cabello dorado y sus profundos ojos azules destacaba sobre la oscura belleza de sus hermanas, como también lo hacía la suavidad de sus movimientos y la bondad que anidaba en su corazón.

Ella se volvió hacia él y sonrió. Nyxx era el único al que sonreía, mostrándose seria, casi pétrea en presencia de cualquier otro, él también era el único al que hablaba como a un amigo, al que hablaba en cualquier manera, de naturaleza más bien tímida, la sacerdotisa lo había elegido a él a una temprana edad para ser su escolta personal, su *Sumo Guardián*. Cada vez que Nyxx le había preguntado por qué lo había escogido a él, ella se limitaba a encogerse de hombros y responderle lo mismo, *Eída sta mátia sou*. Lo vi en tus ojos.

—No me hagas caso, Nyxxon —negó ella posando su mano en el poderoso brazo del guerrero. Él era uno de los pocos hombres a los que les estaba permitida la entrada en el templo, más allá de la sala de recibo, uno de los Sumos Guardianes de las tres Pléyades al servicio de Zeus—. Nuestro señor Apolo me ha puesto melancólica.

El hombre se mantuvo firme e impertérrito a su lado, como se esperaba de todo *Sumo Guardián*. Solo un puñado de jóvenes llegaban a alcanzar tal honor en su vida, y que ese honor hubiese recaído en un huérfano como él, lo hacía doblemente importante. Así mismo, tal honor rivalizaba en gran medida con una profunda soledad, consagrar su vida a la protección de las Sacerdotisas significaba renunciar a todo lo demás para vivir en austeridad y abstinencia en los más extremos de los casos.

—¿Pensando nuevamente en ella? —lo sorprendió la suave voz de Nicandra, haciendo que todo su cuerpo se tensase bajo su delicada mano.

—Mis pensamientos son únicamente para vos, mi señora —respondió él con una profunda y sensual voz, tan perfecta que hizo que la mujer a su lado se estremeciera de placer.

La suave risa de la mujer lo llevó a echar un rápido vistazo al rostro femenino, algo que podría ser penado con la muerte para cualquier hombre.

—Desearía que fuese así, mi temerario amigo y guardián, pero no soy del todo ignorante de lo que pasa más allá de estos muros —aseguró y continuó de su brazo por el extenso corredor

—, hay peligros que ni siquiera yo quiero… o puedo evitar.

Un ligero escalofrío se deslizó por la columna de Nyxx, había vivido suficiente tiempo con estas volubles hembras para saber que aquello era más una amenaza que una advertencia.

—Y ciertamente, Preumenia y Tamarete no son tan comprensivas como yo —continuó la mujer con un delicado suspiro.

—¿Mi señora? —preguntó intentando sonar ignorante, pero no era fácil en presencia de una Oráculo.

Los ojos azules de la delicada mujer se volvieron hacia él y le sonrió nuevamente.

—Tiene que ser alguien muy especial si ha conseguido atraer la atención de mi mejor amigo —aseguró bajando la voz, algo que hacía siempre que se atrevía a hablar con Nyxx en una privacidad que no les estaba permitido. Ellos eran siervo y señora, nadie tenía permitido tocar de ninguna forma a una de las sacerdotisas que interpretaban el oráculo, su sencilla amistad sería vista como algo totalmente distinto, por ello, se limitaban a hablar solo cuando estaban solos—. ¿Cómo es ella? ¿Irás a verla esta noche?

Vaciló, no tenía secretos para aquella niña y con todo, era reacio a hablar de *ella*. Hadryna había resultado ser un soplo de libertad en un mundo plagado de obligaciones, ella pertenecía a otra tribu, una vista con desconfianza por su propio pueblo, sus enormes ojos color zafiro se realzaban en una cara ovalada enmarcada por amplias ondas azabache en las que tan a menudo hundía el rostro para poder aspirar su picante aroma floral y de mujer. Era su vida fuera de aquellas cuatro paredes, una vida que jamás creyó posible y la cual custodiaba con celo.

—Pertenece a la tribu Valaco —respondió con lentitud, mirando en todo momento el rostro de su ama.

La sacerdotisa pareció sorprenderse.

—¿Una *gypsy*? —preguntó, pero era curiosidad lo que había en su voz, no desprecio.

Él simplemente asintió.

—Sabía que tenía que ser alguien realmente especial —murmuró enlazando su brazo en el de él—. Solo alguien realmente especial podría capturar tu atención. Me alegro por ti, *fílos mou*[24], no la hagas esperar, yo conozco bien mi camino, podré seguir sola de aquí en adelante.

Nyxx dudó ante las palabras de la mujer, sabía que se estaba refiriendo al camino hacia sus aposentos, pero entonces, ¿por qué parecía que había mucho más que eso? ¿Por qué parecía que había otra interpretación, una imposible, para ellas?

Como cada noche, Nyxx acompañó a su señora hasta los aposentos de esta en la parte más interior del templo, deseándole una feliz noche y prometiendo recogerla en ese mismo lugar con la salida del alba, como llevaba haciendo cada día de su vida desde que había llegado al templo con tan solo diez años. Entonces esperó a que el templo permaneciera en silencio y los guardias ocuparan su lugar en el recinto sagrado para tomar el caballo que ya había dejado atado un poco más allá de la colina y dirigirse a su encuentro nocturno con Hadryna.

Como cada noche que se daban cita, ella lo esperaba junto al lago Pambotis, lo suficientemente alejada del templo y de su propio pueblo para que pudieran disponer de privacidad, y como cada noche, ella estaba allí, esperándole.

Era la mujer más hermosa que había visto en toda su vida, su piel canela brillaba bajo la luz de la luna que aquella noche se alzaba como una enorme y redonda bola de luz en el cielo nocturno, sus lentos movimientos no hacían sino endurecerlo, se moría de ganas de volver a hundirse en su interior, abrigarla entre sus brazos donde nada ni nadie pudiese hacerle daño y protegerla para siempre. Su largo pelo azabache caía en suaves ondas por su espalda hasta la estrecha cintura en la que había remangado su falda, las largas y torneadas piernas quedaban

desnudas hasta donde empezaban los muslos y sus llenos pechos se pegaban a la túnica humedecida por su aseo.

—¿Vas a quedarte mucho tiempo mirándome o te unirás a mí, *balamo*[25]?

Nyxx sonrió mientras desmontaba y dejaba el animal pastando, llevó las manos a la cintura y dejó caer la espada y el cuchillo junto con el tosco cinturón que los aseguraba a sus caderas y caminó hacia ella con pasos decididos, dispuesto a atraparla.

—Los dioses deben de haber querido sonreírme esta noche para que encuentre tan hermosa ninfa a orillas del río —le aseguró plantándose a la orilla con las piernas separadas y las manos en las caderas, devorándola con la mirada.

—Tus dioses te han bendecido con una *romni* enamorada de su *rom* —sonrió ella con coquetería, antes de extender los brazos hacia él.

Nyxx miró con orgullo a aquella hembra, su *romni*, su *esposa* y se apresuró hacia ella, hundiendo las botas de suave cuero en el agua de la orilla para atraparla y alzarla en brazos haciéndola girar entre risas.

—Y este *rom* no podría pedir nada más de su bella *romni* —le aseguró dejando que su cuerpo menudo se deslizara por su pecho, capturando su mirada azul zafiro en la propia—. Cada día que pasa estás más hermosa, *kamaù*.[26]

—Solo a través de tus ojos, mi amor —respondió ella utilizando con soltura el griego, que era el idioma natal de su amante y esposo, el hombre al que amaba con todo lo que tenía en su pequeño cuerpo gitano—. Temí que no vinieses esta noche, Nyxx, han llegado rumores al poblado de que los hombres de más allá de la frontera se han estado comportando de forma extraña.

Él frunció el ceño, su mirada fue más allá de los montes mientras volvía con su preciada carga a la orilla donde ella había dejado su bolsa y había extendido unas mantas sobre la hierba para ellos.

—Extraño, ¿en qué forma? —le preguntó escaneando concienzudamente su alrededor. No había visto a nadie en los alrededores al venir, pero nunca podría estar del todo seguro.

Ella sacudió la cabeza, sus largos rizos negros enmarcaban su adorable y hermoso rostro. La fina diadema trenzada que surcaba su frente y se hundía por debajo de su pelo era el único adorno que resaltaba sobre ella. Las pulseras y collares tan propios de su gente descansaban a la orilla del río junto con su bolsa y un par de prendas que se había quitado antes de entrar al agua.

Hadryna se apretó contra él posando la cabeza en su hombro mientras la cargaba hacia la manta que había preparado antes del baño. La noche había resultado ser más calurosa de lo que había pensado, no sabía si era debido a la presencia de su marido o al tiempo en sí, el caso es que el aire que se movía entre los escasos árboles era caliente, casi sofocante.

—No estoy segura —aceptó negando con la cabeza—. Oí a los hombres hablar sobre la extraña quietud que se siente desde hace días en la tierra de Etolia, es como la calma que precede a la tormenta… Hay algo que no acaba de estar bien.

Nyxx frunció el ceño, sabía que los etolios buscaban la guerra, había otras tribus que también comportándose de manera extraña, los rumores de una posible alianza habían llegado hasta el templo pero esta había sido desechada por las Sacerdotisas. Arropando a su mujer entre los brazos se dejó caer sobre la manta. Hadryna era su vida, la había conocido hacía dos estaciones, cuando su tribu *gypsy*, los Valaco, habían instalado su campamento a las afueras de Molosia, al sur del Templo. Ella había estado intentando liberar a una pequeña liebre de una de las trampas que habían colocado para la caza cuando él había aparecido. Su desprecio por los extranjeros había sido más que manifiesto cuando se enfrentó a Nyxx con un pequeño cuchillo

como única arma, exigiéndole que retrocediera mientras soltaba al pequeño animalito. Se había enfrentado a él como un soldado, una mujer diminuta e indefensa ante un hombre armado, un auténtico desconocido que ni siquiera pertenecía a su pueblo. Su arrojo y valentía había ganado su atención, así como su curiosidad, las Parcas fueron las que decidieron reunirlos nuevamente a orillas de este mismo lago en numerosas ocasiones hasta que se hizo inevitable que naciese el amor.

Sus esponsales habían levantado un revuelo en la familia de ella, su madre, firme en sus creencias se opuso terminantemente al enlace aduciendo que ningún *balamo* aportaría nada bueno a su vida. Hadryna había desafiado sin dudar a los Patriarcas, si no le permitían unir su vida a la de su amor, abandonaría el pueblo, y siendo como era una de las más importantes *Ruspí* en la tribu, una adivina, no les quedó otra que retroceder ante la petición de la mujer y aceptar a Nyxx como un nuevo miembro de su tribu, como su esposo.

Pero Nyxx no era estúpido, había visto demasiadas veces el odio en los ojos de aquellos *gypsy* como para pensar ahora que le darían la bienvenida con los brazos abiertos.

Como tantas otras veces, ella le acarició el rostro, volviéndolo hacia si para susurrar junto a sus labios:

—Olvida el pasado, tenemos un futuro del que preocuparnos, un futuro junto a nuestro hijo —le susurró ella al oído.

Nyxx se tensó, su mirada incrédula se clavó en sus ojos antes de bajar por el cuerpo de su esposa hasta su liso vientre, una mano temblorosa siguiendo la dirección de su mirada mientras ella reía y se la tomaba para colocarla sobre su estómago aún plano.

—Con la entrada de la primavera, tendremos un hijo, *kamaú,* si dios quiere —sonrió ella bebiendo del amor en su mirada.

—Un hijo —murmuró bajando la mirada a la mano que cubría su estómago, incapaz de asimilar por completo lo que ella le estaba diciendo. Allí, bajo su mano se había producido el milagro de la vida. Su rostro empezó a iluminarse poco a poco—. Un hijo.

Ella asintió y lo miró con ternura.

—Tu hijo, Nyxx —le aseguró acariciándole la mejilla con ternura—. Nuestro hijo.

Él lanzó un grito de júbilo y la abrazó, besándola al tiempo que la tumbaba sobre la manta dando rienda suelta a su amor por ella.

Nyxx parpadeó varias veces arrancándose de aquellos recuerdos mientras contemplaba las ruinas del templo, donde en otro tiempo, cuando él había sido otra persona, se había levantado el majestuoso Oráculo, el mismo edificio que aquella noche tanto tiempo atrás había ardido hasta los cimientos.

—Ella acababa de decirme que íbamos a tener un hijo —murmuró incapaz de detener el flujo de recuerdos—. Mi mente se había llenado entonces de tantas posibilidades, tantos planes de futuro para los tres y todo quedó reducido a cenizas en cuestión de momentos. El interior del templo había quedado custodiado únicamente por los otros dos Sumos Guardianes, el resto de los soldados, quizás una docena, montaban guardia como siempre en el exterior. No era algo común tener milicia armada en un templo, pero aquel era el Oráculo más importante de Grecia y los Sacerdotes eran codiciosos de lo suyo por lo que habían reclutado a gente del pueblo para que hicieran la tarea de vigilancia a cambio de comida y un techo para sus familias.

Lluvia se acercó a él, no se atrevía a tocarle por miedo a romper el hechizo que parecía haberse apropiado de sus recuerdos. Como si supiera que estaba a su lado, se giró a ella y respondió en voz fría y dolorosa.

—Esa noche, mientras yo estaba con mi esposa, los etolios atacaron el Templo de Dodona.

Unas altas columnas de humo negro habían empezado a elevarse al otro lado de las montañas, siendo incluso divisadas en aquella noche de luna, el olor del fuego y el humo atraído por el viento llegó hasta el remanso de paz de compartía el matrimonio captando la atención de Nyxx.

Él se había incorporado poco a poco al oír el relincho nervioso del caballo, solo para divisar a lo lejos lo que parecían unas volutas de humo.

—¿Qué demonios? —musitó entrecerrando los ojos.

—Nyxx, eso es… —Ella había seguido la mirada de su esposo y sus ojos se habían teñido de temor.

—Humo… —respondió Nyxx abriendo los ojos desmesuradamente antes de ponerse en pie de un salto.

Hadryna se había incorporado hasta quedar en pie y se llevó las manos a la boca totalmente horrorizada. Como tantas otras veces, la visión entró en su mente con la velocidad de un relámpago mostrándole solamente llanto, miedo y sangre dentro de aquellos muros.

—El templo —musitó horrorizada, su voz quebrándose, las lágrimas deslizándose por sus mejillas—. Nyxx, están arrasando el templo… hay muerte, sangre…

—Vuelve a casa, quédate en el poblado. —La obligó a moverse recogiendo la manta y la bolsa y entregándosela sin más dilación y la condujo entre empujones hacia el linde del bosque —. No lo abandones por ninguna circunstancia, estarás a salvo con los tuyos.

—¿A dónde vas? —preguntó ella aferrándose a su brazo, el temor brillaba en sus ojos.

—Volveré a por ti, mi amor, te lo prometo —le aseguró atrayéndola a sus brazos, besándola con todo el amor y la pasión que sentía por ella antes de soltarla y empujarla hacia los árboles—. Ahora ve, avisa a los tuyos. Es posible que tengamos una guerra entre manos.

Ella se persignó e hizo lo mismo hacia él.

—*Zhan le Devlesa tai sastimasa*[27] —murmuró dándole su bendición antes de besarlo —.Vuelve a mí, *balamo.*

Nyxx la besó por última vez y la empujó viéndola marchar para luego recoger a toda prisa sus armas y subir a su montura saliendo disparado en un vertiginoso galope hacia el templo.

Las llamas se mezclaban con los gritos de los soldados que custodiaban el templo y el ruido de las espadas que se entrechocaban junto con el fragor de la guerra, Nyxx saltó en marcha de su montura y atravesó el recinto sagrado cubierto de cuerpos mutilados y sangre, los pebeteros que habían estado rodeando al roble estaban volcados en el suelo, el aceite se había extendido y las llamas ardían consumiendo todo a su paso. Más allá, el grito de las mujeres llamó su atención sobre el templo, el alma escapó de su cuerpo mientras corría ciego al interior del edificio.

La espada de Nyxx se hundió con certeza en cada uno de los asaltantes que encontró en su camino, los bastardos habían penetrado en el interior del templo masacrando a todo hombre o mujer que encontrara a su paso sin hacer distinciones. El humo y las llamas no podían consumir la piedra pero eso no impedía que quemasen e inundasen cada recoveco haciendo el aire prácticamente irrespirable y más difícil esquivar los ataques de los etolios. Los aullantes gritos de las mujeres se hundieron con el mismo terror que manaba de ellos seguidos por los aullidos de los hombres que gritaban obscenidades.

Se abrió paso a través de los interminables corredores llamando a gritos a su pequeña Sacerdotisa hasta que alcanzó las puertas del altar principal, irrumpió en la sala y se topó a varios hombres intentando acercarse a las dos mujeres que permanecían en pie. Su mirada se deslizó

con incredulidad sobre el cuerpo inerte y ensangrentado de la pequeña muchacha que había conocido desde que era prácticamente un bebé, la túnica empapada de sangre allí donde todavía permanecía el cuchillo perfectamente clavado en su corazón, su rostro era una máscara de terror con sus ojos abiertos y sin vida fijos en el techo, tenía las piernas separadas y más sangre manchaba sus muslos. Una inusitada rabia creció en el pecho de Nyxx, su grito el de un animal herido y la sed de venganza impresa en cada una de las acciones que llevó a cabo para derrotar a los seis hombres que permanecían todavía en el sagrado santuario, a los pies de las estatuas gemelas de Zeus y Dione.

Su espada cayó con un sordo ruido después de cercenar a su último contrincante mientras se acercaba hasta el cuerpo inerte de su joven señora, una ola de rabia y culpabilidad lo recorrió por entero dejándolo de rodillas al lado de su cuerpo, su mano se posó sobre sus ojos sin vida y los cerró. Toda ella era palidez y sangre, su túnica blanca se había vuelto carmesí.

—Clamó por ti, *Sumo Guardián* —murmuró una voz femenina a su espalda—. Gritó tu nombre hasta que no quedó voz en su garganta, te seguía llamando mientras esos seres demoníacos se daban un festín entre sus piernas y fue tu nombre lo único que salió cuando ellos alojaron esa daga en su corazón.

La mujer aferró a Nyxx por la camisa y tiró con fuerza nacida de la desesperación de él. Sus ojos negros preñados de dolor y rabia, se trataba de Preumenia.

—¡Dónde estabas tú mientras ella sufría de esa manera! ¡Dónde estabais tú y nuestros malditos guardianes! ¡Dónde!

Nyxx no podía levantar la mirada, todo lo que podía ver era el cuerpo salvajemente ultrajado de su joven ama.

—Vuestros guardianes estaban ahí fuera, intentando defenderse ante la horda de invasores, mi señora —murmuró Nyxx en voz baja, incapaz de alzar la mirada hacia ella—. Han dado su vida por vos.

—¿Las mujeres? —preguntó la segunda de las sacerdotisas, Tamarete, que a duras penas se sostenía, sus brazos estaban manchados de sangre, su túnica hecha girones.

—Todo el que se ha cruzado con los etolios, ha sucumbido a sus espadas —respondió él con la mirada todavía baja.

—Todos menos tú —murmuró la mujer clavando la mirada sobre el cadáver de su hermana menor.

—¿Y dónde estabas tú, hijo de nadie? —clamó de nuevo cruzándole la cara de un golpe de su mano—. ¡Dónde! ¿Revolcándote de nuevo con esa zorra gitana?

Nyxx alzó la mirada entonces, la rabia y el dolor mezclándose con ardor en su rostro.

—Estáis hablando de mi esposa, mi señora —respondió él entre los apretados dientes—. No de una mujer cualquiera.

—¿La desposasteis? —jadeó Tamarete con incredulidad.

Preumenia volvió a pegarle, su cabeza giró hacia un lado, la sangre inundó su boca.

—Una zorra Valaco —le escupió a la cara—. ¡Mientras tu señora era torturada y moría tú estabas revolcándote con una zorra *gypsy*! ¡Maldito seas, *Sumo Guardián*! ¡Qué Zeus y Dione te maldigan eternamente! Has corrompido el espíritu puro del templo y nuestro señor Zeus se ha enojado enviándonos a estos sangrientos demonios.

Ella lo miró con desalmada furia.

—Ese maldito pueblo correrá la misma suerte que nuestra hermana —aseguró con verdadera demencia en su voz—. Todos los Valaco desaparecerán bajo el fuego y la sangre, empezando por tu puta.

Nyxx la miró con verdadero temor, había algo en sus ojos, en la frialdad y la repentina maldad que los teñía que envió un escalofrío por todo él, y a juzgar por el jadeo de la otra mujer, no era el único sorprendido.

—¿Qué has hecho, hermana? —musitó rogando a todos los dioses conocidos que sus pensamientos fueran erróneos—. Esas gentes son inocentes.

Ella le dedicó una mirada cargada de odio y reproche que hizo silenciar a la otra sacerdotisa y se inclinó a recoger la espada que Nyxx había dejado en el suelo, levantándola con las dos manos, con una inusitada sed de sangre brillando en sus ojos.

—Esos malditos *gypsy* han sido la causa de que los etolios atacaran el templo, les dijeron que teníamos tesoros aquí ocultos —exclamó con rabia—. Esos malditos hijos de Hades propiciaron que nos invadiesen… Pero van a probar la furia de nuestros dioses en sus propias carnes. El *Gran Roble Sagrado* ha hablado… Esta noche, correrá la sangre y el fuego por todo Epiro.

—¡No! —gritó Nyxx con desesperación.

Todo ocurrió en un latido de segundo, la Alta Sacerdotisa aferró la espada en sus manos y la alzó sobre su cabeza con intención de acabar con la miseria de Nyxx, pero antes de que la hoja pudiese alcanzar al guerrero, un silbido pasó rozando su oído y una flecha con plumas moradas se clavó con fuerza en el pecho de la sacerdotisa, seguido de otras dos que la impulsaron hacia atrás. Nyxx se volvió como un rayo, rodando a ras del suelo, evitando al arquero que había irrumpido en el templo y que acababa de derribar a Preumenia.

—¡Muerte a los molosos! —clamó el arquero antes de sacar su espada y lanzarse hacia Nyxx con un grito de guerra.

Nyxx lo evitó, recogió la espada que había soltado la sacerdotisa en su muerte y se volvió con un mandoble, seccionando la cabeza del cuerpo de su atacante, haciéndola rodar por el suelo. Su mirada volvió rápidamente hacia la entrada esperando que entrasen más contrincantes, pero el denso humo y el fuego que empezaba a lamer hasta la piedra parecía haber hecho desistir a cualquier posible nuevo atacante.

—Tengo que sacaros de aquí, Mi Señora Tamarete —tosió Nyxx, su voz ronca por el humo, mientras se cubría la boca y nariz con un brazo y trataba de ver más allá del humo.

—No abandonaré a mis hermanas, *Sumo Guardián* —fue la tenue respuesta de la mujer.

Nyxx encontró su mirada, ella se había agachado junto al cuerpo de Preumenia. En sus ojos solo había resolución.

—¡Marchaos! —le pidió con toda la fuerza que pudo imprimir en su voz—. No podéis permitir que la profecía que se ha dicho aquí esta fatídica noche se haga realidad, sus muertes no servirán a propósito alguno, no permitáis que sus almas pesen sobre la vuestra.

Su mirada fue a la de su hermana menor y musitó.

—Ella no lo querría —musitó, las lágrimas cayendo por su mejilla—. Nicandra os llamó, Nyxx, pero para que no vinieseis. Gritó y gritó suplicando a nuestros dioses que os mantuviesen alejados del Templo, no quería que sufrieseis nuestro destino.

El alma de Nyxx murió un poco en ese momento, la pena y el peso de la vergüenza ocupó su lugar, había fallado a su protegida.

—¡Marchaos! —Clamó nuevamente la sacerdotisa antes de romper en toses—. Y seguid con vida, *Sumo Guardián*, por Nicandra, seguid con vida.

Nyxx echó un último vistazo al emplazamiento de los vestigios arqueológicos de Dodona y volvió al lugar donde habían dejado el coche. Lluvia le seguía en silencio, estaba demasiado

sorprendida por todo el relato como para poder decir una sola palabra.

—El templo quedó reducido a cenizas, toda la gente murió esa noche y los que no lo hicieron desearon haberlo hecho —respondió antes de subir al coche y ponerlo en marcha—. Me preguntaste donde me había lastimado la garganta, bien, fue entonces. El templo solo fue el comienzo…

—¿A dónde vamos? —preguntó ella subiendo al coche y poniéndose el cinturón.

—Al lugar en el que toda una tribu fue masacrada y mi maldición impuesta —respondió antes de poner la marcha atrás y sacar el coche de nuevo al camino.

Los gritos se oían incluso desde antes que desmontara su caballo, el fuego iluminaba el campamento de forma distinta a como siempre lo había visto, ya no era la agradable y acogedora lumbre del hogar central en el que se daban cita los miembros del pueblo, se trataban de llamas, llamas que lamían las improvisadas tiendas y consumían todo a su paso, y entre aquella destrucción, los alaridos de las mujeres se confundían con el fragor de la batalla. Los Valaco no eran guerreros pero se defendían con uñas y dientes.

Atravesó el campamento cercenando la vida de todo el que se cruzaba a su paso, su mirada buscando incansablemente entre las mujeres que corrían de un lado a otro como pollos sin cabeza, su meta era la pequeña tienda cuyo tejado estaba siendo pasto de las llamas. El nombre de su esposa salió en un alarido de su garganta al tiempo que alejaba a un nuevo combatiente de él, sus pulmones estaban abrasados por el humo tragado en el templo y el ambiente aquí no era mucho más liviano, se le hacía difícil respirar pero no bajaría su brazo hasta que la encontrara y la sacara a ella de aquella locura.

Las palabras de la sacerdotisa giraron en su mente mientras sus ojos registraban con horror lo que la insensatez y maldad de un corazón de mujer podía obrar en un pueblo inocente, y su propia culpa surgió con ella, las dudas ocuparon su alma. Aquello también era culpa suya, si no hubiese mantenido su matrimonio en secreto, si tan solo hubiese cogido a Hadryna y se hubiesen marchado quizás esto no hubiese ocurrido. Quizás.

—Tú, maldito *balamo* eres el culpable de todo —oyó un murmullo a su espalda un instante antes de que un latigazo ardiente atravesara su espalda, cortando la camisa y atravesando la piel.

Nyxx no pensó, simplemente se volvió y blandió su espada describiendo un amplio arco que terminó con la vida del Patriarca de la tribu antes de que pudiese darse cuenta de lo que había hecho.

—¡No! —jadeó Nyxx cayendo de rodillas ante el hombre herido—. Padre, ¿por qué?

—Tú no eres mi hijo —el hombre escupió al suelo con sus últimas fuerzas—. Estás maldito y tu maldición se ha extendido a todo aquello que tocas… Tu mujer será la siguiente.

Nyxx sacudió la cabeza y trató de contener la hemorragia con sus manos, pero ya era demasiado tarde, el hombre había muerto. Rezando una antigua oración para ayudarle en el paso al otro mundo, recogió su espada del suelo y continuó su camino a través de la incendiada aldea, la garganta en carne viva no dejaba de clamar su nombre.

—¡Dryna! —la llamó a través del humo y del fuego hasta que pudo alcanzar la choza—. ¡Hadryna!

Su mirada verdosa recorrió rápidamente el interior en llamas, su garganta sufría por el humo pero no le importaba, tenía que recuperarla, no podía dejarla ahí dentro. Adentrándose entre el fuego la llamó y la buscó, la oscuridad de la noche sumada al humo solo era despejada por las llamas que lamían las paredes de tela con ansiosa voracidad. Sus manos rebuscaron entre

los abrasados muebles caídos, apartando cajones y vigas caídas, pero no había nada, ni siquiera estaba en su camastro. Volviendo sobre sus pisadas se apresuró a abandonar la tienda solo para ver cómo se derrumbaba tras él.

El humo lo hizo toser, el aire parecía no poder encontrar lugar para llegar a sus pulmones y sus ojos no hacían más que llorar, enjuagándoselos con el brazo buscó entre la gente, los etolios estaban diezmando a la población romí, no sin pagarlo con bastantes bajas, ellos no hacían distinciones entre mujeres, niños o hombres, todo el que pasaba bajo su espada moría. Una inusitada rabia se irguió en el interior de Nyxx dándole fuerzas para continuar.

—¡Hadryna! ¡¿Hadryna, puedes oírme?! —clamó él mirando a su alrededor, buscando algún rastro de ella o de los únicos miembros de la tribu que conocía.

—¡Nyxxon! —oyó que lo llamaban desde uno de los bordes del recinto.

Nyxx volvió rápidamente la mirada hasta localizar a un joven *gypsy* peleando con todo lo que tenía contra dos contrincantes. Un certero movimiento de su cuchillo cercenó la garganta de uno de sus oponentes mientras se zafaba del segundo por un pelo y volvía a gritarle.

—¡El lago! ¡Las mujeres! ¡Han ido hacia el lago!

El joven no pudo decir una palabra más cuando su contrincante lo atacó por la espalda.

—¡Barak! —gritó Nyxx con desesperación, sabiendo que ya nada podía hacer por el joven *gypsy* que lo había recibido y tratado como a un hermano.

Apretando los dientes, se volvió y avanzó lo más rápido que pudo a través del campamento hacia el lado del bosque que conducía hacia el lago, a medida que se iba acercando los lamentos de las mujeres y las risas masculinas de sus atacantes se hacían más audibles junto con los alaridos que estos proferían cuando alguna de ellas lo acuchillaba, acabando con sus vidas. Un desolador paraje de muerte se extendía aun no llegando al lago, cuerpos sin vida, ultrajados y salvajemente mutilados cubrían el suelo con su sangre y solo unas cuantas mujeres y un par de hombres permanecían en pie. La espada bien sujeta en su mano avanzó directamente hacia los hombres justo cuando uno de ellos lanzaba a una de sus jóvenes atacantes un mandoble de espada que acabó con su vida, la ira creció incluso más en su interior, inflamándose hasta que lo vio todo rojo y se deshizo rápidamente de sus enemigos.

Las mujeres que permanecían en pie gritaban y sollozaban sobre los cuerpos de las caídas, pero entre ellas no veía a Hadryna.

—¿Dónde está Hadryna? —preguntó a una de las histéricas y sollozantes mujeres—. ¡Contesta!

Pero la mujer no hacía más que llorar y gritar y era imposible que le diese respuesta alguna.

—Ella está muerta —contestó otra de las sollozantes mujeres, sus ojos contenían tanto odio como solo una mujer *gypsy* podía imprimir en ellos. Ella escupió al suelo ante él—. Todas están muertas por vuestra culpa, malditos *balamo.*

Nyxx sacudió la cabeza. No. Su Hadryna no podía estar muerta. Alzándose en toda su altura empezó a caminar entre los cuerpos alrededor, su corazón en un puño mientras buscaba a su pequeña romí.

—No la encontrarás aquí —clamó de nuevo la mujer—. Ellos se la llevaron hacia abajo, hacia las orillas del lago… Había lujuria en sus ojos cuando la vieron, se habrán dado un festín entre sus piernas, después de todo es la puta de un *balamo*.

—¡Cállate! —respondió Nyxx con tanto odio que a duras penas podía contener el deseo de retorcer ese pequeño cuello—. No te atrevas a volver a hablar de ella si no es con respeto.

Sin darle oportunidad a decir nada empezó a descender hacia el río, rastreando la orilla

siguiendo los signos de lucha y las prendas que habían quedado por el camino hasta un meandro unos cuantos pasos más adelante.

—Dryna —su nombre murió en los labios cuando vio el cuerpo tendido en el suelo y a la matriarca de la tribu, velándolo—. No… ¡Hadryna!

Sus botas comieron el terreno para derrapar a los pies del cuerpo ensangrentado de su mujer, la sangre empapaba su pecho, sus brazos desnudos así como su rostro contenían moratones y arañazos, pero era la sangre que manchaba los muslos y la falda desgarrada lo que lo dejó sin respiración. Su mirada se encontró con la de la Matriarca, sus ojos, un doble de los de su esposa lo miraban con obvio reproche, pero más allá de eso, era el odio que había en ellos lo que lo destrozaba por dentro.

—No te atrevas a tocarla —masculló la mujer.

Nyxx apretó los dientes y le apartó la mano con fiereza cuando intentó evitar que tocara a su mujer.

—Es mi esposa —masculló inclinándose sobre ella—. Dryna, mi amor… Abre los ojos… Hadryna…

—Está muerta, tú la has matado —masculló la mujer con profundo odio.

—¡Cállate de una vez, Valeska y haz algo por ella! —clamó él con desesperación—. Por amor de los dioses, es tu hija… y lleva a tu nieto.

La mujer palideció realmente al escuchar la proclama de los labios de su yerno. Empezó a negar con la cabeza y una solitaria lágrima descendió por su mejilla mientras volvía la mirada a su hija y de vuelta al guerrero.

—Lo sabía… Se lo dije, pero no quiso escucharme —susurró la mujer sacudiendo su cabeza—. Le dije que tú ibas a significar su muerte y no me escuchó. ¡Tú eres el único culpable de todo esto! ¡Nunca debiste acercarte a ella! ¡No te pertenecía!

—¡Es mi esposa! Nos amamos.

—Amor… ¿Qué sabrás tú de amor? Vosotros los *balamo* solo conocéis de odio y de lucha —escupió la mujer antes de volverse hacia su moribunda hija—. Te lo dije Hadryna, tu *day*[28] te lo dijo.

—Maldita sea, Valeska —gritó Nyxx tomando a su esposa entre sus brazos—. Tienes que hacer algo, ella…

—Ella está muerta.

—¡No! —se negó Nyxx, no podía aceptar eso.

—Creíste poder contentar a ambos pueblos y no has hecho más que dividir tus afectos —masculló la mujer presionando la mano en la sangre que escapaba de las numerosas heridas de Nyxx para luego hacer lo mismo con la sangre que manchaba el pecho de su hija y la suya propia antes de enterrar las manos en la tierra—. Y dividida quedará tu alma, seccionada en dos mitades que nunca estarán completas, que el salvajismo y la furia que arde en tu sangre se mezcle con esta tierra y te de mi maldición, que tu vida humana termine solo para hacerte vagar entre la vida y la muerte durante la noche y vuelva a ti condenándote con un nuevo amanecer. Como el que ha caminado entre el día y la noche, tú caminarás entre la vida y la muerte. Yo te maldigo hijo de *balamo*, consorte de una *romí* Valaco, yo te maldigo sobre la sangre derramada, la sangre mezclada, la sangre extinta. No habrá más descanso para ti, tu redención se extinguirá como se ha extinguido la sangre de mi sangre que yace muerta a mis pies.

La mujer entrecerró los ojos y retiró las manos de la tierra solo para lanzársela a él.

—Oye bien las palabras dichas por esta *gypsy*, *balamo* —recitó de nuevo, su mirada puesta sobre el cuerpo inerte de la mujer—. Mi maldición caerá sobre ti, hoy a mi sangre te

encadeno, a la sangre de mi sangre, a la sangre de toda una línea de una tribu fuerte y poderosa te encadeno, a la última descendiente de mi sangre te encadeno y suya será la voluntad de la sangre que pueda otorgarte el perdón. Yo te maldigo, Nyxxon de Epiro, que mi maldición caiga sobre ti junto con mi último aliento.

Antes de que él pudiera hacer algo para evitarlo, la mujer se puso en pie, tomó el cuchillo tirado en el suelo y recogiéndose las faldas echó a correr camino arriba, de vuelta al campamento, hacia una muerte segura. Solo entonces permitió que su mirada bajara al cuerpo inerte que tenía entre sus brazos, las lágrimas se escurrieron por sus mejillas al tiempo que de su garganta surgía un aterrador grito de dolor y desesperación.

La pena y el dolor se unieron en su interior hasta que los primeros rayos de sol se reflejaron sobre el río y con ellos llegó el deseo de venganza, venganza contra aquellos que le habían arrebatado lo único que tenía, venganza contra aquellos que le habían masacrado a la gente que amaba, venganza para su esposa y su hijo no nato. Las lágrimas volvieron a correr por sus mejillas al pensar en el bebé que nunca conocería, el niño que nunca sería sostenido por los brazos de su madre, la mujer a la que había amado más que a su vida y la cual yacía muerta ahora a sus pies.

—Espérame —le susurró al oído antes de besar su frente—. Pronto me reuniré contigo.

Aquel era el mayor deseo de Nyxx, reunirse con su esposa y su hijo en la próxima vida, un deseo que pronto descubriría imposible gracias a la maldición que Valeska le había impuesto como condena.

Lluvia siguió a Nyxx a través de las calles de Ioánnina para descender hacia el Lago Pamvotis, las casas y los alrededores de la ciudad eran pintorescos, con un encanto que solo podía encontrarse en esa zona de Grecia. Lluvia se había mantenido en silencio durante el trayecto de diez minutos en coche que separaban aquel lugar de la ubicación del santuario, intentando digerir todo lo que había narrado Nyxx, viendo a través de sus ojos las penurias por las que había pasado. El Cazador caminaba ante ella con la mirada puesta en el horizonte, en el agua del enorme lago que se veía con las montañas recortándose por detrás, un hermoso paisaje.

—Esas casas… esta ciudad… nada de esto existía —murmuró tratando de orientarse guiándose por las milenarias montañas, buscando el lugar exacto en el que había ocurrido la última parte de su viaje aquella fatídica noche, la noche en la que había sido maldito—. Esto era un paraje yermo, con tan solo árboles y tierras de labranza que bajaban hacia el lago, unas tierras que se cubrieron de sangre inocente.

Lluvia lo miró pero no dijo nada, lo había intentado pero él parecía estar todavía sumido en sus recuerdos, todo lo que podía hacer era acompañarlo, permanecer a su lado mientras dejaba que el pasado saliera a la luz de modo que pudiera dejarlo descansar.

—Es por allí… —murmuró y caminó por un pequeño sendero de piedra que llevaba al interior de unas ruinas dejándolos prácticamente a orillas del lago. Su mirada recorrió la zona yendo de un lado hacia otro hasta que finalmente se detuvo junto a unas piedras a la orilla del río y contempló el agua.

A Lluvia se le encogió el corazón cuando vio el brillo de lágrimas sin derramar en los ojos de su compañero, el dolor que había en ellos y el arrepentimiento.

—Nyxx —susurró acercándose a él, posando suavemente la mano sobre su hombro.

Él alzó la mirada vidriada hacia ella y miró una vez más a su alrededor.

—La encontré aquí, Lluvia —murmuró, una solitaria lágrima empezó a deslizarse por su rostro mientras el dolor manaba por cada uno de sus poros—. Estaba cubierta de sangre, su

túnica… La habían violado solo para terminar con ella clavándole un cuchillo en el corazón y yo no estaba con ella… ¡Dejé que la matasen a ella y a mi hijo!

Los ojos de Lluvia se llenaron de lágrimas mientras abrazaba a su compañero con fuerza contra ella. No sabía que decir para borrar el dolor de su rostro, pero no podía verlo así, no quería verle tan destrozado.

—Tú no tuviste la culpa de lo que ocurrió, Nyxx, nadie podía haber sabido que sucedería algo así —le susurró acariciándole el pelo, dejando que él se abrazara a ella, que la utilizase como consuelo—. Ella te quería, te quiso hasta su último aliento, y ahora vuestro hijo estará en sus brazos, recibiendo su amor.

Él se abrazó con desesperación a su nueva compañera y lloró, por primera vez desde aquella aciaga noche hacía tantísimos años, lloró por lo que había perdido y lo que no podía recuperar y con sus lágrimas también dejó marchar lo más.

CAPÍTULO 15

Nunca antes había visto llorar a un hombre. No de aquella manera silenciosa que casi le partía el corazón, el grandioso y fuerte guerrero se había deshecho en lágrimas ante el peso de los recuerdos, el peso de un pasado que le fue arrebatado en el transcurso de una sola noche. Él quizás lo considerara una cobardía, pero para ella había sido una muestra de valor y humanidad, no todo el mundo era capaz de dar rienda suelta a sus emociones, no alguien que valoraba su orgullo por encima de todo, que vivía con el peso de una tragedia que le había marcado, una maldición que le estaba comiendo por dentro. Sus lágrimas no eran un símbolo de debilidad, no para ella.

Lluvia miró a su compañero quien ahora permanecía acuclillado a la orilla del lago, su mirada perdida en la vasta extensión de agua había permanecido así después de dejar sus brazos. No había dicho ni una sola palabra, solo se había apartado de ella y esta lo había dejado ir.

Recorrió lentamente todo el lugar con la mirada, el enorme lago se extendía a los pies de la ciudad, recortado contra el incomparable marco de las montañas, no era el típico lugar que encontrarías en los destinos turísticos, era pequeño y pintoresco, donde se respiraba una tranquilidad propia de los pueblos alzados a orillas del agua. Podía ser que en tiempos de Nyxx todo aquello no existiera, tal y como él se lo había relatado, aquellos parajes habían sido vírgenes, solo extensiones de tierra, naturaleza y las montañas y el lago frente a ellos, no había habido rastro de ni una sola construcción.

Lluvia volvió a mirar a su compañero, entonces pasó la mirada hacia aquellas construcciones de color blanco y planta baja que rodeaban el lago, siguiendo su ascenso por las colinas en estrechos caminos de piedra, pudiera ser que aquel lugar contuviese dolorosos recuerdos para él, pero ella iba a encargarse de crear recuerdos nuevos que sustituyeran o mitigaran los antiguos, le daría una nueva perspectiva, una nueva forma de amar la patria que tanto había extrañado aunque él dijese lo contrario.

—Crearemos recuerdos nuevos —murmuró para sí.

Tomada la decisión, sacó el pequeño cuaderno floral que llevaba en su mochila y empezó a pasar las páginas acariciando las láminas pintadas a mano y pasando las yemas de los dedos sobre las frases que para ella no tenían significado alguno. Algunas páginas contenían flores secas entre ellas, otras en cambio solo eran dibujos. Lluvia observó los dibujos atentamente, comparándolos con la vegetación a su alrededor y frunció el ceño cuando creyó encontrar una similitud en la pequeña reproducción de un lago y unas montañas con árboles y vegetación. En una esquina se podía leer un nombre.

—¿Nyxx? ¿Qué quiere decir *Mitsikeli*? —preguntó entornando los ojos para leer aquella palabra—. Si es que se lee así.

La voz de Lluvia sacó a Nyxx de sus pensamientos, una voz baja, suave y dubitativa que lo trajo de regreso al presente y a la mujer que vestida en pantalones vaqueros, una chaqueta y la mochila al hombro, miraba con unos profundos ojos castaños el pequeño cuaderno entre sus manos. Se incorporó, abandonando la mirada del lago y se volvió hacia ella, entonces echó un rápido vistazo hacia los montes que se alzaban al frente y le dijo con voz ronca.

—Date la vuelta —respondió en voz baja, casi demasiado impersonal.

Ella hizo lo que le pidió y se giró encarando aquella enorme loma.

—Ese monte que sobrepasa la ciudad de Ioánnina es el *Mitsikelí* —respondió, pronunciando el nombre acentuándolo en la última "i".

Lluvia empezó a mirar el monte ante ella con nuevos ojos, su mirada se entrecerró y volvió a bajar a la lámina para finalmente fruncir el ceño.

—Um, vale, creo que esto ya no va a ser factible —murmuró marcando la página del libro con un dedo—. Tachado de la lista.

Nyxx pasó su mirada del gran monte al libro y ladeó la cabeza con curiosidad.

—¿El qué? —le preguntó, caminando hacia ella.

Lluvia alzó la mirada hacia él, sus preciosos ojos verdes ahora estaban cubiertos por unas oscuras gafas de sol, imaginaba que para cubrir la evidencia del enrojecimiento que le habrían producido las lágrimas más que por comodidad, ya que a pesar de que el día estaba claro, no había tanta luz.

—Esta flor —respondió estirando el cuaderno para que él pudiese contemplar el dibujo del lago y los montes, y la pequeña flor pintada de amarillo que había en una esquina con una pequeña descripción ilegible para Lluvia.

Nyxx se inclinó sobre el cuaderno, moviéndolo para poder leer la pequeña descripción al pie de la foto.

—Es una descripción de la flora del monte y los alrededores del lago, a juzgar por el diseño del dibujo, antes de que la ciudad fuera levantada. Está en romaní valaco —le explicó dando un paso atrás—. Y hay algunas anotaciones más en griego. Posiblemente haya pertenecido a alguna curandera o estudiosa de las plantas.

Lluvia miró el cuaderno contemplando las letras que para ella no tenían sentido, preguntándose quién habría sido la mujer o el hombre que habría escrito aquello. Estaba a punto de comentárselo a Nyxx cuando lo vio pasar junto a ella para ascender por el camino empedrado desde el que habían accedido al lago.

—Volvamos al coche.

Él ni siquiera esperó a ver si la seguía, continuó su camino sin tan solo volver la vista atrás, sus amplios hombros ligeramente caídos, su espalda tensa, los recuerdos estaban demasiado arraigados en su mente y en su corazón.

Lluvia se mordió el labio mirando a su alrededor, dudando sobre la decisión que había tomado, la única que quizás sirviese de algo.

—Me gustaría ver Ioánnina —respondió en voz alta, firme, lo suficiente para que él se detuviese en lo alto del camino, al inicio de un par de casas y respondiera sin apenas volverse a mirarla.

—Aquí no hay nada que ver —fue su respuesta antes de seguir ascendiendo por el camino empedrado por el que había bajado.

No iba a rendirse tan fácilmente, no cuando la había arrastrado a través de todo el océano Atlántico para traerla hasta Grecia en busca de una solución que ni siquiera habían mencionado.

—Si fue aquí donde Valeska impuso tu maldición, yo diría que sí tenemos cosas que ver —resolvió ella al tiempo que guardaba el cuaderno en su mochila y hurgaba entre sus pocas cosas en busca de la guía de viajes que había comprado en el aeropuerto—. Además, hay un museo arqueológico al lado de una tal Plaza de la Democracia, y está cerca de la Plaza Pirrou que por la foto que aparece en la guía tiene pinta de ser bastante interesante, y tiene unos jardines inmensos —aseguró acariciando la foto con los dedos. Aquellos jardines eran lo que había llamado principalmente su atención cuando había mirado la guía en busca de información del lugar al que iban a ir—. Tenemos que ver los jardines, si son tan exquisitos como en la foto…

—Lluvia, nos vamos —fue la dura y fría respuesta de él, dicha en un tono que la hizo estremecerse. Su mirada era fría, impersonal y se notaba la tensión en la manera en que apretaba su mandíbula—. Ahora.

Ella se mordió el labio inferior en un intento para evitar que le temblara. Aquel no era el hombre tierno, irónico y atento que la había estado acompañando, era el Cazador, el que no había dudado en sacar su espada y batirse en duelo. Se obligó a respirar profundamente, no iba a asustarla, no iba a permitir que la asustara, ya había temido demasiadas cosas en su vida como para tener que preocuparse ahora de temerlo a él, suficiente trabajo tenía con los sentimientos que despertaba en su interior, el miedo no entraba en su agenda.

Sin responder a su cortante amenaza, alzó la barbilla, marcó la página de la guía con una pequeña doblez y aferrando el librito con fuerza en una mano, lo siguió subiendo por el camino empedrado para finalmente adelantarle y no dirigirle la palabra mientras atravesaban las próximas calles hasta la bifurcación en la que deberían torcer a la izquierda para volver al coche. Lluvia optó por girar a la derecha.

A Nyxx no se le había pasado por alto la postura erguida de sus hombros, la elevación de su barbilla y el forzado silencio que instauró ella entre ambos. Estaba enfadada, furiosa en realidad.

—Lluvia, el coche está por el otro lado —murmuró él, modulando su voz a un tono más tranquilo, amistoso.

Ella apenas se detuvo lo suficiente para volverse y mirarlo de arriba abajo antes de contestar.

—No voy al coche —le respondió con un ligero encogimiento de hombros—. Voy a ver esos jardines, aunque tenga que recorrer todo el pueblo para encontrarlos.

Él soltó un bajo gruñido canino.

—Ni siquiera sabes lo más básico de griego —le recordó lo obvio—. Y dudo que alguien aquí sepa inglés.

Lluvia apretó aún más los labios, tomó su pequeña guía y le respondió:

—Me las arreglaré —aseguró con firmeza—. No será la primera vez que tenga que recurrir a las señas. Si quieres irte, puedes esperar en el coche, yo voy a ver la ciudad, es lo menos que puedo hacer después de que me has arrastrado a través de un océano engañándome para hacerlo.

Nyxx realmente la miró con asombro.

—¿Cuándo te engañé? —no pudo evitar preguntar. Le había dicho desde el principio que iban a viajar a Grecia.

Ella se llevó las manos a las caderas y entonces las alzó en un aspaviento.

—Me hiciste creer que vendríamos en avión y me trajiste a tu manera —le recordó antes de dar media vuelta—. Así que, me lo debes. Vete al coche si eso es lo que quieres, no te matará esperar por mí un par de horas.

Nyxx suspiró, se pasó una mano por el pelo con desesperación y bajó tras ella, cuando Lluvia continuó su camino descendente, en dos zancadas la había tomado por el brazo, tirando de ella para detenerla.

—¿Por qué estás haciendo esto ahora? —La obligó a volverse hacia él, a enfrentar su mirada a pesar de estar cubierta por las gafas—. Solo vámonos, por favor.

Ella se quitó la mano de su brazo con un gesto de enfado.

—No —negó con rotundidad—. Me trajiste aquí para que pudiese liberarte de esa maldición, Nyxx, pero yo no sé nada de maldiciones, rituales o cualquiera de esas cosas, dices

que soy una *gypsy*, pues yo te digo que no tengo la menor idea de quién soy. Hasta hace unos días pensé que era hija de un ama de casa y un médico, y la verdad es que no soy más que una niña abandonada en un hospital y que fue adoptada por que mi madre adoptiva no podía tener hijos.

Ella sacudió la cabeza, su pelo volando al compás de sus movimientos.

—Pero la verdad es que tampoco has vuelto a decir nada sobre ello, tus recuerdos han pesado más que tu necesidad de liberación y ahora quieres…

—Lluvia, ¡ya basta! —la interrumpió con una seca orden, su voz era dura, tanto que incluso para su bajo nivel de audición y con el nuevo audífono implementándolo, la lastimó—. No quiero ver la ciudad, no quiero permanecer aquí más tiempo, solo quiero olvidarme de todo ello.

Ella se apartó cuando él intentó tocarla, aquello hirió profundamente a Nyxx así como el temor que vio pasar fugazmente por sus ojos. Estaba asustada de él y con todo no dudaba en enfrentarlo. ¿Qué clase de estúpido era para asustar así a su compañera? Lluvia le tenía miedo, a él.

—Lluvia… —pronunció su nombre dolido y molesto consigo mismo por asustarla.

Ella no se amilanó.

—Vinimos aquí para encontrar la manera de romper la maldición que te echó Valeska —insistió caminando ahora hacia él, hasta que quedó dentro de su espacio personal—. Puedes gritarme, intentar asustarme o abandonarme aquí mismo, pero no voy a marcharme de este lugar hasta que entienda cual es la forma de liberarte, porque no se trata solo de la maldición, Nyxx, hay mucho más que te ata que la compañía de tu lobo. Este es tu hogar, tú patria, sé que la echas de menos, puede que esté sorda pero mis otros sentidos funcionan muy bien y puedo leer más allá de lo que se ve a simple vista y sé lo que hay en tu interior.

Él abrió la boca para responder a eso pero ella negó con la cabeza.

—Es hora de que dejes que el pasado se vaya y el presente ocupe su lugar, Nyxx —aseguró, sus ojos brillantes por lágrimas que no se atrevía a derramar—. Nadie puede vivir eternamente de sus recuerdos, ni lamentarse por ellos.

—*I elpída mou sto skotádi mou mésa* —murmuró él sin apartar su mirada de la de ella.

Lluvia se movió incómoda cambiando su peso de un pie al otro, él había dicho aquello con mucha suavidad, ternura, la misma forma en que le había hecho el amor.

—¿Podrías traducírmelo, por favor?

Nyxx cerró los ojos y suspiró, entonces alzó la mano y le acarició el rostro.

—He dicho que eres mi esperanza en el interior de mi oscuridad —respondió suspirando, sin quitarle los ojos de encima—. No quise asustarte, Lluvia, no debes tener miedo de mí, nunca te haría daño, *mikrés*.

Ella se irguió ladeando el rostro.

—No es a ti a quien tengo miedo —confesó volviendo la mirada hacia él—, temo la oscuridad que hay en ti, es esa otra parte a la que tengo miedo.

Como si el lobo en su interior entendiese lo que ella quería decir, Nyxx lo sintió removerse y aullar de dolor, él tampoco quería que le tuviese miedo, después de todo, también era su compañera.

Nyxx le acunó el rostro, tomándolo entre sus manos.

—Mi lobo tampoco te hará daño, eres tan importante para él como lo eres para mí —le aseguró Nyxx.

Lluvia inclinó la cara sobre su palma enguantada.

—¿Aunque mi sangre sea lo único que podrá separaros?

Nyxx asintió y la atrajo contra él, abrazándola, empapándose de su calor, permitiéndole que ahuyentase el frío de su pasado.

—Incluso así —aceptó besándole la cabeza para luego apartarla ligeramente y retirarle el pelo de la cara para indicarle nuevamente el camino de la izquierda—. El Kastro, el Casco Antiguo de la ciudad, está lleno de callejuelas estrechas con varias construcciones otomanas tradicionales, hay dos mezquitas y está el museo bizantino, el antiguo palacio de Alí Pachá, un famoso personaje de Ioánnina y los jardines que quieres ver… Pero es por aquí. Por ese lado, volverías a bajar al lago.

Lluvia lo miró frunciendo el ceño.

—Creí que no habías estado anteriormente en la ciudad —respondió ella con sorpresa.

Nyxx sacudió la cabeza e indicó la guía que ella todavía sostenía en sus manos.

—No he visitado esta zona desde hace más de mil años, *mikrés*, pero yo también he hecho mis investigaciones antes de venir aquí.

Ella suspiró y apartándose de sus brazos tomó el camino correcto.

—Solo quiero que tengas algún recuerdo nuevo que sustituya a aquellos amargos de tu pasado —murmuró confesando la verdad, entonces se volvió hacia Nyxx explicándose rápidamente—. No quiero decir que tengas que olvidarla a ella, es decir… ah… que lío.

Nyxx estaba realmente agradecido por el gesto, entendía que era lo que intentaba Lluvia y al contrario de lo que pensaba la muchacha, era muy consciente de quien era ella y quien había sido su esposa. Hadryna y su hijo ya no estaban con él, no volverían a estarlo en esta vida, pero Lluvia estaba aquí, al alcance de su mano. Ella le había demostrado una ternura y una pasión que no había pensado que pudiera guardar por ninguna otra mujer. Nyxx se inclinó hasta que quedó a la altura de sus ojos, le acarició el rostro y la besó suavemente en los labios.

—Amé a mi esposa, *mikrés*, eso nunca lo negaré —aceptó Nyxx con absoluta sinceridad —. Pero ella se fue, llevándose a nuestro hijo con ella y mi amor. Los tiempos cambian, Lluvia y tú eres ahora mi compañera, eso es todo lo que necesito saber.

Ella asintió sintiéndose como una tonta, pero mucho más tranquila y feliz al haber escuchado las palabras de Nyxx. Quizás, cuando acabasen con la maldición, él quisiera quedarse con ella.

La idea se filtró con tanta facilidad en su mente que cuando consiguió analizarla tropezó con una piedra en el camino, evitando caer por poco.

—¿Lluvia? —la llamó Nyxx acercándose a ella cuando la vio palidecer—. ¿Qué ocurre?

Ella sacudió la cabeza. ¿Qué ocurría? Que era una tonta, eso ocurría, se había enamorado de él y esperaba que la quisiera lo suficiente como para quedarse con ella cuando todo terminase.

—No es nada —negó respirando profundamente—. Solo he tropezado.

Nyxx no la creyó, había visto el cambio en sus ojos, el repentino dolor, las dudas.

—¿Segura? —insistió él.

Ella asintió y se volvió hacia él.

—¿Qué harás cuando rompamos tu maldición?

—Si conseguimos romperla, querrás decir —la corrigió él.

Lluvia negó con la cabeza.

—Si algo me sobra, es voluntad, Nyxx, y cabezonería —sonrió ella con timidez—. La romperé.

Él le acarició el rostro. ¿Sería eso lo que la había preocupado? Si era sincero consigo mismo, no se había parado a pensar en ello, todo lo que había tenido en mente era a ella y

meterla en su cama y ahora que lo había hecho, no quería dejarla marchar.

—Preocupémonos de cada cosa a su tiempo —le respondió con un ligero encogimiento de hombros antes de enlazar su brazo alrededor de la pequeña cintura femenina e instarla a caminar —. Vamos, conozcamos la nueva Ioánnina.

La ciudad resultó ser mucho más impresionante de lo que Lluvia se había esperado, no es que tuviese unas expectativas claras sobre lo que iba a encontrarse allí, pero la sencillez del entorno, la tranquilidad de los parajes y la amabilidad de su gente la había sorprendido e impresionado. A menudo había sonreído ante el barboteo de algún anciano que les había salido al paso, Nyxx era quien se encargaba entonces de responder y parecía disfrutarlo, a pesar de todo, la tensión que se notaba en su cuerpo mientras se movía y le explicaba o traducía los letreros no lo había abandonado del todo, era como si estuviese tratando de buscar la forma de adaptarse sin conseguirlo del todo, estaba nervioso.

Él había permanecido paciente a su lado mientras ella examinaba los jardines de un lado a otro, se había hecho con su teléfono móvil para usarlo de cámara, debido a la alta resolución de esta, solo para que Nyxx se lo hubiese quitado para que no lo enfocase a él y había intercambiado su lugar de modo que fuera ella la que saliera en las fotos. Casi había tenido que rogarle que le pidiera a alguien que les sacase una foto juntos, cuando unos turistas ingleses la habían oído y se habían ofrecido a ello. Nyxx solo había aceptado para que dejase de pedirlo, aquella era una foto que Lluvia conservaría para siempre.

Pero lo que tampoco se le había escapado a la muchacha era la manera en que las mujeres observaban a su acompañante, alguna incluso se había rozado con él y otra más audaz había deslizado algo en el bolsillo de su cazadora mientras le decía algo en griego. Lluvia había sentido unas ganas tremendas de ir tras la mujer y hacer que se comiera lo que quiera que hubiese deslizado en su bolsillo, pero había sido la reacción de Nyxx a ello la que la disuadió de inmediato. Él respondió a la mujer de una manera bastante borde, si bien ignoraba lo que le había dicho, la reacción de la mujer no tuvo precio. Él se limitó a ignorarla, sacó la nota del bolsillo y la dejó caer en una papelera sin siquiera mirarla. Aquel gesto había enternecido a Lluvia y la había dejado de buen humor durante el resto del paseo.

Estaban saliendo de uno de los museos cuando Nyxx se acercó a ella y le rozó la mano para llamar su atención.

—Necesito volver a Dodona —murmuró Nyxx mirando a su alrededor con cierto nerviosismo, sus manos apretadas en sendos puños temblaban ligeramente.

Lluvia se volvió hacia él, notándolo mucho más nervioso, inquieto.

—¿Qué ocurre? ¿Estás bien?

Nyxx le sonrió con suavidad y le acarició la mejilla para borrar esa expresión preocupada que leyó en sus ojos.

—Necesito correr… He estado sometido a demasiada tensión… —murmuró como si aquello lo explicase todo.

Ella sacudió la cabeza, no entendía.

—¿Correr? —preguntó haciendo un mohín.

Nyxx sonrió abiertamente y le acarició la nariz con un dedo al tiempo que se inclinaba hacia ella.

—Mi lobo.

Lluvia parpadeó permitiendo que aquella declaración penetrase en su mente, sus ojos fijos en los verdes de Nyxx hasta que sus recuerdos se superpusieron a la realidad y en vez de los

suyos, vio unos muy parecidos pero pertenecientes a un animal de cuatro patas, a un lobo. Se estremeció involuntariamente ante el recuerdo de aquella noche en la que ese mismo lobo había evitado que la violasen o quién sabe qué cosa.

Él notó su reacción ya que extendió la mano hacia ella, acariciándole nuevamente la mejilla con los nudillos como hacía siempre que olía su nerviosismo.

—No hay necesidad de que te quedes —le respondió con suavidad, permitiéndole la oportunidad de permanecer a parte mientras él se encargaba de sus necesidades—. Puedo llevarte a Atenas y dejarte en el hotel…

Ella sacudió la cabeza enérgicamente.

—Nada de desvanecimientos para mí, Nyxx —negó con tanto fervor que lo hizo sonreír.

—Tenemos los billetes de vuelta para el avión —le recordó con tranquilidad.

Lluvia se apartó el pelo hacia detrás del hombro y negó con la cabeza.

—Si tú te quedas, yo me quedo —respondió respirando profundamente, la decisión arraigando en su mente—. Puedo esperarte en el coche, pondré los seguros y escucharé la radio o me leeré la guía mientras tú haces tus cosas… corres… lo que quiera que sea que haces… hace… bueno eso.

Nyxx entrecerró los ojos y la miró con curiosidad, su lobo lo había alertado del nerviosismo de ella y había gimoteado en su interior, deseoso de salir. Algunas veces era extraño sentir como su compañero era parte de él y al mismo tiempo un ente separado. Desde que lo había herido al permitir que la puerta se quedara con parte de su esencia, así como de la de él mismo, el lobo demandaba su atención con más fuerza, alzándose casi como un compañero en su espíritu, que como una parte de sí mismo. Nyxx se había acostumbrado ya a aquellas demandas, pero la sola idea de que Lluvia temiese esa parte de él le dolía tanto como al propio lobo.

—¿Tienes miedo de mi lobo, Lluvia?

Ella tardó en responder. Los recuerdos que tenía del can eran un poco confusos y estaban teñidos de sangre. Recordaba su mirada y de algún modo aquella mirada la seguía persiguiendo, se había clavado en su alma haciéndola estremecerse, pero no estaba segura de sí era por temor o por algo más. A ella siempre le habían gustado los animales, si bien prefería los gatos, los perros eran una buena opción, y aquel perro… lobo en cuestión, la había dejado marcada de alguna manera.

—No te temo a ti —respondió en voz baja, su mirada todavía en la de Nyxx—. Pero la última vez que te vi… que lo vi a él… —demonios, costaba un poco aceptar que aquel lobo fuera su compañero—, no… no estabas muy limpio que digamos.

Nyxx se echó a reír, una risa verdadera potente que atrajo las miradas de los paseantes. Ella se sonrojó y miró a los lados con una sonrisa de disculpa, aunque en el fondo disfrutaba de esa pequeña dicha, ese había sido el primer gesto sincero y despreocupado de su compañero desde que habían emprendido ese viaje hacia el pasado. Él se inclinó hacia ella, de modo que fuera la única en escucharle cuando murmuró a su oído protegido por el audífono:

—Creo haber sido bastante considerado al lavarme el hocico y las patas —le respondió con diversión, su mirada buscando la de ella—. Fue toda una suerte que no nos metieran a los dos en una celda ante nuestro aspecto de aquella noche.

Ella vaciló, su mirada iba de Nyxx a la gente.

—Sí, bueno —musitó—. Tan considerado como haya sido y teniendo en cuenta que la mayoría de esta gente no entiende el inglés, siguen mirándonos como si fuésemos dos locos… Así que, ¿podemos irnos ya, por favor?

Nyxx la rodeó con los brazos desde atrás, sorprendiéndola y se inclinó sobre el oído en el

que no tenía ninguna audición para depositar un beso tras el pabellón de su oreja.

—¿Tienes hambre? —le preguntó apretándola contra él, haciendo que su pequeño y apetitoso trasero se rozara con su erección. Si algo le provocaba aquella inquietud en su lobo, además de las ganas de cambiar de piel y dar rienda suelta a sus instintos animales, era aparearse… Y ella olía tan bien.

Lluvia jadeó al sentir la dura protuberancia frotándose contra ella, el calor saltó inmediatamente en su estómago, la sangre se encendió en sus venas a una velocidad que jamás pensó posible.

—De comida, sin duda —respondió en un ahogado jadeo.

Nyxx rio entre dientes y la apretó más contra él mientras su mirada escaneaba el lugar. Pasaba bastante tiempo de las seis de la tarde y como siempre ocurría en aquella época del año, los días se acortaban y la noche y la oscuridad caía antes sobre los distintos países. Si bien ella había desayunado tarde, el caminar de un lado a otro y el agotamiento de aquel viaje debían haberle abierto el apetito y ninguno se había parado a pensar en la comida hasta ahora.

—¿Crees que puedes subsistir por ahora con unos bocadillos? —le preguntó acariciándole el cuello con su aliento. Su lobo gimoteó de anticipación, haciéndolo completamente consciente de su acuciante necesidad, de la necesidad de los dos.

—Si dejas de frotarte contra mí, seguro que sí.

Él le mordió suavemente un lateral del cuello apartándole el pelo dejándole una pequeña marca antes de alejarse lo suficiente de ella para no dar un espectáculo en plena calle digno de un pase erótico y la empujó hacia una de las calles laterales.

—Veremos que podemos encontrarte para entretenerte y que comas algo mientras me esperas.

Volver a Dodona fue extraño, la luz del sol hacía tiempo que había empezado a apagarse hundiéndose detrás de las montañas, poco a poco el cielo pasó de ese color anaranjado que teñía el atardecer y se reflejaba sobre los montes recortados contra el horizonte a una oscuridad parcial que fue creciendo hasta envolver todo el valle en sombras. Lluvia bajó del coche y respiró profundamente, había algo en aquel lugar que la llamaba, un poder antiguo tirando de ella. Sin pensárselo se agachó y llevó la mano hacia el suelo cerrando los ojos, permitiendo que aquel peculiar don que tenía saliera de sus dedos y entrase en contacto con la vieja tierra, la sensación de calidez y bienvenida que obtuvo la dejaron jadeando y al mismo tiempo la envolvió con tranquilidad y calidez.

Nyxx se movió a su lado, sorprendido cuando tanto él como su lobo sintieron el cambio en el aire y la respuesta del poder de aquel ancestral lugar ante el pacto de su compañera. Si había alguna duda al respeto sobre la herencia de aquella muchacha, aquel acto había acabado con ellos.

—Eres Valaco, *mikrés*, hasta la última gota de tu sangre pertenece a estas tierras —murmuró mirándola asombrado.

Ella se sonrojó y retiró la mano inmediatamente del suelo. No le gustaba compartir aquel don con nadie, nunca lo había hecho por miedo a que la mirasen como alguien extraño.

—Supongo que de algún lado tenía que venirme este extraño don, ¿no? —respondió con una suave sonrisa, su mirada huyendo de la de él.

Nyxx tomó su rostro entre las manos y la obligó a volverlo hacia él.

—No te escondas de lo que eres o lo que puedes hacer —le dijo acariciándole la mejilla con el pulgar—. No tienes nada de lo que sentirte avergonzada.

Ella sonrió en agradecimiento y se libró de su mano volviendo hacia el coche.

—¿Quieres ver otra vez el Santuario o el Teatro? —le sugirió señalando el lugar a su espalda.

Lluvia sintió su vacilación, leyó la renuencia a abandonarla allí aunque fuese solo durante unas horas, así como también notó en él el nerviosismo que le provocaba el lobo, la necesidad de liberación mezclada con el temor y los recuerdos que aquella tierra provocaba en él. Sin pensárselo dos veces, fue a él, enredó las manos en las solapas abiertas de su chaqueta y tiró de él hacia abajo, acariciando su boca con los labios, buscando su aceptación a esa pequeña libertad que se estaba tomando al besarlo, antes de hundir la lengua en la húmeda cavidad de la boca masculina y arrancarle un gemido cuando entrelazó su lengua con la de él y lo besó profundamente.

Ella respiraba con dificultad cuando se separó de él.

—Ve a hacer lo que tengas que hacer —le respondió todavía aferrando su chaqueta para luego soltarle y darle un suave empujoncito—. Vete, me meteré en el coche, pondré todos los seguros y la radio y te esperaré comiéndome esos ricos bocadillos. Esperemos que no me quede dormida antes de que vuelvas, o dormirás fuera… lobo.

Nyxx le acarició el rostro y volvió a besarla.

—*S´agapó*, Lluvia —le susurró dejando sus labios y marchándose antes de que ella pudiera decir algo más—. Te veré en unas horas.

Ella asintió y lo dejó ir asistiendo con asombro a la delicada y mágica transformación del hombre en un hermoso lobo. En un momento, Nyxx estaba allí sonriéndole, al siguiente una ligera niebla empezó a elevarse desde el suelo, como si estuviese iluminada desde abajo envolviendo todo su cuerpo, fusionándose con él cuando el cuerpo sólido que ella tan bien conocía empezó a decolorarse y hacerse incorpóreo, como el de un fantasma, lo vio extender una mano hacia ella, mano que fue reclamada por la niebla. En el espacio de un parpadeo, la niebla había consumido todo el espacio y un sonoro aullido canino se elevó en el lugar, haciendo eco en el valle al tiempo que emergía de la niebla un enorme can con pelaje en varias tonalidades. Sus movimientos eran lentos, medidos y sinuosos, los ojos brillantes por la acción de las luces del vehículo clavados en ella un instante antes de que volviese su enorme cabeza al compás de sus orejas y saliese disparado propulsándose con aquellas poderosas patas hacia la oscuridad de la noche.

Lluvia tuvo que sujetarse a la puerta abierta del coche para no caer ahora que sus piernas empezaban a temblar, acababa de presenciar la transformación del hombre al que amaba en un enorme lobo, aquella era la maldición de Nyxx. La gravedad y crueldad de aquello cayó sobre ella como una losa. Su pueblo podría haber sido un gran clan, pero lo que habían hecho a aquel hombre, solo demostraba la esencia vengativa de su raza.

Volviendo al coche, se subió al asiento del copiloto y cerró la puerta, presionando los seguros antes de encender la radio y recostarse contra el respaldo. Su vida estaba dando un giro de trescientos sesenta grados y no estaba segura de si iba a terminar en el mismo punto en donde había comenzado.

Las horas fueron pasando demasiado lentamente para Lluvia, su mirada a menudo iba del reloj que marcaba la hora en el salpicadero a los alrededores ahora totalmente sumidos en sombras, los sonidos de la noche solo eran ahogados por el murmullo de la radio, la verborrea de los locutores y las palabras que ni siquiera entendía de las canciones de moda en la radio. Se había comido dos de los bocadillos que Nyxx había comprado para ella dejando otros dos para él en caso de que tuviese hambre cuando por fin regresara, él había desayunado con ella y que

supiera, no comió nada más desde entonces. Con un suspiro le dio un sorbo a su refresco de naranja y se frotó los cansados ojos mientras miraba la guía en sus manos. Había estado leyendo todo lo referente a Atenas, desde que era una niña siempre había deseado visitar la Acrópolis, había fantaseado con los antiguos dioses griegos, con el caballo alado, Pegaso, pero nunca había creído que pudiera hacer realidad aquel sueño de niña y visitar Grecia hasta que él se cruzó en su vida y convirtió su seguro mundo en un suceso continuo de extraños acontecimientos.

Un sonoro aullido captó su atención. Se inclinó sobre el control de volumen de la radio y lo puso al mínimo mientras se apoyaba sobre el salpicadero del coche y volvía la mirada alrededor, intentando ver más allá de las sombras, a través del potente haz de luz que creaban los faros del coche. Allí no había nada, todo seguía igual de quieto y silencioso o así lo creía hasta que, recién salido de las sombras e internándose directamente contra el haz de luz del coche surgió la silueta de un enorme lobo. El hocico del animal se alzó hacia delante como si estuviese olisqueando algo, su larga lengua rosada abandonó sus fauces para lamerse la nariz antes de estirar el cuello y lanzar un fuerte aullido que la hizo dar un bote en el asiento.

Su mirada quedó clavada en el animal quien volvió a bajar su enorme cabeza, sus orejas moviéndose como si captaran algo hasta que sus ojos entraron en contacto con los de ella y se quedaron mirándose el uno al otro durante un largo momento.

—¿Nyxx? —musitó ella y el lobo se lamió nuevamente la nariz, humedeciendo aquel brillante y negro botón.

Lluvia no fue consciente de cuando su mano abrió el seguro de la puerta y se apeó del coche, su mirada todavía fija en el enorme animal que ahora caminaba hacia ella. El contraste de la temperatura del interior del vehículo contra la del exterior la hizo estremecerse, si bien no hacía mucho frío, era suficiente para que la piel de sus brazos, ahora que se había remangado el jersey, se le pusiera como la piel de gallina.

Parpadeó entonces rompiendo el trance en el que se había visto envuelta cuando lo miró a los ojos y apretó con fuerza la parte superior de la puerta.

—¿Nyxx? ¿Eres tú?

Lluvia se mordió el labio, aquello debía ser la cosa más tonta que le había pasado en toda su vida, si bien no era raro verla hablando con las plantas, aquella debía ser la primera vez que otorgaba inteligencia humana a un perro. Bueno, a un lobo.

—¿Estás ahí dentro… en algún… lugar? —musitó mirando al animal quien se había detenido a pocos metros y se había sentado sobre sus cuartos traseros, su cola empezó a barrer lentamente el suelo.

Ella esbozó una sonrisa irónica y empezó a cerrar la puerta con cuidado.

—Vale, esto está resultando mucho más raro de lo que esperaba —aseguró apoyándose contra la puerta cerrada del vehículo—. Hola…

El can se limitó a mover su cola mientras bajaba ligeramente la cabeza, como lo haría un perro sumiso. Ella se rio ante lo absurdo de aquello.

—Oh, esto es muy raro —aseguró riéndose de sí misma antes de avanzar pegada al coche y pararse frente a él, enmarcada por los faros del coche—. Hola guapo… sí… eres muy guapo… quédate dónde estás, ¿vale?

Como si el animal la entendiese, echó las orejas hacia atrás dando a su rostro canino una expresión de lo más irónica. Lluvia la comparó con la misma expresión de pura ironía que solía encontrar a veces en Nyxx y aquello la hizo reír.

—Lo siento… es que esto me supera —aseguró entre risitas.

El lobo la miró y se levantó llamando su atención. Lluvia vaciló pero finalmente extendió

la mano derecha con la palma hacia arriba y espero, entre nerviosa y temerosa a ver que hacía el animal. El lobo sacó su enorme lengua rosada y se lamió el hocico antes de caminar lentamente hacia ella y empezar a lamerle la yema de los dedos cuando la tuvo finalmente a su alcance.

Ella retiró la mano con un saltito y se echó a reír al tiempo que lo miraba mientras él meneaba el rabo.

—Cosquillas… lo siento —respondió tratando de calmarse y volvió a extender su mano hacia el hocico, llegando a tocarle la húmeda nariz antes de que este agachara la cabeza y permitiera que su mano se deslizara por su nariz y cabeza enterrándose en su suave pelaje. Ella jadeó ante la extraña y mágica sensación de estar acariciando a aquel animal—. Es increíble… tan suave… Tienes un pelo muy suave.

El lobo gimió y se apretó más contra su mano, buscando su aceptación, sus caricias, cerrando los ojos cuando ella tocó sus orejas y le rascó justo detrás de ellas, solo entonces se sacudió meneando todo el cuerpo, recolocándose el pelo con un gesto satisfecho.

Para su continua sorpresa, el animal empezó a inclinarse hacia atrás, estirando sus patas delanteras al tiempo que bajaba la cabeza hacia el suelo y la miraba desde esa posición, soltando un pequeño ladrido antes de saltar hacia un lado y luego hacia el otro, para volver a inclinarse mientras meneaba la cola, llamando su atención.

Jugar.

El pensamiento sonó con fuerza en su mente, como un relámpago que gritase en voz alta en el interior de su cabeza.

—Wow —jadeó ella echándose atrás con una sonrisa—. Eso fue intenso.

Juega conmigo.

Ahora, aquello era una voz que conocía.

—¿Nyxx?

El lobo volvió a saltar acercándosele para luego retirarse cuando ella quiso acariciarlo y la hizo reír.

—Así que quieres jugar —respondió, asombrada y encantada como una niña.

Como respuesta el lobo volvió a saltar hacia ella solo para retirarse cuando quiso acariciarlo.

Riendo, Lluvia se unió al juego, persiguiéndolo. Él procuraba mantenerse siempre dentro del alcance de la luz de los faros del coche, donde ella podía verlo e intentar atraparlo infructuosamente. Disfrutaba del juego con su compañera, no importaba que ella fuera humana, sus instintos y su olor le decían que era suya y debía protegerla, el alma humana en aquel cuerpo que ambos compartían decía lo mismo, los dos eran un solo ser y lobo y hombre estaban conformes con ello. Su compañera. Suya.

Atrápame.

Lluvia rio corriendo tras él, la voz que se proyectaba en su mente era la de su compañero, y al mismo tiempo distinta, pero seguía siendo Nyxx.

—Es más fácil de decir que hacer —rio ella, sin darse cuenta respondía en voz alta a las frases que él proyectaba en su mente—. Eres rápido, lobo.

Como si quisiera darle ventaja, el lobo la burló durante un instante, dio la vuelta al coche y se mantuvo a la espera mientras lo buscaba sin éxito, entonces saltó tras ella, empujándole el trasero con la nariz.

Lluvia emitió un pequeño gritito y se volvió con una carcajada.

—¿Pero qué maneras son esas? —se rio antes de decirle al lobo—. Tienes las mismas malas maneras de lobo que de hombre, Nyxx.

El lobo rio en su mente, era la risa masculina de Nyxx mezclada con lo que de algún modo sería la risa del animal, fuese como fuese, Lluvia sabía que era él y la sola idea se le hacía increíble. Su largo lomo resbaló bajo sus manos, permitiéndole acariciar el tupido pelo de algodón del can, disfrutando que aquel animal tan hermoso y salvaje jugase con ella como si fuese un cachorro. Lluvia retrocedió para volver a estirarse a por él cuando tropezó con una piedra cayendo hacia atrás sobre su trasero, haciendo una mueca se llevó las manos al culo y gimió.

—Si llegase a tener nariz ahí, ahora mismo estaría rota —respondió con un pequeño quejido.

Casi al instante el lobo estuvo a su lado, su enorme lengua lamiéndole la cara al compás de sus gimoteos. Ella se echó a reír y trató de agarrarle la cabeza para empujarle y que dejara de lavarle el rostro con su húmeda lengua.

—¡Vale, vale! —se reía ella—. Ya está, estoy bien, no ha sido nada… por dios… Nyxx, prefiero los besos de un hombre a los de un perro, para…

El animal meneó la cola y se lamió su propio hocico, como si se relamiera saboreándola.

Lluvia se pasó los puños del jersey por la cara y miró al lobo, quien seguía dándole a la cola y ahora dejaba su lengua colgando como un perro.

—Esto es una auténtica locura —aseguró estirando las manos, solo para que el animal acudiese a ella y le permitiera enterrar ambas manos y el rostro en el pelaje de su cuello—. Me arrastran a Grecia, me acuesto con un tío buenísimo y ahora estoy abrazando al lobo más grande que he visto en mi vida.

Ella cogió la cabeza del can y lo miró directamente a los ojos.

—Gracias por dejarme formar parte de todo esto.

Como respuesta, el lobo le acarició la mejilla con el hocico, se la lamió y se retiró unos cuantos pasos antes de dar comienzo a la misma transformación que Lluvia había presenciado algunas horas atrás, esta vez el lobo fue el que empezó a disolverse de una manera rápida siendo engullido por la niebla la cual se alzó en una luminosa columna que pronto dio paso a la figura de un hombre completamente vestido y con una mirada lobuna en su rostro, mirada que poco a poco fue adquiriendo el matiz y color verdoso del hombre al que pertenecían.

Adiós a los efectos especiales, esto era inimitable.

Un instante el lobo estaba frente a ella, al siguiente, la enorme figura de Nyxx caía sobre sus rodillas al suelo, jadeando por respirar mientras sus ojos buscaban los suyos.

—Él te da las gracias por aceptarlo, *mikrés*, al igual que yo —respondió entre jadeos.

Lluvia se arrastró por el suelo hacia él, ni siquiera se molestó en levantarse, gateó hacia Nyxx y estiró la mano hacia su rostro como si temiese que se esfumase bajo su toque.

—Gracias por jugar conmigo, *mikrés* —le respondió con un guiño.

Ella le sonrió e hizo una perfecta imitación de una de sus irónicas miradas.

—Sabes, creo que empiezo a preferirte como lobo.

La mirada de Nyxx se suavizó y se llenó de gratitud y ternura, entonces se echó a reír. Sus carcajadas inundaron el valle, una risa limpia, rica, que expulsaba el dolor y los recuerdos que aquel lugar habían depositado en él en el pasado.

—Creo que puedo hacerte cambiar de idea al respecto, *agapi* —le aseguró él entre risas antes de atraerla a sus brazos—. Esta forma tiene sus ventajas.

Y sin más, procedió a demostrárselo allí mismo, sobre la tierra que una vez había sido su hogar y que gracias a la mujer que tenía debajo, podría volver a sentirla como parte de sí mismo.

CAPÍTULO 16

—¿No podíamos haber empezado por la Acrópolis? —preguntó Lluvia esperando junto a Nyxx el funicular que ascendería por la colina Lykavittos desde cuya cima se conseguía una panorámica estupenda de la ciudad—. Me gustan las cosas rotas, Nyxx.

Él se inclinó sobre ella, revolviéndole el pelo antes de rodear sus hombros con un brazo e indicarle el recorrido de aquella cabina sujeta por cables.

—No te quejes, ya hemos salido bastante temprano para que tengas tiempo de ver toda la ciudad, o al menos lo más importante —aseguró y señaló la cima de la colina—. Desde allí arriba podrás ver la Acrópolis y prácticamente toda la ciudad de Atenas. Después descenderemos a pie, y podrás sentarte a hablar de filosofía o botánica con cada planta y flor del camino.

Lluvia se sonrojó al recordar que aquello era exactamente lo que había hecho el día anterior. Sus mejillas ganaron intensidad ante el recuerdo del día que Nyxx le había obsequiado, el que comenzó con la transformación de aquel hermoso lobo en el hombre que ahora le rodeaba los hombros con el brazo y que le había hecho el amor con tanta pasión y suavidad sobre la tierra fértil del Santuario de Dodona, que no estaba segura de sí podría volver a ser nunca la misma.

El lobo la había hecho sentirse necesitada, había disfrutado de sus correteos e incluso de sus lametones, pero eso era algo que ni loca confesaría a su amante, entonces él había estado allí, agradeciéndole a ella, ¡a ella! por su aceptación de lo que él era, por la forma en la que se mantenía a su lado a pesar del miedo que sabía tenía. Nyxx la había tumbado allí mismo, en la mullida hierba iluminada por la tenue luz de los faros, se había inclinado sobre ella, manteniendo su peso sobre un codo y había estirado la mano hacia su audífono con obvia intención de quitárselo.

—No —lo había querido detener ella—. Nyxx, no oigo sin él.

—*Shhh* —le susurró acariciándole la nariz—. No necesitas oír, solo sentir…

Lluvia se mostró nerviosa cuando él desconectó el aparato y se lo sacó dejándola nuevamente en su sordo mundo. Una solitaria lágrima se escurrió por su mejilla pero no llegó a tocar el suelo pues él la atrapó con sus labios. Ella miraba sus labios pero él no decía una sola palabra, solo bajó sobre ella y se la comió con los ojos, deslizando sus manos por su cuerpo, por encima de su ropa mientras la acariciaba y la besaba con ternura, tomándose su tiempo.

Lluvia se estremeció cuando él llevó la mano hacia su suéter y se movió lo suficiente para tomar la tela y tirar de ella, sacándoselo por la cabeza, dejándola solamente la blusa que llevaba debajo la cual se metía por dentro de sus pantalones vaqueros.

Se estremeció y abrió la boca, no estaba segura de sí salió sonido alguno de sus labios por qué no lo oyó.

—Nyxx… estamos al aire libre… —murmuró con inseguridad en sus palabras.

Él solo le sonrió y bajó su boca para reclamar la suya en un húmedo beso mientras sus manos trabajaban en los botones de su blusa desabotonando uno por uno dejando su cálida piel expuesta al frío de la noche. El calor empezó a extenderse por su cuerpo, la excitación empezó a dar paso a la profunda necesidad que nacía entre sus muslos y su boca se convirtió en un sendero de fuego que iba dejando llamas por su piel.

Dejó su boca para lamer su camino tras cada botón que era desatado, la necesitaba tanto como su lobo, él había sentido la necesidad del animal por marcarla como suya, la necesidad que

se hacía tan suya que no sabía a quien correspondía cada pensamiento. Ahora mismo los dos eran uno solo con una misma idea en mente, hacer suya a esa pequeña hembra que había demostrado no temer a ninguno de los dos. Su polla empujaba pulsante contra sus pantalones, el cambio siempre lo dejaba excitado pero los juegos previos que había tenido con ella en su forma de lobo, el sabor que había probado a través de los sentidos del can, le habían dejado necesitado, la ansiaba, así como ansiaba tomarse su tiempo, quería disfrutar de ella, que ella disfrutase de él. Había visto el temor y la incertidumbre en la mirada de Lluvia cuando vio que le retiraba el aparato de su oído y más que nunca estuvo decidido a hacerlo. Quería enseñarle que el mundo era mucho más que sonidos y por todas las almas del purgatorio, que esa noche no dejaría que le quedase duda alguna. Ella era hermosa, preciosa para él tanto si oía como si no.

Sus labios encontraron el montículo de sus pechos, acunados por el encaje del sujetador, lo lamió por encima de la tela, con lentos y deliberados lametones que la hicieron temblar bajo sus manos. Su mano derecha había terminado de desabotonar los botones de la blusa y ahora se entretenía acariciándole el vientre, haciendo círculos sobre su pequeño ombligo, disfrutando de la ligera curvatura de su vientre, de la suavidad de su piel mientras deslizaba la lengua al borde del encaje del sujetador y lo seguía hasta el otro pecho. Lluvia se encorvaba bajo él, arqueando la espalda y haciendo ascender sus pechos. Se estaba excitando, él podía oler ya su miel llenando su sexo, mojando las braguitas que serían del mismo encaje de aquella pequeña pieza que cubría sus pechos y el saber que era por él lo hacía excitarse aún más. Los pequeños pezones que tanto le gustaba chupetear se erguían contra la tela, orgullosos y atrayentes, una tentación que no pensaba dejar pasar.

Ella gimió cuando él bajó la boca sobre sus pechos succionando al cálido interior de su boca uno de sus pezones. Sus manos habían estado extendidas a ambos lados, hundiéndose en la suave hierba, acariciando con las yemas de los dedos la tierra bajo ellos, conectándose con ella, sintiendo el latido y el poder entrar en su cuerpo haciéndola consciente de muchas cosas y aumentando su sensibilidad. Podía sentir el disfrute masculino casi tan claramente como el suyo propio, podía sentir el gimoteo de placer del lobo fuertemente unido a Nyxx y el saber que aquello era provocado por ella la derritió por dentro, haciendo que se mojara aún más.

Nyxx sintió el cambio pero no se detuvo, había sangre poderosa corriendo por las venas de su compañera. De algún modo Lluvia estaba conectada con la tierra, con los árboles y las plantas y aquella conexión se había ampliado saliéndose de los límites en Dodona, como si la tierra del Santuario estuviese dando la bienvenida a una hija largamente perdida.

Deslizó la mano hacia abajo, encontrando el botón de sus vaqueros y lo desabrochó, sus dedos se hundieron por debajo del elástico de sus braguitas, acariciando los suaves rizos hasta encontrar los húmedos pliegues que guardaban la más dulce de las entradas. Muy suavemente deslizó uno de sus largos dedos hasta encontrar la pequeña protuberancia que encendería su deseo a picos imposibles, una sonrisa lobuna curvó sus labios cuando la encontró y empezó a masajearla, arrancando ahogados jadeos de la boca de Lluvia quien apretó las piernas para mantener su mano allí, haciendo que se ampliara el placer.

Ábrete para mí.

Nyxx dejó salir la sensual orden casi sin darse cuenta, recordando tardíamente que ella no tenía la facultad de conectarse con él de esa manera.

Ella se conectó con nosotros. Le recordó su lobo oportunamente. Sí, ella le había escuchado cuando estaba en forma de lobo, pero ahora… Lluvia relajó sus muslos y se entregó a él mientras suspiraba su nombre.

Lluvia, ¿puedes oírme, mikrés? Probó nuevamente, su mano nunca dejó de moverse en el

interior de su pantalón, como tampoco lo hizo su boca sobre el crecido pezón.

—Sí… —jadeó ella sin ser consciente de estar hablando en voz alta.

Nyxx sonrió para sí y dejó que el húmedo pezón se deslizara de su boca para ascender por su cuerpo y mirarla a los ojos, unos ojos marrones con motas doradas que estaban completamente oscurecidos por el deseo. Él bebió de su mirada antes de descender sobre su boca y mordisquearle los labios. No necesitaba coaccionarla para que abriera la boca, sus pequeños jadeos lo hacían por ella y no dudó en hundir la lengua y hacerla rodar contra la de ella, gimiendo ante su sabor mientras apretaba y alzaba las caderas contra su mano.

Ella rompió el beso solo para tomar aire y mirarle a través de sus tupidas pestañas, una de sus manos dejó la hierba y subió a su rostro acariciando su barbilla, pasando las yemas de los dedos por su barba en una tierna caricia.

—Te quiero… —la oyó susurrar antes de que ella misma se apretase contra él para recuperar su boca y chupar su lengua con timidez, ganando confianza a medida que él gemía en respuesta.

El lobo aulló en su interior, febril, tanto o más que él ante la sincera y tímida declaración de ella. Lluvia lo quería. Una cálida tranquilidad y aceptación inundó a Nyxx que volvió a hundirse en ella con renovadas ansias haciendo que la ropa que los cubría a ambos desapareciera con un solo pensamiento.

Su sexo saltó ahora libre de restricciones, acunándose contra la cadera femenina. Lluvia jadeó cuando sintió la gruesa y larga vara frotándose contra el muslo mientras Nyxx se movía y deslizaba la lengua por su cuello, lamiéndola, mordisqueándola mientras su mano trabajaba entre sus piernas y la otra atormentaba sus pezones. Su boca pronto sustituyó a la mano chupando ávidamente de sus pechos, amamantándose con glotonería solo para prodigarle suaves y lentas caricias después.

Lluvia empezó a moverse inquieta bajo él, su cabeza echada hacia atrás, sus brazos estirándose sobre la fresca hierba, un agradable contraste contra su enfebrecida piel. Estaba desesperada, ardiendo, le necesitaba con desesperación.

—Nyxx… por favor —gimoteó lanzando la cabeza de un lado a otro, sus manos volando hacia la ancha espalda de él al tiempo que sus piernas se extendían ahora libres de las restricciones de la tela—. Te necesito… por favor…

Como toda respuesta él sacó la mano de entre sus piernas y se alzó sobre ella, lamiéndose los dedos que habían estado en su interior, saboreándola mientras ella lo miraba embelesada, totalmente perdida en las profundidades de sus ojos verdes.

—Os necesito… —murmuró estirándose bajo él, arqueando su cuerpo femenino y cálido contra el suyo—, a ti… al lobo… todo lo que eres… te necesito.

El lobo aulló en respuesta a su petición delirante, ante la aceptación de ella, y ese mismo delirio fue el que sintió Nyxx ante sus palabras y la desnuda sinceridad y necesidad que leyó en sus ojos. Ella lo estaba aceptando por completo, sin reservas, aceptaba su maldición, lo aceptaba a él. En todos los siglos que había vivido desde su maldición, jamás pensó que podía llegar a pasar algo así, que encontraría a su compañera y que esta le aceptaría por completo. Había tenido demasiado miedo de que eso sucediera, después de todo, era una *gypsy* y sería un estúpido si volvía a caer nuevamente en el mismo error, pero Lluvia… Era pura, no había malicia en ella, ni artimañas, era tan transparente y tierna que no concebía que supusiese un peligro para ella. Y la amaba… Por todas las almas, cómo la amaba.

Bajó la cabeza sobre su rostro y volvió a besarla, la frente, los ojos, su pequeña nariz, los labios. Sus manos se deslizaron sobre sus muslos, separándolos aún más para hacerse sitio,

llevándose a sí mismo a la entrada femenina, anhelando poseerla, marcarla como solo él podría hacerlo, como ambos podrían hacerlo. Tomó su muslo alzando la pierna femenina sobre su cadera mientras la acariciaba y se introdujo poco a poco, permitiendo que lo tomase poco a poco, sujetándola cuando ella quiso empalarse por completo con él. Necesitaba sentirla por completo, como sus músculos internos se abrazaban a su alrededor desesperados por ordeñarlo. Finalmente todo su eje estuvo en su interior, tan profundo que ya no era capaz de distinguir donde empezaba uno y donde acababa el otro. Se inclinó sobre ella, apartándole el pelo del rostro y susurró muy lentamente, marcando las palabras con sus labios para que ella pudiera leerlo tanto en sus labios como en sus ojos:

—Te amo, Lluvia —le dijo con suavidad—. Eres mía, nunca te dejaré marchar.

Entonces empezó a moverse lentamente, hundiéndose en ella solo para volver a retirarse y volver a hundirse, tomándola sobre la tierra que tanto le había dado y tanto le había quitado. Como si ella presintiese su dolor, se abrazó a él, gimiendo y jadeando con sus embates hasta que todo su mundo estalló y en sus labios solo acudió su nombre. Nyxx no tardó mucho en unirse a ella, explotando en su interior, derramándose y marcándola para siempre. Era su compañera, la única y lo sería para siempre.

—¿Lluvia? —la llamó Nyxx.

Ella se sonrojó todavía más, su cara ardiendo lo que atrajo una sonrisa irónica a los labios de Nyxx quien la empujaba ya hacia la fila del funicular, mientras le susurraba al oído.

—¿En qué estabas pensando, *mikrés*?

Ella sacudió la cabeza, ni loca iba a decírselo. Eso era lo que había ocurrido la noche anterior, y prácticamente durante todo el día. Nyxx le había hecho el amor con ternura, le había dicho que la amaba y habían pasado el resto del día vagabundeando por las inmediaciones del santuario, disfrutando del día, de las ruinas cuando llegaron las visitas y se unieron a los guías y de su tiempo a solas, correteando entre los árboles, mirando las flores para retozar como dos adolescentes calientes por los rincones. Aquel había sido un recuerdo que Lluvia atesoraría para siempre, pasase lo que pasase a partir de ahora, nadie podría robarles aquella noche.

—En nada que deba compartir contigo —murmuró entrando en la enorme cabina del funicular—. ¿Estás seguro de que esto es seguro?

—Mientras no se rompa algún cable o se estropee la polea —le respondió Nyxx entrando tras ella.

Lluvia entrecerró los ojos y lo apuntó con un dedo.

—Haz uno de esos comentarios mientras estemos de camino —le dijo con mucha suavidad —, y serás hombre muerto.

—Intentaré contener mi entusiasmo, pequeña —le aseguró sonriendo con divertida ironía.

Desde la cima del monte Lykavittos podía verse una panorámica de la ciudad de Atenas con el montículo de la Acrópolis al fondo, era impresionante ver como el verde salpicaba la ladera y se entretejía entre los edificios y casas de la ciudad. Desde aquella altura la ciudad era algo realmente impresionante, una gran urbe en la que sedaban cita la cultura y el turismo.

—¿Son islas? —preguntó Lluvia sujetándose el pelo con la mano, evitando que le golpease en la cara. Desde aquella altura, el aire se hacía presente.

—Son las islas de Salamina y Egina —respondió Nyxx entrecerrando los ojos para poder ver en el horizonte—. Una de tantas.

—Me gustaría ver Delfos —aseguró ella pensativa—. Aunque estoy segura que no podría hacer sombra a Dodona.

Nyxx sonrió con diversión.

—Te ha conquistado el lugar.

Ella negó con la cabeza.

—No sé explicarlo, pero algo me marcó allá arriba —aseguró mirándose las manos. Había sentido la tierra, por un momento, se había sentido conectada con aquel lugar, más aún después de que hubiesen hecho el amor.

Nyxx recogió su larga melena entre las manos y se la retorció suavemente a la espalda para que no le molestara. Ella se volvió a medias y sonrió.

—*Efaristo* —le sonrió Lluvia habiendo aprendido a decir *gracias*.

—*Paracalo* —le respondió Nyxx inclinando la cabeza al tiempo que tomaba su guía y consultaba el itinerario.

—¿Sabías que este monte recibió su nombre por que en la antigüedad había muchos lobos? Deberías sentirte como en casa, Nyxx.

Él sonrió ante aquella comparativa.

—Sí, puedo sentir la llamada, *mikrés* —se burló con ironía.

Ella sonrió y señaló la capilla típicamente griega, con cúpula ovalada sobre la que se alzaba una cruz y la planta baja cuadrangular.

—Vamos a ver ese edificio antes de que salga algún lobo de la zona y decidas irte a corretear.

—Te llamaré para que vengas a jugar con nosotros —le prometió Nyxx con una mirada muy sensual.

Lluvia miró su reloj ahora adaptado al horario del país y le dedicó una pícara sonrisa.

—Son las once de la mañana, Nyxx, hace menos de dos horas que te has levantado de la… ¿Era la cama? ¿El sofá? ¿El asiento de atrás del coche?

Nyxx gruñó por lo bajo y se inclinó sobre su oído, acariciándole el pabellón de la oreja.

—No he oído que te quejaras ni en los de delante, ni en los de atrás —le respondió con un ronroneo perruno—. Pero estoy abierto a reclamaciones…

La mirada de Lluvia bajó discretamente a su entrepierna y se lamió los labios al ver la evidente erección empujando contra los vaqueros de color negro que se había puesto.

—Abajo chico, todavía quiero ver la Acrópolis, el Ágora y…

Nyxx la abrazó desde atrás haciéndola reír. Los turistas que estaban cerca de ellos sonrieron con indulgencia, haciendo que ella se sonrojase.

—Deja de hacer eso, todos nos miran —musitó sonrojada.

Nyxx aflojó su abrazo pero no la soltó.

—Siempre puedo arrastrarte a algún lugar oculto y continuar con nuestra charla en privado.

Ella sacudió la cabeza y señaló con su guía el edificio.

—Allí, ahora —le dijo señalando el lugar con su dedo índice—. Y no protestes.

Ante aquello Nyxx solo pudo gruñir

—De acuerdo, la espera solo hará el tenerte finalmente más dulce —gruñó para sí.

Nyxx era consciente de que su tiempo estaba pasando rápidamente, le habían concedido cinco días y ya había gastado tres de ellos, mañana debería volver a Nueva York y enfrentarse con el Juez. La idea le producía cierta curiosidad, estaba ansioso por saber que se le había ocurrido a Shayler, no iba a permitir que el joven Juez o cualquier otro lo apartase ahora de Lluvia y si tenía que luchar contra ellos para conservarla, lo haría. Sabía que la muerte de aquel humano había complicado las cosas, pero si se volviese a ver en esa situación no dudaría en hacer lo mismo, y esta vez no permitiría que el otro indeseable se escapase, nadie amenazaba a

su compañera y quedaba con vida. Eso le recordaba que tenía una pequeña cuenta pendiente con Lyon, ese Guardián se había pasado de la raya y Nyxx estaba más que deseoso de decirle que podía hacer con sus juguetitos.

Después de ver la pequeña capilla, descendieron a pie por el Barrio Loukianou el cual estaba circundado por árboles y flores. Lluvia se había detenido en innumerables ocasiones para oler las plantas, o por el simple placer de disfrutar del paisaje, no podía hacer más que permitírselo, después de todo él mismo disfrutaba de su compañía. El cielo estaba totalmente despejado y el día radiante, con una temperatura agradable para el mes de Noviembre.

Lluvia parecía ser aficionada a los bocadillos, o eso, o pensaba que el detenerse a comer tranquilamente en un restaurante lo arruinaría, ya que se había negado cuando Nyxx se lo había sugerido y en cambio había insistido en que comprasen unos bocadillos y continuaran hacia la Acrópolis. Estaba decidida a ver las ruinas milenarias antes de abandonar el país, de eso no había duda.

—*Agapi*, la Acrópolis no va a moverse de ahí por que te detengas un instante y comas tranquilamente —le aseguró Nyxx tendiéndole un botellín de agua para bajar el bocadillo que se estaba comiendo, o quizás debiese decir, deborando.

Lluvia sacudió la cabeza.

—Estoy bien —aseguró ella tomando la botella de sus manos—. Estoy acostumbrada a comer mientras camino, te asombraría la de calorías que quemas.

Nyxx prefirió no responder a eso, se limitó a enlazar un brazo en su cintura y tiró de ella deteniéndola.

—Llevas los últimos cuatro días sin parar, durmiendo más bien… poco —respondió con una mueca al darse cuenta entonces de ese pequeño detalle. Ni siquiera la había dejado descansar —. Estás llevando un ritmo infernal, así que vamos a sentarnos allí y comerás tranquilamente.

Ella abrió la boca para protestar pero Nyxx no le dejó.

—No, *agapi* —la interrumpió—. Siéntate.

Lluvia suspiró, sabía que por mucho que insistiera él no iba a moverse y era una formidable mole que mover, en caso de querer intentarlo. Era muy consciente de que no les quedaba apenas tiempo, mañana se cumplían los cinco días de plazo que había mencionado Nyxx y sabía que debían volver, de un modo u otro y a juzgar por el hecho de que no lo había visto sacar ningún billete para Nueva York, estaba segura de que viajarían de la manera rápida. Tendría que procurar mantener el estómago vacío.

—Mañana se cumplen los cinco días —murmuró ella tomando asiento en un banco de piedra al lado de una fuente—. ¿Qué ocurrirá cuando volvamos?

Nyxx se sentó a su lado.

—Seguramente volverás a apropiarte de algún macetero —le respondió él con diversión.

Ella puso los ojos en blanco.

—Gracias por advertirme —respondió con un mohín, entonces suspiró y miró hacia delante, los edificios, la gente paseando, los letreros en los autobuses—. El tiempo ha pasado demasiado rápido y ni siquiera sabemos como romper tu maldición…

—Eso ya no importa —negó Nyxx rodeándola con un brazo.

Ella se inclinó hacia delante y lo miró.

—Sí importa, Nyxx —respondió con un gesto desesperado—, a mí me importa. Quiero hacer esto por ti, pero no se como.

Nyxx se inclinó hacia ella, le acarició la mejilla con los nudillos y le besó la cabeza.

—Ya has hecho más de lo que pensé que podría hacer nunca nadie por mí, Lluvia —

respondió mirando a su alrededor—, has hecho que vuelva a mirar esta tierra sin que el pasado empañe mi visión, en cierto modo me has devuelto mi hogar.

Ella bajó la mirada ante sus palabras, todo lo que había hecho era permanecer a su lado, quererlo, había sido el propio Nyxx el que se había permitido dejar el pasado atrás.

—Pero la maldición…

Nyxx le apartó el pelo del rostro y le levantó la barbilla.

—Mi lobo y yo estamos demasiado apegados —respondió él a modo de broma—. No sé si ahora podríamos soportar una separación, el divorcio podría deprimirle…

Lluvia sacudió su cabeza.

—Nyxx, estoy hablando en serio —protestó ella.

Nyxx le acarició el rostro y la atrajo hacia él para besarla, entonces le confesó algo.

—No creo que se pueda romper ya la maldición, Lluvia —aceptó a escasos centímetros de su rostro—. Hay cosas que tú no sabes.

Lluvia lo miró con tristeza.

—Pues cuéntamelas —le pidió con angustia—. Quiero ayudarte Nyxx, pero no sé como puedo…

—Mi alma no está completa —la interrumpió.

Lluvia sacudió la cabeza.

—¿Qué quieres decir?

Nyxx tomó su mano en la suya y la acarició, observando el bocadillo a medio comer durante un momento.

—Exactamente lo que has oído, Mikrés —respondió con un suspiro y alzó la mirada hacia ella—. Tuve que entregar la mitad de mi alma y la de mi lobo para poder salvar a alguien que era inocente.

Lluvia no podía creer lo que le estaba diciendo. Era tan increíble.

—Pero… cómo… ¿Por qué?

Nyxx recordó aquel haciago día en el que había apuñalado a Dryah y lo que tuvo que entregar a la Puerta para poder salvar a su pequeña amiga. Aquella había sido la primera vez que Nyxx había oído la esencia misma de la Puerta de las Almas, y su respuesta había sido clara; Si quería recuperar a su amiga, tendría que entregar un alma a cambio, la suya.

—Soy Cazador de Almas, creí que estaba haciendo mi trabajo y en cambio, prácticamente entrego en bandeja el Fin de los Tiempos —respondió haciendo un mohín, al ver como habían cambiado las cosas y cual había sido el destino de Dryah. Su papel actual en el universo—. Cedí la mitad de mi alma y la de mi lobo para traer a Dryah de vuelta.

—¿Dryah? —preguntó Lluvia recordando a la muchacha rubia que había venido con el a la tienda—. La chica rubia con la que viniste a la tienda.

Nyxx asintió y la miró con ironía.

—Tuve que convencerla para que me acompañase a la tienda, necesitaba una excusa para poder acercarme a ti cuando descubrí finalmente quien eras —aceptó Nyxx con simpatía.

Lluvia se sonrojó. Nunca nadie había hecho tanto por acercarse a ella. Entonces, las palabras de Nyxx volvieron a su mente, y su semblante cambio.

—Pero entonces… —negó ella.

Nyxx la atrajo hacia él.

—Nada, mikrés —negó acariciándole el pelo—. Solo cómete el bocadillo para que podamos continuar con tu paseo.

Lluvia se lo quedó mirando durante un instante.

—¿Qué hizo que te convirtieses en un Cazador de Almas? —le preguntó entonces queriendo saber algo más de él.

Nyxx hizo una mueca y suspiró.

—Bueno, la misma noche en que la *Armaya* cayó sobre mí, esa parejita que conociste en tu piso se presentó con intención de llevarme hasta la Puerta de las Almas —explicó con un encogimiento de hombros—. La cosa no salió como ellos esperaban, los mantuve a raya durante toda una noche, entonces amaneció y la segunda parte de la maldición se hizo realidad.

Lluvia lo miró esperando que se explicara.

—¿La segunda parte de la maldición? —preguntó sorprendida.

—Mi alma vagaría durante toda una noche para volver a la vida con el comienzo del día —respondió él con cierto tono de ironía en la voz—. Por supuesto, el amanecer trastocó los planes de mis compañeros y Seybin pensó que yo sería un bonito añadido para su colección. Él vio la rabia que había entonces en mi interior y supo que me devoraría si no hacía algo para sacarla, así que, me puso una espada en las manos, me dio una patada en el culo y me mandó a cazar.

Lluvia parpadeó un par de veces y suspiró profundamente ante una de aquellas respuestas para las que no tenía nada que añadir, por más que lo intentara, había cosas que todavía se le hacían difíciles de digerir. Bajando la mirada al bocadillo que todavía tenía entre manos, dejó escapar la pregunta que la había estado rondando últimamente.

—¿Qué ocurrirá cuando volvamos?

Nyxx bajó la mirada encontrandose con los ojos marrones de ella.

—No te preocupes por eso.

Lluvia dejó escapar un resoplido e insistió.

—Un poco tarde para eso. ¿Qué va a ocurrir?

Él se encogió ligeramente de hombros y decidió ser totalmente sincero.

—Imagino que tendré que oír al Juez y me someteran a juicio.

Lluvia frunció el ceño.

—A juício, pero ¿por qué?

—¿Tan pronto has olvidado lo que ocurrió en Central Park? —Nyxx esbozó una sonrisa irónica.

Lluvia abrió desmesuradamente los ojos, entonces apretó los puños y sacudió la cabeza.

—Quebranté las leyes, *mikrés* —continuó él con facilidad—. Se supone que no podemos enfrentarnos a los humanos, mucho menos matarlos… Por mucho que se lo merezcan.

Lluvia se estremeció.

—Si no hubieses estado allí… él… él… —Lluvia apretó los ojos y se levantó como un resorte—. ¡No pueden acusarte por eso! ¡No es justo! ¡No lo permitiré!

Nyxx sintió que se derretía por dentro ante la firme y fiera defensa de su compañera, por primera vez en su vida, alguien estaba dispuesto a defenderle al costo que fuera. Pero no iba a dejar que nada le pasara, antes moriría que verla herida.

—No pasará nada, el Juez es un hombre justo —le aseguró Nyxx—. Todo se resolverá.

Lluvia sacudió la cabeza y miró directamente al hombre frente a ella.

—Iré contigo —respondió con rotundidad—. Y no te atrevas a decirme que no.

Nyxx alzó las manos en señal de rendición, no iba a discutir con ella por eso.

Satisfecha con su respuesta, volvió a sentarse y se dispuso a comer tranquilamente, aunque ya podía ser arena o pasto lo que se llevase a la boca por que no se daría ni cuenta. Su mente estaba trabajando ya en la manera de exculpar a Nyxx, tenía que haber algo que pudiera esgrimir

ante el juez después de todo, lo había hecho para protegerla.

Eran más de las cinco de la tarde cuando por fin pudieron ascender a la Acrópolis, emplazada sobre una enorme roca, entre vegetación y peñascos, se alzaba el antiguo centro de la ciudad, del cual ahora solo quedaban los restos y edificios de antiguos templos que habían visto su esplendor en épocas más propicias. Lluvia no dejaba de mirar boquiabierta las enormes y milenarias ruinas que se alzaban ante ella, el viento se había levantado ligeramente jugueteando con su pelo mientras ascendían por las escalinatas habilitadas para el acceso al recinto.

—Esos son los propíleos, que daban entrada a la Acrópolis —murmuró Lluvia mirando su guía para luego contemplar los enormes edificios de piedra—. Aquí todo lo hacían a lo grande, ¿no?

Nyxx esbozó una sonrisa antes de mirarla de arriba abajo.

—Nah, lo que pasa es que tú eres pequeña.

La mirada que le echó Lluvia hizo que Nyxx se riese entre dientes antes de subir un par de escalones para esquivar el vuelo de la guía de viaje que esgrimió ella a modo de arma.

—No oí que te quejaras por mi altura, señor no necesito una escalera por que llego con la mano —respondió tirando de su chaqueta para ponerla bien antes de subir los peldaños con cuidado y sacar el teléfono móvil de Nyxx, del cual ya se había apropiado por completo, para sacar una foto al sinverguenza sin que él lo notara. Sonriendo para sí guardó la imagen para luego enviarla como un mensaje con foto a su cuenta de correo.

Nyxx bajó la mirada hacia ella, quien jugaba con su teléfono antes de contemplar las ruinas de la Acrópolis, recordando un tiempo en que los edificios se habían visto enteros o al menos, bastante más completos que ahora mismo. Había deseado abandonar su tierra natal por completo después de la maldición, pero no lo había conseguido del todo. Si bien nunca había vuelto a pisar la región de Epiro hasta hacía un par de días, había sido imposible no pasar por Atenas en un par de ocasiones en su larga trayectoria como Cazador de Almas, por supuesto, todo ello después de discutir a voz en grito con Seybin y decirle con todo lujo de detalles lo que podía hacer con sus órdenes y donde metérselas. Había extrañado su hogar, más de lo que había pensado, había extrañado el aire salado del mediterráneo, la cadencia de la voz de la gente, el calor, el olor de la tierra, todo.

—¿Cuál es el Santuario de Artemisa Brauronia? —preguntó Lluvia tratando de ubicarlo en el plano que venía en su pequeña guía.

Nyxx se inclinó por encima de ella echando un vistazo y finalmente pasó la mirada por las ruinas hasta unas piedras que había en el suelo cerca del Partenón.

—Creo que son aquellas piedras que hay en el suelo —respondió mirándola con un guiño —. Impresionante, ¿um?

Lluvia sonrió y negó con la cabeza, su mirada estaba ahora fija en el impresionante monumento principal del recinto, el Partenón. Frente a él, la hacía sentirse diminuta, sus altas columnas, su gran estructura, no importaba que solo quedaran ruinas, era imponente y abrumador.

—En sus orígenes estuvo hecho completamente de mármol —le dijo Nyxx parándose a su lado—. Te gustaría la reprodución que hay en Nashville, tiene incluso la imagen de Atenea en su interior. Partenón, la Sala de las Vírgenes.

Lluvia lo miró con una ceja arqueada y él sonrió.

—Parthenos es vírgen en griego —le explicó—. Al Partenón se lo conocía como la Sala de las Vírgenes.

—Déjame adivinar. ¿Más sacrificios inútiles?

Nyxx se rascó la barbilla.

—Tendrías que preguntárselo a quien lo construyó.

Lluvia arqueó una de sus finas cejas dispuesta a darle la respuesta que se merecía cuando la interrumpieron.

—En realidad se le llamaba así porque era la residencia de Atenea Partenos o lo que es lo mismo, Atenea Virgen —respondió alguien en inglés detrás de ellos, su voz con un potente acento griego.

Ambos se giraron para ver a un hombre con una camiseta oscura y un chaleco multibolsillo del que colgaba una identificación que lo catalogaba como guía. Tras él, había un pequeño grupo de turistas que ya empezaban a pasar del hombre para recorrer el lugar a sus anchas sacando fotos y más fotos. La mirada color marrón claro del hombre se posó con absoluta sorpresa sobre Lluvia, sus rasgos demudaron y su rostro palideció aumentando la apariencia de edad del hombre el cual debía rondar tranquilamente los cincuenta y tantos.

Nyxx notó algo raro pues bajó un escalón colocándose delante suyo, el hombre todavía pasmado pasó su mirada de ella a la enorme y peligrosa mole de hombre que escudaba a la joven muchacha. Pasaron unos segundos y entonces, el desconocido frunció el ceño y ladeó el rostro antes de preguntar.

—¿Lykos? —musitó y sacudió la cabeza como si quisiera deshacerse de la absurda idea. Su mirada fue de nuevo hacia Lluvia quien se había movido y se apoyó en Nyxx mirando al hombre.

—¿Se encuentra usted bien? —preguntó ella al ver la palidez del hombre.

El hombre solo alcanzó a asentir. Lluvia empezó a moverse solo para que Nyxx la detuviese con un gesto de la mano.

—*Poios eísai esý?* —le dijo Nyxx, preguntándole *quien era*. Había algo en aquel extraño que no le gustaba, su aura no era la de un simple humano, había poder a su alrededor, ténue, casi inofensivo, pero poder y sus ojos, él había visto esos ojos en algún lugar. ¿Pero dónde?

—¿Nyxx, qué pasa? —preguntó Lluvia mirando del hombre hacia su compañero.

—Eso me gustaría saber —murmuró el Cazador mirando intensamente al hombre, estudiándolo.

El extraño sacudió la cabeza, llevaba una gorra del mismo color que el chaleco que lo proclamaba como guía y parte del equipo de reconstrucción del antiguo monumento, en una de sus manos sujetaba una tablilla con papeles, presumiblemente la lista del grupo de turistas que le acompañaban. Su voz sonó firme cuando volvió a hablar en perfecto inglés, su mirada moviéndose contínuamente de Nyxx a Lluvia.

—Lo siento. No era mi intención asustaros —se disculpó mirando a Nyxx y luego a Lluvia con una mirada todavía dubitativa en su rostro—. Me recuerdas a alguien que conocí hace algún tiempo.

Lluvia parpadeó varias veces, su mirada fue de Nyxx al hombre y viceversa.

—¿A quién? —Nyxx no dudó en preguntar.

Lluvia se acercó a su compañero con intención de reprenderlo por su pregunta directa y fuera de lugar.

—Nyxx, creo que eso…

El hombre entonces le dedicó una ligera sonrisa a Lluvia y negó con la cabeza.

—No importa —respondió mirándola, para luego volverse a Nyxx—. A mi esposa. Por eso me ha sorprendido… Lo siento.

Nyxx se tensó cuando vio la forma en la que aquel hombre había sonreído a su compañera, así como la manera en que ladeó el rostro. Él conocía aquella sonrisa, la había visto demasiadas veces en los labios de otra persona, pero… Era imposible, aquello no podía ser tan fácil… ¿Podía?

A Lluvia no se le pasó por alto el cambio en Nyxx, la tensión en su cuerpo mientras se movía, escudándola tras él mientras miraba atentamente al desconocido frente a ellos.

—Nyxx, solo ha sido una confusión —trató de intervenir ella.

Nyxx negó muy lentamente con la cabeza.

—Llevo demasiado tiempo en este mundo para no ver más allá de lo que se ve a simple vista, mikrés —respondió él alzando la barbilla hacia el hombre—, y aunque pensé que esto jamás sería posible… El tiempo se está encargando de darme suficientes razones para hacerme cambiar de idea.

Ella miró a Nyxx y luego al hombre, entonces negó con la cabeza.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, y por la mirada del hombre, no era la única que no estaba entendiendo nada.

Nyxx estiró su mano enguantada hacia atrás, entrelazándola en la de ella, apretándosela antes de responder.

—Él tiene sangre Valaco, Lluvia.

El desconocido abrió ampliamente los ojos, sus labios moviéndose sin que pudieran articular una sola palabra, su mirada vagaba de uno al otro miembro de la pareja.

—¿Quién eres tú? —Por fin las palabras habían encontrado salida a través de su garganta, su mirada iba de Nyxx a Lluvia—. ¿Quién… quienes sois?

Nyxx miró fijamente al hombre durante unos instantes y luego pasó la mirada sobre su compañera, no había duda, el parecido estaba allí.

—Cariño, creo que acabamos de encontrar a un miembro de tu familia.

La sorpresa que se reflejó en el rostro de Lluvia fue idéntica a la del hombre.

—¿Te has vuelto loco? —sugirió ella en un ahogado susurro.

Nyxx negó con la cabeza y señaló al hombre frente a él, que no hacía más que mirar a Lluvia.

—Ojalá —respondió—. Pero soy un Cazador después de todo, *mikrés*, esa persona… Tiene lazos de sangre contigo.

CAPÍTULO 17

Si a Lluvia le hubiesen dicho que iba a encontrar a algún miembro de su familia biológica cuando salió de Nueva York, se habría echado a reír para luego hacer que la persona que lo hubiese dicho se tragase sus palabras. Después de todo, ¿cuántas probabilidades había de que alguien encontrase a un miembro de su verdadera familia por la calle, cuando nunca antes lo había visto o había sabido de él? Últimamente parecía que aquellas estadísticas se caían por su propio peso.

Lluvia miró detenidamente al hombre que se sentaba frente a ella en la pequeña cafetería en la que se habían citado a los pies de las ruinas. Los turistas seguían aprovechando el tiempo, charlando y sacando fotografías de los templos al otro lado de la calle ahora guiados por un compañero de Argus, ese era el nombre del hombre que habían conocido a los pies del Partenón y que había resultado ser entre otras cosas, el jefe de las obras de reconstrucción del complejo cultural, así como el arqueólogo encargado de los estudios de aquella zona. El hombre estaba contemplado absorto el cuaderno de botánica que Nyxx había sacado de la mochila de Lluvia, el mismo que le había sido enviado. Desde el momento en que había visto el gastado cuero y había abierto las páginas del ajado cuaderno, su rostro se había demudado hacia una expresión que rayaba la incredulidad.

—¿Cómo es posible? —murmuró él sosteniendo entre sus manos el cuaderno floral. Su mirada no dejaba de pasear por las páginas, en ocasiones siguiendo incluso las ilustraciones y las frases.

Nyxx contempló al hombre atentamente, descubriendo cada pequeña muestra de reconocimiento en sus ojos ante el cuaderno que tenía entre manos.

—¿Lo reconoce? —le preguntó Nyxx sin apartar la mirada de él. Se había sentado al lado de su compañera y sostenía la mano de Lluvia, ella estaba nerviosa, lo sabía por la manera en que se mordía el labio inferior y apretaba su mano en la de él.

Argus Kostas alzó su mirada de un tono castaño claro con motas doradas cuando escuchó la voz rota y desgarrada del joven que se sentaba ahora frente a él, sus ojos se desviaron poco a poco hacia la muchacha que estaba a su lado. Sus rasgos, su nariz, la forma de su boca y el tono de su pelo… Era tan parecido al de su esposa. Luchando una vez más por encontrar las palabras a través de aquel sin sentido, contestó:

—Es… Helena tenía uno así, ella lo había heredado de su abuela —aseguró mirando de nuevo el cuaderno y después a Lluvia—. Las láminas…, las anotaciones… ¿De dónde lo habéis sacado?

Lluvia apretó la mano de Nyxx al notar aquella mirada tan parecida a la suya clavada en ella, la ponía nerviosa.

—Dioses… —lo oyó susurrar entonces, la mirada del hombre vidriándose—, es… eres… igual a ella…

Nyxx le apretó la mano y ella alzó la mirada buscando la fuerza que necesitaba para enfrentarse a aquella nueva locura.

—El… el cuaderno… —se obligó a murmurar Lluvia, entonces sacudió la cabeza y se llevó la mano al oído de su audífono.

—Está bien, estoy aquí —le susurró Nyxx rodeándole la cintura con el brazo.

—Es complicado de explicar —respondió Lluvia respirando profundamente—. Desde hace algunos años…, desde que cumplí veintiuno, en realidad, me han estado llegando algunas cartas y paquetes coincidiendo con la fecha de mi cumpleaños. El cuaderno, este simplemente llegó hace unos días.

El hombre miró el cuaderno y luego a la chiquilla frente a él.

—¿Cumples… cumples años en Noviembre?

Ella sacudió la cabeza.

—En Mayo —respondió apretándose contra Nyxx, sus manos apretando la suya por debajo de la pequeña mesa—. El veintiséis de Mayo cumpliré los treinta.

Argus contuvo el aliento al escuchar la fecha, la edad de aquella muchacha coincidía con…

—Veintiséis de Mayo del ochenta y uno —murmuró mirándola cada vez más asombrado —. No… es imposible, no puedes ser ella.

Nyxx entrecerró los ojos mirando al hombre.

—¿Esa fecha tiene algún significado para usted?

Él alzó la cabeza y miró a Nyxx asintiendo, entonces miró a Lluvia y finalmente bajó la mirada al cuaderno en sus manos.

—El siete de Junio del ochenta y uno, la policía se presentó en las excavaciones en las que estaba trabajando en aquel entonces —empezó con una voz baja, suave, como si los recuerdos fueran demasiado pesados para él—, habían encontrado el cadáver de mi esposa.

Lluvia se tensó al escuchar aquello, toda ella temblaba ante las palabras que surgían de la boca de aquel hombre.

—Helena, mi esposa, había desaparecido siete meses antes sin dejar rastro —continuó Argus, su mirada seguía puesta en el cuaderno—, se dio parte de su desaparición a la policía pero… Nunca supe nada de ella hasta aquel día. Un indigente encontró su cuerpo tumbado en un banco del parque, al parecer aquel era su banco y se había acercado a hablar con ella solo para descubrir que aquella mujer… Estaba muerta.

Hubo un momento de tenso silencio que aprovechó el hombre para cerrar el cuaderno y dejarlo sobre la mesa.

—Se le hizo la autopsia —respondió él con voz lejana—, había fallecido de un paro cardíaco… Y todo indicaba que había dado a luz hacía pocos días. El bebé, nunca apareció.

Empujando el cuaderno por encima de la pequeña mesa hacia Lluvia, alzó la mirada y sonrió con triste calidez.

—Tú… Te pareces mucho a ella…

Lluvia era incapaz de decir nada, solo podía mirar a aquel hombre.

—Ella tenía las mismas pecas sobre la nariz y esa elevación en la barbilla, tu color de pelo es igual al suyo…

—Excepto por sus ojos —respondió Nyxx rompiendo la tensión que se había creado con el relato, apretó la mano de ella y la miró antes de mirar al hombre—. Lluvia tiene su mismo tono de ojos, con esas motas doradas.

El hombre sacudió la cabeza, no quería pensar en ello, era imposible, una posibilidad demasiado remota, aquello era demasiada coincidencia y no creía en tales cosas.

—Esto está resultando demasiado inverosimil —aseguró el hombre acariciando con una mano temblorosa el cuaderno en sus manos, reconociendo cada página—. Helena era la que tenía sangre *gypsy*, su pelo era del mismo color marrón vibrante que el tuyo, pero sus ojos eran azul claro y su piel más bronceada, era una nativa… —Su mirada fue entonces hacia Nyxx—. Ella era

Valaco, no yo.

Nyxx frunció el ceño y sacudió la cabeza.

—Reconozco la esencia, pero es posible que tenga razón —aceptó mirándolo con detenimiento—, porque hay mucho más en usted de lo que se ve a simple vista.

Angus miró al hombre sentado al lado de la muchacha pero no dijo nada, se llevó la mano al bolsillo trasero del pantalón y sacó una billetera.

—Esta era Helena poco antes de su desaparición —murmuró extrayendo una foto de uno de los compartimentos antes de tendérsela a Lluvia.

La muchacha tomó la foto con manos temblorosas y jadeó cuando vio la imagen. Nyxx se inclinó para ver la foto. El parecido era notable, la misma nariz, el mismo tono de pelo, la mujer en la foto era de la estatura de Lluvia, vestida con un pantalones y una camiseta, sonreía con las ruínas de la Acrópolis tras de ella. Argus no se había equivocado al describirla, era una *gypsy*, su tez olivácea, sus rasgos, ella era Valaco.

—Se… se parece a mí —respondió Lluvia en un angustiado susurro.

Nyxx le frotó la espalda, tratando de infundirle ánimos.

—Podríais haber pasado tranquilamente por hermanas —aceptó Nyxx entrecerrando los ojos. La mujer en la foto no debía tener más de dieciocho o diecinueve años—. Era bastante joven.

Argus asintió mirando la foto desde su posición.

—Helena y yo nos casamos cuando ella cumplió diecinueve, yo le llevaba cuatro años —explicó el hombre—. En esta foto ella acaba de cumplir los veintiuno, fue el día de su cumpleaños.

Nyxx miró a Lluvia y luego al hombre.

—Disculpe que le haga esta pregunta, Argus, pero… ¿Alguna vez volvió a saber algo de aquel bebé?

Tanto el hombre como Lluvia levantaron la cabeza. Argus negó lentamente.

—No, el bebé nunca apareció —negó él, el dolor en su voz era palpable incluso a pesar de todos los años que habían transcurrido—. Pero Helena era *Drabarni*, al igual que esta niña.

Lluvia se volvió a Nyxx en busca de una traducción.

—Una… Lectora de la fortuna —respondió Nyxx buscando una traducción acertada—. Una echadora de cartas, como Isabel… E imagino que con más capacidad que esa.

Argus asintió levemente mirando a Nyxx directamente a los ojos.

—Estás bien puesto en la cultura *gypsy* —respondió con un ligero asentimiento de cabeza.

—Hadryna, mi esposa… —Él miró a Lluvia, quien le puso la mano sobre el brazo y le sonrió permitiéndole que siguiera—, ella era una *gypsy* Valaco, aprendí algunas cosas sobre su cultura cuando estuvimos juntos.

Lentamente, el hombre asintió y miró a Nyxx.

—Me alegro que hayas encontrado refugio —respondió en griego, una manera de decir que había superado su pena y había vuelto a amar.

—Ella es mi refugio —aceptó mirando con amor a Lluvia, para luego mirarlo a él—. Y es Valaco, la última de su línea de sangre.

Argus se lo quedó mirando durante un largo instante, entonces sus ojos se abrieron desmesuradamente como si hubiese dado con aquello que se le había estado escapando.

—Una *Armaya*.

Nyxx simplemente asintió y el hombre lo miró de arriba abajo antes de centrarse en su pecho.

—El lykos que siento en ti —aceptó el hombre sin ninguna duda.

Nyxx asintió nuevamente.

—Tienes una intuición muy aguda —aceptó mirando con curiosidad al hombre.

Él esbozó una lenta sonrisa.

—Siempre me ha interesado la parapsicología además de la arqueología —respondió con un encogimiento de hombros—. Si bien no soy tan bueno como lo era Helena, a lo largo de mi vida he visto y sentido las suficientes cosas como para tener la mente abierta.

Nyxx asintió en aprobación, mientras el hombre volvía su mirada hacia Lluvia.

—Entonces, naciste el ventiseis de mayo —murmuró mirandola.

Ella asintió, su mirada buscando en todo momento a su compañero.

—Eso dice mi partida de nacimiento —respondió con suavidad, mirando todavía la foto en sus manos—. Según sé, me dejaron en un hospital de Nueva York.

Argus no dejaba de mirarla, había algo en aquella niña que le recordaba a su Helena, algo que iba más allá del parecido físico, si realmente pudiera ser, si después de tanto tiempo fuese ella…

—¿En Nueva York? —preguntó sorprendido.

Ella asintió lentamente.

—¿Cómo es posible? —negó el hombre, su mirada dejó la de Lluvia como si estuviese pensando para sí mismo.

—¿Habría alguna posibilidad de que su esposa estuviese en los Estados Unidos cuando dio a luz? —sugirió Nyxx mirando a Lluvia y luego al hombre.

Argus abrió la boca para responder pero apenas pudo articular sonido, aquello empezaba a resultarle dificil de aceptar.

—No… No lo sé —negó con la cabeza—. La policía investigó el caso durante algunos días, yo mismo indagué en hospitales, casas de acogida… Admito que incluso sopesé la posibilidad de que ella hubiese viajado y contacté con un amigo que trabaja en el aeropuerto pero… Ella ni siquiera tenía pasaporte, Helena se había marchado con lo puesto… Yo no… Nunca entendí que fue lo que ocurrió… El día anterior habíamos estado bien, incluso la había llevado a cenar fuera, habíamos pasado una noche agradable… Cuando desperté ya no estaba… Y no volví a verla hasta que me entregaron su cadaver.

Argus ladeó el rostro, contemplando a Lluvia.

—Eres… exactamente como ella —murmuró en voz alta, incapaz de pensar que aquello pudiese ser una opción, algo real y tangible—. ¿Acaso es posible?

Nyxx miró a Lluvia y finalmente al hombre.

—Le sorprendería saber la de cosas imposibles que al final resultan ser posibles —aseguró mirando a su compañera con ternura—. Si me lo pregunta a mí, entre el parecido de Lluvia con su esposa y usted mismo, y su línea de sangre…

Nyxx dejó la conclusión en el aire para que ellos mismos decidieran que era lo que querían hacer. Lluvia estaba tensa, nerviosa, su lobo la sentía y gimoteaba porque quería estirarse hacia ella, tranquilizarla.

—Por supuesto, una prueba de ADN dejaría cualquier duda a un lado —concluyó con un encogimiento de hombros.

Lluvia apretó la foto en sus manos, su mirada no dejaba de recorrer al hombre que estaba frente a ella poniéndola cada vez más nerviosa, no podía enfrentarse con la posibilidad de que él fuese su familia. Maldición, se había enfrentado a todo un sinfín de sucesos que casi le habían hecho perder la cabeza y ahora no podía hacer frente a algo como que ese completo desconocido

que estaba ante ella fuese su padre biológico, y la mujer en la foto su verdadera madre.

—¿Por qué se marchó? —se encontró diciendo, su voz temblorosa.

Angus miró a la chica y se dolió por ella.

—Me he hecho esa misma pregunta durante los últimos treinta años, pequeña —respondió él con suavidad—. Y no he conseguido encontrar la respuesta a eso, ni al hecho de que me ocultara que íbamos a tener un hijo.

Ella alzó la mirada y se obligó a hacer algo que jamás había hecho antes, buscó su aura, su alma, leyendo lo que allí había. Soledad, una enorme y vacía soledad y abandono, dolor y una pequeña esperanza que empezaba a abrirse camino.

Lluvia empezó a temblar. Había esperado encontrar alguna respuesta sobre su pasado en este viaje, saber si realmente era una Valaco y cuál era el significado de ello, pero ni en su más salvaje imaginación había pensado en algo como aquello.

Se levantó de golpe, haciendo que la silla cayese hacia atrás, haciendo al mismo tiempo que ella saltase también. Nyxx estuvo inmediatamente a su lado.

—Lluvia —la llamó Nyxx al ver que ella temblaba.

—Quiero irme a casa —pidió en un susurró, su mirada seguía fija en la del hombre, entonces se volvió a su compañero y se mordió el labio inferior—. Por favor, vámonos a casa.

Nyxx observó a Lluvia, vio la desesperación y el miedo en sus ojos, como también vio el dolor en los ojos de Argus, pero su compañera era lo primero.

Argus se levantó a su vez, lentamente, como si temiese que cualquier movimiento brusco pudiese asustarla aún más. Con cuidado le tendió el cuaderno a Nyxx, quien lo cogió con un asentimiento de cabeza.

Lluvia miró entonces la foto que todavía aferraba en sus manos y se la tendió al hombre.

—Lo siento —murmuró al ver que la había arrugado.

Argus negó con la cabeza y empujó suavemente su mano de vuelta, tocándola por primera vez.

—Debes conservarla, quizás sea lo único que conserves… De tu madre.

Lluvia apretó los labios, las lágrimas se delizaron por sus mejillas cuando apretó la foto con fuerza contra el pecho y sacudió la cabeza.

—Lo siento… yo…

Argus negó con la cabeza, sus ojos brillantes.

—No, pequeña —negó con suavidad—. Nunca lo lamentes, el verte con vida, ya es un regalo en si mismo.

Lluvia no dijo nada, solo apartó la mirada y dejó que Nyxx la condujese hacia la calle.

El lobo echó un vistazo atrás y vio al hombre asentir en conformidad.

A veces, algunas cosas simplemente deben dejarse como están. Oyó la voz del hombre proyectada en su mente, sorprendiéndolo. *Cuída de ella, lobo, es todo lo que puedo pedir*

Nyxx lo miró verdaderamente sorprendido, no eran muchos los seres que podían comunicarse de aquella manera, y desde luego, no un simple humano. Asintiendo lentamente con la cabeza, le dio su conformidad.

Argus se quedó mirando como la pareja descendía por la calle y se perdía tras girar en la próxima esquina a la izquierda. Su mirada volvió entonces hacia su espalda, donde se alzaban los restos de los antiguos templos y cerró los ojos con fuerza.

—Gracias por traerla con vida, Zeus —musitó en griego—. Gracias por dejarme verla con vida.

Lluvia no había dicho una sola palabra desde que Nyxx la había acompañado al hotel, se había sentado en una de las sillas de la terraza con la mirada perdida sobre el horizonte tratando de poner en orden aquel desastre en el que se había convertido su vida, un tren a toda velocidad que descendía sobre una vía sin nada que lo frenase. Las cosas se volvían cada vez más irreales, en un momento estaba disfrutando de un interludio en los brazos del hombre al que amaba, por que aquella era la verdad, amaba a Nyxx con cada fibra de su ser y la destrozaba el hecho de no ser capaz de romper su maldición cuando ella era supuestamente la única que podría hacerlo, entonces, al momento siguiente, pasaba alguna catástrofe o algo inexplicable y su frágil mente volvía a estar en una coctelera intentando a duras penas mantenerse unida y aquel hombre…

—Ese hombre… —murmuró después de un buen rato—, él… ¿Es mi padre?

Nyxx permaneció en la puerta de la terraza.

—No podría asegurarlo al cien por cien…

Ella apretó con fuerza los ojos y sacudió la cabeza.

—Nyxx, por favor.

El Cazador suspiró, podía notar su desesperación como suya propia.

—Lo es —asintió con suavidad, entrando en la terraza—. Y es mucho más que un simple humano. Tiene que tener alguna clase de don psíquico.

Volvió la mirada hacia él, preocupada.

—¿Eso es bueno?

Él le sonrió con dulzura.

—Lo es.

Ella asintió y extiró los brazos hacia él, necesitaba sentirse abrazada. Nyxx no tardó demasiado en complacerla, alzándola de la silla para intercambiar su lugar y tomarla en brazos.

—Tengo miedo —confesó abrazándolo.

—No permitiré que nada te dañe, *agapi* —le aseguró acariciándole el pelo.

Ella suspiró y se apretó más contra él.

—Tenemos que volver, debemos terminar con esto de una vez por todas —murmuró contra su cuello.

Nyxx asintió.

—Lo sé.

Lluvia respiró profundamente, empapándose de su aroma, bañándose en su calor, abriéndole paso a la calma que encontraba entre sus brazos, un profundo contraste teniendo en cuenta lo que ocurría a su alrededor. Echó mano al bolsillo de su pantalón y sacó la gastada foto que Argus le había dado, recorriendo la silueta de la mujer con el dedo, empapándose de la imagen de alguien a quien no conocía ni conocería y que le había dado la vida, si se dejaba guiar por lo que había oído y por sus propios instintos. Sin duda el parecido era asombroso.

—¿Por qué se marcharía así, sin más? ¿Cómo es que apareció su… cuerpo en Santorini poco tiempo después de que tuviese el bebé… a mí… si yo fui dejada en un hospital en Nueva York? —preguntó Lluvia intentando encontrar alguna explicación a lo que había oído de labios del hombre y comparándolo con lo que sabía de su propio nacimiento—. ¿Y si yo no soy ese bebé?

Nyxx la abrazó y le acarició el pelo con suavidad y lentitud.

—No puedo decirte como ocurrieron las cosas, Lluvia —le aseguró mirando la foto al mismo tiempo—. Lo cierto es que yo también encuentro extraño que hubiese viajado de un continente a otro para tenerte y volviese sin ti solo para encontrar la muerte de alguna manera en Santorini.

Lluvia alzó la mirada hacia él.

—Si viajó en avión, tendría que haber quedado constancia en aquel momento, pero él dijo que la policía había investigado y que no habian encontrado nada que sugiriera que ella hubiese viajado fuera del país —musitó apretándose más contra él—. Todo esto es demasiado para mí, Nyxx, no sé si voy a poder hacerle frente.

—Lo harás, *mikrés*, solo necesitas un poco de tiempo —le aseguró besándole la sien.

Ella suspiró y le acarició la barbuda mejilla a su vez, acariciando un mechón de pelo rubio que se había soltado de su coleta.

—Un tiempo del que ahora mismo no disponemos —aseguró, entonces cruzó su mirada con la de él y pidió—. ¿Podrías hacer algo por mí?

Nyxx la miró y asintió.

—Lo que necesites, *mikrés*.

Nyxx echó un rápido vistazo a las ruinas de la Acrópolis, el sol ya empezaba a bajar sobre el horizonte tiñéndolo todo de un color anaranjado, creando sobras sobre los templos que aún seguían en pie, reflejándose sobre las aguas un poco más allá de su vista. El lugar era hermoso y no podía sino agradecer a su compañera que le hubiese devuelto la posibilidad de verlo de esa manera.

Argus estaba hablando con un par de hombres uniformados de la misma forma que él, su voz era enérgica mientras amonestaba a uno de ellos con relación a algún tipo de material. Era un hombre realmente interesante, un humano con una habilidad e intuición que muy pocas veces se veía desarrollada y que le daba un aura de conocimiento y aceptación que encajaba muy bien con la profesión que había elegido.

Como si presintiera su presencia, el hombre se giró hacia él, Nyxx inclinó ligeramente la cabeza a modo de saludo mientras esperaba tranquilamente a un lado a que terminase con su reunión. Con una nueva señal seca hacia uno de sus compañeros, y un par de indicaciones más, Argus dejó a sus acompañantes y caminó lentamente hacia donde se encontraba Nyxx. Su rostro trataba de mantener una expresión neutral, pero la fatiga y la preocupación se hacían evidentes en sus ojos y en las pequeñas líneas de expresión alrededor de su boca.

—¿Ha ocurrido algo? ¿Ella está bien?

Nyxx sonrió al oír el tono de preocupación en la voz masculina y se apresuró a asentir con la cabeza.

—Lluvia está bien —le aseguró y echó mano a la parte de atrás de la cintura de su pantalón de donde sacó el cuaderno floral que había recibido ella y se lo entregó junto con una pequeña nota doblada sobresaliendo de entre las hojas—. Estos últimos días han ocurrido demasiadas cosas, ha tenido que hacer frente a muchos cambios y este hecho empieza a superarla, necesita tiempo para poner en claro sus ideas antes de pararse a pensar en esta nueva posibilidad.

Argus tomó el cuaderno acariciando las cubiertas y extrajo la nota con cuidado.

—Me ha pedido que le entregase el cuaderno —le explicó Nyxx—, querría que se lo guardara hasta que esté preparada para venir a buscarlo… Y enfrentarse a esta nueva etapa de su vida que parece abrirse ante ella.

El hombre asintió abriendo la nota para luego leer las líneas de una caligrafía limpia y delicada, una caligrafía muy parecida a la suya. Argus no pudo evitar sonreir ante aquella nueva similitud para después concentrarse en lo que decía aquella nota.

Un sinfín de emociones cruzaron por la cara del hombre mientras leía las palabras que

Lluvia había escrito, ella había abandonado su regazo y había buscado papel y un bolígrafo para escribir una nota. Nyxx sabía que en aquellos momentos ella no se sentía con la fuerza necesaria para enfrentarse a aquella nueva encrucijada en su camino, y honestamente, él tampoco disponía de más tiempo, tenía que regresar a Nueva York o exponerse a una cacería en la que ella quizás resultase herida. Algo que no podía permitir.

Argus respiró profundamente mientras doblaba la nota, sus ojos brillaban con emoción cuando le tendió la mano a Nyxx.

—Gracias —le dijo el hombre con voz quebrada, pero luchando para que las lágrimas no corrieran por sus mejillas—. Dile que guardaré el cuaderno y esperaré… el tiempo que haga falta. La estaré esperando.

Nyxx asintió correspondiendo a su apretón.

—Se lo diré.

Sin más, Nyxx dio media vuelta y bajó nuevamente por la calle, desvaneciéndose en la muchedumbre. Era hora de recoger a Lluvia y llevarlos de vuelta a Nueva York.

Argus se quedó mirando al muchacho hasta que este desapareció en la bruma, bajó la mirada al cuaderno y a la nota escrita de puño y letra y emitió una plegaria en griego para que acompañara a la pareja.

—Que los dioses os guíen en vuestro camino.

Lluvia se volvió cuando sintió una presencia tras ella. Había estado guardando las cosas en su mochila mientras esperaba el regreso de su compañero para volver a Nueva York y terminar de una vez por todas con todo aquello.

Nyxx le sonrió ligeramente y caminó hacia ella viendo la mirada de incertidumbre en sus ojos.

—¿Le has encontrado? —preguntó volviéndose hacia Nyxx.

Él asintió y le acarició la mejilla.

—Te esperará para devolverte el cuaderno —le aseguró, dándole el recado del hombre.

Lluvia asintió pero no dijo nada más.

—¿Lista? —preguntó entonces Nyxx.

Ella suspiró.

—Odio este método de viaje, pero quizás sea divertido vomitar encima de los zapatos de ese Juez —aceptó con ironía.

Nyxx se rió y tomó su mano llevándosela a los labios en un suave beso.

—No me cabe la menor duda, *mikrés*.

CAPÍTULO 18

Oficinas del Bufete Universal
Complejo de la Guardia Universal
Nueva York

Lluvia no estaba segura de que pudiera acostumbrarse nunca a esa manera de viajar, nada más aparecerse de nuevo, respiró profundamente, miró a los dos hombres que contemplaban con sorpresa a la pareja y pasó delante de ellos a la velocidad de la luz para depositar el contenido de su estómago en una papelera al lado del enorme escritorio de caoba. John arqueó una ceja ante el gesto mientras Shayler se encogía en simpatía por la pobre muchacha.

—Odio esta manera de viajar —farfulló ella con un gemido—. ¿Alguien tiene un botellín de agua, por favor?

Shayler se inclinó sobre la mesa y cogió la botella de agua sin empezar que había a un lado y se lo tendió junto con la caja de clinex.

—Gracias —respondió sin mirar al hombre.

—Sin duda una forma estelar de hacer tu entrada —aseguró John mirando a Nyxx.

El Cazador se encogió de hombros y siguió a su compañera, quedándose a su lado.

—Has tenido suerte de que no te vomitara encima de los zapatos —le aseguró.

Shayler miraba a la muchacha con cierta preocupación.

—¿Estás bien? —preguntó él mirando a la muchacha y luego a Nyxx.

Nyxx asintió lentamente.

—Ella es la primera persona que conozco que tiene esta reacción ante el viaje entre planos —aceptó mirando al Juez al tiempo que abría las manos—. Pero bueno, aquí me tienes y dos horas antes del toque de queda.

Shayler sacudió la cabeza.

—¿Tienes idea de la que has organizado, Nyxx? —su voz estaba teñida por el reproche.

Lluvia se enjuagó la boca y se limpió los labios antes de incorporarse y mirar al hombre que había hablado.

—Nyxx no tiene la culpa de nada —respondió contemplando por primera vez al así denominado Juez con algo más que sorpresa—. Él… solo… me protegió.

Nyxx sonrió por lo bajo tanto al escuchar la rápida defensa de su compañera como la mirada de sorpresa que había aparecido en los ojos femeninos cuando vio a Shayler.

—Lluvia, él es Shayler Kelly el Juez Supremo Universal. Es el marido de mi amiga Dryah —se lo presentó con cierta diversión—. Juez, Lluvia Naleri, mi compañera.

Lluvia miró asombrada el especimen masculino que no tenía nada que envidiar a su propio amante. ¿De dónde demonios salían estos hombres? De más de metro ochenta y cinco, con unos profundos ojos azul cielo y el pelo castaño claro rizándose en desordenados mechones a la altura del cuello, poseía unas facciones muy masculinas y un cuerpo de infarto. Sus hombros eran anchos bajo la chaqueta de cuero que los cubría, si bien no era tan fuerte en constitución como el propio Cazador de Almas, no había ni un solo gramo en toda aquella musculatura que le quitara masculinidad, sus estrechas caderas enfundadas en unos jeans negros daban paso a unas larguísimas piernas y todo él emanaba un aire de absoluto poder que hacía que quisiera

esconderse debajo de la mesa. Ese hombre era igual o más mortal aún que el guerrero rubio que se había encontrado con Nyxx.

—¿Tú eres Juez? —preguntó sorprendida, pues más allá de todo ese poder, aquel chico no podía tener más de treinta. Cuando Nyxx había hablado del Juez Supremo y de todo lo que aquel título conllevaba se había formado la idea de alguien mucho más mayor, con canas incluso.

Shayler se encogió de hombros con una divertida sonrisa.

—Hago de todo un poco —respondió él mirando a la mujer con detenimiento para luego trasladar su mirada a Nyxx—. Te agradezco que hayas venido por ti mismo, realmente me hubiese fastidiado tener que ordenar una cacería, Nyxx.

Él esbozó una irónica sonrisa y rodeó la cintura de su compañera con el brazo, atrayéndola cerca de él. En aquel momento no confiaba ni siquiera en ellos, después de todo, si estaba allí era para enfrentarse a un juicio y su condena, no para hacer vida social.

—No sé, quizás hubiese sido interesante veros morder el polvo —aseguró el Cazador rodeando la cintura de Lluvia con su brazo derecho.

Hubo un bufido procedente del otro hombre de pie al otro lado del escritorio. Lluvia le echó un rápido vistazo, sus ojos eran iguales a los del Juez y tenían un ligero parecido, pero nada más. Mientras que el así llamado Juez a pesar de su poder poseía un aura agradable y accesible, el otro hombre la repelía, la seriedad e inexpresión en su rostro la ponía nerviosa.

Nyxx arqueó una ceja y sonrió hacia él.

—Todavía estoy a tiempo de cambiar de idea, ¿no?

John lo miró pero no dijo nada, Shayler se limitó a poner los ojos en blanco y Lluvia alzó la mirada hacia él y negó con la cabeza.

—No —dijo ella con rotundidad, antes de volverse hacia el Juez—. Nyxx hizo lo que hizo para mi protección, si él no hubiese estado allí, yo no…

Shayler levantó la mano y le sonrió tranquilamente.

—Sé lo que ocurrió, Lluvia —aceptó el él—. Al menos parte de ello —su mirada fue de uno a otro—. Entonces, así están las cosas.

Nyxx no respondió, pero su mirada hablaba por sí mismo.

—¿Has conseguido algo? —se aventuró a preguntar John. Desde que ambos habían esperado frente a la Puerta de las Almas el regreso de sus dos seres queridos, se había formado una especie de entendimiento y respeto entre el Antiguo Guardián y el Cazador.

Nyxx miró a Lluvia como respuesta.

—Definitivamente, algo es una buena respuesta.

Ella se sonrojó bajo su cálida mirada.

Shayler arqueó una de sus delgadas cejas y ocultó una sonrisa mientras su mirada iba de su hermano al Cazador.

—¿Y qué hay acerca del resto?

Nyxx miró a Shayler con detenimiento, entonces chasqueó la lengua.

—Veo que has tenido una conversación bastante interesante con Seybin, ¿um?

Shayler no respondió directamente.

—Digamos que sus palabras te consiguieron un pequeño indulto —aseguró inclinándose hacia atrás sobre el escritorio, cruzando sus pies a la altura de los tobillos mientras se apoyaba sobre este—. Pero la has jodido y bien, Nyxx, no nos está permitido asesinar a humanos, por muy hijos de puta que sean.

Nyxx fijó su mirada sobre Shayler y le respondió sin ambajes.

—¿Qué habrías hecho tú si estuvieses en mi lugar? ¿Te habrías quedado de brazos

cruzados?

No. Shayler lo sabía sin necesidad de pensarlo. Si su esposa llegase a encontrarse en una situación igual o parecida, borraría al bastardo de la faz de la tierra y a la mierda las consecuencias.

—No estamos hablando de mí —respondió Shayler con tono neutral, tranquilo—. Seybin me ha dicho que el alma de ese… hombre… estaba en la lista de la Puerta para ser recolectada esa misma semana.

Nyxx asintió lentamente.

—Incluso nosotros tenemos burocracia, Shayler —aceptó el Cazador—. Ese hijo de puta estaba anotado en la lista como una de las almas a recolectar, lo más seguro es que terminase en una cuneta, borracho y con el cuello roto, o una puñalada en el pecho para luego ser desvalijado. Yo simplemente adelanté el trabajo.

Lluvia asistía al intercambio de ambos hombres con cierta tensión.

—No te sentí a ti en aquella muerte, Nyxx —comentó entonces Shayler en voz baja—. Fue tu lobo quien dejó la huella, rabia ciega y sed de sangre y una profunda lealtad y necesidad de protección hacia ella. ¿Por qué no te sentí a ti?

Nyxx intercambió una mirada de advertencia con Shayler, entonces se volvió con más suavidad hacia su compañera y le acarició la mejilla.

—Ve a la sala y espérame allí, ¿quieres? Me da la impresión que esto va a ir para largo —le pidió a Lluvia.

Ella estaba a punto de abrir la boca para protestar cuando la interrumpió Shayler.

—Le diré a Dryah que baje, así no estarás sola… —le ofreció el Juez.

—No hace falta —respondió una voz femenina desde el otro lado de la puerta. Tanto los hombres como Lluvia se volvieron hacia esta cuando empezó a abrirse dejando entrar a una menuda rubia con la melena atada en una larga coleta a su espalda y vestida con unos jeans y una chaqueta de cuero blanco por encima de un sueter del mismo color. Una bufanda azul cielo rodeaba su cuello—, ya estoy aquí. Me alegro de volver a veros a los dos.

Shayler contempló a su esposa con cariño y tomó su mano cuando ella se acercó a él y le pidió un beso, el cual concedió encantado.

—No voy a irme a ningún lado —negó Lluvia mirando a Nyxx y a los presentes. Su cuerpo se apretó más contra el de su amante.

Dryah se inclinó hacia delante y observó el pequeño aparato en el oído de Lluvia y sonrió a Nyxx quien le hizo un guiño en respuesta.

—Yo tampoco —respondió entonces Dryah mirando a su marido con total tranquilidad.

—Quizás podríamos retomar el asunto donde se quedó —sugirió John caminando hacia las dos parejas.

Nyxx miró al hombre y finalmente se volvió a Shayler.

—Mi alma no está completa —respondió él respirando profundamente, su mirada fue entonces a Dryah quien pareció repentinamente triste, como si supiese que era lo que iba a decir. Nyxx sonrió para sí, quizás lo supiera—. La mitad de mi lobo y mi propia mitad cohexisten en mi interior, a veces es dificil mantener el equilibrio, por lo general el lobo es una extensión de mi mismo, uno solo conmigo… esa noche… Lluvia es mi compañera, como también lo es para él… Sus instintos protectores se superpusieron a cualquier otra cosa, si ella no hubiese estado allí y hubiese retenido al lobo, no sería solo un cadaver el que tendrías sobre la mesa, Juez, sino dos. Y para el otro, sí que debo confesar que no hay orden todavía para su alma.

Lluvia estiró la mano para encontrar la de Nyxx y apretarla con la suya.

—Nyxx hizo lo que tenía que hacer para evitar aquello, no importa si era lobo u hombre, lo único que sé es que me salvó de algo que ninguno de vosotros puede llegar siquiera a imaginar lo que significa para una mujer —respondió Lluvia mirando fijamente al Juez y a su hermano.

Dryah miró a Lluvia y sintió como Shayler le apretaba la mano, su mirada azul se encontró con la de él y le transmitió su apoyo. Ella se sentía culpable de lo que le había ocurrido a Nyxx, había sido culpa suya que el Cazador tuviese que sacrificar tanto para mantenerla con vida cuando aún era un alma en forma humana.

Nyxx captó el intercambio y apretando la mano de Lluvia se dirigió a Dryah.

—No te culpes por algo de lo que no eres responsable —le susurró el Cazador.

Dryah se lamió los labios y respondió con un suspiro.

—Pero sí lo he sido, indirectamente, lo he sido —respondió ella.

Nyxx sacudió la cabeza y apretó la mano de Lluvia.

—No, *adelfi*, ocurrió como debía ocurrir —le aseguró llamándola *hermana.*

Shayler respiró profundamente y miró al Cazador.

—No puedo hacer excepciones, Nyxx —respondió realmente molesto por ello.

Nyxx esbozó una ligera sonrisa.

—No tendrás que hacerlo, Juez Supremo, por que yo también tengo una petición que traer ante ti —aseguró él con una irónica sonrisa.

Nyxx sonrió al ver los rostros sorprendidos de cada uno de los presentes. Bien, a él le gustaban las sorpresas tanto como al que más. No tenía duda alguna al respecto acerca de cual era la pena que se le había impuesto, al final del día quien tenía que lidiar con el peso del Universo era el Juez y no podía permitirse vacilar. Tan joven como era, Shayler poseía una entereza y un espíritu admirable y solo por ello Nyxx estaba satisfecho de que las cosas se hicieran de aquella manera. Con todo, el Cazador en él no iba a quedarse tan tranquilo y esperar a que le llegase la muerte como un cordero que iba al matadero, no cuando había una manera mucho más entretenida de caminar hacia la Parca, y una justificable.

Shayler se adelantó, su mirada entrecerrándose sobre Nyxx, el Cazador estaba casi seguro de que el Juez estaría intentando indagar más allá de lo que se veía a simple vista, por desgracia, Nyxx no era de los que quisiera compartir algo así, ni siquiera con su compañera.

—¿Qué petición? —preguntó Shayler con cierto recelo.

Nyxx tomó la mano libre de Lluvia cuando ella la estiró hacia él y se la apretó antes de responder.

—Quiero una compensación por sangre —declaró en voz lo suficientemente alta y firme para que todos lo oyeran.

Shayler se quedó realmente sorprendido ante tan inusual petición, al igual que los demás. John, en cambio, se dirigió directamente al Cazador.

—¿Te has vuelto loco? ¿Una compensación por sangre? —le dijo directamente a la cara —. ¿Por quién?

Shayler se tensó al captar lo que se le había antojado tan esquivo durante aquella pequeña reunión y suspiró al entender que Nyxx estaba en su derecho a pedir tal cosa.

—Por su compañera —respondió Shayler por él.

Con un leve movimiento de la mano hizo que la chaqueta que envolvía a Lluvia se abriera y la camiseta se levantase dejando al descubierto la línea rojiza que cruzaba el costado de la chica ante la indignación femenina

—Se ha derramado su sangre.

John maldijo entre dientes al comprender, mientras Dryah se volvía a mirar a unos y otros

sin entender.

—¿Qué es una compensación por sangre? —preguntó la joven Oráculo frunciendo el ceño.

Shayler se volvió a su esposa mientras Lluvia se llevaba una mano a la ropa y se bajaba rápidamente la camiseta con nerviosismo.

—Lyon derramó sangre inocente cuando se encontró con Nyxx —explicó intentando buscar una forma fácil de catalogar aquello—. Lluvia intervino poniéndose a sí misma en peligro… Un movimiento estúpido, si me preguntas, tesoro, el interponerte entre dos hombres armados.

Lluvia miró al Juez pero no dijo nada, no era necesario, su mirada era suficiente aclaración a sus actos. Shayler suspiró y negó con la cabeza.

—Nyxx evitó que lo que podría haber sido una muerte innecesaria terminase en solo eso —concluyó mirando al Cazador.

—En cuyo caso tu problema sería muchísimo mayor —aseguró él con una irónica sonrisa.

Lluvia sacudió la cabeza adelantándose a todos.

—No quiero compensaciones. Yo estoy bien —aseguró mirando de unos a otros para finalmente atraer la mirada de Nyxx—. No lo hagas, no merece la pena.

Nyxx le sonrió y le acarició la mejilla.

—Debo hacerlo —le susurró sin apartar su mirada de la de él—. Si quiero permanecer a tu lado, debo hacerlo, *mikrés*.

Ella negó con la cabeza y se volvió hacia el Juez con la desesperación naciendo en sus ojos.

—No puedes permitirlo.

Shayler no esquivó su mirada, pero había pena en su voz al responder.

—Está en su derecho —contestó alzando la mirada hacia el Cazador—. ¿Estás seguro?

—¿Lo estás tú? —fue la irónica respuesta de Nyxx.

Lluvia se soltó de Nyxx, apartándose y poniéndose en medio de los dos hombres.

—No podeis hacer esto —negó empezando a ponerse frenética. Su mirada fue hacia Dryah en busca de ayuda femenina—. Diles que no pueden.

La chica se mordió el labio, imitando un gesto que a menudo hacía Lluvia, ella vio el debate que pasó por aquellos ojos azules antes de que respondiese con suavidad.

—No puedo, Lluvia, no puedo intervenir —negó Dryah apretando las manos en sendos puños—. No puedo jugar con vuestro destino.

Lluvia dejó escapar un jadeo mitad risa.

—¿Destino? ¿Llamas destino a permitir que dos hombres se maten entre ellos? Yo eso lo considero una barbarie, no el Destino —exclamó desesperada, entonces se volvió hacia Nyxx—. No lo hagas. Solo vámonos, a cualquier sítio, pero vámonos.

Nyxx enmarcó su rostro entre sus manos y estudió su cara, estaba decidido a hacerlo, aunque eso le costase la sentencia de muerte que el Juez había puesto sobre él.

—Todo irá bien, *mikrés*, cuando más me necesites, seguiré estando a tu lado —le prometió besándole la frente para luego hacerlo en los labios y separarse de ella—. Ahora, quédate con Dryah, ella cuidará de ti.

Nyxx dijo aquello mirando a Dryah quien asintió sin dudar. Inclinando la cabeza a modo de agradecimiento, su mirada se volvió sobre Shayler. Sus labios esbozando esa sonrisa ladina e irónica que siempre colgaba de sus labios.

—Que empiece la caza —respondió y antes de que alguno de los presentes pudiera hacer algo para impedirlo, se desvaneció.

—¡No!

Lluvia se quedó mirando hacia la nada, el lugar que un parpadeo antes había ocupado su amante. Todo en su interior se revelaba ante aquella decisión tomada por Nyxx, ella no deseaba que se derramase sangre, ni la de su amado ni la de ningún otro por su causa, nadie merecía sangrar por ello. Su mirada se volvió hacia los presentes, el reproche y el desprecio naciendo desde lo más profundo de su interior, aquellos eran los únicos protagonistas de toda aquella locura.

—Lluvia… —trató de acercarse Dryah.

La chica se volvió hacia la pequeña rubia que estiraba la mano hacia ella, para golpeársela de regreso. No quería que la tocara, no quería nada de ellos, solo quería a Nyxx, solo a él.

—¡No me toques! —le gritó alejándose de su contacto antes de echar un vistazo a los otros dos hombres—. Esto es culpa vuestra… de todos vosotros.

Shayler se volvió hacia su esposa, quien se había quedado paralizada ante la explosión de la muchacha, podía sentir el dolor y el arrepentimiento de su compañera como también notaba las emociones desesperadas de la otra muchacha.

—Lluvia, Nyxx sabía perfectamente a lo que se exponía cuando hizo lo que hizo —trató de explicarle—, sé que es dificil de entender para ti, pero tu compañero tenía elección, en cambio se dejó guiar por el instinto de su lobo.

Lluvia alzó la mirada hacia él y miró después a su esposa, reparando en la manera en que la protegía, como la escudaba. Sus labios se movieron en una mueca irónica.

—Soy sorda, Juez Shayler —respondió ella llevándose la mano al oído cubierto por el pequeño amplificador—. Sin esto, no podría oír nada… En unos cuantos meses, años si tengo suerte, ni siquiera este pequeño aparato funcionará para mí, mi mundo se sumirá en un completo silencio. Pero mis otros sentidos funcionan perfectamente. Yo estaba allí, aunque aquellos recuerdos me aterran, estuve allí y sé lo que ví, se lo que sentí y sé que no había intenciones asesinas en los ojos de *mi* lobo, solo una necesidad completa y absoluta de protección. Tendrías que ser una mujer para entender lo que una violación puede hacerte, las marcas que deja en tu alma, ya no solo en tu cuerpo y él me salvó de conocerlo, Juez. No esperes que me ponga en su contra.

—No te estoy pidiendo que lo hagas —negó él, sus ojos azules mirándola con calidez, paz —. Solo te pido que te mantengas al margen, no le harás ningún bien a Nyxx si vuelven a herirte.

Lluvia alzó la barbilla, tensándose.

—No, no lo hará —asintió ella con convicción—. Pero prefiero que se sea mi sangre la que se derrame y no la de él. Nyxx ya ha perdido bastante.

Shayler asintió.

—Sí —aceptó—. No permitas que te pierda a ti también.

Lluvia sacudió la cabeza.

—Él no va a perderme —respondió girando ya hacia la puerta—, haría falta que el diablo viniese a buscarme en persona para que eso ocurra.

Antes de que ninguno de ellos pudiera evitarlo, la muchacha salió de la oficina y cruzó rápidamente la sala en dirección al pasillo y tomó el primer ascensor.

—Si a ella le ocurre algo… —murmuró Dryah empezando a temblar. Sacudiendo la cabeza empezó a caminar tras la muchacha, solo para ser detenida por su compañero—. Shayler… le acabo de darle mi palabra a Nyxx.

—No —negó este con vehemencia—. No debes interferir de ninguna manera, Dryah…

Dryah alzó sus profundos ojos azules y se debatió entre ir tras la muchacha o mantenerse

al margen.

—Ya lo he hecho —susurró con creciente desesperación—. He dado mi palabra… si a ella le pasa algo…

Shayler abrazó a su esposa, atrayéndola contra él y suspiró antes de volver la mirada hacia John.

—No tenemos otra elección, Shayler —le aseguró su hermano al ver la duda en los ojos del Juez.

Él asintió y aferró con más fuerza a su mujer.

—Avisa a Lyon, dile que Nyxx ha pedido una satisfacción de sangre… Y va a por él —pidió con voz firme—. Que inicie la caza.

John asintió y se volvió caminando hacia la sala para cumplir la orden.

—No se detendrán hasta que alguien muera —musitó Dryah apretando los ojos y aferrándose a la chaqueta del Juez con desesperación—. Y alguien morirá, Shayler, alguien morirá.

Abrazó a su esposa, apretándola contra él sabiendo que lo que ella decía, antes de que acabase el día, acabaría por hacerse realidad.

Lluvia salió a la calle y se paró mirando a derecha e izquierda con desesperación, el sol estaba en lo alto e iluminaba todo con tanta fuerza que parecía hacer mofa de la oscuridad que rondaba su corazón y su alma, una oscuridad provocada por la condena de una muerte que no podía darse el lujo de permitir, no ahora, no cuando él era todo lo que tenía, todo lo que realmente le importaba.

Pero, ¿qué podía hacer ella? No era más que una simple chica de barrio, una muchacha corriente que se había visto arrastrada por el hombre más increible y sexy en el que posó la mirada, a un mundo que solo podría existir en una novela de ciencia ficción, nunca en la realidad. Su vida había ido en un camino descendente desde que lo había conocido, todo aquello que en lo que creía, su realidad, se había hecho añicos para ser sustituída por otra más fiel, más verdadera y más intensa, una realidad en la que amaba con todo lo que era a un hombre que había sido maldecido hacía más de mil años, un hombre por el que daría su propia vida si con ello traía una simple sonrisa a su rostro.

—¿Dónde estás? —susurró moviéndose inquieta de un lado a otro, incapaz de decidirse hacia que lado ir—. Vamos, Lluvia, piensa… ¿A dónde ha ido?

Pero no era su mente lo que necesitaba en aquellos momentos, se dio cuenta, ya no podía ser la misma muchacha que casi había atropellado aquel vehículo solo para verse salvada por un desconocido. Aquella muchacha había quedado ya muy atrás, su vida había cambiado, su pasado se había desvanecido para dar paso a una nueva realidad, nueva y muy real.

—No es hora de dudar, Lluvia —se dijo a sí misma—. Has visto con tus propios ojos como es el mundo en realidad, como es tu mundo… vamos… puedo hacerlo, sé que puedo.

Respirando profundamente se obligó a ignorar todo lo que había a su alrededor, olvidándose de la gente y de todo aquello aquello que no fuese su propia conciencia, su propia sangre y herencia. Sabía que lo que buscaba estaba allí, en su interior, de alguna manera había llegado a una comunión con ello en el Santurario de Dodona. Había sentido la tierra, la edad en aquel ancestral suelo, no podía ser que su afinidad con las plantas y los árboles sirviera solamente para sacarse el título de Paisajista. Si como Nyxx había clamado ella tenía sangre Valaco corriendo por sus venas, si realmente era la hija de aquella hermosa mujer que había visto en la foto, era hora de demostrarlo.

La advertencia llegó como una suave brisa que se elevaba en su interior, sus sentidos parecían hacerse de pronto más pronunciados hasta el punto en que pensó que podría salirse de su propio cuerpo, la sensación fue amplificándose hasta que su oído empezó a captar un ligero zumbido y tras ese zumbido llegó una imagen.

Lluvia abrió los ojos de golpe, su mirada voló hacia la derecha, donde un par de metros más allá empezaba Central Park y con un angustiado jadeo, echó a correr hacia el próximo paso de peatones, teniendo cuidado de esquivar los coches mientras cruzaba al otro lado de la calzada.

Nyxx se apareció en una de las muchas intersecciones dentro de Central Park de Nueva York, su mirada verde entrecerrándose ligeramente mientras buscaba aquello que no se percibía a simple vista. La gente había aprovechado la mañana del domingo para salir a pasear, el día estaba bastante frío en comparación al clima mediterráneo del que acababan de regresar, pero el sol en lo alto del cielo parecía ser suficiente excusa para enfrentarse al frío.

Sonrió para sí al recordar la cara de sorpresa en el rostro del Juez cuando le había dicho que quería una compensación de sangre por lo que le habían hecho a su compañera, había tenido que mover los hilos muy despacio para poder salirse con la suya, aquel enfrentamiento serviría perfectamente a su propósito. Había entendido que Shayler iba a cumplir la ley hasta las últimas consecuencias, lo supo desde el instante en que el Juez le concedió el edicto de aquellos cinco días para solucionar las cosas, pero no lo culpaba, de hecho, se alegraba que el chico mantuviese su palabra, después de todo era necesario que alguien pusiese los puntos sobre las íes en el mundo salvaje en el que se movían.

Nyxx alzó el rostro, casi como si estuviese oliendo lo que le rodeaba y sonrió volviéndose hacia la derecha antes de hacer aparecer sus armas y lanzarse en un elegante giro con el brazo derecho estirado. Un fuerte sonido de metal reberveró por el lugar llamando la atención de los transeuntes que se quedaron clavados en el lugar al ver aparecer de la nada al enorme vikingo que detuvo con una amplia sonrisa en sus labios el mandoble que lanzado por Nyxx.

—No sabía que tenías tanto apego a la muerte —le dijo Lyon echando un rápido vistazo al Cazador, para finalmente retroceder y echar un vistazo a su alrededor—. ¿Era necesario tener público?

Nyxx miró por encima del filo de su espada al Guardián Universal para luego trasladar su mirada hacia los transeuntes que habían estado paseando por el parque y se habían quedado paralizados por el temor, y algunos por curiosidad, ante el espectáculo que parecían estar a punto de dar aquellos dos hombres con espadas en sus manos.

—Nunca se me han dado bien las multitudes —respondió el Cazador barriendo el lugar con la mirada antes de esbozar una irónica sonrisa y alzar su mano libre al cielo haciendo que el aire sobre sus cabezas reventara en una potenete explosión. La gente empezó a gritar y a correr entonces en todas direcciones alejándose y gritando incoherencias.

Lyon puso los ojos en blanco.

—Qué sutil —respondió haciendo rodar sus ojos—. ¿Tanto te aburriste en tu último viaje de cacería?

Nyxx volvió la mirada desde la gente que huía hacia el hombre que permanecía frente a él.

—Digamos que las presas escaseaban —aseguró rodando la empuñadura de la espada en sus manos—, pero no fue una completa pérdida de tiempo.

Lyon chasqueó la lengua y lo miró rodeándole, como se rodearían dos perros de pelea.

—¿Por qué estás haciendo esto? —le preguntó. No se había creído ni una sola palabra de lo que le había comunicado John por teléfono—. ¿Qué ganas exponiéndote a morir de esta

manera? Tu compañera, por lo que tengo entendido, está perfectamente entera y bien.

Nyxx asintió con desinterés.

—Y así espero que esté durante mucho tiempo —aseguró siguiendo con aquel movimiento rotatorio.

—Puede que el Juez se haya tragado el motivo que has dado para este encuentro —le aseguró Lyon—, pero conmigo no tendrás tanta suerte.

El Cazador entrecerró sus peligrosos ojos verdes y chasqueó la lengua.

—Um… no estaría tan seguro de que se lo haya tragado —aseguró con ironía—, por otro lado, quizás la excusa le sirva tanto a él como a mí para poner fin a esto. Pero si tú necesitas un motivo… —Nyxx fintó hacia delante arañando el brazo de Lyon, arrancando la primera gota de sangre—. Ahí lo tienes.

Lyon bajó la mirada a su brazo y finalmente clavó su mirada en Nyxx con una divertida sonrisa.

—Adoro que me den motivos para matar a alguien —respondió el hombre lanzándose al ataque.

—Ya somos dos.

Fintando de un lado a otro, escabulléndose solo para volver a atacar, los dos hombres se enzarzaron en un combate mortal, sin preocuparse de quién hería a quien y en qué forma. Solo eran dos combatientes dispuestos a todo por la victoria, una victoria que alzaría el primero que matase a su contrincante.

Lluvia se detuvo ante la entrada de Central Park jadeando. Inclinándose hacia delante apoyó las manos sobre las rodillas mientras intentaba encontrar el aire que llevar a sus pulmones, había atravesado la calle todo lo rápido que había podido, rezando por que pudiera llegar a tiempo para evitar un derramamiento de sangre como el último al que había asistido. No podía permitir que Nyxx saliese herido, mucho menos que lo matasen.

Un fuerte estruendo procedente de alguna parte del interior había resonado con fuerza haciendo temblar incluso las plantas, la gente empezó a gritar y pronto aparecieron las primeras personas abandonando el lugar en una rápida carrera.

—Nyxx —murmuró mirando a su alrededor mientras la gente pasaba a su lado mirando hacia atrás con nerviosismo.

La sensación de urgencia que sintió antes volvió a resurgir, todo lo que quería hacer era correr en dirección contraria, alejarse de lo que quiera que hubiese ocurrido allí dentro para provocar tal caos, pero en su lugar se internó en el parque, esquivando a la gente que se apresuraba en dirección contraria, hablando y gritando sobre una explosión o un posible ataque terrorista y avanzando siempre hacia delante, hacia donde sus instintos la impelían a caminar.

Lluvia dejó el camino principal cuando oyó un suave susurro de viento moviéndose entre los árboles a su derecha, no podía explicarse aquella compilación pero de algún modo sabía que aquel era el camino correcto. Subió por una de las amplias lomas y saltó por encima de la pequeña valla de madera antes de descender a trompicones por el otro lado, los recuerdos de la noche en la que la habían atacado empezaron a filtrarse en los recobecos de su mente, no importaba que estuviese a plena luz del día, los ecos de lo ocurrido intentaban abrirse camino en su alma, atacando sus nervios.

—¡No! —se obligó a detenerse y apartar aquellos recuerdos de su mente. Necesitaba llegar a Nyxx, aquello era lo único en lo que debía pensar—. Tengo que llegar a él, tengo que evitar que se derrame sangre.

Con aquella idea en mente siguió su camino, tratando de orientarse mientras se adentraba más y más en la enorme extensión del parque, rezando por llegar a tiempo de evitar que él cometiera alguna estupidez. Algo en lo que parecía ser un experto.

Apenas había alcanzado las inmediaciones del lago cuando se encontró con dos chicas que corrían despavoridas en dirección a la zona de la que ella acababa de venir. Nada más verla, las muchachas de no más de quince o dieciseis años corrieron hacia ella, hablando al mismo tiempo.

—No vayas por ahí —clamó una chica, totalmente blanca y con la mirada aterrada—. Ha habido una explosión, y hay dos locos peleándose con dos enormes espadas.

—Pensamos que estarían rodando o algo, pero entonces hubo una explosión —aseguró su compañera—. Y la forma en que se gritaban el uno al otro… No, esos no eran actores.

—Tenemos que salir de aquí, avisar a la policía —clamó la primera de ellas tirando de su amiga—. Vamos, no quiero quedarme aquí.

Lluvia volvió la mirada a la dirección que ellas habían señalado y miró después a las chicas, empujándolas hacia el lugar por donde ella había venido.

—Teneis que iros de aquí —las empujó con decisión—. Marchaos y no volvais atrás.

—No puedes ir allí… Son peligrosos —insistía una de ellas, mientras la otra lloraba y tironeaba de su amiga para que se marcharan.

—Iros, no me ocurrirá nada —aseguró Lluvia mientras las echaba—. Vamos, fuera.

Las muchachas no dudaron ni un instante más y se internaron hacia la zona del parque por la que Lluvia había llegado, mientras, los ojos marrones de Lluvia echaron un rápido vistazo hacia la zona por donde las había visto llegar y se encaminó hacia allí.

Nyxx devolvió el golpe haciendo que Lyon se deslizara hacia atrás, solo para retroceder él mismo y cambiar la posición de su daga en la mano mientras giraba la espada en la otra y volvía a arremeter contra el Guardián. Tenía que darle crédito al hombre, era bueno con las espadas, casi tan bueno como él, lo que hacía de aquel un combate realmente interesante. Nyxx se preparó para recibir el próximo mandoble, parándolo rápidamente con la espada larga mientras se giraba y atacaba a su vez, solo para retirarse nuevamente hacia atrás evitando así recibir un bonito tajo en el estómago. La fuerza con la que los dos atacaban y se repelían empujaba sus cuerpos más allá de cualquier resistencia, pero ya era hora de acabar con aquel juego, no tenía intención de matar al guerrero, por suerte para él, Lluvia apenas había recibido un arañazo y había sido culpa suya por no ponerla a salvo y alejarla de ellos dos antes de enzarzarse en una pelea. Siseando ante el golpe que arrancó un trozo a su chaqueta se echó hacia atrás y empezó a dirigir el combate hacia los costados. Los humanos habían corrido por sus vidas cuando vieron que no se trataba de una exhibición al aire libre, al menos así el Juez y los suyos tendrían algo más en lo que entretenerse pensó con ironía mientras retrocedía esquivando sus ataques hacia una de las bifurcaciones del camino. Lyon lo seguía de cerca, descargando toda su adrenalina en cada ataque, el Guardián Universal se estaba tomando a pecho aquella escena, bien, después de todo iba a necesitar su mejor golpe para terminar con aquella pantomima.

Girando una vez más, se preparó para lo que vendría, había cavilado en ello demasiado para no saber que era una idea estúpida, pero por otra parte, aquella era la única salida para deshacerse de una vez por todas de la sentencia del Juez y poder volver al lado de Lluvia y concentrarse en buscar la manera en que pudiera quedarse con ella, después de todo ella seguía siendo humana y él un Cazador de Almas.

Si tenía que morir, lo haría de una manera honorable.

Con aquella idea en mente, respiró profundamente y bajó la espada larga girando su daga,

él podría morir… Pero Lyon se iba a llevar un buen corte.

—Vamos, Guardián, demuéstrame lo que puedes hacer —musitó para sí avanzando ya para llevar a cabo aquella acción suicida.

—¡No!

—¡Deteneos!

—¡Lyon, la espada!

Las voces se filtraron una tras otra a través del fragor de la batalla, pero ya era demasiado tarde para advertencias. Nyxx se giró alzando su arma por reflejo y enmudeció cuando sintió la hoja atravesando limpiamente la carne de un cuerpo. Sus pupilas se dilataron cuando se encontró con Lluvia en los brazos, sus ojos totalmente abiertos por la sorpresa y más allá de ellos dos, precipitándose hacia Lyon, vió a Shayler deteniendo a duras penas el golpe que su compañero de armas ya dirigía hacia Nyxx, el cual en la posición en la que estaba ahora mismo el guerrero terminaría hundiéndose en el costado de la muchacha.

La sangre se heló en sus venas cuando sintió algo cálido manando sobre la mano que empuñaba su arma, sus ojos bajaron lentamente sobre el cuerpo femenino hasta reparar en la enorme mancha que se estaba formando a la altura del corazón de Lluvia, donde su daga todavía sujeta a su mano se había hundido hasta la empuñadura. El lobo en su interior aulló de dolor y angustia al mismo tiempo que él dejaba escapar un agudo grito y retiraba la daga clavada en su corazón mientras su preciosa carga caía desmadejada hacia el suelo.

—No, no… no… por los dioses… no —balbuceó mirando a su mujer, y la herida mortal que le había infringido en el pecho—. Lluvia, mi amor, no…

—No… no podía dejar… que lo hicieras… —murmuró ella antes de atragantarse y toser, de sus labios escapando cohágulos de sangre.

—No… pequeña, mírame… mírame, mi amor… —le suplicó llevando su mano ensangrentada a su rostro cada vez más pálido, mientras la apretaba contra él, su mano bajó a la herida sobre su pecho presionando con fuerza—. *Shhh*, todo irá bien… Te pondrás bien…

—No… me dejes sola… Nyxx… —susurró ella a duras penas, sus ojos luchando por permanecer abiertos.

—¡No! ¡Lluvia! ¡Maldita sea, no te atrevas a dejarme! Cariño, por favor —le suplicó, las lágrimas resbalando por su rostro, su mirada recorriendo con impotencia su cuerpo—. Por favor, no me dejes tú también… por favor…

—Te… es… esperar…é —susurró ella alzando una temblorosa mano hacia su mejilla antes de cerrar los ojos y exhalar su último suspiro. La delicada mano cayó antes de haber tocado si quiera su piel inerte al suelo, Nyxx no podía más que mirarla con desesperación, entonces sus ojos volaron al rostro de su compañera, en ellos una profunda negación mientras seguía brotando sangre de la herida en el pecho femenino, bañándolos a los dos.

—No… no… por favor… no —gimió con desesperación inclinándose sobre ella, meciéndola contra él—. Lluvia no, por favor, te necesito, *mikrés*… por favor… ¡No! ¡No!

Shayler apartó la mirada de la pareja a escasos centímetros de ellos en el suelo cuando sintió el enorme cuerpo de su guerrero temblando. Poco a poco el sonido del acero al deslizarse inundó el sepulcral silencio solo roto por los desgarradores sollozos de Nyxx, Lyon tenía los ojos desmesuradamente abiertos y la incredulidad y la negación bailaba en ellos.

—No… no la… no la ví —respondió él incapaz de creer lo que veían sus ojos.

Shayler apartó sus dagas lentamente y asintió en dirección a su amigo, obligándolo a moverse con la ayuda de John que ya se había reunido con ellos. Dryah había llegado también junto a ellos, pero la mirada azul de la muchacha estaba puesta sobre Nyxx y su compañera

muerta.

—Nyxx —lo llamó ella vacilando a los pies del Cazador.

El hombre levantó la mirada y a ella se le hizo un nudo en la garganta, las lágrimas acudieron raudas a sus ojos, deslizándose por sus mejillas cuando las vio también nadando en los desesperados ojos verdes del hombre.

—La he matado… —Lloraba él, su rostro una máscara de tortura—. Está muerta… la he matado… la he matado.

—*Shhh* —le susurró Dryah cayendo de rodillas junto a ellos, sus manos temblaban sin saber que hacer—. Todo va bien, *adelfos*[29], esto…

—¡No! ¡Nada va bien! —clamó con desesperación apartándose del contacto de su amiga. No quería que lo tocase, que tocase a su mujer, él se inclinó sobre ella, abrazándola, meciendo su cadaver—. Lluvia… mi amor… lo siento… lo siento, *mikrés*… oh, dioses, que he hecho…

Dryah empezó a temblar sin saber que hacer, ni todo el poder que tenía en sus manos podría haberla preparado para algo como aquello. Tenía que hacer algo, pero era incapaz de encontrar una solución, el Oráculo no le había mostrado nada de aquello y ni siquiera le habían permitido interferir, ella había aceptado cuidar de Lluvia cuando Nyxx lo pidió y le había fallado.

—¡Shayler! —gritó llamando a su compañero con absoluta desesperación.

El Juez se acuclilló alrededor de su compañera, atrayéndola hacia él mientras se escudaba para aislarse del crudo y agonizante dolor que estaba sintiendo el Cazador en aquellos momentos.

—Está bien, Dryah, tranquila —le susurró mientras contemplaba a la pareja, al Cazador agonizando con su dolor.

—No… nada de esto está bien. Esto no tenía que pasar… —respondió la muchacha con desesperación, volviéndose a su esposo—. No me dejaron intervenir, pero esto no tenía que pasar… prometí protegerla… tiene que haber algo… no puedo dejarlo así…

—Mátame.

El ronco susurró llegó del hombre que abrazaba fuertemente a su compañera, sus ojos eran fuego líquido cuando miró a Dryah, unos ojos que no eran en parte humanos y parte animal… Ambos en uno solo.

—¿Qué? —preguntó ella, incapaz de procesar aquella información.

Nyxx alzó la voz, su cadencia rota y arrasada por las lágrimas la hacía más profunda y oscura

—Mátame —repitió con claridad y decisión, su mirada clavándose en la azul de la muchacha—. Debo ir a por ella… solo podré hacerlo si me matas…

Dryah empezó a sacudir la cabeza al tiempo que se echaba hacia atrás, incapaz de llevar a cabo tal petición.

—N… no… no me pidas…

—¡Me lo debes, maldita sea! —exclamó con desesperación, mirando el cuerpo inerte en sus brazos—. No puedo perderla ahora que la he encontrado. Dryah, por favor… Mátame.

Ella se echó a llorar, sus labios temblaban mientras sacudía la cabeza con desesperación.

—¡No! —lloró con impotencia.

—¡Mátame! —insistió Nyxx con un grito de rabioso dolor—. La necesito… necesito ir con ella…

La pequeña rubia ahogó un gemido de dolor y apretó las manos en sendos puños, con un ligero estremecimiento se alejó unos pasos de Shayler y se arrastró hacia ellos dos.

—¿Dryah? —la llamó Shayler, en su voz una obvia pregunta.

Su respuesta salió en un bajo e inestable tartamudeo.

—Quie… quiere ir… ir a por ella —musitó la muchacha, temblando mientras se acercaba a la pareja, aterrada por lo que debía hacer—. Quiere… traerla de vuelta…

Shayler se levantó y acompañó a su mujer, no estaba seguro de lo que estaba pasando, su compañera estaba temblando, el dolor y el terror colisionaban en su interior haciendo que deseara arrancarla de aquel lugar y llevársela lejos.

—¿Traerla? —murmuró Lyon que estaba a escasos pasos junto a John, su mirada iba de la pareja a su Juez—. ¿Es… es posible?

Dryah volvió a arrodillarse al lado de la pareja, manchándose con la sangre que empapaba a ambos.

—Mátame —suplicó Nyxx una vez más, su voz surgió en un murmullo cuando sus ojos se encontraron con los de la muchacha—. Por favor… tengo que ir a por ella. Por aquello que más amas… hazlo. La necesito.

Dryah asintió mordiéndose el labio inferior y tomó la daga que había quedado abandonada a un lado manchada con la sangre de la humana, la mano le temblaba tanto que apenas podía sostenerla.

—No… no puedo… —gimió secándose con rabia las lágrimas que empañaban sus ojos—, Nyxx…

—¡Hazlo, maldita sea! —gritó él con desesperación.

Ella dio un respingo y se tragó un gemido desesperado, negando con la cabeza mientras sus dos manos se cerraban con fuerza sobre el arma y la apretaba contra su pecho antes de empezar a alzarla de manera temblorosa.

—Ve a por ella y tráela, *Adelfos* —susurró apretando sus dedos alrededor de la empuñadura del cuchillo. Shayler se cernió detrás de ella y rodeó sus manos con la suya, estabilizando el arma y transmitiéndole paz y calor, su mirada se cerró en la de su esposa y asintió.

—Tráela de vuelta, Cazador o yo mismo bajaré a los infiernos para ir a buscarte —le prometió Shayler, haciéndose eco de los pensamientos de su esposa.

Guiada por el impulso y el temple de la mano del Juez, Dryah hundió profundamente la daga en el corazón del Cazador, gimiendo de dolor cuando la hoja atravesó su pecho y se hundió hasta la empuñadura. La sangre empezó a chorrear de la herida bañando sus manos todavía unidas, antes de que Shayler extrajese la daga con un limpio movimiento y atrapara a su esposa contra él, la cual se estremecía y temblaba como una hoja llorando ante los dos cuerpos moribundos.

El Cazador sonrió levemente a modo de agradecimiento, entonces cerró los ojos y por segunda vez en su larga vida, murió.

CAPÍTULO 19

Nyxx sintió aquella extraña liberación que hacía que su cuerpo físico se desvaneciese convirtiéndolo en una sólida alma. Su mirada se cruzó entonces con Dryah, quien como uno de los poderes Primigenios del Universo y habiendo sido un alma ella misma, podía verle en aquella forma y sintió todo el peso de lo que la había obligado a hacer cayendo sobre él. Había obligado a aquel ser inocente a dar su primera muerte, su primer derramamiento de sangre, algo que marcaría su alma eternamente, pero ella era la única que podía haberlo hecho, como Libre Albedrío, era la única capaz de enfrentarse al Destino y alterar su curso.

—La traeré de vuelta —le prometió inclinando su cabeza en un profundo agradecimiento. Aquello era lo menos que podía hacer por ella, se encargaría de hacer valer lo que la había obligado a sacrificar trayendo a su compañera junto a él.

Cerrando los ojos oyó claramente el inconfundible susurro de la Puerta de Las Almas, un susurro que se iría haciendo cada vez más alto a medida que se acercase al Reino de las Almas. Dejando todo atrás, se trasladó hasta aquel lugar, el mismo que había visitado en innumerables ocasiones cuando arrastraba consigo a alguna de las almas hasta su descanso final.

La Puerta se alzaba majestuosa sobre una losa de piedra, sus dos hojas gravadas a fuego con las imágenes de los condenados y las almas liberadas, concediendo tanto el cielo como el infierno. Nyxx sintió una presencia a su lado, no era necesario que se volviera para saber quien era él.

—Siempre te ha gustado hacer las cosas de la manera dificil —le dijo Seybin.

Nyxx ladeó el rostro para ver a su jefe y amigo.

—Sigo pensando que es la mejor manera de hacer las cosas —respondió en una voz suave, lisa, como si el daño en su garganta se hubiese ido.

Seybin chasqueó la lengua.

—Solo tú podrías pensar algo así —respondió haciendo rodar sus ojos antes de estirar su mano derecha y ondearla de modo que una pequeña cortina de niebla apareciera frente a la Puerta. Lluvia estaba allí, mirando a su alrededor desorientada, tan hermosa y cálida con aquel vestido blanco. Seybin se volvió a su amigo—. Vuelve a casa… Y a poder ser con ella. No quiero tener que oír tus lloriqueos por cada esquina.

Sin decir una sola palabra más, el Dios de las Almas se desvaneció. Había conseguido mantener prisionera el alma de Lluvia el tiempo suficiente para que él pudiese llegar a ella y reclamarla, manteniéndola alejada de la llamada de la Puerta. Nyxx sabía lo que aquello iba a costarle a su jefe y no podía estar más agradecido con él.

Fijando su mirada en ella, sonrió y empezó a caminar hacia la hermosa mujer que miraba la enorme puerta blanca a sus espaldas.

—*Agapi*, todavía no es la hora.

Lluvia se volvió hacia el sonido de aquella voz ronca y masculina que envió un escalofrío por su espalda, sus ojos se abrieron desmesuradamente al reconocer a Nyxx, llevándose las pequeñas manos a los labios ahogó un pequeño jadeo.

—Nyxx… estás aquí… —murmuró sonriendo.

Él acortó el resto del camino en un par de zancadas antes de pararse ante ella y tomarla en sus brazos, aliviado de poder abrazarla de nuevo.

—No pensarías que iba a dejarte sola, ¿um? —le aseguró besándole la cabeza.

—Gracias por venir a buscarme —respondió abrazándose a él—. Me daba miedo estar aquí sola.

—Nunca podría estar demasiado lejos de ti, *Agapi mou*[30].

Como si su reunión fuese la señal que la Puerta había estado esperando, esta empezó a abrirse, las enormes losas de piedra abriéndose hacia los lados, con un poderoso estruendo mientras las voces se incrementaban, haciéndose realmente altas, casi ensordecedoras.

—Me está llamando —murmuró Lluvia mirando hacia la niebla que empezaba a formarse en su interior—. Quiere que vaya…

Nyxx apretó su mano cuando ella dejó sus brazos, compelida por el Llamado de las Almas.

—No dejaré que te lleve —negó y luchó consigo mismo para repeler su propio llamado—. ¡Yo reclamo su alma!

Se hizo un sepulcral silencio cuando la puerta quedó abierta por completo, las voces empezaron a apagarse unas detrás de otras hasta que todo lo que inundó la enorme sala fue el silencio y aquella espesa neblina empezó a manar hacia fuera, vertiéndose.

Ya has sentado una vez el reclamo, Cazador de Almas.

Nyxx se enderezó, aquella era la segunda vez que oía el coro de voces que formaban la voluntad de La Puerta de las Almas, esta vez estaba preparado para lo que aquellas voces hacían a su espíritu. Su tono era como el de una sirena, un imán al que no podías resistirte.

—Ella es mi legítima compañera —declaró apretando la mano de Lluvia—. No puedo permitir que vaya a ti, todavía no.

No puedes impedirlo.

Nyxx apretó los dientes. No iba a ceder, necesitaba a Lluvia, la amaba.

—Por favor, no te la lleves —suplicó por primera vez con todo lo que tenía—. Y si esa es tu única voluntad, entonces llévame a mí con ella, no sobreviviré si me deja.

Sobrevivirás.

La neblina empezó a deslizarse hacia ellos, envolviendo los pies de Lluvia.

—¡No! —gritó con desesperación—. Te daré lo que quede de mi alma.

Ya vives con solo dos mitades. ¿Te despojarías de todo lo que eres por ella?

No hubo vacilación en la voz de Nyxx.

—Sí.

Hubo un momento de silencio, entonces aquel coro de voces suspiró. ¿Un suspiro? Aquella era la primera vez que oía algo así saliendo de la puerta, en cierto modo, parecía incluso irónico. Cuando la voz habló, no estaba seguro de si lo hacía con él.

De acuerdo. Pero tendrá que pagar el precio, Destino.

Una ligera risa manó de la puerta, seguida de una voz que Nyxx no había esperado escuchar ya más.

—Gracias, mi señora.

Nyxx apretó la mano de Lluvia y la atrajo hacia él mientras clavaba la mirada en la niebla que empezó a formar una especie de tunel a través del cual apareció caminando una silueta, poco a poco esta fue cobrando forma hasta terminar de pie ante ellos un hombre de profunda mirada y lacio pelo negro.

—Eidryen —murmuró Nyxx con absoluto sobrecogimiento al ver ante sí al Dios del Destino.

Con un ligero asentimiento de cabeza, el dios se detuvo a escasos pasos de la pareja, su

mirada yendo de uno al otro para finalmente detenerse en Nyxx con cierta nota de ironía en su voz.

—Siempre te ha gustado jugar al límite, Cazador de Almas —le aseguró mirándolo para finalmente pasar su mirada sobre la mujer—. Y tú no te quedas atrás, pequeña Valaco.

Nyxx sacudió la cabeza, frunció el ceño y abrió la boca, pero de su garganta no salía ninguna palabra clara.

—¿Cóm… qué…?

Eidryen alzó la mano y negó con la cabeza.

—No hagas preguntas para las que todavía no estás preparado a escuchar la respuesta, amigo mío —le aconsejó, su mirada presa de la del Cazador—. Todo lo que necesitas saber es que vuestro destino va de la mano, debéis permanecer juntos, aunque hay un pequeño precio a pagar.

—¿Qué precio? —Ahora fue Lluvia la que hizo la pregunta. Su mirada fue a Nyxx y finalmente volvió a aquel extraño hombre.

El Dios del Destino posó su mirada sobre la muchacha, en cierto modo, aquella pequeña mujer de voz suave y fuerte espíritu le recordaba a su propia alma… No, a la que ahora era el Libre Albedrío. Su pequeña Dryah.

—Tu sangre ha liberado la maldición que pesa sobre Nyxx —le aseguró permitiéndole saber que después de todo, había podido cumplir con la promesa que se había hecho a sí misma y a él. Su mirada fue entonces sobre el Cazador—, esa idea de hacer que te mataran para cumplir la sentencia de muerte y renacer con la nueva puesta de sol, reconozco que fue ingeniosa, Cazador, pero debiste mantener a tu compañera lejos del filo de tus armas.

Nyxx se estremeció ante el recuerdo de cómo la había herido. Aquella escena lo rondaría para toda la vida, jamás podría borrar de su mente la sensación de la vida de ella escapando de su cuerpo por su propia mano.

—Eso fue culpa mía —se adelantó a decir rápidamente Lluvia, entonces miró a Nyxx avergonzada—. No ví el cuchillo.

Antes de que él pudiera decir algo al respecto, Eidryen se le adelantó.

—Nos conformaremos con que no repitas tal estupidez, pequeña —respondió el dios antes de suspirar y volverse hacia Nyxx—. En cuanto a ti, Cazador de Almas, sugiero que evites que te maten a partir del próximo amanecer. La Puerta os permite marchar, pero a cambio pide un alma completa.

Nyxx se tensó.

—¿Estás dispuesta a ceder la tuya, Lluvia? —preguntó Eidryen sin dar tiempo a Nyxx de responder.

—¡No! —se negó el Cazador, tomando a su mujer y escudándola tras él, como si el tranquilo dios se hubiese convertido en una amenaza.

Lluvia le acarició la mano con el pulgar y le sonrió antes de salir de detrás de su espalda y preguntar.

—¿Podré quedarme con él… para siempre?

Eidryen asintió.

—Sí.

Lluvia no se lo pensó, miró a Nyxx y respondió en voz alta y clara.

—Entonces mi alma es suya —respondió sin dudas.

Eidryen sonrió, mientras Nyxx palidecía.

—Solo necesitaremos la mitad —respondió Eidryen y entonces se volvió hacia Nyxx—. Y

otra mitad que proceda de ti.

El entendimiento cayó entonces sobre el Cazador, dos mitades formaban un todo, si Lluvia ofrecía una mitad y él la otra, ambos podrían seguir juntos.

—¿Cuál de las dos partes de tu alma vas a entregar, Nyxx?

Nyxx estaba a punto de abrir la boca para responder cuando oyó a su compañero, a la mitad de su alma en su mente.

Tú ya has entregado suficiente.

Nyxx jadeó y cayó de rodillas al suelo mientras algo en el interior de su pecho explotaba y lo dividía, como si lo estuviesen rompiendo por la mitad. Lluvia había caído a su lado preocupada, llamándole, pero todo lo que él podía sentir era dolor mientras una parte de su alma se separaba de la otra. Frente a sus agónicos ojos empezó a materializarse la figura de un enorme lobo.

Yo seré la otra mitad.

El animal inclinó la cabeza hacia Nyxx y miró a Lluvia con ternura, si aquello era posible en un lobo. El Cazador de Almas no podía apartar la mirada de aquel que había sido su compañero, parte de sí mismo durante infinidad de siglos.

—Qué así sea —murmuró Eidryen alzando la mano hacia Lluvia para reclamar su parte—. Dos mitades, forman un todo…

Lluvia gritó de dolor cuando sintió como era desgarrada por dentro por potentes garras, su voz reverberó en la solitaria caverna mientras las lágrimas se escurrían por sus ojos y se abrazaba a sí misma presa de una interminable agonía. Nyxx la había abrazado atrayéndola hacia él con mirada aterrada, asistiendo estupefacto a como una parte de su esencia salía de su interior y rodeaba al lobo para finalmente filtrarse en él. Ante sus sorprendidas miradas, el animal empezó a cambiar lentamente, el pelo de su cuerpo ondeó como si fuese acariciado por una ligera corriente de aire cambiando su color, dotándolo de una mezcla de marrones, dorados y negros para finalmente continuar con sus ojos. Ahora el hermoso animal poseía un ojo de color verde y otro color avellana, igual a los de Lluvia.

Entonces el animal alzó el hocico, se lamió la nariz y esbozó una mueca como si realmente sonriera, antes de oírle decir con una voz profunda y sedosa.

Nos veremos en la próxima vida, hermano mío, compañera de mi alma.

Lluvia extendió la mano hacia delante como si quisiera detenerlo cuando lo vio dar la vuelta, dirigirle a Eidryen un potente aullido y correr hasta desaparecer a través de la puerta.

El Dios del Destino se volvió entonces hacia la pareja y tendió sus manos a ambos para ayudarles a ponerse en pie. Cuando ambos lo hicieron sujetó todavía sus manos, observando sus rostros contraerse, como sus gargantas emitían fuertes o suaves gemidos cuando el intrincado patrón de símbolos tribales empezó a imprimirse en su piel al compás de la pequeña llama blanquecina que lo dibujaba.

Una vez la llama se extinguió dejando un patrón de tatuajes gemelos en ambas manos, rojo sangre en la de ella y un oscuro dorado en la de él, Eidryen los soltó. Su mirada buscó la de Nyxx al decirle:

—Vive tu vida con juicio, mi querido amigo, por que ahora también será la de ella —le aseguró Eidryen antes de volverse sobre Lluvia y sonreirle—. *O ushalin zhala sar o kam mangela, Lluvia.*

Lluvia palideció al escuchar aquella frase, la misma que había estado escrita en los sobres que habían llegado a sus manos a lo largo de los años.

—Las sombras se moverán…

—Cuando el sol lo ordene, pequeña Valaco —asintió Eidryen revelándole la verdad.

—Fu… fuiste… tú —murmuró asombrada, sacudiendo la cabeza, haciendo volar su pelo castaño—. ¿Por qué?

Eidryen señaló a su compañero como respuesta.

—Tu destino iba a la par que el suyo —le respondió mirando ahora las marcas en su mano derecha—. Tenías derecho a descubrir la verdad de quien eres, pero debías aceptar tu herencia y aceptarte a ti misma para ello, solo así podrías aprender a confiar en él, a amarle, después de todo, tu sangre era todo lo que él necesitaba para romper la maldición. Solo para que conste, con una gota habría sido más que suficiente.

—¿Aquellas cartas? —murmuró él empezando a entender de que estaban hablando. Lluvia asintió y le sonrió. Nyxx tomó su mano, no quería estar separada de ella, por lo que pudiera pasar.

El dios echó un vistazo a su espalda y asintió como en respuesta a una voz que solo él podía oír.

—Es hora de que os vayais —respondió volviéndose hacia la Puerta para luego mirarlos a ellos y declarar—. Mientras seáis dos mitades de un todo, nunca estareis solos. Ella será ahora tan parte de ti, como tú de ella, Nyxx, vivirá tanto como tú vivas.

Nyxx tragó saliva, miró a su compañera y por primera vez en su vida hizo lo que se había prometido no hacer jamás, se inclinó ante un dios.

—Gracias.

Eidryen sonrió en respuesta.

—Dale saludos a Seybin y dile… Que el infierno para él aún no ha llegado —respondió, sus labios esbozando una irónica sonrisa. Estonces su semblante cambió, y en su mirada había amor, verdadero y puro amor—. Y transmítele a Dryah mi amor, lo está haciendo muy bien.

Nyxx asintió solemnemente.

—Lo haré.

El dios asintió y se volvió atravesando la Puerta de las Almas, que una vez más empezó a cerrarse, habiendo reclamado ya su premio. Nyxx suspiró profundamente y contempló la Puerta durante un instante hasta que sintió a Lluvia apretándose contra él, su mirada fue hacia ella, encontrándose con sus preciosos ojos castaños.

—Si alguna vez vuelves a meterte entre la hoja de un cuchillo y yo —le dijo mirándola con total seriedad—, ni siquiera la Puerta de las Almas hará que te libres de la paliza que pienso poner en ese culo tuyo.

Lluvia se echó a reír antes de echarle las manos al cuello.

—Eso tiene una solución, ¿sabes? —le aseguró mirándole a los ojos.

—Sé que me arrepentiré de preguntar —dijo él, comiéndosela con la mirada—. ¿Cuál?

Lluvia echó la cabeza atrás y rió con ganas antes de volver a mirarle con coquetería.

—Dedícate a cazarme a mí y a nadie más que a mí —respondió acercando sus labios a los de él.

Antes de que pudiera tocar sus labios, un agónico dolor se extendió por su pecho robándole el aliento y haciendo lo mismo con Nyxx.

—¿Qué pasa ahora? —gimió ella aferrándose a él.

—La vida, amor mío, la vida —respondió él apretando los dientes antes de que sus cuerpos empezaran a desvanecerse para volver a ver un nuevo día.

Nyxx jadeó con fuerza haciendo que el aire entrara nuevamente en sus pulmones, le dolía la cabeza horrores, pero lo peor era su pecho, en el cual sentía como si acabasen de clavarle un

cuchillo. Mascullando trató de moverse, encontrándose con un delicado y conocido peso atravesado en su regazo, envolviendo sus brazos alrededor de él hizo un intento para abrir los ojos, su mirada recorrió a su compañera antes de alzarse al frente donde Dryah y Shayler los miraban con atención.

—Joder, Dryah… tu puntería apesta… pero la de tu marido es peor. —Fue lo primero que salió de sus labios mientras apretaba los dientes esperando que el dolor fuese remitiendo.

—Bienvenido, *Cazador* —le respondió Shayler con ironía.

Dryah se arrodilló inmediatamente junto a Nyxx, su mirada yendo de él a la mujer en sus brazos.

—Ella… —preguntó, la angustia todavía le llenaba los ojos y le marcaba la voz.

Como si respondiera a su pregunta, Lluvia gimió en brazos de Nyxx haciendo que este se incorporora lo suficiente para quedar sentado, mientras apartaba el pelo del rostro de ella y miraba sus manos con un gesto de disgusto.

—Sangre… Esto no tiene buena pinta… ¿Tienes idea de lo mucho que ella odia la sangre? —masculló Nyxx mirándolos a los dos, sus ropas, sus manos, todo manchado de sangre.

Sonriendo de alivio, Dryah extendió la mano sobre la pareja y al instante ambos estaban limpios y libres de cualquier rastro de sangre.

—Gracias, *adelfi* —le agradeció él antes de inclinarse sobre la mujer que mantenía en sus brazos—. Lluvia, *agapi* —la llamó—. Despierta, amor, es hora de volver con la otra mitad de tu alma.

Una suave sonrisa empezó a extenderse por los labios femeninos antes de que abriese los ojos y murmurara.

—Eso nunca había sonado tan bien en mis oídos.

Sonriendo, Nyxx bajó la cabeza sobre ella, capturando los labios mientras la apretaba contra él, el lugar al que pertenecía. Puede que él fuera un *Cazador de Almas*, pero Lluvia se había adueñado para siempre de la suya.

EPÍLOGO

Tres meses después…
Santuario de Dodona, Grecia.

Si alguien le hubiese dicho a Lluvia hacía algunos meses que su destino iba a estar atado al de un hombre con una poderosa bestia en su interior, se habría reído hasta que le saltaran las lágrimas. En pie bajo el *Roble Sagrado* en las ruinas del *Santuario de Dodona*, con la falda de su vestido de novia color crema ondeando al viento contemplaba con una dicha que no había conocido hasta entonces la gente que se había convertido en su familia, su verdadera familia.

Isabel sonreía y charlaba animadamente con Argus junto a una de las mesas de catering que habían sido instaladas allí para el feliz acontecimiento. Nyxx le había pedido casi al instante de abandonar el parque y trasladarlos a los dos a un confortable y amplio piso donde pasaron todo el día y parte del siguiente en la cama, que fuera su esposa. Lluvia se rio al recordar como lo había hecho sufrir haciéndolo aguardar por su respuesta unos larguísimos cinco minutos antes de echarse a reír y responder con un rotundo sí.

Las semanas siguientes habían pasado tan rápidamente que todavía no estaba segura de sí lo que había vivido era un sueño del que se despertaría en algún momento o había sido realidad. Su mirada cayó suavemente sobre el hombre de pelo oscuro y brillantes ojos marrones vestido de traje que hacía compañía a Isabel, Argus había sido tan paciente con ella durante estos últimos meses en los que se habían estado conociendo, que solo podía estar agradecida por la calma que le transmitía su padre biológico. Tal y como le había escrito en aquella nota, necesitaba tiempo para poner en orden sus pensamientos, tiempo para entender que los padres que había conocido, la vida que había tenido podría haber sido distinta y por encima de todo, aceptar esa vida y lo que había sacado de ella, pues al final del día era lo que la había convertido en la mujer que era actualmente. Había necesitado tiempo para reconciliarse con su pasado y abrir las puertas al presente y al futuro.

Se había presentado en Atenas junto a Nyxx unas semanas después. Argus había estado verdaderamente sorprendido al verla, pero pronto su paciencia y aceptación le dieron el empujón que necesitaba para permitirse conocer a aquel extraordinario hombre que era su padre, un hombre que nunca había dejado de buscarla. Con Argus también aprendió más sobre su herencia Valaco, sobre su madre y aprendió a amarla a través de sus ojos, incluso aunque todavía no habían dado con el motivo por el que Helena se había marchado y vuelto sin ella a Grecia. Lluvia solo podía pensar que aquel sería un misterio que quizás nunca fuera resuelto.

—Parece que alguien más se lo está pasando bien —oyó la voz profunda y ronca de Nyxx a su espalda.

Sonriendo, se volvió hacia su marido. Vestido con un impecable traje en color gris claro, con las mangas de la camisa blanca remangadas, el corbatín colgando abierto a ambos lados de su fuerte cuello, y el pelo rubio cortado en un desorden de mechones que caía un poco más debajo de su cuello, era el hombre más guapo y sexy en el que hubiese posado los ojos, y lo mejor de todo, era todo suyo. Alzó la mano derecha en la que brillaba el anillo de oro blanco con motivos griegos que era su alianza y la enterró en los desordenados mechones de su suave pelo rubio. Le encantaba ese nuevo Nyxx, aunque la primera vez que lo había visto con el pelo corto

casi lo había enviado de vuelta a conseguir que su pelo tuviese el mismo largo de antes.

—Eso parece —respondió ella alzándose de puntillas sobre sus delicados zapatos de tacón para besar los labios de su recién estrenado marido.

Nyxx le acarició la mejilla y la recorrió con una cálida mirada, acariciando los mechones enlazados con flores de su pelo. Era una novia preciosa.

—Deberíamos sugerirle a Isabel que se quede unos días —aseguró ella disfrutando de sus atenciones.

Nyxx arqueó una ceja ante aquella sugerencia.

—Solo cuando me levante la veta que me ha impuesto de entrar en su tienda —le aseguró susurrándole en el oído derecho, en el que permanecía su audífono—. Y cuando tú y yo no estemos planeando pasar unos largos quince días de Luna de Miel.

Lluvia se echó a reír y bajó sus manos acariciando la tela del chaleco, para tomar ambos lados del corbatín y empezar a anudarlo lentamente, disfrutando del calor del cuerpo masculino pegado al suyo.

Isabel se había mostrado bastante descontenta cuando se enteró de todo lo ocurrido, ella habría preferido ocultárselo, pero Nyxx insistió en que fuera honesta con la mujer, después de todo era una *gypsy* y lo extraño iba anclado a su sangre. La historia había resultado bastante inverosímil incluso para sus propios oídos cuando se la contó finalmente a la mujer sentadas ante una taza de café. Nyxx había estado a su lado pero no había intervenido si no era para corroborar o añadir algo que se le preguntase. Así que, una vez había terminado de narrar toda la historia, la mujer se había levantado, cogió su baraja de cartas y tras mirarlos a ambos con una profundidad que hizo estremecer a Lluvia, los sentó ante su pequeña mesa y presentó la tirada.

Lluvia todavía sentía curiosidad sobre qué era lo que había visto la mujer en las cartas, pues su rostro se había iluminado ante la lectura y había reído antes de mirarlos a los dos con simpatía y recoger de nuevo la baraja sin comentarles nada e invitarlos a un restaurante Italiano que había al otro lado de la manzana a comer.

Desde aquel momento, la mujer se había mostrado sorprendentemente feliz, aunque le había vetado la entrada a Nyxx en la tienda.

—Lo cierto es que dijo que te dejaría entrar después de la boda —aseguró Lluvia con una sonrisita, antes de volverse en brazos de su esposo hacia la pareja que seguía hablando y riendo ajenos a ellos—. No sé, desde que echó aquella tirada en la tienda y no nos dijo nada al respecto, se ha mostrado muy misteriosa y demasiado sonriente. Y mírala ahora, coqueteando con Argus.

Nyxx le rodeó la cintura con un brazo mientras se llevaba la mano derecha al bolsillo, la cual ahora lucía las profundas cicatrices que había ocultado la suave tela de cuero de su guante.

—Parece que a tu padre no le es indiferente —aseguró Nyxx, observando a la pareja los cuales se giraron hacia ellos—. Mira, es tu ocasión para saludarles.

—No seas malo —se rió ella levantando la mano, correspondiendo al saludo de ellos.

Él se inclinó sobre ella y le acarició la oreja con la lengua, provocando estremecimientos en su cuerpo femenino.

—No hagas eso —se rió en voz baja, frotándose contra su ya evidente erección—. Nuestros invitados están justo ahí.

Pero él la ignoró y le hociqueó el cuello con la nariz, mordisqueándole la suave piel.

—Siempre podemos dejarlos aquí e irnos en un parpadeo —le aseguró con un ronroneo.

Ella sacudió la cabeza y suspiró.

—Eres incorregible.

Nyxx le apartó el pelo, totalmente entrelazado con flores y le acarició el pabellón de la

oreja con el dedo.

—Solo lamento que nuestra unión no haya podido hacer nada con tu audición —murmuró acariciándole perezosamente la oreja. Nyxx había esperado que al compartir sus almas, entre algunos de los dones que había conseguido ella de él, hubiese podido recuperar su audición, pero no había sido así. Con todo, no pensaba quejarse, lo importante era que ella estaba con vida y era suya para toda la eternidad.

Lluvia se volvió en sus brazos al notar, más que oír, la pena en su voz. El amor claro y puro se reflejaba en sus ojos marrones cuando miró a su marido.

Mientras pueda oírte a ti, lo demás no me importa.

Nyxx sonrió al oírla hablar a su mente.

Me aseguraré de que esta forma de oír, nunca la pierdas, amor mío.

Sonriendo, Lluvia se alzó sobre las puntas de los pies y lo besó en los labios.

—Ejem, ejem

Un ligero y forzado carraspeo masculino se coló entre ellos, la pareja se giró de mala gana para encontrarse frente Shayler y su esposa.

—¿Chicos? Lamento interrumpir, pero os esperan allí abajo.

Nyxx gruñó cuando separó los labios de los de su esposa y miró a su pequeña amiga. Dryah estaba hermosa y etérea vestida de azul claro y blanco, los brazos del Juez la rodeaban desde atrás, manteniéndola pegada a él.

—¿Por qué será que nunca teneis nada mejor que hacer que apareceros ante mí para joder algo? —masculló Nyxx con diversión.

Dryah se fingió ofendida y llevándose las manos a las caderas miró a Nyxx.

—Ey, no te quejes, ahora estamos en paz —le aseguró ella esbozando una coqueta sonrisa —. Yo también te he apuñalado.

Lluvia y Shayler se echaron a reír mientras el Cazador mascullaba algo en voz alto y Dryah se salía de los brazos de su esposo para huir de Nyxx, quien salió tras ella.

—¿Siempre han sido así? —Lluvia se acercó a Shayler para observar a sus respectivas parejas y como Dryah se echaba a reír cuando Nyxx la atrapó por la cintura y la obligó a rendirse.

Shayler le ofreció el brazo y Lluvia lo aceptó con una sonrisa, después de todo, había sido uno de sus padrinos de la boda junto con Seybin y su padre, quien la había entregado en el altar. El Señor de las Almas había resultado ser un hombre más bien extraño y solitario, Nyxx la había llevado con él a sus dominios para presentárselo y había asistido a la boda como su padrino, pero no se había quedado mucho tiempo. Nada más terminar la ceremonia los había llevado a un a parte donde les había deseado felicidad a ambos. Lluvia había visto claramente lo que aquel hombre y su amistad significaban para Nyxx y por ello no podía dejar de pensar en aquello que había visto en sus cambiantes ojos. Solo esperaba que el Señor de las Almas pudiera encontrar algún día aquello que se le había arrebatado.

—Que yo recuerde, sí —aceptó el Juez sacándola de sus recuerdos—. Y me alegro, aunque a veces me saca de quicio, porque gracias a él mi esposa está ahora conmigo.

Lluvia sonrió y asintió sujetándose del brazo del Shayler mientras descendían por la ladera hasta que sus respectivas parejas reanudaron la subida para encontrarse con ellos.

—No envidio en absoluto la cruz que te ha tocado en suerte —aseguró Nyxx entregando a Dryah a su marido, quien ronrió en respuesta.

—Qué me vas a decir —aseguró él con diversión mientras abrazaba a su esposa.

—Iremos bajando para avisar a los demás que ya venís —respondió Dryah mirando a la

pareja—, así que, no tardeis, teneis una tarta que cortar.

Con un ligero asentimiento de cabeza, Nyxx abrazó a su esposa y contempló a sus amigos bajar el resto del trayecto hasta la zona en la que se había instalado el catering. Se había sorprendido bastante cuando Lluvia le pidió que organizaran la ceremonia a los pies del Santuario de Dodona, pero no podía haber hecho otra cosa que complacerla. Ahora veía que fue una buena idea, de alguna manera, ambos estaban atados a aquella tierra y parecía apropiado que fuese allí también donde diesen fin a un ciclo para comenzar otro totalmente nuevo.

—¿Eres feliz?

Nyxx alzó la mirada a su esposa, maravillándose ante su belleza, su bondad y el amor que veía en sus ojos. Acariciándole la mejilla se inclinó sobre ella y depositó un suave beso sobre sus labios.

—Seré feliz en cualquier lugar en el que te encuentres tú, amor mío —le aseguró volcando en sus palabras todo su amor—. Ya nada, ni siquiera el pasado, podrá empañar la felicidad que siento cuando estoy junto a ti.

—*S´agapo, Psychí Kynigós.* —Lluvia se volvió hacia Nyxx, susurrándole muy cerca de sus labios en griego, para finalmente repetírselo en inglés—. Te amo, *Cazador de Almas*.

—*S´agapo, Brochí. Gia oli tin aioniótita.* —Fue la respuesta del Cazador mientras bajaba su boca sobre la de ella—. Te amo, Lluvia. Por toda la eternidad.

Atraídos por la brisa y los ecos de la magia de una tierra ancestral, Lluvia y Nyxx se volvieron hacia la parte superior donde las piedras que habían quedado del Oráculo más antiguo de Grecia se había levantado una vez, para escuchar el suave y fantasmal sonido de las aves en el Sagrado Roble, acompasado por el entrechocar de los peveteros que una vez, en otro tiempo, habían sido interpretados por las Sacerdotisas de Dodona como una predicción de los Dioses.

EL GUARDIÁN -LIBRO 3-

Jaek había aprendido hacía mucho tiempo que la inmortalidad era una carga lo suficientemente inmensa para desear terminar con ella, en realidad, nunca había deseado ser uno de los elegidos, no deseaba el poder que había nacido en su interior y que lo llevaría a ser uno de los *Guardianes Universales*… el destino había jugado con él, y él había actuado en consecuencia, negándose el poder con el que había sido investido y guardándolo tan profundamente en su interior, que nadie podía ya alcanzarlo… ni siquiera él.
Habiendo elegido pasar su vida en la mayor normalidad posible, no dudó en abrir un local nocturno donde se podría disfrutar de un ambiente agradable, una copa y buena música, un lugar propio en el que las reglas que imperaran fueran las suyas y lo sobrenatural se mantuviese fuera de aquellas puertas, dejándolo en su mundo de relativa calma y paz… hasta que apareció ella.

Keily Adamms no podía creer en su mala suerte.
Ni en sus más alocados sueños pudo imaginar que el hecho de quedarse a terminar su trabajo aquella noche en el museo, cambiaría su vida de una manera tan drástica.
En un abrir y cerrar de ojos, Keily se encontró en el camino de una diosa borracha, convertida en inmortal y sumergida en un mundo en el que la magia y los sucesos extraños eran el plato principal del día, atada al único hombre del que jamás podría escapar… su *Guardián*… y el dueño de su corazón.
Una diosa y el alcohol nunca serán pareja… pero pueden causar la más divertida de las situaciones.

PRÓLOGO

Desde que el mundo existe, los hombres siempre han intentado dar un sentido a aquello que no pueden explicar, se han escudado en las efigies de seres de elevado poder dándoles el nombre de dioses para tener alguien a quien acudir cuando la esperanza, los problemas y la vida en general les hacen dudar. Civilizaciones enteras se han escondido tras las figuras de los así llamados dioses para regir sus doctrinas y cimentar los pilares de su cultura en un ingenuo intento de instaurar una pauta en la que pudieran basar su vida. Para algunos aquellas deidades o figuras heroicas marcaron la manera de ver e interpretar la vida, arraigándose con profundidad y dando forma a diversas culturas y civilizaciones a lo largo del mundo hasta nuestros días. Hoy, los dioses han pasado de ser todo poderosas deidades para convertirse en el símbolo de una época antigua, una en la que la ingenuidad y necesidad humana de tener un icono en la que volcar sus ruegos, inseguridades y creencias se ha terminado por convertir en material de mitos y leyendas forjadas en un pasado remoto.

Pero… ¿Y si dentro de esos mitos todavía existe algo que no es del todo leyenda y que está muy cerca de la realidad?

La humanidad necesitaba algo en lo que creer y el mayor poder del Universo atendió a estas necesidades. Les permitió dotar de forma y color a cada una de las civilizaciones, les otorgó Panteones con sus propias deidades, cada uno de ellos adaptado a las creencias y necesidades de los hombres que les concedían poderes divinos, vinculándolos con aquello que no estaba a su alcance y que reflejaba sus más íntimos temores. Así nacieron los dioses que gobernaban el día y la noche, que se hacían dueños de los astros, de la vida y de la muerte, un sinfín de nombres e identidades en varias lenguas con un mismo denominador común. Sumerios, Escandinavos, Griegos, Romanos, Egipcios, Hindúes, Chinos… varias culturas y todas y cada una nacidas de un mismo útero.

La *Fuente Primordial* de todo poder.

Pero el universo es basto y eterno, los poderes que surgen de su mismo corazón deben ser controlados, debe existir una balanza que los estabilice, un Equilibrio que mantenga el orden de las cosas para que la humanidad pueda seguir viviendo en su eterna ignorancia y no caigan a merced de aquellos mismos dioses a los que una vez necesitaron como guía. El poder creador de la Fuente necesitaba de algo que mantuviese una barrera entre las divinidades y los confiados humanos, alguien que protegiera a la indefensa humanidad de convertirse en presa de sus propios deseos y que entendiese la importancia de esa tarea.

Y fue en la misma humanidad que el *Poder Primigenio* depositó sus esperanzas. La Fuente Universal vio la necesidad de buscar ayuda en los hombres, ellos serían los que continuarían el legado sobre la tierra, los que la repoblarían y continuarían hasta el fin de los tiempos evolucionando y olvidándose de aquellos dioses que una vez necesitaron y que llegado el momento serían olvidadas su grandeza y superioridad.

Vagaron por la tierra durante innumerables épocas, buscando aquello que necesitaban en el pueblo de los hombres; *los Elegidos*. Hombres y mujeres en cuyo corazón permanecía todavía un fragmento de la esencia primordial del universo, los únicos que serían capaces de llevar a cabo tan ardua misión. Poco a poco, con el transcurrir de los siglos, los reunieron e instruyeron

en sus nuevos deberes, despertaron en ellos el fragmento del universo que vivía en su interior y los convocaron al destino que su nacimiento había decretado para ellos. Nacidos en épocas distintas, procedentes de toda una amplia gama de culturas, tenían en su corazón un sentimiento común, el amor por sus semejantes y la lealtad a sus hermanos.

Pero un gran poder siempre trae consigo una enorme responsabilidad, una que muchos de los elegidos no fueron capaces de soportar en sus eternas y extensas vidas. Su número pronto empezó a disminuir, la sed de poder, la codicia y los celos estaban bien arraigados en la naturaleza humana y no tardaron en sucumbir, pervirtiendo su espíritu, ennegreciendo su alma. Uno a uno fueron cayendo hasta que solo quedaron en pie los más puros de corazón o los que tenían una valedera razón para seguir adelante con su cometido.

De los cientos que fueron una vez, su número fue reduciéndose hasta que finalmente solo quedaron tres hombres y una mujer.

Habiendo asistido con impotencia al exterminio de sus guerreros, los dos avatares que componían la Fuente Universal temían que sin un nexo que uniera a los supervivientes, sin alguien que liderara a aquellos guerreros y los uniera, antes o después caerían bajo el peso de sus deberes, sus miedos y la larga soledad que suponía la eternidad, la única esperanza que tenía la humanidad se perdería entonces para siempre y todo lo que habrían intentado sería en vano. Ese nexo debía ser algo que los uniese, que lograra lo que ellos no habían podido en su intento de proteger a la humanidad, eran conscientes de que tendría que ser alguien nacido del círculo de sus guerreros, alguien que ellos aceptaran intrínsecamente y no les fuese impuesto, alguien que los uniera en vez de separarlos.

Fue entonces cuando el *Oráculo Universal* cobró vida, otorgado a la única mujer de los guerreros supervivientes. Ella se convirtió en portavoz de los deseos del Universo a través de sus visiones y profecías, las mismas que anunciarían el nacimiento de la última de las esquirlas del Universo, aquella en la que la Fuente depositó sus más profundas esperanzas y que se alzaría en la figura de líder que ellos necesitaban, atado por sangre a uno de sus hermanos y atado en lealtad a toda la hermanad. Él traería el poder definitivo, esgrimiría la *Ley del Universo* y mantendría la preciada balanza del *Equilibrio.*

Había nacido el *Juez Supremo Universal.*

Al fin, el círculo estaba completo, bajo el juramento que los unía en hermandad, aquellos hombres y mujeres adoptaron el nombre de *Guardianes Universales* y juraron lealtad y protección a su líder y *Juez Supremo*, renovando el voto que una vez habían hecho a La Fuente Universal que los había convocado y jurando sobre sus vidas proteger a la humanidad de todo ser que se atreviese a cruzar la línea o amenazase el *Equilibrio del Universo* y a los propios humanos.

Ahora que el desequilibrio acontecido por la desaparición de dos de sus dioses primordiales y el surgimiento en su lugar de la poderosa avatar del *Libre Albedrío* había sido resuelto a su entera satisfacción con su vinculación al *Juez*, la mirada de la *Fuente* estaba puesta en otro de sus *Guardianes*, aquel que había sentido durante toda la eternidad el peso de un poder que nunca deseó, el único que había adquirido con la gracia de la sangre el don de la sanación cuando en su interior existía ya su propio y único poder, aquel por el que la Fuente Universal se arriesgaría a intervenir en el camino del destino para compensar el daño que había sido causado por su mano hacía demasiado tiempo a uno de sus más jóvenes *Guardianes.*

CAPÍTULO 1

—Tenía que haberme tomado la noche libre —resopló Keily mirando las fichas en las que había estado trabajando y el enorme cajón de piezas que todavía quedaban por clasificar—, habría ganado más que quedándome aquí con todo este polvo. —Como queriendo confirmar su afirmación, la muchacha estornudó haciendo que la coleta de pelo castaño oscilara de un lado a otro bajo la ancha diadema que le apartaba el flequillo del rostro.

En los tres años que llevaba trabajando como Ayudante de Museo en el MET de Nueva York, jamás vio un centavo de más por las horas extra, ni que hablar de las veces que tuvo que comer un sándwich rápidamente para poder tener todo listo para alguna nueva colección. Había sido destinada al Museo Metropolitano gracias a una beca de prácticas y, después del tiempo estipulado, la dirección de este decidió quedarse con ella en plantilla ofreciéndole prácticamente el trabajo de su vida. Habiendo tenido que trabajar de camarera e incluso impartiendo clases de italiano para poder costearse la carrera, el obtener un puesto en el MET fue como un sueño hecho realidad… Hasta que el Museo cambió de dirección y su sueño se convirtió en una verdadera pesadilla.

Resoplando echó un vistazo al interior del cajón en el que todavía quedaban un par de piezas por clasificar. La Dra. Evallins era la Conservadora encargada de la Exposición del Antiguo Egipto que se abriría al público el próximo miércoles y desde que habían llegado las piezas no se había pasado ni una sola vez a verlas. ¿Por qué hacerlo si estaba Keily para hacer su trabajo, el de su equipo y el de toda maldita alma de este jodido museo? Ella era un ayudante, no auxiliar, no era su cometido el desembalar el material o ir a hacer fotocopias porque la auxiliar de turno no sabía ni cómo funcionaba la maldita impresora.

Sí, era bueno ser ella algunas veces. Si tan solo hubiese tenido el valor de decir que no, de solicitar la presencia de la Conservadora que había ideado la exposición y decirle lo que podía hacer con sus figuritas… Pero no, eso sería jugarse su trabajo y tal como estaba el panorama laboral últimamente, además de la basura que le pagaban con la que apenas podía llegar a final de mes, no podía afrontar el riesgo de quedarse en la calle. Además, había que ser realistas, podía pensar como una verdadera tigresa e incluso arrancar algunas cabezas mentalmente, pero a la hora de la verdad, no haría nada de eso, ella no era así. En ocasiones llegaba a ser incluso tímida, nada ni remotamente cerca del carácter de una tigresa.

Dejando escapar un profundo suspiro, dejó el lápiz con el que había estado haciendo anotaciones a un lado y hundió la mano en el bolsillo delantero de sus pantalones vaqueros buscando algunas monedas. Éste era tan buen momento como otro para tomarse un café.

Dejando abierta la puerta, recorrió el breve corredor que separaba la oficina, en el interior del almacén, de la planta baja del museo. Al girar en la primera esquina echó un fugaz vistazo a la cámara de vigilancia la cual revelaba un pequeño punto rojo. La máquina expendedora estaba en el interior del corredor de servicios, una lugar bastante frecuentado por el personal del museo, donde uno siempre podía escuchar las conversaciones más interesantes.

—¿Todavía por aquí, Señorita Keily?

Alzó la mirada hacia el hombre de color que sonrió amablemente cuando la vio. Era Carl Becquer, el guarda de seguridad del museo.

—Hola Carl —lo saludó con una tímida sonrisa—. El jefe ha decidido que era una buena

idea que me quedara un par de horas más para adelantar trabajo, así que, no pude decirle que no.

—Pues debería haberlo hecho, Keily —le aseguró el hombre de buen humor—. Se ha pasado casi toda la semana haciendo horas extra, no debería estar aquí en su día libre, sino divirtiéndose. Es joven, tiene que aprovechar para salir y conocer gente.

Keily se encogió de hombros mientras insertaba unas monedas y pedía un capuchino.

—No tenía ningún plan especial para esta noche, así que no importa —comentó e interiormente hizo una mueca. Hoy era jueves, el único día de la semana que esperaba con ilusión, y aquí estaba, por estúpida, trabajando en lugar de tomarse una copa con el hombre más sexy que había conocido jamás.

—No se quede mucho tiempo más —le sugirió el guarda—, nadie se lo va a agradecer realmente y ambos lo sabemos.

Sí, ella no era la única que parecía estar a disgusto con su trabajo y sus jefes.

—Terminaré lo que tengo encima de la mesa y después me iré a casa —asintió tomando el vasito de plástico con la cucharilla que salió de la máquina para volverse hacia el guardia nocturno—. No trabajes mucho, Carl, que tengas una buena noche.

—Igualmente, señorita —asintió el hombre antes de continuar con su ronda.

Carl era uno de los pocos empleados con los que Keily coincidió alguna que otra vez, el guarda había empezado a trabajar cuando ella todavía estaba en prácticas. Era un hombre de naturaleza alegre, muy hablador y entusiasta; felizmente casado desde hacía más de diez años, tenía dos hijas menores, las cuales ella sabía eran su adoración. Se habían caído bien desde el principio y siempre tenía una palabra amable para ella cada vez que la veía. Lo más gracioso de todo era que a pesar del tiempo que llevaban conociéndose, él seguía tratándola con mucho respeto. Era difícil pensar que ya llevaba tres años trabajando en el museo, había perdido la cuenta de los guías que llegaron y se fueron, de los Doctores y Doctoras en Arte y Arqueología que deambularon por los pasillos, así como otros tantos empleados que hicieron sus prácticas en las distintas áreas dentro del museo. La gente iba y venía, pero ella permanecía.

Suspirando, enfiló de nuevo hacia su oficina cuando sintió el vibrador de su teléfono en el bolsillo trasero del pantalón. Maldiciendo en voz baja, se lamió de la mano el café que la salpicó al sobresaltarse para contestar. Nada más ver el identificador de llamadas hizo una mueca.

—Qué manera de mejorar una aburridísima noche —farfulló antes de contestar y llevarse el teléfono a la oreja—. ¿Se ha muerto alguien de la familia para que me estés llamando a estas horas?

Keily frunció el ceño mientras escuchaba la contestación de su hermanastro al otro lado de la línea, entonces jadeó y sacudió la cabeza como si no diese crédito a lo que estaba oyendo.

—Es broma, ¿no? —respondió con incredulidad, entonces su rostro fue mudando poco a poco hasta que sus llenos y finos labios se apretaron en un mohín—. No, no, no… Escúchame tú a mí. No soy tu banco personal, Fabio, te lo dejé perfectamente claro la última vez que acudiste a mí para que te prestara el dinero y yo de estúpida te lo envié. No he vuelto a ver en los últimos cuatro años nada de ese dinero, y por supuesto, tampoco he oído una sola palabra de agradecimiento, o tan siquiera una palabra buena saliendo de tus labios, así que, te sugiero que ahorres el saldo que le quede a tu tarjeta telefónica y llames a un buen abogado para que te saque de esta. *Adío* Fabio.

Sin una palabra más, Keily cortó la comunicación y se aseguró de añadir el número desde el que había llamado su hermanastro como “no admitido”. La familia para ella había muerto cuando cumplió los dieciocho años y su entonces padrastro intentó meterse en su cama. Una llamada a la policía, una acusación de intento de violación y una bofetada por parte de su madre

mientras le gritaba llamándola mentirosa y acusándola de estar celosa, terminó con cualquier relación que pudiese haber existido entre ellas.

Si bien su hermanastro y ella no habían sido nunca precisamente amigos, tampoco se habían llevado mal, simplemente se habían tolerado, de ahí que fuera el mismo Fabio quien hubiese retomado el contacto con ella apenas unos años atrás para decirle que su madre había muerto en un accidente de coche, en el cual habían fallecido además otras dos personas. La culpa había sido de ella, la autopsia había señalado una elevada tasa de alcohol en la sangre. Keily creía que debería de haberle dolido, que al menos tendría que haberse sentido apenada por la pérdida de su madre, pero todo lo que sintió fue nada, una fría y lejana indiferencia, como si aquella mujer de la que le estaban hablando no fuese nada para ella.

Había asistido al funeral, incluso había depositado flores en su tumba, pero no podía recordar que de sus ojos hubiese escapado una sola lágrima. Fabio había aprovechado aquel momento de reencuentro para pedirle dinero, y ella, de estúpida, se lo había dejado.

Pero era una estupidez que no volvería a cometer.

Devolviendo el teléfono al bolsillo trasero del pantalón, se llevó el café a los labios, sopló y dio un sorbo saboreando la suave textura, todavía le quedaban un par de piezas por revisar antes de poder irse a casa.

Dejó el café a un lado, donde no pudiera volcarse accidentalmente y echó un vistazo al reloj de la pared, entonces suspiró.

—Debí haberme mordido la lengua —siseó enfadada consigo misma. Hoy era jueves, el único día de la semana que esperaba ansiosa, el único día en que se permitía dejar de lado los jeans y anodinos suéteres para arreglarse un poco más y obligarse a dejar atrás su timidez y actuar con más decisión.

Un rápido vistazo al espejo que había a un lado de la mesa le devolvió la imagen de una muchacha con demasiadas pecas, unos simples ojos marrones y un pelo castaño tan enmarañado que era difícil pensar que a primera hora de la mañana hubiese sido alisado. Las gafas de pasta se habían deslizado encima de su nariz, realzando sus pómulos. Echándose hacia atrás intentó ver toda su figura, el flojo suéter disimulaba la tripilla que era incapaz de bajar con nada, y dios sabía que lo había intentado, incluso se había hecho fan de las pastillas naturales de alcachofa, pero todo lo que había conseguido era tener que ir al baño cada vez que bebía un sorbito de agua. Por suerte no era baja, pero sus caderas no pasarían por las de una *top model* ni aunque se las limara. Resoplando se pasó las manos por encima del suéter y le dio la espalda al espejo.

—Quizás debiera intentar ponerme a dieta —murmuró antes de alcanzar nuevamente los guantes de látex que había estado utilizando para poder manipular las piezas, entonces resopló negando con la cabeza—. ¿A quién trato de convencer? Jamás seré capaz de hacer una maldita dieta, me moriría de hambre en cuanto tuviese que comer alguna verdura, y el pescado… dios… ¿Acaso soy un gato?

Dejando escapar un profundo suspiro, se volvió hacia la caja que contenía las figuras que estaba catalogando y extrajo una de ellas.

—Vamos a ver que tenemos aquí —murmuró deshaciendo el envoltorio al tiempo que se sentaba de nuevo y acercaba el catálogo con la lista de los objetos que iban a estar en la exposición, los mismos que ella tenía que comprobar y catalogar para enviarlos a la sala que estaban montando. La figura se trataba de una pequeña talla de la diosa Maat alada de finales del Imperio Antiguo de Egipto, quizás de la cuarta o quinta dinastía, esta era sin duda una de las pocas reproducciones que se conocían de esta diosa en su faceta alada—. Tú sí que no tienes problemas de obesidad, mírate, una diosa y con un par de poderosas y hermosas alas nada más y

nada menos. Apuesto a que no has necesitado hacer dieta en la vida —murmuró alcanzando las pinzas con el algodón que había estado utilizando para limpiar cuidadosamente las alas de la figura—. Ni pagar las facturas, ni el alquiler… Y qué decir de los hombres… Seguro que tendrías a todos los que quisieras a tus pies con solo chasquear los dedos… Incluso al hombre de tus sueños.

Keily dejó escapar un nuevo resoplido, echó un nuevo vistazo al reloj y vaciló, quizás si se daba prisa podría pasarse por el local antes de que cerrara. Los jueves no solía cerrar hasta bien entrada la madrugada, especialmente si había actuación en directo. Demonios, había estado esperando toda la semana para poder volver a verle, hablar con él un ratito.

—A quién tratas de engañar, Keily, él jamás se va a fijar en ti de esa manera —murmuró para sí misma mientras dejaba la estatuilla sobre la mesa y hacía una mueca—. Ni aún que te crecieran alas a la espalda.

Suspirando, hizo a un lado todos aquellos pensamientos, especialmente el de él, y volvió a concentrarse en su trabajo. Tenía todavía varias piezas por catalogar y comprobar que estaban tal y como debían y el tiempo se le echaba encima, si no conseguía que alguien le ayudase con ello los próximos días, iban a llegar realmente justos al montaje de la Exposición y no quería tener que enfrentarse de nuevo al neandertal del director del Museo; Él parecía creer que toda la plantilla debía estar a sus órdenes incluso después de haberlos despedido.

Keily se volvió hacia la derecha y cambió el dial de la radio, bajándole el volumen para no molestar. A su jefe no le gustaba que tuviese el aparato en el almacén, pero teniendo en cuenta que incluso las pilas que utilizaba el receptor las había comprado ella, ya podía ponerse a hacer el pino por lo mucho que le importaba. Estar aquí abajo a esas horas de la noche en silencio, era exponerse a dejar volar su imaginación y hacer que las sombras y bultos apilados empezaran a convertirse en monstruos de pesadilla.

Su pie empezó a marcar el compás de la música cuando encontró una emisora, pronto empezó a tararear la melodía de una canción que había sido un clásico hacía algunos años, sus manos se movían seguras sobre la figura, delineando sus alas, admirando su hechura, hasta que un sordo golpe hizo eco en el hueco que formaba la pequeña oficina del almacén. Dio un respigo en la silla. Levantando la mirada se subió las gafas con un dedo al tiempo que miraba de un lado a otro, escaneando la habitación llena de objetos y pales.

—¿Hola? —preguntó mirando a su alrededor. A aquellas horas era imposible que hubiese alguien más en el museo—. ¿Carl? —insistió, por si el guarda de seguridad estuviese haciendo su ronda por allí.

Al no obtener respuesta alguna, dejó la estatuilla a un lado y se levantó para caminar lentamente hacia la puerta abierta que daba al pasillo sin ver a nadie.

—Qué raro —musitó, entonces se echó atrás y se encogió de hombros—. Quizás haya caído algo en la parte de atrás.

Sacudiendo la cabeza ante lo que simplemente podría haber sido una caja caída o algo así, dio media vuelta con intención de volver a su mesa, entonces soltó un pequeño grito al tiempo que se llevaba las manos al pecho donde su corazón amenazaba con salirse del sitio.

—Oh, dios —jadeó recuperando la respiración. Al volverse se encontró con una mujer al lado del escritorio, alguien que no había estado antes allí y que de hecho, ni siquiera debía estar ahora en el Museo—. Disculpe, pero ¿quién es usted? ¿Cómo ha…? —Su mirada fue de la mesa al corredor al que acababa de asomarse, aquella era la única entrada, además de la salida de emergencia situada al final del almacén.

—Qué arrogantes. —La voz de la mujer sonó demasiado profunda, demasiado sedosa y

sensual para el gusto de Keily—. Les das un recuerdo de inapreciable valor y los muy idiotas lo donan a un museo como si fuera una simple estatuilla.

Keily frunció el ceño ante sus palabras, solo para reparar en que la mujer estaba sosteniendo una de las piezas más caras y delicadas de la exposición.

—Oiga, no puede tocar eso, es muy delicado y… —murmuró señalando la estatuilla al tiempo que se dirigía hacia la mujer solo para quedarse parada cuando esta alzó la mirada y ladeó el rostro, entrecerrando los ojos como si no pudiese verla bien; Incluso juraría que la mujer parecía tambalearse ligeramente.

La belleza de aquella desconocida era sin duda algo digno de admiración, su tez de un tono canela se veía tersa y suave, unos enormes y algo rasgados ojos verdes la miraban debajo de unas espesas pestañas que tenían que ser artificiales; Nadie podía tener unas pestañas como aquellas. Sus labios pintados de rojo se curvaban en un coqueto mohín y acompañando a un rostro perfecto, había también un cuerpo exuberante. Delgada y alta, vestía un traje de chaqueta y falda en tonos marfil que no hacía sino realzar su figura, las largas piernas que parecían no tener fin terminaban en unos altos zapatos de tacón que parecían muy caros. Pero lo que sin duda llamó su atención, fue la botella de *Chateau Petrus* que la mujer llevaba en una de sus enjoyadas manos, una botella que podía alcanzar tranquilamente los cinco mil dólares dependiendo de la cosecha y aquella parecía ser una muy cara.

Keily sacudió la cabeza para aclararse la mente, su mirada siguió rápidamente el arco descrito por la mano que todavía sostenía la estatuilla. A juzgar por su tambaleo sobre los tacones, debía de haber dado cuenta de aquella botella, si no de alguna más. Extendiendo sus manos hacia delante, trató de rescatar la figura de correr un fatal destino.

—Oiga, mire, no sé quién es usted, pero está claro que debe haberse perdido —empezó a decir mientras se iba acercado a la mujer muy lentamente—. Eso que sostiene en las manos no es una baratija, sabe, ¿por qué no me la devuelve?

La mujer se tambaleó un poco alejándose de su contacto, entonces se enderezó y entrecerró los ojos como si no fuese capaz de verla bien. Entonces la señaló con uno de sus largos dedos de la mano que sostenía la botella.

—Tú… sí… debes de ser tú… —farfulló antes de tambalearse una vez más y esbozar una sonrisa mientras se acercaba la estatuilla a los labios y cambiarla al instante por la botella. Pero no le duró mucho, pues pronto la hizo a un lado, estrellándola y esparciendo el líquido carmesí por el suelo para luego volver a mirar la figura con detenimiento y fruncir el ceño—. ¿Eso es mi nariz? ¡Qué horror!

—Deme la estatuilla, por favor —pidió Keily avanzando nuevamente hacia ella, no podía permitir que corriera el mismo riesgo que la botella de vino.

La mujer retiró la mano cuando estaba a punto de alcanzar la figura solo para volver a fruncir el ceño y dedicarle una insultante mirada.

—Pero si eres humana —murmuró, entonces sacudió la cabeza—. Oh, qué importa… Voy a ganar esa maldita apuesta, nadie me desafía… Diablos, todos los mortales sois iguales, llamáis a la puerta de un dios y luego no queréis recibirle. Bueno, ella no es humana, pero sí es la peor de todos, aunque folla muy bien… —Una breve risita acompañó a un nuevo hipido—. Debería acostarme… ¿Por qué está todo dando tantas vueltas? Haz que pare… Lo ordeno.

Keily se la quedó mirando con ceño fruncido, no comprendía ni media palabra pero tampoco es que le importase demasiado en aquellos momentos, no cuando el motivo de que perdiese su trabajo estaba precisamente en manos de aquella desconocida.

—Tan solo devuélvame la estatuilla, por favor.

La mujer sacudió la cabeza y se concentró duramente en el rostro de Keily.

—Sí… ella tenía razón… puedo sentirlo alrededor de ti… la conexión… el destino… —farfulló, entonces se echó a reír sin más. Obviamente estaba borracha, muy borracha—. Espera… ¿Qué fue lo que dijo? Ahora que lo pienso… ¿Le diría ella que me desafiara para iniciar todo esto? No… Eso es muy retorcido, ¿no?

La mujer se llevó la mano a la cabeza y se pasó los dedos por el recogido cabello castaño con mechas rubias.

—Diablos, empieza a darme vueltas todo —gimió balanceándose sobre sus altos tacones para finalmente girarse de manera precaria y alzar la voz mientras miraba hacia el techo—. ¿Estás segura de qué quieres hacer esto? ¡Nos vamos a meter en un buen problema!

Aprovechando su extraño comportamiento, Keily recuperó la figura y la apretó, por fin a salvo, contra su pecho.

—¡Ey! Eso es mío… —se quejó la mujer, entonces frunció el ceño y se apoyó contra la mesa—. Diablos… Pero si no eres más que una poquita cosa.

Ella pasó por alto aquella observación de la mujer y empezó a rodear la mesa bajo la insistente mirada de esta, lo mejor sería avisar a seguridad para que se hiciera cargo de ella, fuese quien fuese.

—¿Por qué no me acompaña? Le pediremos un taxi…

La desconocida frunció el ceño y sacudió la cabeza.

—No, tú tienes que ir a él.

—¿Qué? —preguntó Keily sin saber muy bien por qué.

—Pero no podrás permanecer a su lado siento mortal… Sería un verdadero desperdicio —continuó la mujer, como si no hubiese sido interrumpida, entonces abrió los brazos y los extendió todo lo que le daba antes de bajar la mirada y recorrer a Keily de los pies a la cabeza—. Aunque primero deberías ponerte a dieta… ¿Es que los humanos no hacéis otra cosa que comer y dormir? Um… Aunque no creo que le importe… Esta clase de hombres no se fija precisamente en el exterior, han estado demasiado tiempo alrededor de los humanos como para no saber apreciar lo que realmente importa…

—Señora, ¿por qué no me acompaña? —le pidió decidiendo ir hacia ella, en el estado en que estaba lo más seguro es que la acompañase sin más.

—No debería… —respondió entonces—. No, no, no… mi sobrino va a montar una buena si lo hago… pero por otra parte… no puedo decirle que no, después de todo solo eres una humana más… y tus ojos… sí…

—Señora… —insistió Keily.

La mujer pareció entonces reaccionar.

—¿Dónde está esa zorra? —clamó mirando a su alrededor, entonces se volvió hacia ella y sonrió con malicia. Sí, aquella sonrisa era de pura malicia—. No importa, no me ganará… Nadie me desafía y sigue viva para jactarse…

Antes de que Keily pudiera hacer algo, la mujer alcanzó el frente de su suéter y tiró de él, rasgándolo como si fuera papel. La muchacha jadeó asombrada antes de asistir paralizada por la sorpresa a como aquella mujer posaba el dedo índice entre la uve que había abierto en la tela, tocando su piel.

—Ven y abraza tu nueva vida —murmuró la mujer.

Sus labios se abrieron dispuestos a preguntar qué diablos estaba haciendo, cuando un latigazo de calor se abrió paso desde allí donde ella todavía mantenía el contacto sobre su piel.

—Despierta a tu nuevo mundo, *hija de los dioses*.

El aire abandonó sus pulmones de manera abrupta cuando se sintió atravesada desde el pecho a la espalda, Keily no entendía qué estaba pasando pero era incapaz de moverse a pesar de que un desgarrador dolor empezó a abrirse paso por sus entrañas, quemándola de dentro hacia fuera para finalmente concentrarse en su espalda. Jamás había sentido un latigazo, pero estaba segura que lo que estaba desgarrando su espalda debía de ser algo como aquello. Las lágrimas escaparon de sus ojos desmesuradamente abiertos, la única vía de escape que encontraban sus sentidos ante el desgarrador dolor que la llenaba. Se estaba muriendo, no había otra explicación, aquella mujer le había hecho algo, ¿le habría inyectado? ¿Veneno?

—A… ayu… ayuda —consiguió susurrar a través de su dolorida garganta.

La mujer bajó la mano y ladeó el rostro, mirándola como si de repente se hubiese dado cuenta de lo que estaba haciendo, pero todo lo que oyó fue la suave y melódica voz de la mujer diciendo:

—La inmortalidad siempre tiene un precio, querida, siempre.

Su cuerpo cedió entonces y cayó al suelo de bruces mientras sentía como su espalda era desgarrada en carne viva, como si algo tratase de abrirse paso desde su interior hacia fuera.

El dolor se alzó sobre todo lo demás y el mundo desapareció para ella.

CAPÍTULO 2

Las manecillas del reloj parecían pasar demasiado rápido aquella noche. Como cada jueves el local se había llenado a primera hora de la noche para ir vaciándose poco a poco a medida que avanzaban hacia la madrugada, las consumiciones iban y venían mientras la gente disfrutaba de la actuación en directo del grupo que había tocado ya más veces en el local. Jaek echó un nuevo vistazo hacia el reloj a su espalda mientras servía las cervezas a unas chicas y deslizaba sus ojos azules hacia la puerta del local cuando se abrió para dejar salir a una pareja.

—¿Esperamos a alguien? —murmuró la profunda voz masculina, matizada con un ligero tono curioso, a su derecha.

Jaek volvió la mirada en su dirección encontrándose con los ojos inquisitivos del Juez. Shayler se había dejado caer hacía un par de horas por el local sorprendiendo al hombre, no con su presencia, sino con la ausencia de la muchacha que desde que había aparecido en su vida, pocas veces se había separado de ella. Hacía ya algo más de un año que Dryah entró a formar parte de la hermandad de los *Guardianes* convirtiéndose en el *Oráculo Universal* y consorte del Juez. La pequeña rubia había dado un nuevo significado a la vida del hombre y en cierto modo también a la de ellos. Todos habían acusado la presencia de la chica de una u otra manera, pero sin duda, el mayor milagro se obró en el hombre con el que compartía una cerveza, dándole una nueva esperanza para el futuro.

Cuando se era inmortal el tiempo podía fácilmente jugar en contra convirtiendo cada día en una penitencia y la vida, en una condena eterna. Jaek sabía eso mejor que nadie.

Utilizando la pregunta de Shayler en su beneficio, cambió el objeto de esta.

—Me arriesgaré a deducir por las veces que has estado comprobando el teléfono móvil —le respondió Jaek recogiendo dos vasos de la barra y metiéndolos en el fregadero—, que estás esperando a tu mujer.

Shayler esbozó una sonrisa antes de dar un profundo trago a su cerveza.

—No me refería precisamente a mí, Jaek —aseguró, pero no desmintió las palabras de su amigo. Ella era su vida, solo estaría tranquilo cuando la tuviese de nuevo a su lado.

—¿Cómo has conseguido despegarla de tu lado? —le preguntó mientras se cruzaba de brazos sobre la barra.

—No ha sido una tarea fácil —aceptó Shayler dejando la botella sobre el posavasos.

—¿Chantaje?

—En parte —aceptó el Juez mirando el reloj detrás de Jaek—. Lluvia contribuyó bastante al anunciar que era un día “solo para chicas”.

—Se está adaptando bien —le aseguró y le palmeó el hombro.

—No digo que no, pero todavía desconfía —aceptó con un suspiro—. Y no la culpo, tiene motivos más que suficientes para desconfiar de los dioses, inmortales y humanos a partes iguales.

—Todos desconfiamos de ellos, Shayler —le aseguró—. En mayor o en menor medida, todos desconfiamos.

Shayler miró a su amigo y asintió. Jaek más que nadie había aprendido aquello por el camino difícil.

—Deduzco entonces que la muchacha que viene todos los jueves no tiene nada que ver

con el motivo de tus miraditas al reloj, ¿huh? —se burló sin mirar siquiera al hombre.

Jaek acababa de echarle una mirada a su jefe que decía claramente a donde se podía irse y que podía hacer con sus suposiciones, cuando la puerta de la calle se abrió una vez más dar paso a una cansada Dryah. Su mirada recorrió rápidamente el local antes de fijarse en ellos y sonreír ampliamente.

—Y ahí el objeto de tus deseos —le soltó.

Shayler lo miró de reojo y le hizo un guiño.

—Eso siempre.

—Hola —le sonrió ella un instante antes de colarse entre las piernas abiertas de Shayler y besarle brevemente—. Hola a ti también.

—Hola —susurró correspondiendo a su beso—. Pareces cansada.

Dryah asintió.

—Vengo muerta —aceptó apoyándose en él—. Creo que no siento ni los pies.

Shayler sonrió acunándola contra él, sus manos deslizándose a las caderas de ella.

—¿Una tarde difícil?

Ella asintió.

—Agotadora —aceptó volviéndose entonces hacia él—. ¿Podría tomar un agua, por favor?

—Claro que sí, preciosa —aceptó al tiempo que se volvía a una de las neveras para sacar un botellín de agua y ponerlo sobre la barra—. Ha sido un día intenso, ¿huh?

Dryah se giró, acomodándose sobre uno de los muslos de su marido.

—Mucho.

—Pero lo has pasado bien, ¿no?

Ella asintió con una sonrisa antes de coger el botellín de agua y llevárselo a los labios y beber un considerable trago.

—Sí, ha sido… Diferente —aceptó dejando nuevamente la botella sobre la barra para volverse hacia su marido—. Me he divertido, de verdad.

Shayler le acarició la nariz con el índice, él sentía sus emociones girando en su interior, sabía exactamente qué había significado aquella salida para su mujer.

—A mí no tienes que convencerme, amor —declaró al tiempo que le apartaba un largo mechón rubio del rostro.

Jaek sonrió ante la pareja y volvió a echar un vistazo al reloj de la pared y luego a la puerta. Ya no vendría. Ella solía llegar pasadas las doce. Entraba en el local, se sentaba en una de las mesas del fondo, pedía una solitaria soda con limón y se quedaba escuchando a los músicos hasta el descanso, solo entonces recogía su bebida y se acercaba a la barra, donde charlaba un ratito con él.

La había conocido algunos meses atrás, cuando entró con unas amigas. Se habían quedado charlando y riendo durante buena parte de la noche, hasta que una de ellas decidió enrollarse con uno de los músicos y la otra fue invitada por otro de los componentes de la banda. Ella se quedó sola, no había llegado a escuchar que le habían dicho, pero a juzgar por lo rápido que perdió la sonrisa y el ligero sonrojo de vergüenza en su rostro, seguido por una fría e inexpresiva máscara bajo la que siguió tomándose su consumición, la respuesta no debió ser ni remotamente lo que ella esperaba. Recordaba haberla visto con la mirada baja, contemplando la consumición entre sus manos antes de que unos bonitos ojos marrón dorado se alzaran con las pestañas perladas por las lágrimas.

A Jaek no le gustaba demasiado alternar con los humanos, algo extraño teniendo en cuenta que regentaba el *The Guardian´s*, un Piano Bar, pero algo en aquella mujer le había llamado la

atención y antes de que pudiera detenerse a sí mismo, se encontró sentado con ella, invitándola a una cerveza y hablando de cosas sin importancia.

Desde aquel día, ella se había pasado por el bar cada jueves, una noche que Jaek esperaba con expectación cada semana.

—Tú estás pillado —la voz de Shayler lo sacó de sus pensamientos. Se volvió hacia él con una de sus cejas doradas alzada ligeramente.

—Sí, cada día de la semana, desde que abro hasta que cierro —le aseguró con ironía.

La mirada de Dryah fue de uno a otro.

—¿De qué estáis hablando?

Shayler rodeó a su mujer por la cintura y la atrajo contra su pecho, para susurrarle al oído en tono suficientemente alto para que Jaek lo oyese.

—Me parece que alguien ha cautivado la atención de nuestro Jaek.

Ella miró a su marido y finalmente a Jaek, el cual parecía querer hacer picadillo a su Juez.

—¿Es ella?

Shayler miró a su mujer con sorpresa.

—¿Sabes quién es, cielo?

Dryah se quedó mirando a Jaek, sus ojos encontrándose con los del Guardián durante un momento, entonces negó con la cabeza.

—No —respondió—, pero creo que no tardaremos mucho en descubrirlo.

Como si aquello fuese el pistoletazo de salida a su visión, sus ojos azules mudaron a un tono mucho más oscuro, con un ligero quejido se llevó ambas manos a la cabeza, apretándose contra su marido en un intento por mantener el equilibrio entre la repentina sucesión de sonidos y colores. Poco a poco, como venía ocurriéndole con cada visión, empezó a perder la percepción de sus alrededores, su oído se disparó hasta que cada pequeño sonido del local pareció retumbar en su cabeza, su mirada había dejado de ver lo que tenía ante ella para empezar a escarbar a través de las capas del universo hasta que llegó la ausencia de todo y con ella comenzaron las imágenes y los sonidos llegados más allá del tiempo y el espacio.

La noche se le antojaba la más oscura que hubiese visto en su vida, la más solitaria. En una ciudad como Nueva York siempre había movimiento, no importaba la hora que fuese pues siempre habría alguien celebrando algo, pero Keily no pudo encontrar ni a un solo ser vivo desde que abandonó el museo por la puerta de emergencias situada en la parte de atrás del almacén. El dolor en su espalda se mezclaba con la pesadez que sentía en su cerebro, una insistente neblina que no hacía sino aumentar su aturdimiento por los recientes sucesos, ni siquiera estaba segura de lo que había ocurrido, no quería pensar siquiera en ello, todo lo que tenía en mente era escapar de aquella mujer, de alguna manera, aquella extraña la había herido.

Jadeando se dejó caer sobre su hombro derecho, apoyando todo su peso contra el muro de cemento de uno de los muchos edificios de la extensa avenida Lexington, un lugar que por lo general no estaba tan vacío como ahora. Un nuevo tirón en lo alto de su espalda la hizo morderse con fuerza el labio inferior. La sentía en carne viva, notaba como algo espeso y líquido corría por su piel al tiempo que *aquello* a lo que no quería enfrentarse, -lo que vio a través de los reflejos de los cristales de puertas y ventanas atado a su espalda-, tiraba de su piel añadiendo más peso y dolor al que ya sentía.

Nada tenía sentido. Había despertado tirada sobre el suelo de la oficina en la que trabajaba, algo rojo y espeso cubría una pequeña parte del suelo allí donde permanecía tendida y su mente nublada solo podía registrar el dolor, el ardor y los fuertes latigazos que sentía atravesándole la

columna. Al principio se negó a moverse preocupada de que aquella mujer todavía estuviese por allí, temiendo que, quien fuera que le hubiese hecho aquello a su espalda, siguiera rondando en las inmediaciones, dispuesta a recrearse en aquella perversión.

Las lágrimas inundaban su rostro, el miedo le había arrancado las palabras cerrando su garganta de modo que todo lo que podía emitir eran pequeños gorjeos y quejidos. Pasó el tiempo sin que se oyese ni un solo sonido a su alrededor, con el rostro todavía pegado al suelo, probó la movilidad de las manos, brazos y piernas y respiró aliviada cuando sus miembros le respondieron, poco a poco empezó a deslizarse sobre los codos hasta conseguir quedar sobre sus manos y rodillas. El suéter que llevaba cayó roto desde su espalda deslizándose por sus hombros, estaba húmedo, y solo podía hacer conjeturas sobre lo que era el tono oscuro que lo cubría. Gimiendo se las arregló para arrancárselo del cuerpo comprobando al mismo tiempo que la camiseta de tiras que llevaba debajo estaba también rota de alguna manera en la espalda, pues caía floja sobre sus pechos. Keily luchó arrastrándose hacia la mesa, posó sus manos manchadas de rojo en el borde de la madera e intentó levantarse pero al primer intento un latigazo de dolor le recorrió la espalda como si se tratase de una fuerte descarga eléctrica. Había algo que tiraba de ella hacia atrás, como una mochila llena de libros que cualquier escolar llevaba a clase, pero no fue eso lo que vio cuando echó un vistazo por encima de sus hombros. Aquel arco color gris paloma no era el asa de una mochila, las plumas que caían en una especie de capa por su costado y se doblaban sobre el suelo, no era algo que hubiese visto jamás.

—Jesús —murmuró abriendo los ojos desmesuradamente, aterrada.

—Oh, por favor… No metas a esa figura cristiana en esto —oyó de nuevo la voz femenina resonando en la solitaria estancia. Incluso la radio había dejado de sonar para emitir solamente el ruido de la estática de una emisora no encontrada—. No entiendo qué manía tenéis los humanos de confundirnos a los dioses, pero da igual, él no podría hacer nada como esto… ¿No son fantásticas?

Bajo su aterrada mirada la mujer dio un paso adelante, seguía tambaleándose ligeramente o quizás no de forma tan ligera a juzgar por el traspié que dio y que la hizo extender los brazos para equilibrarse.

—Malditos zapatos —masculló antes de quitárselos de una patada y lanzarlos por el aire, entonces se dirigió a ella y se agachó a su lado haciendo una mueca—. Tendrás que lavarlas, porque… puaj… La sangre no va bien con el gris perla. Pero no te preocupes, se oscurecerán hasta ganar la tonalidad de los arcos, estarán completamente formadas en un par de días, ¿No es fantástico? Acabo de ahorrarte una muerte prematura, ahora podrás ir en busca del objeto de tus deseos sin preocuparte por la mortalidad. Que te diviertas.

Ella se había esfumado delante de sus ojos. Se desvaneció como si nunca hubiese estado allí, quizás así fuera, lo único plausible para toda aquella locura es que le hubiesen inyectado algo que la indujese a ese estado de febriles alucinaciones.

Keily no había perdido el tiempo tras ese nuevo encuentro, temerosa de que aquella alucinación volviese, se precipitó contra la puerta principal para pedir ayuda solo para encontrarla cerrada. La adrenalina bombeaba en su sangre superando el lacerante dolor cuando se lanzó a través de la oscuridad del almacén, buscando a tientas las guías de luz del suelo que la conducirían a la puerta de seguridad de la parte de atrás del Museo; Con suerte, una vez que presionara las barras, la puerta emitiría la alarma de emergencia y traería al guarda de seguridad.

Pero nada ocurrió cuando las barras cedieron bajo sus manos y lo único que la recibió del otro lado fue el aire frío de la noche neoyorkina.

Temblando, se dejó deslizar sobre la pared hasta el suelo, unos cuantos cartones viejos -

posiblemente la cama de algún vagabundo-, amortiguaron su caída al lado de un par de viejos contenedores de basura, el olor no era demasiado fuerte, pero seguía oliendo a inmundicia y desperdicios. Estaba agotada y dolorida, su espalda era una herida sangrante y su mente estaba sumida en tal caos que ni siquiera sus pensamientos eran coherentes. Keily deslizó su mirada sobre el suelo, las paredes, ascendiendo hacia el cielo para luego volver a bajarla y mirar más allá de la entrada del callejón a la calle iluminada por la que transitaba algún que otro coche y más allá, en la acera contraria donde una línea de edificios de planta baja contrastaba escandalosamente por otros más modernos, de varios pisos. En uno de aquellos edificios, una escalinata bajaba hasta uno de los locales de moda, un lugar cálido y agradable, un Piano Bar que solía visitar todos los jueves y que pertenecía a Jaek Simmons, el hombre del que estaba secretamente enamorada.

Más lágrimas se unieron a las primeras y descendieron por su rostro envolviéndole el alma en una mortaja que no estaba segura si desapareciera algún día. Dejándose acunar por el dolor y el miedo, se acurrucó sobre los cartones cerrando los ojos con fuerza cuando un nuevo ramalazo de dolor surcó su espalda ante el movimiento.

—Jaek —susurró apretando los dientes, en un desesperado intento por buscar consuelo en algo—. Por favor, ayuda… Ayúdame.

Ayuda.

Dryah parpadeó lentamente, sus ojos perdieron el tono oscuro de su poder de visión para volver al acostumbrado celeste que los llenaba. Aquella súplica impactó con tanta fuerza que la arrancó de golpe de la visión. Shayler la sostenía contra él, podía sentir su poder acunándola, protegiéndola de cualquier intervención exterior y con todo, aquel llamado había penetrado incluso a través de su poder.

Jaek.

Shayler se tensó cuando oyó también aquella súplica envuelta en la tenue corriente de poder que venía de su esposa, su mirada voló hacia su compañero quien tenía la misma mirada sorprendida que él.

—Dime que has oído eso.

Jaek asintió mirando a su alrededor, el local seguía estando bastante lleno a pesar de ser tan avanzada la noche, pero ninguno de los asistentes parecía haberse dado cuenta de lo que estaba ocurriendo.

—Alto y claro —murmuró llevándose las manos al delantal negro que tenía envuelto alrededor de la cintura, para dejarlo sobre la barra y rodearla para reunirse con sus compañeros —. Pero no sé qué es… Esa voz.

Dryah jadeó en busca de aire, estremeciéndose sin poder evitarlo.

—Cariño —la llamó Shayler al ver que la muchacha empezaba a temblar, incluso a castañearle los dientes. Aquello no le había ocurrido nunca antes—. Bonita, ¿qué ocurre? Dryah, mírame.

La muchacha volvió la mirada hacia él y el Juez pudo ver todavía algunas chispas doradas salpicando sus irises azules.

—Sangre… Plumas gris paloma manchadas de carmesí… Una figura de piedra… unas manos ensangrentadas… —su mirada pasó sobre las manos de su compañero y negó con la cabeza, entonces se deslizó hacia las de Jaek quien se había reunido ya con ellos a ese lado de la barra y reparó en el aro de acero marcado con símbolos tribales que llevaba en su mano izquierda, el mismo aro que había visto en aquellas manos manchadas de sangre. Alzando sus

ojos azules hacia el Guardián Universal, asintió—. Tus manos… sea lo que sea… es por ti… para ti.

—¿Qué quieres decir? —preguntó él sin comprender lo que la muchacha le decía—. ¿Qué has visto exactamente, *Oráculo*?

Antes de que ella pudiese aclararse la voz para explicarse, una nueva inesperada oleada de poder la alcanzó, llenando nuevamente sus sentidos de *Oráculo*.

Duele… por favor… duele.

La angustia en aquellas palabras se filtró en su interior sacudiéndola hasta los huesos, y a juzgar por la respuesta de su compañero, no fue la única en sentirla.

—Joder —clamó Shayler aferrándose con fuerza a la mano que sostenía de su esposa, notando en su propio poder la intensidad de aquella llamada—. Sea lo que sea… Está sufriendo… Y está jodiendo con mi empatía.

Jaek.

El nombre se filtró como una súplica en su mente, una tibia caricia de una voz que había oído anteriormente. No era posible, ella no podía tener ese poder, era humana.

—¿Keily? —murmuró en respuesta. Su mirada voló sobre el local, ella no estaba allí.

Shayler alzó la mirada hacia su compañero de armas.

—¿Sabes quién es?

El Guardián no respondió a su pregunta, se limitó a dejar su compañía y deslizarse entre las mesas del local hacia la salida. La gente se giró un instante al verlo salir tan intempestivamente, algunos incluso volvieron las cabezas hacia la barra donde la pareja con la que había estado hablando se levantaban y seguían al hombre, pero como siempre que ocurrían aquellas cosas, los asistentes pronto volvieron a sus cosas, concentrándose en sus bebidas y en la música del grupo de Jazz que interpretaba una conocida pieza.

—¿Qué coño está pasando aquí? —preguntó Shayler mientras respiraba profundamente, recolocando las protecciones impuestas sobre su empatía al tiempo que abría la puerta del local para dejar pasar a su compañera.

Ella negó con la cabeza al tiempo que se apresuraba a subir las escaleras de dos en dos.

—No lo sé… —respondió entre jadeos por la agitada subida—, nunca he sentido nada igual, me sacó del trance de un plomazo. La visión ni siquiera fue como las otras, no hice si no contemplar imágenes que acudían a mí, imágenes sueltas y sin sentido, una detrás de otra, como si estuviese contemplando una presentación de imágenes en el ordenador. —Sacudió la cabeza para despejarse y subió los últimos peldaños hasta llegar a la calle, su mirada recorriendo rápidamente el lugar en busca de su compañero, hasta que lo vio atravesando la calzada hacia el otro lado de la calle—. Por allí.

Shayler la acompañó, cuidando de hacerla cruzar sin peligro entre los escasos coches que parecía haber esa noche en esa parte de la ciudad.

—Había sangre, unas plumas de color gris paloma manchadas de carmesí y una manos de hombre, manos grandes empapadas en un líquido rojo que goteaba entre los dedos, deslizándose por encima de una banda plateada con símbolos —continuó relatando mientras se movían—. Eran las de Jaek, estoy segura, aquel era su anillo y la sensación de familiaridad que sentí en esa visión, tenían que ser las de él.

Asintiendo ante sus palabras, la hizo cruzar el último tramo de la calzada, para dirigirse hacia Jaek, quien permanecía silencioso e inmóvil en medio de la acera, su mirada volviéndose lentamente de un lado a otro, examinando los edificios, las lejanas sirenas de la policía rompieron el silencio de la noche un instante antes de volver a apagarse.

—¿Tienes algo? —preguntó reuniéndose con él. El Juez dio rienda suelta a su poder, escaneando los alrededores.

Sin decir una sola palabra, Jaek tocó su brazo y continuó con paso lento hacia uno de los callejones que había entre dos edificios un par de metros más adelante. Su mirada iba de un extremo al otro, buscando sin saber muy bien el qué, su corazón latiendo aceleradamente mientras su interior se tensaba expectante hasta que llegó a él un fresco y fuerte olor a sangre procedente del callejón al que se dirigía. La urgencia nació en su alma y dejando atrás a sus compañeros echó a correr hacia el lugar apenas iluminado por la luz intermitente del alumbrado de la calle.

—Eso que huelo es… —murmuró Shayler dándole alcance.

—Sangre —respondió él vacilando en la boca del callejón antes de reparar en el contenedor metalizado. Pegado a la pared, junto a unas cuantas cajas de desperdicios, posiblemente procedentes de alguno de los restaurantes de la zona, había un pequeño bulto tirado en el suelo.

Avanzando lentamente, hizo una mueca cuando el olor de los desperdicios lo golpeó. Su nariz se frunció solo para abandonar esa postura en cuanto vio que el bulto que divisó desde la boca del callejón no era sino un cuerpo humano. Una mujer para ser exactos. Y yacía boca abajo sobre el suelo mientras su espalda mostraba un par de heridas en carne viva de las que habían estado manando sangre y que pertenecían al lugar donde nacían dos enormes y sedosas alas grisáceas de ángel.

—No es posible —musitó en voz baja, su mirada incapaz de abandonar el cuerpo tendido sobre los cartones del suelo.

Shayler y Dryah se detuvieron a los pocos segundos a su lado observando la escena tan estupefactos o más que él mismo.

—Qué demonios… —murmuró Shayler entrando en el campo de visión de su compañero —. ¿Un ángel?

Su compañera sacudió la cabeza, haciendo volar varios mechones rubios que escaparon de su coleta.

—No —negó posando su mano sobre el brazo del Juez para evitar que se adelantara—. Ella es humana… o al menos… Lo era.

Jaek no podía dejar de mirar asombrado a la muchacha acurrucada sobre los cartones manchados con sangre, su sangre y las asombrosas alas que habían crecido a su espalda. Porque eso parecía ser lo que había provocado aquellos desgarros de carne donde nacían, como si hubiesen brotado de su interior a un ritmo acelerado. Lentamente empezó a acercarse a ella, el poder sanador en él bullía con intensidad permitiéndole ver que tan cerca estaba su alma de la vida o de la muerte. Muy lentamente acercó los dedos a la mejilla manchada por las lágrimas y la sangre, en el momento en que la tocó tuvo que apretar los dientes ante la salvaje oleada de dolor que lo inundó. Su alma, la cual una vez había sido mortal, ahora danzaba al compás de la inmortalidad. Si bien estaba herida y a juzgar por la palidez de su piel, había perdido bastante sangre, no existía peligro real de que se acercase a la muerte. Sus manos la examinaron rápidamente, indecisas de donde posarse al ver la masacre que habían hecho en su espalda.

Dryah se estremeció al contemplarla, la pequeña rubia se acercó a su marido en busca de consuelo y protección, podía sentir por medio del vínculo que poseían como la muchacha sufría, su dolor.

—Está sufriendo —murmuró con un pequeño temblor en la voz.

Shayler interrumpió la corriente de poder, replegándola para proteger a su compañera de

las emociones ajenas a ella y se volvió hacia el hombre.

—Jaek —habló arrancando la atención del Guardián de la mujer tendida en el suelo. La orden que oyó en la voz de su Juez fue suficiente para darle toda su atención—. Es demasiado para ella.

Él le sostuvo la mirada durante un breve instante, el tiempo suficiente para que el Juez viese por primera vez una emoción en sus ojos que creyó extinguida hace mucho tiempo en el Guardián.

—Lo sé —respondió en apenas un hilo de voz. Sus emociones nunca habían sido tan fuertes y oscuras.. Sin decir una sola palabra al respecto, se agachó y se inclinó lo suficiente para mirarle el rostro. Los párpados femeninos empezaron a aletear junto en el momento en que sus manos hicieron contacto con su piel. Unos ojos marrones, oscurecidos por un velo de dolor parecieron vagar sin rumbo fijo durante un instante antes de posarse sobre él, reconociéndole.

—Ja…ek.

Su voz salió como un débil hilo de aire, sus ojos se humedecieron entonces dejando resbalar una nueva lágrima por su mejilla manchada.

—Shhh, estoy aquí —le dijo al tiempo que sus dedos le acariciaban el pelo y su voz la alcanzaba con todo el peso de su poder, calmándola.

—Duele —susurró cerrando los ojos con fuerza.

Él apretó los dientes al sentir una nueva oleada de dolor, ahora entendía como debía sentirse Shayler con su empatía. Su poder no debería acercarle tanto al dolor de alguien, hasta el momento siempre había sido un sordo rumor que le indicaba el padecimiento y hasta donde llegaba el alcance de sus heridas, permitiéndole saber cómo curarlas o si no habría punto de retorno, pero nunca había sido nada tan intenso como esto.

—Shhh, haremos que se aleje el dolor —le prometió acariciándole la mejilla una última vez, antes de empezar a susurrar unas palabras en voz baja, como una especie de cántico que la envió directamente a la inconsciencia, a un estado en el que sus heridas podrían ser atendidas sin dolor—. Duerme, pequeña.

Dryah dejó entonces a su compañero para acercarse a la pareja, quedándose a unos pasos de ambos. Su mirada recorrió rápidamente la figura alada femenina y al hombre que estaba arrodillado ante ella.

—Sangre y plumas —murmuró examinando a la muchacha para luego fijarse en las manos de Jaek, las cuales estaban manchadas de sangre—, y tus manos. Esto fue exactamente lo que vi.

Shayler se detuvo a espaldas de su mujer, posando sus manos sobre los hombros femeninos mientras su mirada iba de Jaek a la muchacha y viceversa.

—Te conoce —murmuró constatando un hecho.

Él se limitó a asentir antes de arrodillarse en el suelo para tratar de maniobrar sobre el cuerpo de la muchacha y poder alzarla en brazos sin hacerle más daño. Sus alas se deslizaron como un peso muerto, cubriéndola como una capa cuando se levantó de nuevo con ella sin esfuerzo alguno.

—La última vez que la vi, era completamente humana —aseguró con una nota de rabia en la voz—. No tenían derecho a hacerle esto.

Shayler miró a su amigo pero no dijo nada, aquello era una herida que Jaek llevaba desde hacía mucho tiempo y que todavía no había cicatrizado. Contemplando la manera tan cuidadosa con la que se movía con aquella mujer en brazos, solo pudo optar por una elección posible.

—Encárgate de ella —le pidió bajando el brazo hasta la cintura de su esposa, acercándola a él—. Dryah y yo nos ocuparemos de cerrar el local por esta noche. Entonces veré qué diablos

ha pasado aquí y cómo es que una mujer humana ha terminado así.

Jaek asintió mientras bajaba la mirada sobre la muchacha que llevaba en sus brazos.

—Es a ella a quien estaba esperando —confesó volviendo su mirada en dirección al Juez, respondiendo a la pregunta que había eludido anteriormente.

Shayler se lo quedó mirando durante un instante, entonces asintió lentamente con la cabeza. Él correspondió a su saludo y se volvió con su carga alada en brazos. No había llegado siquiera a dejar las sombras cuando se desvaneció en el aire, dejando a sus dos compañeros solos en el callejón.

—¿Qué ha querido decir? —preguntó Dryah volviéndose hacia su compañero y esposo.

—Simplemente, lo que acabas de oír —le dijo al tiempo que echaba un vistazo a los cartones manchados de sangre—. Parece que tenemos trabajo esta noche, bonita.

Dryah se apoyó contra él y depositó un beso sobre su barbuda mejilla.

—Tú ocúpate de ese rastro de sangre y yo cerraré el local —respondió volviendo la mirada hacia atrás—. Después veré si puedo hacer algo por Jaek o la humana.

—Tú siempre dejándome toda la diversión —se burló antes de atraerla hacia él y darle un beso—. Ve con cuidado.

Ella asintió.

—Tú también —le dijo antes de volverse para regresar al local.

CAPÍTULO 3

Jaek limpió cuidadosamente el borde superior de la herida con un pequeño algodón humedecido en desinfectante. La viciosa forma en la que su carne había sido desgarrada, porque no había otro nombre para el desastre con el que se había encontrado en aquella delicada espalda, dejaba al descubierto incluso parte del músculo donde el nacimiento de las enormes extremidades habían brotado. La columna, afortunadamente no había sido tocada, pero la parte interna de sus costados, justo debajo de los omóplatos parecía haber sufrido una oportuna alteración para acomodar los músculos y huesos que servirían de base a los nuevos miembros. No le asombraba que el dolor de aquella muchacha hubiese traspasado las barreras que Shayler tenía puestas sobre su empatía, que él mismo lo percibiese. Si hubiese sido mortal en ese momento, la muchacha no habría sobrevivido a tal brutal cambio.

Las dos enormes alas que brotaban de su espalda parecían estar aún en proceso de formación a juzgar por la distribución de las plumas inferiores, si bien el arco superior estaba completo y fortalecido, la parte interior, la que se unía a su espalda estaba todavía demasiado delicada, sangrante en realidad. A juzgar por la manera en la que la carne y los músculos habían sido cortados, desgarrados, parecía como si aquellas emplumadas articulaciones brotasen desde el interior hacia fuera, como una semilla que germina y se abre camino hacia el exterior. Jaek nunca había presenciado antes nada igual y no estaba muy seguro de cómo proceder, todo lo que podía hacer era ayudar en el proceso de cicatrización, manteniendo unidos los desgarros con algunos puntos, desinfectando las heridas y limpiando la sangre que había oscurecido la piel desnuda de su espalda mientras la mantenía dormida durante todo el proceso.

Suspirando dejó las pinzas sobre la bandeja de sutura y contempló las dos largas y emplumadas extremidades que había colocado suavemente a lo largo de sus costados impidiendo que tensaran la carne lastimada. Las plumas habían adquirido un color gris paloma, con un brillo más suave por debajo de la sangre reseca que se había instalado en ellas, empapándolas hasta el punto de hacerlas mucho más pesadas de lo que parecían. Si tenía que ser sincero, nunca pensó realmente en los ángeles como un ente real, sí sabía de dioses alados, pero el concepto había sido de divinidad, no de algo como esto, no cuando esas extremidades aladas pertenecían a una mujer humana.

Se quitó los guantes de látex y los lanzó al contenedor de pedal antes de inclinarse de nuevo para estudiar su estado. Había sido un gesto automático traerla a la pequeña sala acondicionada como improvisada enfermería en una de las habitaciones traseras del bajo del Local. Shayler no era el único de los Guardianes que había decidido invertir su tiempo en hacer algo diferente y mientras que el joven Juez se había inclinado hacia la carrera de Derecho, Jaek optó por sacarse el título en Medicina y Cirugía General en la Universidad de Nueva York; pero al contrario que su compañero, no había deseado ejercer. No deseaba jugar a la vida y la muerte, no cuando aquel poder ya estaba en sus manos. Pero los conocimientos adquiridos en anatomía y cirugía habían resultado ser de utilidad después de las veces en las que tuvo que atender las heridas de sus compañeros, especialmente tras asistir, como los demás, impotente a la investidura del *Juez Supremo*. La sangre y el dolor que había rodeado al chico era algo que quedó grabado a fuego en el alma de Jaek.

Sus dedos acariciaron suavemente el sedoso revoltijo de pelo castaño y apartó algunos

mechones del rostro ahora en descanso que permanecía vuelto hacia él sobre la camilla.

—¿Quién te ha hecho esto, pequeña? —murmuró retirando inmediatamente la mano al darse cuenta de lo que estaba haciendo.

Ella no era más que una conocida, una muchacha con la que había coincidido y sentado a tomar una copa después de ver la manera en que sus compañeras la trataron. El que hubiese continuado viniendo al local y se sentara en la barra cuando él estaba desocupado para charlar, era algo casual, nada más allá de una manera de pasar el rato. Unos momentos en los que, tenía que admitir, siempre disfrutaba o no estaría tan pendiente como lo había estado de que ella no hubiese aparecido por el local cuando aquella era la noche de la semana en la que lo hacía. Sabía que se llamaba Keily, que tenía veintisiete años y trabajaba como ayudante de Museo en el MET. A juzgar por las frases que había pronunciado al hablar alguna que otra vez de su familia, no guardaba muy buena relación con ellos, por no decir que era inexistente. Ella era dulce y bastante tímida y se sonrojaba cuando le dedicaba algún alago, era alguien a quien había llegado a considerar una amiga, si es que los inmortales como él podían darse el lujo de tener algo como eso.

Su mirada azul se deslizó por su cuerpo. Era alta, sabía que debía medir alrededor del metro setenta, con voluptuosas curvas, brazos llenos y piernas largas y bien torneadas, de complexión fuerte, no un palillo de escoba como lo eran la mayoría de las chicas que solían pasarse por el local, tenía la piel clara y bastantes pecas. Su rostro estaba cubierto de pecas, pero nunca pensó que ese atractivo se extendiese al resto de su cuerpo. No era muy dada a utilizar escote cuando se pasaba por el bar, en realidad, solo la había visto un par de veces de faldas, ocasión que le había dado oportunidad de admirar sus bonitas y largas piernas.

Ahora en cambio, su camiseta gris estaba rasgada casi por completo en la espalda, apenas sujeta en el lugar por un delgado hilo que mantenía la tela unida. Sus jeans estaban empapados en su propia sangre haciendo que la tela se endureciera al secarse y calzaba un único zapato de tacón bajo, el otro debía haberlo perdido en algún lugar.

No, ella no era alguien que pudiera meterse en algo como esto por sí misma, era demasiado tímida para ello, si bien se abría cuando ganaba confianza y se desenvolvía muy bien, era reservada, inteligente e incluso diría que bastante ingenua, pero no había ni una sola pizca de malicia en ella.

No. No había ni una estúpida forma en la que ella terminase en algo así por sí misma.

Un ligero golpeteo a la puerta llamó su atención, Dryah asomó su cabeza rubia a través de ella echando una preocupada mirada alrededor.

—¿Cómo está? —preguntó en voz baja, suave, como si temiera molestar.

Él la invitó a pasar con un gesto de la mano.

—Duerme —le respondió y aprovechó su llegada para meter las manos bajo el grifo del pequeño fregadero de la esquina—. Quien quiera que le haya hecho esto, se ha ensañado y bien.

Dryah entró en la habitación, cerró la puerta tras de sí y caminó hacia la camilla, sus manos ancladas a la espalda.

—Era humana —murmuró con una voz suave que invitaba a la tranquilidad—. No tenían derecho a jugar así con ella.

—Todavía es humana —argumentó, aunque sabía que era más un deseo de su parte que la realidad.

Ella negó con la cabeza.

—No, ya no lo es. No completamente al menos —suspiró acercándose a la muchacha dormida, con gentileza le acarició el pelo y deslizó la mano por encima de sus alas sin llegar a

tocarlas. En el momento que lo hizo, una suave neblina dorada cubrió las plumas y el cuerpo de la muchacha, borrando toda mancha de sangre en ellas, dejando su piel limpia, devolviendo a las plumas la textura y el peso original—. Ahora es… Algo más.

A Jaek no dejaba de sorprenderle el enorme poder que esgrimía su hermana de armas, en un momento toda la sangre que cubría el pantalón de la muchacha desapareció también.

—¿Algo como qué? —preguntó contemplando a la chica sobre la camilla.

Ella se volvió entonces hacia él y negó con la cabeza, sus ojos tenían una sombra de pena.

—Ojalá lo supiera, así podría hacer algo más para ayudarla —aseguró en voz baja, entonces dejó escapar un profundo suspiro—. Es una lata el que te concedan tanto poder y no se te permita utilizarlo cuando quieres.

Él estiró la mano y le frotó el brazo con cariño, la pequeña rubia se había colado como un huracán en las vidas de todos ellos. Consorte de La Ley del Universo, la joven Libre Albedrío se había ido abriendo camino entre los Guardianes hasta ganarse el afecto de todos ellos. De un modo u otro, la llegada de la muchacha a sus vidas había supuesto un cambio para bien.

—Estás haciendo lo que debes hacer, Dryahny —le aseguró, utilizando el apodo que todos ellos le habían puesto—, nada más y nada menos.

Ella suspiró profundamente.

—Lo que dije ahí fuera, era verdad, Jaek. No he visto nada más que plumas, sangre… Y tus manos. —Indicó el anillo que rodeada su dedo anular de la mano izquierda—. Llevabas ese anillo.

Jaek se tocó el aro que rodeaba su dedo y asintió volviendo la mirada hacia la muchacha.

—Shayler está intentando averiguar qué ha pasado, me envió a cerrar el local —explicó señalando por encima de su hombro—. La gente ya se ha marchado y he echado la llave.

Jaek asintió.

—Gracias.

Ella sonrió ligeramente y se giró hacia la chica.

—¿Hace mucho que la conoces? —preguntó al tiempo que lo miraba.

—Un tiempo. Suele pasarse todos los jueves —aseguró deslizando sus dedos sobre su frente para comprobar su temperatura y mirar después las heridas en su espalda—, se sienta en una mesa a escuchar al grupo de la noche, y luego me hace compañía un rato en la barra. Keily no es alguien que pudiera meterse en algo como… esto.

—Si algo he aprendido en estos últimos meses, es que los humanos no saben dónde se meten la mayoría de las veces —comentó con una mueca antes de continuar—. Y nosotros tampoco, la verdad.

Jaek esbozó una sonrisa.

—¿Cómo llevas lo de las visiones?

Ella puso los ojos en blanco ante lo que parecía ser el tema del año. Desde que empezó a tener aquellos flashes, había visto de todo un poco, cosas que tenían sentido y otras que no lo tenían en absoluto.

—La de hoy ha sido en cierto modo… clara —respondió encogiéndose de hombros—. Shayler aún se está riendo de la que tuve el miércoles pasado, nueces y nata… Solo montones de nueces y nata, mucha nata… Realmente, empiezo a pensar que esto de ser *Oráculo* es un asco.

—¿Nueces y nata? —sonrió él con cierta diversión—. ¿En qué estarías pensando, bonita?

Ella se sonrojó, entonces se cruzó de brazos y lo apuntó con un dedo.

—No quiero oír más comentarios de esa clase —aseguró con un mohín—. Ya he tenido suficiente con los de Lyon.

Él le guiñó un ojo en respuesta y se inclinó para ver las heridas en la espalda de su paciente. Su piel había empezado a recuperar el color, lo cual quería decir que su poder estaba entrando en ella, empezando a reparar el daño infringido a su cuerpo de dentro hacia fuera, de modo lento pero con absoluta fiabilidad.

—Siento no poder ser más clara al respecto de mis visiones —le dijo entonces como si necesitara disculparse—, a veces lo que para mí parece estar claro de entender, no es fácil de explicar, o no puedo explicarlo porque interferiría con vuestro libre albedrío, ¿entiendes?

Jaek la miró, sus ojos azules repasaron durante un instante el rostro femenino. Se estaba mordiendo el labio inferior como hacía cada vez que estaba nerviosa por algo, y una *Oráculo* nerviosa no era precisamente algo bueno.

—No, Dryah, no lo entiendo —negó y se enderezó para girarse de modo que quedó frente a ella—. ¿Qué hay en lo que has visto que según tú no puedes decirme para no interferir con mi libre albedrío?

Abrió la boca para responder, entonces hizo una mueca y frunció el ceño.

—Sí lo has entendido —respondió, entonces negó con la cabeza e indicó a la muchacha con un gesto de la barbilla—. No te obligues a ir más allá de tus límites para curarla, Jaek, va a necesitar más de ti que solo la energía de curación que está regenerando su cuerpo.

Él alzó la barbilla y la miró a través de sus entrecerrados ojos.

—Ahora sé que no estás diciéndome todo, Libre Albedrío —la acusó. Dryah en ocasiones podía ser tan trasparente como el agua—. ¿Por qué?

Ella se llevó una mano al pelo y enredó uno de sus mechones en un dedo antes de responderle.

—Te he dicho todo lo que puedo decirte, Guardián —declaró rodeando la camilla para acercarse a la muchacha desde otro ángulo—. Lo que esté por llegar, no depende de mí.

—Realmente, odio cuando hablas como un *Oráculo* —aseguró con fastidio, sabiendo que no le llevaría a ningún lugar seguir discutiendo con la muchacha.

Ella suspiró profundamente y asintió.

—No eres el único. A Lyon lo vuelvo loco, dice que no quiere tenerme ni a un quilómetro a la redonda cuando hay visiones de por medio.

Podía entender el por qué. El pensamiento de tener a una mujer con el poder de joder con el universo alrededor de uno no era algo que quisiera. Negando con la cabeza, volvió la mirada hacia la muchacha que dormía sobre la camilla, para luego volverse hacia Dryah e indicarle con un gesto el armario de dos puertas de cristal que había tras ella.

—En la puerta de la izquierda, el primer estante, ¿puedes alcanzar una de las mantas?

Ella se trasladó en el acto al lugar que le había indicado y sacó una fina manta gris para luego entregársela a Jaek.

—Realmente, con esas alas, parece un ángel.

—No existen los ángeles de la manera en que los conciben los humanos —le explicó estirando la manta para cubrirla—. No hay gente caminando por ahí con alas a la espalda. Esto… —Señaló a la muchacha—, nada tiene que ver con el dios en el que creen los cristianos y posiblemente sí mucho con cualquier estúpido ser de dudosa divinidad que haya estado pasando el rato a costa de los mortales.

—Si ha sido un dios —respondió Dryah mirando a la muchacha—, va a tener una larguísima charla con el Juez, una que posiblemente no le guste nada.

Jaek la miró a los ojos, a pesar de todo, la protección del Juez Universal seguía siendo su primera prioridad.

—No dejes que haga tonterías.

Ella sonrió con calidez.

—No te preocupes, la última tontería que hizo, lo encadenó a mí —aseguró con un leve encogimiento de hombros—, y ha dicho que no está interesado en cometer ninguna más de ese estilo, conmigo tiene más que suficiente para toda la eternidad.

Él sonrió ante su respuesta.

—Estoy seguro de que así será —aceptó mirando el reloj que había adosado a la pared. El contador digital marcaba ya pasadas las cuatro de la madrugada—. Es tarde y llevas todo el día fuera, busca al Juez y después vete a casa.

Ella lo miró y asintió, entonces bajó la mirada hacia la convaleciente muchacha.

—¿Crees que sabrá quién le ha hecho esto?

Él bajó la mirada hacia Keily.

—Lo averiguaré cuando despierte —le aseguró sin más explicaciones.

Ella asintió y rodeó nuevamente la camilla para posar una mano sobre el bíceps del hombre a modo de despedida.

—Pase lo que pase, recuerda que ella ha venido a ti —le dijo antes de ponerse de puntillas y darle un beso en la mejilla—. Los tres oímos su llamado de ayuda, pero estaba dirigido a ti.

Jaek se limitó a asentir.

—Tú también deberías intentar descansar algo —le recordó y se volvió para marcharse—. Buenas noches, Jaek.

—Buenas noches, pequeña —musitó cuando la puerta se cerró tras la muchacha dejándolo a solas con la pequeña ángel que había ido a llamar a su puerta.

Las últimas palabras de Dryah no dejaron de darle vueltas en la cabeza. Podía no conocer qué era lo que había ocurrido para conducir a Keily a este estado, pero lo que no podía negar era que en su momento de mayor necesidad, había venido a él en busca de ayuda. Jaek bajó la mirada de nuevo a la banda de acero con símbolos tribales que pertenecía a su pasado, a una vida que lo había convertido en el hombre, el Guardián Universal, que era hoy en día.

Ella había venido a él en busca de ayuda, no la defraudaría.

CAPÍTULO 4

—Diablos, ¿Cómo pueden los humanos aguantar esto?

Maat se llevó las manos a la cabeza, masajeando lentamente sus sienes mientras observaba el calor del humeante café elevándose ante ella. Le martilleaba la cabeza y cualquier sonido más alto que la caída de un alfiler le provocaba dolor, pero lo peor no era aquello si no la absoluta conciencia de que había metido la pata hasta el fondo.

Su mirada azul recorrió la cafetería llena de gente. Ni siquiera estaba segura de cómo había terminado aquí en el mundo de los humanos, su mente era un verdadero revoltijo de imágenes, alguna de las cuales no auguraban nada bueno. Muy lentamente llevó la mano hacia la taza de café, sobresaltándose con un jadeo de indignación al ver cómo le temblaba la mano. ¡Jamás le habían temblado las manos!

—Me tiembla la mano —musitó para sí levantando el miembro hasta colocarlo delante de sus ojos—. No puede temblarme la mano… soy una diosa… no nos tiemblan las manos. —Un brusco movimiento de su parte trajo consigo un relámpago de dolor atravesándole las sienes—. Mi cabeza… Maldito *Aldinach*, me estalla la cabeza…

—Esos son síntomas inequívocos de una buena resaca, señorita.

Una voz de barítono sonó desde el otro lado de la barra del bar donde el camarero se afanaba en limpiar, recogía las tazas y los vasos y servía los desayunos.

—En cuanto se tome el café, verá que empezará a despejarse un poco —le aseguró con gesto amigable.

Maat miró al hombre y luego el café que tenía ante ella y sacudió la cabeza. ¿Aquel desconocido le estaba hablando a ella? ¿El humano se había tomado la libertad de hablarle directamente a ella, a Maat, la diosa Egipcia de la Justicia? La mujer hizo una mueca ante ello, ahora mismo no se sentía precisamente como una todopoderosa diosa, si no como una estúpida y dolorida diosa.

—No sé si quiero despejarme —respondió tomando la cucharilla para empezar a revolver el humeante líquido—, eso significaría recordar con claridad cosas de las que solo recuerdo ciertos retazos, las cuales harán que mi sobrino me vuele la cabeza, si no me estalla primero con este incesante martilleo.

Suspirando dejó la cucharilla a un lado y enlazó el dedo índice de su mano derecha alrededor del asa de la taza para alzarla hacia sus labios y vacilar.

—¿Cómo iba a saber yo que esa muchachita insulsa estaba enamorada de uno de ellos? Nadie se molestó en explicarme ese pequeño detalle, esa maldita de Zhalamira no pronunció palabra al respecto sobre eso… ¿Y por qué diablos tuve que hacerle caso a la zorra de Terra? Oh, soy la más estúpida de las diosas, me merezco la patada en el culo que él va a darme en cuanto se entere del fiasco que he organizado. Esto se ha complicado más de la cuenta, no tiene ni pies ni cabeza.

Gimiendo por su mala suerte, sopló el vapor del café y dio un sorbo a la caliente y amarga bebida.

—*Puajj*… Esto es peor que la resaca —farfulló dejando el café sobre el mostrador, su rostro arrugado en una cómica mueca.

El camarero se limitó a sonreírle antes de seguir con su trabajo, por su actitud

despreocupada, estaba claro que no era la primera diosa a la que oía hablar, quizás, aquel fuera un ritual típico en aquel lugar.

—¿Suelen venir muchos dioses por aquí? —se encontró preguntándole.

El camarero se limitó a deslizar la mirada de manera sensual y apreciativa sobre ella y esbozó una sexy sonrisa, que no tenía nada de malicia y sí mucho de sensualidad.

—Si se han dejado caer por aquí, no he tenido el placer de contemplarlos —aseguró antes de hacerle un guiño y trasladarse hacia el otro lado de la barra para atender a un recién llegado.

Maat esbozó una ligera sonrisa y le echó un buen vistazo al culo del camarero mientras se alejaba para seguir con su trabajo. Aquel espécimen humano no estaba nada mal.

—Creo que los humanos podrían tener una utilidad después de todo —murmuró para sí, entonces sacudió la cabeza al recordar a la muchacha con la que se había cruzado aquella noche. ¿Quién iba a imaginar que alguien tan insulsa como ella iba a estar enamorada de un inmortal? ¡Y no uno cualquiera, oh, no! La muy estúpida había depositado su interés en uno de los *Guardianes Universales*. Diablos… Estaba metida en un buen lío. Gimiendo se llevó las manos a la cabeza, aquel continuo martilleo le hacía imposible pensar—. Oh… mierda, mierda, mierda… ¿Cómo podéis beber hasta la saciedad si éste es el resultado? Los mortales sois realmente estúpidos, no puedo creer que hagáis esto por iniciativa propia para obtener lo que llamáis resaca. Si no se produjese una catástrofe con mi desaparición, me gustaría morirme ahora mismo, eso me ahorraría los problemas que se avecinan.

Maat trató de concentrarse un poco, no podía creer que aquel delicioso y caro vino que había compartido con la zorra de Terra la condujese a tal estado. Se había encontrado con la antigua amante de Tarsis en una de las caras y exclusivas fiestas a las que solían asistir los inmortales. Le había sorprendido ver a la mujer entre aquellos, sobre todo después de la manera en que terminó el hombre, pero ella parecía tener sus propios objetivos pues sus manos se estuvieron dando un festín con la piel de algún estúpido mientras le susurraba al oído. Si bien coincidieron en alguna que otra ocasión, nunca habían sido amigas y después de lo que la zorra le hizo a la mujer de su sobrino, la diosa egipcia de la Verdad y la Justicia no sentía que su aprecio por ella hubiese crecido precisamente.

La noche había transcurrido lentamente entre copas de champan y caros vinos, los más exquisitos platos fueron servidos, así como bebidas que eran solo conocidas por los dioses. En algún momento durante la fiesta, Maat terminó charlando animadamente con la mujer, compartiendo un caro vino que la muy zorra había sacado de algún lugar. Entre copa y copa, habían reído y compartido impresiones sobre los hombres… Y entonces, de algún modo, la mujer osó desafiarla. Arrugó la pequeña nariz tratando de pensar a través del incesante martilleo en su cabeza en aquellos momentos… ¿Qué había dicho Terra? ¿Cómo había sabido de aquella niña? Y... ¿Cómo demonios había aceptado ella hacer algo tan absurdo?

Una pequeña vena palpitaba en su sien cuando el alcohol empezó a evaporarse de su sistema dejando que en su mente nublada entrase algo de claridad… Era una diosa, un miembro del Panteón Egipcio… ¿Y había sucumbido a los efectos de un vino elaborado por los humanos?

—¡Maldita zorra de los siete infiernos! —clamó en voz alta y dejó caer la palma de su mano abierta sobre el mostrador, solo para maldecir nuevamente y llevarse las manos a la cabeza con un gemido—. Oh, mierda, mierda, mierda… Abajo, Maat, abajo… No vuelvas a hacer eso… —Entonces volvió a mascullar, ahora en voz baja, mientras en su mente aparecía el rostro satisfecho de aquella perra inmortal—. La muy zorra… Voy a sacarle cada uno de sus órganos y meterlos en vasijas mientras aún esté viva para verlo.

Bufando, volvió a coger la taza de café y se la llevó a los labios, dándole un nuevo sorbo

para hacer una nueva mueca de desagrado. ¿Cómo había llegado a meterse en aquel embrollo? Realmente, lo había jodido y bien.

—Era humana… pero… —Su mente nublada parecía por fin empezar a trabajar con coherencia—. No, eso no es posible… Ninguna elegida ha sido convertida desde los tiempos de los faraones… Solo le he dado alas… ¿Verdad?

Maat dejó escapar un pesado bufido, sus largos dedos de cuidadas uñas se hundieron en su cabello, el cual se había convertido en una verdadera maraña. Entrecerrando los ojos, centró su mirada en el reflejo del espejo que le devolvía su imagen al otro lado de la barra y ahogó un gemido.

—Por todos los caimanes del Nilo… ¡Mi pelo! —gimió como si le hubiesen arrancado un brazo, su expresión era de absoluto horror mientras se acariciaba el encrespado y revuelto pelo que había adquirido el aspecto de una melena de león—. Oh… la mataré… ¡Juro que la mataré!

Gimiendo profundamente dejó caer el rostro sobre las manos cruzadas sobre la mesa y lloriqueó.

—Soy la diosa de la Justicia y la Anarquía Cósmica, ¿y qué es lo que hago? Pues nada mejor que joder directamente con los humanos… y no cualquier humano… esa muchacha era una maldita *elegida*… ¡Se suponía que ya no había ningún humano con esas características! Oh…. Mi sobrino pedirá mi cabeza por esto.

—No creo que se vaya a terminar el mundo por eso.

La voz masculina del camarero penetró de nuevo en sus oídos, la diosa levantó la mirada para encontrarse con una mano morena que le tendía un pañuelo de papel.

—Quizás debiese hablar con su sobrino y explicarle como fueron las cosas —sugirió el hombre sonriéndole cálidamente.

Tomó el pañuelo que le tendía el hombre y lo miró antes de volver a mirar al camarero.

—¿Tú crees?

El camarero ladeó la cabeza como si se lo pensara, y entonces asintió.

—Soy de los que creen que todo se soluciona con el diálogo.

Maat dejó escapar una pequeña carcajada, pero su mirada era cálida y curiosa cuando volvió a mirar al chico.

—Como se nota lo jóvenes que sois los humanos —respondió con un suspiro—. Tan inocentes... —La mujer chasqueó la lengua y suspiró tomando otro sorbo de su café—. Tan confiados… Tan monos…

El camarero sonrió ante esto último, pero no dijo nada. En realidad, ni siquiera estaba seguro de por qué le estaba siguiendo la corriente a aquella mujer. Ya fuera por la enorme resaca que tenía encima o las locuras que salían de sus sugerentes labios, sintió simpatía por ella y no parecía peligrosa. Solo era uno de muchos clientes que venían buscando el desahogo con alguien.

—Quizás debería buscar a esa insulsa muchacha, ver si ha sobrevivido al don que le otorgué… Pero eso podría ser un problema —aseguró mirando el café que quedaba en su taza —. Demonios… si no ha sobrevivido, estaré en serios problemas… Esto no es lo que ella quería, y no es sabio llevarle la contraria a ese ser primordial… Ni siquiera es sabio hacer tratos con alguien así… ¿En qué diablos estaría pensando? ¿Y si la muchacha no sobrevive? Tenía el sello de una elegida, pero no sé si será apta para convertirse en una de mis hijas…

Llevándose de nuevo las manos a la cabeza, gimió nuevamente cuando notó su voluminoso pelo.

—¡Mi pelo! ¡Voy a destripar a esa condenada zorra! —clamó alzando nuevamente la voz, entonces tomó la taza de café y se bebió el líquido caliente de un solo trago antes de volverse

hacia el apuesto camarero con rostro beatífico—. Pero antes, ¿podrías ponerme otro café… um…?

—Mark.

—Mark —sonrió la diosa—. Sí, me gusta. Ponme otro café, Mark.

—Las autoridades todavía están investigando sobre el extraño caso acontecido en el Museo Metropolitano, en el cual parecen haber entrado a robar. A estas horas, la policía sigue sin pistas sobre el posible paradero de la Ayudante de Museo, Keily Adamms. Según fuentes policiales, la mujer de veintisiete años habría estado trabajando ayer noche en una de las oficinas de la zona de almacenaje, catalogando piezas cuando se produjo el asalto. Las primeras hipótesis señalan hacia un posible robo con agresión, a juzgar por el rastro de sangre que se encontró en el lugar de los hechos y el consiguiente destrozo. Todas las fuerzas de seguridad están ahora mismo tras alguna pista que indique el paradero de la mujer.

Jaek apretó los puños cuando salió una fotografía de carné de Keily en la pantalla de televisión del noticiario que estaba emitiendo la última hora del asalto que se había realizado al Museo Metropolitano de Nueva York.

—Uno de los guardas nocturnos del museo, asegura haber visto y hablado con la Señorita Adamms pasadas las doce de la noche —continuó la mujer—, habría sido después de la una de la madrugada, en la que durante una de sus rondas encontrase el rastro de sangre que dio la alerta.

La imagen de la comentarista cambió de inmediato por la de un hombre afroamericano de mediana edad, vestido con el uniforme de seguridad del museo. En la parte inferior de la pantalla aparecía una banda con su nombre, Carl Bequer y su puesto, *Seguridad Nocturna del Met.*

—Coincidí con la Señorita Adamms durante una de mis rondas, ella había estado trabajando en la oficina del almacén y se tomó un descanso para sacar un café de la máquina expendedora —explicaba el guarda al periodista que le estaba entrevistando—. Intercambiamos algunas palabras y me comentó que se iría pronto.

—¿Suele ella quedarse hasta tan tarde en las oficinas, incluso después del cierre del museo? —preguntó el periodista antes de volver a pasarle el micrófono.

—La Señorita Adamms es una gran trabajadora, esta última semana había estado haciendo horas extra, sí —respondió el guarda.

—¿Cuándo se dio cuenta de que habían forzado el almacén?

El hombre vaciló.

—Bien, eran más de las tres de la mañana y me sorprendió que la Señorita Adamms no se hubiese marchado todavía, así que aprovechando la ronda me acerqué al almacén y fue cuando vi que la silla estaba tirada, había papeles esparcidos por el suelo, el teléfono descolgado y un rastro rojo regaba el suelo y continuaba hacia el almacén.

—¿Es cierto que la puerta de emergencia de la parte del almacén del Museo estaba abierta? ¿No deberían haber sonado las alarmas?

El guarda iba a responder, cuando un hombre vestido de traje y corbata acompañado por un policía se interpuso y cortó la entrevista.

—El sistema de alarma de la puerta de emergencia fue cortado premeditadamente —informó el recién llegado tomando el asunto en sus manos—. Más tarde la dirección del museo dará una rueda de prensa para esclarecer todas las dudas, gracias por su interés.

—Director Mellers…

La imagen volvió a cambiar entonces de nuevo a la comentarista del noticiario, quien siguió informando de los hechos.

Un leve gemido a su espalda llamó la atención de Jaek, quien bajó el volumen del monitor de televisión que había sobre el largo mostrador y se acercó hasta la figura alada que descansaba boca abajo sobre la camilla. No debería despertarse siquiera durante el proceso de sanación, pero lo estaba haciendo.

—Um… —la oyó musitar.

Rápidamente se inclinó sobre su espalda, comprobando sus heridas, para finalmente agacharse a su lado, de cara al rostro de ella, intentando calmarla.

—Shh, permanece quieta —le susurró apartándole el pelo de la cara, al tiempo que se incorporaba un poco para posar suavemente la mano en el hueco de la parte baja de su espalda, impidiéndole que se moviera—, no te muevas, es demasiado pronto.

Ella parpadeó un par de veces, la claridad del lugar hería sus ojos haciendo que lagrimearan, trató de llevar una mano hacia el rostro para escudárselo solo para darse cuenta de que el simple movimiento era demasiado esfuerzo.

—¿Qué… qué pasa… dónde…? —farfulló con voz somnolienta.

Jaek ejerció un poco más de presión, al tiempo que devolvía su brazo a la camilla.

—No te muevas, Keily —le pidió manteniéndola inmóvil en la camilla.

La profundidad y el tono en su voz hizo que lo reconociese, parpadeando varias veces en un intento de acostumbrarse a la claridad, lo miró a través de las pequeñas rendijas de sus ojos.

—¿Jaek? —susurró antes de lamerse los labios los cuales sentía resecos—. ¿Eres tú? ¿Qué… qué ocurre?

Él asintió al tiempo que le acariciaba la frente, tratando de tranquilizarla. Podía empezar a notar como su cuerpo empezaba a ponerse rígido.

—Sí, pequeña, soy yo —aseguró y deslizó de nuevo su mano sobre su brazo posado en la camilla al tiempo que se incorporaba—. No te muevas, ¿de acuerdo? No quiero que se te abran los puntos.

—¿Puntos? —repitió sin entender—. ¿Qué… qué ha ocurrido?

Él se quedó callado durante un instante, entonces prosiguió.

—Ha ocurrido algo, Keily —le dijo lentamente, alejándose un instante para coger la linterna de ojos de la bandeja y acercarse de nuevo a ella para medirle la reacción de las pupilas.

Ella frunció el ceño, a pesar de que su mente era un auténtico caos, no recordaba que el hombre ante ella fuese médico.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó al tiempo que trataba de incorporarse.

—No —la detuvo, manteniéndola inmóvil—. Tienes que permanecer acostada, no te muevas, tu espalda solo está empezando a sanar.

—¿Mi espalda? —repitió y por un instante, aquella sola palabra le provocó un escalofrío.

Jaek se inclinó sobre ella, mirándola.

—Keily, ¿recuerdas algo de anoche?

—¿Anoche? —respondió amodorrada, estaba tan cansada y sentía la espalda adormecida, pesada—. Anoche… qué…

El murmullo bajo que emitía la pequeña televisión a escasos metros de ella llegó entonces a sus oídos, las palabras del comentarista se mezclaban en su mente con una voz que sí reconoció, no podía olvidarse fácilmente de la voz aguda y estridente de su jefe.

—¿Ese es el director del Museo? —musitó antes de oír lo que decía y que no tenía ningún sentido para ella.

La voz aguda del mismo hombre que había interrumpido anteriormente la policía empezó a hablar.

—Es pronto para saber con seguridad si falta alguna cosa, se ha perdido mucho papeleo y algunas de las piezas han sido encontradas rotas o dañadas —respondía el hombre con su clásica frialdad—. Podremos estar seguros del alcance de los daños cuando terminemos la valoración.

A la voz del hombre, se superpuso durante un instante un sonido de murmullos y finalmente la voz de una mujer se alzó con una pregunta que dejó helada a Keily.

—¿Se sabe algo ya sobre el rastro de sangre encontrado? ¿Podría tener algo que ver con la desaparición de la Ayudante de Museo, Keily Adamms?

—¿Qué? —gimió tratando de incorporarse cuando su mente registró aquellas palabras. ¿De qué estaban hablando? ¿Qué les había pasado a las piezas? ¿De qué… sangre?

Un relámpago de imágenes cruzó por su mente haciéndola jadear.

—Keily, no. —Jaek intentó detenerla cuando ella se movió e hizo que una de sus alas resbalase por el costado de la camilla provocando un ligero tirón en la todavía delicada piel de su espalda.

—Ah.

A Keily se le quedó atascada la respiración en los pulmones cuando una caliente ráfaga de dolor atravesó su espalda como un fuerte latigazo, trayendo a su confusa mente el recuerdo de un dolor parecido. Aterrada alzó la mirada por encima de su hombro para ver qué era lo que había provocado tal dolor, su rostro empezó a perder el color al vislumbrar la extensión de plumaje gris a su costado.

—No, no… —Empezó a temblar, sus ojos incapaces de apartarse de aquella imagen de fantasía, luchando con el dolor que le provocaba cada movimiento voluntario o involuntario—, no es real... no es real…

A pesar del dolor, trató de incorporarse, luchando con las manos masculinas que por el contrario deseaban mantenerla acostada. Su cuerpo temblaba, su mirada era incapaz de alejarse de aquella manta de plumas grises que ahora cubrían su cadera y se movían a medida que ella se incorporaba. El dolor en su espalda la hizo gemir y por un momento su visión se emborronó seguida de un vuelco del estómago y unas repentinas ganas de abrirse a vómitos. Un rápido vistazo hacia el otro lado de la camilla le mostró otra de aquellas enormes extremidades emplumadas deslizada hacia el suelo.

—No… no… —Sus temblores se hicieron más fuertes, sus ojos se abrieron desmesuradamente, el terror llenaba sus pupilas—. No es real, esto no es real… Ella no es real… no… mi espalda…

Jaek tomó su rostro con una mano obligándola a mirarle mientras la rodeaba con el otro brazo por la parte baja de la cintura para ayudarla a mantenerse incorporada sin que sus recién adquiridas extremidades obstaculizaran el proceso y lastimasen aún más su herida espalda.

—Mi espalda… —gimió, sus ojos ya estaban llenos de lágrimas que se iban resbalando por las mejillas—. No es real… no lo es…

—Ey, ey, ey… Mírame, mírame —la llamó atrayendo su atención—. Eso es Keily, solo mírame.

Ella así lo hizo, concentrándose en esos amistosos y confiables ojos azules, todo aquello estaba resultando ser una pesadilla, una de la que no se había despertado.

—¿Qué está ocurriendo? ¿Por qué…? —Tragó, pasando el nudo que se le había hecho en la garganta antes de desviar ligeramente la mirada de una forma lenta y deliberada hacia uno de sus costados, queriendo ver de nuevo el peso añadido que sentía tirando de su dolorida espalda. Rodó los hombros como si de ese modo pudiese aliviar un poco la tensión, pero el acto solo consiguió enviar un nuevo latigazo—. No… Mi espalda, me duele.

—Lo sé, nena —aseguró Jaek volviendo a atraer su mirada hacia él—, vamos a volver a tumbarte, ¿de acuerdo? Estarás más cómoda.

Keily empezó a negar con la cabeza, sus labios se fruncieron en un pequeño mohín al igual que su frente, un preludio del inminente llanto. En su mirada podía apreciarse el miedo que mantenía su cuerpo en tensión.

—No —negó en un hilillo de voz—. No quiero esto… No lo quiero…

Sin responder, Jaek la equilibró teniendo cuidado con sus alas y la postura en que estas habían quedado a la hora de hacer que se recostara nuevamente sobre el lado izquierdo, para lentamente acomodarla sobre su estómago.

—No pasa nada, nena, lo estás haciendo muy bien, vamos —la instó a relajarse, mientras maniobraba para volver a acomodar su cuerpo sobre la camilla, seguido de las amplias alas, las cuales parecían estar ganando peso poco a poco.

Keily apretó con fuerza los ojos cuando sintió un nuevo tirón en la espalda, no tan fuerte como el anterior pero suficiente para hacerla consciente de que había algo más anclado a su espalda. Su mente se negaba a enfrentarse a la locura por la que sabía había pasado aunque el dolor que sentía fuese un continuo recordatorio. Cuando el latido de su corazón dejó de resonarle en los oídos, pudo escuchar nuevamente el sonido de la voz apagada que salía del pequeño receptor de televisión. Ladeó el rostro lo suficiente para dirigir la mirada hacia la pantalla, sus ojos estaban humedecidos y la nariz le goteaba, pero no le importaba, todo lo que podía hacer era observar las imágenes que se sucedían en el televisor. Imágenes del MET, acordonado por una cinta policial, una periodista entrevistando a gente que ella conocía, personas con las que trabajaba todos los días mientras que en la parte superior de la pantalla, en una esquina, aparecía una foto, que si bien no conseguía leer la leyenda de abajo sin sus gafas, sabía que era ella.

—¿Han… asaltado el museo? ¿Es eso? —murmuró con voz ahogada, mientras pensaba en que eso podría ser algo más fácil de creer que lo que había visto atado a su espalda—. ¿Me han disparado? ¿Por eso me duele la espalda?

Una ráfaga de terror acompañó aquel pensamiento hasta que comprobó que podía mover las piernas, que sentía el movimiento, seguido por el recuerdo de que ella misma había tratado de incorporarse y sus piernas habían respondido, un poco más pesadas de lo habitual, pero habían respondido.

—¿Qué diablos está pasando? —susurró nuevamente, su mirada vagando ahora por el fragmento de habitación contiguo a la televisión, sorprendiéndose por la mezcla de muebles y decoración. Una parte estaba realizada en tonos blancos, armarios altos y estanterías, e incluso lo que parecía ser un pequeño fregadero cromado en una esquina. Un par de cuadros con lo que podía ser un título de alguna clase estaban anclados a una desnuda pared justo por encima de un alto archivador—. ¿Qué es esto? ¿Por qué… por qué no estoy en un hospital?

Las preguntas se agolpaban a una velocidad alarmante en su mente, seguidas de conjeturas y respuestas que no la llevaban a ningún lado.

Una cálida mano se posó entonces entre sus omóplatos, seguida por otra cuyos dedos apretaban suavemente una zona de su espalda que la hizo dar un pequeño respingo.

—¿Jaek? —lo llamó temerosa, necesitando una respuesta a toda aquella locura.

—No pasa nada, Keily. —Su voz era suave, en cierto modo incluso soporífera de una manera agradable y la incitaba a dormir—. Soy médico, estás en mi despacho privado.

¿Médico? ¿Despacho privado? ¿De qué diablos estaba hablándole?

—¿Médico? —repitió en voz alta y negó con la cabeza mentalmente—. No… espera… Prefiero que me lleves a un hospital, esto… esto no se parece… bueno… No sé a lo que se

parece.

—Tengo un bonito título de Medicina y Cirugía General en esa pared de tu derecha, perfectamente legal y homologado —le respondió deslizando las manos de manera experta por su espalda—, con prácticas de urgencias en el Sinaí y un año de interno en el County de los Ángeles. Ahora, quédate quieta, ¿ok?

¿Médico? ¿Cirujano? ¿Títulos homologados y prácticas en hospitales?

—¿Me estás tomando el pelo? —No pudo evitar preguntar.

Jaek dejó escapar un resoplido ante el tono de incredulidad de ella, en cierto modo hasta le causaba gracia.

—No, en absoluto —concluyó mientras dedicaba ahora su atención a las extremidades emplumadas que se extendían a sus costados, arqueándose hacia fuera para no tocar las heridas antes de cruzarse sobre la parte de atrás de sus muslos.

Keily permaneció en silencio unos instantes cuando notó sus manos deslizándose por sus costados antes de notar un nuevo tirón en su espalda, unos centímetros más debajo de los omóplatos.

—¿Jaek? —lo llamó de nuevo, su voz temblorosa—. Dime que lo que siendo no es real, que no están ahí realmente.

Hubo un profundo momento de silencio en el que Jaek se limitó a contemplar las dos enormes extremidades de plumas color gris paloma, entonces desvió la mirada hacia ella. Keily mantenía la vista fija al frente como si temiese enfrentarse ella misma a aquella locura.

—¿Qué es lo último que recuerdas, Keily? —le preguntó suavemente, pero con voz lo suficientemente firme como para exigir una respuesta—. ¿Qué ocurrió anoche? ¿Quién te ha hecho esto?

Ella parpadeó ante el borde afilado en su voz, por un instante creyó detectar incluso una pizca de resentimiento. Respirando profundamente, se obligó a tragar la saliva que amenazaba con amontonarse en la boca de su garganta impidiéndole respirar.

—Una pesadilla. —Las palabras salieron de sus labios en un pequeño susurro—. Porque aquello no puede haber sido real. Esa mujer no puede haber sido real.

Jaek rodeó la camilla para ponerse frente a ella, acuclillándose a su lado, buscó su mirada.

—¿Qué mujer? ¿Qué ha ocurrido, Keily?

Ella apretó los labios y negó lentamente con la cabeza sobre la camilla, en sus ojos se reflejaba el miedo.

—Nena, todo va a salir bien, no permitiré que nada te ocurra, nadie podrá acercarse de nuevo a ti, pero necesito saber qué ocurrió exactamente antes de que terminases en el callejón —le pidió, buscando la respuesta en su mirada—. Vamos, sé que puedes hacerlo, háblame de ello.

Keily se lamió los labios.

—¿Callejón? No sé… Jaek… —Sus palabras se perdieron cuando empezó a recordar la sensación de premura, la necesidad de correr a pesar del dolor, la sangre, la risa femenina… La mirada de aquella mujer—. Ella me hizo algo —recordó, su mirada vagando en un intento de recordar—, ella… dios mío…

Un nuevo acceso de terror acudió a sus ojos, y antes de que él pudiese hacer algo para evitarlo, Keily se giró y se incorporó sobre un codo mirando la cubierta de plumas que caía sobre su cadera antes de volver sus ojos marrones hacia Jaek y murmurar con las lágrimas deslizándose de nuevo por sus mejillas.

—Ella me dio alas.

John le bajó el sonido al televisor en el que llevaban buena parte de la mañana dando la noticia del suceso acontecido en el Museo Metropolitano de Nueva York, la Gran Manzana parecía haberse despertado con aquello como titular pues no se hablaba de otra cosa. Dejando el control remoto encima del mueble, se volvió hacia Shayler, quien acaba de entrar por la puerta y la se había dejado caer en el sofá. Su joven hermano tenía aspecto cansado, era obvio que no había dormido. Su ropa estaba arrugada y la barba de un día cubría sus mejillas, sin duda estaba llegando todavía de la calle y no había necesidad de sumar dos y dos para suponer que la noticia que daban en la televisión tenía bastante que ver con el hecho de la falta de sueño y el cansancio del Juez.

—Imagino por tu aspecto que has tenido una noche difícil —comentó al tiempo que señalaba la pantalla LCD con el pulgar—. ¿Tiene esto algo que ver?

Shayler encogió sus anchos hombros en un solo movimiento.

—La muchacha que dan como desaparecida está ahora mismo con Jaek.

Él arqueó una ceja ante lo extraño de esa respuesta.

—¿Qué quieres decir?

Shayler se incorporó, dejando que sus codos se apoyaran sobre sus muslos.

—Alguien entró en el MET ayer pasadas las doce de la noche, no saltó ninguna alarma, ni se recogió nada en las cámaras de seguridad —empezó a explicar él—, pero llegó hasta la pequeña humana que trabaja en una oficina que hay en el almacén, presumiblemente catalogando alguna obra o haciendo inventario. A juzgar por los papeles que vi y teniendo en cuenta la sangre que había en el suelo y que cubría algunas de las cajas y dejaba un rastro por todo el camino desde la oficina hasta una de las puertas traseras, la muchacha debió escapar como pudo… de lo que le hicieron.

A John no se le escapó la vacilación en la última frase de su hermano.

—¿Qué sería?

—Alguien ha estado jugando a ser dios y le ha regalado un par de bonitas alas de ángel grises, a la supuesta desaparecida —respondió con un resoplido—. Un par de alas que le han destrozado la espalda, dejándosela en carne viva. Nunca he visto nada igual a eso y el dolor… Dioses, si esa niña hubiese sido humana…

Frunciendo el ceño, John señaló lo obvio.

—Es humana.

Shayler levantó la mirada azul hacia su hermano y negó con la cabeza.

—Ya no —respondió con voz firme, dura.

El más antiguo de los Guardianes se quedó mirando sin decir una sola palabra a su hermano. No había muchas ocasiones en las que John se quedara sin palabras, pero esta parecía ser una de ellas.

—Explícate —pidió caminando hacia él.

Shayler se lamió los labios y suspiró.

—No hay mucho que explicar, John —le dijo sin más—. Ella es inmortal, lo sé, lo sentí, todos lo hicimos. Jaek fue el que dijo que la muchacha era humana, o lo había sido hasta esa misma noche —negó con la cabeza—. No estoy muy seguro de lo que ha ocurrido, pero sí sé lo que sentí en esa mujer, hermano. No solo le han crecido dos enormes alas a la espalda, quien se las concedió, también se encargó de hacerla inmortal al estilo de los dioses.

John se frotó la barbilla, pensativo. Que él supiera, solo había una manera de llevar a cabo lo que sugería su hermano, algo que no se había realizado desde que los dioses habían dejado de ser algo tangible para los humanos.

—¿Una Elegida de los Dioses?

Shayler asintió lentamente.

—Esa sería mi primera suposición —aceptó al tiempo que se levantaba—. Ha sido una noche de mil demonios, esa muchacha ha atravesado tres manzanas a pie, en plena noche, con un par de alas ensangrentadas en su destrozada espalda. ¿Tienes idea de lo que supone eso? Ha sido un verdadero milagro que ni una jodida persona la haya visto. Estamos hablando de Nueva York y de una muchacha cubierta de sangre de pies a cabeza, he tenido que limpiar la zona desde el museo hasta la avenida Lexington.

John asintió.

—¿Cómo disteis con ella?

Shayler esbozó una mueca.

—Eso es lo mejor de todo, ella dio con nosotros, o mejor dicho, dio con Jaek. Dryah tuvo una visión apenas unos segundos antes, la intensidad de la llamada de esa muchacha la sacó del trance a la fuerza.

Aquello hizo que John lo mirase con preocupación.

—¿Ella está bien?

Shayler asintió, afortunadamente a su mujer no le había ocurrido nada por ese sobresalto.

—Agotada, pero bien —asintió, entonces hizo una mueca—. Ojalá pudiese decir lo mismo de la otra chica.

—¿Cómo está?

Shayler se encogió de hombros antes de empezar a desperezarse.

—Dryah se quedó a cerrar el local mientras yo hacía la limpieza y rastreaba al posible culpable —explicó—. Estuvo con Jaek, la muchacha se pondrá bien, otra cosa es como vaya a tomarse esos dos nuevos apéndices… Y todos los problemas que deriven de ello.

John negó con la cabeza.

—¿Alguna pista de quién ha cruzado la línea esta vez? —preguntó dando por sentado que aquello era un motivo más que suficiente para pedir la intervención de los Guardianes.

Shayler bostezó.

—Si te digo la verdad, había algo en el aire de poder que quedó en el museo que se me hace ligeramente conocido —aceptó frotándose la nuca—, pero por más que he intentado rastrearlo, no doy con la fuente.

John asintió y ladeó el rostro contemplando a su hermano.

—¿Quieres un café para espabilarte? Es obvio que no has pegado ojo —le preguntó mientras se dirigía ya a la cafetera que había sobre el mueble.

—Y esta vez, no podrás echarme la culpa a mí.

La melódica voz femenina atrajo la atención de los hombres hacia la puerta por la cual acababa de entrar Dryah. Vestida con un pantalón de chándal negro con franjas azules y una camiseta a juego, el pelo recogido en una coleta a su espalda y zapatillas tenía un aspecto tan cansado como el del propio Shayler.

—¿No deberías de estar en la cama? —le recordó Shayler, evaluándola con ojo crítico, maldiciendo al ver las oscuras bolsas que empezaban a formarse bajo sus ojos azules. La visión de la noche anterior parecía haber hecho más mella en ella de lo acostumbrado.

Dryah se tomó su tiempo para recorrerlo de arriba abajo con la mirada.

—¿No deberías estarlo tú?

Él puso los ojos en blanco y se volvió hacia John.

—Date prisa con ese café —le pidió pasándose una mano por el pelo para espabilarse—,

tengo que volver a salir a ver si consigo hablar con quien esté a cargo de la investigación de lo ocurrido en el museo. Hay que limpiar como sea lo que ocurrió allí.

John asintió y se volvió hacia Dryah señalándole la cafetera.

—Nada de café para mí, gracias —respondió ella negando con la cabeza, para luego caminar hacia Shayler y dejar que la abrazara durante un instante—. Estoy agotada.

El Juez arqueó una ceja ante tal declaración.

—¿Es necesario que vuelva a enviarte a la cama? —le preguntó frotándole la espalda.

Ella se limitó a apoyar la cabeza contra el hombro de su marido y dejar escapar un profundo suspiro.

—No te molestes intentándolo, Shay, sabes de sobra que no lo haré —le aseguró con absoluta sinceridad.

Shayler sacudió la cabeza en un gesto de rendición y se volvió hacia su hermano, quien se había quedado mirándolos con aspecto contemplativo. Había algo extraño en la mirada de John en aquellos momentos, algo que el Juez no era capaz de descifrar.

—¿Ocurre algo?

John parpadeó como si acabase de percatarse de que Shayler le estaba devolviendo la mirada y negó con la cabeza al tiempo que tomaba una taza de la bandeja y sirvió dos tazas de café.

—Nada que deba preocuparte —respondió de espaldas a ellos.

Dryah se volvió hacia John al escuchar una nota extraña en el tono de voz del Guardián, sus ojos se entrecerraron un instante sobre la espalda de su cuñado.

—Tendrás que darte prisa —dijo entonces John volviéndose con una taza para Shayler y otra para él—, por lo que he podido ver, la policía lleva ya tiempo en el museo.

Shayler negó con la cabeza.

—No habrá problema alguno —respondió tomando su taza para luego volverse hacia su compañera, quien seguía con la mirada fija en John. La muchacha ni parpadeaba.

—¿Dryah? —la llamó, pero la muchacha no dio signos de oírle.

John la miró al mismo tiempo, sus ojos se encontraron con los azules de ella.

—Dryahny —la llamó, su mirada entrecerrándose sobre la femenina.

—Ey, bebé —la sobresaltó Shayler tomándola de la cintura con una mano para volverla hacia él.

La muchacha parpadeó varias veces antes de quedársele mirando.

—¿Qué?

—Dímelo tú, mi amor —le sonrió Shayler—. Te quedaste mirando al vacío.

Dryah se volvió entonces hacia John y ladeó el rostro como si estuviese escuchando algo.

—¿Quién es ella? —susurró entonces, en su voz una pizca de curiosidad y temor.

Los ojos de John se cerraron ligeramente, su mirada se fijó en la muchacha con una clara advertencia un instante antes de que la expresión desapareciese como si nunca hubiese existido.

—Esperaba que me lo dijeses tú —respondió John mirándola a los ojos, una respuesta dual —. Shayler comentó algo sobre una visión.

Dryah frunció el ceño y negó con la cabeza.

—Todo lo que vi fueron sangre, plumas y unas manos ensangrentadas en las que aparecía un anillo… El mismo que lleva Jaek —comentó con un leve encogimiento de hombros—. No sé por qué, pero tengo la sensación de que esto estaba planificado de antes, que no es todo tan fortuito como parece.

—Pocas veces resulta serlo —aceptó John llevándose su taza de café a los labios.

Dryah se dejó ir entonces contra Shayler, sorprendiendo al chico al tener que soportar su peso sin previo aviso.

—Ey —la sujetó contra él, mirándola preocupado—. Cariño, necesitas descansar, no puedes permanecer más tiempo andando de un lado para otro. Vete a la cama, al menos que uno de los dos duerma algo.

A ella no le quedó más opción que asentir, estaba realmente cansada.

—De acuerdo —aceptó acariciando la barbuda mejilla de su marido antes de darle un beso en los labios—. Avísame si ocurre algo, ¿vale?

Él asintió besándola en la frente y luego en los labios.

—Me reuniré contigo tan pronto pueda librarme de todo esto.

Ella asintió y se despegó de él para acercarse a John, posando su mano sobre su hombro antes de ponerse de puntillas con intención de darle un beso en la mejilla.

—Ten cuidado, hermanito, hay fuerzas que ni siquiera el Universo puede controlar —le susurró al oído, antes de depositar un suave beso en su mejilla y mirarlos de uno al otro—. Portaos bien y no destrocéis nada en mi ausencia.

Ambos hombres se la quedaron mirando mientras abandonaba la sala. Shayler se volvió durante un instante hacia su hermano y notó como el hombre tenía una extraña mirada en los ojos y los puños apretados.

—¿Vas a decírmelo tú o tendré que enterarme por ella?

—Métete en tus propios asuntos, Shay —le respondió volviéndose hacia él con tranquilidad—. Yo me encargaré de los míos.

Shayler puso los ojos en blanco.

—Algunas veces me pregunto cómo diablos he podido acabar siendo el hermano menor, es obvio que tengo más sentido común que tú —respondió con sorna.

John arqueó una ceja en respuesta.

—Y también los instintos suicidas —aseguró indicando con un gesto de la barbilla hacia la mujer que acaba de salir.

Shayler esbozó una sonrisa y tomó otro sorbo de café antes de depositarlo sobre la mesa auxiliar.

—¿Qué sabemos de Lyon? ¿Ha vuelto de sus vacaciones?

John aceptó el cambio de tema y asintió.

—Llamó ayer noche, estará aquí después del mediodía —aceptó John y echó un vistazo hacia el piano blanco que dominaba buena parte del altillo a su izquierda—. Un ángel… Quien iba a pensarlo.

Shayler siguió su mirada y se encogió de hombros.

—Estoy seguro que él no.

Suspirando se desperezó y caminó hacia la puerta.

—Voy a ver que puedo averiguar en el museo, quizás podamos hacer que esto no trascienda de manera tan monumental como lo está haciendo —murmuró el Juez pasándose las manos por el pelo mientras bostezaba—. La chica no podrá aparecer para dar explicaciones en la manera en la que se encuentra.

John asintió.

—¿Has tenido algún aviso de la Fuente?

Shayler negó con la cabeza.

—*Nop*. Nada. Están sorprendentemente silenciosos y no estoy seguro de si eso me gusta o no.

No respondió y dejó que su hermano continuara hacia la salida.

—Nada que salga de ellos puede ser realmente bueno —musitó en voz baja, más para sí que para Shayler. Negando con la cabeza se llevó la humeante taza de café a los labios.

CAPÍTULO 5

Keily no podía dejar de pensar que todo lo que estaba ocurriendo era una mala pesadilla, que el peso que sentía a su espalda, la suave cobertura de plumas que acariciaba su piel en realidad no estaba allí, simplemente no podía estarlo, aquello desafiaba todas las leyes de la lógica. Su mirada ya seca recorrió desde su posición boca abajo sobre la camilla la distribución de la habitación una vez más. Sin sus gafas no era capaz de distinguir los detalles a los lejos pero podía hacerse una idea. Como había sospechado la primera vez, el cuarto era una mezcla entre enfermería y despacho de oficina, sin duda adecuado al hombre con el cual había acabado. Por más vueltas que le daba, no sabía cómo era posible que Jaek la hubiese encontrado y no sólo eso, lo más sorprendente ya no era el hecho de que fuese médico —si es que aquellos diplomas que había colgados en la pared eran legales—, lo que realmente había encontrado asombroso era la manera en la que se comportaba, como si el encontrar a una muchacha con un par de alas atadas a la espalda fuese cosa de todos los días.

Aquello, unido a la insistencia que ponía en saber quién había sido el o la responsable de tal hecho, hacía que se preguntase una vez más quién era realmente aquel hombre y si las palabras de aquella extraña mujer tenían más sentido que los delirios de una simple borracha.

Respirando profundamente se obligó a enfrentarse a su pesadilla. Un leve gemido escapó de sus labios entreabiertos cuando intentó moverse, el roce suave del algodón le acariciaba los costados, mientras alguna parte mucho más pesada, tironeaba de la lastimada piel de su espalda provocándole pequeños pinchazos de dolor y escalofríos. Sentía en su interior unas inmensas ganas de ponerse a gritar, dejar que su voz abandonase su garganta en tal liberación que la arrancase de las garras de aquella pesadilla o la enviase directamente al sanatorio mental. En cambio, se obligó a mantenerse quieta ladeando solamente la cabeza en un intento de ver al hombre que la encontró en un callejón, el mismo que parecía estar más interesado en saber cómo había obtenido aquellas alas, quién se las había dado, que en el extraño hecho de que ella realmente las tuviese.

Una repentina y loca idea cruzó rauda por su mente, pero así como vino, la desechó. Ponerse a pensar en experimentos secretos y complots de gobiernos no lo era lo suyo… Aunque, esa sería una manera de explicar lo que llevaba atado a su espalda, ¿no?

—¿Perteneces a algún laboratorio secreto del que haya tenido la mala fortuna de ser el conejo de indias de algún experimento extraño? —Las palabras abandonaron sus labios antes de que pudiera detenerse—. Ése es el motivo por el que no te sorprende nada de lo que… llevo atado a la espalda.

Un claro bufido abandonó la garganta masculina, seguido del hombre que se inclinó ante ella para poder mirarle a la cara.

—Interesante teoría, sin duda, pero no creo en la existencia de laboratorios secretos, ni de complots a gran escala —le respondió con obvia ironía tiñendo su voz—, aunque la explicación podría resultarte tan inverosímil como lo son esas suposiciones.

Ella se sonrojó y parpadeó varias veces antes de responder.

—¿Más inverosímil que el hecho de que tenga… eso a mi espalda… y que tú te lo estés tomando francamente bien?

Jaek se limitó a apartarle un mechón de pelo del rostro, haciendo que se encogiera un poco

más.

—No voy a hacerte daño, Keily —le dijo al notar su reacción—, y no dejaré que nadie más te lo haga, pero necesito saber qué ocurrió exactamente, cómo fue que llegaste a esto.

Se mordió el labio inferior y lo miró a los ojos, unos ojos azules transparentes en los cuales pudo leer una verdadera preocupación y ganas de ayudar.

—¿Quién era la mujer? ¿La habías visto antes? ¿Cómo era? ¿Qué te dijo? —insistió.

Ella cerró los ojos con fuerza, no estaba segura de querer enfrentarse realmente a todo aquello.

—No lo sé, no la había visto nunca —negó con un borde de afilada desesperación en su voz—. Nada de esto tiene sentido, no es posible que esté ocurriendo esto, a mí no.

Jaek la sujetó por los hombros cuando ella hizo el ademán de incorporarse.

—Shhh, quieta, vas a hacerte daño —le habló con suavidad, imprimiendo en su voz un tono sedante que la calmaba—. Todavía es pronto para que te incorpores, tienes que permanecer acostada.

Sacudiendo la cabeza sobre la camilla, los brillantes ojos de Keily se dirigieron hacia él.

—Ella era alta, muy bonita, con pelo color canela y mechas doradas, de piel bronceada y ojos azules, un azul oscuro y brillante, extraños —murmuró tratando de hacer memoria—. Vestía un caro traje, falda corta y chaqueta sastre en color crema… y llevaba una botella de vino en una mano.

Keily se lamió los labios una vez más, el inferior le temblaba.

—Estaba borracha, apenas podía mantenerse en pie —continuó recordando la precaria estabilidad de aquella mujer—, y se reía… se rio de mí… pero no sé por qué, no la conozco. Empezó a hablar locuras, sobre dioses e inmortales… Y Guardianes —dejó escapar el aire—. Yo quería avisar a seguridad, incluso me ofrecí a llevarla de vuelta… Ni siquiera sé como entró, no la oí hasta que ya estaba allí. Y entonces llegó el dolor. Habría jurado que me estaba acuchillando la espalda, la sangre… Creí que me moría…

—Shhh —le susurró él acariciándole el pelo—, todo va bien, Keily, no va a volver a acercarse a ti.

Se volvió hacia él, sus ojos marrones brillaban con suavidad, producto de las lágrimas que se agolpaban en sus ojos y no habían sido derramadas.

—No dejaba de repetirme que yo era humana, mortal, que alguien la había desafiado —murmuró negando con la cabeza—. Me rompió el suéter y entonces fue cuando empezó el dolor. Me quemaba. Todo ardía. Pensé que me había inyectado alguna clase de veneno y entonces sentí como si me hubiesen acuchillado y se repitió una y otra vez, algo líquido y espeso empezó a correr por mi espalda.

Ella intentó moverse en la camilla, pero cada vez que lo intentaba, la piel y carne de su espalda se resentía. Jaek la obligó a permanecer acostada, su tacto era cálido y calmante, casi como un bálsamo.

—¿Por qué me ha hecho esto esa mujer? ¿Por qué a mí? ¿Qué le he hecho? —Se encontró preguntando entre temblores—. Todo esto es una maldita pesadilla, una maldita pesadilla.

Jaek deseaba tener una respuesta que poder darle, pero tras sus explicaciones solo confirmar sus sospechas, que ella ya no era mortal y que el motivo del que estuviese en su actual estado tenía que ver con alguna diosa que no había tenido ningún problema en ejercer su poder sobre ella. La pregunta para la que todavía no tenía respuesta era, ¿quién se atrevería a desafiar la Ley del Universo al convertir a una mujer humana en inmortal sin su consentimiento?

—Los dioses no necesitan precisamente un motivo para joder con la humanidad —

murmuró sin pararse a pensar en las palabras que utilizaba.

Ella alzó la mirada hacia él, su rostro mostraba claramente que había escuchado sus palabras y que las encontraba tan disparatadas como su propio relato.

—¿Estás tratando de decirme que esto —Intentó moverse una vez más, estirando su mano para señalar su espalda—, es cosa de Dios?

Jaek negó con la cabeza.

—No es cosa de ningún dios cristiano —suspiró él—. Es complicado de explicar, pero ahí fuera hay mucho más de lo que los simples humanos creen.

Ella recogió su mano, llevándola a su propio rostro, apartándose el pelo, pero no lo miró al responder.

—Humanos, dioses… —negó con la cabeza—. Esto empieza a parecerse a una mala película de ciencia ficción, y la verdad es que nada de esto es real. Ahora mismo seguramente estaré en la cama de algún hospital en estado de coma y esto es solo producto de mi subconsciente —aseguró dejando escapar un pesado suspiro antes de volver el rostro y echarle un buen vistazo a Jaek—. Es la única forma en la que alguien como tú resulte ser médico y esté al lado de mi cama, preocupándose… Aunque no sé por qué se me ha ocurrido lo de las alas.

Soltando un breve resoplido, Keily lo vio moverse por la pequeña habitación, acercándose a uno de los estantes de los que sacó algunos utensilios que puso sobre una bandeja metálica, para luego coger un nuevo par de guantes de látex y ponérselos.

—Si no supiese que esto no va a desaparecer de la noche a la mañana, te animaría a que pensaras así —respondió terminando de ajustarse los guantes—. Pero la realidad es mucho más cruel, y las cosas no son siempre tan fáciles.

Ella entrecerró los ojos tratando de enfocar desde aquella distancia, sin sus gafas no veía bien a lo lejos.

—¿Preferirías acaso que me pusiera a gritar? —sugirió—. Porque puedo hacerlo, no iba a costarme gran cosa empezar, el problema sería intentar detenerme.

—El escepticismo a menudo es el escape que tenemos para no volvernos locos —declaró volviéndose con la bandeja plateada en las manos—, es mucho más sencillo enfrentar así cosas que escapan a nuestra realidad.

Keily no respondió, su mirada estaba fija en la bandeja que él llevaba en sus manos enguantadas.

—¿Qué es eso?

—Un kit de sutura —le indicó dejando la bandeja a un lado de la camilla, en un soporte especial para ello—. Voy a quitarte los puntos que te puse, de alguna manera estás cicatrizando a un ritmo mucho más rápido del que había supuesto, si te los dejo, podrían infectarse e incluso quedarte alguna cicatriz.

Trató de seguirle con la mirada, pero era difícil.

—¿Estás seguro de que eres médico?

Jaek sonrió para sí y echó un vistazo a los títulos colgados de la pared.

—Completamente seguro —aceptó moviéndose para examinar su espalda—. Vas a sentir mis manos, ¿de acuerdo? Si te duele, dilo.

Keily cerró los ojos con fuerza, casi conteniendo el aliento. A pesar de todo no quería girarse, no deseaba ver cuál era el origen del peso que realmente sentía tirando de su espalda, ni el material del cálido roce de sus costados desnudos. Sabía que todavía llevaba puesto el sujetador y, a juzgar por la tela que colgaba floja hacia los costados, también la camiseta, aunque ambos estaban abiertos en la espalda, dejándola expuesta al tacto del hombre. Sintió sus dedos

acariciando la piel desnuda, resbalando y presionando suavemente en un punto y en otro hasta que tocó un área mucho más sensible cerca del omóplato que la hizo estremecerse involuntariamente. El movimiento provocó una respuesta instintiva en los nuevos miembros de su espalda, quienes se estremecieron enviando una pequeña corriente eléctrica por su columna vertebral que la dejó jadeando en busca de aire, con sus pequeñas manos sujetas ahora a ambos costados de la camilla.

Jaek detuvo la exploración cuando sintió la respuesta en sus alas y la rapidez con la que se tensó ella.

—¿Duele?

Keily negó con la cabeza como pudo.

—Como había pensado, las heridas están cicatrizando más rápido de lo que esperaba —comentó volviendo a su examen, utilizando el mismo tono impersonal que utilizaría un médico con sus pacientes—. Tus nuevas… extremidades están terminando de formarse rápidamente.

Ella se tensó antes de responder.

—Creo que ella habló sobre eso… Creo que dijo algo sobre ello —musitó en voz cada vez más baja—. Dios mío, no puede ser verdad. No puedo ser una maldita paloma.

Jaek se inclinó sobre ella para comprobar el estado de una de las alas, deslizando los dedos por el arco superior, comprobando su peso y como este parecía más firme que hacía unas horas, así como parecía haber ganado peso y consistencia la parte central.

—No están construidas a la manera de un pájaro —murmuró más para sí mismo que para ella—. Tienen cierta similitud, pero son mucho más fuertes, diría incluso que compuestas de músculo y quizás algún cartílago o hueso debajo de todo ese plumaje.

Ella se estremeció de nuevo al sentir sus manos tocando algo que jamás antes había sido tocado por nadie, que jamás imaginó llegar a poseer. Esas malditas cosas eran muy sensibles.

—Perfecto, olvida lo de la paloma, soy un pavo —respondió entre dientes.

—No —negó Jaek deslizando las manos sobre su espalda hacia el otro ala, la que estaba más cerca de él, repitiendo la operación—, se parecen más a la distribución que tienen las de Nine.

—¿Quién? —preguntó ella apretando los dedos a los lados de la camilla, tratando por todos los medios de evitar dar un bote sobre la camilla con sus manos deslizándose por “aquello”.

—¿Qué tanto recuerdas de la Mitología Clásica?

Keily gimió profundamente cuando él tocó una parte entre su piel y el arco de aquella cosa emplumada que la hizo saltar con un nuevo escalofrío, haciéndole olvidar cualquier pregunta o respuesta.

—¡Deja de hacer eso! —exclamó volviéndose hacia un lado, lo suficiente para apartarse de su contacto sin hacer que ninguna de sus alas cayesen al suelo—. Por favor.

Él detuvo su exploración y la miró, podía sentirla temblar bajo sus manos, pero no parecía haber muestra alguna de dolor. Su mirada volvió entonces hacia la plumosa extremidad e hizo una nota mental acerca de la sensibilidad en esa área.

—Vuelve a acostarte, voy a quitarte los puntos —le dijo retirando las manos para girarse hacia la bandeja de sutura y coger lo que necesitaba para llevar a cabo su tarea—. Sentirás un pequeño tirón cada vez que te quite uno, pero nada más.

—¿Estás completamente seguro de que estás capacitado para hacer esto?

—¿Quieres que baje el título de la pared para que lo veas? —le sugirió con cierto tono irónico.

La respuesta de Keily fue volver a acostarse de nuevo boca abajo, relajándose, o al menos intentando hacerlo.

—Acabaré pronto —le prometió, aunque fue incapaz de ocultar una resignada sonrisa.

Ella no dijo una sola palabra, se limitó a permanecer quieta y apretar los ojos, esperando que todo lo que él hubiese dicho fuera mentira y padeciera más dolor. Pero fiel a su palabra, apenas sintió unos minúsculos tirones en la piel, para cuando el fresco líquido del desinfectante acarició su piel, Jaek ya había terminado.

—Ya puedes dejar de sujetar la camilla como si pensaras en salir volando —le dijo mientras dejaba las cosas de nuevo en la bandeja y se quitaba los guantes—. Si sigues cicatrizando a este ritmo, en un par de horas más, podrás incorporarte sin sentir dolor en la espalda.

Keily dejó escapar el aire lentamente y se volvió ligeramente, mirándolo cuando recogía la bandeja. Aquel hombre era pura sensualidad, pero había algo más, se daba cuenta, algo en lo que nunca había reparado antes y que en cambio ahora lo veía con total claridad aunque no llevase sus gafas puestas. Era como si todo él estuviese investido de un aura de poder y magnetismo, algo que iba más allá de la simple atracción masculina.

—¿Jaek? —lo llamó.

El hombre desvió la mirada de lo que estaba haciendo hacia ella y tuvo que obligarse a tragar al ver el extraño brillo que había en los ojos azules.

—¿Qué ocurre?

Se lamió los labios, indecisa.

—¿Quién eres realmente?

Él le sostuvo la mirada durante unos segundos. Esa pregunta se la había hecho a sí mismo muchas veces, pero todavía no había encontrado una respuesta que encajara con ello.

—Soy solamente un hombre más, Keily —le dijo con voz profunda, desprovista de cualquier emoción—. Nada más y nada menos que eso.

Ella se lo quedó mirando durante un buen rato, entonces negó con la cabeza.

—Sí, por supuesto —murmuró, la ironía se reflejaba en su rostro al igual que en su voz—. ¿Del mismo modo que yo soy un maldito ángel?

El no pudo evitar sonreír ante la obvia pulla lanzada por la mujer. Desde el momento en que la conoció, la vio como una muchacha dulce, tímida, alguien frágil a quien había que cuidar, nada que ver con esta mujer irónica, asustada, sí, pero con la suficiente entereza para batallar a través de la locura por la que estaba pasando sin perder el sentido del humor. Sin duda, estaba resultando ser una mezcla interesante.

—Sí, exactamente —le respondió sin más, antes de recoger la bandeja y llevarla al fregadero para luego dedicarle un último vistazo—. Descansa un poco, después intentaremos incorporarte, a ver si puedes manejarlo.

Ella no respondió, permitiendo que dejase la habitación por la puerta que estaba a su izquierda.

El pintarse las uñas de los pies se había convertido en una terapia relajadora para Bastet, nada mejor que mimarse a una misma y cuidarse para despejar los malos humores. La nueva laca de uñas había sido un regalo de su nuera durante una de sus últimas visitas. A la diosa no dejaba de causarle gracia aquella leyenda urbana humana que decía que suegras y nueras nunca se llevaban bien, pues ella no podría estar más feliz de la elección que había hecho su hijo tomando como compañera y consorte a la pequeña Dryah, adoraba a esa niña como si fuera hija suya y no

podía sino agradecer a los cielos que Shayler la hubiese elegido a ella.

Sonriendo al gato que ronroneaba a su lado, procedió a darse la segunda capa de laca cuando un fuerte golpe procedente del otro lado del gran salón captó su atención. Las puertas se cerraron de golpe dejando pasar a la última de las diosas que esperaba ver invadiendo sus dominios.

Con el pelo color canela con mechas hecho una auténtica maraña escapándosele del moño en el que presumiblemente habría intentado recogérselo, el traje de falda y chaqueta en color crema totalmente arrugados y los zapatos de alto tacón en sus manos, la mujer atravesó la distancia desde la puerta hasta donde descansaba la diosa como una exhalación.

—Bast, tienes que ayudarme. —Fue lo primero que dijo caminando rápidamente hacia ella —. He metido la pata hasta el fondo, tu hijo va a pedir mi cabeza por ello.

Bastet era incapaz de apartar la mirada boquiabierta de ella. Conocida por su impecable estilo y pulcritud, Maat parecía haber pasado por un auténtico cataclismo. Sus ojos estaban enrojecidos, sus mejillas siempre tersas parecían hundidas, pero era el fuerte olor a alcohol lo que dejó totalmente descolocada a la diosa.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó la mujer dejando su relajante terapia a un lado, antes de incorporarse sin poder creer el aspecto desaliñado de la mujer.

La Diosa de la Verdad, la Justicia y la Anarquía Cósmica se llevó la cuidada uña de su dedo pulgar a la boca y se la mordió con un gesto de nerviosismo mientras se apresuraba a llegar donde se encontraba su hermana. Toda una ironía que fueran hijas del mismo padre, pues no podían ser más distintas.

—No voy a volver a probar el alcohol en lo que me reste de vida, la cual puede ser relativamente corta si mi querido sobrino se entera de mi última metedura de pata. Aunque puede que me aficione al café, sabe a rayos pero es efectivo —aseguró prácticamente saltando de un pie a otro—. Por el sagrado Nilo, Bast, la resaca es una cosa horrorosa. Y todo por culpa de esa maldita zorra sibarita de Terra… ¿Qué le hizo tu hijo? Se pone de uñas cada vez que oye su nombre o el de alguno de sus chicos, entiendo que el confabular con Tarsis no…

Bastet levantó ambas manos deteniendo su verborrea.

—Espera, espera… Para —la detuvo la diosa—. Mete el freno y empieza a rebobinar. ¿Qué es lo que has hecho y por qué piensas que va a matarte mi hijo? —Bastet frunció la nariz al percibir su olor—. ¿Y dónde te has revolcado? Apestas.

La mujer respiró profundamente antes de abrir los brazos como si estuviese señalando algo obvio.

—He jodido con una humana.

Bastet abrió los ojos desmesuradamente, dio un paso atrás y miró a la mujer con ojos entrecerrados.

—¿Qué has hecho… qué?

Maat puso los ojos en blanco al ver la reacción de la diosa.

—No joder en el sentido de “follar” —aclaró con impaciencia—. Oh, demonios… ¿Cómo iba a saber cuándo ella me pido ese favor que la muchacha estaba enamorada de un inmortal? Ella es humana, por Ra, ¿qué oportunidad podía tener con él? Y uno de los *Guardianes Universales*, nada más y nada menos. En cierto modo creo que le hice un favor, pero puede que tu hijo no lo vea de esa manera, él es muy susceptible en lo que se refiere a los humanos… Míralo, se casó con una de ellos.

Bastet negó con la cabeza, le estaba costando seguir la verborrea de la mujer.

—Dryah no es humana…

—Bueno, técnicamente tampoco es una diosa —objetó Maat con un ligero encogimiento de hombros—. Quizás si él la aceptó a ella, no le importe tanto que haya ayudado a la muchacha… Porque en realidad le hice un favor…

Bastet respiró profundamente tratando de concentrarse para descubrir algo en toda aquella locura.

—Maat, ¿qué clase de favor? —Su mirada cayó directamente sobre la Diosa, sus ojos brillando con obvio recelo.

La mujer extendió sus manos y encogió los hombros con una sonrisita.

—Le regalé un bonito par de alas —respondió haciendo una mueca—, y la hice inmortal.

—¡¿Qué?!

Se encogió ante el grito de su hermana.

—Oh, todo esto es un enorme embrollo. Zhalamira me pidió algo… y ya sabes que no puedes decirle que no, nadie dice que no al poder primigenio de la Fuente, pero entonces me encontré con Terra en esa fiesta y ella me invitó a tomar unas copas… —explicó la mujer, relatando sus desventuras—. Sabía que debía desconfiar, en realidad, no entiendo cómo ha tenido el valor de asomar la nariz después de lo que hizo apoyando a Tarsis… Unas cosas condujeron a otras y hubo más vino, uno carísimo, por cierto… Y oh, esa tonta humana estaba enamorada de un inmortal, ¿cómo iba a saber yo eso? Y tampoco supe que era una de las elegidas… Hasta que era demasiado tarde.

Bastet parpadeó varias veces, su rostro no se apartó ni un instante de su hermana mientras sus palabras empezaban a penetrar en su mente.

—¿Cómo que Zhalamira te pidió algo? —preguntó, realmente sorprendida por aquella noticia.

Maat asintió.

—Lo hizo, Bastet —asintió y se estremeció en respuesta—. No era nada malo… no lo es… creo.

Bastet desestimó aquel asunto con un golpe de la mano en el aire y continuó al siguiente.

—¿Qué tiene que ver la perra de Terra con esa muchacha?

Ella negó con la cabeza.

—Nada.

Bastet frunció el ceño, no entendía nada.

—¿Entonces?

Maat dejó escapar un pesado suspiro.

—Pero ella fue la que me desafió —respondió la diosa como si aquello fuese algo obvio —. Y ya sabes lo que opino de los desafíos, soy incapaz de alejarme de uno aunque lo intente… y ese vino era tan rico… pero no recuerdo gran cosa de lo que pasó después, bueno, quizás si un poco.

Bast parpadeó varias veces, su mirada no se apartó de la otra mujer, pero decía claramente lo que pensaba de la estupidez de las diosas y sus borracheras.

—La próxima vez que desees emborracharte, haz que te aten de pies y manos —le dijo negando con la cabeza al tiempo que daba media vuelta y se volvía con sus gatos pululando entre los pies hacia el estrado donde estaba ubicado el largo y lujoso diván.

—Ella tenía una efigie mía en las manos, Bast —se justificó Maat—. Pensé que era una simple humana, pero entonces me di cuenta que no lo era.

Bastet se volvió a penas hacia la mujer, su rostro ahora guardaba una profunda curiosidad.

—¿Cómo que no lo era?

La diosa asintió y caminó hacia ella.

—Sé que he metido la pata hasta el fondo y Shayler pedirá mi cabeza por esto, pero ella tenía una de esas pequeñas estatuillas que los humanos hacen para dar rostro a los dioses… como si pudiese comparársenos con esas atrocidades, pero bueno… Ella la tenía en las manos y cuando la cogí, pude sentirla, su línea de sangre, su conexión —aseguró con un leve asentimiento de cabeza—. Era una de las elegidas.

Bastet negó con la cabeza.

—Maat, hay millones de estatuillas en todos lados, algunas las venden en mercadillos —intentó razonar con ella.

—¿Pero cuántas de ellas pueden ser tocadas por el "verdadero" poder de las diosas? —le recordó con desesperación—. Estamos en una era moderna, pero, si esto hubiese ocurrido en la antigüedad, ella habría sido consagrada como una de mis sacerdotisas, tiene el alma marcada, Bast… Es una Hija de las diosas.

Hijas de las Diosas. Bastet sacudió la cabeza deseando desechar aquella idea. Un poder nacido de la antigüedad, del deseo maternal y femenino de cada una de las diosas en todos los panteones conocidos, doncellas con el poder de aceptar la divinidad y convertirse en sus hijas, sus súbditas, sus avatares… ¿Y Maat decía que esta muchacha era una de ellas?

—Hace demasiado tiempo que las Hijas de las Diosas fueron olvidadas, Maat —respondió negando con la cabeza—, nadie ha reclamado una *hija del espíritu* desde los tiempos antiguos.

La mujer se encogió de hombros con una débil sonrisita.

—Yo acabo de hacerlo.

Bastet se llevó la mano a la cabeza y se dirigió rápidamente hacia el diván en el que tenía sus revistas, productos de belleza y su teléfono móvil. Un regalo que le había hecho su hijo para que se adentrara a las nuevas comunicaciones y no le diera un ataque al corazón cada vez que lo convocaba a él o a su compañera.

—¿Qué vamos a hacer, Bast? —preguntó con voz desesperada.

Bastet miró a la mujer mientras buscaba el número de marcación rápida de su hijo.

—Evitar un cataclismo —aseguró antes de llevarse el teléfono al oído y respirar profundamente antes de hablar cuando respondieron desde el otro lado—. ¿Shayler? Necesito que vengas a casa, querido, tu tía tiene algo importante que decirte sobre una humana con alas.

CAPÍTULO 6

Shayler hizo una mueca cuando se acercó por el lateral del cordón policial que había puesto la policía para cercar el museo. Algunos de los furgones de las cadenas de televisión todavía estaban aparcados a un lado de la calle, intentando coger incluso ahora, pasado el mediodía, alguna novedad sobre el caso que despertó a la ciudad aquella misma mañana, un caso que esperaba poder diluir todo lo posible. Lo último que necesitaban los mortales era saber exactamente qué clase de seres coexistían con ellos o se divertían creando problemas a expensas de sus finitas vidas, ya tenían suficiente con todos los conflictos que se creaban en su actual sociedad y entre ellos mismos como para tener que añadir a la lista unos cuantos inmortales y dioses aburridos de su monótona existencia.

Se frotó el puente de la nariz con una mueca de fastidio antes de volver a bajarse las gafas, sentía los párpados pesados y los ojos le dolían por la falta de descanso. Nunca dejaba de asombrarle precisamente la ironía de aquello. De entre todos los poderosos seres del universo, él era uno de los pocos que acuciaba el cansancio como cualquier mortal con el que pudiera cruzarse en la calle, su necesidad de descanso, de alimento y esparcimiento era el mismo que el de cualquier hombre de su edad… Bien, de cualquier hombre que tuviese la edad que él aparentaba, alrededor de los veintinueve o treinta, pues el Juez Universal llevaba sobre sus hombros el peso de varios siglos.

Dejando escapar un suspiro de cansancio, se deslizó por debajo de la línea policial y echó un rápido vistazo alrededor en busca de la persona que estuviese al mando, necesitaba terminar con el trabajo que le había llevado buena parte de la noche y la mañana y evitar que aquello trascendiera y no iba a ser fácil. El rastro de sangre que tuvo que limpiar desde la puerta de atrás del museo hasta el callejón en donde habían encontrado a la muchacha consiguió frenar la investigación que se estaba llevando a cabo en el interior del museo, frustrando a los investigadores y a la policía científica, quien no acababa de entender cómo podía haberse esfumado el rastro en la puerta trasera de la salida de emergencia. Ahora venía lo difícil, la desaparición de pruebas y hacer algo con toda la sangre que había en la pequeña oficina trasera y el rastro que discurría por el almacén en dirección a la puerta, que hacía que la Matanza de Texas a su lado pareciera una ducha. Todavía le asombraba el hecho de que esa muchacha siguiera con vida después de toda la sangre que habían encontrado, o más aún, que hubiese conseguido recorrer ella sola tres manzanas hasta aquel callejón entre edificios en la Avenida Lexington donde la habían encontrado.

—No sé como haces para enterarte de todo, chico —oyó una voz a su izquierda.

Shayler se volvió con curiosidad, hasta que reconoció a la pequeña y regordeta mujer vestida en traje de chaqueta y pantalón en color gris oscuro y una impecable camisa blanca de la que colgaba la placa que la identificaba como la Jefa del Departamento de Investigación Criminal de la policía de Nueva York.

—¿No has visto las noticias? —respondió tendiéndole la mano cuando ella llegó a su lado —. Estáis en los titulares de todas las cadenas.

La mujer sacudió la cabeza y estrechó la mano del Juez con afecto.

—Hacía tiempo que no te veía el pelo por aquí, Shayler —aseguró echándole un buen vistazo—. Las malas lenguas decían que te habías casado.

Shayler le dedicó un ligero encogimiento de hombros y asintió.

—Así es —respondió contemplando a la pequeña mujer. A su lado, ella apenas le llegaba a la altura del pecho—. Llevo algo más de un año felizmente casado.

La mujer arqueó una ceja, sorprendida por el paso del tiempo.

—No deja de sorprenderme lo rápido que pasa el tiempo, aunque tú te conservas estupendamente bien —le aseguró sonriéndole—. Mi más sincera enhorabuena, me alegro mucho por ti.

—Gracias —aceptó él y le dedicó un guiño—. Tú tampoco estás nada mal, no pasa un solo año por ti.

—No intentes camelarme, abogado —respondió la mujer, aunque el alago obviamente la había complacido—. Dame la receta que utilizas para mantenerte en esa forma y estaremos en paz.

Él se echó a reír.

—Ya te dije que había decidido ser inmortal, por eso envejezco mucho mejor —le aseguró con diversión.

La mujer sacudió la cabeza en una negativa y lo invitó a acompañarla hacia el interior del museo.

—Así que ya te has enterado de las novedades —comentó de pasada, saludando con un gesto de la cabeza a un compañero.

—Solo de lo que salió en las noticias. —Shayler echó un buen vistazo a su alrededor, haciendo un rápido recuento de la gente y de las cadenas de televisión que había cubierto la noticia antes de volverse hacia ella—. ¿Han robado alguna pieza de valor?

Ella negó con la cabeza y chasqueó la lengua.

—Nada en absoluto —respondió con obvio fastidio—, aunque sí han destrozado unas cuantas, que al parecer son bastante valiosas y estaban destinadas a una exposición que iba a iniciarse el próximo miércoles. Esto no tiene ni pies ni cabeza. Creemos que cortaron la alarma de la puerta de emergencia que da al almacén y entraron por allí, pues los guardas nocturnos del museo no han visto nada y las cámaras tampoco han registrado nada.

La policía sacudió la cabeza en un gesto de disgusto.

—Lo que sí tenemos es una oficina en el almacén con sangre suficiente para creer que huele a muerto —continuó, parecía no tener problema alguno en darle todos los datos al Juez, aunque éste no tuviese nada que ver con el caso—. El rastro cruza desde el almacén hasta la puerta trasera dónde se ubica una de las salidas de emergencia.

—Vaya desastre —resopló mientras la seguía al interior del edificio donde varios policías iban y venían y algunos miembros del museo ayudaban en la investigación.

—No lo sabes tú bien —aceptó ella con un suspiro y señaló con un gesto de la barbilla hacia un hombre enjuto vestido con traje y corbata que impartía órdenes como un general y se atrevía a decirles que hacer a los agentes de policía—. ¿Llevas los asuntos del museo?

Shayler sonrió interiormente ante la mención de la mujer. Ellos se habían conocido hacía algunos años cuando la policía había tenido que tratar con él directamente a causa de unos documentos de una víctima de maltrato. Ella estaba tras la pista del hijo puta que no era nada más y nada menos que el marido de una buena amiga, la cual casi muere de la paliza que el cabrón le había dado y se topó con él. Su ayuda le permitió a la policía dar caza a ese desgraciado y meterlo entre rejas antes de que un cadáver más se añadiera a las lista de violencia de género, por ello Reene solía permitirle participar muy de vez en cuando en los casos de la policía como si le divirtiese el rol de investigador privado que parecía interpretar algunas veces

el abogado. Por suerte nunca era realmente consciente de toda la información que libremente le entregaba, de lo contrario, la mujer habría comenzado a sospechar de él hacía tiempo.

Si ella supiera…

—No, pero una de las piezas que se mencionaron en las noticias pertenece al parecer a un coleccionista privado, él denunció el robo de la figura y tuvo problemas con el seguro —respondió restándole importancia—. Parece que la figura en cuestión sería una de las que se salvaron del destrozo en la oficina de la Señorita Adamms.

La mujer se volvió hacia él, mirándole con sospecha.

—Eso no salió en las noticias.

Shayler sonrió con ironía.

—¿Todavía te sorprendes, Renee?

La mujer bufó y negó con la cabeza.

—Realmente, tienes un don, abogado —respondió negando con la cabeza—. Imagino que buscas la estatuilla de la diosa Maat, una reproducción de la diosa egipcia en su versión alada según dicen los expertos… Qué sabré yo.

Él asintió y siguió a la mujer hacia la oficina en la que la policía científica había empezado a etiquetar las pruebas. La sangre se había secado ya en el suelo, dejando una mancha rojiza allí donde debía haber caído primero la chica. Un rápido vistazo confirmó lo que ya sintió anteriormente, una ligera huella de poder divino que de alguna manera estaba seguro que había notado antes, pero no era capaz de ubicar el lugar o al ente exacto.

—Sí, esa misma —indicó frunciendo el ceño cuando su mirada cayó sobre la mencionada figura que había sido envuelta en una bolsa. Había algo en ella que suscitó su atención—. ¿Puedo?

Renee miró la figura sobre la mesa y con un ligero encogimiento de hombros se la pasó.

—Toda tuya —le dijo la mujer.

Shayler tomó la bolsa de manos de la mujer, aquella figura en particular tenía una huella mucho más profunda de la que todavía permanecía en la habitación, un ligero cosquilleo se le instaló en la parte de atrás del cuello cuando aquel dato elusivo que se le había escapado empezó a colarse en su mente. Estaba a punto de dejar escapar una maldición en voz alta cuando sintió el teléfono vibrando en el bolsillo trasero de su pantalón. Sacándolo, comprobó rápidamente el identificador de llamadas para ver el número de su madre.

—¿Problemas? —sugirió Reene al ver la expresión en el rostro del hombre.

Hizo una mueca y atendió a la llamada.

—¿Qué ocurre? —preguntó nada más descolgar. Shayler se quedó en silencio mientras escuchaba la respuesta desde el otro lado del dial, su rostro cobró una oscura expresión mientras bajaba la mirada a la estatuilla que tenía en una mano y respondía en voz firme e impersonal—. Dime que Maat no tiene nada que ver con esto… Joder, ¡¿Qué diablos os dan a las mujeres que no podéis estaros quietas ni un jodido momento?!

Hubo una fuerte respuesta del otro lado de la línea y finalmente el pitido de la llamada finalizada. Su madre acababa de colgarle el teléfono. Perfecto, nada más y nada menos que perfecto, justo lo que necesitaba.

—¿Siempre hablas así a las mujeres?

Shayler miró a su amiga y volvió a mirar la estatuilla.

—Solo a las que son capaces de replicarme de la misma manera y patearme el culo en el proceso —respondió en voz baja, de mal humor—. Joder… Tengo que irme, Renee.

La mujer asintió y le indicó la estatuilla antes de cogérsela.

—Ya sabes que tendrás que pasar por comisaría y hacer el papeleo para esto —le recordó ella.

Shayler asintió y le dio una palmada en el brazo a la policía.

—No hay problema, me pasaré por allí con todo lo que hace falta —aceptó a modo de despedida—. Mantén un ojo en tu espalda, Renee.

—Siempre lo hago, Shayler —asintió la mujer con una sonrisa, permitiendo que el muchacho se marchase sin hacerle más preguntas.

Shayler volvió sobre sus pasos, cruzando rápidamente las salas del Museo hasta salir por la puerta. Bastet acababa de poner nombre y rostro a la persona que había provocado aquel desastre y las cosas estaban mucho peor de lo que ninguno de ellos había podido pensar en un principio. La imbecilidad de una diosa había convertido a una muchacha humana en una inmortal… Con alas.

Bastet fulminó con la mirada el teléfono que acababa de colgar. El muchacho tendría que calmarse y hablar con tranquilidad y coherencia si quería que le volviese a coger la llamada. Demonios, ella lo había educado mejor que esto. Sacudiendo la cabeza se volvió hacia Maat, quien permanecía sentada al otro lado de la pequeña mesa redonda de patas bajas, su mirada posada con fijeza sobre ella.

—Deduzco por la forma en que acabas de colgar que a Shayler no le ha gustado demasiado el resultado —comentó la diosa mordiéndose el labio inferior.

Bastet dejó escapar un bufido y depositó el aparato a un lado antes de tomar su taza de té negro y llevársela a los labios con un pequeño mohín.

—Debería saber que hay maneras y maneras de hablarle a su madre y esa no es una de las indicadas —dijo la diosa con total tranquilidad—. Dejaremos que se calme, y lo intentaremos otra vez.

Maat asintió antes de bajar la mirada hacia su propia taza de té.

—No puedo creer que haya sido tan estúpida como para hacer caso a esa maldita víbora —murmuró ella negando con la cabeza—. Esa muchacha estaba simplemente allí, ajena a todo y con todo, su aura… No había forma de no verlo, ella era una de las elegidas. No había estado en presencia de una de esas doncellas desde que los humanos empezaron a olvidarse de los dioses. ¿Cómo he podido ser tan estúpida?

Bastet bajó su taza y negó con la cabeza.

—Vamos, vamos, no te flageles a ti misma —le respondió con sencillez—. Has dicho que esa mortal estaba enamorada de un inmortal, ¿qué mejor regalo ha podido hacérsele?

Maat hizo una mueca.

—Me temo que tu hijo no piense lo mismo.

Bastet negó con la cabeza.

—Shayler no debe conocer ese pequeño detalle —aseguró ladeando la cabeza pensativa—. Quizás las cosas no hayan salido tan mal después de todo y podamos hacer algo por esa pobre niña.

Maat entrecerró los ojos.

—¿Qué quieres decir?

La diosa se inclinó hacia delante y murmuró.

—Los mortales son realmente una raza aparte, con todo, he aprendido en estos últimos tiempos que son capaces de devolver la luz a la vida oscurecida de un inmortal si es la persona correcta para hacerlo.

La mujer frunció el ceño y ladeó el rostro.

—¿Estás hablando de las almas?

Bastet asintió.

—Mi hijo encontró en Dryah a su alma predestinada —explicó pensando profundamente en ello—, y no solo él, uno de los Cazadores de Almas de Seybin está vinculado a su esposa, ella estaba destinada a él... Incluso desde antes que naciera.

Maat chasqueó la lengua.

—Estás hablando del Destino, pero Eidryen ya no está entre los dioses… Al menos no en este lado —le recordó la diosa.

Bastet arqueó una ceja y apuntó lo obvio.

—Los dioses poco tenemos que decir cuando se trata del vínculo de las almas, querida —le aseguró—. Si esa muchacha está enamorada de uno de los Guardianes y él es su alma gemela… Puede que todavía haya una oportunidad.

Maat pareció pensarlo durante un momento.

—No sé, Bast, no me agrada la idea de jugar con las almas —dijo pensativa—, y él no es cualquier inmortal, es uno de los *Guardianes Universales*, los ejecutores de las órdenes del Juez Universal.

—Siempre puedes optar por decirle a Shayler lo que ocurrió realmente —le respondió Bast con un profundo encogimiento de hombros—. Me encantará ver su rostro cuando le digas que aceptaste un desafío de la zorra que maltrató a su mujer y que ni siquiera reconociste a una de las descendientes de las Hijas de las Diosas cuando se te ocurrió la brillante idea de conceder a la muchacha el regalo de la inmortalidad y despertar con ello los poderes atados a las elegidas, cualquiera que sea el que esa niña tenga… Y no nos olvidemos de que es una pequeña e insignificante humana, que, por si fuese poco, está enamorada de uno de sus Guardianes.

—Espero, Bastet, que eso no sea nada más que una versión muy exagerada de los hechos.

Ambas mujeres se volvieron al oír una profunda voz masculina desde la entrada a sus espaldas. Enmarcado por las sedas que colgaban a modo de puerta, Shayler miraba a ambas mujeres con verdadero fastidio.

Suspirando, la diosa se puso en pie y salió al encuentro de su hijo.

—¿Cambiaría en algo si así lo fuera? —le preguntó con sequedad.

La expresión del hombre se endureció al ver la verdad en la mirada de su madre, sus ojos se volvieron entonces a la mujer que todavía permanecía sentada a la mesa. La diosa suspiró.

—No, ya veo que no cambiaría absolutamente nada —dijo antes de frotarse la frente y dirigirse nuevamente a su hijo—. Así que, ¿por qué no nos sentamos un momento, y hablamos de esto tranquilamente?

Keily empezó a resoplar, estaba cansada de estar tumbada boca abajo, le dolía la espalda y ya no sabía si era por la incómoda postura o por las heridas. El dolor y la tirantez que había sentido en su piel habían ido remitiendo poco a poco desde que Jaek le sacó los puntos, con el paso de las horas lo que era una fuerte punzada en la parte alta de su espalda se había convertido en tan solo rigidez. Además, tenía hambre.

Su estómago volvió a protestar por segunda vez en un corto espacio de tiempo, no dejaba de sorprenderle como incluso después de todo lo ocurrido su cuerpo reaccionaba a las necesidades fisiológicas básicas. ¿Cuándo había comido algo por última vez? ¿Y cómo diablos podía estar pensando en comida con lo que tenía atado a la espalda?

Dejando escapar un pesado suspiro, probó a incorporarse unos centímetros, tensando el

cuerpo en espera de las conocidas punzadas que sin duda recorrerían su espalda. Jaek la había dejado sola hacía poco más de media hora, si bien no había ido demasiado lejos pues estaba en la zona del bar, Keily había sentido su ausencia, incluso en el silencio se sintió acompañada cuando él estaba a su lado. Esperando sentir el aguijonazo que atravesaría su columna, se volvió ligeramente. No pasó nada, bueno, nada más allá del hecho de sentir el peso de aquella cubierta de plumas sobre ella. El reloj de la pared entró entonces en el rango de su visión, las manecillas marcaban las tres y cuarenta minutos. No era sorprendente que su estómago hubiese protestado, no había vuelto a llevarse nada a la boca desde el capuchino que había quitado la noche anterior de la máquina.

—Lo que daría por un *kebab* ahora mismo —musitó dejándose ir de nuevo contra la camilla, pero esta esta vez utilizó sus brazos a modo de almohada, cruzándolos bajo el rostro. Su estómago volvió a crujir una vez más—. Oh… Para ya.

—¿Con salsa o sin ella?

La profunda voz de Jaek llegó desde la puerta haciendo que alzara el rostro para verlo allí, llenando el vano de la puerta, guapísimo a pesar de la ropa arrugada, la barba incipiente en su rostro y el obvio cansancio que lo recorría.

—Con salsa… y ese rico pan griego… y ensalada… —respondió tragando la saliva que empezaba a acumulársele en la boca—. Un mixto completo... ¿Podría ser también con unas patatas?

Jaek arqueó una de sus cejas doradas, en sus ojos había una chispa de diversión.

—¿Y qué te parece si antes de todo eso, pruebas a incorporarte y sentarte? —le sugirió caminando hacia ella, sus manos deslizándose por la parte cercana a la raíz de sus alas, que si bien estaba todavía un poco colorada, había cicatrizado completamente—. Ha cicatrizado por completo, todavía están un poco rojas, pero se irá yendo poco a poco.

Keily se volvió, moviéndose muy lentamente, hasta ponerse casi de costado, una de las alas resbaló parcialmente, quedando a medias en su cadera y a medias sobre su espalda.

—¿Estás hablando en serio? —murmuró mirando con recelo aquella cubierta de plumas gris paloma sobre sus pantalones vaqueros.

Jaek se cruzó de brazos, su rostro con una obvia respuesta.

—¿Te parece que bromeo?

Ella negó con la cabeza y trató de echar un vistazo por encima de su hombro para ver su espalda, pero todo lo que llegó a vislumbrar fue el arco de su ala derecha. Alas. La sola idea de pensar en que aquello era suyo, no sabía si era para echarse a reír a carcajadas o llorar.

Sus ojos marrones ascendieron por el cuerpo masculino hasta encontrarse nuevamente con los de Jaek.

—¿Un poquito de ayuda? —sugirió señalando lo evidente.

Él dejó su postura de brazos cruzados y caminó hacia ella indicándole que se volviera de nuevo de espaldas.

—Gírate un momento —le pidió.

Keily frunció el ceño pero obedeció, solo para sentir de nuevo las manos masculinas deslizándose por debajo de sus alas hacia los costados desde donde sacó ambos lados del contorno de su sostén y —para mortificación de ella—, lo abrochó suavemente a su espalda.

—Oh… —Fue todo lo que pudo murmurar, agradeciendo estar con el rostro hacia la camilla, ocultando el sonrojo que cubría sus mejillas.

Jaek repitió el proceso con la camiseta desgarrada tratando de obrar de manera impersonal. La prenda había sido completamente desgarrada, quedando apenas unida al final por un hilo de la

costura. Rompiéndolo de un seco tirón que arrancó a la chica un pequeño jadeo, tensó la tela y la ató haciendo un nudo a su espalda, de modo que se sujetase sin más complicaciones.

Solo entonces dejó su espalda y rodeó la camilla, para ayudarla a incorporarse.

—Despacio, ¿ok?

Ella asintió lentamente y empezó a girarse de costado, ayudándose del codo para incorporarse poco a poco. Un ligero mareo empezó a apropiarse de su cabeza, el estómago se le encogió y amenazó con dar un vuelco cuando se encontró de nuevo en posición vertical con una de sus alas resbalando bajo su brazo derecho hacia el suelo y la otra ligeramente cogida bajo su propio peso. Temerosa de que aquello pudiera ocasionarle algún daño de alguna manera se incorporó hacia delante, sujetándose de los hombros de Jaek mientras sus pies tocaban nuevamente el suelo y trataba de levantarse del todo.

—Ey —la sujetó Jaek por debajo de los sobacos cuando sus piernas cedieron y el cuerpo femenino se inclinó sobre él—. He dicho, despacio.

—La estaba pisando, estaba sentada sobre ella —murmuró sin dejar de echar la vista atrás, tratando de ver qué había ocurrido con aquella cubierta de plumas gris—. ¿La he roto?

Jaek sonrió para sí y equilibró el cuerpo femenino con una mano contra su pecho mientras la otra la rodeaba, para ayudar a deslizar parte del ala que había quedado sobre la camilla hacia el suelo. Ambas extremidades reaccionaron a su contacto estremeciéndose al mismo tiempo que la muchacha.

—No son tan delicadas, paloma —le dijo con cierta diversión en la voz, antes de rodear su cintura con ambas manos y alzarla a pulso para que se sentara nuevamente en la camilla dejando ambas alas resbalando desde la camilla hacia el suelo—. ¿Estás cómoda?

Keily echó un vistazo a las capas de plumas que caían a sus costados y tragó saliva. Podía sentir su peso en la espalda, no le dolía, ni tiraba de su piel como antes, pero lo sentía extraño, como si llevase una capa atada a la espalda.

—Supongo que sí —murmuró en voz baja, su mirada deambulando de una a otra ala.

—¿Segura?

Ella alzó entonces la mirada y reparó en el que sus manos estaban todavía en los hombros masculinos y asintió retirándolas lentamente.

—Todo lo segura que puedo estar dadas las circunstancias —murmuró con un profundo suspiro—. Todavía siento la cabeza algo embotada, como si estuviese en el aire.

Él retiró las manos de su cintura y alcanzó la linterna en el bolsillo superior de la camisa para luego encenderla y comprobar la dilatación de sus pupilas.

—Es algo normal, te sentirás así durante algún tiempo hasta que te acostumbres a estar nuevamente en pie —le aseguró y dirigió el haz de luz de un ojo al otro, entonces lo apagó y lo devolvió a su bolsillo, antes de echarse atrás y mirarla—. ¿Cómo te encuentras?

Ella alzó la mirada hacia el hombre con el que había estado hablando todos los jueves y que sin embargo tenía poco o nada que ver con el que estaba ahora ante ella. Con un estetoscopio rodeando el cuello de su camisa, una linterna en el bolsillo de esta y una mirada curiosa en sus ojos.

—La palabra catatónica se acercaría bastante a mi estado actual.

Él sonrió, Keily lo supo por el sonido que hizo en respuesta, entonces lo vio llevar sus manos hacia sus hombros, palpando de forma impersonal sus articulaciones, comprobando su cuello y el rodamiento de su cabeza.

—¿Te duele cuando hago esto? —preguntó deslizando sus manos por detrás de su cuello.

—No —respondió buscando un punto cualquiera en el que fijar la mirada que no fuera él.

El solo pensamiento de que eran sus manos las que la estaban tocando la dejaba sin aliento—. Me cuesta conciliar lo que sé de ti con esto, se me hace raro verte con el estetoscopio al cuello.

Él respondió con un sonido de la garganta, más parecía una fuerte respiración que algo con más significado antes de deslizar las expertas manos hacia la base de su columna a la altura del cuello para luego moverlas hacia abajo y a los lados, alcanzando la parte en la que se unían aquellas enormes extremidades a su piel.

—¿Te duele? —preguntó nuevamente, concentrado en su exploración.

Ella negó con la cabeza, hasta que presionó nuevamente sus dedos pulgares un poco más adentro y le hizo contener la respiración.

—Ahora sí —gimió tensando la espalda.

Jaek no respondió, se limitó a rodearla, poniéndose ahora a su espalda. Aprovechando que no la veía, deslizó un par de dedos por debajo de las uniones de sus alas y las obligó a abrirse.

Keily saltó sobre la camilla ante el inesperado contacto, sus alas se extendieron con un liviano golpe que la hizo jadear con fuerza cuando un pequeño latigazo de dolor le atravesó de un costado a otro.

—Ahí también, ¿huh? —oyó la voz de Jaek a sus espaldas.

Ella se volvió para echarle un vistazo por encima de su hombro izquierdo, encontrando aquellas enormes alas grises desplegadas a ambos lados, estiradas sobre la camilla.

—No son simplemente un adorno, ¿verdad? —murmuró estirando recelosa una mano hasta la parte emplumada a su derecha, deslizando los dedos por las suaves plumas—. No me estoy volviendo loca.

Jaek siguió su mano con la mirada antes de alzar la suya y deslizar un solo dedo delineando el arco superior de su ala derecha.

—¿Puedes sentir esto?

Keily se puso rígida en el mismo instante en que sintió su dedo deslizarse sobre el arco del ala derecha. Podía sentir su tacto, la presión ejercida como si se tratase de otra parte de su cuerpo la cual estuviese siendo acariciada muy suavemente.

Con un leve asentimiento alzó la mirada hacia él.

—Alto y claro —respondió ella, su voz rota, luchando por no derretirse allí mismo con aquella inocente caricia.

Él retiró entonces la mano y empezó a rodearla de nuevo, contemplándola, examinando con la mirada sus alas.

—El arco superior y los laterales parecen estar formados por hueso y músculo al igual que la parte superior, hay pequeñas venas bajo el plumaje. —Con un dedo tocó el punto en el que las plumas todavía conservaban un color más oscuro—. A partir de aquí, más o menos, son como el vello corporal, pero de plumón.

Keily asintió, no es que pudiera hacer mucho más.

—La piel en tu espalda está todavía algo tirante en el nacimiento de las alas, pero los desgarros han cerrado perfectamente, no te quedará ni una sola cicatriz —continuó como un médico explicándole a su paciente—. A la velocidad en que se ha regenerado tu piel, es posible que para mañana ya no sientas ninguna molestia.

La mirada marrón en el rostro femenino no dejaba demasiado lugar para especulaciones cuando la posó en él, el Guardián había visto demasiadas veces en su vida aquella expresión como para no saber lo que significaba.

—Todo irá bien, Keily —le dijo, intentando hacerla comprender algo que sin duda para ella debía estar resultando ser un infierno—. Lo estás haciendo bien…

Ella negó con la cabeza y suspiró.

—No, nada va a ir bien —declaró volviendo la mirada hacia las alas extendidas sobre la camilla—, es imposible que “esto” vaya bien. Soy una persona, un ser humano, no un pájaro, no pueden crecerme alas así como así. “Esto” no es normal.

Él esbozó una mueca y dejó escapar un bajo suspiro.

—Te asombraría qué cosas se consideran normales y cuáles no en mi mundo —respondió deteniéndose frente a ella.

A Keily no se le escapó la inflexión en su voz y la tácita aclaración que había dejado en el aire.

—¿Y qué mundo es ese? —preguntó suavemente, temblando interiormente con miedo a escuchar la respuesta que quizás tuviese para ella—. ¿Quién o qué eres realmente Jaek? Y no me vengas con el cuento de que eres médico, porque eso me ha quedado perfectamente claro, así como el hecho de que no te haya sorprendido ni un ápice algo que a mí casi me conduce a la locura.

Aquella era una pregunta que sabía iba a surgir antes o después. Mirándola ahora, con aquellas alas desplegadas sobre la mesa y sintiendo sin duda alguna la inmortalidad existiendo en aquel voluptuoso cuerpo femenino que una vez había sido humano, optó por decirle la verdad, al menos, una parte.

—Soy médico, Keily —asintió con un encogimiento de hombros—, pero no ejerzo, al menos, no con mortales. Mis servicios están reservados para algunos miembros de mi círculo, mi prioridad es para con ellos.

Keily entrecerró los ojos y sacudió la cabeza, entonces insistió.

—¿Inmortales? —preguntó, luchando consigo misma para no llevarse las manos a los oídos y cubrírselos para no escuchar todas las barbaridades que se decía a sí misma no podían ser verdad.

Jaek no vaciló.

—Sí.

Ella tragó saliva y asintió.

—¿Y tú eres uno de ellos?

De nuevo asintió.

—Sí.

Respiró profundamente, mantuvo el aire y volvió a soltarlo lentamente.

—Bien —respondió ladeando el rostro—. Necesito un whisky. Doble. Algo que me despierte de esta pesadilla.

Jaek fue totalmente franco.

—Puedo darte el whisky, pero eso no va a cambiar nada.

Ella se encogió de hombros, llegados a este punto, ya se sentía desbordada.

—Empecemos con el whisky y ya nos preocuparemos después por lo demás.

Jaek se la quedó mirando durante un instante, bajo toda aquella fachada exceptiva había una mujer realmente asustada, una que intentaba desesperadamente mantenerse a flote en aquel mar de locura y desesperación. Por primera vez en mucho tiempo, sintió la necesidad de abrazar a alguien, a aquella muchacha con el cabello revuelto, la camiseta rota anudada a la espalda y unos gastados jeans, que acababa de despertar a un nuevo mundo, uno del cual no sabía nada.

—¿Sigues queriendo el Kebab?

Ella alzó la mirada sorprendida y finalmente asintió.

Sonrió ante el sonido de anhelo en la voz de la muchacha.

—Con patatas.

Asintiendo, Keily esbozó el primer intento de verdadera sonrisa que curvó aquellos sensuales labios.

—Eso siempre.

Sin poder hacer más que corresponder a su sonrisa, Jaek asintió.

—Marchando un Kebab Mixto Completo con patatas.

CAPÍTULO 7

El vapor se alzaba desde la taza de té caliente como una sinuosa serpiente que se contoneaba al compás de la flauta de su hipnotizador. El silencio cayó en el momento en que Bastet empezó a servir el humeante líquido, un silencioso pacto cuyo objetivo era mantener las tradiciones. Maat alzó la mirada por encima de las volutas de vapor. Sentado frente a ella, con unos profundos ojos azules que brillaban con el mismo crepitar de poder que envolvía al hombre al que pertenecía, Shayler intentaba permanecer en su asiento, sin levantarse y echarle las manos al cuello, cosa que estaba segura era lo que más le apetecía al *Juez Supremo*, sobre todo después de que ella hubiese explicado lo que la había llevado a aquella muchacha en medio de la noche, con algunas copas de más encima y una botella de caro vino todavía atado a su mano.

Con un suave movimiento de la mano giró la taza, agregó un par de terrones de azúcar y tomó la cucharilla para remover la mezcla. Sus palabras salieron igual de llanas y simples que todo lo que había explicado hasta el momento.

—No ha sido algo premeditado, Juez, nunca pensé que el vino de los humanos podría afectar a los dioses de tal manera —se disculpó con un mohín mientras su mano se cerraba alrededor de la cucharilla en un momento, para convertirse en polvo que se escurría de sus manos sobre la mesa al siguiente—. Estoy casi segura de que esa maldita zorra tuvo que verter alguna cosa en mi copa, de otro modo…

Maat sacudió la cabeza, haciendo que su leonada melena se desperdigara por encima de los hombros, el solo hecho de ver su pelo en ese estado empezaba a enfermarla realmente.

—Esa maldita zorra… —masculló entre los apretados dientes—. Voy a ponerle las manos encima y cuando lo haga, deseará haber pensado mejor el meterse con esta diosa egipcia.

Bastet dejó la tetera en el centro de la mesa y tomó asiento al lado de su hijo, al tiempo que daba su opinión sobre los hechos.

—Está claro que esa odiosa mujer ha tenido que utilizar alguna artimaña —aseguró—, pero ¿por qué? ¿Por qué precisamente tú? No eres precisamente una diosa que se preste a venganzas y mucho menos a desafíos.

Maat dejó vagar la mirada hacia su taza, el líquido ámbar oscuro atrajo su atención. Aquella era una muy buena pregunta, una para la que tenía una única respuesta.

—Ella debía saber sobre la muchacha —murmuró la en voz baja, pensativa, intentando recordar cada palabra, cada gesto que había hecho la mujer mientras reían y tomaban unas copas, charlando y hablando sobre los hombres y su estupidez.

“A lo largo y ancho de los siglos, el hombre, cualquiera que sea su raza o procedencia, ha demostrado pensar simplemente en una cosa. Ponle un apetitoso bocado delante, alguien que despierte sus más bajas pasiones, y podrás hacer con él lo que quieras. Incluso conducirlo a su ruina”.

Maat alzó la mirada hacia el hombre que tenía frente a ella cuando aquellas palabras penetraron en su mente. Terra se había vanagloriado del poder que ejerció en su momento sobre Tarsis, la mujer no se medía a la hora de comentar sus hazañas, sintiéndose orgullosa de sus artimañas para conseguir lo que quería. Pero no todo fueron alardes, recordó Maat, la mujer había hervido de furia contenida cuando mencionó a Tarsis y a la chica que había desbaratado sus planes.

“Aquella zorra fue lo suficientemente estúpida para dejarse influenciar, entregó al Libre Albedrío en bandeja de plata y todo para qué, para ser despojada de todo su poder y relegada al mundo de los humanos como si nunca hubiese existido. Por favor, ahora trabaja en un centro comercial y es mortal. Le habrían hecho un mayor favor matándola directamente. No, los hombres no merecen tanto esfuerzo, ni siquiera se merecen tener a la mujer que desean, algunos deberían sentir en sus propias carnes lo que es perder aquello que anhelan”.

La diosa apretó los dientes cuando recordó exactamente las palabras que habían estado a punto de hacerle cometer una estupidez. Si aquella muchacha no hubiese sido una de las elegidas, habría muerto. Las dimensiones de aquello penetraron profundamente en su mente, habría ido en contra de todo su ser, quebrando sus propios juramentos, olvidando la Justicia que abrazaba, para cometer un crimen que jamás debería ser perpetrado.

—Por supuesto que sabía de ella —continuó con su monólogo, su mirada pasó del Juez a Bastet—. Sabía quién era esa muchacha… por eso lo hizo… Conocía sus sentimientos, de alguna manera, sabía de la unión que se producirá entre ellos, pero no contó con ese pequeño detalle en la ecuación, no sabía que era una de las elegidas.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Bastet obviamente interesada y confundida.

Maat se volvió entonces hacia Shayler, el Juez había perdido un poco de su mal humor, para aderezarlo con la curiosidad propia de su clase.

—¿Qué tan bien conoces a tus hombres?

Shayler arqueó una ceja ante aquella inesperada pregunta.

Sonriendo, Maat se giró a Bastet.

—Oh, ella sin duda es inteligente, una zorra maliciosa e inteligente —aseguró mirando ahora a su hermana—. Pero tiene que haber algo más, algo por lo que eligiese a ese Guardián en particular… —Se giró de nuevo hacia Shayler—, sobre todo porque fuiste tú el que acabó con sus planes con Tarsis.

Él se tensó ante la mención del hijo de puta que casi había matado a su mujer, las palabras de la diosa no hicieron si no erizarle la piel. Sabía ya por su madre y lo que Maat había adelantado que Terra estaba metida también en el asunto, la perra había tenido la suerte de que Seybin la dejase marchar en aquella ocasión o habría corrido el mismo destino que su entonces amante.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, en su voz todavía se podía oír la profundidad de su disgusto.

La diosa empezaba a recuperar con total claridad los acontecimientos acontecidos la noche pasada, cuando su camino se cruzó con el de aquella zorra inmortal. Puede que Terra se saliese con la suya al intentar manipularla, pero desde luego, el resultado no era el que la mujer buscaba y no podía dejar de pensar en lo que haría cuando se enterase.

—Ella lo eligió a él… No te mencionó a ti, no mencionó a ninguno de los otros Guardianes. Su mirada era odio puro, fuego incandescente cuando hablaba de tu “sanador” —aseguró Maat recordando la rabia disimulada que había visto en las palabras de la mujer, el veneno en su voz.

Terra había sostenido su copa mientras hablaba, sus ojos teñidos de odio y las palabras rezumaban veneno mientras hablaba.

“Siempre aislado, siempre solitario, piensa que su autoimpuesta condena va a salvarlo de su pasado, que podrá quedar impune por lo que le hizo a ella. Se ha mantenido siempre alejado, nunca ha permitido que nadie se le acerque demasiado pero con esa humana… algo en ella lo está haciendo cambiar… y es ese cambio el que va a permitirme ajustar cuentas con ese maldito

Guardián”.

Ella había sonreído, ahora lo recordaba, sonrió y se inclinó sobre ella, sirviéndole más vino hasta agotar la botella de la que en ningún momento se había separado para susurrarle al oído de modo insidioso.

“La justicia siempre debe prevalecer, ¿verdad? Y es justicia darle a aquel que desea, el objeto de su anhelo, Maat”.

Maat se había vuelto hacia ella, tomando un nuevo sorbo de su bebida y la había mirado a través de los ojos entrecerrados.

“¿Quién está necesitado de justicia?”

Terra había sonreído antes de inclinarse hacia delante y verter en su oído todo aquello a lo que la diosa atendería, tergiversando la realidad y moldeándola a su antojo hasta que ella, la muy estúpida, había hecho lo que le había pedido sin pensárselo demasiado.

Sacudiendo la cabeza estiró la mano hacia Shayler y la posó sobre la mesa, sus ojos se clavaron en los del Juez.

—Lo eligió a él, Juez —le dijo entonces. Empezaba a ver las cosas con mayor claridad de lo que lo había hecho desde que despertó de la borrachera—. Terra quería que convirtiese en inmortal a la humana a la que tu Guardián ha estado viendo últimamente, pero no por un gesto altruista, no, ella deseaba que la muchacha pereciera bajo la mano de un dios… Una sutil advertencia para el más joven de tus Guardianes.

—Pero ella no ha muerto… —añadió Bastet empezando a entender.

Ella asintió y se volvió hacia Shayler con un gesto de vergüenza.

—¿Qué has hecho, Maat? —preguntó él.

La diosa suspiró.

—He cometido un error.

Shayler dejó escapar un bufido.

—¿Un error? Lo que yo he visto es el resultado de la estupidez de un dios que deseó jugar con la vida de una niña humana que no ha cometido otro crimen que estar en el lugar y el momento equivocado —respondió sin darle tregua—. Eso no es un error, Maat, es un jodido crimen contra la inocencia humana.

Maat alzó la barbilla, su rostro marcaba el porte orgulloso de una diosa.

—Pero ella no era una simple humana —siseó entre los apretados dientes—. Es una de las elegidas.

Él entrecerró los ojos, aquello era algo que tanto él como Dryah habían sospechado al encontrar a la muchacha y reconocer el aura que la rodeaba.

—Una *hija de los dioses* —respondió él en voz alta, entonces negó con la cabeza y constató lo obvio—. ¿Tienes idea de cuándo fue la última vez que alguien hizo algo tan estúpido como esto?

Ella bufó.

—Ha nacido como elegida —declaró y ondeó la mano en el aire como si le restara importancia al añadir—. Además, le he hecho un favor.

Él jadeó con incredulidad.

—¿Favor? ¿Qué demonio de favor crees que puedes haberle hecho a esa pobre criatura al atarle esa monstruosidad atada a la espalda? —reclamó posando ambas manos con fuerza sobre la mesa—. Hasta donde yo sé, no solicitó tu asistencia o la de cualquier dios, Maat, y eso es considerado una intromisión en el Equilibrio del Universo. ¡Maldita sea! Tienes que deshacer lo que quiera que hayas hecho o arreglarlo de alguna jodida manera.

La mujer ladeó la cabeza y se le quedó mirando durante un instante antes de señalarle lo que ambos sabían.

—No puedes jugar con los poderes de otros dioses, Juez, tú mejor que nadie conoce las consecuencias.

Shayler la miró mientras cerraba las manos en sendos puños, los músculos de sus brazos se abultaron cuando dejó caer todo su peso sobre ellos al inclinarse hacia delante, taladrado con sus ojos a la diosa, su poder coleando a su alrededor, deseoso de exhibirse.

—Agradece ese sea el motivo por el que esté ahora aquí, ante ti, hablando en vez de retorcerte el maldito pescuezo, Maat —siseó remarcando cada una de sus palabras.

Ella respiró profundamente y volvió a acomodarse en su asiento, apartando su mirada de la suya, ignorando su repentina explosión, en realidad. Uno de sus delgados y delicados dedos subió a los labios, golpeándose suavemente el labio inferior con una cuidada uña.

—No puedo deshacer lo hecho —respondió pensativa—. Aunque reconozco que dotarla de alas ha sido un poco heavy de mi parte, un poco incómodas para moverse por el mundo de los mortales, pero no puedo arrancárselas, son parte de su inmortalidad.

Mientras continuaba dándose golpecitos con el dedo, su mirada sobrevoló la estancia hasta pararse de nuevo sobre las manos del Juez, todavía posadas sobre la mesa. Rápida como el rayo, tomó una de ella, haciendo que Shayler perdiera el equilibrio durante un instante.

—Aunque esto podría funcionar —murmuró delineando con un dedo los tatuajes de su mano derecha.

Retiró la mano con un molesto tirón, mirándola al mismo tiempo con el ceño fruncido.

—¿Qué quieres decir? —preguntó desviando la mirada hacia la diosa.

—Tus armas —respondió Bastet atrayendo la atención de su hijo.

Con recelo estiró ambas manos y con un simple pensamiento los tatuajes desaparecieron siendo reemplazados por sus dagas.

—Ella ha padecido suficiente por su regalo, su sangre ha teñido nuestras manos —les recordó y alzó la mirada hacia Maat. No deseaba para esa niña lo que había tenido que pasar él para obtener sus armas, su rango—. No permitiré que se le haga más daño.

Él sintió la mano de su madre rodeando una de las suyas, su mirada amorosa y firme, como lo había sido siempre, incluso después de aquel momento, cuando sus compañeros le habían devuelto a su hijo, convertido en el ser más poderoso del universo y cubierto de sangre.

Maat asintió al mismo tiempo, ella también era consciente de la reticencia del joven Juez.

—Ella no padecerá más por mi regalo —respondió buscando la mirada del joven que se había teñido repentinamente de un lejano eco del pasado—. Lo arreglaré, pero tengo algo que pedirte a cambio.

Shayler alzó la mirada hacia ella realmente sorprendido con el hecho de que le estuviese pidiendo favor alguno después de la que había montado.

—Maat, no creo que estés en posición de pedir nada en estos momentos…

Ella negó con la cabeza, aquello debía ser hecho, ahora más que nunca empezaba a entender el por qué.

—Ahora es inmortal, una de mis Hijas —le recordó la diosa con firmeza—. Antes o después heredará algunos rasgos de mi poder, sino todos. Por lo que tú mismo predicas, no puede ser dejada sola entre los mortales, no sin protección y sin alguien que la adiestre y le enseñe lo que es ser una inmortal.

Él la miró como si no pudiese dar crédito a lo que estaba oyendo.

—Tienes que estar de broma.

La diosa negó con la cabeza.

—Me he equivocado, Shayler —aceptó con total sinceridad—, he cometido un grave error y lo asumo, pero ella necesitará guía, protección… Y ambos sabemos que yo no soy la persona indicada para ello. Necesitará un Guardián.

Él se enderezó, cerró los ojos e hizo que sus dagas volvieran recuperando en el proceso sus tatuajes, entonces se dejó caer nuevamente sobre los almohadones en los que había estado sentado y hundió la cabeza entre las manos.

—Jaek va a matarme —farfulló entre sus manos, antes de alzar la mirada y asentir hacia la diosa.

Maat sonrió y negó con la cabeza.

—¿Preferirías hacerlo tú? —sugirió la diosa con mucha suavidad.

Él negó con la cabeza y volvió a mirar a la mujer.

—Esto no es algo fortuito, ¿no es así?

Maat amplió su sonrisa, la mujer era realmente hermosa.

—Estás aprendiendo rápido, sobrino.

Él hizo una mueca y echó la cabeza atrás, resoplando.

—Todo saldrá bien —le aseguró Bastet.

El Juez se volvió hacia la mujer que lo había criado y sacudió la cabeza.

—No mamá, todo va a irse al infierno antes de que las cosas salgan bien, lo sé, es lo que siempre ocurre cuando hay dioses de por medio —aseguró tomando la taza que tenía ante él y bebiéndose el contenido de un solo trago. Entonces se levantó y se paró al lado de Maat—. En cuanto a ti, empieza por levantar el culo, vas a venir conmigo y empezar a arreglar esto, ya.

Ella señaló su taza de té.

—¿Puedo tomarme antes mi té?

—No.

Suspirando se puso en pie, entonces le dedicó al Juez un buen vistazo de arriba abajo.

—Deberías darte una ducha y meterte en la cama, pareces cansado.

Él gruñó en respuesta.

—De acuerdo, de acuerdo —masculló ella poniéndose en pie—. Hombres, todos contestáis de la misma manera.

Nunca había visto a nadie devorar un kebab tan rápido como lo había hecho ella, cuando había dicho que tenía hambre, no había exagerado. El bocadillo había llegado caliente, junto con una ración pequeña de patatas que había dejado sobre la barra del bar, después de comprobar que aquel era el lugar más cómodo para que la muchacha se sentara y acomodara las enormes alas grises a su espalda. El equilibrio había resultado ser un concepto nuevo para ella con aquel peso añadido, por no hablar de que cruzar las puertas con aquello entorpeciendo el paso era complicado. Los escasos metros que separaban la parte del local con la oficina—enfermería se habían convertido en un camino de obstáculos, toda silla, taburete o adorno que estuviese al alcance de sus alas había terminado por los suelos, por no mencionar que la parte baja de estas había servido de escoba barriendo el suelo.

Con un suspiro, se dejó caer sobre el borde de la barra, cruzando los brazos mientras echaba un vistazo a las noticias que continuaban dando en televisión. Le había pedido a Jaek que la encendiese cuando se encontraron a solas en aquel enorme lugar —el cual tendía a tener un aspecto mucho más grande y solitario con las sillas sobre las mesas y las luces apagadas—, en un intento de borrar el incómodo silencio que parecía haberse instalado entre ellos mientras ella

comía. Uno de los canales de noticias repetía lo que había visto aquella misma mañana desde el receptor de televisión que había en la otra sala, constatando que parte de la locura que estaba viviendo no era tan imaginaria como habría deseado.

—Diablos… Esto es un desastre —gimió viendo su fotografía una vez más en la pantalla. Aquella era la misma foto de su ficha de identificación—. No es posible que realmente crean que me han asesinado o que he sido secuestrada, ¿verdad?

Terminó de servirse un par de dedos de whisky y levantó la mirada hacia ella.

—Desapareciste del museo, nadie te vio salir y había sangre en la oficina, tu sangre —respondió con un ligero encogimiento de hombros—. De todos modos, Shayler se encargará de minimizar los daños.

—¿Shayler? —preguntó mirando el vaso de whisky que se había puesto antes de señalar la botella con un dedo—. Ponme uno a mí, por favor.

Él deslizó su vaso intacto por la superficie de la barra hacia ella, mientras se servía otro para él.

—¿Déjame que adivine, es otro tío raro de tu círculo? —sugirió tomando el vaso en la mano.

Él puso los ojos en blanco y cerró la botella después de servirse.

—No te haces una idea —murmuró llevándose el vaso a los labios para darle un pequeño trago, antes de ver como ella vaciaba el vaso de un solo trago, jadeando después al tiempo que se inclinaba sobre el mostrador sin aliento—. Si ibas a beberlo como agua, te habría dado otra cosa.

Ella negó con la cabeza y alzó una mano pidiéndole que esperara, cuando por fin se incorporó las lágrimas asomaban a sus ojos y su voz se oía ronca por el ardor de su garganta.

—Lo necesitaba —aseguró suspirando al tiempo que echaba la cabeza hacia atrás y suspiraba—. Diablos, pero como quema.

Él sonrió y se tomó su propio whisky sin prisas, paladeando el sabor de su antigua patria en el ardor del licor.

—¿Qué voy a hacer ahora? —susurró ella volviéndose de nuevo a la televisión para luego mirar hacia su costado, pasando un dedo por las plumas que alcanzaba—. Es una locura, ¿cómo se supone que podré volver a mi vida con esto?

—No puedes.

La voz llegó desde el otro lado del local, un instante antes de que las luces se encendieran iluminando al recién llegado y a la mujer que lo acompañaba. Keily se sobresaltó ante la inesperada voz, pero no fue nada comparado a la impresión que se llevó cuando vio a quien pertenecía. ¿De dónde diablos salían aquellos hombres? ¿De una revista de moda? El chico era impresionantemente alto, si no rondaba el metro noventa poco le faltaba, llevaba el pelo de un tono castaño claro despeinado y a juzgar por el estado arrugado de su ropa y la sombra de barba sobre sus mejillas juraría que el desconocido no habría pisado siquiera todavía la cama. Sus ojos eran azules según pudo distinguir a medida que se iba acercando a ellos, pero era el aura de poder a su alrededor y el aire mortal en su manera de moverse, lento y sensual, lo que provocó que le bajase un escalofrío por la espalda.

—Es bueno verte de nuevo en pie —le dijo entonces, su rostro suavizándose con una sincera sonrisa que lo hacía parecer mucho más joven de los treinta años que quizás tuviese. Su mirada cayó sobre sus alas, examinándolas, sin que se trasluciera ninguna sorpresa en su rostro.

—Ya te dije que no llevaría mucho que sus alas se formaran por completo, aunque me sorprende que lo hayan hecho tan rápido.

El taburete en el que había estado sentada Keily cayó hacia atrás cuando se levantó de un

salto y se volvió inmediatamente hacia el sonido de la voz. Reconocería aquel timbre en cualquier lugar, no necesitaba una confirmación visual, allí estaba ella, la misma mujer que había hecho de su vida un infierno con alas de ángel.

—¡No! —gimió arrastrándose contra la línea de la barra del bar, sus alas atrapadas entre su espalda y la barra se arrastraban a sus pies, reaccionando a sus movimientos. Trató de girarse, pero tropezó con varios taburetes más, derribándolos y pisando ella misma una de sus alas antes de que Jaek la sujetase contra él cuando estuvo a punto de irse de bruces hacia el suelo—. Es ella… No dejes que se acerque a mí, por favor. No dejes que se acerque.

—¿Qué demonios significa esto? —preguntó Jaek volviéndose hacia su compañero de armas, mientras abrazaba a la chica, que se había pegado a él y contemplaba a la diosa que había llegado con el Juez—. ¿Qué hace aquí? ¿Ha sido ella?

La mirada de Shayler cayó sobre la pareja antes de encontrarse con la mirada de Jaek con una obvia pregunta en sus ojos.

—¿Más conforme ahora con la elección? —murmuró la diosa pasando junto a él en dirección a la pareja—. Mira que desastre, no puede ni plegar sus alas.

Keily se volvió a penas al oír nuevamente la voz de la mujer y se estremeció, todo su cuerpo temblaba mientras trataba de soltarse de Jaek y huir de la cercanía de esa mujer.

—Keily, pequeña, tranquila… —trató de sujetarla al tiempo que miraba a Maat con cara de pocos amigos. Cambió el peso de la muchacha al brazo izquierdo antes de que en su mano se materializara la elegante figura de un *claymore*. La hoja de la espada destelló cuando la levantó sin esfuerzo apuntando a la garganta de la diosa, lo cual teniendo en cuenta la bestial envergadura de aquella espada, era un milagro.

—No des un solo paso más —murmuró en voz baja, sin más advertencia que su postura.

Maat puso los ojos en blanco y se volvió hacia Shayler, quien se tomó su tiempo en ir hacia la mujer y desviar la espada de su compañero de armas con solo un dedo.

—Baja eso, Jaek, ella no es peligrosa… Estúpida sí, pero no peligrosa —pidió. Su voz no dejaba lugar a dudas de lo que pasaría si no lo hacía. Después de todo, estaba amenazando a alguien que, por ahora, gozaba de su protección.

—Deberías tener más respeto hacia tus mayores, Juez Universal —le soltó Maat bufando.

—Cállate y arregla este maldito desbarajuste —clamó él entre dientes, su mirada todavía puesta en el hombre el cual no había bajado todavía la espada—. Y tú haz el favor de guardar eso, un solo rasguño y serás tú el que oiga a mi mujer.

Jaek dudó durante una milésima de segundo. Sabía que lo que estaba haciendo a su Juez podría considerarse como traición, pero ambos sabían así mismo que el *Guardián* no levantaría un dedo en contra de él, al igual que los demás, había jurado protegerlo hasta con su propia vida si hiciese falta. Ella por otro lado, temblaba como una hoja, tratando por todos los medios de fundirse con la piel masculina, traspasarla si con ello lograba alejarse lo suficiente de aquella mujer.

—Jaek, por favor…

Shayler volvió entonces la mirada a la muchacha y suspiró profundamente.

—No va a hacerte daño, pequeña —le dijo volviéndose a Maat—. Solo va arreglar la estupidez que cometió.

—Solo podrá ser arreglada en parte, ya lo sabes, Juez —le recordó la diosa al tiempo que señalaba a la muchacha con un gesto de la barbilla—. Ahora es una *hija de los dioses*.

Jaek se tensó al oír el título que no había sido pronunciado desde que los dioses fueron relegados a simples recuerdos en la mente de los humanos.

—¿Qué? —murmuró mirando a Keily y buscando luego la confirmación en los ojos de su Juez.

Shayler asintió lentamente.

—Es verdad, Jaek —respondió él soltando un profundo resoplido—. Es una larga historia y hay bastantes cabos sueltos de los que deberíamos hablar, pero antes vamos a poner un poco de orden aquí. Maat, hazlo.

La diosa se encogió de hombros, extendió su mano derecha hacia la pareja y antes de que pudiera darse cuenta de lo que iba ocurrir, Keily fue arrancada de los brazos de Jaek. El grito que emitió la muchacha cuando sus alas se extendieron por completo en una sola batida cogió a ambos hombres por sorpresa, Shayler fulminó con la mirada a la diosa, pero esta estaba concentrada en solucionar el problemilla que había causado a la muchacha. En un momento las enormes alas de color gris paloma estaban extendidas por completo y al siguiente, como en un único fogonazo, estas se desintegraron arrancando un nuevo grito de dolor en Keily antes de que el polvo grisáceo provocado por la explosión la rodease por completo ocultándola a los ojos de los hombres durante unas décimas de segundo, seguidos por un nuevo estallido que dejó a la muchacha deslizándose hacia el suelo una décima de segundo antes de que Jaek la cogiese.

Las enormes extremidades de color gris paloma habían desaparecido y en su lisa espalda se habían formado los tatuajes de dos alas plegadas que iban desde la parte superior de sus hombros y bajaban acariciando sus costados, formadas por el elaborado dibujo de plumas que se unían, para desaparecer por debajo de la cintura de sus vaqueros.

—Los tatuajes en su espalda son sus alas, así como los del Juez son sus armas. Es su sello, su derecho de sangre —explicó ella acercándose hacia la pareja solo para que Jaek sujetase con más fuerza a Keily, alejándola del contacto de la diosa y ésta se volviese hacia Shayler—. ¿Satisfecho?

El Juez caminó hacia ellos.

—Difícilmente —masculló acuclillándose frente a ellos, atrayendo la atención de Jaek—. Tengo que pedirte algo y a juzgar por lo que veo no va a ser una elección demasiado difícil… O a lo mejor sí.

El Guardián frunció el ceño y miró a su jefe a los ojos.

—¿Me lo pide el Juez Universal o tú?

Shayler hizo una mueca ante las palabras de Jaek.

—Si no fuera porque entiendo tu postura, me sentiría ofendido —respondió con un suspiro —. Ella es ahora una doncella de los dioses, Maat no tenía la menor idea de ello hasta que la despertó al otorgarle las… alas. Voy a ser completamente sincero contigo, Jaek, esto es una mierda del tamaño de Manhattan y no te lo pediría si no fuese porque hay alguien más detrás de la muchacha. Esto no ha sido todo cosa de Maat; la zorra de Terra ha estado de por medio.

Jaek se tensó al oír el nombre de la mujer que no hace mucho tiempo había visto en compañía de Tarsis, una de las culpables de que Dryah casi hubiese muerto a manos de ese hijo de puta.

—¿Qué tiene que ver esa mujer con todo esto?

Maat se adelantó.

—No es mi intención buscar una excusa a mis actos, sé lo que he hecho y me hago responsable, pero Terra ha tenido bastante que ver en ello —aseguró sin más dilación—. De algún modo, esa zorra tiene algo en contra de ti y creyó que podría utilizar a esta humana en beneficio propio.

Shayler miró a su compañero, en sus ojos pululaba una silenciosa pregunta.

—¿Alguna idea de por qué te tiene tanta inquina?

El Guardián asintió y bajó la mirada hacia la muchacha que acunaba en sus brazos.

—Roane —respondió el hombre en voz baja, carente de emoción.

El Juez se tensó, no había esperado volver a escuchar ese nombre de labios del hombre. Jaek se encargaba de mantener su pasado bien enterrado y que ahora pronunciase el nombre de aquella mujer no podía si no suponer un mal presentimiento.

—Entiendo —aceptó. Nadie mejor que él para saber que había cosas en el pasado de algunos de las que era preferible encargarse uno mismo.

Maat miró a ambos hombres y negó con la cabeza, tal parecía que las cosas no eran tan fortuitas como parecían, poco a poco el hilo de aquella inesperada trama estaba cobrando sentido para ella.

—Necesita protección y alguien que la guíe a partir de ahora —añadió la diosa retomando el motivo de su aparición.

Jaek miró a la mujer y luego a Shayler, este asintió.

—Necesitará ayuda y guía para enfrentarse a todo lo que le espera —aseguró y posó su mano sobre el hombro de su compañero—. Sé por experiencia que no es una tarea fácil, a veces, puede incluso volverse una tarea de por vida.

Jaek miró la mano tatuada de Shayler, entendiendo lo que le quería decir.

—Es tu decisión, Jaek —le aseguró él levantándose—. No voy a imponerte ni a ti ni a nadie una tarea como esta, pero alguien debe ayudarla a comprender el mundo al que acaba de nacer y velar por ella y los poderes que posiblemente se despierten.

—Poderes que puedes ser muy bien un espejo de los míos o algo totalmente nuevo —aseguró Maat, queriendo que el hombre conociese la verdad.

Shayler no se anduvo con rodeos.

—Esto debería hacerlo Maat —miró a la diosa, pero sus palabras iban dirigidas al Guardián—, pero temo lo que podría ser de la muchacha con alguien como ella como única guía.

Maat arqueó una ceja y lo miró de arriba abajo antes de responderle.

—Tú no has acabado tan mal.

Shayler puso los ojos en blanco.

Jaek vaciló durante un instante, mirando a la muchacha que tenía desmayada en los brazos, una mujer que terminó como víctima de algo que no había buscado. No, no podía dejarla, no podía permitir que nadie pasara por lo que había pasado él.

—Yo me ocuparé de ella —aceptó con un profundo suspiro antes de alzar la mirada hacia su compañero y Juez.

—¿Estás seguro? —preguntó él. Algo le decía que aquel era el mejor arreglo, que sería bueno para ambos, pero necesitaba saber que él lo haría por propia voluntad—. No te lo estoy imponiendo, Jaek.

Jaek miró a su compañero y finalmente se volvió hacia Maat.

—Seré su Guardián.

Maat se limitó a asentir. Caminando hacia ellos, se acuclilló y tras mirar a Shayler quien asintió, tomó las manos de la pareja. Bajo su atenta mirada, en la mano izquierda de Jaek empezó a cobrar vida un intrincado tatuaje formado por plumas y motivos tribales en un suave color gris paloma, a juego con el tinte del tatuaje que formaba el de las alas en la espalda de ella.

—Cuida de aquello que te es entregado, Guardián —murmuró Maat cuando se levantó—. Encontrarás que su alma está más allá de cualquier contrato que yo pueda crear. De ti dependerá a quien pertenezca.

Dicho esto la mujer inclinó la cabeza y se volvió a su sobrino.

—¿Estoy absuelta, Juez Universal?

Shayler clavó la mirada en la de la mujer y finalmente dejó que su poder manase de él cuando asintió.

—Eres libre de la acusación que haya depositado sobre ti tus actos contra esta humana, Maat —aceptó él proclamando su veredicto, entonces suspiró—. Y no vuelvas a beber, por lo que más quieras.

La diosa esbozó una sonrisa y se acercó a Shayler.

—Deja que ahora sea yo la que te devuelva el favor —le dijo la mujer besándole la mejilla, para luego volverse hacia Jaek—. Que os lo devuelva a ambos. Esa zorra viperina de Terra va a desear no haberse metido con tu querida tía.

Él sacudió la cabeza, había cosas a las que prefería no tener que enfrentarse y su tía era una de ellas.

—Que la Justicia Universal guíe tus pasos, sobrino —dijo antes de desvanecerse en el aire.

El Juez sacudió la cabeza cuando la diosa se desvaneció y se giró hacia su compañero el cual seguía en el suelo con la muchacha en sus brazos, su mirada fija en los nuevos motivos de su mano.

—Tengo la sensación de que acabo de cometer el mismo error que juré nunca volvería a cometer, Shay —murmuró Jaek llamando su atención.

Miró a la mujer en brazos de su amigo y negó con la cabeza.

—Esta vez has sido tú quien ha elegido, Jaek —le recordó posando la mano tatuada sobre el hombro de su compañero—. No lo olvides, hermano, esa es la mayor diferencia entre tu pasado y tu futuro.

El hombre asintió queriendo aceptar las palabras de su Juez y amigo.

—Si necesitas alguna cosa… —se ofreció Shayler.

Jaek negó con la cabeza, su mirada puesta en el cuerpo que descansaba en sus brazos.

—Soy su Guardián, ahora, ella es mi responsabilidad —respondió.

Aquello no podía ser discutido.

—Buena suerte, amigo mío —le deseó, al tiempo que chasqueaba la lengua—. Voy a ver si puedo hacer algo para solucionar el problemilla del museo, ahora que las alas han desaparecido, quizás podamos hacer algo por zanjar ese tema con la policía y el asesinato y desaparición del cuerpo que Reene ya está barajando.

Jaek asintió.

—Hablaré con ella del tema en cuanto despierte.

Shayler asintió y dio un par de pasos atrás antes de desvanecerse en el aire, dejando a Jaek solo con la mujer a la que voluntariamente se había atado.

CAPÍTULO 8

No había vuelto a pensar en Terra desde el momento en que abandonó la caverna en la que estaba situada la Puerta de las Almas. Aquella fue la última vez que la vio e incluso entonces no le prestó atención, no había visto motivos para ello, después de todo no era nada más que una muesca en su pasado, en su error con Roane.

Jaek subió la delgada colcha arropando con ella a la agotada Keily, no había abierto ni un ojo desde que la trasladó del local a su casa, la muchacha estaba sobrepasada por todo lo ocurrido y no podía culparla por ello. Era extraño tenerla justo allí, en su dormitorio, en aquel rincón al que a veces llamaba hogar. Mientras que poseía una planta completa en el edificio de oficinas que pertenecía a los Guardianes, prefería con mucho el ático que se había comprado a las afueras, un lugar donde poder estar a sus anchas y relajarse.

No era un eunuco, era bien sabido que le gustaban las mujeres como al que más, pero prefería aventuras de una sola noche, unas cuantas horas de placer y dejar la cama cuando aún no se había enfriado, y aquel proceder no era algo que deseara traer al santuario que era su hogar. Ella era la primera mujer que traspasaba aquellas paredes, la primera que dormía en su cama y la sensación que le provocaba era más bien extraña. Su primera intención fue devolverla a la camilla que había utilizado en la enfermería, pero entonces el obvio cansancio de la muchacha se abrió camino en su compasión y aceptó que mereciera unas cuantas horas de sueño en una cama.

El descubrimiento de lo que ella era, en qué se había convertido, no hacía si no chocar con el conocimiento de que Terra estaba a lastimar a una inocente solo para llegar a él. Podía entender la motivación de la inmortal aunque no justificaba de ninguna forma sus métodos. Si Keily no hubiese resultado ser una *hija de los dioses*, lo más probable es que hubiese muerto desangrada en el suelo de su oficina. La muchacha habría pagado injustamente por la imperecedera rabia y odio que Terra le guardaba desde hacía siglos, desde el mismo instante en que Roane había muerto en sus brazos.

Roane. Aquel nombre era un estigma que pesaba profundamente en su alma, una herida sangrante que había sepultado en lo más hondo revistiéndola de insensibilidad y dureza, impidiendo que saliese a la luz el verdadero Guardián que había en su interior. Por ella, abandonó su pacífica existencia y se enfrentó de nuevo al mundo, sus manos se tiñeron de sangre después de mucho tiempo y le abrieron el camino para el que estuvo destinado desde el principio.

Y ahora, el pasado volvía a él con una pálida fiereza e intentaba utilizar un alma inocente para expiar sus errores.

Deslizó la mano sobre el emboce de la sábana, apartando uno de los mechones de pelo de su pálido rostro, contemplándola mientras dormía con placidez ajena a lo que estaba a punto de ser desatado sobre ella. Su mirada captó un vislumbre de su nuevo tatuaje y el estómago se le encogió. Allí estaba la prueba fehaciente de que acababa de firmar su propia sentencia de muerte y lo más irónico de todo es que la había firmado por propia voluntad. Fue sincero en su respuesta a Shayler. Él la protegería, deseaba protegerla, no iba a permitir que los deseos de otros influyesen en su destino y demudaran su vida como habían hecho con él. Keily era totalmente inocente, una víctima en un juego de poder comenzado hacía demasiado tiempo como para ser recordado. Incluso después de incontables siglos la visión de la Fuente Universal seguía

cumpliéndose, la humanidad seguía estando en continuo peligro, abandonada a los caprichos de los dioses y los inmortales. Alguien debía velar por ella.

Pero había algo más, lo sabía y era otra razón de peso a la hora de tomar la decisión que lo ataba a ella por ese nuevo vínculo, por mucho que tratara de negárselo a sí mismo. Ella había conseguido en las pocas ocasiones en las que se habían visto y hablado ablandar la coraza que lo envolvía, que lo mantenía alejado y a salvo de lo que llevaba huyendo desde el mismo momento en que se convirtió en uno de los elegidos. Había sido tímida, un poco reticente, con una forma de proceder dulce y tierna. Esa misma dulzura y suave proceder había sido lo que le atrajo como una abeja a la miel. La paz interior que ella emanaba y la sencillez con la que se comportaba lo había tranquilizado permitiéndole relajarse en su presencia, algo que no le ocurría con nadie que no fuera de su círculo interno. Toda una paradoja cuando las mujeres que prefería y a las que se llevaba a la cama eran hembras experimentadas, que sabían lo que querían y no pedían nada a cambio, un intercambio de sexo, sin ataduras sentimentales. Ella se había colado en su vida y, contra todo pronóstico, él le había dejado hacerlo, disfrutaba de su compañía y sus conversaciones, deseaba que llegasen esos jueves en los que ella se presentaba en el local.

Sacudiendo la cabeza para deshacerse de todos aquellos pensamientos e ideas que deseaban empezar a echar raíces se apartó de ella y salió de la habitación. Sus pasos lo dirigieron hacia el salón comedor cuyas puertas de cristal ya estaban abiertas dejando entrar la escasa luz que se filtraba desde los ventanales cubiertos por unas diáfanas cortinas de color crema. Una mesa de madera con cuatro sillas dominaba la parte derecha de la estancia, mientras que a la izquierda había un sofá rinconera que enmarcaba una pequeña mesa de madera sobre la que descansaban los mandos de la televisión. El equipo de música ubicado en un moderno mueble en tonos negros y crema completaba la decoración.

Jaek encendió el interruptor, la luz del día no tardaría mucho en desvanecerse por completo, la tarde se deslizó sin hacer ruido, huyendo más deprisa de lo que había pensado. ¿A dónde se habían ido las horas? ¿Qué ocurría con el tiempo que parecía volar? El cansancio que notaba y la falta de sueño eran señales inequívocas de que todo había sido real, tan real como la mujer que ahora dormía en su dormitorio.

Deteniéndose en el aparador pegado a la pared junto la mesa del comedor destapó la botella tallada de cristal de bohemia que contenía un añejo whisky escocés y se sirvió dos dedos del líquido ambarino para luego dirigirse a la ventana y apartar la cortina para mirar hacia el exterior.

La noche estaba cayendo ya sobre Manhattan, a su izquierda se extendía el puente sobre el río Hudson, algunos vehículos circulaban por las calles con las luces de sus faros ya encendidas, mirase a donde mirase sabía que siempre encontraría gente, humanos confiados e ignorantes de aquellos que no dudarían en hacerles presa y jugar con sus vidas por el mero aburrimiento. Los dioses, ellos sí que eran la verdadera lacra de una sociedad maldecida, si es que podía llamársele sociedad. Sus ojos se deslizaron de nuevo hacia la habitación vagando sobre los muebles adquiridos a lo largo de los últimos años que llevaba viviendo en aquella ruidosa ciudad. Lo bueno de ser un Guardián era que nadie parecía notar que su ritmo de vida, su envejecimiento no iba a la par con el humano, pero era consciente que en unos cuantos años más, deberían renovarse nuevamente, quizás cambiar incluso de país, empezar de nuevo desde cero… O hacerse a sí mismos herederos universales de sus propios bienes y volver a retomar aquello que ellos mismos habían dejado. Qué ironía.

Eso era precisamente una de las cosas que había advertido en innumerables ocasiones a su joven Juez. El chico se había terminado templando en los fuegos de la lucha, pero su corazón

seguía siendo en parte demasiado humano, disfrutaba de la compañía de los mortales, permitiéndose ganar su afecto aún a sabiendas de que mientras él permanecería, ellos morirían, envejecerían y los vería desaparecer ante sus ojos. A pesar de ser de los más jóvenes de la hermandad, casi podría asegurar que era el que mejor conocía a Shayler. Él mismo había sentido esa misma debilidad por la raza humana, la necesidad de paliar una soledad eterna compartiendo un minúsculo fragmento de la vida de los demás, pero su Juez no era un hijo de puta frío y sin corazón, a él le afectaban aquellas muertes, el envejecimiento de las vidas que lo rozaban, mientras que él mismo solo las consideraba una muesca más en su larga existencia.

Terminándose el vaso de un trago posó la mirada sobre un labrado escudo cruzado por dos espadas que presidía la parte superior de la pared principal, justo por encima del televisor. Un sabor agridulce inundó su boca al tiempo que los recuerdos inundaban su mente. Pensaba que su jefe era sentimental, pero ¿qué podía decir de sí mismo cuando había guardado lo único que había quedado de un pasado que no le reportó nada más que muerte y tragedia? Mientras que logró dejar atrás todo lo demás, aquello siempre estaba presente, como un agrio recuerdo de lo que su inmortalidad le había privado.

Jaek apretó la mano en un puño como si pudiese sentir todavía el peso de la empuñadura entre sus dedos, la tensión de los músculos de su brazo cuando esgrimía la espada y negó con la cabeza, dejando que aquellos recuerdos se deslizaran hacia el olvido, de donde nunca deberían resurgir. Pero era difícil olvidarse de quién era y que lo había llevado hasta el lugar en el que estaba ahora. No había sido su decisión, jamás lo fue y sin embargo, no le dejaron otra elección, la vida de su joven compañero había estado en peligro, y sin él, el mundo tal y como se conocía en la actualidad, puede que nunca hubiese existido.

Con un gruñido, volvió hacia el aparador y se sirvió otro generoso trago de whisky. No solía emborracharse, pero ahora realmente necesitaba algo que calmase sus recuerdos, que los mantuviese en el pasado. Algo que sabía que no iba a ser posible; Cuando estos se empeñaban en surgir, no se detenían hasta el final.

Cualquiera hubiese pensado que con el paso del tiempo, de los siglos, un inmortal habría olvidado su lugar de nacimiento, la vida que tuvo un día o su hogar con tal de adaptarse a los nuevos tiempos, pero Jaek había echado por tierra esa teoría. Al igual que sus compañeros, le era imposible olvidarse de sus raíces aunque lo intentase con todas sus fuerzas.

Dalriada ya no existía. Su gente, sus guerreros, todos habían perecido en el tiempo, su cultura, su verdad, olvidada o alterada en los escritos que fueron recogidos por el infame Imperio Romano… Estúpidos historiadores que se atrevían a tacharlos como indígenas, descendientes de la tribu de los *Epidii*, primeros pobladores del Reino de Alba, uniendo su nombre con el tiempo a los *Pictos*. ¿Qué sabían ellos de la auténtica descendencia de los primeros Reyes, de lo que hoy en día se conocía como Escocia? Nada. Eso era lo que sabían, absolutamente nada. Habían dado a Kenneth MacAlpin el reconocimiento de unificar su reino con el de los Pictos, cuando en realidad, nunca había existido ninguna diferencia entre ambos pueblos y sí una profunda rivalidad. En lo único que acertaron aquellos estúpidos romanos era en la ferocidad con la que su gente defendía sus tierras y entraba en batalla, guerreros con sus cuerpos pintados y tatuados, verdaderos artesanos en el arte de esculpir la piedra. Varias tribus con distintos nombres que en realidad tenían una misma raíz en común.

Jaek lo sabía bien, él había sido uno de ellos, uno de los primeros príncipes de Dalriada y el único que había visto como su legado se consumía en el transcurso de un solo día. Aún hoy podía oír los ecos de los gritos en sus pesadillas, podía ver con los ojos abiertos como sus propia gente se mataban unos a otros por codicia, por tierra, cuando deberían haberse unido contra un

enemigo común, un Imperio que recién empezaba a alzarse en su afán de conquista y que solo después de una cruenta lucha habían sido expulsados.

Había demasiada muerte en su memoria como para poder olvidarse de ello.

De un solo trago dio cuenta del contenido de su segundo vaso y lo dejó sobre el aparador, su mirada volvió de nuevo hacia el escudo que hablaba de su derecho de nacimiento, y las espadas que lo habían condenado mucho tiempo después a formar parte de la Guardia de Élite del Juez Universal elegido por la Fuente.

¿Cuánto tiempo había transcurrido entre su caída y renacimiento? ¿Había sido él mismo alguna vez?

Jaek se estremeció cuando uno de aquellos antiguos recuerdos emergió a la superficie, impactándolo con todo el peso de la memoria. La tierra había estado teñida de la sangre de sus hermanos, de su propia sangre, el humo provocado por el fuego que arrasó el poblado había colgado en el aire como una mortaja mientras la sangre escapaba de sus venas por las innumerables heridas que le habían sido infringidas… Podía recordar los ojos azules de ella y sus gritos mientras intentaba llegar hasta él solo para ser arrastrada por el pelo a través de la inmundicia del suelo y lanzada a las llamas que consumieron sus toscas ropas y su hermoso pelo largo. El recuerdo de los alaridos de sus hermanas antes de que la muerte las silenciara, el tan deseado olvido que se llevó después con él el dolor de sus heridas y que trajo en cambio la insidiosa voz dual que se filtró en sus venas, que selló sus heridas y lo urgió a levantarse de la muerte para luchar en su nombre.

Jaek apretó los puños hasta que los nudillos le quedaron blancos, la voz de un tiempo pasado susurró de nuevo en su cabeza, repitiendo cada una de las palabras, notando el fuego que cauterizaba su alma y que lo entregaba a los brazos de la eternidad, una eternidad contra la que luchó con uñas y dientes. Él solo quería morir… Irse con su familia, no sobrevivirlos y tener que llevar la pena de sus muertes durante toda la eternidad, una eternidad solitaria en medio de una lucha que no podría importarle menos. ¿Qué le importaban a él los dioses cuando los suyos no habían atendido a sus plegarias? La humanidad había obtenido lo que se merecía al depositar su confianza en deidades que jamás habían hecho o harían nada por ellos.

El reloj de pared que presidía el pasillo reverberó por todo el silencioso apartamento sacándolo de sus pensamientos. Suspirando interiormente, se volvió por última vez hacia la ciudad que se veía a través de la ventana intentando reconciliarse una vez más con el amargo pasado, finalmente depositó el vaso vacío en su sitio y empezó a desabotonarse la camisa. Una buena ducha de agua caliente quizás se llevara consigo algo más que la suciedad y la sangre. Si tenía suerte, se llevaría también sus recuerdos y podría pensar con claridad.

El agua resbalaba sobre su cuerpo, acariciando cada uno de los muslos, deslizándose sobre los tatuajes arcaicos que se arracimaban encima de su corazón y se deslizaban por el mismo costado rodeando sus caderas hasta terminar a mitad del muslo. Un mudo recordatorio del hombre que una vez había sido y de lo que había ganado a cambio. Sus manos rastrillaron el pelo hacia atrás, permitiendo que el agua caliente le diese en el rostro, visualizando como sus pensamientos se deslizaban de su mente con el agua, desapareciendo por el desagüe en un fútil intento de alejarlos de él durante algún tiempo más.

Suspirando apoyó las manos en la superficie de mármol y permitió que el chorro de agua le cayese contra la nuca y hombros aliviando la tensión. El agua se deslizaba por su espalda, delineando sus músculos, acariciando sus prietas nalgas para bajar por sus piernas hasta el suelo, donde era recogida por el desagüe. El vapor había empezado a inundar el plato de la ducha,

oscureciendo la mampara y arropándolo en un capullo de neblina, permitiéndole liberar un poco las riendas de su poder, permitiéndole escapar cual vapor en una olla a presión, sabiendo que no debería haberlo retenido durante tanto tiempo.

Aquello era otra parte de su maldición. Shayler había tenido que cargar con la empatía, a Lyon no le había ido mucho mejor, una caída en sus protecciones y el pasado del individuo o el lugar que tocara se deslizaba en su interior, y John… Bueno, el hombre era un enigma en sí mismo, hasta donde Jaek sabía, podía alcanzar el alma e incluso ir más allá, encontrando cada una de las vidas pasadas.

Él por otro lado, había recibido un don que se había convertido rápidamente en su mayor castigo. Encerrada tras varias capas de determinación que le había llevado demasiado tiempo crear se encontraba su maldición, negándose incluso la posibilidad de mirar en sí mismo, pero así estaba bien. No necesitaba mirar allí dentro para saber lo que deseaba realmente, aquello era algo que llevaba profundamente clavado en su mente, como lo era el momento en que conoció a Roane. Su muerte había traído consigo una nueva maldición, un poder que no era suyo y que no deseaba, un poder que en manos de la inmortal, una elegida como él mismo, había traído más desgracia que oportunidad de vida. Por ella había decidido al final matricularse en la universidad y estudiar la carrera de medicina, especializándose en cirugía. El poder de curación que ahora corría por sus venas como la sangre permitiéndole visualizar las heridas, fracturas o lo que fuese y curarlas siempre y cuando la muerte no hubiese reclamado ya el cuerpo o su alma estuviese más allá de su alcance, había sido un don que había llegado a él teñido de sangre. Una profunda ironía que se le hubiese permitido conservarlo, pero la Fuente Universal había creído que aquel era otro justo castigo para su juvenil y mal dirigido orgullo, así que mientras él había deseado la muerte para sí, ellos le habían concedido el poder de alejarla.

Respirando profundamente se permitió soltar ligeramente las cadenas que ataban su verdadero poder, aquel con el que la Fuente Universal lo había ungido. Aquello era algo que hacía cuando estaba completamente solo, cuando no había peligro para él de toparse con verdades que no deseaba saber, algo necesario para su propia paz mental y para su cuerpo el cual actuaba como un contenedor hermético para su poder, el cual debería haber sido dejado en libertad, corriendo por sus venas, extendiéndose por él. Una nueva respiración profunda lo llevó a soltarse de sus cadenas, cerró los ojos y dejó que el poder fuera su guía, abrigándose en la neblina azulada que siempre lo abrigaba y le servía de conducto en aquellos viajes no deseados pero necesarios. Aunque sabía que podía actuar a voluntad, digiriendo sus pasos hacia el objetivo que deseaba alcanzar, era mucho más sencillo y menos cansado dejarse llevar, su poder respondía mejor de esa manera, liberando toda la tensión acumulada en su interior. Así que eso fue lo que hizo ahora, se dejó guiar hasta una mujer de largo pelo castaño y triste y solitaria mirada que permanecía sentada sobre un bloque de piedra en medio de la oscuridad, sus alas color gris paloma caían de su espalda hacia el suelo, como si se tratase de una capa de plumas. Sus manos estaban cruzadas sobre el regazo, sosteniendo una estatuilla que identificaba perfectamente a la Diosa Egipcia Maat, su cuerpo estaba cubierto con los vaqueros manchados de sangre reseca y el top cayendo roto sobre sus turgentes pechos.

No le sorprendió que aquella fuera la dirección que tomara su poder. Por un momento había olvidado que no estaba solo en el departamento, sus recuerdos lo habían mantenido demasiado tiempo preso en el pasado llevándole a olvidarse momentáneamente de la mujer que dormía en su cama.

—Keily —murmuró su nombre.

En aquel estado de conciencia, Jaek sabía que podía hacerse oír si así lo deseaba y a juzgar

por la respuesta de ella, era obvio lo que había elegido.

Ella alzó lentamente la mirada, sus ojos marrones perdieron un poco de la tristeza que los habían estado cubriendo, sus labios se movieron en una suave cadencia.

—¿Por qué me da alas si no sé volar? —murmuró mirándolo a los ojos. Sus manos dejaron entonces la figura que sostenía en las manos a un lado y acariciaron las plumas de una de sus alas —. No quiero esto… No quiero ser un pájaro, no deseo la inmortalidad.

Una solitaria lágrima se deslizó por su mejilla atrayéndole irremediablemente hacia ella, permitiéndose alzar su mano derecha y limpiarle el rostro con ternura.

—Ahora me tienes a mí para guiarte —le dijo con suavidad.

Para su sorpresa, ella extendió lentamente los brazos hacia él y le rodeó el cuello con ellos, apretando su voluptuoso cuerpo contra el suyo, trasmitiéndole calor y dejándole notar de nuevo ese aroma a té verde que la rodeaba. Era extraño como su cuerpo se adaptaba perfectamente al de la muchacha, cada curva, cada hueco, todo casaba perfectamente y la sensación era realmente agradable, le daba paz.

Jaek deslizó los brazos por debajo de sus alas, rodeándola por la cintura, permitiéndose esa pequeña cercanía sin influir en nada más. Aquello no era más que una respuesta del corazón de Keily a lo que estaba sintiendo, su subconsciente dando forma a la escena en la que ella debía estar soñando, poniendo en imágenes sus preocupaciones.

—Hueles a canela —la oyó susurrar contra su pecho—, a especias, me gusta ese aroma y estás cálido. Gracias por abrazarme.

Él no supo que responder, había oído claramente la necesidad en su voz, la gratitud y la inseguridad, si no supiera que era imposible, pensaría que la muchacha se sentía sola, necesitada de algo tan sencillo como un abrazo.

—Ojalá me atreviese a esto mismo despierta —suspiró, entonces se echó ligeramente hacia atrás, sin llegar a alzar la mirada en ningún momento—. Pero soy realista, ni yo me atrevería, ni tú te fijarías en alguien como yo en esa manera. No me ves como otra cosa que una amiga.

Jaek se obligó a morderse una rápida respuesta. No debía intervenir, solamente estaba allí para permitirse liberar su poder, dejarlo salir para que su cuerpo no sufriera las consecuencias. Su mirada se deslizó sobre ella, mirándola, era extraño como la gente se veía a sí misma en los sueños con apariencias muy distintas a la real, con mayor atractivo, eliminando aquellos complejos a los que eran incapaces de enfrentarse en la realidad, pero ella se veía igual a como era… o quizás… Aquí sus ojos eran un poco más brillantes, su piel un poco más clara y con las pecas menos marcadas, pero emanaba la misma inseguridad y dulzura.

—Eres una mujer muy dulce, Keily —le dijo sin poder contenerse, su mano ascendiendo para acariciar su mejilla—, cualquiera se fijaría en ti como algo más que una amiga.

Ella alzó la mirada, sus ojos marrones lo miraban con cierta timidez.

—¿Incluso tú?

Él no vaciló.

—Sí, incluso yo —aceptó sonriéndole en respuesta.

No debería estar haciendo aquello, ni siquiera debería intervenir, pero en cuanto lo pensó deseó verla de aquella manera. Extendió la mano y la deslizó sobre ella, borrando sus alas, sustituyéndolas de nuevo por los tatuajes a su espalda y vistiéndola con un bonito y femenino vestido color crema que realzaba sus rasgos y su tono de piel.

Ella sonrió en respuesta, echándose un rápido vistazo.

—Gracias, es bonito —murmuró con suavidad y gratitud—. Aunque no estoy muy segura

que vaya muy acorde conmigo.

Jaek arqueó una de sus doradas cejas ante aquella duda que escuchó en su voz y ella hizo una mueca al advertirlo.

—No estoy acostumbrada a utilizar vestidos —aclaró como si lo creyese necesario—. No creo verme bien en ellos.

—Pues te equivocas —le aseguró con suavidad, mirándola apreciativamente—. Estás preciosa.

Pareció sorprenderse, pero asintió.

—Gracias.

Jaek se limitó a asentir con la cabeza, mientras la veía pasearse de un lado a otro, su mirada volviendo de vez en cuando hacia él.

—Esto no es real, ¿verdad? —la oyó murmurar—. Y tampoco es solamente un sueño.

—¿Por qué lo dices?

Ella se encogió de hombros y lo señaló a él con un movimiento de la mano.

—Eres igual de amable y atento conmigo ahora que cuando nos vemos en el bar —respondió caminando ahora hacia él—, no es un sueño, esto va más allá, no puedo dirigirlo, ir hacia donde yo quiero, solo… Estamos aquí.

Jaek ladeó ligeramente la cabeza como si la estuviese examinando, le sorprendía que ella pudiese percibir la diferencia cuando se suponía que estaba dormida.

—¿Y hacia dónde querrías ir? —la pregunta abandonó sus labios antes de que pudiera contenerse.

Ella dudó durante un instante, entonces alzó la barbilla y respondió con firmeza.

—Hacia delante —respondió sin más.

Él dejó escapar un ligero sonido parecido a una risa, entonces caminó hacia ella y deslizó un par de dedos por su mejilla.

—Nunca temas decirme algo o pedirme lo que necesites, Keily —le dijo mirándola a los ojos—. Alguna vez, podría sorprenderte mi respuesta.

Ella se lamió los labios atrayendo la mirada masculina hacia ellos.

—¿Me besarías?

Jaek deslizó los dedos hacia su barbilla y se la alzó.

—Esa es una atractiva petición.

Antes de que pudiera retractarse, bajó su boca sobre la de ella en un suave beso, apenas un roce de labios. La suavidad y el calor de la boca femenina lo atravesó como un relámpago haciéndolo consciente de algo que ya había empezado a intuir, aquello no se trataba solamente de su poder. Las cosas no habían estado transcurriendo como deberían, el beso era demasiado real, su sabor demasiado consistente, Keily se había reunido con él de alguna manera en aquel plano, quizás movida por alguno de los poderes todavía adormecidos en ella, fuese como fuese, estaba allí con él y maldito si podía pensar en nada mejor que en el calor y la sensación de su boca. Suavemente la persuadió de separar los labios y acometió en su interior, acariciando su lengua con la propia, saboreando el embriagador néctar que estaba descubriendo en sus labios.

Con la respiración acelerada, se separó lentamente, su mirada recorriendo el suave y tierno rostro femenino antes de apartarse, sus manos deslizándose por sus brazos desnudos hasta caer a ambos lados.

—No te enfadarás conmigo por esto… ahí fuer…

Él le acarició el rostro y se alejó de ella.

—Vuelve a dormirte, Keily —susurró, añadiendo la compulsión de su poder a la orden,

impidiendo que terminara la frase—. Todo irá bien a partir de ahora, así que, descansa, paloma. Te lo has ganado.

Obligándose a sí mismo a replegar nuevamente su poder, poniéndolo bajo las férreas correas en las que lo mantenía, Jaek no tardó demasiado en sentir de nuevo el chorro de agua caliente cayendo contra su espalda, acariciando su columna con la tierna caricia de una amante. Soltando una maldición en voz baja abrió los ojos y con la misma intensidad cerró el grifo del agua caliente y abrió el del agua fría, dándole la bienvenida al repentino cambio de temperatura que despejó por completo los rescoldos del momento compartido.

—No puedes hacerte esto, Jaek, no puedes —se dijo a sí mismo mientras golpeaba el mármol de la pared con un disgustado puñetazo—. Maldita sea, no te acerques a mí, Keily.

—Empiezo a preguntarme realmente si tienes algún instinto de supervivencia en ese venenoso cuerpo, Terra.

Terra dio un respingo en la tumbona de playa en la que se estaba dando bronceador cuando escuchó la voz de Maat a su espalda, un rápido vistazo por encima de su hombro mostró a la diosa caminando hacia ella, sus pies descalzos se hundían en la arena al compás del delicado tintineo que hacía la pulsera en su tobillo. Vestida con un biquini de dos piezas en color negro, con el largo pelo leonado cayéndole en graciosas ondas por la espalda y un diminuto pareo rodeando sus voluptuosas formas, la diosa egipcia se detuvo ante ella.

—Vaya, no esperaba verte tan pronto, querida —respondió la morena, dejando la crema bronceadora sobre la tumbona en la que estaba sentada, para continuar extendiendo la capa que había puesto sobre sus piernas—. ¿Disfrutaste de la fiesta?

Maat se desató el pareo alrededor de sus caderas y lo dejó caer graciosamente sobre la tumbona que conjuró al lado de la de la inmortal. En aquella playa desierta, con el sonido de las olas rompiendo y el graznido de las gaviotas sobre su cabeza, estaban completamente solas.

—Absolutamente —aseguró Maat sentándose cómodamente—. Ha resultado ser una experiencia enriquecedora y llena de sorpresas.

Terra dejó de masajear sus largas piernas, sus ojos verdes se volvieron lentamente hacia Maat, quien se estaba poniendo cómoda para tomar el sol.

—¿Sorpresas? —preguntó con voz suave, pendiente de cada palabra de aquella mujer, así como de sus actos. No se engañaba pensando que Maat estaba allí para charlar con ella, la diosa obviamente tenía algo que decir.

Maat sonrió ampliamente y se volvió hacia la mujer, sorprendiéndola.

—Oh, sí —aceptó alzándose y apoyándose sobre el codo—. Realmente, he disfrutado inmensamente de nuestro desafío… El cual por cierto, espero sepas que he ganado.

Terra no dijo una sola palabra, se limitó a contemplar a la mujer y esperar mientras por dentro empezaba a bullir de rabia contenida. No le gustaba perder, en nada.

—¿La humana… vive?

Maat se rio con elegancia.

—Por supuesto, querida —aseguró la diosa totalmente satisfecha—. Y vivirá durante mucho tiempo más y bajo mi protección.

Aquello sí que tomó por sorpresa a la inmortal. Frunciendo los labios en un coqueto mohín, deslizó las piernas por un lado de la tumbona, quedándose sentada.

—Vaya, no sabía que tu interés por los humanos llegase al extremo de concederle tu protección a una simple mortal.

Maat chasqueó la lengua y la miró con una fingida mirada de sorpresa.

—Oh, ¿nadie te lo dijo todavía? No es mortal, ya no —le informó la diosa incorporándose por completo—. Es una Elegida de los Dioses, mi hija, para ser más exactos.

Terra abrió desmesuradamente los ojos ante aquella revelación.

—¿Una Elegida de los Dioses? —Su tono de voz fue casi un agudo gritito—. Pero eso no es posible, ese linaje hace tiempo que dejó de existir.

Maat negó con la cabeza.

—No, mi querida —negó la diosa inclinándose hacia delante para finalmente levantarse—, el linaje se ha mantenido intacto y ha sido una verdadera suerte que me condujeses directamente a ella. Quién sabe qué habría podido ocurrir si esa niña hubiese caído en las manos equivocadas.

Terra no respondió, no podía, lo que estaba diciendo Maat echaba por tierra todo el plan que había elaborado para darle a aquel maldito Guardián una lección. No podía ser verdad.

—Así que ahora esa insulsa muchachita es una inmortal… Una *hija de los dioses* —farfulló Terra tratando de alejar de su voz la rabia que sentía.

La diosa sonrió interiormente, disfrutando enormemente de ello.

—Ella es mi hija —declaró Maat, dejando claro así que cualquiera que se metiera con la muchacha o fuera contra de ella tendría que enfrentarse a la ira de la diosa egipcia—. Goza de mi protección, así como la de los *Guardianes Universales*. El Juez Shayler ha estado de acuerdo en concederle a la niña su protección, como resarcimiento por la forma tan inoportuna en la que ha ingresado en nuestro mundo.

La diosa no pudo ocultar su satisfacción cuando vio a la mujer levantarse como un resorte, su mirada verde fulminante.

—Te recomendaría, querida —continuó con una advertencia—, que cuando desees utilizar a alguien en tus estúpidos planes, te asegures antes de que no haya botellas de vino de por medio. No te haces una idea de lo espantosa que es esa cosa que llaman resaca.

Para su crédito, la mujer no hizo ninguna pataleta, pero era más que visible su rabia e incomodidad con el giro en los acontecimientos.

—Oh, y una cosa más —respondió antes de volver a tumbarse cómodamente en la hamaca —. Si aprecias en algo tu estúpido y venenoso pellejo, Terra, me mantendría lejos de los Guardianes, su Juez no está precisamente contento con tu intervención, por algún extraño motivo, el hombre no ha podido olvidar tu papel en el trato que recibió su esposa a manos de Tarsis. No puedo imaginarme el por qué.

Terra apretó los dientes, su mirada se clavó en la escultural figura de la diosa.

—Mis asuntos no son con el Juez Universal o su esposa —siseó ella—. Harían bien en mantenerse al margen.

Maat encogió sus delgados hombros.

—Si sabes lo que te conviene, Terra, te olvidarás de esa muchacha y no volverás a cruzarte en su camino de ninguna manera. —Su voz era pura amenaza—. Ella está ahora bajo mi protección y deja que te diga, que no me tomo nada bien que se amenace a mis protegidos, especialmente a mi nueva hija.

La mujer entrecerró los ojos, sopesando si debía tomarse en serio la amenaza de Maat o no.

—No la tocaré —declaró tras unos instantes—. Lo juro.

Maat asintió complacida.

—Me alegra ver que no eres tan inepta, después de todo, sí tienes instinto de conservación.

Terra tuvo que morderse la lengua para no replicar, no le convenía tener a aquella diosa en contra, si quería que dejara en paz a esa estúpida humana, eso haría, después de todo, su interés

estaba puesto en el Guardián.

CAPÍTULO 9

El sonido insistente de un despertador sacó a Keily del sueño reparador en el que estaba. Farfullando algo ininteligible bajo las sábanas, sacó la mano hacia fuera y empezó a estirar el brazo, palpando en busca del maldito cacharro que estaba haciendo aquel horrible sonido solo para caer en la cuenta de que en su hogar no había ningún despertador. El último había caído accidentalmente al suelo hacía más de dos años y desde entonces utilizaba la alarma del móvil, eso sí tenía algún suceso importante, pues por lo demás, tenía un fantástico reloj biológico que siempre la despertaba antes de las ocho, tuviese que ir al trabajo o no.

Hizo a un lado las sábanas solo para volver a cubrirse la cabeza con ellas cuando recibió la claridad de la luz directamente en el rostro, alguien debía haberse olvidado de correr las malditas cortinas, y por cierto, ¿dónde diablos estaba?

Su mente era un verdadero caos, sentía un dulce letargo envolviéndola que de algún modo le invitaba a seguir durmiendo pero cuando se despertaba, era incapaz de volver a dormirse, sobre todo si ya había luz.

—Vamos, Kei, piensa —murmuró para sí misma tratando de extraer de su memoria los últimos acontecimientos que le explicasen qué estaba ocurriendo y donde estaba.

Una nueva incursión fuera de las sábanas, esta vez cubriéndose los ojos con un brazo, le reveló una amplia habitación con pocos muebles, en tonos azules y arena, masculina y sobria. Ya solo la cama era lo suficientemente grande para ocupar gran parte de la habitación, no estaba segura de cuál sería la medida, pero a juzgar por el tamaño estaba cerca del de una cama de matrimonio. Un suave aroma a canela y especias llenaba el aire y las sábanas y trajo consigo el detonador que necesitaban sus recuerdos.

—Jaek —musitó apretando las sábanas contra su regazo.

Una lenta inspección le mostró que todavía llevaba puesta su camiseta rota y anudada y los vaqueros, pero el alivio vino con el hecho de poder girarse sin que aquella enorme cubierta de plumas entorpeciera sus movimientos. Pensaría que habría sido todo una mala pesadilla de no ser por el lugar en que se encontraba, el cual no era su piso, y por qué sus recuerdos eran demasiado claros para tratarse de un sueño.

Haciendo la ropa de cama a un lado, se deslizó hacia el borde y bajó los pies al suelo moviéndose con lentitud para evitar males mayores. Desde niña había tenido mareos cada vez que se levantaba con demasiada rapidez, el solo hecho de incorporarse rápidamente hacía que le diese vueltas la cabeza y se le encogiese el estómago regalándole un persistente dolor de cabeza para todo el día.

—¿Hola? ¿Jaek? —llamó tras echar un vistazo a su alrededor, tomando nota de los caros y escasos muebles, el cuadro abstracto que cubría una de las paredes, así como un par de prendas masculinas que descansaban sobre lo que parecía ser un perchero de camisas de madera pulida.

No hubo respuesta, la habitación estaba totalmente en silencio.

Keily se acercó a la ventana desde la que podía verse parte de las azoteas de edificios y algunos rascacielos a lo lejos. Parte del puente que veía solamente si se inclinaba hacia fuera era el George Washington Bridge, que cruzaba el río Hudson desde Manhattan hasta Nueva Jersey. Frunciendo el ceño, echó un vistazo hacia abajo solo para retroceder alejándose de la ventana ante la repentina sensación de vértigo. Ella y las alturas nunca se habían llevado bien y aquello

estaba bastante alto, lo suficiente para suponer que tenía que estar en uno de los nuevos edificios de la zona.

Suspirando echó un nuevo vistazo al dormitorio hasta detenerse en la puerta situada del otro lado. Su curiosidad y necesidad de respuestas la llevó hasta ella sólo para encontrarse del otro lado al hombre más atractivo y sexy que había visto en mucho tiempo con la mano estirada hacia el pomo, la camisa todavía sin abrochar dejando a la vista unos magníficos abdominales y pectorales libres de vello y la hondonada de sus caderas asomando por encima del pantalón vaquero que cubría sus piernas.

Keily le dio con la puerta en las narices, literalmente.

La ahogada maldición masculina acompañada del golpe de la puerta contra su nariz resonó por todo el pasillo, haciendo que ella palideciera y la volviese a abrir inmediatamente con gesto mortificado. ¡Qué demonios había hecho!

—¿Qué diablos pasa contigo? Oh, joder —mascullaba Jaek con ambas manos cubriéndose la nariz.

—Lo siento, oh dios, lo siento mucho —gimió saliendo rápidamente al pasillo, dudando sobre qué hacer—. No fue apropósito, es que me asustaste… No esperaba verte ahí de pie… oh, mierda… ¿Te duele mucho? ¿Llamo a una ambulancia?

Jaek le dedicó una mirada de incredulidad por encima de sus manos antes de dar media vuelta y alejarse por el pasillo hacia la puerta contigua a su habitación. Keily fue tras él retorciéndose las manos.

—Sobreviviré —musitó entrando al baño, para mirarse directamente en el espejo y comprobar que no tenía nada roto.

De inmediato sintió una suave fragancia a té verde a su alrededor y la imagen de Keily se reflejó en el espejo justo detrás de él. La muchacha tenía una expresión mortificada, se mordía el labio inferior con suavidad mientras lanzaba miradas de un lado a otro y se movía nerviosa.

—No te la he roto, ¿verdad?

Jaek encontró su mirada a través del espejo y retiró la mano de la nariz para encontrar un pequeño moratón a la altura del puente.

—No… No está rota —musitó colocando la palma de su mano sobre la parte lastimada y concentrando su poder permitiendo que la leve hinchazón así como el morado desapareciera.

Ella se acercó más a él, sorprendida por la rápida manera en la que se curaba.

—Eso ha sido rápido.

Él se volvió a mirarla por encima del hombro y le respondió.

—Sí, pero no estoy interesado en repetirlo —aseguró con mordacidad antes de pasar junto a ella de vuelta al dormitorio, que era el lugar al que iba inicialmente.

Ella hizo una mueca ante la cortante respuesta, pero no podía culparlo, la muy tonta le había dado con la puerta en las narices. Literalmente. Y todo… Todo porque la había sorprendido.

—Lo siento mucho —murmuró nuevamente saliendo al pasillo.

Jaek volvió a aparecer al poco tiempo con la camisa abotonada, una americana sobre el brazo y unos zapatos en la otra mano.

—Ya sabes dónde está el baño —le dijo entonces indicándole nuevamente la habitación contigua—. Imagino que querrás asearte y cambiarte de ropa.

Se sonrojó cuando bajó la mirada a su atuendo, con la camiseta anudada a la espalda quedaba al descubierto su barriguita, la cual no era precisamente material para piercings. Cruzando los brazos por delante para escudarse, asintió lentamente.

—Eso suena bien —aceptó y alzó la mirada, encontrándose la de él puesta en la parte que ocultaban sus brazos para luego ascenderla lentamente hasta su rostro. Se sonrojó aún más si era posible. Las palabras que iban a salir de su boca se convirtieron en un nervioso tartamudeo que solamente logró enfurecerla más—. ¿Alguna idea… de c… cómo conseguir ropa limpia?

Jaek pasó junto a ella y desapareció por las puertas de cristal que había un poco más allá del baño, en el lado contrario, ella lo siguió para encontrarse en un moderno y bonito salón comedor. Sobre el sofá rinconera había un par de bolsas de una conocida tienda de ropa, las cuales depositó en sus manos.

—Podrás arreglártelas con esto hasta que solucionemos las cosas en la comisaría y pasemos por tu casa a recoger lo que necesites —le dijo sin más explicaciones, y volviéndola de cara a la puerta, la empujó suavemente hacia allí—. Date prisa, tenemos cita con la oficial que lleva el caso del Museo en una hora.

Keily dejó de andar en el momento en que oyó las palabras “comisaría” y “oficial”, sus pies se afianzaron en el suelo y se volvió hacia él con una inequívoca sombra de temor en su rostro.

—¿Una cita en comisaría? —repitió mirándole a la cara.

Jaek le sacaba algo más de una cabeza y teniendo en cuenta que estaba descalza, eso la hacía bastante alta.

—No te preocupes, Shayler se ha encargado de arreglar más o menos las cosas —le aseguró con convicción.

Ella sacudió la cabeza.

—¿Arreglarlas cómo? —preguntó negando con la cabeza. No estaba muy segura de que fuese fácil explicar lo que allí había pasado, la encerrarían en un sanatorio mental en la primera declaración que hiciera.

Él se llevó la mano a la cabeza y la deslizó por su pelo corto en un gesto cansado.

—No puedes decirles lo que ocurrió realmente, Keily —le aseguró él con un suspiro.

Ella compuso una mueca y respondió con absoluta ironía.

—Como que iban a creerme si les explicara la verdad —respondió, entonces bufó y lo miró enfadada—. Por ahora no quiero terminar en un sanatorio mental, gracias, Jaek.

El hombre se limitó a poner los ojos en blanco y continuó explicándose.

—Según lo que sabe la policía, estuviste hasta pasadas las doce de la noche en el museo, uno de los guardas de seguridad nocturno coincidió contigo en una de las máquinas de café que hay en el corredor que sale del almacén —empezó a relatarle, esperando a que ella asintiese en conformidad.

—Sí —confirmó—, me encontré con Carl en la máquina de los cafés.

Jaek asintió y continuó.

—El guarda dice que volviste al trabajo y que no volvió a verte hasta qué, pasadas las dos de la mañana, decidió ir a echar un vistazo a la oficina y se encontró con el escenario que montasteis Maat y tú.

Ella jadeó en respuesta, la indignación palpable en cada uno de sus movimientos.

—¿Disculpa? Yo he sido la víctima en todo esto, no la instigadora y mucho menos parte del juego —se indignó—. Te aseguro que no solicité su intervención, ayuda, o presencia en ningún momento.

Él asintió.

—Lo sé —respondió sin más—. El caso es que fichaste para entrar, no para salir y el rastro de sangre que se encontró en la oficina y por el almacén coincide con tu grupo sanguíneo,

con lo que la policía se ha puesto en lo peor.

Ella asintió lentamente, entendiendo lo que quería decirle.

—¿Y qué va a pasar ahora? Quiero decir, aunque me presente allí y vean que estoy viva, no sé cómo diablos voy a poder explicarlo todo sin que quieran enviarme a un internado psiquiátrico.

Él sonrió como si supiese algo que ella no.

—Shayler se ha estado encargando de eso —respondió sin más—. Ahora mismo, el laboratorio debe estar tirándose de los pelos cuando descubran que el rastro que encontraron en el suelo no es de sangre, si no algo muy utilizado en las películas y obras de teatro para simular ese preciado líquido.

—¿Sangre falsa? —respondió arqueando una ceja.

Jaek asintió y se inclinó hacia ella.

—Un par de garrafas que el departamento encargado de la exposición había comprado para dar realidad a la escenificación de ciertas obras —aseguró lentamente, como si quisiera que ella captase la idea—. La factura de estos está en uno de los cajones de tu escritorio, junto con todas las facturas que han sido tramitadas. Está sellado y con su correspondiente albarán.

Ella asintió muy lentamente y abrió la boca para cerrarla de nuevo. Finalmente sacudió la cabeza y preguntó.

—¿Realmente esperas que la policía se crea eso? —preguntó con obvia ironía—. No niego que los laboratorios puedan cometer un error, pero ¿cómo demonios quieres que explique el que ese líquido haya terminado por el suelo?

—No tendrás que hacerlo, tú no estabas allí cuando ocurrió todo aquello.

—¿Ah, no?

Jaek negó con la cabeza.

—No. Te llamé a eso de las doce y media y te dije que pasaría a recogerte a la una, estabas haciendo más horas extra de las que deberías, además, no te las iban a pagar, así que recogiste tu bolso, cerraste la puerta, aunque te pareció que la radio había quedado encendida. Cuando pasaste por delante del puesto del guarda nocturno para despedirte lo encontraste vacío, así que saliste por la puerta de servicio.

Keily lo miró realmente admirada, pero había un pequeño detalle que se le había escapado.

—Sin duda, un móvil interesante, Detective Colombo, pero se te olvida un dato importante —le dijo sujetando las bolsas que le había entregado—. Estamos hablando del MET, si hay algo en ese museo además de antigüedades, es cámaras de seguridad.

—Un fallo en el circuito ha provocado que las cámaras fallasen desde la mañana, pequeños intervalos, solo minutos, pero suficiente para que apenas consiguieran tu imagen en un par de ocasiones —expuso Jaek con suficiencia—, y que hicieran que se produjese un fallo en la puerta de emergencia del almacén. Teniendo en cuenta a donde da la puerta, un perro callejero o lo que sea podría haberse colado y crear el destrozo que ocasionó la rotura de algunas pequeñas piezas menores.

Ella abrió los ojos desmesuradamente, jadeando al escuchar la declaración de Jaek.

—¿Cómo que hay piezas rotas? ¿Qué piezas? Oh, dios… La Dra. Evallins va a matarme y no solo ella, ese imbécil de Mellers me echará a la calle.

Jaek la miró realmente sorprendido y no pudo evitar reírse ante lo surrealista del asunto.

—Keily, yo que tú me preocuparía más por salir de este embrollo con la policía que de unos cuantos objetos rotos —le aseguró negando con la cabeza—. Ahora ve a ducharte, nos espera una mañana complicada.

Ella iba a obedecer, pero se detuvo una vez más junto a la puerta y lo miró.

—Hoy es sábado.

Jaek asintió.

—Y esto ocurrió… El jueves —continuó, lamiéndose los labios antes de extender los brazos y mirarle con total ironía—. ¿Cómo esperas que explique que he estado desaparecida casi dos días? No es como si mi foto no hubiese salido en cada uno de los jodidos noticiarios de la televisión.

Jaek caminó hacia ella hasta quedarse frente a frente, levantó su barbilla con una mano y se inclinó sobre ella.

—Librabas el viernes —le recordó con voz suave, sensual, su aliento calentándole el rostro—, me lo dijiste la semana pasada. Eso lo convierte en un fin de semana largo solo para dos y créeme, cuando hay sexo de por medio y lo pasas bien, tiendes a olvidarte de la hora, el día e incluso de comer.

Abrió la boca para decir algo pero no pudo, tuvo que tragar para no atragantarse con la saliva que había empezado a llenar su boca. Parpadeó varias veces y volvió a intentarlo, pero las palabras quedaron atascadas y todo lo que pudo hacer fue asentir.

—Me alegra que estemos de acuerdo —le respondió él con una adorable sonrisa—. Ahora ve a ducharte, cuanto antes terminemos con esto, antes podremos empezar con lo demás.

Ella asintió, solo para volver a negar al instante siguiente.

—Espera… ¿Empezar con lo demás?

Jaek asintió.

—Ahora eres inmortal, Keily, una *hija de los dioses* —explicó con un ligero encogimiento de hombros—. Habrá que ver que puedes hacer, además de arrastrar las alas.

Sin decir una sola palabra más, se dio media vuelta y abandonó el salón comedor, dejándola sola con las bolsas en las manos.

Keily no había estado nunca antes en una comisaría de policía y no estaba segura de querer volver a una después de las casi dos horas que pasó contestando preguntas en una sala privada. El espectáculo, pues no encontraba otro nombre para ello, comenzó con su entrada en el mismo edificio. Algunos agentes habían dejado de hacer lo que estaban haciendo para mirarla como si fuese un muerto que acababa de levantarse de la tumba, no fue hasta que apareció una pequeña mujer regordeta, vestida de traje de chaqueta azul marino y una placa colgando de su cuello, la cual los hizo pasar a su oficina que empezaron a calmarse.

La mujer se había presentado como Reene, Inspectora de Policía del Departamento de Investigación de Personas Desaparecidas de Nueva York y, a juzgar por la familiaridad con la que intercambiaba alguna que otra mirada con Jaek, era obvio que ambos se conocían de antes, algo que quedó confirmado por sus próximas palabras.

—Es extraño, Shayler se acercó al Museo el viernes a la mañana y estuvo aquí ayer noche —comentó sin sacar la mirada de Jaek—, pero en ningún momento hizo alusión a que conociera a la señorita Adamms o que la conociera alguno de sus colegas.

Jaek se encogió de hombros.

—No sabía que fuese un delito mantener las relaciones de uno en la intimidad —respondió sin más—. Aunque después de esto, imagino que se enterará todo el despacho.

La mujer lo miró escéptica, podía verse claramente por su mirada que no estaba muy conforme con su respuesta.

—Señorita Adamms, dice usted en su declaración que se marchó a eso de las dos de la

mañana con el Señor Simmons —continuó la inspectora echando un vistazo a los papeles que tenía sobre la mesa, una copia de la declaración que había tenido que hacer y firmar Keily al poco tiempo de llegar con otro agente.

Ella asintió lentamente.

—Jaek me llamó media hora antes, iba a pasar a recogerme —respondió con suavidad, manteniendo en todo momento una calma que no estaba segura de donde había salido—. En realidad, hacía horas que había terminado mi turno, pero he estado haciendo horas extra durante toda la semana para adelantar trabajo para la Exposición del próximo miércoles. Debían ser aproximadamente las dos, o dos menos algo cuando salí de la oficina, creo que incluso me dejé la radio encendida.

—¿No vio ni oyó nada extraño cuando se marchó?

Ella negó con la cabeza.

—No —negó—. Fui incluso a despedirme de uno de los guardas, pero me encontré que la sala de seguridad estaba vacía, posiblemente estarían haciendo la ronda, así que me marché.

Keily miró entonces a Jaek quien le sonrió en respuesta antes de volverse a la oficial de policía.

—Realmente, me llevé una sorpresa enorme cuando vi las noticias por televisión —continuó tal y como habían ensayado—. Imagínese, vi mi fotografía con una leyenda debajo que ponía “desaparecida”, no entendía nada.

—Fue entonces cuando te llamé —añadió Jaek con un ligero encogimiento de hombros mirando a la mujer—. Reene, he visto cosas surrealistas en los últimos tiempos, pero esto… Lo supera todo.

La mujer lo fulminó con la mirada. Ya tenía suficiente con intentar explicar a sus superiores como diablos se habían mezclado las pruebas de laboratorio para que resultara que un jodido líquido de sangre falsa hubiese sido considerada sangre real y se barajara el asesinato de la jovencita que estaba ahora mismo frente a ella, la cual no había hecho sino pasar un jodido fin de semana de buen sexo con el monumento de hombre que permanecía a su lado, pendiente de ella.

—Sí, bueno, si hubieses visto lo que yo vi cuando llegué, tú mismo habrías pensado lo peor —masculló dejando las hojas que había estado barajando a un lado para entrelazar después sus manos sobre la mesa—. Se ha encontrado una sustancia parecida a la sangre cubriendo el suelo de la oficina, así como un rastro que conducía hacia la parte de atrás del almacén del museo, la puerta de emergencia de la parte de atrás se había abierto sin que sonara ninguna alarma, al parecer todo debido a un fallo eléctrico en los sistemas tanto de vigilancia, como de seguridad. La empresa que lo lleva y ha hecho el peritaje ha encontrado que los fallos venían produciéndose incluso desde el día anterior, un par de placas fundidas según parece.

—¿Sangre? —preguntó Jaek mostrando interés.

La mujer agitó una mano en el aire negando con la cabeza.

—Resultó ser un placebo —respondió la oficial con una mueca—. Se encontraron las facturas y el albarán de la compra en uno de los cajones de la oficina de la Señorita Adamms.

Keily asintió lentamente y habló con claridad.

—Se compraron dos garrafas de sangre artificial, de esa que se utiliza en las películas para dotar de más realismo a ciertas partes de la exposición —informó con un ligero encogimiento de hombros—. Si mal no recuerdo, estaban en una esquina de la oficina, ni siquiera había tenido tiempo a guardarlos en su sitio.

—Sí —aceptó la mujer—. Encontramos las garrafas medio vacías en el almacén.

Keily se estremeció.

—¿Tienen alguna idea de quién se ha podido meter en el almacén y hacer todo eso?

Renee negó con la cabeza.

—Todavía no, pero lo descubriremos —aseguró con un profundo suspiro al tiempo que fruncía el ceño y abría uno de los cajones—. Por cierto, Señorita Adamms, mientras estaba desaparecida, hemos recibido un par de llamadas de sus familiares.

La sorpresa de Keily esta vez fue auténtica.

—¿Perdón?

La agente sacó una libretita del cajón y pasó un par de hojas, entonces asintió.

—Un tal Fabricio Adamms —respondió la mujer leyendo la nota—. Dijo que era su hermano.

Keily se tensó.

—Hermanastro —la corrigió.

—Llamó un par de veces preocupado por usted, al parecer vio las noticias y cuando fue incapaz de localizarla, nos llamó —respondió volviendo a guardar la libreta—. Le sugiero que le llame en cuanto pueda, ya sabe cómo es la familia.

Ella asintió con una forzada sonrisa.

—Sí, claro. Gracias.

Jaek posó la mano en su hombro, apretándolo suavemente. La policía observó la cariñosa muestra de apoyo y carraspeó poniéndose en pie.

—Bien, solo tendrá que firmar unos papeles, son puro trámite —aseguró Renee, su mirada iba de la mujer a Jaek—. El museo ha dado parte al seguro por los objetos que se han perdido. En principio no debería de haber ningún problema, pero le rogaría que se mantuviese localizable durante las próximas semanas, en caso de que necesitásemos algunos datos más.

Jaek se adelantó entonces, respondiendo por ella.

—Keily va a quedarse conmigo, si surge algo, no tienes más que llamar.

Reene miró a Jaek y negó con la cabeza. Conocía a aquellos chicos desde hacía algunos años, pero no dejaba de sorprenderle como siempre acababan metidos en alguna investigación de la policía de una u otra manera. Afortunadamente, era mayor el beneficio que ellos reportaban, que problemas, así que dejó pasar por alto su repentina respuesta y señaló la puerta de su oficina con el pulgar.

—Fuera, los dos —los echó—. Si surge alguna cosa, me pondré en contacto con vosotros. Y señorita Adamms, le sugeriría que se pusiese en contacto con el Director del Museo, estaba bastante desesperado con su desaparición.

Keily arqueó ambas cejas a la vez y se mordió una respuesta irónica. Sí, podía suponerlo.

—Lo haré —respondió metiendo las manos en los bolsillos de los jeans azules que Jaek había conseguido para ella al tiempo que se levantaba de la incómoda silla. Con una ligera inclinación de cabeza se volvió a su compañero en busca de instrucciones—. ¿Nos vamos?

Él ya se había levantado y asintió, enlazando su brazo alrededor de su cintura la condujo hacia la puerta para guiarla fuera de la comisaría. Una vez dejaron el edificio, se permitió expulsar el aire con un profundo resoplido.

—Estoy segura de que esa comadreja llamó para preguntar si podría quedarse con mis pertenencias en caso de que resultara ser un fiambre —masculló bajando las escaleras que separaban la comisaría de policía de la calle.

Jaek le dedicó un breve vistazo.

—¿Comadreja?

Keily alzó la mirada hacia él y asintió lentamente.

—Las comadrejas son incluso mejores que el hijo de puta de Fabricio —respondió entre dientes. Entonces sacudió la cabeza—. Es igual, también tengo que llamar a esa rata para decirle que no me han secuestrado ni asesinado y que no puede darle mi trabajo a otro. Esa rata inmunda todavía me debe la nómina del mes pasado.

—Comadreja, rata —repitió Jaek con un bufido mitad risa—, tienes una manera muy peculiar de llamar a las personas.

Keily se encogió de hombros.

—Si tu jefe fuera un neandertal como ese imbécil de Mellers, tú también le llamarías rata —aseguró con un resoplido—. Lleva dos semanas dándome la lata para que prepare las piezas de la próxima Exposición, y no se trata únicamente de desembalarlas, sino catalogarlas y verificar su autenticidad, cosa que debería estar haciendo la Dra. Evallins, pero a ella ni siquiera le tose encima por miedo a que de media vuelta y lo abandone o se lleve la exposición a otro museo —resopló—. Por eso he estado haciendo horas extra, quería poder tomarme al menos todo un día libre la semana que viene, después de la Exposición, pero ahora… Ahora ya no sé qué demonios va a hacer ese mentecato de Mellers, con todo este jaleo, puedo ir olvidándome de días libres, tendré que volver al trabajo inmediatamente.

—Me temo que eso no va a ser posible —acotó Jaek caminando a su lado por la calle, el brazo que había estado envolviendo su cintura cuando dejaron el edificio ahora permanecía con la mano metida en el bolsillo de su pantalón—. Tienes que darte cuenta de que muchas cosas van a cambiar a partir de ahora, Keily, no podrás volver al trabajo hasta que descubramos que poderes has heredado de Maat y aprendas a utilizarlos. No puedes exponerte a los mortales de esa manera.

Ella se detuvo en seco mientras Jaek continuaba andando.

—¿Eso es lo que significa ser una *hija de los dioses*?

Jaek se volvió hacia ella al oírla hablar, en su mirada había tanto temor que le sorprendía que no empezase a temblar de un momento a otro.

—En parte —asintió echando un vistazo a su alrededor, dejando pasar a la gente con la que se cruzaban mientras la esperaba—. Maat no te convirtió simplemente en inmortal, es… complicado de explicar.

Ella negó con la cabeza y caminó hacia él.

—Pero yo todavía soy uno de ellos…

—No, Keily —respondió con una ligera negación de cabeza—, ya no lo eres.

Vaciló ante sus palabras, pero se negó a ceder.

—No puedo abandonar mi trabajo, mi vida, tengo un alquiler que pagar, facturas… Y está mi hucha para Escocia.

Jaek frunció el ceño ante el lastimero comentario que salió de sus labios en referente a la hucha.

—¿Hucha para Escocia?

Ella se limitó a asentir.

—Sí, ya sabes, ¿no tienes una hucha para algo que quieres comprar o un viaje o algo?

Jaek la miró como si estuviese loca.

—No, por lo general eso lo saco del banco.

Ella resopló y lo miró de arriba abajo. Algunos obviamente no tenían problemas para llegar a final de mes y a juzgar por cómo estaba amueblada su casa y el lugar en el que vivía, Jaek era uno de aquellos.

—Si bueno, bienvenido al mundo de la gente pobre y con facturas que pagar —rezongó reuniéndose con él—. Nosotros tenemos huchas para juntar nuestros ahorros y poder darnos el capricho de nuestra vida.

Él no dijo nada, aunque quisiera, no tenía palabras para refutar aquello.

—Y bien… ¿A dónde vamos? —preguntó echando un vistazo a su alrededor—. Mi casa está en dirección contraria. Tengo plantas que regar… Si es que no se han muerto ya. Y debería hablar con ese imbécil sobre mi nómina y quizás de las vacaciones que me debe, ahora sería un buen momento.

Jaek se volvió hacia ella pensativo.

—Después nos pasaremos por tu piso para que puedas recoger las cosas que necesites ya que vas a mudarte al Complejo Universal —respondió meditando el asunto. No podía tenerla en su casa, no quería que su sueño se repitiera, y el edificio de las oficinas era el lugar más seguro que conocía para desarrollar sus poderes.

Ella volvió a pararse en seco.

—¿Estabas hablando en serio ahí dentro? —preguntó. Keily había pensado que todo formaba parte de la gran mentira que la mantendría a salvo. No, ni hablar, no podía dejar su hogar—. No puedo mudarme, me ha costado lo indecible que mi casera me renovara el contrato.

Él se encogió de hombros con total despreocupación.

—Le pagaremos los próximos tres meses de alquiler si eso es lo que te preocupa.

Ella negó con la cabeza.

—No. No quiero que paguéis nada, es mi casa, mi vida —negó. Y la estaba perdiendo, se dio cuenta—. No quiero dejar mi hogar, es todo lo que tengo.

Jaek la miró y vio en sus ojos el temor que reflejaba la postura de su cuerpo, estaba asustada, aunque trataba de ocultarlo con desesperación. Aquella era una sensación que él conocía muy bien.

—Será algo temporal, Keily —le aseguró tendiéndole la mano—. Te lo prometo.

Miró su mano, vaciló durante unos instantes y finalmente asintió, pero ignoró su gesto y siguió adelante.

—Más te vale que así sea —refunfuñó al tiempo que sacudía la cabeza. Suspirando se volvió nuevamente hacia él—. O esta vez no te daré con la puerta en las narices, te la romperé yo misma.

Jaek se sorprendió ante la inesperada amenaza de su parte, aquella mujercita era una verdadera caja de sorpresas.

CAPÍTULO 10

Cuando Keily dijo que su jefe era un neandertal, pensaba la chica estaba exagerando, que sería lo que todas las empleadas pensaban en algún momento dado sobre su jefe, que el hombre tenía pocas luces y que las trataba injustamente, pero tenía que concedérselo, ese tipo era un auténtico gilipollas.

Desde el momento en que se presentó en el museo, había sido recibida con agrado e incluso alivio por algunos de sus compañeros, especialmente por el guarda nocturno que se había pasado por el lugar para ver si podía enterarse de alguna novedad sobre lo ocurrido. Todos coincidían en que lo que había pasado era sumamente extraño, pero estaban agradecidos de que estuviese viva y bien. A juzgar por la expresión en su rostro, no se esperaba tal recibimiento por parte de sus compañeros de trabajo, e incluso llegó a sonrojarse alguna que otra vez. Pero el director del MET era un asunto completamente aparte, sus primeras palabras le sorprendieron, no así a Keily, quien se había limitado a poner los ojos en blanco, cruzarse de brazos y esperar a que escampara. El hombre no se había medido a la hora de alzar su aguileña nariz y lanzarle miradas reprobatorias mientras la hacía responsable de lo ocurrido, del retraso en los papeleos y recepción de obras, así como de los inconvenientes que al parecer le estaban poniendo el seguro y la mala publicidad que todo aquello había traído sobre el museo. Ella lo había interrumpido entonces con un rápido movimiento de la mano, algo efectivo a juzgar por el gesto sorprendido del hombre.

—Entiendo, con todo el repertorio que acaba de exponer, que todavía no se ha dado por enterado de que yo no tuve absolutamente nada que ver con lo que ha ocurrido aquí —le dijo poniendo en palabras la velada acusación que le había sido lanzada—. En realidad, debería alegrarle que no haya sido secuestrada ni asesinada, porque imagínese la clase de publicidad que traería entonces el suceso al Museo. Pero puedo entender que todo esto lo haya trastornado, la tensión de la incertidumbre es sin duda un peso pesado.

Jaek vio al hombre aspirar con fuerza por la nariz, su postura estirándose incluso más, haciéndole pensar si resistiría en esa posición mucho tiempo más.

—Por supuesto que nos alegramos de que no le haya pasado nada, Adamms, pero comprenderá que todo este revuelo no ha sido precisamente buena prensa para el MET.

Keily se limitó a mirarlo con cara de circunstancias.

—Y por lo mismo deduzco que también entiende que el hecho de ver mi foto en televisión con la etiqueta de desaparecida y que se haya especulado con mi posible asesinato ha sido un shock como ningún otro —lo atajó ella.

Antes de que alguno de los dos pudiese llegar a las manos, Jaek aprovechó el momentáneo silencio para intervenir.

—Estoy seguro que ha sido un lamentable incidente para el MET —comentó tranquilamente, atrayendo la atención del director—. Imagino que el Museo tiene un seguro para cubrir estas eventualidades, hemos oído que se han perdido algunas piezas.

Keily pareció recordar entonces algo importante porque se volvió hacia el hombre.

—¿Qué piezas se han perdido? ¿Alguna de las del Periodo Antiguo? —preguntó obviamente preocupada a juzgar por el tono de su voz y la ansiedad que se oía en ella.

El director se limitó a alzar la nariz y dedicarle a Jaek una mirada seca, como si no fuese

más que una inoportuna mosca en su panal de abejas viniendo a meter las narices en su reino, y estaba más que claro que no toleraba muy bien a los intrusos.

—La policía tiene todos los datos necesarios para la investigación —concluyó el hombrecillo sin responder a la pregunta.

Con la misma gracia que lo ignoró a él se volvió hacia la muchacha, mirándola como si fuese otro de sus lacayos.

—¿Cuándo piensa reincorporarse a su puesto, Adamms? —la pregunta salió disparada a bocajarro, no había tacto ni simpatía en su voz, solo pura profesionalidad—. La exposición se abrirá el próximo miércoles tal y como estaba previsto.

Jaek sonrió para sí ante la actitud del mequetrefe, pero no dijo nada. Un solo vistazo a Keily fue suficiente para saber que desearía tener unas pinzas y electrocutar al hombrecillo. Sinceramente, estaba encontrando aquella reunión muy reveladora, no podía ni de lejos imaginarse que ella actuaría con tanta soltura ante las demandas de aquel hombre que sin duda estaba acostumbrado a hundir a cualquiera que tuviese cerca y fuera un obstáculo para él.

—Pues espero que haya hablado con la Dra. Evallins al respecto, porque ella es la coordinadora del evento —e recordó ella y con voz más suave y amable de lo que había utilizado hasta el momento—. Y a la luz de los últimos acontecimientos, me veo en la necesidad…

"Espero que esta inepta no esté pensando en solicitar días libres, solo me faltaba eso, con todo lo que hay pendiente para la maldita exposición. La zorra de Evallins se ha empeñado en retrasarla después de lo que pasó, y ahora esta inútil que no ha hecho ni la mitad del trabajo tendrá que correr con todo".

—Entenderá que tal y como están las cosas es imprescindible que todos los empleados se apliquen al cien por cien para poder volver a la normalidad.

Keily se quedó a media frase, mirando al hombre realmente anonadada. ¿Qué era lo que acababa de decirle? No podía ser que se hubiese atrevido a tanto.

—¿Disculpe? —respondió entrecerrando los ojos sobre el hombrecillo—. He estado trabajando durante dos semanas, haciendo horas extra que no me paga para tener esa maldita exposición a punto, ¿cómo se atreve a tacharme de inútil? Si Evallins tiene problemas con su trabajo, hable con ella, no conmigo.

Jaek notó como el hombre se tensaba, en su rostro una pequeña muesca de sorpresa que fue enseguida sustituida por la indignación. Su mirada fue entonces hacia Keily, quien se había quedado sin habla y miraba al hombre como si éste acabase de insultarla o algo peor.

—¿De qué demonios está hablando? —habló entonces el director con fingida afectación —. Solo le he dicho que será necesaria la colaboración de todo el personal para sacar adelante la exposición.

Ella abrió la boca para decirle que no estaba sorda cuando oyó la voz de Jaek a su espalda.

—Keily —la llamó y ella se volvió hacia él—. ¿Va todo bien?

Ella iba a responder cuando oyó de nuevo la voz del director, esta vez un poco más baja y como si hiciese eco.

"Esta mujer se ha vuelto loca. Ni siquiera sé por qué diablos la contraté, debí haberme quedado con la rubia, no parecía muy inteligente pero tenía un buen par de tetas y seguro no protestaría como está muerta de hambre".

Keily jadeó ante sus palabras y se volvió rauda hacia el hombre. Él se limitaba a mirarla con la misma superioridad de siempre, sus ojillos examinándola desde debajo de las gafas.

—¿Ey? —la llamó de nuevo Jaek, cogiéndola suavemente del brazo para llamar su atención—. ¿Qué pasa?

—Yo… —su mirada se prendió de la de Jaek hasta que volvió a oír de nuevo la voz del hombre casi como si le estuviese hablando al oído.

"Estupendo, ahora solamente falta que la muy estúpida oiga voces o algo peor. ¿Y quién diablos es el neandertal? No sé ni cómo tiene estómago para trabajársela".

—Adamms, entiendo que todo este suceso haya podido ocasionarle un inesperado episodio de estrés, dios sabe que todos nosotros hemos estado sometidos a mucha presión con la policía dando vueltas por aquí —continuó el director como si no hubiese dicho una sola palabra antes de eso—. Pero realmente necesitaría que se reincorporara al trabajo lo antes posible.

"O vuelves al trabajo mañana mismo o estarás de patitas en la calle, zorra estúpida".

Ella dio un respingo cuando se dio cuenta de un pequeño detalle, Mellers no había separado los labios al decir la última frase que había oído alto y claro.

—No… le he oído… —murmuró sin poder apartar la mirada del hombre.

"¿Qué diablos le pasa ahora a esta desquiciada?".

—¿Se encuentra usted bien, Adamms? —preguntó el hombre con un ligero arqueo de sus cejas.

—No —respondió volviéndose rápidamente hacia Jaek, llegando incluso a tropezar con él en un intento de alejarse del otro hombre—. Jaek… ya ha empezado…

El Guardián frunció el ceño, la muchacha estaba muy nerviosa, su respiración se había acelerado y una sombra de temor cubría sus ojos.

—Keily, ¿qué es? —la retuvo suavemente, buscando su mirada—. ¿Qué ocurre?

—¿Se encuentra mal?

"Era justo lo que me faltaba. Que ahora se enferme esta también".

Ella se aferró a los brazos de Jaek, sus dedos se cerraron alrededor de la tela de la camisa del hombre.

—Le oigo —musitó en voz baja, su mirada yendo de un hombre al otro—. Le oigo perfectamente, pero… no mueve los labios…

—Quizás fuese bueno que la sacase a que le dé el aire —comentó entonces el director, ajeno al intercambio de la pareja.

Jaek se volvió hacia el hombre con un ligero asentimiento de cabeza, había oído perfectamente lo que le había dicho Keily y sentía los dedos de la muchacha fuertemente clavados en sus antebrazos.

—Es obvio que todo este asunto del asalto la ha puesto muy nerviosa —se justificó él aprovechando la sugerencia del hombre para sacarla de allí—. Lo mejor será que la lleve a casa. Haré que la vea un médico, ha sido mucha tensión para ella, necesitará algunos días en reposo para recuperarse.

—El lunes… —empezó a decir el hombre, obviamente queriendo recordarle que la mujer tenía un trabajo que atender.

—Le traeré yo mismo los papeles de la baja, estoy seguro que no será un problema solicitarla dados los recientes acontecimientos.

"¿Una baja? ¡Ni hablar! No puedo permitirme prescindir de nadie con la exposición a la vuelta de la esquina".

—No creo que sea necesario que pida una baja, estoy seguro de que ella estará mucho mejor después de descansar un poco, la exposición es muy importante para nosotros, ¿no es así, Adamms?

"Maldita estúpida, si se te ocurre dejarme tirado, despídete de la liquidación".

Jaek sintió los dedos de ella apretándose aún más un segundo antes de que ella se girara

lentamente hacia el hombre.

—Vámonos de aquí, por favor —pidió, sus palabras dirigidas a Jaek—. Necesito un poco de aire fresco.

—Espero que no sea nada y el lunes se incorpore al trabajo —añadió Mellers saliéndoles al paso con el velado recordatorio—. Como están hoy las cosas, no nos podemos permitir perder un solo día de trabajo.

"Y que se vaya olvidando de las horas extra, y estos dos días se los pienso descontar del sueldo. Estoy seguro de que esta putilla ha tenido que ver con lo que ha ocurrido, tendré que insistir en que se registre bien la oficina, si el seguro no nos abala, estaremos jodidos".

Keily se tensó un instante, entonces aflojó su agarre sobre el hombre que la estaba sujetando y se volvió muy lentamente hacia el director.

—Le sugeriría que antes de pensar en descontarme nada de mi sueldo, recordara que todavía tiene que entregarme la nómina del mes pasado —murmuró en voz baja, sus manos convirtiéndose en apretados puños a sus costados—. Y que las horas extra sí que constan en mi contrato, no tendrá problemas en contabilizarlas pues verá la hora de entrada y salida de cuando he sellado.

—¿Disculpe? —preguntó el director, demasiado sorprendido con la respuesta de la mujer.

Ella se volvió durante un instante a Jaek.

—¿Conoces a un buen abogado que no cobre mucho? —preguntó alzando la mirada hacia él—. Quizás ese Juez que has estado mencionando.

Jaek frunció el ceño y asintió.

—Sí, Shayler es… abogado —aceptó con lentitud.

Ella asintió recordando al hombre que había llegado con Bastet.

—Bien, entonces hablaré con él —respondió antes de volverse de nuevo hacia el director del museo—. Según mi contrato, me quedan quince días de las vacaciones de este año, así que… Voy a cogerlas.

—¿De qué está hablando?

—De que me despido, Mellers —respondió mirando directamente al hombre, sin parpadear—. Y se lo estoy diciendo con quince días de antelación, el lunes tendrá mi carta de despido sobre la mesa.

—No puede… ¡No puede hacer esto! —negó el hombre totalmente alucinado—. La exposición es en cuatro días.

"¡Maldita zorra desquiciada! ¡Cómo se atreve! ¡Esto lo va a pagar muy caro! Que se olvide de las vacaciones, o de cobrar alguna indemnización. ¡Pienso denunciarte, zorra estúpida! Esta marcha tan precipitada, solo puede deberse a que ella tiene algo que ver con lo ocurrido en el almacén".

Ella se tensó y soltó un pequeño bufido antes de darse media vuelta y caminar de nuevo hacia el escritorio tras el que se había estado escudando Mellers.

—Sí puedo, y si intenta hacer algo en mi contra, no le auguro un buen desenlace.

El hombre se tensó incluso más de pie tras el escritorio.

—¿Me está usted amenazando?

Keily se señaló a sí misma con un dedo y aleteó las pestañas.

—¿Quién? ¿Una zorra desquiciada como yo? No entiendo cómo puede pensar eso.

Él hombre parpadeó visiblemente sorprendido y algo nervioso por cómo se estaban desarrollando las cosas.

—Si se va en estas condiciones, no va a volver a encontrar trabajo en un museo —

masculló el hombre empezando a apretar los dientes, su mirada se había vuelto de completo desprecio.

Keily se encogió de hombros y echó un vistazo por la ventana que había a su derecha, a la ciudad antes de volverse de nuevo a él.

—La verdad, en estos momentos, esa es la menor de mis preocupaciones.

—Zorra estúpida, está echando toda su carrera a la basura —masculló el hombre en voz baja, solo para sus oídos.

Ella alzó la barbilla y sonrió.

—Eso lo has oído, ¿verdad, Jaek?

—Prefería no haberlo hecho, cielo —le respondió a su espalda, su tono de voz acorde a sus palabras. No le gustaba que nadie le faltase el respecto a ninguna mujer, ya fuera física o verbalmente.

Antes de que pudiera hacer algo para evitarlo, Keily se inclinó sobre el escritorio y descargó su pequeño puño contra la nariz del hombre, desviándose para alcanzarle en el pómulo y lanzarlo hacia el sillón a su espalda un instante antes de que se oyese un pequeño quejido seguido de una sarta de maldiciones.

—Ahora, ya puede seguir llamándome esas cosas tan bonitas —le dijo sacudiendo su mano dolorida—. Renuncio, neandertal tibetano.

—¡Está loca! ¡Esta me las va a pagar! ¡Llamaré a la policía! ¡No va a salirse con la suya! ¡Esto ha sido una agresión! —clamaba el hombre acunándose el rostro con la mano mientras lanzaba improperios en los confines de la oficina.

Jaek chasqueó la lengua y miró a Keily con reproche, al tiempo que ella se encogía de hombros y añadía un bajito.

—Se lo merecía.

—¡Voy a demandarla! ¡Los demandaré a ambos!

Dejando escapar lentamente el aliento, Jaek rodeó el enorme escritorio de color marrón claro hasta quedarse junto al hombre. Su voz era calmada cuando habló.

—No, no hará nada de eso. Se limitará a redactar la carta de despido de la Señorita Adamms, así como una carta de recomendación en la que conste su labor durante el tiempo que ha estado trabajando para usted. Preparará sus papeles, la liquidación y la tendrá lista para el lunes, ella pasará a firmar los documentos sin más inconvenientes.

Mellers se había quedado mirando a Jaek, incapaz de apartar la mirada del hombre, entonces poco a poco fue cerrando los ojos hasta que lo sintió relajarse sobre el sillón de cuero.

Suspirando, el Guardián estiró una de sus manos hacia el rostro del hombre y con un ligero susurro consiguió que el moratón que empezaba a aparecer fuera desvaneciéndose hasta dejar la piel lisa como si no hubiese pasado nada.

Una mirada a su espalda, le descubrió a Keily mirándolo con interés, acunando ahora su mano contra el estómago.

—¿Fue así como me curaste la espalda? —musitó sin quitarle la mirada de encima.

—Sí —fue todo lo que dijo antes de caminar hacia ella y tomarle la mano.

—¡Cuidado! —se encogió con el dolor—. Creo que me he roto algo.

Jaek la miró y luego al hombre.

—Lo que me sorprende es que no se lo hayas roto a él.

Ella se sonrojó, avergonzada.

—Tiene la cara demasiado dura y no metafóricamente hablando —replicó haciendo un mohín cuando sintió la mano de Jaek sobre la suya.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó mientras examinaba su mano, la cual parecía tener un par de esguinces, pero nada roto.

—Le pegué un puñetazo, ¿es que no estabas mirando? —respondió con ironía.

Jaek le dedicó una mirada que decía claramente que no estaba para bromas.

—Antes de eso.

Ella fijó la mirada en el hombre, el cual parecía estar echando una cabezadita en su asiento.

—Le oí —dijo mirándole y estremeciéndose al mismo tiempo—. No sé cómo, pero le oí, como si me estuviese susurrando al oído. Le oí diciendo todo lo que no decía con los labios.

Se encogió cuando sintió un pequeño calambre en los dedos que Jaek le examinaba.

—Me haces daño.

—Estate quieta —le sostuvo de la muñeca con la otra mano, sin levantar la mirada.

—¿De verdad no lo oíste? —insistió—. ¿Ninguna de las veces?

—No —negó sin más antes de ejercer una pequeña presión sobre su mano en el mismo momento en que un agradable calor se filtraba a través de su piel y poco a poco iba remitiendo el dolor—. Pero es obvio que tú sí. ¿Eres capaz de oírlo ahora?

Ella ladeó el rostro y se le quedó mirando durante unos instantes, incluso entrecerró los ojos, finalmente sacudió la cabeza.

—Ni una sola palabra —respondió con un encogimiento de hombros, entonces miró al hombre—. Fue muy raro, decía una cosa con los labios y entonces yo le oía decir algo totalmente distinto. Era como si se contradijese a sí mismo.

Jaek dejó caer su mano y la miró a los ojos.

—*La voz de la verdad* —respondió examinando su cara—. Sin duda un don un tanto interesante y que te traerá más de un dolor de cabeza si no aprendes a ponerle freno.

—¿Qué quieres decir? —preguntó abriendo y cerrando el puño para comprobar su estado.

—A veces la ignorancia es la mayor de las bendiciones —le dijo volviéndose hacia el tipo que seguía desmayado sobre el asiento de cuero—. Evita que oigas aquello que no quieres o no deberías oír.

Se volvió de nuevo hacia ella y la recorrió con la mirada.

—Habrá que ver hasta dónde llega la extensión de tu poder para que aprendas a manejarlo antes de que te meta en más líos —aseguró al tiempo que indicaba con el pulgar al director que seguía inconsciente—. Vamos, pasaremos por tu piso y después te llevaré a las oficinas.

Keily miró al hombre y luego a Jaek.

—¿Y qué pasa con este imbécil?

Jaek pasó junto a ella en su camino hacia la puerta, tomó su muñeca y empezó a arrastrarla.

—El lunes tendrá tu dinero, tus papeles y una bonita carta de recomendación para ti y no recordará nada del golpe que le has asestado —le aseguró con un ligero encogimiento de hombros—. Lo consultaremos con Shayler, pero creo que no debería haber problema al respecto.

Ella echó una última mirada hacia atrás y suspiró.

—Qué pena.

CAPÍTULO 11

—¿Tienes un apartamento en el edificio más elitista de la ciudad? —preguntó Keily deteniéndose ante el portal. Las enormes letras doradas ancladas a la pared con el nombre *Complejo Universal* parecían burlarse de ella—. Sin duda el nombre le viene ni que pintado, realmente ha sido hecho a lo grande.

Jaek le echó un vistazo por encima del hombro cuando llegó al portero automático.

—Shayler no estaba muy inspirado cuando decidió ponerle nombre —respondió él encogiéndose de hombros—. El edificio pertenece a los *Guardianes Universales*, así que supuso que el nombre le iba bien. Las oficinas están en la sexta planta y el ático es la residencia permanente del *Juez Supremo* y su esposa.

—*Guardianes Universales*, *Juez Supremo*… —repitió examinando la entrada con ojo crítico—. Con títulos así, no me extraña que necesiten un edificio de este tamaño, su ego debe ser enorme.

Esbozó una sonrisa ante tal respuesta.

—Tú eres uno de ellos, ¿verdad? —continuó Keily volviéndose ahora hacia él.

Asintió lentamente con la cabeza.

—Lo suponía —murmuró para sí mientras alzaba la mirada hacia el alto edificio y volvía a bajarla, para fijarse en el nuevo tatuaje que le cubría la mano. Uno que no había estado ahí ayer —. ¿Y eso tiene algo que ver conmigo?

Keily no dejaba de asombrarle, cada momento que pasaba a su lado descubría algo que antes no había estado allí, o si lo estaba, permanecía tan escondido que recién ahora salía a la superficie.

—Sí —respondió nuevamente.

Ella suspiró y ladeó el rostro con una obvia pregunta en sus ojos.

—Sabes, creo que ya es momento de que empieces a explicarme quién eres realmente y qué está pasando aquí —aseguró con un ligero suspiro—. Las cosas cambian a mí alrededor a un ritmo vertiginoso y no estoy segura de poder seguirles el hilo, no si no sé si quiera donde estoy parada y con quién.

Tenía que concederle aquello. El mantenerla al margen no iba a servirle a la hora de enfrentarse al nuevo mundo que empezaba a abrirse ante ella, si quería sobrevivir en aquella nueva jungla, debería saber a qué se enfrentaba.

—Nosotros somos la última línea de defensa para los mortales —empezó buscando la manera más fácil y breve de explicarle su papel—. La guardia de élite del *Juez Universal*. Podría decirse que somos sus ejecutores, llevamos a término sus órdenes y vemos que se cumpla su ley. Básicamente cuidamos de que no ocurran cosas como lo que hizo Maat contigo, los dioses no tienen permitido inmiscuirse en los asuntos de los mortales o hacer presa de ellos. Dioses e inmortales por igual tienen vetado atentar contra la humanidad en la manera que sea, si cruzan esa línea, se exponen a la ley de nuestro Juez.

Keily se tomó unos segundos para digerir aquello.

—Pues podría decirte que conmigo esa técnica falló estrepitosamente —murmuró con cierta carga irónica en la voz.

—Esto nunca debió haber ocurrido —aseguró Jaek en voz baja, impersonal—. Hicimos lo que pudimos para enmendarlo… de alguna manera.

A Keily no le pasó por alto la mirada que echó Jaek a su tatuaje.

—¿Enmendarlo de qué manera? —preguntó mirando fijamente su tatuaje, reparando entonces en el diseño muy parecido al de las plumas que estaban tatuadas en su espalda, el cual había visto mientras se duchaba.

Jaek siguió su mirada y alzó la mano tatuada.

—Eres una joven inmortal —dijo entonces—, apenas despertando en un mundo que desconoces y viniendo de una existencia mortal. No sabes el poder que encierras ni como esgrimirlo, necesitas alguien que te enseñe y te guíe —Jaek levantó su mano tatuada—. Yo fui elegido para el cargo. Soy tu Guardián.

Ella parpadeó varias veces.

—Vaya —musitó sin encontrar una palabra mejor.

Jaek volvió de nuevo su atención al panel numérico del portero y tecleó una rápida secuencia haciendo que la puerta principal se abriera con un suave pitido.

—¿Entramos?

Ella asintió, se ajustó el asa de la mochila al hombro y caminó hacia él para luego pasar al interior del vestíbulo cuando Jaek se hizo a un lado.

—¿Utilizas a menudo este… apartamento? —preguntó girándose hacia él.

Jaek negó con la cabeza.

—A excepción de Shayler y su esposa que residen permanentemente aquí, los demás vamos y venimos —explicó con un ligero encogimiento de hombros—. Imagino que cada cual prefiere estar a sus anchas, tener su propio lugar privado lejos del… Trabajo.

Ella lo siguió de camino a los ascensores que se encontraban justo al fondo del recibidor, su mirada no dejaba de examinar cada uno de los recovecos de aquel interesante lugar.

—¿Y no has pensado en alquilar tu apartamento? —sugirió mientras se fijaba en uno de los cuadros que vestían las desnudas paredes—. Estoy segura que podrías sacarle una buena renta, sobre todo teniendo en cuenta la gente rara que hay en Nueva York y que pagan millonadas por incluso una caja de zapatos.

Jaek sonrió, aquello sí que sería algo digno de contemplar.

—Este lugar es como una especie de santuario, el poder que lo rodea, que impregna cada pared, junto con los avances tecnológicos en materia de seguridad, lo hacen el lugar perfecto para gente como nosotros —aseguró él, entonces la señaló a ella—. Para gente como tú.

Ella hizo una mueca.

—No estoy segura de que me guste como ha sonado eso —murmuró echando un buen vistazo al vestíbulo mientras él pasaba a su lado en dirección a los ascensores. Había alguna que otra planta estratégicamente colocada, un par de cuadros con reproducciones de jeroglíficos egipcios cubriendo las paredes e incluso una mesa con periódicos—. Se parece a un edificio de oficinas.

Jaek asintió esperando al lado del ascensor, contemplando como ella lo miraba y tocaba todo con tímida curiosidad, solo un pequeño roce aquí, una mirada iluminada hacia allá. Antes de poder hacer algo para evitarlo, se encontró mirando ese pequeño y prieto trasero en forma de corazón que se meneaba de un lado a otro mientras examinaba los periódicos. El timbre a su espalda lo sacó de su ensoñación un instante antes de que las puertas se abrieran y Keily se girase hacia él.

—¿Vamos? —le preguntó Jaek.

Keily señaló los periódicos.

—¿Puedo coger uno?

Él asintió, así que cogió uno y lo enrolló rápidamente para reunirse con él en el ascensor. El suelo de la enorme cabina estaba enmoquetado, el interior revestido de madera y rodeado de espejos que le devolvían su imagen y la de Jaek. Keily se quedó mirando el reflejo de ambos, observando a través de él como Jaek pulsaba el botón de una de las plantas con uno de sus largos y elegantes dedos. La diferencia entre ambos parecía más obvia que nunca en aquel pequeño cubículo, aunque hoy parecía haber optado por un atuendo más sport, Jaek siempre vestía de manera formal, con finas camisas, pantalones de vestir y alguna que otra vez lo había visto utilizando corbata incluso en el bar, una imagen que casaba muy bien con el lujo de aquel lugar. Ella, en cambio, parecía una muchachita a su lado, el pelo revuelto, un suéter con chaqueta a juego y unos simples jeans le daban un aspecto juvenil, a sus veintisiete años no es que fuera precisamente una anciana, pero tampoco se sentía como una niña.

Aquella reflexión la hizo respirar profundamente.

—Oh dios…

Jaek se volvió a ella con el ceño fruncido.

—¿Qué ocurre?

Ella alzó el rostro hacia él, sus ojos reflejaban la preocupación que sentía.

—¿Exactamente qué edad tienes? —preguntó, no era una pregunta que él se esperase—. No aparentas más de… cuanto ¿treinta y algo? Pero eres inmortal, uno de esos Guardianes que has mencionado. ¿Qué edad tenías cuando te convertiste en uno de ellos? O es que naciste como inmortal… —Keily sacudió nuevamente la cabeza. ¿Por qué no había pensado antes en ello? ¿En realidad, qué sabía del hombre que la acompañaba? Nada… o casi nada—. Yo… es que no lo entiendo… si ahora soy inmortal, ¿significa que no voy a envejecer?

Jaek suspiró lentamente, dejando escapar el aire. Entendía a lo que se refería, había cosas que para él ya eran un hecho pero en cambio para ella era toda una novedad, llegando incluso a rozar lo imposible.

—Tenía diecisiete años cuando me hicieron Guardián —respondió con un leve encogimiento de hombros—. Junto con Shayler, soy el más joven de los Guardianes.

Ella le echó un buen vistazo y sonrió de medio lado.

—Perdona que te lo diga, pero no pareces precisamente como un adolescente —le respondió con ironía.

Jaek puso los ojos en blanco.

—He envejecido como cualquier humano, solo que más lentamente —le respondió antes de añadir con más ironía—, mucho más lentamente.

El tono de su voz no pasó desapercibido para la muchacha, quien inmediatamente entrecerró los ojos y buscó su mirada.

—¿Cuánto más lentamente? —Por primera vez se preguntaba donde habría nacido Jaek, o quienes habían sido su familia, si la había tenido.

Él decidió encogerse de hombros.

—Lo suficiente para haber alcanzado la edad que tengo ahora —le respondió sin más, dejando claro que aquel era un tema zanjado—. En mi permiso de conducir consta la edad de treinta y dos.

Keily resopló y miró su reflejo en los espejos del ascensor.

—¿Va a pasarme eso a mí también?

Él la recorrió lentamente con la mirada, como si la estuviese midiendo.

—No lo sé —respondió con sinceridad—, nunca antes había estado alrededor de una *hija de los dioses*. Tendrías que consultarlo con Maat, ella es una de las diosas más antiguas que conozco y a juzgar por… bueno… tú… Debe estar más al tanto.

Ella hizo una mueca y resopló.

—Sí, claro, preguntémoselo a una diosa borracha que tuvo la brillante idea de darme alas. No, gracias —respondió cruzándose de brazos.

—Entonces no te quedará más remedio que esperar y ver qué pasa —le respondió con una suave sonrisa cuando el ascensor se detuvo. Las puertas se abrieron al momento al área de recepción en la que había una solitaria mesa con dos sillas y un par de macetas en una esquina. Una planta en forma de arbusto con florecillas blancas pegada a la pared dejaba un suave aroma dulzón en el aire. Justo a su lado, a cierta altura, estaba colgado el anagrama del despacho de abogados, un curioso escudo de armas formado por una espada rota y un par de alas extendidas a los lados.

Ella vaciló cuando Jaek la invitó a entrar con un gesto de la mano a la sala contigua que se abría por detrás de la recepción hacia una acogedora sala dividida en dos alturas. Su mirada recorrió lentamente la estancia fijándose en cada detalle, deteniéndose un instante sobre el piano de cola ubicado en un rincón totalmente iluminado por la luz que entraba por los amplios ventanales, un par de plantas decoraba la zona absolutamente masculina.

Jaek contempló a la muchacha en silencio mientras ella se movía como por inercia hacia el piano, sus dedos se curvaron en sus manos como si quisiera acariciar la superficie y tuviese miedo de hacerlo, finalmente se decidió y los deslizó sobre la nacarada superficie y la vio sonreír. Sabía por las veces que había venido al bar que le gustaba la música del piano aunque no supiera tocar.

Un sonido procedente de la oficina interior le hizo apartar la mirada. En rápida comprobación echó un vistazo al cubículo de Lyon para encontrarlo vacío antes de volverse nuevamente a la puerta cerrada del despacho del Juez cuando ésta se abrió para dejar salir a Lyon y John acompañando a una mujer entrada en los cuarenta que se despedía del hermano del Juez con un firme apretón de manos.

—No se preocupe, señora Cooper, la llamaremos tan pronto tengamos los papeles preparados para que pueda firmarlos —le aseguró él despidiéndose a modo de despedida.

—Gracias por tu tiempo, John —aceptó la mujer con total naturalidad, poniendo de manifiesto que ya había tratado con ellos antes—. Salúdame a Shayler y a su encantadora esposa.

—Descuide, les daré sus saludos —aseguró el hombre de profundos ojos azules al tiempo que la invitaba y acompañaba a la puerta—. La veremos la semana que viene si todo va bien.

—Gracias, buenos días —agradeció la señora y al ver a la pareja recién llegada les sonrió y repitió el saludo.

—Buenos días —respondió Jaek con un ligero asentimiento mientras John acompañaba a la mujer a la puerta.

—¿Y tú por aquí tan temprano? —preguntó Lyon mirándolo a él para luego echarle un vistazo a la muchacha que permanecía en pie al lado del piano—. ¿Ella es la palomita?

—Su nombre es Keily Adamms —le dijo negando con la cabeza al tiempo que miraba a la muchacha—. Keily, él es Lyon Tremayn.

—Bienvenida —la saludó con una inclinación de cabeza.

—Hola —respondió ella observando al hombre al tiempo que bajaba de nuevo para reunirse con Jaek. Dios, aquel tipo era enorme, cuadrado, ni siquiera la camisa podía disimular la envergadura de sus brazos y la potencia de sus músculos. Tenía unos bonitos y pícaros ojos

verdes y el pelo rubio y suelo le llegaba por encima de los hombros, con todo era letal, el aura que había a su alrededor avisaba a cualquiera lo suficientemente inteligente para verlo que era mejor no meterse con él.

"Así que ésta es la palomita que hizo Maat. Pobre Jaek".

Keily dio un respingo involuntario cuando oyó la voz claramente en su cabeza y esta vez estaba segura de que el hombre no había esbozado ni una sola palabra más.

—¿Qué tanto sabe de nosotros?

Jaek respondió de forma automática.

—Lo que necesita saber.

—Lo cual es más bien poco —respondió ella mirando a su compañero, quien le devolvió la mirada.

"Si es por mí, menos sabrías aún, gatita".

Keily consiguió no sorprenderse demasiado con aquella nueva proyección. Pestañeó un par de veces antes de encogerse de hombros y responder directamente a lo que había escuchado del hombre.

—En ese caso es una buena cosa que no sea así, ¿no?

Jaek vio la repentina tensión que recorrió el cuerpo de su compañero, la cual no se traslucía en su rostro pero que lo advertía de que había pasado algo. Su mirada voló entonces sobre Keily, quien tenía la mirada puesta sobre Lyon.

—¿Has podido escucharle?

Ella se giró hacia Jaek lentamente y asintió.

—Eso parece —respondió volviendo la mirada hacia el gigante—, aunque ahora mismo solo hay bendito silencio.

Lyon se tensó, su mirada se endureció y perdió su postura relajada. Ante sus ojos el irónico personaje se convirtió en alguien letal, en el Guardián Universal que era.

—¿Así que ya está desarrollando sus poderes? —preguntó, su mirada absolutamente calculadora puesta sobre Keily—. ¿Qué es lo que tenemos aquí?

Jaek se movió de manera fluida, casual, pero su intención era perfectamente clara cuando escudó a la muchacha de la mirada de Lyon.

—Es una Elegida de los Dioses y no es peligrosa, Lyon—le comunicó—, solo inexperta y eso lo iremos solucionando con el tiempo. Lo único que necesitas saber es que está bajo mi custodia.

Lyon miró a su compañero con total ironía.

—No me jodas —le respondió, como si no se lo creyera.

Él alzó la mano tatuada para mostrársela y el vikingo dejó escapar un jadeo de absoluta sorpresa, entonces miró a la muchacha.

—No me jodas —respondió de nuevo, estaba vez con cierta diversión en la voz—. Esta sí que es buena, estás atado a ella.

Él se limitó a poner los ojos en blanco ante el tono jocoso en la voz de su amigo.

—¿Maat te ha elegido para entrenarla? —preguntó John entrando de nuevo por la puerta. Su mirada pasó de Jaek a la muchacha, quien parecía estar bastante nerviosa a juzgar por las furtivas miradas que lanzaba de un hombre a otro mientras se acercaba a su compañero.

—Era eso o dejarla en manos de la diosa —respondió con un profundo suspiro.

Keily se tensó ante la inesperada respuesta de Jaek. Ella desconocía ese dato, no estaba segura de qué habría ocurrido después de que Maat hiciera de las suyas nuevamente, transformando sus alas en los tatuajes que cubrían su espalda desde casi los hombros hasta el

inicio de su trasero.

—¿Y Shayler? —preguntó entonces Jaek, distrayéndola de sus pensamientos.

El hombre que le había sido presentado como Lyon, alzó el pulgar de su mano derecha e indicó con él el techo.

—Llegó hace un par de horas y se fue derechito a la cama —respondió con un encogimiento de hombros—. Dudo que se enterara de algo de lo que le dijimos.

Jaek asintió. Shayler había estado ocupándose personalmente de cambiar y eliminar las pruebas del museo, limpiar las huellas dejadas por Keily y desviar la atención de la policía, minimizando lo más posible el impacto que la presencia de los dioses pudieran tener sobre los incautos mortales. El hombre no había podido dormir en casi dos días.

—Se merece el descanso.

Lyon bufó con diversión.

—¿Realmente crees que va a descansar mucho con ese bomboncito durmiendo con él?

—Teniendo en cuenta que apenas se tenía de pie cuando llegó… —respondió John negando con la cabeza—. Sí. Dormirá como un bebé. ¿Le necesitas para algo?

Jaek negó con la cabeza.

—No, déjalo descansar —le dijo antes de girar la cabeza hacia Keily para explicarle—. Él es John Kelly, es el hermano de nuestro Juez.

—Bienvenida —la saludó John con un simple movimiento de cabeza.

Keily correspondió al saludo con nerviosismo.

—Hola.

"Mírala, si parece un ratoncillo asustado. Chica, o espabilas o terminaremos comiéndote con patatas".

Ella se sobresaltó al escuchar nuevamente aquella voz y al mirar a Lyon vio como este sonreía.

"Deduzco por tu mirada que puedes oírme claramente".

Keily hizo una mueca al tiempo que le respondía en voz alta.

—¿Haces esto muy a menudo?

Lyon se echó a reír.

—Siempre que puedo, Keily, siempre que puedo —aseguró al tiempo que cruzaba la sala hacia un pequeño rincón en el que ella no había reparado antes.

El hombre se dejó caer en su silla. Realmente era una incongruencia ver a alguien tan enorme encasillado en un cubículo tan pequeño. Con el pelo rubio y aquella corpulencia semejaba un vikingo.

—Tu palomita efectivamente puede escuchar los pensamientos que se proyectan, o aquellos que dejas salir con la guardia baja —dijo Lyon girándose hacia Jaek—, imagino además que podrá leer la verdad en ellos. Si lo que sabemos sobre el tema no ha cambiado, sus poderes serán espejo de los de Maat o parecidos.

Jaek asintió y se volvió hacia ella, quien había estado contemplando a Lyon con suspicacia.

—Tendrá que aprender a escudarse —intervino John mirándola detenidamente—. Su poder todavía está latente, dormido, apenas empezando a despertar, pero cuando lo haga del todo, todas esas voces… La volverán loca.

Aquella última frase captó toda la atención de la muchacha.

—¿Volverme loca? Eso no ha sonado bien —respondió con aprensión volviéndose hacia Jaek en busca de una explicación—. ¿Qué ha querido decir?

John caminó hacia ella. El hermano del Juez era un hombre extraño, misterioso, el aura que lo rodeaba era incluso más letal que la de Lyon, y mucho más fría, ella casi podía sentir el frío ahora que se acercaba.

—Ahora puedes oír solamente alguna que otra frase, lo cual ya es todo un logro dado que somos Guardianes, nuestro poder bloquea naturalmente cualquier intrusión del exterior —le explicó con voz fría, suave y con todo atrayente, haciendo que la mirada femenina se volviera hacia ella—, pero imagínate lo que será salir a la calle, estar en un local cerrado en el que hay cincuenta personas y todas ellas hablando y pensando en algo. Serás incapaz de filtrar esas voces, evitar escucharlas, al final ni siquiera podrás oír tus propios pensamientos con toda esa cacofonía.

Ella se tensó ante el panorama que exponía aquel hombre. No podía ser que su recién adquirida inmortalidad trajera consigo tales problemas, aunque a juzgar por lo que había comprobado por sí misma primero con el director del MET y ahora con uno de estos hombres, era posible que lo que exponía fuese verdad. La sola idea no hacía sino aumentar su temor y desconfianza, la sala empezó a antojársele de pronto más pequeña de lo que era, trayendo consigo una sensación de agobio.

—Pero… pero eso… eso no va a… a pasar… ¿verdad? —farfulló. Su mirada volaba de un hombre a otro, un ligero temblor empezó a instalarse en sus manos y en su cuerpo, y el aire parecía estar haciéndose escaso en aquella habitación—. Eso no… no va… va a pasar…

John entrecerró los ojos sobre ella cuando la vio dar un nuevo paso atrás y notó algo distinto en ella. Jaek también presintió aquel inesperado cambio, pues se giró en redondo para ver una mirada asustada y de incredulidad en el rostro de la muchacha, su piel había palidecido y parecía estar costándole respirar.

—Keily… —la llamó, atrayendo su mirada marrón sobre él.

—¿Es ella? —preguntó Lyon empezando a levantarse también de su asiento. Los hombres habían sentido el cambio de energía que se estaba reuniendo en aquella sala.

—No lo sé, es la primera vez que lo siento —respondió Jaek caminando muy lentamente hacia ella—. Keily, mírame… necesito que respires suavemente.

—No… no puedo —jadeó apretando los ojos, empezando a hiperventilar—. No puedo respirar… Jaek… no puedo…

John entrecerró los ojos y se acercó desde el otro lado, rodeándola para aproximarse desde atrás.

—Está concentrando poder, tiene que dejarlo ir —masculló, su mirada cruzándose rápidamente con la de Jaek—. No está preparada para retenerlo.

Él asintió al tiempo que volvía a dar un nuevo paso hacia ella.

—Keily, ven aquí —le pidió con voz suave, calmante—, vamos paloma, ven hacia mí.

Ella negó con la cabeza, incluso dio un paso atrás, apartándose de él como si también le tuviese miedo al tiempo que cerraba los ojos con fuerza y trataba de respirar por la boca. Cuando finalmente volvió a abrirlos, su mirada los dejó a todos helados en el lugar. El tono marrón que había cubierto sus iris eran ahora de un profundo y luminoso color dorado, inhumano, que hablaba de la divinidad de una diosa.

—Joder… —masculló Lyon haciendo aparecer sus armas—. ¿Qué coño le habéis dado?

—Lyon, baja las armas —clamó Jaek estirando una mano hacia su compañero para detenerlo, no necesitaba volverse para saber que Lyon estaba esgrimiendo sus hojas.

—No creo que sea la mejor idea en estos momentos, tío.

Ella jadeó, sus ojos dorados clavados en los de Jaek, el oxígeno que entraba a sus

pulmones no era suficiente y empezaba a sentir que ardía por dentro.

—Jaek… —gimió entre ahogados jadeos—, a... aire… ayu…da

—¿Qué hacemos? —preguntó Lyon mirando a sus compañeros, mientras mantenía un ojo sobre la muchacha.

—Kei, nena, tienes que dejarlo ir —continuó Jaek, tratando de llegar a ella, su mirada iba de Keily a John, el cual se acercaba a la chica también desde atrás.

John miró a la muchacha. No podían dejar que siguiera reuniendo tal cantidad de poder, era demasiado joven, demasiado inexperta para poder manejarlo, la destrozaría si no dejaba de concentrarlo y lo liberaba. Mascullando en voz baja, clavó su mirada en Jaek a modo de advertencia y disculpa por la estupidez que estaba a punto de cometer.

“Si tu vida no vale nada para ti, piensa al menos en la de él, si algo te ocurre, esta vez no habrá nadie que lo saque del abismo”.

Keily dio un respingo ante la inesperada voz que se filtró como un latigazo en su mente, un instante antes de que, bajo la asombrada mirada de los dos hombres, el más antiguo de los Guardianes se acercase a ella desde atrás y sin previo aviso, deslizase su mano con premeditación y toque experto por los enfundados y firmes glúteos femeninos, hundiendo dos de sus dedos hacia abajo antes de cogerla en un rápido y contundente íntimo apretón que la hizo dar un salto adelante con un indignado gritito para zafarse de la metida de mano. Su mano se alzó automáticamente en respuesta hacia el rostro masculino, pero antes de que su palma hiciera contacto con la mejilla masculina, un fuerte estallido reverberó en toda la oficina, llegando incluso a hacer temblar la estructura, haciendo que todos se sobresaltaran.

El monitor principal de la pequeña sala de ordenadores de Lyon acababa de explotar y de él salía una pequeña humareda que se alzaba hacia el techo.

—Mi monitor de plasma… —gimió Lyon mirando con cara de asombro y dolor como salía humo de la más reciente de sus adquisiciones.

—Alégrate de que solo haya sido el monitor —masculló John con repentino mal humor, devolviéndole la mirada fulminante que Keily tenía sobre él, antes de apartarse de su mano como si su sola presencia le quemase.

—¡Me has metido mano! —clamó con absoluta indignación, sus ojos volvían a ser marrones y su rostro estaba enrojecido por la vergüenza mientras miraba a John con incredulidad, para luego volverse hacia Jaek con mortificación—. ¡Ese cabrón me ha metido mano!

—Mi pequeñín —murmuraba Lyon acercándose con las manos extendidas a su monitor para luego pasárselas por la cabeza y volverse hacia Keily—. ¿Qué coño eres tú? ¿Una bomba humana?

Ella se tensó ante la inesperada acusación, las lágrimas picando ya en sus ojos.

—Vete a la mierda —consiguió mascullar.

Lyon iba a replicar, pero la cortante voz de Jaek lo detuvo con absoluta efectividad.

—Lyon, déjala en paz.

La mirada azul del hombre estaba puesta sobre John, quien se había apartado de la muchacha, llegando casi a la puerta principal. El brillo en sus ojos así como la presión que dejaban blancos los nudillos de sus puños eran prueba suficiente para el más antiguo de los Guardianes del estado en el que se encontraba su compañero.

—Ese maldito pajarraco tuyo se ha cargado mi monitor nuevo —siseó Lyon en dirección a Jaek.

Keily retrocedió un paso ante el tono de Lyon y la postura de Jaek, un ligero escalofrío

deslizándose por su columna.

—Ni se te ocurra empezar de nuevo —la voz de John salió como una efectiva amenaza a su espalda, haciendo que Keily se volviera de un salto, cubriéndose el trasero con las manos mientras retrocedía, alejándose de él y acercándose a Jaek—. Esto es de locos —masculló nuevamente pasándose una mano por el pelo, captando entonces la mirada del Guardián que la custodiaba, una mortal advertencia que jamás había visto en sus ojos y que no podía si no causarle gracia—. No me jodas tú también, Jaek. Cógela, llévatela y empieza por enseñarle a contener el poder… Con una bomba nuclear sobre nuestras cabezas, es más que suficiente.

—Mi monitor —seguía lloriqueando Lyon apagando el resto de los sistemas para que no saltara el fuego de uno a otros, mientras rescataba el pequeño extintor y retiraba la anilla para rociar el chispeante monitor.

Keily apretó los labios, retrocediendo aún más hasta apretarse contra el muro humano que la había llevado a aquel lugar. Las lágrimas amenazaban con desbordarse de sus ojos cuando lo miró y dirigió seguidamente la mirada hacia el monitor humeante.

—No quiero esto —murmuró para sí, dudando en acercarse a él o retroceder, pues su mirada seguía fija en John y no presagiaba nada bueno—. Yo no… no he sido yo. No es posible.

—¿Y cómo llamarías tú entonces a esto, guapa? —le soltó Lyon con un pequeño extintor ya en las manos.

Ella se encogió, apretando los labios y musitó en voz baja, algo que sonaba incluso absurdo hasta para ella.

—¿Un cortocircuito? —sugirió en un hilo de voz.

Lyon la miró como si quisiera retorcerle el pescuezo.

—Te voy a… —masculló Lyon abriendo y cerrando los puños para luego señalar a Jaek con el extintor y finalmente a ella al decirle—. Coge a esa maldita bomba atómica y sácala de aquí antes de que decida lanzarla por la primera ventana que encuentre abierta.

Keily se estremeció ante el tono de su voz y antes de poder pensar en lo que hacía, dio media vuelta y caminó hacia la puerta.

—No hay necesidad de echarme, en realidad nunca debí estar aquí —farfulló caminando directa hacia la puerta hasta que el férreo brazo de Jaek la detuvo enlazándola por la cintura.

Ella soltó un pequeño jadeo al sentirse frenada de forma brusca, su mirada ascendió al causante de tal acto.

—No vas a ir a ningún sitio si no es conmigo, Keily —gruñó sorprendiendo a la chica con la nota de posesividad en su voz un instante antes de empujarla suavemente en dirección a la puerta y salir con ella dejando a Lyon soltando maldiciones contra las mujeres y sus utilidades.

Dryah ladeó la cabeza intentando escuchar algo, pero después de la explosión que la había despertado y la desaparición de la condensación de poder que sintió durante un instante todo volvió a quedarse en silencio. Frunciendo el ceño, dio media vuelta y gateó de vuelta a la cabecera de la cama donde su marido había metido la cabeza bajo la almohada cuando oyó aquella explosión dispuesto a seguir durmiendo.

—Eso ha venido de la oficina, ¿verdad? —preguntó mientras se deslizaba nuevamente dentro de las cálidas sábanas.

—Supongo —farfulló con voz somnolienta.

—Shay, despierta… ¿Y si ha ocurrido algo?

Él suspiró, sacando la cabeza debajo de la almohada, solo para tirar de su mujer y

utilizarla como sustituto, abrazándose a ella. Dryah sonrió y deslizó la mano por su pelo, acariciándoselo mientras él suspiraba plácidamente.

—Si realmente hubiese ocurrido algo grave, ya nos habrían sacado de la cama —respondió adormilado—. Como no es así, deduzco que la nueva concentración de poder es de la chica de Jaek, y a juzgar por los alaridos de Lyon, la explosión ha debido de romper alguno de sus juguetitos. Conclusión, déjalos que se maten entre ellos y vamos a dormir.

—Menudo Juez estás tú hecho —se rio ella en voz baja—. ¿Estás seguro de que estarán bien?

Él asintió contra su pecho, más que feliz con su nueva almohada.

—Solo es alguien muy joven aprendiendo a controlar un poder que desconoce —musitó con un bostezo—. Quizás te suene de algo.

Ella chasqueó la lengua ante el sutil recordatorio.

—Yo te tenía a ti para enseñarme.

Él bostezó nuevamente y se acomodó aún más cerca.

—Sí, y ella tiene a Jaek —musitó y estiró un brazo a ciegas sobre la mesilla de noche en busca del interruptor de la lámpara—. Apaga esa maldita lámpara y volvamos a lo nuestro.

Negando con la cabeza, Dryah apagó la lámpara de la mesilla de noche y se deslizó en la cama, acomodándose contra su marido.

Keily entró en el ascensor seguida de cerca por Jaek. Él no había dicho ni una sola palabra desde que la había sacado de la oficina, lo había sentido caminando a su lado, tenso, demasiado callado.

—No podía respirar —murmuró en voz baja.

Jaek se limitó a marcar el piso al que iban y después dejó caer los brazos sin ni siquiera dedicarle una mirada.

—No… no quiero volver a sentirme así —murmuró incluso en voz más baja que antes.

Él dejó escapar lentamente el aire. No, él tampoco quería sentirse de nuevo de la manera en que se sentía. Posesivo al extremo con una inexplicable necesidad de dejar el maldito edificio y encontrar a su compañero de armas y golpearlo hasta dejarlo hecho una pulpa ensangrentada por haberse atrevido a tocar a Keily. ¡Con un demonio! ¿Qué estaba pasando con él? Jamás había sido tan posesivo con nada y mucho menos con una mujer. Desde que había sido investido con el cargo de Guardián Universal, sus hermanos de armas habían sido su primera prioridad, su Juez era su total prioridad.

—Maldición —masculló lanzando el puño hacia un costado, estrellando su mano contra el cristal de uno de los laterales, resquebrajándolo.

Keily dio un respingo ante el inesperado gesto y jadeó cuando vio la mancha de sangre que había quedado en la pared.

—Jaek —murmuró dejando su lugar para ir a él y tomar su mano. Se había cortado, si bien no quedaba ningún cristal, la sangre manaba de los numerosos cortes manchando el puño de su camisa—. ¿Pero qué demonio te ha poseído ahora también a ti?

Echando rápidamente mano a los bolsillos sacó un paquete de pañuelos de papel y extrajo un par de ellos para presionar la herida, entonces alzó la mirada hacia él.

—Esto ha sido una estupidez —le aseguró frunciendo el ceño—. Haz el favor de utilizar tu poder y cúrate los malditos cortes.

Jaek miró la mano más pequeña presionando la suya antes de volver a mirar el rostro femenino. Sus ojos volvían a ser marrones, brillantes y hermosos.

—Lo siento, Keily —murmuró entonces acariciando suavemente su rostro con la mano sana.

Ella negó con la cabeza.

—Aunque piense que es algo imposible, sé que he sido yo la que ha hecho aquello, no sé cómo y no estoy segura de querer saberlo, pero ha sido culpa mía. Lo siento por esa pantalla a la que tu amigo parecía tenerle tanto cariño —murmuró haciendo un mohín para luego sonrojarse profundamente—. Lo de meterme mano… Eso ya no tiene nombre… ¿Quién diablos se ha creído?

Él se tensó nuevamente ante el recordatorio, todo su cuerpo crepitaba por el poder que almacenaba en su interior.

—No tiene derecho a tocarte —masculló entre los dientes apretados.

Ella se volvió hacia él sorprendida por aquel posesivo siseo, repentinamente consciente del hombre que la acechaba, que se movía a su alrededor, el hombre que despertaba en ella sensaciones que no había conocido con nadie más con tan solo su cercanía.

—No fue más que un estúpido movimiento de su parte para acabar con lo que quiera que estuviese haciendo —murmuró consciente a pesar de todo de que aquello era lo que había ocurrido—. Aunque preferiría que hubiese otra forma menos… drástica.

Jaek se volvió a ella entonces, recorriéndola con la mirada de la cabeza a los pies hasta fijarse en sus labios.

—No quiero que vuelva a tocarte —murmuró cerniéndose sobre ella.

Ella parpadeó sorprendida por la repentina actitud de él.

—Bueno, en eso estamos totalmente de acuerdo —aceptó con una tímida sonrisa—. No son sus atenciones las que me interesan.

Él sonrió ante su respuesta, un susurro tímido pero tan revelador como la mirada en sus ojos.

—Tienes mucho que aprender, Keily —suspiró rindiéndose a lo que llevaba deseando hacer desde el momento en que la había encontrado en sus sueños.

Antes de que pudiera arrepentirse, dejó escapar un bajo gruñido y la atrajo hacia él capturando su boca en un crudo y desnudo beso.

Keily se vio encerrada entre sus brazos, respirando el picante aroma de hombre mezclado con colonia. Se sentía pequeña y femenina encerrada entre aquellos brazos y sus labios, su boca se movía sobre la de ella como si quisiera tragársela, como si quisiera imprimirla a fuego en su mente. Su lengua jugueteó con la comisura de sus labios antes de obligarla a separarlo y deslizarse en su interior, probando su miel, saboreándola.

Si no la estuviese sujetando, estaba segura de que habría caído al suelo hecha un charco de huesos derretidos.

Su beso era exigente, demandante, sus manos la acomodaron a su cuerpo, encajando perfectamente sus curvas a su cuerpo, sintiendo la dureza de sus músculos bajo ella. Gimió, sus vacilantes brazos se enredador alrededor del cuello acercándole más a ella mientras sentía como su mano descendía por su espalda, bajando por la curva de su nalgas, presionándola con gentileza, como si quisiera borrar la huella dejada por otro hombre.

El balanceo del ascensor y el posterior timbre al abrirse puso punto y final al breve momento de excitación. Su respiración era acelerada cuando Jaek empezó a separarse lentamente de ella, su mirada azul era más brillante que de costumbre e incluso una ingenua como ella podía darse cuenta de que lo que había en sus ojos era deseo puro y crudo.

—Eso ha sido… —murmuró con una tímida sonrisa.

Los ojos azules de Jaek se endurecieron durante un instante, sus manos cayeron dejaron el calor del cuerpo femenino para empezar a alejarla, desligando los brazos enlazados en su cuello.

—Algo que no debe repetirse —masculló apartándose de ella con el cuerpo tenso, su mirada evitando la suya—. Mierda… lo siento… fue un impulso. No volverá a suceder.

Sus palabras cayeron sobre ella como un efectivo cubo de agua fría. Sin decir una palabra más, lo vio dar media vuelta y salir del ascensor mirando su mano antes de sacarle los clínex que ella había pegado, dejando al descubierto la piel sin rastro de corte alguno antes de sacar una llave magnética del bolsillo trasero de su pantalón. No estaba segura de qué hacer ahora, todo en su interior se revelaba ante el simple y llano rechazo del que era objeto. Muy profundamente deseaba ocultarse dentro del ascensor de nuevo y marcharse, pulsar el cero en el teclado numérico y olvidarse de él y de todo lo que ocurría, pero no podía hacerlo, aunque le costara levantar la mirada y enfrentarse a la de él, no podía marcharse, ya no solo por Jaek, si no por el miedo y la inquietud que le provocaba toda aquella nueva situación a la que tenía que hacer frente. ¿Qué habría ocurrido de encontrarse sola en plena calle? ¿Y si no la hubiesen detenido? Ni siquiera tenía idea de cómo había llegado a aquel punto en el que todo se basaba en una enorme falta de aire y sensación de miedo e impotencia.

Luchando con la urgencia de dar media vuelta y desaparecer en el ascensor, se obligó a respirar profundamente y actuar tal y como Jaek lo hacía, como si ese beso no hubiese significado nada y sus frías palabras no le doliesen como una puñalada directa al corazón.

—¿Nunca has pensado en poner algún cuadro en la pared o una planta al lado de la puerta? —preguntó dejando el ascensor, rompiendo el incómodo silencio que se había instalado entre ellos—. Las hay de plástico para que no tengas que regarlas si te olvidas de ellas o no vienes por aquí en algún tiempo.

Jaek no se volvió a ella hasta que abrió la puerta, solo entonces lo hizo.

—No paso demasiado tiempo aquí como para que me interese en decorar el vestíbulo —respondió con inusual sequedad, para luego indicarle con un gesto que entrara—. Vamos, pasa a dentro.

Ella echó un último vistazo al ascensor cuyas puertas se estaban cerrando y suspiró profundamente antes de echar a andar hacia él y entrar en el departamento.

—Veamos que tienes ahí dentro que pueda hacer volar por los aires —dijo pasando junto a su lado.

Jaek se limitó a sacudir la cabeza y entrar tras ella.

CAPÍTULO 12

—Esta es la habitación de invitados —respondió abriendo la puerta al tiempo que encendía las luces—. Habrá que ventilarla y sacar algunas cosas, la utilizo de almacén más que nada.

Keily entró tras él echándole un vistazo al dormitorio pintado de un suave tono amarillo que seguramente la habría hecho cálida si contuviese algo más que una simple cama de noventa cubierta por con una colcha y una pequeña mesilla de madera de dos baldas que sostenía una lámpara sin bombilla. Apilados a un lado junto a la puerta, cegando la puerta del armario empotrado, había algunas cajas de cartón y revistas. Deslizó los dedos por la superficie de una de ellas y sacó en sus dedos una fina capa de polvo que la hizo esbozar una mueca.

—Un poco de polvo, ¿eh? —comentó sacudiéndose los dedos antes de dirigirse hacia el otro lado y descorrer las cortinas que cubrían una amplia ventana. Le costó un poco abrirla para que el aire entrase en el lugar—. ¿Aquello es Central Park?

Jaek se acercó a ella y contempló el trozo de zona verde que quedaba oculta desde ese lado del edificio, mostrando solamente una pequeña porción.

—Sí —respondió antes de echarse hacia atrás y cruzar la habitación de nuevo hacia la puerta—. Iré a buscar un juego de sábanas limpio.

Ella se volvió y miró la habitación con cierta ironía.

—Mejor empieza por buscar agua y jabón —dijo pasando el dedo sobre el alfeizar de la ventana solo para mostrárselo después—. Y contrata un servicio de limpieza.

Él se encogió de hombros.

—Como ya dije, no suelo pasar mucho tiempo por aquí.

Keily puso los ojos en blanco y echó un rápido vistazo a la habitación antes de dirigirse también a la puerta.

—Ahora entiendo por qué me has traído aquí, te has enterado por fin que las mujeres entendemos más de limpieza que los hombres y sabemos cómo utilizar un paño y jabón —le aseguró deteniéndose ante él, para darle unas palmaditas en el brazo—. Bravo, Jaek. Acabas de postularte al Premio Novel a la Mentalidad Masculina. —Sacudiendo la cabeza, salió al pasillo delante de él y lo esperó—. ¿Serías tan amable de decirme dónde puedo conseguir un poco de agua y jabón para hacer eso habitable? Y ya si me dices además que conoces la existencia de los productos de limpieza y que tienes alguno en algún lado de este apartamento, te amaré toda mi vida.

Por la expresión en el rostro del hombre estaba claro que no le divertía su actitud condescendiente. Keily se giró en actitud pensativa y sonrió.

—A menos que puedas hacer algún truquito de magia y hacer que esa habitación se limpie y recoja sola —aseguró con una bonita y beatífica sonrisa.

La muy… pensó Jaek, disfrutando a pesar de sí mismo de la maldita actitud femenina. Era una faceta que no había visto en Keily, en realidad, empezaba a darse cuenta que había mucho en ella que estaba descubriendo y que contrastaba con lo que ya sabía. Una mezcla que le resultaba más interesante de lo que debiera.

—Me temo que no tengo los poderes de *Mary Poppins*, lo siento —respondió manteniendo el tono irónico en su voz antes de invitarla con un gesto de la mano a seguirla—. Pero estoy seguro que debajo del fregadero de la cocina encontrarás lo que necesitas para asear la

habitación.

Ella fingió sorpresa.

—No, oh, dios… —dramatizó dando una palmadita al tiempo que se inclinaba hacia delante—. Te estás convirtiendo en un serio partido, Jaek.

Él puso los ojos en blanco y continuó hacia la cocina.

—¿Su alteza necesita alguna cosa más? —le dijo echando un rápido vistazo sobre el hombro.

Ella se encogió de hombros y lo siguió.

—Un poco de buen humor de tu parte sería agradable —murmuró en voz baja—. No sé qué ha ocurrido en el transcurso del día o qué fue lo que hice mal, pero si me lo dijeras intentaría buscar la manera de arreglarlo… En caso de que tu nueva actitud se deba a mí.

Jaek se detuvo volviéndose a ella con gesto sorprendido. Ella se sonrojó involuntariamente y se encogió de hombros.

—No es agradable ser una imposición para nadie —murmuró evitando su mirada—, y tengo la sensación de que eso es lo que soy para ti.

Él la contempló durante unos segundos, allí estaba de nuevo, la muchacha tímida e insegura que conocía, la otra cara de la moneda que estaba descubriendo en esa mujer.

—No eres una imposición, Keily —le respondió con absoluta sinceridad—. Yo mismo elegí este camino.

—¿Acaso te dieron opción?

¿Se la dieron? Sí. Shayler le dio la oportunidad de elegir, de mantenerse al margen. Pero él eligió la tarea de enseñarle —su mirada descendió sobre el tatuaje que ahora cubría una de sus manos—, había elegido mucho más que eso en realidad. ¿En qué estúpida complicación se había metido? ¿Era consciente de lo que estaba haciendo? En su fuero interno sabía que no habría permitido a nadie que se hiciera cargo de ella, en cierto modo, Keily era suya, para cuidarla, para adiestrarla, para… Hacerla suya.

¿Cuánto tiempo más iba a negarse a sí mismo la atracción que sentía por ella? No era tan altruista como para salir al rescate de una mujer a la que habían plantado sus amigas, lo sabía. El local que llevaba era una excepción, pero no se sentía a gusto profundizando con los humanos, se sentía demasiado distinto, demasiado viejo y cansado, sus mujeres habían sido rollos de una noche, a veces incluso menos que eso y sin embargo, allí estaba ella, la excepción en su bien planificada existencia.

—Siempre hay otra opción, Keily —respondió en voz alta, haciendo a un lado los desbocados pensamientos que amenazaban con poner en peligro su tranquila y monótona vida—. Pero no creo que dejarte en manos de Maat hubiese sido la mejor de ellas.

Ella hizo una mueca, en eso tenía que darle la razón. La sola idea de quedarse cerca de la mujer que había puesto su vida patas arriba en un golpe de suerte le hacía querer arrancarse las plumas una a una.

—No puedo refutar eso —aceptó la muchacha señalando el pasillo con un gesto de la barbilla—. ¿La cocina?

Jaek la guio hasta una amplia cocina con todas las comodidades, el mobiliario era de un bonito tono rojo, con aplicaciones en acero inoxidable que sorprendentemente casaba muy bien con los azulejos grisáceos de las paredes. Una enorme ventana dotaba de claridad a la habitación.

—Esa puerta de ahí es el armario de la limpieza —le explicó al tiempo que la abría—. Ahí encontrarás algún cubo o palangana, escobas… Los artículos de limpieza.

Ella lo siguió y se asomó para echar un vistazo, entonces se giró y lo vio atravesando de

nuevo la cocina.

—¿Te vas? —preguntó sorprendida.

Jaek señaló la puerta con el pulgar.

—Alguien tiene que solucionar el problemilla con la pantalla LCD de Lyon —respondió sin más—. Conociéndolo se pasará todo el día y la semana lloriqueando por el maldito cacharro hasta que se solucione, aunque, si quieres hacer tú los honores, no tengo inconveniente en quedarme a limpiar.

Keily hizo una mueca.

—Dame un delantal y llámame cobarde —murmuró en respuesta antes de dar media vuelta y desaparecer dentro del armario.

Jaek sonrió y negó con la cabeza. Le resultaba extraño tener a una mujer en este lugar, desde que habían adquirido el edificio ninguno de ellos había traído a alguien ajeno a su círculo, las únicas mujeres que había pernoctado alguna que otra vez en el Complejo eran Uras y Bastet y en el caso de ellas, ambas habían sido parte de un modo u otro de su mundo. Dryah era lo más cercano a un desconocido que había puesto los pies en la torre, pero incluso ella ahora formaba parte de aquel oscuro mundo en el que se movían. Keily era alguien totalmente ajena a ellos, mortal hasta hacía un par de noches, y su presencia no le estaba resultando ser tan extraña e incómoda como llegó a pensar alguna vez que quizás lo sería el traer una mujer a sus dominios.

Sacudiendo la cabeza, hundió los dedos rastrillando su corto pelo rubio y dejó a la muchacha para enfrentarse a algo con lo que sí sabía lidiar.

Keily se concentró en hacer a un lado sus caóticos pensamientos y se aplicó en cuerpo y alma al aseo de la habitación, limpiando y recogiendo, lavando incluso los cristales de las ventanas hasta que quedaron relucientes y libres de suciedad. El ejercicio pretendía alejar a Jaek de sus pensamientos, pero parecía ser algo más fácil de hacer que de decir. El beso que habían compartido en el ascensor la había dejado totalmente descolocada, así como la obvia mirada de posesión que vio en sus ojos cuando su compañero le metió mano. Ella se tensó ante el recuerdo, prometiéndose que le daría un puñetazo a aquella bonita nariz cuando lo tuviese delante.

Ella no era una mujer con mucha experiencia en tema de hombres, sus únicas relaciones se habían limitado al típico novio de instituto y a un compañero de intercambio en la universidad con el que se había acostado un par de veces, experiencias nada enriquecedoras que habían echado por tierra sus sueños de un amor pasional, de aquellos en los que solamente se daba en las novelas.

La primera vez que vio a Jaek se quedó totalmente impresionada. Sus dos amigas de entonces, las mismas que la dejaron plantada y sola en la mesa, se habían estado metiendo con ella toda la noche, bromeando sobre con quien se liaría cada una de ellas, sabiendo perfectamente que ella no era de las que hoy se iba a la cama con uno y mañana con otro. Ellas no habían tenido problemas en coquetear con dos miembros del grupo que tocaba aquella noche para irse después con ellos pasando de la supuesta velada para chicas que acordaran. Nunca se había sentido tan miserable como aquella noche, su primer pensamiento fue levantarse, pagar su consumición y marcharse pero no tenía fuerzas para ello.

Fue entonces cuando oyó la profunda y sexy voz del hombre que había estado observando disimuladamente toda la noche seguida de los acordes del piano. A Keily siempre le había gustado la melodía del piano, pero no había nada que se pareciera a aquella forma de tocar, la vibración de la música había inundado el local, haciendo que todo el mundo dejara sus conversaciones y se volviera para escuchar embelesados aquella cadencia, solo para arrancarse

en una tanda de aplausos cuando terminó.

No estaba segura de sí se había enamorado de él en ese momento o media hora después, cuando se presentó en su mesa con un par de bebidas y educadamente le pidió permiso para sentarse junto a ella. Habían hablado de todo y más, él la había hecho sonreír por primera vez en mucho tiempo y Keily olvidó el motivo de que estuviese allí y sola, disfrutando de la compañía masculina.

Sus amigas habían llamado a la mañana siguiente disculpándose por cancelar «la noche de chicas» y por los poco halagadores comentarios hechos por sus compañeros. Keily había estado tan enfadada que les dijo a cada una de las cosas que nunca se atrevió a decirles antes rompiendo una amistad ahora comprendía era superficial y anclada a la conveniencia de ellas.

Había convertido en costumbre el pasarse la noche de los jueves por el local, disfrutando de la música de las diferentes actuaciones durante parte de la noche hasta que el ambiente se relajaba y acompañaba entonces a Jaek en la barra, o él se reunía con ella en una mesa y charlaban, disfrutando de la creciente amistad.

Ella era consciente de su simpleza y falta de atractivo, no es que no fuera guapa de una manera corriente, tenía unos bonitos ojos marrones y con una pizca de maquillaje era capaz de realzarlos, pero no era precisamente un palo de escoba, siempre había sido algo rellenita, con curvas voluptuosas y un poco de tripita. Las dietas nunca habían sido para ella, ni siquiera lo había intentado con alguna, pues con lo especial que era para las comidas, sabía que acabaría muriéndose de hambre. Además, era consciente de que para llevar una dieta, necesitaba tiempo y dinero, y lamentablemente no eran dos cosas de las que estuviera holgada.

Cuando Jaek la besó en el ascensor se había sentido especial, había disfrutado de la calidez y proximidad del cuerpo masculino contra el suyo, de la mirada posesiva en sus ojos. Durante un breve instante deseó incluso que él se sintiese atraído por ella, que la deseara, pero toda su fantasía explotó a la cruda realidad cuando él se apartó bruscamente, recordándole con tan solo unas pocas y educadas palabras que ella no era del tipo de mujer que seguramente frecuentaba. Diablos, en realidad ni siquiera sabía si estaba saliendo con alguien, si tendría alguna amante.

—Eres una completa estúpida, Keily Adamms —farfulló para sí mientras cogía las cajas con las revistas y las apilaba a un lado en el pasillo, donde no estorbasen y Jaek pudiera cogerlas y llevarlas al lugar que quisiera.

Le dolía la parte baja de la espalda para cuando terminó de trasladar las cajas y la habitación quedó completamente limpia, la cama hecha y sus pocas pertenencias acomodadas en las perchas y los cajones del armario empotrado. Le hubiese gustado tener una planta que poder colocar sobre uno de los muebles, o un pequeño jarrón de flores que alegrase un poco la habitación, pero tuvo que conformarse con un par de cuadros de motivos florales que había encontrado entre las cajas y que a juzgar por el tono más oscuro en dos zonas de la pared, habían estado colgados inicialmente allí.

Su estómago eligió protestar al mismo tiempo que llevaba de nuevo el cubo y los utensilios de limpieza de vuelta a su sitio, un rápido vistazo al reloj que había en la cocina le mostró que ya pasaban de las cuatro de la tarde. No era de extrañar que tuviese hambre.

Estaba a punto de entrar en la cocina cuando oyó la puerta de la entrada abrirse y cerrarse, unos ahogados pasos llenaron el silencio hasta que oyó la voz de Jaek pronunciando su nombre.

—En la cocina —respondió en voz alta.

Él la encontró guardando algunos artículos de limpieza en las puertas que había debajo del fregadero, mostrando en alto ese magnífico culo en forma de corazón que le quitaba el aliento. Se había recogido el pelo en una coleta y lo había cubierto por… ¿Aquello era un trapo de

cocina?

—¿Has conseguido que el grandullón dejara de lloriquear? —le preguntó al tiempo que se incorporaba y se giraba hacia él. Su rostro estaba manchado aquí y allá de suciedad y las pecas que salpicaban sus pómulos y nariz se habían oscurecido, resaltando incluso más sobre su piel.

—Por tu bien, procura que nunca te oiga decir algo así de él.

Ella hizo un saludo militar y sonrió.

—Quiero demasiado mi vida como para perderla —aceptó frotándose la frente, esparciendo aún más la suciedad—. ¿Y bien? ¿Lo arreglaste?

Él asintió.

—Bien —aceptó y suspiró—. En cuanto se calmen las cosas, iré a disculparme yo misma, no era mi intención causar daño alguno.

Jaek arqueó una ceja ante su respuesta. Iba a responder a su pregunta, pero el sonido del estómago de la muchacha lo interrumpió.

Keily se sonrojó cruzando las manos sobre su tripa.

—Um… ¿Hay alguna posibilidad de que pudiéramos ir a comer algo? —preguntó con una avergonzada mueca—. Una pizza sería una opción fantástica.

Jaek no pudo evitar sonreír y asintió con la cabeza.

—Lo siento, Keily —se excusó antes de nada—. No me había dado cuenta de que era tan tarde. Hay un pequeño restaurante a un par de calles donde sirven un poco de todo.

Él había ido alguna que otra vez con Shayler, y más recientemente, después de que la pareja se uniese, con Dryah también. A la muchacha le encantaba la pizza y había descubierto que aquel era su restaurante favorito, sin embargo, ésta sería la primera vez que fuese con alguien más.

—Es perfecto —asintió y se llevó las manos al delantal que había conseguido en uno de los cajones de la cocina, un enorme delantal de chef en color negro que ahora estaba lleno de suciedad. Haciendo una mueca, se miró las manos y se volvió hacia Jaek—. ¿Podría darme una ducha primero?

—El baño está al final del corredor, al lado de mi dormitorio —le explicó—. Hay toallas limpias en el mueble junto a la puerta.

Asintiendo, la muchacha se volvió y pasó junto a él dejando un rastro de aroma a té verde. Jaek la siguió con la mirada, admirando sus voluptuosas curvas.

Suspirando, apretó con fuerza los ojos y respiró profundamente.

—¿En qué te estás metiendo, Jaek? —se dijo a sí mismo reteniendo las ganas de ir tras ella y continuar con lo que había iniciado en el ascensor.

Aquello había sido un error, un impulso que había pagado demasiado caro. No se le había escapado la mirada dolida en sus ojos cuando después de besarla la había apartado de él, rechazándola. Ella era una mujer muy dulce, con una sensibilidad a flor de piel y la había herido con su propia estupidez.

No podía engañarse a sí mismo pensando que todo esto era algo reciente, no era tan estúpido ni estaba tan ciego para pensar que todo se debía al vínculo que Maat había forjado entre ellos para que él pudiera protegerla, la marca en su mano no era sino una constatación de lo que él mismo había querido. No tenía nada que ver con la compasión que le inspiraba su situación y sí mucho con el deseo que venía sintiendo por ella desde el mismo instante en que la había visto sola en el bar. La forma en que había reaccionado ante el truquito de John lo había llevado al límite, por primera vez en toda su existencia había deseado realmente hacerle daño a su hermano de armas por haber tocado a aquella mujer que sentía suya. Sí, realmente estaba

metido en un jodido problema, metido hasta el cuello.

¿Cuándo se había sentido tan posesivo con una mujer, tan ansioso por ella? Ni siquiera con Roane había sentido esta imperiosa necesidad de posesión. Roane. Su nombre trajo nuevamente recuerdos enterrados de su pasado, recuerdos en los que prefería no pensar.

Suspirando, dio media vuelta y se dirigió hacia su habitación. Los recuerdos del pasado habían abierto una brecha en su espíritu y sabía que no se detendrían hasta que lo hubiesen envuelto por completo, arrebatándole de la conciencia lo que estaba a su alrededor. Aquello era algo a lo que prefería enfrentarse solo, afortunadamente Keily estaba en el baño, no tendría que lidiar también con su presencia.

Desde el día de su muerte, o el que debería haber sido su muerte, vivía en un verdadero infierno, el regalo que le había ofrecido la Fuente Universal junto con su recién adquirida inmortalidad no había resultado ser tal don sino una maldición. Ni siquiera ahora entendía como no había enloquecido, ciertamente oportunidades para ello no le habían faltado. El poder adquirido lo había hecho consciente de una implacable manera de la verdadera naturaleza de los hombres, del odio y el rencor que vivía en su interior, de la sed de sangre y muerte… ¿Aquellos eran los seres a los que debía proteger? ¿Aquellos que no dudaban en quitarse la vida los unos a los otros? Había tenido que aprender de la manera difícil, a base de ensayo y error, hasta el punto en que solamente el aislamiento conseguía anular las voces que pronto saltaban a su mente desvelando la verdad que no decían las palabras que surgían de la boca de los hombres.

Un príncipe orgulloso obligado a convertirse en un ermitaño, a abrazar la soledad para hallar de alguna manera la paz que era imposible que encontrara entre los de su misma raza. Se había visto obligado a mantenerse lejos de la gente hasta que aprendió a utilizar su poder, a controlarlo, o en su deferencia, a silenciarlo de tal manera que terminó por silenciar también su propia verdad.

El tiempo y la experiencia lo había enseñado a ser humilde. No destacar por encima de los demás hacía que la gente dejase de fijarse en él, que no advirtieran siquiera su presencia y aquello estuvo bien con él durante la mayoría del tiempo. Se había acostumbrado a hablar poco, se convirtió en un ser solitario que apenas intercambiaba las suficientes palabras para obtener lo que necesitaba, para sobrevivir cuando los demás envejecían y morían a su alrededor. Después de comprender que él continuaría mientras otros perecían, había dejado de interesarse por la gente, evitó ser demasiado cercano con ninguno de ellos pues antes o después los vería sucumbir, convertirse en polvo mientras él continuaba y continuaba. Era una existencia solitaria, una vida con la que con gusto habría terminado, pero incluso para ello era demasiado cobarde.

Y entonces Roane llegó a su vida, en poco tiempo aquella hermosa mujer derribó las barreras que tantos siglos le había llevado construir, lo sacó de la solitaria muerte a la que se había condenado para enfrentarlo de nuevo con la luz del día, borró la soledad que se adueñaba de él como un mal cáncer. Ella consiguió en pocas semanas desbaratar todo lo que a Jaek le había costado siglos levantar, y con ella llegó también la dolorosa consciencia, la realidad de su existencia y lo que significaba ser uno de los elegidos.

Qué ironía que su autoimpuesta clausura hubiese sido el motivo principal de su supervivencia, que iluso fue al pensar que los seres que lo crearon se habrían olvidado de él.

Se dejó caer sobre su propia cama, cubriéndose los ojos con un brazo mientras las imágenes de la traición y su definitivo despertar atravesaban su mente. Odiaba con todo su ser aquel maldito día. En su mente al igual que en su alma estaban ancladas las palabras que ella había vertido en su oído, la sangre que se había derramado de su cuchillo, la mirada que unos instantes antes había mostrado enajenación y que con la llegada de la muerte solo mostraba

agradecimiento. Aquel día Roan le entregó el don que había quitado tantas vidas en las manos equivocadas, un don que estaba destinado a dar vida, a preservarla, no a quitarla.

Jaek abrió los ojos, sus pupilas de un profundo azul celeste se clavaron en el techo, su mente buscando desesperada huir del río de sangre que corría por su memoria. Entonces una imagen de Keily penetró en su mente y borró todo el dolor y la sangre. Era hermosa, gloriosa en su desnudez, el agua caliente de la ducha resbalaba por su rostro y su garganta un instante antes de que se girara y sus delgados y largos dedos rastrillaran su melena hacia atrás.

—Keily… —Su nombre emergió de sus labios atándolo nuevamente al presente, a su vida actual, alejando una vez más la oscuridad que a menudo llegaba con los recuerdos.

Sus manos alcanzaron el tubo de gel y extrajeron una generosa capa que empezó a deslizar por su cuerpo, frotándolo, creando espuma que llevara esa suciedad, manos suaves que se deslizaban sobre las curvas voluptuosas de un cuerpo que él deseaba acariciar.

Gimiendo profundamente Jaek se dejó llevar, permitiendo que aquel sensual espectáculo opacase sus pesadillas, desatando las riendas de su poder sin ser consciente de ello.

—Mía.

El susurró de aquella voz sedosa y profunda sonó en sus oídos como si acabase de ser susurrada en el pabellón de su oreja. Con una sonrisa, Keily se estiró, disfrutando de la caída del agua caliente sobre su cuerpo, imaginándose que las manos que extendían el jabón por su cuerpo eran otras manos, unas más grandes y masculinas, las manos de un amante que encontrase en su piel el anhelo que ella sentía en su interior. Un ligero jadeo escapó de entre los labios entreabiertos, sus manos de deslizaron sobre los pechos, acariciando sus pezones y descendiendo por su estómago y tripa, extendiendo la espuma y lavando su piel, resbalando por sus voluptuosas caderas y piernas hasta los tobillos para volver a ascender por el interior de los muslos hasta aquel lugar oculto y privado que ya pulsaba entre sus piernas. La necesidad de acariciarse allí era tan grande que un nuevo gemido escapó de su garganta, sus ojos cerrados profundamente imaginaron que los dedos que hurgaban entre sus rizos eran los de él, que el calor del agua que se vertía sobre su cuello era el aliento masculino, que el aroma a canela y manzana del gel era el de su cuerpo envolviéndola desde atrás mientras sus manos buscaban los secretos ocultos entre sus piernas.

—Jaek —gimió en un ahogado sollozo cuando sus dedos acariciaron la desesperada carne entre sus piernas.

“Mo gràidh”.

Aquella palabras susurradas en su interior la sacudieron de las redes del ensueño, aquella voz había sonado profunda y firme, masculina, las manos que de repente había sentido recorriendo su cuerpo, hundiéndose entre sus muslos se esfumaron dejándola caliente y necesitada. Keily abrió los ojos para encontrarse a sí misma con ambas palmas pegadas a la húmeda pared, sus alas grises totalmente empapadas caían por el peso del agua hacia el suelo, totalmente desplegadas mientras el chorro del agua caliente se derramaba por su espalda.

Jadeando, tragó agua y la escupió mientras se giraba sobre sí, arrastrando las pesadas alas con ella, golpeando con las enormes extremidades la repisa de los jabones, lanzando las botellas de gel y champú al suelo de la ducha. Abrazándose y cubriéndose los pechos como si esperara verle allí de pie con ella, tan real como lo había sentido.

—¡Maldito hijo de puta! —chilló en voz alta—. ¡Jaek!

Jaek se incorporó de golpe con la respiración acelerada y una conocida e incómoda

hinchazón llenando sus pantalones. Parpadeó un par de veces como si necesitara asegurarse del lugar en el que estaba, las palabras de Keily todavía reverberaban en sus oídos, alto y claro.

—Dime que no lo he hecho —gimió poniéndose de pie para cruzar en dos zancadas la habitación y salir al pasillo.

Como si estuviesen sincronizados, en el mismo momento en que él salía al pasillo, la puerta del cuarto de baño se abría dejando escapar el vapor y a una mojada e indignada Keily envuelta en una amplia toalla blanca, con el pelo chorreando sobre sus hombros y aquellas enormes y empapadas alas grises cayendo a sus costados hacia el suelo como una capa de plumas chorreando agua. Sus miradas se encontraron durante un breve instante, la sorpresa y el deseo brillando en los ojos femeninos mezclados con un tinte de vergüenza y desesperación, mientras que en los de él predominaba el mismo deseo mezclado con la conciencia de lo que había hecho.

—Mierda… —siseó al ser perfectamente consciente de la presencia de la muchacha y la obvia pregunta en su mirada.

Keily abrió la boca para responder, pero volvió a cerrarla para finalmente morderse el labio inferior y abrirla de nuevo.

—¿Esto… es alguna clase de juego… por tu parte? —masculló apretando la toalla alrededor de su cuerpo, dejando que el agua que escurría de este fuera atrapada por la toalla, cuando no lo hacía en el charco que estaban formando sus alas alrededor de sus pies—. Porque si es así, debo decirte que no me gusta… y que es cruel…

—Keily…

Ella negó con la cabeza, se lamió los labios capturando el agua que discurría por su rostro desde su mojado cabello y extendió una mano para detenerlo. No quería que se le acercara, ahora no, no cuando su cuerpo estaba sufriendo por la necesidad de su toque.

Echó la cabeza atrás, respirando profundamente, sus pechos se tensaron aún más contra la toalla, sus pezones marcándose perfectamente duros y erguidos incluso a través de la tela, sus muslos se apretaban haciendo coincidir sus rodillas en una postura que a Jaek no le resultaba nada complicado interpretar.

—Joder… Mierda —masculló nuevamente en voz baja al entender perfectamente cada una de las señales del cuerpo femenino.

Keily se sonrojó aún más, pero acabó riéndose mientras retrocedía, tropezando con sus mojadas alas, hasta apoyarse en el marco de la puerta, respirando profundamente en un intento de serenarse.

—No sé cómo diablos lo has hecho… si ha sido premeditado… o no… —jadeó apretando los dientes—. Pero quizás ayudaría… que empezaras a dejar… de hacerlo…

Si había una buena forma de avergonzarse, aquella debía ser la que encabezaba la lista, pensó él sin poder apartar la mirada de ella, enfadado consigo mismo por no haber tenido más cuidado y dejar que su poder se derramase, acercándole a ella su inequívoco deseo.

—No, nena, no creo que eso ayude ahora —murmuró con voz ronca, respirando profundamente antes de caminar hacia ella a pesar de que su mente le decía que diera media vuelta y se alejara—. Es culpa mía, Kei… Lo siento.

Ella se lamió los labios, sus ojos abiertos a medio mástil cuando lo vio frente a ella.

—¿Esto… es tuyo… o mío? —musitó con voz pastosa—. Estas malditas plumas… ¿Por qué han vuelto? Yo estaba feliz con los tatuajes, aunque son un poquito exagerados. ¿No era suficiente con un par de alitas chiquitinas en la base de la nuca? Siempre creí que ése era un buen lugar para un tatuaje… oh, dios… —gimió nuevamente apretando sus muslos, presionando su espalda contra la pared, aprisionando sus alas—. Dime que esto es tuyo…

Jaek estiró la mano para acariciarle el rostro con los dedos, restregando su humedad.

—Es mío —respondió, sabiendo que le estaba preguntando por la causa del poder que lo había creado, su mirada entonces se desvió ligeramente sobre sus alas—. Pero eso, es cosa tuya… Surgen por tu voluntad, por la intensidad de tus emociones…

—Bien —sonrió a pesar de todo.

Jaek negó con la cabeza, mientras se acercaba a ella, con una sonrisa propia, triste y resignada.

—No, Kei, nada está bien… —aceptó antes de bajar su boca sobre la de ella, en un hambriento beso que la dominó por completo.

Las manos masculinas se deslizaron por el húmedo pelo de ella, escurriéndolo mientras se inclinaba sobre ella, obligándola a combarse contra él. La humedad de su piel fue rápidamente absorbida por la ropa de Jaek, su cuerpo masculino se acoplaba perfectamente al de ella, llenando cada uno de sus planos mientras sus manos dejaban su pelo y se deslizaban por su espalda, acariciando las empapadas plumas de sus alas, rebasándolas y saltando a la toalla que envolvía sus pechos, bajando hasta ahuecar sus nalgas en las manos, abriéndola para él, alzándola hasta que ella terminó montando su muslo cubierto por el pantalón vaquero. El roce de la tela contra su carne sensible la catapultó hacia el orgasmo, haciendo que sus alas se sacudieran con un delicioso temblor, derritiéndose entre sus brazos, su grito de liberación tragado por la garganta masculina mientras sus lenguas se entrelazaban y se saboreaban el uno al otro.

Su beso se interrumpió lo justo para que ambos pudieran recuperar la respiración. Jaek no la soltó, a pesar de que se separó un poco de ella para dejarle recuperar el aliento, admirando las suaves pecas que cubrían su rostro, la pasión satisfecha en sus ojos y el tenue rubor de vergüenza en sus mejillas.

—Keily…

Ella alzó como pudo su mano a los labios masculinos para callarlo. No quería oír otra disculpa.

—Si vuelves a decirme lo mismo que en el ascensor, daré media vuelta ahora mismo, me marcharé por esa puerta y al diablo si me cargo medio país —murmuró con voz ahogada—, con alas o sin ellas.

Él le cogió la mano y se la apartó para poder hablar.

—No sé qué hacer, Kei —aceptó a pesar suyo.

Ella bajó la mirada y esbozó una pequeña sonrisa.

—¿Escudos? ¿Barreras?

Jaek dejó escapar un bufido mitad risa y negó con la cabeza.

—Sabes que no me refiero a eso.

Ella asintió.

—Creo… que alguien tiene que tomar una decisión al respecto —murmuró y tras morderse el labio inferior lo miró a los ojos y susurró—. Tú me gustas, Jaek, mucho… He dudado de muchas cosas en mi vida, pero de esto no tengo dudas.

Él se la quedó mirando, entonces bajó la mirada a su mano tatuada, el nuevo tatuaje cubría prácticamente todo el dorso de su palma, estirándose hacia su muñeca. Aquel era el símbolo de su compromiso para con ella, de su papel como Guardián, un recordatorio de que ella era su mejor oportunidad de redención, de hacer algo que mereciera la pena, de evitar que alguien siguiese sus mismos pasos y cometiese sus mismos errores. Pero no era del todo altruista, quizás su corazón seguía aislado tras la barrera que él mismo había levantado, pero todo lo demás funcionaba perfectamente. Su cuerpo era muy consciente de su presencia, el deseo que corría por

sus venas, los celos que lo enfurecieron al verla siendo tocada por otro hombre… Aquello no era producto de su imaginación, el beso que le robó en el ascensor… La deseaba, esa era la maldita realidad, y como había dicho ella, alguien tenía que tomar una decisión al respecto.

—Dame tiempo, Keily —se encontró pidiéndole, su mano tatuada acariciándole el rostro.

Ella se limitó a asentir sin más, sus mejillas estaban totalmente sonrojadas, al igual que su cara.

—¿Podemos… podemos ahora ir a comer?

Jaek sonrió a pesar suyo y asintió antes de soltarla lentamente y hacer una mueca al ver cómo había quedado su ropa, empapada.

—¿Quince minutos y nos vamos? —sugirió volviendo a mirarla.

Ella echó un vistazo a su espalda y se volvió hacia él con una mueca.

—Solo si me explicas cómo puedo hacer que esto vuelva a la forma de tatuaje —respondió con un mohín—. No estoy muy segura de que incluso en Manhattan esto se vea… normal.

Jaek mantuvo la distancia, su cuerpo vibraba por el deseo no satisfecho.

—Respira hondo y visualízalas desvaneciéndose, volviendo a dibujarse en tu espalda —respondió con lentitud, controlando su voz—. Deja que tu voluntad se cumpla, tienes poder para ello.

Asintiendo, Keily tomó una profunda respiración y cerró los ojos, imaginándose aquellas enormes alas desvaneciéndose como si fuesen humo, desdibujándose como quien borra un dibujo antes de alzarse de nuevo sobre su espalda y grabarse a fuego en su piel. Ella jadeó cuando sintió un suave cosquilleo discurriendo desde la parte superior de sus hombros hasta el nacimiento de sus nalgas, pero mantuvo los ojos cerrados y siguió respirando hasta que este desapareció.

Sus pestañas aletearon nuevamente, abriéndose para ver como Jaek se alejaba por el pasillo, un rápido vistazo a su espalda le confirmó con alivio que sus alas ya no estaban allí. Apretando la toalla contra su pecho, dio media vuelta y volvió a entrar en el baño, aunque no estaba segura de que esos quince minutos fueran suficientes para hacer que su corazón recuperara el ritmo.

Los quince minutos pactados acabaron por convertirse en una buena media hora, tiempo que ambos invirtieron de manera diferente a enfrentarse a lo que les esperaba. Jaek se había retirado de nuevo a su habitación para cambiarse de ropa, su mente todavía envuelta en los resquicios del breve interludio que había propiciado su descuido. No podía dejar de darle vueltas a lo ocurrido y a las palabras de Keily. Demonios, ella también le gustaba, más aún, la deseaba y no podía quitarse la sensación de que si se dejaba llevar por ese deseo y la poseía, las cosas no iban a ir bien para ninguno de ellos. Él solo buscaría aplacar ese deseo, pasar un buen rato en la cama, pero nada más, no podía permitirle, ni siquiera a ella, que se acercase a su corazón, nada bueno surgiría si ella conseguía acariciar siquiera ese maltrecho órgano que tan celosamente se había encargado de proteger. Pero era consciente de que no era mujer de un revolcón, Keily merecía más, ella merecía dedicación y seducción, merecía ser querida y cuidada, no que se la utilizase para pasar el rato y él no podía ofrecerle aquello.

Dejando escapar un pesado suspiro miró su imagen en el espejo de cuerpo entero junto al vestidor. La camisa gris claro contrastaba con el caro pantalón negro dándole un aire sofisticado y serio, si bien había desechado la corbata, la americana que le esperaba sobre la cama completaría la imagen que quería crear, la imagen que utilizaba a menudo para mantener a la gente alejada. Le gustaba vestir bien, pero no era un sibarita, realmente le daba lo mismo ponerse

unos simples vaqueros que traje y corbata, pero el atuendo de hombre de negocios le había ofrecido en más de una ocasión el aire de seriedad y madurez que antiguamente había echado en falta y que casaba perfectamente con su actitud tranquila y apaciguadora.

Cogiendo la americana, se la puso de camino a la puerta, comprobando que llevaba la cartera en uno de los bolsillos interiores así como las llaves. Podrían bajar al garaje y coger el coche, pero era absurdo trasladarse un par de manzanas conduciendo cuando podían acercarse caminando.

Encontró a Keily todavía en la habitación, dando vueltas de un lado a otro, con varias prendas de ropa esparcidas sobre la cama. Se había puesto una falda marrón por debajo de la rodilla a juego con una blusa color crema que resaltaba sus ojos y sus pies estaban calzados con unas bailarinas. El pelo lo llevaba suelto, todavía húmedo y cuando se giró hacia la puerta, Jaek se dio cuenta de que se había aplicado un suave maquillaje, una sombra de ojos que agudizaba su mirada, un suave brillo cubría sus labios y nada más, algo que él agradecía. No le gustaban las mujeres que se cubrían bajo quilos y quilos de maquillaje.

—¿Lista? —llamó su atención.

Ella asintió, cogió su chaqueta y bolso y tras un último vistazo a la habitación se reunió con él, dedicándole una apreciativa mirada que lo hizo sonreír interiormente.

—Sigue en pie lo de ir a comer pizza, ¿no? —preguntó en voz baja, sus mejillas cubriéndose con un suave sonrojo.

—Por supuesto —aceptó invitándola a pasar, para poder marcharse.

Bajaron en el ascensor hasta la primera planta, un incómodo silencio parecía haberse instalado entre ellos, Jaek podía notar incluso cierta tensión pero no estaba seguro de qué hacer para aliviarla. Cuando las puertas se abrieron y salieron se encontraron con la *Pareja del Año*, un apodo que había dado Sierra, una de las niñas que vivían en el hogar de acogida del que se encargaba Lyon, a Shayler y a su esposa. Dryah estaba de rodillas y manos en el suelo, presumiblemente buscando algo por la zona de la mesa de los periódicos mientras su marido disfrutaba del espectáculo del trasero de su mujer enfundado en jeans.

—Era lo que me faltaba por ver —sonrió Jaek, llamando la atención de Shayler, quien se volvió con una pícara sonrisa—. ¿Tú no deberías estar echándote una siestecita?

El Juez puso los ojos en blanco y señaló el techo con el pulgar.

—Estaba en ello hasta que alguien reventó algo en la oficina y me jodieron el sueño —respondió echando un rápido vistazo a la pareja, fijándose disimuladamente en Keily cuando se tensó e incluso se sonrojó un poco al escuchar sus palabras—. Así que hemos optado por salir a comer algo.

—Pizza —respondió Dryah, sonriéndoles desde el suelo al tiempo que levantaba lo que parecía ser un pendiente hacia su marido—. Lo encontré.

Shayler le tendió la mano para ayudarla a levantarse.

—Hola Jaek —lo saludó ella y después se volvió hacia Keily con una sonrisa—. Me alegra ver que ya estás de pie, Keily.

Ella se quedó un poco cortada sin saber exactamente qué decir, la muchacha se le hacía conocida pero no estaba segura de haberla visto antes.

—Eh… Gracias.

Jaek se volvió hacia su acompañante.

—Ella estaba con nosotros cuando te encontré en el callejón —le explicó Jaek—. Y me echó una mano con tus heridas.

Ella asintió y le dedicó una tímida sonrisa a la chica.

—Gracias.

Dryah negó con la cabeza.

—Es lo menos que podía hacer —correspondió la chica mientras se ponía el pendiente—. ¿También vais a salir?

Jaek indicó la puerta con un gesto de la barbilla.

—Se nos pasó la hora de la comida, así que, íbamos a comer algo —respondió indicando a su compañera—. Pizza también.

—¡Ajá! —exclamó Dryah volviéndose hacia Shayler al tiempo que presionaba su dedo índice en el pecho del Juez—. Lo ves, no soy la única a la que le gusta la pizza.

Él sonrió en respuesta y le acarició la mejilla.

—Bonita, si te dejase desayunarías, comerías, merendarías y cenarías pizza —le recordó con diversión—. Eso va un poquito más allá del simple "gustar".

Dryah puso los ojos en blanco y se volvió hacia Keily, solo para vacilar y mirar a Jaek y finalmente a Shayler.

—Eh... um…

Jaek sonrió, al igual que Shayler ante la vacilación de la chica.

—¿Pizza para cuatro? —se adelantó Jaek mirando a Dryah, haciendo la sugerencia por ella, quien sonrió agradecida volviéndose hacia Keily.

—¿Te apetece? —preguntó la pequeña rubia, sorprendiendo a la muchacha.

Keily sonrió ante la vacilación de la chica. Había algo en la manera de actuar que le recordaba bastante a ella misma.

—Sí, por qué no —aceptó volviéndose hacia Jaek.

—Pizza para cuatro, pues —respondió Shayler encabezando la marcha con Dryah a su lado.

Los cuatro se reunieron en el local y disfrutaron de una agradable comida, ambos hombres estaban sorprendidos ante la facilidad con que las dos chicas trabaron amistad. Jaek sabía que a Keily le costaba relacionarse, era precavida y tendía a poner un muro de defensa a su alrededor hasta que perdía el recelo y el miedo y se permitía ser ella misma. Dryah por otro lado, bueno, la pequeña *Libre Albedrío* había despertado hacía poco más de año y medio, su adaptación al mundo que la rodeaba había sido en realidad más una aventura que otra cosa, su desconfianza era natural y no era que la culpara, no cuando lo primero que había encontrado tras su despertar era una sentencia de muerte pendiendo sobre su cabeza. Shayler había empezado a preocuparse últimamente de que ella no tuviese amigas con las que hablar o compartir cosas de chicas. Desde que Nyxx había encontrado a su compañera, el *Cazador de Almas* no había dudado en introducirlas, pero aunque parecían llevarse bien, el ritmo de Dryah era otro, no tenía la picardía ni la experiencia de una mujer que había vivido y trabajado en pleno siglo veintiuno. Verla tan abierta con Keily era algo realmente bueno.

—Tú también… bueno… ya sabes —murmuró Keily bajando la voz y acercándose a Dryah en confidencia por encima de la mesa—. ¿Eres como ellos?

Ella sonrió y asintió mirando a su compañero.

—Sí —asintió—. Soy su consorte y el nuevo *Oráculo*.

—¿Nueva? —preguntó Keily frunciendo el ceño—. ¿Qué pasó con la anterior?

Los chicos se miraron entre ellos y luego a ellas dos.

—Se retiró —respondió Shayler restándole importancia.

Dryah lo miró, pero no dijo nada, se limitó a cambiar de tema.

—¿Qué tal lo llevas? ¿Te estás adaptando? —se interesó la rubia—. Sé que al principio

puede ser difícil, sobre todo cuando no tienes idea de la extensión de tu poder o lo que puedes hacer.

Keily esbozó una irónica sonrisa al responder.

—Bueno, creo que la culpa de la explosión en la oficina fue mía —dijo mirando a Shayler con expresión culpable—. Siento haberte despertado.

Él la miró con cierto interés.

—Lo suponía —aceptó sin muchas vueltas—. Había una concentración de poder desconocida, pero ¿qué fue exactamente lo que pasó?

—Hice estallar uno de los monitores de la sala de ordenadores del tío ese rubio, el que parece un luchador de Smash Down de la WWA, Lyon —dijo haciendo una mueca, antes de añadir en voz baja—. Ni que decir que le tenía mucho apego al cacharro.

Jaek removió su taza de café al tiempo que añadía.

—Pero sin duda, lo más interesante es que es capaz de captar algunos pensamientos, humanos e inmortales por igual —comentó Jaek mirándola a ella y luego a Shayler—. Y ve la verdad en ellos.

Shayler frunció el ceño y la miró a ella.

—¿A voluntad?

Jaek negó con la cabeza.

—No lo creo —aceptó dubitativo—. Ha podido leer fácilmente a un mortal, el imbécil que dirige el Museo Metropolitano y captó algo en Lyon, pero creo que necesita una brecha en nuestras defensas o que proyectemos nuestros pensamientos.

—¿A ti es capaz de leerte? —preguntó Dryah atrayendo la atención de los demás.

Jaek volvió la mirada hacia Keily y ella negó con la cabeza.

—No.

—Es decir, que tiene que pillarte con la guardia baja —aceptó Shayler y se quedó pensativo mirando a la chica—. ¿Te importa si hacemos una prueba, Keily?

Ella miró a Jaek y a Dryah, obviamente estaba nerviosa. Finalmente asintió.

—No sé si podré hacer algo, ni siquiera sé cómo funciona —aceptó en un hilillo de voz.

—No te preocupes —le sonrió Shayler y se volvió a su mujer—. Dryah, hazlo tú, déjalo caer suavemente, no le pongas trabas, veamos si es capaz de escucharte.

—Empiezo a sentirme como un animal de laboratorio —murmuró tratando de hacer un chiste, pero había verdadera pena en su voz.

"No es su intención hacerte sentir incómoda, él es empático y las emociones son mucho más crudas que los pensamientos. Solo quiere ver el alcance que tienes y el dominio que posees sobre ello".

Keily se volvió hacia Dryah cuando oyó claramente su voz en su mente, entonces se volvió hacia Shayler, sorprendida.

—¿Empatía? Eso es como sentir lo que sienten los demás, ¿no?

Shayler miró a Dryah quien asintió con una sonrisa y se volvió hacia Keily.

—Sí, algo así —aceptó y echó un vistazo a su alrededor, mirando a las personas que se sentaban al igual que ellos en la terraza del restaurante—. ¿Has escuchado alguna cosa de la gente que te rodea?

Keily echó un vistazo a su alrededor, entonces se volvió hacia la camarera que los había atendido inicialmente y que ahora estaba tomando nota en otra mesa.

—Desde que llegamos, solo escuché un momento a la camarera que nos atendió —comentó ella y señaló a la chica en cuestión con un movimiento de la barbilla—. Le llamasteis la

atención… em… bueno… sé que me entendéis… y también se interesó por el cabello rubio de Dryah, se estaba preguntando si era de peluquería y si llevaba extensiones.

—¿Extensiones? —repitió Dryah cogiendo un mechón de su pelo y estirándolo—. No, es natural, el color también.

Keily sonrió ante la inesperada respuesta de la chica y miró a su marido.

—¿Es suficiente?

Shayler asintió y se echó atrás en la silla, entonces proyectó su pensamiento a propósito.

"Todo lo que necesitaba saber, gracias, guapa".

Keily dio un respingo al escuchar la voz de Shayler en su interior, su voz era mucho más suave y poderosa en esa forma, que cuando utilizaba las palabras.

—Lo siento —se disculpó él con una sonrisa—. Verás Keily, las voces de las personas en las que te concentres, o las que estén más cerca de ti, será de lo que tengas que aprender a protegerte. Ahora mismo, es selectivo, como te ocurrió con la camarera, imagino que si estás distraída tu mente se concentra en otras cosas y lo bloquea, pero poco a poco tu poder irá creciendo, desarrollándose y vas a necesitar protegerte de la cantidad de voces que empezarán a colarse en tu cabeza, porque llegará el momento en que oigas tantas que serás incapaz de oírte a ti misma.

Ella tragó saliva y se volvió hacia Jaek con cierto temor coloreando sus ojos.

—¿Cómo se supone que podré… protegerme de eso?

Shayler buscó la manera más fácil de explicárselo.

—Cada uno de nosotros tenemos cierto poder interior —explicó el Juez inclinándose sobre la mesa—, solemos utilizar ese mismo poder como una "contención". Cuando lo necesitamos, es como si visualizaras en tu mente una especie de neblina, o haz de luz, algo que escude esta parte de ti que necesitas mantener en privado.

Ella asintió lentamente.

—Algo así como construir un muro de contención.

—Sí, así es.

—Eso creo que lo entiendo —aceptó, entonces se animó a preguntar—. Pero ¿y qué pasa con lo otro? ¿Es lo mismo? Quiero decir, ¿basta con que visualice una manera de bloquearlo? Porque si vuelven a meterme mano para detenerme, juro que voy a empezar a llevar un espray de pimienta en el bolso…

—¿Perdón? —preguntó Shayler un poco sorprendido ante aquella repentina declaración de la muchacha. Podía sentir la indignación en las palabras de ella, así como notó la rápida reacción de Jaek, quien se tensó antes de sisear.

—A tu hermano hay que cortarle las manos —masculló Jaek, sorprendiendo a la pareja tanto por su respuesta como por el tono de su voz.

Shayler detuvo el vaso de refresco que estaba a punto de llevarse a los labios, en su mirada lucía una absoluta sorpresa.

—Me estás vacilando, ¿no? —preguntó con absoluta convicción.

La mirada de Jaek fue suficiente respuesta para el Juez.

—¿John?

—¿Tienes otro hermano que no sea ese cabrón hijo de puta? —respondió el Guardián, el borde afilado en su voz era imposible no notarlo.

Él negó con la cabeza, incapaz de encontrar las palabras. Su mirada fue de Jaek a su compañera, quien lucía un bonito sonrojo.

—Joder… em… lo siento —murmuró Shayler sin estar muy seguro de qué decir—. A ver,

es que me cuesta creerlo… y no digo que no haya ocurrido, es solo qué… Joder, él es el sensato.

—Pues su jodida sensatez le llevó a meterme mano —masculló Keily enfurruñada y algo avergonzada. ¿Por qué tenían que hablar de eso? No era lo que ella había estado preguntando—. De hecho, debería ser culpa suya que haya explotado el maldito monitor.

—Esto se está poniendo cada vez mejor —sonrió Shayler mirando entonces a su amigo—, detalles, quiero detalles.

Jaek parecía sentir cierta predilección aquella tarde en fulminar a la gente con la mirada, por lo que pudo comprobar Shayler.

—Juez… —lo previno con una obvia advertencia, algo que no era propio de él.

Shayler esbozó una amplia sonrisa y echó una rápida mirada a la muchacha sentada junto a Jaek.

—Tenías razón, cariño —le comentó a su esposa—, teníamos que haber ido a ver lo que ocurría.

—A buenas horas me escuchas —suspiró ella, entonces se volvió hacia Keily—. ¿Qué ocurrió exactamente? ¿Podrías explicarlo?

—¿Quieres saber cómo me han metido mano? —respondió la muchacha con ironía.

Ella negó con la cabeza y sonrió.

—No gracias —negó—, puedo vivir sin esa imagen en mi mente. ¿Qué ocurrió exactamente para que perdieras el control de tal cantidad de poder?

Keily vaciló.

—No estoy segura, es solo… Me estaban poniendo nerviosa, empezó a faltarme la respiración y cuando me di cuenta había algo que no iba bien, no me sentía cómoda en mi propia piel, era como si la sangre se calentara en mis venas… No sé explicarlo mejor.

Dryah asintió comprensiva.

—Calor corriendo por tus venas, presión interior que va en aumento y que parece imposible que se detenga, una profunda angustia que no te abandona, es como si tu cuerpo estuviese atado, restringido y no puedes encontrar la válvula que deje escapar el aire.

Keily asintió lentamente, sin poder apartar la mirada de ella, Dryah había puesto en palabras lo que había sentido.

—Sí… así es… ¿Cómo? —preguntó.

—Dryah también tuvo problemas al principio para lograr controlar su poder —respondió Shayler buscando la mano de su compañera para enlazarla con la suya—, el detonante eran también las emociones, ¿verdad?

Ella asintió.

—Menos mal que no se te ocurrió la brillante idea de tu hermano.

—Sinceramente, no se me pasó por la cabeza —aceptó frotándose la barbilla—. Al menos no para detenerte.

Ella puso los ojos en blanco.

—En el caso de Keily, además se le ponen los ojos dorados, exhibiendo su nuevo derecho de nacimiento —continuó Jaek—, aunque no estoy seguro hasta donde llegaría y qué niveles alcanzaría.

Shayler se interesó.

—¿El vuestro?

Jaek ladeó la cabeza de manera vacilante.

—No podría asegurarlo.

—Entiendo.

Keily sacudió la cabeza, su mirada yendo de uno al otro.

—Pues yo no, ¿me lo explicáis?

Shayler asintió.

—Te lo pondré fácil. O aprendes a contener y esgrimir ese poder, o podrías conseguir tranquilamente de aquí a un tiempo volar toda una ciudad con un solo chasqueo de tus dedos. No tienes la raíz materna que compartimos Dryah y yo y que nos vincula con el Universo, pero Maat es una diosa elemental. Así que… si como suponemos has heredado parte de su poder, en manos inexpertas podrías ser una verdadera bomba atómica.

Keily frunció el ceño.

—¿Y dices que este poder está por debajo del vuestro? —preguntó mirando de uno a otro.

Ellos asintieron y ella los miró con ironía.

—Entonces si consideras que yo podría cargarme una ciudad entera, ¿qué se supone que haríais vosotros en un mal día?

Shayler y Jaek se miraron durante un instante, y sin dudar en su respuesta, dijeron:

—El fin del Universo.

Keily no respondió, no podía, de repente las palabras del Juez se habían llevado todo el oxígeno del lugar dejándola, boqueando como un pez. Dryah no tardó en reaccionar, adelantándole su botella de agua mineral y entregársela.

—Ten, bebe, despacio —le sugirió antes de volverse y fulminar con la mirada a los dos hombres—. Sois únicos dando noticias, Guardianes.

Shayler alzó las manos en defensa propia.

—Ella preguntó, bonita.

Dryah sacudió la cabeza haciendo volar su largo pelo rubio y se volvió de nuevo hacia la chica.

—Ignórales —le sugirió al tiempo que se apartaba el pelo por encima del hombro—. Tienden al fatalismo cuando se trata de hablar de este tipo de cosas.

Ella la miró agradecida antes de dar un sorbo al agua de la botella.

Shayler al mismo tiempo contempló como Jaek se inclinaba sobre ella, atendiéndola y preocupándose por la mujer. La atención aunque disimulada y las miradas que se habían cruzado durante las últimas tres horas que llevaban los cuatro juntos, hablaba de algo más que una simple dedicación por deber.

—¿Podrás con ello? —le preguntó entonces.

El Guardián asintió y levantó su mano tatuada ligeramente para recordarle que había hecho un juramento y que la muchacha era cosa suya.

Él no pudo sino sonreír disimuladamente antes de recordarle.

—Ten cuidado, Jaek, algunos empezamos así y mira como hemos terminado —le respondió alzando su propia mano tatuada.

Jaek arqueó una ceja ante tal respuesta.

—¿Qué quieres decirme con eso?

Shayler se encogió de hombros con indiferencia, pero sus ojos al igual que sus palabras hablaban de otras cosas.

—Nada —respondió con un ligero encogimiento de hombros—. No quiero decir nada en absoluto.

Jaek entrecerró los ojos haciendo que su compañero se riera.

—Ay, amigo, ¿todavía no sabes que la mejor parte del juego es saber arriesgar?

Jaek no respondió, no podía. Sabía perfectamente a qué se estaba refiriendo él, pero no

estaba seguro de que pudiese pasar por la misma prueba, no si el arriesgar significaba perder todo lo que le había costado conseguir hasta el momento.

—En fin —continuó Shayler volviéndose hacia Dryah, quien lo miró con sus suaves cejas rubias arqueadas—. ¿Seguimos, amorcito?

Dryah puso los ojos en blanco.

—Sí, será mejor —aceptó poniéndose ya en pie—. Lo siento, he prometido ayudar a Lluvia a elegir unas cosas para la nueva casa.

—Yo tengo que acercarme hasta el local, el lunes habrá que abrir de nuevo —aceptó Jaek levantándose también.

—¿Necesitas ayuda? —sugirió Shayler.

Él negó con la cabeza.

—No creo, pero si llegase a ello, te llamaré —aceptó tendiéndole la mano.

Shayler asintió y se la estrechó antes de darle una palmada en la espalda.

Keily se levantó también solo para conseguir de manos de Dryah un pequeño colgante de móvil hecho a base de abalorios.

—Tengo mucho tiempo libre —respondió la rubia con una sonrisa, entonces le dio un papel con un número escrito—. Éste es mi número de teléfono. Aunque imagino que nos veremos por el edificio o la oficina, si algún día te apetece salir a pasear o lo que sea…

Keily sonrió agradecida y abrazó a la muchacha con cariño.

—Gracias —aceptó y movió el colgante—. Me encantan estas cositas, de verdad.

Dryah sonrió y se volvió a Jaek.

—Pórtate bien —le susurró el Guardián al oído mientras la abrazaba.

Ella sonrió y le susurró a cambio.

—Y tú disfruta de la nueva oportunidad que se te ofrece, no lo pienses más.

El hombre soltó a la muchacha con disimulada sorpresa, asintiendo.

—Gracias.

—Nos vemos —aceptó Shayler despidiéndose de la chica y de su compañero.

La pareja se quedó mirando cómo se marchaban hasta que por fin Jaek se volvió hacia Keily.

—Tengo que acercarme al local, ¿quieres que te lleve al apartamento? —sugirió.

Ella negó con la cabeza.

—Si no te importa, me gustaría ir.

Jaek asintió.

—Vamos entonces.

CAPÍTULO 13

A Keily no podía si no resultarle extraño volver a estar en el piano bar, especialmente cuando estaba cerrado, las sillas levantadas y colocadas sobre las mesas y la ausencia de las luces de las pequeñas velas en agua que solían dar el ambiente místico y romántico hacían que el local se viese más solitario de lo que era en realidad. Jaek se había trasladado detrás de la barra para encender el panel de las luces, dotándolo de un poco de vida, mientras la música de la radio sonaba desde los altavoces ubicados en la pared a ambos lados del amplio espejo que devolvía la imagen de las botellas allí expuestas. No dejaba de sorprenderle como un hombre como él podía moverse con tanta agilidad, como si fluyera en un ambiente como aquel, su elegancia natural. El atuendo que solía vestir no era el típico de un barman y, sin embargo, en él y detrás de aquella barra no podía si no verse sensacional.

—¿Qué te ha llevado a abrir un local como este? —se encontró preguntándole antes de que pudiera poner freno a su curiosidad—. Quiero decir, no es como si fueses un empresario cualquiera, después de todo… ¿No?

Jaek esbozó una ligera sonrisa, obviamente divertido por las suposiciones de ella.

—¿No te parezco un empresario cualquiera?

Keily lo miró de arriba abajo y negó con la cabeza.

—No —aceptó rotundamente.

Jaek no pudo evitar reír en voz baja ante su sinceridad.

—Cuanta sinceridad —murmuró volviéndose hacia una de las puertas de acero inoxidable en la parte de abajo del mueble detrás de él para sacar una cerveza y volverse entonces a ella—. ¿Lo de siempre?

Keily abrió la boca para responder, pero volvió a cerrarla y asintió lentamente con un ligero sonrojo. No se le había ocurrido pensar que él recordara sus gustos.

—Lo que quería decir —continuó con más suavidad—, es que eres un inmortal, un Guardián Universal e imagino que eso debe dejarte más bien poco tiempo para esto, ¿no?

Jaek dejó su cerveza a un lado y descorchó el refresco de ella al tiempo que le ponía un vaso.

—No nos pasamos toda la vida con el dedo en el gatillo —aseguró procediendo a quitarle la chapa a su cerveza—. El local tiene cinco años, le compré el subterráneo y el primer piso al dueño anterior, en realidad, iba a ser un almacén, pero entonces apareció él.

Keily se volvió hacia donde miraba Jaek, hacia el piano que descansaba a un lado del estrado.

—¿El piano?

Jaek asintió llevándose la cerveza a los labios para beber directamente de la botella.

—Lo vi en el escaparate de una tienda de antigüedades y lo siguiente que supe es que había entrado, lo había comprado y tenía que buscar algún lugar donde meterlo.

Keily se quedó mirando el piano durante un instante, recordando la vez en la que lo había visto tocar, la misma noche en la que se habían conocido.

—Tocas muy bien —murmuró volviéndose hacia él—, aunque no pareces la clase de hombre al que le guste sobresalir.

Jaek se encogió lentamente de hombros.

—Valoro mi propia privacidad —aceptó con ligereza—, no me gusta ser el centro de atención. Aquí, sin embargo, me siento bien.

Ella asintió.

—Entiendo lo que quieres decir —murmuró en respuesta—. Siempre me he sentido bien entre cosas viejas.

Él arqueó una ceja con cierta diversión ante tal respuesta, haciendo que ella se sonrojase y empezase a balbucear.

—Oh, lo que quiero decir es… bueno… oh, diablos… No lo decía por ti —masculló sonrojada.

Ocultó su sonrisa tras la botella de cerveza.

—Yo no he dicho nada —dijo dando un nuevo trago.

Ella negó con la cabeza.

—Me refería a las antigüedades, a los objetos —explicó con un mohín—. Esas cosas viejas.

Suspiró entonces y tomó el vaso y el refresco para servirse.

—Disfruté mucho de las prácticas que hice en el Museo de Historia Natural —comentó con un suspiro dejando el bote de refresco sobre la superficie de la barra mientras se llevaba el vaso a los labios y probaba un sorbo—, pero cuando llegué al MET, fue como encontrar por fin mi lugar.

Jaek se apoyó en la barra, contemplándola.

—¿Llevabas mucho tiempo trabajando en el Museo Metropolitano?

Keily se volvió hacia él.

—Tres años —respondió con un suspiro—, en dos meses más, haría tres años y medio, pero me temo que ahora ya no va a poder ser.

Ella suspiró y tomó otro sorbo de su refresco.

—El lunes tendré que ir a verle la cara a ese imbécil —murmuró haciendo una mueca—. Como no me pague cada centavo que me debe, le daré con algo en la cabeza, preferiblemente una de las malditas vasijas que tanto le preocupaban para la Exposición. —Echó la cabeza hacia atrás con resignación, contemplando el techo durante unos instantes antes de añadir—. Joder, me he quedado sin trabajo, va a costarme lo indecible encontrar algo nuevo y tengo facturas por pagar y ahora esto… Si las alas eran un problema… el hacer explotar cosas… ¿Crees que querrían contratarme en minería o demoliciones?

Él sonrió y sacudió la cabeza.

—Míralo como las vacaciones que hacía tiempo no te tomabas.

Ella hizo una mueca.

—Por lo general la gente vuelve al trabajo después de las vacaciones, algo que yo no voy a poder hacer —resopló y lo señaló con un gesto de la mano—. Tú lo tienes fácil, has tenido años y años para amasar dinero. Tienes un piso propio en el otro extremo de la ciudad, un apartamento en una de las mejores zonas de Manhattan y regentas un local que te genera ciertos ingresos y, ¿qué es lo que tengo yo? Apenas puedo pagar el alquiler del piso en el que vivo, tengo facturas pendientes y hasta esta mañana, tenía un trabajo. Ahora mi vida se ha vuelto patas arriba, me han crecido alas y exploto televisores. Demonios, mi vida es deprimente.

—La vida antes o después siempre cambia, Keily.

Lo miró con cara de resignación.

—No tanto como ha cambiado la mía, Jaek —respondió con un mohín—. La mía ha

pasado de ser deprimente a convertirse en una completa locura.

Él dejó escapar un breve bufido.

—Bienvenida a mi mundo —se encogió de hombros, pero en su tono de voz podía apreciarse la ironía.

Ella sacudió la cabeza y se llevó de nuevo el refresco a los labios, solo para oír la melodía que había puesto a su recuperado teléfono sonando en el interior de su bolso. Frunciendo el ceño, miró a Jaek quien se limitó a devolverle la mirada.

—¿Crees que puede ser de la comisaría? —preguntó con gesto preocupado.

Él se encogió de hombros.

—No lo creo probable —negó, entonces señaló el bolso de la chica que descansaba a un lado de la barra con un movimiento de la barbilla—. ¿Podría ser de alguno de tus compañeros del Museo?

Keily frunció aún más el ceño.

—No lo creo —murmuró antes de echar mano a su bolso, descorrer la cremallera y sacar de su interior la funda roja con flores blancas en la que llevaba su teléfono, el único capricho que se había dado las navidades pasadas. Le había gustado porque era táctil, pero tenía que reconocer que no sabía para que servían la mayoría de las funciones. Extrajo el teléfono de su funda y se quedó mirando durante un instante el número de teléfono que reflejaba y que no le resultaba conocido—. No sé quién es, pero juraría que no es de aquí.

Jaek echó un vistazo cuando ella se lo tendió y asintió.

—Es una llamada internacional —le respondió devolviéndole el teléfono—. ¿Algún conocido que esté fuera del país?

Keily asintió lentamente mirando el número mientras el teléfono seguía sonando.

—¿Quieres que atienda yo?

Ella negó con la cabeza y suspiró profundamente antes de responder a la llamada y llevarse el teléfono al oído.

—Creo que sé quién es —respondió al tiempo que decía—. ¿Sí?

Jaek vio como Keily ponía los ojos en blanco y soltaba un fuerte resoplido antes de volverse hacia él y gesticular con los labios la palabra “el diablo”, cuando oyó su voz, podía asegurar que jamás había oído tal tono irónico y despreciativo en la voz femenina.

—No, sigo viva… No, no, nunca —respondió al teléfono mientras se miraba las uñas y al instante siguiente hizo rodar sus ojos—. Mira, Fab, ambos sabemos que tu única preocupación es que yo la diñe y tú no heredes ni el gato, así que, deja que te de una buenísima noticia… He decidido que no voy a morirme, nunca. Así que olvídate de mí de una jodida vez. No hay más préstamos, no hay más aplazamientos y me da lo mismo lo que haga ese cabrón hijo de puta, soy mayor de edad y sabe que si se acerca a más de siete metros de mí, le meteré el cañón de la escopeta por el culo y dispararé toda la munición —hubo un momento de silencio después de tan colorida amenaza, tras el que Keily continuó—. Te lo diré de otra manera, para que me entiendas, hermanito: *Testicoli si friggere in olio se ancora mi chiami*. *¿Capito?*

¿Freírle los testículos en aceite si volvía a llamarla? Jaek no pudo si no esbozar una divertida sonrisa ante la amenaza en italiano que había dirigido Keily a su interlocutor.

—*Addio*, Fabricio —masculló ella antes de presionar la tecla de colgar y proceder a meter aquel número como no admitido.

—¿Siempre te llevas tan bien con tus hermanos?

Keily le dedicó una mirada fulminante que sorprendió a Jaek por su intensidad y el dolor que había en la misma.

—*Mio fratellastro, una lumaca, se me chiedete* —respondió en un claro y perfecto italiano, antes de alzar nuevamente la mirada y negar con la cabeza—. Lo siento, decía…

—Que es tu hermanastro, una babosa —aceptó Jaek con un ligero asentimiento—. ¿Dónde aprendiste a hablar italiano? Pareces una nativa.

Ella puso los ojos en blanco y asintió.

—Pasé gran parte de mi adolescencia en Roma —respondió con un ligero encogimiento de hombros—. Mi padre murió cuando tenía catorce años y la zorra de Cristine volvió a casarse con Fabio, el cual estaba divorciado y tenía un hijo tres años mayor que yo, Fabricio. Cristine me echó de casa con diecisiete años, después de que acusara al cabrón de su nuevo marido a la policía por intento de violación, así que pedí la emancipación y regresé a los Estados Unidos. Volví a tener contacto con mi hermanastro hace cosa de dos años, cuando me llamó para decirme que mi madre había muerto y aprovechar la llamada para pedirme dinero. —Keily se giró para mirar a Jaek—. Soy estúpida, se lo dejé.

Jaek no dijo nada, el rencor que oyó en su voz hablaba de un profundo odio, cicatrices que incluso después de tanto tiempo no habían curado del todo.

—Le ha emocionado saber que no me han hecho picadillo —agregó antes de tomar su vaso y terminarse el refresco de golpe—. En fin… Ellos son agua pasada y yo estoy aquí y ahora y me queda una larga vida por delante gracias a esa maldita diosa.

Haciendo rotar sus hombros, se levantó del taburete en el que estaba sentada y echó un vistazo alrededor del solitario y vacío local.

—Quizás podría echarte una mano en el bar —comentó entonces volviéndose hacia él—. He trabajado antes como camarera para poder costearme la universidad.

Jaek la miró desde los pies a la cabeza, admirando el voluptuoso cuerpo femenino moldeado por la blusa y la falda que se pegaba a sus caderas y marcaba su bonito trasero.

—Estoy seguro que te has fijado que no hay camareros en este local —le recordó sacudiendo la cabeza ligeramente.

Ella ladeó la cabeza y se llevó las manos a la cadera antes de girar sobre sí misma y recorrer el espacio que separaba la barra del piano.

—Siempre puedes hacerme una prueba —aseguró con un ligero encogimiento de hombros mientras sus dedos acariciaban la superficie suave y lisa del piano—. Una sola noche, si te gusta como trabajo, me contratas… si no… pues me quedaré quieta en un rincón y no te molestaré.

Jaek dejó escapar un pequeño bufido y cogió su cerveza para ir a reunirse con ella.

—No estoy poniendo en duda tus capacidades, Keily, es solo que hasta el momento las cosas han ido muy bien como están —aceptó saliendo de detrás de la barra, sus movimientos eran fluidos, casi felinos mientras se acercaba a ella—. Lo único que debería preocuparte a partir de ahora es aprender a dominar el poder que hay dormido en tu interior y que puede manifestarse cuando menos lo esperas, como ya has visto.

Ella suspiró y rodeó el piano, para sentarse en la banqueta, la tapa que cubría el teclado estaba echada.

—¿Dónde aprendiste a tocar? —preguntó entonces alzando la mirada hacia él, sus manos acariciando el diseño dibujado en la parte superior de la cubierta; unos motivos celtas.

Jaek no podía decir que le parecía más hermoso en aquellos momentos, si el piano que tanto amaba o la sensual mujer que se sentaba de manera recatada y cohibida en la banqueta. Keily era un cúmulo de contradicciones, en un momento podía parecer la más inocente de las mujeres y al siguiente, su mirada y sus palabras eran las de una cínica y hastiada mujer cansada de la vida. Ambas caras de aquella moneda le estaban resultando cada vez más atractivas.

—Aquí y allá —comentó con un ligero encogimiento de hombros antes de dejar su cerveza sobre la esquina de la barra e ir a sentarse junto a ella. Entonces levantó la tapa que cubría las teclas blancas y negras del piano—. Siempre me ha gustado la música, con él, fue amor a primera vista. Como te dije, estaba en el escaparate de un anticuario, no sé cómo ni por qué, pero cuando quise darme cuenta estaba sentado ante él, arrancándole unas vacilantes notas.

Ella siguió con la mirada las manos del hombre, manos de dedos largos, pero manos toscas, más adecuadas en alguien que trabaja con ellas y no de un artista.

—Solo puedo suponer que es parte de mis habilidades como Guardián, pues nunca antes había tocado el piano —aseguró inclinándose hacia delante para acariciar las teclas y arrancarles unas notas.

Keily alzó la mirada de sus manos hacia él y preguntó en voz baja.

—¿Puedes tocar de memoria o necesitas partitura?

Jaek se encogió de hombros, elaborando una escala sobre las teclas.

—De las dos maneras —respondió sin más.

Keily vaciló, algo que le sorprendió a ella misma. Hasta el momento había sido totalmente abierta con este hombre, más allá de lo que lo había sido con ninguno, incluso se había atrevido a dejar claras sus intenciones y a pedir que dejara claras las suyas.

“No debería estar haciendo esto, pero me atrae como una sirena… La deseo.”

Keily parpadeó al oír la voz de Jaek en su mente y se sonrojó, su mirada volvió lentamente hacia él, pero el Guardián parecía estar concentrado en el piano, elaborando algunas pruebas. ¿Lo había leído a él también, al igual que le había ocurrido con el otro Guardián, Lyon? Antes de poder emitir un juicio o aventurarse a preguntar, Jaek retiró las manos del teclado y se apoyó sobre la parte superior, su mirada vagando por el local.

—Habrá que bajar las sillas y dejar las lámparas colocadas en las mesas para dejarlo ya todo colocado para el próximo lunes —comentó palmeando suavemente la superficie del piano antes de hacer ademán de levantarse.

Antes de que pudiera refrenar el impulso, Keily lo retuvo cogiéndole por la tela de la camisa. El tirón no fue ni de lejos suficiente para detenerlo, pero su contacto pareció surtir el efecto deseado, pues lo vio detenerse, bajando la mirada hacia ella con una obvia pregunta en sus ojos. Lamiéndose los labios, bajó de nuevo la mirada hacia el piano antes de volver a mirarlo a él.

—¿Podrías… tocar algo, por favor? —pidió retirando la mano, su rostro volvía a contener la dulzura y timidez que lo sorprendía tan a menudo.

—¿Por qué?

Ella se sorprendió ante la pregunta, pero respondió con sinceridad.

—Porque nadie ha tocado nunca para mí —musitó con un ligero encogimiento de hombros, entonces negó con la cabeza y empezó a levantarse—. No importa, ha sido un impulso tonto. ¿Qué estabas diciendo de las mesas? Si empiezas por aquí, yo puedo empezar desde el fondo y…

Jaek la detuvo, repitiendo el mismo gesto que utilizó ella con él, entonces la soltó y respirando profundamente dejó que sus manos arrancaran la más hermosa de las melodías al piano. La melodía era suave, acompasada al principio, haciendo un crescendo al llegar al estribillo, aumentando el ritmo, y elevándolo hasta que Keily sintió que su cuerpo vibraba al mismo compás que su música.

“Dulce y cálida… arriesgada y desafiante… se parece tanto a la melodía del piano”.

Keily se sobresaltó al escuchar nuevamente su voz, pero sabía que él no era consciente de

que sus pensamientos habían quedado libres.

"Tengo que sacarla de mi sistema de la manera en que sea. Dioses, ella es demasiado buena para mí, es demasiado pura para alguien como yo".

Sus palabras la golpearon como una bola de cañón. ¿Demasiado buena para él? No podía estar hablando en serio, ella no era sino una don nadie con un pasado lleno de abandono y soledad.

"Aléjate de mí, Keily, solo mantente alejada de mí o no seré capaz de negarme a aquello que deseo".

Él la deseaba, realmente la deseaba al extremo de que quería evitarla a toda costa.

—No lo niegues.

Sus palabras fueron acompañadas de la mano femenina que se deslizó sobre las suyas, interrumpiendo su progresión. Sus ojos se encontraron con los de ella y no estuvo segura de si debía huir o arriesgarse a quemar todas sus naves. Sus dedos acariciaron la suave piel del dorso de su mano, bajo su contacto podía sentir la dureza y callosidad de estos, lo que le hacía preguntarse como un hombre como él podía tener esas manos curtidas y tocar el piano con tal delicadeza.

—No eres nada sensata, pequeña paloma —se encontró diciéndole, sus ojos azules buscando los suyos.

Keily miró su mano enorme sobre la de ella y sonrió de medio lado.

—Llevo siendo sensata toda mi vida —musitó con un ligero encogimiento de hombros—. Creo que ha sido tiempo más que suficiente.

Suspirando, Jaek enlazó sus dedos en los suyos y tiró de ella, alzándola para girarla y sentarla cruzada sobre su regazo. Sus ojos no se separaron ni un solo instante de los de ella.

—No me gustan las ataduras, Keily —murmuró siendo totalmente honesto con ella, la deseaba con tal intensidad que no estaba seguro si podría saciarse solo con tenerla—. No existen grilletes para mí.

Ella asintió lentamente, lamiéndose los labios con suavidad.

—No quiero que te confundas conmigo, nena, esto es lo único que estoy dispuesto a darte —insistió haciéndola notar la inequívoca erección que se rozaba contra su prieto trasero—. Aún estás a tiempo de dar marcha atrás y alejarte.

Keily tragó el nudo que empezaba a hacérsele en la garganta y asintió.

—Sin ataduras.

Jaek suspiró y contempló la decisión en sus ojos, en su rostro, en la sensación de su lujurioso cuerpo.

—Espero que realmente entiendas a que te estás arriesgando, Keily —le dijo atrayendo su boca a la de él—. Realmente, lo espero.

Maat dejó escapar un cansado suspiro mientras se estiraba sobre el cálido suelo de mármol de los baños, el calor se filtraba a través de las piedras entrando en su cuerpo, dejándola lánguida y maleable. La conversación que había tenido con aquella mujer la dejó más molesta incluso si cabía consigo misma, enfadándole que esa maldita perra hubiese sido capaz de utilizarla para llevar a cabo su pequeña vendetta con el Guardián Universal.

—Debería haberle cortado la cabeza y después meterla en una jaula de cristal llena de escorpiones —masculló dejándose ir.

—¿Remordimientos, mi querida? —sugirió Bastet a su lado. Ella ronroneaba bajo los expertos cuidados de uno de sus masajistas. Ambas mujeres se estaban dando el capricho de

mimarse en cuerpo y mente.

La diosa lo pensó durante un nanosegundo entonces negó con la cabeza.

—Nah —respondió dejando escapar un placentero suspiro—. El alma de esa chica estaba pidiendo a gritos una aventura, algo que sacudiera su mundo y ciertamente ese hombre es material de sacudidas y terremotos.

Bastet se giró, volviendo el rostro hacia ella, había detectado en su voz algo más.

—¿Por qué precisamente él? —preguntó entrecerrando sus felinos ojos—. No niego que es atractivo y mucho más sereno que sus compañeros de armas, pero ambas sabemos que no todo está bien en ese hombre.

La diosa abrió uno de sus ojos y sonrió con ironía.

—Juraría que la última vez que miré tenía todo lo que necesitaba, en el lugar correcto —se rio la mujer.

—Ya sabes a que me refiero.

Maat asintió y dejó escapar un profundo suspiro.

—Ha sido una petición.

Bastet se incorporó ligeramente, sorprendida por el tono en su voz.

—¿Una petición? ¿De quién?

La diosa se volvió de lado, sus turgentes y desnudos pechos coronados por unos endurecidos pezones, su piel canela impoluta moldeando un cuerpo divino.

—Zhalamira —respondió haciendo que un repentino silencio inundase la sala de baños del templo de Bastet. La diosa egipcia se incorporó hasta quedar sentada, su cuerpo desnudo exhibido orgullosamente.

—No es posible.

Maat esbozó una irónica sonrisa y miró a su hermana como si dijese, ¿en serio?

—Ya ves que sí lo es —respondió Maat—. Y con esto, queda zanjado cualquier deuda que hubiese o haya podido contraer con ellos, un único favor, nada más y nada menos.

Bastet se quedó pensativa durante un instante, su ceño fruncido.

—¿Qué interés podría tener ella en unir a uno de sus Guardianes con esa pequeña humana convertida en inmortal?

Maat negó con la cabeza haciendo volar algunos mechones de pelo que se habían escapado de su turbante.

—Se lo pregunté —aceptó con una mueca. Aquello era algo que no volvería a hacer en todo lo que le quedase de vida. La mirada inhumana y de crudo poder que había visto en aquellos ojos azul eterno, le habían helado el alma—. Y me arrepiento de haberlo hecho. Te prometo que nunca he sentido tanto frío en el alma como cuando me miró con aquellos malditos ojos.

Bastet no podía sino estar de acuerdo. Había visto a aquella mujer o lo que quiera que fuera aquel ser una única vez, y aquel encuentro había cambiado su vida por completo. Había hecho una promesa y hasta el día de hoy, y mientras viviera, la mantendría, nada ni nadie podría hacer que la diosa rompiese su palabra, él era demasiado importante para que lo hiciera.

—¿Te dio una respuesta?

Maat asintió.

—Sí —respondió con suavidad—. Aunque como siempre, sus respuestas no son lo que se dice comprensibles.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, dijo que había llegado el momento de devolverle aquello que le había quitado y que nunca había perdido —respondió Maat estremeciéndose—. De verdad, Bastet, esa mujer me

da escalofríos. Me maravilla como es que mi sobrino es capaz de entenderse con ellos.

Bastet se tomó su tiempo en responder.

—Es su destino —respondió la diosa con un ligero encogimiento de hombros, entonces recogió el pedazo de tela a su lado sobre el suelo y se lo enrolló alrededor del cuerpo mientras echaba a uno de sus hombres con un gesto de la mano—. Ellos siempre serán su destino.

Encontrarse tendida sobre la lisa superficie de un piano, sus amplias alas grises haciéndole de cama mientras se resbalaban hacia el suelo no era la forma en la que había esperado comenzar con aquella bendita iniciación.

—Empiezo a cansarme realmente de estas malditas alas —masculló con un suspiro de resignación—. ¿Es que nunca seré capaz de controlarlas?

Jaek le había remangado la falda por encima de los muslos, le había abierto la blusa mostrando el brocado del sujetador y el vientre desnudo, una visión que prometía ser la cosa más erótica que había visto en su extensa vida. El aderezo de aquella suave cubierta de plumas los había sorprendido a ambos cuando después de un tórrido beso los tatuajes en la espalda femenina destellaron y las alas se desplegaron en su lugar.

—Llegará el momento en que puedas hacerlo, Keily —aseguró hundiendo los dedos en el suave plumaje, arrancándole un inesperado jadeo a la muchacha—, hasta entonces, parece que surgirán para amenizar los momentos de deseo y sensualidad inherentes en tu piel.

Con una pícara sonrisa, deslizó sus manos por las suaves plumas hasta sus rodillas, separándolas, afianzando sus piernas contra la banqueta mientras se tomaba su tiempo contemplando el enfebrecido y apetitoso cuerpo femenino.

La camisa de él caía abierta a los lados dejando a la vista un impresionante pecho bronceado, fuertes pectorales, definidos abdominales y un elaborado tatuaje que discurría desde su corazón bajando por el costado hasta perderse en la cintura baja de los pantalones.

—¿Qué es? —preguntó ella acariciando con la yema de los dedos el diseño que bajaba desde su corazón, rodeando el pezón y discurriendo hacia el costado antes de acariciar la cadera y descender por un lado de la ingle al interior del pantalón—. Es precioso.

Jaek tragó ante la ardiente sensación que le provocaban los dedos femeninos sobre la piel. Instalado cómodamente entre sus piernas tras encaramarla sobre el piano, donde podía tener completo acceso al hermoso templo que era aquel cuerpo, se daba un tranquilo festín con sus labios, su cuello, la piel de su clavícula y los cremosos montículos de sus pechos. Sus manos atraparon los curiosos dedos y se los llevó a la boca, chupando y lamiendo uno a uno con premeditada lentitud, mientras intercalaba una caliente respuesta.

—Es… —Empezó a meterse un dedo en la boca, chupándolo bajo la atenta mirada de ella, la cual cada vez se oscurecía más con el deseo—, mi derecho… —continuó dejando el primer dedo para pasar al siguiente, lamiéndole la yema con pereza—, de nacimiento.

Ella jadeó ante la placentera y erótica sensación de su lengua jugueteando con sus dedos que hizo que se agitaran hasta las plumas de sus alas.

—¿Derecho de nacimiento?

Él dejó que se escurriese el último de los dedos de su boca y se inclinó sobre ella, lamiéndole los labios, provocándola con un beso fantasma una y otra vez, extrayendo pequeños jadeos femeninos de su boca.

—En el pueblo en el que nací, nos tatuaban al llegar a la pubertad para mostrar que éramos hombres y estábamos listos para hacer lo que se esperaba de nosotros en la lucha —respondió deslizando la boca por la columna del cuello femenino, mordisqueando aquí, lamiendo allá, hasta

detenerse en el hueco de su clavícula donde succionó con suavidad haciéndola estremecer.

Ella dejó escapar un pequeño jadeo cuando un ligero estremecimiento la recorrió de pies a cabeza, haciendo que se le curvaran incluso los dedos de los pies.

—¿Qué clase de pueblo haría eso a unos niños? —gimió empezando a perder el hilo de su mente ante las asombrosas sensaciones que él estaba obrando en su cuerpo.

—El mío —murmuró descendiendo en un sendero de besos hasta la uve de sus pechos, donde se detuvo a lamerla y mordisquear su blanda carne, bordeando la cenefa del sujetador con su lengua mientras los pezones se erguían orgullosos en una muda súplica de atención—. Sabes a té verde y nata… Deliciosa.

Su tono de voz había bajado una octava haciéndolo húmedo y oscuro, embriagador, hasta el punto que ella no sabía si pedirle más o que la dejara ir por miedo a sucumbir completamente bajo sus atenciones.

—Tú hueles a canela y manzana fresca —sonrió estirando las manos para acariciarle el pelo, el cuello, bajando desde los abultados músculos de sus hombros hasta sus brazos, que anclados a ambos lados de ella, sostenían todo su peso—. Me encanta ese aroma, me tranquiliza.

Jaek sonrió con la boca pegada a su ombligo antes de mordisquearla y hundir la lengua en el pequeño agujero, haciendo que se le contrajese el vientre espasmódicamente.

—Canela, ¿huh?

Ella sonrió y utilizó sus brazos para ayudarse a incorporarse de modo que pudiese traerlo de nuevo hacia arriba, a sus labios los cuales estaban secos sin sus besos.

—¿Un beso? —pidió ella, una mezcla de timidez mezclada con la más experta cortesana.

—Un beso —aceptó poseyendo su boca con experta pericia, succionando su aliento mientras la inclinaba sobre la plana superficie del piano, clavando su cada vez más intensa erección contra sus muslos haciéndola estremecer—. Tengo ganas de devorarte, saborearte lento y fácil, recorrer cada pedazo de piel con mi boca, dejarte tan mojada que pidas a gritos que te lleve al final una y otra vez, comprobar la sensibilidad de esas preciosas alas y ver si puedo hacerte gritar de nuevo con solo una caricia… Tengo hambre de ti.

Ella sonrió bajo sus labios y se separó un poquito para poder mirarle a los ojos, acariciándole el rostro, hundiendo sus manos en su pelo.

—Yo también tengo hambre de ti —aseguró, sus mejillas sonrosadas por los juegos preliminares y las explícitas frases de Jaek.

Él ladeó ligeramente el rostro y sopló sobre sus labios.

—Eres demasiado dulce, Keily. Tengo miedo de quebrarte, de borrar esa inocencia que veo en tus ojos —aseguró y ella pudo oír el temor en su voz.

Sus manos ahuecaron su rostro y negó con la cabeza.

—No vas a quebrarme, soy fuerte, soy para ti —le aseguró y sonrió tímidamente—, con alas y todo.

Jaek no podía si no agradecer a los cielos por el regalo que se le había presentado en la forma de aquella adorable hembra que vibraba entre sus brazos.

—No deberías haber dicho eso —le aseguró antes de poseer su boca con renovadas ganas, sus brazos se combaron dejando que el peso de su cuerpo lo cargaran sus muslos, apoyados en el borde del teclado desnudo, arrancando algunas notas discordes con sus movimientos. Sus manos aprovecharon la libertad para vagar por el cuerpo femenino, moldeando sus curvas, apretando sus pechos y atormentando sus pezones antes de deslizarse por su estómago y formar círculos en su ombligo con las yemas de los dedos. Continuó su descenso hasta la tela de la falda, bajando sobre ella, arrugándola, amontonándola sobre los cremosos y llenos muslos cubiertos por unas

medias de ligas, un fetiche que siempre le había parecido demasiado vulgar, pero que en esta mujer hacía que le hirviese la sangre.

Sus labios abandonaron su boca únicamente para atormentar su piel, mordisqueándola, devorándola tal y como le había prometido hasta tomar posesión de sus pechos. La primera caricia arrancó el aire de los pulmones de Keily. La primera succión hizo que sus manos se afianzaran en sus hombros y el suave pero firme tirón arqueó su espalda hasta entregarle el pecho para que se amamantara de él.

Ella era sensible, respondiendo a cada una de sus caricias con una pasión y apetencia que no hacía sino aumentar la suya. Jaek deslizó la mano por encima del encaje que formaba la parte superior de la liga, delineándolo con un dedo antes de rastrillar su piel con los dedos y ascender hacia el pedacito de tela que cubría el triángulo de vello entre sus piernas, moldeando la forma de su pubis, siguiendo la tela que cubría su sexo y se hundía entre sus nalgas.

—¿Una tanga? —murmuró entonces alzando la mirada hacia ella, su voz pura decadencia.

Keily se mordió el labio inferior, su mirada presa en la de él mientras sentía sus dedos explorándola sin llegar a penetrar donde más lo necesitaba.

—Jaek… por favor…

Sonriendo, deslizó uno de sus dedos entre las mejillas del culo femenino acariciado por las plumas de sus alas, enganchando la tela con un dedo para tirar ligeramente de ella, haciendo que ella diese un respingo.

—No seas malo…

—¿Malo yo? —respondió con una breve risa—. ¿Quién es la muchachita traviesa que lleva una ropa interior hecha para el pecado en el cuerpo de un ángel y que se viste como una niña buena?

Keily se lamió los labios e hizo un mohín.

—Yo no me visto como una niña buena… me visto… Oh, qué demonios, da igual como me vista, solo quítame la ropa —gimoteó alzando una de sus piernas, rozándose contra la erección masculina, haciéndolo sisear.

—Estás jugando con fuego, Kei —se las arregló para murmurar él al tiempo que tiraba con fuerza de su tanga, deslizándosela por las caderas, para finalmente bajar ambas manos y retirarlo por sus piernas. Una delicada tanga de color violeta a juego con el sostén que pedía a gritos ser arrancado a dentelladas.

Jaek enganchó la prenda en un dedo y la hizo girar, como si fuese un trofeo, antes de lanzarla por encima del hombro al suelo, entonces volvió a subir las manos acariciado sus rodillas, rodeando y amasando sus muslos hasta que sus pulgares coincidieron en la unión de estos, acariciando y extendiendo la humedad que ya corría bañando el interior de sus muslos.

—Mojada… caliente… perfecta —murmuró acariciándola suavemente, disfrutando de su respuesta—. ¿Estás lista para mí, paloma?

La respuesta de Keily fue jadear cuando él hundió sin previo aviso un dedo en su interior, probándola, tanteándola, antes de volver a sacarlo solo para volver a introducírselo en una calmada secuencia que estaba amenazando con volverla loca.

—Jaek… por… por favor…

Sonriendo, hundió un tentativo segundo dedo, lubricándola, preparándola para él. Su estrechez amenazaba con volverlo loco, deseaba como no había deseado jamás otra cosa hundirse entre sus piernas, arrancarse los malditos pantalones, liberar su sexo y hundir su polla profundamente en esa funda aterciopelada.

“Suave, Jaek. Suave… Ella no es una moza de taberna, ni una puta”.

No, ella se merecía seducción, juegos y adorar cada centímetro del lujurioso cuerpo que lo tentaba como el agua a un sediento. Se merecía ser amada sobre el pasto, con el cielo nocturno de su antigua patria como dosel de su lecho, no un simple revolcón. Ella se merecía más pero no podía dárselo… No se lo daría, no podía arriesgarse a perder aquello que le había costado tanto tiempo construir.

Se lo había dicho, había sido sincero con ella, esto era todo lo que podía ofrecerle, sexo, pasión, pero nada más.

—Ven a mí, pequeña paloma —susurró con su mano bien afianzada entre sus piernas, moviéndose sobre ella, lamiendo su piel desde el ombligo hasta los pechos, abriendo el broche delantero del sujetador, permitiendo que sus senos rebosaran las copas quedando totalmente expuestos a su hambrienta mirada—. Preciosa… Eres perfecta, Kei.

Su piel estaba salpicada de pecas doradas que aumentaban su atractivo, cubrían su rostro y bajaban por el valle de sus senos, salpicando su escote. Los pezones duros e hinchados por sus atenciones se alzaban orgullosos captando su mirada, llamándolo a cumplir con su deber, rogándoles atención, todo ello enmarcado en el más hermoso marco de plumas que la rodeaba. Gimiendo bajó la boca sobre uno de ellos, lavándolo con la lengua, saboreándolo para pasar a continuación al otro.

Keily se retorcía debajo de él, gimiendo y jadeando sin pudor, entregándose por completo al placer del cuerpo, complaciéndolo con pequeños ruiditos femeninos que aumentaban el placer masculino y su hambre.

—No… puedo… más… por… por favor… —la oyó susurrar entre jadeos.

Jaek se alzó sobre ella, contemplando su boca, sus ojos velados y el pelo revuelto y extendido encima del piano, una imagen tan sensual que quedó impresa a fuego en su retina. Los ojos marrones de ella suplicaban mientras le miraba.

—Por favor… Te necesito…

Ella jadeó cuando aquellos dedos invasores dejaron su interior. Se sentía abandonada, sola y necesitada, deseando desesperadamente que se uniera a ella, que la cubriera y arropara con su calor y presencia, pero sabía que no podía pedirle eso. Él había sido totalmente sincero con sus palabras, esto era lo que le había ofrecido, sexo, placer pero nada más, los compromisos no entraban en el paquete y así lo había aceptado.

—Jaek, por favor…

La camisa resbaló por sus hombros dejando su torso completamente desnudo abierto a su mirada y sus caricias, Keily asistió desde su posición al espectáculo de un hombre como él despojándose de las prendas que llevaba puestas. Si había pensado que vestido parecía un dios, la imagen que ofrecía ahora con toda aquella piel expuesta no se quedaba atrás. Una de sus manos voló al bolsillo trasero de su pantalón de dónde sacó la cartera de cuero marrón y de su interior un par de preservativos, lanzando la cartera tan descuidadamente como había lanzado antes la ropa interior. Se llevó una mano al botón de sus pantalones y lo desabotonó permitiendo que éste se deslizara por sus caderas, revelando una cintura estrecha, caderas bien formadas y unos muslos fuertes y lisos que iban en descenso al mejor par de piernas masculino que Keily hubiese visto.

Se lamió los labios hambrienta, jamás en su vida se había sentido tan hambrienta y necesitada de un hombre. El pequeño elástico negro que eran sus calzoncillos apenas podían contener la enorme erección masculina. ¡Este hombre era material de sueños húmedos!

—¿Me deseas, paloma?

Keily tuvo que mojarse los labios y tragar la saliva que inundaba su boca para poder

responder.

—¿Hace falta que lo preguntes?

Jaek se echó a reír y con un solo roce de sus dedos hizo algo a lo que Keily podría acostumbrarse sin enloquecer por una explicación. Sus calzoncillos desaparecieron dejando la pesada erección apuntando en alto, gruesa y hermosa. El tatuaje que había visto discurriendo por la cintura del pantalón encontró que seguía por el muslo izquierdo, rodeando buena parte de este antes de terminar un poco más arriba de la rodilla. Cuando sus ojos ascendieron de nuevo para encontrarse con los masculinos, vio una sombra de duda en las profundidades azules.

—No es tarde para que decidas dar marcha atrás —lo oyó decir nuevamente, sus labios moviéndose con una lentitud que hizo que por primera vez notase un extraño acento en su voz, pesado, oscuro y antiguo.

Reuniendo el coraje de algún lugar en el que quizás estuviese oculto en ella, se incorporó lentamente, permitiendo que su blusa resbalase de sus hombros hasta la superficie nacarada del piano, sus manos alcanzaron la cintura de su falda y soltó el botón, alzándose lentamente para deslizarla por sus caderas y con un golpe final de su pie lanzarla al suelo, dejándola totalmente desnuda a no ser por las medias que todavía cubrían sus muslos. Entonces le tendió la mano en una muda invitación.

Jaek rompió el envoltorio y se colocó rápidamente el preservativo, su mirada no abandonó la de ella en ningún momento hasta que tomó la mano que todavía se extendía hacia él y se la llevó a los labios, depositando un suave beso en su palma.

—Has firmado tu sentencia, Kei —le aseguró en un susurro.

Ella le acarició el rostro y bajó la mirada a su orgullosa erección antes de volver a mirarlo a los ojos, con un femenino temor en ellos.

—Hace tiempo que no hago esto… se suave, ¿vale?

Jaek se inclinó a besarle la punta de la nariz.

—Sí, mi señora.

Antes de que ella pudiera replanteárselo, o hacer más concesiones, poseyó su boca en un hambriento beso, imitando el movimiento que desde el principio de los tiempos había sido instaurado entre hombre y mujer. Inclinándose sobre ella la afianzó sobre el borde del piano, sus largas piernas envolviéndose alrededor de sus caderas mientras se posicionaba en la húmeda entrada. Sus brazos se envolvieron alrededor del cuello y su cuerpo entero empezó a relajarse bajo el asalto de su beso, permitiéndole un acceso fácil, pulgada a pulgada, instalándose en su interior, abriéndola, estirándola suavemente hasta que acomodó toda su envergadura permitiéndoles estar tan cerca cómo podían estarlo un hombre y una mujer.

—Dioses —jadeó él despegándose de sus labios cuando la sintió tensa a su alrededor, deliciosamente apretada.

—No metas a los dioses en esto —gimió ella echando la cabeza hacia atrás—. Jesús… Te siento por completo.

Sin darle oportunidad a decir más, la tendió sobre la superficie del piano y se retiró de su interior solo para volver a sumergirse con suavidad, encontrando un ritmo cómodo para ambos.

—Eres perfecta… dioses… perfecta.

Keily solo podía jadear, la sensación era demasiado extrema para encontrar las palabras que la describieran, solo podía dejarse ir, encontrándose con él en cada envestida, disfrutando de aquella intimidad que no podía compararse con nada que hubiese conocido. Poco a poco el ritmo se fue incrementando, mezclado por los acordes del piano cuando sus movimientos hacían contacto con algunas de las teclas, llevándolos cada vez más alto, catapultándolos hacia el final.

Todo su cuerpo estaba en llamas, su mente había sido anulada y en todo lo que podía pensar era en las sensaciones que recorrían su cuerpo.

—Oh, dios mío —gimió desesperada con el desbordamiento de emociones—. Creo que voy a correrme…

—Todavía no, paloma, no sin mí —le susurró al oído un instante antes de salir por completo de ella haciéndola sollozar.

—Jaek…

—Shhh —le susurró de nuevo antes de atraerla hacia él y bajarla al suelo, solamente para darle la vuelta, permitiendo que sus amplias alas se abrieran como una cortina hacia los lados, totalmente extendidas sin oponer resistencia, sus manos acariciaron ligeramente sus arcos solo para sentir como su cuerpo se estremecía en una dulce respuesta, mojándola incluso más. Sujetándola de las caderas, la obligó a apoyarse nuevamente contra el piano, sus piernas abiertas, los jugos resbalándose por sus muslos un instante antes de sentirlo de nuevo desde atrás, penetrándola profundamente, más profundamente que antes, sujetándola con ambas manos en las caderas mientras sus pechos se rozaban contra la superficie del piano provocándole pequeños escalofríos que aumentaban su placer, conduciéndola inexorablemente hacia el final.

Keily se corrió con un sofocado grito al tiempo que sus alas respondían de la misma manera, extendiéndose por propia voluntad. La sensación era tan intensa que debió sujetarse del piano para no caerse mientras Jaek se unía a ella en un par de embestidas más que lo condujeron a la liberación final. Juntos, todavía unidos, se dejaron ir hasta caer sobre la banqueta que había resistido, permaneciendo en pie ante la marea de pasión que los había arrollado. Él la rodeó con los brazos, acunándola contra sí, sintiendo todavía los espasmos de su orgasmo así como los rescoldos del suyo propio, maravillándose y asustándose al mismo tiempo de la intensidad que lo había envuelto, haciendo que se olvidase del pasado, de quien había sido y de su juramento.

Si no tenía cuidado, esa pequeña hembra que abrazaba podría destruir las barreras que tanto tiempo le había llevado construir, dejándolo desnudo ante el pasado y su propio corazón.

—¿Estoy muerta? —la oyó susurrar entre jadeos.

Él se rio en voz baja.

—No, paloma —su aliento cálido le acarició el oído.

—Bien —suspiró a su vez, acurrucándose contra el calor de su pecho, satisfecha y agotada, su mirada recorriendo el piano ante ellos y dejando escapar una suave risita—. Jaek, creo que ya no podré mirar igual que antes tu piano.

Siguió su mirada hacia el piano y se encogió por dentro. No, él tampoco podía volver a mirar ese piano de la misma manera que antes y mucho menos sentarse a tocar en él.

—La próxima vez, utilizaremos la cama —murmuró al tiempo que miraba y acariciaba con reverencia sus alas—, y le sacaremos partido a estas preciosas alas grises.

Todo lo que Keily pudo hacer, fue reírse.

CAPÍTULO 14

Keily sonrió a la pareja de la mesa después de haber dejado sus consumiciones y se volvió para dejar entregar otras bebidas a dos clientes más. Una nueva propina fue a parar al bolsillo del pequeño delantal negro que llevaba sobre los vaqueros a la que pronto siguieron las que le habían dejado un par de simpáticas chicas a las que atendió al principio del turno. La noche no había hecho más que empezar pero el ambiente ya era animado. Como cada jueves un pequeño grupo tocaba en directo para el disfrute de los asistentes, el sonido del saxo se unía al piano y al violín del trío que interpretaba una bonita pieza.

Dejando la bandeja sobre el mostrador a un lado de la barra, retiró los vasos vacíos y los sustituyo por las nuevas consumiciones para luego inclinarse para alcanzar el bote de las propinas y dejar caer las monedas en él.

—¿Cómo lo llevas? —escuchó la voz de Jaek por encima de la música—. Parece que hoy hay algo más de movimiento que estos días.

Ella sonrió y le dedicó un coqueto guiño al tiempo que se inclinaba un poco hacia delante cuando se acercó a ella, dejando por el camino una cerveza a uno de los clientes que tenía en la barra.

—Bueno, es jueves, llevo trabajando aquí desde el lunes… ¿Podemos decir ya que he pasado la prueba? —le respondió encontrándose con la mirada azul del hombre que se había convertido en su amante.

Jaek le dedicó una fingida mirada crítica, como si la estuviese evaluando antes de acercarse disimuladamente hacia ella, poniendo especial cuidado en guardar las distancias apropiadas, una de las reglas que él mismo había impuesto cuando se dio cuenta la primera noche que ella empezó a ejercer el papel de camarera, de que tenía tendencia a mirarla en todo momento, saboreando el recuerdo del tiempo compartido tanto sobre el piano del bar, como después en su cama. La mujer lo tenía hechizado y eso era demasiado peligroso, no podía permitirse descuidar su trabajo por ella.

—Podríamos decir que el trabajo ya es tuyo —respondió con ligereza, echándole un buen vistazo al voluptuoso cuerpo ataviado con unos vaqueros y una bonita blusa de manga corta que dejaba a la vista su escote—. ¿Quieres que te pague al final de cada jornada o al mes?

Ella se mordió una sonrisa, hizo resbalar la bandeja hasta su mano y levantándola se dio la vuelta, mostrándole aquel adorable trasero enfundado en los pantalones vaqueros que moldeaban sus atributos a la perfección, antes de responderle con una sensual mirada por encima del hombro.

—Los pagos al día, Jaek —le respondió con ligereza antes de continuar con el trabajo de la noche.

—Sí, mi señora —murmuró para sí al tiempo que negaba con la cabeza y se volvía para recoger los vasos que ella había dejado y meterlos en el fregadero.

Nunca pensó que podría acostumbrarse a pasar tanto tiempo al día con una misma mujer, pero estar con Keily no podía compararse con nada que hubiese experimentado antes. Se habían hecho amantes, ahora comprendía que aquello era algo que antes o después iba a ocurrir. La atracción y la pasión que discurría entre ellos era algo palpable, quizás demasiado obvia para su celosa intimidad a juzgar por las sonrisas cómplices y miradas satisfechas que vio en algún que

otro momento con sus compañeros. Si bien ninguno de los Guardianes decía una palabra al respecto, había algo allí que no había estado antes. Incluso Keily había empezado a abrirse un poco más a ellos, especialmente a Dryah, con quien había hablado en alguna que otra ocasión e incluso para sorpresa tanto de Shayler, como de él mismo, se habían citado para salir juntas a pasear y mirar puestos de artesanía callejeros.

Su rutina se había visto alterada también por las nuevas sesiones de entrenamiento en las que había estado mostrándole a Keily como concentrar el poder que albergaba en su interior sin que explotaran cosas a su alrededor. Los dos primeros días habían tenido que cambiar todas las lámparas del apartamento, así como la televisión del salón. La chica parecía tener predilección por hacer estallar cosas. Poco a poco habían conseguido que al menos pudiese evitar las explosiones, aunque todavía se le resistía la forma de contenerlo. La ignición a menudo era provocada por las emociones y Jaek había descubierto que provocarla tanto dentro como fuera de la cama era uno de sus nuevos pasatiempos favoritos.

Esbozando una satisfecha sonrisa se volvió para dejar los vasos en el fregadero, no terminó de depositar un vaso en el lugar cuando sintió que el local se llenaba de una nueva fuente de poder, un hilo sutil que servía de tarjeta de presentación para sus amigos.

Jaek se giró para ver a Keily saludando a Dryah y Shayler con una sonrisa antes de intercambiar un par de palabras con Lyon y asentir al tiempo que les indicaba una mesa. El Juez volvió su mirada hacia la barra y lo saludó con un movimiento de barbilla antes de decirle algo a su compañera y encaminarse hacia allí.

—Ey —lo saludó él y le la mano por encima de la barra—. ¿Cómo está resultando la noche?

—Como todas —respondió Jaek estrechando su mano antes de señalar a sus compañeros quienes ya se habían acomodado en una mesa—. ¿Lo de siempre?

—Una sin alcohol para mí —asintió él antes de volverse y mirar a través de la gente del bar a su compañera—. Una normal para Lyon y a Dryah ponle un batido de frutas, a ver si tengo suerte y no me lo lanza a la cabeza.

Jaek arqueó una ceja ante tan extraña declaración.

—¿Problemas en el paraíso?

Shayler se volvió hacia él con gesto irónico.

—Digamos que he hecho un comentario que no debería haber hecho y me está castigando por ello —respondió poniendo los ojos en blanco.

Jaek negó con la cabeza y se volvió para sacar las bebidas de las neveras y preparar el batido.

—Por cierto, ya está solucionado lo del museo. El caso ha sido cerrado, las cámaras de seguridad han captado brevemente la furtiva entrada de un perro callejero, el mismo que según los de la Protectora de Animales dicen haber visto merodeando por la zona y han intentado darle caza durante las dos últimas semanas —le explicó con un ligero encogimiento de hombros—. El furtivo animal se coló por la puerta abierta debido a un fallo en los sistemas y provocó todo el destrozo. La policía ha decidido zanjar el asunto y que sea el seguro del museo el que se ocupe ahora de las cosas. Ya puedes decirle a tu chica que no se preocupe más por su antiguo trabajo.

Jaek se tensó un poco al oírle llamarla “su chica” pero no dijo nada, era mejor dejarlo pasar. Shayler era lo suficientemente inteligente como para no meterse en asuntos que no le concernían.

—Le alegrará saberlo —aceptó poniendo una de las cervezas sobre la barra para él mientras preparaba el resto—. Ha estado preocupada por ello toda la semana.

Shayler se limitó a asentir.

—¿Cómo lleva lo demás? —le preguntó. Había sentido alguna que otra vez la nueva aura de poder chocando contra las barreras que tenían puestas sobre el edificio para evitar que cualquier mortal pudiera saber que se escondía realmente tras aquellas paredes.

Jaek esbozó una irónica sonrisa.

—Bueno, después de fundir todo el alumbrado de la planta y hacer estallar la televisión del salón, hemos conseguido algunos progresos.

Shayler sonrió en compasiva comunión. Él mismo había pasado por algo parecido cuando había tenido que enseñar a Dryah.

—Ánimo, al menos no tienes el problema de que pueda acabar con el Equilibrio del Universo —le aseguró con diversión.

Jaek negó con la cabeza.

—Realmente, un consuelo.

Palmeando un par de veces el mostrador de la barra, Shayler se levantó y se hizo cargo él mismo de las bebidas.

—Tengo que hablar con ella también para que pase a firmar los documentos a la oficina. No te equivocabas con ese tipo, es un completo gilipollas —aseguró cogiendo las bebidas—. Pero ha redactado una bonita carta de recomendación para ella, te faltó decirle que le añadiera corazoncitos y florecitas.

Jaek puso los ojos en blanco mientras volvía al trabajo.

—Muy gracioso.

Riendo, el Juez dio media vuelta y se dirigió hacia la mesa en la que ya estaban sus compañeros charlando con Keily. Shayler evitó echar un vistazo de nuevo a la barra y sonrió para sí al tiempo que depositaba las bebidas sobre la mesa.

—¿Por qué no me avisaste? Os habría traído yo las bebidas —lo amonestó Keily al ver que él traía consigo las consumiciones.

El hombre se encogió graciosamente de hombros.

—No te preocupes, son solo un par de cervezas —sonrió antes de volverse hacia ella—. Por cierto, tengo ya los papeles de tu liquidación y necesito que los firmes. Si no hay más pegas, y no tendría por qué haberlas, mañana mismo te ingresarán en cuenta el dinero que te deben por las vacaciones y la indemnización. Además, te han dado una bonita carta de recomendación.

Ella se sorprendió.

—¿Es broma, no?

Él sonrió.

—No, guapa. Todo está correcto y es legal.

Keily sonrió tímidamente, pero con sinceridad.

—Gracias, de veras, muchísimas gracias.

—No tienes nada que agradecer —respondió con un ligero encogimiento de hombros—. Es lo menos que podía hacer después de lo que te ha hecho Maat.

—¿Y qué ha pasado al final con todo el asunto de la policía? ¿Reene se ha quedado satisfecha con la "versión" de los hechos que hemos preparado? —preguntó Lyon tomando una de las cervezas.

Shayler asintió volviéndose hacia Keily.

—Precisamente acabo de mencionárselo a Jaek —explicó dándole los detalles de lo que habían ideado—. Con esto, quedas totalmente libre de cualquier sospecha, y las obras rotas, bueno, el museo tendrá que vérselas con el seguro.

Ella respiró tranquila por primera vez en varios días.

—Es bueno saber que toda esta locura, o al menos parte de ella, por fin ha quedado resuelta —aceptó con un profundo suspiro y sonrió al Juez—. Gracias, Shayler, acabas de convertirte en mi nuevo abogado favorito.

Él se rio en respuesta tomando asiento junto a su mujer, quien le sonrió en respuesta.

—¿Lo ves? Te dije que las cosas irían volviendo a su cauce poco a poco —comentó ella y sonrió a su amiga.

—Sí —aceptó Keily.

—Un misterio más que añadir a la larga lista de cosas raras que pasan en el MET —acotó Lyon, antes de alzar la mirada y esquivar la silueta de Keily para poder ver a las dos personas que acaban de entrar por la puerta—. Más vale que me traigas eso, lobo.

El grupo siguió la dirección de la mirada del Guardián para ver a Nyxx respondiendo a Lyon con un alegre saludo de su dedo corazón por detrás de la pequeña mujer que lo acompañaba.

—¿Haciendo tratos con los bajos fondos? —se burló Shayler saludando a Nyxx con un gesto de la cabeza cuando la pareja se reunió con ellos. Vestido con vaqueros, una camiseta oscura y cazadora de cuero, el pelo corto y desordenado, el *Cazador de Almas* se veía como siempre.

Lyon dedicó una mirada de circunstancias a su jefe antes de encogerse de hombros y responderle sin más.

—Son los mejores a la hora de no pedir explicaciones.

Shayler puso los ojos en blanco y dedicó su atención a la compañera del Cazador.

—No deberías dejarle hacer estas cosas, Lluvia —le dijo con diversión.

La aludida alzó las manos a modo de rendición.

—Hombres grandes y sus juguetes —respondió la mujer haciendo que el resto de las chicas se rieran y los hombres compusieran una mueca.

—Gracias, *mikrés* —susurró Nyxx con aquella voz ronca, rota que la hacía suspirar.

—De nada —respondió sonriente—. Siento la tardanza, la entrevista se ha alargado más de lo que esperaba.

—¿Cómo te ha ido? —le preguntó Shayler moviéndose para dejar sitio a la pareja en la mesa que habían ocupado.

—Bastante bien —aceptó tomando asiento en uno de los laterales—. Si me cogen, podré hacer las prácticas de la carrera allí.

—Eso sería muy bueno para ti, no tendrías que desplazarte tanto —aceptó Dryah al tiempo que se volvía hacia Keily, quien se había quedado callada, en una esquina—. Keily, ven, no he tenido oportunidad de presentarte a mi hermano y su esposa —la llamó la pequeña rubia—. Él es Nyxx Kyrigos y ella Lluvia. Nyxx es un *cazador de almas*. Chicos, ella es Keily.

Nyxx arqueó una dorada ceja al oírse presentar sin ambages a la desconocida camarera. Una inspección más profunda le reveló un latente poder en el interior de la muchacha y un sutil aroma masculino que lo hizo mirar hacia la barra del bar donde el *guardián* que llevaba el local servía un par de copas.

—Es un placer conocerte, soy Nyxx.

—Keily —respondió ella con un tímido asentimiento de cabeza.

—Y yo soy Lluvia —sonrió la otra mujer, su mirada era amable y su sonrisa cálida—. Encantada de conocerte.

—Lo mismo digo —aceptó devolviéndole tímidamente la sonrisa, entonces se volvió con

el pulgar por encima del hombro—. ¿Queréis tomar algo?

—Una limonada para mí —pidió Lluvia asintiendo, entonces se volvió hacia su marido—. ¿Lo de siempre?

—Sí —aceptó mirando todavía a la muchacha—. Una sin alcohol.

—Limonada y una sin, marchando —asintió dando media vuelta para volver al trabajo.

Nyxx echó mano al bolsillo para sacar lo que había traído para Lyon y entregárselo al tiempo que seguía mirando a la chica.

—¿Cómo ha terminado una joven inmortal atada a un Guardián Universal?

—Jodida suerte —respondió Lyon mirando la placa de circuitos—. ¿Funciona?

Nyxx le dedicó una mirada irónica.

—Si no lo hace, siempre puedes demandarme —le soltó el Cazador.

—Tengo un abogado a mano, no creas que no lo haré —respondió tomando una silla de una mesa para sentarse también.

Shayler alzó ambas manos.

—A mí no me metas en tus turbios asuntos —le pidió haciéndose el inocente.

Nyxx sonrió y señaló con un movimiento de la barbilla hacia la muchacha que se dirigía a la barra.

—Entonces, ¿cuál es su historia?

—Maat —respondieron todos al mismo tiempo.

El Cazador se rio.

—Esto promete ser interesante —aseguró sentándose al lado de su esposa, esperando a que le contaran los pormenores.

Keily sonrió a un par de clientes y estaba anotando otro pedido para una de las mesas de camino a la barra cuando oyó una suave y melosa voz femenina a su lado.

—Así que tú eres la pequeña cosita con la que se está entreteniendo.

Alzó la mirada de su libreta para encontrarse con una hermosa y voluptuosa mujer vestida de manera provocativa con aquellos pantalones ajustados de piel rojo sangre a juego con un top-corsé del mismo color y ribeteado en negro que elevaba sus pechos, juntándolos en un espectacular escote. Una larga melena morena caía sobre sus hombros, llegándole casi hasta los pechos mientras que los ojos verdes que la miraban hablaban de mucho más que mortalidad.

—Relájate, tu diosa ha puesto una efectiva veta sobre ti, aunque es una lástima —respondió lamiéndose los labios como si le gustase la mujer ante sí.

Keily se tensó y echó un rápido vistazo a su alrededor. El local seguía tranquilo, los clientes estaban disfrutando de la música del grupo que tocaba en directo y sus amigos conversaban unos con otros en su mesa, ajenos a la presencia de aquella extraña mujer. Una rápida mirada hacia la barra encontró a Jaek hablando con uno de los clientes mientras servía una caña.

—No te preocupes, mis asuntos aquí no son contigo, no podría importarme menos las veces que Jaeken te haya usado, aunque si fuese tú, tendría cuidado… La última mujer en la que el guardián posó sus ojos terminó muerta por su mano.

Se tensó, había algo en aquella mujer que le inquietaba y a juzgar por sus palabras, parecía tener algo que ver con Maat y su actual situación.

—¿Quién eres?

La recién llegada esbozó un pequeño mohín y respondió de forma afectada.

—No puedo creer que haya entrado con tan malos modales —respondió con fingido

sentimiento—. Soy Terra, hermana de la mujer a la que mató tu amante, la misma a la que robó el don que se le concedió como elegida, aunque posiblemente hayas oído mencionarme con relación al asuntillo de tu recién descubierta… inmortalidad.

Keily la quedó mirando durante unos instantes, entonces sacudió la cabeza y volvió el rostro hacia la barra donde se encontró con la mirada de Jaek durante un instante. Un seductor y cómplice guiño calentó su corazón un instante antes de que las facciones de su amante cambiasen a la incredulidad pasando a una fría e inexpresiva máscara cuando reparó en su compañía.

El movimiento de sillas captó su atención pocas mesas más allá, donde Shayler y Dryah se habían levantado también, un solo vistazo al rostro de la pequeña rubia fue suficiente para que Keily supiera que la mujer ante la que estaba era una persona *non grata* para los *Guardianes Universales*.

—Vaya, parece que tendré comitiva de recepción —dijo con una bonita sonrisa, sin un ápice de preocupación en su voz o en su postura.

—¿Qué infiernos haces tú aquí? —El filo duro y mortal en la voz del Juez sobresaltó a Keily. Apenas tuvo tiempo de llevarse la bandeja al pecho en un momento de autodefensa cuando unas fuertes y conocidas manos la hicieron a un lado. El aroma a canela que tanto le gustaba penetró en su nariz como un perfecto calmante.

—Shayler, aquí no —respondió Jaek adelantándose al Juez.

—¿Esa es forma de recibir a una vieja amiga? —se burló la mujer, antes de volverse hacia Dryah y dedicarle la más tierna y ladina de las sonrisas—. Te veo bien, *Libre Albedrío*.

Ante los asombrados ojos de Keily, Dryah se acercó a la mujer y sin mayor provocación, sus ojos azules se oscurecieron ligeramente antes que la oleada de poder más crudo que hubiese sentido jamás crepitara a su alrededor.

—*Libre Albedrío* —una orden firme, seca, desprovista de emoción de labios del Juez hizo que la muchacha se tensara y apretara los puños un instante antes de que el poder que había sentido empezara a aliviarse.

—No eres bienvenida entre los mortales, Terra —la voz de Dryah sonaba más profunda de lo acostumbrado, mortal, tanto que le entró un inesperado escalofrío—. No hay nada que te retenga aquí.

La mujer miró a la muchacha como si para ella no fuese más que una plebeya.

—Mis asuntos aquí no son ni con los mortales, ni con vosotros Guardianes o con el *Cazador de Almas*, y tampoco contigo, querida mía —le dijo mirando a cada uno de los nombrados para finalmente dedicarle un burlón guiño a Dryah antes de girarse hacia Jaek y lamerse los labios como un gato que se relame tras probar un poco de leche—. Es a ti a quien quería ver.

Shayler y Lyon se adelantaron solo para ser detenidos por el brazo extendido de Jaek, quien miraba directamente a la mujer.

—¿Qué es lo que quieres, Terra?

La mujer dedicó una curiosa mirada hacia Keily, recorriéndola de arriba abajo.

—Interesante mascota la que te has buscado.

Keily se tensó solo para que Jaek se moviera delante de ella y se dirigiera hacia la mujer, quien lo miró a sí mismo con maliciosa diversión.

—Muy entretenido. ¿Podríamos seguir fuera?

Él asintió sin más y la invitó a acompañarle, saliendo de entre el grupo que la había rodeado.

—Jaek.

El guardián se detuvo ante la orden en la voz de su Juez, solo para volverse ligeramente y asentir a modo de saludo hacia él.

—No me jodas —masculló Lyon haciendo ademán de seguirlos solo para que Shayler lo detuviera.

—No —declaró siguiendo a su Guardián y a la zorra de Terra con la mirada mientras atravesaban la sala hacia la puerta principal.

Keily se quedó allí en pie, viéndolos marcharse sin entender nada de lo que estaba ocurriendo. Con gesto de incredulidad se volvió hacia sus compañeros.

—¿Alguno de vosotros puede explicarme qué diablos ha pasado aquí?

—Es complicado de explicar y demasiado largo —respondió Lyon chasqueando la lengua, su mirada clavada en la puerta por la que se había largado su amigo—. Tendrás que preguntárselo a él cuando vuelva.

—Ella solo va a complicar las cosas —masculló Dryah, realmente fastidiada antes de dar media vuelta y volver de nuevo a su mesa bajo la atenta mirada de su marido.

Shayler fue el único que tuvo a bien volverse hacia ella e indicando la barra del bar, le pidió que lo acompañara.

—Ven, Jaek volverá en breve.

Keily miró hacia la puerta y de nuevo al Juez, quien esperaba a que tomase su decisión.

—¿Vas a decirme que está ocurriendo aquí? —preguntó en voz baja.

Shayler echó también un vistazo hacia la puerta y negó con la cabeza.

—No me corresponde a mí hablarte del pasado de Jaek, eso le corresponde a él —aceptó alzando una mano para detenerla cuando ella empezó a protestar—. Pero, tienes derecho a saber dónde estás parada cuando te ves envuelta en algo sin quererlo.

—Vaya, por fin alguien habla con coherencia —murmuró haciendo una mueca y señalando la puerta por la que habían salido con un gesto de la barbilla—. Esa mujer dijo que Jaek había matado a su hermana…

Shayler asintió lentamente echando un vistazo a su alrededor, la gente en el local seguía a lo suyo, ajenos al conflicto que estaba ocurriendo justo a su lado, a veces sus poderes podían sorprenderlo incluso a él.

—Se llamaba Roane y es el motivo por el que Jaek ha renegado de su propio poder. Ella… murió por su mano —le dijo al tiempo que buscaba su mirada deseando con todas sus fuerzas no equivocarse y que Keily fuese la mujer que su compañero necesitaba para sacarlo de una vez por todas del pasado.

Terra se detuvo ante la boca del estrecho callejón que hacían el edificio en donde estaba ubicado el local que acababa de abandonar y un viejo edificio colindante. La luz del alumbrado de la calle se filtraba entre ambos creando sombras contra la escalera de incendios que zigzagueaba por una de las paredes, cuando no eran las luces de los ocasionales vehículos que circulaban por la calle a esas horas de la noche los que acariciaban sus siluetas.

—Está claro que tus gustos en mujeres han decaído estrepitosamente, Jaeken —murmuró mientras echaba un vistazo al suelo cubierto de suciedad con un obvio mohín de asco.

Jaek se limitó a mirarla con aburrimiento antes de procurar escudar su presencia ante las miradas indiscretas que pudieran elegir pasar por allí en aquellos momentos.

—No has venido aquí para hablar de mis preferencias —le respondió sin más, no le gustaba la presencia de aquella mujer y no tenía problema alguno en hacérselo saber—. Y si

estás pensando en hacerle algo a Keily, vuelve a pensártelo de nuevo.

La mujer chasqueó la lengua y se tomó su tiempo en mirarse las uñas.

—No me interesa esa insulsa humana tuya, ya no puedo utilizarla para lo que quería, Bastet arruinó el juego —aseguró dejando clara su participación en lo ocurrido al tiempo que se encogía de hombros—. Y es una pena, porque hubiese sido un interesante juguete. Me pregunto si también la matarías al igual que mataste a Roane.

Él sacudió la cabeza, aquel era un tema demasiado viejo, demasiado doloroso y que nunca los había llevado a ningún lado.

—Ella eligió su propio camino —le recordó con voz firme, inexpresiva—. Eligió caer en la oscuridad y antes o después iba a ser detenida.

—Estaba destinada a ser una de los *Guardianes Universales* —respondió Terra con resentimiento en su voz—. Pero tú la mataste antes y no contento con ello, le arrebataste su don.

Jaek apretó los dientes ante la acusación que ya había oído más de una vez a lo largo de su existencia y se obligó a permanecer inexpresivo aunque el peso de la injusta condena empezaba a sobrepasar ya su paciencia.

—Roane estaba corrompida —continuó entonces, su voz dura como el acero—, había corrompido su poder y su alma mucho tiempo antes. Tenía en sus manos el don de dar la vida, pero eligió quitarla, utilizando su don en propio beneficio, rompiendo el juramento que cada uno de nosotros le hicimos a la Fuente Primigenia cuando se nos eligió para mantener a salvo a la humanidad.

—Esos malditos humanos se lo merecían —clamó dejando escapar la rabia que había estado conteniendo—. Todo ese débil ganado se merecía morir por los abusos que cometían a los suyos y a todo aquel que se ponía a su alcance. No merecían ser salvados, la Fuente Primigenia estaba equivocada, siempre lo ha estado.

Jaek se obligó a respirar profundamente, necesitando de toda su fuerza de voluntad para no gritar a la cara de aquella maldita mujer quien era realmente la guerrera por la que sentía tanta devoción, la mujer que llegó un buen día en la noche y se ganó su confianza, sacándolo del encierro auto impuesto al que se había sometido desde que ellos lo eligieron para ser uno de los defensores de la humanidad, la misma que cultivó su confianza, su amor y lo desangró con tanta rapidez como desangró las vidas de aquel pueblo a los pies de la montaña, la que arrebató con la ferocidad de los demonios del infierno las almas de aquellas pobres gentes cuyo único pecado había sido el de ser humanos.

Ella había muerto por su mano, sí, y su muerte pesaba en su alma con tal intensidad que sabía que jamás podría librarse por completo del arrepentimiento de sus actos, un acto que fue necesario y justificado e incluso deseado por ella.

Roane sabía que se había perdido para siempre. Aunque lo había intentado, sus pecados habían pesado más que su necesidad de enmienda, ella misma le había conducido a darle muerte solo para condenarlo una última vez al entregarle su poder. Aquellos últimos minutos se habían gravado con lava incandescente en su alma, sus últimas palabras abandonaron sus labios antes de exhalar el último suspiro.

“Te lo dije, Dalriadano, dices vivir la vida pero dejas que se escape entre tus dedos. Nadie puede vivir solo eternamente, Jaeken, ni siquiera tú”. Había dicho ella entre estertores, la sangre manando de sus labios y de las numerosas heridas que le había infringido. *“Vive por mí, hermano y abraza la vida como yo he abrazado la muerte, ve por el camino de la luz, pues el sendero de las tinieblas no aporta ningún resplandor, dale mejor uso del que le he dado yo”*.

—No, Terra, los equivocados siempre hemos sido nosotros, los inmortales —le dijo él con

resignación—. Incluso Roane lo entendió al final. La humanidad debe ser libre para cometer errores y aprender de ellos si así lo desea, somos nosotros inmortales y dioses por igual los que rompemos un equilibrio que siempre ha existido. La Fuente Universal sabía muy bien lo que hacía cuando nos eligió, para bien o para mal, somos lo que somos y nuestra lealtad no será puesta nunca en entredicho.

Jaek caminó hacia ella, su poder envolviéndolo cual sudario, crudo, letal, incluso el más bondadoso de los sanadores podía tener hielo en sus venas. Cualquier hombre, mujer o ente que tuviera el poder de la vida en sus manos tenía también el de la muerte y el peso de esa responsabilidad siempre era enorme.

—Puedes aceptar o no el destino de Roane tal y como se produjo, es tu decisión —le aseguró arrinconándola contra la pared a su espalda—, pero no volverás a inmiscuirte en la vida de los humanos, en ninguna de las maneras. Si vuelvo a enterarme que has estado conspirando con alguien para hacer daño a algún mortal, el peso de nuestra ley caerá también sobre ti y me encargaré personalmente de que el *Juez* esté presente cuando eso suceda. Creo que tiene una cuenta pendiente contigo y sé de buena tinta que está más que deseoso de saldarla.

Ella se tensó, sus rojos labios apretados en una fina línea, sus ojos echaban chispas pero la luz de temor en ellos era muy real.

—Hablas de justicia, pero tú no has pagado todavía por la muerte de mi hermana —aseguró con veneno en la voz—. ¡Ella no se merecía morir de esa manera!

Jaek sacudió la cabeza.

—Es la forma que ella eligió, Terra —respondió, dispuesto a terminar de una vez y por todas con aquel asunto—. Eligió morir por que era la única manera en que podía expiar sus pecados y limpiar su alma ante la Fuente Universal que le había dado una segunda oportunidad, la misma que decidió que tú vivieras para enmendar sus pasos… Pero no lo hiciste, ¿no es así? Le diste la espalda y ahora no sabes cómo pedir perdón.

—¡Bastardo! —escupió a sus pies—. Solo deseo que la pierdas también a ella y que tus manos se llenen de su sangre para que siempre te recuerden que has sido tú el culpable de su muerte.

Jaek reaccionó por puro instinto. Su mano derecha salió disparada directamente a la garganta de la mujer clavándola en la pared, sus ojos azules refulgieron con un brillo inhumano, su voz había bajado un par de octavas y en su mano izquierda esgrimía la espada que lo reconocía como uno de los *Guardianes Universales*.

—Nunca te acercarás a ella, ni siquiera pronunciarás su nombre. —Su voz contenía todo el poder de vida y muerte que esgrimía—. Si resulta herida por tu mano o por obra de tus argucias, te buscaré y no habrá lugar en el que puedas esconderte que no de contigo. Una vida por otra, Terra, una vida por otra.

—Guardián, baja el arma.

Jaek no movió ni un solo músculo cuando escuchó la profunda voz de Lyon. Su mano seguía fijando a la mujer a la pared, mientras su espada se mantenía como una clara advertencia cerca del rostro de la mujer.

—Guardián, si quieres tener que darle explicaciones al Juez, es cosa tuya —insistió Lyon con tono aburrido—, pero no creo que le haga demasiada ilusión que te cargues a la zorra a la que tiene tantas ganas.

—Me encanta ser deseada por tantos hombres —se burló ella a pesar de que la situación jugaba en su contra.

—Jaek, ahora —insistió Lyon.

Sin decir una sola palabra, empezó a aflojar su agarre y retrocedió lentamente hasta alejarse de ella un par de pasos exactos, sus facciones no perdieron la mortal advertencia realizada.

—Aprovecha la vida, mientras aún la tengas, Terra —le dijo Lyon a la mujer, su voz igual de baja y mortal que la de su compañero.

La mujer fulminó a Lyon con una agria mirada y se volvió hacia Jaek, sus ojos clavándose en los del guardián durante un breve instante antes de desvanecerse en el aire dejando a los dos hombres solos en plena calle, bajo el cielo de una oscura noche neoyorkina.

—Bueno, eso ha estado cerca, colega —aseguró Lyon con desenfado.

La respuesta de Jaek fue lanzar el puño contra la pared del edificio, abriéndole un visible boquete antes de que su espada se desvaneciese en una voluta de humo y caminase con paso decidido de vuelta al bar.

Lyon puso los ojos en blanco y lo siguió.

CAPÍTULO 15

Jaek traspasó la puerta del local como si lo persiguiera el diablo. Lyon no iba muy por detrás de él, lo que vio ahí fuera había levantado más que sospechas en el vikingo, él no solía actuar de esa manera, no con tanta rabia y amenazadora frialdad. No es que guardase mucho aprecio por la zorra, de hecho, tenía incluso ganas de ayudarle a destriparla, pero lo que le había dicho a Jaek era verdad, aquel era un placer que estaba reservado para su Juez. Shayler había estado a punto de perder a su mujer por culpa de esa maldita zorra y la sola imaginación no hacía justicia a la idea que rondaba su mente de lo que habría sido entonces el mundo.

No habían recorrido ni la mitad del trayecto, cuando Shayler y Nyxx le salieron al paso, frenándolos. Jaek tuvo que apretar los dientes cuando la mano de su Juez cayó sobre su hombro con efectiva contundencia, pero los rescoldos de la rabia contenida que sentía seguían allí.

—Sigue de una maldita pieza —masculló Jaek llevando su propia mano a la de Shayler para apartarla y proseguir su camino hasta que su mirada cayó en la pista de baile, donde su compañera de armas, Keily y la mujer del cazador estaban… ¿Bailando?

Lyon también dio cuenta de ello pues dejó escapar un bufido y señaló con un ademán la pista de baile.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó con un jadeo, sin saber si reírse o echarse a llorar—. ¿Estáis seguros que no se trata de algún brote psicótico o algo por el estilo?

La voz rota de Nyxx sonó clara y profunda.

—Dryah les ha dejado poca opción —respondió el Cazador. Su mirada se deslizó entonces hacia el guardián, notando al igual que había hecho el Juez la tensión y la rabia reprimida que envolvía al hombre—. Tu compañera no estaba muy conforme con tu precipitada partida, así que Dryah las arrastró a las dos a la pista de baile y bueno, ése es el resultado.

La respuesta de Jaek fue fulminar al cazador con una fría mirada cuando llamó a Keily “su compañera”.

—No es mi compañera —respondió en apenas un siseo.

Nyxx alzó una de sus rubias cejas con profunda ironía, su mirada clavándose en la mano tatuada que caía a su costado.

—No es asunto mío, desde luego —aceptó el cazador—, pero eso no es precisamente material de tienda de tatuajes.

—Nyxx —le pidió Shayler con una obvia advertencia en la voz.

El Cazador alzó ambas manos a modo de rendición y se volvió de nuevo hacia la pista de baile en la que las tres chicas se reían mientras ejecutaban estrambóticos pasos.

—¿Creéis que podríamos convencerlas de hacer esto todas las semanas? —preguntó Lyon girando la cabeza en un intento de ver aquel extraño brote psicótico de otra manera—. Creo que podría levantarme el ánimo.

—No estoy seguro de que pudiera soportar más de esto —aceptó Nyxx dando un respingo ante la extraña mezcla de brazos y piernas que ellas al parecer consideraban un baile.

Shayler por otro lado tenía la atención puesta en Jaek, quien alternaba breves miradas entre él y la pista de baile.

—Ya puedes soltarme —murmuró el guardián en un bajo murmullo.

Él dejó caer entonces la mano de su hombro, su mirada azul seguía puesta sobre el

hombre.

—No puedes seguir así, Jaek —le respondió en el mismo tono de voz confidencial—. Tienes que tomar una decisión, no puedes seguir negando esa parte…

—Métete en tus propios asuntos, Shayler —masculló en voz baja atrayendo la atención del otro Guardián y del Cazador un instante antes de que sus emociones cambiaran de dirección, atendiendo únicamente a la mujer de largo pelo castaño que había abandonado la previa interpretación y atacaba aquella nueva canción que estaba tocando el grupo principal con una sensualidad de movimientos que él conocía perfectamente en otro plano.

Sus compañeros siguieron su mirada ante la rápida pérdida de interés por parte del desatado Guardián para quedarse en sendos estados de estupefacción al ver a sus respectivas parejas cambiando a un ritmo cadencioso y sexy, un conjunto de sensuales movimientos que ponían de manifiesto la pura feminidad de cada una.

—Joder…

Las primeras ahogadas palabras brotaron de la boca Lyon.

—¿Qué decías sobre repetir esto todas las semanas? —preguntó Nyxx lamiéndose los labios con la mirada puesta en su sensual esposa.

—Por encima de mi cadáver —masculló Shayler, quien había posado su mirada sobre su compañera.

—Voy a matarla… —Aquella contundente declaración llegó de Jaek.

—Aunque comparto la idea, no es eso precisamente lo que tengo en mente —aseguró el Juez cruzando la mirada con su compañera, la cual le sonrió con inocencia.

—Y que lo digas —murmuró Nyxx dedicándole a Lluvia un par de signos con las manos que la hicieron reír y dedicarle una mirada sensual que prometía el paraíso.

—Empiezo a sentirme voyeur mirando a vuestras esposas —respondió Lyon tragando con dificultad, su mirada deslizándose de una mujer a otra hasta posarla sobre Keily—. La chica de Maat, por otra parte…

—Tócala y eres hombre muerto.

Aquella contundente declaración cortó toda inspiración masculina. Tres pares de ojos se volvieron hacia Jaek, quien soltó una maldición en voz baja y ahora sí rebasó a Shayler sin más explicaciones para dirigirse hacia la barra.

Lyon se volvió hacia Shayler, intercambiando una mirada que lo explicaba todo.

—Has oído lo mismo que yo, ¿no?

—Alto y claro —asintió dejando escapar un profundo suspiro—. Pero él no tiene intención de escucharse a sí mismo.

—Pues habrá que sacarle la mierda… aunque sea a golpes —masculló Lyon palmeando el hombro del Juez antes de salir tras su amigo.

Nyxx asistió al intercambio en silencio, entonces cruzó miradas con Shayler quien resopló nuevamente.

—Esto va a joderse incluso más antes de enderezarse —masculló con pesar.

Nyxx contempló a su amigo.

—Si algo he aprendido es que nadie puede hacer lo que está destinado para nosotros —le respondió con un encogimiento de hombros.

Él lo miró y asintió. El cazador tenía razón.

Jaek se deslizó nuevamente detrás de la barra, un rápido vistazo le indicó que el Juez no se había quedado satisfecho como tampoco su compañero, quien se acercaba a zancadas hacia la lisa superficie. Maldito fuera, pero Shayler tenía razón, las cosas se le estaban yendo de las

manos, aquel repentino brote de territorialidad que le había sobrevenido con Keily, la real amenaza que había existido en su voz cuando se había dirigido a Terra y después a Lyon no debería de haberse producido. Ella no le pertenecía, había sido tajante con ella y consigo mismo, solo era sexo, lujuria, una necesidad llana y básica que satisfacía en su cama, no un compromiso de ningún tipo. Él no podía comprometerse hasta ese nivel, durante la última semana había sido consciente aunque hubiese querido disfrazarlo de otra cosa, del cariño que Keily sentía por él. No se trataba de sexo, la mirada que había en sus ojos cuando hacían el amor, la suavidad en sus movimientos, su risa y los momentos que compartían cuando la adiestraba, o simplemente por sentarse a compartir una comida hablaban de mucho más que una relación sin ataduras basada en el sexo. Ella deseaba algo pero así mismo parecía entender su propia necesidad de espacio, de no querer compromisos y aceptaba sin una sola protesta lo que él le ofrecía sin pedir más a cambio.

Le estaba haciendo daño, ahora más que nunca era consciente del error que había cometido al permitirse reclamarla, hacerla su amante. Keily no era una de esas mujeres superficiales que siempre buscaba para pasar el rato, era mucho más, demasiado para alguien como él y la estaba destruyendo. Si se quedaba junto a él, la destruiría por completo.

—Ponme un whisky doble y sírvete a ti otro.

La voz profunda y despreocupada de Lyon lo sacó de sus cavilaciones, aunque interiormente había tomado ya una decisión, la única que podía tomar. Su mirada se encontró con la de su amigo y éste chasqueó la lengua, sacudió la cabeza y dio una palmada sobre la superficie de la barra.

—Solo pon ese par de wiskis, Jaek —le dijo sin más vueltas.

Sacudió la cabeza e hizo lo que le pidió su compañero. De entre todos los Guardianes, Lyon era con el que mejor se entendía, el único que había aguantado su mierda una y otra vez cada vez que había salido a la luz.

Puso dos vasos, les añadió hielo, y sirvió dos dedos de whisky para ambos.

—Adentro. —Lyon dio la señal y ambos se tomaron el whisky de un trago, para luego dejar el vaso sonoramente sobre la lisa superficie de la barra—. Pon otro y empieza a explicarme qué coño está pasando.

Jaek tomó la botella y rellenó nuevamente sus vasos.

—Nada.

—Nada, mi culo, Jaek —respondió indicando con el pulgar hacia la pista de baile—. Sé cuándo alguien hace una amenaza y cuando va de farol. Vi lo que pasó ahí fuera y apostaría mis huevos sin vacilar a que si tan solo le hubiese soplado a Keily en la oreja, me los habrías arrancado, a mordiscos. La semana pasada estuviste a esto de arremeter contra John y, tío, ambos sabemos que la violencia gratuita no está entre tus habilidades.

Resbaló el vaso hacia él y tomó el suyo antes de contestar.

—Lo que ocurre es que no he aprendido de mis errores —aceptó apretando los dedos alrededor de su vaso—. Pensé que las cosas cambiarían después de acostarme con ella, que me cansaría y pronto perdería el interés. Le dejé claro qué era lo único que podía darle, joder…

Lyon levantó el vaso de whisky en un silencioso brindis antes de tomarse el contenido de un solo trago.

—Y no ha sido así, ¿huh?

—Ni remotamente —respondió él imitando su gesto y tragándose la bebida de un solo golpe—. Keily ha cumplido su parte, no me ha pedido nada, ni siquiera lo ha insinuado pero… Ella no es así, puedo verlo en sus ojos, lo siento cada vez que estoy con ella. Joder, debería ser solo cruda y feroz lujuria lo que siento por ella. No necesito ni quiero compromiso alguno de su

parte y mucho menos voy a ofrecerlo por la mía, sería un auténtico gilipollas si permitiera que hubiese algo más, todo lo que quería de ella era sexo y mira en que mierda me he metido.

—No es buena para ti —añadió Lyon, con cierto tono irónico.

—Nadie es buena para mí, soy un cabrón hijo de puta que lo único que busca es echar un polvo. ¿Qué puede haber de bueno en eso? —exclamó Jaek con resentimiento—. Le dije que no esperara más de mí, ¿por qué demonios todas las mujeres se empeñan en pedir algo que no vas a darles? ¿Cuántas veces hay que repetirles que lo único que quieres es follar, sin compromisos, porque no eres más que un maldito egoísta que solo les hará daño?

Un suave golpe al final de la barra hizo que sus miradas se desviaran hacia allí, para encontrarse con Keily tratando de estabilizar la bandeja y los vasos que habían caído sobre esta. La tensión en su cuerpo y la imposibilidad de encontrar su mirada hizo que los dos hombres se diesen cuenta de la enorme metedura de pata que habían cometido.

—Mierda… —masculló Lyon.

—Kei… —la llamó Jaek caminando hacia ella por el interior de la barra.

La mirada que encontró en su rostro cuando ella consiguió enfrentarse a él, le caló tan profundamente que deseó tener el poder de borrar todo lo que había dicho. Los ojos castaños lo miraban con una mezcla de vergüenza, rabia y dolor. Pese a todo, intentaba mantenerse firme, solo el ligero temblor en su labio inferior decía claramente lo mucho que la había herido con sus palabras.

¿Qué clase de hombre era él? Ella no se merecía algo así de su parte. Keily había sido para mucho más que una aventura, que un rollo de un par de noches. Maldita sea, su necesidad de ella, sus celos, todo ello era demasiado real como para que lo ignorara por más que eso fuese lo que quería hacer. La sola idea de que cualquier otro hombre pudiese tocarla, acariciarla lo enloquecía. Y aun así, tampoco podía permitirse el lujo de quedarse con ella, no podía permitir que todo por lo que había estado luchando se perdiera, los fuertes grilletes que había conservado sobre su poder eran lo único que lo mantenía a salvo. Dejar que ella desbaratase sus defensas, sería obligarlo a volver a sentir, a enfrentarse a un destino que nunca había deseado.

Después de todo, seguía siendo un cobarde.

—Keily —extendió la mano ella, quitándole la bandeja de las manos, apartándola de los vasos que se habían roto—. Deja eso… te cortarás…

Ella se soltó de su contacto. Si se hubiese liberado de un tirón, quizás no le hubiese dolido tanto como el estudiado y lento movimiento que realizó, como si necesitara de toda su fuerza para mantenerse entera.

—Está bien, sé lo que me dijiste, sé lo que ambos acordamos —respondió con voz suave, desprovista de cualquier emoción. Sus ojos se elevaron hacia él, encontrándose durante un solo instante—. Es culpa mía, yo sola me lo busqué… Sabía lo que había y aun así…

—Oíd, chicos, quizás debierais hablar en otro momento, las cosas suelen tergiversarse cuando no se escuchan completas —comentó Lyon, quien se había acercado a ellos.

Ella negó con la cabeza, incapaz de encontrarse con la mirada de ninguno de los dos.

—¿Qué más podría decirse que no se haya dicho ya? —respondió secándose las manos al delantal—. Yo… todo ha quedado claro… yo… yo tengo que irme… qué estúpida…

Sacándose rápidamente el delantal, lo dejó encima de la barra, dio media vuelta y empezó a cruzar el local sin mirar a nadie, deseando poder alcanzar la puerta sin que nadie la detuviese. No podría enfrentarse a nadie ahora mismo.

Jaek maldijo en voz baja al tiempo que rodeaba la barra y salía tras ella mientras sus compañeros dejaban sus asientos y la pista de baile siguiendo a la pareja con la mirada, al igual

que hicieron algunos de los clientes antes de volver a sus cosas.

—¿Esa era Keily? —preguntó Lluvia reuniéndose con Nyxx.

—¿Qué ha ocurrido? —se adelantó Dryah, su mirada iba de Shayler a Lyon que acababa de reunirse con ellos.

—Que acabo de ganarme el premio al mayor gilipollas de Estados Unidos, nena, eso es lo que pasa.

Ella se mordió el labio inferior y se acercó a su marido, buscando apoyo.

—Así que ya ha empezado —musitó la muchacha con mirada triste mientras los demás alternaban su atención entre la puerta que se cerraba detrás de Jaek y la propia *Oráculo*.

Shayler buscó su mirada, alzándole la barbilla con suavidad.

—Había más de lo que nos dijiste en esa visión, ¿no es así?

Ella miró a su compañero y negó con la cabeza.

—No es acerca de mi visión —negó mordiéndose el labio inferior—. Es algo que… simplemente… sé.

Shayler la abrazó, apretándola contra él mientras echaba una furtiva mirada hacia la puerta.

Jaek alcanzó a Keily apenas unos instantes antes de que ella dejase el rellano que conducía a las escaleras que llevaban a la calle. La muchacha temblaba cuando le puso las manos encima, deteniéndola.

—Kei, espera —la detuvo cogiéndola de la mano. Las lágrimas que habían empezado a aparecer en sus ojos lo hicieron sentirse como un verdadero bastardo.

—¿Para qué? No tienes que decirme nada, ya sé que he metido la pata —respondió ella limpiándose el rostro con el dorso de la mano—. No hay necesidad de que te avergüences más de mí delante de tus amigos, sé el lugar que he ocupado en tu vida y me hago cargo de ello.

Jaek negó con la cabeza y la obligó a mirarle a los ojos.

—Jamás, me oyes, jamás vuelvas a pensar algo así —le dijo con firmeza—. Tú jamás me avergonzarías ante nadie.

Ella apretó los labios, las lágrimas traicioneras deslizándose por sus ojos.

—Pero tenías razón —murmuró—. Me lo dijiste una y otra vez antes de que iniciáramos nada, me lo dejaste perfectamente claro, la estúpida he sido yo al pensar que podría haber algo más, que yo podría hacer que hubiese algo más, que desearas lo mismo que yo. Es culpa mía, no tuya, Jaek. Soy demasiado humana para entender tu mundo.

Jaek se obligó a soltarla.

—Keily, en ningún momento quise que las cosas ocurrieran de esta manera —aceptó con pesar—. Quería protegerte precisamente de esto, yo no soy material para relaciones, Kei, nunca podré serlo. Te dejé muy claro desde el principio que era lo único que podía haber entre nosotros, precisamente para evitar esto.

Ella se alejó de él, limpiándose las lágrimas, sorbiendo por la nariz en un intento de recuperar su orgullo.

—Está bien, Jaek, sé lo que me dijiste —respondió tensándose, enderezándose con todo el orgullo que todavía le quedaba—. Solo fue sexo, follamos y ya está.

—Maldita sea Keily, no hables así —se quejó, no quería verla rebajarse de esa manera.

—¿Por qué no? ¿No es eso a final de cuentas lo que has buscado en mí? —respondió recobrando su orgullo—. Mira, no hay necesidad de esto… Está claro que yo me he equivocado y asumiré las consecuencias. He querido arriesgarme pero no me paré a pensar en que tú no lo

harías.

—Kei…

—¿Alguna vez te has parado a escuchar que es lo que dice tu corazón al respecto? ¿Cuál es esa verdad que tanto intentas ocultar? —respondió con dureza—. Al final no se trata de mí, ¿verdad? Sino de ti. No se trata de lo que puedes o no puedes darme, Jaek, se trata de lo que tú quieras o no quieras darme en verdad, aquí —señaló su corazón.

Jaek se tensó ante la acusación de ella.

—No sabes ni la mitad sobre mí, Keily —le dijo con repentina dureza—. No intentes analizarme por lo que tus infantes facultades creen haber obtenido sobre mí.

Ella se lo quedó mirando durante un instante, finalmente negó con la cabeza.

—No lo haré —negó—. De nada sirve hablar si nadie quiere escuchar.

Ella bajó la mirada durante un segundo, respiró profundamente y lo miró de nuevo.

—Voy a recoger mis cosas, esta noche dormiré en mi casa —le dijo en voz baja—. Te dejaré las llaves sobre la mesa de la cocina.

Sin decir una sola palabra dio media vuelta y subió hacia la calle dejando tras de sí aquello que había pensado que por fin había llegado a su vida. Echó a andar por la calle, apenas había dado un par de pasos cuando sintió como las lágrimas se deslizaban por sus mejillas. Nunca se había sentido más sola en su vida que en aquellos momentos, sus manos ascendieron por sus brazos intentando paliar el frío que de repente se había apropiado de su cuerpo, un frío que la hacía temblar y se llevaba con él toda la calidez de la noche. Keily jamás lloró por un hombre, nunca dejaba que los comentarios del sexo opuesto traspasaran su coraza, pero él, aquel maldito Guardián había hecho más que eso, se había instalado en su corazón y ahora corría el riesgo de romperse en mil pedazos.

—¿Por qué será que las cosas nunca salen como debieran de salir? ¿Por qué tiene que ser todo tan jodidamente difícil, a ver?

Aquella inesperada voz atravesó la obnubilada mente de Keily, sus ojos vidriados por las lágrimas apenas recogieron la imagen de la mujer cuando ésta se paró frente a ella acompañada de otra dama.

—Es la naturaleza humana —respondió la otra voz femenina.

Dos mujeres de enorme belleza se detuvieron ante ella, vestían de manera elegante y sensual. Una de ellas era alguien a quien Keily había visto solo dos veces, pero que había cambiado toda su vida para siempre.

—Es culpa tuya —susurró mirando a Maat—. ¿Por qué has tenido que hacerlo? ¿Por qué? No tenías derecho a jugar así… no lo tenías.

Maat vaciló un momento, las lágrimas de aquella muchacha estaban pesando sobre su divinidad como nunca antes había pesado nada y antes de que pudiera sopesar lo que hacía, envolvió a Keily entre sus brazos haciendo que la muchacha rompiera a llorar con más fuerza mientras se aferraba con desesperación a ella. Una sensación como no sintió jamás la inundó y una solitaria lágrima acudió al córner de su ojo derecho para después deslizarse por su inmaculada piel.

—Los hijos no son los de nuestra carne, hermana mía, lo son de nuestro corazón —le dijo Bastet antes de inclinar la cabeza y dejarlas solas para dirigirse hacia la escalinata que llevaba hacia el local de jazz en el que sabía, había quedado otro corazón destrozado, aunque el dueño ni siquiera fuese consciente todavía de ello.

CAPÍTULO 16

Keily se dejó caer con pesadez sobre el sofá de su pequeño salón. No había estado en su apartamento en toda la semana y volver ahora, después del tiempo que había pasado con Jaek, parecía una cruel broma del destino. Era increíble lo mucho que podías echar de menos un lugar aunque solo hubieses estado unos cuantos días, pese que sabía que gran parte de la culpa de ello era el hombre que esta misma noche había admitido ante uno de sus amigos que ella no era nada más que un pasatiempo. Era duro recordar sus palabras, pero Jaek tenía razón en una cosa, siempre había sido franco con ella, desde el primer momento le dejó claro qué era lo único que le ofrecería y Keily lo aceptó así, pero se había engañado a sí misma pensando que aquello sería suficiente. No lo era, nunca lo sería, no cuando el amor guiaba sus pasos y no solo el deseo.

¿Había sido realmente consciente de donde se estaba metiendo cuando aceptó irse a la cama con él? Jaek solo le había ofrecido sexo, una relación liberal, sin preguntas ni reproches, había aceptado que mañana cada uno seguiría su camino sin más ataduras. Sí, no iba a mentirse ahora a sí misma, había sido perfectamente consciente de ello, lo había aceptado bajo esos términos, pero la realidad siempre fue otra. A ella no la motivaba la lujuria o el deseo, a pesar de todo era una romántica y esperó encontrar en él aquello que llevaba mucho tiempo buscando.

—¿Cómo podéis vivir los humanos en algo como esto? Juro que cada vez que intento darme la vuelta tropiezo con algo, sin mencionar que es imposible extender las alas aquí dentro.

Volviéndose por encima del respaldo del sofá, Keily clavó la mirada en la mujer con la que se había topado a la salida del local. Ni en sus más extrañas pesadillas había podido imaginar que acabaría por permitirle la entrada a su casa y sin embargo, allí estaba. Vestida con un ajustado pantalón pitillo de licra en negro brillante, con un top con flecos en color dorado, el largo y liso pelo castaño cayendo en cascada hasta su espalda, Maat se paseaba sobre unos altísimos zapatos de tacón mientras deambulaba y examinaba con ojo crítico la vivienda de la chica.

—Es mi hogar, seguro que no es nada tan lujoso como lo será el tuyo, donde quiera que esté —le dijo con un profundo resoplido—. Si no te encuentras a gusto, la puerta está justo a tu izquierda, gira el pomo y atraviesa el umbral, no me ofenderé.

La diosa chasqueó la lengua y negó con la cabeza.

—Tu hospitalidad deja mucho que desear, Keily —murmuró volviéndose hacia ella con las manos ancladas a sus caderas.

Maat no había esperado encontrarse con la escena que tanto ella como Bastet habían presenciado a su llegada al local. La diosa había estado inusualmente nerviosa durante la última semana, por primera vez en su larga existencia se había sentido incómoda y preocupada. Su mente a menudo volaba hacia la mujer que había convertido en inmortal, en una de sus hijas, hasta el punto de terminar arrastrando a Bastet al mundo humano para ir a comprobar con sus propios ojos como lo estaba haciendo su “hija”. Cuando la unió al Guardián Universal movida por la inusual petición de Zhalamira nunca pensó que el resultado fuera este, después de todo, la avatar de la Fuente siempre había cuidado protectoramente de sus Guardianes y del Juez, buscando preservar en todo momento el frágil Equilibrio Universal. Pero lo que veía en los ojos de la nueva inmortal no coincidía con aquello, ni siquiera un poco.

—Y no hablemos de tus modales, deberías tener un poco más de respeto hacia tus

mayores.

Keily bufó y se giró por completo, enfrentándose a la diosa.

—¿Respeto? —repitió con mordacidad—. ¿Me hablas a mí de respeto? ¿Qué respeto me ofreciste tú cuando me convertiste en esto? Qué respeto te mereces cuando has destrozado mi vida convirtiéndome en inmortal, otorgándome unas facultades que pueden acabar con mi vida y con las de aquellos que están a mi alrededor si no tengo cuidado y aprendo a utilizarlas. ¡Yo no pedí nada de esto, Maat! ¡Fuiste tú y esa maldita mujer las que decidisteis por mí como si no fuese más que una pieza en vuestro tablero de ajedrez! ¡Con un demonio! ¡Me uniste a un hombre que lo último que quiere es tenerme cerca si no es para echar un polvo! ¿Y me hablas de respeto?

Maat apartó un largo mechón de pelo de su hombro con un simple gesto de la mano antes de acercarse a ella.

—Sé que no pediste nada de esto, Keily, aunque ya fuese tuyo por derecho de nacimiento —respondió la mujer con voz suave, calmada, logrando que la muchacha se relajase también—. Reconozco mi error en lo que te hice, pequeña, todo lo que puedo decir en mi defensa es que estaba tratando de solucionarlo cuando te uní a él.

Keily la miró con pena y desesperación.

—Pues no solucionaste una mierda.

Maat suspiró y extendió una mano hacia el rostro de la muchacha, alzándole la barbilla con dos de sus delicados dedos.

—¿Realmente estás tan ciega como para no ver lo que tienes delante de tu nariz? —le dijo la diosa con un chasquido de la lengua antes de soltarla y enderezarse—. Te creía un poco más inteligente, niña, después de todo te has convertido en mi hija.

Ella apretó los labios y entrecerró los ojos a modo de respuesta.

—Un honor sin el cual podría vivir, créeme, la ignorancia de tu existencia era una bendición.

La diosa se limitó a poner los ojos en blanco antes de volverse y caminar sobre sus elevados tacones hacia la silla en la que Keily había tirado de cualquier manera la mochila con la ropa y las cosas que había recogido en el apartamento del guardián. La muchacha había estado en completo silencio mientras lo hacía, tan solo las lágrimas que resbalaban de sus ojos y el esporádico sorber de su nariz dieron muestra de sus sentimientos.

—Tienes que volver y solucionar las cosas con el guardián —le dijo alzando sus ojos hacia ella—. Ese hombre está demasiado atormentado por su pasado. Dice aceptar su destino, pero todo lo que hace es vivir a medias, mi sobrino tiene suerte de seguir contando con él a pensar de todo… Sin duda eso es algo que le honra, no es fácil cuando niegas incluso la verdad que hay en tu corazón.

Keily se quedó mirando a la diosa pero no dijo nada, aunque no hacía falta, Maat parecía poder leer en ella como si fuese una pizarra escrita.

—Sé que lo has sentido Keily, está en ti poder ver más allá, ver la verdad aunque ésta no quiera ser mostrada —le aseguró Maat.

Ella se lamió los labios antes de responder.

—Jaek se ha escudado profundamente contra algo, algo que hay en su interior, algo tan fuerte que lo mantiene bajo llave, nada es capaz de traspasar esa barrera y tampoco nada puede salir de ella —murmuró en voz baja—. Siempre ha estado allí, incluso aunque él no se ha dado cuenta que yo lo sé, es como si se negara a escuchar la verdad que hay en su corazón.

La diosa asintió satisfecha y suspiró.

—Eso es porque en realidad, se está negando a hacerlo, pequeña. —Maat se sentó sobre el borde del respaldo, de cara hacia ella—. Jaek ha rechazado el don que se le fue concedido cuando lo eligieron para ser uno de los Guardianes del Equilibrio y, no solamente lo ha rechazado, lo ha convertido en su coraza, revistiendo el único órgano que podría realmente sufrir por sus acciones. Ese chico perdió demasiado y hasta ahora, tú eres lo único que le ha importado lo suficiente como para atreverse a acariciar siquiera esa coraza.

Keily negó con la cabeza.

—No lo suficiente como para derribarla o hacerla a un lado —murmuró sabiendo que ella lo había intentado y todo para terminar escuchando la respuesta que le había dado a Lyon—. No sé gran cosa de su pasado, pero sí conozco al hombre con el que he compartido esta última semana. —Sacudió la cabeza, desanimada—. Mi vida no ha sido precisamente un camino de rosas, ¿sabes? Después de que muriese mi padre y mi madre volviese a casarse, las cosas cambiaron. Ella dejó de ser mi amiga, mi madre y se convirtió en una extraña, alguien que prefería creer las mentiras del cerdo de su nuevo marido, a la verdad de su hija… Ese maldito cabrón intentó violarme por primera vez con tan solo dieciséis años, si no lo consiguió fue solo gracias a la intervención fortuita de mi hermanastro. La segunda vez… Las tijeras de costura acabaron clavadas en su muslo, en aquel entonces tenía casi dieciocho años, lo dejé sangrando y hui de casa, fui a la comisaría más cercana y lo denuncié. Mi madre me abofeteó en cuanto la policía me acompañó a casa, me partió el labio y me tachó de mentirosa, de estar celosa de su nuevo marido y me echó de casa. Odio a mi padrastro con todo mí ser, odié a mi madre por no creerme y ahora que ella no está, solo me ha quedado el arrepentimiento de decirle que a pesar de todo, la había perdonado. De donde yo vengo, las cosas no funcionan en una sola dirección, el amor no funciona en una sola dirección, si no hay quien lo alimente, se muere y la soledad es demasiado grande como para aferrarse a ella. Si Jaek siente algo por mí, estará encerrado tras esa coraza, y si no se permite escucharlo, nunca sabrá realmente si lo nuestro hubiese podido funcionar.

Maat la estudió con detenimiento, aquella pequeña hembra humana estaba resultando ser mucho más de lo que había pensado al principio. Quizás después de todo, Zhalamira no estuviese equivocada.

—¿Y tú crees que siente algo? —le preguntó nuevamente la diosa.

Ella dudó por un instante. ¿Sentía Jaek algo por ella? La dulzura con la que la había amado, el cariño con que la abrazaba, las risas compartidas, incluso las peleas, todo parecía indicar que sí sentía algo, la pregunta era si ese algo era suficiente para ella, para sí mismo.

—Creo que él no quiere saber lo que siente, no quiere aceptar lo que quizás sienta —respondió con un bajo susurro.

—¿Y tú, hija? ¿Tú sí sabes que es lo que sientes por él?

Keily no dudó.

—Sí, Maat. Esta estúpida mortal se enamoró una noche del hombre más impresionante que sus ojos habían visto, un sueño que resultó ser real, de carne y hueso, el único que realmente me hizo sentirme como un ser humano, sin pedirme nada a cambio —aceptó con un encogimiento de hombros—. Yo soy la estúpida de los dos, la enamoradiza, la que arriesgó solo para darse cuenta de que nunca debió jugar.

Keily se volvió entonces, apoyando la espalda en el respaldo, estirando las piernas ante ella y echó la cabeza hacia atrás para mirar el techo.

—Han pasado tantas cosas en tan solo una semana… Mi vida ya no es mi vida, el mundo en el que nací, en el que crecí es extraño comparado al que acaba de abrirse ante mí. Es como

encontrarse en una encrucijada sin saber realmente qué camino tomar —cerrando los ojos respiró profundamente, entonces los abrió y se volvió hacia la diosa—. Pero estoy acostumbrada a luchar, así que saldré adelante en la forma que sea, así tenga que hacerlo a mordiscos.

Maat estaba realmente sorprendida por el coraje y las ganas de vivir que tenía aquella mujer y no podía evitar preguntarse si todos los humanos eran realmente así. Si lo eran, no era sorprendente que los Guardianes luchasen con uñas y dientes por conservar sus vidas, ellos podían sentir más en un latido de corazón que ellos en todas sus largas vidas.

—¿Qué vas a hacer, Keily?

No era momento de vacilar, se dio cuenta, si quería salir de esta y seguir adelante, tenía que decidir.

—Seguir mi camino —respondió en apenas un susurro—. Es todo lo que me queda.

Una semana después.

Keily comprobó por última vez la maleta antes de cerrarla. Parecía mentira que en tan poco tiempo hubiese reunido tantas cosas, pero más que los objetos materiales, lo que había reunido era una buena cantidad de recuerdos que le harían compañía de ahora en adelante, ayudándola cuando su voluntad flaquease. Ya no era la chica simple e ingenua que era meses atrás, Maat se había encargado de cambiar aquello para siempre, dándole una vida eterna que la asustaba incluso más que la muerte. La eternidad era mucho tiempo para estar sola.

Despejando aquellos pensamientos, arrastró la maleta de la cama al suelo, tiró del asa para alzarla y salió del dormitorio, en el que había pasado la última semana. Su pequeño piso se había sentido extraño, sofocante, motivo por el cual había aceptado la sugerencia de su nueva madre adoptiva para dejar atrás todo y marcharse un tiempo. Maat se había tomado a pecho su nuevo papel. La diosa había pasado tanto tiempo con ella que hubo momentos en los que Keily deseo realmente hacerla explotar a ella en vez de las bombillas. Con todo, la presencia de la diosa le había aportado serenidad cuando los recuerdos amenazaban con asaltarla y arrancar de nuevo lágrimas de sus ojos.

Dryah era una de las pocas personas a las que había accedido a ver y la única a la que le permitió ver sus lágrimas. En su favor debía decir que cuando Keily le pidió que no le hablase del guardián, ella había accedido, limitándose a pasar tiempo con ella y planear el viaje que Keily estaba decidida a hacer.

—¿Tienes todo? —le preguntó Maat entrando por la puerta abierta, arrancándola de sus pensamientos.

Keily echó un último vistazo a su piso y asintió.

—Sí.

—¿Los billetes? —le recordó nuevamente.

La muchacha palmeó el bolso bandolera que llevaba atravesado desde el hombro a la cadera.

—Lo tengo todo, Maat —le aseguró poniendo los ojos en blanco—. Incluso voy con tiempo más que suficiente para tener que esperar en el aeropuerto.

La diosa puso los ojos en blanco y mantuvo la puerta abierta para permitirle pasar con la pequeña maleta y el neceser, echando un vistazo hacia atrás con el ceño fruncido.

—¿Y el resto?

Keily se echó a reír.

—Ya te dije que con esto es más que suficiente —negó la muchacha—. Si necesito alguna cosa más, la compraré allá.

La mujer no parecía muy conforme, pero sabía que era inútil discutir, cuando a la chica se le metía algo entre ceja y ceja era imposible sacárselo.

En la calle la estaba ya el taxi que la llevaría al aeropuerto. El conductor esperaba junto a la puerta y se apresuró a abrir el maletero para que pudiera meter las maletas mientras las mujeres se despedían.

—¿Estás segura de lo que vas a hacer?

Keily echó un vistazo hacia atrás, al antiguo edificio, y asintió.

—Debo hacerlo —aceptó con renovado ánimo—. Se lo debo.

La diosa asintió, se acercó a ella y depositó un beso en su frente.

—Aunque no lo parezca, sé cuándo meto la pata —dijo arreglando la blusa de Keily—, pero te prometo que lo que ha pasado entre Jaek y tú, es solo vuestro, no permitas que nadie te convenza de lo contrario. Los dioses podemos ser todopoderosos, pero no somos nadie al lado del amor verdadero.

Ella asintió.

—Gracias.

Maat negó con la cabeza.

—Si me necesitas, en el momento en que sea, llámame —le dijo la diosa abriendo la puerta del taxi—. Siempre responderé a una “hija del alma”.

Keily vaciló un instante, para finalmente ceder al impulso y rodear a Maat en un breve abrazo antes de meterse en el taxi.

El trayecto hasta el bar no le llevó más de diez minutos en taxi. Era ya tarde y la noche había empezado a atraer a la gente al bar, la escalera que bajaba hacia el local estaba iluminada suavemente, pulcra, limpia como siempre lo había estado. Bajó del vehículo y se quedó un instante parada junto a la puerta.

—Solo serán unos minutos —respondió volviéndose al taxista, el cual asintió con la cabeza. Ya habían acordado que harían una breve parada allí antes de dirigirse hacia el aeropuerto donde cogería por primera vez un avión que la llevase al viaje de su vida. Debería estar exultante por ello, pero era incapaz de encontrar la alegría en el hecho de alejarse de aquel lugar.

Parecía que hubiese pasado una eternidad, cuando en realidad había pasado una semana desde el momento en que había abandonado el lugar. En cierto modo, era toda una ironía que cada momento importante de su vida hubiese coincidido en jueves. Cerrando la puerta tras ella, caminó hacia la escalera y empezó a descender los peldaños que la llevarían a la entrada del local.

Jaek acababa de servir un par de copas y estaba cobrando a otro cliente cuando la sintió, era imposible que no lo hiciera. Antes de que la puerta del bar se abriera, supo que Keily estaba allí, sana y salva como le había prometido Bastet la noche en que se había marchado de su vida.

La diosa había entrado apenas unos minutos después de que Keily se marchase, su presencia lo habría sorprendido si no hubiese estado tan insensibilizado como lo había dejado la partida de la muchacha. Con un movimiento de la mano, la dama había detenido el avance y las preguntas de su hijo para acercarse directamente a él y decirle que Keily estaría bien, Maat se había hecho cargo de ella. Al menos eso le daba el consuelo de que no estaría sola, vagando por las calles, a merced de cualquier peligro, aunque no estaba muy seguro de que Maat no fuese un peligro en sí mismo, sobre todo teniendo en cuenta sus antecedentes.

El violín que daba comienzo a la melodía de una nueva canción empezó a inundar

nuevamente el local, aquella había sido la petición de un cliente para agasajar a su prometida. No estaba acostumbrado a aquella clase de música pero cuando había escuchado la pista que le habían facilitado, había estado de acuerdo con el hombre de que era una hermosa canción.

La puerta se abrió casi de inmediato, la tenue luz del local dibujó sus rasgos enmarcándola, su mirada recorrió lentamente el lugar como si quisiera grabar en su mente cada recoveco, en sus ojos podía ver todavía una pizca de indecisión pero pronto fue relegada y apartada por otra emoción más fuerte. Ella había cambiado en los pocos días que habían estado juntos, sus facultades seguirían desarrollándose a medida que fuera ganando soltura para utilizarlos, pero ya no estaba asustada de aquello en lo que se había convertido. Eso provocó una sonrisa de ironía en los labios de Jaek. Había conseguido que ella aceptase su naturaleza en tan solo unas semanas mientras que él seguía rechazaba la suya desde el mismo instante en que despertó como inmortal.

Sus miradas se encontraron un instante y ella pareció vacilar nuevamente, entonces empezó a caminar entre las mesas en su dirección, saludando a algunos de los clientes que había atendido alguna que otra vez antes de llegar a la barra del bar.

Hubo un tenso momento de silencio hasta que ella lo rompió con sus palabras.

—Vengo a despedirme —respondió al tiempo que echaba la mano al bolsillo delantero de sus pantalones vaqueros y extraía el juego de llaves de su apartamento para depositarlas sobre la superficie lisa frente a él.

—Keily… —murmuró como si fuese un hecho.

—He hecho mi elección, Jaek, alguien debía hacerlo —le dijo con cierta tensión, entonces sacudió la cabeza y se relajó—. No tiene sentido hacer reproches cuando ambos sabemos por qué esto no funcionará nunca

—No te estoy reprochando nada, Keily.

Ella vaciló y finalmente levantó nuevamente la mirada hacia él.

—A veces las palabras están de más, Guardián —respondió con un ligero encogimiento de hombros—, otras veces todo lo que consiguen es hacer daño por su crueldad…

—Keily, lo de la otra noche… —trató de disculparse, pero ella no le dejó.

—Pero son las pequeñas cosas las que nos dicen lo que realmente ocurre. No se trata de lo que has dicho, ni siquiera se trata de mí, porque aunque sé que he cambiado, lo he aceptado, he empezado a hacerlo, a aceptarme tal y como soy ahora y estoy dispuesta a disfrutar de ello, aprender de ello y seguir adelante con mi vida… No puedo quedarme atascada en el pasado simplemente porque “esto” nunca entró en mis planes. Puede que no sea un dechado de virtudes, pero nunca he sido una cobarde. Necesito marcharme, necesito saber… —Se quedó sin palabras y negó con la cabeza antes de continuar—. Me voy a Escocia, mi vuelo sale en dos horas.

Jaek se la quedó mirando durante un instante, ¿Qué podía decir? Tenía razón en todo lo que había dicho. Ella era la luchadora, la que se enfrentó a todo y salió vencedora. No podía pedirle que se quedara con él cuando ni siquiera él estaba seguro de que pasaría entre ellos, no podía darle lo que tantas veces había visto en los ojos de Keily, no eran necesarias las palabras para saber que aquello era lo que realmente deseaba la muchacha y para él era un precio demasiado alto.

—Keily —trató de decir algo, pero todo lo que surgió de su garganta fue el nombre de la muchacha.

Ella le sonrió y estiró su mano por encima de la barra para acariciar la suya.

—Este es tu lugar, tu mundo —murmuró mirando a su alrededor, recorriendo el local con mirada cariñosa, nostálgica—. Lo echaré de menos… Te echaré de menos… Pero ambos

sabemos que antes o después, esto iba a pasar y ya no puedo quedarme.

Jaek vaciló. Que el demonio lo confundiese, no quería que se fuera, no quería perderla… Pero el precio que tenía que pagar por retenerla… Simplemente, no podía, no podía permitirse aceptar algo que había estado negando toda su eternidad.

—¿Estarás bien? —Fue todo lo que pudo responder él.

Ella asintió y retiró su mano con una sonrisa, aunque a Jaek no se le escapó la decepción que detectó en su voz.

—Aprenderé a estarlo —aseguró antes de recolocarse el bolso al hombro y dar un par de pasos atrás—. Tengo que irme, tengo un taxi esperando para llevarme al aeropuerto… Cuídate, Jaek.

—Tú también —murmuró viendo cómo se iba alejando.

Ella asintió.

—Adiós —murmuró antes de darse la vuelta y deshacer el camino andado hacia la puerta.

Jaek se quedó contemplándola durante todo el trayecto, deseando que se detuviera, que volviese la mirada atrás. Pero ella no lo hizo y una vez más, tuvo que observar como la mujer que amaba abandonaba su vida.

CAPÍTULO 17

Tres Meses Después…

—Empieza a cabrearme de veras verlo así —murmuró Shayler dando cuenta de una soda en una de las mesas privadas que se encontraban contra la pared del fondo, unos cómodos sofás en los que las parejas podían gozar de intimidad mientras asistían a la actuación en directo de la noche de los jueves. En aquellos momentos una bonita violinista acompañada al piano con un hombre de mediana edad les regalaban su música—. Sus emociones son un jodido tumulto, se ha peleado dos veces con Lyon y John casi le clava un cuchillo hace menos de una semana. ¿Qué coño está pasando con los Guardianes?

Dryah se encogió de hombros, sentada a su lado sorbía un zumo tropical.

—Los chicos han estado demasiado tensos últimamente a causa de Jaek —respondió agitando su bebida—. Lyon simplemente está preocupado por él, son amigos muy cercanos y John, bueno… Tu hermano siempre ha tenido un carácter peculiar.

Shayler negó con la cabeza.

—No siempre —respondió soltando un profundo suspiro—. Es un cabrón hijo de puta, como todos nosotros, pero… No sé, hay algo más en él últimamente y por más que lo he intentado, no he conseguido averiguar que es.

Dryah lo miró.

—¿Has intentado hablar con él? —preguntó dejando el vaso sobre la mesa.

Shayler se recostó contra el respaldo estirando el brazo a lo largo de este.

—Es como hablar con una pared —dijo con una mueca—. Una pared que escupe fuego.

Ella sonrió y le acarició la mejilla con los dedos.

—Quizás necesite también unas vacaciones —le dijo con un ligero encogimiento de hombros.

Él se giró, mirándola, estudiándola.

—¿Hay algo que no me estás diciendo en relación a mi hermano, bonita?

Dryah le devolvió la mirada. No había hablado con él con respecto a lo que había visto en John, en realidad no lo había hablado con nadie, ni siquiera con el propio John. No podía, no hasta que entendiese que estaba ocurriendo realmente y qué destino les aguardaba a los Guardianes, algo que en sus visiones no aparecía demasiado nítido. Nunca había mentido a Shayler, no quería hacerlo, pero tampoco podía decirle algo que ni siquiera ella entendía.

—Tú conoces a John mucho mejor que yo, Shay —le dijo sin rodeos—. Si algo le preocupa, si algo le ocurre, tú eres el más indicado para darte cuenta de ello.

Shayler entrecerró los ojos.

—¿Qué quieres decir?

—He sentido algo cuando toqué su mano hace algunas semanas, pero solo han sido sensaciones, imágenes demasiado rápidas como para poder ver algo con claridad —le informó en voz cada vez más baja—. Allí había alguien más que John, algo más importante… Para todos, pero no sé qué es.

Shayler frunció el ceño y tomó su mano entre las suyas, su mirada azul buscando la de ella.

—Enséñamelo.

Dryah dudó, finalmente negó con la cabeza.

—No puedo —respondió en un susurro.

Shayler la miró sorprendido.

—Dryah, es mi hermano —le recordó—. Si algo le ocurre…

Ella cubrió su mano con la otra.

—Shayler, nunca te he ocultado nada y lo sabes —le respondió con total sinceridad—, pero esto… Esto no puedo mostrártelo todavía…

—Dryah —insistió pero ella lo calló poniéndose los dedos sobre los labios.

—Confía en mí, Consorte —le pidió buscando su apoyo como siempre lo había tenido—. Cada uno de nosotros tiene un destino marcado y John no es menos, debe llegar a él como todos hemos alcanzado el nuestro.

Shayler examinó su rostro buscando algo, cualquier cosa.

—Prométeme una cosa —le pidió, sorprendiéndola también a ella con aquella inusual salida.

Dryah asintió, esperando.

—No permanecerás neutral si no es necesario —respondió en voz baja, fría y firme, el poder bailando en cada una de las sílabas que abandonaron sus labios.

Ella se sobresaltó. ¿Le estaba pidiendo su intervención como *Libre Albedrío*? ¿Qué modificara el destino?

—¿Estás seguro de que es lo que deseas? —preguntó a su vez.

—Solo si es necesario —asintió, su mirada posada todavía en la de la mujer.

Ella se tomó un instante, permitiéndose sentir los confines del universo, el tiempo y el espacio moviéndose a su alrededor, acariciándola y dejándola atrás mientras permaneciera solo como una espectadora. Sus ojos azul cielo se encontraron nuevamente con los del hombre un instante antes de bajar la mirada a sus manos y enlazar sus dedos de la mano tatuada con la pareja de él.

—Solo si es necesario —respondió—. Tienes mi palabra, Juez Universal.

Shayler se relajó un poco, entonces la atrajo hacia él, necesitando abrazarla, mantenerla cerca, segura a su lado.

—No sé cómo me aguantas después de todo —murmuró en su oído.

Ella se echó a reír ante el tono lastimero en su voz.

—He llegado a la conclusión de que nadie más lo haría —aseguró con una tierna sonrisa —. Así que, he decidido sacrificarme por el bien común.

Ahora fue él quien se rio antes de besarla tras la oreja, mordisqueándola.

—No puedo estar más que agradecido por ello, amor —asintió antes de volver a echarse atrás y mirar hacia la barra, donde su amigo servía como todas las noches las bebidas—. ¿Cuándo fue la última vez que le oíste tocar el piano?

Ella se acomodó también y siguió la mirada de su compañero.

—No ha vuelto a tocar una nota desde que Keily se fue —respondió ladeando el rostro, entonces suspiró—. Se ha limitado a escuchar cada vez que le he comentado que había hablado con ella por teléfono o me acerqué a verla, pero nada más.

Shayler asintió y se volvió hacia ella.

—¿Has hablado con ella recientemente?

Ella lo pensó detenidamente.

—Chateamos a menudo y hace un par de semanas fui a verla y pasamos el día juntas,

como ya sabes —asintió acomodándose contra su costado—. Le está gustando Edimburgo, dice que es casi tan vieja como se sentirá ella dentro de varios siglos, se le ha pasado por la cabeza incluso el alquilar una vivienda allí… Y sí, ha preguntado por Jaek, no de forma directa, pero ha escuchado atenta cuando dejé caer algún comentario sobre él e incluso he sentido la nostalgia en su voz. Shayler, no lo entiendo. ¿Por qué se empeñan en mantenerse separados si es obvio que necesitan estar uno junto al otro?

El Juez le acarició el pelo y la besó en la frente.

—Creo que lo que nos pasó a nosotros podría ser la respuesta que buscas, bonita —respondió con un ligero encogimiento de hombros—. El amor hace extraños compañeros de cama.

Ella alzó la cabeza para mirarle y frunció el ceño.

—Espero ser algo más que una compañera de cama, Juez —le soltó con ironía, a lo cual él se rio entre dientes.

—Eres mi otra mitad, amor —le aseguró con diversión—, eso lo dice todo.

Ella negó con la cabeza dejándolo por imposible.

—Jaek está atado por su pasado —aseguró Shayler con pesar en su voz—. Él nunca quiso formar parte de esto y ese mismo deseo lo llevó a encerrarse en sí mismo durante más tiempo del que puedo llegar a pensar. Vivir solo todo ese tiempo, aislado… Aquello lo salvó de la guerra civil que se desarrolló entre los elegidos, pero entonces apareció Roane… Ella sería uno de nosotros si no hubiese sucumbido en el último momento. Se lo comenté a Keily, aunque no le expliqué que Jaek acabó con la vida de esa mujer porque ella misma se lo pidió. Roane había estado yendo tras John todo ese tiempo, pero acabó topándose con Jaek y no sé, algo tuvo que cambiar en ella. Hasta donde yo sé la mujer hizo todo lo que pudo para empujar a Jaek a matarla, hasta el punto en que no le dejó opción.

Dryah lo miró sin decir una sola palabra. Sabía parte de la historia por lo que ellos le habían contado y la misma Fuente se había encargado de mostrarle, pero nunca había entendido exactamente como habían llegado a unirse en hermandad.

—John fue elegido para reunir a los supervivientes, La Fuente había ordenado que se buscasen a aquellos que se habían mantenido puros, que no se habían corrompido y lo eligió a él para ese trabajo. Cuando llegó a la aldea en la que se ocultaba Jaek se encontró con un rastro de cadáveres, entre ellos quedaba con vida una niña pequeña, la muchachita lo había visto todo desde el hueco que habían hecho los cuerpos de sus padres, ocultándola de la “mujer” que se había abierto camino con nada más que una espada en su mano —continuó Shayler con la explicación—. Roane había masacrado todo el poblado tan solo para probar su superioridad y la niña había sido testigo de ello. Cuando John los encontró, Jaek tenía a una moribunda Roane en los brazos. De alguna manera ella le donó su poder, algo que nunca antes había pasado.

—¿Quieres decir que ella… era una sanadora?

Shayler le acarició el rostro.

—Ella era, *“la sanadora”* —la corrigió—. En su intento de buscar el equilibrio, la Fuente pensó que la delicadeza de una mujer iría bien en el papel de la sanación y ése fue el don con el que invistió a Roane, después de todo, ella había sido la única que se había salvado de la Peste que azotó su ciudad, la única superviviente. Creyó que era un justo premio, sin darse cuenta que quien da vida… También puede quitarla.

Dryah se estremeció.

—¿Y qué pasó entonces con el verdadero poder de Jaek? —preguntó volviendo la mirada hacia el hombre que pasaba un paño húmedo sobre la lisa superficie de la barra—. Se supone que

cada uno de los elegidos fue investido con un don.

Shayler siguió su mirada y esbozó una irónica sonrisa.

—Si mi empatía es una endemoniada maldición, deberías ver lo que es poder ver directamente en el corazón de la gente. Leer las emociones es una cosa, indagar en el corazón de la humanidad… Eso si es una maldición.

Dryah abrió los ojos desmesuradamente y se volvió a su marido.

—Pero entonces él sabe…

Shayler se tomó su tiempo en responder.

—Jaek ha estado escudando su poder desde que puedo recordar, enjaulándolo, hasta el punto de que no estoy seguro si realmente sabe que hay detrás de esa coraza —dijo con un suspiro de pesar—. A veces, atreverse a mirar dentro de uno mismo puede ser el mayor temor de todo ser viviente, mortal e inmortal.

Ella chasqueó la lengua y se incorporó.

—En ese caso tendrás que hacer algo para que abra los ojos —aseguró ladeando la cabeza, obviamente su mente ya estaba empezando a funcionar—. Es tu deber como nuestro *Juez Supremo* velar por nosotros…

Shayler la miró con fingida consternación.

—Y yo pensando que era justamente al revés.

Ella puso los ojos en blanco.

—¿Realmente llegaste a pensar eso alguna vez?

Shayler le sonrió y se rastró distraídamente la barbilla.

—Es lo que ellos siempre han creído, amor, no iba a echar por tierra sus ilusiones, ¿no?

Ella sonrió en respuesta y se acercó a él para respirar en sus labios.

—Si te haces aunque sea un solo rasguño… Dormirás en el sofá, ¿de acuerdo?

Shayler la miró realmente sorprendido y se echó a reír.

—Te prefería con mucho cuando llegaste a mí, inocente e ignorante de las artimañas femeninas —se burló con una sonrisa—. Hay que ver lo rápido que aprendes.

—He tenido un buen maestro —aseguró besándole, para luego recordarle—. Hablo en serio, Shay, ni un rasguño.

Shayler suspiró.

—Las cosas que tiene que hacer uno por amor.

CAPÍTULO 18

Lyon volvió a leer por tercera vez la hoja de papel de pergamino escrito con caligrafía elegante que le había enseñado Jaek aquella misma mañana. Su expresión había empezado por reflejar su incredulidad, solo para ir mudando a medida que iba leyendo cada línea, intentando que el significado de aquello penetrase en su cerebro en busca de alguna explicación lógica que hasta el momento no había encontrado. En sus manos tenía un documento que no había visto en más siglos de los que podía contar, en realidad, no estaba seguro de haber visto ninguno con esas características y ese sello, pues su significado eran palabras mayores para los *Guardianes Universales*.

Un desafío en toda regla para cualquier Guardián, una puesta a prueba de su lealtad.

—¿El Juez ha perdido la cabeza o es que el mundo va a terminarse y le apetece un poco de fiesta? —preguntó él mirando la tarjeta que le había entregado Jaek, la cual estaba lacrada con su sello—. Éste debe tener sequía de sexo o no me lo explico.

Jaek no dijo nada, había recibido la misiva con tanta sorpresa o más que Lyon, especialmente porque fue el propio Juez quien se la entregó. Sabía que estaba arisco y había tenido algunos encontronazos con sus compañeros durante los últimos meses, pero de ahí a joder con su Juez hasta el punto de que él le pidiese una contienda, había mucho trecho.

Jaek suspiró. Lo último que le apetecía era tener que discutir con Shayler, mucho menos ponerse a pelear con él. Las luchas con espada hacía demasiado tiempo que habían quedado atrás, los tiempos habían cambiado y ellos también.

—¿Vas a aceptar? —preguntó Lyon volviéndose a mirar a su amigo.

Él alzó la mirada y suspiró.

—La idea de pegarle una patada en su ególatra trasero me parece muy atrayente, la verdad —le respondió Jaek sacudiendo la cabeza—. El matrimonio ha perturbado a ese muchacho.

—El matrimonio es la peor lacra de la sociedad, compañero, la peor —aseguró Lyon con un estremecimiento—. Te ponen los grilletes y te vuelves tonto.

—No me parece que Shayler haya perdido perspectiva.

—No, si perspectiva la tiene toda… Es rubia, de un metro sesenta y tantos, ojos azules y una bonita voz que nos hace quedar a todos como idiotas con algunas de sus visiones —refunfuñó—. Esa muchacha de veras me asusta algunas veces, pero los dos juntos… Eso es material de pesadillas.

Jaek puso los ojos en blanco y echó un vistazo al reloj sobre la pared, casi era la hora a la que había sido citado.

—¿Quieres un respaldo? Por si el chico ha perdido la perspectiva y hay que ponerlo sobre las rodillas y darle unos azotes.

Jaek arqueó una ceja ante eso.

—Creo recordar que la primera y última vez que lo intentaste, Shayler te clavó un cuchillo en culo —respondió con ironía.

—Sí, qué tiempos aquellos —dijo su compañero con un nostálgico suspiro—. En fin… Tú no sé, pero a mí me mata la curiosidad por este bonito encuentro, así que, andando, chaval…

Jaek lo miró con diversión.

—Si tan ansioso estás por darle una paliza a nuestro Juez, te cambio el puesto.

—En absoluto —negó Lyon divertido por la situación—. Yo solo voy por el espectáculo.

Jaek sacudió la cabeza y suspiró. Conocía lo suficientemente bien a su amigo para saber que su interés estaba puesto en el Juez, al igual que él mismo. El primer deber para los *Guardianes Universales* era para con el Shayler, aunque éste se hubiese vuelto tonto.

Shayler examinó lentamente el lugar que no había vuelto a pisar desde la investidura de Dryah como *Oráculo de la Fuente* y *Guardiana Universal*. Todavía le sorprendía que hubiese transcurrido ya más de un año desde aquello, como le sorprendía el hecho de despertarse por las mañanas y tener a la mujer con la que había soñado durante gran parte de su vida junto a él, el lugar que le correspondía. La amaba con todo lo que tenía, era toda su vida y no dudaría en ir en contra del mismísimo universo por ella. Sonriendo ante el recordatorio que le hizo antes de dejarla en la oficina, paseó su mirada azul por las ruinas. Las piedras tiradas en medio del polvoriento suelo, apenas se mantenía en pie parte de la construcción que debía haber sido un día, ni siquiera él había visto ese lugar como era originalmente. Aquel era el mismo lugar en el que la Fuente Universal había decidido reunir a los últimos elegidos, atrayéndolos a través del sueño hasta aquel punto en donde se les había otorgado el poder y la consigna que regiría sus vidas hasta nuestros días.

Su mirada se detuvo en uno de los pilares que permanecían en pie. La piedra oscura y lisa carente de simbolismos se alzaba en una de las cuatro bases que formaban la parte principal, bajo ellas, uniéndolas todavía resistía una losa de mármol veteado, el único punto de color en aquel extraño reino oculto en los confines del Universo. Por alguna razón el lugar le resultaba vagamente familiar, había algo en ese punto que lo conectaba a algo mucho más profundo y oculto que no podía entender.

—No esperamos vuestra visita, ni se nos ha convocado… ¿Qué hacéis pues aquí, *Juez Supremo*?

Aquella voz melódica y femenina llena de poder, coronada por la intensidad de varias voces hizo que Shayler destellara sus dagas a las manos antes de echar una rodilla al suelo, cruzar la mano encima de ésta e inclinar la cabeza en una muestra de respeto.

—La naturaleza de mi presencia aquí obedece a motivos de mi Guardia —respondió alzando entonces la mirada para encontrarse casi frente a una larga túnica blanca, la capucha que por lo general cubría el rostro y el pelo de aquel poderoso avatar estaban retiradas dejando sus rasgos de duende al descubierto.

—Levantaos, Juez —le dijo tendiendo una mano hacia él que Shayler rechazó. La mujer retiró la mano y ladeó el rostro para contemplar al muchacho cuando se levantó—. Estamos al tanto por medio de vuestro Oráculo de lo ocurrido a esa humana que la Diosa Maat ha convertido en contra de su voluntad.

Shayler se apresuró a aclarar aquello.

—Keily es ahora una *hija de los dioses*, está vinculada con uno de mis *Guardianes* —aseguró—. No supone peligro ninguno.

Ella pasó a su lado, el brillo que generalmente solía envolverla había palidecido dándole un aspecto más humano.

—Está vinculada mediante la marca en sus manos, pero no por su alma —respondió la mujer deteniéndose al principio de lo que quedaba de una pequeña escalinata—. Su alma llora, pero su llanto no es escuchado por aquel que debiera sosegarlo.

A él no le sorprendió tal respuesta, hacía tiempo que había aprendido que aquellos seres iban siempre un paso por delante de ellos.

—Ello es el motivo de mi presencia aquí, mi señora —dijo volviéndose para no darle nunca la espalda a aquella mujer.

La figura femenina asintió y continuó deambulando, acariciando las piedras y el aire, como si supiese donde había estado cada pared, cada columna.

—¿Puedo atreverme a haceros una pregunta?

Ella se volvió con una suave risa.

—¿Necesitáis mi permiso cuando siempre habéis hecho lo que habéis querido incluso en contra de nuestros deseos, Juez?

Él no respondió, esperando a que concluyese.

—Preguntad, pues.

Asintió en agradecimiento e indicó las ruinas.

—Mi hermano —preguntó, su mirada fija en ella—. ¿Qué habéis reclamado de él?

Se tensó cuando aquellos ojos azul trasparente se posaron sobre él, haciéndolo tragar saliva, con todo no retrocedió, al fin y al cabo era un guerrero.

—Nada ha sido reclamado al antiguo guardián, *Juez Supremo* —respondió caminando ahora hacia él—. Todavía no. De sus decisiones dependerá el curso que tomará el destino, el destino de todos.

Shayler no dijo nada. Aunque quisiera preguntar más, no se veía capaz de hacerlo con aquella extraña mujer tan cerca de él, había algo en ella que iba mucho más allá del crudo poder que ostentaba, algo que amenazaba su empatía.

Una delgada y delicada mano de dedos largos y uñas cuidadas se posó sobre una de sus manos, acariciando la piel de su puño y deslizándose sobre el filo de su arma un instante antes de que la dejase caer y volviera a alejarse nuevamente de él.

—Haz lo que tengas que hacer, Juez Shayler y no te preocupes por aquello que todavía no ha venido a llamar a tu puerta y que quizás ni siquiera lo haga —le dijo antes de desvanecerse como si fuese una voluta de humo.

Las últimas palabras de la mujer quedaron durante un instante dando vueltas en su mente, aquella si había sido una visita extraña.

—Espero que hayas traído palomitas, esto será aburrido sin palomitas.

La inconfundible voz de uno de sus compañeros hizo que Shayler se girase hacia la derecha donde vio a Lyon, el cual le dedicó un movimiento de cejas a modo de saludo. A escasos pasos de él apareció Jaek, vestido como hacía tiempo que el Juez no lo había visto, completamente de negro, con una cara camisa de seda y unos pantalones de piel curtida atados por debajo de sus rodillas a unas suaves y flexibles botas de piel de un tono grisáceo.

—Aquí estoy, como solicitasteis mi presencia, Juez —respondió él mirando las armas de Shayler las cuales ya tenía en sus manos—. Si llego a saber que estabas tan ansioso, habría venido antes.

Shayler alzó las manos con las hojas de las dagas paralelas a sus antebrazos y se encogió de hombros.

—En realidad he estado entretenido.

Ambos Guardianes reaccionaron al instante mirando a su alrededor, en las manos de Jaek apareció su espada y las de Lyon quedaron empuñadas por dos espadas gemelas.

—*Tsh*, tranquilos, chicos —chasqueó Shayler negando con la cabeza con cierta diversión —, no hay amenazas, y la visita… Bien, Zhalamira no necesita precisamente un cuchillo para acabar conmigo.

Los hombres se relajaron, pero sus armas permanecieron.

Shayler se volvió entonces hacia Lyon echándole un buen vistazo.

—No recuerdo haber incluido tu nombre en la invitación —le soltó arqueando una ceja en espera de explicación.

—Realmente no esperarías que fuera a perderme el ver cómo te patean el culo —aseguró retrocediendo para tomar asiento sobre una de las piedras caídas, sus brazos cruzados sobre su inmenso pecho con gesto satisfecho—. Considérame solo un espectador.

Shayler esbozó una irónica sonrisa.

—Y como espectador permanecerás, Lyon —respondió perdiendo ya toda la sonrisa de su voz, su mirada pura advertencia—. ¿Ha quedado claro?

El vikingo se tensó. Aquel no era el chico bromista y despreocupado, era su Juez, La Ley del Universo.

—Como ordenes, mi Juez —aceptó intercambiando una rápida mirada con Jaek, quien volvió a mirar a Shayler.

—¿Puedo saber a qué debo tal honor? —preguntó el guardián totalmente alerta—. ¿O se trata de algún castigo por algo de lo cual no me he enterado?

Shayler sonrió y se frotó la mandíbula con la hoja de una de sus dagas.

—Considéralo un favor personal… —respondió el chico antes de dejar su pose relajada para pasar al ataque.

El entrechocar del acero y la intensidad de la lucha cogió por sorpresa a Jaek, el Juez no estaba jugando, iba en serio.

—Te sugiero que no te reprimas, compañero —le susurró un instante antes de separar sus armas, las chispas saltaron ante el deslizar del acero sobre el acero—, yo no lo haré.

Jaek esquivó un nuevo ataque y contraatacó con uno propio que los acercó de nuevo.

—¿A qué diablos viene todo esto, Shayler?

Él se movió con soltura y rapidez arañando la piel del brazo de su contrincante y cortando la camisa en el proceso. Jaek maldijo cuando vio la sangre, su mirada incrédula voló hacia la del Juez la cual era cruda determinación.

—Quiero saber si realmente merece la pena tenerte en la hermandad —murmuró con fiereza, sus ojos azules más oscuros de lo normal gracias a la concentración de su poder, sus palabras impactando abiertamente en Jaek.

—Shayler… —sonó la voz de Lyon tan sorprendida como se veía el propio Jaek.

—¡Silencio! —clamó el Juez lanzando una oleada de poder en dirección del vikingo, quien reaccionó a tiempo para salir de su rango de destrucción.

—Maldita sea… joder… —se quejó Lyon tras ver el destrozo que había quedado en el lugar que él había ocupado un segundo antes. Su mirada ascendió de inmediato hacia los dos contrincantes cuando oyó nuevamente el entrechocar del acero aderezado con un quejido de parte de Jaek, quien había encajado de nuevo otro corte. ¿Qué diablos tenía el Juez en la cabeza? Lyon observó cada movimiento de Shayler. El joven estaba luchando totalmente en serio, su poder ondeaba a su alrededor, y sin embargo lo contenía mientras se batía en duelo con su compañero de armas.

La contienda llevó a ambos combatientes a medirse a golpe de espada. Jaek dejó de defenderse para pasar al ataque, sus estocadas fueron vacilantes al principio, para finalmente ganar más efectividad y emplearse a fondo. Aquel era un guerrero que Lyon no había visto en demasiado tiempo, el mismo que Jaek se había negado a sí mismo su poder.

—Mierda —farfulló Lyon en voz baja al darse cuenta. Aquello era precisamente lo que buscaba Shayler con sus actos y sus palabras, el joven Juez estaba tratando de devolver a su

compañero de armas lo que había sido una vez… Y creía entender el por qué lo hacía justamente ahora.

Jaek sintió como la hoja de su espada se deslizaba por la carne arrancando sangre. La manga de la camisa de su contrincante empezó a humedecerse con su sangre mientras fintaba para esquivar un nuevo golpe y lanzaba uno nuevo el cual desestimó antes de atacar nuevamente con más crudeza. El fuego ardía en su interior, todo el peso de las palabras que el muchacho se había atrevido a pronunciar pesando en su alma. ¿Merece la pena tenerte en la Guardia? Jamás había pensado en ello, siempre había dado por hecho algo que solo ahora empezaba a preguntarse él también. ¿Era realmente un Guardián Universal? Él no había deseado nada de aquello, su vida había sido un cúmulo de acontecimientos que se había venido abajo con la caída de su pueblo, solo para ser arrastrado, ahora se daba cuenta, a aquel lugar donde toda su rabia y dolor habían jugado en su contra. Él solamente había querido morir, aquellas habían sido sus palabras.

"Eso es lo que dice tu voz, pero no lo que clama tu corazón. Aprenderás a encontrar la verdad en el corazón de cualquier ser que se cruce en tu camino, Jaeken, sus esperanzas y sus debilidades serán tuyas".

Él se había negado a escuchar realmente a su corazón y la Fuente se había encargado de que nunca más le ocurriera otorgándole el don de leer en los corazones de las personas, un don que para él había resultado ser una maldición.

Desde aquel momento se había negado a escuchar a nadie, no deseaba oír los deseos y temores de nadie, ni siquiera quería enfrentarse a los suyos. Se había convertido en un ser solitario por iniciativa propia, ocultándose del deber que le fue impuesto solo para despertar a la realidad cuando su espada atravesó el corazón de Roane y sus más oscuros deseos salieron a la luz. Ella le había dado las gracias por terminar con su vida, por acabar con una vida de muerte y sangre que no fue capaz de detener. Ella deseaba entregarle a él su don, lo único bueno que había habido realmente en ella, el don de la curación y él lo había recibido como una nueva maldición.

El acero de su espada arrancó un jadeo en su contrincante, antes de fintar de nuevo y encontrarse cara a cara con unos profundos y luminosos ojos azules en un rostro pícaro y juvenil, el mismo rostro que había visto mucho tiempo después de aquello cuando John había vuelto a ellos después de reunirlos y les había presentado al miembro más nuevo de la hermandad y el que un día se convertiría en su señor, en la mismísima Ley del Universo. Aquel muchacho que había tenido que madurar a golpe de espada, que había derramado su sangre sobre el suelo en el que ahora combatían, el mismo hombre al que habían jurado proteger hasta con su propia vida, que él había jurado proteger.

El impacto de su espada contra una de las dagas del Juez atrajo su atención de nuevo hacia el combate. Una rápida visual le hizo consciente de la sangre que corría y manchaba la ropa del joven combatiente, su respiración acelerada y la mirada interrogante en su rostro.

Ahogando un jadeo esquivó el último ataque separándolos con determinación antes de hundir sus espadas con fuerza en el suelo al tiempo que gritaba un:

—¡Basta!

Shayler trastabilló hacia atrás jadeando hasta caer con un sonoro golpe sobre el suelo, solo para que Jaek fuera hacia él con manos descubiertas y sus ojos echando chispas.

—¿Qué mierda es la que pretendes, maldito estúpido? ¡Joder, Shay! —clamó cayendo de rodillas al suelo ante el jadeante muchacho que sangraba casi tanto como él—. ¡Eres mi Juez! ¡Te he hecho un maldito juramento, jodido estúpido! ¡Soy uno de tus jodidos guardianes! ¡Tú puñetera escolta!

Shayler se echó hacia atrás, dejando que su cuerpo descansara sobre sus codos y le miró a través de los entrecerrados ojos.

—Lo sé, Jaeken —le respondió haciendo una mueca—. Siempre lo he sabido, eras tú el que no parecía entenderlo.

Jaek palideció al comprender el alcance de las acciones de Juez. Shayler se había expuesto a sí mismo, lo había puesto a prueba sin importarle acabar como un colador solo para que él pudiera hacer frente de una vez por todas a su realidad, su única realidad.

—He luchado contra ti —respondió inclinándose sobre el maltrecho muchacho, las implicaciones de aquello todavía empezaban a penetrar en su mente—. Maldito cabrón estúpido, he levantado mis armas contra ti.

Shayler se encogió de hombros para luego hacer una mueca.

—Yo te lo pedí —respondió echando un vistazo más allá de Jaek—. ¿Lyon sigue de una pieza?

—Preocúpate por ti mismo, cachorro estúpido —respondió Lyon apareciendo por uno de los laterales—. Tu mujer nos matará cuando te vea en este estado.

Shayler hizo una nueva mueca y gimió antes de volverse a Jaek.

—¿Te importaría? No quiero dormir en el sofá lo que me reste de vida —pidió con un bufido.

Jaek lo agarró por la pechera de la camisa y tiró de él hacia delante.

—Eres el hombre más exasperante al que he tenido la jodida desgracia de proteger —le susurró Jaek, pero sus ojos decían una cosa muy distinta.

Él le palmeó el brazo y asintió lentamente.

—Sí, sí, sí —asintió y señaló lo obvio—. Ahora haz algo antes de que me desangre aquí mismo y Dryah pida vuestras pelotas y luego las mías en una bandeja.

—No sé, quizás debiese dejarte así unos minutos más a ver si con la sangre se te iba también la estupidez, Juez —respondió Lyon negando con la cabeza.

Jaek no respondió, se limitó a concentrar el poder en sus manos y dejar que fluyese hacia el cuerpo del Juez, imprimiendo una fuerte orden para que durmiese y así poder curar cada uno de los cortes que había provocado su espada. Cada vez que pensaba en ello no podía sino estremecerse. Ese maldito estúpido lo había urgido a pelear para que se enfrentara a la realidad, su realidad, a lo que era y siempre sería, un hombre… No, un guerrero, Guardián de la humanidad y del hombre que permanecía ahora inconsciente bajo sus manos. Y ahora, Guardián de la única mujer que había sido lo suficientemente fuerte para traspasar las barreras de su corazón y arañar su superficie, la mujer a la que amaba y había dejado marchar.

—Casi lo mato —murmuró Jaek sabiendo que su compañero y amigo lo escuchaba.

—No habrías permitido que eso sucediera —respondió Lyon con un profundo suspiro al tiempo que apartaba unos mechones de pelo del rostro del hombre—, ninguno lo habría permitido. ¿No te da la sensación de que es el hijo que nunca quisimos tener?

—Constantemente —aceptó y se rio en respuesta.

—Cúrale hasta el más mínimo de los rasguños, luego lo enviaremos con Dryah, ella se encargará de leerle la cartilla —respondió Lyon, entonces tras un breve momento de silencio agregó—. Y, ¿Jaek?

El guardián se volvió hacia él.

—Ve en busca de ella de una jodida vez —le dijo sin vacilaciones—. Si tengo que oírte lloriquear una vez más, me suicidaré y te llevaré conmigo.

Jaek asintió lentamente antes de volver a ocuparse de Shayler. Sí, era el guardián de la

única mujer que se había atrevido a gritarle su verdad a la cara y ya era hora de permitirse oír lo que había realmente en su corazón.

—Lo haré, Lyon. Lo haré.

CAPÍTULO 19

Keily no dejaba de asombrarse por la belleza de los parajes escoceses. Al principio su idea había sido pasar un mes visitando aquellas tierras, se había establecido en Edimburgo, en un bonito y económico hostal y había alquilado un pequeño utilitario para poder desplazarse de un lado a otro sin tener que depender del transporte público. El conducir por la izquierda había sido quizás uno de los mayores escollos que había tenido que solventar, eso y no atropellar a alguna de las estúpidas ovejas que parecían poblarlo todo en las Tierras Altas. Aquella tierra la había enamorado, se había metido tan profundamente en su interior que pronto empezó a buscar una pequeña casita que poder alquilar por más tiempo, llegando incluso a plantearse la posibilidad de quedarse a vivir en Edimburgo o en alguno de los pueblos de los alrededores.

Durante los últimos tres meses no había permanecido ociosa. Después del primer mes había decidido buscar trabajo, algo a media jornada que la hiciera sentirse útil y que le permitiera así mismo alejar durante algún tiempo el sordo dolor que seguía envolviendo su corazón.

Trabajaba tres días a la semana en una pequeña casa de comidas sirviendo mesas y atendiendo alguna que otra vez tras la barra, lo que le dejaba tiempo para organizar sus excursiones de fin de semana, como la de hoy que la había traído hasta el hermoso Castillo de Eileen Donan, situado en la pequeña isla con el mismo nombre.

No sabría cuánto tiempo llevaba ya apoyada en el bajo muro que rodeaba el largo puente de piedra que salvando el río comunicaba la orilla con el emplazamiento del castillo ya en la isla. Su mirada había quedado prendada de aquellas viejas piedras, de la fortaleza que se elevaba entre arbustos y zonas verdes, Keily creía incluso poder oír alguna voz lejana, como los ecos de las pasadas batallas que se hubiesen llevado a cabo en el lugar, así como el dulce sonido de la gaita que había aprendido a apreciar. Sus facultades se habían ido afinando en los últimos meses, cuando antes apenas oía alguna que otra frase suelta, ahora debía proceder con cuidado y protegerse para evitar precisamente lo que ya se le había advertido, que una cacofonía de voces sin orden ni concierto inundara su mente confundiendo incluso sus pensamientos. Con todo, el esfuerzo y la paciencia, así como las esporádicas visitas de Maat, la habían llevado a controlar aquel nuevo aspecto de su vida.

La diosa se había presentado aproximadamente un mes después de su llegada a Edimburgo. Su presencia debería haber sido un desagradable recordatorio de todo lo ocurrido para ella, pero Keily había conseguido superarlo y ver a la diosa como lo que estaba intentando ser, una especie de madre excéntrica, sin vocación que no entendía por qué tenía que preocuparse de una humana y que sin embargo sentía la imperiosa necesidad de hacerlo. Por otro lado, las visitas con las que más había disfrutado eran las de Dryah. Las dos habían mantenido el contacto por *Skype* y por teléfono y la rubia incluso había venido a visitarla en un par de ocasiones. A menudo habían bromeado sobre lo útil que resultaba el medio de transporte de la Oráculo, un solo pensamiento y ya estaba en el lugar al que quería ir; Rápido, práctico y sobre todo económico.

Ella había sido también la única que le había hablado de Jaek.

—No pienses en él, prometiste no pensar en él —se dijo a sí misma llevándose las manos a las sienes. Pero por más que insistiera en decirse aquello una y otra vez, el breve tiempo que había pasado con él seguía inundándolo todo, su amor por él seguía vivo y se negaba a apagarse

a pesar de sus esfuerzos por olvidarlo—. Él hizo su elección y tú la tuya, no había más que pudieras hacer, Keily…

Abandonó su improvisado asiento y alzó la mirada hacia el castillo, decidida a disfrutar de la visita y del día, que aunque estaba algo nublado no hacía tanto frío como semanas atrás.

—Lo intenté, yo al menos sí lo intenté —se repitió en voz baja, influyéndose ánimos.

—Pero yo no quise escuchar.

Keily se quedó helada en el lugar al escuchar aquella voz profunda y sexy, su corazón se saltó un latido al tiempo que se le quedaba atascada la respiración en la garganta. *No te vuelvas,* se decía a sí misma, *no lo hagas, sigue adelante*.

—Keily.

Allí estaba de nuevo, aquella líquida calidez con la que siempre pronunciaba su nombre.

«Márchate, simplemente márchate, Jaek. ¿A qué vienes ahora? ¿Por qué ahora?». Pensó mientras se volvía lentamente, componiendo en su rostro una expresión amistosa, despreocupada, como si realmente no sintiese como su corazón se aceleraba con tan solo su cercanía.

El aire empezó a faltarle nuevamente cuando lo vio. Allí estaba, a escasos metros de ella, vestido en vaqueros y suéter, con una gruesa chaqueta protegiéndolo del frío y una ligera bufanda verde alrededor de su cuello, sus ojos azules fijos en ella. Estaba guapísimo, mucho más incluso de lo que lo recordaba, juraría incluso que el pelo le había crecido un poco.

—Vaya, esto sí que es una sorpresa —respondió con vacilación—. ¿Qué te trae hasta Escocia? No te hacía del tipo aventurero. ¿Vienes por trabajo?

Lárgate maldito estúpido, tan solo da media vuelta y vuelve a casa. ¿Por qué diablos tienes que venir ahora? ¿Por qué diablos tienes que estar tan rematadamente atractivo? Maldita sea, te he extrañado tanto… Pero no puedo hacer esto… Márchate.

—¿Placer quizás? —continuó al ver que él no respondía.

Por favor, dime que no ha venido con otra mujer. Que no se trata de otra mujer.

Jaek esbozó una lenta sonrisa y negó con la cabeza.

—He venido por ti.

¡Mentiroso! Clamó ella interiormente.

—¿Por mí? —se rio con fingida diversión.

Jaek se la quedó mirando un instante y sacudió nuevamente la cabeza.

—No es una mentira, Keily, necesitaba verte —aseguró antes de desviar la mirada y recorrer lentamente los alrededores antes de volverse a ella con un gesto ligeramente irónico—. Aunque no deja de sorprenderme la ironía de venir a encontrarte precisamente aquí.

—¿Ironía?

¿Qué haces aquí, Jaek? ¿De verdad? ¿Por qué has venido ahora?

Él asintió lentamente y caminó hacia ella hasta detenerse a su altura, todavía con las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta.

—He venido para dejar mi pasado atrás. Tenía que decirte que tienes razón, tengo miedo, un miedo atroz de mirar más allá de la barrera en la que he encerrado todo lo que soy, todo lo que siento —aceptó volviendo entonces la mirada hacia ella—. Y he venido a recuperar algo que he perdido.

Ella ladeó el rostro, tensa, había escuchado cada una de sus palabras y había notado la verdad en ellas, había sentido lo que había detrás de ellas pero no quería volver a equivocarse, el arriesgarse y fallar dolía demasiado.

—¿A Escocia?

Él sacó una de sus manos de la chaqueta y acarició su mejilla con el dorso de los dedos.

—Tú estás aquí, ¿no?

Keily se tensó ante el contacto de sus dedos, luchando con la necesidad de cerrar los ojos e inclinar el rostro hacia sus caricias.

—Sí —respondió con recelo. Entonces sacudió la cabeza—. Llevo aquí los tres últimos meses.

«Tres malditos meses en los que tú ni siquiera te has dignado a llamarme ni una sola vez, preguntar por mí o venir a buscarme. Me dejaste marchar sin más. ¿Por qué tengo que creerte ahora?».

A Jaek no le pasó por alto el tono irónico en su voz, así como tampoco el debate interior que se estaba produciendo en la mujer que tenía ante él.

—Lo sé —respondió en voz alta, haciéndose eco de los pensamientos de ella—. Dryah fue quien me dijo donde podía encontrarte, aunque no es que hiciera falta, ya que con esto —él señaló el tatuaje que cubría su mano—, siempre hemos mantenido el contacto, aunque no lo quisiéramos así.

Keily tragó con fuerza, sacudió la cabeza y le miró dolida. Por más que lo intentó, no consiguió ocultar el dolor que le producían sus palabras.

—Sé que fui yo la que se marchó, pero me diste motivos más que suficientes para ello —respondió dolida—. Así que no me vengas ahora con que nunca hemos perdido el contacto cuando fuiste tú el que quiso que no hubiese ninguna clase de vínculo entre nosotros, solo buscabas una aventura casual, nada más.

«Y yo necesitaba más de ti, quería más y fui lo suficiente estúpida para intentar buscarlo a pesar de todo».

Jaek asintió lentamente, su mirada buscando la de ella.

—Nunca fue mi intención causarte daño, Keily y sé que eso es precisamente lo que he hecho —continuó sin soltar su mirada—. He pasado tanto tiempo intentando escudarme del don que ellos me dieron, que terminé por negarme a mí mismo lo que soy y lo que hay realmente en mí. Te he fallado, paloma, y lo siento.

Keily no respondió, no podía, no se atrevía a pensar que sus palabras pudiesen significar algo más que una tardía disculpa. No deseaba eso, no quería palabras vacías, ni siquiera quería palabras, si tan solo él lo entendiese...

—Lo entiendo ahora, Kei. —La sorprendió con una triste sonrisa—. Sé que me he comportado como un auténtico gilipollas, nena, me quedé quieto cuando debí haberte retenido, evitar que te alejases de mí. No quise oír lo que tenían que decir los demás porque era aceptar que me había equivocado de nuevo, por que hacerlo sería mirar dentro de mí y eso… Eso realmente me aterraba.

¿Le aterraba? ¿Y qué había de ella? ¿Del miedo inmenso que tenía a todo aquello a lo que era incapaz de encontrar explicación? Había sido lanzada de cabeza en un mundo que no sabía ni que existía, un mundo en el que las leyendas y los mitos eran la vida cotidiana de mucha gente. En medio de aquella locura solo lo había tenido a él, y ni siquiera completamente. Jaek nunca se había permitido arriesgar y ella había tenido que hacerlo una y otra vez.

—Sí, has sido un gilipollas y un cobarde —le espetó entonces, movida por el resentimiento y el dolor de los últimos días—. Cómo crees que me he sentido yo, ¿eh? Al menos tú has estado toda tu maldita vida metido en esto, yo apenas llevaba unos días y lo único que tenía era a ti… Y en realidad ni eso, porque mientras yo sí me arriesgué, tú te mantuviste al margen, muy seguro detrás de tu coraza sin permitir que nadie se acercara realmente a ti.

«Y yo estaba justo allí, intentando que me vieras, que me quisieras. ¡Maldito seas, Guardián!».

Jaek tragó con dificultad y por primera vez en mucho tiempo, dejó que sus escudos cayeran por completo, quedando totalmente expuesto a ella.

—Te he visto, Kei… Y te quiero…

Sus palabras fueron tan vacilantes, tan inseguras que Keily no pudo más que quedársele mirando.

—¿Qué quieres decir? —lo obligó a hablar, a ir más allá.

«Por favor, dios, no permitas que me equivoque también esta vez».

—No metas a tu dios en esto —pidió Jaek realmente incómodo—, a ser posible, no metamos a ningún dios… Solo concédeme una oportunidad.

Ella parpadeó y clavó su mirada marrón en él.

«¿Jaek?».

Él asintió ligeramente y ladeó la cabeza, buscando su susceptible mirada.

«Sí, Keily. Puedo oírte, puedo ver todo lo que hay dentro de ti, en el interior de tu corazón y tu alma. Ése es el poder con el que fui investido como Guardián Universal».

Ella jadeó, pestañeando un par de veces para aclarar su visión, entonces observó como él le tendía la mano sin llegar a tocarla y hablaba en voz alta.

—Si me dejas, te lo enseñaré.

Podía ver la inseguridad en sus ojos, un miedo al rechazo que había provocado él mismo con su acto de cobardía.

—Quiero recuperar lo que he perdido, Keily. Si aún no es demasiado tarde, quiero recuperarte —murmuró, su mirada fija en la de ella, su alma desnuda en sus ojos.

Keily bajó la mirada hacia la mano que todavía le tendía y luego a él.

—Por favor.

«Por favor, que no se esté burlando de mí. Que esto no sea otra enorme metedura de pata».

—No me estoy burlando de ti, *mo gràdh*.

Ella se mordió el labio inferior con delicadeza, como hacía siempre que estaba nerviosa, un gesto que Jaek llevaba impreso a fuego en su memoria. Entonces, con vacilación, extendió la mano hasta posarla sobre la de él.

—Duele, Jaek, el rechazo duele muchísimo —murmuró alzando sus bonitos ojos marrones hacia él—, duele que te rechace tu familia, duele saber que las personas que deberían cuidar de ti te dan la espalda a la primera oportunidad, pero lo que más duele es que la persona a la que quieres… Te deje marchar.

—Lo sé, me di cuenta cuando comprendí que te quería y que tendría que dejarte ir —aceptó apretando su mano, acercándola lentamente a su pecho, sobre su corazón—. No quise aceptarlo por que hacerlo sería enfrentarme a la realidad que guardaba en mí mismo. Mis anhelos y mis miedos quedarían al descubierto y el poder con el que fui investido, el que me permite ver en el corazón de los demás, leer sus esperanzas y sus miedos sería como negarme a aceptar los míos.

Ella no se atrevía a moverse por miedo a que lo que dijese él no fuese nada más que una ilusión.

—Nunca quise ser un *Guardián Universal*, nunca deseé el don que me fue concedido, pero con el paso del tiempo y sobre todo ahora, he llegado a comprender qué el don que me entregaron no fue para maldecirme, sino para que me diera cuenta de quién era entonces y en

quién debía de convertirme —aceptó Jaek sosteniendo todavía su mano sobre su pecho, a la altura del corazón—. Solo era un muchacho cuando nos invadieron, un niño que creyó que el estatus de príncipe era suficiente para poder salir al campo de batalla y enfrentarse con hombres armados. Tuve que asistir impotente a la muerte de mis padres, ver como violaban y mataban a dos de mis hermanas mientras Audra, la mayor de las tres hacía frente al hombre que me había apuñalado para evitar que me mataran. Ella entregó su vida por mí, escudándome con su cuerpo de la horda que arrasó nuestro pueblo solo para ser traído de las puertas de la muerte como uno de los elegidos a manos de la Fuente Universal.

Jaek respiró profundamente, poniendo voz a los hechos que habían acontecido hacía tantísimo tiempo y que siempre habían estado ocultos en un rincón de su alma, atormentándolo con la culpa.

—Yo fui el último príncipe de la verdadera Dalriada, un mocoso egoísta y pagado de sí mismo que tuvo que aprender por el camino difícil que el mundo no era su patio de juegos y, que así como yo había sufrido, había y habría muchísima más gente que sufría. Siempre pensé que Zhalamira pretendió darme una elección por mi arrogancia, cuando en realidad me hizo un regalo, uno que me convirtió en el hombre, el guardián que soy.

Sus ojos azules buscaron los de ella, mientras cubría la mano femenina con las dos suyas.

—He vivido más tiempo del que puedo recordar luchando conmigo mismo casi sin darme cuenta de que era eso precisamente lo que hacía —aceptó con voz firme, y también dolida—. He tenido miedo de dejar en libertad tal poder, porque temía mirar en mi interior y ver que seguía siendo el mismo muchacho egoísta al que se le había permitido vivir por la generosidad y el amor de aquellos a los que él debería haber protegido. He cometido muchos errores en mi vida, Keily, he sentido miedo como nunca antes, pero siento incluso mucho más al pensar que no voy a volver a tenerte.

Ella se mojó los labios y bajó la mirada a las manos masculinas que encerraban la suya a la altura de su corazón.

—Márchate —musitó en voz baja, alzando la mirada hacia él al tiempo que permitía que su corazón gritase una respuesta completamente distinta, la única.

—Por favor, quédate —le respondió Jaek, oyendo sus verdaderos sentimientos como si sus palabras hubiesen sido dichas en voz alta.

—Olvídame.

—No dejes de pensar en mí.

Ella respiró profundamente y contuvo la respiración mientras susurraba la última de las palabras tanto con sus labios como con su corazón.

—Te odio, oh, dios… te odio tanto.

Jaek sonrió ampliamente, el peso que había oprimido su pecho empezó a desvanecerse poco a poco, como si nunca hubiese estado allí.

—Me amas —respondió bajando su mirada sobre la de ella.

Keily dejó escapar el aire, un débil sollozo escapando de entre sus labios abiertos mientras se soltaba de su mano y le rodeaba el cuello con los brazos, apretándose contra él.

—Maldito cerdo egoísta, por qué has tardado tanto —lloró abrazada e él—. Han sido tres meses, Jaek, tres malditos y largos meses.

—Lo siento, *mo gràdh* —susurró en su pelo, sonriendo agradecido por tenerla de nuevo en sus brazos—. Algunas cosas simplemente lleva demasiado tiempo hacerles frente… Algunas necesitan incluso una paliza.

Keily aflojó ligeramente su agarre y se echó hacia atrás, sus ojos mojados por las lágrimas

mostraban un fuego guerrero.

—¿Quién se ha atrevido a hacerlo?

Jaek se echó a reír, había olvidado que ella era capaz de leer la verdad en las palabras, aunque con él nunca le había dado resultado.

—Alguien que tenía derecho, cariño, todo el derecho del Universo.

Ella negó con la cabeza antes de volver a atraerlo hacia ella y unir sus labios a los suyos.

—Eso lo veremos, *mi Guardián* —susurró ante sus labios—. Eso lo veremos.

EPÍLOGO

Semanas después…

Los músicos intercambiaron una sonrisa y varios saludos con Jaek al dejar la tarima en la que habían estado tocando hasta hacía unos minutos. El piano había sido iluminado con uno de los focos que emitía estratégicamente su luz derramándose sobre el par de siluetas que ahora ocupaban el lugar. Keily estaba apoyada de lado contra el cuerpo del piano, sonriendo tímidamente al hombre que se movía a sentarse en la banqueta y colocaba el micrófono de pie a su altura.

No dejaba de maravillarle el hecho de estar de nuevo allí, después de lo ocurrido en los últimos meses, no creía posible el volver a aquel lugar en el que había comenzado todo y mucho menos hacerlo de aquella manera. Sonriendo bajó la mirada a su mano izquierda donde lucía un bonito anillo de compromiso de oro blanco con un brillante diamante. Jaek se lo había dado el mismo día que habían vuelto a Manhattan después de haber pasado una idílica semana recorriendo algunos de los lugares más hermosos de Escocia.

—¿Estás seguro de esto? —le preguntó inclinándose ligeramente sobre el piano, para mirarle.

Él la acarició con la mirada e indicó el piano con un gesto de cabeza.

—Había que buscarle un nuevo uso, el último… Podría hacer que lo desgastemos —le aseguró con absoluta inocencia haciéndola sonreír.

—Shhh —lo reprendió llevándose un dedo a los labios.

Sonriendo, respiró profundamente y atrajo el micrófono hacia él al tiempo que echaba un vistazo a la gente que se había reunido aquel jueves antes de dedicarle un guiño a Keily y empezar a hablar.

—Buenas noches a todos, espero que estéis pasando una agradable velada —comenzó con voz suave y profunda—. Hacía tiempo que no me sentaba aquí… de esta manera… En realidad, hacía demasiado tiempo que no me sentía como me siento ahora y eso se lo debo a la mujer que me acompaña.

Hubo silbidos y aplausos de parte de los compañeros del guardián, que pronto fueron secundados por el resto del público.

—Lo cierto es que sin saberlo he estado mucho tiempo buscando mi lugar en la vida, aquello que realmente valiera la pena. Nunca me paré a pensar que cada paso que he dado, cada vida con la que me he cruzado fue siempre aquello que he estado buscando —explicaba Jaek al micrófono puesto ante el piano, su mirada sobre Keily—. Algunas personas piensan que estoy un poco… ¿Ciego? Que soy… ¿Pretencioso? Eso habías dicho, no, ¿Kei? —Ella se rio sacudiendo con la cabeza—. Sí, ella ha hecho lo que no consiguió nadie en mucho tiempo, ni siquiera la gente que me rodeaba. Ha penetrado la coraza y se ha instalado muy dentro, en el único lugar en el que jamás podría sacarla… ¿Vas a quedarte ahí para siempre, Keily?

Ella arqueó una ceja en respuesta y le susurró.

—Intenta sacarme y verás qué bien te va.

Hubo risas ante la declaración de la chica y vítores y silbidos cuando ella le besó suavemente los labios, antes de que Jaek se separara y empezara a tocar el piano.

—Eso pensé —se rio él, entonces la miró y en sus ojos ella pudo ver todo aquello que no se podía decir con palabras—. Esto es para ti, mi paloma.

Jaek deslizó los dedos sobre el piano arrancando una nueva melodía que no había sido escuchada anteriormente en el local, algo que había nacido de su corazón solo para ella y por primera vez, fue acompañada de la hermosa y profunda voz masculina.

Llegaste cuando mi tiempo había pasado,
Hurgaste en la herida hasta arrancar el mal
Sin saberlo había estado buscándote, necesitaba encontrarte
Y ahí estabas…

Ella sonrió, mordiéndose el labio inferior mientras dejaba que sus manos volaran por el teclado, iniciando la siguiente parte de la melodía. Sus propias manos descansaban sobre el piano y se sonrojó antes de retomar la canción… Su canción.

Necesita encontrarte, eres la voz en mi cabeza
El único que me da alas, el único que me consuela.
La única razón de vivir… Te encontraré.
No importa quién soy, no importa quién eres
La única realidad es mi destino… Y estar unida a ti

El piano entró con fuerza, dejando las notas sobre el aire, remontando, aumentando la emoción de los sentimientos, acompañándola, rodeándola con su música mientras ella le dedicaba una cálida sonrisa y aprovechando el juego de luces que caía sobre ellos. Convocó sus alas, desplegándolas por propia voluntad, arrancando un jadeo colectivo en el público antes de que empezaran a aplaudir y vitorear pensando que era parte del espectáculo.

Y cuando abro los ojos, ten encuentro aquí
Eres mi luz, mi sombra, todo mi mundo vibra por ti
Mi eterno timón, el viento que acaricia mis alas
Siempre junto a mí, siempre junto a mí
Necesito encontrarte… Y te encontraré.

Una nota sostenida unida a la última sílaba de su voz, un nuevo baile sobre las teclas del piano y su voz más fuerte y masculina uniéndose a la suya en el estribillo que brotaba de sus almas.

Shayler atrajo a su mujer contra su pecho, acariciándole el dorso del cuello con la nariz, mientras escuchaban la canción de los dos:

—Nuevamente tenías razón, pequeña.

—¿A pesar de la nata y las nueces? —respondió dándole acceso a su piel con una sonrisa.

—Ya encontraremos utilidad a la nata… Y a las nueces de tu visión —le aseguró fingiendo morderla, a lo que ella acabó riendo en sus brazos, volviéndose hacia él.

—Me alegro que el Destino me pusiera en tu camino —le aseguró mirándole a los ojos—, no puedo imaginarme una vida sin ti.

Shayler asintió y la atrajo hacia él, rozando sus labios con los propios en un susurro.

—No hay vida sin ti, amor mío —le aseguró reclamando su boca en un tierno beso.

Keily deslizó la mano por encima de la superficie del piano acercándose a su compañero, sus miradas se encontraron con una sonrisa, sin necesidad de palabras antes de retomar la canción:

He perdido mucho en mi vida
He luchado a través del tiempo, sin encontrar nada a que aferrarme
Hasta ti… Oh, hasta ti…

Eres mi luz, mi sombra, todo mi mundo vibra por ti

Lyon le dio un nuevo sorbo a su cerveza apoyado contra la barra del bar, su mirada verde claro contemplaba con serenidad y gratitud a la muchacha que dedicaba la siguiente estrofa de la canción a su compañero. Keily había hecho con Jaek en unos pocos días, lo que a ellos les había llevado toda una vida, teniendo éxito donde ellos habían fallado. Lyon solo podía estar agradecido con aquella muchacha por haber devuelto la luz que una vez se había extinguido en el alma de su amigo.

Levantando la botella de cerveza en un silencioso saludo hacia ellos, volvió a darle un nuevo trago.

Mi eterno timón, el viento que acaricia mis alas
Siempre junto a mí
Siempre junto a mí
Te necesito… Y te encontré.

La suave luz iluminaba a la pareja, jugando al compás de la melodía. En sus voces unidas podía escucharse algo más que la letra de una bonita canción. John pasó la mirada sobre el local, reparando en cada uno de sus compañeros, deteniéndose brevemente en la pareja que se besaba y sonreía en una de las mesas de la esquina. Sus labios se estiraron en una lenta sonrisa y asintió como en respuesta a una voz que solo él pudiese escuchar.

—Cuida de él, hermanita —murmuró en voz baja, antes de suspirar y tomar la chaqueta de cuero del respaldo de una de las sillas, echársela sobre el hombro y dirigirse a la puerta del local, abandonándolo sin una última mirada a lo que estaba dejando atrás. Había llegado el momento de elegir su propio destino y no permitiría que nada ni nadie se interpusiera en su camino.

No te perderé… Iré a por ti… Te encontraré… Y no te dejaré ir.
Esa soy yo… Ése eres tú… Mis plumas lloran lágrimas de sangre
Pero aquí estoy, lucharé… Sobreviviré… Te encontraré.
No perderé, iré a por ti…Te encontraré… Te encontraré.

Keily sonrió ampliamente, su voz nunca había sonado tan bien como en aquel momento, pero quizás, nunca hasta ahora había encontrado aquello que había estado buscando tanto tiempo. Jaek asintió en respuesta, sus manos deslizándose sobre el teclado, arrancándole dulces notas que se elevaban por encima de ellos.

Necesitaba encontrarte…
Y me encontraste…
Eres el viento en mis alas, mi única razón de volar.
La única razón de vivir…
Y te encontré.
No importa quién soy, no importa quién eres
La única realidad es mi destino… Y estar unida a ti.

La melodía del piano se extendió unas notas más allá, acompañando la voz sostenida de ambos mientras sus alas estallaban en un fogonazo que simuló el polvo, enviando una pequeña lluvia de plumas sobre todo el local mientras las notas se iban apagando y todo lo que quedó fue el silencio.

Uno a uno, la gente que permanecía en sus mesas, empezaron a levantarse aplaudiendo, lanzando vivas y vítores por el fabuloso espectáculo de aquella noche.

—Creo que los jueves van a ser un poco más interesantes a partir de ahora —murmuró Keily acercándose a su amante, colándose entre el piano y las piernas de él, le rodeó el cuello con los brazos, su mirada llena de promesas.

Jaek se rio acercándola, tirando de su cabeza hacia él.

—Empezaron a ser interesantes desde el momento en que entraste por la puerta, Keily, justo desde ese momento.

Sonriendo, ella capturó sus labios, dejando que la única melodía que se oyera fuera la de su Guardián, el que había entrado en su vida para llenar su alma.

NOTA DE LA AUTORA:

La canción que Jaek y Keily cantan en el ***Epílogo de El Guardián***, *«TE ENCONTRARÉ»* ha sido compuesta especialmente para este libro. Muchas sois las lectoras que habéis preguntado por ella, a qué cantante o grupo pertenecía y debo aclarar que la letra ha sido escrita por *mí* para ellos dos, por lo que no sigáis buscando, porque no pertenece a ningún grupo o artista distinto que mi *Guardián* y su *paloma*.

Espero que hayáis disfrutado de esta nueva historia de mis *Guardianes Universales.*

Kelly Dreams

EL DESTINO EN NUESTRA MANOS -LIBRO 4-

Cuando las primeras nieves de la navidad caen sobre la ciudad de Nueva York, y las calles se visten de traje de gala, una nueva visión llama a la puerta del de los *Guardianes Universales*, un aviso de lo que el futuro podría depararles.

Decidida a atraerlos a todos bajo el mismo techo y tratar con lo que ha visto en su visión, Dryah decide celebrar una fiesta de navidad de la que ninguno podrá escaparse.

Al mismo tiempo, Seybin decide tomarse unas vacaciones y qué mejor lugar para hacerlo que la bulliciosa y siempre colorida Gran Manzana… Lo último que podía imaginarse el Señor de las Almas era el lugar en el que terminaría cayendo… uno que atentará directamente contra su paciencia.

¿Serán capaces de sobrevivir nuestros chicos a las Navidades?

No te pierdas esta novela corta de los Guardianes Universales.

PRÓLOGO

Las luces de los alumbrados de navidad que decoraban las calles se veían incluso a través de la suave cortina blanca, los diminutos copos de nieve pasaban por delante de la ventana, pequeños cristales de agua solidificada que harían que el amanecer encontrase la ciudad cubierta con un hermoso color blanco. El pequeño cactus decorado con espumillón se reflejaba en el cristal junto al propio reflejo de Dryah la cual llevaba un buen rato contemplando el nevado paisaje. Oscuras bolsas adornaban sus ojos poniendo de manifiesto que no había dormido y el triste y preocupado semblante corroboraba el cansancio que venía arrastrando desde hacía días ante la inesperada situación que le había tocado vivir.

Decían que toda experiencia era enriquecedora, pero volviéndose hacia el hombre que descansaba en la cama solo para oírlo toser nuevamente, no veía como aquello podía ser algo de lo que sacar provecho. Shayler llevaba ya tres días guardando cama por un maldito resfriado que se había complicado un poco, como le había dicho Jaek.

No dejaba de ser irónico que fuera algo como aquello lo que tumbase a un inmortal de la manera en que lo había hecho con el Juez.

Cerró lentamente la cortina y caminó hacia el lado de la cama en el que estaba encendida la lámpara de la mesilla, la pequeña y delicada mano femenina le tocó la frente haciendo una mueca al comprobar que estaba caliente, los accesos de fiebre parecían preferir la noche para llamar a su puerta. Suspirando, abrió uno de los cajones de la mesilla de noche donde Jaek le había dejado unos antitérmicos por si volvía a subirle la fiebre y extrajo una pastilla, para luego servir un vaso de agua de la jarra que había dejado allí para su uso unas horas antes. Odiaba tener que despertarlo, pero era incluso peor verlo en el estado de hacía un par de noches, ardiendo en fiebre, revolviéndose inquieto en la cama y tan atascado que hasta le costaba respirar.

—Shay… cielo… —le susurró acariciándole la barbuda mejilla, sacudiéndole suavemente el hombro—. Cariño, despierta… tienes que tomarte esto.

Tras un segundo intento, él apartó su mano con un débil movimiento, abriendo sus oscurecidos y somnolientos ojos azules, fijándolos durante un instante sobre ella para luego suspirar y murmurar con voz nasal.

—Vete —susurró estirando la mano, empujándola.

Ella no solo no se apartó sino que se acercó a él, empujando la pastilla en su boca para luego obligarle a incorporarse un poco, bebiese un par de sorbos de agua y tragase la pastilla.

—Dryah, vete… —insistió dejándose caer con cansancio contra la almohada entre toses —. No quiero que tú también… acabes así.

Jaek se había encargado de decirle lo mismo demasiadas veces en los últimos dos días, obligándola prácticamente a abandonar el apartamento algunas horas al día, cuando no era Keily la que la arrastraba para que comiese algo. Ambos estaban preocupados tanto por el enfermo como por ella, especialmente por temor a que Dryah terminase enfermando también.

—Estoy durmiendo en el sofá —le susurró arropándolo, pero sin cubrirlo demasiado para evitar que transpirara más de lo que ya lo hacía por causa de la fiebre—, no te preocupes por mí, solo descansa, yo estoy bien.

—Lo siento —lo oyó murmurar una vez más, haciendo que se le encogiese el corazón.

Shayler se había estado disculpando por haberse puesto enfermo desde la misma mañana en la que se levantó sintiendo escalofríos y con un poco de tos, al principio había bromeado con la posibilidad de pillar un catarro, pero cuando finalmente lo hizo y acabó en la cama, en vez de preocuparse por él mismo, su preocupación estaba en ella y en el hecho de que estuviese sola mientras estaba para el arrastre.

—Si vuelves a disculparte una vez más, Juez, serás tú el que duerma en el sofá con el perro —susurró intentando sonar como una cariñosa reprimenda, aunque la preocupación en su tono era más que palpable—. Descansa y trata de dormir algo, en cuanto cierres los ojos, me iré al salón.

—No quiero dormir en el sofá —protestó como un niño pequeño—, no dormiré en el sofá… a menos que tú estés en él.

Dryah dejó escapar un bufido y sacudió la cabeza, entonces se volvió y apagó la luz de la mesilla de noche.

—Duerme, Shay, la fiebre te está haciendo decir estupideces… una vez más.

Antes de que él pudiera seguir protestando, abandonó la habitación, dejando la puerta entreabierta para poder oírle en caso de que la llamase. El cansancio estaba pasándole factura a ella también, necesitaba dormir al menos unas horas, pero el simple hecho de cerrar los ojos y que él pudiese necesitarla la empujaba a mantenerse despierta.

Un bajo gimoteo procedente del salón precedió al perro color canela que salió moviendo la cola, Horus estaba tan preocupado por su amo como ella misma, se había negado a abandonar el sofá o su lado durante todo el tiempo que pasaba en el apartamento.

—Está bien, Horus, se va a poner bien —le aseguró estirando la mano con intención de llamar al can solo para empezar a sentir como el suelo se movía bajo sus pies y una repentina oscuridad la engullía solo para regurgitarla a la más brillante luz.

Antes de que entendiera lo que estaba pasando y pudiese sujetarse a algo, la visión la engulló por completo enviándola a aquello que deseaba que viese. Su cuerpo perdió la sujeción haciéndola caer al suelo con su propio peso, el golpe le arrancó el aire de los pulmones pero no lo sintió, sumida en el trance propio del Oráculo de la Fuente, todo lo que la rodeaba dejó de estar allí para ella, en su mente, en su alma, solo podía ver lo que el Universo deseaba que viese, alertándola de lo que estaba por llegar.

Una desesperada inspiración llenó sus pulmones unos instantes después, sus ojos azules abriéndose desmesuradamente mientras luchaba por recuperar la respiración. Horus gimoteaba a su lado, lamiéndole el rostro al tiempo que meneaba la cola.

Dryah hundió la mano en su pelo, ayudándose de la fuerza del can para incorporarse hasta quedar sentada en el suelo, sus dedos ascendieron a la nariz cuando sintió algo húmedo deslizándose de ella solo para ver las yemas manchadas de sangre.

—De acuerdo, esa ha sido la madre de todas las visiones —suspiró antes de volverse hacia el can, la cabeza le latía como si acabasen de darle un fuerte golpe—, y no tengo la menor idea de lo que significa.

El perro se empujó contra ella, hundiendo la cabeza por debajo de su brazo para llamar su atención.

—Estoy bien, estoy bien —le aseguró acariciándole la cabeza, entonces suspiró volviendo la mirada hacia la habitación de la que escasos momentos antes había salido—. Ojalá pudiera decir lo mismo de ellos…

Respirando profundamente, utilizó el apoyo del perro para ponerse de pie, tambaleándose un poco antes de apoyarse contra la pared para estabilizarse.

—Necesito reunirlos a todos —murmuró, su mente cavilando sobre lo que acababa de ver —, y creo que tengo la noche perfecta para ello.

El perro gimoteó en respuesta haciendo que se volviese hacia él.

—¿Qué me dices, Horus? —miró al perro—. ¿Convocamos a todos a una Cena de Navidad?

CAPÍTULO 1

Una semana después…
Dominios del Señor de las Almas.

La ironía siempre estaba presente en el humor del Señor de las Almas y que esa misma se extendiese a la decoración de su hogar, podría considerarse algo normal si no fuese porque dichos adornos constituían un recordatorio importante de una de las mayores fiestas de la humanidad, la Navidad y Seybin no estaba precisamente en sintonía con los humanos, por no decir lisa y llanamente, que su interés por ellos aparecía después de que estos pasasen a mejor vida y sus almas fuesen a dar a sus dominios. Así pues, las guirnaldas y cintas de colores que decoraban las paredes de piedra, las luces de la infinita extensión de bombillas de colores que titilaban emitiendo destellos azules, rojos, verdes y amarillos a lo largo de la solitaria cavidad, hacían que los Cazadores de Almas se preguntasen, una vez más, si su jefe habría contraído alguna enfermedad o simplemente deseaba crear una discoteca para las almas en sus dominios.

Ambas cosas, eran algo poco probables.

—Esta vez se le ha ido la mano —murmuró Silver echando un vistazo a las decoradas paredes, entrecerrando los ojos y conteniendo un escalofrío ante las titilantes luces de colores—, y se le ha ido a lo bestia… ¿Crees que habrá enloquecido?

Josh se limitó a echar un vistazo con la misma aprensión.

—Hasta hace unos segundos, pensaba que el jefe, dentro de su excentricidad, tenía algunos límites —respondió estremeciéndose al ver un muñeco de Santa Claus trepando una escalera—, ahora estoy convencido de que no tiene ninguno.

Silver chasqueó la lengua recorriendo el pasillo con la mirada.

—Estoy convencido que el Libre Albedrío tiene algo que ver con todo esto —aseguró haciendo una mueca—, una mujer es la única que puede conseguir que un hombre haga estas cosas y ella es la única que viene de visita.

Josh sacudió la cabeza, no estaba del todo convencido con esa afirmación.

—Por mucha estima que guarde hacia esa muchacha, Seybin no hace nada sin un propósito —aseguró frunciendo el ceño—, aunque, que me despellejen vivo sí sé qué clase de propósito podría haber motivado al jefe a todo esto.

—La locura, o en su caso, el aburrimiento exhaustivo —concluyó Silver. Sacudiendo la cabeza, se pasó la mano por el pelo en un gesto cansado—. Debí haberle enviado a esa cabrona, estoy seguro que podría haberlo entretenido un rato. Demonios, empiezo a pensar seriamente si aquello era un alma humana…

—Silver, era una monja.

El cazador bufó.

—Pues algo muy malo tienen que haberle hecho los de su liga, tío, porque esa cabrona ha luchado como un demonio —se quejó mostrando una quemadura en forma de mordisco en la muñeca derecha—. Te juro que no recuerdo haber tenido tanta caza como en esta ocasión.

Los dos Cazadores de Almas llevaban trabajando sin descanso las últimas dos semanas,

nunca habían visto tal afluencia de almas, era como si la maldita Puerta las estuviese llamando a voz en grito, cuando por regla general eran ellos los que salían de caza, se estaban encontrando con que eran los mismísimos espíritus los que venían a su encuentro, poniéndose prácticamente los grilletes ellos solos.

Nyxx había bajado incluso a echarles una mano. A pesar de haberse casado y que la caza se hubiese convertido en algo secundario, el lobo no había renegado del lugar que había ocupado el último milenio, seguía dándole la lata al jefe con sus cosas y puteándolo como solo él conseguía hacerlo sin que le quemasen el culo por ello. Si bien ahora Lluvia era su primera responsabilidad, no había descuidado en ningún momento su deber para con la Puerta.

—Últimamente no sé de dónde sale tanto trabajo, no es una época en la que suelan trascender muchas almas, y con todo, no acabas de pegarle una patada a una para que entre y ya tienes a otra gimoteándote al oído —continuó Silver, el cual parecía tener un momento especial con las quejas—, y qué almas… ¿Es que no pueden simplemente morirse y estarse calladitas?

—De esas no abundan, ya lo sabes —comentó Josh girando en la primera intersección del largo corredor de piedra que llevaba a las oficinas de su jefe. Habían recorrido tantas veces aquellos pasillos que el camino estaba tan liso como si hubiese sido lijado y pulido una y otra vez.

No muchos tenían la oportunidad o la libertad de andar a sus anchas por el Reino del Señor de las Almas, situado en lo más profundo de las dimensiones, en un limbo entre lo que los seres humanos considerarían el cielo o el infierno, accesible solo para aquellos que habían dejado su cuerpo carnal, fuese cual fuese su verdadera esencia o aquellos cuya expresa invitación había sido emitida por el mismo dios. Allí no existía el concepto del día o la noche, no existía el concepto del tiempo o las estaciones, era un lugar intemporal perdido en el vasto universo sometido únicamente a los deseos de un dios y a los designios de una losa de piedra en cuya superficie llevaba grabadas el paso del tiempo, de la inmortalidad y de las almas que le daban nombre.

Cuando entrabas en el reino subterráneo, todo lo que encontrabas a tu paso eran altas columnas de piedra tallada a lo largo de corredores y vestíbulos sin fin, el blanco y el negro se mezclaban creando una sombra de gris que brillaba bajo la luz de las lámparas que cualquier ojo humano confundiría con electricidad, el único color que teñía, pero solo si eras uno de los afortunados, podrías tomar el camino que discurría por senderos de mármol veteado, observarías caras pinturas adornando paredes de lisa piedra a lo largo de interminables corredores, pequeñas salas de reunión y distintas habitaciones en un conjunto palaciego que solo encontrarían en aquel pequeño espacio en el que el Señor de las Almas había decidido establecer su morada y que desde hacía algunos días, habían cambiado su acostumbrada elegancia, por aquella fiesta multicolor.

Uno de aquellos pasillos era el que conducía a su oficina, una enorme puerta de madera maciza cerraba una habitación de mayor dimensión de lo que parecía a simple vista, un lugar que recordaba demasiado a la humanidad y en cuyo corazón ardía siempre un hogar con la misma intensidad que el corazón del hombre que pasaba sus horas muertas entre aquellas cuatro paredes.

El único en el que el Señor de las Almas se permitía obrar a su libre albedrío, burlándose de aquellos que pensaban poder gobernarlo y rigiendo su reino como solo un dios podía hacerlo.

Un suave murmullo empezó a alzarse alrededor de los Cazadores de Almas, como un suave viento que ondeaba alrededor de sus tobillos y ascendía en una triste y melancólica cadencia musical que habían oído en muy contadas ocasiones, la cual sin embargo, había

empezado a hacerse casi constante durante largos periodos.

—Ahí está otra vez, juro que me entran escalofríos cuando la oigo —aseguró Silver con un visible estremecimiento—. Y es todavía mucho peor cuando estás frente a ella, incluso las malditas almas llorar antes de traspasarla.

Josh volvió la mirada sabiendo que no iba a encontrar nada, la melodía no era algo tangible y con todo, la tristeza y el abandono que portaba casi podía palparse, si no pensase que era algo imposible, hubiese jurado que la Puerta de las Almas estaba penando en soledad.

—Esta vez la melodía parece distinta —murmuró poniendo atención.

Silver se estremeció, sacudiéndose quizás con demasiada efusividad.

—A mí me sigue pareciendo igual que siempre —respondió dejando de lado la triste melodía para arremeter contra la puerta cerrada de la oficina, como si fuera algo que ya hubiese hecho más de una vez, a pesar de que el jefe le hubiese quemado el culo otras tantas—. *Ey*, Sey, ¿no puedes hacer algo con esa maldita melodía? Empiezo a sentir ganas de clavarme mi propia espada con tal de poder entrar y darle de hostias a… la… ¿Jefe?

La acogedora habitación en la que solía pasar las horas el Señor de las Almas estaba vacía, el fuego seguía ardiendo sin necesidad de combustible, había varios pequeños montoncitos de papeles desperdigados sobre el escritorio, pero la enorme silla de cuero estaba vacía… bueno, vacía a excepción del cuchillo con empuñadura enjoyada que había clavado con una nota en el respaldo de esta.

—Josh, creo que será mejor que entres y veas esto —pidió Silver, su voz había perdido toda su acostumbrada ironía y parecía estar teñida de verdadero estupor.

—Después de ver a Seybin bailando la Macarena, creo que podré soportar cualquier cosa —murmuró el Cazador de Almas traspasando la puerta de la oficina para reunirse con su compañero de armas y encontrarse la habitación vacía—. ¿Dónde está el jefe?

Silver arrancó el papel dejando el cuchillo clavado todavía en el respaldo, su rostro había perdido todo el color cuando se volvió hacia su compañero, y tras tragar saliva con obvia preocupación, alzó la nota escrita con pulcra letra en color rojo.

—Se ha ido —murmuró acercándole la nota—. Se ha cogido vacaciones.

Los ojos de Josh se abrieron de par en par mientras le arrebataba la nota a su compañero y leía con verdadero estupor.

> *«Queridos míos,*
>
> *He decidido que éste es tan buen momento como otro para cogerme unas vacaciones.*
>
> *Cuidad de todo en mi ausencia, si algo está fuera de lugar a mi regreso, me haré una cartera nueva con la piel de vuestros testículos.*
>
> *Nos vemos en un par de días.*
>
> *Seibyn».*

—¿Se ha ido de *vacaciones*? —jadeó Josh leyendo una vez más el papel escrito del puño y letra de su jefe.

—Oh mierda…

—¿Cómo que se ha ido de vacaciones? —la incredulidad rozaba la desesperación en el rostro del cazador.

—Joder… oh, joder…

—¡¿No puede irse de vacaciones?!
Silver se volvió hacia su compañero y gimió.
—Estamos jodidos.

CAPÍTULO 2

24 de Diciembre
Oficinas del Buffet Universal.

La cafetera había decidido unirse aquella mañana a la suerte que había corrido la nevera la semana anterior, solo que en vez de descongelarse y hacer un gran charco en el suelo de madera, ésta había decidido explotar tan pronto como se encendió, la jarra de cristal se había resquebrajado dejando que el humeante café se derramara sobre su mano y parte del mueble antes de caer sobre la maldita alfombra en un gran charco de color marrón. Lyon había maldecido en varios idiomas mientras sacudía la mano abrasada por el café y corría a ponerla debajo del dispensador del agua, formando un nuevo charco, esta vez, en el suelo.

Sin duda, era una magnífica manera de comenzar la víspera de Navidad, rumiaba mientras contemplaba como su compañero y médico personal le vendaba la mano. De esas casualidades que nunca piensas que ocurrirán, pero que aparecen en el momento indicado, Jaek había aparecido por la puerta para ver a Lyon con la mano debajo del dispensador de agua, el gesto de malhumor y el dolor que se apreciaba en los dientes apretados del hombre, lo llevó a retirar una hielera del congelador y llenarla con el agua que se estaba derramando hacia el suelo, para finalmente meter la mano del hombre en el recipiente y coger el botiquín de primeros auxilios que había en la oficina del Juez, el cual él mismo había llenado con algo más que cosas básicas, después de haber atendido en más de una ocasión las heridas de sus compañeros.

Por lo general, una herida como aquella podría haberla sanado directamente con su don, pero conocía a Lyon lo suficiente para saber que preferiría aguantar el dolor antes que él le pusiera una mano encima si no se estaba desangrando hasta morir. De todos modos, dada la facilidad y rapidez con la que cicatrizaban y se curaban las heridas en su compañero, algo que aún hoy seguía sin encontrarle explicación, pues los demás no tenían esa suerte, para la noche ya no tendría ni siquiera la marca.

—Si buscabas una excusa para librarte de la cena de esta noche, podrías haber encontrado algo menos drástico, ¿no te parece? —se burló terminando de vendar la quemadura de la mano izquierda de su compañero—. Procura no mojar la venda, al ritmo que sueles curarte, para la cena ya no tendrás nada.

Lyon movió los dedos que habían quedado libres del vendaje e hizo una mueca, incluso con la pomada de sulfadiazina de plata el ardor que sentía bajo la venda era lo suficiente molesto para hacerle rechinar los dientes.

—Si quisiera librarme de la cena de hoy, me habría largado cuando Dryah entró por esa puerta —aseguró con un mohín. La muchacha había entrado por la puerta para anunciar sin más preámbulos que deseaba organizar una cena navideña y que era de suma importancia que todos y cada uno de ellos asistieran, sin excepción—. Algo que, me doy cuenta ahora, debería haber hecho antes de que hiciera partícipe de sus planes también a Keily y Lluvia, quienes decidieron meter sus temerarias manos en la descabellada idea. Todo esto es contraproducente para la salud de los solteros entre los Guardianes, a los cuales represento.

Jaek se limitó a arquear una rubia ceja en respuesta.

—Técnicamente, el único que está casado por ahora es Shayler.

Lyon le dedicó una mirada totalmente irónica.

—A ti también te han puesto la correa, te casas en menos de una semana y ante un sacerdote nada más y nada menos —respondió con un fuerte estremecimiento—. Dioses, matrimonio… la sola idea me produce urticaria.

Jaek negó con la cabeza, a pesar de lo que pudiera pensar Lyon, estaba más que impaciente porque llegase ese momento. Keily y él estaban unidos más allá de lo que cualquier rito de esponsales humano pudiera certificar, pero su paloma deseaba celebrar su boda bajo el rito celta y estaba dispuesto a hacer lo que fuera para cumplir su deseo y hacerla feliz.

—Debería estar prohibido, sí… —Lyon continuó con su monólogo—. Unirte a una mujer para toda la vida… o la eternidad —se estremeció—, los dioses no permitan que sea contagioso, preferiría que me dispararan antes.

—Sin duda eso es algo que me encantaría ver —aceptó el guardián poniendo los ojos en blanco.

Lyon se limitó a gruñir en respuesta dejando la oficina del juez para volver a la sala la cual olía fuertemente a café.

—Habrá que ventilar esto y enviar esa maldita alfombra a la tintorería —murmuró contemplándola—, con un poco de suerte, olvidaré decirles que no acepta agua caliente, encogerá y servirá solo de esterilla y podremos deshacernos de ella.

—La alfombra canta menos que tu sillón y por ahora no nos hemos deshecho de él, aunque me consta que lo hemos intentado —aceptó Jaek con diversión, contemplando el monstruoso sillón orejero que el hombre se empeñaba en conservar—. Dryah ha pasado una semana casi tan mala como el propio Shayler, ¿vas a añadir la alfombra a sus preocupaciones?

—Me lo agradecerá, créeme, ella odia esa alfombra tanto como yo —aseguró encogiendo sus amplios hombros—, algo insólito teniendo en cuenta que fue quien la eligió, pero bueno… imagino que nadie sabe que es alérgico a esa cosa hasta que la ve puesta.

Jaek echó un vistazo a la alfombra de suaves tonos marrones y crema que Dryah había comprado hacía ya algo más de tres o cuatro meses para el salón de la oficina, no llevaba puesta ni dos días cuando ella empezó a estornudar y picarle las manos, apareciéndole un pequeño sarpullido cada vez que andaba cerca de la alfombra. Para su sorpresa, después de examinarla y hacerle unas pruebas, descubrió que la muchacha tenía alergia a algún componente de la tintura de la alfombra. Ni que decir que Shayler había querido quemar la alfombra hasta hacerla cenizas, pero ella lo había detenido, así que se habían limitado a enviarla a la tintorería para lavarla, si bien los síntomas habían remitido, no habían desaparecido por completo, pues en el momento en que tocaba aquella tela, la delicada piel de sus manos se llenaba de pequeñas manchas rojizas.

—Si la hago desaparecer, y la reemplazo por otra que no cause problemas, asunto arreglado —continuó Lyon llevándose las manos a las caderas, mirando fijamente la alfombra.

Jaek no pudo evitar esbozar una sonrisa ante la rápida solución del hombre, si bien todos ellos tenían en gran estima a la pequeña muchacha rubia, Lyon sentía un cariño especial hacia ella, quizás porque en cierto modo, tal y como le había dicho en alguna ocasión en la que se había permitido recordar su pasado, Dryah le recordaba a su hermana pequeña, aquella que había muerto en sus brazos.

—Y ya que lo mencionas, ¿cómo le va a Shayler? —preguntó volviéndose hacia su compañero—. ¿Sigue vivo o tenemos que empezar a colgar cartelitos y un anuncio en el periódico para solicitar un nuevo Juez?

Jaek le dio unas palmaditas en la espalda y echó un vistazo al charco marrón que había empapado la alfombra y que olía a café.

—Aunque sé que desearía estar muerto, sigue vivito y coleando. El resfriado que pilló se complicó un poco más de lo esperado —explicó echando un vistazo a la jarra rota y los trozos de cristal en el suelo y sobre la alfombra—. Ha tenido algo de fiebre y los bronquios algo atascados, pero con los antibióticos le ha ido bastante bien —Jaek frunció el ceño en este punto—, todavía no entiendo cómo ha podido pillar algo así y sobre todo, por qué mi poder no ha hecho efecto alguno sobre ello. He tenido que tratarlo con medicación, por fortuna, tiene buenas defensas y una constitución sana, por lo que no ha tardado mucho en superarlo. Cuando fui a verlo ayer estaba discutiendo nuevamente con Dryah para que dejara la habitación y a juzgar por su mirada, creo que Shayler estaba en perfecta forma de nuevo.

Ambos sabían que la muchacha se había pasado prácticamente toda la semana sin apartarse del lado de su marido, a pesar de que Jaek la había obligado a dormir los primeros días en otra habitación y la había estado examinando cada día, pues ninguno deseaba que cayese también enferma, Dryah había hecho, como siempre hacía, lo que le parecía, de ahí que el principal motivo del enfado de Shayler fuera que ella no hubiese descansado y se hubiese arriesgado a caer enferma.

—Por la tarde Keily la obligó a dejar la habitación y se la llevó de compras utilizando la cena de hoy y los preparativos como excusa para obligarla a que la acompañara —explicó Jaek —. A pesar del obvio cansancio, tenía mucho mejor semblante, Shayler la echó literalmente, estaba mucho mejor con lo que imagino que de un momento a otro, alguno de los dos, o ambos se pasarán por aquí.

—Lo que significa, que será mejor que me dé prisa en recoger esto y hacer desaparecer esa alfombra —resopló mirando el pedazo de tela que parecía ser el motivo de discordia principal, entonces, como si hubiese pensado en algo más se volvió hacia Jaek—. No veo la hora de acabar con esto, no sé, pero hay algo en esta repentina idea de Dryah que no acabo de ver del todo claro.

Jaek miró a su compañero.

—¿Crees que hay algo detrás de la intención de Dryah de reunirnos a todos esta noche?

Chasqueando la lengua, Lyon asintió.

—Aunque suene raro, sí, lo creo —aceptó—. Solo espero que no se trate de alguna de esas endemoniadas visiones suyas, juro que me pone los pelos de punta cada vez que tiene alguna, es peor que Uras y esa zorra ya era bastante misteriosa por sí misma.

Jaek asintió.

—Sea lo que sea, lo sabremos pronto —resopló y caminó hacia la alfombra, dándole un puntapié antes de indicarle a Jaek la mesa de cristal que había en medio—. Échame una mano, si empiezo a hacer malabares con la mesa, Shayler me colgará de las pelotas y después lo hará esa loca amante de los gatos, Bastet.

Jaek extendió la mano hacia la mesa la cual enseguida se alzó levitando suavemente hasta una altura suficiente para que Lyon pudiese extraer la alfombra sin más daño.

—Ok, colega, puedes bajarla —aceptó el hombre enrollando la alfombra para luego alzarla y sujetarla como si se tratase de un fardo—. Tus horas como foco de alergias se han acabado alfombrita, *bon voyage.*

—Me encantaría ver la cara de Dryah cuando descubra que su alfombra ha emigrado, pero —Jaek miró su reloj de pulsera y chasqueó la lengua—, tengo que pasarme por el local a recoger algunas cosas y ver si ha llegado Keily.

Lyon asintió.

—¿Qué tal le va en el nuevo puesto?

Esbozando una irónica sonrisa, Jaek repitió las palabras exactas de su mujer.

—Antes tenía que aguantar a un Neanderthal y ahora me paseo entre ellos —respondió con una sonrisa—. Está a gusto en el Museo de Historia Natural, aunque sé que echa de menos sus «cosas viejas».

Lyon se frotó la mandíbula.

—Conozco a alguien a quien también le gustan las cosas antiguas, me echó una mano hace algunos años —comentó pensativo—, tiene su residencia en El Cairo, pero puede que su equipo esté trabajando en alguna excavación en los Estados Unidos… así Keily dejará de pasearse entre neandertales.

Jaek asintió y le palmeó el hombro a modo de despedida.

—Si te enteras de algo, házmelo saber.

Lyon asintió y se despidió volviendo a mirar la alfombra que tenía entre manos.

—Bueno, guapa, ahora estamos solos tú y yo.

Si de algo estaba seguro, es que iba a hacer todo lo que estuviese en su mano de ahora en adelante para no pillar de nuevo algo como aquello, no era la primera vez que se resfriaba, pero nunca había pasado de un poco de congestión o tos que se había ido rápidamente bajo la mano de poder de Jaek, esta vez en cambio nada de lo que había hecho su compañero de armas había servido para aliviar los síntomas, solo después de administrarle la medicación necesaria el resfriado había empezado a remitir, así como la fiebre que lo había dejado sin fuerzas.

Shayler necesitaba con desesperación una ducha, deseaba sentir el agua caliente corriendo por sus doloridos músculos, arrastrando el sudor ocasionado por la fiebre y la enfermedad, le dolía todo el cuerpo y lo sentía tan pesado como si hubiese estado haciendo ejercicio durante varios días seguidos sin parar.

Un rápido vistazo alrededor de la habitación bajo la tenue luz de la mesilla de noche le confirmó que estaba solo, la puerta del dormitorio estaba entornada mientras la del cuarto de baño permanecía cerrada pero no había signos de la presencia de su mujer, al parecer, la insistencia en que ocupara otra habitación durante su convalecencia había dado resultado… El problema sería ahora convencerla de que no le lanzara nada a la cabeza y volviese al dormitorio de ambos después de haberle pedido por activa y por pasiva que se marchase por temor a que terminase enfermando ella también. Podía recordar las ocasiones en que se había despertado para encontrarla sentada en una silla, con los brazos cruzados sobre la cama, dormida y como había tenido que recurrir hasta a triquiñuelas para obligarla a irse a dormir al salón o a la pequeña habitación de invitados, el cansancio había sido palpable en sus ojos azules, lo mismo que su visible preocupación por su salud.

—Con uno de los dos enfermos, es más que suficiente —se recordó llevando un cansando brazo hasta la frente la cual por fin tenía fría.

Volviéndose hacia la mesilla de noche de su lado reparó en la hora que marcaba el reloj, las cinco de la madrugada. Era bastante temprano para abandonar la cama, pero la perspectiva de quedarse allí algunas horas más y solo cuando se había despertado completamente, no contribuían a mejorar su humor.

—Necesito una ducha —suspiró estirándose en la cama solo para hacer una mueca cuando la sábana rozó su entrepierna y al bajar la mirada, se encontró con una vistosa tienda de campaña —. Joder, tú no tienes remedio… ¿No te da vergüenza? Has estado al borde de la muerte, no

deberías alegrarte tanto.

Cerrando los ojos, recostó nuevamente la cabeza contra la almohada y suspiró antes de echarse a reír entre dientes.

—No tengo remedio, creo que seguiría deseándola incluso estando muerto —murmuró para sí—. De acuerdo, la ducha parece ser nuevamente la mejor de las opciones en este momento… con Dryah, deberemos de tratar después.

Habiendo dejado claras las cosas consigo mismo y su tienda de campaña hizo las mantas a un lado y empezó a levantarse solo para darse cuenta de que estaba tan débil como un gatito. Un ligero mareo acudió a su encuentro, recordándole que no por nada había pasado casi una semana en la cama.

—Fantástico —murmuró para sí—, sencillamente, fantástico.

Resoplando, bajó los pies al suelo y empezó a moverse con lentitud, comprobando su estabilidad la cual se iba afianzando por momentos. Su mirada azul se posó en la puerta de la habitación la cual había quedado entornada, seguramente para que su esposa lo oyese en caso de necesitar algo. Lentamente, procurando no hacer ruido cruzó la habitación y abrió la puerta, el suave murmullo de la televisión llegaba a través del pasillo, así como las sombras de luces de colores procedentes del abeto que unos días antes de haber pillado la gripe había estado contemplando mientras Dryah lo adornaba. Movido por el deseo de verla, atravesó el pasillo, asomándose al salón para contemplarla acurrucada en el sofá utilizando a Horus de almohada, el cual levantó la cabeza y empezó a mover la cola cuando sintió la presencia de su amo. Dedicándole un gesto al perro que hizo que volviera a quedarse quieto, contempló un instante más el sueño apacible de su esposa y solo entonces se dirigió al baño.

—Agua caliente, jabón y un buen afeitado —murmuró desperezándose—, después podré enfrentarme a lo que sea.

Pero Shayler se había equivocado al pensar que su mujer estaba durmiendo apaciblemente, nada más lejos de la realidad, ya que una vez más la misteriosa voz que había estado rondando últimamente en los sueños de la muchacha había vuelto arrastrándola de nuevo al último lugar ante el cual deseaba estar.

La Puerta de las Almas se alzaba frente a Dryah en toda su gloria, piedra blanca decorada con símbolos e imágenes de lo que había más allá del umbral palpitando con una vida que sabía, siempre había estado ahí pero que solo ahora tomaba conciencia propia. De pie, consciente de todo a su alrededor, tan tangible como la última de sus visiones, se encontró acercando sus dedos a la fría piedra, podía sentir el latido del poder bajo su mano, un pulso errático que buscaba desesperadamente consuelo, un mudo murmullo que poco a poco se hacía más intenso y al que rodeaban un millar de voces.

Esperanza y destino, libre voluntad.

Aquellas palabras emergieron de la puerta chocando con fuerza en su mente, llevando imágenes de Elora, Eidryen y ella misma. Una pregunta, un reconocimiento, todo en la forma de una idea.

Dryah se lamió los labios. Aquello, fuera lo que fuera, era lo que la había estado rondando incluso despierta, una sensación, un impulso que solo tuvo su oportunidad de hacer presa sobre ella y atraerla a aquel lugar en la indefensión de sus sueños.

—Sí, soy hija de la Esperanza y el Destino, soy Libre Albedrío —murmuró en respuesta, confirmando la idea que había llegado a su mente.

Una suave ráfaga de aire, perfumado con el aroma de una flor que no acababa de descubrir, la envolvió suavemente, como en una caricia.

Oscuridad y luz. Soledad. Libertad.

Parpadeando, posó la mirada sobre su mano la cual presionaba la piedra y sintió aquello que la suave y solitaria voz intentaba comunicarle.

—¿Te sientes sola? —murmuró en respuesta, la sorpresa reflejándose en sus ojos azules —. Eres… eres capaz de sentir.

Libertad.

Dryah retiró la mano inmediatamente, retrocediendo un par de pasos, su cascada de pelo rubio sacudiéndose al compás de su negación.

—No, no puedo… —susurró en respuesta a la pregunta que no había sido hecha, tomando inmediata conciencia de las implicaciones que poco a poco iban tomando forma en su interior—. Tu libertad no está en mis manos.

Luz y oscuridad. El Antiguo.

Frunciendo el ceño, dio un nuevo paso atrás, entonces volvió a sentirlo, la misma suave caricia en su mente, conectando con su alma, el reconocimiento y un conjunto de nuevas imágenes la atravesaron como un rayo dejándola sin respiración, sus ojos dilatándose ante la enormidad de lo que le estaba mostrando.

—No… como…

Más imágenes se sucedieron a las primeras, en su mente se formó una sola idea que ni siquiera era suya, la constatación a un hecho, el desvelo de un enorme secreto. Dryah tembló ante lo que veía, la enormidad de lo que aquello significaba penetrando profundamente en su alma, dando sentido en parte a la visión que había tenido días atrás.

—No, lo que me has mostrado no puede ser verdad. Él no puede ser el resultado.

Destino.

Los suaves tirabuzones rubios volaron al compás del movimiento de la muchacha.

—No —negó en voz alta, pero era incapaz de ignorar la tenue sensación de familiaridad que la rodeó, que acarició su alma de la manera que solo un hombre podía hacerlo, aquel que le había dado la vida y su futuro—. No puedes estar hablando en serio, Eidryen… ¿Él? Esto lo cambiará todo.

Visión. Destino. Libertad.

La pequeña Libre Albedrío se estremeció y cerrando los ojos con fuerza recurrió a su poder, cumpliendo su voluntad de abandonar aquella convocatoria que la Puerta de las Almas había reclamado sobre ella.

—No puedo hacer nada, no hasta que él decida dar el paso —murmuró en respuesta—. Se lo he prometido, solo si es necesario, solo por él… intervendré.

Un fuerte aire cálido la envolvió, como dando su conformidad antes de volverse tan helado como el ártico obligándola a abandonar aquel lugar reservado únicamente a las visiones en sus sueños, de su garganta salió un angustiado jadeo y sus ojos se abrieron, esta vez a la realidad.

La penumbra del salón de su hogar matizado por las luces del árbol de Navidad que había decorado tintineaban creando destellos de colores sobre las paredes, la televisión seguía emitiendo algún programa en voz baja mientras Horus se movía a su lado, sacudiendo la cola, mirándola con sus inteligentes ojos dorados antes de volver a posar la cabeza sobre sus patas y tras lamerse el hocico, volver a dormirse. Estaba despierta, en su hogar, lejos de aquella inesperada pesadilla.

—Esto es una maldita locura —murmuró para sí haciendo a un lado la manta con la que se había tapado y se levantó del sofá. Se pasó las manos por el pelo varias veces, deshaciendo la trenza en la que se lo había recogido, su cuerpo estremeciéndose todavía por los residuos de la

visión en la que se había encontrado sumergida, el libre albedrío vibraba con ella buscando instintivamente como tantas otras veces el poder gemelo al suyo, su consorte, ronroneando al acariciarlo, mezclándose con él, llamándolo.

Suspirando, se obligó a calmarse y replegó instintivamente su poder, algo que hacía ya con tanta naturalidad como respirar, lo último que necesitaba ahora era despertar a Shayler y preocuparlo, bastante tenía con la enfermedad que lo aquejaba para añadir más peso a su reciente mejoría.

Una suave caricia de poder se deslizó por su espalda dejando un cálido sendero a su paso de deseo y cariño que la hizo ahogar un pequeño jadeo, sus ojos azules se abrieron por completo, volviéndose hacia la puerta como si esperase ver allí al responsable de aquel contacto.

—¿Shayler? —pronunció su nombre dejando el sofá, cruzando el salón para luego salir al pasillo. El sonido del correr del agua llegaba a sus oídos de manera apagada.

Sin perder un segundo, fue a la habitación, su mirada cayó sobre la cama, deshecha y vacía antes de girar hacia la derecha, donde la puerta del baño estaba entornada.

—¿Shayler? —llamó de nuevo a medida que se acercaba a la puerta entreabierta, su largo pelo rozando la cintura—. Shay, estás… bien.

Parado delante del espejo, con la maquinilla de afeitar en las manos, su marido daba cuenta de su aseo. Una de las toallas de baño rodeaba sus caderas, mientras los músculos de sus hombros y espalda se contraían y relajaban a medida que se movía, arrastrando con la espuma la barba de varios días. Sus ojos azules se encontraron con los de ella a través del espejo, un guiño travieso que consiguió que el nudo de aprensión que había estado atenazando su estómago se diluyera mientras sus labios dejaban escapar un suave suspiro de alivio al verlo de pie y aparentemente repuesto.

—Ya casi termino, dame un momento —le dijo dando las últimas pasadas con la cuchilla, enjuagándose el rostro para finalmente retirar cualquier posible resto de espuma con una toalla húmeda.

Dryah caminó hacia él, deteniéndose a su lado, esperando, le hormigueaban los dedos por tocarle, por cerciorarse por sí misma de que estaba bien y la fiebre se había ido por completo. Su voz había sonado todavía algo ronca, pero nada en comparación a como había sido algunos días atrás. Cuando por fin dejó la maquinilla a un lado, y se volvió hacia ella, su instinto la llevó a posar su palma contra la frente masculina, haciendo que sus doradas cejas se arquearan a modo de pregunta.

—Ya no tienes fiebre.

Él sonrió ante su preocupación, le cogió la mano y lentamente se la llevó a los labios, besándole los nudillos.

—Me encuentro bien, algo cansado, pero infinitamente mejor después de haberme duchado y aseado —respondió con sinceridad, sabiendo que ella detectaría cualquier intento por protegerla, más aún en su actual estado—. Perdona si te he despertado… no negaré que era algo que tenía pensado hacer, pero después.

Dryah sacudió la cabeza y recuperando su mano, cogió una toalla limpia y empezó a frotarle suavemente el pelo, el cual todavía tenía húmedo.

—Tienes que ir despacio y abrígate —murmuró en voz baja, poniéndose de puntillas y apoyándose en él para poder frotarle el pelo—. Si coges frío otra vez acabarás en un hospital.

Un suspiro de placer emergió debajo de la toalla, sus manos encontraron las de ella y las retiró, terminando por sí mismo de secarse para luego rastrillar los dedos a través de los desordenados mechones peinándose.

—Estoy yendo despacio —le aseguró dejando la toalla a un lado para estirarse y rodearla con los brazos, sus manos enredándose en el suave pelo que tanto le gustaba mientras la apretaba contra su pecho—. Soy consciente de que no estoy en plena forma, cariño, puedo sentirlo, créeme, aunque cierta parte no opine lo mismo.

Ella parpadeó sin comprender hasta que le dedicó una breve sonrisa y bajó la mirada entre ellos. No necesitó nada más para saber a qué se refería, podía sentir su dura erección presionando contra su vientre.

—Abajo, Shay —le dijo empezando a apartarse de él lo justo para poder mirarle a la cara —, el ejercicio físico está fuera del menú hasta que te repongas por completo.

Shayler respondió con una irónica sonrisa.

—¿Ejercicio físico? ¿Ahora lo llamamos así?

Ignorando su respuesta lo dejó un instante, agachándose para abrir uno de los cajones del mueble del baño y extraer el secador y volverse hacia él moviéndolo como si fuera una maraca.

—No tendrás ni una sola pizca de mí hasta que te recuperes por completo —le aseguró mientras enchufaba el aparato y se giraba llamándolo con un dedo—. Siéntate en el borde de la bañera, por favor, solo será un momento.

Suspirando hizo lo que le pedía, dejando que ella se saliese esta vez con la suya mientras miraba con recelo el aparato en sus manos.

—¿Estás segura que sabes cómo utilizar eso?

Dryah lo miró, imitando su gesto.

—Yo que tú mantendría la boca cerrada, guapo —lo previno—, al menos hasta que ese maldito resfriado se haya ido de todo y pueda volver a respirar tranquila.

Shayler esbozó una mueca, el cansancio y la enfermedad lo habían mantenido al borde y sus defensas no eran tan buenas como deberían, sintiendo las turbulentas emociones en el interior de ella, su alivio por verlo bien, así como el nerviosismo y el cansancio que suponía era debido a la falta de sueño e incertidumbre a la que había estado sometida los últimos días.

—Estoy bien, Dryah —tomó una de sus manos, obligándola a encontrar su mirada—, de verdad, cariño, ahora ya estoy bien. Solo ha sido un maldito resfriado que se salió un poco de control.

Respirando profundamente encendió el secador, haciendo que el ruido del aire cortara cualquier posible réplica. Durante los próximos minutos se concentró en secarle el pelo, oyéndolo maldecir y sisear e incluso resoplar hasta que por fin dejó el aparato a un lado y hubo terminado con la tortura, pero con todo, no hizo ningún comentario al respecto, comportándose pacientemente, casi como si aquel fuera su castigo por haberla preocupado.

—Ya está, quejica —le dijo revolviendo su sedoso pelo con los dedos.

Shayler tendió entonces los brazos, sujetándola por la cintura y tirando de ella hacia atrás, haciendo que se sentara en su regazo.

—Todo está bien —le repitió de nuevo, apretándola contra su pecho, acariciándole la oreja con los labios y el calor de su aliento—, me tienes aquí, siénteme, no voy a irme a ningún sitio, un estúpido resfriado no va a acabar conmigo.

Ella se tensó, estremeciéndose ante sus palabras.

—Has pasado gran parte de la semana con fiebre, cuando no te ahogabas con esa maldita tos, he tenido que despertarte en ocasiones para que te tomaras la medicación, solo para que tú me echases de nuevo de tu lado como si te molestara que estuviese cerca de ti —protestó todavía rígida en sus brazos—. ¿De qué sirve el poder que tenemos si ni siquiera podemos hacer algo tan sencillo como curar un resfriado? Jaek ha tenido que administrarte antibióticos ya que su don no

hacía absolutamente nada sobre ti, así que no te atrevas a decirme ahora que todo está bien... Demonios… incluso me has echado de nuestro dormitorio.

Gentilmente la volvió en sus brazos, tomando su barbilla en la mano, obligándola a alzar el rostro.

—No quería que enfermaras tú también —aseguró mirándola a los ojos—. ¿Te imaginas la pareja que habríamos hecho? Podríamos haber compartido los pañuelos de papel y también los gérmenes.

Dryah hizo un gesto de asco al respecto algo que lo hizo sonreír.

—Precisamente —puntualizó acariciándole la nariz—. Con uno que haya estado para el arrastre era más que suficiente, pero ya me encuentro mucho mejor y no tendrás que irte a dormir de nuevo al salón.

Ante la silenciosa mirada femenina, Shayler acarició las medialunas oscuras bajo sus ojos.

—Es obvio que tú tampoco has descansado gran cosa estos días.

Su respuesta fue un simple encogimiento de hombros.

—Horus me ha permitido compartir su cama, aunque se mueve mucho más que tú.

Shayler esbozó una sonrisa ante el comentario que lo comparaba con el perro.

—Perro afortunado —respondió con una mueca.

Sacudiendo la cabeza, Dryah resopló. Sus manos deslizándose por la suave y cálida piel de su pecho, acariciando la línea de vello rubio que descendía desde su ombligo hasta la toalla ligeramente abierta, deteniéndose a escasos centímetros de su pesada erección.

—¿Cómo es posible que estés así?

Shayler carraspeó, intentando pensar en cualquier otra cosa que no fuera la suave y blanda mujer medio desnuda que tenía entre sus brazos.

—Le dije que no se hiciera ilusiones, pero tiene vida propia y piensa por sí solo —le respondió con picardía—, le da lo mismo haber estado al borde de la muerte, cuando estás cerca, solo consigue que recuerde lo bien que se siente al estar profundamente enterrado entre tus muslos.

Sonrojándose como siempre que él hablaba en términos tan claros, deslizó la mano un poco más abajo, acariciando la dura erección con un dedo.

—Y si sigues haciendo eso, amor, no va a quedarte otra salida que compadecerte de mí un poco más —murmuró entre dientes, siseando ante la maravillosa sensación de los dedos de ella sobre su sexo.

Con deliberada lentitud, Dryah retiró la mano dejándolo duro y dolorido, aunque ella no estaba en un estado mucho mejor, sentía los pechos hinchados, pesados y la humedad se había concentrado ya entre sus piernas, todo el cuerpo le dolía por sus caricias, el hambre que despertaba en ella había emergido en respuesta a sus demandas.

—Diablos, Dry, si no quieres seguir con esto y piensas castigarme por haberte preocupado, al menos ponle freno a tus emociones, porque las estoy sintiendo y tu excitación no está haciendo más que echar leña al fuego —siseó luchando por mantener el control sobre su empatía—. Es un poquito difícil portarse bien cuando esto sucede, ya que en todo lo que puedo pensar es en arrancarte ese maldito pantalón y cabalgarte.

Mordiéndose el labio inferior, excitada incluso más por sus sinceras palabras, se inclinó sobre él sin llegar a tocarle.

—Debería dejar que sufrieras por haberme preocupado —murmuró en respuesta, acercando sus labios a la boca masculina—, pero es un motivo demasiado absurdo para hacerlo, máxime cuando no ha sido realmente culpa tuya. Me duele demasiado verte sufrir como para ser

yo la que cause ese sufrimiento.

Shayler dejó escapar el aire lentamente y estiró las manos, haciendo resbalar los dedos por los muslos femeninos hasta alcanzar la unión de estos.

—En ese caso, deja que te pida perdón —le susurró en tono decadente, acariciándola por encima de la ropa—, deja que borre toda huella de preocupación de tu cuerpo.

Ella se mordió el labio inferior en respuesta deleitándose en la sensación de sus dedos acariciándola por encima del pantaloncito del pijama.

—Esto… es… trampa… —gimió suavemente—. No vas a librarte tan fácilmente.

Shayler sonrió en respuesta y la apretó más contra él, cogiéndole la barbilla en la mano y obligándola a bajar el rostro sobre el suyo.

—No quiero librarme, solo quiero estar profundamente dentro de ti —le susurró comiéndole los labios con la mirada.

Aquella hechicera sonrisa en el rostro femenino fue su perdición.

Él había creado aquella sonrisa, la había moldeado y guiado hasta que había sido tan parte de la mujer que lo miraba como ella lo era de él. La hambrienta curiosidad femenina lo había llevado al borde en más de una ocasión, una bendición para alguien que disfrutaba del sexo como el que más, el cual era en su caso doblemente satisfactorio al incluir el amor en la ecuación del deseo.

Estaba loco por ella. Enamorado hasta los huesos y le encantaba esa sensación casi tanto como las suaves manos que descendían en un sendero directo a la visible erección. En cierto modo le avergonzaba el descaro de su cuerpo, especialmente cuando esa reacción natural a su esposa venía tras una semana en la que no había recordado ni su propio nombre con el trancazo que tenía encima.

—Cariño, quizás no debieras…

Sus palabras murieron en el momento en el que los suaves dedos femeninos lo rodearon, deslizándose lentamente a lo largo de la dura erección mientras veía la rubia melena abrirse a su alrededor como un abanico cuando ella se arrodilló frente a él y se lamió los labios.

—¿Decías?

Shayler sacudió la cabeza y retuvo un gemido.

—Nada, absolutamente nada —respondió con tono débil—. Ignórame, sigue a lo tuyo.

Adiós a la vergüenza y los remordimientos, deseaba la húmeda y dulce boca sobre su polla ahora. Apoyándose en el borde de la bañera, se obligó a mantener las manos alejadas, permitiéndole a su curiosa y torturadora amante que hiciera lo que deseaba lo cual sabía lo enviaría directamente al borde, si no lo mataba primero. Las caricias de sus dedos se arremolinaban alrededor de su erecto sexo como alas de mariposa, un suave y casi imperceptible roce que lo hizo dar un respingo.

—Dioses —gimió entre dientes.

Ella alzó sus ojos azules hasta encontrarse con los suyos, una dulce sonrisa curvando su boca un instante antes de que la rosada lengua saliera entre ellos y los lamiera, un gesto que le había visto hacer en numerosas ocasiones como preludio a una exquisita tortura. Verla descender sobre su erección era la cosa más erótica que había visto en mucho tiempo, su delicadeza y lentitud, la caricia de su aliento sobre la punta un momento antes de ser acariciada por su lengua era una cadencia hipnotizante. Sus caderas reaccionaron con un nuevo respingo ante la humedad que su boca iba dejando por el duro eje, los dedos de ella acariciaban el nido de rizos castaños que lo envolvían alcanzando y rozando las apretadas bolas un instante antes de que sus deseos se hicieran realidad cuando ella lo introdujo en la húmeda cavidad.

Shayler dejó caer la cabeza hacia atrás incapaz de continuar manteniendo la compostura ante el trabajo oral que le estaba haciendo, la lengua de ella le acariciaba mientras lo chupaba y sus manos no hacían más que aumentar el placer enviándolo peligrosamente cerca del borde. Aquella pequeña mujercita había conseguido un poder sobre él que jamás pensó que tendría ninguna otra mujer y allí estaba, a punto de caer de rodillas por la mamada que le estaba haciendo.

Sentía las pelotas realmente pesadas, notaba el orgasmo construyéndose en su interior aumentando con cada nueva atención, la necesidad de moverse, de empujar sus caderas en aquella deliciosa y húmeda cavidad lo estaba volviendo loco pero no se movió más allá de los estremecimientos involuntarios de su cuerpo por temor a hacerle daño.

Diablos, si no se apartaba ya iba a correrse irremediablemente en su boca.

—Dry… cariño… no… no aguanto… más… —gimió con ligera desesperación. Una de sus manos dejó el asidero de la bañera para resbalar a la cabeza femenina, arrastrando los dedos a través del pelo apartándoselo solo para ver mejor como ella lo saboreaba como si fuese un caramelo. Estuvo perdido, aquella imagen lo precipitó al orgasmo y aunque su intención era retirarse, las uñas que se cerraron peligrosamente sobre sus testículos fueron una contundente razón para quedarse quieto y derramarse en su boca.

—Jo-der —fue lo único que pudo articular después de vaciarse completamente, resollando por el esfuerzo que no sabía ni que había estado haciendo—. Tú… quieres… matarme… ¿verdad?

La respuesta llegó con un nuevo lametón y una risita antes de verla incorporarse lentamente, lamiéndose los labios y acercándose a los suyos.

—No, Shay, por supuesto que no —le respondió con un tono tan sensual y húmedo que su recién vaciada polla volvió a endurecerse haciéndolo gemir nuevamente—. ¿Estás bien?

La repentina preocupación en la mirada de su esposa lo derritió una vez más, acababa de hacerle una infernal mamada y aún le preguntaba si estaba bien… ¿Realmente merecía la asombrosa suerte que había encontrado en ella?

—Diría que he muerto y he subido al cielo de no ser porque te veo y vuelvo a desearte —murmuró lamiéndose los labios, sus manos estirándose ya hacia ella, atrapándola entre sus piernas, cogiendo su barbilla entre los dedos para mantenerla en el lugar—, y te deseo rabiosamente, con intensidad… Dioses, quiero follarte… hacerte el amor… devorarte y todo ello al mismo tiempo.

Ella suspiró como si su vulgar declaración fuese justo lo que deseaba de él.

—Sin duda es una sugerencia que apoyo totalmente —le susurró contemplando sus ojos cada vez más oscuros a causa del deseo, sus mejillas se colorearon suavemente cuando su lengua barrió el labio inferior y susurró con vergonzosa respuesta—, porque me siento caliente y necesitada de ti, mojada e incómoda…

¿Quién quería arpas y clarinetes? Eso era como música celestial para sus hambrientos oídos.

—No estoy seguro de poder ser suave —tuvo que aceptar, sus manos rodeando el suave rostro femenino—, si te tomo ahora, no seré suave, siento el deseo ardiendo en ti, tu necesidad de ser follada y amada, ciertamente no podré ser suave…

Dryah se lamió los labios una vez más, su cuerpo estremeciéndose ante las sinceras palabras de su marido.

—Está bien —susurró muriéndose por besarle—, de algún modo puedo percibir tu necesidad y me muero por satisfacerla… si puedo…

La nota de duda y vergüenza en su voz se clavó como un certero dardo en el corazón. Su pequeña compañera predestinada.

—Tú siempre me satisfarás, amor mío, nadie más podrá hacerlo —le aseguró bajando por fin su boca sobre la de ella en un hambriento beso lleno de promesas.

Dryah jadeó cuando sus lenguas se encontraron, sabía que estaría saboreándose a sí mismo en ella y aquello, sorprendentemente, la puso más caliente. Las fuertes manos masculinas se deslizaron por su cuerpo apretándola, marcándola, apaciguando la necesidad que había despertado en el mismo momento que lo había visto erecto, el roce de sus dedos enviaba descargas eléctricas sobre su piel haciéndola jadear contra su boca, estaba perdida por completo en el rubor de la pasión, enardecida por el deseo de ambos, no había exagerado al decir que estaba dolorida, su sexo latía con desenfreno necesitando ser llenado por él.

Las manos masculinas incursionaron por debajo de la camiseta, arrastrando la suave tela de algodón hasta sacársela por encima de la cabeza y lanzarla a un lado, sus pechos quedaron expuestos a la hambrienta mirada de Shayler, los pezones oscuros y erectos en espera de su boca la cual no demoró en complacerla. Suaves ruiditos de placer se mezclaban con intensos gruñidos, Dryah deslizó las manos sobre los anchos hombros, aferrándose a él para mantener el equilibrio mientras succionaba sus pechos, amamantándose de sus pezones con frenesí, la necesidad de tocarlo, de acariciarlo era desesperada, todo su cuerpo respondía con ferocidad a las demandas masculinas entregándose con el mismo desenfreno que parecía estar consumiéndolo a él.

Una traviesa mano se deslizó por el pecho masculino acariciando los pectorales, recorriendo con un dedo los marcados abdominales hasta rozar su erección, solo un segundo, pero suficiente para que él la incorporara y empujara suavemente contra el mueble del baño, girándola y obligándola a enfrentarse de cara al espejo.

—Apoya las manos sobre el mueble —jadeó en su oído. Todo su cuerpo apretándose contra la espalda de ella, haciéndola sentirse pequeña, vulnerable y terriblemente poderosa al mismo tiempo, el espejo empañado por el vaho mostrándole apenas una tenue silueta de los dos.

—No deberíamos estar haciendo esto —Dryah no estaba segura de sí aquello era para ella o para él.

Shayler se limitó a gruñir, acariciándole los pechos, los brazos, deslizando las manos por todo su cuerpo antes de volver a inclinarse sobre ella.

—Demasiado tarde.

El susurro vino acompañado por el movimiento de una de sus manos deslizándose por el trasero de ella, hundiéndose entre los glúteos hasta alcanzar el interior de sus muslos donde su dedos encontraron el húmedo tesoro que estaba buscando.

—Mojada, caliente… —murmuró acariciándola lentamente antes de introducir un dedo en el interior—, el paraíso.

Dryah respondió apretándose contra su mano, gimiendo de necesidad.

—Quiero montarte, tomarte desde atrás, ver tu placer reflejado en el espejo —le susurró nuevamente, derramando su aliento en el oído—. ¿Vas a permitírmelo?

Ella respiró profundamente, moviéndose contra su dedo.

—Te mataré si no lo haces —proclamó entre dientes.

Shayler se rio suavemente al tiempo que retiraba la mano y con la otra limpiaba la superficie del espejo lo suficiente para apreciar su reflejo.

—No tendrás que llegar a tales extremos, amor —se rio nuevamente en su oído—. Voy a darte lo que necesitas aquí y ahora.

Y haciendo honor a su palabra, le separó los muslos y se hundió profundamente en ella

con una sola embestida provocando un angustiado jadeo en ella.

—Dioses —gimió él resollando en su oído—, estoy demasiado caliente por ti, la abstinencia no es buena.

La respuesta femenina llegó acompañada de un movimiento de caderas, Dryah era incapaz de hacer otra cosa que sentir y él lo sabía, lo sentía y aquello lo ponía más caliente, lo endurecía todavía más.

—Tranquila, será bueno, lo prometo —le susurró acariciando sus costados, pasando las manos por sus pechos, mordisqueándole la parte posterior del cuello antes de aferrarse de sus caderas y empezar a salir de ella solo para volver a penetrarla con ímpetu haciéndolos jadear a los dos.

El ardor del momento no pedía suavidad, no pedía calma, exigía acción, entrega pasional, sin restricciones y ellos no dudaron en entregarse a ello. Los gemidos de ambos se mezclaban con el sonido de carne chocando contra carne, el olor almizclado del sexo funcionaba como un afrodisíaco que los impulsaba con ferocidad a alcanzar aquella ansiada liberación, el espejo les devolvía la mirada de éxtasis en sus rostros, una experiencia pecaminosa y tan sensual que Dryah se encontró capturando la mirada de su marido a través de este, enardeciéndose y calentándose todavía más hasta que la presión que se había estado construyendo en su interior no pudo ser contenida por más tiempo y se dejó llevar alcanzando el orgasmo con una fuerza arrolladora, arrastrando a su amante con ella a la liberación definitiva.

Jadeantes y exhaustos, incapaces de mover un músculo, Shayler la rodeó con los brazos, apoyando su peso sobre el mueble y protegiéndola a tiempo para que no recayese sobre ella.

—Dime que todavía respiras —preguntó él tratando de recuperar el aire y normalizar el ritmo acelerado de su corazón.

Dryah se estremeció y entonces la oyó reír por lo bajo.

—Lo intento —murmuró con las mismas dificultades que él—, te prometo… que lo intento.

Shayler suspiró profundamente y la besó en el cuello solo para oírle decir nuevamente.

—¿Siempre tienes tanta energía después de haber estado enfermo?

Shayler se echó a reír de buen grado.

—Únicamente contigo, amor mío, únicamente contigo.

CAPÍTULO 3

24 de diciembre
Central Park Sur, Calle 59 con la Quinta Avenida.

Lluvia suspiró, consultó de nuevo su reloj y miró el delgado bolígrafo blanco que había dejado sobre el mueble del lavabo como si fuera una serpiente a punto de saltarle encima, aquella sería la segunda vez que se hacía la prueba en las dos últimas semanas, los síntomas con los que había empezado aquel último mes habían despertado finalmente sus sospechas, su menstruación nunca había sido regular, pero el llevar más de tres semanas de retraso era algo que ya no podía pasar por alto.

La manecilla de su reloj de pulsera llegó finalmente al número seis, aquellos últimos cinco minutos se le habían antojado horas, respirando profundamente se levantó del borde de la bañera donde se había sentado y estiró la mano hacia el bolígrafo.

La confirmación a sus sospechas parecía brillar, como si el color no fuera suficiente para que se diese por aludida, dejando escapar el aire que no sabía ni que estaba conteniendo volvió la mirada hacia la puerta cerrada del cuarto de baño, Nyxx todavía dormía, últimamente le gustaba remolonear por las mañanas aunque no tardaba en saltar de la cama al sentir que ella no estaba.

Mordiéndose el labio inferior, Lluvia posó de nuevo su mirada en el resultado del test; estaba embarazada. La realidad de ello se abrió como un enorme abismo, una de sus manos viajaron al vientre todavía plano intentando hacer frente a las implicaciones de lo que estaba pasando, una nueva vida creciendo en su interior, un diminuto ser del hombre que amaba.

Antes de que se diese cuenta de lo que estaba ocurriendo, las lágrimas empezaron a resbalar por sus mejillas, estaba llorando y era incapaz de encontrar un motivo válido para ello o quizás, sí lo había, pero le asustaba demasiado enfrentarse a ello.

—Un bebé —musitó, rodeándose el vientre con los brazos, una amplia sonrisa abriéndose paso a través de las lágrimas—. Un… un bebé…

Su mirada recorrió el baño hasta posarse en la puerta que comunicaba con el dormitorio, mordiéndose el labio, miró el test todavía en sus manos para finalmente regresar con su marido.

Lluvia no se lo pensó dos veces, atravesó corriendo la distancia que la separaba de la cama y saltó a su lado, despertándolo.

—Nyxx, despierta —ronroneó en su oído—, vamos, cariño, abre los ojos… tengo una sorpresa que compartir contigo.

—Si la sorpresa está desnuda, puede meterse en la cama —murmuró con voz somnolienta antes de enlazar los brazos alrededor de ella arrastrándola hasta tumbarla de espaldas sobre el colchón con él por encima, unos profundos y brillantes somnolientos ojos verdes acariciándole la piel—. *Um*… demasiada tela, *mikrés*…

Como toda respuesta, Lluvia sonrió y le plantó el test de embarazo delante de las narices.

Nyxx parpadeó un par de veces, se echó un poco hacia atrás y se quedó mirando aquel bolígrafo blanco.

—¿Qué es? —preguntó mirando a su esposa sin entender—. ¿Un nuevo juguetito?

Lluvia negó con la cabeza, tomó una de las manos de su marido y la llevó a su liso vientre.

—Es un test.

Nyxx bajó la mirada a la mano sobre el vientre plano y cálido de su esposa antes de volver a mirarla a la cara, sabiendo que ella le leería los labios.

—Un test —repitió y ella asintió—. ¿Un test de qué?

Lluvia puso los ojos en blanco y se rio.

—Todavía estás dormido, *agapi* —sonrió acomodándose contra el colchón—. Esto es un test de embarazo… y esta rayita de aquí, ¿la ves? Pues dice… —Lluvia se sonrojó, haciendo que sus ojos brillaran en comparación—, dice que vas a ser papá.

La expresión de incredulidad que apareció en el rostro de Nyxx hizo sonreír tiernamente a Lluvia.

—¿Estás bien? —se encontró preguntándole.

Nyxx estaba teniendo un difícil momento para procesar la información que su mujer acababa de dejar caer como una bomba sobre él, su mirada iba del rostro femenino a la mano que todavía conservaba en su vientre y nuevamente a ella.

—Es… estás… es… —sacudió la cabeza intentando aclararse la mente, estaba balbuceando como un idiota—. ¿Estás embarazada?

La frase casi salió como un angustiado sonido de su garganta, haciendo que su voz ronca sonase casi afónica, logrando que Lluvia perdiese un poco de la felicidad que empañaba su cara.

—Um… sí… e… eso cre… creo —empezó a tartamudear, los nervios la obligaron a llevar la mano hacia su garganta a pesar de que llevaba el audífono puesto—, es… es mi segundo test… yo… yo no est… estaba segura y… —su voz se fue haciendo cada vez más suave, hasta terminar en apenas un murmullo—. No… ¿No quieres…?

El toque de angustia que percibió en su compañera lo sacudió despertándolo del todo, los suaves ojos castaños lo miraban en un rostro preocupado y se mordía suavemente el labio inferior como hacía siempre que estaba nerviosa. Aquella delicada al mismo tiempo que fuerte mujer acababa de decirle que estaba embarazada, que esperaba un hijo suyo. Un hijo.

—Lluvia… —susurró su nombre, mirando fijamente el plano vientre, subiendo por su cuerpo hasta encontrar su mirada indecisa, mortificada y avergonzada—. Oh, *mikres*, todo va bien… es solo… dioses, Lluvia… un niño —repitió incapaz de procesar completamente la información y lo que aquello implicaba—, un bebé… nuestro.

Ella asintió lentamente, contemplando su rostro, leyendo en él todas las emociones que estaban desarrollándose rápidamente dentro de Nyxx, viendo como la incredulidad daba paso al estupor, luego a la esperanza y finalmente a aquella sonrisa que siempre conseguía derretirla.

—Un hijo —repitió con asombro, bajando sobre ella para darle un beso en la boca—, *agapi mou*, yo… no sé qué decir… Lluvia, dioses, gracias… mi amor, un bebé…

Sonriendo suavemente en respuesta, acarició la barbuda mejilla y ladeó el rostro.

—Bueno, eso es un buen comienzo —sonrió débilmente, todavía insegura—, yo… sé que no habíamos hablado de esto… y quizás… yo no sé…

Nyxx posó un dedo sobre los labios de ella haciéndola callar.

—Todo lo que surja entre tú y yo siempre será perfecto, *mikres* —Nyxx bajó la mirada sobre el vientre de su esposa, sonriendo como un bobo—, y esto no podía ser más perfecto.

El alivio que recorrió a Lluvia impulsó a Nyxx a tomarla en sus brazos, acurrucándola contra su cuerpo, el lugar al que pertenecía.

—No sé cómo ha ocurrido —la oyó murmurar suavemente contra su pecho.

Nyxx arqueó una ceja y bajó la mirada sobre ella.

—Yo creo que puedo hacerme una ligera idea —aseguró con ironía, consiguiendo que ella le pegase suavemente en el brazo.

—No me refería a eso, Nyxx —se echó a reír apretándose contra el pecho desnudo de su marido—, he estado tomando la píldora y… oh… creo que ya lo sé…

Él la miró, viendo la manera en que su mente trabajaba rápidamente para encontrar la respuesta, su mano volvió a deslizarse hasta el suave vientre y concentró todos sus sentidos sobre ella atraído por el suave aleteo de murmullo que sentía cuando había un alma cerca, y allí estaba.

—Sagrados dioses —musitó sintiéndola, un alma completa, acunada y protegida en el interior del vientre materno.

Lluvia alzó la mirada y luego la bajó al lugar donde Nyxx posaba su mano, sintiendo el calor de su poder bajo la palma, acariciándola, llenándola y casi inmediatamente la sintió también a *ella*, su pureza y su fuerza, diminuta, acurrucada en su interior.

—Es una niña —murmuró Nyxx alzando la mirada hacia su esposa—, *mikres*, me vas a hacer padre de una niña.

Su sonrisa aumentó y rodeó a Nyxx con los brazos, apretándose contra él, volviéndolo de modo que esta vez fue él quien quedó de espaldas sobre la cama con ella encima, pegada a su cuerpo.

—La he sentido —susurró totalmente emocionada—. No estaba equivocada, ¿verdad? Después de todo, estos test son muy fiables y es el segundo que hago… tenía miedo de haberme equivocado la otra vez, pero… la he sentido, Nyxx, ¿cómo es posible?

Sus manos se deslizaron por la espalda femenina, ahuecando su trasero, apretándola más contra él.

—Ventajas de estar casada con un Cazador de Almas —le aseguró viendo como sus ojos brillaban ante sus caricias—. ¿Cuándo te hiciste el test anterior?

Lluvia se lamió los labios.

—Hace dos semanas —respondió incorporándose a horcajas sobre él—. Pensé… pensé que era un error y volví a hacerlo… no estaba segura…

Nyxx recorrió su cuerpo moldeado por la suave y breve camisola.

—Es seguro, amor mío —asintió acariciando su vientre con la mirada, mientras le masajeaba las caderas y bajaba por sus muslos—, hay una nueva alma en tu interior, una pequeña y vibrante alma gestándose dentro de ti.

Lluvia sonrió y se llevó las manos al plano vientre.

—¿Cómo puedes saber el sexo? Todavía es demasiado pronto, ¿no?

Nyxx se limitó a encogerse de hombros.

—No puedo explicarlo, Lluvia, simplemente, lo sé —aceptó resbalando las manos por los muslos de su esposa, introduciéndolas por debajo de la tela—. ¿Crees que podríamos celebrarlo de un modo especial?

Ella se estremeció cuando sintió sus dedos acariciando la unión de sus muslos, por encima de sus braguitas.

—¿Qué se te ha ocurrido, Cazador? —gimió disfrutando de sus caricias.

—Adorarte hasta que salga el sol —ronroneó él en respuesta—, y volver a hacerlo incluso cuando caiga la noche.

Lluvia se derritió bajo sus manos.

—Eso significaría pasarnos todo el día en la cama, Nyxx y esta noche tenemos una cena con Dryah y los chicos —le recordó, mordiéndose el labio inferior cuando sus manos

encontraron el camino bajo la tela de sus braguitas—, por no mencionar… que he prometido… ver a Isabel… y tengo que llamar a mi padre… oh, señor…

Nyxx sonrió de forma ladina ante los suaves gemidos de su mujer.

—Todos ellos pueden esperar, *agapi* —ronroneó Nyxx devorándola con la mirada—. Yo por otra parte no. Ahora, limítate a disfrutar de tu regalo de Navidad.

Shayler frunció la nariz nada más salir del ascensor, puede que todavía estuviese algo congestionado, pero juraría que aquello que olía era…

—¿Eso es café? —se adelantó su mujer, quien caminaba a su lado.

—Eso creo —murmuró dirigiéndose hacia la oficina, para ver a Lyon escurriendo de forma un tanto insólita la fregona que parecía haber pasado en el lugar en el que antes había estado la alfombra—. ¿Qué demonios ha pasado aquí?

Lyon se volvió hacia la voz ligeramente enronquecida que sonó desde la puerta para ver a Shayler apoyado contra el umbral contemplando con gesto sorprendido la fregona, así como el brillante suelo de madera el cual olía sospechosamente a café, por no mencionar la obvia falta de la alfombra que había estado cubriendo aquel recuadro.

—¿Es café lo que huelo?

Lyon arqueó una dorada ceja.

—Si consigues oler algo con la voz nasal que tienes, será de milagro —le soltó apoyándose en el mango de la fregona, recorriéndole con la mirada—. Te ves como la mierda.

Shayler bufó irónicamente.

—Eso es que no me has visto hace cuatro días —aceptó de buen humor—. Entonces te habría parecido un cadáver en descomposición.

Dryah se volvió hacia él, su rostro decía claramente que no le había gustado su respuesta.

—Deja de gastar bromas con eso —le advirtió recorriendo la sala con la mirada, reparando en la falta de la cafetera y alfombra—. No preguntaré por la cafetera, porque es obvio que ha pasado a mejor vida pero ¿y mi alfombra?

Shayler siguió la mirada de su esposa y se volvió hacia Lyon quien se limitó a encogerse de hombros.

—A juzgar por el olor y las manchas del suelo, yo diría que ha pasado a mejor vida —aseguró dejando el umbral para terminar sentándose en la tarima que separaba la zona principal del altillo en el que estaba el piano de Jaek—. Y me alegro de ello, empezaba a odiar esa maldita cosa, estaba por pedirle a John que la hiciera volar.

Dryah frunció el ceño y se unió a su marido, pero en vez de sentarse a su lado en el suelo, optó por la banqueta del piano, algo mucho más cómodo y menos duro. El interludio que habían compartido en el baño y luego en la cama había sido un poco demasiado desesperado para su gusto, oh, lo había disfrutado, ya lo creía que sí, la impaciencia de su marido había encendido la suya y la pasión había tomado las riendas dejándolos exhaustos pero satisfechos, apaciguando los temores e inseguridades y el hambre contenida.

Era un milagro que pudiera sentarse.

La mirada de Lyon pasó de ella a Shayler con obvia curiosidad, pero el juez se limitó a sonreír con absoluta inocencia mientras estiraba las piernas, las cruzaba a la altura de los tobillos y se echaba hacia atrás, sosteniéndose sobre los brazos.

—Me gustaba esa alfombra —murmuró Dryah con la mirada puesta en el hueco ahora vacío—. La había elegido yo…

Lyon se limitó a chasquear la lengua y respondió de manera práctica.

—Era un foco de infección —respondió extendiendo la mano vendada hacia el mueble donde había estado la cafetera—, la cafetera le hizo un favor explotando, ha matado dos pájaros de un tiro.

Shayler entrecerró los ojos, echándose ahora hacia delante.

—¿Eso lo hizo la cafetera? —señaló su mano vendada con un gesto de la barbilla.

—El café más bien —respondió asintiendo antes de dejar la fregona dentro del cubo y arrastrarlo a un lado—, se calentó más de la cuenta y decidió utilizar mi mano como recipiente antes de liquidar ese trozo de tela infecciosa.

Dryah resopló.

—Mi alfombra no era infecciosa.

—Para ti sí, cielo —le aseguró Shayler echando la cabeza hacia atrás para mirarla.

—Era solo una alergia —trató de defenderse.

Shayler alzó las manos a modo de rendición.

—Dryah, no voy a discutir contigo por esa maldita alfombra, cuando yo mismo había pensado hacerla desaparecer antes de terminar en la cama —aceptó con total sinceridad, suavizando el tono de voz al continuar—. Habla con Keily o díselo a Lluvia, estoy seguro que ellas te acompañarán a comprar otra, esta vez sin embargo, procura que esté hecha solo con lana para evitarnos de nuevo esto, ¿ok?

Apretando los labios en un inconforme mohín, se acomodó sobre la banqueta y se cruzó de brazos.

—Te falta hacer un puchero, preciosa —le dijo Lyon con una sonrisa—. Solo tienes que poner los morritos así.

Shayler se echó a reír al ver la imitación de Lyon antes de terminar tosiendo.

—Conserva los pulmones dentro, cachorro, que los necesitas —le recomendó Lyon dándole un par de palmadas en la espalda.

—Muy… gracioso —se quejó el juez aspirando una buena bocanada de aire, intentando calmar la tos.

—¿Quieres un vaso de agua?

Shayler negó la cabeza y estiró la mano para detener a su mujer, tirando de ella hasta que perdió el equilibrio con un gritito y terminó en su regazo.

—Ahí… quieta… —se las arregló para decir mientras la sujetaba con un brazo e intentaba recuperar la respiración—. Solo… quieta.

Dryah obedeció, pero Lyon sabía por la forma en que se movía y la mirada en su rostro que estaba preocupada.

—No te preocupes, preciosa —la animó Lyon—. Solo es un resfriado, dentro de un par de días estará como nuevo.

Sonriendo agradecida por su preocupación bajó la mirada hacia Shayler, quien suspiró más tranquilo.

—Volvamos a lo del café —continuó el juez, señalando la mano vendada con un golpe de la barbilla—. ¿Querías hacer volar tú también la oficina o algo?

Lyon puso los ojos en blanco.

—No, quería abrasarme la mano para ver como huele mi piel quemada —le respondió con profunda ironía—. ¿A ti que te parece?

—Que si buscabas una excusa para evitar la cena de hoy, tenías que haber venido a hacerme una o dos visitas hace dos o tres días —le respondió Shayler con cierta diversión—, habríamos estado los dos en la cama.

Dryah se volvió a mirar a su marido y después a Lyon.

—No podéis faltar a la cena de esta noche —les recordó con firme convicción—. Es importante que estéis todos.

Shayler bajó la mirada sobre ella, algo en su voz, en la corriente de poder que siempre transcurría entre ellos lo alertó de que había algo más detrás de sus palabras.

—Para la noche ya estará perfectamente bien —se adelantó Lyon mirando a Dryah, evitando que Shayler pudiera hablar—. Aunque no puedo decir lo mismo de tu marido, si sigue igual de gracioso, puede que tenga que quedarse otros cuantos días en la cama.

—Solo si puedo llevármela a ella también —respondió con picaresca antes de volverse hacia su esposa, la cual ya estaba resoplando mientras se liberaba de sus brazos para ponerse de pie.

—Nena, no puedes esperar que dé saltos de alegría, ni siquiera me gusta la Navidad —aceptó Lyon con un ligero encogimiento de hombros malinterpretando el gesto de Dryah.

La joven Libre Albedrío clavó su mirada azul sobre el hombre durante un interminable segundo, poniendo a Lyon los pelos de punta.

—Pues ya puedes ir aprendiendo a apreciar estas fechas, Ly, porque no sabes la que está a punto de venírsete encima —le soltó ella al tiempo que cruzaba la sala y abría la puerta de la oficina del juez pasando a dentro.

Lyon abrió la boca para responder, entonces volvió a cerrarla y miró a Shayler, quien había seguido a su esposa con la mirada, la sospecha brillando en sus ojos.

—Odio cuando hace eso —siseó hacia Shayler.

El Juez cruzó la mirada con Lyon y finalmente se levantó y fue tras ella.

—Dryah…

Ella se había acercado a una de las ventanas, abriéndola para contemplar la ciudad nevada, solo para girarse de nuevo hacia él sorprendiéndole con una mirada desafiante.

—No —le detuvo con una seca negativa—, no tienes derecho a exigir o preguntar nada, no después del susto que me has dado esta semana —le espetó, entonces miró a Lyon—. Y tú… ¡Era mi alfombra, Ly!

Lyon puso los ojos en blanco.

—Olvídate de la maldita alfombra, *Dryahny*, buscaremos otra que la reemplace y que no haga que termines con los ojos rojos y la nariz goteando —respondió sin más, antes de continuar —. Y ahora, empieza a soltar por esa boquita, cariño, porque es obvio que hay algo que tú sabes y nosotros no, algo que empiezo a tener la maldita mala sensación de que tiene que ver con el motivo de que hayas insistido tanto en la cena de esta noche.

Dryah apretó los labios, su mirada abandonó a los hombres para volver a perderse por la ventana.

—Has reunido a los Guardianes en un mismo lugar bajo la excusa de la cena de Navidad —murmuró Shayler, quien había sido el único que no había estado al tanto de los planes de su mujer hasta hacía un par de días, en que Jaek se lo había comentado. Había estado tan embotado, que no se le había ocurrido preguntar el verdadero motivo tras aquella oportuna reunión, se había limitado a pensar que Dryah quería celebrar la Navidad en familia, con aquellos que ella había llegado a considerar su familia—. ¿De qué se trata, Dryah?

—¿Qué mierda has visto ahora, Libre Albedrío?

La voz de Lyon dejaba perfectamente claro que no podían gustarle menos aquellas visiones de la mujer.

—Lyon… —una sutil advertencia de parte de Shayler en relación a su tono.

El guardián bufó, mirando a su juez y luego a ella.

—Joder, quiero saber qué es lo que ha visto —refunfuñó clavando la mirada en su juez—, si va a ocurrir alguna cosa, quiero saberlo, sobre todo si tiene que ver conmigo.

El cansado suspiro de Dryah seguido por el sonido de la ventana al cerrarse los hizo volver la mirada hacia ella.

—Lo sabrás antes de que termine el día de hoy —aseguró sin mirar a ninguno de los dos —. Todos lo sabréis antes de que termine el día de hoy… quizás debí habéroslo dicho antes pero —negó con la cabeza—, no era el momento, las cosas no suceden porque sí, todo tiene una razón de ser.

Lyon frunció el ceño ante las enigmáticas palabras de la mujer, su mirada verde buscó la de Shayler quien la contemplaba con fijeza.

—¿Qué es Libre Albedrío? ¿Qué has visto? —aquel no era el hombre, el marido el que hablaba, era su Juez.

Lentamente, Dryah se volvió hacia él y suspiró.

—Siéntate… parece que vas a caerte de un momento a otro —murmuró, entonces chasqueó la lengua con fastidio—. No debería haber abierto la ventana, no puedes coger frío.

Shayler cruzó la distancia que los separaba y la empujó hacia la silla, haciendo que fuera ella la que se sentara, reteniendo sus manos en las de él mientras se acuclillaba frente a ella.

—Mírame —le pidió con suavidad haciendo que ella alzara la cabeza y se encontrase con su mirada—, ¿Qué has visto?

Ella se lamió los labios, le miró y después a Lyon.

—He… he estado en una de mis visiones —murmuró en apenas un hilo de voz.

—¿Qué has estado? ¿Qué…?

Shayler cortó a Lyon con una firme mirada, obligándolo a guardar silencio.

—¿Te has visto a ti misma? —sugirió Shayler.

Ella negó con la cabeza, se lamió los labios una vez más y mirándole a los ojos respondió.

—Ha sido algo más que una visión, he estado allí —continuó sin despegar su mirada de la de él—, he participado de ella, no como una simple espectadora, fue como… no sé, estaba allí, Shayler y vosotros vinisteis a mí uno detrás de otro.

El juez asintió lentamente, dejando que ella se tranquilizara y narrara aquello que deseaba saber.

—Cuéntame exactamente cómo fue, qué es eso por lo que has querido o crees que debías reunirnos a todos.

Asintiendo, respiró profundamente y contestó:

—Ocurrió hace una semana, acababa de dejarte en el dormitorio descansando y apenas me dio tiempo a cruzar el pasillo, en un momento estaba en pie y al siguiente me encontraba de pie en el centro de las ruinas del Templo Primigenio —narró lentamente, intentando reconstruir las escenas paso a paso—, hacía frío, no demasiado, pero pude sentir el aire rodeándome, el suelo firme bajo mis pies, el ritmo de mi respiración —su voz empezó a desvanecerse, se lamió los labios nuevamente y bajó la mirada sacudiendo la cabeza antes de volver a mirarlo a los ojos y después a Lyon—, es como si estuviese realmente allí, esperando algo, a alguien… esa es la sensación que tenía, y entonces lo sentí, te sentí a ti, a Lyon, a cada uno de los Guardianes, en un momento estaba mirando la nada y al siguiente os vi aparecer, uno por uno hasta formar un círculo a mi alrededor.

Dryah hizo una pausa para mojarse los labios, todo su cuerpo estaba en tensión, tenía la boca reseca al recordar cómo había hecho durante toda la semana aquella última visión,

intentando entender, buscando una explicación, algo que le indicara qué significaba pero lo que había visto parecía tan claro y al mismo tiempo tan extraño. Su mirada subió entonces al otro lado del escritorio desde donde Lyon escuchaba en silencio, sus ojos se encontraron cuando siguió con la narración.

—Tú fuiste el primero en acercarte a mí —su suave voz parecía llenar la oficina interior —, me tendiste la mano y cuando toqué aquello… lo vi.

Lyon frunció el ceño.

—¿Tocar el qué?

Dryah miró al hombre a los ojos.

—Me entregaste una especie de sobre, no sé, como el de una carta pero en color marrón —explicó dando respuesta a su pregunta—, y me dijiste textualmente *«este es mi destino»*.

Su voz se contrajo, como un globo que se desinfla al quedarse sin aire, el tono de su voz fue menguando hasta casi desaparecer, lamiéndose los labios luchó una vez más con la decisión de ir más allá o guardarse el resto para sí, sus ojos se cruzaron con los de Shayler, incapaz de ocultar a tiempo las emociones en su interior para que él no pudiera interpretarlas.

—¿Un papel? ¿Un sobre?

Dryah se volvió hacia la repentina voz de Lyon al otro lado del escritorio y asintió.

—Era un sobre marrón, como los que utilizáis para guardar documentos, creo que había algo escrito a mano en el sobre, tu nombre y algunas manchas, como si le hubiese caído algo encima —respondió tratando de recordar las imágenes que se habían quedado grabadas en su mente.

—¿Sabes qué decía? ¿De qué se trataba? —insistió el guerrero.

—No —respondió con honestidad, recordando qué había ocurrido después de haber tocado el sobre, como éste había provocado la nueva visión en la que vio un par de imágenes inconclusas antes de esfumarse nuevamente y sentir como el papel se deshacía en sus manos—. En el instante en que lo toqué se convirtió en arena resbalando entre mis dedos y tú me diste la espalda y te alejaste —resoplando, se pasó la mano por el pelo, enrollando un mechón alrededor del dedo tironeando de él inconscientemente—. Cada uno de vosotros obró de la misma manera, Lyon fue el primero, pero los demás no tardasteis en continuar con el mismo ritual, cuando uno se marchaba, llegaba otro, incluso Nyxx estaba allí…

Lyon gruñó, arrancando la atención de Shayler de su esposa.

—¿Tiene eso algún significado para ti? —preguntó el juez, su mirada contemplando todavía de soslayo a la mujer.

Lyon negó con la cabeza y chasqueó la lengua.

—Ninguno en absoluto —respondió con un fuerte resoplido—. Maldita sea, realmente odio estas malditas visiones tuyas.

Dryah esbozó una mueca en respuesta.

—No eres el único, créeme —murmuró ella, en su rostro se reflejaba la impotencia.

Lyon la miró y negó con la cabeza.

—No es culpa tuya, el papel del Oráculo siempre ha sido una cabronada. Uras era igual, sus visiones tampoco tenían ni pies ni cabeza, aunque montaba unas fiestecitas cada vez que no entendía el significado… —bufó con absoluta ironía, recordando los ataques de su ex compañera —. Tú al menos eres más divertida —le respondió con un ligero encogimiento de hombros, entonces se volvió hacia el juez y sonrió—. Apuesto que lo que quiera que te haya entregado Shayler tiene algo que ver con la nata y las nueces.

Aquello hizo sonreír a Dryah, la cual se volvió hacia su marido, a quien encontró

mirándola con abierta curiosidad.

—Nada de nata y nueces —le dijo reconociendo en su mirada azul que sabía que había cosas que ella no había mencionado.

—Me alegro, porque empieza a preocuparme seriamente ese problema que tenemos con las nueces y la nata —aceptó levantándose hasta apoyarse contra la mesa, pero no dejó sus manos, deseando mantener el contacto con ella—. ¿Puedes decirme que fue lo que yo te entregué?

La sonrisa que había vagado por el rostro de su esposa empezó a desvanecerse lentamente, atrayendo su atención, confirmando las sospechas que habían surgido en su interior ante el breve instante casi imperceptible en el que ella lo miró.

—Vamos, cariño, no puede ser peor que un viejo sobre, ¿uh? —la animó, restándole importancia, buscando aquello que ella no se atrevía a mencionar.

Dryah encontró su mirada, abrió la boca para responder pero volvió a cerrarla, él había sido el último en acercarse a ella durante su visión, no había sido hasta ese momento en que lo vio vestido de negro, con los tatuajes que ambos llevaban en sus manos bordados también en su ropa, que ambos vestían con los colores y ropas que los identificaban como los Consortes de la Fuente, las mismas que recordaba haber lucido cuando fue investida como uno de los *Guardianes Universales*, ocupando el lugar dejado por Uras. Shayler había caminado directamente hacia ella, pero todo lo que llevaba consigo eran sus *Kalhiya,* las dagas gemelas empuñadas, él había sido el único que había cambiado el ritual, incluso Nyxx, que no pertenecía a los Guardianes y que sin embargo se había presentado ante ella, había seguido la misma pauta que los demás.

—Cuando todos se marcharon apareciste tú, no hablaste hasta estar frente a mí e incluso así tardaste en mirarme a la cara, no traías nada más que una de las *Kalhiya* en la mano derecha —relató lentamente—, ni siquiera me hablaste, solo me miraste a los ojos y entonces te cortaste la palma, solo una fina línea, lo suficiente para que quedara marcada con tu sangre —se detuvo nuevamente, mirando las manos de los dos enlazadas, sintiendo su calor. Él no la había interrumpido y sabía que no lo haría, esperaría hasta que ella decidiera continuar. Dryah suspiró, se mordió el labio inferior y finalmente continuó con seguridad—. Cuando bajé la mirada a mis manos, yo empuñaba tu otra daga y sin pensarlo dos veces me corté la palma también, la sangre brotó roja, brillante.

Dryah se estremeció al recordar cómo había unido su mano ensangrentada a la suya, cómo había sentido su vínculo haciéndose incluso más fuerte, letal mientras un silencioso grito recorría sus almas, al unísono antes de partir hacia la vasta inmensidad del universo.

—Uní mi mano a la tuya, sangre con sangre —murmuró mirándolo a los ojos—. No sé por qué lo hice, tú no me lo pediste, no había nada que me impulsara a hacerlo, diablos, tú más que nadie sabes lo que siento con respecto a los cortes en las manos y sangre de por medio, pero sentí, creí… que aquella era la única manera, que era lo que debía hacer y entonces me dijiste la misma frase que Lyon y los demás habían dicho anteriormente, *«este es mi destino»*.

Shayler se inclinó hacia ella, acariciándole la mejilla.

—Tus actos siempre se han regido por la libre elección, amor mío, temo que eso no cambiará ni siquiera en la forma en que veas o sientas las visiones, tu elección será la única que prevalezca por encima de cualquier cosa, eres el *Libre Albedrío*, tu voluntad no está atada a restricciones —le aseguró Shayler con suavidad y gentileza, como si deseara calmarla, apaciguar las dudas y el temor que aquella visión había traído sobre ella—. Has sido tú la que ha elegido el camino, tu voluntad, eso siempre será lo correcto para ti.

¿Había sido su voluntad? ¿Había sido realmente lo correcto? Al contrario que con los demás no había existido una segunda visión, nada que le mostrara si su elección había sido correcta o no.

—¿Tiene… tiene algún significado para ti?

Lyon, quien se había mantenido en silencio, respondió mirando a Shayler.

—Eso es un juramento de lealtad, ¿no?

Shayler se volvió hacia Lyon y asintió.

—Fidelidad más bien —respondió con un ligero encogimiento de hombros, su pulgar había empezado a trazar círculos sobre la piel de la mano femenina—. Comunión, lealtad, entrega completa, un vínculo inquebrantable entre consortes. Llámalo renovar nuestro votos.

Los ojos azules de Dryah buscaron los de Shayler quien le sonrió en respuesta tirando de ella para levantarla de la silla e intercambiar el lugar, sentándose para finalmente sentarla en su regazo.

—Dices que cada uno de los guardianes se acercó a ti con algo —retomó la idea principal, viendo el asentimiento de la chica—. ¿Tiene algo de lo que te entregaron o dijeron algún sentido para ti?

Ella no dudó en responder.

—Tanto sentido como lo ha tenido el sobre de Lyon —respondió mirando al hombre a través de la mesa—, lo siento, Ly, todo lo que puedo decirte es que ese sobre parecer ser algo importante, algo que tendrá que ver con tu destino de una manera o de otra.

Shayler se aclaró la garganta, empezaba a sentirse realmente cansado y no había hecho prácticamente nada, bueno, casi nada.

—No te preocupes, si necesita un abogado, tiene donde elegir —murmuró Shayler abrazando a su esposa, besándola en la mejilla.

Lyon respondió poniendo los ojos en blanco.

—Está claro que la gripe no te ha quitado el sentido del humor, cachorro —le aseguró con ironía—, al igual que otras cosas. Si queréis enrollaros, haced el favor de esperar a que me vaya, cerraré la puerta y pondré un cartelito de no molestar y todo.

Dryah se sonrojó, empezando a incorporarse solo para verse detenida por Shayler.

—Ignórale… él no ha estado a palo seco durante una semana, yo sí —le aseguró el juez mordiéndole de forma juguetona en el cuello haciéndola reír.

Lyon puso los ojos en blanco.

—Pensé que el matrimonio te traería un poco de madurez —le soltó Lyon—, obviamente me equivoqué.

Shayler sonrió en respuesta, a lo que el guerrero resopló.

—Solo una cosa más y os dejo con vuestros arrumacos —concluyó mirando a Dryah directamente—. Tú visión… ¿Por qué reunirnos a todos esta noche? Si lo que has visto es lo mismo que me acabas de contar a mí o a Shayler, ¿por qué no hacerlo antes?

Dryah se lamió los labios, atrapando entre sus dientes el labio inferior.

—No lo sé —aceptó sin más—. Mis visiones no vienen con un manual de instrucciones, Lyon, solo supe que tenía que reuniros a todos y hablaros de ello, temo que el conjunto de la visión puede ser más importante que lo que cada uno pueda interpretar por separado.

Lyon la miró durante un buen rato, entonces sacudió la cabeza y puso los ojos en blanco.

—Oráculos —dijo como toda explicación antes de enderezarse y mirar hacia la puerta—. Bien, en la cena tendrás oportunidad de ejercer de pitonisa y entregar tus regalos de Navidad al filo de la media noche, mientras tanto, os sugiero a ambos que os vayáis a la cama y descanséis

un poco, sobre todo si tú aspiras a organizar la cena con las chicas, preciosa, de lo contrario, preveo que tu rostro acabará en el plato de la sopa.

Dryah sonrió en respuesta.

—Gracias, Ly, yo también te quiero —le aseguró recostándose contra Shayler.

—Sí, sí, sí… eso decís todas —respondió al tiempo que echaba un último vistazo a la habitación—. Creo que iré a comprar una de esas cafeteras de mono dosis que hacen incluso tus capuchinos, Shay.

—¿Va a ser mi regalo por haber sido bueno este año? —le soltó el juez.

Lyon le dedicó un gráfico «bésame el culo» antes de levantar la mano a modo de despedida.

—Si ya estás tan bien para darle a la lengua, échale un vistazo a los cajones, John ha dejado una bonita montaña de papeles para ti.

El gemido del juez fue lo último que escuchó Lyon antes de cerrar la puerta con una sonrisa, dejándolos a los dos solos.

—Lo siento, Shayler, de verdad, no sabía que más hacer con respecto a esto —murmuró arrebujándose en los brazos masculinos—, nada tiene verdadero sentido, ni siquiera la vi venir, en un momento estaba allí y al siguiente estaba en el suelo, con Horus a mi lado.

Aquello hizo que las manos del juez dejaran de acariciarla y se volviera hacia ella con mirada preocupada.

—¿Te hiciste daño?

Negando con la cabeza, se acurrucó contra su cuerpo.

—No, pero me asusté, esta vez ha sido distinta de las demás —aceptó en voz baja—, algo se está acercando, Shay y por más que intento ver qué es no lo consigo pero sé que tiene que ver con nosotros, con los Guardianes…

—*Shhh* —la abrazó, besándole la cabeza—, ya te lo he dicho amor, lo que tenga que venir, llegará aunque nosotros no queramos, todo lo que podemos hacer es estar preparados y enfrentarnos a ello lo mejor que podamos.

Dryah se volvió hacia él, había dudas y dolor en sus ojos.

—¿Incluso si eso nos enfrenta entre nosotros?

Shayler frunció el ceño, estudiándola entre sus entrecerrados ojos.

—¿De qué estás hablando?

Ella sacudió la cabeza.

—No estoy segura —aceptó recordando algunas partes de su visión—, quizás no sea nada, o puede que lo sea todo, solo puedo suponer que lo veremos al final del camino.

Sacudiendo la cabeza, se deslizó del regazo masculino y se puso en pie tendiéndole la mano.

—Ven, todavía no estás recuperado, necesitas descansar.

Shayler miró su mano y la tomó.

—Creo que eso podría aplicársete a ti también, esposa.

Dryah sacudió la cabeza y suspiró.

—Vámonos a la cama, Shay —le pidió apretando su mano—, a dormir… y no protestes.

Levantándose, tiró de ella hacia su pecho, abrazándola y bajando su boca a un suspiro de la de suya al responder:

—No protestaré, pero no esperes que duerma demasiado contigo a mi lado —susurró callando su respuesta con un suave y amoroso beso.

CAPÍTULO 4

24 de diciembre
Central Park Sur, Calle 59 con la Quinta Avenida.

Nyxx no estaba seguro si quería hundir la espada en los huevos de Silver o rebanarle el pescuezo a Josh, sus armas estaban posicionadas de tal manera que podría hacer cualquiera de las dos cosas, o las dos si lo jodían bastante, lo cual, teniendo en cuenta que acababa de dejar a Lluvia terminando de vestirse y él había salido con únicamente una toalla alrededor de la cintura, lo acercaba peligrosamente al término «jodidamente cabreado».

Los cazadores se habían presentado sin previo aviso interrumpiendo una agradable mañana, después de la inesperada noticia de Lluvia, la pareja había celebrado la noticia en la intimidad de su dormitorio, compartiendo después una erótica ducha de la cual había salido solo para encontrarse con aquel par de suicidas irrumpiendo en su hogar.

Si no fuese por la gratitud y el compañerismo que Nyxx tenía para con sus compañeros de armas, no habría vacilado cuando esgrimió sus armas y los amenazó con ellas.

—Vale, teníamos que haber llamado —aceptó Silver de manera práctica sin apartar la mirada de la espada que Nyxx había dirigido a sus huevos—. Quizás una avanzadilla de trompetas y timbales, o una carta adjunta a un ramo de flores comunicando la visita, pero tío, esto es serio y creo que empiezan a ponérseme azules.

Nyxx no respondió, el fulgor verde de sus ojos estaba clavado sobre Josh, quien inteligentemente se había quedado quieto cuando la punta de la afilada espada del cazador se incrustó contra su nuez, sus ojos clavados en los de Nyxx, esperando pacientemente a que el lobo decidiese permitirle moverse.

—Aunque estoy encantado con tan cálida recepción, tío —le dijo Josh con total tranquilidad—, estaría mucho más cómodo si bajases eso antes de que se me pongan las pelotas de corbata y empiece a cantar como una soprano. Hay una muy buena explicación para nuestra repentina presencia y no tiene que ver ni con tu mujer ni con ese alma nueva que estoy sintiendo en estos momentos.

Silver frunció el ceño ante las palabras de su compañero, entonces empezó a palidecer, su mirada recorriendo la estancia hasta detenerse en la puerta que comunicaba la habitación con el cuarto de baño y emitió un bajo silbido.

—Joder… no puedo creerlo —murmuró el cazador con pelo multicolor antes de volverse hacia Nyxx—, tío… lo has hecho… joder, lo has hecho…

Nyxx se limitó a mantener las armas en su lugar, sin dar respuesta a los dos hombres.

Josh chasqueó la lengua al tiempo que se echaba hacia atrás muy lentamente, clavando su mirada en la del cazador antes de soltarle:

—Bueno, sin duda es algo que a Seybin posiblemente le haga gracia —comentó en voz

baja, modulando su voz para que las palabras fueran absolutamente claras—, si es que conseguimos dar con su paradero.

Nyxx arqueó una de sus rubias cejas ante la declaración de Josh. El antiguo cazador no era aficionado a las bromas de esa clase y la preocupación que bailoteaba en sus ojos no era fingida. La pregunta abandonó sus labios al tiempo que bajaba las armas con un gesto de fastidio.

—¿Dónde está Seybin?

Silver dio un paso atrás, arreglándose la ropa.

—Tío, eso es lo que nos gustaría saber también a nosotros —aseguró con un resoplido—. Se ha esfumado.

Nyxx frunció el ceño.

—¿Cómo que se ha esfumado?

Josh se frotó distraídamente la garganta antes de echar mano al interior de su chaqueta y sacar una nota.

—Léelo tú mismo —le entregó el papel—. Eso estaba clavado en el respaldo de la silla de su despacho.

Con un giro de muñeca las armas en sus manos se desvanecieron, su mirada se clavó con una silenciosa advertencia en ambos hombres prometiendo retribución ante la no deseada visita mientras cogía el papel y contemplaba con estupor las dos líneas escritas del puño y letra del dios.

—Esto debe ser broma —graznó con incredulidad.

Silver resopló señalando el papel en manos del cazador.

—Quisiéramos creer que esto no es más que alguna absurda broma del jefe, pero hemos recorrido todo el maldito reino y no hay ni una sola pista de su paradero —aseguró con un resoplido—. Llevamos dos días tras su pista… pero el problema es que no hay ninguna y las almas últimamente parecen estar en promoción 2x1 por que se nos lanzan al cuello suplicantes para que las enviemos a la puerta —el hombre se pasó una mano a través del pelo multicolor y chasqueó la lengua—, la cual por cierto, está actuando cada día de manera más extraña.

Josh asintió en acuerdo, su mirada voló hacia la ventana de la habitación desde la cual se veía Central Park.

—Este es el último lugar en el que se me ocurre que pueda estar —continuó Josh—, la idea de Seybin de unas vacaciones es tan ajena para nosotros, como su simpatía hacia la raza humana, la cual se limita a cuando estos dejan de respirar y pasan a ser competencia del Reino de las Almas.

Silver asintió.

—Lo que lo hace un enorme y jodido problema.

Nyxx suspiró, aquello realmente no tenía ni pies ni cabeza. ¿Seybin tomándose vacaciones? Aquello era tan absurdo como verlo vestido de Santa Claus y con todo conocía lo suficientemente bien al Dios de las Almas como para saber qué posibilidades tan absurdas como las que sugerían los chicos no quedaban muy lejos de sus registros habituales.

—¿La Puerta sigue funcionando correctamente?

Si había algo de lo que preocuparse ante la inesperada desaparición del dios, era la Puerta de las Almas, Seybin era el principal responsable de que el mundo de los espíritus siguiese funcionando correctamente.

Josh resopló, acompañado del bufido de Silver que alertó a Nyxx de otro posible problema a añadir a la lista que parecía hacerse más grande con cada segundo que pasaba.

—La Puerta lleva semanas comportándose de forma extraña, se abre para las almas que se

presentan ante ella pero… hay esa canción… los lamentos —Josh negó con la cabeza, su mirada era de preocupación—. Hay algo raro, puedo sentirlo y Silver también.

Su compañero asintió.

—La Puerta ha estado llorando —respondió con una mueca—, puede parecer una estupidez, pero eso es como lo interpreto, de un tiempo a esta parte, es como si las almas que hay en su interior estuviesen penando por aquello que las guarda.

Nyxx frunció el ceño, él mismo había oído ese murmullo indefinido en el par de ocasiones que había salido de caza en las últimas semanas, al principio pensó que era algo normal, no era la primera vez que oía los ruegos y las voces de las almas pero en aquellos días había algo más y no estaba seguro de qué diablos podría tratarse.

—Seybin ha estado ante ella en un par de ocasiones, simplemente mirándola —comentó Silver—, pero no ha dicho nada al respecto… y ahora… ha decidido tomarse unas vacaciones.

El sonido de la puerta del cuarto de baño al abrirse hizo que los tres hombres se volvieran hacia la mujer aseada y sorprendida que apareció llevando su ropa de dormir en brazos.

—Eh… *wow*… no sabía que teníamos… ¿visita? —Lluvia miró a uno y otro cazador y finalmente se fijó en su marido, quien todavía llevaba una toalla alrededor de la cintura como única vestimenta—. Um… ¿Debo preguntar?

Nyxx se limitó a poner los ojos en blanco y a negar con la cabeza, en el espacio de un parpadeo se vistió a sí mismo con tejanos, camiseta y cazadora.

—Mejor no, *mikres* —respondió caminando hacia ella, inclinándose para depositar un beso en sus labios, acariciándole la mejilla y deslizando la mano por el vientre con una caricia de los dedos—. Parece que Seybin está en paradero desconocido y estos dos inútiles no pueden dar con él, han venido buscando refuerzos.

Ella asintió mirando a los dos cazadores con curiosidad, a pesar de que había coincidido alguna que otra vez con ellos, seguían poniéndola nerviosa.

—No te preocupes, lobita, ya nos vamos —le dijo Silver guiñándole un ojo—. Y felicidades, por cierto, será un alma fuerte.

Lluvia parpadeó sorprendida, abrió la boca para decir algo pero todo lo que hacía era boquear como un pez, finalmente terminó volviéndose hacia Nyxx en busca de respuesta.

—Son Cazadores de Almas, pueden sentirla —le respondió besándola en la frente una última vez antes de dar media vuelta—. Quédate con Isabel, te buscaré allí cuando descubra a dónde diablos se ha ido Seybin.

Asintiendo, se puso de puntillas para besarle en los labios.

—No te preocupes por mí —le sonrió e indicó con un gesto de la barbilla a los cazadores —, y no los despellejes antes de tiempo, solo están preocupados.

—Tenemos motivos más que suficientes para ello, lobita —aseguró Silver, quien le había puesto a Lluvia aquel apodo.

Nyxx dedicó una mirada fulminante a su compañero de armas, una sutil y mortal advertencia acerca de la forma en la que le hablaba a su mujer.

—Comeré con Isa —llamó su atención de vuelta hacia ella—, así podré darle la feliz noticia, después iré a ver a Dryah, Keily y yo estuvimos hablando sobre ir a echarle una mano para preparar la cena así que cuando termines puedes encontrarme allí.

Nyxx asintió antes de volverse hacia sus compañeros quienes ya estaban preparados para partir.

—Hasta la vista, lobita —se despidió Silver dedicándole un guiño.

Josh se volvió también hacia ella y fijó la mirada en su vientre, haciendo que se cubriera

con la mano.

—Será una pequeña guerrera —le dijo pasando su mirada de la mujer a su marido—, la que te espera…

Nyxx puso los ojos en blanco y al siguiente parpadeo, los tres habían destellado de la habitación dejando a Lluvia sola con su recién descubierto regalo.

—Una pequeña guerrera —murmuró repitiendo las palabras del cazador y sonrió.

Rockefeller Center
Midtown Manhattan

La humanidad parecía tener algún problema o complejo de inferioridad para querer hacerlo todo a lo grande, Seybin no podía encontrarle otra explicación mientras miraba el abeto de veintitrés metros ornamentado con treinta mil bombillas de colores que brillaba en el Rockefeller Center. La mañana era lo suficientemente fría como para desear estar nuevamente en la comodidad de su hogar, la nevada que había caído durante toda la noche había envuelto Manhattan en un manto blanco dándole un aspecto distinto a aquella ciudad, una por la que el dios se había interesado un par de días atrás. Estaba hastiado de la rutina y del infinito montón de papeleo que nunca dejaba su mesa y al que ahora se le podía añadir el reciente maullido que parecía emanar de la Puerta de las Almas. Se había acostumbrado a oír las voces de las almas rogando, gritando o susurrando a través de las macizas puertas de piedra, pero aquella era la primera vez que oía tal bajo lamento, como si las mismas almas estuviesen penando por alguien o algo que estaba en sintonía con ellas. Era extraño y a la vez despertaba en él una sensación que creía haber enterrado hacía demasiado tiempo, el suficiente como para tener la ilusoria idea de que jamás había existido en él. Necesitaba un respiro, unas vacaciones, Nyxx siempre estaba diciendo que se cogiera unos días libres, a ver si así dejaba de joderlos a todos… bien, el chucho se había salido finalmente con la suya.

Arrebujándose en el abrigo de cachemira en color tostado, con las manos cubiertas con caros guantes de piel en los bolsillos, observó a aquellas insulsas y obtusas criaturas que parecían disfrutar de algo tan absurdo como ponerse unas cuchillas en los zapatos y deslizarse sobre un rectángulo de hielo artificial, como si el tiempo no fuese lo suficientemente frío como para querer meterse allí dentro. No había distinción entre adultos y niños, las risas eran contagiosas, especialmente cuando alguno de ellos terminaba en el suelo, seguido de muchos más. Surfeando a través de la marea de gente que parecía haberse congregado toda en aquella zona de la ciudad, dejó las aglomeraciones para bajar hacia la Quinta Avenida, mirase hacia donde mirase solo veía luces de colores, escaparates engalanados con cintas y motivos navideños, un vistoso atuendo para una de las arterias más concurridas de la ciudad de Nueva York, en un día como aquel en el que los mortales celebraban la fiesta cristiana que conocían como Navidad. Gente que se apuraba para hacer las compras de última hora para aquella noche en la que se reunirían alrededor de la mesa para celebrar la Nochebuena, una connotación puramente cristiana que se había convertido en una tradición para la humanidad, el momento perfecto para reunirse con la familia y hacer aquellas buenas acciones que no se habían realizado en todo el año, sin duda eran unas fechas muy útiles para la hipocresía humana.

Tenía que reconocer que no solo los humanos habían adaptado aquellas celebraciones como suyas, en una calle cercana a Central Park, un grupo de inmortales, entre los que se encontraban dos de los seres más poderosos y recalcitrantes del universo estarían seguramente

disfrutando igualmente de aquellas fiestas, los dioses sabían que el Libre Albedrío había intentado hacer que se uniera a la celebración solo para encontrarse con una divertida y contundente negativa, no eran suyos los asuntos a los que deberían enfrentarse los Guardianes en los tiempos venideros, su lugar era el de espectador, hacía tiempo que había aprendido a mantenerse solo en sus asuntos, en lo que a él se refería, el resto del mundo podía irse por el desagüe.

Un hombre vestido con un traje de color rojo en el que destacaba una inmensa barriga, barba blanca y una estúpida expresión en su cara, agitaba una campana de arriba abajo mientras gritaba algo así como Jou-Jou-Jou. Su prominente tripa no parecía ser del todo consistente, siendo igual de falsa que el rizado pelo blanco bajo el gorro rojo y la estúpida barba.

—*Jou, jou, jou… Feliz Navidad*, buen hombre —lo saludó con una amplia sonrisa mientras agitaba el pequeño bote que tenía en una de sus manos acercándolo a Seybin—. ¿Desea contribuir con unas monedas para los niños del Orfanato Clyton?

El dios contempló al hombre de arriba abajo, volvió la mirada y reparó en el cartel que había tras él en el que se hablaba de una campaña de recaudación para los niños de un orfanato.

—Unas monedas no van a cambiar lo que los mortales lleváis haciendo desde tiempos inmemoriales. No es como si un par de monedas fueran a servirles de nada a unos pocos niños que terminarán muriendo de pulmonía, tuberculosis o acabarán en una esquina prostituyéndose antes de alcanzar siquiera la pubertad, porque la constructora que quiere los terrenos adyacentes a ese desvencijado local vaya a echarlos a la calle antes de dos meses. Eso si no consiguen que el corrupto y alcohólico presidente de la corporativa interesada en los terrenos, no pasa antes a mejor vida, en cuyo caso, el orfanato seguirá en el mismo estado otros dos o tres años más antes de que se queme hasta los cimientos en un incendio provocado.

La campana dejó de sonar mientras la cara del anónimo mortal palidecía y su boca empezaba a abrirse y cerrarse como la de un pez, observando anonadado como aquel elegante y oscuro desconocido exponía su alegato.

—Y esto damas y caballeros, es lo que opina la sociedad que se sienta en la mesa de un restaurante cinco tenedores, picotea un plato de comida que no sabrías bien si es decoración u otra cosa, y le pide al camarero que le remangue las mangas de la camisa, para no estropear la tela italiana y poder mostrar su Rolex —respondió una voz femenina con un marcado acento.

Seybin se volvió lentamente hacia la irónica voz femenina que habló a su espalda, encontrándose a una menuda y curiosa hembra humana, que vestida con tejanos, una chaqueta que fácilmente podía ser dos veces su talla, y un gorro de lana de colores a juego con la bufanda encasquetado en la cabeza. La mujer ni siquiera le llegaba a la altura de los hombros, lo que no la hacía precisamente baja, sus ojos almendrados de un vivo color azul lo miraban bajo unas cejas igual de negras y en ellos podía apreciarse el desafío.

Aquello no dejaba de resultarle divertido e interesante.

—¿He olvidado mencionar alguna cosa, *Señor Armani*?

La única respuesta de Seybin fue arquear una de sus finas cejas, su mirada recorriendo lentamente a la mujer frente a él, quien en vez de amedrentarse, se llevó las manos a las caderas y se acercó a él extendiendo una mano cubierta con unos guantes de lana sin dedos.

—Eso suponía —continuó ella, echándole ahora un descarado vistazo solo para chasquear la lengua a continuación—. Mírate, ese abrigo debe costar ya solamente más de mil dólares, ni mencionar el caro traje que asoma por debajo, ¿qué pueden suponer para ti diez o veinte dólares más o menos en tu abultada cartera?

Seybin se limitó a mirarla sin decir nada, la mujer no dejaba de resultarle curiosa con su

osadía.

—Incluso tú puedes ser corrompido por el espíritu navideño una vez al año —continuó ella señalando el bote del sorprendido Santa Claus—, así que deja por un segundo esa pose de *«soy un dios y tú no eres más que un simple humano llorica»* y colabora con la causa, será tu buena acción del año.

La sorpresa empezaba a dar paso al estupor, ¿esa pequeña e insignificante hembra se estaba enfrentando a él? ¿Se estaba atreviendo a darle órdenes? ¿A él? ¿A un dios? No. Rectificó, tras las acciones de aquella humana no había desafío a un dios, ni tampoco locura, era ignorancia, la bendita ignorancia que parecía envolver a la humanidad y la mantenía resguardada entre algodones de la realidad que vivía entre ellos y a la cual preferían no enfrentarse.

—Muestras mucho descaro para ser simplemente… una mujer —respondió deteniéndose en el último momento de mencionar la palabra humana.

Para su sorpresa, la mujer se limitó a mirarle de arriba abajo y cruzarse de brazos.

—Además de pijo, también eres machista —ronroneó ella—, menuda combinación. Vamos, no te dolerá, incluso te sentirás aliviado por haber contribuido a una buena causa.

El estupor congeló al dios cuando la mujer cruzó la distancia que los separaba y empezó a palparle el abrigo, deslizando las manos por el interior, acariciando sin reservas la tela de la cara chaqueta del traje que llevaba debajo, llegando a ponerse de puntillas mientras esa lengua rosada aparecía entre sus labios y sus manos buscaban en los bolsillos interiores del abrigo hasta encontrar aquello que buscaba.

—Ajá —sonrió haciendo que sus ojos azules se iluminaran mientras extraía la billetera y se la entregaba—. Ahí la tienes, extrae un par de billetes y dáselos para la ayuda de la Campaña de Navidad para el orfanato.

Seybin frunció el ceño.

—¿Por qué habría de hacer tal cosa?

Ella puso los ojos en blanco y se llevó las manos a las caderas.

—Porque vas a demostrarme que no eres un cabrón, hijo de puta y chauvinista —declaró ella con total felicidad—, y que debajo de todo ese Armani hay un buen hombre.

El grado de estupor del dios iba en aumento.

—No estás en tu sano juicio, de otro modo, ya estarías dando media vuelta y saliendo de mi presencia —aceptó el con un bufido, entonces se volvió hacia el Santa Claus que todavía los miraba asombrado y le hizo entrega de la billetera al tiempo que le decía—. A ti te veré en unos cuantos meses si no cambias de dieta, no deja de asombrarme como algo tan nimio como el colesterol puede causar tantas muertes.

Sin una palabra más, Seybin dejó atrás a la extraña pareja y continuó calle abajo. El pobre hombre bajó la mirada a su mano la cual ahora sostenía la abultada billetera para finalmente mirar a la mujer, la cual chasqueó la lengua y recuperó la cartera de sus manos y tras abrirla extrajo de la parte de atrás un par de billetes de veinte dólares.

—Para los niños del Orfanato, Santa Claus —le sonrió introduciendo los billetes por la ranura del bote de la recolecta.

Su mirada azul voló sobre la calle, localizando al extraño personaje y se apresuró a ir tras él.

CAPÍTULO 5

Piano Bar «The Jazz´s Guardian».
Madison Avenue.

—Tenía que haberle pedido que me regalase un cepillo para plumas cuando vino la semana pasada —murmuró Keily pasando la mano suavemente por las plumas inferiores de su ala izquierda—, habría sido de más utilidad que esa cosa que ni siquiera sé para lo que sirve.

Jaek alzó la mirada de los vasos que estaba lavando tras la barra y sonrió, Keily llevaba la última media hora sentaba en la silla de una de las mesas limpiando la parte inferior de la enorme ala gris paloma que había conseguido colocar sobre el regazo. Incluso habiendo aprendido a manejar ya el cambio, prefiriendo el mucho menos aparatoso y visible tatuaje de su espalda a aquellas dos enormes extremidades emplumadas, todavía sentía la necesidad de dar rienda a esa parte de su nueva naturaleza de vez en cuando, el problema era que aquellos «de vez en cuando» solían pillarla en sus brazos, haciendo que el sexo fuera algo totalmente imprevisible y más excitante de lo que ninguno de los dos esperaba.

Aquella mañana, sin embargo, Jaek la había encontrado allí sentada, limpiándose una de las alas con un paño, un fuerte olor a zumo de piña empapando sus plumas mientras rumiaba una y otra vez sobre el desafortunado episodio que había tenido con la mujer de la imprenta, cuyos pensamientos expresaban ruidosamente su opinión sobre las invitaciones para la boda.

—O quizás debería haberle pedido que me acompañase a buscar las invitaciones —continuó murmurando—, seguro habría tenido algo ingenioso que decirle a esa… esa… *argg*… debería haberle dicho cuatro cosas…

—¿No lo hiciste? —sugirió Jaek pacientemente.

Keily alzó la mirada de su ala y se volvió hacia su prometido, quien terminaba en esos momentos de colocar los vasos a escurrir.

—Si lo hubiese dicho en voz alta, quizás lo habría intentado, pero… ¿Qué iba a decirle? Oiga, escucho su pensamiento así que haga el favor de pensar en otra cosa como perritos y gatitos y no en si me queda el abrigo como un saco —respondió con un resoplido—, si no pensara tan alto… podría haberlo manejado.

Jaek sonrió.

—Si no estuvieses tan nerviosa, no habrías tenido mayores problemas —le aseguró empezando a limpiar la superficie de la barra—, faltan todavía ocho días para la boda, tienes tiempo de sobra para arreglar lo que necesites.

Resoplando, dejó el suave paño sobre la mesa y se levantó, dejando que sus alas se deslizaran tras ella.

—¿Por qué soy yo la que estoy tan nerviosa y tú el que está tan tranquilo? —murmuró haciendo un puchero—. No es justo, podrías solidarizarte conmigo y mostrar un poco de preocupación, ni siquiera consigo aprenderme correctamente ese par de frases en gaélico para la

ceremonia.

Jaek esbozó una sonrisa y negó con la cabeza.

—Todo saldrá perfectamente, *paloma* —le aseguró con dulzura—, lo único importante es que seamos nosotros mismos, que permanezcamos uno al lado del otro, no es necesario dar un espectáculo de danza ni nada por el estilo, como si ahora mismo deseas que solo seamos nosotros dos intercambiando los votos… Tú ya eres mía, Keily Adamms, hija de diosa, no necesito nada más.

Keily posó las manos sobre la lisa superficie de la barra y miró a los ojos azules del hombre que se había convertido en el guardián de su alma y corazón, el único al que amaba por encima de todo, aquel que había vencido sus propios miedos para no perderla.

—No sé cómo lo haces, pero siempre consigues que el infierno parezca el paraíso cuando estás por medio —aceptó estirando la mano para acariciarle la mejilla antes de que él se la cogiera y le besara la palma en respuesta—. Tengo suerte de que una diosa borracha te haya puesto en mi camino.

Jaek se echó a reír.

—No lo digas demasiado alto, Kei —le acarició la nariz para luego robarle un beso.

Ella puso los ojos en blanco, entonces cogió uno de los taburetes y se sentó, sus alas grises enmarcándola como a un delicado ángel.

Sin duda una imagen un tanto irónica, el ver un hermoso ángel sentada a la barra de un bar.

—¿Qué pasó con el zumo de piña? —le preguntó mirando sus alas.

Resoplando, Keily las extendió, levantando una suave brisa antes de que éstas destellaran y la piel de la espalda que quedaba desnuda por el top empezara a teñirse con el diseño de dos alas tatuadas.

—Lo mismo que pasó con la caja de cervezas y aquellas dos botellas de whisky escocés que trajimos de Culloden —respondió haciendo un mohín—. Explotaron.

Cruzando los brazos sobre el borde de la barra dejó caer el rostro sobre ellos.

—Soy peor que un líquido inflamable, debería llevar un cartel a la espalda que diga, «cuidado, exploto cosas» —farfulló con un ahogado murmullo—. ¿Cuánto tiempo se tarda en dominar un poder como ese? Si me concentro, todo va bien, puedo controlarlo e incluso dirigirlo a lo que quiero, pero en cuanto se me cruzan los cables… *¡Boom!* Adiós Keily, hola, *hija de la Diosa Emplumada.*

Jaek le revolvió el pelo.

—Todas las cosas llevan su tiempo, cariño, algunas más que otras —le aseguró con la misma tranquilidad de siempre—, has hecho grandes progresos en pocos meses, *paloma*, no te fuerces, afrontemos las cosas según se vayan presentando.

La muchacha alzó el rostro de entre sus brazos e hizo una mueca.

—Lo estoy intentando, Jaek, de verdad —aceptó enderezándose con un suspiro, alzando la mirada por encima de su prometido hacia el reloj en la pared solo para hacer una nueva mueca—. Tendré que pasarme después por el Museo, una de las chicas de prácticas tiene problemas con unos huesos de dinosaurio…

A él no se le pasó por alto el gesto de incomodidad en el rostro de su mujer.

—Echas de menos el trabajo en el *MET*, ¿*um*?

No podía engañar a aquel hombre, la conocía tan bien o mejor aún que ella misma.

—Un poco —aceptó resbalando los dedos por la superficie de la barra—. El puesto que me han dado en el Museo de Historia Natural es fantástico, de verdad, pero… no es lo mismo

mirar la reproducción de lo que pudo haber sido un *dientes de sable*, a tener entre tus manos un fragmento de una vasija que quizás haya pertenecido a algún faraón… El trabajo que desempeño es prácticamente el mismo, calificar, hacer albaranes, comprobar y recepcionar los pedidos, pero con todo… también es distinto… No sé si me estoy explicando bien.

Él sonrió, no había necesidad de palabras, Jaek había visto como le brillaban los ojos cuando estuvieron en Escocia hacía unos meses visitando castillos y antiguas ruinas, ella se había quedado enamorada de los restos del castillo de Dunadd, cuna de los antiguos reyes de Dalriada, el lugar del que procedía él, donde había nacido hacía demasiados siglos para recordarlos.

—Siempre puedes dejarlo y buscar algo que se ajuste más a tus necesidades —le recordó, como ya lo había hecho varias veces.

Sus ojos castaños se alzaron hasta encontrar los azules.

—Necesito trabajar, Jaek, necesito saber que estoy haciendo algo con mi vida —le recordó, aquello era algo que habían hablado en alguna que otra ocasión—. Me encanta estar aquí en el piano bar, contigo, pero sabes que necesito esto, es importante para mí.

Asintiendo, recordó las palabras que había intercambiado aquella mañana con Lyon.

—Esta mañana he visto a Lyon en la oficina, de hecho he tenido que atenderlo médicamente —aseguró con una irónica sonrisa—. Tal parece que los guardianes se han puesto de acuerdo para que ejerza la medicina.

—¿Y eso? ¿Lo ha contagiado Shayler? —sugirió con ironía.

—Peor… se ha cargado la cafetera de la oficina y con ella la problemática alfombra.

Keily abrió los brazos y los alzó hacia el techo con un contundente:

—¡Por fin! Ya era hora de que alguien se cargara esa cosa —aceptó la chica—. Llegué a decirle a Dryah que yo misma haría pedazos esa alfombra si volvía acercase a ella.

Jaek esbozó una irónica sonrisa.

—Ponte a la cola, amor, todos hemos hecho la misma amenaza —aseguró con diversión.

—¿Y qué le ha pasado al vikingo?

Jaek esbozó una mueca al oírle llamar así a Lyon.

—Se abrasó la mano con el café —se encogió de hombros—. No es nada grave, para la cena ya estará totalmente cicatrizado. El caso es que estuvimos hablando y me comentó que conocía a alguien que llevaba un equipo de excavación arqueológica en el Cairo.

Keily esbozó una irónica sonrisa.

—¿Piensas enviarme a Egipto, tal y como están las cosas ahora mismo allí? —se rio ella —. Me encantaría visitar las pirámides, amor, pero quizás, cuando el país no esté en guerra.

Jaek puso los ojos en blanco.

—Es posible que tenga algún equipo haciendo alguna excavación aquí, en los Estados Unidos —continuó Jaek ignorando la réplica de su compañera—, sé que no es el mismo trabajo que el museo, pero seguirían siendo cosas viejas…

—Cosas viejas —sonrió negando con la cabeza al tiempo que extendía la mano y ahuecaba la barbuda mejilla masculina—. Gracias por preocuparte por mí, Jaek, pero estoy bien… de verdad…

Jaek posó su mano sobre la de ella.

—Si surge algo, siempre puedes considerarlo —respondió mirándola con amor.

Asintiendo, Keily se elevó en la silla, inclinándose para encontrar sus labios, disfrutando de la ternura de su prometido.

—Sabes, tiene gracia —aseguró Keily lamiéndose los labios antes de buscar de nuevo sus ojos—, Dryah me dijo que las cosas iban a cambiar, que había un montón de nuevas

posibilidades esperándonos a la vuelta de la esquina…

—¿De casualidad no te dijo que eso tuviese algo que ver con la última de sus visiones?

La pareja se volvió hacia la conocida voz masculina que llegó desde la puerta de entrada del local, Lyon alzó la mano a modo de saludo.

—¿Qué visión? —preguntó Jaek.

Lyon respondió con una mueca y miró a Keily, quien parecía también sorprendida.

—Una que parece va a traernos problemas.

Seybin llevaba unos buenos veinte minutos paseando por la Quinta Avenida y durante todo ese tiempo ella había permanecido pegada a sus pasos, si bien no había vuelto a acercarse o intentado dirigirse a él, Seybin era perfectamente consciente de su presencia aunque hiciese todo lo que estaba en su mano y más para ignorarla y aquello empezaba a joder seriamente con su humor. Al final de la calle torció a la derecha, internándose en una nueva intersección, ella se apresuró a seguirlo doblando en la misma esquina solo para encontrarse con un callejón totalmente vacío.

—¿Cómo...? —murmuró dando unos pasos al interior del callejón antes de darse la vuelta y encontrárselo de frente.

—Estas son mis primeras vacaciones en… desde que se inventó el concepto de vacaciones —le dijo entrecerrando sus vivaces ojos en ella—, y tu continua presencia, la cual no he solicitado, empieza a cabrearme de veras.

Una vez más, la respuesta de la mujer lo dejó sorprendido. Sin decir una sola palabra, ella le tendió la billetera, sus labios curvándose en una bonita sonrisa.

—Esto es tuyo, Seibyn —le dijo mirando la cartera que le tendía—, no he podido resistirme a echarle un vistazo a tu identificación. Un nombre curioso, la verdad, pero pega muy bien contigo.

El dios se limitó a arquear una ceja en respuesta antes de bajar la mirada a la billetera y tomarla.

—Es antiguo.

—No lo dudo —aceptó ella extendiendo ahora su mano—. Soy Annly, por cierto, Annly Hart.

Seybin guardó la cartera en el interior de su abrigo y se quedó mirando la mano extendida de la mujer para finalmente ignorarla y dar media vuelta para marcharse.

—Si espera que le diga que es un placer haberla conocido, Señorita Hart, estaría mintiéndole, lo que siento al respecto no se acerca ni remotamente a ello.

Poniendo los ojos en blanco, Annly se limitó a seguirlo, estaba vez caminando a su lado.

—Así que, de vacaciones… —continuó ella—. ¿Durante cuánto tiempo?

El dios bajó la mirada hacia ella, sin dejar de preguntarse por qué aquella mujer no se marchaba de una buena vez.

—El que crea conveniente.

Seybin observó como ella se lamía los labios y luego se mordía suavemente el labio inferior cuando su rostro adquirió un tono pensativo antes de detenerse, posando la mano sobre la manga de su abrigo obligándolo a detenerse.

—¿Qué tienes pensado hacer durante el resto del día de hoy?

El brillo que Seybin captó durante un breve instante en la mirada femenina no presagiaba nada bueno.

—Seguir con lo que estaba haciendo antes de ser interrumpido por un hombre ataviado

con un absurdo disfraz y una mujer de dudosa salud mental que lleva los últimos veinte minutos persiguiéndome por la ciudad —respondió inclinándose ligeramente hacia ella, casi nariz con nariz—. Y pienso hacerlo en este momento.

Sin decir una palabra más, dio media vuelta y se alejó, dispuesto a seguir con su visita en el mundo humano, desafortunadamente, aquel pensamiento quedó cortado de raíz cuando el delgado brazo femenino se deslizó por debajo del suyo, haciéndolo detenerse. El dios bajó la mirada sobre el brazo que ahora envolvía el suyo sin poder creerse la osadía y descaro de aquella inestable mujer, la cual comprobó a continuación que le sonreía con total ingenuidad.

—Solo para que quede constancia de ello, no estoy loca, solo soy un poco insistente.

—Esa descripción no te llega a la punta de los zapatos.

Annly se sonrojó en respuesta, pero enseguida se sobrepuso y tiró de Seybin en dirección contraria a la que éste se había estado dirigiendo.

—Soy voluntaria en el Comedor Social Ashburn, en Varick Street —explicó a medida que lo arrastraba—, bueno, en realidad soy la asistenta social de la zona y desde hace dos años me hago cargo del comedor, pero este año las cosas se han puesto un poco cuesta arriba y nos vendría muy bien un par de manos extra.

—¿Comedor social? —repitió Seybin, quien se había quedado con la primera parte de la loca explicación de la mujer.

Ella asintió y se volvió a él con una sonrisa.

—No es contagioso, Seybin, te lo aseguro y aprenderás muchísimo sobre los seres humanos, más de lo que has aprendido en toda tu vida, seguramente —le aseguró sin darle tiempo a emitir una respuesta—. Además, podrás llevar a cabo tu buena obra del año.

Seybin no estaba seguro del motivo por el que no había calcinado todavía a la molesta muchacha, después de todo, ¿qué podía significar una humana más o menos en una ciudad llena de ellas? Buena obra del año… Comedor Social… ¿De qué diablos estaba hablando y por qué diablos no se deshacía de ella?

Dejando que ella tirase de él en dirección contraria a la que había elegido, se preparó para lo que sin duda sería un cambio radical en su más que eterna monotonía.

Lyon dejó la cerveza sobre el posavasos y miró a Jaek finalizando el relato de lo que había ocurrido unas horas atrás en la oficina, cuando Dryah había explicado por fin el verdadero motivo que había tras la reunión de aquella noche.

—Al parecer, en su última visión nos vio a todos nosotros, incluyendo al Cazador de Almas, realizando el mismo ritual. Nos acercamos a ella, le hacemos entrega de algo y por lo que he podido sacar en claro, tendría algo que ver con el destino que nos espera.

Jaek frunció el ceño, entre sorprendido y preocupado por las nuevas noticias.

—¿Y dices que le entregabas una carta?

Lyon se encogió de hombros.

—Eso es lo que ella dijo —respondió volviendo ahora la mirada hacia Keily quien había estado escuchando en silencio—. ¿No te ha comentado nada?

Ella negó con la cabeza.

—No —negó Keily, entonces vaciló—. O si lo hizo, no lo relacioné como tal.

Jaek miró a su mujer.

—¿Qué es, paloma?

—Cuando me comentó que quería hacer la cena de Navidad y reunirnos a todos, no vi

nada raro en ello, incluso la animé. Dryah había estado muy nerviosa con todo lo de Shayler y pensé que era una buena manera de distraerla, hablamos sobre ello y cuando dijo que también quería invitar a Nyxx y a su esposa, le dije que hablaría con Lluvia para ponerme de acuerdo con ella y ayudar a Dryah a organizarlo todo. No vi en ello nada extraño, hasta ahora que lo has mencionado —respondió y se volvió a Jaek—. Estaba comentando con ella algunas cosas sobre la boda, cosas de chicas, ya sabes y bueno, me dio ánimos y me dijo que no me preocupara que todo iba a salir perfectamente, pero también añadió algo más, habló sobre un periodo de cambio que se acercaba y que no debería preocuparme con ello, que mi destino, el nuestro ya había sido puesto en marcha con mi llegada.

Lyon asintió lentamente y miró a Jaek.

—La mirada de Shayler cuando Dryah relató su parte no me gustó un pelo —comentó Lyon mirando su cerveza—. Fue solo un instante, pero el Juez ha visto algo en sus palabras que yo no consigo vislumbrar y eso no me hace precisamente feliz.

Jaek lo miró pensativo, sabiendo exactamente a lo que se refería Lyon.

—¿Piensas que esa comunión de sangre que vio Dryah, es algo más que la ratificación de su vínculo?

Lyon frunció el ceño.

—No estoy versado en los rituales de la Fuente y sus esponsales, pero apostaría mi culo a que ese gesto no tiene que ver con ellos y sí con los Guardianes.

—Tendréis que preguntarle directamente al Juez —sugirió Keily—, si Shayler sabe algo sobre esto, debe decíroslo.

Lyon esbozó una irónica sonrisa.

—Sería más fácil entrar en una madriguera llena de demonios, en calzoncillos y con una mano atada en la espalda y salir sin un rasguño, que extraer cualquier información que ese cachorro no quiera compartir —aseguró Lyon tomándose el resto de su cerveza de golpe—. No, Shayler no dirá una palabra al respecto si no desea hacerlo, así que solo queda una persona más que puede saber exactamente qué significado tiene ese ritual.

—John —contestó Jaek.

Lyon asintió.

—¿Por qué?

La respuesta llegó de su prometido.

—John es el más viejo de todos nosotros, su existencia se remonta a los primeros inmortales que reclamó la Fuente Universal —explicó, ponderando cada una de las palabras—, si alguien sabe de ritos antiguos y su posible vinculación con la Fuente, es él.

—En ese caso, deberíais buscarlo y hablar con él—sugirió Keily mirando a su prometido y finalmente a Lyon—, preferiblemente antes de la cena.

Lyon palmeó la superficie de la barra del bar y abandonó su asiento.

—Para ello primero tendré que dar con él —respondió con un resoplido al tiempo que miraba el reloj en su muñeca—, y va a tener que esperar, tengo que buscar una maldita cafetera nueva y reemplazar esa jodida alfombra… ¿Alguna idea de dónde puedo encontrar ambas cosas, preciosa?

Keily lo miró de arriba abajo.

—¿Vas a ir de compras?

Lyon le devolvió la mirada.

—¿Quieres hacerlo tú?

Keily alzó las manos a modo de rendición.

—No —negó ella con diversión—, no le quitaría a un hombre como tú el placer de meterse en un centro comercial el día de la Noche de Navidad. Creo que podrás encontrar todo eso en *Bloomingdales*, en la calle cincuenta y nueve con la avenida Lexington, o en *Macy´s* si quieres algo de calidad, y también tienes el Century 21, el *Syms* y el *Daffy´s* en el que hay de todo un poco, es tipo outlet por lo que los precios son mucho más económicos.

Ambos hombres se volvieron a ella con distintos signos de sorpresa, un ligero sonrojo empezó a teñir las mejillas de Keily.

—Qué, yo no tengo cuenta bancaria con ahorros de varios siglos de antigüedad, mi economía siempre ha sido… bueno… escasa —se justificó con incomodidad.

Lyon posó la mano sobre el hombro femenino y le dio unas suaves palmaditas.

—Las mujeres, realmente dais miedo —le aseguró, entonces se volvió hacia Jaek—. Cualquier cosa, ya sabes cómo encontrarme.

Asintiendo, el guardián se despidió con un gesto de la cabeza.

—Nos vemos en la cena —le recordó, consiguiendo un gruñido masculino como respuesta.

—Hombres —murmuró entonces Keily antes de dejar su asiento, coger el vaso y la botella de su zumo y rodear la barra para dejarlos en su lugar—. Menos mal que solo tenemos que sufriros de uno en uno.

Jaek se echó a reír, afortunadamente, él no tenía ese problema con ella pues todo sufrimiento era poco con tal de tenerla a su lado.

CAPÍTULO 6

24 de diciembre
Oficinas Buffet Universal

El aroma a café lo golpeó nada más abrir la puerta principal del bufet, la última vez que había estado entre aquellas cuatro paredes, el día anterior no había olido de esa manera, devolviendo sus llaves al bolsillo se acercó al rincón desde el cual Lyon monitoreaba toda la seguridad del edificio y tecleó la clave que le permitía entrar en el sistema de vídeo para reorientar la cámara de la entrada exterior, la cual había sido alcanzada por los grafitis de los pandilleros… Curioso que ni siquiera el aura de poder que protegía el edificio pudiese hacer nada contra el vandalismo, había cosas que simplemente escapaban a su control, muchas más de las que le gustaría pensar.

Una vez orientada la cámara, dejó escapar un suspiro y echó un rápido vistazo a su alrededor, la cafetera había desaparecido así como la alfombra que había causado tantos problemas desde el momento en que había entrado por la puerta.

—Ya duraba más de la cuenta —murmuró para sí dejando atrás la zona principal para entrar en la oficina de Shayler.

Lo último que esperaba encontrarse John esa mañana era a Shayler sentado detrás del escritorio con las gafas deslizándose sobre la nariz mientras dormía con los brazos cruzados sobre el escritorio. A un lado, había un paquete de pañuelos de papel, algunos de ellos desperdigados por encima de la mesa, otros rebasando la papelera, al otro varias carpetas con los litigios que debían haber sido vistos ya la semana pasada, los cuales fueron pospuestos debido al fuerte resfriado que le sobrevino. Pero no era el único que dormitaba en la oficina, su esposa se había acurrucado en una de las butacas al otro lado de la mesa, quedando oculta tras el nuevo archivo de definitivos, arropada con la chaqueta de Shayler, el pelo rubio cayendo suelto por un lado de su hombro y una expresión tranquila en el rostro.

—Ni que no hubiese camas en este edificio —murmuró para sí alternando la mirada de uno a otro.

Chasqueando la lengua se acercó sigilosamente a su hermano, apartando las carpetas que había dejado a un lado le puso la mano en la frente, el muy idiota había estado tirado en la cama con fiebre durante buena parte de la semana, afortunadamente había remitido. Palmeándole suavemente el hombro, lo despertó, dispuesto a decirle que se fuera a la cama y se llevase a su mujer con él.

—La última vez que lo comprobé esto era una oficina, no un dormitorio —le dijo en voz baja, teniendo cuidado de no despertar a la chica.

Shayler le dedicó una mirada somnolienta y bostezó.

—He dormido aquí tantas veces, que ya no consigo ver la diferencia, Johnny —le respondió echándose contra el respaldo de la silla y estirando los brazos para desperezarse—. ¿Qué hora es?

—Casi las doce de la mañana —le respondió señalándole el otro lado del escritorio con un

gesto de la barbilla—. ¿Os habéis cansado de la cama?

Shayler esbozó una mueca y cogió los pañuelos de papel usados sobre la mesa para tirarlos a la papelera, antes de ponerse en pie.

—Casi una semana en la cama, solo —le recordó Shayler—, sí, estoy harto de ella.

John se limitó a poner los ojos en blanco y alzó las carpetas que había cogido de la mesa.

—Ya está todo listo, solo hay que enviarlo con el notario —le dijo frotándose la cabeza, mientras volvía a desperezarse.

Su hermano estaba hecho polvo, John no tenía que ir más allá para verlo, la voz de Shayler era demasiado nasal, la carraspera de la garganta lo molestaba, cuando no lo hacía toser, por no hablar de las oscuras medialunas bajo sus ojos. Su mirada fue de uno al otro, volviendo luego sobre él con obvia ironía.

—¿Y es así como piensa hacer hoy una cena?

La mirada que le dedicó Shayler al oír su pregunta despertó inmediatamente sospechas en John.

—¿Qué? —no dudó en preguntar.

Shayler negó con la cabeza, su mirada pasó sobre el escritorio hasta Dryah, la cual seguía durmiendo ajena a todo.

—Solo ocúpate de no faltar —respondió el Juez rodeando el escritorio para ir con su esposa, alzándola en brazos del sillón sin despertarla.

John iba a responder cuando la sala entera reverberó con el sonido del timbre del telefonillo.

—Encárgate tú, voy a llevarla a la cama —murmuró sosteniendo su preciosa carga en brazos—, y ya puestos, meterme yo también en ella.

Sus miradas se encontraron una vez más, conocía a aquel muchacho desde que era casi un bebé, en el mismo momento en que se había enterado de su existencia lo había buscado, quedándose a su lado cuando sus caminos por fin se cruzaron, más que nadie, él sabía cuándo Shayler ocultaba algo y ésta era una de esas veces.

—Shay, ¿qué no me estás diciendo? —preguntó de nuevo clavando sus ojos azules en los casi gemelos de su hermano. El timbre volvió a sonar otra vez, haciendo que John soltara una maldición y volviese a mirar hacia la oficina.

—Hablaremos esta noche —le prometió antes de bajar la mirada a su esposa—, ella te lo contará.

Sin darle tiempo a formular pregunta alguna, Shayler se desvaneció dejándolo solo en la oficina bajo la insistente llamada del timbre.

—¡Maldición! —masculló saliendo de la oficina directamente hacia el cuadro de cámaras, desde donde vio un repartidor de UPS a punto de volver a poner el dedo en el telefonillo—. ¿Sí? —contestó antes de que el muchacho tuviese tiempo de volver a pulsar el timbre.

—Traigo un sobre para el señor Lyonel Tremayn —respondió con una voz profunda interrumpida por lo que parecía ser el mascar de un chicle—. Es entrega urgente.

John accionó el interruptor que abría el portal.

—Sexta planta —le dijo antes de colgar y observar a través de las cámaras como el repartidor entraba y se dirigía al ascensor, desapareciendo en su interior.

Dejando el puesto de cámaras se dirigió hacia la recepción solo para detenerse a mitad de camino, doblándose sobre sí mismo con un angustiado jadeo, una de sus manos volando rápidamente a su pecho mientras apretaba los dientes ante la conocida sensación que lo impactaba cada vez que oía su voz resbalando en su alma.

—Ahora, no, pequeña —siseó entre dientes, luchando por recuperar la respiración mientras sentía como una suave brisa invisible lo envolvía trayendo consigo el aroma de una flor particular.

Sola.

John cerró los ojos, inspiró profundamente y dejó que su poder atravesara la distancia que los mantenía separados, poniendo en ello toda la calidez que sentía.

—*Shh*, estoy aquí.

Ven.

John apretó los dientes con fuerza ante el dolor que oyó en aquella voz incorpórea que se filtraba en su cabeza.

—No puedo.

Sintió como ella se deslizaba una vez más de su mente, demasiado débil para mantener la conexión que debería guiarlo a ella.

—No… ¡Espera! —se escuchó gritando en voz alta, pero no obtuvo respuesta. La había perdido una vez más—. ¡Mierda!

Una incombustible angustia rozó su pecho, atenazándole el corazón, inundando su alma de resentimiento y desesperación. ¿Quién era ella? ¿Cómo podía alcanzarla? Si tan solo pudiese llegar a ella…

—Buenos días.

La voz del repartidor llamó su atención desde la recepción obligándolo a hacer a un lado su secreto para concentrarse en el visitante.

—Buenos días —lo recibió John, encontrándose con él a medio camino.

—Como le dije, es un sobre para Lyonel Tremayn, con recibo de urgente —le explicó el repartidor mostrándole el sobre.

—El Señor Tremayn no está en estos momentos, pero yo lo cogeré por él —informó John haciéndose cargo de las identificaciones y el papeleo.

—Muy bien —aceptó el chico entregándole el sobre, al tiempo que le daba el lápiz de la PDA y le indicaba donde firmar—. Firme aquí, por favor.

John cumplimentó todos los datos, firmó y le devolvió el lápiz.

—Perfecto —aceptó el chico recuperando sus cosas antes de despedirse con una sonrisa—. Que tenga un buen día y feliz Navidad.

John lo vio marcharse.

—Sí, igualmente.

Suspirando dejó el sobre a un lado y se pasó una mano por el pelo trigueño, en su mente todavía resonaba la suave y melodiosa voz femenina que había oído por primera vez hacía unos cuantos meses, la única que lo había embarcado en una desesperada búsqueda.

—Lo siento, pequeña —susurró para sí, deseando que ella pudiese escucharle—. Seguiré buscándote, no pararé hasta encontrarte.

Lyon se estremeció al encontrarse ante el enorme cartel de fondo rojo con una estrella blanca bajo el que se leía el nombre de uno de los grandes almacenes más conocidos de Nueva York, situado en Herald Square, cerca del *Empire State*, el edificio del *Macy´s* era lo suficientemente grande como para que toda aquella cantidad de gente que se aglutinaba a su alrededor, entrando y saliendo a través de las puertas, fuera una más que firme razón para dar media vuelta y buscar otra opción.

¿De dónde venía aquella vena consumista que enviaba a toda la población americana a hacer las compras de Navidad, el día anterior?, era simplemente absurdo y con todo, él era uno de esos idiotas que tendría que aventurarse ahí dentro y buscar la maldita cafetera y la jodida alfombra, de la que hacía tiempo que tenía que haberse deshecho. Tomando una profunda bocanada de aire, se dio ánimos a sí mismo para penetrar en aquella jungla comercial, de la que, si tenía suerte saldría tan entero como había entrado.

Por fortuna, el directorio del edificio estaba en un lugar visible y no tuvo que ir mirando cada una de las once plantas, aquello era imposible que lo resistiera ningún ser, humano o inmortal lo cual hacía un misterio de proporciones gigantescas el hecho de que las mujeres disfrutaran tanto yendo de compras.

—Cafeteras… cafeteras… —murmuró mientras recorría la extensa planta con la mirada en busca de aquello que había venido a buscar.

—¿Puedo ayudarle en algo, señor?

El suave y meloso tono de voz a su espalda lo dejó congelado en el lugar, un repentino escalofrío le bajó por la columna al tiempo que captaba el aroma de un perfume que había conocido muy bien, su cuerpo respondió poniéndose rígido al instante, sus manos se apretaron en sendos puños mientras se volvía lentamente para mirar a la mujer que había salido de su vida y la de sus compañeros hacía ya casi dos años. Su larga cabellera rizada estaba recogida en un apretado moño, vestía el uniforme propio de los grandes almacenes y sus labios pintados de rojo carmín se abrían en una agradable sonrisa que se clavó como una puñalada en su estómago, unos hermosos ojos verdes brillaban coronados por oscuras pestañas detrás de unas elegantes gafas de montura al aire.

—¿Busca alguna cosa en especial? —insistió la dependienta con tono amable.

Lyon respiró profundamente antes de responder.

—Cafetera —la palabra salió casi como un graznido de su garganta—. Una cafetera. Es… un regalo.

Asintiendo sin perder la sonrisa, la mujer lo invitó a seguirla con un gesto de la mano.

—¿Tiene ya alguna idea de qué tipo de cafetera quiere? Tenemos unas en oferta…

Lyon la siguió todavía sorprendido de encontrarla allí, la última vez que había visto a Uras había sido escasas semanas después de que el Juez la hubiese desterrado y despojado de sus derechos como Guardián Universal, aquella mujer había traicionado a sus hermanos de armas de la peor de las maneras y con todo, la piedad y la empatía que vivía dentro del Juez Universal no había permitido que su alma se perdiese para siempre, Shayler casi había perdido a su esposa por culpa de ella y con todo, le había dado una nueva oportunidad devolviéndola al mundo de los mortales como una humana más, sin recuerdos de quien había sido, sin visiones, una nueva identidad, una nueva vida en la que esperaba encontrase aquello que no había encontrado entre los suyos.

—…o quizás prefiera algo más convencional, con filtro —apenas logró captar la última parte de lo que estaba diciendo la mujer, quien manejaba una de las cafeteras expuestas mostrándole el funcionamiento.

—Buscaba… una de estas cafeteras nuevas… con mono dosis en las que puedes hacer desde un capuchino a un chocolate —murmuró sobreponiéndose a la sorpresa inicial.

Ella asintió comprensiva y se las mostró unos metros más adelante, en un pasillo contiguo.

—Son una maravilla, yo misma tengo una en casa y le aseguro que son muy sencillas de utilizar, muy limpias y no se corre el riesgo de sufrir quemaduras o accidentes con el agua —respondió indicándole varios modelos—. Y sobre todo, ocupan poco espacio.

Él asintió secamente, mirando las cafeteras y eligiendo una al azar.

—Me llevaré ésta —respondió señalando una de color rojo metalizado.

—Muy bien —aceptó con una sonrisa, cogiendo una de las cajas y entregándosela—. ¿Necesita alguna cosa más?

Lyon contempló la cafetera y luego a la mujer.

—La sección de alfombras —respondió rápidamente—, necesito una alfombra para el salón de una oficina… de lana pura, nada de fibras vegetales… mi… hermana le tiene alergia.

Uras asintió como si comprendiera y le indicó la planta a la que tenía que dirigirse mientras lo acompañaba a la caja para pagar su compra, aquel no había sido si no un fortuito encuentro que quedó grabado en la mente de Lyon, en cierto modo, se alegraba de haberla visto y encontrarla bien, a excepción del propio Shayler, él había sido uno de los guardianes más cercano a ella, se habían llevado como el perro y el gato, lanzándose pullas a menudo, pero también se habían reído juntos, en cierto modo se habían entendido. A pesar de la huella que su traición había dejado en el círculo de los guardianes, Lyon no podía culparla completamente, Uras había cometido errores a lo largo de su vida inmortal, algunos de ellos necesarios aunque el Juez no lo viese de esa manera, el peso de estos y el desprecio en los ojos del único hombre que había amado había sido suficiente para llevarla a obrar de la manera que obró.

—Aquí tiene, espero que les guste el regalo —sonrió entregándole la bolsa—. Que tenga un buen día, y feliz Navidad.

—Feliz Navidad —respondió correspondiendo a su sonrisa.

Con una ligera inclinación de cabeza, dejó a la mujer que una vez había sido su compañera de armas y para su sorpresa, se encontró sonriendo mientras bajaba a la planta que le había indicado.

Aquel fortuito encuentro, había sido un agradable regalo de Navidad.

Lyon abandonó el centro comercial después de haber comprado una nueva alfombra y haber pagado un extra para que la enviasen aquella misma mañana a la oficina con una nota incluida para Dryah, había sido algo extraño y fortuito encontrarse con aquel diseño, al menos en esta ocasión, la muchacha no tendría que preocuparse de reacciones alérgicas. El semáforo estaba en rojo cuando llegó al paso de peatones con intención de cruzar al otro lado, un vistazo al reloj lo hizo sorprenderse al darse cuenta de que había pasado más de una maldita hora metido en aquella ratonera, la mañana empezaba a dar paso ya al mediodía y su estómago le recordó oportunamente que no había llegado ni a desayunar gracias al desastroso episodio del café. Resoplando, echó un vistazo alrededor, un italiano parecía una buena elección en aquel momento, mucho mejor que el Mexicano que había al otro lado de la calle, decidido el lugar en el que hacer la próxima parada empezó a cruzar el paso de peatones cuando éste cambió a verde solo para encontrarse con la melodía de *Danza Kururo* sonando en el bolsillo trasero de su pantalón anunciando una llamada entrante de la oficina.

—Fantástico —masculló, maniobrando con la bolsa, cuidando de no rozar demasiado la venda de su mano lastimada mientras extraía el teléfono del bolsillo y lo activaba—. Sí, iré a la maldita cena, aunque tenga que arrastrarme para llegar, lo haré...

El bufido y la seca contestación del otro lado lo hizo sonreír.

—No te sulfures, John, pensé que eras Shay o peor, su mujer —respondió al auricular—, sí, ya lo sé… ¿Durmiendo en el despacho? ¿Qué pasa, no hay camas suficientes?... Trabajando… joder, pero si ayer aún estaba con un pie en la tumba, dile a Dryah que lo ate de pies y manos…

Lyon puso los ojos en blanco al oír la respuesta del otro lado de la línea.

—A mí me lo vas a decir —respondió chasqueando la lengua—. ¿Qué ha pasado?

La respuesta que oyó a través del teléfono hizo que se le fuese toda expresión de simpatía del rostro.

—¿Una carta? —repitió ahora con voz firme, sin inflexiones—. ¿Quién la remite? Joder, pues ábrelo y dímelo… No, no le conozco… el único abogado que lleva mis asuntos estará ahora, con suerte, durmiendo —Lyon frunció el ceño ante el tono de la contestación y bufó—. No me jodas, John. ¿Shayler no te dijo nada sobre la fabulosa cena de esta noche y el motivo por el cual Dryah quiere hacerla? —la respuesta del hermano del juez lo hizo resoplar—. Que oculta algo, es una forma de decirlo. No, tengo una idea mejor, estoy a punto de entrar en *Ill Palazzo*, el restaurante italiano al otro lado del Macy´s, así que arrastra tu culo hasta aquí y ya de paso, tráeme ese sobre… te pondré al tanto de las novedades cuando llegues.

Lyon colgó el teléfono y alzó la mirada hacia el restaurante, tal parecía que el día de hoy no iba a dejar de sorprenderlo ni un solo minuto.

CAPÍTULO 7

24 de diciembre
Comedor Social, Lower East Side, NY

Si había algo por lo que no se caracterizaba Seybin, era por su labor social. El hombre era más de volar algo primero y ordenar después a sus cazadores que recogieran los restos, así que verlo paseándose, o mejor dicho, siendo literalmente arrastrado durante varias manzanas a una sala llena de indigentes, entre otras cosas, no era precisamente su manera de pasar el agradable día o de cualquier otra cosa en el mundo humano.

—Sin duda tu cerebro debe estar visiblemente dañado si esperas que me quede aquí, en medio de este ejército de desechos humanos y juegue al buen dios —respondió con contemplando todo a su alrededor con absoluto desaliento—. El patio de juegos de los Cazadores parece un palacete al lado de esto y ni por todo el poder divino del universo me aventuro allí… Todo tiene un límite, y el mío hace mucho tiempo que ha sido rebasado.

La mirada que le dedicó la pequeña humana decía claramente que no estaba muy segura quién de los dos era el más chalado.

—Son personas sin hogar, Seybin, eso no es contagioso —le aseguró ella—, están aquí porque es el único sitio donde pueden conseguir algo que llevarse a la boca, además de calentarse un poco, ya has visto el frío que hace ahí fuera.

—¿Y eso debería importarme a mí por…? —la miró como si la mujer fuera estúpida.

Annly resopló, se echó atrás y anclando las manos en las caderas le respondió.

—¿Eres siempre así de capullo, o es que te han metido un palo por el culo y todavía no lo has superado?

El dios arqueó una ceja visiblemente sorprendido ante la irrespetuosa respuesta ofrecida por aquella humana.

—La última vez que alguien se dirigió en ese tono a mi persona, no tuvo tiempo de terminar la frase —le aseguró con absoluta suficiencia—. Y tú, pequeña humana, vas camino de convertirte en un charco de anónimas cenizas a mis pies.

Annly se limitó a sonreírle en respuesta antes de agarrarlo por la manga del abrigo y tirar de él a través de aquella sala atestada de gente en distintos estados de necesidad. La mayoría vestía con harapos o ropa tan vieja que ya no se le notaba el color, las bufandas y guantes, aquellos que los tenían, eran simplemente pedazos de hilo o lana con tantos agujeros como para hacer una red de pesca, Seybin había visto aquellas mismas almas una vez que sus vidas terminaban y pasaban al otro lado, apagadas, arrastrando las cadenas de una vida llena de miseria incluso después de la muerte.

—¿A dónde me llevas? —preguntó evitando las miradas de los hombres, mujeres y varios niños con los que se cruzaban en el camino.

—Voy a presentarte a una mujer que tiene la lengua más afilada que tú y deplorables modales con los que estoy segura te sentirás como en casa, juro que es igual de arisca que tú…

aunque más vieja.

Seybin bufó.

—Oh, eso lo dudo.

Annly le echó un vistazo.

—¿El qué? ¿Qué sea más arisca o vieja?

Los ojos claros del dios se posaron sobre ella, empezaba a tener unas irrefrenables e incontenibles ganas de hacer honor a su palabra y convertirla en un charco de cenizas a sus pies, un lugar perfecto para esa maldita humana.

—Vamos, vamos, quita esa mirada de asesino psicópata de la cara, estamos en Navidad, ya has comenzado con una buena acción haciendo un donativo, ahora podrás echarme una mano aquí y compensar la falta de solidaridad que llevas escrita en el abrigo —lo animó palmeándole el brazo, entonces bajó la mirada a la tela y suspiró—, aunque quizás sea mejor que te busquemos algo más… normal… si tengo que pagar la tintorería de esa cosa, me arruinaré, aunque no sé si habrá algo de tu talla, eres enorme, un monumento… en toda su gloria.

Seybin imitó su gesto al poner los ojos en blanco y responder con ironía.

—Eso es algo que no puedo discutir.

Annly miró al hombre que había arrastrado a través de la calle hasta el local social en el que durante todo el día se iba a dar cobijo, alimento y mantas a una cantidad de gente que carecían de techo y en ocasiones de familia, estaba segura que él no había tenido ninguna carencia en toda su vida. En circunstancias normales no habría cometido semejante estupidez, en realidad era un milagro que el señor Armani no se hubiese planteado llamar a la policía y hubiese terminado nuevamente entre rejas, sin duda su padre se alegraría de que no fuese así, si el sargento de policía de Nueva York tenía que volver a sacar a su hija de entre rejas por una de sus labores sociales, la dejaría encerrada hasta el día del juicio final. Pero había algo en él, un aura de oscuro y letal poder y una inmensa soledad que vestía como su caro traje y que era tan parte de su piel que parecía nacer de su interior, ella lo había sentido en el mismo momento en que lo había visto contemplando el gran árbol de Navidad en el *Rochefeller Center,* el instinto la había guiado como tantas otras veces, empujándola a hacer algo, nadie debería sentirse así de solo y mucho menos en Navidad.

Se mostraba frío, distante y completamente irónico, sus amenazas sonaban sinceras pero en lo que a ella se refería, caían en saco roto, algo que parecía estar volviéndolo loco. Se preguntaba si debajo de aquel crudo escudo de letal poder que mantenía a todo el mundo fuera, habría un hombre de carne y hueso.

Con el pelo negro despeinado, profundos y enigmáticos ojos cuyo color era incapaz de descifrar, pues parecían ir desde el verde más claro, al dorado más oscuro, pasando por distintas gamas de azul, quizás provocado por la utilización de lentillas de algún tipo que creaban esa sensación de variación en el color, el hombre de tez morena y rasgos cincelados poseía el cuerpo y el porte de un dios el cual unido a su insociabilidad lo hacía parecer incluso más altivo e inalcanzable.

Y pese a todo, había permitido no solo que ella lo arrastrase hasta aquí, sino que le había entregado su monedero, con una importante cantidad de billetes en su interior. Por supuesto, no había dejado de protestar durante todo el camino, sus modales eran igual de altivos que su porte pero a pesar de sus amenazas, seguía allí.

Parpadeando rápidamente para salir de la ensoñación en la que había caído, Annly se lamió los labios y recorrió la sala con la mirada hasta encontrar la puerta del almacén.

—Si no mucho, al menos podremos hacer que tu abrigo y la chaqueta del traje

permanezcan intactas —le aseguró cogiéndolo de nuevo por el brazo para empezar a tirar de él hacia la puerta situada al otro lado de la sala.

—Mi abrigo está perfectamente bien donde está, maldita humana —siseó entre dientes, intentando soltarse de su firme agarre, algo realmente complicado dada la velocidad con la que lo arrastraba a través de la masa de gente—. Estás empezando a hacer que pierda realmente la paciencia, mujer y no es algo que estés interesada en ver, te lo aseguro.

Sonriendo para sí, Annly sacudió la cabeza en un gesto negativo, sorteó a unas cuantas personas hasta llegar finalmente a su destino. El interruptor de la luz se accionó bajo su mano, encendiendo la única bombilla en la reducida habitación, rápidamente se puso a buscar entre los estantes hasta dar con una caja de cartón de la que extrajo varias camisetas en varios tamaños.

—Parece que es tu día de suerte, señor Armani, podremos salvar también la camisa —le aseguró volviéndose con las prendas en las manos al tiempo que lo señalaba con un gesto de la barbilla—. ¿Necesitas ayuda?

Seybin miró la camiseta roja con el rostro de un sonriente *Santa Claus* impreso en ella y bufó, ¿aquella mujer había perdido el juicio por completo?

—No voy a ponerme eso —se negó en redondo—. El fin del mundo todavía no está aquí como para que los dioses empecemos a perder la cabeza.

Suspirando, Annly alzó las manos a modo de rendición, entonces le mostró las camisetas y donde las dejaba.

—Todos las llevamos, al igual que los gorros de Santa Claus —le aseguró cogiendo dicho gorro del montón que había en un estante, sacándose el suyo y encasquetándoselo sobre su pelo negro—. Si te veo salir de nuevo con ese aspecto de mafioso estirado, señor Armani, te desnudaré yo misma —le aseguró acercándose lo suficiente para mirarle a los ojos—, y entonces, tus preocupaciones no se limitarán a una simple camiseta, ¿ha quedado claro, Santa Claus?

Seybin se quedó sin palabras, por una vez en su larguísima existencia se quedó sin palabras. Su mirada aturdida iba del gorro rojo que se había puesto ella en la cabeza a la camiseta con el rosto de Santa Claus.

—Me niego a ponerme algo como eso —señaló el gorro con una expresión de absoluta consternación en el rostro—. Jamás.

Annly palmeó suavemente el brazo de Seybin y se acercó a él, mirándole a la cara, su voz suave y dulce cuando le espetó.

—Vamos, vamos, no dolerá, lo prometo —le sonrió con expresión beatífica—. Pero no prometo lo mismo si tengo que volver aquí y vestirte yo misma, porque entonces no llevarás el gorro, llevarás el traje entero.

Ante la anonadada mirada, la muchacha sonrió satisfecha.

—Date prisa, vendré a buscarte en cinco minutos y te enseñaré qué es lo que tienes que hacer —le dijo despidiéndose con los dedos de la mano antes de cerrar la puerta dejándolo solo en aquel pequeño cuartucho.

Seybin gruñó, sus vacaciones empezaban a apestar seriamente.

John deslizó sus ojos azules por la superficie del restaurante, desentendiéndose de la solícita camarera al ver a Lyon cómodamente instalado en uno de los reservados al final de la sala. La inesperada noticia de la supuesta visión de Dryah, el cual parecía ser el motivo de la cena de aquella noche no dejaba de darle vueltas en la cabeza, en un primer momento había estado incluso dispuesto a ir a hablar con ella, pero entonces recordó el visible cansancio que

tenía la mujer durmiendo en la silla del despacho y lo había pospuesto. Nunca le habían gustado demasiado las visiones de los oráculos, pero esta mujer resultaba doblemente peligrosa, pues el libre albedrío corría libremente por sus venas, permitiéndole una libertad de elección que le ponía los pelos de punta.

Sin duda aquello era un arma de doble filo, permitiéndole cambiar el destino con una sola palabra, con un único gesto, una espada de doble filo que si no se empleaba correctamente, podía destrozar la más sencilla de las vidas. Hasta el momento, la muchacha se había limitado a ejercer de espectadora, manteniéndose siempre en el equilibrio de la balanza, sin inclinarse hacia ningún lado pero John intuía que la reunión de aquella noche podía cambiarlo todo.

Atravesando la distancia hasta la mesa de su compañero de armas, ocupó el asiento vacío frente a él.

—Lo de la puntualidad no es algo de familia, ¿verdad? —le soltó Lyon con una sonrisa irónica—. Un poco más y me habría muerto de inanición.

—No te dije que me esperaras —le respondió John acomodándose contra el respaldo, sacando el sobre del interior de la chaqueta para finalmente dejarlo sobre la mesa y deslizarlo hacia Lyon—. Con carácter urgente. Imagino que será alguna citación, o alguna documentación que hayas estado esperando.

El sobre era de común color marrón, con una pequeña etiqueta mecanografiada en el que se leía el nombre y los apellidos de Lyon así como la dirección del *Complejo Universal* lo cual no daban demasiadas pistas sobre el posible contenido. Dejándolo a un lado de la mesa se volvió hacia la amable camarera que lo había atendido previamente la cual traía su pedido de lasaña, para finalmente volverse hacia John y entregarle la carta del menú, que rechazó señalando el plato de Lyon.

—Tomaré lo mismo y una cerveza fría.

Asintiendo la camarera anotó el pedido, dio media vuelta y se marchó para seguir con su trabajo. Lyon la siguió con la mirada durante un momento, entonces se volvió hacia el hombre que se había sentado frente a él y encontró su mirada azul clavada en él.

—Intuyo por tu mirada que Shayler no te ha contado nada, ¿*huh*?

Arqueando una dorada ceja, John se limitó a encogerse despreocupadamente de hombros.

—No ha estado precisamente muy hablador esta mañana —aseguró John—, se ha limitado a recordarme que no falte a la cena.

Lyon asintió lentamente.

—¿Tengo que suponer que esta oportuna cena de Navidad es por algo más que la repentina obsesión femenina de mi cuñada por reunir a todo el mundo en un mismo lugar? Apuntaría a una de sus visiones quizás, ¿me equivoco?

Lyon arqueó una ceja en respuesta al malhumorado tono del guardián.

—¿Te han echado de la cama cuando todavía estaba caliente o qué? —le preguntó observando a su amigo—. Estamos un poquito irascibles, ¿no?

John se limitó a sostenerle la mirada mientras respondía.

—Empiezo a encontrar realmente fastidiosas las oportunas visiones de la Oráculo —respondió sin más—, ¿tenemos otro Armagedón entre manos o solo se trata de otra absurda visión culinaria con la nata?

Lyon esbozó una sonrisa ante la respuesta de su compañero, era obvio que el asunto de la visión con la nata y las nueces les había causado bastante gracia a todos.

—No sé exactamente que habrá visto en lo que a ti se refiere, pero puedo ponerte en antecedentes sobre lo que ha visto en general —respondió bajando la mirada hacia el sobre que

su compañero había dejado en la mesa, una curiosa coincidencia, si se diese la casualidad que él creyese en ellas—, lo que causó un cambio momentáneo en la expresión del juez y que me lleva a sospechar que tu comentario sobre el Armagedón puede estar bastante acertado.

John frunció el ceño, esperando a que Lyon se decidiera a explicárselo todo.

—¿Qué es esta vez?

Lyon se rascó bajo el mentón antes de responder.

—Nuestra joven Oráculo parece haber tenido la madre de todas las visiones, a juzgar por el temor que oí en su voz mientras relataba lo ocurrido y la fugaz expresión en el rostro del Juez.

Lentamente, Lyon le fue explicando de forma concisa lo que la muchacha había explicado, añadiendo sus propias opiniones y explicándole tal y como lo había hecho Dryah la manera en que había sucedido todo.

—En lo que a mí se refiere, lo que le entregué fue un sobre, uno muy parecido a este, por lo que puedo suponer debido a su descripción —continuó Lyon acariciando con los dedos la superficie del papel—, y le dije algo así como que sería el detonante de algún cambio en mi destino.

John escuchó en silencio, ponderando lo que Lyon había narrado, intentando entender qué era exactamente aquello y en qué manera influiría en los guardianes.

—Shayler parecía no saber nada al respecto, pero sé que él vio o entendió algo que a mí se me está escapando, su rostro cambió cuando Dryah le comunicó frase por frase cual había sido el ritual que habían llevado a cabo en su visión.

La mirada de un intenso azul en el rostro del hombre se hizo más brillante ante las palabras de Lyon.

—¿Qué ritual?

Lyon miró el plato de comida frente a él, todavía humeando.

—¿Qué significado tiene para ti la *«comunión de sangre»*?

La pregunta pilló desprevenido a John, hacía demasiado tiempo que no escuchaba ese término, en realidad, aquello pertenecía a otra época, a un tiempo en el que las alianzas se hacían en los campos de batalla.

—¿Eso es lo que ella ha visto de Shayler?

Lyon chasqueó la lengua.

—No exactamente, ya que fue algo consensuado —respondió haciendo una mueca—. Según palabras de la propia Dryah, Shayler se cortó la palma de la mano con la *Kalhija* y ella respondió de la misma manera, uniendo después su sangre —relató volviéndose hacia John—, en mis tiempos, aquello se conocía como *Comunión de Sangre*, una alianza de guerra que permitía fortalecer los vínculos antes de enfrentarse a un enemigo común, aunque también se llevaba a cabo en los esponsales, un significativo «para siempre» entre consortes, lo cual podría tener sentido en la visión de Dryah, ya que esos dos parecen estar pegados con pegamento extrafuerte.

La intervención de la camarera trayendo el plato de John evitó que Lyon viese por un fugaz momento la palidez que cubría las facciones masculinas, como sus ojos brillaban de forma inhumana antes de opacarse, la negación reflejándose en su rostro, fuerte, rabiosa, negándose a creer el pensamiento que estaba cruzando por su mente.

—Buen provecho —deseó la camarera, rompiendo la concentración de John, quien se apresuró a calmarse y le dedicó una agradable sonrisa a la mujer en respuesta.

—Gracias —respondió, su voz algo más inestable de lo que le hubiese gustado.

—Shayler pareció un tanto sorprendido, podría jurar incluso que no dijo toda la verdad cuando le confirmó a su mujer que aquello tenía toda la pinta de ser simplemente una forma de

renovar sus votos —continuó Lyon, sin ser consciente del remolino de emociones que se estaban desatando en el interior del más antiguo de los guardianes—. ¿Qué opinas?

John se limitó a bajar la mirada a su plato, cogiendo la servilleta y colocándosela en el regazo antes de tomar los cubiertos y probar la comida, haciendo tiempo para serenarse y dar con una respuesta.

—Ciertamente, no los veo uniéndose para comandar un ejército, entre otras cosas porque eso ya no se lleva y Dryah es casi pacifista —respondió antes de tomar un pequeño bocado, permitiéndose saborear la comida—, en cualquier otro contexto, eso sería un pacto de sangre, algo que imagino que incluso tú conoces…

Lyon se limitó a arquear una ceja en respuesta.

—¿Debo recordarte que el más primitivo de los dos eres tú? —se burló con cierta ironía, entonces negó con la cabeza y fue directo al grano—. Quiero a ese muchacho como si fuera mi propio hijo y sé que tú también, más allá del lazo de sangre que os une, algo que todavía sigue siendo un misterio para mí, pero no he nacido ayer, John, mi pueblo no era precisamente conocido por ser hermanitas de la caridad, si de algo sabemos los vikingos es de sangre y ofrendas paganas y el ritual que Dryah describió, no es un simple vínculo de esponsales, hay algo mucho más profundo, todavía no consigo ver la definición exacta, pero sea cual sea, solo espero que no nos lleve a jodernos entre nosotros, viejo.

John continuó guardando silencio, su mente girando rápidamente ante el simbolismo presente en el relato de Lyon, sabiendo que Dryah posiblemente no había dicho todo lo que sabría al respecto, habría visto o sentido en su visión lo que lo hacía doblemente peligroso. No, Lyon estaba más cercano a la verdad de lo que pensaba, aquel no era un simple ritual de fidelidad entre esposos, ni siquiera entre compañeros, era una declaración de guerra y una separación definitiva, la confirmación y ratificación del poder de la Justicia Universal, al cual se le otorgaba el Libre Albedrío para actuar.

Un escalofrío resbaló por su columna, su alma estremeciéndose ante el silencioso ruego que una vez más volvió a oír en los confines de su mente, la misma susurrante y solitaria voz que languidecía poco a poco y que cada instante que pasaba lo arrastraba un poco más hacia la perdición.

«Ven».

John apretó los ojos con fuerza ante la tenue llamada, todo su cuerpo vibraba en respuesta.

«Soledad».

Las palabras se clavaban con garras afiladas en su alma, haciéndolo gritar interiormente.

«Aguanta un poco más, pequeña».

Susurró interiormente, enviando aquella súplica a los confines del universo, esperando que ella lo oyese.

La voz de Lyon lo sacó de aquel lapso, haciendo desvanecerse hasta la última de las briznas de su presencia, dejándolo vacío, rabioso y deseoso de poder encontrarla, sacarla de aquel lugar en el que se moría poco a poco.

—Esta noche promete ser, si no otra cosa, malditamente interesante.

John revolvió su plato de comida, utilizándolo como excusa para sobreponerse.

—¿Ha dicho lo que ha visto con relación a los demás guardianes? —preguntó con voz firme, más baja de lo normal.

Lyon emitió un bajo chasquido con la lengua antes de acomodarse contra el respaldo, estirando los brazos a lo largo del asiento.

—Eso, amigo mío, os lo reserva como postre para esta noche —murmuró suspirando

profundamente—. Me temo que si deseas saber más, tendrás que hablar con ella, es la única que podrá sacarte de dudas.

Lyon bajó la mirada al sobre marrón frente a él y dejando escapar un incómodo resoplido, lo cogió y lo rasgó para enfrentarse de una vez y por todas al contenido de este.

—Y salir de dudas es algo que pienso hacer ahora mismo —murmuró sacando unos cuantos papeles del sobre—, si hay algo que odio más que las visiones de Dryah, es lo que estas puedan tardar en golpearnos en el culo.

Sus ojos leyeron por encima los documentos firmados y sellados ante notario, su semblante recogía el shock, la incredulidad y la sorpresa de la que iba siendo presa. John, quien alzó la cabeza para ver cuál era el misterio alrededor de la carta se sorprendió ante la repentina palidez en el rostro del guerrero.

—¿Problemas?

Los ojos verdes de Lyon se alzaron lentamente, en ellos se leía todavía la confusión que se reflejaba en su rostro.

—¿Ly? ¿Va todo bien?

Lyon empezó a negar lentamente con la cabeza.

—No, me… me informan del fallecimiento de un viejo amigo —murmuró dejándose caer nuevamente contra el respaldo, visiblemente afectado—. Alguien… en quién no había vuelto a pensar hasta esta misma mañana, él… en unos días se cumplirá un año de su fallecimiento.

John contempló a su amigo, parecía realmente afectado algo que no dejaba de ser extraño especialmente en Lyon. El vikingo no era un hombre que exteriorizara a menudo sus sentimientos, tendía a escudarse tras una máscara de camaradería y despreocupación que lo hacía uno de los miembros más accesibles de los *Guardianes.*

—Lo siento.

Lyon asintió y miró de nuevo el papel frente a él.

—La carta es de su abogado, me pide que me persone en su oficina de —Lyon buscó el lugar que le indicaba la carta—, Londres.

John arqueó una ceja ante la novedad de los acontecimientos.

—Quizás el hombre te haya legado algo —le sugirió mirando a su compañero—, aunque con tu suerte, no me extrañaría verte regresar con una mula… una extraña compañera de juegos para Horus, sin duda.

Dejando escapar un bufido, Lyon volvió a meter los papeles en el sobre y lo dejó sobre la mesa, a un lado para volver a su comida.

—Bueno, ya lo veremos, ¿no? —respondió con un ligero encogimiento de hombros.

—Supongo que sí —aceptó John y por primera vez desde que llegó reparó en la mano vendada de su compañero, lo cual demostraba lo distraído que había estado—. ¿Y eso?

Lyon siguió su mirada y alzó la mano vendada con una mueca.

—Me cargué la cafetera y ya en el proceso la maldita alfombra del salón —aseguró casi con satisfacción—, ya me he encargado de reponer ambas. La nueva alfombra la entregarán en la oficina, la cafetera la tengo aquí, es la excusa perfecta para retrasarme y no aparecer por allí hasta la hora de la cena.

—¿Todo un día para comprar una cafetera? —se burló John.

Lyon sonrió de forma ladina.

—Somos hombres, ¿recuerdas? Según las mujeres, somos incapaces de hacer algo tan sencillo como ir de compras —le recordó con absoluta satisfacción—. Ni siquiera se molestarán en preguntar por miedo a oír la respuesta.

Sacudiendo la cabeza, John prefirió no hacer comentario ninguno al respecto dejando a Lyon con sus planes y sus pensamientos, los cuales estaban centrados en el hombre que varios años atrás lo había salvado de la muerte.

Annly no estaba segura de qué le sorprendía más, si el hecho de que aquel hombre hubiese ignorado una vez más su petición desafiándola abiertamente, o que a pesar de haber ignorado sus instrucciones hubiese hecho lo que le había pedido, deshaciéndose del abrigo y el caro traje solo para acabar vestido de una manera que jamás pensó que podría quedar bien en un hombre.

—¿Qué… cómo… dónde has? —Era incapaz de encontrar la frase exacta que pudiera plasmar su pregunta—. ¿Qué es eso?

Seybin arqueó una de sus oscuras cejas, mirándola como si no fuese más que un molesto e insistente mosquito que era incapaz de quitarse del oído.

—Tenías problemas con mi traje, querías que me pusiera esas cosas, pero eso es algo que ni de lejos se acerca a la calidad necesaria y mucho menos al impecable estilo que exijo para cualquier cosa —le soltó con absoluta diplomacia—, pero he decidido ser benévolo y pasar por alto tu obvia ignorancia en lo que se refiere al tratamiento de alguien superior a ti y he cambiado mi impecable apariencia a algo más consonante con estas… fechas. Deberías estar agradecida de que haya decidido concederte una vez más tus deseos.

La mujer parpadeó un par de veces, no estaba segura si se debía a su estupor por las palabras masculinas o al impecable aspecto navideño que había conseguido, todavía no sabía cómo, aquel lunático que había arrastrado desde las calles.

Vestido con un impecable traje de corte italiano, en un vibrante tono rojo sangre con las solapas, los puños y el borde bajo de la chaqueta adornado con una suave y jaspeada piel blanca, realzaba la apostura del hombre de una manera que no había creído posible. La chaqueta estaba abierta dejando a la vista la camisa de seda en color negro, así como el cinturón cuya hebilla emulaba a la perfección el del traje de Santa Claus. Los pantalones de pinzas en el mismo color terminaban en una vuelta de piel blanca, realzando los caros y lustrosos zapatos italianos en color negro.

La imagen no podía resultar más absurda y sexy, el pelo negro despeinado, unas agudas facciones masculinas en las que primaba una absoluta seguridad masculina y un oscuro y letal poder que iba más allá de cualquier explicación… Su apariencia debería haber resultado absolutamente ridícula, pero Annly no podía sino mojarse los labios para evitar babear allí mismo.

Una curiosa y satisfecha sonrisa curvó entonces los labios masculinos al tiempo que las palabras abandonaban su boca rompiendo el hechizo.

—Veo que mi atuendo está a la altura de tus expectativas —respondió con satisfacción—. Bien. Deberías estarme agradecida por ello.

Annly alzó la mirada hacia los ojos masculinos, los cuales parecían estar esperando precisamente aquello, que ella le agradeciese la deferencia que su majestad había tenido con ella.

—Me lo estás poniendo muy difícil —le respondió ella, quien se llevó el pulgar a los labios para morderse la uña—, empiezo a dudar entre *Santo Armani*, o *El Grinch Rojo*…

Seybin se limitó a dedicarle una de sus miradas *«yo soy el amo y tú un mosquito»* antes de obviar su pregunta y permitirse un momento para contemplar la sala, la cual juraría estaba ahora incluso más llena de gente que antes.

—Llámame simplemente, *mi señor* —le respondió como si aquello fuera lo más común,

sus ojos examinando todo a su alrededor. La sala parecía haberse llenado con más gente, algunos de ellos se habían reunido alrededor de las dos estufas que había divididas por la sala, otras se limitaban a cobijarse con las mantas que una muchacha entregaba en la entrada. Seybin entrecerró los ojos sobre aquella, no debía de tener más que un puñado de años humanos, la cifra exacta apareció entonces en su mente, al igual que su nombre y la sensación que tenía siempre que había un alma moribunda cerca.

—Llévame a ella.

La repentina orden sacó a Annly de su estupor, en su mente todavía rondaba la respuesta que él le había dado, su mirada voló a través de la sala hasta dar con lo que había llamado la atención de Seybin.

—¿Cali?

Seybin ya estaba dejando a la mujer atrás, cruzando la sala hacia aquella muchacha, su alma moribunda lo llamaba igual que un faro.

—Espera, para el carro —lo detuvo Annly cortándole el paso—. ¿Es que la conoces?

—Se está muriendo —murmuró Seybin como toda respuesta, haciendo que la mujer ante él diese un respingo.

Annly abrió la boca para responder, pero fue interrumpida por la aguda voz de una mujer a pocos metros de ellos.

—¿Cree que esto puede llenar el estómago de alguien?

Seybin se volvió hacia el rancio sonido de la voz, entrecerrando los ojos sobre el encogido y arrugado pellejo que señalaba con un huesudo dedo hacia el voluntario que le había servido una bandeja de comida igual a la de los otros hombres y mujeres que había en la misma fila.

—¿Esto es todo lo que vais a dar?

Su resuelta secuestradora lo dejó solo para cruzar la distancia que lo separaba de la línea donde los voluntarios servían la comida y tratar de apaciguar a la mujer.

—Vamos, señora Hope, sé que le encantará el guisado, es de ternera.

La mujer se limitó a alzar su aguileña nariz y mirarla con altivez, algo que chocaba bruscamente con el aspecto desaliñado y apestando a alcohol de la mujer.

—Tendrá suerte si puede meter eso en el cuerpo, sobre todo con la cantidad de alcohol que lleva en la sangre, es todo un misterio como no prende en llamas aquí mismo y ahora, aunque si desea dejar de una buena vez esta mísera existencia, solo tiene que decirlo… hay una enorme posibilidad de que volvamos a vernos las caras antes de que se termine el pollo —la voz firme y profunda de Seybin consiguió que todas las personas que estaban a la cola esperando su turno, se lo quedasen mirando como si fuese el mismísimo diablo en persona. Annly se volvió hacia él boqueando como un pez, ni siquiera lo había oído acercarse—. Debería dar gracias a esta indisciplinada y cansada humana que ha estado invirtiendo parte de su tiempo para dedicarlo a desechos humanos como usted.

—¡Seybin! —clamó Annly atónita por la respuesta del hombre.

El dios se limitó a fulminarla con la mirada, haciendo que retrocediera un par de pasos hasta chocar con la siguiente persona en la fila.

—Deberíais estar más que agradecidos, todos vosotros —continuó como si nada, posando la mirada en los presentes—, a algunos de vosotros no os queda mucho más para ingresar en nuestras filas, otros quizás viváis un poco más.

Jadeos de incredulidad y gestos de horror cubrieron algunos rostros.

—Eso ha sido directo, hombre, pero innecesario.

La voz femenina a su espalda lo hizo volverse, ella estaba allí de pie, mirándole con unos

agotados ojos, podía sentir el dolor en su alma, su necesidad de descanso y como ésta se iba separando poco a poco, aquella mujer no vería el nuevo amanecer.

—Muy, bien, muy bien, ¿por qué no vais pasando por la mesa de Mary? Tiene una deliciosa carne mechada que hará que os chupéis los dedos… —Annly aprovechó la interrupción para redirigir a la gente—, eso es, id hacia allí… muy bien…

Una vez hubo deshecho el incómodo silencio que se había instaurado en aquella zona del comedor se volvió como un rayo hacia el maldito hombre con menos espíritu navideño que un arbolito de Navidad.

—Demonios, me equivoqué de lugar contigo —le soltó ella echando chispas por los ojos —, tendría que haberte llevado a la función de teatro callejero dos manzanas más abajo, estaban necesitados de un *Señor Scrouge.*

La mirada del hombre abandonó a la muchacha y se volvió hacia ella haciéndola retroceder instintivamente, había algo en su rostro que no había estado antes ahí, un brillo inusual en sus ojos que empezaba a darle cierto temor.

—Escúchame bien, porque solo lo diré una vez, pequeña humana —le dijo con voz firme, sin inflexión de ningún tipo—, no soy tu marioneta, ni tu buena obra del año, mi rostro te crearía pesadillas en el mejor de tus días, has tenido mucha más suerte que la mayoría de aquellos que han osado acercarse a mí sin invitación, agradece que todavía estás con vida y de que en cierto modo… me entretienes… o antes de que acabase la noche, estarías ante mí, de rodillas y suplicando tu paso al otro lado.

Annly fue incapaz de responder a aquello, sus palabras, el tono en su voz, su postura lo mostraban como algo mucho más peligroso de lo que había intuido, la soledad que había percibido en su interior había dejado paso a un completo vacío, algo profundo y aterrador a lo que era incapaz de ponerle nombre y que la asustaba completamente. Luchando con unas inexplicables ganas de echarse a llorar y salir corriendo, de huir de la cercanía de aquel hombre, se obligó a enfrentarle.

—No soy tu puta para que me amenaces —reclamó con voz inestable al principio, debiendo aclararse la garganta para poder continuar—, no soy uno de los juguetes con los que seguramente te entretienes, no tengo ni tu dinero ni seguramente tu posición pero con toda seguridad, soy mucho más humana que tú.

Seybin se permitió esbozar una irónica sonrisa ante la última parte de la declaración de la valerosa mujer.

—Eso es algo que jamás te discutiré —aseguró él presionándola todavía con la mirada.

Sus miradas se mantuvieron durante un buen rato, en una silenciosa batalla de voluntades que parecía estar animando la velada, ya que la gente había empezado a cuchichear e incluso hacían apuestas sobre las dotes de mando de Annly.

—Quizás queráis continuar esta exhibición de poder y supremacía en el aparcamiento, chicos —contestó nuevamente la suave voz femenina de la chica a sus espaldas—, yo me encargaré de que los ancianos no decidan imitaros y monten un ring de boxeo en el centro de la sala.

La mujer se relajó visiblemente ante el sonido de la voz de la recién llegada, Seybin dejó también su postura de superioridad para volverse de nuevo hacia ella confirmando hasta la última de sus sospechas.

Si había algo que Seybin sabía más allá de cualquier certeza, era cuando un alma estaba a punto de abandonar el cuerpo humano para trascender al siguiente nivel y la delicada y menuda mujer que permanecía de pie ante él, estaba envuelta en ese halo de solitario dolor y esperanza

que solía rodear a algunas de las almas más puras.

—Um… espero que el haberte dejado sin palabras sea algo bueno —la oyó murmurar, sus labios curvándose en una delicada sonrisa. Su mirada fue entonces sobre Annly, quien ya caminaba hacia ella con gesto preocupado. Ella la detuvo antes de que se acercase más—. Se han terminado las mantas de las cajas, habría que buscar algunas.

—La muerte está rondando tu alma… —la frase abandonó la boca masculina antes de que pudiera refrenarla, atrayendo una mirada dolida de Annly y una triste sonrisa de aceptación de la otra mujer.

—¿Así que, además de guapo también eres vidente? —le respondió arqueando una rubia ceja.

—Cali —la voz de Annly salió como una amonestación—, te dije que hoy podíamos arreglárnoslas, vete a casa, cariño, necesitas descansar.

—Estoy bien —insistió ella con una bonita sonrisa que iluminaba sus ojos azules, con un gesto de la mano se remetió un mechón de pelo castaño tras la oreja y miró a Seybin de arriba abajo—. Me gusta este nuevo atuendo de Santa Claus, es mucho más sexy y oscuro que el original. Te queda bien.

El dios no respondió, la cercanía con un alma en los momentos previos a la transición era algo que no había experimentado en mucho tiempo y tendía a sacar de su interior alguno de los recuerdos que prefería mantener enterrados. De alguna forma, gritaba logrando que él la oyese como también la oiría la Puerta cuando su alma hubiese abandonado por fin su cuerpo algo que sabía no tardaría en llegar.

—Calíope.

La muchacha se sorprendió al escuchar su nombre en aquel tono de voz masculino, el dolor que venía padeciendo los últimos días pareció remitir, como si fuese ahuyentado por su presencia.

—Bueno, veo que me llevas ventaja —asintió ella contemplándolo curiosa—. Sabes mi nombre, pero yo desconozco el tuyo.

—Santa Armani —respondió Annly con profunda ironía, atrayendo de nuevo los ojos claros del dios hacia ella.

Cali sacudió la cabeza y sonrió a su amiga.

—Sin duda, le queda bien —se rio la chica y apoyando la mano en el brazo de su amiga le señaló la fila de gente—. Hay mucho que hacer y es obvio que este monumento te está sacando de tus casillas, deja que me encargue yo de él y ve a dirigir esto, o no conseguiremos llegar a la noche de una pieza.

Annly miró a su amiga y luego al hombre con un poco de recelo. No estaba segura de sí aquello era una buena idea, sinceramente, aunque su Señor Armani había resultado ser un poco antipático, hasta hacía unos momentos no le había parecido otra cosa que un rico consentido, pero ahora, no podía quitarse de la cabeza la mirada que había visto en su rostro, esa ausencia de todo en su interior.

—Supongo que podrá ayudarte con las mantas —aceptó ella y se volvió de nuevo a Seybin —. Más te vale echarle una mano.

Seybin la miró de arriba abajo, entonces dio un paso hacia ella y se inclinó de modo que solo Annly pudiera oírle susurrar.

—Haré… como dijiste… ah, sí… mi buena obra del año y la acompañaré… hasta el final.

—Si le tocas un solo pelo —siseó en voz baja, solo para él.

Por primera vez en mucho tiempo, Seybin se permitió ser caritativo y fue totalmente

sincero al responderle.

—Ella se irá al atardecer, Annly —le susurró fijando sus ojos en los de ella para que viese en ellos la verdad—. Su alma está gritando ya por la liberación, por dejar atrás el dolor, si vas a despedirte, es mejor que lo hagas ahora.

La mujer parpadeó sorprendida, una solitaria lágrima se deslizó por su mejilla sin que pudiera hacer nada por evitarlo, las palabras de aquel hombre habían sonado casi como una sentencia, una cálida y amable sentencia. Obligándose a retener las lágrimas, se limpió disimuladamente la cara y se volvió hacia su amiga.

—De acuerdo, está bien, si se queda un segundo más por aquí, no garantizo que alguien decida pegarle un tiro por su… peculiar sinceridad —comentó, volviéndose hacia su amiga con una sonrisa.

—Oh, vamos, no puede haber sido tan malo —se rio la muchacha, pero incluso en su risa se notaba el cansancio.

—Cariño, no opinarás lo mismo después de quince minutos con él —le aseguró y antes de que pudiese pensárselo mejor, la abrazó estrechamente—. Te quiero, Cali.

La muchacha se sorprendió, pero sonrió y le devolvió el abrazo.

—Lo sé, yo también te quiero —susurró besándole la mejilla antes de dejarla ir y volverse hacia el hombre que, como un silencioso guardián, la miraba—. Bueno, ¿me acompañarás entonces?

Con un ligero asentimiento, echó un último vistazo a Annly y la siguió de regreso a una de las puertas laterales la cual estaba abierta dejando entrar a la gente con cajas y otras cosas para el refugio.

—Por cierto… todavía no sé tu nombre —comentó pasando frente a él—. ¿Hay alguna cosa que acompañe a alguien como tú?

—Mi nombre no es algo que vayas a necesitar allí donde vas —respondió mirándola, viendo como su alma luchaba por abandonar aquella cáscara—, pero te lo diré si es lo que deseas saber.

Ella sonrió y le echó un vistazo por encima del hombro.

—Tú conoces el mío, ¿es lo justo, no?

La puerta se cerró tras él cuando se acercó a ella, haciendo que Cali alzara la mirada y se encontrara con sus ojos.

—¿Por qué tengo la sensación de que esta reunión no es simple coincidencia? —se encontró preguntándole.

Seybin respondió con un ligero encogimiento de hombros.

—Porque quizás no la sea —murmuró antes de añadir—. Y me llamo Seybin.

—Seybin —respondió ella paladeando su nombre—. Sí, te pega.

Él se la quedó mirando, esbozando una lenta sonrisa ante la respuesta de ella.

—Seybin… el Señor de Armani…

El hombre puso los ojos en blanco y negó con la cabeza.

—Señor de las Almas.

Ella lo miró y sonrió, asintiendo lentamente.

—Sí… eso te pega muchísimo más —le aseguró abriendo la puerta—. Vamos, échame una mano con esto.

CAPÍTULO 8

24 de diciembre
Oficinas Buffet Universal

—¿Y tú aquí fuera? ¿No te ha llegado el resfriado de esta semana que quieres convertirlo en una neumonía?

Shayler tomó el extremo de la bufanda negra y blanca que le rodeaba el cuello y la sacudió.

—Llevo bufanda —respondió con una mueca—, y estoy seguro de que si no hubiese escapado a tiempo también llevaría gorro de lana y guantes o una manta térmica para lo cual es lo mismo.

Jaek sonrió en respuesta señalando con un gesto de la cabeza el cenador de cristal en el que trabajaban y reían las mujeres. Shayler lo había encargado poco después de conocer a Dryah, la azotea siempre había sido uno de los lugares preferidos del Juez y ese placer parecía haberse extendido a su esposa, por lo que después de sacar los permisos necesarios, habían levantado un pequeño cenador cerrado, con paredes de aluminio y cristal en forma rectangular con el techo en pirámide que permitía una vista perfecta del cielo estrellado en noches despejadas. Ahora el cenador había sido decorado con cintas y guirnaldas, incluso había un pequeño árbol de navidad en una esquina y las luces del alumbrado iluminaban la estructura creando un efecto de luces multicolor, mientras las tres mujeres se movían en el interior, vistiendo la mesa con un navideño mantel.

—Así que te han hecho salir a tomar el aire —sugirió Jaek con su usual diplomacia.

Shayler puso los ojos en blanco.

—En realidad, me mandaron a la cama —respondió con un mohín—. Las tres. Se han confabulado con Dryah.

Jaek se echó a reír sin disimulo.

—El Juez Supremo relegado a un lado por tres féminas —sonrió obviamente divertido—, y tú aceptándolo. Es algo que pensé que nunca llegaría a ver.

Shayler esbozó una mueca.

—Una de esas tres hembras es mi mujer —resopló al tiempo que carraspeaba para limpiarse la garganta—. Fue la primera en echarme fuera.

—Y sigues aquí.

Sus labios se estiraron en una sonrisa.

—Como si no me conocieras —le soltó con suficiencia e indicó la estructura con un gesto de la barbilla—. Ya falta menos para la boda, ¿huh?

Jaek se apoyó en la pared a su lado, cruzándose de brazos y asintió.

—Afortunadamente —aceptó suspirando—. Keily está volviéndose loca con todos los preparativos, le sugerí celebrarlo en la más estricta intimidad, ya me entiendes, pero quiere hacerlo a la manera tradicional, lo que me lleva a recordarte que Dryah y tú sois los testigos.

Shayler asintió observando a su esposa a través del cristal, riendo ante algo que había dicho Lluvia para luego ver cómo llevaba la mano al liso vientre de la mujer y sonreía, volviéndose a Keily quien aplaudía con ilusión. Dryah le había hecho partícipe de la noticia que la mujer del cazador había compartido con las mujeres nada más reunirse con ella, tal parecía que Nyxx iba a tener familia.

—Keily se lo ha recordado también a Dryah —aceptó Shayler y señaló a las mujeres con un gesto de la barbilla—, ella me lo recordó poco después de que Lluvia les comunicara una buena noticia.

Jaek siguió la mirada de Shayler hacia las mujeres y al ver el gesto de la mujer de Nyxx lo entendió.

—Vaya, habrá que felicitar al cazador por su paternidad —aceptó Jaek volviéndose hacia Shayler, quien parecía perdido en sus pensamientos—. Deberías empezar a enmascarar mejor tu preocupación.

Shayler se volvió hacia Jaek con una obvia pregunta en su mirada.

—Lyon pasó a la mañana por el local y me puso al tanto de lo ocurrido —explicó volviendo la mirada sobre Dryah—, si ella ha decidido reunirnos a todos, no puede ser nada bueno, ¿no?

Suspirando sacudió la cabeza.

—No lo sé —aceptó sin apartar la mirada de su esposa—, las visiones del oráculo nunca han sido nítidas, pero Dryah dice que estaba vez ella estaba allí, que lo presenció y eso es algo que me pone los pelos de punta… La última vez que ocurrió algo así, tuve que sentenciar a uno de los Guardianes, no es algo que desee repetir, Jaek.

El guardián posó la mano sobre el hombro de su amigo y le dio un firme apretón.

—No tendrás que hacerlo —le aseguró Jaek señalando la jaula de cristal con un movimiento de barbilla—, ella hará lo que sea para impedirlo.

Shayler suspiró.

—Eso es precisamente lo que más me preocupa —aseguró en apenas un susurro—, que tenga que arriesgarse de nuevo por mí —sacudiendo la cabeza se incorporó, desperezándose—. Sea lo que sea, lo enfrentaremos cuando llegue como siempre hemos hecho.

Asintiendo Jaek le palmeó nuevamente el brazo del juez para luego empujarlo suavemente hacia delante, indicándole el lugar del que al parecer lo habían echado.

—Vamos a ver si puedo convencerlas de que te quedes al menos al calor, o terminarás peor de lo que has estado.

Shayler puso los ojos en blanco.

—Eso ya lo he intentado y todo lo que he oído ha sido *«Shay, vete a la cama»* entre otras sutilezas —resopló mirando el lugar con recelo—. Eso antes de que Dryah me empujara prácticamente hasta el dormitorio.

—Lo cual no veo que haya funcionado demasiado bien —se rio en voz baja.

El juez se limitó a poner los ojos en blanco.

—Ya sabes lo bien que llevo que me digan lo que tengo que hacer —resopló.

Dryah terminó de extender el mantel mientras contemplaba a los dos hombres al otro lado de la azotea, la noche anterior había nevado lo suficiente para que conservara todavía algo de la nieve caída, especialmente sobre el techo de cristal en el que se había formado una película de hielo que filtraba la luz. La calidez del interior empezaba a notarse ahora, entre unas cosas y otras no había podido encender antes las estufas que caldearían el frío habitáculo por lo que en el momento en que ella y las chicas habían entrado el vapor que salía de sus bocas al hablar la

había obligado a enviar a su marido de nuevo al interior de la vivienda cuando apareció por allí algunos minutos después.

Lluvia les había hecho partícipes entonces de la buena noticia que auguraba la llegada de un bebé a sus vidas en nueve meses, Keily había sido la primera en dar un gritito de alegría y abrazar a Lluvia, Shayler y Dryah la felicitaron a continuación, mostrándose un tanto incómodos ante la inesperada respuesta de Keily quien había dejado caer que ellos deberían ser los siguientes.

Un suave suspiro abandonó sus labios, había cosas en las que prefería no pensar ahora y aquella era sin dudas una de las que estaba en la cima de su lista.

Tras dejar el mantel alzó la mirada hacia el exterior y se encontró con Jaek y Shayler caminando hacia el cenador, parecía que se había levantado un poco de viento a juzgar por la manera en que le revolvía el pelo a su marido.

—Los hay que no solo no aceptan un no por respuesta, sino que aún encima van a buscar refuerzos —se rio Keily al tiempo que se volvía hacia Dryah—. ¿No has pensado en atarlo a la cama?

Sonriendo se encogió de hombros.

—Creo que si funcionase, ya lo habría intentado —se rio Lluvia.

Keily sonrió en respuesta.

—No sé por qué me da que no iba a ser él precisamente el que acabase atado.

Poniendo los ojos en blanco, Dryah cruzó la sala rectangular para bajar ya el termostato de la estufa mientras los recién llegados entraban por la puerta.

—Vaya, sí que se está bien aquí dentro —aceptó Jaek dirigiéndose directamente a su mujer para besarla y después saludar a Lluvia, quien estaba junto a ella—. Y felicidades, por cierto, acaban de comunicarme la feliz noticia.

—Gracias, Jaek —asintió con una amplia sonrisa.

—¿Tan pronto te has cansado de la cama, guapo? —Keily sonrió a Shayler, quien se volvía hacia su mujer.

—Tanto o más de lo que te cansarías tú tras una semana dentro de ella sin más compañía que la fiebre y un maldito resfriado —aseguró con un suspiro de resignación.

—Eso no puedo discutírtelo —aceptó con calidez para luego girarse hacia Jaek—, por cierto, Lyon ya sabe ir de compras.

Las chicas se echaron a reír al oírlo, mientras ellos mantenían una expresión de no entender en el rostro.

—Ni que fuera algo tan complicado —murmuró Shayler agachándose al lado de su mujer, señalándole la temperatura del termostato—. Bájalo o en un par de horas, pareceremos pollos.

—Es lo que estoy intentando —respondió pulsando el botón en el panel para luego girar la rueda—. Pero no se fija.

—Aquí —le explicó haciéndolo él—. Mantenlo presionado, luego gira.

—Vale, ya está —aceptó Dryah sonriendo—. Gracias.

—De nada —le besó la punta de la nariz haciéndola reír—. Pero a qué viene lo de Lyon.

—A que me ha comprado una alfombra nueva —explicó Dryah levantándose con una sonrisa—, es de lana virgen con lo que no me produce ninguna alergia y tiene un curioso diseño en el centro en tonos dorados y marrones. Me gusta.

Keily se rio ante la sutil declaración de su amiga.

—Bien, al menos ya no tendremos que preocuparnos de nuevo por ningún foco de infección —aceptó Jaek, haciendo que Dryah se sonrojara en respuesta—. Bueno, ¿os echamos

una mano con algo o nos vamos?

Dryah no se lo pensó dos veces.

—A nosotras aún nos llevará un rato terminar con esto, ¿qué dices, Dryah? —le preguntó Keily—. ¿Un par de horas? ¿A las diez?

Echando un vistazo a su alrededor asintió.

—En ese caso, estaremos en la oficina —se adelantó Shayler mirando a Jaek quien asintió.

—Perfecto —aceptó Keily, volviéndose hacia Lluvia para continuar con la tarea.

Los hombres las dejaron y salieron de nuevo al exterior, dispuestos a entrar de nuevo en el edificio. Apenas habían alcanzado la puerta cuando Dryah los detuvo.

—Jaek —lo llamó ella.

Ambos hombres se detuvieron, volviéndose hacia ella.

—Espera un momento —pidió caminando hacia él, su mirada cruzándose un instante con la de Shayler—. Imagino que Shayler o Lyon ya te habrán comentado sobre… mi visión…

El guardián se tensó, pero asintió lentamente.

—Lyon me puso al corriente esta mañana —aceptó mirando con curiosidad a la muchacha —. Debiste habérnoslo dicho inmediatamente.

La mirada azul de ella voló hacia Shayler.

—En ese momento tenía otras cosas de las que preocuparme —aseguró sonriendo a su marido, quien asintió lentamente—. Yo… bueno… creo que éste es tan buen momento como otro para contarte tu parte.

Jaek esperó unos instantes, entonces preguntó.

—¿Qué fue lo que yo te entregué?

Dryah sonrió suavemente.

—Una pluma gris paloma —respondió sin más—. Mi visión me mostró algo que ya ha dado comienzo, al menos en tu caso.

Entrecerrando los ojos el guardián esperó a que continuase.

—Keily —le respondió finalmente—, cuando me entregaste la pluma, dijiste que ese era tu destino. Todo irá bien de ahora en adelante, ella hará que todo merezca la pena.

Jaek dejó escapar el aire lentamente, sin ser consciente de que lo había estado reteniendo.

—Gracias.

Dryah se limitó a asentir, giró la cabeza hacia su marido quien le dedicó el mismo gesto y finalmente regresó al cenador para seguir con sus tareas.

—Respira —le dijo Shayler palmeándole la espalda con una sonrisa—. Vamos, me apetece una cerveza.

El susurro resonaba en la solitaria gruta, notas silenciosas con una triste tonada, estaba llorando, de algún modo, la Puerta de las Almas estaba llorando y su llamado afectaba a cualquiera que estuviese frente a ella. Nyxx se quedó unos minutos contemplando la enorme puerta de piedra tallada, sus anteriores encuentros con ella lo habían hecho consciente de que se trataba de un ente vivo, con conciencia propia, una balanza de poder, la última compensación, el equilibrio definitivo en el mundo de los espíritus y el susurro que ahora emergía desde detrás de las puertas era una confirmación.

Echándole un último vistazo le dio la espalda dispuesto a volver al lado de su esposa, se había pasado casi toda la mañana yendo de un lado para otro buscando al Señor de las Almas, pero estaba claro que Seybin no deseaba ser encontrado, conocía muy bien a su amigo y si había decidido desaparecer sabía que tendría sus motivos y aparecería cuando menos se lo esperan,

quizás aquella misma noche.

La suave melodía de su teléfono empezó a sonar en el interior del bolsillo de su chaqueta, no dejaba de sorprenderle como aquel trasto era capaz de funcionar allí dentro, donde no había antenas o métodos de recepción. El identificador de llamadas marcaba el nombre de Dryah cosa que hizo sonreír a Nyxx.

—¿Qué has hecho ahora? —fue lo primero que preguntó, escuchando un bajo bufido del otro lado de la línea seguido de su respuesta—. No, *adelfi*, siempre he tenido un muy buen concepto de ti. Sí, la mayoría de las veces —Nyxx se mordió la lengua al oírla responder, seguido del murmullo de la voz de su propia esposa por atrás—. No te preocupes, Dryah, tienes a todos los guardianes atados a tu dedo meñique, asistirán a la cena de Navidad, aunque tengan que llegar arrastrándose —la respuesta lo hizo sonreír, aquella pequeña muñeca era demasiado dulce e ingenua para su propio bien—. Lo sé, *adelfi*, pero tú también sabes cuál es mi opinión al respecto, estaré ahí tan pronto como pueda… Sí… No, ni una sola pista de él, pero no hay de qué preocuparse, ya sabes cómo es Seybin, aparecerá cuando desee hacerlo —un nuevo susurro lo hizo sonreír, Lluvia le estaba diciendo a la pequeña rubia que lo mandase a paseo—. Dile a mi mujer que yo también la quiero y que cuide de mi regalo de Navidad. Sí, gracias, bebé, serás una tía muy interesante sin duda… Te veré en un momento.

Colgando el teléfono, Nyxx echó un último vistazo a su alrededor y se desvaneció en el aire dejando el eco de una suave y triste voz inundando la cámara.

«Ven a mí, por favor, rescátame de estas cadenas».

Cali se dejó caer bajo uno de los bancos que cerraban la parte de atrás del aparcamiento del Local Social, el cansancio se veía más allá de sus ojos, manando de cada poro de su piel, en su misma alma. Seybin la siguió en silencio, tomando asiento en la esquina del banco y cruzando las manos sobre las rodillas, su mirada estaba fija en el vacío aparcamiento. Había pasado buena parte de la tarde cerca de ella, haciendo algo que no estaba seguro que pudiera olvidar fácilmente aunque los dioses sabían que su memoria podía ser selectiva para ciertas cosas, la humanidad había demostrado ser tan inservible y patética como había pensado que era, pero también había descubierto que entre aquellos individuos de corta vida podían encontrarse tales seres especiales como la mujer que se sentaba al otro lado del banco.

—¿Siempre es así?

La voz femenina lo obligó a volver el rostro encontrándose con unos bonitos y cansados ojos.

—¿Así como?

Encogiéndose ligeramente de hombros, alzó la mirada al cielo.

—Estar tan cansada que lo único que deseas es poder cerrar los ojos y descansar —murmuró suspirando antes de volverse de nuevo hacia él—. Aterrador. Miedo ante lo desconocido, ante la posibilidad de no continuar, o al contrario, seguir andando.

Estaba asustada, podía verlo en el fondo de sus ojos, en la forma en que miraba a su alrededor en busca de ayuda de algún tipo, de consuelo. Sabía que estaba cerca del final, la enfermedad que carcomía su cuerpo no le daría más tregua.

—Me diagnosticaron la enfermedad hace dos años —continuó hablando—, acababa de cumplir veintitrés años, los médicos creyeron que no duraría ni dos meses. Al parecer he dado más guerra de lo que esperaban.

Seybin no habló, tampoco es que supiera qué decir, por lo general la recolecta de las almas era cosa de sus Cazadores, en contadas ocasiones había tenido que presentarse él mismo a

recoger un alma, y cuando así había sido, ésta ya había abandonado la cáscara de su cuerpo para pasar al siguiente peldaño, aquella era la segunda vez que debía asistir a una moribunda y el que esta vez fuese una desconocida no lo hacía mucho más llevadero.

—Acércate, Calíope —oyó su propia voz antes de poder siquiera detenerse.

Ella lo miró, parpadeó un par de veces y dejó que una solitaria lágrima se escurriese por su mejilla antes de deslizarse más cerca de aquel hombre extraño, el cual estaba rodeado de un calmante poder que la adormecía.

—Estoy muy cansada –murmuró con un suspiro mientras se dejaba caer sin pensarlo mucho sobre el regazo del hombre, relajándose en su calor y el aroma especiado que lo envolvía.

El dios bajó la mirada hacia la cabeza de pelo castaño que utilizaba su regazo como almohada, su intención al pedirle que se acercara era calmar sus temores, no deseaba tal estrecha intimidad con una humana… o con un alma. Vacilante, dejó que una de sus manos descansara sobre el hombro de la chica.

—Hueles muy bien —la oyó susurrar—. Es un aroma peculiar… ¿Canela?

¿Oler bien? Aquello debía ser lo más extraño que le había pasado en toda su larga eternidad.

—Cierra los ojos y descansa —fue todo lo que le respondió.

Ella suspiró y se apretó más contra él, acariciando la tela del pantalón con los dedos.

—¿Te quedarás conmigo hasta el final?

Seybin arqueó una ceja.

—Estoy aquí, ¿no?

Ella ahogó una risita.

—Esa no es una respuesta, —le dijo volviéndose lo suficiente para que pudiera verle la cara—. Empiezo a entender por qué has sacado a Annly de quicio… pero es una buena persona… alguien debe mirar por ella cuando yo me haya ido…

El dios frunció el ceño.

—Esa mujer no necesita a nadie que vele por ella, es capaz de desesperar hasta a las piedras.

Cali se rio, entonces suspiró y se acurrucó todavía más contra él.

—Es más frágil de lo que parece —susurró en apenas un hilo de voz—, échale un vistazo de vez en cuando… por favor…

Esbozando una irónica sonrisa respondió.

—Los humanos estáis completamente locos, pero las hembras… no es de extrañar que haya tantos suicidios en masa, sois imprudentes y demasiado osadas hablando de esa manera a alguien que es muy superior a vosotras.

Cali suspiró nuevamente, su cuerpo empezaba a relajarse.

—Sí, sin duda os llevaréis muy bien —murmuró con voz somnolienta—. Cuida de ella… por… fa… vor.

Seybin cerró los ojos al sentir el tirón definitivo en su mente y en su poder, aquel que le hablaba del paso final del alma que abandonaba el mundo de los vivos para unirse al mundo de los espíritus, sintió la confusión y la desorientación inicial en aquella nueva alma, la pena y la indecisión todavía arraigadas en su interior le estaban impidiendo machar.

—Ve al encuentro de la paz que tanto ansías, Calíope, cuidaré de aquello que te inquieta —se encontró susurrando al alma que había despertado al mundo de los espíritus—. Es un juramento que te hago.

El dios sintió una suave caricia en su mejilla y al girarse la vio allí, incorpórea,

insustancial, rodeada por ese halo de pureza que había sentido en ella, en sus ojos había gratitud, esperanza y una pequeña luz de determinación cuando se inclinó sobre él y acarició sus labios en una fantasmal caricia.

Gracias, Seybin.

Sus miradas se encontraron una milésima de segundo antes de que ella se alejara y empezara a desvanecerse en el aire dejándolo solo con la cáscara vacía que era su cuerpo durmiendo para siempre en su regazo.

Apenas se había marchado cuando se abrió la puerta de la parte de atrás del local social y aquella otra mujer apareció arrebujada en una chaqueta de lana, la vio recorrer el aparcamiento con la mirada antes de fijarla sobre ellos y echar a andar con paso rápido hasta más o menos la mitad del trayecto, donde bajó el ritmo como si temiese confirmar lo que sus ojos empezaban a sospechar.

—¿Cali? –su voz fue apenas un susurro mientras miraba el cuerpo durmiente de su amiga y luego al hombre que la sostenía.

Seybin alzó la mirada hacia ella y sin decir una sola palabra, dejó a la inerte muchacha sobre el banco cubierta con su chaqueta para que Annly pudiera ir a ella.

—Donde está ahora, ya no siente dolor —le susurró posando la mano sobre el hombro de la mujer.

Sin decir una palabra más, dejó que la mujer llorara la muerte de su amiga a solas y empezó a alejarse en dirección a la calle, perdiéndose en la lejanía. Había llegado el momento de volver a casa.

CAPÍTULO 9

24 de diciembre
Edificio Complejo Universal

Dryah sonrió al ver a la pareja tan unida, la mirada en los ojos verdes del Cazador hablaba de un amor puro, profundo, capaz de enfrentarse a los más grandes males con tal de mantener a aquella mujer a su lado y ahora, el círculo empezaba a cerrarse por fin con la llegada de aquel pequeño tesoro, una niña que traería infinita felicidad a la pareja. Aquello era precisamente lo que Nyxx le había mostrado en su visión, en sus brazos había sostenido una pequeña criatura con los ojos verdes y mirada despierta, un bebé que haría que todo el dolor y miedos acumulados por ambos desaparecieran. Los había visto juntos y felices, disfrutando de su hija, aquel era el destino que debían alcanzar.

Hacía bastante frío, el cielo se había vuelto de un gris plomizo y era casi seguro que antes o después empezaría a nevar otra vez, las luces de la ciudad habían empezado a encenderse y sabía que si agudizaba el oído, podría escuchar las notas de los villancicos que durante las últimas semanas habían estado llenando las calles. Se arrebujó en la chaqueta y cruzó el umbral, deseaba estar un instante a solas en el acogedor interior de su hogar, un momento para poner sus pensamientos en orden y poder enfrentarse finalmente a aquella noche, pero el destino parecía querer luchar incluso con ella cuando le puso al último de los guardianes en su camino.

John se quedó a medio subir cuando la vio allí, en el descanso de las escaleras que bajaban de la azotea, su mirada azul encontró la suya durante un breve momento.

—¿Puedo suponer que me buscabas?

Dryah abrió la boca y volvió a cerrarla para luego sacudir la cabeza haciendo volar su pelo.

—En realidad, no —aceptó descendiendo un par de peldaños—, pero tenía la esperanza de que tú me buscases a mí.

John la miró durante un breve instante.

—Imagino que sí —aceptó y se apoyó en el pasamanos, dejándole espacio para descender —. ¿Crees que podríamos ahorrarnos todas estas vueltas e ir directamente al grano?

Suspirando, Dryah descendió los peldaños que la separaban de su cuñado hasta quedar frente a él. John era tan alto como su hermano, pero al contrario que Shayler, el guardián poseía un aura demasiado vieja, oscura y solitaria, un poder que haría temblar a un inmortal si finalmente decidía esgrimirlo. Sus ojos de un oscuro tono azul contenían secretos que ella solamente podía llegar a imaginar, aquel hombre era sin duda un misterio, un enigma que no estaba segura de querer resolver.

—¿Qué pecado has visto, Dryah? ¿Qué ha sido lo que ha hecho que tiembles en mi presencia y no puedas encontrar siquiera mi mirada?

Lamiéndose los labios, respiró profundamente y le sostuvo la mirada.

—Solo tú puedes saber que es aquello que consideras demasiado oscuro para salir a la luz

—respondió ella con firmeza—, no está en mi mano enjuiciar, ni dar un veredicto, eso es cosa de Shayler.

John la contempló durante un breve instante entonces dejó escapar un bufido mitad risa.

—¿Crees saber lo que hay más allá de lo que ves, Libre Albedrío?

Dryah le sostuvo la mirada.

—No lo creo, lo sé —respondió con seguridad—, yo no elijo qué ver, guardián, solo lo veo.

John asintió.

—¿Y qué ha sido lo que has visto ahora?

La vacilación estaba presente en la muchacha, al igual que el nerviosismo cuando respondió.

—Tu soledad, la desesperación de no poder alcanzarla, el deseo de venganza y como cada una de tus acciones han ido escribiendo el camino que te llevará a tu destino —respondió con total sinceridad—. Pero son esas mismas acciones las que también te apartarán de aquellos a los que quieres, John, las que harán que tengas que elegir.

Los ojos azules del hombre se entrecerraron sobre ella, su despreocupada postura se volvió rígida, su voz salió como un bajo siseo.

—Continúa.

Dryah se estremeció, había algo en ese hombre que la hacía sentir pequeña, insignificante y con todo, sabía también que jamás le haría daño, a su manera la quería y daría la vida por ella si era necesario, igual que lo haría por su hermano.

—¿Quién es ella, John?

El hombre dejó su posición y se inclinó sobre ella, intimidándola.

—Continúa, Dryah —insistió, sus ojos dos pozos de oscuro poder—, solo dime que ha sido lo que has visto en esta última visión.

Obligándose a no retroceder ni un solo centímetro, Dryah se lamió los labios con gesto nervioso y respondió con voz firme y clara.

—Una llave.

John frunció el ceño, por su voz estaba claro que no se esperaba aquella respuesta.

—¿Una llave?

Ella asintió.

—Cada uno de vosotros se acercó a mí para entregarme algo —explicó respirando profundamente—, en mi visión, tú caminabas hacia mí y cuando llegaste a mi altura me tomaste la mano y depositaste una llave en la palma. Dos alas extendidas atravesadas por una espada con la hoja mellada, una parte estaba como nueva, dorada y brillante y la otra, estaba oxidada —Dryah tuvo que hacer una pausa, empezaba a faltarle el aire, el Libre Albedrío se revolvía en su interior, calmándola, dándole fuerzas—. Éste es mi destino, eso fue lo que dijiste después de cerrar mis dedos alrededor de la llave, pero al contrario que los demás, tú no te fuiste, permaneciste allí durante un instante más, como si desearas decir algo pero no te atrevieses. Entonces inclinaste la cabeza y me pediste perdón, solo en ese momento te volviste y desapareciste como los demás.

La mirada de John estaba fija en ella, las emociones se arremolinaban tras sus ojos pero no se reflejaban en su rostro.

—¿Eso es todo? —preguntó con voz profunda y firme.

Dryah alzó la mirada hacia él y contempló su rostro durante un breve instante.

—Es todo lo que puedo decirte —respondió con firmeza, apretando los labios al sentir

nuevamente la tensión en su cuerpo—. No puedo influir en aquello que está por venir, no me corresponde a mí escoger el camino, pero John, *ella* no será la única elección que debas tomar y…

—¿Qué sabes de ella?

Un suave gemido escapó de los labios femeninos cuando se vio acorralada contra la pared, su mano apretándole con fuerza el brazo.

—Me haces daño —murmuró mirándolo a los ojos.

—Dryah, por lo más sagrado —insistió sin soltar su agarre—. ¿Qué es lo que sabes de ella?

Las lágrimas empezaron a resbalar por sus mejillas, sus ojos abiertos con temor clavándose como un fuerte cuchillo en su alma obligándolo a soltarla, a apartarse de ella con una sensación agridulce en la boca.

—Lo… lo siento —se disculpó mirándola entre desesperado y acongojado, acercándose una vez más para frotarle el brazo allí donde la había apretado—, perdóname… yo… solo… necesito encontrarla.

Dryah permitió que le frotara el brazo mientras se limpiaba las lágrimas, obligándose a recordar que aquel hombre que estaba frente a ella se enfrentaría a un infierno antes de alcanzar aquello a lo que estaba destinado. Un destino que los alcanzaría a todos de una forma u otra y que provocaría una ruptura como nunca antes se había visto en la urdimbre del universo.

Los dedos masculinos borraron las últimas lágrimas, la preocupación nadaba ahora en sus ojos mientras la mirada, arrepentido por haberla presionado de aquella manera.

Dryah, ¿qué ocurre?

La suave y masculina voz en su mente la recorrió como una suave caricia, su marido debía haber sentido su malestar.

—Contéstale —la respuesta vino ahora de John, quien la miraba a los ojos—. Llámalo y dile que lo siento.

No pasa nada, Shayler. Estoy con John. Todo va bien.

Un bajo gruñido fue toda la respuesta que obtuvo antes de sentir una suave ola de ternura envolviéndola.

—No se conformará —la voz de John trajo de nuevo su atención de vuelta al guardián, quien apretó suavemente su mano antes de soltarla por completo y poner distancia entre ellos—. Lo siento, Dryah, no pretendía hacerte daño.

—Lo sé —asintió y se frotó el brazo—. No ha sido nada… yo… lo entiendo.

John la miró unos instantes más, entonces dio media vuelta y empezó a descender por las escaleras solo para detenerse al oír su nombre.

—John —lo detuvo ella—, no… no te vayas.

Él ni siquiera se volvió, pero Dryah vio como apretaba los puños una y otra vez antes de continuar su camino.

—¡Solo esta noche! —alzó la voz, volviendo a detenerlo.

El hombre se volvió ligeramente hasta mirarla.

—¿Por qué?

Dryah se lamió los labios, apretó los puños y dejó que el Libre Albedrío sonara en su voz.

—Solo ven, después podrás hacer lo que desees, no te detendré —respondió, su suave voz rodeada de un crudo y letal poder—. No os detendré a ninguno.

Sin dar una respuesta a su petición, el más antiguo de los guardianes dio media vuelta y se desvaneció dejándola completamente sola y con el corazón palpitando aceleradamente por lo que

acaba de hacer.

—Ya no hay vuelta atrás —musitó para sí dejándose caer sobre las escaleras—. Que los dioses nos asistan porque ya no hay vuelta atrás.

La noche ya había caído sobre la ciudad, la nieve había decidido volver a hacer acto de presencia creando una suave cortina blanca que no hacía sino dotar de magia a aquella fecha navideña. El cenador estaba ahora iluminado, las risas y las conversaciones inundaban el interior, las mujeres habían conseguido traer un pedacito de la Navidad a aquella sala acristalada, los adornos, las velas, el mantel en tonos rojos y verdes, el conjunto era acogedor e invitaba a compartir las buenas noticias con los amigos.

—Esa sí que es una buena noticia, tío, enhorabuena —aseguró Lyon chocando la mano a Nyxx al tiempo que le palmeaba la espalda al enterarse de su futura paternidad—, y felicidades también a ti, Lluvia.

Ella sonreía radiante al lado de su marido y asintió.

—Gracias, Ly.

—Bueno, imagino que los siguientes seréis vosotros, ¿no? —le soltó Nyxx a Jaek, quien se echó a reír.

—Dejadnos pasar antes por la primera etapa —respondió con una amplia sonrisa mientras apretaba a Keily contra él, adorándola con la mirada.

—Sí, todavía tenemos una boda por la que pasar —aseguró ella con suficiente énfasis—, además, si hablamos de matrimonios, en realidad tendría que tocarles a Shayler y Dryah.

Ahora fue Lyon el que se echó a reír a carcajadas.

—Eso sí que me gustaría verlo —aseguró el vikingo desternillándose de la risa—, el juez cambiando pañales.

—Estoy segura que se le daría muy bien, Shayler es muy afín con los niños —aseguró Lluvia.

—Sí, porque tienen la misma edad mental —aseguró Lyon sin poder dejar de reírse.

—Demasiado pronto —aseguró Nyxx a quien la sola idea le daba escalofríos. Un vástago de esos dos podría ser el niño más poderoso de todo el universo—. Mi hermana está lejos de estar preparada para algo como esto… huye de los niños… ni siquiera sabe para qué sirven.

—Teniendo en cuenta que estas cosas suelen ser contagiosas, seguro que cuando alguna de vosotras tenga un churumbel en brazos, a ella le entrarán ganas y Shayler se tirará de los pelos —continuó Lyon, quien lo estaba pasando en grande con todas sus descabelladas teorías.

—Ten cuidado con lo que deseas, Lyon, no vaya a ser que seas tú el próximo en acabar con un churumbel en brazos —le respondió Jaek con un guiño.

El hombre puso los ojos en blanco.

—Eso es tan poco probable como que salga por esa puerta y me peguen un tiro.

—¿Y dónde están esos dos, por cierto? —preguntó Nyxx dejando la copa de vino a un lado.

—También falta John —comentó Jaek mirando a Lyon—. ¿Todavía no ha hablado con Dryah?

—A juzgar por el estupendo humor que tenía Shayler hace cosa de media hora, cuando siseó algo así como *«voy a despellejar a mi hermano»* y se esfumó de la oficina, yo diría que si no lo ha hecho, deben estar en ello —aseguró Lyon apurándose lo que quedaba en su copa—, aparecerán antes de lo que esperamos.

—Esperemos que lo hagan de una pieza.

Había perdido la cuenta de las veces que Shayler había caminado ya desde la ventana a la estantería y vuelta a empezar, se habían encontrado apenas unos instantes después de que John la hubiese dejado en las escaleras, la mirada azul de su marido había barrido el lugar con una obvia y letal advertencia, lo cual hacía que fuera una maldita suerte que su hermano se hubiese esfumado antes. El cúmulo de emociones había revoloteado en su interior dándole a Shayler suficiente material para desear golpear a John hasta sacarle toda la tontería del cuerpo, ni siquiera la explicación de ella sobre lo que había ocurrido, achacando la reacción del guardián a lo que había escuchado de la parte referente a su visión, había sido suficiente para aplacarle, especialmente porque Dryah se había negado a decirle qué había visto con relación a John.

—Voy a matarlo —siseó dando un nuevo giro al llegar a la ventana.

Dryah se había sentado hacía ya un buen rato en el sofá y se limitaba a mirarlo con el rostro apoyado en las manos.

—No puedes.

Shayler bufó volviéndose a ella.

—Oh, claro que puedo.

Menuda conversación de besugos pensó Dryah.

—Es tu hermano, uno no despelleja a sus hermanos, no por algo tan nimio, al menos.

—Eso no importa, lo despellejaré igualmente —aseguró con un bufido.

Negando con la cabeza, se enderezó, estirando el brazo y frotándoselo allí donde John la había sujetado, un acto reflejo ya que ni le dolía ni tampoco le habían quedado siquiera marcas.

—Podía haber sido peor.

Shayler se volvió hacia ella con mirada incrédula.

—¿Peor? —se rio de mala gana—. Ese hijo de puta te ha intimidado, te ha lastimado… y eso sí que no lo permito, ni a él ni a nadie.

Dryah resopló.

—No me hizo daño, Shay —respondió negando con la cabeza—. No fue su intención sujetarme tan fuerte del brazo y se disculpó, varias veces. Ya sabes que John se toma cualquier anuncio de mi parte como si fuera el último Armagedón sobre la tierra, esta vez, bueno, no se lo tomó mucho mejor.

Shayler dejó su interminable ir y venir por la sala y se volvió hacia ella.

—¿Y lo es, Dryah? —se encontró preguntándole—. ¿Es el último Armagedón?

Si había algo que odiaba por encima de todas las cosas era mentirle a Shayler, ocultarle la verdad, pero esta vez no podía contárselo todo, el destino de John estaba en juego.

—No lo sé —contestó con total sinceridad—. Me gustaría haber heredado eso de Eidryen, pero yo no sé lo que vendrá o sucederá, Shayler, solo lo que veo en las visiones e incluso así, el libre albedrío puede cambiarlo todo. Debo decidir en cada momento qué hacer, qué paso dar, si debo intervenir o debo permanecer al margen y eso me está volviendo loca porque no conozco la respuesta correcta.

Suspirando profundamente dejó su ir y venir y se acuclilló frente a ella, tomando sus manos, transmitiéndole calor y seguridad.

—Si algo he aprendido es que nunca hay una respuesta correcta, amor mío, solo la validez que le damos nosotros cuando tomamos nuestras propias elecciones —le aseguró, apretándole suavemente la rodilla—. Lo que puedo deducir por lo que nos contaste a Lyon y a mí, es que esta

nueva visión es un antes y un después en algo, un punto y aparte que nos llevará a enfrentarnos a algo más.

—Algo que será provocado por uno de nosotros —murmuró Dryah alzando la mirada con tristeza—, y nos conducirá, ¿a qué? —lamiéndose los labios se arrastró hasta el borde del sofá—. ¿Cuál será nuestro papel entonces, Shayler? ¿Cuál es el significado de ese ritual?

Ante el nuevo silencio producido por su falta de respuesta, Dryah se levantó, apartándose de él, abrazándose mientras se acercaba a la ventana.

—Hay algo que no te dije sobre mi visión acerca de ti, un dato que omití al contaros a Lyon y a ti parte de la visión —su reflejo en la ventana le devolvió la expresión triste y desolada que la envolvía—. Cuando te acercaste a mí en ese momento, vestías los colores ceremoniales y no eras el único.

Shayler se tensó ante la tenue explicación de su esposa que no hacía más que confirmar las sospechas que tenía al respecto.

—Puede que no esté muy al tanto de los rituales y estas cosas, pero si entendí algo el día en que ocupé el lugar de Uras como Oráculo Universal y entré a formar parte de los Guardianes, además de reafirmarme como tu consorte, es el significado y la importancia que ellos dan a esos colores… luz y oscuridad… dorado y negro… los colores que dan nacimiento a todas las cosas… y su destrucción —murmuró, su voz descendiendo hasta desaparecer en un murmullo—. Eso me ha hecho pensar que lo que quiera que haya significado mi visión contigo, tiene una importancia mucho mayor.

La mirada azul cielo en los ojos masculinos la penetró hasta la misma alma, haciéndola estremecer, Shayler acortó la distancia que los separaba, no llegó a tocarla pero permaneció lo suficiente cerca, como si necesitara sentirla.

—Es un ritual muy antiguo, jamás se ha llevado a cabo, entre otras cosas porque somos los primeros Consortes de la Fuente —respondió mirándola a los ojos—, pero más que eso, es una declaración de guerra, una ruptura con el pasado y un desafío hacia el futuro. La balanza va a volver a descompensarse y solo puedo suponer que esta vez las cosas no se solucionarán fácilmente.

—No estoy segura de entenderlo —aseguró ella—. ¿Romper con el pasado?

Shayler respiró profundamente y dejó salir el aire al responder.

—Alguien tomará una decisión que traerá consigo un montón de problemas —respondió de manera simplificada—. Eso es todo lo que puedo entender basándome en lo que me has contado.

Dryah asintió lentamente, su mente vagando ya por infinitas posibilidades mientras un rostro, una mirada y su declaración iba cobrando fuerza en su mente.

—Shayler —preguntó alzando de nuevo la mirada hacia él.

—Lo sé —atajó antes de que ella pudiese poner en palabras la sospecha que había empezado a cobrar vida en su interior—. Y no lo mataré… todavía. Pero necesito que me prometas algo.

Parpadeando asintió lentamente, haciéndolo esbozar una sonrisa.

—No prometas nada sin haber escuchado primero de qué se trata, pequeña.

Dryah sonrió suavemente.

—Lo que tú desees, siempre estará bien para mí —le aseguró, entonces hizo un mohín—. Excepto cuando te empeñas en matar a alguien por el simple hecho de haberme mirado mal.

Shayler tomó su mano tatuada en la de él y le alzó la barbilla con la otra mano.

—No hace mucho te pedí algo en referencia a mi hermano.

Ella asintió.

—Sí —aceptó empezando a entender las intenciones de Shayler—. ¿Estás seguro respecto a ello?

No hubo vacilación en la voz de Shayler cuando respondió.

—Sí, Dryah. Si hay algo que podamos hacer para evitar lo que sea que vaya a suceder, deseo que intervengas, Libre Albedrío.

Suspirando profundamente, asintió y se refugió en sus brazos.

—En ese caso, será mejor que nos cambiemos de ropa, nos pongamos guapos —le susurró al oído—, y tomemos al destino en nuestras manos.

Shayler se apartó lo justo para mirarla a los ojos, recorriendo su rostro con amor y orgullo.

—Nunca te alejes de mí, pase lo que pase, nunca te separes de mí.

Antes de que ella pudiese decir algo al respecto, el juez bajó los labios sobre la suave boca femenina y la reclamó una vez más.

CAPÍTULO 10

24 de diciembre
Edificio Complejo Universal

Dryah extendió la mano observando el pequeño copo de nieve que caía en su palma, tan diminuto y liviano como una pluma, inconsistente mientras se deshacía contra el calor de su piel, el suelo de la azotea había empezado a humedecerse, la temperatura había bajado considerablemente y con todo, no podía dejar de admirar y maravillarse por las vistas de la noche iluminada que ofrecía aquella atalaya en medio de la ciudad. El pequeño cenador de cristal brillaba con las luces de colores del alumbrado, destellos multicolor que teñían el invernal panorama con un toque de calor y festividad, las risas y murmullos que emergían del cálido y acogedor interior trajo una repentina punzada a su pecho, no deseaba mermar aquella felicidad, empañar una noche tan mágica como aquella con el recordatorio de su visión.

—Está bien, Dryah, solo escucha a tu corazón —el cálido aliento de su marido era un contraste importante con el frío del exterior.

—No quiero empañar esto —murmuró señalando el cenador con un gesto de la mano—, no tengo derecho a hacerlo.

Shayler la rodeó con los brazos, apretándola contra él.

—Nos has reunido a todos aquí esta noche —le recordó besándole el cuello—, es una decisión que has acogido por ti misma, no vaciles, amor mío, sigue tus instintos, a veces es necesario que permitas actuar al libre albedrío.

Estremeciéndose entre sus brazos, bajó sus manos sobre las de él y respiró profundamente.

—Muchas cosas cambiarán, si no han empezado ya a cambiar —murmuró en apenas un susurro.

—El mundo está en constante cambio, Dryah y nosotros con él —le susurró Shayler, sin coaccionarla, solo apoyándola—, deja que suceda lo que tenga que suceder, nadie te culpará por ello.

Dryah se tensó al oír en su voz, en sus palabras aquello a lo que tenía mayor temor, a intervenir y que sus acciones guiaran los pasos de otras personas, temiendo que esas acciones fueran equivocadas, que ese no fuese el camino o la elección correcta.

—Recuerda quién eres, Libre Albedrío —la voz de Shayler se filtró dulcemente en su mente—, recuerda que eres la única capaz de escribir su propio destino.

Respirando profundamente, empapándose del aire frío de la noche dio un paso adelante, dejando sus brazos para enfrentarse a lo que quiera que se interpusiera a partir de ahora en su camino.

Shayler sonrió alcanzándola a tiempo para abrir la puerta del cenador, permitiéndole ingresar en el calor de la habitación al tiempo que la gente empezaba a girarse hacia ellos y los recibían con diversas muestras de cariño, agitación y sobre todo un ambiente familiar.

—¡Al fin! Ya pensábamos que ibais a dejarnos tirados —se adelantó Lyon, pasando entre

las parejas con un par de copas en la mano que entregó a los recién llegados.

—Ya sabes que la espera siempre hace más interesante las reuniones —le aseguró Shayler tomando la copa de champán que le tendía Lyon, antes de girarse hacia su compañera para entregársela.

—Burbujas, ten cuidado —la previno, sabiendo que a Dryah no le gustaba el alcohol y que el champán solía darle dolor de cabeza.

—Deja primero que se quite el abrigo o empezará a asarse igual que un pollo —intervino Keily, estirando la mano para coger la copa de manos de Dryah mientras ella se desabrochaba el abrigo y se lo quitaba dejando a la vista un bonito vestido rojo y blanco—. Oh, sí señor, ¿no te había dicho que te quedaba como un guante?

Dryah se sonrojó con una agradecida sonrisa mientras se volvía y dejaba el abrigo encima de una silla, donde no estorbara.

—Es demasiado ceñido para mi gusto —murmuró ella.

—Para el mío no —aseguró Shayler comiéndosela con la mirada, se habían cambiado tan rápidamente que cuando él salió después de ducharse, Dryah ya lo esperaba en el salón con el abrigo puesto—. Es endemoniadamente perfecto.

—¿Verdad que sí? —se rio Keily abrazando a su amiga, al tiempo que le susurraba al oído —. Ya te dije que le encantaría.

Dryah puso los ojos en blanco pero sonrió, su mirada atravesó entonces la habitación hasta encontrarse con Nyxx quien alzó su copa a modo de saludo. Sonriendo ampliamente, Dryah se excusó con Keily y fue directa a donde el cazador y Lluvia charlaban con Jaek.

—Hola, preciosa, ya pensábamos que ibas a dejarnos a todos en la estacada y con un palmo de narices —le aseguró Nyxx cuando llegó a ellos.

—Hubo un momento en que pensé en ello —aseguró Dryah volviendo la mirada hacia Lluvia quien se había puesto un sencillo vestido azul y negro que realzaba su figura—. Y bien, ¿no tienes nada que decirme?

Nyxx esbozó una conocida sonrisa.

—¿Vas a decirme que no lo sabías, *adelfi*?

Dryah sonrió de forma misteriosa y respondió como quien no quiere la cosa.

—Podría decirse que sí sé una cosa o dos —aceptó antes de echarse a reír y cruzar la distancia con el cazador para abrazarlo—. Estoy realmente feliz por ti, *adelfos*, sé que ella cerrará cualquier herida que todavía quede en tu alma, Lluvia y la niña estarán siempre contigo, Nyxx, te lo prometo, siempre.

Suavemente Nyxx le devolvió el abrazo, un gesto que decía más que todas las palabras que podrían haber pronunciado.

—Enhorabuena por el bebé, chicos —les sonrió a ambos y se volvió encontrándose con la mirada de Jaek, la cual parecía hablar sin necesidad de palabras—. Sigue vivo, lo juro.

Jaek esbozó una divertida sonrisa y le acarició la mejilla con los nudillos.

—Me alegra saber que podré tomarme unas vacaciones en lo que a curaciones se refiere.

Dryah puso los ojos en blanco.

—Oh, no cantes victoria tan rápido.

Shayler se había acercado a ellos y estaba estrechando la mano de Nyxx felicitándolo por su próxima paternidad.

—No te garantizo que no acabe con un ojo morado antes de que acabe la noche —rumió enlazando la cintura de su mujer con el brazo. Su mirada azul recorrió a los presentes—. Algo que sucederá si no aparece pronto.

Dryah siguió su ejemplo con la mirada.

—¿John no se ha pasado por aquí?

Lluvia negó con la cabeza.

—¿Vas a decirnos, por favor, qué es ese asuntillo que he oído sobre una visión y nuestra presencia en ella? —preguntó Nyxx, a quien las sutilezas le producían urticaria.

La mirada de la muchacha fue de Nyxx a Jaek, con quien tampoco había tenido oportunidad de hablar.

—¿Va todo bien? —preguntó el guardián, sus ojos azules sondeando los de ella.

Dryah asintió y respiró profundamente.

—Sí, es solo que esta última visión que he tenido no ha sido como las anteriores —aceptó volviendo la mirada hacia Shayler cuando él le apretó suavemente el costado—, y puede que haya otra clase de implicaciones para todos nosotros, en cierto modo, podría decirse que he vislumbrado… vuestro destino.

Nyxx frunció el ceño atrayendo a Lluvia instintivamente hacia él, protegiéndola.

—No estoy seguro de querer saber lo que has visto, nena —aseguró Nyxx con cierto recelo.

Dryah no podía culparle, él mejor que nadie sabía lo que significaba el destino y el infierno que podría resultar ser algunas veces.

—A ti, a Lluvia, la niña —respondió bajando la mirada al vientre todavía plano de Lluvia —. Tu destino son ellas, Nyxx, no tienes nada que temer de ello.

El hombre se relajó visiblemente mientras Dryah hacía lo propio con Jaek e indicaba a Keily quien se había acercado también a su marido.

—Vosotros ya habéis dado el primer paso y en una semana, daréis el siguiente con la boda —les comunicó ella con una tierna sonrisa, entonces paseó su mirada por todos los presentes—. Si os he hecho venir aquí, esta noche es para que podáis coger el destino en vuestras manos y enfrentaros a él de la única manera que debe hacerse, eligiendo vuestros propios caminos, tomando vuestras propias decisiones, permitiendo que eso os conduzca a donde queráis ir, sin pautas, sin directrices, vuestra propia libre voluntad.

—A ver si lo entiendo —se adelantó Lyon—. ¿Estás diciendo que vas a mandar al diablo la advertencia, sea cual sea, que has encontrado, o hemos visto, o lo que diablos signifique en tu visión, si eso es lo que nosotros queremos?

—Básicamente —asintió Shayler, respondiendo por ella.

—Ah, eso mola —aseguró Lyon con cierta diversión—. Solo que hay un pequeño problema… que es posible que ese camino… ya haya comenzado para nosotros.

Dryah asintió dándole la razón.

—Lo ha hecho, Lyon —su mirada voló hacia los demás—, todos habéis empezado ya ese destino, pero porque ha sido elegido por vosotros. En mi visión, fuiste tú el que me entregó el sobre y el que me dijo «este es mi destino» —su mirada fue de uno a otro, deteniéndose en ellos —, Jaek, lo que tú me entregaste fue una pluma de color gris paloma, la pluma de una hija de los dioses y me dijiste sin dudar que ella era tu destino —Dryah se giró por completo, volviéndose hacia el cazador—, no sé por qué mi visión te incluyó a ti con los guardianes, Nyxx, pero estabas allí y al igual que los demás, también caminaste hacia mí, la tenías a *ella* en brazos, vuestra hija… ella es ya vuestro destino. Chicos, las decisiones que toméis a partir de ahora, son únicamente vuestras, ese ha sido el camino que habéis elegido, tenéis el destino en vuestras manos.

—Bueno, eso me tranquiliza —aceptó Keily en voz baja, volviéndose a mirar a Jaek,

quien le apretó la mano.

Lyon en cambio parecía no estar conforme del todo, su mirada fue hacia Shayler y luego hacia ella.

—¿Y qué hay de vosotros dos? Y no me jodáis, quiero la verdad.

—Son la balanza del equilibrio, Lyon. Puede ocurrir cualquier cosa.

Las miradas de todos los presentes se volvieron hacia la puerta al escuchar la voz del hombre que había hablado.

—¿Llego tarde? —sugirió John mirando a Dryah y luego a Shayler.

—No —se adelantó Shayler—, llegas justo a tiempo para que te deje un ojo morado.

—Viva el espíritu navideño —carraspeó Lyon.

El hombre se limitó a arquear una ceja en respuesta, su mirada volviéndose hacia Dryah.

—Ignóralo, lleva días sin dormir bien y eso afecta a sus modales —le respondió ella cruzando la sala hacia él, tomando su mano la cual John apretó en una muda disculpa—. Gracias.

John se limitó a sostener un instante su mano, entonces la soltó y miró a su hermano, quien había cruzado ya la habitación para reunirse con ellos.

—¿Qué? ¿Cenamos? —sugirió mirando a su hermano y finalmente al resto de los chicos.

—Esa es la mejor idea que has tenido en toda la semana, Shay —aseguró Keily mirando a Lluvia, quien asintió y ambas se movieron para hacerse cargo de servir la comida.

—Lo cual ya es toda una proeza teniendo en cuenta el fuerte resfriado que has tenido —aseguró Jaek apoyando a su mujer al tiempo que rescataba su copa de encima de un mueble y la alzaba hacia ellos, quienes entendieron la silenciosa petición a la primera. Rápidamente, mientras las chicas dejaban las bandejas sobre la mesa y cogían sus propias copas, se fueron colocando alrededor de la mesa—. No puedo decir que no haya sido una manera un poco accidentada de reunirnos, pero sin duda ha merecido la pena.

—Oh, ya lo creo que sí —aceptó Keily sonriendo—, ésta es la primera vez que tengo la oportunidad de cenar en familia.

—Una familia realmente extraña —aseguró Nyxx alzando también su copa—, muy variopinta, sin duda.

—Y unida —añadió Lluvia levantando su propia copa—. Dryah, realmente eres capaz de hacer milagros.

—Yo no… —se sonrojó la aludida.

—Esta es tu familia, amor mío —le sonrió Shayler, acariciándole la mejilla—, nuestra familia.

—Un tanto psicótica, eso sí —añadió Lyon con una sonrisa—, pero fiel hasta la médula.

—Feliz Navidad, Dryah —acotó John, de pie a su derecha al tiempo que alzaba la copa hacia ella antes que los demás se hicieran eco de la misma felicitación.

—¡Feliz Navidad!

Todos a una brindaron por la oportunidad de celebrar una época como aquella en familia, podía ser que no compartieran la misma sangre, que pertenecieran a épocas distintas, pero todos ellos tenían algo en común, algo que los había unido a lo largo del tiempo, haciéndolos fieles unos a otros y que solo la más vil de las traiciones podría romper. La amistad.

—Bueno, ¿Y ahora qué tal si vamos a por el pavo? —anunció Lyon armado ya con tenedor y un enorme cuchillo.

EPÍLOGO

1 de enero
Colina Dunnad, Escocia

La suave brisa se arrastraba sobre la hierba acariciándola con mimo, envolviendo todo de un aroma que Dryah estaba segura solo podía encontrarse en aquellas tierras, en lo alto de la colina en lo que en algún tiempo residió la cuna de los Reyes Escoceses, los recién casados reían y bromeaban con los invitados. La ceremonia había sido íntima, celebrada por un sacerdote celta, con ella y Shayler como testigos de la hermosa unión y algunos invitados escogidos por los novios. Keily estaba preciosa vestida con un traje de novia celta en colores rojo y blanco con aplicaciones plateadas, el pelo le caía en una cascada de tirabuzones por la espalda, con diminutas flores rojas entrelazadas, sus ojos brillaban de felicidad cada vez que miraba al que ya era su marido. Había sido una sorpresa ver a Jaek vestido como un antiguo guerrero celta, tenía que reconocer que el uso del tartán le había granjeado mil y una bromas por parte de Lyon, pero el hombre parecía absolutamente feliz y satisfecho con lo que acababa riéndose también.

—¿Huyendo de los felices novios?

Dryah se giró, tomando la larga falda del vestido para no pisarla, al igual que la novia y las invitadas femeninas a la boda, había terminado vestida con un hermoso traje celta en color azul noche y plata, Shayler le tendió la mano para ayudarla a descender entre los peñascos hasta una zona más llana del camino.

—No creo que se dieran cuenta ni siquiera si nos marchásemos todos, solo tienen ojos el uno para el otro —aseguró tomando la mano de su marido para poder descender.

—Hacía mucho tiempo que no veía a Jaek tan feliz, Keily ha conseguido algo que ninguno de nosotros pudimos hacer en todo el tiempo que lo conozco —aceptó Shayler mirando hacia la cima de la colina—. Se merece esa felicidad.

—Ella es especial —murmuró Dryah siguiendo su mirada—. La metedura de pata de Maat no había podido resultar mejor.

Shayler la abrazó entonces, rodeándole la cintura desde atrás, acariciándola por encima de la ropa.

—Estás preciosa con ese vestido —le susurró al oído, entonces se apartó un poco, lo justo para poder mirarla. La larga melena rubia caía suelta hasta su cintura en tirabuzones naturales, sabía que si enredaba un dedo en su pelo, crearía un nuevo rizo, su rostro prácticamente limpio de todo maquillaje sonrosado por el brillante sol invernal, a pesar de que el día estada despejado, el aire resultaba cortante—. ¿Te gustaría que nos casáramos?

Dryah parpadeó un par de veces.

—¿Casarnos? —preguntó bajando la mirada al tatuaje en su mano—. ¿No lo hemos hecho ya?

Shayler sonrió y le acarició el rostro.

—Me refería a algo como esto —señaló con la barbilla a la pareja encima de la colina—,

una ceremonia de unión, alianzas, un bonito vestido, flores… no sé, esas cosas que os gustan a las mujeres.

—Esas cosas que nos gustan a las mujeres —repitió Dryah al tiempo que seguía el gesto de su marido, observando a la pareja besarse antes de que él la hiciese girar en el aire y se oyese su risa—. Una ceremonia…

—Ya has tenido oportunidad de ver dos bodas distintas, la de Nyxx con Lluvia y ahora la de Jaek y Keily —le respondió, derramando el calor de su aliento en su cuello—, pensé que quizás habrías echado en falta algo así, después de todo, nuestra unión fue un tanto… caótica.

¿Caótica? Sí… ciertamente, el interludio que habían tenido en la azotea, aquella segunda noche en la que estuvo con él, podría catalogarse sin duda de caótico y apresurado. Dryah no se había parado a pensar en ello, en aquellos días su vida había sido como un partido de tenis yendo de un lado a otro y cuando por fin había conseguido la libertad, Shayler estaba a su lado, guiándola, enseñándole a vivir en un mundo que le era absolutamente ajeno, introduciéndola en placeres que solo un amante podría proporcionar. Su consorte, su marido, el hombre que la protegía, la cuidaba y amaba, el hombre por el que ella sacrificaría cualquier cosa con tal de no perderlo, aquel que le había enseñado lo que era el amor y a no darse jamás por vencida.

—¿Te gustaría a ti? —se encontró preguntándole, volviéndose en sus brazos para ver la sorpresa en los ojos masculinos—. ¿Quieres que nos unamos mediante una ceremonia como la de ellos?

Shayler le acarició el rostro.

—Tú y yo ya estamos unidos por la más antigua de las ceremonias, amor mío —le aseguró deslizando los nudillos por su mejilla, sus labios—. Eres y serás mi esposa durante todo el tiempo que duren nuestras vidas y más allá, no necesito ningún rito pagano o de cualquier otra religión para saberlo. Si no quieres, no hace falta ni que lo pienses.

Dryah volvió nuevamente la mirada hacia la pareja y suspiró.

—Me gustaría llevar algo tuyo —murmuró entonces—, algo que hiciera que incluso los humanos supieran que te pertenezco… Eso sí me gustaría.

Una suave sonrisa se extendió por los labios masculinos, sus propias emociones girando desbocadas por las palabras de ella. La amaba, la adoraba, una eternidad sin ella, la vida en sí, nada de aquello tendría sentido si no la tenía consigo.

—Tú sí que sabes cómo hacer que un hombre se quede sin palabras y babeando a tus pies —le aseguró Shayler antes de abalanzarse contra su cuello y mordisqueárselo haciéndola reír.

—Shay —se quejó entre risas, tratando de apartarse.

—Piénsatelo —la besó apretándola contra su pecho—, ya buscaré algo que puedas llevar y que te encadene a mí.

Ella se rio suavemente girándose en sus brazos.

—Ya estoy encadenada a ti, amor mío —le aseguró con una suave y tierna sonrisa—. Y estas cadenas no tienen ni candado ni llave.

Shayler sonrió contra sus labios antes de devorar su boca con hambre, cuando volvieran a casa, iba a encerrarse en el dormitorio con ella durante al menos una semana entera, el buffet podría arreglárselas perfectamente con John.

Al pensar en su hermano recordó que aquello no sería posible, John había desaparecido la misma noche de Navidad, después de cenar con ellos había intercambiado una mirada con él y se había marchado y hasta hoy nadie sabía absolutamente nada de él.

—Va a estar bien, Shay —la oyó murmurar.

Bajando la mirada sobre su esposa se encontró con la comprensión y la pena en sus ojos.

A veces le sorprendía que ella fuera capaz de leerlo con tanta facilidad, cualquiera diría que la empática era ella.

—Se fue hace ya una semana y no ha dejado siquiera una nota —murmuró el hombre dejándola para ponerse a caminar. Cuando se trataba de su hermano era incapaz de permanecer quieto en un lugar.

Dryah lo contempló en silencio, las palabras que John le había dedicado bajo la incesante nevada que aquella noche había estado cayendo sobre la ciudad de Nueva York estaban muy presentes en su alma.

Él había dejado la mesa poco después de la madrugada, el vino había corrido alegrando la noche a los bebedores y a aquellos que no estaban tan acostumbrados a beber, Dryah lo había visto salir y dejando a Shayler riéndose con Jaek de algo que había dicho Lyon, lo había seguido al exterior.

—Vuelve a dentro Dryah, si coges un resfriado por mi culpa, Shayler me despellejará y esta vez no habrá nada que lo frene —le dijo sin darse siquiera la vuelta, llevaba las manos en los bolsillos y el cuello de la chaqueta subido.

—¿Vas a buscarla?

John se había tensado al oírla susurrar la pregunta solo para girarse a continuación y clavarle su fría y dolida mirada azul.

—No te metas en esto.

Pero se había metido, lo había hecho desde el mismo momento en que él se le había acercado en la visión entregándole aquella llave, aquella mujer, fuese quien fuese era el destino de John y él debía encontrarlo así como los demás habían encontrado el suyo.

Dryah no había dudado, por primera vez desde que había terminado en el suelo y sangrando por la nariz por aquella visión, sintió que estaba haciendo lo correcto. No le llevó ni dos pasos acortar la distancia entre ellos y una vez lo hizo, posando la mano sobre su pecho compartió con él lo que había visto en su visión.

John había caído al suelo de rodillas, jadeando, sus ojos abiertos desmesuradamente, el azul de sus iris parecían haber ocupado toda su mirada y una sola frase había escapado de su boca.

—Atryah, ella… ella es Atryah

Aquella había sido la última vez que cualquiera de ellos había visto a John, el hombre solo le había dejado un mensaje, una petición antes de marcharse e iba a cumplirla pasase lo que pasase.

—No sé a dónde ha ido, Shay —susurró alzando la mirada hacia su marido, sus ojos brillaban con la fuerza de una promesa—, pero sé que volverá y quizás cuando lo haga, descubramos también la verdadera advertencia que había detrás de mi visión.

El Juez se limitó a volverse hacia ella, sabía que Dryah había hablado con John, que ella había sido la última en verlo aquella noche y solo podía haber una razón.

—¿Se lo mostraste?

Ella respiró profundamente y asintió.

—Sí —aceptó con firmeza—, él deseaba ver lo que yo había visto, deseaba ver su destino.

Shayler maldijo entre dientes, su hermano siempre había sido un cofre de misterios, desde el día en que se había presentado ante él y le había dicho que tenían la misma sangre, lo había adorado, idolatrado, había sido su modelo a seguir, su consuelo y su apoyo más sincero pero había sido incapaz de ir más allá, John no lo había permitido, fuera lo que fuera que ocultase en su pasado, lo había ocultado también de él.

Sintió las suaves manos de su esposa sobre sus hombros, deslizándose por sus brazos hasta atraparle las manos en las suyas.

—Estará bien, Shayler —lo obligó a mirarla, atrayendo sus manos hacia sus suaves senos apretados por el corte del vestido—. John sabe cuidar de sí mismo, sabe lo que hace.

—Lo sé —aceptó, pero podía notar la tensión en sus manos—. Pero sigue siendo mi hermano y no puedo evitar preocuparme por él.

Ella sonrió y lo atrajo de nuevo a sus brazos, rodeándole la cintura, apretando su cuerpo más suave y curvilíneo contra él.

—Es tu hermano, sí —aceptó Dryah—. Pero también es el más antiguo de los Guardianes. No le ocurrirá nada, Shay y cuando vuelva, bueno, cuando vuelva te dejaré que lo despellejes si quieres.

Shayler bajó la mirada para encontrarse brevemente con la de su mujer.

—¿Lo prometes?

Dryah puso los ojos en blanco.

—Hombres, no hay quien os entienda.

Shayler esbozó una sonrisa en respuesta y bajó la cabeza hasta apoyar su frente contra la de ella.

—No te esfuerces, cariño, la mayoría de las veces ni nosotros mismos nos entendemos.

Dryah se abstuvo de dar una respuesta, ahora mismo, todo lo que le apetecía hacer era abrazar a aquel hombre, compartir su calor y esperar que sus palabras no hubiesen sido falsas y que antes o después, el hijo pródigo volviera a casa.

Seybin llevaba un buen rato contemplando la Puerta de las Almas, escuchando en silencio el suave murmullo que emitían las almas atrapadas en su interior, oyendo su propio lamento, como si aquella entidad de piedra hubiese adquirido conciencia, igual que si se tratase de un ser vivo con alma propia penando en soledad.

—Vaya, has vuelto a casa.

La voz rasgada del más letal de sus cazadores lo obligó a dejar su atención sobre la Puerta para volverse hacia él. Nyxx lo contemplaba con una abierta pregunta en su mirada, había pocas cosas que se escaparan al Cazador.

—¿Esperabas que te dejase esto en herencia?

Nyxx se echó a reír y alzó las manos.

—No, gracias —negó con rotundidad—. No es que no lo aprecie, Sey, pero esto no es precisamente lo que deseo para mi futuro o el de mi familia, son… demasiadas responsabilidades, tú sabes, me basta con la caza.

Seybin asintió y contempló a su Cazador, el hombre vibraba con la felicidad encontrada al lado de su compañera, y ahora había también algo más, algo que lo asustaba y emocionaba al mismo tiempo.

—¿Lluvia está bien?

Nyxx asintió.

—Todo lo bien que puede estar en su actual condición —aceptó con una amplia sonrisa.

El dios arqueó una ceja ante la enigmática respuesta, entonces lo vio, tan claro como el futuro de aquel hombre que tenía frente a él, su descendiente, una hermosa niña que llegaría al mundo colmada de bendiciones, amada y protegida, la esperanza de un hermoso futuro.

—Vaya, Lobo, cuando haces las cosas, las llevas hasta las últimas consecuencias —se rio

Seybin y le palmeó el brazo con verdadera felicidad—. Enhorabuena. Estoy feliz por ti, de veras.

Nyxx sonrió ampliamente, orgulloso y feliz por la noticia que había hecho realidad su esposa.

—Lo sé y gracias, viejo —aceptó con verdadero agradecimiento—. Gran parte de ello te lo debo, si no me hubieses rescatado…

Seybin chasqueó la lengua, descartando las sensiblerías.

—Te has salvado tú mismo, Nyxx yo me limité simplemente a darte algo que hacer durante la espera.

Asintiendo en respuesta, el Cazador volvió a mirar a la Puerta de las Almas y todo lo que había supuesto en su vida y en la de sus seres queridos.

—La oyes, ¿verdad?

El dios se giró hacia la enorme puerta blanquecina y asintió.

—Sí, la oigo —aceptó con una mueca—. Y está empezando a levantarme verdadero dolor de cabeza.

—Nunca antes ha actuado de esta manera…

—Quizás ella también necesite unas vacaciones.

Nyxx se volvió hacia su jefe y amigo para responder cuando el característico sonido de la Puerta al abrirse llamó su atención.

—¿La has convocado tú? —preguntó de inmediato el Cazador, mirando ya a su alrededor, haciendo aparecer su espada en una de las manos y encendiendo el fuego de las almas en la otra.

—No —negó Seybin alzando la mirada hacia la puerta, teniendo un muy mal presentimiento sobre ello.

La Puerta se abrió por completo, las voces que habían estado murmurando escasos segundos antes fueron silenciadas, la niebla blanquecina formaba remolinos extendiéndose a sus pies, mientras a través del umbral empezaba a formarse una figura, alguien se estaba acercando e iba a atravesar la Puerta de un momento a otro.

—¿Y dices que esto no es cosa tuya? —insistió Nyxx absolutamente irónico.

Seybin ni siquiera se molestó en mandarlo a paseo, su mirada estaba concentrada en la silueta que poco a poco tomaba forma a medida que iba emergiendo de la niebla hasta terminar a pocos pasos de ellos, mientras la Puerta de las Almas volvía a cerrarse a su espalda.

—Pero… tú…

Calíope sonrió ampliamente al ver al Dios de las Almas con expresión sorprendida y sin palabras, entonces su mirada se volvió hacia el hombre de pelo rubio y ojos verdes que permanecía a su lado con la espada en una mano y un extraño fuego blanquecino ondeando en los dedos de la otra, por algún motivo aquel fuego la hizo estremecerse.

—Seybin… eso… —empezó Nyxx, frunciendo el ceño al mirar a la muchacha que permanecía de pie ante ellos.

—Ella… —lo corrigió el dios, contemplando algo imposible.

Nyxx sacudió la cabeza, no había error posible en lo que sentía y olía en aquella mujer.

—Es un alma… hecha carne.

El dios se limitó a gruñir en respuesta.

—¿Pero cómo…?

La mirada de Calíope fue de uno a otro, entonces se lamió los labios y muy lentamente señaló con el pulgar por encima de su hombro la puerta a sus espaldas.

—Yo… bueno… El Dios del Destino me ha dado un mensaje para ti, Seybin —empezó a decir ella, su voz firme y estable, consistente, hermosa y atrayente—, dice que algo está pasando

con la puerta, que Ella, y me pidió que puntualizara la palabra, está despertando de un modo que ninguno esperamos y que traerá un nuevo enfrentamiento demasiado importante como para que lo encares tú solo —explicó tal y como le habían pedido que lo hiciera—,me dijo también que mi destino estaba en el mismo sendero que el tuyo y que debía regresar y permanecer a tu lado hasta que todo se arreglase.

—Joder… Eidryen debe aburrirse *muchiiiísimo* ahí dentro —murmuró Nyxx con una ahogada sonrisa—. Tío, ella es como Dryah… bueno, como era ella antes de renacer como el Libre Albedrío… es una jodida alma…

Calíope se volvió hacia Nyxx y posó las manos en las caderas, mirándole de arriba abajo.

—¿Tienes algún problema con ello?

Nyxx esbozó una atractiva y absolutamente sexy sonrisa al tiempo que hacía desaparecer el fuego en su mano y desvanecía su espada con un movimiento de muñeca.

—Ninguno en absoluto, muñeca —aceptó el Cazador volviéndose a Seybin y palmeándole el brazo antes de soltarle—. Bueno, Sey, creo que acabas de ganar una nueva Cazadora de Almas.

Seybin se limitó a gruñir, aquello simplemente no podía estar ocurriéndole, tenía que tratarse de una maldita pesadilla.

No volvería a tomarse vacaciones nunca más.

ANHELO ETERNO -LIBRO 5-

Lyon siempre había sido consciente de que las viejas promesas antes o después llamarían a su puerta. Pero ni en sus más disparatadas fantasías pudo imaginar que lo harían en la forma de una atractiva mujer armada con una pistola, una lengua afilada y un contrato matrimonial que la ataba irremediablemente a él.

Ella era la última Ashtarti, la única que podía llevar a cabo la profecía.

La vida de Ariadna se había ido por el desagüe años atrás, había pasado de ser una despreocupada estudiante universitaria, a descubrir que es la última descendiente de una antigua Orden fenicia al servicio de la Diosa Ashtart.

Con una fatal profecía pendiendo sobre su cabeza, su única oportunidad de salvarse está en las manos de su marido, un hombre al que no conoce, el cual pertenece a una antigua hermandad desconocida. Los *Guardianes Universales.*

Él es su Guardián, el único que puede detener toda esa locura… si logra seducirle a tiempo.

Un hombre dividido entre la lealtad a los suyos y el juramento a una antigua diosa.

Enfrentado a una exasperante y sexy mujer que no conoce pero a la cual está atado por algo más que un contrato matrimonial, Lyon deberá poner en orden sus prioridades y luchar por proteger aquello que pensó que jamás podría ser suyo… y que ahora podría perder.

PRÓLOGO

Agosto 1998,
Playa de Gebal, Byblos.

El sol empezaba a descender en el horizonte, sus rayos coloreaban las aguas del Mediterráneo y las dotaba de un color anaranjado a juego con las sombras que creaban las nubes, la tarde llegaba a su fin, pero no así el calor que había abrasado durante buena parte de la jornada. Aquel día pudieron superarse fácilmente los treinta y ocho grados de máxima que eran comunes en la costa libanesa, por lo que permanecer tendido como un cangrejo en la orilla de la playa no parecía ser la mejor de las ideas.

El calor de la arena se filtraba a través de su ropa acartonada, no podía recordar cuanto tiempo llevaba tendido allí, asándose como un pescado a la parrilla, pero a juzgar por la rigidez de su ropa y el calor abrasador en su espalda, era bastante. Esa maldita zorra no solo había conseguido que firmara su sentencia de muerte, también le dejó tirado en la playa para que terminara de cocerse a fuego lento en su mal humor. Malditos dioses, ¿no sabían lo que significaba la ironía? El decir que antes prefería tostarse bajo el sol del desierto no había sido algo literal, sin embargo la mujer lo interpretó así.

—Maldita… zorra… —susurró a través de los labios agrietados. La arena se pegaba a su rostro, el cual estaba cubierto por una barba de varios días, un tiempo que había pasado en un lugar al que esperaba no tener que volver, si tenía suerte, jamás.

Su mente conjuró entonces los recuerdos del encuentro, la conciencia volvió en ese momento para aguijonearle y recordarle que acababa de cometer el peor de los crímenes posibles contra su hermandad, contra su Juez, comprometiendo su lealtad hacia los Guardianes Universales.

—Maldita sea —farfulló revolviéndose en el suelo. Sus movimientos eran lentos, torpes —. Mierda, mierda… ¡mierda!

Las manos, agrietadas y heridas se cerraron en sendos puños que cavaron en la arena con la presión de sus golpes.

Solo tú puedes salvarla, Guardián. Eres el único que puede salvarla.

Las insidiosas palabras de la diosa resonaban en su mente con tal claridad que parecían ser susurradas al oído, pero en la playa no había nadie más que él.

El sonido de las olas, la brisa del mar y el graznido de las gaviotas parecían formar un cántico de recepción, un ligero recordatorio de que para su mala suerte seguía vivo y tendría que enfrentarse, quisiera o no con las consecuencias derivadas de sus actos. Resopló y luchó por incorporarse, no podía quedarse allí tendido sin más, esperando… ¿A qué? Con su suerte, una patada que lo devolviese a la embajada norteamericana con billete abierto para Nueva York, dónde el cachorro lo molería a palos.

Y se lo merecía. Maldita fuese su propia estupidez. Se merecería cada una de las palizas que quisieran darle. Es más, insistiría en ello, quizás así sus neuronas volverían a funcionar correctamente.

—Lo he… jodido… todo… —murmuró arrastrándose sobre sí mismo mientras intentaba hacer palanca con los brazos para incorporarse. Con dificultad, consiguió abrir los ojos y mirar a

su alrededor—. ¡Mierda! Oh, joder… mierda.

A pesar de estar atardeciendo, la luz del día era tan intensa para sus ojos como un foco alógeno dirigido al rostro. Luchó contra las náuseas que trajo consigo el movimiento, a duras penas pudo levantar el brazo lo suficiente para cubrirse e intentar abrirlos de nuevo. Las lágrimas acudieron en el mismo instante que lo hizo, la luz hería las sensibilizadas pupilas pero no era nada que no pudiese soportar.

La playa se extendía en forma de arco, bordeaba la costa y mostraba a lo lejos, recordadas contra el cielo anaranjado la silueta de un par de palmeras, el derruido y viejo castillo de los cruzados y la casa libanesa que presidía el emplazamiento de las malditas ruinas que lo habían llevado a dónde se encontraba en aquellos momentos.

Oh, sí, su mente se aclaró al instante, casi prefirió que no fuese así pero no había manera de ocultar los insistentes recuerdos que le bombardeaban la cabeza.

Se secó las lágrimas que empañaban su visión maldiciendo cuando la arena le rozó el abrasado rostro, no necesitaba echar más que un vistazo al color rojizo de sus brazos para saber que el resto de la piel que hubiese estado expuesta al inclemente sol estaría de igual tesitura.

—Me las pagarás, juro por lo más sagrado, que me las vas a pagar, perra —masculló y fulminó con la mirada el lugar en el que se emplazaban los vestigios del templo fenicio dedicado a la diosa patrona de la ciudad.

Había viajado a aquella región del Líbano motivado por las visiones, las mismas que no dejaron de atormentarle desde el momento en que recogió aquella maldita vasija de manos del anticuario. Toda clase de imágenes de un antiguo pasado atravesaron su mente. Había asistido al momento en que la vasija fue creada, pasando por varios flases hasta la imagen más nítida de todas, en la que casi como una película, vio como una mujer ataviada con ropajes de la época, la sostenía y se la entregaba a un sacerdote. Una ofrenda, un rito que había estado teñido de muerte, destrucción y maldiciones. La conexión había sido tan intensa que se había encontrado allí de pie durante todo el proceso, llegando incluso a cruzar la mirada con ella, a pesar de que la mujer nunca le hubiese visto en realidad.

Eres su única esperanza.

Aquellas palabras le atraparon, no podía asegurar si habían sido dichas por ella en aquella época o alguien más había dejado aquel eco, pero la intensidad de estas, la desesperación y la necesidad de ayuda, le impidieron conciliar el sueño durante días y días hasta el punto de volverse una obsesión.

No pudo retrasarlo por más tiempo, con una breve mención del asunto al Juez Supremo, líder de los Guardianes Universales, la cual consistía en notificarle que se marchaba a Europa durante un par de días, partió siguiendo su intuición y las visiones que le habían estado atormentando hasta su lugar de origen: Las ruinas fenicias del templo de Gebal Baalat, en el puerto más antiguo del mundo conocido, Byblos.

Lo que había pretendido ser un viaje de un par de días, terminó convirtiéndose en algo mucho más grande y peligroso, algo que podía poner en peligro su lealtad.

—Soy un completo estúpido hijo de puta —siseó volviéndose sobre sí mismo hasta conseguir terminar arrodillado en el suelo, las manos hundidas en la ardiente arena sosteniendo su peso—. He empeñado mi alma al diablo por algo que ni siquiera ha sucedido todavía.

Debía haberlo supuesto, tendría que haberse fiado de la intuición que le había estado diciendo a gritos desde el primer momento que acercarse a aquellas ruinas no podían reportarle nada bueno. Su poder tendía a sentirse atraído hacia las antigüedades, especialmente hacia las piedras, ya que ellas guardaban un registro del tiempo mayor que cualquier otro objeto. Un solo

toque solía acercarle las imágenes acontecidas en aquel mismo lugar, aquello que fuese más relevante, mostrándoselas como si de una vieja película se tratase, una en la que participaba como un silencioso espectador o un no invitado extra.

Aquellas piedras, sin embargo, no le mostraron únicamente sus momentos de esplendor o la caída y las guerras que vieron pasar, sino que lo llevaron a la presencia de la única deidad que, ahora se daba cuenta, debió evitar a toda costa.

—Tengo que regresar, alejarme de aquí cuanto antes —musitó luchando por levantarse, una empresa que no parecía ser nada fácil.

Debió probar más de una vez antes de conseguir mantenerse en pie, sus pisadas sobre la arena siguieron un rumbo zigzagueante. Con un brazo a modo de visera intentó situarse, buscando un modo de salir de allí y volver al mundo que conocía, aquel en el que se sentía seguro y dónde podría empezar a pensar en algo. Pero sus ojos, demasiado sensibles a la luz, seguían empañándose y un nuevo zumbido pronto se unió al de sus oídos, inundando su cabeza. Con todo, aquello no detuvo su avance.

—Voy a matarla, despellejarla, me haré unas maletas con su piel —farfulló como si aquella letanía fuera suficiente para permitirle dar un paso detrás de otro—. Ella jamás aparecerá, no lo permitiré, le cerraré la puerta en las mismísimas narices.

Sus pies se envolvieron con la arena y lo enviaron al suelo. Lyon resopló y escupió la que entró en su boca.

—Lo juro… ella no obtendrá nada de mí —masculló al tiempo que luchaba para incorporarse lo suficiente y no comerse la arena. El recuerdo de su encuentro con aquella diosa naufragaba en su mente—. No lo hará.

¿Cuánto tiempo estuvo en su presencia? ¿Cuánto tiempo había sido retenido en su templo? ¿Horas, días, años quizás? El paso de las horas se había convertido en algo irreal en su presencia, las continuas negativas a cumplir con su voluntad, las burlas y las respuestas irónicas lo llevaron a ser huésped de la diosa hasta que cambiase de opinión, le gustase o no. Con un pelo largo y sedoso del color del azabache, de tez olivácea y piel tersa que pedía a gritos ser saboreada, acariciada, era una mujer voluptuosa, hermosa y segura de su poder, una diosa que no aceptaba un no por respuesta.

Ashtart se había presentado ante él cuando la visión de los recuerdos grabados en la piedra cedió, sus alrededores habían dejado de ser piedras amontonadas, hierbajos y pequeños árboles y arbustos para convertirse en una réplica exacta y llena de lujo del antiguo templo. Orgullosa, hermosa, una verdadera diosa presidiendo desde su trono, sus voluptuosos pechos destacándose a través de la nívea tela que apenas los contenía, los pezones marcados contra la tela, la cual descendía dejando al descubierto su liso vientre y ombligo para contornear sus caderas y caer en una cascada hasta sus desnudos pies, una tentación capaz de poner de rodillas a un hombre y que a él solo consiguió irritarlo.

Y mucho.

—Ashtart. —El nombre abandonó sus labios con fastidio. Sus ojos verdes recorrieron a la diosa sin pudor mientras cruzaba los brazos a la altura del pecho.

La mujer esbozó una arrebatadora y sensual sonrisa y se levantó del mullido asiento; Cada uno de sus movimientos era puro sexo.

—Me honra y satisface que sepas mi nombre, Einar, hijo de Apsel.

La voz era pura seducción, su cuerpo reaccionó por sí solo al estímulo de aquella tentadora voz.

—Abandoné ese nombre el mismo día en que me convertí en lo que soy —respondió de

manera cortante.

La diosa asintió lentamente y empezó a caminar hacia él.

—Lo sé, Lyonel, Guardián Universal.

Él frunció el ceño, echó un rápido vistazo a su alrededor y finalmente volvió a posar la mirada sobre la diosa.

—¿Por qué me has llamado?

Ella sonrió, sus blancos dientes reluciendo en unos labios perfectos.

—La impaciencia parece ser el mal común de todos los hombres.

Arqueó una delgada ceja rubia.

—Yo lo he visto en alguna que otra mujer.

La diosa sonrió ante su osadía.

—No lo pongo en duda, mi guerrero —aceptó deteniéndose ante él. Sus delicadas manos, pintadas con henna y adornadas con joyas se deslizaron sensualmente por uno de los fuertes brazos. Casi podría jurar que la oyó ronronear—. Hace tiempo que no tengo visitas en mi templo.

La miró de reojo.

—No puedo imaginarme el porqué.

Ella dejó caer la mano, se volvió y chasqueó la lengua.

—La arrogancia a menudo tiene un precio, Guardián —le aseguró volviéndose a mirarlo por encima del hombro.

—Estoy seguro que el tuyo es alto, y como no tengo el más mínimo interés en él, ¿qué te parece si me dices por qué estoy aquí y terminamos con esto antes de que mi jefe sepa que he desaparecido, se ponga de los nervios y ambos tengamos problemas?

Ella sonrió con diversión y una pizca de admiración.

—No estoy segura si debo alabar tu osadía o considerarla un insulto —le dijo con tono divertido.

—Podrías empezar por contestar a mi pregunta —sugirió con desinterés—. ¿Qué quieres?

La diosa se tomó su tiempo en responder, se dio el lujo de pasearse de un lado a otro, exhibiendo su hermosa figura como una invitante y peligrosa sirena.

—El motivo por el que estás aquí, Guardián —le dijo volviéndose hacia él—, es porque necesito algo de ti.

Y aquello, damas y caballeros, era una cosa que no se veía todos los días. Una diosa pidiendo ayuda.

—Creo que te has equivocado de persona, Ashtart, el buen samaritano es el joven Juez.

Ella negó con la cabeza.

—Es a ti a quien necesito para que proteja a la última de mis hijas.

Arqueó una ceja ante eso.

—¿Disculpa?

La diosa suspiró, un gesto que se vio tanto inocente como sensual en aquellos rojos y llenos labios.

—Escúchame bien, Guardián Universal, escúchame y recuerda cada una de mis palabras, porque con ellas ha sido escrita esta profecía.

Si su curiosidad no fuera mayor que su sentido común, habría rehusado escuchar una sola palabra de la mujer.

—Los tiempos han cambiado, los humanos ya no piensan en sus dioses, no de la manera en la que lo hicieron antaño —comenzó—. Las tradiciones se han perdido y con ellas la historia que acompaña a nuestra existencia, ésa es la naturaleza humana y está en cada uno de nosotros el

aceptarla.

—Si realmente lo hicierais, mis hermanos y yo tendríamos mucho menos trabajo.

Ella clavó sus profundos ojos verdes bordeados de espesas pestañas en él.

—Necesito tu ayuda, Lyonel —insistió sin apartar la mirada—, tu palabra y lealtad para con mi legado.

Lyon frunció el ceño.

—Explícate.

—Deseo que protejas a la última de mis *ashtarti* y al mismo tiempo la guíes a su destino.

Su intensa mirada sostuvo la de la mujer durante un largo instante, buscando allí algo más de lo que podía ver a simple vista.

—¿Por qué? ¿Quién es ella? ¿Y qué tiene que ver contigo?

Los labios de la mujer se estiraron en una delicada sonrisa.

—Eres inteligente, sagaz y con una fuerte voluntad que te ha permitido seguir siempre hacia delante, sin desfallecer, luchando por lo que crees justo. —Enumeró cada uno de los rasgos del hombre que permanecía en pie ante ella—. Tú, de entre todos los Guardianes, eres el único que podrá evitar que se cumpla la profecía, el único que podrá conducirla hacia su destino y evitar su muerte.

Él sacudió la cabeza, nada de aquello tenía realmente sentido.

—Me siento alagado de que hayas pensado en mí para una tarea de esa magnitud, Ashtart, pero tengo que declinar la oferta —aseguró con un ligero encogimiento de hombros y dio media vuelta dispuesto a marcharse.

La diosa no dudó en apresurar su respuesta.

—¿Dejarás que un inocente se enfrente a una muerte que no le corresponde, Guardián?

Lyon se detuvo, todo su cuerpo se tensó mientras se volvía hacia la diosa. Durante un momento, ambos permanecieron en silencio, midiéndose, entonces repitió la misma pregunta que le había traído a su presencia.

—¿Por qué yo?

Ashtart alzó ligeramente la barbilla, sus pechos se tensaron contra la tela y su voz hechicera sonó segura, firme.

—Eres el único que puede ver más allá de las piedras, sentir el paso del tiempo e interpretarlo —dijo haciendo referencia al poder que la Fuente Universal le había otorgado—. Ella llegará procedente de los tiempos antiguos, el estigma de su estirpe le ha seguido a lo largo de las generaciones hasta la nueva era. Nacida en la ignorancia, profetizada desde antes de su llegada al mundo, es la última de mis doncellas sagradas, mi *ashtarti,* la única esperanza… que me queda.

Entrecerró los ojos, aquello seguía siendo demasiado oscuro para su gusto.

—¿Por qué es tan importante como para que pidas mi ayuda?

Ella no dudó en su respuesta.

—No has formulado la pregunta correcta, Guardián —le dijo—. De lo contrario, entenderías mucho más de lo que ven tus ojos.

Los dioses y sus acertijos, pensó poniendo los ojos en blanco.

—No te ofendas, pero, creo que por esta vez, pasaré —aseguró con simpleza—. Nada bueno puede venir de los dioses, mucho menos aun de los pobres incautos que se ven atrapados en vuestras redes.

La mujer no solo no se dio por vencida, si no que se interpuso en su camino, cortando su retirada.

—Ella te necesitará, no podrá hacer frente a la profecía por sí misma —insistió. Sus ojos verdes brillaban con un tinte de desesperación que no estaba seguro de si era real o fingido—. Ninguno de nosotros podemos.

—¿Nosotros? Ahora somos más los implicados, mi señora —le dijo con gesto burlón—. Todavía estás a tiempo de buscar a alguien que juegue a tus acertijos.

—Lyonel. —Dijo su nombre en una muda súplica—. Si la dejas desprotegida, estarás perdiendo aquello que has estado anhelando.

El Guardián se tensó, su firme barbilla se alzó en un claro gesto de desafío.

—No jugaré a tus juegos —sentenció sin dar lugar a respuesta.

Ella negó con la cabeza, la tristeza empañaba sus ojos esmeralda cuando alzó la mano e hizo que unas puertas antes inexistentes se cerraran en su camino, manteniéndolo prisionero.

—No se trata de ningún juego, Guardián —le informó mientras caminaba hacia él. Sus voluptuosas caderas, la cadencia de sus movimientos y el suave y hechicero tono en su voz lo mantuvieron cautivo permitiéndole acercase hasta estar frente a él, sus labios a escasos centímetros de los de él—. Ella te necesitará llegado el momento, la reconocerás cuando llegue a ti. El deseo que te consume solo se verá aplacado con su cuerpo, será tu recompensa y parte de tu maldición, tuya para preservarla y perpetuarla, la última de mis *ashtarti*. Deberás conducirla a su destino… para poder alcanzar el tuyo… y así nosotros alcanzar el nuestro.

Los suaves labios femeninos rozaron los suyos y todas las preguntas que se habían ido agolpando en su mente desaparecieron de un plumazo.

Durante lo que creyó fueron interminables noches y días se negó a ella, se negó a sus peticiones, luchó con todo lo que tenía, pero la diosa sabía cómo utilizar sus cartas y cómo hacer que se rindiese prometiéndole algo que ponía en peligro su lealtad.

Ten fe, Guardián. La recompensa llegará.

Sacudiendo la cabeza para alejar aquellas palabras de su mente volvió al presente y al calor abrasador que lo envolvía, hincó una rodilla en el suelo y luchó nuevamente por ponerse en pie. Pero las fuerzas le habían abandonado, cayendo nuevamente contra la cálida arena, se prometió a sí mismo que esa mujer no se saldría con la suya, esa maldita zorra se quedaría con las ganas pues no pensaba volver a tocar a una sola maldita mujer cuya presencia despertara el anhelo en su alma.

Con ese último pensamiento, Lyon perdió la conciencia.

El sol casi se había ocultado tras el horizonte, el profesor Mortimer Collins nunca dejaba de maravillarse ante aquel bello espectáculo, daba igual cuantas veces lo viese, ya fuera desde lo alto, entre las ruinas de su excavación o en la playa, al pie del acantilado, era algo digno de contemplar. Y hoy, además, era especialmente hermoso, pues el gobierno de Jbeil le había dado el visto bueno para seguir con las investigaciones arqueológicas en el emplazamiento del templo. En aquellas ruinas se escondía su pasado, su línea ancestral y esperaba que también la manera de evitar a su nieta el destino que la aguardaba.

—Hoy debe ser el día más caluroso de todo el año —murmuró secándose el sudor de la frente con un pañuelo que sacó del bolsillo de su chaleco.

Su acompañante, un hombre moreno de piel canela, entrecerró los ojos y puso la mano a modo de visera para echar un vistazo hacia la ladera que se extendía tras ellos y en cuya cima habían estado trabajando.

—No más que otros —comentó con un suave acento que matizaba su perfecto inglés—. ¿Has pensado ya qué harás con ella?

El hombre suspiró, sus ojos volaron por encima del mar hacia el punto en el que el sol se ocultaba. Su nieta, la pequeña cuyos padres acababa de perder en un accidente de tráfico, era todo lo que le quedaba de su hijo y nuera, toda su familia.

—Supongo que no podemos retrasar más lo inevitable —aceptó con un profundo suspiro —. Es mi nieta, no voy a dejar que crezca lejos de mí, se lo debo a sus padres.

Su acompañante no respondió, su mirada siguió la del hombre sobre el mar.

—En ese caso, reservaré billetes para Londres —aceptó su compañero volviéndose hacia él.

Asintiendo, le palmeó el hombro.

—Espero que se te dé bien hacer de niñera, Sharien, pues necesitaré ayuda —le aseguró con una amplia sonrisa.

Los labios del aludido se curvaron en una irónica sonrisa.

—Imagino que tan bien como a ti, Mortimer. Tan bien como a ti.

Con una carcajada, ambos hombres continuaron con su paseo por la playa. Habían bajado para tomar algunas notas y fotografías de modo que pudiesen hacer una nueva reconstrucción de la zona y fijar referencias para el trabajo que tenían por delante. Apenas habían dejado atrás la parte rocosa sobre la que se alzaba la loma con los restos arqueológicos cuando el profesor divisó lo que parecía ser un fardo o algo tirado en el suelo algunos metros por delante de ellos.

—¿Qué es eso? —preguntó entrecerrando los ojos.

Sharien siguió su mirada, entrecerró los ojos para poder ver mejor y estaba a punto de abrir la boca cuando escuchó una clara voz en su mente.

Ayúdale. Es el nuevo Guardián de la ashtarti.

—Dios mío, creo que es un hombre. —Oyó entonces la voz del profesor un instante antes de que el hombre saliera apresuradamente en dirección a la figura tirada en el suelo.

—Maldición —masculló en voz baja y siguió los pasos del hombre.

La piel enrojecida y febril, el rastro de barba de varios días y el maltrecho aspecto en general del desconocido hicieron sisear a Sharien, aquel hombre parecía haber pasado varios días en el desierto o náufrago en una isla. Las palabras que surgían de su boca no tenían sentido ninguno, dedicándose más que nada a balbucear o maldecir.

—Está bien, muchacho —dijo el profesor arrodillado ya junto al hombre, quien abría el botellín de agua que siempre llevaba con él para acercárselo a los labios—. Vamos, bebe un poco de agua.

El líquido se escurrió sobre los labios resecos y agrietados antes de caer a la arena cuando este giró la cabeza.

—No… no… soy… tuyo —mascullaba el moribundo en inglés—. Soy… Guardián… Univ… mi lealtad… es… para… él.

Sharien dio un respingo al escuchar aquel galimatías.

—Hijo, ¿puedes escucharme? —El profesor se inclinó sobre él.

—Ella… inocente… maldita seas… no… no… la tomaré… no… no morirá… es… mía.

Frunciendo el ceño ante las inconexas palabras que pronunciaba el hombre, se inclinó posando la mano sobre el brazo del profesor para llamar su atención.

—Está delirando —aseguró y se acuclilló para ayudar al viejo a levantar el peso muerto que era Lyon—. Hay que sacarlo de aquí, llevarlo a un hospital.

—Ashtart… maldita… zorra…

Bueno, pensó Sharien, aquello si era bastante revelador. Una sola mirada a su compañero y supo que iba a pasar ahora.

—Está delirando, Mortimer, ha pasado demasiado tiempo bajo el sol.

El profesor miró al hombre que acaban de rescatar y tomó su decisión.

—Llevémoslo a casa —ordenó con seguridad—. De un modo u otro, no podemos dejarlo aquí.

Sharien se limitó a ayudar al hombre a llevar a su nuevo huésped, sabiendo que aquello solo sería el principio de algo mucho más grande, algo que haría que el Guardián Universal contrajese una deuda que algún día llamaría a su puerta pidiendo ser saldada.

CAPÍTULO 1

Catorce años después.
The Guardian´s Bar, Nueva York.

—¿No crees que ya has bebido suficiente por hoy? —sugirió Jaek retirando el vaso vacío de su amigo.

Lyon chasqueó la lengua, sus dedos tamborileando la lisa superficie de la barra mientras observaba cómo se iba vaciando poco a poco el local. A aquellas horas de la madrugada ya solo quedaban unos cuantos rezagados, hombres y mujeres solitarios que terminaban la noche en la misma soledad con la que la habían comenzado.

—Creo que he bebido suficiente por ayer y por hoy —aceptó con un suspiro y se rastrilló el lacio pelo rubio con los dedos—, pero nunca por mañana.

Jaek se limitó a dejar los vasos en el fregadero, su mirada azul controlando en todo momento al hombre sentado al otro lado de la barra. Ellos eran sin duda los más cercanos dentro de la hermandad, habían sido amigos durante mucho tiempo y conocía lo suficiente al Guardián como para saber que no había traído consigo solamente el *jet lag* desde Londres, había algo más, algo más profundo de lo que no pronunció una palabra.

Durante las navidades, había recibido una carta en la que se le informaba del fallecimiento del Profesor Mortimer Collins, acontecido un año atrás. El abogado que remitió la misiva lo citaba para encontrarse con él en una fecha concreta, pero no había soltado palabra de quién era ese profesor o cuál era el motivo de aquella reunión. Lo único que sabía era que Lyon había cambiado a su regreso, algo lo inquietaba hasta tal punto que empezó a perder el característico humor y a comportarse de manera taciturna pasando grandes cantidades de tiempo lejos de la oficina y de sus compañeros. El propio Juez había llegado incluso a preguntarle qué ocurría, obteniendo la misma respuesta que todos antes que él.

El último mes había sido extraño para todos, tras la visión que Dryah había tenido durante las navidades y su posterior explicación, muchas cosas empezaron a cambiar. John llevaba más un mes desaparecido y nadie parecía conocer su paradero, el hombre pareció esfumarse de la faz de la tierra y cualquier intento por dar con su paradero había sido en vano. Aquello no había hecho sino que Shayler estuviese más irascible de lo habitual, su desesperación, aunque bien disimulada, era palpable para todos ellos. Él, por otra parte, se había tomado una merecida semana después de su boda para viajar por Escocia con Keily. Había sido una luna de miel íntima y hermosa, su adorable esposa le había devuelto algo más que la confianza en sí mismo y la aceptación de su don, ella le había entregado de nuevo su pasado, su identidad.

Tal parecía que aquel nuevo año se había presentado de forma intempestiva para todos.

—¿Se sabe algo de John? —preguntó Lyon echando un vistazo al reloj situado en la pared tras la barra.

El barman negó con la cabeza.

—Nada en absoluto —respondió con un suspiro—. Shayler ha recurrido incluso a La Fuente, pero todo lo que obtuvo en respuesta fue un sepulcral silencio. Es la primera vez que Zhalamira y Garkos están tan callados.

—¿Dryah? —sugirió. El Libre Albedrío se había convertido en el Oráculo personal de los Guardianes.

—De nuevo, nada —respondió al tiempo que cogía un paño húmedo para empezar a limpiar la superficie de la barra—. En realidad se ha pasado los últimos dos meses prácticamente ciega en ese sentido, lo único que ve son "nata y nueces". Shayler ha empezado a bromear preguntándole si no quiere montar una pastelería.

—Bueno, la chica tiene madera, es capaz de volvernos a todos idiotas con tan solo una mirada, así que imagínate lo que podría hacer con la clientela —aseguró con tono irónico.

—Si te oye hablar así, te dará con algo en la cabeza.

Sus labios se curvaron en una irónica sonrisa.

—¿Ella o Shayler?

—Me inclinaría a pensar que Shayler te enviaría a ti a buscar el local, solo para encontrarte después en la cocina, con delantal y horneando pastelillos —aseguró con tono burlón.

Lyon se limitó a mirarlo de arriba abajo y chasqueó la lengua.

—Argg, el matrimonio os vuelve tontos —aseguró con un profundo suspiro—. Que los dioses me aparten de un mal semejante.

Él se limitó a sacudir la cabeza, recogió el resto de los vasos vacíos, se despidió de un par de clientes y echó un vistazo al reloj.

—Una hora más y cierro. Keily se ha pasado los dos últimos días vomitando.

Lyon arqueó una de sus delgadas cejas rubias. Aquella parecía ser la reacción general.

—Es un virus estomacal, Lyon, no empieces a pensar tú también en cosas raras.

El hombre alzó ambas manos en señal de rendición.

—No he dicho nada.

—No hacía falta, tu rostro habla por sí solo.

—Bueno, ya sabes lo que dicen, esto de los hijos es contagioso, solo había que ver los rostros de las mujeres cuando están alrededor de Lluvia —aseguró con diversión.

Él esbozó una mueca.

—No Dryah, ella empieza a perder el color cuando se arrancan en sugerir que ellos serán los siguientes.

Lyon se frotó la mandíbula.

—Un vástago de esos dos… la idea es simplemente escalofriante —aseguró volviéndose de espaldas para echar un vistazo al resto del local—. ¿Te imaginas el poder que tendría ese niño? Hijo del Libre Albedrío y de la Justicia Universal, haría temblar al universo y a todo lo que está en su interior.

Esa posibilidad era algo que todos los Guardianes habían pensado desde el instante en el que la pareja se unió. Si por separado eran poderosos, unidos… las posibilidades eran realmente aterradoras y con todo, sabían que ese niño o niña contaría con toda la protección del Universo y de la Hermandad.

—Hace un par de años lo que más nos preocupaba era que Shayler volviese a meter la pata con Uras y ahora, ya estamos hablando de su descendencia —murmuró Lyon echando la cabeza hacia atrás para mirarle—. ¿Cuándo se nos escapó de las manos?

Jaek sonrió a su amigo. A pesar de ser uno de los últimos Guardianes en unirse a filas, recordaba perfectamente el momento en que John había caminado a ellos con Shayler, el muchacho había necesitado entonces una buena guía así como disciplina y Lyon lo había mantenido bajo su ala desde entonces.

—Shayler hace mucho tiempo que dejó de necesitar que lo sientes en tus rodillas, compañero, el muchacho se ha convertido en un hombre y ahora tiene una linda cosita a su lado en la que volcar sus preocupaciones. Nuestro trabajo es mantenerlos a salvo, no hacerles de niñera.

Lyon hizo una mueca pero sonrió.

—Hay cosas que no pueden evitarse —rezongó al tiempo que apoyaba la espalda en la barra—. Son hábitos adquiridos y cuesta bastante deshacerse de ellos.

—Pues ya es hora de que empieces a hacerlo, Shayler ha demostrado que puede cuidar de sí mismo y tomar sus propias decisiones. Se ha convertido en el hombre que debe ser, nuestra Ley Definitiva.

Jaek tenía razón, el chico había madurado y crecido casi sin que se diese cuenta. El niño sonriente y abierto que había llegado a ellos se había convertido en un hombre poderoso, un líder justo y leal a los suyos. Ni siquiera el peso de su deber, el cual hundiría a cualquiera, pudo doblegarlo. Y su reciente enlace no hizo sino fortalecer su carácter y determinación al tiempo que lo obsequió con una tranquilidad y paz que sabían, había estado buscando durante mucho tiempo.

El cachorro no había sido más que un neófito cuando llegó al círculo de los Guardianes. John los había citado en los restos del templo del Primer Poder después de pasar algún tiempo alejados y apareció trayendo consigo un joven alto, delgado, con unos profundos y brillantes ojos azules al que presentó como su hermano y el miembro más joven de los Guardianes Universales. El último de ellos y aquel que marcaría la diferencia.

Había sido instintivo mantenerlo bajo su ala, demasiado joven y entusiasta era la combinación perfecta para meterse en problemas, problemas de los que tanto él como sus compañeros habían tenido que hacerse cargo. Shayler había pasado por las manos de cada uno de ellos hasta el momento en que se reveló la profecía y con el correr de la sangre se alzó como su líder, el Juez Supremo Universal, la Ley definitiva del Universo.

—Quizás deba tomarme unas vacaciones —murmuró—. No recuerdo cuando fue la última vez que me tomé unos cuantos días libres para hacer absolutamente nada.

Jaek se volvió hacia él y sonrió con cierta diversión.

—Bueno, Shayler fue el último que lo intentó y no transcurrieron ni dos días antes de que lo reclamasen para el trabajo.

Él puso los ojos en blanco ante la mención de las breves vacaciones de su Juez y en lo que habían terminado.

—Sí, bien, yo solo espero no tener esa clase de interrupción en mis vacaciones —aseguró con una mueca—. Ya viste en lo que derivaron las de Shayler. Matrimonio.

Se estremeció ante el pensamiento, eso de atarse a una sola mujer para toda la eternidad no podía ser algo bueno. Aunque a los dos tortolitos se los veía felices, sabía que aquello no era para él. No, él nunca podría atar su voluntad a la de una mujer.

Paseando una última vez la mirada por el local cuyas mesas ya se estaban vaciando se topó con una mujer que acababa de traspasar la puerta de entrada. Entró lentamente, como si no estuviese segura de que aquel era el lugar que buscaba, su mirada se deslizó por la amplia sala antes de dar un par de pasos y alejarse de la puerta. La observó a placer mientras se quitaba la chaqueta y la colgaba alrededor del brazo dejando caer a su espalda una espesa y larga cascada de pelo negro azabache. No era demasiado alta, pero tenía el porte de una amazona, con unas piernas largas que estaban seguro envolverían su cintura a la perfección y no era un palo de escoba, las curvas llenas y voluptuosas moldeaban el grácil cuerpo femenino. Como secundando

aquella repentina idea, su sexo dio un salto totalmente de acuerdo con la idea. Y entonces la vio mirar en su dirección, sus ojos se encontraron con los de ella, castaños y vibrantes.

—Parece que alguien te ha echado el ojo —oyó la voz de Jaek a sus espaldas.

No apartó la mirada de ella mientras se reclinaba hacia atrás y se interesaba por la recién llegada.

—¿La conoces? —preguntó, sabiendo que su amigo conocía bien a todas las mujeres que frecuentaban el bar.

—Nunca la había visto por aquí —aseguró recorriendo a la recién llegada con la mirada—, ni siquiera estoy seguro de que encaje en este ambiente, hay algo en ella…

La voz de Jaek apagó mientras la contemplaba. Había algo en la mujer, en la manera en que se movía y aferraba la chaqueta que no acaba de encajar. Su aspecto e indecisión no encajaban con el nivel de gente que frecuentaba el local, los gastados y rotos vaqueros, las deportivas y el suéter de lana marrón contrastaban abiertamente con los trajes de chaqueta y los vestidos ajustados de las mujeres que solían pasarse por el bar. Incluso si alguna entraba con unos pantalones vaqueros, estos serían de firma y acompañados con unos zapatos con tacones de vértigo o botas que costarían más que toda la ropa que llevaba la muchacha encima. Si bien poco le importaba quien traspasara aquella puerta mientras pagara sus consumiciones y no creara problemas, era consciente de que aquella chica estaba como pez fuera del agua.

Su mirada se cruzó entonces con la suya durante un breve instante y su ceño aumentó, la mirada que vio en aquellos ojos era demasiado extraña.

—Algo no encaja —dijo a modo de aviso. Su poder se extendió a voluntad alcanzándola con la precisión de un bisturí un instante antes de sentir su rechazo.

Lyon escuchó la advertencia, pero su mirada seguía los movimientos de la chica, quien se había llevado la mano al bolsillo trasero del pantalón sacando al instante lo que parecía un trozo de papel para contemplarlo detenidamente antes de volver a barrer el local con la mirada, comprobando de vez en cuando el papel que tenía en las manos.

—¿Qué está haciendo?

Jaek entrecerró los ojos, en la penumbra del local era difícil distinguir con claridad.

—No puedo sondearla —advirtió. No pudo evitar tensarse mientras la veía repetir el gesto al mirar el papel y pasear aquellos desconfiados ojos por la amplia sala echando rápidos vistazos antes de posar la mirada sobre ellos nuevamente.

El vikingo se enderezó en su asiento, su mirada fija sobre la figura femenina que se iba abriendo paso entre las mesas hacia donde se encontraban ellos. A medida que se acercaba pudo contemplar como su larga cabellera se movía al compás de sus pasos, balanceándose a la espalda, unos mechones se rizaban sobre sus mejillas de pómulos altos y acariciaban el coqueto lunar que poseía cerca de los labios, pero eran sus ojos castaños los que lo sorprendieron por el recelo y la curiosidad que se instalaron en ellos cuando sus miradas se encontraron. Ella pareció vacilar unos segundos, entonces caminó hacia ellos.

Ten cuidado, Lyon.

El Guardián echó un rápido vistazo al resto del bar, utilizando su poder para invitar a las personas que quedaban a abandonar el local. No estaba de más ser precavido.

Él se deslizó ligeramente en el asiento dejando ver a Jaek que había escuchado su advertencia. La chica estaba ya prácticamente a su altura y al verla de cerca se percató de que no debía ser mucho mayor que Dryah, la cual aparentaba poco más de veintitrés o veinticuatro años a pesar de contar con siglos de antigüedad a sus espaldas. Jaek carraspeó atrayendo la atención de ella quien hasta el momento había concentrado su atención sobre su compañero.

—¿Puedo ayudarte en algo?

Unos enormes y hermosos ojos castaños se posaron sobre su amigo, las facciones de la muchacha eran atractivas a la par que exóticas, había un aire arábigo en sus ojos y en el tono canela de su piel. Ella se lamió los labios tensándose antes de deslizar su mirada ahora sobre él y mirarle a los ojos.

—Me he cansado de esperarte. —Su voz sonó suave, cálida y matizada con un ligero acento extranjero.

Lyon arqueó las cejas con sorpresa, entonces sonrió y le dedicó una mirada apreciativa.

—Um… no recuerdo haber concertado ninguna cita contigo, tesoro, pero estoy más que dispuesto a asumir toda la culpa.

Frunciendo el ceño, la mujer abrió la boca como si fuese a contestar pero cambió de idea en el último instante, dio un paso atrás y apretó contra el cuerpo el brazo que sostenía la cazadora.

Jaek sintió nuevamente ese conocido hormigueo que le indicaba que estaba ocurriendo algo extraño.

—Eres… Lyonel Tremayn. —Fue más una aseveración que una pregunta. Sus ojos castaños se cerraron en los suyos con determinación antes de continuar sorprendiéndolo al decir —, uno de los Guardianes Universales.

La sorpresa de que conociese su nombre quedó totalmente eclipsada por el hecho de que mencionara a los Guardianes. La recorrió lentamente con la mirada, todos sus sentidos trabajando al unísono para descubrir si ella suponía una amenaza. Lentamente empezó a levantarse, un rápido vistazo al resto del local le confirmó que estaban solos.

—Soy Lyon —asintió lentamente manteniendo en todo momento el contacto visual—. ¿Quién eres tú?

La respuesta vino acompañada de un disparo resonando en sus oídos un breve instante antes de que el aguijoneante dolor le atravesara el pecho. Incrédulo, contempló el humeante y antiguo revolver que temblaba en la pequeña mano antes de ascender a unos sorprendidos y aterrados ojos, unos por los que empezaban a derramarse algunas lágrimas.

Un líquido caliente empezó a bajar por su pecho empapando su camisa, el sonido seguía siendo un zumbido en su cabeza y ahora tenía como fondo la voz de Jaek. Apenas logró bajar la mirada a su camiseta para ver con absoluto asombro como empezaba a extenderse una enorme mancha roja cerca de su corazón.

—Me has… disparado.

La incredulidad tiñó su rostro mientras veía como ella dejaba caer el arma al suelo y Jaek se deslizaba por encima de la barra haciéndola a un lado y cogiéndolo cuando sus rodillas empezaron a flaquear.

—Te lo merecías —creyó oírla sisear—, tenías una maldita responsabilidad y te marchaste.

—¡Maldita sea, Lyon! ¡Joder! ¡Mierda! —Oyó mascullar a Jaek mientras se cernía sobre él aplicando presión en la herida—. Escúchame tío, tienes que dejarme entrar, tengo que detener la hemorragia.

Lyon apenas era consciente de lo que ocurría, le zumbaban los oídos y todo lo que podía hacer era contemplar el rostro de la muchacha arrasado en lágrimas. Ella le miraba con unos ojos tan llenos de rabia y desesperación que le sorprendía que pudiera seguir en pie por ello. Intentó incluso acercarse de nuevo a él, pero una seca respuesta de Jaek la detuvo en el acto. Se encontró deseando protestar, queriendo gruñir y prohibirle que la tocara… el retorcerle el precioso

pescuezo a esa criatura, era cosa suya. Si tan solo no le doliese tanto el pecho y no sintiera que todos sus huesos se convertían en gelatina.

Antes de poder hacer o decir algo al respecto, un profundo sopor se extendió sobre él y lo próximo que supo fue que el cabrón de Jaek lo había inducido a dormir.

Por segunda vez en su larga vida, Lyon Tremayn se desmayó y cuando despertase mataría a su amigo por ello.

CAPÍTULO 2

Jaek maldijo en voz alta mientras atendía la herida de Lyon, sabía que su compañero estaría cabreado cuando despertara por haber utilizado su poder en él, pero mejor cabreado que muerto. Un rápido vistazo hacia el fondo de la habitación motivado por los ruidos de la muchacha hizo que le hirviese la sangre una vez más. Esa pequeña hembra había entrado directamente en el bar, y sin mayor provocación de parte de ninguno de ellos, había disparado a su compañero. Podría apostar que su intención era golpearle nuevamente cuando la detuvo con una seca orden.

¿Qué diablos les pasaba a las mujeres? No era como si todos los días hubiese una dispuesta a entrar en su local y pegarle un tiro a su amigo, por no mencionar el hecho de que ella en particular parecía conocer la existencia de los Guardianes. Por fortuna, la chica tenía una puntería atroz y su mano había temblado demasiado para acertar a dar donde quiera que quisiese hundir la bala.

Trasladó a Lyon en la cama de la pequeña habitación que mantenía en la parte de atrás del local, la bala le había atravesado limpiamente de un lado a otro dejándole un bonito agujero antes de clavarse en la madera de la barra. Diablos, le costaría un dineral reparar aquello. El arma que le arrebató a la muchacha era una auténtica antigualla, ni siquiera estaba seguro cómo aquel armatoste funcionaba todavía y menos aún cómo podía vagar por la ciudad con aquella cosa.

Sus manos trabajaron meticulosamente sobre la herida, al igual que Shayler, él también había decidido invertir su tiempo en algo provechoso e hizo la carrera de medicina especializándose en cirugía, pero al contrario que el Juez, no tenía interés en ejercerla. Sus conocimientos eran útiles para los Guardianes, después de todo, podían tener vidas longevas pero no estaban exentos de la muerte. No eran inmortales en el sentido bíblico de la palabra, si les acuchillaban, sangraban, si les disparaban una bala directa al corazón, lo más seguro es que murieran… aunque antes se encargarían de llevarse al gilipollas de tan fantástica idea con ellos.

Satisfecho con el trabajo, se quitó los guantes quirúrgicos y los lanzó a la bandeja donde estaba el instrumental médico, entonces se giró hacia el fondo de la habitación, donde la muchacha permanecía bien atada a una silla.

—Quizás te alegre saber que tu disparo lo atravesó limpiamente —le comunicó con una profunda carga de ironía—. Saldrá de esta y va a estar muy cabreado cuando despierte.

La fulgurante mirada procedente de unos profundos y vibrantes ojos castaños lo fulminó al tiempo que emitía ahogados murmullos coreados por el sonido de la silla contra el suelo en sus inútiles intentos por moverse. No tenía por costumbre hacer tal cosa, el BDSM no le iba y atar y amordazar a una mujer a una silla, era una experiencia nueva y no por ello placentera. Aquello fue lo más rápido que se le ocurrió para evitar que se hiciese daño a sí misma o a cualquiera de los dos.

—Espero que tengas una buena explicación que darle, muñeca, no se toma demasiado bien que le disparen —comentó al tiempo que se volvía hacia Lyon. Al contrario que a los demás Guardianes, el guerrero tendía a navegar a sus más oscuros recuerdos mientras estaba inconsciente, memorias que Jaek sabía, llevaban demasiado tiempo sepultadas por una buena razón y el ponerle las manos encima otra vez, no le haría ningún bien—. Vamos amigo, estés donde estés es hora de volver a casa.

“Einar, los ancianos se han reunido en el gran salón. Han pedido que todos los hombres acudan a escuchar la visión del Chamán”.

El recuerdo de la voz firme y fuerte de un muchacho de unos doce años, vestido con pieles, con el largo y greñudo pelo rubio rizándose sobre los hombros, envió a Lyon a un pasado profundamente enterrado en su alma. Un tiempo en el que el suyo había sido otro nombre, un nombre vikingo que significaba algo que él no había sido jamás, un “líder guerrero”. Hijo mayor de una humilde familia vikinga, se había dedicado a la pesca y la caza, dejando las guerras y los conflictos para aquellos que disfrutaban blandiendo el hacha o empuñando una espada. Su cometido en la vida era ocuparse de su pequeña hermana Kaira y el ansioso Apsel, pues tras la muerte de su madre al traer al mundo a su hermanita y su padre en uno de los pillajes de dos primaveras antes, eran todo lo que le quedaba.

—Esa panda de viejos deberían reunirse para buscar una solución a la hambruna que pronto nos asolará si las aguas siguen quedándose sin peces —le respondiera mientras sus ágiles dedos se movían a través de una vieja red que estaba reparando.

Su hermano había refunfuñado entonces sobre el hecho de querer convertirse en uno de los guerreros del clan y de lo importante que era seguir los designios de un anciano que se distinguía de los demás por vestir una estúpida cabeza de foca de sombrero y unos cuantos huesos de ballena a modo de alas. A él le preocupaba más el salir a faenar al día siguiente. Las inclemencias del tiempo habían hecho estragos ese invierno, ni siquiera con la llegada de la estación cálida mejoró la pesca y si aquello no cambiaba, el poblado antes o después tendría que probar suerte en otra zona o morirse de hambre. No necesitaba a un hombrecillo ensalzado con el nombre de Chamán para saber que cuando los dioses no habían movido un solo dedo, no iban a hacerlo ahora.

—Todos los hombres del poblado se están reuniendo en el gran salón —protestó el muchacho, con el ímpetu típico de su edad—. Nadie quiere perderse la profecía.

—Si todas las profecías nos diesen de comer, seríamos el poblado más rico de la región.

La voz femenina e infantil sonó a espaldas de los dos hombres, una niña de no más de ocho inviernos cargaba entre sus bracitos con una enorme cesta de mimbre.

—Una mujer no debe meterse en las cosas de los guerreros, vuelve a la cocina, ese es tu sitio —clamó el muchacho hinchando el pecho.

Una severa mirada verde se había posado sobre el joven vikingo al tiempo que lo apuntaba con la aguja de coser las redes.

—Habla con respeto a tu hermana, Apsel —lo amonestó—. Deja de pensar en espadas y conflictos y ayúdame con esto, mañana habrá que salir a faenar si queremos empezar a juntar víveres para el próximo invierno.

El muchacho había hecho una mueca, pero finalmente obedeció ayudándole en las tareas de reparación mientras la niña se encargaba de preparar las cestas en las que serían recogidos los pescados.

—Me estoy quedando sin leña para ahumar el pescado, Einar —comentó su hermanita—. Apsel utilizó la última para hacer una estúpida espada.

—¡No es estúpida! —clamó el chico absolutamente ofendido.

—Sí lo es —aseguró toda llena de razón—. No podrías atravesar ni la nieve con eso, Apsel.

Se le encogía el corazón ante el recuerdo de sus hermanos. Kaira siempre fue una niña enferma, débil, por lo que cuando llegó la enfermedad al poblado y ella fue de las primeras en

caer presa de la altísima fiebre, no pensó que aquello resultase ser el comienzo del apocalipsis que pronto se desató.

La enfermedad hiciera acto de presencia a principios de la estación invernal, la estación seca no había reportado tantos ingresos como era de esperarse y los víveres durante aquel año escasearon, ellos habrían estado bien si aquella maldición no se hubiese extendido por el poblado y arrasase con todo a su paso como una plaga apocalíptica.

Aquel demonio había llegado en forma de fiebre alta, convulsiones y vómitos, los cuerpos eran incapaces de retener nada en su interior.

—Tengo frío —murmuraba la pequeña Kaira presa de los temblores provocados por la fiebre, sus labios estaban escarchados y sus ojos enrojecidos, su respiración se había convertido en apenas un murmullo—. ¿Voy a ver a mamá y a papá, Einar?

—Shhh. —Le refrescó la frente como llevaba haciéndolo durante las últimas jornadas—. Descansa, Kaira, descansa.

Apsel entró entonces a través del toldo que cerraba su tienda.

—Bojr acaba de ascender al Valhala, Einar —murmuró el muchacho entre toses dejándose caer en el catre al lado de su hermana—. La orilla se está llenando de hogueras.

Lyon se había limitado a asentir, su preocupación ahora estaba en su hermana.

—Pon a hervir un poco de agua —pidió volviéndose a su hermano, quien no tenía buen aspecto—. Y métete en la cama.

—Estoy bien —protestó el muchacho. Pero cada jornada se hacía más evidente que no lo estaba y al final la enfermedad también lo alcanzó.

Fueron días de fiebre alta, cuerpos moribundos y finalmente el hedor de la muerte. Las piras de fuego pronto dominaron el paisaje, no había atardecer que no estuviese bañado por la luz de las llamas, un fuego en el que demasiado pronto debió ver consumirse a la última familia que le quedaba, su último lazo con el mundo.

Él no fue inmune al castigo impuesto por los dioses, la fiebre lo consumió llevándolo a un infierno de calor y desesperación en el que los demonios del más allá no cesaban de increparlo. Su cuerpo robusto quedó convertido en piel y huesos pero la muerte no se lo llevó, en cambio trajo al borde de su cama a dos figuras encapuchadas que lo reclamaron para sí, concediéndole una vida más allá del fin de los tiempos, envolviendo su alma con los ecos del pasado, reclamándolo como una valkiria reclamaría a un guerrero caído en combate para llevarlo al banquete en el Valhala. Solo que Lyon no encontró el Paraíso en su abrazo, sino una cruenta guerra en la que los dioses se revelaron como algo más que simples deidades.

—*Su alma es fuerte… no hay nada que lo ate a la tierra*.

Había oído aquellas voces en medio de los altos accesos de fiebre.

—*Su espíritu volará libre antes de la salida del sol.*

Aquella otra voz era femenina, cálida y al mismo tiempo enviaba un escalofrío de terror por sus venas.

—¿Quiénes sois? ¿Demonios del Giall que venís a reclamar vuestra cuota de almas?

—No es alma lo que buscamos… si no un juramento.

La respuesta de la voz masculina todavía hacía eco en su mente.

—No hago juramentos a los demonios, ni en vida… ni en la muerte.

—El único demonio que ronda en estos días es aquel que te aqueja, uno con un nombre que conoces. Enfermedad. —Una pálida y cálida mano se posó sobre su frente—. Corren tiempos difíciles para la humanidad y ya no somos capaces de detener sus demonios, no queremos quedarnos de brazos cruzados, pero no podemos intervenir directamente.

—¿Desde cuándo los dioses se preocupan por la humanidad?

Las dos figuras se miraron entre sí antes de responder.

—Desde que la humanidad ha empezado a no preocuparse por ellos —respondió la voz masculina.

—Tu espíritu es fuerte, Guerrero.

—No soy un guerrero, soy pescador.

La suave mano se deslizó nuevamente sobre su piel, aliviando en algo aquel insoportable ardor en el que se estaba consumiendo.

—Incluso un simple pescador puede traer esperanza —aseguró la mujer—. Y es esperanza lo que necesita el futuro.

Lyon no estaba seguro de cuál había sido su respuesta, pero con los primeros rayos del amanecer, la fiebre se había ido al igual que la enfermedad, y donde antes existía solo un hombre, ahora yacía un nuevo Guardián Universal. Con tan solo un atado a su espalda y los utensilios de pesca como arma, el humo de los últimos restos de lo que había sido su hogar elevándose en el cielo a su espalda, despojado de todo pasado, presente y futuro, un simple pescador aprendió a ser guerrero y se enfrentó al más cruel de los designios, una larga vida sin fin.

Jaek comprobó por tercera vez en el transcurso de una hora la herida en el pecho del Guardián, ya había cicatrizado casi por completo y no existía peligro alguno como para que permaneciese tumbado sobre la camilla sumido en aquel sopor. Asegurándose de cubrir sus movimientos de la vista de la chica, posó la mano a escasos centímetros del pecho de Lyon y permitió que su poder fluyera y arrancase al vikingo del lugar al que sus fantasmas lo hubiesen enviado.

Lyon gruñó y abrió los ojos mirando directamente a su amigo, el dolor y angustia que leyó en ellos durante una fracción de segundo le hicieron maldecir.

—Está bien, amigo mío —le habló arrastrándolo al presente—. Solo concéntrate en respirar.

—Maldito… hijo… de… puta —masculló el vikingo. Las palabras salieron como un siseo entre los apretados dientes mientras luchaba por apartar aquellas imágenes que volaban por su mente y concentrarse en el dolor que le atravesaba el pecho—. Te he dicho una y mil veces, que no me gustan esos trucos de circo tuyos.

Jaek chasqueó la lengua con afectación.

—Quizás preferirías que te dejara allí mismo, desangrándote sobre el suelo, mientras tu amiguita te remataba a patadas —le respondió con ironía.

Ante la mención de la muchacha, se incorporó de golpe, apretando los dientes al sentir el tirón en el pecho. Podían curar pronto, pero sus heridas eran dolorosas y jodidamente frescas.

—Despacio, amigo, despacio.

—¿Dónde… está esa…z… zorra? —masculló llevándose una mano al parche de gasas en el pecho.

Echó el pulgar por encima del hombro hacia el otro lado de la habitación.

—Supuse que te gustaría hablar con ella antes de hacerla pedacitos —le dijo con un encogimiento de hombros—. Quizás tengas suerte en sacarle algo más que insultos.

Lyon bajó sus enormes piernas al suelo con una mueca, su mirada vagó entonces hacia el punto señalado por su compañero y se sorprendió al ver a la muchacha atada y amordazada a una

fuerte silla de respaldo alto y oscura madera que debía pesar una tonelada. El estilo torneado de los brazos y las fuertes y gruesas patas en forma de garra le llamaron la atención.

—¿De dónde has sacado esa monstruosidad?

El hombre se encogió de hombros.

—No es una monstruosidad, es una silla del siglo XIV —le corrigió—. Keily la consiguió en una subasta hace pocos días, está sin restaurar.

Lyon le dedicó una mirada que decía a todas luces lo poco que le importaba donde hubiese adquirido la silla, toda su atención estaba centrada en la muchacha que fijaba unos profundos ojos castaños sobre su persona con obvio disgusto. La misma maldita hembra que se atrevió a encañonarlo y pegarle un tiro sin más.

—¿Quién coño es? —preguntó volviéndose hacia su amigo—. ¿Le has sacado algo?

Jaek puso los ojos en blanco.

—La verdad es que he estado un poco ocupado evitando que te desangraras —le dijo con ironía—. Y convenciendo a tu amiguita que se quedara a hacerme compañía.

—No es mi amiguita —refunfuñó—. Mierda, ni siquiera la conozco.

Su amigo dejó escapar un bufido mitad sonrisa.

—Resulta difícil de creer ya que fue tu nombre el que pronunció antes de pegarte un tiro —aseguró al tiempo que recogía la bandeja con los desechos quirúrgicos para llevarlos al contenedor especializado y dejar el resto en el fregadero que había en una esquina—. Sabía que te iba el peligro, Lyon, pero no hasta qué punto.

Fulminó a Jaek con la mirada antes de levantarse con dificultad de la camilla y enderezarse probando su estabilidad, la muchacha no le quitaba la vista de encima y a juzgar por el fulgor asesino que veía en sus ojos, era una suerte que estuviese atada.

—No solo pronunció mi nombre —murmuró y echó un rápido vistazo a su compañero antes de volver sobre la chica.

Jaek volvió hacia la camilla, deteniéndose a su lado. También había sido consciente de la referencia que ella había hecho acerca de los Guardianes y aquello ya de por sí era interesante. ¿Cómo sabía una simple humana de su existencia? Por otro lado, había estado muy segura al mencionar el nombre de Lyon antes de pegarle un tiro.

Ella es humana, completamente humana. Le comunicó Jaek mentalmente.

Gruñó en respuesta y empezó a caminar lentamente hacia ella. Atada y amordazada se veía todavía más joven de lo que parecía, con todo su porte no podía ser más orgulloso. Estaba tensa y alerta, tenía que concedérselo, a pesar de encontrarse maniatada y amordazada no había temor en sus ojos, solo… ¿Decepción? Su mirada resbaló por el cuerpo voluptuoso que se perfilaba bajo las cuerdas, como ya había visto no era muy alta y tampoco un palo de escoba, algo que le gustaba. El pelo negro le caía a ambos lados de la cara enmarcando su piel color canela y destacando los ojos castaños que lo miraban bajo un abanico de las pestañas negras. Era una criatura magnífica, si se hubiese topado alguna vez con ella, lo recordaría, nadie en su sano juicio podría olvidarse de una mujer así.

Acortando la distancia entre ellos, se estiró para desatarle el pañuelo de seda que Jaek le había puesto a modo de mordaza, el aroma a vainilla y canela que desprendía su piel le golpeó como un potente martillo neumático. Creyó reconocer ese aroma, no era la primera vez que lo olía, estaba seguro.

Bajó la mirada sobre ella al tiempo que retiraba la tela y vio cómo se lamía los labios y paladeaba intentando deshacerse del sabor mientras sus ojos seguían clavados en él.

—Deberías haberte quedado muerto un poquito más —farfulló ella con voz rasgada. Tosió

y carraspeó en un intento de aclararse la garganta—. Tendría que haberle disparado también a él… en las pelotas, habría sido más satisfactorio.

—Echa el freno, serpiente de cascabel. —Se sorprendió por la animosidad de aquella desconocida—. ¿Quién demonios eres tú?

Él vio el dolor en los ojos de la chica durante un milisegundo antes de que este fuese sustituido por un renovado acceso de cólera. ¿Le habían herido sus palabras? ¿Por qué?

—Si yo soy una serpiente, tú eres un cerdo de guinea —escupió ella con renovado fervor.

Lyon oyó una ligera risita procedente del otro lado de la habitación. Parecía que al menos alguien se lo estaba pasando bien. Gruñendo se volvió hacia ella, acercando su rostro hasta quedar casi nariz con nariz.

—Mira bonita, no tengo la más jodida idea de quien coño eres, pero por los dioses que pienso descubrirlo, aunque solo sea para hacerte comer la jodida pistola.

—Bonito vocabulario, ¿practicas todos los días un tiempo delante del espejo para lograr ese efecto? —le sugirió con absoluta tranquilidad.

—Perra —siseó entrecerrando los ojos.

Ella imitó su gesto.

—Orangután —lo imitó ella.

Apretó los dientes y se echó hacia atrás con un gruñido, por lo más sagrado de La Fuente que deseaba retorcerle el pescuezo a esa mujer.

—¿Quién demonios eres y cómo es que conoces la existencia de los Guardianes? —inquirió sin paciencia.

La muchacha le miró a los ojos durante un instante, entonces pareció serenarse un poco, ladeando el rostro contestó.

—Soy Ariadna, aquella a quien pareces haber olvidado —le informó ella con deliberada lentitud. Entonces alzó la barbilla para rematar—. Tú esposa.

CAPÍTULO 3

Las carcajadas llenaron el pequeño cuarto cuando aquel pedazo de orangután se echó a reír. Aria entrecerró los ojos y luchó por sofocar las ganas que tenía de echarle las manos al cuello y apretar, ¿cómo podía decirle tan fríamente que no la conocía de nada? Le contempló disimuladamente mientras se reía de su respuesta, se veía exactamente igual que en la foto que llevaba en el bolsillo trasero del pantalón. Aquello era lo único que la conectaba con su susodicho marido, una fotografía entre los documentos que le entregó Sharien y que lo perfilaba igual que ahora mismo. No había cambiado ni un ápice o quizás, sí. Llevaba el pelo algo más largo, pero su cara, cada plano de aquel rostro masculino que había examinado con tanta cautela en el papel era el mismo de la foto que había sido tomada unos catorce años atrás.

Nada de lo ocurrido el último año había podido prepararla para este momento, ni toda su investigación, ni todas las leyendas que resultaron ser reales servían ahora para nada, el hombre que estaba frente a ella no la conocía, ¿no era sencillamente irónico?

Se obligó a morderse la lengua, a conservar la calma, a Sharien le daría un ataque cuando supiera que había robado aquella vieja reliquia, le hizo prometer que esperaría a la mañana siguiente para presentarse en las oficinas del Complejo Universal y, ¿cómo estaba ahora? Atada a una silla y frente al hombre al que había disparado.

Su marido.

Sin embargo la diversión no le duró mucho tiempo, las carcajadas cesaron al tiempo que se inclinó con un gesto de dolor, la herida que le infringió era más grave de lo que pareció en un principio. Sabía que su amigo había hecho algo para detener la hemorragia, pero incluso alguien tan estúpido como ese enorme rubio debería saber que no podía levantarse del modo en que lo había hecho. Su intención era meterle una bala en el brazo, desde aquella distancia no podía fallar, pero su puntería había sido tan mala como su pulso.

—Lo siento, erré el tiro —murmuró y bajó por su cuerpo hasta la entrepierna masculina.

Aquella mirada fulminante impactó sobre ella con la fuerza de un huracán, pero se la sostuvo con firmeza, era extraño estar ante un hombre al que conocía únicamente por fotos, un hombre con el que jamás había intercambiado una palabra y que a pesar de todo era la única vía de escape, su salvación e irónicamente también el único que tenía derechos sobre ella.

Alzando la barbilla con altivez, se mojó los labios antes de espetarle con toda la ironía que consiguió imprimir en su voz.

—De otro modo quizás hubieses recordado que tenías una esposa —aseguró con mordacidad.

Él se tensó y se inclinó hacia ella hasta quedar al mismo nivel de sus ojos.

—Yo no tengo esposa —negó. Casi escupió la palabra.

Ella puso los ojos en blanco, cómo si no se lo hubiese negado a sí misma y todo para nada.

—Por supuesto que la tienes, pedazo idiota —le respondió con un ligero encogimiento de hombros—. Y estás hablando con ella.

Él negó lentamente con la cabeza y entrecerró los ojos.

—Mira muchacha, no sé quién eres, ni de qué sanatorio mental te has escapado, pero estás chalada, como una puta cabra —declaró sin más miramientos—. Yo a ti no te conozco de nada.

Su mirada acarició la suya durante un breve instante, pero no dijo nada, en cambio se

volvió en dirección a Jaek cuando este carraspeó atrayendo la atención de ambos. Aquel era el hombre que la había atado y amordazado para luego amenazarla de una manera más que creativa sobre lo que le ocurriría si le llegaba a suceder algo a su amigo. Había algo en los ojos azul claro del desconocido que decía claramente que hablaba en serio. Bajo la ropa elegante y sus suaves palabras, había un ser poderoso y letal, casi tanto como el neandertal que estaba ahora frente a ella. Lo que sin duda confirmaba que era otro de los miembros de la secreta hermandad de la que su abuelo le había hablado en los documentos que le dejó. ¿Era otro de los Guardianes o quizás su líder, el Juez?

—Disculpa su comportamiento, un disparo a bocajarro siempre le pone de mal humor —le dijo interrumpiendo sus pensamientos—. Podrías decirnos al menos, ¿quién eres y cómo es posible que sepas de nosotros?

Ah, ahí estaba su confirmación.

—¿Qué parte de "soy su esposa" no te ha parecido suficientemente clara? —le dijo al tiempo que indicaba a Lyon con un gesto de la barbilla.

Jaek sonrió de medio lado.

—Bueno, verás, hasta ahora no había conocido a ninguna mujer que le pegue un tiro a su marido a modo de bienvenida, pequeña —aseguró con un ligero encogimiento de sus anchos hombros—. Eso es nuevo para mí.

Alzó la barbilla con gesto desafiante.

—Se lo merecía —rezongó mirando directamente a Lyon—. No solo elude su responsabilidad, si no que aun encima dice no saber quién soy cuando su firma y sangre está estampada en nuestra acta de matrimonio.

La sorpresa que se dibujó en su rostro era genuina.

—¿Pero de qué jodida locura estás hablando? —jadeó Lyon—. Yo no me he casado contigo, ni siquiera te conozco.

Jaek posó una mano sobre su brazo para tranquilizarlo y depositó de nuevo su atención en ella.

—¿Hay alguna manera de comprobar que lo que dices es verdad?

Aria miró al hombre durante un largo instante, sopesándolo, entonces se relajó ligeramente y asintió.

—En el bolsillo interno de mi chaqueta, hay un sobre amarillo doblado —respondió lentamente, por algún motivo siempre andaba con él encima—. En su interior está el Acta de Matrimonio así como una carta que quizás haga que su repentina amnesia desaparezca.

Él la fulminó con la mirada pero se volvió hacia Jaek, quien asintió y se acercó a los pies de la camilla donde había estado tendido él para coger la chaqueta dejada descuidadamente a un lado. Tras examinar la prenda sacó un sobre doblado del bolsillo interior tal, miró a Lyon, lo abrió y sacó su contenido.

Lo examinó rápidamente, parándose más de la cuenta en el documento que redactaba el Acta de Matrimonio. Un débil siseo escapó de entre sus labios.

—¿Qué pasa? —preguntó el Guardián acercándose a él.

Jaek contempló una vez más la firma que había al pie del documento, así como el rastro seco de color rojo que manchaba la rúbrica.

—Tío, creo que tienes un gran problema —aseguró mirándolo a él y luego a la chica. Dándole la vuelta al documento se lo mostró—. No sé si esta es todavía tu firma pero, la sangre que la mancha, si lo es.

Incrédulo, Lyon le arrebató el papel de las manos y lo observó cuidadosamente. Si bien

ninguno de los dos era experto en leyes, el trabajar junto a Shayler y John en el bufete, les había enseñado un par de cosas. El documento que sostenía entre sus manos parecía legal y maldito fuera si entendía cómo, pero la rúbrica al pie de la página era suya, al igual que la sangre con la que estaba sellada.

—No puede ser… —Se oyó decir a sí mismo en voz alta mientras leía el documento que lo unía con la mujer que estaba atada a aquella silla, la misma que le había pegado un tiro.

—Esto no es una simple firma —le recordó Jaek reconociendo el significado de la mancha rojiza en el papel.

—Es… un juramento de sangre —asintió incapaz de dejar de mirar la hoja de papel que tenía entre manos. Entonces, su mirada ascendió lentamente y se encontró con la de la mujer que había clamado ser su esposa. Tan rápido como la miró volvió la vista hacia Jaek—. Y si su nombre es Ariadna Collins… está diciendo la verdad… Estoy casado.

CAPÍTULO 4

Lyon se tomó los dos dedos de whisky que le había servido Jaek de un solo trago, su mirada dividida entre el Acta de Matrimonio que tenía en las manos y la muchacha que ahora se sentaba tranquila y erguida en un taburete a su lado, la mujer que aquel maldito papel proclamaba como Ariadna Tremayn… su maldita esposa.

Dejó caer el vaso con fuerza sobre el posavasos de la barra y miró a Jaek quien todavía tenía la botella de whisky en las manos.

—Ponme otro —le pidió con un seco gruñido.

—No creo que esta sea la mejor ocasión para emborracharte, amigo.

—Es la ocasión perfecta —aseguró mirando nuevamente la firma en aquel documento y la huella de sangre que la sellaba como algo indisoluble. No solo había firmado aquel documento, había hecho un maldito juramento de sangre. Pero, ¿por qué? ¿Quién era ella?

Jaek no dijo nada, se limitó a volcar la botella y rellenar el contenido del vaso antes de ponerle el tapón y devolverla a su lugar, su mirada se cruzó entonces con el semblante de la muchacha y nuevamente vio en sus ojos aquel dolor que había vislumbrado anteriormente antes de que desapareciera por completo bajo una capa de indiferencia.

—¿Quieres tomar alguna cosa? —le preguntó llamando su atención.

La chica, sorprendida por la pregunta, abrió sus enormes ojos castaños y finalmente sacudió la cabeza.

—No, gracias —dijo echando un rápido vistazo al contenido del vaso de su marido—. No bebo alcohol.

—Hay refrescos, si lo prefieres… ¿Soda?

Ella negó nuevamente con la cabeza. A Jaek no dejaba de asombrarle como una mujer podía cambiar tanto de un instante a otro, viéndola ahí sentada tan tranquila y callada le parecía difícil creer que resultase ser la misma mujer que le había pegado un tiro a su amigo nada más verlo.

Lyon tomó su segundo trago y se lo llevó a los labios solo para detenerse cuando vio el gesto de disgusto mal disimulado en el rostro femenino. Volviéndose completamente hacia ella, dejó nuevamente el vaso sobre la mesa y preguntó.

—¿Por qué diablos me disparaste? —le preguntó al tiempo que entrecerraba los ojos y la miraba—. Uno no va por ahí pegando tiros a un marido que no ha visto en toda su jodida vida.

Ella se enderezó en la silla y lo miró de frente al responderle.

—Un marido suele acordarse de que tiene una esposa, entre otras cosas.

—¡Con un demonio! —Saltó poniéndose en pie—. ¡Hasta hace cosa de un par de horas ni siquiera te conocía! ¡No sabía nada de ti!

Ella imitó su reacción y bajó del taburete para enfrentarlo. Así cara a cara, ella ni siquiera le llegaba a la barbilla, algo común puesto que Lyon rondaba el metro noventa y ocho.

—¡Fuiste tú quien firmó ese acta de matrimonio! Eso debería ser suficientemente obvio, ¿no te parece?—le espetó exaltada.

Aquel golpe fue directamente a su ego, la prueba de su estupidez estaba justamente allí, al alcance de la mano. Aquella era su firma, esa su sangre… ¡Pero no tenía la menor idea de cuándo demonios había firmado aquello!

—Te lo repito, mocosa, si hubiese hecho una estupidez como esta, ¡lo recordaría! —masculló señalando nuevamente el papel.

Aria entrecerró los ojos al oírle llamarla mocosa. Qué una ironía, especialmente cuando sabía por Sharien que el hombre solía encontrarse muy a menudo en compañía de una chica rubia, un bomboncito blanco —si deseaba utilizar las palabras de su amigo—, de rostro angelical y hechiceros ojos azules de aproximadamente su edad.

Durante el mes que habían pasado en la ciudad no estuvo cruzada de brazos, había deseado ir directamente a él, hablarle, pedirle una explicación pero su compañero la convenció de esperar, de conocer primero el terreno y de no apresurarse.

Sharien iba a estar de un humor de perros cuando volviese al apartamento que habían alquilado, si no lo estaba ya.

—No soy una mocosa, pero ya veo que a ti es el tipo de zorra que te va —respondió en apenas un murmullo, mirándole directamente a los ojos al recordarle—. Las rubias de pelo largo y rostro angelical, orangután con sobredosis de testosterona.

Él abrió la boca incrédulo para finalmente sacudir la cabeza y preguntar por el contrario:

—¿De qué rubia estás hablando?

No es como si fuese un eunuco, le gustaban las mujeres como al que más, pero la triste realidad era que llevaba ya varios meses en dique seco. En realidad aquella misma noche había tenido la oportunidad con una preciosa pelirroja y se había limitado a decir “no gracias”. Su relación con las mujeres desde hacía algunos años se limitaba a la comodidad, no a la pasión, algo que había sido necesario después de que aquella zorra le metiese en tal lío. Y aquí estaba ahora esta maldita hembra, con su largo pelo negro revuelto, unos enormes ojos castaños y un cuerpo de amazona que hacía que le picase todo y tuviese ganas de que ella le rascara. Demonios, no podía estar pasando ahora, no después de tanto tiempo, ¡no podía ser ella!

Estaba a punto de abrir la boca para decirle exactamente lo que podía hacer con sus comentarios, pero Jaek se adelantó.

—¿Cuánto tiempo llevas en la ciudad?

La pregunta hecha por el hombre los sorprendió a ambos, pero la respuesta apareció pronto en el rostro de la muchacha, sus ojos fulguraron un instante antes de apartarlos.

—Entiendo —sonrió para sí echándolo un rápido vistazo a su amigo—. Me sorprende que no te hayas dado ni cuenta.

Entrecerró los ojos y se volvió hacia ella, ¿le había estado espiando? Eso era imposible, lo habría sabido.

—¿Me has estado espiando?

Ella alzó su profunda mirada y lo enfrentó.

—No me dedico a esa clase de cosas —dijo con absoluta sinceridad. En realidad no mentía, ella no era la que había investigado al hombre y sus hábitos, fue Sharien.

Jaek que seguía el intercambio de la pareja se cruzó de brazos sobre la barra y se inclinó hacia delante.

—Esa rubia que has mencionado —le preguntó con lentitud—, ¿tiene el pelo más o menos por la cintura, en tirabuzones, unos profundos ojos azules y una edad parecida a la tuya?

Ella se giró hacia él, la sorpresa se reflejaba en su rostro. No era precisamente buena ocultando sus emociones.

—Ya veo —sonrió. Y se volvió hacia Lyon—. No sabía que te gustara jugarte la vida.

—¿De qué demonios estás hablando? —protestó volviéndose hacia su compañero para luego mirar a la chica quien había apartado la mirada durante un instante.

—No hay que ser un lince para suponer quien es la persona con la que al parecer has sido visto —se rio—. ¿Cuándo fue la última vez que le hiciste de canguro a Dryah?

Él arqueó una ceja en respuesta.

—Yo no hago de canguro.

Jaek puso los ojos en blanco.

—Sí, bueno, la versión oficial es "acompañante", pero ambos sabemos la verdad —aseguró mirando significativamente a la muchacha.

El vikingo siguió la mirada de Jaek y se encontró nuevamente con la interrogación en el rostro femenino.

—¿Se lo explicas tú o lo hago yo?

Lyon levantó el dedo corazón hacia su amigo en respuesta.

—Muy bien —respondió el Guardián y tras ahogar una sonrisa, se dirigió a la chica—. Creo recordar que habías mencionado algo sobre una carta, ¿no es así?

Ella asintió. Cogió su chaqueta del respaldo del taburete y extrajo el sobre amarillento en el que conservaba la carta aferrándola durante unos instantes antes de tendérsela a Lyon.

—Estaba entre sus cosas, él la ha dejado para ti —le informó al tiempo que le tendía el sobre—. No ha sido abierta.

—¿Él? ¿De quién diablos estás hablando? —preguntó sin entender ni una sola palabra.

Ella arqueó una delgada ceja negra en respuesta.

—Tu memoria es realmente frágil, ¿no es así?

Lyon frunció el ceño y le arrebató el sobre solo para quedarse petrificado al instante de tocar el amarillento papel.

Aquella hoja conservaba todavía la fuerza del hombre que lo había escrito, sus deseos más profundos y un intenso sentimiento de culpa, de algún modo la huella residual en él tenía sentido para el Guardián. Si bien el Juez había tenido una dura lucha para controlar su empatía, Lyon no lo había pasado mucho mejor intentando controlar su propio poder.

Podía verlo sentado en un enorme asiento de piel marrón, su cuerpo enjuto, devorado lentamente por la enfermedad, su vieja y temblorosa mano llena de manchas temblando ligeramente mientras escribía de puño y letra la carta que encontraría en su interior.

Poniendo freno al poder, replegándolo bajo su férrea voluntad alzó la mirada durante un breve instante hacia la mujer que tenía ante él.

No, no podía estar ocurriendo ahora, no podía ser ella…

—Eres tú —murmuró en voz baja, la sorpresa dando paso a la incredulidad—. Eres… ella.

Jaek se volvió hacia su compañero intrigado.

—Entonces, ¿sí la conoces?

Él negó con la cabeza, el destino era una perra que venía a llamar a su puerta tal y como había jurado que haría.

—Sí… no… joder, mierda. Esto no puede estar pasando, no puedes ser tú. Y… eres su nieta, ese hijo de puta del abogado no me dijo que su nieta fuese también mi esposa.

Ella abrió la boca para responder a aquella suposición, cuando las últimas palabras de Lyon llamaron su atención.

—¿Abogado? ¿Estuviste con el abogado de mi abuelo? —La sorpresa en su voz era genuina—. ¿Cuándo? ¿Por qué?

—¿Tiene que ver con la carta que mencionó Dryah? —sugirió Jaek.

Lyon alzó la mirada hacia él y luego la miró a ella antes de volver al sobre que tenía en las manos.

—Parece que mi destino ha llamado a la puerta después de todo —respondió antes de hacer una mueca y resoplar—, o me ha pegado un tiro.

Sin decir una sola palabra más, rasgó el sobre y extrajo de su interior el papel pulcramente doblado. Su rostro empezó a perder el color a medida que deslizaba la mirada por encima de la elegante escritura de aquel papel, sus ojos verdes se abrieron desmesuradamente mientras el peso de la comprensión y el pasado caían sobre él a plomo.

—Maldito hijo de la gran puta.

—¿Lyon? —se preocupó Jaek al ver cómo empezaba a perder el color.

El Guardián miró a la muchacha frente a él y finalmente se volvió a su compañero negando con la cabeza.

—Estoy jodido —gimió antes de coger su vaso y beberse el contenido de una sola sentada —. Es hora de consultar con un abogado.

El sonido del vaso hizo eco en el vacío local mientras se volvía hacia ella y se encogía ante las dimensiones de lo que acababa de leer.

—O con un Juez.

Ella se puso la chaqueta cuando lo vio hacerle una señal a Jaek quien asintió y rodeó la barra del bar.

—Quiero mi pistola.

Los hombres se la quedaron mirando como si se hubiese vuelto loca.

—¿Disculpa?

Ella frunció el ceño.

—Mi pistola, el arma que me quitaste —explicó con ironía—. La quiero de vuelta, por favor.

—Cuando los cerdos vuelen —respondió Lyon. Sin pedir permiso, la sujetó y la condujo a la puerta por la que había llegado hacía escasas horas.

—En ese caso será mejor que empieces a sacudir los brazos —le respondió ella entre dientes.

Lyon leyó una vez más la carta del hombre cuya muerte le habían comunicado hacía ya poco más de un mes, aquel que le había salvado la vida cuando la maldita zorra de Ashtart le dejó abandonado en aquella playa de Byblos. El mismo hombre al que juró devolverle el favor cuando así lo necesitara.

Bien, parecía que el momento del pago había llegado por fin y lo hacía en la forma de la mujer que permanecía sentada en el asiento de atrás del coche.

Los recuerdos de aquella época navegaron a la superficie, retazos de conversaciones y delirios, flashes de aquello que le condujo en el más estricto secreto a un lugar que jamás debió pisar, y en lo que todo aquello había terminado derivando. No estaba seguro de como terminó en manos del Dr. Mortimer Collins, cuando le preguntó el hombre le dijo que había aparecido medio muerto en la playa a los pies de las ruinas.

La ironía de aquello no se le escapaba.

Durante dos largas semanas había estado delirando, sumergido en unos accesos de fiebre tan dantesca que el buen hombre confesó tiempo después que le sorprendía que no hubiese estallado en llamas en cualquier momento. Pero la realidad era que Lyon no conservaba ni un solo recuerdo completo de esos quince días, su mente era un completo galimatías al respecto.

Aquella había sido la primera vez que Shayler se enfrentó a él. El Juez había montado en cólera cuando por fin dio señales de vida, él terminó con la nariz rota y sangrando como un cerdo, pero no era nada comparado con la mirada de preocupación y verdadero temor que vio en los ojos azules del muchacho. El cachorro podía ser el designado por la Fuente Universal para ser su líder, pero más que sus Guardianes, ellos eran su familia. Lyon había sido consciente de ello en aquel momento y el cariño que ya sentía por el joven se había asentado, reforzado por la absoluta fidelidad fraternal. Shayler había sido en muchos aspectos, el hijo que no había tenido… y que no estaba seguro de querer tener.

Según comprendió poco después de recuperar la conciencia, durante sus accesos de fiebre había estado de lo más charlatán y comunicativo, su pasado, su papel en la trama del universo, su verdadera identidad… todo ello quedó al descubierto para el buen doctor. Para su sorpresa, el hombre resultó ser más de lo que había esperado, sus conocimientos sobre las lenguas muertas y antiguas leyendas le hicieron el receptor perfecto en quien depositar su confianza, una que no había roto en la larga década que había pasado desde entonces y la cual le obligaba ahora a devolverle el favor.

Echó un vistazo al espejo retrovisor para ver a Aria mirando por la ventana. Sabía quién era ella, más allá del parecido con el viejo profesor, sus ojos, la terca elevación de la barbilla, estaba ese algo que la conectaba directamente con la antigüedad y con el pacto que había hecho años atrás.

¿Cómo podía haberlo olvidado? ¿Cómo no había pensado antes en ello?

—¿Tienes alguna idea de lo que hay aquí? —le preguntó a través del espejo retrovisor alzando el sobre.

Ella le miró del mismo modo y negó con la cabeza.

—La carta estaba guardada entre las cosas de mi abuelo —respondió ella—, algunas de las cuales no he encontrado hasta hace unos meses.

Él volvió la mirada a la carta y entonces se giró en el asiento.

—¿El acta de matrimonio?

Vio la vacilación en su mirada antes de apartarla y concentrar su atención en lo que se veía a través de la ventana.

—¿Cuándo? ¿Y por qué ahora?

Ella no se giró, pero su voz sonó clara en el pequeño habitáculo.

—Él era todo lo que me quedaba, después de que mis padres murieran en el mismo accidente de tráfico al que yo sobreviví milagrosamente, era todo lo que tenía —murmuró en voz baja—, y lo eché a perder.

Aria recordaba aquel día como si hubiese ocurrido ayer, estaba a punto de irse a la universidad, había fantaseado todo el verano con el campus y conocer gente nueva pero la felicidad pronto fue sustituida por la pesadilla. Sacudiendo la cabeza hizo aquel amargo recuerdo a un lado y se enfrentó a él a través del retrovisor.

—Y tú eres igual de culpable, ¿cómo diablos no sabías que te habías casado?

Lyon apretó los dedos alrededor de la carta.

—Al parecer es algo que hice cuando no estaba en mis plenas facultades —murmuró volviendo la vista al frente—, ya que ni siquiera puedo recordarlo.

—Qué conveniente —la oyó murmurar en respuesta.

—En realidad no —declaró con firmeza—. Pero descuida, nos encargaremos de deshacer esta locura en cuanto bajemos del coche.

CAPÍTULO 5

Hôtel Biron (Museo Rodin)
77 de la Rue Varenne. París

John observó pasivamente el palacete de piedra color arena y amplios ventanales desde los jardines que albergaba el Museo Rodin, no sabía por qué había venido hasta aquí, pero tampoco había sido demasiado consciente de la necesidad de vagar sin descanso de un lado a otro durante el último mes. El tiempo se convirtió en algo efímero, en su mente solo habitaba un pensamiento, un nombre y la suave voz instalada en un rincón de su mente, su voz.

¿Antiguo?

—Dime —murmuró alejándose de la gente, perdiéndose en los solitarios jardines.

¿Cómo es caminar bajo la luz del sol? Solo hay oscuridad en mi visión, ¿has visto alguna vez eso a lo que llaman estrellas?

—Cada día camino bajo la luz del sol, pero nunca he notado su calor —respondió enviando su voz más allá de la impenetrable barrera que la mantenía oculta—. Cada noche salgo bajo las estrellas, pero ellas no brillan.

¿Tú también estás encerrado?

—Vivo en libertad y al mismo tiempo siento que permanezco confinado por muchas otras cosas. Es… complicado.

Dime otra vez tu nombre, quiero oír tu alma.

Él sonrió lentamente su mirada azul vagó lentamente sobre los setos del jardín.

—Es John, pero no estoy seguro de que puedas oír mi alma en él.

Una suave y triste caricia tocó su mente y algo más.

Quisiera ver la luz del sol, quisiera ver eso a lo que llamáis estrellas, John.

—Yo te las enseñaré —prometió poniendo toda su confianza en las palabras y enviándoselas para que ella las notara.

¿Cómo es la lluvia? Sé que es húmeda, que moja, que baña vuestras tierras y alimenta vuestros ríos, pero nunca la he sentido sobre mí. Ni siquiera estoy segura de que pueda sentir.

—El anhelo también es un sentimiento.

¿Anhelo? Sí… muchos de los que han traspasado mi puerta han sentido eso que llamas anhelo.

John se detuvo, su mirada se deslizó de nuevo hacia el edificio a sus espaldas recorriendo poco a poco cada centímetro del extenso jardín, deseando que ella estuviese allí en alguna parte, lo suficientemente cerca para alcanzarla.

—Dime dónde estás Atryah, iré a buscarte.

Ella se rio suavemente al escuchar aquel nombre que él le había dado, una cadencia musical envolvía cada una de sus palabras, la hacía seductora.

No puedes llegar a mí.

Un gruñido masculino brotó de su garganta, no iba a aceptar que se le dijese lo que tenía o no tenía que hacer.

—No me digas lo que puedo o no puedo hacer. Quiero ir a ti, solo dime cómo hacerlo.

Un débil suspiro acompañó sus siguientes palabras, la pena volvía a teñir su melódica voz.

Antes o después vendrás a mí, antiguo, pero no hay necesidad de apresurar el encuentro. Hay alguien importante para ti, lo sé. Sentí tus lágrimas, tu desesperación cuando se marchó brevemente.

John sacudió la cabeza, no dejaba de sorprenderle como ella parecía conocer cada uno de sus más profundos secretos.

—Él siempre será importante para mí, pero incluso yo sé cuándo debo hacerme a un lado y permitirle seguir su vida. Está bien, ella está a su lado y lo ama.

John dudo unos instantes cuando la conexión que tenía con aquella misteriosa entidad pareció flaquear.

—¿Atryah?

Había conocido su nombre por Dryah, ella lo había visto en su visión al igual que vio lo que su destino le tenía deparado.

Amor. Grandes cosas son capaces de realizarse por aquello que llamáis amor. ¿Es realmente tan poderoso como parece?

Él suspiró al oír la curiosidad en su voz.

—El amor es el motor de la humanidad. Su única excusa a la hora de cometer locuras, y su única justificación para cometer traición.

Un arma de doble filo.

—Lo es —su respuesta fue rotunda.

¿Y aun así insistís en luchar en su nombre? No lo entiendo.

—No hay nada que entender —en su voz se oyó un tono bajo y melancólico.

¿Por qué estás triste?

Ahora su voz sonó temblorosa, su calidez le acarició una vez más, vacilante.

—No puedo alcanzarte.

La tristeza inundó una vez más el vínculo que los ponía en contacto, John pudo sentir su dolor, su desesperación.

Estoy fuera de tu alcance, antiguo.

Él negó con la cabeza.

—No, no lo estás. Te siento conmigo.

Un delicado suspiro, entonces:

Siento tu soledad y no deseo que estés solo.

John cerró los ojos y respiró profundamente antes de responder:

—Ven a mí y no lo estaré. —Había intensidad en sus palabras, realmente deseaba que ese deseo se hiciera realidad, quería que fuese a él, la quería cerca, necesitaba poder abrazarla, borrar de su voz esa tristeza—. Ven a mí, Atryah.

Quiero ir… quiero ir a ti… pero no sé cómo… mis cadenas...

¿Era angustia lo que oía en aquella dulce voz? La sola idea de que ella sufriera se hacía insoportable.

—Dime dónde puedo encontrarte… dime un nombre… por muy lejos que estés, llegaré hasta ti.

A lo largo de muchas vidas he tenido muchos nombres, todos ellos hablaron de temor y dolor, esperanza y alegría, de eternidad y destino… Soy más antigua que la humanidad, más lejana que el universo y estoy en cada uno de ellos, soy muerte y soy vida.

—Eres Atryah.

¿Me estás dando un nombre, antiguo?

Preguntó nuevamente. Su voz contenía ahora un deje de esperanza.

John asintió con la cabeza, aunque no estaba seguro de que eso sirviese de mucho.

—Ayúdame a llegar a ti.

Hubo un instante de silencio tan espeso y amplio que John pensó que una vez más la había perdido.

—¿Atryah?

¿Me sostendrás cuando todo se desmorone a mí alrededor?

Su voz le envolvió como si hubiese susurrado a su oído.

Su respuesta fue clara, sin dudas.

—Te sostendré hasta que el mundo en el que moramos se haga pedazos y crucemos la última frontera.

Ella suspiró de paz y felicidad

Ven a buscarme, John… libera mis cadenas… libérame.

CAPÍTULO 6

Shayler levantó la mirada de los documentos que estaba preparando al oír la puerta de la oficina, una lenta sonrisa empezó a curvar sus labios al ver una cabecita rubia asomando la nariz. Cuando la dejó varias horas atrás, dormía como un angelito envuelta en las sábanas de la cama, su delicioso cuerpo saciado y en reposo. Era un iluso al suponer que se quedaría allí, de hecho consideraba todo un récord que hubiese tardado tanto en aparecer.

—¿Tenían chinches las sábanas?

Dryah sonrió en respuesta mientras entraba en la oficina y cerraba la puerta tras de sí dirigiéndose entonces a una de las sillas que enfrentaban el escritorio, para dejarse caer en ella.

—Se vuelven frías cuando tú no estás —respondió posando las manos sobre la madera para inclinarse hacia delante y pedir su beso de buenos días—. ¿Por qué has madrugado tanto? Dijiste que no irías al juzgado hasta cerca del mediodía.

—Quería comprobar algunas cosas y dejar terminadas otras —aceptó inclinándose hacia delante para capturar la barbilla de su mujer con los dedos y acercarla a su boca, besándola y deleitándose en su sabor del cual parecía no poder saciarse nunca—. Buenos días, pequeña.

—Buenos días —susurró lamiéndose los labios antes de dejarse caer en el asiento—. ¿Hay alguna mínima posibilidad de que me dejes ir contigo?

Shayler esbozó una mueca ante la conocida pregunta.

—Ni la más mínima —aseguró sin más vueltas.

—Aguafiestas.

—Consentida.

—¿De quién es la culpa?

—Mía —aceptó con absoluta convicción—. Soy el único culpable.

Ella suspiró y se apoyó en el respaldo del asiento.

—Necesito hacer algo, Shay, me aburro aquí sola —murmuró en voz baja, casi como si estuviese confesando un vergonzoso secreto—. Keily lleva los dos últimos días en la cama con un malestar estomacal, Lluvia está preparando la habitación para el bebé… —Su voz bajó de intensidad al mencionar a la niña que esperaban el Cazador y su esposa.

Frunció el ceño al ver su vacilación. Algo había ocurrido.

—¿Qué es Dryah?

Los cristalinos ojos azules se alzaron hacia él, mordiéndose el labio inferior con delicadeza encogió sus delgados hombros quitándole hierro al asunto.

—Shayler, ¿es necesario que todas las parejas casadas tengan hijos?

Sin duda, aquella no era una pregunta que se esperase. Dejando el bolígrafo a un lado, cruzó los brazos sobre la mesa y le dedicó toda su atención.

—No sé exactamente a lo que te refieres, nena.

Ella se lamió los labios y volvió la mirada hacia una de las ventanas por las que ya empezaba a filtrarse la luz de la mañana.

—Sé que Nyxx es feliz al lado de Lluvia y el bebé solo es el último peldaño que necesitaba para poner a descansar para siempre su pasado —declaró volviéndose hacia él—, y a ella se la ve radiante. Irradia felicidad por cada poro, han alcanzado el destino que había sido escrito para ellos.

Él se limitó a asentir.

—Un hijo suele traer esa clase de emociones, cielo.

Ella asintió, pero con todo había una sombra en sus ojos.

—Keily mencionó que el ver a Lluvia le recordó algo en lo que nunca había pensado antes, que le gustaría tener un bebé.

Sonrió de medio lado al comprender por dónde iban los tiros.

—Por lo que he aprendido de mi madre, eso suele ser algo normal en las mujeres —aceptó con serenidad, observando detenidamente a la mujer que amaba por encima de todas las cosas—, pero al final del día, el traer un hijo al mundo debería ser algo consensuado por ambas partes. Un niño debe ser deseado, amado, no solo un capricho. Los niños nunca deberían tener que pagar por las estupideces cometidas por sus padres y la mayoría de las veces, son las únicas víctimas.

Ella se giró entonces hacia él, su mirada azul más intensa que de costumbre y la sombra que había visto se desvaneció cambiando a un deje de arrepentimiento y tristeza.

—¿Nunca conociste o supiste quién fue la mujer que te trajo al mundo?

Él negó con la cabeza.

—La única madre que reconozco es Bastet, ella fue la que me crio y la que me ha aguantado durante infinidad de años —aceptó con una mueca—. Es la única que me oirá llamarla mamá.

—Yo no he tenido madre, no en el sentido bíblico de la palabra, después de todo, mi concepción ha sido… inexistente por decirlo de alguna manera —murmuró con un ligero encogimiento de hombros—. No sé… no se sí… no sé si yo podría…

Se incorporó con un profundo suspiro al entender por fin cual era el motivo por el que Dryah había sacado aquella conversación tan inusual. Dejándola con su meditación se recostó en su asiento y la miró por debajo de las espesas pestañas.

—He estado esperando por ti desde incluso antes que Eidryen y Elora te trajesen al mundo, amor, no hay nada que desee que sea de otro modo —le aseguró poniendo toda su confianza y amor por ella en sus palabras—. Eres quién eres, Libre Albedrío, mi otra mitad, mi consorte, mi amor y algún día, cuando ambos así lo decidamos, serás también la madre de mis hijos.

—Shay —susurró ella, su mirada preñada de dolor e incertidumbre—. Yo no sé sí…

Negando con la cabeza, echó la silla hacia atrás y le tendió la mano.

—Ven aquí.

Dejando su asiento al otro lado del escritorio fue a su encuentro, permitiéndole que la tomara en sus brazos, sentándola en su regazo.

—¿Qué se te ha metido en esa cabecita, Dryah? —le preguntó sin andarse con más rodeos.

Ella se lamió los labios pero habló con la misma firmeza y confianza de siempre.

—A ti te gustan los niños.

Él asintió, le encantaban los niños e imaginaba que la paternidad debía ser algo único e indescriptible, especialmente cuando venía de la mano de la mujer que amaba, pero al mismo tiempo era consciente de que traer un niño al mundo era cosa de dos y su pequeña e inocente esposa no estaba preparada para tal paso, todavía no.

—Sí, me encantan los niños —aceptó con absoluta sinceridad mientras le apartaba el pelo del rostro y le acariciaba la mejilla—, y me encantará ser padre cuando sea el momento adecuado y ambos, tú y yo, decidamos que lo es. Pero por ahora, bonita, todavía te necesito a ti total e incondicionalmente. No he superado que hayas intentado dejarme e irte sola por esa maldita puerta, tienes mucho que hacer para resarcirme por ello.

Ella sonrió en respuesta, pese a todo su mirada seguía teñida de incertidumbre.

—¿Estás seguro?

Sintió sus emociones a pesar del férreo control que tenía sobre su empatía, el vínculo que los unía iba más allá del poder de cualquiera de los dos, llegando a lo más profundo de sí mismos. Sus brazos la rodearon atrayéndola muy cerca, sus labios acariciaron una vez más los suyos antes de buscar su mirada transparente y hablar con toda sinceridad.

—Te amo, Dryah —le dijo sin rodeos, sus ojos reflejando cada uno de sus sentimientos—, amo todo lo que eres y lo que serás, mi vida, nada jamás cambiará eso.

Su mano descendió entonces de su cintura hacia su plano vientre al tiempo que la besaba tras el pabellón de su oído izquierdo.

—Y te seguiré amando cuando la vida inunde tu interior, cuando el destino y tú así lo decidáis —le aseguró volviendo a capturar su suave mirada—. No hay que apresurarse, tenemos mucho tiempo por delante, muchas vidas que vivir juntos.

Ella sonrió y se hundió en su abrazo, capturando sus labios e imprimiendo en ese beso todo el amor que nacía y crecía por él, su amante, su consorte y su más íntimo amigo.

—Te amo, mi Juez —le susurró abrazándolo—, mi consorte, mi amor. Eternamente.

Se sintió abrigado por sus emociones, su amor y sus palabras.

—Eternamente, amor mío —prometió apretándola contra él, mientras le acariciaba el rostro—. Pero sigo sin dejarte ir al juzgado.

Ella se echó a reír en sus brazos, uno de sus dedos le perfiló la mandíbula antes de que él le mordiese eróticamente la punta del dedo.

—Ese no es lugar para ti, bonita, te aburrirías hasta el tedio esperándome —intentó desalentarla una vez más—. ¿Por qué no vas de compras o a dar un paseo? Puedes ir a incordiar a Bastet todo lo que te plazca.

Ella suspiró.

—No me apetece ir de compras —murmuró sacudiendo su rubia melena. En realidad, le agobiaba caminar entre tanta gente y el centro comercial solía estar siempre a rebosar. Su mirada paseó sobre el escritorio y los papeles que había esparcidos—. ¿No podría hacer algo para ayudarte aquí?

Le rodeó la cintura y le acarició distraído el costado.

—¿Qué querrías hacer?

Ella se encogió de hombros.

—No lo sé, algo en lo que pudiera ayudar y mantenerme entretenida —aceptó volviéndose hacia él—. Pero algo real, por favor.

Él asintió mirándola pensativo.

—Ahora que John está desaparecido en combate, supongo que podrías hacer algo que tendría que haber hecho él —comentó pensando en su hermano y en cómo este parecía haber desaparecido de la faz de la tierra.

Ella posó la mano sobre la suya y le obligó a encontrarse con su mirada.

—Él está bien, Shayler, lo sé —dijo con toda confianza—. Volverá cuando así lo crea oportuno.

El Juez dejó escapar lentamente el aliento y la miró.

—¿Estás segura que no tienes la menor idea de dónde está?

Sacudió la cabeza.

—Si lo supiera, sería la primera en ir a buscarlo —declaró. Más allá de cualquier duda sabía que la ausencia de John y lo que quiera que él estuviese haciendo iba a derivar en algo más

grande y a pesar de todo, no era algo que pudiese ser evitado. John tenía un destino que alcanzar, ella no iba a cambiarlo—. Soy Oráculo a tiempo parcial, Shay y últimamente lo único que veo son las malditas nueces con la jodida nata.

Él se echó a reír ante la mención de la extraña y repetitiva visión de su esposa.

—Y ni siquiera me gusta la nata —protestó ella con un pequeño y coqueto puchero.

—Algún día descubriremos el misterio de las nueces y la nata, preciosa, no te preocupes.

Sacudiendo la cabeza, se inclinó sobre él peinándole el pelo con los dedos antes de enmarcar su rostro con ambas manos y perderse en sus hermosos ojos azules.

—No importa qué suceda, quien lo inicie o quien le dé término, mi vida, mi amor y mi lealtad estarán siempre en tus manos, mi Juez —declaró al tiempo que bajaba la boca sobre la de él—, siempre, Shayler.

Él estaba más que dispuesto a aceptar su entrega y devolvérsela multiplicada por cien, pero no pudo siquiera rozar sus labios antes de que la puerta de la oficina se abriese de golpe y encontrase a dos de sus Guardianes con una mujer morena, que si bien no había visto en su vida, poseía un aura de lo más extraña. Antes de que pudiera hacerles partícipes acerca de lo que pensaba de su intrusión, Lyon plantó sobre la mesa un documento, su mirada verde se clavó en él con intensidad.

—Léelo y dime que no es válido.

Shayler retuvo a su mujer mientras las preguntas empezaban a volar sin orden ni concierto a tan temprana hora en la oficina, su mirada fue de uno a otro deteniéndose brevemente sobre la recién llegada antes de seguir el insistente dedo que Lyon apretaba contra el papel. Todo el mundo parecía tener algo importante que decir y creían que debían hacerlo al mismo tiempo convirtiendo aquello en un circo. Sus ojos azules vagaron nuevamente a la mirada de su compañero antes de deslizarse una vez más hacia su esposa, quien se había quedado rígida en sus brazos. Aquella sutil amenaza contra su seguridad era suficiente para cambiar por completo su normalmente buen humor. Deslizando lentamente la mano por la espalda femenina en una tranquilizadora caricia alzó la mirada hacia Lyon.

—Hola a ti también, Ly.

La amenaza intrínseca en su voz fue suficiente advertencia para sus Guardianes. Jaek fue el primero en aproximarse a ellos dejando que Lyon se encargase de la presencia y explicación de la desconocida, el Guardián se quedó a un lado del escritorio sonriendo de manera tranquilizadora a su hermana de armas, la cual se escurrió de su regazo y se puso en pie. Sin soltar su mano rodeó el sillón hasta posicionarse a su espalda.

—Me disculpo por nuestra inoportuna interrupción.

Apretó la delicada mano de su esposa antes de fulminar a Jaek con la mirada y hacer lo mismo con Lyon.

—Eres tú.

El inesperado comentario por parte de la desconocida hizo que todos centrasen su atención sobre ella, su mirada castaña estaba puesta sobre Dryah con curiosidad y un toque de animosidad. Shayler notó también en ella otra clase de emociones, inseguridad, nerviosismo, tensión y una pizca de miedo.

—¿La conoces?

La pregunta estaba dirigida a su esposa.

Dryah se recogió el pelo detrás de la oreja al tiempo que respondía con una negación.

—No —aceptó observando a la mujer—, no personalmente al menos.

—Ella es Ariadna —se adelantó Jaek señalando a la mujer que permanecía un par de pasos por detrás de Lyon—. Aria es la nueva adquisición de Lyon.

—Yo no soy la adquisición de nadie —respondió la mujer, su mirada castaña fulminó a Jaek, quien se limitó a sonreír.

—Aria, ellos son Shayler Kelly y Dryah, su esposa.

Aquella declaración pareció sobresaltar a la mujer quien dio un par de pasos hacia delante deteniéndose al lado de Lyon, quien la miró por el rabillo del ojo.

—Es la verdad —murmuró él a modo de advertencia.

Ella decidió ignorar su advertencia.

—¿Ahora también coqueteas con las esposas de tus amigos?

El hombre gruñó en voz baja enviándole una mirada por encima del hombro.

—Yo no coqueteo con nadie.

—Eso no te lo crees ni tú.

Shayler se tomó un segundo para acariciar la mano de su esposa antes de soltarla y recostarse en el respaldo de la silla con los brazos cruzados, contemplando la locura que parecía haberse instalado en la oficina.

—De acuerdo, ¿alguno puede decirme exactamente qué está pasando aquí? —preguntó de manera tajante, su mirada vagaba de Lyon a Jaek para finalmente detenerse sobre la desconocida —, y ya de paso, explicadme quién es ella y qué hace aquí.

—Ella es… una larga historia —resopló Lyon, atrayendo nuevamente su atención.

La desconocida alzó la barbilla al escuchar la respuesta del vikingo y dio un nuevo paso adelante, quedándose a su lado.

—Me llamo Ariadna Tremayn y soy su esposa.

Shayler frunció el ceño, contempló a la mujer y respondió con un deje de diversión marcada por la ironía.

—¿Disculpa?

Lyon resopló atrayendo la atención sobre él.

—Acabo de decirte que era una larga historia.

Jaek sonrió por lo bajo antes de añadir.

—La cual empieza con un disparo.

Los ojos azules del Juez se volvieron hacia el más joven de sus Guardianes.

—¿Cómo?

—El arma es una antigualla, pero le ha dejado un bonito agujero —continuó con la explicación—. Ha sido realmente una suerte que errase el tiro desde esa distancia.

Dryah jadeó mientras seguía la conversación, su mirada cayó entonces sobre la chica, quien parecía estar dividiendo su atención entre ellos dos y el hombre al que había reclamado como marido.

—¿Eres su esposa?

Shayler se llevó la mano a la frente, la cual empezaba a palpitarle y sacudió la cabeza.

—No estoy entendiendo nada.

Lyon resopló y señaló el documento que había dejado sobre la mesa con un golpe de su dedo.

—No hay necesidad de que lo entiendas, solo mira eso y dime que no se trata de un documento legal —le pidió haciendo hincapié en el papel que le había presentado—, que hay

alguna maldita laguna y que puede deshacerse.

Mirando a su interlocutor con verdadera curiosidad durante un breve instante, cogió el documento que habían dejado sobre la mesa y le echó un rápido vistazo. Su ceño empezó a hacerse más profundo a medida que leía.

—Esto es un acta de matrimonio —aceptó reconociendo el documento y la redacción, entonces arqueó ambas cejas y miró a Lyon por encima del papel—. ¿Has hecho un pacto de sangre en un acta de matrimonio?

—Shayler… —gruñó Lyon.

El Juez le sostuvo la mirada durante un instante y continuó examinando el documento atentamente para finalmente encogerse de hombros.

—A primera vista, yo diría que es perfectamente legal —aseguró repasando los puntos en el acta matrimonial, entonces levantó la mirada hacia la muchacha que ahora permanecía al lado de Lyon—. E imagino, que esta señorita debe ser Ariadna Collins Tremayn.

La mujer asintió lentamente volviendo la mirada hacia él.

—Así es —respondió dividiendo su atención de forma disimulada entre él y su compañera.

Aquella menuda mujer era un cúmulo de emociones encontradas predominando por encima de todas ellas la desconfianza y la curiosidad.

—Disculpa si te molesto al preguntar esto pero, tu edad…

Aria se sonrojó ante la inesperada pregunta que dejaba abiertamente la duda de si era mayor de edad.

—En mayo cumpliré los veinticinco, si eso es lo que te preocupa, Juez Supremo.

Si esperaba una respuesta no era ni de lejos aquella y a juzgar por el sutil movimiento de su esposa, quien dejó el respaldo de la silla para colocarse a su lado, la rotunda declaración también la sorprendió.

—En realidad, siento mayor curiosidad que preocupación por saber cómo has llegado a tal conclusión —aceptó dejando su posición relajada para cruzar las manos sobre el escritorio—. ¿Alguna respuesta a eso, Lyon?

—Ninguna que pueda agradarte —dijo él con obvio fastidio—, ha sido igual de sorprendente para nosotros.

—No me digas —comentó sin quitar la mirada de la muchacha, haciendo que ella se moviese nerviosa, entonces se volvió hacia Lyon y empujó el papel en su dirección—. No sé cómo diablos has llegado a esto, amigo, pero estás legalmente casado con… —Señaló a la mujer —, esta señorita.

—¿Alguna laguna legal? —insistió a pesar de todo.

Él negó con la cabeza y tamborileó con los dedos en la mesa.

—Que haya reconocido a primera vista, ninguna.

—¡Maldición! —masculló dejando escapar el aire que había estado conteniendo entre los dientes.

Shayler le dedicó un último vistazo a la muchacha quien se puso incluso más rígida al escuchar el siseo de Lyon, intrigado por todo aquello se volvió hacia Dryah.

—Parece que después de todo, sí vas a venir conmigo al juzgado —le informó. No correría riesgos con ella, no hasta saber quién y qué era la mujer que le había reconocido a él y a sus Guardianes.

Dryah deslizó su mirada hacia la mujer y finalmente a Lyon.

—No supone una amenaza, Shay —murmuró ella en voz baja, entonces se inclinó hacia él

y le sonrió de esa forma hechicera que hacía que lo tuviese a sus pies—. Pero no declinaré el ofrecimiento. Subiré a cambiarme y a darle de comer a Horus.

Asintiendo la dejó ir para luego volver a posar la mirada sobre las tres personas restantes en la sala.

—Bueno, supongo que este es tan buen momento como otro para que me expliquéis que es lo que está pasando aquí —aseguró con absoluta tranquilidad—. Y a poder ser, hazlo en menos de una hora, tengo un pleito en el juzgado a las doce.

CAPÍTULO 7

Media hora después, entre bufidos, malas caras y discusiones matrimoniales, Shayler seguía sin saber exactamente cómo aquella mujer conocía su existencia y por qué Lyon estaba atado a ella.

—Así no vamos a llegar a ningún sitio —murmuró echando un vistazo a su reloj—, y os queda menos de media hora. —Su mirada fue entonces sobre Jaek quien permanecía apoyado contra la ventana con los brazos cruzados a escasa distancia de la mujer—. ¿Podrías acompañar a Ariadna mientras aclaro un par de cosas con Lyon?

Asintiendo se volvió hacia la mujer, quien miraba ahora al Juez con ojos entrecerrados.

—No me iré a ningún lado.

Lyon que hasta el momento había mantenido la serenidad empezó a perder rápidamente la paciencia.

—Solo será un momento, Ariadna —se adelantó Shayler, para quien las emociones de su Guardián empezaban a levantarle dolor de cabeza.

—Espera en la sala con Jaek. —Las palabras de Lyon tenían cierto tono de orden.

Ella alzó la barbilla, sus ojos marrones clavándose en los verdes de él.

—No recibo órdenes de nadie.

Mala contestación, pensó mientras Jaek se acercaba a la muchacha, pero no llegó a tiempo de evitar la explosión de Lyon.

—¡Con un demonio, haz lo que te digo, mocosa o te juro por los dioses que seré yo quien te ate y amordace esta vez! —la amenazó Lyon.

Ella se tensó, su espalda absolutamente recta mientras se enfrentaba a él, la diferencia de altura y corpulencia era clara, pero aquello no parecía amilanarla.

—Inténtalo y me aseguraré de meterte otra bala, esta vez, entre las piernas.

Shayler se levantó entonces con un suspiro y rodeó el escritorio.

—Prométeme que me llamarás cuando eso suceda —le dijo mirando a la chica—, es algo que no se ve todos los días y odiaría perdérmelo.

Ella parpadeó varias veces sorprendida por el sigilo con el que se había movido ese hombre, sus profundos y claros ojos azules parecían honestos y había un aire de poder que le envolvía de tal forma que hacía difícil la sola idea de discutirle algo.

—La chica que ha salido por la puerta, es mi esposa Dryah —continuó—, te puedo asegurar de primera mano, que Lyon tan solo hace de niñera de vez en cuando.

El aludido se volvió hacia el Juez.

—¿Ah? ¿Ahora lo admites?

Se encogió de hombros.

—Es mi mujer, tu hermana de armas y una poderosa entidad en sí misma. Es tu deber, así que no te quejes —lo acalló para volverse nuevamente hacia la chica—. ¿Crees que podrías permitirme unos minutos para hablar con él?

Ella le miró con atención, después a Lyon a quien fulminó con la mirada.

—Solo si me devuelven la pistola.

Lyon iba a protestar pero le detuvo poniéndole la mano en el pecho.

—¿Jaek? —preguntó el Juez.

—¿Estás seguro? —La duda en la voz del Guardián era más que palpable. Había cosas que

ni siquiera sus chicos pondrían a prueba y la seguridad de Dryah o la suya propia era una de ellas.

Miró a la muchacha y después de un momento asintió.

—Devuélvesela —asintió y se giró hacia ella con la suficiente advertencia en su tono como para provocarle un estremecimiento—. Ariadna se encargará de que ni una sola bala más salga del cañón.

La muchacha tragó saliva pero no se amilanó.

—Otra cosa que no acepto son las amenazas, Juez Supremo.

Sonriendo con calidez se enderezó.

—Mi nombre es Shayler, lo prefiero a Juez —le aseguró de forma amistosa, pero la advertencia seguía estando al día en su voz—. Y no es una amenaza, Ariadna, sencillamente no estoy dispuesto a correr ninguna clase de riesgo en lo que a mi esposa se refiere, es lo único frente a lo que no mantengo contemplaciones.

Ella se sorprendió al oír la sinceridad en su voz y finalmente, aunque a regañadientes, asintió.

—Esperaré fuera a que terminéis —aceptó en voz baja, sus ojos vagando del hombre a su marido para luego detenerse en Jaek—. Quiero mi arma de vuelta, de todas formas, solo tenía una bala.

Antes de que alguno pudiera decir algo al respecto, la muchacha dio media vuelta y salió por la puerta seguida por Jaek, quien cerró tras él.

—Interesante mujer a la que te has unido.

—¡Que te jodan, Juez!

Shayler suspiró.

—Intento que Dryah lo haga todas las noches y por las mañanas —aseguró con un melodramático suspiro—. Pero en vez de disfrutar de la presencia de mi preciosa esposa, estoy aquí, viéndote la cara, con un acta de matrimonio legal y firmado con un pacto de sangre y una hembra mortal que sabe de nosotros. Así que, empieza a cantar, pajarillo, estoy ansioso por escuchar el resto de la historia.

Lyon suspiró profundamente, permitiéndose relajarse por primera vez desde que entró en la oficina, caminó hacia la ventana solo para girarse de nuevo y extraer un gastado sobre del interior de la chaqueta y tendérselo.

—Tenías razón cuando decías que a veces el pasado vuelve para morderte en el culo —aseguró echando un vistazo a la puerta—. Una vez más las visiones del oráculo han resultado ser ciertas, pues el mío acaba de regresar y viene armado con una pistola.

Shayler cogió el sobre que le tendía y alzó la mirada hacia su compañero.

—¿Cómo ha pasado todo esto, Lyon?

El hombre suspiró e indicó el sobre que ahora estaba en manos del Juez con un gesto de la cabeza.

—Byblos, hace catorce años, allí fue donde pasé cuatro infernales semanas, o al menos dos de ellas —le dijo al tiempo que alzaba la mirada para encontrarse con la de él. Era hora de poner las cartas sobre la mesa—. El resto del tiempo, no puedo recordar con total exactitud cuánto fue, estuve en presencia de Ashtart.

Aquella revelación no pareció sorprender lo más mínimo a su interlocutor, por el contrario, Shayler se limitó a apoyar el trasero contra el escritorio y cruzarse de brazos.

—Lo sabías. —No era una pregunta.

El Juez se limitó a encogerse de hombros.

—Te merecías la paliza —se justificó—. ¿Realmente esperabas que fuera a quedarme de brazos cruzados después de tu espontánea desaparición? Dame un poco de crédito, Lyon, no soy quien soy por haberme tocado el puesto en un billete de lotería.

—Hijo de puta… —masculló con incredulidad.

El hombre se limitó a encogerse de hombros.

—Incluso los dioses tienen que plegarse a la Ley Universal —aseguró Shayler con un suspiro—. Digamos que uno de los vasallos de Ashtart tuvo a bien informarme algunos días después de tu regreso que su señora había tenido una reunión contigo, debo añadir también que se negó a darme más detalles, aunque conociendo a los dioses puedo imaginarme la naturaleza de tal reunión.

Lyon negó con la cabeza esbozando una ligera sonrisa al ver la expresión del Juez, a veces no era necesario leer las emociones para saber en qué estaba pensando tu interlocutor.

—Ojalá hubiese sido esa clase de reunión, cachorro —aseguró con un profundo suspiro. Se pasó la mano a través del pelo, arrastrando los rubios mechones hacia atrás—, pero me temo que es algo mucho más. En cierto modo, me ha puesto a mí mismo entre dos aguas.

Shayler se miró los zapatos, un gesto tan inofensivo que le convertía en un joven como otro cualquiera sumido en sus propios pensamientos.

—¿Qué quieres decir?

Lyon suspiró y se llevó la mano a la camiseta, tironeando de ella para sacarla del pantalón y se giró dejando a la vista una pequeña marca a la altura de la cadera, un pequeño tatuaje de color canela con la forma de una luna tribal atravesada por tres lanzas, dos con la punta hacia arriba y la tercera con ella hacia abajo.

—Que además de tu Guardián, lo soy de esa muchacha que acaba de salir —respondió exponiendo la marca—. Ariadna, es mucho más que mi esposa… es la última *ashtarti*.

Sus pasos le llevaron a la entrada del edificio de oficinas de la sede de los Guardianes Universales, un lugar que en cualquier otra circunstancia estaría más que encantado de evitar; Pero ella había conseguido que aquello fuese imposible. ¿Había esperado realmente que se mantuviese a la espera, que aguardase? No, por supuesto que no, su impaciencia había sido palpable, pero lo de llevarse el arma, aquello era demasiado.

Cualquiera pensaría después de los siglos que llevaba dedicados al cuidado de su estirpe habría aprendido algo, sin embargo, ni todos sus conocimientos juntos le servían de nada a la hora de tratar con Ariadna, la última descendiente de las elegidas, la última ashtarti.

—Debería haberla encadenado —murmuró para sí examinando el edificio ante él—, eso me hubiese ahorrado muchos problemas.

Y el primero de ellos tener que entrar en aquel lugar sin invitación.

Las sofisticadas medidas de seguridad parecían ser nada más que una fachada en comparación al poder que rodeaba e impregnaba cada una de las piedras como si el edificio tuviese vida propia, nadie en su sano juicio cometería la estupidez de importunar a los Guardianes o a su Juez, nadie excepto él.

—Espero que estés de buen humor, Juez Supremo.

Shayler contempló a Lyon durante unos largos instantes, sus ojos azules se clavaron en el hombre en absoluto silencio casi como si estuviese midiendo las consecuencias de lo que acababa de decirle.

—Ashtart no es una diosa que se conforme con nada menos que la lealtad absoluta, Lyonel.

Lyon respiró profundamente, no había muchas ocasiones en las que escuchase su nombre completo de sus labios, las pocas veces que lo había hecho, no había sido por ningún motivo de felicidad.

—No te pongas melodramático, cachorro —respondió con la misma impertinencia de siempre—, mi lealtad sigue siendo única y exclusivamente para los Guardianes, con Ashtart tengo un… acuerdo temporal.

Él arqueó una dorada ceja en respuesta.

—¿Un acuerdo temporal? ¿Con una diosa? —Su voz sonó tan burlona como recelosa, no le estaba haciendo ni pizca de gracia lo que estaba oyendo—. ¿En qué jodida mierda estabas pensando, Lyon?

—Para serte sincero, no estoy muy seguro de que estuviese pensando en aquellos momentos —confesó con un despreocupado encogimiento de hombros—, de otro modo no habría cometido la estupidez de permitir que esa zorra me atase a esta maldita tarea.

Shayler respiró profundamente, empezaba a pensar que sería mejor no preguntar qué tarea era aquella, pero no podía simplemente ignorar el problema.

—¿Qué tarea?

Lyon se rascó la barbilla y volvió la mirada hacia la puerta de la oficina tras la cual estaba su recién descubierta esposa.

—Seducir a la última de las ashtarti —respondió en voz baja, apenas un murmullo, pero lo suficientemente claro para Shayler—, y evitar su muerte.

El Juez parpadeó varias veces, las palabras de su compañero empezaban a tener problemas para penetrar en su mente.

—Espera. —Alzó la mano. Necesitaba un momento para digerir lo que Lyon insinuaba—. A ver si lo he entendido, ¿me estás diciendo que lo que la diosa fenicia del amor y la fertilidad ha demandado de ti, es que te tires a esa muchacha de ahí fuera, la cual ha resultado ser tu esposa?

Lyon puso los ojos en blanco.

—Temo que es un poquito más complicado que eso.

Tuvo que morderse la lengua para no reírse de lo absurdo de todo aquello.

—Bueno, no es como si tuvieses que casarte con la mujer —le respondió tratando de aguantar la risa.

—Sí, ríete, cachorro, adelante —lo invitó antes de espetarle—, pero date prisa en hacerlo, porque se te cortará toda la diversión en cuanto leas esa carta y descubras, al igual que he descubierto yo, algo que esa puta de Ashtart, se olvidó mencionar.

Intentando contener su hilaridad, Shayler extrajo el papel del sobre y empezó a leerlo, no pasó mucho tiempo antes de que su semblante perdiese todo rastro de diversión.

—No es posible…

—Eso desearía creer pero conozco demasiado bien a ese hombre. He visto la angustia en su corazón mientras escribía esas temblorosas líneas, Shayler, él creía firmemente en lo que ha expuesto en ese papel —aseguró contemplando a su compañero—, y de alguna manera encaja con la petición de Ashtart.

Doblando de nuevo la carta se la devolvió.

—¿Has contrastado esa información?

Lyon señaló lo obvio.

—Acabo de recibirla de manos de la muchacha, no es cómo si haya tenido mucho tiempo para nada más.

Él asintió, entonces chasqueó la lengua.

—Estás metido en un buen lío, amigo.

—Eso ya lo sé, Juez, la pregunta es, ¿cómo diablos voy a salir de él?

Aquella era una pregunta para la que todavía ninguno de ellos tenía respuesta. Guardándose la carta de nuevo en el bolsillo interior de la chaqueta observó a Shayler cuando este señaló la puerta con un gesto de la barbilla y le preguntó.

—¿Ella sabe algo de todo esto?

El Guardián se encogió de hombros.

—Teniendo en cuenta que me pegó un tiro nada más conocernos, me inclino a pensar que si no todo, algo es posible que sepa —respondió con profunda ironía al tiempo que palmeaba el pecho en el lugar donde tenía guardada la carta—. De todas formas, la carta estaba sellada cuando me la entregó y no sentí nada más que el hombre que la escribió en el papel, con lo que debo suponer que no la ha leído y desconoce su contenido.

Shayler asintió y volviéndose hacia él preguntó:

—A qué vino lo del disparo, por cierto.

El hombre bufó y le miró de reojo.

—Ojalá lo supiera, pero mi escaso conocimiento llega hasta el momento en que entró en el Guardian´s a altas horas de la mañana. Ella echó un vistazo alrededor y se dirigió entonces a la barra, dijo mi nombre y acto seguido sacó una pistola del año de la Polca y me pegó un tiro a bocajarro. —Apretó los dientes ante el recuerdo mientras una de sus manos viajaba hasta el lugar en el que había recibido el disparo—. ¡Esa zorra me pegó un jodido tiro!

Shayler no pudo evitarlo y se echó a reír.

—No le veo la gracia Juez, tu mujercita al menos no te disparó.

Lamiéndose los labios sonrió y bajó la mirada a la mano.

—No, solo me clavó los dientes —aseguró, confesando algo que nunca les había contado.

Lyon arqueó una ceja ante tal respuesta.

—¿Te mordió?

—Hasta sacar sangre —aseguró con una amplia sonrisa.

—Vaya —aceptó el Guardián con renovado respeto hacia la mujer que se había atrevido a atacar de tal manera al Juez, y agradecido al mismo tiempo por la confianza que el chico depositaba en él—. Al menos, tuviste tiempo de conocerla antes de que acabaseis casados.

Asintió, tenía que concederle eso, con un suspiro señaló lo obvio.

—Si lo que dice esa carta es cierto y dada tu reciente confesión, no veo motivos para dudar de ello, aventuro que tendremos grandes problemas —declaró con un bajo resoplido—. Ashtart no es precisamente una de mis favoritas, la tenía como una de tantas diosas neutrales, pero el pacto que has hecho con ella y ese asuntillo de la carta, lo cambia todo.

Lyon se inclinó hacia delante.

—¿Qué sabes de ella?

Shayler se volvió hacia él dedicándole una irónica mirada.

—Obviamente lo suficiente como para no pasárseme por la cabeza hacer un pacto.

Lyon hizo una mueca ante la abierta reprimenda.

—No es como si tuviese mucha opción, ella puede ser muy… convincente algunas veces.

Poniendo los ojos en blanco, Shayler continuó.

—Ashtart o Astarté como la conocían los griegos es la diosa madre naturaleza, de la vida y la fertilidad así como de la exaltación del amor y el sexo. —Hizo bastante hincapié en esto último—. Se la comparaba con las diosas sumerias y acadias Innana o Ishtar, al final del día era solo un nombre para una misma deidad. Con el tiempo también se convirtió en la diosa de la Guerra. Se la suele representar desnuda o envuelta en velos al lado o de pie sobre un león. Diosa de los Cielos, La Más Fuerte, Gloriosa… elige el epíteto, también es conocida como la Dama de Byblos bajo el nombre de Baalat.

Se encogió de hombros y se inclinó hacia delante.

—Digamos que era una diosa que se lo pasaba en grande, ya que los antiguos le rendían culto en las orgías que se marcaban en sus templos —continuó con un chasqueo de la lengua—, los cuales más que habitados por sus sacerdotisas, podríamos llamarlas meretrices, sus *ashtarti*.

—Putas —concluyó Lyon.

Se encogió de hombros.

—Hablando llano, sí.

Lyon sacudió la cabeza y le miró con ironía.

—¿Sacerdotisas putas?

—En aquellos tiempos no las consideraban precisamente mujeres de mala vida, se suponía que era un honor yacer con ellas, que te conferían el favor de la diosa, o cosas por el estilo —le informó al tiempo que se encogía de hombros.

Lyon entrecerró los ojos y lo observó cuidadosamente.

—Eres más viejo que la mugre, ¿lo sabías?

Shayler esbozó una amplia sonrisa.

—Mira quien fue a hablar —le espetó con ironía—. Yo no fui uno de los primeros vikingos de la historia reclutados por la Fuente.

Lyon esbozó una irónica sonrisa.

—Eso fue hace demasiado tiempo, cachorro —sonrió con buen humor.

Él se encogió ligeramente de hombros.

—Si quieres a alguien realmente viejo, habla con John, nació cuando la rueda aún no se había inventado.

Lyon se rio en voz baja, sacudiendo la cabeza hizo un comentario.

—¿Cómo podéis ser hermanos de sangre cuando él es muchísimo más viejo que tú?

—Eso solo La Fuente Universal lo sabe —respondió encogiéndose de hombros—. Y cada vez que pregunto, me dicen que todavía no ha llegado el momento de que lo sepa.

—¿Y John? —se interesó—. ¿Él nunca te ha dicho nada?

Negó con la cabeza.

—Recuerda que me crio Bastet —le dijo—. Tenía quince años cuando John me encontró y se presentó como mi hermano. Él fue quien me metió en la Hermandad por orden de la Fuente para lo que ambos sabemos que vino después.

Su investidura como Juez, asintió Lyon recordando al jovenzuelo que había traído John a sus filas algunos años antes.

—Lo has hecho muy bien desde entonces, cachorro —le aseguró con absoluta convicción —. Realmente bien.

Shayler sonrió con la misma confianza de siempre, entonces indicó hacia la puerta de fuera con un gesto de la cabeza.

—¿Qué vamos a hacer con ella?

Lyon siguió su mirada y suspiró.

—¿Lo que se nos da mejor? —sugirió con ironía.

Él esbozó una divertida sonrisa.

—¿Mandarla de cabeza al infierno y provocar un Apocalipsis?

El Guardián frunció el ceño.

—Estás hablando de mi esposa, Juez.

Él mantuvo su sonrisa.

—Esa parece ser últimamente nuestra manera de hacer las cosas —aseguró con un ligero encogimiento de hombros.

—Esta vez no —negó y se levantó—. Aunque no estoy de acuerdo en la manera en que se han producido las cosas, la realidad es que he hecho un pacto con Ashtart y que en cierto modo, le debo la vida a ese hombre, lo menos que puedo hacer es devolverle el favor protegiendo a su nieta, aunque eso signifique quemarme en los fuegos del infierno.

Shayler le palmeó el brazo y asintió.

—Bienvenido al infierno de los hombres casados, compañero —le dijo haciendo que el vikingo frunciese el ceño y le mirase con recelo.

—¿Infierno de los hombres casados? —le recordó con ironía—. Y nosotros pensando que estabas feliz con tu esposa… Menudo chasco.

Shayler se rio. Dryah lo era todo para él, no cambiaría su condición por nada.

—Adoro a mi esposa, pero eso no quita que el matrimonio siga siendo un infierno la mayoría de los días, uno en el que de una manera u otra, acabas quemándote —le aseguró con sorna—. A veces incluso, enciendes tú mismo el fuego y le echas combustible.

Lyon hizo una mueca ante tal alegoría.

—Creo que ya estoy empezando a sentir el fuego del matrimonio —dijo a modo de respuesta—. No hay duda de que esto será un verdadero infierno.

CAPÍTULO 8

—¿Quieres un café? ¿Un té? —sugirió Jaek frente a la nueva cafetera. Aria se había sentado al borde del sofá, aferrando la vieja pistola descargada contra su regazo, alternando la mirada entre la oficina y la puerta como si quisiera estar preparada para levantarse y salir huyendo en cualquier momento.

Ella sacudió la cabeza en una negativa, sus ojos castaños vagaron por la sala, tomando nota de cada ubicación antes de volver a posarla sobre la puerta cerrada del despacho.

—No les llevará mucho tiempo, Shayler tiene que estar en el juzgado en un rato —informó sirviéndose una taza de café para agregarle a continuación un poco de leche.

Ella no respondió, en realidad se había mantenido en un incómodo silencio desde el momento en que abandonaron el despacho del Juez.

—¿Puedo preguntar por qué le has disparado a Lyon?

En respuesta, ella apretó con más fuerza el arma, sus dedos se tensaron alrededor de esta.

—Esa es una pregunta de la cual a mí también me gustaría conocer la respuesta. —La inesperada voz masculina procedente de la puerta principal atrajo la atención de ambos provocando distintas reacciones.

Antes de que Jaek pudiese discernir si el recién llegado suponía una amenaza o no, la chica dejó caer la pistola al suelo al levantarse precipitadamente, su rostro adquirió enseguida una expresión de culpabilidad y vergüenza.

—¿Qué haces aquí?

El hombre arqueó una morena ceja en respuesta, los ojos azules descendieron al suelo, a la pistola que demostraba ser una prueba irrefutable de su culpabilidad.

—¿Le disparaste con eso? Maldita sea, Aria, podrías haberte matado tú misma con esa antigualla.

Las mejillas de la mujer se colorearon, pero alzó la barbilla de manera desafiante.

—Te dije que lo haría.

Él suspiró.

—Estúpidamente esperaba que tuvieses un poco más de sentido común y hablases metafóricamente, pero una vez más, me he equivocado —resopló mirándola de manera acusadora—, ¿por qué no me esperaste tal y como te pedí?

Ella no respondió inmediatamente, en su lugar se agachó a recoger la pistola y la dejó sobre la mesa de cristal.

—Estoy cansada de esperar —murmuró volviéndose hacia Jaek, quien observaba al recién llegado con cierta curiosidad—. Y se merecía el tiro que le pegué, lástima haber errado la puntería.

El Guardián dejó escapar entonces un bajo bufido y respondió.

—Da gracias a que has errado el tiro, pequeña o tu situación sería muy distinta —respondió, una obvia advertencia bordeando su voz, sus ojos fijándose sobre el recién llegado.

No estoy aquí para inmiscuirme en vuestro territorio, Guardián, mi presencia aquí solamente obedece a mi preocupación por su bienestar.

Jaek arqueó ligeramente una dorada ceja al escuchar en su mente la voz del hombre, había un claro y antiguo poder a su alrededor, uno que al parecer prefería mantener en el anonimato.

Quién eres y lo más importante, cómo te las has arreglado para no hacer saltar las alarmas.

El hombre se limitó a esbozar una inocente sonrisa y deslizó la mirada hacia la puerta cerrada de la oficina la cual se abrió en ese preciso instante con una marca tan poderosa que solo podía responder al Juez Universal.

—¿Quién diablos eres tú y cómo has entrado aquí?

Bueno, eso había sido sutil, pensó Sharien contemplando al joven hombre que esgrimía el mayor poder del universo, sus ojos azules le fulminaron durante un segundo hasta que el reconocimiento penetró en su desconfianza.

—Tú… —lo reconoció Shayler.

Mi Juez. No pretendo entrar sin permiso en vuestro territorio, solo puedo justificar mi presencia por ella. Es mi deber velar por su protección, hasta que tu Guardián acepte el cargo.

Shayler arqueó una ceja, su mirada le recorrió lentamente, examinándolo, calibrando la posible amenaza que se había abierto paso en sus dominios. La pregunta rondaba su boca, lista para ser pronunciada pero Aria se le adelantó.

—Sharien está conmigo.

Ariadna se había adelantado al mismo tiempo que Lyon seguía al Juez fuera de la oficina, los dos Guardianes no dudaron en colocarse sutilmente al lado de su jefe, un frente común ante los dos extraños que habían penetrado en sus dominios. La mirada de Lyon fue entonces sobre su recién descubierta esposa, quien permanecía al lado del recién llegado, su delicada y pequeña mano se aferraba a la manga de la chaqueta masculina, un inocente gesto que removió algo en su interior.

—Ariadna, aléjate de él.

Aquella orden sorprendió tanto a Lyon como a la propia muchacha, en cambio puso una fugaz sonrisa en los labios del recién llegado.

—No corre ningún peligro a mi lado, Guardián —aseguró este inclinando la cabeza a modo de saludo antes de volverse hacia el Juez con total seriedad—. Mi nombre es Sharien Gard, soy un viejo amigo de la familia de Ariadna, además de su padrino.

En más sentidos que el expuesto, imagino.

Con un sutil asentimiento de cabeza hacia Shayler, bajó la mirada hacia la muchacha, que todavía se prendía de su brazo.

—Esto se está poniendo cada vez más interesante —aseguró el Juez al tiempo que se cruzaba de brazos. Su mirada vagó del recién llegado a la mujer. Había sentido el inesperado poder del hombre nada más entrar en el edificio pero prefirió esperar para ver cuáles eran sus intenciones, creía haber reconocido la marca de su poder y ahora entendía el porqué. Aquella no era la primera vez que se encontraban.

—¿Le conoces? —preguntó Lyon sin andarse por las ramas.

La pregunta pareció atraer también la atención de la mujer, quien miró a su compañero.

—Casualmente, mis anteriores palabras se referían a él —dijo dedicándole una fugaz mirada al tiempo que se relajaba, replegando también su poder—. Quizás me equivoque, pero esta puede que sea la forma en la que tu esposa ha oído hablar de los Guardianes Universales.

Ella se volvió hacia Sharien, en su rostro podía leerse la duda.

—¿Conocías a este… chico?

Shayler sonrió ampliamente.

—Gracias por lo de chico —se rio.

Sharien se volvió hacia su pupila, posando la mano sobre la de ella la apretó suavemente.

—Nuestros caminos se cruzaron en una ocasión —aceptó antes de volver la mirada sobre el hombre—, pero temo que yo nada tengo que ver con los descubrimientos de Aria. —Su mirada voló entonces a Lyon—. Fuiste tú mismo el que puso a Mortimer sobre la pista.

Lyon frunció el ceño y dio un paso adelante.

—Cómo que fui… —Sus palabras se desvanecieron al comprender—. La fiebre.

Él asintió lentamente.

—Desde el momento en que te encontró en la playa, no hiciste otra cosa que delirar —confesó con un ligero encogimiento de hombros. Había llegado el momento de desentrañar parte de la verdad—. Es posible que ni siquiera me recuerdes, pero yo estaba con Mortimer cuando él te encontró, sin embargo, nuestros caminos no volvieron a cruzarse durante esas semanas ya que no estuve presente.

Aria parecía tan sorprendida como el propio Lyon.

—Tú… ¿Sabías quién era?

Él la miró, había dolor en su voz, su mirada castaña mostraba claramente lo herida que se sentía.

—El Profesor me hizo jurarle que guardaría el secreto. Al principio pensó que eran solamente sin sentidos causados por la fiebre, pero al parecer tu marido es una persona realmente habladora cuando está medio inconsciente —aceptó mirando ahora a Lyon—. No supe lo que Mortimer había hecho hasta que tú misma lo descubriste, me temo que no estaba presente de lo contrario podría haber… hecho algo al respecto.

Ella sacudió la cabeza, la amargura perfiló cada una de sus palabras.

—Ni siquiera en la muerte ha sido capaz de evitar los engaños —murmuró con resentimiento.

Sacudiendo la cabeza, alzó la mirada hacia el Juez, quien seguía con interés aquellas revelaciones, al igual que su marido.

—Mi abuelo me dejó toda la documentación que había recopilado a lo largo de estos últimos catorce años sobre la Guardia Universal —continuó—. Al principio pensé que era solamente otra fantasía suya, pero entonces, ocurrieron cosas que no pude ignorar. Yo misma descubrí que mi presencia en este mundo responde a un cometido, mi nacimiento había sido profetizado hace más de dos mil años.

Suspiró, sabía que aquello sonaba como una verdadera locura. Ella misma había intentado convencerse de ello durante innumerables años, pero las pruebas estaban al alcance de su mano, no podía seguir ignorándolas.

—Sé que todo esto suena a locura, pero, ¿no lo es también el hecho de que ahora mismo me encuentre ante unos hombres cuya edad sobrepasa los mil años?

Shayler hizo una mueca.

—No todos, muñeca —le aseguró. Sin embargo tenía que admitir que tenía razón—. Pero entiendo tu punto de vista, lo veo todos los días cuando miro a mí alrededor.

Lyon se volvió entonces hacia él y asintió ante la pregunta que vio en sus ojos.

—Como dije, no soy quien soy por haberme tocado el cargo en un billete de lotería —le recordó, entonces suspiró—. Pero admito que mi conocimiento solo ocupaba una parte de la página, con lo que tu esposa acaba de aportar, las piezas del puzle empiezan a encajar y solo puedo decir, que estás jodido, Lyon.

El aludido se pasó una mano por el pelo, las cosas parecían estar acelerándose y no veía la manera de poder pisar el freno.

—Mierda —masculló en voz alta.

Ella se tensó al escuchar su respuesta, su mirada se clavó en él.

—A mí tampoco me hace especialmente feliz la idea, gracias.

Él frunció el ceño pero la ignoró, su mirada cayó sobre Sharien, y más especialmente en el lugar en el que él la tocaba. Las emociones que aquello provocaban en su interior eran demasiado peligrosas y no podía darse el lujo de que sucediera.

Sonriendo interiormente, el hombre tomó la mano de Aria y se la llevó a los labios depositando un suave beso antes de empujarla suavemente hacia delante, al hombre cuya mirada prometía una muerte lenta y dolorosa.

Necesita protección y guía —le comunicó mentalmente—, *confío en que sabrás manejarla.*

Lyon arqueó una ceja ante aquella inusual amenaza, su mirada recorrió a Ariadna y maldiciendo para sus adentros extendió la mano para atraerla a su lado.

Él sonrió con cierta diversión al ver la mirada irritada del Guardián.

—Estarás perfectamente bien en sus manos, Aria —le aseguró mirando a su pupila—, no te aburrirás, eso te lo aseguro.

Ella se soltó del brazo de su recién encontrado marido tan solo para verse retenida nuevamente, con más firmeza.

—Quítame las manos de encima.

—¿Tanta prisa tienes por deshacerte de mí, esposa? —se burló y ciñó su agarre solo para molestarla.

—Seguro que no tantas como las que tienes tú de perderme de vista —aseguró con mordacidad.

—Y dama… y caballeros, esto es un matrimonio —interrumpió Shayler rompiendo la tensión en el aire—. Me encantaría quedarme a charlar pero tengo asuntos que resolver y viendo como están las cosas aquí, estoy seguro que podréis arreglároslas perfectamente sin mi presencia.

Lyon abrió la boca para decir algo, pero alzó una mano callándolo.

—Ni te molestes —le dijo al tiempo que se volvía hacia Sharien—. Confío en que pasarás algún tiempo en la ciudad.

El aludido esbozó una irónica sonrisa ante la obvia amenaza en las palabras del Juez.

—Me quedaré algún tiempo para ver cómo van las cosas por aquí —aceptó mirando a Aria, quién parecía bastante ansiosa por oír su respuesta—. Todo irá bien.

Ella asintió lentamente.

—Perfecto —aceptó Shayler dando a sus Guardianes la espalda para dirigirse hacia la puerta principal. Entonces se detuvo y se giró hacia el vikingo—. Y Lyon, si queréis la actualización del acta, avísame y prepararé los documentos para que podáis firmarlos.

Él entrecerró los ojos y se limitó a mascullar.

—Que te jodan, Juez.

Con una divertida sonrisa curvando sus labios, el Juez abandonó la oficina.

—¿Es siempre así? —preguntó Aria unos instantes después.

—Por lo general, suele tener menos paciencia —aceptó Jaek quien optó por marcharse—. Si me disculpáis, yo me retiro también, tengo que ver cómo le va a mi esposa.

Lyon fulminó a su amigo con la mirada, pero Jaek se limitó a sonreír y marcharse dejándolos solos a los tres.

—Bueno, no hay nada más que me retenga aquí —añadió al mismo tiempo Sharien—, aunque me llevaré esa antigualla de vuelta, gracias.

Ella hizo un mohín cuando le vio recuperar el viejo arma que había caído en el suelo.

—¿Es absolutamente necesario?

Él sonrió.

—No necesitas este tipo de armas, cariño, tu lengua es mucho más afilada —le aseguró metiendo el arma en uno de los bolsillos interiores de su chaqueta.

—De eso no me cabe la menor duda —murmuró Lyon llamando la atención de ambos, la mirada del Guardián estaba puesta sobre Sharien.

Con una leve inclinación de cabeza, el hombre se despidió de ambos y se marchó con la misma tranquilidad con la que había entrado.

—Y con esto, señoras y señores ponemos punto y final al circo de esta mañana —masculló volviéndose en el último momento hacia su esposa—, o quizás no haya hecho más que comenzar.

—El payaso todavía está en la pista, así que imagino que todavía queda función para rato.

Entrecerró los ojos sobre ella.

—Primero habrá que encerrar a las fieras.

Y con aquel comentario dio media vuelta y salió de la oficina con su recién encontrada esposa caminando tras él.

Calíope estaba empezando a cansarse de las almas, la última de ellas no solo la había burlado si no que se había atrevido a sobarle los pechos y toquetearle el culo, ¿pero en qué clase de retorcida dimensión había ido a parar? En vida aquel que hubiese tenido suficientes agallas para hacerlo se habría llevado una bofetada, eso como poco, y ahora que había pasado al otro mundo su nuevo trabajo como Cazadora de Almas no hacía más que darle problemas.

Suspirando continuó camino hacia la Puerta de las Almas, nunca antes había oído una canción tan hermosa y triste al mismo tiempo, algo en ella hacía que incluso las almas llorasen en su presencia, no sabía el qué, pero algo había cambiado. Silver se había convertido por orden del Señor Supremo e Inmisericorde que regía aquel lugar, alias, Señor de las Almas, Tengo un ego tan grande que no me entra en el traje de Armani, en su instructor. El Cazador al igual que sus compañeros estaba bastante incómodo ante la forma en la que se comportaba últimamente La Puerta.

Doblando en el último corredor hacia la derecha salió a la amplia caverna que la albergaba. Desde allí la voz era incluso más fuerte, sus emociones más claras. El Dios de las Almas permanecía en pie frente a ella vestido tan impecablemente como siempre con un traje oscuro.

—¿La habías oído llorar alguna vez antes? —preguntó deteniéndose junto a él. Seybin apenas se dignó a mirarla pero aquello no pareció importar a Calíope, empezaba a acostumbrarse a su falta de respuestas, así como a sus explosivos exabruptos y cambios de humor—. Al principio pensé que eran frases sin sentido, mal estructuradas, pero ahora… es como si estuviese manteniendo una conversación a distinto nivel.

Sí, después de su encuentro con el Dios del Destino y su regreso como Cazadora, su conexión con la Puerta parecía haberse hecho mucho más fuerte en ella que en los demás Cazadores y lo que al principio creyó pensamientos inconexos pronto adquirieron una estructura, respuestas cuyas preguntas era incapaz de oír.

—¿Una conversación? —Los ojos del dios se clavaron repentinamente en ella, su altura la sobrepasaba pero no era nada comparado al aura de letal poder que esgrimía.

Ella volvió la mirada hacia la alta puerta de piedra y asintió.

—Sus frases ya no son solo ideas, tienen sentido y su voz, cada vez que oigo esa melodía me estremezco y siento pena, está tan sola…

Seybin contempló a la nueva Cazadora, una mujer indisciplinada que no dudaba en dirigirse a él como a un igual a pesar de su capacidad para hacerle morder el polvo a la primera oportunidad.

—¿Sola? ¿Desde cuándo dotamos de identidad a un ente eterno?

Ella arqueó una de sus delgadas cejas y le miró de arriba abajo.

—A ti te han dado nombre y no has oído que alguien se quejara, ¿verdad? —le dijo con su habitual franqueza—. Cada uno de nosotros dejamos de ser un conjunto, un algo desde el momento en que recibimos un nombre… y ella no es una excepción.

—Puerta de las Almas no es un nombre.

—No, es su papel —asintió la joven Cazadora—. Pero *ella* tiene un nombre, uno que le ha sido dado por aquel o aquella que la ha despertado de su letargo.

—Hablas con más acertijos que un oráculo, Cazadora.

Ella se volvió hacia él y le echó un vistazo.

—¿Tanto te cuesta acordarte de mi nombre, Seybin? Es Calíope, Cali si es más sencillo de recordar —aseguró con buen humor—. Quizás debería ponerme una pegatina con mi nombre, Nyxx me ha dicho que incluso los dioses tienden a volverse seniles y ciertamente ya tienes unos cuantos siglos, viejo.

La miró con incredulidad, sorprendido nuevamente por como aquella insignificante hembra tenía el valor y la facultad de hacerle hervir la sangre.

—He hervido a otros en aceite por mucho menos que tu impertinencia, Cazadora, harías bien en recordarlo.

Ella resopló y giró la mirada hacia la puerta.

—¿Sabes? Encenderte tanto no debe ser bueno para tu presión arterial —le dijo al tiempo que abandonaba su posición.

Siguió atentamente los pasos de la mujer, sus movimientos mucho más fluidos y sensuales que en vida, el poder de la caza corriendo ahora por sus venas, dotándola de una nueva identidad. Lástima que aquel mismo poder no la hubiese dejado muda, al menos sus oídos habrían descansado. Su mirada se entrecerró durante un instante, mirándola cuando ella estiró la mano hasta posarla sobre la fría piedra tallada. Una congelada representación del cielo y el infierno, el Purgatorio, una escultura en la que casi se sentía la vida y la muerte, la misma que el escultor Rodin había visitado y dado vida bajo sus creativas manos. La humanidad no era consciente de lo que veían cuando estaban ante aquella talla de dimensiones gigantescas, no sabían que aquello sería lo que verían nada más cruzar la última frontera.

—Está viva.

La voz de la Cazadora atrajo su atención, su tono alegre había quedado atrás dando paso a una profunda tristeza, pero no era suya, era como si estuviese actuando como receptora.

—Siente dolor y pena, no acaba de comprender el significado de la alegría o el dolor pero los siente, son parte de ella, lo es todo y no es nada.

Ella se giró entonces hacia el dios, su rostro ahora surcado por las lágrimas, la tristeza grabada en sus pupilas.

—Se muere, Seybin, se está muriendo.

El Dios de las Almas contempló a su Cazadora y volvió entonces la mirada hacia la Puerta, profundamente en su interior lo sabía, no podía darse el lujo de negarlo, de seguir ignorándolo, la realidad era que La Puerta de las Almas comenzaba a apagarse.

CAPÍTULO 9

Lyon no estaba seguro del momento exacto en el que perdió la cabeza, tenía que ser en algún momento de las últimas horas, era la única manera en que podía explicarse el que caminase tranquilamente al lado de la única mujer a la que tenía que evitar a toda costa. Ariadna no era una completa desconocida que había irrumpido en su vida, ni tampoco una lunática que no había dudado un solo instante en pegarle un tiro. Ya no se trataba de que existiese un maldito documento que la proclamase como su esposa, lo realmente grave, lo que debía hacer que huyese a toda velocidad era el hecho de que esa mujer era la única que iba a convertir su vida en un infierno.

—¿No tienes también una vivienda en este enorme edificio?

Su suave voz le trajo de nuevo al presente, a la mujer que tenía al lado, la cual habría en ese momento la puerta principal del complejo de oficinas saliendo a la fresca mañana.

—Una planta para ti solito.

Arqueó una ceja, aguantando la puerta para salir tras ella.

—Sin duda has hecho un buen trabajo de investigación —le respondió con cierta ironía—. ¿Qué más crees haber averiguado sobre mí?

—No lo creo, lo sé —aseguró echando un vistazo al limpio cielo matutino neoyorkino—. La ciudad es muy distinta a como me la había imaginado.

Siguió su mirada, para él no era más que otra ciudad cualquiera, pero comprendía que para un recién llegado, aquella enorme urbe pudiese resultar intimidante.

—Es algo que suele pasarle a todo aquel que visita la Gran Manzana —comentó mientras sacaba las gafas de sol del bolsillo superior de la chaqueta para ponérselas. Entonces, sin siquiera avisarla, se volvió en dirección contraria a la que había tomado ella.

Aria se detuvo, mirándolo antes de carraspear ligeramente y alzar la voz.

—Mis cosas están en un hotel en la otra dirección y me gustaría recuperarlas —comentó esperando que se detuviese, o al menos la mirase, pero todo lo que obtuvo de él fue una mano alzada en señal de despedida.

—Puedes largarte cuando gustes, lejos de mí el impedírtelo.

Poniendo los ojos en blanco, dio media vuelta y se dio prisa en alcanzarle.

—No vas a librarte de mí tan fácilmente, Lyonel —le aseguró deteniéndose tras una breve carrerilla a su altura—, tú tienes gran parte de la culpa de lo que me ocurre.

Él arqueó una ceja en respuesta.

—¿Disculpa? ¿Y cómo, según tú, puedo ser la causa de todos tus males?

—Estás respirando, eso ya es un problema en sí mismo —declaró con un ligero encogimiento de hombros.

Tendría que preguntarle a Shayler cuál era la pena por asesinar a la propia esposa, porque en aquellos momentos empezaba a ser una idea demasiado tentadora para hacerla a un lado.

—El problema sería si dejara de hacerlo, niña, los Guardianes caerían entonces sobre ti sin más consecuencias que tu propia extinción.

Ella entrecerró los ojos.

—¿Cómo no me había dado cuenta antes? Eres el Hombre del Saco. Seguro que se te da de miedo asustar a los niños.

Diablos, aquella mujer tenía respuestas para todo y algunas muy ingeniosas, al menos tenía que concederle aquello.

—¿Vas a decirme a dónde vamos o debo tomármelo como mi sorpresa de recién casados?

Lyon se estremeció ante aquella sola idea, la palabra recién casados era demasiado para él.

—No somos recién casados…

Ella asintió.

—Cierto… en realidad llevo siendo tu mujer los últimos ocho años, catorce en realidad, si nos ceñimos al contrato matrimonial.

Lyon puso los ojos en blanco.

—No eres mi mujer.

—Mal que te pese, lo soy. Ese chico de la oficina, tu Juez, certificó que el Acta de Matrimonio era válida, eso me convierte en tu mujer.

—Te convierte en mi esposa —la acotó antes de inclinarse sobre la calzada y levantar un brazo para pedir un taxi—, pero no en mi mujer.

Ella aprovechó el momento para contemplarle, su estatura y corpulencia deberían de hacerlo un hombre amenazador, pero nadie con aquel culo podría ser amenazador.

—Eso tiene solución —susurró para sí.

Lyon ni se molestó en mirarla, esperó a que el taxi se detuviese frente a ellos y abrió la puerta para permitirle entrar. Cuando ella estuvo acomodada, se inclinó a través de la puerta.

—¿Dónde te has estado hospedando?

Aria sonrió para sí, al parecer el hombre no era tan insensible como parecía.

—En la calle 62 con la Avda. Columbus, cerca de los Cines Lincoln Plaza.

Él asintió, echó mano al bolsillo trasero del pantalón y extrajo la cartera de la que sacó un par de billetes que enseguida lanzó al taxista.

—Llévela allí y quédese con la vuelta —le dijo cerrando la puerta ante la atónita mirada femenina.

Ella se apresuró a bajar la ventanilla cuando los seguros de las puertas se cerraron todos al mismo tiempo.

—¿Qué diablos estás haciendo?

Él se irguió en toda su estatura.

—Dijiste que querías recuperar tus cosas, bien, ahora podrás hacerlo —le soltó con un ligero encogimiento de hombros.

—Pero… pero… ¡Soy tu esposa, demonios!

Lyon volvió a encogerse de hombros.

—Considéranos un matrimonio moderno, tú en tu casa y yo en la mía.

El taxi se incorporó al tráfico mientras el Guardián observaba la asombrada expresión en el rostro femenino, no le cabía duda que se cabrearía y que volvería, pero hasta entonces, tendría tiempo para buscar una solución al problema que se le venía encima.

—¿A eso le llamas un comienzo prometedor?

Sharien alzó la mirada del enorme plato de cobre lleno de agua que mostraba a su dueña aquello que deseaba ver, una ventana a un mundo en el que no podía intervenir si no era por medio del último de sus Sacerdotes.

—Podría ser peor.

La mujer se acercó a él, su vetusta túnica, más adecuada para el tiempo de los antiguos que para la era moderna en la que estaban, dejaba muy poco a la imaginación, pero aquello no parecía preocupar a Ashtart tanto como lo que acababa de ver en el agua.

—Peor, ¿tú crees?

Su mirada verde esmeralda se clavó en él con la inocencia de una niña. Una de sus muchas facetas, pensó Sharien quien conocía al dedillo cada una de las reacciones de la diosa. Sus ojos brillaban sin malicia y con cierta preocupación, algo que no podía ser enmascarado ni fingido ya que del resultado de aquel precipitado encuentro entre el Guardián Universal y su esposa, dependía no solo el destino de ambos, sino también el de la diosa.

—Tu ashtarti le pegó un tiro nada más conocerlo, eso debería darte una idea de que sí, podría ser peor —respondió indicando con un gesto de la barbilla el plato de agua—. Afortunadamente ahora el arma está en mis manos.

Ella suspiró y le dio la espalda a la visión del mundo humano permitiendo que se diluyese y lo único que reflejase fuera el fondo de la pila.

—He esperado durante tanto tiempo esta oportunidad —murmuró volviéndose hacia él—, y sé que tú también.

Él se encogió ligeramente de hombros, aquello era algo que prefería no hablar con ella. La amargura subía a la superficie cada vez que tocaban el tema, era una herida que todavía no había cicatrizado a pesar del tiempo transcurrido.

—¿Qué es lo que sabe él exactamente? —preguntó mirándola.

Ella entrelazó las manos y suspiró, sus pequeños pies cubiertos por unas espartanas sandalias la llevaron a través del largo templo en el que vivía, un lugar lejos del mundo humano, oculto para todo aquel que no fuese un dios o su sirviente.

—Lo necesario para cumplir con su parte de la profecía —le dijo y se detuvo junto a una de las enormes columnas que servían de soportales—. Temo que luche con todas sus fuerzas para evitar su destino, pero es como debe ser, él es el único que puede evitar que la profecía se cumpla y ella la única que puede darle lo que necesita.

Negó con la cabeza.

—Levantar el Velo no puede ser algo bueno, no para la humanidad.

El Velo era como conocían los antiguos dioses al mundo que se extendía después de la muerte, un lugar destinado solamente a los dioses antiguos antes del descanso final que encontrarían tras la Puerta de las Almas que el Dios Seybin custodiaba. Era un purgatorio interminable en el que se medía el peso del valor, la justicia y la maldad, era también la cárcel de un hombre inocente.

—Al Juez Supremo no le hizo ni pizca de gracia mi presencia, por no hablar de la tuya y ese asuntito que tienes con uno de sus hombres.

Ella sonrió y se volvió hacia él.

—¿Crees que debería enviarle… cómo lo llaman los humanos… una cesta de fruta para disculparme?

Él puso los ojos en blanco al oír tan absurda respuesta.

—Por educación no te diré lo que puedes hacer con esa cesta, Baalat —respondió utilizando el nombre fenicio con el que siempre la había conocido, la ironía goteaba de su tono —. Me temo que Shayler no acepta esa clase de regalos, especialmente cuando una diosa ha jodido con uno de sus Guardianes.

Ella frunció el ceño.

—No he llevado a ese hombre a mi lecho, confieso que se me pasó por la cabeza, pero…

—D.I. Mi señora —declaró pues no deseaba conocer los detalles—. Hay simplemente cosas que no deseo saber. Bastante tengo ya con todo lo demás.

La diosa le observó durante unos instantes, sus vibrantes ojos verdes apagándose poco a poco mientras una sombra de dolor los teñía.

—No puedo cambiar el pasado, Sharien, pero deseo que el futuro sea tuyo para hacer con él lo que tu alma desee —aceptó en voz baja y suave—. Has sacrificado tanto o más que cualquiera de nosotros. No tengo derecho a pedir que permanezcas a mi lado hasta que todo esto termine.

A pesar de que debería odiarla, maldecirla por haberle arrebatado lo único que había tenido en su vida, no podía hacerlo, ella también cargaba con sus propias heridas. No había diferencia entre la diosa que era y el hombre en el que se había convertido él, de todas las deidades que conoció a lo largo del tiempo, ella era una de las pocas inocentes.

—Me tendrás a tu lado hasta que el rito de la unión se cumpla, a partir de ese momento, solo obedeceré a mi destino.

Asintiendo lentamente, caminó hacia él y posó una delicada mano sobre el su brazo.

—Es lo justo —aceptó y entonces retiró la mano.

Él se giró lo justo para mirarla a los ojos.

—Recuerda tus palabras, Baalat, solo recuérdalas.

Aria cerró tras de sí la puerta con un fuerte empujón del pie. El golpe resonó en el cómodo apartamento que Sharien había alquilado para ellos a principios de mes, cuando decidió dejar todo lo que conocía atrás y salir en busca del único hombre que podría ayudarla a terminar con la profecía que había caído sobre ella.

—¿Sharien? —llamó al tiempo que encendía las luces.

Sabía que él no estaría en casa, las luces estaban apagadas y aquel hombre tenía un sexto sentido en lo que se refería a sus cambios de humor. Siempre había sido así, no había un momento de su vida en el que no le recordase a su lado, secándole las lágrimas o felicitándola por algún logro, en cierto modo, él había ocupado el lugar de un hermano mayor después de la muerte de sus padres. Era el único que no la apartó de su lado, el único que no la traicionó.

Todavía podía recordar el momento en el que había contemplado el mar Mediterráneo a los pies de las ruinas del templo, sentir el viento acariciando su pelo y perfumando el aire con el olor a salitre. Se había cumplido un año exacto desde la muerte del viejo, doce largos meses en los que su vida cambió por completo.

—Debemos irnos, el avión saldrá en menos de dos horas —le había dicho él de pie a su lado en las antiguas ruinas fenicias en Byblos.

Ariadna había deslizado la mirada hacia el hombre que había permanecido en silencio a su lado, permitiéndole decir adiós al patio de juegos de su infancia, de sus recuerdos, quizás el único fragmento de tierra en el que había creado buenos recuerdos.

—Siento que me están arrancando de mi hogar. —Su voz apenas había sido un hilo. Las solitarias palmeras moviéndose con la brisa procedente del mar traían consigo un sonido único —, de algún modo, estas ruinas son todo lo que conozco.

Él había sabido consolarla, hacerla sentir segura.

—Si no deseas partir, nos quedaremos Aria.

Ella había negado con la cabeza, los mechones de su melena azabache moviéndose de un

lado a otro con el viento, acariciándole la piel.

—No, tengo que dar con él. —Estaba decidida a hacerlo—. Es su obligación y ha sido la última voluntad de mi abuelo.

—¿Estás segura de poder seguir adelante con esto?

Recordaba haber mirado fijamente el mar, su amado mar.

—¿Qué otra salida tengo, Shar? Si toda esta locura tiene tan solo una pizca de realidad, él es el único que podrá detenerlo o hacer algo.

Aria sacudió la cabeza, dejó el bolso sobre el sofá de la sala y se dirigió a una de las ventanas que daban a la calle, mirase dónde mirase todo lo que había era bullicio, gente con prisa y enormes edificios. Añoraba la sencillez de su hogar.

Una solitaria lágrima se deslizó por su mejilla pero se apresuró en borrarla, no iba a llorar, no por un maldito hombre de las cavernas que se la había jugado metiéndola en un taxi para sacársela de encima como si no fuese más que una molesta mota de polvo.

Un hombre al que no conocía de nada más que no fuera haberle visto en un par de fotos gastadas que encontró en el portafolios que le había dejado su abuelo; Su Guardián según la profecía, el único que podía evitar su muerte.

Se estremeció, por más que intentaba encontrarle otra interpretación no había sido capaz, las notas que dejó el viejo eran claras, sus propias investigaciones no arrojaban otra cosa, su destino era abrir el Velo y su castigo sería morir al hacerlo.

—No —masculló negando con la cabeza—. Puedo hacerlo. —Se repitió como lo había estado haciendo durante todo el último mes—. Ya lo habías decidido, Aria, no te eches ahora atrás. Lyonel es tu marido, puedes hacerlo… él es… bueno… impactante… enorme… y jodidamente aterrador. ¡Mierda! ¿Por qué tiene que resultar tan intimidante la sola idea de seducir a tu propio marido?

Suspirando apoyó la frente contra el cristal. Si la idea le había parecido descabellada al principio, ahora le parecía irrealizable. Lyon no era un hombre cualquiera, su sola presencia la había intimidado, por supuesto no era de las que se amilanaba fácilmente, pero había algo en él que la asustaba y atraía al mismo tiempo. Había supuesto que con el tiempo, si le permitía conocerle, podría llegar a resultar más sencillo acercársele y llevar a cabo su plan, ahora no estaba tan segura de que aquello fuese a resultar.

—No puedo darme por vencida —resolvió dejando la ventana para cruzar el salón con decisión hasta la habitación que había estado ocupando durante el último mes—. Lo lograré, ya lo verás. No podrás deshacerte de mí tan fácilmente, Lyonel Tremayn.

Sacó dos maletas de debajo de la cama, sus pertenencias eran más bien escasas, no es que no pudiese permitirse nada mejor. Su sueldo de profesora había sido suficiente para mantenerse, pero no veía necesitad de cargar con un remolque cada vez que tenía que mudarse, algo que llevaba haciendo demasiado tiempo.

Comprobando que tenía todo lo que necesitaba, tomó una hoja de papel de su mesilla de noche y garabateó rápidamente un par de frases para su compañero. No había necesidad, ya que Sharien sabría que ella había estado allí en cuanto viese que faltaban sus cosas, de todos modos, aquella era una costumbre adquirida a lo largo de los años, no deseaba preocupar de ninguna manera a su amigo.

—Es hora de que empiece la guerra.

CAPÍTULO 10

Las puertas del ascensor del *Complejo Universal* se abrieron al llegar a la recepción, Shayler se hizo a un lado para dejar pasar primero a su esposa, quien en ese momento le indicaba la hora en el reloj de pulsera.

—¿No se supone que tenías que estar allí a las doce?

Encogiéndose ligeramente de hombros cambió el portafolio de mano y rodeó su cintura.

—La vista no es hasta las doce y media, suelo ir antes para hablar con el abogado de la otra parte por si su cliente quiere llegar a un acuerdo, pero esta vez no es necesario, las dos partes han accedido a llevar las cosas de mutuo acuerdo, es solo un trámite el presentarlo ante el Juez —respondió sin demasiado entusiasmo, su mirada azul bajando una vez más sobre su compañera —. ¿Estás segura que no deseas quedarte con Lluvia?

Ella negó con la cabeza haciendo volar su melena, la cual llevaba recogida en una coleta.

—Deja de buscar excusas, Shay —le dijo adelantándose un par de pasos, dejando su abrazo para finalmente volverse hacia él con las manos tras la espalda—, ya has dicho que sí, ahora no puedes retractarte.

—En qué estaría pensando —resopló mirando al techo.

Con una amplia sonrisa ella continuó hacia la puerta de la entrada principal, deteniéndose al ver la silueta de alguien junto al telefonillo. De pie mirando atentamente el panel de cada piso, con dos maletas marrones con flores moradas a sus pies, reconoció a la mujer que había llegado a primera hora de la mañana con Lyon.

—¿Esa no es la chica de esta mañana? —preguntó volviéndose hacia él.

Shayler, quien ya había dado alcance a su esposa echó un breve vistazo al panel de la video portería para ver a Ariadna recorriendo cada uno de los botones con el dedo que posteriormente se llevó a la boca, mordisqueándose la uña con indecisión.

—Es Ariadna —asintió al tiempo que arqueaba una ceja al ver el equipaje a sus pies—, y parece que tiene intención de quedarse.

Ella se volvió hacia él. Más que ninguna otra persona, era capaz de captar hasta el más mínimo detalle en la voz del Juez.

—¿Y eso te molesta por…?

Haciendo una mueca, chasqueó la lengua y finalmente sacudió la cabeza.

—No me molesta —aceptó de buen grado—, es solo que todavía no sé exactamente quién y qué es esa muchacha. No quiero tener el fin del mundo a las puertas de mi casa.

Ella le contempló durante un instante, entonces volvió a mirar a la muchacha, la cual aparentaba su misma edad.

—Pero es la esposa de Lyon —respondió con seguridad.

Él asintió.

—Sí, el acta de matrimonio es perfectamente legal —aceptó lamiéndose los labios—, y quizás esa niña no sea más que otro peón de los dioses, pero…

Suavemente, Dryah enlazó su brazo en el de él, recostando la cabeza contra el hombro masculino.

—Temes que pueda herir a Lyon, ¿no es así?

Los ojos azul cielo bajaron sobre ella.

—Eres muy perspicaz.

Sonriendo, negó con la cabeza.

—Soy tu otra mitad —susurró, su mirada irradiaba tranquilidad, paz y un amor puro e incondicional que le recordaba que era el hombre más afortunado del mundo—. Y tu consorte, empiezo a comprender lo que significa eso y lo que conlleva.

—¿Demasiada carga para ti? —sugirió burlón.

Le sonrió ampliamente y sacudió la cabeza.

—Nunca serás demasiada carga para mí, Shayler —aseguró con dulzura, entonces señaló hacia la mujer que vacilaba frente al telefonillo—. ¿Vamos a ayudarla, o dejarás que llame a cada uno de los telefonillos?

Suspirando volvió a mirar hacia fuera.

—Supongo que si ha de iniciarse un nuevo apocalipsis, qué mejor que hacerlo nosotros mismos, ¿huh?

Ella puso los ojos en blanco y le dejó ir. Shayler se adelantó y abrió la puerta haciendo que la muchacha frente al telefonillo se sobresaltara.

—¿Ariadna?

La aludida dio un nuevo respingo, él vio como ocultaba las manos a la espalda durante un breve instante como si temiese ser reprendida, sus ojos marrones se abrieron por la sorpresa para finalmente relajarse al reconocerle.

—Ah, eras tú… em… hola.

Él esbozó una irónica sonrisa ante el balbuceo de la muchacha.

No seas malo.

Se volvió hacia su compañera al escuchar su suave voz en la mente.

Pero si todavía no he hecho nada.

—¿Qué haces aquí fuera? ¿Esperas a Lyon?

Ella se lamió los labios, miró hacia el edificio, luego sus maletas y vaciló al responder.

—Um… sí… quiero decir… estaba… um.

Dryah pasó entonces junto a su marido y se dirigió a la muchacha.

—Lyon se aloja en la quinta planta, según sales del ascensor a mano izquierda —le dijo sin más rodeos, sus ojos azules se volvieron hacia su marido—. ¿Lo ves? No duele.

Él sonrió en respuesta.

—Gracias, cariño —le dijo a su mujer antes de abrir del todo la puerta y mirar a Aria—. Coge las maletas y sube, si no está en casa, probablemente lo encuentres en la oficina, jugando con sus cachivaches.

—Creo que Lyon los llama tecnología punta, amor.

Se volvió hacia su mujer.

—¿Quieres quedarte a hacerle compañía a Aria por si no está Lyon?

Ella cerró la boca, pasó frente a él y se detuvo en la acera.

—¿Nos vamos?

Sonriendo ante la respuesta de su esposa, se volvió hacia Aria.

—¿Vas a entrar o no?

Aria respiró profundamente, se enderezó y le miró de frente.

—¿Siempre eres tan intimidante?

Los labios masculinos se estiraron en una divertida sonrisa.

—Créeme, Ariadna, estoy siendo todo lo amable y educado que la situación y mi esposa me exigen —aceptó con total sinceridad.

Ella se lamió los labios.

—No te fías de mí.

Le dio la razón.

—No, no me fío —declaró sin dejar de mirarla—. Pero estoy convencido de que harás que eso cambie, porque de lo contrario… bueno… no hay mucha gente que sepa sobre los Guardianes Universales…

—¡Shayler! —lo amonestó su mujer sin duda sorprendida por la inesperada amenaza. Él no solía ser así, especialmente no con las mujeres.

—Ya nos vamos, amor —le dijo a modo de respuesta—. Si te decides a entrar, la clave es A367I9. Sexta planta.

Sin decir más dejó la puerta y caminó hacia Dryah, quien le fulminó con la mirada solo para ser acallada cualquiera de sus protestas con un sensual beso que dejó a Aria sonrojada y prefiriendo mirar hacia otro lado.

—No me gustan las amenazas, Juez —murmuró ella echando un fugaz vistazo a Shayler, quien se limitó a dedicarle un último vistazo antes de empujar a su esposa hacia uno de los coches aparcados al final del edificio—. Pero gracias por la clave.

Sin perder un segundo, se apresuró a coger la puerta antes de que se cerrara por completo, volvió a abrirla y recogió las maletas para entrar en el edificio.

Había sonado el timbre de la puerta. Aquello no debió sorprenderle, después de todo aquella era la única función que podía achacársele, pero entonces, eran muy pocos los que se pasaban por sus “dominios” como solían considerar el ala del edificio en la que había hecho su hogar. Al igual que Shayler, aquella era la única vivienda que mantenía de forma estable. Algunos de los Guardianes habían optado por mantener un segundo hogar en el Complejo Universal, prefiriendo tener un lugar propio que los alejase en cierto modo del rol para el que habían nacido. Lyon era consciente que apenas era capaz de llevar una casa, como para tener necesidad de otra más.

—Creo que ya va siendo hora de llamar de nuevo a la empresa de limpieza —murmuró echando un vistazo al salón, el cual se encontraba en algún sitio bajo todo aquel montón de cachivaches, cajas vacías de comida, revistas y ropa esparcida por todos lados.

Tenía que reconocerlo, era hora de poner un poco de orden. Por regla general no era tan catastrófico, solo había que echarle un vistazo al pequeño vestidor que había convertido en armería para ver que estaba impoluto… a decir verdad, era el único lugar del apartamento que se mantenía en ese estado.

El timbre de la puerta sonó otra vez, terminándose la cerveza hizo el portátil a un lado y dejó la botella junto a las otras dos que a juzgar por su aspecto debían llevar allí varios días. El atravesar la habitación se convirtió en un circuito de obstáculos el cual le arrancó alguna maldición, especialmente cuando sus pies descalzos tropezaron con algún objeto tirado en el suelo.

En una última carrera atravesó el pasillo y abrió directamente al escuchar de nuevo el maldito timbre. Solo conocía a una persona que tuviese un hábito tan impaciente por lo que no se molestó en mirar antes de abrir la puerta y encontrarse con una mujer acompañada por varias maletas.

Bien, parece que su círculo de amantes del timbre ascendía a dos personas.

—¿Qué demonios? ¿Cómo has entrado?

Aria arqueó una delgada ceja invitándole a discutir, estaba deseosa de decirle un par de

cosillas, pero en lugar de eso, le incrustó la maleta pequeña con todas sus fuerzas en el estómago haciéndole soltar el aire con un «uff» y pasó junto a él, arrastrando la otra mientras mantenía el bolso en el hombro.

—Por la puerta, como cualquier persona civilizada —le dijo dejando su maleta en el recibidor mientras Lyon la observaba todavía sorprendido. El pelo rubio recogido en una coleta, con un simple pantalón de chándal gris oscuro y una camiseta blanca, exudaba una masculinidad apabullante, pero era su expresión de desconcierto lo que le daba un aspecto… de idiota—. ¿Vas a quedarte ahí hasta el día del Juicio Final o vas a enseñarme la casa?

Cerró la boca de golpe. En opinión de Aria, juraría que incluso apretó la mandíbula más de la cuenta mientras empujaba con fuerza la puerta, la cual resonó en todo el apartamento.

—¿No sabes captar una indirecta?

Ella ladeó la cabeza y le respondió con fingida dulzura.

—¿Y tú que no puedes dármela con queso?

—Me pegaste un tiro —le recordó como si eso lo explicase todo.

Ella puso los ojos en blanco.

—Considéralo un momento de enajenación mental transitoria —le dijo con un ligero encogimiento de hombros—. Además, ya no tengo la pistola, Sharien me la quitó.

Le hubiese gustado poner los ojos en blanco, cogerla, echársela al hombro y depositarla de nuevo en la calle si no fuera porque intuía que regresaría y con más decisión.

—No tienes ningún sentido de auto conservación, ¿verdad? —sugirió cruzando sus musculosos brazos sobre el pecho.

—Creo que se me ha esfumado todo con la sutil amenaza de tu Juez —respondió antes de encogerse de hombros, dar media vuelta e internarse en sus dominios.

¿La amenaza de su Juez? ¿De qué diablos estaba hablando? Dejando aquel repentino pensamiento a un lado la siguió. La sola idea de tener una mujer allí, una no invitada le ponía la carne de gallina, especialmente si esa resultaba ser su esposa.

Aria se detuvo en seco ante lo que suponía era el salón, debajo de todos aquellos escombros era difícil hacerse una idea de lo que sería, parecía como si un huracán de fuerza siete hubiese arrasado aquella habitación. Cajas de pizza, botellas y latas de cerveza… ¿Aquello era un calzoncillo? Estremeciéndose continuó el recorrido con la mirada, había una camiseta colgando de un cuadro, un montón de revistas apiladas en una esquina, piezas mecánicas y herramientas encima de la mesa del café y en medio de todo aquello, una pequeña planta que debía sobrevivir a fuerza de voluntad.

—Vaya, si llego a saber que vivías en una pocilga me hubiese pensado el esperar un poco más antes de venir.

Él estuvo más que feliz de mostrarle la puerta.

—Todavía estás a tiempo de dar media vuelta, me ofrezco a llevarte yo mismo.

Ella se volvió hacia él y sonrió, una sonrisa tan luminosa que en cierto modo le dio miedo. Ninguna mujer que esbozaba ese gesto pensaba en nada bueno.

—Si el resto de la casa está como esta habitación, a dónde tendrás que llevarme es al supermercado para comprar bolsas de basura y desinfectante. —Ella le miró de arriba abajo con un gesto de arrogancia femenina—. Porque estoy segura que no es algo que tendrás a mano, ¿verdad?

Sus ojos decían claramente lo que pensaba de su suposición.

—Contrato a un servicio de limpieza que viene una vez por semana —respondió de modo defensivo. Sí, solía venir una vez a la semana antes de que Keily, la mujer de Jaek, hiciera saltar

todos los fusibles y quemase prácticamente toda la instalación eléctrica del edificio en una de sus “pruebas” con sus nuevos poderes.

—Pues han debido de tomarse unas largas vacaciones porque esta pocilga no puede hacerla un hombre solo en una semana… o quizás sí —dudó, entonces sacudió la cabeza y pasó frente a él—. Me da miedo preguntar, pero, ¿nuestra habitación tiene ese aspecto?

Él se tensó.

—No existe “nuestra” habitación.

Se llevó las manos a la cadera.

—¿Duermes en medio de esa pocilga?

¿Había alguna vez tenido tantas ganas de retorcerle el cuello a una mujer? No, las mujeres no solían exasperarlo como si fueran su madre, claro que su madre había vivido hacía demasiado tiempo, en una época en la que la vida había sido mucho más difícil.

—Tengo dormitorio —siseó entre dientes, entonces la apuntó con un dedo—. Mío, única y exclusivamente y está terminantemente fuera de tu alcance.

Ella sonrió.

—No me digas más, está igual o peor que esto. —Señaló con el pulgar hacia la habitación.

Antes de que pudiese evitarlo, se deslizó por el apartamento abriendo y cerrando puertas, bufando y haciendo ruiditos que no tenía la menor idea de lo que significaban pero que intuía no eran nada bueno… ¿Habían tenido que enfrentarse sus compañeros a esto con sus respectivas esposas?

Abrió la última puerta a la izquierda del pasillo, el especiado aroma a sándalo rodeaba un dormitorio puramente masculino decorado en tonos verdes y marrones, el cuál era también bastante espartano, pero este, al contrario que el resto de la casa, estaba bastante limpio y ordenado, toda una sorpresa.

Una enorme cama de matrimonio dominaba la habitación, de cabecero presidía un cuadro con motivos abstractos que no conseguía definir. No había cortinas ni muebles, solo un perchero abandonado en una esquina, una televisión de treinta y seis pulgadas colgada en la pared, las puertas de un armario empotrado y lo que suponía sería el baño adyacente. Ni corta ni perezosa entró en el dormitorio, las ventanas descubiertas dejaban entrar la luz a raudales y pudo explorarlo a sus anchas, abrió el armario y se sorprendió al comprobar que en realidad era un vestidor lo suficientemente grande para que entraran dos personas y toda su ropa y aún más. Al final de este había otras dos puertas pegadas a la pared, aquello sí parecía un armario, pero desde luego, no para ropa.

—Joder —jadeó al encontrarse de lleno con todo un arsenal de armas, principalmente cuchillos, dagas y algunas cosas que no sabía ni lo que eran—. Y tú quejándote porque disparé con una vieja pistola.

Harto de toda aquella tontería, la rodeó, cerró la puerta de su armería y la condujo fuera del vestidor y finalmente del dormitorio.

—Se acabó —clamó llevándola casi a rastras hacia el pasillo—. Es mi casa, mi dormitorio y no me gusta tener intrusos en él.

Aria clavó los pies en el suelo, y como eso no funcionaba bajó la cabeza sobre el brazo masculino y le clavó los dientes haciéndolo aullar.

—¡Joder! ¿Estás loca? —siseó al tiempo que la soltaba en el acto para ver escritos sus dientes en la piel de su muñeca, su mirada incrédula volvió sobre ella—. Me has mordido.

Ella se tomó un momento para alisarse la ropa que le había arrugado y se pasó la lengua por los dientes, comprobando que no se había aflojado ninguno en su duro pellejo.

—Soy tu esposa, pedazo neandertal, no un intruso al que puedas zarandear —señaló su brazo con un gesto de la barbilla—. Vuelve a tratarme así y la próxima vez te arrancaré la piel a mordiscos.

—Tú estás loca, chiflada, como una puta cabra —aseguró sin dar crédito a lo que ella estaba diciendo—. Primero me disparas, ahora me muerdes, ¿qué eres tú? ¿Una psicópata homicida?

Ella se cruzó de brazos firmemente plantada en el suelo y sacudió la oscura melena.

—Ojalá, de ese modo ninguno de los dos tendría que preocuparse por mi muerte.

Aquella inesperada aseveración dejó a Lyon sin palabras, la mujer ante él le miraba fijamente, sin vacilaciones, con una seguridad tan apabullante como lo eran las dudas que vagaban en su mirada.

—¿De qué estás hablando?

Ella dejó caer los brazos, su mirada desviándose ligeramente al tiempo que daba media vuelta y salía de nuevo al pasillo.

—Maldita mujer —farfulló Lyon cuando esta le dejó plantado con la palabra en la boca. Resoplando salió tras ella.

Aria había vuelto a la entrada dónde cogió la maleta y el neceser que había traído consigo para dirigirse de nuevo por el pasillo, cruzándose con él una vez más, antes de entrar en el dormitorio masculino bajo la atónita mirada de Lyon.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo?

Ella arrastró la maleta hasta dejarla sobre la cama y le miró como si hubiese hecho una pregunta absurda.

—Deshacer mi maleta —respondió con ironía—. Es algo que suele hacerse cuando te mudas, ¿sabes?

—No vas a mudarte aquí —gruñó Lyon. Recogiendo la maleta y sacándole el neceser de las manos salió de nuevo con ellas al pasillo.

Ella puso los ojos en blanco y le siguió viéndole dirigirse a una de las pequeñas habitaciones que había encontrado en su primera inspección de la casa, era la única que tenía una cama y un par de muebles.

—¿No me digas que eres de esos maridos que prefiere tener dormitorios separados?

Dejó las maletas al lado de la pequeña cama y se cruzó de nuevo con ella, deteniéndose a su altura.

—Soy de los que no desean una esposa y en cambio la está sufriendo —respondió entre dientes al tiempo que indicaba con un dedo el interior—. Puedes quedarte ahí, pero no te acerques al mío.

Ella giró un poco la cabeza y se olió, haciendo lo mismo con la ropa antes de responder con fingida inocencia.

—Bueno, está claro que no huelo y puedo asegurarte que no ronco —aseguró, entonces se le quedó mirando durante un breve instante antes de soltarle—. ¿Tienes problemas de incontinencia urinaria?

Con lo que Aria supuso era un gruñido, le vio dar media vuelta y atravesar el apartamento a grandes zancadas antes de sentir la vibración y el golpe de la puerta principal al cerrarse.

—Y eso, damas y caballeros, es el prototipo del homo sapiens —musitó ella dirigiéndose hacia la cama de la pequeña habitación dónde se dejó caer sentada—. Serás estúpido, no tienes idea de nada, Lyonel Tremayn, de nada.

Suspirando, contempló la habitación, una pequeña cama, un armario un par de cuadros,

aquella era toda una decoración, austera y absolutamente impersonal. Si bien no había ni una sola mota de polvo en los muebles y el armario olía deliciosamente a violetas, el pequeño dormitorio no había sido utilizado anteriormente.

América era tan distinta a Jbeil, los aromas, los colores, incluso la gente eran distinta. Desde que habían dejado el aeropuerto y días después el hotel en el que Sharien los había hospedado mientras investigaba un poco más el paradero de su así denominado marido, Aria había tenido tiempo de ver la ciudad, había paseado por sus parques escuchando el acento marcado de la gente y viéndoles correr de un lado a otro como si siempre llegasen tarde a algún lugar.

Y qué decir del tiempo, donde Jbeil era cálido y mediterráneo, en Manhattan había tenido que recurrir ya a los suéteres y abrigos lo cual no dejaba de resultar sorprendente dado que apenas estaban terminando el mes de Febrero.

—Es todo tan distinto —musitó inclinándose sobre el alféizar de la ventana, observando deslumbrada la magnificencia de una de las grandes urbes del país—, pero es hermoso… a su modo.

Volviendo a centrar su atención en el dormitorio fue a sentarse al lado de la maleta. Lyon, se había limitado a tratarla como si no fuera más que un incordio al que tuviese que soportar, poco sabía que Aria no estaba dispuesta a darse por vencida tan fácilmente. Su familia la había educado bien y mal que le pesase, ese irascible e increíblemente sexy hombre era ahora su marido, tenía todo el derecho a quedarse en la misma habitación que él… en la misma cama. En realidad, aquello era lo único que podía alejarla de su destino, o al menos eso esperaba.

Apartando rápidamente la idea de su mente, se inclinó sobre el neceser y lo abrió sacando de su interior un gastado sobre color canela que había visto mejores días. Era una de las pocas pruebas que conservaba de su cordura, una que le había costado casi doce meses llegar a descifrar. Extrayendo el contenido del sobre, desdobló un par de hojas de papel escrito por el puño y letra de su abuelo, la tinta se había corrido en algunas partes, las huellas de las lágrimas derramadas marcaban parte de la carta pero no necesitaba pasar sus ojos sobre aquella elegante y firme escritura. Había leído tantas veces su contenido que ya lo sabía de memoria.

Mi querida Ariadna,

Si estás leyendo esta carta querrá decir que por el motivo que sea, no estoy ya a tu lado. No deseo que derrames lágrimas por mí así que sécate los ojos, pequeña y muéstrame una vez más tu sonrisa.

No estoy seguro de cómo comenzar esta carta, hay tanto que debes saber, tantas cosas que incluso a mí, a pesar del paso del tiempo y de su veracidad todavía me cuesta reconocerlas como lo que son, pero es tu vida, el destino que ha estado vinculado a tu sangre, a la sangre de tu padre, a la mía, a la de mi padre, mi abuelo, y tantas generaciones anteriores… Tú eres nuestro milagro, mi querida, el milagro que la diosa ha estado esperando se produjera, el final de una maldición largamente perpetuada.

Ariadna, sé que amas la tierra y sus secretos tanto como yo, conoces sus leyendas, la voz del pasado y todo lo que guardan porque es tu legado, eres la última descendiente viva de una línea de sangre antigua, una línea que desciende directamente de la diosa Ashtart, la última de sus sacerdotisas y aquella que tiene en sus manos la llave del mundo de los espíritus.

Desearía poder decirte que todo esto no son más que chaladuras de un viejo, yo mismo querría que así fuese, pero la realidad ha acudido a mí en sueños, o en mis momentos de vigilia, ya no puedo discernir si estoy dormido o despierto, pero su presencia ha sido real al igual que

sus palabras de advertencia.

"La última de las doncellas de Ashtart yacerá en brazos del Guardián en la noche de la Siembra, con la primera sangre, el grito de su alma alzará el Velo y el pórtico al otro mundo, se abrirá una vez más. El que una vez estuvo cautivo, alcanzará la libertad y el alma que alimenta el velo, en su custodia perecerá".

Ella ha cuidado de ti durante todo este tiempo, no dejo de pensar que ha sido su divina mano la que te protegió en el fatal accidente que se llevó la vida de Arien y Marsha, tus padres. Ha puesto sobre ti al más fiel de sus guardianes el cual no dejará tu lado hasta que alcances la meta que ha sido elegida para ti y quede libre de su cargo eterno.

Ariadna, estas no son las palabras de un loco o un necio, toda prueba que necesitas está en mis escritos, Sharien te hará entrega de ellos después de que hayas leído esta carta, confía en él, querida, es el único de quien puedes esperar absoluta lealtad.

Mi querida niña, solo lamento no poder estar ahora mismo contigo y rogarte el perdón que mereces.

No pienses que no he notado tu falta en estos años que has pasado lejos de casa, te has convertido en una mujer, en el más importante de mis legados, mi más querida prenda y por ello me vi en la obligación de hacer lo que hice. Para protegerte de lo que está por venir, la única forma en la que podía asegurar tu porvenir era entregándote a él, quién ha sido marcado por la diosa. Un hombre que lleva en su interior un fragmento del universo, elegido a través de las épocas para cuidar de aquellos que no pueden cuidarse a sí mismos, conocido por los suyos como un Guardián Universal, es el único que puede enfrentarse a la voluntad de los dioses y evitar que la profecía de la que formas parte, se cumpla como tal.

Temo que mis métodos no han sido los más honrados al procurar esta unión y lamento la forma en la que llegaste a descubrirlo, pero cuando el peligro apremia, uno solo puede hacer frente a las cosas con desesperación y ha sido esta la que me ha llevado a entregarte a él a pesar de todo.

El acta de matrimonio está guardada bajo llave en mi despacho, búscala y entrégasela junto con los documentos que encontrarás allí, es la única prueba que necesitarás para ir a su lado. Él cuidará de ti, sé que lo hará. Es un hombre de honor, el único que podrá enfrentarse a aquello que el destino ponga en vuestro camino y salir victorioso.

Desearía estar ahora mismo junto a ti, diciéndote todo esto mirándote a los ojos, pero sé que no me escucharías, hace tiempo que has dejado de escuchar a este viejo y entiendo tus motivos, cómo espero que tú entiendas los míos.

Eres todo lo que tengo, Ariadna, mi tesoro más preciado y aunque esto me cueste perder tu cariño, lo haré porque es la única manera en que puedo protegerte y proteger el futuro para ti.

Sé fuerte, mi pequeña estrella.
Tu abuelo que te quiere,
Mortimer Collins

Aria dobló lentamente el papel, su mirada color castaño brillante por las lágrimas que no deseaba derramar, su abuelo no deseaba lágrimas y no se las daría. Apretando con fuerza la carta contra su pecho suspiró.

—Abuelo, no te haces una idea de la falta que me haces —musitó para sí—, ahora mismo podría venirme muy bien uno de tus consejos.

Sonriendo para sí misma, respiró profundamente y volvió a guardar la carta en su neceser

para luego recogerlo junto con las maletas arrastrándolos de nuevo hacia la puerta. Si iba a quedarse en una habitación, sería la de su marido y que se atreviese a echarla.

CAPÍTULO 11

Lyon no era de los que huían, la vida le había enseñado que no podías escapar del destino por mucho que lo intentaras. Podías engañarlo, engañarte a ti mismo, pero jamás dejarlo atrás.

Ariadna era ese destino, lo sabía, no había manera de ignorarlo cuando las pruebas estaban allí, frente a él. No creía que hubiese pensado jamás en ella, en la *ashtarti*, la doncella prometida que aquella maldita diosa dijo que aparecería un día en su vida para traerle lo que su alma anhelaba, lo que jamás podía permitirse tener otra vez. Esa mujer había resultado ser apenas una niña, con una figura voluptuosa y pechos grandes, sí, tenía que admitirlo, pero una niña a fin de cuentas… y por todos los dioses, ¡le había disparado! ¿Qué clase de mujer le disparaba al marido?

Y diablos, sí, era su marido. Aquello era algo para lo que no estaba preparado, ni en sus más salvajes pesadillas pensó que pudiese ocurrirle algo como aquello. Ahora no se trataba solo de una mujer anónima, una inocente destinada a morir en aras de una profecía si no hacía algo para evitarlo, ella tenía nombre, rostro y era su maldita esposa.

¿Se habrían sentido así sus compañeros al conocer a sus respectivas mujeres? En su caso al menos tuvieron la oportunidad de elegir quedarse con ellas, Lyon simplemente no podía, no podía permitirse tener ninguna clase de cercanía con ella. Ashtart no se saldría con la suya, podía haberlo engañado una vez para cumplir su voluntad, para obtener su cooperación, pero no lograría que diese comienzo a la maldita profecía, no pondría a una inocente, por muy irritante y respondona que fuera, en manos del destino.

Suspirando echó un vistazo a su alrededor, había recorrido buena parte de la ciudad sin dirigirse realmente a ningún lado, el reloj del escaparate de la farmacia marcaba algo más de las dos del mediodía. Los ojos verdes encontraron su propio reflejo a través del cristal, ¿era así como lo veía el mundo? Un hombre que en apariencia rondaba los treinta y cinco, vestido de manera casual con pantalones de múltiples bolsillos, botas de combate y camiseta negra bajo una chaqueta verde militar que había visto demasiados lavados. Ni siquiera el pelo rubio, largo hasta los hombros hacía gran cosa para restar el aire de intimidación y peligrosidad que lo rodeaba siempre. Aquel solía ser su atuendo de andar por casa, se sentía cómodo y lo prefería a la ropa cara e italiana que solía utilizar Jaek, o al aire casual y desenfadado de Shayler. Cada uno de los Guardianes tenía su propio estilo, su propia marca, pero al mismo tiempo todos conservaban una misma cosa, el aire de poder y peligrosidad que sus extensas vidas grababan a fuego en ellos.

—Y ella no ha dudado en enfrentarse a ti. —Se encontró sonriendo a su reflejo, para finalmente negar con la cabeza—. Si tiene una pizca de inteligencia en esa cabecita, habrá dado media vuelta y se habrá largado.

Así lo esperaba. No podía ser de otra manera. Ninguna mujer se quedaría en un lugar dónde no era bien recibida, dónde prácticamente había sido echada. Diablos, si incluso la metió en un taxi para que volviese al lugar de dónde quiera que hubiese salido y le dejara en paz.

—Y en vez de marcharse, ha vuelto y con maletas —se recordó con un angustioso mohín.

Sus ojos recorrieron una vez más su reflejo hasta detenerse en el papel que sobresalía del bolsillo de su chaqueta, fue incapaz de apartar la mirada de aquel punto durante un breve instante. Esa carta se había convertido también en un problema, uno mayor o igual al que ya tenía y que curiosamente participaba de la misma fuente.

Al final, todo volvía a Ariadna.

Lyon dio la espalda a su reflejo al tiempo que extraía la carta del bolsillo, su contacto ya no le producía el mismo impacto que sintió cuando la tocó por primera vez, algo común en su poder. El papel amarillento resaltaba la pulcra y firme escritura que lo llenaba con unas palabras que tiraban de su orgullo y de su lealtad, unas frases que le recordaban irremediablemente la deuda contraída hacía catorce años.

Maldiciendo en voz baja, arrancó la hoja y volvió a leerla, como si con ello pudiese hacer que las letras se desgastasen y desaparecieran.

Querido Amigo,

Entiendo que si estás leyendo esta carta quiere decir que yo ya no me encuentro entre los vivos y que mi lucha con esta maldita enfermedad ha llegado a su fin. Así mismo, querrá decir que he fallado en mi protección a Ariadna, mi querida nieta y que ahora tal riesgo recae en tus manos.

De manera que, si has recibido esta carta, quiere decir que también tendrás en tus manos la copia del documento que hace ya catorce años te obligué a firmar. Sé que te habrás llevado una enorme sorpresa y es posible que incluso no recuerdes el momento en que estampaste tu firma o lo marcaste con tu sangre. Tengo que confesar que recurrí a tus momentos de mayor debilidad, pero después de oírte, de entender que aquellas delirantes palabras que pronunciabas tenían gran parte de verdad, supe que esta era la única forma en que podría protegerla en caso de que a mí me ocurriese algo o no pudiese encontrar una solución a tiempo.

Sé que en estos momentos estarás maldiciendo mi nombre y hasta es posible que te oiga allí donde esté, solo puedo justificar mis actos nombrando a Ariadna, ella es lo más importante que tengo en la vida y alguien como tú es el único que podrá guardarla del destino que le espera.

El documento que quizás ni siquiera recuerdes haber firmado y que está sellado con tu propia sangre es completamente legal, cualquier abogado puede dar testimonio de ello. Este se redactó durante la semana que estuviste debatiéndote entre los dos mundos, antes de que tu fuerza de voluntad te arrancara del mundo de los muertos y te hiciera ingresar en el de los vivos. No me siento orgulloso de la manera en que se llevó a cabo, pero quiero encontrar consuelo en las palabras que pronunciaste a tu partida, "mi vida y agradecimiento estarán eternamente a tu disposición".

No quise nada en pago entonces y me avergüenza tener que pedirte ahora que cumplas con ese juramento, pues necesito de tu vida para que protejas aquello que es más preciado para mí. Mi pequeña Ariadna.

No temo compartir contigo este oscuro fragmento de mi pasado porque sé que tú mejor que nadie, entenderá mi temor. Sé que ella te ha convocado así mismo, pude escucharlo de tus labios cuando te encontramos en la playa, quiero pensar que de algún modo, la diosa ha obrado para ponerte en nuestro camino.

Aria es la última descendiente de las doncellas de Ashtart, una ashtarti, algo que no se ha dado hasta este momento ya que todos mis antepasados, han venido siempre por la línea paterna, hasta ella, ninguna mujer había nacido en nuestro seno y con su llegada es que se me ha rebelado la profecía que anunciaba su llegada.

"Y cuando el último descendiente traiga al mundo a una niña, la última de las doncellas celestiales nacerá. Será amaba y venerada, solo para ser sentenciada y elevada a los cielos por

los pecados cometidos por sus antecesores.

Ella es la última de las doncellas de Ashtart y yacerá en brazos del Guardián en la noche de la Siembra. Con la primera sangre, su grito alzará el Velo y el pórtico al otro mundo, se abrirá una vez más. El que una vez estuvo cautivo, alcanzará la libertad y el alma que alimenta el velo, en su custodia perecerá"

Te pido que hagas honor al juramento que arranqué en tu hora de mayor necesidad y que tú mismo me devolviste en el momento de tu partida. Ahora más que nunca es que necesito que pagues tu deuda.

Protege a Ariadna, sé que ella resultará ser el mayor de los tesoros que puedas llegar a encontrar jamás.

Profesor Mortimer Collins

Lyon apretó el papel entre sus manos, arrugándolo hasta que los nudillos se le pusieron blancos. El profesor había tenido razón en una cosa, jamás le daría la espalda a un inocente y aunque ahora se estuviese arrepintiendo de ello, cumpliría con la promesa que le había hecho al viejo, con su última voluntad y protegería a la ashtarti.

Solo esperaba que su fuerza de voluntad fuera suficiente para llevar a cabo su empresa.

El verle colgar medio cuerpo por fuera de la ventana debería haber sido preocupante, en circunstancias normales se habría lanzado a sujetarla, pero después de ver la enorme cantidad de bolsas de basura apiladas en la puerta de la entrada, empezaba a sentir cierta inclinación por empujarla él mismo. Ella era una intrusa en su territorio, daba igual que un papel la uniese a él. Con todo, era incapaz de apartar la mirada de ese sexy trasero que se meneaba de un lado a otro al compás de la música. Los suculentos pechos se apretaban contra la ventana cuando se estiraba para limpiar la parte superior de los cristales, unos movimientos inocentes y dirigidos a la limpieza que se había tomado la libertad de hacer en su salón, le estaban excitando rápidamente. Lyon bajó la mirada hacia su entrepierna al sentir un conocido tirón para luego hacer una mueca al ver que su amiguito parecía haber despertado de la siesta.

Menos mal que el pantalón era flojo.

Aquello no podía ser bueno para su salud, ninguna mujer lo había afectado de esa manera y que lo estuviese haciendo ella, no hacía si no complicarle las cosas.

Con un solo movimiento de la mano apagó la música, le irritaba sobre manera que la gente tocase sus cosas sin permiso y aquella mujer parecía dispuesta a tocarlo todo.

Gruñendo se volvió hacia ella.

—¿Tanta prisa tienes por morir?

Ella dio un respingo, la mano que sostenía el paño resbaló por el cristal hasta el punto de terminar con medio cuerpo fuera de la ventana, viendo una caída libre de varios pisos hasta el suelo.

—Es obvio que tú si la tienes por matarme —jadeó recuperando el equilibrio antes de girarse a él, apartándose el pelo del rostro colorado por el esfuerzo—. Joder, ¿eres siempre tan silencioso, o pretendes causarme un ataque al corazón para poder deshacerte antes de mí?

Se encogió de hombros.

—Hay cosas que simplemente no puedo evitar —le dijo mientras echaba un vistazo a su alrededor desde el umbral del salón. Todas las cajas vacías, las revistas y la ropa que más

temprano habían poblado la habitación habían desaparecido, de hecho el lugar olía a pino.

—Por supuesto —respondió con un deje de ironía—, como el casarte conmigo.

Alzó la mirada, clavándola en ella.

—Créeme eso lo habría evitado a toda costa, si tan solo tuviese la menor idea de lo que estaba ocurriendo a mi alrededor —le dijo sin dejar lugar a dudas.

Aria puso los ojos en blanco.

—Sí, qué conveniente que no supieses nada —murmuró, sus palabras marcaban lo poco que creía en ello—. No es como si tuvieses diez años cuando decidieron cambiar drásticamente tu vida.

La fulminó con la mirada.

—¿Por qué no nos haces una favor a ambos y vuelves a cualquiera que sea el agujero de dónde has salido? —Sus palabras fueron firmes, sin lugar a discusión—. Haremos como si jamás nos hubiésemos visto, olvidaremos todo esto y…

—Me dejarás morir.

La sincera respuesta femenina cortó cualquier tipo de respuesta, su declaración le había sorprendido dejándolo sin palabras.

Aria encontró su mirada, no había vacilación, ni temor, solo resignación.

—No pongas esa cara de pollo desnutrido, no es como si fuese a cogerte por sorpresa —continuó con despreocupación—. Si algo he aprendido de mi trabajo y del de mi abuelo, es que los antiguos tienen predilección por las profecías dónde al final alguien acaba siendo sacrificado o muere.

Sacudiendo la cabeza, dejó el paño en la tinaja que había estado utilizando para limpiar y se volvió, dándole la espalda para cerrar la ventana.

—Pero no te preocupes, soy de las que lleva la contraria en todo y la idea de morirme antes de llegar siquiera a los treinta no entra en mis planes —continuó ella con un tono mucho más distendido—. Además, todavía no he plantado un árbol, ni escrito un libro y ya no digamos el tema de los hijos, hay muchas cosas que quiero hacer y una fecha de caducidad no va a detenerme. Así que ya puedes soltar el aire, grandullón, no voy a desplomarme a tus pies llorando como una palomita y pataleando por lo injusta que es la vida, prefiero ponerme los guantes de boxeo y empezar a pegar ostias.

Se limitó a mirarla, aquellos ojos verdes permanecían fijos en ella, como si pudiesen ver más allá de su alma.

Ella ladeó el rostro antes de soltarle.

—Vaya, ¿te he dejado sin palabras?

Su respuesta fue cortante.

—¿Nunca te callas?

Ella se encogió de hombros.

—Solo cuando la ocasión lo merece —aceptó con total sinceridad—, y mira por dónde, esta no es una de ellas.

Lyon se limitó a poner los ojos en blanco, aquella mujer parecía tener una fuente inagotable de respuestas.

—No cabe duda que eres…

Ella se llevó una mano a la cadera mientras con la otra marcaba cada una de sus palabras mientras se acercaba a él.

—¿Encantadora, preciosa, tus sueños hechos realidad? —sugirió deteniéndose a dos pasos de él.

La respuesta fue fulminante.

—La peor de mis pesadillas.

Para su sorpresa, ella asintió con rotundidad.

—Sí, eso seguro que también —aceptó, entonces sonrió, algo que Lyon no esperaba y que causó en él un impacto directo. El suave rostro bronceado se iluminó con aquel simple gesto y el deseo que había estado reteniendo se intensificó.

Maldita fuera Ashtart y su destino.

—Bueno, si no tienes pensado esfumarte otra vez, ¿cabe la posibilidad de que vayamos a algún supermercado? —continuó rompiendo el hechizo de su sonrisa—. Tu nevera es peor que la de un indigente.

Frunció el ceño. ¿Había estado también pululando por su cocina?

—Eso no es asunto tuyo.

Ella le dedicó una mirada irónica.

—Desde que voy a quedarme aquí y necesito comer para sobrevivir, pues yo diría que sí, es asunto mío —aceptó sin dejarse amilanar.

Entrecerró los ojos, su estatura completamente erguida sobre ella, dominándola, buscando obviamente intimidarla.

—No, no lo es —concluyó con voz suave, baja, letal—. Ya que no vas a quedarte aquí.

Ella puso los ojos en blanco.

—No puedes echarme a la calle como si fuera una bolsa de basura, soy tu esposa, Lyonel —le recordó con total paciencia, casi como si se lo estuviese explicando a un niño pequeño.

La respuesta masculina no tardó en llegar.

—Lárgate.

Ella arqueó una delgada ceja en respuesta.

—Y eso damas y caballeros, es lo que tarda en echar un marido a su esposa, cuando hay amor, por supuesto.

Lyon bufó. ¿Es que esa mujer no se callaba nunca? ¿Dónde estaba su sentido de conservación?

—Yo no te quiero. —Casi escupió las palabras. No era su intención, pero la sola idea de llegar a ello le producía urticaria. No podía permitirse el lujo de encariñarse con ella, no lo haría jamás.

Aria se puso seria y asintió.

—Lo sé —aceptó sorprendiéndolo—. En realidad, ni siquiera me conoces, es legítimo… Pero sigo siendo tu esposa, acabarás acostumbrándote y quizás, llegue un momento en el que nos entendamos.

Aquello era el colmo.

—Estás loca.

Ella esbozó una irónica sonrisa.

—Todos estamos un poco locos, es parte de la vida —aseguró sin más.

Sacudiendo la cabeza, dio media vuelta y se dirigió a su habitación, necesitaba poner distancia de por medio con aquella mujer, empezaba a levantarle un horrible dolor de cabeza.

—Hay un supermercado a dos manzanas, siéntete libre de ir… y no volver.

Ella sonrió para sí, al menos había conseguido una respuesta después de todo.

—Eres más espinoso que un erizo, ¿sabes? —le aseguró chasqueando la lengua mientras salía al pasillo e iba tras él—. Dame una oportunidad, Lyonel, no soy tan mala y no es como si tuvieses que sufrirme toda la vida, tengo una fecha de caducidad, ya sabes.

Se detuvo, no se volvió a mirarla, pero por la repentina rigidez de su cuerpo era obvio que algo en sus palabras le habían molestado.

—No vas a morir, así que deja de hacer bromas estúpidas con ello.

Ella se encogió de hombros, su respuesta fue un susurro.

—Todos tenemos que morir en algún momento, no es como si pudieses evitarlo.

Los ojos verdes en el rostro masculino encontraron los suyos.

—Eso es que todavía no me conoces, ashtarti.

Se lamió los labios, avanzó un par de pasos más y se detuvo a su lado.

—En ese caso permíteme hacerlo —pidió suavemente—. ¿Qué tal se te da ir de compras?

Lyon dejó escapar el aire muy lentamente, no había manera de escapar, lo sabía, no la había habido desde el momento en que ella le dijo que la dejaría morir.

CAPÍTULO 12

—¿Cuándo descubriste lo que se te venía encima?

Aria dejó el paquete de cereales que estaba mirando en la balda del supermercado y se volvió hacia él.

—Lo que se me venía encima —repitió sus palabras—. Sí, sin duda es una buena forma de expresarlo.

Su mirada volvió de nuevo a la estantería y eligió una nueva marca de cereales que añadió al carro de la compra que iba empujando.

—Aunque no creo que este sea el mejor lugar para hablar de ello, ¿por qué me lo preguntas precisamente ahora?

Lyon se encogió de hombros.

—Me pareció tan buen tema de conversación como otro —respondió sin más—. Además, pareces estar tomándotelo bastante bien, lo que me lleva a pensar si sabes realmente lo que implica todo esto para ti.

Ella esbozó una lenta sonrisa.

—¿Te refieres a la parte en la que muero? —preguntó en voz baja, casi un susurro—. He intentado por todos los medios ignorarlo, pensar que todo esto no es más que las locuras de un pobre demente y hasta hace poco más de un año, lo había conseguido. En aquel entonces no era más que una profesora en prácticas en un colegio de Londres, pero tras la muerte de mi abuelo, todo cambió. Sharien me hizo entrega de un portafolio lleno de documentos, escritos y fotografías que venían acompañados de una carta que me mostró que las cosas no eran tan imaginarias como yo deseaba. Entendí entonces que lo que pensaba era una locura, era realidad, que soy la última descendiente de una antigua línea de sangre que ha estado al servicio de una diosa fenicia y que al haber nacido mujer, cuando todos mis antepasados fueron varones, se cumplía lo dicho en los escritos, dando comienzo a la última de las profecías.

Respirando profundamente, empujó el carrito de la compra y se movió a la siguiente sección repasando con la mirada el contenido de los estantes.

—En esos documentos estaba nuestro acta de matrimonio, la carta que dejó para ti, la cual te entregué y toda la documentación que consiguió recopilar en los últimos catorce años sobre vosotros, los Guardianes y más especialmente sobre ti.

Cerró los ojos durante un instante, luchando con los amargos recuerdos que acudían a su mente, momentos que habían cambiado el curso de vida. Jamás se había sentido tan herida y sola como en aquel momento en que descubrió accidentalmente que su apellido no era Collins. Aquella traición había marcado un paréntesis en la relación con su abuelo, las decisiones que tomó, el tiempo que pasó alejada de él, de todo aquello. Sacudiendo la cabeza hizo aquellos pensamientos a un lado, no era el momento de rebelarle esa parte de la historia, primero tenía que asegurarse de que lo que iba a hacer era lo correcto.

—Él me dijo que tú eras el Guardián de la ashtarti, que la diosa así lo había decidido y que vendrías a buscarme en el momento oportuno —continuó con un profundo suspiro—, pero tú nunca apareciste. Así que tuve que tomar las riendas una vez más y salir en tu búsqueda. Se supone que eres el único que puede evitar que se cumpla la profecía y que lo que quiera que sea eso del Velo, acabe con mi vida.

Haciendo una nueva pausa, se concentró en el contenido de la estantería y seleccionó dos nuevos productos que añadió al carro.

—Supongo que no tengo que decir que pensé que mi abuelo había perdido la cabeza por completo, y no solo él ya que Sharien iba por el mismo camino del sanatorio mental, pues, ¿cómo iba a ser real una profecía escrita en una tablilla de más de dos mil setecientos años de edad? ¿Guerreros eternos? ¿Yo, una sacerdotisa? —Se rio al repetir aquellas palabras—. Pero entonces… él no dejaba de decirme que te buscara, que acudiera a ti, que eras el único que podría acabar con esta maldición.

Lyon frunció el ceño al escuchar el cambio de tono en su voz.

—¿Él?

Aria se mordió el labio inferior durante un breve instante, entonces se volvió a mirar a Lyon.

—Dicen que cuando empiezas a escuchar voces es una señal inequívoca de la esquizofrenia, si bien esa voz no me decía "quémalo todo", sí insistía en que averiguase la verdad de mis orígenes, que buscase al Guardián —le explicó—. Me obligué a pasar por varios exámenes psicológicos y escáneres, pero no había nada malo en mí.

Él frunció el ceño, aquello no encajaba con Ashtart.

—¿Estás segura de que se trataba de una voz masculina?

Ella se llevó la mano a la barbilla y asintió.

—Completamente —aceptó—. Pero no he vuelto a oírla desde que llegué a América.

No estaba del todo convencido, ¿quién más podría estar influyendo en toda esta locura? Aria llamó nuevamente su atención al pasar por su lado con el carro de la compra.

—Al final o crees todas las pruebas que se exponen ante ti o te vuelves loca, y la verdad, quiero demasiado mi cordura como para perderla.

Entendía aquello, aceptar que su vida había terminado para empezar de nuevo como un Guardián Universal era algo difícil de aceptar, entre otras muchas cosas.

—Mi única posibilidad era encontrarte y esperar que tú tuvieses alguna idea de cómo acabar con esto, aunque he descubierto que tu prioridad es perderme de vista.

Lyon la miró durante unos instantes, su mente seguía dándole vueltas al asunto de la voz.

—Cuando tenga alguna idea al respecto, serás la primera en saberlo —le aseguró.

Ella se encogió de hombros.

—Bueno, pues hasta que eso suceda, vas a tener que sufrirme, muchachote, porque no pienso irme a ninguna parte.

La miró de reojo y resopló. No estaba totalmente seguro de que ella le hubiese dicho todo lo que sabía al respecto, por otro lado, no es que él le hubiese revelado muchas más pistas acerca de lo que sabía, por lo que estaban empatados.

—¿Qué hacías en aquella playa cuando te encontró mi abuelo?

La pregunta le sorprendió y la miró.

—Nada que sea de tu interés.

Ella puso los ojos en blanco.

—Sé que no supiste de mi existencia hasta que te disparé… —Dudó e hizo una mueca al ver su expresión—. ¿Es demasiado tarde para pedir perdón?

Su expresión fue suficiente respuesta.

—Olvídalo —aceptó Aria y continuó—, pero sí sabías que eras el Guardián de la ashtarti, ¿no es así?

Lyon resopló.

—Nunca se me dijo quién era la ashtarti, solo que aparecería en el momento adecuado. Y mírate, aquí estás, con acta de matrimonio y todo.

La ironía goteaba de su voz.

—A riesgo de que vuelvas a enseñarme los dientes, permíteme una última pregunta.

Él arqueó una ceja en respuesta.

—¿De verdad será la última?

Ella puso los ojos en blanco.

—Posiblemente no, pero te dejaré en paz durante un rato.

No pudo evitar esbozar lo que pareció un intento de sonrisa.

—Ver para creer.

Ignoró la ironía en su voz y continuó.

—¿Cómo te has visto envuelto en todo esto?

Lyon resopló.

—La verdad, no tengo la más jodida idea —aceptó con absoluto convencimiento—. Es una pregunta que llevo haciéndome desde el momento en que me metiste una bala en el cuerpo, esposa.

Ella sonrió ante la obvia acusación, se volvió y cogiendo un tarro de la estantería sugirió.

—¿Te gusta la mantequilla de cacahuete?

No podía con ella, sencillamente, era demasiado para él.

—No —le respondió más bruscamente de lo que pretendía.

Ella se encogió de hombros y suspiró.

—Qué pena, se me da muy bien hacer sándwiches de mantequilla de cacahuete y mermelada de uva —aseguró—. Pero bueno, más para mí.

Lyon puso los ojos en blanco y se pasó una mano por el pelo, había momentos en los que uno debía rendirse y ese era un momento tan bueno como cualquiera. La actitud de Ariadna daba a entender claramente que se había terminado el momento para las preguntas.

—Esperaré fuera —le dijo entonces—. Termina con tu maldita compra de una vez y vámonos.

Ella resopló.

—Hombres, es imposible sacaros a ningún lado.

Alzando una mano a modo de respuesta le enseñó el dedo corazón con total naturalidad, algo que la sorprendió e hizo que sonriera.

Lyon atravesó las puertas del supermercado con un profundo suspiro, estar al lado de aquella mujer empezaba a ser realmente agotador. Ariadna todavía ocultaba algo, estaba convencido de ello, si bien sus respuestas eran sinceras, algo en ellas le decía que todavía había más, que sabía más de lo que había dicho, la pregunta era, ¿el qué? ¿Y quién diablos era esa voz masculina que la empujó a buscarle? Estaba claro que ese tal Sharien era mucho más de lo que decía ser, pero ella lo ignoraba y aunque le encantaría joder al hombre, él mejor que nadie sabía que los secretos que los inmortales ocultaban, lo hacían por una buena razón.

Suspirando se apoyó contra la pared de ladrillo, no iría a ningún lugar dándole vueltas a las mismas cosas una y otra vez, tenía que proteger a esa mujer, mantenerla a salvo hasta después de la cosecha, o lo que era lo mismo, el comienzo de la primavera.

Solo rogaba poder sobrevivir hasta entonces.

—¿Lyonel?

La sensual voz a su derecha llamó su atención, sus ojos verdes se encontraron con una sonriente Uras… No, ella ya no era Uras, ahora se llamaba Érika Uriel y trabajaba como

dependienta en *Macy´s*. Aquel era otro de los secretos que mantenía ocultos o quizás no tan secreto a juzgar por la mirada del Juez cuando comentó que la había visto las pasadas navidades y que ahora su identidad era aquella.

Su antigua hermana de armas, aquella que los había traicionado poniendo en peligro la vida de la mujer del Juez, había sido víctima de la desconfianza y de sus propias visiones. Como el antiguo Oráculo, había profetizado la caída de los Guardianes a manos del Libre Albedrío, una visión que resultó estar equivocada, o como solía decir Dryah, mal interpretada.

Sus ojos verdes brillaban con calidez, su aspecto compuesto por unos pantalones vaqueros de firma, zapatos de tacón, blusa y americana realzaban la belleza de amazona de la mujer. La enorme mata de pelo que siempre había llevado ahora se reducía a una media melena que le sentaba realmente bien.

—Hola —la saludó con calidez—. ¿Cómo tú por aquí?

Ella alzó la bolsa en una de sus manos, la cual pertenecía al supermercado que él acababa de abandonar.

—Invitados a cenar —respondió con una sonrisa.

—¿De los deseados o de los de otra clase?

Ella rió brevemente.

—De los deseados, de los deseados —aceptó de buen humor.

Él asintió. Le gustaba verla sonreír. La primera vez que vio aquella sonrisa en su rostro, muchos de los fantasmas que todavía le rondaban con respecto a ella pudieron descansar por fin.

—Esos suelen ser los mejores —aceptó con un ligero movimiento de cabeza.

—¿Y tú? ¿También vienes a la compra? —preguntó interesándose al verlo sin bolsas ni nada.

Él esbozó una irónica sonrisa.

—Ya sabes que lo de comprar no es lo mío —aceptó e indicó el supermercado con un movimiento de la barbilla—. He traído a mí… errr… compañera. —La palabra esposa todavía se le atragantaba—. Acaba de mudarse y creo que es de la opinión de que los hombres no sabemos hacer nada por nosotros mismos.

La mujer frente a él sonrió en total acuerdo. Resultaba extraño estar nuevamente frente a ella, saber quién había sido en otra vida y verla ahora sin sus recuerdos, con una nueva identidad, en una nueva vida, con todo, no podía hacer otra cosa que alegrarse por ella. Puede que las circunstancias la hubiesen llevado al destino que eligió, pero él la había visto crecer, había estado a su cuidado al igual que Shayler. Ellos habían sido los miembros más jóvenes en los Guardianes e incluso ahora mientras la miraba, no era ya la mujer amargada de los últimos años la que veía, si no la niña inocente y leal que había madurado bajo la presión de ser el Oráculo de la Fuente.

Entendía los motivos de Shayler y de Dryah de no desear ninguna clase de contacto con ella, sabía que el Juez se había alegrado de saber que ella vivía su nueva vida en tranquilidad, pero el estigma de lo ocurrido seguía presente y no era fácil de olvidar o perdonar—. A ti se te da bastante bien, así que no te preocupes —le aseguró ella cambiando la bolsa de mano al tiempo que consultaba el reloj—. Bueno, no quiero entretenerte, me ha alegrado verte.

—Lo mismo digo, Érika —aceptó con una ligera inclinación de cabeza—. Y suerte con tus invitados.

Ella asintió.

—Gracias.

Con un movimiento de la mano se despidió y siguió su camino dejando a Lyon contemplando pensativo la partida de aquella mujer. Puede que su Juez y sus compañeros no

aprobaran o no les gustase que mantuviese contacto con ella, pero él se sentía en paz consigo mismo al ver que, de algún modo, la mujer había alcanzado la paz que en su otra vida no había logrado encontrar.

—Vaya, ¿no puedes esperar a quedarte viudo para ligar con otras?

La irónica voz de su recién encontrada esposa le hizo volver la mirada hacia la puerta del supermercado, ella cargaba con dos bolsas plásticas en una mano y una de cartón en los brazos, su primer instinto fue acercársele y aliviar el peso que llevaba.

—¿Debería preocuparme que te lo pases tan bien bromeando sobre tu propia muerte? —le soltó mirándola a los ojos.

Ella se encogió de hombros en la medida que pudo.

—Es mejor a deprimirte por no encontrar la solución —aceptó sin darle más vueltas.

La contempló en silencio durante un momento y finalmente chasqueo la lengua.

—A partir de ahora, procura no volver a hacerlo en mi presencia —le dijo con total seriedad—, no vas a morirte, al menos no de momento y no por una estúpida profecía.

Ella suspiró suavemente.

—Me gustaría poder creerte.

Lyon no vio problema en ello.

—Hazlo.

Ella puso los ojos en blanco.

—Estás demasiado acostumbrado a mandar, muchachote —aseguró chasqueando la lengua para finalmente empujar la bolsa de papel que llevaba en brazos hacia Lyon—. Ten, se un caballero por una vez y échame una mano.

Él arqueó una ceja al recibir el peso de la bolsa.

—¿Has dejado algo en el supermercado?

Ella esbozó una pequeña sonrisa.

—Esto es lo más urgente, el resto lo traerán después—le respondió con una amplia sonrisa —. La chica era guapa, por cierto, espero que le hayas pedido el número de teléfono.

—Sí, la verdad es que lo hice y pienso quedar con ella esta noche, así que no me esperes levantada, amorcito —le respondió con total sarcasmo.

—Eso te gustaría, ¿huh? —se rió ella, entonces negó con la cabeza—. Por cierto, me debes cuarenta y dos dólares con noventa y cinco. Es sorprendente la diferencia de precios que hay de un lado a otro de la ciudad, pero lo cierto es, que aquí hacer la compra es mucho más económico que en Inglaterra.

—Alguna ventaja tendríamos que sacarles a esos estirados ingleses, ¿huh?

Aria le dedicó una divertida mirada.

—Estás hablando con una de esas estiradas inglesas, marido —le respondió ella—. Nací en Cardiff, Gales.

Lyon esbozó una irónica sonrisa.

—Un pequeño defecto sin importancia.

Ella se sorprendió por la respuesta y finalmente se echó a reír.

—Vaya, me alegra saber que no soy tan mala después de todo —le respondió acercándose a él para hablarle en confidencia—. Solo para que lo sepas, tú tampoco pareces el lobo feroz… Aunque se te da de miedo imitarlo.

Poniendo los ojos en blanco, Lyon se ocupó de la bolsa que ella le había pasado y dio media vuelta con intención de marcharse cuando el estómago de Aria eligió aquel preciso momento para sonar.

Sus ojos se encontraron, el rostro de la muchacha adquirió un suave color rosado mientras se ocultaba el estómago con las manos.

—¿Cuándo fue la última vez que comiste algo? —preguntó mirándola con intensidad.

Ella se sonrojó aún más.

—Ayer.

Lyon puso los ojos en blanco.

—Ayer cuando.

Su sonrojo aumentó aún más pero no se amilanó.

—¿Qué te importa?

Volviéndose por completo a ella, resopló.

—Vosotras las mujeres y vuestras estúpidas dietas —refunfuñó al tiempo que echaba un vistazo alrededor—. Italiano, pasta, pizza, puedes elegir lo que quieras, pero comerás.

Ella arqueó una ceja en respuesta.

—¿Quién ha dicho nada de dietas? —murmuró, entonces su estómago volvió a rugir por lo que acabó atajando sus protestas—. El italiano me parece una opción perfecta.

Tras una breve discusión de si cogían comida para llevar o se quedaban en el restaurante, terminaron ocupando una pequeña mesa del final dónde ella dio cuenta de un inmenso plato de espaguetis a la carbonara. Lyon tenía que reconocer que era la primera vez que veía a una mujer comer tanto como él.

—Dios, estaba muerta de hambre —aceptó recostándose en el asiento del reservado en el que estaban sentados.

—No hace falta ni que lo jures —aceptó mirando su plato vacío—. Imagino que ya no te entrará ni el postre.

Ella le miró como si hubiese dicho una barbaridad.

—Pero qué dices, siempre hay espacio para el postre.

Abrió la boca para decir algo pero prefirió cerrarla, las mujeres y la comida, era algo en lo que no pensaba meterse.

Su mirada la recorrió entonces, evaluándola, deleitándose en las llenas curvas, la forma en que sus pechos llenaban el suéter que se había puesto antes de salir hasta encontrarse con su mirada, unos ojos de un intenso castaño que le miraban con diversión.

—¿Tengo el aprobado?

Se limitó a recostarse contra el respaldo de su asiento, no podía negar que le resultaba atractiva. Ella se salía de los clásicos cánones de belleza, no era excesivamente delgada, poseía unas curvas llenas, amplias caderas y un prieto trasero que llenaba a la perfección el pantalón vaquero que llevaba puesto. El pelo oscuro recogido nuevamente en una cola y sin maquillaje que adornara su piel canela, era una mujer adorable, el tipo de mujer que le gustaba.

—Tienes un ligero acento al hablar —comentó al tiempo que cambiaba de tema—. Imagino entonces que no has pasado demasiado tiempo en tu país de origen.

Ella aceptó el cambio de tema, después de todo, también estaba interesada en saber más sobre el hombre con el que se había casado, quizás de ese modo le hiciera más fácil el llevar adelante su plan.

—He pasado gran parte de mi infancia y adolescencia en Byblos —aceptó poniéndose a jugar con la servilleta—. He vivido más tiempo entre excavaciones por el trabajo de mi abuelo, que en cualquier otro lugar. Podría decirse que allí es realmente dónde están mis raíces.

Lyon asintió, aquello explicaba su acento y también esa sensación de antigüedad que sentía en ella.

—Un extraño patio de juegos para una niña.

Ella se encogió de hombros.

—Podría haber sido peor —aceptó alzando la vista hacia la ventana al otro lado del restaurante—. Al menos he tenido la oportunidad de vivir en varios lugares para poder decidirme por uno.

—Creo recordar que has mencionado algo sobre ser profesora.

Ella asintió.

—Me he especializado en culturas antiguas —respondió con un ligero encogimiento de hombros—, la arqueología iba a ser mi segunda especialidad pero entonces… las cosas cambiaron.

La vio vacilar, observó cómo sus ojos se teñían de dolor por algo que intuía había pasado hacía ya algún tiempo.

—A veces los cambios son necesarios para poder seguir adelante —murmuró, atrayendo la mirada femenina sobre él.

Ella esbozó una irónica sonrisa.

—No siempre —dijo haciendo sus recuerdos a un lado. No tenía caso volver sobre algo que ya no tenía solución y que jamás la tendría—. ¿Y tú? ¿Siempre has vivido en los Estados Unidos? ¿Aquí en Nueva York?

La dejó salirse con la suya aceptando el cambio de tema.

—Digamos que al igual que tú, también he tenido la oportunidad de vivir en varios lugares… antes de decidirme por uno en particular —resumió con un ligero encogimiento de hombros—. En mi caso, además, pesa el hecho de que a Shayler le ha gustado el país y la ciudad casi desde el comienzo, así que no fue difícil optar por un lugar en el que establecerse.

—¿Cuánto tiempo lleváis en Nueva York?

Esbozó una irónica sonrisa, demostrando que la respuesta no estaba a su alcance.

—Más que la mayoría.

Ella se le quedó mirando durante un instante, pensativa.

—¿Qué edad tienes realmente?

Lyon se echó a reír.

—Eso, querida, es secreto de sumario.

Ella puso los ojos en blanco.

—Pensé que lo de problemas con la edad era solo cosa de mujeres.

Él se limitó a encogerse de hombros, no pensaba darle una respuesta exacta.

—No siempre —respondió mirando su reloj—. No sé tú, pero yo tengo cosas que hacer, así que si vas a tomar postre…

Ella recogió la bolsa de la compra de su lado y se deslizó por el asiento al ver que él se levantaba ya.

—No pienses en darme de nuevo esquinazo, Lyonel, sé dónde vives, ahora también vivo ahí —le recordó con una amplia sonrisa—. Puedo sacrificar el postre a cambio de un poco de ayuda con las bolsas.

Él puso los ojos en blanco, lo último que deseaba era estar más tiempo en el mismo espacio que ella.

—Supongo que no hay ninguna posibilidad de que vuelvas a dónde quiera que te hayas estado quedando, ¿huh?

Ella se encogió de hombros.

—Supones bien —asintió y pasó frente a él—. Esta vez te toca pagar a ti, así, quedamos

en tablas.

No estaba seguro de si algún día quedarían en tablas, algo le decía que esa mujer tendría siempre un as en la manga que le haría ganar todas las contiendas. Suspirando, sacó la cartera del bolsillo interno de la chaqueta y se dispuso a pagar, al menos podría librarse de ella durante unas cuantas horas, era todo lo que podía hacer de momento.

CAPÍTULO 13

Esa mujer quería matarlo, estaba convencido, ¿por qué si no iba a presentarse medio desnuda en su dormitorio cuando le había dejado perfectamente claro que su habitación era la de invitados?

Ella no solo había ignorado su petición, si no que se las había arreglado para acomodar sus cosas en su dormitorio en tiempo récord. Él la dejó tan pronto volvieron al edificio, desapareció en el bufete y se dedicó a comprobar cada uno de los circuitos del edificio, una tarea que ya había realizado la semana anterior, pero que era lo único que lo mantendría realmente ocupado y alejado de ella.

Jaek se había marchado poco después de su llegada para abrir el *Guardian´s*, el pub que regentaba. Antes de desaparecer por la puerta le sugirió que llevase a Ariadna y ahora empezaba a pensar que no sería tan mala idea si con ello conseguía que aquella mujer conservase toda la ropa puesta.

—¿Le ocurre algo a tu dormitorio? —preguntó al entrar en su propia habitación y ver a la muchacha con una toalla a modo de turbante sobre la cabeza y su propio albornoz envolviendo la menuda y voluptuosa figura mientras guardaba el contenido de su maleta en un par de cajones que parecía haber liberado para su propio uso.

Ella se volvió al escuchar su voz, sus ojos castaños brillantes y sorprendidos.

—No te oí entrar —murmuró al tiempo que se cerraba un poco más el albornoz.

Lyon siguió sus movimientos durante un instante, como sus manos se cerraban sobre el pecho, apretando las solapas de la suave tela de toalla del albornoz contra su piel.

—Acabo de hacerlo —respondió obligándose a abandonar los llenos senos que se adivinaban a través del albornoz para mirarla a los ojos—. La última vez que lo comprobé, tu dormitorio estaba en el otro lado del pasillo.

Ella chasqueó la lengua y se inclinó hacia delante para quitarse la toalla con la que había envuelto el pelo y utilizarla para secárselo un poco.

—Esa habitación sigue estando allí —aseguró incorporándose al tiempo que se pasaba los dedos por la melena, peinándola—. Está muy bien iluminado y tiene unas vistas preciosas del Central Park, será un estudio perfecto.

Frunció el ceño, empezaba a costarle seguir el hilo de lo que le estaba diciendo, pues su mirada no dejaba de seguir cada movimiento de la mujer frente a él.

—¿Estudio?

Ella asintió y encogió ligeramente los hombros.

—Sí, estudio —repitió sentándose en la cama para finalmente coger la loción hidratante que había dejado sobre la mesilla de noche y tras echar un chorrito en las manos, se las frotó y procedió a masajearse las piernas con ello—. En algún lugar tendré que trabajar, es como me gano la vida.

Tragó el nudo de saliva que se le formó en la garganta, sus ojos verdes se oscurecieron en respuesta a los sensuales movimientos de aquellas manos sobre una de las piernas femeninas. El albornoz se le había abierto mostrando todo el camino desde el tobillo hasta el muslo. La piel sedosa y de un suave tono canela se veía brillante bajo la pasada de los largos dedos, primero hacia arriba, después hacia abajo, lentamente recorriendo la pierna desde el tobillo al muslo y vuelva a empezar.

—Trabajar —murmuró habiendo recogido únicamente la última parte de su frase.

Ella frunció el ceño, deteniendo sus movimientos para llevarse las manos a las caderas.

—Sí, ya sabes, eso que hacemos los mortales para ganarnos la vida —le informó y marcó lentamente las palabras como si de ese modo pudiese hacer que las entendiese mejor.

—Por supuesto —murmuró, su mirada seguía puesta en las largas piernas femeninas.

Aria frunció el ceño un poco más, entonces siguió su mirada y volvió a deslizar lentamente la mano por la pierna. Una ligera sonrisa curvó sus labios cuando volvió a deslizar la mano por la pierna y vio la mirada verde de Lyon siguiendo sus movimientos.

—¿Lyonel?

—¿Sí?

—¿Puedo preguntarte algo?

Alzó entonces la mirada hacia ella, la intensa sensualidad que encontró en ella la dejó sin aliento.

—¿Más preguntas? Creí que habías dicho que ibas a dejarme un ratito tranquilo.

Ella sonrió a pesar de sí misma.

—Es verdad, lo dije —aceptó y deslizó las manos húmedas por la loción hidratante sobre la otra pierna—. Pero eso fue antes de que volvieses a desaparecer. Pero bueno, al menos esto ya no parece una pocilga, ¿cuándo fue la última vez que vino alguien a limpiar aquí?

¿Acababa de decirle que su casa era una pocilga? Bien, dado el aspecto que presentaba el apartamento aquella mañana no podía estar en desacuerdo con ella, pero diablos, seguía siendo su casa y esa pequeña y voluptuosa hembra de piernas quilométricas que seguro se sentirían de maravilla alrededor de su cintura… ¡Mierda! ¿Pero en qué estaba pensando?

—¿Qué narices estás haciendo? —preguntó con brusquedad.

Se sobresaltó, miró a su alrededor y finalmente la botella sobre la mesilla.

—Es una loción hidratante, no es peligrosa ni tóxica —respondió con total inocencia—, acabo de salir de la ducha. Ya sabes, eso que solemos hacer después de asearnos.

—Sé lo que es una ducha, gracias —gruñó—. Lo que quiero saber es por qué demonios has venido a ducharte a mí dormitorio.

Ella resopló.

—Es nuestro dormitorio —le dijo con total tranquilidad—. Soy tu esposa, ¿recuerdas?

Lyon entrecerró los ojos.

—No vas a dormir aquí, no vas a dormir conmigo —puntualizó haciendo especial hincapié en la última palabra—. ¿Ha quedado claro?

Ella le miró, se limpió el rastro de la crema en la toalla para finalmente levantarse de la cama e ir hacia él.

—Como el agua —le respondió a escasos pasos de él—. Solo hay un pequeño problema.

Él frunció el ceño.

—¿Cuál?

Aria se lamió los labios antes de responder.

—Que no se me da bien seguir órdenes.

Dicho esto, envolvió los dedos alrededor de su cazadora y tiró de la tela obligándole a bajar la cabeza, sus labios se encontraron en un suave beso que puso a prueba el temple del Guardián.

De ser cualquier otra mujer, no habría dudado en apartarse de ella, gritarle un par de cosas y ponerle de patitas en la calle, pero Ariadna era su esposa, le gustase o no, estaba casado con ella y por si eso no era suficiente, había hecho un juramento al profesor que la obligaba a

mantenerla a salvo.

Los labios femeninos eran suaves y blandos, la calidez y el sabor de su boca lo suficientemente adictiva para desear tomar las riendas del inesperado beso y profundizarlo. Se encontró con el voluptuoso cuerpo femenino pegado al suyo, blandura contra dureza, sus manos caídas a los lados ascendiendo por la espalda femenina hasta hundirse en el pelo húmedo, masajeándole la nuca, inclinándole la cabeza para acceder mejor a lo que deseaba probar.

Aria no podía respirar, toda una inesperada gama de emociones se filtró en su piel y la hizo arder con el solo contacto de sus labios, la respuesta a su beso había sido titubeante al principio, ganando decisión solo para sentirse arrollada y consumida cuando la lengua masculina invadió su boca. Su menudo cuerpo terminó aplastado contra el de Lyon, su calor filtrándose en ella, rodeándola con el agradable aroma a sándalo y hombre mientras su boca bebía de la suya dejándola seca y mareada.

La respiración de ambos era acelerada cuando rompieron el contacto, a ella apenas le sostenían las piernas, suponía que de no estar sujetándola él habría terminado convertida en un charco en el suelo.

—Eso ha sido… —murmuró acariciándose los labios con la lengua.

—Algo que no volverá a suceder.

Las duras palabras la hicieron abrir los ojos solo para encontrarse con la fría y dura mirada de Lyon, cualquier cálida emoción que hubiese existido hacía escasos momentos en aquella mirada verde, se había extinguido.

Se sonrojó, la vergüenza provocada por el rechazo empezaba a teñir sus mejillas.

—Yo…

—Vístete. —La respuesta fue tan cortante como su separación—. Nos han invitado a tomar una copa.

Ella le vio dar media vuelta y salir de la habitación sin decir una sola palabra más. Suspirando, volvió la mirada hacia la cama.

—Creo que va a ser un poquito más difícil de lo que había pensado —musitó para sí—. Pero es la única manera, él es el único que puede terminar con esta maldita profecía.

Resoplando una última vez, se dirigió al armario en el que había colgado sus escasas pertenencias y sopesó sus opciones, después de todo, ninguna batalla que se preciara, podía empezarse sin las armas adecuadas.

—De acuerdo, veremos de qué pasta estás hecho, Lyonel Tremayn.

Aria traspasó la puerta del local de copas, había estado allí el día anterior y sin embargo parecía como si hubiese pasado más tiempo. Los primeros acordes de la canción *Uprising* de Muse inundaba la sala, las luces en plan íntimo dotaban al lugar de la clase y comodidad que buscaban sus clientes. Descubrió el lugar después de investigar los movimientos de su marido, Sharien había insistido en que conocer el terreno le ayudaría a conocerle a él también, de ese modo supieron que Lyon solía pasarse las noches de los jueves por el local.

Su mirada recorrió el amplio espacio, deteniéndose en la barra donde Jaek servía unas copas y hablaba con la una pareja sentada frente a él. El hombre era un espécimen absolutamente sexy y la mujer a su lado, a la cual rodeaba con el brazo, parecía diminuta en comparación. El hombre se echó a reír cuando le dijo algo e indicó hacia la parte del local que estaba habilitada como pista de baile. En la tarima, apenas a una altura del suelo descansaba el piano siendo mudo

testigo de las parejas y otros individuos que bailaban al sensual compás de la canción.

La suave luz del ambiente creaba un marco de sensualidad perfecto para la música que sonaba de fondo y que acompañaba a la pareja en la que no pudo evitar posar la mirada. Sus cuerpos se movían con fluidez, compenetrando uno los movimientos del otro acercándose lo suficiente para incitar y para volver a alejarse de nuevo bajo una sensual mirada. La cadencia en sus movimientos era tan hermosa como caliente y pronto se encontró respondiendo a ella, volviéndose consciente de su piel, de la sensibilidad de sus pechos empujando contra la parte de arriba del top, las medias acariciándole las piernas y especialmente de la enorme montaña humana que podía sentir pegado a sus talones.

—Deberían buscarse una habitación.

Se giró al escuchar a Lyon a su espalda, los ojos verdes del hombre permanecían fijos en la pista donde la pareja seguía bailando. La mujer llevaba el pelo rubio recogido en la nuca con una especie de palillos chinos, varios mechones dorados le caían por la espalda prácticamente desnuda, a excepción de las tiras que sostenían un breve top a su cuerpo, rozando su cintura como si fueran los dedos de su amante. Los brazos alzados por encima de su cabeza se ondulaban al compás de la música, acariciándose entre ellos, creando un espejismo de movimiento acompasado por las caderas enfundadas en unos vaqueros de tiro bajo. Su cuerpo se movía con flexibilidad y languidez, marcando cada movimiento de cadera o cada sutil giro de la cabeza con los puntos álgidos de la canción. Las manos de su compañero rodeaban su cintura, acariciándola pero sin llegar a tocarla, todo su cuerpo formaba casi una pared contra su espalda, una envoltura perfecta moviéndose en sincronía con ella.

Aria se estremeció y se lamió los labios, aquello se parecía más a un antiguo ritual de apareamiento que a un baile sensual. Pero a pesar de todo, los movimientos, la fluidez y la complicidad de los dos miembros de la pareja creaban un hermoso espejismo de insinuaciones y provocación que era respondido y eludido por ambos.

Su mirada pasó entonces sobre el hombre, algo más alto que su compañera, quien vestía unos vaqueros de color oscuro que abrazaban un culo realmente apetecible, junto a una camisa negra desabotonada hasta debajo de la clavícula. Las mangas habían sido recogidas a la altura del codo dejando a la vista un intrincado tatuaje tribal en ambas muñecas que parecía brillar en algún que otro momento bajo las luces del techo. Uno de esos tatuajes le acariciaba la parte superior de la mano derecha, haciendo juego con el de su compañera.

Aria contuvo el aliento al reconocer aquellas marcas, sus mejillas empezaron a coger color mientras contemplaba aquel baile predador y absolutamente sensual de la pareja, el cuerpo masculino envolviendo el de su compañera de una forma que sabía que solo él encajaría, sus brazos la envolvían, la veneraban, moldeaban su figura como si quisiera aprenderse sus formas de memoria. Una pequeña caricia, un tímido roce femenino pronto se convertía en una abierta mirada sensual, una hambrienta sonrisa y una risa profunda y masculina. Se acechaban mutuamente, alejándose y acercándose, buscando el movimiento perfecto para dar caza al contrario. Sí, aquella era la impresión que daba él, la de un astuto cazador cuya presa estaba ya a su alcance y no dudaba en tender poco a poco su trampa para atraparla. Pero ella no reculaba, salía a su encuentro, incitándole, burlándole, seduciéndole con su llamado, prometiéndole algo que solo ella podía darle.

Empezó a sentirse incómoda, el local parecía haberse caldeado más de la cuenta, el contemplar el baile sensual de aquellos dos había reavivado las brasas que había dejado su previo beso y la cercanía de Lyon no hacía gran cosa para mejorarlo. Su imaginación se desbordó y pronto se vio tomando el lugar de la pareja, permitiendo que su cuerpo se moviese de esa

manera, rozándose y seduciendo al hombre que prácticamente la había empujado después de su beso para hacerla a un lado.

—¿Tu Juez ofrece siempre esta clase de espectáculos?

Lyon quien había estado observando también a la pareja le dedicó una rápida mirada antes de volver nuevamente sobre ellos. No era la primera vez que Shayler y su mujer venían al local. Desde que Dryah había descubierto su afición por la música y el baile, su marido no dudaba un solo instante en iniciarla en tales diversiones, especialmente porque era obvio que él lo disfrutaba tanto o más que ella.

Pero en ese momento no se trataba de su Juez, esa noche él era solamente Shayler Kelly, un hombre común y corriente disfrutando de la compañía de la mujer a la que adoraba y había cambiado su mundo, la que daba sentido a su vida, un motivo para seguir adelante, uno que iba más allá de sus deberes como Juez Universal. El mismo motivo que todos ellos se pasaban la vida buscando para sí mismos.

—No —le respondió entonces—. Solo es un muchacho exhibicionista que se está poniendo cachondo mientras se restriega contra su mujer.

Ella arqueó una ceja cuando oyó la risa de la pareja y vio como Shayler alzaba el dedo corazón en dirección a Lyon.

—Eso sí es tener buen oído.

Lyon esbozó una irónica sonrisa.

—No tanto como el hecho de que yo quería que me escuchase.

Ella le miró sin decir nada, tampoco es que se le ocurriera una respuesta.

—Vamos, creo que ya conoces el camino —le dijo con total sarcasmo.

Lyon posó la mano sobre el bajo de la espalda de su compañera dirigiéndola entre las mesas hacia la barra dónde Jaek había estado hablando con el Cazador de Almas y su esposa. Parecía que Nyxx también se había tomado un descanso aquella noche.

La pareja se volvió hacia ellos cuando Jaek esbozó una irónica sonrisa y los señaló con un gesto de la barbilla.

—Empezaba a echarte de menos —le soltó, su mirada azul pasando a Aria a quien sonrió —. Bienvenida de nuevo.

Ella se limitó a asentir con la cabeza.

—Deberías darles las llaves del cuarto de atrás —comentó Lyon apoyándose en la barra, su mirada puesta en la pista de baile—, si siguen así, acabarán dando el espectáculo allí mismo y para eso deberías cobrar entrada.

—Precisamente acabo de mencionarle qué habría hecho Shayler para que le hayan dejado en dique seco estos días —comentó Nyxx con esa voz profunda y rota—. Haría falta toda una dotación de bomberos para enfriarlos.

—¿Y qué hagan la fiesta de la espuma? —sugirió con profunda ironía volviéndose ahora hacia Jaek—. Ponme una cerveza fría.

Cogiendo uno de los taburetes libres a su lado se lo pasó a Aria.

—Siéntate.

Ella arqueó una ceja ante la brusca orden.

—¿No querrás también que te de la patita?

Jaek y Nyxx ahogaron inmediatamente una sonrisa ante la rápida respuesta de la mujer, la cual los miró a ambos con expresión irónica.

—¿Quieres beber algo, Ariadna? —sugirió Jaek mientras servía la cerveza a Lyon, intentando hacer a un lado la repentina tensión.

—Un refresco, sin gas, si es posible.

Él asintió volviéndose tras la barra.

—Naranja, limón…

—Limón —respondió ella y añadió un rápido—, gracias.

Lyon se tragó una cortante respuesta comparativa, no tenía caso volver a discutir con ella, especialmente con el fantástico humor que le había dejado el maldito beso. Volviéndose a coger la cerveza sobre la barra, se cruzó con la mirada de Nyxx y vio la obvia pregunta en su mirada.

—Me sorprendería que Jaek o los tortolitos no se hubiesen ido ya de la lengua —masculló a modo de respuesta.

—Con todo lujo de detalles —aceptó Nyxx, su mirada verde descendió sobre la mujer que se había sentado en el taburete que Lyon le había pasado—, aunque creo que se quedaron cortos.

Lyon puso los ojos en blanco.

—Ariadna, este imbécil es Nyxx Kyrigos y ella es su esposa, Lluvia.

—Hola —saludó Lluvia con una sonrisa.

—¿Qué hay? —le saludó Nyxx con un ligero movimiento de cabeza, su mirada fue entonces sobre Lyon—. ¿No sé si debo darte la enhorabuena o las condolencias?

—Nyxx —lo amonestó su esposa, añadiendo un par de señas con las manos.

El Cazador de Almas se limitó a dedicarle un guiño en respuesta y se volvió hacia Aria.

—En realidad, se lo estaba diciendo a ella.

Aria se encogió de hombros al tiempo que cogía el refresco que Jaek acababa de servirle.

—Todavía no lo he decidido, por lo que aceptaré las dos, gracias.

El Cazador se quedó sin palabras, algo que hizo que su esposa riera.

—Parece que el amor se respira en el aire —añadió Jaek intentando ocultar una sonrisa mientras recogía los vasos vacíos de otras consumiciones.

Lyon le fulminó con la mirada e indicó la pista de baile con el pulgar.

—No lo endulces con palabrejas, eso es sexo en estado puro.

Aria tuvo que llevarse las manos a la boca para evitar escupir la bebida ante las palabras de Lyon.

—¿Qué diablos has cenado hoy? —preguntó Nyxx—. Estás más encantador que de costumbre.

—Es el matrimonio —siseó llevándose la botella de cerveza a la boca—. Mejora mi estado de ánimo.

Nadie dijo nada al respecto, la tensión que se notaba entre la pareja era palpable, pero lo que sin duda sorprendió a Jaek fue la mirada de tristeza que cruzó durante un breve instante por los ojos de la muchacha, Lyon la había herido con sus palabras.

—El de Shayler sin duda lo ha mejorado muchísimo —añadió Nyxx echando un vistazo a la pareja que ahora bailaba al compás de la lenta canción *You Rise Me Up* interpretada por *Secret Garden*.

—Hacen una pareja muy bonita —aseguró Lluvia apoyándose en el hombro de su marido, recibiendo una cálida sonrisa en respuesta.

Aria se volvió hacia la pista de baile dónde la pareja compartía un tierno beso antes de que él le susurrara algo al oído y su mujer riera en respuesta. Envidiaba esa complicidad, la seguridad que veía en ella y el amor que brillaba en los ojos de ambos y no podía evitar preguntarse si tendría tiempo de conocerlo también.

Muchas veces se había preguntado si habría algo malo en ella para que el destino fuera tan injusto de no enviarle a aquel por el que sentiría cariño, con el que compartiera una profunda

complicidad o simplemente la hiciera suspirar, ya no pedía pasión, aquello solo podía existir en las novelas. Había anhelado alguien que la complementara como solo esa persona pudiese hacerlo, que alejase la sensación de carencia y soledad que siempre la acompañaba y la atacaba con dureza en el momento más inesperado.

Cuando descubrió que esa persona quizás pudiese encontrarla en su marido, había tenido miedo de ver crecer esa esperanza, especialmente cuando él nunca dio señales de saber de su existencia. Lyon nunca había ido a buscarla, en realidad, ni siquiera era consciente de su existencia hasta que se presentó ante él.

Su beso había sido la cosa más asombrosa que sintió en mucho tiempo, por un brevísimo momento pensó incluso que su vida podría cambiar, que habría un futuro para ella y que podría llegar de la mano del Guardián, pero estaba claro que ese pensamiento solo anidaba en su mente.

Haciendo a un lado aquellos agoreros pensamientos intentó centrarse en el presente, en el agradable local y en la compañía. Si algo había aprendido en aquella larga espera, es que si quería algo, debería ser ella quien diese el primer paso y saliese a buscarlo.

—¿Quién toca el piano? —preguntó echando un vistazo al rincón al otro lado de la pista de baile.

—Cualquiera que se atreva —respondió Jaek mientras cobraba un par de consumiciones —. Los jueves suele haber alguien dispuesto a tocarlo, o alguna actuación especial.

—Me encanta el sonido del piano, pero se me cruzan los dedos con solo pensar en sacar alguna nota —aseguró Lluvia frotándose la tripa con un gesto de incomodidad.

Nyxx, atento a su esposa cubrió su mano con la de él.

—¿Estás bien?

Lluvia sonrió y le acarició la mejilla en respuesta.

—Sí, es época de náuseas, ya sabes —aceptó suspirando al tiempo que bajaba la mirada a su vientre apenas hinchado—. A algunas mujeres les da por la mañana, y a mí por la noche.

Nyxx asintió, pero su mirada siguió pendiente en todo momento de su esposa.

—¿Estás embarazada? —preguntó Aria, percatándose demasiado tarde de que había formulado la pregunta en voz alta—. Um… lo siento, no es asunto mío.

Lluvia sonrió y negó con la cabeza.

—No, está bien —sonrió con amabilidad—. No es como si fuese algo que pueda ocultarse, estoy de casi cuatro meses. Es una niña.

—Una muy especial —respondió el orgulloso padre, acariciando suavemente el vientre de su esposa.

—Nyxx es un Cazador de Almas y su esposa una Gypsy Valaco.

Aquella revelación por parte de Lyon los dejó a todos callados, el recelo en la mirada de Nyxx era obvio, con todo entendía que si aquella mujer estaba con Lyon, debía saber en qué mundo se estaba metiendo.

—Una valaco —murmuró Aria mirando a Lluvia con renovada curiosidad—. Esa fue una de las tribus gypsy más importantes de Grecia, pero… creía que se había… extinguido hace tiempo.

Nyxx asintió.

—Lo hizo, Lluvia es la última descendiente —respondió el Cazador—. Y nuestra hija perpetuará la línea, imagino.

—Que no te quepa la menor duda, lobo —aseguró Lluvia con divertido orgullo.

Contempló a la pareja con curiosidad, había algo en el hombre que le hacía inaccesible, letal, pero cuando miraba a su esposa, su expresión se suavizaba por completo.

—¿Qué es un Cazador de Almas? —preguntó entonces.

—Un individuo con un humor de perros, que zurra a las almas en el culo para conducirlas al redil, ¿no es así compañero?

La respuesta de Shayler hizo que el grupo se volviese a los recién llegados.

—Jaek, una cerveza sin alcohol —pidió apoyándose en un lado de la barra—. Fría.

—Mejor lánzale un cubo de agua con hielo encima —sugirió Lyon levantándose de su asiento para cedérselo a Dryah.

—Gracias, Ly —agradeció la muchacha, subiéndose al taburete mientras se volvía hacia su marido, quien le guiñó el ojo en respuesta—. Te lo dije.

—Nunca se me ocurriría apostar contra ti, mi amor —le aseguró Shayler con buen humor —. Tienes todas las papeletas para ganar… siempre.

Su atención volvió de nuevo a Nyxx, esta vez la risa había huido por completo de su voz sustituida por seriedad y un toque de curiosidad.

—¿Alguna novedad con respecto a la Puerta?

Nyxx negó con la cabeza y resopló.

—Ninguna —dijo resoplando—. El murmullo de las almas es cada vez más alto, Josh y Silver empiezan a tener problemas para conducir a esas condenadas a su morada definitiva… Y Calíope… ella la escucha.

—¿La nueva Cazadora?

Él esbozó una irónica sonrisa.

—La nueva pesadilla de Seybin, más bien —aseguró el Cazador con diversión—. Esa muchacha no tiene sentido de conservación, o si lo tenía salió huyendo al encontrarse con nuestro jefe. El caso es que puede oír a la Puerta y de algún modo cree que está hablando, que… está buscando a alguien.

Shayler frunció el ceño y negó con la cabeza.

—Pero eso no es posible, La Puerta de las Almas no es un ente vivo.

Nyxx arqueó una dorada ceja en respuesta.

—Yo ya no estaría tan seguro, Juez —negó—. He estado ante ella de una manera que solo las almas podrían hacerlo y… no sé… juraría que hay algo más.

—Ella está viva.

Las palabras salieron de labios de Dryah, un susurro pero lo suficientemente alto como para resonar en sus oídos como un eco a pesar de la música que sonaba de fondo.

—No sé cómo, o de qué forma, pero está viva.

Shayler tomó la mano de su mujer, apretándosela hasta que ella alzó la mirada y se encontró con la suya, serenándose. Solo entonces se volvió hacia Nyxx.

—¿Seybin tiene algo en mente?

Él se encogió de hombros.

—Con mi jefe eso nunca lo sabes, Shayler —aceptó con una mueca irónica—. Pero si así es, antes o después acabarás enterándote.

—Preferiría que fuese antes —aseguró cogiendo la cerveza que Jaek le había puesto para darle un buen trago.

Aria no sabía que decir… ¿Almas? ¿Una puerta que tenía conciencia? Empezaba a darse cuenta que su situación no era precisamente algo extraño o una locura para estos hombres y mujeres.

Los primeros acordes de una nueva canción empezaron a sonar inundando la sala con su ritmo salsero.

—Me encanta esta canción —comentó Lluvia moviéndose en el taburete al compás de la canción para empezar a tararearla—. *Tú me dijiste, lo siento, nunca vas a cambiar… no te mereces otra oportunidad…*

—Olvídalo, *mikres*… ni por todo el oro del mundo —le aseguró Nyxx con una rotunda negación. No saldría a bailar eso con su mujer… y menos con público.

—Aguafiestas —se rió ella, haciendo sonreír también a Dryah quien se volvió hacia Aria, la cual estaba moviéndose levemente al son de la canción.

—¿Y tú Ariadna? —la sorprendió Shayler, quien había intercambiado una rápida mirada con su mujer—. ¿Te atreves?

Ella se quedó quieta en el acto, su mirada vagó hacia Lyon quien le dedicó el más escéptico de los bufidos.

—Ni en mil años, muchacha —respondió con rotundidad.

Aria apretó los labios, entonces saltó de asiento, se alisó el top y la falda y se volvió hacia Shayler.

—Bueno, no es como si pudieses volver a amenazarme, ¿no? —le respondió sorprendiéndolos a todos, y consiguiendo que Dryah se echara a reír.

El Juez esbozó una irónica sonrisa y le tendió la mano.

—Lyon, empiezo a encontrar interesante a tu mujer —aseguró cerrando los dedos alrededor de la mano de su mano cuando la posó sobre la suya y la acompañó a la pista de baile.

—Que te jodan —masculló el aludido terminándose su cerveza.

—A Shayler le van los desafíos, ¿no, Dryah? —se rió Nyxx viendo como hablaba con la muchacha en la pista de baile antes de acercarla a él y seguir el ritmo de la música.

—Un poco —respondió ella, volviéndose a la pista de baile dónde su marido guiaba a Ariadna lentamente al compás de la canción—. Especialmente cuando tiene que hacerse perdonar.

Nyxx arqueó una ceja ante eso, pero no preguntó.

—¿Y cómo es eso de que la amenazó? —comentó Jaek, echando un vistazo a Lyon.

Dryah suspiró.

—Digamos que él también es un poco celoso… de la seguridad de los suyos —respondió con un ligero encogimiento de hombros—. No ha sido nada, ya has visto que Ariadna se sabe defender perfectamente sola.

Lyon no podía apartar la mirada de Ariadna, la cual bailaba con el Juez, su pequeño y curvilíneo cuerpo se movía con una sensualidad y soltura que no hacían absolutamente nada para aplacar el ardor que su previo beso había encendido en él. La deseaba, la deseaba de tal manera que le irritaba. Pero lo peor eran las imágenes que aparecían en su mente en las que tumbaba de un golpe al joven cachorro en el suelo por atreverse a bailar con lo que era suyo. Apretando con fuerza la botella de cerveza se obligó a relajarse, a devolverla a su lugar sobre el posa vasos mientras observaba como la mujer giraba con una sonrisa, disfrutando del momento. El baile suave y sensual de la mujer se convirtió en una abierta provocación…

—No lo hace nada mal —comentó Nyxx de modo apreciativo, al tiempo que sus dedos acariciaban la piel del cuello de su esposa.

—Parece que lo está pasando bien —añadió Jaek con un guiño cómplice a las mujeres, que pasó desapercibido para Lyon quien no quitaba los ojos de la pista de baile.

—Sí, eso parece —aceptó Dryah con una satisfecha sonrisa.

Nyxx ocultó una sonrisa ante la satisfacción femenina y optó por cambiar de tema.

—Por cierto, ¿qué es de John? ¿Habéis sabido algo de él?

Ella negó con la cabeza, su mirada seguía fija en la pista de baile.

—Shayler está preocupado por él —se adelantó Jaek—. Y la verdad es que nosotros también, no es propio de él desaparecer sin dejar rastro.

—Él está bien —murmuró entonces Dryah—. Solo está buscando aquello que le pertenece.

Los dos hombres la miraron pero no dijeron nada, cosa que agradeció. Shayler llevaba el último mes bastante preocupado e irascible con la desaparición de John, por más que le hubiese gustado confortarlo y decirle que todo saldría bien no podía darle tal garantía, ni siquiera ella podía hacerlo.

—Voy a matarle como no saque las manos de… —Oyeron mascullar a Lyon.

El Guardián había estado concentrado en la mujer que bailaba en la pequeña pista de baile, aquella que por fin sonreía relajada ante alguna cosa que le hubiese dicho su acompañante, un baile inocente que bajo la perspectiva de los celos parecía ser mucho más.

—Sí… está muerto —respondió dejando el asiento para dirigirse directamente hacia ello.

Jaek sonrió abiertamente, mirando a Dryah.

—Le ha costado —le dijo con diversión.

—Es más terco que una mula —aseguró Nyxx con un ligero encogimiento de hombros mientras veía a su compañero dirigirse a la pista de baile como un tanque.

—¿No deberíais ir allí antes de que ocurra algo? —sugirió Lluvia un tanto preocupada.

—Nah —respondieron los dos hombres al mismo tiempo haciendo que ambas mujeres pusieran los ojos en blanco.

—Vosotros queréis ver sangre —aseguró Lluvia con un resoplido.

—No van a llegar a tanto, Lyon moriría antes que hacerle daño al chico —aseguró Jaek con profundo respeto—. Por otro lado, no es como si Shayler no supiese lo que está haciendo al jugársela.

Tal como había dicho Jaek, Shayler había estado esperando a que Lyon reaccionase, podía no gustarle la mujer, o no confiar en ella, pero sí conocía a sus guardianes y el interés y ardor que había visto a través del malhumor de Lyon esta noche, obedecía a algo puramente masculino. El deseo por aquello que inadvertidamente ya había marcado como suyo. Puede que el Guardián no deseara una mujer por esposa o los problemas que su llegada había causado y le causarían, pero su interés por la mujer había sido despertado y Shayler sabía por propia experiencia, que no se desvanecería hasta que la hubiese hecho suya, por mucho que luchara en su contra.

—Le ha costado decidirse —murmuró Shayler atrayendo la atención de la mujer.

Aria se volvió en la dirección en la que miraba el Juez y se tensó al ver a Lyon caminando directo hacia ellos dos con una promesa de sangre en la mirada.

—Cuida de él, Ariadna —le dijo el hombre llevándose sus nudillos a los labios para besarle la mano—, porque te haré responsable de cualquier cosa que le ocurra.

Haciéndola girar sin previo aviso, la envió directamente a los brazos de su marido. Shayler sonrió abiertamente, palmeó el hombro de Lyon y la dejó con él, su buen humor contrastaba estrepitosamente con la mirada asesina que le dedicó el Guardián.

Durante un instante la pareja se quedó inmóvil en medio de la pista de baile, Aria parecía incómoda e indecisa durante un breve instante, hasta que Lyon la atrajo hacia él y la guio diestramente a través de la canción latina.

—Esta vez no ha sido culpa mía —susurró ella volviendo a sus brazos de un giro.

Lyon gruñó.

—Te equivocas, esposa —aseguró, sus ojos recorriéndola sin pudor—, todo,

absolutamente todo, es culpa tuya.

Aria suspiró, pero no respondió a la pulla de Lyon, ella deseaba estar así, en sus brazos y si esta era la única manera de conseguirlo, que así fuera, al menos era algo.

CAPÍTULO 14

El fuego ardía una vez más en el centro del templo de piedra, ella permanecía en pie, en la entrada flanqueada por dos pares de columnas que servían de puntales del techo. El sonido del mar llegaba a sus oídos desde algún lugar cercano, combinado con el aroma a salitre y humo. Él estaba allí, una silueta oculta entre las sombras, resguardada por el fuego que ejercía como una invisible barrera.

El tiempo corre, el momento profetizado se acerca, encuéntrale.

Aria alzó la mirada intentando ver más allá del fuego, luchando por discernir algo más que las ascuas que se elevaban de la fogata.

—Lo he encontrado —respondió, su voz haciendo eco en el templo—. Está ya junto a mí, pero me niega, no desea aceptarme.

Lo hará, *ashtarti*, no podrá rechazarte, ha nacido para guardarte y preservarte.

Aquella parecía ser siempre la respuesta elegida, nunca variaba por muchas preguntas que le hiciese, preguntas de las que nunca recibía respuesta.

¿Quién era él? ¿Por qué la ayudaba? ¿Lo hacía realmente?

Desde la primera vez en que escuchó su voz después del funeral de su abuelo, nunca se identificó. Al principio fueron simplemente susurros, frases inconexas y reiterativas que la llevaron a tener que medicarse y a pensar que quizás estuviese sufriendo alguna clase de brote psicótico.

Entonces llegaron los sueños, siempre el mismo patrón en el que ella se encontraba al igual que ahora, de pie a la entrada de un vetusto templo fenicio, una estructura que curiosamente coincidía con el aspecto que habría tenido el templo de Baalat Gebal en Biblos.

¿Sería ella la diosa? ¿Un emisario suyo tal vez?

Tu tiempo está llegando a su fin, ashtarti.

Apretó los ojos con fuerza, deseando poder despertar, deseando que todo aquello no fuese más que una maldita pesadilla.

—Pensé que ya no vendrías a mí —comentó volviendo la mirada hacia el fuego—, no he vuelto a escuchar tu voz desde que llegué a los Estados Unidos.

El tiempo corre, ashtarti.

Ella sacudió la cabeza, la desesperación empezaba a hacer mella en ella.

—¡Eso ya lo sé! Pero, ¿qué puedo hacer? En ningún lugar dice que exista una manera de terminar con todo esto. ¿Y si estoy equivocada? ¿Y si solo logro empeorar las cosas?

Durante el último año había intentado encontrarle sentido a la profecía, buscar una cláusula de rescisión, algo que pudiese terminar con todo aquello o evitarlo. Repasó las palabras una y mil veces y al final solo se le había ocurrido aquello, después de todo, si las cosas no sucedían como estaba escrito, quizás, solo quizás, nunca llegaría a cumplirse.

Suspiró, si tan solo él pudiese darle una respuesta.

—¿Cómo puedo liberarme de esta carga? ¿Qué debo hacer para interrumpir la profecía?

Ve a él, ashtarti, solo él podrá liberarte.

—¿Quién eres? —insistió—. Preséntate ante mí, quiero verte. Quiero saber que no me estoy volviendo loca, que estoy haciendo lo correcto.

El tiempo corre, ashtarti, el tiempo se agota.

Quería gritar de frustración, estaba harta de no obtener respuestas, no deseaba morir, no deseaba ser parte de una profecía.

—Por favor… no quiero esto… por favor…

Ve a él, ashtarti, ve a él.

Contempló como el fuego iba perdiendo intensidad, el viento salado se alzaba y se arremolinaba a su alrededor levantando una niebla de otro mundo dejando el lugar en penumbra, obligándola a despertar.

El sonido intermitente del despertador de su teléfono móvil sonaba con insistencia desde la mesilla de noche de su derecha, un sonido irritante que llegaba a crisparle los nervios. Estirando la mano alcanzó la mesilla solo para darle un fuerte manotazo escuchando poco después el sonido apagado de su teléfono chocando contra el suelo. Apretando el rostro contra la almohada ahogó un gemido de angustia, el rico aroma especiado y masculino impregnó sus fosas nasales trasladándola al presente, a una cama cuyas sábanas guardaban la marca de su dueño, al igual que todas las cosas que había en la habitación.

Recordó la noche anterior, después del baile que habían compartido en el pub, Lyon la trajo de regreso, dejándola en el dormitorio que le había asignado previamente, pero ella se negó a quedarse allí e irrumpió en su privacidad una vez más. En esta ocasión no existieron ni gritos, ni insultos, él se limitó a formular un simple “como quieras” y se marchó dejándola completamente sola en el apartamento.

Su primer día con él y había sido un completo desastre, las cosas no estaban saliendo como se suponía, su mundo parecía derrumbarse a pasos agigantados y no encontraba nada a lo que poder aferrarse y detener la precipitada caída.

Hizo a un lado las sábanas, cruzó la habitación para descorrer las cortinas y contempló la despejada mañana. Una ducha rápida, ropa cómoda y podría enfrentarse de nuevo con el mundo, pensó mientras se dirigía al cuarto de baño adyacente.

Tras ducharse y vestirse con unos vaqueros y camiseta, salió al pasillo dónde escuchó por primera vez en toda la mañana la música a ritmo de salsa procedente de la cocina.

—¿Lyonel? —preguntó, pues no sabía si él había regresado o se trataba de alguien más.

Aria siguió el sonido de la movida canción matutina hasta la cocina dónde se encontró a su marido, fresco como una lechuga, aseado, vestido con vaqueros y camisa, preparando el desayuno. O mejor dicho, sacando el desayuno de sus envases.

—Buenos días —murmuró ella llamando su atención.

Él se giró lo justo para verla entrar por la puerta.

—¿Siempre duermes hasta tan tarde? —Fue su saludo.

Hizo una mueca.

—Me encanta tu forma de dar los buenos días —rezongó mirando lo que había puesto sobre la mesa—. ¿Qué es todo esto?

Él señaló lo obvio.

—El desayuno —le informó, entonces se tomó un vaso de lo que quiera que fuese el líquido verde de su vaso al tiempo que mordisqueaba una tostada—. Coge lo que quieras, lo que sobre, mételo en la nevera. Si queda algún bollo de crema, súbelo al bufete y ponlos junto la cafetera. Si está Shayler, ya dará cuenta de ellos.

Ella le siguió con la mirada, pues el hombre había dado un par de vueltas por la cocina y ahora recogía la chaqueta colocada en el respaldo de la silla.

—¿Te vas?

Él la miró mientras se ponía la chaqueta.

—Tengo trabajo que hacer —respondió sin darle más detalles—, cosas de las que encargarme, ya sabes, eso a lo que llamamos vida.

Abrió la boca, pero no se le ocurría que decir al respecto.

—Sí, bueno, yo también tengo una vida, pero es que da la casualidad que ha cambiado drásticamente de la noche a la mañana y se supone que tú eres ahora parte de ella —le soltó con obvio sarcasmo—. Estamos casados, ¿recuerdas?

Él se alisó las solapas de la chaqueta y la miró de arriba abajo.

—Sí, lo sé, no dejas de recordármelo a cada momento —respondió antes de dar media vuelta y dirigirse hacia la puerta—. Si necesitas alguna cosa, siempre hay alguien en el bufete, que pases un buen día… esposa.

Se quedó con la palabra en la boca cuando oyó la puerta cerrándose.

—Estupendo —consiguió articular finalmente—. Buenos días para ti también, marido.

Suspirando se dejó caer en uno de los asientos, su mirada recorrió una vez más la mesa del desayuno y finalmente se detuvo sobre el teléfono inalámbrico que había sobre la repisa.

No se lo pensó dos veces, tomó una tostada de la mesa y tecleó rápidamente el número de su compañero.

—Hola, ¿Sharien? ¿Tienes algo que hacer ahora? ¿No? ¿Querías desayunar conmigo en algún sitio? —pidió y finalmente suspiró—. No, todo está bien… no, no, lo sé… se ha ido a trabajar… supongo. No, no hace falta, ya salgo yo para ahí, nos vemos en quince minutos.

Colgando el teléfono, echó un vistazo a todo lo que había sobre la mesa y suspiró.

—Mételo en la nevera —resopló al recordar sus palabras—. No te digo dónde puedes metértelo tú mismo.

Lyon atravesó las puertas del bufete para ver a Keily sentada en la banqueta del piano, mirando hacia el exterior con cara de aburrimiento.

—Ey, muñeca, ¿cómo vas?

La menuda mujer de pelo castaño se volvió hacia él con una sonrisa, las pecas acariciaban su nariz mientras sus ojos lucían unas oscuras medialunas que evidenciaban la falta de descanso.

—Hola Lyon —le saludó con una tenue sonrisa—. Estoy algo mejor, aunque Jaek se empeñe en decir lo contrario y hacerme guardar cama. ¿Por qué he tenido que casarme con un médico?

Alzó las manos a modo de rendición.

—Tú elegiste hacerlo, preciosa.

Ella asintió aceptando su respuesta, entonces ladeó la cabeza y le dijo:

—Jaek me ha dicho que hay un soltero menos en el grupo, así pues, ¿dónde está tu recién estrenada esposa?

Él esbozó una irónica sonrisa.

—¿Qué te hace estar tan segura de que soy yo?

Sonrió.

—Sencillo, John se ha esfumado y por los gritos que acaba de meterle Shayler al teléfono, no creo que vuelva en una temporada —aseguró echando un vistazo hacia la oficina cerrada para luego volverse hacia él—. Así que, eso hace que me quedes tú.

Miró hacia la puerta de la oficina antes de volverse hacia ella.

—¿John ha dado señales de vida?

Ella asintió y se apartó el pelo de la cara.

—Eso es lo que he podido intuir después de que Shayler le dijese unas cuantas frases muy ocurrentes sobre qué hacer con sus prioridades —comentó buscando la palabra exacta—. No estoy segura de que vaya a volver pronto, la verdad, pero al menos sabemos que está bien.

Asintió de acuerdo con ella.

—Entonces, ¿Shay ya está en la oficina?

Ella asintió una vez más.

—Llegó hace un rato, justo a tiempo de coger la llamada de John.

Asintiendo, se dirigió hacia la oficina solo para detenerse en el último momento e indicar con el índice hacia el techo.

—En cuanto a mi esposa… si sigue dónde la he dejado, estará en la cocina, desayunando —le informó antes de abrir la puerta y entrar en la oficina.

Shayler levantó la mirada de los papeles que estaba revisando y archivando en una carpeta para presentar aquella mañana en el juzgado, todavía llevaba las gafas de lectura puestas, señal de que se había pasado mucho tiempo leyendo. Toda una ironía que un ser como él padeciese de vista cansada.

—Buenos días —lo saludó cerrando la puerta—. Acaban de decirme que el viejo está de una pieza.

El Juez bufó en respuesta y terminó de rellenar la carpeta para pasar a la siguiente.

—Se ha acordado que tiene un hermano, un trabajo y unos compañeros —le dijo con profunda ironía—. Y decidió llamar, solo por si acaso.

Él puso los ojos en blanco y echó un rápido vistazo alrededor de la oficina en busca de la constante compañía femenina del Juez.

—¿Y tú pegatina favorita?

Shayler alzó la mirada y respondió con una satisfecha sonrisa.

—Durmiendo —aceptó sin dar más explicaciones—. Con suerte no se levantará en toda la mañana y me evitará el tener que pelear con ella.

Puso los ojos en blanco.

—Deberías buscarle algo en lo que entretenerse… además de tu cama.

Su jefe dejó escapar un sonido de risa.

—Ahí me entretengo yo también, Lyon —aseguró. Entonces suspiró, cerró las carpetas y se incorporó—. Pero tienes razón, necesita algo en lo que entretenerse, pero no se me ocurre nada. He llegado a pedirle incluso opinión a mi madre.

Ahogó una sonrisa. Ahora sí, Shayler tenía que estar realmente desesperado para llegar a tal extremo.

—¿Y cuál fue su respuesta?

El rostro del Juez lo decía todo.

—Prefiero no repetirla —respondió con un resoplido—. Hay cosas que no merecen la pena mencionarlas siquiera.

Recogiendo todo el material que necesitaba dentro de su portafolio se fijó en él y en su ropa.

—¿Vas a pasarte hoy por *Universell Hjem*?

Lyon se frotó el mentón y asintió lentamente.

—Me llamaron a primera hora del hospital, parece que hay un nuevo posible candidato para el hogar de acogida.

Shayler suspiró, no entendía como alguien podía deshacerse o tan siquiera pensar en

lastimar a una criatura indefensa, como eran los niños.

—Si necesitas ayuda…

Asintió en agradecimiento.

—No te preocupes, si hay que romperle los dientes a alguien, lo haré primero y preguntaré después —aceptó intentando poner cierto grado de ironía a algo que ponía de mala ostia a cualquiera—. Para todo lo demás, ya te avisaré.

Sacudiendo la cabeza, el Juez prefirió no decir nada más al respecto.

—¿Cómo está Sierra?

Sonrió de medio lado al escuchar el nombre de la adolescente que los dos tenían medio apadrinada.

—Como siempre. Es una chica fuerte, saldrá adelante —aseguró, deseando con todas sus fuerzas que así fuera.

Shayler conocía mejor que nadie el infierno por el que había tenido que pasar esa niña, así como las graves secuelas que le quedaron.

—Achúchala de mi parte, intentaré buscar un hueco la semana que viene para ir a verla —pidió haciendo ya cuentas mentalmente—. Dryah ha preguntado por ella varias veces, se han encariñado.

—Que no te quepa la menor duda —aseguró su compañero sabiendo que el cariño era mutuo.

El Juez recogió entonces el portafolio, comprobó que tenía la documentación y las llaves palpándose los bolsillos y se dirigió a la puerta.

—Bien, me voy. A ver si puedo terminar con este asunto de la disputa territorial de una buena vez.

Él esbozó una sonrisa al verlo marcharse con las gafas puestas.

—¿Shayler? —lo llamó.

—¿Qué? —Se volvió en el último instante.

Le indicó la montura a lo que el joven Juez asintió, quitándosela.

—Las gafas —aceptó doblándolas y guardándolas en el bolsillo—. Gracias.

Lyon negó con la cabeza, demasiadas cosas en las que pensar, supuso mientras lo seguía fuera de la oficina, cerrando la puerta a su espalda.

—¿Te vas a quedar por aquí, Keily? —preguntó dirigiéndose él también hacia la puerta principal.

La muchacha suspiró.

—Sí, señor —respondió haciendo un burlesco saludo militar—. Al menos hasta que me aburra aquí sentada y me vaya al museo a ver la cara de idiota del nuevo becario. A veces me pregunto si yo tendría la misma cara de besugo cuando empecé.

Se echó a reír.

—Seguro que no, preciosa —le dijo con buen humor—. La tuya sería de merluza.

Ella rió entonces.

—Gracias, Lyon, yo también te quiero.

Él le dedicó un guiño y se marchó también.

—Nos vemos después, nena.

El Starbucks estaba como cada mañana a rebosar, la gente hacía cola ante el mostrador para pedir sus consumiciones para llevar, otros se sentaban tranquilamente en alguna mesa que

estuviese libre y se tomaban un respiro, mirases a dónde mirases siempre había alguien mirando el reloj y pensando que llegaba tarde a algún sitio.

Aria sonrió a Sharien cuando dejó el café con leche delante de ella y unos bollos antes de sentarse frente a ella, una sombra de barba oscurecía su mentón, sus ojos azules se habían aclarado con la luz como solía ocurrirle siempre que andaba sin gafas. Vestido con camisa blanca, cazadora de cuero y vaqueros negros no aparentaba más de treinta y pocos años, treinta y cinco quizás. Un hombre atractivo en lo mejor de la vida, uno al que siempre recordaba igual.

—¿Tú también eres como ellos?

Sharien se detuvo con el café que había pedido para en las manos, sus ojos azules la miraron con sorpresa.

—¿Un Guardián Universal? No gracias, no querría su trabajo ni por todo el oro del mundo —aseguró.

Ella siguió sus movimientos con la mirada, entonces negó con la cabeza, era absurdo suponer algo así solo porque él había estado a su lado todo este tiempo y se conservaba endiabladamente bien.

—No me hagas caso, últimamente veo fantasmas en todos lados —declaró con un profundo suspiro, entonces dio un sorbo a su café—. Las cosas no están saliendo como esperaba y eso me frustra.

—Tú y tu impaciencia —le dijo él negando con la cabeza—. No hace ni dos días que lo conoces, dale un respiro al pobre hombre.

Ella le dedicó una mirada totalmente irónica.

—¿Pobre hombre? No sé lo que ganará, pero desde luego, todo el material que hay en su apartamento es de primerísima calidad —resopló—. Aunque claro, si tenemos en cuenta que ha vivido incontables siglos, eso le ha dado tiempo a invertir y cotizar hasta hacerse multimillonario… Diablos, ¿te das cuenta de lo bizarro que suena todo esto? No es como si fuera Duncan McCloud de los Inmortales… ni siquiera es escocés.

Sacudiendo la cabeza ante las extrañas ideas de su compañera, Sharien le dio un largo trago a su café pensando en una respuesta que pudiera calmarla.

—Roma no se construyó en un solo día, cariño —le recordó, entonces se lamió los labios —. Las cosas suelen llevar su tiempo…

—¿Ahora vas a decirme que los tíos no os vais a la cama con la primera que se os pone por delante?

Su mirada fue suficiente respuesta.

—De acuerdo, quizás tú no, pero la mayoría…

Poniendo los ojos en blanco, dejó el café sobre la mesa y chasqueó la lengua.

—Tienes un concepto de los hombres que no sé de dónde diablos lo has sacado —aceptó negando con la cabeza—. Y por lo que he visto durante este último mes de tu marido, no encaja para nada en esa categoría.

—Me rechazó —refunfuñó, sus mejillas se colorearon. Aquellos temas no eran algo de lo que hablase muy a menudo y mucho menos con él, pero tampoco es que tuviese mucho donde elegir. Ella era una persona solitaria, si bien había hecho alguna que otra amiga a lo largo de su vida, estas se alejaron después de encontrar pareja, sus prioridades habían cambiado y lo más gracioso de todo es que ella siempre era la culpable, la que cambiaba, la que no escuchaba, la que no se adaptaba. Los demás siempre eran los inocentes—. Solo fue un beso, bueno, uno muy intenso…

—Ahórrate los detalles, gracias —pidió él alzando una mano a modo de advertencia.

Ella puso los ojos en blanco.

—Lo que quiero decir es que me hizo a un lado y luego se pasó toda la noche de un humor de perros —continuó haciendo un puchero—. Y no es cómo si no le hubiese afectado, hay cosas que simplemente no se pueden fingir y la erección que mostraba no era…

—Aria, por favor, ahórrate los detalles —suplicó, casi gimiendo con desesperación—. Me hago una idea, así que no profundices… *Gezz*, es como saber que tu hermana pequeña o tu hija se acuesta con un tío, no hace falta conocer más detalles.

Se sonrojó pero no pudo evitar sonreír, Sharien siempre conseguía eso, arrancarle una sonrisa por muy mal que estuviesen las cosas.

—Perdón —se disculpó.

Él asintió y le devolvió la sonrisa.

—No sé qué quieres que te diga, cariño —aceptó—. ¿Sigues queriendo seguir adelante con este plan tuyo?

Ella asintió, sus ojos castaños bajaron entonces sobre la mesa, sus dedos acariciaban el envase de plástico que contenía el logotipo del local en color verde.

—Es lo único que se me ocurre —murmuró pensando en el sueño que había tenido nuevamente aquella mañana—. ¿Shar?

El hombre la había estado mirando disimuladamente por encima de su café.

—¿Sí?

Aria se lamió los labios, respiró profundamente y se enderezó en la silla, mirándolo a los ojos.

—Hay algo que no te he contado.

Aquello hizo que él le prestase toda su atención, la curiosidad bailaba en sus ojos.

—¿Algo que debería saber o de lo que podemos prescindir?

Ella puso los ojos en blanco.

—Prometo no hablarte jamás de sexo.

Él sonrió.

—Es algo que te agradeceré toda la vida —aseguró con demasiada efusividad—. Bueno, de qué se trata entonces.

No se lo pensó más. Ni siquiera estaba segura de por qué había mantenido esas voces y sueños en secreto, no era como si Sharien no hubiese estado a su lado cuando empezó a hacerse pruebas y a seguir el tratamiento que le habían dado durante un par de meses, hasta que se hizo patente que no tenía ningún trastorno psicótico.

—¿Recuerdas esa temporada en la que me dio por hacerme pruebas?

Él asintió.

—¿Han vuelto los dolores de cabeza?

Negó inmediatamente.

—Nunca fueron dolores de cabeza —confesó en voz suave, pausada—. La verdad es que empecé a oír voces, una única voz en realidad que no dejaba de repetirme que buscase la verdad de mis orígenes, que descubriera quien era en realidad y finalmente… bueno, esa voz se convirtió en un sueño recurrente. Alguien me ha estado diciendo en sueños que tenía que ir a buscar al Guardián… a Lyon.

Él se tensó, su mirada examinando cada uno de los gestos de Aria.

—No había vuelto a escuchar su voz o a soñar con él hasta esta mañana en la que le volví a ver en el templo.

—¿Él? —preguntó intentando mantener su voz llana, como si no le diese importancia.

Ella asintió.

—Eso creo —aceptó, su mirada fija nuevamente en el envase de su café—. Nunca he podido verle el rostro o su aspecto, en mis sueños me presento a la entrada del templo de Baalat Gebal. Hay dos columnas a cada lado de la entrada, el edificio es de una sola planta y baja y en el centro, en el suelo hay una pequeña fogata que no puedo atravesar, ni rodear, es como si fuese un límite. Él me habla desde el fondo de la sala, oculto en las sombras, sus palabras son siempre las mismas y jamás responde a una sola de mis preguntas, sé que parece una locura pero…

Sharien dejó de escucharla, todas las alarmas se despertaron en su interior, el temor y la incertidumbre le llevaron a buscar la respuesta en su diosa.

¿Baalat?

La respuesta no tardó en llegar, la voz de la diosa contenía la misma sorpresa e incertidumbre que habitaba en él.

No puede ser él, Sharien, a ninguno se nos ha permitido contactar directamente con la ashtarti.

Él frunció el ceño, pensativo.

¿Un emisario?

Casi pudo ver la melena morena balanceándose al compás de la negativa de su cabeza.

No. De otro modo yo lo sabría.

—¿Quién demonios puede ser? —musitó en voz baja.

Aria alzó la mirada.

—No lo sé —respondió con un resoplido—. Cada vez que pregunto por su identidad, o le pido que se deje ver, no me responde o directamente me despierto.

Él la miró entonces.

—¿Y qué es lo que te dice exactamente?

Ella se encogió de hombros.

—Me empuja a buscar al Guardián, desde que le oí por primera vez, su único mensaje fue siempre el mismo, que busque al Guardián, que es el único que puede protegerme.

Él frunció incluso más el ceño, aquello no tenía sentido.

¿Por qué la instaría él a buscar al Guardián?

—Se acerca el día de la Siembra —respondió en voz alta.

Aria asintió.

—Lo sé, ¿entiendes ahora porque es tan importante que mi plan funcione? No tengo mucho tiempo, Sharien. Si esto no llega a funcionar…

El hombre deslizó la mano por encima de la mesa y le apretó la suya.

—Todo saldrá bien —le aseguró acariciándole el dorso de la mano con el pulgar—. Has llegado hasta aquí, Aria, no dejes que las dudas empañen tu resolución. Desearía que hubiese otra manera, pero es lo único que confío puede resultar, si cambias el curso de la profecía, quizás tengas una oportunidad de hacer que todo esto termine antes de que empiece siquiera. Sé que es difícil para ti, diablos, realmente odio que tengas que hacerlo pero…

Ella suspiró.

—Está bien, Shar —aceptó con una irónica sonrisa—. No es como si esto me hiciese una prostituta, después de todo, es mi marido.

Él se encogió por dentro ante las inocentes palabras de Aria, si hubiese otra forma de acabar con todo esto, pero no la había, él mejor que nadie lo sabía, era el único que tenía todas las piezas del puzle para saber que el destino de Aria no podía terminar como decía la profecía. No lo permitiría.

Tomando una profunda respiración cogió la mano femenina entre las suyas y le sostuvo la mirada.

—Eres una mujer hermosa, un poco irritante, eso es verdad, pero con todas las armas necesarias para poner a un hombre de rodillas. —La alabó con absoluta sinceridad—. Él es tu Guardián, Ashtarti, el único para ti, se puede huir del deseo, pero no eternamente.

Aria se sonrojó y retiró la mano de las de su amigo.

—¿No habíamos acordado no volver a hablar de sexo?

Él esbozó una irónica sonrisa.

—Considéralo la única excepción —aceptó acariciándole la nariz con un dedo.

Ella suspiró.

—Me temo que no tengo una eternidad, Shar —suspiró e hizo un mohín.

Él le dedicó un guiño.

—No te hará falta.

CAPÍTULO 15

Lyon detuvo el coche delante del edificio de cinco plantas que diez años atrás habían adquirido en una subasta. En aquel entonces el lugar presentaba un aspecto deplorable, pero su estructura era lo suficientemente buena como para poder obrar mejoras hasta convertirlo en la casa de acogida que era ahora.

Aparcó en uno de los espacios libres del aparcamiento y recogió el asiento del copiloto los documentos que recogió en el hospital para el próximo ingreso.

Su paso por allí le había llevado directamente con la asistenta social que gestionaba los casos, ella fue la que lo llamó aquella misma mañana pidiéndole que fuese a verla. La mujer era uno de los contactos que tenían en muchos de los hospitales de la ciudad, se encargaba de derivar a los pacientes a los centros de acogida y de instalarlos apropiadamente o como en el caso de la pequeña Judith, de catalogar aquellos casos especiales que formarían parte del *Universell Hjem*.

Lyon se había encontrado con una niña delgadita, con la piel blanca marcada con morados y quemaduras hechas por un cigarrillo, el pelo rubio casi blanco le enmarcaba una carita redonda donde unos preciosos e inocentes ojos azules le habían mirado asombrados por su altura y complexión, suponía. Se vio obligado a apretar los dientes y componer una sonrisa inofensiva en el rostro cuando vio el pequeño brazo enyesado ese mismo día.

El estado le había retirado la custodia a la madre después de que una pareja rumana fuera a denunciar a la policía el intento de venta de la niña. Al parecer la pareja se había arrepentido al ver la situación en la que estaba la niña, la madre biológica de la criatura los había contactado al saber que ellos estaban interesados en adoptar una niña y les había ofrecido hacerlo sin tanta burocracia y por una módica cantidad de dinero. La mujer rumana, según le explicó la policía a la asistenta social, se había deshecho en llanto, la pareja seguía queriendo adoptar a Judith, pero por las vías legales, les llevase el tiempo que les llevase.

Bien, podían intentarlo, pensó, pero primero tendrían que pasar por sus propios abogados y psicólogos antes de determinar si esa familia sería buena para la niña.

No hizo más que cerrar la puerta del coche cuando vio salir a una delgada adolescente con una larga coleta de pelo negro balanceándose a la espalda, ella sujetaba una mochila al hombro y lo que parecía ser un neceser en su mano enguantada. Los ojos azules de la chica brillaban con hostilidad y desesperación mientras echaba un último vistazo a la puerta por la que había salido y seguía su camino hacia la señal que marcaba la parada de autobús a escasos metros en la acera de enfrente.

Suspirando miró una vez más el edificio que dejaba a su espalda y cruzó la calle en dirección a ella.

—¿Algún destino en especial esta vez, Sierra?

La muchacha, una adolescente de no más de dieciséis o diecisiete años alzó la mirada al escuchar su voz, sus mejillas se sonrojaron pero no por ello perdió la hostilidad que la rodeaba.

—Me marcho, me da lo mismo a dónde, pero no voy a quedarme aquí ni un minuto más —declaró con un marcado acento sureño.

Se sacó las gafas y las metió en el bolsillo interior de la camisa mientras echaba un nuevo vistazo al edificio al otro lado de la calle.

—¿Han empezado a caerse los techos? —le preguntó.

Sierra frunció el ceño, su hostilidad dio paso a la ironía.

—¿Siempre grabas cada palabra que digo?

Él le respondió con la misma ironía.

—Es difícil no acordarse de tus “cuando se caiga el techo” —aseguró e indicó el edificio con un gesto de la barbilla—. ¿Qué ha sido esta vez?

Ella miró el edificio y luego a él, sus ojos azules brillaban por lo que sabía eran lágrimas no derramadas.

—¿Por qué siempre das por hecho que ha tenido que ocurrir algo?

Se encogió de hombros, su aspecto era totalmente despreocupado.

—Bueno, cada vez que haces la maleta y te vienes a la parada del autobús dispuesta a marcharte, es porque ha ocurrido algo “catastrófico”. Según tus estándares, claro.

Ella puso los ojos en blanco, se subió el asa de la mochila que resbalaba por su hombro y echó un vistazo al lugar que se había convertido en su hogar los últimos diez años. Sierra era una de las muchas causas por las que habían decidido crear este refugio, víctima de maltrato infantil, la niña que hoy era una adolescente había estado a punto de perecer al ser quemada por el hijo de puta que la había engendrado. Las marcas que poseía no se limitaban solo a las cicatrices que le dejaron las quemaduras en buena parte del cuello, brazo y mano derecha, parte de la espalda y pierna. No, las suyas estaban mucho más adentro y eran unas cicatrices que quizás nunca llegarían a sanar del todo.

—¿Y bien? ¿Qué ha sido esta vez? —preguntó como si la respuesta no le importase. Si algo había aprendido, era que no podían tratar a Sierra como una niña, pues hacía demasiado tiempo que había perdido la oportunidad de serlo.

La muchacha se llevó la mano que tenía cubierta con un guante sin dedos a la garganta, el suéter de cuello vuelto ocultaba sus cicatrices al igual que el guante de suave cuero color canela que él mismo le había regalado.

—Quiero irme —fue la única respuesta que obtuvo de ella—. Y no puedes retenerme.

Lyon la miró a los ojos, no iba a mentirle.

—Legalmente sí puedo hacerlo —aseguró sin andarse por las ramas—, te quedan todavía dos años para poder deshacerte de mí, o de Shayler.

Ella resopló, había escuchado aquello demasiadas veces.

—¿Qué haces aquí, de todos modos? —preguntó, aquel no era uno de sus días de visitas.

Él arqueó una ceja en respuesta.

—¿Qué hay sobre el respeto a tus mayores?

Ella bufó.

—Lo perdí, al igual que tú perdiste el tuyo —le respondió con total desenvoltura.

Sonrió, no podía evitarlo.

—Acabo de pasar por el hospital —le dijo finalmente. Ella solía echar una mano en la adaptación de los recién llegados—. Se llama Judith, tiene seis años, su madre no puede hacerse cargo de ella. Bien, ¿crees que podrás encargarte de ella unos días?

Sierra resopló, sus ojos azules perdieron un poco de la hostilidad que los había cubierto.

—¿Qué le hizo ella? —preguntó en voz baja.

Lyon le cogió la mochila, la cual empezaba a deslizarse ya por su hombro. Aquella muchacha era más intuitiva de lo que sería cualquier adolescente de dieciséis años debería ser.

—Sabes que no te lo diré —declaró quitándole el peso—. ¿Qué llevas aquí? ¿Un ladrillo?

Ella se encogió de hombros.

—Una chica tiene que poder defenderse. —Fue su irónica respuesta.

—Clases de defensa personal, preciosa, existe algo llamado clases de defensa personal —aseguró echándose la mochila al hombro para indicarle el edificio con un gesto de la barbilla—. ¿Te interesaría asistir?

Ella le miró con sospecha.

—¿Es broma no? —le preguntó, pues el año anterior cuando lo había sugerido obtuvo un rotundo y definitivo no de su parte.

Lyon se encogió de hombros.

—Solo si te haces cargo de Judith y te matriculas de una buena vez en alguna de las universidades que has estado barajando.

Ella entrecerró los ojos.

—Eso es chantaje, Lyon —se quejó con un bufido.

—No, cielo, chantaje es el hecho de que si no lo haces, te matricularé yo mismo en la primera universidad que encuentre, así tenga que enviarte a Japón para que aprendas a despedazar un pez globo —aseguró con total satisfacción—. Y Shayler no va a salvarte el culo esta vez.

Sierra se quedó con la boca abierta. No podía estar hablando en serio, él no podía hacerle eso… y sin embargo, sabía que lo haría. Resoplando, cogió su neceser y empezó a arrastrar los pies de vuelta a la casa.

—Cuando al fin pueda perderte de vista, haré una gran fiesta.

Lyon la miró por encima del hombro.

—Lo estoy deseando, querida, lo estoy deseando.

Sin molestarse en mirar si le seguía, abrió la puerta de entrada y entró en la parte principal del edificio la cual servía de recepción. Una mujer de mediana edad se afanaba detrás de un ordenador mientras una de las cuidadoras interinas rebuscaba entre los papeles.

—¿Viene Sierra contigo?

Lyon esbozó una irónica sonrisa, aquella mujer parecía tener ojos en la nuca.

—Cruzando la puerta, señora Brighton —respondió la aludida de mal humor, entonces se volvió hacia Lyon quien le devolvió la mochila—. Y no pienso ir a Japón, preferiría Paris o Ámsterdam.

Una divertida sonrisa cubrió los labios masculinos.

—Cuando seas mayor de edad, trabajes y puedas costearte el viaje, podrás irte a dónde quieras —le aseguró con un ligero encogimiento de hombros—. Hasta entonces, tendrás que elegir una de las universidades de aquí, no querrás perderme de vista tan pronto, ¿verdad?

Sierra arqueó una delgada ceja morena.

—¿Quieres oír la verdad?

Él se rió.

—¿Martes y Jueves? —le dijo volviéndose hacia ella.

Ella alzó la barbilla, recolocó la mochila en su hombro y respondió.

—Me lo pensaré.

Sin más, dio media vuelta y desapareció por uno de los corredores.

—¿Sierra?

La chica se detuvo en el último instante, girándose hacia él.

—Shayler intentará pasarse por aquí la semana que viene. —Le dio el mensaje que había recibido del Juez y vio como el rostro de la chica se iluminaba.

—¿Dryah también vendrá?

Esbozó una sonrisa interna, su hermana de armas se había ganado una fan en esta niña.

—Es imposible separar a la Pareja del Año —aseguró con palpable ironía—. Ya te lo he dicho, están pegados con cola de contacto, extra fuerte.

Ella esbozó una mueca que pretendía ser una sonrisa y continuó su camino.

—Empiezas a hacerte viejo, es eso o te está cogiendo la aguja de marear —le dijo la mujer alzando la mirada del ordenador—, te ha llevado más tiempo que de costumbre.

Lyon hizo una mueca y observó a la mujer de pelo cobrizo y rizado, cuyos ojos verdes parecían pintados simulando la mirada de un mapache. Alberta era fantástica en su trabajo, pero mejor no hablar de su ropa y su aspecto hippy a los cincuenta.

—Se está haciendo mayor, ése es el problema —declaró al tiempo que alzaba el portafolio hasta ponerlo encima del mostrador y sacaba un par de carpetas—. Judith Belston, seis años, el estado le ha arrebatado la custodia a la madre. La muy zorra intentaba venderla a un matrimonio rumano que mira tú por dónde, acabo denunciándola a la policía por el maltrato que presentaba la niña. No se han presentado cargos sobre ellos porque no habían cometido todavía el delito de compra, además, denunciaron a la policía. La asistenta social dice que parecen buena gente, de hecho tiene su ficha y es una buena familia. Le dijeron que intentarán adoptarla por las vías legales, pero bueno, para que eso suceda tendrán que pasar antes por nosotros. Nos han puesto como custodia preventiva mientras se soluciona el asunto del juicio y todo lo demás. Llegará a primera hora de la tarde o a última, dependiendo de cuando le den el alta en el hospital.

La mujer suspiró profundamente, negando con la cabeza.

—No acabo de acostumbrarme a escuchar cosas como estas a pesar de que nos enfrentamos a ellas casi cada día —aseguró negando con la cabeza.

Él estaba de acuerdo.

—Si no hay retrasos y le dan el alta del hospital, estará aquí mañana a primera hora —explicó—. ¿Qué ha pasado esta vez con Sierra?

La mujer negó con la cabeza.

—Lo de siempre —respondió la mujer restándole importancia—. Ha tenido problemas con alguna de las compañeras de su ala, al menos esta vez no ha fregado el suelo con ninguna.

Lyon hizo una mueca, sabía del temperamento de Sierra, pero también sabía que era una adolescente juiciosa, capaz de dominarse. Era precisamente por ello que quería ponerla a prueba con las clases de defensa personal. Si conseguía aguantar aunque fueran dos clases, le vendría bien para aprender a controlarse a sí misma y adquirir un poco de disciplina.

La mujer entonces alzó la mirada por encima de la pantalla del ordenador, observándolo.

—¿Y qué haces por aquí, por cierto? El mes pasado dijiste que te ibas a tomar un par de semanas para arreglar unos asuntos y que no tenías pensado pasarte hasta principios del que viene.

Lyon pensó en el asunto que había dejado en la cocina de su apartamento.

—Juro que ésa era mi intención, Alberta —suspiró—. Pero han surgido cosas y bien, he tenido que cambiar de planes.

Palmeando el mostrador de recepción indicó el corredor con un gesto de la mano.

—Voy a ver cómo está todo —le informó decidido a pasar el resto de la mañana entre niños y posibles reparaciones—. Si llaman preguntando por mí que dejen el recado, para cualquier otra cosa, solo llámame al móvil, o envía a Sierra. Es casi tan buena como un busca.

Dryah se cubrió un bostezo con la mano mientras atravesaba el umbral del despacho, la

idea de tener una seria charla con su marido acerca de sus truquitos para dejarla fuera de combate iba a tener que adelantarse. No es que no le gustaran esos “trucos”, pero que lo utilizara como excusa para hacer su trabajo porque no sabía qué hacer con ella empezaba a resultarle un fastidio. Ya no era la bebé indefensa de hacía año y medio, tenía que empezar a comprenderlo. Se había adaptado todo lo bien que cabía esperar, si bien todavía la agobiaban un poco las aglomeraciones de gente era capaz de caminar sola por una gran ciudad como Nueva York. Había pasado tiempo con Keily en Escocia cuando esta dejó a Jaek para que aclarase sus propios pensamientos antes de decidir que ella era lo que necesitaba. Se había convertido en el Oráculo de la Fuente y aunque seguía teniendo esas malditas visiones de nata y nueces que la exasperaban, se las arreglaba bastante bien para no volverse loca con las predicciones de futuro y el pandemónium que parecía estar a punto de desatarse en cualquier momento. Era una mujer adulta, su consorte en todos los aspectos, no una niña que pudiera manejar y entretener con sexo… un sexo asombroso, pero una excusa a fin de cuentas.

Y luego estaba ese otro asunto con John, la visión que había tenido las pasadas navidades que había desembocado en la desaparición de este. No sabía que pasaría a continuación, pero el Libre Albedrío estaba inquieto, señal inequívoca de que las cosas iban a cambiar, de que el destino iba a ser burlado una vez más para tomar un nuevo camino que solo él podría escribir. Había tenido que ocultarle todo eso a Shayler porque no sabía realmente que decirle, no era como si pudiese plantarse ante él y decirle “cariño, tu hermano va a desatar el último Armagedón, pero no tengo idea de cuándo, cómo o si sobreviviremos a ello.”

—Vaya un Oráculo estoy hecha —suspiró.

Una suave risa interrumpió su avance hacia la oficina.

—¿Otra vez la nata y las nueces?

Ella se giró hacia la sala para ver a Keily saludándola con la mano. La chica sonrió en respuesta y fue a sentarse a su lado.

—Pensé que estarías todavía en la cama —le dijo. La chica se había convertido recientemente en una joven inmortal, cuyos poderes todavía empezaba a controlar ahora. Maat, la diosa responsable, había estado empinando el codo en el momento en que todo sucedió. Por fortuna, Keily terminó en las capaces manos de Jaek y trajo a cambio a su vida la paz y aceptación que el hombre necesitaba—. ¿Te encuentras mejor?

Ella sonrió y abrazó a su amiga. Las dos mujeres se habían convertido en poco tiempo en íntimas amigas.

—Mucho mejor, aunque mi señor marido se empeñe en decir lo contrario —aceptó con una sonrisa—. ¿Y tú qué tal? Shayler salió como alma que llevaba el diablo de la oficina hace cosa de una hora o así.

Ella puso los ojos en blanco.

—Cobarde —murmuró entre dientes.

Keily se echó a reír al escucharla.

—Déjame adivinar, ¿sexo?

Asintió y se echó a reír también.

—Y del bueno —aceptó, para finalmente sacudir la cabeza—. Creo que se le están acabando las ideas para entretenerme.

Su amiga se echó a reír incluso con más fuerza.

—Ay, Dry, yo firmaba ahora mismo porque Jaek utilizase esa técnica de entretenimiento —se rió—. Por cierto, llamó John.

Aquello sí que la cogió por sorpresa.

—¿John Kelly?

Ella esbozó una irónica sonrisa.

—¿Conoces a otro?

Negó con la cabeza, pensativa.

—¿Shayler lo sabe?

—Hasta dónde sé, fue él quien cogió el teléfono —asintió—. Y a juzgar por sus respuestas, está bien pero no piensa volver en breve.

Se quedó pensativa.

—No, no lo hará —murmuró, sus ojos azules perdidos en el vacío antes de volverse hacia su amiga—. ¿Y Lyon?

Keily indicó la puerta con un gesto del pulgar.

—Se marchó justo detrás de Shayler —aseguró la chica—. Solo. ¿Conoces a la flamante esposa?

Ella asintió.

—Ariadna —le dio su nombre—. Debe ser de tu edad, de la nuestra… bueno, ya me entiendes.

—Sí, cielo, te entiendo —se rió abrazándola de nuevo—. Eres más vieja que la mugre, Dryah, pero al mismo tiempo solo un bebé. ¿Tiene gracia, no?

Ella negó rotundamente con la cabeza.

—Ninguna —resopló—. ¿De verdad parezco tan… joven? Quiero decir, sé que mi apariencia es juvenil, pero… bueno… es que si nos ponemos técnicos… tengo algo menos de dos años… pero es que antes de eso, he vivido… siglos… Es… complicado.

Keily la miró de arriba abajo y le sonrió.

—Cariño, si te preguntan, tienes veintitrés —le respondió.

Ella se echó a reír y sacudió la cabeza.

—Bueno, mi nuevo documento de identidad dice que tengo veinticinco y nací aquí en Nueva York —respondió con un ligero encogimiento de hombros—. Mi consorte, siempre tan ocurrente, ya sabes.

Keily asintió.

—Volviendo al tema de Ariadna —siguió—. Entonces, ¿Lyon se marchó solo?

Su amiga asintió.

—Yo no vi a nadie más, como dije, es que ni siquiera la conozco.

—¿Y sabes a dónde ha ido?

—Creo que fue a la casa de acogida —aceptó haciendo memoria—. No iba vestido como Rambo, por lo que supongo que iría allí.

—Es muy posible —aceptó, su rostro hizo que Keily esbozara una divertida sonrisa.

—¿Qué se te está ocurriendo ahora, querida?

Dryah esbozó una amplia sonrisa, se levantó y fue hacia la oficina de su marido.

—A Lyon se le han olvidado unas carpetas con unos papeles que necesita —declaró abriendo la puerta, su voz tenía un matiz mucho más melodioso que de costumbre, Keily podía sentir al Libre Albedrío en la superficie de la mujer—. Así que, tendré que localizar a Ariadna y pedirle que pase a buscarlos para llevárselos.

La mujer se apoyó en el marco de la puerta, contemplando al Libre Albedrío en acción.

—¿Haces esto muy a menudo? —preguntó con genuina curiosidad.

Se volvió hacia ella, su pelo resbalando suelto por sus hombros, los ojos azules le brillaban más que de costumbre.

—No me gusta intervenir en la vida de los demás —aceptó con total sinceridad—, a no ser que sea parte de su destino, el que lo haga.

Keily ladeó la cabeza pensativa.

—¿Y cómo sabes cuándo debes intervenir o no?

Alzó su mano tatuada, dónde el color se había vuelto más intenso.

—Por que empieza a picarme la piel —aceptó con un ligero encogimiento de hombros—. Y porque si no hacemos algo, Lyon seguirá huyendo de esa muchacha y a ella se le está agotando el tiempo.

Keily dejó entonces su lugar en la puerta y fue hacia ella.

—En ese caso, deja que te eche una mano preparando esos documentos importantes —sonrió su amiga buscando ya un par de carpetas vacías.

Le sonrió agradecida.

—Estupendo —aceptó y se sentó en el asiento tras el escritorio para coger el teléfono y hacer que el Libre Albedrío localizara a la mujer que necesitaba para poner en marcha el destino de Lyon—. ¿Ariadna? Hola, soy Dryah, sí, la mujer de Shayler, ¿podrías pasarte por el despacho? Es que Lyon se ha dejado aquí unas carpetas con documentos importantes y los necesita, pero yo no puedo marcharme de aquí. ¿Te importaría llevárselos? —Esperó pacientemente la respuesta, sonriendo ampliamente al escucharla—. De acuerdo, te espero, gracias. Adiós.

—¿Listo? —preguntó Keily.

—Casi —aseguró la rubia con una traviesa sonrisa.

CAPÍTULO 16

Sharien esperaba que Aria descendiese del coche mientras observaba el edificio de piedra de varias plantas que se alzaba al otro lado de la calle. El lugar contenía el sello característico de poder de los Guardianes Universales dejando claro a cualquiera capaz de sentirlo, que lo que había allí dentro estaba bajo su protección.

Ella había recibido la llamada de la Consorte Universal hacía poco más de media hora. Dryah los recibió en el Complejo Universal, en las oficinas del bufete a ambos. Él había preferido esperar a Aria fuera, pero ella insistió en que le acompañase y se vio una vez más en terreno peligroso. No era sabio entrar en aquel lugar sin una invitación expresa. Con todo, la mujer que ostentaba el Libre Albedrío fue realmente amable con su protegida, no había fingimiento en su voz o en su postura, si bien la desconfianza que sentía hacia él era comprensible, también se mostró tranquila e incluso curiosa. Ella le hizo entrega a su pupila de unas carpetas que, supuestamente, su marido había olvidado y tenía necesidad de ellas. Algo realmente conveniente para ella, pensó Sharien y así se lo trasmitió a la joven rubia, quien se había limitado a sonreír en respuesta.

Así que, allí estaban ahora, en el lugar que la consorte del Juez les había indicado, ante un edificio que quizás les revelara un poco más acerca del hombre con el que se encontró casada.

—¿Estás seguro que es aquí? —le preguntó ella examinando lentamente cada piso del edificio.

Sharien extrajo el papel que ella misma había escrito con los datos que le facilitaron y se lo mostró.

—Eso es lo que dice aquí. —Ondeó el papel—. La calle y el número que has anotado, conducen a este edificio.

Ella se tomó unos momentos para contemplar la enorme estructura, entonces comprobó que no había coches y cruzó la calle hasta la entrada principal dónde podía apreciarse una placa de hierro forjado en el que figuraban claramente el nombre y la función del edificio.

—UNIVERSELL HJEM, Hogar de Acogida —leyó en voz alta.

—Hogar Universal —tradujo él—. Ha sido escrito en noruego.

Ella se volvió hacia él, su sorpresa era palpable.

—Entonces… es, ¿un hogar de acogida?

Él echó un vistazo alrededor.

—Eso parece —aceptó y empujó la puerta de doble cristal que servía de entrada—. ¿Entramos?

Aferrando las carpetas contra su pecho, Aria asintió y traspasó el umbral que la llevaba directamente a una zona de recepción, en cuya pared tras el mostrador se leía el mismo emblema de la puerta. Una mujer de cobrizo pelo rizado, vestida con un estilo muy New Age alzó la mirada del ordenador en el que trabajaba al ver que alguien había entrado, sus ojos verdes estaban sombreados y delineados con un perfilador tan oscuro que le daba un aspecto extraño.

—Un mapache —murmuró Sharien sin poder contenerse.

Ella lo fulminó con la mirada, mandándole silenciosamente que se callase.

Una mujer mucho más joven, quizás no llegase ni a los treinta y que vestía lo que parecía ser un mandilón infantil hablaba por teléfono en una esquina del mostrador mientras dos niños de

corta edad tironeaban insistentes de su ropa reclamando atención.

—¿Puedo ayudarles en algo?

Aria se volvió entonces hacia la peculiar recepcionista, se sonrojó y asintió caminando hacia ella. Sharien se había quedado atrás observando cada recoveco, posiblemente interesado en los antiguos acabados de la arquitectura interior, que contrastaban ligeramente con el aspecto exterior del edificio.

—Sí. Buenos días —saludó al tiempo que posaba las carpetas que traía sobre el mostrador —. Venía a traerle unas carpetas a mi marido, pero no estoy segura de haber anotado correctamente las señas.

La mujer sonrió comprensiva.

—No se preocupe, suele ocurrir que confunden nuestra puerta con la de la sede de oficinas que hay al final de la calle —le aseguró indicándole la calle y el número exacto—. Solo cambia un número, y los edificios son muy parecidos.

Aria frunció el ceño, Dryah no le habló de ningún complejo de oficinas, pero a decir verdad, tampoco le dijo que lo que buscaba era una casa de acogida.

—Es posible —murmuró para sí, entonces se volvió hacia Sharien—. Shar, ¿tienes ahí todavía el papel con la dirección?

El hombre asintió y lo sacó del bolsillo tendiéndoselo.

—¿Ocurre algo? —preguntó mirando a la mujer y luego a su compañera.

—Dice que hay un complejo de oficinas al final de la calle, quizás haya anotado mal la calle o el número —murmuró volviendo a mirar el número.

Él negó con la cabeza.

—La dirección está bien, Aria —le aseguró y miró a la mujer, quien parecía realmente sorprendida y curiosa.

—Quizás si me dice a quien busca, podría ayudarle —ofreció ella.

Aria se sonrojó. Tenía que haber empezado por ahí.

—Lo siento —aceptó y sonrió—. Soy Ariadna Tremayn.

Sus ojos se ampliaron al escuchar su apellido al tiempo que sus labios se separaron en una sorprendida “o”.

—Si no se han equivocado en darme las señas, se supone que mi marido debería estar aquí —continuó e intentó sonar segura—. Se llama Lyonel, Lyonel Tremayn.

La expresión en el rostro de la mujer era ahora un verdadero poema, su rostro perdió el color, abrió los ojos de forma desmesurada mientras sus labios se movían como si quisiese hablar sin poder encontrar una sola palabra.

Sharien se movió a su espalda, inclinándose sobre su oído para susurrarle.

—Juraría que tu marido no ha informado todavía de la feliz noticia de su matrimonio —le aseguró, dedicándole un guiño cuando ella le fulminó con la mirada.

Aria abrió la boca para responderle, cuando una conocida voz procedente de una de las puertas adyacentes llamó su atención. Lyon apareció entonces vistiendo un chaleco de trabajo en el cual sujetaba varias herramientas, el pelo rubio atado en una coleta mientras sujetaba un trozo de tubería en una mano y una especie de plano en la otra. Una desgarbada y alta adolescente morena le increpaba.

—Oh, vamos, ni siquiera eres capaz de leer un plano y esperas entender un cuadro eléctrico —le decía la chica a su lado—, te has cargado la tubería que estaba bien, el baño sigue pareciendo una piscina.

Él la miró de reojo.

—No te rías tanto, podrías llevarte una sorpresa.

La mujer que estaba todavía frente a Aria pareció recuperar el habla, aunque sus palabras sonaron un poco afónicas y casi diría que desesperadas.

—¿Se… señor Tremayn? —lo llamó haciendo que Lyon se detuviese y se girara hacia la recepción a tiempo de escuchar la voz de Sharien.

—Al parecer, las señas sí estaban bien, nena.

Frunció el ceño al ver al hombre, pero no fue nada comparado a la cara que puso cuando vio a Aria a su lado, la cual parecía igual de sorprendida que él de encontrarla allí.

—¿Qué demonios estás haciendo tú aquí?

Aquella pregunta sonó más irritada de lo que hubiese deseado. La sorpresa de verla allí solo era superada por la sensación de territorialidad que sintió al ver a aquel hombre a su lado.

Aria se tensó visiblemente, respondiendo instintivamente al tono irritado de su marido. Alzando las carpetas para que las viese, caminó hacia él.

—Dryah me llamó esta mañana con urgencia, dijo que habías olvidado unos documentos importantes y ella no podía abandonar el bufete, así que me pidió que te los trajese —explicó al tiempo que abanicaba carpetas en la mano—. Me dio esta dirección y me dijo que te encontraría aquí. Pero vamos, si llego a saber que tendría esta clase de recibimiento, te las habría enviado por FedEx.

Lyon miró las carpetas que ella le tendía sin entender. ¿Documentos? ¿Qué documentos? Él no había dejado nada en la oficina… Dryah. El nombre penetró entonces en su mente, Aria había dicho que la muchacha la llamó para…

—Voy a matarla —musitó respirando profundamente. ¿Qué derecho tenía ella a inmiscuirse en…? Espera, ¿tendría que ver esto algo con lo ocurrido en las pasadas navidades? ¿Era posible que ella supiese algo más de lo que le había dicho?

—Bonito lugar —comentó Sharien. Sus palabras lo devolvieron nuevamente al presente y a la situación que tenía frente a él—. ¿Aquí es dónde te escondes de ella?

El Guardián lo fulminó con la mirada, le hubiese encantado hacer algo más que eso, pero no era el lugar apropiado para ello. Sharien se limitó a sonreírle como si adivinase su pensamiento, entonces paseó la mirada sobre la muchacha morena que permanecía tras él con gesto sorprendido y sonrojado y le dedicó un guiño antes de volver a poner su atención sobre la pareja.

—¿Y bien? ¿Las vas a coger o qué? —preguntó Aria quien todavía sostenía las carpetas.

Él las recuperó arrancándoselas de la mano con sequedad.

—Me temo, querida, que has hecho el viaje en vano —aseguró y miró una vez más a Sharien, su presencia le irritaba.

Ella se limitó a mirar a su alrededor, ahora tanto la recepcionista, como la mujer que había estado al teléfono, así como la adolescente que permanecía tras él la miraban sorprendidas.

—Bueno, imagino que lo que toca ahora para que todo el mundo deje de mirarme, es que hagas las presentaciones oportunas —le espetó haciendo que las mujeres se sonrojaran o volviesen a sus cosas al verse pilladas.

Siguió la mirada de ella y frunció el ceño. Finalmente se giró hacia la recepcionista y tras echar un vistazo a su esposa, la presentó.

—Señora Brighton, gracias por atender a mi esposa —respondió entre dientes—. Ya me ocupo yo desde ahora.

La mujer asintió, su mirada todavía sorprendida vagando entre uno y otro.

Lyon se volvió entonces hacia Sharien, las sutilezas se habían terminado.

—Ya puedes largarte —le espetó haciéndole sonreír.

Ella se volvió hacia él con mala cara.

—Un poquito más de respeto, Sharien me ha traído.

—Y ya puede marcharse —aseguró cogiéndola a ella por el brazo para empezar a tirar en la misma dirección por la que había entrado. Entonces se detuvo y le tendió el trozo de tubería y el plano a Sierra—. Déjalos dónde estábamos, en un rato iré a terminar con ello.

La chica cogió las cosas y miró a Aria.

—Ella es…

—Se llama Ariadna, y sí, es mi maldita esposa.

Sin decir más la arrastró con él.

Aria se sentó con un bufido en el asiento en el que él la dejó tras empujarla a la pequeña oficina que poseía al final del primer piso. Aunque más que oficina parecía una pequeña biblioteca, ya que dos de las cuatro paredes estaban ocupadas por estanterías llenas de libros. Tras el escritorio de madera se abría un amplio ventanal doble, una solitaria planta sobrevivía en una esquina y el resto de las paredes pintadas de color crema estaban llenas con dibujos infantiles, había un par de corchos con fotografías de niños y cuidadoras y ocurrentes diplomas artesanales dedicados a Lyon.

La habitación era acogedora, y a juzgar por el revoltijo de papeles que había sobre la mesa, solía utilizarse bastante.

Él cerró la puerta al entrar, la condujo a una de las sillas y fue directo al grano.

—Así que… ¿Dryah?

Dejó de contemplar los dibujos en las paredes y alzó la mirada hacia él.

—Si no me crees lo tienes muy fácil —le respondió con sequedad—. No tienes más que llamarla y preguntárselo tú mismo.

Lyon no dejó de mirarla, fijamente, como si esperara algo.

—¿Se me ha olvidado alguna cosa? —sugirió con el mismo tono anodino y seco que él parecía preferir ya que siempre la ponía de mal humor.

—¿Qué hacías con ese payaso?

Aria arqueó una ceja.

—Si te miraras al espejo, quizás encontrases la respuesta —le soltó con un pequeño bufido —. Se ve que tengo predilección por los payasos.

Lyon chasqueó la lengua y se alejó de ella, pronto estuvo caminando de un lado a otro de la habitación como un león enjaulado.

—¿Por qué demonios has venido aquí?

Aria resopló.

—Además de idiota, sordo —masculló antes de levantarse del asiento, alisarse la blusa y la chaqueta que él había arrugado con su brusquedad—. Las culpas a tu amiguita, muchachote, yo solo accedí a hacerle un favor.

Se volvió a ella.

—¿Por qué?

Ella no vaciló en su respuesta.

—¿Quizás porque soy lo suficientemente estúpida para pensar que así podría pasar algo de tiempo contigo? —le soltó con un bufido—. Esta mañana te has largado como alma que lleva el

diablo. Bien, es verdad, tienes un trabajo, yo también intentaré recuperar el mío si todavía sigo viva cuando todo esto termine, pero caray, un poco de comunicación no va a matarte, Lyonel. No soy una planta ni un perrito para que puedas decirle “quédate aquí y no te muevas”. Conmigo eso no funciona.

Lyon se pasó ambas manos por el pelo, necesitaba serenarse, tenía que calmarse antes de ponerle las manos encima.

—Ya no sé cómo decirte esto y que lo entiendas, porque es obvio que hay un considerable fallo de comunicación entre tú y yo —aseguró eligiendo las palabras con mucho cuidado—. No he pedido una esposa, no la quiero.

Ella no vaciló en responder.

—¿Entonces por qué no solicitas el divorcio? —le dijo con completa frialdad. Su rostro había adquirido un gesto serio, libre de sentimientos—. Estoy seguro de que tu Juez podrá conseguirte todo lo necesario en tiempo récord, de ese modo, ya no tendrás una esposa.

Lyon la contempló en silencio, sosteniendo su mirada, ninguno de ellos iba a ceder y lo sabía.

—Yo te diré el por qué —continuó ella sin piedad—. Puede que no hayas pedido este matrimonio, que no supieras nada en absoluto sobre él y que en un abrir y cerrar de ojos hubieses podido deshacerte de mí. Pero él te ha pedido algo, ¿no es verdad? En su carta, mi abuelo te ha pedido algo.

Aria vio como la mandíbula de Lyon se contraía, sus músculos se tensaban y entendió que había acertado de pleno.

—Bien, eso es lo que suponía —aceptó con un profundo suspiro—.Te libero de lo que quiera que te haya pedido, no te necesito. En realidad, lo que me pase no tiene nada que ver contigo.

Los ojos verdes del hombre refulgieron y el silencio cambió a una enrabietada respuesta.

—El problema es que sí tiene que ver conmigo —rezongó caminando hacia ella—. Porque es tu maldita vida la que está en tela de juicio y he cometido la grandísima estupidez de ceder a los deseos de una diosa. Eres mi responsabilidad, pero no va más allá de mantenerte con vida. Y para ello no necesito tenerte pegada a mí como una lapa.

Aria alzó la barbilla, desafiante.

—No entiendes absolutamente nada —masculló, dolida y rabiosa por su indiferencia—. ¿Quieres mantenerme con vida? Pues tienes que saber que estás fallando estrepitosamente, no puedes mantenerme alejada, por mucho que lo desees ya que esta maldita profecía me ata a ti, nos vincula a los dos.

Lyon la fulminó con la mirada pero ella no se amilanó.

—Mi único papel es el de hacerte de Guardián.

Ella resopló, ¿cómo era posible que algo que estaba tan claro para ella fuese tan complicado de hacerle entender?

—Tu papel, Guardián, es entregarme la vida o la muerte —siseó con desesperación—. Y por lo poco que he podido ver, te da lo mismo cuál de las dos sea mientras puedas seguir con tu vida.

Dejó escapar un pesado suspiro, sacudió la cabeza haciendo volar su negra melena y miró una última vez a su alrededor.

—No quiero empañar con mi presencia lo que quiera que tienes aquí —murmuró acercándose a uno de los dibujos de la pared—. Es obvio que lo que yo no he conseguido, estos niños si lo han hecho, pero nuevamente imagino que ellos habrán tenido más tiempo que yo para

lograrlo.

El silencio cayó entonces como un manto entre los dos, instaurándose durante varios minutos hasta que él lo rompió maldiciendo una vez más.

—Vamos a dejar un par de cosas claras aquí y ahora. —La sorprendió caminando directamente hacia ella y arrinconándola contra la pared cuyos dibujos había estado mirando—. No quiero una esposa, pero la tengo, no quiero una maldita profecía sobre mi cabeza o la tuya, y nuevamente la tengo. Tengo un montón de malditas cosas en mi agenda, que ni he buscado ni deseo y una vez más, no puedo deshacerme de ellas. Así que, ahórrate tus quejas, el me moriré mañana, porque nadie va a quitarme lo que tengo, lo haya deseado o no, lo haya pedido o no, cuido de lo que es mío, ¿ha quedado claro?

Ella asintió lentamente, aunque no estaba segura de si lo que Lyon decía tenía sentido.

—La profecía… —murmuró.

—A la mierda la profecía —declaró interrumpiéndola—. Soy tu Guardián, me has pegado un tiro…

Ella puso los ojos en blanco.

—Me parece que no acabas de superarlo.

Lyon se acercó todavía más a ella, enjaulándola entre sus brazos, pero sin llegar a rozar sus cuerpos.

—Son cosas que cuestan superar —aseguró con tono mordaz—. Como decía, soy tu maldito Guardián…

—En realidad la maldita soy yo —lo interrumpió una vez más.

—Con un demonio, ¿es que no hay manera de que te quedes callada un par de segundos?

Aria asintió con la cabeza y salió a su encuentro.

—La hay —le susurró a escasos centímetros de su boca—. Y es esta.

Sus labios se pegaron a los de él interrumpiendo su protesta. Todo su cuerpo se licuó ante la deliciosa sensación de los suaves y blandos labios bajo los suyos, deseaba poder saborearlo de nuevo como la noche anterior, hundir la lengua en su boca y paladear el gusto oscuro y a hombre que le caracterizaba. Su aliento fue bebido por su boca y cuando su lengua acarició el labio inferior se desató el infierno.

Lyon ahuecó su rostro con las manos, alzándoselo, hundiendo los dedos en su pelo y mientras cedía al desesperado hambre que la noche anterior le había asaltado cuando ella posó los labios sobre los suyos. Aria sabía dulce, con un toque a tofe esa mañana, su tímida lengua salió a su encuentro enlazándose con la de él, imitando sus movimientos y respondiendo con la misma ardiente intensidad. Su cuerpo se suavizó, derritiéndose contra el suyo, acunando la descarada erección que había despertado bajo su contacto. Podía sentir sus pezones endureciéndose tras el sujetador, frotándose contra su pecho mientras se ponía de puntillas y sus manos pasaban a aferrarse a sus brazos para evitar caer. La empujó contra la pared, oyó cosas cayendo al suelo pero le dio igual, todo lo que podía hacer era besarla, sentir su cuerpo presionado contra el propio. Su boca abandonó sus labios para descender por su cuello, lamiéndola, besándola mientras de los labios femeninos escapaban pequeños ronroneos y jadeos de placer. Apuntaló su cuerpo contra la pared hundiendo una fornida pierna entre los suaves muslos, sus manos abandonaron el pelo para deslizarse por los hombros y brazos bajando hasta su cintura para volver a subir y apretarle el talle por debajo de la chaqueta. Le acunó los pechos llenos con las manos por encima de la camiseta mientras ella se echaba hacia delante y montaba ahora sobre su muslo. Sus ojos se encontraron durante un breve instante y se congeló, la mirada castaña brillaba y se oscurecía presa de la lujuria, una pasión desenfrenada que los estaba

conduciendo a ambos a la locura.

Sacudió la cabeza y se alejó, la cordura atravesando a duras penas la nube de lujuria y pasión que le envolvía.

—¿Lyon?

Su nombre era un susurro en sus labios. Hinchados y rojos por sus besos suplicaban un nuevo contacto, uno al que habría sucumbido si no se hubiese abierto la puerta de la oficina y su ángel salvador se hubiese precipitado al interior.

—Lyon, tienes que venir inmediatamente, aquello ya no es una fuga, parece el *Titanic* —clamó Sierra entre jadeos por el esfuerzo de la carrera.

La pareja se quedó inmóvil, él intentaba recuperar la serenidad mientras Aria se sonrojaba profundamente, la vergüenza tiñendo durante un breve instante sus ojos los cuales se encontraron con los de la adolescente. La muchacha no tardó en sumar dos y dos, su mirada fue de uno a otro y resoplando dio media vuelta cerrando la puerta tras ella.

—Procura subir antes de que el *Titanic* se vaya a pique —le dijo antes de que la puerta se cerrase por completo.

Aria se llevó las manos al rostro, sus mejillas habían adquirido un color rojizo intenso, los labios todavía le hormigueaban por los besos recibidos y podía sentir la huella fantasma de las manos masculinas ahuecando sus pechos.

Él por otra parte, permanecía inmóvil, dándole la espalda un instante para luego oírle respirar profundamente y soltar una sarta de maldiciones en un idioma que no entendía.

—¿Lyonel? —susurró. No estaba segura de si debía hablar o guardar silencio.

El hombre se volvió apenas, lo suficiente para echarle un vistazo por encima del hombro.

—A no ser que sepas algo sobre cómo evitar el hundimiento del *Titanic*, te sugiero que regreses a casa —le dijo. Tomó una profunda respiración y emprendió el camino hacia la puerta.

Aria dio un paso hacia adelante, dudoso, pero un paso al fin y al cabo.

—Sobre el *Titanic* no sé nada, pero, he arreglado varias veces las tuberías de mi casa en Londres y alguna que otra fuga en el Campus de la universidad —respondió con un poco más de decisión—. ¿Te sirve?

Él la miró de arriba abajo y finalmente encontró sus ojos.

—Tendrá que servirme —aceptó y le indicó la puerta con un gesto de la cabeza—. Veamos si podemos evitar el hundimiento del *Titanic*.

Cuando vio a su marido con el chaleco y las herramientas había supuesto que se trataría de una pequeña fuga, una avería sin importancia que podría arreglarse fácilmente, pero cuando el agua empezó a cubrir como una película el suelo de prácticamente todo el segundo piso supo que la referencia hecha sobre el transatlántico por aquella adolescente morena se acercaba bastante a la realidad.

—Que quede constancia, esto no estaba así hace quince minutos —murmuró él haciendo una mueca con cada paso que chapoteaba en el agua—. ¿Sierra, has cerrado la llave del agua como te dije?

La chica le miró como si pensase que era idiota, mucha razón no le faltaba.

—Fue lo primero que hicimos, cortar el agua de las tuberías del segundo piso —aseguró con sarcasmo—. De lo contrario, a estas alturas esto parecería una piscina cubierta.

Aria hizo una mueca cuando el agua empezó a filtrarse en sus zapatillas de tela.

—Corta el agua de todo el edificio, tiene que haber más de una fuga para que esto siga inundándose —murmuró mientras alzaba la mirada hacia su marido—. Dime al menos que tienes una llave inglesa.

Lyon señaló la habitación al final del pasillo que a juzgar por el agua era de dónde provenía la fuga.

—Tenemos la caja de herramientas del conserje.

Ella arqueó una ceja.

—¿Y dónde está él?

—De baja por estrés —soltó la muchacha con sumo placer.

Lyon dedicó una mirada fulminante a la chiquilla. Aquello fue todo lo que necesitó para cerrar la boca, hacer una parodia de saludo militar y salir chapoteando en dirección contraria.

—¿Baja por estrés? —preguntó con ironía.

Lyon puso los ojos en blanco y tomó la delantera.

—Su mujer está en el hospital para traer al mundo su segundo hijo —respondió abriendo la puerta de un amplio cuarto de baño de cuya tubería bajo los lavabos salía agua a borbotones—. ¿Sigues pensando que puedes hacer algo más que ponerle una tirita con cinta aislante?

Aria imitó su anterior gesto, pasó frente a él y chapoteó hasta la pequeña fuga. Sus ojos recorrieron las cañerías buscando la llave de paso que debería cortar el agua en aquella habitación.

—De acuerdo, a algún listo y no miro a nadie —dijo mirando obviamente a su marido—, se le ha olvidado cerrar la llave de paso de ahí arriba. Con eso, no tenías por qué cortar el agua de todo el edificio.

La cara de Lyon cuando alzó la mirada y vio la llave era un poema, Aria tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no reírse.

—¿Crees que podrías girarla, hacia la derecha, ya sabes, en el sentido de las agujas del reloj? —le pidió intentando contener la risa—. Lo haría yo, pero tendría que subirme a algo.

Sin decir una sola palabra, hizo lo que le pedía y enseguida el agua dejó de salir de la cañería.

—Bueno, es un comienzo —aseguró chapoteando hacia la caja de herramientas.

No había dado ni dos pasos cuando sus zapatillas resbalaron y con un ahogado gritito terminó sentada en el suelo, mojándose el pantalón y con la misma cara de idiota que anteriormente había tenido él.

Lyon la miró con absoluta ironía antes de caminar hacia ella.

—¿Estás bien?

Ella se lamió el labio inferior giró la cabeza hacia la caja de herramientas y suspiró.

—Bueno, de todas formas tenía que acabar en el suelo, ¿no?

Se sorprendió al oírla bromear sobre sí misma.

—Hay mejores formas de llegar ahí —le aseguró y se acuclilló a su lado después de verla gatear hacia la tubería en cuestión.

Ella frunció el ceño y alzó la mirada hacia él.

—No soy fontanero, pero esto debe ser de la época de mi tatarabuelo —señaló la vieja tubería goteante—. Quizás deberías llamar a uno para que revise… ¿toda la instalación?

Lyon suspiró.

—Estoy en ello —aceptó echando el mismo un vistazo a la tubería—. Ha reventado.

Ella asintió y rebuscó en la caja de herramientas hasta encontrar lo que buscaba, unas pequeñas abrazaderas.

—Esto es mejor que tu cinta aislante —le aseguró con profunda ironía.

Sin decir una palabra más se tomó unos minutos para asegurar la abrazadera de modo que al abrir la llave del agua no volviese a verter. Lyon estuvo a su lado, observando todo en silencio, como si estuviese esperando que cometiese algún fallo para hacérselo notar. Al final, el arreglo provisional dio resultado.

—Bueno, ya está —aceptó satisfecha consigo misma—. De todas formas, llama a un fontanero y que venga a arreglarlo bien, porque no sé cuánto aguantará esto.

La adolescente que había vuelto a unirse a ellos y observaba cada uno de sus movimientos desde la puerta chasqueó la lengua.

—Seguramente no mucho —comentó con total sarcasmo.

Lyon se volvió una vez más hacia ella, pero la muchacha le ignoró.

—Sí, bueno, tampoco es como si pretendiese cobrar el arreglo, ¿huh?

Sierra la miró como si no fuese más que una intrusa sin voz ni voto antes de volverse a Lyon.

—¿Abro la llave principal? —preguntó e hizo una mueca al añadir—. La señora Pibody empieza a quejarse por no tener agua con la que hacer la comida.

Él se volvió hacia Aria, en busca de respuesta. Al menos le daba cierta credibilidad.

—Si no hay ninguna otra fuga en otra sección, debería de estar bien —aceptó con un ligero encogimiento de hombros.

Asintiendo se volvió hacia la muchacha.

—Ve a abrir la llave —le permitió y antes de que hubiese salido por la puerta la detuvo—. Y habla con Alberta a ver si puede conseguirle una muda de ropa seca a Ariadna.

La muchacha miró a la chica todavía arrodillada en medio del agua y resopló.

—Va a ser un poco difícil, ella está más gorda que cualquiera de nosotras —le soltó con total intención—. Yo le prestaría uno de mis pantalones, pero creo que ni siquiera le pasarían de las caderas.

Lyon cerró los ojos, no quería asistir a una pelea de gatas.

—Sierra, ya puedes empezar a disculparte con Ariadna —la previno, su tono serio y adusto.

Aria chasqueó la lengua en respuesta.

—Oh, no importa —respondió ella en tono normal, casi jovial en realidad—. La niña tiene razón, no me valdrían sus pantalones ni para cubrirme los brazos, nunca me gustó el tipo anoréxico y a juzgar por nuestro previo encuentro, creo que a ti no te ha molestado, ¿no, cariño?

No, Lyon la encontraba perfecta, pero maldito fuera si iba a admitirlo en voz alta y menos ante esas dos féminas que parecían dispuestas a arrancarse los ojos.

—De acuerdo Miss Fontanería y Miss Encanto, cada una a vuestras respectivas esquinas, se ha terminado el asalto.

Bufando audiblemente, Sierra dio media vuelta y se marchó.

Aria sonrió para sí y sacudió la cabeza.

—Lo siento, no he podido evitarlo —aceptó apoyándose en el lavabo para poder levantarse—. ¿Siempre es tan simpática con las mujeres que te rondan?

Él arqueó una ceja en respuesta. Como todos los hombres, ni siquiera se daba cuenta de la posesividad que había en la mirada azul de la adolescente.

—No tengo por costumbre aparecer por aquí con ninguna mujer —respondió con sequedad—. De hecho, tú viniste por tu propio pie.

Aria hizo una mueca, estaba claro que su santuario era sagrado, no es que pudiese

culparlo, a ella solía pasarle lo mismo cuando estaba en sus queridas ruinas. Decidida a mantener el cordial ambiente de los últimos quince minutos, ignoró la respuesta y surgió con otra pregunta.

—¿Qué le pasó en la mano? Me ha parecido ver que la piel de sus dedos…

Lyon se tensó visiblemente ante la pregunta, la mirada que le dedicó le decía claramente que se metiera en sus asuntos, pero al final respondió en voz baja.

—Quemaduras, en el 30% del cuerpo —respondió en voz baja, seca.

Aria se quedó sin palabras ante la respuesta masculina, su mirada fue hacia la puerta por dónde había salido la muchacha y sintió lástima por ella. Ahora entendía el por qué llevaba un suéter de cuello alto e iba tan cubierta a pesar de la temperatura primaveral que empezaba a hacer.

—Y yo acabo de llamarla anoréxica —murmuró mordiéndose el labio inferior—. Mierda, seré estúpida. ¿Aceptará una disculpa o se lo tomará tan bien como tú?

Lyon la miró con absoluta ironía.

—A ella no le has disparado, sobrevivirá —aseguró. Entonces la recorrió con la mirada—. Estás empapada, tienes que secarte antes de que pilles un catarro o algo.

Ella chapoteó en el suelo, sus zapatillas totalmente empapadas, haciendo ruido al caminar.

—No hay problema, solo es agua.

Él ignoró su respuesta y se dirigió hacia la puerta.

—Te dejaré en casa y podrás cambiarte, ducharte o lo que quieras.

Ella resopló y salió chapoteando tras él.

—¿Me estás echando?

Ni siquiera se volvió a mirarla cuando le respondió.

—No recuerdo haberte invitado a venir —dijo con sequedad.

Y ya estábamos otra vez como al principio, pensó Aria mientras caminaba tras él.

—Quizás si esta mañana antes de marcharte como alma que lleva el diablo me hubieses dicho que venías aquí, que esto es en lo que trabajas, me habría pensado dos veces el venir a molestarte —replicó con la misma sequedad que estaba utilizando él—. De todas formas, como ya dije al principio, yo no pedí venir, me enviaron.

Lyon se detuvo al comienzo de la escalera y se giró hacia ella.

—Vete a casa, Ariadna —le dijo sin más—. Te llevaré allí y podrás hacer lo que te apetezca, pero lejos de mí.

Ella ladeó el rostro, su mirada brillando ante las perspectivas de lo que solo ella podría saber.

—¿Lo que me apetezca? ¿Significa eso que puedo re decorar nuestra habitación?

Lyon suspiró profundamente, aquella mujer le agotaba.

—No existe “nuestra” habitación —resopló—. Si quieres re decorar tu dormitorio, es problema tuyo, pero mantente alejada del mío… y de mí.

Ella puso los ojos en blanco.

—Eso va a ser un poquito difícil, soy tu esposa… y tu ashtarti… divertido, ¿eh?

Él tuvo que contar mentalmente hasta diez antes de responder.

—Esto no va a ser duradero, en cuando encuentre una solución para este asunto de la profecía…

Ella resopló.

—Llevo un año intentando dar con una vía de escape, Lyonel, no es como si no lo hubiese intentado ya —aseguró con absoluta ironía.

Él la ignoró a propósito e insistió.

—Cuando solucionemos este asunto de la profecía, tendrás que irte —le dijo con total seriedad.

Aria resopló.

—¿Dónde quedó eso de… me ocupo de lo que es mío? —le preguntó con obvio sarcasmo.

La fulminó con la mirada, a lo que ella volvió a resoplar.

—Eres terco.

Él no pudo si no reírse ante la ironía de tal declaración.

—El burro, hablando de orejas.

Ella resopló una vez más y pasó frente a él, bajando las escaleras entre chapoteos.

—Pienso quedarme en nuestro dormitorio —respondió puntualizando la palabra nuestro.

Lyon acabó por alzar la vista al cielo pidiendo paciencia.

—Haz lo que te plazca, dormiré en el salón.

Ella se volvió a medio descenso y le miró.

—Puedes dormir conmigo, la cama es lo suficientemente grande para los dos.

Lyon tenía que admitir que si había algo que la caracterizaba, era la insistencia. Una que empezaba a resultarle muy cansada.

—Eso nunca ocurrirá, Ariadna —le dijo con total franqueza—. Métetelo en la cabeza, nena, porque cualquier otra suposición por tu parte, está equivocada.

Ella suspiró y esperó a que él le diese alcance.

—¿Por qué no me das una oportunidad? —le pidió entonces—. Entiendo que no me conozcas, que necesites hacerte a la idea de que tienes una esposa y esas cosas, pero, creo que yo puedo ser buena para ti.

Lyon empezó a recorrerla lentamente con la mirada, dibujando su figura, admirando la forma en que sus senos llenaban la camiseta, como el mojado pantalón se pegaba a sus piernas para finalmente volver sobre su rostro y mirarla a los ojos.

—Nada bueno para mí puede venir de ti, ashtarti —le respondió en tono suave, lento, como si deseara que se grabaran sus palabras.

A Lyon no le pasó desapercibido el impacto que supusieron sus palabras y como estas se clavaron en su alma. Habría deseado retirarlas, decirle lo deseable que la encontraba, lo bien que seguramente lo pasaría con ella en la cama, pero no podía, tenía que mantenerla a distancia.

—Voy a enviarte a casa —le dijo resbalando ahora la mano por la manga mojada de su chaqueta—. Si eres inteligente, te habrás marchado antes de que se ponga el sol.

Aria abrió la boca para responder a eso pero se quedó sin palabras, un ligero mareo la recorrió desde los pies a la cabeza, su visión se volvió borrosa durante un instante. Tambaleándose dio un paso atrás y abrió nuevamente los ojos descubriendo con asombro que ya no estaba a mitad de las escaleras del segundo piso de la casa de acogida al otro lado de la ciudad. Ahora estaba en su dormitorio, en el apartamento de Lyon y se encontraba completamente sola. Se dejó caer al suelo, sus piernas incapaces de soportar su peso mientras su mente intentaba adaptarse a su nuevo entorno. Acababa de ser testigo de primera mano del poder del Guardián. Si todavía le quedaba alguna duda sobre él, sobre el mundo en el que se había visto sumergida, o sobre su destino, después de lo que acababa de pasar, habían desaparecido.

—Sabes, Lyonel, precisamente por ser una mujer inteligente, me quedaré a presentar batalla —murmuró para sí echando un vistazo a su alrededor—. Quieres buscar la manera de romper con esta profecía, si me escuchases aunque fuese una vez, entenderías que tú eres la única manera.

Suspirando se pasó las manos por el pelo, era hora de ponerse serios.

—Que empiece la guerra.

CAPÍTULO 17

Lyon oprimió el botón del ascensor que llevaba al sexto piso, no tenía ganas de subir todavía a su apartamento, menos aun sabiendo que lo más probable era que allí le aguardase aquella maldita mujer.

Ariadna había inundado sus pensamientos toda la maldita tarde, lo único en lo que podía pensar era en lo bien que moldeaba la camiseta sus pechos, en la forma redondeada de su trasero con el pantalón mojado, en su dulce aroma y sobre todo en el beso que habían compartido en su oficina. Su propio cuerpo se había puesto en su contra, por si las imágenes que acudían a su cabeza no eran suficientes, había pasado todo el jodido día con una maldita erección que se resistió a abandonarle por muy fríamente que intentara pensar. Aquella mujer se había convertido en su pesadilla, su presencia en la casa de acogida lo había estropeado todo. La gente se había pasado el resto del día mirándole, algunos incluso felicitándole, solo Alberta y Sierra habían decidido cerrar la boca cuando las fulminó con la mirada.

Y la culpa de todo ello era de la endemoniada muchachita que no tenía mejores cosas que hacer que meterse en asuntos ajenos. Para su completa sorpresa había estado hirviendo todo el maldito día por culpa de ella, llegando a planear su muerte de varias maneras distintas.

¡Maldito Libre Albedrío!

Las puertas del ascensor se abrieron, la puerta principal del bufete estaba cerrada, algo normal dado que pasaban algunos minutos de la una de la mañana. De todos modos, las luces encendidas y los murmullos de la pareja que charlaba en la sala de espera le indicaron que el lugar no estaba vacío.

—¿Estás segura de que esto es lo que quieres hacer? —La voz de Shayler contenía cierto matiz de duda mientras revisaba los folletos que su mujer había puesto sobre la mesa.

Dryah bufó, un bufido cansado, indicativo de que aquella pregunta la había escuchado al menos media docena de veces.

—Sí, Shayler, estoy completa y totalmente segura de que esto es lo que deseo —aseguró con un resoplido—. No es como si con ello pueda organizar la Tercera Guerra Mundial, una Armagedón o hacer que todo el mundo camine del revés. Concédeme un poco de credibilidad, puedo hacerlo y no me ocurrirá nada, no tienes que cuidarme como si fuera a romperme.

El Juez miró a su mujer y nuevamente los folletos de las academias que había encontrado.

—¿Diseño de interiores? —insistió alzando uno de los folletos para luego mirar el otro—. ¿Diseño con abalorios? Son dos cosas un poquito distintas, amor.

Ella cogió ambos folletos, quitándoselos de las manos.

—Pero me darán algo que hacer —le aseguró con insistencia—. Vamos, necesito hacer algo por mí misma, me aburro aquí sola.

—Sí, por favor, deja que se apunte a lo que le dé la gana, a ver si así deja de meter las narices en cosas que no son de su maldita incumbencia.

La pareja se giró para ver a Lyon, cuyos ojos verdes miraban a Dryah echando chispas.

—¿Ey? ¿Dónde está el fuego? —preguntó Shayler echando un rápido vistazo al Guardián, cuya actitud hacia su compañera no era la usual.

Lyon se plantó con las manos en las caderas.

—Que te lo diga ella —le respondió señalándola con gesto acusador—. Debía aburrirse

mucho esta mañana para tener que enviar a Ariadna a la casa de acogida.

Shayler miró a su esposa, quien se había enderezado y estaba dejando los folletos sobre la mesa auxiliar.

—¿Eso hiciste?

Ella asintió y se volvió hacia Lyon.

—La dejaste sola, prácticamente tirada —argumentó con suavidad—. Pensé…

—¡Hazme un favor y no pienses más! —alzó la voz—. Lo que pase entre ella y yo no es de tu jodida incumbencia, Libre Albedrío. Es mi vida, mi esposa…

Dryah frunció el ceño ante la exasperada actitud masculina.

—Ella es tu destino, Lyon.

Aquello fue suficiente para que el hombre explotase.

—¡A la mierda mi destino! —clamó dando un paso hacia ella—. No vuelvas a inmiscuirte en mis asuntos a no ser que recibas una invitación, ¿está claro?

Shayler, quien sentía el revuelo de emociones en el Guardián, así como la tristeza en su esposa se decidió a intervenir.

—Lyon, ya basta.

El hombre se volvió entonces hacia su Juez, igual de ofuscado.

—No —negó con rotundidad—. Tu mujer tiene la maldita manía de meter las narices en todo. No se limita a ser portadora de las visiones, se toma la libertad de inmiscuirse cuando nadie se lo ha pedido —reclamó con desesperación antes de soltar—. Al menos Uras conocía su papel como Oráculo.

Un silencio mortal cayó en la sala durante unos instantes, Shayler había comenzado a levantarse solo para ser detenido por su esposa, quien le sujetó la mano manteniéndolo sentado al tiempo que respondía a la acusación de Lyon.

—Nunca fue mi intención arrebatarte a tu hermana, Lyon, mucho menos ocupar su lugar —respondió ella con voz suave pero firme—. Lamento que mi presencia sea motivo de conflictos para ti. No quiero causarte daño o dolor, de verdad que no.

Levantándose, miró a su marido y le apretó la mano.

—Será mejor que me retire antes de que os hiráis por mi culpa —murmuró besándole en la mejilla—. No seas duro con él.

Él le apretó la mano en respuesta, trasmitiéndole su amor.

Dryah abandonó la oficina dejando a los dos hombres solos en obvio estado de tensión. Shayler quien había permanecido sentado hasta el momento se levantó, cruzó la sala y extrajo de la nevera dos cervezas frías, una de las cuales le tendió a Lyon.

—¿Vas a decirme ahora, a qué vino eso? —le preguntó con total tranquilidad.

Lyon bufó cogiendo la cerveza, las manos le temblaban.

—Que se meta en sus asuntos, joder.

El Juez negó con la cabeza. Tomándose su tiempo, le quitó el tapón a la botella y dio un trago.

—Dryah puede haberse sobrepasado en sus deberes, pero es la primera vez que te veo hablarle de esa manera —aceptó midiendo sus palabras—. Y no es algo que quiera volver a ver, Lyonel

Él alzó la mirada, sus ojos brillaban desafiantes.

—Ella no tiene ni voz ni voto en esto, Shayler, es cosa mía y de Ariadna —respondió tratando de calmarse.

Él le sostuvo la mirada durante un instante, entonces se frotó la barbilla con el pulgar.

—Lyon, está claro que esto no se trata solamente de lo que Dryah haya podido hacer, ya que Ariadna podría haber terminado allí si tan solo nos hubiese preguntado a cualquiera de nosotros —le dijo con total sinceridad—. Esto no es por lo que crees que ella puede haber manipulado, ¿qué ocurre?

El Guardián refunfuñó.

—Qué no ocurre, querrás decir. La lista sería más corta —aseguró arrancando con fuerza la tapa de la cerveza para luego vaciar la mitad de la botella de golpe—. Esa maldita profecía es la causante de todo, eso y ella.

Shayler le observó detenidamente, las emociones del Guardián crepitaban a su alrededor, desbocadas, una montaña rusa que tan pronto subía como bajaba, pero había más, una que predominaba sobre las demás, aquella que lo mantenía en tensión.

—La deseas —le dijo lisa y llanamente—. Y te refrenas, ¿por qué? No es como si fuese la mujer de otro.

Lyon gruñó.

—No puedo permitirlo —aseguró con rotundidad—, no puedo permitirme perder a nadie más y es ella… lo sé, sé que lo es.

Shayler dejó escapar el aire muy lentamente al comprender. Él era muy joven comparado con Lyon, pero sabía cuál era la penitencia que portaba el Guardián. Todos ellos, de algún modo, llevaban su propia marca encima, una que los acompañaría a lo largo de sus extensas vidas. En ocasiones podían ser mitigadas, él y Jaek lo sabían mejor que nadie, otras en cambio podían durar casi una eternidad sin ser erradicadas.

—Ashtart lo sabía —le oyó decir en voz baja, casi con rencor—. Esa zorra lo sabía, me dijo que sería ella, que llegaría y no podría hacer nada para detenerlo.

La desesperación, el rencor y el agudo dolor que se esforzaba en ocultar salían intermitentemente a la superficie permitiéndole vislumbrar parte de sus emociones. Lyon estaba luchando con uñas y dientes en contra del destino, lo sabía, como sabía también cuáles serían los resultados.

—Quizás tenga que ser así, compañero —le aseguró intentando mantener las distancias. Su empatía tendía a aferrarse a las emociones más fuertes—. No es fácil elegir el camino cuando tu decisión puede cambiar el curso del Universo, pero debes arriesgarte si deseas alcanzar lo que más anhelas, aquello que ha nacido para complementarte.

Sus ojos verdes se clavaron en los del Juez, un mudo entendimiento pasó entre los hombres antes de que el Guardián pusiera en palabras su temor.

—Ella podría convertirse en ese algo, Shayler —aceptó con profunda calma—, y no puedo permitirlo. Ya tiene suficiente con esa maldición.

Shayler suspiró.

—¿Maldición o profecía? —El hombre negó con la cabeza, le dio otro sorbo a su bebida y finalmente la dejó sobre la mesa—. Aunque montes en cólera, tienes que saber que me he tomado un momento para indagar un poco sobre ello. Afortunadamente, Bastet es una fuente inagotable de información en lo que se refiere a los antiguos dioses.

Lyon le miró en espera de que dijese lo que iba a decir.

—Me temo que hay más en esa profecía de lo que atañe exclusivamente a la ashtarti. No se trata de la vida o la muerte del sacrificio, si no de que se lleve a cabo en cierto momento y de cierto modo. Ariadna no es la clave, es el instrumento.

Lyon frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

Shayler respiró profundamente.

—No conozco los detalles, pero Ashtart no puede intervenir directamente, la diosa no ha movido un dedo desde que se puso en marcha lo que quiera que esté por llegar. Hay algo que la mantiene al margen y según Bastet es muy posible que ese algo tenga que ver también con su marido, el dios Baal y un supuesto amante, el cual al parecer permanece encerrado como condena tras el Velo. Por lo que he llegado a comprender, vendría a ser algo así como el Purgatorio para los dioses fenicios, sumerios y sus devotos —comentó chasqueando la lengua—. Bastet piensa que hay más, pero no lo sabe a ciencia cierta. Ashtart no ha estado muy comunicativa en los últimos siglos, en realidad ha estado muy silenciosa y tranquila.

—Los dioses jugando de nuevo con vidas humanas —murmuró Lyon con rencor.

Shayler se volvió hacia él, encontrando su mirada.

—No puedo hacer nada hasta que alguno de ellos intervenga directamente y rompa las reglas —respondió con un cansado suspiro—. Mientras sus decisiones estén en manos del destino y el libre albedrío guíe los pasos de las pobres almas que están atadas a él, no se habrá quebrado ninguna regla.

Lyon dejó escapar lentamente el aire.

—¿Crees que una profecía puede evitarse?

Él hizo una mueca.

—¿Evitarla? No —dijo convencido—. Pero sí podemos influir en ella lo suficiente para dejarla atrás.

Palmeándole la espalda, pasó a su lado en dirección a la puerta.

—No rechaces la oportunidad de dejar atrás los demonios en tu pasado, porque no siempre tenemos segundas opciones.

Lyon agradeció sus palabras con un gesto de cabeza, él había dicho un par de cosas que eran bastante ciertas, había incluso arrojado algo de luz a las dudas que tenía sobre aquella profecía, pero a pesar de ello, todavía no podía arriesgarse, por mucho que lo deseara, no podía permitirse sucumbir.

El precio podía resultar demasiado grande.

Aria suspiró una vez más mientras cambiaba de canal, había dado ya la una de la mañana y a esas horas no había gran cosa de interés en la parrilla televisiva. Recostada en el sofá, vestida con una camiseta y unos pantalones pirata que utilizaba a modo de pijama, dejaba caer las cáscaras de las pipas que llevaba más de una hora devorando en el bol a su lado. Aquel era uno de sus pequeños secretos, adoraba las pipas y podía comerse ella sola una bolsa grande en un abrir y cerrar de ojos.

Después de pasar por varios canales se quedó con una reposición de la película *Dirty Dancing*, la cual estaba en la escena en la que Baby intentaba aprender el salto en el agua.

—Al agua patos —murmuró tirando las cáscaras en el recipiente a su lado—. No sé quién es más patoso, si ella que cae en picado, o él que no puede sostener ese peso pluma.

Suspirando metió la mano en la bolsa para sacar otra pipa y llevársela a la boca.

—Creí que habíamos quedado en que yo dormiría en el sofá.

Se incorporó de golpe al escuchar la voz de Lyon, el hombre estaba de pie en el umbral de la puerta.

—Por lo visto se me da bien ocupar tu cama —respondió con un ligero encogimiento de

hombros mientras cogía la bolsa de pipas y la cerraba—. Si de casualidad no has cenado o tienes hambre, aunque a estas horas dudo que nadie vaya a cenar, tienes lo que ha sobrado en la nevera.

Lyon suspiró, contemplándola. Con el pelo negro suelto cayéndole sobre los hombros y una breve camiseta de tirantes que envolvía sus pechos libres del sujetador, era la cosa más sexy que había visto en mucho tiempo.

—¿Por qué haces esto, Ariadna?

Ella se incorporó en el sofá, quedando de rodillas, los brazos cruzados sobre el respaldo.

—¿El qué? ¿Hacer la cena? ¿Intentar ser amable y no pegarte otro tiro? Soy imbécil, es genético, pero por suerte toda mi familia se ha extinguido, con lo que imagino que ese defecto morirá conmigo en —miró su reloj, que marcaba también la fecha—, menos de lo que canta un gallo.

Él frunció el ceño, no le gustaba oírle hablar de esa manera, pero entrar en nuevas discusiones no los llevaría a ningún lugar.

—Vete a la cama, a tu dormitorio —puntualizó con cansancio—. Es tarde.

Sin más explicaciones dio media vuelta y salió del salón, haciendo que se levantase prácticamente de un salto y corriera tras él.

—¿Vas a marcharte? —le preguntó alcanzándolo en el pasillo que llevaba al dormitorio. No quería volver a quedarse sola, aunque durmiesen en habitaciones separadas, al menos sabría que no estaba sola.

Lyon se giró le justo para mirarla.

—Dormiré aquí —respondió sin darle más detalles—. Vete a la cama. Buenas noches.

Ella vio como entraba en la habitación de la que se había apropiado el día anterior trasladando sus cosas, la misma en la que había dormido en su ausencia y cerraba la puerta tras él. Pocos segundos después oyó la puerta del baño y el correr del agua, todo parecía indicar que después de todo no iba a marcharse.

Dudando unos instantes, volvió al salón dónde apagó el televisor y recogió el bol de cáscaras y lo vació en el cubo de la basura que había en la cocina. Una vez terminó, se lavó rápidamente en el pequeño cuarto de baño que había al final del pasillo y sin pensárselo dos veces se escabulló en la habitación masculina, saltando a la cama.

—Nadie puede huir eternamente —resolvió acomodándose con las piernas cruzadas sobre el colchón—. Si no quieres dormir conmigo, tendrás que esforzarte para echarme.

El sonido del agua al otro lado de la puerta le hizo pensar en Lyon y en el hecho de que apenas sabía nada de él. Aquel día había descubierto una faceta que no esperaba en él, pero que en cambio encajaba perfectamente, al igual que lo hacía su cuerpo pegado al suyo. El solo pensamiento la hizo estremecer. El encuentro de aquella mañana en su oficina la había dejado deseando más, queriendo saber cómo se vería sin camisa, cómo sería resbalar las manos por los duros músculos que había notado bajo sus dedos, lo que se sentiría estar piel contra piel con un hombre como él que no solo le doblaba en tamaño si no que la enardecía con tan solo un beso.

Mordiéndose el labio inferior empezó a imaginarse toda clase de cosas, el agua corriendo por aquel cuerpo, acariciando su piel desnuda, se preguntaba si sería rubio en todas partes. La tentación era tan intensa como su curiosidad.

Aria se mordió el labio inferior, no es como si pudiesen acusarla de algo, después de todo era su marido, ¿no?

Lamiéndose los labios, saltó de la cama dispuesta a poner en práctica una vez más su descabellado plan.

Lyon dejó que el agua caliente bañara su cuerpo llevándose consigo los antiguos recuerdos que una vez más volvían a asaltarlo. Imágenes de una época pasada, de una vida que ya no existía, de una enfermedad maldita que se había llevado todo lo que tenía dejándolo completamente solo.

Si cerraba los ojos podía ver con increíble nitidez las hogueras que iluminaban la playa, el temor había hecho que tuviesen que prescindir de los entierros en el mar, la plaga se extendía con vertiginosa velocidad y no había manera de detenerla. Había tenido que amortajar los cuerpos de sus hermanos para entregarlos al más allá solo para caer rendido él también a los pies de la enfermedad.

El pueblo había quedado diezmado en cuestión de días, cuando despertó después de tocar el otro lado tras interminables jornadas en las que estuvo debatiéndose entre la vida y la muerte, los supervivientes que quedaban lo habían considerado un milagro… Uno al que no le había quedado más remedio que sobrevivir solo, sin aquellos por los que debería haber luchado con más fuerzas. Se había convertido en uno de los elegidos, pero el precio fue demasiado algo.

Durante los siguientes años o décadas, ya ni siquiera estaba seguro del tiempo que pasó, vagó por la tierra sin rumbo fijo, el pescador que una vez había arreglado redes y aparejos de pesca cambió su humilde trabajo por la guerra. El pescador murió y en su lugar se alzó *El Joven*, El León. Un hombre sin alma que batallaba en cualquier guerra, sin importar el bando, sobreviviendo al hambre y al frío y algunos días también a la muerte. Un vikingo sin patria, sin barco o bandera, con un único deseo, reunirse algún día con aquellos que le habían sido arrebatados.

Fue en aquellos tiempos cuando él llegó y le dio un motivo por el que luchar y seguir adelante, el que hizo que se levantase de entre los muertos del campo de batalla para dedicar su vida a una causa mayor. No podía olvidar aquel día, por más que lo había intentado, permanecía grabado a fuego en su mente.

—¿Quién es? —Había preguntado días después, cuando le condujo a través de la llanura a unas cuevas en las que al parecer se había estado quedando con la muchacha que permanecía acurrucada contra la pared.

John no había vacilado en sus palabras, sus movimientos habían sido suaves, lentos mientras se acercaba a la lastimada criatura.

—Su nombre es Uras —le dijo alzando sus ojos azul cielo hacia él—. Es tu nueva hermana.

Uras había sido poco más que una niña en aquel entonces, sus visiones y profecías la marcaron para morir a manos de estos que deberían de haber cuidado de ella con su vida. John había llegado justo a tiempo de evitar que las llamas que lamían su cuerpo acabasen con su vida.

—Su piel —murmuró al ver la carne quemada y enrojecida.

—Saldrá adelante —le aseguró el Guardián—, si la ayudas.

Ella se había convertido en su nuevo motivo para vivir y seguir adelante, con el tiempo se recuperó de sus heridas, convertida en el Oráculo de la Fuente había perdido todas las cicatrices de su piel. Poco tiempo después Shayler llegó también a su vida, un chiquillo despierto y descarado que se ganó el corazón y la lealtad de todos ellos, un hombre que con el paso del tiempo se hizo más cercano a Uras y ella a él. Los más próximos en edad, fue inevitable ver qué sucedería. Por ello, cuando el joven fue investido como Juez Universal por la propia Oráculo, cuando el abismo entre los dos empezó a hacerse más extenso y la que una vez fue una dulce e

inocente niña se convirtió en una mujer poderosa, conocedora de su belleza y sus artes, la traición que vino de su mano para con sus hermanos le marcó profundamente. Ella no solo había sido la culpable de que el Juez casi perdiese a su consorte, por ella, Shayler había tenido que sufrir lo indecible hasta darle el destierro.

Las pérdidas dolían, y ese dolor podía clavarse en el alma como un puñal que nunca dejaba cicatrizar las heridas. No podía volver a arriesgarse, encariñarse con alguien significaba perderlo e instintivamente sabía que Ariadna no solo se llevaría su cariño, pues en apenas dos días esa mujer había conseguido saciar un anhelo que nunca le abandonaba y que crecía en su presencia.

Echó la cabeza hacia atrás y dejó que el agua resbalase por su rostro, se retiró el pelo hacia atrás deseando que fuera tan fácil poder deshacerse de los viejos recuerdos de la misma manera. Se sentía dividido, la sangre le ardía en las venas por el deseo que su nueva inquilina despertaba y al mismo tiempo, la frustración crecía llenándolo de rabia y desesperación.

Esa frustración le llevó a clavar el puño en la pared, obteniendo en respuesta un ahogado jadeo femenino a su espalda.

Lyon se volvió rápidamente para encontrarse con la mirada brillante y avergonzada de su esposa.

Aria no era capaz de articular palabra. Había entrado con la intención de echar una ojeada y dar media vuelta para esperarlo en el dormitorio, pero cuando se lo encontró completamente desnudo, la puerta de la mampara de la ducha abierta y su enorme cuerpo dorado dándole la espalda se quedó sin habla. Su piel leonada estaba salpicada de pecas en los hombros, la lisa espalda libre de mácula descendía hasta unas estrechas caderas que enmarcaban unas nalgas prietas y apetitosas. Un pequeño hoyuelo parecía sonreírle en la base de la columna mientras una marca en forma de media luna más oscura que su piel se destacaba sobre su nalga derecha. Piernas largas y fuertes salpicadas de vello dorado le dieron la respuesta a la pregunta que se había planteado anteriormente.

Apenas había conseguido recuperar el aliento cuando le oyó mascullar y vio que lanzaba el puño cerrado contra la pared. El sobresalto la hizo dar un pequeño gritito que le alertó de su presencia haciendo que se girara.

Y señor, por delante era incluso mejor que por detrás.

—¿Aria?

Ella abrió la boca para decir algo, pero sus palabras murieron sin poder formularse cuando sus ojos bajaron por el pecho masculino y esta se le fue secando después de comprobar que no se había equivocado al pensar que poseía una perfecta tabla de abdominales marcados que daban paso a…

—Oh… señor…

Bueno, al menos ya no había duda de que el hombre era rubio natural.

La sangre inundó su rostro haciendo que aumentara en calor, la lengua dejó su boca para acariciar el labio inferior un instante antes de que un fuerte bramido la hiciera saltar nuevamente.

—¡Fuera!

Jadeando, perdió todo el color del rostro al encontrarse con el de su marido, húmedo y goteante, al igual que el resto de su cuerpo, en el cual refulgía algo que no era precisamente felicidad.

—Lo… siento. —Se las arregló para balbucear, luchando por mantener la mirada en su rostro y no bajarla, porque… señor… ¿era posible que un hombre estuviese tan bien dotado?

—F-u-e-r-a —repitió, deletreando la palabra con tal intensidad que Aria supuso que si no hubiese girado en ese momento y hubiese salido corriendo del baño, la habría ahorcado, o algo peor.

Ella resbaló en su prisa por cerrar la puerta del baño a su espalda terminando sentada en el suelo, sus labios se estiraron entonces en una sonrisa mientras su rostro mantenía un gesto de completa incredulidad antes de echarse a reír como una tonta.

—¡Será mejor que estés dentro de tu habitación y con la puerta cerrada por dentro, esposa, porque si no, lo que encontrarán mañana será tu cadáver!

La amenaza llegó del interior del cuarto de baño cortando radicalmente su risa, frunciendo el ceño se levantó y miró la cama a sus espaldas.

—¿Eso incluye cerrar nuestro dormitorio por dentro, cariño? —le respondió con ánimo suicida.

El nuevo bramido de Lyon fue suficiente respuesta para ella, quien sonriendo ampliamente corrió hacia la puerta y la abrió para salir al pasillo no sin antes desearle un:

—¡Buenas noches, Lyon!

La respuesta no se hizo de esperar.

—¡Que te jodan!

Ella puso los ojos en blanco mientras cerraba la puerta del dormitorio.

—Eso es lo que estoy intentando, marido, pero me parece que no acabas de pillar la indirecta —murmuró con un profundo suspiro—. En fin, no es un mal resultado para ser el comienzo. Aria 1 - Lyon 0. Esto va a ser divertido.

CAPÍTULO 18

Los *Guardianes Universales* eran conocidos por su experiencia nacida de los siglos que habían vivido, su paciencia solía ir en consonancia con esto, pero Lyon empezaba a perderla a pasos agigantados. La necesidad de poner las manos alrededor de aquel cuello femenino y apretar, empezaba a rivalizar peligrosamente con la necesidad de mandar todo al diablo, rendirse a ella y a sus maquiavélicos planes y acabar con la tortura que duraba ya una semana.

La semana más larga de su vida.

Su irrupción en la ducha solo fue el comienzo, Aria estaba tan decidida a meterse en su cama como él a mantenerla fuera de ella.

—Buenos días, ¿otra vez aquí? —le saludó Shayler entrando en el despacho a primera hora de la mañana. Sus ojos cayeron sobre el hombre que ocupaba por quinta mañana consecutiva el sofá de la sala—. Empiezo a pensar que las cosas se están poniendo realmente serias.

Refunfuñó e hizo la manta a un lado, le dolía todo el cuerpo de la improvisada cama en la que había estado pasando cada una de las noches desde que su esposa había dado comienzo su peculiar calvario.

—¿Serias? No, solo jodiéndose cada día más —masculló pasándose la mano por el rostro —. Esa maldita mujer tiene una inventiva que les iría de lujo a los guionistas de películas eróticas.

Shayler esbozó una irónica sonrisa.

—¿Y tú estás aquí en vez de aprovechando esas ideas? Demonios, Lyon, ahora sí que empiezas a preocuparme.

Le fulminó con la mirada haciendo que el Juez alzara las manos en señal de paz, diese media vuelta y se acercara a la cafetera para ponerla en marcha.

—Esa mujer es como Atila y los Hunos en una sola entidad —aseguró con un profundo suspiro—. No hay manera humana de detenerla, cuando se le mete algo en la cabeza, es peor que un perro tras un hueso.

Él arqueó una ceja en respuesta.

—¿Estás hablando de tu esposa o de un miembro de las fuerzas especiales?

Lyon encerró la cabeza en sus manos, resoplando con obvia desesperación.

—Ya no sé qué hacer con ella —confesó.

—Bueno, es obvio que no puedes pasar el resto de tu vida huyendo de Ariadna como si fuese una plaga —aseguró el Juez comprobando el nivel de agua y café—. Por no hablar de tu campamento improvisado. Dryah se está sintiendo culpable al verte dormir aquí en vez de en tu cama, por no mencionar el hecho de que le gruñas cada vez que te dice algo no contribuye a aligerar la situación.

Gruñó.

—Que se meta en sus propios asuntos —refunfuñó nuevamente. Lyon estaba molesto consigo mismo por alargar aquel infantil enfado hacia su hermana de armas, la tristeza en los ojos azules de la muchacha cada vez que le ladraba, le dolía. Pero diablos, ahora mismo tenía cosas más importantes en las que pensar.

Shayler puso los ojos en blanco.

—Ya lo hace —respondió con un ligero encogimiento de hombros—. Todos nosotros lo

estamos haciendo y me pregunto si no será un error.

Chasqueando la lengua comprobó una vez más la cafetera para luego dirigirse hacia Lyon.

—Llevas… ¿qué? ¿Una semana durmiendo aquí? —calculó—. Te marchas antes de que ella siquiera asome la nariz, algo que últimamente ya ni hace, has pasado toda la semana en el Hogar de Acogida. Alberta ha llamado para preguntar si te habían diagnosticado una enfermedad terminal o algo por que jamás te ha visto así, por no mencionar que las emociones de Sierra son un continuo altibajo que nada tiene que ver con la adolescencia, me temo. Ella empieza a sentirse culpable por lo que quiera que crea haberle hecho a Ariadna, ya que cada vez que alguien menciona su nombre, tú gruñes.

—Que se dedique a considerar las universidades que le hemos sugerido, o cualquier otra, porque antes de que termine el semestre, la quiero matriculada —refunfuñó.

Shayler puso los ojos en blanco.

—No puedes seguir huyendo de ella, Lyon —declaró sin más—. Me da lo mismo cómo lo soluciones, pero hazlo.

Lyon alzó la mirada hacia el hombre que permanecía de pie ante él con obvia ironía.

—No voy a joder con su destino —respondió entre dientes.

El Juez le dedicó la misma mirada de profunda ironía.

—Tío, ya lo estás haciendo —le aseguró, entonces sacudió la cabeza—. Eres parte intrínseca de él, te guste o no.

Su respuesta fue un nuevo bufido.

—¿Te das cuenta de lo que me estás pidiendo?

El sarcasmo con que obtuvo como respuesta era evidente.

—¿Qué te folles a tu mujer para que ambos os relajéis un poco? Sí, sé perfectamente de lo que hablo. La frustración es una muy mala consejera, amigo mío y nos lleva a hacer las cosas más estúpidas.

El Juez no se anduvo con rodeos a la hora de explicarse.

—Además, no es cómo si tuvieses que convencerla de ello, creo yo —argumentó con una mueca—. La tensión sexual entre vosotros dos se corta con un cuchillo.

Lyon puso los ojos en blanco, sacudió la cabeza y se levantó del sofá.

—No pienso acostarme con ella y fin de la cuestión —declaró saliendo a zancadas del bufete.

Shayler suspiró, miró de nuevo la cafetera y se desperezó.

—No es algo que puedas evitar, compañero —murmuró para sí—. No cuando todo en lo que puedes pensar es en tenerla desnuda.

Su empatía llevaba la última semana en su punto más álgido, la marea de emociones que bailoteaba a través del edificio le tocaban continuamente, si bien sus defensas aguantaban perfectamente, las fluctuaciones emocionales de la nueva pareja eran lo suficientemente intensas como para traspasarlas de vez en cuando. La frustración sexual llenaba el aire y estaba empezando a irritar a todos los demás.

—Quizás deba llevarme a Dryah unos días lejos de aquí —murmuró para sí. Su esposa había estado bastante callada y triste desde el encontronazo con Lyon, un cambio de aires le sentaría bien y quizás su ausencia pudiese relajar un poco el ambiente.

Con aquella nueva idea en mente, observó la cafetera, esperado que el café estuviese listo para tomarse una taza.

Ashtart palmeó el agua del recipiente haciendo que la escena que había estado viendo se diluyese para volver a mostrar nuevamente solo el reflejo de la diosa. La desilusión y el nerviosismo estaban presentes en cada centímetro de su cuerpo, el tiempo seguía corriendo y veía que los sucesos que tenían que darse, que iniciarían la profecía no se llevaban a cabo. Si no ocurría algo pronto que acelerara las cosas, no solo le perdería a él para siempre, perdería también la última esperanza de su más querido sacerdote.

—Demonios —murmuró dándole la espalda a su espejo visionario—. ¿Cómo es posible que un hombre se resista a un bocado cuando tiene hambre de él?

Y su ashtarti se había encargado de presentar adecuadamente ese bocado, de mil formas distintas a juzgar por lo que había observado durante aquel corto periodo de tiempo humano.

Su primer encuentro en la ducha no había hecho sino aumentar el deseo de la elegida. Tal y como predijo que sería, con cada roce de piel, con cada beso y caricia, la atracción entre el Guardián y la ashtarti se haría cada vez mayor hasta conducirlos a la entrega definitiva. Oh, y ella estaba dispuesta, vaya que sí, pero ese hombre se negaba a sucumbir a sus encantos.

La diosa resopló y recorrió con la mirada el solitario templo en el que se había visto recluida todos aquellos interminables siglos. Un lugar vacío, cuya existencia solo era conocida y accesible para unos pocos. El tiempo de los dioses hacía tiempo que se había terminado, la humanidad los había dejado atrás en su evolución hacia el futuro y sus nuevas creencias. Ya no se les adoraba, nadie hacía sacrificios o rituales en su honor si no muy puntualmente y nadie acudía ya a ellos ni siquiera para aliviar su soledad.

—¿Sharien? —pronunció su nombre esperando dar con su más leal siervo y el único amigo que tenía en la vasta eternidad.

¿Qué ocurre, Baalat?

Ella sonrió al escuchar su voz. Él siempre la llamaba por el nombre que le habían dado los fenicios, aquellos que la habían tratado con respeto y devoción en la antigüedad.

—Siento que las cosas no avanzan, y a mi ashtarti no le queda mucho tiempo.

Hay cosas que no pueden apresurarse, Gebal.

Ella suspiró.

—¿Por qué no la desea? ¿Por qué se opone a su llamado? Ha sido elegida para él, es la única que podrá darle aquello que anhela —insistió ella. No había sido un capricho elegirlo a él, si hubiese podido elegir, habría preferido que fuese cualquier otro, pero sus almas se pertenecían, ella era el pequeño fragmento que su alma había perdido tanto tiempo atrás, la única que podría darle la paz y saciar su sed—. Si no la reclama la perderá, Sharien y todo habrá terminado.

Ashtart sintió la vacilación del hombre, el dolor arraigado en su pecho y una vez más se hizo eco de la culpa que la asolaba.

No la perderá, Baalat. Ninguno la perderemos.

—Desearía poder hacer algo, pero mis manos están atadas.

No.

La respuesta masculina fue rotunda, sin dar lugar a alegato alguno.

—Sharien —murmuró mordiéndose el labio inferior—. Lo lamento tanto…

No debes intervenir, Baalat Gebal. No puedes hacerlo.

Dama de Gebal, Señora de Biblos, hacía tanto tiempo que no oía ese título en boca de otro ser.

—Lo sé, Sharien —asintió con un profundo suspiro—. Seguiré siendo una silenciosa espectadora hasta el momento en que mi presencia sea requerida.

Así lo haría, no podía permitirse fallarle otra vez, así perdiese lo que llevaba siglos anhelando encontrar, le devolvería a Sharien su libertad.

Aria dejó su solitaria habitación con un peso en el pecho mayor del que había tenido días atrás. La desesperación empezaba a abrirse paso en su alma, los días iban pasando y no había conseguido nada excepto hacer que Lyon se empecinara aún más en mantenerse alejado de ella.

Tras su encuentro en la ducha, había llegado a pensar que su plan después de todo podía no ser tan descabellado.

Él le gustaba. No había duda de ello, cualquiera con ojos en la cara encontraría atractivo a un hombre como él.

Lo deseaba. Si los sueños eróticos y las fantasías que poblaban su mente con él como protagonista eran indicativo de algo, era de que le encantaría hacerlas realidad en sus brazos.

Y él no le era indiferente. O eso, o su polla se alegraba de verla cada vez que se encontraban, especialmente si escaseaba la ropa, o llevaba lencería provocativa. Y la había llevado, cosas que no se habría puesto jamás en la vida, habían lucido en su cuerpo durante los últimos cinco malditos días. ¿Y total para qué? Para nada, porque su marido huía como una comadreja en cuanto se veía atrapado.

El aire puro de Central Park la recibió y le permitió huir de la sofocante tensión que existía en el edificio y principalmente en su apartamento, las miradas de los guardianes y sus respectivas compañeras habían dejado perfectamente claro que estaban al tanto, si no de todo, de buena parte y Aria odiaba que la compadecieran.

Suspirando miró a su alrededor, la gente había elegido aquel soleado día del mes de Marzo para pasear, hacer footing o simplemente montar en bici, todos parecían a gusto con sus respectivas vidas, felices, ajenos completamente a sus problemas y a la vida que le había tocado vivir.

Su mirada se topó con una pareja de edad que acompañaban a una niña pequeña, la forma en la que ella reía y corría hacia el hombre le recordó a su propio abuelo y la tristeza volvió a apoderarse de ella.

Había cometido muchos errores a lo largo de su vida, pero el marcharse después de su primer infarto había sido el que estaba pagando con creces. El dolor y la amargura que sentía hacia sí misma por haber perdido aquellos años con él no hacían sino aumentar con cada nuevo paso que daba. No importaba que él hubiese comprendido sus motivos, que ese hubiese sido su destino, tal y como le había dicho en las últimas horas que pasó años después al lado de su moribundo lecho en el hospital, Aria le había fallado entonces y volvía a fallarle ahora.

—No permitas que esto acabe contigo. —Le había dicho durante su convalecencia, su respiración había sido superficial y su estado delicado—. Lucha, Aria, tienes la fuerza y el coraje suficiente para seguir adelante y sobrevivir a cualquier cosa que se atraviese en tu camino. No permitas que los dioses dicten tus pasos, haz tu propio camino.

En aquel momento no había entendido a que se refería, todo en lo que había pensado, por lo que había rogado y llorado, era en que se pusiese bien y dejase aquella cama.

Un deseo que nunca se hizo realidad.

—Ya no sé qué hacer —murmuró alzando la mirada hacia el cielo, contemplando las esponjosas nubes—. He intentado todo para que se fije en mí, me he ofrecido como jamás lo hice con ningún hombre, pero jamás ha aceptado la oferta, ni siquiera el desafío.

Y lo había hecho, desde aquel glorioso momento en la ducha, ella le había salido al paso en cada ocasión. Los dos primeros días habían sido exasperantes y muy frustrantes, si bien conseguía acercarse lo suficiente y penetrar su dura coraza, Lyon la hacía a un lado con frías y cortantes palabras que simplemente pasaba por alto para planear su siguiente estrategia.

Entonces el día siguiente a eso, el tercero según su cuenta, Lyon no asomó la nariz hasta bien entrada la noche. Prácticamente se infiltró en su propia casa como un ladrón, como si quisiera evitarla a toda costa.

No lo había logrado.

Aria le había estado esperando sobre la cama, vestida con un conjunto de lencería rojo fuego con puntillas negras que dejaba bastante poco a la imaginación. Un coqueto liguero sostenía unas medias de rejilla ancladas a sus muslos, incluso se había puesto unos zapatos negros para completar el conjunto, pero esperarle despierta había sido un poco complicado pasadas las tres de la madrugada.

Sabía que su marido había estado en la misma habitación que ella porque la había metido dentro de la cama y arropado. Todavía tenía la duda de si las caricias que había sentido sobre su piel, el suave beso en sus labios era producto de otra de sus fantasías o había sido real.

Lo que sí, a la mañana siguiente se había despertado nuevamente sola.

La cuarta noche no fue mucho mejor, si bien esta vez sí había conseguido mantenerse despierta, la mirada depredadora que había deslizado por su cuerpo desnudo, envuelto con tan solo la sábana que había dejado en la cama, no pareció ser suficiente invitación para que se uniese a ella. Ni siquiera cuando, con un movimiento estudiado, fingiendo somnolencia, había dejado caer la sábana hasta su regazo y se había incorporado de forma sensual y perezosa, permitiéndole una generosa vista de sus pechos desnudos. Un momento en el que había tenido que luchar con el sonrojo que insistía en incendiar sus mejillas y el nerviosismo que la hacía temblar por dentro.

—Tápate o cogerás frío —le había dicho mirándola a los ojos, antes de dar media vuelta y salir por la puerta con un seco—. Buenas noches, Ariadna.

Aquellas palabras se habían quedado grabadas a fuego en su mente, su abierto rechazo la había hecho sentirse pequeña, insignificante, sucia. Sus lágrimas habían quedado ahogadas bajo el chorro del agua después de que su piel hubiese adquirido un tono rosado al restregarla con la esponja.

Y anoche, bueno, lo de una ducha para dos no había resultado ser tan erótico como lo había imaginado. La experiencia había resultado tan humillante como las anteriores, de nada le había valido meterse desnuda en la ducha cuando él se estaba bañando, ni fingir tropezar para apretar su cuerpo femenino contra el suyo. Lyon se había limitado a terminar de enjuagarse el pelo y el resto del cuerpo antes de salir de la ducha, envolverse en una toalla y dejarla con un seco:

—Ya puedes utilizar la ducha si gustas.

La única satisfacción que había tenido Aria había sido ver como su miembro se endurecía bajo su tacto, una considerable erección que ni siquiera la maldita toalla que se había envuelto alrededor de las caderas había conseguido ocultar.

Ese hombre era un témpano de hielo, o eso, o tenía un control sobre sí mismo que ya quisiera ella.

Sacudiendo la cabeza para hacer a un lado las apetitosas visiones de su cuerpo desnudo bajo la misma ducha, la dureza de su húmedo cuerpo contra la blandura del suyo se dejó caer en un banco vacío y escondió el rostro entre las manos.

Ya no podía más, sabía que si volvía a rechazarla una sola vez más se vendría abajo y Aria jamás había llorado delante de ningún hombre, y no pensaba hacerlo ahora.

CAPÍTULO 19

Lyon se deslizó en uno de los taburetes libres en la barra, como cada jueves por la noche, el local se llenaba de gente que venía a ver la actuación de la noche, o simplemente quería distraerse y pasar un rato en buena compañía. Un rápido vistazo alrededor de la sala y ubicó a sus compañeros. Keily se movía entre las mesas sirviendo consumiciones, Jaek, como siempre, estaba detrás de la barra y la Pareja del Año se hacía arrumacos en uno de los reservados, solo faltaban el Cazador y su esposa para que el grupo de psicóticos anónimos estuviese reunido.

Psicóticos anónimos, sonrió para sí. Últimamente le había dado por ponerle imaginativos nombre a todo el mundo, incluido el *Azote de Atila*, cuyo título honorífico se llevaba su flamante, sexy y exasperante esposa.

¡Esa mujer iba a matarlo!

Shayler no tenía la menor idea de nada, pensó recordando su conversación de esta mañana, y era mejor así o le hubiese enviado directamente con Jaek para que le hiciese un escáner cerebral por haber rechazado sistemáticamente el abierto ofrecimiento que, su voluptuosa esposa, dejaba caer en su regazo noche tras noche.

Lyon gimió, era incapaz de quitarse de la cabeza aquella sensual visión femenina tumbada sobre la cama, con la tira del tanga hundiéndose entre esos dos perfectos globos, las tiras del liguero acariciándole la parte superior de los muslos hasta esas medias irresistiblemente sexys que habían moldeado sus piernas. Por no hablar de aquellos preciosos y suculentos pechos con pezones erectos que se habían encontrado al alcance de su mano, un par de obras de arte que rechazó como un completo estúpido. Diablos, si cerraba los ojos todavía podía sentir su cuerpo mojado acariciando el suyo, piel contra piel, blandura contra dureza.

Un cuerpo que había rechazado, una mujer a la que había hecho a un lado y despreciado como si no fuese más que un trozo de carne, su maldita esposa, la única a la que no podía tener.

—Jaek, ponme un whisky, doble y sin hielo —pidió apoyando los codos en la barra para hundir la cabeza en sus manos—. Qué clase de hijo de puta soy.

—Uno verdaderamente estúpido.

Retiró la cabeza de entre sus manos lo justo para ver al irritante espécimen masculino que había acompañado a Aria durante la semana. La información había llegado a él después de escuchar de labios de la mujer de Jaek que era un gilipollas sin ojos en la cara. Sí, adoraba a las mujeres de los Guardianes, podían ser siempre tan agradables…

—No recuerdo haberte dado vela en este entierro.

Sharien esbozó una irónica sonrisa y saludó al barman con un gesto de la cabeza pidiéndole la misma consumición para él.

—En realidad, yo soy quien lo oficia —le dijo volviéndose hacia Lyon. Su mirada recorrió al hombre y soltó un bajo bufido—. Ya veo que el matrimonio te está sentando realmente bien.

—Que te jodan —escupió Lyon volviendo la mirada hacia Jaek, quien estaba sirviendo las consumiciones—. Jaek, ese whisky, ya.

El Guardián se limitó a mirarlo con ironía, diciéndole claramente que le atendería cuando llegase el momento.

—Si bien admiro tu fuerza de voluntad, no acabo de entender como rechazas un apetecible bocado, sobre todo cuando se sirve en bandeja de plata —comentó el hombre cruzando los

brazos sobre el borde de la barra—. Y cuando ese bocado en particular es una ashtarti.

Lyon desvió la mirada lentamente hacia él y arqueó una de sus cejas rubias.

—Esa ashtarti, si mal no recuerdo, es tu ahijada —respondió con goteante sarcasmo—. ¿Siempre vendes tan bien a la familia?

Sharien se encogió de hombros.

—Me limito a constatar un hecho, Guardián —respondió con despreocupación—. Conozco a Aria, sé lo insistente que puede ser cuando se le mete algo en la cabeza, y está claro que ese algo eres tú.

Él resopló y le dio la espalda, buscando nuevamente su bebida.

—¿No tienes nada mejor que hacer que susurrarme al oído como si fueses Pepito Grillo?

Sharien esbozó una mueca.

—No me siento especialmente identificado con un pequeño grillo de color verde con chaqué y chistera —aseguró agradeciendo con un gesto la bebida cuando Jaek la puso frente a él sobre un posavasos.

—Espero que no tengas intención de emborracharte esta noche, me duele la espalda como para tener que llevarte a cuestas.

Lyon alzó el dedo pulgar hacia su compañero con una amplia sonrisa.

—Que te jodan a ti también.

Él se limitó a sonreír y seguir con su ronda.

—Sin duda estás de un humor inmejorable esta noche, Guardián —continuó Sharien dando un pequeño sorbo a su bebida.

La respuesta de Lyon para el hombre fue igual a la que ofreció a su compañero de armas.

—Piérdete, Pepito Grillo.

El hombre chasqueó la lengua.

—¿Cuándo estoy disfrutando tantísimo de tu grata compañía? —se burló y volvió a dar otro sorbo a su bebida—. Creo que me quedaré.

Lyon resopló, estaba claro que aquella noche no iba a estar a gusto en ningún lado y ya que le picaba, podía rascarse a gusto contra este imbécil.

—Mira, si estás pensando en advertirme que me cortarás las piernas, harás un bolso con mis tripas, o alguna cosa ocurrente si le toco un solo pelo a tu ahijada —le respondió girando en el taburete para mirarlo—. Olvídalo. No hace falta, pienso mantenerme tan lejos de ella como sea posible.

Él esbozó una irónica sonrisa.

—Entonces es que eres más idiota de lo que había pensado en un principio —aseguró con un pequeño bufido enmascarado con la risa—. Si ella no lo deseara, pues no te digo que no me hiciera un collar con tus pelotas, pero está claro que Aria te desea y no es como si vayas a tener mucho más tiempo para estar con ella. —Eligió sus palabras con mucho cuidado, buscando crear la respuesta adecuada—. Después de todo, ella está destinada a morir… me guste o no.

Se tensó, sus dedos apretaron el vaso haciendo que sus nudillos se pusiesen blancos con el esfuerzo. El chirriar de sus dientes fue tan solo el preludio del Armagedón que anunciaron sus ojos.

—Eres un maldito hijo de puta.

Se frotó la mejilla con el pulgar de la mano que todavía sostenía el vaso y ladeo la cabeza, como si estuviese sopesando sus palabras y darle la razón o no.

—Sí, lo soy —declaró por fin—. Pero eso no cambia lo que dicta la profecía. Ella abrirá el Velo entre dimensiones, es su destino y ambos sabemos que es imposible eludir el destino.

Lyon resopló, de sus labios escapó un bufido.

—Eres un cabrón hijo de puta sin sentimientos, ¿lo sabe ella?

Sharien alzó el vaso, mirando como el líquido ambarino se movía en su interior.

—Somos como el destino nos moldea —respondió en voz baja, pensativo—. Hace mucho tiempo que aprendí a no pelearme con él. No sirve de nada, si algo tiene que ocurrir, ocurrirá igualmente, antes o después, todos acabamos jodidos.

Con un seco chasquido, Sharien se tomó el resto de la bebida de un trago y dejó el vaso sobre el posavasos para volverse finalmente hacia él.

—Aprovecha el tiempo que tengas con ella al máximo, Lyonel, porque cuando ya no esté, eso será todo lo que te quede.

Sin más, se levantó, sacó un billete de veinte dólares del bolsillo trasero del pantalón y lo dejó sobre la barra.

—Yo invito.

Lyon se quedó mirando el billete como si fuese la cosa más fascinante del mundo, cuando por fin se volvió, el hombre ya se perdía por la entrada del bar, saliendo a la calle.

—Mierda —siseó Lyon volviendo a bajar la mirada a la barra, sus ojos clavados en el líquido ambarino aunque su mente estuviese en otro lugar.

Aria se había convertido en su obsesión, lo sabía. Sus ojos castaños, el largo pelo negro que se ondulaba rozando su espalda. La suavidad de su piel, la textura y el sabor de sus labios le perseguían sin descanso, el recuerdo de su cuerpo contra el suyo le acechaba sin tregua manteniéndolo en un estado de excitación constante. Deseaba hacerla suya, poseerla, marcarla como ningún hombre la hubiese marcado, y esa misma necesidad le empujaba a mantenerse alejado de ella. Él mejor que nadie sabía que el destino aguardaba a la vuelta de la esquina, agazapado, esperando poder realizarse, hiciese lo que hiciese, sabía que si su destino era abrir el Velo, lo haría de un modo u otro.

La idea de su muerte le enfurecía. Ella no podía morir, no cuando ni siquiera había empezado a vivir realmente. Lo había visto, él mismo se reconoció en ella, Aria guardaba secretos que la estaban destrozando por dentro, si bien era una adolescente comparada con él, el arrepentimiento que yacía en su interior le era conocido. Una niña, una hermosa y voluble mujer que se enfrentó no solo a él si no a su Juez, la única que le tenía contra las cuerdas una y otra vez durante las últimas interminables noches, su más ferviente deseo.

—¿Por qué tiene que ser tan jodidamente difícil? —masculló en voz baja.

Ashtart fue muy clara en sus palabras, había conseguido ver más allá de su caparazón, de su alma, llegando al mismísimo corazón. Él era el Guardián de la ashtarti, aquel que la conduciría a su destino, el único que podía evitar que se la arrebatasen.

Se tensó, su mirada se clavó en su propio reflejo creado por el espejo que había tras las botellas. La intensidad que vio en sus ojos, el desafío y el afán de posesión lo asustaron. ¿Cuándo se había convertido ella en algo suyo? ¿Cuándo había sido algo más que una carga, alguien que había prometido proteger?

—Maldita sea —siseó dejando su asiento.

—¿Lyon? —lo llamó Jaek, pero él no escuchó, ni siquiera se giró, en su mente solo penetró una respuesta que no había pedido.

El destino siempre sale a nuestro encuentro, lo queramos o no, Lyon.

Su mirada febril recorrió el local hasta encontrar a la dueña de aquella voz, quien con un ligero asentimiento de cabeza, le pidió nuevamente perdón por su previa interferencia.

—No puedo verla morir —musitó en voz alta.

Aria se había convertido en un verdadero incordio, en tan solo una semana esa mujer había derribado cada una de sus defensas. Ella no estuvo jamás en sus planes, pero ahora que formaba parte de ese enredo, no permitiría que se la arrebatasen, no si eso significaba entregarla a su propia muerte.

Sin dar explicación alguna a su comportamiento, cruzó a zancadas el local directo a la puerta.

Jaek, quien se había quedado con las manos apoyadas en la barra observando su rápida partida se volvió hacia su esposa, que venía a dejar una nueva bandeja con vasos vacíos.

—¿Qué mosca le ha picado? —preguntó Keily mirando en la misma dirección.

—No lo sé —negó, su mirada voló entonces hacia el reservado en el que estaban sus dos compañeros.

Shayler se había quedado mirando también hacia la puerta, mientras Dryah se levantaba y le pedía paso. Él se levantó, acompañando a su esposa hacia la barra del bar.

—¿Qué demonios ha pasado aquí? —preguntó nada más reunirse con Jaek y Keily.

Dryah fue la única que tuvo respuesta.

—Lo que tenía que pasar —aseguró con voz suave y tranquila—. Nada más y nada menos, que lo que tenía que pasar.

La carpeta se había caído al suelo, esparciendo las páginas que estaban ya encima de la mesa auxiliar del salón. Viejas fotos acompañaban a algunos documentos, una de ellas estaba gastada, retorcida en los bordes y con una marca de haber sido doblada varias veces marcando su interior. Era la misma foto que llevaba consigo desde hacía un año, una instantánea tomada a distancia en la casa que había alquilado su abuelo mientras estaba en Jbeil, su primera toma de contacto con Lyon. Su rostro, su apostura, la forma en que mantenía los hombros erguidos, nada había cambiado en él desde esa foto tomada casi catorce años atrás.

Su Guardián, su marido, el hombre cuya enigmática existencia había propiciado el primer infarto del profesor Mortimer Collins y había influido de manera definitiva en la más importante de las decisiones de Aria. Y todo ello, sin estar jamás presente.

—No es justo —musitó parpadeando varias veces para alejar las lágrimas que amenazaban con desbordarla, que la ahogaban.

A su lado descansaba una vieja carpeta amarillenta que contenía el borrador del primer testamento de su abuelo, aquel que fue redactado cuando ella era apenas una niña, el que encontró un par de semanas antes de ir a la universidad y derivó en un sinfín de problemas.

Una solitaria lágrima cayó sobre la gastada superficie uniéndose a las muchas que había derramado en los años anteriores. Aquello, más que ninguna otra cosa, era lo que la había impulsado a enfrentarse con el viejo y romper los lazos que la unían a él, lo que hizo que supiese de la existencia de Lyon mucho antes de lo que confesó a todo el mundo.

Una lágrima siguió a otra, y esta a otra más. Cuando quiso darse cuenta sus ojos se habían inundado como preludio del llanto.

—¿Ariadna?

Se sorprendió al escuchar la voz masculina seguida del sonido de la puerta al cerrarse. Rápidamente se secó las lágrimas, restregando las manos sobre las mejillas. Pese a todo, los papeles que seguían sobre la mesa seguían borrosos para su húmeda mirada.

—¡No entres! —Se encontró gritándole mientras sus manos borraban las húmedas huellas

en su rostro.

—¿Qué no entre? —Oyó su irónica respuesta mucho más cerca de la puerta de la sala—. Hasta dónde yo sé, esta es mi casa.

Ahogando una maldición en voz baja, le dio la espalda, el pelo suelto le caía como una cortina y le ocultaba el rostro. No permitiría que la viese llorar.

—Para… para las veces que… te… te detienes en ella. —Se obligó a mantener el tono firme, pero la voz le fallaba.

Lyon había llegado ya a la entrada del salón, las luces estaban apagadas a excepción de la lámpara situada junto al sofá y la televisión, la cual emitía un programa cualquiera. Sobre la mesa auxiliar había varias carpetas, viejos documentos y amarillentos folios desperdigados sin orden ni concierto sobre la superficie de madera y otros a los pies de la mujer.

—Sí, bueno, las escrituras siguen estando a mi nombre —respondió entrando en el salón —. ¿Puedo esperar que esta vez tengas algo más que tus palabras afiladas como vestimenta?

Ella se frotó la nariz y sorbió suavemente.

—Estoy en pijama, si eso es suficiente ropa para ti —respondió acariciando el pantalón de felpa que se había puesto.

Lyon frunció el ceño al escuchar el tono roto en su voz, algo que no era normal en ella. Al menos, esta vez estaba todo lo decentemente vestida que podía, con un pantalón de pijama largo y una camiseta de tiras que marcaba sus llenos pechos.

—¿Has estado llorando? —Las palabras escaparon de su boca antes de poder detenerlas. Era obvio que algo no iba del todo bien con ella.

—No —respondió. La declaración fue lo suficientemente brusca y rasgada como para que se diese cuenta de que mentía—. ¿Qué haces aquí? Te hacía huyendo como una comadreja… al igual que anoche.

Dada la hora había supuesto que ni siquiera subiría al apartamento, puesto que se había pasado la semana durmiendo en el sofá de la sala de estar del bufete.

Lyon puso los ojos en blanco ante la comparativa, aunque no podía decir nada, ya que prácticamente fue lo que había hecho. En realidad, debería estar haciendo lo mismo ahora mismo, pero algo en ella le mantenía allí. Si bien no contaba con la empatía de Shayler, era consciente de la tensión en el cuerpo femenino, así como de los casi imperceptibles temblores que la recorrían.

—¿Ariadna? —Pronunció su nombre con suavidad—. ¿Ha ocurrido algo?

Ella dejó escapar un pequeño bufido mitad risa.

—¿Además del hecho de haber destrozado mi propia vida? ¿De qué lo poco que me queda se apagará en pocos días? No Lyon, no ha ocurrido nada —dijo con marcado sarcasmo—. Nada de lo que pase ahora puede empeorar lo que yo misma eché a perder.

La angustiada declaración de la mujer lo llevó a acercarse a ella y apartarle el pelo para verle el rostro, el cual encontró colorado y húmedo por las lágrimas. Ella se apartó de su contacto echándose hacia atrás como si le quemara, sus ojos marrones brillaban por las lágrimas que contenían y la hostilidad que pretendía enmascarar a la desesperación.

—Me voy a la cama —le informó. Se levantó del sofá y empezó a recoger los papeles—. Puedes quedarte si quieres, no te molestaré, no serviría de nada.

Lyon recogió uno de los papeles que en la prisa por juntarlos había caído a sus pies, no tenía intención de leerlo, pero cuando vio su nombre escrito, la curiosidad le llevó a echar una ojeada. Sus ojos verdes se abrieron por la sorpresa y en parte también por incredulidad, sus labios se movieron en una silenciosa maldición antes de volverse hacia Aria y señalar el papel.

—¿Tu tutor legal? —murmuró atónito por lo que parecía ser el borrador de la última voluntad del profesor, o al menos, un documento previo al verdadero testamento.

Aria se lo quitó de las manos.

—Dámelo —clamó con sequedad—. Solo es un borrador, no llegó a validarse, él lo escribió después… del primer infarto… pensaba…

La voz se le quebró, obligándola a detenerse e inspirar profundamente para evitar que las lágrimas corrieran por sus mejillas. No podía derrumbarse ahora, no delante de él.

—Está bien, Aria, déjalo salir.

La suavidad y ternura con la que le habló la sorprendió, desestabilizándola, permitiendo que un par de traicioneras lágrimas se escurrieran por su mejilla.

—No… no puedo —murmuró en respuesta, sacudiendo su oscura melena en una profunda negativa. Si se rendía, se derrumbaría allí mismo y no podía permitirse tal cosa—. Yo… todo está bien, me iré a la cama ahora. Buenas noches.

Pero Lyon no la dejó ir, cortándole el paso con un brazo.

—No me tomes por estúpido, Ariadna —la retó mirándola a los ojos—. Conozco muy bien esa expresión, la he visto demasiadas veces.

Y también había padecido el mismo dolor que ahora la roía por dentro.

Ella apretó los labios, se obligó a alzar la barbilla y mirarlo con mucha dignidad.

—¿No te has interesado en mí en toda la semana y ahora quieres qué, una charla? —le dijo en apenas un siseo—. Pues tendrá que esperar… hasta… mañana.

Lyon le quitó las carpetas y papeles que todavía sostenía contra su pecho, algunos volvieron a la mesa otros terminaron en el suelo, pero ella terminó sentada en el sofá una vez más.

—Siempre he pensado que estas horas son las mejores para una charla —le aseguró tomando asiento a su lado—. Así que empieza a hablar y no te dejes nada, tenemos toda la noche por delante.

Entonces su rostro se arrugó, sus labios comenzaron a temblar, la mujer desafiante de hacía unos minutos dio paso a una niña perdida.

—Lyonel, solo deja que me retire, por favor —suplicó en un susurro—. No… no quiero… no puedo… ¡No voy a llorar delante de ti!

Aquello lo sorprendió tanto que lo dejó sin palabras. Había escuchado esa frase anteriormente, hacía algunos años de labios de una adolescente cabezota; Sierra.

Suspirando, se giró hacia ella, posó la mano sobre la de su esposa y la miró a los ojos.

—A veces las lágrimas son necesarias, Aria —le dijo con suavidad—. Y no importa quién esté delante para verlas. Son tuyas y no deseo verte llorar.

Y era la verdad, las lágrimas de las mujeres siempre le habían puesto nervioso, no sabía cómo actuar con ellas, pero las de esta muchacha en particular, se le clavaban en el alma.

—Lyon… —Su nombre fue una súplica que apoyaron sus ojos.

Él negó con la cabeza.

—Háblame de ello —pidió apretando su mano—. Compártelo conmigo.

—No puedo —negó ella con un angustiado gesto. Estaba haciendo todo lo que podía para aguantar el llanto.

—¿Por qué no? —le preguntó, como si no le importara la respuesta.

Aria suspiró profundamente.

—Porque ha sido por mi culpa… él se ha ido, por mi culpa…

Asintiendo lentamente, le permitió tiempo para continuar si así lo deseaba.

—Cuéntamelo, compártelo conmigo —la animó—, no hay necesidad de que luches tú sola, Aria.

¿Luchar sola? Eso es lo que había estado haciendo todo el tiempo, aun cuando había conservado la más mínima esperanza de que él fuese a ella, había luchado sola por seguir adelante.

Las lágrimas se deslizaron por sus mejillas, unas tras otras, como si desearan servir de preludio a la confesión que estaba a punto de hacer Aria.

—Yo lo provoqué, Lyon. —Sus palabras surgieron por primera vez, contándoselo a alguien más que a su reflejo en el espejo—. Fue culpa mía.

Él le apartó el pelo de la cara. Ella seguía luchando por mantener la compostura, por proteger su orgullo, algo que sabía no la conduciría a ningún lado.

—¿Qué ocurrió, Aria? —insistió—. ¿Qué es lo que no puedes perdonarte?

Ella se sorprendió ante sus palabras, que supiera exactamente cuál era su dolor, su pecado.

—No eres la única que tiene un pasado que hubiese preferido olvidar, nena —le aseguró apartándole suavemente un mechón de pelo de los ojos, prendiéndolo de nuevo tras su oreja—, todos cargamos con nuestra propia losa, pero llega un momento en que es necesario dejarla atrás, aunque nunca se vaya del todo.

Ella sorbió por la nariz, se secó el rostro con las manos y posó la mirada sobre la montaña de papeles caídos.

—El primer infarto de mi abuelo —murmuró en voz baja, el dolor y el arrepentimiento goteando de cada una de sus palabras—. Yo fui la causante, por mi culpa estuvo a punto de morir.

Lyon guardó silencio, era ella la que tenía que tomar la decisión de continuar o seguir hundiéndose en sus recuerdos y en el dolor que estos le provocaban.

—Acababa de cumplir los diecisiete años, en dos semanas más me iría a la universidad. Había estado barajando varias opciones, la verdad es que no quería alejarme de mi abuelo, así que había solicitado la matrícula en Jbeil y tras algunos trámites, la había conseguido —murmuró con voz rota—. Pero entonces encontré esos papeles y… y todo cambió.

Aria recordaba aquel día como si hubiese ocurrido tan solo días atrás. Había estado preparándose para su primer curso en la universidad, tenía las maletas hechas y solo le faltaban unos documentos que sabía encontraría en el despacho de su abuelo.

—Tenía todo listo para mí próxima partida, ya tenía las maletas hechas, mis cosas en cajas, iba a mudarme al campus en menos de una semana y quería asegurarme de que tenía todo conmigo —narró en voz baja, las lágrimas seguían deslizándose por sus mejillas—. Me faltaban unos papeles que el día anterior había estado revisando en el despacho de mi abuelo y creyendo que seguirían allí, fui a buscarlos. Él solía guardarlo todo en una caja fuerte oculta tras una estantería al otro lado del despacho, pero en esa ocasión, la estantería estaba ladeada y la caja abierta. Había unos papeles tirados en el suelo y varias carpetas sobre la mesa camilla. Pensé que se habían caído, así que me agaché a recogerlos.

Se obligó a hacer un alto, podía ver como si estuviese justo allí como ocurría todo, cómo había levantado del suelo los documentos y una de las carpetas dejó escapar el borrador del testamento. Ella no supo que era hasta que al ver su nombre junto a un apellido que no era el suyo tomó la hoja y la leyó.

—Entre ellos se encontraba el borrador de lo que parecía ser la última voluntad de mi abuelo, en ella me mencionaba a mí, como Ariadna Tremayn, menor de edad, esposa por poderes de Lyonel Tremayn, el cual además sería mi tutor si a mi abuelo le ocurría algo. —Ella se

encogió, recordando la incredulidad de aquel momento, el miedo y todo lo que vino después—. Pensé que tenía que tratarse de un error, una broma. Yo no estaba casada con alguien a quien no había visto en toda mi vida, en aquel momento solo me interesaba iniciar mis clases, quizás conocer a alguien, tenía solo diecisiete años…

Alzó la cabeza, su mirada fue a parar a la televisión la cual emitía ahora un espacio publicitario, pero ella no lo veía, su mente estaba de nuevo en el pasado.

—Irrumpí en el solárium, mi abuelo había estado sentado a la mesa con Sharien, ambos sonrieron hasta que vieron mi rostro y el documento que llevaba en las manos —continuó intentando mantener un tono de voz firme—. Lo enfrenté, las acusaciones habían empezado a salir de mi boca, propias de una adolescente cuya vida empezaba a hacerse pedazos. Ni siquiera le dejé hablar, todo en lo que podía pensar era en que me había traicionado, engañado, todo mi mundo se estaba viniendo abajo y no podía entender el porqué.

Respiró profundamente, una lágrima resbaló por su barbilla cayendo sobre la piel de su mano.

—Sharien intentó contenerme, me pidió que me calmara, pero yo no escuché. Seguí gritándole y diciéndole que lo odiaba, que me había mentido y que se había apropiado de mi vida sin siquiera preguntarme. —Aria se estremeció, su voz se quebró y las lágrimas comenzaron a dar paso al llanto—. En… entonces mi abuelo… se… se levantó, me suplicó que aguardase, que me lo explicaría… pero… su… su rostro se desencajó y se agarró el brazo izquierdo… él… él no podía respirar… y yo… yo me asusté… Sharien me gritó y yo vi como el abuelo caía al suelo… cuando conseguí reaccionar pedí una ambulancia… Él había tenido un infarto y fue por mi culpa.

Aria era incapaz de dejar de llorar, no podía respirar mientras los recuerdos se agolpaban en su mente y el sentimiento de culpa emergía de ella. ¿Cuántas veces se había preguntado durante todo el tiempo que había estado en el hospital si saldría de aquella? ¿Cuántas veces se había llamado estúpida e infantil? Sabía que se había comportado como una niña, pero aquella vez también fue la última.

—No me separé de su lado durante el mes que estuvo ingresado —continuó intentando hablar a pesar de las lágrimas—. Sharien se turnó conmigo para no dejarlo nunca solo. Él intentó hablarme, explicarme pero yo no deseaba escuchar, en realidad me obligué a convencerme de que aquello no había sucedido, que todo el asunto del matrimonio no era real.

Y así había seguido durante los años posteriores, hasta que él murió y le dejó una herencia que no podía ignorar.

—El mismo día en que le dieron el alta, fue el mismo en el que me marché a la universidad y corté todo vínculo con el único pariente que me quedaba. No volví a casa por las fiestas, ni en vacaciones. Empecé a trabajar para pagarme la carrera por que no deseaba nada de él, rechacé sus llamadas, sus cartas hasta que dejó de enviarlas —musitó, luchando por recuperar el control—. Con Sharien no tuve tanta suerte. Él se negó a alejarse de mí, tuve que escuchar sus discursos, su insistencia en que hablase con mi abuelo, pero mi testarudez al parecer es hereditaria, pues no di el brazo a torcer.

Lyon, que hasta el momento había permanecido en silencio a su lado, se permitió interrumpirla.

—¿Cuándo volviste a verlo? El abogado con el que me encontré me comentó que había muerto un año después de sufrir un infarto, pero si tú tenías entonces diecisiete años…

Ella asintió, volvió a pasarse la mano por el rostro y alzó la mirada hacia la de Lyon.

—Ese fue el primer infarto, hace un año tuvo el segundo, el que acabó con su vida —respondió lentamente—. Sharien me llamó para decirme lo que había ocurrido, así que tomé el

primer avión desde Londres y me presenté en el hospital, apenas un par de días antes de que muriese.

Negó con la cabeza.

—Pasé casi seis años lejos de casa, Lyon, lejos de la única familia que tenía —murmuró luchando con la inestabilidad de su voz—. Volví justo a tiempo para oírle pedirme perdón una vez más por todo lo que me había hecho, por no haber conseguido encontrar la manera de mantenerme con vida. Me suplicó que buscase al Guardián. Sus palabras para mí no tenían sentido, pensé que se trataban de delirios provocados por la enfermedad, la medicación, qué se yo. No supe que quería decir con ello hasta que Sharien me hizo entrega tras la lectura del testamento de la carpeta que contenía mi historia, las pruebas de que esta era real, así como todo lo referente a ti y a los Guardianes Universales.

Lyon se le quedó mirando durante unos instantes, intentando entender lo que acababa de explicarle.

—Sabías que estabas casada conmigo desde… antes.

Ella se limpió una vez más las lágrimas que surcaban su barbilla y asintió.

—Sabía que me habían casado, que el nombre de mi marido era Lyonel Tremayn, pero nada más. No fue hasta que vi por primera vez esa vieja foto que pude ponerle cara a tu nombre —le explicó intentando serenarse—. Y luego estaba el tema de la edad, se suponía que esta foto fue sacada hace catorce años, lo que te convertía prácticamente en alguien de edad como para ser mi padre.

Él hizo una mueca, pero asintió.

—Concedido —asintió, entonces la miró—. Yo no supe nada de ti hasta hace una semana, ni siquiera sabía que Mortimer tenía una nieta.

Ella asintió.

—Lo sé —aceptó con un profundo suspiro, entonces se apartó y empezó a recoger los documentos y papeles esparcidos sobre la mesa—. Sé lo que soy, sé que puedo ser exasperante y hacerle perder la paciencia hasta a los muertos. Sé que él no deseaba este destino para mí. Intentó evitarlo, pero al ver que no podía trató de hacerme comprender el porqué de sus acciones, ¿pero le escuché? No. Ni siquiera pude decirle que lo sentía, que era yo la que estaba equivocada. Le di la espalda durante gran parte de mi vida, nunca volví cuando Sharien me lo imploró, a pesar de que sabía que yo era todo lo que tenía, deseaba castigarle, que sufriera como estaba sufriendo yo.

Lyon no dijo nada, volvió a guardar silencio, escuchándola.

—¿Sabes lo que es ver como tus amigas y compañeras tienen pareja y tú estás sola? ¿Lo que se siente el saber que hay alguien a quien perteneces, alguien para ti, que tendría que estar a tu lado y que jamás aparecía? Deseé con todas mis fuerzas que no existieras, hice todo lo posible por salir con cualquier hombre como si tú no existieras…

—Aria, te lo juro, no sabía de tu existencia.

Ella negó con la cabeza.

—Sé que no sabías de mí, Lyon, tú no tienes la culpa, pero eso no evita que duela y mucho —aseguró apretando los papeles entre las manos, luchando para devolverlos a su lugar—. Si las cosas hubiesen sido distintas, habría anulado el matrimonio en cuanto alcancé la mayoría de edad, o después de morir mi abuelo. Nunca he querido ser el castigo de nadie y maldita sea, Lyon, es como me siento contigo, como tú haces que me sienta. Como si fuese una lacra, algo infeccioso a lo que no quieres ni acercarte.

Su empuje inicial volvió a decaer, estaba asustada, agotada y sentía que no había una salida, que girase hacia donde girase, se encontraría con un muro.

—¿Crees que deseo esto? ¿Qué deseo este destino? ¿Formar parte de una profecía que ni siquiera entiendo? No deseo morir, me aterra —confesó conteniendo un sollozo—, y la única forma que tengo de evitarlo eres tú. Pero ni siquiera me miras, huyes de mí como si fuese un cáncer, desprecias todos mis intentos por acercarme a ti, por intentar conocerte y que me conozcas. No… ¿no soy lo suficientemente buena para ti? ¿Por eso no me deseas? Sé que es una locura, pero ya no sé qué hacer.

Resultaba tan extraño verla así, como una niña pequeña y herida, desesperada e indefensa. Una preciosa mujer estaba llorando porque pensaba que él no la deseaba, ¿estaba ciega o qué? Si se había mantenido alejado de ella era precisamente porque la deseaba lo suficiente como para no poder detenerse.

Suspiró, sus ojos encontrando los brillantes y húmedos de ella.

—Aunque debe faltarme un hervor para decir esto, te prefiero cuando maldices, cuando me enfrentas y me acosas sin piedad, cuando me gritas y desafías al mismo demonio —aceptó Lyon sin dejar de mirarla—. Eres una mujer preciosa, nena, pero…

Aria se lamió los labios, las dudas y el miedo al rechazo seguían patentes en sus ojos.

—¿Soy realmente tan mala para que ni siquiera te intereses un poquito por mí? —preguntó arrugando la nariz. Entonces bajó la mirada a la entrepierna masculina—. Sé que no te soy indiferente y desde luego, no creo que seas gay.

Lyon dio un respingo.

—Que Odín no lo permita —respondió estremeciéndose ante la sola idea. No tenía nada en contra de la homosexualidad, pero no era para él—. Me gusta demasiado el sexo femenino.

—¿Entonces por qué huyes de mí como si tuviese la peste?

Lyon suspiró.

—No se trata de ti, Aria, o sí, pero no en la forma que piensas —intentó explicarle sin hacerse él mismo un lío—. Todo esto obedece al plan de alguien, nena, esta profecía, tengo motivos para pensar que los intereses de más de un dios están puestos en ella y si te tengo…

Ella se lamió los labios.

—Evitarías mi muerte.

Lyon la miró y negó con la cabeza.

—No, Aria, no es una garantía.

Ella le miró a los ojos.

—Garantía o no… quiero estar contigo, Guardián —le aseguró ella con un bajo susurro—. Sirva de algo o no, aunque muera mañana mismo, deseo estar contigo, Lyon, te… te deseo.

Lyon se pasó una mano por el pelo con obvia desesperación.

—No hay forma de evitar que se cumpla una profecía, Aria.

Ella se lamió los labios y se acercó a él.

—En ese caso aceptaré lo que venga, pero quédate a mi lado hasta entonces —pidió—. Por favor, Lyonel.

Ya no podía resistirse más a ella.

—Vas a ser nuestra perdición, ashtarti —le aseguró apoyando la frente contra la suya—. ¿No desearte, dices? Bueno, no eres un algodón de azúcar, esposa, pero no cabe duda que sabes cómo hacerte oír.

Ella arqueó una ceja en respuesta.

—¿Con eso quieres decir que sí me estabas prestando atención? —preguntó con una tímida sonrisa.

Lyon se limitó a gruñir y capturó su boca en un hambriento beso.

—Mejor no hables —le susurró—. Solo limítate a gemir.

CAPÍTULO 20

Aria gimió ante el sabor de su boca, sus manos la moldeaban como si fuera de arcilla, acercándola al cuerpo duro y caliente. Cualquier pensamiento racional que pudiera pasar en aquellos momentos por su mente fue hecho a un lado, no quería pensar en el pasado, en las culpas y el futuro era demasiado agorero como para hacerle lugar en ese momento de pasión.

Los labios masculinos abandonaron su boca sembrando un camino de besos a lo largo de su barbilla, acariciándole el oído con la lengua, mordisqueándola tras la oreja provocándole un ligero estremecimiento de placer que salió disparado hacia su sexo, humedeciéndola. Su boca era una tortura, sus besos una condena que estaba dispuesta a padecer eternamente, haría cualquier cosa por conservar el momento, por hacerlo infinito e interminable.

Gimió de deleite cuando le acarició el cuello con la boca, pequeños besos sembrándose a lo largo de la suave columna la distraían, ni siquiera se percató cuando cambió de lugar, cubriendo su espalda con su enorme cuerpo, permitiéndose de ese modo una exploración mucho más placentera.

Sentía los pechos pesados, los pezones ya empujaban duros y anhelantes contra la tela de la camiseta, sus braguitas dentro del pantalón del pijama se humedecían por sus jugos. Estaba malditamente caliente, y él era el único culpable de ello.

—Relájate —le oyó susurrándole al oído—, no voy a salir corriendo y dejarte. Ni aunque mi vida dependiese de ello.

Lyon resbaló las manos por los hombros desnudos, acariciando la piel de sus brazos, su menudo cuerpo presionado contra el suyo era una delicia que se había estado prohibiendo y su propio cuerpo se encendía deseoso por probarla. Su erección había crecido en tiempo récord, no podía recordar una sola vez en la que esa maldita traicionera hubiese reaccionado tan rabiosamente a una mujer, el roce de las nalgas femeninas contra su dura polla le enardecía, volviéndolo desesperado por tomarla, por poseerla completamente.

Sus manos alcanzaron las frágiles muñecas, acarició la suave piel interior con los pulgares siendo recompensado enseguida por un ligero estremecimiento y un pequeño jadeo femenino que le hizo sonreír. Ella era muy sensible, increíblemente voluptuosa, su menudo cuerpo encajando perfectamente contra el suyo como si hubiese sido hecha para yacer allí. No podía dejar de tocarla, de saborearla y maldita sea si esos preciosos pechos no le llamaban como una sirena, pidiendo a gritos que los sopesara en sus manos, que probara la suave textura de sus pezones. Adoraba los pechos, podía ser un fetiche como cualquier otro, pero los de Aria habían captado totalmente su atención desde el primer momento y ella los exhibía sin problemas, enmarcándolos en esas ceñidas prendas que le habían convertido en una erección andante. Resbalando los dedos sobre sus costillas, apretando suavemente la carne que encontraba en el camino hacia su meta se concentró en mordisquearle un punto entre el hombro y el cuello, uno que hizo que ladeara la cabeza exponiéndose como una ofrenda. Ella sabía a crema, dulce y sabrosa, puro aroma a mujer y un toque de vainilla. Nunca le había gustado especialmente ese empalagoso aroma, pero a ella podía lamerla como si fuese un helado y no cansarse nunca.

Sus manos encontraron finalmente el primer premio, grandes y toscas, las manos de un hombre acostumbrado a trabajar con ellas, a empuñar una espada en tiempos de guerra ahuecaron la blanda carne, sopesándola, amasándola suavemente notando al mismo tiempo como

ella se arqueaba contra él, ofreciéndose.

Él gimió de deleite, la sensación de aquellos dos globos en sus manos era sublime, imaginaba que solo sería superada cuando pudiese posar su boca sobre los duros botones en los que se habían convertido sus pezones.

—Perfectas —murmuró con verdadero placer mientras se recreaba en el tacto de sus senos por encima de la ropa. No llevaba sujetador, algo que hacía que esas dos preciosidades encajaran en sus manos sin restricción alguna.

Ella jadeó, sus manos habían empezado a resbalar por la cadera de Lyon, y también hacia su cuello, buscando afianzarse dentro de aquel remolino de sensaciones. Su cuerpo se arqueaba invitante, derritiéndose contra él especialmente cuando tomó sus pechos en las manos y los acunó como si fueran una obra de arte.

—Son demasiado… grandes… —musitó, mordiéndose el labio inferior. Sus mejillas adquirieron un tono rosado al percatarse que lo había dicho en voz alta.

Era consciente de que sus senos eran llenos, grandes, si bien encajaban con el resto de su anatomía, en ocasiones sentía que destacaban demasiado y la gravedad no hacía mucho mejor el asunto.

Lo oyó gemir, sus manos apretando la blanda carne mientras acariciaba sus duros y sensibles pezones con los dedos. Aria tuvo que apretar los muslos y morderse el labio inferior para evitar gemir, siempre había sido muy sensible en esa zona y Lyon la estaba convirtiendo en un charco con sus caricias. Una de sus manos alcanzó la fuerte columna del cuello masculino, sus dedos se hundieron en el suave pelo y comprobaron su textura. Toda ella estaba en llamas, malditamente excitada, si ahora se le daba por parar y marcharse, haría hasta lo imposible por buscar un arma y vaciarle el cargador encima.

Ella dejó escapar el aire cuando le sintió abandonar sus pechos, pero aquello solo duró un instante, el tiempo que le llevó arrastrar sus manos de vuelta, esta vez por debajo de la camiseta. La tela no se resistió al rápido tirón que la desnudo, enrollándose sobre sus pechos, dejándola completamente expuesta a sus caricias.

Necesitaba verla, quería ver esos pechos llenando sus manos, no solo sentirlos, quería ver como los pezones se endurecían bajo sus dedos, necesitaba probarla.

Con un bajo gruñido, la volvió en sus brazos, sujetándola con las manos a ambos lados de su cadera bajó la mirada hacia la piel suave y color canela de sus senos. Su piel conservaba todavía la línea del biquini, una zona más clara que moldeaba aquello que no había estado bajo el sol.

Lyon se lamió los labios, hambriento, la empujó suavemente hacia atrás hasta que su cuerpo hizo tope con el sofá y finalmente alzó los ojos hasta encontrarse con los de ella, vibrantes y oscurecidos, llenos de deseo e incertidumbre. Era inocente, bajo todo esa fachada de mujer segura y desafiante, Aria no era más que una muchacha inocente, tierna que había tenido que aprender demasiado pronto que el mundo era un lugar para guerreros.

No pudo contenerse, sus labios entreabiertos, enrojecidos por sus besos lo llamaban. Le mordisqueó suavemente la comisura, barriendo la huella con la lengua, compartiendo breves besos que no llegaba a profundizar. La deseaba caliente, húmeda, desesperada porque así era como estaba él, como ella le había mantenido durante toda la maldita semana. Sí, iba a vengarse, de una forma tórrida y caliente, llevándola a un estado febril del que no pudiese abandonar si no era con él, se lo merecía por el incansable asedio al que le había sometido la última semana. Era incapaz de recordar las duchas frías que se había dado, las escapadas que había hecho para hundirse en las aguas del maldito fiordo, esa mujer le había puesto al borde e iba a hacer lo

mismo con ella.

Su lengua acarició una vez más el labio inferior para finalmente introducirse en su boca y saquearla a placer, sus manos encontraron las suyas subiendo por sus brazos y las retuvo, bajándolas de nuevo hasta posarlas en el respaldo del sofá, obligándola a mantenerlas allí mientras se apretaba contra ella, frotando su erección tras el pantalón contra la suave piel que la camiseta había dejado al descubierto.

—¿Lo sientes? —le susurró abandonando su boca solo para volver a darle un breve pero intenso beso—. Esto es lo que me has hecho toda la jodida semana. —Un nuevo beso, una caricia de lenguas y una firme retirada que fue acompañada por un jadeo de protesta—. ¿Tienes idea de lo fría que está el agua de un maldito fiordo?

Ella parpadeó un par de veces, incapaz de hacer otra cosa que negar lentamente con la cabeza, sus ojos oscurecidos por el deseo no dejaban de mirarle con hambre, endureciéndolo incluso más.

—Muy fría —aseguró antes de mordisquearle de nuevo los labios—. Malditamente fría.

Lyon se movió apenas lo justo para introducir el muslo entre las piernas femeninas, separándolas, sus ojos verdes buscaron nuevamente los de Aria.

—Y no sirvió de nada —concluyó bajando la mirada a los suculentos pechos que se alzaban y bajaban al ritmo de su respiración.

—Lo… siento —la oyó murmurar.

Sus ojos castaños reflejaban sus palabras, el verla morderse tímidamente el labio inferior le encendió incluso más. En cualquier momento sería capaz de estallar en llamas.

—Sí, sin duda, lo vas a sentir —murmuró él con voz ronca, sus ojos volviendo al objeto de sus deseos antes de dejarse caer hasta que los llenos senos quedaron a su altura.

Sus manos abandonaron las suyas para ahuecar las blandas masas una vez más, sus dedos encontraron los desnudos pezones y los rodearon, acariciándolos, raspándolos con sus callosos pulgares antes de encerrarlos entre el pulgar y el índice notando su dureza.

La vio morderse el labio inferior con desesperación, sus manos se aferraron al borde del respaldo del asiento intentando mantenerse inmóvil.

Sonriendo acercó la boca a uno de sus pezones, vertiendo su aliento sobre la puntiaguda carne. Sus ojos se alzaron lo justo para encontrarse con los de Aria, momento que aprovechó para decirle.

—Ahora ya puedes gemir.

Sin darle tiempo a responder se llevó el pezón a la boca, succionando suavemente, rodeándolo con la lengua, arrancando de la garganta femenina incontrolables jadeos y gemidos. Lyon la sujetó contra el sofá con una mano sobre la suave piel de la cadera femenina, allí donde empezaba la cinturilla del pantalón, su otra mano trabajaba en el otro pezón, acariciándolo, amasando su pecho mientras se amantaba como un hombre hambriento.

No pasó mucho tiempo hasta que la sintió lloriquear, temblando bajo su cuerpo, sus dedos aferrándose con fuerza contra el respaldo del sofá. Sonriendo para sí, dejó que el pezón se le deslizara de la boca y sopló la rosada carne viendo como esta se arrugaba bajo sus atenciones. La respiración de Aria se había acelerado, casi podía notar los latidos de su corazón, sus labios entreabiertos no hacían si no dejar escapar entrecortados jadeos que se vieron intensificados cuando pasó a prestarle la misma atención al otro pezón.

Le temblaban las piernas, en realidad, le temblaba todo el maldito cuerpo y su entrepierna se había convertido en un charco de humedad, su sexo latía de necesidad, un incómodo peso se había instalado en la parte baja de su tripa y amenazaba con hacerla pedazos. De su boca ya solo

escapaban inteligibles gimoteos y era incapaz de hacer nada para aliviar aquella incomodidad, Lyon no le permitía moverse. Cuando tomó el otro pezón en su boca Aria pensó que moriría allí mismo, la suave succión sobre su carne envió un relámpago de placer que se extendió directamente a su sexo, a estas alturas sus braguitas estarían empapadas.

—Lyon… por… por favor… —Se encontró gimiendo, pronunciando su nombre, pidiéndole el fin de aquella tortura.

Pero él no solo no la escuchó si no que succionó con más fuerza, arrancándole un nuevo gemido. Aria sintió como su mano dejaba el otro pecho que había estado amasando y bajaba por su costado, sus dedos acariciando su sensibilizada piel, hasta alcanzar la cintura del pantalón del pijama.

Contuvo el aliento, cerró los ojos con fuerza y se mordió el labio inferior esperando en agonía, la sola idea de sentirle allí, de sentir sus dedos acariciándola.

La lengua masculina acarició el pezón una vez más mientras sus dedos jugaban sobre el borde de la cintura del pantalón, un rápido vistazo hacia arriba le mostró a una mujer que contenía el aliento, sus mejillas arreboladas y los ojos fuertemente cerrados, casi con temor, pero… no, aquello no era posible.

Haciendo tal ridículo pensamiento a un lado deslizó la mano por el interior del pantalón, encontró la cinturilla de puntilla de sus braguitas y se sumergió en su interior, acariciando sus rizos ya húmedos hasta encontrar la recompensa que ella escondía entre sus piernas.

La vio abrir los ojos con sorpresa, la cual fue coreada con un suave jadeo de sus labios cuando le acarició los húmedos pliegues. Ella estaba empapada, sus jugos habían empapado sus braguitas y le mojaban los dedos.

—Respira, Aria —consiguió articular en voz ronca—, no he hecho más que empezar.

Volvió a tomar posesión del atrayente pezón, amamantándose de él mientras sus dedos la acariciaban, abriéndose paso entre sus pliegues, buscando aquello que sabía la haría gritar sin pudor. Uno de sus dedos incursionó más allá, hundiéndose suavemente en su lubricado canal, estaba estrecha, muy mojada y por dios que caliente, la sensación de sus paredes vaginales oprimiendo su dedo era suficientemente bueno como para hacer que se corriera. Solo podía pensar en lo bien que se sentiría si fuera su polla la que estuviese en lugar de su dedo, la forma en que ella le envolvería, apretándolo en su vaina de terciopelo.

Lyon retiró el dedo suavemente y volvió a hundirlo, lubricándola, obligándola a aceptar la intrusión, preparándola para él.

—Estás malditamente apretada, tesoro —murmuró con voz ronca—. Muy mojada y caliente.

Ella gimió en respuesta, las sensaciones se agolpaban a su alrededor amenazando con derribarlo todo, la presión en la parte baja de su vientre aumentaba exponencialmente amenazando con lanzarla directamente al orgasmo más explosivo de su vida. La mano masculina la estaba conduciendo al borde, hundiéndose cada vez un poco más, creando sensaciones increíbles hasta que pensó que no podría resistirlo más y que moriría.

—Eso es cariño, ven a mí, vamos, córrete para mí. —La animó sin dejar de penetrarla, su mirada puesta en la expresión de puro deseo de su compañera. Ella había abierto los ojos y lo miraba entre anhelante y rebasada, aquello estaba haciendo estragos en su control—. Déjate ir nena, lo necesitas y yo quiero dártelo… córrete para mí Aria.

No hubo necesidad de más estímulos, oír su voz, su nombre en sus labios fue todo lo que necesitó para tener uno de los orgasmos más explosivos de su vida, uno que su marido no dejó de intensificar moviendo cada vez más rápido el dedo alojado en su sexo, haciéndola lloriquear para

conducirla finalmente a un segundo orgasmo que no tenía nada que envidiar al primero.

Las piernas ya no la sostuvieron más, Lyon la sujetó cuando caía al suelo, apretándola contra su pecho mientras escuchaba su rápida respiración, luchando por llevar aire de nuevo a sus pulmones.

—¿Mejor? —le susurró al oído, ayudándola a incorporarse, apoyándola nuevamente contra el respaldo del sofá solo para empezar a tirar del pantalón del pijama, deslizándolo por sus caderas hasta dejarlo alrededor de sus pies. La breve braguita de color crema fue la siguiente, Lyon se la deslizó lentamente, recreándose en el suave y redondo trasero femenino, acariciando un antojo en forma de media luna que la proclamaba como la última de las ashtarti, una marca que se estaba muriendo por morder, cosa que hizo con sumo placer—. Ahora levanta los pies, tesoro.

Obedeció, tan obnubilada que no era capaz de pensar con claridad.

Lyon tiró las prendas a un lado, de pie tras ella, le acarició las nalgas, la parte trasera de los muslos y tocó una vez más la marca en forma de media luna.

Sus manos se cerraron alrededor de sus caderas solo para deslizarse hacia abajo, Aria se giró todavía mareada por los previos orgasmos para verlo admirando su trasero, un suave sonrojo tiñó sus mejillas.

—¿Lyon? —murmuró su nombre con incertidumbre. Él no podía estar pensando en… ¿verdad?

El hombre encontró su mirada, le dedicó un guiño y le respondió.

—Sujétate al sofá, pequeña.

Su rostro se encendió como una granada, la cabeza empezó a sacudirse en un movimiento negativo, ya estaba incluso girándose cuando las manos de su marido la sujetaron de la cadera, manteniéndola inmóvil, antes de tirar de ella hacia sí, separarle las piernas con un seco golpe del pie y hundirse de rodillas en el suelo para poder degustarla a placer.

—Oh, señor…

Aria se aferró con ambas manos al respaldo del sofá, no podría jurarlo pero creía incluso que había clavado las uñas cuando sintió el cálido aliento de la boca masculina cerniéndose sobre su sexo. Su lengua la lamió una vez, dos, haciéndola dar un respingo, intuía que de no ser por las manos que la mantenían inmóvil habría saltado hasta el techo.

—Lyon… no… espera… —suplicó entre breves jadeos.

Pero él no se detuvo, sino que volvió a lamerla, recogiendo sus jugos con la lengua, saboreándola, bebiendo de su sexo como un hombre sediento… ¡Y qué bien sabía! Su dulzura se mezclaba con el sabor salobre de sus jugos, su aroma a mujer y excitación le estaba volviendo loco. Su polla palpitaba con rabiosa necesidad en el confinamiento de sus pantalones, necesitando liberación, pero todavía no, no hasta que ella estuviese tan desesperada como lo había conducido a él a lo largo de la semana. No era tan cruel como para dejarla anhelante e insatisfecha, Aria era dulce a pesar de su fachada de autocontrol y mujer decidida, tenía una fragilidad que no se permitía mostrar y no iba a explotarla en su propio beneficio, ni siquiera por mucho que se mereciera probar un poco de su propia medicina.

Pero para qué engañarse, la realidad es que la deseaba rabiosamente, necesitaba hundirse en ella, montarla fuerte y rápido, hacer que suplicara por más, por correrse solo para mantenerla al borde permitiendo que se relajara solo para volver a excitarla una vez más, la deseaba loca de pasión, necesitada y desesperada, así era como deseaba a esta mujer.

—Lyon… oh señor…

Él sonrió al escuchar sus suplicas, su cabeza cabía caído hacia delante, el pelo negro

ocultándole el rostro como una cortina, sus pechos se bamboleaban, rozándose contra el respaldo del sofá, aumentando el placer que la recorría.

Nunca se cansaría de su sabor, lo sabía y ello lo ponía en peligro, tenía que saciarse de ella, sacarla de su organismo, la necesidad que sentía por su cercanía no le haría ningún bien, ella era su ashtarti, nada más y nada menos, la mujer a la que debía custodiar… Y a la que estaba jodiendo con sumo placer. ¿A quién quería engañar?

Su lengua acarició una vez más sus pliegues antes de incursionar en su interior, lamiéndola, succionándola, chupándola con hambre, su sabor y gemidos aumentando su propia necesidad, no podía esperar más, la necesitaba, quería estar dentro de ella, follarla hasta grabársela en la piel, hasta que no existiera para ella nadie que no fuese él.

—No… no puedo… Lyon… me… voy a… —gimió luchando contra el orgasmo—. Por favor… no si…

Pero él una vez más hizo caso omiso de su petición y la tomó con más ímpetu, amamantándose de su sexo hasta alcanzar la meta que había estado buscando, el cuerpo femenino empezó a estremecerse y ella se corrió una vez más con un pequeño grito desesperado.

Lamiéndose los labios, saboreando los últimos restos de su orgasmo, se llevó las manos al pantalón, desabrochándose los vaqueros y bajando la cremallera lo suficiente para que su erección se liberara por fin de su confinamiento. Estaba hinchado, grande, sentía las pelotas pesadas y apretadas, la necesitaba, necesitaba dolorosamente hundirse en ella.

Suavemente le acarició la espalda, ella se había dejado caer contra el asiento, incapaz de sostenerse por más tiempo, sus pechos se apoyaban contra el respaldo mientras ella jadeaba intentando recuperar el aire. Bajo sus caricias volvió a estremecerse, gimió al sentir los dedos masculinos rozándole el contorno de los pechos, la suave piel de su tripa y finalmente las nalgas. Lyon la observó, maravillándose de su belleza, de sus curvas llenas, caderas anchas y muslos rellenitos, le gustaba muchísimo, era el tipo de mujer que prefería, una mujer que podría encargarse de él sin miedo a romperse.

Sus manos resbalaron por sus muslos acariciándole la parte interior un instante antes de acariciar su sexo con los dedos haciendo que ella se estremeciera. Suavemente se inclinó sobre ella, su sexo rozándose contra las desnudas nalgas mientras dejaba un sendero de besos desde el inicio de su columna hasta el final, sus manos encontraron sus pechos y los acunaron, empezando a excitarla una vez más. Su cuerpo la cubrió desde atrás como una cuchara, encajando perfectamente, blandura contra dureza, suavidad contra fuerza.

—Te deseo, nena —le susurró al oído y frotó su gruesa polla contra las nalgas desnudas—, esto es lo que has estado provocando en mí durante toda la semana. Es lo que estabas buscando obtener, ¿no es así?

A ella se le secó la boca, aquello que se rozaba contra sus nalgas no podía ser… oh sí, sí lo era. Señor, pensó con un jadeo, lo deseaba, estaba malditamente caliente para él, mojada pero… ¿sería suficiente? Cuando había comenzado con su plan había estado dispuesta a llegar al final, Lyon había resultado ser un hombre realmente impresionante y enorme, pero ella había seguido adelante, segura… ¿Por qué vacilaba ahora?

—Lyon —susurró su nombre.

¿Una invitación, un ruego? No estaba segura, pero él no le permitió más tiempo para pensar en ello.

—Estoy aquí, tesoro —le susurró en respuesta, acariciándola una última vez antes de conducir la punta de su erección a la entrada femenina, jugando con ella, empapándose con sus jugos—. Me tendrás justo aquí.

Empujó suavemente, su polla abriéndose camino fácilmente a través de su lubricado canal, tomándola poco a poco. Aria empezó a tensarse a su alrededor, de sus labios escapó un sorprendido jadeo, pero no se detuvo si no que empujó hasta el final, empalándose completamente en ella para quedarse mortalmente quieto al final.

Señor, no. Lo que había atravesado no podía ser.

—Mierda —masculló en voz baja al tiempo que empezaba a retirarse de ella—. Maldita sea, Aria, por qué…

—Estoy… bien —articuló ella entre los apretados dientes—. Solo… no te muevas todavía.

Era virgen. Su maldita y condenada esposa era virgen.

Siseando, luchó contra la necesidad de moverse en su interior. Se sentía tan malditamente bien que era toda una hazaña el no empujar. Deslizó la mano entre sus cuerpos, buscando la perla oculta en su sexo para acariciarla, su boca cubrió la base de su cuello una vez más, besándola, acariciándola suavemente y con ternura. Lyon sintió como poco a poco el cuerpo femenino se relajaba bajo el asalto a su clítoris, sus jadeos volvieron y empezó a moverse, suave y lento al principio, permitiéndole acostumbrarse a su tamaño y al acto que ahora entendía era extraño para ella.

—Lyon —gimió arqueando la espalda.

Él la envolvió por la cintura, atrayéndola más cerca, poseyéndola, buscó su boca y la besó, sus lenguas emparejándose como lo estaban haciendo sus cuerpos.

—Suave, tesoro, suave —le susurró, intentando inculcarse aquella orden a sí mismo, pero sus caderas parecían tener vida propia—. Respira profundamente, relájate, así, eso es… déjame… entrar…

—Oh, dios mío —gimió sobrepasada por toda una enorme gama de sensaciones que crecían en su interior. Su miembro la llenaba, colmándola, la hacía sentirse tan completa que la asustaba.

—Ven a mí una vez más, Aria —le susurró besándola tras la oreja, su voz entrecortada, jadeante por el esfuerzo—, quiero sentir como te derramas sobre mí, quiero oírte gritar de placer una vez más.

Ella sacudió la cabeza, los jadeos se hacían cada vez más intensos animándolo a penetrarla más rápido, más fuerte.

—Señor… Aria, sí… nena, ven a mí —suplicó una vez más—, córrete para mí, bebé, te prometo que estaré justo aquí para cogerte.

Ella gimió, su cuerpo sacudiéndose por las embestidas, su sexo apretándose en torno al de Lyon, exprimiéndolo, buscando ordeñarlo. Las sensaciones se magnificaban, el dolor no había sido más que un momento fugaz, ahora todo lo que deseaba es que siguiera moviéndose, que no se detuviese. Lo necesitaba, casi podía acariciarlo y finalmente explotó una vez más.

—¡Lyon! —Gritó su nombre presa de la vorágine de un nuevo orgasmo que logró que la visión oscura tras sus cerrados párpados se convirtiese en un caleidoscopio de color.

Un ronco gruñido brotó de la garganta masculina unas cuantas embestidas después, uniéndose a ella en su propio orgasmo.

Jadeante y agotada, Aria dejó que su cuerpo se deslizara contra el de Lyon, quien la abrazó mientras intentaba recuperar su propia respiración.

—Voy… a… matarte —declaró él entre jadeos.

Ella luchó por abrir los ojos, sus labios estirándose en una tímida sonrisa.

—¿No es lo… que acabas… de hacer?

Bajó la boca sobre la de ella, besándola, enlazando su lengua con la de ella una vez más

con primaria necesidad antes de separarse y posar la frente contra la suya.

—¿Por qué no me lo dijiste?

Ella se lamió los labios.

—¿Habría cambiado algo?

Lyon bufó. No, nada habría cambiado, aunque hubiese sabido que era virgen, la habría amado con la misma intensidad. Ella pareció leerle la mente, ya que sonrió y le besó suavemente en los labios.

—Entonces no tenía caso.

Gruñendo, Lyon se incorporó y la sostuvo en brazos.

—No puedes salirte siempre con la tuya, Aria —le aseguró con un nuevo gruñido.

Ella ladeó la cabeza.

—Lo siento.

Lyon suspiró.

—Ni siquiera me he quitado la ropa —resopló mirando la agotada hembra en sus brazos.

Aria se lamió los labios, sus mejillas adquirieron un intenso tono rojizo.

—Bueno, nos queda el resto de la noche, ¿no?

Lyon suspiró profundamente, sacudió la cabeza y abandonó el salón con ella en brazos.

—Sí, sin duda, voy a hacerte pagar por toda esta maldita semana —murmuró para sí mientras la conducía al dormitorio.

Aria sonrió y se acurrucó en sus brazos, no podía esperar a ver cuál era el castigo que le aguardaba en su cama.

CAPÍTULO 21

Lyon sintió el enorme poder arrastrándolo desde el sueño, había algo oscuro y antiguo en él, un sello que desconocía pero lo suficientemente poderoso como para vulnerar su voluntad y arrastrarlo a allí dónde deseaba que estuviese.

En un abrir y cerrar de ojos pasó de estar en la cama, con su saciada y agotada esposa a comparecer a los pies de un antiguo santuario. Los dos pares de columnas que presidían la entrada, el color grisáceo de las piedras y el aroma a incienso y otras especias cruzaban el umbral, en el interior un pequeño círculo en el suelo contenía el fuego de la hoguera, todo ello ubicado en un escenario que alguna vez, hacía mucho tiempo, habría sido real. Al contrario que la primera vez que había estado a los pies de aquel templo, donde la luz del día había iluminado la rutina diaria de las gentes de la época, ahora no había fantasmas, las piedras bajo sus pies eran sólidas, como nítidos eran los ecos de sus botas de combate sobre el suelo de piedra. Un rápido vistazo hacia sus manos, cubiertas por las braceras le indicó que aquel o aquella que lo hubiese convocado sabía perfectamente que era uno de los Guardianes Universales. En muy pocas ocasiones se vestía así, con las ropas ceremoniales con las que la Fuente Universal les investía. En su caso se trataba de una modalidad más elegante de su ropa favorita, pantalones multi bolsillos, camisa sin mangas, abrazaderas de cuero y sus inseparables cuchillos cruzados en sus fundas en el cinturón a su espalda. Los colores predominantes, el negro y el azul, los cuales eran comunes para todos los guardianes, a excepción del Juez Supremo y su Consorte, cuyo color negro alternaba con la plata.

Sus pasos le llevaron al centro del pequeño templo, el fuego crepitaba a sus pies, apenas una pequeña hoguera que cobró intensidad cuando trató de rodearla.

—Bueno, ya estoy aquí pero, ¿dónde están los aperitivos? —comentó en voz alta. Sus ojos verdes recorriendo la espartana sala libre de decoración.

Escuchó una suave risa procedente del otro lado de la sala, en cuya penumbra se ocultaba su anfitrión.

—Gracias por responder a mi convocatoria, Guardián —clamó una voz masculina, cuyo sonido hizo eco en la sala—. Me disculpo por no poder ofrecerte una mejor bienvenida.

Chasqueando la lengua, separó las piernas y se cruzó de brazos.

—Me conformaré siempre y cuando sepa con quien coño estoy hablando —declaró en tono aburrido—. Esta hoguerita de por medio, no me inspira confianza.

Una nueva risa, clara y masculina.

—Permíteme conservar el anonimato un poco más —argumentó la voz, esta vez más cercana. Las llamas de la hoguera crepitaron y a través de ella, Lyon tuvo la primera vislumbre de una figura humana—. De ello depende que se conserve el equilibrio y la profecía siga su curso.

Lyon entrecerró los ojos al oír la palabra profecía.

—No me gustan demasiado las profecías —argumentó el guardián—. Especialmente aquellas que tienen como fin joder con mi mujer.

Hubo un momento de silencio solo interrumpido por el crepitar del fuego.

—Toda profecía oculta un motivo, una finalidad. —La respuesta fue firme, seria—. El cómo se llegue a él, el que se cumpla cada una de las pautas, solo depende de aquellos que han

de hacerla realidad.

Lyon dio un nuevo paso hacia la derecha solo para tener que detenerse cuando las llamas de la hoguera se alzaron amenazadoras.

—Aria está bajo mi protección —clamó entre dientes—. Si alguien la amenaza, de la manera que sea…

Un nuevo acceso de las llamas le distrajo, cortando sus palabras.

—Ah, ya has asentado el reclamo sobre ella —declaró la voz. Lyon no estaba seguro, pero creyó oír satisfacción—. Has sellado su destino uniéndola al tuyo.

Lyon no sabía a qué se refería.

—¿Qué quieres decir?

El fuego bajó una vez más de intensidad.

—Ella es la última ashtarti, la elegida para levantar el Velo, la única que puede convocar al Guardián —dijo la voz—. Toda profecía tiene un comienzo, es allí donde se encuentran las raíces, el principio y el final de todo.

Frunció el ceño, aquel hombre empezaba a darle dolor de cabeza con sus acertijos.

—¿Os dan un curso de "jode con la cabeza de la gente" cuando os conceden el título de oráculo y cabrón sabelotodo o es algo de nacimiento? —masculló con obvia irritación—. No hay quien os entienda.

Un sonido parecido a una resoplante risa inundó la sala.

—Condúcela a su destino y encontrarás todas las respuestas que necesitas, Guardián —concluyó la voz masculina—. Devuelve a la ashtarti a sus orígenes y empezarás a comprender.

Antes de que pudiese hacer algún otro jocoso comentario al respecto se encontró de vuelta a las puertas del templo y en la siguiente respiración, estaba abriendo los ojos en su propio dormitorio. Las primeras luces del alba se insinuaban a través de las cortinas, un cálido cuerpo desnudo con aroma a vainilla dormía apaciblemente a su costado, la sábana se había deslizado lo suficiente para mostrar parte de su deliciosa piel y llenos pechos.

Lentamente, sin despertarla, volvió a cubrirla con la sábana. Ella había pedido piedad después del cuarto asalto en su cama, dolorida y agotada la había llevado a la ducha, dónde se habían bañado el uno al otro antes de volver a la cama y que el sueño la venciera, atrayéndolo también a él solo para ser conducido al inesperado encuentro que acababa de tener. Aria siempre había sido su responsabilidad, pero ahora, su necesidad de ella se había hecho tan grande que desafiaría a cualquiera que se atreviese a ponerse en su camino y alejarla de su lado.

Al final, tal parecía que Ashtart había terminado por salirse con la suya ya que protegería a su ashtarti hasta las últimas consecuencias.

Sharien pasó la mano por el plato de agua que le había mostrado el resultado que había estado esperando, su mirada verde se volvió entonces hacia el otro lado del templo, tras las diáfanas cortinas Ashtart dormía apaciblemente, siempre le había sorprendido que una diosa tuviese tales necesidades. Dándole la espalda a los espejos que mostraban a la diosa aquello que deseaba ver, y a él mismo, atravesó la amplia sala hasta detenerse frente a las cortinas. Apartándolas ligeramente con un par de dedos comprobó que la mujer seguía dormida, ajena al nuevo giro que había dado el destino y a los deseos del último de los sacerdotes de la orden, la adorable e ingenua beldad aguardaba el momento en que la profecía se cumpliese y ella pudiese recuperar aquello que le había sido negado tanto tiempo atrás.

Traspasó la barrera de telas y se detuvo a su lado, una solitaria lágrima se había deslizado de las brillantes pestañas femeninas y se balanceaba presta a caer de su mentón. Tiernamente se la limpió con la yema del dedo, recogió la sábana que se había desprendido del cuerpo de la mujer y la alzó, arropándola de nuevo.

—Solo un poco más, Baalat —le susurró al tiempo que apartaba un rebelde mechón de pelo de su rostro—, y ambos obtendremos lo que deseamos.

Un poco más, pensó Sharien dándole la espalda a la mujer a la que una vez dedicó su vida y la cual guardaba su lealtad, solo un poco más y la profecía se cumpliría, de una manera que ninguno de los implicados esperaba que se cumpliera.

La luz de la mañana entraba ya a través de las cortinas que cubrían las ventanas del dormitorio, Lyon echó un vistazo al reloj sobre la mesilla el cual marcaba ya las diez de la mañana. Recostado contra las almohadas acariciaba distraídamente el hombro desnudo de su esposa mientras le daba vueltas y más vueltas a la extraña convocatoria. ¿Quién demonios era ese hombre? Tenía una ligera idea de quién podía tratarse, pero sin la certeza de ello, no podía hacer nada al respecto.

Sin duda había obrado con mucha inteligencia, manteniéndose en las sombras, interfiriendo sin interferir realmente, ajeno a la profecía y al mismo tiempo siendo parte de ella.

Ella se revolvió entonces a su lado, estirándose con languidez antes de abrir unos somnolientos ojos castaños que se encontraron con los suyos.

—Um… buenos días.

Le apartó el pelo que le caía sobre el rostro.

—Buenos días —la saludó, observándola mientras se desperezaba. La sábana escurriéndose hasta dejar a la vista sus preciosos pechos—. ¿Cómo te sientes?

Ella se desperezó, estirándose para finalmente volver a acomodarse contra la cálida piel masculina, una de sus piernas montando sobre la de Lyon.

—Cansada —musitó con un bostezo—. ¿Puedo dormir otros cinco minutos?

Lyon esbozó una irónica sonrisa y deslizó la mano que había estado acariciándole el hombro hasta ahuecar uno de sus pechos.

—No —aseguró inclinándose sobre ella para besarla suavemente en los labios—. Tenemos que hablar.

Ella hizo una mueca, aquella era una frase que nunca le había gustado demasiado.

—¿Y tiene que ser justamente ahora? —ronroneó arqueándose bajo su contacto, su pezón endureciéndose bajo la mano masculina.

—He estado allí, Aria —le dijo con total seriedad—. A las puertas del templo, en la penumbra, delante de la hoguera en el centro de la sala de piedra.

Ella se quedó inmóvil, su mirada presa de la de Lyon.

—Es imposible…

Negó con la cabeza.

—De algún modo, lo imposible parece estar a la orden del día, tesoro.

Ella se incorporó, hasta quedar sentada, la sábana se escurrió hasta terminar arremolinada en su regazo.

—¿Le viste? ¿Quién es? ¿Te dijo algo?

Él alzó la mano y la posó en sus labios, silenciándola.

—Cálmate —le pidió y deslizó la mano para ahuecar su mejilla.

Ella sacudió la cabeza, una solitaria lágrima se escurría por su mejilla.

—Dime que la profecía no… no…

Lyon la contempló, sus ojos estaban tristes, había tal cantidad de esperanza en ellos.

—No vas a morir, Aria, no lo permitiré —le prometió.

Una segunda lágrima se escurrió por su mejilla.

—¿Qué… qué te dijo?

Él respiró profundamente.

—Las respuestas que buscamos, están en el lugar en el que todo ha dado comienzo.

Ella tragó saliva, su rostro palideció un poco.

—El templo de Baalat Gebal.

Asintió, su mirada recorriéndola lentamente.

—Tenemos que volver al lugar donde nació la profecía —le informó—. De un modo u otro, el final de nuestro destino, se encuentra allí.

Tomando una profunda bocanada de aire, ella asintió. Ahora no se trataba solo de lo que le pasara a ella, Lyon la acompañaría y compartiría con ella lo que estaba por venir.

—Pensamos… creí que después de anoche… algo podría cambiar —murmuró en voz baja, su mirada cayendo a la sábana—. La primera sangre fue derramada y... pensamos… yo pensé… he sido una estúpida.

Lyon se incorporó y le alzó la barbilla, obligándola a mirarla.

—¿Pensamos? —preguntó con los ojos entrecerrados—. Pensamos, ¿Quiénes?

Aria se lamió los labios. No podía mentirle cuando la verdad estaba delante de sus propias narices. Pero no deseaba que pensara que solo se había entregado a él porque erróneamente habían interpretado que la profecía podría cambiar o terminar si los términos de esta ocurrían fuera de plazo. Sharien no había estado muy convencido cuando lo había dicho, pero en ese momento ella se habría agarrado a lo que fuera. Además, después de conocer a Lyon, profecía o no, se había sentido irremediablemente atraída por él y no estaba segura de que pudiese hacerlo con cualquier otra persona, no cuando era a él a quien quería.

Mordiéndose el labio inferior se preparó para lo que posiblemente sería su siguiente Armagedón.

—Sharien pensó…

Aquello fue suficiente para hacer que el rostro de Lyon se endureciera, sus ojos se clavaran en ella con recelo y retrocediera.

—Así que ese maldito hijo de puta… —empezó a murmurar—. Por qué no me sorprende…

Ella se echó hacia delante, saliendo a su encuentro.

—Lyon, sé lo que estás pensando y no voy a mentirte —aceptó con firmeza—. Sí, intenté seducirte porque se me ocurrió que si me acostaba contigo, con mi Guardián, tal y como decía la profecía, de alguna manera podría cambiar algo. A Sharien casi le da una apoplejía la primera vez que lo sugerí, pero… era lo único que tenía verdaderamente sentido.

Ella sacudió la cabeza, dios mío, aquello sonaba peor dicho en voz alta de lo que había esperado.

—Yo… intenté decírtelo, pero tú… tú ni siquiera me mirabas, huías de mí como si tuviese la peste —aseguró bajando el tono de voz, el arrepentimiento palpable en cada palabra—. No es como si pudiese hacer que te quedases cinco minutos a mi lado para escucharme. Pero ha sido toda culpa mía, Sharien no ha hecho nada, él intentó disuadirme… hasta que se dio cuenta que es

imposible, cuando se me mete algo entre ceja y ceja… Soy terrible, lo sé.

Él la miraba sin articular una sola palabra.

—Lo siento —murmuró ella en voz baja, casi un murmullo, esperando su sentencia.

Lyon suspiró, su respuesta la sorprendió.

—Has tenido que estar muy desesperada para pensar en algo tan estúpido —le dijo con obvia ironía—. En cuanto a ese hijo de puta… mejor que no se atraviese en mi camino.

Ella le miró dolida.

—No es como si tuviese mucho más dónde elegir, dado que la profecía es bastante clara en su interpretación —le respondió recogiendo la sábana para cubrirse los senos, de repente empezaba a sentirse incómoda desnuda frente a él.

Lyon siguió sus movimientos con la mirada, entonces buscó sus ojos y preguntó con tranquilidad.

—Recítala.

Aria parpadeó varias veces.

—¿Qué?

Se inclinó hacia ella.

—La profecía —insistió—. Recita la profecía tal y como la sabes, porque la sabes de memoria, ¿no?

Sí, la sabía de memoria. Sabía cada una de las letras que la componían.

—La última de las doncellas de Ashtart yacerá en brazos del Guardián en la noche de la Siembra —empezó a recitar ella, sin apartar sus ojos de él—. Con la primera sangre, su grito alzará el velo y el pórtico al otro mundo, se abrirá una vez más. El que una vez estuvo cautivo, alcanzará la libertad y el alma que abra el velo, en su custodia perecerá.

Esbozó una irónica sonrisa.

—¿Y la interpretación que has sacado, que habéis sacado, tú y ese idiota, es que si te desvirgaba antes, se te acabarían los problemas?

Ella apretó los labios ante el tono sarcástico de su voz, sus mejillas se colorearon y deseó estar en cualquier otro lado antes que en la cama, desnuda y con él.

—Ya has dejado bastante claro que te ha molestado que no te lo dijera —refunfuñó ella apretando con más fuerza la sábana contra sus pechos.

Lyon chasqueó la lengua.

—Solo habría sido más fácil para ti, Aria, no habría influido en nada más —aceptó con un ligero encogimiento de hombros.

Ella resopló, sus ojos marrones fijándose en los de él.

—Deberías estar escupiendo fuego por la boca a la luz de los recientes descubrimientos —le dijo entrecerrando los ojos con sospecha—. ¿Por qué no lo haces?

Él respiró profundamente y se recostó contra el cabezal de la cama.

—No te equivoques, todavía quiero freír en aceite hirviendo a ese hijo de puta —aseguró pensando en Sharien y cuan conveniente había sido su encuentro en el bar. Entonces resopló y le dijo la verdad—. Ashtart me convocó unos días antes de que tu abuelo me encontrara tirado en la playa —respondió con total sinceridad—. Digamos que su encuentro fue… revelador… Ella deseaba que te protegiera… y te hiciera mía. Insistió en que no podría mantenerme alejado de ti, que me atraerías furiosamente… no se equivocó.

Ella frunció el ceño ante aquella declaración.

—¿Por qué?

Lyon se encogió de hombros.

—Imagino que por el mismo motivo por el has llegado a suponer que al perder tu virginidad conmigo, se solucionaría algo —respondió negando con la cabeza—. Sinceramente, tengo la sensación de que hay algo más en esto de lo que se ve a simple vista, pero no consigo descifrar el qué. Si lo que dijo ese hombre en el templo es cierto, todas nuestras preguntas tendrán su respuesta en un lugar.

—Baalat Gebal —respondió ella sin dudar.

Él asintió. Aria se le quedó mirando durante unos instantes, su mirada triste, apagada.

—No podremos evitar que se cumpla la profecía, ¿verdad?

Suspirando profundamente, Lyon estiró la mano y arrancó la sábana que cubría sus pechos.

—Hay muchas formas de eludir una profecía, tesoro —aseguró devorando sus senos con la mirada—. Pero el preocuparte por ello hasta enfermar, no sirve de nada.

Dicho eso resbaló la mano por debajo de su pelo acercándola a él para luego tumbarla de espaldas en la cama.

—Tengo miedo, Lyon —confesó ella.

Lyon asintió.

—Es bueno tener miedo, tesoro —le aseguró—. Evita que cometamos estupideces.

Él tomó posesión de su boca antes de que ella pudiera responder o protestar, ya habría tiempo para que pensaran en su próximo paso, después.

CAPÍTULO 22

Aria terminó de lavarse los dientes mientras observaba a su marido a través del espejo. La puerta del dormitorio estaba abierta y le permitía verlo mientras se vestía nuevamente con aquellos pantalones de múltiples bolsillos y una camiseta tanque negra bajo la camisa verde militar. Aquella mañana se había atado el pelo en una coleta baja, pero su aspecto no dejaba de ser intimidante. Ella misma había podido comprobar y acariciar todos aquellos músculos la noche anterior, los cuales dudaba mucho que fueran producto de un gimnasio, especialmente por aquellas delgadas cicatrices blanquecinas que le cubrían el bíceps derecho a la altura del codo, o la irregular cicatriz que marcaba la parte interna de sus fuertes muslos.

—¿Dónde te has hecho esas cicatrices?

La pregunta había abandonado sus labios antes de que pudiera detenerse. Sus miradas se encontraron a través del espejo. Lyon frunció el ceño como si no supiera de qué le estaba hablando.

Ella se giró, dejando el cepillo que había comprado días atrás junto al de Lyon para finalmente volver a la habitación.

—Tienes unas líneas blancas aquí —dijo señalando su propio codo—. Y en la parte interna del muslo izquierdo.

Él arqueó una ceja ante la observadora muchacha.

—Son… viejas heridas —respondió con un ligero encogimiento de hombros al tiempo que recuperaba su reloj de la mesilla—. Nada importante.

Ella se lamió los labios y se sentó al borde de los pies de la cama.

—¿Son de antes de que te convirtieras en Guardián?

Lyon se puso el reloj de pulsera y suspirando se volvió hacia ella.

—¿Qué es lo que quieres saber exactamente, Ariadna?

Ella se mordió el labio inferior, entonces se levantó caminando hacia él.

—Mi abuelo dejó escrito en sus notas que creía que eras… um… un vikingo de finales del siglo VIII pero para eso tendrías que haber nacido alrededor del 700 u 800.

La mirada verde de Lyon sostuvo la de ella durante un buen rato, considerando que decir y que callar. El haberla llevado a su cama no significaba que tuviese que compartir cada uno de sus secretos con ella.

—Nací en el año de nuestro señor 789, en la estación de la primavera en un pequeño pueblo costero de Noruega —respondió en voz llana—. No recuerdo el día exacto, pero Dryah, en su afán por buscarnos un día para celebrar nuestros cumpleaños, ya que ella tiene un pequeño problema con el tema de su nacimiento, declaró ecuánimemente, entiéndase, porque a la pequeña oráculo le dio la gana, que sería el 21 de Marzo.

Aria se le quedó mirando como si estuviese intentando asimilar la información que le había dado. Para ser sincera consigo misma, esperaba que la mandara meterse de nuevo en sus asuntos.

—El comienzo de la primavera —murmuró, como si aquello fuera lo único que realmente registró su mente.

Lyon arqueó una ceja en respuesta.

—Una ironía, sí —aceptó dándole la espalda para entrar en el vestidor y sacar un par de

botas.

—En el siglo VIII —Aria continuó sopesando la información que le había dado, la cual se le hacía realmente difícil de digerir—. Eso hace que tengas… qué… ¿más de mil doscientos años?

Ella jadeó ante la irrisible cifra.

—Jesús —murmuró dejándose caer hacia atrás sobre la cama—. Podrías ser mi tátara, tátara, tátara…

—Déjalo antes de que empiece a darte vueltas la cabeza, tesoro —le sugirió sentándose en la única silla del cuarto para calzarse—. Legalmente tengo treinta y cinco años, a punto de cumplir los treinta y seis.

Haciendo una mueca, se limitó a contemplarlo, examinándolo lentamente.

—¿Esta es la edad que tenías cuando decidiste convertirte en Guardián Universal? No… ¿no envejeces?

Lyon dejó escapar un pesado bufido.

—Me temo que no es precisamente una decisión que puedas tomar el convertirte en un Guardián Universal.

Ella ladeó la cabeza.

—No lo entiendo.

Él sacudió la cabeza.

—No hay nada que entender —declaró sin más.

Ella no quedó conforme. Sabía que lo mejor sería dejar las cosas así, su relación, por llamarlo de alguna manera era demasiado frágil para ponerla a prueba, pero su curiosidad y la necesidad de entenderle la llevaron a preguntar.

—¿Te arrepientes?

Lyon dejó pasar la pregunta. ¿Si se arrepentía de ser un Guardián Universal? ¿De no envejecer? ¿De vivir una maldita eternidad después de perder aquellos a los que quería?

—Hubo un momento en el que maldije con todas mis fuerzas al destino por brindarme la oportunidad que me brindó —aceptó en voz baja, llana—. Pero alguien me recordó que estar tirado sobre tus tripas no es precisamente hacer algo bueno con tu vida y por aquellos que te necesitan.

Lyon dejó vagar su mente a través de los recuerdos de una época que prefería olvidar la mayor parte de los días. Su vida había cambiado desde el instante en que despertó siendo Lyonel, el sencillo pescador vikingo que había sido como Einar, había muerto, sus cenizas habían volado al otro mundo con las de su familia. De la noche a la mañana se había convertido en un guerrero, un hombre que había sido despojado de todo, incluso de sus creencias para poder abrazar su nuevo papel.

Alzando la mirada hacia Aria, la vio mirándole, esperando pacientemente a que él decidiera compartir aquellos recuerdos con ella, o se los guardase una vez más para sí mismo.

—Puedes contármelo —murmuró ella en voz baja—. Si deseas hacerlo.

Lyon alzó la barbilla y dejó escapar el aire lentamente.

—Los comienzos nunca son fáciles, John se aseguró de hacérmelo saber después de abrirse paso a través del campo sembrado de cadáveres y heridos de la última contienda en la que había participado y golpearme con el pie en las costillas para decirme que me levantara, que ya había descansado bastante —declaró con cierta tirantez—. Mi primera intención fue mandarle a la mierda, pero cuando alcé la mirada para hacerlo y lo vi, le reconocí como un Guardián. Para mí fue un shock, hacía demasiado tiempo que había dejado de preocuparme el que quedase

alguno de los nuestros. Las guerras nos llevaron a pelear hermanos contra hermanos, la codicia humana todavía existente en nosotros se volvió demasiado fuerte en algunos y en un tiempo en el que solo sobrevivía el más fuerte, no mirabas contra quien levantabas tu espada. Basta decir que de los miles que fuimos en un comienzo, el número se redujo drásticamente en poco tiempo.

Todavía podía recordar al último de los suyos que había enviado al otro barrio, había sido él o el otro y no estaba por permitir que nadie se hiciera un nuevo collar con sus pelotas.

El ataque había llegado sin avisar, había sido premeditado y con toda la alevosía y sed de riquezas propias de los humanos. Habían luchado, él había resultado el ganador, y total para qué, ¿para alistarse a los pocos días en una nueva guerra sin sentido?

A la humanidad no les importaba la raza contra la que combatían, lucharían y matarían a sus esposas, hermanos o hijos si con ello pudieran obtener algo a cambio. Al final del día los campos se cubrían como siempre de sangre y muertos como lo habían estado haciendo desde que el mundo era mundo y la humanidad existía.

Él había estado cansado, agotado de toda aquella carnicería sin sentido. De nada valía el diálogo, la tierra se teñiría una vez más de color carmín dejando tras de sí la huella del pasado, gritos fantasmales que él, como uno de los más antiguos guardianes que quedaban con vida, tenía la mala suerte de revivir a través de sus poderes.

El día en que John había atravesado aquel campo de batalla, había sido el día en que Lyon, sin saberlo, había vuelto a nacer.

—¿Piensas pasarte todo el día tirado sobre tus tripas?

La voz había llegado a su espalda, con el sol de frente, todo lo que podía ver a través de los cegados ojos era una silueta oscura, cubierta por una pesada capa.

—¿Acaso hay algo mejor que deba hacer?

Él no le vio venir, antes de poder advertirlo y apartarse de un contacto no deseado, la mano del desconocido impactó contra la piel desnuda y ensangrentada de su brazo y al instante un fogonazo de escenas cruzaron a toda velocidad por su mente, sorprendiéndolos a ambos.

—Eres uno de ellos —escupió las palabras.

John se había limitado a mirarlo a los ojos al tiempo que lo agarraba por la cota de cuero y tiraba de él hasta ponerlo en pie.

—De nosotros, querrás decir —le respondió con sequedad.

Lyon escupió al suelo, a sus pies.

—Pensé que ya no quedaba ninguno más.

El hombre se limitó a encogerse de hombros.

—Considérate afortunado —añadió echando un vistazo a su alrededor, haciendo una mueca al ver toda aquella destrucción—. Podrías haber formado parte de este campo de muerte. Pobres y estúpidos humanos.

El hombre se había limitado a mirar a su alrededor con desazón.

—Difícilmente.

John le ignoró, se limitó a dar media vuelta y atravesar el campo sembrado de cadáveres. Lyon le miró y tras un instante de vacilación fue tras él.

—¿Cuántos quedan en pie?

Se volvió hacia él y le miró de arriba abajo.

—¿Contándote a ti? Uno y medio —respondió antes de volverse nuevamente hacia el camino que descendía del monasterio al embarcadero.

Lyon bufó pero no dijo nada.

—Esperaba que los hubiesen exterminado ya a todos —añadió agachándose a rescatar una

espada abandonada en el campo—. ¿Qué te ha traído por aquí, de todas formas?

Él no le respondió y siguió su camino.

—Ya veo que no eres muy hablador.

Seguía sin contestar, pero entonces se detuvo y se giró hacia él.

—Tú dejarás de serlo como no cierres el pico —le avisó tranquilamente—. Escúchame, porque solo lo diré una vez. Me importa una mierda quién eres, como has sobrevivido hasta el momento o lo que vayas a hacer en el futuro, pero eres uno de los nuestros y *Ellos* quieren reunir a los supervivientes, piensan que todavía hay una oportunidad para la humanidad.

Lyon echó un vistazo al suelo y a la colina que llevaba hasta el monasterio que había sido saqueado.

—Cuesta creerlo, después de esto —aseguró indicando lo obvio.

John le miró entonces con intensidad.

—Todavía no has visto nada —le aseguró y le indicó que le siguiera—. Vamos, tengo que volver con ella, si ha de morir, no deseo que lo haga sola.

Lyon recordaba aquellos primeros días, como John le había arrastrado con él y lo llevó hasta la joven Uras, dándole el motivo que necesitaba para continuar adelante a pesar de todo.

—John tenía una manera bastante cínica de ver las cosas en aquellos tiempos —aseguró frotándose la barbilla para finalmente levantarse y comprobar que las botas estaban lo suficientemente bien atadas—. No es que haya cambiado mucho, la verdad.

Aria le siguió con la mirada.

—John es… —preguntó.

Lyon se giró hacia ella. Sí, Aria no había llegado a conocer a John.

—Es hermano de Shayler —respondió con un ligero encogimiento de hombros—. Y actualmente está en algún sitio, haciendo alguna estupidez y no quiere que nos preocupemos por él, así que, no nos preocuparemos hasta que al cachorro acabe dándole un infarto y se produzca el fin de los tiempos.

Aria abrió la boca, a veces Lyon la desconcertaba.

—Y el cachorro es… ¿Shayler?

Él asintió.

—Premio.

Ella sacudió la cabeza, entonces preguntó.

—¿Ha merecido realmente la pena? Quiero decir, obviamente los tiempos de ahora no son los mismos que los de antes, la gente no es tan… ¿bruta?

—No te equivoques, tesoro —le respondió con profunda ironía—. Que la humanidad haya avanzado, no quiere decir que haya cambiado. Sigo pensando que acabarán yéndose a la mierda hagamos lo que hagamos. Shayler todavía sigue viendo las cosas de color rosa, pero bueno, el chico es joven y optimista. Se ha convertido en un buen líder, de no ser por él, creo que no habríamos aguantado juntos tanto tiempo. En cierto modo, él es como la cola de contacto que nos mantiene juntos, era muy joven cuando aterrizó en nuestro círculo así que acabamos por sentirnos responsables por el polluelo.

Ella arqueó una delgada ceja, su rostro mostraba absoluta ironía.

—Discúlpame, pero me cuesta mucho pensar en ese hijo de puta como un polluelo.

Lyon se rio al escuchar el tono de voz y el apelativo tan cariñoso que Aria le ponía a Shayler.

—Ya está acostumbrado, ahora simplemente nos ignora —aceptó con un profundo suspiro.

Sonriendo ante la respuesta de Lyon, dejó su asiento y caminó hacia la ventana, le gustaba las vistas que había del parque desde allí.

—Entonces, ese tal… John —respondió volviéndose a él—. ¿Fue él quien os reunió?

Asintió, su mirada recorriendo el suave cuerpo femenino enfundado en pantalones vaqueros y una ceñida blusa que acunaba su parte favorita.

—Después de mucho tiempo vagando solos por el mundo, acostumbrándonos a nuestros dones y peleando entre nosotros mismos, La Fuente decidió que era el momento de poner un alto y salvar aquellos que todavía teníamos algo de conciencia en nuestras cabezotas. John fue el mensajero, por decirlo de algún modo —aceptó Lyon, quien estaba sorprendido consigo mismo al compartir con ella toda esa información—. Los chicos pensaron que si unían a los guerreros que quedábamos y nos daban un motivo para seguir adelante, podríamos hacer algo por la humanidad. Y esa es más o menos toda la historia.

Ella asintió y posó la mano sobre el brazo masculino.

—Gracias por contármelo —le dijo e hizo una mueca—. Y por no decir que me meta en mis asuntos.

Lyon la miró.

—Sí, bueno, el problema es que ahora tus asuntos y los míos van de la mano.

Ella suspiró y negó con la cabeza.

—Quiero terminar con todo esto, Lyonel —suspiró—. Quiero que esta pesadilla termine, pero no sé cómo.

Le enmarcó el rostro entre las manos, alzándoselo, acercándola a él.

—Encontraremos la forma —le aseguró con convicción.

Ella se lamió los labios.

—¿Y si no es así?

Él fue completamente firme en su respuesta.

—Lo haremos —le aseguró bajando la boca sobre la suya—. Aunque tengamos que enfrentarnos a los mismísimos hijos de puta que han creado esta profecía, encontraremos la manera de que termine.

Ella suspiró y correspondió a su beso, permitiéndose encontrar solaz en el calor de sus brazos, el único lugar dónde se sentía realmente segura.

Shayler alzó la mirada de la tarea que estaba llevando a cabo en el ordenador cuando la puerta de su despacho se abrió dejando paso a Lyon.

—Buenos días —le saludó volviendo a su tarea—. ¿Has encontrado un nuevo hotel en el que quedarte?

Lyon puso los ojos en blanco. Shayler sabía, como todo el mundo en ese condenado edificio que había pasado la semana acampando en el sofá del despacho, así que su suposición era tan factible como cualquier otra.

Por otro lado, él no estaba de ánimos para andarse con rodeos o buscar una forma sencilla de comunicarle a su jefe sus intenciones, por lo que procedió a ser completamente sincero.

—Voy a desatar un Armagedón, así que necesito que me des vía libre.

El Juez dejó de teclear y alzó la mirada por encima de la pantalla con obvia curiosidad.

—¿De qué lado de la cama te has caído? —preguntó con cierta ironía—. O del sofá.

Lyon puso los ojos en blanco.

—Mejor no preguntes —resopló. Finalmente se acercó a la mesa y plantó las manos sobre el escritorio—. Necesito hacer algo estúpido y necesito saber que no intervendrás.

Shayler esbozó una perezosa sonrisa.

—¿Desde cuándo se me pide permiso o consejo para hacer cosas estúpidas? —se burló—. No es como si todos fuerais hombres adultos, con experiencia y una perspectiva de la vida común. La idiotez, la locura, el extremismo y algún adjetivo más que ahora no puedo precisar, están en el menú de todos los días.

Chaqueando la lengua, bajó la pantalla del portátil evitando por poco pillarle los dedos.

—Deja el sarcasmo y escúchame, cachorro, porque esto es serio.

Él se cruzó de brazos y se recostó en la silla.

—¿Has dormido con ella?

Lyon se exasperó.

—¿Qué tiene eso que ver?

Sonrió.

—Sí, lo has hecho.

Lyon bufó.

—Ahora que eres, ¿adivino?

El Juez se encogió de hombros.

—Solo constato un hecho —aseguró—. Tu humor ha mejorado, no hay tensión aparente y tus emociones vuelven a tener un diagrama plano… Recuérdame que le envíe un ramo de flores a tu mujer por obrar tal milagro.

Lyon se limitó a gruñir.

—Mejor no te acerques siquiera —le sugirió con cierto tono de advertencia—. No sé por qué, ella no siente demasiada simpatía por ti.

Él hizo una mueca.

—*Touché* —aceptó con una profunda inclinación de cabeza—. Prometo disculparme apropiadamente… en algún momento.

Lyon se pasó la mano por el rostro, el cansancio era aparente y no solamente por la ajetreada noche que había pasado con Aria.

—Esto es serio, Shayler —insistió, su tono dejando de lado cualquier broma—. Necesito que me permitas hacer las cosas a mi manera.

El Juez adoptó una expresión seria, las bromas habían quedado ya a un lado.

—No puedes enfrentarte a *Ashtart* —le recordó, una orden que no admitía discusión—. No ha cruzado la línea, lo sabes.

Lyon fijó sus ojos en los de él.

—Lo que sé es que Ariadna morirá si no hago algo —declaró con fiereza—. Y no estoy dispuesto a quedarme de brazos cruzados y ver cómo pierde la vida.

El Juez asintió.

—Es legítimo —aceptó, sus manos volando ahora hacia la mesa—. Pero tienes que entender que no podré quedarme de brazos cruzados y apartar la mirada si el Equilibrio se ve afectado de algún modo.

Lyon asintió secamente.

—Lo sé —aceptó sin más—. Pero tiene que haber alguna manera de acabar con esto sin tener que llegar al final, sin que ella tenga que pasar por lo que designa la profecía.

Shayler respondió profundamente.

—Lyon, la profecía ya no solo atañe a Ariadna, lo sabes —le recordó—.Te convertiste en

parte de esta desde que aceptaste servir a Ashtart.

El hombre hizo una mueca.

—Solo para que conste en acta, cachorro, mi lealtad no está con la diosa. —Quiso dejarlo muy claro.

El Juez ladeó la cabeza y asintió.

—Lo sé —aceptó con un profundo suspiro—. Así que, ¿qué tienes en mente?

Lyon se incorporó, satisfecho con el tácito acuerdo de su compañero.

—Volver a donde comenzó todo —le comunicó—. De alguna manera, tendremos que encontrar respuesta a todo esto y la forma de terminar con la profecía.

—Si la hay —le recordó.

Lyon frunció el ceño.

—La habrá, de un modo u otro, encontraré una maldita solución.

Shayler se recostó una vez más contra el respaldo del asiento, sus dedos cruzados a la altura del estómago, su mirada azul fija en el guerrero.

—La has reclamado —murmuró y dejó escapar un pequeño bufido enmascarado una sonrisa—. Bien, las cosas a partir de ahora se pondrán interesantes.

Lyon arqueó una ceja en respuesta.

—Realmente tienes ganas de ver sangre, ¿*huh*?

Shayler negó rápidamente y con rotundez.

—Ni loco —aceptó con total convicción—. Es solo… no sé… desde hace un tiempo tengo el presentimiento de que algo se estaba acercando, algo jodidamente grande.

Lyon ladeó la cabeza, interesado.

—¿Dryah?

El Juez negó nuevamente.

—Ella no suelta prenda, no sé si es porque no lo sabe, o porque me está ocultando alguna cosa pensando que así me protege —respondió con un ligero encogimiento de hombros—. Y la Fuente tampoco ha hecho mención alguna, de hecho, están inusualmente callados.

—Eso no me gusta.

—No, a mí tampoco —asintió con la cabeza. Entonces alzó nuevamente la mirada hacia Lyon y declaró—. Entonces, ¿cuándo tienes pensado marcharte?

Lyon no dudó en su respuesta.

—En cuanto salga por esa puerta —aseguró con un profundo suspiro—. No queda mucho tiempo para la fecha tope, si podemos suponer que el día de la Cosecha, corresponde al solsticio de primavera.

Shayler silbó.

—¿Estás seguro de ello?

La cara de Lyon lo decía todo.

—Ahora entenderás el por qué debemos partir ya —aceptó, su mirada se clavó en la de su compañero y Juez—. Pase lo que pase, estaré de su lado, Shayler.

El Juez le sostuvo la mirada y finalmente asintió con un seco movimiento de cabeza.

—Es tu mujer, tu responsabilidad —le dijo con un profundo suspiro. Entonces añadió—. Yo ya tengo suficiente con evitar el fin del mundo cada equis tiempo.

Lyon esbozó una irónica sonrisa ante la respuesta del hombre.

—Deberías acostarte más a menudo con tu esposa —le soltó—. Te vuelve más razonable.

Soltó un bufido en respuesta, pero sonrió a pesar de todo.

—Lo mismo te digo —respondió para finalmente levantarse—. Ten cuidado Lyon, si ella

abre el Velo y con ello influye en el Equilibrio…

—Tendrás que juzgarla —aceptó con seriedad—. Lo sé, cachorro. Como también sé, que la protegeré a pesar de todo.

Shayler asintió, sabía que lo haría. Él mismo lo había hecho con su propia esposa, nadie separaría a uno de sus Guardianes de la mujer que había reclamado para sí, aunque ello los llevara a enfrentarse con sus propios hermanos.

Aria terminó de guardar su ropa y el pasaporte en la pequeña mochila que utilizaba para sus viajes, Lyon la había dejado para ir a hablar con su Juez, él le había dicho que pasase lo que pasase prefería tener a la caballería prevenida por lo que pudiese ocurrir.

Suspiró, ¿lo que pudiese ocurrir? En el peor de los casos, si no conseguían terminar con aquella locura, acabaría muerta por abrir el Velo, lo que quiera que fuese eso. El futuro que se abría ante ella no solo no era claro, si no que parecía inminente. Si sus cálculos eran correctos y no se había equivocado, el día de la Cosecha correspondía al solsticio de primavera, el cual estaba a la vuelta de la esquina.

—Solo un poco más Aria —se recordó a sí misma—. Pronto todo habrá terminado, de un modo u otro, todo terminará.

Haciendo a un lado sus agoreros pensamientos, deslizó la mirada por encima de la cama todavía desecha. Un ligero sonrojo cubrió sus mejillas ante el recuerdo de la noche anterior, una que había estado cargada de pasión. Lentamente dejó las cosas a un lado y se sentó en la cama, acariciando las sábanas, cerrándolo los ojos y aspirando el perfume almizclado que había quedado en ella.

Lyon la había hecho su mujer, la había amado hasta hacerla pedir piedad y ella había disfrutado de cada momento en sus brazos.

Todavía le sorprendía el hecho de que no la hubiese puesto de patitas en la calle cuando le confesó la vergonzosa verdad. Si bien era cierto que sus motivos al principio habían estado motivados por el deseo de acabar con aquella maldita profecía, las cosas se habían ido complicando a medida que se sentía atraída por aquel hombre, Aria no pensó que fuese posible enamorarse de alguien tan rápidamente, pero lo había hecho, se había enamorado de su marido y Guardián.

Su teléfono móvil empezó entonces a sonar, se estiró para recuperarlo de la mesilla de noche y sonrió al ver el nombre de Sharien en el identificador de llamadas. Lo había llamado temprano después de que Lyon abandonase el apartamento pero el número había dado como desconectado o fuera de cobertura, así que había terminado por enviarle un mensaje pidiéndole que le llamase en cuanto lo leyese.

Tomando una profunda respiración, descolgó, había llegado el momento de enfrentarse a su destino.

—Hola Shar —lo saludó antes de que tuviese oportunidad de decir algo—. ¿Qué te parecería hacer un viaje rápido a *Byblos*?

CAPÍTULO 23

Sharien miró el teléfono sobre la mesa arqueando ligeramente una ceja, la voz de Aria se escuchaba alta y clara a través del manos libres, mucho más relajada y segura de lo que lo había estado la última vez que habló con ella.

Con todo, la vacilación en alguna que otra frase le indicó que la chica estaba dando rodeos, evitando claramente el explicar el motivo tras el cual había sido tomada aquella decisión.

—¿A Biblos? —fingió sorprenderse—. ¿Por qué? ¿Para qué?

Hubo un suspiro al otro lado de la línea.

—Sabes que no queda mucho tiempo para el día de la Cosecha —respondió ella—, yo, um… digamos que la profecía no ha cambiado a pesar de… bueno… ya sabes.

Sharien puso los ojos en blanco.

—¿Qué te has acostado con tu marido? —preguntó con ironía—. Pues no, primera noticia que tengo, pero dado que eres tú quien la está contando, con lo cual debes seguir con la cabeza sobre los hombros, imagino que no te ha ido tan mal.

Hubo un bufido a través de la línea telefónica que hizo sonreír a Sharien, aquella muchacha era adorable, cuando no se le metían cosas entre ceja y ceja, aunque tenía que reconocer que gracias al empecinamiento de Aria, las cosas estaban saliendo según había previsto. Solo esperaba que no fuese demasiado tarde.

—Le dije toda la verdad —respondió entonces sorprendiendo ahora sí a Sharien. ¿Ella le había contado su plan de seducción y el motivo por el cual había pensado en ello? Vaya, empezaba a pensar que tendría que darle un voto de confianza al hombre—. Y hay más, Shar —continuó tras dar un nuevo resoplido—. ¿Recuerdas los sueños, visiones o lo que sea de los que te hablé?

Sí, las recordaba perfectamente y todavía no había podido averiguar quién o qué era el que estaba guiando a Aria.

—Sí, ¿has tenido alguna otra?

Hubo un breve silencio a través de la línea.

—No, pero Lyon sí.

El ceño del hombre se hizo más profundo, sus ojos azules miraron el teléfono como si fuese Aria la que estaba allí y no solo su voz.

—¿Cómo que Lyon? ¿Tu marido le ha visto?

Aria negó con la cabeza sin darse cuenta de que Sharien no podía ver su gesto.

—No, y tampoco le dio su nombre —aceptó con un suspiro—, pero le habló acerca de cómo terminar con la profecía, o al menos, dónde podríamos encontrar alguna pista sobre ello. Lyon cree que tenemos que volver al lugar dónde todo dio comienzo y lo cierto es que estoy de acuerdo con él.

Sharien dejó escapar un pequeño sonido incrédulo que no llegó a transmitirse a través del teléfono. Aquel extraño, fuese quien fuese, le estaba echando una mano sin saberlo, o así esperaba. El éxito de sus planes, dependían de ello.

—¿Quieres que os acompañe? —su respuesta fue totalmente irónica.

Ella suspiró y chaqueó la lengua en respuesta.

—Conozco la zona, me he criado allí, pero soy perfectamente consciente que a falta de mi

abuelo, tú eres la única persona que conozco que sabe incluso más que yo sobre esas ruinas y todo esto —aceptó sin vacilación—. Si alguien conoce esas ruinas mejor que yo, eres tú Shar. Por favor, ven con nosotros a Byblos.

Se rascó la barbilla, su mirada pasó por encima de la mesa dónde estaba el teléfono a los privados aposentos cubiertos por cortinas que se encontraban al otro lado de la sala.

—¿Tú marido está de acuerdo? —preguntó intentando parecer desinteresado, no deseaba que ella notase la sonrisa de satisfacción en su voz, o la seguridad de que dijese lo que dijese el guardián, él iba a acompañarlos.

El bufido de Aria a través del teléfono le hizo sonreír.

—Lo estará, quiera o no —respondió ella con un resoplido—. Es nuestro destino el que está en juego, ya no solo el mío, si tu presencia puede sernos de ayuda, que se joda si no le gusta.

Sharien se rio entre dientes, esa muchacha iba a darle más de un dolor de cabeza al Guardián, lo cual sinceramente le alegraba.

—De acuerdo —aceptó con un fingido suspiro—. Cuenta conmigo. Me encargaré de obtener los billetes de avión y alojamiento lo antes posible.

—Que sean para hoy, Shar —pidió ella—. El tiempo corre.

—Lo sé, pequeña —aceptó clavando la mirada una vez más en los cortinajes de seda—. Lo sé muy bien. Te llamaré cuando tenga todo listo, Aria.

Ella suspiró aliviada.

—Gracias, Sharien —aceptó y cortó la llamada.

Suspirando, él ondeó su mano haciendo desaparecer el teléfono de encima de la mesa.

—No me lo agradezcas, *ashtarti* —murmuró entonces—, pues haré todo lo posible para que se cumpla tu destino.

Los cortinajes se abrieron lentamente dando paso a Ashtart, su mirada somnolienta hacía juego con el delicado bostezo que escapó de entre sus labios.

—¿Has podido descansar, mi señora? —la saludó con una ligera inclinación.

La mujer alzó la mirada hacia él y sonrió con ternura, costaba creer que una criatura tan exquisita y con ese gesto inocente pudiese ser una de las causas por las que se había asentado la profecía.

—Llevo toda una vida descansando, Sharien —aseguró la diosa con un profundo suspiro, su mirada vagando por su templo—. Me he despertado con el sonido de una voz extraña.

Él asintió.

—Estaba hablando con tu ashtarti —le informó, pues no tenía caso ocultarle algo así a la diosa—. Quieren regresar al lugar en el que nació la profecía para intentar evitarla, al parecer tu idea de que perdiese la doncellez, no tuvo el efecto deseado.

El rostro de la diosa se arrugó.

—¿No lo disfrutó?

Él puso los ojos en blanco, a veces olvidaba que su señora era una diosa que encarnaba el sexo.

—Sinceramente, no es algo que haya preguntado ni que piense preguntar —respondió él con un mohín—. Imagino, por el tono de Aria, que las cosas no debieron de ir tan mal después de que le haya dicho que todo el jueguecito de seducción por su parte había sido una interpretación libre de la profecía… ¿debería añadir inspirada por ti?

Ashtart chasqueó la lengua.

—Sabes que mi intención de que se unieran nada tiene que ver con la profecía —aseguró con total confianza—. El Guardián estaba destinado a ella, así como ella estaba destinada a él.

Él le dedicó una respuesta totalmente irónica.

—¿Desde cuándo te preocupan tanto las relaciones sentimentales de los humanos? Si me dices sexo, vale, lo entiendo, la exaltación sexual es lo tuyo, pero… ¿amor?

La diosa se vio herida por sus palabras, él lo sabía y aun así no había podido evitar decirlo. Sus cicatrices no habían cerrado por completo y no estaba seguro de si algún día lo harían.

—¿Qué ocurre, Sharien? Sé que tus palabras obedecen a algo más que recuerdos pasados.

El hombre suspiró, la diosa no era tan ingenua como quería hacerle creer y ambos lo sabían.

—Me preocupa que Aria salga herida —aceptó.

Ashtart sacudió la cabeza haciendo volar sus mechones oscuros.

—Sabes que eso nunca lo permitiría —aseguró posando una delicada mano sobre el brazo masculino.

Sharien bajó la mirada a su mano y sintió la necesidad de cubrirla con la propia antes de alzar la mirada hacia ella.

—Los guiaré a dónde comenzó todo.

Ella asintió.

—Harás lo que debas hacer, Sharien —aceptó con voz suave—, es tanto tu destino como el suyo.

Bufó.

—En mi destino no hay muerte, *Baalat*.

La diosa se entristeció.

—No Sharien, solo hay eternidad. Solitaria y vacía eternidad —musitó en voz baja, entonces trató de sonreírle—. Ve con ella, protégela… protégelos a ambos.

Él se inclinó respetuosamente.

—Haré lo que tenga que hacer para que alcancen su destino —respondió en voz baja pero firme—. Cualquier cosa.

CAPÍTULO 24

Templo Baalat Gebal, Byblos.
Jbeil, Líbano.

Las ruinas de los antiguos templos fenicios se extendían ante ellos sobre el arenoso fragmento de tierra con vistas al mar, curiosos y turistas paseaban por entre las milenarias piedras ajenos a los ecos del pasado que atraían a Lyon como si se tratase de un potente imán. El sol brillaba sobre sus cabezas mientras unas cuantas nubes teñían el cielo en el horizonte sobre el calmado mar Mediterráneo, la fresca brisa procedente del mar hacía que el calor resultase húmedo y sofocante, el sudor perlaba su frente y volvía su piel brillante y pegajosa, con todo no podía quejarse, sabía que la temperatura allí solía ser mucho mayor.

Sus ojos, protegidos por las gafas de sol examinaron rápidamente todo a su alrededor deteniéndose sobre el conjunto de rocas y tierra que en tiempos antiguos había sido el templo dedicado a la diosa fenicia Baalat, o Ashtart, como la conocían los griegos.

—¿Todo bien, Guardián?

La voz de Sharien le hizo volverse muy lentamente, Aria permanecía entre ellos como una barrera.

—Repíteme preguntar una vez más, ¿qué hace él aquí? —dijo bajando la mirada sobre la menuda mujer que vestía unos cómodos pantalones de tela y una camiseta de tirantes bajo la chaqueta.

Aria suspiró, aquellos dos habían estado así desde que dejaron el aeropuerto de Beirut varias horas atrás, el trayecto en taxi hasta Byblos había estado a punto de hacerla lanzarse del coche en marcha. ¿Por qué tenían que comportarse dos hombres adultos como niños?

—Sharien, a falta de mi abuelo, es la persona que más sabe sobre este yacimiento, Lyonel —respondió con un profundo suspiro—. Y si tengo que volver a repetir lo mismo otra vez, os pegaré un tiro a ambos.

Sharien la miró entrecerrando los ojos.

—Tranquila, gatita, a estas alturas ya debe haberlo entendido —aseguró con visible ironía.

—¿Qué eres tan viejo como estas ruinas? —sugirió Lyon con una amplia y beatífica sonrisa—. Sí, ahora empiezo a ver el parecido.

Aria se limitó a resoplar una vez más mientras se adelantaba hasta la gastada placa azul de hierro que había en el suelo con el nombre del templo en árabe e inglés. Frente a ella se emplazaban varias líneas de piedra blanca, pequeños muros a ras del suelo, lo único que quedaba de la construcción original. Las hierbas y los arbustos crecían entre ellas, tiñendo el arenoso suelo de verde, una estampa que se repetía en el resto de las ruinas.

—Si interpreto bien los restos de los cimientos, esta sería la entrada —murmuró avanzando a través de las piedras, aquí se habrían levantado dos columnas gemelas a ambos lados que servirían de soportal para la entrada.

Sharien la siguió con la mirada mientras Lyon permanecía en el borde exterior, tenso, mirando las piedras como si pudiese sentir la eternidad en ellas.

—Así es, el patio central estaba formado por un amplio rectángulo, dividido aquí y aquí.

—Fue señalando las piedras a medida que elaboraba un plano mental de lo que habría sido el lugar—. El estanque sagrado se encontraba fuera, pero ya no quedan sino pequeñas muestras de su ubicación.

Lyon recorrió las piedras con mirada crítica, volviéndose luego hacia el mar.

—El santuario estaba ubicado en una posición estratégica —comentó echando a andar por el perímetro, su mirada vagando hacia el este—, con el acceso al puerto como principal enclave. Un lugar perfecto para que los recién llegados se tomaran un descanso, bebieran unas copichuelas y jodieran con las mujeres del templo.

Sharien se giró a él, su mirada permanecía oculta también tras las gafas de sol, pero Lyon podía sentir toda su intensidad sobre él.

—Me asombra tu intelecto, Guardián —le dijo el hombre con un obvio borde irónico en la voz—. Pero deberías tener un poco más de respeto hacia las moradoras del templo, las *ashtarti*, ya que a menudo la realidad de los hechos difiere de lo que se ha recogido sobre ellos.

Lyon separó los brazos en una obvia invitación.

—Ilústrame por favor —sugirió. Aquel hombre era mucho más de lo que decía ser, él lo sabía, no así Aria.

—Vale, suficiente, vuelvan a sus respectivas esquinas, caballeros —los interrumpió Aria desandando el camino para dirigirse hacia Lyon—. Si vais a seguir así, os dejaré aquí para que arregléis vuestras diferencias y me iré al hotel.

—Espero que hayas pedido habitaciones separadas —comentó Lyon sin quitar la vista de su diana andante—. La de él lo más lejos posible de la nuestra.

Ella puso los ojos en blanco.

—Sois como niños —masculló en voz baja.

Sharien sonrió ante ello.

—Sí claro, ¿quién fue la que se llevó un arma de coleccionista para pegarle un tiro al marido?

Aria alzó las manos en alto a modo de rendición, dio media vuelta y estaba dispuesta a marcharse hasta que vio un pequeño grupo de mujeres vestidas de negro con las ropas típicas del lugar las cuales murmuraban, algunas de ellas llevando ramas o bandejas llenas de flores y figuritas.

—¿Quiénes son? —preguntó Lyon quien ya había empezado a desandar el camino para reunirse con Aria.

Sharien giró la mirada en la misma dirección que sus compañeros y guardó silencio durante unos instantes.

—Son ofrendas a los dioses —respondió con voz llana—, es la comitiva de las devotas de la diosa Ashtart, que celebran el rito de la muerte de Melkart.

—¿Devotas? ¿De Ashtart? —repitió Lyon al tiempo que fruncía el ceño ante aquel pequeño grupo de mujeres llorosas vestidas de negro—. Pero qué demonios…

—Recuerdan el sacrificio de la diosa —añadió Sharien, en su voz podía notarse la tensión —, el momento en el que Melkart ha descendido al mundo de los espíritus y Ashtart le llora, dejando la tierra yerma y sin luz. Lo harán durante todo el día y la noche, hasta que con el amanecer del siguiente día, Melkart regrese a la vida, naciendo con él la primavera.

Lyon frunció el ceño, era irónico que habiendo lidiado con los dioses durante buena parte de su vida, no tuviese la menor idea de quién demonios era ese Melkart.

—De acuerdo, un poquito de ayuda para el escandinavo —respondió volviéndose hacia Aria—. ¿Quién diablos es Melkart?

Sharien bufó en respuesta.

—Una vez más me abrumas con tu sabiduría —se burló el hombre.

—Sharien, ya basta —lo interrumpió Aria, su mirada seguía fija en las mujeres que avanzaban en su dirección—. Vámonos, no quiero estar aquí, no quiero oír sus cánticos.

Un ligero escalofrío recorrió su espalda un instante antes de sentir la mano de su marido sobre ella, instándola a caminar hacia la parte de arriba de las excavaciones.

—No te preocupes, no me ofendo tan fácilmente —murmuró Lyon en respuesta al comentario de Sharien—. Lamento decir que estoy más en consonancia con los dioses nórdicos, y con los idiotas griegos que meten las narices en los asuntos de los humanos que con el resto.

Él puso los ojos en blanco, pero le respondió.

—Melkart era el amante de Baalat, la Dama de Gebal, o Byblos, si así lo entiendes mejor —lo ilustró el hombre—, Aria puede continuar ilustrándote.

Lyon le sonrió al tiempo que alzaba el dedo corazón hacia el hombre, haciendo que la mujer a su lado resoplase una vez más.

—¿Conoces la leyenda de Hades y Perséfone?

Lyon asintió.

—Bueno, pues se supone que la que voy a narrarte ahora, habría sido su precursora, de la cual los griegos tomaron la fuente de información —explicó ella ascendiendo por el rocoso camino que llevaba al antiguo castillo de los cruzados—. Como imagino que sabrás, los dioses nunca han creído realmente en el amor, para ellos el poder y la supremacía era suficiente y todo lo que estuviese por debajo de eso, simplemente no importaba. Siempre se habían creído inmunes a los sentimientos humanos, pero Ashtart comprobó en su propia piel, que no era así.

Aria ahogó un bostezo, el viaje había sido largo y cansado, necesitaba volver al hotel y echarse un rato o no aguantaría mucho más tiempo en pie. Habían dejado Nueva York después de una pequeña discusión con Lyon sobre la estupidez de coger un vuelo con escalas cuando podrían haber llegado perfectamente de la misma manera en que él la había hecho destellar de la casa de acogida a su apartamento. Esta se vio agravada cuando le dijo que Sharien les acompañaría, desde ese momento la relación entre los dos hombres había sido igual o peor a la que compartieron hasta ese momento.

Suspirando, continuó con su relato.

Su destino estaba unido al de Baal, su consorte y marido, ella era su equivalencia, su contraparte, su igual, dos dioses poderosos que no necesitaban nada más. Pero entonces apareció un apuesto joven, medio dios, medio hombre, Melkart. Él encarnaba todas las emociones humanas, era cálido, amable, un buen hombre y no poseía el aire de superioridad de las grandes deidades. Ashtart se enamoró de él, solo vivía y respiraba cuando su amor estaba cerca, pero temerosa de que Baal lo descubriera, los amantes vivían su romance en clandestinidad. O eso es lo que ellos pensaban —Aria se detuvo al llegar a la parte superior de las excavaciones, desde allí podía ver gran parte de los antiguos templos, así como las tumbas reales—. Una noche, la diosa tuvo un sueño en el que su amado era asesinado por una lanza, o alguien que esgrimía una lanza. Deseando alertarle, corrió al lugar en el que siempre se encontraba con su amante y bajo la sombra del pino sagrado le contó su sueño. Melkart se rio de sus visiones, de sus temores, la consoló amorosamente y le dijo que no temiese, que nada podría ocurrirle pues ella, y su amor, eran suficientes para hacerle volver incluso de la muerte.

—Estaba muy seguro de sí mismo —murmuró Lyon en voz baja, atento a la narración. Aria era muy buena dando vida a las historias con su voz.

—Deseando agasajar a su amada, Melkart le dijo que se iba de caza, conseguiría la pieza

más grande para ella, para ponerla a sus pies como ofrenda y devoción y que estaría de regreso a la puesta de sol —continuó Aria ignorando la intervención de su marido—. Pero Ashtart no estaba conforme, sentía en su interior que algo malo iba a ocurrir y, disfrazada como una joven campesina, salió a hurtadillas de la custodia de su marido para avisar a su amor. Baal, consciente de la infidelidad de su esposa, había seguido a la mujer en una de sus tantas escapadas, encontrándola en los brazos del joven Melkart. Los celos despertaron la sed de venganza en el dios, deseaba darle un escarmiento a la esposa y cuando vio al joven amante cazando en sus dominios, su poder crepitó, el rayo cubrió el cielo y en su mano se materializó una lanza. El orgulloso amante no la vio venir, su corazón fue atravesado y la muerte le llegó mientras miraba a los ojos de su agresor, oculto en las sombras. La sangre de Melkart salpicó las raíces de un pino cercano, haciendo que en la tierra florecieran flores rojas.

Aria hizo una nueva pausa para tomar aliento.

—Cuando Ashtart, vestida como una campesina, consiguió llegar al lugar dónde su amado había estado cazando las últimas jornadas, le encontró muerto en el suelo, una lanza había atravesado su pecho y de pie, a los pies del hombre se materializó entonces su agresor —recitó Aria—. La sangre baña la tierra por tu pecado, esposa. Dijo Baal. De ella florecerá la vida, solo para verla marchitarse bajo tus lágrimas. Ashtart, desesperada, se arrojó sobre el cuerpo inerte de su amado, sus manos se mancharon de sangre y sobre ella juró a Baal. Por la sangre que has derramado juro, mi señor, iré al mismísimo infierno y recuperaré aquello que me has arrebatado. El dolor que hoy me causas, correrá por tus venas como el más potente de los venenos, la sangre que has derramado, teñirá tu camino. En este mismo momento, ante el cuerpo de mi amado, reniego de ti, esposo. Reniego de tu poder y de tu voluntad. Baal no se quedó de brazos cruzados, ya que le respondió, que tuviese cuidado con lo que deseaba ya que lo obtendría. Ve y recupera lo que crees que es tuyo, esposa, porque lo perderás en el mismo instante en el que vuestras manos se toquen.

Aria hizo rodar sus hombros y se apoyó contra Lyon, quien la sostuvo.

—Algunas versiones dicen que Ashtart bajó a los infiernos para recuperar a su amado, y que en cada peldaño le pidieron un objeto, por lo que cuando llegó a la última puerta estaba desnuda y todo lo que pudo entregar fueron sus ojos, por lo que al final acabaron los dos en el infierno —continuó ella con un estremecimiento—. Otros dicen que su padre se compadeció de ella, que trajo a Melkart de regreso al mundo de los vivos pero solo por un corto periodo de tiempo, de ese modo, el tiempo en el que Melkart siguiera en el infierno, Ashtart lo lloraría, y la tierra no daría frutos, y cuando él regresara a ella, traería consigo el deshielo y la alegría que daría vida nuevamente al mundo y derretiría el corazón de la diosa. Como ves, esta última se parece bastante a la de Hades y Perséfone. De todas formas, son solo viejas leyendas y mitos, hoy en día, Ashtart podría divorciarse de su marido y aun encima pedirle que le pase una pensión.

Ella suspiró, su mirada volvió a recaer sobre las ruinas del antiguo templo de Baalat Gebal, dónde los devotos de la diosa hacían sus ofrendas.

—A veces me he preguntado por qué la diosa me eligió a mí, ¿qué tengo que ver yo con su leyenda? En ningún momento se menciona a las ashtarti si no como meretrices que acudían a su templo a prostituirse en nombre de su diosa —aseguró con un fuerte resoplido—. Anda que no he heredado bonito título ni nada.

Sharien hizo una mueca al oírla hablar así.

—Al contrario que hoy en día, entonces no se consideraba prostitución y se consideraba un honor, pues se contaba con el beneplácito de la diosa y la protección, suerte y demás

supercherías —aclaró, mirando a Aria—. No te degrades a ti misma por un mero título, Aria.

Ella le sonrió.

—Creo que eso es lo que menos importa en esta maldita profecía —murmuró suspirando una vez más.

Lyon le alzó la barbilla para mirarla.

—Estás cansada.

Ella asintió ligeramente.

—No he podido dormir en el avión, el sonido de los motores —negó con la cabeza—. En cuanto vayamos al hotel, me dejaré caer en los brazos de Morfeo… o en los tuyos, que me gustan más.

Lyon puso los ojos en blanco, pero la rodeó con el brazo, sosteniéndola contra él. Su mirada volvió a las mujeres que dejaban las ofrendas alrededor del templo.

—Volviendo a la historia del rito de la muerte del desgraciado ese —comentó posando su mirada sobre Sharien—. ¿Por qué se celebra precisamente en este templo?

Ella alzó la mirada hacia su marido.

—¿A qué te refieres?

Él indicó las ruinas con un gesto de la cabeza.

—El templo perteneció a la diosa, no a su amante.

Sharien esbozó una irónica sonrisa en respuesta.

—Acabas de subir dos puntos en mi escala evolutiva —aseguró antes de continuar con tono formar—. Dos veces al año, coincidiendo con el día de la Siembra y el de la Cosecha, se llevaban a cabo los rituales en el templo que asegurarían la fertilidad de la tierra y la felicidad para el pueblo. Las mujeres solteras elegidas para ser la consorte eran purificadas en el lago sagrado durante los siete días anteriores al ritual.

Lyon posó la mirada sobre él al escuchar sus palabras, aquello tenía mucho más que ver con las imágenes que años atrás había obtenido en esas ruinas.

—Con la elección de la consorte pretendían honrar la memoria del amado de la diosa, recreando su primer encuentro, su muerte y la posterior vuelta del otro lado.

Aria frunció el ceño.

—Nunca había oído esa versión —murmuró volviéndose hacia las mujeres que empezaron un nuevo cántico—. De hecho, en los rituales que se llevan a cabo, solo se conmemora la muerte de Melkart, que equivale a la tristeza de la diosa y como esta rejuvenece y la primavera da comienzo, al regresar él de entre los muertos. Recuerdo haberle preguntado a mi abuelo cuando era solo una niña, porque todas esas señoras lloraban tanto.

Sharien se acercó a ella y Aria pudo contemplar una tristeza en su mirada que solo había visto en contadas personas, aquellas que llevaban demasiado tiempo en el mundo y cuyo pasado había dejado profundas cicatrices.

—Como todo, la verdad suele modificarse al pasar de boca en boca, a lo largo de los años, los siglos y ya no digamos milenios para adaptarse a la nueva voz del narrador —respondió sosteniéndole la mirada—. Lo que empezó siendo un lago, termina convirtiéndose en un río cuando el único elemento real era el agua. Solamente quien ha estado allí sabe lo que ha ocurrido en realidad.

Lyon arqueó una delgada ceja rubia ante las palabras de Sharien.

—Lo que haría a ese espectador, más viejo que la mugre —murmuró, su mirada pasando de Sharien a los restos arqueológicos del antiguo templo.

Ella se quedó mirando al hombre que la había cuidado desde que tenía memoria, aquel que

siempre había estado a su lado, tanto en los buenos como en los malos momentos. No podía recordar una etapa de su vida en la que Sharien no hubiese estado a su lado o cerca y solamente ahora, al escucharle, se daba cuenta que en realidad no le conocía. ¿Quién era él en realidad? Sabía que había sido compañero de universidad de su padre, después había entrado a trabajar con su abuelo y cuando ella había llegado al mundo, se convirtió en su padrino y en cierto modo, también en su mejor amigo y confidente. Toulouse, Ámsterdam y Londres habían sido las ciudades que le habían dado posada por lo que ella podía recordar, ella misma había estado en todas ellas con él, quedándose en las vacaciones, o pasando un tiempo después de romper la relación con su abuelo. Pero… ¿de dónde venía? ¿Por qué no se había dado cuenta hasta ahora de que no sabía realmente nada sobre él?

—¿Y cuál sería la versión correcta? —le preguntó sin apartar la mirada de la suya.

Sharien se lamió los labios antes de responder.

—Aquella que cuenta de dónde procede tu estirpe —aceptó y tomando una profunda bocanada de aire, procedió a narrar lo que sabía—. Ya conoces la historia de cómo Ashtart se enamoró de su amante y provocó la ira de Baal. Pero hay una versión más, una en la que Baal decidió castigar a su esposa no solo privándole de su amor, si no dándole una oportunidad para recuperarlo que el dios nunca permitiría que se hiciera realidad. El celoso dios del trueno declaró que levantaría el Velo, permitiendo que su amante fuese liberado, solo cuando la hija de ambos, de Ashtart y Melkart llegase al mundo.

Lyon frunció el ceño.

—No estoy muy seguro que en aquella época existiera la concepción espontánea —aseguró Lyon—. Si ambos estaban separados, eso jamás sucedería.

Sharien asintió.

—Exacto —aceptó Sharien—. Pero con lo que Baal no contó, fue con la devoción que los hombres depositaban en su diosa. Ashtart jamás pudo hablar a su amante, ni volver a acariciar su rostro, ella moría con cada recogida de la cosecha, su corazón se helaba y en reflejo actuaban las estaciones hasta la primavera en la que volvían a encontrarse y su amor volvía a inundarlo todo. Sus fieles, apenados por el trágico destino de aquella bajo cuya protección estaban, empezaron a llorar la muerte de su amante y a celebrar su posterior resurrección y ascensión a los cielos dándole sin saberlo a Ashtart la vía de escape que Baal le había negado. Había nacido la Orden de Baalat.

—¿La *Orden de Ba´alat*? —preguntó Lyon.

—Baalat, Baaltis, Afrodita, Isthar, Ashtart o Astarté son los nombres que las diversas culturas pusieron a una misma diosa —explicó Aria mirando a su marido—, en realidad ni siquiera es un nombre, sino un título que significa “señora, dama o reina”, ella es la Señora de Gebal, la Dama de Byblos.

Lyon frunció el ceño mientras procesaba la información, pero Aria estaba ya más interesada en las últimas palabras de Sharien.

—¿Quiénes formaban parte de esa Orden?

El hombre se lamió los labios y deslizó la mirada por las piedras amontonadas que marcaban los cimientos de lo que en otra época fue un gran templo.

—El templo de Ashtart no estaba regido por mujeres tal y como se piensa, si no por hombres, sacerdotes guerreros elegidos por la propia diosa para llevar el cuidado del templo y cumplir con el rito de muerte y renacimiento que se llevaba a cabo cada año —continuó con voz inflexiva—. Eran hombres fuertes de nobleza y espíritu, los consortes divinos para las doncellas elegidas, las ashtarti.

—Sacerdotes, guerreros y aun encima con prostitutas a su servicio —murmuró Lyon ganándose una mirada fulminante de parte del hombre—. Menudo lujo.

—Las ashtarti no eran prostitutas —respondió con un borde afilado que sorprendió a Lyon —. Eran doncellas puras, escogidas por la diosa entre las muchachas solteras del pueblo. Baalat se presentaba ante ellas en sueños y les entregaba su símbolo, una media luna que las marcaba como las elegidas.

Aria se llevó la mano inconscientemente hacia el trasero donde tenía una suave marca rosada en forma de media luna, una que Lyon había mordido con absoluto placer.

—Todas las elegidas pasaban por un periodo de purificación de cuerpo y alma que duraba 7 días, al final del séptimo día solo aquella que conservaba la marca de la media luna sería la designada para ser la "personificación" de la diosa en el Rito de Primavera, en la que se desposaría con Melkart, el "consorte de la diosa", quien era representado por uno de los sacerdotes de la orden —continuó con su explicación—. Melkart tomaba a su divina esposa en la noche de sus esponsales y moría al llegar al alba.

—Déjame adivinar, el sacerdote se follaba a la incauta doncella y salía por patas al llegar el alba, ¿huh? —Lyon eligió cada palabra con cuidado esperando ver la reacción de Sharien, pero el hombre se limitó a clavarle la mirada y continuó su relato.

—La pareja se encontraba en el templo al alba del primer día —continuó sin apartar la mirada de él—, ellos pasaban el primer día y la primera noche como esposos, pero con el segundo amanecer, él moría. El sacerdote elegido pasaba entonces ese nuevo día hasta la caída del sol en completo aislamiento, sin poder ver el sol, comer o beber, simbolizando el periodo de luto que la diosa pasó penando por su amado. Era entonces, con el tercer amanecer que su divina esposa, encarnada en la ashtarti le traería de vuelta, arrancándolo a través del Velo de modo que su amado pudiese estar de nuevo en sus brazos y ascender a los cielos.

Hizo una pausa, buscando sus próximas palabras.

—Al caer la noche del tercer día, su unión terminaba —murmuró en voz baja y monótona —. Ellos no volverían a verse, ambos deberían permanecer separados por miedo a desatar la furia de Baal.

Aria se lamió los labios.

—No lo entiendo, ¿qué tengo que ver yo con todo eso?

Él asintió, dispuesto a terminar con su historia.

—De esa sagrada unión podían ocurrir dos cosas, que la mujer concibiera o que no lo hiciera.

Lyon chasqueó la lengua.

—Dada la falta de preservativos en aquella época, me inclino más por la primera opción —respondió con ironía, con todo su mirada seguía fija en el hombre.

Él negó con la cabeza ignorándole.

—Si la mujer no concebía, podía seguir con su propia vida, casarse, tener sus propios hijos… —continuó encogiéndose ligeramente de hombros.

—¿Y si concebía? —preguntó ella.

Sus ojos azules se deslizaron sobre Aria, su mirada fija en la suya.

—El varón nacido de esa unión era considerado un hijo de los dioses, el fruto del amor y la bendición de las dos divinidades —continuó, su voz igual de llana—, su madre entonces le entregaba al cuidado de los sacerdotes del templo, quienes le criarían y educarían hasta que cumpliese los diez años y se descubriese si entrase a formar parte de la Orden, si la diosa le consideraba digno.

Ella frunció el ceño.

—Repito, ¿qué tengo que ver yo con todo eso?

Sharien no pareció escucharla, pues siguió con su relato.

—Si bien era común que nacieran niños de aquella unión, no lo era que fueran bendecidos con el símbolo de la diosa que los convertía en hijo de las dos deidades y podrían perpetuar la línea —continuó—, como tampoco lo fue el hecho de que el sacerdote se enamorara de su consorte y desafiase la ira de Baal viendo a la doncella después de su sagrada unión.

Tomando una profunda bocanada de aire, continuó hasta el final.

—Después de varias décadas sin que ninguna de las *ashtarti* concibieran, nació un niño con la marca de la diosa, el elegido para convertirse en Sacerdote de la Orden y continuar con su estirpe. Pero Baal no estaba dispuesto a darle ni un solo respiro a la diosa y volcó su ira sobre la inocente madre que murió al poco de dar a luz a su hijo y sobre el hombre que había cometido el error de encariñarse con ella.

Durante un instante lo único que se escuchó fue el sonido de las olas y el aire perfumado de sal moviendo sus cabellos y ropas.

—El dios bajó entonces a la tierra y tomando forma humana se presentó ante el Sacerdote de la Orden con la única intención de envenenar su mente y su alma. Deseando que se volviese contra la diosa a la que servía, que la culpara por arrebatarle lo poco que tenía, por haberle arrebatado a la madre de su hijo y le arrebatara lo último que le quedaba, el niño. Pero Baal no esperó que su esposa se pusiese del lado de su Sacerdote, o que protegiese a aquel niño.

Sharien dio voz a los ecos del pasado, recordando tan claramente como si hubiese sido ayer cada una de las palabras que los dioses habían derramado sobre la tierra.

—¿No has sembrado ya suficiente dolor y desidia? —le dijo la diosa a su marido—. Me privas de aquello que más amo y privas a aquellos que protejo de lo más valioso para ellos.

—No, Baalat. Ha sido tu propio egoísmo el que lo ha hecho llevándose consigo la vida de la mujer, como se llevará la vida del infante que nació de sus malditas entrañas.

—¡No!

El grito había emergido de su garganta, nada había podido apagar el dolor o la ira ante el egoísmo de los dioses.

—Te atreves a desafiar mi voluntad, humano.

—Es mi hijo.

—Un hijo maldito, un hijo de los dioses —respondió el dios volviéndose hacia su diosa—. Un hijo que traerá el fin de los tiempos con él y el final de toda tu esperanza, esposa mía.

—No lo permitiré. —Ashtart se había adelantado, interponiéndose entre su Sacerdote y el indefenso infante que protegía en sus brazos—. Su sangre se perpetuará a través de los tiempos hasta dar nacimiento a la niña que me liberará y liberará a Melkart de tu maldición.

—Su sangre está maldita, solo varones vendrán de su estirpe —le recordó con irónica risa —. Te lo dije, Ashtart, tu amor sería tu perdición.

La diosa abrió los brazos, protegiendo con su cuerpo a las dos únicas personas que todavía le quedaban en el mundo, aquellos cuya vida era su única esperanza para el futuro.

—Nacerá una niña, sangre de mi sangre, poder de mi poder y pondrá fin a tu cárcel de dolor —declaró ella, su poder convirtiéndose en profecía—. Abrirá de nuevo la puerta que se ha cerrado y nos liberará.

—El día en que eso ocurra, amor mío, se extinguirá también la llama de tu amor y el alma de tu amante se marchitará —declaró así mismo Baal—. Cuando ella abra el Velo, este la consumirá, tu línea de sangre habrá terminado al fin y con ella la última de tus oportunidades. Y

tú mi querido muchacho, estarás allí para verlo, esa será tu condena.

Sharien parpadeó varias veces para alejar los recuerdos que penetraban en su presente con demasiada intensidad.

—Él los maldijo —continuó volviéndose hacia Aria—, pero el bebé sobrevivió. El sacerdote que habían maldecido le puso a salvo entregándolo a una familia que lo crio y se lo llevó lejos de la ira de Baal, lejos de los designios de los dioses. Siempre se mantuvo a su lado, siempre en las sombras. Lo vio crecer, convertirse en un hombre, formar su propia familia, tener hijos y como estos hijos engendraron nuevos hijos, todos varones hasta hace veinticuatro años en el que nació la primera mujer de la Orden, la última ashtarti, aquella destinada a terminar con la maldición de los dioses. Tú, Ariadna

Aria se había quedado sin palabras, incapaz de articular algo al respecto. Sharien sonrió, no podía culparla, su atención voló entonces a Lyon, quien le miraba como si estuviese viendo a través de él, intentando juntar las piezas de aquel puzle.

—Ashtart entendió entonces que la única manera de proteger a la ashtarti era proveyéndola de un guardián —concluyó él—, alguien con el suficiente poder para enfrentarse a Baal si este decidía aparecer e impedir que la profecía se cumpliese.

Ella sacudió la cabeza.

—¿Cómo es posible que sepas todo eso?

Los ojos verdes de Lyon se abrieron al encontrar la pieza que le faltaba al extraño puzle.

—Porque él es el último de los Sacerdotes de la Orden de Baalat —murmuró con total seguridad, para finalmente sonreír con ironía—. O lo que es lo mismo, tu tátara, tátara, tátara y así unas cuantas generaciones más, abuelo.

Los ojos de Aria se abrieron como platos.

—¡¿Qué?!

Sharien arqueó una ceja en respuesta a la declaración de Lyon.

—¿Eso era necesario?

El Guardián se encogió de hombros.

—Tenía derecho a saberlo —aseguró sin más—. Y tú no parecías muy dispuesto a decírselo.

La mirada de Aria fue de uno a otro para finalmente detenerse sobre Sharien.

—Pero… entonces… tú. —A ella empezaba a darle vueltas la cabeza—. Esto es demasiado para mí.

—Bienvenida a mi mundo —le soltó Lyon mirando a su alrededor.

—No pienses en ello —sugirió Sharien dejando a la pareja para seguir hacia el camino principal, pero la curiosidad de Aria y su pasión por lo antiguo la llevaron a ir tras él, a cogerlo por la manga de la chaqueta obligándolo a detenerse.

—Entonces, ¿fue aquí? —le preguntó mirándolo a los ojos—. ¿Aquí empezó todo?

Él asintió, la miró y señaló los cimientos.

—Sí, aquí se levantó el templo principal, y allí, con vistas al océano, estaba la cámara sagrada del ritual.

Su mirada vagó una vez más sobre las ruinas del templo.

—Esta noche, coincidiendo con la primera de las tres noches de ofrenda, se llevará a cabo una representación, os sugeriría que hasta entonces os vayáis al hotel y descanséis —explicó mirando a la muchacha para luego volverse hacia Lyon—. Se está cayendo de sueño. Nos encontraremos aquí sobre las ocho si os parece bien.

Sin decir más, continuó su camino.

—Shar…

Lyon la detuvo, impidiendo que fuera tras él.

—Déjale ahora, Aria —le pidió, pues conocía muy bien la mirada que había visto en los ojos del hombre—. Necesita tiempo para volver a enfrentarse a sus demonios y desea hacerlo a solas.

—Pero… —Su mirada fue de un hombre al otro—. ¿Estará bien?

Lyon asintió.

—Es un guerrero —aceptó con total convicción—. Vamos, en el hotel podrás echarte y dormir un rato antes de que acabes babeando sobre alguna piedra.

Aria suspiró, cuando había decidido venir al lugar en el que había dado comienzo la profecía, no esperó descubrir que el origen de todo había estado a su lado desde el mismo día de su nacimiento.

CAPÍTULO 25

El Sur Mer de Byblos estaba considerado uno de los mejores hoteles de la ciudad, con un interior más bien chic, que combinaba elegantemente varios estilos adaptándolos con un aire arabesco. Lyon miró a su alrededor contemplando la amplia habitación con terrazas y vistas al mar. De una sola pieza, el dormitorio conectaba con dos terrazas bajo dos arcadas de piedra con dos pequeñas sillas y una mesa redonda de cristal la cual estaba decorada por varios jarrones con fruta y los detalles típicos del hotel. La siguiente, con la misma forma de arco, contenía un amplio sofá color teja enmarcado por cortinas oscuras que hacían juego con la alfombra persa en tonos rojos y azules que dominaba el suelo frente a la última de las terrazas, la cual estaba cerrada por unas puertas de cristal tras las cuales había un pequeño cenador.

Varias sillas, un pequeño escritorio, una cómoda y una amplia cama de dos por dos flanqueada por dos mesillas bajas con sendas lámparas. Completando el aspecto elegante, los brillantes suelos de mármol color café se alternaban con una franja dorada más oscura que realzaba la única lámpara de araña que colgaba del techo.

—Sabía que debía haberlo castrado cuando tuve ocasión —aseguró Lyon frunciendo el ceño ante la elegante habitación.

—Reconozco que es bastante… recargado —aceptó ella dejando su mochila en el suelo a los pies de la cama.

Él la miró arqueando una ceja.

—¿Recargado? —Dejó escapar un bufido mitad risa—. El armario de mis armas está más vacío que esto.

Ella se limitó a poner los ojos en blando y mirar a su alrededor.

—No sabría que decirte —dijo caminando hacia una de las terrazas—. Se está fresquito, así que para mí ya es como el Ritz.

Lyon se dedicó a echar un vistazo al resto de la habitación.

—¿Has estado alguna vez en el Ritz?

Ella se rio.

—Temo que si fuese yo la que tuviese que pagar el alojamiento, me quedaría en una tienda de campaña junto a las ruinas —aseguró con ironía—. Pero imagino que debe ser algo parecido a esto.

Lyon farfulló.

—Más lujo y menos telas, me temo —respondió entrando por la primera arcada cercana a la puerta—. Bueno, he encontrado el baño, ¿quieres las buenas o las malas noticias?

Aria bostezó.

—Sí me dices que hay un plato de ducha o una bañera, me conformo —aseguró siguiendo los pasos de Lyon.

Lyon se quedó mirando la entrada que se componía del lavabo de madera con la superficie de mármol, un etrusco espejo colgaba de la pared flanqueado por dos lamparillas. A ambos lados del recibidor se abrían dos puertas de cristal con cenefas florales a su alrededor las cuales se dividían en el aseo y la zona de baño.

Emitiendo un bajo silbido miró la enorme bañera a ras del suelo.

—Creo que tu tátara lo que sea se librará de la castración, pero solo por los pelos —

murmuró penetrando en la sala de baño—. Aquí cabría un equipo de fútbol.

—D.I. Lyonel —murmuró apoyándose en el marco de la puerta—. Ahora mismo solo quiero darme un baño y echarme un ratito.

Se volvió hacia ella, viéndola bostezar de nuevo.

—Tendrá que ser un baño rápido, nena —le aseguró en tono irónico—, o te dormirás sin haber tocado siquiera el agua.

Ella imitó un flojo saludo militar y entró en el baño al tiempo que se quitaba la cazadora y continuaba con la camiseta, o al menos esa había sido su intención hasta que vio la mirada de Lyon, la cual seguía apreciativamente cada uno de sus movimientos. Una inexplicable vergüenza le cubrió las mejillas de rojo e intuía que toda su piel, el corazón empezó a latirle con rapidez y la boca se le secó, haciendo que sus palabras salieran balbuceantes.

—Ah… um, ¿también vas a… um… bañarte?

Él ladeó ligeramente la cabeza, contemplándola y finalmente sus labios se estiraron en una divertida sonrisa.

—Quizás, después de ti —aseguró y se cruzó de brazos, esperando pacientemente a que ella continuase con el proceso de quitarse la ropa—. ¿Se nos han terminado las ideas de seducción, tesoro?

Ella abrió la boca y volvió a cerrarla, sus mejillas se colorearon incluso más. Parecía absurdo que tuviese vergüenza justamente ahora, cuando se había pasado toda la semana insinuándosele y prácticamente echándosele desnuda a los brazos. Por no mencionar el hecho de que habían llegado más allá de la seducción cuando por fin se fueron a la cama.

—Creo que lo dejé todo en América —murmuró en voz baja. Su mirada se volvió esquiva mientras tomaba una profunda bocanada de aire y tiraba de la camiseta tanque que llevaba puesta quedándose únicamente en sujetador.

A pesar de que Lyon se encontraba disfrutando del sensual espectáculo, el cansancio y la vacilación en ella le llevaron a concederle una pequeña tregua.

—Pues intenta recuperar un poco para terminar de desnudarte y meterte en la bañera —le sugirió al tiempo que pasaba junto a ella para proceder a desnudarse él mismo.

Aria perdió el hilo de lo que estaba haciendo en cuanto le vio deshacerse de la chaqueta, seguida de la camiseta que fueron a aterrizar al lado del único banco que había. Sin pensárselo dos veces, Lyon se sentó para desatarse las botas y quitárselas, seguido de los calcetines, el cinturón y el pantalón hasta quedar gloriosamente desnudo. Su piel leonada brillaba por el sudor, cada músculo se ondulaba al son de sus movimientos, para sorpresa de Aria se dio incluso el lujo de desperezarse allí mismo, estirándose, permitiéndole una magnífica vista de su espalda, prietas nalgas y fuertes piernas.

Solo, cuando se dio la vuelta para mirarla, fue que Aria se atragantó.

—¿Necesitas ayuda, tesoro?

Negó inmediatamente con la cabeza, su mirada había ido a caer justamente sobre la naciente erección masculina, la cual, bajo su atenta mirada empezó a crecer y endurecerse. La lujuria la recorrió a pesar del cansancio, haciendo que se lamiese los labios, preguntándose cómo sería tenerlo en su boca.

Un ligero carraspeo seguido de las manos masculinas anclándose a las caderas mientras sus piernas se separaban, incendió su rostro hasta el punto que tuvo que darse la vuelta para no morirse de vergüenza.

—Si ya has terminado, quizás quieras utilizar primero la bañera —le sugirió con una amplia sonrisa. Esa nueva faceta de Aria empezaba a gustarle, le ofrecía incontables

posibilidades.

Ella sacudió nuevamente la cabeza, ¿pero qué demonios le pasaba? No era como si no le hubiese visto ya desnudo, ¡señor! ¡Si se había acostado con él!

—Puedes bañarte primero —concedió luchando por respirar—. Señor, no puedo respirar…

Y era cierto, el aire empezaba a faltarle en los pulmones, ¿qué más cosas podrían pasarle ya?

—Sí puedes, solo deja salir el aire —le oyó susurrarle al oído un segundo antes de que sintiese sus brazos alrededor del cuerpo, una de sus manos deslizándose bajo sus pechos, apretándola suavemente obligándola a soltar el aire que estaba reteniendo—. Así, ahora respira profundamente.

Ella se estremeció entre sus brazos.

—Relájate, Aria, todo va bien —le habló, consiguiendo que respirara tal como le había pedido—. Bien, déjalo salir una vez más.

—Esto… esto es bo… bochornoso —musitó ella bajando la barbilla hasta casi tocar el pecho.

Lyon chasqueó la lengua y se separó un poco de ella, lo justo para desabrocharle el sujetador y quitárselo.

—Estás cansada y asustada —resumió deslizando sus manos ahora sobre la suave piel de su estómago hasta encontrar el botón de los pantalones—. Acabas de recibir una cantidad de información que todavía no has sido capaz de procesar, tu mente está sobrepasada, es normal.

Ella cerró los ojos y se relajó contra el cuerpo masculino.

—¿Siempre eres tan bueno leyendo a la gente?

Lyon se encogió de hombros.

—Se pueden descubrir muchas cosas de la gente a través de sus gestos, su movimiento corporal, así como sus ojos —aceptó deslizándole los pantalones hasta los tobillos, para luego desatarle los botines y sacárselos, dejándola solamente con las braguitas—. Y tú, tesoro, estás agotada, en todos los sentidos.

Ella bajó la mirada para verlo a sus pies, levantándole un pie y después el otro para despojarla de los pantalones y alzarse ahora frente a ella.

—Estoy asustada, Lyon, muy asustada —aceptó encontrando sus ojos.

Él asintió.

—Lo sé —aceptó deslizando las manos a sus caderas, hundiendo los dedos en el interior de los elásticos de las braguitas—. Y es lo que hará que te mantengas cuerda y alerta, así que no lo rechaces.

Ella se lamió los labios cuando él empezó a deslizar las braguitas por sus piernas hasta quitárselas.

—Listo —murmuró entonces volviendo a ponerse en pie—. Ya puedes darte ese baño.

—Eso será si las piernas todavía me responden —susurró sonrojándose por completamente.

Lyon puso los ojos en blanco.

—Como si eso fuese un problema.

Sin dejarle tiempo a responder, la alzó en brazos sin esfuerzo alguno y se la llevó a la bañera, la cual ya se estaba llenando.

—¿Podrás sola?

Ella se lamió los labios y se acercó a su boca.

—Para estar seguros, mejor quédate junto a mí —pidió y se mordió el labio inferior con coquetería—. ¿Por favor?

Lyon esbozó una irónica sonrisa.

—Sin favor —le dijo antes de besarla profundamente, capturando su boca en un beso que prometía placeres mucho mayores.

Aria se relajó, recostándose contra el pecho masculino, dejando que Lyon se encargara de deslizar la suave esponja por sus brazos. De fondo resonaba la canción *Cuarto sin Puerta* de Shalim en el *Ipod* que Lyon le sorprendió sacándolo del bolsillo del pantalón. Su marido parecía tener predilección por las canciones latinas.

El calor del agua la tenía adormilada, colaborando inexorablemente con el cansancio que había acumulado en el viaje.

—Levanta los brazos —le susurró al oído, para luego mordisquearle el cuello eróticamente.

—Pides demasiado —musitó ella luchando por mantener los ojos abiertos.

Él se rio en su oído, rodeándola con sus propios brazos para hacer el trabajo por sí mismo, acariciando con la esponja empapada en jabón todo su cuerpo, acariciándole los costados, el estómago, pasando sobre sus pechos con el tacto de una pluma.

Ella ronroneó.

—Creo que esa zona necesita atención especial —murmuró estirándose sobre él, notando la dura erección frotándose contra la parte baja de su espalda—. Señor, sí que estás duro.

—Vas de un extremo a otro —se rio entre dientes al escuchar su lisa y llana declaración—. Primero te sonrojas, y ahora no tienes problemas en tomar nota de mi erección.

Ella sonrió suavemente.

—Bueno, no es fácil obviar lo que hay ahí abajo, frotándose contra mí, Lyonel —aceptó con un suspiro—. Además, estoy casi dormida, llegará un punto en el que no recordaré nada de lo que haya dicho.

Bufando ante la respuesta, Lyon se estiró para coger uno de los frasquitos de jabón y echó una generosa capa en sus manos, frotándolas para formar una suave capa de jabón que pronto estuvo deslizándose sobre los pechos y los pezones femeninos. Sus manos los ahuecaron, masajeándolos, frotando los cada vez más duros pezones, siendo recompensado por los suaves gemidos de la mujer que tenía en sus brazos. Aria se frotaba contra él, arqueando la espalda en un intento de acercarse más al delicioso masaje.

—Espero esté usted satisfecha con el trato especial, señora —le dijo, imitando el tono arabesco—. No hace falta que conteste, con que gima es suficiente.

Ella restregó la cabeza contra su hombro, sus brazos se habían deslizado a ambos lados de la bañera, sosteniéndose.

—Oh dios —gimió incapaz de decir nada más.

Lyon sonrió y se inclinó hacia delante, mordisqueándole el cuello sin dejar de atormentar sus pechos.

—Gime para mí, tesoro, déjame oír ese bonito sonido —le susurró al oído, mordisqueándole suavemente la oreja con hambre.

Aria no estaba segura, pero creía que si en ese momento le pidiese cualquier otra cosa, también la haría con tal que no dejara de acariciarla.

—Lyon —gimió retorciéndose bajo sus diestras manos—, necesito… yo…

—¿Sí, nena? ¿Dime qué necesitas? —le susurró al oído, lamiéndole la oreja después de cada frase—. ¿Qué es lo que deseas?

Ella se lamió los labios, un delicioso escalofrío de placer se derramó sobre ella.

—To… tócame —susurró.

Un nuevo mordisco en el lóbulo de su oreja seguido de una sonriente frase.

—Te estoy tocando —le aseguró poniendo énfasis en sus palabras tironeando de sus pezones entre sus dedos.

Ella gimió, dejando escapar un pequeño gritito.

—Más… más abajo —suplicó con voz entrecortada—. Por… por favor.

Lyon deslizó una de sus manos a través del estómago femenino, acariciándola suavemente, provocándole cosquillas aquí y allá hasta hundirse bajo el agua llena de espuma y seguir camino hasta que sus dedos se encontraron con los mojados rizos que ocultaban sus pliegues.

—¿Aquí? —le susurró con voz ronca—. ¿Es esto lo que quieres, Aria?

Ella se mordió el labio inferior y asintió, se moría porque la acariciara entre las piernas, su sexo estaba hinchado y necesitado de su contacto.

—Sí —gimoteó cerrando los muslos instintivamente al sentir su mano acariciándola suavemente bajo el agua.

Lyon continuó atormentando sus pechos y excitándola mientras vertía sus propias necesidades en sus oídos.

—¿Sabes qué es lo que yo deseo, tesoro? —le susurró, su voz ronca por la excitación del momento—. Deseo estar profundamente enterrado en tu interior, tomarte aquí mismo, en esta posición y sentir como me aferras y te retuerces sobre mí, suplicándome que me mueva y te monte. ¿Suplicarías, Aria?

¡Dios querido! ¿Suplicarle? Seguramente terminaría convirtiéndose en una loca balbuceante si le hacía lo que acababa de susurrarle. Pudiera ser que no tuviese más experiencia que la que adquiría en sus brazos, pero dudaba que una mujer hubiese podido disfrutar tanto de su primera vez como lo había disfrutado ella. Y aquí estaba él de nuevo, susurrándole cosas lascivas al oído, sin importarle nada más que poseerla.

—¿Has vuelto a quedarte sin palabras, tesoro? —le susurró con tono jocoso.

Ella se lamió los labios, sintiendo la lengua espesa en su boca, deseando de repente un beso que no podía alcanzar en la posición en la que estaba, vulnerable a su contacto.

—¿Aria? —pronunció su nombre una vez más.

—Yo… no… no suplico… —murmuró lamiéndose los labios—. No... No lo hago.

Sonrió al tiempo que hundía profundamente su mano ahuecando su sexo, hundiendo lentamente un dedo en su lubricado canal, empezando a moverlo de forma lenta y firme.

—¡Oh, dios! —jadeó ella al sentir la repentina intrusión clavándose en su sexo, haciendo que un ramalazo de placer la recorriera directo a su sello haciéndola lloriquear—. Lyon… señor… oh dios…

Él se rio y apretó suavemente su pecho atormentándole uno de los pezones entre el índice y el pulgar mientras la penetraba lento y profundo con el dedo, preparándola. Sentía su polla tironeando cada vez que ella se movía y se la frotaba, estaba duro, le dolían los testículos por la necesidad de correrse, por hundirse en su estrecho canal y empalarla hasta que todo lo que pudiera hacer fuera gemir y lloriquear derramando sus jugos alrededor de su polla.

—Estás caliente y estrecha, tesoro —le susurró resbalando la lengua por la columna de su cuello, lamiéndola y mordisqueándola para aumentar su placer.

—Lyon… por favor… no… no puedo…

Él hundió más fuerte su dedo, con cuidado de no lastimarla pero lo suficientemente duro para que lo sintiese, aumentó la velocidad y siguió lamiendo y chupando su piel con desnudo hambre.

—Córrete, Aria, no te reprimas —le dijo entre pequeños mordiscos que sembraba por su cuello—. Baña mi mano en tus jugos.

Ella se mordió los labios luchando con el orgasmo que amenazaba con derribarla.

—Por favor, te… te necesito a ti… te… te quiero a ti —musitó arqueando el cuello para darle mejor acceso.

Lyon le sopló la piel.

—¿No decías que no suplicabas?

Ella siseó.

—No es una súplica, es una orden —jadeó moviéndose contra su mano, necesitada—. Te quiero… ahora.

Lyon se echó a reír y hundió una vez más su dedo, cada vez con mayor rapidez, conduciéndola al orgasmo.

—Solo por eso, no dejaré que te corras.

Ella jadeó.

—¡Con un demonio, Lyonel Tremayn, si te detienes ahora, juro que te meteré un tiro en las pelotas!

Lyon rio entre dientes.

—Y volvemos con las amenazas —chasqueó la lengua hundiendo su dedo profundamente en el húmedo y apretado sexo y lo mantuvo allí inmóvil. Su otra mano abandonó el pecho para sujetarla de la cadera y evitar que se moviese—. ¿Lo notas? ¿Notas la necesidad de correrte y no poder?

Ella apretó los dedos en torno a su sujeción en la bañera, sus nudillos poniéndose blancos.

—Esto es lo que has estado provocándome durante toda la maldita semana —le susurró una vez más al oído, soplando su cálido aliento—. Me ponías duro y necesitado, me acosabas una y otra vez y no podía tenerte… esto es lo que me provocabas día tras día.

Ella lloriqueó.

—La culpa fue tuya, si no te escabulleses cada vez —gimió mientras luchaba por alcanzar aquello que deseaba—, yo quería… pero tú no… no… no fue… culpa mía.

Lyon chasqueó la lengua una vez más y retiró el dedo de su apretado y caliente sexo.

—No, supongo que no era culpa tuya —respondió acariciándole ahora el interior de los muslos.

La desesperación se iba uniendo cada vez más a la frustración en el cuerpo femenino, las lágrimas acudieron a los ojos de la muchacha sin poder evitarlas para finalmente deslizarse por sus mejillas.

—Lyon, por favor —susurró, lágrimas de frustración corriendo por sus mejillas—. Te necesito... por favor… Te juro que no volveré a hacerte algo así, te lo prometo, por favor…

El hombre rodeó entonces sus caderas y la alzó, posicionando la punta de su dura erección en su entrada para empezar a empujar suavemente mientras la deslizaba hacia abajo, llenándola lentamente, permitiendo que se fuese adaptando a su tamaño hasta que su trasero quedó rozando sus testículos y estuvo completamente enterrado en ella.

—Shh. —Le rodeó ambos pechos, acariciándole los pezones con los pulgares, para luego alcanzar su rostro, ladearlo y borrarle las lágrimas con la boca—. Está bien, pequeñita, está bien,

estoy aquí.

Aria jadeó al sentirlo completamente hundido en su interior, sentada sobre su regazo, empalada con su verga y con sus manos apretándole los senos era incapaz de respirar, la presión que se había ido construyendo en su interior amenazando con desbordarse y consumirla enviándola directamente al orgasmo.

—Muévete —le dijo acariciándole una vez más el oído con la boca—. Busca tu placer.

Ella se mordió los labios, inquieta e insegura.

—¿Te duele? —sugirió rodeándola con los brazos al ver que ella no contestaba y se tensaba. Quizás fuera demasiado pronto aquella posición para ella, no quería asustarla ni hacerle daño, deseaba que alcanzara el placer que le ofrecía.

Ella negó con la cabeza.

—No, es… increíble —gimió entonces dejó que sus manos abandonaran su sujeción y se las llevó a los pechos, cubriendo las manos masculinas—. Pero… no sé… no estoy segura… de cómo… bueno… eso.

Lyon sonrió con ternura, le mordisqueó el cuello y rodeando nuevamente la cadera femenina con las manos la guio.

—Suave —le dijo tras un par de movimientos en los que la alzó y la ayudó a descender de nuevo sobre su polla—. Déjate llevar, busca tu propio ritmo, en el que estés cómoda.

Aria gimió, sus ojos marrones abriéndose desmesuradamente ante la sensación de plenitud que alcanzaba con él, podía sentirlo retirarse solo para volver a entrar cuando bajaba de nuevo las caderas hacia él.

Poco a poco, con torpes movimientos al principio, empezó a moverse, los gruñidos de aprobación masculinos acompañando a sus propios jadeos mientras subía y bajaba por su polla. Lyon volvió a tomar posesión de sus pechos apretándoselos y jugando con sus pezones mientras ella le cabalgaba cada vez con más energía. Su sexo le rodeaba, exprimiéndolo, tirando de su orgasmo con fuerza.

—Lyon —jadeaba ella mientras le montaba—, oh, señor, Lyon… sí… oh sí.

Él gruñó abandonando sus pechos para aferrar sus caderas y acompañarla con fuertes embestidas. Desesperada Aria se llevó las manos a sus propios pechos apretándoselos y jugando con sus pezones mientras él se impulsaba en ella con movimientos fuertes y rápidos. El agua ondeándose a su alrededor, golpeando las paredes de la bañera movida por sus empujes. Sus jadeos se hicieron desesperados, el orgasmo creciendo más y más hasta que no pudo soportarlo más y se dejó llevar, permitiendo que su cuerpo se rompiese en mil pedazos, temblando en brazos de su amante. Lyon siguió penetrándola, aumentando las sensaciones de su orgasmo hasta que se vertió completamente en su interior inundándola con su cálido semen.

Jadeante, Aria se desplomó contra el pecho masculino, sus cuerpos todavía unidos, sintiendo los temblores que recorrían también a su marido.

—¿Siempre… siempre va a ser… tan intenso? —murmuró entre jadeos.

Él había dejado resbalar su cuerpo, llevándosela con él, de modo que terminó con la cabeza apoyada en la repisa de la bañera.

—Señor, eso espero —jadeó en respuesta haciendo que ella se riera sintiéndolo todavía en su interior, semi erecto. Entonces bostezó—. ¿Crees… que podríamos… continuar esto… en la cama?

Él se deslizó de ella, arrancándole un suave jadeo.

—Necesitas descansar —le dijo besándole la mejilla—. O esta noche, no podrás mantener los ojos abiertos.

Aria bostezó.

—De acuerdo, pero solo un ratito —murmuró acurrucándose contra él—. Me gustaría visitar la ciudad antes de reunirnos con Shar… será como una luna de miel.

Él se tensó ante sus palabras, pero Aria no fue consciente de ello, el cansancio y el agotamiento la vencieron arrastrándola al sueño. ¿Luna de miel? Ella no podía estar pensando en que lo suyo duraría, ¿verdad?

—Mierda —masculló y se pasó una mano por el pelo húmedo. En su lujuria y la necesidad de terminar con aquella maldición que pendía sobre la cabeza de la mujer no había pensado en el futuro o en que ella deseara quedarse con él.

No podía permitir que eso ocurriese, si ella permanecía a su lado, antes o después sería destruida. No podía hacerle eso, no a la mujer que, se dio cuenta, amaba.

CAPÍTULO 26

Lyon contempló el recinto en el que se emplazaban las ruinas, a lo largo de todo el perímetro exterior los comerciantes se habían apostado ofreciendo desde velas, pequeñas figuras con la efigie de la diosa. Todo el que había podido adquirir un sitio se había instalado con la mercancía propia de los mercados, incluyendo un par de puestos de bebidas y dulces típicos del lugar.

La gente había empezado a reunirse alrededor de las ruinas, para su sorpresa, el lugar dónde se encontraban los restos del templo fenicio habían sido engalanados. Cuatro lanzas con telas rojas y negras marcaban cada uno de los puntos del edificio, y un arco elaborado con flores, estaba situado en lo que una vez había sido la entrada al templo. El perímetro había sido rodeado por un grupo de devotos, ataviados con chilabas y ropas similares que emulaban los colores de los estandartes, predominando en ellos el color negro. Mujeres y hombres se daban cita en el lugar, oyéndose una gran cacofonía de idiomas provocado por los lugareños y turistas que se habían acercado a curiosear en aquel antiguo rito.

Aria caminaba a su lado, enfurruñada. Se había despertado hacía poco más de una hora, con lo que su idea de pasear por el barrio antiguo había tenido que ser pospuesta, Lyon no tenía la más mínima intención de abandonar la cama o despertarla antes cuando era obvio que la mujer necesitaba descanso. Pero su enfado no se debía únicamente a que se había quedado dormida, si no al repentino interés de un lugareño por comprarla.

—No puedo creer que todavía tengan la desfachatez de hacer algo así —refunfuñaba al tiempo que echaba escuetas miradas hacia atrás—. ¡Quería comprarme!

La miró de reojo.

—Dos camellos y un saco de trigo, eso es una fortuna para algunos de estos individuos, deberías alegrarte —le dijo con total sarcasmo—. Además, con mi suerte, en menos de treinta minutos te tendría de vuelta y exigiría que le devolviese los camellos.

Ella bufó, su mirada surfeando entre la gente.

—Debería denunciarlo a la policía —refunfuñó—. No tienen derecho a comprar o vender mujeres.

Lyon alzó la mirada al cielo.

—Aria, nadie en su sano juicio haría tal cosa —aseguró, para finalmente hacer una mueca —. Aunque no apostaría ni la mejor de mis armas por ello, teniendo en cuenta la cultura que los rige.

Ella resopló una vez más

—Ese imbécil no me sacaba los ojos de encima, especialmente de mi escote —farfulló tironeando una vez más del escote del vestido de lino que se había puesto con unas sandalias y una chaqueta para protegerse del aire frío de la noche.

Lyon esbozó una sonrisa al recordar el rostro alucinado del hombre cuando clavó la mirada en los pechos de su mujer, un hecho que a él tampoco le hizo especial ilusión y que solucionó rápidamente con una mortal mirada que captó al instante.

—Ciertamente, sabía cómo inspirar pena —aseguró intentando contener su hilaridad—. Su cara era todo un poema épico mientras observaba ese par de… encantos.

Ella bufó y se volvió hacia él con gesto irónico.

—Creía que habías reclamado tales encantos como tuyos —le respondió ella con total

sarcasmo—, ya que no haces otra cosa que sobármelos cada vez que me pones las manos encima.

Él arqueó una ceja en respuesta y se encogió de hombros.

—Sí, me gustan tus tetas, ¿y qué?

Puso los ojos en blanco y resopló.

—Y eso, señoras, es una muestra del intelecto masculino —murmuró más para sí misma que para él.

La mirada de Aria fue de un puesto a otro tomando nota de lo que la gente ofrecía, de las distintas personas que se daban cita en un espacio tan reducido mientras la tarde iba dando paso a la noche y las luces de los farolillos y antiguas lámparas de aceite ocupaban su lugar proveyendo iluminación.

—Hace muchísimo tiempo que no visito algo parecido —murmuró acercándose entre la gente para echar un vistazo a lo que ofrecían—. Mi abuelo siempre me llevaba al barrio antiguo, a los comercios, o al bazar. Solía comprarme una bolsa con dulces de dátil, decía que eran para mí, pero en realidad era él quien los adoraba.

Lyon bajó la mirada sobre ella.

—Le echo de menos —confesó Aria respirando profundamente para luego sonreírle con tristeza y continuar su camino.

Con las manos en los bolsillos, la siguió. El ambiente perfumado con el aroma a flores, comida y velas empezaba a resultarle pesado, Lyon pudo ver entre la gente a un par de niños de corta edad que, cesta en mano, vendían flores y pequeñas figuras de barro.

—¿Has pasado mucho tiempo en Byblos? —le preguntó siguiendo con la mirada a una de las niñas hasta que esta desapareció entre la multitud.

Se volvió hacia él, para esperarlo.

—Pasé buena parte de mi infancia aquí con mi padre y mi abuelo —explicó con un ligero encogimiento de hombros—. A mi madre no le gustaba Jbeil, ni la ciudad de Byblos, prefería Londres. Después del accidente que acabó con su vida, el abuelo me trajo aquí. Solo después de… su primer infarto… volví a Londres y cursé allí la universidad, Sharien se vino conmigo durante los primeros meses, hasta esta mañana, pensé que lo había hecho por petición de mi abuelo, pero ahora... ya no estoy segura.

Lyon se detuvo al llegar a su lado.

—Todavía conservas parte del acento —aceptó mirándola—. Especialmente cuando te pusiste a discutir en árabe con el mercader, creo que él mismo se llevó una sorpresa.

Hizo un mohín.

—De pequeña lo dominaba mejor —aseguró encogiéndose de hombros—, como te dije, he pasado mucho tiempo alejada de aquí. El inglés es mi primer idioma.

Con un nuevo suspiro, se giró solo para tener que apartarse a un lado cuando un grupo de niños pasó corriendo junto a ellos, aquello le recordó algo que todavía no le había preguntado a Lyon.

—¿Por qué el Hogar de Acogida?

Lyon la miró sorprendido por la inesperada pregunta.

—¿Por qué, qué?

Ella se encogió de hombros.

—Es obvio que adoras ese lugar, a los niños y a la vista está que ellos te adoran a ti —aseguró con una sonrisa—. ¿Te has planteado alguna vez el tener tus propios hijos?

Wow. Aquello era pisar terreno pedregoso, concluyó Lyon mirándola como si le hubiesen salido dos cabezas.

—No es algo que necesite —respondió sin pensar.

Aria le miró boquiabierta por la respuesta, entonces se rio.

—Perdón, me he expresado mal. —Sonrió y negó con la cabeza—. Lo que quiero decir, es que podrías ser un buen padre, se te da bien hablar con los niños.

—Eso es que no has visto a Shayler, él si será un buen padre, tiene paciencia, cosa que yo no —aseguró Lyon con un tono que dejaba claro que no había lugar para réplicas.

Él siguió adelante, impidiéndole poder entrar en un tema que no deseaba tocar, no con ella, la sola idea de pensar que pudiese existir una sola posibilidad… No, no se arriesgaría.

La tajante respuesta sorprendió a Aria, quien se apresuró en ir tras él cuando se cruzó en su camino una mujer vestida de negro, con el cabello cubierto y los ojos muy perfilados. En sus manos portaba una bandeja con pequeños vasos multicolor llenos de un aromático líquido parecido al té.

—Recibe la bendición de la diosa —le dijo en un chapurreado inglés.

—No, yo no… —Alzó las manos con una pequeña sonrisa en los labios dispuesta a negarse.

—Trae mala suerte rechazar la bebida ofrecida por una doncella elegida —la interrumpió Sharien quien ya estiraba el brazo para coger dos vasos, uno de los cuales le tendió a Aria—. Es té de flores, no te hará daño.

—Sharien —murmuró su nombre. De pie, ante ella, vestido en negro y rojo, con un aspecto más propio de un árabe, con una túnica negra con bordados rojos por encima de la rodilla a juego con unos pantalones flojos y botas altas, y lo más extraño de todo, los ojos perfilados con *khol*, parecía un hombre completamente distinto.

—Ariadna —le sonrió haciéndose a un lado cuando Lyon, quien había sido interceptado también por otra muchacha portando bebidas, se unió a ellos.

El Guardián entrecerró los ojos observando de forma crítica el aspecto del hombre, finalmente esbozó una irónica sonrisa.

—Así que, este eres tú realmente —murmuró tomando el vaso de manos de Aria para acercarlo a la nariz y olerlo.

Sharien esbozó una irónica sonrisa.

—Solo es té —le aseguró dando un sorbo a su propio vaso.

Aria recuperó el suyo de manos de su marido y tomó otro de la bandeja para entregárselo.

—Huele bien —aseguró acercándoselo a los labios para finalmente cerrar los ojos con deleite ante el sabor—. Oh y es dulce, está delicioso.

Sharien le sonrió en respuesta bebiéndose su propio vaso mientras observaba disimuladamente a Lyon que no dejaba de mirar el líquido con recelo. Para no ser menos que su compañera, se lo bebió.

—No está mal, aunque no hay manera que esto iguale a un buen whisky escocés —aseguró dejando el vaso en la bandeja.

Ella puso los ojos en blanco y se terminó su bebida, para darle las gracias a la mujer, quien inclinó la cabeza en respuesta antes de continuar ofreciendo bebidas.

—No pensé que fuese a haber tanta gente —murmuró mirando alrededor, para finalmente volverse hacia Sharien. Lo que antes había sido tan sencillo como hablarle, bromear o echarse a sus brazos, ahora parecía resultar incómodo ante los recientes descubrimientos—. Bonito conjunto, por cierto.

Sharien esbozó una irónica sonrisa y estiró la mano, acariciándole la mejilla.

—Nada ha cambiado Aria, sigo siendo yo —le aseguró, deseando borrar la duda que

asomó en sus ojos durante un breve segundo.

Ella hizo una mueca.

—Sí, supongo, con cientos de años más —respondió con una mueca. Entonces sacudió la cabeza, resopló y sorprendió a los dos hombres echándose a los brazos de Sharien, para luego susurrarle al oído—. No vuelvas a mentirme, Shar, tú no.

Él apretó los ojos con fuerza antes de recompensar su cariño con un breve abrazo y alejarla, indicando a su marido con un gesto de la barbilla.

—No quiero morir por el hecho de abrazarte —le aseguró, sabiendo que aquello borraría cualquier tensión con ella y molestaría al guardián.

—Mejor mantén las manos alejadas de ella —aceptó Lyon—. Correrás menos riesgos.

Aria puso los ojos en blanco al escucharle, pero Sharien sonrió perezosamente en respuesta. Finalmente se volvió hacia las ruinas dónde la gente ya había empezado a reunirse haciendo un largo pasillo desde donde ellos estaban hasta la entrada de este.

—¿Qué están haciendo? —preguntó ella al tiempo que se adelantaba para ver mejor.

Sharien se volvió, caminando tranquilamente tras ella al mismo tiempo que mantenía un ojo sobre el desconfiado guardián.

—Están haciendo un corredor, a través de él, los sacerdotes escoltarán a la elegida hasta el templo —explicó indicándole a un grupo de hombres vestidos de forma similar a él, pero con la cabeza y el rostro tapados, los ojos eran lo único que quedaba al descubierto—. Ella será escoltada hasta ese arco de flores que ves, que simboliza el paso hacia el templo y allí aguardará al hombre elegido para ella.

Aria se movió entre la gente, intentando ver mejor solo para encontrarse con una pared formada por tres hombres vestidos con túnicas.

Lyon que había estado observando los movimientos de Sharien, perdió durante un instante a Aria, cuando consiguió localizarla de nuevo, se encontraba varios metros por delante de él, delante de tres hombres cuyas túnicas negras y rojas hacían juego con la ropa de Sharien.

—¿Ariadna? —la llamó, pero ella no pareció escucharle.

Frunciendo el ceño, dio un paso adelante solo para sentir como el suelo se movía bajo sus pies durante un breve instante, un movimiento, se dio cuenta, que solo había sido percibido por él. Su mirada verde voló entre la gente, su visión empezaba a volverse borrosa y un repentino calor se extendió por sus venas.

—Maldito hijo de puta —siseó, maldiciéndose a sí mismo por no haber hecho caso de sus instintos.

Desde el mismo momento en que habían puesto un pie en las inmediaciones del recinto se había sentido inquieto, nervioso. Al principio lo había achacado a la presencia de las ruinas y al evento conmemorativo que daba mayor relevancia al lugar, como si desearan traerlo de nuevo al presente. Aquello era algo que solía ocurrirle a menudo, por ello prefería mantenerse al margen y visitar tales lugares cuando no había gente a su alrededor. Pero nada tenía que ver con el lugar y mucho con el hijo de perra que los había citado allí aquella noche a ambos y había insistido en que tomaran las bebidas.

Lyon respiró profundamente, su visión se emborronaba y aclaraba por momentos, su cuerpo se sentía tanto pesado en un momento, como liviano al siguiente, lo que quiera que hubiese en aquel maldito vaso de té, estaba afectándole. Apretando los dientes intentó

concentrarse, necesitaba encontrar a Aria y sacarla de allí antes de que lo que quisiera que aquel hijo de puta hubiese orquestado, pudiera llevarse a cabo.

—¡Aria! —la llamó una vez más. La gente con la que tropezaba empezó a apartarse, de hecho habría caído de bruces en el suelo si unos fuertes brazos no le hubiesen retenido.

—Cálmate —oyó la voz de Sharien.

Lyon se libró de su agarre, su mirada cerrándose sobre el hombre a escasos centímetros de él.

—¡Qué coño estás haciendo! —clamó en un bajo siseo, sus manos volando ya hacia la camisa del hombre, aferrándola para atraerlo hasta su propio rostro—. Si le tocas un solo pelo juro…

Sharien se soltó fácilmente, intercambiando lugares con el Guardián, inmovilizándolo de modo que pudo hablarle al oído.

—Estará bien siempre y cuando tú te mantengas a su lado —le respondió en voz suave, tranquila—. La profecía tiene que seguir adelante, Lyon, es la única manera en que puede ser salvada.

El Guardián se deshizo de su agarre, su equilibrio empezaba a fallar, las luces de las lámparas del recinto empezaban a danzar ante sus ojos.

—Apártate de mi camino —bramó entre dientes.

Sharien no tuvo problema en reducirlo una vez más, obligándolo a caer de rodillas al suelo mientras le sujetaba.

—Escúchame y escúchame bien, Guardián —repitió con voz fría, mortal—. La profecía se cumplirá, la última de las ashtarti te esperará en el templo y tu deber será yacer con ella hasta el amanecer, recibiendo así la bendición de los dioses. —Sharien apretó un poco más su agarre sobre él—. Desoye mis palabras y no habrá otro amanecer para ella y entonces, seré yo quien riegue el suelo con tu sangre. Ella es todo lo que me importa ahora mismo, Lyon, si muere, tú la seguirás, por mi mano.

Lyon se resistió, luchando contra él.

—¿Por qué debería de creerte? —gruñó.

El sacerdote no dudó.

—Porque no tienes otra opción —le aseguró—. Recuerda las palabras de Ashtart, Lyon, porque no te ha mentido. Aria siempre ha estado destinada a ti, haz lo que sea por conservarla, no tendrás una segunda oportunidad.

Aria retrocedió un par de pasos y murmuró una suave disculpa antes de dar media vuelta y encontrarse que ahora otros hombres le cortaban el paso. Nerviosa se movió de un lado a otro solo para tambalearse cuando todo pareció dar vueltas a su alrededor.

—Qué demonios —murmuró estando a punto de caer.

Sacudiendo la cabeza para despejarse, se echó a un lado, intentando volver al lugar en el que había dejado a Lyon y Sharien, pero era incapaz de orientarse, la cabeza le daba vueltas y todo lo que podía ver eran aquellos hombres de túnica negra y roja cerniéndose sobre ella.

—¿Qué… quienes sois? —murmuró apartándose, girándose rápidamente—. ¡Lyon!

Su voz salió afónica, casi sin aire un instante antes de que uno de los hombres que la rodeaban se acercara a ella y sin que pudiese evitarlo le cubriera la cabeza con una capucha oscura.

Jadeó, el temor abriéndose camino en la oscuridad en la que fue sumida sin previo aviso, los gritos morían en su boca, incapaz de pronunciar ni uno solo. Sintió unos brazos sujetándola por cada lado, dos presencias a las que se le sumaron otras dos, rodeándola e instándola a caminar.

Sus pies ejecutaron un mal paso enviándola al suelo, la sensación de caída hizo que soltase un pequeño gritito pero nunca llegó a tocar el suelo, pues las manos que la sujetaban por los antebrazos y la instaban a caminar frenaron su caída.

Intentó soltarse, de repente hacía demasiado calor, sentía el cuerpo pesado y la mente nublada, logró abrir la boca y emitir un grito, le llamó una y otra vez pero sus oídos no registraban sus palabras, todo lo que oían era el sonido de los cánticos, el llanto desesperado y empezó a temerse lo peor.

La profecía. La profecía se estaba cumpliendo, pero todavía no era el momento, faltaban tres benditos días hasta entonces, no podía ocurrir ahora.

—¡Lyon! —empezó a gritar con desesperación—. ¡No! ¡Soltadme! ¡Lyon, por favor! ¡Ayuda! ¡Qué alguien me ayude!

El miedo dio paso a las lágrimas, y estas al llanto. Iban a matarla, a sacrificarla o sabe dios qué y ella ni siquiera lo había visto venir. ¿Dónde estaba Lyon? ¿Y Sharien? ¿Por qué ninguno venía a ayudarla? ¿Quiénes eran esos hombres? ¿Por qué nadie hacía nada?

Una y otra vez peleó, propinando patadas, debatiéndose hasta que terminó siendo alzada, las manos sujetas a la espalda, sus piernas sujetas, llevándola en alto como una virgen en sacrificio.

Solo había un pequeño problema, ¡qué ella no era ninguna jodida virgen!

—¡Soltadme malditos hijos de puta! ¡Bajadme ahora mismo! ¡Os castraré a todos! ¡Os meteré una bala en vuestros jodidos…! ¡Ahhhhhhhhh!

Su retahíla de juramentos se vio interrumpida cuando se sintió libre de las manos que la habían estado sujetando y pasó a ser un grito de temor desesperado.

Esos hijos de puta la habían lanzado y la gravedad estaba haciendo su trabajo dejándola caer, y caer, y caer…

—Te tengo, ashtarti.

Aquello fueron las últimas palabras que escuchó antes de que todo se volviera negro.

Para cuando Lyon logró liberarse de ese maldito siervo de Ashtart, los hombres vestidos como sacerdotes de la diosa la habían cogido, conduciéndola a través del sendero que había dejado abierto la gente hasta los pies del templo. Gritos, llanto, cánticos variados, todo ello acompañaba a la oscura procesión en su intento de conducir a la elegida de la diosa hasta el interior del templo, tal y como había oído que le narraba Sharien a Aria escasos minutos antes de que toda esa locura se desatase. Aria se debatía, gritaba y lloraba con mortal desesperación haciendo que se le encogiese el corazón, si le hacían algo, que el cielo se apiadase de esos estúpidos humanos, porque los mataría y a la mierda la ley universal.

Desorientado y bajo el efecto del maldito brebaje que ese maldito les había hecho beber, Lyon recorrió el mismo camino que la procesión, desesperado por darles alcance solo para quedarse rezagado cuando el maldito camino empezó a cerrarse en el momento en que los asistentes empezaron a seguir la comitiva.

—¡No! —clamó luchando por abrirse paso entre la gente—. ¡Ariadna!

—¡Lyon! —la oyó gritar con desesperación—. ¡Lyon, por favor!

Desesperado por alcanzarla, cargó contra la gente, abriéndose paso entre gritos, insultos y diversas blasfemias que no podían importarle menos, todo lo que deseaba era alcanzar a su mujer.

—¡Soltadme malditos hijos de puta! ¡Bajadme ahora mismo! —la oyó gritar una vez más. Esta vez el miedo y la desesperación dando paso a la rabia. Respirando aliviado al escucharla batallar, se obligó a empujar con más ímpetu.

Un par de pasos más y ya pudo ver el arco de flores y como esos hijos de puta la levantaban por encima de sus cabezas con obvia intención de hacerla pasar a través de la arcada floral.

—¡Aria! —Gritó su nombre una vez más.

Su voz le llegó alta y clara, las lágrimas bordeaban sus palabras.

—¡Os castraré a todos! ¡Os meteré una bala en vuestros jodidos…!

Lyon jadeó cuando sintió el impacto de un crudo poder elevándose en el mismo punto al que conducían a su esposa, si bien no reconocía la marca, sí podía reconocer el patrón que lo guiaba, que lo llevaría a traspasar el umbral del tiempo y el espacio, enviando a cualquiera que traspasara su barrera a otro lugar, uno del que quizás no pudiese salir nunca.

—No —musitó desesperado—. ¡Ariadna!

Su grito quedó envuelto por su propio poder, la neblina que cubría sus sentidos se alzó lo suficiente para poder alcanzarla cuando esos bastardos la llevaron a través del pórtico.

—¡Ahhhhhhhhhh! —la oyó gritar.

Sus brazos se envolvieron alrededor de su cuerpo, apretándola contra él cuando el pórtico les engulló a ambos.

—Te tengo, ashtarti —susurró apretándola contra él—. Te tengo.

Sharien observó a los pies de las ruinas del templo, como los hombres devotos de la diosa dejaban a la sacerdotisa bajo la arcada florar. La mujer, una adolescente morena vestida de negro, se recogió el vestido y traspasó el umbral entrando en lo que una vez fue la zona principal del templo y allí se sentó, fingiendo el llanto hasta que unos minutos después, un hombre vestido de blanco entró portando en sus manos una espiga de trigo. El hombre le tocó el hombro y le ofreció la espiga para luego fundirse en un tierno abrazo.

La diosa y su amado habían vuelto a encontrarse un año más tal y como cada año ocurría en aquella representación del mito que vivía todavía en aquellas tierras.

Suspirando, volvió la mirada sobre el Mar Mediterráneo, observando como el sol se ponía en el horizonte y con ello daba comienzo a la profecía de la última de las ashtarti.

—Perdóname, Aria —susurró llevándose una mano al pecho—. Pero tú y el Guardián, sois los únicos que podéis poner fin a esta maldición.

Dándole la espalda al mar, se dispuso a esperar el amanecer rogando que el destino fuese piadoso esta vez.

CAPÍTULO 27

—¿Estoy muerta? —preguntó a nadie en particular.

—Lo dudo mucho.

Aria se volvió al escuchar la voz masculina un instante antes de que el imponente vikingo atravesase la neblina que parecía envolverlo todo. Vestido en tonos negros y azules, la indumentaria oficial de los guardianes, con un par de cuchillos sobresaliendo por detrás de su cadera y braceras en las manos, Lyon abrió los brazos para recibirla.

—¿Estás bien? —le preguntó suspirando de alivio.

Ella asintió.

—Escuché tu voz —aseguró mirándole a los ojos—. Y sí, ahora estoy bien.

Aceptando su declaración, la tomó de la mano y echó un rápido vistazo a su alrededor. La entrada flanqueada por dobles columnas, la luz del fuego iluminando el interior y la misma sensación de inconsistencia que Lyon había tenido la última vez que había visitado el lugar.

—Parece que nos han obligado a hacer una primera parada —murmuró y sacando uno de sus cuchillos de la funda, con la otra mano apretando la de Aria, la instó a acompañarle al interior del templo—. Vayamos a ver qué quiere esta vez, y ya puestos, le sacaremos quien coño es.

Aria tiró de Lyon, obligándolo a detenerse cuando había subido ya un par de peldaños.

—Ya sé quién es —le dijo ella mirándolo a los ojos—. Lo entendí cuando Sharien me relató el rito del templo.

Lyon se tensó.

—Mejor no pronuncies el nombre de ese hijo de puta —gruñó—. La próxima vez que le vea, le clavaré el cuchillo en las pelotas, está decidido. Ese cabrón hijo de puta ha sido el que nos ha metido en esto.

Ella negó.

—No, tienes que estar equivocado. Sharien nunca haría…

Lyon bufó y tiró de ella para que subiera los peldaños hasta quedar a su altura.

—Despierta, Aria —le dijo sin más—. Ese tío ha estado moviendo los hilos todo el jodido tiempo, él fue quien nos condujo durante todo el camino, ya no me queda duda de ello.

—Y es algo que le agradeceré siempre.

Aquella voz masculina hizo que la pareja se volviese hacia el interior del templo. Enmarcado por la luz del fuego, vestido con una túnica de las épocas antiguas, con una ligera barba cubriéndole el mentón, profundos ojos azules y pelo oscuro, el hombre que hasta entonces se había estado manteniendo entre sombras surgió a la luz.

—Melkart —murmuró ella.

Él sonrió, asintiendo con la cabeza al tiempo que ejecutaba una lenta reverencia.

—Mi ashtarti —la saludó y a continuación se volvió hacia Lyon—. Guardián.

Lyon se adelantó un par de pasos, moviendo a Aria tras él, llegados a este punto ya no se fiaba ni de su propia sombra. El hombre frente a él sonrió ante el gesto pero no hizo nada.

—La misión del Sacerdote de la Orden ha sido siempre velar por ti, ashtarti y ver que se cumpla la profecía —aseguró con voz clara y firme—. Pero él jamás te haría daño, eres hija de sus hijos.

—Me cuesta creerlo cuando ha sido él quien la ha metido en esto —masculló Lyon.

El hombre dejó vagar su mirada azul más allá de ellos.

—Mi señora no puede intervenir, ni Baal tampoco, para llevar a término esta profecía en la que te has visto envuelta, mi niña, él era el único que podía hacerlo —dijo Melkart—. Él no ha formado parte de la profecía, se ha visto condenado por ella al igual que tú.

Aria frunció el ceño.

—¿Por qué tanto secreto? ¿Por qué no decírmelo desde el principio? —preguntó apoyándose en el brazo de Lyon, pero necesitando enfrentar ella misma al dios.

Melkart la miró con tristeza, sus ojos azules reflejaban una eternidad de soledad y dolor.

—Porque ninguno de nosotros puede intervenir —respondió el hombre—, el destino y el libre albedrío del ser humano no puede ser intervenido por los dioses sin graves consecuencias.

Lyon miró a su compañera y finalmente al hombre.

—¿Y a esto no lo llamas intervención?

El hombre asintió.

—Han sido vuestras propias decisiones las que os han llevado hasta aquí, Guardián Universal —le explicó con paciencia—. Y serán vuestras elecciones las que inclinen la balanza y den fin a la profecía.

Lyon no estaba del todo conforme a pesar de que sabía que lo que decía el hombre era verdad. Dryah así se lo había mostrado a todos.

—¿Qué diablos hay que hacer para terminar con todo esto? —Aria se adelantó a su propia pregunta. Aquello era lo que había estado pensando Lyon.

El hombre posó la mirada en la mujer y su respuesta fue clara.

—Recibir el favor de los dioses, ashtarti —respondió mirándola con ternura—. Solo eso, te mantendrá a salvo llegado el momento de dar el paso final.

Lyon bufó. Parecía que todo el mundo se había puesto de acuerdo en algo.

—¿Recibir el favor de los dioses? —respondió ella frunciendo el ceño—. Pero como…

Las mejillas de Aria se calentaron al recordar las palabras de Sharien sobre el origen de todo.

—Oh… eso —murmuró, entonces miró a Lyon—. ¿Soy yo o de repente todo el mundo empieza a querer que me acueste contigo?

Lyon puso los ojos en blanco.

—No, tesoro, parece que al final estos imbéciles se han puesto de acuerdo en algo.

Ella resopló.

—Mira tú que bien.

Él asintió.

—Y que lo digas.

Las llamas tras Melkart se elevaron haciendo que el hombre se volviese, había cierta tensión en sus gestos lo que llamó la atención de Lyon, pero no tuvo tiempo para analizarlo.

—Debéis iros ya —dijo volviéndose de nuevo hacia ellos—. El tiempo se acaba, el fin de la profecía está cerca, de vosotros depende de qué lado se incline la balanza.

Antes de que alguno de los dos pudiera objetar algo, la oscuridad los engulló.

Lyon se despertó de golpe, seguido por Aria quien maldijo en voz baja llevándose una mano a la cabeza.

—Señor, mi cabeza —gimió intentando incorporarse solo para encontrar que le pesaba demasiado el cuerpo—. Estupendo, casi no puedo ni moverme.

Lyon, quien estaba tumbado a su lado en el suelo se incorporó lentamente para luego

inclinarse sobre ella, examinándola.

—¿Estás bien?

Ella asintió lentamente.

—Creo que sí, aunque me duele la cabeza —murmuró en voz baja—. Es como si tuviese una jodida resaca y lo peor de todo, es que no bebo.

Le ayudó a incorporarse hasta quedarse sentada, su mirada se deslizó más allá de ella, contemplando el lugar en el que estaban para finalmente dejar escapar un gruñido.

—Malditos dioses —masculló levantándose del suelo, tambaleándose todavía un poco—. Jodido hijo de puta, cuando le ponga las manos encima, voy a meterle ese maldito brebaje por…

El jadeo de Aria le interrumpió.

—Oh, señor —murmuró contemplando todo a su alrededor—. No es posible, no puede ser…

Lyon suspiró y se llevó las manos a las caderas, notando la funda de sus cuchillos en la cintura, pero sin sus armas, lo que provocó un nuevo gruñido en el guardián.

—Sí, sí puede ser —respondió maldiciendo—. Estamos en el templo de Ashtart, en la cámara ceremonial y a juzgar por la estructura, el decorado y el poder que siento en estas malditas piedras, no se trata de una reproducción. Ese hijo de puta, nos ha enviado al templo real, al que fue construido hace unos dos mil setecientos años.

—Oh, mierda —jadeó levantándose también.

Lyon resopló mirando a su alrededor.

—Sí y hasta el cuello.

Aria alzó la mirada hacia el techo, un orificio del tamaño de un pequeño tragaluz hacía de ventilación para el cerrado recinto de piedra. Cuatro amplias paredes, cada una portadora de una antorcha, algunas vasijas de barro apiladas en una esquina, una tosca mesa de madera con vino, agua y algunos dulces en otra acompañados por el crepitar del fuego situado en el centro de la sala que caldeaba el frío ambiente se habían convertido en su cárcel provisional. La pesada y tosca puerta de madera estaba cerrada, atrancada de alguna manera desde el exterior, los goznes se veían oxidados, a punto de desmenuzarse y sin embargo habían probado ser resistentes.

Lyon se había pasado los últimos minutos examinando cuidadosamente el templo, mascullando sobre no tener consigo sus armas y anotando nuevas e ingeniosas torturas destinadas a Sharien y a la perra de Ashtart, epíteto que no había dejado de pronunciar junto al nombre de la diosa.

Suspirando deslizó los dedos por la superficie de la mesa, olisqueando la comida que había sido puesta en pequeños cuencos, así como la bebida.

—Dulce de dátil —musitó haciendo una mueca.

El aroma era delicioso, pero su estómago parecía haberse descompuesto tras la ingesta de aquel té que ambos habían tomado. Se sentía incómoda, acalorada, cuando los muros de aquella prisión eran de la más fría piedra y si bien el fuego estaba encendido, no era precisamente equiparable a la calefacción central.

Su mirada vagó entonces al jergón dispuesto en el suelo al lado del fuego, o debería haber sido un simple jergón, si quien había orquestado aquello deseaba ser fiel a la época. En su lugar había una colchoneta de esas que se utilizaban en los gimnasios, cubierta por una manta de suave piel color tostado que brillaba bajo la luz del fuego.

Suspirando, se dejó ir contra la pared, buscando refrescarse, allí empezaba a hacer demasiado calor para su gusto.

—Empiezo a sentirme utilizada —murmuró deslizando las palmas contra la frescura de la piedra, la luz de la antorcha a pocos metros de ella, iluminando sus facciones—. Pero no puedo creer que Sharien esté detrás de esto, él… él siempre ha estado a mi lado. Ha sido mi mayor apoyo.

Lyon se volvió hacia ella, notando el cansancio y la irritación en sus palabras.

—Que mejor manera de guiarte hacia dónde debías ir —le dijo con franqueza. Él mejor que nadie entendía el sentimiento de incredulidad y traición que debía estar sintiendo Aria—. No es la primera ni será la última vez que la gente te traicione, Ariadna, está en la naturaleza humana y por regla general, la persona que menos esperas, es la que te terminará dando la puñalada.

Se giró hacia él, escuchando en el tono de voz de sus palabras, aquello que no decía en voz alta.

—¿Quién te traicionó a ti?

Lyon posó sus ojos verdes sobre ella, contemplándola, pensando en todo lo que había ocurrido en los últimos días, desde que se presentó en su vida. Ariadna era una contradicción andante, si bien la primera impresión era la de una mujer segura, fuerte e indómita, en su interior, era completamente distinta, llena de inseguridades y temor pero a pesar de ello se sobreponía a las cosas y seguía adelante.

Respirando profundamente, le dio una respuesta directa.

—Mi hermana —respondió con voz firme y llana—. Pero no solo me traicionó a mí, sino a los míos, mi familia y esa traición casi termina con la vida de Dryah, lo que habría vuelto loco a Shayler. El resultado… bueno, digamos que todo esto a su lado sería un juego de niños.

Ella se quedó en silencio durante un instante.

—Yo no he tenido hermanos —respondió con un susurro—. Lo más parecido que he tenido es Sharien y me resulta difícil creer que haya podido hacer algo así, él mejor que nadie sabía lo que esto ha significado para mí. Creo… creo que si lo ha hecho, es porque tiene un motivo verdaderamente importante para ello.

Lyon frunció el ceño recordando las últimas palabras del sacerdote de Ashtart y tuvo que admitir que Aria podía estar en lo cierto, Sharien había sido claro en su ultimátum, si quisiera que muriera o le diese igual, no se habría interesado tanto en hacerle un cambio de sexo.

—La gente siempre tiene un motivo para justificar lo que hace, aunque no por ello sea correcto —respondió con un ligero encogimiento de hombros—. Pero eso no quita que vaya a arrancarle las pelotas en cuanto le tenga delante.

Su mirada recorrió una vez más la reducida habitación, le irritaba sobremanera estar encerrado, pero estaba claro que ese hijo de puta no tenía la más mínima intención de abrirles la puerta hasta el día siguiente, por lo menos. Volviéndose de nuevo hacia Aria, la vio apretándose contra la pared, mientras se desabrochaba la chaqueta que llevaba sobre el vestido y se pasaba la mano por el cuello y la piel desnuda de su clavícula en un gesto de calor.

—¿Te encuentras bien? —preguntó observándola con ojo crítico. Ella también había bebido aquel maldito brebaje que le estaba royendo las tripas.

Ella asintió.

—Solo estoy sofocada —aceptó con un suspiro—. Este lugar parece claustrofóbico.

Lyon no podía estar más de acuerdo con ella.

Chasqueando la lengua volvió a fijar la mirada en el fuego que ardía lentamente en el interior de la sala, los leños se quemaban muy lentamente, casi como si algo les impidiera

consumirse antes.

—¿Cómo supiste que era Melkart? —preguntó recordando su previo encuentro con el hombre.

Aria se encogió de hombros.

—No lo supe hasta que Sharien habló sobre la profecía y cómo esta había surgido —respondió—. Si ninguno de los dioses había dado señales de vida hasta el momento y tal como dijo Sharien, no les estaba permitido influir, él era el único que quedaba que podría estar interesado en todo este asunto. No sé, considéralo una corazonada.

Lyon asintió, lo que decía tenía sentido. Haciendo una mueca retomó su deambular por la sala, no era capaz de quedarse quieto, estaba inquieto, le picaba la piel y lo que fuera que ese hijo de puta le había hecho beber, le había afectado lo suficiente como para ponerlo de mal humor.

—Joder, ese maldito brebaje me está royendo las tripas —masculló caminando de un lado a otro.

Ella se llevó la mano al estómago en respuesta, el solo contacto la hizo estremecer, empezaba a sentir la piel tirante, incómoda sobre sí misma.

—¿Crees que habría algún problema si bebo un poco del agua que han dejado sobre la mesa? —preguntó volviendo la mirada hacia esta, su rosada lengua acariciándole el labio inferior —. No sé si ha sido ese té o el intempestivo viaje, pero no me siento demasiado bien, no estoy cómoda, tengo sed.

Se giró hacia ella, Aria se había pasado ahora la mano por encima del vestido, como si deseara acariciarse la piel, entonces la vio dejar la pared y sacarse la chaqueta mientras caminaba hacia la mesa.

—Imagino que nada de lo que hay aquí podrá hacernos más daño, pero por si acaso, concéntrate solo en el agua —le sugirió caminando él también hacia la mesa.

—¿Por qué demonios hace tanto calor aquí? —resopló apoyándose en la mesa, buscando algo en lo que servirse el agua—. No es como si ese pequeño fuego fuese un calefactor, tenemos incluso ventilación.

Lyon frunció el ceño, su mirada la recorrió lentamente deteniéndose brevemente sobre los llenos pechos ajustados por el corpiño del vestido, sus pezones se marcaban perfectamente contra la tela.

—¿Aria?

Ella se lamió los labios y se volvió lo justo para mirarle.

—¿Sí?

Él se quedó mirando sus labios, mojados, invitantes, la piel suave y canela de su cuerpo le llamaba como una silenciosa invitación. Su polla dio un tirón en los confines de sus pantalones.

—¿Qué síntomas has tenido exactamente desde que bebiste el té?

Ella abrió los ojos sorprendida.

—¿Síntomas?

Lyon entrecerró los ojos y aspiró profundamente, su aroma llenando su nariz.

—¿Mareos? ¿Pesadez?

Asintiendo, añadió.

—Sí, llegó un momento en que no podía ver bien, todo se volvía borroso —aceptó pensativa—. Entonces me empezó a pesar el cuerpo, se me descompuso el estómago, creí que iba a vomitarles encima, lo cual sería un bonito recuerdo, pero entonces pasó todo esto, y solo me quedó un ligero dolor de cabeza y esta sensación de sofoco.

Lyon bajó la mirada una vez más hacia sus pechos.

—¿Te pica la piel?

Ella parpadeó un par de veces sorprendida.

—Um… no sé si se le puede llamar picor, pero sí, me siento incómoda —aceptó siguiendo su mirada, sintiendo el calor aumentaba al reparar en qué retenía su atención. Sus ojos descendieron entonces por el cuerpo masculino, hasta la erección más que evidente que intentaban contener los pantalones masculinos—. ¿Lyon?

Él gruñó.

—Nena, lo siento —le dijo con voz ronca—. Pero voy a tener que follarte.

Ella no pudo si no gemir ante tan gráfica declaración.

—Dime que él no ha hecho, lo que estoy pensando que ha hecho —musitó apretando los muslos cuando una oleada de calor la recorrió, humedeciéndola al instante.

Lyon chasqueó la lengua, entonces volvió a alzar la vista para encontrarse con la mirada femenina.

—Bueno, creo que las palabras de Melkart fueron bastante reveladoras, ahora que lo pienso —aceptó lamiéndose los labios, casi como si ya pudiese saborear el bocado que tenía frente a él—. Se supone que tenemos que ganarnos el favor de los dioses.

—¿Follando?

Lyon chasqueó la lengua.

—Nunca dije que los dioses fueran ingeniosos, tesoro —aseguró recorriéndola con la mirada.

Ella se lamió los labios.

—¿Lyon?

Su mirada se encontró con la femenina.

—¿Sí?

Respirando profundamente, se obligó a guardar la calma.

—El té —respondió lamiéndose una vez más los labios—. Contenía algo más que esa droga o lo que quiera que fuese, ¿verdad?

Él asintió.

—Yo diría que el propio té era algo más que una droga —aseguró lamiéndose los labios, paladeando ya su sabor—. Era un jodido afrodisíaco.

—Estupendo —gimió sintiendo su cuerpo cada vez más caliente—. Entonces, tenemos que ganarnos el favor de los dioses, ¿no?

Lyon gimió.

—Que se jodan los dioses, solo ven aquí —le dijo al tiempo que tiraba de ella hasta sus brazos y procedía a comerle la boca.

Aria suspiró cuando apretó su cuerpo excitado contra el de su marido, el calor se hacía cada vez más asfixiante, la necesidad, rabiosa, llegando a imaginarse a sí misma violando a Lyon con tal de conseguir apaciguar aquella ardiente necesidad que crecía en su interior.

—¿Ly?

—Um.

—Sobre lo de matar a Sharien, tienes mi permiso.

El hombre se limitó a gruñir en respuesta, demasiado ocupado en despojarla del vestido y acunar sus pechos por encima del suave sujetador de algodón blanco a juego con las braguitas

que llevaba.

—Es una pena que no pueda recrearme en tus palabras, pero tengo algo más interesante entre mis manos —declaró bajando la boca sobre la suave piel, mordisqueándola y prodigándole pequeños besos.

Aria sonrió y se escurrió un instante de sus brazos haciendo que él la mirase con el ceño fruncido.

—Tienes demasiada ropa encima —aseguró ella deslizando las manos de nuevo sobre su pecho, tironeando de su camisa hasta sacársela de los pantalones, esta se abrió bajo sus manos, permitiéndole deslizar los dedos sobre los duros abdominales y la suave huella de vello rubio que descendía desde su ombligo ocultándose en sus pantalones.

Lyon era puro sexo embotellado. Con un cuerpo de guerrero, duro, con músculos definidos y firmes, suave piel leonada y ligeramente salpicada por pecas en los hombros y en la parte alta de su espalda, conseguía que a Aria se le hiciera la boca agua. Mojándose los labios de anticipación, deslizó la lengua sobre una de las tetillas, lamiendo a placer, excitándose incluso más al escuchar los graves sonidos que escapaban de la garganta masculina. Desinhibida y excitada, se permitió torturarlo unos momentos tal y como él hacía con ella cuando la lamía a placer, saboreándola como un dulce helado, sus manos abriendo camino a su lengua, deslizándose por su cuerpo hasta rozar la cintura de sus pantalones.

—¿Tienes alguna objeción a que siga con mi exploración? —preguntó lamiéndose los labios de anticipación. Sus ojos marrones se alzaron hacia él, encontrándose con los verdes, oscurecidos por el deseo, llenos de lujuria y anhelo.

Lyon esbozó una irónica sonrisa y respondió con voz ronca.

—Ninguna en absoluto.

Sonriendo con coquetería, deslizó los dedos sobre la tela, acariciando la dura carne que se alzaba orgullosa en su interior. La sensación de sentirlo contra la palma de la mano a través del pantalón era sumamente erótica, pero lo que realmente deseaba era tocarlo, conocer su tacto, su sabor.

Con movimientos un poco torpes y vacilantes, consiguió abrir el pantalón haciendo que la erección masculina saltase libre ante ella. Aria jadeó, la suave y dura columna de carne se erguía hinchada ante ella, la cabeza ligeramente más oscura mostraba una perla de líquido pre seminal que le hizo lamerse los labios.

—De acuerdo… visto así… intimida —comentó en voz baja, sin ser consciente de que se había hecho eco de sus propios pensamientos.

Lyon se echó a reír al oírla, sus carcajadas sacudieron su cuerpo haciendo que su miembro oscilara ante ella, hipnotizándola, haciéndola sentirse como una tonta lasciva.

—No te rías —murmuró con un puchero—. No es algo que haya hecho antes.

Contuvo su hilaridad, bajó la mirada hacia ella con expectación y le dijo.

—No es necesario que lo hagas, nena —le aseguró, aunque la verdad era que se moría por verla tomarlo en su boca.

Ella sacudió la cabeza haciendo que su pelo volase de un lado a otro hasta posarse desordenado sobre sus hombros y espalda.

—¿Estás loco? Llevo queriendo hacer esto desde la primera vez que te vi desnudo en el baño.

Sin dejarle tiempo para protestar, o que pudiera arrepentirse ella misma, deslizó los dedos a lo largo de la suave columna de carne, rodeándola con los dedos, comprobando su dureza y textura, rozándole los testículos y maravillándose de la fuerza de este hombre tan poderoso.

Lamiéndose los labios, se recogió el pelo tras la oreja y se inclinó sobre la erección masculina, calentándola con su aliento antes de depositar un suave beso sobre la punta y seguir después deslizando tentativamente la lengua a lo largo de su erección, siendo recompensada una vez más por un gemido de placer y un ligero estremecimiento.

Más relajada y segura de sí misma, se permitió seguir con su exploración, lamiendo la salada piel, para finalmente tomar la punta en su boca a modo de prueba y chuparla suavemente.

Lyon sabía que un día tendría que morir y estaba por apostar que ese día había llegado. La lengua de Aria era un maldito infierno sobre su erección, sus delgados y largos dedos acariciaban y acunaban sus testículos mientras se ayudaba con la otra mano en el arduo trabajo de hacerle una mamada. Sus movimientos inexpertos, tentativos, fueron dando paso a una serie de lametones más firmes, succiones jodidamente buenas que le hicieron temblar de los pies a la cabeza. De su garganta salían ahogados gemidos de placer que hacían eco en aquella sala cerrada, la lengua femenina estaba obrando magia sobre su erección y cuando por fin le tomó en la boca, succionándolo profundamente, tuvo que luchar con todas sus fuerzas para no correrse.

Esa mujer iba a matarlo antes de que esa maldita profecía los golpeara. Sin duda, aquella sería una interesante y jodidamente buena manera de morir.

Dejando escapar un nuevo gruñido, condujo sus manos al pelo femenino, envolviéndose en sus mechones, afianzando sus inestables piernas en el suelo mientras dejaba caer la cabeza hacia atrás y se entregaba a la mejor mamada que le habían hecho en la vida.

—Oh, Odín —gimió Lyon con cada una de las succiones de la boca femenina que le arrastraba más y más fuerte hacia el orgasmo—. Aria, tesoro… retírate… no… no voy a… aguantar… mucho… más…

Pero ella no se retiró, si no que le azotó con la lengua, succionándolo más duramente mientras sus dedos se cerraban alrededor de sus testículos catapultándolo directamente al orgasmo. Sus caderas actuaron por instinto, empujándose hacia delante, mientras se corría en su boca.

—Joder —jadeó cuando ella se retiró, lamiéndose los hinchados y rosados labios tras haberse tragado su corrida.

Ella ladeó la cabeza, buscando su mirada.

—¿Eso significa que te ha gustado?

La respuesta de Lyon fue primitiva, voraz y sin oportunidad de hacer prisioneros. En un instante, estaba de rodillas ante él, al siguiente su ropa interior se había evaporado de su cuerpo y el cuerpo masculino, caliente y desnudo se cernía sobre ella, tumbándola de espaldas en la suave piel junto a fuego. Su boca descendió sobre la de ella, besándola con hambre, saboreándose a sí mismo mientras enlazaba sus lenguas y le separaba las piernas con la rodilla para acariciar su hinchado y húmedo sexo con los dedos.

—Dime que estás lista para mí, tesoro, porque te necesito —gruñó haciéndose hueco entre sus piernas, llevando su polla nuevamente erecta hacia su entrada, dispuesto a penetrarla—. No quiero hacerte daño, Aria, pero te necesito.

Ella se sorprendió al escuchar el tono de súplica en su voz, su desesperación y no pudo sino abrazarlo, besándole el rostro con ternura, apretando sus pechos desnudos contra el suyo, arqueando las caderas en una muda invitación.

—Shhh —le susurró al oído, acariciándole la oreja con el calor de su aliento—. Soy tuya, Lyon, completamente tuya, siempre estaré lista para ti, amor mío.

Lyon apretó los ojos al escuchar la declaración en su voz, una que no podía devolverle, que jamás podría devolverle. Era demasiado peligroso amarla, si llegaba a perderla… Sus suaves

caricias y tiernas palabras le condujeron suavemente a su interior, tomándola profundamente, permitiéndole alcanzar aquello que había anhelado eternamente.

Jadeó cuando le sintió entrando en ella, se sentía llena y completa cuando estaba junto a él, en casa. Aquel era el lugar al que pertenecía y lucharía lo que hiciese falta para hacérselo entender, para que la aceptase y quizás algún día, pudiese amarla tanto como ella ya lo amaba.

Susurrándole dulces palabras, le acunó entre sus brazos, uniéndose a él en cada nueva embestida, disfrutando del placer que él le daba, el placer que creaban juntos. No sabía que ocurriría por la mañana, si seguiría viva, si tendría la oportunidad de ver siquiera un día más, pero ya no le importaba. No empañaría este momento con tristeza o muerte, solo deseaba estar con Lyon, amarle, curar todas las heridas que aquel gran hombre llevaba profundamente en su alma.

—Hazme el amor —le susurró al oído—, solo hazme el amor hasta que ninguno de los dos podamos más.

Lyon apretó los ojos, ocultando su rostro en el hueco del cuello femenino que había estado mordisqueando al compás de sus embestidas. Ella le desarmaba con sus palabras, con sus acciones, conseguía que hiciese las cosas más estúpidas, le llevaba a la locura en un tiempo récord y había sido la única que verdaderamente había tocado su alma.

—Aria —susurró su nombre, tomó su boca e imprimió en ese beso todo lo que no podía decirle con palabras.

Le haría el amor, la amaría hasta que sus cuerpos estuviesen demasiado cansados y saciados para moverse. Sí, solo por esta vez, la amaría completamente.

CAPÍTULO 28

Seybin se ajustó los auriculares y subió el volumen del *Ipod* con un gesto de la mano, el sonido de *Santa Terra* de Tara Turjan, sonaba con los acordes del estribillo ahogando así el lamento y lloriqueo incesante, que junto a ese irritante cántico no dejaba de salir de la Puerta de las Almas. Aquella era la única manera en que podía concentrarse en su trabajo, el cual últimamente tenía bastante retrasado.

—Veamos... —Empezó a deslizar el ratón por encima del listado—. Dos días… una semana… tres años… a ti un telediario y gracias… menos de cinco minutos… oh, esta es buena, no sabe si la diñará o no… dos días… dos días… mañana… tú ni un anuncio de la televisión completo…

Dejando a un lado el registro de las almas que habían dejado este mundo para unirse al cántico lloriqueante, pasó a la siguiente lista que se desplegó en la pantalla del ordenador en un perfecto orden. Atrás habían quedado los días en que tenía que hacer todas las anotaciones a mano, la era de la informática había salvado a varios dioses del suicidio.

Deslizando el ratón sobre la lista, cliqueó en el botón que le llevaría a los últimos ingresos, las nuevas almas que nacerían dando paso a una nueva generación. Todo en aquel reino se medía de la misma manera, vida y muerte, nacer y perecer, dioses, inmortales, humanos y cualquier criatura que estuviese bajo el amplio universo estaba inscrita en el gran registro de las almas.

—Bien, tienes una larga vida por delante, si no la diñas antes por conducir en sentido contrario por la autopista… pero qué gilipollas —murmuró deslizando el cursor a lo largo de todas las entradas—. Mira, una puta… nena, empieza a planificar tu futuro, no cobres menos de mil dólares… Un abogado… no sabes dónde te metes… oh, este me gusta, futuro diseñador de alta costura.

Tras comprobar la primera página, pasó a la siguiente, leyendo rápidamente una entrada tras otras con mortal aburrimiento hasta que algo despertó su atención.

—No… espera, vuelve atrás —murmuró haciendo que el programa funcionase por sí mismo siguiendo sus órdenes—. Vaya… esto sí que es… inesperado.

Recostándose contra su asiento, cruzó las manos sobre el estómago contemplando aquella novedad en su pantalla.

—Esto va a empezar a ponerse realmente interesante.

CAPÍTULO 29

Lyon despertó esperando la llegada del amanecer, el fuego se había consumido por fin quedando ya solo brasas y la luz de un nuevo día podía verse a través del tragaluz en lo alto del techo. Aria seguía durmiendo, cobijada contra su costado. Él los había vestido a ambos nada más despertar, esperando ver cuál sería el siguiente movimiento del destino.

La noche había transcurrido entre pasión y ternura, por primera vez en su vida, había dejado el pasado y los miedos a un lado y se había dado completamente a una mujer, a su mujer. Aria estaba grabada ya a fuego en su alma, era su otra mitad, la pieza que siempre había esperado, su eterno anhelo, pero ahora que la había encontrado, para protegerla, tenía que dejarla marchar. Ella era un ave diurna, se cargaba de energía bajo el sol y él, él había nacido de la noche, de una de las esquirlas del universo, era un Guardián Universal y su vida siempre estaría dedicada a una única cosa, a proteger aquellos que no podían protegerse a sí mismos.

La decisión había sido tomada, se quedaría a su lado hasta el término de esta maldita profecía, y entonces la alejaría de él para siempre, encontraría la manera de disolver el matrimonio y así ella podría hacer una vida normal, una digna de la hermosa y valiente mujer que era.

Suspirando, bajó la mirada sobre ella, dulce y apacible en su sueño y se deslizó fuera de la piel que había hecho la función de cama. Los primeros rayos del sol atravesaron finalmente el tragaluz en el techo, incidiendo en la puerta que había permanecido cerrada.

Lyon sonrió con total ironía cuando sintió un ligero revuelo en la trama del espacio y el tiempo. La puerta empezó a abrirse y él caminó hacia ella, dispuesto a enfrentarse al destino.

—Siempre me ha gustado la puntualidad en los bastardos —aseguró el Guardián al recién llegado.

Vestido con las mismas ropas con que les había recibido al comienzo del festival conmemorativo en las ruinas del Templo de Baalat Gebal, Sharien permanecía en pie y en silencio, enmarcado por la claridad que Lyon veía más allá de la puerta.

Lyon no se lo pensó dos veces cuando caminó hacia él, quedándose prácticamente nariz con nariz.

—Me sorprende que tengas el valor para presentarte después de lo que hiciste.

Él alzó ligeramente el mentón, su rostro serio, sus ojos fijos en los de Lyon.

—El valor nada tiene que ver con mi presencia aquí, Guardián —aseguró sin moverse un solo milímetro, sus manos descansaban a ambos lados de sus caderas, en postura relajada—. Como ya dije, la ashtarti es lo único que me importa, ella y su destino, en cierto modo, influirán en el mío.

—Y también en el de Melkart —comentó Lyon, dejando caer la información, viendo la sorpresa en el rostro de su contrincante—. Pareces sorprendido, me pregunto si Ashtart también estará sorprendida de saber que el último de sus sacerdotes ha estado moviendo los hilos a sus espaldas.

Los ojos de Sharien lo sondearon buscando una respuesta.

—¿Melkart? —Sharien negó con la cabeza—. No es posible, él no puede intervenir directamente, no desde el lugar en el que fue confinado, si es que todavía está con vida o cuerdo.

Lyon se frotó la barbilla pensativamente.

—Me pareció bastante vivo cuando lo vi anoche, y Ariadna podrá decirte lo mismo —aseguró, sus ojos verdes clavándose en los del sacerdote—. Así que, después de todo, ha habido un jugador más en escena del que tenías previsto.

Él entrecerró los ojos durante un breve instante, entonces deslizó su mirada más allá de él, a dónde Aria empezaba a desperezarse.

—¿Qué demonios te traes entre manos, Sharien? —le preguntó Lyon, haciendo que volviese su atención sobre él—. ¿Por qué ese empeño en que se cumpla la profecía?

El hombre volvió a mirar por encima del hombro hacia el interior de la sala dónde la mujer ya se estaba levantando. La mirada en su rostro era esperanzada y estaba completamente dedicada a él.

—¿Sharien? —oyó su voz, al mismo tiempo que Lyon se volvió a mirarla.

Inclinando lentamente la cabeza hasta que su barbilla tocó casi el pecho, el antiguo sacerdote de la Orden de Ashtart, apretó los ojos con fuerza una última vez enviando un silencioso ruego a aquel que quisiera escucharlo.

—Lo siento, mi ashtarti —musitó alzando nuevamente la cabeza. Sus ojos eran fríos y decididos, desprovistos de emoción—, pero la profecía debe cumplirse.

Tomando una profunda bocanada de aire, materializó un cuchillo en sus manos y con una última frase, se dispuso a sellar el destino de todos ellos.

—Que la primera sangre derramada, traiga el levantamiento del velo.

Lyon se tensó al sentir el inesperado ramalazo de poder en el hombre al que ahora daba la espalda, sus movimientos a pesar de ser rápidos no pudieron evitar que el sacerdote cumpliera con la palabra dada y derramara la primera sangre, hundiendo el cuchillo profundamente en el pecho del Guardián.

—¿Sharien? ¿Qué…? —Las palabras de Aria se cortaron cuando oyó a Lyon jadear. Trastabillando hacia atrás, las rodillas se le doblaron cayendo al suelo, permitiendo ahora que ella viese el cuchillo ensangrentado en las manos del otro hombre—. No…

Los ojos verdes de Lyon se clavaron en él con una mezcla de incredulidad y agradecimiento que hicieron que el sacerdote lanzase el cuchillo a un lado y en sus ojos se mostrara el arrepentimiento.

—Regresa a ella —le dijo en apenas un murmullo. Su mirada se alzó entonces hacia una paralizada Aria, quien era incapaz de apartar la mirada de la mano ensangrentada de Sharien mientras sus vacilantes pasos la arrastraban hacia Lyon—. O la perderás.

Los ojos de Aria se llenaron de lágrimas.

—Sha… Sharien qué… ¿qué has hecho?

El hombre se limitó a dedicarle una fría y cortante mirada.

—Mi deber.

Lyon dejó escapar un nuevo jadeo. Con un leve acceso de tos terminó derribado en el suelo, su camisa empapándose con la sangre de vida que manaba de la herida mortal en su pecho.

—A… Aria.

Ella reaccionó al escuchar su nombre y con un ahogado grito corrió hacia él, resbalando en el suelo al caer de rodillas sobre su cuerpo. Aria temblaba de pies a cabeza, sus manos moviéndose erráticas, la sangre era demasiada, extendiéndose rápidamente.

—No, no, no —gimió llevando rápidamente sus manos a taponar la herida, haciendo presión—. ¡No! ¡Maldito seas! ¡Qué has hecho, Sharien! Un médico… una ambulancia… tienes que pedir ayuda. Oh, señor, mi amor, no.

Sin decir una sola palabra, el sacerdote les dio la espalda, la puerta se cerró con estrépito

tras ellos dejándolos nuevamente encerrados.

—¡No! ¡Sharien! ¡Sharien! —gritó Aria desesperada en dirección a la puerta. La luz que había entrado iluminando la sala ahora era solo una penumbra, sus manos se estaban llenando de sangre incapaz de detener la hemorragia bajo ellas—. Lyon, por favor, dime qué hacer. ¿Qué puedo hacer para ayudarte? Yo no sé… Lyon, dios, mío.

Él apretó los dientes, haciendo una mueca de dolor.

—Voy a matar a ese cabrón, Aria —jadeó, la boca empezaba a llenársele de sangre—, voy… a… matarle.

Ella se inclinó sobre él, rozándole los labios con los suyos.

—Shhh, no hables —suplicó, sus ojos llenos de lágrimas—. Tenemos que salir de aquí, pedir ayuda. No te muevas, yo… iré… y…

Se estremeció, empezando a sentir verdadero frío, la voz de su mujer empezaba a hacerse lejana, pero sus ojos, empañados en lágrimas… No quería verla llorar, no debía llorar por él, jamás por él.

—Aria, no llores. —Luchó con la debilidad que recorría sus miembros para acariciarle la mejilla, borrando sus lágrimas con los dedos—. Está bien, tesoro… esto… no va a poder… conmigo.

Ella sacudió la cabeza, abrazándose a él con desesperación.

—Tenía que ser mi sangre, yo soy la ashtarti, soy yo —lloraba desesperada—. No tienes derecho a ocupar mi lugar, no te dejaré.

No tienes derecho a ocupar mi lugar. Esas palabras… señor, ¿cómo podía haber sido tan estúpido? ¿Ocuparías su lugar, Guardián? O lo que era lo mismo, ¿moriría por ella? ¿Por salvarla? Demonios sí, si con ello ella podía seguir con su vida, libre de la maldición, lo haría, lo haría sin pestañear.

—La… la prof… ecía… no… no er… eras tú…

Ella le obligó a callar, sus dedos acallando sus palabras.

—Lyon, shh, no hables —le suplicó—. Guarda tus fuerzas, tienes que quedarte conmigo, a mi lado… no voy a permitir que te vayas, ¿lo entiendes? Eres mío y yo no abandono lo que es mío. Jamás.

Sus labios se estiraron en una lenta sonrisa, la oscuridad fría e intensa tiraba de él sin remedio, llamándole al descanso.

—Eres… terca… Aria… mi… sangre… es… tu… tuya… —susurró incapaz de seguir con los ojos abiertos, ya no podía luchar más, su vida había sido una continua batalla, necesitaba descansar—. Solo… tuy…

La mano que había estado ahuecándole la mejilla perdió fuerza, cayendo inerte al suelo, sin vida.

—¿Lyon? —jadeó Aria, sus ojos abriéndose desmesuradamente—. ¿Ly? ¿Amor?

Pero él no respondió, sus ojos se habían cerrado, la sangre manchaba todo, empapando las piedras del suelo.

—¿Lyon? —Las lágrimas empezaron a ahogarla.

Ni siquiera sus sacudidas, o su intento de traerlo de vuelta mediante sus conocimientos de primeros auxilios, hicieron nada para que abriese los ojos, o su corazón volviese a latir.

—No —jadeó desesperada golpeando su cuerpo inerte—. ¡No, no, no! ¡No puedes marcharte! ¡No puedes dejarme! ¡No quiero! ¡No quiero! ¡¡¡No!!!

Su alma se rompió en pedazos, la garganta se le quebró por la pena y el dolor, su grito traspasó las dimensiones y tal como había vaticinado la profecía, la última de las ashtarti, levantó

el Velo.

Lejos de allí, John alzó la mirada al cielo, su alma había sido rozada durante un breve instante por la mano helada de la muerte, sus ojos azules se abrieron desmesuradamente, no podía ser, no podía estar ocurriendo ahora.

—Lyon —murmuró reconociendo la esencia de su hermano de armas, uno de los primeros elegidos—. Maldición.

Su mirada se volvió entonces más intensa, su atención quedó perdida en el espacio, mientras buscaba aquello que deseaba encontrar.

—¿Atryah?

Su respuesta tardó en llegar, pero en el momento en que lo hizo, esta fue clara.

¿Antiguo?

John cerró los ojos para poder sentirla mejor, su poder extendiéndose, envolviéndola con calidez.

—Tienes que retener el alma del Guardián, no permitas que cruce. No es su momento, pequeña —murmuró intentando ocultar su angustia—. Debes impedir que traspase el umbral.

¿Es tu deseo?

A John no le gustaba jugar con el destino, ni con el libre albedrío, pero no permitiría que le arrebatasen a uno de sus hermanos, no todavía. Lyon tenía un cometido y esa mujer a la que se había unido recientemente, le necesitaba.

—Sí, lo es —declaró poniendo su huella de poder en sus palabras.

No pasará.

John respiró profundamente.

—Espero que eso sea suficiente —murmuró para sí.

Hubo un momento de silencio hasta que volvió a escuchar su voz.

¿Estás cerca? ¿Libertad?

—Estoy tan cerca cómo puedo estarlo de momento, pequeña —respondió—. Todo lo cerca que puedo.

El intenso ramalazo de emociones le atravesó como una lanza candente haciendo que el vaso que tenía en las manos terminara estrellándose en el suelo. No podía respirar, la intensidad y el dolor eran tan grandes que acabaron poniéndole de rodillas. No podía ser, no podía ser verdad, esa ruptura no podía ser…

—¿Shayler?

La voz de su esposa llamándolo con desesperación le obligó a ponerse de nuevo en pie, apenas había recorrido el espacio desde la nevera a la puerta cuando se encontró con Dryah. Vestida con tan solo una camisola de dormir y calcetines, el pelo rubio suelto cayéndole hasta la cintura, su esposa había palidecido por completo, sus ojos azules brillaban con angustia y podía sentir el Libre Albedrío coleteando a su alrededor.

—No puedo sentir a Lyon… se… se ha desvanecido… yo… no puedo… Shayler, no lo siento.

Siseando apretó los dientes y se concentró en mantener el control sobre su poder, la Justicia Universal coleteaba en su interior al mismo compás que el Libre Albedrío, avisándole de

que se había cometido un crimen contra el universo.

—No puede ser… no es cierto —se resistía a creerlo—. ¡Joder! ¡No!

Keily alzó la mirada del taburete en la barra del bar cuando oyó la nota discordante del piano. Jaek había errado en la melodía deteniéndose abruptamente. Su rostro, se dio cuenta estaba pálido, sus ojos fijos en un punto del vacío, la incredulidad pronto ocupó el espacio del dolor y la desesperación de sus gestos.

—¿Jaek? ¿Qué ocurre? —se levantó de inmediato, corriendo hacia él. Como su compañera, su vínculo con él era eterno, pudiendo saber cuándo algo no iba bien.

Sus ojos azul claro se volvieron hacia ella brillantes y angustiados.

—Mi amor, ¿qué es? —preguntó posando sus manos sobre las de él, arrodillándose a sus pies.

Jaek tuvo serios problemas para poner en palabras lo que acababa de sentir, pero no había error posible.

—Es… es Lyon —respondió con voz rota—. Yo… acabo de sentir… su muerte.

Un escalofrío recorrió la espalda de la mujer al tiempo que un grito de incredulidad manaba de su garganta haciéndose eco del de todos los Guardianes Universales.

CAPÍTULO 30

Dryah no podía dejar de temblar mientras Shayler se paseaba de un lado a otro del bufete. Jaek se había encontrado con ellos casi en el mismo instante en el que entraban por la puerta, el dolor en el rostro del guardián no hacía sino pareja con los suyos.

No podía estar ocurriendo aquello, se resistía a creer que algo así hubiese sucedido, Lyon no podía estar muerto… ¡No podía!

Inquieta, empezó a levantarse del asiento en el que el juez la había dejado cuando se hizo obvio que no podía apenas sostenerse, lágrimas de desesperación habían inundado sus ojos en cada momento, impidiéndole siquiera ver bien lo que tenía delante.

Apenas había dejado el asiento cuando oyó en su mente una voz clara y profunda.

Libre Albedrío.

Dryah dio un respingo al escuchar su voz. Secándose inmediatamente las inútiles lágrimas, le buscó con la mirada, esperando que apareciese de un instante a otro en la habitación, rogando que aquello le hiciese regresar.

—¿John? —musitó en voz alta un instante después al sentir como el Libre Albedrío reconocía a uno de sus hermanos de armas.

Ve a por él, no ha cruzado al otro lado todavía.

—¿Dryah? —la llamó Shayler al escucharla mencionar el nombre de su hermano.

Libre Albedrío, tu voluntad es la única lo suficientemente fuerte para hacerlo. No es su momento, lo sabes.

—¿Dryah? ¿Ey? —la llamó Shayler, caminando hacia ella—. ¿Qué ocurre? ¿Es John?

Sus ojos azules se volvieron entonces hacia él, sus labios moviéndose sin conseguir articular una sola palabra hasta que por fin consiguió murmurar.

—Tengo… tengo que traer a Lyon de vuelta —musitó cuando Shayler la cogió de los brazos, para captar su atención—. Él… no puede… todavía no es su momento, Aria le necesita.

Sin tiempo a decir una sola palabra más, la muchacha cayó inerte en los brazos de su marido, quien tuvo la suficiente rapidez de reacción para sujetarla antes de que cayera al suelo.

—¿Dryah? ¿Cariño? —la llamó, sacudiéndola suavemente sin obtener respuesta. Su vínculo con ella seguía ahí, pero se sentía lejano, extraño—. Maldita sea, ¿qué diablos está ocurriendo aquí?

Como si estuviesen esperando el momento, o dar respuesta a su pregunta, una abrupta ruptura de poder atravesó el complejo de oficinas, un poder que muy pocas veces se manifestaba en su forma presente. Shayler atrajo a Dryah contra él, protegiéndola de la posible amenaza, mientras Jaek hacía lo mismo con Keily.

Finalmente, los tres asistieron impertérritos a la aparición en escena de los dos entes que componían La Fuente Universal, el poder de dónde habían nacido los Guardianes Universales.

—¿Qué demonios…? —se adelantó Shayler. En aquellos momentos su respeto por el poder primigenio quedaba muy por debajo de todos los problemas que estaban teniendo, especialmente, de la mujer que sostenía en sus brazos—. ¿Dónde mierda habéis estado metidos? ¡Uno de los nuestros ha caído! Y ahora el Libre Albedrío...

Unos profundos ojos negros como la noche se clavaron en él haciéndole callar

inmediatamente. Cuando habló, sus palabras sonaron como un coro de voces, todas ellas enlazadas de crudo y letal poder.

—El Libre Albedrío es una fuente constante de diversos caminos. El destino se altera continuamente cuando ella interfiere —dijo Garkos, en su voz había una obvia censura—. No hace más que causar problemas.

La mujer a su lado, menuda, de rasgos delicados, con un largo pelo blanquecino y cristalinos ojos azules se acercó a la pareja.

—Es la balanza del Equilibrio, solo hace lo que su Juez le ha pedido —respondió Zhalamira al tiempo que extendía la mano hacia Dryah. Sus ojos azules encontrándose con los del Juez—. Deberíais tener más cuidado con las promesas que le hacéis firmar, Juez Supremo. Su lealtad hacia ti, la mantiene prisionera de ellas, desee o no realizarlas.

Él fijó la mirada en ella, la cual parecía la más accesible de los dos, al menos en ese momento.

—Uno de mis hermanos ha caído —respondió entre dientes—. ¿Por qué no habéis hecho nada?

La mujer le sostuvo la mirada, su respuesta como siempre fue tranquila, sin emoción alguna.

—Era parte del destino del guerrero vikingo —aseguró extendiendo la mano hacia el pelo de Dryah, solo para que Shayler la alejase de ella—. Pero todavía no ha cruzado al otro lado, algo o alguien, retiene su alma a este lado de la Puerta de las Almas. Tu consorte, es la única que puede recuperarlo… pero solo podrá hacerlo esta vez. No toleraremos tal desequilibrio en el futuro, tenlo presente.

Shayler frunció el ceño.

—¿Por qué no puedo sentir dónde ha caído? ¿Dónde encuentro su cuerpo?

Esta vez, la voz que habló fue la del hombre.

—Toda ley, incluyendo la de los dioses fenicios, recae también en tus manos, pero la libre voluntad de los hombres y mujeres que caminan bajo sus pasos, puede llegar a ser confusa —dijo acercándose a su compañera—. Vuestro vínculo de hermandad ha sido seccionado… momentáneamente. Podrás llegar a él en cuanto tu consorte haya restaurado su alma.

Shayler se tensó. Sabía de primera mano que aquellos dos no veían bien las intrusiones, y fuese lo que fuese que tuviese que hacer Dryah para traer a Lyon de vuelta, iba a tener que ser pagado.

—Yo pagaré la tara que le sea impuesta a ella.

Garkos esbozó una sonrisa, una simple mueca, ya que las emociones no se reflejaban en su rostro.

—No, no lo harás.

Para sorpresa de los presentes, la Dama de la Fuente se levantó, volviéndose hacia su compañero y consorte. Sus ojos refulgieron cuando posó la mano sobre el brazo masculino.

—Zhalamira…

Ella le sostuvo un instante más la mirada, entonces bajó la mano y se volvió hacia la mujer que protegía el Juez.

—La consorte Universal no ha hecho más que seguir tu voluntad, Juez Supremo —le dijo ella.

—El Equilibrio se mantiene —corroboró su compañero—. Mientras eso suceda, estaréis libres de tasa alguna.

Shayler los miró a ambos y finalmente a Dryah.

—Pero ella… ¿cómo es posible que pueda retener un alma…?

Jaek, quien hasta el momento había estado contemplando la escena en silencio, habló.

—Creo que no es ella la que la está reteniendo, Shayler —murmuró el Guardián, mirando a los dos miembros de la Fuente Universal.

Keily se atrevió entonces a formular la pregunta que nadie parecía atreverse a hacer.

—¿Entonces quién?

Dryah parpadeó varias veces, su mirada azul recorrió la conocida estancia que albergaba La Puerta de las Almas, la consabida sensación de atracción que la Puerta ejercía sobre ella atrajo su atención. Lyon permanecía en pie ante ella, su mirada fija en las dos hojas de piedra con motivos del cielo e infierno grabados en ella, la cual vibraba con una intensidad que nunca antes había visto.

El Guardián, vestido con los colores ceremoniales, había desenfundado sus armas y a pesar de su postura, Dryah se dio cuenta que estaba luchando por no escuchar a las voces que le llamaban.

—No puedo dejarla sola, todavía no, por favor —le oyó musitar, su mirada fija al frente—. Solo un poco más, déjame comprobar que ella está bien…

El seco sonido de la piedra rozando contra piedra irrumpió sus palabras, los ojos azules de Dryah se abrieron desmesuradamente.

—¡No! —La voz emergió de su garganta incluso antes de que pudiese meditar las consecuencias de sus actos, el tiempo se paró a su alrededor, todo sonido quedó cortado imperando el silencio mientras el Libre Albedrío, en todo su poder ejercía su voluntad.

Dryah caminó entonces hacia la puerta, Lyon se había girado al oír su voz y un gesto de alivio tiñó su cara.

—Libre Albedrío.

Ella sonrió al Guardián y no dudó en abrazarlo.

—No puedes partir, Lyon —le susurró antes de dejarlo ir y volverse hacia la puerta—. No puedes quedarte con su alma, no es su momento.

El Guardián frunció el ceño, su mirada divida entre su hermana de armas y la Puerta.

—¿Eres capaz de escucharla?

Ella le sonrió y se encogió de hombros.

—Siempre la escucho —aseguró, su mirada vagando sobre la Puerta—. Ella guarda en su interior mi esperanza y mi destino.

Libre Voluntad.

El sonido cálido y femenino brotó de la puerta entre abierta, ambos se volvieron a mirar.

—Tienes que dejarlo ir —pidió Dryah—. Por favor.

¿Libertad?

La muchacha se sorprendió al escuchar ahora una voz puramente femenina y cálida, llena de inocencia y curiosidad.

—Él tiene a alguien que le necesita —asintió pasando de Lyon para empezar a subir cada uno de los peldaños.

—Dryah, no… —quiso detenerla Lyon, pero para su sorpresa no podía despegar los pies del suelo—. Qué demonios…

Ella no se molestó en girarse siquiera.

—Ariadna te necesita, Guardián Universal —le recordó—, nuestro Juez te necesita y John también nos necesitará llegado el momento.

El antiguo.

Una nueva cadencia llenó la voz femenina.

—¿Está él contigo? —preguntó ella fijando la mirada en la puerta que poco a poco se había abierto casi por completo. Necesitaba saber del paradero del primer Guardián.

—Está cerca —la voz se hizo ahora más palpable, la neblina que manaba de la puerta empezó a perfilar una forma—. Le siento… no puede encontrar el camino… no sé enseñarle el camino. Mis cadenas son fuertes… mi libertad… ¿no es posible?

La niebla fue cediendo hasta dar forma a una delicada y hermosa mujer rubia, de pelo liso y unos claros y eternos ojos azul grisáceo que provocaron un escalofrío en Dryah. Su aura exudaba poder, eternidad y una completa soledad. Sus manos colgaban a ambos lados, sus muñecas envueltas con un invisible poder que la mantenía anclada a aquella enorme estructura.

—Atryah —murmuró Dryah dando nombre a aquel nuevo ente con forma femenina. La sorpresa e incredulidad estaba presente en la voz de la mujer—. Has… renacido… él… ¿él te ha hecho… renacer?

Ella vio como sacudía la cabeza, su mirada fue ahora hacia Lyon, alzó una de sus delicadas manos y el Guardián jadeó llevándose la mano al pecho, para luego caer de rodillas al suelo con agonía. Renacer siempre era doloroso.

Dryah se volvió de nuevo hacia ella, inclinando la cabeza en una cortés reverencia.

—Gracias.

La mujer le devolvió el gesto.

—Vuelve con la Justicia —le dijo a continuación—, siento su dolor por tu partida.

Ella asintió.

—Lo sé, yo también la siento y mi alma se muere un poco con cada segundo que estamos separados.

La mujer abrió los ojos ante esa descripción.

—He sentido esa emoción antes… los que han cruzado la puerta… ¿cómo se llama?

Dryah vaciló, entonces sacudió la cabeza y sonriendo respondió a su pregunta.

—Amor —murmuró la pequeña rubia y suspirando profundamente, tomó la decisión que sabía cambiaría el destino de muchos, pero especialmente de uno—. E incluso tú debes tener la oportunidad de entender su significado. Eres libre de elegir tu propio camino, un único sendero, Atryah, elígelo bien porque es el que marcará tu destino.

Asintiendo la mujer alzó la mirada al cielo y se estremeció.

—Las almas están gritando… pero no son mis almas.

Dryah frunció el ceño, sus palabras no tenían sentido para ella hasta que oyó a Lyon resollando.

—Es Aria… —murmuró luchando por ponerse de nuevo en pie—. Joder… eso ha dolido.

Ella se volvió entonces hacia Lyon quien la miró en respuesta.

—Aria ha levantado el Velo —respondió con un bajo siseo.

La pequeña rubia volvió la mirada hacia la puerta, pero ya se había cerrado tras la silueta de aquella enigmática mujer.

—¿Quién diablos es ella? —preguntó Lyon mirando a su hermana de armas.

—Eso ahora no importa —negó reuniéndose ahora con él—. Tienes que volver con Ariadna y hacer lo que sea para que vuelva a cerrar el Velo, si sigue abierto mucho más tiempo, no sé cómo obrará eso sobre el Equilibrio.

Lyon asintió.

—Hecho, pero, ¿alguna idea de cómo coño salgo de aquí?

Sonriendo le posó la mano sobre el hombro y envió su alma de regreso a su cuerpo.

—Date prisa, Lyon —susurró un instante antes de cerrar los ojos y marcharse ella también.

Dryah despertó con una absoluta necesidad de aire, sus pulmones se expandieron en busca del oxígeno que necesitaba para finalmente deshacerse en toses. Unos fuertes brazos la sostenían, frotándole la espalda con suavidad, procurándole el calor y la protección que necesitaba.

—Lo que has hecho, desestabilizará la balanza del universo, Libre Albedrío.

La inesperada voz femenina hizo que abriera los ojos y girara la cabeza, Zhalamira, la mujer que ostentaba la parte de luz de la Fuente Universal, la miraba a través de los suaves ojos azules. Una mirada acusadora que no tuvo inconveniente en sostener.

—Nosotros mantendremos el equilibrio —respondió antes de volver la cabeza hacia Shayler, en cuyos ojos podía leer la preocupación.

—¿Qué demonios has hecho? —Era una amonestación, no una pregunta.

Ella le sonrió para tranquilizarlo.

—Traer a Lyon de vuelta —dijo apretándose instintivamente contra él, transmitiéndole tranquilidad y paz—. No podemos permitirnos tener bajas. Y por cierto, la próxima vez que tenga que jurarte algo, Mi Juez, primero me enseñas la cláusula en la que diga “leer antes la letra pequeña”.

Shayler arqueó una ceja ante esto.

—¿Por qué? ¿Qué ha ocurrido? ¿Qué es lo que has iniciado, Libre Albedrío? —Había curiosidad y también temor en su voz.

Ella suspiró. Ojalá lo supiera, pero su conocimiento del asunto de momento era limitado.

—Todo está conectado al universo, Shayler, tu justicia, mi voluntad, la de los guardianes —explicó—. Para salvar a uno, tengo que salvarlos a todos.

Él frunció el ceño.

—John —respondió después de pensárselo un momento—. ¿Esto tiene algo que ver con John?

Dryah miró a la Dama de la Fuente, cuyos ojos se clavaron en ella para finalmente dirigirse a Shayler y responder:

—Vuestra consorte ha iniciado por propia voluntad una serie de acontecimientos que no podrá ver hasta que estén sobre vosotros —declaró—. El Libre Albedrío ha obrado por propia voluntad, ahora, deberá enfrentarse a sus consecuencias.

Ella la miró sin reservas.

—Lo haré —aceptó con total tranquilidad—. El destino y la esperanza me han servido de cuna, creo que podré estar a la altura.

Shayler se levantó del suelo, dónde la había estado sosteniendo y la ayudó a ponerse en pie.

—Lo estarás —aseguró él con firmeza, para luego añadir—. Pero por ahora, no vuelvas a hacerme algo así jamás. Si llego a perderte…

Ella selló sus labios con un dedo.

—¿Perderme? Todavía no me has enseñado a jugar al *Strip Poker*, no puedes darte el lujo

de perderme —le aseguró, intentando quitar un poco de la tensión que llenaba el ambiente.

Él la miró y negó con la cabeza, no podía dar la respuesta que deseaba delante de todos ellos. Su mirada fue entonces sobre la fémina de la Fuente.

—Voy a buscar a mi Guardián y traerlo de regreso.

La mujer asintió con una ligera inclinación de cabeza.

—Tu ley rige todo el universo, Juez Supremo, no hay excepciones.

Sin otra palabra más, ambos seres dejaron la compañía de los Guardianes, volviendo a su seno de poder.

Satisfecho con la respuesta que confirmaba su absoluta autonomía, Shayler echó un vistazo a su mujer y a sus compañeros y se desvanecieron de la habitación.

CAPÍTULO 31

Lyon maldijo en voz baja cuando volvió a sentir el dolor que le atravesaba en cada una de sus terminaciones, podía sentir la sangre empapando su camisa, el sabor herrumbroso en la boca y el ardor de la puñalada que ese hijo de puta le había infringido en el pecho.

—Sabía que tenía que haberlo matado —masculló incorporándose lentamente, el movimiento intensificando el dolor en su pecho, la herida seguía sangrando, pero al menos, estaba vivo. Algo que tendría que agradecerle a Dryah y a esa otra extraña.

—Me alegra ver que has despertado.

La conocida voz masculina surgió desde detrás de él, casi temía dar media vuelta y verlo de nuevo delante del fuego del templo como una aparición. Lyon se movió lentamente, dolorido por la herida que todavía sangraba en su pecho, sus ojos verdes se toparon entonces con una escena que no podría olvidar en mil años.

En pie al fondo de la habitación de piedra, allí donde debería haber estado la pared se encontraba una columna de luz y oscuridad, blanco y negro mezclándose como si batallasen entre ellos para que ganase un color, Aria se encontraba en el centro, su vestido de lino blanco confundiéndose con los haces de luz oscura que la rodeaban, su pelo negro ondeaba al compás de la energía que la envolvía y parecía succionarla. Su piel canela estaba pálida, sus ojos cerrados, mientras permanecía en pie por alguna extraña gracia del destino, sus manos abiertas a ambos lados, cada una de ellas sumergida en luz u oscuridad.

Lyon trastabilló, el dolor le atravesó el pecho como una lanza caliente haciendo que cayese al suelo de rodillas a los pies del hombre que le había hablado.

—Ella… —jadeó Lyon alzando la mirada hacia su mujer.

El hombre se colocó a su lado, agachándose a su lado de modo que pudiese volver a encontrarse con sus ojos azules y la recortada barba de su mentón. Melkart, el amante de la diosa, se percató Lyon.

—Ha levantado el Velo —le confirmó el semidiós posando una de sus manos sobre el pecho de Lyon, de la cual salió un potente haz de luz que atravesó a Lyon haciéndole gritar y doblarse sobre el suelo con increíble dolor, solo para encontrar un segundo después que este remitía y la herida en su pecho cicatrizaba hasta desaparecer—. Tienes que hacer que cierre el portal.

Lyon masculló, luchando para incorporarse al menos sobre sus rodillas.

—Mierda… joder, maldito hijo de puta —jadeó en busca de aire, dejando que el dolor fuese abandonando su cuerpo—. ¿No podías haber avisado?

El hombre se limitó a dedicarle una sonrisa irónica para finalmente señalarle con un gesto de la barbilla a la mujer.

—Tienes que hacerla regresar —le dijo con voz firme, preocupada—. El portal se está alimentando de ella, no es lo suficientemente fuerte para servir como llave, la devorará.

Él luchó hasta ponerse de nuevo en pie, su mirada clavada en su mujer al otro lado de la habitación.

—Aria —murmuró empezando a caminar hacia ella, la necesidad de traerla de vuelta, de abrazarla, sentirla cerca de él era demasiado grande para combatirla.

Había sido su voluntad de volver a verla lo que había hecho que resistiera al llamado de la

Puerta de las Almas hasta que se presentó Dryah. Ahora podía entender mejor al Cazador y a la propia muchacha, una vez que la Puerta te llamaba, era prácticamente imposible que te dejase marchar.

Había sido un estúpido al pensar que podría alejarse de ella sin más, acabar con todo esto y darle la espalda. Jamás podría hacerse a la idea de verla en brazos de otro hombre, eso le mataría. Ella lo había reclamado a voz en grito, había proclamado que era suyo, no podía defraudarla. No a Aria. No a su esposa.

—¡Ariadna! —la llamó una vez más. Podía sentir el poder a su alrededor buscando fundirse con ella, lastimándola al ver que le rechazaba, succionándole la vida.

Dio un nuevo paso adelante solo para tener que detenerse cuando un nuevo acceso de poder irrumpió en la habitación que cada vez empezaba a hacerse más asfixiante.

—¡Lyon, tienes que traerla de vuelta!

La voz de Melkart, poderosa, firme le sacó de su momentánea pausa, solo para escuchar una nueva voz, cuyo poder era tremendamente superior al del semidiós.

—Parece que el momento de las reuniones al fin ha llegado.

Un hombre rondando los cincuenta, con un poderoso aura apareció en un fogonazo a escasos pasos de Aria, sus ojos poseían el color de la tormenta y parecían igual de intempestivos.

¿Qué diablos era esto? ¿Una convención de dioses?

—¿No vas a asistir al fin de tu esperanza, esposa? —declaró el recién llegado volviendo la mirada hacia el otro lado de la estancia.

Tan hermosa como el día en que había sido llamado a su presencia, con una mirada fiera y decidida, Ashtart hizo su aparición y no vino sola. Sharien se materializó a su lado, un hecho que Lyon agradeció, pues así podría arrancarle las pelotas tal y como tenía pensado.

—Mi esperanza jamás tendrá fin, Baal —respondió ella, su voz clara, delicada y sensual. Su mirada se ensombreció al ver a Aria—. Mi ashtarti… el Velo…

La diosa volvió entonces la mirada, encontrándose con el ceño fruncido de Lyon y finalmente con su amado.

—Melkart —jadeó, las lágrimas presentes en su voz—. Mi amor…

Lyon empezaba a cansarse de tanta gilipollez, él no estaba allí para asistir a una merienda campestre, si no para recuperar a su esposa costase lo que costase.

—Recupera a tu ashtarti, Guardián —habló de nuevo Melkart dando un nuevo paso hacia Lyon, sobrepasándolo para interponerse entre Baal y Lyon—, ningún inocente debería sufrir por culpa de los dioses.

Lyon dio un nuevo paso adelante solo para verse empujado hacia atrás por una fuerte ráfaga de poder que llegó del supuesto marido de la diosa. ¿Dónde había un guionista cuando lo necesitabas? Aquí podría tener la historia de su vida… si sobrevivía para contarla.

—No has podido evitar que se cumpla la profecía —clamó Baal con voz profunda, resonante de poder—, el sacrificio ya ha sido hecho, su sangre —señaló a Lyon—, ha sido derramada, el alma de la ashtarti ha gritado y el Velo se ha abierto. Y tú, pronto volverás a su interior para no volver a resurgir jamás. Cuando el Velo la haya consumido, será el fin. Tal como declaré, con su vida, perecerá su línea de sangre. Todo habrá terminado.

La satisfacción en la voz masculina irritó a Lyon.

—No si puedo evitarlo —masculló el Guardián fulminando al dios con la mirada—. Es mi mujer y no va a servir de sacrificio para nadie.

Baal alzó la cabeza, mirando a Lyon como si fuese un insecto. Entonces, sus ojos se entrecerraron, la sospecha bailó en sus ojos hasta ser sustituida por diversión.

—Vaya, querida, no has buscado un Guardián cualquiera para la ashtarti —comentó el dios mirando a Lyon—. Has encontrado nada más y nada menos que un Guardián Universal. Admiro tu coraje, muchacho, pero me temo que ella ya está más allá de una posible redención.

Lyon apretó los dientes, luchando con la necesidad de ir a por el dios. ¡Malditas fueran las reglas universales!

—Todavía no es tarde, Baal.

La voz de Sharien consiguió irritar aún más a Lyon, cuyo poder no hacía más que incrementarse.

La mirada del dios cayó sobre el antiguo Sacerdote de la Orden que permanecía al lado de la diosa, su sorpresa pronto fue substituida por una carcajada de ironía.

—Tal y como fue profetizado, volvemos a encontrarnos, Sacerdote de la Orden —lo saludó con una burlona reverencia—. Habéis vivido muchas vidas para llegar aquí… es una lástima que la última de tus descendientes vaya a morir aquí y ahora.

—No te atrevas a tocarla —siseó Lyon, empezando a considerar seriamente las consecuencias de enfrentarse con el dios.

Él sonrió y alzó las manos.

—No será necesario, su muerte traerá consigo el final —aseguró con diversión, su mirada vagó hacia su esposa, quien no se había movido todavía—. ¿Recuerdas mis palabras, querida? Ve despidiéndote de tu amante, porque será la última vez que puedas posar tus ojos sobre él.

Ashtart alzó la barbilla, orgullosa y digna.

—No ganarás, Baal.

El hombre chasqueó la lengua.

—No deberías tener tan mal perder, esposa.

Lyon negó con la cabeza, todo aquel sin sentido no tenía nada que ver con él, los dioses podían enzarzarse en sus propias peleas, su única meta era Aria, tenía que recuperarla y llevársela lejos de toda esa locura colectiva, de los dioses que habían manipulado su vida y la de los suyos desde tiempos inmemoriales.

Resoplando, desnudó las manos y sus armas aparecieron prontas a su llamado.

—Me importan una mierda vuestros conflictos existenciales, muchachos, con sumo placer dejaré que os rebanéis las cabezas unos a otros —declaró con total intención—, pero antes sacaré a mi mujer de toda esta estupidez. Por una vez, ella tenía razón, los dioses no sois capaces de sentir emociones que no sean la codicia, los celos y la estupidez, la cual parece ser contagiosa.

Baal se volvió hacia Lyon con una irónica sonrisa.

—Con sumo gusto dejaré que te la lleves… —le dijo con una siniestra sonrisa—, cuando ya no haya una sola gota de vida en su cuerpo.

Lyon, cuya paciencia ya había sobrepasado los límites, siguió adelante.

—Apártate de mi camino —le amenazó. Se habían terminado las sutilezas.

El dios sonrió.

—Admiro tu determinación, Guardián, pero el Velo ya ha sido alzado —le recordó con obvia satisfacción—, no se cerrará hasta que la llave encaje en su cerradura, cobrándose el sacrificio definitivo.

Sharien salió al encuentro del dios, evitando que Lyon le enfrentara y dejándole al mismo tiempo vía libre para llegar a su mujer.

—No Baal, el Velo se cerrará… cuando la cerradura, entre en la puerta.

Lyon frunció el ceño sopesando las palabras del gilipollas un instante antes de continuar su camino.

—A la mierda el jodido Velo, el ama de llaves y las cerraduras —rezongó Lyon—, es a mí mujer a quien quiero y no tengo problema en hacer rebanadas de cualquiera que se interponga en mi camino para recuperarla.

Melkart, que había evitado que el dios se acercara a la ashtarti, deslizó la mirada sobre Sharien.

—¿Por qué tengo la impresión de que tu presencia aquí se debe a algo más que un mero servicio a mi diosa, Sharien?

El aludido miró a Melkart y finalmente se volvió hacia Lyon.

—Tráela de vuelta, Lyonel —pidió con una clara amenaza cubriendo sus palabras—, protege aquello que te ha sido dado, Guardián Universal, porque si alguna de ellas sufre, la eternidad no será una condena demasiado larga para ti.

Lyon entrecerró los ojos, su mirada fija en la del antiguo Sacerdote de la Orden, sus palabras filtrándose poco a poco en su mente hasta instalarse con absoluta sorpresa y aún más grande negativa en su interior

—¿Ellas…? —murmuró Lyon. Su rostro perdió el color durante un segundo, mientras se volvía hacia Ariadna, quien atrapada en el poder del velo, se iba consumiendo… o… si Sharien estaba en lo cierto—. No, no es posible.

El sacerdote se mantuvo erguido, una impenetrable barrera y declaró con total sinceridad.

—El tiempo se agota, Guardián —le recordó con voz firme, grave—. ¡Tienes que traerlas a ambas, ya! Si una de las dos muere… todos mis esfuerzos por terminar con la profecía y mantener a Aria a salvo no habrán servido de nada.

Lyon no podía respirar, su mirada se volvió hacia Aria, ella… ella estaba… ¡Jesús!

—Ariadna.

Su nombre fue todo lo que necesitó para atravesar la barrera que formaban los dioses. Melkart y Sharien permanecían a la espera para contener cualquier movimiento de Baal, en caso de que el dios quisiese arriesgarse a ello.

—¿Qué maldito truco has estado urdiendo, Sacerdote? —clamó Baal, que estaba atado por sus propias palabras a no intervenir.

Sharien le miró directamente a los ojos, el odio brillando en ellos.

—Ningún truco, mi señor —respondió escupiendo las dos últimas palabras—. Vos habéis asentado la profecía, habéis puesto todas las piezas en el tablero, yo me he limitado a ser un buen jugador.

Ashtart miró a su compañero y guardián, su rostro reflejaba la misma sorpresa que la de todos los presentes.

—Sharien, ¿qué… has hecho?

El Sacerdote no dudo en volverse hacia la diosa, su rostro mantuvo la misma expresión estoica, aunque sus ojos se suavizaron.

—Mi lealtad hacia ti quedará saldada después de esto, Ashtart.

La diosa no podía si no entender las palabras del que se había convertido en su único amigo. Conociendo el dolor que corría profundo dentro de él asintió.

—Tienes mi palabra, Sharien.

Asintiendo, se lamió los labios y pronunció en voz alta aquello para lo que había estado trabajando todo el tiempo, su única meta, aquello que conseguiría la liberación de Ariadna, la ruptura de la profecía y el fin de su maldición.

—En ese caso, proteged a la ashtarti —le pidió—, de ella y del niño que se gesta en su vientre, depende que la profecía nunca llegue a cumplirse tal y como fue escrita.

Un grito de rabia resonó en el pequeño espacio. Baal, al escuchar cómo había sido burlada su profecía, no dudó en volverse hacia la indefensa muchacha que permanecía envuelta y encadenada al velo en el momento.

—¡No!

Ashtart jadeó ante la noticia, aquella que pondría fin a la maldición que la había mantenido separada de su amante desde hacía más de dos milenios. Si Aria vivía, si su hijo o hija vivía y así sucesivamente, ahora que el Velo había sido levantado, la maldición de Baal nunca se cumpliría.

Un furioso grito resonó una vez más en la estancia.

—Juro que serás la última de las ashtarti —gruñó Baal haciendo aparecer un rayo en su mano dispuesto a lanzarlo contra la mujer.

—¡Ariadna! —gritó Lyon llegando por fin a ella, envolviéndola y escudándola con su cuerpo.

—¡No!

—¡Aria!

—¡Lyon!

¡Basta!

Un fuerte estallido recorrió el templo estremeciéndolo hasta los cimientos, el inmenso y letal poder de la Justicia Universal hizo eco dispuesto a castigar a aquel que osara enfrentarse a su Juez.

De pie entre Baal y sus víctimas, los Guardianes Universales tomaban posiciones.

CAPÍTULO 32

Shayler, flanqueado por Jaek y Dryah, recorrió la pequeña habitación de piedra con la mirada, su poder ondeaba amenazante sobre aquel que osara moverse y contravenir sus deseos. Lo que debería haber sido un lugar asfixiante y demasiado lleno, parecía adaptarse perfectamente gracias a la presencia y el poder de los dioses que lo habían conjurado.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —clamó, su voz poder en estado puro.

Melkart fue el primero en adelantarse, con una educada reverencia presentó sus respetos al hombre que ostentaba el poder del Universo, un joven cuya palabra, era la ley.

—Ahora no es momento para eso, mi Juez —habló Melkart, su mirada dirigiéndose a la inestable columna de poder que ahora envolvía a Lyon y Aria. El Guardián había envuelto en sus brazos a la mujer, protegiéndola, pero la inestabilidad del velo seguía alimentándose ahora de los dos—. Tiene que hacer que abandone las llaves y las entregue al nuevo Guardián. El Velo debe aceptar la nueva llave para cerrarse.

Shayler frunció el ceño, sondeando aquella extraña anomalía de la que procedía un frío helador.

—Es la única manera de cerrar el Velo y no queda tiempo —se adelantó Sharien quien no sacaba los ojos del dios—. Debe ser hecho por el Guardián de la ashtarti.

Él se volvió entonces hacia Lyon, alzando la voz, rogando porque escuchara sus palabras.

—Alguien debe guardar el Velo para que no vuelva a abrirse, Guardián, ella no puede hacerlo, el poder es demasiado grande, la mataría y al hijo que espera.

—¿Hijo? —se oyó murmurar entre los presentes.

—Mierda —resopló Shayler.

Lyon, que había escuchado perfectamente las palabras del sacerdote de Ashtart apretó a Aria contra él, podía sentir como el poder crepitaba a su alrededor, buscando encajar, llamando a la llave que lo cerraría, pero incluso así, no había abandonado a la mujer, seguía aferrado a ella con grilletes, consumiendo su vida y la del bebé.

Un bebé. Santo dios, ¿cómo podía haber ocurrido aquello? Ella había estado cuidándose, había encontrado sus pastillas incluso antes de que se acostara con ella, la estúpida cajita había respondido a su contacto mostrándole los últimos momentos de ella, su frustración.

Un hijo. Su hijo.

—Está bien —masculló luchando con el dolor que le provocaba la tensión de poder, todavía le asombraba como era posible que ella no hubiese pronunciado ni una sola queja—. ¡Yo haré de ama de llaves!

Shayler clavó la mirada en su Guardián.

—Lyon —le previno—. No es un cargo cualquiera el que estás a punto de aceptar.

Mierda, como si no lo supiera.

—¿Esto hará que me parezca en algo a ese psicótico de Armani?

Shayler no pudo si no admirar el humor de su compañero.

—No, hermano, en absoluto —prometió—. Seybin es un espécimen único en su género.

—Fantástico —farfulló bajando la mirada sobre la mujer cuya vida poco a poco se iba agotando—. Está bien Shayler, tengo que hacerlo… no puedo perderla… a ninguno de los dos.

Melkart dejó su lugar siendo ocupado por Jaek, quien dedicó una irónica sonrisa al dios

Baal, que decía claramente que ocurriría si movía un solo dedo.

—Tienes que despertarla —le dijo Melkart—. Es la única manera en que pueda cederte las llaves, yo te ayudaré a contener el Velo, solo tráelas a ambas de vuelta, Guardián.

Ashtart que había permanecido a un lado, se reunió finalmente con su amante.

—Melkart, no… —le suplicó.

El hombre le acarició la mejilla con los nudillos y negó con la cabeza.

—Es por nosotros que esta inocente está padeciendo, mi amor, no puedo permitirlo —aseguró, en su mirada un silencioso ruego, esperaba que su amor entendiera.

Asintiendo, Ashtart volvió la mirada hacia su marido con renovado odio. Su voz fue firme y clara cuando habló.

—Despiértala, Guardián y ocupa su lugar en el Velo —pronunció la diosa poniendo todo el poder que poseía en su voz—. Aquí, ahora, ante tu ley y mi legado, juro, que nada ni nadie volverá a amenazar a los tuyos. Mi ashtarti y sus descendientes, tendrán mi protección, eternamente.

—Tu voz ha sido oída por el universo y atestiguada por aquellos que guardamos la Ley y el Equilibrio —murmuró Dryah, añadiendo su propio poder a la promesa de la diosa. Entonces se volvió hacia Lyon—. Hazlo ya, Lyon, no les queda mucho tiempo.

El Guardián resopló.

—Para que luego digan que el matrimonio no es un cúmulo de problemas —farfulló separando a Aria ligeramente de él.

Ella se estaba muriendo en sus brazos, la estaba perdiendo, si aquello no funcionaba. Obligándose a confiar en sí mismo, la abrazó nuevamente.

—Ariadna, tienes que despertar, tesoro—susurró poniendo todo su poder en aquella orden —. Déjalo ir, nena, la caballería ha llegado y se encargará de todo.

La mujer no pareció dar señales de reconocimiento, desesperado, echó mano de lo último que quería, aquello que le había hecho y convertido en lo que era hoy en día, un guardián universal.

Lyon dejó fluir su poder a través de ella, poco a poco, como una antigua efigie que hubiese vivido muchas vidas, sus secretos, su papel en la trama del universo, el pasado, el presente y su destino lo atravesaron mostrándole quien era Aria, borrando cualquier duda que pudiera quedarle a Lyon de que ella no le pertenecía, marcándola como suya. Su mano derecha empezó a arder al tiempo que sus propios secretos, pasado, presente y lugar en el mundo penetraban en ella, derribando todas las barreras, protegiéndola, amándola, haciéndola suya.

—Está bien, mi amor, abandona ya tu puesto —le susurró uniendo su mano recién tatuada a la de ella, la cual compartía el mismo diseño, ambos en un suave tono arena—. Yo me ocuparé de todo, ahora podrás descansar, dedicarte a hacer punto o esas cosas que hagáis las mujeres. Podrás llorar por nada, patalear, comprar toda una fábrica de muebles, tirar abajo el baño… solo déjalo ir, Ariadna, ya ha acabado todo, amor, estáis a salvo.

Ella se estremeció, sus oscuras pestañas aleteando mientras sus brazos, los cuales habían permanecido inmóviles, se alzaban hasta los suyos.

—Lyonel —murmuró ella, su cuerpo relajándose contra el suyo—. Lyon…

Él suspiró con alivio al escuchar su voz.

—Estoy aquí, tesoro —siseó al tomar ahora todo el poder del Velo para sí—, estoy justo aquí, Aria, eso es nena, déjalo ir, ya todo ha terminado.

El poder empezó a abandonarla poco a poco, filtrándose en Lyon quien tuvo que apretar los dientes para poder resistir.

—Joder… —jadeó luchando por permanecer en pie con ella en sus brazos.

—¿Lyon?

Él intentó responder a su llamado, pero todos sus sentidos parecían sobrepasados por el intenso poder que lo recorría amoldándose a él, atándolo y devorándolo.

—¿Ly?

Aria le ahuecó el rostro, necesitando asegurarse de que era él, que no se trataba de un sueño o una ilusión.

—Te… te vi morir…

Sus ojos verdes se clavaron en ella, intentando verla.

—Soy… dif… difícil de matar —aseguró con voz entrecortada.

Ella le acarició el rostro, ahuecándoselo.

—Eres tú de verdad —susurró con un suave sollozo—. Estás aquí.

—Sí… justo… aquí —musitó pero era incapaz de mantenerse en pie.

El dolor era demasiado intenso. Mil voces coreaban en sus oídos, los ecos del pasado batallaban en su mente, su cuerpo acabó cediendo y cayendo sobre sus rodillas entre los brazos de Aria.

—¿Lyonel? ¿Lyon? —se preocupó ella, las lágrimas resbalando de sus mejillas—. No, no por favor… No se te ocurra marcharte, te necesito, sé que soy un incordio, que no has pedido una esposa, pero… pero… te quiero Lyon, por favor, sé… sé que puedo hacer que tú me quieras… y… y… señor… ¡Iré a buscarte al mismísimo infierno si se te ocurre volver a dejarme, me oyes! ¡No descansarás ni un segundo ni siquiera en el otro mundo!

Lyon luchó por abrir los ojos, aquella mujer siempre lo amenazaba con las cosas más insólitas. Su mente se había convertido en una cacofonía de voces que no tenían sentido, viejas imágenes y recuerdos del pasado se unieron a estas montando una verdadera fiesta, pero entre todo eso seguía estando el delicioso aroma a vainilla, la suavidad y blandura de su piel, sus perfectos pechos… Su hijo.

—No… no llores, Aria —consiguió articular a través de aquella locura—, no… no puede… el bebé… no es bueno para el… bebé.

Ella frunció el ceño sin entender.

—¿Bebé? ¿Qué bebé?

Mierda… ¿Era posible que ella no lo supiera? ¿Y cuándo había sido concebido? No podía haber sido hace mucho, ¿cómo era posible que ese mentecato supiera que ella…? Las ideas empezaron a confundirse en su mente, incapaz de encontrarles respuesta.

—Nuestro… el… nuestro.

Aria le miró sin entender. ¿De qué diablos estaba hablando? Era imposible que ella estuviese… ¡Oh, mierda! Su viaje, no se había tomado la píldora en los últimos días, pero… no… ¿cómo diablos iba a estar embarazada? Ni siquiera había pasado ni un día de la primera vez que se acostaron, y el templo… Bueno, ciertamente posibilidades había pero…

—¡Joder! ¡Mierda! ¡Oh, señor!

El fuerte siseo de Lyon y la repentina tensión de su cuerpo la trajeron una vez más de vuelta al presente. Su marido parecía estar retorciéndose de dolor en sus brazos, la fuerte energía que la había rodeado y la había atrapado en su seno, se había desvanecido dejándolos sobre el frío suelo.

—¿Lyon? ¿Qué ocurre? —se preocupó—. ¿Lyon?

Unos pies ataviados con botas y unos flojos pantalones atrajeron su atención hacia el hombre que se acuclilló frente a ella.

—Él está bien, ashtarti —aseguró pasando la mano sobre el cuerpo de Lyon, haciendo que se relajase, quedando absolutamente inmóvil—, el poder del Velo ahora corre por sus venas, será el Guardián, la Llave, solo necesita tiempo para acostumbrarse.

Aria parpadeó varias veces, fijándose por primera vez en él, así como en todo el comité de bienvenida que parecía haberse dado cita en la habitación del templo en algún momento que ella era incapaz de recordar.

—Eres… —murmuró ella.

Él sonrió y le dedicó una profunda reverencia.

—El hombre que te debe su libertad, mi ashtarti —le aseguró y proclamó su propio juramento—. Me has devuelto no solo la libertad, Ariadna, si no aquello que me fue arrebatado. Te debo mi vida y mi eternidad, pequeña, mi protección es tuya y de tus descendientes desde este momento hasta el fin de los tiempos.

Con una ligera inclinación de cabeza, Melkart se incorporó y se volvió hacia el Juez y sus Guardianes, quienes seguían reteniendo a Baal.

—Vuestro Guardián estará bien, Juez Supremo —le dijo a Shayler—. Ahora él es también Guardián del Velo, su Llave, carga con una gran responsabilidad, pero lo hará bien, es fuerte y con un profundo honor. No hay nadie mejor para el puesto.

Shayler tenía sus dudas al respecto pero prefirió guardárselas.

—Jaek —dijo sin apartar la mirada del hombre—. Sácalos de aquí. Atiende a Lyon en la medida de lo posible y… asegúrate que Aria y el bebé están bien.

Aria tragó saliva una vez más, una temblorosa mano deslizándose hacia su vientre plano, incapaz de hacerse todavía a la idea de esa posibilidad.

—No irás a hacer alguna tontería, ¿uh? —sugirió su Guardián con absoluta inocencia.

Shayler esbozó una irónica sonrisa.

—¿Quién? ¿Yo?

Decidiendo no contestar a eso, Jaek se dirigió hacia la pareja y los sacó a ambos de allí.

—Esto no se ha terminado —murmuró Baal mirando a su esposa con odio y rencor.

Ashtart no dudó en adelantarse y caminar hacia su marido.

—Sí, lo ha hecho, Baal —aseguró la diosa con renovada energía—. Tal como un día hice, hoy lo confirmo. Renuncio a tu nombre, a tu poder y a tus dictados. La maldición que me habías impuesto, que nos impusiste a los dos se ha roto, ya no tienes poder sobre mí.

Con un furioso gruñido, el dios se esfumó en el aire.

Shayler bufó, empezaba a tener un insistente dolor de cabeza.

—Joder, dioses, son peor que niños pequeños con rabieta —farfulló echando un vistazo a su mujer y finalmente a la pareja de dioses, y a Sharien, que se había mantenido al margen después de que todo hubiese terminado—. Solo lo diré una vez, realmente no me gusta repetirme. Si a alguno de vosotros, se le ocurre volver a joder con uno de mis hombres, no os va a gustar mi respuesta.

Ashtart se volvió hacia Shayler con una suave sonrisa.

—No tendréis que preocuparos por ello, Juez Supremo —aseguró caminando hacia la pareja de consortes—. Ariadna es mi hija… hija de mi Sacerdote, su vida y la vida de su hijo o hija, y de los hijos de sus hijos estarán de ahora en adelante bajo mi protección.

—Y bajo la mía —añadió Melkart reuniéndose con la mujer.

—Bien —aceptó Shayler, echó un último vistazo a todos y suspiró—. Vámonos a casa, bonita.

—Como desees, mi Juez —respondió Dryah en tono burlón, entonces miró a Sharien e

inclinó la cabeza hacia él—. Gracias, Sharien.

Él asintió con un leve gesto de cabeza viendo como los dos Consortes Universales se desvanecían, dejándolo solo con los dos dioses.

—Bueno, mi sacerdote, parece que hay algunas cosas que se te ha olvidado mencionarme —murmuró Ashtart con una tierna sonrisa.

Él arqueó una ceja y los miró a ambos, finalmente puso los ojos en blanco y resopló.

—Buscaos una cama —les soltó con un bufido—. Podemos hablar de mi partida… después.

Sin decir más, se desvaneció permitiendo que los dos amantes largamente alejados el uno del otro, se reencontraran en la intimidad.

CAPÍTULO 33

Una Semana después…

Lyon no dejó de gruñir y protestar mientras Jaek guardaba el instrumental médico en su maletín. El médico de los Guardianes había insistido en tenerlo recluido y en la maldita cama durante la última semana bajo amenaza de hacerlo dormir indefinidamente si no dejaba de protestar.

Se había pasado durmiendo los tres primeros días, para despertar con una sensación de cansancio extremo que le duró otros dos. Su nuevo poder crepitaba en su interior, corriendo por sus venas, una sensación extraña a la que poco a poco iba adaptándose y que en cierto modo había modificado también su propia visión sobre los hechos pasados. Ahora no solo podía ver lo que había ocurrido al tocar un objeto antiguo, si lo deseaba, podía hacer lo mismo con el alma de las personas, ver el pasado y aquello que habían sido. Había tenido una muestra de ello con Ariadna, cuando vio toda su vida, sus miedos y aquello para lo que había estado destinada en el momento en que el poder del Velo empezó a entrar en él, y Jaek había sido su siguiente conejillo de indias. Afortunadamente, su nuevo poder le dejaba autonomía para aceptar el tirón y ver más allá, o contenerse, algo que hasta el momento no le había sido permitido.

Su mirada volvió de nuevo sobre el Guardián, el cual se preparaba para marcharse, su Juez, permanecía apoyado contra la ventana, contemplándolo en silencio. Shayler se había presentado unos instantes antes que Jaek para ver cómo estaba y se había quedado.

—Parece que por fin empiezas a recuperarte —aseguró Jaek volviéndose hacia él—. El nuevo poder que has adquirido se ha tomado su tiempo hasta encontrar el equilibrio perfecto con tu don como Guardián Universal, pero parece que se han complementado bien, ¿no?

Lyon entrecerró los ojos, su respuesta fue clara.

—Que te jodan.

Jaek esbozó una sonrisa y miró al Juez.

—Sobrevivirá.

Él sonrió ante la respuesta y miró a Lyon un instante antes de volverse hacia Jaek.

—¿Y Ariadna?

El Guardián asintió.

—Ella y el bebé están bien —aceptó mirando a Lyon—. No he encontrado nada extraño en ella, salvo su nuevo vínculo contigo.

Lyon bajó la mirada hacia su mano tatuada pero no dijo nada.

—De todas formas, yo no soy un experto en temas de embarazo y esas cosas —aceptó Jaek—, deberíais buscar a alguien que se ocupe.

Shayler dejó entonces su lugar junto a la ventana.

—Mi madre se está haciendo cargo del embarazo de Lluvia —comentó. La diosa Egipcia Bastet era conocida como la diosa de los nacimientos—. Está como un niño con zapatos nuevos poniendo en práctica sus conocimientos como obstetra. Le diré que mueva el culo hasta aquí para ver a Ariadna, cuando lo consideréis oportuno.

Jaek asintió ante la respuesta del Juez, miró a Lyon y se despidió.

—Os dejo, tengo cosas que hacer —aseguró—. Y tú, no empieces a hacer la cabra, todavía necesitas descanso.

Sin decir otra palabra, salió por la puerta dejando a los dos hombres solos. Shayler se acercó entonces al Guardián que descansaba en la cama, sus ojos verdes se había clavado en un punto del horizonte, pensativo.

—¿Va todo bien? —le preguntó.

Lyon sacudió la cabeza y se giró hacia él.

—Estoy aterrado —confesó—. ¿Cómo demonios puedes saber si estás preparado para ser padre?

Shayler se tomó su tiempo para darle una respuesta.

—Imagino que es algo que simplemente sabes —respondió con un ligero encogimiento de hombros—. Tú lo harás bien, no es como si no tuvieses experiencia educando a un niño.

Lyon arqueó una ceja, mirándolo de arriba abajo.

—¿Por fin lo admites?

Acariciándose el mentón con los dedos, expuso lo obvio.

—Era un adolescente cuando John me llevó con vosotros y sí, soy consciente de que fui un verdadero tormento —aceptó con una divertida sonrisa—. De no ser por tu guía y paciencia, y los capones que me diste cuando era necesario, quizás nunca hubiese estado preparado para lo que se me vino encima. Hiciste un buen trabajo, Lyon.

El Guardián puso los ojos en blanco y chasqueó la lengua.

—A ti no hubo que cambiarte los pañales, cachorro.

Se echó a reír con buen humor.

—Algo de lo que sin duda todos estuvisteis agradecidos.

Lyon no pudo sino sonreír en respuesta.

—Pues sí.

Ante la vacilante respuesta de su amigo y mentor, le recordó.

—Y están los niños de la casa de acogida —le recordó—, tú eres, con diferencia, quien se ha volcado en ellos. Lo harás bien, Lyon.

El hombre se volvió hacia él, sus ojos reflejaban el temor que sentía.

—No sé si Aria podrá con esto, no sé si yo podré con esto —aceptó con un profundo suspiro—, si algo le llegase a ocurrir a alguno de los dos.

Shayler se acercó, inclinándose sobre él hasta que sus ojos se encontraron.

—Ariadna lo hará muy bien, es una mujer fuerte, con una lengua afilada y no teme en proteger lo que es suyo —le aseguró con confianza—. Será una madre estupenda, tú serás un padre incluso mejor y ese bebé tendrá un infierno de tíos y tías que darán su vida por él, al igual que por vosotros. Los Guardianes protegemos lo que nos pertenece, Lyon, incluyendo a nuestra familia y ese bebé va a ser mi primer sobrino. Te lo juro, guardián, no dejaré que nada le pase.

Lyon le miró con una mezcla de orgullo, confianza y agradecimiento.

—Sí, después de todo, parece que te hemos criado bien.

Él se echó a reír, deshaciendo así cualquier tensión en la habitación. Entonces añadió.

—Pero que conste que no pienso cambiar pañales.

Lyon bufó.

—Solo espera, a ti también te llegará —aseguró con absoluta convicción—. De todos nosotros, y parece irónico, creo que eres el que está más preparado para enfrentarse a la paternidad.

Él se encogió de hombros ante esa aseguración.

—Cuando llegue ese momento, sé que lo disfrutaré al máximo, pero también me moriré de miedo y angustia a cada minuto, para amarlo de igual manera al siguiente —aceptó demostrando que ya había pensado en ello. Entonces suspiró—. Pero no ha llegado todavía ese momento, se aproximan vientos de cambio, lo sé. Dryah no ha dicho una sola palabra de lo que sucedió, pero estoy vinculado a ella, siento su incertidumbre, su dolor y el temor al futuro.

Lyon pensó en la muchacha, en su encuentro y en aquella mujer desconocida.

—Ella me trajo de vuelta, no estoy seguro cómo diablos lo hizo y por los dioses que le debo mi vida, además de una disculpa por todos los gritos que le pegué —aceptó Lyon con una mueca—. Algo me dice que la conversación que mantuvo con aquella extraña mujer tiene que ver con John. ¿Por qué? No lo sé. Pero de alguna manera, el Libre Albedrío ha tenido que hacer algo, no es como si la Puerta deje marchar así como así un alma una vez que se le presenta delante.

Lyon se quedó un momento en silencio, su cuerpo se estremeció y cuando volvió a mirar al Juez, había verdadera congoja en sus ojos.

—Dioses, Shayler, nunca pensé que fuera así —declaró recordando sus instantes antes la puerta—. Sientes la muerte y la vida, todo al mismo tiempo, en lo único que podía pensar en esos momentos era en Aria, en que se quedaría sola…

Él asintió, se había sentido de manera parecida cuando la Puerta casi le arrebata al amor de su vida.

—De alguna manera, lo que quiera que haya hecho, ha puesto el juego en movimiento y es por mi culpa —aceptó con un pesado suspiro—. Yo le pedí que intercediera, desde el principio supe que ella era poseedora de más conocimientos de los que decidió compartir conmigo, sé que tiene sus motivos, muy posiblemente por nuestro destino y libre voluntad. No debí hacerlo, pero es mi hermano… mi sangre.

Había verdadera desesperación en las palabras de Shayler.

—Está bien, cachorro, nosotros habríamos hecho lo mismo —aseguró Lyon.

Él suspiró.

—De alguna forma, lo que te ocurrió en ese momento, está vinculado con el destino de John, sea lo que sea que ocurra, nos necesitará a todos.

A Lyon no le cabía duda de ello.

—Y estaremos allí —prometió.

Unos suaves golpes en la puerta hicieron que ambos hombres se volviesen hacia ella, para ver a Aria asomando la cabeza.

—¿Interrumpo algo importante?

Shayler sonrió y negó con la cabeza al tiempo que se apartaba de la cama.

—En absoluto, entra —la invitó al tiempo que dejaba su asiento y rodeaba la mesa—, llegas en el momento justo, yo ya estaba por retirarme.

Aria miró a Lyon y finalmente volvió a posar su mirada en el Juez.

—No hace falta que te marches porque yo haya entrado, pero si te vas, no te lo impediré —aseguró con su mismo borde irónico de siempre.

Lyon se rio entre dientes.

—Y eso chico, es una abierta invitación a irte —le aseguró Lyon.

Él sonrió abiertamente.

—No me ofendo, está en todo su derecho —aceptó dedicándole a Aria una profunda reverencia—. Yo hago lo mismo cada vez que quiero estar a solas con mi mujer.

Caminando ya hacia la puerta, se volvió hacia la pareja una última vez.

—Estaré fuera, voy a ir con Dryah a mirar la matrícula de alguna de esas academias a las que quiere asistir —respondió con un suspiro—. Cualquier cosa que necesitéis, los dos, llamadme al móvil.

Con un ligero asentimiento por parte de Lyon, se marchó.

Aria se quedó mirando durante unos instantes la puerta que se había cerrado tras el Juez, el sonido de la puerta de la calle siguió inmediatamente a esta, dejándolos solos.

—¿No puedo creer que todo haya quedado ya atrás? —murmuró siendo consciente por primera vez de que las cosas empezaban a volver a la normalidad—. Ha sido tanto tiempo luchando, buscando una forma de eludir la profecía y al final, terminó cumpliéndose igualmente… o algo parecido.

Lyon la miró desde la cama, admirando su belleza y fragilidad.

—Ya te dije que hay cosas que no pueden eludirse —le recordó Lyon—. Puedes rodearlas, cumplirlas a medias, intentar cambiarlas, pero si tienen que ocurrir, ocurren.

Aria suspiró, sus manos cubriéndose el plano vientre, sus ojos castaños encontrándose con los verdes de Lyon.

—¿Todo bien? —le preguntó él.

Ella asintió y caminó hacia la cama, subiéndose a ella para finalmente gatear sobre las sábanas hasta dejarse caer al lado de Lyon.

—Sí, las dos estamos bien —aceptó con un profundo suspiro—. Pero no deja de sorprenderme, de parecerme todo una locura. Según Jaek, no cree que esté más de… ocho o nueve días, y ese amigo tuyo, Nyxx, lo supo antes de que dijese nada.

Lyon se frotó el mentón.

—Es un Cazador de Almas, es parte de su trabajo —respondió con un ligero encogimiento de hombros—. ¿Te dijo algo?

Ella hizo una mueca.

—Que era una niña —suspiró—. No tengo ni una semana de embarazo y ya sabe que es una niña. Esto me supera, Lyonel.

Estiró la mano cogiendo la de ella, dos tatuajes parejos cubriendo la parte superior de las de ambos. Ella era su compañera, su consorte, su otra mitad.

—Respira profundamente —le dijo—. Todo va a salir bien.

Aria hizo un mohín.

—No dejas de decirlo.

Se encogió de hombros.

—Es la verdad —aseguró sin mucho problema. Entonces empezó a frotar su mano y añadió—. Hay algo de lo que he querido hablar contigo estos días, pero con la estricta vigilancia del señor Sargento Médico, no he tenido oportunidad.

Ella alzó la mirada hacia él.

—¿El qué?

Lyon la miró.

—Es sobre tu abuelo —aseguró, sus ojos fijos en los de ella—. Y el hecho de que te hayas estado culpando por abandonarle durante todo el tiempo. Hay cosas, decisiones, que no podemos cambiarlas, Aria. Tú tomaste la tuya, pero eso no quiere decir que tú hayas sido la que causó su infarto, él ya estaba enfermo desde mucho tiempo antes.

Ella se mordió el labio inferior.

—Lo sé —aceptó con un pequeño puchero—. De verdad que lo sé, él me lo dijo en el hospital, pero yo no quise escucharle. Hay tantas cosas que me hubiese gustado decirle, Lyon,

como que le quería. Le dije tantas veces que le odiaba y durante todo ese tiempo él solo había intentado ayudarme. Fui una estúpida.

Le acarició la mano, jugando con sus dedos.

—Todos cometemos estupideces alguna vez, tesoro —aseguró suspirando—. Nadie es inmune a ello. Ni siquiera yo.

Lyon suspiró. Él también había sido un estúpido, especialmente cuando pensó que podría apartarse de ella, que podría hacerse a un lado y dejarla sola para que hiciese su vida. Una vida normal, sin él… No se había dado cuenta hasta que estuvo frente a la Puerta de las Almas, que la eternidad sin ella, era demasiado grande para pasarla en soledad.

—Cuando estuvimos encerrados en el templo —continuó, captando su atención—, cuando te hice el amor, te tuve en mis brazos, llegué a la conclusión de que no te merecía, que no podía permitir que malgastaras tu vida cuando apenas habías comenzado a vivirla.

Ella se incorporó para mirarlo, Lyon le sostuvo la mirada sin dudar.

—Tenía la intención de alejarme de ti en cuanto terminase todo, dejarte libre para que pudieses continuar con tu vida…

Se tensó, empezando a negar con la cabeza.

—Lyon, mi vida está…

Él alzó una mano, pidiéndole que esperara.

—Entonces ese hijo puta, al que todavía tengo que clavar un cuchillo en las pelotas —aclaró Lyon—, me apuñaló y por segunda vez en mi vida, tuve verdadero miedo. Miedo porque no sabría si estarías bien, si te harían daño, si te cuidarían… Había tenido toda la intención de alejarme y sin embargo, todo en lo que podía pensar era en ti.

Hizo una pausa, entonces continuó.

—Mi verdadero nombre es Einar, Lyon es el título que me pusieron los normandos cuando empecé a pelear en sus guerras —explicó confiándose por entero a ella—. No era más que un pescador de una humilde aldea, tenía dos hermanos y ambos murieron ante mis ojos sin que yo pudiese hacer nada. La misma enfermedad me hubiese llevado a mí si no me hubiese convertido en Guardián Universal. Si trabajo en la Casa de Acogida, es porque esos niños me recuerdan a mis hermanos. Nuestros padres murieron pronto, ellos eran muy jóvenes y con solo dieciséis años tuve que hacerme cargo de ellos. Pero entonces, la enfermedad me los arrebató.

Su mirada fue ahora sobre Aria.

—Esa mujer con la que me viste hablando en el supermercado, se llama Érika —continuó —. Pero en su anterior vida, su nombre fue Uras. Era uno de nosotros, era apenas una niña cuando la conocí, una inocente a la que habían intentado quemar por sus visiones. Sierra se le parece en cierto modo. Su traición fue una de las cosas más dolorosas a las que me enfrenté en mucho tiempo, no solo me traicionó a mí, traicionó a las personas que quiero, que me importan.

Hizo un nuevo alto y la atrajo contra sí, buscando su mirada.

—Durante toda mi vida, aquello que más he anhelado ha sido tener una familia, Aria, pero cada vez que estaba cerca, o creía que tenía algo parecido, me la han arrebatado —aceptó con un profundo suspiro—. Cuando empezaste a acercarte a mí, a pedirme, a exigirme, tuve miedo. No deseaba encariñarme de ti, no quería que entrases en mi alma o en mi corazón por que acabaría perdiéndote.

Sacudiendo la cabeza suspiró.

—He tenido que morir para darme cuenta que lo que más me importa en este mundo eres tú, tesoro —aceptó con voz firme—. Y haré hasta lo imposible por retenerte a mi lado, a ti y a ese bebé que viene en camino. Porque tú eres mi familia, Aria, mi eterno anhelo y te quiero.

Ella sonrió con ternura y se apoyó en su pecho para poder alcanzar su boca y darle un breve beso.

—No tenía la menor idea de qué iba a encontrarme cuando decidí venir a buscarte, Lyon, pero de lo que no tuve dudas al conocerte, es que acabaría irremediablemente enamorada de ti —aseguró ella con una tierna sonrisa—. Eres un buen hombre Einar Lyonel Tremayn, el mejor de todos y el único para mí.

Lyon le acarició la mejilla con la mano tatuada, maravillándose de su suerte y jurándose a sí mismo que conservaría y protegería a aquella mujer y al hijo de ambos eternamente.

—¿Has sabido algo del hijo de puta? —le preguntó cuándo ella volvió a recostarse contra su costado.

El bufido de Aria fue suficiente respuesta.

—¿Alguna vez vas a dejar de llamarle así?

—No —aceptó sin mucho problema. Ese hombre los había estado utilizando a los dos, guiándolos a través del tablero de juego como si fueran piezas de ajedrez, si bien sus motivos habían sido proteger a Aria y asegurarse que la profecía se rompiera, sus métodos no eran del gusto de Lyon.

La oyó suspirar mientras se entretenía resbalando la mano por su camiseta, alisándola.

—Sharien ha venido a despedirse esta mañana —dijo entonces ella.

No había vuelto a tener contacto con él desde hacía una semana, cuando todo terminó, había temido incluso que Sharien se marchara o desapareciera sin decirle nada. Ella no podía hacer a un lado y olvidar que había sido él quien estuvo a su lado todo el tiempo, él, junto con Lyon y el bebé que esperaba, eran su familia. Su única familia.

Esa misma mañana se había presentado ante su puerta, con una hermosa orquídea para ella y unas palabras de despedida.

—¿Te vas? ¿Ahora? —le había dicho al oír que se marchaba.

Sharien le acarició la cara con los dedos.

—Estaremos en contacto —le prometió y bajó la mirada a su vientre todavía plano—, cuida de ese pequeño milagro, Aria y perdóname por todo lo que te he hecho pasar. No voy a justificar mis actos, porque hice lo que hice tanto por ti, como por mí mismo. Había llegado el momento de acabar con una maldición que ya duraba demasiado tiempo.

—¿Por qué no me dijiste nunca nada? —le reprochó—. Yo habría…

Él negó con la cabeza.

—Necesitabas vivir tu vida, Ariadna —aseguró cogiéndola ahora la mano tatuada—, eso es algo que jamás podría haberte arrebatado, ni siquiera por un solo momento.

Ella bajó la mirada a su mano, el suave tatuaje color arena, según le había explicado el Juez, era la marca de sus esponsales, la prueba de que dos almas predestinadas estaban unidas por fin.

—El bebé —musitó ella—. Ha sido también obra tuya, ¿no?

Sharien hizo una mueca.

—Nena, aunque te adoro, la idea de acostarme contigo me produce nauseas —aseguró con un verdadero estremecimiento—. Eres como mi hermana… o mi hija.

Aria puso los ojos en blanco.

—Dejémoslo en hermana, por favor —aseguró y negando con la cabeza continuó—. Pero sabes que no me refiero a eso. Tú me sugeriste una forma de interrumpir la profecía, sabiendo que no serviría de nada, lo que me lleva a pensar que realmente esto es lo que buscabas, ¿no es así?

La respuesta del hombre fue sincera, algo que agradeció.

—Fue la única cosa que sabía quebraría la profecía, pues ya no serías la última de las ashtarti, tu línea de sangre se perpetuará eternamente —aceptó mirándola a los ojos—. No me arrepiento, Aria, quizás he precipitado las cosas, quizás no fuese el momento para esto, pero no tenía más tiempo, lo siento, pequeña, pero lo último que quiero en esta maldita vida, es verte morir.

Ella dejó escapar el aire lentamente, sopesando sus palabras, entonces le miró.

—¿A dónde tienes pensado ir? ¿Qué vas a hacer? —le preguntó.

Él respiró profundamente y soltó el aire.

—Encontrar mi propio camino —aceptó con convencimiento—. Uno que he perdido hace demasiado tiempo y que es hora de que lo encuentre.

Ella entendió y antes de que se lo pensase mejor, se encontró abrazándolo con fuerza.

—Te quiero, Shar —le susurró—. Pero ahora mismo tengo unas ganas de meterte una bala en el culo, que no te puedes hacer una idea.

Él se rio en respuesta, devolviéndole el abrazo antes de soltarla.

—Y me la merecería, cielo —le sonrió contemplando su rostro una última vez—. Sé feliz, Ariadna, es todo lo que te pido.

Ella sonrió en respuesta.

—Lo seré —aseguró—. Te lo prometo.

Aquella fue la última vez que habló con él, y tal como le había prometido, haría hasta lo imposible por ser feliz, algo que no le iba a costar mucho ya que su felicidad estaba justo a su lado.

—Espero que hayas amenazado con meterle una bala en las pelotas —oyó la voz de su marido trayéndola de nuevo al presente.

Aria sonrió.

—Caliente, caliente —aceptó ella, dando por válida su respuesta.

—Buena chica —asintió L complacido con su respuesta—. Aunque creo que deberías haberle disparado.

Ella puso los ojos en blanco ante la insistencia de Lyon en disparar a Sharien.

—Eso solo lo reservo para ti, marido —aseguró acurrucándose contra él—. Sé que las cosas no han salido como esperabas, Lyon, mi presencia ha puesto patas arriba tu vida y ahora este bebé… No es así como deseaba que ocurriera, lo juro, aunque no puedo decir que no esté contenta. Quiero estar a tu lado, quiero quedarme siempre junto a ti, me perteneces y yo siempre cuido de lo que es mío.

Él sonrió, le besó la cabeza y posó la mano en el plano vientre femenino dónde crecía su pequeño milagro.

—Eso nunca lo he puesto en duda, tesoro —aseguró él. Entonces se inclinó para mirarla a la cara—. Además, no es como si las cosas no hubiesen salido bien, tú has conseguido lo que buscabas desde el principio.

Aria arqueó una ceja y respondió.

—¿Pegarte un tiro? —sugirió con ironía.

Lyon rio.

—Que me rinda, tesoro —apretándola contra él—. Que me rinda a ti.

Ella sonrió en respuesta, acariciándole la mejilla barbuda.

—Te dije que estaba destinada a ti, pero no me creíste.

Lyon aceptó aquello.

—No es fácil reconocer para uno mismo que lo que has anhelado eternamente, por fin es tuyo —aceptó contemplándola—. Te amo, Aria, a pesar de que me dispares, me acoses, me persigas y que por ti me hayan apuñalado, te amo.

Ella se echó a reír.

—Y yo a ti, Lyonel, y yo a ti.

EPÍLOGO

John observó pasivamente el palacete de piedra color arena y amplios ventanales desde los jardines que albergaba el Museo Rodin, no sabía por qué había venido hasta aquí, pero tampoco había sido demasiado consciente de la necesidad de vagar sin descanso de un lado a otro durante el último mes. El tiempo se convertía en algo efímero, en su mente solo habitaba un pensamiento, un nombre y la suave voz que se instaló en un rincón de su mente, su voz.

¿Antiguo?

—Dime —murmuró al tiempo que se alejaba de la gente y se perdí en los solitarios jardines.

¿Cómo es caminar bajo la luz del sol? Solo hay oscuridad en mi visión, ¿has visto alguna vez eso a lo que llaman estrellas?

—Cada día camino bajo la luz del sol, pero nunca he notado su calor —respondió enviando su voz más allá de la impenetrable barrera que la mantenía oculta—. Cada noche salgo bajo las estrellas, pero ellas no brillan.

¿Tú también estás encerrado?

—Vivo en libertad y al mismo tiempo siento que permanezco confinado por muchas otras cosas. Es… complicado.

Dime otra vez tu nombre, quiero oír tu alma.

Él sonrió, su mirada azul vagó lentamente sobre los setos del jardín.

—Es John, pero no estoy seguro de que puedas oír mi alma en él.

Una suave y triste caricia tocó su mente y algo más.

Quisiera ver la luz del sol, quisiera ver eso a lo que llamáis estrellas, John.

Su nombre tenía una cadencia mágica en su voz.

—Yo te las enseñaré —prometió y puso toda su confianza en las palabras antes de enviárselas a ella.

¿Cómo es la lluvia? Sé que es húmeda, que moja, que baña vuestras tierras y alimenta vuestros ríos, pero nunca la he sentido sobre mí. Ni siquiera estoy segura de que pueda sentir.

Él sonrió mentalmente.

—El anhelo también es un sentimiento.

¿Anhelo? Sí… muchos de los que han traspasado mi puerta han sentido eso que llamas anhelo.

John se detuvo, su mirada se deslizó de nuevo hacia el edificio a sus espaldas y recorrió poco a poco cada centímetro del extenso jardín. Deseaba que ella estuviese allí en alguna parte, lo suficientemente cerca para alcanzarla.

—Dime dónde estás Atryah, iré a buscarte.

Ella se rio suavemente al escuchar aquel nombre por el que él la llamaba, una cadencia musical envolvía cada una de sus palabras, la hacía seductora.

No puedes llegar a mí.

Un gruñido masculino brotó de la garganta de John, no iba a aceptar que se le dijese lo que tenía o no tenía que hacer.

—No me digas lo que puedo o no puedo hacer —clamó con firme decisión—. Quiero ir a ti, solo dime cómo hacerlo.

Un débil suspiro acompañó sus palabras, la pena volvía a teñir su melódica voz.

Antes o después vendrás a mí, John, pero no hay necesidad de apresurar el encuentro. Hay alguien importante para ti, lo sé. Sentí tus lágrimas, tu desesperación cuando se marchó brevemente.

Sacudió la cabeza, no dejaba de sorprenderle como ella parecía conocer cada uno de sus más profundos secretos.

—Él siempre será importante para mí, pero incluso yo sé cuándo debo hacerme a un lado y permitirle seguir su vida. Está bien, ella está a su lado y lo ama.

Dudo unos instantes cuando la conexión que tenía con aquella misteriosa entidad pareció flaquear.

—¿Atryah?

Conocía su nombre por Dryah, ella lo había visto en su visión al igual que vio lo que le deparaba el destino.

Amor. Grandes cosas son capaces de realizarse por aquello que llamáis amor. ¿Es realmente tan poderoso como parece?

Él suspiró al oír la curiosidad en su voz.

—El amor es el motor de la humanidad. Su única excusa a la hora de cometer locuras y una justificación para cometer traición.

Un arma de doble filo.

—Lo es —dijo con rotundidad.

¿Y aun así insistís en luchar en su nombre? No lo entiendo.

—No hay nada que entender. —En su voz se oyó un tono bajo y melancólico.

¿Por qué estás triste?

Ahora su voz sonó temblorosa, su calidez le acarició una vez más, vacilante.

—No puedo alcanzarte.

La tristeza inundó una vez más el vínculo que los ponía en contacto, John pudo sentir su dolor, su desesperación.

Estoy fuera de tu alcance.

Él negó con la cabeza.

—No, no lo estás. Te siento conmigo.

Un delicado suspiro, entonces:

Siento tu soledad, ese desgarrador hueco en tu alma y no deseo que estés solo.

John cerró los ojos y respiró profundamente antes de responder:

—Ven a mí y no lo estaré. —La intensidad vibraba en sus palabras, realmente deseaba que ese deseo se hiciera realidad, quería que fuese a él, la quería cerca, necesitaba poder abrazarla, borrar de su voz esa tristeza—. Ven a mí, Atryah.

Quiero ir… quiero ir a ti… pero no sé cómo… mis cadenas…

¿Era angustia lo que oía en aquella dulce voz? La sola idea de que ella sufriera era insoportable.

—Dime dónde puedo encontrarte… dime un nombre… por muy lejos que estés, llegaré hasta ti.

A lo largo de muchas vidas he tenido muchos nombres, todos ellos hablaron de temor y dolor, esperanza y alegría, de eternidad y destino… Soy más antigua que la humanidad, más lejana que el universo y estoy en cada uno de ellos, soy muerte y soy vida.

—Eres Atryah.

¿Me estás dando un nombre, Antiguo?

Preguntó nuevamente. Su voz contenía ahora un deje de esperanza.

Él asintió con la cabeza, aunque no estaba seguro de que eso sirviese de mucho.

—Ayúdame a llegar a ti.

Hubo un instante de silencio tan espeso y amplio que pensó que una vez más la había perdido.

—¿Atryah?

¿Me sostendrás cuando todo se desmorone a mí alrededor?

Su voz le envolvió como si acabase de susurrarle al oído.

Su respuesta fue clara, sin dudas.

—Te sostendré hasta que el mundo en el que moramos se haga pedazos y más allá.

Ella suspiró de paz y felicidad

Ven en mi busca, John. Cruza el umbral de la última frontera y líbrame de estas cadenas. Libérame.

Su nombre resonaba en su cerebro al igual que lo hacían sus palabras, no se trataba de una alucinación, ni de una obsesión, se trataba de ella. No conocía su rostro, ni su figura, para él no era más que una voz que se había colado poco a poco en su interior, que se instaló en su alma llenando aquel vacío que siempre vivió en su interior. Noche tras noche le acompañaba en su soledad, le daba fuerzas para seguir adelante cuando parecía que las suyas ya no le sostendrían. Su misión, aquello para lo que nació ya no era una prioridad, su propia cuñada se lo dijo claramente al pedirle que continuase su camino, el que le esperaba a la vuelta de la esquina. No podía evitar estremecerse ante sus palabras, Dryah era demasiado poderosa, una palabra suya podía destruir la balanza del universo pero era precisamente su palabra la que mantenía el Equilibrio, su voz era la que profetizaba el Destino. Un arma de doble filo al cuidado del único hombre en el que confiaría para contenerla.

¿John? Ven a buscarme, por favor.

Cerrando los ojos dejó que las palabras se filtraran en su alma y le diesen la paz de espíritu que necesitaba, estas resonaban cual eco en su mente, como una insidiosa serpiente que susurraría en el Edén promesas eternas al oído. Sabía que su elección pondría en marcha el destino que le aguardaba, sus primeros pasos lo llevarían a romper con todo lo que hasta el momento era su código moral, terminaría de una vez y por todas con el vínculo de su nacimiento.

«No puedes sucumbir a ella. Tu deber es para con los Guardianes y el Juez Supremo...»

La repentina voz que se filtró en su mente ahogó todo lo demás, la conocida sensación de rabia y odio se desplegó por su interior en muda preparación para la batalla que se avecinaba.

—Sabes tan bien como yo que él es muy capaz de guiarlos sin mí, ya no me necesitan. Mi misión ha llegado a su término.

Zhalamira se presentó ante él, la Dama de la Fuente vestía de blanco en obvio contraste con su consorte y balance universal.

—No puedes romper el pacto, Antiguo. —La voz surgió en esta ocasión de Garkos, sus ojos de obsidiana se clavaban en él con la misma insondable oscuridad de siempre. Él los miró a ambos con absoluta ironía.

—Mi pacto no es para con vosotros —declaró al tiempo que levantaba la barbilla con desafío—. Y ya no queda nada entre nosotros que suponga una ruptura, os lo dije en el momento en que Uras vertió la sangre de mi hermano, nada ni nadie dirigirá mi vida o mi destino… Solo plegaré mi lealtad a mi Juez.

La mujer se bajó la capucha que le cubría el clarísimo pelo rubio y se acercó a él, los fríos y místicos ojos azules eran un fiel reflejo de los propios.

—Hijo…

John apretó los dientes, la rabia en su interior y el odio por esa mujer aumentó.

—No me llames así —masculló con fiereza, sus ojos clavándose en los de aquel ser de luz —. No tienes derecho a reclamar en mí un título como ese.

El rostro de la mujer no mutó, nunca lo hacía. Con todo, él tenía ciertas sospechas de que sus palabras habían dado en la diana. Bien, quizás así entendería como se sentía él cada vez que los dos se atrevían a atentar contra aquello que era precioso para él.

—No puedes liberarla, el universo pagará las consecuencias —insistió Garkos, su voz mucho más oscura y profunda que la de su compañera.

Se limitó a darles la espalda y alejarse unos pasos de ellos.

—El Universo lleva pagando las consecuencias de vuestras acciones desde el principio de los tiempos —aseguró con desprecio.

Un bajo suspiro surgió a sus espaldas, el susurro de la tela al moverse y una calidez que no había conocido, que se le había negado, surgió a sus espaldas.

—No deseo verte proscrito, John —murmuró ella—. No es mi deseo o necesidad veros sufrir a ninguno.

Él se volvió sin mostrar emoción alguna en su rostro.

—Eso debiste pensarlo hace mucho tiempo, madre —escupió la palabra como si le quemase en los labios—. Antes de que la vida de cada uno de nosotros se convirtiera en un interminable infierno por cada una de vuestras acciones. La eternidad no es para los débiles, pero tampoco lo es para los fuertes.

Ella alzó la barbilla, sus ojos se movieron sobre su rostro como si estuviese buscando algo o simplemente tratando de recordar. John estaba seguro de qué era, no era como si hubiese visto algo parecido al instinto maternal o cualquier otra cosa en su rostro que la absoluta indiferencia.

—Nos desafías, *Guardián* —declaró ella con firmeza y dio un paso atrás—. Pones en peligro el Equilibrio que mantenemos con tus decisiones y quiebras el juramento hecho al Juez Universal.

El hombre que hasta el momento había guardado silencio, dio un paso adelante hasta posicionarse junto a su compañera.

—Tus actos traerán consigo consecuencias inevitables —declaró sin pestañear.

Él paseó su mirada entre ambos y contestó con contundencia.

—Haced lo que tengáis que hacer —les dijo, entonces su rostro se endureció y sus ojos adquirieron un tono más profundo, inhumano, poder en estado puro—, pero no esperéis que me quede con los brazos cruzados. Voy a recuperar lo que es mío y al diablo todo lo demás.

Sin darles tiempo a decir una sola palabra, se desvaneció en el aire para reaparecer en el exterior de las oficinas del despacho de abogados. Su mirada azul subió por la piedra desnuda del edificio hasta la planta en la que sabía estaría Shayler.

—Lo siento, hermanito —musitó, entonces dio media vuelta y se concentró en lo que estaba a punto de hacer—. Ya voy Atryah, espérame.

John… te esperaré.

LA ÚLTIMA FRONTERA -LIBRO 6-

Iría más allá del infierno, hasta la última frontera para conservarla.

Había muy pocas cosas que le importaran a John; su hermano y sus compañeros de armas encabezaban la lista. O lo hicieron hasta el día en que una suave y melódica voz penetró en su alma y despertó un anhelo largamente dormido.

Durante meses sintió su presencia, su alma se dolió por la tristeza y soledad que escuchaba en su voz hasta el punto de jurarse a sí mismo y a ella, que haría lo que fuese por borrarla… Aunque al hacerlo iniciara el mismísimo Apocalipsis.

Su deseo de libertad traía consigo la más terrible de las condenas.

Atryah nunca había existido realmente hasta que lo encontró. Su tabla de salvación en medio de un mar de soledad, el *Antiguo Guardián* despertó su alma de un modo en que jamás debería haber sido consciente. La eternidad empezaba a hacerse pesada y su necesidad de conocer aquello que solo había visto a través de las almas que atravesaban su umbral la llevó a desear más… A anhelarlo a él.

De sus decisiones, nacerá su destino.

Con el equilibrio del universo a punto de romperse y el mundo de las almas seriamente amenazado, **John** deberá elegir entre la mujer a la que ha esperado toda su vida y el destino que lo llevó a formar parte de los *Guardianes Universales*. Una elección que los conducirá a todos más allá de la *Última de las Fronteras*.

PRÓLOGO

Mi nacimiento es algo que prefiero olvidar.

No es como si tuviese la fortuna que comparten los humanos para que el tiempo borre ciertos acontecimientos de sus mentes. No, en mi caso es un recuerdo constante de lo que soy, de lo que fui y de lo que seré.

Fue la sangre del universo la que me trajo a la vida, no tengo la seguridad de que fuese algo premeditado, por el contrario veo en ello la mano del azar, uno de tantos errores que se cometen cuando los poderes superiores juegan a ser creadores de vida. Por otro lado, la Fuente Universal *no da explicaciones, ni siquiera a mí.*

Vi la vida en un momento de paz, de calma, quizá por ello me costó reconciliarme con mi papel. Fui investido en la fe y en la compasión humana, mi corazón surgió del fragmento más puro del universo y mi alma es solo una parte inmortal de algo mucho más grande, algo que no he dejado de buscar.

Pero no soy el único, o quizá sí. Puede que sea hora de considerarme a mí mismo el comienzo, el precursor de aquello que vendría después, la solución que surgió a un conflicto que ya duraba demasiado tiempo y que diezmaba a los incautos mortales. El primero de muchos viviendo en tiempos de guerra, el primero cuyo don empezó a tambalearse y trajo consigo la incertidumbre a aquellos que hasta entonces solo habían conocido la seguridad y certeza de sus actos.

La humanidad empezaba a perder la fe, víctimas de aquellos dioses en quienes la habían depositado. Sus vidas no eran sino juguetes para las divinidades, el mundo de los mortales se convirtió en su campo de juegos privado y el Equilibrio *que la* Fuente Universal *protegía con tanto celo comenzó a desestabilizarse.*

Por primera vez los vi hacer algo más que contemplar como simples espectadores el padecimiento de los inocentes, luz y oscuridad se dividieron sobre la tierra y buscaron a los Elegidos; hombres y mujeres en cuyos corazones mortales todavía brillara un fragmento de la esencia primordial del universo. Asistí impertérrito e ingenuo a su despertar, a esa nueva vida que los acogía en su seno y los lanzaba a una guerra mucho más cruenta que la que encontraron alguna vez en sus vidas. Eran mis hermanos, nacidos de una misma esencia pero con una diferencia significativa; ellos fueron una vez mortales, individuos con vidas humanas, con todo lo que ello conllevaba.

La batalla por el Equilibrio *llegó a su fin y el mundo volvió a cambiar otra vez. Los dioses e inmortales conocían ahora la pena por cruzar la línea, los mortales volvían a ser dueños de sus vidas y su mortalidad, pero lo que prometía ser una tregua no hizo sino convertirse en una nueva guerra civil para aquellos que iniciaron esa paz. Al igual que la raza humana que los vio nacer, la codicia, la sed de venganza y el poder hicieron mella en muchos de los* Elegidos. *La luz que vivía en sus corazones se opacó hasta extinguirse, algunos optaron por buscar su propio final, pero otros sucumbieron a la negrura y a las rabiosas emociones humanas e hicieron de la batalla y la muerte su único lenguaje.*

Asistí a muchas muertes, demasiadas como para permanecer impasible, mi inquebrantable fe se tambaleó y la habría seguido mi espíritu si no hubiese visto con mis propios ojos que el mal no era invencible, que incluso en el corazón más ennegrecido podría existir todavía una pequeña voluta de luz.

La búsqueda de esas semillas de pureza en un campo de corrupción supuso un nuevo aliciente para mí, ver su fortaleza tras sus golpeadas vidas fortaleció la mía y me devolvió el don que creí extinguido. En mis hermanos de armas encontré la respuesta a muchas de las preguntas que moraban en mi interior, pero no para la más importante de todas ellas. La vida seguía siendo un camino sin fin, un sendero que se nos antojaba demasiado largo a medida que lo recorríamos, los pasos empezaron a hacerse cada vez más cansados y el seguir adelante todo un desafío. Necesitábamos un motivo que nos diese fuerzas para mantenernos en pie, para no sucumbir como lo hicieron tantos otros antes que nosotros y ese motivo llegó de manos de aquellos que nos dieron la vida.

No recuerdo ser consciente del significado de la traición hasta entonces, las mentiras se convirtieron en una dolorosa verdad que me desveló el último acto desesperado de la Fuente Universal. *Recuerdo la mirada en sus ojos, porque fue la misma mirada que ella encontró en los míos un instante antes de que abandonase por voluntad propia su custodia. Ella me dio el motivo que necesitaba para mantenerme en pie a través de los siglos, una tarea que impediría que yo o cualquiera de mis hermanos de armas cayésemos en el abismo.*

Furia, rabia, negación, desolación, frustración… en los pocos años que vagué por el mundo en busca de la sangre de mi sangre experimenté más humanidad que en toda mi existencia. Mi alma seccionada se alimentó con las más oscuras emociones humanas y aún hoy me pregunto si habría sucumbido por completo de no encontrar aquella tarde de invierno el objeto de mi viaje.

Dicen que la sangre llama a la sangre, que en ella se oculta el verdadero significado de la vida, no sabría decir si es cierto u otra invención más. Pero mi hermano sin duda opinará todo lo contrario, es algo que hace desde que nos encontramos por primera vez. Un mocoso impertinente y compasivo que nos ha dado a todos una lección a lo largo de nuestras vidas.

Él se convirtió en el vínculo que los Elegidos *necesitaban para seguir adelante, a su alrededor se levantó una familia unida por algo mucho más fuerte que la sangre y durante algún tiempo me permití olvidar mis raíces y a aquellos que había dado la espalda. Un error que nos costó a cada uno de nosotros un pedazo de nuestra propia alma.*

Fui muy confiado, demasiado ingenuo al pensar que el destino puede evitarse, que este no vuelve antes o después a hincarle los dientes o las uñas con renovada fuerza. Ese día, con su sangre tiñéndome las manos y los ojos de los dos avatares de la Fuente Universal *sobre mí, comprendí cual era mi sino y descubrí que era capaz de sentir una nueva emoción muy humana; el odio.*

En ese preciso momento juré seguir únicamente mis propios designios y los del hombre que se convirtió en la Justicia Universal, a él vinculé mi sangre, mi vida y mi lealtad por encima de aquellos que nos dieron la vida. Con la caída del sol dejamos de ser simplemente Elegidos para convertirnos en los únicos Guardianes Universales*, la última línea de defensa para los mortales y el brazo ejecutor de la justicia.*

Muchas vidas transcurrieron ya desde entonces, mis ojos han visto la cara más amable y la que menos del destino, he asistido a los desastres que dicen cometerse en el nombre del amor… Un desastre, que ahora me doy cuenta está a punto de hacerme cruzar la última frontera.

Nací para ser un Guardián Universal, *para guiar los pasos de los* Elegidos *y unirlos bajo la sabia mano del* Juez Universal, *pero ahora soy un paria, un hombre sin destino o patria que está dividido entre el pasado y un presente que aguarda a la otra mitad de su alma. Soy un hombre dispuesto a llegar hasta la última de las consecuencias para recuperar y conservar aquello que le fue arrancado incluso antes de su nacimiento…*

CAPÍTULO 1

John observó pasivamente el palacete de piedra color arena y amplios ventanales desde los jardines que albergaba el Museo Rodin, no sabía por qué había venido hasta aquí, pero tampoco era demasiado consciente de la necesidad de vagar sin descanso de un lado a otro durante el último mes. El tiempo se convertía en algo efímero, en su cabeza solo habitaba un pensamiento, un nombre y la suave voz que se instaló en un rincón de su mente, su voz.

«*¿Antiguo?*».

—Dime —murmuró al tiempo que se alejaba de la gente y se perdía en los solitarios jardines.

«*¿Cómo es caminar bajo la luz del sol? Solo hay oscuridad en mi visión, ¿has visto alguna vez eso a lo que llaman estrellas?*».

—Cada día camino bajo la luz del sol, pero nunca he notado su calor —respondió enviando su voz más allá de la impenetrable barrera que la mantenía oculta—. Cada noche salgo bajo las estrellas, pero ellas no brillan.

«¿Tú también estás encerrado?».

—Vivo en libertad y al mismo tiempo siento que permanezco confinado por muchas otras cosas. Es… complicado.

«*Dime otra vez tu nombre, quiero oír tu alma*».

Él sonrió, su mirada azul vagó lentamente sobre los setos del jardín.

—Es John, pero no estoy seguro de que puedas oír mi alma en él.

Una suave y triste caricia tocó su mente y algo más.

«Quisiera ver la luz del sol, quisiera ver eso a lo que llamáis estrellas, John».

Su nombre tenía una cadencia mágica en su voz.

—Yo te las enseñaré —prometió y puso toda su confianza en las palabras antes de enviárselas a ella.

«¿Cómo es la lluvia? Sé que es húmeda, que moja, que baña vuestras tierras y alimenta vuestros ríos, pero nunca la he sentido sobre mí. Ni siquiera estoy segura de que pueda sentir».

Él sonrió mentalmente.

—El anhelo también es un sentimiento.

«¿Anhelo? Sí… muchos de los que han traspasado mi puerta han sentido eso que llamas anhelo».

John se detuvo, su mirada se deslizó de nuevo hacia el edificio a sus espaldas y recorrió poco a poco cada centímetro del extenso jardín. Deseaba que ella estuviese allí en alguna parte, lo suficientemente cerca para alcanzarla.

—Dime dónde estás Atryah, iré a buscarte.

Ella se rio suavemente al escuchar aquel nombre por el que él la llamaba, una cadencia musical envolvía cada una de sus palabras, la hacía seductora.

«No puedes llegar a mí».

Un gruñido brotó de su garganta, no iba a aceptar aquella respuesta.

—No me digas lo que puedo o no puedo hacer —clamó con firme decisión—. Quiero ir a ti, solo dime cómo hacerlo.

Un débil suspiro acompañó sus palabras, la pena volvía a teñir su melódica voz.

«Antes o después vendrás a mí, John, pero no hay necesidad de apresurar el encuentro. Hay alguien importante para ti, lo sé. Sentí tus lágrimas, tu desesperación cuando se marchó brevemente».

Sacudió la cabeza, no dejaba de sorprenderle como ella parecía conocer cada uno de sus más profundos secretos.

—Él siempre será importante para mí, pero incluso yo sé cuándo debo hacerme a un lado y permitirle seguir su vida. Está bien, tiene una mujer al lado que lo ama.

Dudó unos instantes cuando la conexión que tenía con aquella misteriosa entidad pareció flaquear.

—¿Atryah?

Conocía su nombre por Dryah, ella lo había visto en su visión al igual que vio lo que le deparaba el destino.

«Amor. Grandes cosas son capaces de realizarse por aquello que llamáis amor. ¿Es realmente tan poderoso como parece?>>.

Él suspiró al oír la curiosidad en su voz.

—El amor es el motor de la humanidad. Su única excusa a la hora de cometer locuras y una justificación para cometer traición.

«Un arma de doble filo>>.

—Lo es —dijo con rotundidad.

«¿Y aun así insistís en luchar en su nombre? No lo entiendo>>.

—No hay nada que entender. —En su voz se oyó un tono bajo y melancólico.

«¿Por qué estás triste? >>.

Ahora su voz sonó temblorosa, su calidez le acarició una vez más, vacilante.

—No puedo alcanzarte.

La tristeza inundó una vez más el vínculo que los ponía en contacto, él pudo sentir su dolor, su desesperación.

«Estoy fuera de tu alcance>>.

Él negó con la cabeza.

—No, no lo estás. Te siento conmigo.

Un delicado suspiro, entonces:

«Siento tu soledad, ese desgarrador hueco en tu alma y no deseo que estés solo>>.

Él cerró los ojos y respiró profundamente antes de responder:

—Ven a mí y no lo estaré. —La intensidad vibraba en sus palabras, realmente deseaba que ese deseo se hiciera realidad, quería que fuese a él, la quería cerca, necesitaba poder abrazarla, borrar de su voz esa tristeza—. Ven a mí, Atryah.

«Quiero ir… quiero ir a ti… pero no sé cómo… mis cadenas... son demasiado fuertes>>.

¿Era angustia lo que oía en aquella dulce voz? La sola idea de que ella sufriera era insoportable.

—Dime dónde puedo encontrarte… dame un nombre… por muy lejos que estés, llegaré hasta ti.

«A lo largo de muchas vidas he tenido muchos nombres, todos ellos hablaron de temor y dolor, esperanza y alegría, de eternidad y destino… Soy más antigua que la humanidad, más lejana que el universo y estoy en cada uno de ellos, soy muerte y soy vida>>.

—Eres Atryah.

«¿Me estás dando un nombre, antiguo?>>.

Preguntó nuevamente. Su voz contenía ahora un deje de esperanza.

Él asintió con la cabeza, aunque no estaba seguro de que eso sirviese de mucho.

—Ayúdame a llegar a ti.

Hubo un instante de silencio tan espeso y amplio que pensó que una vez más la había perdido.

—¿Atryah?

«¿Me sostendrás cuando todo se desmorone a mí alrededor?>>.

Su voz le envolvió como si acabase de susurrarle al oído.

Su respuesta fue clara, sin dudas.

—Te sostendré hasta que el mundo en el que moramos se haga pedazos y más allá.

Ella suspiró de paz y felicidad

«Ven en mi busca, John. Cruza el umbral y líbrame de estas cadenas. Libérame>>.

Su nombre le resonaba en el cerebro al igual que lo hacían sus palabras, no se trataba de una alucinación, ni de una obsesión, se trataba de ella. No conocía su rostro, ni su figura, para él no era más que una voz que se había colado poco a poco en su interior, que se instaló en su alma llenando aquel vacío que siempre vivió en su interior. Noche tras noche le acompañaba en su soledad, le daba fuerzas para seguir adelante cuando parecía que las suyas ya no le sostendrían. Su misión, aquello para lo que nació ya no era una prioridad, su propia cuñada se lo dijo claramente al pedirle que continuase su camino, el que le esperaba a la vuelta de la esquina. No podía evitar estremecerse ante sus palabras; Dryah era demasiado poderosa. Una palabra suya podía destruir la balanza del universo, pero era precisamente su palabra la que mantenía el Equilibrio, su voz era la que profetizaba el Destino. Un arma de doble filo al cuidado del único hombre en el que confiaría para contenerla.

«¿John? Ven a buscarme, por favor>>.

Cerrando los ojos dejó que las palabras se filtraran en su alma y le diesen la paz de espíritu que necesitaba, estas resonaban cual eco en su mente, como una insidiosa serpiente que susurraría en el Edén promesas eternas al oído. Sabía que su elección pondría en marcha el destino que le aguardaba, sus primeros pasos lo llevarían a romper con todo lo que hasta el momento era su código moral, terminaría de una vez y por todas con el vínculo de su nacimiento.

«No puedes sucumbir a ella. Tu deber es para con los Guardianes y el Juez Supremo...>>

La repentina voz que se filtró en su mente ahogó todo lo demás, la conocida sensación de rabia y odio se desplegó por su interior en muda preparación para la batalla que se avecinaba.

—Sabes tan bien como yo que él es muy capaz de guiarlos sin mí, ya no me necesitan. Mi misión ha llegado a su término.

Zhalamira se presentó ante él, la dama de la Fuente vestía de blanco en obvio contraste con su consorte y balance universal.

—No puedes romper el pacto, Antiguo. —La voz surgió en esta ocasión de Garkos, sus ojos obsidiana se clavaban en él con la misma insondable oscuridad de siempre. Los contempló a ambos con absoluta ironía.

—Mi pacto no es para con vosotros —declaró al tiempo que levantaba la barbilla con desafío—. Y ya no queda nada entre nosotros que suponga una ruptura, os lo dije en el momento en que Uras vertió la sangre de mi hermano, nada ni nadie dirigirá mi vida o mi destino… Solo plegaré mi lealtad a mi Juez.

La mujer se bajó la capucha que le cubría el clarísimo pelo rubio y se acercó a él, los fríos y místicos ojos azules eran un fiel reflejo de los propios.

—Hijo…

John apretó los dientes, la rabia en su interior y el odio por esa mujer aumentó.

—No me llames así —masculló con fiereza, sus ojos clavándose en los de aquel ser de luz —. No tienes derecho a reclamar en mí un título como ese.

El rostro de la mujer no mutó, nunca lo hacía. Con todo, él tenía ciertas sospechas de que sus palabras habían dado en la diana. Bien, quizá así entendería como se sentía él cada vez que los dos se atrevían a atentar contra aquello que era precioso para él.

—No puedes liberarla, el universo pagará las consecuencias —insistió Garkos, su voz mucho más oscura y profunda que la de su compañera.

Se limitó a darles la espalda y alejarse unos pasos de ellos.

—El Universo lleva pagando las consecuencias de vuestras acciones desde el principio de los tiempos —aseguró con desprecio.

Un bajo suspiro surgió a sus espaldas, el susurro de la tela al moverse y una calidez que no había conocido, que se le había negado, surgió a sus espaldas.

—No deseo verte proscrito, John —murmuró ella—. No es mi deseo o necesidad veros sufrir a ninguno.

Él se volvió sin mostrar emoción alguna en su rostro.

—Eso debiste pensarlo hace mucho tiempo, madre —escupió la palabra como si le quemase en los labios—. Antes de que nuestra vida se convirtiera en un interminable infierno por cada una de vuestras acciones. La eternidad no es para los débiles, pero tampoco lo es para los fuertes.

Ella alzó la barbilla, sus ojos se movieron sobre su rostro como si estuviese buscando algo o simplemente tratando de recordar. Él ignoraba de qué se trataba, no era como si hubiese visto algo parecido al instinto maternal o cualquier otra cosa en su rostro que la absoluta indiferencia.

—Nos desafías, Guardián —declaró ella con firmeza y dio un paso atrás—. Pones en peligro el Equilibrio que mantenemos con tus decisiones y quiebras el juramento hecho al Juez Universal.

El hombre que hasta el momento había guardado silencio, dio un paso adelante hasta posicionarse junto a su compañera.

—Tus actos traerán consigo consecuencias inevitables —declaró sin pestañear.

Él paseó su mirada entre ambos y contestó con contundencia.

—Haced lo que tengáis que hacer —les dijo, entonces su rostro se endureció y sus ojos adquirieron un tono más profundo, inhumano, poder en estado puro—, pero no esperéis que me quede con los brazos cruzados. Voy a recuperar lo que es mío y al diablo todo lo demás.

Sin darles tiempo a decir una sola palabra, se desvaneció en el aire para reaparecer en el exterior de las oficinas del despacho de abogados. Su mirada azul subió por la piedra desnuda del edificio hasta la planta en la que sabía estaría Shayler.

—Lo siento, hermanito —musitó, entonces dio media vuelta y se concentró en lo que estaba a punto de hacer—. Ya voy Atryah, espérame.

«John… te esperaré».

John penetró como tantas otras veces en los dominios del dios de las almas, el encontrarse allí no podía ser más sorprendente que el hecho de haber llegado siguiendo el rastro de la voz femenina que lo guiaba. Sus pasos sonaban amortiguados sobre el frío y estéril suelo mientras caminaba hacia la imponente puerta de piedra que presidía la sala, el eco en forma de cántico que decían escuchar solo las almas o aquellos que habían estado anteriormente ante su umbral

resonaba ahora también en sus oídos e incrementaba en intensidad a medida que se acercaba. Sus sentidos estaban alertas, no era tan tonto para saber que no era un movimiento acertado el entrar en ese lugar sin expresa invitación o permiso. Su mirada recorrió lentamente la enorme caverna que alojaba la *Puerta de las Almas*, el paso definitivo para aquellos seres que abandonaban el mundo de los vivos hacia cualquiera que fuese su destino. Había algo extraño en aquel pedazo de piedra en el que se habían grabado a golpe de cincel las escenas que el maestro Rodin reprodujo en su Puerta del Infierno, no dejaba de ser curiosa la exactitud con la que el artista plasmó aquellas escenas salidas del purgatorio puesto que estar ante la Puerta era una garantía del próximo paso al otro lado.

«Te siento cerca».

La inesperada voz femenina resonó en su mente con asombrosa claridad, mucho más nítida de lo que jamás la escuchó.

—¿Atryah? —pronunció su nombre en respuesta. Su mirada azul recorrió cada recoveco de la sala antes de posarse una vez más sobre la Puerta.

¿Ella era acaso una de las almas atrapadas al otro lado? Eso podría explicar la extraña conexión que sentía con su cercanía o quizá fuese su propia alma eterna reconociendo el lugar que ocupó originalmente. Sus sospechas empezaban a cobrar una intensidad que lo abrumaba, la certeza se filtraba en él con la fuerza que le daba la fe en la que fue investido; el mayor de sus dones.

«¿John?».

Escuchar su nombre lo llenó de calidez, sus palabras lo inundaban de una manera que nada tenía que ver con lo que sintió antes, era como si su sola presencia, el roce de su mente rellenase el vacío que había en su alma.

—Estoy aquí, pequeña —respondió en voz alta y caminó con decisión hacia la mole de piedra que se elevaba sobre una tarima a tres escalones del suelo—. Dime cómo puedo llegar a ti.

Él la escuchó suspirar en su mente, un suspiro de felicidad y esperanza.

«*Ya has llegado a mí»*.

El estruendo de la piedra al rozarse contra el suelo creó un fuerte eco en la solitaria estancia, el coro de voces que escuchaba de fondo cobró intensidad mientras asistía a la apertura de la *Puerta de las Almas*. No era la primera vez que se enfrentaba a tal fenómeno pero en cada una de las ocasiones anteriores la apertura del gran umbral se debía a la presencia de algún alma que era reclamada por esta o a la presencia de los cazadores, quienes tenían el poder de comandar su apertura. Que él supiese, esta era la primera vez que la mole de granito se abría por sí misma.

Las voces incrementaron su cántico hasta hacerse prácticamente insoportable, parecían chillar en agonía que entonar algún tipo de canción y se vio obligado a cubrirse los oídos con las manos mientras retrocedía por propia protección. Sin embargo, el coro entonó su nota más aguda antes de callarse por completo, un silencio sepulcral recorrió la cavernosa estancia al tiempo que las hojas de piedra detenían su avance una vez extendidas. Apartó lentamente las manos de los oídos y observó con nerviosa inquietud el remolino de niebla que llenaba el umbral, casi al instante una sombra empezó a moverse en su interior y avanzó hacia delante. El Guardián en él no tardó en reaccionar ante la posible amenaza y la *Alcara* presidió inmediatamente su mano. La espada corta de dorado filo cortó el aire al mismo tiempo que la niebla se despejaba lo suficiente para permitirla emerger.

Dorada de los pies a la cabeza, con algunos mechones plateados rompiendo la monotonía en la lisa melena rubia que rozaba el monte de sus pechos por encima de la túnica roja que cubría

un esbelto cuerpo hasta sus pies descalzos, apareció ella. Sus ojos eran dos pedazos de cristal azul, limpios, inocentes y cálidos que lo miraban como si él fuese la respuesta a todas y cada una de sus oraciones.

—Has… venido… —Sus palabras surgieron vacilantes, como las de un niño que empieza a pronunciar por primera vez—. ¿Libertad?

Era incapaz de apartar los ojos de ella, allí estaba por fin, tan real como el mismo. La *Alcara* brilló en su mano un instante antes de desvanecerse a su voluntad, sus pies parecieron despegarse por fin del suelo permitiéndole acercarse a la mujer que se alzaba serena ante él.

—¿Atryah? —Sintió de nuevo la necesidad de pronunciar su nombre.

Ella estiró lentamente los suaves y rosados labios y asintió al tiempo que extendía una mano de delgados dedos hacia él.

—Atryah —musitó ella al tiempo que estiraba los dedos como si fuese la única parte del cuerpo que respondiese a sus demandas—. John… libérame.

La desesperación en su voz y en sus ojos lo hizo actuar por instinto, cruzó la distancia que los separaba y tomó su mano. Al instante un brusco aguijonazo de dolor le atravesó la palma y se deslizó cual serpiente sinuosa sobre su piel marcando a fuego las líneas del destino que lo unían irremediablemente al de ella. Su siseo fue pronto ahogado por el grito femenino y su lucha por alejar su propia mano cuando las líneas surfearon su piel con un tono dorado y negro que complementaba al de él.

—John… —lloró y él sintió su incapacidad de comprender la sensación que le quemaba la piel de la mano.

La sorpresa y las intensas sensaciones hicieron que a ella le cediesen las piernas y se precipitara al suelo librándose de tocarlo gracias a sus rápidos reflejos.

—Te tengo, pequeña —murmuró apretándola contra su pecho mientras apretaba aún más fuerte su mano—, ya te tengo. Ahora todo irá bien.

Ella se dejó ir contra su cuerpo, su delgada mano ahora tatuada con un intrincado patrón que completaba el suyo propio se cerró alrededor de la suya mientras se pegaba a él como si fuese su tabla de salvación.

—John —susurró una vez más su nombre, su voz ahora temblaba por las recientes emociones que experimentaba—. Atryah está aquí.

La sorpresa de tenerla entre sus brazos no era ni de lejos comparable al sentimiento que le producía ella y la fulminante unión que habían experimentado sus almas nada más tocarse. Si albergaba alguna duda con respecto a esta mujer, ya no le quedaba ninguna. Ella era esa parte que le faltaba, la otra mitad del alma que habitaba en su interior.

—Sí, mi niña, ya estás aquí —aceptó al tiempo que la rodeaba con sus brazos, sintiéndose por fin completo.

La alzó y miró una última vez hacia la mole de granito que ya volvía a cerrarse, ahora sumida en completo silencio. Sonrió a su nueva y preciada carga y le dio la espalda a la *Puerta de las Almas* sabiendo que sus acciones acababan de poner en peligro el Equilibrio del Universo y muy posiblemente traerían consigo la más cruel de las guerras.

Dryah se llevó las manos a la cabeza cuando el universo lanzó un grito de protesta. Un helado escalofrío la recorrió por entero al tiempo que su visión perdía definición y sus oídos se veían afectados por agónicas llamadas llegadas por doquier. La bolsa que llevaba en sus manos cayó al suelo, los papeles en su interior se asomaron pero no desbordaron mientras luchaba por

mantenerse en pie en esa marea imparable que la desbordaba. Se llevó las manos a los oídos en un intento de refrenar los gritos, sentía las piernas como gelatina y apenas notaba el suelo que pisaba. Lejanos bocinazos se filtraban en su mente, las imágenes pasaban ante sus ojos como distorsionadas a través de un cristal al extremo de tener que cerrarlos para concentrarse.

«Mi alma».

Aquella conocida voz se filtró y elevó por encima de toda la cacofonía que habitaba su mente.

—¿Eidryen?

Su respuesta no se hizo esperar.

«*El Antiguo se ha reunido con su otra mitad, el paso al otro lado está en peligro sin su Guardiana*».

Ella apretó los dientes y se cubrió los oídos una vez más, los gritos eran cada vez más altos y desesperados.

—Yo le permití elegir… es su destino.

Una bienvenida calidez la rodeó alejando un poco la incomodidad.

«Lo sé, mi alma».

Ella sacudió la cabeza.

—El Equilibrio peligra —rechinó los dientes al decirlo—, el Universo grita… duele…

«No lo retengas, déjalo ir, deja que el destino siga su curso»..

Se obligó a respirar profundamente para recuperar una parte de su dominio.

—Dioses, las almas no dejan de gritar, es ensordecedor —gimió y apretó con fuerza las palmas contra sus oídos—, Eidryen… necesito… os necesito.

Sus palabras se convirtieron en un agónico gemido cuando sintió como el suelo desaparecía bajo sus pies y perdía el equilibrio. Durante una milésima de segundo registró varias cosas al mismo tiempo: El Universo gritaba a pleno pulmón, el rumor que siempre envolvía a la *Puerta de las Almas* se había extinguido y un coche negro apretaba el freno haciendo chirriar las ruedas en un intento por evitar arrollarla.

El aire se le quedó atascado en la garganta, el libre albedrío vibraba a su alrededor con intenso frenesí un segundo antes de que fuese arrancada de las fauces del desafortunado conductor.

La inesperada y extraña sensación que siguió a los chirridos de los frenos no fue nada comparado a la sorpresa de encontrarse entre unos fuertes brazos cubiertos por una chaqueta de cuero. Un picante aroma a colonia y hombre la asaltó junto al continuo y desesperado latido del corazón que notaba bajo su mano. Su primera impresión pronto quedó opacada al comprender que el aura que notaba en él no correspondía a ninguno de sus hermanos de armas y a pesar de ello poseía la esencia de un Guardián Universal junto con algo más; algo que lo hacía completamente distinto… e inquietante.

—Eso estuvo cerca —lo escuchó. Su voz poseía un acento muy pronunciado—. ¿Estás bien, muñequita?

Ella parpadeó hasta que su visión se aclaró de nuevo y el grito que escuchaba en su interior descendió hasta convertirse en prácticamente un murmullo. Unos claros e inquisitivos ojos verdes la miraban con curiosidad bajo unas cejas oscuras, su boca, rodeada por una recortada barba se estiraba en una divertida mueca.

—¿Te ha comido la lengua el gato?

Su respuesta llegó de inmediato, lo empujó con ambas manos hasta resbalar de su abrazo y terminar de nuevo en pie a lo que ahora veía era un callejón lejos de miradas curiosas. Sus ojos

se estrecharon sobre él con suspicacia.

—¿Quién eres tú?

Él parpadeó al mismo tiempo, su propia sorpresa tan grande como la de ella, pero al contrario que Dryah, su recelo lo llevó a echar mano de su propio armamento; dos mortíferas cuchillas en forma de medio arco que blandía con asombrosa efectividad y disuadiría al que intentase acercarse a ese desconocido con algo que no fuese la mejor de las intenciones. El hombre había perdido su previa amabilidad y ahora sus ojos brillaban con una desconfianza propia de los que andan siempre mirando por encima del hombro.

—¿Qué eres? —su acento se hizo más profundo y no dudó en adquirir una posición defensiva con sus armas.

Ella frunció el ceño y bajó la mirada hacia las afiladas hojas.

—No soy una amenaza para ti —le dijo sin dejar de contemplar sus armas.

Él apretó incluso más los dedos.

—Eso lo decidiré yo —declaró y la acechó—. ¿Quién eres? No eres uno de los Elegidos de la luz y tampoco perteneces a las tinieblas, pero tu esencia… es la de un Elegido.

Ella ladeó la cabeza.

—Eso mismo te pregunto yo a ti —aseguró y bajó una vez más la mirada a sus armas—. Aleja tus armas de mí, te lo repito, no soy una amenaza.

Él frunció el ceño al verse cumpliendo su suave orden, algo que no tenía intención alguna de hacer desde el principio.

—¿Quién diablos eres tú? —insistió ahora ligeramente pálido.

Ella abrió la boca para responder pero la voz de su consorte penetrando en su mente la distrajo momentáneamente. La tensión y preocupación de Shayler ocuparon toda su atención.

«¿Dryah?».

Ella se lamió los labios.

«Lo sé, lo siento».

Un suspiro.

«Es la *Puerta de las Almas*, algo le ha pasado».

Ella asintió aún a sabiendas de que no podía ver el movimiento.

«También he perdido toda clase de contacto con John».

Aquello no la sorprendió, las palabras de Eidryen le confirmaron que su voluntad había puesto en movimiento las cosas.

—Eligió su propio camino —murmuró al tiempo que sondeaba el universo en busca del Guardián, de la esencia que le decía que estaba con vida—. Le siento… está ahí fuera, en algún lugar.

Sintió su caricia y gratitud ante tal confirmación.

«La Fuente ha convocado un Cónclave».

Las palabras de su marido le provocaron un escalofrío, la Fuente no había convocado una reunión igual desde el día en que ella entró a formar parte de la Hermandad como el nuevo Oráculo. No podía ser una buena señal.

Se limitó a asentir mentalmente mientras contemplaba al hombre que la sacó de terminar bajo las ruedas del coche, el cual empezaba a retroceder.

—No, espera —pidió rompiendo bruscamente la conexión con su marido. El desconocido no solo no se detuvo, si no que hizo desaparecer sus armas al tiempo que se alejaba de ella.

—Eres uno de ellos —declaró como si ello fuese un pecado. Fuesen quienes fuesen ellos —, toda luz… No te mezcles con la oscuridad, muñequita, permanece con los tuyos.

—¿Oscuridad? —repitió sacudiendo la cabeza al tiempo que daba un paso hacia él solo para verlo desvanecerse en el aire al mismo tiempo que se presentaban ante ella Shayler y Jaek.

—¿Dryah? ¿Va todo bien?

La preocupación en los ojos azules del Juez empezaba a hacerse eco de la suya propia.

—No lo sé —confesó. En aquel preciso instante estaba absolutamente perdida.

Jaek se acercó también, su mirada fue sobre ella con un ligero gesto de inquietud.

—¿Estás bien?

Asintió y se giró hacia su marido, quien ya la recorría con la mirada.

—Ahora sí —aceptó al tiempo que se pasaba la mano por el pelo en un gesto cansado—. El universo ha sido sacudido hasta sus cimientos y a mí con él, todavía oigo campanas.

Él arqueó una delgada ceja rubia.

—¿Y tu mano tiene algo de protagonismo en todo esto?

Ella abrió la boca y volvió a cerrarla, aquel simple gesto fue suficiente respuesta para su consorte.

—Esto tiene algo que ver con lo que pasó con Lyon ante la Puerta, ¿no es así? —insistió, su mirada clavada en ella—. ¿Mi hermano?

Ella asintió lentamente.

—Ya te lo dije, él ha elegido su destino.

Jaek la miró con escepticismo.

—Un destino que parece estar íntimamente ligado al Equilibrio del Universo —comentó —, ¿cómo puede ser eso posible?

Se encogió lentamente de hombros, un gesto casual que reflejaba su inocencia.

—La verdad, no estoy segura de tener una respuesta para ello —aceptó con un suspiro—, ellos tenían razón al decir que no vería nada hasta que estuviese ya sobre nosotros. El Oráculo no me muestra nada desde hace semanas, está en completo silencio… Y ahora esto… no sabía que ocurriría esto, lo juro. Cabrear a Seybin es lo último que tengo en mi lista.

El Juez puso los ojos en blanco.

—Temo que llegas tarde para ello, cariño —le aseguró con un resoplido—, el Dios de las Almas ya ha requerido nuestra presencia… a gritos.

Ella suspiró y asintió.

—De acuerdo, eso agilizará las cosas —aceptó mirando a los dos hombres—. Tenemos que ir a la *Puerta de las Almas*.

Ambos hombres se miraron entre ellos y luego a ella.

—¿Quieres formar parte de las pieles humanas con las que el Señor de las Almas decora sus paredes? —sugirió Jaek con sorna.

Ella puso los ojos en blanco.

—Sabéis, chicos, Seybin no es tan malo, solo… intimidante… y disuasorio… y vale, quizá sí un poco cabronazo…

—Un mucho —respondieron ambos hombres al mismo tiempo.

—Pero es un hombre justo —concluyó ella.

Shayler sacudió la cabeza.

—El dios tendrá que esperar, el cónclave…

Sus rubios rizos volaron al compás de sus movimientos.

—No, La Fuente esperará —insistió ella y no dejó lugar para argumentos—, las almas no lo harán.

El hombre asintió y se volvió a su Guardián.

—Pon a Lyon al tanto, será mejor que vayamos únicamente Dryah y yo a tertuliar con Seybin —dijo con una mueca.

Jaek esbozó una irónica sonrisa.

—Esa palabra no creo que esté en su vocabulario, Shayler —aseguró con sorna.

El Juez se limitó a poner los ojos en blanco.

—Si tenemos que llegar a las manos, la mandaré a ella primero —resopló señalándola.

Ahora fue el turno de Dryah de poner los ojos en blanco.

—Hay una cosa más —comentó llamando de nuevo su atención.

Shayler puso una mueca de sufrimiento en su rostro.

—Por favor, amor mío, una mala noticia por día —pidió con mucho dramatismo.

Ella lo miró de reojo y asintió.

—De acuerdo, si no te interesa saber que un tipo que posee la esencia de un Guardián Universal evitó que terminase debajo de las ruedas de un coche… —le soltó tan tranquila—, podemos dejarlo para mañana.

Antes de que cualquiera de ellos pudiese abrir la boca, se desvaneció dejándolos a los dos solos y boquiabiertos.

—¿Qué mierda acaba de decir? —preguntó Jaek.

Shayler sacudió la cabeza, alzó los ojos al cielo y pidió paciencia.

—Que nos esperan problemas.

Siguiendo el ejemplo de su mujer se desvaneció también dejando al Guardián solo con sus cavilaciones.

—Oh, no te haces una idea —musitó pensativo.

CAPÍTULO 2

«Quema, quema, quema, quema, quema».

Nyxx seguía la extraña escena que se desarrollaba ante él, la gran caverna de piedra que alojaba la *Puerta de las Almas* era en aquellos momentos un hervidero de actividad. Las almas acampaban por doquier, algunas, como la del pirómano incontrolable volvían locos a los cazadores. Silver se había pasado buena parte de la semana anterior para darle caza y cuando por fin lo consiguió y estaba dispuesto a pegarle una patada y enviarlo a través de la Puerta, esta se negó a abrirse. La Puerta de las Almas estaba en completo silencio y no respondía a ninguna de sus órdenes, los propios espíritus empezaban a volverse locos sin un rumbo que seguir, otros se aferraban a ellos como si fuesen su última tabla de salvación antes de desaparecer por completo.

«Quema, quema, quema, quema, quema»..

—¡Ven aquí maldita hija de puta! —clamó Silver al tiempo que se detenía en su carrera y apuntaba una bola de fuego de las almas hacia su víctima. El espíritu no tuvo problema alguno en esquivarlo, de hecho giró sobre sus talones y empezó a correr de nuevo murmurando su interminable *quema-quema*—. Te haré picadillo… alimentaré a las alimañas con tus restos… ¡Lo juro!

Dejó a su compañero con su interminable persecución y alzó la mirada hacia la enorme puerta de granito inerte y silenciosa, ese repentino mutismo los tenía a todos en un estado de nerviosismo cercano al terror. Todavía le resultaba inconcebible estar ante ella, así de cerca y no escuchar ni un solo murmullo.

—¡Ven aquí, zorra incendiaria! —escuchó una vez más las amenazas del cazador al tiempo que su espada cortaba a través del aire fallando por un pelo su objetivo—. ¡Te despellejaré!

«Quema, quema, quemaaaaaaaaaaaaaaaa».

—Esto no puede estar pasando, ¿por qué demonios no se abre? Aquí hay almas como para llenar un estadio de fútbol.

El gimoteo de Josh llamó su atención, el antiguo *cazador de almas* arrastraba los pies, literalmente, al entrar en la sala. Aferrados a cada una de sus piernas se encontraban dos jóvenes espíritus que no dejaban de lloriquear.

—Nyxx, joder, échame un mano —le pidió cercano a la desesperación—. Si siguen berreando así, voy a echarme yo a llorar.

Su mirada verde fue del cazador a la joven alma que no había dejado su lado desde que se presentó en la sala de piedra en el momento en que sintió que algo no iba bien. El posterior grito de su jefe solo fue un aliciente más para descubrir que estaba pasando. La forma incorpórea pertenecía a un infante de corta edad, sus traslúcidas manitas se aferraban al bolsillo de su pantalón con una desesperación que le cortaba el aire. Mirarle le hacía pensar en su propia hija no nata, el bebé que se moría por sostener entre sus brazos. El embarazo de Lluvia marchaba tan bien como debía o eso era lo que le decían su mujer y Bastet, quien permanecía pendiente de sus avances. Amaba a su esposa por encima de todas las cosas y el verla engordar con una nueva vida en su interior era una experiencia por la que no se cansaba de dar gracias a todas las deidades conocidas y por conocer.

El niño había aparecido ante la puerta por sí mismo como lo hacían tantas y tantas almas

últimamente, pero en vez de abrirse y acoger al inocente en su seno, esta permanecía cerrada y la desesperación del crío lo había llevado a acercarse a él. Desde ese mismo momento, el alma se había prendido del bolsillo de su pantalón y no lo había soltado. Nyxx lo observó atentamente y comprobó una vez más que sus sospechas eran ciertas, la sonrisa desdentada que le mostraba el alma se hacía cada vez más traslúcida, con cada minuto que pasaba, su consistencia se perdía un poco más hasta casi desaparecer por completo.

«Quema, quema, quema, quemaaaaaa».

—Si vuelvo a escuchar otra vez esa palabra, me suicidaré, Silver —lo avisó Josh deteniéndose a su lado—. ¡Cárgatela de una maldita vez, joder!

El aludido lo fulminó con la mirada.

—¿Qué crees que intento, gilipollas? —respondió deteniéndose para recuperar el aliento. Los cazadores no habían tenido tanto trabajo en toda su vida como en esas pocas horas.

Un rápido fogonazo cruzó la sala de piedra y fue directo hacia el alma con complejo de pirómano. Con un desgarrador grito el ser incorpóreo estalló en mil pedazos quedando en el lugar solo una voluta de humo. Los tres se giraron hacia el lugar del que procedió el rayo de luz.

—Joder, jefe, ¿no podrías haber hecho eso desde un principio? —se quejó Silver y apoyó las manos en las rodillas mientras recuperaba el aliento—. Esa puta me ha hecho correr más que en toda mi vida… o muerte.

El dios se limitó a frotarse los dedos y mirar la puerta de piedra cerrada ante él. Vestido con un impecable traje hecho a medida en color azabache, unos relucientes *Ferragamo* y una camisa de seda en tono oscuro, el hombre tenía un aspecto elegante a la par que sombrío y peligroso. A su lado, inusualmente silenciosa se encontraba la nueva cazadora, quien había sido enviada de vuelta por aquel pedazo de granito con los mejores deseos del dios del Destino. Calíope era una mujer extraña, pero tenía que reconocer que le caía bien, desde que no pasaba tanto tiempo en el reino de las Almas, ella se había encargado de mantener al dios alerta. Era la única que conseguía sacar a Seybin de sus casillas sin que este la fulminase o calcinase en el proceso; solo por eso, ya le gustaba.

—¿Hay noticias? —preguntó descruzando los brazos para hundir a continuación las manos en los bolsillos del pantalón.

El dios dejó la puerta y cruzó su mirada con la de él.

—El *Antiguo Guardián* se ha esfumado, literalmente —declaró con voz profunda, clara y mortal—. Algo curioso, si tenemos en cuenta que un *alma eterna* no puede desaparecer así como así.

Nyxx frunció el ceño.

—¿Está muerto?

El dios negó con la cabeza.

—No, aunque deseará estarlo cuando le ponga las manos encima —declaró el dios con renovado fervor—. El maldito ha entrado en mis dominios sin permiso y se ha llevado consigo algo que nunca debió abandonar su lugar…

Calíope sacudió la cabeza y dio un par de pasos hacia delante, a su lado se encontraban también dos almas, dos figuras ancianas que iban cogidas de la mano. Ella les sonrió antes de volverse hacia el dios y sus compañeros.

—Os dije que la Puerta estaba cantando —les recordó—, últimamente incluso se comunicaba con alguien… pero no pensé que fuese con uno de los *Guardianes Universales*.

Los cazadores resoplaron.

—Esos malditos *Guardianes* están en todos lados, ¿alguien ha considerado fumigar? —

comentó Josh con un bajo resoplido.

—Eso llevaría demasiado tiempo, por no hablar de lo caro que saldría —dijo Silver con una lenta negación de cabeza—. Aunque no me opongo a enviarles un cargamento de almas para que lidien con ellas.

Un bajo bufido inundó la sala.

—Me veo en la obligación de declinar tal oferta, cazador, pero gracias.

Nyxx se giró a tiempo de ver a los *Consortes Universales* apareciendo uno al lado del otro junto a su jefe. Dryah le sonrió mientras que el Juez lo saludaba así mismo con un gesto de cabeza.

—Llegáis tarde —declaró Seybin fijando su mirada en la del Juez, entonces pasó sobre él y se centró en su rubia acompañante, quien caminaba ya hacia la puerta—. Dime que tú no tienes nada que ver con esto, *Libre Albedrío.*

Ella se detuvo y se volvió para mirarle.

—Aunque no lo creas, no soy la responsable directa —aceptó al tiempo que cruzaba las manos tras la espalda—. Hay muchas otras causas involucradas en este suceso, Seybin.

El dios volvió entonces a centrarse una vez más en el Juez, sus ojos se entrecerraron y su voz bajó de tono.

—Uno de tus guardianes se ha llevado algo que me pertenece —declaró, en su voz yacía una sutil amenaza.

Dryah negó con la cabeza llamando de nuevo su atención.

—En realidad, le pertenece a él —le informó, sus ojos azules encontrándose con el dios—, es parte de él… Su destino.

El dios frunció el ceño.

«*No te enfrentes a mí, Libre Albedrío, no te gustaría el resultado*».

Ella sonrió y sacudió la cabeza.

—Estamos aquí para ayudar, mi Señor de las Almas —le dijo al tiempo que dejaba vagar su mirada por la sala y se fijaba en cada uno de los espectros que allí había—. Las almas se están concentrando ante la Puerta, pero esta no responde a ellas…

Calíope dejó su posición y caminó hacia la recién llegada, las dos mujeres compartían una altura y complexión similar.

—No se trata solo de eso —le dijo deteniéndose frente a ella—, algunos de los espíritus han empezado a consumirse…

Silver silbó en respuesta, típica actitud masculina.

—¿Y? Ya podían consumirse más rápido, al paso que aparecen llegará un momento en el que ya no podremos alojarlas —replicó el cazador—. Joder, si incluso han empezado a correr hacia nosotros en el momento en que nos ven y siempre ha sido al contrario…

Dryah volvió la mirada a la pareja de almas que acompañaba a la cazadora y las contempló.

—Se mueren… —susurró al comprender. Su mirada fue entonces a la de su consorte—. Las almas, se mueren.

El Cazador bufó una vez más.

—Chica, siento tener que ser yo el que te dé esta noticia, pero… *¡Ta-da!* ¡Ya están muertas! —le soltó haciendo un guiño con los dedos para enfatizar sus palabras—. Es lo que tienen las almas, ya sabes, la vida después de la muerte y esas cosas.

Calíope puso los ojos en blanco ante la estupidez colectiva en aquella sala.

—Si los espíritus mueren y se extinguen en este plano de existencia, ya no podrán renacer

—explicó ella.

Los dos antiguos cazadores se miraron entre ellos.

—¿Y eso sería un problema, por qué…?

Nyxx puso los ojos en blanco y Shayler se volvió hacia Seybin.

—¿De verdad son tus mejores cazadores?

El dios ignoró su pregunta y se centró en lo que le interesaba.

—Quiero esa alma eterna de vuelta en la *Puerta* —declaró mirando al Juez—. Me da igual cómo lo hagas o lo que tengas que hacer con tu hermano, pero quiero lo que ha robado de vuelta a su lugar.

Dryah se adelantó, volviendo sobre sus pasos.

—Seybin, eso no…

—¡Y tú te mantendrás al margen, *Libre Albedrío*! —En sus palabras vibró el asombroso poder que manejaba el *dios de las Almas.*

Ella dio un respingo ante sus abruptas palabras.

—Seybin, controla el tono con mi *Consorte* —lo previno el Juez, su tono de voz mucho más calmado y razonable, aunque igual de letal.

El dios se volvió hacia el Juez y los cazadores no tardaron en armarse y posicionarse en modo defensivo.

—Calmaos, todos —declaró Calíope y caminó directamente hacia el dios, posando la mano sobre la de este ganándose para ella misma la mirada más desolladora que tenía—. Y tú deja de acuchillarme con la mirada y mejor pregúntate por qué está aquí el *Libre Albedrío.*

El dios frunció el ceño ante su cazadora y se volvió hacia la muchacha, quien sonrió en respuesta.

—Yo los convoqué —declaró él sin quitarle los ojos de encima—. Son los responsables de todo esto.

Shayler puso los ojos en blanco.

—¿Por qué no me sorprende que al final del día todo acabe en mi mesa? —resopló y miró a su mujer—. Si tienes algo que decir, este sería un buen momento, cielo, de lo contrario vamos a tener que ir poniendo fin a esta interesante reunión.

Ella se giró una vez más hacia la *Puerta de las Almas* y empezó a caminar hacia ella solo para verse frenada por las espadas de los dos cazadores.

—No lo haría si fuese tú, linda —le previno Silver con una atractiva sonrisa—. Me caes bien, *almita*, así que no lo fastidies más.

Nyxx dio un paso adelante.

—Silver, no la toques —lo avisó él. Su tono de voz suficiente para captar la atención de los presentes.

Josh lo miró y enarcó una ceja.

—Lobo, creo que te has equivocado de bando —le recordó.

El hombre lo fulminó con la mirada y dio un par de pasos más, esta vez para detenerse al lado de Seybin.

—Quizá ella pueda ayudar —le dijo.

El dios dirigió su mirada hacia la mujer y la miró como si esperase que de un momento a otro su presencia le crease más problemas de los que ya tenía.

—¿Qué brillante idea se te ha ocurrido ahora, Dryah?

Ella miró la espada del Cazador la cual todavía la amenazaba y luego al Dios.

—Necesito tocar la Puerta, ¿me lo permitirás?

El hombre frunció el ceño, su mirada vagó hacia el Juez quien se limitó a encogerse de hombros.

—Yo sé tanto como tú.

Él resopló.

—¿No has pensado en atarla?

Shayler puso los ojos en blanco.

—Eso es algo que escucho demasiado a menudo —aseguró al tiempo que ponía los ojos en blanco.

El dios bufó.

—Pues préñala, al menos tendrá algo de lo que encargarse sin tener que meter las narices dónde nadie se lo pide.

Ahora fue ella la que bufó.

—Seybin, ¿me das permiso o hago… lo que me dé la gana? —insistió obviando el intercambio de los dos hombres.

El dios bufó.

—Ruega que las cosas no se pongan peor después de esto, querida o ni todo el poder del universo te salvará de una paliza —refunfuñó el dios.

Ella le ignoró una vez más y caminó hacia la puerta.

—Si las cosas se complican, no será por obra mía —musitó al tiempo que posaba la mano sobre la silenciosa e inerte puerta de piedra—. Ábrete para mí y permite el paso al Destino y a la Esperanza.

Durante un instante todo lo que se puso a oír en la sala fue el latido de los corazones de los presentes, entonces el sonido de la piedra al arrastrarse sobre sí misma reverberó opacando todo lo demás. Poco a poco las dos losas se separaron hasta dejar totalmente libre el umbral a través del cual podía verse una vez más una espesa niebla. Sin embargo, al contrario que otras veces, Dryah no experimentó la paz ni escuchó las voces que existían anteriormente, la puerta estaba en completo silencio.

Los cazadores se miraron entre sí, entonces deslizaron sus ojos sobre las almas, las cuales empezaron a abandonar su lado para caminar hacia la Puerta recién abierta. Con todo, al llegar ante ella parecieron vacilar, quedándose todos arracimados como un silencioso y fantasmagórico público ante el Libre Albedrío.

—Solo un poco más —musitó ella a las almas que se reunían a sus pies.

Dirigió entonces la mirada hacia la niebla y sonrió al ver por fin dos siluetas emergiendo de ella.

—¿Qué demonios has hecho, Libre Albedrío? —La voz de Seybin se alzó por encima de todos ellos. El dios dejó su lugar para caminar hacia la Puerta abierta y pasó entre las almas como si no fuesen más que humo.

—Lo que haría cualquiera con un poco de cerebro —declaró una suave y melodiosa voz de mujer antes de que su figura emergiese por completo de la niebla—. Pedir ayuda.

Seybin se detuvo en seco al ver ante sí a la diosa de la Esperanza en toda su gloriosa y carnosa forma.

—Agradece que mi hija tiene mejor oído que tú y escucha cuando le hablo.

Eidryen emergió tras Elora, la sonrisa de satisfacción que lucía en el rostro hablaba por sí sola.

—Debí suponer que el infierno no había hecho más que desatarse en mis dominios —rezongó el señor de las Almas. Entonces se llevó las manos a la cintura y con su acostumbrado

todo irónico, sentenció—. ¿Y bien? ¿Qué nuevo desastre…iniciado por vuestra *hija*… os trae hasta aquí?

Ella puso los ojos en blanco y miró al rebaño de almas que se extendían más allá de ellos.

—Dudo que esto sea obra de la niña, Seybin —comentó la diosa mirándole ahora con la misma ironía que utilizó en vida—. Por otro lado, está claro que un par de manos extra podrían venirte muy bien en estos momentos.

El dios se limitó a fulminar a la recién llegada con la mirada. Parecía que los dos tenían viejas rencillas que solucionar. Eidryen por su parte, concentró su atención durante un momento en la mujer que permanecía en pie a un lado de la puerta con una dulce sonrisa en su rostro, entonces se volvió hacia él.

—Elora y yo mismo nos encargaremos de guiar a las almas a su descanso final hasta que los chicos den con una solución más permanente —le informó y buscó con la mirada al consorte de su alma—. ¿Será suficiente para ti, Juez?

Shayler inclinó la cabeza respetuosamente.

—Tendrá que serlo —aceptó él, su mirada fue a la de su mujer, quien sonrió y asintió.

Seybin por su parte, sacudió la cabeza.

—No necesito una solución más permanente, solo un culpable y el alma eterna que han arrebatado de vuelta —rezongó el dios, su mirada voló sobre los presentes a la muchacha que permanecía junto a la puerta y finalmente al Juez—. Me da igual cómo lo hagáis, pero quiero ese alma de vuelta… y a tu guardián con ella.

Shayler chasqueó la lengua.

—Tendrás que ponerte a la cola, Seybin.

Él entrecerró los ojos, su inusual y mortífero brillo más intenso que nunca.

—No es una petición, Juez Supremo —declaró con firme intención—. Estos son mis dominios, mi Puerta y tu jodido hermano ha osado traspasar la línea que tú mismo nos has impuesto a todos…

Dryah dio un paso a delante, pero Eidryen la detuvo.

—Seybin…

Eidryen negó con la cabeza.

—No lo intentes siquiera, Libre Albedrío —declaró el dios, pero su mirada seguía fija en la del Juez—. No sé qué tanto estás involucrada en todo esto, pero has pasado por alto algo importante, pequeña Dryah. Se ha liberado un alma inmortal, la misma esencia de la *Puerta de las Almas* y no sobrevivirá mucho tiempo fuera del lugar que sostiene su vida.

Ella se quedó quieta, las palabras del dios cayendo como una losa sobre ella.

—¿Qué quieres decir? —Shayler se hizo eco de sus pensamientos y los expresó en voz alta.

Nyxx eligió ese momento para dar un nuevo paso adelante, la tensión se palpaba en el aire como un mortífero cuchillo.

—El Guardián ha liberado un alma inmortal, un alma que está destinada a no renacer porque es eterna —le explicó—, y al dejar su morada, antes o después terminará marchitándose, Dryah. Si no vuelve al lugar al que pertenece… no sobrevivirá y se perderá para siempre.

Como si quisiese hacerse eco de las palabras del cazador una de las almas más cercanas a ella empezó a desvanecerse por completo hasta dejar de existir. Sus ojos azules se abrieron desmesuradamente un instante antes de alzarlos hacia el dios de aquel lugar.

—Pero ella es…

El dios negó lentamente con la cabeza, una silenciosa advertencia en su favor. Sus ojos

volaron entonces sobre el Juez, quien se limitó a sostenerle la mirada ajeno a la secreta comunicación no verbal entre el Dios de las Almas y ella misma.

—Tenéis sesenta días a partir de hoy —declaró Seybin volviéndose ahora hacia el Juez—, si al final de ese tiempo ella no está ante esa Puerta, enviaré a mis cazadores a por ella… y no me hago responsable de lo que pase entonces.

Shayler se tensó, su mirada azul cielo se encontró con la del Dios.

—No me llevo bien con las amenazas, Seybin…

El dios se limitó a poner cara de póker.

—No es una amenaza, Juez —aseguró con una actitud más relajada—, considéralo el pago de una vieja deuda… incluso te estoy dando más tiempo del que tú ofreciste.

Su mirada fue brevemente sobre Nyxx, quien frunció el ceño en respuesta.

—Sesenta días, Juez, ni un segundo más.

Los dos hombres se midieron durante un instante, entonces el joven asintió.

—Sesenta días —aceptó y le tendió la mano, sellando formalmente su pacto.

Dryah se estremeció ante la colisión de poder que notó entre aquellos dos seres inmortales, una suave mano sobre su hombro la hizo volver la mirada hacia Elora, quien le sonreía.

—Todo saldrá bien, solo mantente a su lado —le dijo apretándole suavemente el hombro.

Ella asintió y se volvió de nuevo hacia los dos hombres. Seybin había dado ya media vuelta y se alejaba de la sala dejando a los recién llegados para encargarse de todo el lío formado en su reino, Shayler, por su parte, subía ya hacia ella.

—Shay… —murmuró con tono lastimero. Empezaba a pensar que había metido realmente la pata.

Él negó con la cabeza y le sonrió.

—Todo está bien, cariño —aseguró tomándola en sus brazos—, saldremos de esta. Siempre lo hacemos.

Ella asintió y se apretó contra él, disfrutando de su ternura y amor.

—Os espera por delante una dura batalla —declaró Eidryen a sus espaldas. Ambos se separaron para poder atender al dios, quien sonrió al verles tan unidos—, pero la superaréis. Solo recordad que el destino de ambos está encadenado al del otro.

Dryah asintió y dejando los brazos de su marido, se echó a los del otro hombre que lo significaba todo para ella.

—Ojalá no tuviese que perderte otra vez cuando todo esto acabe —le susurró al oído al tiempo que lo abrazaba—, te he echado de menos, *padre*.

El dios correspondió a su abrazo con la devoción propia de un padre por su hija más querida.

—No te separes de los Guardianes, mi alma —le susurró al oído—, algo me dice que hoy te necesitarán más que nunca.

Apartándola la empujó de nuevo a los brazos de su marido.

—Bueno, es hora de ponerse a trabajar —comentó mirando las almas que se reunían a sus pies—, estas almas se merecen el descanso que buscan.

Elora asintió al otro lado de la puerta y se giró hacia el fantasmagórico público.

—Hora de regresar a casa —murmuró con esa voz musical que daba esperanza a quien la escuchaba.

Mientras los dos dioses guiaban a las almas a su morada final, Dryah acompañó a Shayler de regreso a dónde Nyxx esperaba.

—Temo que esta vez no voy a poder seros de mucha ayuda —declaró cuando ambos se

detuvieron frente a él—. Seybin ha dicho la verdad con respecto al alma inmortal. Juro que no tengo la menor idea de cómo diablos se las arregló John para llevársela y lo cierto es que tampoco me importa demasiado, pero su falta está afectando a demasiadas vidas. Si para el plazo que se os ha dado no ha aparecido, tendré que ir yo mismo a por ellos… y no es algo de lo que vaya a disfrutar.

Dryah asintió y le sorprendió con un abrazo.

—Ey, ¿qué pasa? ¿Hoy estás por abrazar a todo el mundo? No estarás tú también…

—¡No! —respondieron los dos al mismo tiempo como si la sola idea fuese más aterradora que la que se les avecinaba.

El Cazador se echó a reír al tiempo que la separaba suavemente.

—No es el momento —murmuró ella a modo de disculpa, su mirada esquivando la de su marido, el cual parecía de repente muy interesado en las paredes.

Nyxx asintió y la besó de forma fraternal.

—Será mejor concentrarse en lo que tenemos entre manos —aceptó al tiempo que daba un paso atrás y se llevaba las manos a los bolsillos—. Proteged a los vuestros, chicos, no me gustaría tener que pelear contra mis hermanos.

Shayler asintió reconociendo el vínculo de amistad que los unía, tomó a su compañera de la cintura y la acercó a él.

—Lo mismo digo, Nyxx, lo mismo digo.

Sin más palabras que añadir, la pareja se desvaneció dejando al Cazador para encargarse junto con los recién llegados de las almas.

CAPÍTULO 3

Dryah contempló con respeto los restos de las ruinas que formaban el templo del Primer Poder. Había pasado un tiempo desde la última vez que puso los pies allí, un tiempo en el que había cambiado, madurado y el saber que su regreso a aquel lugar tenía que ver con el motivo por el que se celebraba el Cónclave, no le alegraba lo más mínimo.

Sus ropas, al igual que las de su consorte cambiaron nada más traspasar el umbral y vestían ahora los atuendos ceremoniales en color negro con diseños blancos. En su caso, su vestuario era muy similar a un caftán, se componía de una túnica en color negro con mangas hasta por debajo del codo, ribeteadas al igual que el cinturón y las cenefas con los mismos diseños del tatuaje que cubría su mano. Unos ajustados pantaloncitos de cuero se ceñían a sus piernas, despareciendo finalmente en el interior de unas botas de color blanco que resaltaban el conjunto. Anclada a su cadera por un ancho cinturón colgaba la vaina de cuero de la Espada de la Rosa, el arma que la identificaba como un miembro de los Guardianes Universales y su Oráculo.

Shayler se presentó a su lado, le acarició la mano y continuó hacia los otros dos Guardianes quienes compartían atuendos similares, si bien, en el caso de Jaek portaba también un identificativo tartán que cruzaba por encima de su casaca y Lyon llevaba sobre la suya un chaleco de piel, ambos símbolos de sus orígenes y antiguas vidas.

—¿Qué habéis averiguado? —La pregunta de Lyon no tardó en surgir. Su mirada verde posada en el Juez.

—Solo hemos confirmado lo que ya sospechábamos —declaró él y miró con desconfianza a su alrededor. Odiaba aquellas ruinas como ninguno podía imaginárselo, o quizá sí.

—Entonces… —continuó Jaek, deseando saber más.

Shayler dejó escapar un resoplido.

—Las cosas no pintan nada bien —aseguró al tiempo que se pasaba la mano por el pelo—, y el hecho de que se celebre este Cónclave, no es un buen augurio.

Dryah caminó finalmente hacia ellos, captando su atención.

—No tendremos que esperar mucho para saber el motivo de nuestra presencia aquí —comentó al tiempo que indicaba con un gesto de la barbilla el montículo de piedras que se alzaban al otro lado de la sala dónde los dos avatares de La Fuente Universal aparecieron.

El Juez y los dos Guardianes no tardaron mucho tiempo en flanquearla presentándose ante los recién llegados como un frente común.

—Bienvenidos Consortes —los saludaron—. Bienvenidos Guardianes Universales.

Shayler acotó su entrada al dar un paso adelante.

—Todos sabemos que no estamos aquí para una reunión de cortesía, así que al grano —declaró con impaciencia.

Garkos, la parte oscura y masculina que formaba La Fuente Universal abandonó su postura y descendió lentamente hasta quedar a la misma altura que el Juez. Su mirada paseó de unos a otros deteniéndose finalmente en él.

—Falta uno de vosotros, el Antiguo —anunció sin dar pista alguna de sus emociones. Sus palabras eran tranquilas, pausadas y anodinas—. ¿Por qué no ha respondido él al Cónclave?

Shayler frunció el ceño ante la inusitada pregunta, su mirada vagó discretamente sobre el otro miembro de la Fuente.

—El Antiguo no responde a nuestro llamado desde hace algún tiempo —añadió Zhalamira, su mirada encontró la del Juez y la sostuvo—, y hoy el *Corazón del Universo* y el *Alma Eterna* que nos pertenece han gritado resquebrajando el Equilibrio que vosotros jurasteis mantener.

Él estaba dispuesto a decirle unas cuantas cosas pero se vio interrumpido por su propia consorte, quien se adelantó a su lado. Sus ojos azules recorrieron a las dos figuras de elevado poder que se hallaban frente a ellos.

—El Equilibrio se mantiene… —comenzó ella.

Garkos se giró hacia ella, sus miradas se cruzaron.

—Por ahora…

Ella apretó los labios un instante, entonces se volvió hacia Zhalamira.

—Habéis sentido la sacudida del universo y ahora nos pedís una confirmación de aquello que ya sabéis —declaró sin levantar en ningún momento el tono, sus palabras surgían firmes y resueltas—. ¿Qué clase de juego…?

Sus palabras se perdieron en su garganta y el color empezó a abandonar su rostro cuando la respuesta surgió de inmediato en su mente.

«*No verás el futuro hasta que este esté ya sobre ti, Libre Albedrío*».

—Es… esto es por mí —declaró en voz baja, su tono de voz ahora alertó a su compañero, quien se volvió de inmediato hacia ella.

—Se te advirtió que tu interferencia traería consecuencias, *Libre Albedrío* —asintió Zhalamira, confirmando sus sospechas—. Consecuencias que no veríais llegar hasta que ya fuese demasiado tarde.

—¿De qué diablos estáis hablando? —clamó Shayler rodeando la cintura de su esposa cuando la sintió temblar y vio que su rostro aumentaba su palidez.

Zhalamira se recogió el bajo de su túnica dejando a la vista unos pequeños pies enfundados en suaves zapatillas y descendió con delicadeza hasta quedarse junto a ellos.

—Iniciaste el destino de los Guardianes Universales con tu despertar, tu unión con nuestro Juez equilibró el balance desestabilizado con tu presencia y siguió los designios de un camino ya marcado. Cada decisión que has tomado ya fuese por tu libertad de elección o por permitírsela a alguien más os ha conducido a este preciso instante, una parada más en un camino que todavía no termina —le explicó la mujer—. Eres Libre Albedrío, tu voluntad cambia el destino con cada aliento que tomas, tus actos son un reflejo de los designios del Universo y él será quien decida hacia dónde debes dirigir tus pasos.

Ella negó con la cabeza.

—No lo entiendo.

Garkos cruzó las manos al frente en un gesto del todo despreocupado.

—Tu reciente intervención ha puesto en movimiento el destino de aquel que nos pertenece, tu voluntad ha permitido que eligiese su camino y este lo ha llevado a crear una nueva brecha en el Equilibrio —le informó el hombre—. Su presencia ya no está a nuestro alcance, nuestra voz no llega al *Antiguo Guardián* y es algo que tú has iniciado sin pensar en las consecuencias.

Zhalamira posó una delicada mano sobre el brazo de su consorte y compañero para pedirle calma.

—El mundo de los espíritus ha sufrido una importante pérdida —continuó ahora ella—, la ausencia del alma eterna que custodia el paso al otro lado supone una brecha considerable en la trama del universo. Tu voluntad ha traído a este mundo a dos dioses desterrados, si bien su

intervención parece mantener el balance, no es más que una pequeña presa de castor frente a una inmensa inundación. El Equilibrio está en un precario estado, las cosas han de volver a ocupar el lugar que les corresponde, la trama debe ser tejida de nuevo, lo que comenzaste al ver la luz debe ser terminado. Debes alcanzar el final del camino y cerrar el ciclo tal y como siempre has estado destinada a hacer.

Dryah dio un paso atrás, solo el brazo de su marido alrededor de la cintura le evitó tropezar y caer de culo. Empezó a sacudir la cabeza en una inestable negativa, no podía aceptar lo que ocurría, no haría nada más, no jugaría con el destino final de nadie.

—No, no lo haré, no intervendré de nuevo —declaró al tiempo que negaba con la cabeza —. No jugaré con su destino, ni permitiré que vosotros juguéis con el nuestro como si no fuese más que una marioneta a la que puede moverse los hilos. No lo haré.

—Dryah… —la previno Shayler.

Ella negó con la cabeza una vez más, sus ojos azules lo miraron suplicantes.

—No lo haré, Shayler —insistió—. Él ha elegido su camino, cada uno de los Guardianes ha sido tocado por mi Libre Albedrío al ver sus caminos entrecruzados con el mío, su destino está en sus propias manos, yo no lo cambiaré.

Zhalamira estiró la mano y para sorpresa de la pareja la posó en su mejilla, la calidez de su piel se filtró en ella proyectando calma.

—No es necesario que hagáis nada, pues lo que debía ser puesto en movimiento ya ha sido puesto —declaró la mujer mirándola a los ojos—. No es así como deseábamos que ocurriesen las cosas, pero el final será el mismo.

Ella sacudió la cabeza y se apartó de su contacto y del de su marido.

—¡No! —gritó con fiereza, su poder la envolvía ahora como un furioso dragón—. Nadie intervendrá en nuestro destino, las elecciones que se tomen serán libres como lo es mi voluntad…

Los Guardianes se volvieron hacia ella, la palidez empezó a inundar sus rostros al sentir el poder del Libre Albedrío en estado puro.

—¡Libre Albedrío! —la llamó su consorte, su poder elevándose con la misma furia que el de ella—. ¡Ya basta!

Su mirada se encontró con la de él y por primera vez negó con la cabeza.

—No intervendré —su voz era ahora más suave, la intensidad previa empezó a desvanecerse y la calma ocupó su lugar.

Los dos miembros hablaron al unísono.

—*El alma eterna* ha sido robada y debe ser devuelta a su lugar de origen, el Equilibrio debe ser restaurado, cada acción debe tener una reacción igual y equivalente, un círculo de reciprocidad. *El Antiguo* debe regresar al seno que le dio la vida y comparecer ante nosotros.

Shayler se tensó ante las órdenes de aquellos dos seres, pronto sintió la presencia de su compañera al lado, así como su nerviosismo y furia, algo poco común en la cálida y tranquila hembra que le pertenecía tanto como él a ella.

—¿Qué queréis decir con volver al seno que le dio la vida? —preguntó. Ya era demasiado viejo como para no saber que esos dos no hablaban en clave por simple diversión, cada palabra tenía un significado y aquella frase no era menos.

Antes de que pudiese hacer hincapié una vez más en la pregunta, sintió como los dedos de Dryah se entrelazaban con los suyos.

—El alma eterna no ha sido robada y está en el lugar que desea estar… aquel a que desea pertenecer —respondió ella con voz tranquila pero firme—. Si es su voluntad regresar,

regresará… y el Antiguo… comparecerá ante vosotros cuando llegue el momento, ni un segundo antes ni después… No jugaréis con su destino, ni con el mío.

Shayler apretó su mano concordando con sus palabras.

—Cuidado, consorte, recuerda a quien te diriges —le advirtió Garkos, su mirada fija en ella.

Ella le sostuvo la mirada.

—Sé a quién me dirijo, mi señor —añadió con una ligera inclinación de cabeza—, quizá debéis recordar ambos a quien os estáis dirigiendo vosotros.

Si supiese que aquello era del todo imposible, por un momento, Dryah había pensado que Zhalamira había sonreído ante su osadía.

—Juez, Guardianes, ya habéis sido testigos de nuestra petición —anunció la dama de la Fuente—. El Equilibrio debe ser preservado a toda costa, devolved el *alma eterna* a su lugar y haced que el Antiguo comparezca ante nosotros.

Antes de que cualquiera de ellos pudiese decir algo al respecto, la pareja se esfumó dejándolos una vez más solos entre las ruinas del antiguo templo.

—*Wow*, ¿qué te han dado de comer, hermanita? —se burló Lyon al tiempo que se giraba hacia Dryah—. Esta es la primera vez que tu mal humor rivaliza con el del Juez.

Ella se sonrojó en respuesta y sacudió la cabeza.

—Todo esto… es culpa mía —declaró con un cansado suspiro—. Si yo no hubiese aparecido, si el libre albedrío no corriese por mis venas…

Shayler iba a decir algo en respuesta, pero Lyon se le adelantó. El antiguo vikingo cogió sus pequeñas manos en las suyas y las apretó suavemente, su mirada verde fija en la de ella.

—Ni se te ocurra decir algo así y mucho menos delante de nosotros —le dijo poniendo verdadera pasión en sus palabras—, tu presencia es lo mejor que ha podido pasar a esta hermandad. Has hecho más con tu presencia que nosotros en toda nuestra existencia, de no estar tú, el cachorro seguiría perdido, ese chucho al que tienes tanto apego seguiría maldito, Jaek no tendría a Keily a su lado y yo no… Te debo mi vida, Dryah, puede que no recuerde mucho de esos momentos ante la Puerta, pero sé que de no ser por tu oportuna intromisión yo no estaría ahora aquí y Aria y mi hija, no habrían sobrevivido.

Ella se mordió el labio inferior, sus ojos abandonaron la mirada del hombre solo para encontrarse con la de otros dos Guardianes igual de agradecidos, y en el caso de su consorte, mucho más.

—No sé qué habrás pactado con esa mujer que apareció ante la puerta, no sé si ella es ese *alma eterna* a la que se refieren o que tiene que ver John con ella, pero sea lo que sea lo que haya pasado no es culpa tuya, pequeña, cada uno es responsable de su propio destino, intervenga en él quien intervenga.

Shayler posó la mano sobre su hombro y lo apretó suavemente.

—John ha elegido su propio camino, cariño —le dijo—, solo él puede tener las respuestas a sus actos.

Los otros dos Guardianes asintieron.

—Esperemos que podamos dar con él a tiempo para que nos las explique —comentó Jaek con un bajo resoplido.

El Juez asintió.

—Lo haremos, solo espero que sea antes de sesenta días —resopló frustrado.

Lyon frunció el ceño.

—Sé que no me gustará la respuesta, pero ¿sesenta días?

Él asintió.

—¿Recuerdas el ultimátum que le di a Seybin cuando Nyxx traspasó la raya?

Él hizo una mueca al comprender.

—Sí, aunque es algo que ciertamente prefiero olvidar.

Jaek suspiró.

—Así que tenemos dos meses antes de que el Dios de las Almas y sus cazadores salgan de juerga —resumió el Guardián.

Ambos asintieron.

—Exacto.

—¿Alguna idea de por dónde comenzar? —preguntó Lyon, su mirada vagó de uno a otro hasta terminar sobre ella.

Dryah sacudió la cabeza.

—Lo siento, chicos, pero cuando dije que no intervendría en su destino, hablé muy en serio —aceptó al tiempo que buscaba la mirada de su marido—. No tengo la menor idea de lo que va a pasar a partir de ahora, apenas puedo sentir a John, sé que está ahí, que está vivo… pero soy incapaz de encontrarle.

Él asintió y la atrajo a sus brazos, pegándola contra él antes de besarle la coronilla.

—Daremos con ellos —aceptó y se permitió cerrarlos ojos, disfrutando de aquel pequeño momento de paz antes de la batalla—. Y que el universo se apiade de todos nosotros si fracasamos.

John no podía dejar de mirarla. Su rostro sereno, el pelo rubio revuelto y extendido sobre la almohada como una cortina, las pálidas mejillas acariciadas por unas doradas pestañas… Ella era un delicado ángel, un ser sin mácula que había ido a parar a sus brazos; al lugar al que pertenecía. Cogió la manta y la subió sobre sus hombros. La delgada túnica que vestía hacía poco por cubrir su cuerpo y mucho menos para protegerla de la temperatura del lugar al que la había traído. Bajó la mirada a su propia mano tatuada con un patrón que complementaba el de ella, dos mitades de un todo por fin reunidas.

Tras acariciarle la mejilla con el dorso de los dedos se alejó, sus ojos azules se deslizaron por la habitación, un pequeño recoveco que amuebló tiempo atrás junto con el resto de la cabaña. Un retiro en mitad de las montañas, un lugar tranquilo lejos del mundanal ruido en el que se permitía ser el mismo. Salió de la habitación cuidando no despertarla, frente a él se abría una única estancia que reunía el salón con chimenea, una pequeña mesa de comedor y la cocina. La puerta situada al fondo a la derecha llevaba a un moderno cuarto de baño, la única lujosa condición que se permitió en aquel lugar.

Suspiró profundamente y caminó hacia la chimenea, los leños se desperdigaron levantando una nube de brasas, el calor del hogar caldeaba el lugar y le daba ese aspecto íntimo y hogareño del que disfrutaba en soledad. Su mirada encontró sobre la encimera de la chimenea un par de marcos de aspecto rústico que contenían las pocas fotos que poseía. Su hermano le dedicaba una mirada jovial y pícara desde una de ellas, su brazo lo rodeaba con fraternidad mientras lo obligaba a mirar hacia la cámara que sujetaba Dryah, quien había sacado la instantánea. La otra foto era de Shayler con su mujer, la alegría y el amor entre ellos había sido captado por el objetivo de la cámara, ella era sin duda una de las mejores cosas que le pasaron a su hermano.

La pequeña rubia fue como un soplo de aire fresco en la vida del muchacho, había devuelto la alegría de vivir al joven Juez y solo por ello, la quería como una hermana. Junto a los

retratos descansaba también una pequeña placa de madera tallada, un intento de un joven Shayler por darle a su recién descubierto hermano su primer regalo de navidad. Aquella encimera estaba llena de hermosos recuerdos y el cariño de la única familia que conocía.

Le dio la espalda a los objetos y cruzó la sala hasta la puerta principal la cual daba a un porche cubierto, una impactante postal blanca lo recibió junto con el viento helado procedente del Lago Esmeralda. A su espalda el bosque de cedros rojos y coníferos dormía su estación invernal, la nieve salpicaba la copa de los árboles y se extendía hasta las altas e imponentes montañas del *President Range,* en Canadá.

John se sentía tranquilo en aquel lugar, su particular paraíso, el retiro al que huía cuando la soledad se hacía demasiado profunda para seguir adelante. La imagen del Monte Burgess a lo lejos era una de sus predilectas, el lugar perfecto para perderse del mundanal ruido de las grandes urbes.

La fría brisa le acarició el rostro y meció el demasiado largo pelo rubio oscuro, se tomó un instante para cerrar los ojos y respirar, respirar verdadero aire y relajarse; aquel momento era solo para él, un oasis de paz en medio de la gran guerra que sabía había desatado con sus acciones. Antes o después vendrían a por él y le exigirían pagar por haber cruzado la línea.

Con un último vistazo a las solitarias montañas, volvió al interior de la cabaña, allí esperaba la mejor y más hermosa de todas las joyas; su Atryah. Ella era mitad más anhelada y la única mujer a la que llevaba esperando desde que el corazón del universo los separó y los convirtió en dos mitades que hasta entonces siempre habían sido una sola.

Seybin dejó que la puerta se cerrara a sus espaldas, no necesitaba girarse para saber que no había entrado solo en su oficina. Ella le había seguido, una vez más.

Calíope era un fastidio, uno de proporciones épicas, la mayoría de aquellos que estaban a su cargo entendían cuando no estaba de humor —que era la mayor parte del tiempo—, esta mujer simplemente lo ignoraba e irritaba al mismo tiempo. En los últimos meses se había convertido en una maldita sombra y en uno de los más estúpidos errores que podía haber cometido.

—Si vienes a incordiar, te sugiero des media vuelta, no estoy de humor para tus comentarios y absurdas apreciaciones, *Cazadora* —declaró al tiempo que tomaba asiento tras su escritorio. Ni siquiera se molestó en ver que ella lo ignoraba _una vez más_ y se sentaba al otro lado de la mesa de madera maciza.

—Las almas están atravesando la *Puerta* —comentó ella—, los dioses están haciendo un buen trabajo aunque tengo mis dudas sobre la funcionabilidad de este y que esta dure mucho tiempo.

Él alzó la mirada de sus escritos y la fulminó. Por regla general aquello servía para que sus subordinados cerrasen la boca o les surgiese algo mejor que hacer en cualquier otro lado. Ella sin embargo no obedecía a ninguna de dichas cosas, por el contrario, tendía a ignorar lo que no tenía interés en ver.

—No me imaginé que ella pudiese tomar forma humana y salir por sí misma —continuó con su monólogo—. El libre albedrío es una entidad muy poderosa.

Seybin puso los ojos en blanco.

—El *libre albedrío* es una auténtica pesadilla —escupió las palabras como si le quemasen —. Toda ella es una pesadilla que siempre encuentra la maldita forma de llevar a cabo su voluntad… Shayler debería atarla.

Ella puso los ojos en blanco y obvió tal declaración.

—¿Crees que esa alma aguantará todo el plazo que le impusiste a los Guardianes?

Él deslizó la mirada una vez más sobre ella.

—Lo que ha salido de la Puerta no era un alma completa —declaró. Él mejor que nadie sabía exactamente que era en realidad y cuál era el motivo de que pudiese responder de tal manera ante el antiguo guardián—. Algo me dice que lo que estamos a punto de enfrentar tendrá más ramificaciones que las que se ven a simple vista.

Ella se inclinó hacia delante y cruzó las manos sobre la mesa. Su cazadora tenía las uñas pintadas con un llamativo rosa sobre el que había dibujadas unas florecillas, un contraste absoluto con su ropa de cuero de color oscuro.

—¿Qué es exactamente ella? —preguntó con curiosidad—. Habéis hablado de un *alma eterna* y ahora dices que ni siquiera está completa.

Él dejó de observar sus uñas y alzó la mirada hacia ella.

—Tienes trabajo que hacer, *Cazadora*, así que mueve el culo de la silla y sal ahí fuera —declaró sin más explicaciones—. Las almas no van a venir solitas, por más que eso me facilitara la vida.

Ella puso los ojos en blanco y se inclinó sobre la mesa hasta que sus brazos estuvieron cruzados sobre esta.

—Tienes a Nyxx y a esos dos buenos para nada para encargarse de ello —le soltó—. Yo soy mucho más útil aquí.

Él la miró con sarcasmo.

—No necesito otra funda de piel para mi asiento —le dijo con sarcasmo—, tu utilidad empieza a ser en realidad prescindible, especialmente desde que me provoca un infinito fastidio.

Ella se levantó y para sorpresa de él se inclinó hacia delante, prácticamente subiéndose en la mesa.

—Deberías darme las gracias, Seybin, mi presencia te está librando de un tedio completo y absoluto —le aseguró con una amplia sonrisa—. Te prometo que los quebraderos de cabeza que yo te dé serán mucho menores que tus preocupaciones.

Antes de que él pudiese decir algo en respuesta, se encontró a su cazadora encaramada sobre la mesa, con las manos firmemente ancladas sobre la superficie de madera y sus labios demasiado cerca de los suyos; no caería otra vez en el mismo error.

—Si aprecias en algo tu pellejo, *Cazadora*…

Ella chasqueó la lengua sorprendiéndole una vez más, su voz sonó dulce al igual que su sonrisa.

—Mi pellejo dejó de tener realmente valor desde que entré a tu servicio, jefe —le dijo ella y se inclinó hacia delante para robarle un rápido beso—. Así que, tendrás que conformarte con mi alma.

Antes de que él pudiese decir o hacer algo en respuesta al atrevimiento de la mujer, esta saltó al suelo, dio media vuelta y salió por la puerta como un pequeño vendaval. Frunció el ceño y sacudió la cabeza ante la hembra que empezaba a agotar realmente su paciencia. Había sido un completo error involucrarse con ella, su cerebro había estado más jodido que de costumbre para ceder de aquella forma a la atracción y deseo que le provocaba la mujer.

No, liarse con ella había sido un error que no podía darse el lujo de volver a cometer.

CAPÍTULO 4

Shayler apoyó ambas manos sobre la mesa, su mirada seguía clavada en la adorable y problemática rubia sentada al otro lado de su escritorio. Amaba a esa mujer con toda el alma, pero no negaría que había ocasiones en los que la tentación de «atarla» era demasiado grande. Si supiese que aquello contribuiría a evitar que se metiese en problemas, compraría una bonita cuerda y aprendería a hacer nudos como el mejor de los marineros.

La expresión de ella decía a todas luces que estaba cansada de explicarse, pero no podía importarle menos, especialmente cuando había sido su vida la que había corrido peligro.

—Volvamos al momento de *casi me atropellan*.

Ella suspiró.

—Acababa de salir de la academia —le explicó con tranquilidad—. Noté el desequilibrio en la trama del universo y me afectó. Perdí la orientación, el sentido del equilibrio, las voces eran demasiado altas, apenas podía escuchar otra cosa y cuando quise darme cuenta un coche se precipitaba en mi dirección. Me habría arrollado si *él* no me sacase de allí en ese mismo instante. No sé muy bien que pasó… yo solo… lo único que tengo claro es que su esencia era similar a la vuestra… a la de los Guardianes.

Ariadna, la esposa de Lyon, quien estaba sentada en una de las sillas al otro lado del escritorio del Juez chasqueó la lengua.

—Pero ¿no se supone que vosotros sois los únicos Guardianes que quedan? —comentó, su mirada ascendió hacia su marido. Lyon estaba de pie tras ella.

El vikingo asintió.

—Tras la guerra civil solo quedamos unos pocos —confirmó con absoluta seguridad—. John es quien conoce mejor los detalles, pero a grandes rasgos… muchos de los nuestros sucumbieron a la oscuridad. La codicia, el egoísmo, el odio, el afán de riquezas y poder… lo mejor de las emociones humanas hizo presa en ellos…

Ella negó con la cabeza al tiempo que cruzaba las manos sobre el todavía plano vientre.

—No lo entiendo —insistió.

Él la miró.

—¿Qué no entiendes exactamente, tesoro?

Se lamió los labios mientras buscaba la explicación correcta.

—Dryah acaba de decir que alguien con vuestra… marca registrada… evitó que acabase bajo las ruedas de un coche, que ese tipo comparte vuestra misma esencia y que de algún modo la reconoció… sabía que ella era una Guardiana.

Ella negó con la cabeza.

—Él solo reconoció mi vínculo con los Guardianes, pero no tenía la menor idea de quien era yo en realidad. Estaba demasiado sorprendido, casi en shock, como si pensase que no era posible que hubiese alguien más como él… o parecido a él. Habló de luz y oscuridad… e hizo referencia a mí como la luz.

Shayler cruzó las manos sobre la mesa.

—¿Estás diciendo que ese hombre podría ser todavía uno de los Elegidos? —preguntó con cierta incredulidad.

Lyon negó con la cabeza.

—Eso no es posible, cachorro —negó con convicción—. John fue quien nos reunió, no había nadie más…

Dryah frunció el ceño, no estaba convencida.

—No que vosotros sepáis.

Lyon chasqueó la lengua y negó de nuevo.

—Si hubiese alguien más, la Fuente tendría que saberlo, después de todo fuimos elegidos por ellos —refutó—. No, es imposible que todavía quede alguien ahí fuera que posea un fragmento de los orígenes del universo.

Shayler parecía confuso.

—Bien, pero entonces, ¿quién es?

Ella sacudió la cabeza.

—No lo sé —aceptó mirándole—. Como dije, pareció tan sorprendido conmigo como yo con él. Lo cierto es que no le presté demasiada atención, estaba un poquito ocupada intentando que no me estallase la cabeza…

Shayler la miró con una irónica sonrisa.

—De todas formas, se marchó al mismo tiempo que aparecisteis vosotros y lo más extraño es que ni siquiera dejó huella alguna de su presencia allí —aceptó inquieta—. Fue como si nunca hubiese existido… no lo sé, es muy confuso.

El Juez asintió y tomó su mano para darle ánimos.

—Está bien —aceptó—. Por lo pronto tenemos cosas más urgentes de las que ocuparnos y el encontrar a John y esa… chica… es la primera en la lista.

Lyon respiró profundamente.

—Sí, pero ¿por dónde empezamos? —preguntó una vez más—. John es de los que aparecen y desaparecen sin dejar rastro, como aquí el nuevo amigo de la rubita…

Ella frunció el ceño.

—No es mi amigo —respondió ella—. O por lo menos, no todavía…

Lyon hizo una mueca.

—Por ahora dejémoslo sin el *todavía*, nena. Tú y los problemas sois como imanes —le dijo antes de volver de nuevo su atención sobre el Juez—. Su apartamento en el edificio es todavía más espartano que el mío… Lo que ya es decir. Y he estado en ese cubículo suyo que tiene a las afueras y a juzgar por lo impoluto del lugar y las facturas de hace varios meses, no ha pasado por allí en bastante tiempo.

Shayler dejó escapar el aire que había estado conteniendo.

—Tiene que estar en algún lugar —resopló al tiempo que se incorporaba—. Estén o no juntos, tienen que estar en algún lugar…

Dryah asintió en respuesta, pero ni siquiera ella estaba segura de cual podía ser ese bendito lugar.

Cuando Atryah abrió los ojos tardó algún tiempo en saber dónde estaba, el techo que contemplaba estaba hecho de madera, tablas de un gastado color marrón sujetas por travesaños de un tono más oscuro. No dejaba de sorprenderla reconocer aquello que veían sus ojos cuando nunca lo había contemplado. El estar viva era una sensación asombrosa, la dotaba de una libertad que desconocía hasta el momento, ladeó la cabeza sobre la almohada y sonrió. Podía notar como los dedos de sus pies se movían bajo la capa de pieles que la cubrían, sus manos acariciaron la tela, dedos largos de uñas recortadas y una piel blanca y cremosa solo manchada en su mano

derecha por un intrincado patrón en tonos negros que antes no había estado. Sonrió, estaba viva, era de carne y hueso y estaba en libertad.

Libre. Aquella palabra trajo a su mente unos ojos azules que acompañaban a un rostro masculino, un rostro que significaba todo para ella. El Antiguo. Él le había dado un nombre, la había arrancado de la soledad eterna en la que moraba. Podía sentirlo muy cerca, como una presenta continua y absoluta en su interior, algo que la completaba…

—John —pronunció su nombre con reverencia, saboreando el sonido que salía de su propia boca.

Todo era tan nuevo, tan extraño y al mismo tiempo tan hermoso, lo que experimentaba ahora mismo era indescriptible, cada bocanada de aire suponía algo nuevo y era posible gracias a él. Se incorporó lentamente, su mirada recorrió poco a poco su entorno, empapándose de cada uno de los objetos mientras le buscaba. La habitación era amplia, la luz del nuevo día entraba a través de una ventana situada a su derecha, las paredes, el suelo y el techo eran de madera y no había más muebles que una mecedora de madera, un pequeño arcón en una esquina y un solitario cuadro adornando uno de los laterales. La cama de gran tamaño lo dominaba prácticamente todo.

—Un nuevo despertar —murmuró probando de nuevo su voz.

Su alegría empezó entonces a decrecer sustituida por una nueva emoción que recordaba en las almas nuevas que cruzaban su umbral. Temor, incertidumbre, miedo a no saber que había más allá de aquel punto, lo que habría tras aquella puerta cerrada. La ansiedad empezó a hacer presa de su pecho, el silencio que la envolvía empezó a hacerse cada vez más palpable, el aire dejó de entrar en sus pulmones, era como volver a estar en aquel lugar, en su eterna soledad…

—No —susurró, sus manos aferraron con fuerza las mantas y su visión empezó a perder definición, algo la empañaba. El aire empezó a faltarle, le dolía el pecho con una sensación que si bien no había experimentado antes conocía de sentirla a través de otras almas. Una gota de agua cayó entonces sobre su mano tatuada y a aquella le siguió otra; lágrimas. Se llevó la mano a la cara y la encontró mojada, ella que nunca había experimentado realmente las emociones si no a través de otros, ahora era presa de una de ellas.

—¡No! —gimió y luchó por liberarse de la ropa que la mantenía prisionera contra el colchón.

Las mantas no cedían y ella se sintió atrapada, sus cadenas ahora no eran visibles pero le impedían moverse, más lágrimas resbalaron por sus mejillas, sus pulmones se negaban a funcionar y el terror anuló todo lo demás.

La puerta del dormitorio se abrió entonces de golpe, a través de la humedad que empapaba sus ojos vio primero su silueta y finalmente lo reconoció. Su tabla de salvación, su ancla en la tormenta, desesperada le tendió los brazos en una muda súplica.

—John —pronunció una vez más su nombre, pero esta vez su voz sonaba distinta, temblorosa y aquello la asustó incluso más—. Atryah atada… John, no quiero… no quiero…

Su desesperación empezó a menguar en el momento en que él llegó a su lado y comenzó a hablarle, las mantas fueron liberándola una a una a medida que él las retiraba.

—Shh, ya pequeña, ya está —le decía al tiempo que la arrancaba del cálido capullo de mantas y la sentaba en su regazo—. Lo siento, pensé que seguirías durmiendo un poco más.

Ella no dudó en aferrarse a él. No lo soltaría. No quería estar de nuevo sola. No la separarían de él. Aquel era su lugar, su calor la calentaba y alejaba el frío en el que siempre vivía.

—No sola —gimoteó al tiempo que le rodeaba el cuello con los brazos—, no sola, John. No sola.

Sintió sus manos vacilantes acariciarle el pelo, su cuerpo se notaba duro en contraste con el suyo más blando, su aroma era picante, especiado y le gustaba. Se sentía bien en sus brazos, protegida.

—Atryah no sola —musitó ocultando el rostro contra su cuello, acurrucándose todavía más en su regazo.

—No, pequeña, no volveré a dejarte sola —le susurró él al tiempo que le acariciaba el pelo —. Lo juro, no estarás sola nunca más.

Ella suspiró, comprendía sus palabras, sentía la verdad en sus emociones y eso la calmaba. El miedo fue cediendo y dio paso al calor y al bienestar, le gustaba esa sensación de protección, de sosiego, el latido de su corazón se relajaba y acompasaba al de él que notaba bajo la palma abierta de su mano. Empezó a aflojar su agarre, sus manos se deslizaron hasta posarse sobre los hombros, la lana del jersey en pico que llevaba puesto era suave bajo sus dedos, le gustaba esa sensación. Sus ojos empezaron a seguir un camino ascendente, le acarició la barbilla y frunció el ceño al notar como le raspaba ahora los dedos. Los labios suaves y colorados llamaron su atención, le delineó el bigote con la yema del dedo, conoció cada plano de su rostro y se lo grabó en la memoria mientras se veía a sí misma reflejada en aquellos ojos azules; una mirada cálida, limpia y curiosa por ella.

—John —pronunció una vez más su nombre. Sonrió y buscó sus manos para que él pudiese tocarla también, quería que la conociese, que asociase ese rostro que veía a su nombre—. Atryah… esta es Atryah.

Él deslizó la mano por el rostro, le acarició la mejilla con un rasposo pulgar pero no dejó sus ojos en ningún momento.

—Gracias… por… libertad —insistió ella, esforzándose por encontrar las palabras adecuadas.

Ambos se quedaron mirándose el uno al otro, observándose y maravillándose de su mutua presencia, entonces él acortó la distancia entre ambos y acarició sus labios con los propios en un primer beso que hizo que se estremeciera de los pies a la cabeza con sumo placer. El contacto fue breve y ella deseaba que lo repitiese pero ni siquiera pudo pedirlo pues su estómago eligió ese momento para hacer acto de presencia.

Parpadeó varias veces y bajó la mirada hacia el lugar del que provenía el ruido, sus manos acompañaron el movimiento.

—¿Atryah… hace ruidos?

La expresión perpleja del hombre dio paso a una sonora carcajada que ella sintió al estar sentada todavía en su regazo.

—Sí, parece que tu estómago tiene alguna queja que hacer —le dijo sonriendo de buen humor—. ¿Tienes hambre, pajarillo?

¿Hambre? Comprendía la palabra, el significado que encerraban, pero ella nunca había padecido hambre, sed o cualquier otra cosa.

—No lo sé —aceptó y deslizó la mirada más allá de él—. Yo… no conozco el hambre… Atryah… no conoce el sueño… o la sed. John, ¿tú me enseñas?

Ella frunció el ceño una vez más, conocía infinidad de lenguas, de idiomas, algunos de ellos ya extintos, había escuchado todos y cada uno de ellos pero nunca los había utilizado realmente por lo que construir las frases le estaba costando.

—Um… Atryah… um… yo conozco… tu lengua… muchas lenguas, yo… intento hablar… mejor. Lo prometo. Pero… ahora… confusa.

Él negó con la cabeza al tiempo que le acariciaba el rostro y la deslizaba de su regazo de

nuevo sobre la cama.

—Te entiendo incluso sin necesidad de palabras —le aseguró al tiempo que se levantaba de la cama—. Lo estás haciendo muy bien.

Ella asintió y no tardó en tenderle la mano, no quería quedarse sola de nuevo y él ya se alejaba.

—John, no… no te marches… no sola.

Él se inclinó sobre ella una vez más y ahora la besó en la frente. Ella prefería que la hubiese besado como antes, la sensación había sido mucho más intensa.

—No me iré a ningún lado, pero tendremos que prepararte algo para que puedas comer y tu estómago deje de protestar —aseguró al tiempo que entrelazaba su mano en la de él—. ¿De acuerdo?

Ella respondió poniéndose en pie en la cama para luego saltar al suelo sin soltarse de su mano. Su rostro mudó rápidamente la expresión mientras bajaba la mirada a sus pies.

—Frío —declaró maravillada, sus dedos se movieron contra el desnudo suelo de madera —. Siento el frío.

Él la recorrió con la mirada y sacudió la cabeza, acto seguido deslizó la mano por su cuerpo sin llegar a tocarla y su túnica desapareció en favor de un vestido de punto, *leggins* y suaves y cálidas botas a juego. El color azul claro con motivos blancos hacía juego con sus ojos.

Ella dejó escapar un pequeño gemido y sonrió ampliamente, su mirada y sus manos tocaron la tela recorriéndose hasta la punta de las botas, giró sobre sí misma, dio un par de pasos y regresó hacia él.

—Ahora es cálido —le dijo abrazándose a sí misma—. Atryah… dice gracias, John.

Él asintió.

—Es un placer para mí, pequeña.

Ella acortó entonces la distancia entre los dos y repitió para el asombro del Guardián, su anterior beso, la calidez de sus labios contra los suyos era agradable.

—Me gusta esto… —aseguró y como si su estómago tuviese dudas al respeto rugió de nuevo.

John esbozó una lenta sonrisa y dio un paso atrás, lamiéndose los labios por instinto.

—Será mejor que primero te prepare algo de comer —insistió él y se giró hacia la puerta, dónde la esperó—. ¿Sopa?

Ella recorrió rápidamente la distancia que los separaba y se mantuvo a su lado.

—Atryah no sabe que es sopa… pero yo… estoy dispuesta a aprender.

Él sonrió sin poder evitarlo, su ternura e inocencia le recordaba a él mismo en otro tiempo.

—No me cabe duda de que vas a resultar una alumna muy aplicada, cariño —aceptó al tiempo que posaba la mano en la espalda de ella y la guiaba a la sala contigua, acomodándola en la isla de la cocina.

Era extraño tenerla allí, frente a él, saber que hasta hacía pocas horas no era sino un eco en su mente, una certeza que no se atrevía a confirmar con palabras. La mujer sentada frente a él al otro lado de la mesa y que miraba con profunda concentración la cuchara entre sus dedos era una desconocida para él, y a pesar de ello, su alma la reconocía, la veía como a una gran amiga largo tiempo olvidada, ese pedazo que siempre había estado buscando sin saberlo realmente; la otra mitad que formaba su propia alma.

Sacó el cuenco de sopa de fideos ya preparada del microondas y tras ponerla en un plato la llevó a la mesa, dejándola frente a ella. La forma en que se quedó contemplando la vajilla le encogió los intestinos. Él conocía aquella mirada, reconocía las emociones que la atravesaban sin

piedad por que habían sido las suyas propias cuando vio el mundo por primera vez y tuvo que enfrentarse a la recién adquirida humanidad.

—Está bien, pequeña, un solo paso cada vez —le dijo quitándole suavemente la cuchara de las manos y mostrándole como sujetarla—. Lo haremos juntos, ¿de acuerdo?

Ella se lamió los labios, sus ojos mostraban una dependencia y gratitud que lo apabullaban.

—Atryah… conoce… pero no entiende… —musitó. Su mirada bajó entonces sobre su mano, la cual envolvía la de ella—. Recuerdos… memorias… vidas de otros… Atryah… yo… yo las vi aquí —señaló su pecho—, las sentí aquí… pero… yo nunca… no vida… no hasta ahora… Tú vida… No, tú… tú eres… vida… para mí.

Él se acuclilló a su lado y la contempló.

—Atryah… perdida… —continuó ella, sus ojos empezaron a empañarse otra vez con el brillo de las lágrimas—. Sin tiempo… sin vida… el final…

Le cubrió los labios con los dedos. No deseaba oírlo, podía sentir lo que ella quería decir en su propia alma, lo sintió en el preciso momento en que tomó su mano. La vida de ambos estaba condicionada, tenía fecha de caducidad, una cuenta atrás que se había puesto en marcha en el mismo instante en que había tomado su mano.

—Mírame —le ordenó. Su voz sonó suave a pesar de su intensidad—. Sé cómo te sientes, porque yo me sentí de la misma manera una vez. Sé que la perspectiva de tener una vida asusta, que da miedo no saber que hay ahí fuera… Pero no vas a enfrentarte sola a ello, yo caminaré a tu lado.

Ella parpadeó, bajó la mirada a la cuchara que todavía sostenía y luego a él.

—Vida… conciencia… libertad… —resumió—, me causa miedo y me causa felicidad… Estoy… confundida.

Él asintió y le acarició la mejilla con los dedos.

—Eso es lo que se conoce como vida, Atryah —le aseguró—. Una sensación que provoca tanto miedo como inseguridad.

Ella miró de nuevo el líquido humeante y la cuchara. Entonces se giró hacia él y le tendió el cubierto.

—Enséñame… la vida —le dijo—. Enséñame el mundo… tu mundo, John.

Cogió la cuchara y volvió a ponérsela correctamente en la mano.

—Lo haré, pequeña, te lo prometo —asintió. Con suavidad guio su mano al plato y sumergió la cuchara en el líquido—. Daremos un paso por vez.

Ella era como un infante empezando a dar sus primeros pasos, igual de inocente y delicada, con la misma acuciante necesidad de aprender, de absorber conocimientos que lo había consumido a él en más de una ocasión. Pero Atryah no estaría sola, no sufriría en soledad mientras intentaba aprender a vivir, el tiempo que el destino tuviese a bien entregarles, lo pasaría junto a ella.

Quería conocerla, saberlo todo de la inocente y cariñosa beldad que completaba su alma, porque en lo más profundo de su ser sabía que solo ella existía para él, como él para ella.

Tenía un largo camino por delante, pero disfrutaría de cada instante mientras la tuviese a ella.

—¿Lo intentamos con la sopa?

Sus ojos bajaron al plato y lo miraron con concentración, entonces asintió.

—Sopa —repitió y permitió que él le condujese la mano para guiarla—. Sí, Atryah, lo intentará.

CAPÍTULO 5

Un mes después…

Mirarla era una buena forma de pasar el tiempo, de aprovecharlo, los minutos empezaban a contar como si fuesen años y era necesario atesorar cada uno de ellos como el más precioso de los recuerdos. Su risa ligera e inocente era contagiosa, el brillo en los pálidos ojos azules se hacía más intenso con cada nuevo paso que daba en un mundo que hasta hacía poco más de un mes no era si no fragmentos e imágenes de los mementos de otras almas; Atryah gozaba con la vida y él estaba dispuesto a darle todo aquello que pudiese en el tiempo que tenían.

—¡Pájaro! —chilló abriendo los brazos y alzando el rostro al cielo cuando el ave planeó tomando altura por encima de su cabeza. El sonido de los graznidos y el batir de las olas llenaban el ambiente—. John, ¡un pájaro!

Sonrió contagiado por su alegría y asintió mientras caminaba hacia ella a lo largo de la breve extensión de cemento que llevaba a la extraña escultura en forma de gran cuerno de hierro.

—Es una gaviota, Atryah —le facilitó el nombre del ave.

Ella se lamió los labios, unos llenos y apetecibles labios que se moría por volver a saborear. Señor, la deseaba, demasiado a menudo se encontraba malditamente duro por esa mujer.

—Gaviota —repitió el nombre y cerró los ojos como si buscase en su mente la información necesaria para aquella palabra—. Ave marina, habita en zonas de costa… comen… pescado… Pescado. Atryah todavía no comió pescado, ¿podemos probar hoy?

Su forma de hablar había mejorado inmensamente en las últimas semanas, su curiosidad, su afán de superar los escollos la llevaba a ponerse a prueba una y otra vez, a perseguir una meta que solo ella podía ver en su mente.

—¿Quieres comer pescado?

Su rubia melena se sacudió cuando asintió vigorosamente, sus ojos destellaron con aquella intensidad que hablaba por sí sola.

—Atryah quiere probar —aceptó. Entonces frunció el ceño y sacudió la cabeza—. Yo quiero probarlo… por favor. Después. Ahora, vamos allí.

Siguió la dirección de su dedo y entrecerró los ojos para evitar la brillante luz del sol que se abría paso entre los últimos jirones de niebla de una mañana bastante fresca. El viento era una constante inamovible de aquella zona, el color verde de la hierba, el profundo azul del océano y el aroma a sal le conferían una magia especial, era uno de los lugares por los que siempre sintió una gran curiosidad y dónde encontraba paz.

—¿No estás cansada?

Una vez más sacudió la cabeza y desanduvo el camino hasta detenerse frente a él.

—No, estoy bien. —Los ojos claros buscaron los suyos—. ¿John cansado? ¿Tú… estás cansado?

No pudo hacer menos que arquear una ceja ante la atenta mirada de ella, por momentos olvidaba que era capaz de sentir sus emociones, que era como una esponja que se alimentaba y

nutría de su propio ser.

—No, mi niña, estoy perfectamente —contestó acariciándole el rostro con el pulgar.

Ella inclinó la cara contra su mano, cerró los ojos disfrutando de su caricia y al instante siguiente eran sus brazos los que lo rodeaban y su boca la que buscaba la suya sin coacción alguna. Atryah era demasiado mimosa e inocente para su propio bien, y señor, él no era de piedra.

—No, Atryah. —Separarse de ella era una tortura. Sus labios eran una sensación tan agradable sobre los suyos, su curiosidad la llevaba a abrirse a él, a entregarse sin reservas a algo que desconocía por completo—. Ya hemos hablado de ello.

Sus labios se curvaron en un puchero.

—Nada de besos —repitió sus propias palabras, aquellas que había pronunciado demasiadas veces—. Sí, tú hablas mucho… sobre ello. Atryah no.

La reacción de la muchacha lo sorprendió y le causó gracia.

—Paso a paso, mi niña —le dijo al tiempo que le acariciaba de nuevo la mejilla para borrar ese gesto contrariado—. Todo tiene su momento en el tiempo.

Ella sacudió la cabeza y le dio la espalda para empezar a caminar de regreso al camino principal.

—Tiempo, siempre tiempo —la oyó musitar—. Atryah no… —bufó al no encontrar las palabras exactas—. Yo no tengo de eso… se agota… yo… mi vida… sí, mi vida se agota… yo… quiero vivirlo todo… solo vivir contigo, ¿por qué dices siempre que no? Yo te siento… veo tu interior… tú quieres… pero no quieres… me confundes, John.

Una verdad innegable. Su tiempo era breve, su tiempo juntos todavía más y no quería desperdiciar ni un solo instante. Pero el iniciarla en el mundo del sexo no entraba en sus planes más inmediatos. En las últimas semanas había hecho grandes progresos, su dicción era mucho mejor, comprendía los elementos más básicos de la vida y se había adaptado a ellos. Eran sus propias emociones, unidas a las de ella, las que le causaban problemas. Y tenía que reconocer que la culpa era suya, no podía evitar desearla. Cada vez que fijaba la mirada en los rosados labios quería besarla, necesitaba besarla, sentirla cerca de él y se había convertido en una especie de comodín entre ellos. Un premio del que ambos disfrutaban cuando Atryah lograba algún progreso importante, o simplemente necesitaban estar cerca el uno del otro. Había cosas que sencillamente no podía controlar.

—El ser humano no es fácil de comprender, Atryah —le dijo a modo de contestación—, es la más compleja de las criaturas y eso es lo que somos ahora, lo que nos llevaron a ser, la forma en la que nos moldearon. Vive toda una eternidad como ellos y te convertirás en ellos.

Ella bufó.

—Atryah no tiene una eternidad, Antiguo —declaró en voz alta, pues ya había llegado al camino principal mientras que él todavía le daba alcance—. No la tengo.

Una punzada de dolor le atravesó el pecho, el dolor de ella, su desesperación, el temor a un fin próximo a llegar.

—Lo sé, Atryah —aceptó reuniéndose con ella—. Mi tiempo es tan finito como el tuyo…

Ella se giró hacia él.

—Tú has vivido… sin mí… —musitó, parecía a punto de echarse a llorar. Sintió una punzada de culpabilidad, ella podía no ser buena formulando las frases, pero en ocasiones, aquella carencia la hacía plenamente certera—. Yo estaba sola… no quiero estar sola… quiero… quiero estar contigo. Atryah junto a John, ese es mi lugar.

Le cogió la mano y se la llevó a los labios, le besó el interior de la palma como se había

acostumbrado a hacer; una pequeña tregua cuando peleaban.

—Jamás volverás a estar sola, mi niña, nada ni nadie va a separarme ahora de ti —le aseguró con la firmeza de su convicción—. Eres mía, para la eternidad, Atryah… del mismo modo que yo soy tuyo.

Ella ladeó el rostro, entonces asintió.

—Enséñame —pidió. Aquella parecía ser su estandarte—. Siento que soy… no… um… Yo me siento… completa junto a ti… pero… también incompleta… Necesito… te necesito.

Él suspiró.

—Yo también te necesito, cielo, más de lo que puedes imaginarte —confesó, no tenía secretos para con ella—, pero no ha llegado el momento. Tú eres… demasiado inocente… no… no quiero corromperte.

Frunció el ceño, su mirada se clavó en la suya y la escudriñó como si pudiese encontrar la respuesta al enigma del siglo.

—Nadie es inocente eternamente —musitó ella en voz baja—, esa sensación… la he sentido antes… El miedo… la necesidad de protección, el deseo de envolver en capas de algodón y aislar a alguien de todo daño… pero entonces, también existía la dicha, la necesidad de unión, de consumación, un vínculo eterno… El Libre Albedrío lo ha forjado con su consorte… Yo sentí su amor cuando traspasaron mi umbral… sentí el miedo, la indefensión del Guardián vikingo cuando no podía alcanzar a su otra mitad… El sacrificio que el *Cazador* y la *Gypsy Valaco* estuvieron dispuestos a dar… Atryah siente… sintió todo eso a través de las almas… pero… —volvió a sacudir la cabeza, empezaba a resultarle difícil encontrar las palabras adecuadas—. Yo quiero conocer eso en mí, *Antiguo*… John, yo quiero que tú me enseñes eso… quiero entender por qué es tan poderosa esa emoción que llaman amor.

Suspiró, y he aquí una mujer exigente dónde las hubiese, pidiéndole ni más ni menos que lo único que no se atrevía a entregarle. Y no era porque no la amase… Ella lo era todo para él, su vida, su eternidad, inconscientemente la había amado cuando ni siquiera sabía de su existencia, la ansiaba cuando todo lo que podía escuchar era su voz y ahora que al fin la tenía junto a él, era la más exquisita de las torturas, una a la que se sometía con gusto con tal de verla crecer y sonreír. Le daría todo lo que pidiese sin vacilación, pero no la corrompería; al menos uno de los dos, permanecería puro a la corrupción que él había contemplado a lo largo de su extensa vida.

—Si miras en mis ojos verás la respuesta, Atryah —le aseguró—. Encontrarás tu propio reflejo, ya que tú eres el amor para mí.

Ella se acercó a él, tomando sus palabras al pie de la letra.

—Entonces, si ves tu propio reflejo en los míos, ¿serás el amor para mí? —preguntó con aquella ansiosa inocencia—. No lo entiendo, John.

Él le acunó el rostro entre las manos.

—En todos los siglos que llevo sobre la tierra, no he encontrado una sola persona que lo comprenda, mi niña —le dijo con ternura—, quizá por ello no se detengan a analizarlo, sino que se limitar a sentir.

Esa preciosa y pequeña nariz salpicada de pecas se arrugó.

—Escucho tus palabras, comprendo cada una de ellas y sin embargo, no entiendo lo que dices —murmuró curvando sus labios en un breve puchero.

Él se echó a reír.

—Acabas de describir al ser humano —le dijo con buen humor. Entonces la soltó y maniobró hasta tenerla pegada a su costado, con el brazo alrededor de su cintura—. No pienses más en ello, Atryah.

Ella alzó la mirada y su semblante era preocupado.

—Pero, quiero saber… —insistió—. ¿Por favor?

Le acarició la nariz y se inclinó sobre ella.

—En el momento adecuado, mi niña —insistió e intentó aplazar algo que sabía que terminaría sucediendo antes o después—. Ni un segundo antes, ni un segundo después.

Como era de esperar aquello no la apaciguó.

—¿Cuándo es el momento adecuado?

Apoyó la frente contra la de ella y suspiró.

—Cuando ambos estemos totalmente desnudos y cómodamente instalados en una cama.

Ella se apartó entonces, miró a su alrededor y frunció el ceño.

—Aquí no hay cama —murmuró al tiempo que arrugaba la nariz.

No pudo evitar reír ante su inocente respuesta.

—Um… Desnudos… ¿sin ropa? ¿Cómo cuando te metes debajo de ese chorro de agua? —la emoción que leyó en su tono hizo que fuese ahora él quien frunciese el ceño—. Darse una ducha… Sí, ¿cómo cuando te quitas la ropa y te das una ducha?

Abrió la boca y volvió a cerrarla, entonces entrecerró los ojos sobre ella. ¿Qué demonios?

—Um… sí, algo así —aceptó sin dejar de mirarla—. ¿Cómo sabes…? ¿Atryah?

Sus labios se extendieron en una amplia sonrisa.

—De acuerdo —aceptó ella satisfecha con lo que quiera que hubiese comprendido—, cuando sea el momento adecuado, me enseñarás.

Satisfecha con su razonamiento se escabulló de sus brazos y comenzó a caminar solo para emitir un nuevo chillido y señalar un punto en el cielo.

—¡Una gaviota! —declaró indicando un enorme objeto que hacía piruetas en el cielo.

Permitiéndose dejar atrás el difícil momento de explicaciones y sus consiguientes repercusiones, se acercó a ella.

—No es un pájaro —le dijo entrecerrando los ojos ante la molesta claridad. No quería utilizar las gafas de sol, pues ella se había echado a llorar la primera vez que se las puso alegando que le habían robado la vista. Su angustia no era algo que quería volver a sentir—, es una cometa.

Ella se giró a él ante el sonido de una nueva palabra que seguramente no comprendía.

—Co-me-ta —saboreó la palabra, entonces frunció el ceño—. Cometa. Sé que hay palabras que se utilizan para… muchas cosas… esta es una de ellas, ¿verdad?

Asintió y le indicó al hombre que manejaba los hilos desde el amplio campo de hierba.

—Ves a ese hombre, es quien maneja la cometa —le explicó—, el viento hace que se eleve y él la obliga a girar o acercarse con esas tablas de hilo.

Ella siguió su dirección con la mirada y pudo sentir como irradiaba de nuevo aquella contagiosa felicidad y sed de conocimiento.

—Quiero aprender —aseguró entusiasmada—. ¿Por favor?

Él la miró, deslizó luego la mirada sobre el hombre y suspiró. No había nada que le negase, ambos lo sabían y tal parecía que hoy ella iba a aprender como se hacía volar una cometa.

No se dio cuenta de lo duro que podía ser el ascenso por el largo camino de piedra hasta que llevaron medio trecho y Atryah se detuvo para coger aire. La inclinación y longitud del camino ascendente engañaba al ojo humano, solo cuando comenzabas el ascenso entendías que

no era un tramo sencillo, que pudiese subirse a la carrera o al ritmo que su compañera había mantenido hasta el momento. El monumento de piedra se recortaba contra el cielo azul, milenario e inamovible, silencioso centinela del paso del tiempo; algo que le recordaba a sí mismo y su paso por el mundo. Las gaviotas surcaban el cielo dejándose llevar por las corrientes de aire, sus graznidos eran traídos por el viento que deslizaba su mano invisible por la hierba de un intenso color verde mientras el murmullo del mar completaba la orquesta creada por la naturaleza. A lo lejos podía verle la herrumbrosa escultura en la que habían hecho su primera parada y un poco más cerca el amable hombre que les había dedicado la última media hora de su tiempo para complacer a la chica.

Sus risas todavía hacían eco en sus oídos y en su alma, el disfrute que había visto en sus ojos no podía ser pagado con nada, aunque el buen hombre encontraría al llegar a su hogar que la mayor de sus preocupaciones iba a dejar de serlo.

—¿Cansada? —preguntó bajando la mirada sobre ella, quien se había sentado en el bajo muro que enmarcaba el paseo de piedra.

La energía con la que movió la cabeza en un gesto negativo hizo que su pelo rubio saliese en todas direcciones, le gustaba verla con él suelo por encima de sus hombros, enmarcando esa dulce carita y los claros e inocentes ojos.

—No quiero irme —declaró enseguida al tiempo que hacía ademán de levantarse—. Es pronto, quiero ver más…

Posó la mano sobre su hombro y la instó a permanecer sentada, podía notar la ansiedad en su voz como la percibía en su alma.

—No tenemos que marcharnos —le aseguró consiguiendo al instante que ella se relajase —, podemos quedarnos aquí tanto tiempo como quieras.

Ella asintió y dejó escapar un suave suspiro.

—Sí, más tiempo —aceptó y alzó la mirada hacia el último tramo de camino—. He visto este lugar en tu mente, en tus recuerdos estabas con alguien… ese hombre que posee un pedazo de tu corazón… el consorte del Libre Albedrío… Me gusta ese recuerdo, no sentías tristeza, tu soledad no es tan grande cuando estás a su lado.

Intentó buscar en su mente el recuerdo del que hablaba, conectados alma con alma como estaban, ella era capaz de ver en su interior, en su mente y en su corazón. No le sorprendía que le gustase ese recuerdo en particular, todos los momentos que había pasado con su hermano eran una de las pocas cosas por los que mereció la pena vivir tanto tiempo.

—Mi hermano —declaró poniendo voz a sus pensamientos—. Su nombre es Shayler… y es un golfo impertinente dispuesto a meter la cabeza en cualquier lio y preguntar después.

Ella sonrió.

—Sí, Shayler —asintió paladeando el nombre—. Él traspasó mi umbral para acompañar al Libre Albedrío, ella también estaba sola… siempre estuvo sola, como yo… pero entonces él estaba allí y ella ya no estaba sola… Sus almas, ese vínculo es el más intenso y dorado que sentí jamás, su amor… es capaz de todo… Yo quiero conocer esa sensación, quiero saber que se siente…

Sí, lo era. Ese era precisamente uno de los motivos por el que podía estar ahora aquí con ella, sin remordimientos, pues sabía que el amor que se profesaban esos dos sería lo suficiente fuerte como para enfrentarse a la pérdida. El dolor sería efímero porque podrían sostenerse el uno al otro. No podía negar que tuvo muchas dudas al principio, el Libre Albedrío era una entidad demasiado poderosa y su avatar apenas una niña empezando a dar sus primeros pasos, pero Dryah había demostrado ser digna del poder que ostentaba, de la hermandad que la acogió

en su seno y del hombre al que amaba con toda el alma; era digna de que la llamase hermana y la sintiese como tal.

—Pero ahora te sientes triste —comentó sacándolo de sus pensamientos—, le recuerdas y sientes tristeza. ¿Por qué, John? Atryah no quiere que estés triste.

Antes de que pudiese darle una respuesta, abandonó su asiento y lo rodeó con los brazos, acogiéndole en un estrecho abrazo.

—Estoy bien, pequeña —le acarició el pelo y la besó en la cabeza—. Son solo recuerdos…

Ella alzó la mirada y se separó un poco.

—Si este lugar crea sombras en tu alma, Atryah no quiere… yo no quiero estar en él —declaró tras una breve vacilación para encontrar la frase correcta.

Negó con la cabeza y la empujó suavemente, dándole la vuelta para dirigirla de nuevo en el ascenso.

—Las sombras suelen irse cuando hay luz —le susurró al oído—, mientras tú estés cerca de mí, no estaré en las sombras. Este es un lugar que tiene unas raíces muy profundas, raíces con las que en cierta forma me siento identificado. Estar aquí me trae paz, me llena de calma.

Ella asintió, enlazó su mano tatuada con la suya y se mantuvo a su lado.

—Lo sé —aceptó ella mirando a su alrededor para luego fijar la mirada en el punto más alto—, puedo sentirlo… y me agrada. Quiero estar aquí contigo, buscar mi propia paz, hasta que llegue el momento de cruzar el último umbral.

No pudo responder a aquello, no había palabras que pudiesen expresar lo que su alma decía, pero tampoco las necesitó, ella formaba parte de esa alma y con eso era suficiente.

—Ahora, quiero ir allí —señaló la base de la construcción—, quiero verlo todo, quiero poner mis pasos dónde han estado los tuyos, así ambos habremos estado juntos aunque nos separe el tiempo.

Su dulce y preciosa Atryah, ella era todo lo que necesitaba en aquellos momentos, todo lo que siempre había necesitado.

—De acuerdo —aceptó y la instó a seguir subiendo—, veamos si puedo enseñarte un trocito del cielo.

Ella sonrió y se aferró a su brazo, acompasando su paso al de él.

—Subamos al cielo —declaró al tiempo que indicaba con el dedo hacia la parte superior.

Sí, con los doscientos treinta y cuatro escalones que había que subir, podría muy bien acercarse a ese cielo. Estaba decidido a mantenerla a salvo, a enseñarle todo lo que pudiera del mundo mientras el poder que corría por sus venas fuese suficiente para mantenerles ocultos de aquellos que sin duda la querrían a ella de vuelta y también su cabeza. Sabía que había un reloj en marcha, pero desgraciadamente el suyo marcaba un tiempo finito para ambos.

—Y después, quiero comer pescado —declaró como si acabase de recordar lo que le había prometido un momento antes—. Mi estómago no habla… pero lo hará…

Él se rio, no podía evitarlo.

—No te preocupes, gatita —le aseguró—. Comerás todo el pescado que quieras probar.

Satisfecha con aquella renovación de su promesa, continuaron la marcha hasta la base del imponente faro romano en funcionamiento más antiguo del mundo.

CAPÍTULO 6

Seybin no recordaba un momento más desesperante que aquel, o al menos ninguno en el que quisiese pensar en aquellos momentos. Todo a su alrededor parecía ir desmoronándose poco a poco, daba igual dónde mirase, qué consultase, la respuesta era siempre la misma; una que no le gustaba. Las almas seguían arracimándose alrededor de *la Puerta* en espera de que los dos dioses suplentes las hicieran pasar al otro lado, los cazadores habían pasado del desquiciamiento a la locura colectiva y el cansancio empezaba a hacer mella en ellos; solo Nyxx parecía conservar algo de cordura, si bien en su caso, su prioridad era su embarazadísima esposa la cual ocupaba ahora su propia oficina. No quería correr riesgos con esa pequeña humana, el lobo ya había perdido suficiente en la vida, no permitiría que perdiese nada más.

La primera mitad del tiempo que había concedido a los *Guardianes Universales* se estaba acabando, el paso de los días no significaba gran cosa en sus dominios, pero en el mundo mortal, allí dónde suponía que se refugiaban el ladrón y su joya, habían transcurrido ya treinta y cinco días tan baldíos y faltos de resultados como los propios.

El *Antiguo Guardián* los había dejado a todos con un palmo de narices y para ser fiel a sí mismo, tenía que reconocer que en un modo muy retorcido, aprobaba su resolución… aunque hubiese preferido que las consecuencias no cayesen en el felpudo de su propia casa. Con todo, seguía sin poder ver realmente las consecuencias de sus actos, las intuía, oh, sí, y esperaba aunque solo fuese por una vez en su interminable vida estar equivocado.

Un blanquecino girón de niebla pasó ante él con paso lento y desganado, a sus ojos ya ni siquiera podía considerársele un alma. Los ojos vacíos del espíritu se clavaron en los suyos un instante de que alzase una inconsistente mano y se diluyese por completo ante él. Una nueva alma había muerto, perdida para siempre en un limbo del que no podría salir o renacer.

—Maldita sea —masculló entre dientes. Sus ojos violáceos se giraron hacia el otro lado del corredor que se iba ampliando hasta dar paso a la gran caverna en la que se ubicaba la *Puerta de las Almas.*

Aquello no podía continuar, tenían que hacer pasar al otro lado a los jodidos espíritus antes de que se perdiesen más vidas destinadas a reencarnarse.

El panorama que le recibió no era mucho más alentador que el que había dejado horas antes. Las puertas seguían abiertas de par en par, silenciosas, sin aquel murmullo que llamaba a las almas y que llegó incluso a darle dolor de cabeza. Eidryen y Elora permanecían a cada lado del umbral, ayudando a la interminable fila de almas que se presentaban ante ellos a cruzar al otro lado. De sus cazadores solo Silver estaba en la escena, llevando en brazos una pequeña figura, el alma de un infante que se aferraba con sus delgados miembros al cuello del Cazador, sus ojos estaban tristes, hundidos, sin esperanza.

Los ojos del hombre se cruzaron con los suyos, en ellos había tanta pena como en los del niño.

—Las almas que le acompañaban se desvanecieron ante sus ojos —murmuró el Cazador en apenas un susurro—, demasiadas se pierden o se disuelven antes de acercarse si quiera al umbral… No damos abasto, Seybin… ya no sabemos que más hacer.

Sus palabras no necesitaban contestación, por otro lado rara vez se la daba, sus hombres sabían el lugar que ocupaban en su mundo y el trabajo que tenían que realizar; lástima que la única mujer entre ellos no fuese igual de inteligente.

—¿Y la cazadora? —Se negaba a mencionar su nombre. Hacerlo solo equivalía a hundirse más en el error cometido. Para las únicas vacaciones que se permitía en su inmortalidad y había terminado con un problema de proporciones bíblicas que empeoraba con cada instante que permanecían juntos en la misma habitación.

Silver no tardó en darle una respuesta.

—Fuera, buscándola —respondió. Luego sacudió la cabeza—. Es la única que realmente la ha escuchado, que en cierto modo se comunicaba con ella mientras permanecía dentro de la Puerta... Es quien tiene más posibilidades de dar con ella.

El poder onduló sobre su piel haciéndose eco de sus tumultuosas emociones.

—No quiero posibilidades, quiero hechos —declaró con voz profunda y mortal—. Acabo de ver como se desvanecía un alma delante de mí y eso no es algo que contribuya a iluminar mi día, Silver.

El Cazador se limitó a encogerse de hombros.

—Dudo mucho que nada pueda iluminar de nuevo nuestros días, mi señor —declaró él con un resoplido.

Le miró, planteándose durante un segundo quemarle el culo al Cazador, entonces negó con la cabeza y dejó escapar un suspiro.

—Entrégale esa alma a Elora y que la envíe al otro lado —dijo al tiempo que resbalaba una mano sobre la cabecita casi translúcida del espíritu—, y vuelve al trabajo.

Con un seco asentimiento, Silver giró sobre sus talones para cumplir con su orden mientras él deslizaba la mirada a través de la enorme sala. Casi como si la hubiese conjurado con el pensamiento, la vio aparecer entre el grupo más alejado de espíritus, al igual que el resto de sus compañeros vestía pantalones de cuero que moldeaban su esbelta figura, un top y una chaqueta que a juzgar por lo sucia y gastada que parecía, había visto mejores tiempos. Una joven alma cabalgaba su cadera y enterraba los pequeños dedos en la melena castaña que caía en tirabuzones sobre sus hombros mientras otra caminaba a su lado, con la mano aferrada a la suya. Más que una *Cazadora de Almas*, parecía una *asistente social*.

—¿La has encontrado? —La pregunta salió a bocajarro. No tenía tiempo para sutilezas, mucho menos con ella.

Sus ojos azules se abrieron ante la inesperada pregunta y vagaron por la sala hasta encontrarse con los suyos, un pequeño mohín curvó los sensuales labios antes de que estos se abrieran vertiendo toda la indisciplina que habitaba en ese joven y lozano cuerpo.

—¿Tú la ves a mi alrededor? —le soltó con cierto retintín—. No creo que sea tan pequeña como para que me coja en un bolsillo.

Apretó los dientes, tenía que serenarse, tenía que mantener la calma… ¡Y una mierda!

—¡Para qué demonios me sirves si ni siquiera puedes encontrarla! ¡Llevas días sin fin patrullando y no has traído ni una maldita pista! ¡Se supone que la escuchabas!

Ella abrió la boca, entonces volvió a cerrarla y para su sorpresa, le ignoró. ¡A él! Le dio la espalda y caminó paralela hasta el umbral de la Puerta en dónde entregó al niño que traía de la mano a Eidryen y empezó a murmurarle alguna cosa al pequeño que se aferraba ahora con fuerza a su cuello sin querer soltarse.

—Estarás bien a partir de ahora —escuchó que le susurraba—, irás a un lugar muy hermoso, dónde solo hay luz y paz infinita.

Su voz cambiaba completamente cuando se dirigía a las almas, la dulzura ocupaba el lugar de la ironía que utilizaba con él o sus compañeros de armas y a jugar por los resultados cosechados, funcionaba.

Eidryen arqueó una delgada ceja oscura cuando se cruzó con su mirada, el dios era capaz de decir demasiado sin abrir la boca.

—Necesito ese maldita alma eterna de vuelta —insistió una vez ella se dio la vuelta—, me da lo mismo lo que tengas que hacer para encontrarla.

Ella dejó escapar un resoplido y desanduvo el camino hasta detenerse a escasos pasos de él, su mirada se clavó en la suya al tiempo que se llevaba las manos a las caderas y le soltaba su perorata.

—Y qué crees que estoy haciendo, ¿eh? —se quejó—. La colada te aseguro que no, para eso ya tienes a las dos sirvientas con espaditas… ¡Hago lo que puedo, te enteras! ¡Lo que puedo! No sé dónde está. No la escucho. No la siento. No… ¡No puedo! Ella me bloquea… de algún modo sé que lo hace y a no ser que se canse de ello o yo termine convertida en un perro rastreador de almas, ¡no conseguiré una maldita cosa más de lo que ya estoy haciendo!

Hervía, la sangre se le espesaba en las venas ante la necesidad de convertirla allí mismo en un jodido montón de cenizas. ¡Cómo se atrevía a dirigirse a él de aquella manera!

—Eso podría arreglarse —escupió mientras la fulminaba con los ojos.

Ella emitió ese irritante sonido que hacía y habría insistido si en ese momento no hubiesen sido detenidos.

—Niños, niños… —la voz de Eidryen llegó a ellos. El dios se abrió paso entre las almas hasta detenerse junto a ellos—. Dejad el hacha en el suelo, todos estamos preocupados por lo que ocurre pero nada se arreglará si os arrancáis la cabeza el uno al otro; os necesito a ambos para que esto siga funcionando.

Gruñendo por la no deseada intervención, entrecerró los ojos sobre su cazadora.

—Encuéntrala —declaró.

Ella imitó su gesto y aún tuvo más que decir.

—No se ha terminado el plazo que le diste a los guardianes —le recordó con petulancia.

La estrangularía y disfrutaría de ello, oh, sí, lo disfrutaría.

—¡Encárgate de buscar a esa jodida alma! —estalló llevándose en el proceso algunas de los espíritus cercanos—. ¡Y no vuelvas sin ella!

Sus ojos refulgieron con desafío, alzó la barbilla y le dio la espalda para desvanecerse en el aire a los pocos pasos.

—Voy a matarla, cuando termine todo esto… la mataré —siseó y se enfrentó entonces a Eidryen que lo miraba con total y absoluta calma—. Maldigo la hora en que se te ocurrió enviármela de vuelta.

El dios no se amilanó por su mal humor.

—Sabes por qué lo hice.

Fulminándole con la mirada giró sobre sus talones y se alejó con paso decidido. No quería escuchar nada más, las cosas ya estaban bastante jodidas sin que su amigo echase más leña al fuego.

—Deberías ir a hablar con él —sugirió Elora desde su lugar junto a la puerta.

El dios del Destino se giró hacia ella y asintió.

—Supongo que es un buen momento para que dé comienzo el Apocalipsis.

—¿Era necesario que fueses tan duro con ella?

La pregunta resonó en el silencioso y amplio comedor del *Palacio de las Almas*, sentado a la cabecera de una larga mesa de doce servicios, con la lumbre de la chimenea crepitando tras él y jugando con las luces sobre su traje echo a medida, Seybin disfrutaba de uno de sus pecados favoritos; un buen vino.

—Sobrevivirá —declaró sin dejar de mirar el líquido rojo que giraba en el interior de la copa—. Ahora que ya has visto que no me he suicidado ni me he cargado a esa cazadora, puedes

volver a jugar con la *Puerta*.

El dios del Destino ignoró su cálida bienvenida y recorrió la distancia que los separaba hasta detenerse a su espalda, con las manos extendidas hacia el fuego.

—Sin duda está destinada a sobrevivir —comentó él—, de otro modo no estaría aquí.

Seybin se giró en su asiento, su mal humor encendiéndose con la misma facilidad de la lumbre del hogar.

—Si lo está es porque tú la enviaste de vuelta —le recordó—. ¿En qué diablos estabas pensando?

Eidryen se encogió de hombros.

—No me eches a mí toda la culpa, me limité a cumplir con mi parte, como siempre.

Sus ojos claros —del mismo color que los de su hija—, cayeron sobre él.

—Nadie deja el umbral sin el beneplácito de su guardián —le recordó.

Aquello hizo que frunciese el ceño.

—¿Qué quieres decir?

Los labios del dios se estiraron hasta formar una irónica mueca que él conocía bien.

—¿De veras necesitas que te lo diga? —le dijo con ironía—. Tuviste que sentirla en el mismo momento en que sentiste su próxima muerte, fue por ello por lo que la acompañaste a través del umbral. Tu cazadora posee un *alma inmortal.*

Y aquel era una de las consecuencias que se había reservado para sí mismo, una en la que prefirió no pensar, no cuando su pasado insistía en hacerse presente con cada decisión.

—Lo sé —confesó en voz alta.

El dios asintió.

—Ella ha regresado porque está destinada a ser la siguiente… —continuó Eidryen.

¡No!

—¡No! —Su voz se hizo eco de sus pensamientos—. No lo haré otra vez.

Su amigo se acercó y posó la mano sobre su hombro.

—Seybin, las almas empiezan a perderse por el camino, se diluyen impidiéndoles el paso al otro lado y la oportunidad de renacer —le informó—, algunas empiezan a resistirse a cruzar el umbral y mueren en este lado, otras pierden el rumbo y vagan incapaces de encontrar el camino… Son demasiadas y los cazadores no dan abasto… Sin ella para que las guíe… no sé cuánto más podremos aguantar hasta que el Equilibrio se resquebraje por completo.

La copa cayó sobre la mesa y tiñó la madera de caoba con el vino del color de la sangre fresca cuando se levantó, su nerviosismo lo llevó a caminar de un lado a otro antes de girarse y enfrentarse a su amigo; el único que tuvo a bien tenderle la mano cuando todo su mundo se hizo pedazos.

—No puedo sentirla, Eidryen —declaró con indefensión y enfado por su incapacidad—. Su aura es cada vez más apagada… sé que se muere, lo sé, pero soy incapaz de dar con ella. Mi cazadora la ha sentido, la ha escuchado incluso cuando yo dejé de hacerlo pero ¿de qué sirve?

El dios del Destino asintió al comprender.

—Esta búsqueda no es más que una excusa, una manera de evitar permanecer de brazos cruzados —resumió el dios.

Seybin asintió.

—La realidad es que aunque diésemos con ella, con el Guardián… —negó con la cabeza ante la impotencia que lo consumía—. Ella tendría que desear regresar por sí misma, sin coacción, de la misma forma que deseó abandonar su Puerta… y no lo hará… ¿Quién quiere vivir encerrado cuando ha probado la libertad?

El dios del Destino dejó escapar un cansado suspiro.

—La Puerta no aguantará así durante mucho más tiempo, cuando su avatar pase al otro lado… —murmuró.

Él asintió.

—El Equilibrio se desestabilizará por completo, la trama del universo quebrará y el mundo de las almas empezará a mezclarse con el de los mortales… Y todos nos iremos a la mierda.

Los ojos claros del dios se encontraron con los suyos, una insondable calma vivía en ellos, haciéndose eco de los múltiples destinos que podía alcanzar aquel inminente desastre.

—La *Puerta de las Almas* necesita un nuevo avatar —declaró sin más.

Él asintió.

—Lo sé —aseguró con voz monótona—. Pero no puedo darle lo que desea… no otra vez.

Su amigo emitió un bajo chasqueo.

—No puedes vivir eternamente alejado de lo que deseas.

Seybin no pensaba lo mismo.

—En eso te equivocas —la rabia teñía ahora sus palabras.

El dios suspiró.

—Llevas una penitencia demasiado larga, Seybin —le aseguró con tranquila aceptación—. ¿No has pensado que quizá este sea el momento correcto para ponerle punto final?

Se estremeció y cerró los ojos con fuerza cuando el pasado volvió con fuerza, arrancándole del presente.

—Esa penitencia jamás terminará —aseguró con convicción—, no lo hará hasta que lo pierda todo…

Apenas podía recordar lo que se sentía siendo humano, lo que era sentarse al lado de su esposa, abrazar a sus hijos… Todo lo que vivía en su alma después de tanto tiempo era el recuerdo de sus muertes y la matanza que la había llevado a cabo.

La rabia, la desolación y la desesperanza que siguió a su partida asesinó cualquier humanidad en su interior, se convirtió en un ser frío, despiadado, un señor de la guerra que no dejaba ni un solo alma con vida a su paso. En un tiempo en el que la gente solo vivía de supercherías, se labró la reputación de un hombre sin alma, alguien que recolectaba la de los demás en sus cruentas matanzas porque había perdido la suya cuando su familia se la llevó al infierno; el Señor de las Almas, terminaron llamándole.

La venganza fue su único alimento, el ansia de lucha y la necesidad de terminar con su propia vida lo llevaron a combatir como un loco y a reírse en la cara de la muerte, pero su experiencia o quizá fuese el fuego que lo consumía hacían de él alguien difícil de matar.

Y entonces llegó la que sería su última batalla, aquella que lo encontró con la espada alzada contra un indefenso niño. Su mano vaciló, la inocencia en los claros ojos y su propia imagen reflejada hizo que su conciencia despertase durante una décima de segundo, que el hombre que había jugado con sus propios hijos, que los había arropado en el catre saliera a la superficie y por primera vez en muchos años, reconoció su propia alma. Bajó la espada y miró a su alrededor viendo la muerte que había causado, sintió el peso de sus pecados y poco después el cuchillo de una mujer hundiéndose en su corazón desde atrás. Nunca llegó a ver su rostro, pero sus palabras quedaron grabadas para siempre en su interior.

«*Que las almas que has robado sean tu penitencia y tu redención*».

La muerte se lo llevó y cuando volvió a abrir los ojos se encontró ante las siete puertas del *Kur*; el inframundo sumerio. *Ereshkigal*, la reina del inframundo lo recibió para imponerle su penitencia:

«Las vidas y almas que arrebataste en tu anterior esencia, serán las que ahora tendrás que vigilar y acompañar a su morada final, más allá del umbral que las acogerá en su seno».

La diosa le entregó un reino vacío y una expiación a la que se aferró con todo lo que tenía, pensando que quizá, algún día, podría encontrar entre ellas a su propia familia; una vana esperanza que terminó convirtiéndose en amargura y soledad.

Pero todo lo que encontró fue a un joven dios metomentodo que se negaba a abandonar sus dominios. Él se había acercado a él para decirle que su penitencia no sería eterna, fue el único que a pesar de echarlo, volvía una y otra vez.

«No todo está perdido para ti, Seybin. Llegará el día en el que tu corazón lata de nuevo por una mujer, pero tendrás que elegir entre morir con ella y perder todo por lo que has luchado o sacrificarla y aceptar el castigo y la condena que tus dioses han impuesto para ti».

No, jamás volvería a abrir su corazón, no sería tan vulnerable de nuevo ante nadie. *Stara* y sus hijos todavía estaban allí en algún lugar y no se iría a ningún lado hasta que pudiese rogar su perdón por no reunirse con ellos.

—No, Eidryen, nadie más… —declaró mirando al mismo dios que trajo a su puerta el destino del que era prisionero—. No sacrificaré a nadie más.

CAPÍTULO 7

Atryah dejó escapar un profundo suspiro ante la imagen que le devolvía el ordenador. Aquella era su pequeña ventana al mundo, la que le explicaba y mostraba lo que John no tenía tiempo o interés en explicarle. Su mirada recorrió una vez más la foto que había encontrado, la de una pareja abrazada y mojada bajo la ducha. Ambos estaban desnudos, sus cuerpos entrelazados y sintió un pequeño escalofrío al superponer su propia identidad a la de la mujer, y la de John a la suya propia, la idea le aceleró la respiración e hizo que le hormiguease la piel.

—El momento adecuado —musitó acariciando la pantalla con los dedos. Al otro lado de la sala podía escuchar el correr del agua, John había recogido las cosas de la cena y se había retirado para llevar a cabo el ritual de cada día.

Se mordió el labio inferior y volvió a mirar la imagen. Deseaba eso, quería que él la besara, le gustaba la sensación de sus brazos alrededor de su cuerpo, la figura dura de él contra sí era algo extraño pero la hacía sentirse cerca de él, más cerca de lo que estaba ahora y eso le gustaba. No entendía por qué él se echaba atrás, porque la apartaba cuando toda su alma gritaba que la apretase y la mantuviese cada vez más cerca.

Resopló. Quería lo de esa foto, quería ese «momento adecuado» y si John necesitaba una cama para ello, había una bien grande en el dormitorio dónde dormía.

—Este es un momento adecuado —llegó a la conclusión. Se levantó y se echó la melena rubia sobre el hombro—, Atryah está segura.

Y con ese convencimiento en mente cruzó el amplio salón y se detuvo ante la puerta de madera que siempre dejaba entreabierta para poder escucharla si necesitaba alguna cosa. Se mordió una vez más el labio inferior, aquella no era la primera vez que se asomaba a mirar, la curiosidad la había llevado a atreverse a cruzar el umbral y contemplar el magnífico ejemplar masculino bajo la ducha. Y con aquella pequeña travesura había llegado también una nueva cantidad de emociones que no conseguía comprender por completo. Su cuerpo reaccionaba a su presencia, calentándose y humedeciéndose, haciéndola pasar un incómodo momento.

Dio un nuevo paso adelante, empujó con suavidad la puerta y lo vio. La mampara de la ducha ocultaba su cuerpo desde las caderas para abajo tras un cristal opaco mientras que la parte superior era totalmente transparente. Estaba de espaldas a ella, el agua caía desde la manguera deslizándose sobre su cuerpo, el pelo le caía húmedo sobre el cuello, su color castaño se oscurecía con la humedad. La espuma del jabón perlaba un torso esculpido y de músculos definidos, su piel dorada se realzaba con la humedad, incluyendo la suave línea de vello que salpicaba su pecho y se deslizaba hasta unos perfectos y marcados abdominales y aquellas delgadas caderas… Cuando más lo veía, más se le humedecía la boca, su respiración se aceleraba y la humedad entre sus piernas se incrementaba.

Su mirada descendió y frunció el ceño ante la forma difusa que se veía, sabía que había allí, la forma firme y deliciosa de sus glúteos, unas piernas largas y fuertes, por no hablar del magnífico pene que se alzaba erguido en cada uno de sus fugaces vistazos. Lo sabía porque lo había visto salir de la ducha y envolverse una pequeña toalla alrededor de las caderas nada más terminar.

Él nunca era consciente de su presencia, aquel era su pequeño secreto, un momento únicamente suyo que no quería compartir con él, al menos hasta que él decidiese que los besos

eran algo increíble y que necesitaba dárselos una y otra vez.

Vio cómo se pasaba las manos por el pelo y como la espuma se deslizaba de su cuerpo. Tomó una nueva y profunda respiración para darse valor, abrió la puerta y sin quitarle la mirada de encima se quitó el delicioso y cálido pijama que él le había proporcionado. La camiseta y los pantaloncitos quedaron sobre un mueble, le siguieron las braguitas y los gruesos calcetines; no le molestaba la desnudez, de hecho, disfrutaba de la libertad que le daba la falta de ropa.

La emoción que le ofrecía hacer algo por sí misma la llevó a caminar con decisión hacia la ducha, abrir la mampara y asaltar a un más que sorprendido John.

—Atryah, ¿qué demonios…?

No le dejó protestar, pegó su delgado cuerpo al suyo y le rodeó el cuello con los brazos tal y como había visto hacer a la modelo de la foto.

—Dijiste que me enseñarías cuando «fuese el momento adecuado» —le dijo con una amplia sonrisa—, y no estuviésemos vestidos… como en la ducha… Ahora, ¿me enseñas?

Se quedó sin palabras.

Su cuerpo delgado y desnudo, sus senos pegados a su pecho y aquellos brazos alrededor de su cuello. Le resultaba difícil pensar o hacer siquiera algo con sus manos que no fuese tenerlas en el mismo lugar que las tenía ahora, sobre sus caderas. El agua de la ducha la empapaba, hacía su piel más cremosa y deliciosa, y su sonrisa, el brillo de sus ojos… incluso su erección saltó contra el suave vientre al ser consciente de su cuerpo… de su presencia.

—Atryah… —musitó su nombre. No estaba seguro de si debía reñirle y apartarla de él o sucumbir de una vez por todas al deseo y reclamarla por completo como deseaba—. ¿Qué voy a hacer contigo?

Su dulce sonrisa le llegó al corazón, sus ojos brillaban y se la veía expectante. Los adorables labios se encontraban hinchados, sin duda porque se los había mordido y le resultaban irresistibles.

—Quiero un beso… por favor.

Y él era incapaz de decirle que no a su petición porque estaba deseando probarla, necesitaba hacerlo, darse un pequeño capricho que le dijera que lo estaba haciendo bien, que eso era lo que tenía que hacer por ella.

La besó, tomó su boca suavemente y gruñó cuando ella se abrió dejándole probar su miel. Bebió de ella, con sed, sus manos cambiaron de lugar, le acarició aquel delicioso trasero y hundió la mano en el pelo para acercarla más a él. La deseaba, se moría por hundirse en ella y su respuesta era tan ansiosa como su hambre.

Pero ella no tenía experiencia, no sabía realmente en dónde se estaba metiendo y él sería un hijo de puta si tomaba ventaja de ello.

Lentamente dejó su boca y se deslizó a su cuello, la mordisqueó, arrancando pequeños jadeos de su garganta. La mano en su pelo mantuvo la presión, sujetándola inmóvil mientras continuaba hasta la depresión de su hombro. La giró y la aprisionó contra la pared de azulejos, fuera del chorro de agua del grifo y deslizó la mano de su trasero al interior de sus muslos dónde la encontró ya húmeda y caliente.

—Ah… John… —pronunció su nombre, su cuerpo se tensó ante la inesperada y desconocida caricia—. Calor… es… extraño…

Deslizó una vez más el dedo por los húmedos pliegues notando su calor, deleitándose con su inocente respuesta. Repitió la caricia un par de veces más hasta que las manos de ella

abandonaron su cuello y descendieron por sus brazos.

—No… no puedo… pensar… —gimió, su respiración acelerada—. Es… es asombroso… caliente… te siento muy cerca de mí…

Él la observo al tiempo que bajaba la boca sobre su pecho y le lamía el pezón con suavidad al tiempo que la acariciaba entre las piernas.

Sus gemidos se mezclaban con palabras incoherentes, entonces sus ojos se perlaron con lágrimas, algo que lo sorprendió.

—Atryah… —pronunció su nombre, dejó de acariciarla y le rozó la mejilla con los nudillos—, ¿estás bien?

Ella sacudió la cabeza.

—No… no entiendo lo que me pasa… —musitó—, es todo tan intenso… duele… pero sin doler… Yo… no sé…

Cerró los ojos y se maldijo a sí mismo por su estupidez.

—Shh —le susurró y le besó los labios—. Lo arreglaremos… lo prometo.

Y sin darle tiempo a contestar, volvió a capturar sus labios, hundiéndole la lengua en la boca, buscando una respuesta antes de sumergirse de nuevo entre sus piernas, acariciándola para deslizar seguidamente un dedo en su prieto interior. Su cuerpo reaccionó al instante, tensándose ante la inesperada y extraña invasión solo para relajarse al momento siguiente y disfrutar.

Su boca tomó el suave grito de su orgasmo, retirándose lentamente de ella la condujo bajo el chorro del agua y la abrazó mientras todavía temblaba sacudida por la marea de nuevas sensaciones que recorría su cuerpo.

—¿John? —pronunció su nombre, sus manos deslizándose por sus brazos—. ¿Estás enfadado con… conmigo?

Él apretó los dientes y negó con la cabeza, entonces se apartó de ella y la miró.

—Yo… solo quería enseñarte el momento adecuado —insistió ella sin dejar de mirarle—, pero tú ahora estás… tus emociones… son intensas, extrañas… Siento tu enfado, tu incomodidad… Atryah lo siente… Perdóname.

Le acarició la mejilla y ahuecó su rostro entre las manos.

—Deja que sea yo quien diga dónde y cuándo es «ese momento adecuado», ¿de acuerdo? —pidió.

Ella frunció el ceño y miró a su alrededor.

—Pero tú dijiste…

Siseó y se inclinó sobre su boca.

—Olvida lo que dije, Atryah y solo prométeme que no volverás a ponerte en esta situación —pidió acariciándole los labios con su aliento—. No soy un santo, pequeña, estoy muy lejos de serlo y tú eres el más delicioso de los pecados…

Ella se apretó una vez más contra él, su cuerpo encajando perfectamente contra el de él.

—No puedo prometerte algo que no sé si podré cumplir —declaró con un suspiro—. Nací para estar cerca de ti, así de cerca, no quiero permanecer lejos… he pasado demasiado tiempo lejos, no quiero volver a estarlo de ti.

Y maldito fuera él si no sentía lo mismo, terminaría sucumbiendo, lo sabía, ya que él tampoco podía permanecer lejos de ella.

—Me estoy durmiendo, tengo la sensación de que no hago otra cosa en todo el día —se quejaba Ariadna—, y mira mis pechos, señor, nunca los he tenido tan grandes y me molesta

hasta el maldito sujetador. ¿Y recuerdas el pantalón que me compré? ¡Pues ya no me abrocha! No hay ropa en la que coja…

Aquella era la cantinela que llevaba recitando su esposa toda la semana, Lyon no podía ni quería imaginarse cómo serían las cosas cuando estuviese realmente gorda con su hija. Amén a su interminable paciencia, la experiencia estaba resultando bastante desconcertante; dos meses atrás había sido simplemente un hombre soltero, sin preocupaciones y ahora tenía una esposa y un bebé en camino. La paternidad lo aterraba tanto como lo ilusionaba. Él, de entre todos los Guardianes era el que no había pensado ni una sola vez en el futuro, en formar una familia y ahora sería el primero en hacerlo.

Sus ojos verdes se alzaron del sofá en el que estaba cómodamente instalado comprobando algunos papeles y se posaron en Ariadna. Ella posaba ante el reflejo de la ventana del despacho que tenía en el hogar de acogida y se aupaba los pechos con las manos mientras se miraba de perfil, su tripa todavía no había empezado a hincharse por el embarazo. Estaba radiante, tenía que admitir que la maternidad le sentaba de maravilla, la punzada de deseo que sintió al contemplarla le daba la razón. Empezaba a pensar que seguiría deseándola con locura incluso cuando estuviese inflada como un balón de playa.

—Tienes un centro comercial a un par de manzanas, tesoro —le recordó—. Te llevaré a comprar lo que necesites en cuanto termine con esto.

Había comenzado a convertirse en un experto a la hora de torear a su mujer, le asombraba tener respuestas para todo, pero bueno, su trabajo en el hogar le había dado más que suficiente experiencia para lidiar con respuestas imprevistas. No sabías realmente lo que era tener el agua hasta el cuello hasta que tenías que lidiar con críos de todas las edades o una adolescente respondona.

Ella resopló y recorrió la distancia que los separaba para dejarse caer en el sofá y arrellanarse en él.

—¿Y vas a dejarme de nuevo en la puerta mientras tú esperas en la cafetería? —le soltó con profunda ironía—. Así no es divertido ir de compras, Lyon.

Él se encogió de hombros.

—Siempre puedes llamar a alguna de las chicas para que te acompañe.

Ella resopló.

—¿A quién? Keily está a estas horas trabajando en el museo y Dryah —alargó la palabra para luego suspirar—, esa chica es… bueno… peculiar cuando menos. Qué le pasa conmigo, ¿eh? Es como si me evitara.

Él dejó lo que estaba haciendo y la miró.

—¿Dryah? ¿Evitarte? Doña, ¿meto las narices en todos lados y a la porra las consecuencias? —rezongó Lyon—. ¿Qué le has hecho?

Ella puso los ojos en blanco y se estiró para pegarle con la mano en el brazo.

—Nada en absoluto —declaró alzando las manos—. Keily es un cielo, he hablado mucho con ella y me cae muy bien y lo mismo con todos los demás, incluso tengo más roce con Shayler que con ella. No sé, hablamos si me la encuentro y es cálida, pero de un tiempo a esta parte tengo la sensación de que me evita. Y cuando hicimos la fiesta para el bebé, llegó un momento en que se puso totalmente blanca y huyó… No lo entiendo, la verdad.

Lyon sonrió ampliamente al imaginarse la escena.

—Dryah en muchos aspectos es todavía una niña…

Ella le miró escéptica.

—Puede tener la apariencia de una veinteañera, Lyonel, pero ambos sabemos que es más

vieja que la mugre.

Él se echó a reír.

—Tú te has criado como mortal y entre mortales, tesoro, ella lleva poco menos de dos años viviendo en este mundo, aprendiendo sus costumbres y haciendo frente a un poder y a unas responsabilidades demasiado duras. Temo que, para desgracia del cachorro, la maternidad es algo que le viene muy grande en estos momentos. Tenías que haber visto su cara cuando Nyxx la trajo tras pasar un día con Lluvia, la mujer del Cazador está ya de siete meses y nuestra Oráculo llegó blanca como el papel y balbuceante. A Shayler le llevó un buen tiempo calmarla. Hay cosas que hoy por hoy, tan naturales como os pueden parecer a vosotras, para ella son totalmente nuevas y extrañas. Y el tener un bebé… lo es.

Aria asintió un tanto sorprendida. Lyon acababa de darle una información que hasta el momento desconocía. Sabía que la mujer del Juez era el Libre Albedrío y lo que eso implicaba, pero no pensó que en realidad fuese tan joven.

—Me parece que todavía tengo mucho que aprender y averiguar sobre vosotros.

Él sonrió.

—Tómatelo con calma, las cosas andan bastante revueltas desde la desaparición de John —resopló—. Todos estamos un poco tensos, especialmente Shayler.

Ella lo miró.

—¿Todavía no se sabe nada de él?

Lyon negó con la cabeza.

—Nada en absoluto, escomo si se lo hubiese tragado la tierra —aceptó—. Y a esa chica que supuestamente se robó, también.

Ella frunció el ceño.

—¿Estás seguro de que se la robó? Si bien no conozco a ese Guardián, si se parece en algo a su hermano, no creo que tuviese problema alguno para que una mujer se fuese voluntariamente con él —comentó ella.

Él se encogió de hombros.

—Todo lo que sé, es que Seybin la quiere de regreso —aceptó con un profundo suspiro—. La Fuente ha puesto precio también a su cabeza y Shayler está que se sube por las paredes por ello. Hemos hecho de todo para intentar localizarle y no hay manera, no sé cómo demonios lo hizo, pero nos tiene a todos girando sobre nosotros mismos.

Él chasqueó la lengua.

—Y los *Cazadores de Almas* tampoco dan abasto, Nyxx dice que aquello se asemeja más a un campo de guerra que a otra cosa —continuó—. Las almas aparecen por doquier, algunas son incapaces de encontrar el camino por sí mismas y otras se extinguen antes de llegar siquiera al umbral de la Puerta… Es un desastre.

Ella se estiró.

—Si bien no conozco a John, me parece que su actitud está siendo un tanto infantil —declaró ella—. Huir nunca ha solucionado los problemas de nadie, al contrario solo hace que se hagan más grandes.

Lyon sacudió la cabeza.

—Hay demasiado en John que todavía no ha visto la luz, demasiado oculto y temo que esta desaparición sea solo el principio de un final que ninguno deseamos.

Con un profundo suspiro besó a su esposa en la sien y se levantó.

—Prepárate para salir, voy a archivar esto y hablaré con Sierra de una buena vez antes de que decida añadirla yo mismo a la lista de problemas colectivos.

Ella sonrió sin poder evitarlo.

—¿Qué ha hecho ahora?

Lyon cruzó la habitación hacia el archivo dónde empezó a colocar los papeles.

—Ha decidido dejar el alojamiento del Campus y quiere mudarse a un apartamento que parece ser encontró por su cuenta —respondió poniendo los ojos en blanco.

—¿Y cuál es el problema con ello? —insistió—. No veo nada malo en que prefiera vivir por su cuenta.

Él se giró para mirarla.

—Si hubieses visto ese cuchitril, lo entenderías —declaró—. Las cucarachas viven mucho mejor que ella.

Ella arqueó una ceja y sonrió.

—Sabes, ahora mismo me has recordado a Sharien, él se portó de manera parecida durante mis primeros años en la facultad —se rio—. Tampoco aprobaba que me independizara. Lyon, Sierra tiene ya dieciocho años, su vida no ha sido fácil, es muy loable que quiera independizarse y labrarse un futuro por su cuenta.

Él resopló.

—Si fuese así, lo entendería, pero su motivo para dejar la habitación del Campus es porque tenía que convivir con dos muchachas más, dos extrañas para ella —sacudió la cabeza—. Necesita hacer amigos, conocer a gente de su edad, no aislarse más.

Ella asintió.

—Entiendo que para ella, la confianza puede llegar a ser casi un desafío —aceptó sabiendo que ella misma había tardado en ganarse dicha confianza.

Él asintió.

—Lo es —aceptó—. A Shayler le costó un mundo llegar a ella al principio, pero tengo que reconocerlo, su insistencia y perseverancia dio frutos. Ahora conoces a la Sierra de hoy en día, pero la niña que llegó… que él trajo al Hogar… No sabría decir quien estaba más destrozado de los dos en aquellos momentos. Fuese como fuese, algo los unió. Shayler estuvo incluso dispuesto a adoptarla él mismo.

Aquello llamó su atención.

—¿Y no lo hizo?

Lyon negó con la cabeza.

—Sierra no le dejó —recordó con un mohín—. Le dijo que los «padres» nunca habían hecho nada bueno por ella, que si quería quedarse a su lado tendría que hacerlo como su hermano mayor, así que ese fue el papel que adoptó. Shayler tiene un don que es también una maldición, la empatía, pero gracias a ello pudo sacar a esa niña del infierno en el que vivía, en el que estaba encerrada.

Ella asintió.

—Así que para ella la disciplina la pones tú y Shayler… ¿la fiesta?

Él se echó a reír y cerró el archivo.

—¡Qué más quisiera ella! —declaró y sacudió la cabeza—. No. Shay es al que acude cuando tiene algún problema grave, es al que pide consejo y de quien los acepta o a quien acude cuando alguno de nosotros le dice que no.

Ella se interesó.

—¿Y la llegada de Dryah no echó por tierra eso?

Él se volvió hacia su mujer.

—Curiosamente no —aceptó—. Sierra la ha acogido muy bien y confieso que es algo que

no esperaba. Ella es muy dependiente de Shayler, llegué a pensar y Jaek también, que la llegada de nuestra pequeña rubia abriría un abismo o algo mucho peor.

—Pero no fue así.

Él sacudió la cabeza.

—No. Dryah tiene algo… ignoro lo que… que hizo que Sierra se acercara por sí misma a ella —aceptó recordando aquellos días—. Se encariñó rápidamente con ella, de hecho, les llama «la pareja del año».

Lluvia rio.

—Interesante apodo.

Él dejó escapar un resoplido.

—Todavía no los has visto mucho juntos, los últimos acontecimientos les están pasando factura —aceptó—. Pero son… la pareja del año, no hay duda.

Ella se echó a reír y aceptó la mano que Lyon le tendía para levantarse.

—Vamos a comprarte algo de ropa antes de que alguien decida iniciar una tercera guerra mundial —declaró ayudándola a levantarse.

Ella asintió.

—Sí, por favor, dios no quiera que me pille desnuda —se burló.

Lyon la atrajo hacia sí.

—No, sé, tesoro, el que estés desnuda tiene sus ventajas.

Aria podía haber llegado de improviso a su vida, una mujer con la que no recordaba haberse casado y a la que no tenía ninguna intención de conservar, pero el tiempo se encargó de enseñarle la verdad. Ella era la única para él, la mujer a la que amaba y que ahora llevaba a su hijo. No sabía lo que les depararía el destino, ni cómo se resolverían las cosas, pero haría lo necesario y aún más para conservarla a su lado.

CAPÍTULO 8

Su silencio era algo a lo que no estaba acostumbrado. Vivaz y curiosa, la adorable mujer que permanecía sentada en el borde del embarcadero que llevaba al lago y con la mirada perdida en el horizonte estaba muy lejos de ser la de días atrás. El episodio que habían compartido en la ducha días atrás la había vuelto más meditabunda, como si necesitase encontrar un sentido al porqué de las cosas o a su propia actitud.

¿Cómo le explicabas a una mujer que la deseabas, que por culpa suya estabas excitado todo el jodido día y que al mismo tiempo eres lo suficiente gilipollas para no hacerte cargo de ese deseo? No podías. Al menos, él no. Así que su actitud fue la de volver a la rutina anterior, hacer como si no hubiese pasado nada entre ellos y continuar con el extraño viaje en el que estaban inmersos.

Bien, su plan no había dado resultado en absoluto. Si de algo carecía ella era de paciencia, pero no podía culparla, ¿cómo hacerlo? Su vida se contaba por minutos, el mundo era demasiado grande y el tiempo demasiado breve; desperdiciarlo era algo que ninguno de los dos podía hacer.

Sus pasos lo llevaron una vez más junto a ella, de pie a su lado contempló la hermosa extensión de agua y naturaleza salvaje que se extendía allí dónde posase la mirada. Aquel era su escondite, su remanso de paz en un mundo que había visto cambiar demasiadas veces. El sol empezaba a ponerse por el horizonte y teñía de naranjas y rosas el atardecer, las temperaturas habían descendido y sabía que debía meterla en el interior, dónde el fuego de la chimenea caldeaba el ambiente.

—Atryah, es tarde, entremos —murmuró en voz baja.

Ella pareció salir entonces de su ensimismamiento y alzó la mirada en su dirección. Sus ojos de un clarísimo azul parecían más apagados que de costumbre.

—¿Qué sucede, mi niña?

Se lamió los labios, un gesto inocente que no podía evitar recordarle lo suaves y blandos que eran bajo los suyos.

—Me están buscando —murmuró en voz baja—. Oigo su llamada, lejana, confusa… no quiero regresar… pero ellas lloran.

Aquello lo llevó a acuclillarse a su lado.

—¿Quién te está buscando? ¿Quiénes lloran?

Se mordió el labio inferior.

—Las almas —musitó, entonces sacudió la cabeza—. Están vagando sin rumbo, no son capaces de orientarse porque ya no oyen mi voz… no estoy en el lugar que ellas esperan…

Sus dedos resbalaron por la blanca mejilla.

—Ese ya no era tu lugar —le dijo intentando borrar la tristeza de su rostro.

Asintió, pero su mirada voló de nuevo sobre el horizonte.

—¿Sabes? Ella me pidió que la enviase de vuelta, quiere que deje de torturarse por algo que pasó hace demasiado tiempo como para ser recordado —continuó con voz monocorde—. Ha pagado por sus pecados y lo hará una última vez al perder lo que su alma anhela… Pero está bien, porque así es como debe ser.

Sus palabras tenían poco menos que ningún sentido para él.

—¿De quién estás hablando, Atryah?

Sacudió la cabeza y le tendió la mano para que la ayudase a ponerse en pie.

—No importa, no es el momento —le dijo. Sus labios se curvaron entonces en esa sonrisa inocente que tan bien conocía—. Tú estás aquí, este es el lugar en el que debo estar, dónde quiero estar… Quiero saber más, conocer más… quiero ser… ¿parte de ti? Sí, quiero ser parte de ti.

Ante declaraciones como aquella sus buenas intenciones se tambaleaban, su necesidad de ella crecía, sus ganas de unirse de una buena vez a su otra mitad, de alcanzar la plena unión que solo tenía con ella lo hacía arder.

—John, estás haciendo… como se dice… ¿caras? No… muecas, sí estás haciendo muecas —le dijo entonces con aquella suave y cálida voz—. Siento el duelo en tu interior… pero no comprendo por qué luchas. Explícamelo, quiero entender… quiero comprenderte mejor.

Negó con la cabeza casi de forma automática, había cosas simplemente que no tenían explicación alguna.

—Créeme cuando te digo que no hay una explicación lógica que pueda darte —dijo y tiró de ella para ponerla en pie. Casi sin pensarlo, sus brazos estuvieron alrededor de su cintura—. Encontrarás, con el tiempo, que ciertas cosas están más allá de cualquier explicación… y solo pueden demostrarse con hechos.

Ella ladeó la cabeza, su mirada clavada en la suya.

—¿El amor es una de esas cosas que no puede explicarse y solo se demuestra con hechos?

No dejaba de sorprenderle lo astuta que podía llegar a ser en su inocencia.

—Sí, Atryah, así es —aceptó.

Ella asintió.

—Bien —dijo. Su rostro adquirió una profunda concentración—. Quiero que tú lo demuestres, así yo puedo aprender.

Suspiró. Su curiosa niña volvía a la carga.

—Pequeña, no es cuestión de…

Ella sacudió la cabeza y lo interrumpió.

—¿John quiere a Atryah?

La pregunta lo sorprendió tanto o más que si le hubiese abofeteado.

—Sí, pequeñita, te quiero —aceptó. Era algo que sabía en lo más profundo, incluso antes de conocerla, de verla, ya la amaba; ella era su otra mitad.

Asintió satisfecha.

—Entonces enséñame —insistió por enésima vez—. Muéstrame cómo hacerlo, yo deseo más… necesito aprender… quiero darte lo mismo que tú me das… Y no sé cómo. John, enséñame a quererte… como solo la otra mitad de tu alma puede hacerlo.

¿Qué decías cuando una mujer tan hermosa como ella pedía abiertamente que le enseñases el concepto más viejo e inexplicable del mundo?

—No puedo —negó. Sabía que esa no era la respuesta que quería dar, como tampoco era la respuesta que ella quería oír, pero no contaba con otra, no en aquellos momentos—. Todavía no…

Sus ojos resplandecieron durante una milésima de segundo, la ansiedad y el temor los atravesaron.

—Pero el tiempo se acaba… no hay un para siempre aquí… —se quejó—. No quiero irme… no sin saber cómo amar…

—Atryah…

Ella sacudió la cabeza.

—¡No! —alzó la voz, algo que no había hecho hasta el momento. Podía notar sus emociones bullendo y rugiendo desesperadas—. ¡Atryah no tiene tiempo! Se muere, John… me… me estoy muriendo…

Sus palabras fueron como una flecha certera, ambos sabían que aquello era la verdad y que no era la única…

—No te irás sola.

Una solitaria lágrima se escurrió por su mejilla.

—No quiero… no quiero irme… —musitó ahora con la cabeza gacha—, no quiero separarme de ti… no quiero estar sola otra vez… Por favor, dime cómo puedo quedarme contigo si no sé cómo amarte…

Le limpió la humedad del rostro y la atrajo contra su pecho, abrazándola con todo lo que tenía.

—Solo permanece a mi lado, pequeña —susurró contra su pelo—, quédate justo así y nada ni nadie nos separará jamás.

Sus delgados brazos le rodearon a su vez, apretándole como si tuviese miedo de soltarle.

Había momentos en los que Dryah no necesitaba más que una mirada para comprender la profundidad de las emociones del hombre con el que se había casado y al que amaba por encima de todas las cosas, y ella sabía que en aquel preciso instante algo se estaba rompiendo en el interior de Shayler.

Se sentó a su lado, en silencio, no deseaba romper su concentración pero sí acompañarle, no quería que se enfrentase solo a lo que quiera que girase en aquellos momentos en su mente. Descansó su mano tatuada sobre la de él y se ganó a cambio una mirada distraída, una que le decía que el Juez estaba muy lejos de ella.

—Apóyate en mí, no emprendas este viaje tú solo —susurró cerrando los dedos sobre la mano más grande—. Permíteme acompañarte.

Él respondió girando la mano y enlazando los dedos con los suyos, sus ojos azules parpadearon y sus labios se estiraron en una resignada mueca.

—¿Qué puedo hacer para ayudarte? —murmuró preocupada por él. De los dos él era la seguridad, la estabilidad, el pilar que los mantenía unidos.

La mano libre ascendió a su rostro, le acarició la mejilla y seguidamente pegó la frente a la suya.

—Ni siquiera estoy seguro de qué puedo hacer yo, bonita —aseguró y tomó una profunda respiración. Cerró los ojos y disfrutó de su contacto—. Ya ha pasado un mes del tiempo establecido por el Señor de las Almas y no hemos encontrado ni rastro de ese imbécil que lleva mi misma sangre… Yo… algo ha cambiado… no es solo esta maldita incapacidad de dar con él… nuestro vínculo de sangre... siento que se diluye.

Él sacudió la cabeza y se recostó contra el sofá, llevándosela con él.

—Incluso antes de que supiese de su existencia, de que John se presentase ante mí y me dijese que compartíamos la misma sangre, siempre hubo… algo… No sé cómo ponerlo en palabras, pero estaba ahí —continuó, en su voz podía escucharse la angustia—, y ahora siento que ese algo se escapa… se desvanece poco a poco… y temo lo peor. Temo estar perdiendo a mi hermano, Dryah.

Se acurrucó contra él y le rodeó la cintura con los brazos, quería mantenerle cerca de ella, protegerle de la misma forma en que él la protegía.

—Estará bien —le dijo, necesitaba creer ella misma que así era—, son sus propias decisiones las que lo guían, sus elecciones lo que lo conducen en cualquiera que sea su camino… tiene que estar bien.

Le sintió estremecerse, su cuerpo pegarse más al suyo en busca de consuelo y el familiar calor que solo encontraba en ella.

—Esta vez no, Dryah —declaró en voz baja, seria—. Mira lo que han conseguido sus decisiones, lo que sus pasos han desatado… No se trata solo de su camino, porque lo ha enlazado con el de todos nosotros… Puede que sea lo que él desea, lo que necesita y puede incluso que lo que ha estado buscando todo este tiempo…

Resopló, dejó su abrazo y abandonó el sofá para caminar hacia la ventana.

—John siempre fue parco en palabras, muy suyo en mostrar sus emociones, pero eso no me importó cuando le conocí —murmuró—. Él era un hombre hecho y derecho ya en aquel entonces, para mí fue un modelo a seguir, su paciencia era infinita y también su cariño… Si ahora piensas que soy impulsivo, tendrías que haberme conocido entonces, mi lema era actuar primero y pensar después en las consecuencias… John me enseñó el valor del temple y se encargó así mismo que fuese muy consciente de qué ocurriría cuando no siguiese sus consejos… Me dejó tropezar una y otra vez hasta que entendí por mí mismo la verdad de la vida, pero durante todo ese tiempo siempre estuvo a mi lado. Es mi único vínculo de sangre en la reducida familia que formamos y ahora siento que ese lazo se resquebraja y por primera vez en muchísimo tiempo… tengo miedo, miedo de perderle.

Deseaba abandonar el asiento y reunirse con él, pero no se lo permitiría, mientras que era el más cariñoso y atento de los hombres, había momentos en los que necesitaba lidiar con sus propios demonios y hacerlo solo. Odiaba sentirse tan impotente como en aquellos momentos y le costaba un mundo mantener sus emociones bajo control para que su empatía no las captase.

—La aparición de ese supuesto elegido no puede ser una casualidad —continuó al tiempo que cambiaba de sujeto—. No cuando todo esto ha puesto en serios aprietos la balanza del equilibrio, ya no se trata solo de tú y yo, ahora hay toda una retahíla de consecuencias que podrían derivarse de ello.

Sacudió la cabeza sin dejarla intervenir.

—Puedo sentirlo, profundamente en mi interior siento como la trama del universo se va deshilachando y soy incapaz de atajar el problema —aceptó con repentina ansiedad—. Algo me dice que no hay verdadera solución y que lo que nos espera no es mejor que un jodido Apocalipsis.

En ese momento se giró hacia ella.

—Sea lo que sea que ha dado comienzo esta vez, no será sencillo de detener, Dryah.

Se levantó y caminó hasta detenerse junto a él, su altura y poder siempre la hacían sentirse pequeña y delicada; no importaba que su propio poder fuera equiparable al suyo, la experiencia y la vida que él había vivido la convertían a ella en un simple infante.

—Sea lo que sea lo enfrentaremos juntos —aseguró mirándole a los ojos—. Si mi llegada a este mundo ha provocado cada uno de estos acontecimientos… haré hasta lo imposible para corregirlos, llegaré hasta dónde tenga que llegar, Shayler, lo juro.

Sus manos se cerraron entonces sobre sus brazos y se inclinó hasta que estuvo a su misma altura.

—No harás nada que te ponga en peligro —aseguró y era más bien una advertencia—, nada en absoluto. No quiero perder a mi hermano, Dryah, pero nada sería comparado a lo que ocurriría a este maldito mundo si te pierdo a ti. No te arriesgues, porque como te hagas un solo

arañazo, te pondré sobre mis rodillas y te dejaré ese bonito trasero como un tomate. Y no bromeo.

Ella sonrió, no pudo evitarlo.

—En ese caso, intentaré no hacerme ni un solo arañazo —prometió acercándose a sus labios—, o al menos, que tú no te enteres si me lo hago.

Él gruñó pero cualquier nueva protesta de su parte quedó ahogada bajo la pasión de su beso.

CAPÍTULO 9

—¡A los hombres se les conquista por el estómago!

Atryah dio un respingo al ver la vehemencia que ponía la mujer del programa que estaba viendo en *YouTube,* el rostro de piel demasiado estirada y ojos saltones se acercó a la pantalla e hizo que ella se apartase. La mujer no dejaba de hablar mientras removía el contenido de un bol.

—Sí, queridas, los hombres caen rendidos a nuestros pies y hacen realidad nuestros deseos cuando tienen la tripa llena —continuó con su monólogo—. ¿Qué a tu hombre le gusta el asado? Pues un buen pollo relleno y al horno. ¿Qué se muere por los dulces? Pues un delicioso pastel de chocolate y nata. ¡No hay que ser una experta cocinera, cualquiera puede poner un poco de agua a hervir!

Otra imagen, esta de una mujer poniendo una olla con agua a hervir llenó la pantalla, ella sonreía mientras cogía un paquete de la encimera que reconoció al instante.

—¡Tallarines! —jadeó al tiempo que tocaba la pantalla como si pudiese cogerlos—. John prepara tallarines… le gusta la… ¿cómo la llamó? Um… ¡Pasta! Sí.

Su mirada siguió atenta los movimientos de la mujer un instante antes de volar por encima de la pantalla al pequeño área de la cocina y sonrió.

—Conquistar el estómago —repitió lamiéndose los labios—. Los hombres caen rendidos a los pies y hacen realidad los deseos. Atryah puede hacer feliz a John y él… me enseñará… ¡Sí!

Sin pensárselo dos veces arrastró la silla al levantarse y se precipitó a la cocina. John había salido a comprobar los alrededores como solía hacer a aquella hora, una rutina que le permitía contar con unos momentos para sí misma y para navegar por aquella ventana abierta al mundo conocida como internet. Unos momentos que ahora le permitirían poner en práctica el consejo de la mujer del programa de cocina.

—Yo… haré algo rico… y John será feliz al comerlo y me enseñará lo que necesito saber para quedarme junto a él —aceptó satisfecha con su análisis de la situación. Sin perder un segundo, se plantó ante la pequeña cocina dispuesta a llevar a cabo su plan.

John respiró profundamente llenando sus pulmones con el aire frío de la montaña, necesitaba centrarse, calmar el cada vez más intenso ardor que le corría por las venas, el deseo que creía a cada minuto que estaba junto a ella. Necesitaba de aquellos pequeños respiros en soledad para dominarse, para recordarse a sí mismo que ella era delicada, inocente… e insistente y terca como una mula. Ella parecía dispuesta a hacer toda una cruzada en su empeño por aprender el más antiguo de los conocimientos, uno para el cual realmente no existía manual alguno; nadie había escrito todavía como enamorarse.

El cariño, el amor, la pasión, la eternidad… Conceptos que si bien los conocía no había experimentado en su totalidad hasta que la tuvo consigo. Conocía el cariño fraternal, el amor que sentías por un hermano, por un amigo, sabía lo que la lujuria hacía al ser humano, él mismo había disfrutado de ella, conocía la pasión y la eternidad… pero nada se asemejaba a lo que Atryah despertaba en él. Junto a ella se sentía completo, el vacío que desde siempre habitó en su interior estaba ahora repleto con su presencia, veía el mundo a través de sus ojos y no podía evitar volver a descubrirlo… Y por encima de todo eso, también la deseaba.

El deseo empezaba a convertirse en una reacción física difícil de dominar, sus suaves curvas, la calidez de su cuerpo, el sabor de su boca… esa boca de la que era incapaz de saciarse. Aquel episodio en la ducha no hizo más que echar leña al fuego y aumentar su apetito por ella, quería hacerla suya, tenerla tan cerca que no supiese dónde empezaba ella y terminaba él… Y la rabiosa necesidad echaba a menudo por tierra sus más nobles pensamientos.

Es demasiado pronto, ella es demasiado inocente, no es el momento, espera un poco más…

La letanía que se había autoimpuesto sonaba cada vez con menos fuerza, su inocencia lo enredaba y atrapaba, ella entretejía su propia tela y lo acercaba a la trampa con tan solo la más dulce y limpia de las sonrisas… Y él no era un santo, no en lo que a ella se refería.

—No vas a poder mantenerte alejado de ella para siempre —se dijo a sí mismo.

Y era verdad, justo en aquel momento la deseaba como no había deseado jamás a otra mujer, le dolía el sexo de pensar en ella, de hundirse entre sus muslos y disfrutar de la suavidad y ternura de su cuerpo, con ella se sentía por fin completo.

Sacudiendo la cabeza, hizo a un lado los arteros pensamientos y giró sobre sus talones dispuesto a volver a la cabaña con ella. No llegó a dar dos pasos cuando un rayo de lacerante dolor lo atravesó por completo.

—Atryah —su nombre emergió de sus labios y al instante se desvaneció.

Ardía. El dolor era insoportable. Sus manos estaban rojas, en carne viva y el causante de ello rodaba ahora por el suelo de la cocina vertiendo la humeante agua por el suelo. Las lágrimas corrían por sus mejillas impidiéndole ver bien, pero nada de aquello importaba, la agonía era tal que sentía que se hacía pedazos, no había sentido jamás algo así.

—Duele… ¡John! —clamó su nombre con desesperación. Le necesitaba. Dolía muchísimo —. Duele mucho… me quema… ¡John!

En un abrir y cerrar de ojos una figura masculina se cernió sobre ella, la puerta de la cocina se cerró con un golpe a su espalda.

—Atryah, ¿qué…? —preguntó nada más entrar.

El llanto arreció, su garganta era incapaz de formar las palabras, todo lo que podía sentir ahora mismo eran sus manos, sus pobres manos envueltas en un infernal calor.

—John… duele… duele mucho… —gimoteó desesperada por alcanzarle, por que hiciese que se marchase ese dolor—. Por favor, a Atryah le duele… haz que deje de arder…

Él solo necesitó echar un rápido vistazo a la olla tirada en el suelo y el humeante agua que cubría la cocina para luego soltar una maldición, abrir el grifo del agua fría y obligarla a mantener las manos debajo.

—Shh, mi niña, todo va a ir bien, estoy aquí —le prometió. Sus propias manos temblaban mientras la atendía, podía sentir su propia alma gritando al mismo tiempo que la de ella presa de aquel atroz dolor.

Ella sacudió la cabeza, la sensación del agua sobre su piel era insoportable y empezó a luchar contra él.

—¡Duele! —gritó entre balbuceos—. ¡No más! ¡No más!

Soltando una nueva maldición, buscó rápidamente por la cocina y tomó un paño limpio, le envolvió cuidadosamente las manos y la atrajo con mucho cuidado hacia él.

—Ya, pequeña, aguanta un poquito más —le suplicó incapaz de hacer otra cosa—. Pronto estarás bien…

Sin pensarlo, se trasladó con ella al único lugar en el que sabía que podrían darle los cuidados que necesitaba sin más demora y sin hacer preguntas.

CAPÍTULO 10

—Creo que voy a inscribirme en clases de paracaidismo solo por aburrimiento —farfulló Keily dejando el bolígrafo sobre el libro de cuentas para a continuación estirar los brazos y permitir que un par de alas color gris paloma sustituyesen los tatuajes que le cubrían la espalda. Aquel era un regalo que le había concedido la diosa Maat, convirtiéndola en una Hija de Diosa—. Dios, que gusto… llevaba todo el día con un dolor de espalda agónico y no lo comprendo, tampoco es que haya necesitado hasta ahora sacar a pasear mis plumas cada día.

Jaek levantó la mirada de una de las mesas que estaba limpiando y la miró.

—Demasiado estrés acumulado, *paloma*.

Ella bufó.

—No soy la única con estrés y a ti por lo menos no te salen alas —resopló extendiendo una de las extremidades sobre su regazo para acariciar las plumas—. No dejo de preguntarme si serán lo suficientemente fuertes para hacer otra cosa que servir de adorno o ejercer de ventilador, tendría que preguntárselo a Maat… cuando esté sobria… Pero eso incluye una lección de historia del año catapún que no me apetece nada escuchar.

Él arqueó una ceja en respuesta.

—¿Tú diciendo que no a una lección de historia? —se burló—. ¿Quién eres tú y que has hecho con mi mujer?

Ella resopló.

—Ja, ja, muy gracioso —resopló de nuevo y extendió con fuerza las alas solo para hacer una mueca cuando los músculos de su espalda se resintieron—. Mierda.

—Cuidado, nena —la avisó él—. Con movimientos así, terminarás lastimando algún tendón.

Ella suspiró y se levantó del asiento de modo que pudiese caminar por el local vacío. Jaek había decidido quedarse después de cerrar para recoger y adecentar el lugar y antes de quedarse de brazos cruzados, prefirió quedarse y echar una mano con la contabilidad; después de todo no tendría que ir al museo para preparar la nueva exposición, tenía gente trabajando en ello.

—No tengo intención de añadir más problemas a la pedazo lista que ya tenemos —aseguró con un resoplido—. Eso me recuerda, ¿no podrías recetarle alguna clase de calmante a Shayler? Juro que si sigue mucho más tiempo con esa actitud toca pelotas, le daré con algo en la cabeza.

Jaek sonrió.

—Ahí tienes un claro caso de estrés —le dijo—. La desaparición de John le está pasando factura, nos lo está pasando a todos, en realidad.

Ella bufó.

—Hay cosas que realmente no entiendo, Jaek —aseguró—. Estamos hablando de John, un adulto, un hombre que se lo reserva todo, tanto que mira la que se ha armado. ¿Quién es esa mujer de la que habló Dryah? ¿Qué tiene que ver con él? Y más importante aún, ¿por qué narices no funciona esa jodida Puerta? Todos andáis como si pisaseis huevos a nuestro alrededor y tenemos derecho a saber qué pasa. Si el mundo se va a ir a la mierda mañana, nosotras también queremos saberlo.

Él dejó el paño que estaba utilizando dentro del cubo y se lo llevó todo tras de la barra.

—¿Qué te ha dicho Dryah?

Ella sacudió la cabeza.

—No más de lo que ya os dijo a vosotros —declaró—. Y sinceramente, si John ha tenido algo que ver con la mala leche de Seybin, debería ser él quien se las viese con ese dios con síndrome premenstrual y no vosotros. Por favor, se supone que debería tener cerebro para algo más que lo que le cuelga entre las piernas.

—Creo que esa chica se fue con él por voluntad propia, Keily.

—Eso es porque no lo conoce —chasqueó la lengua—. Si lo hiciera, se lo pensaría dos veces.

Frunció el ceño, podía leer la verdad en su interior y sabía que lo que decía Keily no era lo que realmente pensaba.

—¿Por qué estás realmente tan cabreada con John?

Ella suspiró.

—Mucha gente está sufriendo por su culpa —insistió—. Todo parece estar haciéndose pedazos a nuestro alrededor. Todos estáis tensos, preocupados, no lo habéis dicho en voz alta, pero nosotras no somos tontas… Ariadna también está preocupada, incluso Lluvia sobre todo ahora que está próxima a su fecha de salida de cuentas… Ni siquiera Dryah está bien y lo oculta para no preocuparos aún más, para no preocupar a ese mentecato que tenéis por Juez. Es muy difícil poder hacer algo para ayudar o apoyarte siquiera cuando no sé lo que pasa en realidad, Jaek.

Él tomó una profunda bocanada de aire y luego lo dejó escapar, su mano se deslizó sobre la barra para enlazar sus dedos con los de su esposa.

—Ni siquiera yo estoy seguro de lo que ocurre, amor —aceptó—. Lo único que tengo claro hasta el momento es que nuestra hermandad puede ir a pique muy pronto. La reunión de Shayler con la Fuente… Han proscrito a John, quieren que se le busque y se le lleve ante su presencia y al mismo tiempo ese dios con síndrome premenstrual está tachando los días en el calendario que ha dado como plazo antes de empezar sabe dios qué cosa e ir a por él.

Ella suspiró.

—Estupendo, ya podemos añadir a John Kelly a la lista de los más buscados.

Él esbozó una mueca mitad sonrisa, le apretó la mano y a punto estaba de contestar cuando una ahogada voz los interrumpió.

—¡Jaek!

Ambos se miraron, la sorpresa y la incredulidad nadando en su rostro.

—Ese es… —preguntó Keily.

El hombre se giró y caminó hacia la salida de la barra cuando volvieron a escuchar la desesperada llamada desde la parte de atrás del local.

—¡Jaek! ¡Maldita sea, necesito ayuda!

Aquello fue todo lo que necesitó el Guardián para salir de detrás de la barra y precipitarse hacia el fondo del local, a la puerta que conducía a la trastienda.

—Ya, Atryah, ya —intentaba calmarla John—, solo un poquito más, aguanta un poco… ¡Jaek! ¡Maldita sea, te necesito aquí!

El Guardián residente en el local traspasó en aquellos momentos la puerta de la trastienda y se detuvo en seco al ver a la pareja. La sorpresa y el desconcierto bailaban en su rostro. Keily llegó tras él, prácticamente empujándolo al interior de la aséptica sala que su marido utilizaba a

veces de enfermería.

—¿Qué…? —Su mirada fue de uno a otro hasta que vio las manos de la muchacha envueltas en una toalla—. ¿Qué ha ocurrido?

Tomando rápidamente el mando de la situación, el hombre se acercó a ellos, encargándose ya del paño.

—Se ha abrasado las manos —declaró apretando los dientes, podía sentir en carne viva sus propias manos a través del vínculo que lo unía a ella, el dolor que la atravesaba—. Cogió una olla de agua hirviendo a piel descubierta… se muere de dolor… Jaek… ayúdala… por favor.

Él asintió y se giró hacia su esposa.

—Dame unos guantes y saca todo el suero que haya en el armario —pidió mientras deshacía con mucho cuidado el material con el que le habían envuelto las manos, por fortuna este no se había pegado a la piel abrasada—. ¡Rápido, Kei!

Atryah se revolvió al mismo tiempo en los brazos de John, deseando apartar las manos de la nueva tortura a la que querían someterla.

—No, duele… ¡duele! —lloraba luchando por soltarse de ellos—. ¡John, no quiero! ¡Duele!

Él la apretó más contra sí, reteniéndola para que Jaek pudiese examinarla.

—Shh, el dolor se irá pronto, te lo prometo —le juró. Sus ojos se encontraron con los del otro Guardián—. Haz algo, maldita sea.

El hombre ignoró la desesperación y el filo mortal en la voz de su compañero y cogió los guantes que le trajo su mujer.

—¿Estás seguro de que eso es lo que quieres? —preguntó. Su mirada cayó de forma contundente y con obvia sorpresa en el tatuaje que ahora cubría la mano del antiguo Guardián—. No me jodas, ¿estáis vinculados?

Él sacudió la cabeza e ignoró su pregunta.

—Puedo sentir su dolor —le dijo en cambio—, está sufriendo lo indecible, ¡así que hazlo de una maldita vez!

El Guardián asintió y con mucho cuidado posó los dedos sobre la frente de la muchacha y permitió que su poder entrase en ella sumiéndola al instante en un cómodo y reparador sueño. John acusó el peso de ella al instante, alzándola en brazos.

—Ponla en la camilla —le pidió al tiempo que se ponía los guantes de látex—. Vamos a examinar esas manos y aplicarle suero para limpiar las quemaduras para empezar.

John parecía no escucharle, su mirada seguía puesta en la mujer que acunaba en sus brazos. Con cuidado de no alterarlo, posó la mano sobre la suya captando su atención.

—Necesito que la deposites en la camilla para que pueda atenderla, John —insistió con voz suave, persuasiva—. Podrás tenerla vigilada en todo momento, solo déjame hacer aquello por lo que has acudido a mí.

Él lo miró, su rostro empezó a relajarse y asintió para luego dejar a la muchacha sobre la camilla. No recordaba ver al *Antiguo Guardián* en un estado parecido y no podía decir que le gustase, parecía un animal herido protegiendo lo que era suyo; uno que atacaría sin dudar.

—Aquí está el suero —se adelantó Keily y dejó escapar un jadeo cuando vio las manos desolladas de la muchacha—. Oh, mierda, ¿no sabe que existe algo llamado manoplas de cocina?

Jaek terminó de ponerse los guantes, sacó unas gasas nuevas especiales para quemaduras y empezó a aplicar el suero mientras su esposa se acercaba a John con cara de pocos amigos.

—¿Dónde diablos has estado? ¿Tienes la menor idea de lo que está pasando? —lo increpó —. Os están buscando a ti y a ella… porque supongo que es ella.

John fulminó a la mujer con la mirada, no estaba dispuesto a dar explicaciones a nadie y mucho menos a ella.

—Kei —la acalló entonces su marido—, ahora no.

Ella calló, pero su mirada prometía más preguntas. Le daba lo mismo la actitud de John, no estaba conforme.

—Encárgate de sus manos —pidió con voz llana—, y después nos iremos.

Jaek alzó la mirada de su trabajo para encontrarse con la de John.

—Las cosas no funcionan así y lo sabes —respondió el Guardián con absoluta tranquilidad —. Así que, siéntate ahí y ten paciencia.

Él sacudió la cabeza.

—No tengo tanto tiempo, Jaek —declaró mirando de nuevo a la chica—, ninguno de nosotros lo tiene, solo haz lo que tengas que hacer para que podamos marcharnos.

Keily no pudo aguantar por más tiempo en silencio.

—¿Tienes la más mínima idea de lo que esta desconocida y tú habéis montado? —preguntó con tranquilidad, su voz era lo suficientemente firme—. Shayler está en plan *«destroyer»*, inaguantable y lo pagamos los demás.

—Keily —la reprendió una vez más su marido—. Deja eso y termina con el bar, por favor.

La mujer bufó en respuesta.

—Espero que ella merezca la pena toda esta mierda, John —declaró la chica—, de verdad lo espero.

Sin decir una palabra más, dio media vuelta y salió de forma intempestiva de la sala. Con un suspiro, Jaek volvió al trabajo y se concentró en las desolladas manos, limpiando bien la piel en carne viva para luego aplicarle una pomada que ayudaría a que su poder acelerase el proceso de cicatrizado. Con todo, no pudo pasar por alto la condición de la muchacha, esta se iba agotando a pasos agigantados, se consumía y ahora que su compañero de armas estaba allí, comprendió que no era la única.

—Está muy débil —comentó alzando la mirada hacia él—. Su espíritu se debilita, su vida se agota… y no es la única…

John apartó la mirada de la muchacha dormida sobre la camilla y se encontró con la suya.

—Tu espíritu… tu aura también se está desvaneciendo, tu vida… se agota, John —declaró con lentitud, como si el retrasar las palabras pudiese retrasar también el proceso que aquejaba la vida del hombre.

Asintió, no tenía caso fingir otra cosa, de entre todos sus hermanos de armas, Jaek era el único capaz de mirar más allá del exterior, directo al alma de las personas y vería la verdad.

—No es momento para pensar en ello —declaró con tranquilidad—, es algo que solo me concierne a mí… y a ella.

Jaek chasqueó la lengua.

—Y una mierda, tío —negó con enfado—. También nos concierne a nosotros.

Él negó con la cabeza.

—Céntrate en ella —pidió dando por terminada cualquier explicación.

Jaek, sin embargo, no pensaba de igual modo.

—Shayler está realmente preocupado por ti —continuó al tiempo que extraía unas vendas nuevas de un cajón y tras aplicar unos apósitos a las manos femeninas, empezó a envolverlas muy suavemente con ellas—, y no es el único. No sé si estás al tanto de lo que está pasando ahí fuera, hermano. Pero La Fuente ha puesto precio a tu cabeza, quieren que te llevemos ante ellos a toda costa y Seybin no se ha tomado demasiado bien que hayas entrado en sus dominios para

llevarte algo… que le pertenece. Le ha dado a Shayler un plazo para hacerte entrar en razón antes de tomar sus propias medidas.

John gruñó, su mirada se clavó en la del Guardián con una mortal advertencia.

—Ella no le pertenece —declaró con firmeza—, Atryah es mía.

Jaek se limitó a bajar la mirada para comprobar que la venda iba bien colocada, entonces continuó.

—Y aún hay más —le informó—. Dryah se ha topado también con alguien que tiene la misma esencia del universo que nosotros.

Aquello suscitó de inmediato su atención.

—Eso no es posible —negó, pero las dudas pronto asediaron su mente—. Los elegidos que no sucumbieron a la oscuridad… pertenecen a la orden.

Él se encogió de hombros.

—Solo te hago partícipe de lo que está ocurriendo —continuó con su trabajo—. Nuestra oráculo no está segura, pero jura que la esencia es la misma del universo. En sus propias palabras: las sombras en él son más densas que la luz.

John vaciló, aquello solo podía significar una cosa, pero… No, era imposible que alguno hubiese sobrevivido hasta nuestros días.

—Buscadle. —No se lo pensó. Si había alguien más ahí fuera, solo podía significar una cosa—. Averiguad si realmente es uno de los elegidos… y si lo es, recibidlo en la hermandad… necesitareis preservar el equilibrio.

Jaek terminó con una mano y rodeó la camilla para detenerse a su lado y comenzar con la otra, sus miradas se cruzaron durante un breve instante.

—John…

Él negó con la cabeza.

—Tú, de entre todos los Guardianes debes saberlo, nos tienes ante ti —lo interrumpió—. No te ocultaré nada, esto es lo que hay.

Negó con la cabeza incapaz de aceptar aquello que exponía tan claramente su antiguo compañero de hermandad.

—¿No hay nada que podamos hacer para evitar… esto?

Él negó con la cabeza.

—Manteneos al lado de Shayler —le pidió entonces—. Ocúpate de que Lyon lo mantenga en el camino correcto y no te separes de él. Manteneos unidos y todo saldrá bien.

El Guardián no hizo comentario alguno y durante los próximos minutos guardó silencio mientras trabajaba. Después de terminar con el vendaje le inyectó un antibiótico, si bien el sueño reparador en el que la había sumido ayudaría a que sus manos se recuperaran, sabía que John no permitiría que la chica se quedase allí más tiempo o que él fuese a atenderla nuevamente. Las heridas cicatrizarían, quizá tardaran un poco más, pero lo harían.

—Dormirá al menos diez horas más —le informó volviendo a poner el capuchón a la aguja de la jeringuilla para luego desecharla en el contenedor destinado a tales fines—. Que no se moje las vendas, sus manos deberían estar completamente bien para entonces. Si me necesitas… ya sabes dónde estoy.

John asintió y recogió con sumo cuidado a su compañera de la camilla, solo entonces se permitió mirar al hombre.

—Gracias —declaró con profundo sentimiento—, y dile… que lo siento.

Él negó con la cabeza.

—No me las des, solo… ten cuidado —pidió y los señaló a ambos con un gesto de la

barbilla—. Cuidaos los dos… yo… hablaré con Shayler.

Él asintió, le habría gustado decir algo más, pero las palabras no salían.

—No dejes que haga ninguna tontería…

Jaek sacudió la cabeza una vez más.

—Si algo he aprendido con el paso del tiempo es que cada uno somos responsable de nuestros propios pecados y decisiones —le recordó—. Tú has hecho tu elección y la respeto, pero ambos sabemos también que hay uno de nosotros que eso le trae sin cuidado y que si piensa que puede hacer algo, por muy imposible que sea la situación, lo hará.

Sí, él lo sabía, era una de las cosas que más admiraba en su hermano, su capacidad para no darse nunca por vencido por muy mal que estuviesen las cosas.

—Mantenlo tranquilo —pidió—, dile… —sacudió la cabeza—, solo quédate a su lado.

Sin decir una sola palabra más, saludó al Guardián con un gesto de la cabeza y desapareció con su carga.

CAPÍTULO 11

Atryah se despertó poco a poco, luchando por dejar atrás esa profunda somnolencia que amenazaba con reclamarla de nuevo, el sol entraba por uno de los amplios ventanales, las montañas se recortaban sinuosas en la lejanía y a juzgar por la cantidad de luz y sombras creadas estaba próximo a caer la tarde. Había aprendido a calcular el tiempo de aquella manera, una forma de comprobar el paso de su mermante vida. Una palabra acudió a su boca, un nombre que no tardó en ser pronunciado en el vacío dormitorio.

—¿John?

Se incorporó lentamente, le dolía la cabeza y sus manos estaban envueltas bajo varias capas de vendas, pero ya no había dolor. El calor abrasador se había ido reemplazado por una sorda molestia.

—Mis manos —murmuró. Toda una cascada de recuerdos invadió su mente, el programa de cocina en internet, su intento por cocinar, el agua hirviendo en aquella olla caliente y el cegador dolor.

Las lágrimas brotaron de sus ojos, era extraño con qué facilidad acudían, como se le oprimía el pecho y le hormigueaba la nariz bajo la acuciante necesidad de llorar. Era una emoción dolorosa, pero también liberadora.

—¿John? —lo llamó una vez más.

Sus manos se movieron hacia las mantas que la arropaban deseando hacerlas a un lado, entonces se detuvo ante el tirón que sintió su piel bajo las vendas.

—Duele —musitó, su visión empañándose a causa de las molestas lágrimas.

Escuchó el sonido en la cabaña, la puerta principal abriéndose y cerrándose, seguido de pasos.

—¡John! —lo llamó una vez más. Necesitaba su contacto, la calma que conseguía inculcar en su alma. Sus caricias eran un bálsamo, lo quería cerca, pegado a ella, piel con piel como esa primera vez, ella quería más, estaba hambrienta de algo que desconocía.

Los pasos se detuvieron ante la puerta del dormitorio y el pomo cedió bajo las manos masculinas, abriendo la puerta.

Él estaba allí, sereno, sus ojos azules se templaron al verla y un suspiro de alivio escapó de sus labios.

—¿Ya estás despierta, dormilona?

Ella alzó las manos.

—Mis manos —comentó extendiéndolas hacia delante, con las palmas hacia arriba—. Me lastimé las manos… estaba muy caliente… el agua…

Él se acercó a la cama y retiró las mantas al ver como ella se movía con incomodidad.

—¿Te duelen?

Ella negó con la cabeza y se limpió los ojos con el dorso de las vendas.

—No arde como antes, pero… es distinto… incómodo —respondió al tiempo que sorbía por la nariz—. Y mi cabeza, me pesa… no sé si se dice así…

Él asintió y le apartó algunos mechones que se le escapaban.

—Esa sensación se irá pronto, mañana no te quedarán ni las marcas en las manos —le acarició la nariz—. Tienes que ser paciente.

Ella se inclinó sobre su caricia, disfrutando de su contacto hasta que él retiró la mano.

—¿Qué estabas haciendo en la cocina? ¿Por qué no me llamaste? Atryah, si necesitas algo, pídemelo.

Ella sacudió la cabeza en una negativa y las lágrimas volvieron a resbalar por sus mejillas.

—Ey…

Ella sorbió una vez más por la nariz.

—Yo… yo quería que me enseñaras… —musitó—, pensé… pensé que si podría hacer algo para ti… esa señora del programa de cocina dijo que a los hombres se les conquistaba por el estómago. Si yo cocinaba algo para ti, tú estarías feliz y aceptarías enseñarme. Quiero… necesito aprender… quiero saber que es el amor, qué es el deseo… pero tú te alejas y yo no lo entiendo. No quiero que estés triste, me siento triste yo también, anhelo tu contacto, la mitad de mi alma se queda en paz cuando estoy cerca de ti, pero deseo más, estoy hambrienta de más y no comprendo qué es ese más.

Él suspiró.

—Atryah… no…

Ella se revolvió en la cama, hasta que consiguió ponerse de rodillas, sus manos vagaban por delante de ella sin saber muy bien qué hacer con ellas.

—Por favor —insistió, su mirada llena de súplica—. Quiero que me enseñes… quiero poder comprender lo que leo en tu alma, las emociones que me recorren cuando me miras y por encima de todo deseo borrar la tristeza que hay en tus ojos… Enséñame como quererte, John.

Él sacudió la cabeza.

—No puedo.

Ella gimió en respuesta.

—¿Por qué no?

John le acarició el rostro con suavidad.

—Porque eres demasiado pura como para contaminarte.

Ella sacudió la cabeza con energía, su pelo volando en todas direcciones.

—No lo soy, John, estoy fragmentada, te necesito, tú eres mi otra mitad, junto a ti me siento completa —insistió—. Quiero ser una contigo, como lo fuimos una vez.

Él la contempló.

—Por favor… —suplicó ella.

Él dudó y ella empujó un poco más.

—Nuestro tiempo es finito —le recordó—, enséñame a amarte, permíteme cruzar junto a ti la última de las fronteras.

—Atryah… —seguía negándose.

Ella resopló y se arrastró hacia él.

—Los segundos vuelan, el tiempo se nos escapa de los dedos, tú has vivido innumerables vidas, yo solo tengo unos escasos segundos para vivir la mía —insistió—. Por favor, enséñamelo, enséñame lo que significa para ti y para los humanos el amor.

Él resopló a su vez, ella se estaba poniendo muy insistente y su cercanía lo estaba desarmando.

—No es una buena idea, Atryah.

Ella alzó la mirada al cielo y gimió.

—¿Es que no lo entiendes, mi guardián? —insistió ella—. No es suficiente con haberlo visto a través de los ojos de otros, para mí no es suficiente las palabras porque no les encuentro significado, lo siento en tu alma y no soy capaz de comprenderlo… Por favor, John, enséñame a

amarte.

—Atryah, no tienes la mejor idea de lo que me estás pidiendo.

Ella sacudió la cabeza.

—Se te olvida quien he sido hasta ahora —insistió ella—. He visto el mundo a través de los ojos de otros, he sentido sus emociones a través de su vínculo, de las almas predestinadas y los amantes que se han presentado ante mí… pero no significa nada, todo ello palidece al estar ahora en ese mundo, junto a ti… Tus propias emociones son mucho más fuertes, quiero conocerlo por mí misma, John, si mañana tengo que abandonar este mundo, quiero hacerlo sabiendo que te he dado lo mismo que tú me das a mí. Por favor, muéstrame un poco de ese mundo al que amas, quiero ser parte de él… porque eso me hará parte de ti.

John sabía que ambos estaban condenados, su mundo se extinguiría para siempre en pocos días, así que, ¿por qué no tocar el cielo con las manos aunque solo fuese una vez? ¿Por qué no abrazar el éxtasis por una sola vez en la vida? Ella era suya, lo fue desde el principio de los tiempos y ahora podría reclamarla al fin.

—Por favor… —insistió ella.

Suspirando negó con la cabeza, sabía que ya no había vuelta atrás.

—Eres mi principio y mi final, Atryah.

Ella asintió con una sonrisa.

—Soy tu última frontera, John, tu última frontera.

Sus bocas se encontraron en un suave y tierno beso, el preludio de lo que estaba por llegar.

CAPÍTULO 12

Ella se movió incómoda bajo su atenta mirada, no sabía si era debido a él o a las molestias que todavía podía conservar en sus manos vendadas. Mirarla era todo un espectáculo, la larga melena rubia caía en desordenadas ondas por su espalda y por encima de uno de sus hombros, unas finas cejas enmarcaban los curiosos ojos azules, de un tono muy suave, casi gris, que en aquel momento lo miraban con esperanza.

La deseaba, todo su cuerpo clamaba por ella, le dolía ante la necesidad de tocarla, de acariciar su piel y fundirse con ella hasta que no supiesen dónde terminaba uno y comenzaba el otro. Y que el destino los condenara a ambos, pero no iba a resistirse más, le daría lo que había pedido, lo que él también anhelaba.

Sus pechos se elevaban y bajaban al ritmo de su respiración, sobresaliendo ahora por el escote de la camiseta blanca que hacía juego con la chaqueta y le moldeaba el busto. El ombligo quedaba apenas cubierto, la tela se había enrollado y dejaba a la vista una buena porción de tela por encima de la cintura de la falda larga de lana en color blanco que todavía llevaba puesta y que se abría a ambos un poco más arriba de las rodilla dejando ver la suave y cremosa piel de sus largas piernas. No se había atrevido a despojarla de la ropa por temor a causarle más dolor cuando la trajo de regreso.

El pequeño y coqueto ángel solo le llegaba a la barbilla, tenía un aspecto frágil y delicado que lo hacía perfectamente consciente de su inexperiencia frente a la larga existencia de él, pero aquello no era suficiente para mantenerle alejado, ya no. Ella había firmado su sentencia cuando le suplicó que la tomara y le mostrara los secretos del deseo.

Tragó con dificultad cuando sintió como su erección crecía en dureza en los confines de sus pantalones… La deseaba, cada momento que se había contenido a sí mismo había sido una tortura y con todo necesaria.

—Te… te necesito… quiero… quiero sentirte… ¿por favor?

Su mirada se encontró con la suya, sosteniéndola durante unos instantes, entonces le acarició la mejilla.

—¿Alguna vez has deseado algo prohibido, algo que está más allá de ti, que sabes que no puede ser tuyo por mucho que lo desees? —insistió ella.

Si ella supiera… pensó mientras la miraba. Desear algo que no podía tener… él podría hacer una tesis sobre ese tema empezando desde su propio nacimiento. Pero comprendía las palabras de Atryah, al contrario que él, ella había estado encerrada todo ese tiempo, sujeta a unas leyes que los mantenían alejados, incapaces de reconocerse y mucho menos encontrarse. Su mano recorrió lentamente la mejilla, saboreando con el tacto su piel, el calor que emanaba.

—Te he deseado a ti, te he buscado y anhelado toda una vida —fue su sincera respuesta—, pero el deseo sin consumación no sirve si no para sembrar más anhelo. Y ya estoy cansado de anhelar… quiero tenerte… ahora y para siempre.

Un par de solitarias lágrimas se deslizaron por sus ojos y él las borró con el pulgar, bajó la boca sobre los suaves y entreabiertos labios y respiró en ella.

—Nuestra vida es finita, la condena a la que nos ha sometido el destino demasiado larga y solitaria —continuó en voz baja, ronca—. Pero moriría una y mil veces solo para volver a encontrarte y hacerte mía una sola vez.

Ella solo pudo dejar escapar un suave jadeo cuando se apropió de sus labios, mordisqueándoselos y lamiéndoselos para finalmente introducir la lengua entre ellos y obligarla a abrir la boca para saborearla intensamente. Deslizó una de sus manos hacia la cintura mientras envolvía la otra en su pelo, reteniéndola y apretándola más contra él.

Debería ir más despacio, darle tiempo para acostumbrarse a él, pero entonces ella tampoco ayudaba demasiado a su cordura al apretarse contra él y devolverle el beso. Ella era presa de este deseo que lo consumía a él, pero en su caso era inocente, curioso más que bordeado de lujuria, una emoción que le contagiaba de frenesí y necesidad de poseerla. Necesitaba sentir que le pertenecía, que ella era tanto suya como él lo era de ella.

—Atryah…

No respondió con palabras, no hacía falta, podía leer en ella con tanta claridad como ella en él. Le deseaba con la misma intensidad, anhelaba lo que él anhelaba, le necesitaba con aquella bárbara desesperación que los quemaba a ambos, quería ser amada, conocer el significado de la emoción más vieja de la historia y ambos sabían que solo en sus brazos podría encontrar tal respuesta.

Envolvió sus brazos alrededor de su cuello, sus manos vendadas quedaron fuera del alcance para no hacerse daño, todo su cuerpo se pegó al suyo, respondiendo.

—No voy a ir a ningún lado, John —le aseguró—. Estoy aquí… por ti y para ti… por siempre.

Sonrió a pesar de sí mismo, no dejaba de sorprenderle lo bien que podía leer su alma, no dejaba de ser irónico que fuese ella quien alejase sus miedos, quien le diese calma.

Volvió a reclamar su boca un segundo antes de deslizar sus labios por su garganta, sus manos recogieron la espesa mata de pelo en un puñado y la retorcieron dejándola colgar toda por encima de su hombro derecho antes de darle la vuelta a ella misma, atrayendo su espalda contra su pecho mientras bajaba la boca por el lado izquierdo de su cuello.

Sus manos se deslizaron los costados, metiéndose bajo los brazos hasta acariciar la suave piel de los cremosos montículos que se alzaban por el desnudo escote. Ella gimió en respuesta, estremeciéndose por las nuevas sensaciones que se extendían por su cuerpo. Podía sentir el calor inundándola por dentro, la sangre bombeando a través de sus venas caliente y espesa, los acelerados latidos de su corazón llenaron sus oídos junto con la acelerada respiración. Le mordió suavemente y la lamió provocando en ella pequeños estremecimientos de placer.

Notó sus manos trabajando sobre los botones de la chaqueta un instante antes de que se abriera y aquellas curiosas y tiernas manos se deslizaran por debajo de la camiseta para acariciar los llenos pechos.

Ella aspiró con fuerza y contuvo el aliento, todo su cuerpo tembló al contacto de sus manos, sus pechos estaban hinchados y los pezones duros a su toque, tenía la piel sonrosada al igual que las mejillas, pero era el brillo en sus ojos el que lo instaba a seguir y no detenerse.

—John… no puedo respirar —jadeó arqueando la espalda para acercarse más a él de manera inconsciente—. Quema… por dentro… es bueno… pero también extraño… por favor…

Rodeó ambos senos con las manos, los sopesó, sobándolos y torturando los pezones con los pulgares por encima de la tela del breve sujetador, nuevos jadeos sobresalieron entre sus labios entreabiertos.

—Siente el latido de mi corazón —le susurró sin dejar de acariciarla—, acompasa el ritmo del tuyo al mío… Haz que lata por los dos… respira por los dos…

Ella se lamió los labios y gimió en respuesta cuando apretó suavemente una de las dulces cúspides.

—Déjate llevar —le susurró al oído—, yo te guiaré.

Le lamió el arco de la oreja y ella se estremeció en respuesta. Podía sentirla temblar bajo sus manos, el nerviosismo recorría su cuerpo al compás del inflamado deseo. Volvió a cerrar la mano sobre uno de sus pechos, acariciándola por encima del encaje del sujetador un segundo antes de hacer desaparecer las prendas que la envolvían dejándola desnuda de la cintura para arriba y probar su suave piel. Sus labios volvieron a encontrarlos, ella no dudó en abrirse para él y permitirle así recorrer su húmeda cavidad con la lengua hasta enlazarla en la suya.

Una de sus manos dejó los sensibles pechos y se arrastró por el costado ahora desnudo, le acarició la línea de las costillas, el estómago y bajó hasta la cadera dónde encontró la cremallera de la falda. Podía hacerla desaparecer de la misma manera que la parte superior de su ropa, pero deseaba disfrutar de la primitiva acción de desnudarla.

—Esto tampoco lo necesitarás —le susurró. Bajó la cremallera de la falda y la deslizó por sus caderas permitiendo que cayese hasta el suelo formando un charco alrededor de sus pies. Las breves braguitas y las medias alrededor de sus muslos era un espectáculo digno de contemplar. Su sexo probó estar absolutamente de acuerdo ante el tirón que dio en el confinamiento de sus pantalones—. Hermosa… y mía.

Ella le sonrió, una cálida y tierna sonrisa que lo desarmó por completo.

—Siempre, John —declaró en un susurro—. Eternamente… Atryah es tuya.

La desbordante cascada de emociones se deslizaba por su piel como una marea imparable, Atryah era incapaz de procesarlas a aquella velocidad pero tampoco le importaba; para ella lo importante era estar allí, junto a él. Gimió una vez más cuando una de sus manos volvió a torturar sus pesados pechos, se sentía arder, un sordo e incómodo dolor se había instalado ya entre sus piernas al mismo tiempo que la humedad y el calor crecían mojando sus braguitas. Deseaba poder resbalar las manos por su piel de la misma forma en que él lo estaba haciendo, pero el sordo hormigueo la obligó a mantenerlas lejos por temor a que el dolor rompiese la magia de aquel momento.

Esto era lo que había estado buscando desde el momento en que posó su boca sobre la de ella, los besos eran increíbles pero no suficientes, necesitaba algo más, algo como esto.

Los callosos dedos se deslizaron sobre su piel provocándole cosquillas, recorrieron la cinturilla de la pequeña pieza de tela que cubría su monte de venus y por fin se hundieron bajo la tela, surcando el suave nido de rizos hasta alcanzar el punto que le dolía y goteaba entre sus piernas.

Jadeó, por un momento pensó que no podría volver a respirar, las yemas de sus dedos rozaron la tierna y caliente carne y la hicieron temblar. La combinación de la tortura que ejercía en sus pechos, unida a su boca mordisqueándole aquel punto exacto debajo de la oreja incrementaba la agonía entre sus muslos. No sabía si acercarse más a él o alejarse, sus pensamientos dejaron de tener coherencia alguna y su cuerpo no hacía sino elevarse en aquel inexplicable y arrasador calor.

—John —gimió al tiempo que se apretaba contra él. Necesitaba aferrarse a algo, a él, pero con las manos heridas no podía—. No entiendo… siento calor… todo mi cuerpo está en llamas y duele…

Casi al instante su mente y su cuerpo se llenaron con la confianza de él, la ternura y el amor que sentía por ella, esa emoción que reconocía y que deseaba poder devolver en la misma medida.

—Está bien, preciosa… —le susurró al oído—, es como debe ser… solo respira… relájate para mí… permíteme entrar en ti…

John podía sentir su nerviosismo, la necesidad de comprender cada una de las reacciones de su cuerpo y el miedo de no poder identificar lo que le ocurría. Ella era inocencia en estado puro, despertarla a la pasión era el regalo más íntimo y puro que podía hacerle, en su ingenuidad se entregaba a él sin reservas, aceptando todo lo que le daba y permitiéndole así mismo recoger para sí mismo lo que necesitaba. Le lamió la oreja una vez más y bajó hacia su boca dejando un suave sendero de besos, manteniéndola sujeta por la cintura se permitió ir más allá. Ella estaba mojada, la breve tela que cubría su sexo chorreaba con el mismo néctar que ahora cubría sus dedos, estaba caliente e hinchada, perfecta para él. Le robó el aliento con uno de sus besos al tiempo que hundía el dedo lentamente en su interior, su cuerpo reaccionó por instinto a la extraña invasión tensándose a su alrededor y pudo oírla gemir en su boca.

—Shh, relájate, amor, déjame entrar —le susurró. Le acarició los labios con la lengua, convenciéndola—. Respira profundamente, Atryah, así… bien… déjame entrar en ti…

Ella tembló a su alrededor, sus brazos se curvaron alrededor de su cuello al tiempo que aplastaba los pechos contra su torso, sus gemidos empezaron a resonar cada vez más alto en la habitación, mezclándose con el crepitar de las llamas de la chimenea. Toda ella temblaba y no era la única.

Se retiró y volvió a penetrarla suavemente, su sexo se contraía alrededor caliente y húmedo, le succionaba de regreso cada vez que se hundía en ella, solo podía pensar lo bueno que fuera sentirse a sí mismo profundamente enterrado allí, poseyéndola, reclamándola por fin como deseaba hacer. Pero antes necesitaba prepararla, mostrarle los beneficios del sexo. Un segundo dedo se unió al primero y ella se apretó más contra sí, su rostro terminó sepultado contra su cuello y podía sentir su respiración contra la piel. Le temblaban las piernas, toda ella era una masa gelatinosa que no dejaba de temblar.

—Tranquila, pequeña, déjate ir —le susurró sin dejar de acariciarla—, no pienses, no te contengas, solo deja que suceda, quiero sentir como te corres alrededor de mis dedos.

Gimió, el sonido amortiguado por su propia carne, él aceleró los movimientos penetrándola cada vez más rápido y más profundo pero con el mismo cuidado que al principio, llevándola cada vez más cerca de la bendita liberación.

—Así, tesoro, no lo retengas, deja que toda esa tensión que sientes se libere —la animó con voz profunda, cruda y sensual—. Córrete para mí, Atryah…

No necesitó más estímulo que aquel para responder a su voluntad, su sexo se ciñó alrededor de sus dedos y la humedad creció a su alrededor, los pequeños temblores que la recorrían lo aferraron en su interior un segundo antes de que la sintiera resbalar por su propio cuerpo de camino al suelo.

—Te tengo, pequeña, te tengo —le susurró al tiempo que la alzaba en brazos. Su cuerpo cálido y desnudo se sentía maravilloso pegado al suyo—. Respira, Atryah… suave… así…

Ella se aferró a él como pudo, hundió el rostro contra su pecho y se acurrucó cual gatita.

—¿John?

Bajó la mirada hacia ella para ver sus brillantes ojos azules mirándole a través del deseo.

—Dime, amor.

—Piel con piel —le recordó sus propias palabras—. Quiero sentirte… piel con piel.

Le besó la nariz, entonces los labios y volvió a mirarla.

—Pronto, amor, pronto —le prometió al tiempo que se giraba con ella hacia la chimenea.

Con tan solo un pensamiento, el suelo desnudo quedó cubierto por una cama de suaves pieles sobre la que la dejó. Ella no tenía problemas con su desnudez, se estiró con inocente sensualidad hasta encontrar una posición cómoda, sus pechos se bamboleaban al compás de sus

movimientos atrayendo su atención. El nido de rizos dorados entre sus piernas brillaba por la humedad de su excitación atrayéndolo como un imán.

Sintió su mirada recorriéndole sin pudor, había más curiosidad que vergüenza en su mirada y eso le gustó. Ella lo hacía sentirse limpio, fuerte, le hacía olvidar el pasado y abrazar el breve tiempo que poseían con mayor desesperación.

No lo pensó, simplemente empezó a deshacerse de cada una de las prendas con el pensamiento, no tenía ni la paciencia ni las ganas como para hacerlo a la vieja usanza. Pronto estaba tan desnudo como ella, su polla completamente erecta e hinchada demandaba atención. Se moría por tener sus manos sobre ella, sentir su boca alrededor, pero tenía que ir despacio… así muriese en el intento, iría despacio.

Atryah nunca había visto nada tan perfecto en toda su vida, ni siquiera cuando estaba detrás de la *Puerta de las Almas*, conocía la anatomía masculina así como las reacciones que debían darse en esta gracias a su tiempo delante del ordenador y aquello a lo que John llamaba internet, pero ni siquiera todo aquel conocimiento lo había preparado para esto. La realidad superaba la ficción.

Su pecho estaba salpicado de vello, una fina línea bajaba desde su ombligo hasta el nido de rizos claros que acunaban el despierto y, a sus ojos, enorme sexo. Quizá debería estar asustada, o cuando menos un poco azorada, pero lo que en realidad sentía era curiosidad y el calor en su interior elevándose una vez más. Quería tocarle, deseaba saber si aquella columna de carne era tan dura como parecía, si estaba caliente al igual que el resto de su cuerpo. Se lamió los labios, la boca empezaba a llenársele de saliva, del mismo modo que lo hacía cuando estaba ante uno de esos pasteles que John le había descubierto, por loco que pareciese, deseaba poner la boca sobre él, lamerle de la misma manera que lamía el glaseado.

—Tú… estás… —murmuró. Entonces sacudió la cabeza, aquellas no eran las palabras adecuadas—. ¿Puedo tocarte?

La pregunta brotó de sus labios antes de que pudiese formularla de otra manera. Se encontró poniéndose de rodillas y gateando sobre la cama hasta detenerse delante de él, sus ojos azul claro se habían oscurecido ligeramente y en ellos ardía el mismo deseo que había visto tantas y tantas veces en los últimos días. Se lamió los labios y esperó una respuesta, no quería decepcionarle, quería que la quisiera… que le enseñase a quererle de la misma manera.

—No te lastimaré —se apresuró en añadir. No estaba segura de que aquello le dolería. Empezaba a sentirse como una estúpida, había tantas cosas que todavía no sabía.

Él se rio, un sonido profundo y rico que le llenó el alma.

—Estaré en la misma gloria si pones tus manos sobre mí, Atryah —le aseguró tendiéndole la mano—, no me lastimarás, por el contrario, si me tocas, me darás muchísimo placer.

Placer. Sí. Eso era bueno.

Asintiendo posó una de las manos heridas sobre la suya y al instante él la guio sobre su sexo, mostrándole como acariciarle con los dedos, la única parte que permanecía libre de las vendas y sin demasiado daño en aquella mano.

—Suave —ronroneó él—, tus manos todavía no han sanado por completo.

Dejó de escucharle, la sensación que captaban las yemas de sus dedos sobre su pene era asombrosa, notaba su piel suave y cálida en directo contraste con la dureza que mantenía erguido aquella parte de él.

—¿No te duele?

Él gruñó en respuesta.

—No amor —dijo con voz espesa, acompañada por un bajo quejido.

Un nuevo escalofrío la recorrió por entero, de repente se encontró sobrepasada, su cuerpo todavía aletargado por lo que él le había hecho, deseaba más, le deseaba a él pero no sabía muy bien cómo debía proceder.

Sus ojos se alzaron entonces a los de él y le miró suplicante.

—¿Puedes hacer de nuevo eso que haces cuando me besas? —pidió.

Él pareció intrigado ante su pregunta.

—¿Qué crees que hago cuando te beso?

No vaciló en su contestación.

—Haces que todo esté bien —declaró convencida—. No hay dudas, no hay miedos, tú los alejas.

Él sonrió con ternura, una de sus manos le acarició la mejilla.

—¿Estás asustada ahora, amor?

Asintió. Aunque más que miedo era incertidumbre, quería más de él, pero no sabía cómo obtenerlo, le asustaba equivocarse y que él se alejara. Quería que John la amase, que le mostrase lo que eso significaba de modo que pudiese aprender.

—No quiero separarme de ti —confesó—. No quiero volver a estar sola… por favor…

Sus manos ahuecaron su rostro un segundo antes de que él bajase sobre sus labios y le susurrara.

—Hasta el último aliento de vida que posea mi cuerpo, estaré a tu lado, Atryah —le prometió—, y cuando este se haya extinguido, allí donde el destino quiera enviarme, te buscaré y te encontraré. Eres la otra mitad de mi alma, no volveré a estar lejos de ti… jamás.

Sin darle tiempo a decir algo más, poseyó su boca al tiempo que la recostaba de nuevo sobre la suave y blanda cama de pieles cubriéndola ahora con la calidez de su propio cuerpo.

Su cuerpo empezó a responder con entusiasmo a sus caricias, las manos y su boca viajaron por su cuerpo torturando y saboreando su cuello, la línea de la clavícula hasta bajar sobre uno de sus pechos y succionar con avidez el pezón. Su cerebro dejó de funcionar, todo en lo que podía pensar era en aquella caliente boca amamantándose de su seno y en la dura erección rozándose contra su cadera, John le mantenía los brazos doblados por encima de la cabeza, la sujetaba alrededor de las muñecas con la fuerza justa para que no se soltase pero sin hacerle daño.

—John, por favor… —No sabía realmente que le pedí, pero lo necesitaba. Necesitaba algo que solo él podía darle.

Pero él no la escuchó, por el contrario, la torturó hasta hacerla gritar, hasta que su cuerpo estaba tan caliente que pensó que estallaría en llamas. La volvía loca con sus caricias, su boca terminó en algún momento entre sus piernas y comenzó a lamerla y chuparla como si fuese un delicioso caramelo, ni sus súplicas, ni los pequeños gritos que salían de sus labios sirvió de nada para hacer que se detuviese. Él estaba dispuesto a matarla de placer.

Ya no sabía cuándo le pedía que se detuviese, ni cuando que continuase, su cerebro había colisionado y nada de lo que pasaba por él tenía sentido o coherencia alguna.

—Por favor… —terminó lloriqueando, las lágrimas se deslizaban ya por sus mejillas. No sabía que le pedía, pero él era el único capaz de terminar con aquella tortura.

John le limpió las lágrimas que corrían por sus mejillas, la besó suavemente en los labios y permitió que su cuerpo se relajase una vez más, preso ahora de la necesidad y el deseo insatisfecho. La había llevado al límite una y otra vez, manteniéndola allí sin darle el alivio que necesitaba, volviéndola tan loca de deseo que ya no podía ni articular palabra… La necesitaba en

ese estado, especialmente en su primera vez, no deseaba lastimarla, solo quería darle placer. Con suavidad le separó las piernas y la atrajo hacia sí, la colocó en una posición cómoda para ambos y llevó su palpitante y ya goteante polla hasta su entrada. No quería nada entre ellos, nada que los mantuviese separados, no cuando su tiempo juntos era finito y necesitaban tanto esto como respirar.

—Eternamente mía, Atryah —le susurró.

La penetró de un solo empuje, alojándose profundamente en su interior mientras su carne cedía y se acomodaba a su alrededor. Sintió la momentánea tensión de su cuerpo ante la no acostumbrada invasión, oyó su quejido y luchó para permanecer inmóvil en su interior, permitiéndole el tiempo que necesitaba para que las molestias se fuesen y quedasen olvidadas en pro del placer.

—Shh, ya está preciosa —la consoló. Su boca reclamó una vez más la suya hasta hacerla responder, la acarició y encendió de nuevo su cuerpo para llevarla de nuevo a ese punto de ebullición que prometía terminar calcinándolos—. Ahora somos uno… como debíamos haberlo sido desde el principio.

Sintió sus brazos rodeándole una vez más, atrayéndolo hacia ella mientras respondía a su propio beso.

—Somos uno —musitó ella en respuesta, sus ojos azules perlados de lágrimas pero llenos de esperanza y paz—, eternamente, John.

Asintió y la besó una vez más antes de empezar a salirse de su interior para luego volver a embestirla con suavidad.

—Eternamente, amor mío —musitó en su oído.

Hundirse en ella era un regalo del cielo, su cuerpo respondía al suyo, se acoplaba y le devolvía tanto como le daba. Su mente se fusionó con la de ella durante un breve instante pero fue suficiente para que se viese a sí mismo a través de sus ojos, que sintiese las emociones que en su inocencia e ingenuidad sentía y no conseguía clasificar, la vio como era en realidad, la mitad del alma eterna que formaba un todo con él y sabía que ella le vería a él, sin nada que ocultar, su vida tal y como había sido desde su despertar. Durante un ínfimo instante se sintieron completos, fueron un solo ser.

Ella respondió a sus penetraciones, saliendo a su encuentro, encontró su propio ritmo y se acomodó a él. Nada podía compararse con aquello, su boca buscó la suya, sus manos vendadas resbalaron por su espalda, investigando, acariciándolo, disfrutando del contacto y del nuevo hilo que los conectaba. La poseyó, hundiéndose en ella y encontrando en sus brazos la dulzura que necesitaba, los condujo a ambos en una carrera hacia la meta, una que alcanzaron en medio de una explosión de sensaciones que los uniría eternamente. La oyó gritar su nombre mientras su cuerpo se estremecía presa de un nuevo orgasmo y no tardó mucho en unirse a ella cuando su propia liberación lo alcanzó haciendo que se derramase por completo en ella.

Sintiéndose completo por primera vez en muchos siglos, se deslizó de su interior y se dejó caer a su lado, la buscó y la atrajo a sus brazos, manteniéndola cerca de su corazón, pegada a su cuerpo. En el aire flotaba el aroma a sexo combinado con el de los leños quemándose en la chimenea.

—Te he visto —la escuchó murmurar con voz somnolienta.

Él bajó la mirada para verle el rostro, pero ella mantenía la cabeza apoyada en su hombro, una de sus manos vendadas descansaba inmóvil sobre su pecho.

—He sentido tu soledad, tu odio, tu amor, tu necesidad… —murmuró haciendo pequeñas pausas—, me he visto a través de tus ojos… Gracias por compartirlo conmigo, John… Ahora…

creo que por fin empiezo a comprender…

Él la apretó suavemente contra él.

—¿Qué crees que empiezas a comprender, Atryah?

Ella suspiró, un sonido previo a dormirse.

—Que nací amándote —musitó—. Sin saberlo, siempre estuve esperando a que tú despertases el amor que vivía en mí y que era solo para ti.

Su cuerpo se relajó y su respiración no tardó en hacerse liviana e igual; se había dormido.

—Yo también nací amándote, Atryah —le susurró—. Perdóname por haber tardado tanto en darme cuenta de ello.

Tras besarle la coronilla, tomó una de las pieles y los cubrió a ambos antes de permitirse sucumbir también al sueño.

CAPÍTULO 13

El tiempo no era uno de sus aliados, Shayler se convenció de ello al entrar en su oficina después de un largo día de viajar de un lado a otro en busca de una respuesta que parecía eludirle. Sabía que estaba de peor humor que de costumbre. Aquella misma mañana había llegado a pelearse incluso con su mujer y la había herido, lo supo con absoluta certeza en el mismo momento en que sus palabras le laceraron el alma. Por culpa de un imbécil y desagradecido hombre que había aparecido tardíamente en su vida había lastimado a la única persona que lo significaba todo para él. Debía estar agradecido de que ella se hubiese limitado a dar media vuelta y abandonar la habitación, con todo era incapaz de quitársela de la cabeza, Dryah no había intentado ponerse en contacto con él ni una sola vez en todo el día, su vínculo permanecía en absoluto silencio y eso lo enervaba todavía más.

La puerta no había terminado de cerrarse a su espalda cuando volvió a abrirse, un rápido vistazo por encima del hombro le mostró a uno de sus Guardianes, acompañado de su recién desposada mujer.

—Si son malas noticias, ni atravieses la puerta, Jaek —declaró al tiempo que rodeaba el escritorio y se dejaba caer con un pesado suspiro—. He completado mi cupo de desastres de aquí al fin del mundo.

Y pese a sus palabras, sabía que aquello no era verdad, los desastres no habían hecho sino empezar.

—Pues tendrás que hacer hueco para los que se avecinan —respondió el Guardián caminando hacia la mesa. Sin perder el tiempo posó las manos con fuerza sobre la mesa y soltó la bomba que traía consigo—. Acabo de estar con John.

Aquello lo espabiló por completo, sus ojos se encontraron con los de su compañero de armas.

—¿Dónde?

No se le ocurría una pregunta mejor. Él mismo había buscado sin descanso a ese mal nacido y había sido incapaz de dar con su paradero.

Jaek le señaló el asiento con obvia intención.

—Quédate dónde estás —le dijo—. Hay mucho que ignoras y que tienes que saber.

El tono serio del hombre no le gustaba un pelo, con todo, lo dejó seguir.

—Anoche se presentó en El *Guardian´s* —empezó a explicarle. No dudó en alzar una mano al ver que iba a interrumpirle—. No estaba solo. Llegó con una muchacha rubia, ella se había abrasado las manos en algún accidente de cocina y necesitaba cuidados.

Aquello lo tomó por sorpresa. Sabía que John tenía algo que ver con la mujer que había abandonado la *Puerta de las Almas*, de algún modo intuía que ellos dos tenían un pasado en común, pero hasta ahora su hermano nunca la había mencionado, jamás había obrado de una manera parecida. Si había ido a buscar a Jaek, solo podía significar que la muchacha significaba mucho más para él de lo que cualquiera pensaría.

—¿La mujer está bien?

Él asintió.

—A estas alturas debería estar ya perfectamente —aceptó y le explicó lo sucedido—. La traté y le sugerí a John que la dejase conmigo, que se quedara al menos mientras comprobaba su

estado, pero se negó.

Teniendo en cuenta que era una rareza ya de por sí que su hermano pidiese ayuda, no le sorprendía.

—Shay, John y esa chica… están vinculados —declaró y bajó la mirada sobre la mano tatuada del juez para enfatizar sus palabras—. Su alma… está fraccionada… nunca me di cuenta hasta ese momento, pero… su vínculo… es como si fuesen dos mitades de un todo.

Y ahí estaba, el infierno abriéndose bajo sus pies.

—¿Qué? —la incredulidad en su rostro era suficiente advertencia de su humor.

Jaek dejó escapar un profundo suspiro y asintió.

—Sus almas están enlazadas —continuó sin dejar de mirarle—, y ese lazo se desvanece.

El aire se estancó en sus pulmones privándole de oxígeno, sus ojos azules buscaron alguna clase de error en la mirada del Guardián, pero Jaek no mentía, podía sentir sus emociones, el dolor que le causaba al hombre comunicarle tal noticia.

—No… tienes que estar equivocado.

El hombre sacudió la cabeza.

—Seybin no fue sincero del todo —declaró con firmeza, entonces negó con la cabeza—. John se muere. Su alma se extingue al compás de la de ella. Ellos… si no supiera que es una locura, juraría que son dos mitades seccionadas y se extinguen al mismo ritmo.

Sacudió la cabeza, se negaba a aceptar algo así. No, no podía ser real, su hermano no podía morirse, ¡no podía!

Sin una palabra, dejó su asiento y salió de la oficina dejando tras de sí la llamada de su Guardián, tenía que descubrir la verdad, necesitaba saberla y solo había una persona que podía confirmar las palabras de su Guardián.

Nyxx estaba agotado, las cosas en las últimas semanas se habían convertido en una auténtica locura, había tal demanda de almas que no daban abasto. Por lo general, las almas puras y sin carga pasaban automáticamente la Puerta, tras su muerte se presentaban ante el umbral y lo traspasaban sin necesidad de que un Cazador la abriese, pero a la luz de los últimos acontecimientos aquello ya no era así. Algunas lograban llegar a pasar, pero otras se perdían por el camino, quedaban vagando solas y sin rumbo o se pegaban como lapas a ellos impidiéndoles hacer nada más. Las había incluso que se aferraban a otros humanos, negándose a ir más allá.

Si recolectar las almas perdidas no era suficiente, ahora tenían que lidiar con todo lo demás.

Las puertas de la oficina de Seybin se abrieron lentamente, no tuvo necesidad de tocarlas siquiera, estas cedieron voluntariamente para permitirle el acceso y poder reunirse así con su embarazadísima mujer.

Lluvia dormitaba en un enorme sillón, tenía los pies subidos a un taburete y las manos entrelazadas sobre su prominente vientre. La visión lo enterneció, había disfrutado de cada etapa de su embarazo, su hija poseía un alma fuerte que a menudo lo buscaba, sobre todo si estaba cerca de ellas como ahora. Nunca experimentó algo parecido y la sensación era indescriptible.

Se acuclilló a su lado y la contempló. Lluvia estaba próxima al término del embarazo, intuía que el parto se presentaría pronto por lo que prefirió traerla consigo al único lugar en el que sabía estarían realmente seguras. Deslizó la mano derecha cubierta por el tatuaje de pareja que ocultaba en cierto modo parte de las cicatrices sobre el inmenso vientre materno y al instante se vio recompensado con una patada, y luego otra.

—Tu hija te está dando la bienvenida —musitó Lluvia con voz adormilada—. No ha dejado de revolverse desde que nos sentamos aquí.

Nyxx besó su tripa, entonces se levantó y la besó a ella en los labios.

—Está deseando salir al mundo.

Ella sonrió y lo miró con esos preciosos ojos color avellana que tanto le gustaban.

—¿Cómo están las cosas ahí fuera?

Él se acomodó en un brazo del sofá y suspiró.

—Igual —respondió—. La Puerta sigue abierta… el alma que salió de ella no solo no aparece, si no que se muere y las almas están yendo de un lado a otro como pollos sin cabeza. Seybin está al borde de la desesperación absoluta y se ha cargado algunas de las conflictivas por el camino, lo cual viene a ser un recuento normal en uno de los días del jefe.

Ella intentó acomodarse y se enderezó en el asiento, algo que resultaba complicado en su avanzado estado.

—Creo que ya sé cómo se siente una ballena varada en la playa —declaró con una divertida sonrisa.

Él le devolvió la sonrisa y la ayudó a levantarse.

—Necesito moverme un poco o me atrofiaré —aseguró con un suspiro—. Y también necesito ir al baño… otra vez.

Él se rio por lo bajo.

—Estamos protestonas hoy, *mikres* —sugirió de buen humor.

Ella puso los ojos en blanco.

—Yo no utilizaría el término *«pequeñita»* en estos momentos, Nyxx —le advirtió llevándose una mano a los riñones—. Ahora mismo soy cualquier cosa menos eso.

Dejando escapar un cansado suspiro dio un par de pasos.

—Vale, ya estoy en pie, desde aquí ya puedo seguir yo.

—¿Segura? —su vena protectora estaba a flor de piel en aquellos días.

Ella puso los ojos en blanco.

—Como no puedes hacer pis por mí, yo diría que sí.

Él la vigiló igualmente mientras caminaba como un pato hacia la puerta situada al otro lado de la habitación, una que no había existido inicialmente pero que desde que ella se había trasladado le proporcionaba al otro lado un moderno cuarto de baño. Su jefe había explicado el hecho con una única frase.

«Es el palacio de las almas, ni siquiera yo puedo controlar su vena caprichosa».

—¿Crees que esto terminará pronto? —la oyó preguntar desde el baño.

Él suspiró.

—No lo sé —dijo con sinceridad—, pero eso no debe preocuparte. Cuando llegue el momento tú y yo nos iremos. Bastet está avisada, ella sabe cuándo ocurre cada nacimiento.

Se oyó la cadena de la cisterna y a continuación la voz de su mujer.

—No puedo evitar pensar en que las cosas que están sucediendo… —comentó saliendo del baño—, llegan en el momento menos oportuno. Tengo miedo, Nyxx. ¿Y si ocurre algo? ¿Y si la niña…?

—*Shh* —la silenció poniendo el índice sobre sus labios—.Todo va a ir bien, mi amor, tendrás a nuestra hija en tus brazos cuando llegue el momento y yo pienso estar ahí, a tu lado. Cuando ella decida llegar, solo tienes que llamarme, esté donde esté en ese momento, acudiré a ti. Nada me lo impedirá, Lluvia, nada.

Ella asintió y estiró los brazos hacia él, necesitaba sentirse arropada por su calor, por su

presencia.

Seybin se reclinó contra el suave y húmedo mármol de la piscina de la sala de baños, el color negro era solo interrumpido por el gris claro de las vetas y el rojo de las velas que ardían confiriendo un ambiente íntimo y sensual. El mobiliario era escaso y funcional, adecuado a las necesidades del dios. Deslizó la mirada por cada centímetro de la sala y se detuvo al ver el diván pegado a la pared más alejada, el improvisado tálamo en el que había dado rienda suelta a la prohibida lujuria y pasión que lo consumía por aquella impertinente mujer. Nunca debió sucumbir a la arrebatadora presencia de su cazadora, aquello no podía llegar a buen puerto, no podía permitir que lo que fuese que ella buscase con su actitud, llegase a conseguirlo. No volvería a tropezar otra vez, no cometería el mismo error, no sacrificaría otra alma inmortal.

Se había dado cuenta de lo que era desde el primer momento en que la vio, su vida se consumía, pero el alma en ella ya brillaba con la intensidad de la inmortalidad.

Su mente retrocedió a las únicas vacaciones que se había tomado, al momento en que supo que su destino acababa de llamar a su puerta.

—Eso ha sido directo, hombre, pero innecesario —recordó su primer encuentro como si hubiese ocurrido esa misma mañana.

La voz femenina a su espalda lo hizo volverse, ella estaba allí de pie, mirándole con unos agotados ojos azules, podía sentir el dolor en su alma, su necesidad de descanso y como ésta se iba separando poco a poco, aquella mujer no vería el nuevo amanecer.

Si había algo que sabía más allá de cualquier certeza, era cuando un alma estaba a punto de abandonar el cuerpo humano para trascender al siguiente nivel y la delicada y menuda mujer que permanecía de pie ante él, estaba envuelta en ese halo de solitario dolor y esperanza que solía rodear a algunas de las almas más puras.

—Um… espero que el haberte dejado sin palabras sea algo bueno —la oyó murmurar, sus labios curvándose en una delicada sonrisa. Su mirada fue entonces a su amiga, quien caminaba en su dirección con gesto preocupado. Ella la detuvo antes de que se acercase más—. Se han terminado las mantas de las cajas, habría que buscar algunas.

—La muerte está rondando tu alma… —la frase abandonó su boca antes de que pudiera refrenarla, atrayendo una mirada dolida de la mujer que lo había arrastrado hasta allí y una triste sonrisa de aceptación de la alma moribunda.

—Así que, además de guapo, ¿también eres vidente? —le respondió arqueando una rubia ceja.

—Cali —la voz de su amiga salió como una amonestación—, te dije que hoy podíamos arreglárnoslas, vete a casa, cariño, necesitas descansar.

—Estoy bien —insistió con una bonita sonrisa que iluminó sus ojos azules. Con un gesto de la mano se remetió un mechón de pelo castaño tras la oreja y se dirigió a él—. Me gusta este nuevo atuendo de Santa Claus, es mucho más sexy y oscuro que el original. Te queda bien.

No le respondió, la cercanía con un alma en los momentos previos a la transición era algo que no había experimentado en mucho tiempo y tendía a sacar de su interior alguno de los recuerdos que prefería mantener enterrados. De alguna forma, gritaba logrando que él la oyese como también la oiría la Puerta cuando su alma abandonase por fin su cuerpo algo que sabía no tardaría en llegar.

—Calíope.

La muchacha se sorprendió al escuchar su nombre en aquel tono de voz masculino, el

dolor que venía padeciendo los últimos días pareció remitir, como si fuese ahuyentado por su presencia.

—Bueno, veo que me llevas ventaja —asintió contemplándolo curiosa—. Sabes mi nombre, pero yo desconozco el tuyo.

—Santa Armani —le dijo su amiga con profunda ironía, atrayendo de nuevo su mirada hacia ella.

Cali sacudió la cabeza y sonrió a su amiga.

—Sin duda, le queda bien —se rio y tras apoyar la mano en el brazo de su amiga le señaló la fila de gente—. Hay mucho que hacer y es obvio que este monumento te está sacando de tus casillas, deja que me encargue yo de él y ve a dirigir esto o no conseguiremos llegar a la noche de una pieza.

La mujer la miró y después a él con un poco de recelo. No estaba segura de si aquello era una buena idea.

—Supongo que podrá ayudarte con las mantas —aceptó y se volvió de nuevo hacia él—. Más te vale echarle una mano.

Seybin la miró de arriba abajo, entonces dio un paso hacia ella y se inclinó de modo que solo ella pudiera oírle susurrar.

—Haré… ¿Cómo dijiste? Ah, sí. Mi buena obra del año y la acompañaré… hasta el final.

—Si le tocas un solo pelo —siseó en voz baja, solo para él.

Por primera vez en mucho tiempo, Seybin se permitió ser caritativo y fue totalmente sincero al responderle.

—Ella se irá al atardecer, Annly —le susurró fijando sus ojos en los de ella para que viese en ellos la verdad—. Su alma está gritando ya por la liberación, por dejar atrás el dolor, si vas a despedirte, es mejor que lo hagas ahora.

La mujer parpadeó sorprendida, una solitaria lágrima se deslizó por su mejilla sin que pudiera hacer nada por evitarlo. Obligándose a detener el torrente, se limpió disimuladamente y se giró risueña a su amiga.

—De acuerdo, está bien, si se queda un segundo más por aquí, no garantizo que alguien decida pegarle un tiro por su… peculiar sinceridad —comentó, volviéndose hacia su amiga con una sonrisa.

—Oh, vamos, no puede haber sido tan malo —se rio la muchacha, pero incluso en su risa se notaba el cansancio.

—Cariño, no opinarás lo mismo después de quince minutos con él —le aseguró y antes de que pudiese pensárselo mejor, la abrazó estrechamente—. Te quiero, Cali.

La muchacha se sorprendió, pero sonrió y le devolvió el abrazo.

—Lo sé, yo también te quiero —susurró besándole la mejilla. Luego la dejó ir y se volvió hacia él—. Bueno, ¿me acompañarás entonces?

Con un ligero asentimiento, echó un último vistazo a la mujer que se marchaba y la siguió de regreso a una de las puertas laterales la cual estaba abierta dejando entrar a la gente con cajas y otras cosas para el refugio.

—Por cierto… todavía no sé tu nombre —comentó pasando frente a él—. ¿Hay alguna cosa que acompañe a alguien como tú?

—Mi nombre no es algo que vayas a necesitar allí donde vas —respondió mirándola, viendo como su alma luchaba por abandonar aquella cáscara—, pero te lo diré si es lo que deseas saber.

Ella sonrió y le echó un vistazo por encima del hombro.

—Tú conoces el mío, ¿es lo justo, no?

La puerta se cerró tras él cuando se acercó a ella, haciendo que alzara la mirada y se encontrara con sus ojos.

—¿Por qué tengo la sensación de que esta reunión no es simple coincidencia? —se encontró preguntándole.

Seybin respondió con un ligero encogimiento de hombros.

—Porque quizá no la sea —murmuró antes de añadir—. Y mi nombre es Seybin.

—Seybin —respondió ella paladeando su nombre—. Sí, te pega.

Él se la quedó mirando, esbozando una lenta sonrisa ante la respuesta de ella.

—Seybin… el Señor de Armani…

El hombre puso los ojos en blanco y negó con la cabeza.

—Señor de las Almas.

Ella lo miró y sonrió, asintiendo lentamente.

—Sí… eso te pega muchísimo más —le aseguró abriendo la puerta—. Vamos, échame una mano con esto.

El tiempo se le agotaba a pasos agigantados, sabía que no le quedaban más que unas pocas horas y no deseaba dejarla sola, no quería que vagase por el mundo, que se perdiese o aún peor, que tuviesen que darle caza sus cazadores, por ello se quedó acompañándola hasta el final.

Ella se había dejado caer en uno de los bancos que cerraban la parte de atrás del aparcamiento del local social, el cansancio se veía más allá de sus ojos, manando de cada poro de su piel, en su misma alma. Él la había seguido en silencio, sentándose en la esquina del mismo banco que ella para cruzar a continuación las manos sobre las rodillas, su mirada estaba fija en el vacío aparcamiento.

—¿Siempre es así?

Su voz lo atrajo, al girarse a ella se encontró con unos bonitos y cansados ojos.

—¿Así como?

Encogiéndose ligeramente de hombros, alzó la mirada al cielo.

—Estar tan cansada que lo único que deseas es poder cerrar los ojos y descansar —murmuró suspirando antes de volverse de nuevo hacia él—. Aterrador. Miedo ante lo desconocido, ante la posibilidad de no continuar o al contrario, seguir andando.

Estaba asustada, podía verlo en el fondo de sus ojos, en la forma en que miraba a su alrededor en busca de ayuda de algún tipo, de consuelo. Sabía que estaba cerca del final, la enfermedad que carcomía su cuerpo no le daría más tregua.

—Me diagnosticaron la enfermedad hace dos años —continuó—, acababa de cumplir veintitrés años, los médicos creyeron que no duraría ni dos meses. Al parecer he dado más guerra de lo que esperaban.

Él no habló, tampoco es que supiera qué decir, por lo general la recolecta de las almas era cosa de sus cazadores, en contadas ocasiones había tenido que presentarse él mismo a recoger un alma y cuando así había sido, ésta ya había abandonado la cáscara de su cuerpo para pasar al siguiente peldaño. Su presencia junto a ella no era sino un recordatorio de que el destino llamaba a su puerta.

—Acércate, Calíope —oyó su propia voz antes de poder siquiera detenerse.

Ella lo miró, parpadeó un par de veces y dejó que una solitaria lágrima se escurriese por su mejilla antes de deslizarse más cerca de él.

—Estoy muy cansada —murmuró con un suspiro mientras se dejaba caer sin pensarlo mucho sobre su regazo, relajándose en su calor y el aroma especiado que lo envolvía.

Bajó la mirada sobre la cabeza de pelo castaño que utilizaba su regazo como almohada, su intención al pedirle que se acercara era calmar sus temores, no deseaba tal estrecha intimidad con una humana… o con un alma. Vacilante, dejó que una de sus manos descansara sobre el hombro de la chica.

—Hueles muy bien —la oyó susurrar—. Es un aroma peculiar… ¿Canela?

¿Oler bien? Aquello debía ser lo más extraño que le había pasado en toda su larga eternidad.

—Cierra los ojos y descansa —fue su única respuesta.

Ella suspiró y se apretó más contra él, acariciando la tela del pantalón con los dedos.

—¿Te quedarás conmigo hasta el final?

Arqueó una ceja ante la absurda petición.

—Estoy aquí, ¿no?

Ella ahogó una risita.

—Esa no es una respuesta, —le dijo volviéndose lo suficiente para que pudiera verle la cara—. Empiezo a entender por qué has sacado a Annly de quicio… pero es una buena persona… alguien debe mirar por ella cuando yo me haya ido…

El dios frunció el ceño.

—Esa mujer no necesita a nadie que vele por ella, es capaz de desesperar hasta a las piedras.

Ella se rio, entonces suspiró y se acurrucó todavía más contra él.

—Es más frágil de lo que parece —susurró en apenas un hilo de voz—, échale un vistazo de vez en cuando… por favor…

Esbozando una irónica sonrisa respondió.

—Los humanos estáis completamente locos, pero las hembras… No es de extrañar que haya tantos suicidios en masa, sois imprudentes y demasiado osadas hablando de esa manera a alguien que es muy superior a vosotras.

Ella suspiró nuevamente, su cuerpo empezaba a relajarse.

—Sí, sin duda os llevaréis muy bien —murmuró con voz somnolienta—. Cuida de ella… por… fa… vor.

Seybin cerró los ojos al sentir el tirón definitivo en su mente y en su poder, aquel que le hablaba del paso final del alma que abandonaba el mundo de los vivos para unirse al mundo de los espíritus. Sintió la confusión y la desorientación inicial en aquella nueva alma, la pena y la indecisión todavía arraigadas en su interior le estaban impidiendo machar.

—Ve al encuentro de la paz que tanto ansías, Calíope, cuidaré de aquello que te inquieta —se encontró susurrando al alma que había despertado al mundo de los espíritus—. Es un juramento que te hago.

El dios sintió una suave caricia en su mejilla y al girarse la vio allí, incorpórea, insustancial, rodeada por ese halo de pureza que había sentido en ella. En sus ojos había gratitud, esperanza y una pequeña luz de determinación cuando se inclinó sobre él y acarició sus labios en una fantasmal caricia.

«Gracias, Seybin».

Sus miradas se encontraron una milésima de segundo antes de que se alejara y empezara a desvanecerse en el aire dejándolo solo con la cáscara vacía que era su cuerpo durmiendo para siempre en su regazo.

Pero aquel no había sido el final, el destino tenía en mente otras cosas y no tardó en hacérselo saber al final de aquellas malditas vacaciones.

La Puerta se había abierto por completo sin que nadie la llamase, sin que ningún alma compareciese ante ella, las voces que oyeron segundos antes fueron silenciadas, la niebla blanquecina formaba remolinos extendiéndose a sus pies, mientras a través del umbral empezaba a formarse una figura; alguien se estaba acercando e iba a atravesar la Puerta de un momento a otro.

—¿Y dices que esto no es cosa tuya? —insistió Nyxx absolutamente irónico.

Él ni siquiera se molestó en mandarlo a paseo, su mirada estaba concentrada en la silueta que emergía de entre la niebla hasta terminar a pocos pasos de ellos dejando que el umbral volviese a cerrarse a su espalda.

—Pero… tú…

Ella le sonrió ampliamente, su mirada los recorrió a ambos antes de volver a centrarse en él.

—Seybin… eso… —empezó Nyxx, frunciendo el ceño al mirar a la muchacha que permanecía de pie ante ellos.

—Ella… —lo corrigió él, contemplando algo imposible.

Nyxx sacudió la cabeza, no había error posible en lo que sentía y olía en aquella mujer.

—Es un alma… hecha carne.

El dios se limitó a gruñir en respuesta.

—¿Pero cómo…?

La mirada de Calíope fue de uno a otro, entonces se lamió los labios y muy lentamente señaló con el pulgar por encima de su hombro la puerta a sus espaldas.

—Yo… bueno… El Dios del Destino me ha dado un mensaje para ti, Seybin —empezó a decir ella, su voz firme y estable, consistente, hermosa y atrayente—. Dice que algo está pasando con la Puerta, que ella —y me pidió que puntualizara la palabra—, está despertando de un modo que ninguno esperamos y que traerá un nuevo enfrentamiento demasiado importante como para que lo encares tú solo —explicó tal y como le habían pedido que lo hiciera—. Me dijo que mi destino estaba en el mismo sendero que el tuyo y que debía regresar y permanecer a tu lado hasta que todo se arreglase.

No podía enfrentarse con aquello, no todavía, no estaba preparado para mirar su destino a la cara y tomar la decisión que debía ser tomada, no a costa del sacrificio de esa mujer.

CAPÍTULO 14

—¡Zhalamira!

El Juez Supremo no se detuvo en su rabia y desesperación, su poder tronaba a su alrededor, los restos de piedra y mármol negro que una vez formaron el Templo del Primer Poder saltaban en pedazos al compás de sus emociones.

—¡Garkos!

Sus pasos iban de un lado a otro en la penumbra de aquel solitario paraje, aquellos dos seres tenían que dar la cara, desmentir aquellas palabras formuladas en voz alta por Jaek en su oficina.

—¡Os convoca la Ley Universal, responded ahora mismo! —clamó con todo su poder chisporroteando de manera indomable.

Una ola de calma y paz lo recorrió, envolviéndole y aplacando su genio, no necesitaba girarse para saber que se encontraría con su esposa.

—Shayler… —su voz fue como una nueva puñalada en su pecho. No quería mirarla, no quería enfrentarse ahora con ella, no quería ver en sus ojos la confirmación que quizá ella habría visto a través del Oráculo.

—Dime que tú no lo sabías… —pidió entre los apretados dientes. Rogó con fervor a todo dios conocido que su respuesta no le lacerara el alma.

Una suave y cálida mano se posó sobre su hombro.

—No, mi Juez —la escuchó responder con su acostumbrada calidez, había verdadera pena e indefensión en sus emociones—, nunca sospeché que este sería el resultado. Shayler, te lo juro, yo no…

Sacudió la cabeza, no era momento para enfrentarse a la culpabilidad, la necesitaba, ella era su fuerza, si empezaba a dudar de ella… de su palabra… No, Dryah poseía parte de su alma, confiaría en ella con su propia vida.

—¡Zhalamira! ¡Garkos! —gritó una vez más. No le importaba dejarse la voz allí, quería que esos dos diesen la cara.

—Shayler, por favor… —pidió una vez más su esposa.

Con cuidado de no lastimar sus sentimientos, dio un paso adelante y se mantuvo de espaldas a ella, no deseaba su compasión ahora, todo lo que quería eran respuestas.

—¡Maldita sea! ¡Presentaos ahora mismo!

Estaba a punto de volverse y ordenarle al Libre Albedrío que interviniese cuando un fogonazo de luz inundó la sala y en el centro se presentaron las dos figuras encapuchadas, una vestida de blanco y la otra de negro, que formaban la Fuente Universal.

—Hemos escuchado tu llamado, no hay necesidad de dar alaridos, Juez —dijo la mujer en aquel tono monocorde y carente de emociones.

Apretó los puños y contó mentalmente hasta diez, no le convenía extralimitarse, lo que necesitaban eran respuestas.

—El Guardián conocido como El Antiguo, mi hermano de sangre —expuso el motivo de su presencia allí—. Se muere…

Las palabras quemaron en su boca igual que lo hacían en su corazón.

—Su vínculo se extingue —respondió la mujer al tiempo que se retiraba la capucha—, el

tiempo que le fue concedido ha llegado a su fin… —su mirada voló entonces por detrás de él, no tenía que ser un genio para saber que miraba a su esposa—, el camino que han elegido trae consigo el final de una etapa.

Apretó los dientes y negó con la cabeza.

—No —declaró con fervor—. Me niego. Romped ese vínculo… haced lo que haga falta para disolverlo…

—Shayler —la voz de su mujer le recordó lo que ese vínculo significaba entre almas predestinadas.

—Los vínculos entre las almas obedecen a un poder mucho más antiguo que el nuestro, pertenecen al corazón del universo, a la *cuna de la vida* —anunció Garkos dando un paso adelante—. La única forma en que pueden disolverse y reencarnarse es a través de la muerte.

Eso no era algo aceptable.

—Por qué están vinculados —preguntó entonces. Si lo que Jaek había insinuado era verdad—. ¿Quién es ella?

Los dos avatares se miraron, en esta ocasión fue Zhalamira quien respondió.

—La mitad del *alma eterna* que posee el *Antiguo Guardián* —declaró el ente femenino—. Ella es su vida y su muerte… Con su despertar, se inició una nueva vuelta en la trama del universo, el equilibrio que tanto nos hemos esforzado por proteger y guardar se está resquebrajando. Cuando el primero de los pilares de tu poder caiga, el Equilibrio caerá con él…

Dryah no esperó invitación, dio un par de pasos adelante hasta detenerse a su lado.

—¿Y cómo podemos evitarlo?

La mujer la miró y sacudió la cabeza.

—La respuesta a eso, está más allá de tu alcance, Libre Albedrío —aseguró, entonces volvió de nuevo a posar su mirada sobre él—. Como lo está más allá del tuyo, Juez Supremo.

Shayler se negó a aceptar aquello.

—No —negó en voz alta.

Ambos avatares lo miraron, los miraron a ambos.

—Todo tiene un principio y un final —intervino ahora Garkos—. Y se está acercando.

Zhalamira asintió.

—Manteneos juntos y enfrentaos a la última de las fronteras, Consortes —les dijo—. Si sois elegidos, podréis comparecer ante la última de las fronteras.

Sin una palabra más, las dos figuras desaparecieron dejándoles de nuevo sumidos en la penumbra, sin más compañía que ellos mismos.

—¡Shayler!

Él ni siquiera se dio cuenta de que estaba de rodillas en el suelo hasta que sintió los cálidos brazos de su compañera a su alrededor, no se percató que las lágrimas empañaban sus ojos hasta que alzó la mirada hacia ella y la vio borrosa. El dolor laceraba su pecho, ya no era el hombre de inmenso poder que regía la ley del universo, era un niño solitario que acababa de perder la única familia que había tenido en la vida.

—Se está muriendo, Dryah —murmuró aterrándose al escuchar las lágrimas en su propia voz—, voy a perder a mi hermano.

Las lágrimas se deslizaron por su rostro en el mismo instante en que ella le abrazó, pegándole a su cuerpo, mimándole con su calor. No fue hasta mucho tiempo después que comprendió que los alaridos y el llanto que escuchaba era el suyo propio.

CAPÍTULO 15

Atryah dejó la calidez de las mantas y del cuerpo masculino al que había dormido pegada, algo la había despertado arrancándola de la placidez del sueño, instándola a abandonar la cómoda cama y enfrentarse a la fría mañana. Se pudo lo primero que encontró por delante que resultó ser la camiseta de John y su propia chaqueta, se enfundó en las suaves y cálidas botas y cruzó silenciosa el salón hasta la puerta principal. Su cuerpo temblaba, como si tras aquel pedazo de madera hubiese algo que no deseaba enfrentar.

La luz del sol la recibió iluminando una cálida mañana, el calor del ambiente invitaba a salir al aire libre y disfrutar de aquel paisaje de ensueño, pero había algo más allí, algo que la atraía hacia el exterior. A los pies del lago, en la amplia extensión a la derecha de la cabaña, al lado del puente de madera que comunicaba la cabaña con la otra orilla, una figura etérea observaba el horizonte. El viento acarició el paisaje y se revolvió a su alrededor arrancándole un estremecimiento al jugar con su pelo, las hojas de los árboles que había tras la solitaria silueta se mecieron al compás, pero a ella ni siquiera la tocó. Atryah supo al instante que estaba contemplando, no necesitaba una confirmación de que aquello que contemplaban sus ojos y lo que hizo que despertase y dejase la cama empujándola a salir era aquella alma solitaria y perdida.

Con un último vistazo a la cabaña bajó los escalones y se dirigió hacia la etérea niña que permanecía con la mirada ausente.

—Te has perdido —murmuró tan pronto estuvo cerca de ella. Aquella era la primera vez que era consciente de un alma, del aspecto que tenían antes de atravesar su puerta y del dolor y la pena que encerraban los espíritus—. Has perdido tu camino… no… ni siquiera has podido encontrarlo.

La seguridad con la que pronunció aquellas palabras la dejó pasmada, aquel espíritu había sido incapaz de encontrar el camino para ir hacia la Puerta, después de su muerte, se había quedado vagando sin saber qué hacer.

—¿Cómo es posible? —murmuró para sí.

El alma pareció percatarse entonces de su presencia, se volvió hacia ella y su rostro, al principio triste adquirió un ligero toque de esperanza al ver que la miraba directamente.

—¿Puedes… verme? —No era una pregunta.

Sintió la esperanza en aquel espíritu como si fuese la suya propia.

—Puedo verte, como también puedo ver en tu interior y sentir tus emociones —aseguró sin dudar. Sorprendentemente podía hacerlo, incluso fuera de la Puerta podía comunicarse y sentir el dolor en aquella alma.

El espíritu vaciló, entonces se movió hacia ella.

—¿Puedes decirme dónde están mis padres? ¿Por qué estoy aquí?

Ella vaciló, su mirada voló más allá de la muchacha, miró a su alrededor y se giró de nuevo hacia la cabaña. La necesidad de volver con John, de darle la espalda a todo aquello era demasiado fuerte, pero entonces… el dolor de aquella alma era tan fuerte, su desesperación tan palpable. La miró una vez más, la esperanza en sus ojos hablaba por sí sola. Entonces en su mente apareció su nombre, su vida, quien había sido en el mundo de los vivos.

—Connie —murmuró el nombre en voz alta. Había traspasado el umbral hacía días. Una leucemia de la que no salió adelante y condicionó toda su vida. Aquella muchacha solo tenía

dieciséis años—. Tienes que continuar, nada te retiene aquí… tienes que cruzar… ya no tienes cuerpo que te ate a este plano.

—¿No tengo cuerpo?

Ella sintió la desesperación del espíritu, como luchaba una vez más por negarse a aceptar lo que sabía que había ocurrido en realidad; su muerte.

—Lo siento —musitó sin saber muy bien que decir. Por primera vez entendía lo que era el dolor, la lástima y como esta abrazaba su alma, ya no la veía a través de otras personas, de otros entes. El dolor que experimentaba al ver su pena, la necesidad de hacer algo para aliviarlo era suya… John le había enseñado lo que significaba vivir, lo que significaba amar y perder lo que se amaba—. Es culpa mía… ya nadie escucha mi canción… mi voz se ha extinguido fuera de la Puerta.

El espíritu frunció el ceño, no sabía que un alma pudiese hacer eso, pero tampoco iba a discutirlo. Demasiado pronto sintió frío, nuevas presencias apareciéndose a su alrededor.

—¿Eres tú la guía?

A su derecha apareció una pareja de ancianos que se daba la mano y la miraban con la calidez de un alma que acaba de hacer la transición. Un alma que estaba en paz consigo misma y que deseaba seguir su camino, encontrar su lugar de descanso eterno.

Negó con la cabeza, ella ya no era esa entidad, ahora tenía un nombre, una vida por muy efímera que esta fuera.

—Ya no soy vuestra guía, mi destino es otro —contestó acongojada—. Lo siento, pero yo no puedo guiaros a vuestra morada final.

Un nuevo tirón en su espíritu la hizo girarse ahora hacia la izquierda dónde dos nuevas almas hicieron su aparición. Se estremeció, no quería estar allí, quería volver a dentro, con John.

—Si tú no puedes, ¿quién lo hará?

Sacudió la cabeza, ella ya no podía ayudarles, no podía hacer nada por ellos. Las lágrimas acudieron a sus ojos al verles acercarse, todos venían a ella, no podían escuchar ya su canción pero se sentían atraídas por lo que había sido. Su luz seguía sirviéndoles de faro en medio de la basta eternidad, pero ya no era la guardiana del umbral, había renunciado a ese cometido para estar con John, con su otra mitad.

—¿Quién es la guía? —insistió otro alma. Todas parecían ansiosas por descubrirlo.

¿Quién es la guía? La pregunta resonó en su mente. Sí, alguien más debía conducir a las almas, debía existir alguien más que pudiese hacerlo… y existía, se dio cuenta. Ella era su última oportunidad, la de todos aquellos espíritus, ella debía ocupar el lugar para el que había sido escogida, su alma eterna era la única que podía vivir eternamente y guiar a los espíritus perdidos.

—Ella llegará muy pronto. —En el mismo momento en que pronunció aquellas palabras supo que era cierto. Llevaba buscándola desde el mismo momento en que abandonó la Puerta, lo sabía y la había ignorado, había ignorado su llamada manteniéndola a distancia. No podía seguir haciéndolo, aún si John se enfadaba con ella, tenía que traer a su sucesora, tenía que rogarle que ayudase a aquellos espíritus a volver a casa—. Ella vendrá pronto y os guiará a vuestra última morada.

La más joven de todas las almas presentes no parecía muy conforme con aquella declaración e insistió.

—¿Y cómo sabrá dónde encontrarnos? —preguntó con preocupación—. Quiero irme a casa, quiero volver con mis padres.

Atryah la miró con calidez, estiró la mano y acarició su fantasmal pelo. No le sorprendía poder hacerlo, ella había sido durante demasiado tiempo parte de ellas.

—Vendrá a mí y yo la guiaré a vosotras —le prometió—, os conducirá a casa, a la última morada.

Los espíritus parecieron aceptar su palabra pues empezaron a desaparecer dejándola sola en medio del claro.

—¿Atryah?

La voz de John atrajo su mirada de nuevo hacia la casa, él había salido al porche y llevaba solamente unos pantalones y unas botas. Girando sobre sí misma echó a correr hacia él, subió los escalones de un salto y se lanzó a sus brazos necesitando su calor.

—No dejes que nada ni nadie me aparte de ti —suplicó envolviéndole la cintura con las manos libres ya de vendas y sin señales o cicatrices aparentes—. No lo permitas, John, no quiero estar sola, no quiero estar sin ti.

Sus brazos la envolvieron atrayéndola hacia él, calentándola de nuevo con su calor.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Qué hacías aquí fuera?

Ella giró ligeramente la cabeza hacia el lugar en el que estaban las almas y negó con la cabeza.

—Las almas están perdidas —respondió sin dejar de apretarse contra él—, tengo que permitir que ella me encuentre, es la única forma en que pueda guiarlas a su última morada.

Él se tensó, lo sintió en todo su cuerpo.

—Atryah, ¿qué has…?

Ella negó con la cabeza y enderezándose le cubrió los labios con un dedo.

—Cree en mí, John —suplicó—. Ella es mi última oportunidad.

Él no parecía en absoluto convencido, pero asintió.

—No dejaré que nadie te separe de mi lado, pequeña —le dijo con absoluto convencimiento—. Nadie.

Ella asintió con una sonrisa, ambos sabían que la única que podría separarlos y los separaría, no había llegado todavía. La muerte, les estaba dando una prórroga para poder disfrutar de la vida.

Calíope siseó cuando el alma que llevaba toda la mañana persiguiendo le dio esquinazo y se precipitó hacia los aposentos privados del señor *«tengo el ego tan grande, que no me coge nada más»*. Después del encontronazo de días atrás no tenía la menor intención de volver a cruzarse en su camino, se había portado como un auténtico asno; no podía creer que hubiese cometido la estupidez de caer en sus redes. Pero lo había hecho y diablos, había sido fantástico hasta que abrió la boca y lo jodió una vez más.

Desde el momento en que le conoció supo que tenía que ser él, el escaso tiempo de vida que le quedaba no hizo sino que decidiese que si volvía a renacer, él sería para ella. El problema era que el señor *«me cabreo y no meo»* no pensaba lo mismo.

Derrapó en su prisa por alcanzar el rastrero espíritu, en su mano brillaba ya el fuego de las almas esperando poder ser utilizado para freírle el culo a aquella alma tocapelotas. El espíritu en su vida como mortal tenía que haber sido corredor de fondo porque no se detenía ni para respirar… Aunque pensándolo bien, no lo necesitaba; estaba muerto.

Se detuvo lo justo para seguirle la pista una vez más y gruñó al ver la esencia que dejó tras él.

—¡Mierda! Dime que no está en esa jodida habitación —gimió.

Un agudo grito, seguido por una ráfaga de fuego blanco cruzando el pasillo destrozó sus

esperanzas.

—Mierda —siseó. Aquello iba a ponerse realmente feo.

Resignada, cruzó el espacio que la separaba y empezó a cruzar el umbral en el mismo instante en que escuchó su voz de barítono hablándole de las consecuencias de su interrupción.

—El próximo espíritu que traspase mis dominios privados, no será el único que acabe calcinado —declaró, una amenaza que ambos sabían que cumpliría.

Tomó una profunda respiración y avanzó dispuesta a replicar, pero las palabras así como el aire huyeron de su boca cuando se encontró con un adonis oscuro de espaldas a ella saliendo de la piscina que utilizaba para bañarse. Aquel hombre era puro pecado. El pelo negro revuelto, algo más largo que de costumbre, se le pegaba a la base del cuello, la humedad perlaba sus anchos hombros y se deslizaba por la extensa espalda hasta una delgada cintura. Y dios, esas nalgas. ¡Ese culo era ilegal! Y ella sabía exactamente la dureza de esos glúteos, había tenido sus manos en ese culo y la boca en…

—¿Ha quedado claro?

Sus ojos abandonaron la apetitosa parte trasera y se alzaron de nuevo para encontrarse con su mirada clavada ahora en ella. Y señor, estaba igual de bueno por delante que por detrás. Un cuerpo tonificado y sexy, con una fantástica tableta de chocolate y un duro y amplio pecho salpicado de un fino vello. Se le secó la boca al seguir aquel sendero negro más debajo de su ombligo.

—¿*Cazadora*? —Una clara amenaza.

Parpadeó y se sonrojó. Daba igual cuantas veces lo viese desnudo, era para quedarse sin respiración una y otra vez.

Se lamió los labios y en contra de su bien sentido alzó la mano y empezó a parlotear.

—Sí, lo entendí en cuanto vi las llamas —aseguró al tiempo que se sentaba en una de las repisas, lo suficiente lejos de su alcance y tan cerca como pudiera para recrearse—. No olvides decírselo también a ellos… por lo que pueda pasar.

Él la ignoró, estiró el brazo y una bata de seda negra apareció de la nada.

—Si estás aquí imagino que tendrás noticias —dijo al tiempo que se ponía la prenda y le daba una vez más la espalda—. ¿Alguna pista sobre su paradero?

Hizo un mohín. Encontrar a aquella alma fugada empezaba a ser tan imposible como dar con una aguja en un pajar. No sabía dónde encontrarla, ella no deseaba ser encontrada, eso lo sabía, casi podía sentirlo en su propia piel. Algo le decía que las cosas todavía se iban a poner peor antes de mejorar y el paso del tiempo no era precisamente algo bueno en esos términos.

Suspiró y se miró las manos.

—Ella no desea ser encontrada, Sey —respondió y se atrevió a utilizar el diminutivo de su nombre—. No puedo sentirla, no la escucho, ya no me habla… Desde que atravesó las puertas solo hay silencio… un mutismo que no me agrada porque pareciese que oculta alguna cosa.

Le oyó mascullar alguna cosa y se giró hacia ella.

—En ese caso, sigue encargándote de recolectar las almas y mantén los oídos bien abiertos por si llega a decidir salir de su escondrijo.

Ella frunció el ceño y dejó la repisa, aquella rápida capitulación no era propia de él, por el contrario, esperaba más gritos, una muestra de su carácter explosivo elevado a la enésima potencia.

—¿Y si decide no hacerlo? —preguntó a pesar de todo—. Hay miles de almas ahí fuera, cada hora que pasa aparece alguna más, no es precisamente fácil dar con ella…

Su mirada cayó sobre la suya y la inmovilizó en el sitio.

—Vuelve al trabajo, *Cazadora*.

Ella resopló, dio media vuelta y empezó a marcharse. Entonces se detuvo y volvió a echar un vistazo al hombre que la sacaba de quicio y encendía todo al mismo tiempo. Diablos, lo deseaba, le dolían los dedos por tocarle, ya podía sentir como se humedecía y su sexo latía por ser empalado por el bien dotado miembro… ¡Mierda!

Respiró profundamente y rogó porque no la matase… sino era a polvos.

Girando una vez más sobre sí misma, tomó una profunda respiración, se quitó la chaqueta y caminó con decisión hacia él. La ropa empezó a desaparecer de su cuerpo al tiempo que avanzaba, los pantalones, el top, las botas… Cuando se detuvo ante él, con su escaso metro sesenta y cinto, se lamió los labios, enredó los dedos en el batín de seda y tiró de él hacia abajo para unir su boca con la suya en un caliente beso.

Su sabor le atraía casi tanto como su descaro, sabía que debía empujarla, apartarla de él, quemarle el culo… Pero señor, ella sabía tan bien y él tenía tanta hambre. Desde la primera vez que la probó tuvo hambre de su cuerpo. Su lengua era curiosa, juguetona, su cuerpo encajaba perfectamente contra el suyo y maldito si su polla no pensaba ya lo mismo.

La deseaba y ella lo sabía… ¡Maldita mujer!

La separó de él, el espacio suficiente para mirarla a los ojos.

—Estás jugando con fuego.

Ella se lamió los labios.

—Ya sabes que no me importa quemarme —respondió coqueta—, de hecho lo estoy deseando.

Se lamió los labios, esos llenos y lujuriosos labios que lo atraían como un imán.

Le sujetó las manos cuando intentó tocarle, la empujó hacia atrás y se las levantó por encima de la cabeza.

—¿Por qué?

Entrecerró los ojos y la apretó contra la pared, su cuerpo dominándola con su tamaño.

—No vas a sacar nada, Calíope —declaró con convencimiento dejando claras sus opciones —, nada más de lo que obtuviste la última vez.

Ella arqueó el cuerpo contra el suyo y alzó la mirada enfrentándose a su desafío.

—Soy una mujer fácil de conformar —le aseguró al tiempo que elevaba el rostro buscando un beso.

Él cambió la sujeción de sus manos a una sola y le acarició el labio inferior con el pulgar; ella se lo lamió.

Sonrió con ironía.

—Ninguna mujer se conforma fácilmente —le aseguró.

Le arrancó el sujetador con un movimiento de los dedos, le dio la vuelta y la empujó nuevamente contra la pared sin dejar de sujetarla, entonces hundió la mano libre entre sus piernas y le arrancó el tanga.

Ella gimió, su cuerpo se estremeció y pudo notar como sus jugos se escurrían por los muslos de lo mojada que estaba. De su boca escapó el primero de los gemidos cuando deslizó dos dedos en su caliente sexo, los retiró y volvió a introducirlos con fuerza obligándola a saltar. Su trasero se alzó hacia él y sonrió, ella era caliente y le gustaba la intensidad en el sexo.

—¿Vas a seguir jugando mucho tiempo… ah… más? —se quejó con un gemido.

Sus labios se estiraron con ironía.

—Soy yo el que pone las nombras, *Cazadora*, no tú —le recordó retirando los dedos solo para darle una fuerte palmada en el culo. Entonces se lo masajeó y volvió a acariciarla aumentando la humedad entre sus piernas, haciendo crecer la intensidad de sus temblores y gemidos—. Y yo decido cuando quiero dejar de jugar.

Dicho eso se quitó la bata y la penetró sin mayores preliminares arrancándole un nuevo gemido. Sus manos se abrieron sobre la pared para mantener el equilibrio mientras él la atraía hacia él sujetándola de las caderas de modo que pudiese penetrarla profundamente. Le gustaba como la sentía, como se apretaba a su alrededor, sus gemidos lo excitaban y aumentaban sus ganas de cabalgarla.

—No apartes las manos de ahí —la avisó y deslizó la mano que acababa de liberar por su costado, acariciándole las costillas hasta subir a sus pechos para pellizcarle el pezón; no tardó en sentirlo endurecerse bajo su tacto de forma deliciosa.

Sus caderas seguían cimbreando, clavándose en ella sin descanso, disfrutando de la forma en que lo retenía, en la humedad y el calor de su prieto coño. Entonces, sin previo aviso, la abandonó y ella gimoteó.

—Ni se te ocurra dejarme así…

Se rio, la giró hasta que terminó frente a él y le hundió la lengua en la boca con un decadente beso. Descendió por su cuello, su clavícula, mordisqueando y besando hasta cernerse sobre la parte de la anatomía femenina que deseaba.

Podía sentir las manos enredándose en su pelo, su espalda arquearse entregándose por completo a su boca, los pequeños gemidos que escapaban de sus labios era tremendamente eróticos y el sabor de sus pezones demasiado adictivo como para poder parar. Disfrutó de ellos al tiempo que volvía a penetrarla con los dedos en una lenta y lánguida caricia que la enloquecía. Encontró su clítoris y atormentó la delicada carne hasta que se endureció y ella lloriqueó desesperada por una liberación que se negaba a darle todavía.

—Eres caliente y tórrida, gatita —le susurró al oído.

Ella gimoteó desesperada.

—¡Deja de jugar y fóllame de una maldita vez!

Sus carcajadas hicieron eco en la solitaria sala de baños un instante antes de que sus dedos saliesen de ella. No la dejó rechistar, abandonó sus pechos y deslizó la mano por uno de sus muslos hasta la rodilla, le alzó la pierna hasta anclarla en su propia cadera y la penetró muy lentamente, disfrutando de la sensación de hundirse en ella hasta el fondo. Solo entonces empezó a aumentar el ritmo hasta alcanzar la intensidad que a él le gustaba y que hacía que ella gritase sobrepasada por el placer.

—Ahora todo lo que necesitas es gritar —la instruyó.

Y lo hizo, tampoco es que le permitiese hacer otra cosa durante el tiempo que la retuvo en la privada zona de baños, mostrándole a su díscola cazadora cuál era el castigo exacto por llevarlo al límite.

Le había advertido que se mantuviese alejada de él, pero era como una polilla acercándose una y otra vez al fuego y antes o después, terminaría consumiéndose en las llamas.

CAPÍTULO 16

Calíope no sabía que le sorprendía más, si reconocer la melodía que aquella chica estaba tarareando o que la mujer fuese en realidad la presencia que siempre había sentido en el interior de la *Puerta de las Almas*. Ella paseaba a lo largo de la orilla, no muy lejos de la cabaña, sus labios curvados en una sonrisa mientras dos almas de niños jugaban y reían a su alrededor. ¡Almas riéndose! Y más allá, de pie a pocos pasos de ella, con rostros plácidos y risueños había otras dos parejas de almas, una de ellas formada por dos hombres de edad y otra por un matrimonio joven. Como si notaran su presencia, se giraron hacia ella, con un solo vistazo a sus ojos, la cazadora supo que dos de aquellas estaban destinadas a renacer próximamente, las otras, descansarían en la última morada un poco más.

Casi sin darse cuenta, su espada se materializó en una de las manos, el tirón que siempre sentía cerca de los espíritus era mucho más fuerte que otras veces. Dio un paso adelante, luego otro y otro más, estaba a punto de llegar a su lado cuando ella se giró y unos profundos ojos azules la congelaron en el sitio. El aire se le quedó atascado en los pulmones, su mente volvió tiempo atrás y la recordó, recordó haber visto aquellos ojos, aquel rostro… pero ahora… ahora había vida en él, no vacía existencia.

—No puede ser… —musitó sin poder sacar los ojos de ella—. Tú…

Sus ojos se angostaron ligeramente al tiempo que la veía sonreír, dejó su paseo y empezó a caminar hacia ella.

—Te esperaba —declaró con voz suave, casi juvenil—. Eres la única que puede conducirlos más allá de la puerta… eres la elegida.

Se tensó ante sus palabras, le gustaban tan poco como su presencia. Como si recordara que llevaba la espada en las manos la alzó hacia ella.

—Tú eres la única culpable de que ellas estén aquí —declaró sin bajar el arma—. Tu falta las ha hecho vagar sin rumbo, algunas incluso se desvanecen antes de acercarse siquiera a la puerta.

Ella dio un respingo y durante un segundo vio como sus ojos se teñían de dolor. ¿Acaso eso era posible?

—Lo sé —respondió en voz baja, apenas un hilillo—. Por eso te he permitido encontrarme, necesito que me ayudes… que las ayudes a ellas a llegar hasta la última morada.

Calíope entrecerró los ojos y miró brevemente a las almas que ahora se arracimaban alrededor de la muchacha rubia, ante sus ojos el número de espíritus creció.

—Ellas llevan días viniendo a mí —explicó al ver su asombro—. Por favor, ayúdalas, guíalas, yo no puedo conducirlas a la Puerta…

Ella se tensó y avanzó de nuevo.

—Lo haré cuando te haya conducido a ti.

Antes de que pudiese dar un solo paso, se vio desarmada y con un filoso cuchillo apretado contra su garganta.

—Temo que eso no va a ser posible.

—¡John! —clamó la mujer al tiempo que daba un paso adelante y tiraba del brazo del Guardián—. No, ella no es mala. Es mi sucesora… la necesito.

Sus ojos se encontraron con los del *Antiguo Guardián*, el hombre la superaba en tamaño y

la hacía sentirse tan pequeña como cuando estaba ante Seybin. Su aura era poderosa pero su alma… la sorpresa brilló en sus ojos.

—Te mueres… —musitó con asombro—. No… no es posible… Tú… tú eres inmortal…

Sus ojos se entrecerraron sobre ella.

—Siéntela —ordenó con voz fría. Él no había movido un solo milímetro su arma a pesar de la insistencia de la muchacha porque la soltase—. Y tendrás la respuesta.

Se lamió los labios y miró a la mujer a su lado, cerró los ojos un segundo y jadeó al comprender lo que el Guardián quería decir. Igual de rápido que la atacó, el hombre la desarmó y alejó de su compañera.

—No vuelvas a levantar un solo dedo contra ella, *Cazadora* —le advirtió en un bajo siseo.

La mujer apretó el brazo del hombre llamando su atención, él se giró hacia ella y asintió permitiéndole reunirse de nuevo con ella, pero no le quitó el ojo de encima.

—Mi tiempo se termina —le explicó entonces ella—, empezó a extinguirse incluso en el interior de mi prisión. Sin él… estoy incompleta, no soy nada sin mi otra mitad… Somos un todo, una única unidad, un alma pura dividida en dos… por mi paso al otro lado es que ahora lo arrastro también a la muerte.

—Atryah —lo previno él.

Calíope la miró, él le había dado un nombre, ya no era un ente vacío, podía sentirla como una entidad en sí misma y a pesar de todo, su aura, ella seguía siendo la guía.

Sacudió la cabeza, nada de aquello tenía sentido para ella.

—Yo… te recuerdo —confesó entonces—. Creo… que lo hago.

Ella asintió y sonrió. Para su sorpresa tomó su mano.

—Tú eres mi legado, tu alma renació como guía para otras almas, eres inmortal, un alma eterna completa —le explicó—. Eres la única que puede ocupar mi lugar y guiarlas, eres su condena… y su redención… la única que se atrevió a desafiar la voluntad del Señor de las Almas y regresar a su lado.

Ella parpadeó. Sus mejillas se colorearon ligeramente. ¿Cómo podía saber ella eso? Pero entonces… le estaba diciendo que era un alma inmortal… No, aquello no era posible.

Sacudió la cabeza y la miró.

—¿Por… por eso me hiciste regresar? ¿Por eso permitiste que el dios del Destino me hiciese cruzar una vez más el umbral?

Ella negó con la cabeza.

—El Dios del Destino tiene voz propia —le dijo—. Él hizo una petición y yo la atendí… Entonces no lo sabía, pero eras tú… mi libertad y mi condena siempre has sido tú… Compartimos el mismo camino, uno que ya han recorrido muchos.

—¿Qué camino?

Le sonrió con calidez.

—El único que puede recorrerse si se desea salvar a aquello que se ama —respondió al tiempo que daba un nuevo paso atrás dejando ahora a las almas que se arremolinaron a su alrededor—. El tiempo se agota, *Cazadora* y tú eres la única que puede devolver el orden de las cosas y guiarles a casa.

Ella volvió a reunirse con el Guardián quien no se había molestado en guardar sus armas.

—Parece que ya tienes lo que has venido a buscar —le dijo mirándola a los ojos—. Ahora lárgate y por tu bien, será mejor que no digas ni una sola palabra de su paradero o el mío.

Lo miró con intensidad, no le gustaban las amenazas, en realidad tenía cierta tendencia a ignorarlas, algo no muy inteligente a juzgar por el aura de letal poder que envolvía al *Antiguo*

Guardián.

—Tus hermanos de armas te están buscando —declaró sin saber muy bien porque le ofrecía tal información—. El Juez Supremo ha recibido un ultimátum para que le entreguen tu cabeza.

Él no se inmutó, por el contrario, pareció incluso aburrirle la charla.

—Deja que adivine, ¿tu jefe?

Ladeó la cabeza y señaló a Atryah con un gesto de la barbilla.

—No le ha sentado demasiado bien que entraras en su reino y te llevases algo que le pertenece.

El brillo en sus ojos le avisó de que había elegido mal sus palabras.

—Atryah no le pertenece a Seybin, *Cazadora* —aseguró con calma.

Ella se encogió de hombros.

—Lo sé —aceptó con tranquilidad. Entonces chasqueó la lengua—. Deberías buscar a los tuyos, no es agradable irse sin poder despedirse de la gente que quieres —señaló a las almas que ahora la rodeaban—. Ellos lo saben mejor que nadie.

Sacudiendo la cabeza para hacer a un lado sus pensamientos, se centró en la pareja.

—Seybin le ha dado al Juez una indulgencia de sesenta días —le informó—. Una vez que termine el plazo, temo que no habrá más prorrogas.

John asintió secamente.

—Lo sé —le dijo con la misma indiferencia que había utilizado hasta el momento—. Y por lo mismo, tu jefe quizá debería darse prisa o puede que descubra que la cacería ya no será necesaria.

Ella lo contempló a su vez, su mirada alternando entre uno.

—Lo siento —declaró entonces, y realmente lo sentía, sentía una profunda pena en su alma por lo que acaba de descubrir.

Atryah sonrió a pesar de todo, una sonrisa que la hizo estremecer.

—No lo sientas por nosotros, hermana —declaró con voz suave—, nuestro camino acaba aquí, pero el tuyo no ha hecho más que comenzar. Ahora llévalas a casa, por favor, no puedo verlas sufrir así.

La cazadora asintió lentamente, por alguna razón ella misma sentía ahora el dolor y la pérdida de esas almas, era hora de devolverlas a su lugar de descanso.

John no le quitó ojo a la cazadora hasta que desapareció llevándose con ella las almas. Sabía que aquel encuentro iba a producirse antes o después, la muchacha así se lo había explicado pero no era algo que le hiciese realmente ilusión. No conocía a esa mujer, apenas sabía que era una de las recientes adquisiciones de Seybin y no confiaba en ella.

—¿Estás segura de lo que acabas de hacer, Atryah?

No podía evitar preguntarse la clase de destino que le esperaba a la belicosa mujer, si tenía que regirse por la vida de su compañera, no era algo que desease a nadie, pero entonces la sustancial diferencia estaba en que Atryah había estado sola todos aquellos siglos, viviendo únicamente a través de los recuerdos de las almas que traspasaban su puerta, Calíope por el contrario, era un alma eterna completa.

—Es parte de su destino —declaró apoyándose en él—, de un destino mucho más grande del que podría pensar.

Él la miró, la temía cuando hablaba de aquella forma enigmática.

—¿Qué no me estás contando, dulzura?

Ella sonrió con misticismo.

—La cazadora es la portadora de un *alma eterna* y completa —le dijo con despreocupación—. Llegó a mí hace tiempo y el *Destino* me susurró su cometido. Todo está escrito, no importa lo que hagamos, todo tiene una razón de ser.

Él hizo una mueca ante sus palabras.

—Los hay que ni muertos pueden mantenerse al margen.

Se rio.

—Ella estaba destinada a regresar, tenía la marca de mi antiguo señor en su alma.

Un sentimiento de posesividad lo inundó, la rodeó con los brazos y la apretó contra él.

—Ahora eres libre, Atryah, no tienes dueño.

Ella ladeó la cabeza para mirarle.

—El *dios de las Almas* rige la *Puerta*, su presencia es tan importante o más que la mía —le explicó con cierta nostalgia—, pero ha preferido olvidar su papel. El agónico dolor que sintió una vez endureció su corazón y enmudeció su alma hasta el punto de que nunca quiso escuchar mi voz. Pero ella sí lo hizo, y también el cazador que compartía su alma con un lobo, él sacrificó su alma y su maldición dos veces por amor. Siempre me pregunté que era ese mencionado amor para que tantas almas estuviesen dispuestas a sacrificar su vida o lloraran eternamente al perder su otra mitad… Y ahora empiezo a comprenderlo.

—El amor es uno de los dones que se les concedió a la humanidad, junto con el *Libre Albedrío* —respondió él pensativo, entonces hizo una mueca—. Aunque este último trae más problemas que otra cosa.

Ella sonrió y le miró.

—Recuerdo al Libre Albedrío, ella es luz —declaró con un firme asentimiento—. Está envuelta en ese amor inmortal que solo se da en almas predestinadas, apareció ante mi puerta y pidió que dejase ir al Guardián con alma de vikingo… Su otra mitad todavía lo necesitaba… Y entonces escuché tu voz y ella me permitió elegir. Sentí su atadura a la Justicia Universal, sus almas están unidas, el dolor de uno es el dolor del otro, la desesperación y el miedo que sentí en su interior no era suyo y al mismo tiempo sí lo era… ¿Eso también es amor?

John suspiró.

—En su caso y en ese concreto momento, lo llamaría falta de sensatez —rezongó, entonces dejó escapar un suspiro y asintió con la cabeza—. Pero sí, en su caso es amor. El miedo, la desesperación a no saber qué ocurre con la persona que amas, con tu otra mitad te lacera el alma, la sola idea de perderla… Eso es amor, Atryah. Ellos estarán bien mientras se tengan el uno al otro, son fuertes estando juntos, podrán enfrentarse al futuro.

Lo contempló durante unos instantes, indagando en sus ojos, buscando más allá de su seccionada y moribunda alma.

—Tu voz —murmuró y le acarició la barbuda mejilla con los dedos—, tu dolor ya no es tan grande cuando hablas de él, pero sigue habiendo tristeza en tu mirada. El amor que yo he conocido a través de ti no duele, cura…

Se inclinó sobre sus dedos, saboreando su tacto.

—El amor puede convertirse en el más grande de los milagros o en la más oscura de las pesadillas, en muchas formas es la última frontera —declaró con convencimiento—. Es un arma de doble filo.

Ella asintió, aunque no estaba seguro si comprendía tal razonamiento.

—Y a pesar de todo seguís buscándolo —insistió.

Él se encogió de hombros.

—No somos una raza conocida precisamente por nuestra inteligencia —bromeó—. Cuando conoces el amor es difícil dejarlo ir. Un solo instante, por muy breve que sea es una dicha inmensa, tan grande que puede sostenerte durante toda una vida de oscuridad. A lo largo de mi existencia he visto como el amor provoca guerras, alianzas, muerte pero también vida, he sentido en mi pecho el amor que se tiene hacia un hermano, por un amigo y he anhelado mucho más, algo que sabía me faltaba pero que no encontré hasta ti. No conocía realmente el significado de esa palabra, no como mis hermanos de armas lo comparten con sus mujeres hasta que llegaste tú.

La vio sonreír, sintió su emoción, su alegría ante sus palabras. Ella deseaba que la amase, que le enseñase el significado de aquella palabra y lo que entrañaba.

—Tú eres el amor para mí, Atryah —le dijo entonces—. Por ti soy capaz de enfrentarme al destino, de renunciar a la vida. Cada aliento es más intenso que el anterior, mis ojos solo reflejan tu imagen, eres lo que estuve esperando tanto tiempo, aquello por lo que no tengo miedo a cruzar la última frontera.

Enmarcó su rostro entre las manos.

—Te quiero, mi dulce Atryah —le acarició la mejilla con los pulgares—. Tú eres el amor para mí.

Ella sonrió y reclamó su boca en un suave beso, entonces se separó y lo miró a los ojos.

—Siento lo que tú sientes —le dijo mirándole a los ojos—, siento tu amor y quiero devolvértelo de la misma manera, quiero compartir tu alma, desafiar al destino y a la eternidad… Quiero amarte, John.

Le acarició el rostro con dulzura, ella era lo mejor que le había pasado en la vida.

—Atryah… —sonrió con calidez e indulgencia.

Ella le besó la mano.

—Nuestro tiempo se acorta con cada respiración que doy —murmuró acongojada—. No quiero separarme de ti, John, solo contigo me siento completa, tú eres mi hogar, el único en el que deseo estar.

—No vas a ir a ningún lado, dulzura, no lo permitiré —le prometió—. Si tenemos que partir, lo haremos juntos, no te dejaré ahora que acabo de recuperarte, no volverás a vivir nunca más en la oscuridad.

Ella pareció relajarse ante su promesa.

—Bien —aceptó, sus ojos brillaban con suave calor—, porque solo quiero vivir en tu luz.

Su sonrisa se amplió y se volvió ligeramente coqueta.

—Ahora… ¿Crees que podríamos repetir lo de anoche?

Él se echó a reír.

—Mi pequeña e insaciable compañera —declaró abrazándola—, creo que podríamos intentarlo esta vez en el yacusi.

—No tengo idea de qué significa eso, pero si podemos estar piel contra piel, me conformo.

Una nueva risa inundó el solitario paraje e hizo que los pájaros levantasen el vuelo remontándose en el alto cielo azul.

Preciosa. Delicada y hermosa. Todo su mundo descansaba en las manos de aquella beldad cuya mirada clara e inocente se alzaba hacia él. La deseaba como solo se puede desear a una

parte de su propia alma o corazón, gracias a ella su vida encontraba el significado para la que fue creada y podía enfrentarse con valor a la dura prueba que les esperaba. Una parte de él quería arrancar la maldita toalla que la cubría, tumbarla en el húmedo suelo y poseerla hasta dejarla sin sentido, era esa parte que sabía que ya era suya, que conocía el lozano cuerpo como el propio y que clamaba por ella. La otra, deseaba atraerla a sus brazos y mantenerla allí eternamente, borrar cualquier duda de su alma y prometerle un final distinto al que ambos sabían que llegaría.

La toalla resbaló de su cuerpo hasta terminar en sus pies, su piel brillaba por el vapor que se pegaba a su piel dotándola de un halo místico que casaba muy bien con su persona. Contuvo el aliento empapándose de la visión de aquel pequeño y moldeado cuerpo, desde los erguidos pechos de rosados pezones, bajando por su liso vientre, estrecha cintura y redondeada cadera hasta la unión de sus muslos, donde brillaba una recortada mata de vello rubio. Con las manos cruzadas delante de ella, ahora libre de vendajes, balanceaba su peso de un pie al otro, entre nerviosismo y expectación.

—Ven amor, el agua está caliente —le dijo. Le tendió la mano y esperó a que ella avanzase hacia él.

Ella vaciló, en sus ojos asomó una luz de duda.

—¿Me lastimará las manos? —preguntó en su ingenuidad.

Ante su comprensivo temor, hundió la mano en el agua y la salpicó. Un agudo gritito surgió de su garganta segundos antes de que parpadease y bajase la mirada a su propio cuerpo.

—¿Demasiado caliente para ti?

Negando con la cabeza, deslizó las manos por su cuerpo desnudo.

—Con decirme, no te lastimará, habría sido suficiente —murmuró ella.

Apretó los dientes para no gemir en voz alta cuando la vio acariciarse los pechos y el vientre así como los brazos para borrar las gotitas de agua que la habían salpicado. Aquel inocente gesto lo puso instantáneamente duro, su erección pulsaba bajo el agua hasta que se puso de pie para alentarla a reunirse con él.

No hacía ni unas horas que se había acostado con ella y ya la deseaba, era incapaz de mantenerse lejos, su primera unión los encontró amaneciendo uno en brazos del otro, deseándose como el primer instante.

—Atryah… aquí… ahora —gruñó. No tenía tiempo para palabras dulces, y los dioses sabían que ella se merecía todas y cada una de ellas—. Por favor…

Ella lo miró, ladeó la cabeza y esbozó esa perezosa y tierna sonrisa que lo desarmaba.

—Tu voz se hace más profunda cuando tienes ganas de sexo —le dijo con total confianza. Sí, ella no era precisamente tímida algo que agradecía en demasía—. Me gusta.

John puso los ojos en blanco y esperó a que estuviese lo suficiente cerca del borde del yacusi para tirar de ella hacia sus brazos y meterla en el agua sin más dilación.

—Y a mí me gusta que te guste, amor —aseguró apretándola contra su pecho, permitiéndole que le pasara un brazo por los hombros antes de sumergirse poco a poco con ella en el agua.

Jadeó cuando el calor le lamió el cuerpo, el agua no estaba muy caliente pero el inmediato contraste era suficiente como para haber hecho que saliera corriendo de no estar sujetándola. No tardó mucho tiempo en suspirar y recostarse contra él, permitiéndole acomodarla a su conveniencia. La dejó resbalar contra él, sentándola en su regazo de espaldas a él de modo que tuviese así la suficiente libertad de movimientos para lo que tenía en mente.

—¿Mejor? —le susurró antes de besarla tras la oreja.

Ella ronroneó un sí y se inclinó hacia atrás, permitiéndole acceder con facilidad a esa

sensible zona.

—Me gusta tenerte así, pegada a mí —le acarició el cuello con los labios—, tan cerca que puedo escuchar tu corazón latiendo al mismo ritmo que el mío.

Resbaló las manos por sus hombros, descendió por sus brazos y extendió los dedos sobre su vientre para luego ascender hacia su recién descubierto fetiche; unos suculentos pechos.

—Me siento en paz contigo en mis brazos —susurró mientras sus manos se posaban sobre sus llenos pechos y empezaban un lento masaje.

Ella se estremeció en sus brazos cuando empezó a amasarle los pechos, pellizcándole los pezones, haciendo que se removiera en su regazo. No pudo más que sonreír ante su sincera y desinhibida respuesta, se inclinó ligeramente de modo que el menudo cuerpo resbalara hacia su brazo derecho y de ese modo tener libre acceso con la boca al rosado pezón. Sus labios se cerraron sobre el pequeño botón succionando, lamiéndolo, mordisqueando la suave carne con glotonería obteniendo como respuesta pequeños gemidos. Ella afianzó su agarre en su hombro de modo que pudiera sostenerse en su precaria posición mientras arqueaba la espalda intentando acercarse más a él, entregándose por completo al placer. El agua caliente le lamía la piel refrescando y aumentando sus caricias, lavando el calor que se apoderaba de su ya hinchado sexo. Un último jadeo le arrancó de sus senos para encontrar su boca y devorarla en un abrasador beso, su respuesta no se hizo esperar enlazando su lengua a la suya, imitando sus movimientos y añadiendo alguno voluntario. Sabía a dulzura, paz y pecado y se encontró completamente embriagado de ella.

John volvió a hundirse con ella en el agua, dejándola resbalar por su cuerpo a la posición que había adoptado originalmente, con ella sentada en su regazo y expuesta a todo lo que sus codiciosas y exploradoras manos desearan hacerle. Con una atrevida sonrisa, la rodeó con el brazo por la cintura mientras sumergía la mano libre por debajo del agua hasta encontrar el húmedo vello entre sus muslos y detener sus dedos a la entrada de los hinchados pliegues de su sexo. Su erección permanecía ahora acunada contra las perfectas nalgas, haciendo feliz a aquella parte de su anatomía.

—Estoy desesperado por hundirme dentro de ti —le susurró al oído, mientras su mano vacilaba en la entrada de su sexo—. Sumergirme entre tus piernas y permanecer eternamente unido a ti.

Para hacer más palpables sus palabras, enlazó sus dedos a los suyos y se apartó ligeramente de modo que pudiese acercarla a su pulsante polla, la guio hasta posar sus dedos sobre él y deslizarlos arriba y abajo un par de veces hasta que ella encontró el ritmo por sí misma.

—John —gimió ella moviéndose sobre su regazo, sus dedos rodeando su hiniesta columna y frotándola con suavidad.

Le mordisqueó el cuello, justo por debajo del oído, un punto que sabía la hacía estremecer y finalmente volvió a prestar atención a su caliente centro. Separó los pliegues de su sexo para probarla con los dedos mientras apretaba los dientes ante la indescriptible sensación que le provocaba ella al frotar su pene entre los suaves y delicados dedos. Sin pararse a pensar, hundió lentamente uno de los suyos en su apretado sexo disfrutando de su calor.

—John —gimió una vez más su nombre.

Él le acompañó cuando se sintió apretado por su pequeña mano.

—Suave amor, suave —la instruyó al tiempo que la follaba con el dedo—. Sí, así… respira, nena, no te olvides de respirar…

Atryah era absolutamente sincera e ingenua en sus respuestas, sus gemidos resonaban en

el solitario paraje, se entregaba y daba por igual, sin pedir ni demandar nada más que su compañía.

—Relájate… así… déjate ir… siente como ardes… —le susurraba con un tono profundo y sensual—, ven a mi encuentro… quiero sentir como te corres…

Su cuerpo se arqueó, sus caderas se movieron por sí mismas intentando alcanzar aquello que sabía solo él podía darle, necesitaba correrse tan desesperadamente como él quería hundirse en su interior.

—John, por favor… —gimió en voz alta—. Te necesito… por favor…

Sucumbiendo a su petición, retiró el dedo de su interior y la empujó suavemente ayudándola a darse la vuelta de modo que ahora quedase a horcajas sobre él, sus pechos erguidos rozaban los pezones contra el fino vello de su cuerpo, su hinchado sexo descansaba ahora encima de él aumentando su necesidad de tomarla. Sus ojos se encontraron un instante antes de que maniobrase el vulnerable cuerpo femenino para encajarse en su entrada y hacerla descender todo el camino sobre él.

Ella gimió, sus manos se cerraron sobre sus hombros con fuerza mientras su polla se abría camino en su interior hasta permanecer completamente alojada, tuvo que obligarse a respirar profundamente para controlarse y no eyacular ya mismo ante la maravillosa sensación. Las paredes interiores de su sexo lo aprisionaban como unas cálidas y dulces tenazas y le robaban el color y las buenas intenciones. Sus manos volaron a sus caderas, obligándola a permanecer quieta cuando se movió con un gemido, aquella posición era nueva para ella.

—Shh —la tranquilizó, sus manos se movieron a sus pechos, acariciándole los pezones, excitándola una vez más—, despacio, amor… Deja que tu cuerpo se acostumbre…

Ella sacudió la cabeza, había mantenido los ojos cerrados hasta ese momento y cuando los abrió un par de lágrimas colgaban de sus pestañas.

—Muévete… por favor… —suplicó, la necesidad era cruda en su mirada—. Por favor, John, quiero sentirte… ¡Necesito ser parte de ti!

Sus palabras resonaron también en su alma, con la misma intensidad que un huracán que pasaba barriéndolo todo. Le necesitaba, deseaba aquello tanto como él, pero en su ingenuidad todavía no estaba muy segura de cómo debía proceder, era su deber cuidar de ella, enseñarle, satisfacer cada uno de sus deseos y ponerlos por encima de los suyos propios.

Ahogando un gemido, ahuecó ambas manos contra sus caderas y le mostró como levantarse sobre su polla, para luego instarla a bajar a continuación arrancando de ambos un gemido de placer. Su boca encontró la de ella, sus lenguas se unieron imitando el primitivo baile que iniciaban sus cuerpos, mientras el agua salpicaba a su alrededor haciendo más resbaladiza su piel. Gimió una vez más al sentir sus uñas clavándosele en la espalda un instante antes de que ella cerrase los dedos en pequeños puños como si evitara hacerle daño; como si esas pequeñas muestras de pasión le fueran a molestar, al contrario, estaba deseoso de llevarlas.

Se sentía absolutamente en el cielo, los sueños no llegaban ni al borrador de una mala película en comparación con lo que se sentía con ella entre sus brazos, estando dentro de ella, poseyéndola al mismo tiempo que ella se iba adueñando de él. Las pequeñas manos le recorrían la espalda con ternura y pasión, su mirada era fuego azul y le quemaba con la confianza y el cariño que asomaba en ellos… Ella le amaba con la misma intensidad y desesperación que él, no tenía dudas sobre ello, jamás las había tenido.

Cuando ya no podía contenerse más, tomó las riendas aupándola en brazos y la tumbó entre el yacusi y el suelo de madera que lo rodeaba. Se hundió en ella con golpes fuertes y rápidos, arrancando débiles jadeos de sus hinchados labios, observando aquellos hermosos ojos

azules velados por el deseo y la pasión, llevándola al borde del clímax, para retenerla allí unos instantes antes de empezar de nuevo, hasta que la tuvo llorando y suplicando por su liberación. Solo entonces le permitió la liberación final, uniéndosele cuando los espasmos de su orgasmo lo lanzaron al propio.

John la atrajo hacia él y la mantuvo abrazada al cobijo de su cuerpo mientras los rescoldos del orgasmo pasaban estremeciéndoles a ambos. A él mismo le haría falta algo más que unos pocos minutos para recuperar el aliento después del arrollador clímax que había experimentado.

—¿Estás bien? —le preguntó al tiempo que le aparataba el pelo mojado del rostro. Necesitaba comprobar que no estaba lastimada, asustada o algo peor.

Ella se acurrucó más contra su cuerpo, sus dedos le acariciaron la mejilla al tiempo que le sonreía.

—Siempre estaré bien a tu lado, John —murmuró agotada—. Da igual dónde me lleves, que tan alto me subas mientras estés esperándome después.

La besó una vez más, nunca la dejaría, así tuviese que bajar al infierno y volver a emerger, nunca permitiría que volviesen a separarle de ella.

CAPÍTULO 17

Calíope se detuvo durante unos instantes en la puerta abierta del gran salón, Seybin permanecía de espaldas a ella, ni siquiera sabía si había notado su presencia, por otro lado, no era como si se le escapase algo a ese hombre. Le miró, contempló su oscura figura recortada por la luz de la lumbre, el fuego creaba sombras que danzaban en la pared, extrañas figuras que contribuían al misticismo y la oscuridad que reinaba en aquella sala. Él sentía predilección por las velas, varios candelabros decoraban la gran mesa que daría cabida a unos veinte comensales, el tintineo de las llamas de las velas amarillentas pretendían desviar su atención, pero en aquellos momentos todo en lo que podía pensar era en ese ser y en el motivo por el que se habían encontrado en primer lugar.

Ni siquiera se detuvo a pensar en ello hasta ahora, su nueva condición como cazadora de almas le llevó a olvidar lo que había sido en vida, el hecho de que Seybin estuviese allí en los últimos momentos y que él mismo fuese el que la entregó y acompañó a la Puerta a la que después se encontró sirviendo. Porque existía tal motivo y solo ahora lo veía realmente.

—¿Por qué me acompañaste en los últimos momentos de mi vida?

Él se giró al escuchar su voz, pero no reaccionó, su rostro era tan serio como de costumbre.

—¿Por qué fuiste tú y no un Cazador cualquiera el que recogió mi alma para conducirla a la morada final?

Sus ojos se encontraron con los suyos, una mirada clara, directa que hablaba de incontables siglos de interminable vagar y penitencia.

—Ella me ha llamado a su lado —continuó al ver que él no respondía. Sin pensar dejó el umbral y empezó a caminar hacia él—, ha dejado de ser lo que era, la humanidad y las emociones corren ahora por sus venas, le ha sido dado incluso un nombre… y dice que yo soy su reemplazo… que soy un alma inmortal. ¿Es eso verdad?

Aquello pareció hacerlo reaccionar, nada demasiado obvio, pero tampoco hacía falta, había aprendido a leerlo quizá mejor que cualquiera de sus compañeros de armas. En sus ojos no había sorpresa, la culpabilidad y el remordimiento cruzaron sus pupilas un instante antes de quedarse carentes de expresión.

—Sí lo es —se contestó a sí misma—, y tú lo sabías. Por eso estabas allí aquella noche… por eso te quedaste a mi lado hasta el último momento y me acompañaste a la morada final. Sabías que en mi interior habitaba un alma inmortal.

Sacudió la cabeza, él seguía sin decir una sola palabra, se limitaba a contemplarla y aquello la enloquecía e irritaba a partes iguales.

—¡Di algo, maldita sea! —clamó a voz en grito, las lágrimas brillando en sus ojos—. Sabías que en el momento en que ella abandonase la Puerta no volvería porque no podía hacerlo… ya se consumía antes de cruzar ese umbral… se extinguía porque no era un alma completa.

Alzó las manos al cielo en un gesto de exasperación.

—¡Nos has tenido corriendo de un lado a otro, buscándola cuando sabías perfectamente que de nada serviría dar con ella! —continuó—. Si debo creer en sus palabras a la luz de que tú no las has desmentido todavía, no era necesario dar con ella… porque ya existe un sustituto.

Sacudió la cabeza una vez más, la desesperación estaba patente en su rostro como la sentía

en sus entrañas.

—¿Por qué no me lo dijiste? —insistió, la rabia empezó a opacar a la desesperación, el miedo creció a su lado—. ¿Por qué no has sido sincero conmigo desde el principio? ¡Tengo derecho a saber que vas a hacer conmigo! ¡No soy tu estúpido juguete! ¡Si vas a matarme tengo derecho a saberlo!

Las llamas de la chimenea estallaron al compás de las emociones del hombre, sabía que sus palabras habían dado en la diana y esa confirmación no hacía más que arrancarle el alma a pedazos.

—¿En qué clase de enfermo juego de los dioses he ido a caer, Señor de las Almas? —preguntó con desesperación—. ¿Qué soy para ti?

Sus ojos no abandonaron en ningún momento los suyos, su voz sonó mucho más profunda y oscura de lo que la había oído jamás, por alguna razón sintió miedo, aquel no era el hombre que conocía, al que sacaba de quicio con sus increpaciones, este era el dios.

—Ella era una de las almas más puras que existió alguna vez, incluso en vida la esencia de su ser se reflejaba en sus ojos —comenzó a relatar con sumo cuidado—. Un alma eterna que fue seccionada por mi propia mano como parte de un pacto que acepté hace demasiado tiempo, la mayor oportunidad que se me confirió para purgar mis pecados… La humanidad nunca ha sabido protegerse a sí misma, corrían el riesgo de sucumbir y esos dos avatares de la Fuente Universal creyeron dar con la solución; el *Antiguo Guardián*. Ellos son las dos mitades divididas de un alma, un error colosal que no supe ver en mi necesidad de alcanzar el perdón. Pero ni siquiera estaba cerca de mi expiación, el Dios del Destino se encargó de recordármelo… El perdón a mis pecados llegará de la mano de la única mujer a quien no puedo permitirme entregarle mi corazón… hacerlo sería condenarla a muerte.

Las implicaciones de lo que le estaba diciendo la golpearon con fuerza, ese hombre parco en palabras y con un genio de mil demonios no podía hablar en serio, nadie podía ser tan cruel como para obligarle a encontrar el amor y tener que sacrificarlo. Pero entonces, los dioses no eran conocidos precisamente por su bondad.

—La mitad que permanecía en el interior de la Puerta vivió gracias a las emociones de los espíritus que cruzaban el umbral, gracias a ello podía mantener el control de esta, llamarles y dirigirles a la última morada, pero temo que no contamos con el hecho de que esas emociones despertarían una sed mucho mayor, la de sentirse completa y formar parte del ser a quien pertenecía su otra mitad. El nacimiento del Libre Albedrío y su maldita inclinación a meter las narices dónde nadie la llama, le otorgó el poder de elegir… Y ahora el equilibrio se ha roto… la Puerta está sin Guardián y las almas sin guía.

Su mirada descendió sobre ella, recorriéndola con una sensual caricia.

—Solo un *alma eterna* completa puede ocupar el puesto del guardián de la *Puerta de las Almas* —declaró por fin—, convirtiéndose en su esencia, en su juez y verdugo, en la balanza que todo lo pesa.

Sus ojos volvieron de nuevo a los de ella.

—El motivo por el que te acompañé en tus últimos momentos de mortalidad es porque sentí en ti un alma de absoluta pureza —declaró sin emoción alguna—, estabas destinada a permanecer guardada y custodiada en el interior de la Puerta hasta el momento en que la mitad reclamada se desvaneciera por completo o fuese reclamada… Como ya dije, el Libre Albedrío es un incordio.

Sacudió la cabeza, la irritación volvía a estar presente en sus ojos.

—Pero entonces fuiste enviada de vuelta a mí, como mi condena y redención, la última

oportunidad para expiar mis pecados y restaurar el orden que se ha quebrado en este reino de las almas. —Las palabras surgieron a través de los dientes apretados, casi escupidas en su odio—. Te han convertido en un sacrificio que no deseo, una libertad que no será sino otra condena para mí.

Las piezas parecieron empezar a encajar entonces en su sitio, la realidad se vertió sobre ella como una ducha de agua fría y con esta llegó el miedo y la indefensión.

—Mi regreso… es tu salvación… y penitencia —musitó intentando comprender la envergadura de lo que acababa de escuchar—. Mi vida… el motivo por el que estoy aquí… por el que escuchaba su voz… por el que ella me convocó…

Vio como apretaba la mandíbula, el brillo en sus ojos alcanzó proporciones inhumanas.

—No quiero más sacrificios absurdos —declaró con fiereza—, no hay redención de ninguna clase para mí, nunca la ha habido en realidad…

El dolor inundó todo su ser ahogando cualquier otra emoción, lo que veía en los ojos del Señor de las Almas era algo que jamás podría ser descrito con palabras.

—Pero tampoco puedes oponerte a ello —murmuró al comprender finalmente toda la trama que formaban sus vidas—, es el camino que ha sido marcado, el único resultado posible, la única manera de cerrar el círculo.

No respondió, pero tampoco hacía verdadera falta, su mirada, como siempre, era lo suficientemente clara para ella.

—Así que, este es mi destino después de todo —murmuró en voz baja, cada vez más apagada—. En ese caso será mejor que me dé prisa en terminar con los pendientes. El Juez Supremo se merece saber que va a perder a un miembro de su hermandad.

Su rostro mudó ligeramente al comprender.

—Encontraste al *Antiguo Guardián*.

No desmintió su afirmación.

—Aparentemente encontré lo que tenía que encontrar —declaró con frialdad—. Le daré la oportunidad a Shayler para que se despida… es lo menos que puedo hacer después de este absurdo sin sentido.

Seybin asintió, no necesitaba explicaciones, sus palabras habían sido suficiente claras.

—Son dos mitades de un todo —murmuró—. Una no existirá sin la otra.

Ella asintió.

—Se están consumiendo —aceptó—. Así que detén esta búsqueda sin sentido y déjales terminar sus vidas en paz.

Sin más le dio la espalda y se dispuso a marcharse. Apenas dio un par de pasos cuando se detuvo una vez más y se volvió ligeramente hacia él.

—Prepara lo que tengas que preparar para cerrar el círculo de una vez por todas —le dijo con firmeza.

De nuevo sintió el aumento de poder en la sala, las llamas de las velas titilaron antes de aumentar su intensidad.

—No. —Su negativa fue tan contundente como su poder.

Se obligó a seguir de espaldas a él, no deseaba que nadie viese las lágrimas que ya se deslizaban por su cara.

—¡No tienes otra opción! ¡Ninguno tenemos otra opción!

Lo oyó gruñir, sintió su presencia tras ella.

—No haré frente a ese destino.

Se enderezó, tensando su espalda.

—No tienes otra opción.

Sin permitirle decir otra palabra, se dirigió con paso firme hacia la puerta del gran salón solo para desvanecerse nada más atravesar su umbral.

CAPÍTULO 18

Por primera vez en su larga vida sentía verdaderas ganas de mandar todo a la mierda y dejar que el mundo se destruyese a sí mismo. Permitirse a sí mismo pasar al otro lado y acabar con todo, pero no podía hacerlo, el solo pensamiento debería estarle vetado, porque su propio fin terminaría con el mundo tal y como se conoce y con la única mujer a la que no pondría en peligro por nada.

Dryah se mantenía en un estoico silencio a su alrededor, contestaba cuando él le hacía alguna pregunta, pero se limitaba a mantenerse a su lado, pegada a él, compartiendo un sufrimiento que nunca conoció hasta el momento. Ella estaba sufriendo por él tanto como por su hermano y no podía dejar que su alma se contaminase de aquella manera, ella era su luz, la necesitaba para poder enfrentarse a lo que sabía tenía todavía por delante.

Estaba a punto de volver a arrellanarse en el sofá junto a ella cuando algo lo alertó, las protecciones que tenían sobre el edificio habían resonado cual campanas de una catedral.

—¿Tenemos visita? —preguntó medio adormilada.

No contestó, se limitó a desvanecerse en el aire y aparecer de nuevo frente a la no deseada invitada que se entretenía paseando de un lado a otro del salón de la oficina principal.

—¿Calíope? —la reconoció como una de las recientes adquisiciones de Seybin.

La mujer de pelo castaño y ojos azules se giró a él y levantó una mano a modo de saludo.

—Hola Juez Shayler —le dijo al tiempo que volvía a bajar la mano y se inclinaba hacia un lado al ver a la mujer que acababa de aparecer también a su lado—. Hola a ti también, Libre Albedrío.

No se molestó en mirar atrás, sabía que su mujer estaba allí, guardándole las espaldas como siempre.

—¿Qué te trae por aquí? —fue directo al grano. No le gustaba un pelo tener a aquella mujer en sus dominios, mucho menos en la misma habitación que su mujer. La experiencia de Dryah con los *Cazadores de Almas* no era una agradable.

La mujer no vaciló, caminó directa hacia él y se detuvo a escasos pasos.

—No estoy aquí para pelear, Juez —aseguró, dejando claras sus intenciones—. Por el contrario, vengo por propia iniciativa y en contra de los deseos de muchos idiotas, pero sé por experiencia que nadie quiere morir solo.

Aquello lo puso en tensión. Casi al mismo tiempo sintió la mano de Dryah sobre su hombro.

—¿De qué estás hablando, Calíope? —le preguntó ella.

La cazadora trasladó su atención ahora a ella.

—El *Antiguo Guardián* se está extinguiendo —declaró sin darle más vueltas—. Se muere.

Ambos acusaron una vez más el golpe, aquella no era la primera vez que lo escuchaban y lo más duro de ello fue saber que no había nada que pudiesen hacer al respecto. Shayler todavía se dolía por ello.

La cazadora frunció el ceño.

—Veo que no es una sorpresa para vosotros —declaró.

Dryah le miró y se adelantó.

—Hemos sido informados de ello —aceptó con suavidad.

Los ojos azules de la mujer se encontraron con los del Libre Albedrío.

—¿De todo?

Aquello los tomó por sorpresa.

—¿Qué quieres decir con *«de todo»*? —se adelantó él.

Calíope suspiró, estaba claro que lo que tenía que decirles no la hacía excesivamente feliz.

—El *Antiguo Guardián* y la *Guardiana de la Puerta* son dos mitades de un todo —le dijo pendiente de su reacción—. Uno es la mitad que le falta al otro, un alma eterna seccionada en dos. Una parte se utilizó para insuflar vida en el *antiguo guardián* y la otra, permaneció dentro de la Puerta…

El aire escapó de sus pulmones al tiempo que sentía su rostro palidecer. ¿De qué diablos estaba hablando esa mujer?

—Eso no es posible —negó con efusividad.

Los ojos de la cazadora se entristecieron.

—Así que no soy la única a la que han estado ocultando cosas —declaró con un suspiro—. ¿Cuánto sabes de tus orígenes, *Juez Supremo*?

Su rostro debió mostrar la respuesta ya que ella asintió y suspiró.

—Entiendo —murmuró—. En ese caso me alegro de haber venido, tu hermano tendrá que explicarte las piezas de este rompecabezas de modo que encajen en su lugar.

Ambos se tensaron y la esperanza renació.

—¿Has dado con él? —se adelantó Dryah. Ella había sido incapaz de localizarlo por más que lo intentó; John no deseaba ser encontrado—. ¿Cómo…? —Sus palabras murieron cuando la comprensión, una que solo ella pareció alcanzar, penetró en su mente—. Atryah… ella te convocó.

La cazadora asintió.

—El destino que pusiste en movimiento está alcanzándonos a todos —le dijo y había un obvio reproche en su voz—, esto no ha hecho más que comenzar.

Antes de que cualquiera de los dos pudiese decir algo al respecto, la mujer continuó.

—Y respondiendo a tu pregunta, sí, he encontrado a vuestro hermano de armas y a su compañera —les informó—. Os indicaré el lugar, pero no os acompañaré. Las almas gritan cada vez más alto y no puedo ignorarlas, hay muchas que están perdidas y tanto los cazadores como los Dioses que se están encargando de la Puerta no dan abasto.

Ella señaló a Dryah, quien solo vestía una camiseta y pantalones cortos de andar por casa.

—Te sugiero que te pongas algo más de abrigo encima, el lugar dónde está no es cálido en esta época del año.

Dicho esto tendió la mano hacia el Juez.

—Él no quiere que ninguno sepa de su paradero, fue muy contundente en esa parte de su amenaza —le aseguró al tiempo que miraba su mano y arqueaba una ceja esperando que él le diese la suya—. Pero sé lo que es irse sin poder decirle adiós a las personas que quieres y la pena que después queda en tu alma…

Con cierto recelo, posó la mano sobre la de la cazadora y al instante fue partícipe de la brutal amalgama de emociones y sentimientos que la rodeaban. Su pasado y futuro atravesó su mente a la velocidad de la luz e hizo que retrocediese asombrado porque todo aquello no hubiese terminado con ella. Esa mujer había sido capaz de traspasar sus escudos con tan solo el contacto, había alcanzado su empatía como una bomba nuclear.

La vio cerrar la mano y apretarla contra su pecho.

—*¡Oups!* Lo siento, olvidaba ese pequeño detalle sobre tu empatía —se disculpó con una

mueca.

Él abrió la boca, pero no sabía muy bien que decir. Lo que había visto en ella… no había palabras.

—*Calíope*… —pronunció su nombre.

Ella asintió en respuesta y le sonrió.

—Está bien, Juez Shayler —le dijo—, todos tenemos un cometido en nuestras vidas o en nuestras muertes. Olvídate de lo que has visto y ve a dónde acabo de mostrarte, el tiempo no juega a vuestro favor.

Antes de que pudiese decirle algo al respecto, la mujer se despidió de ambos y se desvaneció en el aire.

—¿Shayler? —escuchó la voz de su esposa a su lado—. ¿Qué ha pasado? ¿Calíope… ella…?

Él se giró hacia ella, alzó la mano y al instante la vistió acorde al lugar al que iban a viajar.

—Nada de esto debería estar sucediendo, Dryah —murmuró con pesar—. ¿Qué diablos hemos hecho?

Ella bajó la mirada, podía sentir la culpabilidad en su interior, la pena y la indefensión ante la necesidad de hacer algo y no saber el qué.

—Todo es culpa mía —le dijo en apenas un hilo de voz—. Si yo no hubiese nacido, nada de esto…

Aquello lo sobresaltó. No, ella era lo único bueno en toda aquella locura, el único acierto que había tenido el destino al introducirla en su vida.

—Si tú no hubieses nacido, yo seguiría perdido —le aseguró—. Estaría solo y posiblemente me importaría una mierda que el mundo se terminara mañana.

Ella frunció el ceño.

—Sabes que eso no es verdad.

Él negó con la cabeza.

—Tú eres mi luz, bonita —le aseguró sin dejar lugar a dudas—. Eres tú la que hace que me comporte… la mayoría de las veces.

Le acarició el rostro, recreándose en la suavidad de su piel.

—Superaremos esto y todo lo que nos pongan por delante —le prometió—. Da igual lo que venga, no nos rendiremos, antes o después encontraremos la manera en que todo vuelva a su lugar. Cueste lo que cueste, sin importar el precio a pagar, mantendremos el jodido Equilibrio y a la humanidad a salvo.

Ella asintió de acuerdo con él.

—Cueste lo que cueste, mi Juez —le aseguró—. Lo juro.

Conforme con su resolución la atrajo hacia él, la besó en los labios y le dedicó un guiño.

—Creo que nunca te había llevado a Canadá —le dijo antes de desvanecerse con ella.

CAPÍTULO 19

El paisaje era sin duda de ensueño, la paz y tranquilidad que se respiraba en el ambiente no podía compararse con ninguna otra cosa, las altas montañas se recortaban en el horizonte como silenciosos titanes guardando aquella pequeña cabaña oculta en medio del bosque canadiense. Una amplia pasarela de madera cruzaba el lago conectando la orilla más alejada directamente con la cabaña, al otro lado un pequeño embarcadero acogía una solitaria barca de remos, pero era sin duda la pareja sentada en el balancín de la entrada lo que hizo que Shayler dejase escapar el aire que no sabía ni que estaba conteniendo.

Su hermano se levantó, vestido con unos vaqueros, una camiseta y una camisa de leñador a cuadros blancos y negros se le veía más relajado de lo que había estado en mucho tiempo. Su mirada cayó directamente a su mano dónde un nuevo tatuaje cubría el dorso desde los dedos hasta casi la muñeca. A su lado pronto se personó la mujer. Su aura de inocencia y curiosidad le impactó como había hecho antes la propia cazadora, pero en su caso, ni siquiera le estaba tocando. No mucho más alta que Dryah, a juzgar por dónde le llegaba a John, con el pelo rubio recogido en una trenza y unos transparentes ojos azules, poseía un aire de ingenuidad e inocencia que contrastaban fuertemente con el poder y la antigüedad que manaba de cada uno de sus poros. Ella se aferró a la manga de su camisa, insegura y vacilante mientras los examinaba a ambos con una emoción y alegría que no tenía cabida para alguien que no les conocía de nada.

Vio como él se detenía un segundo y se inclinaba para susurrarle alguna cosa, ella asintió y a desgana, si tenía que confiar en la expresión de su rostro, permaneció en los escalones que separaban el porche de la pasarela mientras el Guardián avanzaba hacia ellos.

—No deberías estar aquí.

No se lo pensó dos veces, simplemente reaccionó. Su puño se estrelló en la cara de su hermano lanzándolo al suelo sin muchos miramientos. Desoyó el jadeo de su esposa, así como el grito de la otra chica que corría ya hacia su hermano. Todo lo que podía hacer era mirar al cabrón hijo de puta que había jodido su vida por un acto irreflexivo, el mismo que ahora se limpiaba la sangre de la comisura de la boca con la mano y lo miraba con la misma actitud superior que conocía en él.

—Eres un cabrón egoísta —declaró sacudiendo su propia mano. No le sorprendería que sus nudillos acabaran hinchados en pocos minutos. Del mismo modo, se inclinó y le tendió la otra mano, esperando a que él la aceptase para ayudarle a incorporarse—. Debería molerte a palos…

John aceptó su mano y permitió que tirase de él. En el mismo momento en que lo tocó, fue perfectamente consciente de que lo que se resistía a creer con todas sus fuerzas era verdad. Su hermano, el hombre que lo había significado y significaba todo para él, se moría.

—¡John!

No le quedó más remedio que hacerse a un lado cuando aquel pequeño torbellino rubio, vestida con unos pantalones vaqueros azul claro y una chaqueta de lana blanca, se interpuso entre ellos dos y lo fulminó con la mirada.

—La violencia no genera respuestas, Juez Universal —declaró la muchacha en un tono de voz suave y profunda—. Tú mejor que nadie debería saberlo.

Quizá no lo hiciera, pero darle aquel puñetazo le había sentado la mar de bien.

—Ya, Atryah, no pasa nada —la calmó su hermano, la forma en que trataba y miraba a la mujer hablaba de una relación estrecha, íntima—. Me lo merecía.

Ella sacudió la cabeza.

—No —declaró ella y volvió a fulminarlo con la mirada—. No más violencia.

Entonces volvió la mirada hacia Dryah y cambió por completo. Su rostro se suavizó y sus labios se estiraron en una suave y alegre sonrisa.

—Gracias por permitirme elegir mi camino —le dijo.

Miró a su esposa y la encontró tan sorprendida o más que él.

—Atryah, ¿por qué no vas a dentro y le muestras la cabaña a Dryah? —sugirió su hermano mirando ahora a su cuñada—. Parece que ha llegado el momento en que mi hermano sepa algunas cosas…

La chica pareció dudar, entonces miró a la otra mujer y a él mismo.

—Iré con ella —le dijo al mismo tiempo Dryah—. No le golpees más hasta que te haya dicho todo lo que tenga que decirte.

John no pudo evitar sonreír ante la respuesta femenina.

—Gracias, hermanita —le respondió dejándolos a ambos sorprendidos. John podía haber aceptado su unión, pero nunca había cedido tan fácilmente a considerarla como algo más que su consorte y una molestia necesaria en general.

Ella asintió, entonces le miró y se obligó a sonreírle para tranquilizarla.

—Ve con ella —aceptó mirando a la otra mujer. Juntas bien podían pasar por hermanas—. Te prometo que la sangre no llegará al río.

Ella sacudió la cabeza y suspiró. Aquello era lo más cercano a un «vale» que podía darle.

Ambos esperaron hasta que las mujeres desaparecieron en el interior de la cabaña, entonces se giró a John.

—No quiero escuchar excusa alguna, no quiero saber de ninguna mierda que te haya llevado a hacer lo que has hecho —declaró con firmeza—. ¡Maldita sea, John! Nos has jodido a todos y a ti mismo en el proceso…

El hombre dejó escapar un profundo suspiro.

—En cuanto escuches lo que tengo que decir, entenderás mis motivos —le aseguró—. Hay mucho que explicar y muy poco tiempo para hacerlo.

Aquel mudo recordatorio de lo que no quería aceptar lo enfadó.

—Conseguiremos ese tiempo —siseó de mala gana.

Él negó con la cabeza.

—No, Shayler, para mí este es el final del camino, mi última frontera.

Lo miró y resopló.

—Estás loco si piensa que voy a quedarme de brazos cruzados…

John posó la mano sobre su hombro y medio sonrió.

—Sé que no lo harás. Precisamente por ello es necesario que conozcas tus orígenes, el motivo por el que viniste a este mundo —insistió sin darle opción a interrumpir—. Porque es algo que está íntimamente ligado a este momento y a mí.

Él se rio y sacudió la cabeza.

—He perdido la cuenta de las veces que te pedí una respuesta a mi pasado, a nuestro pasado, ¿y ahora es cuando decides dármela? —resopló con ironía—. Pues ya no la quiero, John, no me importa quienes fueron ellos ni por qué se deshicieron de mí. Yo solo tengo una madre, una esposa y un hermano, esos sois Bastet, Dryah y tú. Cualquiera que tenga relación conmigo más allá de vosotros, no me importa. Mi futuro está al lado de Dryah, ella y tú sois mi familia, no

necesito más.

John no se amilanó por su ferviente declaración.

—Tú quizá no, Shay, pero yo sí lo necesito, no quiero irme sin dejar aclaradas muchas cosas —le aseguró—. No deseo que te utilicen a ti o a tu descendencia como lo hicieron conmigo.

Se empecinó en no escuchar nada de lo que tenía que decirle, hacerlo sería aceptar algo que no deseaba aceptar.

—No vas a ir a ningún sitio —negó con vehemencia—. No lo permitiré, así que ve haciéndote a la idea.

Él resopló y le dedicó la misma mirada que solía darle de niño.

—Sigues siendo tan obtuso y cabezota como cuando eras un crío —le aseguró.

Él bufó.

—Es parte de mi encanto.

John puso los ojos en blanco, pero no claudicó.

—Y de tu herencia —añadió—. Ahora, ¿te vas a estar calladito durante un rato? Shayler, no bromeo, tienes que saber… necesitas saber de dónde vienes, conocer el origen de todo… quizá entonces comprendas dónde estás parado.

Rezongó, no podía evitarlo, todo aquello lo exasperaba.

—Si comienzas con el «*Luc, yo soy tu padre*» te apuñalo en el pecho —lo amenazó—. Y con fuerza.

Su hermano sacudió la cabeza.

—¿Un hijo como tú? Ni regalado —le dijo con total convicción—. Dryah va a tener las manos llenas contigo y vuestra descendencia llegado el momento.

Él resopló ante sus palabras, aquel era otro problema en el que no quería pensar.

—Los secretos nunca resultaron ser un buen comienzo para nada, John —añadió dirigiendo el tema de nuevo al punto de partida—. A veces es mejor que queden como están, como secretos.

—Lo sé, pero esto se trata del final de la historia más que del comienzo —le dijo—. Me estoy consumiendo, al igual que ella… La cuenta atrás empezó en el momento en que la liberé y ya no hay retorno.

Una vez más, no quería escuchar aquello de boca de su hermano, no quería una confirmación.

—Deja de decir chorradas, todavía no sé muy bien cómo diablos habéis acabado vinculados pero…

—No, Shayler —lo detuvo con firmeza—. Las cosas no son tan sencillas, no se trata de ninguna clase de error, Atryah es mi otra mitad… somos un solo alma seccionada en dos, ocurrió así cuando me *crearon*.

John hizo hincapié en la última palabra como si quisiera remarcar algo.

—¿Qué estás insinuando? Porque no me gusta ni un pelo el tono que está adquiriendo todo esto.

Posó una mano sobre el hombro de su hermano y lo instó a acompañarle en su camino por la orilla del lago.

Dryah se detuvo en el porche al lado de la mujer que recordaba perfectamente, era la misma que había emergido de la *Puerta de las Almas* cuando fue a reclamar el alma de Lyon. Su

mirada estaba puesta sobre su consorte, incluso a distancia y a pesar de las protecciones con las que escudaba su empatía, podía sentir su malestar, el temor a descubrir algo que no deseaba descubrir. Sabía que el mundo de Shayler iba a dar un vuelco, las cosas iban a cambiar así como la perspectiva del Juez y de ello dependería quizá el futuro.

—Tú eres su luz, su camino —oyó la voz de la mujer a su lado—. Mientras estés a su lado, será capaz de superar cualquier prueba, por difícil que sea. Eres su fuerza y su esperanza.

Ella la miró.

—Empiezo a comprender por qué no puedo sonreír si él no sonríe, porque siento como me hago pedazos cuando él no puede mantenerse en pie —continuó con su monólogo—. He estado esperándole tanto tiempo y ahora que por fin lo he encontrado, apenas me queda un suspiro para estar a su lado.

Ella bajó la mirada sobre el tatuaje en su mano.

—Sois dos mitades de un todo —repitió las palabras pronunciadas por la cazadora comenzando a entender lo que aquello significaba.

Ella asintió.

—Tú sabes lo que soy.

Dudó, saberlo e intuirlo eran dos cosas totalmente distintas. Con la segunda no había certeza.

—Sé lo que quisiste ser —declaró—. Lo que ahora eres… eso solo puedes saberlo tú. No deseo que Shayler sufra y sé que lo hará tan pronto acepte la realidad que se está negando a enfrentar… Están muy unidos, la separación lo devastará… y no puedo permitirlo. Es mi compañero, mi amor y mi propia luz…

Atryah asintió con una sonrisa.

—Lo sé —su sonrisa se amplió—. Por eso estás ahora aquí.

Dryah se preguntó que querría decir la mujer con aquellas palabras, pero no se lo preguntó.

John no le dio tiempo a Shayler a protestar o echarse atrás, su hermano podía ser muchas cosas, pero la realidad siempre iba a estar ahí y tenía que ser capaz de aceptarla, le gustase o no.

—Mi nacimiento se asemeja bastante al de Dryah —comenzó antes de que perdiese la fuerza necesaria para hablar—, pero los motivos fueron muy distintos. En mi caso, Garkos y Zhalamira necesitaban a alguien que comprendiese el universo y que al mismo tiempo sintiera compasión por la humanidad. Los dioses estaban en una época en la que todo valía, su supremacía hería a los humanos continuamente y en ocasiones incluso a sí mismos. Tiempo antes habían buscado entre ellos, entre los más débiles a aquellos más fuertes, los que ya formaban parte del universo y los convocaron… Pero el resultado no fue el deseado. Necesitaban a alguien sin contaminar por una vida pasada, alguien en quien pudiesen depositar su esperanza.

>>La sangre de Zhalamira me dio vida, el alma pura e inmortal nacida del universo se seccionó en dos y me concedió el espíritu, Garkos equilibró la luz de su consorte con su oscuridad y me dio forma, el aliento de la Fuente Universal se convirtió en mi propio aliento, pronto fui consciente de mi propia vida, de mi existencia y cuando abrí los ojos, me enfrentaron con un mundo que para mí era del todo desconocido.

>>Vagué por el reino mortal, aprendí sus costumbres, conocí el poder de sus palabras, la bondad, pero también la codicia. No niego que me cautivó la raza humana, más aún cuando se me encomendó la tarea de vigilarlos y aprender de ellos, de ver y reconocer la existencia de cada

elegido que era arrancado de la muerte para vivir una nueva vida. Pero siempre desde la distancia, viendo sin ser visto, observando sin poder actuar. La corrupción empezó a bañar nuestro pueblo, las guerras entre hermanos se volvieron cruentas, aquellos que debía proteger se convirtieron en asesinos de su propia raza y mi fe se tambaleó.

Shayler se había detenido para ese momento, su mirada fija en él.

—Los Guardianes… —El Juez no sabía muy bien desde donde proceder, las palabras de su hermano lo asombraban—. Ellos… ellos, ¿nos crearon? Esos dos…

Sacudió la cabeza.

—Ellos me crearon y me insuflaron vida a mí —le corrigió—. Pero tú viniste al mundo como cualquier no nato.

Shayler se tensó, las sospechas no le gustaban.

—Tenemos la misma sangre, John, tú eres mi hermano.

Él asintió.

—Compartimos la misma sangre, pero no el mismo nacimiento, hermanito —corroboró—. Tú fuiste mi motor, por mi supervivencia, por la necesidad que yo tenía de fe, fue ella te trajo al mundo. Zhalamira tiene muchos defectos y escasas virtudes, pero ella es luz, es vida, se preocupaba por sus hijos y buscaba su bienestar. Cuando se dio cuenta de que yo no tenía nada a lo que aferrarme, se volvió sobre los humanos que yo tanto admiraba y me subyugaban en busca de una respuesta y la encontró, solo que yo no fui consciente de ello hasta mucho tiempo después.

>>Ella y Garkos se acercaron a mí una tarde, la misión que me encomendaron era la de vagar una vez más por la tierra de los mortales y recuperar aquellos elegidos que no habían sucumbido a la oscuridad de su naturaleza humana. Me negué, dije que no, que nada de aquello tenía sentido, que la inocencia ya no existía y entonces ella me habló de ti.

Cerró los ojos recordando aquel momento, se había sentido aturdido, traicionado y esperanzado al mismo tiempo. Por fin había alguien que lo necesitaba, le habían dicho, alguien inocente, sin mácula y que formaba parte del universo al igual que él. Compartía su misma sangre, su mismo calor, su misma cuna, era su hermano y le necesitaba a él, a alguien que siempre había estado solo.

—Me ocultaron la existencia de tu nacimiento, del lugar en el que estabas a salvo, creciendo sin tener la más mínima idea de quien eras —continuó—. Me dieron una razón para seguir adelante, para vivir… me dieron esperanza. Me obligué a mí mismo a cumplir mi parte y busqué a los supervivientes, rogué que me permitieran verte, encontrarte, pero se negaron a desvelar tu paradero hasta que yo terminase con mi cometido.

>>Lyon fue uno de los primeros que encontré y el único que no sucumbiera en aquel momento a la oscuridad y el dolor de la pérdida, su familia había muerto, él ya no tenía a nadie. Aún hoy no sé cómo lo hizo, pero supo que yo arrastraba algo conmigo y no se detuvo hasta sacármelo. Te buscamos, ambos, pero ella sabía lo que hacía cuando te entregó a Bastet, creo que sin pensarlo siquiera hizo la única cosa realmente buena que podía hacer… te alejó de su lado para que aprendieses a vivir como un mortal más, lejos de los poderes que en su pureza pueden llegar también a corromper y contaminar, porque ni la luz es tan brillante como se ve, ni la oscuridad tan densa.

>>Los demás Guardianes vinieron a terminar bajo mis órdenes, mi guía… según algunos, e incluso entonces, perdí buenos compañeros y guerreros por el camino hasta que solo quedamos nosotros en pie. Los únicos que no sucumbimos y Uras fue la última. Lyon la trajo a nosotros, rota, quebrada, una niña próxima a la muerte. Ella habló de ti, de tu vida y tu futuro y ellos no

pudieron seguir ocultándonos tu existencia por más tiempo. Ya no solo se trataba de mí, sino de los Guardianes, de la esperanza, así que cuando me planté una vez más ante nuestra madre, le exigí por última vez que te entregase a mí…

Shayler apretó los dientes al oír la palabra *nuestra madre*, las implicaciones de aquello lo hacían palidecer.

—Zhalamira… ella…

Él asintió.

—Ella te concibió, te llevó en su interior hasta el momento en que naciste —aseguró con paciencia—. Entonces te entregó a Bastet para que te criase. Ignoro qué fue lo que la motivó a ello. Por otro lado, puedo decir que nunca vi en ella emoción alguna a excepción de cuando se trataba de ti. De alguna forma, creo que un acto tan humano como engendrar vida y traerla al mundo cambió algo en ella, aunque todavía no he encontrado exactamente el qué.

Su hermano sacudió la cabeza.

—No, lo que sugieres es…imposible —negó, sus palabras dolían—. Ella no puede ser nuestra… es absurdo.

Él negó con la cabeza.

—Ella es tu madre biológica y mi creadora… al igual que Garkos es nuestro padre —insistió, necesitaba que lo aceptara, o al menos que lo comprendiese—. Cuando por fin conseguí dar contigo, no sabía muy bien que hacer. Eres mi sangre, Shayler, todo lo que siempre he anhelado tener a mi lado y eso no cambiará. Encontrarte entonces fue solo el comienzo, pero hay cosas que sencillamente no podían cambiar.

—¿Por qué no me lo dijiste cuando te lo pregunté la primera vez? —Estaba enfadado, angustiado, en cierto modo no sabía cómo reaccionar—. ¡Tenía derecho a saberlo! ¡Las cosas habrían sido muy distintas sí…!

John sacudió la cabeza.

—Precisamente por eso no te lo dije, no había necesidad de que cambiase nada, tu vida era y es como debería haber sido —aceptó con tranquilidad—. No serías el hombre que eres ahora si te hubiese desvelado la verdad mucho antes. Te conozco, Shayler, eres impulsivo, leal y por encima de todo crees en las segundas oportunidades y eres así porque has aprendido a vivir con tus propios términos y no bajo las directrices o el peso de una verdad que no era el momento de desvelarse. Eres quien eres por derecho de nacimiento, hermanito y Dryah está a tu lado porque era para ti. Todo sucede como debe ser… incluso este preciso momento.

A Shayler le estaba costando bastante mantenerse sereno, las implicaciones de lo que John le estaba descubriendo ahora no eran agradables y sí perturbadoras.

—Bien, pues ahora que lo sé, con más razón pienso hacer mi santa voluntad —declaró con fervor—. Seybin ha puesto precio a tu cabeza por llevarte a esa chica, nuestros… padres… se han unido a la fiesta y han exigido tu regreso y comparecencia ante ellos. Sé lo que es perder la cabeza por una mujer, que te importe absolutamente nada todo lo demás excepto ella, dar la vida por ella. Si Atryah es así de importante para ti la protegeremos al precio que sea, pero hay mucho más que perder en todo esto… el Equilibrio se ha desestabilizado, la *Puerta de las Almas* está… inerte… y tú…

Él asintió, no le mentiría ni edulcoraría la verdad de ninguna manera.

—Me muero con ella —aceptó sin preámbulos—. Atryah y yo estamos unidos desde el principio, Shay, me ha costado muchísimo tiempo encontrarla y ahora no puedo dejarla marchar. Ha estado sola todo este tiempo y sé lo que se siente. Ella es la otra mitad del alma eterna que se utilizó para darme la vida… Si ella muere, yo muero con ella… y así es como será.

Aquello no era algo que su hermano fuese a permitir, no lo aceptaba y él lo sabía.

—¡No! —declaró Shayler con fiereza—. Tiene que haber algo que podamos hacer… me lo deben… nos lo deben a ambos y esta vez no permitiré un no por respuesta.

John sabía que su hermano podía leer sus emociones, que sabía lo que él sentía, la verdad en sus palabras, pero se resistía a aceptarlo.

—Shayler…

Se apartó de su contacto.

—¡No! —Se negó a aceptar nada que implicase su muerte—. No voy a bajar los brazos, encontraré la manera de arreglarlo… No voy a dejarte ir…

John suspiró, el joven que estaba en ese momento ante él tenía las emociones a flor de piel, se parecía más al hermano que conoció como niño que al hombre en el que se había convertido. Aquel era Shayler, su hermano, no el Juez Supremo, ni la Justicia Universal, era el adolescente que había estado tan hambriento de afecto como él, quien encontró en su lazo de sangre la fuerza para seguir adelante cuando se rebeló su verdadero destino.

—Eres un mocoso dispuesto a hacer más de lo que puede hacerse y sabes que no lo permitiré —lo obligó a mirarle—. Tienes una familia, Shay, ahora sé que vas a estar bien. Tienes que dejarme ir.

Él sacudió la cabeza, sus ojos azules brillantes por las lágrimas que se negaba a derramar.

—No lo haré —se obstinó—. Así que ahórratelo.

John sacudió la cabeza e hizo algo que no había hecho en mucho tiempo, atrajo a su hermano a los brazos y lo sostuvo contra sí.

—Te quiero, hermanito —le dijo apretándolo con fuerza—. Pero si haces alguna estupidez, juro que te perseguiré hasta el fin de los tiempos y te atormentaré eternamente.

Shayler le devolvió el abrazo antes de separarse.

—En ese caso agradece que el fin de los tiempos esté cerca —declaró sereno.

Sacudió la cabeza.

—Prométemelo, Shayler.

Él alzó la barbilla al responder.

—Sabes que nunca hago promesas que luego pienso romper.

John suspiró.

—Cabezota —resopló ante la cabezonería del hombre—. Piensa en Dryah, ella te necesita todavía, es muy joven para quedarse sola.

Él arqueó una ceja en respuesta.

—Ella me tiene eternamente, John, tú solo un poco menos —le soltó—. Ninguno de los dos va a quedarse de brazos cruzados, hermano, así que ve haciéndote a la idea.

Bufó.

—No sé a quién diablos de nuestros padres has salido.

Él esbozó una irónica sonrisa.

—He salido a mi hermano mayor —aseguró.

Ahora fue su turno de poner los ojos en blanco.

—Shayler…

El Juez alzó una mano para interrumpirle.

—Ni te molestes…

Viendo que el muchacho no pensaba ceder, dio por terminada la conversación y pasó a otra de las cosas que le rondaba en la mente.

—Imagino que Jaek te habló de mi visita —continuó.

Shayler asintió.

—Lo hizo, pero fue Calíope quien nos guio aquí —explicó.

John asintió, tenía que haberlo supuesto.

—Jaek mencionó algo sobre un nuevo Guardián…

A juzgar por la mueca que compuso su hermano, había más allí de lo que parecía.

—No estamos seguros, Dryah se topó con alguien que según ella poseía la misma esencia… y al mismo tiempo, distinta —comentó—. He intentado rastrearle, pero…

John lo interrumpió, era necesario que él comprendiese la necesidad de encontrar a ese hombre.

—Tienes que dar con él, si es uno de los elegidos necesitará tu guía a partir de ahora —le informó.

Shayler resopló.

—Lo buscaré —le dijo—. Pero no te prometo nada más.

—Tienes que mantener el equilibrio dentro de la hermandad, sabes que cuando uno de nosotros falta…

Sus ojos azules lo fulminaron.

—Algo que no ocurrirá…

John empezaba a tener ganas de pegarle con algo en la cabeza, en vez de eso miró hacia la cabaña dónde las dos mujeres se habían quedado en el porche. Su mirada se cruzó con la de su chica y esta le sonrió. Girándose hacia su hermano, le revolvió el pelo como solía hacer cuando era un crío y le pasó el brazo por encima del hombro.

—Vamos, tienes la oportunidad para pedirle disculpas a Atryah y presentarte correctamente —le soltó con una risita—. Es una dulzura, te gustará.

Él puso los ojos en blanco.

—Te ha defendido, solo por eso, ya me gusta.

John se echó a reír, solo su hermano podía pesar de esa manera.

Las mujeres se adelantaron al verles acercarse, pero fue Atryah la que no dudó en lanzarse a sus brazos cuando no había alcanzado ni el primero de los escalones. Sus brazos se envolvieron alrededor de su cuello y se pegó a él mientras le susurraba al oído.

—No estés triste, John —le dijo apoyando su mejilla contra la de él—. Estará bien, el Libre Albedrío no permitirá que le pase nada. Le ama.

Él sonrió y le devolvió el abrazo, para luego separarse un poco de ella y besarla en la frente.

—Estoy bien, dulzura —le susurró, entonces le envolvió la cintura con el brazo permitiendo que se apoyara en él.

Dryah por su parte caminó hacia su hermano, quien le tendió la mano al instante, necesitando de su contacto. Sus dedos se entrelazaron mientras ella se acercaba a él y vacilaba al dedicar su mirada de uno a otro.

—No pongas esa carita, Dryah —le dijo, su mirada fue entonces a la de Shayler—. Esto debía ocurrir antes o después.

Ella se lamió los labios.

—Quizá las cosas hubiesen ocurrido de otra manera si yo no hubiese intervenido —murmuró en voz baja—. Lo siento.

Él negó con la cabeza.

—No lo hagas, hermanita, gracias a ti he recuperado lo que perdí hace demasiado tiempo como para recordarlo —aceptó y se lo agradeció con un gesto—. Lo que tenía que ocurrir, está

ocurriendo, no hay nada que lamentar.

Ella abrió la boca para decir algo, pero Atryah se le adelantó.

—Él ya no estará solo —declaró la chica alternando la mirada entre ella y el Juez—. Yo estaré eternamente a su lado, no volverán a separarnos, ya no habrá soledad.

Dryah asintió y miró a su marido quien le sonrió antes de volver a mirar a la pareja.

—Así que, así están las cosas —declaró con un suspiro.

¿Estás bien?

Shayler apretó su mano al escuchar la pregunta en su mente.

«No completamente. Ha sido un instante de revelaciones, algunas difíciles de digerir. Mi hermano acaba de confesarme quienes son mis padres biológicos y no sé si echarme a reír o a llorar».

No dijo nada, se limitó a mirarle, entonces le vio sacudir la cabeza.

—Estoy bien, bonita —le aseguró con firmeza—. Solo… dame tiempo… hay cosas a las que cuesta acostumbrarse… algunas puede que jamás lleguen a eso.

«John acaba de revelarme que mis progenitores son los mismos que los suyos. Zhalamira y Garkos».

Ella no se sorprendió, lo que hizo que su marido la mirase con cierta curiosidad.

—Lo sabías. —No era una pregunta, sino una afirmación.

Ella sacudió la cabeza.

—No con palabras —murmuró en respuesta—. Ella no me lo dijo con palabras, pero… sembró la duda en mi mente… Perdóname por no decírtelo, pero, es algo que…

Él asintió y le apretó la mano en gesto comprensivo.

—Está bien, amor —la tranquilizó.

Pero ella no parecía conforme del todo. Su mirada voló sobre la otra pareja.

—¿No hay nada que podamos hacer? —preguntó en voz alta, su mirada recorrió a todos los presentes.

Para su sorpresa, Atryah dejó el lado de John y se plantó delante de ella, su mano tomó la suya y sonrió.

—Lo has hecho, *Libre Albedrío* —declaró la muchacha—. Y lo seguirás haciendo, las piezas están encajando todas en el lugar que les fue asignado hace mucho tiempo, el destino ya está escrito y tú lo has puesto en movimiento.

Ella ladeó la cabeza sin comprender, por primera vez sintió como su poder reconocía el de Atryah como algo cercano, algo eterno y lleno de luz.

—No lo entiendo —admitió con un suspiro.

Ella apretó su mano un poco más.

—Todo en el universo tiene un equilibrio, cuando este se rompe, se desestructura es para dar paso a un nuevo comienzo, todo tiene un principio y un final… Vosotros, juntos, formáis el Equilibrio, lo que se desmorone alrededor no importa pues comenzará otra vez, se renovará. Lo único importante sois vosotros, el corazón, la vida y la libertad.

Lentamente soltó su mano y volvió con John, con todo, su mirada seguía alternando entre uno y otro.

—Os vi una vez, os sentí, fuisteis quien me disteis esperanza —declaró ella con una amplia sonrisa—. Muchas gracias. Es… como lo decís vosotros… ¿especial?... veros ahora. Me gusta.

Shayler no pudo evitar esbozar una irónica sonrisa y mirar a su hermano.

—Sí, ahora entiendo lo que querías decir —aceptó mirando a la chica—. Para nosotros

también resulta algo especial conocerte, Atryah y nos alegra poder hacerlo, aunque sea en estas circunstancias.

Ella asintió y sonrió en respuesta mirando a John y finalmente el lugar.

—Es un lugar hermoso —aceptó la chica.

—Y malditamente bien protegido —concedió Shayler—. Nos fue imposible dar con vosotros, todavía me pregunto cómo fue capaz de hacerlo Calíope.

Atryah se rio.

—Yo la llamé —les explicó—. Ella también forma parte de nuestro destino.

Shayler miró a la mujer y luego a John, quien alzó las manos.

—A mí no me mires —declaró con cierta diversión—, ella hace a menudo lo que quiere hacer.

Él resopló y echó un vistazo a su lado.

—Mira por dónde eso sí me suena.

Dryah se cruzó de brazos y lo miró con diversión.

—Bueno, alguien tenía que poner la aventura en este matrimonio, ¿no?

John se echó a reír al escuchar a su cuñada, una risa limpia, real que restó un poco de dolor a aquel encuentro y les permitió afrontar lo que vendría con optimismo.

—Ay, amor, está claro que contigo nunca voy a tener tiempo de aburrirme.

CAPÍTULO 20

—A ver si lo he entendido —arrancó Lyon con su acostumbrada diplomacia—. ¿Ese hijo de puta la está diñando, no hay nada que podamos hacer al respecto y aún encima exige que busquemos a ese hombre con el que se encontró Dryah y del que no sabemos absolutamente nada? Dime dónde está que voy a ponerle el cerebro bien a base de golpes.

Shayler se apretó el puente de la nariz, le dolía la cabeza y estaba cansado, los recientes descubrimientos no contribuían lo más mínimo en aliviar su malestar, por el contrario hacían que su mal humor se incrementara hasta proporciones bíblicas. Después de pasar unas horas en compañía de su hermano y su aguda compañera, habían regresado a la oficina para convocar una reunión urgente con todos los Guardianes y sus mujeres. Verlos ahora reunidos lo hizo consciente una vez más de lo afortunado que era, esos hombres y mujeres eran su familia, la habían sido desde el comienzo y haría hasta lo imposible por evitarles cualquier daño.

No había perdido el tiempo en giros inoportunos o en mantener cosas para sí mismo, aquellos hombres y mujeres tenían derecho a saber lo que estaba pasando por ello vertió toda la información de la que disponía sobre ellos. La reacción de Lyon era solo una de las muchas que se sucedían.

—Entonces, lo que suponía Jaek… es cierto. —Keily miró a su marido y después al Juez —. Él… se muere.

De repente el silencio se instaló entre ellos como una tupida mortaja.

—Sí —fue Dryah quien lo rompió con sus palabras—. Él y Atryah se consumen… su vida se apaga… y no es lo único…

Él asintió, al igual que su mujer, estaba conectado con el universo y podía sentirlo en su propia carne.

—El Equilibrio está resquebrajándose a pasos agigantados —declaró sin dudar—. La inactividad de la Puerta unido a la próxima extinción de uno de los nuestros está provocando tal inestabilidad en la trama del universo que solo puedo suponer que no nos gustará lo que ocurra cuando todo se venga abajo.

Ariadna se revolvió en su asiento, su embarazo empezaba a notársele ya.

—¿Y no hay nada que podamos hacer al respecto? —preguntó mirando a su marido y luego a él—. ¿Nada en absoluto?

Él la miró, la mujer había cruzado las manos de forma inconsciente sobre su redondeada tripa.

—Encontraremos la manera, Ariadna, te lo prometo —le aseguró—. Así tengamos que bajar al mismísimo infierno, encontraremos la manera de terminar con esto.

Ella asintió agradecida, pero no parecía del todo convencida y no podía culparla. Ninguno de ellos lo estaba.

—Sé que es una putada y que a ninguno os hace la menor gracia, pero, quizá contactar con ese otro Guardián no es tan mala idea —comentó Keily—. Si ha sobrevivido ahí fuera solo y hasta nuestros días… quizá sepa algo que vosotros no sabéis y que podría sernos de ayuda.

Asintió, aquella había sido una de las razones que había dado Dryah también cuando John hizo hincapié en que encontraran a ese hombre.

—Nos estamos olvidando de un detalle importante, chicos —comentó entonces Lyon—. Él no es técnicamente un Guardián… Hasta dónde yo sé, no había quedado ningún elegido que no sucumbiese a excepción de nosotros cinco y tal y como ha dicho Dryah, ese tío ni siquiera tiene la misma esencia que nosotros…

Ella se inclinó hacia delante en el sofá y miró a Lyon.

—Lo que dije es que su esencia es igual y al mismo tiempo distinto, Lyon —le corrigió ella—. Hay luz, pero también oscuridad… una especie de balanza en su interior… No sé, no es como si me hubiese dado tiempo a mucho más, para mí es suficiente con que haya evitado que me pasara el coche por encima.

Él asintió.

—Y es algo que sin duda le agradecemos, preciosa —aseguró el vikingo con un guiño—. Pero eso no quita que quizá tenga otras intenciones.

Ella bufó.

—Dudo que alguien que te mira como si te hubiese salido una segunda cabeza y se larga corriendo para que no te dé tiempo a preguntar algo, tenga otra intención distinta a la de mantenerse alejado de nosotros, Lyon —resumió lo que había ocurrido en su encuentro.

Ariadna asintió.

—Dryah tiene razón, alguien que quisiese algo de vosotros, no saldría huyendo como un conejo —aseguró.

Tanto Keily como Jaek asintieron ante aquel razonamiento.

—Creo que la única manera de salir de dudas es ir a buscarle y preguntarle directamente —aseguró el Guardián. Entonces se volvió hacia Dryah—. El Oráculo no te ha comunicado nada.

Ella negó con la cabeza.

—Aunque parezca imposible, ha estado mortalmente silencioso desde que todo esto comenzó —aseguró con una mueca—. Cuando quiero que me dé un respiro, me bombardea y cuando necesito respuestas… me ignora… ¿Ha sido siempre así?

Los tres hombres asintieron al unísono.

—Hasta dónde sabemos sí —aceptó Lyon—. Uras tenía visiones sin previo aviso, ella podía convocar también al Oráculo pero la experiencia no era demasiado buena.

Aquello llamó su atención.

—¿Convocar al Oráculo?

Lyon miró a Shayler y ella le vio negar con la cabeza.

—No, es demasiado peligroso —se negó. Su voz era tajante—. Te prohíbo que lo pienses siquiera.

Ella hizo un mohín… Convocar al oráculo quizá les diese alguna respuesta.

—Dryah, conozco esa mirada, he dicho que lo olvides —le advirtió de nuevo.

Jaek asintió.

—Convocar al Oráculo en contra de su voluntad trae consigo consecuencias para su avatar bastante desgarradoras —aseguró él—. Uras a duras penas lo consiguió la primera vez… No lo hagas, en ninguna circunstancia, Dryah.

Ella asintió, pero su mente seguía dándole vueltas al asunto.

—Tendré que salir ahí fuera a buscar a ese… elegido —resopló Shayler y miró a su mujer —. Necesito que me muestres exactamente que sentiste al estar cerca de él.

Tras obtener su confirmación se volvió de nuevo hacia Lyon.

—¿Qué hay del Velo? ¿Has tenido algún problema con ello?

El Guardián hizo una mueca. Sus responsabilidades habían aumentado desde el momento en que conoció a su esposa, ahora no solo estaba esperando su primer hijo si no que se había convertido en el Guardián del Velo, un pórtico que guardaba el límite entre el mundo de los vivos de los muertos, un purgatorio interminable para dioses e inmortales en el que se medía el peso del valor, la justicia y la maldad.

—El Velo sigue cerrado, pero sí he notado cierta vibración alrededor del umbral, no podría decirlo con total seguridad, pero de algún modo, ha sentido la pérdida del avatar de la *Puerta de las Almas* —le aseguró al tiempo que se frotaba la barbilla—. Si bien el Velo constituye una especie de Purgatorio en sí mismo para los dioses semitas y sus inmortales, las almas de los muertos siguen conectadas al poder de la *Puerta*, ya que esta significa el descanso final para cualquier Panteón.

Shayler asintió, esperaba que todo quedase simplemente en una «vibración» y que la cosa no degenerara en algo mucho más grande. Lo último que necesitaba ahora era tener que pactar también con lo que quisiera que hubiese encerrado ahí dentro.

—Habla con Ashtart y Merkalt —pidió nombrando a los dos dioses que habían jugado con el destino de Lyon y su esposa hasta el punto de obligar al Guardián a servir de vínculo con la diosa cuando esta utilizó a Ariadna para rescatar a su amante del Velo—. Que hagan algo útil para variar y vigilen el Velo de cerca. Si hay algo que nos afecte, en la manera que sea, o afecte al equilibrio quiero saberlo.

Él asintió con determinación.

—Dalo por hecho —aceptó.

Dejando escapar un profundo suspiro se giró hacia su esposa, quien seguía teniendo esa beatífica mirada que prometía a menudo problemas.

—Si se te ocurre hacer algo estúpido, Consorte, te pondré sobre mis rodillas y te dejaré el trasero como un tomate, ¿he sido claro?

Ella dio un respingo ante la inesperada amenaza, lo cual para él era suficiente confirmación a sus palabras.

—No sabía que te fuese el BDSM, Shay —se burló Keily.

El hombre lo miró de reojo y sacudió la cabeza.

—Una zurra a tiempo no es dominación, cariño, es una manera de prevenir males mayores —le respondió al tiempo que se ponía en pie y le tendía la mano a su mujer—. Es hora de encontrar a ese nuevo… Guardián.

Ella asintió, puso la mano en la de él y se levantó.

—Buena suerte en la búsqueda —le deseó Lyon—. Y procura no asustarle hasta mearse en los pantalones, al menos hasta que tengamos oportunidad de saber de qué lado está.

Shayler arqueó una ceja en respuesta y sonrió.

—Eso es algo que solo consigues tú, Ly —le respondió—. Conmigo simplemente se cabrean.

—Yo puedo dar fe de ello —respondió Ariadna mirando a su marido y luego a él.

Dedicándole un guiño a la mujer, se volvió a su compañera.

—Muéstrame lo que necesito para encontrarle.

De todos los lugares posibles aquel tenía que ser el último en el que se le habría ocurrido buscar al hombre. Shayler contempló con curiosidad el estudio en el que se impartían clases de pintura. Había varios caballetes esparcidos por la habitación, tras ellos los alumnos, hombre y

mujeres de todas las edades hacían su libre interpretación de la modelo semidesnuda que posaba cubriéndose los pechos con el largo pelo castaño y el regazo con una sábana; su pose recordaba a la de una de esas figuras griegas que encontrabas en los museos. Moviéndose por la sala, ajeno a su presencia, el profesor de *Bellas Artes*, Keith Lost, parecía en sí mismo una obra de arte fuera de contexto. Pelo oscuro corto y revuelto, camiseta de algún grupo de rock hecha girones, pantalones vaqueros en el mismo estilo y botas de motorista se vislumbraban debajo de una bata que en cualquier otro momento del día habría sido blanca. El hombre de no mucho más de treinta y cinco o cuarenta años se detenía a ver los progresos de sus alumnos a la par que les hacía algún que otro apunte; él parecía completamente inconsciente a su presencia.

Una de las mujeres cercanas a la puerta alzó la mirada por encima del caballete y se sorprendió al verle. Mantuvo la mirada fija sobre él durante algunos segundos, entonces se apartó al tiempo que cogía un paño para limpiarse las manos.

—Si me dices que el profesor ha atendido a nuestras súplicas y te ha contratado como modelo —comentó ella con un obvio coqueteo—, me matriculo todo el año con los ojos cerrados.

No pudo evitar sonreír ante el fervor y la sinceridad que oyó en la voz de la mujer. Morena, de bonitos ojos verdes debía tener la edad de Sierra.

—Lo lamento, pero no soy modelo —negó de buen humor—. El estar tanto tiempo inmóvil no es para mí.

Ella dejó escapar un exagerado suspiro.

—Una lástima —declaró y le devolvió la sonrisa—. Tienes unos ojos preciosos, por cierto.

Se las ingenió para ahogar una risita.

—Gracias —aceptó.

Recorrió de nuevo la sala con la mirada para comprobar que los demás alumnos habían dejado de hacer lo que estaban haciendo y ahora tenían la mirada puesta en él y en sus mentes giraban todo tipo de especulaciones. Sus ojos se encontraron con los de aquel que había venido a buscar y por primera vez se permitió bajar ligeramente las protecciones de su empatía y proyectarse solo hacia él. Ahí estaba, tal y como Dryah le había explicado, en su interior había una mezcla de luz y oscuridad en perfecto equilibrio; o quizá no tan perfecto. Le vio fruncir el ceño, la sospecha brillando en sus ojos.

—¿Puedo ayudarle en algo?

Había también una sutil conexión con el universo, no era sencillo captarla a distancia lo cual lo llevaba a preguntarse si sería realmente bueno ocultando su identidad o su conexión no era tan profunda como habían supuesto.

—Quizá podamos ayudarnos mutuamente —comentó al tiempo que le tendía la mano—. Soy Shayler Kelly.

El hombre frunció el ceño al tiempo que se limpiaba las manos en la bata y correspondía a su saludo. En el preciso momento en que sus dedos tocaron los suyos, el Juez fue consciente a todos los niveles de la clase de poder que marcaba a ese hombre y no tenía dudas al respecto… era uno de los elegidos. A juzgar por el repentino miedo que vio pasar por sus ojos, no era el único que reconocía el poder del otro.

—Tú… eres… —retiró la mano de inmediato como si le hubiese quemado.

Su mirada paseó disimuladamente por la sala en un obvio recordatorio de dónde estaban.

—Quizá quieras hablar en un lugar menos concurrido —le dijo volviéndose de nuevo hacia él—. En realidad, insisto en ello.

Él recorrió la sala siendo por fin consciente de nuevo del lugar en el que estaban, entonces

asintió y se dirigió a la muchacha que había acuciado su presencia en primer lugar.

—Jennie, hazte cargo de la clase durante un momento —pidió. Tenía que darle crédito, su voz sonaba firme, serena cuando le dio instrucciones a la chica.

—¿Va todo bien, profesor Lost?

Lo miró como si desease calibrar si era o no una posible amenaza.

—Sí —respondió y señaló la puerta por la que acababa de entrar—. Por aquí, por favor.

El Juez le dedicó un guiño a la chica y le indicó al hombre que pasase primero.

—Después de usted, Profesor Lost.

Iban a tener una larga y provechosa conversación si el hombre no salía corriendo primero como alma que llevaba el diablo.

¿Ponerle el culo como una amapola? Eso solo sería el principio cuando su consorte se enterara de la nueva estupidez que estaba cometiendo. Estupidez, locura, desesperación, había muchos adjetivos que podrían describir cada una de sus decisiones, pero era incapaz de quedarse con los brazos cruzados y mirar mientras las personas a las que quería, las que la habían acogido y arropado como su familia sufrían por las decisiones que pudiese haber tomado en el pasado. Cada uno de sus pasos desde el momento de su despertar había traído consigo consecuencias para aquellos que la rodeaban o estaban en contacto con ella, consecuencias que nunca era capaz de ver hasta que ya las tenía encima. Tenía que haber alguna cosa que pudiese hacer para evitar el desastre que intuía estaba a punto de caer sobre todos ellos.

La penumbra y las ruinas del templo del Primer Poder la recibió en absoluta soledad, aquel era su punto de partida, el único lugar en podía empezar a obtener alguna clase de respuesta.

—¡Zhalamira! —llamó—. ¡Garkos!

No hubo respuesta. Repitió el llamado varias veces pero los avatares parecían no tener intención de presentarse ante ella. Esperó, paseó entre las ruinas contemplando las piedras caídas y el motivo del mosaico roto en el suelo preguntándose cómo habría sido originalmente y que significado habría tenido ese conjunto de piezas blancas y negras.

—¿Luz y oscuridad? —murmuró mirando el mosaico del suelo—. ¿Vida y muerte? Todo va de la mano de su contrario e igual.

Una silenciosa brisa elevó un poco de polvo al tiempo que el eco del poder que encerraba aquel lugar entre dimensiones vibró en el aire como avanzadilla de aquellos que había venido a ver.

—Veo que en la actualidad os cuesta responder a las llamadas de vuestros súbditos —murmuró al tiempo que se giraba al recién llegado—. ¿Habéis pensado en poner línea de teléfono o WhatsApp aquí abajo?

La respuesta del recién llegado no se hizo esperar.

—¿Te ha traído aquí algo más que tu irrespetuosidad, Libre Albedrío? —preguntó Garkos. Había aparecido ante ella sin la capa, vestido totalmente de negro, con túnica, pantalones y botas cuya única nota de color lo ponían unos bordados grises.

Sonrió ante la falta de humor del avatar y le dedicó una educada reverencia.

—Me trae el Oráculo y el Destino —declaró—. Quiero saber por qué impedís que me muestre lo que hay más allá…

Él la miró directamente a los ojos.

—El Equilibrio se ha desestabilizado…

Asintió.

—Lo sé, yo…

Él prosiguió como si no lo hubiese interrumpido.

—Tu intervención, tus decisiones y las que otros tomen a través de ti, no contribuirán sino a quebrarlo por completo.

Ella se lo quedó mirando durante un instante y formuló la pregunta que llevaba dándole vueltas en la cabeza después de conocer a Atryah y escuchar sus palabras.

—¿Y cómo sé que no es eso precisamente lo que tiene que suceder? —preguntó sin más —. ¿Y si el Equilibrio que tanto nos esforzamos en mantener debe ser quebrado antes de poder restaurarlo de nuevo? Hay cosas que yo no puedo cambiar, la muerte es una de ellas.

Él asintió ante su razonamiento.

—No, no puedes cambiar la muerte por la vida, pero puedes determinar la forma en la que debe darse —le dijo sin ambages—. Cada uno de los pasos que has dado hasta el momento supuso una injerencia en el Destino y en la trama del universo. Tus decisiones permitieron que otros iniciaran el fin, no hay necesidad de que conozcas los detalles.

Ella le sostuvo la mirada durante unos instantes

—Quizá no, pero deseo hacerlo —declaró con convicción—. Soy Libre Albedrío, yo tomo mis propias decisiones, nadie más las toma por mí.

Él asintió, estiró la mano hacia ella y le tocó la frente.

—En ese caso, pregúntale tú misma al Oráculo y que este elija el precio a pagar.

En el momento en que sus dedos hicieron contacto con su frente, algo oscuro se abrió en su interior y la engulló. Su cuerpo cayó desmadejado al suelo, pero su esencia, su verdadero ser cruzó el umbral para encontrarse frente a frente con el Oráculo que guiaba sus pasos.

Shayler iba a matarla.

El Juez no podía evitar sentir pena por el hombre que tenía frente a él, en los últimos quince minutos había tenido que asegurarse que no había venido a matarle y que su presencia nada tenía que ver con alguna caza de brujas o algo peor. Al parecer, el encuentro con Dryah lo había vuelto un poquito paranoico y pensaba que de un momento a otro alguien caería del cielo para destruirle.

La oficina del profesor era bastante típica, un escritorio frente a la ventana, varios dibujos y acuarelas colgados en la pared o enmarcados, de hecho no había nada personal que lo relacionara con alguna mujer, hijos o familia.

—¿Cómo es posible?

Shayler se giró hacia él al escucharlo hablar después del último rato que pasó balbuceando y caminando de un lado a otro con un absurdo monólogo del que se negó a participar.

—No podría decirlo con seguridad —le contestó viendo que ahora le miraba de frente y sin tanto recelo—. No habría sido consciente de tu presencia si mi mujer no te hubiese reconocido, de hecho, tengo que darte las gracias por evitar que terminase debajo de las ruedas de un coche.

Él frunció el ceño a medida que lo escuchaba hablar, solo ante la mención de la mujer que casi había sido atropellada pareció poder juntar las piezas.

—La rubita —comprendió, sus ojos se abrieron incluso más y asintió—. Ella… es… como tú…

No pudo evitar hacer una mueca.

—Mucho más problemática de lo que puedo serlo yo en el peor de mis días —le aseguró

—. Pero te reconoció… reconoció en ti parte del universo, eres uno de los elegidos… uno de nosotros.

Él negó con la cabeza y en su rostro se reflejó el dolor que le laceraba el alma.

—No, ella emanaba luz… pureza… y tú también —declaró dejándose caer ahora en una de las sillas frente al escritorio. Agachó la cabeza y se mesó el pelo con cierta desesperación—. Vosotros no habéis caído, no habéis fallado, no estáis contaminados con la oscuridad… sois puros… No sucumbisteis al pecado como tantos y tantos otros.

Shayler reconoció en sus palabras las historias que John y Lyon les habían contado sobre el pasado de los Guardianes y cómo la hermandad había sido creada.

—Entonces, no nos equivocamos, eres uno de ellos, de los elegidos que cayeron —confirmó sin dejar de mirarle—. Pero, no entiendo, se suponía que no había quedado nadie más que nosotros cinco.

Él alzó la cabeza al escuchar su declaración.

—¿Cinco? ¿Quedáis cinco? —Su sorpresa era igual de grande que su dolor—. ¿Cuánto tiempo habéis vagado? ¿Desde cuándo? Él dijo que no había quedado nadie puro, todos habían caído… sin excepción.

Frunció el ceño ante sus palabras, aquello no tenía ninguna clase de sentido.

—¿Él? —Preguntó empezando a temer la respuesta—. ¿Quieres decir que hay más… caídos como tú?

Pero Keith guardó silencio, sus ojos quedaron fijos en los suyos durante un rato como si buscase alguna respuesta en su mirada.

—¿Cómo sé que eres quien dices ser? —le dijo sin dejar de observarlo detenidamente—. ¿Cómo sé que no te ha enviado él para acabar con lo que no pudo terminar entonces? El guerrero se negó a matarme a pesar de que se lo ordenó, me pidió que me escondiese pero… Me encontró… ya no quedaba ninguno de los nuestros sobre la tierra… Él dijo que habían muerto todos los caídos.

Volvió a mesarse el pelo.

—Nunca se me ocurrió preguntarle si quedaba alguno de los elegidos puros, di por hecho de que habíamos caído todos —farfulló al tiempo que volvía a negar con la cabeza—. Que ya no quedaba nadie en pie… ¿Cómo puedo saber que eres quien dices ser?

Lo contempló durante un instante, entonces se acercó a él e hizo algo que no solía hacer con nadie, ni siquiera con sus hermanos de armas, compartió una parte de su pasado con él y permitió que su empatía viajase al mismo tiempo para obtener las respuestas que él parecía incapaz de darle.

En el mismo momento en que posó dos dedos sobre su frente, Shayler vio de primera mano los recuerdos de Keith, mementos de una época pasada en el que fue convocado por la Fuente Universal como uno de los elegidos, lo vio luchar y lo vio caer… Y vio a un jovencísimo John pidiéndole que huyera, que abandonase aquella lucha sin sentido y buscase el significado de su propia vida. Pero también lo vio a él y escuchó sus palabras cuando le aseguró al solitario elegido que no quedaba ninguno de sus hermanos en pie, que era el último que quedaba sobre la faz de la tierra.

—Garkos —siseó retirando la mano de él como si le quemase. Los recuerdos del hombre todavía navegaban por su mente—. No quería correr riesgos ni que se alzase una rebelión… ninguno de los caídos debía levantarse una vez su alma se ennegreciese por completo.

Al mismo tiempo que él elucubraba, el hombre frente a él lo miraba entre esperanzado y aterrado.

—Eres… la luz que los guía y mantiene puros —declaró con absoluta sorpresa—. Eres el Juez Supremo Universal…

Shayler le prestó entonces atención.

—El mismo que viste y calza —aseguró y ladeó la cabeza al mirarle de nuevo—. Y tú, amigo mío, acabas de entrar a formar parte de mi hermandad.

Él sacudió la cabeza.

—Yo no soy puro… —negó con rencor.

Él se limitó a encogerse de hombros.

—Lo siento, chaval, pero no es como si tuviese mucho donde elegir —le soltó. Empezaba a estar harto de los rodeos y los tejemanejes de la Fuente Universal y los dioses en general—. Hemos consagrado nuestra vida a mantener el Equilibrio y evitar toda clase de cataclismos, actualmente uno de mis pilares se… extingue. No te mentiré, no confío en ti, ni siquiera te conozco, pero alguien piensa que eres el único que puede ocupar su lugar y mantener la hermandad entera, así que si yo puedo soportarte, tú también a mí.

El hombre lo fulminó con la mirada, su carácter empezaba a surfear por encima de la primera impresión de sorpresa e incredulidad.

—Quieres un sustituto —declaró con cierta repulsión, pero Shayler sentía que era asco hacia sí mismo, no hacia lo que él le pedía—. Un clavo saca a otro clavo.

Él le sostuvo la mirada, su paciencia comenzaba a agotarse y no tenía tiempo para más charlas absurdas.

—No te ofendas, pero mi presencia aquí y el que tú seas mi única elección, no es algo que me guste o de lo que me sienta orgulloso —le dijo sin andarse por las ramas—. No tolero los sacrificios, no tienes ni idea de lo poco o nada que me gustan.

Él alzó la barbilla recogiendo su orgullo de nuevo del suelo.

—Me alegra saberlo, ya que yo tampoco tengo madera de mártir —aseguró con total convicción—, y dada tu presencia y el motivo de ella, estoy seguro de que ni siquiera ahora lo disfrutaría.

Tenía que concederle ese punto, pensó el Juez al tiempo que se apartaba de él y metí la mano en el interior de la cazadora de dónde extrajo una tarjeta de visita.

—No puedo obligarte a venir, debes ser libre de elegir por ti mismo —le dijo tendiéndole el cartón—, pero eso no evita que no pueda hacerte una advertencia… Si hay algo ahí fuera que valores realmente, guárdalo cerca de ti, si el Equilibrio se resquebraja por completo, nada volverá a ser como antes y serán las personas que amas o que te importan las que terminen pagando las consecuencias.

Él se crispó al tiempo que cogía la tarjeta.

—¿Es una amenaza?

Negó con la cabeza.

—En absoluto, solo es una parte de la realidad que nos aguardará a todos.

Sin otra palabra, dio media vuelta y abandonó la oficina sin mirar atrás.

Pasaron varios minutos hasta que Keith se atrevió a ponerse en pie, la tarjeta le quemaba en la mano pero se obligó a mirarla.

—Mierda.

Dryah tembló de frío, la oscuridad era sofocante, opresiva y ella pertenecía a la luz. Con un solo pensamiento, el Libre Albedrío exigió respuesta y al instante la negrura se disolvió dando

paso a una luminosidad que la envolvió. Estaba en una especie de limbo, dónde todo a su alrededor era nada, una eterna e interminable niebla blanca y gris que lo envolvía todo. No tenía conciencia de su propio cuerpo, era su mente la que recogía cada una de las impresiones como si se encontrase en medio de un sueño o un viaje astral. Mirase hacia dónde mirase no había nada y esa ausencia de vacío la ponía nerviosa atenazando su alma.

—Bienvenida a nuestra morada, avatar.

Un coro de voces resonó en el baldío lugar, su cadencia estaba llena de poder, uno cuya huella reconocía como la del Oráculo.

—¿Qué hace que te aventures a cruzar nuestro umbral?

Vaciló, la sensación de enfermedad se hacía cada vez más acuciante, su alma empezaba a pesar y el Libre Albedrío parecía dispuesto a lanzarse contra los confines de dónde quisiera que estuviese su cuerpo para escapar. No podía permitirse pasar mucho tiempo allí.

—Necesito respuestas a mis preguntas —dijo esperando poder ver a alguien o algo que respondiese a ese coro de voces.

—¿No te hemos dado acaso ya respuesta a cada una de tus preguntas? —respondió aquel coro.

Ella negó con la cabeza, o al menos es lo que pensó que había hecho.

—Deseo respuesta a la última de mis preguntas, la definitiva, aquella que ha de guiar mis pasos, o cortarlos de raíz —insistió, buscando las palabras exactas que le diesen aquello que buscaba.

—Tú eres la única que guía tus pasos, eres Libre Albedrío.

Un nuevo escalofrío la recorrió por completo, o quizá lo que recorrió fue su alma, fuese como fuese no quería estar allí.

—Muéstrame mi decisión, mi posible elección, el resultado de mi destino.

Hubo un momento de silencio, por un momento pensó que no iba a obtener nada hasta que los oyó otra vez.

—¿Es tu alma lo suficientemente fuerte para enfrentarse a tal respuesta?

Ella no vaciló, no podía hacerlo, necesitaba saber, ver su propio camino, solo entonces entendería como cambiarlo y esperaba, poder detener lo que había iniciado.

—Lo será —anunció con seguridad.

Un instante después, la niebla frente a ella empezó a despejarse y ante sus ojos apareció la respuesta a su pregunta, aquella que los conduciría a todos más allá del linde de la última frontera.

Dryah jadeó en busca de aire, le dolían los oídos y sentía los ojos arder, algo cálido se deslizó por su nariz hasta caer en el dorso de su mano. Una gota de sangre. Se sentía mareada, vapuleada como nunca, el Libre Albedrío se esforzaba por reparar el daño causado por su visita al Oráculo, este se había doblegado a su voluntad pero a un precio demasiado alto. Intentó levantarse pero las piernas no la sostenían, la punzada en sus oídos disminuía pero el zumbido de lo que había presenciado seguía en su cabeza. Escudarse del vínculo que tenía con Shayler resultaba una agonía y una tarea titánica; nunca había hecho algo así. La necesidad de extenderse hacia él, sentir su calor y paz era tan necesaria para ella como respirar. Pero si lo hacía ahora, él sabría lo que había hecho y su reacción podría muy bien opacar todo lo demás, especialmente después de haberla prevenido que no lo hiciese. Necesitaba reponerse un poco antes de que él se enterase, o lo de los azotes sería un juego de niños, esta vez la encerraría y tiraría la llave, estaba

segura.

«*Keily*».

La esposa de uno de los *Guardianes* e *Hija de la Diosa* gracias a *Maat* era la única que respondería inmediatamente a su llamado sin montar un escándalo de proporciones bíblicas. La mujer y ella se habían hecho amigas enseguida.

«¿Dryah? ¿Qué pasa, nena? Te noto agotada».

Se lamió los labios al escuchar su respuesta. Gracias a los dioses por los pequeños favores, en su actual estado le estaba resultando un infierno hacer algo tan sencillo como aquella comunicación mental.

«Necesito… ayuda». Susurró. Ya no podía seguir manteniendo el control por mucho tiempo.

Al instante una mujer de pelo castaño y rostro pecoso apareció a su lado, la preocupación tiñó sus facciones hasta el momento en que la vio, entonces pasó al completo horror.

—¡Por el amor de dios, niña! ¿Qué ha ocurrido? —su mirada buscaba ya un culpable mientras se acercaba a ella—. Por dios, dime que no has cometido la estupidez que creo que has cometido.

No podía ni mover la cabeza para decirle que no, le dolía demasiado, le dolía todo.

—En realidad… fui a ver a la *Fuente*, a Garkos le pareció divertido que le hiciese una visita al Oráculo puesto que él no quería darme o no tenía las respuestas a mis preguntas —declaró tomando su mano en un intento de levantarse—. Necesito ir con Shayler… los *Guardianes*… creo que tengo la respuesta… tengo… la solución.

Keily la ayudó a levantarse, pero el dolor la atravesó como una lanza caliente haciéndola gritar. Su boca se llenó de un sabor metálico y acabó escupiendo sangre al suelo. La mujer jadeó al ver aquello.

—Shayler va a matarte si es que no lo has hecho ya tu misma —declaró sosteniéndola contra ella—, esto no es bueno, dios, esto no es bueno.

Apenas podía mantener los ojos abiertos, el poder se le escapaba entre los dedos, apenas podía mantener oculto su estado de su pareja. Cuando él se enterara, oh, sí, iba a matarla si como bien había apuntado su amiga, no se había matado ya a sí misma.

CAPÍTULO 21

Jaek estaba interpretando una de las piezas más tristes que Shayler había oído en mucho tiempo, él y Lyon competían para terminar una bebida con hielo que se habían servido en el momento en que apareció por la puerta después de su visita al profesor. Les había hecho partícipes de los recientes descubrimientos y al igual que sus compañeros de armas, coincidía que allí había mucha más historia de la que ninguno de ellos conocía. Lo que le hicieron a ese hombre era una canallada, no le sorprendía que estuviese tan paranoico con relación a ellos, no podía imaginarse siquiera lo que era vivir toda una eternidad solo, sin nadie al quien poder hablar de tu verdadera naturaleza, de quien eres en realidad.

—Me hierve la sangre tener que estar de brazos cruzados —declaró Lyon y dejó el vaso sobre la mesa—. No soporto esta maldita espera, él no se merece terminar así.

—¿Crees que no lo sé? —se ofuscó él—. He llamado a cada maldita puerta que se me ha ocurrido y la respuesta siempre ha sido la misma. El equilibrio se está resquebrajando, hay que ocupar el vacío, completar la balanza y… ¡Maldita sea! —Lanzó el vaso con irritación contra la puerta de la entrada haciendo que se rompiese en pedazos—. ¡El mundo se puede ir al infierno por lo que a mí respecta!

No podía más con aquella tensión, no podía seguir allí, sin hacer nada, tenía que haber algo que pudiese hacer… algo… ¿Pero qué?

—Shayler. —Lyon lo llamó a la calma.

Se pasó las manos por el pelo en un gesto desesperado y giró sobre sí mismo incapaz de estarse quieto.

—Si tan solo hubiese una forma de retenerle, si tan solo la hubiese —se desesperó.

—Chico, cada uno de nosotros bajaría al mismísimo infierno si con eso pudiésemos retenerlo de alguna manera —aseguró Lyon.

Jaek asintió al tiempo que dejaba de tocar.

—Tiene que haber algo que podamos hacer. No es posible que toda nuestra lucha termine así.

Estaba a punto de abrir la boca para responder cuando un sablazo de dolor le atravesó el pecho un instante antes de que escuchase la voz agotada de su compañera.

—La hay —murmuró arrastrando los pies al entrar—, pero esta incluye precisamente bajar al infierno y presentarse ante el diablo.

Los tres hombres y la adormilada Ariadna se giraron hacia la puerta para ver a Keily sosteniendo a duras penas a una vapuleada Dryah. El dolor que había sentido antes era de ella y no era más que una brizna de la agonía que le sobrevino cuando el vínculo que los unía quedó al descubierto. Estaba tan ensimismado en sus cosas, que ni siquiera se había dado cuenta de que su mujer padecía los mil infiernos.

—Jaek, por favor —suplicó Keily deslizándose al suelo al mismo tiempo que la sostenía contra ella—. Shayler… no puede controlar el Libre Albedrío.

El significado de sus palabras hizo que ambos hombres se lanzaran a ayudar.

—Estoy… bien… —susurró en el momento en que sus brazos la envolvieron.

Keily bufó, había lágrimas en sus ojos.

—¡Y una mierda lo estás! —declaró con enfado al tiempo que se hacía a un lado para

dejar pasar a su marido—. Se ha enfrentado al Oráculo para encontrar una maldita respuesta, está tan débil que incluso yo puedo sentir el Libre Albedrío coleando en su interior.

La dimensión de lo que la mujer estaba diciendo penetró en su mente con verdadero terror.

—¿Qué? —la miró aterrado—. ¿Qué diablos has hecho?

Ella se quejó en sus brazos, el dolor era lacerante y tal y como había advertido Keily el Libre Albedrío coleaba en su interior furioso.

—¡Maldita sea! —masculló haciéndose cargo de estabilizar su poder con el propio—. ¿Qué mierda has hecho esta vez?

Jaek se dejó caer de rodillas a su lado.

—Shayler, necesito que me dejes examinarla —lo avisó Jaek obligándole a depositarla sobre la alfombra en el suelo.

—Estoy… bien, de verdad —insistió ella entre dientes—, solo… cansada.

Cuando la tuvieron estirada en el suelo, Jaek no perdió el tiempo en examinarla con su poder, posó la mano en su frente y permitió a su don entrar en ella. Su respuesta fue inmediata.

—Relájate, hermanita —le susurró él con suavidad—, déjame entrar… solo será un momento.

Le apretó la mano sin dejarla ir, el Libre Albedrío parecía dividido en alcanzarle a él y permanecer alrededor de ella como escudándola.

—Déjale trabajar —le dijo mientras le acariciaba la mano—. Todo irá bien. Estoy aquí, contigo. ¿Por qué diablos me ocultas tu dolor? ¿Por qué me has excluido de nuestro vínculo?

Ella se lamió los labios.

—Es absurdo que nos duela a los dos cuando yo soy la que hace esta clase de tonterías —musitó, de su boca empezó a correr un hilo de sangre—. Además, tenía que hacer algo.

Él la detuvo al instante.

—Mierda —musitó al ver el color rojizo en su boca—, quédate quieta y no hables.

Él miró a su Guardián, quien asintió al momento y posó ambas manos por encima de ella.

—Cierra los ojos —le susurró cerca de su oído, intentaba utilizar un tono de voz suave, tranquilo, para no asustarla más—. Jaek va a sumergirte en la neblina del sueño para poder terminar de examinarte y curarte.

Ella negó con la cabeza.

—No, el Libre Albedrío ya ha arreglado la mayor parte, estoy bien… solo… no tenemos tiempo… Tenemos que presentarnos en el Templo del Primer Poder, abrir el portal y pedir audiencia. La Cuna es el único lugar en el que se encontrarán las respuestas…

El Guardián le miró y negó con la cabeza, entonces se dirigió a ella.

—Dryah o me dejas hacerlo por las buenas o… —pidió Jaek, aunque era más bien una advertencia.

Ella sacudió la cabeza, lágrimas de sangre brotaron de sus ojos.

—No, espera… —gimió arqueando la espalda por el horrible dolor—, oh dioses, Shay, me duele.

El miedo se instaló en su alma como nunca lo había hecho.

—Jaek, hazlo ¡ya!

Pero ella se las ingenió una vez más para negar.

—¡No!… —suplicó entre sollozos—. Escuchadme, hace falta que el círculo esté completo… almas con la misma esencia, con algo en común… Unidos en el ocaso de la vida cuando el último sacrificio se produzca y el equilibrio se quiebre se cruzará la última frontera

—El círculo está roto —murmuró Lyon.

Ella negó con la cabeza y lloró con más fuerza.

—Shayler, si ella no me deja entrar… —lo previno Jaek. Ambos sabían que a pesar de ser una más de ellos, el Libre Albedrío tenía vida propia.

Él se inclinó sobre ella.

—Amor mío, me quitas años de vida con tus desafíos —le aseguró en tono desesperado—. Deja ya de luchar, deja que Jaek te atienda, déjale entrar… por favor…

Ella se lamió los labios y le miró con los ojos ahora inyectados en sangre.

—Escúchame Juez y después haré tu voluntad —declaró con tozudez—. La Cuna solo responde ante la ruptura y solo si decide responder. Hay un precio, Shayler, siempre hay un precio…

Él negó con la cabeza.

—Y tú acabas de pagarlo —masculló desesperado—, ahora cierra los ojos y suelta las riendas del Libre Albedrío o juro que lo haré yo por ti.

Ella dejó escapar un suspiro y se dejó ir.

—Enfádate después, ahora… haz algo para que cese este horrible dolor.

Jaek la sumió entonces en el sueño y miró a Shayler una vez más, el Juez aspiró profundamente cuando acució de golpe a través de su vínculo todo el dolor que atravesaba su cuerpo.

—Dioses —jadeó mirándola con incredulidad, asombrado de que todavía estuviese viva después de lo que sentía.

Jaek asintió con rostro frío.

—Está destrozada por dentro —declaró posando las manos sobre ella—. El Libre Albedrío la ha sostenido y curado a duras penas, su interior está lacerado, la hizo pedazos, comparado con esto, lo de Uras fue un paseo por el campo.

Keily se adelantó con semblante preocupado.

—Ella me llamó, yo no sabía que había hecho hasta que me lo dijo —explicó ella—. Dijo que fue a ver a la Fuente en busca de respuestas y que Garkos la envió con el Oráculo.

Shayler siseó una vez más ante el nombre de ese maldito ser, una inconmensurable rabia empezó a crecer en su interior. Podía ser uno de sus progenitores, uno de los que le dio la vida a su hermano, pero ahora mismo para él no era más que un hijo de puta al que quería destruir. Esos dos habían firmado su sentencia al poner en peligro lo único a lo que no estaba dispuesto a renunciar.

—Pequeña estúpida, te voy a dar tal paliza que no te vas a levantar de la cama en años —siseó totalmente desesperado—, ¿por qué diablos me haces esto? Si te pasa algo a ti…

Jaek alzó la mirada del cuerpo femenino y esperó paciente a que Shayler lo mirase en respuesta.

—No voy a dejar que se nos vaya a ninguna parte —le juró—, pero no me opondré a que le pegues esa zurra. Se la merece.

Lyon, quien se había acercado también junto con Ariadna a comprobar el alcance de los daños se dirigió a él.

—¿Qué deseas hacer?

Shayler apretó la mano de su compañera, le besó los nudillos y respiró profundamente.

—Luchar —declaró con firmeza—, y desafiar una vez más al destino.

Lyon chasqueó la lengua.

—Ha dicho la Cuna —murmuró y se estremeció—. Está prohibido comparecer en su presencia sin invitación, lo sabes. Es el principio y el final de todo, nuestro lugar de nacimiento.

—La última frontera —aceptó con firmeza—. Conseguiré esa maldita invitación y bajaré hasta el maldito infierno si hace falta, no permitiré que esto continúe, no la arriesgaré jamás.

Lyon asintió y miró a la muchacha.

—Él tendrá que ocupar ese vacío —comentó en voz baja—. La muerte abre el portal, y la vida lo sostiene… Debe venir voluntariamente, lo sabes.

—Le necesitamos, Shay —aceptó Jaek, quien escuchaba la conversación a medias—. Necesitaremos a ese nuevo elegido y que el cielo nos asista.

Un ligero carraspeo llegado desde la puerta principal atrajo la atención de los presentes.

—En ese caso… um, supongo que es una suerte que esté por aquí y sea un suicida en potencia, ¿huh?

Shayler le sostuvo la mirada durante un momento, finalmente inclinó la cabeza en un respetuoso saludo.

—Bienvenido a la hermandad, Keith —lo recibió y señaló a sus compañeros—. Ellos son tus nuevos hermanos de armas.

Los chicos se volvieron para ver al recién llegado, quien los contempló a su vez antes de depositar la mirada sobre Dryah con preocupación.

—Ella…

Shayler negó con la cabeza y volvió a mirarla.

—Como ya te dije, ella es la que comete las estupideces —aseguró apartándole el pelo del rostro—. Se va a poner bien, lo hará para tener la satisfacción de mirarte y decirme «te lo dije».

Rogaba con toda el alma que fuese así. Entonces se giró hacia él una vez más.

—¿Qué te ha hecho elegir este camino?

Él lo miró y bajó la mirada a su compañera.

—Yo también tengo a gente que deseo proteger —declaró sin dar más datos.

Asintió, aquella era una elección que todos ellos compartían.

CAPÍTULO 22

Las nubes parecían girones de algodón cruzando el cielo azul, un cielo que se reflejaba en las cristalinas aguas del lago, su inmensidad la apabullaba, el concepto que tenía de un lago no se parecía en nada a aquello, las altas montañas que conoció en Canadá eran sustituidas por inmensas colinas y esa gran variedad de tonalidades de verde que lo cubrían todo. Escocia era una tierra mística, cuando empezó a ver las primeras imágenes a través de la pantalla del ordenador supo enseguida que aquel era el lugar al que quería ir, el último en el que posar sus pies y respirar su esencia ancestral mientras el corazón le siguiese latiendo, uno que ya comenzaba a fatigarse.

El tiempo volaba, los sesenta días pronto llegarían a su fin y con aquella meta también lo harían sus vidas, podía sentir como se apagaban poco a poco, su cansancio era uno de los principales motivos.

—Se respira paz —murmuró al tiempo que cerraba los ojos y alzaba el rostro al viento. Sus pies hundidos en la pedregosa orilla eran lamidos por el agua.

A lo lejos todavía oía la dulce música de la gaita escocesa, le había sorprendido ver a un hombre completamente ataviado con aquellas telas mientras soplaba a través de la boquilla de aquel instrumento y dejaba danzar los dedos por la flauta arrancando ese vibrante sonido. Era como un arrullo, el complemento perfecto para la imagen que tenía ante sí.

Las lágrimas empañaron sus ojos antes incluso de que se diese cuenta, resbalaron por sus mejillas en una silenciosa muestra de la amalgama de emociones que ahora vivían en su interior. Le sintió a la espalda, pronto su calor se pegó a su espalda y la envolvió con sus brazos apretándola contra él.

—Shh —le susurró al oído al tiempo que le besaba ese punto tras la oreja—. Estoy aquí, apóyate en mí.

Apretó los labios para evitar un gemido.

—No quiero que se termine —musitó con voz apagada—, no quiero cerrar los ojos, no quiero dormir, no quiero apartarme de ti… no quiero, John, no quiero.

Sus brazos la ciñeron más fuerte, su barbilla descansó sobre su cabeza.

—Nadie va a separarnos dulzura, ni siquiera la muerte —le dijo con total convencimiento —. Permaneceremos juntos eternamente.

Cerró los ojos con fuerza deseando conservar esa imagen en su mente, la inmensidad y basta eternidad que representaba el lago, un par de gaviotas sobrevoló por encima de sus cabezas dejando escapar su chillido. Cuando volvió a abrirlos las vio surcando el cielo, elevándose en el aire con la libertad que estaban a punto de robarles.

—No es justo —musitó abrazando a su vez los brazos que la rodeaban—, no quiero decir adiós, no quiero despedirme del mundo que solo acabo de conocer o de ti —se giró en sus brazos, su mirada buscando de inmediato los ojos azules—. John, no quiero decir adiós, no quiero una despedida, no quiero que esto se termine.

Él le acarició el rostro con una mano mientras la mantenía sujeta contra él, su mirada la recorría con ternura y aquella hermosa emoción que todo lo podía.

—No habrá jamás un adiós entre nosotros, amor mío —le prometió. Su mano se adaptó a la redondez de su mejilla—, solo un continuo hasta que volvamos a encontrarnos.

Se apretó contra él, descansó el rostro contra su pecho y el latido de su corazón la arrulló, un golpeteo tan lento como el suyo propio.

—El final está cerca, demasiado cerca —murmuró rodeándole con los brazos—, puedo sentirlo, noto como a cada minuto que pasa me abandonan las fuerzas y tengo miedo, por primera vez comprendo el significado real de esa palabra, John.

Su calor y la paz que lo rodeaba penetraron en ella calmando sus miedos.

—Todo irá bien —le acarició el pelo—, nada nos alcanzará, nada llegará a nosotros que pueda separarnos, nos mantendremos en pie y unidos a través del tiempo, como uno solo, tal y como tenía que haber sido desde el principio. Y cuando llegue el momento de partir, lo haremos también juntos, nada volverá a arrebatarte de mi lado, Atryah, nada.

Ella asintió contra su pecho y respiró profundamente antes de girarse una última vez hacia aquella soñadora visión del lago escocés.

—Llévame a casa —pidió con un murmullo—, a cualquier lugar en el que estemos juntos, sin nadie a nuestro alrededor. Y no me sueltes, pase lo que pase, no sueltes mi mano, prométemelo.

Él enlazó su mano tatuada con la de ella.

—Jamás, Atryah, jamás soltaré tu mano —le aseguró.

Asintiendo ante su promesa, cerró los ojos y suspiró.

—Vámonos a casa, John —susurró—. Llévame a nuestra última morada.

A Shayler no dejaba de sorprenderle la capacidad de sacrificio de su compañera, la necesidad de ayudar de resolver aquello que el destino ponía en su camino, una impulsividad que la llevaba a poner su vida en peligro. Cuando Jaek la había hecho dormir sus defensas habían caído y fue plenamente consciente del dolor y el daño que ocultaba. Su poder se había desarrollado hasta tal punto que podía bloquear incluso el vínculo de almas predestinadas que los unía. Aquello debería haberlo enfurecido, ella se había puesto en peligro y lo había mantenido al margen, entonces había buscado la ayuda de Keily en vez de acudir a él. Su tozudez por ahorrarle dolor o daño le dolía incluso más que su desobediencia. Ella era su otra mitad, su remanso de paz en el centro de aquella tormenta y a la luz de los hechos no podía evitar preguntarse si en su necesidad de ella, de verla segura y a salvo, la habría asfixiado de alguna manera, privándola de aquella que era su naturaleza.

Dryah era una mujer tranquila, comedida, de carácter jovial y abierto, poseía también una veta tímida que él no se cansaba de provocar, su unión había madurado con el tiempo, ella había crecido en madurez y poder, ya no era la inocente alma en cuerpo de mujer que había conocido y desposado tiempo atrás, ahora era capaz de tomar sus propias decisiones y enfrentarse al mundo por ellas.

—Quizá ha llegado la hora de que vueles tú sola —murmuró acariciándole el rostro.

Jaek había preferido no moverla demasiado así que la trasladaron al sofá y lo dejaron a solas con ella, había perdido la cuenta de los atardeceres y amaneceres que habían transcurrido, solo cuando Ariadna se presentó una mañana y le ordenó ir a asearse, afeitarse y meterse de cabeza en la ducha para no ofender la sensibilidad de una mujer embarazada, comprendió que habían pasado días; tres días para ser exactos. Ese tiempo le había permitido ordenar sus ideas, dejar a un lado el estado de irascibilidad y miedo en el que había vivido los dos últimos meses para centrarse de nuevo en la que siempre debió ser su primera prioridad. No dejaba de resultarle profundamente irónico que a pesar de su empatía hubiese descuidado los sentimientos de su

mujer, sus emociones, que no comprendiese la necesidad que tenía de realizarse a sí misma, de hacer algo por su propio esfuerzo, la necesidad de sentirse útil de ser como los demás.

—Ah, bonita, ¿qué voy a hacer contigo? —suspiró apartándole el pelo de la cara.

Un ligero gemido escapó de sus labios y al instante sus largas pestañas empezaron a aletear como si hubiese llegado el momento de despertar. Sus ojos azules volvieron a la vida, completamente limpios y cristalinos, libres de cualquier tipo de derrame.

—¿Shay? —musitó su nombre con voz rasposa. Entonces volvió a tragar y recorrió los alrededores con la mirada—. ¿Qué… qué ha ocurrido?

La besó en los labios, agradecido de verla por fin despierta.

—Buenos días, dormilona —le susurró sin dejar de mirarla—. ¿Cómo te sientes?

Ella frunció el ceño durante una milésima de segundo, entonces abrió los ojos e intentó incorporarse pero no se lo permitió.

—No, permanece tumbada —la obligó a mantenerse inmóvil—, has pasado los últimos tres días durmiendo mientras tu cuerpo sanaba, así que ni se te ocurra moverte todavía.

Se lamió los labios, sus ojos se entristecieron y la vergüenza tiñó sus mejillas de rojo.

—¿Estás muy enfadado conmigo?

Le acarició la frente.

—Debería estar furioso contigo, bonita, debería ponerte sobre mis rodillas y calentarte el culo por la absoluta estupidez que has cometido, pero confío en que hayas aprendido por ti misma la lección como para no volver a aventurarte en algo así tú sola —aceptó con un suspiro —. Dryah, perderte a ti, que sufras para que yo pueda retener a mi hermano, no es una opción que esté dispuesto a valorar. Tú eres mi vida, todo lo que me importa en este jodido universo, si te pierdo… el Fin de los Tiempos sería el menor de los problemas de la humanidad.

Ella se lamió los labios.

—Lo siento, Shay —se disculpó con un bonito y sentido puchero—. Te aseguro que no fue esa mi primera idea, en realidad ni siquiera lo inicié yo. Fui a verlos a ellos, entonces apareció Garkos, se negó a darme una respuesta y me envió con el Oráculo.

Asintió, Keily les había dicho aquellas mismas palabras.

—Como sea —continuó él—, no vuelvas a hacerlo. Puedo entender tu necesidad de probarte a ti misma, de querer ayudarme a mí y a los Guardianes… A menudo olvido que ya no eres la niña asombrada del mundo que conocí hace un par de años y que necesitas caminar por ti misma, sin nadie que esté encima de ti pendiente por si caes… Caer y volver a levantarse es la ley de la vida, lo que nos hace crecer en experiencia… y eso solo puedes aprenderlo por ti misma.

Ella le miró, alzó la mano y le acarició la mejilla.

—Ambos hemos crecido y madurado, Shayler —le aseguró incorporándose lentamente—. De eso trata la vida… Sé que te ha molestado que ocultase lo ocurrido de nuestro vínculo, pero no tenía caso que sufrieras tú también.

Él negó al tiempo que la ayudaba a sentarse.

—Somos uno, Dryah —le recordó y la miró a los ojos—. Está en mi naturaleza preocuparme por ti, sufrir como tú sufres, reír cuando tú ríes, a eso se le llama amor... Y mi amor por ti es lo más preciado que tengo.

Apoyó la frente contra la de ella.

—Quiero vivir a tu lado vida tras vida, Shayler, pues es la única forma en la que concibo vivir —confesó ella—. Mi amor por ti crece a cada minuto, me inunda y hace que cada día a tu lado sea un regalo y una promesa. Eres mi aliento, lo único que me sostiene, aquello por lo que

sé que quiero vivir. Eres mi amor y ni todas las travesuras del universo cambiarían eso. He crecido en vida a tu lado, he madurado de tu mano pero todavía me queda mucho por caminar… y mi sendero siempre serás tú.

Él la abrazó y la sentó cuidadosamente en su regazo, su mano se deslizó por su estómago por encima de la ropa.

—Cuando todo esto termine, tú y yo, juntos, decidiremos nuestro futuro.

Ella posó la mano sobre la suya y asintió, sabía que aquel era uno de sus mayores deseos y llegado el momento, estaba dispuesta a hacerlo realidad.

—Lo haremos —aceptó—. Juntos.

Su beso fue tierno, una silenciosa promesa que se perdió en los confines del universo, allí dónde comenzaba la vida y se hallaba su destino.

«Solo la sangre universal abrirá el paso, solo la luz y la oscuridad iluminarán el sendero. Comienzo y fin unidos en la cuna de la vida más allá de la última frontera. Venid a mí, hijos, escucharé vuestro reclamo».

Ambos se separaron, sus rostros pálidos y sonrojados, su mirada voló sobre la oficina pero esta seguía vacía.

—No me lo he imaginado, ¿verdad?

Él negó con la cabeza.

—No, nena —negó y se lamió los labios al mirarla—. Acabas de escuchar a la Cuna del Universo, el lugar en el que nace la vida… y nos ha dado su invitación.

El equilibrio estaba a punto de hacerse pedazos. Seybin miró la enorme puerta blanca ante él y suspiró, no podía retrasar mucho tiempo más su decisión, tenía que hacer algo ya. El alma eterna que la había sustentado se moría, su esencia se había agotado en los últimos meses y si la tenue conexión que permanecía atada a su alma era indicativa de algo, sabía que su vida se extinguiría antes de que se irguiese el sol en el próximo amanecer. Era hora de enfrentarse una vez más con el destino, tomar la decisión adecuada para preservar el mundo de las almas y el futuro de la humanidad. Si la Puerta se extinguía, no habría más nacimientos, ni muertes, las almas destinadas a renacer morirían y se produciría un desequilibrio tal en la balanza del Universo que todo se vendría abajo. Todo estaba conectado, la vida y la muerte, la humanidad y la *Puerta de las Almas*, solo los dioses e inmortales sobrevivirían a algo así, pero ¿a qué precio?

La única manera de evitarlo era reemplazar el *alma eterna* en la *Puerta*, entregarle un nuevo Guardián en el momento justo en que su antigua habitante exhalara su último aliento. Entregarle aquello que deseaba más de lo que había deseado en mucho tiempo, lo único que podía darle la libertad y que tendría que sacrificar una vez más.

—Se muere. —La voz de Eidryen a su lado captó su atención. El dios había permanecido todo aquel tiempo junto a él y la Puerta, ayudándole a ordenar un poco aquella hecatombe—. Ya no hay vuelta atrás, no queda tiempo…

Le miró a los ojos, ambos sabían que no existía otra salida a aquel embrollo y que el precio a pagar era demasiado grande.

—Tienes que tomar una decisión, ahora —le dijo sin apartar la mirada de la suya—. El equilibrio está próximo a resquebrajarse por completo y cuando lo haga… no podrás vacilar.

—No vacilará.

La voz de Calíope atrajo su atención. La cazadora había regresado de su viaje con dos nuevas almas. Las dejó y caminó hacia ellos, sus miradas se encontraron y por un instante vio en

sus ojos la misma desesperación que secretamente vivía en su interior. ¿Qué le estaba haciendo esa mujer? En otro tiempo no habría vacilado, habría sacado un cuchillo y la habría desangrado mientras se preparaba un café. Ella le había afectado profundamente, una debilidad que no podía permitirse no podía dejarse llevar por el pasado, por el quizá, nada bueno había salido nunca de sus manos.

Era hora de poner las cosas en movimiento, de lo contrario otros muchos sufrirían, inocentes que no merecían tal castigo.

Ella acortó entonces la distancia entre los dos como si le leyese el pensamiento, se presentó ante él, digna y decidida, un sacrificio necesario.

—Ocuparé su lugar —declaró sin esperar realmente una respuesta—. Ese ha sido mi papel desde el comienzo, ambos lo sabemos.

Las palabras brotaron sin pretenderlo de su boca.

—Saberlo no hace que me guste —le dijo.

Ella se encogió de hombros.

—Pero sabes que debe ser hecho —aseguró. Entonces le tendió la mano en la que descansaba una daga de filo curvo con empuñadura nacarada—. ¿Lo harás tú o se lo pido a alguno de tus cazadores?

Él miró la daga y luego a ella.

—Incordiando hasta el final.

Una dulce sonrisa curvó sus labios en el mismo momento en que dejaba el arma en sus manos.

—Eso siempre, mi Señor de las Almas.

CAPÍTULO 23

Que recordase, aquella era la primera vez que *guardianes* y *consortes* se reunían en el *Templo del Primer Poder*. Shayler miró a cada uno de ellos y recordó lo mucho que habían tenido que luchar para alcanzar aquel momento de equilibrio. Cada uno había hecho sacrificios, renunciado a algo y enfrentado su mayor temor para poder conservar aquello que llenaba sus vidas, uno por uno los Guardianes habían encontrado el equilibrio que les faltaba a la vez que conocían el amor. Sabía sin lugar a equivocarse que cualquiera de ellos daría su vida por la mujer que amaba, como también sabía que la darían por él; un precio demasiado alto que esperaba no tener que llegar a comprobar nunca. Dryah permanecía a su lado, su mirada se topó con la suya plácida y esperanzada, ella era su alma, la única que le entendía mejor que él mismo, la única por la que moriría y renacería con tal de volver a su lado.

Miró a su alrededor, el templo nunca le había parecido tan desierto como ahora, las ruinas solo eran un montón de escombro, apenas se distinguían un par de pilares tirados en el suelo o partes del mosaico que una vez había cubierto el suelo. No recordaba aquel lugar de otra manera, John le había dicho que aquel era el punto del comienzo, el lugar dónde se decidió levantar una hermandad que protegiese a los inocentes del yugo de los dioses, por lo mismo, sería el punto en el que todo llegaría a su fin.

—¿Estamos seguros de esto?

La voz de Ariadna llegó a él a su espalda. La esposa de Lyon permanecía sentada en una de las muchas piedras tiradas en el suelo, sus brazos cruzados protectoramente delante de su hinchado vientre. El primer vástago de los Guardianes saldría de aquella unión; no podía esperar a verlo.

—Tanto como lo estaríamos de meternos un hierro candente por los ojos, tesoro —le aseguró Lyon con un guiño—. Pero es lo que mejor que nos da.

Su mirada recorrió el lugar y se estremeció.

—Este sitio da escalofríos —aseguró la mujer.

Keith, quien los había acompañado se mantenía al margen, mirándolo todo con nerviosismo, casi podía jurar que el hombre intentaba ver el lugar como había sido en sus inicios, como si lo recordase de aquella manera.

—Estuviste aquí cuando todavía era un templo y no simples ruinas, ¿no es así?

El hombre alzó la mirada y se encontró con la suya, se la sostuvo durante unos instantes y asintió.

—Nunca pensé en volver a poner los pies aquí —aceptó mirando a su alrededor—. Este era un templo asombroso, lleno de poder y ahora…

Dryah dejó su lado para acercarse a él, su mujer posó la mano sobre el hombro del hombre y le sonrió.

—Ahora perteneces a nuestra hermandad —le aseguró con calidez—, este tendría que haber sido tu lugar desde el principio. Nunca debiste haber vagado tanto tiempo solo, Keith.

Él se apartó de su contacto, su nerviosismo era palpable, al igual que su miedo e incertidumbre.

—¿Cómo sabéis que funcionará lo que tenéis planeado? —preguntó de nuevo.

Cada uno de ellos miró a Dryah, quien volvía ya a su lado.

—Nuestro Oráculo nunca ha fallado en sus predicciones —declaró Jaek, quien permanecía también sentado junto a Keily. El Guardián, al igual que todos ellos, vestía las ropas ceremoniales con las que habían sido investidos.

Lyon asintió.

—Y tenemos la confirmación de que la locura que vamos a hacer, en teoría, puede llevarse a cabo —aceptó el vikingo—. Ashtart está convencida que en el momento en que… ellos… pasen al otro lado… con el beneplácito de la Cuna, aquellos que fueron invitados a su seno, podrán abrir el portal con nuestra sangre y comparecer.

Ariadna suspiró.

—También dijo que era peligroso —le recordó su esposa—. Merkalt te previno sobre ello, el pórtico no puede permanecer abierto más allá del amanecer. Vida y muerte, amanecer y atardecer, todo va enlazado.

Lyon asintió ante la respuesta de su esposa.

—Así es —asintió mirándolos a ellos dos—. Desde el momento en que abramos el paso hacia la última frontera, tendréis únicamente hasta el primer rayo de sol. En ese momento el portal tiene que ser cerrado, Shayler y el Velo restaurado, no podemos arriesgarnos.

Él asintió, entendía la preocupación de su compañero y la compartía.

—Haremos que el tiempo sea suficiente —aceptó con convicción.

Dryah se apoyó en él.

—La Cuna ha respondido a nuestra petición —murmuró. Su mirada se desvió entonces hacia Keith antes de volver a posarse en cada uno de los presentes—. Sea cual sea el resultado final, haremos hasta lo imposible para que el Equilibrio se restaure y que nuestro círculo vuelva a estar completo.

Los hombres asintieron al unísono. Ahora solo quedaba esperar, una espera agónica que traería consigo el final de una parte de sí mismo, un final que rogaba a todo aquel que quisiera escucharle, fuese el principio de algo más.

Se sentó lentamente en el balancín de madera del porche, su cuerpo empezaba a acuciar un cansancio hasta ahora desconocido para él. Los últimos días se habían limitado a permanecer en la cama, abrazados o dando pequeños paseos por la orilla del lago disfrutando de su mutua presencia. Su poder había ido mermando en intensidad hasta el punto de extraer toda su energía el simple hecho de trasladarse de una localización a otra, una señal inequívoca de que el final estaba cerca, uno que temía y odiaba a partes iguales. No era justo, su tiempo con ella había sido menos que corto, su corazón atesoraba cada uno de los instantes compartidos, su alma se nutría con su risa e inocente cariño, pero deseaba más, era egoísta y deseaba mucho más. Quería el tiempo que les habían arrebatado, anhelaba vivir toda una vida a su lado, crecer con ella, aprender con ella, tener hijos con ella… y el maldito destino les había arrebatado aquello desde el principio.

Su menudo cuerpo se apretujó contra el suyo buscando calidez, arropada bajo las mantas, con las piernas recogidas sobre el asiento, contemplaba la aurora boreal que surcaba el cielo nocturno, el baile de luces verdosas y azules danzaban en el horizonte, su reflejo se reproducía en las calmadas aguas del lago como un espectáculo de magia. La luna había decidido brillar en todo su esplendor dotando de luz la aciaga noche, confiriendo misteriosas sombras a los árboles y montañas del paisaje canadiense que les rodeaba. Era como si la naturaleza se hubiese puesto de acuerdo para regalarles una noche mágica que pudiesen grabar en sus corazones para toda la

eternidad.

Ella se estremeció a su lado y buscó su calor resbalando uno de los brazos por su pecho.

—¿Tienes frío, Atryah? —le preguntó al tiempo que arrebujaba las mantas más cerca de ella.

Sacudió la cabeza contra su hombro y permaneció en silencio durante un buen rato, su mirada puesta en el cielo.

—El cielo parece haberse hecho pedazos esta noche —murmuró con voz suave, una de sus manos emergió del interior de las mantas y se alzó hacia el cielo como si pudiese tocarlo—, las luces verdes y azules podrían ser muy bien el preludio del cataclismo que está por venir. Es sorprendente que algo tan hermoso pueda representar un desastre sin parangón.

Él siguió su mirada y contempló el espectáculo de luz intentando verlo desde la misma perspectiva de ella.

—¿Prefieres que entremos?

Una vez más negó con la cabeza, sus dedos se aferraron con desesperación a su camisa.

—No —susurró—. Quiero quedarme aquí, fuera, dónde puedo fantasear que soy libre, que mi alma viajará alrededor del mundo cuando mi cuerpo ya no la sostenga.

Podía oír las lágrimas en su voz y aquello le partía el corazón. Sus emociones eran ahora las mismas que las suyas, ambas se entremezclaban para crear una sola.

—No quiero irme, John —musitó al tiempo que las lágrimas empezaban a deslizarse en silencio por sus mejillas—, no quiero dejar este mundo que recién empiezo a conocer, pero por encima de todas las cosas —se incorporó para girarse hacia él y mirarle a los ojos—, no quiero tener que abandonarte a ti. No quiero dejarte solo, ya has vivido demasiado tiempo en soledad.

Le acarició el rostro y borró sus lágrimas con los dedos.

—No voy a estar solo, amor, tú estarás en todo momento conmigo —le aseguró, obligándose a sonreír para tranquilizarla—. Si tenemos que irnos, lo haremos juntos…

Ella sacudió la cabeza, más lágrimas se vertieron de sus ojos.

—¿Y si nos separan? ¿Y si después de que el fragmento de alma que ocupa nuestro cuerpo deje este mundo terrenal no soy capaz de encontrarte? —La angustia era palpable en su voz—. Te quiero, John… no puedo concebir otra clase de vida, eternidad o lo que quiera que haya más allá si no estoy junto a ti… ¡No quiero vivir sola! ¡No quiero que me separen de ti!

El dolor que habitaba en su pecho cruzó al propio, su corazón sangraba y la angustia que ella sentía se hizo eco en su propio interior. Lágrimas involuntarias vidriaron sus ojos pero se negó a dejarlas salir, tenía que ser fuerte, por los dos.

—Atryah, mi niña, eres todo para mí —le aseguró tomando su rostro entre las manos—, la luz que me guía, que me ha guiado incluso antes de haber llegado a ti. En la más profunda de las oscuridades, ha sido tu existencia la que me ha dado fuerzas para continuar, tu voz la que ha susurrado a mi alma cuando esta pensaba que estaba sola… Te quiero con todo lo que tengo y todo lo que soy, eres el amor de mi vida, mi propia existencia no significa nada sin ti… Nada nos separará, nada volverá a mantenernos alejados y aún si lo intentasen, haré hasta lo imposible por recuperarte… Tú eres mía como yo soy tuyo, no existimos realmente el uno sin el otro… Estamos unidos y seguiremos estándolo cuando el aire abandone por última vez nuestros pulmones, cuando nuestro corazón emita su último latido, si la muerte nos encuentra, lo hará uno en brazos del otro, amor mío… Nunca, óyeme bien, nunca dejaré que vuelvan a separarte de mí.

Ella asintió, las palabras no eran necesarias, todo lo que necesitaba decir estaba en sus ojos, en su alma, el amor que creía no poder sentir vibraba ahora en su cuerpo, en su mirada y hacía latir su corazón.

—Te amo —musitó acercándose a sus labios, suspirando a las puertas de su boca—, ahora puedo decirlo y sé que siempre te he amado. Aún sin conocer realmente esta emoción, con tan solo haberla visto a través de los ojos y las almas de otros, sé que siempre te he amado, John. Porque tú eres mi otra mitad, el único que puede completarme, el único que puede ganarse mi vida y mi lealtad… El único al que sé que puedo amar.

Apoyó su frente en la de él, suspiró y volvió a mirarle.

—Eres mi único destino y mi última frontera —le aseguró antes de unir su boca a la de él en un beso cargado de emoción, ternura y amor—. Todo lo que soy, eres tú.

Correspondió a su beso con suavidad, paladeando el momento que sabía sería uno de los últimos que pasarían uno en brazos del otro.

—Ya ha empezado la cuenta atrás —suspiró atrayéndola de nuevo a sus brazos, apretándola contra él, uniendo sus manos tatuadas con un fuerte lazo—, cada latido nos acerca al final…

Ella se acurrucó contra él y apretó su mano.

—No me sueltes nunca —pidió cerrando los ojos, el cansancio que la venía rondando se iba haciendo más pesado por momentos—. Pase lo que pase, no sueltes nunca mi mano.

Él la apretó y se la llevó a los labios para besar sus dedos.

—No lo haré, dulzura —le prometió posando de nuevo ambas sobre su regazo—. Cruzaremos juntos y seremos uno eternamente, ya nada nos separará.

Ella suspiró y se acurrucó un poco más contra él. No sabría decir el tiempo que permanecieron así, acurrucados el uno contra el otro, con las manos fuertemente entrelazadas, en silencio, disfrutando de su mutua compañía. El latido de su corazón empezó a descender acompasándose siempre al de ella, su respiración se hizo más lenta y el cansancio comenzó a dar paso a una pacífica relajación.

—¿John?

Escuchó su nombre en apenas un susurro, quería abrir los ojos, mirarla, pero estaba demasiado cansado para ello.

—¿Sí, Atryah? —respondió en cambio, su voz tan apagada como la de ella.

Sintió un nuevo apretón en su mano, débil, delicado.

—Gracias por venir a buscarme y enseñarme el significado de la palabra amar —musitó en apenas un hilo de voz—. Gracias… por dejarme… amarte.

Una solitaria lágrima se deslizó de sus ojos cerrados, surcando su barbuda mejilla.

—Te veré en la última frontera, amor mío.

Sus dedos empezaron a perder fuerza al tiempo que escuchaba sus últimas palabras.

—En la última… frontera… John.

Sus pechos se alzaron al unísono en una última respiración antes de permanecer por completo inmóviles, las manos entrelazadas empezaron a perder su tensión, cayendo hacia su regazo, pero sus dedos nunca se liberaron, ni siquiera en la muerte.

Un ensordecedor grito llenó la caverna, los espíritus que todavía permanecían allí lloraban al unísono, un sonido plañidero que le helaba el alma y hacía que tuviese ganas de arrancarse los oídos para dejar de escucharlo. La delgada conexión que sentía con el alma eterna se extinguió de pronto y todos los presentes sintieron a la vez como el Equilibrio se hacía pedazos dejando de existir. La tierra bajo sus pies tembló una vez, una vibración que no era sino la antesala de lo que se produciría si no restauraba la *Puerta de las Almas*.

Una suave mano se posó sobre aquella que todavía sostenía el arma, sus ojos se encontraron con los de la cazadora y supo que el destino le había alcanzado; su redención se extinguiría con ella. Giró la daga en la mano, tomando la empuñadura y la atrajo hacia él con la otra. Sus bocas se unieron un segundo antes de que la hoja de cristal de la daga se hundiese en el pecho de la mujer con un agónico sonido. La sangre manó y tiñó su mano derramándose en pequeñas gotas sobre el suelo mientras arrancaba un nuevo grito, esta vez procedente de la puerta de piedra tras de ellos. Las hojas que permanecían cerradas desde hacía ya tiempo sin responder a la presencia de los dioses y que se silenciaron con la muerte de su *antiguo Guardián*, comenzaron a abrirse al tiempo que extraía la hoja de la herida mortal y sostenía a una moribunda Calíope en sus brazos.

—Haz… lo que tengas… que hacer —oyó su voz agónica y casi extinta—. Es tu destino tanto como el mío… mi *Señor de las Almas*.

Él la miró una vez más, en sus ojos se extinguía la luz que le daba la vida, miró a los dos dioses y se encontró la compasión y el entendimiento pero no deseaba de ninguno de ellos. La tomó en sus brazos y giró de modo que quedó frente al umbral y lo presentó como una ofrenda ante la *Puerta.*

—Muerte por renacer —musitó al tiempo que atravesaba el pórtico con ella en brazos.

La pareja se perdió en la niebla justo en el instante en que Nyxx y los cazadores irrumpían en la caverna.

—¿Qué coño? —jadeó Silver.

Josh sacudió la cabeza incrédulo ante lo que estaba viendo.

—¿Ese era el jefe?

—¿Pero qué…? —Nyxx, quien no había dudado un momento en acercarse a la Puerta, se vio detenido por Eidryen—. ¿Qué demonios está haciendo?

El dios lo mantuvo en el sitio, impidiéndole avanzar.

—Lo que tiene que hacerse.

Nyxx sacudió la cabeza, su mirada iba del dios del Destino al umbral ahora abierto.

—¿Esa es Calíope? —preguntó Silver, quien parecía estar tan sorprendido como todos los demás—. Joder, sabía que era cargante, pero tanto como para deshacerse de ella…

Nyxx entrecerró los ojos sobre el dios.

—¿Qué significa esto?

Eidryen suspiró.

—El Equilibrio se ha roto por completo —declaró con firmeza. La pena se escuchaba en su voz—. El *Antiguo Guardián* y el *alma eterna* que habitaba la *Puerta* han cruzado al otro lado…

—¡¿Qué?! —jadeó Josh—. No me jodas.

Silver se pasó la mano por el pelo a la vez que dejaba escapar un quejido.

—¿Nos estamos yendo al garete?

Nyxx no habló, su mirada fue de nuevo a la Puerta. Esta ya se había abierto por completo y ahora comenzaba a cerrarse. Apretó los dientes, dividido entre la lealtad hacia su amigo y su embarazadísima esposa.

—No —lo detuvo una vez más Eidryen, con firmeza—. Has perdido todo lo que tenías que perder, Cazador, ese ya no es tu destino.

Él iba a protestar cuando vio a Seybin emerger ahora solo del interior de la Puerta, sus miradas se encontraron, finalmente vagó sobre la de Eidryen. Cuando habló, su voz era firme y fría.

—Se acabó —declaró con cierto rencor y desesperación.

El Dios lo miró y sus labios se estiraron lentamente en una pequeña sonrisa.

—En realidad, no ha hecho más que comenzar…

Una helada y oscura mortaja cayó sobre cada uno de los presentes en el Templo del Primer poder, lágrimas silenciosas corrieron por el rostro de muchos de ellos, varios corazones fueron lacerados al sentir como uno de sus hermanos acababa de exhalar el último suspiro y abandonaba el mundo de los vivos para traspasar la última de las fronteras. Shayler cerró los ojos apelando a toda su fuerza para no gritar de rabia y dolor, sus nudillos se pusieron blancos alrededor de la empuñadura de sus dagas, pero no emitió ni un solo sonido. No era el momento. La mano delicada y cálida de su esposa se posó sobre una de las suyas anclándolo al presente y a su actual cometido, abrió los ojos para encontrarse con su mirada vidriada por las lágrimas pero tan decidida como la suya propia. Él asintió en agradecimiento, ella era su pilar, su luz, lo único que lo sostenía a través de aquel huracán de desesperación que era su vida.

—Descubramos que tanto les importa el Universo en el que moramos todos… y el destino de sus hijos.

Sin dar tiempo a réplicas, hizo girar la *kahiya* y se hizo un rápido corte en la palma, dejó que la sangre brotase hasta caer en el suelo a sus pies. Cada uno de ellos imitó su gesto, incluyendo a Keith. En el momento en que su sangre se mezcló con la de los demás, un temblor recorrió la explanada y la sangre cobró un color rojizo fuego que se fue abriendo paso como un haz de luz o río de lava a través del suelo hasta recalar en un fragmento de muro que todavía permanecía en pie. El elemento de la vida cubrió la pared, creando símbolos, el de dos alas oscuras custodiando una espada rota… El símbolo de los *Guardianes Universales*. Una vez el diseño se coloreó con la sangrienta luz, la piedra se agrietó hasta formar una pequeña y angosta abertura por la que siguió la luz como si les marcase el camino.

—No acabo de acostumbrarme a estas cosas —comentó Ariadna con un estremecimiento.

El Guardián que tenía más cerca asintió.

—No eres la única —le dijo Jaek.

Lyon dio un paso adelante y miró a la pareja.

—No me gusta —declaró con decisión—, pero eso va a importar un carajo así que recordad lo que os he dicho. La Última Frontera solo puede atravesarse cuando una vida deja este plano, una que haya surgido directamente de su seno…

El Juez lo miró serio, aquel momento ya había llegado.

—El paso no permanecerá abierto eternamente, Shayler, se abre con la sangre derramada y la muerte de un hermano —declaró con dolor en la voz—. Todo el tiempo que tendréis es desde ahora hasta la primera luz del amanecer, no puedo daros más. El nacimiento de un nuevo día es como la muerte y la vida… Tendréis que regresar en ese preciso momento o juro por todos los infiernos que no os gustará que vayamos a buscaros… ¿Ha quedado claro?

El Juez asintió.

—Como el agua.

Lyon aceptó su respuesta.

—Bien.

Satisfecho, empezó a retroceder para dejar a los dos Consortes de la Fuente Universal tomar su propio camino.

—Yo os acompañaré.

Todos se giraron hacia Keith, el recién llegado había pronunciado aquellas palabras con seguridad, su mirada fija en el paso abierto. Shayler abrió la boca para negarse en rotundo, pero su esposa se lo impidió.

—Él debe ir —le dijo posando la mano de nuevo sobre la de él—. Le he visto allí… no sé qué camino tiene escrito, pero al evitar que me atropellasen, unió su destino al mío… Tiene que cruzar, hay algo para él al otro lado.

Lyon puso los ojos en blanco, se llevó las manos a la cadera y miró a su alrededor antes de volver a recaer en ella.

—¿Alguien más que deba unirse a la fiesta, corazoncito?

Ella negó con la cabeza.

—¡Fantástico! —aceptó Lyon y dio media vuelta—. Pues manos a la obra, entrad ahí y traed a John de vuelta… y a poder ser entero. Solo tenéis hasta el amanecer.

Shayler esbozó una irónica sonrisa.

—Tranquilo, papi, regresaremos antes de que empieces a sudar.

Él lo fulminó con la mirada pero no dijo nada, sus ojos al igual que los de los demás Guardianes estaban sobre el trío que empezaba a desaparecer a través de la apertura de la pared.

—Volved, cachorro, es todo lo que pido que hagáis —murmuró en voz baja.

CAPÍTULO 1

El silencio había caído sobre la gran sala cavernosa en la que se ubicaba la *Puerta de las Almas*, las dos enormes láminas de piedra se habían cerrado tras Seybin dejando tras de sí una ausencia total de sonido que helaba la sangre. Los cazadores presentes se limitaban a mirarle sin saber muy bien que hacer ahora, ninguno esperaba o tenía conocimiento de lo que se vería obligado a hacer para restaurar la puerta y evitar un mal mucho mayor; el sacrificio de Calíope los había dejado a todos helados y mudos en el sitio.

Elora, quien había permanecido a un lado y sin decir una palabra durante todo el ritual se acercó a su amante y posó una delicada mano sobre su brazo, Eidryen no dudó en posar la suya por encima.

—Una muerte, por una vida —declaró con voz firme, aunque monótona. Su mirada permaneció en todo momento fija en el gran umbral de piedra como si esperase alguna cosa.

Y entonces lo sintió. Como un reloj parado que vuelve a ponerse en marcha, el tiempo y el infinito los atravesó a todos dejando a algunos de rodillas y a otros sin respiración durante unos instantes, el suelo volvió a vibrar y cuando se detuvo un nuevo cántico empezó a elevarse desde la *Puerta*. Los cazadores y él mismo sintieron de nuevo su eterna llamada, el sacrificio había sido aceptado. La *Puerta de las Almas* había aceptado a su nueva guardiana.

—*La Puerta* —murmuró Josh, su palidez era palpable—, vuelvo a oírla.

Nyxx asintió y miró a Seybin, el lobo sabía lo que había tenido que sacrificar y le dedicó un comprensivo saludo.

—¿No deberías estar atendiendo a tu mujer, chucho? —sugirió. Sabía que la esposa del Cazador estaba próxima a dar a luz.

Él se limitó a ladear la cabeza y esbozar una irónica sonrisa.

—Estaré a su lado en el preciso momento en que me llame.

Seybin negó con la cabeza, había cosas que no pensaba discutir. Su mirada entonces se volvió hacia Eidryen quien parecía demasiado sereno y satisfecho consigo mismo.

—Siempre hay vida después de la muerte —le dijo como si aquello lo explicase todo.

Mordiéndose la ácida réplica que tenía en los labios, dio media vuelta dispuesto a retomar el control de su oscuro reino y asegurarse que los cazadores volvían al trabajo para dirigir a casa a todas las almas que pudiesen quedar extraviadas. Sus caros zapatos italianos resonaron sobre el suelo de piedra y rechinaron cuando se vio obligado a frenar en seco y alzar la mano derecha a su rostro para verla envuelta en llamas de un fuego blanquecino; el fuego de las almas. Bajo su atónita mirada, el fuego empezó a danzar sobre su piel haciendo profundos grabados que correspondían a un antiguo patrón tribal que lo dejó estupefacto.

—¿jefe? —se interesaron los cazadores, quienes todavía permanecían en la sala.

Nyxx frunció el ceño y caminó hacia él solo para quedarse mirando con la misma estupefacción como iban apareciendo aquellas marcas. El cazador bajó la mirada a su propia mano tatuada y por fin se giró hacia el Dios del Destino.

—¿Qué diablos…? —empezó a preguntar.

A Seybin no le pasó desapercibida la dirección de la mirada de Nyxx y el gesto satisfecho en el rostro de Eidryen.

—¿Qué mierda has hecho? —bramó. No estaba de humor para los trucos de aquel

mentecato. Por primera vez en mucho tiempo, barajó la idea de hacer papilla al dios del destino.

Él se encogió de hombros y alzó las manos.

—Yo nada —aseguró con inocencia.

La mujer a su lado chasqueó la lengua y miró a su compañero.

—Déjame adivinar, no le dijiste cuales eran las consecuencias, ¿huh? —dedujo Elora.

El dios se limitó a parecer contrito.

—Pensé que había quedado clara la primera vez, después de todo, el alma eterna que entregó era la de su esposa.

Ella puso los ojos en blanco y chasqueó la lengua.

—Hombres —musitó antes de girarse hacia él y empezar a avanzar hasta detenerse a una distancia prudencial. Alguien parecía tener una pizca de sentido común aquí.

Él los fulminó a ambos con la mirada.

—¡Qué habéis hecho! —clamó a voz en grito.

La mirada cálida y transparente de la diosa se clavó en la suya al contestar a su pregunta.

—El Señor de las Almas solo puede atravesar la Puerta para entregar el alma de su consorte —le dijo la diosa con una amplia sonrisa—. En otras palabras, que acabas de desposarte con la nueva Guardiana de la Puerta. ¡Felicidades!

No, aquello no podía ser verdad, tenía que tratarse de algún estúpido truco de aquellos dos, él no podía poseer esa clase de vínculo con ninguna mujer, había sido maldito, condenado…

«Tu condena será tu redención».

¿No era eso lo que le había dicho el dios que lo condenó a hacerse cargo del reino de las almas?

«Tendrás que elegir entre morir con ella y perder todo por lo que has luchado o sacrificarla y aceptar el castigo y la condena que tus dioses han impuesto para ti».

Bajó la mirada a su mano y contempló como el fuego se extinguía ya para dejar a la vista el específico diseño de la mitad de un ala de ángel, el símbolo de las almas y a juzgar por el patrón, aquella maldita Puerta alojaba ahora en su interior a la portadora de la otra mitad de ese diseño; su jodida y maldita consorte.

Sus ojos destellaron al compás de su poder, estaba que lo llevaba el diablo, giró sobre sus talones y caminó directamente hacia Eidryen quien permanecía igual de contento que minutos antes.

—Esto es cosa tuya —bramó—, tú orquestaste toda esta mierda desde el principio.

Una vez más el dios del Destino alzó las manos a modo de rendición.

—Yo no hago las reglas, amigo mío —le recordó algo que ambos sabían—, estas se escriben solas, ya deberías saberlo.

Estaba a punto de decirle lo que podía hacer con dichas reglas cuando una nueva melodía procedente de la puerta inundó la sala de piedra. En los pocos segundos que llevaba funcionando de nuevo, el umbral se abrió de nuevo.

Su primer instinto fue mirar a sus cazadores para ver si alguno era el responsable al traer ante ella alguna alma, pero ellos se dieron prisa en proclamar su inocencia.

—A mí no me mires, jefe —dijo Silver dando un precavido paso atrás—. Yo no soy.

Josh tomó su mismo camino y retrocedió.

—Yo ni siquiera he empezado a irme.

Por último, Nyxx negó con la cabeza.

—Curiosamente, mi poder ha sido restaurado por completo pero no he sido yo quien la ha convocado —le dijo y la señaló con un gesto de la barbilla lo obvio—. Y tampoco hay algún

alma cerca que pueda reclamar.

Frunciendo aún más el ceño, se giró hacia la puerta ya totalmente abierta a través de la que volvía a verse aquella luminosa y blanquecina niebla. El cántico que se oía en su interior aumentó en intensidad al tiempo que empezaba a vislumbrarse el contorno de una figura surgiendo de su interior.

Unos profundos y eternos ojos grisáceos lo miraban desde un rostro angelical, el pelo largo y rizado caía sobre sus hombros desnudos, una túnica del color de la sangre cubría su cuerpo lozano y firme y dibujada en su mano, completando su propio patrón, Calíope llevaba el símbolo de un alma enlazada; la consorte del Señor de las Almas.

—Vida tras muerte —murmuró ella, su tono de voz más profundo y poderoso que antes poseía el tono de mil voces al unísono—. La balanza de las almas está de nuevo en equilibrio, ¿conforme, mi Señor de las Almas?

La miró al tiempo que arqueaba una de sus oscuras cejas.

—Estás decidida a joderme hasta el fin de mis días, ¿no es así, *Cazadora*?

Ella sonrió, dio un paso adelante y volvió a mirar la Puerta la cual se cerró a un pensamiento suyo.

—Tu vida sería mortalmente aburrida sin mí, Seybin, admítelo —se burló ella, su voz volvía a tener la cadencia de siempre, quizá más poderosa, pero era ella—. Así que tendré que pluriemplearme para ti… *Cazadora de Almas*, *Guardiana de la Puerta* y *consorte*, no sé qué me dará más trabajo.

Se limitó a poner los ojos en blanco, sabía que su tormento no había hecho más que comenzar.

—Esto… —los interrumpió Silver—. ¿La Puerta funcionará igual? ¿No harás… *caput* como tu predecesora por estar fuera? Verás, tener un alma anclada a tus piernas no es divertido.

Ella se rio.

—Mientras yo exista y aquí el Señor Armani comparta el mismo vínculo que yo —señaló el tatuaje del ala partida de su mano—, todo funcionará a las mil maravillas.

Silver miró a uno y a otro.

—Entonces… Sí ahora ella es tu consorte, jefe, ¿eso la convierte también en nuestra jefa?

La respuesta de Seybin fue hacerlo saltar con uno de sus ardientes lanzamientos.

—Vale, no más preguntas, nos volvemos al trabajo —declaró convencido.

Nyxx miró a uno y al otro.

—Ni lo intentes, lobo.

Él esbozó una irónica sonrisa.

—Cuando estés de mejor humor pensaré en un regalo de bodas adecuado.

Seybin frunció el ceño, su mirada era letal pero al Cazador no le importó.

Los dos dioses que los acompañaban se miraron y finalmente a la Puerta nuevamente cerrada.

—La primera parte del Apocalipsis ha llegado a su fin —comentó Eidryen en tono misterioso—, pero el final todavía tiene que escribirse. Ahora, los Guardianes Universales tienen la última palabra.

Shayler no podía quitarse de encima la sensación de fatalidad que lo acompañaba, el hueco en su alma pesaba demasiado. Solo el consuelo de la cálida mano de su esposa en la suya y la posibilidad de hallar una respuesta lo mantenía con fe. El sendero parecía no tener fin, angosto

como era solo permitía el paso de a uno lo que hacía que tuviese que apretar la mano de Dryah para sentirla tras de sí. Keith los seguía de cerca, podían escucharle mientras respondía a las inagotables preguntas del Libre Albedrío.

Por fin, en un momento de su tránsito, la luz rojiza que los guiaba marcando un camino por el suelo se amplió al igual que lo hizo el pasadizo llevándoles ante un nuevo umbral custodiado por el último ser que les apetecía ver.

—Garkos —murmuró al verlo.

El hombre vestía nuevamente de negro, pero ya no lucía la capa que a menudo lo cubría y enmascaraba su identidad.

—Estáis a punto de pasar el punto de no retorno, la *Última Frontera*, debéis dejar atrás aquello que fuisteis, lo que sois y someteros a la voluntad que proclamará lo que seréis —declaró sin apartar su mirada de él—. ¿Estáis dispuestos a ello?

Abrió la boca dispuesto a responder pero se vio interrumpido al sentir la mano de su compañera apretando la suya.

—Mi voluntad, es su voluntad, su justicia, mi justicia —declaró ella en voz alta—, hemos surgido y renacido del mismo elemento, pedimos audiencia y nos fue concedida. Cruzaremos la *Última Frontera.*

Garkos la miró y asintió sin poner traba alguna, entonces se volvió hacia Keith quien lo miraba fijamente.

—Esta es tu última oportunidad de dar la vuelta, nómada oscuro.

Él se tensó al escuchar aquellas palabras, pero al final negó con la cabeza.

—No hay pasado tras de mí que me ancle —declaró con voz firme—, solo puedo buscar el futuro que me aguarda y plegarme a su voluntad.

El avatar de la *Fuente Universal* asintió una última vez y miró a los tres antes posar su oscura mirada sobre él.

—Naciste para este momento, hijo mío —declaró con sencillez—. Que encuentres por fin tu camino.

Con un gesto de la mano la tenue luz rojiza se hizo más intensa hasta cubrir todo el pasaje y explosionar en un fogonazo que les permitió comparecer en el otro lado.

CAPÍTULO 25

John sujetó con fuerza la mano de Atryah mientras enfrentaba a aquella mujer que osaba ponerse una vez más en su camino. Había despertado con ella a su lado, sus manos entrelazadas, durante unos instantes temió que desapareciese de su lado, que se la arrebatasen, pero nadie vino a reclamarla a ella o a él hasta ese momento. Todo lo que podía ver a su alrededor era una solitaria y vacía sala de piedra caliza, un largo pasillo que empezaron a recorrer juntos solo para encontrarla a ella al final de este.

Vistiendo aquella túnica blanca que tan bien conocía, los pálidos ojos azules brillando en su pálido rostro y las manos cruzadas delante de sí, se personó su creadora.

—Zhalamira —pronunció su nombre al tiempo que empujaba a Atryah tras él, sin soltarla.

La recién llegada dio un paso adelante, luego otro y otro más hasta que se detuvo frente a él.

—Estáis a punto de cruzar hacia la *Última Frontera*, ¿estáis preparados para dejar atrás lo que fuisteis, lo que sois y volver a ser uno en la *Cuna de la Vida*?

Se tensó ante su presencia así como sus palabras, pero no retrocedió. Nunca retrocedería ante ella. Atryah apretó su mano y le sonrió cuando la miró dándole su fuerza y confianza.

—Siempre hemos sido uno, *madre* y siempre lo seremos —declaró apretando su mano—. En esta vida y en las que tengan que venir.

La mujer lo contempló en silencio, entonces asintió.

—Ya es hora de que encuentres el final de tu camino —le dijo ella—, ve en busca de tu destino, hijo mío.

Antes de que pudiese dar respuesta a sus palabras o pedir alguna clase de explicación, la luz que los había guiado a través del túnel hasta ese punto los envolvió y cegó momentáneamente. Cuando por fin pudo volver a abrir los ojos y enfocar su camino, se encontró en medio de la nada y del todo, más allá de una frontera que separaba la vida de la muerte y las englobaban ambas en una sola. Atryah seguía sujeta de su mano y parecía tan sorprendida o más que él. El suelo bajo sus pies era de un blanco tan brillante como negro y estrellado era el techo sobre sus cabezas, frente a ellos, compuesto de luz y sombras se hallaba una figura indefinida, sin forma, un sinuoso fuego fatuo la cual estaba acompañada por las últimas personas que había esperado ver.

—Libre Albedrío, Juez Universal. —Atryah se apresuró a poner voz a sus propios pensamientos. La alegría presente en sus palabras era un eco de la suya propia al verles.

Pero ellos no eran los únicos que comparecían alrededor del círculo infinito inscrito en el suelo y que rodeaba a la extraña figura, al lado de Dryah había un segundo hombre, uno cuya esencia reconoció al instante como la de uno de los elegidos que habían caído o estuvieron a punto de hacerlo. Algo en él le resultaba conocido pero no era capaz de encontrar el por qué.

Entonces fue consciente de algo, ninguno de los presentes había respondido a la voz de Atryah, no habían dado señal alguna de reconocimiento, permanecían en pie, con la cabeza gacha y las manos estiradas a ambos lados del cuerpo como dormidos.

—¿Qué… significa esto? —murmuró mirando a cada uno de los presentes.

Atryah apretó su mano.

—¿John?

Él la apretó la mano para tranquilizarla y observó con curiosidad al ente que permanecía en el interior del semicírculo formado por ellos tres.

«Largo viaje el que iniciasteis y ahora da fin».

Ante el coro de infinitas voces que resonó en aquella figura, cada uno de los presentes pareció volver a respirar, alzaron la cabeza y se reconocieron los unos a los otros.

—¿Qué… habéis hecho? —Su voz encontró de nuevo salida, el miedo mezclado con la esperanza por su presencia allí vibraba en ella.

«Ellos comparecen por su propia voz. Su petición fue escuchada y admitida».

Dryah fue la primera en encontrar su mirada, le sonrió con aquella extraña calidez que siempre la envolvía y finalmente se dirigió al ente frente al que estaban. Con ceremonia, inclino la cabeza en un riguroso saludo.

—Mi voluntad es tu voluntad, madre de todo.

Un sonido musical, similar a la risa surgió del luminoso ser.

«Tu voz es mi voz. Tu voluntad es la mía. Tu camino es mi sendero, tus pasos mi frontera, Libre Albedrío, eres parte de mi cuna, parte de todo y de nada».

Su mirada se desvió entonces sobre su hermano, Shayler le sonrió también al verle, la mirada en los ojos del Juez pareció aliviada al verle. Su hermano, ¿qué había hecho? No podía arriesgarse de esa manera, arriesgar a su mujer por él.

«La Justicia es su voz. Su voluntad es mi voluntad, su orden impone orden en mi caos —continuó aquella cacofonía de voces—. *Su destino y el tuyo son uno y el mismo. Nacisteis del orden y del caos, dos caras de una misma moneda, unidos por la sangre y la vida del universo. Un único camino con distintos senderos y una única meta en común».*

No comprendía del todo sus palabras, su forma de hablar era confusa y al mismo tiempo, algo en ellas tenía pleno sentido. ¿Acaso cada uno de los pasos y elecciones que habían tomado desde el momento en que despertó el Libre Albedrío estaban ya marcadas? ¿Formaban todos ellos parte del mismo camino?

—Todo estaba decidido desde el principio —habló Dryah confirmando sus sospechas—, nuestras vidas, nuestras muertes, el camino a seguir… Tú lo escribiste y me pusiste en su camino.

«Sí».

Una respuesta única, rotunda, absoluta.

—¿Por qué? —la pregunta fue formulada por Shayler. Su hermano parecía tan sorprendido como él mismo.

«El Orden del Universo ha cambiado, el Equilibrio se ha roto, es hora de un nuevo renacer, de un nuevo Orden».

Su mirada cayó una vez más sobre el ente de luz que estaba hablando. Algún vínculo invisible empezaba a tirar de él en su dirección, instándole a caminar y ocupar junto con Atryah un lugar en aquel círculo.

—Y nosotros… ¿somos ese Orden? —preguntó deteniéndose en un punto concreto de la trama, mientras su compañera ocupaba otro. Sus brazos quedaron extendidos, pero no la soltó. No pensaba perderla de vista.

El ente se giró en su dirección.

«Sois el inicio de un nuevo orden y el final del antiguo».

Shayler negó con la cabeza, parecía tener problemas para aceptar lo que quisiera que estuviese insinuando la *Cuna de la Vida*.

—Nuestra petición… su muerte… —le indicó con un gesto de la mano—. ¿Me estás

diciendo que todo ha sido planeado de antemano?

Aquello era demasiado bizarro, demasiado cruel.

«Toda vida y toda muerte se rige por un destino». Explicó la voz. *«Una vida debe terminar para que otra de comienzo. La balanza debe ser descompensada antes de poder ser reiniciada y equilibrada de nuevo. Lo viejo se convertirá en las cenizas de las que resurgirá lo nuevo»*.

—Con todos mis respetos hacia esa… um… cosa luminosa, ¿soy el único que no comprende una sola palabra de lo que está pasando?

El elegido puso los pensamientos de todos ellos en voz alta y se ganó así mismo sus miradas.

«Tu presencia pone el cerrojo al viejo orden y sirve de llave al nacimiento de uno nuevo, mi elegido». La voz se dirigió ahora a él. *«Dónde hay oscuridad, antes hubo luz. El equilibrio vive dentro de ti, vive en todos vosotros»*.

Antes de que cualquiera pudiese formular alguna otra pregunta, el extraño fuego fatuo se dividió y se presentó ante cada uno de ellos por separado trayendo consigo una petición y un ruego.

«Para que el nuevo orden de comienzo, el viejo debe morir». Dijeron todas las nuevas presencias a la vez. *«¿Renunciáis y entregáis lo que habéis sido y lo que ahora sois para abrazar lo que seréis?»*.

Los dos Consortes de la Fuente Universal se miraron entre ellos, entonces Shayler se giró en su dirección, la resolución brillando en su mirada.

—Solo si mi hermano y su compañera comparten nuestro futuro —respondió sin rodeos, la sinceridad vibraba en cada una de sus palabras.

Dryah asintió al mismo tiempo que daba su propia respuesta.

—Solo si ellos reciben la misma bendición y maldición que nosotros —añadió, su voz proyectada por el *Libre Albedrío*—. Y su vida continúa a la par que la nuestra… Seguir tu propio sendero y formar parte del mismo camino, esa ha sido siempre tu voluntad.

Las figuras que se habían dividido rieron al unísono y hablaron también a la vez.

«Tu voluntad es mi voluntad, mi voluntad habla a través de ti».

Ella dejó escapar un profundo suspiro y sonrió asintiendo.

«Un nuevo orden se instaurará, lo viejo morirá para dejar paso a lo nuevo, un mismo sendero con varias ramificaciones. Sois mi árbol de la vida».

Como una sola, las luminosas figuras se hicieron más intensas, opacándolo todo con su brillo, la luz que proyectaba cada uno de ellos los envolvió separándolos y preparándolos para la comparecencia final.

Shayler jadeó mirando a su alrededor, su alma respiró tranquila al ver a Dryah a su lado. No se lo pensó dos veces, enlazó sus dedos en los de ella y se los apretó suavemente.

—¿Estás bien? —preguntó buscando algún tipo de malestar en ella.

Para su tranquilidad ella asintió.

—Estoy bien —aseguró. Entonces miró a su alrededor, pero allí no había absolutamente nada.

Una ligera brisa se elevó entonces envolviéndolos, en ella viajaba la más hermosa e indefinida de las voces.

«Juez y Libre Albedrío, sois el centro de la vida, el pilar en el que se sostendrá el nuevo

orden, la nueva balanza del universo. Sois luz y oscuridad unidas, el principio y el fin, vuestra ley y voluntad serán heredadas eternamente y vuestro primogénito las secundará y unirá en una sola. Ese es vuestro futuro, el único destino, ¿lo aceptan vuestras almas?».

Ellos se miraron, sus manos se unieron dónde los tatuajes los proclamaban como Consortes y en silencio compartieron su temor y esperanza.

—Lo aceptan —respondió Shayler mirándola a ella.

Dryah asintió.

—Lo aceptan.

La luz se hizo más intensa.

«Aquellos que moran en vuestros corazones morarán también en vuestras vidas, Libre Albedrío».

Ella jadeó sorprendida y asintió con una dulce sonrisa mientras una solitaria lágrima se deslizaba por su mejilla.

—Gracias —susurró y miró a Shayler, quien asintió conforme y feliz por ella.

«Juez, tu llegada al mundo estaba prevista tal y como sucedió. Has sido convocado en este mundo porque hay quienes te han necesitado, te necesitan y necesitarán en el futuro. Eres vida y esperanza, compasión y humanidad, el nexo de toda vida y la luz que guía el camino del Libre Albedrío, tu cometido no ha hecho más que comenzar».

Shayler asintió, aquello contribuyó a ahuyentar las dudas de su alma.

«Consortes Universales y Eternos».

A su proclama, los tatuajes de sus manos mudaron y se formó un intrincado patrón que formaba el entramado de un nuevo y poderoso árbol de la vida, cada uno poseía la mitad y estaba lleno de luz.

«Id e iniciar el nuevo orden, dad comienzo a una nueva etapa».

John no era consciente de lo que estaba pasando realmente, en un momento habían sido reunidos y al siguiente permanecía junto a Atryah en medio de una espesa nada que lo consumía todo. Apretó su mano cuando se le acercó, tan perdida como él mismo.

—¿Dónde estamos, John?

Él le acarició el dorso de la mano con el pulgar.

—Diría que en el infierno, pero eso incluiría que creyese en él —comentó con ironía—. No lo sé, amor, aunque dada la presencia de esos dos… me atrevería a decir que hemos traspasado la *Última Frontera* para encontrarnos frente a frente con la *Cuna de la Vida*.

Antes de que pudiese decir algo más, una inesperada brisa los envolvió trayendo consigo una suave y musical voz que se dirigió a ellos.

«Un nuevo orden da comienzo, los pilares han sido asentados, las semillas plantadas y pronto las ramas tomarán forma, ¿entregáis aquello que una vez fuisteis y abrazaréis lo que seréis?».

—¿Un nuevo comienzo? —preguntó incapaz de contenerse. Su mirada voló de inmediato sobre su compañera y tomó una decisión—. Solo si puedo conservarla a mi lado, eternamente.

«Ella es parte de ti como tú lo eres de ella».

Atryah le sonrió con calidez.

—No temeré a ningún destino, ni a ningún futuro mientras me lleguen de tu mano —declaró ella.

Asintió al tiempo que apretaba su mano.

—Abrazaré cualquier clase de futuro en el que pueda conservarte a mi lado —aceptó y alzó la voz para aquello que había hablado—. Solo esa clase de futuro.

Una suave risa acompañó su decisión.

«Sois uno y el mismo. Juntos y unidos. En el pasado, en el futuro y en cada vida que esté por venir. Sois las ramas del árbol de la vida, aquellas que sostendrán y alimentarán con fe y esperanza el porvenir. Llevad mi petición y presentadla ante vuestros hermanos y hermanas y el nuevo Orden dará comienzo».

El haz de luz se hizo más intenso y en sus manos, una vez más el tatuaje cambió para convertir sus alas en las ramas del árbol de la vida, en el cual se veían los brotes de la esperanza.

Keith no sabía muy bien por qué había decidido bajar allí. El altruismo no era lo suyo, tampoco el sacrificio, en realidad si había una única cosa que deseaba era poner fin a su solitaria existencia. En un abrir y cerrar de ojos pasó de encontrarse formando parte del círculo que rodeaba a aquella cosa luminosa a encontrarse en medio de una vasta extensión de nada, con una cálida brisa envolviéndole mientras una voz le susurraba al oído.

«Mi nómada, mi viajero errante y sin rumbo, has pedido paz a cada paso de tu camino y solo encontraste guerra, desesperación y rendición. Noto tu alma fatigada, en busca de descanso, pero todavía no puedo dejarte ir. Un nuevo orden da hoy comienzo, mi elegido y tu camino no ha hecho más que comenzar».

Él sacudió la cabeza, no deseaba aquello.

—Mi camino hace tiempo que se perdió, llevo vagando solo demasiado tiempo, no deseo seguir perdido por más tiempo. No deseo vagar más.

«Y no lo harás. Tu camino es el de muchos que como tú están perdidos. Tú serás su brújula, su navegante… ellos llegarán a ti».

No, no podía darle esa clase de responsabilidad. Él no era el adecuado para ese trabajo, no era más que un paria, alguien que no pertenecía ni a la luz ni a la oscuridad.

—No soy el indicado para guiar a nadie, estoy manchado, soy un caído.

«Eres el Navegante perdido, aquel que guiará a los vagabundos a su destino final e inclinará su balanza hacia la luz. Tu soledad terminará en el mismo momento en que aceptes quien eres e inicies el viaje. Sigue el camino de la brújula, cubre cada uno de sus puntos y si al final del camino todavía deseas descansar, te daré lo que deseas».

Al igual que sus compañeros, su mano izquierda se cubrió de fuego y sobre esta apareció dibujada una brújula con los puntos cardinales, pero sin agujas.

«Cuando comiences tu búsqueda, busca en ella el camino».

Keith cerró la mano y se la llevó al pecho, aquello no era lo que había venido a buscar.

«No ofrezco lo que vuestro corazón desea, si no lo que vuestra alma grita por alcanzar. Es tu destino, Navegante, siempre que necesites mi guía la brújula te la indicará».

El viento que lo rodeaba a él y a sus compañeros se convirtió una vez más en luz, los rodeó y envió a tomar posesión de cada una de las promesas que habían hecho al traspasar la *última frontera*.

CAPÍTULO 26

Lyon miró con desesperación la pared de piedra que había empezado a cerrarse tras su partida, podía sentir el amanecer haciéndole cosquillas en la nuca, una sensación que acrecentaba su nerviosismo. Desde que ahora tenía que hacer frente a su trabajo como Guardián Universal y también como Guardián del Velo, su poder crecía día a día y con él su dominio sobre sí mismo. Su mirada recorrió el silencioso lugar observando a cada uno de sus compañeros, su esposa permanecía sentada en el mismo lugar de horas atrás, Keily se había sentado a su lado para hacerle compañía mientras Jaek no dejaba de ir y venir de un lado a otro. Que él supiese, aparte de Dryah, ellas eran las únicas dos mujeres que habían pisado tal lugar sin formar parte de la Hermandad propiamente dicha. Aquello trajo a su mente una vez más la situación en la que estaban inmersos, el vacío dejado por John los tenía inquietos, ninguno se atrevía a decir nada pero era algo que se palpaba en el aire, cada uno de ellos rogaba a sus propios dioses porque los chicos consiguieran aquello que habían ido a buscar.

—El amanecer está cada vez más cerca —comentó Ariadna atrayendo su atención. En sus ojos podía verle la preocupación.

Él sacudió la cabeza y caminó hacia ella.

—Volverán a tiempo y les traerán consigo —aseguró al tiempo que le acariciaba el rostro con los nudillos—, Shayler no permitirá otra cosa.

—Y sí…

Sus palabras murieron cuando un repentino temblor empezó a sacudirlo todo. De repente podían escuchar como la urdimbre del tiempo y el espacio se resquebrajaba y volvía a construirse a su alrededor, el universo estaba cambiando de nuevo y lo que quiera que estuviese ocurriendo afectaba también al templo.

—Mierda —siseó al tiempo que obligaba a Aria a levantarse y la atraía contra sí para protegerla a ella y a su hijo no nato.

Ella miró alrededor tan nerviosa como los demás.

—¿Un terremoto? ¿Qué está ocurriendo? —preguntó aferrándose a él.

Jaek atrapó a Keily antes de que cayese al suelo debido al cada vez más fuerte movimiento del suelo, empezaba a complicárseles mantenerse en pie.

—Está cambiando —comentó ella agarrándose de su marido—. Jaek, algo está cambiando…

El Guardián hizo una mueca, él mismo podía sentir el cambio que se producía a su alrededor en su interior.

—El universo se está retorciendo —dijo con seguridad—, no comprendo lo que ocurre, pero está cambiando.

—El Equilibrio se ha roto por completo —comentó Lyon, entonces negó con la cabeza—. No, en realidad ha desaparecido… no lo siento, ¿qué coño está pasando?

Antes de que cualquiera de ellos pudiese decir algo más, una tenue luz empezó a filtrarse desde el centro del templo, el temblor se incrementó acompañado ahora por un zumbido realmente insoportable que alcanzó sus cuotas más altas antes de apagarse por completo en el mismo momento en que la luz explosionó. Dónde antes solo había escombros y el viejo mosaico blanco y negro en el suelo, ahora comparecían dos parejas y una tercera persona.

Lyon agradeció a sus dioses en el mismo momento en que los vio, habían regresado y traían a John y la chica con ellos.

—¡Por fin! —exclamó, sin embargo no tuvo tiempo de decir nada más.

Ninguno de ellos tuvo tiempo a registrar nada más, en un abrir y cerrar de ojos cada uno de los Guardianes Universales con sus respectivas parejas se encontraron formando un círculo alrededor de su Juez, el Libre Albedrío y los dos avatares de la Fuente Universal.

—¿Qué diablos…? —empezó a farfullar al verse ataviado también con una nueva variante del traje ceremonial que poseían los Guardianes. Ariadna permanecía a su lado y vestía una versión femenina de su propio atuendo, al igual que ocurría con cada una de las parejas de sus compañeros—. Estupendo, ¿alguien es tan amable de decirnos que coño está pasando aquí?

Jaek miró a unos y otros y finalmente se detuvo sobre Keith.

—¿Qué diablos habéis hecho ahora?

El hombre se limitó a encoger de hombros y señalar con un gesto de la barbilla al centro del círculo que formaban. Frunciendo el ceño miró a su alrededor para detenerse finalmente en él.

—¿Soy yo o el universo está mutando?

No tenía la más mínima idea de lo que estaba pasando, esa era la verdad.

—¿Qué quieres que te diga? Estos dos nunca han sido conocidos por hacer las cosas de la manera fácil —aseguró con un mohín.

Shayler pareció reaccionar por fin, como si acabase de darse cuenta en dónde estaba. El joven juez buscó a su alrededor y suspiró aliviado al constatar que tanto su compañera, como su hermano y el resto de los Guardianes y consortes estaban allí.

—Las cosas van a cambiar un poquito por aquí, chicos —comentó Dryah quien lo miraba directamente—. Pero no os preocupéis, os gustarán los cambios.

Antes de que cualquiera de ellos pudiese decir algo en respuesta, los avatares de la Fuente tomaron la palabra.

—Lo antiguo se extingue y lo nuevo ocupa su lugar —declaró Garkos mirando a cada uno de ellos—. El Universo ha hablado y el destino está ahora en vuestras manos.

Zhalamira por el contrario se dirigió únicamente al Juez, sus ojos eran un fiel reflejo de los de él.

—Fuiste engendrado y traído al mundo para alcanzar este momento, el camino que puso el destino delante de ti ha llegado a su fin y ahora el porvenir está ahora en tus manos —le dijo, entonces se volvió a cada uno de los presentes—, y en las vuestras. Es hora de dar paso al nuevo orden.

Dicho esto ambos dieron un paso atrás y al instante la pareja de Consortes Universales, al igual que los Guardianes y sus compañeras lo habían hecho antes que ellos, quedaron ataviados por una mezcla perfecta de ropas en color negro y dorado. El suelo bajo sus pies vibró una vez más y ante los asombrados ojos de los presentes, el templo comenzó a reestructurarse y reconstruirse. Los mosaicos del suelo se estremecieron, dónde había tierra apareció mármol blanco el cual se extendió y entrecruzó con otro camino de mármol negro que formó una perfecta espiral la cual terminaba en el círculo en el centro de la enorme sala donde apareció el símbolo del árbol de la vida engarzado con el de las alas de ángel que abrazaba la espada rota perteneciente a los Guardianes Universales.

—¡Guardianes! —clamó John llamando a los presentes al orden y cumpliendo así con la petición hecha por la *Cuna de la Vida*—. ¿Juráis fidelidad, lealtad y acatar las órdenes de la nueva voz del Universo?

La sorpresa aumentó al tiempo que John clavaba una rodilla en el suelo y proclamaba su propio juramento.

—Mi lealtad, fidelidad y fraternidad siguen estando como siempre a tu servicio y al de tu consorte —declaró mirando a la pareja en el centro del círculo—, hasta la *última frontera*.

Cada uno de ellos siguió entonces su ejemplo, no había necesidad de hacer preguntas, años de hermandad y experiencia los llevaba a seguir la guía del más antiguo de ellos. Sin dudar repitieron sus palabras proclamando su propio juramento.

Shayler miró entonces a Keith quien se había arrodillado también ante ellos.

—Mi vida está en vuestras manos —declaró al tiempo que inclinaba la cabeza en un gesto respetuoso.

Él negó con suavidad.

—Levántate, *Navegante* —le dijo y se volvió hacia los demás—. En pie, *Guardianes*. Somos uno y el mismo, la nueva orden da comienzo aquí y ahora, somos el árbol de la vida custodiado por sus ramas, nacidos de la misma cuna, unidos por la misma sangre. *Guardianes Universales Eternos*.

Satisfechos con el desarrollo de los acontecimientos, los antiguos avatares dieron un paso atrás y les dedicaron a los nuevos poderes que regirían el universo el último de los saludos.

—Que tengáis una larga vida en armonía y equilibrio —les dijeron al unísono. Entonces Zhalamira miró a su hijo y se tomó el atrevimiento final de tomar su mano—. Ha sido un orgullo y un privilegio llevarte en mí… Que tengas un futuro brillante y feliz.

Shayler deslizó su mano lentamente, no estaba acostumbrado a su tacto y no lo extrañaba, si bien, había leído la absoluta sinceridad en él. Su mirada vagó entonces entre ambos y no pudo evitar preguntar algo que tanto él como su esposa deseaban saber.

—¿Qué…pasará ahora… con vosotros dos?

Ella dio un paso atrás y se unió a Garkos.

—La libertad, Shayler —pronunció su nombre por primera vez sin añadirle el título que le correspondía por nacimiento e investidura—. Nuestra libertad.

Sin una palabra más al respecto, inclinaron la cabeza en un respetuoso saludo y se desvanecieron.

Un leve carraspeo inundó entonces la sala, los que se giraron hacia los *Guardianes* para ver a Lyon cruzado de brazos y a John sonriendo abiertamente.

—No sé los demás, pero yo quiero un resumen de… todo esto —dijo Lyon haciendo un gesto con la mano que incluía todo a su alrededor—. Y a poder ser abreviado.

Shayler sonrió ante el tono de voz del vikingo, miró a su esposa con ternura, tomó su mano, le besó los nudillos y la dejó para acercarse a su hermano y fundirse con él en un apretado abrazo.

—Eres un inconsciente —le aseguró John abrazándolo a su vez—. ¿Cuándo dejarás de cometer estupideces?

Él se separó y le palmeó el hombro.

—¿Quizá cuando tú dejes de darme ejemplo —aseguró todo lleno de razón.

John sonrió, posó la mano sobre su hombro y se lo apretó al tiempo que lo miraba a los ojos con verdadero orgullo.

—Estoy orgulloso de ti, Shayler.

Sus labios se curvaron en esa divertida y traviesa sonrisa que sabía que le sacaba de quicio.

—Bien —aceptó hinchando el pecho—. Porque no pienso repetir algo así en lo que me

reste de vida.

—Algo que todos te agradeceremos, cachorro —le dijo Lyon al tiempo que se acercaba a John y le daba una palmada en la espalda—. Bienvenido de nuevo, *Guardián.*

John asintió satisfecho y se giró para mirar a Atryah quien permanecía a su lado mirándolo todo con su acostumbrada y aguda curiosidad, su interés parecía recaer especialmente en las dos mujeres que se habían acercado a Dryah y la consentían entre abrazos y risas. Lejos de todos ellos, manteniéndose en un cómodo segundo plano al fondo del templo recién restaurado estaba el recién aparecido elegido. Ignoraba que había deparado la Cuna para él, pero no dejaba de mirarse la mano también tatuada.

—¿John?

Él se giró al ver a su pequeña compañera pegándose de nuevo a él, su mano buscando la de él para volver a enlazarla.

—¿Sí, Atryah?

Ella alzó la mirada y le sonrió con ternura.

—Ya nadie va a volver a separarnos, ¿verdad?

Le acarició la mejilla con los dedos y finalmente la atrajo hacia él.

—No amor mío, nada ni nadie volverá a separarnos jamás —le aseguró echándole el pelo por encima del hombro para poder contemplarla a placer—, ahora estamos unidos para toda la eternidad.

Ella asintió.

—Sí, creo que esa es una cantidad de tiempo suficiente para mí.

Riendo, John la envolvió en sus brazos y bajó la boca sobre la de ella en un hambriento y posesivo beso, uno bendecido de amor.

—¡Oíd, tortolitos, dejad eso para cuando no haya menores delante! —oyeron la voz de Lyon—. Por lo pronto, John, puedes empezar por presentarnos a tu mujer… las nuestras están rompiéndonos la cabeza para conocerla.

Él la abrazó por la cintura y la miró con diversión.

—¿Quieres conocerlas o prefieres descansar un poco?

Ella se escapó de sus brazos riendo, pero no soltó su mano.

—He pasado toda una vida descansando, John —le dijo mirándole con todo el amor que sentía por él—, ahora, quiero conocer tu mundo y todas las maravillas que existen en él… tus amigos incluidos.

Él se llevó su mano a los labios y se la besó.

—De acuerdo, pero no sueltes mi mano —le susurró al oído.

Ella rio y enlazó sus dedos a los suyos.

—Nunca, mi *Antiguo Guardián*, nunca soltaré tu mano.

EPÍLOGO

—¿Es como lo imaginabas?

Dryah alzó la mirada hacia el hombre que permanecía a su lado.

—¿El qué?

Él la rodeó desde atrás con los brazos, acogiéndola en el calor de su abrazo.

—El futuro.

Ella le echó un vistazo a las parejas que allí se habían reunido, amigos, padres, hermanos, todos formaban parte de esa familia que poco a poco iba creciendo, de las generaciones que estaban por venir. Sus manos cubrieron las suyas mientras se recostaba contra su pecho.

—Nunca me he permitido pensar en el futuro, bajo mi mano siempre será incierto, lleno de giros y cambios —declaró con un suspiro. Sus ojos azul cielo se posaron sobre la pareja de nuevos padres, Nyxx acunaba a su hija de poco más de un mes en sus brazos—. Pero lo que tenga que venir, será siempre mejor de lo que ha quedado atrás y eso, hace que tenga esperanza en el destino.

Él se rio en su oído, su cálido aliento le acarició el pabellón de la oreja.

—Ellos estarán ahí para ti siempre que los necesites —ronroneó—. Solo espero que no vengan a vernos demasiado a menudo… me he vuelto un poco egoísta y te quiero solo para mí.

Dejó que su calor la envolviese, podía sentir el amor en sus palabras.

—Llegará el momento en que tengas que compartirme —murmuró cerrando los ojos—, nuestro primogénito lo exigirá.

Él se inclinó hacia delante para mirarla con gesto de sorpresa.

—¿Estás segura?

Su mirada voló de nuevo hacia Nyxx y su adorable esposa, Lluvia. La mujer sonreía abiertamente mientras miraba a la pequeña dormida en los brazos de su padre.

—Es nuestro futuro —aceptó apretándose contra él—. Pero no tengas prisa, mi Juez, todavía hay cosas que tienes que enseñarme…

Sus brazos se ciñeron a su alrededor al tiempo que posaba la barbilla sobre su cabeza.

—Ya te lo dije, bonita, tú eres la que decide —sus manos subieron hacia su plano vientre —, cuando llegue el momento, estaré más que dispuesto y feliz de compartirte con él… o ella.

Asintió y continuó observando a cada uno de los presentes. Una semana atrás había tenido una nueva visión, la primera desde que todo cambió y en ella se le mostró un posible futuro, un nuevo sendero a emprender por cada una de las personas que hoy estaban allí reunidas; la azotea del Complejo Universal nunca había estado tan llena como en aquel momento.

Sierra sonreía mientras se escondía detrás de Ariadna, la muchacha se burlaba mientras Lyon la fulminaba con la mirada. Sharien contemplaba a la familia con gesto sereno, pero sus ojos no dejaban de observar a la joven mujer que pronto cumpliría la mayoría de edad. Sus labios se curvaron involuntariamente. Shayler debió notar el cambio en sus emociones pues le acarició la oreja con la nariz al inclinarse para verle el rostro.

—No me gusta el rumbo de tus pensamientos —dijo, sus ojos cayeron sobre la pareja y no pudo evitar fruncir el ceño—. Ella no está preparada, es demasiado… joven… vulnerable… apenas si va a cumplir los dieciocho.

La risa escapó de entre sus labios atrayendo momentáneamente la atención de los más

cercanos a ellos.

—Abajo, Juez —se burló de él—. Hay cosas que simplemente tienen que seguir el designio que les ha sido impuesto, un camino largo por recorrer… no les harás ningún favor a ninguno metiendo las narices en algo que no te incumbe.

Él gruñó.

—Sí, bueno, sigo siendo su tutor legal hasta el día de su cumpleaños, eso me da tiempo más que suficiente para hablar con el seguidor de Ashtart y dejarle un par de cosas claras —repuso con suficiencia.

Sacudió la cabeza y cambió de dirección para encontrarse con la mirada de la más reciente de las parejas. Atryah sonreía abiertamente mientras John le susurraba alguna cosa al oído, ambos no dejaban de mirarles.

—Me alegra ver a mi hermano completo al fin —murmuró Shayler atrayendo su atención sobre él—. Es como si Atryah le hubiese devuelto la vida… o el alma.

Asintió.

—Ella es su alma, como él la es de ella —declaró correspondiendo a la sonrisa de la chica —. No existe el uno sin el otro… Yo no podría existir sin ti.

Él suspiró y la cogió de la barbilla, levantándosela para encontrarse con sus ojos.

—Ni yo sin ti, bonita —le rozó la mejilla con el pulgar—, el universo sería un lugar yermo y vacío sin tu presencia en él, como lo sería mi eternidad. Tengo suerte de haberte encontrado.

Su beso la llenó de amor.

—Yo soy la afortunada de que lo hayas hecho —le sonrió, entonces indicó con un gesto de la barbilla a la pareja que caminaba hacia ellos.

Atryah no vaciló, sus brazos se envolvieron a su alrededor como solía hacer cada vez que estaban cerca. Quien las viese juntas, no dudarían en pensar que eran hermanas y ella sentía a aquella mujer como tal; su inocencia y candidez le recordó a sí misma y a los duros comienzos a los que tuvo que enfrentarse.

—¿Planeando ya el asesinato de alguien en particular? —comentó John mirando a su hermano con ironía—. Si necesitas esconder el cuerpo…

Shayler puso los ojos en blanco.

—Si me dejas un número en el que poder localizarte, quizá te llame para que me ayudes a ocultar las pruebas —le aseguró. Aquel era un mudo recordatorio de la reciente desaparición de la pareja—. Atryah puede distraer a los que hagan demasiadas preguntas.

La aludida rio al tiempo que se giraba hacia su compañero y tomaba su mano.

—No le des ideas, Shay, no se las des —pidió John sin perder el buen humor. Su mirada cayó sobre su compañera con absoluta ternura—. Ya tiene ella suficientes para mantenerme entretenido el resto de mi vida.

La tranquilidad, el compañerismo y la felicidad que se respiraba entre ellos hacía que todo el esfuerzo, todo el sufrimiento vivido hubiese merecido la pena. Los dos hermanos sonreían y bromeaban entre ellos mientras Atryah intentaba seguir el hilo de la conversación. Su sed de conocimiento era apabullante, era como una esponja sedienta de todo, pero sobre todo afecto y la comprendía, la comprendía mejor que nadie.

Con un profundo suspiro dejó vagar de nuevo la mirada por la azotea. Dónde posase los ojos recibía una sonrisa, un guiño y el agradecimiento de aquellos que habían sacrificado incluso sus propias vidas para llegar hasta aquel momento. El camino de cada uno de los Guardianes no había sido fácil, ni siquiera para los *Cazadores de Almas,* o el mismísimo Dios, que prefirió declinar su oferta de unirse a ellos. Seybin tenía problemas propios con los que pactar ahora

mismo, el principal de ellos, su nueva esposa.

Su propia recompensa estaba allí, en la forma de sus dos creadores, Eidryen charlaba animadamente con Jaek y Keily, mientras Elora sonreía y miraba a la pequeña recién nacida en brazos de su padre. Ella había estado presente en el momento en que llegó al mundo, en medio del caos que se había formado, su presencia y la de Bastet había sido decisiva para el cuidado y bienestar de Lluvia y aquella hermosa niña.

La Cuna de la Vida le había concedido su deseo, devolviéndole aquello que una vez le fue arrebatado. Había concedido una segunda oportunidad a sus seres queridos y a todos los que se vieron afectados por sus propias decisiones desde el momento de su despertar.

El sendero para recorrer había sido largo y difícil, cada prueba interpuesta en su caminar fue superada con sacrificio, dolor y perseverancia, pero gracias a ello hoy era más fuerte en alma y corazón, y el futuro que se presentaba ante sí era claro y vibrante, un futuro que no había hecho más que comenzar.

—¿Todo bien, amor?

Se giró a su marido y amante al escuchar su voz y asintió.

—Ahora sí, Shayler —aceptó echando un vistazo a su alrededor, a la felicidad y la alegría que la rodeaba—. Ahora, sí.

MI AMOR UNIVERSAL -BONUS-

Con una tormenta de nieve azotando la ciudad de *Nueva York*, **Dryah** sabe que el lugar más cálido es su propia casa, dónde puede arrellanarse en el sofá y disfrutar de la compañía del hombre que ama, pero ¿cómo llamar su atención si últimamente vive enfrascado en el trabajo?
El tiempo corre y en plena víspera de *San Valentín*, nuestra pareja de consortes descubrirá, que el mejor de los regalos que puedan hacerse el uno al otro, es su amor.

CAPÍTULO 1

Hacía un frío infernal, la ola polar que habían anunciado llevaba varios días sobre el estado convirtiendo la ciudad en algo similar a una bola de nieve de esas que veías en las tiendas de suvenires. La idea de salir no le apetecía lo más mínimo, prefería quedarse justo allí, en el sofá, acurrucada contra Shayler y tapada con la cálida manta.

Lo notó moverse a su lado, el sonido de las hojas le decían sin necesidad de palabras que estaba enfrascado en su trabajo.

—¿Cuándo tienes la vista del juicio?

No estaba muy segura de que hubiese escuchado algo más que el sonido de su voz a juzgar por la mirada de incomprensión que le dedicó.

—¿Qué?

Señaló los papeles con un gesto de la barbilla.

—El juicio —repitió—. Llevas prácticamente todo el mes batallando con ese caso. ¿Puedo tener la esperanza de recuperar a mi marido antes de que cambiemos de estación o surja algo nuevo?

Le sonrió de soslayo y se quitó las gafas de lectura para pellizcarse a continuación el puente de la nariz.

—Mañana, si el tiempo lo permite, será la última vista. Tengo que estar en el juzgado a las once de la mañana —recordó frunciendo el entrecejo—. Después de eso, seré todo para ti.

Y, para sellar tales palabras, se inclinó para besarla en los labios.

—¿Me lo prometes? —no pudo evitar rezongar. Se acercó a él, recogió los papeles y los dejó sobre la mesa auxiliar para luego acomodarse—. ¿Todo para mí?

Le acarició la nariz para luego apartarle el pelo de delante de la cara.

—¿Necesitas que te lo prometa?

Se acurrucó y apoyó la cabeza en su hombro.

—Visto el poco tiempo que tienes últimamente para hacer algo que no sea comer o echar un polvo rápido…

—¿Un polvo rápido? —la miró divertido—. ¿Se está quejando usted de alguna cosa en concreto, señora mía?

Se revolvió contra él arrimándose todavía más, se lamió los labios y alzó la mirada hasta encontrarse con sus inquisitivos ojos.

—Ninguna queja en ese campo, Juez —sonrió traviesa—, adoro tu creatividad, entre muchas otras cosas.

Le sonrió con profunda satisfacción masculina.

—Pero sí echo de menos el pasar un poco más de tiempo juntos —añadió poniéndole ojitos—. Salir a comer o a cenar, ver una peli o ir al parque con Horus.

Chasqueó la lengua y se inclinó acercándola más a él, permitiéndole envolverse en el delicioso aroma de su colonia.

—Así que… te tengo abandonada —ronroneó mientras le acariciaba el cuello con la nariz —. Pero que malísimo marido soy.

Se retorció con una risita y lo empujó suavemente.

—No seas tonto —empezó a jugar con los botones de su camisa—. Claro que no me tienes abandonada, es solo que hay momentos en los que me gustaría volver a casa y pasar tiempo contigo. Ahora que paso las mañanas en la tienda, no es como antes, no se me cae la casa encima.

Después de unas cuantas discusiones y un par de chantajes puramente femeninos, había conseguido que le permitiese buscar algo en lo que invertir su tiempo y la alejase del tedio de estar sola todo el día. Amoldarse a este mundo, a esta nueva vida no había sido fácil y necesitaba sentirse útil, ver que podía ser algo más que el avatar del *Libre Albedrío*. Irónicamente había terminado echando una mano a Ellora, quién había decidido montar una pequeña tienda para vender cristales y ofrecer orientación a las personas que venían en busca de ayuda o consejo. Encontró que se le daba bien sintonizar con la gente, emparejar cada una con una piedra y ofrecer consuelo a quienes habían perdido algo en la vida o se perdían en una malsana soledad.

—¿Todo bien con Ellora?

—Sí —asintió sin dudar—, la verdad es que sí.

Quizá fuese porque no pasaban todo el día juntas o porque su carácter era mucho más tranquilo ahora que estaba fuera de esa prisión, pero no se sentía presionada o incómoda en su presencia. Solía cubrir el turno de la mañana ya que la diosa de la esperanza no era precisamente una persona madrugadora y, cuando por fin llegaba, traía consigo un contagioso halo de paz y tranquilidad que envolvía a todo el que estaba a su alrededor.

—Sonará extraño, pero, me transmite… paz —comentó alzando la mirada para encontrarse con la suya—, que es lo opuesto a lo que me transmite últimamente Bastet.

Dejó escapar un resoplido mitad risa.

—Bonita, mi madre acelera hasta a las estatuas —aseguró jocoso—. Está en su carácter, es una fiera con sus cachorros, pero poco racional.

Enarcó una ceja ante abierta afirmación.

—No lo digas muy alto…

Shayler rompió a reír con buen humor.

—Si me escucha, sabrá que se lo digo con todo mi amor.

—Zalamero —chaqueó la lengua y volvió a tumbarse sobre él, acomodándose para disfrutar de esa interrupción obligada—, no te lo crees ni tú.

Se limitaron a permanecer un rato así, juntos, jugando con las manos, deleitándose en la mutua compañía hasta que rompió el silencio tras besarla en la sien.

—¿Vas a decirme qué ocurre realmente, Dryah? —le preguntó sin dudar—. Llevas días extraña, puedo sentirlo a pesar de que intentes ocultármelo. Incluso ahora noto tu nerviosismo por debajo de esa fachada que intentas imponerme.

Era imposible ocultarle nada a ese hombre, podía no acosarla a preguntas, pero cuando encontraba el momento adecuado no tenía problema en hacerle saber que le pasaba por la cabeza.

—Creo que es por este tiempo —suspiró y señaló en dirección a la ventana—. Echo de menos poder salir, pero con toda esa nieve y los avisos de emergencias que dan en la radio y en la televisión alertando del mal estado de las carreteras y que es mejor quedarse en casa pues… —se encogió de hombros—. Además, aquí hace calorcito y, si estás en casa no es tan aburrido. Puedo tirarme en el sofá y usarte de almohada o colchón, como ahora.

—Siempre supe que te había conquistado mi utilidad como posible colchón —se burló.

Puso los ojos en blanco y se revolvió, acomodándose contra su costado.

—Y como manta, no te olvides de esa parte.

Se rio por lo bajo y le besó la cabeza.

—Este tiempo nos tiene a todos un poco hartos —aceptó rodeándola con el brazo y apretándola contra él—. Adoro esta ciudad, pero tanta nieve…

—Sí, pero con nieve y todo mañana irás al juzgado —rezongó sin más—. No permitirás un solo retraso…

No pudo evitar hacer un mohín al escuchar sus propias palabras. Ella no era así, jamás le echaba nada en cara ni se quejaba por algo que sabía no era su elección. Era abogado, más allá de su deber para con los guardianes, tenía un trabajo con el que disfrutaba y en el que era endiabladamente bueno.

Sacudió la cabeza y le abrazó.

—Lo siento. No sé qué me pasa estos días —se disculpó—. Debo estar incubando algo, la gripe o vete tú a saber.

Le puso la mano en la frente para tomarle la temperatura y negó.

—No tienes fiebre —comentó bajando la mano—. ¿Quieres que hable con Jaek?

Negó con la cabeza y enterró el rostro en su pecho.

—No, déjalo, no creo que sea nada importante —acotó con un involuntario bostezo. Ese agorero tiempo la mantenía en un estado de amodorramiento absoluto—. Además, ya tiene bastante con Keily.

Su amiga estaba embarazada, el primer trimestre lo había pasado entre vómitos y mareos y solo ahora empezaba a sentirse bien.

—Estás cansada —le acarició la cabeza y la besó en la sien—. ¿Nos vamos a la cama?

Negó una vez más y se desperezó.

—No podría dormir, no estoy cansada.

Su respuesta fue inclinarse sobre ella, acomodando el muslo entre sus piernas y acariciarle la oreja con los labios.

—No estaba pensando en dejarte dormir —le aseguró deslizando la mirada sobre su cuerpo—, especialmente después de que te hayas quejado de que pasamos poco tiempo entre las sábanas.

Jadeó al sentir una de sus manos apretándole un seno mientras bajaba sobre su cuerpo y le mordisqueaba el cuello.

—Eso no fue lo que dije…

—No, dijiste que últimamente solo echábamos polvos rápidos —ronroneó contra su piel —, así que, veamos si podemos alargarlo… digamos, desde el salón al dormitorio.

No le permitió responder, descendió sobre su boca y la besó como solo él sabía hacerlo, borrando de un plomazo todos los peregrinos pensamientos y cualquier respuesta coherente que pudiese haberle dado.

CAPÍTULO 2

Dryah se revolvió bajo las sábanas, algo la había hecho emerger del sueño, pero ahora que estaba despierta era incapaz de encontrar el motivo. Se estiró bajo las sábanas buscándole, deslizó el brazo sobre la cálida ropa de cama, pero su sitio estaba vacío.

—¿Shay? —murmuró con voz somnolienta, esperando escuchar una respuesta desde algún lugar del dormitorio, pero no la obtuvo.

Se incorporó lentamente, la oscuridad que envolvía la habitación dio paso a una suave claridad al encender una de las lámparas de la mesilla de noche. Estaba sola, la puerta del baño estaba medio abierta y no había signos de que hubiese alguien más.

Dejó escapar un suspiro, hizo las sábanas a un lado y abandonó la cama. Tenía que haber sospechado que él se marcharía tan pronto la tuviese dormida para seguir con la tarea que había dejado a medias.

Se pasó una mano por el pelo y miró a su alrededor, seguía con esa extraña sensación en la boca del estómago, pero el libre albedrío permanecía tranquilo en su interior, tan plácido como si estuviese disfrutando de una desacostumbrada siesta.

¿Una pesadilla? ¿Un mal sueño? ¿Qué la había despertado? Quizá la ausencia de su propio compañero tenía problemas para conciliar el sueño cuando no estaba cerca.

Lo buscó a través de su vínculo y lo sintió en el despacho un par de plantas por debajo de dónde se encontraba. Tal y como había supuesto, estaría ultimando los detalles del juicio que tenía mañana, no querría dejar nada al azar.

El último mes había estado especialmente ocupado con ese caso, dormía poco, trabajaba demasiado y esa carga de estrés le estaba pasando factura. Necesitaba tomarse un descanso, coger unos días y evadirse por completo, algo que había pospuesto cada vez que se lo había sugerido con la repetitiva promesa de hacerlo cuando terminase su tarea.

Bien, pues ahora que le había arrancado esa promesa de pasar el fin de semana los dos solos, no le quedaría otra opción que cumplirla; no le permitiría hacer otra cosa.

Dejó escapar un profundo suspiro, hizo a un lado la cortina que cubría una de las ventanas y contempló la todavía dormida ciudad. Eran poco más de las seis de la mañana, demasiado temprano para despertarse con el día tan frío que hacía más allá del cristal.

Se estremeció involuntariamente, el libre albedrío se desperezó en su interior, pero no llegó a despertarse, era como si sencillamente hubiese algo que la molestaba y lo que fuese le resultaba esquivo.

—¿Hay algo que deba saber? —musitó lanzando la pregunta al universo—. Si es así, agradecería que fuese un poquito más concreto.

Sus visiones eran cada vez más esquivas, su papel como Oráculo parecía haber sufrido un inesperado mutismo durante este último año y, solo recientemente, esa extraña sensación con la que se había despertado empezaba a tomar el relevo.

Deslizó los dedos sobre el cristal, la condensación le permitía hacer dibujos en la ventana mientras el frío que transmitía el vidrio la despertaban del todo.

—¿Qué queréis…?

Las palabras murieron en su garganta cuando su mundo empezó a cambiar, el libre albedrío despertó en su interior, desperezándose con languidez para guiarla a través de la luz y la oscuridad que desencadenaban sus visiones. Pero en esta ocasión no era el futuro el que le quería

ser mostrado, la emociones que la asaltaron la arrastraron hacia atrás, hacia un momento clave en el tiempo, aquel en el que todo había dado comienzo.

Ira, dolor, desesperación… una amalgama de emociones reinaba en aquel solitario hall. Rabia, angustia, incredulidad… el poder vibraba en el aire motivado por la irreflexión y el hastío propio de la eternidad y la mano ejecutora de aquellos que poseían el poder para cambiar las cosas. Voces, voces lejanas llegaron a sus oídos al mismo tiempo que la oscuridad dejaba paso a la luz, las sombras cobraron forma y las figuras de dos de las personas más importantes de su vida, aparecieron ante sus ojos, tan cerca cómo para poder tocarlos y tan lejos cómo podía serlo un recuerdo.

—¿Qué has hecho? —De rodillas, jadeante y con la voz preñada de dolor, Eidryen miraba atónito a la diosa que permanecía de pie ante él—. ¡Maldita sea, Ellora! ¿Qué has hecho?

La mujer se miraba las manos con visible terror en sus ojos, uno que se reflejaba en el temblor que recorría su cuerpo y en la angustia que atenazaba su alma.

Sintió sus emociones como si fuesen suyas, le llegaban con tal claridad e intensidad que no pudo evitar pensar en su marido y el poder que él que le era intrínseco, aquel era también una maldición.

—¿Qué has hecho? —Un grito resonó en sus oídos con fuerza atronadora, un sonido que la estremeció hasta el alma por el dolor que encerraban sus palabras.

Terror, infinito miedo y dolor, culpabilidad y un inesperado y naciente amor recorría al hombre que seguía de rodillas ante su propia imagen; estaba asistiendo a su propio nacimiento.

—No, no, no, no… —la escuchó musitar ahora a ella. Su voz preñada de dolor y arrepentimiento. La delicada figura cayó también de rodillas, se cubrió la boca con las manos y contempló la menuda figura tendida entre ellos en el suelo.

Su pelo era incluso más largo de lo que lo llevaba ahora, la piel que dejaba a la vista una oscura túnica mucho más clara, no podía ver su rostro, pero sabía que sus ojos permanecían cerrados, el hálito de vida todavía suspendido en su pecho—. Maldito seas, Eidryen. ¡Esto es culpa tuya!

Simples palabras, una reacción ante lo que sus celos y la desesperación la habían llevado a convocar, un estigma que sabía llevaría ahora en su alma para toda la eternidad.

—Es todo culpa tuya —insistió hundiendo las manos en el suelo, incapaz de tocar a su reciente creación—. ¿Por qué tuviste que negarte? ¿Por qué no lo has evitado? ¡Tú y tu maldito orgullo!

Los ojos claros de su padre, el único al que reconocía como tal, se alzaron hacia la mujer que tenía delante. Con largo pelo rubio y unos profundos ojos verdosos, su rostro era el vivo retrato de la desesperación.

—¿Mi maldito orgullo? —escuchó su voz más dura y oscura de lo que jamás la oyó—. ¿Fue mi orgullo lo que te ha llevado a cometer este crimen? ¿Fue mi orgullo lo que te llevó a reclamar mi alma y robármela? ¡Has cometido un crimen contra todo aquello que somos, Ellora! ¡Nos acabas de sentenciar a los dos!

Las lágrimas brotaron de los ojos femeninos y descendieron por las perfectas mejillas, pequeñas perlas que cayeron sobre el inerte cuerpo que yacía entre ellos.

—Yo no quería… no quería esto… esto no…

La emoción que había en sus palabras penetró también en él, su rostro abandonó todo rastro de rabia y adoptó la simple y llana pena. Una inesperada culpa la acarició procedente de él,

dolor por lo que el destino había traído consigo y pena por lo que esa delicada figura femenina que acababa de nacer y a quién todavía no conocía, debería padecer.

Dryah hizo suyas las emociones del hombre y, por primera vez, fue consciente de todo lo que significó su llegada al mundo para Eidryen. En ese preciso momento él vio su destino, el de los tres seres que se reunían en esa sala, el padecimiento que les esperaba y el amor que nacería por ella y lo llevaría a interferir hasta encauzar su propio camino y el nacimiento del *Libre Albedrío*.

—Ya es demasiado tarde para lamentarse —murmuró él con la mirada ahora puesta sobre el inerte cuerpo que permanecía entre ellos—, el destino se ha puesto en movimiento… y ella, forma parte de él.

—No, no… la devolveré a su forma original, yo… yo…

Retuvo su mano cuando intentó tocarla, sus ojos se encontraron y negó con la cabeza.

—Tú la has traído a este mundo —declaró con firme frialdad—, ahora, concédele la vida o morirá para siempre y con ella lo hará el universo.

Sacudió la cabeza, su pelo rubio volando al compás de sus movimientos.

—¿Por qué me has permitido hacerlo? —lo acusó una vez más, incapaz de aceptar su propia culpa—. ¡Tenías que haberlo visto! ¿Por qué no lo evitaste?

Su miraba bajó entonces sobre la criatura que aguardaba su sentencia sin ser consciente de nada.

—No lo vi, Eli —murmuró pronunciando un diminutivo que nunca antes le había escuchado, un tono de voz que contenía un amor que jamás le dejó vislumbrar, ni siquiera ahora que volvían a estar en este mundo—, no vi este momento, solo lo que ocurrirá a partir de ahora.

Volvió a mirarla a los ojos, había una muda súplica en sus ojos.

—Concédele la vida a mi alma —pidió bajando de nuevo la mirada hacia su inerte cuerpo —, y deja que la esperanza guíe sus pasos.

Una nueva lágrima discurrió por su mejilla antes de que posase ambas manos sobre la delicada figura femenina y, en un abrir y cerrar de ojos, su pecho se expandiese, un profundo jadeo escapase de los vírgenes labios y la mirada azul cielo se abriese por primera vez a la vida.

—Shh, tranquila —escuchó el murmullo masculino, sus amables ojos fijos en los de ella —. Todo está bien, mi alma, ahora, todo está bien.

No necesitó seguir contemplando la escena para recordar exactamente como seguía, esas palabras estaban grabadas a fuego en su interior al igual que su rostro. El suyo había sido la primera cosa que había visto, su tacto, el primero que había notado, su paz le había concedido paz y su paciencia trajo consigo la larga enseñanza que le impartiría a partir de ese día.

—Lo siento —escuchó entonces la voz de Ellora, el dolor y la culpabilidad brillaba en sus ojos, pero también lo hacía la esperanza—. Por mi causa has llegado a este mundo, solo espero que mi esperanza sea suficiente para sostenerte a lo largo del sendero que tendrás que transitar.

—Tendrá que serlo —murmuró Eidryen recogiéndola del suelo y levantando en sus brazos esa parte de él que le había sido arrebatada—. Y lo será, Dreamara —le concedió un nombre, dotándola de identidad—, el destino y la esperanza te servirán de cuna y entretejerán tu camino para que un día puedas caminar por ti misma.

La visión empezó a desvanecerse al mismo tiempo que la ternura que había sentido procedente de ellos pasaba ahora a su interior. Durante un eterno instante se sintió rodeada por el amor que esas dos deidades sentían por ella, uno que había nacido de un acto irreflexivo, de un momento de oscuridad y que trajo consigo la más brillante de las luces; el *Libre Albedrío*.

Abrió los ojos y se encontró contemplando de nuevo la ventana de su dormitorio. El

amanecer había empezado a despertar la ciudad, los primeros rayos de sol emergían tras los edificios manchados de nieve dándole la bienvenida como lo habían hecho por primera vez años atrás.

Esa extraña sensación volvió a ella, con renovadas fuerzas, trayendo consigo un entendimiento que hasta ahora le había sido esquivo, uno que iba a cambiar su vida una vez más.

Sonrió, deslizó los dedos sobre el húmedo cristal y dejó escapar el aire lentamente, permitiendo que los recuerdos se asentasen y que la felicidad y el delicioso calor que ahora la inundaba la arropasen durante unos segundos.

—Gracias —cerró los ojos y dejó que sus palabras llegasen a aquellos que estaban destinadas mientras se rodeaba con los brazos con temor y renovada emoción—, gracias por concederme una vida por la que poder transitar.

Ahora todo cobraba sentido, por primera vez en las últimas semanas entendía a qué se debía esa extraña sensación que la había estado envolviendo.

Le dio la espalda a la ventana y se vistió con un único pensamiento mientras atravesaba el dormitorio y salía con brío por la puerta.

CAPÍTULO 3

Había cosas tan cotidianas que no podían pasarse por alto, coger el ascensor era una de ellas, le gustaba poder actuar como todo el mundo, ser lo más normal posible dentro de su asombrosa extrañeza, pero en aquellos momentos los números parecían pasar incluso con demasiada lentitud.

Cuando las puertas se abrieron y salió al pasillo dónde estaban las oficinas escuchó el murmullo de voces femeninas acompañadas de algunos acordes de piano.

—Creo que voy a volverme loca… —reconoció la voz de Ariadna, la esposa de Lyon.

—¿No lo estás ya? —replicó Keily. Su amiga parecía realmente divertida.

—¿Qué se le regala a un hombre que prácticamente lo tiene todo? —insistió la primera con un resoplido.

Escuchó un resoplido.

—Algo que no se pueda comprar con dinero —declaró con sencillez—. Quizá algo hecho con tus propias manos…

—¿Cómo por ejemplo?

—Sexo, sexo salvaje —declaró coreando sus palabras con acordes del piano.

—Eso no se hace con las manos… —bufó Ariadna, entonces se atragantó—. Er… bueno… depende… er… ejem, dejémoslo así.

Ambas se echaron a reír.

—¿El sexo es un regalo? —La suave y melódica voz de Atryah se entremezcló con las risitas.

—Sin duda es un regalo del cielo y, lo mejor de todo, es que es gratis.

Las risas continuaron a medida que se acercaba a la puerta abierta de la sala principal.

—Ese regalo se lo hago a menudo —declaró Ariadna con un suspiro—. Bueno, tan a menudo como Dawn nos deja.

—¿Ya se ha acostumbrado a dormir por las noches? —escuchó interés en la voz de su mejor amiga.

—Gracias a dios y a la diosa, sí —aceptó con visible alivio—. Solo se despierta para comer, lo cual es todo un adelanto. Creo que ya vuelvo a ser una persona y no un despojo que huele a leche todo el tiempo.

Las risas volvieron a sonar, poniendo de manifiesto la camaradería que había entre ellas.

—A mí me gustaría oler a leche —comentó entonces Atryah con voz pensativa—. Yo también quiero tener una cosita tan bonita como Dawn, pero la respuesta de John ha sido: Por encima de mi cadáver, pequeña. Tuvo que explicarme que era una frase hecha. ¿Morirse otra vez? No, gracias. Duele demasiado el saber que no volvería a verlo. No quiero esa clase de dolor, lo quiero para siempre a mi lado.

No pudo evitar sonreír, esa inocencia y calidez le recordaba a sí misma al principio de su vida. Tantas cosas por aprender, tanto que experimentar y el poder hacerlo con alguien que te quisiera, que cuidase de ti y te apoyase a cada paso del camino, era un regalo en sí mismo, uno que ni todo el poder presente en el universo podía compensar.

—¿Problemas para encontrar el regalo adecuado, chicas? —preguntó entrando en la sala principal para encontrarse a Keily sentada ante el piano de su marido, a Ariadna espatarrada en el horroroso sillón de Lyon y Atryah paseando de un lado a otro.

Todas alzaron la mirada y le dedicaron varios saludos.

—¿También te han abandonado? —le preguntó su amiga.

Indicó la oficina cerrada con un gesto de la barbilla.

—Única y exclusivamente para volver al trabajo.

Sus amigas se giraron hacia la puerta cerrada, a juzgar por sus gestos ni siquiera se habían dado cuenta que el Juez estaba en su despacho trabajando.

—Entra ahí y sácalo a rastras —sugirió Keily ejecutando un horroroso acorde de piano, sin duda dedicado a irritar al inquilino de la oficina.

No pudo evitar reír y sacudir la cabeza.

—¿Y tú? —se interesó ahora Ariadna—. ¿Ya le has comprado un regalo de San Valentín al Juez?

Parpadeó un poco sorprendida.

—¿San Valentín?

Keily se golpeó la frente con el talón de la mano al mismo tiempo que Ariadna resoplaba.

—No me digas que te has olvidado que mañana es San Valentín.

Mierda. A decir verdad, lo había olvidado por completo.

Sintió como las mejillas se le encendían ligeramente. Había estado tan ocupada preocupándose por la ausencia de sus visiones y la extraña sensación que la mantenía como en el limbo, que no había mirado siquiera el calendario.

—¿Uy? —murmuró con una mueca.

—Cariño, el que se ha pasado los últimos quince días encerrado en una oficina es tu marido, no tú —chasqueó Ariadna negando con la cabeza.

—Ah… —No tenía como argumentar contra eso.

—Está bien, nos vamos de compras —resolvió Keily revolviéndose en la banqueta para quedar ahora de frente a ellas—. Operación San Valentín. Atryah, ¿te vienes también?

Los ojos azul claro de la muchacha se iluminaron al momento.

—¿De compras? ¡Por supuesto! —asintió encantada—. Es mi segunda afición favorita en la vida.

—¿Cuál es la primera? —preguntó Ariadna mirándola por encima del asiento.

—El sexo —declaró con una amplia sonrisa.

Todas se rieron, sin duda era una de esas aficiones que secretamente compartían las cuatro.

—Sin duda secundo esa afición —aseguró Keily levantándose de la banqueta y llevándose la mano al ligeramente abultado vientre—, especialmente ahora. Dios, tengo las hormonas revolucionadas y un apetito que… *puff*.

Ariadna puso los ojos en blanco.

—Aprovecha ahora, cariño, créeme, será el mejor sexo que tendrás nunca —le guiñó el ojo.

Sacudió la cabeza y pasó entre ellas para dirigirse a la oficina.

—Salid sin mí, tengo un Juez al que sobornar.

Ariadna resopló al mismo tiempo.

—Um… yo tendré que dejarlo para más tarde, tengo que hablar con Sharien antes de que alguien pida su cabeza en una bandeja —comentó con un mohín—, o sus pelotas.

—¿Sierra? —sugirió Keily.

Para ninguno era un secreto que entre esos parecía estar surgiendo alguna cosa.

—Ajá —asintió—. A ver cómo le explicas a papaíto Lyon que la chica ya tiene dieciocho

y puede hacer con su vida lo que le dé la santa real gana.

Ladeó la cabeza pensando en la muchacha y todos los problemas a los que había tenido que enfrentarse a lo largo de su vida.

—¿Ya han saltado chispas? —se interesó.

Ariadna puso los ojos en blanco.

—Cohetes, diría yo.

Se lamió los labios.

—Sharien es bueno para Sierra… —aseguró. Esos dos estaban destinados a transitar por el mismo camino.

—Eso díselo a Lyonel —resopló Ariadna.

—Lo intenté, pero no quiere escucharme —murmuró con gesto culpable—. Ella también es buena para Sharien, solo ellos pueden sanarse el uno al otro.

—Eso será si no se matan antes —resopló su amiga—, pero bueno, yo ya pasé por eso así que…

—Todas lo hicimos —convino Keily.

—Estos hombres están hechos de un material especial.

—Y bendito sea ese material —ronroneó Ariadna—. Bueno, creo que subiré a comprobar que doña dormilona sigue en su séptimo sueño o ya se ha despertado para comer —declaró dejando su asiento para empezar a caminar hacia la puerta—, si dejamos lo de ir de tiendas para después de comer, yo me apunto.

—Hecho —resolvió Keily.

—Entonces yo aprovecharé para ir a casa —añadió Atryah—, he encontrado una receta que quiero probar.

—Cariño… ya sabes que tú y la cocina… —le recordó Keily, remontándose al momento en que la conoció. John la había llevado al consultorio de Jaek para que le curase las manos abrasadas.

Ella se sonrojó.

—Ahora sé para qué sirven los guantes, Keily. Pero gracias —sonrió ampliamente, entonces se giró hacia ella y, como era usual, la abrazó—. Tu regalo será el mejor de todos, hermanita. Será uno que traerá felicidad a todos.

Parpadeó sin saber que decir, su mirada se encontró con la de la joven y tras dedicarle un guiño, se desvaneció en el aire.

—¿Estás bien, cariño? —se acercó ahora Keily—. Te has puesto pálida como una hoja.

—Sí, estoy bien —aseguró al instante, se volvió hacia ella y, por primera vez y por voluntad propia, posó la mano sobre la incipiente tripita de Keily—. Por primera vez en mucho tiempo, creo que voy en la dirección correcta.

Su amiga la atrajo a sus brazos y la apretó cariñosamente.

—Ve a sacar a Shay de ahí.

Se separó de ella y se miraron a los ojos.

—Y ve pensando en qué le regalarás por San Valentín.

Sonrió con gesto avergonzado y asintió. Le dio un último abrazo y pasó a llamar a la puerta.

CAPÍTULO 4

Sentado detrás del escritorio, con las gafas puestas y la mirada concentrada en la tarea que estaba realizando, Shayler tecleaba a toda velocidad en el portátil mientras echaba fugaces vistazos a los papeles que tenía a un lado.

—Buenos días, bonita —la saludó sin levantar la mirada del teclado, habiendo notado su presencia—. Lo siento. Sé lo que vas a decirme. No te preocupes, tal y como te prometí, tan pronto salga del juzgado, nos vamos a pasar el fin de semana los dos solos a algún sitio.

No respondió, no dijo nada, se limitó a mirarlo, a deleitarse con la visión del hombre que había llegado a su vida en su momento más bajo, para darle sentido y colarse en su corazón para toda la eternidad.

¿Podía amarse más a una persona de lo que ella le amaba a él? ¿Cambiaría ese amor si aparecía alguien más? ¿Sería lo suficiente grande para darles cabida a ambos en su corazón y en su alma?

Una suave y dulce calidez la envolvió, el libre albedrío se unió a esta escudándola al mismo tiempo, como si desease mantenerla protegida. Sí, por supuesto que podría, les amaría incluso más cada día, de eso no tenía dudas.

Él alzó entonces la mirada, sus ojos azules se encontraron con los suyos, se quitó las gafas, las dejó a un lado y la miró.

—¿Va todo bien, bonita? —le preguntó dejando claro que había sentido el tumulto de sus emociones.

Asintió y sonrió abiertamente mientras cerraba la puerta tras de sí y caminaba hacia él.

—¿Dryah? —la preocupación empezó a filtrarse en su voz. Dejó su asiento y se levantó dispuesto a llegar a ella.

No necesitaba leer sus emociones para saber que estaba preocupado, había enmudecido a propósito el vínculo entre los dos y él lo había notado al momento.

—Todo va bien, Shayler, tranquilo —le aseguró nada más lo sintió, envolviéndola no solo con sus brazos, sino con su poder—. Solo venía a ver si ya habías terminado y podía robarte un par de minutos.

Él no parecía muy convencido, la sospecha seguía presente en sus ojos.

—No alces los muros —declaró sin dejarse engatusar por la dulzura en sus palabras—. ¿Qué ocurre?

Puso los ojos en blanco y dio un paso atrás, escabulléndose de sus brazos.

—No te pongas paranoico…

Su nerviosismo creció exponencialmente, no le gustaba que hiciese eso, que lo dejase fuera, la última vez que lo había hecho fue para ocultarle el dolor que había sufrido al traspasar las fronteras, uno que casi la había destrozado.

—Dryah, me estás dejando fuera —expuso lo obvio. Sintió su propio poder envolviéndose a su alrededor, empujando suavemente—. Baja las barreras…

—Shayler, respira —se acercó de nuevo a él, posó las manos sobre su pecho y lo empujó haciendo que retrocediese voluntariamente hasta quedarse apoyado contra la mesa—, no pasa nada. Lo estoy haciendo a propósito, hay algo que tengo que mostrarte y quiero hacerlo yo.

Enarcó una ceja ante su respuesta, pero bajó la presión que había estado ejerciendo sobre ella, su poder se limitó a lamerla, jugando con el libre albedrío que se negaba a ceder también.

—¿De qué se trata?

La sospecha seguía presente en sus ojos.

—Mañana es San Valentín…

Ante esas palabras, él se relajó del todo, suponiendo que su cautela tenía que ver con ello.

—Cielo, un día de estos vas a matarme de un susto —aseguró relajándose visiblemente—. Ya te lo he dicho, nos iremos el fin de semana los dos solos y…

Se lamió los labios y negó con la cabeza.

—No, no podremos hacerlo.

Su negativa lo sorprendió realmente.

—Cielo, sé que te he tenido abandonada estas últimas semanas, pero…

Volvió a negar, se lamió los labios y lo miró a los ojos con suma tranquilidad que contrastaba con la inestabilidad a la que lo estaba sometiendo.

—No lo has entendido —insistió dejando claro su punto.

Ladeó la cabeza.

—Pues explícamelo.

Puso los ojos en blanco ante su obvia impaciencia.

—Es lo que estoy intentando, solo… permanece callado un momento —pidió poniéndose en jarras—, quiero darte tu regalo.

Él sonrió con ternura al ver la forma en que había reaccionado.

—Cariño, se supone que los regalos se dan el mismo día de San Valentín —aseguró con dulzura—, y eso es mañana.

Dio un nuevo paso hacia él, acercándose lo suficiente, pero sin permitirle de momento tocarla.

—Yo quiero dártelo hoy —declaró, se lamió los labios y lo miró a los ojos—, porque quiero que sea un regalo solo para los dos, al menos, durante un ratito.

Aquello lo descolocó por completo.

—De acuerdo, bonita, me tienes en ascuas —aseguró visiblemente desconcertado—. ¿Cuál es el regalo que tienes para mí?

Respiró profundamente y permitió que el vínculo que los unía volviese a fluir en ambas direcciones al tiempo que le cogía la mano y se la llevaba al estómago.

—Este —murmuró con suavidad mordiéndose el labio inferior—. El momento que has estado esperando ya ha llegado.

Sintió la sacudida interna que se dio en él. Externamente lo oyó contener el aliento, su mano se expandió por completo apretándose contra su plano vientre. Era incapaz de apartar la mirada de su propia mano, su respiración empezó a acelerarse y se encontró jadeando cuando alzó de nuevo la mirada hacia ella.

—Dryah, es… —se atragantó con sus propias palabras—. Yo… puedo sentirle, es… —jadeó, mirándola con incredulidad—. Dioses… es, ¿es posible?

Sonrió abiertamente, posó la mano sobre la suya y se encogió de hombros.

—¿A ti que te parece? —le preguntó mirándole a los ojos—. ¿Qué es lo que sientes? ¿Qué notas?

La emoción que sentía ese hombre la atravesó como un relámpago, vio como sus ojos azules empezaban a brillar por las lágrimas que se reunieron tras ellos y no pudo evitar que estas se replicasen en los suyos.

—Dryah, es…

Asintió y sonrió con todo el amor que sentía por él.

—Nuestro, Shay —aseguró con una pequeña risa, asombrada ella misma de lo que se gestaba en su interior—, nuestro bebé.

La revelación lo golpeó con fuerza.

—Oh señor —gimió dejándose caer de rodillas ante ella, su mirada fija en su vientre, sus manos tocándola con tal reverencia que le fue imposible no llorar—. Mi hijo. Nuestro hijo.

Las lágrimas brotaron de esos hermosos y claros ojos azules, sus palabras dejaron de tener sentido, pero no eran necesarias, pues lo sentía tan claramente como el sol en un cielo despejado. Su amor la envolvía, diciéndole sin necesidad de palabras lo que esta pequeña vida que se estaba gestando en su interior era la realización del último de sus sueños, su mayor anhelo, uno que solo cobraba completo sentido junto a ella, en el destino al que ambos estaban encadenados.

La rodeó con los brazos, hundiendo el rostro en su vientre y llorando, llorando por algo que solo ellos dos comprendían, la culminación de una vida que había sido dura incluso en su nacimiento, que los obligó a recorrer un camino solitario lleno de dolor, traiciones y anhelo.

—Shay… —murmuró su nombre mientras le acariciaba el pelo—, mi Juez, levántate.

Él respondió abrazándola incluso más fuerte, sus sollozos ahogados por el vientre que cobijaba a su hijo.

Al final no le quedó más que sucumbir y fue ella la que se reunió con él en el suelo, fundiéndose con en un eterno abrazo, compartiendo su felicidad y la expectación ante aquella nueva vida que estaba por llegar.

—Te quiero, bonita —escuchó entonces su voz, apartó el rostro y se encontró con sus ojos enrojecidos por las lágrimas, pero plenamente felices—. Te amo más cada día y sé que será así por toda la eternidad. Gracias por este regalo, Dryah, gracias por darme a mi hijo… a nuestro hijo.

Sacudió la cabeza y le acunó el rostro entre las manos.

—No, gracias a ti —declaró con pasión—, gracias por haberme sacado de la oscuridad, por haber borrado mi soledad y regalarme tu amor. Te quiero Shayler, tú eres mi vida, mi futuro y mi eternidad y sé que nuestro bebé va a quererte tanto como te quiero yo. Siempre.

Bajó de nuevo la mirada sobre su vientre y se lo acarició.

—Nuestro hijo —declaró con firmeza, envolviéndola a ella y al bebé con su poder, protegiéndolos como siempre haría. Entonces rio, alzó la mirada y le acarició el rostro—. Este es el mejor regalo Pre-San Valentín que he recibido jamás, amor.

Correspondió a su sonrisa.

—Pues espera a ver el que tendrás mañana.

Se echó a reír, un sonido claro y rico que la calentó por dentro y los acunó a ambos, a ella y a la nueva vida que ahora crecía en su interior.

CAPÍTULO 5

Si había algo que se les daba muy bien a sus compañeros de armas era sobre reaccionar y tenían la prueba fehaciente de ello delante de sus narices. La puerta de la oficina se había abierto de golpe interrumpiendo su momento de intimidad al punto de llevarla a dar tal respingo que estuvo a punto de caerse del regazo de su compañero, por suerte, Shayler reaccionó al instante, sujetándola y ayudándola a ponerse de pie.

—¿Puedo preguntar dónde está el fuego, *guardianes*?

Su tono de voz, firme y serio dejaba claro que no le había gustado ni un poquito la interrupción.

—¿Estáis bien?

Ambos se miraron sin entender a qué se refería.

—Hasta que abristeis esa puerta sin invitación o llamar, perfectamente —aseguró con rotundidad, le acarició el brazo y salió detrás del escritorio para terminar apoyándose delante de él con los brazos cruzados—. Aunque vosotros no tanto, visto lo visto.

John fue el primero en enfundar las armas y abrirse camino hacia él.

—¿No lo has sentido?

—Si no he sentido, ¿qué?

El hombre frunció el ceño y paseó la mirada entre su hermano y ella misma.

—El universo ha retumbado como si alguien hubiese decidido sacar toda la pirotecnia y encenderla al mismo tiempo.

—Ah, eso —se frotó la barbilla y se giró para mirarla—. Se nos ha ido la mano con los festejos, amor.

Se sonrojó, se lamió los labios y caminó hacia él, quedándose a su lado.

—Culpa al *libre albedrío*, está un poquito exaltado.

—Y no es el único —escuchó ahora el murmullo de una voz femenina. Al momento vio a Ariadna atravesando el muro de testosterona, una vez dentro de la oficina, se llevó las manos a las caderas y fulminó a su marido con la mirada. Frente a Lyon parecía una muñequita, una pequeña y delicada.

—Te advertí que estabais a punto de hacer el ridículo —lo acusó, entonces sacudió la cabeza y se giró para mirarlos a ellos—. Atryah intentó decírselo, pero no quisieron escuchar.

Shayler la rodeó con los brazos, atrayéndola hacia él y manteniéndola entre sus piernas, de modo que tuviese libertad para acariciar de manera protectora su plano vientre.

—Puedo hacerme una idea, gracias, Ariadna.

—Entonces… —preguntó Jaek, quién había seguido el ejemplo de John y había adoptado una pose más relajada.

Sintió la risa bullendo en el interior de Shayler, toda aquella seriedad era una fachada, estaba conteniéndose para no estallar en carcajadas. Al sentirle, no pudo evitar contagiarse de su hilaridad. Ante la dimensión de los recientes acontecimientos se habían emocionado al punto de dejar que sus respectivas esencias se hiciesen eco de esa felicidad, el universo había respondido a ellos, a sus consortes, cosa que sus guardianes habían tomado como el aviso de algún nuevo cataclismo.

—Lyon, guarda eso —pidió Shayler indicándole las dagas que todavía empuñaba con un gesto de la barbilla—. No hay peligro alguno, más allá del terminar tú mismo con una patada en

el culo si no obedeces mis órdenes y rapidito.

El hombre masculló algo en su idioma natal e hizo destellar sus armas.

—Bien, se impone una explicación, así que, ¿qué coño está pasando aquí?

—Oh, joder...

El exabrupto de Jaek atrajo la atención de ambos hacia el joven guardián. Su mirada había bajado sobre ellos captando al instante la naturaleza de todo aquel malentendido. La previa tensión desapareció por completo, sus ojos claros se posaron en los suyos y sonrió abiertamente.

—Pero cómo no lo habéis dicho antes.

—Acabo de enterarme —respondió Shayler sin poder contener por más tiempo su hilaridad. La acunó entre sus brazos y la besó en el cuello sin importarle el público—. Dryah acaba de comunicármelo.

—En mi defensa debo decir que yo también acabo de darme cuenta de ello —murmuró un poco avergonzada. Posiblemente era la primera mujer que necesitaba de una visión para comprender que se estaba gestando ya una nueva vida en su interior.

—Me he perdido —aseguró Lyon y parecía que era realmente así—. ¿De qué demonios estamos hablando?

Antes de que alguno de ellos pudiese decir una sola palabra más, John camino hacia ellos y, tras mirar a Shayler e intercambiar algún comentario solo entre ellos, su marido asintió.

—¿Puedo, hermanita?

Parpadeó y miró la mano abierta que le tendía su cuñado. Sonrió con calidez y depositó la suya, permitiéndole ver más allá de lo que se veía a simple vista, dejándole formar parte del vínculo que los unía a los dos.

La sorpresa bailó en los ojos azules antes de mudar a una silenciosa alegría. Con un lento asentimiento, dio un paso atrás y alzó la voz.

—Atryah, te debo una disculpa, pequeña.

La aludida se coló, junto con Keily, entre los hombres y penetró en la llena oficina.

—Disculpa aceptada, John —aseguró la chica con voz cantarina. Ella no dudó en abrazarse a su cintura, un gesto muy común entre la pareja.

—Hermano, hermanita… —continuó entonces al tiempo que les dedicaba a ambos una antigua reverencia destinada a mostrar su orgullo y fidelidad como guardián—. Que el universo os guarde y proteja eternamente, así como a la nueva generación que ya se gesta en tu interior, *Libre Albedrío*.

Un sinfín de distintas emociones y comentarios se dieron a partir de ese momento al mismo tiempo. Gritos de felicidad, jadeos de asombro y exabruptos se confundieron en un solo momento.

—¡Un bebé!

—Parece que la familia va a aumentar todavía más.

—¡Ay, qué alegría!

Ambos se miraron y fue Shayler quien decidió romper aquel momento de exaltación atrayendo a su hermano en un apretado abrazo.

—Ven aquí, anda —se rio.

—Enhorabuena, hermanito —correspondió John, con la voz ronca por la emoción, a la espontaneidad de Shayler—, y gracias por hacerme tío.

Su marido se echó a reír en respuesta, le palmeó la espalda y la señaló.

—Dáselas a mi mujer —la miró con amor—. Es la que me ha concedido el mayor de los regalos que puede hacérsele a un hombre.

Se sonrojó y sonrió, sintiendo el amor que le profesaba, la emoción que lo envergaba ante su próxima paternidad.

—Ahora no habrá quién lo aguante, te das cuenta, ¿no? —le dijo John. Entonces la besó en la mejilla y la abrazó—. Muchas felicidades, hermanita.

—Gracias, John —le devolvió el abrazo, compartiendo su felicidad con el hombre que lo significaba todo para Shayler.

—Con un demonio, ven aquí, cachorro —escuchó la voz de Lyon por encima de las demás y vio como el rubio guardián atraía a su marido en un fraternal abrazo—. Menuda has armado. Nosotros preocupados porque se hubiese desatado otra vez el infierno y tú, celebrando por todo lo alto tu próxima paternidad.

Shayler se rio.

—¿Te parece que si el mundo se fuese a la mierda me limitaría a sentarme en mi oficina, con total tranquilidad, con mi mujer en el regazo?

Él correspondió a su hilaridad, le palmeó el hombro y asintió.

—Enhorabuena, Shayler, lo vas a hacer muy bien —aseguró con voz tocada por la emoción—, muy bien, muchacho.

—Eso espero —asintió igualmente emocionado. Sus ojos volaron de nuevo sobre ella y no pudo evitar que los ojos volvieran a picarle por las lágrimas. Verle tan emocionado, la emocionaba a ella. Su alegría era inconmensurable.

—Bueno —retomó Lyon mirando a los presentes a medida que los mencionaba—, parece que la nueva generación ya está en camino. Aria y yo con Dawn, Keily embarazada, ahora también Dryah… solo faltáis vosotros, John, para completar el círculo.

El aludido puso los ojos en blanco.

—No le metas más ideas de las que ya tiene en la cabeza a mi mujer, Lyon —declaró John con tono de advertencia, al tiempo que atraía a su esposa hacia él—. Para nosotros todavía es pronto, demasiado pronto.

Todos se rieron sabiendo perfectamente que cuando llegase el momento, John caería también como lo habían hecho todos y cada uno de ellos.

—Muchas felicidades, pareja —se adelantó ahora Ariadna, felicitándolos con calidez—. Estoy realmente encantada con la noticia. Os deseo todo lo mejor.

—Gracias, Aria —la abrazó Dryah. Ni en sus más ansiados sueños pensó que llegaría este día y sentiría la felicidad que la inundaba.

Shayler la abrazó brevemente y le dedicó un guiño para seguidamente corresponder a la calurosa felicitación de Jaek, quién no dudó en picarlo.

—Si es que, cuando haces las cosas, las haces a lo grande, ¿eh? —se rio palmeándole la espalda—. Parece que ambos vamos a meternos de lleno en este nuevo mundo casi al mismo tiempo. Muchas felicidades, Shay, estoy realmente feliz por vosotros. Dryah, felicidades.

Sonrió ampliamente y lo abrazó a su vez.

—Gracias, Jaek —lo apretó con cariño—, me sentiré mucho más tranquila sabiendo que estás con nosotros.

—Eso siempre, hermanita, eso siempre.

—Bueno, al menos ahora tendré a alguien con quien compartir mis quejas —aseguró Keily risueña. Su mejor amiga no se lo pensó dos veces, le echó los brazos al cuello y la achuchó —. ¡*Ains*! Si es que lo sabía, sabía que algo ocurría, pero no me imaginaba algo tan maravilloso.

Correspondió a su abrazo e intentó contener las lágrimas, algo sumamente difícil.

—Kei, no la hagas llorar, bastante tendrá después Shay de eso.

—¿Es una queja? —preguntó su mujer con tono divertido.

—¿Los cambios de humor? —replicó inocente—. En absoluto. Es realmente divertido verte pasar de la alegría más exultante al incontrolado llanto sin motivo aparente.

—Oye… eso es culpa de las hormonas —se quejó ella.

Jaek se guiñó un ojo y se giró hacia Shayler.

—Te acostumbrarás.

Atryah, quién hasta ese momento había permanecido a un lado con John se encontró con sus ojos y sonrió tímidamente.

—Te dije que iba a ser el mejor de los regalos —murmuró con esa voz melódica que traía consigo tanta calma—. Uno cuya felicidad iba a ser compartida por todos.

Dejó los brazos de Shayler y caminó hacia su hermana pequeña, abrazándola con cariño. Así era como consideraba a la polvorilla que John había traído a su vida.

—Tu turno también llegará, hermanita —le acarició la mejilla, leyendo sus emociones como si fuesen parte de las suyas—, no tengas prisa, disfruta del mundo que se abre ahora ante ti y del amor que has encontrado. Lo demás, llegará a su debido momento.

Ella asintió y le devolvió el abrazo.

—Gracias por todo lo que has hecho por mí, Dryah —musitó solo para sus oídos—, gracias, hermana.

Las felicitaciones, las bromas y los consejos empezaron a sucederse unos tras otros. Pronto empezaron a caer las llamadas para felicitarles, las visitas de cada uno de sus amigos y familia se dieron cita esa misma tarde uniéndose a su alegría.

Nyxx y Lluvia fueron de los primeros en llegar con su pequeña, se habían enterado por Seybin, quién se limitó a enviarles un cactus a través de su consorte; solo ella y Nyxx entendían el significado de ese inusual regalo, el mismo que le había hecho el dios cuando la envió al mundo humano, a enfrentarse con su destino.

Bastet no cabía en sí de gozo al saber que iba a ser abuela, jamás la había visto llorar tanto como cuando Shayler y ella la llamaron para decírselo, su marido había alucinado sin saber qué hacer para que su madre adoptiva dejase de berrear de aquella manera. Ambos estaban de acuerdo en que la diosa egipcia era la mejor opción para encargarse de todo lo que tuviese que ver con su reciente embarazo, no estaría cómoda con nadie más.

Decírselo a Eidryen y Ellora fue prácticamente innecesario, sus creadores lo habían sabido incluso antes de que les dijese nada. De hecho, estaba casi segura de que lo habían sabido siempre.

—Y así el ciclo del destino se cierra —murmuró Eidryen mientras la abrazaba y le susurraba al oído—. Tu nacimiento nunca fue un error, Dreamara. Estaba escrito que así fuera y no puedo estar más orgulloso de ver la clase de mujer en la que te has convertido, hija.

Sus palabras la llenaron de felicidad, lo rodeó con los brazos, acercándose a él y agradeciéndole sin palabras todo lo que había sido para ella, lo que ambos significaban en su vida.

—Te quiero, papá.

Él asintió e indicó a Ellora con un gesto de la barbilla.

—Está como una niña con zapatos nuevos con la idea de ser abuela.

La aludida no tardó en reconocerlo por sí misma.

—¡Por supuesto que sí! —aseguró envolviéndola ahora en un abrazo—. Es mi única hija.

Se rio, no podía evitarlo, esos dos se habían tomado muy en serio el papel de progenitores en los últimos tiempos.

—Gracias, mamá.

Ella negó con la cabeza y se apartó lo justo para mirarla.

—No, pequeña, gracias a ti —la sorprendió con su ternura y la mirada tan clara que había en sus ojos—. He cometido muchos errores en mi vida, pero el traerte a la vida no lo fue, Dreamara. Jamás.

Asintió sintiendo un nudo en la garganta, sabiendo que tenía el amor de esas dos maravillosas personas y que lo tendría eternamente.

Mirando ahora a su alrededor y viendo a toda la gente que la quería, que los querían a ambos, sabía, sin necesidad de más palabras, que aquella era su familia. No se trataba de vínculos de sangre sino de amistad, fidelidad y amor, los cuales eran más fuertes que cualquier otro.

—¿Todo bien, amor?

Se giró y sonrió al ver a su marido caminando hacia ella. No dudó en cobijarse en sus brazos y rodearle la cintura.

—Ahora, sí, Shayler, ahora sí —aseguró suspirando de placer—. Pero estaré mucho mejor cuando nos lleves a tu hijo y a mí a algún lugar en el que podamos estar los tres solos, tal y como me prometiste, este fin de semana.

Él le cubrió la tripa con la mano y la miró a los ojos.

—Tus deseos son órdenes para mí, amor mío —la besó y deslizó la boca a su oído—. Además, yo todavía no te he dado tu regalo de San Valentín.

Se lamió los labios.

—San Valentín es mañana, Shay.

Le mordió el lóbulo.

—Considéralo tu regalo de pre-San Valentín.

Se rio y buscó su boca para recibir su beso y su amor, uno que sería eternamente suyo.

EPÍLOGO

Había algo absolutamente sexy en ver a un hombre dándole el biberón a su hijo.

Shayler se había acomodado en una esquina del sofá con Tegan en brazos, el contenido del biberón bajaba poco a poco ante la succión del glotoncito que le hacía ojitos al padre. Eran como dos gotas de agua, los ojos azules de su marido se duplicaban en los de su hijo, si bien el remolino de fino pelo rubio que despuntaba en la cabeza del bebé era suyo, las facciones, el tono de piel e incluso esa sonrisa desdentada que ponía su hijo eran los de su juez.

Se apoyó en el umbral de la puerta sin poder dejar de admirar la escena. Horus estaba, como siempre, tirado a los pies del sofá con un ojo abierto y otro cerrado. El antiguo can se había erigido en el protector del niño, no había nadie que se acercase al bebé si no pasaba antes por su escáner.

Su hijo agitó las manos y los pies con la energía que lo caracterizaba, sus rechonchas manitas volvieron a posarse en el biberón mientras succionaba el alimento extra que le proporcionaba la leche de fórmula; con seis meses era un bebé grande, sano y saludable que traía a todo el mundo babeando a su paso. No quería ni imaginarse la de corazones que rompería cuando fuese adulto.

—¿No vas a entrar?

La voz profunda de Shayler llamó su atención, levantó la mirada y se encontró con sus ojos azules, la diversión presente en ellos.

—Os estaba admirando desde aquí —murmuró en voz baja. Sabía que su hijo la sentía sin necesidad de verla u oírla, era un vínculo muy especial que compartían y que, intuía, también lo hacía con su padre.

Ante el sonido de su voz, el pequeño arrancó la dulce boquita de la tetina y giró la cabeza en el brazo de su padre para dedicarle una amplia sonrisa acompañada de un gorjeo. Hecho el saludo de rigor, volvió a lo suyo; comer.

—Y a eso se le llama saludar a mamá —la divertida risa de su marido la hizo sonreír también.

Sacudió la cabeza y entró en la habitación para acomodarse con cuidado al lado de las dos personas más importantes de su vida. Shayler encontró sus labios con un tierno beso.

—¿Qué tal lleva lo del biberón? —preguntó en voz baja, canturreando, algo que había empezado a hacer desde que lo tuvo por primera vez en brazos. Le acarició el pelo, peinándoselo con los dedos y depositó un beso en su frente.

Su marido esbozó una ladeada sonrisa y bajó la mirada a sus pechos.

—Sigue prefiriendo la leche de mamá, ¿no es así, Tegan? —arrulló a su hijo, quién se agitó de nuevo en sus brazos y alzó la cabecita, sin soltar el biberón para mirarla—. Sí, esa misma.

Se rio entre dientes, no podía evitarlo. Esos dos eran idénticos.

—Bast dice que debe empezar a acostumbrarse al biberón —comentó deleitándose con su hijo—. Con lo grande que estás, necesita un suplemento alimenticio.

Su marido asintió e indicó al bebé con un gesto de la barbilla.

—Eso díselo a él —ronroneó—, le gustan tus pechos tanto o más que a mí.

Puso los ojos en blanco y sacudió la cabeza.

—De tal palo tal astilla —le aseguró con un suspiro.

Shay se echó a reír y su hijo optó por decidir al mismo tiempo que ya había tenido bastante de ese nuevo artilugio y de la leche artificial.

—Y se acabó la cena —declaró Shay entregándole el biberón, del cual su hijo había tomado un poco más de la mitad y lo movió, con una pericia nacida de la práctica, para ponerlo a eructar—. Con suerte, estará lo suficiente lleno como para que, después de que lo cambies, duerma toda la noche de un tirón.

Enarcó una ceja.

—Ah, ¿tengo que cambiarlo yo? —agitó las pestañas, coqueteando con él a propósito.

Su sonrisa se hizo más amplia, lo vio lamerse los labios y deslizar la mirada sobre su cuerpo.

—Yo le he dado de cenar.

Sacudió la cabeza divertida por la manera en que lo había dicho, prácticamente estaba haciendo ya cábalas de cuál sería la manera más rápida de dejar listo a su hijo y en la cuna, para poder dedicarse a algo más… íntimo con ella.

—Eres un tramposo —chasqueó con fingida indignación.

—Ocurrente, bonita, ocurrente —la corrigió y sonrió cuando ambos escucharon ese pequeño eructo del bebé—. Ese ha estado bien, Tegan.

Se rio.

—Hombres.

Cuando quedó satisfecho, le entregó al bebé y la besó en los labios.

—Los más enamorados que encontrarás en toda tu vida y ambos de la misma mujer —aseguró con tono travieso—. Tú.

—Qué suerte la mía, ¿eh, mi vida? —ronroneó haciéndole carantoñas al bebé e ignorando al padre—. Vamos a cambiarte ese pañal y después a dormir.

Recientemente habían empezado a contar con la suerte de que empezase a dormir toda la noche, despertándose solo para exigir su desayuno con la misma ansia madrugadora de siempre. Eso le había permitido descansar y empezar a sentirse de nuevo como una persona.

Nunca se había imaginado en ese papel, pero ahora no lo cambiaría por nada del mundo, su felicidad era finalmente completa.

Tras cambiarle el pañal y pasar unos buenos quince minutos tarareando una antigua nana que recordaba de habérsela oído alguna vez, consiguió que se quedase dormido.

—¿Te he dicho ya lo afortunado que soy por teneros en mi vida, bonita?

Se giró para verle apoyado en el umbral que separaba su dormitorio de la habitación del bebé. Habían hecho unos cuantos ajustes y reformas para poder trasladar la cuna al dormitorio adyacente cuando empezó a dormir toda la noche, de ese modo podría estar al pendiente y tener al mismo tiempo ese grado de intimidad que toda pareja necesita antes o después.

—Todos los días de nuestras vidas —aseguró en un susurró.

Shay entró con sigilo, se inclinó sobre la cuna y sonrió al ver a su hijo dormido.

—Bien —musitó—, no querría olvidarme de uno solo.

Acarició con los dedos la pelusilla del pelo del bebé y levantó la mirada para encontrarse con la suya.

—Gracias, Dryah, por traer a mi vida tanta luz y felicidad.

Sonrió suavemente, rodeó la cuna y se pegó a él, echándole los brazos al cuello.

—No amor, gracias a ti, por hacer de la mía la más maravillosa de las eternidades.

Le acarició la mejilla y bajó su boca sobre sus labios para arrebatarle el aliento con un hambriento beso. Casi sin darle tiempo a pensar, la levantó en brazos, echó un último vistazo a

su hijo y en voz baja susurró:

—Duerme tranquilo, Tegan, yo me ocuparé ahora de cuidar de nuestra chica favorita.

Se abrazó a él y ahogó una risita contra su hombro.

—Te quiero, Dryah —escuchó entonces en su oído—, ahora y para siempre.

Levantó el rostro para mirarlo y sonrió feliz.

—Te amo, mi juez, para toda la eternidad.

---

[1] *Niña en romaní calé. El calé es el dialecto del romaní utilizado por los Gypsy o gitanos españoles.*

[2] *"Ve con Dios y en buena salud". Bendición Romaní.*

[3] *Conocida cadena de Cafeterías.*

[4] *"Mi niña" en romaní Calé.*

[5] *F.E.D.E.X. Agencia de Mensajería.*

[6] *Rodeados por los Gadje, la única defensa de los Gypsy es su lengua.*

[7] *Maldición, exabrupto Gypsy.*

[8] *Gatita en Griego.*

[9] *Armaya, una maldición gitana.*

[10] *Pequeña, en Griego.*

[11] *Pajarillo en griego.*

[12] *Mi luna en griego.*

[13] *Hombre no romaní*

[14] *Hermana en griego.*

[15] *Cazador en Griego*

[16] *Amor en griego*

[17] *"Mi niña" en griega*

[18] *"Cuando el infierno se congele". En Griego.*

[19] *Es tan hermosa, como mortal. Griego.*

[20] *La Muerte, en francés.*

[21] *Pequeña arpía.*

[22] *No tanto como tú.*

[23] *Te amo, en griego*

[24] *"Amigo mío" en griego.*

[25] *"Hombre" no romaní.*

[26] *"Mi amor", en romaní.*

[27] *"Ve con dios y en buena salud". Bendición Gypsy.*

[28] *Madre en romaní*

[29] *"Hermano" en Griego.*

[30] *"Amor Mío" en Griego*